LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

BV 4647 .C5 V46 1949
Vizmanos, Francisco de B.
Las virgenes cristianas de
la iglesia primitiva

BIBLIOTECA

DE

AUTORES CRISTIANOS

BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE
LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA COMISIÓN DE DICHA PONTIFICIA UNIVERSIDAD ENCARGADA DE LA INMEDIATA RELACIÓN CON LA B. A. C., ESTÁ INTEGRADA EN EL AÑO 1949 POR LOS SEÑORES SIGUIENTES:

PRESIDENTE:

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. Francisco Barbado Viejo, O. P., *Obispo de Salamanca y Gran Canciller de la Pontificia Universidad.*

VICEPRESIDENTE: Ilmo. Sr. Dr. Gregorio Alastruey, *Rector Magnífico.*

VOCALES: *Sr. Decano de la Facultad de Sagradas Escrituras,* M. R. P. Dr. Fr. Alberto Colunga, O. P.; *Sr. Decano de la Facultad de Teología,* R. P. Dr. Aurelio Yanguas, S. I.; *Sr. Decano de la Facultad de Filosofía,* R. P. Dr. Fr. Jesús Valbuena, O. P.; *Sr. Decano de la Facultad de Derecho,* R. P. Dr. Fr. Sabino Alonso, O. P.; *Sr. Decano de la Facultad de Historia,* R. P. Dr. Bernardino Llorca, S. I.

SECRETARIO: M. I. Sr. Dr. Lorenzo Turrado, *Profesor.*

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.—Apartado 466

MADRID · MCMXLIX

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 19 1951
THEOLOGICAL SEMINARY

LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Estudio histórico - ideológico seguido de una Antología de tratados patrísticos sobre la virginidad

POR EL

P. FRANCISCO DE B. VIZMANOS, S. I.

PROFESOR DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA EN EL COLEGIO MÁXIMO DE SAN FRANCISCO JAVIER DE OÑA (BURGOS)

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID · MCMXLIX

NIHIL OBSTAT:
Lic. José Sebastián,
Censor.

Printed in Spain

IMPRIMI POTEST:
P. Cándido Mazón, S. I.,
Provincial de Castilla.

IMPRIMATUR:
† Casimiro,
Ob. aux. y Vic. gral.

Madrid, 12 de enero de 1949.

INDICE GENERAL

	Págs.
PRÓLOGO	XIII
SIGLAS EMPLEADAS EN LAS CITAS	XVII
FUENTES PATRÍSTICAS	XIX
NOTICIA BIBLIOGRÁFICA	XXI

LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

PARTE I

LA SIEMBRA DE LA VIRGINIDAD

CAPITULO I.—La virginidad antes de Cristo 3

1. La virginidad y el Antiguo Testamento 3
2. Visión retrospectiva del hecho 7
3. La pedagogía de la Providencia 8

CAPITULO II.—Cristo, fundador, modelo y príncipe 12

4. Origen celeste de la virginidad 12
5. La fórmula de la fundación; elementos esenciales: firmeza, consagración, libertad, heroísmo 16
6. Su modelo ejemplar 24
7. Proclamación del Rey de vírgenes 27

CAPITULO III.—Los heraldos de la virginidad en el siglo I. 29

8. Predicación apostólica 29
9. San Pablo, comentador de la fórmula evangélica de la virginidad 31
10. Virginidad y matrimonio 34
11. La consideración de las molestias del matrimonio: triple razón de este proceder 36
12. San Juan y la visión celeste de la virginidad 43

Págs.

69. Honores en la comunidad cristiana 238
70. Veneración por parte de familiares, dignidades y emperadores 240
71. Solicitudes de los pastores para con ellas 242
72. El peligro de la exaltación y el don de Dios 246

CAPITULO IX.—**Indumentaria de las vírgenes** 253

73. El medio ambiente femenino 253
74. La renuncia al ornato 256
75. La tonsura del cabello y el peinado de las vírgenes. 261
76. Su vestido: la túnica y el manto de la virginidad ... 268
77. El velo 276

CAPITULO X.—**Porte virginal** 281

78. La modestia externa 281
79. La gracia del pudor 286
80. Silencios y alegrías 288

CAPITULO XI.—**Vida familiar** 293

81. El fluir cuotidiano de las horas 293
82. El problema del baño 297
83. Fiestas y banquetes 303

CAPITULO XII.—**Vida social** 308

84. Salidas fuera del hogar 308
85. Relaciones con las demás vírgenes 311
86. El trato con los directores ascetas 314
87. Actividades de caridad 320

CAPITULO XIII.—**Los aleteos de la piedad virginal** 324

88. Vigilias litúrgicas 324
89. Sinaxis eucarísticas 326
90. Oración privada 332
91. Oración oficial 336
92. Oración íntima 341
93. La Sagrada Escritura 344

CAPITULO XIV.—**La maceración de la carne** 346

94. Ayunos y xerofagias 346
95. Las normas de la prudencia 351
96. Restricciones de caridad 354

CAPITULO XV.—**Por la renuncia a la unión de amor** 356

97. El despojo por la pobreza 356
98. El despojo por la limosna 363
99. La abnegación integral 366
100. El resorte del amor 369
101. Un retrato que llegó hasta nosotros 372
102. María, primicias, dechado y corona de la virginidad. 374

PARTE III

La transfiguración de la virginidad

Págs.

CAPITULO I.—El poema de la virginidad 385

103. El original de la obra y las circunstancias de su composición 385
104. Su influjo literario. Actas de Xantipa y Polixena en España 391
105. Contenido y desarrollo episódico de la leyenda 394
106. Núcleo histórico : la protagonista y su culto ; otros personajes reales ; el combate de Antioquía 403
107. Perfiles psicológicos y ascéticos de Tecla : su contemplación, su energía, su apostolado 411

CAPITULO II.—El himno de la virginidad 418

108. La persona de San Metodio 418
109. El *Symposion,* género literario 423
110. *El Banquete* de Platón 425
111. Escenario del diálogo sobre la virginidad 429
112. Discursos sobre el origen y valor de la virginidad y el matrimonio : Marcela, Teófila, Talía 433
113. Discursos sobre las propiedades de la virginidad : Teopatra, Talusa, Agueda, Procila 435
114. Discursos sobre la naturaleza y efectos de la pureza : Tecla, Tisiana, Domnina 440
115. El final del certamen y el epitalamio de la virginidad 445

CAPITULO III.—La federación virginal 449

116. Imposibilidad inicial de vida común 449
117. Avances espontáneos hacia la unión 451
118. La postura española : Eteria 453
119. En busca de protección contra el medio ambiente. 458
120. Reacción contra la tibieza en la ascesis 461
121. Rectificación de falsas rutas 463

CAPITULO IV.—La construcción del cenobio en Oriente ... 467

ARTÍCULO I.—*Desde Egipto a Mesopotamia* 469

122. Principios y expansión del eremitismo en Oriente. 469
123. Las vírgenes anacoretas : Sinclética, Domnina, Marana y Cira 474
124. Pecadoras penitentes en la soledad : Tais, María Egipcíaca, Pelagia 479
125. Las fundaciones virginales de San Pacomio 488
126. El monasterio femenino de Schenudi 493
127. Expansión fuera de Egipto 496

Págs.

SAN METODIO DE OLIMPO.—*El banquete de las 10 vírgenes.* 989

INTRODUCCIÓN ... 991

I. Discurso de Marcela sobre el origen de la virginidad. 994
II. Discurso de Teófila sobre la licitud del matrimonio. 1000
III. Discurso de Tália sobre la unión mística de Cristo y la Iglesia virgen ... 1005
IV. Discurso de Teopatra aplicando a la virginidad el salmo 136, del cautiverio de los judíos en Babilonia y sus cánticos ... 1018
V. Discurso de Talusa explicando cómo el voto de virginidad es el llamado antiguamente voto del nazareato. 1024
VI. Discurso de Agueda comentando la parábola de las diez vírgenes del Evangelio ... 1033
VII. Discurso de Procila sobre algunos pasajes del Cantar de los Cantares aplicados a la virginidad ... 1039
VIII. Discurso de Tecla sobre el carácter y frutos de la castidad perfecta ... 1047
IX. Discurso de Tisiana interpretando ciertas prescripciones de la Escenopegia como símbolos de las virtudes y triunfo de la virginidad ... 1062
X. Discurso de Domnina aplicando a la virginidad el apólogo de los árboles que eligen rey ... 1071
XI. Palabras finales de Arete, dando fin al certamen y coronando a la vencedora ... 1079

SAN ATANASIO.—*Sobre la virginidad* ... 1089

SAN GREGORIO NISENO.—*Acerca de la virginidad o epístola exhortatoria a la vida virtuosa* ... 1110

INTRODUCCIÓN ... 1111

PARTE I.—Excelencias de la virginidad (I-XIII) ... 1113
PARTE II.—Cualidades y virtudes que debe encerrar en sí la virginidad (XIV-XXIV) ... 1151

SAN JUAN CRISOSTOMO.—*Sobre la virginidad* ... 1173

PARTE I.—La virginidad observada por creer pecaminoso el matrimonio no es verdadera virginidad (I-XI). 1175
PARTE II.—Objeciones contra la virginidad y malicia de los que la desprecian (XII-XXIV) ... 1186
PARTE III.—Ventajas y excelencias de la virginidad sobre el matrimonio según San Pablo (XXV-XLIII). 1201
PARTE IV.—Molestias y sinsabores de la vida matrimonial (XLIV-LXXXIV) ... 1226

INDICE DE NOMBRES PROPIOS ... 1273

INDICE DE CONCEPTOS ... 1289

NOTA.—Fuera de San Leandro, ninguno de los otros autores puso títulos a los diversos capítulos de sus obras respectivas; por lo cual hemos prescindido de ellos en el índice. En su lugar hemos puesto una división en partes, que pueda orientar al lector en los tratados más largos, cuales son los de San Agustín, San Gregorio y San Juan Crisóstomo, o hemos añadido una frase con el contenido a los libros y discursos señalados por San Ambrosio y San Metodio.

PROLOGO

Dos líneas con carácter de nota. El cuadro de las vírgenes cristianas en los primeros siglos ha sido, y seguirá siendo todavía durante mucho tiempo, objeto más bien de intuición que de crítica histórica.

No quiere esto decir que se hayan falseado sus trazos, pues también en las ciencias históricas tiene su parte el poder intuitivo. Pero es evidente que debe operar sobre la mayor cantidad posible de datos controlados. A ofrecer éstos tiende el presente trabajo. Son notas sueltas que van saltando en el pentagrama bastante ralo de las fuentes protocristianas.

Alinear simplemente los testimonios de la antigüedad referentes al estado y espíritu de las vírgenes hubiera ofrecido una lectura enojosa. Por eso hemos preferido formar con ellos cuadros, que aunque den carácter de más ligereza a la obra en su aspecto externo, presentando un texto más acomodado a lectores aun profanos, conservan, sin embargo, su valor crítico con las abundantes observaciones relegadas a las notas, que precisan detalles o citan fuentes. En realidad hay capítulos en que avanzan paralelamente dos obras distintas, la de alta vulgarización en el texto y la de precisión crítica y documental en las notas. Este proceder tiene sus inconvenientes, pero ofrece, como es obvio, sus ventajas. Por lo demás, no nos hemos detenido a considerar si debe juzgarse como histórico, ascético o simplemente patrológico el presente ensayo.

Una vez contemplado el cuadro sublime de la virginidad primitiva, ha de nacer en los lectores un anhelo espontáneo

de oír hablar directamente a los principales protagonistas de aquella epopeya de la incorrupción. Para satisfacer estos deseos hemos añadido una antología con los principales tratados escritos por los Santos Padres sobre esta materia durante los seis primeros siglos.

Era menester recoger ecos de ambas literaturas: latina y griega. En el mundo occidental se imponía empezar por San Cipriano, el primer obispo director de la virginidad latina, cuando ésta se amasaba todavía con la sangre de la persecución. Luego había que acudir a los tres grandes doctores de Occidente, cada uno de los cuales nos aporta sus rasgos peculiares: San Ambrosio, con su elocuencia entusiasta, captador eficaz de vocaciones para la pureza, completado con el escrito sobre la Virgen Caída, atribuído durante mucho tiempo a su nombre; San Jerónimo, el vigoroso plasmador de las formas virginales a través de sus cartas ascéticas, y San Agustín, que en esta materia, como en tantas otras, juntó sus vuelos de águila con su visión organizadora del detalle. Convenía, finalmente, cerrar todo ello con una gema de especial delicadeza, cual nos la ofrece en España San Leandro, al clausurarse los tiempos patrísticos.

Imposible prescindir en el mundo oriental del primer documento conservado a este propósito, la doble Carta pseudoclementina sobre la virginidad, escrita con el lenguaje ingenuo de una comunidad aún juvenil, así como de la delicada obra del Obispo de Olimpo, néctar oloroso de cristianismo en cratera helénica. Sobre este fondo ninguna voz mejor que la de aquellos tres grandes pastores del siglo IV, San Atanasio, San Juan Crisóstomo y San Gregorio de Nisa, representantes de las principales Iglesias del Oriente extendidas desde el Egipto hasta el lejano Ponto.

En atención al más fácil uso de los pasajes aludidos por parte de los lectores, hemos citado de ordinario las colecciones patrológicas de Migne, siempre y cuando no presentasen diferencias redaccionales con las ediciones críticas más modernas, en cuyo caso nos hemos atenido a estas últimas. Este punto de vista explica la apariencia exterior de inconstancia al no atenernos a una misma edición en todas las notas, inconveniente que hemos subsanado dando siempre la referencia exacta del capítulo y párrafo correspondiente, a fin de que la cita sea fácilmente controlable en cualquier caso. Por razones obvias, en los Padres apostólicos y apologetas nos hemos atenido a las ediciones de Funk y de Otto, que pue-

den considerarse también como de uso corriente en nuestras bibliotecas españolas. Para evitar enojosas composiciones tipográficas en lengua griega, los títulos de las obras compuestas en este idioma los hemos anotado en latín según la traducción de la Patrología de Migne, aun cuando en las expresiones o párrafos de ellas tomados y en la anotación de las páginas hayamos seguido el texto original.

Finalmente, queremos expresar nuestro sentimiento de gratitud a cuantos nos han ayudado en el trabajo de las traducciones, y en especial a los Padres Enrique María Laburu, Juan A. Ayala y Alfonso Jiménez Monreal por lo que hace al tratado de San Nicetas, a ciertas cartas de San Jerónimo y a la obra de San Leandro, así como al Padre Joaquín Martínez Arrechea y a don Isidro Millán respecto a San Gregorio Niseno y San Atanasio. De una manera muy particular hemos de hacer constar este nuestro agradecimiento al R. P. Ignacio Errandonea por su ayuda, que nos fué muy eficaz.

Oña, fiesta del primer voto virginal, 25 marzo 1948.

FRANCISCO DE B. VIZMANOS, S. I.

N. B.—Los principales autores protestantes o de ideas menos ortodoxas han sido notados con un asterisco, sin que esto signifique una aprobación de los restantes.

SIGLAS

EMPLEADAS EN LAS CITAS DE ALGUNAS COLECCIONES U OBRAS GENERALES

AASS .... Acta Sanctorum, ed. Ioh. Bollandus, Amberes, París, Bruselas, 1643-1940.

BCL .... Bibliotheca Classica Latina, ed. Nic. Lemaire, París.

BGD .... Bibliotheca Graeca, ed. Firmin Didot, París.

CSEL ...... Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum, ed. Academia Litterarum Caesaria Vindibonensis, Viena, Praga, Leipzig.

CSS .... Cursus Scripturae Sacrae, auctoribus R. Cornely, I. Knabenbauer, Fr. de Hummelauer inchoatus, París.

DAC .... Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie, sous la direction de F. Cabrol et H. Leclercq, París.

DAGR ..... Dictionnaire des antiquités grecques et romaines, redigé sous la direction de Ch. Daremberg et Edm. Saglio, 10 vols. más índices, París 1877-1919.

DHGE ... Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastique, sous la direction de A. Baudrillart, París.

DPA .... Patres apostolici. Editio Funkiana aucta et emendata a Fr. Diekamp, Tubinga 1913.

DSAM ..... Dictionnaire de Spiritualité ascétique et mystique, sous la direction de M. Viller, París.

DTC .... Dictionnaire de Théologie Catholique, sous la direction de A. Vacant, E. Mangenot et E. Amann, París.

FDC .... Didascalia et Constitutiones Apostolorum, ed. Fr. X. Funk, 2 t., Paderborn 1905.

FPA .... Patres Apostolici, ed. Fr. X. Funk, 2 t., Tubinga 1901-1903.

GCS .... Die Griechische christlichen Schriftsteller der ersten drei Jahrhunderten. Hrsg. von der Kirchenväter Kommission der preuss. Akademie der Wissenschaften, Leipzig.

LAMY .... Ephrem Syrus, Hymni et Sermones, ed. Th. Ios. Lamy, 4 t., Malinas 1882-1902.

LTK .... Lexikon für Theologie und Kirche, Hrsg. von M. Buchberger, 10 t., Friburgo de Brisgovia 1930-1938.

MARM .... Manuel des antiquités romaines, par Th. Mommsen et J. Marquardt, traduit sous la direction de M. Gust. Humbert, 10 t., París 1887-1907.

MGH ...... Monumenta Germaniae historica ab a. C. 500 usque ad a. 1500, ed. G. H. Pertz, Hannover y Berlín.

MSCC ...... Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio, ed. Ioh. Dom. Mansi, 58 vol., París 1901-1927.

OTCA ...... Corpus Apologetarum Christianorum secundi saeculi, ed. Car. Th. Otto, 9 t., Jena 1876.

PG .... Cursus Patrologiae completus. Series graeca, accurante J. P. Migne, 166 vol., París.

PL .... Cursus Patrologiae completus. Series latina, accurante J. P. Migne, 221 vol., París.

PWRE .... Real-Encyclopädie der classichen Altertumswissenschaft, von Pauly-Wissowa, 2.ª Auflage, Stuttgart.

TS .... Texts and Studies. Contribution to Biblical and Patristic Literatur ed. by J. Armitage, Robinson, Cambridge.

TU .... Texte und Untersuchungen zur Geschichte der altchristlichen Literatur. Hrsg. von A. Harnack und C. Schmidt, Leipzig.

FUENTES PATRISTICAS PRINCIPALES PARA EL ESTUDIO DE LA VIRGINIDAD

(s=siglo ; a=antes del ; d=después del ; c=alrededor del)

AUTOR	TÍTULO	TIEMPO
TERTULIANO	Ad uxorem libri duo	200-206
	De virginibus velandis	c. 206
	De exhortatione castitatis	208-210
	De monogamia	d. 213
	De pudicitia	217-222
S. CIPRIANO	De habitu virginum	249
	Epist. 62 ad Pomponium de virginibus	a. 258
NOVACIANO	Liber de disciplina et bono pudicitiae	250-257
PSEUDOCLEMENTE ...	Epistolae ad virgines	s. III
S. METODIO	Convivium decem virginum	a. 311
S. LIBERIO PAPA	Oratio in professione virginitatis Sanctae Marcelinae (apud S. Ambrosium)	353
S. ATANASIO	De virginitate sive de ascesi	353-373
(?)	Epistola ad virgines. Sermo de virginitate	353-373
BASILIO DE ANCIRA.	De vera virginitatis integritate ...	a. 358
S. BASILIO MAGNO.	Regulae fusius tractatae	358-362
	Regulae brevius tractatae	358-362
	Epist. 46 ad virginem lapsam ...	370-379
	Epist. 199 ad Amphilochium	375
S. EFRÉN	Hymni de Ecclesia et virginitate.	363-373
S. GREGORIO NISENO	De virginitate	c. 371
S. GREGORIO NACIANCENO	Poemata Moralia : In laudem virginis, Praecepta ad virgines, Exhortatio ad virgines, Ad virginem, De pudicitia, De castitate	383-389
S. J. CRISÓSTOMO ..	De virginitate	c. 381
	Ad viduam iuniorem	c. 381
	De non iterando coniugio	c. 381
	Adversus eos qui apud se habent virgines introductas	p. 398

AUTOR	TÍTULO	TIEMPO
	Quod regulares feminae viris cohabitare non debeant	p. 398
S. AMBROSIO	De virginibus	377
	De viduis	377
	De virginitate	378
	Epist. 5 et 6 ad Syagrium de causa Indiciae virginis	c. 380
	Epist. 42 ad Syricium de erroribus contra virginitatem	c. 380
	De institutione virginis et Sanctae Mariae virginitate perpetua	392
	Exhortatio virginitatis	393
NICETAS DE REMESIANA	De lapsu virginis consecratae	375-402
EVAGRIO PÓNTICO	Sententiae ad virgines	p. 382
S. JERÓNIMO	Adversus Helvidium de perpetua virginitate B. Mariae Virginis.	383
	Epist. 22 ad Eustoquium de virginitate servanda	384
	Epist. 24 ad Marcellam de laudibus Asellae virginis	384
	Contra Iovinianum libri duo	393
	Epist. 107 ad Laetam de institutione filiae	401
	Contra Vigilantium	406
	Epist. 128 ad Gaudentium de institutione filiae Pacatulae	413
	Epist. 130 ad Demetriadem de virginitate servanda	414
PABLO DE PANONIA (?)	Virginitatis laus	p. 404
S. AGUSTÍN	De continentia	395
	De sancta virginitate	401
	De bono viduitatis	414
	Epist. 211 ad monachas	423
S. AVITO	De consolatoria laude castitatis ad Fuscinam sororem Deo virginem consecratam	fin s. V
S. VENANCIO FORTUNATO	Carmen de virginitate. Carmen ad virgines	567-580
S. LEANDRO	Regula seu liber de institutione virginis	p. 575

NOTICIA BIBLIOGRAFICA

* ACHELIS H. : *Virgines subintroductae.* Ein Beitrag zu I Kor. VII (Leipzig 1902).

ALLARD P. : *Saint Basile* (París 1929).

AMELINEAU E. : *Les moines egyptiens. Vie de Schnoudi* (París 1889).

* BABUT E. CH. : *Priscillien et priscillianisme* (París 1909).

BERLIERE U., O. S. B. : *Les origines du monachisme et la critique moderne,* en «Revue Bénédictine», t. VIII (1891), 49-69.

BESSE J. M., O. S. B. : *Les moines d'Orient anterieurs au concile de Chalcédoine* (París 1900).

— *La vie des premiers moines gallo-romains,* en «Revue Bénédictine», t. XVIII (1901), pp. 262-279.

* BORNEMANN W. B. : *In investiganda monachatus origine quibus de causis ratio habenda sit Originis* (Göttingen 1885).

CAVALLERA F. : *Le «De virginitate» de Basile d'Ancyre,* en «Revue d'Histoire Ecclésiastique», t. VI (1905), 5-14.

DAUX C. : *Amedée Thierry et les premiers monastères d'Italie aux IV et V siècles,* en «Revue des Questions Historiques», t. XXI (1887), pp. 404-473.

DELEHAYE H. : *Les légendes hagiographiques* (Bruselas 1905).

— *Les origines du culte des martyrs* (Bruselas 1912).

— *Sanctus. Essai sur le culte des saints dans l'antiquité* (Bruselas 1927).

DUCHESNE L. : *Origines du culte chrétien* (París 1908).

FARGES J. : *Les idées morales et religieuses de Méthode d'Olympe* (París 1929).

FREDEGARD : *Les origines de la vie monastique dans le christianisme,* en «Etudes Franciscaines» (1909).

* GOLTZ ED. V. DER : *Eine echte Schrift des Athanasius,* TU, t. XXIX (Leipzig 1905).

GOUGAUD L. : *Inventaire des Règles monastiques irlandaises,* en «Revue Bénédictine», t. XXV (1908), pp. 167-184, 321-333.

* HARNACK AD. : *Die pseudoclementinischen Briefe, De virginitate und die Entstehung des Mönchtums,* en «Sitzungberrichte der kön. preuss. Akademie der Wissenschaften», t. I (Berlín 1891).

— *Das Mönchtum, seine Ideale und seine Geschichte* (ed. 7.ª, 1907).

HEFELE K. J.-HERGENROETHER J. : *Konciliengeschichte* (Freiburg 1855-1890). Traducción francesa con numerosas adiciones por H. LECLERCQ (París 1907-1938).

HEIMBUCHER M. : *Die religiöse Orden und Kongregationen der katolischen Kirche* (Paderborn, 3.ª ed., 1933).

HILDEBRAND DIETRICH VON : *Reinheit und Jungfräulichkeit* (München 1927).

* HILGENFELD A. : *Der Ursprung des Mönchtums,* en «Zeitschrift für wissenschaftliche Theologie» (1878).

HILPISCH ST., O. S. B. : *Aus der Frühzeit des Mönchtums* (Düssel-

dorf 1926), en «Religiöse Quellenschriften», hrsg. von I. Walterscheid.

HUEBNER AEM.: *Inscriptiones Hispaniae christianae*, 2 vol. (Berlín 1871, 1900).

JAHN A.: *Sancti Methodii opera et S. Methodius platonizans* (Hallis, Sax. 1865).

KNABENBAUER J., S. I.: *Die religiöse Orden und ihre Bedeutung*, en «Stimen aus Maria Laach», t. IX (1875), pp. 237-255, 370-391, 481-502.

* KOCH HUGO: *Virgines Christi, Die Gelübde der Gottgeweihten Jungfrauen in den ersten drei Jahrhunderten*, TU, t. XXXI (1907).

— *Quellen zur Geschichte der Askese und des Mönchtums in der alten Kirche*, en «Sammlung ausgewählter Kirchen-und Dogmengeschichtlicher Quellenschriften herausgegeben von G. Krüger», n. Folge, n. 6 (Tubinga 1933).

KOLBERG J.: *Verfassung, Kultus und Disziplin der christlichen Kirche nach den Schriften Tertullians* (Braunsberg 1886).

LABRIOLLE P.: *La vie de S. Paul de Thèbes et d'Hilarion*, Col. Science et Religion (París 1907).

— *Les débuts du monachisme*, escrito en «Histoire de l'Eglise» sous la direction de FLICHE-MARTIN, t. III, p. 3.ª, c. 1, pp. 299-370 (París 1936).

LADEUZE P.: *Etude sur le cénobitisme pakhômenien pendant le IV siècle et la première moitié du V siècle* (Lovaina 1898).

LAGRANGE F.: *Histoire de Sainte Paule* (París 1931).

LÁZARO BAYO MARC.: *La castidad virginal*, 2 t. (Madrid 1925).

LEBON J.: *Athanasia syriaca*, en «Le Museon», t. XL (1927), 205-248; t. XLI (1928), 169-248.

LECLERCQ H.: *L'Afrique chrétienne* (París 1904).

— *L'Espagne chrétienne* (París 1906).

— *Cénobitisme*, DAC, t. II (1910).

— *Diaconesse*, DAC, t. IV (1920).

* LEIPOLDT J.: *Schneute von Atripe und die Entstehung des national aegyptischen Christentums*, TU, neue Folge, X, I (Leipzig 1903); juntamente con las observaciones de LADEUZE P., en «Revue d'Histoire Ecclésiastique», t. VII (1906), pp. 76-82.

MARTÍNEZ F., S. M.: *L'ascétisme chrétien pendant les trois premiers siècles de l'Eglise* (París 1913), en «Etudes de Theologie Historique», t. VI.

MAYER IOS.: *Monumenta de viduis, diaconissis virginibusque tractantia*, «Florilegium Patristicum tam veteris quam medii aevi», ed. GEYER-ZELLINGER, fasc. XLII (Bonn 1938).

MAYER JUL.: *Die christliche Aszese, ihr Wesen und ihre historische Entfaltung* (Freiburg 1894).

MAZON C.: *Las Reglas de los religiosos. Su obligación y naturaleza jurídica*, Col. Analecta Gregoriana, t. XXIV (Roma 1940).

MOEHLER I. A.: *Geschichte des Mönchtums in der Zeit seiner Entstehung und ersten Ausbildung*, en «Gesammelte Schriften und Aufsätse», t. II (1840).

MONCEAUX P.: *Saint Augustin et Saint Antoine. Contribution a l'histoire du monachisme*, en «Miscellanea Agostiniana», t. II (Roma 1931).

MONTALEMBERT LE COMTE DE: *Les moines d'Occident* (París 1873-1877).

MORIN GERM., O. S. B. : *L'ideal monastique et la vie chrétienne des premiers jours* (2.ª ed., Maredsous 1914).
— *Pages inédites de deux Pseudo-Jérômes des environs de l'an 400. I, Deux lettres mystiques d'une ascète espagnole*, en «Revue Bénédictine», t. XL (1928), pp. 289-310.
OPPENHEIM PH., O. S. B. : *Das Mönchskleid in christlichen Altertum* (Freiburg 1931).
— *Die consecratio virginum als geistesgeschichtliches Problem. Eine Studie zu ihrem Aufbau, ihrem Wert und ihrer Geschichte* (Roma 1943).
PARGOIRE J. : *Les débuts du monachisme à Constantinople*, en «Revue des Questions Historiques», t. LXV (1899), pp. 67-143.
PÉREZ DE URBEL J. : *Los monjes españoles de la Edad Media*, 2 t. (Madrid 1945).
PETERS : *Jungfrauen*, en «Real-Encyclopädie der christlichen Alterthümer», hrsg. von F. X. Kraus (Freiburg 1880).
POURRAT P. : *La spiritualité chrétienne*, 4 vol. (París 1926).
RAMPOLLA DEL TINDARO Card. : *Santa Melania giuniore senatrice romana*. Documenti contemporanei e note (Roma 1905).
SCHIWIETZ ST. : *Das morgenlandische Mönchtum*, t. I : *Das Ascetentum der drei ersten Jahrhunderten und das Aegyptische Mönchtum in IV Jahrhundert* (Mainz 1904).
— *Eine neue Auslegung von I Cor. 7, 36-38*, en «Theologie und Glaube», t. XIX (1927), 1-15.
SICKENBERGER J. : *Syneisaktum in ersten Korintherbriefe*, en «Biblische Zeitschrift», t. III (1905), 44-69.
SPREITZENHOFER E., O. S. B. : *Die Entwiklung des alten Mönchtums in Italien von seinen ersten Anfängen bis zum Auftreten des heil. Benedikt* (Wien 1894).
TILLEMONT LENAIN DE : *Memoires pour servir à l'histoire écclésiastique des six premiers siècles* (Venecia 1732).
VILLER M.-RAHNER K. : *Aszese und Mystik in der Väterzeit* (Freiburg in Brisgau 1939).
VOUAUX L. : *Les actes de Paul et ses lettres apocryphes*, Col. Les Apocryphes du Nouveau Testament, sous la direction de J. BOUSQUET (París 1913).
WECKESSER P. : *Das feierliche Keuschheitgelübde der Gottgeweihten Jungfrauen in der alten Kirche*, en «Archiv für katolisches Kirchenrecht», t. LXXVI (1896), 83-104.
* WEINGARTEN H. : *Der Ursprung des Mönchtums im nachconstantinischen Zeitalter*, en «Zeitschrift für Kirchengeschichte», t. I (1877), pp. 1-35, 545-574.
WILPERT J. : *Die gottgeweihten Jungfrauen in den ersten Jahrhunderten der Kirche* (Freiburg 1892).
— *Die Malereien der Katacomben Roms*, Texband und Tafelband (Freiburg 1903).
WUESCHER-BECCHI : *Die Kopftracht der Vestalinnen und das Velum der gottgeweihten Jungfrauen*, en «Römische Quartalschrift für christliche Altertumskunde und für Kirchengeschichte», Rom, XVI (1902), 313-325.
ZAMEZA J. : *Rutas de luz* (Madrid 1943).
* ZOECKLER OT. : *Askese und Mönchtum* (Franckfurt a. M. 1887).

Fuera de esto deben tenerse en cuenta los capítulos referentes a estas materias, a veces muy bien desarrollados, en obras de carácter

más general, como sucede en las Historias de la Iglesia de DUCHESNE, MARTIN-FLICHE, GARCÍA VILLADA, etc. No menos valiosos son los datos aportados por las Patrologías de ciertos autores, v. gr., BARDENHEWER, CAYRÉ, ALTANER, etc., o las Historias de la literatura cristiana griega y latina, como las de * PUECH, LABRIOLLE, MORICCA, MANITIUS, etc. Finalmente, es necesario tener presentes los estudios monográficos para determinados Padres y escritores ; tales son los de D'ALES para Tertuliano y San Cipriano, los de CAVALLERA y * GRUETZMACHER para San Jerónimo, etc., etc. Obras que, por su carácter demasiado general o menos orientado a nuestro asunto, no hemos juzgado pertinente incluirlas en la anterior lista.

LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

PARTE I

LA SIEMBRA DE LA VIRGINIDAD

CAPÍTULO I

La virginidad antes de Cristo

1. La virginidad y el Antiguo Testamento.—2. Visión retrospectiva del hecho.—3. La pedagogía de la Providencia

La virginidad y el Antiguo Testamento

1. Los montes de Galaad se hallaban convertidos en escenario de un extraño espectáculo. Pálidamente iluminadas por los reflejos de un sol crepuscular de otoño, que se extinguía tras los últimos picachos de la sierra, se veían vagar mustias y errantes las siluetas de numerosas vírgenes de Israel. Suelta al aire su cabellera con despreocupado desaliño, mal ceñidas al talle sus blancas túnicas, a la sazón ennegrecidas por el polvo y el agua; ojerosos sus semblantes, cual agostados por un dolor profundo, semejaban una turba de plañideras esparcidas a lo largo de las ondulaciones y crestas escabrosas de la montaña.

Entre todas se destacaba fácilmente una, en quien lo más profundo de su dolor resaltaba más vivamente sobre lo más lujoso de sus atavíos. Se diría que la angustia reflejada en su semblante era la que irradiaba, a través del ambiente, el tinte de lúgubre tristeza que a todas las demás envolvía. Era la hija de Jefté, la unigénita del héroe de Israel.

Este valiente caudillo acababa de conducir sus ejércitos de triunfo en triunfo a través de las tierras ammonitas, y aún hacía muy pocos días que había regresado victorioso a su patria para recoger los laureles ofrecidos por su pueblo en justa recompensa. Pero ¡ay!, que en el cáliz mismo de su gloria había depositado la fortuna una gota de amarga hiel. En medio del estruendo de la lucha, alucinado por un momento su espíritu ante la magnitud del peligro que afrontaba y presa de un súbito movimiento de irreflexión, había

pronunciado este voto solemne ante la presencia de Yahveh: "Si entregas al enemigo en mis manos, ¡oh Dios de los ejércitos!, juro inmolar en tu honor la primera víctima que saliere a mi encuentro en los umbrales de mi casa."

La victoria fué definitiva. Jefté pudo en breve tornar al descanso de su hogar. Ya llegaba a las puertas de su palacio entre los vítores de la muchedumbre, ebria de entusiasmo, cuando vió acercarse hacia sí, despidiendo reflejos de oro con sus joyas y radiante con la alegría candorosa del amor filial, a su hija única, que a la cabeza de un grupo de doncellas venía a festejar la venida de su padre con ritmos de danza y alegre repicar de castañuelas. El caudillo de Israel palideció a su vista, recordando el voto ofrecido en los campos de batalla. Y creyéndose obligado, en su rudeza de soldado, a cumplir aquella promesa, ciertamente ilícita, rasgó sus vestiduras y exclamó con voz de gemido: "¡Ay de mí, hija mía!; hemos sido ambos burlados por la desgracia, que encadena mi voluntad con el vínculo de un voto" [1]. Apenas oída por la joven la sentencia de muerte a que la condenaba el juramento de su padre, levantó hacia él su hermosa frente, rebosante de ensueños, y con la serenidad de una heroína legendaria repuso: "¡Padre mío!, si has dado a Dios tu palabra, descarga sobre mí tu brazo sin vacilación, puesto que el Señor te concedió la venganza de tus enemigos. Sólo te ruego una cosa: permite que vaya a los montes con mis compañeras para desahogar durante dos meses el dolor de morir virgen todavía."

Tal era la causa de los lamentos que resonaban en las montañas de Galaad. La hija de Jefté, con el temple de acero heredado de su padre, se mostraba impávida ante la proximidad de su muerte, pero no podía dominar el angustioso pensamiento de bajar al sepulcro conservando intacta su virginidad [2].

---

[1] Iud. 11, 29-40. Es lo más probable que Jefté procediese con ferviente espíritu religioso al pronunciar aquel voto, en que preveía el sacrificio humano de alguno de sus siervos. La ignorancia que ello denotaba, se hace muy natural en un guerrero de su estilo, que, arrojado por sus hermanos de la casa paterna, se había distinguido durante varios años como jefe de aventureros en la región de Tob. Nada tiene de extraño que desconociese la prohibición de inmolar víctimas humanas contenida en el Lev. 12, 31. El recuerdo de la escena, más conocida, de Abrahán, presto a inmolar a su hijo Isaac; el deseo de ofrendar un holocausto de importancia correspondiente a la situación crítica del momento, y el ejemplo de los pueblos gentiles circunvecinos, especialmente los cananeos, le impulsaron a un acto que ofende nuestros sentimientos civilizados, pero se armoniza con el espíritu bárbaro de aquella época, como lo confirma otra escena semejante llevada a cabo años más tarde por un rey de Moab (4 Reg. 3, 27).

[2] No han faltado quienes, torturando el texto bíblico, han intentado interpretarlo en el sentido de que Jefté no sacrificó la vida de

Hasta aquí nos descubre la narración judía el concepto depresivo que una familia o, si se quiere, las tribus habitantes de una cierta región palestinense, tenían formado respecto a la virginidad. Pero las palabras que se siguen en el fragmento bíblico extienden los horizontes de la escena hasta darle un significado estrictamente nacional: "A partir de esa fecha se inició en Israel la costumbre, que después se observó siempre, de congregarse todos los años las jóvenes del pueblo israelita para llorar la desgracia de la hija de Jefté durante cuatro días." Esta frase nos presenta ya a toda una nación que a través de los tiempos sigue haciendo una profesión de duelo ante el ara de la virginidad.

El pueblo hebreo, a pesar de su elevación moral, no había llegado a comprender la naturaleza sublime de esta virtud; y aquellas doncellas de Israel que aparecen a lo largo del Antiguo Testamento, como iluminando sus páginas todas con un rayo castísimo de luna, no llegaron ni siquiera a entrever la grandeza ofuscadora con que habían de presentarse ante la historia las vírgenes cristianas al consagrar con voto su virginidad. Ocho veces tan sólo sale la palabra *virginidad* en boca de personajes hebreos a lo largo del Antiguo Testamento: se la celebra perdida tras los jubilosos festejos del matrimonio; se la llora al verla intacta merced a una muerte prematura; se la nombra indiferente en diversas ocasiones; jamás se enaltece su grandeza supraterrena.

La mujer de Judea cruzaba los años de su vida fija siempre la vista en el Mesías prometido, que había de nacer de su raza; su ilusión más fascinadora se cifraba en que pudiera aparecer éste entre su descendencia, y la mayor maldición con que podía castigar el cielo sus delitos era la esterilidad o la falta de sucesión, que le arrebataban por completo la esperanza de ser nombrada un día entre los antepasados del Cristo Redentor.

Hay pocas oraciones de acentos tan desgarradores en labios femeninos del Antiguo Testamento como la plegaria de Ana, futura madre del profeta Samuel, pidiendo a Dios entre torrentes de lágrimas la librase de la afrenta de morir sin sucesión. Por el contrario, entre las exclamaciones más jubilosas de las mujeres israelitas se destaca la de Isabel, madre de Juan Bautista, cuando al conocer su futura

---

su hija, sino únicamente consagró a Dios sus años futuros, condenándola a vivir apartada del mundo y, por tanto, del matrimonio. Ni las palabras de la narración bíblica ni las costumbres de la época permiten esta interpretación, como puede verse en F. HUMMELAUER, CSS, *Comment. in libros Iudicum*, pp. 232-235. Por lo demás, aun admitida esta interpretación improbable, el argumento para nuestro caso conservaría la misma fuerza, pues la causa del luto sería la conservación inevitable de la virginidad.

maternidad da gracias al Señor, que al fin ha accedido a borrar el oprobio que, según ella, la avergonzaba entre los hombres [3].

Esta ansia de maternidad venía a tener su confirmación en las promesas divinas hechas por el Dios del Antiguo Testamento a las almas justas, que le sirviesen con espíritu fiel [4], y encontraba nuevo pábulo al entonar algunos de aquellos cánticos nacionales, hipotiposis inimitables por sus toques de poesía patriarcal, en que las bendiciones de Yahveh se plasmaban con colorismo de idilios familiares. No había mujer judía que no hubiese recitado más de una vez en sus peregrinaciones a Jerusalén o no hubiese oído melodiar a los sacerdotes, mientras subían las gradas del templo, las estrofas de uno de los salmos graduales en que se presenta la felicidad de la vida doméstica. Sus versículos describen al padre de familia, que con su trabajo honrado sustenta la casa próspera e independiente de toda sujeción extraña. En el interior del hogar se esconde la esposa, embelleciéndolo con su fecundidad a la manera de una vid cargada de alegres racimos, y cuando a la hora de la comida se acercan ambos a la mesa, se ve ésta rodeada por los hijos como por tiernos retoños de oliva, que la coronan con la exuberancia de su verde lozanía. "Así será bendecido quien teme al Señor—concluye dicho salmo 128—; bendígate de este

[3] 1 Reg. 1, 9-19; Lc. 1, 25. Son tanto más de notar ambos pasajes cuanto que en ellos se trata de dos almas muy gratas al Señor y verdaderas representantes del espíritu judío. Con razón podría afirmar San Juan Crisóstomo que en el Antiguo Testamento ni siquiera los que más se distinguieron por su santidad fueron capaces de entregarse a la pureza perfecta (*In Mat.*, hom. 77, alias 79, n. 1: PG 58, 711. Véase asimismo *De poenitentia*, hom. 3, n. 3: PG 49, 295 s.).

[4] Recuérdense, por ejemplo, las promesas del Lev. 26, 1-9, en que se dice a los israelitas: «Si caminareis según mis mandamientos y guardareis mis preceptos, os proporcionaré la lluvia a sus tiempos oportunos... Os miraré con benignidad, y haré que crezcáis y os multipliquéis sobre la tierra». Parecido premio se les proponía en el Deut. 28, 1-4: «Si oyeres la voz del Señor tu Dios, observando todos sus preceptos..., será bendito el fruto de tu vientre y los productos de tus campos...». No son de maravillar estas promesas de bienes temporales como premio por la observancia de la antigua alianza, pues, como nota Santo Tomás, los estímulos para guardar una ley deben buscarse entre aquellos objetos que más afectan al súbdito, «como el niño debe ser inducido para cumplir su deber por medio de regalillos infantiles». El pueblo hebreo se hallaba todavía en un estado muy imperfecto de formación religiosa comparado con la elevación de la religiosidad cristiana (*Summa theologica*, 1-2, q. 99, a. 6). Con todo, muy atinadamente demuestra Suárez que estas promesas de bienes materiales no eran exclusivas, sino que juntamente con ellas y a través de ellas alimentaba Dios en los judíos las grandes esperanzas de vida eterna que se les concederían por mediación del Mesías (*De legibus*, lib. IX, c. 6, nn. 18-21, ed. Vivès, t. VI, pp. 455-457).

modo el Altísimo desde el monte Sión, para que presencies la prosperidad de Jerusalén a lo largo de tu vida y contemples a los hijos de tus hijos en rededor tuyo. La paz sea sobre Israel."

Cuadros de tan palpitante colorido no podían menos de velar tras las sombras de un segundo plano el ideal de una continencia perfecta. Es evidente que Dios no había revelado todavía al mundo las excelencias de la virginidad [5].

Visión retrospectiva del hecho

2. Este vacío en las concepciones ascéticas del pueblo escogido ocupó desde luego la atención de los escritores del primitivo cristianismo. Surgieron al punto delicados trabajos de disección y se sucedieron las explicaciones consiguientes para dar a conocer de rechazo los caminos históricos de la Providencia.

Al principio era necesario el matrimonio como ley universal, decía ya San Cipriano y lo repetían otros Santos Padres, para ir poblando aquel mundo todavía informe y solitario. A este fin, añadía San Jerónimo, se encaminaban las bendiciones del Señor, concretadas, la mayor parte de las veces, en promesas de sucesión fecunda y brillante pos-

[5] Es frecuente aplicar a la virginidad ciertos textos del Antiguo Testamento, siguiendo el ejemplo de la Iglesia, que los emplea muy oportuna y hermosamente, en un sentido acomodaticio, al celebrar las glorias de las santas vírgenes. En las antífonas del Oficio divino se aducen los versículos de la Sabiduría, c. 4, v. 1 s.: «¡Oh cuán bella es la generación casta con esclarecida virtud. Inmortal y gloriosa es su memoria ante Dios y ante los hombres. Cuando está presente la imitan, y cuando se ausentan la echan de menos; coronada, triunfa eternamente, ganando el premio en los combates por la castidad». Prescindiendo de que la perícopa primera y fundamental no se halla en el texto griego, sino que fué exclusiva de la versión latina, debida a una falsa interpretación, el sentido de todo el pasaje aquí, como en el capítulo anterior, referente a los eunucos varones, es más bien consolatorio para aquellos que son estériles por defecto de la naturaleza, pero a quienes la virtud puede hacer objeto de santa envidia por parte de los demás. Parecidas consideraciones suscitaría el texto del profeta Zacarías 9, 17, aplicado frecuentemente a la Eucaristía como fuente de virginidad: «¿Cuál será su don y cuál será su belleza sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes?»; palabras que en su sentido literal se refieren únicamente al alimento corpóreo y a la bebida, que han de criar jóvenes y doncellas robustas en Israel. Cf. CSS, R. CORNELY, *Comment. in libros Sapientiae*, pp. 138-149, y M. HAGEN, *Comment. in prophetas minores*, pars altera, ed. 2.ª, pp. 404-406. Resulta, pues, exacta la afirmación de SAN JUAN CRISÓSTOMO, cuando dice que «en el Antiguo Testamento ni siquiera se nombra la gloria de la virginidad» *(Contra iudaeos et gentiles, quod Christus sit Deus*, n. 7: PG 48, 823).

teridad. Pero había de llegar un momento en que la tierra apareciese ya cubierta por los hijos de los patriarcas, como un campo repleto de mies. Era la hora de enviar segadores que recogiesen el fruto maduro de aquellas bendiciones, convirtiéndolo en propia virginidad. Esta era la razón más obvia y ostensible que acudía a la pluma de los escritores, principalmente occidentales, no sin acompañamiento de rápidas llamadas a otras explicaciones simbólicas en consonancia con el carácter figurativo del Antiguo Testamento [6].

La pedagogía de la Providencia

3. Los escritores orientales penetraron más profundamente en los planes de las grandes líneas evolutivas con que el Supremo Hacedor gobierna a la humanidad y acertaron a desentrañarlos con elevación más sutil. En la esfera de la pureza, como en otras muchas, la pedagogía divina se había propuesto instruir al hombre gradualmente, hasta conducirlo poco a poco a las más altas cimas de la perfección moral.

En frase de uno de los primeros obispos vírgenes, cuya vida y obras nos han conservado los anales cristianos, el mártir San Metodio, se había portado el Creador con la humanidad a la manera de un padre solícito por la educación de su pequeñuelo. No asigna ya al niño, todavía envuelto en los pañales de la cuna, un pedagogo que le instruya en lo más arduo de la disciplina cívica y moral, sino que, después de conceder a la edad primera cierto espacio de tiempo para que se entretenga con los juegos de la infancia y trisque por las praderas a la manera de los tiernos novillos, le envía en un principio a maestros que empiezan a balbucir con él las primeras palabras y rudimentos del lenguaje, hasta que, desprendiéndose poco a poco la pelusilla que envuelve aquella inteligencia infantil, pueda subir a artes más elevadas, para pasar, finalmente, a las cumbres excelsas de la ciencia. Tal fué la táctica de Dios con el género humano [7].

---

[6] SAN CIPRIANO, *De habitu virginum*, XXIII: PL 4, 465; SAN JERÓNIMO, *Epist.* XXII *ad Eustoquium*, n. 21: PL 22, 407 s.

[7] SAN METODIO, *Convivium decem virginum*, orat. 1 Marcellae, c. 2: PG 18, 40 s. Parecida exposición hace SAN JUAN CRISÓSTOMO en su obra *De virginitate*, c. 16: PG 48, 545. De un modo más poético tal vez, SAN GREGORIO NACIANCENO expone esta idea comparando la acción divina a la de un pintor, que al principio sólo traza un boceto con tintes obscuros, pero luego da vida y luz al cuadro con todo género de colorido (lib. I *Carminum*, sect. 2, *Poemata moralia*, I *In laudem virginitatis*, vv. 175-215: PG 37, 536-538).

Apenas multiplicadas las primeras generaciones, prohibió el Señor los matrimonios entre los miembros próximos de una misma familia; restringió luego la poligamia, señalando penas gravísimas para el adúltero; enalteció más tarde la belleza de la castidad y la continencia conyugal en los libros sapienciales. Sólo faltaba un paso más para completar la revelación gradual del misterio de la pureza; pero la manifestación de esta última nota de la gama, que había de resonar con armonías inimitables de cielo, la tenía reservada para su Hijo divino, el Verbo hecho carne, único digno de promulgar doctrina tan sublime.

Este desarrollo evolutivo del concepto de la pureza era, sin duda, muy conforme a las perspectivas de la Providencia divina respecto a la humanidad. Por eso este cuadro de filosofía de la historia sobrenatural siguió reforzándose en los autores posteriores, y, todavía un siglo más tarde, las vírgenes del Asia Menor podían saborear estas visiones de la solicitud materna de un Dios para con los hombres, al oír las explicaciones de San Juan Crisóstomo sobre la educación del género humano en orden a la castidad.

"Ahora nos acaece como a los polluelos de las aves. Después de criarlos la madre por algún tiempo, los saca del nido; mas si los ve caer faltos de vigor y fuerzas y necesitados de permanecer aún allí dentro, los deja algunos días más; no para que estén en el nido perpetuamente, sino para que, bien fortalecidas las alas y robustecidas por completo sus fuerzas, puedan alzar ya el vuelo con seguridad. Así ya desde antiguo nos atraía el Señor hacia el cielo, mostrándonos el camino que a él conduce. No porque ignorase, sino conociendo muy bien que no éramos aún capaces de volar tan alto, quiso probarnos que una tal caída no se debía a su voluntad, sino a nuestra flaqueza. Luego que nos lo hizo comprender así, permitió que nos alimentásemos por largo tiempo, como en un nido, en el matrimonio y las cosas terrenales. Cuando, finalmente, nos nacieron las alas de la virtud al cabo del tiempo, llegándose a nosotros poco a poco, nos sacó de este domicilio y nos enseñó a volar más alto" [8].

La condescendencia divina queda así diáfana como efecto de una ternura maternal de Dios. Sin embargo, el ímpetu creciente con que la virginidad arrebataría las mentes

[8] *De virginitate*, c. 17: PG 48, 545 s. El mismo autor expone cómo esta graduación se ha dado en todas las demás virtudes, resultando ahora de menos valía, gracias a la iluminación de Jesucristo y a la gracia del Espíritu Santo, lo que para aquella época y para aquel pueblo tan material podía pasar como gran perfección religiosa. Por eso también los premios prometidos en ambas leyes son distintos (ibid., c. 83 s.; PG, t. cit., 594 s.).

y corazones cristianos hacía necesaria la insistencia sobre este punto.

Es el mismo Crisóstomo quien vuelve a prevenir a las vírgenes para que no se extrañen de que Dios no introdujera la virginidad desde el principio del mundo. En esto ha seguido el Señor la conducta de un médico prudente, que no receta a sus enfermos de una vez y al mismo tiempo todas las prescripciones facultativas de que dispone en su recetario, sino que espera la ocasión oportuna para administrarlas convenientemente. Al que está consumido por la fiebre le veda los alimentos fuertes, que podrían fomentarla; distribuye con tacto sus medicamentos para que ayuden a la naturaleza en la hora decisiva; aconseja a los convalecientes manjares substanciosos, que les devuelvan las fuerzas perdidas por la pasada dolencia.

El enfermo ignorante se entrega confiado a la dirección del facultativo: "A un médico, que unas veces saja, otras cauteriza, otras deja ambos procedimientos y sigue un tercero, no le molestas con preguntas importunas, a pesar de que yerra con frecuencia; y, en cambio, tú, simple hombre, a Dios, que nunca se equivoca y que todo lo rige de modo digno de su prudencia, ¿te atreves a pedir cuentas de sus preceptos, sin dejar el camino libre a su sabiduría? Creced y multiplicaos, dijo. Esto exigían los tiempos, cuando, furiosa la naturaleza, ni tenía posibilidades de sujetar las pasiones ni puerto en donde refugiarse en semejante tempestad. ¿Qué debía entonces mandarse? ¿Permanecer en continencia y virginidad? Esto hubiera hecho mayor la caída y más ardiente el fuego. Porque si alguien se empeñara en privar de la leche a los niños de pecho y alimentarlos con manjares propios de personas mayores, no podría impedirse el que murieran sin remedio. Tan gran mal es no tener en cuenta la sazón" [9].

Con esto quedaba en claro la pedagogía de Dios para con el hombre y excusada en cierto sentido la tosquedad ascética del pueblo hebreo, que no había sabido elevarse, aun cuando sólo fuera con vuelos fugaces, sobre la carne y la materia. Pero, a pesar de todo, era inevitable que espíritus de contextura tan delicada como los de las vírgenes cristianas se dejaran impresionar por aquella sombra con que aparecían veladas aun las más grandes figuras del Antiguo Testamento. Tal vez un relámpago súbito de vanagloria cruzaba a las veces por sus mentes, viéndose en este punto superiores a los grandes personajes de Israel.

El hecho es que debieron ser prevenidas por los pastores eclesiásticos para que no se dejasen ilusionar juzgán-

[9] Ibid., c. 17: PG 48, 546.

dose superiores a los antiguos patriarcas. Debían tener en cuenta que aun cuando la continencia y virginidad sean por derecho divino preferibles al matrimonio, en este caso aquellos venerables varones no hacían sino cumplir los intentos del Señor, engendrando en algún modo la gran obra sobrenatural que presenciaban las vírgenes en su tiempo. Habían sido el olivo cuidadosamente cultivado por Dios, en que deberían injertarse los retoños silvestres del mundo futuro para dar lugar a la Iglesia de Cristo. Aquellos matrimonios, al parecer carnales, encerraban un profundo misterio profético, que haría posible, al llegar la plenitud de los tiempos, la germinación maravillosa de la virginidad [10].

[10] Cf. San Agustín, *De sancta virginitate*, c. 1: PL 40, 397.

CAPÍTULO II

Cristo, fundador, modelo y príncipe

4. Origen celeste de la virginidad.—5. La fórmula de su fundación; elementos esenciales: firmeza, consagración, libertad, heroísmo.—6. Su modelo ejemplar.—7. Proclamación del Rey de vírgenes

Origen celeste de la virginidad

4. El infatigable apóstol de la virginidad en el siglo IV, el obispo San Ambrosio, empezaba con estas palabras uno de sus discursos: "Es costumbre exornar los panegíricos con las alabanzas de la patria y linaje del héroe festejado, a fin de que el recuerdo de los antepasados preste nueva nobleza y dignidad al descendiente; por mi parte, aun cuando no pienso componer una oración encomiástica, sino más bien una humilde descripción de la virginidad, no creo, sin embargo, fuera de propósito señalar su patria y progenitor. Así, pues, ante todo investiguemos su patria. Si allí está la patria donde se halla enclavado el domicilio de origen, sin duda que la patria de la castidad es el cielo. Allí es ciudadana, aquí en la tierra forasterá... ¿Quién se atreverá a negar que este nuevo género de vida emanó del cielo, siendo así que apenas pudo encontrársele en el mundo si no es después de que el mismo Dios descendió a revestirse de cuerpo terrenal? Entonces concibió una virgen, y el Verbo se hizo carne, para que la carne se hiciera Dios" [1].

En el plan de la divina Providencia era, pues, Jesucristo, el Verbo hecho carne, quien debía difundir de sí mismo

[1] *De virginibus*, lib. I, c. 5, n. 20, y c. 3, n. 11: PL 16, 194 y 191. San Gregorio Nacianceno trata de exponer en uno de sus poemas cómo «la primera virgen es la Santísima Trinidad..., en la que las personas no proceden al modo humano, sino cual resplandor que recibe su luz de otro resplandor, siendo un Dios que brilla en tres diversas lumbreras» (*Poemata theologica*, sect. 2, *Carmina moralia; In laudem virginitatis*, vv. 20-30: PG 37, 523 s.). La misma idea, algo más desarrollada, aparece en San Gregorio Niseno, que muestra la virginidad de las tres divinas personas, aunque unidas en el Padre y el Hijo a una fecundidad infinita (*De virginitate*, c. 2: PG 46, 321).

estas auras de pureza, cuya fragancia angélica denunciaba bien a las claras que su origen no era terreno, sino celeste. Un día, en efecto, mientras discurrían los discípulos de Jesús, con cierto egoísmo filosófico, sobre las utilidades y las cargas del matrimonio, abrió el Señor sus labios virginales y les dijo: *No todos son capaces de entender esta doctrina, sino tan sólo aquellos a quienes se les concede de lo alto. Hay quienes son inhábiles para el matrimonio por defecto físico de nacimiento; hay quienes lo son por injuria de los hombres; y hay, finalmente, quienes se inhabilitan a sí mismos por el reino de los cielos. Quien sea capaz de tal doctrina, sígala.*

Tal era la fórmula metafísica, por decirlo así, de la virginidad. Su traducción a la vida de los sentidos la ven algunos Santos Padres en la frase siguiente del Salvador, cuando Jesús, cual si quisiera mostrar una imagen palpitante de aquellos futuros adalides de la pureza, que contemplaba con mirada profética a través de los siglos, atrajo hacia sí uno de aquellos pequeñuelos que le rodeaban y, acariciándolo con sus divinas manos, exclamó: *Haceos niños, porque suyo es el reino de los cielos* [2].

La pintura era expresiva. Candor de azucena en mejillas, que dejan entrever la serenidad de un espíritu angélico; atractivo misterioso de mirada, que calma las tempestades de las pasiones; encanto de fragancia, que aromatiza cuanto halla a su alrededor; inocencia inmaculada, sentimiento ingenuo, casta ignorancia del pecado y de sus tortuosos caminos: todo eso, ennoblecido y avalorado por un acto libre de la voluntad, es el hombre virgen, es la mujer virgen.

Acababa, pues, de resonar por vez primera la voz de la virginidad en un obscuro rincón de Judea; su eco, desparramándose muy pronto con fragor de catarata, anegaría entre sus ondas los peristilos de las academias helénicas y los palacios de los próceres romanos, para venir, por fin, a desbordarse en los desiertos arenales de Egipto y los valles

---

[2] Mt. 19, 10-15. Preciso es confesar que no es una tal unión de ambos episodios el vínculo histórico más probable entre dichas escenas, pero no puede negarse que se complementan en el orden ideológico. San Ambrosio, con todo, cree encontrar en las palabras del Salvador la razón de la escena infantil que se sigue, y que expone bellamente refiriéndose a la pureza. (Cf. *De virginitate*, c. 6, n. 30: PL 16, 273.) También en Oriente el tratado *Opus imperfectum in Matthaeum*, atribuído, aunque erróneamente, durante largo tiempo a San Juan Crisóstomo, pero que ciertamente pertenece a un contemporáneo suyo, sea éste Wulfila, el obispo de la región transdanubiana, o Maximino, el obispo adversario de Ambrosio, anota expresamente que «algunos, al oír las palabras del Salvador sobre la castidad, le presentaron unos niños, que en calidad de tales no podían menos de ser castísimos por su pureza» (hom. 32: PG 56, 804).

solitarios de Siria. Cristo era el fundador de aquellas huestes animosas que cubrirían los siglos [3].

Es de notar que esta idea de Cristo Fundador quedaría tan fuertemente ligada a la virtud de la virginidad, que ni se podría prescindir de ella en lo futuro ni se lograría obscurecerla por nieblas algunas de pasión [4]. Huelga decir que así lo entendieron ante todo los primeros siglos cristianos.

El alma del gran movimiento virginal durante la cuarta centuria en Occidente, soñador extático de la pureza y paladín infatigable en el alistar las falanges de la castidad, San Ambrosio, llegó a decir, no obstante sus entusiasmos por la continencia: "Si Cristo no enseñó la virginidad, yo la condeno como detestable... Mas oigamos lo que dice Cristo: Hay continentes voluntarios por el reino de los cielos. Existe, pues, según estas palabras un ejército glorioso que milita por el reino de los cielos. Por lo tanto, fué el Señor quien enseñó a fomentar los deseos de una virginidad inmaculada" [5].

Esta unión de imágenes entre la virginidad y Cristo, su

---

[3] Con raras excepciones, como Weiss, todos los autores, aun protestantes, modernos especializados en exégesis, ven en las palabras del versículo 12 una exhortación a la continencia perfecta. Por lo que hace al versículo anterior: *No todos entienden esta doctrina*, algunos autores protestantes, como * TH. ZAHN, en su *Kommentar zum Neuen Testament*, t. I, *Das Evang. des Matthäus* (1919), p. 389 s., y * W. C. ALLEN, en *The International Critical Commentary, St. Matthew* (1907), p. 205, pretenden referirlo a la solución dada por Jesucristo sobre el divorcio, aunque con clara inconsecuencia, ya que aquélla es obligatoria y, por tanto, inteligible para todos. Es inútil observar que apenas hay autor desde los primeros tiempos, sea exegético, dogmático o asceta, que no aduzca o explique con frecuencia dicho texto. Sirva de ejemplo el mismo TERTULIANO, que, sin ser comentarista bíblico, apenas tiene tratado en que no lo cite una o varias veces.

[4] Son conocidos los intentos de ciertos autores de fines del siglo pasado, como Hilgenfeld, Weingarten, A. Bertrand y otros, en orden a hacer derivar el primitivo ascetismo cristiano de los esenios, terapeutas, druidas, o del culto de Serapis, de Buda o de Mitra. Fuera de la inconsistencia histórica de semejantes hipótesis, se hubiera opuesto a cualquiera de estos influjos la posición psicológica de los directivos y escritores del cristianismo naciente, que se horrorizaban ante cualquier concomitancia o contacto con los cultos paganos. Hasta tal punto llevaron esta disposición de ánimo, que, al encontrar creencias o ritos semejantes en aquellas religiones, muchos de ellos no dudaron en ver la obra del demonio, que había plagiado al cristianismo para perder las almas. Sería fácil acumular textos comprobativos de ambas aserciones. Un resumen de las corrientes dichas puede verse en F. MARTÍNEZ, *L'ascétisme chrétien pendant les trois premiers siècles de l'Eglise* (1913), pp. 1-18. Asimismo H. LECLERCQ, *Cénobitisme*: DAC, t. II, deuxième partie, principalmente col. 3047-3078.

[5] *De virginitate*, c. 6, n. 28: PL 16, 273. Véase asimismo *De virginibus*, lib. I, c. 3, nn. 11 y 13, y sobre todo c. 5, n. 21: PL, t. cit., 191, 192 y 194.

fundador, no era patrimonio exclusivo del mundo intelectual religioso, sino que se presentaba con la misma claridad de líneas en la mente de cualquier joven consagrada a la pureza. Así se entienden muy bien las exclamaciones de aquella gloriosa virgen antioquena mientras sentía desgarrarse las fibras de su corazón, trituradas entre el engranaje del bárbaro dilema a que la sometía el perseguidor: renegar de Cristo o ser prostituída en un lugar infame. No porque vacilase en su fidelidad al verdadero Dios, sino aterrada ante la pérdida de la castidad, se animaba a sí misma con estas palabras: "¿Qué hacer? ¿Entregarme al martirio? ¿Conservar la corona de la virginidad que se me envidia? ¡Aun cuando sería imposible llevar el nombre de virgen si se renegase del autor de la virginidad!" [6].

En el mundo mismo de la herejía, esta compenetración de Cristo y la fundación de la virginidad se imponía irresistible. Poco después del 213, Tertuliano, militante activo ya del movimiento montanista, publicaba su libro *De monogamia*. Según sus doctrinas, los seguidores exclusivos de Cristo, a quienes llamaba *psíquicos,* no poseían sino una revelación imperfecta y hemipléjica. Era menester recibir la efusión nueva del Paracleto para tener la iluminación completa, que caracterizaba a los verdaderos profesos del Espíritu, *los pneumáticos,* según su terminología. Con todo, al poner su pluma sobre las páginas de la castidad se vió obligado a escribir: "Podemos asimismo afirmar que si el Paracleto se

---

[6] *De virginibus,* lib. II, c. 4, n. 23: PL 16, 213. No cita San Ambrosio el nombre de esta virgen, que algunos, como el erudito cardenal Baronio en sus notas al Martirologio romano, el 28 de abril, identificaron con la virgen y mártir alejandrina Santa Teodora, condenada asimismo, según sus actas legendarias, a un lugar infame y librada, al igual que la joven ambrosiana, por un soldado cristiano. Simulando éste malas intenciones, llegó hasta la celda en que se hallaba encerrada la virgen, con quien cambió sus vestidos militares para que pudiera salir libre al amparo de tal disfraz. El mismo Baronio retractó poco después esta hipótesis en sus *Annales ecclesiastici,* t. III (Lucae 1738), ad annum 309, p. 468, dejando como desconocida la virgen aludida por el Obispo de Milán. El inicuo procedimiento de intentar la apostasía de las vírgenes atentando contra su pudor fué bastante frecuente en algunos perseguidores. Espontáneo y repetido fué también el ardid para librarlas de semejante ignominia, llevado a cabo por algún cristiano intrépido mediante el inocente fraude de cambiar las vestiduras. Después de todo, como recuerda Baronio, tenían un modelo en la historia clásica, según la cual las esposas de los minios libertaron con semejante treta a sus maridos que esperaban la muerte en las cárceles lacedemonias. (Cf. Valerio Máximo, *Factorum dictorumque memorabilium,* lib. IV, c. 6 *De amore coniugali: Exempla externorum,* n. 3: BCL, t. 122, Val. Max., vol. I, p. 311 s.) Acerca de las actas de Santa Teodora, c. F. Augar, *Die Frau im römischen Christenprozess, Ein Beitrag zur Verfolgungsgeschichte der christl. Kirche in römischen Staat:* TU, t. XXVIII, pp. 34-41. Asimismo P. Franchi de' Cavalieri, *Note agiografiche,* t. VIII, pp. 234-278.

decidiese a imponernos la virginidad o la continencia en todo su vigor, de modo que no fuese lícito templar los ardores de la carne ni siquiera con un matrimonio único, no introduciría con ello nada nuevo. El Señor mismo fué quien abrió a los vírgenes el reino de los cielos, manteniéndose El también virgen" [7]. No cabía duda: la legión fulgurante de las vírgenes, al seguir las pisadas de la castidad perfecta, creían firmemente seguir las pisadas de Cristo.

La fórmula de su fundación; elementos esenciales: firmeza, consagración, libertad, heroísmo

5. En Judea, pues, quedó promulgada la carta magna de la virginidad. Su doctrina tuvo que sonar como algo absurdo para el mundo contemporáneo; de ahí la atmósfera de misterio en que la envuelve el Salvador: *No todos son capaces de entender esta doctrina, sino sólo aquellos a quienes se les concede de lo alto.* Luego una fórmula rápida por su concisión, realista por su metáfora, inspiradora por los horizontes que despeja: *Sunt eunuchi, qui se ipsòs castraverunt propter regnum caelorum.* En lo futuro no haría falta sino desentrañar esta frase, preñada de elevación y fecunda en heroísmos. En ella se promulgaba la virginidad como estado inmutable, como estado de consagración religiosa y, finalmente, como estado voluntario y difícil a un mismo tiempo.

Estado de vida inmutable, permanente y definitivo, que ni siquiera el golpe destructor de la muerte podría alterar [8]. La identidad de la palabra empleada en los tres casos y la circunstancia de referirse los dos primeros a una incapacidad física inductora de continencia perpetua obliga a concebir también el tercer género aludido como una postura de vida sin cambio posible.

Jesucristo propone a los adelantados del espíritu la consigna de una renuncia irrevocable a los placeres del matrimonio. Renuncia que no debe ser en ningún caso efecto de una mutilación material, reprobada siempre por los intérpretes más antiguos del pasaje evangélico, sino fruto de una decisión enérgica de la voluntad, que deje orientada para siempre la actividad vital del hombre hacia un desti-

[7] C. 3: PL 2, 932.

[8] Es lo que se había de reflejar en las frases de los Santos Padres cuando hablasen del ánimo de las jóvenes consagradas. Decía San Ambrosio: «Las vírgenes están dispuestas a sufrir la muerte antes que perder su integridad» (*De virginitate*, c. 5, n. 24: PL 10, 272). De modo parecido habla el autor de la obra *De lapsu virginis*, c. 5, n. 19: PL, t. cit., 372.

no ultraterreno [9]. Postura moral esencialmente diversa de la continencia necesaria en la juventud antes del matrimonio o en la viudez después de rotos los vínculos nupciales por la muerte.

Merced a esta primera palabra de Jesús, el nuevo estado de la pureza adquiría, gracias a su inmutabilidad, un ropaje externo y una especie de sello distintivo que lo avalaba, pero cuya sola presencia era insuficiente para crear la verdadera naturaleza de la virginidad. Se requería un nuevo elemento más interno y de importancia primordial, cual era el móvil de la renuncia, para que se convirtiera en estado de consagración religiosa. He aquí una prueba.

Algunos de los intérpretes, cobijados por las cúpulas de la Escuela Catequética Alejandrina, de tendencia alegorizante, quisieron ver en los dos primeros casos de continencia descritos por el Señor una doble metáfora. En ésta se querría aludir a quienes por su misma complexión física fuesen fríos en sus pasiones o concupiscencias sexuales y a quienes por razones de orden meramente filosófico o por errores heréticos se mantuviesen al margen de las apetencias de la carne [10]. A pesar de una tal interpretación, ninguno de aquellos autores concedieron a los continentes así aludidos el trofeo de la virginidad promulgada por Cristo. Podrá ver una joven cristiana en la enfermedad de sus padres, necesitados de ayuda; en el ejercicio de ciertas actividades docentes o humanitarias, en otras mil circunstancias casuales de la vida, el dedo de la Providencia, que la quiere mantener alejada del matrimonio, sin que por eso entre en el círculo gravitatorio de la virginidad creada por el texto divino [11].

[9] Uno de los más impetuosos combatientes contra el sentido material de la frase evangélica fué precisamente ORÍGENES, de quien refiere EUSEBIO en su *Hist. Eccles.*, lib. VI, c. 8 : PG 20, 536, que en su juventud se mutiló a sí mismo, dejándose llevar de uno de los ímpetus de su carácter fogoso. Tal vez para deshacer el influjo que pudiera producir su ejemplo, como parece indicarlo una de sus frases, y teniendo en cuenta la existencia de jóvenes ardorosos en Alejandría, dispuestos a los extremismos más radicales, insistió tanto en este punto de vista. (Cf. *Comment. in Matthaeum*, t. XV, n. 3 : PG 13, 1257-1261.) Sabido es que la Iglesia prohibió tal modo de proceder desde el principio, impidiendo a los tales el acceso al sacerdocio, causa de muchos de los sinsabores posteriores de Orígenes.

[10] ORÍGENES se inclina a esta interpretación, como más consecuente, ya que mantiene el sentido metafórico en los tres miembros de la frase de Jesús (*Comment. in Matthaeum*, t. XV, n. 4 : PG 13, 1262). Por su parte, SAN JERÓNIMO la cita también como una de las exégesis aceptables, aun cuando sin mostrar preferencia por ella (*Comment. in Matthaeum*, lib. III : PL 26, 141).

[11] Puede verse esta distinción entre las diversas disposiciones del espíritu respecto a la abstención del matrimonio y sus relaciones

Se requiere un alma interna que dé forma vital a ese estado y lo constituya en una especie de consagración total a Dios, segregándolo del mundo de lo profano: ésta es la significación trascendental de las palabras *propter regnum caelorum,* por el reino de los cielos.

El *reino de los cielos* en boca de Jesús es uno de los conceptos de contenido más rico y exuberante. Equivalente a *reino de Dios* en la casuística hebrea, encierra todas las virtualidades del gran imperio sobrenatural del Eterno Padre sobre los hombres redimidos. Su noción contiene dentro de sí el premio de la gloria eterna como última etapa del dominio divino y objeto de esperanza por parte de los fieles; equivale en su sentido real a la glorificación del supremo Señor de cielos y tierra; alude en su matiz escatológico a los esplendores de Cristo triunfante en su segunda venida; se identifica con la práctica filial de la voluntad del Padre entre los hombres; señala la vitalidad expansiva de la Iglesia cristiana a través de nuevos tiempos y regiones, y coordina, finalmente, en una sola idea, haz fecundo de luz, los dones de Dios como influjos transformadores, y las virtudes del hombre como conatos de acción creada; dones y virtudes que vienen a encontrarse, como en punto crucial, en la personalidad, a un tiempo centralizadora e irradiante, del Mesías [12].

---

con la verdadera virginidad en DIETRICH VON HILDEBRAND, *Reinheit und Jungfräulichkeit,* 133-137. SAN AGUSTÍN había de expresar esta idea con no menos concisión que claridad al decir: «No las alabamos por ser vírgenes, sino por ser vírgenes consagradas a Dios con piadosa continencia». Y hasta llega a afirmar que la virginidad de la joven que aspira a un futuro matrimonio es más infeliz que la castidad conyugal de la casada, pues ésta anda solícita por agradar a uno, aquélla está preocupada por agradar a muchos en busca de pretendiente *(De sancta virginitate,* c. 11: PL 40, 401; cf. ibid., c. 8, ed. y t. cit., 400).

[12] No es posible establecer con certeza si Jesucristo empleó la fórmula *reino de los cielos* o *reino de Dios.* Pudo muy bien adaptarse al uso rabínico, que, para evitar el pronunciar el nombre de Dios, en señal de reverencia había sustituído la palabra *Yahveh* por la de *cielo;* pero también es admisible que la acomodación fuese hecha por San Mateo, que escribía precisamente a los judíos. Para ver lo complejo de la fórmula *reino de Dios* en orden a explicar la perícopa de la virginidad, pueden compararse los textos siguientes: Mt. 8, 11: *Muchos vendrán de oriente y occidente a sentarse con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos* (bienaventuranza eterna); Mt. 6, 10: *Venga a nos el tu reino* (glorificación del Padre); Lc. 21, 31: *Cuando viereis estas señales, sabed que está próximo el reino de Dios* (parusía gloriosa de Jesucristo al fin del mundo); Mt. 6, 33: *Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura* (santidad o voluntad de Dios); Mt. 16, 19: *Te daré* (a Pedro) *las llaves del reino de los cielos* (Iglesia de Cristo); Mt. 13, 31: *Semejante es el reino de Dios a un grano de mostaza* (fuerza difusiva del cristianismo); Mt. 13, 33: *Semejante es el reino de los cielos a la levadura* (influjo sobrenatural de Dios en

Este concepto dinámico y algún tanto complejo del reino de los cielos es el que propuso Jesús como móvil de la virginidad, dejándolo conscientemente vago en medio de su amplitud desbordante. San Pablo se encargaría de desentrañar, cinco lustros más tarde, las semillas de energía en él encerradas. La *Didajé* o *Doctrina de los doce Apóstoles*, a fines del siglo I, y las *Epístolas pseudoclementinas sobre la virginidad*, algo más tarde, desdoblarían las dos direcciones fundamentales a que el impulso virginal del reino de Dios daba lugar. La dirección horizontal de los ascetas vírgenes consagrados por la castidad, para extenderlo en su fase terrestre, y la dirección vertical de las almas contemplativas, deificadas por la pureza, para gozarlo anticipadamente en su fase gloriosa. Los escritos del primitivo cristianismo seguirían extrayendo de allí nuevos e inacabables valores, y, finalmente, cuando los siglos III y IV señalasen el auge de la continencia no monástica, las vírgenes consagradas lo concretarían en aquella fórmula atribuída a una de ellas, Santa Inés, y que venía a representar el sentir de todos los corazones santificados por la perfecta pureza: "El reino del mundo y todas las pompas de este siglo he despreciado por el amor de mi Señor Jesucristo, a quien conocí".

Junto a estos dos elementos: estado inmutable y estado de consagración a Dios, aparecía en la frase creadora de Jesús otra tercera nota, y por cierto de doble aspecto. La virginidad se constituiría bajo el imperio de un acto de libre elección: *Hay quienes se inhabilitan a sí mismos;* la virginidad sería empresa difícil, reservada para espíritus selectos y esforzados: *Quien sea capaz de tal doctrina, sígala* [13].

La milicia gloriosa de continentes y vírgenes había de integrarse como avanzada de voluntarios, retadores intrépidos de la muerte en su propia carne, que, conscientes de lo arduo de la hazaña, se lanzasen a ella con pleno dominio de su responsabilidad. Quedaba tan acentuado este tono de libre elección y resaltaba con tanto relieve esta voluntariedad de la perfecta pureza, que hubiera sido difícil hallar entre los autores de los primeros siglos quien no las destacase con insistencia [14].

---

los hombres); Lc. 17, 21: *El reino de Dios está dentro de vosotros* (esfuerzos del hombre cooperando a la gracia divina).

[13] Nótese que la palabra χωρεῖν empleada por SAN MATEO, no indica sólo la comprensión intelectual de una idea, como pudiera creerse al leer la traducción de la Vulgata, sino la audacia necesaria para llevarla a la práctica. En este sentido la entienden los escritores griegos, v. gr., CRISÓSTOMO, *De virginitate*, c. 41: PG 48, 564.

[14] Pueden verse, por ejemplo, TERTULIANO, *Adver. Marcionem*, lib. I, c. 29: PL 2, 280-82; SAN CIPRIANO, *De habitu virginum*,

"La virginidad — había de exclamar San Ambrosio — puede aconsejarse, no mandarse. Es objeto de aspiración, no de precepto, pues la gracia no se impone, sino se desea; supone la libre elección, no la servidumbre obligatoria" [15]. De ahí su mejor timbre de nobleza, ya que, como diría el mismo autor en otro pasaje referente también a la pureza, "el precepto se da a los súbditos, el consejo a los amigos" [16].

Es más: se juzgó por los encauzadores más eminentes del ascetismo que la simple coacción moral proveniente de creerla obligatoria bastaba para que la virginidad dejase de ser la virtud vislumbrada por Cristo en su exhortación profética. Curioso es un tal raciocinio, repetido por los escritores del siglo II al V en contra de ciertas sectas gnósticas, como las de Saturnino y Marción; o frente a exageradas desviaciones ascéticas, como el encratismo; o en su lucha contra los maniqueos, que en su odio a la materia habían llegado a prohibir el matrimonio y ordenar la virginidad como necesaria para salvarse [17].

Ante esta proposición, los maestros ortodoxos de la moral cristiana reaccionaron resueltamente. Vírgenes, exclamaron, que por una supuesta obligación bajo la amenaza del infierno se abrazan con la continencia, no son verdaderas vírgenes, ya que les falta esa belleza insustituíble de la espontaneidad. Tertuliano lo había hecho notar en su réplica contra Marción, pero sobre todo el Crisóstomo se ensaña en este raciocinio: "Condenando las nupcias como práctica viciosa, ellas mismas se han arrebatado el premio de la virginidad. Los que huyen el vicio, no son por eso coronados, sino únicamente evitan el castigo. Y esto puede verse establecido no sólo en nuestras leyes, sino también en las extrañas. El que matare a otro, prescriben, sea ahor-

---

XXIII; PL 4, 463; San Jerónimo, *Adversus Iovinianum*, lib. I, n. 12: PL 23, 226-229; Orígenes, *Comment. in Epist. ad Romanos*, lib. X, n. 14: PG 14, 1275. Hay no pocos autores que dedican a este punto capítulos enteros, como Basilio de Ancira, *De vera virginitatis integritate*, c. 55: PG 30, entre las obras espurias de San Basilio Magno, col. 777-781. La primera parte del tratado *De virginitate* de San Juan Crisóstomo está consagrada en cierto modo a insistir sobre la libertad de esta virtud (cc. 1-10: PG 48, 533-40).

[15] *Exhortatio virginitatis*, c. 3, n. 17: PL 16, 341.

[16] *De viduis*, c. 12, n. 72: PL 16, 256.

[17] No todos los gnósticos prohibieron el matrimonio, pues, como es sabido, bien pronto se desdoblaron en opuestas tendencias morales igualmente lógicas, puesto su principio sobre la maldad intrínseca de la materia, de donde podía deducirse o un ascetismo exagerado o un libertinaje sin frenos por lo inevitable. Valentín imponía la continencia sólo a los psíquicos, permitiendo una libertad completa a los pneumáticos, cuya salvación estaba ya asegurada. Del mismo modo, los maniqueos prescribían como obligatoria la virginidad para el grupo de los *elegidos*, no para el de *oyentes*, tal vez meros catecúmenos, doble grupo en que dividían a sus adeptos.

cado; pero no añaden: el que no matare, reciba honra. El ladrón sea castigado, pero no mandan que quien no robe reciba premio... El Juez supremo les hablará así en aquel día último: no he preparado yo mis honras para los que se han limitado a evitar pecados (mérito mezquino ante mí), sino para los que han practicado toda virtud... ¿Cómo, pues, vosotras, juzgando el matrimonio acción impura y execrable por sólo evitar una cosa mala, pretendéis los premios reservados a los héroes de la virtud?" [18].

Todavía se destaca más el segundo aspecto de esta característica de la virginidad según la promulgó Cristo. Un tal acto de generosa elección tenía por fuerza que cimentarse sobre perspectivas de heroísmos. No era para toda clase de almas, y por eso Jesús la proponía únicamente a quienes sintiesen dentro de sí la fuerza explosiva de un volcán en erupciones de superación. Esta nota de dificultad y esfuerzo, en mutuo antagonismo, sería objeto de minuciosos análisis psicológicos a lo largo de la literatura de la virginidad para arrancar todo su sentido a la frase evangélica.

Sobre todo al llegar la virginidad a la edad áurea de su historia, las advertencias de los obispos dirigentes del movimiento se intensificarían poniendo ante los ojos la lucha: "No es fácil la ascensión a las alturas. ¡Qué sudores, qué trabajos debemos soportar cuando intentamos escalar un monte o la cima más elevada de una sierra! Pues ¡cuáles no serán al pretender elevarnos hasta el mismo cielo!... Conservad, vírgenes, conservad lo que habéis comenzado a ser, conservad las dotes gloriosas que habéis de tener más tarde". Estas eran hacia el año 250 las voces del Obispo de Cartago [19].

Un siglo más tarde describía el Obispo de Milán el difícil cometido de las vírgenes, poniéndolas en visión descarnada ante sí mismas, importunadas por solicitadores mundanos, maldecidas por amantes defraudados, recriminadas por sus padres, despreciadas por sus amistades, combatidas por su propia carne, hostigadas ferozmente por la concupiscencia, y siempre en peligro de ser arrastradas por la pasión como por un caballo indómito en época de celo. Ante aquel mundo de enemigos, que así parecía acosar a las vírgenes, no tendrían éstas otra ayuda sino la que apuntaba al fin de este cuadro el mismo orador latino: "Abrazad con cariño entre vuestras manos la cruz de Cristo nuestro Señor, y,

---

[18] *De virginitate*, c. 1 : PG 48, 533-35. Parecida idea expone TERTULIANO cuando dice : «No puede hablarse de abstinencia cuando no hay posibilidad de usar lo contrario... Se da abstinencia del matrimonio cuando existe el permiso de casarse» *(Adver. Marcionem*, lib. II, c. 29 : PL 2, 282).

[19] *De habitu virginum*, 21 s. : PL 4, 461.

elevándola en alto con vuestras obras, pisad firmes sobre el profundo mar de este mundo y pasad adelante... hasta tanto que la divina Bondad os lleve a aquel descanso del gran sábado de gloria y os trasplante a aquel monte de su herencia, donde María dirige los coros de los bienaventurados" [20].

Para sobreponerse a tantas dificultades sería menester, como advertía también por su parte el Crisóstomo, "un temple de alma tenaz constante y enemigo de todo deleite sensual. Hay que caminar sobre ascuas sin quemarse y sobre filos de espadas sin herirse. Tanta es la violencia de la sensualidad, que puede muy bien compararse con el hierro y con el fuego... Requiérense almas diamantinas, ojos vigilantes e insomnes, tolerancia suma, muros firmes, antemuros y cerrojos inexpugnables, centinelas alertas, atalayas valientes y despiertos y, ante todo, el favor del cielo" [21].

Junto a estos enemigos visibles, San Jerónimo, experimentado en las batallas infernales del desierto [22], les recordaba, recargando las tintas, los ataques de los espíritus diabólicos, que como salteadores las acecharían en las encrucijadas del vivir cuotidiano para despojarlas de su carga de oro y virtudes, o como escorpiones y serpientes se acercarían cautelosos a sus plantas para inocularles su veneno y quebrantar la decisión de su ascetismo, o como feroces leones, rodeados de sus cachorros y congregados en manadas con las bestias todas del monte, bramarían por lanzarse sobre ellas, criaturas frágiles y quebradizas por el desgaste de su propia lucha interna. Precisamente la delicadeza de su virginidad era el estímulo que provocaría la saña de sus adversarios, codiciosos, no de presas vulgares arrancadas al paganismo o al pecado, sino de manjares escogidos, como un Job, a quien procuraron hacer renegar de su amistad con Dios; un Judas, a quien arrebataron del seno del apostolado; un Pedro, cabeza de la Iglesia, a quien pretendieron cribar como trigo en el cedazo [23].

Cuán espontáneos rasgaban el aire los clamores de San Efrén en uno de sus himnos bajo la impresión de estas visiones: "En los aposentos de los poblados, en la soledad de

---

[20] *Exhortatio castitatis*, c. 7, nn. 45 y 48: PL 16, 349 s.

[21] *De virginitate*, c. 27: PG 48, 551.

[22] Es conocida la descripción tan viva que hace SAN JERÓNIMO de sus tentaciones y luchas en el desierto (*Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 7: PL 22, 398 s.)

[23] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 3 s.; PL 22, 395 s.; véase también *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 19: PL t. cit., 1123. Vivas son asimismo las descripciones que de dichas dificultades hace la *Epist. 1 ad virgines*, c. 5, donde, al hablar de los esfuerzos necesarios en la virginidad para dominar al mundo, las pasiones y el cuerpo, los compara a la lucha por vencer a un dragón, a un león, a una serpiente, al mismo Satanás (FPA, t. II, p. 4).

los desiertos, en todas partes traman asechanzas contra ti, ¡oh virginidad! Si entras bajo techado, se lanza contra ti el incestuoso Amnón para arrebatarte las riquezas de tu integridad; si sales al desierto y te ocultas en sus soledades, te asalta el lujurioso Siquem, codicioso de tus tesoros. ¿Adónde te dirigirás, paloma solitaria, pues se han multiplicado en tanto número tus raptores?" [24]

Y téngase en cuenta que las dificultades anunciadas por Cristo en su arenga sobre la virginidad habían de provenir principalmente de la elevación misma de dicho estado, que obligaría a mantener enhiesta la bandera entre un fragor tal vez horrísono de concupiscencias y estímulos pasionales, sin poder pactar con ellos al modo de los que se entregan al matrimonio. Las vírgenes y continentes, según San Metodio de Olimpo, serían con frecuencia timoneles que bogasen, no tranquilos y alegres por medio de un mar en calma, sino por medio de un oleaje tormentoso, que, rebotando en las sirtes y peñascos del océano, chocase contra las bandas de la embarcación y obligase al piloto a mantener el ánimo atento con tensión de agonía; serían castillos roqueros construídos, es cierto, sobre peña inconmovible, pero azotados por la furia de los vendavales y roídos a la continua por las inundaciones de los ríos y las torrenteras de las lluvias, contra las que deberían mantener incontrastable el tesón de su voluntad; su actuación respecto a la propia carne se asemejaría a la enojosa intervención de un médico o cirujano en trance de curar un cuerpo enfermo ardiente con la fiebre de la lascivia, carcomido por tumores cancerosos, rebelde a los medicamentos más eficaces y cuyas alternativas de paroxismo y desmayo exigiesen una vigilancia permanente y extrema [25].

Todo esto autorizaba a San Juan Crisóstomo para responder en la siguiente forma a la pregunta que él mismo se hacía: "¿Qué cosas fueron las consideradas por los antiguos como más difíciles y violentas? Sin duda la virginidad y el desprecio de la muerte" [26].

Tal vez al hablar así influía en la mente del orador antioqueno el recuerdo de una de las descripciones más vivas y realistas que habían salido de su pluma al pintar los in-

[24] *Hymni de Ecclesia et virginitate,* 23: LAMY, t. II, col. 782-784. Los nombres de Amnón y Siquem contienen sendas alusiones a los crímenes del hijo de David contra su hermana Tamar y del hijo de Hemor contra Dina, descendiente del patriarca Jacob, según se refieren, respectivamente, n 2 Reg. 13, 1-18, y Gen. 34, 2.

[25] *Convivium decem virginum,* post orationem 11 Aretes, c. 3: PG 18, 217-220. Entre imágenes delicadas pondera también esta misma necesidad de un ánimo fuerte y generoso para mantener la virginidad en la orat. 1 Marcellae, c. 1, t. cit., 37.

[26] *De poenitentia,* hom. 3, n. 3: PG 49, 296.

convenientes de las segundas nupcias: aquel cambio histriónico de los lamentos del funeral en las alegrías de la boda, aquella desconfianza de los antiguos amigos y continuos dicterios de los compatriotas, aquella batalla incesante de los hijos y la madrastra, con el consiguiente odio de ésta a la primera esposa. "Y, sin embargo, todos estos males les parecen a los hombres más fáciles y llevaderos que el de verse obligados a la lucha contra la tiranía de la concupiscencia. Pues bien, la virgen había de vencer el temor de este combate sin rehusar una batalla tan intolerable a juicio del vulgo, antes manteniéndose esforzada frente a los asaltos de su propia carne" [27].

Así se explica que el final de las frases de Jesucristo sobre la continencia sonasen en los oídos cristianos con vibraciones de arenga para enardecer ánimos valerosos: *Qui potest capere, capiat*. Quien se sienta con bríos para la lucha, láncese al combate, destruya al enemigo y arrebate la victoria [28].

Su modelo ejemplar

6. Mediante este análisis de los primeros intérpretes cristianos aparecía claro el sentido denso y complejo de la consigna divina. Pero la misión del Salvador respecto a la virginidad no había terminado, según el plan de la Providencia, con su promulgación. Al nimbo de doctor de esta virtud debía añadir la belleza de Modelo ejemplar y la unción de Príncipe de los vírgenes.

"En tiempos antiguos—decía San Metodio—, el hombre no era todavía perfecto, y por ello no era capaz de practicar cosas perfectas, como la virginidad. Creado a imagen de Dios, no había aún realizado en sí su semejanza con El; para esto fué enviado el Verbo a este mundo..., a fin de que nos hiciésemos capaces de adquirir la forma divina. Podemos, en efecto, formarnos a semejanza de Dios, trazando a manera de pintores en nosotros, como en una tabla, los rasgos de su vida humana, y siguiendo en calidad de discípulos el sendero que nos mostró con toda clari-

[27] *De virginitate*, c. 37 : PG 48, 559 s.

[28] SAN JERÓNIMO, *Comment. in Evang. Matthaei*, lib. III : PL 26, 141. Era menester este grito de arenga, pues como dice el mismo santo en otro lugar : «La virginidad es difícil, y por lo difícil rara» (*Adversus Iovinianum*, lib. I, n. 36 : PL 23, 259). En el mismo sentido se expresaba SAN AMBROSIO cuando decía : «La virginidad no es para la muchedumbre, ni es virtud vulgar ; no se trata de una permisión a los débiles, sino de una incitación a los esforzados» (*De virginitate*, c. 6, n. 29 : PL 16, 273). Bellamente se expresa también SAN METODIO, *Convivium*, orat. 9 Tysianae, c. 5 : PG 18, 188.

dad. Tal fué el intento de Dios al revestirse de nuestra carne: el de enseñarnos como en un cuadro un modelo de vida divina y que pudiéramos imitar al que lo trazó" [29].

Y cierto que entre los resplandores irradiados por la figura del Dios Hombre hubo uno que jamás logró obscurecer la calumnia de sus enemigos. En repetidas ocasiones permitió el Salvador que el odio de los escribas y legisperitos judíos segregase en su torno nubes de difamación tan densa, que sus milagros llegasen a parecer supercherías; su amor a los humildes, política malsana; sus invectivas contra la hipocresía farisaica, soberbia ambiciosa; sus divinas revelaciones, blasfemias; pero jamás otorgó licencia a sus adversarios para que empañasen la fama de su pureza virginal.

Constituía la delicadeza en esa virtud una de las líneas fundamentales en el concepto que sobre El habían formado los discípulos, el pueblo y sus mismos perseguidores. Sus *discípulos,* que se miran extrañados al encontrar en cierta ocasión a Jesús conversando con una mujer samaritana junto al pozo de Jacob y callan respetuosos ante el hecho, sin atreverse a formular pregunta alguna sobre lo que juzgan tan insólito; el *pueblo,* que ante la defensa que hace el divino Maestro de la infeliz adúltera, librándola de la pena capital, a que la condena su crimen, no osa arrojar sobre El ninguna de esas sospechas, fruto espontáneo de la malicia popular; sus *perseguidores,* que al contemplar en el banquete de Simón el fariseo cómo María Magdalena, aquella pública pecadora de Betania, embalsama con sus perfumes y acaricia con sus cabellos los pies del Salvador, antes que poner la menor mácula en su pureza se inclinan a tacharle de ignorante y falso profeta, desconocedor de la vida de aquella mujer escandalosa [30].

Con tal esplendor se presentaba Jesucristo como modelo para los futuros cultivadores de la virginidad. Todavía descubriría algo más la perspicacia de éstos. Existía un encuadre que realzaba más la imagen. La primera carta pseudoclementina, dirigida a los continentes de ambos sexos, lo hacía resaltar con esmero. Aquel virgen aparecía ante el mundo engendrado por una madre virgen a despecho de todas las leyes biológicas; era dirigido en la tierra por un padre putativo también virgen, cuya continencia desdecía de los usos y aspiraciones de sus conciudadanos; se presentaba anunciado por un profeta virgen, caso único en la historia de los

[29] *Convivium,* orat. 1 Marcellae, c. 4: PG 18, 44; cf. asimismo c. 1, t. cit., 37.

[30] El autor de las *Epist. ad virgines* hace notar esta delicadeza con especial complacencia, recordando los pasajes de la samaritana y de María Magdalena, cuando oyó el *noli me tangere* de labios de Cristo resucitado *(Epist. 2,* c. 15, nn. 1-3: FPA, t. II, p. 25).

videntes de Israel; se manifestaba en la vida pública del pueblo judío señalado por el dedo de un asceta virgen, modelado expresamente con este fin en las alturas de Hebrón, y escogía para confidente de los latidos más íntimos de su corazón al que había de pasar a los anales cristianos con el nombre de discípulo virgen por antonomasia [31]. Es decir, la obra y la doctrina se habían adunado para mostrar a la humanidad la pureza en todo su esplendor.

Bastaría, pues, en adelante a las vírgenes fijar su mirada en Cristo y dejarse arrastrar como alucinadas por sus ejemplos, repitiendo la frase que tantas veces habrían leído en la segunda carta pseudoclementina sobre la virginidad, tratando precisamente de esta virtud: "¿Acaso no es Jesucristo nuestra norma indestructible y el modelo propuesto a todo el género humano?" [32]

Hasta tal punto llegaba este arrobamiento en la contemplación de Cristo ejemplar virgen, que aun la misma lógica parecía obnubilarse con hiatos de inhibición cuando en una escena cualquiera se atravesaba de por medio este modelo. Es significativo el caso del autor de las cartas sirias sobre la virginidad. Después de ponderar la pureza de María, que virgen llevó en su seno durante nueve meses al Hijo de Dios, y virgen formó aquel divino cuerpo que había de rescatar al género humano, cuando parece va a proponernos la imitación de la integridad de la Madre del Verbo, concluye diciendo: "Imitad, pues, a Jesús" en la virginidad [33].

No debe causarnos extrañeza esta tesitura psicológica. Los fieles cristianos de la primitiva Iglesia, especialmente los espíritus consagrados de lleno al Evangelio, sentían presente a Jesús dentro de su alma cual si la llenase con su plenitud divina y le comunicase las fuerzas que ponían su cuerpo en actividad.

Era la sensación de la mártir Blandina, la tierna virgen de Lyón, cuando el año 177, al culminar la carrera de sus torturas, "llegó a no tener conciencia de las mismas con la esperanza de los bienes que se le acercaban y en virtud de su unión con Cristo". En el mismo drama de aquella persecución soportaría impertérrito el diácono lyonés Santo tor-

---

[31] La *Epist. 1 ad virgines* recuerda también varios de estos cooperadores del Señor, especialmente su Santísima Madre, San Juan Bautista, el discípulo amado y los principales predicadores, como Pablo, Bernabé y Timoteo (c. 7 : FPA, t. II, p. 5).

[32] *Epist. 1 ad virgines*, c. 15, n. 2 : FPA, t. II, p. 25. Recuérdese que las citadas cartas sobre la virginidad se leían públicamente en algunas Iglesias, y ciertos códices las copian juntamente con los libros del Nuevo Testamento.

[33] No pone el autor la palabra *en la virginidad*, sino *en todas las cosas;* pero el contexto antecedente y subsequente obligan a esta interpretación (*Epist. 1*, c. 6, n. 1 : FPA, t. II, p. 5).

mentos inauditos gracias a la fortaleza de Cristo, "que padecía en él" [34], y algunos años más tarde anunciaría Santa Felicitas en Cartago a sus verdugos que en el momento del suplicio "Cristo estaría en ella y sería quien padeciese por ella" [35].

Semejante fenómeno místico tenía lugar en las vírgenes respecto a la pureza. Su compenetración con el divino modelo llegaba a ser tan absoluta, que sentían sensiblemente a Cristo en sí y era El quien hacía vivir en ellas su propia virginidad. Traducían a la letra las palabras del Obispo de Antioquía, cuando hacia el año 107 exhortaba a los efesios para que "fueran imitadores de Cristo Jesús el Señor con toda solicitud..., para permanecer puros y modestos *en Jesucristo* según la carne y el espíritu" [36]. Jesucristo, modelo de la castidad, llegaría a la última perfección en este aspecto compenetrándose y viviendo la virginidad de sus mismos imitadores.

Proclamación del Rey de vírgenes

7. Nada más natural que quien había nacido para fundador y había vivido para modelo fuese también ungido como Príncipe de los vírgenes. Bajo este último título pasaría al lenguaje de los escritores continentes, sobre todo en el Asia Menor, donde San Metodio, por ejemplo, muestra especial complacencia en nombrar de este modo a Jesucristo. Como fundamento para ello hace notar que a ninguno de los profetas antiguos o varones ilustres se oyó alabar esta virtud, cuya promulgación estaba reservada a Jesús, a fin de que, legislando para la humanidad en esta materia, quedase constituído Príncipe de los vírgenes, del mismo modo que era Príncipe de los sacerdotes, Príncipe de los profetas y Príncipe de los ángeles [37].

Jesucristo, por su misma naturaleza, había nacido para reinar, y a lo largo de su vida podemos señalar las escenas en que se presenta con los cetros de su múltiple imperio espiritual. Los tres evangelistas sinópticos nos lo presentan como Príncipe de los profetas cuando, erguido en ademán apocalíptico frente a las obras del templo, presagia con

[34] La narración se halla en EUSEBIO, *Hist. Eccles.*, lib. V, c. 1: PG 20, 418 y 432.

[35] *Passio Sanctae Perpetuae et Felicitatis*, c. 15, ed. TH. RUINART, *Acta primorum martyrum sincera et selecta* (Amstelaedami 1713), p. 99. Sobre este punto de las relaciones de Cristo y los primeros cristianos tiene muy bellas observaciones P. POURRAT, *La spiritualité chrétienne*, t. I, pp. 88-92.

[36] *Ad Ephesios*, c. 10, n. 3: FPA, t. I, p. 222.

[37] *Convivium*, orat. 1 Marcellae, cc. 4 y 5; orat. 10 Domninae, c. 3: PG 18, 44 s. y 197.

doble y paralelo vaticinio la destrucción de aquellos muros ciclópeos en que se asentaba el culto judío y la destrucción del orbe al final de los siglos para servir de pedestal con sus escombros al lábaro de la cruz. Las cuatro narraciones evangélicas nos lo muestran como Príncipe de los mártires cuando arrastra penosamente bajo la cruz un cuerpo llagado en su totalidad y casi exánime por la crueldad aunada del populacho hebreo, el sacerdocio hierosolimitano y la política romana. El Antiguo y Nuevo Testamento, en común descripción, nos lo ponen ante la vista como Príncipe de los sacerdotes cuando, suspendido entre el cielo y la tierra, ofrece en el ara del Calvario su propia vida en suprema inmolación propiciatoria que aplaque la ira del Eterno Padre y santifique para siempre a la humanidad pecadora.

Existe también un momento histórico en que ostenta su majestad de Príncipe de los vírgenes. Ahora que, siendo la patria de la virginidad el cielo, era más oportuno que la solemnidad del acto se desenvolviese no entre luces de tierra, sino entre esplendores de gloria; he ahí por qué la escena se realiza en el paraíso.

El mismo discípulo amado es el que nos describe al Príncipe de la virginidad recibiendo los homenajes de sus vasallos los vírgenes: *Contemplé*—dice—*al Cordero en pie sobre el monte Sión, rodeado por ciento cuarenta y cuatro mil adoradores, que mostraban escritos en sus frentes el nombre de El y el nombre de su Eterno Padre. En aquel momento oí una voz del cielo semejante al rugido de una catarata y al retumbar de un trueno, pero que al mismo tiempo encerraba la armonía de citaristas que estuvieran tañendo sus instrumentos músicos. Los adoradores entonaron un cántico nuevo delante del trono del Cordero y delante de los cuatro animales simbólicos y de los ancianos; nadie podía aprender aquel cántico sino los ciento cuarenta y cuatro mil que habían sido rescatados de la tierra. Son éstos los que no se mancillaron con mujeres, conservando intacta su pureza. Estos son los que siguen al Cordero dondequiera que va; fueron rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero* [38]. Es evidente que el apóstol, en el cuadro transcrito, no hace sino consignar una escena de vasallaje al Rey en el imperio de la virginidad.

Jesucristo, por tanto, abrió la era de la virginidad como fundador; dió los primeros pasos por ella como su modelo y la cerrará al fin de los tiempos como su legítimo Rey.

---

[38] Apoc. 15, 1-4. SAN METODIO mismo llama la atención sobre este texto con referencia al principado de la virginidad en Cristo (*Convivium*, orat. 1 Marcellae, c. 5 : PG 18, 45).

CAPÍTULO III

Los heraldos de la virginidad en el siglo I

8. Predicación apostólica.—9. San Pablo, comentador de la fórmula evangélica de la virginidad.—10. Virginidad y matrimonio.—11. La consideración de las molestias del matrimonio: triple razón de este proceder.—12. San Juan y la visión celeste de la virginidad

Predicación apostólica

8. La virginidad estaba promulgada; se imponía el propagarla. Y así fué en efecto; el celo de los doce apóstoles dispersó bien pronto por los cuatro ámbitos del mundo, con energías de huracán, aquella ligera nubecilla de fragancias celestiales que se había elevado del corazón del Dios Virgen como de un místico incensario.

Dada la antigüedad de las fechas y, sobre todo, el interés absorbente de la persona misma del Salvador en aquellos tiempos, nada tiene de extraño que los documentos cierren silenciosos sus descarnados labios de pergamino respecto a la existencia de esta predicación apostólica. Los hechos, sin embargo, nos la atestiguan. Las nuevas cristiandades que fueron surgiendo al paso de los apóstoles por el desierto del paganismo, cual otros tantos oasis de lozana vegetación, presentaron bien pronto abundantes ejemplares de pureza: prueba inequívoca de que los portadores del Evangelio esparcían la semilla de virginidad recibida de manos del Maestro.

Ni sólo la difundían entre las exhortaciones de sus catequesis, sino que la presentaban como en modelo en sus mismos cuerpos, ungidos con la virtud de la continencia, al menos desde que, transformados por el Espíritu Santo, iniciaron sus peregrinaciones apostólicas de evangelización [1]. Por el triple testimonio de los sinópticos sabemos que fué casado San Pedro. Nos consta de la virginidad de San Juan, el discípulo amado, por una tradición históricamente irrecusable. Las propias afirmaciones de San Pablo

[1] Muy razonablemente atestigua San Jerónimo: «Apostoli, vel virgines vel post nuptias continentes» *(Epist. 48 ad Pammachium pro libris contra Iovinianum,* n. 21: PL 22, 510).

no dejan lugar a duda sobre el estado de perfecta castidad, que observó durante toda su vida [2]. Fuera de estos tres hechos ciertos, no hay datos suficientemente críticos para precisar el estado de vida de los restantes apóstoles antes del llamamiento divino, y los testimonios de los escritores más antiguos a este respecto son vacilantes e indecisos [3].

En todo caso, los dos apóstoles de cuya virginidad nos consta con certeza fueron los paladines más ardientes en la exaltación de esta virtud. Recordemos la primera Epístola a los Corintios y el Apocalipsis, textos oficiales de las en-

---

[2] Del milagro realizado en la suegra de San Pedro hablan Mt. 8, 14 s.; Mc. 1, 29 s.; Lc. 4, 38 s. Los escritos de los Santos Padres no sólo certifican la virginidad de San Juan, sino que ponen en ella la causa de la predilección de que fué objeto por parte de Cristo, como lo hace SAN JERÓNIMO: «Juan..., a quien la fe en Cristo encontró virgen, virgen permaneció, y por eso fué más amado de Cristo, y mereció recostarse sobre el pecho de Jesús» *(Adversus Iovinianum,* lib. I, n. 26: PL 23, 246). En ese mismo hecho descubren la razón de por qué fué escogido por Jesús moribundo para cuidar de su Madre (cf. SAN EPIFANIO, *Adversus haereses,* lib. III, t. II, haer. 78 adv. *Antidicomarianitas:* PG 42, 714); lo mismo afirma SAN JERÓNIMO en el lugar últimamente citado, col. 248: «A Domino virgine, mater virgo virgini discipulo commendatur». Respecto a San Pablo, su testimonio es explícito cuando se pone a sí mismo por ejemplo, al hablar de la virginidad en 1 Cor. 7, 7 s. Si prescindimos de uno de los pasajes interpolados en la redacción espuria de la *Epist. ad Philadelphios de* SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA (c. 4: FPA, t. II, p. 130), el único testimonio discordante en la antigüedad es el de CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, que por conveniencias de su argumentación y basándose en una falsa interpretación de la palabra σύζυγε en la *Epist. ad Phil.* 4, 3, le supone casado. (Cf. *Stromata,* lib. III, c. 6: PG 8, 1158.) Entre los modernos, pasada la primera efervescencia protestante de contradicción, puede decirse que la unanimidad es casi completa, fuera de algún escritor como S. EWALD, cuyos argumentos, por lo demás, son bien tenues, pues se reducen a cierto espíritu de familia que se observa en las cartas de San Pablo y a la confianza con que los primeros cristianos le consultaban sobre puntos relativos al matrimonio. (Cf. IGN. ROHR, *Paulus und die Gemeinde von Korinth auf Grund der beiden Korinterbriefe, Biblische Studien,* Band 4, Heft 4, p. 63.) Por tanto, queda en pie la frase de SAN JERÓNIMO en su *Epist. 22 ad Eustoquium,* n. 20: PL 22, 407: «No merecen siquiera que se les oiga los que dicen que San Pablo tuvo mujer».

[3] CLEMENTE DE ALEJANDRÍA supone que todos los apóstoles fueron casados con el fin de rebatir a los enemigos del matrimonio *(Stromata,* lib. III, c. 6: PG 8, 1158), y a esta opinión parece inclinarse SAN BASILIO *(Sermo de renuntiatione mundi,* n. 1: PG 31, 628). Por el contrario, TERTULIANO, movido también por las propias conveniencias de su argumentación, afirma que todos, menos Pedro, fueron continentes o vírgenes *(De monogamia,* c. 8: PL 2, 939); la misma opinión, de que el único apóstol casado fué Pedro, defiende por su parte SAN JERÓNIMO *(Adv. Iovinianum,* lib. I, n. 26: PL 23, 246). Estos testimonios contradictorios prueban únicamente que no existió sobre este punto una tradición constante ni argumentos ciertos que permitieran formular una conclusión definitiva. Puede verse H. LECLERCQ, *Célibat:* DAC, t. II, pars 2.ª, principalmente col. 2802-05.

señanzas con que ambos mensajeros de Cristo propagaron esta idea, conservando cada uno los delineamentos del propio espíritu, tan característico y personal. Es un doble cuadro que se complementa como la muerte y la resurrección, como la espada de combate y el trofeo de la victoria.

En San Pablo es el alma combatiente del asceta con temple de guerrero para quien el mundo es el campo de una batalla ingente entre la carne y el espíritu, y cuyos luchadores más audaces son precisamente los que combaten en torno al lábaro de la virginidad; es el descriptor psicólogo y colorista de las humillaciones de la lujuria y las elevaciones de la pureza; es el conocedor experto del corazón humano trabajosamente oprimido bajo las cargas de la concupiscencia, y del corazón humano libre y desembarazado para volar en alas de la incorrupción angélica.

En San Juan, por el contrario, es la intuición sobrehumana de la pureza emanando de Dios para infundirse en el hombre y transformarlo con sus reflejos en algo inmaterial; es la sublimidad mística de un alma cuya vista, sutilizada por el amor, rasga las nubes, traspasa los cielos y allí, muy cerca del Cordero, cuyo corazón había oído latir en la última cena, contempla a los vírgenes orlados con especial aureola de gloria, oye los himnos entonados por sus labios sin mancilla y siente los flujos y reflujos de comunicación sobrenatural que van de sus pechos al de Dios Hombre, inundando toda la escena en un gozo inexpresable por palabras terrenas. Bajo este enfoque penetraremos mejor en las palabras de ambos apóstoles de la virginidad.

San Pablo, comentador de la fórmula evangélica de la virginidad

9. La ocasión para desarrollar el tema se le ofreció a San Pablo de donde tal vez menos podía esperarla, de la ciudad de Corinto. Con sólo un siglo de existencia desde su reconstrucción por Julio César, era la más populosa y la más rica de la Grecia, pero también la más corrompida en sus costumbres. Seis años escasos hacía que se formara su primera comunidad cristiana, y ya en este tiempo se había distinguido por la caída en la impureza de algunos de sus miembros, por las disensiones e inquietudes de otros y por la desorientación en materias morales de la mayoría de ellos.

Entre las consultas que el año 58 se dirigían a San Pablo sobre el uso de los manjares consagrados a los ídolos, el tocado de las mujeres durante los oficios divinos, la

organización de los ágapes que precedían a la Eucaristía y otras varias, figuraba en lugar preeminente la relativa al matrimonio y a la virginidad. Los corintios estaban intranquilos, dudando si una vez bautizados les era permitido continuar en el uso del matrimonio. A estos temores responde San Pablo adoctrinándoles sobre la licitud de aquel estado y los fines perseguidos por su medio, sobre todo, en orden a apaciguar la concupiscencia. Probablemente los consultantes habían dado un paso más mostrándose indecisos acerca de si podrían permitir a sus hijas aún solteras contraer matrimonio una vez bautizadas [4]. Era la oportunidad esperada por el Apóstol para exponer la doctrina de la virginidad.

Después de asentar con nitidez suma la doctrina sobre el matrimonio, pasa casi insensiblemente al tema de la continencia y de la virginidad:

... Todo lo dicho es más bien condescendiendo con vuestra debilidad, no como quien intenta imponer el matrimonio. Pues por mi parte quisiera que todos os conservaseis como yo; pero en esta materia cada uno tiene su propio don de Dios, quiénes de una manera, quiénes de otra. Así que advierto a los célibes y a las viudas: más conveniente les es permanecer como yo; aun cuando si no tienen el don de la continencia, cásense; porque más vale casarse que arder en llamas de concupiscencia... Por lo que respecta a las vírgenes no he recibido precepto obligatorio del Señor; pero os ofrezco el consejo como consiliario fiel por su misericordia. Tengo por cosa preferible permanecer en tal estado a causa de las tribulaciones y molestias presentes... [5] *El tiempo es breve; resta, pues, que los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen..., porque la escena de este mundo pasa. Quisiera que vivieseis sin inquietudes. Quien vive sin mujer está solícito tan sólo por las cosas del Señor y por el modo de agradar a Dios; al contrario, el casado anda afanoso por obtener las cosas de este mun-*

[4] Estos bandazos alternos, entre la corrupción y la ascética exagerada, eran muy característicos en aquella época de fermentación espiritual por que atravesaba el mundo grecorromano, y muy lógicos, puesta la desorientación de ideas respecto al valor y sentido de la materia. El ejemplo más claro de este desequilibrio en las consecuencias lo ofrecieron los gnósticos, que encerraron ambas corrientes contrarias en su seno.

[5] No han faltado quienes han querido explicar la frase latina *propter instantem necessitatem* en un sentido escatológico, que está lejos de tener, como si el Apóstol aludiera a la próxima parusía del Señor. Ni el texto griego: διὰ τὴν ἐνεστῶσαν ἀνάγκην, que envuelve la idea de vida necesitada o sufrimiento, que oprime o urge, levantándose contra uno; ni el paralelismo con el versículo 28: *tendrán que soportar la tribulación de la carne*, permiten la interpretación escatológica.

do y por dar gusto a su mujer; su corazón se halla dividido. Del mismo modo, la mujer no casada, y la que es virgen, piensa sólo en las cosas del Señor, a fin de ser santa en el cuerpo y en el alma, mientras que la casada se ocupa en las cosas del mundo y en el modo de agradar a su marido. Esto os digo para provecho vuestro... Por tanto, quien casa a su hija hace bien; pero quien la conserva virgen hace mejor... Y en esto pienso tener la inspiración del Espíritu Santo como los demás apóstoles[6].

Estas palabras, tan pletóricas de sentido, no eran en realidad sino un eco de la voz del Salvador. Al explicar cómo la virginidad es un estado permanente, Cristo había dicho: *Hay quienes son inhábiles...;* y el discípulo repite aquella nota contraponiendo al estado inmutable del matrimonio el estado inmutable por *una resolución firme concebida en su corazón.* Al describir los caracteres de completa libertad y de esfuerzo intrépido propios del continente perfecto, había hablado Cristo de *aquellos a quienes se les concede de lo alto..., de quienes se inhabilitan a sí mismos..., de los que son capaces de seguir tal doctrina...,* frases que el Apóstol glosaba, recalcando que *cada uno tiene su propio don...;* que *los que no tengan el don de continencia, cásense, porque más vale casarse que abrasarse...;* que acerca de la virginidad *no ha recibido precepto obligatorio del Señor...,* y que, finalmente, se dirige a quienes *pueden decidirse, no constreñidos por la necesidad, sino dueños de su libre albedrío...*

Sin embargo, donde aplica el Apóstol de las gentes un análisis más concienzudo a la sentencia de Cristo es en el misterio de su motivación; por el *reino de los cielos.* Para San Pablo, en este capítulo, el *reino de los cielos* es el premio de la gloria, que contemplan ya próxima los ojos de nuestra esperanza, y a cuya luz aparece la brevedad del tiempo invitándonos a usar del mundo como si no lo usásemos: *porque el tiempo es breve. El reino de los cielos* es la paz y serenidad del alma espiritual exenta de las solicitudes de esta vida y libre de las agitaciones y vórtices causados por las bajas pasiones de la carne: *quisiera que vivieseis sin inquietudes. El reino de los cielos* es la voluntad del Padre Eterno, que irradia sobre sus criaturas escogidas rayos purificadores de santidad con que logren éstas elevarse por encima de la simple naturaleza humana

[6] 1 Cor. 7, 6-9, 25-40. El dirigirse directamente a los padres en las últimas perícopas es efecto de las exigencias a que daban lugar los derechos de la patria potestad. Aun cuando la doctrina que expone trate de una elección personal de estado, las condiciones jurídicas de la familia romana hacían que las voluntades del padre y la hija fuesen prácticamente una misma.

hasta revestirse de la semejanza de su Dios: *para ser santas en el cuerpo y en el alma. El reino de los cielos* es el atractivo del Señor que reclama para sí el corazón entero, cual lo pueden ofrendar solamente los vírgenes, libres de los negocios del mundo y de las exigencias de sus cónyuges: *por dar gusto a su mujer, se halla dividido. El reino de los cielos* es la unión de amor místico con la Divinidad, incoada ya en la tierra por los que, viviendo vida virginal, obtienen en su proceso evolutivo de espiritualización la gracia de comunicarse con Dios sin inercias ni trabas enojosas: *para unirnos a Dios sin distracciones.* Cinco aspectos del *reino de los cielos,* cuya fascinación sobrenatural habían de arrastrar tras sí las almas de contextura más fina y delicada.

Antes de doblar la página del Apóstol sobre la virginidad, hiere nuestra atención una doble ráfaga que a primera vista aparece como un rayo de luz y un rayo de sombra, con la particularidad de que ambos seguirán enfilando fijos y persistentes los tratados de la pureza a través de los siglos antiguos.

Virginidad y matrimonio

10. Un rayo de luz cuyo esplendor transmitiría ya para siempre clara esta afirmación: bueno y honesto es el matrimonio, pero la continencia, y sobre todo la virginidad, es un estado más perfecto [7]. Raudales de claridad en los ojos de los primitivos escritores ascetas. Una mirada hacia el pasado, y caerían en la cuenta de que nuestros primeros padres habían conservado su virginidad durante su vida en el paraíso y habían iniciado el matrimonio sólo después de hallarse ya inclinados bajo el peso del pecado [8].

[7] Los pasajes sobre este punto en los primeros siglos son innumerables. Basta recordar que el libro primero todo de la obra de SAN JERÓNIMO *Advers. Iovinianum* trata de esta materia, y lo mismo puede decirse de los últimos capítulos, a partir del 20, en su tratado *De virginitate B. Mariae adv. Helvidium.* Desde luego que al hablar los Santos Padres de la mayor perfección de la virginidad sobre el matrimonio, se refieren siempre al estado como tal, no a las personas, pues éstas en particular, aun siendo vírgenes, pueden ser de virtud inferior a la de otras ligadas por el vínculo del matrimonio. Asimismo hablan del estado considerado en general. Respecto a determinados sujetos, como ya lo nota San Pablo, puede ser no sólo preferible, sino aun moralmente obligatorio el matrimonio, cuando la concupiscencia amenaza devorar entre sus fauces una virtud débil y vacilante.

[8] SAN JERÓNIMO, *Advers. Iovinianum,* lib. I, n. 16: PL 23, 235. No deja de ser interesante la idea, ya por nadie admitida, pero frecuente en los primitivos escritores eclesiásticos, de que, en el caso de

Una mirada hacia el futuro, y traducirían su visión con esta frase jeronimiana: "El matrimonio puebla la tierra, la virginidad el cielo" [9]. A lo largo de toda la edad patrística, el postulado sobrenatural de la supremacía de la continencia perfecta habría de mantenerse inalterable, pero abrillantándose con más fulgor al pasar de unos autores a otros [10].

Al cerrarse esta gloriosa era de la literatura cristiana a

---

haberse conservado inocentes Adán y Eva en el paraíso, no se hubiese establecido el matrimonio, proveyendo Dios a la procreación de los hombres por otros medios, semejantes a los empleados en la fundación del humano linaje. San Jerónimo lo insinúa en la obra últimamente citada, lib. I, n. 29, y en su *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 19: PL 22, 406. La expone más explícitamente San Juan Crisóstomo *(De virginitate*, c. 14: PG 48, 543), y la desenvuelven más despacio autores posteriores, como San Juan Damasceno *(De fide orthodoxa*, lib. IV, c. 24: PG 94, 1208).

[9] *Advers. Iovinianum*, lib. I, n. 16: PL 23, 235.

[10] Podría formarse una bella antología con las imágenes y explicaciones que a este propósito ofrecen los escritores de la era patrística. Entre los que mejor distinguieron la triple castidad propia de las casadas, de las viudas y de las vírgenes se halla San Ambrosio, que las personifica en la inocente Susana de los escritos de Daniel, la viuda Ana de San Lucas y la Virgen Madre de Dios: la primera, dice, se nos presenta en un huerto ameno; la segunda, en el templo; la tercera, en lo más recóndito de sus secretos divinos *(De viduis*, c. 4, n. 23-23: PL 16, 241 s.). Los tres mismos grados de dignidad ascendente recordará San Jerónimo en su *Epist. 123 ad viduam Ageruchiam*, exhortándola a la continencia, ya que, perdido el primer grado, por medio del tercero ha llegado al segundo (n. 11: PL 22, 1053). Todavía recalcará más la distinción entre la virginidad y el matrimonio San Agustín, declarando que aquélla debe anteponerse «por derecho divino» *(De sancta virginitate*, c. 1: PL 40, 397), sin olvidarse de explicar más tarde la razón de una tal preferencia (ibid., cc. 12 y 13, nn. 11-12, t. cit., 401 s.). Doctrina que había de recoger a principios del siglo VI, en la misma Africa, San Fulgencio de Ruspe, declarando en una preciosa carta dirigida a una devota sierva de Dios, por nombre Proba, que la virginidad dista del matrimonio como lo mejor de lo bueno, lo encumbrado de lo rastrero, lo celestial de lo terreno, el espíritu de la carne, la fortaleza de la debilidad, la prole del aborto, la paz serena de la tribulación, la mente divinizada de la solicitud mundana, la imitación de los ángeles de la imitación de las bestias irracionales *(Epist. 3 ad Probam*, cc. 8-10, nn. 13-17: PL 65, 329 s.). Del mismo modo, en Oriente hace una distinción neta de las tres castidades San Epifanio *(Expositio fidei*, n. 21: PL 42, 823). Para San Juan Crisóstomo, la virginidad supera al matrimonio, como el general a los soldados, como el capitán de navío a los remeros, como el cielo a la tierra, como los ángeles a los hombres *(De virginitate*, c. 10: PG 48, 540). Aun de los ascetas no escritores se conservan bellos testimonios a este propósito, como el que nos transmite Sulpicio Severo, a fines del siglo IV, referente a San Martín de Tours, que pasando junto a una pradera, en parte hozada por los animales inmundos, en parte limpia, pero desprovista de hierba, por haber pacido en ella un rebaño, y en parte cubierta de vistosas flores, señaló al punto en aquel campo los tres símbolos de la lujuria, de la castidad conyugal y de la pureza virgínea *(Diálogos*, 2, n. 10: PL 20, 208).

principios del siglo VIII, recogía así San Adelmo, el primer escritor de la Inglaterra convertida, la doctrina de los siglos precedentes: "La virginidad es oro, la continencia plata, el matrimonio cobre; la virginidad es opulencia, la continencia medianía, el matrimonio pobreza; la virginidad es paz, la continencia rescate, el matrimonio cautiverio; la virginidad es sol, la continencia luna, el matrimonio tinieblas; la virginidad es día, la continencia aurora, el matrimonio noche; la virginidad es reina, la continencia señora, el matrimonio esclava; la virginidad es patria, la continencia puerto seguro, el matrimonio océano proceloso; la virginidad es hombre vivo, la continencia ser exánime, el matrimonio cuerpo muerto; la virginidad es púrpura, la continencia paño restaurado, el matrimonio lana basta. Todos habitan en el palacio regio; pero hay gran diversidad entre la honra del que se sienta en la carroza, la servidumbre del que la conduce y la vileza del que arrastra las mulas caminando delante de ellas, aun cuando todos ellos militen bajo la suprema dirección del mismo emperador" [11].

Otros ocho siglos más tarde, el Concilio de Trento entronizaba definitivamente en el áureo alcázar de sus dogmas la siguiente proposición: "Si alguno dijere que el estado del matrimonio debe anteponerse al estado de la virginidad o del celibato y que no es mejor o más glorioso permanecer en virginidad o celibato que contraer matrimonio, sea anatema" [12]. Era el rayo de luz de San Pablo, que, atravesando los siglos, venía a proyectarse en la pantalla del código doctrinal cristiano para enseñanza de toda la humanidad.

La consideración de las molestias del matrimonio: triple razón de este proceder

11. Pero junto a este rayo de luz se destaca otra ráfaga, que a juicio de una impresión superficial pudiera reputarse como sombra. Es sorprendente la insistencia con que San Pablo recarga una y otra vez las tintas negras del matrimonio mostrando sus molestias y pesadumbres. ¿Es que pretende el Apóstol, como pudiera pensar un lector frívolo, impulsar a las almas cristianas hacia la virginidad como

[11] *De laudibus virginitatis*, c. 19: PL 89, 116 s.

[12] Sesión 24, canon 10. No hay duda de que el Concilio se refería a la virginidad practicada por el *reino de los cielos*. Esto lo comprueban los varios votos que se presentaron para aclarar el canon, poniendo la palabra *Deo dicata* u otra análoga, adición que al fin no se juzgó necesaria. Véanse, por ejemplo, los votos del P. Laínez o del Obispo de Iustinópolis (Capodistria), *Concili Tridentini Actorum Pars Sexta*, t. IX, cura St. Ehses (Friburgi 1924), pp. 740 y 743.

refugio egoísta a que acogerse contra las desazones inherentes al matrimonio? A través de este prisma, el gran consejo evangélico degeneraría en una receta utilitarista de vida práctica. Desde luego que en la mente de quien desentraña con tanta fuerza la motivación referente al *reino de los cielos* no cabe la conjetura de fines mezquinamente interesados.

Que en la Epístola a los Corintios aparecen recalcadas deliberadamente las molestias del matrimonio es un hecho palpable. San Pablo alude sin rebozo a las ventajas de la virgen, libre de las inquietudes acarreadas por la vida familiar en este mundo (v. 26); le advierte que puede casarse, si así lo quiere, pero que se prepare en tal caso a sufrir las aflicciones de la carne (v. 28); le recuerda los sinsabores que lleva consigo la continua solicitud por agradar al marido y al siglo (v. 34); y termina acentuando la idea de que toda esta servidumbre durará tanto cuanto el matrimonio mismo dure (v. 39).

Si queremos penetrar en el mecanismo complejo de esta actuación paulina respecto a la virginidad, es menester ante todo enfocarla a través de las intuiciones de aquel espíritu genial, que supo fundir en una síntesis jamás superada las perspectivas divinas de la gracia con un conocimiento profundo del corazón humano, y las aspiraciones más espiritualistas de la revelación con la experiencia más práctica de los resortes de un siglo corrompido.

San Pablo intentaba provocar en las almas un movimiento ascensional hacia Dios, pero sabía muy bien que, a diferencia del ave, que vuela sostenida por sus alas, el hombre para dar el salto hacia lo infinito necesita primero hacer pie fuertemente en la tierra y afianzarse sobre ella. He aquí el secreto psicológico del Apóstol. Quiere que las almas se eleven hacia las alturas de la pureza impulsadas únicamente por el motivo sobrenatural del *reino de los cielos;* pero sabe que es tanto el peso del cuerpo corruptible que fácilmente queda pegado en el lodo de la tierra, cuando va a dar el salto, si no se desbroza antes el suelo que le sostiene. En orden a este fin puramente negativo, de evitar que la virgen quede enredada entre los alicientes de unos placeres exagerados por la fantasía, pone San Pablo gráficamente ante sus ojos las cargas que acompañan al matrimonio [13].

---

[13] Ya San Juan Crisóstomo llamó la atención sobre este proceder de San Pablo, que le es familiar también en otras materias (cf. Rom. 12, 20), y que después había de imitar tan cumplidamente el mismo escritor antioqueno, exponiendo tres razones para aquella elección de motivos humanos. Eran éstos, según él, las miras viles y rastreras de los corintios, poco espiritualizados todavía; la conveniencia de mostrar que la virginidad tiene su premio aun en la

Existía un triple impedimento que podía agarrotar las energías espirituales de una virgen romana y cuya superación exigía un concepto integral del matrimonio, con sus molestias y pesadumbres. En primer lugar, la aspereza misma de la lucha, cuyas dificultades tanto Jesucristo como San Pablo se complacían en reconocer, al verse obligada a combatir contra la furia de la concupiscencia y las embestidas infernales, no durante un breve plazo de tiempo, sino a lo largo de una vida más o menos prolongada. Tengamos en cuenta que la formulación del propósito virginal era el clarinazo anunciador de un combate que no se podría ya suspender ni remitir en un solo punto, como tan bellamente había de exponer más tarde San Juan Crisóstomo:

> Al atleta que, dejados ya los vestidos y ungido el cuerpo, desciende al combate, cuando se cubre ya con el polvo del estadio, nadie le diría: "Retírate y huye de tu competidor", sino que una de dos: tiene que terminar o coronado o vencido y lleno de vergüenza. En los juegos y palestras donde la lucha es con familiares y amigos, como si fueran adversarios, dueño es cada cual de pelear o no; pero el que se ha comprometido, y reunidos ya los espectadores, presente el árbitro del certamen y ocupando los concurrentes sus puestos, es introducido y enfrentado con su adversario, ese tal queda sin derecho para retirarse por la ley misma del certamen. Así a la virgen: mientras delibera sobre contraer o no matrimonio, le es lícito casarse; pero una vez que ha elegido virginidad y dado su nombre para combatir en la arena, cuando resuenan los aplausos de los concurrentes, teniendo por espectadores desde el cielo a los ángeles y a Cristo por árbitro del combate, enfurecido el diablo y rechinando los dientes, enlazado y cogido por medio el enemigo, ¿quién se atrevería a lanzarse a la arena y gritarle: "Huye del adversario, déjate de trabajos, no vengas con él a las manos, no le derribes ni armes zancadillas, sino cédele la victoria?" [11]

Para la virgen era imposible la retirada, y, sin embargo, habían de sonar en sus oídos las voces de la carne, que le propondrían el matrimonio como un refugio en medio de lo más encarnizado de la lucha. He ahí por qué el Apóstol no creía impropio de su exhortación pastoral apagar algún tanto el acento seductor de esas voces con el recuerdo de las penalidades contenidas en la vida conyugal.

Otro motivo inducía al Apóstol a seguir este proceder de rasgos al parecer humanos. Se trataba de salvar los obstáculos que habían de ofrecerse en el momento mismo de

---

tierra, y el intento de mostrarles que no se trataba de una virtud imposible para la humana naturaleza. (Cf. *De virginitate*, c. 49: PG 48, 571-73.) Diversa fué la conducta de Jesucristo dirigiéndose a los apóstoles, de nivel moral más elevado.

[11] *De virginitate*, c. 38: PG 48, 561.

formular el propósito de virginidad. Iba a sumirse aquella joven en un género de vida desconocido para la sociedad liviana en que se había educado; la sola noticia de un tal propósito levantaría torbellinos de injurias y desprecios a su alrededor; sentiría la impresión de que el mundo se derrumbaba en torno suyo, sin encontrar punto de apoyo; bajo sus mismos pies se resquebrajaba su propia posición social, y mientras, casi cegada por el polvo de tantos escombros, no veía en su porvenir sino obscuridades de lucha y abnegación, llegaban a sus oídos aquellos coros de estímulos tan fascinadores que habían de hacer estremecerse en medio de sus maceraciones al mismo San Jerónimo, cuando, reducido a un informe conjunto de piel y huesos en los desiertos de Calcis, los viese girar en su imaginación ante su gruta con todo el colorismo de la lascivia.

La atmósfera que rodeaba a las jóvenes de los tiempos imperiales estaba tan saturada de sueños sensualistas, que era forzoso neutralizarla con dosis de amarga realidad, si se les quería ofrecer una visión imparcial de la vida. En tales coyunturas, no sólo era honesto, sino casi obligatorio, proponer el antídoto que despejase las alucinaciones producidas por la morfina del sensualismo. Y sólo así, ante un panorama objetivo de la existencia humana en la tierra con las arideces que acompañan a los atractivos del matrimonio, podría la virgen apreciar el verdadero sentido de la vida de pureza que se abría ante su vista.

Existía aún un tercer motivo, quizás más poderoso, que obligaba al Apóstol a evocar aquellos recuerdos ingratos del matrimonio. Esta vez sus palabras buscaban no tanto el corazón de la joven cuanto la voluntad de sus padres. Debía darse por descontado, en la mayoría de los casos, su veto intransigente ante una tal elección, que frustraba sus esperanzas y desconcertaba el sistema ideológico que, como fieles romanos, habían heredado con sus tradiciones ancestrales. Su resistencia sería implacable, y a favor de ella militaba todo el poder de la patria potestad.

La situación jurídica del hijo de familia, y sobre todo de la hija, no difería mucho de la propia de un esclavo, por lo que a los derechos paternos tocaba, al empezar los fastos del Imperio. Hubo que esperar a los tiempos de Adriano para que se condenase con el destierro a un padre que, en virtud de sus derechos tradicionales, del *ius vitae necisque*, había dado muerte a su hijo; y no fué sino bajo la dominación de Diocleciano, en el siglo IV, cuando se restringió al *paterfamilias* la potestad de vender a sus hijos como otra cualquier mercancía. ¿Qué podría esperar una hija de familia respecto a la libertad para escoger su estado futuro,

cuando todavía en el siglo II Aulo Gelio, siguiendo una sentencia que juzgaba prudente y mesurada, escribía que el padre debe ser obedecido cuando ordena que se tome mujer [15]; y en el siglo III podía comentar el jurisconsulto Ulpiano las leyes en el sentido de que bastaba el consentimiento de los padres para el matrimonio de los hijos sujetos a la patria potestad? [16]

Cual inteligente estratega, comprendió San Pablo que era la voluntad del padre la que había, ante todo, que conquistar, empresa tanto más difícil de ordinario cuanto que, indiferente a los anhelos de santidad que agitaban el corazón de su hija, trazaba sus planes con el pulso firme y calculador de quien esboza únicamente felicidades terrenas. No había otro medio de victoria sino atacarle en sus mismas trincheras, haciéndole prever reproducido en la vida de su hija el camino doloroso que tal vez había él ya recorrido con sus propios pasos. Ahora se comprende por qué en esta exhortación cambia el Apóstol la ruta de sus frases, dirigiéndolas indistintamente a la hija o al padre con inesperados trastrueques de sujeto.

Se ha hecho notar desde muy antiguo el carácter especial que muestra esta página de San Pablo, donde se mezclan tan íntimamente lo divino y lo humano; donde alternan la claridad apodíctica de los principios con cierta timidez de exposición, entreverándose los consejos acerca de la perfecta pureza y los comentarios sobre el matrimonio, para que el recuerdo de éste mitigue en los pusilánimes el temor que la propuesta neta de la virginidad pudiera producir; donde, finalmente, muchas de las grandes ventajas de la continencia no tanto se declaran cuanto se dejan entrever con leves alusiones y en visión indirecta al proponerse las obligaciones de la vida conyugal. Toda esta prudencia era menester tratándose de aquellos corintios, a

---

[15] *Noctium Atticarum*, lib. II, c. 7, n. 18. El testimonio tiene tanta más fuerza, cuanto que Gelio pretende evitar los extremos de quienes exageran o destruyen la patria potestad.

[16] Lib. V, 2. El mismo autor, en su *Lib. singul. de sponsalibus*, declara que «sólo se concede a una hija de familia permiso para disentir de su padre cuando éste pretenda desposarla con un joven corrompido o de costumbres indignas» *(Digestorum*, lib. XXIII, tit. 1, n. 12). Varias son las soluciones de análogo sentido contenidas en los *Digesta*, como cuando se recuerda que no puede considerarse como firme el matrimonio si no existe el consentimiento de todos aquellos bajo cuya potestad están los contrayentes (lib. XXIII, tit. 2, n. 2), o cuando al determinarse quiénes incurren en la nota de infamia se alude a casos en que se contrae el matrimonio por imposición del padre (lib. III, tit. 2, nn. 11 y 12; cf. *Corpus iuris civilis romani* cum notis Dionysii Gothofredi, Coloniae Munatianae 1761, t. I, pp. 440 y 148).

quienes poco antes había justamente calificado de *carnales y seguidores de criterios humanos* [17].

Por este mismo cauce, inaugurado en la Epístola a los Corintios, había de fluir durante los cuatro primeros siglos la tinta en los escritos sobre la virginidad. El triple motivo que había guiado la pluma del Apóstol en su atención al elemento terreno, seguiría actuando con más o menos fuerza por largo tiempo, y sus sucesores en el ejercicio pastoral no desaprovecharían aquella lección de prudencia humana, característica de las iniciativas divinas.

San Cipriano recordaría a las vírgenes en una de sus exhortaciones más sentidas las molestias corporales ocasionadas por los hijos y la sujeción debida al marido, de que ellas se ven exentas [18]. San Ambrosio no se olvidaría en ninguno de sus tratados de enumerar más o menos detenidamente, no sólo los dolores físicos y las cadenas de servidumbre que arrastra la mujer casada, sino sobre todo las preocupaciones morales, que la hacen estar solícita a la continua, víctima de mil impertinencias para no desagradar a su marido con un exterior menos atrayente [19]. San Agustín consagraría asimismo un capítulo en su tratado sobre la virginidad a conmemorar las aflicciones que no sólo por parte del cuerpo, sino sobre todo por parte del alma, agitada por los celos o preocupada con la muerte de hijos y marido, agitan a la infeliz esposa [20]. Y todavía al declinar el siglo VI se oiría en España la voz de San Leandro, que seguiría mencionando en la *Regla* a su hermana Florentina las muchas tribulaciones y tristezas que lleva consigo el matrimonio [21].

Fué, sin embargo, en Oriente, tal vez por la mayor proximidad a Corinto, que había oído por vez primera aquellas advertencias, donde con más exuberancia se desarro-

---

[17] 1 Cor. 3, 2 s. Estudios de psicología muy delicada acerca de la página de San Pablo sobre la virginidad contienen muchos capítulos de San Juan Crisóstomo en su tratado sobre esta virtud. Observa el santo Doctor cómo, a través de las razones para el matrimonio y los consejos sobre la mutua condescendencia en los esposos, no hace San Pablo sino conducir las almas hacia la continencia y ensalzar la virginidad (cc. 27-30) ; nota cuán suavemente exhorta a la pureza (c. 34), ya proponiéndose a sí mismo como ejemplo fácil (cc. 35-36), ya intercalando entre los consejos de la virginidad nuevas alusiones al matrimonio para no asustar a los más tímidos con plática tan elevada (c. 47). Cf. PG 48, 551-54, 555, 557-559, 568-570.

[18] *De habitu virginum*, 22 : PL 4, 461 s.

[19] *De virginibus*, lib. I, c. 6, n. 24-30 ; *De virginitate*, c. 6, n. 31-33 ; *Exhortatio virginitatis*, c. 4, n. 20-25 : PL 16, pp. 196-198, 273 s., 342 s.

[20] *De sancta virginitate*, c. 16 : PL 40, 403 s.

[21] *Regula sive Liber de institutione virginis et contemptu mundi*, introd. : PL 72, 879.

llaron estos conceptos. ¡Con qué sentida exclamación de nostalgia por los bienes, para él ya perdidos, en su calidad de casado, se explayaba hacia el año 370 San Gregorio Niseno, a lo largo de un extenso capítulo, al recordar las angustias de los esposos, que en la misma complacencia con que mutuamente se aman o aman a sus hijos experimentan los temores de la muerte amenazadora, las intranquilidades de las ausencias prolongadas, las penas por los hijos muertos y las inquietudes por los que viven. A su lectura se recibe la impresión, como él mismo dice, del que oye disertar a un médico sobre las innumerables enfermedades que en todas coyunturas y bajo infinitas formas acechan la debilidad del cuerpo humano, impotente para esquivarlas todas y víctima de alguna de ellas más o menos tarde [22].

Poco después llevaría a su apogeo estas sugerencias San Juan Crisóstomo, que había de consagrar a las molestias propias del matrimonio casi una tercera parte de su tratado sobre la virginidad. Difícilmente se hallarán en los anales de la literatura universal descripciones más realistas de las agonías de un marido o una mujer celosa, ni cuadros más vivos del martirio producido por un cónyuge de carácter violento, ni análisis más profundos del corazón egoísta y cruel de la mujer casada en segundas nupcias, ni observaciones más psicológicas sobre las humillaciones acarreadas por un matrimonio de fortuna desigual, ni enumeración más acabada de los sobresaltos por el porvenir de los hijos o el marido, que necesariamente han de seguir como triste cortejo a todo matrimonio [23]. Son pinturas capaces de acreditar cualquier museo de bellas letras.

Pudiéramos sintetizar todos estos fragmentos de luces y sombras en que se quebró como en mil reflejos el primer rayo iniciador de San Pablo en aquella breve contraposición indicada por San Jerónimo: Quédese el matrimonio para aquellos que han de comer el pan con el sudor de su frente, y cuyo suelo producirá zarzas y espinas; a la virgen se concede como habitación el paraíso [24].

---

[22] *De virginitate*, c. 3: PG 46, 325-336.

[23] Numerosos son los cuadros realistas de San Juan Crisóstomo en esta materia, sobre todo a partir del capítulo 28. Pueden leerse especialmente el capítulo 37, sobre las madrastras; el 40, sobre el mal genio de uno de los cónyuges; el 41, sobre la mutua servidumbre; el 44, sobre las solicitudes económicas y otras inquietudes; el 52, sobre los celos; del 52 al 55, sobre los disgustos ocasionados por la diferente posición social o económica entre ambos esposos; el 56, sobre los temores por la suerte de los hijos; el 57, sobre las angustias al escoger marido, etc., etc. (Cf. PG 48, 559-579).

[24] «Nubat et nubatur ille qui in sudore faciei comedit panem suum, cuius terra tribulos et spinas generat et cuius herba sentibus

Dirigiéndose a sociedades en que todavía los paganos eran numerosos y el ambiente sensual de las tradiciones patrias no había acabado de purificarse por el fuego del amor cristiano, era menester empezar por semejantes descripciones, aun cuando en la mente de sus autores estuvieran muy lejos de ser ellas los motivos impulsores de la virginidad. Todos suscribían en una u otra forma las palabras con que San Agustín cerraba su exposición de las molestias del matrimonio para empezar la de los verdaderos estímulos de la pureza: "Probemos ahora—decía—con testimonios claros de la Sagrada Escritura, según nuestra corta memoria nos los pueda proporcionar, que la castidad perpetua ha de abrazarse no por las ventajas de la vida presente, sino por la grandeza de la futura, que se nos promete en el reino de los cielos" [25]. El camino había quedado expedito, y el alma podría ya bogar impulsada amorosamente por auras de origen puramente divino. Estas no eran diversas de las que habían acariciado las páginas de San Pablo.

San Juan y la visión celeste de la virginidad

12. Pero el Apóstol de las gentes había dibujado tan sólo el cuadro de la virginidad militante; era preciso mostrar también el de la virginidad triunfante. Y así se hizo. El sublime vidente de Patmos lo intuyó trazado sobre el firmamento con rasgos de luz en una de sus visiones apocalípticas. En ella nos describe la corona de gloria y prerrogativas singulares que nimban la figura de los continentes.

Los vírgenes, según San Juan, forman la corte divinamente fastuosa que circunda, cual marco de apoteosis, la majestad del Redentor, sentado a la diestra del Padre. Ellos modulan al son de sus cítaras un cántico de singular belleza y armonía tan nueva que nadie en el cielo logra aprenderlo ni es capaz de entonarlo. En sus frentes aparecen grabados, cual emblema de su particular nobleza, los nombres del Señor de la gloria y de su Eterno Padre, que los coronan a modo de diadema. Sólo ellos gozan del privilegio de seguir al Cordero adondequiera que va, deleitándose de continuo con su presencia y escalando tras él las cimas más elevadas de la bienaventuranza, donde las auras del amor virginal,

---

suffocatur... Tua regio paradisus est» *(Epist. 22 ad Eustoquium,* n. 19: PL 22, 406).

[25] *De sancta virginitate,* c. 22: PL 40, 407. Ya en el capítulo 13, n. 13, había tachado de insipientes a los que dictaminan sobre la conveniencia de la virginidad solamente por evitar las molestias de esta vida (PL, t. cit., 402).

amor de los amores, se complacen en acariciar lirios con sus ráfagas. Resaltan, en fin, con tanto relieve en la concepción divina del universo, que, según la Escritura, fueron rescatados de la corrupción, como primicias escogidas entre los hombres, para ser ofrendadas a la víctima del Calvario una vez consumado su sacrificio [26].

La mirada de San Juan se había posado sobre la virginidad en su glorificación celeste, y al querer describirla había empleado una pluma arrancada sin duda a un ángel purísimo. Con ella trazó las líneas que completan la doctrina de la pureza en el Nuevo Testamento, y al morir la dejó en herencia a los escritores posteriores de la virginidad, que habían de utilizarla en sus paráfrasis de aquellas escenas celestiales.

En la mente de todos los Santos Padres era claro, a la luz del Apocalipsis, que la virginidad había de tener una gloria accidental propia y exclusiva. Más tarde se la designaría con el nombre de *aureola virginal*, gozo peculiar y característico concedido a los continentes por su triunfo sobre la carne, como, en su género, lo tendrían la prudencia de los doctores, victoriosos de las insidias diabólicas, y la fortaleza de los mártires, dominadores de los asaltos del mundo [27]. "Es cierto—diría San Agustín—que dentro de aquella inmortalidad común a todos los bienaventurados han de tener un privilegio grande, no poseído por los demás, quienes viviendo en carne tienen ya algo no propio de la carne" [28].

Las descripciones que a este propósito nos legaría la literatura patrística, comentando el pasaje de San Juan, son fascinadoras. Las vaporosas y deslumbrantes siluetas de las

---

26 Apoc. 14, 1-5. Hasta nueve prerrogativas de la virginidad descubren algunos autores en el citado texto de San Juan, a saber: 1.ª, servir de guardia de honor al Cordero sobre el monte Sión; 2.ª, llevar escritos su nombre y el del Padre en sus frentes; 3.ª, entonar un cántico nuevo desconocido para los demás; 4.ª, haber sido rescatados de un modo especial en su pureza por la sangre de Cristo; 5.ª, poseer un cuerpo no mancillado; 6.ª, seguir al divino Cordero adondequiera que vaya; 7.ª, constituir las primicias elegidas para el Salvador; 8.ª, haber conservado sus labios sin mentira ni fingimiento; 9.ª, brillar sin mancha ante el trono de Dios como el sol entre estrellas. (Cf. M. LÁZARO BAYO, O. F. M., *La castidad virginal*, t. II, p. 322 s.)

27 La palabra *aureola*, diminutivo de la voz latina *aurea*, ha venido a significar en la terminología escolástica la recompensa accidental que en unión de la substancial (llamada áurea), común a todos los justos, se dará a tres categorías especiales de bienaventurados: mártires, vírgenes y doctores. No suelen reconocerse más que estas tres aureolas, correspondientes a las victorias contra los tres enemigos del hombre: mundo, carne y demonio. Véase SANTO TOMÁS, *In IV Sententiarum*, q. 49, 1-5; *Summa Theol.*, suppl., 96, aa. 1-13. Asimismo, SUÁREZ, *De ultimo fine hominis*, disp. 11, sect. 3, nn. 1-5, ed. Vivès, t. IV, p. 132 s. Ambos hacen referencia a los privilegios contenidos en el citado capítulo del Apocalipsis

28 *De sancta virginitate*, c. 13, n. 12: PL 40, 402.

vírgenes aparecen ya, como estrellas de primera magnitud, en torno al solio regio en el momento mismo de la resurrección universal: "En lo alto de los cielos, ¡oh vírgenes!, se deja oír el sonido de una voz que despierta a los muertos; debemos apresurarnos, dice, a ir todas hacia el oriente, al encuentro del Esposo, revestidas de nuestras blancas túnicas y con las lámparas en la mano. Despertaos y avanzad antes de que el Rey franquee la puerta" [29].

Como primicias rescatadas, según había dicho San Juan, de la corrupción humana, serán las primeras en ser recibidas triunfalmente en el cielo: escena captada por el mismo Metodio, que las describe con gran viveza, a la vanguardia del santo ejército de los resucitados, recibidas por los ángeles entre himnos de victoria y coronadas con diademas de flores incorruptibles, avanzando hacia el seno del Padre para recibir su galardón en aquellos pensiles, de los que mientras vivieron en carne mortal no pudieron tener sino una tenue y enigmática idea [30].

Con tan brillante comitiva atraviesan los círculos celestiales hasta que se presenta a su vez ante ellas, según la hipotiposis de San Ambrosio, la misma Madre de Dios: "¡Oh, y a cuántas vírgenes saldrá a recibir María, a cuántas estrechará entre sus brazos y presentará al Señor, diciendo: Esta ha sido fiel a mi Hijo, ésta ha guardado sin mancilla sus divinos desposorios! Del mismo modo, el Señor las recomendará a su Padre, repitiendo aquellas palabras: Padre Santo, éstas son las que yo te he guardado, en las que descansó el Hijo del hombre, reclinando sobre ellas su cabeza. Te pido que donde esté yo, allí estén también ellas... ¡Qué festejos aquéllos! ¡Qué alegría tan resonante la de los ángeles!..." [31].

Con razón nos presenta el Obispo de Olimpo a Santa Agueda exclamando entusiasmada ante sus compañeras de virginidad: "Estas son, ¡oh hermosas vírgenes!, las fiestas de nuestros misterios, éstas las sagradas ceremonias de las que se inician en el rito del estado virginal, éstos los premios de los combates sin mancha de la pureza. Desposada con el Verbo divino, recibo del Eterno Padre, como dote de

[29] San Metodio, *Convivium*, post orat. 11 Aretes, c. 2 : PG 18, 208. Puede verse una descripción parecida en S. J. Crisóstomo (*De virginitate*, c. 49 : PG 48, 571), quien recuerda que las vírgenes serán las que brillen más próximas al solio y tálamo regio del Esposo divino.

[30] *Convivium*, orat. 8 Theclae, c. 2 : PG 18, 141. La descripción del premio celeste se continúa por todo el capítulo siguiente ; véase también la orat. 4 Theopatrae, c. 5, t. cit., 93-96.

[31] *De virginibus*, lib. II, c. 2, n. 16 s. : PL 16, 211. Más extensamente, y entretejiendo numerosos textos de la Sagrada Escritura según su estilo, describe esta misma escena San Jerónimo en su *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 41 : PL 22, 424 s.

incorrupción, valiosísimas coronas, riquezas inmensas, al par que triunfo por siglos sin fin, coronada con espléndidas e inmarcesibles flores de sabiduría. Bajo la mirada de Cristo, preparado a distribuir sus premios, dirijo danzas celestiales ante el divino Rey, que ni conoce fin ni tuvo principio" [32].

Nadie, sin embargo, había de interpretar con delicadeza más sublime que San Agustín este pasaje, en que el Apóstol señala el privilegio de las vírgenes de acompañar, cual corte escogida, al Cordero inmaculado dondequiera que se halle. Vió, a no dudarlo, la escena en una de sus contemplaciones de genio, y se extiende en su descripción a lo largo de tres capítulos, sin acertar a separar de ella su mente. Se percibe una unción especial en la punta de su pluma cuando narra cómo van acompañando a Cristo a través de los valles y praderas del cielo los pobres de espíritu, los misericordiosos, los que lloraron en este mundo, los que padecieron hambre y sed de justicia y cuantos, casados o continentes, supieron seguirle en la tierra por los caminos de sus preceptos y consejos evangélicos. Pero llega un momento en que el Señor se dirige a la conquista de nuevos horizontes, caminando por la senda de la virginidad; es el punto en que se ven obligados a detener su pie los casados.

¿Y adónde juzgamos que va este divino Cordero?, se pregunta el Obispo de Hipona. A donde nadie sino vosotras se atreve o puede seguirle. ¿Adónde juzgamos, pues, que va? ¿A qué bosques? ¿A qué prados? Tengo para mí que se dirige allá donde los pastos son gozos, pero no gozos vanos, ni placeres insulsos y mentirosos de este siglo, ni tampoco gozos cuales serán los que tengan en el reino de los cielos los que no fueron vírgenes, sino gozos muy diferentes: gozos de vírgenes de Cristo, en Cristo, con Cristo, tras Cristo, por Cristo y mediante Cristo. El gozo propio de las vírgenes será diverso del gozo de los otros santos que no fueron continentes, aunque sean de Cristo; para ellos hay otros, pero como éstos, para ninguno. Allá es a donde habéis de ir. Seguid al Cordero, porque la carne del Cordero es virgen. Conservó en su propia persona, siendo ya de edad adulta, lo que no quiso quitar a su castísima Madre al tiempo de su encarnación y natividad [33].

Al cerrarse la visión, parece quedan todavía titilando en la retina los últimos rayos de un ideal que se esfuma en las lontananzas del empíreo.

Doble página del Nuevo Testamento trazada por San Pablo y San Juan, que, perpetuándose a través de sus comentaristas, llevaría a la humanidad una de las mayores revoluciones que en la corrupción de la carne puede obrar la fuerza del espíritu.

[32] *Convivium*, orat. 6 Agathae, c. 5: PG 18, 120 s.
[33] *De sancta virginitate*, en que la descripción completa se extiende a lo largo de los capítulos 27-30 (PL 40, 410-412).

CAPÍTULO IV

LAS VÍRGENES DE LOS DOS PRIMEROS SIGLOS, EXPONENTE APOLOGÉTICO DEL CRISTIANISMO

13. Las vírgenes de la era apostólica.—14. Expansión y vida de las vírgenes en el siglo II.—15. La pureza, milagro estético-moral en la Iglesia.—16. Los apologetas del siglo II y el argumento de la virginidad.—17. Su repercusión en el paganismo

Las vírgenes de la era apostólica

13. Al descender tales palabras de pureza, cual rocío celestial destinado a fecundar la tierra, la azucena de la virginidad se abrió risueña dentro del jardín cultivado por los mismos apóstoles. Numerosas corolas extendieron sus pétalos de armiño. Tratándose, sin embargo, de materia en que la realidad presenta caracteres de ensueño, se hace imprescindible el uso de la crítica para distinguir la verdadera historia de la ficción legendaria, con que suele revestir el cariño a las figuras venerandas.

Desde luego, dentro de la misma Palestina, en Cesarea, encontramos a Felipe el evangelista, uno de los siete diáconos que ayudaban a los apóstoles, padre de cuatro jóvenes vírgenes, cuya vida, impregnada con aromas de pureza hasta entonces desconocidos, produjo impresión tan viva en cuantos las conocieron, empezando por Papías, obispo de Hierápolis, que todavía un siglo más tarde la pluma de Polícrates de Efeso temblaba, agitada por cierta emoción sobrenatural, al recordar las virtudes de dos de ellas que vivieron en la provincia de Frigia los últimos días de su vida. La tradición popular, para dar más relieve a su memoria, las supuso hijas, no del diácono Felipe, sino del apóstol del mismo nombre, uno de los doce elegidos por Cristo [1].

[1] Los Hechos de los Apóstoles, 21, 8 s., hablan de sus «cuatro hijas vírgenes que tenían el don de profecía». EUSEBIO DE CESAREA tiene frecuentes alusiones a ellas, v. gr., *Hist. Eccles.*, lib. III, c. 37, y lib. V, c. 17 : PG 20, 291 y 473 ; sobre todo tiene tres testimonios más expresos, en que cita las autoridades de Papías, que las conoció en Hierápolis ; de Polícrates, que las recuerda en su carta al Papa Víctor, y de Próculo, que en el *Diálogo* de Cayo aparece como tes-

Pasando a Siria, vemos surgir, junto a las impúdicas cascadas de Dafne en Antioquía, aquel otro grupo de vírgenes hijas del diácono Nicolás, compañero también de los apóstoles, y testador, tal vez inculpable, de su nombre a una de las primeras sectas heréticas, quien, abandonando él mismo los placeres del matrimonio, propuso la mortificación de la carne en un sentido puramente ascético [2].

Llegamos a las regiones del Asia Menor. Prescindamos de las conjeturas, aunque probables, que nos pudieran ofrecer los escritos de San Juan. Es muy verosímil que el apóstol de Efeso conociese grupos de vírgenes numerosos, tal vez en Sardes, que dieran lugar a su visión de los ciento cuarenta y cuatro mil continentes que rodeaban al Cordero divino en aquellas escenas de esplendores apocalípticos más o menos nebulosos, y que, en calidad de tales, no pueden servir de base para referencias históricas [3]. En todo

---

tigo de las visitas que se hacían a sus sepulcros *(Hist. Eccles.*, lib. III, c. 31 y 39 ; lib. V, c. 24 : PG 20, 280-282, 297 y 493). No deja de ser curiosa la confusión que tanto Polícrates como Eusebio hacen de Felipe el evangelista, es decir, el diácono, y Felipe el apóstol, confusión que evitaron los escritores montanistas que de dichas vírgenes hablan. (Cf. L. DUCHESNE, *Histoire ancienne de l'Eglise*, 1908, t. I, p. 135.) A la existencia de estas cuatro vírgenes dedicó especialmente su atención P. CORSSEN, *Die Töchter des Philippus* en la revista protestante *Zeitschrift für neutestamentliche Wissenschaft und die Kunde des Urchristentums*, t. II (1901), pp. 289-299.

[2] No es del todo clara la actuación del diácono Nicolás, a quien la Iglesia nunca ha reconocido culto público. Varios antiguos escritores condenan su actuación, recordando que, después de haberse separado de su mujer con el fin de vivir en continencia, volvió a unirse a ella y terminó precipitándose en el desorden. (Cf. SAN EPIFANIO, *Adv. haereses*, lib. I, t. II, heres. 25 *adv. nicolaitas*, c. 1 : PG 41, 320 s.) Más o menos le consideran como jefe de aquellos herejes gnósticos Ireneo, Tertuliano, Hipólito, Hilario, Gregorio de Nisa, Jerónimo y otros. En cambio, Clemente Alejandrino, mucho antes que San Epifanio, después de hablar de los nicolaítas, desconecta la secta de toda relación con el diácono Nicolás, de quien refiere que se apartó de su esposa para vivir en continencia, dando como razón «que era menester maltratar la carne» *(Stromata*, lib. III, c. 4 : GCS, t. II, p. 207). La palabra *παραχρῆσθαι τῇ σαρκί*, que también puede significar abusar, dió probablemente lugar a las malas interpretaciones de que fué objeto. De este mismo parecer es EUSEBIO *(Hist. Eccles.*, lib. III, c. 29 : PG 20, 277), así como el interpolador de las cartas de SAN IGNACIO, el autor de las *Constituciones Apostólicas* y otros posteriores. Milita a su favor el que, además de sus hijas, también un hijo suyo profesase la continencia. Véase L. DUCHESNE, que parece inclinarse en favor de su inocencia *(Hist. ancienne de l'Eglise*, 1908, t. I, p. 77, especialmente en la nota 2).

[3] Es de notar que San Juan en muchas de las escenas de su Apocalipsis hace referencia a sucesos pasados o presentes. En esta a que aludimos parece impresionado por el número de vírgenes, al consignar una cifra tan elevada, aunque sea de carácter simbólico. Entre las Iglesias de que habla al principio tal vez fué Sardes la que más probabilidad tuvo de ofrecerle un grupo de continentes modelo para su descripción entre aquéllos, *qui ambulaverunt in albis, quia*

caso es cierto que del corazón de Licaonia, a las evocaciones de San Pablo, salió la protomártir de la virginidad, la joven Tecla, cuya existencia no puede ponerse en duda aun cuando los detalles de su vida queden cubiertos por el pomposo atuendo de la leyenda [4]. Sería poco verosímil considerarla como un caso excepcional en aquellas comunidades.

Al pisar ya Europa, en la populosa Corinto, centro pujante de la Grecia y nudo vital del comercio romano, se nos ofrece esplendente la integridad de la pureza, encarnada en el espíritu helénico, gracias también a las exhortaciones de San Pablo en la primera carta de las conservadas y segunda de las escritas a aquella cristiandad. Que la siembra ascética dió su fruto, nos lo atestigua el Papa San Clemente cuando hacia el año 96 recordaba a las vírgenes corintias la humildad con que ha de conservarse un don tan valioso del Señor [5].

Penetramos, finalmente, en Roma, y también allí se muestra la primera germinación de la castidad perfecta en torno al apóstol San Pedro. Nada tiene de extraño que la tradición se dejara seducir más o menos por los encantos de la leyenda, transfigurando consciente o inconscientemente aquellas primeras figuras de la virginidad, que tan profunda impresión debieron producir en el ambiente corrompido de la Ciudad Eterna. Tanto más cuanto que las principales heroínas de la pureza se forjaron con la sangre de los más altos patricios, incluyendo a las mismas familias imperiales.

Aun descartando con ceño de crítica severa toda clase de postizos fabulosos o simplemente infundados, podemos llegar a la certeza de que también en Roma durante el siglo I existió el plantel de la virginidad, cultivado por los cuidados apostólicos o de sus próximos sucesores.

A él perteneció la que fué considerada por la tradición antigua como la primera virgen romana, la joven Petronila, perteneciente, según parece, a la noble familia Aurelia, emparentada con los Flavios. De ello es prueba su enterramiento en el cementerio de Domitila. Antes de finalizar el siglo IV existía en la vía Ardeatina una basílica dedicada a su nombre; y de la devoción que se le profesaba

digni sunt (Apoc. 3, 4). Véase F. Martínez, *L'ascétisme chrétien pendant les trois premiers siècles de l'Eglise*, p. 34.

[4] Más tarde tendremos ocasión de ocuparnos de los elementos históricos que pueden encontrarse entre la hojarasca de la novela.

[5] «El que es casto en su carne, no se gloríe, sabiendo que es otro el que le da el don de la continencia» *(I Epist. ad Corinthios*, c. 38, n. 2: FPA, t. I, p. 149). La interpretación que ve la castidad virginal en este pasaje viene dada por su alusión a las palabras del Apóstol sobre el *propio don* al tratar de la castidad virginal, dirigiéndose precisamente a aquella misma comunidad (1 Cor. 7, 7).

da buen testimonio una pintura, que debe fecharse hacia el año 357, descubierta tras el ábside, en la que aparece la santa virgen conduciendo al paraíso a una dama distinguida por nombre Veneranda, enterrada a sus pies y encomendada a su protección. El entusiasmo que su recuerdo evocaba, tomando por base sus relaciones de filiación espiritual con San Pedro y apoyándose en una falsa derivación de su nombre, hizo que se la creyese hija carnal de aquel apóstol y se la convirtiese en protagonista de una poética trama. Según ésta, la joven virgen obtuvo del Señor una muerte repentina, después de tres días de ayunos y oraciones, cuando las doncellas embajadoras del futuro esposo venían en su busca para conducirla al matrimonio [6].

Parecida admiración dejó tras sí, en el mismo siglo I, la virgen Flavia Domitila. Era sobrina del cónsul Flavio Clemente, cuya esposa, llamada asimismo Flavia Domitila, hija de una hermana de los emperadores Tito y Domiciano, fué desterrada por el segundo de aquellos césares a la isla Pandataria, mientras era asesinado su marido, mártir de la fe cristiana. La virgen Flavia Domitila, la más joven de ambas patricias del mismo nombre, había de ser desterrada también, víctima de su fe, a la isla Poncia el año 95 por aquel cruel emperador. La existencia de esta virgen queda suficientemente confirmada por un doble testimonio del historiador Eusebio de Cesarea, que se cimenta en la narración de Bruttius Praesens, bien informado sobre aquella familia, cuyo cementerio colindaba con el suyo propio junto a la vía Ardeatina. ¿Cómo hubiera podido evitarse que la imaginación popular se apoderase también de la figura de esta virgen, ofreciéndole a través de las *Actas de Nereo y Aquileo* una vida de palpitante interés, con pro-

[6] Su sepulcro estuvo colocado junto al de los Santos Nereo y Aquileo. Tanto los primitivos martirologios como los antiguos catálogos cementeriales hablan del «Coementerium Domitillae, Nerei et Achillei ad Sanctam Petronillam Via Ardeatina». Especialmente en el siglo VII, después de la restauración de la basílica, entre los años 523-526, por el Papa Juan I, gozó aquel lugar de una veneración intensa, según lo atestiguan los *Itinerarios* de los peregrinos de dicha época. Los detalles legendarios de su vida y muerte, así como su pretendido parentesco con San Pedro, se contienen en las *Actas de los Santos Nereo y Aquileo*, novela histórica del siglo V al estilo de la conocida *Fabiola*, del cardenal Wisseman, en que, a base de personajes reales, de ciertos elementos históricos y de detalles topográficos exactos, urde una trama efectista en que se descubre el propósito consciente de ensalzar la virginidad. Puede verse el estudio competente de H. LECLERCQ, DAC, t. 12, col. 1111-1123. Las actas las reproducen los BOLANDOS en AASS, mense maio, t. III, pp. 6-13. El nombre de Petronila, que dió lugar a suponerla hija de San Pedro, parece proceder de Flavio Petro o Petronius, abuelo de Vespasiano, con cuya familia debió de estar emparentada. Cf. H. LECLERCQ, *Aristocratiques (classes)*: DAC, t. I, col. 2851 s.

metidos despreciados y anacrónicas ceremonias de imposición del velo virginal por manos del Papa Clemente? [7] También en este caso la leyenda venía a recubrir de oropel una imagen veneranda que la historia parece reclamar para sí [8].

[7] Todavía continúa la discusión en torno a la existencia de una o dos Flavias Domitilas, aun cuando los dos principales motivos alegados para su identificación tienen escaso valor. La repetición de nombres dentro de una misma familia, entonces como ahora, era un hecho corriente, y la semejanza de la pena impuesta a ambas es muy verosímil tratándose de castigos dictados por un mismo emperador en un mismo año, pena que, por lo demás, se diferencia por la diversidad de las islas en que se ejecutó. Tanto la isla Pandataria como la isla Poncia habían ya servido de lugar de destierro a otros miembros imperiales. La duplicidad de las dos Flavias Domitilas fué defendida por el gran arqueólogo G. B. DE ROSSI en el *Bullettino di archeologia cristiana*, serie seconda, anno sexto (1875), pp. 69-77, y por *HANS ACHELIS, en su estudio sobre los *Acta SS. Nerei et Achillei*, TU, t. XI (1893), Heft 2, pp. 49-51. De la misma opinión son L. DUCHESNE en su *Hist. ancienne de l'Eglise*, ed. cit., t. I, p. 217, principalmente en la nota 2, y H. LECLERCQ, por lo menos en su artículo *Domitille*, DAC, t. IV, col. 1401-04. EUSEBIO, en su primer pasaje referente a Flavia Domitila la más joven, alude a historiadores paganos como fundamento de su aserto (*Hist. Ecles.*, lib. III, c. 18; PG 20, 251). La segunda referencia, contenida en su *Chronicorum*, lib. II, *ad Olympiadam* 218, anno 95: PG 19, 551, se apoya en el testimonio de Bruttius, que sin duda debe identificarse con el Bruttius Praesens amigo de Plinio el Joven, quien probablemente conoció a la noble virgen y cuyos escritos se conservaban todavía en el siglo VI, puesto que fueron utilizados por el historiador J. Malalas.

En el siglo IV se conservaban muy vivos los recuerdos de Flavia Domitila en la isla Poncia, según se ve por la devoción que provocaron en el alma de la viuda Paula, cuando «visitó aquellas pequeñas celdas en que la virgen padeció su largo martirio». (Cf. SAN JERÓNIMO, *Epist. 108 ad Eustoquium*, n. 7: PL 22, 882.) Las *Actas de los Santos Nereo y Aquileo*, de las que hablamos en la nota anterior, tienen por objeto principal narrar la vida y martirio de la santa patricia. Junto a su nombre aparecen también los de las vírgenes Eufrosina y Teodora, cuya existencia, prescindiendo de los detalles de sus vidas, parece deben también admitirse como históricas.

[8] No son estos dos los únicos nombres de vírgenes romanas de que se haya conservado un recuerdo más o menos idealizado. Junto a Santa Petronila aparece la joven Felícula, cuya existencia debe admitirse, despojada, desde luego, de las incidencias novelescas que le prestaron las *Actas de los Santos Nereo y Aquileo*. Según ellas, aquella virgen, colactánea de Santa Petronila, fué encarcelada por despreciar a un noble pretendiente, privada de todo alimento y bebida durante quince días, entregada a las vestales con el fin de obtener su apostasía y, después de duros suplicios, arrojada a una cloaca pública.

Con frecuencia se ve también citada entre las vírgenes romanas del primer siglo a Santa Prisca, joven mártir de familia consular, a lo que parece. Cierto que la iglesia que tal vez desde el siglo III lleva su nombre fué objeto de culto muy especial, y que algunos de los recuerdos en ella contenidos, así como varias pinturas posteriores en que aparece bautizada por San Pedro, enlazan su memoria con la de este apóstol. Probablemente tales elementos no pasan de ser reminiscencias confusas de la Prisca o Priscila esposa de Aquila,

A pesar de la concisión descarnada con que la crítica nos presenta los hechos, bastan tales datos para apreciar la estela de pureza que fué dejando tras sí la predicación apostólica desde los obscuros rincones de Palestina hasta la cabeza del imperio romano. Tenemos derecho a sospechar que lo mismo sucedió en las demás regiones por las que atravesaron los apóstoles en su conquista del mundo. Así lo supusieron desde luego las antiguas generaciones, que a falta de datos para completar el cuadro, llamaron a las puertas de la ficción en busca de elementos novelescos [9].

Por culpa de este pecado de adulteración, hoy no podemos afirmar nada cierto de la que en el siglo IV era considerada por San Metodio como la primera de todas las vírgenes cristianas, aun incluyendo a Tecla, y que mereció los honores de unas *Actas*, que llevaron su nombre, tal vez, inspiradas en algún evangelio apócrifo. Aquella ingenua mujer que, arrebatada por la predicación de Jesús, levantó un día su voz sobre el murmullo de la turba para exclamar: "Bien-

---

que vivió en Roma durante la primera centuria. Este error fué confirmado por las *Actas de Santa Prisca*, de carácter legendario y compuestas a imitación de las de las Santas Martina y Taciana, en las que se dice haber sido martirizada en tiempo de Claudio, sin tener en cuenta que deben referirse al emperador segundo de este nombre. (Cf. AASS, mense inuario, t. II, pp. 183-187.)

[9] Fuera de las vírgenes nombradas en el texto, las antiguas tradiciones del culto recuerdan otras varias atribuídas a este siglo, pero de cuyas vidas se pueden dar pocos datos históricos por haber sido víctimas de la leyenda. Así, por ejemplo, celebran los bizantinos a Santa Irene de Constantinopla, cuyas *Actas*, claramente apócrifas, la describen encerrada por su padre en una torre, instrüída por los ángeles, bautizada por San Timoteo, discípulo de San Pablo, y decapitada finalmente por el propretor de Efeso Ampeliano, después de haber convertido a sus propios padres. Hasta tres iglesias le fueron dedicadas en Constantinopla. (Cf. AASS, mense maio, t. II, p. 4 s.)

En Cilicia se conserva vivo el culto a las santas hermanas Cenaida y Filonila, consanguíneas, según se dice, de San Pablo, que consagraron su vida al cuidado de los enfermos en Tesalia.

La costa de Iliria, así como las ciudades de Venecia y Ravena, recuerdan con veneración a las santas vírgenes Eufemia y Dorotea, de quienes *Actas* posteriores de escasa fe relatan que, habiendo consagrado ambas a Dios su virginidad y viéndose obligadas por su padre a contraer matrimonio, huyeron de su hogar para refugiarse en el de sus consanguíneas Tecla y Erasma, también vírgenes, con las cuales fueron juntamente atormentadas y decapitadas bajo el imperio de Nerón. (Cf. AASS, mense septembri, t. II, pp. 605-608.)

Suele citarse también entre las vírgenes del siglo I a Santa Justina, martirizada en Padua, probablemente en los tiempos de Diocleciano, a quien una leyenda posterior ha supuesto, sin embargo, bautizada por San Prosdócimo, discípulo de San Pedro.

Incierta es asimismo la época en que dieron su vida por la fe los cincuenta y un mártires de Antioquía dirigidos por San Berónico y la virgen Pelagia, aun cuando sea corriente contarlos entre las víctimas del primer siglo cristiano.

aventuradas las entrañas que te concibieron y los pechos que te amamantaron", era, según dicha narración apócrifa, Marcela, una humilde sirvienta de Marta, la hospedadora del Salvador en Betania. Desterrada Marta de Judea después de la ascensión del Señor, la fiel doncella acompañó a su ama a los campos hospitalarios de la Provenza, uniéndose a ella en el propósito de virginidad. Tal vez a la muerte de su antigua señora y actual compañera, se trasladó a Dalmacia, donde, después de grandes trabajos de evangelización, descansó en el Señor coronada por los frutos de su celo. Sus cenizas vinieron más tarde a reposar a los pies de María Magdalena, junto a Aquis Sextiis, la actual ciudad de Aix, en la Francia meridional [10].

Hasta Etiopía fueron a buscar su inspiración las piadosas novelas hagiográficas, donde, según las *Acta Sancti Matthaei,* la hija misma del rey, llamada Ifigenia, fué convertida por el apóstol, consagrándose a la virginidad con otras doscientas que bajo su dirección siguieron aquel ejemplo. Baronio conservó todavía en el Martirologio Romano el recuerdo de una santa de este nombre bautizada en aquellas regiones [11].

He ahí lo que podemos vislumbrar del panorama de la virginidad en el mundo al expirar el último de los apóstoles entre las primeras luces crepusculares de la segunda centuria. Los frutos cosechados no eran sino primicias tempra-

---

[10] San Metodio presenta a Marcela como virgen muy conocida en la tradición contemporánea *(Convivium,* introd. : PG, 18, 36). Baronio, en las notas al Martirologio Romano correspondientes al día 29 de julio, cita, siguiendo a Mombricio, unas *Actas de Santa Marcela,* sirvienta de Santa Marta. No es fácil precisar el origen de la tradición respecto a aquella figura, de la cual ni siquiera el nombre ha conservado el Martirologio Romano.

[11] Problema difícil es el de señalar el núcleo histórico que pudo dar lugar a la leyenda de la virgen Ifigenia, cuando ni siquiera pueden determinarse con certeza las regiones evangelizadas por San Mateo en sus últimos años, una vez que abandonó la Palestina después de compuesto su Evangelio. Con todo, no puede negarse que los testimonios históricos más dignos de atención, como los de Rufino *(Hist. Eccles.,* lib. I, c. 9 : PL 21, 478) y de Sócrates *(Hist. Eccles.,* lib. I, c. 19 ; PG 67, 125), designan la Etiopía como campo de su apostolado. La narración novelesca de los azares de Santa Ifigenia es en todo semejante a las contenidas en otras *Actas* apócrifas de aquel tiempo. El nuevo rey Hitarco la pide por esposa. Ella, consagrada ya a Dios, se niega al matrimonio. San Mateo, llamado a interceder a favor del príncipe, defiende, por el contrario, a la virgen, pagando su actuación con el martirio. Pretende Hitarco matar también a la virgen quemando su residencia, pero las llamas se vuelven contra su propio palacio, siendo ocasión de su muerte y de que venga a reinar sobre Etiopía un hermano de Ifigenia. Las *Actas* parecen estar compuestas a principios del siglo III, según los estudios críticos de * R. Ad. Lipsius, *Die Apokryphen Apostelgeschichten und Apostellegenden,* Band II, zweite Hälfte, p. 121. El texto puede verse en los Bolandos, AASS, mense septembri, t. VI, pp. 220-225.

nas, que surgían como al rebote de la siembra terminada con la muerte de San Juan. Con él quedaban extinguidas las voces de la revelación divina respecto a la pureza, no menos que respecto a los restantes dogmas cristianos. Ahora, al siglo de las grandes revelaciones debía seguirse el siglo de las grandes expansiones.

Expansión y vida de las vírgenes en el siglo II

14. En el siglo II no son sólo regiones determinadas donde resuena el himno de la virginidad; todas las iglesias del extenso reino de Cristo toman ya parte en este concierto. Desde las caudalosas corrientes del Nilo, que fecundó, según parece, las páginas de la Epístola llamada de Bernabé [12], hasta las turbias aguas del Tíber, entre cuyas ondas cristalizaron los escritos del Pastor Hermas, van siguiéndose, a lo largo de la ruta geográfica que une las cuencas de ambos ríos, Justino el Filósofo en Palestina; los dos grandes Obispos de Antioquía, Ignacio y Teófilo, en Siria [13]; el venerable Policarpo de Esmirna [14] y el angélico Melitón de

[12] Por lo que hace a la *Epistola Barnabae*, es cierto que no da demasiada luz sobre la existencia de la virginidad en Egipto. Con todo, al exponer el doble cuadro moral, de la vía de la luz y de la vía de las tinieblas, siguiendo a la *Didajé*, hace alusión a la pureza diciendo: «En cuanto puedas, por el bien de tu alma consérvate casto, "ἁγνεύσεις" (c. 19, v. 8: FPA, p. 92). Aun cuando la palabra griega que hemos transcrito puede significar la castidad obligatoria para todo buen cristiano, es evidente que en este caso se trata de una continencia de consejo, dado el contexto de mera exhortación y la limitación *en cuanto puedas*. La perícopa es más bien parenética, pero el cuadro trazado parece responder a una comunidad no meramente ideal, sino existente en la creación cristiana. Parecidas observaciones podrían hacerse respecto a las palabras del c. 2, v. 2 s. (FPA, p. 40), en las que emplea expresamente el vocablo ἐγκράτεια, enfocando la significación del vocablo ἁγνῶς.

[13] De Teófilo hablaremos más tarde. SAN IGNACIO no sólo aconseja la virginidad en su *Epist. ad Polycarpum* (c. 5, v. 2: FPA, p. 292), sino que expresamente habla de la existencia de vírgenes en Esmirna, incluídas bajo la denominación de viudas *(Epist. ad Smyrnaeos*, c. 13, v. 1: FPA, p. 286).

[14] Entre los consejos que da SAN POLICARPO a los fieles de Filipos se halla el dirigido a las «vírgenes para que permanezcan con casta e inmaculada conciencia» *(Epist. ad Philippenses*, c. 6, v. 1: FPA, t. I, p. 302). Sin embargo, el hecho de haberse antes dirigido a los jóvenes en general, νεώτεροι, permite interpretar dicho texto no precisamente de vírgenes consagradas (aun cuando use la voz παρθένοι), sino de todas aquellas no ligadas aún por el matrimonio. Más probabilidad tiene el que se dirija a las vírgenes, tanto como a las viudas, en sus consejos dados a estas últimas en el c. 4, v. 3 (FPA, t. I, p. 300). Como acabamos de indicar, en su ciudad de Esmirna era precisamente donde se hallaban incluídas ciertas vírgenes bajo

Sardes, en Asia Menor; Atenágoras de Atenas, en Grecia; los discursos del asirio Taciano, viajero de Roma, en el Oriente; Tertuliano, en las ardorosas playas de Cartago, [15] y al pie mismo del Capitolio, en actitud de minar sus cimientos, las instrucciones ascéticas del Pastor Hermas [16] y la *Apología* de Minucio Félix; todos los cuales, con fórmulas más o menos explícitas, declaran el florecimiento de la virginidad como testigos de sus respectivos países.

Por desgracia, sus testimonios se encierran en las estrecheces de alguna cláusula incidental, que se escapa, como por descuido, al vuelo de su pluma, y, en consecuencia, el cuadro que podemos formar acerca de este tema en aquel tiempo ha de revestir, en cuanto a sus detalles, contornos muy esfumados [17]. Procuremos, con todo, trazar algunas pinceladas.

Los fieles de las primitivas comunidades cristianas, aislados del mundo pagano y unidos entre sí por vínculos estrechísimos de fraternidad, se conocían y amaban con el cariño que enlaza a las víctimas de un mismo destierro. Para

---

el calificativo de viudas. Por otra parte, las consideraciones que sobre ellas hace, como *altares de Dios*, se apropian a aquéllas con no menos propiedad que a éstas.

[15] De TERTULIANO se conservan numerosos testimonios referentes a la continencia virginal. Por ahora nos referimos únicamente a las palabras de su tratado apologético, compuesto ciertamente en el siglo II antes de su defección doctrinal. (Cf. ADH. D'ALES, *La théologie de Tertullien*, París 1905, introd., p. XIII.)

[16] Esta obra singular, a que más adelante hemos de hacer referencia, contiene múltiples alusiones a la existencia de vírgenes, aunque siempre veladas tras el carácter simbólico que caracteriza todo el tratado. En la visión 3, al describir las figuras alegóricas que llevan sobre sí la Iglesia, explica cómo la segunda, hija de la Fe, es precisamente la continencia, que se distingue de la simple castidad, otra de las personificaciones posteriores. (Cf. c. 8, v. 4 y 7: FPA, t. I, p. 448.) A veces habla de la virginidad bajo las metáforas de infancia e inocencia, pero en forma fácilmente inteligible, como sucede en la semejanza 9, c. 29 (FPA, t. cit., p. 627). Sobre todo, la escena alegórica, donde se describen sus reparos y su edificación al pasar la noche orando junto a la torre en compañía de las vírgenes, no es fácil hubiera podido ser trazada con tal riqueza de detalles y tal variedad de elementos psíquicos, sin tener modelos vivientes ante sus ojos (semejanza 9, c. 10 s.: FPA, t. cit., pp. 594-596). No faltan quienes, como el mismo Funk, vean en toda aquella descripción el fermentar primero del sineisactismo o institución de las vírgenes *subintroductas*. Sobre las disputas acerca de esta última conjetura pueden verse las citas de este autor en sus *Patres Apostolici*, t. I, p. 596 s., nota primera al capítulo 9.

[17] Muchos de estos rasgos se deducen con certeza del cuadro de la virginidad tal como se nos presenta en el siglo siguiente, al que sirvieron necesariamente de esbozo. Pero aun prescindiendo de estas fuentes indirectas, un examen atento de las frases de autores contemporáneos obliga en muchos casos a presuponer los detalles que apuntamos, para que las palabras consignadas en aquellos escritos tengan sentido aceptable.

ninguno de ellos podía ser un misterio aquel grupo numeroso de jóvenes vírgenes, que, esparcidas por la sociedad cristiana, vivían en el seno de sus familias, santificándolas como perfumados incensarios que ardiesen en el templo del hogar doméstico. Todas las clases sociales, según San Justino, desde el humilde artesano hasta el prócer de la más rancia nobleza, ofrecían dentro de los muros de su casa ejemplos de ideal tan elevado [18].

No hacían todavía, a lo que parece, voto alguno público, que fuese recibido solemnemente por el obispo en nombre de la Iglesia; sin duda que lo hacían privado en lo íntimo de su conciencia, y de todos era ciertamente conocido su propósito de consagrar a Dios hasta la muerte su carne en aras de la virginidad [19].

Los monasterios no existían todavía. Los ayunos que libremente añadían a los que de ordinario practicaban los demás fieles y las maceraciones a que con frecuencia se entregaban los ascetas de ambos sexos, no se consideraban como elementos imprescindibles en el estado de perfecta continencia. Así que la mayoría de las vírgenes, sin abandonar el rango social a que por nacimiento pertenecían, seguían tomando parte en las relaciones ordinarias de la vida común compatibles con la santidad de su fe cristiana y la modestia de su profesión de pureza. Rehusaban, es verdad, el asiento de un banquete nupcial y esquivaban su presencia en los baños públicos, pero no se creían obligadas a rehuir los honestos solaces propios de su edad ni a escatimar su alegría juvenil en las íntimas algazaras de las fiestas de familia. Su exterior mostraba esa modestia serena y comedida que espontáneamente resulta al reflejarse un espíritu inocente en una carne virgen.

Los últimos rincones de sus moradas eran testigos de frecuentes oraciones y piadosas lecturas de los evangelios y otros libros santos; pero nada de esto obedecía a prescripciones fijas, sino era más bien un fruto obvio de la

---

[18] I *Apol.*, c. 15: OTCA, vol. I, t. I, pars 1.ª, p. 48. Las palabras κατὰ πᾶν γένος muestran que las vírgenes seguían viviendo en sus propias casas y conservando su propio rango.

[19] Que se trataba de un estado fijo y permanente se deduce del pasaje ya antes citado del Obispo de Antioquía al de Esmirna, cuyas primeras palabras dicen: εἴ τις δύναται ἐν ἁγνείᾳ μένειν... (*Epist. ad Polycarpum*, c. 5, v. 2: FPA, t. I, p. 292). Por el texto del mismo autor a los fieles de Esmirna (c. 13, v. 1), de que ya hemos hablado, aparece que las vírgenes eran conocidas en la comunidad cristiana como tales, y del cotejo de ambos pasajes se desprende que se veían rodeadas de gran estima por parte de los demás. Tanto el ser elevadas al orden de las viudas como las exhortaciones a la humildad, lo presuponen.

elevación de sus almas, pletóricas de ideal y encendidas en amor a Cristo.

Junto a las ocupaciones ordinarias propias de su estado tenían lugar preferente en la vida de la virgen las obras de caridad y apostolado. No poseemos noticias concretas de la forma en que las ejercitaban las mujeres, aun cuando el hecho se apoya en sólidos fundamentos. Contrasta este silencio con los detalles gráficos que de los procedimientos de evangelización en los varones continentes o ascetas nos dejó ya en el siglo I la *Didajé*, o *Doctrina de los doce apóstoles*, y nos han de concretar con perfiles de exquisita precisión las cartas pseudoclementinas dirigidas a los vírgenes de ambos sexos en la tercera centuria [20].

Tampoco podemos particularizar las relaciones de unas vírgenes con otras. Basta, sin embargo, conocer el espíritu de la época para afirmar la existencia de especiales lazos de unión y cariñosa amistad entre los diversos ascetas o las diversas vírgenes, que no sólo se conocían dentro de una misma localidad, sino que fomentaban su trato con justificada preferencia [21].

De este modo aquellas corrientes de pureza venían a unir sus aguas purificadoras, formando dentro de las cristiandades una verdadera red de canales, de cuyos cauces se difundía en todas direcciones el riego fecundo de la gracia y la inocencia. Aun dentro de la santidad de los primeros fieles constituían una selección, que mostraba con su ejemplo la verdadera esencia del cristianismo a los restantes hijos de la misma Iglesia.

Más que una frase incidental, eran un verdadero lema práctico las palabras escritas en la primera *Epistola ad virgines*, en que se las describía "a manera de un modelo bellísimo para los fieles y para todos aquellos que habían de serlo en lo futuro" [22]. Y que esta frase no fuera una mera jactancia estéril, sino el eco de una realidad, lo prueba la historia al mostrarnos en el influjo de vírgenes y

---

[20] La *Didajé* y más tarde las *Epístolas pseudoclementinas* presentan el apostolado no sólo como ocupación fundamental, sino en cierto modo como la razón misma de ser de aquellos ascetas itinerantes, que sin hacienda ni hogar recorrían las villas, evangelizándolas con su doctrina, sin recibir otra recompensa que el necesario alimento para sostener su vida, ni detenerse a gozar de otro descanso que el imprescindible para continuar adelante sus viajes apostólicos. Las precauciones que observaban, según las citadas *Cartas a los vírgenes*, en orden a la guarda de la pureza y la modestia, no tendrían nada que aprender del ascetismo más severo y exigente.

[21] Puede verse el cuadro esquemático que traza a base de estos mismos elementos F. Martínez, S. M., *L'ascétisme chrétien pendant les trois premiers siècles de l'Église*, pp. 48-50.

[22] *I Epistola ad virgines*, c. 3 : FPA, vol. II, p. 2.

continentes uno de los factores decisivos para el celibato del clero. Ante el prestigio de los seguidores de la pureza, se vió forzado en cierto modo el sacerdocio a profesar también la perfección de esta virtud, y la Iglesia juzgó conveniente elegir a sus ministros entre los consagrados por la virginidad [23].

En la concepción del siglo II, las agrupaciones cristianas formaban un templo, las vírgenes eran su altar. Así termina su descripción el Obispo de Esmirna, San Policarpo, en una carta dirigida a principios del siglo II a los creyentes de Filipos: "A las viudas (nombre con que en su comunidad se designada también a las vírgenes, según testimonio de San Ignacio) enseñémoslas—dice—a ser prudentes en guardar la fe dada a su Señor, a ser constantes en orar por todos, a mantenerse alejadas de la calumnia, la murmuración, el falso testimonio, la avaricia y todo otro pecado, reconociendo que son *altares de Dios*" [24].

De hecho los cristianos se gloriaban del número y pureza de sus vírgenes como de un timbre nobiliario para sus propias Iglesias; las reverenciaban como a miembros de una categoría inferior al clero y a los mártires, pero superior a los simples creyentes; las contemplaban con religiosa delectación y las custodiaban con la solicitud cariñosa con que guarda la concha a la perla coagulada en su seno. Al nombrar a sus vírgenes, los fieles se erguían con arrogancia, recordando los rasgos sensuales de la mujer pagana [25].

---

[23] Ya en tiempo de TERTULIANO aparecen muy numerosos los eclesiásticos santificados por la continencia, como puede verse en su tratado *De exhortatione castitatis*, cc. 11 y 13: PL 2, 926 y 930. SAN HIPÓLITO, por su parte, consideraba ya como un crimen el matrimonio de un sacerdote. (Cf. ADH. D'ALES, *La Théologie de Saint Hippolyte*, París 1906, p. 53 s.) En España, el año 300 intervenía el Concilio de Elvira, prohibiendo en su canon 33 a todos los clérigos el uso del matrimonio anteriormente contraído. Acerca de este influjo de los vírgenes véase L. DUCHESNE, *Histoire ancienne de l'Eglise*, t. I, p. 532.

[24] C. 4, v. 3: FPA, t. I, p. 300. Más tarde, desde otro punto de vista, había de ofrecer ORÍGENES una bella descripción de los ascetas en general, como de adalides que luchan las batallas del Señor en defensa de la Iglesia y los demás fieles, sirviéndose de la pureza, la oración, la penitencia y las demás virtudes como de armas invencibles (*In Num.*, hom. 25, n. 4: PG 12, 767).

[25] Muy bien hace notar P. POURRAT que eran precisamente las vírgenes quienes daban su sentido pleno de realidad a aquellas descripciones de las costumbres cristianas contrapuestas por los apologetas del siglo II con tanta viveza a los vicios paganos. Como modelo las tuvo sin duda el autor de la *Epist. ad Diognetem* en sus capítulos 5 y 6, al componer la imagen tal vez más bella que se ha escrito sobre la primitiva Iglesia, y cuya síntesis está en aquella frase que a nadie cuadraba mejor que a las profesas de la continencia: «El alma habita ciertamente en el cuerpo, pero no es del cuer-

La pureza, milagro estético-moral en la Iglesia

15. Bien pronto comprendieron que este encanto moral de la virginidad no era sino el reflejo de una de las varias perfecciones con que Dios había querido sellar la revelación de su Hijo humanado para que la ostentase como emblema de los títulos nobiliarios de su divinidad. En efecto, al desposarse Cristo con la Iglesia en el tálamo nupcial de la cruz la embelleció con sus propias prerrogativas: fortaleza, sabiduría, fecundidad, hermosura. Engalanada con tales joyas recorrería toda la tierra, y bastaría la sola vista de su magnificencia para que emperadores y artesanos, poetas y filósofos, cayesen de rodillas ante ella.

Cuando compareció la Iglesia ante la fastuosidad de la Roma pagana, era aún niña de tiernos años; sus miembros de doncella impúber apenas podían dar idea de la majestad de su figura, y, sin embargo, las cualidades que delataban su origen divino: su fortaleza, su sabiduría, su fecundidad y su hermosura, eran ya manifiestas. La fortaleza sobrehumana, que había heredado de su esposo Cristo, se patentizaba en las voces de los mártires, que, laceradas sus carnes y torturados sus huesos, seguían clamando: Creo en la Iglesia de Dios. La sabiduría celeste que el Verbo le había comunicado resplandecía en el genio de sus obispos y doctores, cuya doctrina traspasaba la lobreguez de la filosofía politeísta, inundándola con reverberos de eterna luz. La fecundidad ultraterrena de que la había dotado el Salvador, se exteriorizaba en sus apóstoles y misioneros, semillas fértiles de nuevas y nuevas cristiandades, vida pujante productora de otras vidas con una energía tal de procreación cual sólo cabe en los senos de la omnipotencia.

Faltaba únicamente dar a conocer la hermosura divina de la Iglesia, aquella hermosura cuyos encantos habían atraído a la tierra al Hijo de Dios. Precisamente estaban destinadas las vírgenes a sensibilizar esta belleza. La fortaleza, la sabiduría, la fecundidad de la Iglesia señalaban al cielo con un dedo, diciendo: ahí está mi origen, vengo de Dios. La hermosura de la Iglesia penetraría por los ojos hasta el mismo corazón, y allí sin palabras le haría sentir

---

po; así también los cristianos habitan en este mundo, pero no son de este mundo». (Cf. FPA, t. I, pp. 396-400.) Fácil sería multiplicar pasajes semejantes tomados de los demás apologetas, que nos recordasen instintivamente el hálito de las vírgenes, v. gr., JUSTINO, I *Apol.*, cc. 14-16: OTCA, vol. I, t. I, pp. 42-54; ARÍSTIDES, *Apologia*, c. 15, ed. J. Robinson: TS, 1891, vol. I, n. 1, p. 110; TERTULIANO, *Apol.*, c. 39: PL 1, 468-472.

muy hondamente: en mí se halla Dios, la eterna belleza. El sentido estético y moralista que dormía en el espíritu romano no tardó en comprender la trascendencia de este hecho. Y los apologetas, por su parte, no olvidaron el exponer este nuevo argumento ofrecido por la heroicidad de las vírgenes en favor de su fe.

Los ojos del *patricio romano* quedaban deslumbrados ante aquella descarga de ideal. Su vista se hallaba familiarizada con la escena de aquellas mujeres del Imperio decadente, cuyas siluetas cruzaban ante él tantas veces en las noches de orgía encubriendo malamente su corrupción tras los reflejos de sus diademas de oro y los pliegues de sus túnicas de amatista. Los rizos de sus cabelleras, artificiosamente modelados y salpicados con fino polvo de oro, servían de marco, ya en desorden, a los gestos de un rostro procaz. Se agitaban sus cuerpos con movimientos convulsos de embriaguez mientras levantaba su diestra entre risas destempladas la última copa del convite. De improviso mudábase la visión. El continente severo y digno de aquel número inexplicable de vírgenes cristianas no podía menos de aparecérsele como un milagro moral, como un destello de vida ultraterrena en que se hacía patente la divinidad de la Iglesia, que las formaba.

La *sociedad elegante* a quien por acaso llegaba la noticia de alguna virgen de Cristo, sentía al punto, a pesar de su propia abyección, el contraste entre aquel recato pudibundo de la doncella cristiana entretenida en piadosas conversaciones sobre la virtud, y la sensual desenvoltura de aquellas jóvenes del paganismo, que veía discurrir a diario entre los pórticos de las termas, deleitando sus oídos con los discreteos obscenos de los augustales y aspirando con ansia los aromas lujuriosos de los baños públicos.

El mismo *pueblo,* con ese juicio espontáneo de rectitud propio de la opinión ingenua, al ir descubriendo la existencia y vida de las vírgenes cotejaba instintivamente los sentimientos inhumanos de aquellas mujeres de la Roma imperial, que se regocijaban al percibir el olor de la sangre en que yacían envueltas las vísceras palpitantes del gladiador vencido o de la víctima inmolada por las fieras, con la cariñosa compasión desplegada por las jóvenes del cristianismo en favor del pobre, de la viuda, del huérfano abandonado o del anciano desvalido.

Finalmente, el *filósofo* que conocía el escepticismo con que la hija de familia asistía a las preces matutinas en honor de los lares del hogar, o la apatía con que hacía la oblación del alimento reservado al sacrificio, vislumbraba en las vírgenes cristianas, sumergidas en la divinidad con transfusión de amor íntimo y sincero, la centella de un fuego so-

brenatural que no podía proceder, en último término, sino del verdadero Dios.

Y así sucedía que la parte de Roma más o menos limitada que había tenido la dicha de ponerse en contacto con las vírgenes cristianas y había llegado a conjeturar su número, inclinaba su frente ante la fuerza de una religión que de doncellas frágiles hacía heroínas de acero, a quienes no lograban quebrantar ni la fascinación voluptuosa del Imperio, ni la seducción de aquellos ciudadanos nacidos únicamente para el placer, ni el fermento de la propia carne bajo el influjo de la juventud y la vida. Aquella nieve blanquísima, coagulada tan cuantiosamente en el cráter de un volcán en plena erupción, era un milagro suficiente para acreditar el origen divino de la religión cristiana.

Los apologetas del siglo II y el argumento de la virginidad

16. La primera voz conservada por la antigüedad en este sentido resonó precisamente en Roma. Al declinar la primera mitad del siglo II arribaba a la capital del mundo un hombre extraño. Envuelto en el característico *pallium* o manto de los filósofos, acababa de recorrer las ciudades principales del Imperio, declamando en las tribunas de los foros, en los pórticos de las termas y en los peristilos de los gimnasios acerca del cristianismo como "la única filosofía segura y provechosa". Su porte delataba al colono del Imperio nacido en regiones palestinenses; su lengua era la griega, y su estilo se ajustaba a las normas de los retóricos más hábiles de su tiempo. Según propia confesión, se inició con un maestro estoico, al que abandonó pronto viendo su ignorancia acerca de Dios; acudió a un peripatético, de quien se apartó asimismo con desprecio en vista de sus miras egoístas; frecuentó las lecciones de un pitagórico, que ponía como fundamento para la nueva ciencia la geometría, la música y la astronomía, y terminó dirigiéndose a las academias platónicas, donde empezaba a hallar rastros más positivos de la verdad, cuando conoció el cristianismo y con él la satisfacción tan codiciada de sus anhelos.

El nuevo filósofo abrió escuela pública en la capital del Imperio, y hacia el año 152 salía de sus aulas, escrito por su propia pluma, un informe de carácter apologético dirigido al emperador Antonino Pío, a sus hijos adoptivos Marco Aurelio y Lucio Vero, al sacro Senado y a todo el pueblo romano. Su autor ha pasado a la historia con el nombre de Justino el Filósofo o el Mártir. La primera parte de su *Apología* está consagrada a defender briosamente el cris-

tianismo contra las calumnias de que es continua víctima, describiendo la piedad religiosa de los fieles frente a las acusaciones de ateísmo, sus costumbres puras frente a los reproches de inmoralidad, y sus creencias sobre la resurrección de los muertos, como fundamento de vida santa, frente a la necedad de principios que se le imputaba.

Al trazar el cuadro de la honestidad admirable de los cristianos, hace resaltar deliberadamente la pureza de tantos fieles que o utilizan el matrimonio tan sólo para la procreación de nuevos hijos o lo rechazan de lleno a fin de mantenerse continentes toda la vida: "Son muchos—asegura—los hombres y mujeres educados en el cristianismo desde su infancia que llegan completamente puros hasta los sesenta o los setenta años. Y me enorgullezco de poder citaros ejemplos de ellos en todas las clases sociales" [26]. La grandeza moral del hecho en una atmósfera de lujuria tan conocida del emperador, hacía innecesaria una larga explanación del argumento.

Quince años más tarde recoge la pluma de Justino, para insistir sobre el mismo contraste, uno de sus oyentes en la Academia de Roma, convertido como él al cristianismo tras largos viajes por el Imperio, en los que la fama le había coronado con los laureles de filósofo y escritor. Taciano, nacido en las regiones asirias, pero educado en las ciencias helénicas, quiso justificar ante el mundo griego su entrada en la Iglesia de Cristo. Olvidando el respeto guardado por San Justino a las doctrinas clásicas, su discípulo las pulveriza sin piedad con un estilo vehemente y extremoso, no exento a las veces de ciertos arrebatos poéticos, fruto de su profunda convicción, pero delatores de un carácter duro y desabrido. En sus manos la lira halagadora del apologeta se transforma con frecuencia en el clarín de guerra del polemista.

Después de pintar con recargados colores la insensatez de las disciplinas paganas, lanza su reto: "Por lo cual —dice—me he propuesto demostrar, partiendo de todo

---

[26] I *Apol.*, c. 15: OTCA, vol. I, t. I, p. 48, donde cita expresamente el texto de Jesucristo sobre la virginidad. En el capítulo 29 de la misma obra contrapone con acierto los fervores impetuosos de pureza, por parte de cierto joven alejandrino, con la memoria repugnante de Antinoo, el favorito de Adriano, ahogado en aquellas mismas regiones entre las aguas del Nilo (OTCA, t. cit., pp. 88-90). La existencia de mujeres vírgenes hasta la muerte vuelve a ser atestiguada por el mismo SAN JUSTINO en su tratado *De Resurrectione*, caso de que deba serle definitivamente atribuído, o por otro autor del siglo II, a juzgar por las citas que de él hacen Ireneo y Tertuliano. Al tratar del estado orgánico y funcional de nuestros cuerpos después de la resurrección, los compara a los de las vírgenes, que se mantienen tales durante toda su vida (c. 3: OTCA, vol. III, t. II, p. 218).

aquello que tenéis en más estima, cómo nuestro proceder está lleno de prudente moderación, el vuestro de suma necedad." Recuerda, en un alarde de erudición, los nombres de aquellas mujeres cuyas estatuas había contemplado él mismo en Roma...: de Praxila, que jamás dijo cosa útil en sus poemas y a quien esculpió en bronce el mismo Lisipo... ¿Y qué decir de Anyta, de Telesila y de Myrtides, de las cuales la primera tuvo por escultores a Eutícrates y Cefisodoto, la segunda a Nicerato y la tercera a Atistodoto?... "Os gloriáis de Safo, meretriz y mujer impúdica, que cantó en versos sus propias lascivias; por el contrario, entre nosotros todas son pudorosas, y mientras hacen girar la rueca saben nuestras vírgenes entonar himnos de alabanza a Dios mucho más sublimes que las canciones de vuestra poetisa" [27].

Los apologetas posteriores persisten en seguir el mismo camino. Pronto encontraríamos a lo largo de él a Atenágoras el Ateniense, el escritor de estilo suelto y donoso, que el año 177 se dirige a Marco Aurelio para defender la honra de los cristianos. Junto a uno de los cuadros más coloristas de las impúdicas costumbres paganas, con sus mercados de la lujuria y sus corruptores de la belleza (don éste de la belleza, como añade, que no es fruto espontáneo de la tierra, sino obra formada por las manos de Dios), muestra la castidad inmaculada de muchos cristianos, "hombres y mujeres, que encanecen en la virginidad dentro de nuestras comunidades para unirse más íntimamente con Dios" [28].

Breve espacio después distinguiríamos la gran figura de Teófilo de Antioquía con sus tres *Libros a Autólico* [29],

---

[27] *Oratio ad graecos*, c. 33: OTCA, vol. VI, pp. 128-130. Se entiende mejor el encuadre en que coloca Taciano a las vírgenes cristianas si se tiene en cuenta que los autores gentiles se burlaban, a lo que parece, de ellas por ver que se entretenían en elucubraciones tan elevadas, más propias de un filósofo que de una mujer, según la mentalidad clásica. Por otra parte, Celso había hecho irrisión de los fieles que acudían a instruirse en los divinos misterios con gente artesana y con mujercillas iletradas, según decía; a esta invectiva responde Taciano alabando las oraciones de las vírgenes.

[28] *Supplicatio pro christianis*, c. 30: OTCA, vol. VII, p. 172. El testimonio de Atenágoras es de los más bellos, no sólo por la contraposición que desarrolla frente a los vicios paganos, sino por los motivos que apunta para la virginidad y por la advertencia que hace respecto a la pureza interna de pensamientos y deseos encerrada en su práctica.

[29] En el libro III, n. 15, ofrece una bella enumeración de las diversas virtudes que se ejercitan por los cristianos, entre las cuales incluye a la continencia, ἐγκράτεια ἀσκεῖται, como distinta y contrapuesta a la simple castidad, ἁγνεία φυλάσσεται (OTCA, vol. VIII, p. 224).

y tras otros [30], ya casi al fin de esta gloriosa cabalgata de la historia cristiana en el siglo II, a Minucio Félix, que, llevándonos a las orillas placenteras en que el Mediterráneo besa los pies de Ostia, mensajera de Roma, nos haría escuchar la palabra elegante con que Octavio da cuenta a su amigo pagano Cecilio del carácter del cristianismo:

Adoráis—le dice—a dioses incestuosos, que no vacilan en deshonrar a sus madres, a sus hijas, a sus hermanas. Es, pues, lógico que se tropiece tan frecuentemente entre vosotros con el crimen de incesto y que siempre se le tolere... Nosotros, en cambio, mostramos el pudor no tanto en nuestras mejillas como en nuestras mentes. Permanecemos con gusto fieles al vínculo de un solo matrimonio y sabemos sujetar nuestras pasiones bajo el yugo de una sola mujer o aun de ninguna. Nuestros convites no sólo son honestos, sino sobrios; ni nos entregamos a comilonas ni alargamos los banquetes con interminables bebidas; la gravedad sirve de moderación a la alegría. Una gran parte de los nuestros, manteniéndose castos en las palabras, pero más castos todavía en el cuerpo, tienen la dicha, más bien que la jactancia, de conservarse sin mancha alguna en perpetua virginidad; tan lejos se halla de nosotros el deseo de la lujuria, que para muchos aun la unión legítima es motivo de rubor [31].

Cerrando el glorioso cortejo de estas apologías del siglo II aparece la faz ardiente de Tertuliano, todavía ortodoxo, que hacia el año 197 presentaba en su *Apologético* a los gobernadores de provincia una verdadera obra maestra, en que alternan el jurista, el dialéctico y el orador. El capítulo nono ofrece un amasijo repugnante de escenas del paganismo: sacrificios humanos, infanticidio, sangre criminal de circo, incestos y violencias de lujuria, para hacer luego descansar la vista en la contemplación de los cris-

[30] Como es sabido, en esta misma época salieron otras apologías de carácter muy semejante a las descritas, y dirigidas asimismo a los emperadores a la sazón existentes, como la de MILCÍADES, probablemente discípulo de San Justino, y la de APOLINAR, obispo de Hierápolis, de las cuales no se ha conservado ningún fragmento. Más importancia hubieran, sin duda, tenido para nuestro objeto los escritos de MELITÓN, el obispo de Sardes, virgen, de quien con tanta veneración habla Polícrates en su carta al Papa Víctor. (Cf. EUSEBIO, *Hist. Eccles.*, lib. V, c. 24: PG 20, 496.) No es difícil conjeturar que quien tanta impresión había causado por su pureza y con tanto cariño había hablado de María Virgen en alguno de los fragmentos conservados, hiciese también uso de este argumento en la apología que dirigió al emperador Marco Aurelio hacia el año 172, y que, a juzgar por los trozos conservados en la *Historia Eclesiástica* de EUSEBIO, catalogador de sus numerosas obras, presentaba una orientación parecida a la de los restantes apologetas de aquel siglo (Cf. obra citada, lib. IV, c. 26: PG 20, 392.)

[31] *Octavius*, c. 31, «Florilegium patristicum tam veteris quam medii aevi auctores complectens», ed. Geyer B. et Zellinger Ioh., fasc. 8, recens. Martin Ios. (Bonnae 1930), p. 72.

tianos, que velan con esmero sobre su castidad para apartarse de todo desorden: "Hay—añade—quienes, para alejarse con más seguridad de todos los errores dichos, se conservan en continencia virginal, llegando cual niños a la senectud" [32]. Era la infancia epiritual de que había hablado el Evangelio, y que para el mundo corrompido de la idolatría estaba siendo uno de los puntos más sorprendentes e insospechados de la revelación divina.

Su repercusión en el paganismo

17. Brillaban ya, por tanto, luces celestes flotando en medio de la lobreguez de galerna creada por el paganismo. Ante sus claridades, los gentiles se veían constreñidos a exclamar con Cecilio Natal al terminar su disputa religiosa con el cristiano Octavio: "Te felicito de corazón y me felicito a mí mismo. No es necesario sentencia de juez; ambos somos vencedores; tú me has vencido a mí y yo he triunfado del error... Reconozco la pureza de esa tu religión, que desde este punto puedo llamar también mía" [33].

Sin embargo, en las cabezas pensadoras del mundo grecorromano había algo que se sobreponía al cotejo de los hechos, y era el cotejo de las concepciones. La gentilidad no había visto en el hombre mortal sino una pella de materia, que a través de sus sentidos corporales, como a través de enormes tentáculos, se agarraba a la vida para gozar de ella y exprimir de su seno hasta la última gota del deleite. El cuerpo humano, con todas sus efervescencias de volcán y sus refinamientos de sensibilidad, no era en el hombre, y sobre todo en la mujer, sino un instrumento de placer al servicio de la concupiscencia. La virginidad abrió de repente un mundo nuevo ante la ideología pagana, y ésta comprendió que aquella visión de espíritu y de luz tenía su origen en el cielo. El cuerpo debía ser no vórtice de corrupción, sino nave que condujese el alma a la eterna felicidad; no arena criminal de circo, sino palestra de triunfos sobrenaturales; purificado con la sangre del Redentor, alimentado con la carne de Cristo y ungido con la gracia del Espíritu Santo, sería no morada del placer, sino templo de Dios; no asiento del pecado, sino altar sobre cuya ara se inmolase el hombre a la Divinidad.

Aun los que no se decidían a abrazarse con la verdad

[32] *Apologeticus adversus gentes pro christianis*, c. 9: PL 1, 327. En sus obras posteriores, ya en el siglo III, nos transmite Tertuliano valiosos datos sobre la virginidad, que hemos de utilizar más tarde.
[33] MINUCIO FÉLIX, *Octavius*, c. 40, edit. cit., p. 85.

reconocían la trascendencia de las nuevas ideas. Esta impresión nos ha sido transmitida por un escritor gentil, que refleja sin duda el pensamiento de los literatos y filósofos del siglo II. Dice así el médico Galeno en una de sus obras sobre las doctrinas políticas de Platón: "Los cristianos observan una conducta digna de verdaderos filósofos; vemos, en efecto, que poseen el desprecio de la muerte, y que, guiados por cierta repugnancia pudorosa, tienen horror a los actos de la carne. Hay entre ellos hombres y mujeres que durante toda la vida se abstienen de los actos conyugales. Hay también quienes en el dominio y gobierno del alma y en el buscar apasionado de la honestidad han ido tan lejos como los verdaderos filósofos" [34]. El mundo pagano se declaraba vencido ante la fuerza de la virginidad.

No era el testimonio de Galeno una exclamación aislada en el mundo pagano. Sin duda formaba parte de un coro armónico, tanto más valioso cuanto más espontáneo. Dominando ya la paz del siglo IV en la Iglesia, pudo resumir San Juan Crisóstomo, todavía diácono de Antioquía, la historia de la impresión producida por la virginidad en los tiempos pasados con estas palabras: "Entre los griegos, aun cuando pocos ciertamente, no dejó de haber quienes llevaron la práctica de la filosofía hasta el desprecio de las riquezas y el dominio de la ira. Pero nunca creció entre ellos la flor de la virginidad, en lo cual siempre nos concedieron a los cristianos la supremacía, confesando que era una virtud sobre las fuerzas naturales y una cualidad sobrehumana. Por eso fuimos objeto de admiración para todos ellos" [35].

En consonancia con estas mismas ideas, desde un punto de mira apologético, había presentado, cinco lustros antes, San Atanasio al emperador Constancio la conclusión lógica, que aquella lista de testimonios del siglo II hacía ya prever en orden a la justificación divina del cristianismo. "Jesucristo, Hijo de Dios—escribía—, Señor y Salvador nuestro, que se hizo hombre por nosotros, triunfó de la muerte y libró a todo el género humano de la servidumbre de la corrupción, nos comunicó, entre otros dones, el que tuviéramos en la tierra una imagen de los ángeles en las vírgenes... Cuando los griegos gentiles las ven, las veneran como a templos del Verbo, pues es cosa cierta que en ninguna parte, fuera del cristianismo, ha sido cultivada esta profesión sa-

---

[34] Puede verse el pasaje en KIRCH-UEDING, *Enchiridion fontium hist. eccles. antiquae*, ed. 5.ª (Fiburgi 1941), n. 154. Sobre este testimonio y otros semejantes fija *HARNACK su atención en su obra *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten*, ed. 4.ª (1924), t. I, pp. 232-234.

[35] *Quod regulares feminae viris cohabitare non debeant* (n. 1: PG 47, 514).

grada y celestial. Este hecho constituye el argumento *más fuerte* de que la religión verdadera y cierta se encuentra entre nosotros" [36]. La fuerza apologética de aquel motivo expuesto por los escritores del siglo II había ido cobrando tal vigor, que podía recibir el título de *máximo* entre las razones alegables para probar la divinidad de la revelación cristiana.

---

[36] Μάλιστα γὰρ καὶ τοῦτο μέγα τεκμερίον ἐστί (*Apologia ad Constantium imperatorem*, n. 33 : PG 25, 640). De modo semejante se expresa San Juan Crisóstomo : «Abominan los judíos—dice—las alabanzas de la virginidad... ; admíranla y celébranla los extraños, mas sólo florece en la Iglesia de Dios» (*De virginitate*, c. 1 : PG 48, 533). San Epifanio fué todavía más lejos, queriendo ver, por lo menos en la doctrina, si no en el hecho, una nota de la verdadera Iglesia de Cristo frente a la herejía : «La Iglesia católica, por el contrario —dice—, predica la virginidad, alaba la vida célibe, la continencia de las viudas y la castidad, sin dejar de aprobar asimismo el matrimonio honesto ; pero condenando el estupro, los adulterios y el desenfreno de la pasión. En lo cual puede verse una nota genuina de la Iglesia católica y un argumento de ser espúreos los otros ritos» (*Advers. haereses*, lib. II, t. I, haeres. 48, *contra Phrygastas*, c. 9 : PG 41, 868).

CAPÍTULO V

Vírgenes y vestales

18. El exterior de las sacerdotisas de Vesta.—19. Su entrada y formación en la vida virginal.—20. Honores y privilegios de las vestales.—21. Las vírgenes de Cristo y las de Vesta en la literatura cristiana primitiva

El exterior de las sacerdotisas de Vesta

18. El historiador superficial, acostumbrado a pinceladas de erudición a la violeta, y amigo de emparejar cuadros, no por el espíritu que los vivifica, sino por ciertos tintes accesorios, podría juzgar enfático el tono con que ensalzan los apologetas a las vírgenes cristianas. Allí mismo, en Roma, a muy pocos pasos de las catacumbas, alzaba sus mármoles el templo de la gran diosa Vesta, y al servicio de su culto se hallaban jóvenes sacerdotisas, obligadas por la ley a la guarda de la perfecta castidad. No es posible negarlo. La institución de las vestales señala el punto culminante de los esfuerzos moralizadores del Lacio y la cima del ascetismo religioso en la trayectoria de los cultos paganos.

Pero inclinémonos para examinar más de cerca la pintura de aquel hecho. Por hacer un favor a los cultos de la antigüedad clásica, concretaremos nuestra atención a las vestales romanas, sin recordar instituciones análogas de otras naciones, en las que al surgir la lucha entre la concepción ideal de un sacerdocio femenino continente y el ímpetu de las pasiones, enardecidas por el vigor de la juventud, vinieron a ocultarse prácticas sacrílegas de prostitución [1].

[1] Los autores cristianos de lengua latina recalcan esta degeneración con palabras muy crudas: «¿Dónde—pregunta MINUCIO FÉLIX—traman los sacerdotes sus desórdenes, ejercen sus infames tráficos, preparan sus adulterios en mayor escala que entre los altares y los templos? Con frecuencia es más escandalosa la liviandad en los departamentos de los santuarios que en los mismos lupanares» *(Octavius*, c. 25, n. 11: «Florileg. patristicum», fasc. 8, Bonnae 1930, p. 59). Modo semejante en el hablar emplea TERTULIANO en su *Apologético*, cuando dice: «Por lo demás podría añadir, y lo reconocerá la conciencia de todos, que es precisamente en los templos donde se conciertan los adulterios, que es al pie de los altares donde se realizan tráficos infames, y que, finalmente, es en los departamentos

La delicadeza helénica logró huir esta sima, encontrando un procedimiento de hermanar la castidad simbólica del culto a las diosas consideradas como vírgenes: Artemis (Diana), Atenas (Minerva) y Hestia (Vesta), con las exigencias de la pasión. Aleccionada por hechos resonantes como el rapto de la Pitia de Apolo, en Delfos, o la seducción escandalosa de la sacerdotisa de Artemis, en Orcómenes, decretó que en adelante aquellas instituciones sagradas estuvieran servidas por mujeres ya marchitas o entradas en años, que en todo caso, si las circunstancias lo pedían, como en la Pitia délfica, podrían presentarse durante las ceremonias revestidas con hábitos de doncella virgen [2]. Baste esta consideración para que podamos prescindir de examinar tales casos, volviendo desde el primer momento nuestra mirada hacia Roma. ¿Cuál debe ser la impresión del crítico ante esas dos figuras colocadas frente a frente: la vestal y la virgen cristiana?

Traslademonos ante la masa imponente del coliseo. El sol mañanero no hace sentir todavía el peso de sus rayos estivales. Miles de romanos se apiñan ante las puertas del anfiteatro como fascinados por los reflejos que despiden los mármoles de sus gigantescas columnatas. Abren, al fin, sus fauces de hierro los *vomitorios,* y la muchedumbre se precipita en el interior con la impetuosidad de un río que ha logrado romper las represas que lo contienen. Con un estruendo que ahoga los rugidos de las fieras enjauladas en los subterráneos, van penetrando cuarenta mil..., sesenta mil..., hasta setenta mil personas, sin que las entrañas de aquella gran mole parezcan nunca saciarse.

Aun no ha terminado de entrar aquella movediza masa humana, cuando empiezan a llegar lujosas literas conduciendo a los senadores, pretores y augustales. De pronto aparece un lictor, con sus *fasces* de finas varas, abriendo paso entre el pueblo, mientras repite a intervalos *Date viam!,* ¡ceded el paso! Al verlo la muchedumbre se detiene

---

mismos de los sacerdotes y sus ministros, bajo las borlas, las ínfulas y las púrpuras, donde, mientras arde todavía el incienso, se atiende a saciar la pasión» (c. 15: PL 1, 363). SAN AGUSTÍN dice que «peores son los templos donde se cometen estas abominaciones que los teatros donde se fingen» (*De Civitate Dei,* lib. VI, c. 10, n. 3: PL 41, 191).

[2] Al hablar PAUSANIAS de la diosa Gea, cuyo santuario estaba cerca de Crátidos, dice que su sacerdotisa debía conservarse continente, aun cuando en su vida pasada pudiera haber estado ligada con el matrimonio a un solo varón (*Descriptiones Graeciae,* lib. VII, c. 25: BGD, p. 359). PLUTARCO afirma de un modo general que «en Grecia, en los lugares, como Delfos y Atenas, donde se conserva un fuego parenne, se escogen para su custodia no precisamente vírgenes, sino mujeres ya ineptas para el matrimonio a causa de su edad» (*Vidas paralelas, Numa,* c. 9: BGD, vol. I, p. 78).

respetuosa; los magistrados se apartan de la vía, y la vista de todos se fija en el mismo punto. Detras del lictor y a cierta distancia de él avanza con paso majestuoso una vestal. Es una joven de bello aspecto, porte arrogante y facciones agraciadas, que podrían denunciar hasta veintiséis o veintiocho años.

Viste la estola de las matronas romanas de alto rango, larga túnica de paño blanquísima, que cae hasta los pies en pliegues estatuarios, y cuyo borde inferior recorre una ancha orla con dibujos de púrpura; ciñe su frente a manera de diadema una *ínfula*, o amplia banda, de donde penden por ambos lados las *vittae*, o cintas características del sacerdocio pagano; el *suffibulum*, o velo propio de la sacerdotisa, de color también blanco, aunque enriquecido con preciosos bordados, encuadra su rostro, y después de quedar sujeto delante del pecho con un broche de oro, desciende libre por hombros y espaldas; finalmente, envolviendo toda su figura con majestad hierática lleva la *palla* griega, o manto de anchos vuelos, que, pasando por encima de su cabeza y dejando libre por completo el brazo derecho, viene a recogerse en el izquierdo con actitud solemne y airosa al mismo tiempo. Una trenza de pelo negro como el azabache cruza su frente de un lado a otra, a manera de diadema, y por encima de ella se adivinan hasta otras cinco paralelas, ocultas ya tras los pliegues del velo y el manto. Todo su continente refleja esa superioridad aristocrática que toman los grandes personajes acostumbrados a los honores y veneración del pueblo [3].

Otras cinco jóvenes de idéntico tocado y semejantes modales la siguen a corta distancia [4]. Al ver a los cónsules y

---

[3] La indumentaria y ornato de las vestales nos es conocido por las estatuas de cuerpo entero y tamaño natural que han llegado hasta nosotros. Fuera de tales representaciones, ciertos escritores detallistas, como R. FESTO, nos han transmitido noticias exactas acerca de la forma del *suffibulum*. También PRUDENCIO tiene alusiones muy precisas por lo que hace a las ínfulas y al peinado, como cuando dice: «Interea dum torta vagos ligat infula crines» (*Contra Symmachum*, lib. II, v. 1085: PL 60, 269).

[4] Aun cuando es probable que la institución proviniera de Alba Longa, los historiadores antiguos señalan taxativamente al rey Numa como su fundador en Roma. Este fijó su número en cuatro, probablemente para que cada una de las dos tribus de los Ramnes y los Titienses, que integraban entonces la Ciudad Eterna, tuvieran dos representantes en aquel culto. DIONISIO DE HALICARNASO cita asimismo, aun cuando refutándola, una opinión según la cual el templo de Vesta fué instaurado por Rómulo, que junto con su hermano Remo había precisamente nacido de la vestal Rea, hija de los reyes albanos (*Antigüedades romanas*, lib. II, c. 65: BGD, p. 114 s.). Más tarde Tarquinio el Viejo elevó su número a seis, a fin de que se viese también representada la tribu de los Luceres, agregada recientemente a la urbe. (Véase DIONISIO DE HALICARNASO, ob. cit., lib. III,

pretores cederles el paso con respetuoso ademán, cualquier extranjero no habituado a semejantes ceremonias creería hallarse ante seis diosas bajadas del Olimpo para honrar con su presencia los juegos públicos.

Y se afianzaría en su sospecha si hubiera contemplado la escena que hacía aún muy pocos minutos había tenido lugar en una de las calles de la urbe. Por delante de la gran vestal había cruzado al azar, conducido por varios soldados al mando de un jefe, un mísero reo, que, condenado a muerte por la justicia de los tribunales, iba a ser decapitado en las afueras de Roma. La espada del verdugo caería sobre su cuello mientras encuchasen sus oídos por última vez resonar allá a lo lejos el vocerío de la muchedumbre, exaltada por la embriaguez del anfiteatro. Al ver a la vestal, su rostro se transfiguró; de un salto violento se echó a los pies de la sacerdotisa, y con voz de angustia en que vibraba toda su alma clamó: "¡Merced!" La virgen pagana pronunció la fórmula ritual del indulto, después de haber jurado, a petición del oficial romano, que aquel encuentro no había sido intencionado, sino meramente casual. Era éste el único juramento que había pronunciado en su vida; en todos los demás actos, tanto legales como jurídicos, bastaba su sola palabra para dar fe a su testimonio. El afortunado reo pudo unirse aquel día a los regocijos populares de la ciudad [5].

c. 67, edic. cit., p. 184). PLUTARCO afirma que fué Servio Tulio quien aumentó su número (*Vidas paralelas, Numa*, c. 10: BGD, p. 79). Lo cierto es que durante toda la República y el Imperio continuaron siendo seis, hasta poco antes de su extinción, en que debieron tal vez llegar a siete, según un testimonio de San Ambrosio: «Con dificultad son elegidas siete vestales» (*Epist. 18 ad Valentinianum contra Symmachum*, n. 11: PL 16, 975).

[5] Tanto el privilegio de ser precedidas por lictores como el de poder indultar a los reos de muerte que encontraron a su paso, y otros no menos inusitados, están atestiguados por PLUTARCO, *Vidas paralelas, Numa*, c. 10, nn. 4-6: BGD, vol. I, p. 79. M. A. SÉNECA incluye entre sus grandes honores el que los magistrados inclinasen ante ellas sus fasces y los cónsules y pretores les cedieran el paso (*Controversiarum*, lib. VI, c .8: BCL, t. XCI, p. 564). La exención de prestar juramento está consignada en AULO GELIO, *Noctium Atticarum*, lib. VII (vulgo VI), c. 7, n. 6, y lib. X, c. 15, n. 31. Igualmente se les concedió por gracia especial, reservada a muy pocas personas, el poder atravesar la ciudad en ciertas ocasiones llevadas solemnemente en carroza (*currus arcuatus*), según aparece en la descripción de PRUDENCIO:

Fertur per medias ut publica pompa, plateas
Pilento residens molli, seque ore retecto
Imputat attonitae virgo spectabilis urbi

(*Contra Symmachum*, lib. II, v. 1087-89: PL 60, 270). Versos que traduce L. RIBER en esta forma: «Como una imagen en procesión es llevada por en medio de lás plazas, blanco de todas las miradas de la ciudad atónita, acomodada en la blanda molicie de su carroza portátil y con el rostro tapado, una vestal» (*Aurelio Prudencio*, Col. Pro Ecclesia et Patria, 1936, p. 208).

Poco antes de ocultarse tras la puerta principal del anfiteatro la gran vestal, dirige una última mirada a la muchedumbre, que se rebulle, como un inmenso hormiguero, en torno a la construcción de los Flavios; y todavía tiene tiempo de contemplar un momento a otra joven romana que, cubierta con una sencilla túnica de paño blanco, ceñida a la cintura, y semioculto su rostro por un velo de rojas cenefas, va a penetrar también en el anfiteatro por una puerta bien distinta de la suya: la puerta que conduce a los *cunibula* o conejeras, especie de lóbregas mazmorras en que esperan su turno las víctimas humanas destinadas a proporcionar a los demás, a costa de su vida, el placer de la lucha y la sangre.

Las miradas de ambas jóvenes se cruzan un instante. La virgen de Cristo reconoce al punto a la virgen de la idolatría, y en sus ojos brilla un rayo de compasión para con aquella pobre alma, tan vacía y estéril en medio de sus aparentes resplandores. Tal vez la virgen de la idolatría reconoce también a la virgen de Cristo, cuya condenación ha llegado a sus oídos, y en sus labios se pinta un gesto de desprecio hacia aquella miserable muchacha, que se abraza conscientemente con las angustias del dolor y la infamia del suplicio. Ambas han seguido, aunque en diverso grado y forma, la carrera de la virginidad, y, sin embargo, el término de sus caminos diverge hacia dos polos completamente opuestos. Involuntariamente cruza por la memoria de cada una su respectiva historia.

Su entrada y formación en la vida virginal

19. Los recuerdos de la vestal son lejanos y confusos. Un día, cuando apenas contaba ocho años, circuló por Roma la noticia de que una de las seis vestales que cuidaban del culto de la diosa acababa de fallecer. Al poco tiempo, el gran pontífice recorría primeramente las familias principales de la casta patricia y luego una multitud de hogares de rango plebeyo, hasta lograr reunir, conforme a la ley *Papia De Vestalium lectione,* veinte niñas de seis a diez años, sin defecto físico en el cuerpo, hijas de padres libres, las más dignas en lo posible por su origen y las más bellas por su conformación exterior. Congregadas todas en el templo delante de la comunidad sacerdotal de Vesta, se había procedido por suerte a la elección. El dado la había designado a ella [c].

[c] La fecha de la ley Papia se desconoce, pero las condiciones por ella establecidas nos las conserva AULO GELIO, que recuerda cómo

Aun recordaba la solemnidad con que el gran pontífice había pronunciado la fórmula ritual: "Habiendo sido hallada perfecta según la ley, te recibo, Amada, por sacerdotisa vestal, para que mantengas el culto de la diosa en bien del pueblo romano". Y al punto, mientras las demás niñas se retiraban gozosas a sus casas, el pontífice la había cogido por la mano y, substrayéndola desde este momento a la patria potestad, la había constituído bajo su tutela oficial, de modo semejante a como se hubiera hecho con un prisionero de guerra [7].

Sin embargo, desde aquella edad hasta llegar al grado de vestal habían tenido que transcurrir los diez años prescritos por la ley para recibir la educación propia de su nuevo estado y aprender sus futuras obligaciones [8]. Durante aquel tiempo se había instruído, bajo la dirección de las vestales de título, en la oración que debía recitar por la prosperidad del Estado, en los sacrificios que debía ofrecer periódicamente a su diosa titular, en las ceremonias propias de las grandes festividades religiosas, y, sobre todo, en la custodia de los

---

las elegidas debían hallarse entre los seis y los diez años de edad, ser nacidas de padres vivos todavía al momento de la elección, libres y empleados en honestas ocupaciones. Por el mismo autor sabemos que gozaban de privilegio de exención, sin poder ser obligadas al servicio de la diosa, quienes tuvieran ya una hermana vestal, así como las hijas de los flámines, de los augures, de los quindecemviros y los semptemviros epulones, de los salios y de los que con su flauta acompañaban los sacrificios religiosos; finalmente, las jóvenes destinadas a esposas de un pontífice. Todos estos privilegios prueban cuán poco grata resultaba para las familias la designación de sus hijas para el sacerdocio de Vesta a pesar de sus grandes honores (*Noctium Atticarum*, lib. I, c. 12, nn. 1-8).

[7] La fórmula, conservada por Fabio Pictor, la transcribe AULO GELIO, quien añade por su cuenta que la palabra *Amada* con que la designaba el sumo pontífice era una reminiscencia de la primera vestal, que llevó precisamente este nombre. Del mismo autor es también la comparación del prisionero de guerra. La palabra sacramental *capio* era clásica en la designación de varios de los órdenes sacerdotales, como flámines diales, pontífices y augures (*Noctium Atticarum*, lib. I, c. 12, nn. 4-19). Allí mismo pueden verse otros detalles referentes a esta elección singular para el sacerdocio de Vesta. Las relaciones del pontífice Máximo con las vestales tenían mucho del carácter de patria potestad; hecho comprensible si se tiene en cuenta que aquellas sacerdotisas tenían a su cargo el fuego doméstico del Estado, cuyo padre fué el rey en los primeros tiempos, y más tarde el pontífice Máximo. Véanse a este propósito las observaciones de J. MARQUARDT, *Le culte chez les romains*, t. I: MARM, vol. XII, pp. 377-79.

[8] De esta primera época de iniciación habla L. A. SÉNECA (*De Otio aut Secessu Sapientis*, c. 29: BCL, t. LXXXIII, p. 402), y más concretamente PLUTARCO, que describe los tres períodos consecutivos: primero de instrucción, luego de ejercicio activo, y, finalmente, de enseñanza a las nuevas vestales, comprendiendo diez años cada uno de ellos (*Vidas paralelas, Numa*, c. 10: BGD, vol. I, p. 79); asimismo DIONISIO DE HALICARNASO (*Antigüedades romanas*, lib. II, c. 67: BGD, p. 116).

penates de la gran urbe romana y en la conservación del fuego sagrado, que ardía continuamente en el altar de Vesta; aquel fuego que constituía el hogar de la gran familia formada por todos los romanos [9].

Lo que no le habían explicado era que la deidad a quien prestaba sus sevicios no fué en otros tiempos sino un simbolismo del fuego, y por eso era pura como él y dotada de cierta actividad vivificadora. Ni tal vez sabía que su culto, exclusivamente doméstico en los primeros siglos del Lacio, había tenido por única ara el hogar destinado a preparar los alimentos para la familia, hasta que los refinamientos posteriores vinieron a proporcionarle altares especiales y, últimamente, el artístico templete circular, rodeado por veinte columnas de estilo corintio, donde debía ella cuidar que no se interrumpiera el fuego en honor de la diosa [10].

---

[9] En general les incumbía el culto propio del hogar del Estado, concebido al modo de una gran familia. Por eso el principal cuidado que les encomendara su fundador era el del fuego y el agua, elementos fundamentales de la vida doméstica. (Cf. SUIDAS, *Lexicon*, Νουμᾶς Πομπίλιος.) El primero era desde luego el que imprimía su carácter al culto de Vesta. Con el agua extraída de fuentes naturales o de ríos en vasijas de arcilla, modeladas a mano, rociaban el templo o purificaban los lugares destinados a las grandes construcciones religiosas, como la del Capitolio. (Cf. TÁCITO, *Historiarum*, lib. IV, c. 53 : BCL, t. CII, p. 449 s.) A su cargo estaba también el *penus Vestae* con los elementos necesarios para determinadas ceremonias, como la salmuera sagrada, la mola salsa o harina de espelta tostada, la sangre del caballo sacrificado el 15 de octubre en el Campo de Marte y las cenizas de los becerros quemados en las *fordicidia*, elementos estos dos últimos que entraban en la confección de las *februa casta*, preparadas por las mismas vestales para purificar edificios y establos durante las fiestas *palilias* en el aniversario de la fundación de Roma.

Además, Cicerón y sus contemporáneos estaban persuadidos de que bajo su custodia se guardaban los penates de Troya, traídos por Eneas, ey paladio de Minerva, descendido del cielo. (Cf. CICERÓN, *Philippica* XI, c. 10 : BCL, t. XIII, p. 469.) Sin embargo, nadie había visto dichos objetos, a excepción, según se contaba, de Metelo, que quiso salvarlos en el incendio del santuario, quedando por ello ciego. (Cf. C. PLINIO, *Nat. Hist.*, lib. VII, c. 45 : BCL, t. LX, p. 161.) Por esta razón había quienes juzgaban legendaria la existencia de dichas imágenes en el templo de Vesta. (Véase PLUTARCO, *Vidas paralelas*, *Camilo*, c. 20, n. 3-6 : BGD, vol. I, p. 165 s.) La misma duda expone DIONISIO DE HALICARNASO (*Antigüedades romanas*, lib. II, c. 66 : BGD, p. 115). Sobre este punto puede verse el erudito artículo de ST. WEINSTOCK *Penates*, IV : PWRE, t. XIX, 440-457.

[10] La diosa Vesta, similar a la Hestia de los griegos, era de origen germánico, y su etimología aparece en la raíz sánscrita *vas*, que significa brillar. El fuego, puro en su naturaleza, vivificador en sus efectos y asiento del hogar doméstico, fué objeto de gran veneración entre los indoeuropeos, como aparece por sus huellas en el culto de los iranios, para quienes constituyó el símbolo principal de Ahura Mazda ; en el panteón ario, donde aparece bajo la figura del gran Agni ; en las prácticas religiosas de los celtas, que lo conser-

De la continuidad de aquellas llamas dependía el bienestar de la ciudad imperial; y más de una vez había leído en Tito Livio la consternación angustiosa que produjo en todo el Imperio romano la extinción de dicho fuego durante la segunda guerra púnica [11]. Las pocas veces que merced a un descuido de las vestales había sobrevenido calamidad tan espantosa, una parálisis de terror había cundido por la ciudad, suspendiendo toda clase de negocios y aun enervando la acción de las autoridades hasta tanto que, castigada cruelmente la sacerdotisa y purificado el templo, volvían a esparcir las llamas de la diosa sus reflejos de feliz augurio.

Entonces también había conocido los deberes externos de la castidad, y sobre todo las penas pavorosas con que el derecho religioso de los pontífices sancionaba todo acto de fornicación, que, por su carácter sacrílego contra la diosa, era conceptuado jurídicamente como el grado más nefando de los incestos. La vestal convicta de semejante crimen era conducida en una litera fúnebre al *Campus sceleratus,* y allí, después de azotada, era introducida viva, con solo un poco de alimento y una lámpara de aceite, en una estrecha tumba, cuya bóveda de piedra, sólidamente cerrada, habría de contemplar bien pronto la desesperación de su muerte. La Porta Collina había presenciado ya más de una vez aquel horrendo suplicio [12].

---

vaban siempre encendido en Kildara, bajo la custodia asimismo de ciertas sacerdotisas, y en las supersticiones de los antiguos germanos, quienes se arrodillaban ante él en actitud impetratoria. (Cf. A. Carnoy, *Les indoeuropéens,* París 1921, pp 201-207.) Por lo que hace a Vesta, su simbolismo se redujo al del hogar doméstico, correspondiente a la ciudad de Roma o al Imperio en tiempos posteriores.

[11] *Hist.,* lib. XXVIII, c. 11 : BCL, t. CXII, p. 357. Dionisio de Halicarnaso dice que «este mal (la extinción del fuego sagrado) es el más temido de los romanos» *(Antigüedades romanas,* lib. II, c. 67: BGD, p. 117). El fuego se renovaba todos los años el día primero de marzo, frotando dos trozos de madera extraídos de un árbol de feliz augurio.

[12] El delito era considerado como un caso de incesto de los más graves, por hallarse en juego el bien del estado. En un principio la pena parece que fué la de ser azotada la culpable hasta morir. Más tarde se adoptó el enterramiento en vida, para no verse en la precisión de matar a una persona consagrada a la divinidad. En cierto modo se la entregaba a la venganza de los mismos dioses subterráneos. Hay descripciones detalladas del suplicio en los autores antiguos, como Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas,* lib. II, c. 67 : BGD, p. 117.; Plutarco, *Vidas paralelas, Numa,* c. 10, n. 7-12, edic. cit., vol. I, p. 79 s. ; Tito Livio, *Hist.,* lib. VIII, c. 15 : BCL, t. CIX, p. 465, quien narra la condenación de la vestal Minucia.

La severidad de tales penas consiguió que los delitos comprobados fueran raros ; tal vez no llegaron a veinte. La leyenda creó en seguida hechos portentosos en defensa de ciertas vestales falsamente acusadas, como Tucia, que en prueba de su inocencia se dirigió,

Tras estas lúgubres imágenes recordaba la virgen de Vesta cómo a la edad de dieciocho años había comenzado la segunda etapa de su vida sacerdotal, que debía ser de igual duración exactamente que la primera, y que para ella estaba ya próxima a extinguirse. Durante este período había ejercido en toda su plenitud las funciones de vestal y disfrutado asimismo de todos sus privilegios. Muy pronto entraría en la tercera y última etapa de su carrera religiosa, en la que debía permanecer igualmente otros diez años instruyendo a las nuevas jóvenes que se preparaban para el culto de la diosa. Terminado este último plazo, la obligación de sus servicios en el templo habría concluído, y con él la carga de la virginidad, que podría abandonar mediante el matrimonio, de igual modo que cualquier otra doncella romana.

Los recuerdos de la virgen cristiana eran muy sencillos, pero se mezclaban en ellos palpitaciones mucho más profundas del corazón y contenían mucho menos de formulismos oficiales. Una tarde, cuando contaba ya diecisiete años, oyó exponer a su pastor, durante los oficios sagrados, las bellezas de la virginidad. Sus descripciones parecían himnos de cielo, y su voz al hablar tenía las cadencias de un canto angélico. El espíritu de la joven se iba abstrayendo, como anestesiado por aquellas armonías; en lo más íntimo del corazón sentía una caricia de amor ultraterreno, y en sus oídos murmuraba suavemente una voz desconocida: "Conságrate a mí, tu Dios, único esposo en verdad amante, y sella tu cuerpo con la virginidad". Poco después bendijo el sacerdote el pan y el vino; el cuerpo de Cristo se llegó para aposentarse en el pecho de la doncella cristiana; una ráfaga de nueva luz envolvió su mente y una oleada de fuego hirió de súbito su corazón; la virgen no dudó más y balbuceó entre lágrimas de ternura: "Dios mío, ¡juro conservar mi pureza intacta hasta la muerte!" A partir de aquel punto, la oración y la caridad habían ido divinizando más y más los ideales de la virgen de Cristo, hasta que el despecho de un seductor burlado la había conducido al anfiteatro.

---

acompañada de una gran multitud, al Tíber, donde, llenando un cedazo con el agua de aquel río, la llevó hasta el foro para echarla a los pies del pontífice. (Cf. DIONISIO DE HALICARNASO, *Antigüedades romanas*, lib. II, c. 69: BGD, p. 118.) De modo parecido habla VALERIO MÁXIMO (*Factorum dictorumque memorabilium*, lib. VIII, *De iudiciis publicis*, c. 1, n. 5: BCL, t. CXXIII, p. 62), aun cuando no falten quienes la suponen definitivamente condenada.

Honores y privilegios de las vestales

20. Mientras prestan estos recuerdos nuevo vigor a la virgen cristiana, la gran vestal ha penetrado ya en el coliseo y se dirige a ocupar su puesto de preferencia. En primera fila, surgiendo de la misma arena para dominarla mejor, se levanta el suntuoso podio dorado donde se destaca la tribuna del emperador. Muy cerca de ella y en el mismo podio aparecen los bancos de las vestales, lugar tan honroso que el senado mismo no había hallado años antes modo mejor de premiar a Livia que designándole un puesto entre las vírgenes sacerdotisas [13].

Llega el César; suenan las trompetas, y las luchas circenses empiezan a regar con sangre el anfiteatro. En el rostro de las vestales se va pintando el interés, la emoción, el entusiasmo. Desfilan bestias feroces, que son cazadas hábilmente por los procedimientos más extraños y artificiosos; aparecen los guerreros destinados a luchar con las fieras, y sentenciados, la mayor parte de las veces, a caer juntamente con ellas en estrecho abrazo de muerte, mezclando mutuamente confundidas sus vísceras desgarradas; síguense simulacros reales de batallas y asaltos, que van sembrando de cadáveres aquel recinto consagrado al juego y al placer. La delicadeza propia de los rasgos femeniles de las vírgenes de Vesta va esfumándose tras el gesto repulsivo de quien se complace en el sufrimiento de sus semejantes [14]. Surgen al fin sobre la arena los gladiadores para ofrecer al pueblo romano su espectáculo favorito. Armados pesadamente los galos con sus corazas, escudos y

---

[13] Al menos desde el tiempo de la república existía ya la costumbre de que asistiesen a los combates de gladiadores y espectáculos públicos en lugar preferente. (Cf. CICERÓN, *Pro L. Murena*, c. 35: BCL, t. X, p. 562.) El decreto concediendo a la emperatriz un lugar entre las vestales es recordado por TÁCITO, *Annales*, lib. IV, c. 16: BCL, t. C, p. 420.

[14] Gráficos en extremo son los versos con que describe Prudencio estos rasgos de crueldad sorprendidos en la faz de las vírgenes paganas:

> Inde ad consessum caveae pudor almus, et expers
> Sanguinis it pietas, hominum visura cruentos
> Congressu mortesque, et vulnera vendita pastu
> Spectatura sacris oculis; sedet illa verendis
> Vittarum insignis phaleris, fruiturque lanistis.
> O tenerum mitemque animum! consurgit ad ictus,
> Et quoties victor ferrum iugulo inserit, illa
> Delicias ait esse suas, pectusque iacentis
> Virgo modesta iubet converso pollice rumpi:
> Ne lateat pars ulla animae vitalibus imis
> Altius impresso dum palpitat ense secutor.

(*Contra Symmachum*, lib. II, vv. 1090-1100: PL 60, 271 s.)

espadas; casi desnudos los reciarios, ágiles en el movimiento de sus redes y tridentes, avanzan todos ellos sobre la pista alentados por las voces, exclamaciones y aplausos de la multitud, que remeda el bramido de un océano movido por la tempestad. Crúzanse apuestas en favor de los luchadores más afamados. Varias vestales juegan sumas crecidas con los magistrados que las rodean, y una de ellas, conocida por las cuantiosas riquezas heredadas de su familia, firma al punto en una de las tablillas de cera, que le ofrece con reto provocador el mismo César, una gran suma de oro en contra del favorito imperial.

Terminada esta escena, y mientras retiran los despojos de los gladiadores vencidos, el prefecto de juegos ordena una interrupción, que sirva al mismo tiempo para comentar los accidentes de la jornada y repartir entre el pueblo los alimentos regalados a este efecto por el emperador. El sol empieza ya a hacer sentir su fuerza. Despliégase por encima del anfiteatro el inmenso velo de púrpura a cuyo través, atenuada y coloreada, la luz da a la arena un tinte sanguinolento de tragedia. Quémanse en los inmensos pebeteros, que rompen la monotonía de las gradas, esencias importadas de la Arabia, cuyo perfume produce deleitosa embriaguez, mientras corrientes de agua fresca ruedan por entre las tribunas del anfiteatro, refrigerando el ambiente con su saltar bullicioso.

Una de las vestales conversa alegremente con el emperador. En lo alto de un tendido, una madre la señala con el dedo, relatando a su hija los privilegios de la virgen idólatra: "Es cierto — le dice — que muchas familias patricias se niegan en estos tiempos a entregar sus hijas al servicio de Vesta; y, sin embargo, ¿puede apetecerse glorificación mayor sobre la tierra? Cada una de ellas goza de todos los honores y exenciones de las matronas romanas que han dado tres hijos al estado; son las únicas mujeres del Imperio no sometidas a la tutela de ningún varón, según el pesado yugo de las leyes; las únicas que pueden disponer libremente de sus bienes; las únicas que pueden testar sin imposiciones ni trabas [15]. Participan de las fiestas públicas entre grandes distinciones, acuden con libertad a los convites de sus familiares y amigos, sin sumarse a sus duelos; y en medio de todas estas concesiones, son las depositarias confidenciales de los actos de mayor importancia: en sus manos entregó Julio César el testamento, que debía abrirse después de su muerte; y a su fidelidad confió Augusto el

[15] El goce del *ius trium liberorum* y la potestad de testar aun viviendo el padre están consignados en PLUTARCO, *Vidas paralelas, Numa*, c. 10, n. 4 : BGD, vol. I, p. 79.

secreto de su postrera voluntad, que ellas debían transmitir al senado romano" [16].

El alegre sonido de las trompetas anunciando la prosecución de los juegos viene a interrumpir todas las discusiones y a encauzar todas las miradas en dirección de la gran puerta de los subterráneos, interrogando ansiosamente qué nueva sorpresa se prepara. La representación al vivo de una leyenda mitológica había ofrecido al pretor una bella ocasión para sacrificar a la virgen cristiana, condenada a muerte por el delito de querer ser virgen y perseverar cristiana. La joven doncella que era presentada como hija espúrea de un dios enemigo, debía ser asaeteada con pequeñas flechas por unos geniecillos alados, mensajeros del Olimpo. Una vez erizado su cuerpo de finos dardos incapaces de producirle una muerte rápida, pero aptos para convertir su cuerpo en una llaga inmensa, sería colocada sobre el ara del rey de los dioses, para ser quemada lentamente en sacrificio expiatorio.

La virgen sufre la primera parte de su tormento con el rostro alegre de quien se deja poner un traje de gala para salir al encuentro de su soberano en una fiesta palaciega. La muchedumbre la contempla con admiración, y no pocos rostros empiezan a conmoverse ante aquella alianza sublime de la belleza, la inocencia y la heroicidad. Al ser colocada en el ara para consumar su sacrificio, la joven cristiana levanta su semblante hacia el cielo con expresión de éxtasis, y, merced al movimiento de sus ojos, vuelven a cruzarse por segunda y última vez en este mundo la mirada de ambas vírgenes, la de Cristo y la de Vesta. Los labios de la cristiana se mueven lentamente formulando una oración; los de la pagana se contraen de nuevo con una mueca de desprecio. Cada vez comprende menos aquella obcecación supersticiosa y grosera, cuyo término ineludible es la ignominia del suplicio.

Cuán diverso se presenta a su imaginación el fin de sus días. Es verdad que, al aproximarse a los cuarenta años, se verá libre para abandonar el templo y entregarse a las delicias del matrimonio; pero tiene ya determinado no cambiar en aquel momento el rumbo de su vida. No se encuentra con fuerzas para hacer frente a las murmuraciones de sus antiguos conocidos, ni a las sátiras con que el pueblo ha de acompañar los himnos de su ceremonia nupcial viendo desposada a la antigua sacerdotisa. En la ingenuidad de su espíritu, cree apoyarse para tal decisión en razones de más o menos piedad para con su diosa; y desde luego la astucia

[16] Ambos hechos son referidos por SUETONIO en su obra *Duodecim Caesares, C. I Caesar*, c. 83, y *Octavius Augustus*, c. 101: BCL, t. XCVIII, pp. 130 y 320.

con que sabe engañar la propia conciencia aun a los más avisados, le oculta artificiosamente las dos causas más profundas que sostienen su propósito en la realidad. Por una parte, la mujer romana a los cuarenta años se halla marchita para el amor y el placer, según el testimonio de los coetáneos; por otra, el orgullo satisfecho de quien se ve honrada a porfía por las más altas aristocracias de la magistratura y la corte, no se avendría fácilmente a trocar las pasadas distinciones, rayanas en divinización, por las cargas serviles y modestas de una madre de familia [17].

Permanecerá, pues, en el templo; al cabo de algunos años, cuando la edad la haya colocado entre las más antiguas, recibirá el título y honores de gran vestal, y, en consecuencia, la representación escultórica de su figura vendrá a enriquecer el número de estatuas artísticas que embellecen la capital del Imperio [18]. En todo caso, aun cuando una muerte prematura le arrebate este último cargo, su cadáver, considerado como algo sagrado en que mora la divinidad, será sepultado en el recinto del *poemerium,* dentro

[17] Todos los autores antiguos convienen en atestiguar este derecho al matrimonio. Sin embargo, era considerado como de mal augurio y presagio de vida desgraciada, por lo cual la mayoría preferían continuar disfrutando de sus honores sagrados. (Cf. DIONISIO DE HALICARNASO, *Antigüedades romanas,* lib. II, c. 67: BGD, p. 116.) Lo mismo confirma PLUTARCO, *Vidas paralelas, Numa,* c. 10, edic. cit., vol. I, p. 79.

Tal vez en los últimos tiempos fué más ordinario en ellas el contraer matrimonio, a juzgar por las crueles ironías de PRUDENCIO: «Cásase vieja veterana, jubilada en sus sagradas funciones, y, abandonando el fuego a que estuvo consagrada su juventud, traspasa al tálamo sus meritorias arrugas, y casada reciente, aprende a calentarse en un lecho helado» *(Contra Symmachum,* lib. II, vv. 1081-1084: PL 60, 268 s.; traduc. de L. RIBER, *Aurelio Prudencio,* Col. Pro Ecclesia et Patria, 1936, p. 209). Todavía pone SAN AMBROSIO frases más fuertes en este mismo sentido del paso al matrimonio, hasta el punto de indicar casi una obligación: «Ipsi docent virgines suas non debere perseverare, nec posse, qui virginitati finem dederunt... iubentur esse impudicae anus» *(De virginibus,* lib. I, c. 4, n. 15: PL 16, 193).

[18] Gran Vestal o «Virgo Vestalis Maxima» era el título que se otorgaba a la sacerdotisa de más edad, como explican los historiadores contemporáneos, y a quien incumbía de modo especial la iniciación de las jóvenes y el papel más importante en los sacrificios. TÁCITO la llama «Virginum vestalium vetustissima» *(Annal.,* lib. XI, c. 32; BCL, t. CI, p. 76; OVIDIO dice en sus *Fastos* (lib. IV, v. 630: BCL, t. XLVII, p. 283): «Igne cremat vitulos, quae natu maxima virgo.»

Hasta diez estatuas de tamañano natural se han encontrado entre las ruinas del atrio de las vestales, todas ellas representando sacerdotisas en el esplendor de su edad. Es curioso el hecho de que en una de ellas aparece el nombre intencionadamente picado, como si se hubiese querido borrar su memoria. La interpretación más probable es la de que se quiso escarnecer su memoria por haberse convertido al cristianismo. (Cf. J. A. HILD, *Vestalis,* DAGR, t. V, p. 760, nota 8.)

del casco mismo de la ciudad, como se hace únicamente con el cuerpo de los emperadores divinizados o de otros pocos, a quienes no alcanza la prohibición establecida por los legisladores de las doce tablas [19]. Bien valen, pues, tales honores la carga de abrazarse libremente en su vejez con lo que se le había impuesto forzadamente en su juventud.

El sol, fatigado, tal vez, de contemplar tanta barbarie, se aleja velando su rostro de gradual palidez. Por una estrecha puerta del coliseo sacan las cenizas de la virgen cristiana para arrojarlas en un muladar vecino, mientras las vestales, precedidas de sus lictores y radiantes de belleza juvenil, abandonan la magnífica portada de mármoles para retirarse a su común domicilio, enclavado entre los soberbios palacios del foro romano.

Las vírgenes de Cristo y las de Vesta en la literatura cristiana primitiva

21. No juzgamos necesario acompañar por más tiempo a las sacerdotisas de Vesta. Son suficientes estas breves horas en que las hemos contemplado para medir el abismo que separaba la virginidad idólatra de la virginidad cristiana, y para juzgar que el templete circular de las vestales no podía proyectar la menor sombra sobre las primitivas vírgenes del Crucificado. Se comprende, pues, muy bien que los autores paganos no intentaran acallar las voces de los apologetas con declamaciones huecas sobre sus sacerdotisas continentes. Por los escritos antiguos del cristianismo tampoco cruzó la sombra de este temor.

Entre los griegos, puede decirse que la institución sacerdotal de Vesta era ignorada para estos efectos polémicos, como se refleja en las frases que con tanta decisión estampaba San Juan Crisóstomo al principio de su tratado sobre la virginidad, afirmando que "la combaten los judíos..., la contemplan extasiados los gentiles, sólo la Iglesia católica la cultiva en su seno [20].

[19] Las doce tablas contenían este precepto: «No sea enterrado ni quemado cadáver alguno dentro de la ciudad.» (Cf. CICERÓN, *De legibus*, lib. II, c. 23: BCL, t. XVIII, pp. 690-691). Las excepciones de esta ley eran muy raras, limitándose a ciertas personas muy destacadas, como eran las que hubiesen obtenido los honores del triunfo a consecuencia de un voto popular, o los emperadores, cuyo carácter de divinidad los eximía de semejante disposición.

[20] *De virginitate*, c. 1: PG 48, 533. Recuérdese cómo lo mismo dice SAN ATANASIO, afirmando rotundamente que la virginidad no fué nunca cultivada por el paganismo (*Apolog. ad Constantium imperat.*, n. 33: PG 25, 640).

En cambio, por la mente de los Padres latinos cruzó más de una vez la imagen de las vestales, y cierto que en varias ocasiones, como en las obras de Tertuliano y San Jerónimo, su figura se proyectó con respeto y aun se propuso como estímulo para promover la continencia cristiana ante la visión de aquellos esfuerzos del paganismo [21].

A pesar de esto, para quienes vivieron en el suelo italiano, como San Ambrosio, o vibraron ante la contemplación de Roma con el ritmo gigante de la epopeya, como Prudencio, resultaba pretensión forzada y ridícula comparar aquella continencia meramente externa, de solas seis jóvenes escogidas de entre todas las familias romanas, con la pureza delicada, brote de lo más íntimo del pensamiento y el corazón, de aquella multitud de vírgenes cristianas esparcidas a miles por todas las comunidades primitivas de fieles en el mundo entero [22].

Para San Ambrosio y Prudencio no había comparación posible entre el secuestro forzado de una niña de seis a diez años, inconsciente aún de las realidades de la vida, y la oblación generosa de las doncellas de Cristo, que, tapando sus oídos a palabras acariciadoras y despreciando proposiciones de halagüeño porvenir, condenaban libre y espontáneamente sus cuerpos a ser víctimas de un sacrificio sublime de espiritualización [23].

En ambos autores latinos se contraponen vigorosamente los matices tan diversos de aquellas dos actitudes virginales, separadas, según ellos, por distancia infinita: la virginidad cultual de Vesta, nacida bajo el imperio de los poderes públicos, sostenida por el temor de un castigo tan pavoroso como el enterramiento en vida, protegida eficazmente por las leyes contra cualquier ataque externo, compensada con creces en sus renuncias por los mimos de la aristocracia, del

---

[21] TERTULIANO (*Ad uxorem*, lib. I, c. 6 : PL 1, 1284), al aconsejar a su esposa la guarda de la castidad vidual, caso de morir él primero, la anima recordando la continencia de ciertos gentiles, y expresamente la de las vestales romanas, a las que, sin embargo, presenta como custodias de un fuego inextinguible, presagio nefasto de sus futuras penas. (Cf. asimismo *Exhortat. castitatis*, c. 13 : PL 2, 928 s.) Con igual fin alude a ellas SAN JERÓNIMO en su *Epist. 123 ad Ageruchiam*, n. 8 : PL 22, 1051.

[22] SAN AMBROSIO contrapone el «vix septem» al «plebem pudoris, populum integritatis» *(Epist. 18 ad Valentinianum imperat. de relatione Symmachi*, n. 12 : PL 16, 975).

[23] «Lege retinentur», «capiuntur puellae» (SAN AMBROSIO, *De virginibus*, lib. I, c. 4, n. 15 : PL 16, 193, y *Epist. cit. ad Valentinianum imperat.*, n. 11, edic. y t. cit., p. 975). PRUDENCIO dice bellamente :

Ac primum parvae teneris capiuntur in annis
Ante voluntatis propriae quam libera secta
Laude pudicitiae fervens, et amore deorum,
Iusta maritandi condemnet vincula sexus.

(*Contra Symmachum*, lib. II, vv. 1065-68 : PL 60, 266 s.)

sacerdocio pagano y de la magistratura política, y por los honores apoteósicos de todo un pueblo; coronada, finalmente, con la glorificación casi idolátrica que sobrevivía a sus despojos; y la virginidad cristiana, que, lejos de sentirse apoyada por el miedo a un castigo temporal, se veía atacada continuamente por las importunidades de sus consanguíneos o por el cínico libertinaje de seductores sin conciencia, se empleaba en la abnegación ininterrumpida de las concupiscencias, se sentía rodeada a la continua por el desprecio y la ignominia y culminaba en la mayor parte de los casos con una muerte de infamias y torturas [24].

Pero, sobre todo, el análisis psicológico de aquellos escritores descubría una contraposición esencial entre una obligación temporánea de castidad por treinta años, vistosa con los adornos de un formulismo religioso de escayola, pero vacía del jugo afectivo del corazón y de la sublimidad que aportan las elevaciones místicas del alma, y la pureza del cristianismo, jurada con la perpetuidad de una vida y emanada de un ansia vehemente de aproximarse más y más a lo divino, compenetrarse con la esencia de lo incorpóreo y transfundirse en un germen de amor incorruptible, apto para fecundar la vida toda de la mujer sobre la tierra [25].

La historia se encargó de refrendar la fuerza apologética de este cotejo, que tanto más brillo daba a las vírgenes cristianas cuanto mayor fué la dignidad moral obtenida por

---

[24] Las frases que los escritores cristianos emplean a este respecto son sumamente expresivas: «cuius corruptela seniori servatur aetati», «iubentur esse impudicae anus», «vendere castitatem», etc. (Cf. San Ambrosio, *De virginibus*, lib. I, c. 4, n. 15: PL 16, 193). Ya hemos recordado antes las frases sarcásticas de Prudencio por lo que hace a la pérdida de la virginidad en la vejez y al fausto pomposo que las compensa, durante su sacerdocio, de los deleites del matrimonio. Aunque difícilmente se encontrará una contraposición más expresiva entre el esplendor atrayente de las vestales y la dura austeridad de las vírgenes cristianas que la escrita en estilo cortante y vivo por el mismo San Ambrosio en la *Epist.* ya citada a *Valentiniano*, nn. 11 y 12: PL 16, 975.

[25] San Ambrosio hace notar respecto a las vestales que «no es verdadero pudor el que, expuesto todos los días a la vista de ojos impuros, se ve herido por miradas lujuriosas»; al contrario de las vírgenes cristianas, cuya pureza «triunfa aun de la maldad oculta, venciendo no sólo a las potestades de la carne y de la sangre, sino al poder del mundo y al mismo príncipe de este siglo» (*De virginibus*, lib. I, c. 4, nn. 15 y 19: PL 16, 193 s.). Del ánimo interior de las vestales dice Prudencio: «Queda el pudor cautivo, amarrado a un altar poco grato. No fué despreciado, sino arrebatado el deleite, de que las priva dolientes su integridad corporal; no se conserva virginal la mente ni se aleja el recuerdo del tálamo, suspirando, aunque virgen, por la secreta defloración y las perdidas antorchas nupciales» (*Contra Symmachum*, lib. II, vv. 1069-1073: PL 60, 267 s.).

las vestales paganas [26]. Un decreto de Teodosio bastó para destruir en absoluto la institución de aquellas sacerdotisas, once veces secular a la sombra del Estado, al paso que las condenaciones y torturas de diez persecuciones empeñadas en ahogar en sangre el brote aun tierno de la virginidad cristiana no hicieron sino prestarle nuevo vigor [27].

El turista moderno, después de contemplar por un momento las ruinas simbólicas del palacio de las vestales en el foro romano, se ve impotente para recorrer los ingentes claustros y artísticos templos que erigieron y siguen erigiendo a través de veinte siglos las vírgenes del cristianismo.

---

[26] Tal vez en los últimos tiempos, faltas de la tutela oficial, pudieron descaecer de su pasada conducta; por lo que hace a los siglos republicanos y primeros del Imperio, serían exageradas ciertas frases denigrantes respecto a su moral, que aparecen en escritos apologéticos cristianos, como en el *Octavio* de MINUCIO FÉLIX, cuando dice: «Una gran parte de las vírgenes sacerdotisas hubieron de ser sancionadas por sus relaciones impuras, a espaldas, por supuesto, de Vesta; las que escaparon al castigo no lo debieron tanto a la mejor guarda de su integridad cuanto a una lujuria más afortunada» (c. 25, n. 10, «Florilegium Patristicum tam veteris quam medi aevi auctores complectens», ed. Geyer-Zellinger, fasc. 8, Bonnae 1930, p. 59). El hecho de que estas palabras se escribieran en la misma Roma es lo que hace sospechar que pudiera haberse dado una relajación de última hora en aquel sacerdocio, antes justamente respetado, por lo que a la castidad atañe.

[27] Aun cuando el emperador Constante, en dos de sus leyes, insertas en el código teodosiano, y sobre todo el emperador Constancio, en otras tres, había prohibido el culto de los dioses paganos, siguió, sin embargo, en pie el templo de Vesta con sus sacerdotisas, según costa por la relación que el prefecto Símaco hizo el año 384 al emperador Teodosio en nombre del senado. (Cf: *Cod. Theodos.*, lib. XVI, tit. 10, leges 2-6; *Relatio Symmachi*, epist., lib. X, n. 3 (61): MGH, «Auctorum Antiquissimorum», t. VI. pars prior, Berolini 1883, pp. 280-283.) El primer golpe efectivo lo recibió el sacerdocio femenino de Vesta con la confiscación de los bienes religiosos idolátricos decretada por el emperador Graciano en una constitución dada en 382, cuyo texto no se conserva, pero a la que hace alusión una ley de Honorio el año 415. (Cf. *Cod. Theodos.*, lib. XVI, tit. 10, lex 20.) El golpe de gracia le vino de manos del emperador Teodosio, que en una de sus varias leyes contra la idolatría mandó cerrar todos los templos paganos, quedando incluído el de Vesta en la ejecución del mandato imperial.

PARTE II

EL FLORECIMIENTO DE LA VIRGINIDAD

CAPÍTULO I

Los grandes directores de la virginidad

Al penetrar en el siglo III de la virginidad cristiana, la perspectiva histórica experimenta un cambio radical. A los grandes milagros morales de la expansión suceden las organizaciones estabilizadas. Los inmensos raudales de la pureza empiezan a canalizarse dentro de cauces fijos, y la fecundidad exuberante del ascetismo, en vez de producir frondas de arbitrariedad caprichosa, viene a formar parques sistematizados, no menos feraces, pero sí más regulares, en los que el orden añade el matiz de la gracia a su nativa grandiosidad.

No es que podamos tampoco durante los siglos III y IV seguir minuciosamente en su desarrollo y constitución el estado de la virginidad. Pero sobre el fondo de la historia coetánea se destacan figuras de tal trascendencia con respecto a este movimiento, que bastan para iluminar las lagunas obscuras que presenta el camino abierto a nuestra investigación. Nos sucede lo que al turista que visita las ruinas de los foros romanos. Su mirada apenas descubre más que muros derruídos, cimientos desgastados y pilastras truncadas allí donde en otro tiempo el arte arquitectónico más refinado se jactaba de las riquezas de sus mármoles. Con todo, de trecho en trecho, álzanse dos o tres columnas medio coronadas aún por un resto de arquitrabe o un remate de cornisa. La armonía de aquellas líneas, la esbeltez de aquellos fustes y la disposición de aquellos sillares nos permiten reconstruir en toda su imponente grandeza los monumentos que formaban el corazón de la antigua ciudad imperial.

Es el caso de la virginidad primitiva del cristianismo.

Los datos fragmentarios esparcidos acá y allá en la historia son de valor muy relativo, pero de tiempo en tiempo se elevan figuras de relieve tan pronunciado, que bastan para guiar nuestra pluma en el trabajo de reconstrucción.

1. La literatura occidental

22. Tertuliano.—23. San Cipriano.—24. San Ambrosio.—25. San Jerónimo.—26. San Agustín.—27. San Leandro

Tertuliano

22. En el umbral mismo de la centuria y sirviendo de puente levadizo entre los siglos II y III se nos presenta Tertuliano. El fogoso polemista de Cartago es el primero que refleja con cierta precisión el estado de la virginidad en su tiempo, y el primero asimismo que escribe tratados destinados exclusivamente a exaltar la continencia.

No era Tertuliano un espíritu científico capaz de comentar con profundidad los consejos evangélicos, ni mucho menos un director de almas en el sentido moderno de la palabra. Su temple de acero le impelía a la lucha; su fe entusiasta de convencido, conquistada probablemente a los treinta años ante las escenas de los mártires cristianos, le instigaba a un trabajo constante en pro de la religión; su carácter enérgico le inclinaba a la exageración inconsciente y a la intransigencia; su formación de retórico y jurista le permitía descubrir en la sociedad las claudicaciones de sus correligionarios, que saltaban a los puntos de su pluma, tajada según todas las exigencias del buen escritor de sus tiempos.

Entre los asuntos, que las oportunidades del momento iban ofreciendo a su instinto de lucha, no podía faltar el de la continencia. Por una parte, la materia misma, que constituía uno de los extremos más avanzados en la gama ascética del cristianismo, debía presentarse a su carácter como un tema sugestivo; por otra, el peligro de que la coquetería sensual, inevitable en las nuevas catecúmenas, inficionase la pureza de las comunidades, tenía que ser para su espíritu un aliciente poderoso para lanzarle a la lid en pro de la castidad perfecta.

Nos consta por San Jerónimo que una de las primeras obras que escribió, aunque desgraciadamente perdida, fué

el tratadito *Ad amicum philosophum,* sobre los inconvenientes del matrimonio y las ventajas de la virginidad [1].

A este escrito se siguieron otros, en que de modo más o menos directo, y con tono, a veces, algún tanto intemperante, expone las excelencias de la castidad perfecta. Hacia el año 200, con ocasión de verse en peligro de muerte, compuso sus dos libros *A mi mujer,* testamento espiritual dedicado a su esposa con el fin de exhortarla a no contraer nuevas nupcias, caso de sobrevivirle, sino consagrarse a la continencia, tan recomendada por la Iglesia. En este tratado tenemos la doctrina del Tertuliano ortodoxo, que, admitiendo la dignidad del matrimonio y la licitud de las segundas nupcias, reconoce, sin embargo, la mayor elevación de la virginidad [2].

Otras dos obras volvió a redactar más tarde con objeto de disuadir las segundas nupcias. Después del año 208 desde luego, y ya bajo la agitación de los primeros vientos montanistas, publicaba su tratado *De exhortación a la castidad,* que había de ser superado posteriormente en obstinación por su libro *Sobre la monogamia,* compuesto ya en plena escisión con la doctrina de la Iglesia romana. En el primero de ambos escritos distingue los diversos grados de continencia por los que puede el hombre asemejarse a Dios hasta convertirse en imagen de su bienaventuranza, abrazándose con la virginidad absoluta [3].

Paralelamente a estas obras, en que exaltaba directa-

[1] No parece que pueda identificarse con ninguno de sus opúsculos actualmente existentes, si se tienen en cuenta la dedicatoria y la materia del tratado según la descripción de San Jerónimo, *Epist. 22 ad Eustoquium,* n. 22 : PL 22, 409.

[2] En esta obra declara expresamente ser falso que Jesucristo haya venido a suprimir el matrimonio, como lo proclamaban ciertas sectas gnósticas ; véase lib. I, c. 3 : PL 1, 1277 s. y las alabanzas que del matrimonio hace frecuentemente en el libro segundo. Concede asimismo la licitud de las segundas nupcias : «Nam etsi non delinquas, renubendo...» (lib. I, c. 7 : PL 1, 1286). Supuesta tal base doctrinal, acumula innumerables motivos en favor de la continencia de las viudas y de la castidad perfecta.

[3] Tres diversos grados pueden darse en la castidad, según la doctrina *De exhortatione castitatis:* el primero consiste en la virginidad guardada incólume desde el nacimiento, y que eleva a las esferas de la bienaventuranza divina ; el segundo, de gran mérito, es la continencia observada a partir del momento del bautismo ; el tercero, finalmente, prenda de mérito y gloria, es la castidad vidual conservada después de muerto el primer marido (c. 1 : PL 2, 915). No puede negarse, sin embargo, que algunos de los motivos aducidos en esta obra y sobre todo en la posterior, *De monogamia,* son algún tanto pueriles y aun a veces infundados, ya que de ellos se seguiría la inconveniencia del matrimonio. Su doctrina sobre las segundas nupcias, y aun sobre la estima del matrimonio, aparece ya en contradicción con sus propias explicaciones en los libros *Ad uxorem.* (Cf. A. d'Ales, *La théologie de Tertullien,* París 1905, pp. 293-295, 370-377, 460-474.)

mente la continencia, publicó otros dos trataditos de gran belleza, encaminados a fomentar la modestia cristiana, guarda fiel de la castidad, y en los que esparce acá y allá consejos estimables para sus contemporáneos y datos valiosos para los historiadores futuros. Modelos de viveza exhortativa son sus libros *Sobre el ornato de las mujeres,* en que con verdadero encarnizamiento va echando en cara a las cristianas recién convertidas los afeites, pinturas, tocados y galas excesivas, con que, pretendiendo conquistar una fingida belleza, deforman grotescamente la hermosura de la castidad conyugal o la pureza de la virginidad [4].

Sin embargo, acerca de esta última virtud nos legó Tertuliano muchos más documentos en una de las obras que mejor reflejan su temperamento intransigente y su estilo cáustico y refinado. El objeto inmediato de su tratado *Del velo de las vírgenes* no puede ser más baladí. Se reduce a la obligación que, según él, pesa sobre todas las jóvenes aún vírgenes de cubrir su rostro con el velo. A este fin despliega todas las baterías de su dialéctica, amontonando textos de la Escritura, recomendaciones apostólicas, ordenaciones disciplinares, tradiciones eclesiásticas, ejemplos ascéticos y presagios de caídas escandalosas.

A través de estas últimas páginas va sembrando noticias verdaderamente preciosas sobre el número de las vírgenes; sobre los honores con que eran honradas por el sacerdocio y el episcopado, y los mimos de que eran objeto por parte de los simples fieles; sobre la modestia, tras la cual defendían su pureza en medio de la sociedad, donde se desarrollaba su vida cuotidiana; y principalmente sobre la existencia de un verdadero voto, que, aunque no fuese todavía recibido solemnemente por la Iglesia, se diferenciaba esencialmente del mero propósito formulado secretamente en el santasantórum de la conciencia privada, y aun tenía, al parecer, cierto carácter público, y tal vez alguna intervención de la autoridad eclesiástica. En todo caso, la terminología estaba ya fijada: *dedicarse a Cristo, consagrarse a Cristo, desposarse con Cristo*, son frases que fluyen naturales en los escritos de Tertuliano [5].

Lástima que páginas tan brillantes, verdadero diploma

[4] Estos dos libros *De cultu feminarum*, escritos todavía en su época ortodoxa, tuvieron gran influjo en los tratados similares de los Santos Padres, especialmente de San Cipriano y San Jerónimo, cuyo lenguaje se inspira, con frecuencia casi materialmente, en ciertas frases felices del apologeta cartaginés.

[5] Véase a modo de ejemplo la frase *nupsisti Christo*, en el tratado *De oratione* (c. 22: PL 1, 1189), o en *De velandis virginibus* (16: PL 2, 911). Es más, aparecen en él las expresiones *se vovere Christo* y *votum continentiae* (*De velandis virginibus*, 11, t. cit., 905), de cuyo sentido trataremos luego con más detención.

de adalid de la virginidad, fuesen emborronadas al fin de su vida por el último de sus tratados, que precisamente en esta materia viene a constituir la declaración más solemne de su escisión cismática. Las expresiones más cáusticas de su rigor montanista contra el perdón de la lujuria estallan tras un apóstrofe bellísimo sobre el pudor, al que invoca como "flor de la moralidad, honra del cuerpo, gala de ambos sexos, defensor de la raza, credencial de nobleza, fundamento de la santidad y prenda del buen sentido" [6].

Los fieles parecieron olvidar esta su última culpa en gracia a sus pasados méritos, y de hecho su influjo en las comunidades cristianas fué tan notable, que no faltan autores dispuestos a designarle, en unión de San Cipriano, como causa principal del incremento de la virginidad en el siglo III. Tal afirmación es exagerada; pero un testimonio de San Jerónimo nos obliga a confesar que a fines del siglo IV eran considerados todavía sus escritos como primicias muy estimables de la biblioteca de la virginidad: "Si quieres saber—escribía a la joven patricia Eustoquio, educada por él en la pureza—, si quieres saber de cuántas molestias esté libre la virgen y cuántas cargas opriman a la mujer casada, lee la obra de Tertuliano *A un amigo filósofo* y otros opúsculos suyos sobre la virginidad..." [7].

San Cipriano

23. Y ante todo hay que reconocer su influjo en la segunda figura por orden cronológico, pero que en grandeza supera con mucho a la anterior por lo que hace al desarrollo de la profesión virginal: en San Cipriano [8]. Poco después de su consagración episcopal, hacia el año 249, escribía el Obispo de Cartago su tratadito *Sobre el modo de conducirse las vírgenes,* en el que la entereza de su carácter, no menos africano que el de su compatriota, viene armoniosamente temperada con cierta ternura hacia las esposas de Cristo:

[6] *De pudicitia,* c. 1 : PL 2, 980. En este tratado, de tono injurioso e intemperante, llega Tertuliano al límite de sus propias contradicciones con sus escritos anteriores.

[7] *Epist.* 22, n. 22 : PL 22, 409.

[8] Es muy conocida la admiración que sintió San Cipriano por su compatriota. Según el testimonio de SAN JERÓNIMO, no dejaba pasar un día sin leer algunos fragmentos de sus obras, y era frecuente el pedir sus libros con la frase «Da magistrum» *(De viris illustribus,* c. 53 : PL 23, 661-663). Recuérdese que el título de algunos de sus tratados es reproducción del de obras similares de Tertuliano, como *De oratione, De bono patientiae.*

matices ambos impregnados con el aroma de espiritualidad que transpiran todas sus frases.

Esta obra *De habitu virginum* dejó desde luego muy atrás por su importancia a los escritos del apologeta montanista, y puede afirmarse que los diecisiete siglos que han transcurrido no han impreso todavía en ella ese aspecto frío de fosilización con que el tiempo amomia los documentos antiguos. Este tratado habla hoy al lector con la misma viveza e intimidad que en tiempo de San Cipriano.

Su trascendencia es fácil de entender. No es tan sólo, como los escritos de Tertuliano, una obra sobre la continencia, sino un tratado dirigido expresamente a las vírgenes, como a una agrupación particular bien delimitada dentro de la comunidad cristiana: "Ahora—dice él mismo—mis palabras se dirigen a las vírgenes, por las cuales es tanto mayor mi solicitud, cuanto más excelsa es su gloria" [9]. Ni es una mera exhortación a la castidad perfecta, sino un verdadero código de la pureza, que ha de transmutar lo más íntimo del alma, haciéndola irradiar destellos de candor a través de los poros todos del cuerpo: "Estas son las cosas—escribe al fin de su obra—, estas son las cosas que debéis considerar, amar y ejecutar vosotras, ¡oh vírgenes escogidas!, que, entregadas a Dios y a Cristo, os adelantáis con la mayor y mejor parte hacia el Señor, a quien os habéis consagrado" [10]. Ni se reduce, finalmente, a un simple escrito exhortatorio de valor personal, sino que se presenta como el documento de un pastor que vela con mirada amorosa por los corderillos predilectos de su grey para que no peligren en sus movimientos juguetones:

A las vírgenes hablo—dice—, a ellas exhorto más con afecto que con autoridad, no para corregirlas con censuras rigurosas, pues reconozco lo poco que valgo yo, el último y mínimo de todos, sino para prevenirlas... Oídme, pues, como a padre; oíd a quien teme por vosotras y os amonesta; oíd a quien os aconseja buscando con fidelidad vuestra conveniencia y provecho [11]. Porque ante todo—como dice en una de sus cartas—, nada hemos de procurar con tanto empeño, obispos y pueblo, como... evitar que se extravíen nuestros hermanos o que vivan según su arbitrio y capricho; deber nuestro es velar fielmente por cada uno de ellos... La nave ha de ser apartada con cuidado de los lugares peligrosos para que no se estrelle contra los peñascos... [12].

[9] C. 3 : PL 4, 443.
[10] C. 24 : PL 4, 464.
[11] Cc. 3 y 21 : PL 4, 443 y 459. No debe deducirse de las anteriores palabras que fuese escrito este tratado antes de su consagración episcopal ; pues aparte de que, en su sentido obvio, no insinúa sino el deseo de emplear preferentemente el afecto, y no la autoridad, supone el autor en su capítulo 1 su carácter de sacerdote, es decir, según el lenguaje contemporáneo, de obispo del Señor.
[12] *Epist. 62 ad Pomponium*, n. 2 : PL 4, 365.

Este es el paso más notable que da la historia de la virginidad con la aparición de San Cipriano. En adelante el obispo no será para las vírgenes únicamente su jerarca, a quien deben permanecer sumisas, sino también su padre amoroso, que, mezclado íntimamente en sus trabajos y sus alegrías, les enseñará por sí mismo el lenguaje de la pureza y las conducirá en sus primeros pasos por el camino de la virginidad. Consecuencia de esto fué el robustecimiento del voto. Su infracción fué castigada por el santo Obispo con gran firmeza, empleando la pena de excomunión, solamente redimible a costa de largas penitencias.

Su mayor energía la reservó, sin embargo, San Cipriano no tanto para castigar la caída como para alejar el peligro. Era el momento en que empezaban a aparecer las vírgenes *subintroductae*, objeto de varios estudios minuciosos [13]. Ciertas vírgenes inexpertas, impulsadas más bien por cierta candidez necia que por malicia, con objeto de prestarse mutua ayuda en sus necesidades, habían empezado a convivir con varones ascetas, constituyendo una especie de *matrimonio espiritual*. Basados, desde luego, en el voto de continencia virginal, pretendían sostenerse mutuamente con la participación de recursos, oraciones y dirección místico-cristiana. El peligro de los interesados y el escándalo de los extraños era palpable. De ahí la severidad que mostró San Cipriano:

No permitamos—escribía a Pomponio, obispo de Dionisias—que habiten las vírgenes consagradas en una misma casa con varones; no digo ya que tengan lecho común, pero ni aun la misma vivienda. Ya que el sexo es débil y la edad tentadora, deben ser dirigidas y enfrenadas por nosotros en todos sus actos... Es necesario intervenir para que los tales se separen al punto, cuando todavía pueden separarse inocentes... Si se prueba no haber perdido ellas su virginidad, sean recibidas en la Iglesia, pero bajo la amenaza de que, si tornan de nuevo a tratar con los mismos varones o a habitar con ellos en la misma casa y bajo el mismo techado, serán arrojadas del seno de los fieles con censura más grave y no se les concederá fácilmente otra vez la entrada en la Iglesia... Si, sordas a nuestra amonestación, perseveran obstinadas en su conducta sin separarse, sepan que no

[13] La obra fundamental para este estudio es la de * H. ACHELIS, *Virgines subintroductae* (Leipzig 1902), aun cuando contenga evidentes exageraciones, que dieron lugar a las críticas de A. BIGELMAYR, *Neues von alten Christentum, Historisches Jahrbuch*, XXV (1904), pp. 571-575. Posteriormente ha vuelto a tratarse este asunto, sobre todo en relación con el pasaje de San Pablo 1 Cor. 7, 36-38. Véase, v. gr., J. SICKENBERGER, *Syneisaktum in ersten Korintherbriefe, Biblische Zeitschrift*, III (1905), 44-69; ST. SCHIWIETZ, *Eine neue Auslegung von 1 Cor.. 7, 36-38*, «Theologie und Glaube», XIX (1927), pp. 1-15.

serán jamás admitidas por nosotros en la Iglesia, mientras continúen en su impúdica pertinacia... [14].

La energía adoptada debió ser eficaz, pues las alusiones posteriores a este abuso son ya muy débiles en el occidente africano.

Para contrarrestar este peligro fomenta San Cipriano con verdadero empeño la unión de las vírgenes entre sí, que van estrechando más y más sus lazos, hasta el punto de reunirse en un verdadero círculo de espiritualidad dentro de sus respectivas comunidades de fieles. Por otra parte, los matices exteriores de la ascética van insinuándose con mayor relieve. A pesar de su vestido, no diferenciado del común entre las jóvenes romanas, el lujo excesivo y la profusión de galas van cediendo a los consejos prudenciales de sus pastores, y aun cuando siguen conservando el rango social de sus familias, sus costumbres toman paulatinamente un carácter más austero, y sus riquezas se emplean en bien de la Iglesia o de los pobres con mayor liberalidad.

No debe perderse de vista, para valorar el influjo del Obispo cartaginés, que su personalidad poderosa se imponía, aun sin pretenderlo, a cuantos vivían a su alrededor, de modo que en torno a él se agruparon espontáneamente el centenar de prelados que gobernaban las Iglesias del Africa, y que fueron ocasión de que se le llegase a dar el nombre de *Papa del Africa*. Sus consejos atravesaron con frecuencia el Mediterráneo hasta España y las Galias [15].

¿Cómo impedir que su nombre absorbiese, aun contra la voluntad de la historia, obras que, sin haber salido de su pluma, fueron dignas de transmitirse a la posteridad? Sobre todo cuando se trataba de una exhortación a la castidad, como es el libro *Del bien de la pudicicia,* escrito en la época de su apogeo por algún contemporáneo latino. La confusión se hacía aún más inevitable tratándose de una obra compuesta con ideas tributarias de las del apologeta cartaginés y gemelas de las de San Cipriano, y careciendo de firma propia, tal vez, porque hubiera constituído ésta un obstáculo para su lectura. La crítica moderna se inclina casi unánime a reconocer su autor en la persona de Novaciano, el obispo cismático de Roma [16].

---

[14] *Epist. 62 ad Pomponium*, nn. 2 y 4: PL 4, 365-370.

[15] Cf. P. Monceaux, *Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne depuis les origines jusqu'à l'invasion arabe* (París 1902), t. II, *Saint Cyprien et son temps*, p. 343 s.

[16] PL 4, 819-828. Los escritores actuales, como Altaner, en su *Patrología*, o E. Amann, en su artículo *Novatien*, DTC, se atienen a la opinión de Weyman y Demmler, recogida por Bardenhewer en su *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, t. II, ed. 2.ª, p. 494 s.

San Ambrosio

24. Ya sólo faltaba un paso para llegar con San Ambrosio a la cima que alcanzó la institución de las vírgenes antes de que la vida monástica absorbiera en el álveo de su claustro aquella corriente de belleza sobrenatural.

En efecto, el tacto diplomático y la habilidad política del antiguo gobernador de Milán, al contacto del óleo de la consagración, se habían trocado mágicamente en una sensibilidad exquisita para percibir las sublimidades del Evangelio. Ni las vidriosas relaciones que en calidad de obispo tuvo que mantener con los emperadores Valentiniano y Teodosio, ni los negocios gravísimos, que le señalaron a veces como la personalidad más destacada del Imperio occidental, lograron desviar su atención de las vírgenes de Cristo ni hacerle olvidar el cargo que se había impuesto de heraldo mayor en la promulgación de la continencia.

Aquella misma oratoria caldeada y sugestiva que había proporcionado a Ambrosio gobernador triunfos gloriosos en su carrera política, era la que arrastraba ahora ante el altar de la virginidad un número apenas sospechable de jóvenes cristianas. La cátedra sagrada era su ocupación predilecta, y uno de sus temas favoritos lo constituían las excelencias de la castidad. "Me objetará alguno—se replicaba él mismo en una de sus exhortaciones—: ¡tú vienes todos los días a entonarnos himnos en loor de la virginidad! Y ¿qué he de hacer—añadía con exageración oratoria—, qué he de hacer, si todos los días repito los mismos cantos de alabanza y no consigo fruto alguno? Pero no es mía la culpa" [17].

En realidad, pocos demagogos podrán jactarse de haber forjado con su palabra tantos fanáticos de la revolución cuantas fueron las vírgenes arrebatadas por San Ambrosio tras el ideal de la pureza, el sacrificio y el amor de Cristo. Sin embargo, se le hizo estrecho el ámbito de su bella basílica milanesa, y pidió ayuda a la pluma para recorrer con ella el Imperio entero.

Tres años escasos de pontificado llevaba, cuando a ruegos de su hermana Marcelina, virgen consagrada a Cristo por el Papa Liberio, se decidió a compilar sus sermones sobre la virginidad en un triple tratado: *Sobre las vírgenes, a mi hermana Marcelina*. Después de exponer en la primera parte las excelencias y grandezas de la castidad con el fuego y estilo florido de un verdadero enamorado de la continencia, pasa a trazar en la segunda una serie de pinturas

---

[17] *De virginibus*, lib. I, c. 10, n. 57: PL 16, 204.

en que se inmortalizan algunas de las heroínas históricas de la virginidad, para reunir, finalmente, en la tercera los consejos y normas de vida más apropiados al estado de esposas de Cristo, sirviéndole de base la exhortación que hacia el año 353 dirigía a la destinataria el Sumo Pontífice en el día de sus bodas místicas.

No será fácil encontrar en la biblioteca de la pureza cristiana un volumen de páginas más delicadas; ni creo que el tesoro del ascetismo primitivo encierre un joyel en que se engarcen diamantes tan legítimos y numerosos. Con razón advierte Bardenhewer que el mismo Jerónimo, frío en otras ocasiones respecto a los tratados de San Ambrosio, se siente entusiasmado al recordar la presente obra: "Lee—dice a la virgen Eustoquio—los opúsculos que ha escrito Ambrosio a su hermana, en los cuales es tan grande la vena de su elocuencia, que ha logrado seleccionar, ordenar y expresar en ellos cuantas alabanzas pueden decirse de la virginidad" [18].

Sin embargo, no se agotó con esto la inspiración que la práctica de la pureza le proporcionaba. Al año siguiente hacía público otro tratado: *Sobre la virginidad,* compuesto a base de sus propios sermones, con orientación estrictamente apologética [19]. Era necesario descender a la liza, pues los enemigos de la castidad perfecta iniciaban sus ataques con encarnizamiento. Parte de éstos provenían del mismo pueblo: galanes desairados y madres frustradas en sus ilusiones, que comenzaban a perseguir al santo con imputaciones infundadas, acumulando las eternas objeciones de dificultar a los hombres el matrimonio y tender a la extinción del género humano. Con soltura en la lógica y gracejo en la expresión va el Obispo refutando a sus adversarios, terminando por gloriarse de aquellas acusaciones: "Enseñas la virginidad, me dicen, y convences a muchas. ¡Ojalá resultase reo convicto en tal punto! ¡Ojalá se me probasen los efectos de crimen tan atroz! Ciertamente, que no me importarían las lenguas de la envidia si pudiera reconocer la realidad de tales afirmaciones! ¡Quisiera que me arguyeseis con hechos en vez de zaherirme con palabras! Pero no quiero proseguir, no sea que en realidad parezca alabarme mientras aparentemente cito las acusaciones de mis adversarios" [20].

No eran estos ataques los que más le inquietaban. Había

[18] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 22: PL 22, 409. Cf. Ot. Bardenhewer, *Geschichte der altchristlichen Literatur*, 2.ª ed., t. III, p. 541.

[19] El origen homilético de este tratado se revela en frases sueltas, que aluden a los pasajes de la Escritura divina leída en los oficios, como cuando dice en el c. 3, n. 14: «Esto nos enseña la lectura del evangelio que ha tocado el día de hoy» (PL 16, 269).

[20] C. 5, n. 25: PL 16, 272. Más adelante volveremos a tocar este tema, al recordar las dificultades que debían vencer las jóvenes cristianas deseosas de consagrarse a Dios por la virginidad.

otros más peligrosos, por presentarse envueltos en la toga de una doctrina razonada. Probablemente por entonces empezaba ya a rebullirse en aquella misma ciudad Helvidio, uno de los discípulos de Auxencio, el obispo arriano de Milán; y sus concepciones éticas contra la virginidad, que habían de llevarle a denigrar a la Madre de Dios, se transfundían ya, burbujeando en los espíritus más superficiales. En diversos pasajes de este tratado, *Sobre la virginidad*, refuta San Ambrosio, aunque sin aludir a su autor, aquellos ataques heterodoxos, que veían en la continencia una dirección ascética rechazable o por lo menos no conforme a la tradición cristiana [21].

Cuatro años más tarde, en 392, volvía Ambrosio a presentarse ante sus fieles con un escrito, *Sobre la formación de la virgen y la perpetua virginidad de María*, dirigido a una joven lombarda que llevaba su mismo nombre y era parienta próxima de Eusebio, uno de los amigos y admiradores más sinceros del Prelado milanés [22]. Entre los delicados simbolismos de la pureza, en cuya explicación se recrea deleitosamente el autor, se evoca la figura de María, cual modelo para las vírgenes cristianas, con una viveza hasta entonces desconocida, y se defiende, con no menos ardor que cariño, su virginidad aun después del parto, impugnada a la sazón por el obispo de Sárdica, Bonoso [23].

Un año más, y su pluma ofrecía a la luz pública la preciosa *Exhortación a la virginidad*, pronunciada poco antes por él en Florencia, con ocasión de consagrar una nueva basílica al culto divino. La había fundado una noble viuda

[21] Sobre todo, el capítulo 6 está orientado en este sentido. Ni San Ambrosio ni San Agustín nombran a Helvidio, aun cuando coinciden con San Jerónimo en la refutación de sus ideas. No se conoce la fecha en que inició el hereje sus ataques contra la virginidad de María y la virtud de la castidad perfecta, pero en todo caso fué antes del 383, en que le rebatió San Jerónimo. En dicho año Helvidio moraba en Roma, debiendo, por tanto, ser anterior su permanencia en Milán junto a Auxencio. Esta correspondencia del tiempo, junto a la coincidencia de sus doctrinas con las refutadas por San Ambrosio, hace muy probable que fuese él, o al menos un miembro de aquel círculo perturbador, quien arrancó al santo Obispo páginas tan bellas en pro de la virginidad.

[22] Es dudoso si se trata del mismo Eusebio, Obispo de Bolonia, a quien San Ambrosio dedica dos de sus cartas conservadas, que figuran con los números 54 y 55: PL 16, 1167-1169.

[23] Ya para entonces había sido denunciado Bonoso al Concilio de Capua, cuyos efectos habían de manifestarse en la condenación de los obispos macedonios bajo la presidencia del Arzobispo de Tesalónica y posteriormente del mismo Papa Siricio. San Ambrosio trató, aunque inútilmente, de inducir a Bonoso a la abjuración de sus errores antes de refutarle en el presente escrito. Según los maurinos, también puede atribuirse a San Ambrosio, al menos como representante y en nombre de un sínodo, la carta *De causa Bonosi*, que sigue de ordinario a la *Epist. 56 ad Theophilum* (cf. PL 16, 1171, nota *e*).

por nombre Juliana, cuyo hijo y tres hijas quedaban unidos a Cristo por el voto de virginidad. Las alabanzas, los privilegios y las obligaciones de las vírgenes toman en esta obra un valor doblemente patético al encuadrarse en la alocución que la misma madre dirige a sus hijos, y que forma el núcleo en torno al cual giran los comentarios ambrosianos [24].

Como si todavía fuese insuficiente tal actividad literaria sobre la pureza, ha circulado durante bastantes siglos bajo la firma de Ambrosio, la sentidísima lamentación *Sobre la caída de una virgen consagrada,* reconvención amarguísima, mezclada con impulsos de penitencia y sedantes de esperanza, que un pastor eclesiástico dirige a una virgen llamada Susana, infiel a su voto de castidad. Hoy parece casi cierto que este escrito debe atribuirse a Nicetas, obispo de Remesiana, contemporáneo del Prelado milanés y lazo de unión con el Oriente. Su diócesis, enclavada en las regiones de la Dacia, le brindó el conocimiento de la civilización griega, aun cuando él, por su parte, cultivase preferentemente la lengua latina, en la que escribió su alocución, pletórica de sentimiento tan vibrante como profundo [25].

No es necesario detenernos en las enseñanzas de los libros ambrosianos, puesto que sus consejos, doctrinas y datos históricos tienen que aparecer por fuerza en la descripción de la vida de las vírgenes. Tan sólo haremos notar que en su tiempo aparece el voto solemne y público bien definido en cuanto a sus propiedades esenciales. Las ceremonias para su emisión cristalizan en ritos cada vez más concretos, y el género de vida de las vírgenes va ganando en uniformidad no menos que en austeridad y recogimiento. Ante las nuevas catecúmenas de la virginidad se va proponiendo de día en día, con perfiles más acentuados, el supremo modelo de pureza femenina realizado en la tierra por la Madre de Dios. Las descripciones ambrosianas de la Virgen María merecerían encuadrar los lienzos de Murillo. Junto a este hecho es digno asimismo de notarse en las páginas del Doctor milanés el desarrollo de la hagiografía de la continencia y la exuberancia de los florilegios de anécdotas virginales, que, no con-

[24] Tendremos ocasión de hablar más despacio de este tratado, *De exhortatione virginitatis,* cuando describamos la actitud de los padres respecto a la vocación de las jóvenes vírgenes.

[25] El estilo de esta alocución difiere notablemente del modo de hablar ambrosiano, más rico en ideas. Para salvar esta dificultad, se supuso fuera una improvisación del Santo Doctor, que, copiada por uno de los oyentes, hubiera sido lanzada al público con indiscreta ligereza. Las nuevas orientaciones de la crítica, aludidas en el texto, resuelven mejor esta dificultad. Por lo que hace a la virgen caída, sólo sabemos de ella que se llamaba Susana y se había hecho rea, a lo que parece, de fornicación e infanticidio.

tentos con inspirar al Santo un libro entero en su obra *Sobre las vírgenes,* van diseminándose a través de sus tratados, prestando a sus consejos energía y unción.

Si de San Cipriano dijimos que fué un centro de irradiación ascética por encima de sus fronteras regionales, con no menos razón podemos aseverarlo de San Ambrosio, al que con frecuencia acudían otras Iglesias en busca de consejo o de apoyo en esta materia. En su correspondencia abundan los testimonios comprobantes de este su influjo. Pueden leerse, por ejemplo, las dos cartas consecutivas que envió el año 380 a Syagrio, obispo de Verona, en defensa de Indicia, virgen falsamente acusada de lujuria, a la que su prelado, algún tanto torpe en este asunto, intentaba someter a vejaciones indecorosas para comprobar su inocencia. La doctrina que desenvuelve sobre el pudor virginal es de lo más delicada [26].

Siempre atento su celo a las necesidades de otras diócesis, aprovechaba las ocasiones que éstas le ofrecían, como la vercelense, privada de obispo durante mucho tiempo por sus disensiones intestinas, para recomendarle, juntamente con la unción de caridad y la rectitud de intención, la virtud de la perfecta continencia, desenmascarando de paso a los falsos doctores Sarmación y Barbaciano, monjes apóstatas, que descarriaban las almas consagradas a Cristo [27].

Aun en sus cartas a los emperadores aprovechaba San Ambrosio la coyuntura para ensalzar la virginidad, como lo hizo en la escrita a Valentiniano en 384, con ocasión de rebatir la propuesta hecha en nombre del Senado por el prefecto de Roma, Símaco, para que se respetase la estatua de la diosa Victoria, se protegiesen los antiguos ritos paganos y se defendiese la institución de las vestales. Con gran contento aprovecha el Obispo esta última circunstancia para poner ante los ojos del emperador la gloria de las vírgenes consagradas, cuya dignidad y sobrenatural belleza no admite parangón posible fuera del cristianismo [28].

De este modo el magnetismo de la palabra virginal de San Ambrosio envolvía en sus efluvios desde la joven de

[26] *Epist.* 5 y 6, PL 16, 891-894. Ambas cartas son un verdadero modelo de prudencia y del sentimiento de respeto que suscitaba en el alma de Ambrosio la calidad de virgen de Cristo.

[27] *Epist.* 63, PL 11, 1188-1220. La carta está escrita en el año 396. Ambos herejes, Sarmación y Barbaciano, se mostraban imbuídos en los errores de Joviniano, que tres años antes había promulgado sus máximas disolventes.

[28] *Epist.* 18, PL 16, 971-982. En el capítulo 5 de la primera parte hemos tenido ocasión de referirnos al brillante cotejo que hace de ambas virginidades: la de Cristo y la de Vesta.

más humilde condición plebeya hasta a los más augustos césares del Imperio; más aún, hasta al mismo Papa Siricio, con quien mantuvo relaciones en este punto [29].

San Jerónimo

25. Al orador caldeado y atrayente de Milán sucede el polemista dálmata, cuya pluma estaba forjada con restos de una lanza rota en choques de batalla; y al pastor de expresión insinuante y mirar sereno, apto para congregar muchedumbres de jóvenes candorosas en torno a la virginidad, sigue el director de almas de psicología penetrante y bisturí incisivo, que llega en sus disecciones hasta el filamento sutil que enlaza el alma al cuerpo.

El año 383 se hallaba Jerónimo en el cenit de su pujanza intelectual, insuperable en cuanto a sus conocimientos escriturísticos, atesorados durante largos años de oración y estudio; seguro con la posesión de su plena madurez ascética, conseguida a costa de sus austeridades en el desierto de Calcis; guiado por su perspicacia psicológica, fruto de su ingenio penetrante y observador; sostenido, finalmente, por su prudencia, aquilatada en los negocios de la corte romana, y por la autoridad del Papa Dámaso, que había hecho de su persona el auxiliar más prestigioso de la Santa Sede. Sus actividades para fomentar la continencia ascética dentro de la Ciudad Eterna eran bien conocidas y más de lo justo envidiadas.

Tal fué el momento en que se interpuso en su camino Helvidio, atacando la virginidad de la Madre de Dios y los fundamentos morales de la continencia. Un espasmo de perplejidad cruzó por los círculos ascéticos jeronimianos. No tuvo más remedio que embrazar la pluma y sacar a luz su *Libro contra Helvidio, sobre la virginidad perpetua de María,* en que no solamente vindicaba la pureza incontaminada de la Madre de Dios, sino erigía con nueva solidez las bases de la castidad perfecta y asentaba sobre ellas los privilegios de la virginidad frente al matrimonio. Su erudición exegética y el vigor de sus raciocinios apagaron para siempre la voz del infortunado hereje [30].

[29] Recuérdese que hacia el año 380 escribía San Ambrosio, juntamente con los otros obispos de la provincia milanesa, una carta en nombre del sínodo allí celebrado, en la que felicita al Papa por su defensa de la Iglesia contra los enemigos de la virginidad, exaltando una vez más las excelencias de ésta sobre el matrimonio y reivindicando la maternidad divina de María (*Epist. 42 ad Syricium,* PL 16, 1123-1129).

[30] La obra puede verse en PL 23, 185-206. De la virginidad en general trata sobre todo a partir del c. 20. SAN JERÓNIMO hace varias

Con esta obra había abierto la literatura polémica sobre la virginidad, que debía continuar diez años más tarde desde su rincón betlemita contra un adversario más temible por su mayor cultura y el engranaje más sistemático de sus ideas. Los fieles corresponsales que San Jerónimo tenía en Roma turbaron su retiro palestinense con el envío de la obra escrita por Joviniano, monje excéntrico, que acababa de trocar su pasada vida austera por una conducta más en consonancia con sus ideas antimonásticas. Al ejemplar manuscrito del libro acompañaban sus amigos romanos vivas instancias para inducirle a una intervención doctrinal en este asunto [31].

Apoyándose en la eficacia de los méritos de Cristo, propugnaba el monje heresiarca la inutilidad de nuestros esfuerzos ascéticos, en especial de la virginidad, que a los ojos de Dios no podía presentar privilegio alguno frente al matrimonio. San Jerónimo lanzó al público sus *Dos libros contra Joviniano,* la obra tal vez más brillante que salió de sus manos, en la que sus profundos conocimientos escriturísticos, su enorme erudición profana, su prodigiosa memoria anecdótica y la fuerza de su estilo satírico aniquilaron a su adversario.

Todo el libro primero está dedicado al elogio de la continencia. Pero el fuego de su convicción le impulsó con demasiado ardor, y sus críticas del estado conyugal, condimentadas con la gracia algún tanto mordaz de las ironías eternas, y siempre actuales, contra el matrimonio y la mujer, habían pasado la raya de la serenidad, dando pábulo a nuevos ataques de sus enemigos [32]. Estos se cebaron con gusto en algunas de sus exageraciones, denunciándolas como inexactitudes poco ortodoxas. Para defenderse en algún modo, y a instancias de sus amigos, en especial del senador Pammaquio, yerno de Santa Paula, escribió aquel mis-

---

referencias a las descripciones que en ella intercala sobre las molestias de las casadas, como en su *Epist. 22 ad Eustoquium,* n. 22, o en su *Epist. 44 ad Pammachium,* n. 17. En su *Epist. 48 al mismo,* n. 18, dice expresamente que el Papa San Dámaso la aprobó, sin hallar nada reprensible en ella.

[31] Ya para entonces había sido condenado Joviniano por dos diversos sínodos, tenidos hacia el año 389, el uno en Roma, bajo la dirección del Papa San Siricio, y el otro en Milán, bajo la presidencia de San Ambrosio, según aparece por las respectivas cartas en que se dan mutuamente cuenta del hecho. (Cf. *Epist. Syricii Papae ad Mediolanensem Ecclesiam,* PL 16, 1121-1123, y *Epist. 42 Sancti Ambrosii,* PL 16, 1124-1129.)

[32] No teme San Jerónimo echar mano de las sátiras contra el matrimonio, tan frecuentes en los comediógrafos de todos los tiempos, y sobre todo se aprovecha de una obra perdida de TEOFRASTO con el título *De nuptiis.* Sólo la pudicicia, según el Santo, puede librar a la sociedad de los males que la mujer le acarrea ; véanse sobre todo los cc. 47-49 del lib. I : PL 23, 276-282.

mo año una larga epístola de explicación, proponiendo el verdadero sentido de sus frases en litigio [33].

No se embotaron con estas contrariedades sus aceros belicosos en pro de la virginidad. Aunque de modo fugaz, todavía tuvo ocasión de esgrimirlos años más tarde. En el 406 llegaba a Belén el diácono Sisinio, trayéndole cartas de dos santos presbíteros barceloneses, en que se le pedía refutase los errores de otro sacerdote de la misma ciudad, antiguo huésped y amigo del destinatario, que al presente descarriaba con sus errores a no pocas almas fieles. Vigilancio, servidor, en sus primeros años, de refrescos en un puesto que para este fin tenía su padre en Calahorra, su pueblo natal, había alcanzado, gracias a su diligencia y amor al estudio, el grado de presbítero en una iglesia de Barcelona. La copia de sus escritos, que llegaba ahora a manos de San Jerónimo, hacía pie en ciertos abusos inevitables para declamar contra una serie de prácticas y ceremonias eclesiásticas, como el culto de los mártires, el uso de los cirios durante el evangelio, la renuncia de las riquezas y de un modo especial contra la continencia, a la que llamaba herejía y semillero de pasiones [34].

En una sola noche compuso San Jerónimo su refutación vigorosa y apremiante, que debía llevar consigo el mismo diácono Sisinio al día siguiente, en su vuelta a España. Con menos doctrina, pero con estilo más decisivo, hace ver la elevación espiritual de la continencia, que nos arrebata de un solo golpe al mundo de la materia y nos substrae al imperio de la carne [35]. Algo de losa sepulcral debió de tener la publicación de este opúsculo, pues la historia no volvió a saber nada de Vigilancio, que desde entonces quedó enterrado en el olvido de su parroquia barcelonesa.

---

[33] Fué tal el clamoreo que levantó la obra en Roma, que su amigo Pammaquio creyó prudente retirar el libro de la circulación. No logró su intento; por lo cual se dirigió a San Jerónimo, aconsejándole una explicación de su doctrina. Esto hizo el autor en su *Epist.* 48 o *Liber apologeticus ad Pammachium pro libris contra Iovinianum*, PL 22, 493-511. A ella acompañaba otra carta más breve de presentación *(Epist. 49)*. Para el estudio de esta obra y de los ataques de que fué objeto véase F. CAVALLERA, *Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre*, Collect. Spicilegium Lovaniense, *Etudes et documents*, fasc. 1, t. I, pp. 151-159.

[34] Dos años antes había tenido ya noticia de aquellos errores por una carta del mismo preste Ripario, que le hablaba de ellos, aun cuando de un modo más genérico. Al punto le contestó con una carta de refutación, en la que, sin embargo, no aborda el tema de la virginidad, sin duda por no estar enterado de las impugnaciones de Helvidio en este punto. *(Epist. 109 ad Riparium*, PL 22, 906-909.)

[35] Véase la obra en PL 23, 339-352. La refutación se detiene más bien en las excelencias de la castidad propia de los clérigos y monjes (nn. 2, 15 y 16).

Estos tres nombres: Helvidio, Joviniano y Vigilancio, traducen históricamente la actividad polémica de San Jerónimo en defensa de la virginidad. Sus voces en este triple tratado son clamores de pelea; nada tiene, pues, de extraño que presenten a veces tonos algo estridentes. En todo caso, el contenido escriturístico y ascético de su doctrina es de buena ley, y sus tiros certeros sepultaron bajo tierra durante doce siglos aquellos prenuncios abortivos del protestantismo.

¿Quién hubiera sospechado que bajo la férrea armadura del Jerónimo polemista se escondía uno de los directores de almas más influyentes sobre la ascética de la castidad en el mundo femenino? Y, sin embargo, así fué. Este oficio de guía espiritual en los senderos de la pureza le obligó a mantener una correspondencia densísima, de la que se han conservado documentos preciosos sobre la continencia y la virginidad. Los nombres de viudas nobles, como Marcela, Paula, Lea, Blesila, Furia, Teodora, Hedibia, Ageroquia y Salvina, representan un archivo bien nutrido de cartas ascéticas sobre la continencia; monjes o clérigos como Rufino, Nepociano, Rústico, Heliodoro, Teodosio, Crisógono y Antonio pueden todavía mostrarnos en el epistolario jeronimiano consejos delicadísimos sobre la pureza; pero sobre todo las vírgenes más destacadas de aquel siglo, Eustoquio, Demetríades, Asela y Principia, o ciertas jóvenes destinadas a esposas de Cristo, como las hijas de Leta y Gaudencio, obtuvieron del santo Doctor cuartillas imperecederas sobre la virginidad.

Hay, con todo, en esta floresta dos ejemplares que descuellan por su valor y prócer grandeza. Son los dos tratados escritos en forma de cartas a las vírgenes Eustoquio y Demetríades, códigos eternos de la virginidad, todavía no superados y difícilmente superables por su doctrina, su unción y sus normas de prudencia.

La primera de dichas cartas fué escrita en Roma el año 384 a la joven Eustoquio, hija de la viuda Marcela, de elevado rango social, que ardía en deseos de consagrar a Dios sus dieciséis años bajo el velo de la virginidad. Desde el principio advierte el austero secretario de San Dámaso que no es su intención entonar un himno a la pureza, cuyas melodías han resonado ya tan bellamente en labios de otros autores, y cuyos halagos podrían adormecer el alma entre los arrullos de la vanagloria, sino más bien evocar aspiraciones, sugerir ideales, señalar virtudes, constituir normas concretas, denunciar peligros y descubrir desvíos que pudie-

ran ser fatales para la inexperiencia de las jóvenes esposas de Cristo [36].

Humildad, recogimiento, modestia, oración, penitencia, sencillez, caridad y desprendimiento de espíritu, son otras tantas directivas del alma virgen, que gracias al fuego con que las recomienda, a la unción con que las propone, a las anécdotas satíricas con que las sensibiliza y a los detalles prácticos y vivientes con que las desentraña, imprimen a este escrito un valor trascendente, que hace sea leído con el mismo interés y parecido fruto que cuando hace dieciséis siglos salía de su pluma.

Treinta años más tarde, la consagración en Cartago de la joven Demetríades, vástago virginal de la casa de los Anicios, una de las familias patricias más ilustres de aquella Roma devastada a la sazón por los bárbaros, daba ocasión a San Jerónimo para repetir los consejos escritos antes a Eustoquio [37]. Esta vez se entreveraban con fragmentos biográficos de la virgen destinataria y con hipotiposis descriptivas tan acabadas, que hacen de la carta no sólo un reglamento de pureza virginal, sino en algunas de sus partes un modelo asimismo de composición literaria.

Si la actividad polémica de San Jerónimo había dado el golpe de gracia al movimiento doctrinal contra el ascetismo, sus comunicaciones epistolares habían creado la forma concreta y definitiva de la corriente virginal, que en el mundo o en el claustro pasaría substancialmente inmutable a los siglos posteriores [38].

Sólo estas dos cartas bastaban para proclamar a San Jerónimo benemérito de la castidad perfecta, sin necesidad de adjudicarle otras extrañas, como el opúsculo de forma

---

[36] No puede ocultarse que también esta carta contiene palmarias exageraciones cuando habla de la ostentación en el ornato, de la disipación o de la falta de espíritu de ciertas vírgenes, así como de la avaricia o mundanidad de algunos clérigos y monjes. Es natural que con ello suscitase contra sí nuevas odiosidades, no sólo por parte de los que se veían justamente zaheridos, sino de quienes temían el que aquellas pinturas injustas fueran aprovechadas por los enemigos del cristianismo, como no sin cierta parcialidad lo hacía notar Rufino en su *Apologia in Hieronymum*, lib. II, c. 5: PL 21, 587. El mismo JERÓNIMO, en una carta escrita diez años más tarde al presbítero Heliodoro, llama *lapidatum*, apedreado, a este su tratadito (*Epist. 52 ad Heliodorum*, n. 17 : PL 22, 539).

[37] *Epist. 130:* PL 22, 1107-1124. Con razón indica al principio lo difícil que le resultaba escribir una nueva carta sobre esta materia, de que tantas veces se había ocupado, en un tiempo en que se hallaba con tanto trabajo y teniendo en la memoria los amargos frutos que recogió de su anterior *Epistola ad Eustoquium* (Cf. nn. 1, 2 y 19.) En este mismo intermedio de ambas cartas tuvo asimismo que sufrir las persecuciones por sus libros *Adversus Iovinianum*.

[38] Nos parece inútil advertir que, fuera de estos tratados polémicos o epistolares, ofrece San Jerónimo otros muchos pasajes acerca de la virginidad, principalmente en sus comentarios escriturísticos.

epistolar que bajo el título de *Alabanza de la virginidad* se escribió poco después del año 404. En el lugar de su verdadera firma queda flotando con una interrogante el nombre de Pablo, piadoso presbítero de Panonia, a quien Genadio salvó del olvido [39].

San Agustín

26. Firme ya este terreno de la vida práctica y concreta, la literatura de la virginidad podía extender de nuevo sus alas en busca de las alturas de lo ideal. Era la trayectoria que debía seguir San Agustín. En él son raras las cartas disciplinares, como la dirigida unos siete años antes de su muerte a ciertas vírgenes congregadas en comunidad, que es, por otra parte, de sumo interés para el historiador, por las prescripciones que dicta y las cautelas que aconseja [40]. De ordinario, San Agustín, conforme a su natural inclinación de bogar siempre por las regiones más elevadas del espíritu, surca las esferas de la pureza virginal a través de sus tratados, exhortaciones y homilías, dejando tras sí una estela de conceptos a cuál más delicadamente sublimes [41].

Hubo, con todo, una vez en que sus consideraciones parecieron trasvasarse de los moldes humanos para vaciarse según formas celestiales: fué en la composición de su tratado *Acerca de la santa virginidad*. Sus reflexiones sobre esta virtud en Jesucristo, en María y en la Iglesia van entrelazándose a los ojos del lector como los hilos de un tapiz

[39] PL 30, 163-176. Tal es la opinión de WALLARSI en la advertencia preliminar a la edición de la carta. La fecha del escrito queda bastante bien definida por su alusión, como a cosa reciente, a la disciplina penitencial del Papa Inocencio I en su carta al obispo Victricio. Más tarde, San Benito, el abad de Aniano, la transcribió como apéndice a su *Codex Regularum*, adjudicándosela, huelga decir que sin fundamento alguno, a San Atanasio, bajo el título de *Exhortatio ad sponsam Christi*, PL 103, 671-684.

[40] *Epist. 211 ad monachas*, PL 33, 958-965, escrita con ocasión de ciertas disensiones surgidas entre ellas. Después de exhortarlas a la unión, va dictándoles normas muy concretas respecto a la oración, penitencia, vestido, corrección fraterna, higiene corporal y obediencia, descendiendo a detalles tan minuciosos como el de que se haya de fijar una hora para pedir los códices de oración o lectura espiritual.

[41] Sería enojoso recoger todas las citas referentes a la virginidad, sobre todo en los escritos homiléticos, escriturísticos o ascéticos de San Agustín. En cambio, a diferencia de San Jerónimo, son raras sus cartas acerca de este asunto. De modo indirecto habla sobre la continencia en su *Epist. 127 a los cónyuges Armentario y Paulina*, exhortándoles a guardar el voto que en esta materia habían hecho (PL 33, 483-487).

tejido por manos de hadas, y sus ideas sobre la fecundidad espiritual de la pureza descorren ante la vista panoramas, tal vez, nunca soñados. ¿Qué tiene de extraño que después de haber deslumbrado la mirada extática de las vírgenes, exponiéndoles su grandeza de esposas y aun madres de Cristo a semejanza de María, y después de haber inebriado sus corazones con los gozos del amor a ellas reservados en el paraíso, cuando sigan al Cordero como especial corte suya, juzgue necesario consagrar nada menos que veintidós capítulos a la humildad, para equilibrar las elevaciones suprahumanas de sus espíritus?

Con todo, San Agustín se mostró más cauto que el doctor betlemita, y al publicar su tratado sobre la virginidad, tuvo buen cuidado de centrarlo dentro de un sistema doctrinal exacto y preciso. Había publicado seis años hacía una obra, *Sobre la continencia;* al presente pretendía avanzar un paso más, exponiendo las grandezas de la pureza integral; involuntariamente acudían a su memoria los ataques que suscitaran en otro tiempo los dos libros *Adversus Iovinianum*. Por eso, con cautelosa previsión, el mismo año 401, en que publicaba su tratado acerca de la virginidad, había dado a luz otro, *Sobre el bien del matrimonio,* estableciendo su licitud y aun sus positivas excelencias. De este modo podía ya sin miedo elevar cuanto quisiera sus notas en el cántico de los privilegios y preferencias de las esposas de Cristo.

La última piedra en esta construcción sistemática de la doctrina de la continencia la habría de poner trece años más tarde con su tratado *Sobre el bien de la viudedad,* enviado en forma de carta a la santa matrona Juliana, madre de aquella virgen Demetríades, a quien poco antes había también escrito felicitándola por sus desposorios místicos con Cristo [42]. Gracias a estos múltiples tratados, complementarios entre sí, la obra ascética de Agustín respecto a la continencia presenta un carácter más acabado que la de cualquier otro autor [43].

Fuera de su propio valor ascético-histórico, ofrecen ambos doctores de la Iglesia, Jerónimo y Agustín, un interés tanto más profundo cuanto que van presentando en los escritos a lo largo de su vida el período evolutivo de la ins-

---

[42] PL 40, 431-450. No debieron mediar muchos meses entre este tratado y la carta anterior aludida en el texto, donde había ponderado San Agustín la mayor nobleza que con su profesión de virginidad había adquirido Demetríades (*Epist. 150 ad Probam et Iulianam,* PL 40, 645).

[43] Durante algún tiempo circuló también bajo el nombre de Agustín un breve tratado, *De vita eremitica ad sororem,* cuyo autor parece ser el escocés ELREDIO DE RIVAL. (Cf. PL 32, 1451.)

titución de las vírgenes independientes, que se empieza a orientar cada vez con más fijeza hacia la vida común de los monasterios.

San Leandro

27. El término final de esta evolución dentro de la patrística occidental (prescindiendo de los escritos de carácter más disciplinar, como las Reglas de San Cesáreo de Arlés o de San Columbano) viene representado por el español San Leandro, el arquitecto del catolicismo visigodo, que en el naufragio del tiempo apenas logró salvar de su bagaje literario más que este precioso opúsculo intitulado *Regla o libro sobre la formación de las vírgenes y desprecio del mundo* [44].

Es un delicado obsequio que a modo de herencia, más estimable que el oro y la plata, transmite a su hermana la virgen Florentina, recluída con otras religiosas en un claustro de Ecija. La ternura con que le habla, la delicadeza de sus conceptos al fijar las relaciones místicas de las esposas de Cristo y la suavidad del estilo no restan un ápice a la clásica firmeza del Santo, que aparece en sus prohibiciones sobre las visitas, especialmente de mujeres mundanas, o de varones, aunque sean piadosos, así como en sus normas acerca de la abstinencia del vino, de la carne y de los baños, o en sus consejos para evitar las risas de una alegría disipada.

Con esta obra puede decirse que cierra San Leandro la literatura de la virginidad en su sentido específico, para dejar paso libre a las obras como la *Regula monachorum*, de su hermano menor San Isidoro, u otras semejantes, respecto a las mujeres en que el hábito monástico recubre ya la túnica de la virgen.

---

[44] *Regula seu liber de institutione virginum et contemptu mundi ad Florentinam sororem*, PL 72, 873-894. La nueva y probablemente más auténtica redacción de la obra, muy aumentada, puede verse en *La Ciudad de Dios*, t. CLIX (1947), pp. 355-394. De ella hablaremos en la parte 3.ª, c. 5, a. 3, n. 149, nota 258, y en la antología patrística. El tratado parece estar escrito después de su consagración episcopal para la sede de Sevilla, en el año 575. Fuera de esta obra, sólo se conserva de la pluma de San Leandro su homilía sobre el triunfo de la Iglesia en la conversión de los visigodos. Las dos *Reglas* del Obispo de Arlés, *Regula ad monachos* y *Regula ad virgines*, PL 67, 1097-1121, están más bien trazadas en la dirección de la *Epist. 211 ad monachas* de SAN AGUSTÍN, cuyas líneas generales adapta a las costumbres originarias de Leríns.

2. La literatura oriental

28. Las cartas de la virginidad.—29. San Metodio.—30. La escuela alejandrina.—31. San Atanasio.—32. Basilio de Ancira.—33. San Gregorio Niseno.—34. San Juan Crisóstomo

Las cartas de la virginidad

28. Mientras tales estrategas iban formando en el mundo latino las legiones más gloriosas que haya contemplado la historia, no se descuidaba tampoco el oriente cristiano en alistar e instruir las nuevas huestes de lo sobrenatural. Sólo que las Iglesias de la Grecia, el Egipto y el Asia Menor recorrieron más rápidamente la curva de su evolución hacia la vida cenobítica, que en el siglo IV había obtenido ya su pleno desarrollo. Es lo que cabía esperar del intuicionismo oriental para el mundo de la ascesis.

La continencia misionera, que ya en el siglo I se había dibujado en la *Didajé* o *Doctrina de los doce Apóstoles* [45], ampliaba sus contornos en dos epístolas de origen siríaco o palestinense, anteriores tal vez en tiempo a los escritos de San Cipriano, y cuya autoridad llegó a ser tan grande, que en varias regiones eran leídas públicamente durante los oficios sagrados. Ambas cartas, atribuídas al tercer sucesor de San Pedro, San Clemente Romano, pero compuestas en realidad por un asceta experimentado y militante, formaron en su origen un solo documento [46]. Como lo indica su misma introducción, se dirigen "a todos los bienaventurados varo-

[45] No se detiene la *Didajé* en exponer la doctrina o la práctica de la virginidad, pero supone, al menos, la continencia en aquellos profetas de corte ascético bien definido que, como sucesores de los apóstoles en la evangelización, recorren nuevos pueblos y regiones ejerciendo su ministerio. A la virginidad, sin embargo, se refiere, según varios autores, el pasaje del c. 11, n. 11, en que dice: «Omnis vero propheta probatus verus, qui agit in mysterium mundanae Ecclesiae, nec vero docet omnia agenda esse, quae ipse agit, non iudicabitur apud vos»; donde parece aludir al misterio de la relación mística entre Cristo y la Iglesia, de que habla San Pablo (Eph. 5, 32). Cf. FR. X. FUNK, *Patres Apostolici*, Tubingae 1901, vol. I, p. 29, nota al n. 11.

[46] No faltan autores, como F. NAU, que pretenden descubrir en la descripción de los ascetas itinerantes y en otras huellas arcaicas un escrito propio del siglo II (Cf. *Clementins (Apocriphes)*, DTC, t. III, 219-222). Sin embargo, la generalidad de los modernos patrólogos las suponen compuestas en la tercera centuria. (Cf. O. BARDENHEWER, *Geschichte der altchristlichen Literatur*, 2.ª ed., 1914, t. II, p. 302 s.)

nes que se entregan a la guarda de la castidad por el reino de los cielos y a todas las vírgenes consagradas" [47].

Doctrina detallada sobre la esencia de la virginidad, que comprende "la castidad del cuerpo y del espíritu y el ejercicio asiduo del culto divino" [48]; alabanzas de su excelencia, que realiza de lleno los vaticinios de la Escritura sobre la "descendencia bendecida del Señor", "el sacerdocio real", "la nación santa", "el pueblo de la herencia divina" [49]; exposición de los deberes consecuentes a tal estado, que debe incluir todas las virtudes [50]; y, finalmente, consejos prácticos sobre la vida y mutuas relaciones entre los continentes, máxime de diverso sexo [51], forman el bello contenido de ambas cartas.

La segunda sobre todo, particularmente instructiva desde el punto de vista histórico, se acomoda al programa inicial que la encabeza: "Quiero, amadísimos hermanos, que conozcáis cuál sea nuestro género de vida en Cristo y el de todos nuestros hermanos en estos países en que vivimos; si os agrada, conforme al temor de Dios, ordenad también vosotros vuestra vida de la misma manera" [52].

Los datos que a continuación nos va suministrando son ciertamente de valor inestimable, y las delicadezas que nos describe en el trato mutuo de los vírgenes de ambos sexos, suponen un ambiente de espiritualismo difícilmente comprensible para la desenvoltura que caracteriza nuestro siglo. Puede asegurarse que para el estudio de ciertos círculos de la virginidad constituyen estas dos cartas el documento más

[47] Las palabras *varones y mujeres* no se hallan en la redacción siríaca que ha llegado hasta nosotros, pues en aquella lengua la diversa forma de la palabra *vírgenes* denota por sí misma el sexo de los aludidos. El texto original griego diría probablemente, según reconstruye F. X. Funk en la nota correspondiente a este pasaje, τοῖς μακαρίοις παρθένοις y ταῖς ἱεραῖς παρθένοις. En el cuerpo de la carta son frecuentes las explicaciones perifrásticas: «Sunt enim utriusque sexus virgines pulchrum quoddam exemplum» o «Nemo qui virginitatem profitetur, sive frater sive soror, salvari poterit nisi sit omnino sicut Christus» (I *Epist.*, c. 3, n. 1, y c. 7, n. 2: FPA, vol. II, pp. 2 y 6).

[48] Ibid., FPA, vol. II, p. 6.

[49] I *Epist.*, c. 10, n. 4, edic. y vol. cit., p. 8.

[50] «Quicumque coram Deo spondet se servaturum esse castitatem, omni sancta Dei virtute accingi debet» (I *Epist.*, c. 3, n. 5, edic. y vol. cit., p. 3). En los capítulos 7 y 8 presenta un cuadro muy completo de todas las virtudes que deben acompañar a la castidad.

[51] En este punto desciende a pormenores sumamente detallistas sobre las eventualidades que pueden presentarse en lo relativo a sus viajes y habitación, según que en la villa donde se detenga habiten varones cristianos o sólo mujeres, en número plural o en singular. Esta minuciosa casuística ocupa gran parte de la carta segunda, con el fin diáfano de evitar cualquier peligro de caída o de simple maledicencia.

[52] II *Epist.*, c. 1, n. 1, ed. y vol. cit., p. 15.

sugestivo de cuantos se han conservado en el Oriente. Por ellas podemos contemplar uno de los momentos iniciales de la lucha en las comunidades asiáticas contra las *sineisaktas,* las llamadas *vírgenes subintroductas* del mundo latino. El autor describe escandalizado aquellos abusos y confiesa que han motivado algunas de sus advertencias y exhortaciones [53].

San Metodio

29. A los consejos prácticos del asceta síguese al expirar el siglo III, en el Asia Menor, el libro perfilado y aristocrático del Obispo teólogo, que, iniciado en las elevaciones de la filosofía platónica y en las elegancias del humanismo helénico, supo esculpir a la virginidad un trono cual no lo tuvieron nunca las deidades del paganismo. Metodio de Olimpo fué, en efecto, el primero que en sus diálogos sobre la virginidad, contenidos en su obra de *Symposion* o *Banquete,* dió al oriente cristiano una literatura de la continencia que podía muy bien enfrentarse con las admirables creaciones de los clásicos griegos. Más tarde hemos de tornar nuestros ojos sobre sus páginas [54].

La escuela alejandrina

30. Deberíamos tachar de contradicción inexplicable el hecho de que no hubiera producido una sola página sobre la virginidad aquel Egipto, cuyos desiertos, inaugurados para la ascética continente por el gran Pablo de Tebas, estaban poblando sus cuevas en torno a San Antonio con la constelación más brillante de anacoretas que ha albergado jamás región alguna de la tierra. Tanto más cuanto que la doctrina y aun la práctica de la castidad perfecta venían teniendo ya su cátedra propia en el famoso *didascalion* alejandrino.

Aun el mismo Clemente, su segundo director después de Panteno, que con su sentido práctico acertó a labrar en la palabra *ascética* el nuevo significado cristiano conservado hasta nuestros días, pero cuyas tendencias a la exaltación del matrimonio eran palpables, dobló reverente su rodilla ante el altar de la virginidad. El autor del *Pedagogo*

[53] I *Epist.*, c. 10 íntegro, ed. y vol. cit., p. 8 s.

[54] Lo original y elevado de la obra nos induce a dedicarle por entero el capítulo segundo de la tercera parte

fué un entusiasta, verdad es, de la dignidad conyugal. Sin embargo, recordaba a San Pablo y no pudo olvidar la preeminencia de la castidad perfecta y su carácter de don divino, que hace bienaventurados a los hombres [55].

Aquel regato de doctrinas cristalinas, aunque no abundosas, se convirtió en verdadero río caudaloso bajo el tercer director del *didascalion*, el impetuoso Orígenes, aspirante empedernido al martirio y adalid infatigable de la austeridad, a quien no faltó sino el marco de un desierto para despojar de su primacía ascética a un San Antonio de Tebas. Sin haber escrito ningún tratado expreso sobre la virginidad, acuden a su pluma las alabanzas de esta virtud con tanta lozanía y frecuencia, que parecen brotar espontáneamente en terreno propio, como los lirios del càmpo. Reunidos en una sola obra todos estos pasajes de sus numerosas homilías y comentarios escriturísticos, formarían uno de los más bellos tapices de flores que pudiera presentar la literatura de la pureza [56]. Las vírgenes son para Orígenes capullos con que florece la Iglesia, custodias del testamento eterno de Dios, rango cualificado de la jerarquía cristiana, oblación olorosa de holocausto, que sin intermitencias se ofrece para siempre al Señor [57].

San Atanasio

31. Bien roturado estaba, pues, el terreno cuando el Patriarca de Alejandría, víctima y debelador a un tiempo del arrianismo, quiso temperar el ardor de sus luchas doctrinales con el lenitivo sedante de la enseñanza ascética. San Atanasio había tenido ocasión de admirar, durante uno

---

[55] Pueden comprobarse estas ideas en su obra *Stromata*, lib. III, c. 1, y lib. IV, c. 23: PG 8, 1104 y 1356-1358. No deben extrañar demasiado sus incitaciones al matrimonio, si se tiene en cuenta la corrupción que se ocultaba sistemáticamente bajo el estado de celibato en aquellos tiempos del Imperio, y que conducía a un cierto desprecio por la vida conyugal y a una progresiva despoblación de las ciudades. Acertadamente expone esta consideración F. X. Funk, *Clemens v. Alexandrien über Familie und Eigentum*, «Theologische Quartalschrift», Tübingen, t. LIII (1871), p. 346 s. (Cf. F. Martínez, *L'ascétisme chrétien*, pp. 134-136.)

[56] Algo de esto hizo * W. B. Bornemann, *In investiganda monachatus origine quibus de causis ratio habenda sit Originis*, Gottingen 1885.

[57] No tendría objeto citar aquí los innumerables pasajes de Orígenes sobre la virginidad. Basta recordar a modo de ejemplo los lugares aludidos en el texto: *In Genesim*, hom. 3, n. 6: PG 12, 181; *Comment. in Epist. ad Romanos*, lib. IX: PG 14, 1205; *In Numeros*, hom. 23, n. 3: PG 12, 749.

de sus destierros, la heroicidad de los monjes del desierto, y había traducido en letras aquellos anhelos, con su vida de San Antonio. Quería también derramar su palabra de aliento sobre las vírgenes de Cristo, pero en un tono más sencillo, sin ideales esquinudos de anacoretismo, a la luz de una santidad moderada y prudente en sus perfiles. Así compuso su tratado *Sobre la virginidad,* de cuya existencia no es prudente la duda [58].

La crítica del siglo XVII, valorada por firma tan competente como la de B. Montfaucon, apoyándose sobre todo en el uso anacrónico del *Gloria in excelsis,* del *Alleluia* o del *Gloria Patri* completo, relegó entre las obras inciertas del Santo la redacción del tratado *De virginitate, sive de ascesi,* que la tradición le había adjudicado hasta entonces [59]. El siglo actual ha restituído de nuevo su paternidad al Doctor alejandrino mediante un profundo estudio de sus ideas y ambiente [60]. Se trata de un verdadero tesoro. Los consejos y advertencias concretas en él contenidas le convierten en una fuente fecunda de datos para el investigador, ya que sus páginas van conduciendo a la virgen como de la mano a través de todas las circunstancias de la vida: alegrías y tristezas, oración y penitencias, devociones y esparcimientos. La instrucción resulta tan completa, que el mismo autor exclama, no sin fundamento: "Bienaventurada el alma que preste oídos a las palabras escritas en este libro y las ponga por obra.

---

58 El testimonio de SAN JERÓNIMO es claro y explícito (*De viris illustribus*, c. 87: PL 23, 695).

59 Cf. *Praefationem*, PG 28, 13-16. Tal vez la principal dificultad podría buscarse en el empleo de la palabra *hipóstasis*, como más tarde había de notar Batiffol; pero cuyo empleo, aun en el caso de que no obedezca a una interpolación, no puede excluirse en absoluto de San Atanasio.

60 La procedencia atanasiana del escrito fué demostrada eruditamente por * ED. V. DER GOLTZ *Λόγος σωτηρίας πρὸς τὴν παρθένον* (*Eine echte Schrift des Athanasius*, TU, t. XXIX, Leipzig 1905, 2 Heft), quien va refutando todas las objeciones contrarias. Su opinión fué recibida por los principales patrólogos, como O. BARDENHEWER, *Geschichte der altchr. Literatur* (Freiburg 1923), t. III, p. 66. Posteriormente publicó J. LEBON dos nuevos opúsculos procedentes de un manuscrito sirio, en uno de los cuales cree reconocer el autor el tratado auténtico de San Atanasio sobre la virginidad, *Athanasiana Syriaca: Le Muséon*, t. XL (1927), pp. 205-248, y t. XLI (1928), pp. 169-248. Esta sentencia ha sido seguida por G. BARDY, *Athanase*, DSAM, t. I, col. 1048-1051. Con todo, no puede darse como probada la nueva hipótesis, y así, aun citando los dichos artículos de Lebon, siguen considerando como obra atanasiana al antiguo tratado, entre otros, RAUSCHEN-ALTANER, *Patrologie* (Freiburg 1931), p. 204, que cita los fragmentos de los *Enchiridions* patrístico y ascético de ROUET DE JOURNEL. Del mismo modo siente A. A. CAYRÉ, que expresamente mantiene la opinión de * Edm. v. d. Goltz en su *Précis de Patrologie et d'histoire de la théologie* (1931), t. I, p. 337.

Doy testimonio de que quien escuche y cumpla tales consejos no sólo tendrá grabado su nombre en el reino de los cielos, sino que será colocada junto a la tercera jerarquía de los ángeles"[61].

Mientras las vírgenes egipcias recibían con este tratado una dirección eficaz para encauzar su pureza, daba la castidad consagrada del Asia señales de no menor pujanza en tres obras muy diversas entre sí, pero encabezadas con idéntico título: *Sobre la virginidad*. Era un triple eco de aquellas cartas pseudoclementinas, que a la distancia de un siglo volvían a conmover de nuevo las esferas ideales de la continencia. Esta vez su influjo abrazaba todo el Oriente Medio desde los valles de la fértil Antioquía, con el Crisóstomo, hasta la diminuta población de Nisa, en Capadocia, con su obispo Gregorio, pasando con el prelado Basilio por Ancira de Galacia, la ciudad del Augusteo, relicario de los hechos escritos por el primer emperador de los romanos.

Basilio de Ancira

32. Basilio fué probablemente el primero de los tres que dió a luz su exhortación doctrinal. Esto inducen a creer las fórmulas trinitarias por él empleadas, y que denuncian un tiempo anterior al sínodo de Ancira del 358, en que había de quedar su persona como jefe de la fracción semiarriana del *homoiousios*. Sabíase ya por San Jerónimo que Basilio, el obispo de Ancira, era experto en medicina, y que había escrito un tratado sobre la virginidad[62], indicaciones que guiaron una pluma erudita para restituir al Prelado ancirano una obra violentamente encajada hacía varios siglos entre los libros de su homónimo el gran doctor de Cesarea[63].

La exhortación de Basilio de Ancira es el árbol frondoso en que debía evolucionar aquella pequeña simiente contenida en la *Epístola segunda ad virgines* bajo los estímulos de la ciencia humana. En este tratado, como en aquella carta, domina el temor de los peligros que acechan a la pureza y la preocupación por evitar los fogonazos de

[61] *De virginitate*, c. 10: PG 28, 262.
[62] *De viris illustribus*, c. 89: PL 23, 693-695.
[63] La hipótesis y su brillante demostración se debe a F. CAVALLERA, *Le «De virginitate», de Basile d'Ancyre*, «Revue d'Histoire Ecclésiastique», t. VI (1905), pp. 5-14. A ella se han adherido los principales patrólogos modernos. Por su parte, él ha vuelto a confirmarla en *Basile d'Ancyre*, DSAM, t. I, 1283.

la concupiscencia, que con sus miradas, modales o conversación pueden crear las personas de otro sexo. El dominio sobre los sentidos, en especial del gusto y del tacto; la guarda de la modestia, la renuncia a galas y adornos, el desprecio de las gracias corporales, la parquedad en las visitas y la moderación de la lengua le arrancan exhortaciones largamente razonadas.

Es interesante su empeño en iluminar todos estos influjos y sus efectos con estudios científicos y filosóficos desconocidos hasta entonces en tales obras. Se leen con curiosidad sus explicaciones sobre los procesos sensoriales, como el de la mirada, que es, según él, una especie de tacto [64]; muestran sus conocimientos medicinales las notas sobre los diversos alimentos en orden a fomentar la lujuria [65]; pero sobre todo extrañan, aun colocadas en el ambiente más libre de sus contemporáneos, sus descripciones fisiológicas, poco conformes con el público virginal a quien se dirigen. El mismo siente la necesidad de excusarse en este punto al fin de su obra [66].

San Gregorio Niseno

33. En muy diversa actitud se presenta ante las vírgenes el Obispo de Capadocia, San Gregorio Niseno. No tenía el talento organizador de su hermano mayor, San Basilio, pero le superaba en ingenio filosófico, y sabía elevarse con vuelos místicos más elevados; por eso, mientras el Obispo de Cesarea colocaba los fundamentos de la vida cenobítica con sus *Reglas extensas,* sus *Reglas breves* y sus interesantes cartas relativas a la vida monástica [67], se dirige él a las vírgenes con un bello libro sobre la continencia perfecta, compuesto poco después de su consagración episcopal, en el año 371.

En realidad, más que tratar el tema, lo desborda. De

---

[64] *De virginitate,* c. 14: PG 30, 697. Para el autor, el sentido del tacto es el más temible y poderoso de todos, ya que «con su propia liviandad arrastra por arte de encantamiento al placer a todos los demás sentidos» (ibid., c. 5, ed. y t. cit., 680).

[65] Cc. 8 y 9: PG 30, 684-688, principalmente en el segundo de dichos capítulos.

[66] C. 65: PG, t. cit., 801-804.

[67] Algunas de las cartas de San Basilio contienen datos de sumo interés para la historia de la virginidad. Entre ellas merecen especial mención la dirigida en 375 a su amigo el arzobispo *Anfiloquio* sobre diversas cuestiones canónicas y la dirigida algunos años antes *a una virgen caída.* Pueden verse en PG 32, *Epist. 46* y *199,* 369-381 y 716-732.

hecho propone ante los ojos de las almas selectas la perfección integral cristiana con el desprendimiento de todo lo terreno y la natural reacción del espíritu hacia lo celeste. "Como una gran masa de agua encajonada y encerrada en un canal, al sentir la opresión de una fuerza externa, sube hacia arriba, por no poder expansionarse hacia los lados, a pesar de que su movimiento natural sea hacia lo más bajo, del mismo modo el pensamiento del hombre, como encerrado en un estrecho cauce, sintiendo por todas partes la presión de la fuerza que le rodea, se levanta por su mismo movimiento natural al deseo de las cosas elevadas..." [68] Tal es la eficacia de la continencia impidiendo la disipación del espíritu.

De ahí que el estado virginal sea el resorte primero para todo este mecanismo divino de la santidad. Podría decirse que es también el último, ya que mediante aquel estado obtiene el alma la suprema dignidad de esposa de Cristo, según había expuesto antes largamente él mismo, con aquella su pluma más mística que exegética, en el *Comentario al Cantar de los Cantares* [69]. La expresión plástica de toda esta doctrina la modelaría algunos años más tarde, al escribir la vida de su santa hermana la virgen Macrina, cuyo último aliento recibió en sus labios para transmitirlo como aroma de incorrupción a las futuras seguidoras del Cordero inmaculado [70].

San Juan Crisóstomo

34. Cual imagen prócer que preside desde el fondo y llena con su presencia toda aquella gran aula del Oriente en la exposición del arte virginal, cierra el siglo IV la figura de San Juan Crisóstomo. No es ya el valor de un tratado, aunque eximio, el que aporta su persona, sino es toda una vida de actividad con el enfoque bien destacado del entusiasmo más ardiente en pro de la continencia integral. Su obra *Sobre la virginidad* fué únicamente la cancela que abrió ante sí la senda por la que debía caminar en lo futuro.

Probablemente cuando la escribió acababa de ser ordena-

---

[68] *De virginitate*, c. 7: PG 46, 352.

[69] PG 44, 755-1120. Está formado por 15 homilías de corte vigoroso en la doctrina, pero débil en la exégesis. Ello obedece a la idea expuesta en el proemio acerca de su método de interpretación espiritual o anagógico, que le había de coronar con el título de místico más bien que con el de escriturista.

[70] Fué escrito hacia el 380 a petición del monje Olimpio. Algunas de sus descripciones pueden colocarse entre los fragmentos más delicados de la antigua hagiografía por su ternura y elevación (PG 46, 959-1000).

do diácono por el obispo de Antioquía, Melecio, y, en consecuencia, oía todavía como rumores muy cercanos los silencios del desierto, donde había pasado cuatro años de vida cenobita y otros dos como anacoreta [71]. Esto pone cierto fuego de emoción en sus líneas, aunque suficientemente templadas por la prudencia, para no quemar el papel con extremismos de eremita.

Podríamos calificar su tratado de comentario al pasaje clásico de la Epístola paulina a los Corintios. El armazón de sus ochenta y tres capítulos no puede ser más diáfano ni cabe el recubrirlo con más lujo de argumentación ni más viveza de imágenes o más vida de sentimiento: el estado del matrimonio es lícito y honorable, pero la virginidad es de una grandeza muy superior; las ventajas terrenas y sobre todo los bienes espirituales de esta última son tan valiosos cuanto son duras las molestias y las trabas del vínculo conyugal. Las tintas con que éstas se describen son bien espesas, y ya hemos tenido ocasión de explicar los móviles de un proceder que al presente nos hiere como vacío de espiritualidad. Sería rastrero, él mismo lo advierte, buscar en esas sombras del matrimonio los alicientes para la continencia [72].

Con esta obra aparece San Juan Crisóstomo como el Ambrosio del Oriente en su eficacia para arrastrar a las jóvenes hacia el altar de la continencia. Estamos en la era simétrica a la de Milán, la de las grandes muchedumbres de la virginidad. En cambio, en contraposición al mundo latino, ni San Juan Crisóstomo ni sus predecesores tuvieron que luchar contra adversarios doctrinales de la continencia. En algunos de sus capítulos se debate contra los desprecios de los mundanos y los ataques de los impíos vulgares, a quienes recuerda los rapazuelos burladores de Eliseo, que fueron comidos por los osos [73]; pero en el campo de la especulación sus armas son más bien de signo contrario. En vez de verse obligado a blandirlas, como un Jerónimo, contra los impugnadores de la virginidad, las tiene que dirigir contra las vírgenes procedentes de la herejía, que abrazan la castidad perfecta por suponer malo el matrimonio, y contra los gnósticos, que las patrocinan [74].

---

[71] La mayor parte de sus tratados ascéticos fueron compuestos en este tiempo que transcurrió entre su ordenación de diácono y la de sacerdote, celebrada cinco años más tarde. El *De virginitate* es citado por él mismo en sus homilías antioquenas. (Cf. *Hom. 19 in I Epist. ad Cor.*, n. 6: PG 61, 160.)

[72] Recuérdese lo dicho en la p. 1.ª, c. 3, de esta obra.

[73] C. 22: PG 48, 548 s. Desde el capítulo 14 hasta el 24 va entreverando dificultades y ataques contra la virginidad, procedentes de quienes viven sumergidos en la materia.

[74] La primera parte del tratado, casi diez capítulos enteros están dedicados a condenar el espíritu de las vírgenes de la herejía y de-

Esta obra, completada por sus dos opúsculos sobre la continencia de las viudas [75], puede decirse que fué como el golpe dado por la vara de Moisés sobre la roca. En lo sucesivo brotarán de sus labios verdaderos torrentes de aguas reverberantes de pureza virginal, tanto en sus sermones, principalmente exegéticos, como en sus homilías acerca de la Escritura, que en forma íntegra o fragmentaria han llegado a nosotros en número casi de setecientos. Las alabanzas de la virginidad, los motivos para abrazarla, los medios de conseguir su perfección y los consejos para que no se desdore su brillo forman la rica biblioteca de la continencia legada por el orador antioqueno.

Aun nos ofrece otro trazo característico. Su espíritu se había adelantado a sí mismo en el desarrollo de su vida, y ya en el libro *De sacerdotio,* escrito cuando todavía era simple diácono, se hallaban maduras sus ideas pastorales respecto a las vírgenes consagradas, ideas que esbozaban las realidades de su propio futuro:

Por lo que hace al cuidado de las vírgenes, es tanto mayor el temor cuanto se trata de guardar un bien más precioso y de custodiar un rebaño digno del Rey más que ningún otro... La virgen es emuladora de la filosofía celestial, y hace profesión de representar en la tierra el modo de vivir de los ángeles y de hacer, aunque vestida de carne, lo que hacen las potestades incorpóreas... Por esto tiene necesidad de custodio muy seguro y de muy gran defensa, pues el enemigo de la santidad está siempre alerta para ponerle asechanzas y para devorarla si tambalea o cae... Y de ahí cuán grande debe ser la solicitud del pastor, que tiene sobre sí este cuidado, como es grande el peligro y acerbo el dolor si acaso sucediese lo que no se quiere y Dios no consienta... El padre natural tiene muchas ayudas que le hacen fácil la custodia de la hija. La madre, el ama, la multitud de criados, la seguridad de la casa, le sirven para guardar más fácilmente a su hija... Pero aquí son muchas las cosas que hacen al Padre espiritual difícil y casi imposible la custodia... Y si alguno dijere que no es necesario que todo este cuidado recaiga sobre el obispo, sepa que en último término todas las decisiones y responsabilidades caerán sobre él... Imposible enumerar todos los cuidados que exigen las vírgenes... [76].

fender el matrimonio como institución honorable, con lo que queda todavía mucho más elevada la virginidad.

[75] Los títulos con que han llegado hasta nosotros son : *A una viuda joven* y *Sobre el no reiterar el matrimonio.* El primero es un tratadito de carácter más bien consolatorio, dirigido a la viuda del noble y opulento Terasio, muerto a los cinco años de matrimonio. El segundo, que se ciñe más ajustadamente al tema de la continencia, parece ser un sermón para las viudas en general, a pesar de su título suplementario *Del mismo a la misma,* añadido, sin duda, por algún copista. Ambos se hallan a continuación del *De virginitate* en PG 48, 599-620.

[76] *De sacerdotio,* lib. III, c. 17 : PG 48, 656-658. La obra, como es sabido, data de la misma fecha que el *De virginitate.* Con ella pre-

Con estas palabras, Juan el diácono de Antioquía dictaba las normas de vigilancia paternal que habría de seguir Juan el arzobispo de Constantinopla.

Como ejemplos de su conducta nos ha conservado la historia dos opúsculos disciplinares pertenecientes a sus primeros años de episcopado. Los motivó el *sineisaktismo*, tan severamente condenado en las epístolas pseudoclementinas *Ad virgines*, pero que no había aún desaparecido por completo. En este punto, el mundo asiático había sido más contumaz que el latino. Ambos escritos han llegado hasta nosotros con títulos tan largos como poco armoniosos: *Contra los que tienen junto a sí vírgenes subintroductas* reza el primero, mientras anuncia el segundo: *Que las vírgenes sujetas a regla no deben cohabitar con varones* [77]. Ya se entiende que la ocasión ofrecía lugar al santo Obispo no sólo para exhortaciones emocionantes, sino también para consejos doctrinales y consideraciones ascéticas sumamente delicadas acerca de la virginidad.

Al acabar de componer su libro *De virginitate* tuvo tal vez ocasión el diácono antioqueno de saludar a otro diácono, originario del Ponto, por nombre Evagrio, que atravesaba aquellas tierras camino de Palestina y Nitria para injertar la ascética virginal de los Padres Capadocios en la vida monástica del Egipto. ¡Lástima que su obra haya llegado hasta nosotros en estado tan fragmentario! Sus *Máximas a las vírgenes*, escritas, al menos en su redacción actual, en forma de versículos, que recuerdan el libro de la Sabiduría, ofrecieron a la castidad femenina un bello resumen de los principales preceptos ascéticos de la virginidad. Para nosotros, sin embargo, presentan importancia secundaria, por haber ejercido su influjo más bien en la vida monástica ya organizada.

3. La inspiración poética

35. La poesía oriental: San Efrén, San Gregorio Nacianceno.—36. La poesía occidental: San Dámaso, Prudencio, San Avito, San Venancio Fortunato

La poesía oriental: San Efrén, San Gregorio Nacianceno

35. Estaba ya con esto ultimado el monumento de la virginidad cristiana tal como lo concibiera el Omnipotente.

---

tende explicar su conducta al huir el cargo episcopal para sí, al mismo tiempo que se lo procuraba a su amigo Basilio.

[77] Ambos tratados pueden verse reunidos en PG 47, 495-532.

Colocado en el pórtico mismo de la Iglesia de Cristo, no podía menos de llamar, con los resplandores de su cándida blancura, la atención del mundo infiel. Un postrer detalle del plan divino: la virginidad debía ser solemnemente coronada con los laureles de la poesía. Para ello hizo nacer en el siglo IV almas de sensibilidad armoniosa destinadas a componer los himnos de loor a la pureza. En el Oriente fué Siria quien ofreció a San Efrén y Capadocia a San Gregorio Nacianceno como intérpretes del lirismo y del valor moral de la continencia; en el Occidente fué España quien tuvo la gloria de presentar los dos grandes rapsodas de la virginidad en el Papa San Dámaso y en el ex gobernador romano Prudencio. Más tarde aparecerían San Avito y San Venancio Fortunato, pero sus figuras se proyectarían ya sobre el fondo de una nueva era, la del monaquismo.

El diácono de Edesa, celebrado con igual veneración por todos los partidos doctrinales—católicos, heréticos y cismáticos—, mereció ser apellidado, gracias a la delicadeza de sus melodías religiosas, *la cítara del Espíritu Santo*. Prófugo de su patria, Nísibe, incendiada por los persas, no pudo, sin embargo, San Efrén desprenderse por completo de la atención que sus discípulos de la *escuela de Edesa* le exigían. Pero en los intervalos de contemplación anacoreta que le permitieron aquellos diez últimos años de su vida (363-373), la inspiración de lo divino removía su alma con himnos celestiales. Son varios los dedicados a la virginidad, y ciertamente que cuando canta a esta virtud sus cuerdas vibran con un sentimiento particular de emoción. El solo pensamiento de que pueda ser mancillada le indigna:

Agiles son tus alas, ¡oh virginidad!, con las cuales llegas en un vuelo hasta el mismo Dios [78]... Y tú, carne, ¿por qué persigues a la virginidad, que descendió del cielo a nuestra tierra para morar en ella como peregrina? Porque si alguno se obstina en combatirla y destruir su nido, como ella no puede volver a reconstruirlo, bate al punto sus alas en dirección a lo alto. Es ave originaria del cielo, acostumbrada a envejecer en un solo nido; si una vez se ve forzada a huir, abandona el nido para siempre... [79]

Los rasgos todos de la virgen, en la concepción de San Efrén, deben mostrar la corrección suprema:

Reverbere en tus ojos la pureza—dice—, resuene en tus oídos la voz de la verdad, empapen tu lengua palabras de vida, brille en tus manos el oro de la limosna, marquen las huellas de tus

---

[78] *Hymni de Ecclesia et virginitate*, 24, n. 2: LAMY, t. II (Mechliniae 1886), col. 784.

[79] Ibid., 22, n. 5, edic. y t. cit., col. 778.

pies el camino de los dolientes por ti consolados, y en el fondo de tu corazón resalte impresa la imagen de tu Dios. Se honra al lienzo por la figura del rey que ostenta en su pintura. ¡Cuánto más deberá ser venerada aquella virgen en cuyos sentidos todos aparece retratada la imagen de su Señor! [80]

No fué, desde luego, tan genuina la inspiración del gran Obispo nacianceno, cuyos poemas recuerdan con frecuencia la oratoria rica y armoniosa o el vigor teológico de su palabra. Prescindiendo de sus poemas personales, donde más de una vez asoma un lirismo auténtico, en los de carácter dogmático o moral, como son los consagrados a las vírgenes, dominan con frecuencia sus intentos didácticos o apologéticos con influjo agostador. Es que su poesía no brotaba espontánea de un alma agitada por el numen poético, sino que era evocada por el deseo de ofrecer a la juventud una medicina agradable, por el celo de combatir a los herejes con las mismas armas que ellos empleaban o por la preocupación de mostrar al paganismo que la religión del Crucificado no le iba a la zaga en el culto de la belleza literaria [81]. Hasta seis composiciones dedica a la virginidad, escritas todas ellas probablemente en los últimos años (383-389) de su destierro en Aranzo [82].

La primera y más extensa de todas, el poema *En alabanza de la virginidad,* es de pretensiones más grandiosas, ya que en sus 732 hexámetros se remonta hasta la vida eterna de la Trinidad y la creación del universo, como atrio solemne que prepare la entrada del lector en el templo de la virginidad cristiana. La grandeza de ésta se hace luz esplendente en un certamen donde la voz del matrimonio y la voz de la virgen cantan sucesivamete sus propias glorias: "Los jueces, aunque apasionados por el matrimonio, colocan la corona de la victoria sobre las sienes de la virginidad. Cristo, por su parte, distribuye entre todas sus premios, aunque a la continencia con la mano derecha, a las otras con la izquierda, lo cual no deja de ser también gran honor" [83].

[80] Ibid., 23, n. 6, edic. y t. cit., col. 782.

[81] Otras dos razones más íntimas añade el mismo Gregorio, a saber, para consuelo propio en medio de su destierro y para obligarse a hablar con más brevedad. Expone estos móviles en su composición *A sus propios versos, Poemata de se ipso,* 39: PG 37, 1329-1336: deben también tenerse presentes sus palabras en la *Epist. 101 ad Cledonium presbyterum contra Apollinarium,* hacia el fin: PG, t. cit., 193. Son acertadas a este propósito las observaciones de M. Croisset, *Histoire de la littérature grecque* (1928), t. V, p. 944 s.

[82] Sus títulos respectivos, que responden bastante bien a su asunto, son: *En alabanza de la virginidad, Consejos a las vírgenes, Exhortación a las vírgenes. A una virgen* (contra el sineisaktismo), *Sobre la pudicicia, Sobre la castidad.* Pueden verse en PG 37, 521-650.

[83] Ibid., *Poemata moralia,* I, vv. 728-732: PG 37, 577.

Su *Exhortación a las vírgenes* ha obtenido cierto renombre por ser la primera composición de la literatura griega que, abandonando el ritmo de las cantidades, se atuvo al del acento tónico, triunfador definitivo en el imperio de la armonía poética.

La poesía occidental: San Dámaso, Prudencio, San Avito, San Venancio Fortunato

36. De carácter más concreto y narrativo es la poesía de la virginidad que nos ha conservado el Occidente. Por desgracia no podemos formar un juicio exacto sobre la inspiración poética del Papa San Dámaso. Crueldad inexorable de los siglos. Ellos han arrebatado a nuestra vista la obra métrica que, según San Jerónimo, había compuesto sobre la virginidad el Pontífice español [84]. Sin embargo, a través del himno a Santa Inés y del epitafio a su hermana la virgen Irene, muerta en la flor de la edad, podemos conjeturar la ternura de sus sentimientos hacia aquellas santas doncellas, esposas de Cristo: "¡Oh Inés, digna de mi veneración—exclama ante el sepulcro de la mártir romana—, gloria de la santidad, imagen vivificadora del pudor, virgen ínclita, sé propicia, te ruego, a mis preces" [85].

Lo que en San Dámaso no había traspuesto los límites del epigrama, alcanzó veinticinco años después de su muerte caracteres de canción épica gracias a la inspiración de Prudencio. El año 405, a los cincuenta y siete de su edad, publicaba éste una edición casi completa de sus obras, reparación religiosa de su pasada vida, fecunda en honores bajo

[84] SAN JERÓNIMO (*Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 22 : PL 22, 409) dice : «... Legas Tertullianum ad Amicum Philosophum, et de virginitate alios libellos, et beati Cypriani volumen egregium, et Papae Damasi super hac re, versu prosaque composita...» BARDENHEWER pretende interpretar estas palabras de modo que la prosa de San Dámaso se refiera a homilías tenidas en su Iglesia y los versos a los epigramas de vírgenes como Santa Inés e Irene. (Cf. *Geschichte der altchrist. Literatur*, t. III, p. 565.) No parece que los dos epigramas dichos puedan ofrecer fundamento para hablar de una obra escrita en verso, cuya lectura se recomienda como auxiliar de formación ascética. (Cf. también *De viris illustribus*, CIII : PL 23, 701.)

[85] *Carmen*, 29 : PL 13, 403. Dos columnas después puede verse allí mismo el epitafio a su hermana Irene. Entre los himnos apócrifos que se le atribuían hay que contar el dirigido a Santa Águeda. (Cf. G. B. DE ROSSI, *I carmi di S. Dámaso*, «Bullettino di Archeologia Cristiana», serie 4, anno 3, p. 17 s.) Del mismo modo M. MANITIUS, *Geschichte der christlich-lateinischen Poesie bis zur Mitte des 8 Jahrhunderts* (Stuttgart 1891), p. 120 ; y a partir de ellos todos los autores modernos.

los auspicios de Teodosio, pero árida en frutos de piedad cristiana.

Ya en la *Psicomaquia*, o combates del alma, el poema de trayectoria virgiliana y pleno sentido alegorizante [86], en que luchan virtudes y vicios con el coraje de las grandes epopeyas, se había visto aparecer en la lid a la pureza "como virgen cubierta con brillantes armaduras", quien después de clavar su acero en la garganta de su adversaria, la lujuria, se dirigía a ella con palabras arrancadas a un Aquiles vencedor: "He ahí el fin supremo de tus días; vencida, yacerás sin vida ya para siempre. Ni podrá en lo futuro tu audacia inflamar con fuego mortífero a los siervos y siervas del Señor, cuyo pecho casto arderá en sus senos más íntimos con la sola antorcha de Cristo" [87].

En su poema contra Símaco, refutación del paganismo elaborada en el crisol de los recuerdos de su viaje a Roma, había asimismo trazado el mejor elogio de las vírgenes cristianas en solo nueve versos, que iban cobrando más y más vida, mientras describía con estilo de cáustico relieve a las vestales del Palatino [88]. La ironía mordaz de aquella pintura hacía presagiar el ardor de sus entusiasmos ante las vírgenes romanas, representadas en Santa Inés, o las españolas, veneradas en Santa Eulalia, la azucena tinta en sangre, que floreció en los campos de Mérida.

A los pies del sepulcro donde reposa la virgen emeriten-

---

[86] Merecen recordarse los pasajes alusivos de este poema, pues, a pesar de su valor mediocre, fué el más admirado durante varios de los siglos siguientes por la originalidad del género, el de más influjo en la inspiración artística de los tiempos medievales y el que vino a perdurar con raigambre más profunda en los tiempos modernos como precursor de los autos sacramentales.

[87] *Psychomachia*, vv. 41-57; PL 60, 24-26. No trata Prudencio exclusivamente de la virginidad; pero los perfiles con que caracteriza a la virtud triunfante llamada por él *Pudicitia*, tienen su más exacta expresión en la castidad perfecta. Así lo interpretaron los autores posteriores, como San Avito, *De laude consolatoria castitatis*, vv. 371-375: PL 59, 376. El representar a las virtudes por vírgenes pudo tener su inspiración en el Pastor Hermas, así como pudieron sugerirle la idea de los combates entre vicios y virtudes algunos pasajes de Tertuliano.

[88] El breve, pero denso bosquejo de las vírgenes cristianas, se halla en el lib. II, vv. 1054-1062. A continuación, en los cincuenta versos siguientes, presenta el cuadro de las vestales. Ocasión para esta obra le ofreció la nueva demanda renovada por Símaco al emperador Honorio, hacia el año 400, en orden a restablecer en el Senado la estatua de la Victoria y resucitar otros restos del culto pagano. En el segundo de los dos libros de que consta el poema, la sombra de San Ambrosio cruza con frecuencia inspirando al poeta. Recuérdese la carta que en 384 escribía el Obispo milanés al emperador Valentiniano contra la anterior requisitoria hecha por Símaco en nombre del Senado. De ella hablamos ya en el capítulo 5 de la parte 1.ª (Cf. M. Manitius, *Geschichte der christlich-lateinischen Poesie*, 1891, pp. 77-85.)

se, "cuyo cadáver cubrió con su capa la nieve del invierno", se extasía el poeta, dedicándole su canto con notas de invitación a ofrenda:

Coged moradas violetas y encendidas amapolas, ya que este invierno es tan fecundo que no se ha privado de flores; la helada tibia permite a los campos cubrirse de corolas con que llenar nuestros canastillos. Niños y jóvenes puras, dedicadle esos dones, entrecortándolos de la floresta; por mi parte traeré en medio de este coro las guirnaldas de mis versos dáctilos, flojos y de poco valor, pero rebosantes de alegría [89].

Era la voz de toda la poesía cristiana, que se derramaba, como el vino de las crateras griegas de oro viejo, en sacrificio ante el altar de la virginidad.

Después de Dámaso y Prudencio tendría que esperar la literatura latina hasta los últimos años del siglo V para presentar un nuevo poeta de la virginidad en San Avito, el gran Obispo de Viena, en el Delfinado, incansable luchador contra la herejía y alma de la conversión de San Segismundo, el rey de los borgoñeses. Su *Loa consolatoria de la castidad,* compuesta para su hermana Fuscina, virgen consagrada a Dios desde su niñez, exalta en 666 hexámetros los grandes lucros de la virginidad junto a los inconvenientes del matrimonio [90]. A pesar de sus deficiencias desde el punto de vista artístico y de sus enojosas digresiones, su fama logró trasponer los límites de la Galia. Y al recogerla San Isidoro en España no dudaba en darle los epítetos de "bella y elegante poesía" [91].

Nadie podía cerrar mejor la poesía de la virginidad en la era patrística occidental que quien mereció ser llamado el último poeta de la cultura romana, San Venancio Fortunato. No obstante su posterior enraizamiento en la población germánica, conservó siempre el espíritu latino de su patria, Treviso, acentuado por su educación en Ravena, mediante el estudio de la gramática, la retórica, el arte poético y la jurisprudencia. Hacia el año 565, cuando contaba los

[89] *Peristephanon,* hymn. 3, vv. 201-210: PL 60, 355 s. Para una fijación más exacta del texto de todo el himno, con apreciables variantes de redacción, puede verse IOH. BERGMAN, *Aurelii Prudentii Clementis Carmina* (Lipsiae 1926), CSEL, t. LXI, pp. 318-325. El poema entero está traducido por M. J. BAYO, *Peristephanon de Aurelio Prudencio Clemente,* Biblioteca Clásica, t. VIII (Madrid 1943).

[90] *De consolatoria laude castitatis ad Fuscinam sororem Deo virginem sacratam,* PL 59, 369-382, o en edición más crítica en MGH, *Auctorum antiquissimorum* t. VI, pp. 275-294 (Cf. U. MORICCA, *Storia della letteratura latina cristiana,* vol. VIII, p. 1.ª, 1932, pp. 149-151).

[91] «Scripsit et ad Fuscinam sororem de laude virginitatis librum unum, pulcherrimo compositum carmine, et eleganti epigrammate coaptatum» *(De viris illustribus,* c. 36, n. 47: PL 83, 1101).

treinta y cinco de su edad, abandonó su tierra natal en busca del sepulcro de San Martín de Tours, para agradecer al Santo la curación de uno de sus ojos, casi perdido [92]. Mezcla de nomadismo aventurero y piadosa peregrinación, aquel viaje le condujo hasta Metz, corte del rey de Austrasia, donde entabló valiosas relaciones y a cuyo monarca Sigeberto pagó su benevolente acogida en moneda poética, entonando un epitalamio a sus bodas con Brunequilda y un cántico gratulatorio por la conversión de la reina al catolicismo [93].

Su inquietud exploradora de la vida le impelió, a través de Verdún, Reims y Soissons, a buscar nuevos contactos en otra de las cortes de Francia, la de París, capital del reino de Neustria. También allí se granjeó los favores del soberano Cariberto y también allí pagó la real benevolencia con un ditirambo empedrado de exageraciones adulatorias [94]. Por fin, a los dos años de abandonar su patria, cumple su voto en Tours, si bien su devoción al monje galo no logrará detenerle por mucho tiempo en aquella ciudad.

Virtud tan maravillosa estaba reservada a Poitiers, y más en concreto al aliciente de piedad ascética que irradiaba el monasterio de Santa Cruz, recién fundado por Radegunda, la desdichada esposa de Clotario I, rey de los francos. Gracias a su fama de espíritu culto y poeta inspirado fué recibido amigablemente por las siervas de Dios, mientras él, por su parte, hallaba en el ambiente monástico de Santa Cruz el calor espiritual de una nueva familia, y en sus relaciones con la ciudad de Poitiers, con obispos como Gregorio de Tours y con los principales personajes de la Galia, los lazos íntimos de una nueva patria. Primero como sacerdote, durante veinte años, y más tarde, una vez muerta Radegunda, como obispo de Poitiers, unió su vida a las vici-

---

[92] Los datos principales para su vida han de buscarse en sus propios escritos poéticos, a los que pueden añadirse algunos otros rasgos transmitidos por PABLO DIÁCONO en su *Historia Langobardorum*, lib. II, n. 13: MGH, *Scriptores rerum langobardicarum*, pp. 89-91. Un buen resumen de su vida, obras y carácter puede verse en M. MANUTIUS, *Geschichte der christlich-lateinischen Poesie bis zur Mitte des 8 Jahrhunderts* (Stuttgart 1891), pp. 438-470. Con más extensión aún en U. MORICCA, *Storia della letteratura latina cristiana*, vol. III (Torino), p. 1.ª, pp. 228-277.

[93] Son las dos poesías primeras del libro VI de sus obras. (Cf. ed. FR. LEO, Berlín 1881, MGH, *Auctorum antiquissimorum* t. IV, pp. 124-130.) En el primero de dichos cánticos hiere la entonación demasiado pagana, resabio, sin duda, de sus pasados estudios de Ravena.

[94] Es la poesía segunda del lib. VI, ed. cit., MGH, t. cit., pp. 131-134. Las alabanzas sobrepasan los límites de la moderación y el buen gusto, no temiendo atribuirle la mansedumbre de David, la sabiduría de Salomón, la piedad de Trajano, etc.

situdes de aquella ciudad y de aquel convento, vástago virginal de una reina [95].

En sus peregrinaciones por las ciudades de Francia, Fortunato había sembrado con prodigalidad el rocío de sus poesías [96]. Su rapidez de vaciado métrico y aun su inspiración frecuentemente sincera eran dotes desconocidas en aquellos tiempos y lugares. Los sucesos más triviales de la vida cuotidiana, como el envío de unas castañas o unas ciruelas, le ofrecían materia para un epigrama; y gracias a su primera formación, más superficial que profunda, no le faltaban recursos retóricos y literarios con que engalanar sus pensamientos. Como consecuencia de su vida algún tanto azarosa y trashumante, se había ejercitado ante todo en el género de la loa y el ditirambo de altos vuelos, dirigidos a reyes, príncipes, obispos, magistrados y abades. Tenía, pues, el camino abierto para un canto encomiástico a la virginidad.

Así lo hizo aprovechando la consagración de Inés como primera abadesa puesta por Radegunda en el monasterio de Santa Cruz. Y por cierto con tan buen estro, que puede calificarse aquella larga composición, integrada por doscientos dísticos, como una de las mejores que produjo su pluma [97].

Una bella descripción del cielo empíreo, con sus coros de ángeles y bienaventurados, nos coloca en ambiente. "Allí refulge, ante todo, María, la santa Madre de Dios, que pastorea la grey virginal del Cordero, grey formada por sus castas corderillas. Colocada en medio de ellas, las va dirigiendo entre esplendores de luz purísima. Recorren gozosas los festines del paraíso, entonando sus canciones mientras

[95] Parece que se ordenó de sacerdote al poco tiempo de su llegada a Poitiers, en virtud de un propósito que alimentaba desde niño, tal vez bajo la influencia de Pablo, obispo de Aquileya, con quien su familia mantenía relaciones especiales. En Poitiers permaneció hasta la muerte de Radegunda, después de la cual hizo un nuevo viaje a la corte de Austrasia y a lo largo del Mosela. Pero, según parece, estaba ya de vuelta el año 591, al ser elevado Platón a la sede episcopal de aquella ciudad, puesto que le dedicó con tal ocasión una composición poética. A Platón debía suceder Fortunato mismo como obispo de Poitiers.

[96] Por el testimonio de Pablo diácono sabemos que ya en su patria había hecho las primeras tentativas en el arte poético, de cuyos frutos son muestras las dos dedicadas, respectivamente, al Obispo de Ravena y a una de las iglesias de aquella ciudad. (Cf. lib. I, 1 y 2: MGH, t. cit., pp. 7-9.) En su viaje por Maguncia, Colonia y Tréveris fué componiendo otras tantas poesías a sus obispos. Fortunato era de madera agradecida y pagaba de buen grado los favores que recibía con los únicos bienes de que podía disponer, los de su inspiración literaria. Por otra parte, en virtud de su fama de gran poeta, todos acudían a él en demanda de unos versos, a lo que accedía con facilidad. Contrasta la facundia de su inspiración con la poca variedad de sus formas métricas.

[97] Lib. VIII, n. 3, ed. MGH, t. cit., pp. 181-191.

se entretienen las unas en recoger violetas o se deleitan las otras componiendo ramilletes de rosas. Verdadera siega de aromas cuando exprimen entre sus dedos los lirios y capullos del campo... Allí están todas aquellas a quienes el santo pudor elevó hasta las regiones de los astros" [98].

Entre todas sigue destacándose la Madre de Dios, a la que es voluntad expresa de Cristo se asemejen todas sus futuras esposas. El las defenderá en sus luchas contra la carne, y, obtenida la victoria, las recibirá en sus brazos para colocarlas en el tálamo virginal que les tiene preparado. Ahora es Cristo mismo quien interviene en loor de la virginidad, rodeado por el silencio majestuoso de todas las grandes figuras del Antiguo Testamento y de la joven Iglesia. La solemnidad del momento es densa, con trazos propios de los grandes poemas. Por medio de imágenes llenas de viveza y sentimiento describe las tristezas de la virgen en busca de su Esposo; sus lágrimas, que humedecen el suelo de amargor; los anhelos de su pecho, que en vano interroga a las nubes del cielo y a los vientos de la tempestad por saber noticias de su amor ausente; sus noches insomnes, sus luchas todas, en fin, para acallar la impetuosidad de sus deseos [99]. Pero llega el momento en que el divino Esposo se compadece de tantas angustias y la conduce junto a sí a gozar de los eternos deleites. Las joyas y preseas con que la embellece son objeto de una delicada y minuciosa descripción.

Aprovechando este aliciente del triunfo expone Cristo las virtudes propias de una virgen y las excelencias que la elevan sobre la mujer casada, de cuyos gravámenes se ve libre. "Virginidad ínclita—termina el poeta—, que tienes como dote nupcial los cielos y te deleitas con la esperanza de acompañar a Cristo para siempre en sus tálamos inmaculados; tú no tienes muertes que llorar ni fin que temer en tus gozos, pues tu amor, Cristo, vivirá por siempre para ti. En la otra vida poseerás reinos eternos, en ésta brillas sin mancha, segura y tranquila en cualquier lugar, pues te ha-

[98] Es interesante la lista de nombres que pone como representantes de las figuras más venerandas de la virginidad en aquellos siglos; tales son Eufemia, Agueda, Justina, Tecla, Paulina, Inés, Basilisa, Eugenia y Cesárea. (Cf. vv. 33-39.) Este catálogo queda completado luego por otro de no menos importancia, en que a las vírgenes antes enumeradas añade otras varias, como Cecilia, Eulalia de Mérida, etc., así como los nombres de otros santos varones, de cuyo culto nos ofrece indirectamente un buen testimonio. (Cf. vv. 135-176.)

[99] La descripción tiene toques que recuerdan a Ovidio, aun cuando esté encabezada por un rasgo de mal gusto, cual es el de encuadrarla en una carta que, según dice, Cristo ha recibido de una de sus amantes esposas. (Cf. vv. 225-260.)

llas santificada con la consagración a tu Dios" [100]. Una dedicatoria a la virgen Inés cierra la poesía.

Poco después de este himno triunfal de la virginidad, compuso Fortunato otro cántico más breve de invitación a las jóvenes galas para incorporarse a las falanges de la pureza aquí en la tierra, a fin de gozar los grandes bienes y premios reservados en la otra vida a las esposas del Señor. Venía a ser un manifiesto de propaganda en favor de los claustros de Santa Cruz [101]. La virginidad de Occidente encontró, pues, en el poeta de Poitiers la posibilidad de un epitafio digno para sus glorias de los tiempos patrísticos.

Conocemos ya los varones ilustres destinados por Dios para dirigir la institución de las vírgenes en su evolución genética. Adentrémonos en el recinto sagrado construído bajo sus auspicios.

---

[100] Vv. 287-392, edic. MGH, t. cit., p. 191.

[101] Es la poesía 4 del libro VIII, con el título de *Ad virgines*, ed. MGH, t. cit., p. 192 s. Bajo el nombre de Venancio Fortunato nos ha llegado asimismo otra composición de 180 dísticos intitulada *In laudem Sanctae Mariae*. (Cf. *Carminum superiorum appendix*, ed. MGH, t. cit., pp. 371-380.) Sin embargo, su atribución a Fortunato resulta bastante dudosa. (Cf. FR. LEO, MGH, t. cit., proem., 4, p. XXIV.)

CAPITULO II

NÚMERO DE VÍRGENES

37. La expansión de la virginidad a lo largo de tres siglos.—38. Sus estímulos inductores: los pastores eclesiásticos, el celo de las vírgenes, los ejemplos de la nobleza.—39. Móviles internos: la honra de la carne de Cristo, la unión con Dios, el apostolado.—40. Circunstancias fautoras: reacción contra el ambiente circundante, las persecuciones

La expansión de la virginidad a lo largo de tres siglos

37. Desde la muerte de los apóstoles era ya ostensible cómo en medio de los yermos estériles del paganismo se complacía la Providencia en cultivar las comunidades cristianas con sus vírgenes profusamente esparcidas, oasis esmaltado por corolas de pureza, todas ellas blanquísimas, aunque recubiertas las unas con nieve de inocencia infantil, matizadas las otras de púrpura con sangre de martirio y listadas las de más allá con el tinte violáceo de la austeridad. La mano que las sembraba aparecía, a la verdad, pródiga. ¿Cuántas eran? Ante paisaje tan delicado, se contemplan sus deleites, se aspira el aroma de sus flores, pero imposible detenerse en contarlas.

Ya en el siglo II las vírgenes habían aumentado en forma de verdaderas legiones. Vimos antes cómo en aquel tiempo todas las Iglesias presentaban su parcela de virginidad bien cultivada. No era esto sólo; podemos añadir que en cada parcela los ramilletes se apiñaban exuberantes. No nos dejemos, sin embargo, llevar con ansia excesiva tras la determinación del guarismo, pues todavía en aquellas centurias no se había esclavizado la historia bajo la ley de la estadística, y al evocar sus cómputos debemos operar con impresiones de contemporáneos, no con cifras. Colocados en este terreno, la sensación de muchedumbre es constante. Los apologetas cristianos se glorían, en general, no menos del número de las vírgenes que de su inocencia, y las frases con que designan su multitud son siempre ponderativas.

Tal es la imagen que nos da el primero de los apologetas cuyas palabras sobre esta materia se nos han conservado.

Justino el Filósofo, viandante por los caminos del Imperio, que serpenteaban desde Palestina hasta Roma, se enorgullecía de poder presentar "*Muchos hombres y mujeres... que llegan completamente puros hasta los sesenta o los setenta años*"; y, como si quisiera reforzar la densidad del número, añadía que en la visión de sus recuerdos entraban todas las clases sociales [1]. Era un cómputo extraído de las iglesias de Palestina, de Efeso y, sobre todo, de Roma, donde consignaba tales palabras.

Las comunidades cristianas de Atenas, y tal vez las de Alejandría, conocidas por Atenágoras durante sus estudios, dejaban oír su voz con igual plenitud: "*Encontraréis muchos entre nosotros, tanto varones como mujeres, que envejecen en la virginidad*" [2].

Otra tercera voz, originaria del Africa, pero que había tomado cuerpo en Roma, la de Minucio Félix, clamaba con expresiones tan absolutas, que a fuerza de querer recalcar la realidad casi la emborronaban por la misma exageración de sus colores: "*Una gran parte de los nuestros...* tienen la dicha, más bien que la jactancia, de conservarse sin mancha alguna en perpetua virginidad" [3].

Y todas estas declaraciones quedan subrayadas desde la Iglesia de Cartago por Tertuliano, que en repetidos pasajes no sabe hablar de los profesos de la castidad sino por medio de frases admirativas: *¡Cuántos continentes voluntarios! ¡Cuántas vírgenes desposadas con Cristo!*, exclama al presentar el mundo cristiano como trasunto de la pureza perfecta y universal, propia de los bienaventurados [4]. El vocablo *muchos*, la expresión ponderativa *¡cuántos hombres, cuántas mujeres!*, asoman de continuo a sus labios al nombrar la virginidad [5].

Impelido ya por la corriente desbordante de los años anteriores, el siglo III siguió engrosando su caudal, según aparece en los escritos del Obispo cartaginés, por lo que hace a los países sujetos a su mirada providente. San Cipriano, en su tratado sobre la conducta de las vírgenes, habla como quien tiene ante sus ojos no un grupito selecto, a quien puede cobijar bajo la sombra de su cayado, sino una grey numerosa, en que la extensión misma de sus ovejas hace

---

[1] I *Apol.* c. 15: OTCA, vol. I, t. I, pars. 1.ª, p. 48.

[2] *Supplicatio pro christianis*, c. 30: OTCA, vol. VII, p. 172.

[3] *Octavius*, c. 31, «Florilegium Patristicum», ed. Geyer-Zellinger, fasc. 8 rec. Martin Ios. (Bonnae 1930), p. 72. La expresión en el texto original es todavía más audaz, pues dice: «*Plerique* inviolati corporis virginitate perpetua fruuntur».

[4] *De resurrectione carnis*, c. 61: PL 2, 884.

[5] Véase, por ejemplo, *De cultu feminarum*, lib. II, c. 9: PL 1, 1326 s.; *Ad uxorem*, lib. I, c. 6: PL, t. cit., 1283; *De velandis virg.*, c. 10: PL 2, 903; *De exhortatione castitatis*, c. 13: PL, t. cit., 930.

posibles los abusos y aun las caídas. Unas veces se dirige a las de familias pudientes, para instruirlas en el uso de las riquezas; otras a las de hogares frívolos, para precaverlas contra las galas y ornatos del cuerpo; otras a las de edad más joven, para disuadirlas de asistir a baños y banquetes; y el conjunto numeroso de todas ellas constituye, según él, una prueba de la gloriosa y exuberante fecundidad de la Iglesia [6].

La actitud de San Cipriano es la de quien contempla por doquier constelaciones tan pletóricas de estrellas en el cielo de la virginidad militante, que no teme usar largamente de la misericordia para con los pecadores carnales, seguro de que las emanaciones de la lujuria, aunque obscuras, no lograrán empañar el brillo de la Iglesia en el sector de la pureza. Expresamente se lo advierte al obispo de Numidia, Antoniano, al defender la posición indulgente del Papa Cornelio frente a los rigorismos de los novacianos: "También nosotros concedemos a los lujuriosos tiempo de penitencia y al fin de ella les damos la paz. Ni decae por eso la virginidad en la Iglesia o languidece el glorioso propósito de la continencia a la vista de los pecados ajenos. *Florece la Iglesia con tantas vírgenes* y la castidad y el pudor siguen conservando su pujanza gloriosa, sin que por conceder penitencia y perdón al adúltero se quebrante el vigor de los ideales continentes" [7]. No se trataba, pues, de que la Iglesia de Cristo poseyera vírgenes, sino de que florecía con su número en tal grado, que lograba cubrir los pecados siempre numerosos de los hombres carnales.

En el siglo siguiente, la palabra de San Ambrosio agranda todavía más los horizontes que encierran el redil virginal, y la grey se hace más compacta. ¡Qué vida presentan las descripciones que de este torrente de pureza nos han conservado sus libros *De virginibus*!:

Considerad—dice—cuán dulces deben ser los frutos de la castidad, cuando aun en el corazón de los mismos bárbaros ha encontrado hogar propio. Aun de los últimos confines que se extienden a un lado y otro de la Mauritania se apresuran las vírgenes a venir aquí para consagrarse, y a pesar de que casi todas las familias gimen cautivas actualmente en aquel país [8], la castidad no reconoce cadenas. Puede sollozar bajo la injusticia de

[6] Gaudet per illas atque in illis *largiter floret Ecclesiae matris gloriosa fecunditas*; quantoque plus *copiosa virginitas* numero suo addit, tanto plus gaudium matris augescit» (*De habitu virginum*, 3: PL 4, 443).

[7] *Epist. 52 ad Antonianum*, 20: PL 3, 785 s.

[8] Alusión a las vejaciones que padecían los católicos del Africa septentrional por parte de los donatistas, cuyas rapiñas y violencias eran sostenidas por el vicario de aquel país, Gildon, hermano de Firmo, que se había distinguido ya en el mismo sentido.

la esclavitud, pero siempre mostrará pertenecer al reino de lo eterno. ¿Y qué diré de las vírgenes de Bolonia, gallardo ejército del pudor, que, abdicando los placeres mundanos, ha fijado sus tiendas en el sagrario de la virginidad? Escogida la cohabitación de la continencia, en vez de la cohabitación de un varón, llegan ya a veinte en número y a ciento en el fruto; abandonando el hogar de sus padres, se dirigen hacia los campamentos de Cristo, cual combatientes infatigables de la castidad. Ya elevan sus voces entonando himnos espirituales, ya se entregan al trabajo para hallar el necesario sustento, ya maltratan sus manos con obras serviles a fin de poder alargar una limosna al indigente [9].

Unos años más tarde, cuando quiera presentar al emperador Valentiniano, en ráfagas de relámpago, una impresión de conjunto sobre las vírgenes cristianas, le dirá, refiriéndose a los admiradores de las vestales: "Abran los ojos del cuerpo y del alma y contemplen la muchedumbre del pudor, el pueblo de la continencia, la asamblea de la virginidad" [10]. *Ejército, multitud, pueblo,* tales son las palabras que expresan el número de las vírgenes en el diccionario ambrosiano.

En adelante no aumentarán ya de volumen los títulos-numéricos de la virginidad, puesto que con el Obispo de Milán han llegado a sus máximos. Tal vez aparezcan más concretos; pero es menester recordar que para entonces, aun en Occidente, la vida anacorética y cenobítica empezaba a contribuir de un modo particular al crecimiento de aquellas cifras. Así escribía San Agustín hacia el 390 que "nadie se admiraba de ver renunciar al matrimonio y seguir vida de castidad a *tantos miles de jóvenes puros y de vírgenes*", ni de que fuesen "*tan innumerables en todos los rangos sociales* los que, despreciando las riquezas y los honores, preferían consagrar únicamente a Dios toda su vida, convirtiendo en populosas las soledades de regiones o islas antes desiertas" [11].

A San Ambrosio debemos también las noticias más significativas sobre el florecimiento de la virginidad en Oriente. Es cierto que las epístolas *Ad virgines* no tendrían sentido en muchas de sus advertencias y resultarían ininteligibles en su estilo si no tuvieran delante de sí un auditorio de continentes muy numeroso; pero, fuera de esto, los otros escritos del siglo III en el este del Imperio arrojan poca luz sobre la difusión de la virginidad en el mundo seglar.

Roma, en cambio, tuvo detalles muy fidedignos de los ejemplos admirables dados por las vírgenes del Oriente. Tal

[9] Lib. I, c. 10, n. 59 s. : PL 16, 205.
[10] *Epist. 18 ad Valentinianum de relatione Symmachi,* n. 12 : PL 16, 975.
[11] *De vera religione,* c. 3, n. 5 : PL 34, 125.

vez en su viaje a Tréveris, con ocasión de su primer destierro de la sede alejandrina, y sin duda durante su estancia en la Ciudad Eterna cuando en 340 fué expulsado por segunda vez de su patria, dió a conocer San Atanasio al mundo italiano las maravillas de la virginidad en aquellas alejadas regiones de donde él venía. Sus noticias llamaron fuertemente la atención del Occidente, que en adelante siguió interesándose por aquella pujanza de la pureza cristiana. La oratoria de San Ambrosio proyectaba la visión de aquellas legiones de la continencia con estas palabras: "Contemplad cuántas jóvenes se consagran cada año en Alejandría, en las Iglesias todas del Oriente y del Africa septentrional. Es menor el número de los que nacen a la vida en nuestra patria que el de las vírgenes que en aquellos países se entregan a Cristo" [12].

El contenido histórico de este rasgo oratorio tiene una bella confirmación en una homilía pronunciada por San Juan Crisóstomo, sacerdote a la sazón y predicador de la catedral de Antioquía. Al hacer el recuento de los indigentes y de las limosnas distribuídas en aquella ciudad, declara, refiriéndose a los bienes eclesiásticos, que, fuera de los auxilios prestados con ellos a multitud de enfermos, encarcelados y peregrinos, se alimentaba cada día a tres mil entre vírgenes y viudas inscritas en los catálogos oficiales de aquella sede [13].

Para este tiempo podríamos aducir números sorprendentes; pero en su mayoría se refieren más bien a vírgenes reunidas en vida común, deseosas de emular las grandes instituciones cenobíticas de San Pacomio. Si tomamos a la letra los datos suministrados por Paladio hacia el 420 en su gran florilegio monacal, sólo en la insignificante villa de Ancira se juntaban 10.000 vírgenes, magnífica cosecha lograda por aquel tratado *De virginitate* de su antiguo obispo Basilio [14]. Dato que no puede admirarnos, habiendo ya leído la *Historia de los monjes,* escrita tres lustros antes por Rufino, quien refiere haber sabido, a su paso por la ciudad de Oxirinco, en Egipto, que llegaban a 20.000 las vírgenes albergadas dentro de sus muros [15]. Imposible verificar la exactitud

[12] *De virginitate,* c. 7, n. 36: PL 16, 275.

[13] Sin duda que muchas de ellas serían diaconisas o estarían al menos adscritas en una u otra forma al servicio de la Iglesia. Más tarde hemos de ver cómo para tales cargos se elegían vírgenes o viudas *(In Matthaeum,* hom. 66 [alias 67], n. 3: PG 58, 630).

[14] *Historia Lausiaca,* c. 135: PL 73, 1204. Tras largas impugnaciones sobre la fidelidad histórica de Paladio, modernamente se le concede de nuevo autoridad, sobre todo después del estudio de BUTLER. (Cf. OT. BARDENHEWER, *Geschichte der altkirchl. Literatur,* t. IV, p. 150 s.)

[15] *Historia monachorum,* c. 5: PL 21, 409. Sabido es que aquella ciudad vino a quedar integrada por una población preponderantemente monacal.

de estos datos, sin duda exagerados; pero en cualquier caso suponen una realidad histórica que compite sin peligro y probablemente supera a las grandes expansiones llamadas por San Ambrosio ejército, multitud, pueblo de la virginidad.

Sus estímulos inductores: los pastores eclesiásticos, el celo de las vírgenes, los ejemplos de la nobleza

38. ¿Dónde hallar los agentes creadores de una vitalidad ascética tan desbordante? Debemos distinguir entre los móviles internos que la producían, los elementos externos que la facilitaban y los estímulos que fomentaban su dinamismo expansivo. Entre estos últimos se destacan fácilmente sobre el fondo de la historia los grandes directores de la continencia, de que ya hicimos mención. Colocados por la mano de Dios en las cumbres de las Iglesias de Oriente y Occidente, se alzaban cual estatuas de alabastro, que, al ser heridas por el sol de la pureza increada, transfundían su blancura a las almas circunstantes, envolviéndolas en reflejos de virginidad. Sus exhortaciones en el templo, sus consejos en privado, su dirección pastoral en la vida toda confluían en este sentido.

Bástenos señalar como ejemplo la figura de San Ambrosio, a quien echaban en cara algunas madres, temerosas por la posible vocación virginal de sus hijas, el que todos los días entonase el santo obispo un canto de gloria a la pureza. Y la historia dice que eras muchas en verdad hechizadas por aquel divino ensalmo. El mismo orador milanés confiesa en cierta ocasión: "Vienen vírgenes a consagrarse aquí desde Placencia, vienen desde Bolonia; desde la misma Mauritania vienen a recibir el velo de mis manos. Cosa maravillosa. Trato aquí sobre la virginidad y persuado a las vírgenes de otras regiones; siendo esto así, será menester que vaya a predicar a otro país para ver si os persuado a vosotras" [16].

Que el celo de San Ambrosio en la propagación de la virginidad no era un caso aislado, nos lo confirma la actividad desplegada por los obispos africanos. Fausto, el antiguo instructor de San Agustín en sus juveniles devaneos de maniqueísmo, daba testimonio de ello, con ira mal comprimida y con lógica peor observada, al defender sus doctrinas sobre la ilicitud del matrimonio: "¿No veis—replicaba a los pastores católicos—, no veis que en el caso contrario condenáis tam-

[16] *De virginibus*, lib. I, c. 10, n. 57: PL 16, 204.

bién a vuestras vírgenes como seducidas por doctrina diabólica y os declaráis a vosotros mismos obispos de Satanás, ya que andáis incitándolas a porfía para que se abracen con la continencia y habéis logrado con vuestras persuasiones el que en vuestras Iglesias sea *casi mayor el número de vírgenes que el de mujeres?*" [17]

Los pastores eclesiásticos no se hallaban solos en esta siembra de la virginidad. Sus auxiliares más poderosos eran precisamente las mismas vírgenes una vez que habían gustado los encantos de su propia consagración. La felicidad es irradiante por naturaleza, y el amor es fuego con inquietudes de nuevo combustible. Felicidad y amor al servicio de un alma pura eran la fuerza de captación más arrolladora que pudiera soñar el celo religioso. Nada nos dará mejor idea de esta solicitud de las vírgenes cristianas por atraer a otras compañeras al paraíso de la pureza que la descripción hecha por San Ambrosio a este propósito:

Si llegan a olfatear—dice refiriéndose a ellas—el rastro de alguna doncella romana apta para consagrarse (pues su mayor delicia es salir al acecho de la caza para la pureza), no perdonan molestia alguna ni dejan huella por explorar en busca de la presa escondida, persiguiéndola, si necesario fuere, hasta su mismo escondrijo; y si la víctima en su huída logra dar un vuelo más amplio, vierais cómo entonces se elevan vertiginosamente todas ellas, baten con violencia sus alas, alborotan el aire con los alegres rasgueos de su plumaje, hasta que, encerrada la fugitiva en un corro de virginal pudor y fascinada por aquel cortejo de fúlgida blancura, olvida la casa paterna y se recoge al recinto acotado de la castidad en las playas de la pureza [18].

De tanto o mayor influjo resultaba, desde luego, la fuerza del ejemplo. La consagración de ciertas jóvenes patricias despertaba en torno suyo fiebre de virginidad. Es la psicología de la virtud especialmente en la ascesis religiosa. Los desiertos egipcios no fueron poblados con exhortaciones y códigos regulares, sino con los ejemplos de un San Pablo y un San Antonio; y de las dunas arenosas de Gaza, santificadas por San Hilarión, se desprendieron las fecundas lauras de Judea. Tal fué también en parte la historia de la virginidad. Cuando en 414 decidió consagrarse a Dios en Cartago la joven romana Demetríades, esclarecida por su linaje, sus riquezas y las dignidades acumuladas en su fa-

[17] *Contra Faustum manichaeum*, lib. XXX, c. 4 : PL 42, 492.

[18] *De virginibus*, lib. I, c. 10, n. 61 : PL 16, 205. Este mismo celo propagandista es el que presuponía mucho antes Tertuliano en sus oyentes, cuando, condenando la pretensión de las vírgenes referente a no usar velo, prevenía la réplica de algunas que pensaban emplear este privilegio como cebo para atraer a otras a la práctica de la virginidad (*De velandis virginibus*, c. 14 : PL 2, 908).

milia, la noticia sonó a toque de trompeta apocalíptica para una nueva resurrección del fervor continente. Oigamos a San Jerónimo, contemporáneo y actor, aunque secundario, en el desenvolvimiento de aquellas jornadas:

Como de una raíz fecunda surgieron al punto vírgenes por doquier, y el ejemplo del ama y la señora arrastró en pos de sí una turba de protegidas y sirviertas. Hervía por todas las casas la profesión de la virginidad, y, aunque diferentes en condición social, a todas unía un mismo mérito de castidad. Aun me quedo corto. Las Iglesias todas del Africa rebosaron de alegría como en una danza jubilosa. No sólo a las ciudades, pueblos o aldeas, sino aun a las chozas más miserables, llegó la noticia de un hecho tan sonado. A todas las islas esparcidas entre Italia y Africa llegó la fama del suceso, y el entusiasmo corrió sin trabas a países lejanos. Italia cambió sus vestidos de luto, y las murallas de Roma, ya medio derruídas, recobraron en parte su antiguo esplendor, juzgando que Dios les era propicio por la conversión de su antigua ciudadana [19].

La repercusión de tales consagraciones fué un recuerdo tan característico de la época, que llegó a ser pincelada imprescindible en las actas apócrifas y literatura hagiográfica de aquellos siglos [20].

Móviles internos: la honra de la carne de Cristo, la unión con Dios, el apostolado

39. Desvelos pastorales, celo de las vírgenes, ejemplos de nobles patricias, triple plectro que arrancó armonías divinas a las liras de la virginidad; pero la vibración estaba necesariamente en las mismas cuerdas, era algo inherente al corazón de las jóvenes consagradas. ¿Cuáles eran los móviles íntimos que excitaban aquellos ideales de elevación en las esposas de Cristo?

---

[19] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 6: PL 22, 1110.

[20] Sirva de ejemplo la narración acerca de Constanza, hija del emperador Constantino. Convertida al cristianismo al ser curada por intercesión de Santa Inés, según refieren las actas apócrifas de esta última, «perseveró en virginidad hasta el fin de sus días, con cuyo ejemplo muchas jóvenes, no sólo de la clase media, sino de condición noble y aun de las familias patricias más ilustres, recibieron el santo velo de las vírgenes». (Cf. *Actas de Santa Inés, Epist. 1 ex ambrosianarum numero segregata*, n. 18: PL 17, 742.) El hecho mismo de su consagración virginal no tiene fundamento sólido. Se apoya en la inscripción en verso que adornó el ábside de la basílica levantada por ella misma a honra de Santa Inés, donde es mencionada bajo el título de «Constantina... dicata Christo», expresión que no incluye necesariamente la virginidad. (Cf. Baronio, *Annales Eccles.*, anno 324 (Lucae 1739), t. IV, p. 65 s.)

Si hemos de ser sumisos a las indicaciones de la historia, estas causas se encierran como condensadas en el Evangelio, y sólo en el Evangelio. Jamás sorprenderemos entre los coloquios místicos de las vírgenes ni entre las normas directoras de sus pastores el intento de obtener por medio de la renuncia del mundo ese conocimiento de Dios con abstracciones de metafísica y ensueños de éxtasis buscado por los neoplatónicos, ni el de llegar a aquella paz glacial e inerte del alma según la añoraban los estoicos [21]. Nada de eso. La pureza de las vírgenes cristianas es planta que brota de la semilla arrojada en la Iglesia por el consejo de Cristo; que se desarrolla pujante calentada por el amor de Cristo, y que extiende su ramaje enroscándose, cual en rodrigón de sostén y guía, en el ejemplo de Cristo.

El reino de los cielos, había dicho Jesús; paz divina de la santidad frente a las zozobras de esta vida, había añadido San Pablo; cortejo celeste de los seguidores del Cordero, había completado San Juan: los tres motivos continuaban siendo los grandes inductores de la continencia. Con todo, al leer y releer los escritos contemporáneos de la gran expansión de la virginidad resalta con singular fuerza un triple aspecto, derivado, sin duda, de aquellos mismos móviles, pero que ha obtenido ya individualidad propia, y se formulaba en estas tres expresiones: honra de la carne de Cristo, unión íntima con Dios y apostolado.

Curioso contraste: en el movimiento de la virginidad rara vez aparece el sentimiento de terror ante el juicio final o la justicia divina, que con tanta frecuencia agitaba a los anacoretas del Oriente, zarandeando sus almas como hojas agitadas por el vendaval al mismo tiempo que las impelía ruta adelante por la vía de la perfección. Característica gloriosa: las tres causas inductoras de la pureza, que últimamente hemos indicado, presentan un matiz de generosidad y desinterés que pregonan muy alto la grandeza de alma de quienes por ellas se dejaban arrastrar.

Ya apenas nacido el siglo II, las vírgenes antioquenas, al declarar por medio de su obispo Ignacio el espíritu que las guiaba en su propósito de continencia, decían que inmolaban voluntarias su cuerpo *a honra de la carne de Cristo* [22].

---

[21] Aun el mismo Clemente de Alejandría, el escritor cristiano empapado en las filosofías de la Estoa y el neoplatonismo, en cuya boca suenan de continuo las palabras ἀπάθεια y γνῶσις, pone su ideal en *la semejanza con Dios*, de corte típicamente evangélico, al estilo del *stote perfecti sicut pater vester caelestis perfectus est*, a que expresamente alude (*Stromata*, lib. VII, c. 14: PG 9, 524), y en cuyo ejercicio, el modelo y la luz son el Verbo encarnado, el Salvador Jesús. (Cf. *Stromata*, lib. IV, c. 25, y lib. VII, c. 3: PG 8, 1365, y 9, 421.)

[22] *Epist. ad Polycarpum*, c. 5, n. 2: FPA, t. I, p. 293.

¿Qué significaba esta expresión en aquel círculo del ascetismo primitivo? Su sentido era completo. El Señor, revestido con carne humana, producía en el alma de las vírgenes un sentimiento difícilmente explicable, en el que se fundían la reverencia, que no permite mancillar una naturaleza sagrario en otro tiempo de la divinidad encarnada; el ansia de imitación identificadora, fruto de aquel afecto a la persona de Jesús que caracterizó la actitud espiritual de los primeros siglos [23]; y sobre todo el ideal de llegar a ser *primicias del Cordero,* según se había expresado el Apocalipsis, o esposas místicas de Cristo, como había de consignarse en las leyendas hagiográficas de la época, faltas tal vez de verdad histórica, pero rebosantes de la realidad afectiva de aquellas almas [24]. Este motivo impulsor, así concebido, era la tonalidad concreta con que se había desarrollado, a partir del siglo II, aquel aspecto, que ya antes expusimos, de Cristo, modelo de las vírgenes [25].

Por otra parte, la idea del apóstol San Pablo en su Epístola a los Corintios había cristalizado también para lo sucesivo en un anhelo de unión íntima con la divinidad, que enunciaba en el mismo siglo II Atenágoras, diciendo cómo "muchos varones y mujeres entre los cristianos encanecen en la continencia para *poderse unir más estrechamente con su Dios*" [26]. De esta forma quedaba definitivamente matizada la exposición paulina de la virginidad: tendencia a una sublimación vaporosa de la carne, que eleva el alma a las regiones de lo místico, donde Dios y la criatura se funden en lo eterno.

Tertuliano se explicaría con más detalle en el mismo sentido: "Renunciemos a los placeres carnales para gustar los espirituales... Por medio de la continencia negociarás grandes sumas de santidad; con la sujeción de la carne adquirirás espíritu... Estudiemos en nuestra propia conciencia ¡qué otro se siente el hombre por la castidad!... Si hace oración a Dios, se halla cerca del cielo; si lee los libros santos, se encuentra anegado por entero en ellos; si entona salmos, experimenta un gran placer en sí mismo; si conjura

---

[23] Por lo que hace a la imitación como motivo para la virginidad, basta recordar las palabras terminantes de San Metodio: «El Señor al hacerse hombre conservó su carne incorrupta en perpetua virginidad; luego también nosotros, si queremos asemejarnos a nuestro Cristo Dios, procuremos ante todo honrar la virginidad» (*Convivium,* orat. 1 Marcellae, c. 5: PL 18, 45).

[24] Véanse a modo de ejemplo las *Actas de Santa Inés, I Epist. ex ambros, numero segreg.,* n. 3: PL 17, 736.

[25] En el capítulo 2 de la primera parte expusimos el carácter de este sentimiento de imitación del Señor y varios de los textos que nos lo dan a conocer en los primeros siglos.

[26] *Supplicatio pro christianis,* c. 30: OTCA, vol. VII, p. 172.

al demonio, se siente lleno de confianza..." [27] Y ya declinando el siglo IV, San Ambrosio repetiría que el fin de la virginidad es "el abstraerse del contagio de los pensamientos humanos para sumergirse en lo divino; el desnudarse de la vileza del cuerpo para quedar anegado, no en lo que es hombre, sino en lo que es Dios" [28]. O como compendiaría más vigorosamente en otro pasaje: "Dios se había hecho carne en la virginidad de María para que la carne del hombre por la virginidad se hiciese Dios" [29].

Además de honrar la carne de Cristo y unirse a Dios por medio de la propia santificación, otro tercer ideal arrastraba a las almas hacia la virginidad: *el apostolado.* En los varones era éste muchas veces el motivo preponderante; en las mujeres no dejaba de ejercer su influjo. ¿Para qué recordar los continentes de Siria, tal cual nos los muestra la *Didajé,* en los que la razón total de su existencia era la expansión del cristianismo y cuya vida se consumía entre las penalidades de la predicación? En cualquiera de las Iglesias, aun de las occidentales, en Roma mismo, cada virgen era un foco de irradiación misionera, y esta acción apostólica era precisamente uno de los móviles impulsivos para ofrecer sus cuerpos al holocausto.

La primera fase de su proselitismo estaba constituída por su misma existencia. La pureza de su vida revestía a las Iglesias cristianas con tales encantos de belleza moral, que, como antes dijimos, los paganos reconocían en aquel heroísmo de hermosura el rostro de la divinidad reflejándose en la tierra. Y aún más fructuosa resultaba su presencia dentro de la comunidad cristiana, donde era fermento de santa emulación para los demás fieles, que concretaban en ellas el blanco de sus anhelos religiosos.

No se limitaba, sin embargo, a esto su influjo apostólico. Sus manos se elevaban insistentes en actitud de súplica por el mundo pagano, y los suspiros anhelantes de sus pechos condensaban sobre la tierra árida del gentilismo nubes de gracias sobrenaturales que fecundaban los trabajos de los ascetas itinerantes. En las epístolas pseudoclementinas *Ad virgines,* junto a los sudores activos de estos últimos aparecen las recomendaciones para aquel apostolado orante:

---

[27] *De exhortatione castitatis,* c. 10: PL 2, 925 s.

[28] *Exhortatio virginitatis,* c. 4, n. 19: PL 16, 342. De modo parecido habla San Agustín. «Per continentiam quippe colligimur et redigimur in unum...» *(Confessiones,* lib. X, c. 29: PL 32, 796).

[29] *De virginibus,* lib. I, c. 3, n. 11: PL 16, 191. Lo mismo expresa San Jerónimo: «¿No te parece cosa de gran esfuerzo el que la carne anhele ser lo que es Dios y ascienda para juzgar a los ángeles al lugar de donde los ángeles cayeron?» *(Epist. 22 ad Eustoquium,* n. 40: PL 22, 424).

"Cosa conocida es y manifiesta que la mies es mucha y pocos los obreros. Por lo tanto, roguemos al Señor de la mies para que envíe obreros a su campo, obreros tales que empleen acertadamente la palabra de la verdad, obreros infatigables, obreros fieles, que sean luz del mundo, que trabajen no este alimento perecedero, sino aquel que permanece hasta la vida eterna; obreros cuales fueron los apóstoles, que imiten al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, solícitos por la salvación de los hombres" [30].

Todavía un paso más. Había vírgenes que se conservaban precisamente en tal estado para poder trabajar por el Evangelio más o menos privadamente, insinuándose en determinados círculos sociales; otras que se constituían en auxiliadoras de las viudas, ayudándolas en sus obras de misericordia y sus actividades de evangelización; ni faltaban quienes, desterradas voluntariamente o expatriadas por la tiranía de la persecución, se entregaban de lleno en regiones tal vez inhospitalarias a la destrucción del politeísmo imperante. En las cartas pseudoclementinas, dirigidas no sólo a los varones continentes, sino también a las vírgenes consagradas a Dios, se leía con unción reverencial: "Manifiesto es y conocido de todos que cada uno debe edificar y confirmar a los hermanos en la fe de un solo Dios" [31].

Tanto en el reino de la materia como en el del espíritu, el hombre no sabe cavar en el vacío de una fosa si no es echando hacia afuera su arena; y así la renuncia completa de sí mismo, contenida en la virginidad, se identificaba en cierto modo con la propia entrega a sus semejantes en cuanto tienen de más noble, es decir, en pro de su salvación. Es lo que indica San Metodio al hablar de la caridad corporal y espiritual inherente a la pureza perfecta. La razón íntima de ello la había expuesto ya antes el mismo autor, explicando cómo al sublimarse el ser humano por esta nueva purificación, la extinta fecundidad de la carne queda transformada en fecundidad espiritual del alma:

> Las almas de virtud más elevada y que más íntimamente se han abrazado con la verdad, haciéndose estériles para los vicios de la carne gracias a su fe y pureza perfectas, vienen a constituir la Iglesia, la compañera de Cristo. A manera de una virgen, según frase del Apóstol, se hallan unidas y desposadas con El, para que, recibiendo en sí la semilla pura y fértil de la doctrina, cooperen con la predicación a la salvación de las demás [32].

La mejor contraprueba de este espíritu apostólico entre

[30] *Epist. 1 ad virgenes*, c. 13, v. 4: FPA. t. II, p. 13.
[31] Ibid., c. 13, v. 1, ed. y lugar citados.
[32] *Convivium*, orat. 3 Thaliae, c. 8: PG 18, 73; cf. ibid., orat. 11 Aretes: PG, t. cit., 205.

las vírgenes es el hecho de que las leyendas hagiográficas y las novelas religiosas de aquellos siglos describían casi siempre a sus heroínas de la virginidad como evangelizadoras ardientes de la fe. Cuando, finalmente, quedó esculpido el prototipo de la virgen de Cristo, tal como la concebían aquellas generaciones, en la figura de Tecla, tuvo ésta que terminar sus días coronando los pasados martirios con su apostolado en Iconio y Seleucia. Este trazo de actividad evangelizadora o simplemente de beneficencia para con los demás fué característico y exclusivo del ascetismo cristiano. En la mentalidad pagana nunca llegaron a tener conexión directa ambas ideas.

Circunstancias fautoras: reacción contra el ambiente circundante, las persecuciones

40. La fuerza, pues, del Evangelio y el amor a Cristo fueron más que suficientes para producir aquella inundación benéfica de virginidad. Sin embargo, no hay por qué ocultar que este fervor de espíritu encontró circunstancias exteriores favorables a su propagación. Dos se echan de ver al punto: las condiciones propias del cristianismo naciente y las persecuciones imperiales [33].

Apenas la planta del cristianismo echó sus primeros brotes fuera de tierra, empezó a sentir los maléficos efectos de aquella atmósfera envenenada del mundo pagano. Por una reacción espontánea de defensa se creó su propio ambiente, aislándose hasta cierto punto de las influencias exteriores. Pero esta segregación del mundo, esta especie de secuestro de la vida ordinaria, imponía a los fieles sacrificios penosos.

Apartarse de todo contacto con la idolatría en una sociedad en donde todas sus costumbres y tradiciones exhala-

[33] F. Martínez, en la obra ya citada (*L'ascétisme chrétien pendant les trois premiers siècles de l'Eglise*, p. 52 s.), añade una tercera circunstancia como digna también de tenerse en cuenta para explicar la expansión de la virginidad y el ascetismo en general, y es la creencia en la *próxima parusía* o segunda venida del Señor. Que pudiera influir en algún caso particular, es dato que no tiene trascendencia alguna para la historia ; pero que su influjo pudiera ser sensible o que fueran sus efectos apreciables en la admirable difusión de la virginidad, especialmente femenina, creemos que no puede admitirse. A mitad del siglo II, en que empezó el gran incremento del orden de las vírgenes, y mucho más en los siglos III y IV, en que llegó al máximo su florecimiento, la esperanza de un juicio final próximo tenía muy poco relieve para atribuirle un influjo eficaz en este punto, fuera de ciertos sectores montanistas de efímera existencia. El texto aducido de San Pablo en su 1 Cor. 7, 29-31, no tiene la interpretación insinuada en este sentido.

ban espíritu religioso, era renunciar a la mayor parte de las fiestas de familia, ya que el nacimiento, el matrimonio y los funerales, la siembra y la recolección, se hallaban impregnados con el aroma de los inciensos y el sabor de las libaciones ofrecidas a los falsos dioses. Era condenarse a una vida humilde y tal vez precaria, lejos de cargos y magistraturas públicas, cuyo ejercicio y, sobre todo, cuya toma de posesión era inaugurada con solemnes ceremonias, todas ellas cuajadas de ritos supersticiosos. Era, finalmente, substraerse a los grandes regocijos y festejos populares organizados en la entrada de los triunfadores y precedidos de ordinario por sacrificios en honor de las deidades de la guerra. Abstenerse en absoluto de la inmoralidad llevaba consigo el despedirse para siempre de lo más amado y tradicional del alma romana: del anfiteatro, cuya arena, las más de las veces, era escenario del crimen al servicio de los instintos sanguinarios de la plebe; del teatro, cuotidiana escuela de lujuria, donde las más viles pasiones hacían gala de sus refinamientos más exquisitos; de los banquetes y festines, que medían su grandeza por el número de víctimas arrojadas sin sentido entre los desenfrenos de la embriaguez y la orgía. Abrazarse con el espíritu de Cristo exigía paralizar el corazón a la vida contemporánea, patinarlo de indiferencia para todos los placeres que le rodeaban y morir en cierto modo a su propio pasado.

Era, pues, natural que, colocadas en estas circunstancias, las medias tintas se esfumasen, los espíritus un poco generosos se abrazasen por entero con los consejos del Evangelio, y el fervor de los fieles, al huir de los halagos del mundo, cayese como por su propio peso en las austeridades de la virginidad y el ascetismo. Como dice muy bien * Harnack, a pesar de sus convicciones racionalistas sobre el origen dogmático y amoral de la Iglesia: "Las revoluciones no se hacen con agua de rosas, y en aquellos momentos se trataba de una verdadera revolución. Se trataba de arrojar el politeísmo y entronizar el reinado de la majestad de Dios y del Bien moral no sólo entre los creyentes, sino entre los infieles. Esto debía realizarse, ante todo, por la desvalorización de los factores de este mundo y la ruptura de sus vínculos de unión" [34].

La segunda causa que contribuyó a multiplicar las legiones de la virginidad fué la persecución. La vida de los cristianos se desarrollaba de continuo bajo la espada de los emperadores, que oscilaba suspendida sobre sus cabezas, y que rara vez dejaba secar sus manchas de sangre antes de

[34] *Die Mission und Ausbreitung des Urchristentums in den ersten drei Jahrhunderten*, 4.ª ed. (1924), t. I, p. 127.

humedecerse con la de nuevas víctimas. Ser cristiano durante los tres primeros siglos no era sólo un acto de fe, era un reto de audacia a la muerte; el agua del bautismo se transformaba con gran facilidad en sangre de martirio. Estos pensamientos de heroísmo orientaban hacia sí gran parte de la vida de los primeros fieles y contribuían no poco a entibiar sus anhelos por unos placeres y unas riquezas de que podían ser privados en virtud de cualquier denuncia imprevista. Era menester estar apercibidos para la lucha; el clarín podía sonar a cualquier hora:

Hemos sido adscritos a la milicia del Dios vivo—les decía Tertuliano—desde que nos presentamos al juramento de la bandera en el bautismo. Ahora bien, ningún soldado acude a la batalla rodeado de deleites ni va directamente a la refriega desde una alcoba confortable, sino desde una tienda de campaña angosta y desguarnecida, donde le acompañan toda clase de molestias, incomodidades y asperezas. En tiempo de paz se acostumbra a sufrir la guerra por medio de trabajos y penalidades, caminando cargado con las armas, recorriendo campiñas, cavando fosos, ensayándose en hacer la tortuga con el escudo. Todas las fuerzas se robustecen con el sudor, a fin de que en el momento oportuno no flaquee ni el cuerpo ni el ánimo y se deje llevar el soldado con facilidad de la frescura de la sombra a los ardores del sol, de los ardores del sol al rigor de la helada, de la túnica a la armadura, del silencio al estrépito, del reposo al tumulto. Soportad, pues, virilmente cuanto se os hace duro al presente, para que al llegar la lucha os encontréis ejercitados en el alma y en el cuerpo[25].

Muchos de aquellos fieles estaban ciertamente esculpidos en madera de mártires. Su mayor solicitud era prepararse para el supremo sacrificio de la vida, y no encontraban camino más seguro hacia la corona de la sangre que el de la virginidad. Los continentes de ambos sexos se hallaban en condiciones mejores que otro alguno para entregar al verdugo un cuerpo consagrado ya al Señor. Libres de los lazos del amor hacia una mujer e hijos a que habían renunciado; exentos de las angustias de abandonar, tal vez en la miseria y sin defensa, a los miembros de su familia; despojados de antemano, en gran parte, de unos bienes y riquezas superfluos para su vida de austeridad y retiro; ejercitados en la tortura gracias a la continua y a veces dolorosa represión de las concupiscencias; forjados con temple de acero merced al tesón de una voluntad no acostumbrada a debilidades ni flaquezas; preparados, en fin, por una abundancia mayor de gracias celestes, se hacía ya muy verosímil lo que más tarde había de pregonar la historia, atestiguando que los ascetas y las vírgenes fueron quienes confesaron en

[25] *Ad martyres*, c. 3: PL 1, 624.

voz más alta su fe y quienes caminaron con mayor intrepidez hacia las cadenas o el anfiteatro.

Ante el peligro siempre inminente del martirio, se comprende que fuera grande el número de cristianos que quisieran hacerlo menos temido, cortando de antemano los lazos que en aquel momento pudiera unirlos a la tierra y fortaleciendo su espíritu y su cuerpo con el ejercicio de la ascética cristiana.

Estas dos circunstancias contribuyeron, sin duda, a engrosar el número de los continentes; pero presuponían fervores no vulgares en la fe y en el amor a Cristo. Resfriado el calor del espíritu, su acción hubiera sido destructora. Añadieron, es cierto, combustible a la gran hoguera de la virginidad; pero sin el fuego interno que ardía en el corazón de los fieles, estemos seguros que jamás las grandes llamaradas del ascetismo de la castidad hubieran iluminado con sus fantásticos resplandores de pureza los primeros siglos cristianos.

CAPÍTULO III

El vínculo del voto

41. Existencia del voto en los dos primeros siglos.—42. La aparición del voto público.—43. Edad para la profesión.—44. La doble etapa en la virginidad

Existencia del voto en los dos primeros siglos

41. Es el voto la floración espontánea del propósito que alcanzó su madurez. Por eso, en su forma más simple podemos sorprenderlo ya en los labios aún infantiles de la virginidad del siglo I. Todavía no han cesado en sus disputas los juristas y críticos de la historia sobre el alcance exacto de ciertas frases de Tertuliano, de Orígenes, del Pastor Hermas o de San Cipriano con objeto de encajar aquel sí juramental de las vírgenes cristianas durante los tres primeros siglos dentro de los rígidos moldes actuales del voto privado o público, simple o solemne, impediente o dirimente [1]. Lo que puede darse como cierto es que ya San Pablo, al espar-

[1] Varios son los autores que, sea desde un punto de vista canónico, sea desde un punto de vista patrológico, histórico o arqueológico, han querido resolver este problema. Weckesser, Schiwietz y Wilpert defienden paladinamente la existencia del voto con carácter público ya en los escritos de Tertuliano. Impugna acérrimamente esta opinión el protestante * Hugo Koch, que ni siquiera en tiempo de Orígenes y San Cipriano quiere conceder la circunstancia de la publicidad, buscando ingeniosos subterfugios para los textos probatorios sacados de dichos escritores ; de esta sentencia participa más tarde el benedictino H. Leclercq. Vuelve a someter a crítica los pasajes alegados, con severidad demasiado rigurosa en algunas ocasiones, el marianista F. Martínez, que adopta un término medio entre las posiciones anteriores.

La agudeza en aquilatar los textos ha hecho a estos autores a las veces perder un poco el sentido integral de la perspectiva. Con acierto, aunque en síntesis, habla acerca de este punto el historiador del monaquismo Max Heimbucher en su obra *Die Orden und Kongretationen der Katolischen Kirche*, dritte Auflage (1933), Band 1, p. 118. Pueden verse las anteriores controversias en P. Weckesser, *Das feierliche Keuschheitsgelübde der gottgeweihten Jungfrauen in der alten Kirche*, «Archiv für Katolisches Kirchenrecht», t. LXXVI (1896), pp. 83-104 ; St. Schiwietz, *Vorgeschichte des Mönchtums oder das Ascetentum der drei ersten christlichen Jahrhunderte* en la misma revista, t. LXXVIII (1898), pp. 3-23 ; J. Wilpert, *Die Gottge-*

cir la primera semilla de la castidad perfecta, recogía sus frutos agavillados con el lazo de un voto.

El año 65, al escribir a su discípulo Timoteo, a quien había dejado como pastor de la grey de Efeso, le dice, refiriéndose a ciertas viudas prevaricadoras: "Aparta de ti a esas viudas jóvenes que al sentir hastío de Cristo, acuciadas por la sensualidad, quieren contraer matrimonio, incurriendo así en condenación por quebrantar su primera fe" [2]. Aquellas viudas agitadas por la incontinencia se hacen reos de eterna condenación al intentar nuevas nupcias por causa de su perjurio a Cristo; eran, por tanto, infractoras de un voto conocido en la comunidad cristiana [3]. ¿Será verosímil suponer, aun vueltos de espalda a la historia, que la generosidad impetuosa de las vírgenes no llegase en los vuelos de su espíritu a alcanzar las alturas de un voto al que el fervor de las viudas había llegado?

Pero la historia nos dice algo más. Nos cuenta que a muy pocos kilómetros de Efeso, en la ciudad de Esmirna, se recibía cuatro decenios más tarde una carta escrita a los fieles de aquella región por el obispo San Ignacio de Antioquía cuando, camino de Roma, marchaba hacia el anfiteatro de los Flavios para ser triturado, como buen trigo de Cristo, entre los colmillos de los leopardos. Y es la historia quien nos hace notar que en aquellas líneas venerandas dedica el santo Pastor un recuerdo para "las vírgenes, las llamadas viudas" [4].

Es, pues, claro que ciertas vírgenes del Asia Menor, veladas con piadosa falacia tras el título de viudas, consagraban ya en el siglo I sus cuerpos al divino Esposo por

weihten Jungfrauen in den ersten Jahrhunderten der Kirche (Freiburg in B. 1892); * HUGO KOCH, *Virgines Christi,* TU, t. XXXI (1907), fasc. 2, íntegramente dedicado a este punto; H. LECLERCQ, *Cénobitisme,* DAC, t. II, col. 3082; F. MARTÍNEZ, S. M., *L'ascétisme chrétien pendant les trois premiers siècles de l'Eglise* (1913), pp. 81-85, 93-96, 155-157. Desde luego, a partir del Concilio de Elvira, en el año 300, y del de Ancira, el 314, parece bastante claro el carácter dirimente del voto de virginidad. Véanse los documentos en el capítulo siguiente.

[2] 1 Tim 5, 11 s. La existencia de un tal voto es admitida por la generalidad de los exegetas modernos, según puede verse en KNABENBAUER, y por los Santos Padres que expresamente tocan este punto, como SAN JUAN CRISÓSTOMO y SAN EPIFANIO. Entre los escritores de la castidad puede verse P. WECKESSER, *Das feierliche Keuschheitsgelübde der gottgeweiten Jungfrauen in der alten Kirche,* «Archiv für Katolisches Kirchenrecht», LXXVI (1896), p. 85. Pone algunos reparos, con todo, a esta interpretación F. MARTÍNEZ, *L'ascétisme chrétien,* p. 33.

[3] En este sentido lo interpretan los principales comentaristas bíblicos conforme a la tradición patrística. (Cf., v. gr., J. KNABENBAUER, CSS, *Comment. in S. Pauli Apostoli Epistolas,* t. V, p. 258 s.)

[4] *Epist. ad Smyrnaeos,* c. 13, v. 1: FPA, vol. I, p. 286.

medio de un voto, patente a la comunidad y reconocido por la autoridad paterna del obispo, bajo cuyo báculo y vigilancia se refugiaban contra la amenaza corruptora del mundo. No quiere esto decir que las vírgenes entrasen a participar de todas las funciones reservadas a las viudas, ni que se les concediese el derecho a ser alimentadas con los fondos de la Iglesia, ya que, viviendo en la casa paterna, no se hallaban en el desamparo de la vida; pero ciertamente indica que por razón de su posición estable merced al voto, se habían hecho acreedoras al mismo título.

En el siglo II, la posición de las vírgenes, según los escritores contemporáneos, es claramente la de quienes poseen un estado inmutable y perpetuo en virtud del juramento hecho a su esposo Cristo. La nomenclatura cristaliza en fórmulas fijas, gracias sobre todo a los autores occidentales, cuyas expresiones recoge Tertuliano con su pluma de jurista. Aun prescindiendo por ahora de la frase en que se les atribuye la dignidad irrevocable de *esposas de Cristo* [5], aparece la firmeza de su voto al ser presentadas repetidamente como *vírgenes dedicadas al Señor, vírgenes consagradas a Dios, vírgenes que han determinado santificar su carne* [6], lo cual realizamos, según dice el mismo apologeta, "cuando ofrecemos a Dios la oblación de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu, consagrándole nuestra propia naturaleza" [7].

Armonizan de lleno dentro de este místico concierto las voces del Oriente. Ante todo, se oye a Orígenes, el asceta virgen, que exclamaba desde su cátedra de Alejandría, comentando un pasaje del Levítico: "Cuando nos acercamos al Señor y hacemos voto de servirle en castidad, pronunciamos con los labios el juramento de castigar nuestra carne, de atormentarla y de reducirla a servidumbre a fin de poder salvar el espíritu" [8].

Cierto que hasta los días de San Ambrosio, siglo y medio más tarde, no aparecerá la fórmula de *virgen profesa* y *profesar la virginidad* [9]; pero las anteriores expresiones son suficientes para demostrar que también las vírgenes del si-

---

[5] Este aspecto, confirmativo, sin duda, de la presente aserción, lo consideraremos en el capítulo siguiente.

[6] «Aliqua se Deo vovit» *(De oratione,* c. 22 : PL 1, 1188) ; «Nupsisti enim Christo, illi carnem tuam tradidisti, age pro mariti tui disciplina» (ibid., PL 1, 1189) ; «Christi solius ancillae» *(De virginibus velandis,* c. 3 : PL 2, 892) ; «Si qua virgo est et carnem suam sanctificare proposuit» (ibid., c. 9 : PL 2, 902).

[7] *De virginibus velandis,* c. 13 : PL 2, 907.

[8] *In Leviticum,* hom. 3, n. 4 : PG 12, 428.

[9] En el Obispo de Milán la nomenclatura es rica y variada : *integritatem pudoris profiteri, virginitatem profiteri, carnem polliceri servare virginem, Christo se dicare, Christo se spondere, Christo profiteri,* etc.

glo II ofrendaban ante el altar de Cristo un verdadero voto, que, envuelto en guirnaldas de azahar, perfumaba el templo cristiano, siendo así conocido por toda la comunidad de los fieles y autorizado por los obispos, solícitos de su guarda. La virgen se hallaba ante un muro que, aunque levantado por la fuerza impalpable de una palabra, llegaba hasta los mismos cielos, barrera eterna contra ulteriores amores mundanos. De ahí que al explicar el apologista cartaginés las causas que paralizaban a muchas cristianas para ofrecer su mano al matrimonio, no obstante su edad competente para ello, se veía precisado a consignar, junto a las dilaciones impuestas por la estrechez de miras o carácter apocado de los padres, las que provenían de las mismas jóvenes, que se habían ligado libremente por el voto de perfecta castidad [10].

La aparición del voto público

42. La notoriedad que aquel voto tenía nos la declara también Tertuliano, cuando nos pinta a las vírgenes "conducidas hasta el centro de la asamblea cristiana, donde, publicado el don de su virginidad, eran hechas objeto de toda honra y cariño por parte de sus hermanos en la fe [11]. La lejanía del tiempo y las nieblas que empañan con frecuencia la pluma del jurista africano nos impiden distinguir con claridad si aquel voto, aun cuando conocido por todos los cristianos, tenía en su aspecto jurídico valor privado o público. Hasta el momento presente no han bastado para hacer luz sobre este punto las numerosas controversias sobre el sentido que en la mente del autor pudieran tener aquellas palabras "conducidas hasta el centro de la asamblea" y "publicado el don de su virginidad" [12].

---

[10] *De virginibus velandis*, c. 11 : PL 2, 905.

[11] *De virginibus velandis*, c. 14 : PL 2, 908 s. En este mismo capítulo supone Tertuliano ser un estado definitivo el de la virginidad, cuando refuta la mentalidad de aquella virgen que defendía el privilegio de llevar la cabeza descubierta en la Iglesia para poder atraer a otras jóvenes más fácilmente a este propósito.

[12] «Prolatae enim in medium (virgines), et publicato bono suo elatae, et a fratribus omni honore et charitatis operatione cumulatae» (l. c.). Este texto, en contrapuesta unión con el del capítulo 15 (PL 2, 910), donde se habla de la virgen, *que se gozará en ser conocida sólo de sí y de Dios*, es el que ha dado lugar a las controversias indicadas en la nota primera de este capítulo sobre la duplicidad de votos privados y públicos en tiempo de Tertuliano. Leve fundamento ofrece para una tal distinción la contraposición, que expresa Tertuliano con las frases *virgines Dei* y *virgines hominum* (*De velandis virginibus*, 3), y que parece volver a reflejarse más

En todo caso se nos impone la afirmación de que aquel voto, sea por la solemnidad de su pronunciamiento delante de los fieles, sea por su ulterior promulgación hecha por el obispo, sea por la consiguiente publicidad de la noticia, era lo suficientemente notorio para que la virgen pudiera ser señalada con el dedo en la comunidad de los fieles; y juntamente lo bastante oficial para que los pastores se sintieran obligados a intervenir con la plenitud de su autoridad episcopal en caso de infracción. Los testimonios de la historia, media centuria más tarde, claman con demasiado vigor para alejar toda duda aun en este último aspecto.

Pomponio, obispo de Dionysiana, en la provincia africana de Byzacena, se siente conturbado hacia el año 250 por ciertos escándalos llegados a sus oídos a propósito de algunas vírgenes *subintroductas,* vírgenes de Cristo que habían empezado a morar, so pretexto de mutua ayuda, con varones ascetas, aun cuando haciendo protestas de su mutua continencia. Contristado el buen Pastor de Dionysiana, quiere hacer sentir su cayado vigilante sobre aquellas ovejas descarriadas por exceso de simplicidad; pero, a fin de proceder más seguro, busca el asesoramiento del obispo de Cartago, luz de consejo sobre las arenas africanas, enviándole en propias manos una carta expositiva del caso. La sentencia de San Cipriano es contundente. Ve ante su imaginación aquellas vírgenes, que, como escribe con frase diáfana, *han determinado guardar firmemente su estado de continencia,* y, sin embargo, aparecen infieles. Al mismo tiempo se abre ante sus ojos el libro de las tradiciones apostólicas, donde se urge al obispo el cuidado de la disciplina. Ante esta doble visión surge el consejo fulminante:

Si se comprueba que alguna de ellas ha perdido su integridad, haga penitencia plena de su crimen, ya que ha sido adúltera no de un marido cualquiera, sino de Cristo; después de haber practicado la penitencia durante el tiempo que se juzgare conveniente, hecha su confesión, sea admitida de nuevo a la Iglesia. Pero si permaneciere obstinada, no alejándose del varón con quien

---

tarde en San Epifanio, *Advers. haereses,* lib. II, t. 1, haeres. 61, c. 7: PG 41, 1049. No han faltado, sin embargo, autores que han fijado aquí su atención. Véase Probst, *Die kirchliche Disciplin in den ersten drei Jahrhunderten* (1873), p. 138; Peters, *Jungfrauen, Real-Encyclopädie der christlichen Alterthümer* von F. Kraus, t. II, p. 81. Kolberg sigue una vía media, sosteniendo que la virgen no hacía en tiempo de Tertuliano públicamente su voto delante del obispo, pero que, una vez emitido en privado, era dado a conocer por el prelado en la Iglesia delante de toda la asamblea de los fieles. (Cf. *Verfassung Kultus und Disziplin der christlichen Kirche nach den Schriften Tertullians,* 1886, p. 47.)

mora, sepa que con esta su pertinacia impúdica jamás podrá ser recibida por nosotros en la Iglesia, a fin de evitar que con el escándalo de su delito pueda ser ocasión de ruina para las demás [13].

La virgen sacrílega quedaba, por tanto, temporal o definitivamente excluída de la comunidad espiritual de los fieles. La virginidad de aquellas elegidas de Cristo estaba, pues, fuertemente encadenada, aun cuando sus anillos estuvieran hechos de guirnaldas olorosas, y la clave de aquel santo vínculo se hallaba en manos del obispo, su pastor.

Edad para la profesión

43. Esa misma mano paterna era la que había de dar la señal a las vírgenes, determinando el momento de atar su cuerpo con las cadenas del amor de Cristo. La Iglesia universal, ocupada en limpiar la sangre y curar las heridas de tantas y tantas provincias víctimas del furor de los perseguidores, no había tenido aún tiempo para prefijar con disciplina uniforme la edad oportuna de la consagración a Cristo. Y por eso las Iglesias particulares seguían en este punto la dirección de los pastores propios; dirección que en su prudencia, más divina que humana, se acomodaba de ordinario al latir impaciente del Espíritu Santo en las almas.

No era raro el caso de la virgencita Asela, de que más tarde hablaremos, quien al cumplir los doce años adquirió ocultamente la túnica humilde de las vírgenes y, después de ofrecer a Cristo su voto de pureza, se presentó a sus padres con la vestidura ya irreformable de su nueva profesión [14]. Las leyes romanas señalaban los doce años como la edad apta para contraer matrimonio, ¿por qué no había de bastar ese mismo tiempo para escoger el mejor de los esposos, en cuya elección no había peligro de errar?

San Basilio, el gran patriarca de la prudencia en la ascética oriental, suponía que al menos bastaba la edad de los dieciséis años para ofrendar a Cristo la virginidad sin desposeerla de las gracias de la juventud.

Juzgamos—dice en una carta a su gran amigo Anfiloquio, el santo arzobispo de Iconio, en Licaonia—que las consagraciones de las vírgenes deben hacerse cuando la edad ha obtenido su

[13] *Epist. 62 ad Pomponium*, PL 4, 369 s. Fuera de este testimonio jurídico, digámoslo así, de la existencia del voto, SAN CIPRIANO lo da a conocer también en su fraseología: *Christo se dicare, in aeternum continentiae se devovere, tam carne quam mente Deo se vovere,* etc. (Cf., v. gr., *De habitu virginum*, 4: PL 4, 443.)

[14] *Epist. 24 ad Marcellam*, n. 3: PL 22, 427 s.

complemento en la razón; no conviene en este punto ratificar la promesa de una voz que tiene todavía sonidos de infancia; únicamente la que haya alcanzado los dieciséis o diecisiete años... debe ser inscrita en el catálogo de las santas vírgenes [15].

No todos, sin embargo, se resignaban a ver cómo se quemaba en el holocausto del voto una juventud tan tierna y, pretextando la reflexión necesaria para promesa tan definitiva, se esforzaban por retrasar inmoderadamente la edad de la consagración virginal. Más de una vez, sin duda, tuvo que salir a la palestra con las armas de su elocuencia el Obispo de Milán, defendiendo los derechos de las vírgenes inquietas por el acicate de amores divinos:

Son muchos los que claman—decía el santo Doctor—exigiendo que se espere para imponer el velo a que las jóvenes doncellas adquieran edad más madura. Cierto que debe tener mucha prudencia el sacerdote para no velar inconsideradamente a una doncella. Espere en buena hora a que le llegue la edad oportuna, pero la edad de la fidelidad y del pudor. Espere la madurez del recato, examine si tiene ya las canas de la gravedad, la senectud de las buenas costumbres, los años muchos de la perfecta pureza y el propósito de la virginidad; vea si lleva a bien la custodia vigilante de su madre, si es parca en sus amistades. Si adornan a la virgen todas estas virtudes, entonces no le faltan las canas de la edad provecta; si carece de tales prendas, difiérase su consagración, ya que aparece más joven en costumbres que en años. No se rechaza a la doncella por joven, sino se examina lo interior de su ánimo [16].

La doble etapa en la virginidad

44. Cuando se pronunciaban estas palabras desde la cátedra de Milán, la institución de las vírgenes consagradas se erguía ya en todo el orbe con formas y vitalidad de gigante. Por otra parte, los emperadores romanos habían dado el ósculo de paz a la Iglesia de Cristo, y gracias a ello las actividades eclesiásticas organizaban sus funciones, particularizando los encuadramientos de la disciplina y abrillantando las solemnidades de la liturgia. También alcanzaron estos retoques a la institución de la virginidad. El camino de la pureza fué desdoblándose en varias jornadas para mejor asegurar su trayectoria.

El oleaje de los que clamaban por retrasar la edad de la consagración virginal amenazaba desbordarse, y le prestaba aún impulso más avasallador el hecho de algunas caídas, en que habían sucumbido vírgenes consagradas a Dios

[15] *Epist. 199 ad Amphilochium*, c. 18 : PG 32, 720.
[16] *De virginitate*, c. 7 : PL 16, 276.

en su tierna juventud. Esta presión moral, unida a los dos factores precedentes, hicieron que empezasen a distinguirse dos etapas en la profesión de la virgen, etapas que algunos quieren ver borrosamente transparentadas en el mismo San Ambrosio, cuando distingue entre las "jóvenes simplemente iniciadas en los sagrados misterios" y "las consagradas ya a la virginidad", a todas las cuales parece prohibir el matrimonio [17], o cuando ruega a Dios por la virgen Ambrosia, "ya de antes consagrada en espíritu y ahora consagrada asimismo por la profesión" [18].

En todo caso, es cierto que un cuarto de siglo más tarde habían quedado definitivamente deslindadas ambas fases de la virginidad, cuidadosamente contrapuestas por el Papa Inocencio I en su carta al obispo Victricio. Al instruirle en ella, el año 404, sobre diversos puntos de disciplina, le señala las penas que deben ser infligidas a las vírgenes prevaricadoras, según se hallen en uno u otro grado de su profesión ascética [19]. Ni faltan ya en este tiempo inscripciones sepulcrales que nos atestiguan lo mismo con su voz sincera de ultratumba [20].

Así, de un modo paulatino se iba imponiendo la costumbre de que a las primeras invitaciones del divino Esposo respondiese la joven cristiana consagrándole la integridad de su pureza con un voto absoluto y perpetuo, aunque sencillo en su forma; eran las arras de amor con que empezaba su ascensión austera y penosa hacia el altar de los desposorios, al cual no había de llegar sino después de varios años en que, con gesto inequívoco de fortaleza, mereciese recibir solemnemente de manos del obispo el velo virginal de la profesión [21].

Ahora ya no ofrecía dificultad el diferir la edad de la consagración definitiva; y podía muy bien encontrar eco favorable en todas las provincias romanas aquel decreto promulgado por el primer Concilio de Hipona, cuatro años antes de morir San Ambrosio, en que bajo la presidencia del arzobispo de Cartago, Aurelio, y con asistencia del entonces simple presbítero Agustín, se fijaban en veinticinco los años requeridos en la virgen para su consagración definitiva. Eran los mismos que se exigían al joven para su

[17] *De virginitate*, c. 5 : PL 16, 272.
[18] *De institutione virginis*, c. 17 : PL 16, 334.
[19] *Epist. 2 Innocentii ad Victricium*, c. 13 s. : PL 20, 478 s.
[20] Pueden verse citadas algunas de ellas en la obra de J. WILPERT, *Die gottgeweihten Jungfrauen in den ersten Jahrhunderten der Kirche*, pp. 8 s. y 20 s.
[21] Al hablar el Papa Inocencio I en la carta anteriormente citada sobre las vírgenes que llegan a la segunda profesión, emplea expresamente las palabras «aquellas... *que merecieron* recibir el velo de manos del sacerdote» (l. c.).

ordenación clerical [22]. Todavía cuatro siglos más tarde recogerían en sus actas este dato, como herencia tradicional, los Concilios de Francfort [23].

España dió un paso más en sus ardores de renovación, y la ciudad de Zaragoza, en su Concilio del año 380, establecía "que no debía imponerse el velo a ninguna virgen antes de haber cumplido los cuarenta años" [24]. Sólo que la voz de España venció a la de Hipona, y la energía de su vibración fué tan potente que logró introducirse en las aulas cesáreas de Roma, de donde se difundió a todo el Occidente en alas de un decreto incluído el año 458 en la compilación legislativa del emperador Mayoriano. Decía así su letra: "Determinamos que las doncellas a quienes su padre o su madre juzgasen dignas de apartarse de las pompas seculares y seguir los preceptos de la fe cristiana en virginidad perpetua, no sean consagradas con el honorable velo antes de que, cumplidos los cuarenta años de edad, hayan merecido con su conducta inmaculada ser embellecidas con tales atavíos virginales" [25].

La imposición del velo sufrió de este modo, como anota Duchesne [26], un cambio de significado; no era el comienzo de una vida que se consagraba a Cristo por la virginidad; era más bien un remate, un coronamiento en el pugilato por el amor divino. Con todo, estas nuevas normas directivas de la pureza venían ya tarde para retocar el cuadro encantador de las primitivas vírgenes cristianas; habían sonado ya hacía rato en el reloj de la historia las campanadas que indicaban el fin del siglo IV; y la era de la virginidad en el hogar empezaba ya a atenuar sus esplendores, absorbidos por los torrentes deslumbrantes que desde ahora volcaría la ascética de la virginidad en los claustros de la vida religiosa.

---

[22] Se halla en el canon 5 de la primera serie, tal como la ha conservado el tercer Concilio de Cartago. (Cf. C. J. HEFELE, *Histoire des Conciles*, trad. francesa de H. Leclercq, t. II, 1908, p. 86.)

[23] C. 46. Cf. C. J. HEFELE, ob. cit., t. III (1910), p. 1059. Otros documentos confirmativos de esta misma disciplina pueden verse en EDM. MARTENE, *De antiquis Ecclesiae ritibus*, ed. 2.ª (1736), t. II, col. 518.

[24] Canon 8. Cf. C. J. HEFELE, ob. cit., t. I, p. 987.

[25] *Novellae Maioriani*, VI, 1. El *Liber Pontificalis* atribuye al Papa San León Magno (440-461) un decreto semejante: «Este Papa estableció que ninguna joven religiosa recibiese la bendición del velo sin ser probada cuarenta años en su virginidad». (Cf. *Liber Pontificalis. Texte, introduction et commentaire* par l'abbé L. DUCHESNE, t. I, 1886, p. 239.) Ciertamente, concilios posteriores, como el de Agde, en Narbona, celebrado el 506, confirmaron esta edad para la consagración virginal. El concilio agatense dice en su canon 19: «Sanctimoniales quamlibet vita earum et mores probati sint, ante annum aetatis suae quadragessimum non velentur». (Cf. MSCC, t. VIII, col. 328.)

[26] *Origines du culte chrétien*, 4.ª ed. (1908), p. 430.

CAPÍTULO IV

Esposas de Cristo

45. La concepción de esposas de Cristo a partir del siglo II.—46. Su asimilación a la Iglesia, esposa de Cristo, virgen y madre.—47. El velo como expresión simbólica del matrimonio místico.—48. La infidelidad, verdadero adulterio en la legislación de obispos, concilios, pontífices y emperadores.—49. Impresión ante la caída de una virgen.—50. La esencia última del matrimonio místico

La concepción de esposas de Cristo a partir del siglo II

45. La sonrisa despectiva con que contempla la sociedad moderna a la mujer que no ha logrado ascender las gradas del altar nupcial, no es invención de los tiempos actuales. La doncella hebrea del Antiguo Testamento se entregaba como esclava antes de verse obligada a soportar en su vejez semejante injuria, y la joven fastuosa del Imperio de los Césares se avenía de buen grado a ser mercaduría venal a fin de poderse sentar un día en el escaño de las matronas romanas.

Tal sombra de desprecio no obscureció jamás la blanca túnica de las vírgenes cristianas. Su juramento tenía dejos de sí nupcial. En el voto se contenía una verdadera declaración del espíritu, de esas que fijan para siempre la dirección del amor. Desde el siglo II, al menos, fueron tenidas por los fieles como verdaderas desposadas: eran las esposas de Cristo [1]. Y esta idea llegó a ser tan familiar a las comunidades cristianas antes de finalizar la segunda centuria, que Tertuliano, en cuya dialéctica fulgura siempre la fuerza del sol de los arenales, no temió fundar sobre ella su argumentación al urgir a las jóvenes cartaginesas el uso del velo en los templos.

Conforme al precepto del Apóstol, todas las mujeres convertidas a la fe debían ocultar su rostro tras los pliegues de un amplio velo durante su permanencia en la casa del Señor.

[1] Antes de Tertuliano no tenemos textos claros que ofrezcan esta idea, aun cuando San Pablo proporciona los elementos necesarios para una tal concepción en su primera Carta a los Corintios. El Apóstol habla, sí, de la virgen esposa de Cristo, pero es tratando de la Iglesia; v. gr., Eph. 5, 27.

Las vírgenes africanas, interpretando las palabras de San Pablo como si hubieran sido dirigidas únicamente a las casadas, se resistían a someterse a semejante costumbre. Pronto vieron descargar sobre sí las diatribas del más vehemente de los apologetas. Primero en su libro *De oratione* [2] y más tarde en toda la obra *De velandis virginibus,* desfoga Tertuliano su indignación contra aquella corruptela, que a su espíritu fogoso se le presenta como inmoral. En ambas obras termina con parecida exhortación: "Si eres virgen, vélate, como virgen; cúbrase tu faz de rubor. Si eres virgen, no sufras sobre ti miradas ajenas, nadie se deleite en tu rostro... Bien haces al mentirte casada cuando velas tu rostro; aunque en realidad no mientes, pues *te has desposado con Cristo;* a él has entregado tu carne. *Obra, pues, conforme a la voluntad de tu marido,* el cual, si manda que las mujeres ajenas cubran su rostro tras el velo, mucho más lo exigirá de las suyas propias..." [3].

En sus restantes obras las alusiones al matrimonio místico de las vírgenes con Cristo son frecuentes. *Vírgenes casadas con Cristo,* dice expresamente hablando de ellas en su tratado de la *Resurrección de la carne* [4], y al mencionar el número cada vez mayor de varones y mujeres dedicadas al servicio del templo y consagradas por la pureza perfecta, exclama: "¡Cuántos y cuántas se hallan en los órdenes eclesiásticos selladas con la continencia, que escogieron el desposarse con Dios!" [5].

Sobre este fundamento descansan varias de sus descripciones. Al hablarnos en su libro *Ad uxorem* de las relaciones entre las continentes y el Señor, sus palabras trascienden a hogar doméstico, y muchas de sus frases rezuman ese cariño con que se amasa la vida de familia: "Prefieren —dice— celebrar su matrimonio con Dios, dedicar a él su belleza y consagrarle su juventud. Con él viven, con él conversan, con él se hallan en trato continuo día y noche. Asignan a Dios como dote sus oraciones y de él obtienen, siempre que quieren, sus gracias como verdaderos dones de esposo..." [6].

---

[2] C. 22: PL 1, 1189 s.

[3] C. 16: PL 2, 911.

[4] «Virgines Christo maritatae» (*De resurrectione carnis,* c. 61: PL 2, 884.

[5] «Quanti igitur et quantae in ecclesiasticis ordinibus de continentia censentur, qui Deo nubere maluerunt» (*De exhortatione castitatis,* c. 13: PL 2, 930).

[6] *Ad uxorem,* lib. I, c. 4: PL 1, 1280 s. De suyo las frases están escritas con el pensamiento en las jóvenes viudas, que renuncian a un ulterior matrimonio y se consagran a Dios con la castidad para lo futuro. Es claro que en la mente de Tertuliano no sólo pueden aplicarse tales frases a las vírgenes, sino que a ellas pertenecen en su sentido pleno.

Sería inútil acumular testimonios posteriores a partir de Tertuliano, ya que ello equivaldría a transcribir capítulos enteros de las principales obras ascéticas de aquellos siglos. Baste recordar que San Atanasio declaraba en su *Apología al emperador Constancio* que esta denominación no era un título esporádico dado por ciertos autores privados, sino nomenclatura de carácter oficial: "A las mujeres consagradas con la virtud de la virginidad acostumbra la *Iglesia católica* a llamar *esposas de Cristo*" [7].

Así se comprende que llegase a haber Santos Padres. como Leandro de Sevilla, en el tratado a su hermana Florentina, que apenas supiesen emplear otro nombre ni concebir bajo otra forma a las vírgenes consagradas sino bajo el de esposas del Señor. Ni mueve a extrañeza que ya desde San Cipriano se les apliquen los preceptos de San Pablo a las casadas, porque, como les dice el Obispo de Cartago, "vuestro señor y vuestra cabeza es Cristo a modo de marido" [8]; ni que se amplifiquen sus relaciones amorosas con el Señor a base de los tiernos idilios de esposo y esposa contenidos en el Cantar de los Cantares [9].

Es decir, las virtudes ascéticas y las elevaciones místicas se redactaban con el lenguaje de la desposada. Lenguaje que en exhortaciones familiares llegó a veces a rayar en la audacia, como cuando escribía San Jerónimo, con frase vanguardista, que gracias a la consagración de la virgen Eustoquio quedaba su madre Paula elevada a la dignidad de *suegra de Dios* [10]; pero que de ordinario encerraba pensamientos sumamente delicados, como los contenidos en San Leandro, al recordar que quienes van a contraer matrimonio terreno entregan a sus esposas arras en testimonio de fidelidad, junto con ricas dotes, a cambio de la virginidad perdida, y que de modo análogo entrega también Cristo, en forma de arras y de dote, su preciosa sangre, con la que, des-

---

[7] *Apologia ad Constantium Imper.*, n. 33 : PG 25, 640.

[8] «Dominus vester et caput Christus est ad instar et vicem mariti» (*De habitu virginum*, 22 : PL 4, 462). De modo semejante se expresa San Atanasio al hablar de la obediencia de la virgen a la voluntad de Dios, fundándose para ello en que es su esposo y en calidad de tal tiene pleno dominio sobre su cuerpo, como el marido respecto a la mujer casada (*De virginitate*, c. 2 : PG 28, 254).

[9] San Ambrosio se detiene durante capítulos enteros en comentar diversos pasajes del Cantar de los Cantares, aplicándolos a las vírgenes ; v. gr., *De virginibus*, lib. I, cc. 7-8, n. 38-51 ; *De virginitate*, cc. 12-13, nn. 69-84, etc. Lo mismo puede decirse de San Metodio en su *Convivium*, como en la orat. 7 Procillae, especialmente capítulos 2 y 4. En la carta de San Jerónimo a Eustoquio hay números, como el 25, que no son sino un entretejido de textos del Cantar de los Cantares.

[10] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 20 : PL 22, 407.

pués de redimir a la virgen, la une consigo y la premia, no por la virginidad perdida, sino por la integridad conservada [11].

Su asimilación a la Iglesia, esposa de Cristo, virgen y madre

46. Este misterio de los desposorios de la virgen con Cristo está íntimamente enlazado en el ideario de los primeros siglos con otra de las grandes concepciones místicas legadas por San Pablo a la teología y a la ascética cristianas: la Iglesia virgen y esposa del Señor. Dos veces llama el Apóstol la atención sobre este carácter específico de la gran comunidad sobrenatural fundada por Jesús. La primera es refiriéndose en concreto a la Iglesia de Corinto. Consumido por intranquilidades de celo divino, descubre San Pablo sus temores de que aquella Iglesia pueda perder algo de la hermosura y pureza propias de quien es *virgen casta unida a Cristo con* místicos *desposorios,* en cuya ceremonia nupcial él mismo ha servido de paraninfo, conduciéndola de la mano ante la presencia del Señor, su esposo [12]

Unos años más tarde, desde las obscuridades de su cautiverio romano vuelve a iluminar el Apóstol con luz más intensa este gran misterio; pero esta vez habla ya de la Iglesia universal, cuyas relaciones con Cristo presentan una intimidad semejante a las del matrimonio, que tienen en aquéllas juntamente un símbolo y un modelo. Las palabras de Yahveh en el paraíso: *Los casados serán dos en una carne, tienen* su máxima actuación misteriosa en esta unión sobrenatural del Dios Hombre con su Iglesia; unión la más íntima que puede concebirse después de la hipostática [13].

Gracias a esta doctrina de San Pablo quedó tan grabada en la concepción cristiana la imagen de una Iglesia virgen y esposa de Cristo, que pudo muy bien acudir a ella, en busca de armas contra el Pontífice Calixto I, la pertinacia de Tertuliano montanista, cuando, a raíz del decreto sobre el perdón de los adúlteros y fornicarios que hiciesen peniten-

---

[11] *Regula,* introd.: PL 72, 876.

[12] «Despondi enim vos uni viro virginem castam exhibere Christo» (2 Cor. 11, 2).

[13] Eph. 5, 26-32 Una interesante exposición de este pasaje y de los correspondientes versículos del Génesis trazó SAN METODIO, *Convivium,* orat. 3 Thaliae, cc. 1-10: PG 18, 60-77, donde la describe saliendo del costado de Cristo, cual Eva de Adán, mientras dormía el Esposo el sueño de la cruz. Imposible olvidar asimismo las delicadas estrofas que en su himno dedica Tecla a la Iglesia, esposa del Rey de las vírgenes (ibid., orat. 11 Arete, c. 2: PG 18, 212).

cia, lanzaba al cielo sus clamores, lamentándose de que consintiera en semejante lenidad una Iglesia que por su naturaleza es virgen y, como tal, pudorosa, santa y libre de toda mancha deshonesta [14].

Era un eco de la tradición de los Santos Padres, cuyas voces en tiempos posteriores irán sucediéndose unas tras otras, como olas en marea creciente, con idénticas expresiones de loor. La sinagoga había sido la elegida de Yahveh entre todas las mujeres; la Iglesia es la esposa hermosísima escogida por el Verbo entre todas las vírgenes [15]. Esta su casta integridad es para ella tan esencial como su carácter de esposa de Cristo, con el que en cierto modo se identifica. El Señor, virginidad hecha carne, no podía cruzar su mirada nupcial sino con otra mirada de pureza intacta, aun en el caso, como es el presente, en que se tratase de un cuerpo místico y social. Por eso, decir esposa de Cristo y decir virgen resultaban términos en cierto modo equivalentes.

Si mientras revolvemos dentro de nosotros estas ideas tornamos nuestros ojos a las vírgenes consagradas, nos hallaremos ante una delicada interferencia de conceptos: sus desposorios con el Señor no son algo distinto del gran misterio contenido en el matrimonio de Cristo con la Iglesia. Es el genio de Hipona quien nos susurra al oído estas palabras: "Ni ha de creerse que las que consagran a Dios su virginidad, aunque elevadas a un grado tan alto de honor y pureza, carezcan de verdadero matrimonio, pues entran en las nupcias de la Iglesia universal, en las que el esposo es Cristo" [16]. Una misma es, pues, la bendición matrimonial que convierte en esposas de Cristo a la Iglesia y a sus vírgenes consagradas, y común es la savia de pureza que por ellas circula.

---

[14] Según la opinión de varios autores, el «Pontifex scilicet maximus, quod est episcopus episcoporum», contra el que lanza sus invectivas Tertuliano, no es precisamente el Papa de Roma, sino Agripino, obispo de Cartago. Pocas probabilidades tiene esta conjetura; pero, como es patente por lo que a nosotros toca, no tiene importancia alguna semejante cambio de interpretación (*De pudicitia*, c. 1: PL 2, 981).

[15] San Ambrosio, *Exhortatio virginitatis*, c. 10, n. 67: PL 16, 356. Sería enfarragoso acumular citas sobre este punto tan comentado por los Santos Padres. Aun en la literatura apócrifa anterior a Tertuliano, como en las *Odas de Salomón*, redactadas en la primera mitad del siglo II, aparece la imagen de la Iglesia en forma de virgen pura. (Cf. oda 33, trad. inglesa y comentarios de A. Robinson, TS, t. VIII, n. 3 (1909), p. 117.) Véase acerca de este punto J. M. Bover, *La Mariología en las «Odas de Salomón»*, en «Estudios Eclesiásticos», t. X (1931), pp. 358-363. Y bajo la misma figura de virgen la presenta también en el siglo II el Pastor Hermas, vis., 4, c. 2: FPA, vol. I, p. 460.

[16] *In Iohannis evangelium*, tr. 9, n. 2: PL 35, 1459.

Esta sublime identificación hace difícil precisar si las jóvenes consagradas toman su carácter virginal de la Iglesia o más bien es a ellas a quien ésta debe su prerrogativa de poderse llamar virgen. En realidad existe un mutuo influjo. ¿Quién va a dudar de que la carne purísima del Dios Hombre, cabeza de su cuerpo místico, es la fuente cristalina e insustituible de donde mana a los demás miembros la virtud de la castidad, no menos que cualquier otro encanto de la gracia? Pero, esto no obstante, hemos de reconocer que así como la Iglesia es y se llama santa por ser santa la parte principal y más escogida de sus fieles y porque a través de sus leyes, instituciones y sacramentos proporciona a sus hijos la leche inmaculada de la santidad, así también puede justamente enorgullecerse con el título de virgen, porque virgen es el coro más selecto de sus jerarquías ascéticas y porque virginidad es la sangre con que nutre a las almas selectas a través de sus ideales de perfección y de sus anhelos unitivos con el Verbo divino. Suntuosa era la capital del Imperio romano, y como tal por todos proclamada, gracias al esplendor de sus grandes palacios, aun cuando detrás de ellos dormitaran los miserables tugurios de la plebe [17].

Quizás parezca extraña, pero es ésta la concepción más frecuente en los escritores eclesiásticos de la antigüedad, aun cuando cambiado el ropaje de nuestro árido dogmatismo por el atuendo de una dicción poetizante, cual la de Orígenes, al afirmar que "la Iglesia florece como verdadera esposa de Cristo y como virgen con las flores de las vírgenes castas y pudorosas" [18]. Sugerencia radiante que debía cubrir el firmamento de la literatura patrística, extendiéndose desde Alejandría con Orígenes, a principios del siglo III, por encima de todo el mar Mediterráneo, hasta terminar en Sevilla a fines de la sexta centuria con San Leandro, cuyas son estas palabras: "Gracias a vuestro propósito y vuestra fe, ha podido alcanzar la Iglesia el título de virgen, ya que la parte más selecta y de mejor voluntad que en ella se encuentra sois vosotras, las que habéis consagrado a Cristo la integridad de vuestra alma y vuesto cuerpo" [19].

Si las vírgenes consagradas pueden recabar para sí la gloria de poner en la frente de la Iglesia la diadema de la virginidad, en cambio reciben de ella el privilegio de no quedar estériles en el desenvolvimiento de la vida. Es la suya, en calidad de esposas de Cristo, virginidad fecunda, cual

---

[17] Es precisamente la idea que suelen desarrollar los comentaristas al exponer el texto paulino de la virginidad, v. gr., A. LÁPIDE, *Commentaria in Scripturam Sacram, In Epist. ad Ephesios*, 5, 27, ed. Vivès (París 1858), t. XVIII, p. 663.

[18] *In Genesim*, hom. 3, n. 6: PG 12, 181.

[19] *Regula*, introd.: PL 72, 877.

lo es la de la Iglesia y cual lo fué antes la de María, Madre purísima del Verbo. A este primer arquetipo hay que acudir para entender en toda su plenitud el poder generativo de la perfecta continencia. Preciosamente lo notaba desde Hipona San Agustín cuando decía: "La Iglesia es madre y virgen; pues de lo contrario, ¿a qué viene mirar tanto por su integridad si no es virgen? ¿Y a qué hijos suyos nos dirigimos si no es madre? María dió a luz corporalmente a la cabeza de este cuerpo místico; la Iglesia da a luz espiritualmente a sus miembros. En una y otra la virginidad no les impide ser fecundas; en una y otra la fecundidad no es óbice para que sean vírgenes" [20]. Es más: esa misma prerrogativa de la maternidad de la Iglesia exige de Dios el don de la pureza íntegra, pues como había de explicar el mismo Doctor, si Jesús, cabeza del cuerpo místico, nació de una virgen, María, fué precisamente para significar que de una virgen, la Iglesia, debían nacer los demás miembros [21].

De este modo quedaba completada en la mente de los primeros siglos la imagen fiel de la Iglesia mediante el triple carácter que le es esencial: esposa, virgen, madre. Y cómo se deleitan los grandes directores del pensamiento ascético primitivo en la contemplación de esta mezcla sobrenatural de antinomias: "Ved ahí a la Iglesia—decía San Ambrosio—, inmaculada de toda unión carnal, fecunda por sus alumbramientos, virgen por su castidad, madre por su prole... Nos da la vida, no entre dolores de carne, sino entre gozos de ángeles. Nos alimenta, no con la leche de su cuerpo, sino con la que dió el apóstol San Pablo al pueblo cristiano cuando éste, todavía tierno en edad, comenzaba a desarrollarse [22]. ¿Qué mujer casada ha sido bendecida con más hijos que la santa Iglesia, virgen en su misteriosa integridad y madre con una descendencia formada por muchos pueblos?... No tiene varón, pero sí tiene Esposo, ya que la Iglesia en las naciones—y lo mismo se diga del alma en los particulares—está desposada con el Verbo de Dios como con un Esposo eterno, sin peligro de lesión para su pudor, incapaz de ser deshonrada, fértil en conocimientos elevados" [23].

En el breve paréntesis intercalado en este pasaje por el Obispo de Milán, se nos ofrece con palabras taxativas el puente que de la fecundidad virginal de la Iglesia nos ha de conducir a la de las vírgenes consagradas. Verdaderas esposas de Cristo, también ellas podrán gloriarse de una

[20] *De sancta virginitate*, c. 2 : PL 40, 397.
[21] Ibid., c. 6 : PL 40, 399.
[22] 1 Cor. 3, 2.
[23] *De virginibus*, lib. I, c. 5, n. 31 : PL 16, 197. Mas ampliamente va desarrollando SAN METODIO esta misma idea de la multitud de hijos que da a luz la Iglesia en virtud de su unión con Cristo (*Convivium*, orat. 3 Thaliae, c. 8 : PG 18, 72-75).

espiritual descendencia más ilustre que la prole engendrada por la carne.

No sería únicamente en Hipona donde ciertas matronas cristianas, presentando sus hijos ante el Pastor eclesiástico, le decían con marcada complacencia: "El ser madre y virgen fué privilegio exclusivo de María; por eso debemos resignarnos a imitarla por partes: unas renunciando a procrear hijos por conservar la virginidad, otras sacrificando el honor de ser vírgenes por engendrar nuevos miembros del cuerpo místico de Cristo". Nos parece ver el gesto indignado de San Agustín, cuando, al oír semejantes expresiones, echaba en cara a sus autoras que todavía podría ser excusable tal atrevimiento si de hecho diesen a luz hijos cristianos, de modo que, prescindiendo del privilegio virginal, sólo fuesen aventajadas por María, en cuanto que ésta engendró la Cabeza del Cuerpo místico y ellas engendran sus restantes miembros; pero es el caso que estas madres humanas no sacan a la vida hijos cristianos, sino hijos pecadores de Adán, que únicamente se incorporan a Cristo después de que la Iglesia vuelve a darlos a luz mediante el bautismo. Ella es su verdadera madre en el espíritu. Aun cuando es verdad que a este alumbramiento sobrenatural pueden cooperar también las madres carnales por medio de la fe en el Redentor fecundada por la caridad. Por esta última acción sí que adquieren los verdaderos encantos de la maternidad en un orden no menos real, pero mucho más excelso. Pues ¡cuánto más acreedoras serán a este título de madres las vírgenes consagradas, que mediante esa misma fe y caridad, en un grado mucho más intenso, quedan constituídas madres de Cristo y de sus fieles, según la doctrina del Señor: *Quien hace mi voluntad es mi verdadera madre* [24].

Son ante todo las vírgenes las que, desposadas y unidas con Cristo, como expone San Metodio, reciben en su alma la semilla pura y fecunda de la fe y el amor, que sirve para instruir y dar vida a otros, cooperando así a su regeneración. Ellas llevan como una madre en su seno a los principiantes e imperfectos en la virtud, hasta que, formados en la belleza del ideal ascético, obtienen la plenitud de su desarrollo cristiano [25].

---

[24] Véase cómo explica en este sentido la maternidad espiritual de las vírgenes SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate*, cc. 3, 6 y 7: PL 40, 375-378.

[25] *Convivium*, orat. 3 Thaliae, c. 8: PG 18, 73-75. Al fin y al cabo no es sino la doctrina expuesta con tanto realismo por San Pablo en sus frases: *Yo os he engendrado en Cristo Jesús por medio del Evangelio* (1 Cor. 4, 15); o cuando dice: *Hijitos míos, a quienes doy de nuevo a luz hasta que se forme Cristo en vosotros* (Gal. 4, 19). SAN LEANDRO ofrece otra explicación más alegórica de la maternidad espiritual de las vírgenes con estas palabras: «Los sentimientos

He aquí por qué las esposas de Cristo en la tierra, colaborando con la santa Iglesia, madre fecunda de todos los fieles regenerados, pueden gloriarse de poseer una descendencia más ilustre y de mejor calidad que la de las madres corporales. No deben, pues, temer el dicterio de estériles, ya que su fecundidad queda en cierto modo identificada con la de la Iglesia, quien, como anota San Ambrosio, en un solo parto por medio del rito bautismal, el día de Pascua, da a luz muchedumbres ingentes, que llenan las regiones todas del orbe [26].

De este modo el doble carácter venerando de virgen consagrada y madre espiritual viene a completar felizmente con rasgos inconfundibles la figura de esposa mística de Cristo.

El velo como expresión simbólica del matrimonio místico

47. Pero ¿tenía esta idea del matrimonio místico mayor trascendencia que la de un ensueño poético urdido por aquellas almas llenas de ideal y ardientes en su amor a Cristo? Acaso surgió esta misma objeción en algunas comunidades cristianas antes de finalizar el siglo IV. Es lo cierto que en una carta falsamente atribuída a San Jerónimo, pero ciertamente escrita poco después del año 404, parece tenerse en cuenta una impugnación de este género cuando se dice: "Porque es la autoridad de la misma Iglesia quien nos permite llamar a las vírgenes esposas de Cristo, ya que les impone el velo de modo semejante a como se les impone a las esposas terrenas, mostrando que precisamente aquellas que han renunciado a los enlaces carnales pueden mejor que ninguna otra gloriarse del matrimonio espiritual, y que quienes por amor de Dios han despreciado toda boda terrena, se unen

---

castos deben ser considerados como otros tantos hijos de la virgen... ¡Feliz concepción, descendencia incorrupta, ventajosísimo parto! Aquí se da a luz una prole de santos pensamientos y no hay lugar para el dolor. Tantos son sus vástagos bienaventurados cuantos son sus devotos deseos; tantas veces concibe la virgen cuantas recibe dentro de sí el Espíritu divino con la piadosa meditación. Esta concepción sobrenatural da como fruto las virtudes. Y para que no te consideres estéril, sabe que tantos hijos tienes cuantas virtudes adquieres. Con una sola concepción por gracia del Espíritu Santo lograrás múltiples alumbramientos: en el primer parto darás a luz el pudor, en el segundo la paciencia, en el tercero la sobriedad, en el cuarto la templanza, en el quinto la caridad, en el sexto la humildad y en el séptimo la pureza, cumpliéndose el dicho de la Escritura: *La estéril dió a luz siete hijos* (1 Reg. 2, 5). He ahí cómo puedes tener siete alumbramientos con una sola concepción del Espíritu septiforme» (*Regula*, introd.: PL 72, 880).

[26] *Exhortatio virginitatis*, c. 8, n. 42: PL 16, 348 s.

dignamente con él por el vínculo místico del matrimonio. En ellas mejor que en nadie se cumple el dicho del Apóstol: *Los que se unen al Señor forman con él un espíritu...*" [27]

Se ve, pues, que a la voz de la tradición escrita quiso añadir la Iglesia el símbolo de lo ritual para traducir más fácilmente al lenguaje de lo sensible el concepto de los místicos desposorios. El uso del velo como parte integrante de la bendición del matrimonio era rito ordinario en el ceremonial cristiano del siglo IV, como lo recuerda San Ambrosio y lo atestigua el Papa Siricio [28].

No sabemos cuándo adoptó la Iglesia entre sus ceremonias este símbolo representativo de los misterios encerrados en el matrimonio; pero anteriormente a esta fecha, fuese cual fuese, el uso del velo en calidad de rito nupcial venía siendo ya practicado desde el tiempo de los antiguos griegos y etruscos. Los romanos lo conservaron como símbolo de la unión conyugal, hasta el punto de que el acto de velar a los esposos *(obnubere* = cubrir) vino a dar nombre al matrimonio *(nubere, nuptiae,* en castellano nupcias) y a la mujer casada *(nupta)*.

Esta, antes de ir al lecho la víspera de su boda, consagraba sus trajes juveniles a los dioses familiares y muy de mañana se revestía ya con su traje de novia, la *túnica recta* de urdimbre vertical, tejido de buen agüero, y cubría su cabeza con el velo amarillo rojizo, el *flámeo*. Tal era precisamente la forma en que había de ser presentada a su esposo al atardecer, después del sacrificio y banquete de bodas, para ser recibida solemnemente en el nuevo hogar. Muy probable es que este detalle de llevar velada la cabeza al pisar los umbrales de su nueva casa tuviera por origen la costumbre de cubrirse con el velo los sacerdotes al ofrecer ciertos sacrificios o ejercer determinados actos de culto. El hogar entre griegos y romanos tuvo siempre carácter de templo, donde se veneraban los dioses patrios, lares o penates. En este caso, la imposición del velo representaría la consagración por la cual la desposada era iniciada en el culto doméstico de su esposo. Su traslación al matrimonio místico de las vírgenes no podía ser de significado más obvio.

Por otra parte, el velo nupcial llegó a tener un nombre específico entre los latinos, como puede verse en Plinio y Lucano [29]. Su designación con la voz de *flámeo* era debido, según explica Festo Pompeyo [30], a ser ésta precisamente

---

[27] *Epist. 13 inter Mantissa operum S. Hieronymi*, n. 1: PL 30, 163.

[28] Puede verse la cita de los textos y su interpretación en L. DUCHESNE, *Origines du culte chrétien* (París 1908), p. 439.

[29] PLINIO, *Historia naturalis*, lib. XXI, c. 22: BCL, t. LXIV, p. 35; LUCANO, *Pharsalia*, lib. II, v. 361: BCL, t. XXXVI, p. 176.

[30] *De significatione verborum*, en la voz *flammeum*.

la prenda usada de ordinario por la mujer del flamen dial, a quien no estaba permitido el divorcio. Esta misma palabra de *flámeo* fué la que escogieron los escritores cristianos, en especial los grandes autores de la ascética de la pureza, como San Ambrosio y San Jerónimo, para designar el velo virginal impuesto a las jóvenes consagradas con la continencia [31].

La Iglesia, pues, al introducir el rito de la velación en el ceremonial de la virginidad, concedía conscientemente a las vírgenes el carácter de esposas de Cristo mediante un simbolismo que, además de contener la representación del matrimonio, incluía por su origen histórico el doble matiz de iniciación religiosa y firmeza indisoluble. Más tarde veremos cómo, al menos ya hacia el año 250, se dejan oír voces que desde lo más profundo de las catacumbas nos atestiguan la existencia de esta ceremonia de la velación virginal [32].

Tras estos recuerdos, nos es ya lícito asegurar que aquellas solemnes palabras pronunciadas en tiempos posteriores por los pontífices al imponer el velo a las vírgenes: "Recibe este sagrado velo en señal de haber despreciado al mundo y haberte entregado para siempre a Cristo, como humilde y verdadera esposa, con todo el ardor de tu corazón..." [33], envolvían en sus cadencias hieráticas dejos de la primitiva concepción cristiana de la virginidad.

La infidelidad, verdadero adulterio en la legislación de obispos, concilios, pontífices y emperadores

48. También en el orden jurídico quiso la Iglesia sancionar como real y místico a un tiempo el desposorio de Cristo y la virgen consagrada. La traición a vínculos tan estrechos de amor debía ser clasificada como verdadero adulterio. Y que así lo considerasen aquellas primeras generaciones de nuestra fe, lo proclamaba en alta voz San Cipriano a mediados del siglo III, cuando, reprendiendo a ciertas vírgenes el excesivo ornato de sus personas, les denunciaba el peligro a que se exponían de ser "*adúlteras,* no

---

[31] San Ambrosio, *De virginibus,* lib. I, c. 11, n. 65: PL 16, 206; San Jerónimo, *Epist. 147 ad Sabinianum lapsum,* n. 6: PL 22, 1200.

[32] Véase el capítulo 5 de esta segunda parte.

[33] «Accipe velamen sacrum, quo cognoscaris mundum contempsisse et te Christo Iesu veraciter humiliterque, toto cordis annisu, sponsam perpetualiter subdidisse, qui te ab omni malo defendat, et ad vitam perducat aeternam.» Es la fórmula que ha pasado definitivamente al actual *Pontifical Romano,* pars 1.ª, *De benedictione et consecratione virginum.*

contra un marido cualquiera, sino contra Cristo" [34]; recriminación que encontraría un eco más acerbo y más preciso en aquellas frases del autor *De lapsu virginis*: "Dirá alguno: Mejor es casarse que arder en concupiscencia (1 Cor. 7, 9). Sepa el tal que esto va dirigido a las no desposadas, a quienes no han recibido aún el velo; pero la que se ha prometido a Cristo y ha aceptado el velo sagrado, está ya casada, se ha unido ya a un varón inmortal. Por lo tanto, si quisiere contraer nuevas nupcias, según la común ley del matrimonio, *perpetra un adulterio* y se hace reo de muerte..." [35]. Antes de llegar a un desenlace tan extremoso, son significativas las amonestaciones recibidas por las vírgenes sobre el cuidado que han de tener en sus palabras, miradas y deseos, aun los más ocultos, pues el Señor, que todo lo ve, anda observándolas como *esposo celoso* para no ser burlado por ellas [36].

Consecuencia de esta situación jurídica fué el rigor que desde el primer momento presentaron las penas contra las infidelidades de las vírgenes, en calidad de verdaderos adulterios. Ya antes recordamos el fallo de San Cipriano con ocasión de las *subintroductas*: "Si alguna fuese hallada pecadora, haga penitencia plena de su crimen, puesto que ha sido *adúltera,* no de un marido cualquiera, sino de Cristo. Después de haber practicado la penitencia durante el tiempo que se juzgue conveniente, hecha su confesión, sea admitida de nuevo en la Iglesia." La virgen sacrílega quedaba, por tanto, durante algún tiempo oficialmente excluída de la comunidad espiritual de los fieles. Es más: aun sin culpa de lujuria, la sola convivencia con un varón debía ser causa que impidiese para siempre la entrada en la Iglesia a las vírgenes esposas de Cristo [37].

Más acerbas, aun cuando de menos sabor jurídico, son las frases con que intima a la infeliz Susana su Obispo la penitencia a que se ha hecho acreedora por su caída:

Reflexiona sobre tu delito y, retractándolo en lo posible con la voluntad, sé tú el juez más severo de aquel hecho. Ante todo,

[34] *De habitu virginum,* 20: PL 4, 459. Igual frase aparece en su carta a Pomponio, y es la que le sirve de base jurídica para las penitencias que a continuación impone (*Epist. 62,* n. 4, ed. y t. cit., 370).

[35] C. 5, n. 21: PL 16, 372 s. SAN AGUSTÍN, después de hacer constar que los matrimonios de las vírgenes no son matrimonios, sino adulterios, observa que superan todavía en gravedad a las infidelidades que puede haber entre esposos meramente humanos (*De bono viduitatis,* c. 11, n. 14: PL 40, 439.

[36] BASILIO DE ANCIRA, *De virginitate,* n. 27: PG 30, 725-728; cf. SAN LEANDRO, *Regula,* introd.: PL 72, 879. En el primero de estos autores, las consideraciones sobre el adulterio de las vírgenes ocupan varios capítulos.

[37] «... cum hac impudica obstinatione numquam a nobis admitti in Ecclesiam posse» (*Epist. 62 ad Pomponium,* n. 4: PL 4, 370).

desaparezca de ti toda solicitud de las cosas de este mundo, y considerándote muerta, como realmente lo estás, piensa en el modo de volver a la vida. Revístete con un hábito de luto, castiga tu mente y cada uno de tus miembros con una pena proporcionada. Córtate los cabellos, que por vanagloria ofrecieron ocasión a la lujuria. Inunda en lágrimas esos ojos que se fijaron impúdicamente en un varón. Palidezcan esas mejillas que enrojeció en otro tiempo la impureza. Todo el cuerpo, finalmente, sea maltratado con asperezas y ayunos: estremézcase cubierto de ceniza y rodeado por el cilicio, ya que antes se atrevió a complacerse impuramente con su belleza. Derrítase el corazón como la cera, atormentándose con austeridades y afligiéndose al considerar una y mil veces cuán fácilmente fué vencido del enemigo. Aun la misma razón sufra también sus padecimientos, puesto que, teniendo dominio sobre los miembros corporales, cedió al imperio del mal... No dejes ningún día de recitar el salmo *Miserere,* ya que se compuso con ocasión semejante, y reza sus versículos con lágrimas y gemidos hasta llegar a las palabras: *No desprecia Dios el corazón contrito y humillado...* [38].

Para cuando se dejaron oír estas prescripciones penitenciales, hacía ya bastante más de medio siglo que los obispos españoles habían fijado con fórmulas taxativas, y por cierto bien severas, las penas debidas a tales infidelidades. Hacia el año 300, el Concilio Nacional de Elvira, presidido por Félix, el obispo de Guadix, y con asistencia de Osio de Córdoba, redactaba su canon tercero en esta forma: "Respecto a las vírgenes que, habiéndose consagrado a Dios, olvidaren su voto de virginidad y cediesen a la concupiscencia de la carne, sin reconocer cuánto sea el bien perdido, determinamos que no les sea dada la comunión ni siquiera al fin de su vida; pero si, habiendo sucumbido a la debilidad de la naturaleza, reconociesen su falta e hiciesen penitencia durante el resto de su vida, manteniéndose limpias de toda fornicación y mostrándose así culpables de un solo pecado, determinamos que se les dé la comunión a la hora de la muerte" [39].

Es decir, que en el más favorable de los casos eran necesarias las lágrimas de toda una vida para ir borrando letra a letra la sentencia de su excomunión. A las entregadas a la lujuria o a las que, engañadas, pretendían vivir en estado de legítimo matrimonio (puesto que ambas hipótesis se encierran en las palabras genéricas del canon), no se les podía recibir de nuevo en la Iglesia, ni siquiera al final de sus días, si no reconocían su error [40]. ¿No era esto declarar que

[38] *De lapsu virginis consecratae,* c. 8, n. 35, y c. 10, n. 43: PL 16, 376 y 381.

[39] Canon 13. Cf. MSCC, t. II, col. 8. Hay diversidad de lecciones, como puede verse en la obra citada; pero no afectan al sentido general de la condenación.

[40] Las palabras del canon parecen incluir ambas hipótesis, es decir, la caída en una vida lujuriosa y el intento de vivir en matrimo-

la virgen consagrada no podía contraer jamás legítimas nupcias una vez que se había desposado en verdad con el mismo Cristo?

Ni se arredraban los pastores eclesiásticos de llegar a las últimas consecuencias entrañadas en esta concepción del matrimonio espiritual de las vírgenes. Así lo pregonarían catorce años más tarde otras voces episcopales, esta vez provenientes del Oriente, en el Sínodo general de Ancira. Acababa de bajar al sepulcro Maximino el Tracio, impregnada su túnica en sangre cristiana. Los pastores de Siria y Asia Menor aprovecharon aquellas horas de paz traídas por la muerte del tirano para congregarse, con el bálsamo en una mano y el cauterio en la otra, a fin de curar las heridas abiertas en la Iglesia por el perseguidor. Uno de los cánones está destinado a las vírgenes infieles, y sus letras parecen impresas a fuego: "Todos aquellos (varones o doncellas) que, habiendo consagrado su virginidad a Dios, han violado su promesa, deben ser considerados como *reos de bigamia*" [41].

La idea del matrimonio virgíneo no podía declararse de modo más patente. El matrimonio de una virgen, a juicio de aquellos padres, era un verdadero atentado de segundas nupcias subsistiendo las primeras, crimen que en la disciplina penal de aquellas Iglesias llevaba consigo la excomunión durante un año, empleado en vida de penitencia. Se había querido sofocar el aroma de azahar de los primeros desposorios con el hedor de un matrimonio impuro, y la Iglesia arrancaba de sí aquellas flores marchitas, anatematizándolas con la ignominia de bigamia.

Todos estos juicios de las Iglesias occidentales y orientales venían a ser confirmados y en cierto modo aun refor-

nio: «Si pactum perdiderint virginitatis atque eidem libidini servierint, non intelligentes quid admisserint». Cf. C. J. HEFELE, *Histoire des Conciles*, trad. franc., t. I, p. 1.ª (París 1907), p. 229, que lo interpreta teniendo en cuenta los dos casos. Parece, pues, bastante bien fundado el argumento que saca WECKESSER de este canon para determinar el carácter de impedimento dirimente que tenía ya el voto de virginidad en aquel tiempo en España. (Cf. *Das feierliche Keuschheitsgelübde der gottgeweihten Jungfrauen in der alten Kirche*, «Archiv für Katolische Kirchenrecht», t. LXXVI (1896), pp. 201-204.) Aparece claro que aquellos intentos de matrimonio no eran verdaderos matrimonios, ya que mientras permaneciesen en ellos no podían ser admitidas a la comunión ni siquiera al fin de su vida. Ante este argumento resultan débiles las observaciones contrarias de *H. KOCH en su estudio *Virgines Christi, Die Gelübde der Gottgeweihten Jungfrauen in den ersten drei Jahrhunderten*, TU, t. XXXI (1906), Heft 2, pp. 86-90.

[41] Canon 19. Cf. MSCC, t. II, col. 519. La interpretación y determinación de las penas correspondientes puede verse en C. J. HEFELE, *Histoire des Conciles*, trad. cit., t. I, p. 322. Algo más de medio siglo después, en 375, escribiría en el mismo sentido SAN BASILIO, señalándoles las penas propias de la bigamia (*Epist. 199 ad Amphilochium*, n. 18: PG 32, 717).

zados con mayor severidad por la Sede Apostólica. En la segunda mitad del mismo siglo escribía el Papa San Dámaso a los obispos franceses [42], declarando que la virgen consagrada bajo el velo santo que cayese en pecado de deshonestidad o que pretendiese contraer matrimonio, intentando, aunque sin derecho, dar a un varón el nombre de marido para ocultar en realidad el de adúltero, "debía llorar su culpa durante muchos años, para que, haciendo frutos dignos de penitencia y cumplidas las penas impuestas, pudiera al fin obtener perdón de su pecado" [43].

Todavía quedaría más recalcada esta condición jurídica de adulterio y más acentuado el rigor de la disciplina algunos años más tarde, en la carta escrita el 414 por el Papa Inocencio I al obispo de Ruán, Victricio, comunicándole las normas observadas en Roma ante casos tan lamentables. Tales vírgenes prevaricadoras ni siquiera debían ser admitidas al estado de penitentes, a no ser después de haber fallecido su cómplice en el pecado. "Pues si tratándose de las infidelidades terrenas—continuaba el Sumo Pontífice—se guarda esta norma, de que quien entabla segundas nupcias viviendo aún su marido sea considerada como adúltera y no se le conceda el derecho a la penitencia sino después de haber muerto uno de ambos varones, ¿cuánto más se ha de proceder así con quien, habiéndose primero unido a un esposo inmortal, procede después a unas segundas nupcias con un hombre terreno?" [44].

La mente de la Iglesia, tanto en sus obispos como en su Pastor supremo, acerca del carácter de adúltera que revestía la virgen infiel y del concepto de matrimonio místico con Cristo, era clara y terminante. Debido a esto, las mismas autoridades civiles creyeron deber amparar con su protección la validez de semejante matrimonio espiritual. El año 364 subscribía una ley el emperador Flavio Joviano en que hacía sentir de lleno el peso de su espada justiciera: "Si

---

[42] Suele aparecer bajo el nombre del Papa Siricio. HARDUIN supuso fueran los cánones de un sínodo romano tenido bajo Inocencio I. (Cf. *Acta conciliorum et Epistolae decretales ac Constitutiones Summ. Pontificum,* t. I, Parisiis 1715, col. 1033.) Sin embargo, actualmente parece demostrado ser una decretal del Papa Dámaso. (Cf. *E. CH. BABUT, *La plus ancienne décrétale,* 1904; véase la recensión de esta tesis doctoral en **Theologische Literaturzeitung,* XXX (1905), col. 495 s.)

[43] *Epist. 10 inter epist.* PAPAE SIRICII, c. 1, n. 3: PL 13, 1182 s. Como se ve, el Papa supone ser inválido el pretendido matrimonio subsiguiente al voto de virginidad en las condiciones allí indicadas.

[44] *Epist. Innocentii ad Victricium episcop. Rothomagensem,* c. 14: PL 56, 525 s.

alguien—decía—se atreviere no digo ya a raptar, pero aun a solicitar para el matrimonio a una virgen consagrada, sea condenado a la pena capital" [45].

Impresión ante la caída de una virgen

49. Como suele suceder, la ley en este caso no era sino el índice de la conciencia pública, y su severidad marcaba lo profundo de la emoción producida en la Iglesia por la caída de una esposa de Cristo. Era inevitable que, a pesar del fervor de las primeras comunidades cristianas y del celo vigilante de sus pastores, no apareciese manchada, alguna que otra vez, una corola de virginidad. Aquellas flores delicadas surgían del lodo del paganismo, y por el pie de su tallo resbalaban las ondas de fango que arrojaba de su seno la sensualidad romana. ¿Qué extraño se descubrise alguna salpicadura? Pero cierto que en tal caso la roca que, desgajada de un monte, viene a romper la superficie cristalina de un lago, no produce sensación tan inmensa.

Dos de estos hechos nos han sido conservados por los anales de los duelos cristianos, sirviendo de ocasión a sendas amonestaciones de sus respectivos pastores: Susana, la virgen de Dacia, que arrancó gemidos del alma a su obispo Nicetas; y la joven de Cesarea, capullo de un hogar en que la abuela, la madre y una hermana reñían la emulación de las aspiraciones celestes, y que mereció en su caída oír los lamentos de San Basilio, el gran Doctor de Capadocia. La indignación por el ultraje divino y el patetismo del dolor por la desgracia de la virgen prevaricadora prestan a la oratoria de ambos obispos el tono impresionante de los antiguos profetas de Israel [46].

[45] *Código Teodosiano,* lib. 9, tit. 25, ley 2.ª En dicho código se añade la palabra *vel invitas,* de dudosa lectura, como puede verse en los comentarios al texto; v. gr., *Codex Theodosianus cum perpetuis commentariis* IAC. GOTHOFREDI... Opera et studio Antonii Marvilii (Lipsiae), t. III, 1738, pp. 219-221. De hecho en el código de Justiniano falta dicha cláusula (lib. I, tit. 3, ley 5.ª). Cf. *Corpus iuris civilis Romani cum notis* DIONYSII GOTHOFREDI, FR. MODII et SIMONIS VAN LEEUWEN, t. II (Coloniae Munatianae 1756), p. 37.

[46] El paralelismo, en el orden ideológico, de ambas amonestaciones; la semejanza de ciertos resortes psicológicos, como el recuerdo de las solemnidades de la profesión y del dolor de los padres, así como cierto parecido en el tono oratorio de ambos escritos, me inducen a juzgar que se dió una dependencia directa en su composición. Los criterios internos abogan por la prioridad de la exhortación basiliana, más breve en su contenido, más sobria en sus exclamaciones y de alusiones a una liturgia virginal menos desarrollada. En cambio, acentúa mucho más el carácter de adulterio contenido en tal infidelidad.

La Iglesia, personificada principalmente en su pastor; los padres de la virgen profanada, sus allegados, la misma sacrílega, sienten el peso de una angustia indefinible. Oigamos ante todo el dolor de la Iglesia, traducido por boca de su pastor:

¿Por qué callas, alma mía, mientras tus pensamientos se estremecen con llamaradas de volcán? ¿Por qué no estallas en clamores? ¿Por qué no manifiestas el fuego que abrasa tu mente para recibir así algún lenitivo?... ¡Oídme los que estáis presentes y los que os halláis en los lugares más lejanos! ¡Oídme los que teméis a Dios, los que os regocijáis con las alegrías de la Iglesia y los que lloráis con sus desgracias..., vosotros todos, los que conserváis la caridad de Cristo y no os complacéis, sino gemís ante la iniquidad! ¡Atended a las palabras de mis labios... y horrorizaos de la calidad del crimen descubierto! ¡Una virgen noble, consagrada a Dios, prudente, culta, ha caído en la fosa de la corrupción, ha concebido el dolor y ha dado a luz la iniquidad, se ha perdido a sí misma y ha enlodado la Iglesia! Toda alma cristiana ha recibido con esto una grave herida, porque lo santo se ha dado a los perros y las margaritas preciosas se han arrojado a los puercos. Hombres rabiosos han despedazado el nombre de la santidad, y gente inmunda y enfangada ha pisoteado el voto de la pureza. He aquí la causa de mi turbación, el motivo de mi dolor insanable. Un solo mal ha arrastrado tras sí a la perdición a innumerables bienes, y la nubecilla de una sola pecadora ha obscurecido casi por completo los resplandores de la Iglesia... Y ahora me dirijo a ti, causa de todos estos males... Pero ¿con qué palabras empezaré mi exhortación y con qué palabras la terminaré? ¿Traeré a la memoria los bienes que perdiste o lloraré más bien los males en que te han anegado?

Eras virgen en el paraíso; te elevabas entre las flores de la Iglesia; eras esposa de Cristo, eras templo del Señor, eras morada del Espíritu Santo, y cuantas veces pronuncio esta palabra *eras*, otros tantos gemidos brotan necesariamente de mi pecho, porque ya no eres eso que eras... ¡Qué súbita transformación! ¡Qué cambio tan repentino! De virgen de Dios has quedado hecha corrupción de Satanás; de esposa de Cristo, execrable prostituta; de templo de la divinidad, pagoda de inmundicia; de morada del Espíritu Santo, tugurio del diablo. ¡Tú, que antes caminabas confiada como inocente paloma, te ocultas ahora, cual culebra, en las tinieblas! ¡Tú, que resplandecías como el oro por el brillo de la virginidad, has venido a quedar más vil que el lodo de las calles y digna de ser pisoteada aun por los pies de los más depravados! ¡Tú, que eras estrella radiante en la mano del Señor, precipitándote desde lo alto del cielo, has extinguido tus luces y has quedado transformada en un tizón!... Mas, ¡ah!, que cuanto más se prolonga este mi lamento, acuden a mis labios frases más crueles, y al querer refrenarme no hallo modo de hacerlo. ¡Olvidaste tu voto! ¡Olvidaste a tus padres! ¡Olvidaste a la Iglesia entera! ¡Olvidaste la gloria de la virginidad! ¡Olvidaste el honor de tu nobleza! ¡Olvidaste la promesa del rei-

no eterno! ¡Olvidaste el juicio terrible! ¡Te abrazaste con la corrupción, diste a luz el fruto de la vergüenza y elegiste como fin una muerte cruelísima y la perdición sempiterna!... [47]

En verdad que las frases del santo Obispo semejan erupciones de un volcán; tal es la violenta amargura que agita su pecho ante aquella infidelidad, y tales, sin duda, la imagen de la dolorosa impresión producida en la Iglesia entera. La caída tenía colores tanto más negros cuanto que, como repetidas veces explicaban los pastores de almas, el mal era irreparable. Las lágrimas podrían borrar la culpa cometida; la divina Omnipotencia, en un arranque de generosidad milagrosa, podría devolver a la pecadora la integridad corporal; pero como exclamaba San Jerónimo: "Aunque parezca audaz, no dudo en decir que el mismo Dios, que todo lo puede, no es capaz de hacer de nuevo virgen a quien dejó ya de serlo por el pecado" [48]. Se trataba de una ruina que no conocía restauración.

Como puede fácilmente conjeturarse, el luto extendía de un modo especial sus negros crespones sobre la familia de la miserable sacrílega:

No es esta vergüenza—decía el Obispo a la prevaricadora Susana—, no es esta vergüenza lo que se prometía tu padre de ti, a quien consideraba como insigne gloria de su casa. Ni sospechaba que había de cubrirse con tal duelo y derramar por tu causa tales lágrimas tu madre, que entre los gemidos del parto se consolaba con la idea de tu futura virginidad. Ni esperaban de ti semejante deshonra tus hermanos y hermanas, a todos los cuales has herido gravemente de un solo golpe con la espada de tu crimen. Si hubieras perecido con la muerte común a todos los mortales, hubieran llorado algún tiempo tus padres la dolorosa separación; pero luego se hubieran regocijado en gran manera pensando que habían enviado ante sí una virgen inmaculada, como hostia viva y propiciación de sus pecados para con Dios. Mas ahora te lloran muerta y no muerta: gimen viéndote viva y no viva: muerta verdaderamente para la gloria de la virginidad, viva para la deshonra de la corrupción. Se estremece de ira tu padre... Maldice tu madre las entrañas de donde saliste a luz

---

[47] *De lapsu virginis consecratae*, cc. 1-2, nn. 1-7, y c. 6, n. 27: PL 16, 367-369 y 374. Parecido es el comienzo de SAN BASILIO, que clama impotente para contener sus lágrimas ante el adulterio cometido por una esposa de Cristo y apela a la actitud de los varones más celosos de ambos Testamentos (*Epist. 46 ad virginem lapsam*, n. 1: PG 32, 369-372).

[48] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 5: PL 22, 397. Explica más detenidamente esta idea en su *Comment. in Amos*, lib. II, c. 5, vv. 1 y 2: PL 25, 1036. La misma advertencia puede verse en otros autores, como en SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate*, c. 29: PL 40, 412; o en SAN LEANDRO, *Regula*, introd.: PL 72, 879.

con ventura tan aciaga. Ni uno ni otro hallan lenitivo a su dolor; tan sólo les consuela en parte el que ninguno de ellos te impelió a la virginidad, que profesaste libre y por tu propio deseo... [49]

La misma virgen, apaciguada la tormenta pasional que la había arrastrado entre sus ciclones, era la primera en sentir todo el peso de su infamia y comprender la posición en que su delito la había colocado respecto a los demás cristianos y, sobre todo, respecto a Dios, cuya fe había traicionado. Sentíase de pronto suspendida en medio del vacío: arriba, los cielos, preñados de nubarrones; abajo, un abismo dilatando sus fauces; en torno, miradas que esquivaban su vista, rostros que reflejaban el desprecio, antiguos conocidos que apartaban de ella a sus hijos cual temerosos de un pestífero contagio.

Lanza en torno una mirada—le dice su pastor—. ¿Quién de esos santos cristianos y cristianas no se horroriza de aproximarse a ti? ¡Abre los ojos, si puedes! ¡Levanta la frente, si te atreves! ¡Fija una mirada de confianza en cualquiera de esos fieles hijos de la Iglesia! ¡Ah! ¿Sientes, no es cierto, que la conciencia del delito pesa sobre tu rostro y le obliga a inclinarse a tierra? ¿Notas que unas tinieblas espesísimas se agolpan a tus ojos? ¿Experimentas que un pavoroso temor hace estremecerse todos tus miembros y tu misma alma?... Pues si después de haber pactado los esponsales delante de diez testigos y haberlos confirmado con la consumación del matrimonio, no puede ninguna mujer, aunque casada con un hombre mortal, perpetrar un adulterio sin exponerse a terribles penas, ¿qué deberá temer quien, unida místicamente a Cristo delante de innumerables testigos presentes en la Iglesia, delante de los ángeles y de los ejércitos de los bienaventurados, rompe el vínculo sagrado por medio de un adulterio?... [50]

Después de recorridas las anteriores líneas, no se hacen inverosímiles las frases puestas en labios de la virgen sacrílega por el autor del *De lapsu virginis:*

---

[49] *De lapsu virg. cons.*, c. 4, nn. 15-17 : PL 16, 370-371. También SAN BASILIO, aunque más de paso, recordaba el dolor de sus familiares *(Epist. 46*, n. 2 : PG 32, 372). Ambos se explayan de un modo particular en las solicitudes pastorales que desplegaron para evitar tales caídas. (Cf. *De lapsu*, c. 7, n. 28 s., t. cit., 375 ; y SAN BASILIO, *Epist. cit.*, n. 3, t. cit., 373-376.)

[50] *De lapsu virg. consec.*, c. 3, n. 9, y c. 5, n. 20, t. cit., 369 y 372. El mismo recuerdo de la profesión delante de la Iglesia y de los ángeles, así como parecidas consideraciones sobre la gravedad del adulterio, recurren en SAN BASILIO, *Epist. cit.*, n. 2 s., t. cit., 371 y 373-376. Ambos obispos dirigen asimismo una diatriba sumamente severa al cómplice, como adúltero suplantador de Cristo. (Cf. *De lapsu virg. cons.*, c. 9, nn. 39-42, t. cit., 379 s. ; SAN BASILIO, *Epist. cit.*, n. 4, t. cit., 376 s.)

¡No hay ya quien pueda consolarme! ¡Oh, cuán acerbo ha sido el fruto de la lujuria! ¡Más amargo que la hiel, más cruel que la espada! ¡Cómo me he convertido en desolación!... ¡Desgraciado el día en que me engendró mi infeliz madre y en que me recibió esta luz del sol, tan infausta para mí! ¡Cuánto mejor me hubiera sido no haber nacido que no verme en este momento hecha ludibrio de las gentes! ¡Por mi culpa atormenta ahora la vergüenza a todos los siervos de Dios y a todos sus fieles adoradores! ¡Lloradme, montes y collados! ¡Lloradme, fuentes y arroyos!, porque soy hija de llanto. ¡Lloradme, fieras de la selva, reptiles de la tierra, aves del cielo y todos los seres que gozáis de vida!...[51]

Abrumada bajo el peso de semejante emoción, leyendo a cada momento la acusación de su crimen en los semblantes de sus familiares y viéndose ante sus relaciones sociales mal cubierta por los últimos jirones de su dignidad perdida, era casi imposible que no se anublasen sus ojos con las lágrimas del arrepentimiento y viniese a echarse a los pies de su obispo, arrugada la altivez de su frente por los surcos del dolor.

Basta leer las líneas anteriores para comprender al punto que semejantes infidelidades no podían ser frecuentes[52]. A poco que éstas se hubieran multiplicado, ni la indignación del Pastor ni la impresión de los demás fieles hubiera sido tan profunda como nos lo muestran las frases transcritas de sus contemporáneos. La costumbre hubiera anestesiado esta hipersensibilidad moral. Podía muy bien mantenerse enhiesta ante la mirada de todos la frase de San Ambrosio: "El nombre de virgen es un título de pudor"[53].

---

[51] *De lapsu virg. cons.*, c. 10, n. 46 s., t. cit., 381 s.

[52] Como hemos advertido, aunque las caídas fueran, relativamente, poco numerosas, dado, sin embargo, el número tan prodigioso de vírgenes, era inevitable que se dieran casos lamentables de tiempo en tiempo. Gran parte de ellos provenían de la situación anómala en que se hallaban las vírgenes *subintroductas*, tan repetidamente condenadas por la Iglesia, como expresamente lo advierte SAN CIPRIANO, *Epist. 62 ad Pomponium*, n. 2: PL 4, 366. No faltan en los Santos Padres expresiones ponderativas de las infidelidades frecuentes de las vírgenes con objeto de substraerlas a los peligros circundantes, pero que deben ser consideradas como exageraciones de evidente tono oratorio. Así dice SAN CIPRIANO, exhortando a las vírgenes a huir de los baños públicos, que «sic ergo frequenter Ecclesia virgines suas plangit» (*De habitu virginum*, 19-20: PL 4, 458, s.); o se lamenta SAN JERÓNIMO, con frase muy propia de su estilo extremoso, de que por falta de mortificación y prudencia «videas plerasque viudas antequam nuptas» (*Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 13: PL 22, 401).

[53] *De virginibus*, lib. I, c. 2, n. 6: PL 16, 190.

La esencia última del matrimonio místico

50. No hay, pues, duda que las vírgenes fueron consideradas como verdaderas esposas de Cristo tanto en el místico amor de su vida cuotidiana como en los escándalos, raros, gracias a Dios, de sus infidelidades. Su vínculo con el Verbo encarnado no era el vulgar que une las demás almas con su Dios.

Entre Jesucristo y los diversos miembros de su Iglesia, la unión no es homogénea ni en sus modalidades ni en sus afectos. Es que la Iglesia o el reino de Cristo presenta, según imagen familiar a Jesús, el aspecto de un banquete ofrecido por el padre de la gran familia cristiana. Dentro del salón convival se agitan o asientan muy diversas personas [54]. Al fondo, rígidos en actitud de expectativa a las órdenes del Señor, se alínean los sirvientes. Son los esclavos de la casa, que se contentan con ejecutar los preceptos del amo, movidos más bien por espíritu de menguado servilismo. Sus lazos más íntimos con el dueño se reducen a los tejidos por la fidelidad. A su tiempo apretarán entre sus manos la moneda que galardone sus méritos y sacie sus aspiraciones. Son multitudes de cristianos satisfechos al cumplir los preceptos de Cristo con espíritu de servidumbre, impelidos por el temor, alentados por el premio.

En torno al jefe de familia se agrupan, sentados a la misma mesa, participando de su mismo pan y escanciando su mismo vino, los invitados, los amigos. Labios que al hablar emplean el mismo tono; corazones que vibran con los mismos sentimientos y a quienes una corriente de simpatía o de amor más o menos intenso hace fundir en un mismo álveo sus penas y alegrías, pero cuya unión está sometida a las intermitencias del tiempo. Terminado el banquete, cada uno se entregará de nuevo a sus propios negocios, en espera de que otra ocasión vuelva a hacer confluir de nuevo la marcha de sus horas. Fieles cristianos unidos a Jesús no como siervos, sino como amigos, con la familiaridad de un amor sincero, que hace comunes sus sentimientos; pero a quienes otras solicitudes recaban a intervalos su atención en diversas direcciones.

Al retirarse los amigos quedan los hijos, participantes continuos del hogar paterno y de las tiernas caricias que su techo encubre. El amor enlaza las corrientes de sus vidas prendidas en una llama común, entroncadas en un

---

[54] Bellamente desarrolla esta idea D. HILDEBRAND, *Reinheit und Jungfräulichkeit* (München 1928), pp. 152-155.

mismo nombre y solícitas por defender la gloria de un mismo linaje. Hijos de Dios, cuyos anhelos suben al cielo en una incesante aspiración a ser perfectos, como su Padre celestial es perfecto, y cuyos corazones no saben latir sino al ritmo de la sangre que fluye a borbotones del Crucificado.

Con todo, terminan también éstos retirándose a sus estancias, y queda únicamente la esposa, la confidente imprescindible de sus sentimientos más hondos, reflejo inseparable de sus ilusiones, talismán evocador de sus empresas, engaste de su propio corazón, doble de su alma, ante la cual ésta se abre de par en par como el mar ante el cielo. Unión y amor que obligan a esfumarse, como en una lejanía imprecisa, las figuras mismas del padre y de la madre. Hay, sin duda, algo específico y supereminente en esta unión de los esposos que debía tener también su realidad palpitante en los desposorios de Cristo con la virgen consagrada. Esta, sin duda, ocupaba un puesto singular en la economía gradual de la inmersión de las almas en la divinidad. Pero ¿en qué consistía la razón última y la esencia de aquel vínculo, empapado, cual ningún otro, en purísimo amor?

No se propusieron explícitamente este análisis los escritores del primitivo cristianismo [55]. Es cierto que conocían perfectamente los variados dejos del amor divino y sabían intuir sus latidos, pero no se ocupaban en hacer su disección teórica. Con todo, al hablar de los divinos desposorios de la virginidad, se les presenta de modo espontáneo, casi involuntario, el capítulo paulino de la continencia, y en concreto los versículos del Apóstol sobre la *entrega indivisible* de las vírgenes a Cristo. En ellos hay que buscar, por lo visto, la clave del misterio; en ellos se encierra el núcleo más recóndito de este sacramento místico de unión: amor e indivisibilidad. "El hombre casado está solícito por las cosas de este mundo y por agradar a su mujer: *su corazón está dividido*. La mujer no casada y la virgen piensan sólo en las cosas del Señor, siendo santas en el cuerpo y en el espíritu. En cambio, la mujer en matrimonio se preocupa de las cosas del mundo y del modo de agradar a su marido" [56].

La nota específica, por tanto, que hace de la unión de la virgen con Cristo un vínculo nupcial, hay que buscarla en la carencia de división por parte de su entrega. Es un darse sin restricciones ni partijas, es un abandono integral de amor. San Pablo anota ante todo que en el corazón de la

[55] No faltan algunos ensayos esporádicos, aunque sin pretensiones de profundidad y generalmente originados por razones extrínsecas de controversia, como cuando dice Rufino: «Sponsa enim ex eo appellatur quod sermo Dei quasi sacrato quodam connubio iungatur animae humanae» (*Apol. in Hieronymum*, lib. II, c. 10: PL 21, 593).

[56] 1 Cor. 7, 33 s.

virgen no hay dispersión de fuerzas. Es el lado psicológico de la totalidad en la entrega. Agavillamiento perfecto de pensamientos, afectos y voliciones que no se pierden por los caminos de la vida con afanes de agradar a persona alguna creada; sus solicitudes todas quedan automáticamente orientadas hacia Cristo.

Pero hay todavía otra totalidad más ontológica, cual es la que supone la dirección plenamente unilateral de la vida como estado o modo permanente de ser. La vocación, el enfoque del propio vivir, la actitud definitiva de la personalidad queda inmutable como en un gesto petrificado con dirección a Dios. Fuera de la virginidad, cualquier otro estado de vida en nuestra existencia mortal comprende pluralidad de actitudes, complejos de cambiantes sucesivos, que ya irradian hacia Dios, ya hacia la familia, hacia el empleo social, hacia el mundo circundante... Unicamente en la virgen no hay dispersión de estado: todo él se halla inmantado hacia el norte de la divinidad. Así se lo advertía San Leandro a su hermana Florentina con aquellas palabras: "Piensa cuántas ventajas has obtenido, qué elevada cumbre has alcanzado y qué cúmulo tan inmenso de gracia recibes con la posesión de sólo Cristo. Es tu esposo, tu hermano, tu amigo, tu herencia, tu dote, tu Señor y tu Dios". Tema que continúa amplificando el Prelado sevillano con su unción característica [57].

De la carencia de dispersión en las energías psíquicas hemos subido, como de un elemento más primordial, a la falta de división en el enfoque del estado de vida, y de éste ya sólo nos queda un paso para llegar a la totalidad en la entrega del corazón, núcleo último y el más profundo del ser humano en su conjunción con otro ser. El amor de la esposa no es el amor de unión del amigo, que puede compenetrarse con el ser amado cuanto se quiera, pero siempre conservando la propia individualidad, como quien se entrega a una convivencia en sentimientos, ideales y, si se quiere, aun latidos, para lograr un común objetivo distinto de las partes unidas. El amor de la esposa, y en esto aparece lo específico de las vírgenes consagradas respecto a Cristo, es el amor del corazón, que en el acto de la unión aniquila con aquel gesto, por decirlo así, cuanto existe a su alrededor, aun cuando lleve el nombre venerando de padre o madre; es un acto en cierto modo omnipotente, en virtud del cual todo lo que no es el esposo, todo lo que no es Cristo, pierde su existencia efectiva. Al hablar de las vírgenes los Santos Padres, se expli-

[57] *Regula*, introd.: PL 72, 876. Puede recordarse asimismo el texto de TERTULIANO, ya en parte antes citado, *Ad uxorem*, lib. I, c. 4: PL 1, 1280 s.

can diciendo que se hallan transformadas en un vergel de flores olorosas, cuyo perfume no es aspirado sino por Cristo [58], pues es el único que existe en realidad para ellas. De ahí la insistencia con que aducen una y otra vez los textos del Cantar de los Cantares, cuyo lema es el *yo para mi amado y mi amado para mí* [59].

Es más: el amor de los esposos, aun en la esfera del puro espíritu, y con esto tocamos ya la esencia más recóndita del problema, es un amor que tiende hacia el amado en un sentido mutuamente completivo, es decir, tiende a una unión en que la razón de ser en ambos elementos es la de existir el uno para el otro y fundirse en una especie de ser único y definitivo. En esto radica la diferencia con respecto a las demás uniones, aun las más íntimas de la amistad. Son amores, los amores nupciales, que no tienden a confluir para reforzar sus energías en orden a obtener un ideal diverso de ellos mismos; su carácter específico es precisamente el de estar mutuamente orientados para completarse. En virtud de ello, en el amor de los esposos se rasga el misterio de la propia personalidad y se realiza la entrega de sí mismos sin reservas, ni coartamientos, ni dispersiones restrictivas que impidan la íntima transfusión del propio ser [60].

He ahí la razón última que daba a las vírgenes su verdadero carácter de esposas de Cristo, cuando en el momento de su voto sagrado quedaba orientado su corazón hacia el del Verbo para unirse a él en la fusión de un amor purísimo, fraguado en las regiones de la mística religiosa, desconocedor de dispersiones, división o desvíos, y cuyo término sería, por decirlo así, el de disolver su propia personalidad en la de su divino Esposo.

Nada nos dará idea mejor de esta tesitura psíquica de la virgen, como esposa de Cristo, y del fuego inquieto y ardiente de su corazón, que las palabras atribuídas a Santa Inés en sus actas apócrifas, palabras que no pueden ser de Santa Inés, por la sencilla razón de pertenecer a todas las vírgenes de los cuatro primeros siglos:

---

[58] Cf., por ejemplo, SAN AMBROSIO, *De virginibus*, lib. I, c. 8, n. 45 s.: PL 16, 201. El mismo fin persiguen las comparaciones de *puerta sellada* (Apoc. 3, 7), *huerto cerrado* (Cant. 7, 11) o *fuente sellada* (Cant. 4, 12).

[59] Cant. 6, 2, o su paralelo en 7, 10. Muy semejantes son otros de los citados por San Ambrosio y San Jerónimo, como puede verse en los capítulos a que hace referencia la nota 9. A base de ellos podría hacerse una bella explanación de la idea últimamente expuesta.

[60] Un análisis profundo de los caracteres propios de la virginidad como matrimonio místico puede verse en la obra citada de D. HILDEBRAND, *Reinheit und Jungfräulichkeit*, Jungfräulichkeit, zweiter Teil: *Warum konstituiert die Jungfräulichkeit die Brautschaft Christi?*, pp. 143-207.

Apártate de mí—decía a uno de sus jóvenes pretendientes—, pues he sido ya requerida por otro amante mucho más noble que tú en linaje y dignidad, que me ha ofrecido joyas más valiosas y me ha entregado como arras el anillo de su fe. Ha adornado mi diestra con un brazalete de inestimable precio y ha embellecido mi cuello con un collar de hermosos diamantes... No puedo, pues, sin injuria para mi primer amante, ni siquiera posar mi mirada sobre otro alguno, olvidándome de aquel con quien estoy ya unida en amor, y en quien brilla la generosidad más espléndida, el poderío más fuerte, el aspecto más hermoso, el amor más tierno y la gracia más distinguida. El cual me ha preparado un riquísimo tálamo y hace ya resonar en mis oídos las melodías armoniosas de sus órganos y los cantares entonados con voces acompasadas por sus vírgenes doncellas. He gustado la leche y miel que destilan sus labios, he sentido sus castas caricias y he gozado de su unión más íntima y entrañable. Se trata de aquel cuya madre es virgen, cuyo padre carece de mujer, a quien sirven los ángeles, ante cuya belleza se extasían el sol y la luna, con cuya fragancia resucitan los muertos, a cuyo tacto sanan los enfermos, cuyos tesoros permanecen para siempre y cuyas riquezas no se agotan jamás. Sólo para aquél guardo mi fe y sólo a aquél entrego de lleno mi corazón, a quien, si amo, soy casta; si toco, quedo pura; y si admito como esposo, permanezco virgen [61].

Nunca fueron, pues, las vírgenes cristianas flores mustias y marchitas por falta de brisa que les trajera la vida del amor conyugal. Eran, por el contrario, verdaderas esposas enamoradas hasta el enloquecimiento de su marido inmortal, Cristo, por cuyo cariño únicamente vivían, y al cual exclusivamente reservaban ocultos los encantos de su belleza y las dulzuras de su corazón.

[61] *Epist. 1 ex ambrosianarum numero segregata*, n. 3 : PL 17, 736. El texto de las actas pseudoambrosianas adquirió su redacción definitiva hacia el año 500 ; pero su origen hay que buscarlo en tiempos anteriores, probablemente en un círculo de sacerdotes romanos formado en torno a los Papas Siricio e Inocencio I y al obispo San Ambrosio. (Cf. A. DUFOURCQ, *Agnès*, DHGE, t. I, col. 971 s.)

CAPÍTULO V

La consagración

51. El marco de la liturgia.—52. La exhortación del obispo.—53. La ceremonia: el voto, la oración y el velo.—54. El banquete nupcial

El marco de la liturgia

51. Escena conmovedora aquella en que la joven virgen, coronada de inocencia y candor, se unía a su esposo Cristo con lazada indisoluble. Por esta vez es lícito a nuestra mirada atravesar las opacas densidades de los siglos para sorprender aquella solemnidad, gracias en parte al Obispo de Milán, que en diversas ocasiones nos ha ido dejando pinceladas sueltas del acto. El año 353 recibía su hermana Marcelina el velo virginal de manos del Pontífice Liberio, y el sermón tenido por el Santo Papa en aquellas circunstancias puede todavía resonar en nuestros oídos mediante la voz de San Ambrosio, que nos lo ha conservado en su obra *De virginibus* [1].

Prescindamos, sin embargo, por ahora de este interesante documento. Adentrémonos todavía más en las profundidades de los primeros siglos cristianos y, sin detenernos a presenciar las consagraciones del siglo IV, la de la virgen Marcelina o la de aquella pariente de Eusebio, prelado de Bolonia, la virgen Ambrosia, cuya frente veló el mismo Obispo milanés, introduzcámonos en la mitad del siglo III. Cierto que nos encontramos sin documentos escritos que nos instruyan acerca de esta ceremonia particular; pero, en cambio, nos ha conservado la Providencia casi intacto un álbum de importancia trascendental, indemne gracias a la coraza protectora que sobre él extendieron el polvo olvidadizo de los siglos y los cascotes de ruinas acumulados por las generaciones invasoras de Roma.

Al ir abriendo las catacumbas sus siete sellos, han mos-

[1] C. 1: PL 16, 219. Se trata, desde luego, de una transmisión en cuanto a las ideas substanciales. En este sentido concuerdan entre sí la generalidad de los patrólogos. La posición adversa más extrema puede verse en Th. Michels, O. S. B., *Jahrbuch für Liturgiewissenschaft*, t. III (1923), pp. 105-108.

trado páginas brillantes sobre las tradiciones apostólicas y los ritos sacramentales de los primeros fieles. En una de ellas, cuyas líneas por su colorido y ornamentación delatan un pincel no muy posterior al año 250, se nos detalla la escena de la consagración de una virgen cristiana. Esta es la opinión del príncipe de la investigación moderna sobre las catacumbas, el alemán José Wilpert. Sus argumentos de especialista, a pesar de los ataques contrarios, se mantienen en pie [2]. De anacronismo, cierto que no puede hablarse, puesto que en el mismo siglo III Metodio de Olimpo alude a la entrada en la virginidad mediante ceremonias de iniciación [3]. De aquella frase sería una viñeta nuestra pintura.

El estuche que ha guardado esta verdadera joya pictórica es una de las cámaras sepulcrales de las catacumbas de Priscila. Cámara sencilla, sin columnas ni arcosolios. En el lienzo de pared que se extiende en forma de luneta sobre una fila de nichos sencillos aparece, coronando a modo de dosel unos restos sin nombre, la pintura aludida, com-

---

[2] *Die Malereien der Katacomben Roms*, Textband (1903), pp. 206-209. No todos los arqueólogos, como es de suponer, coinciden con Wilpert en la interpretación exacta de los detalles, aun cuando la mayoría, y desde luego los de más solvencia, ven en la pintura una escena de consagración virginal. Ya en 1651 P. ARINGHI, en su obra *Roma subterranea novissima*, refundición en gran parte de la *Roma sotterranea*, del gran investigador A. BOSSIO, descubría en esta pintura, con precisión de nombres, más devota que bien fundada, la consagración de Santa Práxedes o Santa Pudenciana, realizada por el Papa San Pío I en presencia de su hermano el Pastor Hermas, interpretando la figura sentada de la derecha como la imagen de la Madre de Dios. La misma escenificación de imponer el velo a una virgen reconoce un siglo más tarde JUAN BOTTARI en su *Sculture e pitture sacre estratte da i cimeteri di Roma*, t. III (1754), pp. 147-151, con la diferencia de ver en la figura central la imagen de una matrona romana, una de cuyas hijas se consagra a Dios en el grupo de la izquierda y la otra permanece en matrimonio, según lo indica la composición pictórica de la derecha. En 1873, RAFAEL GARRUCI, en su *Storia della arte cristiana nei primi otto secoli della Chiesa*, vol. II, p. 1.ª, p. 83, ofrecía ya en sus líneas substanciales la misma interpretación que había de explanar Wilpert a principios de este siglo, perfeccionándola en sus detalles y asentándola sobre las bases más sólidas de su exquisita erudición. Es curioso que los principales impugnadores de este sentido litúrgico de la pintura en cuestión, como *Hugo Koch, sean completamente legos en estos estudios arqueológicos.

[3] Al tratar de las solemnidades con que realizarán su entrada en el cielo las vírgenes dice SAN METODIO: «Estas son, ¡oh bellas vírgenes!, las ceremonias de nuestros misterios, éstos los ritos de quienes se inician en la virginidad.» En griego dice: τῶν ἐν παρθενίᾳ μυσταγωγηθέντων, palabras que suponen una iniciación que haga lícito el uso de la palabra destinada a los ritos de los misterios paganos (*Convivium*, orat. 6 Agathae, c. 5: PG 18, 120).

puesta por tres escenas íntimamente ligadas entre sí en la mente del artista.

En el centro resalta una figura femenina de gran tamaño, que, extendiendo sus brazos en forma de oración, muestra, a través de su expresión extática, hallarse gozando ya de la bienaventuranza inmortal. Es, sin duda, la representación de aquella cuyos restos mortales descansan en la sepultura subyacente. Su cabeza está orlada con un gran velo blanco, el velo de las vírgenes de Cristo, y las franjas y flecos de púrpura que realzan su vestido proclaman lo elevado de su rango.

A ambos lados de esta figura se desarrollan las otras dos escenas, a las que la imagen central de la difunta presta unidad ideológica y trabazón moral. El grupo de la izquierda representa un obispo ocupando su trono. Ante él una doncella en pie despliega un rollo de pergamino y un joven diácono sostiene en sus manos un *flámeo* virginal. El obispo, con un gesto significativo, que parece decir: *He ahí tu modelo,* extiende su mano hacia el grupo de la derecha, en que se muestra María, la Madre de Dios, sentada sobre una sencilla cátedra y vestida con una túnica de largas mangas, cuyo único adorno es el modesto *clavus,* o franja estrecha, que la recorre en sentido vertical. Sus rasgos recuerdan la Virgen de los Reyes Magos, pintada en las catacumbas de San Pedro y San Marcelino; y el Niño, que sostiene su Madre con ambas manos, tiene cierto parecido al de la Madona con Isaías conservada en las mismas catacumbas de Priscila.

Es una de las pinturas más bellas entre las de los cementerios cristianos y uno de los documentos más luminosos para la reconstrucción de la liturgia virginal. Sus pinceladas nos permiten leer de una sola ojeada gran parte de los escritos ambrosianos, un siglo antes de haber sido compuestos por aquel Doctor; y ante la dulzura de sus tonos, trasunto de las realidades representadas, nos sentimos embriagados, no menos que sus contemporáneos San Cipriano y San Metodio, respirando el aroma de la institución virginal, tan exuberante ya en flores, a cuya semilla habían prestado cincuenta años antes surco y tempero los rejonazos vigorosos de Tertuliano y las lágrimas austeras del Pastor Hermas.

Si hubiéramos de presenciar la consagración de una virgen en tiempos de San Ambrosio, cuando reinaba ya la paz en la Iglesia bajo la égira protectora de los emperadores recién convertidos, nos dirigiríamos a la primitiva, aunque majestuosa basílica vaticana de cinco naves, levantada por Constantino el Grande sobre el sepulcro de San Pedro y

los muros del circo neroniano, tantas veces teñidos de sangre de martirio. Allí precisamente, dentro de aquella impresionante basílica, en la Natividad del Señor del año 353, el Papa San Liberio imponía solemnemente el velo a la virgen Marcelina, hermana del gran Obispo de Milán, entre un concurso imponente de fieles y de vistosas ceremonias [4].

Pero si deseamos asistir a la consagración de una virgen del siglo III, a la consagración de la virgen pintada en la luneta antes descrita, la decoración será bien diferente. Todavía no han podido brotar, surgiendo de los huesos de los mártires, las grandes basílicas cristianas; sigue aún en Roma el riego fecundo de la sangre martirial, y tal vez encontramos aún a medio cerrar los nichos donde descansan los restos del Pontífice Sixto, del diácono Lorenzo y del acólito Tarsicio, segados por la espada de Valeriano. Es menester todavía reprimir bajo tierra el gran fuego con que ha de inflamar al universo el volcán cristiano.

Antes de que la luz del alba delate los rastros de la reunión ritual, dirijámonos a lo largo de la Vía Salaria para desaparecer, poco antes del puente del mismo nombre, por la boca obscura y ocultadiza de las venerandas catacumbas llamadas de Priscila. Les ha legado su nombre, según se dice, la piadosa madre del senador patricio Pudente, el hospedador del apóstol San Pedro en Roma [5]. Nosotros preferiríamos llamarlas las catacumbas de la virginidad, no sólo por la inestimable pintura que, juntamente con las obras de San Ambrosio, guía nuestros pasos en esta des-

---

[4] San Ambrosio, *De virginibus*, lib. III, c. 1 : PL 16, 219.

[5] Bastantes autores modernos niegan la identificación entre la madre del senador Pudente y la fundadora de las catacumbas cristianas. Desde luego que en ningún caso tiene relación con esta Priscila la primera de tal nombre, esposa de Aquila, mencionada en los Hechos de los Apóstoles, 18, 2, y en otros tres pasajes de las epístolas paulinas. La segunda Priscila recordada por la tradición es la madre del senador Pudente, en cuya casa probablemente se hospedó el Príncipe de los Apóstoles. La obscuridad se hace ya más densa en los rasgos que identifican esta segunda Santa Priscila con la fundadora de las catacumbas de este nombre, que pertenecía, sin duda, a la noble y senatoria familia de los Acilios Glabriones, en cuya propiedad se empezó ya en el siglo I el hipogeo cristiano más antiguo de Roma, núcleo de las citadas catacumbas. Si las familias senatorias de los Pudentes y los Acilios Glabriones estaban unidas por lazos de parentesco, que permitan la identificación de la madre de Pudente y de la fundadora de las famosas catacumbas, es problema en que la crítica no ha acertado aún a depurar definitivamente la tradición. (Cf. H. Leclercq, *Manuel d'archéologie chrétienne depuis les origines jusqu'au VIII siècle,* 1907, t. I, p. 269. Véase del mismo autor, *Priscille,* DAC, t. XIV, pp. 1805-1807.)

cripción [6], sino por guardar asimismo en uno de sus cubículos la imagen más antigua de la Madre de Dios, trazada allí por un pincel próximo al año 150, y por cobijar entre sus nichos los cuerpos de las Santas Pudenciana y Práxedes, las vírgenes, no mártires, más veneradas en la Ciudad Eterna, y de quienes refiere una tradición, por desgracia infundada [7], haber sido las dos primeras que consagraron su virginidad a Cristo [8].

Avancemos a través de aquellos estrechos y tortuosos corredores, cuya carrera cubren en alineada formación los restos de quienes formaron las vanguardias del martirio. Guiados unas veces por los temblores de pequeñas lámparas mortecinas, asesorados otras por el destello súbito de una antorcha que sostiene en sus manos una jovencita, penetramos en el recinto más amplio de aquellas catacumbas, un cuadrilátero graciosamente partido en dos por un arco con pinturas de los siglos II y III, y que a causa de dos de sus inscripciones ha sido llamado *la capilla griega*.

---

[6] No conservamos ninguna descripción de la ceremonia de velar a las vírgenes en los siglos III y IV, pero las múltiples alusiones de San Ambrosio en sus varias obras sobre la virginidad nos permiten ir reconstruyendo valiosos detalles de los ritos llevados a cabo en Roma el 353 con Santa Marcelina y en Milán algunos años más tarde con la virgen Ambrosia. Para este fin dan mucha luz asimismo ciertas frases del autor *De lapsu virginis consecratae*. La perfecta coincidencia de estos pasajes con las indicaciones que ofrece la pintura descrita por Wilpert, así como el hecho de que algunas de aquellas ceremonias se hallaban ya esparcidas por todo el mundo cristiano desde muchos años antes, según lo indican dichos autores, nos permiten reconstruir y aplicar al siglo anterior algunas de las fórmulas ambrosianas.

[7] La crítica no ha aclarado aún el problema del senador Pudente, y sus portavoces se muestran divididos sobre si debe identificársele con el Pudente que envía saludos a Timoteo a través del apóstol San Pablo (2 Tim. 4, 21), como defendió DE ROSSI (*Bullettino di archeologia cristiana*, 1867, pp. 43-60), o si se trata de un patricio del siglo III. Más obscuras son todavía las figuras de las Santas Práxedes y Pudenciana, a quienes las actas espúreas que llevan sus nombres las hacen vírgenes romanas hijas del senador antes citado. El intento claro de dichas actas es el de explicar los orígenes de las basílicas conocidas con los títulos de ambas santas. (Cf. L. DUCHESNE, *Le Liber Pontificalis*, París 1886, t. I, p. 133, nota 8.) Las actas pueden verse en AASS, mense maio, t. IV, pp. 296-301, y julio, t. V, pp. 130-132.

[8] El Martirologio romano ofrece nombres de vírgenes anteriores, empezando por el de Santa Prisca, a quien la leyenda, más bien que la historia, supone bautizada por San Pedro y la considera como protomártir de las vírgenes romanas bajo el emperador Claudio, a la edad de trece años. (Véase lo dicho en la parte 1.ª, c. 4, n. 13, nota 8.) Aun supuesta su existencia en el siglo I, sería imposible ver en ella una virgen consagrada a Dios por medio de voto público. Desde luego que la imposición del velo a Flavia Domitila es un episodio legendario arrancado a las actas apócrifas de los Santos Nereo y Aquileo, de que antes hablamos.

Han empezado los sagrados misterios eucarísticos, y los fieles apiñados en aquel venerando recinto parecen aún enajenados con las palabras de la Sagrada Escritura que acaban de oír al lector. En el nicho del fondo que sirve de ábside a la capilla sobre una cátedra de mármol, distintivo propio de los obispos en las ceremonias sagradas, se sienta majestuoso un anciano de barba plateada, vestido con túnica de largas mangas, a la que prestan decoro dos amplias franjas de púrpura que la recorren en sentido vertical. Sobre la túnica, sin ceñidor, lleva la clásica *pénula*, de color amarillo obscuro, provista de su correspondiente capucha, pendiente a la sazón sobre la espalda.

Aun cuando su porte pontifical no nos delatara al Obispo de Roma, nos quitaría toda vacilación en este punto la disciplina vigente en las Iglesias occidentales. La había de recoger el año 390 el Concilio Cartaginés, dictando a todas las posteriores compilaciones litúrgicas la prohibición de que un simple sacerdote consagre el crisma, bendiga a las vírgenes o reconcilie a los pecadores públicos [9].

Detrás de la cátedra pastoral, en ademán reverente, se halla medio oculto un varón en la flor de la edad, cubierto con modesta túnica verde, atento a las insinuaciones del Obispo para ayudarle en la sagrada ceremonia. Es uno de los diáconos de Roma. En este momento se adelanta, hasta quedar en pie delante de la cátedra episcopal, una joven con la cabeza descubierta, sueltos los cabellos [10] y cuya dalmática amarilla, orlada con ricas bandas de púrpura, descubre su distinguida posición social. A su rostro radiante por la devoción presta un ligero velo de misterio su propia modestia. Su continente puede denunciar hasta dieciocho años de edad.

El ambiente se condensa de majestad y de emoción. Precisamente se ha elegido la Pascua del Señor, fiesta predilecta [11], que en unión de las de Epifanía y San Pedro llega-

[9] Canon 3. Cf. J. HEFELE, *Histoire des Conciles*, trad. franc., t. II (1908), p. 74 s. Tres años más tarde vuelve a renovar esta prohibición el Concilio de Hipona en su canon 38. (Cf. ibid., p. 89.) Así quedó finalmente perpetuado en los antiguos pontificales de la Edad Media, como puede verse en EDMUNDO MARTENE, *De antiquis Ecclesiae ritibus*, ed. 2.ª, t. II (1736), col. 531 s. Por el contrario, en la Iglesia griega la facultad de imponer el velo a las vírgenes estuvo concedida desde el principio a los simples sacerdotes. (Cf. EDM. MARTENE, op. cit., t. II, col. 521.)

[10] Este dato de presentarse con el cabello suelto, sin mitra o *mitella* que lo sostuviese, nos ha sido conservado, al menos por lo que toca al Africa, por OPTATO MILEVITANO, *De schismate donatistarum*, lib. VI, c. 4 : PL 11, 1072-1075. Probablemente provenía de un detalle observado en los ritos nupciales romanos.

[11] SAN AMBROSIO cita taxativamente el día de Resurrección como el día por excelencia para esta ceremonia : «Ha llegado—dice—el día de Pascua ; en todo el orbe se confiere el sacramento del bau-

rán a imponerse en la Iglesia para esta ceremonia con carácter exclusivo, a no verse la virgen en peligro de muerte. En este último caso podría adelantarse la ceremonia, "para que no salga de este mundo sin haber recibido don tan excelente", según había de explicarse más tarde el Papa Gelasio [12].

El gozo de la Resurrección ha llenado de fieles no sólo la evocadora *capilla griega,* sino todas las dependencias de su atrio y los corredores vecinos de acceso. Concurso tanto más impresionante cuanto que cada una de estas asistencias equivale a una solicitud cursada en orden al martirio. Formando una corona de azucenas en torno al Pontífice y a la nueva esposa de Cristo se aprieta un buen número de vírgenes ya anteriormente consagradas, cuyas miradas, ungidas de ternura fraternal, acarician la frente de la nueva aspirante [13]. Más cerca aún de la cátedra episcopal, revestidos de blanco, se despliegan en guirnalda de inmaculados lirios, con las motas de fuego de las antorchas encendidas en sus manos, los neófitos, que acaban de recibir aquella misma noche las aguas purificadoras del bautismo [14]. Aquel blanco ramillete doblemente armiñado de bautismo y virginidad impregna con aroma tan penetrante el alma de los fieles cristianos, que no ha de extinguirse ya jamás a lo largo de su vida.

---

tismo y se velan las vírgenes consagradas» (*Exhortatio virginitatis,* c. 7 : PL 16, 348). Fácilmente se echa de ver que era costumbre va antigua, puesto que se hallaba extendida por todo el mundo cristiano. También el autor *De lapsu virginis consecratae* (c. 5 : PL 16, 372) señala expresamente el domingo de Pascua. Más tarde, a juzgar por los códices manuscritos de los antiguos pontificales, esta ceremonia se trasladó al lunes. El Papa GELASIO, en una carta dirigida a fines del siglo V a los obispos de Lucania, dice terminantemente (c. 12 : PL 59, 52) «que no se imponga el sagrado velo a las vírgenes a no ser en los días de Epifanía, de Pascua o en la fiesta de los Apóstoles». Sin embargo, SAN AMBROSIO recuerda a su hermana cómo fué consagrada el día de Navidad (*De virginibus,* lib. III, c. 1 : PL 16, 219). Probablemente se debe, según la conjetura de DUCHESNE, a que en tiempo del Papa San Liberio no se había introducido aún en Roma la fiesta de la Epifanía. (Cf. *Origines du culte chretien,* p. 430, nota 6.)

[12] *Epist. Gelasii ad episcopos Lucanae,* loc. cit.

[13] Recordando SAN AMBROSIO a su hermana Marcelina la fiesta de su consagración, le trae a la memoria cómo se realizó «estando presentes muchas doncellas de Cristo, que porfiaban entre sí disputándose su compañía» (*De virginibus,* lib. III, c. 1 : PL 16, 219). SAN BASILIO recuerda también a la virgen caída la solemnidad de la concurrencia en descripción breve, pero densa (*Epist. 46 ad virginem lapsam,* n. 2 : PG 32, 372).

[14] El autor *De lapsu virginis consecratae* trae este detalle a la memoria de la infiel Susana : «¿No recordabas... cómo te adelantaste en medio de aquel concurso tan numeroso y tan solemne, entre las brillantes luminarias de los neófitos, como quien va a contraer matrimonio con el Rey de la gloria?» (c. 5 : PL 16, 372).

La exhortación del obispo

52. Todos en pie escuchan la voz del Pontífice, que se dirige en aquel momento a la joven virgen con frases parecidas a las del santo prelado Liberio en semejante ocasión: "Has escogido, hija mía—le dice con cierta emoción paternal—, has escogido los mejores desposorios. Mira cuántos fieles se han congregado para esta fiesta; ninguno se retirará de este lugar sin quedar plenamente saciado. Tu esposo es el mismo que transformó durante unas bodas el agua en vino, y ahora también a ti, que estabas amasada con la materia de esta vil naturaleza, va a transformarte por medio del misterio de la virginidad. Es el mismo que en otro tiempo alimentó a cuatro mil hombres en el desierto con cinco panes y dos peces... Ahora ha convocado este gran concurso de gente a tus desposorios y los va a saciar, no con pan de cebada, como entonces, sino con su propio cuerpo traído del cielo" [15].

Las palabras del Pontífice, ungidas de ternura, van cayendo sobre la joven doncella como una lluvia de pétalos de rosa, y su murmullo continúa insinuando las prendas del celestial Esposo, su belleza, sus virtudes, su divinidad. Al llegar a este punto, la palabra del santo Obispo, semejante a la lanzadera de un bello tapiz, entreteje preciosos comentarios al salmo 44, en que el profeta David, con instinto de vidente divino, entonó el epitalamio más inspirado de cuantos existen en honor del Rey Cristo y su nueva desposada la virgen, que asciende así a la dignidad regia. No sólo las alabanzas de los esposos vírgenes, sino la grandeza y aun las obligaciones del estado de perfecta pureza van presentándose a lo largo de sus versículos con armonías tan bellas, que ha merecido el nombre de *Himno de la virginidad* [16].

Bellísimo eres entre los hijos de los hombres—repite el Obispo, dirigiéndose al divino Esposo, con el profeta David—; la gracia rezuma en tus labios, y por ello Dios Padre te ha bendecido para siempre. Ciñe tu espada a la cintura, ¡oh el más valiente de

---

[15] *De virginibus*, lib. III, c. 1: PL 16, 219 s.

[16] Así lo llama el autor *De lapsu virginis consecratae*, c. 7: PL 16, 375. Muy frecuente debió de ser el hacer la exhortación pastoral sobre este salmo, aun cuando no faltasen tampoco otros temas, como la parábola de las vírgenes prudentes y necias o la perícopa del apóstol San Pablo en su II Epístola a los Corintios, 11, 2: «Os tengo desposada con este único esposo que es Cristo, para presentaros a él como virgen pura», que sirvió de tema al obispo de Cartago Aurelio en la profesión de la virgen Demetríades. (Cf. SAN JERÓNIMO, *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 2: PL 22, 1108.)

los Reyes!, y avanza con el esplendor de tu belleza; marcha triunfante y reina en pro de la verdad, la dulzura y la justicia. Tu diestra te guiará de modo maravilloso... Aroma de mirra, áloe y casia exhalan tus vestiduras en los palacios de marfil, donde hijas de reyes hacen tus delicias y te sirven de gloria. La reina se asienta a tu diestra vestida con tisú de oro bordado en mil variados colores. ¡Oye, hija mía! Considera e inclina tu oído a estas palabras: olvida tu pueblo y la casa de tu padre para que el Rey quede prendado de tu belleza, ya que él es el Señor tu Dios, a quien has de adorar. Vendrán con dones a implorar tu favor las doncellas fenicias, así como los más poderosos del pueblo. ¡Cómo resplandece por su hermosura en el interior del palacio esta amada del Rey! Brilla su vestidura con filamentos de oro y ricos bordados. En pos de ella son presentadas al Rey las jóvenes vírgenes; serán conducidas a tu presencia sus damas de honor más allegadas para que las introduzcas con gozo y alegría en el real palacio... De generación en generación habrá siempre quienes recuerden tu nombre, y así te alabarán los pueblos eternamente por los siglos de los siglos. Amén [17].

Por el rostro de la virgen se deslizan suaves lágrimas al conjuro de estas palabras acariciadoras. El Pontífice cambia ahora de tono, recordando a la nueva virgen sus deberes ascéticos, los modales austeros de su nueva vida, sus futuras abstinencias y renuncias, regalos codiciados por su divino Esposo. Es un cuadro completo de las virtudes propias de una virgen, que, como todo hábito de virtudes, estaba tramado con tejido de espinas. Por eso la prudencia cariñosa del pastor trata de endulzar con miel los labios de la nueva virgen antes de que haya de gustar el acíbar de la abnegación ascética.

Hemos cumplido nuestro deber—dice—de excitar el amor en la esposa, según se lee en la Sagrada Escritura: *Amarás al Señor tu Dios;* hemos cumplido nuestro deber de exornar con algunos floreos nuestra plática nupcial, según está escrito: *Aplaude con manos y pies;* hemos cumplido nuestro deber de rociar con pétalos de rosas el tálamo perpetuo de la virginidad. Aun en los matrimonios terrenos primero se festeja a la desposada antes de hacerle sentir el yugo de la sujeción, para evitar que choque con las asperezas de la obediencia sin que haya arraigado todavía en ella el amor al calor de los halagos... Así también nuestra virgen debía primero entretenerse con las ternuras de este casto amor: debía enajenarse en el vestíbulo nupcial ante las columnas doradas del tálamo celeste, y contemplar las jambas coro-

[17] Los comentarios de ciertos versículos de este salmo aplicados a la virginidad son muy frecuentes en los autores que durante los siglos IV y V escribieron sobre esta materia; especialmente en las obras de San Ambrosio aparecen a la continua, y [illegible] llama a este salmo *palabra profética,* lo pone como introducción en su magna carta sobre la guarda de la virginidad a la virgen Eustoquio (PL 22, 394).

nadas con guirnaldas de verde follaje, y oír las melodías de armonioso coro, a fin de que no apareciese como quien se resigna temerosa al yugo, sino como quien se inclina llamada por el Señor [18].

Han sonado en la exhortación del Pontífice deberes dolorosos, espinas punzantes, austeridades ingratas. A fin de templar estas visiones molestas en día de tanto gozo y amor, termina el Pontífice sus palabras poniendo ante los ojos de la virgen la figura tranquilizadora de María, la Madre de Dios, que en adelante ha de ser su guía, su modelo y su custodia. Parece como si sus labios no acertasen a despedirse de aquella descripción en que se ve a "María levantando a honra de Cristo el lábaro de la virginidad integral" [19]. Por eso tal vez cierra su alocución con el gesto hierático de la pintura antes descrita, en que su mano señala allá en los cielos la imagen de la Virgen por antonomasia, mientras se apaga su voz murmurando emocionado: "¡Ahí tienes el modelo, reproduce sus rasgos!"

La ceremonia: el voto, la oración y el velo

53. Ha terminado la plática. Embarga a todos la emoción y solemnidad del momento. La virgen da dos pasos hacia la cátedra del Pontífice, desarrolla un pergamino cuidadosamente escrito y, a la luz temblorosa de una antorcha sostenida por el diácono, se dispone a pronunciar su juramento nupcial. Los fieles sienten que una ráfaga perfumada con esencias de cielo invade aquellos ámbitos sepulcrales, y su silencio permite oír el aleteo de los ángeles, que vienen a recibir en sus coros a quien va a desposeerse de la carne corruptible.

La crueldad inexorable del tiempo nos ha borrado del pergamino aquella fórmula veneranda; pero ciertas alusiones de San Jerónimo a la virgen Demetriades, que concuerdan con una fórmula de Orígenes, y la frase que pone este último en boca de las viudas que consagraban a Cristo su

---

[18] Palabras de San Ambrosio, *De virginibus*, lib. II, c. 6, n. 40: PL 16, 218.

[19] San Ambrosio, *De institutione virginis et Sanctae Mariae perpetua virginitate*, c. 5: PL 16, 314. Gran parte de esta obra, escrita, como se sabe, con ocasión de imponer el velo a la virgen Ambrosia, está dedicada a las alabanzas de la Madre de Dios y modelo de vírgenes consagradas.

ulterior castidad [20], nos permiten reconstruir con cierta aproximación las dos partes, negativa y de renuncia la primera, positiva y de firme voluntad la segunda, con que se integraba el santo juramento. Empañada levemente por la emoción, resuena en el silencio la voz de la doncella: "Renuncio a tus obras, ¡oh Satanás!, renuncio a las pompas del siglo y a sus seducciones; prometo reducir mi carne a servidumbre, y hago voto y juramento de que aun cuando se me ofreciere cualquier aliciente humano, que declaro no desear, permaneceré incontaminada y virgen esposa de Cristo para siempre." Todos los fieles presentes, que, en expresión de los autores contemporáneos, actúan como testigos en este místico desposorio, sellan no con tinta, sino con su propio espíritu la promesa respondiendo: "Amén" [21]; y este grito de ratificación resuena por los cubículos y nichos de las galerías adyacentes, que repiten acompasadamente el eco, como si también los restos venerandos de los mártires confirmasen con su voz de ultratumba el sagrado contrato cerrado entre la virgen y Cristo.

El Pontífice, en nombre del cielo, acepta por su parte la promesa, y extendiendo su mano derecha sobre la cabeza de la virgen, mientras levanta su mirada a lo alto, exclama conmovido [22]:

A ti dirijo mis votos, Padre de toda gracia, a cuya piedad nos sentimos agradecidos por hacernos ver brotar sobre la tierra en esta virgen sagrada la vida de los ángeles, que perdimos al principio en el paraíso... Ruégote que defiendas a esta tu sierva,

---

[20] Que, además de la ofrenda directa de la virginidad, se contenía en la consagración una parte negativa de renuncia, aparece claro en ambos autores citados: «Nunc autem qui saeculum reliquisti et secundo post baptismum gradu iniisti pactum cum adversario tuo dicens ei: *renuntio tibi, diabole, et saeculo tuo et pompae tuae et operibus tuis:* serva foedus quod pepigisti et esto consentiens pactumque custodiens cum adversario tuo dum es in via huius saeculi» *(Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 7: PL 22, 1113). ORÍGENES, por su parte, escribía: «Et nos ergo cum venimus ad Deum et vovemus ei in castitatem servire, *promittimus labiis nostris et iuramus nos castigare carnem nostram*, vel male ei facere, atque in servitutem eam redigere» *(In Levit.*, hom. 3, n. 4: PG 12, 428). Como se ve, tanto en Oriente como en Occidente comprendía el voto una parte negativa de abnegación. La parte positiva del voto ofrendando la virginidad no podía variar mucho tampoco entre ambas Iglesias, pues la naturaleza misma del asunto dictaba las palabras de la fórmula, más o menos semejantes a las que pone Orígenes en boca de las viudas: «Hoc voveo atque promitto, si mihi humanum aliquid quod non opto contigerit, nihil aliud faciam quam incontaminata viduaque perseverem» *(In Luc.*, hom. 17: PG 13, 1846).

[21] Así lo afirma expresamente el autor *De lapsu virginis consecratae*, c. 5: PL 16, 372.

[22] Conocemos este rito por ciertas frases de SAN AMBROSIO a una virgen que vino a suplir ante el altar la ceremonia de la consagración *(De virginibus*, lib. I, c. 11: PL 16, 206).

que ha tenido a bien dedicarse a tu servicio, entregarte su alma y consagrarte los desvelos de su integridad. Te la presento en virtud de mi oficio pastoral y te la encomiendo con afecto paterno, a fin de que propicio y vigilante le concedas la gracia de interesar al Esposo, que mora en el santuario de los celestes tálamos; de contemplarle cara a cara y de ser introducida en la cámara de su Rey Dios... Haz que esta tu sierva, que ha sido también arrastrada por la gracia de la virginidad, se presente ante tu altar no para ofrecer al flámeo de unas bodas mundanas sus cabellos de oro resplandecientes por artístico peinado, sino para ofrecer al velo santo de la consagración virginal unos cabellos semejantes a aquellos con los que María, la santa mujer de Magdala, enjugó piadosamente los pies de Cristo y llenó de perfume toda la casa...

Viste a esta tu sierva con vestiduras que permanezcan siempre inmaculadas... Añádele, Señor, los demás atavíos de la santa virginidad, embellécela con los ornatos de una piadosa diligencia... Germine en su corazón la sencillez, en sus palabras la modestia; resplandezca en ella el pudor para con todos, el cariño para con los allegados, la misericordia para con los pobres y afligidos; persevere en el bien, huya de la apariencia del mal, sea objeto de las bendiciones del moribundo y del agradecimiento de la viuda desvalida. Haz que en todos sus sentimientos y en todas sus obras brille Cristo, busque a Cristo y hable de Cristo... Que los más impetuosos torrentes no puedan extinguir la llama de su caridad ni vacile ante la espada de la persecución o el peligro... Ven, pues, ¡oh Señor Jesús!, en el día de tus desposorios; recibe a quien ya estaba antes consagrada a ti en espíritu y hoy lo está en virtud de su profesión de virginidad; llénala del conocimiento de tu ley; escógela para la vida eterna, santificándola en su espíritu con la fe de tu verdad..., para que pueda ser instrumento santo de tu gloria, útil a la honra del Señor, apto para toda obra buena; por aquella cruz indefectible, por la venerable gloria de la Trinidad, a quien sea honor y honra perpetuas, Padre Dios, Hijo y Espíritu Santo desde todos los siglos, ahora y siempre por todos los siglos de los siglos. Amén [23].

La virgen estaba ya definitivamente consagrada y encadenada con vínculos de amor invisibles, pero férreos, a su esposo Jesús.

A una señal del Pontífice toma el diácono del altar el velo, ya antes bendecido, y que con el contacto del ara sacra ha quedado especialmente santificado, según la concepción de aquel tiempo [24], y lo deposita en manos del consagrante. Es éste un amplio lienzo rebosante de blancura y orlado con

---

[23] Con esta oración termina el Obispo de Milán su exhortación a la virgen Ambrosia, como evocando en el pergamino la que de palabra le dirigió en la ceremonia de su consagración (*De institutione virginis*, c. 17 : PL 16, 330-334).

[24] «Nunc melius, inquit maforte me quam altare velabit, quod sanctificat ipsa velamina?», exclamaba una joven virgen (San Ambrosio, *De virginibus*, lib. I, c. 11 : PL 16, 206).

franjas y flecos de púrpura. El Pontífice lo coloca sobre la cabeza de la nueva virgen, recitando una breve oración, cuyo eco pasó a la liturgia posterior en esta fórmula: "Recibe, hija, el velo, que has de llevar sin mancha ante el tribunal de Jesucristo, ante quien se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos" [25].

La impresión producida en el alma de la virgen al contacto del velo sagrado bajo la evocación del juicio divino remueve tan hondamente su ser, que todavía a la hora de la muerte se hará sentir su influjo. Los epitafios de las antiguas sepulturas nos hablan con frecuencia de este recuerdo como de arras de esperanza y garantías de un propósito cumplido. Una inscripción de Milán del año 409 nos dice: "Aquí yace Demetria, con la cabeza velada, después de vivir veintiún años y un mes" [26]. Y aun clama con más vibración el epitafio de las cuatro hermanas vercelenses Licinia, Leoncia, Ampelia y Flavia, orgullosas de su virginidad más que de las pasiones padecidas por la fe; "...después de haber superado los nocivos venenos ayudadas por la medicina de Cristo; insignes por la castidad de su alma, con el santo velo sobre sus cabellos, entraron en el cielo las cuatro hermanas" [27].

El banquete nupcial

54. Ha terminado la ceremonia de los místicos desposorios y sólo falta su coronamiento con la santa alegría del banquete nupcial [28]. El Pontífice continúa el sacrificio eucarístico y al conjuro de su voz desciende del cielo en la

[25] Esta fórmula se conserva en el *Missale gallicanum vetus*, redactado a fines del siglo VII o principios del VIII, y se repite en la mayor parte de los sacramentarios y pontificales posteriores de los siglos IX y X. A estas palabras sigue una larga oración. La fórmula arriba citada, por su sencillez y su tonalidad escatológica, puede sin imprudencia considerarse como herencia de los primeros siglos. Puede verse en L. A. MURATORI, *Liturgia romana vetus* (Venetiis 1748), t. II, col. 675. Diversos textos de pontificales conteniendo las palabras sobredichas pueden verse también en EDM. MARTENE, *De antiquis Ecclesiae ritibus*, t. II, col. 527 s.

[26] *Corpus inscriptionum latinarum*, vol. V, n. 6257.

[27] *Corpus inscriptionum latinarum*, vol. V, n. 6731; pueden verse otras inscripciones referentes a vírgenes consagradas en C. M. KAUFFMANN, *Handbuch der altchristlichen Epigraphik* (1917), pp. 282-289, y en J. WILPERT, *Die gottgeweihten Jungfrauen in den ersten Jahrhunderten der Kirche*, p. 20 s.

[28] A mitad del siglo IV, juntamente con la imposición del velo se tenía también la bendición e investidura de la túnica virginal, confeccionada con tejidos bastos y de color blanco, como el velo, o de tonos obscuros, según los diversos tiempos y regiones. A ello ha-

consagración el casto Esposo, según lo había pedido en su oración el consagrante, para unirse con su esposa en unión de amor. Sirviéndole de aureola los esplendores de las blancas especies de pan en que viene envuelto, penetra Cristo en el corazón de la virgen, y allí se ratifica el vínculo de amor eterno que ha de unir al Criador y a la criatura. Dadas las costumbres de la primitiva Iglesia y las necesidades impuestas por las persecuciones, no puede dudarse que entonces tuvo su origen la ceremonia consignada en los antiguos sacramentarios manuscritos del siglo X, en la cual el Pontífice depositaba en manos de la virgen el pan consagrado necesario para poder renovar su unión con Cristo, tomando la comunión por sí misma, los ocho días siguientes a la emisión del casto juramento [29]. Era una entrega completa del Esposo en manos de su virgen escogida para encenderla en deliquios de amor durante aquellos días con su presencia.

Acto seguido se acercaban a saborear las delicias del convite de boda todos los fieles presentes. "Hoy ninguno se retirará ayuno de este banquete nupcial", había dicho el Obispo a la virgen en su exhortación [30]. A todos inunda un mismo gozo, porque todos sienten que, unidos en un mismo cuerpo con aquel divino alimento, participan de la nueva vida de pureza que acaba de traer el Salvador a la tierra, y que depositada, por decirlo así, en la virgen recién ungida, rebosa desde ella a modo de surtidor celeste, purificándolos y despojando a sus naturalezas de la gravidez propia de la carne terrena. Terminados los santos misterios, se acercan

---

cen referencia repetidas veces los autores de fines de este siglo. SAN AMBROSIO, por ejemplo, recuerda expresamente a su hermana Marcelina este cambio de túnica (*De virginibus*, lib. III, c. 1: PL 16, 219). Las oraciones relativas a estas ceremonias nos han sido conservadas por los sacramentarios y pontificales más antiguos, como pueden verse en las colecciones de MARTENE y MURATORI, obras y lugares citados en la nota 25. Tal vez cuando se introdujo la tonsura del cabello, según pretende WILPERT, *Die gottgeweihten Jungfrauen*, p. 19, o aun antes, si conservan su sentido literal las expresiones de Optato Milevitano, se empezó a usar por las vírgenes una banda que cubría la cabeza a modo de diadema y se conocía con los nombres de *mitra* o *mitella*, guarnecida con franjas de púrpura. Bellamente la describe SAN ISIDORO en su obra *De officiis ecclesiasticis*, lib. II, c. 18: PL 83, 807: «Por ser virgen y haber determinado santificar su carne, se le concede el derecho del velo, de modo que entre en la iglesia con su gloriosa insignia, y muestre la honra de su cuerpo consagrado, en su cabeza libre, llevando en lo más alto de la misma la *mitra* como corona de su gloria virginal».

[29] Cf. EDM. MARTENE, *De antiquis Ecclesiae ritibus*, t. II, col. 524. La confirmación de dicha ceremonia puede verse en los textos de los pontificales más antiguos allí mismo compilados, v. gr., col. 532.

[30] SAN AMBROSIO, *De virginibus*, lib. III, c. 1: PL 16, 219.

a la nueva virgen las más antiguas, consagrando su frente con un ósculo de paz [31].

En los jardines de la Iglesia de Cristo se ha abierto una nueva corola de azucena, que enrosca sus raíces en reliquias de catacumbas; el ambiente cristiano ha condensado su fragancia con nuevos perfumes de pureza libados entre los sepulcros de la fe y el heroísmo. Los fieles retornan a la ciudad, donde les espera tal vez la muerte por Cristo. Aquel breve camino de la Vía Salaria es la distancia entre la virginidad y el martirio.

---

[31] Era costumbre que la virgen recién velada enviase a sus amistades un regalo, *apophoretum*, que testimoniase su alegría en aquella solemnidad. Se conserva la carta en que agradece San Agustín este don a la virgen Demetríades (*Epist. 150:* PL 33, 645).

CAPÍTULO VI

LOS PADRES DE LAS VÍRGENES

55. Gozo de los padres piadosos.—56. Consagraciones condicionadas de niñas.—57. Su formación intelectual, afectiva y ascética.—58. Oposición de los padres mundanos.—59. El dolor de las hijas.—60. En pleno combate

Gozo de los padres piadosos

55. En una de sus más bellas cartas decía San Jerónimo el año 414 a la virgen Demetríades: "Quiso Jesús ser coronado de espinas, cargarse con nuestros delitos y padecer por nosotros... para que de las espinas y tribulaciones de la mujer naciesen rosas de virginidad y lirios de continencia" [1]. Estas palabras, alusivas a las molestias corporales de la madre, podrían haberse aplicado con no menos verdad a los desgarrones íntimos de su corazón en el momento de ver nacer a su hija al mundo de la pureza.

Las vírgenes eran para la comunidad cristiana luz y sonrisa sobrenatural; la ráfaga de su paso a través de la vida levantaba en torno suyo oleadas de admiración y santa alegría. Pero al hablar de las impresiones humanas hay siempre que apartar, como fundidos en troquel diverso, el corazón de la madre y la voluntad del padre, que por su misma riqueza psíquica y exuberancia emocional presentan reacciones insospechadas. La historia de los sentimientos paternos representa en la epopeya de la virginidad un cantar de gestas con las emociones más contradictorias características de aquellos hogares, transformados, es verdad, por el cristianismo, pero sin dejar de enraizarse en la sociedad de la Roma imperial. Como genuinos patricios, sabían aquellos padres desnivelar las determinaciones filiales con el plomo de sus voluntades autoritarias. Peso que hacía gemir con frecuencia a las vírgenes al intentar su vuelo hacia el Esposo celeste. Ya vimos cómo San Pablo, en su carta magna de la continencia, dirige su doctrina ante todo a la patria potestad [2].

[1] *Epist. 130,* n. 8 : PL 22, 1114.
[2] 1 Cor. 7, 36 s.

Dentro de los hogares sinceramente impregnados por el ideal de Cristo, se reputaba una gloria la floración de la virginidad, y el corazón de las madres, aun estrujando otras ilusiones mundanas, regaba estos brotes con la sangre de sus propias heridas. Era en estos ambientes familiares donde adquirían particular vibración aquellas delicadas palabras del Obispo de Milán: "La virgen es un don de Dios, es un privilegio de los padres, es una especie de sacerdocio de la castidad. La virgen es la hostia victimal de la madre, con cuyo cuotidiano sacrificio se aplaca la ira divina. Es prenda particularísima de los pobres, a quienes no importuna con codicias de dote, ni abandona con huídas a otro hogar, ni ofende con palabras inconsideradas" [3].

Todas las casas paganas del Imperio guardaban junto al atrio o en lo más íntimo de las estancias domésticas el venerado larario, donde el padre ofrecía sus sacrificios a los dioses tutelares de la familia, implorando su protección en los azares de la vida, consagrándole sus nacimientos o sus matrimonios y expiando supersticiosamente sus yerros. Mucho más vibrante era la religiosidad en el hogar de la virgen cristiana. El Dios de la pureza llenaba la casa entera, y la virgen quedaba constituída en sacerdote, que le transmitía las plegarias del hogar, y en víctima propiciatoria, que con la inmolación cuotidiana y silenciosa de su propia carne se ofrendaba al Creador para expiar las faltas de sus padres [4] y atraerles toda suerte de bendiciones. Ante tales realidades, éstos se sentían purificados y ennoblecidos como el fiel creyente envuelto en el incienso del sacrificio, que por él se eleva a la divinidad. Consuelos que embalsamaban las pasadas desgracias.

El mismo doctor San Ambrosio nos ha conservado con cierto ropaje oratorio las palabras con que se dirigía a sus hijos una piadosa matrona de Bolonia, cuyas riquezas eran alimento del pobre y ornato de basílicas cristianas. La santa madre de familia, Juliana, había quedado viuda en compañía de tres hijas y un hijo, por nombre Lorenzo, vástago postrero de su matrimonio, fruto de ansias y plegarias en pro de un varón. Desde la muerte de su marido, los desvelos maternales eran semilla de virginidad en el alma de sus cuatro amores:

[3] San Ambrosio, *De virginibus*, lib. I, c. 7, n. 32: PL 16, 198.

[4] Son palabras textuales de San Ambrosio: «quarum meritis vestra delicta redimantur» (loc. cit.). Parecidas expresiones usaba el autor *De lapsu virginis*: «Si hubieras perecido con la suerte común de los mortales, hubieran llorado tus padres durante algún tiempo tu ausencia, pero habrían tenido el gozo inmenso de haber enviado por delante a Dios una virgen inmaculada, hostia viva ante el Señor, *víctima propiciatoria por sus pecados*» (c. 4, n. 16: PL 16, 371).

Hijos míos—les decía—, ved aquí a una madre envejecida por los sufrimientos y aun no madura para la viudedad[5]; vedme despojada de todo apoyo y sin el ornato de la continencia virginal. Ni tengo el auxilio del marido ni el encanto de la virgen. Pero, con todo, no es de mí de quien me preocupo; sufro y me desvelo por vosotros. Me han quedado las cargas del matrimonio sin sus ayudas. ¡Cuán preferible hubiera sido no llegar a este estado! Vosotros, sin embargo, podéis justificar al padre y aliviar las penas de vuestra madre conservando la virginidad que nosotros perdimos. Bastará para no arrepentirnos de nuestro matrimonio el ver que os han sido útiles nuestros trabajos; y me persuadiré que el ser madre de vírgenes es casi tan noble como el conservar la virginidad. Recordad qué madre eligió Jesús para venir a este mundo. Queriendo ofrecer la salud al orbe, apareció a través de una virgen, y por medio de un parto virgíneo reparó la caída de la primera mujer. Que vuestra virginidad repare también mis yerros. Considerad cuán gran bien sea la perfecta continencia. Bien claro está que me hallo privada de auxilio y necesito ayuda; pero si determináis permanecer vírgenes, no mendigaré el socorro a nadie. La diadema de vuestra virginidad será para mí un tesoro de riquezas. ¿Quién no llamará entonces dichosa a la que reputan ahora por desgraciada? ¿Quién no honrará a la madre de tantas vírgenes? ¿Quién no venerará la morada del pudor?[6].

Consagraciones condicionadas de niñas

56. Con tanta fuerza subyugaba el encanto de la pureza y con tal dominio se imponía su prestigio, que aun el corazón de la madre se declaraba a veces vencido, inmolándose alegre en ocasiones ante su altar con el sacrificio de sus propias hijas, en las que ella misma se condenaba a una fecunda esterilidad. Y a veces, en palpitaciones de mística más intensa, llegaba en su propia renuncia a ser ella misma la que ponía la víctima virginal sobre el ara. Después del primer beso al fruto de su seno recién nacido, lo alzaba con gesto hierático hacia el cielo, consagrándolo a Jesucristo, y

[5] Dentro de la organización eclesiástica vino a constituir un grado especial el de las viudas, al que hace ya mención el mismo San Pablo. Para entrar en él se requería ser viuda de un solo varón, haber cumplido los sesenta años y tener dentro de la comunidad buena reputación, tanto por sus buenas obras como por su solicitud en la educación de los hijos. Por su parte, la Iglesia las ayudaba para su alimentación y se servía de ellas en ciertas actividades de caridad cristiana, así como en el servicio de los ágapes y en la administración del bautismo cuando éste debía conferirse a mujeres ya adultas. No extrañará una tal intervención si se recuerda que en aquellos siglos los bautismos en la mayor edad eran sumamente frecuentes y que durante mucho tiempo prevaleció el rito de la inmersión.

[6] SAN AMBROSIO, *Exhortatio virginitatis*, c. 4, n. 26 s. : PL 16, 343.

en vez de colocarlo sobre la cuna riente de ilusiones que forjan todas las madres para sus pequeñuelos, lo depositaba, en cuanto de su voluntad pendía, sobre el tálamo de la virginidad, áspero en futuras renuncias. Por su parte quedaba consumada la inmolación, que a la joven ya adolescente tocaría convalidar o rescindir libremente en su día.

Si, violando un poco audazmente la correspondencia epistolar de aquellos tiempos, sorprendemos algunas de sus cartas, descubriremos este gesto espiritual en varias de las más nobles matronas. El año 401 atravesaba el Mediterráneo una carta del erudito asceta San Jerónimo, salida de Belén con dirección a la Roma de los Césares. En el sobrescrito se leía: "A Leta, mujer de Toxencio". Era esta insigne patricia hija de un pontífice de la agonizante religión pagana, nombrado Albino y tenazmente apegado a sus ceremonias mitológicas. Leta había obtenido una boda brillante con Toxencio, único hijo varón y postrer vástago de la nobilísima matrona Paula, descendiente de la familia Julia, uno de los abolengos más distinguidos del Imperio, por juzgarse sucesión del héroe Eneas. Lloraba Leta su triste fecundidad, que sólo le permitía abrazar hijos muertos. Un día hizo voto de consagrar en virginidad perpetua, cuanto de sí dependiese, a su futura descendencia, si la muerte llegaba a respetarla. Al poco tiempo vino al mundo una niña encantadora, bautizada con el nombre de Paula, igual que su santa abuela materna. Leta se dirigió a San Jerónimo en busca de normas para la educación de aquella niña, a quien miraba ya como a esposa de Cristo, y gracias a ello poseemos en la respuesta del Doctor betlemita un manual de la más fina pedagogía, ruta de la cultura humana y del ascetismo divino.

Doce años más tarde volvía a recorrer el mismo espacio Mediterráneo otra carta del Santo, dirigida esta vez a un padre de familia, antiguo conocido de Roma, llamado Gaudencio. Respondía a una consulta semejante: ¿Cómo educar a su pequeña Pacátula, a la sazón de dos o tres años, nacida entre los terrores de 410, a quien él había consagrado como esposa de Cristo, siempre que aceptase ella en su día unión tan privilegiada? Era el mismo padre quien deseaba dirigir atento la educación de su hija en conformidad con su futuro estado. Jerónimo vuelve a redactar de nuevo las normas directivas que modelasen, dentro de su búcaro de barro virginal, el corazón y los órganos todos de un alma en capullo, destinada a flor de Cristo. Con razón juzgaban aquellos piadosos padres no haber dado cima a su voto con el mero suspiro de un deseo si al mismo tiempo no creaban el ambiente propicio para que llegase a encarnar en cuerpo de realidad el espíritu de su anhelo.

Su formación intelectual, afectiva y ascética

57. Aquí surgía la dificultad. ¿Qué cánones seguir en aquel nuevo arte de formar esposas de Cristo? ¿Cómo dibujar el perfil religioso que esbozase ya en la infancia a la futura virgen? Perfil que había de ser tanto más delicado cuanto mayor era la grandeza de su destino:

Fuiste libre—decía San Jerónimo a la piadosa Leta—para ofrecer o no tu hija a Dios...; mas, una vez ofrecida, sería muy peligroso para tu alma descuidar su educación. Quien ofrece a Dios en sacrificio un cordero cojo, manco o afeado con cualquiera otra lacra, es reo de sacrilegio; ¡cuánto más digna será de castigo si se muestra negligente la que está preparando una parte de su propio ser y la pureza de un alma sin mancilla para ofrecerla a los abrazos del celestial Esposo! [7]

Era preciso, por tanto, constituir la ciencia pedagógica de la virginidad, que dirigiese a aquellas inocentes crisálidas, faltas aún de alas, en sus primeros vuelos hacia la pureza. Esto hizo San Jerónimo, aun cuando rebasando los límites de la educación ascética, para entrar en el campo de la formación integral, mediante la adquisición de la cultura, el desarrollo de las facultades cognoscitivas, la orientación de los sentimientos y el cultivo de las virtudes virginales.

Ni siquiera la formación física del cuerpo descuida el pedagogo asceta:

Téngase en cuenta—dice—que hasta la edad del pleno desarrollo es peligroso llevar una abstinencia demasiado rígida, teniendo aún las fuerzas tiernas. Por tanto, hasta ese tiempo, si fuere necesario, frecuente los baños, beba un poco de vino por razón del estómago y aliméntese de carne, no sea que falte la fortaleza a sus pies antes de que empiece a correr. Esto lo digo por vía de permisión, no de precepto, pretendiendo con ello evitar la debilidad, pero no fomentar la gula [8].

Supuesta la perfecta formación del cuerpo, debe venir en la virgen el cultivo del espíritu. Algunos de sus procedimientos en esta materia podrían creerse semilla de modernas direcciones pedagógicas. Bástenos recordar los consejos que dirige a Leta refiriéndose a los primeros conocimientos de su minúscula Paula:

Hágansele—dice—letras de boj o de marfil, pronunciándole el nombre de cada una, y juegue con ellas, de modo que el mismo

[7] *Epist. 107 ad Laetam*, n. 6: PL 22, 873 s.
[8] Ibid., n. 8: PL, t. cit., 874.

juego le sirva de instrucción...; procura cambiar el orden de las mismas, poniendo las de en medio con las últimas y las primeras con las de en medio, para que no sólo las conozca por el sonido, sino también por la vista... Tenga en la lección compañeras, a las que pueda envidiar si la aventajan; de modo que al oír que las alaban reciba ella algún empacho. Si acaso fuese algo tarda para aprender, no se la reprenda, sino procúrese despertar con alabanzas su ingenio, para que se goce con sus victorias y se duela con sus derrotas... Ante todo es menester evitar que venga a odiar el estudio, no sea que este aborrecimiento de sus años infantiles pase a la edad madura [9].

Sobre este fondo de formación cultural, que explana largamente, deben resaltar los sentimientos delicados, propios de su vocación de virgen y de su futura vida de amor divino. Se trata del modelado del corazón:

Cuando vea a su abuelo, salte en seguida a su pecho, cuélguese de su cuello y, aun cuando él proteste, cántele el *Aleluya* [10]. Arrebáteselo de entre los brazos la abuela, y aprenda la pequeña a conocer a su padre en la risa; sea amable para todos, de modo que la familia entera se regocije de ver que en su seno ha brotado una rosa. Conozca también desde pequeña que tiene otra abuela y una tía de gran santidad [11], y sepa para qué emperador y ejército está ella destinada. Arda en deseos de estar con estas últimas, y su amenaza contra ti consista en escaparse a su lado [12].

Va ya formándose el débil cuerpecillo, va moldeándose el tierno corazoncito; resta la tarea más ardua: forjar la voluntad en el duro yunque de la virtud. Es obra propia de artista, pero tal que escultor y modelo han de fundirse en un solo ser, llamado madre. El procedimiento consistía en que se revistiese ésta de plena autoridad y se ofreciese a sí misma hecha ejemplo viviente. A pesar de haber asumido Gaudencio para sí la educación de su diminuta Pacátula, oye de su amigo Jerónimo aquella triple sentencia que debe observar su hija respecto a su esposa, triple corona pontificia

---

[9] *Epist. 107 ad Laetam*, n. 4: PL 22, 871. De modo parecido se expresa en su carta 128 a Gaudencio, n. 1: «Ame—dice refiriéndose a su hija—lo que se le obliga a aprender, de modo que no sea trabajo, sino deleite; no sea necesidad, sino voluntad propia» (PL 22, 1095).

[10] Se refiere al cántico del *Aleluya*, expresión de alegría en la liturgia de la Iglesia. Recuérdese que su abuelo Albino era pontífice pagano, razón por la cual podía recibir con prevención un tal saludo.

[11] Alude a Santa Paula y Santa Eustoquio, que por esta fecha vivían en Belén, rodeadas de otras numerosas vírgenes, bajo la dirección y guía espiritual de San Jerónimo.

[12] *Epist. 107 ad Laetam*, n. 4: PL 22, 872.

de la tiara materna: "Amela como a madre, obedézcala como a señora, reverénciela como a maestra [13].

Téngate por maestra tu hija—dice a Leta—, imítete en sus años inconscientes. No vea en ti ni en su padre cosa alguna que, si ella la hiciese, sea responsable de pecado. Recordad que vosotros, progenitores de la virgen, podéis instruirla más con ejemplos que con gritos. Las flores tiernas pronto se marchitan; basta una brisa pestilente para ajar la corola de la violeta, la azucena o el azafrán [14]... La naturaleza humana es inclinada a seguir los ejemplos de los mayores, y por eso se imitan en seguida los vicios de aquellos cuyas virtudes no logramos alcanzar [15].

Con esta norma ante la vista, aquellas heroínas de la maternidad cristiana iban transfundiendo en sus hijas consagradas los contornos y colores de la azucena virginal, asimilados a través de sus propias almas. Pero esto no bastaba. ¡Cuánto trabajo para cercar la débil flor a fin de que no la manchara el áspid con su baba inmunda! Y el áspid serpeaba siempre al acecho tras la aparente lozanía de la sociedad romana. Pudiera parecer obsesión la insistencia con que reitera estas precauciones San Jerónimo, si no conociésemos el ambiente de aquel Imperio medio pagano, que hedía ya próximo a su propia sepultura. Era menester que no se resquebrajase aquel frágil vidrio de un alma aun no acabada de templar, ni que la mugre lujuriosa de un esclavo (cosa frecuente en aquel mundo elegante) viniera a enturbiar la transparencia de quien estaría más tarde dispuesta a desafiar los ardores pasionales de un patricio:

Tenga tu hija por custodia—decía a su amigo Gaudencio—una institutriz que no sea amiga de vino, ni ociosa, según aconseja el Apóstol; ni parlanchina, sino sobria, grave, aficionada a hilar la lana y gustosa de hablar únicamente lo que induzca el ánimo infantil a la virtud. Como el agua sigue en la arena el surco trazado por el dedo, así la edad tierna es flexible a una y otra parte y, consecuentemente, sigue la dirección que le imprimen [16]. Manténganse lejos de ella—escribía a Leta—los jóvenes menos honestos, y aun sus mismas doncellas y criados guárdense del comercio aseglarado, no sea que lo malo que aprendan se lo enseñen a ella con mayor perjuicio [17]. Ni debe amar entre

[13] *Epist. 128 ad Gaudentium*, n. 3 : PL 22, 1098.
[14] *Epist. 107 ad Laetam*, n. 9 : PL 22, 875.
[15] Ibid., n. 4 : PL 22, 872. Todo este número, por cierto muy extenso, está consagrado a explicar el influjo del ejemplo en los primeros años. Las anécdotas de los Gracos, de Hortensio, de Alejandro; las comparaciones de la lana tinta en púrpura, del olor primero en la vasija recién fabricada y otros recursos semejantes prestan a esta exposición singular luz y viveza.
[16] *Epist. 128*, n. 3 : PL 22, 1098. Con frases parecidas habla a Leta (loc. cit.).
[17] *Epist. 107 ad Laetam*, n. 4 : PL 22, 871.

sus doncellas a una con especial predilección, a quien vaya de continuo con sus confidencias. Lo que hable con cualquiera de ellas pueda ser conocido de todas. Sea su compañera más frecuente no la más pintada, ni la más hermosa, ni la más ligera o la que sepa entonar con voz más cristalina un cántico sentimental, sino, por el contrario, aquella que apareciere grave en sus modales, descolorida en su rostro, sencilla en sus atavíos y más bien matizada con cierta melancolía en su carácter [18].

Conservada en este nido cálido de inocencia, debía ir aspirando el rocío de la piedad, de modo que fuesen suavemente impregnándose en ella los órganos más internos de su vida. Para sus primeros balbuceos o garabatos de escritura no habían de quedar al acaso las palabras que formase su lengua de trapo o sus trazos vacilantes, sino que debían ser escogidos los nombres de los profetas, los apóstoles y los patriarcas, para que este sedimento constituyese los estratos más profundos de su espíritu, al par que se ejercitaban sus labios o sus dedos [19].

Cuando esta tu virgencita, todavía sin juicio y sin dientes —dice a Gaudencio—, llegue a los siete años y empiece ya a sentir el rubor, y saber lo que ha de callar, y dudar sobre lo que ha de decir, aprenda de memoria los salmos; y en los años siguientes hasta la pubertad vaya guardando en su corazón, como precioso tesoro, los libros de Salomón, los Evangelios, los escritos de los apóstoles y de los profetas [20].

Si es cierto que cada siglo tiene sus preocupaciones, no lo es menos que todos los tiempos participan de un fondo común en sus controversias éticas y sociales, que permitiría interpolar sin dificultad en el último de nuestros libros contemporáneos sobre la moral religiosa y la moral libre páginas enteras surgidas en el choque entre el paganismo moribundo y el cristianismo conquistador. Frases del *Emile*, de Rousseau, o ciertas directivas morales de autores actuales podrían creerse traducir el pensamiento de un súbdito del emperador Juliano. Por aquel tiempo, lo mismo que hoy, oían las matronas romanas a su alrededor dos opuestas voces, que resumía así el pedagogo dálmata, escribiendo a Gaudencio: "Suelen algunas madres, cuando consagran sus hijas a Dios, como futuras vírgenes, vestirlas con túnicas de color apagado y cubrirlas con mantos obscuros, quitándoles los atavíos de lienzo y no permitiéndoles llevar ador-

---

[18] Ibid., n. 9: PL 22, 875.
[19] Este consejo de infiltrar en la contextura inconsciente de la niña los gérmenes de la futura piedad, es una idea básica en la pedagogía jeronimiana. Acerca de lo indicado en el texto puede verse lo que dice en su *Epist. 107 ad Laetam*, n. 4: PL 22, 871.
[20] *Epist. 128 ad Gaudentium*, n. 3: PL 22, 1098.

nos de oro en el pecho o sobre la cabeza; ciertamente, con buen acuerdo, a fin de que no se acostumbren en sus tiernos años a deleitarse con lo que después se verán precisadas a arrojar de sí. Otras juzgan contrariamente. ¿A qué viene, dicen, privarlas de estos aderezos, como si no hubieran de verlos en sus compañeras? La mujer es *filocosmon* (amante del ornato); conocemos a muchas, insignes por su honestidad, que se muestran amigas de adornarse, no precisamente por agradar a ningún hombre, sino por propia complacencia. ¡Que se sacien con la posesión de tales aderezos mientras oyen alabar a las que prescinden de ellos! Mejor es que los desprecien, una vez saciadas, que no el que los ansíen, no poseyéndolos... Entonces—comenta el Santo—¿será mejor entregarse a la lujuria en la mocedad para poder después despreciarla con más fuerza?" [21].

San Jerónimo tenía en este punto un sistema bien definido. Sus normas directivas son tajantes y claras, tanto para los días de la infancia como para el tiempo en que la futura virgen se acerque a los umbrales de la adolescencia:

> El arreglo y vestido de la pequeña Paula muestre quién es el esposo al que está prometida. Guárdate—le dice a su madre—de perforarle las orejas, ni le pintes el rostro con bermellones y albayaldes, ni oprimas su cuello con joyeles de oro y pedrería, ni cargues su cabeza de perlas, ni tiñas de rubio su cabello, como pronosticándole los tintes rojos del infierno. Otras han de ser sus perlas, con las que pueda luego adquirir la margarita preciosa del Evangelio... No debe asistir a los banquetes públicos de sus padres, para evitar el que se aficione a los platos suculentos, pues aun cuando algunos tienen por mayor virtud menospreciar el deleite presente, sin embargo, yo juzgo hallarse más asegurada la templanza cuando no conoces lo que te incitaría a su goce. Siendo niño leí en la escuela este aforismo: "Difícilmente corregirás lo que has consentido en admitir como costumbre" [22].

Pero ¿cómo ocupar las actividades de una jovencita estimulando sus virtudes, sin la monotonía de la tarea? El secreto estaba en que sus manos, fatigadas de manejar el huso y la rueca, descansasen con las caricias de los libros sagrados, que con la suave brisa de su inspiración irían hin-

---

[21] Ibid., n. 2 s.: PL 22, 1096 s.

[22] *Epist. 107 ad Laetam*, nn. 5 y 8: PL 22, 872 y 874. Varias veces explana San Jerónimo esta idea de evitar todo lo que sea deformación, aun cuando parezca ligera, ya que luego será difícil de desarraigar. Antes bien había advertido en este mismo sentido: «Debes velar sobre ella para que no se acostumbre a pronunciar las palabras a medias, con necios melindres, ni a jugar con oro y púrpura; pues lo primero es dañoso para la lengua, y lo segundo, para las costumbres; que no aprenda en su edad tierna lo que luego tendrá que olvidar» (ibid., n. 4: PL 22, 872).

chiendo las velas de su espíritu, ruta a lo divino; luego la afectuosa comunicación con su Esposo daría paz a sus ojos, enturbiados por la lectura de los códices.

Este triple elemento del cosmos espiritual: lectura, oración, trabajo, iría formando el armazón del espíritu en las tres dimensiones espaciales de mente, corazón y actividad externa. Estructura de la mente: "Recite diariamente a su madre los trozos que ha aprendido de memoria, entresacados del florilegio bíblico. Sepa medir los versos griegos y hágase familiar la erudición latina, no sea que, descuidando al principio la lengua, venga a aparecer más tarde extranjera su pronunciación y extraños sus giros en la propia patria". Estructura del corazón: "Acostúmbrese a recitar los himnos de la mañana, los salmos de la noche y las oraciones de tercia, sexta y nona a sus tiempos, manteniéndose firme en ellos como buen soldado de Cristo, siempre dispuesto a la pelea". Estructura de la externa actividad: "Aprenda a labrar la lana, a sostener la rueca, guardando en sus rodillas el canastillo; a hacer girar el huso y guiar el estambre con su dedo pulgar" [23]. Con esto quedaba salvado el escollo de la monotonía, carcoma de alma adolescente.

Esta vida suave de piedad y trabajo debía irse entretejiendo, como tela de araña casera, en el ambiente del retiro doméstico, lejos de las distracciones callejeras, de las coqueterías mundanas o de las visitas insulsas, ambiente perfumado por íntimos coloquios filiales y vigilancias maternas [24]. Sólo la delicadeza de las manos de una madre podría llevar a cabo labor tan delicada. Era trabajo de paciente miniatura.

Nada tiene de extraño que Leta se aterrase ante la carga que tal educación suponía. ¿Cómo era posible que una simple mujer de mundo, rodeada por todas partes de la voluble sociedad romana, pudiera atender a empresa tan ardua y sobrellevar a través de caminos tan resbaladizos aquella responsabilidad, en que se jugaba el alma de su hija y el cumplimiento de su voto? En el caso de aquella patricia se ofrecía una fácil solución. Al mismo tiempo se fundaba una pauta para muchas madres en lo futuro.

Junto al portal de Belén, a los pies del santo Pesebre, luchaban por injertar en su carne luces de vida divina su madre, la viuda Paula, y su hermana la virgen Eustoquio. Ellas podrían tejer con hebras de pureza y amor celeste la

[23] Acerca de esta triple formación integral va dando consejos muy detallados en los números 9 y 10 de la citada carta a Leta (PL 22, 874 s.).

[24] En los números 9 y 11 de esta misma carta va dando avisos muy concretos sobre el trato, especialmente con jovenzuelos acicalados, sobre las salidas de casa, aun tratándose de asistir a los oficios sagrados, y, en general, sobre todo lo que significa apartarse de la compañía de su madre.

urdimbre espiritual de la inocente niña. Costaría lágrimas al corazón de la madre este alejamiento, pero estas lágrimas las volvería a encontrar después de algunos años, crecida ya su hija, cuajadas como perlas de castidad en el fondo de una corola virgen:

Mas te vale—le aconsejaba su guía espiritual—suspirar por ella ausente que vivir en continua zozobra inquiriendo qué dice, con quién habla, a quien acepta, sobre quién posa con agrado su mirada. Entrega la pequeña a tu hermana Eustoquio, y desde ahora sus lloros serán oración por tu alma. Envíala como compañera de su santidad y heredera de sus virtudes. Que contemple de continuo a su tía, que la ame, que la admire desde sus primeros años, ya que la conversación de tu hermana, su porte, su vestido, no es sino espejo de virtudes. Críese en el regazo de la abuela, para que vuelva a hacer con la nieta lo que supo hacer tan acertadamente con su hija Eustoquio [25].

La noble Leta siguió el consejo del asceta, y aquella inocente pequeñuela vino más tarde a suscribir su nombre en muchos de los antiguos santorales con el título de "la virgen Paula, la más joven", en contraposición a su santa abuela.

De este modo colmábase el gozo de aquellas madres cristianas, que veían coronada su ancianidad con guirnaldas cuyas flores eran elección del mismo Jesucristo. Aun nos parece contemplar la dicha de Juliana, la piadosa viuda boloñesa, cuando vió cómo al conjuro de sus exhortaciones en pro de la virginidad dirigidas a su hijo Lorenzo, incluído ya en la jerarquía eclesiástica, y a sus tres hijas mayores, había creado cuatro vírgenes para el Señor. Con sus limosnas acababa de erigirse en Florencia una nueva basílica a San Pedro y San Pablo, relicario juntamente de los mártires Agrícola y Vidal, descubiertos milagrosamente por el obispo San Ambrosio. Fué llamado éste para consagrar con su bendición episcopal aquellos muros, cuyas piedras representaban los últimos restos del patrimonio de la devota matrona. En la oración panegírica, que dirigió al pueblo el santo Prelado, describe con gozosa morosidad a la noble viuda,

que se adelanta a lo largo del templo acompañada, como de una corte, de sus hijas vírgenes, entregando en ellas a la Iglesia el honor de su hogar, y encontrando en el sagrado recinto algo que con derecho puede llamar suyo, a su propio hijo, que entona las divinas alabanzas. En aquel ambiente, las castas jóvenes se imaginan, al oír la voz de su hermano, estar aprendiendo la palabra del Señor en su propia casa. La madre, a imitación de la Virgen María, se goza del provecho que le propor-

[25] Ibid., n. 13 : PL 22, 877.

ciona su propio hijo y, como ella, guarda las palabras del que oficia, rumiándolas con piadoso afecto en su corazón [26].

La nueva basílica florentina quedaba compenetrada en aquellos instantes con el hogar de la virginidad, y sus reverberos se reflejaban en el cielo.

Oposición de los padres mundanos

58. Hemos descrito los rompientes luminosos de la maternidad. Por desgracia no siempre triunfaba el espíritu en aquella lucha a muerte que junto a la cuna de la recién nacida entablaban la ilusión mundana del corazón materno y las inspiraciones del ángel de la pureza virginal. Muchas veces los deseos de continencia, que brotaban tímidos en el pecho de la hija, eran aplastados por el peso de la patria potestad como la violeta de la ladera es tronchada por el peñasco que, desgajado del monte, seca para siempre su aroma... Con qué indignación clamaba en Milán su celoso Pastor:

¿Y qué decir cuando tantas jóvenes de fuera, que no oyen mis exhortaciones, se consagran a la virginidad, y las que me oyen no la profesan? Es que he conocido a muchas doncellas deseosas de entregarse a la continencia y que se ven impedidas por sus madres, y lo que es más grave, por madres viudas a quienes me dirijo. Es decir, que si vuestras hijas quisieran amar y entregarse a un hombre, las leyes les permitirían elegir a quien quisieran; pero aquellas a quienes es concedido escoger como esposo a un varón cualquiera, no tienen facultad de elegir a Dios [27].

O como se lamentaba en otra ocasión, con palabras todavía más mordaces, recordando el sacrificio de la hija de Jefté: "Se lleva a cabo el sacrificio cruento de una vida inocente y no hay quien lo impida; se pretende ofrendar a Dios la pureza y siempre hay quien se oponga" [28].

A través de los antiguos pergaminos vemos repetirse con frecuencia la escena: una madre, rígido de autoridad el rostro, severa la voz, llameante de indignación y angustia la mirada, increpa inexorable a una joven echada a sus pies, con aquel proverbio de la Roma clásica: "Hija, nos debes nietos". A continuación, brochazos coloristas sobre el desprecio que siente la sociedad elegante hacia la joven soltera

[26] *Exhort. virginitatis*, c. 8, n. 55: PL 16, 352.
[27] *De virginibus*, lib. I, c. 10, n. 58: PL 16, 205.
[28] *De virginitate*, c. 3, n. 10: PL 16, 268.

fracasada en su ascensión al amor del hogar. Una rúbrica final, que pretende sonar cual la descarga de un rayo: ni dote ni herencia irían a parar a sus manos, quedando, por tanto, la presunta virgen bajo la única custodia de su propia miseria [29].

Al abandonar la presencia de su madre la joven, ansiosa de aire más despejado, tropieza con la vista de su padre y sus hermanos, que tratan de apretar más y más aquel cerco de acero en que se ahoga. Al mismo tiempo llegan del exterior las voces de los solicitantes rechazados, que la maldicen con furor; y como fondo abordonado de esta melodía diabólica suena el murmullo de la sociedad mundana, que eleva sin descanso su voz anónima contra una virtud cuya práctica dificulta a los jóvenes el hallar esposa y pone en contingencia el crecimiento del género humano [30]. La futura virgen se ve precisada a luchar sola contra aquella tormenta de fango y carroña levantada para obscurecer el armiño de su pureza.

En medio de aquel fragor logra, sin embargo, percibir, como susurro lejano, la voz de su Obispo. Su ánimo se yergue con perfil de indomable tensión. Los gritos del exterior no la han perturbado nunca. Tiene presentes las palabras con que había refutado aquellos clamores San Ambrosio en una de sus exhortaciones, viva concreción del espíritu de la lógica en la carne de la ironía:

He oído decir que con la consagración de las vírgenes se acaba el mundo, decrece el género humano y se pone en peligro el matrimonio. Yo pregunto: ¿quién ha habido que haya buscado esposa y no la haya encontrado por esta causa? Si alguien juzga que por el voto de virginidad decrece el género humano, fíjese que allí donde son menos las vírgenes son precisamente menos los nacimientos, y donde es más frecuente la consagración virginal es también mayor el número de población. Ved cuántas son las vírgenes que se consagran cada año en Alejandría, en Africa, en todo el Oriente; pues bien, entre nosotros el número de nacimientos es menor que el número de vírgenes en aquellas regiones. No es, pues, perjudicial la virginidad si reflexionamos sobre lo que ocurre en todo el orbe de la tierra, y mucho menos

[29] SAN JERÓNIMO se lamenta de lo frecuente que era, aun en personas religiosas, el dejar en la miseria a las hijas que se consagraban a Dios (*Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 6: PL 22, 1111).

[30] Bellamente describe SAN AMBROSIO las diversas tentaciones que pueden salir al paso de la virginidad en una joven de su tiempo (*De exhortatione virginitatis*, c. 7, n. 45: PL 16, 349). TERTULIANO enumera también las razones que se aducían en favor de las segundas nupcias, y que eran aplicables contra la virginidad. Entre otras pone el consuelo y autoridad que presta a la mujer el marido y la protección contra la maledicencia (*Ad uxorem*, lib. I, c. 4: PL 1, 1280).

si traemos a la memoria que por medio de una virgen vino la salvación, que había de hacer fecundo al Imperio romano [31].

Pero si todavía persiste alguno en oponerse por esta causa a la pureza, que prohiba ese tal a las esposas vivir honestamente, ya que serán más fecundas si se entregan a la incontinencia; que no guarden fidelidad al marido, si se ausenta, para no impedir el nacimiento de la posible prole, ni dejar pasar inútilmente la edad más hábil en orden a tener sucesión. ¡Pero de este modo se dificulta a los jóvenes el camino del matrimonio! Y ¿qué si yo os dijere que, por el contrario, les resultará así más fácil la elección? Me voy a permitir dos palabras con aquellos que se oponen al voto de virginidad. Ante todo sepamos quiénes son éstos. ¿Son los ya casados o los solteros? Si se trata de los que ya han contraído matrimonio, no tienen por qué temer, pues sus esposas no pueden entrar en el coro de las vírgenes; si se trata de los que aun son célibes, no deben tomar a injuria el haber puesto los ojos en quien estaba decidida a no aceptar propuesta ninguna de boda. ¿O tal vez son los padres solícitos de colocar a sus hijas los que se molestan al ver consagrarse nuevas vírgenes? Tampoco éstos tienen por qué irritarse de que un gran número de jóvenes sigan mis consejos sobre la virginidad; cuantas menos doncellas queden disponibles, más fácilmente serán elegidas sus hijas por esposas [32].

Por el espíritu terso de la virgen resbalan todas estas saetas del mundo en lucha con la pureza, sin llegar a herir su sensibilidad. Resbalan asimismo las maldiciones de los defraudados y resbalan los desprecios que de ella pudiera hacer aquella sociedad, incolora a fuerza de pompa externa y escenografía abigarrada. Precisamente empieza a surgir ya en su corazón como ideal el oprobio sufrido en honra de su futuro Esposo, cuyos himeneos habrían de celebrarse en una cruz. Resbalan más que nada las amenazas de la futura miseria, triste cortejo de la privación de dote y herencia paterna, pero cuya imagen se esfuma ante el brillo de las riquezas celestiales y viene a ser borrada para siempre por la mano vigilante que alimenta a los pajaritos del aire y viste a los lirios del campo [33].

---

[31] La objeción basada en el decrecimiento y aun extinción de la humanidad, caso de propagarse las vírgenes, debió de ser bastante ordinaria en aquel tiempo. SAN JUAN CRISÓSTOMO la toca en cuatro diversos capítulos (*De virginitate*, cc. 14, 17-19).

[32] *De virginitate*, c. 7, nn. 36-38: PL 16, 275 s. Precisamente uno de los fines de esta obra, fruto asimismo de sus frecuentes sermones, fué el justificarse contra los ataques que los enemigos de la virginidad le dirigían exasperados por sus campañas en pro de la pureza, intensificadas precisamente el año anterior al publicar su obra *De virginibus*.

[33] «Sed esto, maneant vos damna patrimonii; nonne caducarum et fragilium dispendia facultatum futura caeli regna compensabunt?» (SAN AMBROSIO, *De virginibus*, lib. I, c. 11, n. 64: PL 16, 206).

El dolor de las hijas

59. Una sola argolla de aquella cadena de acero con que la intentan oprimir, tortura de hecho su corazón: siente la angustia de sus padres, que, aunque insana, es al fin y al cabo destilación de amor. El espíritu de la virgen sufre con la mordedura del dolor materno, que ve deshojarse al golpe de un repentino huracán las ilusiones de felicidad y triunfo regadas con tantas lágrimas de ternura, fomentadas con el calor de tantas caricias y defendidas con tantos desvelos a lo largo de su adolescencia. Este sentimiento, brote de su alma agradecida, se mezcla con el natural temor de quien debe hacer frente a la rígida patria potestad de los romanos. Padece la virgen como si su propio espíritu se resquebrajara al sentir desplomarse sobre sí las ruinas de aquellas esperanzas y los escombros de aquel par de voluntades de hierro que ella misma va a destrozar con su decisión. Es menester refugiarse en el poder divino de su Esposo en busca de la audacia necesaria para mantener los derechos de la virginidad. Por propia experiencia comprueba la joven aspirante a la pureza la realidad de aquella frase de San Ambrosio: "Supera, ante todo, tus sentimientos filiales. Si triunfas de tu hogar, has triunfado del siglo" [34]. La víspera de la temerosa declaración, la lucha en el alma de la virgen se hace más violenta.

Poco después de 410, reflejando aún el cielo romano los incendios producidos por Alarico en su saqueo de la gran urbe, huye hacia Cartago la africana, acompañada de su nuera y una nieta en la flor de la edad, la gran patricia Anicia Proba Faltonia, descendiente de la noble casa de los Anicios y viuda del cónsul Sexto Petronio Probo, cuyas riquezas y magnificencia, después de aureolarle con gran renombre en su patria, habían llamado la admiración de los países extranjeros. Se relataba el viaje de dos persas venidos a Italia con la expresa intención de conocer la santidad de Ambrosio y el fausto de Sexto Petronio. Sus tres hijos habían obtenido la dignidad consular, y uno de ellos, Olybrio, había legado en el lecho de muerte, a la solicitud de su madre, el depósito más querido: su esposa Juliana y su inocente hija Demetríades.

Ahora, vendidas rápidamente sus posesiones, atraviesan el Mediterráneo las tres patricias, buscando en la lejanía una paz que turba en Roma el caballo de Alarico, corcoveando frente a la ciudad imperial. Reanúdase en Cartago

[34] *De virginibus*, lib. y c. cit., n. 63, t. y p. cit.

la suntuosa vida social de la familia, y ambas viudas, de común acuerdo, fijan sus miradas para esposo de la joven en un noble romano a la sazón fugitivo también en aquella ciudad. Muy otros son los pensamientos de la bella adolescente, que, animada por el gran Doctor de Hipona y por Alipio, el obispo de Tagaste, ha puesto más altos sus ideales y tiene determinado consagrarse a Dios en perpetua virginidad. Pero ¿cómo recibirán su madre y su abuela esta inesperada resolución? La interna lucha de la piadosa Demetríades, al tener que comunicarles su propósito, nos la refiere San Jerónimo en una carta dirigida el año 414 a su misma protagonista. Ha ido ésta difiriendo la fatal noticia, pero el apremio del tiempo no entiende ya de dilaciones.

Aproximándose ya el día de la boda y presto el tálamo nupcial para el futuro matrimonio, sin testigos, en el secreto de su cámara y sin más consuelo que las sombras de la noche, se arma para la lucha con estas reflexiones: ¿Qué haces, Demetríades? ¿Por qué defiendes tu integridad con ánimo tan apocado? Es menester audacia y libertad de espíritu. Si en tiempo de paz obras con tantos temores, ¿qué sería de ti si te vieses ante el martirio? Si no puedes soportar la mirada de los tuyos, ¿cómo resistirías los tribunales de los perseguidores? Si no son capaces para mantenerte firme los ejemplos de tan eximios varones, sírvate al menos de exhortación y de aliento la bienaventurada mártir Inés, que, venciendo su propia juventud y superando al tirano, consagró con el martirio el título de la virginidad. ¿Desconoces, desgraciada, desconoces a quién eres deudora de tu pureza? Poco ha temblabas entre las manos de los godos invasores, y fuiste a buscar refugio bajo el manto de tu madre y tu abuela. Te veías ya cautiva, y, en consecuencia, impotente para conservar tu pureza. Te horrorizabas ante los crueles rostros del enemigo y contemplabas con callados gemidos el rapto de las vírgenes de Cristo. Tu ciudad, cabeza del orbe en otro tiempo, es ahora sepulcro del Imperio romano. Y teniendo en la memoria este espectáculo, desterrada tú en la costa líbica, ¿te vas a unir en matrimonio a un varón también alejado de su patria? ¿Quién será tu madrina de boda? ¿Cuál será tu cortejo? ¡La estridente lengua fenicia resonará en tu fiesta con los obscenos himnos nupciales! Basta de dilaciones. El perfecto amor de Dios expele todo temor; embraza el escudo de la fe; ármate con la loriga de la justicia; cúbrete con el yelmo de salvación divina y lánzate a la lucha. También la defensa de la virginidad tiene su martirio. ¿Por qué temer a tu abuela? ¿Por qué temblar ante tu madre? ¡Quién sabe si interiormente desean lo que suponen que tú no quieres! Enardecida con estos y semejantes pensamientos, se despoja de su túnica mundana y de todos los adornos de su cuerpo, como de impedimentos para su propósito. Devuelve a sus estuches los valiosos aderezos, pesadas perlas y brillante pedrería, y, vistiéndose una sencilla túnica y un manto más tosco todavía, se arroja, de modo repentino e inesperado, a los pies de su abuela, mostrando únicamente con su

llanto y sus gemidos el nuevo estado de vida a que se consagraba [35].

Los escritos de aquellos tiempos saben mucho de estas feroces batallas interiores de temores y audacias, y de estos desenlaces de inmolación consumada. Los hechos se repetían en aquella sociedad tormentosa, campo de lucha entre los genios del cristianismo y los del paganismo, con la frecuencia del rayo, que rasga incesantemente las sombras de la tempestad, brillando con fulgores de cielo sobre el mundo entenebrecido.

No siempre, sin embargo, se venía al choque fatal. Las piadosas viudas Anicias anhelaban en lo secreto de su corazón la virginidad de su descendiente, bien ajenas a que sus respectivos deseos coincidían. De ahí que,

al ver la santa matrona a su nieta en aquella insólita indumentaria, quedó estupefacta. Su madre la miraba atónita de gozo. Una y otra no acababan de creer ser verdad lo que tanto habían deseado. Se les heló la voz en la garganta, y en su mente fluctuaban los pensamientos más opuestos entre el temor y la alegría, el rubor y la palidez, que teñían alternativamente sus mejillas. Me confieso vencido—dice San Jerónimo—y no me atrevo a describir lo que empequeñecería con mis palabras. El torrente oratorio de Cicerón se secaría, y las frases vibrantes y enfáticas de un Demóstenes parecerían lánguidas y descoloridas para pintar la magnitud de tan increíble gozo. En aquel momento ocurrió cuanto puede concebir la mente y explicar la palabra. Se besan repetidas veces madre e hija, nieta y abuela. Lloran copiosamente de alegría. Levantan con sus manos a la que yacía postrada en el suelo, abrazan a la que todavía temblaba por la zozobra. Reconocen en aquel voto sus propios deseos y se congratulan de que aquella virgen con su pureza venga a dar más esplendor a su ya ilustre familia, pues había alcanzado una gloria que supera a la nobleza del nacimiento, y que podría mitigarles el dolor por la destrucción de Roma. ¡Oh buen Jesús, qué regocijo el de toda aquella casa! [36]

La sagacidad psicológica de San Ambrosio había prevenido ya más de una vez a las vírgenes para no dejarse engañar por sus padres, que en ocasiones fingían oponerse, deseando ser vencidos en la contienda. Resistían en apariencia inconmovibles para probar la sinceridad de las hijas en sus propósitos; se airaban contra ellas para acostumbrarlas a esforzarse en la pelea; las amenazaban con desheredarlas para medir su fortaleza en las privaciones

[35] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 5: PL 22, 1109. De la misma familia de los Anicios habían de proceder más tarde San Benito y San Gregorio Magno, glorias de la ascética virginal.

[36] Ibid., n. 5 s.: PL 22, 1110.

temporales o las halagaban con caricias para experimentar su entereza contra la seducción del deleite. Aquella violencia externa era un antifaz en el tanteo de la energía de sus hijas, persuadidos de que quienes vencieran la resistencia de los padres y superaran las angustias del cariño filial podían dar por dominado el mundo [37].

En pleno combate

60. Sin embargo, eran más frecuentes las verdaderas oposiciones que las fingidas estratagemas. En tales casos, la pobre virgen se veía obligada a caminar por sus propias fuerzas en busca de su Esposo divino. Todos los cristianos de Roma se llenaron de santa admiración, hacia el año 346, cuando oyeron cómo la piadosa Asela, aquella joven de sólo doce años, hija de una distinguida familia, con energía más recia que su edad, no pudiendo doblegar la voluntad de su madre para obtener la túnica propia de las vírgenes consagradas, había vendido ocultamente el precioso collar de hilos de oro entrelazados en figura de serpiente que hermoseaba su cuello, y había adquirido con su precio una túnica de paño burdo, característico de las esposas de Cristo.

Revestida de esta nueva armadura, ofreció a Dios su perfecta pureza, y presentóse en tal guisa a sus padres, a fin de que entendiesen de una vez para siempre que no lograrían arrancar palabra alguna de matrimonio terreno a quien veían condenar con su tosca vestidura los vanos halagos del siglo. Aquella virgencita, que prolongó su vida de inocencia y austeridad hasta más de los setenta años, fué un foco de luz tan brillante en la urbe imperial, que aun los mismos enemigos del estado virgíneo no pudieron substraerse a la fascinación de su santidad. San Jerónimo, caso único en la historia de sus escritos, entonaba su apología en una carta a la viuda Marcela cuando todavía se hallaba viva la protagonista [38].

Entretanto, resonaba insistente la voz de los pastores recordando a los padres la gloria de tener una virgen en su hogar, con lo cual, en calidad de esposo de su hija, venía el mismo Cristo a formar parte de la familia. Descri-

[37] Principalmente procura descubrir estas estratagemas en su obra *De virginibus*, lib. I, c. 11, n. 63 : PL 16, 206.

[38] Dedica una carta entera a describir las virtudes de aquella virgen, aun cuando con la advertencia de que no le sea comunicada a la protagonista cuya apología traza. (Cf. *Epist. 24 ad Marcellam*, PL 22, 427 s.)

bían la belleza del matrimonio utilizado para engendrar vírgenes, que brotaran como rosa de las espinas, como oro de la tierra, como margarita de la concha [39]. Condenaban el egoísmo de quienes impedían a sus hijas unirse al Esposo más perfecto con un vínculo de amor exento de los gravámenes que lleva consigo la mujer casada en el mundo. Ponían de relieve la insensatez de los que, tiranos de sus propias almas, se privaban de tener en el altar sacrosanto de su hogar una hostia con cuya oblación continua, martirio de sangre blanca de azucena, pudieran redimir sus conciencias de las pasadas culpas. Recalcaban, finalmente, su inconsecuencia cuando, caprichosos por tener nietos mediante el matrimonio de sus hijas, buscaban nueva descendencia desposeyéndose primero de la propia, que pasaba a manos ajenas; y esperaban vástagos inseguros a costa de perder los ciertos, distribuyendo en dotes sus haciendas sin saciar la codicia de los yernos, y viniendo a quedar convertidos ellos mismos en seres molestos, cuya vida, caso de prolongarse mucho, se convertiría en carga para el nuevo hogar [40]. Lo divino y lo humano se presentaban coligados, como mantenedores en el torneo de la virginidad.

Si, a pesar de todo ello, los padres seguían obstinados en su resolución, tanto más glorioso sería el sacrificio de la virgen que venciese al mundo sin ayudas paternas y sin otra dote que la Providencia divina. Con frecuencia era la astucia la que, enguantadas sus manos con el halago, pretendía desviar a la inocente virgen de su camino.

Algo de esto nos podría contar la misma virgen Eustoquio, sometida en su juventud a una de estas asechanzas arteras. Bastaría que nos recordase los días que pasó en el hogar de su tío Himecio, antiguo vicario de la ciudad de Roma y procónsul del Africa, quien, junto con su mujer Pretextata, agasajó con muestras de cariño ardiente, pero con intención fríamente calculada, a la joven patricia. Era menester ahogar el propósito de nupcias divinas que en ella se traslucía. Se le impuso el vestido fastuoso, el ornato seductor, el peinado de artificio, la compañía de la sociedad elegante: nada faltó en torno a la virgen para hacerla vacilar en sus ideales.

Pero no contaron con Dios, que a la fortaleza de la virgen unió la protección milagrosa de su providencia. "Aquella noche—según refiere el propio director espiritual de la joven, San Jerónimo—vió Pretextata en sueños un ángel de faz terrible, que la amenazó con graves castigos

[39] Ibid., PL 22, 406 s.

[40] En forma breve recoge varias de estas consideraciones San Ambrosio en su obra *De virginibus*, lib. I, c. 7, n. 32 s.: PL 16, 198.

por medio de estas palabras: ¿Cómo te has atrevido a anteponer los mandatos de tu marido a los de Cristo? ¿Cómo has osado poner tus manos sacrílegas en la cabellera de una virgen del Señor? En pena de ello se te empezarán a secar desde este momento, para que sus dolores te hagan sentir tu pecado, y al fin del quinto mes descenderás al sepulcro. Si, a pesar de esto, perseveras en tus intentos criminales, te verás privada juntamente de tu marido y de tus hijos. Todo se cumplió del modo dicho, y la desgraciada mujer expió con una temprana muerte su tardía penitencia" [41].

Otras veces era la violencia y la lucha en campo abierto la que debía sostener la joven virgen; en tales casos la tierna corderilla se injertaba en alma de león. Bella es la descripción con que cierra San Ambrosio su primer libro de las vírgenes:

Viene a nuestra memoria el recuerdo de una virgen noble por su prosapia, mucho más noble por su consagración a Dios, que, al ser coaccionada por sus progenitores y parientes para abrazar el matrimonio, se refugió en el altar sacrosanto de un templo. ¿Dónde podía estar mejor una virgen que allí donde se ofrece el sacrificio de la virginidad? No terminó con esto su rasgo de audacia. Estaba en pie junto al ara cual hostia de pureza y víctima de castidad; ya toma la diestra del sacerdote, imponiéndola sobre su cabeza y pidiéndole recite la oración ritual de las vírgenes; ya, impaciente de la dilación, inclina su cerviz bajo el altar, mientras exclama: ¿Qué flámeo podrá velarme mejor que el mismo altar, que es el que santifica los velos? Tal es el flámeo más honorífico, en el que Cristo, cabeza de todos los cristianos, se inmola cada día. ¿Qué pensáis vosotros, parientes míos? ¿Para qué os preocupáis todavía de buscarme un buen matrimonio? Ya ha tiempo que he resuelto tal negocio. ¿Me ofrecéis un esposo? Lo he hallado mejor. Podéis exagerar la opulencia del vuestro, gloriaros de su nobleza, enaltecer su poder. Yo tengo uno con el que nadie podrá compararse; sus riquezas son todo el mundo, su poder el imperio absoluto, su nobleza el cielo. Si me proponéis uno semejante, no rehusaré la oferta; pero si no lo encontráis tal, entonces, parientes míos, vuestra solicitud por mí no es protección, sino malquerencia.

Quedaron todos en silencio; sólo uno se atrevió a interrumpirlo bruscamente: ¡Pues qué!—le gritó—, si viviese tu padre, ¿te sufriría el que permanecieses sin casarte? A lo que respondió la virgen, anteponiendo su amor de Dios a su piedad filial: ¿Y quién sabe si precisamente no murió por eso, para que nadie me pusiera impedimento? Estas palabras dichas por la virgen con miras a su padre, comprobó aquel pariente, con su rápida e inesperada muerte, que habían sido un oráculo para sí. Con lo cual los demás, temiendo algo parecido, empezaron a fa-

[41] *Epist. 107 ad Laetam*, n. 5: PL 22, 873 s.

vorecer lo que habían tratado de impedir. De este modo el amor a la castidad no privó a la virgen de sus bienes, sino que los acrecentó con la fortuna de la continencia. Ahí tenéis vosotras, jóvenes, el premio de la devota abnegación; vosotros, padres, temed el ejemplo de una contradicción injusta [12].

Al presentársenos aquellas piadosas vírgenes con la frente coronada de flagrantes guirnaldas, no debemos olvidar que antes de ceñírselas habían tenido que taladrar muchas veces sus manos y sus pies con punzantes espinas.

[12] Ibid., lib. I, c. 11, n. 65 s.: PL 16, 206-208.

CAPÍTULO VII

LOS LAUDES DE LA VIRGINIDAD

61. La poesía de la naturaleza en la virginidad.—62. La inspiración en los elementos cultuales.—63. Vírgenes y espíritus angélicos.—64. El canto sobre la base del matrimonio.—65. Culmen, oblación y martirio.—66. Los apóstrofes a la virginidad

La poesía de la naturaleza en la virginidad

61. Aquella diminuta semilla de la virginidad traída por Jesucristo a la tierra, cultivada por los apóstoles y vivificada por el Espíritu Santo, que le daba el vigor del crecimiento, se había desarrollado en el siglo II con tal magnificencia y con formas de belleza tan embelesadoras, que la misma Iglesia al contemplarla quedó extasiada, sin recordar que al fin y al cabo era su propia obra por la virtud de Cristo.

Quiso hablar para presentarla a las nuevas generaciones cristianas, y de su boca no acertaron a salir sino ditirambos armonizados por la admiración y el amor. En los escritores eclesiásticos de los cuatro primeros siglos vino a repetirse, aunque con más verdad, el fenómeno anotado por Ovidio en la cuarta de sus *Tristes:* "Quidquid tentabam dicere, versus erat"; cuando pretendían hablar de la virginidad, sus plumas destilaban poesía, sin ser dueños de sí para impedirlo; su fraseología era la de ardientes enamorados de la pureza.

No era sino un reverbero de la realidad contemporánea, el colofón con que cerraba su discurso en el *Convite*, de San Metodio, la virgen Teoprata, diciendo que todos deben honrar la pureza, practicarla y alabarla con sumos loores [1]. A esta consigna obedecía el proceder de los primeros autores cristianos a partir de los escritos de Tertuliano, a fines del siglo II. Ya al jurista de Cartago, no obstante entintar de ordinario su pluma más bien en fórmulas de seca alquimia leguleya que en frases sentimentales, se le escapó con frecuencia el fuego del corazón al tocar esta virtud. Una de sus obras se abre precisamente con estas ardorosas lí-

[1] *Convivium decem virginum*, orat. 4 Theopatrae, c. 6: PG 18, 95.

neas: "¡Pudicicia! ¡Flor de las costumbres! ¡Honor de los cuerpos! ¡Gloria de ambos sexos! ¡Integridad de la sangre! ¡Garantía del género humano! ¡Fundamento de la santidad! ¡Preludio de todo buen propósito!" [2]

Apenas podrá mostrar la inspiración poética en los colores de su paleta una imagen que no haya sonado en honor de la virginidad durante los primeros siglos de la Iglesia. En la mente cristiana, las vírgenes iban estilizando su forma humana en líneas de puro espíritu, y los tintes terrenos de su colorido se disolvían en rosicleres de sol otoñal que vuela a otras regiones.

La primera fuente de inspiración para las alabanzas de la virginidad era natural encontrarla en la naturaleza misma, con sus encantos campesinos, sus luces de noche estrellada, sus gracias y sus dones. A la vista de las comunidades cristianas del Imperio se presentan las vírgenes como *lirios* florecidos en medio de los valles donde nace el trigo candeal de Cristo [3]; lirios que, rodeados a veces por los brazos sutiles e insidiosos de las espinas de la corrupción circundante, hermosean a despecho de ellas el campo con la pureza de sus colores, la fragancia de su aroma, la suavidad de sus pétalos y la alegría amable de su virtud; galas de primavera sembradas desde el cielo, como don gratuito de Dios, que al abrir suavemente sus corolas ponen en el ambiente una nota de blancura y un éxtasis de perfume incorrupto [4].

El mismo Cristo no se avergüenza de confesarse enamorado de su juventud espiritual, impregnada de aromas campestres, según las palabras del esposo en el Cantar de los Cantares: *Me has robado el corazón, hermana mía, esposa mía; me has robado el corazón con tu mirada y el ornato de tu cuello; tus labios destilan cual dulce panal y tu lengua rezuma leche y miel; el olor de tus vestidos, cual el olor del incienso; eres huerto vallado, esposa mía, huerto vallado y fuente sellada* [5]. *Huerto* de la virginidad *sellado* con el muro infranqueable del pudor, ante el que se detienen las bestias del campo en su carrera y fracasan las incursiones de la rapiña. Dentro de sus cercas se conserva represada la fragancia de piedad que exhalan sus viñas, el aroma de paz de sus olivos y la pureza de sus rosas; de este modo, substraído a toda extraña presencia, queda su perfume re-

[2] *De pudicitia,* c. 1 : PL 2, 980.
[3] Cf. San Ambrosio, *De instit. virginis,* c. 15, n. 93 s. : PL 16, 327 s.
[4] Cf. San Metodio, *Convivium,* orat. 7 Procillae, c. 1 : PG 18, 125.
[5] 4, 1-12. Entre los muchos pasajes del Cantar de los Cantares que aplican los autores eclesiásticos de los primeros siglos a las vírgenes, el citado es, sin duda, uno de los más frecuentes.

servado a solo Cristo, y únicamente El puede aspirar el amor de sus espirituales encantos [6].

Fuente sellada de la que manan ondas de pudor cristalino, nunca enturbiadas por la planta de animales silvestres ni empañadas por el fango circundante; en ellas riela exclusivamete la imagen de Dios, resplandeciente de luz y tersura [7].

Vírgenes, *estrellas radiantes* de Cristo con reflejos de oro y brillo cándido de plata, manejadas por la mano del Señor para irradiar sobre el mundo sus claridades; su luz se mantiene serena, sin temor a verse nieblada por el fragor de la tormenta o la sombra de impuros nubarrones [8].

Blancos lirios, huerto vallado, fuente sellada, estrellas radiantes son las comparaciones que en la tercera y cuarta centuria brotan de aquellos escritores cristianos, ya bañen su pluma, como San Metodio, en las aguas costeras de Licia; ya prendan el fuego de sus frases, como San Cipriano, en los ardores del sol cartaginés, o se lancen, como San Ambrosio, a la defensa de la pureza con la elocuencia arrolladora de un alud desprendido de los Alpes Transpadanos. Hasta en las soledades de Arianza, el humilde nido de Capadocia, recogía estos sones en su lira San Gregorio Nacianceno: "Para mí, ¡oh virginidad! — cantaba en sus poemas —, eres la perla entre las piedras preciosas, lucero vespertino entre las estrellas, paloma entre las aves, ramo de olivo entre los árboles, lirio entre las flores del campo y serenidad en el mar proceloso" [9].

Eran las vírgenes fuente de inspiración con el encanto de su pureza, reservada a solo el Esposo divino; pero no lo eran menos con la elevación de sus apetencias y sus actividades. Aquella multitud de castas jóvenes semejaba en labios del Obispo de Milán un enjambre de dulces abejas que se apacentaban con el rocío de la mañana, la divina palabra. Cada día descendía del cielo este rocío y venía a posarse sobre las flores, mezclándose con su néctar y constituyendo así el alimento de aquellas abejas del espíritu,

---

[6] Esta comparación aparece una y otra vez en labios de San Ambrosio; puede verse *De virginibus*, lib. I, c. 8, n. 45 s.: PL 16, 201; *De instit. virg.*, c. 9, n. 60: PL 16, 321; de nuevo vuelve a explicar la imagen en su *Epist. ad Vercellenses*, n. 36: PL 16, 1199. San Metodio, que también emplea esta imagen, tiene especial cuidado de advertir que no se trata de la belleza corporal (*Convivium*, orat. 7 Procillae, c. 1: PG 18, 125). Véase también la *Carta a las vírgenes*, atribuída a San Atanasio: J. Lebon, *Athanasiana Syriaca*, II, «Le Muséon» (1928), p. 202 s.

[7] Cf. San Ambrosio, *De instit. virg.*, c. 9, n. 61: PL 16, 521; *Epist. 63 ad Vercellenses*, n. 36: PL, t. cit., 1199.

[8] Cf. *De lapsu virg. consecr.*, c. 2, n. 6: PL 16, 369.

[9] *Liber carminum: Poemata moralia*, II, «Praecepta ad virgines», vv. 653-657: PG 37, 630.

cuya boca destilaba panales de miel destinada a mitigar el amargor de la humanidad. En los reflejos hialinos de estas gotas se encerraban gérmenes de fecundidad exentos de la corrupción de la carne [10].

Exentos de la corrupción de la carne, porque, como explicaba San Metodio, precisamente constituía la virginidad el único medio seguro de liberación frente al ataque y forcejeo dominador de las pasiones. Desposeído el hombre de la paz del paraíso y arrojado en la frágil nave de su cuerpo al mar de la vida, se veía incesantemente batido por el oleaje de las concupiscencias, que le golpeaba bravío en todas direcciones. Falto de dirección, vagaba errante entre tinieblas de muerte, mientras montañas de agua plomiza amenazaban sepultarle en las simas de sus vórtices al mismo tiempo que ráfagas de huracán, haciendo crujir el armazón de su casco, empezaban a anegar entre desconyuntamientos de tempestad lo más íntimo de su alma. Entonces el Señor, compadecido de tales angustias, enseñó al hombre, a través de un claro rompiente de cielo, el puerto de la virginidad, hacia el cual se dirigiese la pobre barquichuela de nuestra carne, segura de encontrar en aquel refugio una serenidad acogedora que le emancipase de la materia corrompida [11].

Era claro—continuaba el Santo—que la antigua ley del Sinaí no había sido lo bastante poderosa para librar al hombre del imperio de la concupiscencia. Sólo la virginidad, traída por Jesucristo a la tierra, podría purificarle, conservándole en la paz de una conciencia sin mancha; y sólo la participación de su poder mágico, que se refleja, aunque débilmente, en la castidad conyugal ejercitada dentro de las obligaciones del propio estado, permitiría a los casados, viajeros de este mundo a través de capas atmosféricas menos puras, llegar también incólumes hasta Dios sin perecer entre los escollos de la ruta [12].

La inspiración en los elementos cultuales

62. Más familiares que las imágenes de la poesía eran, naturalmente, para aquellos trovadores de la virginidad, los conceptos extraídos del ambiente religioso. Las vírgenes,

---

[10] Cf. *De instit. virg.*, c. 7, n. 40-43 : PL 16, 200. No deja de ser interesante cómo explica el santo Doctor la procreación de la prole en las abejas por medio de la boca, aplicando después a las vírgenes este modo de engendrar.

[11] Cf. SAN METODIO, *Convivium*, orat. 4 Theopatrae, c. 2 : PG 18, 88 s.

[12] Cf. SAN METODIO, *Convivium*, orat. 10 Domninae, c. 1 : PG 18, 192 s.

para San Jerónimo, son el *arca de la alianza* custodiada en el *Sancta Sanctorum* del templo hebreo, que no debe ser tocada por ningún profano, so pena de caer sin vida, como Oza, ni puede ser contemplada por ojos humanos, fuera de los del sumo sacerdote en el momento cumbre de las solemnidades divinas. En su interior, recubierto de oro, se guardan las tablas de la ley, como se encierran en el alma de la virgen las virtudes, sin que pensamiento alguno extraño venga a mezclarse irreverente; sobre su espíritu, a manera de propiciatorio, descansa el poder de Yahveh, dispuesto a difundirse sobre todo el pueblo escogido [13].

Son *vasos consagrados* del santuario, que han de permanecer ocultos a miradas extrañas para escapar a la codicia del pecado o a las audacias sacrílegs de un Baltasar; sus copas de pedrería no admiten otras libaciones que las ofrendas al Dios Supremo [14].

Se alzan en las vírgenes nuevos *templos* corporales y *santuarios* escogidos por el mismo Dios, que al descender al mundo en la encarnación no quiso fabricarse otro santuario rutilante con la majestad de sus mármoles y el reflejo de su oro, sino eligió como morada la virginidad. Escondido allí nueve meses, después de convertir el seno de una virgen, tipo y cifra de todas, en sede de la plenitud de la divinidad, salió al mundo, atravesando la vida con derroteros de redención [15].

En las vírgenes aparece de nuevo, con sus funciones privilegiadas, el *altar dorado,* que se escondía en lo profundo del templo de Salomón, presea sagrada del Antiguo Testamento. Aquel templo secular, figura mística de la Iglesia de Cristo, contenía en su recinto dos altares. Recubierto de bronce el primero, se elevaba en el atrio de los sacerdotes, ofreciéndose sobre su ara los sacrificios cruentos de los animales victimados, cuya sangre aplacaba la ira de Dios por las pasadas culpas. Era, según San Metodio, el símbolo de la viudedad elevando al cielo sacrificios de propiciación. En lo profundo del misterio, sobre el pavimento del lugar *Santo* por antonomasia y frente al mismo *Sancta Sanctorum,* morada de Yahveh, se escondía, como imagen de la virginidad, el altar más preciado, el altar de los perfumes, chapeado todo él de oro purísimo, que ni se oxida al contacto de la impureza externa ni empaña el fulgor de sus reverberos, cual la joven continente, que se mantiene inmune de la corrupción circundante y brilla de continuo con los

[13] Cf. *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 23 s. : PL 22, 409 s.
[14] Cf. *De lapsu virg. consecr.*, c. 9, n. 39 : PL 16, 379.
[15] Cf. SAN AMBROSIO, *De instit. virg.*, c. 17, n. 105 : PL 16, 331 ; *Epist. 63 ad Vercellenses*, n. 33, t. cit., 1198 ; *De virginibus*, lib. II, c. 2, n. 18, t. cit., 211.

deslumbres del Verbo, que en ella habita. Sobre su ara ni corre la sangre ni se calcinan los restos desgarrados del holocausto; sólo una ligera nubecilla de humo conduce hacia Dios el aroma de los perfumes en él quemados, figura de las oraciones propias y ajenas, que a través de los anhelos de los vírgenes, cual por encima de místicos pebeteros, se elevan hacia lo alto, envolviendo el cielo en un cendal de incienso [16].

Vírgenes y espíritus angélicos

63. En alas de este mismo incienso venía a espiritualizarse la figura de la virgen hasta tomar la forma vaporosa de los ángeles del cielo. Coros de ángeles revoloteaban en torno a ellas, prestos a la lucha para defender su castidad contra cualquier embate. Las actas de Santa Cecilia nos la describen dirigiéndose con estas palabras a Valeriano, el presunto esposo impuesto por su familia: "Has de saber que tengo a mi lado un ángel de Dios, celoso guardián de mi cuerpo y su integridad". Pensamiento que había de repetir algunos años más tarde Santa Inés ante las amenazas con que el prefecto de Roma, Sinfronio, pretendía intimidarla, anunciándole su conducción a un lugar de infamia: "No me asustas—repetía la intrépida joven—, pues tengo conmigo un ángel del Señor, custodio de la pureza de mi cuerpo" [17].

"¿Y qué tiene de admirable—se pregunta San Ambrosio—el que militen por vosotras los ángeles del cielo, cuando estáis vosotras militando por adquirir sus costumbres? Cierto que merece la virginidad la protección de aquellos cuya pureza de vida ha logrado alcanzar" [18]. La continencia arran-

[16] La comparación está largamente desarrollada por San Metodio, que en su última parte se inspira en el Apocalipsis, 5, 8. (Cf. *Convivium*, orat. 5 Thallusae, c. 8: PG 18, 112.) Más brevemente usa también esta imagen San Ambrosio, haciendo referencia al sacrificio con que se inmola cada día Cristo en su corazón. (Cf. *De virginibus*, lib. II, c. 2, n. 18: PL 16, 211.) Cierra todo el párrafo con esta bella expresión: «¡Oh bienaventuradas vírgenes, fragantes con la gracia inmortal como los pensiles con las flores, como los templos con la piedad, como los altares con el sacerdote!»

[17] Para nuestro objeto es indiferente el valor que quiera concederse a las *Passiones* de ambas vírgenes, pues en cualquier caso nos reflejan la mentalidad de los cristianos contemporáneos e inmediatamente anteriores a la fecha de su composición. Puede verse *Vita Sanctae Agnetis* en AASS, mense ianuario, t. II, p. 352. De la *Pasión de Santa Cecilia* véase la introducción latina de Surio, *Vita et martyrium Sanctae et gloriosae Christi martyris Caeciliae*, PG 116, 164.

[18] *De virginibus*, lib. I, c. 8, n. 51: PL 16, 202. Todavía da un paso más audaz en el número siguiente, utilizando en este punto

ca de la tierra a la humana naturaleza y, no satisfecha con devolverle la vida del paraíso, que por la intemperancia de los primeros progenitores perdió, la eleva hasta el mismo cielo.

¿Quién podrá comprender con sólo el ingenio creado el valor de la virginidad, que no pudo ser encerrada por la naturaleza dentro de sus leyes ordinarias? ¿O qué voz humana podrá declarar lo que está sobre todo proceso natural? La arrancó del cielo la virgen para imitarla en la tierra. Y con razón fué a buscar al cielo su modo propio de vivir quien tenía en el cielo a su esposo. Elevándose por encima de las nubes, del éter, de los ángeles, de los astros, halló al Verbo de Dios en el seno del Padre y se lo apropió respirando su esencia hasta saciarse. No es mía la frase de que las que no contraen matrimonio son como los ángeles del cielo. Ni debe a nadie extrañar que sean comparadas con los ángeles las que se unen en desposorio con el Señor de los ángeles [19].

Ni temían aquellos escritores dar un paso más audaz diciendo que las vírgenes superaban a los espíritus celestes, puesto que llegaban a adquirir una naturaleza semejante a la de ellos, pero fruto de una sublimación de la materia a costa de maceraciones dolorosas. Los ángeles lo debían a su ser natural; las vírgenes, a la actuación de una gracia divina [20].

Ante los ojos de aquellos piadosos cristianos formaban, por tanto, las vírgenes un coro angélico en la tierra. Al descender el Verbo al mundo para hacerse carne, había dejado en el cielo su corte de espíritus celestes; necesitaba

---

una opinión que, por otra parte, no siempre admite él mismo, y que fué bastante común en aquel tiempo: «¿Para qué acumular nuevas alabanzas sobre la castidad? La castidad hizo ángeles a los ángeles. Quienes la guardaron fueron ángeles; quienes la perdieron, demonios».

[19] *De virginibus*, lib. I, c. 3, n. 11: PL 16, 191 s. TERTULIANO había también consignado que aun las viudas, al renunciar al matrimonio, pasan a formar parte de la familia angélica (*Ad uxorem*, lib. I, c. 4: PL 1, 1281). SAN JUAN CRISÓSTOMO detalla delicadamente la comparación entre ángeles y vírgenes (*De virginitate*, c. 11: PG 48, 540, y *De sacerdotio*, lib. III, c. 17, ed. y t. cit., 656 s.). Cf. SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate*, c. 13: PL 40, 401.

[20] En esta idea insisten con frecuencia los directores de la virginidad de aquellos siglos. Recuérdese, por ejemplo, SAN JUAN CRISÓSTOMO (*De virginitate*, c. 10), quien intenta demostrar que superan a los ángeles. «Porque aunque los ángeles—dice—no contraen matrimonio, pero tampoco están plasmados con carne y sangre, ni habitan en esta tierra corruptible, ni sienten los ardores de la concupiscencia, ni necesitan alimento y bebida, ni experimentan el atractivo de las músicas muelles o el encanto de los cuerpos hermosos o de otras cosas semejantes; sino que como el cielo limpio de nubes brilla esplendoroso al mediodía, así la naturaleza angélica, imperturbable por tales marejadas, debe permanecer por necesidad siempre clara y refulgente» (ibid., c. 79: PG 48, 591).

formar otra en la tierra para que le acompañasen durante su vida humana en la Iglesia, y formó a este fin, por medio de la virginidad, una nueva jerarquía de ángeles terrenos, que le sirvieran de aureola [21].

El canto sobre la base del matrimonio

64. Los laudes de la virginidad resonaban cada vez con tonos más vibrantes, y sus mismos trovadores, temerosos de que el entusiasmo de su voz pudiera parecer una condenación del matrimonio, se veían precisados a declararse sobre este punto para evitar la nota de herejía. Protestas sobre el origen divino del matrimonio, breves exposiciones de sus excelencias y aun largos capítulos en forma de prólogos galeatos aparecen insertos en los primeros tratados de la virginidad, sorprendiendo con su presencia inesperada al ingenuo lector. Desde las audaces descripciones del matrimonio, que a modo de largos calderones intercala San Metodio en su himno a la pureza, hasta las frases cortantes de San Jerónimo en sus cartas ascéticas, las salvedades en este punto van cambiando de forma, pero son constantes. El asceta betlemita en particular lanza declaraciones tajantes en este sentido. Declaraciones de tanto más interés cuanto que conocemos la interna tramoya de las mismas. Son la consecuencia inevitable de su carácter, que, al elevar tanto el tono en sus himnos a la pureza, resultó en alguna ocasión estridente [22].

---

[21] San Jerónimo, *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 21 : PL 22, 408 s.

[22] Ya en su *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 19 : PL 22, 405 s., había hablado expresamente del mérito del matrimonio. Más tarde surgieron las dificultades de que hablamos en el capítulo 1 de esta parte, especialmente en la nota 33, con ocasión de sus libros *Adversus Iovinianum*, donde con su estilo vigoroso trazó alabanzas tan apodícticas de la virginidad, que pudieron suponerse como una condenación del matrimonio. Amargamente se quejaba, en su *Epist. 48 ad Pammachium pro libris contra Iovinianum*, de las malas interpretaciones aplicadas a sus frases : «Que presten oídos mis detractores y oigan cómo juzgué lícitas en el Señor las segundas y las terceras nupcias. Ahora bien, quien no condena segundas y terceras nupcias, ¿es posible que condene el primer matrimonio?... Que se avergüence mi calumniador al propalar que yo condeno el matrimonio, leyendo en mi obra que ni siquiera condeno a quienes contraigan dos, tres y aun ocho matrimonios. Aunque una cosa es no condenar y otra alabar, una cosa es considerar lícito y otra distinta juzgar como virtuoso» (nn. 6 y 9 : PL 22, 497, 499). San Metodio, por su parte, había dedicado en alabanza del matrimonio el discurso entero de una de sus vírgenes *(Convivium*, orat. 2 Theophilae : PG 18, 48-60). Lo mismo hace San Gregorio Niseno, *De virginitate*, c. 8 : PG 46, 353-357. De modo no menos insistente recalcan estas ideas los escritores occidentales ; véase San Ambrosio, *De virginibus*, lib. I, c. 6,

No es raro en los tratados de la virginidad la descripción del paisaje completo que en la ética del matrimonio y la continencia presenta la sociedad cristiana. La Iglesia es tierra de fecundidad insospechada. Detrás de las parcelas sonrientes de pimpollos prestos a desplegarse con los encantos de la virginidad, se extienden los campos de la viudez, majestuosos con el perfil de su floración adusta y grave, y más al fondo se distinguen las amplias mieses y viñedos del matrimonio, destinados a colmar las trojes de Cristo, rebosantes con la fecundidad de su cosecha, y a llenar sus lagares con la alegría de una nueva vida [23]. Todo contribuye a la admirable belleza de la Iglesia, aun cuando en grado distinto, y el canto a la gloria esplendente de la virginidad no es anatema al matrimonio.

Por el hecho de ser la luna torrente de luz más pura y plateada, decía San Metodio, no quedan extinguidas las estrellas en sus titubeantes radiaciones; ni porque sea la miel más dulce y suave que cualquier otro alimento debemos condenar como amargas las frutas de exquisito sabor puestas por Dios en la naturaleza, y que nos ofrecen también el azúcar de sus jugos, aunque en menor cantidad [24].

No sólo aparece clara en la mentalidad de los círculos virginales la honorabilidad del matrimonio, sino que se pone especial interés en alabarlo. La razón es obvia, y no la ocultan sus mismos autores. El mayor aprecio del matrimonio puede conducir a una supervaloración de la pureza absoluta, y, por tanto, no crea un peligro el ensalzarlo, sino más bien abre una nueva fuente de grandezas aplicadas a la castidad perfecta. ¿Cómo?

Quien reprueba el matrimonio—dice San Juan Crisóstomo—aja, por el mismo hecho, la gloria de la virginidad; y el que lo

---

n. 24, y *De virginitate*, c. 8, n. 31 : PL 16, 195 s. y 273 s. Pero sobre todo quien se propuso aquilatar los conceptos de modo que cada uno de ambos estados ocupase el puesto que le pertenecía en la concepción cristiana fué San Agustín, que dedicó una obra entera a este tema bajo el título *Del bien del matrimonio*. Ya había tratado este asunto más o menos detenidamente en otras obras, pero quiso hacerlo ahora de un modo más taxativo, tanto para defender la posición de San Jerónimo, acusado de maniqueísmo por sus expresiones ardientes, menospreciadoras en apariencia del matrimonio, cuanto para prevenirse él mismo de análogos ataques al publicar su obra, ya proyectada, *De sancta virginitate*.

[23] Cf. San Ambrosio, *De virginitate*, c. 6, n. 34 : PL 16, 274.

[24] *Convivium*, orat. 2 Theophilae, cc. 1 y 7 : PG 18, 46 y 60. San Jerónimo echa mano también de semejantes recursos intuicionistas : «¿Acaso deja la plata de ser plata porque el oro sea más precioso que ella? ¿O es que hacemos injuria al árbol o a la mies cuando preferimos el fruto a la raíz y las hojas o el grano a las aristas y la caña»? (*Epist. 48 ad Pammaquium pro libris contra Iovinianum*, n. 2 : PL 22, 495).

alaba hace a ésta más augusta y admirable. Lo que es bueno en comparación con lo peor, no tiene ciertamente gran bondad; pero lo que sin dudar es mejor que las cosas buenas, eso sí que es excelente. Tal sucede con la virginidad, como decimos... Consideramos como cuerpos hermosos no a aquellos que sobresalen entre los mutilados, sino entre los sanos y exentos de todo defecto. Bueno es el matrimonio; mas por eso precisamente es más digna de admiración la virginidad, por ser mejor que lo bueno y excederlo en tanto cuanto excede el piloto a los remeros y el general a los soldados. Como en la mar, si quitas los remeros, sumerges el navío, y en la guerra, si quitas los soldados, pones al caudillo maniatado en poder de los enemigos, así, si arrojas de su alto puesto al matrimonio, por el mismo hecho rebajas la gloria de la virginidad y la reduces al último de los males [25].

Esta elevación del estado continente sobre el matrimonio da ocasión en la literatura eclesiástica de los cuatro primeros siglos para recordar las ideas de San Pablo y trazar una nueva serie de pinturas idealistas de la virgen, destacándose sobre el fondo, aceptable sin duda, pero de líneas más plebeyas, de la mujer casada.

Con qué triunfante complacencia aparecen contrapuestas las molestias de la joven desposada, que el día mismo de la boda recibe su bautismo de lágrimas al separarse del hogar paterno, siente multiplicarse sus padecimientos ante el anuncio de la nueva prole, paga con la enfermedad la aparición de su hijo a la vida, le alimenta en el crecimiento y desarrollo a costa de la substancia de su propio ser y se angustia con el continuo temor de una muerte prematura; frente a las puras alegrías de la virgen, que, unida a su Esposo celeste en la casa misma de sus padres, adquiere una fecundidad insospechada a través de los siglos, sin otro trabajo que el de la rosa al exhalar su perfume [26].

Nadie, sin embargo, había rociado con tanto fuego sus expresiones como aquella matrona boloñesa, la viuda Juliana, al exhortar a la continencia a sus hijos el año 393, advirtiéndoles que el matrimonio es un yugo por el que la mujer se sujeta al marido y ambos quedan amarrados con cadenas, que, aunque doradas por el amor, al fin son cadenas y de eslabones irrompibles, mientras la virgen rasga

[25] *De virginitate*, c. 10: PG 48, 540. Con análoga lógica expone estas ideas SAN GREGORIO NACIANCENO, *Oratio 37 in Mt. 19*, n. 10: PG 36, 292 s. Cf. SAN AGUSTÍN, *De bono viduitatis*, c. 5, n. 7: PL 40, 434.

[26] Cf. SAN AMBROSIO, *De virginibus*, lib. I, c. 6, nn. 25-27: PL 16, 196 s. SAN AGUSTÍN se fija, además, en los sinsabores provenientes de los celos y suspicacias que nacen con frecuencia en tal estado. (Cf. *De sancta virginitate*, c. 16: PL 40, 403 s.) Materia que explana todavía con más extensión y realismo SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De virginitate*, c. 52: PG 48, 574-576.

libremente el aire en sus vuelos hacia las alturas con la agilidad de unas alas arrancadas también al amor [27].

Servidumbre la del matrimonio, introducida en el mundo mucho antes que la de la esclavitud, por la voz vengadora del paraíso terrenal.

Bajo su tiranía—advertía San Ambrosio a las jóvenes romanas—se engendran los incentivos de la falsificación, pintando los labios con rebuscados colores ante el temor de no agradar al marido. Adulterio del rostro que conduce al adulterio de la castidad. ¡Qué inaudita locura! ¡Pretender transformar la imagen formada por la naturaleza y exteriorizar así su propio juicio al temer la opinión del marido! Ya ha pronunciado sentencia contra su rostro quien quiere cambiar el que ha recibido en su nacimiento. Trata de agradar a otros, desagradándose antes a sí misma... De este modo es a otra y no a ti a quien ama tu marido... Pero aun en las esposas bellas, ¡cuánto trabajo para agradar a sus maridos! Cuelgan de su cuello preciosos collares, arrastran túnicas orladas de oro. ¿Es ésta una belleza que se posee o que se compra? Se buscan aromas para cautivar el olfato, se cargan las orejas de diamantes, se tiñen los ojos con colores escogidos. ¿Qué es lo que realmente queda propio después de tantas falsificaciones? Tales esposas pierden hasta los sentidos propios, y ¿juzgan poder vivir de esta suerte?

Felices, en cambio, vosotras, ¡oh vírgenes!, que ignoráis, no diré tales adornos, sino más bien tales tormentos; cuya más preciada belleza consiste en el pudor que cubre vuestras mejillas y en la fidelidad de vuestra pureza; que ni buscáis agradar a ojos humanos ni hacéis depender vuestros méritos de los juicios errados de los demás. También vosotras poseéis la fascinación de vuestra belleza, a favor de la cual milita no la forma del cuerpo, sino la de la virtud; belleza que no aja la edad, ni arrebata la muerte, ni marchita la enfermedad. De esta belleza es Dios el único árbitro, que sabe amar las almas más hermosas, aunque se hallen en cuerpos menos agraciados. Sin molestias de gestación, sin dolores de parto, es más numerosa vuestra descendencia, como prole de un alma piadosa que tiene a todos por hijos, fecunda para engendrar nuevos vástagos, estéril para perderlos, ignorante de lo que es un funeral y rica en sucesores [28].

Por eso a la mujer casada, según San Jerónimo, había tocado en suerte regar con sus sudores una tierra árida, de la que no extraería sino zarzas y abrojos, mientras la virgen de Cristo perpetuaba en el mundo la vida feliz del paraíso terrenal, perdida neciamente por nuestros primeros padres [29].

---

[27] Cf. San Ambrosio, *Exhort. virginitatis*, c. 4, n. 21: PL 16, 342; *De virginitate*, c. 6, n. 32 s.: PL, t. cit., 274.

[28] *De virginibus*, lib. I, c. 6, n. 28-31: PL 16, 196 s.

[29] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 19: PL 22, 406. Esta misma idea de renovar las vírgenes la vida perdida del paraíso es frecuente en los autores de la virginidad, especialmente en San Ambrosio. (Cf. *Instit. virginitatis*, c. 17, n. 104: PL 16, 331.)

Aquélla, con sus preocupaciones y solicitudes, no era sino una de tantas propiedades con que el mundo, celoso de su poderío, podía ufanarse; ésta, en cambio, no pertenecía sino a Cristo [30], y así, libre de toda extraña ligadura, podía remontarse libremente, en continuos vuelos de amor, hasta las esferas del empíreo, desde cuya cima, esfumada ya por la lejanía la visión de la materia, contemplaba entre torrentes de luz la incorrupción brotando del seno de la divinidad [31]. Aquélla tiene por necesidad su corazón, repartido entre los dictados de la religión y las solicitudes de su esposo; ésta puede llevar a la práctica el precepto del Apóstol de orar en todo momento [32], puesto que no recababan su atención las enojosas impertinencias de la tierra; sintiendo interiormente, como anota San Metodio, cuánto más digno es el andar solícita de agradar a Dios que preocupada de complacer al marido [33]. Aquélla, al contraer matrimonio, forma un solo cuerpo con el varón; lógico es, por tanto, dice San Atanasio, que la virgen, al desposarse con Cristo, forme un solo espíritu con él, anegándose de este modo en el piélago de la divinidad [34].

Pálida sería cualquier comparación aun entre la más agraciada de las esposas terrenas y la última virgen de Cristo, que ha logrado ser amada por el Rey de reyes, ensalzada por el Juez de los jueces, dedicada al Señor de los señores, consagrada al Dios omnipotente, siempre esposa y siempre virgen, de modo que ni el amor tenga nunca fin, ni el pudor sufra nunca daño [35].

Culmen, oblación y martirio

65. Era, en cierto modo, la virginidad para aquellas generaciones espiritualistas, como expresamente lo advierte San Metodio, el culmen y corona de todas las aspiraciones más elevadas, que en ella y en la completa abnegación de la materia venían a enaltecerse y condecorarse por adelantado con las dotes propias del estado glorioso [36]. Es decir, que,

[30] Cf. SAN AMBROSIO, *Exhort. virginitatis*, c. 6, n. 40: PL 16, 347.
[31] Cf. SAN METODIO, *Convivium*, orat. 1 Marcellae, c. 1: PL 18, 57.
[32] Cf. SAN JERÓNIMO, *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 22: PL 22, 409.
[33] *Convivium*, orat. 3 Thaliae, c. 13: PG 18, 84.
[34] Cf. SAN ATANASIO, *De virginitate sive de ascesi*, n. 2: PG 28, 254.
[35] Cf. SAN AMBROSIO, *De virginibus*, lib. I, c. 7, n. 37: PL 16, 199. Como dice en otro lugar el mismo Santo, «la virginidad agracia a la adolescencia, hermosea a la juventud, engrandece a la vejez» (*De viduis*, c. 4, n. 25: PL 16, 242).
[36] Cf. SAN METODIO, *Convivium*, orat. 9 Tysianae, c. 4: PG 18, 185-187.

en el mundo de la ascética, la pureza no era sólo considerada, según había dicho Tertuliano, como el "fundamento de la santidad", sino que se presentaba más bien "como la cúspide y la consumación de todas las virtudes", en frase de Lactancio [37]; concepción que vino a revestirse de realidad palpable cuando, bajo el título *De la virginidad,* compuso San Gregorio Niseno un tratadito, que constituyó un verdadero compendio de ascética integral del alma cristiana, y en el que establecía el axioma de que toda virtud adquiere su esplendor en la pureza y todo vicio se reduce a una defección de esta virtud [38].

Esta culminación de la vida ascética en la virginidad era una imagen del proceso transfigurativo de la naturaleza humana hacia su última sublimación. "¡Oh vírgenes!—exclamaba emocionado el Obispo cartaginés—, vosotras habéis llegado a ser lo que nosotros seremos más tarde. Poseéis ya durante esta vida, en cierto modo, la gloria de la resurrección; atravesáis este mundo sin dejaros manchar por él. Permaneciendo castas y vírgenes, igualáis a los ángeles del cielo" [39].

Elevación tanto más meritoria, según explicaba San Metodio, cuanto que a ella llegaban las vírgenes en virtud de un voto, el único acreedor en justicia al nombre de *grande,* puesto que no ofrendaban al Señor por él un solo acto, aun cuando heroico, ni las solas primicias, aun cuando seleccionadas, de su ser; sino que se arrojaban todas enteras, sin partijas ni reservas, en las llamas del sacrificio para consumirse en holocausto completo ante las aras del Dios inmortal [40]. Ningún otro voto podía aspirar a extensión tan ilimitada.

---

[37] *Divinarum institutionum,* lib. 6, c. 23 : PL 6, 721.

[38] *De virginitate,* c. 2 : PG 46, 322. San Jerónimo dice también que todas las demás virtudes sin la virginidad, la pureza y la continencia, resultan imperfectas *(Adversus Iovinianum,* lib. I, c. 40 : PL 23, 269).

[39] *De habitu virginum,* n. 22 : PL 4, 462. San Leandro desenvuelve con gran unción esta idea de poseer ya las vírgenes en esta vida el don de la incorrupción, propio de la bienaventuranza *(Regula,* introd. : PL 72, 876 s.).

[40] Cf. San Metodio, *Convivium,* orat. 5 Thallusae, c. 1 : PG 18, 97. La idea de oblación y sacrificio es también frecuentemente explanada por los Santos Padres, como era de esperar. Con qué devoción se dirige a ellas San Leandro, diciéndoles : «Vosotras sois la primera oblación casta del cuerpo de la Iglesia. Sois las ofrendas sacadas de toda la masa del Cuerpo de Cristo, aceptas a los ojos de Dios y consagradas en los altares más excelsos» *(Regula,* introd. : PL 72, 877). San Jerónimo había llegado á decir que «no podrá salvarse el pueblo pecador sino después de haber ofrecido a Dios tales hostias de castidad y haberse reconciliado con el Cordero inmaculado por medio de estas hostias purísimas» *(Adversus Iovinianum,* lib. I, n. 40 : PL 23, 269).

Una vez que los labios habían pronunciado las palabras de oblación y sacrificio, no faltaba sino un solo paso para que los escritores cristianos aplicasen a las vírgenes el nombre más venerando de su diccionario religioso, aquel que les arrancaba más lágrimas de devoción y reavivaba en su pecho más fuegos de entusiasmo. El paso era inevitable, y se llevó a cabo.

La virginidad fué considerada como un martirio. "No es la virginidad digna de alabanza por encontrarla en los mártires—decía San Ambrosio—, sino porque ella hace mártires" [41]. Basta, en efecto, abrir el martirologio por cualquiera de sus páginas para comprobar que la *M* simbólica del martirio viene casi siempre prolongada en la mujer con la *V* representativa de la virginidad. Junto a las Cecilias, Aguedas, Catalinas, Ineses o Lucías, cuesta encontrar una Práxedes cuya corola no ostente gotas de sangre.

No era, sin embargo, la virginidad, en cuanto forja de mártires, la que arrancaba cantos de triunfo heroico a aquellos escritores, sino la virginidad, en cuanto que ella misma era un martirio. Ni fué menester esperar hasta el siglo IV para oír frases tan taxativas como las de San Jerónimo, cuando afirmaba que "también la pureza bien guardada tiene su martirio" [42], o cuando distinguía cuidadosamente dos géneros diversos de verdadero martirio, cruento el uno, incruento el otro, explicando cómo "no sólo el derramamiento de sangre constituye verdadera confesión martirial, sino que también la fidelidad inmaculada de un corazón consagrado a Dios es un martirio cuotidiano. El martirio cruento—añadía—ciñe su frente con corona de rosas y violetas; el incruento, con corona de azucenas" [43]. Cada uno tenía sus diversas prerrogativas, como explicaba San Juan Crisóstomo: "El martirio cruento es un tormento más rápido; el de las vírgenes, un dolor más diuturno. Análogas serán las coronas, puesto que semejantes fueron las luchas" [44].

Sin esperar a los tiempos de Ambrosio y Jerónimo, ya en el siglo anterior proyectaba esta misma visión de gloria un obispo, que logró nimbarse con ambas diademas, la de la pureza y la de la sangre. Al describir el momento en que las vírgenes consagradas se acercan a su Esposo para recibir los premios inefables correspondientes a sus méritos, añadía, tratando de explicar el valor de éstos:

---

[41] Son palabras de una homilía pronunciada por el Santo el día de Santa Inés, y que más tarde quedó, al menos en parte, incorporada a su tratado *De virginibus*, lib. I, c. 3, n. 10: PL 16, 191.
[42] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 5: PL 22, 1110.
[43] *Epist. 108 ad Eustoquium*, n. 31: PL 22, 905.
[44] *Contra eos qui subintroductas habent virgines*, n. 13: PG 47, 514.

Porque habiendo tolerado, no un martirio breve de dolores físicos durante cortos instantes, sino durante toda la vida, sin vacilar un punto en la lucha verdaderamente olímpica de la castidad, resistiendo a los crueles embates de las pasiones, del temor, de los dolores y de otros males de la humana malicia, con razón recibirán los primeros premios, sentándose en los tronos más dignos de las promesas eternas [45].

Al fin y al cabo, la pluma de San Metodio no hacía sino traducir en un lenguaje de trazos más desmaterializados las descripciones realistas que a este mismo propósito presentaban las epístolas pseudoclementinas. Al pintar las luchas de la virginidad, reflejaban, sin duda, en la imaginación del autor, sus tintes rojos, la arena del circo con sus combates atléticos y la pista del anfiteatro con sus fieras exóticas y sus tormentos artificiosos:

¿Quieres ser virgen?—dice la primera de dichas cartas—. ¿Pero sabes cuántos trabajos y molestias lleva consigo la virginidad?... ¿Sabes que tal estado exige gran fortaleza de espíritu y que debes considerarte como atleta, que desciende a la arena en busca de lucha legítima, para ser después coronado con corona de gloria y poder recorrer en triunfo la Jerusalén celestial? Si deseas de veras todo esto, vence a tu cuerpo, vence a los apetitos carnales, vence al mundo con la fortaleza de Dios..., vence al dragón, vence al león, vence a la serpiente, vence a Satanás con la ayuda de Jesucristo, que te confortará con su doctrina y su divina Eucaristía. Toma tu cruz y sigue a Jesucristo, tu Señor, que te purificó [46].

Realmente, escenas semejantes de lucha y tortura sólo podrían encontrarse en los martirologios. Después de las alabanzas que contenía en sí el título de mártires, podría decirse que los cristianos habían ya roto todas las lanzas de su imaginación y su cariño en este torneo a honra de la pureza. Sin embargo, quedaba todavía vibrando una voz sobre los extinguidos cánticos de aquellos juegos florales de la virginidad, voz en que se encerraba el más real de sus loores: "¿Dónde encontrar mayor alabanza para la castidad virginal que en el hecho de haberla escogido Dios para venir por su medio al mundo?" [47] Era exacto: esta postrera loa no encerraba el juicio de los hombres, sino el del mismo Dios. Fija la vista en ella, podía permitirse San Metodio sus aventuras etimológicas, emparentando la palabra

---

[45] SAN METODIO, *Convivium*, orat. 7, Procillae, c. 3: PG 18, 128 s.
[46] *Epist. 1 ad virgines*, c. 5, vv. 1-4: FPA, vol. II, p. 4.
[47] SAN AMBROSIO, *De institutione virginis*, c. 17, n. 104: PL 16, 331.

παρθενία (virginidad) con el vocablo παρθεΐα (casi divino) como virtud, que con sola su presencia hace al ser humano semejante al mismo Dios [48].

Los apóstrofes a la virginidad

66. Ya a nadie pueden extrañar las verdaderas explosiones de entusiasmo con que los autores de aquellos siglos cierran sus descripciones de la virginidad. En tales momentos, sus palabras son torrentes de corazón que se precipitan chocando consigo mismos en su incontenible borbotar.

¡Gran virtud la continencia—exclama en el siglo IV San Atanasio al rubricar su tratado de castidad—, gloria ingente la de la pureza! ¡Encomio supremo el de las vírgenes! ¡Oh virginidad, opulencia inextinguible! ¡Oh virginidad, corona inmarcesible! ¡Oh virginidad, templo de Dios y morada del Espíritu Santo! ¡Oh virginidad, margarita preciosa, invisible para el vulgo y capaz de ser hallada por muy pocos! ¡Oh continencia, amiga de Dios y ensalzada por los santos! ¡Oh continencia, odiosa para muchos y esperada con avidez por los más dignos! ¡Oh continencia, destructora de la muerte y del infierno, únicamente poseída por la inmortalidad! ¡Oh continencia, gozo de los profetas y orgullo de los apóstoles! ¡Oh continencia, vida de los ángeles y corona de los santos! Bienaventurado quien te adquiere y bienaventurado quien se mantiene constante en tu posesión, pues a costa de breve fatiga se regocijará en ti grandemente! ¡Bienaventurado quien persiste en la austeridad durante esta vida, pues habitante luego de la Jerusalén sempiterna, dirigirá en compañía de los ángeles los coros celestes y encontrará su descanso junto a los profetas y los apóstoles [49].

En tales palabras se siente el forcejeo de aquellos espíritus agitados por la impotencia para encerrar en los conceptos de un léxico humano las palpitaciones de lo divino. Cerremos este capítulo con las palabras que escribía en el siglo III el autor *De disciplina et bono pudicitiae:*

La pureza es honra de los cuerpos, ornamento de las costumbres, santidad de ambos sexos, vínculo de pudor, fuente de cas-

[48] *Convivium,* orat. 8 Theclae, c. 1 : PG 18, 137. La lectura ofrecida en el texto es la más probable entre las presentadas por los diversos códices. (Cf. GCS, t. XXVII, Methodius, p. 81.)

[49] *De virginitate,* n. 24 : PG 28, 280 s. Exclamaciones parecidas se escapan con frecuencia de la mayor parte de los autores contemporáneos : «¿Qué cosa hay más dulce—dice San Juan Crisóstomo—que la virginidad? ¿Qué cosa mejor ni más ilustre? ¿Quién hay que despida como ella fulgores más vivos que los rayos del sol y que, levantando nuestras almas del tráfago de los negocios mundanales, nos permita contemplar de hito en hito, con ojos limpios y puros, al Sol de justicia?» *(De virginitate,* c. 21 : PG 48, 547 s.).

tidad, paz de la familia, principio de concordia. La pureza no busca a quien agradar en la tierra, sino a sí misma; siempre pudorosa, es la madre de la inocencia. La pureza no usa otro adorno sino sólo el pudor, tanto más consciente de su belleza cuanto más desagrada a los deshonestos; no busca galas con que ataviarse, pues ella misma es su mejor ornato. La pureza nos acerca a Dios y nos une a Cristo; ella gana las batallas que entablan en nuestros miembros las pasiones desenfrenadas, da paz a nuestros cuerpos, y siendo en sí bienaventurada, hace también felices a quienes la poseen. De nada pueden acusarla aun los que de ella carecen, los cuales tanta mayor admiración conciben de su grandeza cuanto más impotentes se ven para combatirla... La virginidad iguala a los ángeles, y, si bien lo consideramos, aun los excede, pues en carne corruptible sujeta a continua lucha, logra la victoria sobre las rebeldías de la naturaleza, a que no están sujetos los ángeles. ¿Qué otra cosa es la virginidad sino una imitación gloriosa de la vida bienaventurada? La virginidad no es propia de ningún sexo; la virginidad es una infancia continuada; la virginidad es un triunfo brillante de la concupiscencia. No tiene hijos porque renuncia a tenerlos; no es fecunda en la carne, pero tampoco llora viudedad ni orfandades... Quien vence a un enemigo se muestra más fuerte que él; quien por la pureza reprime las pasiones, se supera a sí mismo... [50]

[50] Cc. 3, 7 y 11: PL 4, 281-285.

CAPÍTULO VIII

Los privilegios de la virginidad

67. Vírgenes diaconisas.—68. Las jerarquías del espíritu.—69. Honores en la comunidad cristiana.—70. Veneración por parte de familiares, dignidades y emperadores.—71. Solicitudes de los pastores para con ellas.—72. El peligro de la exaltación y el don de Dios

Vírgenes diaconisas

67. El ambiente de la comunidad cristiana estaba saturado del incienso que envolvía a las vírgenes de Cristo. ¿Cómo impedir el que los fieles depositasen en ellas su confianza y procurasen encuadrar sus figuras en un retablo de honrosas prerrogativas? La misma Iglesia precedió con su ejemplo, buscando entre ellas ayuda para ciertos ministerios especiales.

Conocida es la institución de las diaconisas en el primitivo cristianismo. Mujeres abnegadas de Galilea habían ya ayudado al Salvador, sirviéndole durante los duros trabajos de sus misiones a través de Palestina [1]. Era el primer engarce de la mujer en el joyel religioso de la organización cristiana.

San Pablo había encontrado también en ciertas damas griegas, como la piadosa Lidia, vendedora de púrpura en Filipos de Macedonia, y la celosa Priscila en Corinto, auxiliares valiosos para los trabajos externos y las actividades de caridad que acompañaban la fundación de las Iglesias [2].

[1] Según los evangelios, eran numerosas las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para ayudarle y servirle. El verbo griego empleado por los evangelistas, διακονοῦσαι, es el mismo que había de dar origen a las palabras diácono y diaconisa. (Cf. Mt. 27, 56; Mc. 15, 40 s.)

[2] Lidia fué la primera persona que abrazó el cristianismo en Europa al llegar San Pablo a Filipos. En su casa se albergó el Apóstol, juntamente con su colaborador Silas, durante su evangelización en aquella ciudad, y a ella acudieron una vez libertados de la cárcel. (Cf. Act. 16, 13-15. 40.) Priscila, junto con su marido, Aquila, fueron de gran ayuda a San Pablo durante su apostolado de Corinto, Efeso y Roma, hasta el punto que pudo escribir éste a los romanos: «Todas las Iglesias de los gentiles participan de mi agradecimiento para con ellos» (16, 3-5; cf. Act. 18, 1-3. 19. 26).

En la Epístola a los Romanos, el Apóstol de las Gentes envía saludos para una larga lista de piadosas auxiliares del Evangelio, a las que precede una calurosa recomendación para Febe, "su hermana en el espíritu, diaconisa de la Iglesia de Cencrea", a fin de que la reciban con la solicitud digna de fieles cristianos y la ayuden en cualquier necesidad, ya que ella ha sido sostén para muchos, empezando por el mismo Pablo [3].

Bien pronto estos casos aislados fueron el diseño para establecer grupos permanentes de mujeres, generalmente viudas, avanzadas en edad y reconocidas por sus costumbres dignas y austeras, que ayudasen a los jerarcas de la Iglesia en determinados ritos donde la decencia lo exigía, como en el bautismo de mujeres por inmersión, entonces ordinario, o en ciertas obras de misericordia, donde la solicitud de un corazón femenino se hacía insustituíble.

Poco antes de morir escribía San Pablo a Timoteo, obispo de Efeso, señalándole las condiciones que las elegidas debían reunir, especialmente la edad de sesenta años, para el fiel desempeño de sus funciones. Institución tan útil pronto se desarrolló, bajo el nombre de viudas, extendiéndose por todas las Iglesias durante el primero y segundo siglo, hasta convertirse en un órgano eclesiástico de acusado relieve [4]. Ya al empezar la segunda centuria resalta su personalidad en los mismos escritos paganos, como se echa de ver por la carta dirigida hacia el año 112 por Plinio el joven, gobernador romano de Bitinia, al emperador Trajano, en la que hace alusión a ellas, declarando cómo ha sometido a tormento a dos sirvientas de la Iglesia, a quienes llaman diaconisas, con el fin de conocer los secretos de su culto [5].

El desarrollo continuó exuberante hasta llegar a los datos ofrecidos por la catedral de Santa Sofía en Constantinopla, donde bajo el imperio de Justiniano, junto a sus sesenta sacerdotes, cien diáconos y noventa subdiáconos, se

[3] El texto latino de la Vulgata dice: «quae est in ministerio Ecclesiae, quae est in Cenchris» (15, 1); el original griego construye la frase diciendo «que es diaconisa de la Iglesia que hay en Cencrea». Como es sabido, diácono y diaconisa, en su origen, significan ministro o sirviente.

[4] Por las frases de San Pablo al hablar de las viudas (1 Tim. 5, 9-13) aparece que no se trataba simplemente de mujeres privadas de su esposo, sino de personas especialmente consagradas al Señor, ligadas con voto de castidad y alimentadas con los bienes de la Iglesia. Del mismo modo, en el capítulo 3, 11, al describir las virtudes de las mujeres sobre las que debe velar el obispo Timoteo, se ve que no trata de cualesquiera personas en general, sino de un grupo determinado, unido por vínculos especiales a la Iglesia.

[5] La carta puede verse en KIRCH CONR., *Enchiridion Fontium Historiae Ecclesiae Antiquae*, ed. 5.ª (1941), pp. 22-24.

contaban sesenta diaconisas [6]. En el siglo IV ocupaban estas últimas un lugar preferente después del clero, y sus privilegios se enumeran juntamente con los de la jerarquía eclesiástica. "Que los diáconos—dicen las *Constituciones apostólicas*—distribuyan entre el clero las eulogias, o restos de las oblaciones sagradas, según la voluntad del obispo o de los prestes; den cuatro partes al obispo, tres al preste, dos al diácono y una a los demás, a saber, a los subdiáconos, lectores, cantores y *diaconisas* [7].

Esta importancia canónica quedó consagrada una vez que se fijó también para ellas un rito semejante al que tenían otros órdenes eclesiásticos, mediante el cual, segregadas de la multitud laica, se incorporasen al ejercicio de sus funciones. Por cierto que al determinar esta ceremonia las *Constituciones apostólicas,* la colocan entre la del diaconado, sacramento de orden divino, y la del subdiaconado, el primero de los órdenes establecidos por la Iglesia. El obispo, único que tenía potestad para consagrarlas [8], rodeado por los sacerdotes, diáconos y diaconisas de su Iglesia, imponía sus manos sobre la aspirante, al mismo tiempo que pronunciaba esta bella oración:

Dios Eterno, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Creador del hombre y de la mujer, que llenaste con tu espíritu a María, Ana y Holda; que no juzgaste humillante el que naciese tu Hijo unigénito de una mujer; que tanto en el tabernáculo de la antigua alianza como en el templo constituiste mujeres en calidad de guardianas de su puerta santa; dirige ahora también tu mirada sobre esta tu sierva elegida para el diaconado, llénala del Espíritu Santo y purifícala de toda mancha de alma y cuerpo, a fin de que cumpla dignamente el ministerio a ella consignado para tu gloria y alabanza de tu Cristo, con el cual sea a ti y al Espíritu Santo toda honra y adoración por los siglos de los siglos. Amén [9].

Fué precisamente en aquel tiempo en que las diaconisas llegaban al cenit de su esplendor cuando la Iglesia quiso repartir con preferencia aquellos honores entre las vírgenes de

---

[6] Véase H. Leclercq, *Diaconesse,* DAC, t. IV, col. 731.

[7] Lib. VIII, 31, FDC, vol. I, 532-534. Sabido es que las *Constituciones apostólicas* se redactaron a fines del siglo IV o principios del V, añadiendo a escritos anteriores preceptos litúrgicos, que nos transmiten las costumbres sirias, v. gr., las ceremonias de la misa, tal como se celebraban al morir la cuarta centuria. Por lo demás ha de tenerse en cuenta que la institución de las diaconisas no se desarrolló igualmente en todas las regiones, y que entre ciertas sectas heréticas, como las nestorianas, se llegó a excesos palmarios, como el de repartir la comunión a las mujeres por su medio en ausencia de los diáconos.

[8] *Const. apost.,* lib. III, 11, 3: FDC, vol. I, 201.

[9] *Const. apost.,* lib. VIII, 19: FDC, vol. I, 524.

Cristo. Cierto que ya en los días tempranos de la formación orgánica de la Iglesia, aunque todavía poco numerosas las profesas de la pureza, habían sido invitadas algunas de ellas a formar parte de aquella institución, como nos lo atestigua San Ignacio, el obispo de Antioquía, cuando en su carta a los fieles de Esmirna, escrita poco después de la primera centuria, saluda de un modo especial a las vírgenes de aquella ciudad conocidas con el nombre de viudas, sinónimo en tales circunstancias del de diaconisas [10]. Con el tiempo, cuando la vida de la continencia llegó al apogeo de su estabilidad y esplendor ascético, fueron las esposas de Cristo, en muchas regiones, quienes subieron casi exclusivamente las gradas del diaconado femenino.

Parece que en Occidente se registró este hecho con más frecuencia todavía que en Oriente [11]. Y, a pesar de ello, uno de los testimonios más palpitantes de las dichas preferencias nos lo ofrecen precisamente las *Constituciones apostólicas,* que hallaron su cuna en Siria, al refundirse en los moldes litúrgicos del siglo IV materiales de antiquísimas tradiciones conservadas por los *Didascalia* y los *Cánones de San Hipólito* [12]. Tratando de regular la formación de la jerarquía eclesiástica y sus ministros, encargan al obispo: "Constitúyase como diaconisa una virgen casta o al menos una viuda de primeras nupcias fiel y honorable" [13]. Esta última no era, por tanto, sino una reserva de segunda línea, caso de no poderse hallar la auténtica esposa de Cristo.

Con testimonio incorruptible de piedra nos ha confirmado este mismo hecho la Iglesia de Palestina. En diciembre de 1902 aparecía en el Huerto de los Olivos una lápida que en hermosas letras griegas contenía la siguiente inscripción: "Aquí descansa la sierva y joven esposa de Cristo Sofía, diaconisa, segunda Febe, que durmió en la paz del Señor el 21 de marzo de la undécima indicción. Que el Señor Dios..." La última línea de la inscripción ha sido mutilada por el paso de los siglos [14].

---

[10] *Epist. ad Smirn.*, 13, 1: FPA, vol. I, 287. Recuérdese el nombre de viudas empleado por San Pablo en su carta 1 Tim. 5, 9-13, aludiendo a las diaconisas. El uso de la palabra en este sentido era, por tanto, de origen apostólico y común ya en el Asia Menor.

[11] Véase H. LECLERCQ, *Diaconesse*, DAC, t. IV, col. 730.

[12] Es cosa clara que los seis primeros libros de las *Constituciones* están formados por una refundición de los *Didascalia*, aumentados y acomodados a la liturgia contemporánea del siglo IV. En el libro VII se reproduce, entre otros documentos, la *Didajé*. Respecto al libro VIII, todavía no están los autores concordes en señalar sus diversas fuentes inmediatas; pero no hay duda que a través de más o menos escritos intermedios se han refugiado en esta parte del libro las tradiciones contenidas en los famosos *Cánones de San Hipólito*.

[13] Lib. VI, 17, 4: FDC, vol. I, 341.

Las funciones de las diaconisas encuadraban con justeza en la vida de las vírgenes cristianas. Con nomenclatura de sabor más laico podríamos caracterizarlas como delegadas de beneficencia social. A ellas estaba encomendado el ejercicio de la caridad para con los pobres en la distribución de la comida o las limosnas; gracias a su solicitud materna y virginal encontraban las enfermas desamparadas auxilio y consuelo en su abandono; a través de su fidelidad podía mantener el obispo cierta vigilancia sobre las costumbres de las demás vírgenes y viudas, y por su medio conseguía los necesarios elementos de juicio cuando alguna de ellas era acusada de corrupción. Todo esto de puertas afuera del santuario [15].

Acercándose ya más al recinto sagrado, ellas eran las que cuidaban, al comenzar las solemnidades litúrgicas, de la puerta del templo destinada a las mujeres, y las que velaban durante las ceremonias del culto por el acomodo y disciplina en el espacio reservado al elemento femenino.

Pero su ministerio más elevado lo alcanzaban en el bautismo de las neófitas adultas. Después de haberlas ayudado en su preparación durante los días austeros del catecumenado, constituían un instrumento necesario para la observancia del rito sacramental. Vuelta al occidente la nueva cristiana, pronunciaba su fórmula de abjuración contra el demonio. A continuación dirigía su rostro al oriente, regazo de la luz regeneradora de Cristo, para recitar el símbolo de la fe. Entonces se le acercaba la diaconisa, que la ungía el cuerpo con el óleo santo y la conducía de la mano a la piscina para la triple inmersión purificatoria. Concluído el rito bautismal, la acompañaba de nuevo al obispo, para ser ungida por éste en la frente, oídos y labios con el crisma perfumado. En aquellos momentos sentía la diaconisa vibrar dentro de sí algo de la virtud sobrenatural a que aludían las *Constituciones apostólicas,* cuando ordenaban venerarla como al Paracleto del Señor, pues "del mismo modo que nadie logra alcanzar la fe en Cristo sino por la doctrina del Espíritu Santo, así ninguna mujer debe acercarse al diácono o al obispo sino por la diaconisa" [16].

---

[14] Véase L. Cre, *Epitaphe de la diaconesse Sophie,* «Revue Biblique», nouv. série, t. I (1904), pp. 260-262.

[15] Varios de estos ministerios de caridad se citan expresamente en los *Didascalia,* lib. III, 12, 4. Especialmente insisten, para probar la necesidad de las diaconisas, en el escándalo que podría producirse si entrasen los diáconos en casas de gentiles para ejercer sus ministerios con las mujeres cristianas que en ellas habitasen. En el mismo capítulo 12 inculca dos veces esta razón para la existencia de las diaconisas, versos 1 y 4 (FDC, vol. I, pp. 208, 210).

[16] Lib. II, 26, 6: FDC, vol. I, p. 105. Ya bastante antes habían

El siglo IV contempló en perfecta conjunción los puntos culminantes de ambas instituciones de vírgenes y diaconisas. Juntas igualmente ambas comenzaron a declinar en Occidente durante los siglos VI y VII, con la singular coincidencia de que las alusiones más tardías al diaconado femenino, cuando éste, caído ya en desuso el bautismo por inmersión, fué extinguiéndose insensiblemente, las encontramos vinculadas a religiosas profesas *(sanctimoniales)*, especialmente superioras. Aquel título de diaconisas, vacío ya de contenido, vino, pues, a encerrarse en aquellos mismos muros monásticos donde habían de refugiarse las esposas de Cristo [17].

Las jerarquías del espíritu

68. La Iglesia reencuadraba, pues, con gozo materno, en el armazón jurídico de su organismo a las vírgenes consagradas, encomendándoles, además de ciertas funciones impuestas por la decencia, aquellas actividades en que precisamente se dejaban sentir más palpitantes los latidos del corazón y más deslumbradores los distintivos de la caridad. Pero junto a esta jerarquía del ministerio, iba acusando sus líneas en las comunidades cristianas otra jerarquía de trazado más invisible, regulado, sin necesidad de cánones rígidos, por el solo perfil de las gracias sobrenaturales. La sociedad de Cristo se estratificaba en diversas capas sociales, no efecto de una sedimentación económica o materialista, sino fruto de una sublimación ascético-mística, en que los espíritus más elevados flotaban espontáneamente a diversas alturas merced a sus carismas divinos. Tenía lugar en la tierra un espejismo producido por las luces del cielo, donde se agrupan las jerarquías angélicas en círculos concéntricos, desde los simples ángeles hasta los serafines más próximos al foco de la divinidad. En la estructuración sobrenatural de la Iglesia surgían también diversos órdenes, creados por la multiplicidad de gracias divinas y valores ascéticos, que se superponían acercándose a las alturas de Cristo, el Dios humanado.

consignado los *Didascalia*, como puede verse en la página anterior de la edición citada: «Honrad a la diaconisa como tipo del Espíritu Santo» (II, 16, 6). Los oficios de la diaconisa en las ceremonias del bautismo pueden verse descritos en los *Didascalia*, lib. III, 12: FDC, vol. I, pp. 208-210.

[17] Todavía en el siglo XI aparece en Occidente el título de diaconisa, aunque con carácter meramente honorífico. Los síntomas de su muerte habían aparecido ya cinco siglos antes, cuando el Concilio de Epaone, en Francia, el año 517, prohibía su consagración.

En las esferas más elevadas aparecía la jerarquía de los apóstoles y profetas de las primeras comunidades, iluminados directamente por la luz de lo divino y elegidos de modo especial por el fundador de la sociedad cristiana para reverberar por su medio en los demás la claridad de lo eterno. Inmediatamente seguía la jerarquía de los mártires, quienes, vertiendo a impulsos de un latido de amor su propia sangre, plasmaron con ella sobre su persona la imagen roja de la víctima expiatoria del Calvario, para identificarse así con Cristo en un proceso de sublime transfiguración. Esta triple jerarquía de apóstoles, profetas y mártires, coronaba el núcleo central de la Iglesia, orlando a manera de diadema su cabeza y manteniéndose sostenida, casi exclusivamente, por los carismas gratuitos del Espíritu Santo, más bien que por la libre elección del humano arbitrio.

Una nueva jerarquía aparecía, integrada por los pastores eclesiásticos, investidos de poderes jurisdiccionales y representantes de la autoridad divina, con cuya participación regían la vida de la comunidad cristiana, viniendo a formar un círculo intermedio entre el cielo y la tierra, entre los afanes religiosos del hombre y la impronta del privilegio sobrenatural.

Descartado este cuádruple coro de libre elección divina, y moviéndonos ya en la esfera de la ascesis voluntaria y combativa, la jerarquía primera estaba formada por los continentes de ambos sexos, que en virtud de su libre arbitrio espiritualizaban su carne, participando del gran misterio de la Iglesia en sus nupcias místicas con Cristo: era el coro donde resonaban las armonías de las vírgenes consagradas juntamente con las voces de los varones dados a la castidad perfecta, y que en los primeros siglos solían ser conocidos bajo el nombre de ascetas.

Seguíase luego la jerarquía de los cristianos santos, los seguidores anhelantes de la cruz del Redentor, que, fija la mirada en la divinidad con intuición de videntes, cincelaban su propio espíritu con la gubia de la abnegación hasta darle la forma escultórica del héroe de lo sobrenatural. Finalmente, cerraba los grados de la Iglesia la jerarquía de los justos, los de voluntad recta y fe sincera, que caminaban por la vía de los preceptos, sostenidos por la gracia del Evangelio, sin el majestuoso volar del águila hacia las alturas ni el humillante arrastrarse del reptil por el lodo de la tierra.

Apenas había traspuesto sus luces el siglo II, cuando ya esta distribución de las jerarquías sociales del espíritu en el cristianismo y el puesto de honor ocupado en ellas por el coro de las vírgenes habían cristalizado en líneas geométri-

cas fijas. San Hipólito nos lo atestigua en ese tiempo por lo que hace a las comunidades de Occidente. Compara dichos órdenes de espíritus a siete columnas en que se sustenta la trabazón doctrinal y carismática de la Iglesia de Cristo, con la enumeración expresa de coros de apóstoles, profetas, mártires, prelados, vírgenes, santos y justos [18].

Antes de medio siglo volvemos a oír en Oriente parecida división de jerarquías en labios de Orígenes, quien describe las diversas víctimas que como hostias vivas se incrustan en la cruz para formar un cortejo sacrifical que acompañe con su pompa la inmolación de Cristo. Según el maestro alejandrino, al coro victimal de los apóstoles y de los mártires sigue igualmente en orden inmediato el de las vírgenes, cuyo cuerpo incontaminado es perenne holocausto a la divinidad [19].

Y si por los mismos años nos dirigimos a Cartago, veremos asimismo a su obispo Cipriano, que nos describe la Iglesia de Cristo sublimada ya en el empíreo, pero conservando la distribución de sus jerarquías espirituales, cuales habían sido organizadas en la tierra. Ante todo, el coro glorioso de los apóstoles, al que sigue muy de cerca el grupo jubiloso de los profetas. Avanza inmediatamente la muchedumbre innumerable de los mártires, coronados con el triunfo de sus luchas y sus pasiones, y junto a él las pléyades rutilantes de la virginidad, que supieron domar la concupiscencia de la carne con la energía de la gracia. Detrás aparece todo el pueblo cristiano, que gracias a las bienaventuranzas evangélicas logró escalar la celestial Jerusalén, como había sabido permanecer en la tierra dentro de la Iglesia visible de Cristo [20].

En la misma organización externa de la Iglesia militante, las vírgenes ocuparon un puesto de honor especial, segregado del común de los laicos, y que se acercaba, cuando no pertenecía de lleno, como en el caso de las diaconisas, al encasillado de la jerarquía. En las *Constituciones*

---

[18] *Fragmenta in Proverbia*, in c. 9, v. 1: PG 10, 627.

[19] *Comment. in Epist. ad Rom.*, lib. IX: PG 14, 1205.

[20] *De mortalitate*, 23: PL 4, 602. Parecida enumeración indica en su *Epistola 69 ad Pupianum*, n. 7: PL 4, 405, y en el tratado *De habitu virginum* les aplica la parábola del buen sembrador, consignándoles un fruto como sesenta, después de los mártires, que son los que alcanzan el fruto de cien (n. 21: PL 4, 460). Esta valoración del fruto y méritos virginales mediante las parábolas aludidas es frecuente en los autores contemporáneos, que generalmente les conceden el número simbólico de sesenta. San Jerónimo sigue otro camino, aplicando la escala a sólo la virtud de la continencia, con lo cual el mérito de treinta se halla en las casadas, el de sesenta en las viudas y el de cien en las vírgenes *(Adversus Iovinianum*, lib. I, n. 2: PL 23, 213). Agustín admite ambas interpretaciones *(De sancta virginitate*, c. 45, n. 46: PL 40, 423).

apostólicas, ellas, junto con las viudas, formaban la franja de separación entre la esfera clerical y el mundo laico, al cual expresamente se contraponían: "Deber del obispo es —se decía allí—velar por todos: clérigos, *vírgenes, viudas* y laicos" [21].

Esta misma graduación de prerrogativas ha conservado amorosamente hasta nuestros mismos días la liturgia en una oración impregnada con el perfume de vetusto arcón de sándalo, como incluída que fué ya oficialmente, a fines del siglo V, en el Sacramentario del Papa Gelasio, una de las tres grandes compilaciones de preces de la primitiva Iglesia [22]. En ella el oficiante durante las solemnidades del Viernes Santo vierte al Señor sus súplicas sobre el ara de la inmolación, que en tal día es sepulcro de Calvario, rogando por los diversos grados de la Iglesia. Los apóstoles, profetas y mártires son, naturalmente, pasados por alto en una oración donde sus nombres sonarían a blasfemia; pero inmediatamente después de los órdenes de la jerarquía canónica aparecen las vírgenes de Cristo, a las que siguen las viudas y, finalmente, todo el pueblo santo de Dios [23]. Las esposas de Cristo han logrado, pues, conservar su puesto de honor a través de los vaivenes de los siglos.

Por encima de todas estas catalogaciones jerárquicas siempre flotaba al menos una idea fija: en la Iglesia de Cristo, del mismo modo que en las sociedades humanas, existía una aristocracia. Sin salir del mismo siglo III, San Metodio, que tan frecuentemente se había deleitado en describir esta predilección de la Iglesia por el coro de las vírgenes sobre las demás hijas salidas de su seno, encauza expresamente uno de sus discursos a ponderar esta aristocracia del coro virgíneo. Interpretando el bello epitalamio del salmo 44, describe con trazos coloristas los esplendores de la Reina del empíreo, esposa del Rey de reyes, que no es otra, según el sutil escritor, que la carne de Cristo, con la cual se unió en estrecho himeneo el Dios del cielo. Continúa luego iluminando con filigrana de miniatura los versículos siguientes, en los cuales dice:

---

[21] Lib. III, c. 15, v. 5 : FDC, vol. I, p. 209.

[22] Cf. MURATORI, *Liturgia Romana Vetus,* t. I, col. 560. DUCHESNE rechaza el nombre de Gelasio como autor de la compilación, que defienden, por el contrario, PROBST, BAUMER, etc. En todo caso, no implicaría grave variación por lo que hace a la antigüedad dicha, ya que el Sacramentario Gelasiano sigue siendo uno de los tres grandes monumentos de la primitiva liturgia juntamente con los Sacramentarios Leonino y Gregoriano.

[23] Puede verse la oración en el Misal Romano, entre las que canta el preste momentos antes de la adoración de la cruz.

Evidentemente alaba aquí el divino Espíritu la virginidad y promete que después de la Esposa del Señor irán inmediatamente, en segundo lugar, las vírgenes, y se acercarán al trono del Omnipotente con indecible júbilo y alegría, protegidas y escoltadas por brillantísimo acompañamiento de ángeles. ¡Grande sobremanera, amable y deseable honra la de la virginidad! ¡Que después de la Reina, a quien el Señor sublimó y condujo inmune de toda culpa hasta la diestra de su Padre, se digne honrar con el siguiente puesto al coro y orden de las vírgenes! [24].

Es decir, que también en la Iglesia triunfante el coro de las vírgenes, guardando el rango de su aristocracia, se desplegaba en suntuosa corte alrededor de la humanidad de Cristo.

Honores en la comunidad cristiana

69. Después de lo dicho, a nadie puede extrañar que en el templo y en la vida social otorgase la comunidad cristiana a sus vírgenes prerrogativas singulares. Ya en los días de Tertuliano, cuando el continuo huracán de las persecuciones impedía aún erguirse sobre el suelo a las basílicas cristianas, las vírgenes debían ocupar un puesto de honor en las reuniones del culto litúrgico, puesto que el implacable censor cartaginés las fustiga como presuntas de vanidad al verse expuestas a la mirada de los fieles [25].

En todo caso no hay duda que, cuando los hijos de los mártires pudieron ya tener sus lugares de culto estables, reservaron tal distinción a las esposas de Cristo. Muy cerca del preste oficiante, cual corte del cordero victimal por él inmolado, simulando una corona en torno al altar y separado por una verja del pueblo creyente, se agrupa el coro de las vírgenes, como primicias entresacadas de la muche-

[24] *Convivium*, orat. 7 Procillae, c. 9: PG 18, 136 s.

[25] «Prolatae enim in medium...» *(De velandis virginibus*, 14: PL 2, 908). Hay otro pasaje en Tertuliano que expresa la idea con más claridad, pero no es segura la lectura del texto. Según la mayor parte de los editores, la frase en el libro *De exhortatione castitatis*, 11, debe leerse: «per sacerdotem... circundatum *virginibus* ac univiris». Puede verse, v. gr., PL 2, 926. Con todo, Oehler lee «circundatum *viduis univiris*» *(Tertulliani, quae supersunt opera*, Lipsiae 1853, t. I, 753). En contra de estos textos ofrece TERTULIANO otros dos pasajes en que parece negar todo privilegio a las vírgenes en Cartago durante el siglo II, afirmando que «nihil virgini ad honorem de loco permissum est. Sic nec de aliquibus insignibus» *(De velandis virginibus*, 9 y 10: PL 2, 903). Sin embargo, la posición parcial y extremosa adoptada por el autor en esta obra permite dudar si se trataba de un hecho consuetudinario de aquella Iglesia o de su deseo de negar el derecho a cualquier distinción.

dumbre fiel. Sus rostros, nimbados frecuentemente por un halo de candorosa devoción, atraen las miradas de los asistentes al culto para conducirlos a lo alto después de haberlos caldeado con el fuego de la piedad que irradian. A lo largo de las paredes que encuadran aquel presbiterio de la pureza, se leen en grandes caracteres griegos las palabras del Apóstol, que en muchas de ellas han suscitado el deseo del voto virginal: *La mujer casada está dividida entre Dios y el marido; la virgen sólo piensa en agradar al Señor con la santidad de cuerpo y alma* [26].

Desde su puesto de distinción siguen muy de cerca las ceremonias y oraciones de la liturgia. Terminada ésta, y antes de que el pueblo abandone el templo, puede verse a las matronas más dignas de la comunidad adelantarse en busca de las vírgenes de Cristo y pedirles, como arras de bendición divina, el ósculo de paz, que éstas depositan en su frente con sinceridad de mística emoción [27]. En aquel símbolo litúrgico se fundía la veneración a las esposas del Señor con el orgullo de aproximarse a la aristocracia cristiana y la ternura de un santo cariño para las primicias de aquella sociedad espiritual.

Este mismo afecto de predilección mimosa envolvía a las vírgenes fuera del templo. Es de nuevo Tertuliano quien, no sin cierta acritud censora ante los posibles peligros de tales actitudes, nos transmite los agasajos y honras de toda clase con que materialmente las abrumaban sus hermanos en religión. A su paso por las calles, las miradas de los cristianos conocidos se posaban sobre ellas con el asombro envidioso de la golondrina que ve cruzar sobre su cabeza al águila en majestuoso vuelo; las madres las señalaban con el dedo, presentándolas a la admiración candorosa de sus hijas como se muestra la imagen elevada en la hornacina de un retablo; los fieles las recibían gozosos en sus casas, haciéndolas partícipes de la intimidad de su mesa, que, sin perder el suave tinte de confianza hogareña, parecía ofrecer en tales momentos el diseño de una comida ritual; las muestras de cariño se multiplicaban, finalmente, por doquier, manteniendo en su torno un ambiente de religiosa ternura que recordaba la predilección de Jesús hacia el discípulo virgen del Evangelio [28].

---

[26] *De lapsu virg. consecr.*, c. 6, n. 24: PL 16, 374. Del lugar preferente reservado a las vírgenes, viudas y ancianas hablan también las *Constitutiones apostolicae*, lib. II, c. 57, v. 12: FDC, vol. I, p. 165.

[27] *De lapsu virg. consecr.*, lug. cit.

[28] A todos estos datos va aludiendo Tertuliano, aun cuando entre frases de amarga reconvención por los peligros de gula, lujuria y vanidad a que se prestan. (Véase *De velandis virg.*, 14: PL 2, 908 s.)

Veneración por parte de familiares, dignidades y emperadores

70. Hacia ellas irradiaban los honores desde todos los círculos sociales circundantes, como se lo recordaba San Basilio a la virgen caída en frases densas y cortadas [29]. Ante todo, de sus mismos parientes, que veían en ellas el ángel tutelar de la familia. Al ser recibidas las vírgenes en el cielo por su esposo Cristo, oirían las palabras dulcísimas con que éste las presentaba a su Eterno Padre:

> Padre Santo, éstas son las que he guardado para ti, en las que el Hijo del hombre descansó reclinando su cabeza. Ahora te pido que les concedas estar conmigo, donde yo mismo estoy. Pero, como no deben aprovecharse sólo a sí mismas las que no vivieron únicamente para sí, concédeme, Padre, que sean ellas también redención para sus padres y redención para sus hermanos [30].

Con qué devoción tan tierna se dirigía aquel gran espíritu forjador de la unidad católica de España a su hermana Florentina, cuando le escribía:

> Tú eres mi amparo ante Cristo; tú eres, hermana querida, mi fianza, tú mi hostia sacratísima, con cuya oblación no dudo verme libre de la inmundicia del pecado. Si te mantienes acepta a Dios, si te recoges junto a Cristo en los tálamos de la pureza y te arrojas en sus brazos perfumada con el aroma de la virginidad, sin duda que, al acordarte de tu hermano pecador, alcanzarás el perdón de sus culpas... Tu amor a Cristo será mi indulgencia; la garantía única de que mis flaquezas alcancen remisión está en que mi querida hermana lleve a feliz término sus bodas con Cristo. Y en aquel terrible y pavoroso juicio, donde se hará investigación de todos mis hechos y actuaciones, donde, ¡ay de mí!, he de dar cuenta de mis bienes y caudales de ingenio, tú serás para mí vida y aliento. La vergüenza que merezco por mis negligencias, quedará suspendida en atención a tu castidad... No permitirá Cristo que se pierda el hermano de aquella a quien él recibió por esposa... Muchas vírgenes se hallarán en tu compañía, con las cuales fácilmente alcanzarás lo que por mí pidieres. Y aun la misma Madre y Capitana de las vírgenes, por tus merecimientos intercederá ante su Hijo para que no quedes defraudada en tu petición... Tu virginidad, causa de tu corona, sea a la vez motivo de mi perdón [31].

---

[29] *Epist. 46 ad virginem lapsam*, c. 2: PG 32, 372 s.
[30] San Ambrosio, *De virginibus*, lib. II, c. 2, n. 16: PL 16, 211.
[31] *Regula*, introd.: PL 72, 873. Véanse también los ruegos confiados que en el mismo sentido le hace por sí y por su hermano Isidoro hacia el fin de la obra (c. 21, ed. y t. cit., 892-894).

Pero el prestigio de las vírgenes se imponía en esferas más elevadas que las de su propia familia. Por San Basilio sabemos que en el Oriente era frecuente dirigirse por carta a las vírgenes en cuanto tales [32]. La literatura latina nos ha conservado un ejemplo bien expresivo por lo que hace al mundo occidental. Acababa de hacer la virgen Demetríades su profesión en manos de Aureliano, obispo de Cartago, y al punto, aun cuando no sin alguna intervención por parte de sus familiares, se ponían en movimiento las figuras más destacadas de su siglo para felicitar y aconsejar a la nueva esposa de Cristo. Hasta cuatro cartas han llegado a nosotros escritas con tal ocasión. Jerónimo, el guía más impulsivo del ascetismo latino-palestinense y consultor escriturístico de máxima autoridad en todo el Imperio; Agustín, el prelado de Hipona, cuyo influjo en la ciencia eclesiástica llenó su tiempo y no ha sido tal vez superado; el Sumo Pontífice entonces reinante, Inocencio I, que felicitaba a Juliana, madre de Demetríades, como "a miembro insigne de la Iglesia de Cristo", y aun el mismo monje Pelagio, el corifeo de la herejía que en aquellos momentos conturbaba más profundamente el orbe cristiano, nos han legado otras tantas cartas pletóricas de admiración y alabanzas [33]. ¿Puede darse un hecho más elocuente del honor en que se tenía a las vírgenes de Cristo que este inclinarse ante ellas los grandes jerarcas de la ciencia y la dirección eclesiástica?

A los ojos de la apreciación mundana podemos subir todavía un nuevo peldaño contemplando a las mismas familias imperiales en actitud de culto reverente. San Atanasio podía recordar en su famosa apología al emperador Constancio: "A las vírgenes, con preferencia a otras cualesquiera, honraba tu piadosísimo padre Constantino, de feliz me-

---

[32] *Epist. 46 ad virginem lapsam*, l. c., 373.

[33] Tal vez la primera en ser escrita fué la de Pelagio, verdadero tratado en que junto a las alabanzas de la virginidad exponía el monje hereje sus errores respecto a las posibilidades de la naturaleza humana sin la gracia divina (*Epist. 1 Pelagii ad Demetriadem*, PL 30, 15-45). El mismo año 413 llegaba a la madre de Demetríades la *Epist. 15 de Inocencio I*, PL 20, 518 s., en que tácitamente se hacía referencia a los errores de Pelagio. El Pontífice no nombra en esta carta a Demetríades, limitándose a alabar la religiosidad de la madre; pero el conocimiento que parece tener del libelo pelagiano induce a conjeturar que aquella carta fué escrita consciente del sacrificio de la hija, cuyo mérito en gran parte debía atribuirse a su piadosa educación. Al fin de este mismo año o principios del siguiente llegaba a Cartago la *Epist. 150 de Agustín*, PL 33, 645, quien todavía unos años más tarde había de volver a escribir, en unión de Alipio, obispo de Tagaste, a la misma Juliana, previniéndola una vez más sobre los errores de la pasada carta gratulatoria de Pelagio (*Epist. 188*, PL 33, 848-854). Finalmente, el año 414 llegaba la *Carta 130 de Jerónimo*, ya conocida y frecuentemente citada en esta obra.

moria. Y tu misma piedad te ha movido con mucha frecuencia a llamarlas santas y venerandas" [34].

Ambos emperadores habían tenido en este punto un ejemplo bien ilustre, que nos da a conocer a nosotros de rechazo la posición privilegiada de la virginidad. El año 326, la emperatriz Elena, madre de Constantino, casi octogenaria, se dirigía a Judea a fin de purificar y venerar los lugares consagrados por la vida mortal de Jesucristo. Entre los relatos tocantes a sus investigaciones para descubrir la cruz del Salvador y a sus generosidades en construir Iglesias conmemorativas en Belén y Jerusalén, nos ha sido conservada una sencilla narración interesante en alto grado para nuestro objeto. Antes de abandonar la Ciudad Santa reunió un día la piadosa emperatriz a las vírgenes todas jerosolimitanas con intento de ofrecerles una comida de respeto y amor. Los habitantes de Jerusalén pudieron ver en tal coyuntura a la emperatriz del orbe ceñirse una humilde túnica de servicio y adelantarse a escanciar por sí misma la bebida y a repartir con sus propias manos los alimentos a las vírgenes de Cristo [35]. Los poderes seculares, no menos que los religiosos, confluían en el mismo homenaje de admiración.

Solicitudes de los pastores para con ellas

71. Si tal era el afecto de que se veían rodeadas por los extraños, fácilmente se pueden conjeturar las atenciones paternales que recibirían de sus propios directores y pastores eclesiásticos, interesados en cultivar lozanos para Cristo aquellos vergeles de pureza. Las vírgenes eran sus hijas predilectas, por cuyo bien estaban siempre dispuestos a sacrificarse.

El año 414, como acabamos de recordar, recibía Jerónimo de la aristocrática matrona Anicia Proba Falconia y de su nuera Juliana el ruego de unos consejos para la joven Demetríades, nieta e hija, respectivamente, de ambas damas, quien acababa de tomar el velo virginal. Aquella doble súplica no era sino la expresión de los deseos sentidos por la esposa de Cristo, que deseaba poseer un tratadito sobre la conservación de la virginidad. No había podido llegar la invitación en coyuntura más inoportuna. El docto escriturista se hallaba enfrascado desde hacía cuatro años en la composición de los comentarios al profeta Ezequiel, que debían seguir a los ya publicados sobre Daniel e Isaías. Estaba

[34] N. 33: PG 25, 640.
[35] Rufino, *Historia Eclesiástica*, lib. I, c. 8: PL 21, 477.

tocando ya con la mano el fin de aquellos trabajos, los más arduos de todos (como puede verse por el tiempo de cuatro años empleados en ellos, junto al único año o a los dos años que le habían absorbido cada uno de los precedentes autores), cuando venían a arrebatarle de su abstracción aquellas líneas suplicantes.

Sin embargo, se trataba de complacer a una virgen de Cristo, y el santo Doctor no dudó en interrumpir sus ocupaciones y aun en olvidar los disgustos que una exhortación semejante, escrita treinta años antes, le había costado [36], para dedicarse al punto a componer el tratado pedido, plasmado en forma de carta, por cierto una de las más bellas que han salido de su pluma por su brillantez dialéctica y su perfil estético. El mismo nos deja entrever lo trabajosa que le resultaba una tal condescendencia: "Cuántos sean los méritos, o por mejor decir, el milagro realizado por nuestra virgen, se puede apreciar por el hecho de haberme cogido ocupado en la explanación del templo de Ezequiel, que es el pasaje más difícil de todas las Sagradas Escrituras. Y estando precisamente en aquella sección en que se describe el *Sancta Sanctorum* y el altar del timiama, me resolví, sin embargo, a entretenerme con esta distracción, pasando de uno a otro altar para ofrecer sobre este último, en honra de la eterna pureza, una hostia viva, agradable a Dios nuestro Señor e inmune de toda mancha" [37].

Se diría que los pastores eclesiásticos no sabían negarse a las insinuaciones de sus vírgenes consagradas. Es uno de los cuatro grandes doctores de la Iglesia occidental quien lo confirma al declarar que lanza al público el segundo libro *Sobre las vírgenes* cediendo a los requerimientos de éstas:

En el libro anterior—dice—quisimos explicar, aun cuando no lo hayamos conseguido, cuán gran don sea la virginidad, a fin de que sea la gracia celeste de tan noble vocación la que por sí misma invite a la que leyese la obra; en este segundo libro es menester instruir a la virgen en su formación y ofrecerle una como enseñanza de profesores competentes... Por lo demás, si alguno quisiere acusarme por ello de presunción, obraría más justamente inculpándome de condescendencia, ya que ni siquiera esto me he atrevido a negar a las vírgenes que me lo pedían. He preferido cargar con el peligro de este bochorno que el resistir

---

[36] Treinta años antes había escrito su tratadito a la virgen Eustoquio sobre la misma materia. (Cf. *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 19: PL 22, 1122 s.) Ya indicamos antes cómo aun personas de recto criterio le habían acusado de frases impías, aludiendo a ciertas frases atrevidas y de mal gusto, pero ciertamente no merecedoras del epíteto de impiedad. (Cf. RUFINO, *Apologia in Hieronymum*, lib. II, c. 10: PL 21, 592 s.)

[37] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 2: PL 22, 1107.

a la voluntad de aquellas cuyos deseos el mismo Dios satisface con gustosa indulgencia [38].

No deja de ser impresionante ver cómo aquellas grandes figuras, que se alzaban sobre los campos de la Iglesia con la majestad de los cedros del Líbano, abaten sus ramas al más leve céfiro cargado con esencias de virginidad, hasta ponerse a la altura de unas humildes florecillas, cuales eran las jóvenes innominadas y ocultas a cuyas insinuaciones se sometían. La razón última que explica este misterio es siempre la misma: aquella que hacía exclamar a San Jerónimo, en su carta a la virgen Eustoquio, en apóstrofe inesperado de "Señora mía, Eustoquio", explicado a continuación por él mismo con estas palabras: "pues señora mía debo llamar a la que es esposa de mi Señor" [39].

No impedía este santo respeto el que viniera a mezclarse la veneración con un sentido afecto de ternura paterna. Los sentimientos religiosos son, sin duda, los más ricos en matices, que pudieran parecer a primera vista aun contradictorios. Una prueba de esto nos ofrece la misma carta del rígido asceta de Calcis, cuando se dirige a la virgen romana Eustoquio como "a su hija, señora, consierva y hermana", porque, como añade, el primer título lo pide la edad, el segundo los méritos del matrimonio con Cristo, el tercero nuestra común religión y el último la caridad [40].

Aun tratándose de instruir o amonestar a las vírgenes, rebosa en los pastores de la Iglesia la ternura del padre para con el hijo mimado, ante el cual las palabras brotan enmieladas como a través de las celdillas de un panal. El mismo Obispo de Cartago, que no temió mantener su ruda terquedad ante el Pontífice romano San Esteban en el ingrato litigio del bautismo de los herejes, parece excusarse con timidez al dirigirse a las vírgenes de Cristo. Las previene que no es la autoridad, sino el amor, quien va a hablar por su boca, y les manifiesta con frases de intensa emoción el gozo de que rebosa todo su ser cuando sus labios se ocupan en los temas a ellas concernientes:

Ahora—dice—nos toca hablar a las vírgenes, en las que cuanto más sublime es la gloria, tanto mayor es también el cuidado que necesitan. Son, en efecto, la flor que brota de los tiernos pimpollos de la Iglesia; son el ornato y esplendor de la gracia espiritual, la alegría del alma humana, el encanto inmaculado, que con su integridad recaba toda honra y alabanza; viva imagen de Dios en que reverbera la santidad del Señor; porción la más ilustre del rebaño de Cristo. Gózase con ellas la Iglesia y en ellas

[38] *De virginibus*, lib. II, nn. 1 y 3: PL 16, 207.
[39] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 2: PL 22, 395.
[40] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 26: PL 22, 412.

florece exuberante su gloriosa fecundidad, de modo que cuanto más numeroso aparece el coro de vírgenes, más crecida es también la alegría de tan esclarecida madre. A ellas nos dirigimos, a ellas exhortamos más con el afecto que con la autoridad; no para corregirlas con el rigor de una censura, conscientes como somos de nuestra extrema pequeñez y vileza, sino para preservarlas solícitos con cautela, ya que son más de temer las asechanzas del demonio contra su virtud [41].

No sólo el afecto, sino de un modo especial la vigilancia y protección de los prelados velaban de continuo sobre las vírgenes de Cristo. Ni sólo se preocupaban de sembrar la semilla de la virginidad, sino que seguían atentos su desarrollo para fijar el momento de la consagración definitiva y tomar las precauciones necesarias en orden a la perseverancia [42]. Con plena justicia podían salvar su responsabilidad en caso de prevaricación por parte de una virgen, recordándole los desvelos tomados por su formación, las amonestaciones ante los peligros, las medidas de defensa contra el ambiente externo [43] y, sobre todo, los estímulos con que la habían incitado a correr hacia la meta de lo sobrenatural, según dice San Jerónimo, al modo que los vítores y aplausos estimulan en las carreras o las arengas de los generales enardecen a los ejércitos [44].

Eran, pues, los pastores eclesiásticos sus ángeles guardianes en la tierra, que con mirada avizora prevenían las ocultas asechanzas, apartaban de su paso el viento agostador de la calumnia. "Cosa grave era para nosotros—dice el autor *De lapsu virginis*—y algo intolerable para los cristianos fieles el oír que se afirmaba o ver que se creía algo menos honesto de una virgen" [45].

Entre las cartas más severas del Obispo de Milán figuran las dos epístolas escritas a Syagrio, obispo de Verona, recriminándole con frases duras por las vejaciones a que pretendía someter a la virgen Indicia, acusada de prevaricación. Mal compulsadas las declaraciones de testigos sos-

---

[41] *De habitu virginum*, n. 3 : PL 4. 443. SAN AGUSTÍN cita este párrafo como ejemplo de estilo templado, propio para deleitar, entre los tres géneros que pone dentro de la elocuencia *(De doctrina christiana*, c. 16, n. 47 : PL 34, 112).

[42] SAN AMBROSIO, *De virginitate,* c. 5, n. 26, y c. 7, n. 39 : PL 16, 272 y 276.

[43] *De lapsu virginis*, c. 7, n. 28 s. : PL 16, 375. Mucho más expresivas son aún las frases de SAN BASILIO en que hace referencia a las inquietudes, vigilias y oraciones dirigidas a Dios por la virgen puesta en peligro *(Epist. 46 ad virginem lapsam*, n. 3 : PG 32, 373-375).

[44] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 2 : PL 22, 1108. En párrafos muy delicados describe SAN AMBROSIO la solicitud de la Iglesia por las vírgenes bajo la alegoría de un jardinero y sus plantas *(De virginibus*, lib. I, c. 9, nn. 49-51 : PL 16, 202).

[45] C. 6, n. 25 : PL 16, 374.

pechosos, había determinado el Prelado veronés que se realizaran con aquella esposa de Cristo, acrisolada en su virtud durante muchos años, comprobaciones que aun llevadas a cabo por mujeres graves resultaban molestas para su pudor. La virgen apeló a San Ambrosio, quien mediante un proceso más concienzudo pudo deshacer las torpes calumnias, al mismo tiempo que instruía a Syagrio con mal disimulada dureza. El axioma con que cerraba sus últimas líneas venía a constituir un lema de conducta para los verdaderos pastores de la Iglesia: "No debe permitirse el que sea inferida injuria alguna a las vírgenes de Cristo" [46].

El peligro de la exaltación y el don de Dios

72. Estos restos fragmentarios de las prerrogativas de las vírgenes y de la predilección de los obispos por ellas nos bastan para reconstruir el rango aristocrático de veneración y majestad poseído por aquéllas, como son suficientes las ruinas medio enterradas de la acrópolis ateniense para hacer surgir proyectada en la historia la grandeza estética del espíritu griego. Se trasluce, con todo, una inquietud en los primitivos directores de la ascética virginal, que nos habla todavía con más elocuencia de aquella posición privilegiada: es el temor de que, ensoberbecidas las vírgenes con tales preeminencias, llegaran a anteponerse en su estima no sólo a los restantes cristianos, sino aun a los mismos jerarcas, y vinieran de este modo a derrumbarse con el rayo que arrastró a Lucifer desde los resplandores de su pureza hasta las tinieblas del eterno anatema.

A este derrumbamiento las empujaban de continuo las adulaciones de sus hermanos en la fe [47] y hasta los conceptos menos prudentes de algunos escritores del ascetismo. En torno a la misma Sede Apostólica, el respeto hacia los continentes rayaba en culto. Sírvanos de ejemplo aquel escrito singular por su carácter, de repercusión no vulgar en su época y de suma trascendencia científico-religiosa en los tiempos actuales, que aparecía hacia el año 150 en la capital del Imperio. La crítica está casi de acuerdo en dar fe al *Fragmento muratoriano,* compuesto poco después, según el cual el autor de aquel escrito de penitencia, que se llama

[46] *Epist. 5 y 7 ad Syagrium,* PL 891-904.
[47] San Jerónimo las amonesta expresamente para que se guarden de la adulación que con frecuencia envuelve a las vírgenes *(Epist. 22 ad Eustoquium,* n. 24 : PL 22, 410).

a sí mismo Hermas, no es otro que el hermano del Papa Pío I [48].

Las revelaciones que recibe el autor, primero de labios de una matrona, personificación de la Iglesia, y luego del pastor, tras cuya zamarra se oculta el Angel de la Penitencia, y que se hallan redactadas bajo el esquema de cinco visiones, doce mandamientos y diez semejanzas, no se dirigen a los ascetas del siglo II; pero a lo largo de su recorrido las alusiones a la continencia y a la virginidad nos sorprenden a cada paso. Pasemos sus páginas sin detenernos hasta la nona semejanza.

Desde la cima más enhiesta de la Arcadia muestra a Hermas el Angel de la Penitencia un paisaje cerrado en anfiteatro por doce colinas diversas entre sí en aspecto y estructura. Hermas escucha la explicación de su simbolismo, en que se descubre una gama más o menos gradual e intencionada desde la más profunda abyección hasta la gloria más elevada en que puede hallarse el espíritu de un cristiano. Abruptos los unos y negros como el hollín, lozanos los últimos con exuberancia tropical, van figurando sucesivamente el espíritu de los apóstatas y blasfemos, de los hipócritas, de los mundanos, de los vacilantes, presuntuosos y murmuradores, de los sencillos e inocentes, de los apóstoles y doctores, de los diáconos y obispos y de los mártires. En el fondo se perfila el duodécimo monte: "Era todo él blanquísimo y de aspecto alegre; su belleza era suma" [49]. Recordemos que vamos a oír el simbolismo de la colina en que se encierra lo más glorioso de la Iglesia según Hermas:

Al duodécimo monte, al monte blanco, pertenecen los creyentes que te voy a explicar. Se asemejan a tiernos pequeñuelos, a cuyo corazón no ha llegado la malicia; ni siquiera conocen en qué consiste, pues durante toda su vida han permanecido en el candor de su sencillez. Sin duda alguna morarán en el reino de los cielos, pues no mancharon en nada la ley divina, sino que permanecieron con sencillez en su *propósito* hasta el fin de sus días. Vosotros, añadió el ángel, los que permanecéis como tiernos infantes sin rastro de malicia, seréis *más gloriosos que todas las anteriores jerarquías*, ya que los niños son gloriosos y los primeros ante Dios. Bienaventurados, pues, vosotros, los que os despojáis de la malicia y os revestís de la inocencia; seréis los primeros en vivir para Dios [50].

---

[48] Las opiniones que hacían al autor discípulo de San Pablo o contemporáneo de Clemente Romano no pueden ya sostenerse. (Cf. A. LELONG, *Le Pasteur Hermas*, en la colección *Textes et documents: Les Pères apostoliques*, t. IV, introd., pp. XXIII-XXIX.)

[49] Similitudo 9, c. 1, v. 10: FPA, vol. I, p. 580.

[50] Similitudo 9, c. 29, vv. 1-3: FPA, vol. I, 626. Recuérdese que esta metáfora de la infancia para designar la virginidad era frecuente en el siglo II. (Cf. TERTULIANO, *Apolog.*, c. 9: PL 1, 327.)

A quien tenga todavía en la memoria la visión tercera, en que presenta la genealogía de la virtud angélica, diciendo que "de la continencia nace la sencillez, de la sencillez la inocencia y de la inocencia la castidad" [51], no podrá menos de aparecer clara la alusión del escritor romano a la continencia perfecta. Tanto más cuanto que en la montaña séptima habían quedado ya simbolizados los espíritus inocentes con la simple inocencia de no haber ofendido al Señor [52], y que el detalle insinuante de tener *la primacía en vivir para Dios* suena a evocación de las palabras de San Pablo cuando describe a las vírgenes solícitas únicamente en agradar a su Señor. A esta aristocracia del ascetismo es precisamente a la que concede el privilegio *de ser más gloriosa que todas las jerarquías anteriores,* entre las que se encontraban ya la caridad de los obispos y el heroísmo de los mártires (montañas décima y undécima).

Es éste un testimonio vivo de la alta estima y veneración con que se inclinaba la frente de los primeros fieles ante las vírgenes consagradas a Dios; pero al mismo tiempo se proyecta sobre el paisaje la sombra de un peligro: el de creerse superiores al clero y a los mártires, peligro del que salieron inmunes gracias a la solicitud de sus pastores.

Más curioso es que estos mismos matices históricos, aun cuando bajo un enfoque muy diverso, nos hayan llegado a través del testimonio indirecto de un pagano, probablemente Porfirio, conservado en el escrito polémico de Macario, el obispo de Magnesia. No es necesario advertir la discreción con que ha de interpretarse el pasaje del filósofo neoplatónico, tan imbuído de prevenciones anticristianas. Se trata de un breve inciso intercalado en un ataque contra San Pablo: "Y ¿a qué viene el que algunas cristianas anden metiendo tanto ruido con su virginidad y gloriándose de estar llenas del Espíritu Santo como lo estuvo la Madre de Jesús?" [53]. A través de la mala inteligencia que pueda encerrar la frase en boca de Porfirio, aparece claro que el ambiente que rodeaba a las vírgenes era en verdad inebriante.

Ya al comenzar el siglo II los obispos ordenados por los apóstoles dan una voz de alerta, que pudiera sonar con el acento extraño de lo inverosímil a quien ignorase el estado de privilegio de la virginidad. El año 117 escribía el obispo de Antioquía al de Esmirna: "Quien se sienta capaz de conservarse en continencia a honra de la carne de Cristo, per-

---

[51] Visio 3, c. 8, v. 7: FPA, vol. I, 448.
[52] Similitudo 9, c. 24: FPA, vol. I, 618-620.
[53] *Réplica a los griegos,* lib. III, c. 36. Cf. * A. HARNACK, *Kritik des N. Test. von einem griech. Philosophen des III Jahrhunderts,* TU, t. XXXVII (1911), p. 68.

manezca humilde. Si se gloría de ello, perece, y si por ello se estima más que su obispo, muere eternamente" [54].

Esta voz de alerta siguió repitiéndose incansable en todos los escritos posteriores, revistiendo en algunos de ellos, como en los de Tertuliano, el carácter de una obsesión. El autor *De velandis virginibus* quisiera esconder a las vírgenes en el mundo subterráneo de un anonimato, donde no pudiera hallarlas, no ya el halago de los privilegios, pero ni aun la simple mirada de veneración de los fieles. Ocultas tras su velo, sin prerrogativas ostensibles, sin puesto alguno destacado, quería que fuesen conocidas únicamente por Dios [55]. La vehemencia proverbial del africano transforma sus palabras en flechas de ataque contra cualquier señal externa que, elevándolas sobre los otros cristianos, pudiera ser pábulo de vanidad. Y no contento con esto, procura envenenar las puntas aceradas de su dicción con el sarcasmo:

Por lo demás—dice—, sería muy inhumano el que las mujeres sometidas en todo al varón llevasen en señal de honra una insignia de su virginidad, que atrajese sobre ellas las miradas, la atención y las alabanzas de sus hermanos, mientras que tantos varones vírgenes, tantos continentes voluntarios deban ocultar su virtud, sin llevar nada que pueda distinguirlos. También ellos podrían reclamar algún ornato característico: las plumas de los gramantes, las diademas de los extranjeros, las fíbulas en forma de cigarra de los atenienses, las trenzas de los alemanes, los tatuajes de los bretones o, en fin, por ir contra la corriente general, el permanecer en el templo con la cabeza cubierta. Estamos ciertos que el Espíritu Santo hubiera concedido estos honores con preferencia a los varones, caso de haberlos otorgado a las mujeres... Pregunto, por tanto, ¿obráis por agradar a vuestros hermanos o por agradar a Dios? Si es por agradar a Dios, sabemos que es tan capaz de ver lo que se hace en secreto como justo para recompensar lo que se hace únicamente por él. En fin, él mismo nos recomienda que no publiquemos a son de trompeta las obras buenas hechas por su causa, ni esperemos la recompensa por parte de los hombres. Y si nos prohibe dar un solo denario o la menor de las limosnas enterándose de ello la mano izquierda, ¿con qué tinieblas no debemos rodear la ofrenda que hacemos a Dios de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu al consagrarle por entero nuestra naturaleza? [56].

Como siempre, Tertuliano era arrollado más allá de lo justo, víctima de su propia fogosidad. Eran ya los años en que aquel su ímpetu nativo, a manera de oleaje en tormenta, le arrastraba hacia las costas escabrosas de la herejía montanista.

---

[54] *Epist. ad Polycarpum*, 5, 2: FPA, vol. 1, 293.
[55] *De velandis virg.*, 2: PL 2, 891.
[56] *De velandis virg.*, 10 y 13: PL 2, 903 y 907.

Purificadas de esta hiel, las amonestaciones contra el orgullo interno y la propia estima en medio de aquellas justas prerrogativas siguieron repitiéndose sin interrupción en los prelados y directores posteriores de la virginidad, como hitos de un camino fácil de perder:

Si alguno te dijese: Tú eres santa, ¡oh virgen!—amonestaba San Atanasio—, respóndele prontamente: Cuando después de una vida sin tacha haya abandonado este cuerpo, podré ser proclamada santa y bienaventurada. Mientras tanto jamás me tendré por tal, pues la naturaleza humana es mudable como el viento [57].

Para defenderse contra estos dardos venenosos del exterior, trabajo tanto más arduo cuanto mayor era en la virgen la afluencia de dones internos sobrenaturales, que excusaban aquellas adulaciones, recomendaba el Obispo milanés:

Sirva la contemplación de tus miserias corporales de lastre para tu nave, no sea que, sacudida por el oleaje del siglo, seas echada a pique al golpe de algún viento de soberbia. Aprende a ser prudente como la abeja, que, al sospechar corrientes peligrosas de aire en las alturas, toma consigo unas piedrecillas antes de lanzarse a los espacios, a fin de no perder con el ímpetu de los vientos el frágil equilibrio de sus alas. Tú también, ¡oh virgen!, cuida, a semejanza de la abeja, que el viento de las alabanzas mundanales no levante en demasía el vuelo de tus alas [58].

Todavía al comenzar el siglo V iniciaba San Agustín sus cánticos de alabanza a la virginidad, exhortando a las vírgenes a no anteponerse en lo interior de su espíritu ni siquiera a las almas fieles del Antiguo Testamento, que, aunque trabadas a la tierra por los vínculos del matrimonio, fueron, sin embargo, objeto de especiales complacencias divinas [59]. Luego no vacila en dedicar veintitrés capí-

---

[57] *De virginitate*, c. 8: PG 28, 261. Ya antes había advertido el Santo que debe desecharse como diabólico cualquier pensamiento sobre la propia virtud, y en el capítulo siguiente da normas para que no revelen ni a sus mismos parientes sus prácticas ascéticas. Sólo podrán hablar de ellas, y aun entonces con suma discreción, cuando fuere necesario para animar a alguna otra virgen a semejantes ejercicios. San Metodio las amonesta contra la presunción exponiéndoles cómo de las diez vírgenes evangélicas, cinco habían caído por gloriarse de su virginidad (*Convivium*, orat. 6 Agathae, c. 2: PG 18, 116).

[58] *De virginitate*, c. 17, n. 106: PL 16, 293. San Jerónimo, después de ponderar el mayor peligro de esta vanagloria sobre la de las riquezas o bienes corporales, fustiga acremente, con descripciones llenas de ironía, ciertas humildades de garabato (*Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 27: PL 22, 412 s.).

[59] *De sancta virginitate*, c. 1: PL 40, 397.

tulos de su obra *Sobre la santa virginidad* a insistir sobre esta virtud, como rasgo básico de la pureza.

El verdadero equilibrio entre aquellos dos elementos al parecer antagónicos, cuales eran el cúmulo de honras externas, propiedad de las vírgenes, y su interior humildad de ánimo, lo había indicado ya San Pablo [60] y lo había asentado explícitamente en pleno siglo I el Papa San Clemente sin necesidad de acudir a la piqueta demoledora de privilegios usada por Tertuliano. "El que es casto en su cuerpo—dice—no se gloríe de ello, sabiendo *que es otro el que le da el don de la continencia*" [61].

He ahí la idea fundamental que elevaba a las vírgenes a esferas ultraterrenas, por encima de los demás fieles, manteniéndolas al mismo tiempo suspendidas en el vacío de su propia nada. La virginidad constituye una dignidad sublime, pero esa dignidad es una mera dádiva de las manos de Dios. Dentro de semejante perfil ascético resultaba absurda la vanagloria por su posesión, ya que no era fruto creado por la propia savia. El mismo Tertuliano, aunque sin saber abandonar su tono hiriente, transmitía esta verdadera concepción de la humildad virginal, exclamando: "Si, pues, es Dios quien confiere la virtud de la continencia, ¿por qué te glorías de ella cual si no fuese un don recibido?" [62].

Ahora tiene transparencias de luz la frase con que alude Minucio Félix a las vírgenes del siglo II en su *Apología,* cuando declara Octavio "cómo muchos de los cristianos *gozan más bien que se glorían* de su perpetua virginidad en un cuerpo inviolado" [63]. Idéntica concepción de la continencia como gracia divina dominaba la mentalidad ascética del Oriente, como nos lo atestigua Orígenes, cuando la declara "dádiva egregia que concede el Señor" [64]. De

[60] «Unusquisque proprium donum habet ex Deo: alius quidem sic, alius vero sic» (1 Cor. 7, 7).

[61] *Epist. ad Corint.*, 38, 2: FPA, vol. I, p. 144.

[62] *De velandis virg.*, 13: PL 908. Lo mismo repite en su tratado *De oratione,* c. 22: PL 1, 1189.

[63] *Octavius,* c. 31, ed. por Martin Jos. «Florilegium patristicum tam veteris quam medii aevi», Bonn, fasc. 4, p. 72. Podrían multiplicarse indefinidamente las citas patrísticas sobre este punto, aun con sólo recorrer los comentarios a Mt. 19, 11, donde suele aparecer esta idea. Baste recordar San Agustín, *De sancta virginitate,* c. 41, n. 42: PL 40, 420 s., así como los dos pasajes ya clásicos de sus *Confesiones,* lib. VI, c. 11, n. 20, y lib. VIII, c. 11, n. 27: PL 32, 729 y 761. En el primero de éstos aparece también la idea de que ese don se concede a todos los que lo piden. (Cf. San Jerónimo, *Comment. in Matthaeum,* lib. III, c. 19, v. 11: PL 26, 140.)

[64] *In Matthaeum,* 14, 25: PG 13, 1252. Recuérdense a modo de ejemplo, entre los escritores orientales posteriores que insisten en ser la virginidad un don, San Metodio, *Convivium,* orat. 3 Thaliae, c. 14: PG 18, 84; San Juan Crisóstomo, *De virginitate,* c. 27:

este modo la pureza pudo poner su dique de contención a las acometidas del orgullo.

La castidad angélica, propia de los cielos, infundida en el barro terreno de la humildad, nos ofrece un nuevo ejemplo de encarnación divino-humana entre tantos otros como nos presenta el cristianismo después que vió realizarse por vez primera el milagro teándrico, centro gravitatorio del universo sobrenatural.

PG 48, 551 s. Del mismo modo insisten en que es don que Dios concede a los que lo piden, v. gr., ORÍGENES, *Comment. in Matthaeum*, t. XIV, n. 25, y t. XV, n. 5 : PG 13, 1249-52 y 1264.

CAPITULO IX

La indumentaria de las vírgenes

73. El medio ambiente femenino.—74. La renuncia al ornato.—75. La tonsura del cabello y el peinado de las vírgenes.—76. Su vestido: la túnica y el manto de la virginidad.—77. El velo

El medio ambiente femenino

73. La veneración, que envolvía a las vírgenes, tenía un mérito particular. Era el respeto ofrecido a la pureza cuando ésta presentaba aún sus imágenes sin insignias propias; las sacerdotisas de la continencia carecían de la prestancia que proporcionan los ornamentos rituales. Ni podía ser breve el camino que habría de recorrer la disciplina eclesiástica hasta llegar al hábito de la castidad religiosa.

Hemos de partir, no lo olvidemos, del clima mundano y sensual en que brotaron aquellas primeras vocaciones para la virginidad. El primer paso consistiría en ir despojándolas del vistuoso atuendo con que los caprichos de la moda, en los tiempos imperiales, ataviaba sus figurines. Conseguida esta expoliación, vendría, en un segundo avance, el fijar las normas de su peinado y vestido dentro de las formas usuales en la sociedad de entonces.

Ya el primer paso de pisotear los esplendores del atavío femenino representaba un esfuerzo no pequeño para una joven que debía moverse sin salir de aquel mundo patinado con los refinamientos más sutiles de lo artificioso. Huirle era imposible. Vínculos de sangre o cadenas de amistad secular les imponían un trato más o menos frecuente con el oropel de la sociedad elegante, y aun las introducían necesariamente en esferas paganas, numerosas todavía durante los siglos III y IV de nuestra era. El mismo nacimiento las encuadraba a veces dentro de los círculos más aristocráticos del patriciado romano. ¿Cómo desenvolverse en aquella decoración encantada sin reflejar el efecto de sus luces ni contaminarse con el refinamiento de sus formas?

No es tan fácil a nuestra imaginación siglo XX, dotada de una sensualidad comparable a la de entonces, pero tal vez de formas más groseras y sin duda de estilo más pragmatis-

ta, representarse en todo su esplendor el mundo femenino de los tiempos imperiales. El deseo de romper aquellas mallas de refinamiento arrancó a Tertuliano sus dos libros *Sobre el adorno de las mujeres*, pintura viva, aunque a veces un poco cáustica, de la vanidad femenina de su época.

La técnica del tocado ponía en manos de la mujer cuanto podía desear para su brillo exterior. Pomadas exquisitas venían de lejanas tierras a blanquear la tersura de su piel, a disimular las asperezas de su cutis, a colorear de rosa la transparencia de sus mejillas, a prolongar las sombras de sus párpados y dotar de matices misteriosos el iris de sus ojos. Tintes adecuados entonaban sus cabellos con el color del azafrán; y polvillo impalpable de oro venía a espolvorearlos, de modo que al ser heridos por el sol del mediodía brillaban como el fuego resplandeciente de un altar, mientras que la fragancia de sus perfumes simulaba el aroma del incienso que se ofrecía en sacrificio a la divinidad [1]. Nuevas formas, a cual más caprichosa, modelaban a cada momento el peinado de sus cabellos, que hoy aparecían aprisionados por finas redecillas, mañana libres en ondas de bucles; ahora levantados en alto con majestuoso copete, luego humildemente recogidos sobre el cuello; unas veces esparcidos y flotantes al viento con afectada negligencia, otras trenzados con artificio o entretejidos con postizos elegantes [2], dando a toda la cabellera forma circular a manera de cofia, que, en la ironía del escritor cartaginés, simulaba una vasta funda para envolver el cráneo; o, finalmente, en ocasiones más solemnes, dejando la nuca al descubierto, se elevaban reunidos en forma de pirámide, cual si quisieran sacar falsa la palabra del Señor de que nadie puede añadir una pulgada a su estatura [3].

No era grande la exageración de Ovidio cuando afirmaba que resultaría más fácil contar las hojas de una encina o las abejas de Hibla, en Sicilia, que las diferentes formas de peinado en las mujeres; ni temeraria la sospecha de Séneca, que, aun hablando de los varones, los describe en manos de los peluqueros durante largas horas, deliberando sobre la forma de un bucle, prefiriendo ver el desorden en el Imperio más bien que en su cabellera o temiendo más el aparecer despeinados que sin fama [4].

---

[1] *De cultu feminarum*, lib. II, cc. 5 y 6: PL 1, 1321 s.

[2] TERTULIANO, con sus ocurrencias siempre de filo acerado, al reprocharles este uso, les hace notar que aquellos cabellos postizos que llevan sobre su cabeza cristiana están tal vez arrancados a un pecador corrompido o a un condenado víctima de las llamas infernales (*De cultu feminarum*, lib. II, c. 7: PL 1, 1323 s.).

[3] Ibid., ob. y lug. cit.

[4] *De brevitate vitae*, c. 12: BCL, t. LXXXIII, p. 446.

Este modelado de la figura se completaba con el adorno externo, al que dedica asimismo Tertuliano otro de sus libros. El vestido de la joven romana en los siglos II y III del Imperio consistía de ordinario en la túnica, a veces doble, procedente del antiguo peplo, tan unido a todas las tradiciones griegas desde Homero, y precursora de la futura dalmática, cuya solemnidad había de quedar perpetuada en la liturgia cristiana. Por encima de ella se vestía la *palla*, especie de manto heredero de la antiguo toga romana, relegada ya a los actos oficiales, y que tenía su correspondencia en el *himation* del Oriente. Sobre esta primitiva simplicidad se industrió el lujo para encuadrar las figuras femeninas en los más costosos tejidos. Ya para el siglo II habían entrado en el Imperio las sedas más valiosas, se teñían los paños con ricas púrpuras y se utilizaban brocados vistosos para la confección de las prendas de vestir.

Aureola de esplendor a todo este conjunto prestaban las diademas con el brillo misterioso de sus esmeraldas, que ceñían la frente de verdes reflejos; los costosos collares de perlas que se destacaban sobre el cuello; los pendientes, que herían la vista con las aguas de sus piedras preciosas; los ricos camafeos que colgaban sobre el pecho, los brazaletes de oro y rubíes que rodeaban brazos y muñecas, las cintas de brillante aljófar que resplandecían en torno al tobillo. El fausto de las épocas imperiales hacía de cada joven una deidad del lujo, ávida del incienso reservado a la belleza.

A estas exhibiciones tan costosas, en que la vanidad y la concupiscencia explotaban a porfía a la riqueza, aludía Tertuliano cuando decía de las doncellas romanas:

De un diminuto estuche sacan un ingente patrimonio; en un ligero lienzo de lino engarzan diez mil sestercios [5]; una cabeza delicada pasea las joyas de islas y continentes enteros; los finos lóbulos de sus orejas sustentan colgadas todas sus rentas, y los dedos de su diestra se mueven jugando con verdaderos montones de oro. Tal es la fuerza de la ambición, que hace capaz al débil cuerpecillo de una mujer para cargar sobre sí el peso de tantos tesoros [6].

En medio de este mundo se veía precisada a vivir la joven aspirante a la pureza; y su espíritu, construído ori-

---

[5] Se refiere sobre todo a las perlas y piedras preciosas que incrustaban en sus vestidos, y de los que había de decir también San Jerónimo que equivalían «al valor de granjas enteras» (*Vita Pauli*, n. 17: PL 23, 28). Varios emperadores se vieron precisados a legislar sobre aquel lujo, coartando el abuso del oro y la púrpura. Recuérdense las leyes dadas por Valente, Valentiniano y ambos Teodosios en los años 369, 382 y 424 (*Codex Theodosianus*, lib. X, tit. 21).

[6] *De cultu feminarum*, lib. I, c. 9: PL 1, 1314.

ginariamente con estos materiales, debía transformarse de repente en la humilde apariencia de la virgen cristiana, tronco expoliado de hojas y flores en medio de la exuberancia tropical circundante.

La renuncia al ornato

74. Con mucha razón recordaba San Jerónimo este peligro a la noble virgen Demetríades, reafirmándola en el cambio que el voto de virginidad había de introducir en sus pasadas costumbres:

> Cuando pertenecías al siglo—le decía—, amabas lo que es propio del siglo; dabas blanco de nácar al cutis de tu rostro, coloreabas de rosa tus mejillas y, ayudada con postizos, edificabas con los cabellos sobre tu cabeza una verdadera torre. Nada quiero recordar de los costosos pendientes de tus orejas, de la brillante blancura de tus perlas, extraídas de lo más profundo del mar Rojo; del resplandor de las esmeraldas, del fuego hiriente de las piedras preciosas, del azul denso cual el mar de los jacintos, joyas todas a cuyos resplandores enloquecen de codicia las damas romanas. Ahora que has renunciado ya al siglo presente..., guarda el compromiso que juraste y permanece fiel a tu voto... para que no te entregue tu adversario al Juez Supremo ni te arguya de haber hecho uso de lo que es propiedad suya [7].

La sublimación producida por la virginidad en aquellas almas, transformando el deleznable carbón de sus espíritus en la pureza del diamante, no podía realizarse sino a costa de transformar su brillo exterior de diamante en burda escoria de carbón. Se concibe que la lucha contra la pasada costumbre y la actual seducción de las compañeras de infancia debía ser encarnizada. Los pastores velaban solícitos y se afanaban por encauzar aquel torrente ascético, todavía en estado bravío, dentro de los diques ordenados de la pureza, manteniendo elevado su nivel y cristalina su transparencia. Sobre todo en los primeros tiempos, en que no podían colgarse en las galerías de las vírgenes los retratos nobiliarios de sus predecesoras en el linaje de la pureza, como estímulo de imitación, las exhortaciones son frecuentes y apremiantes.

Tales galas son gusaneras de peligros. Esos ornatos, como decía San Cipriano a sus vírgenes, son causa de la pérdida de la virginidad, y, por tanto, visión que debe infundir pavor a las esposas de Cristo.

---

[7] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 7: PL 22, 1113.

Precisamente constituyen los instrumentos, que señala Dios por el profeta Isaías, con los que vinieron a corromperse las vírgenes del Antiguo Testamento. Se han enorgullecido, gime el profeta, las hijas de Sión y andan paseando con el cuello erguido, guiñando los ojos, arrastrando sus vestes por el suelo con paso afectado, jugando con sus pies. Humillará Dios por esto a las principales hijas de Sión, y descubrirá el Señor sus túnicas, y les arrebatará sus galas, sus adornos, sus cabellos postizos, sus bucles y lunetas, las peinetas de oro, los brazaletes y joyeles, las pulseras, anillos y pendientes, los vestidos de brocado entretejido de seda, oro y jacinto. Los perfumes olorosos se convertirán en ceniza; en lugar del cíngulo de oro te ceñirá una soga de esparto, y a los adornos preciosos de tu cabeza sucederá una afrentosa calvicie. Esto es lo que reprende Dios, esto lo que condena; por ahí dice que vinieron a perderse las vírgenes y a renegar de su verdadero y divino culto... ¿Quién no abominará y huirá de lo que ha sido tan funesto para otros? ¿Quién apetecerá lo que se ha convertido en espada y saeta de muerte? Si un hombre muriese por haber bebido de un vaso, concluirías al instante que se trataba de una ponzoña. Si quedase muerto por tomar de un manjar, deducirías que aquel alimento era un veneno que le había quitado la vida, y te guardarías de gustar o de beber lo que había sido causa de muerte para otros. Pues cuánta necedad y qué locura no será el desear lo que daña y ha dañado siempre, y pensar que tú no perecerás con lo que has visto perecer a los demás [8].

Otros motivos más sutiles y de mayor delicadeza de espíritu manejaban los obispos ante las vírgenes. Una sierva del Señor que ha hecho profesión de consagrarse a El no debe profanar la obra de Dios adulterando con falsos coloridos y retoques la frescura natural del rostro, obra de sus manos. Espontáneamente vienen a la memoria las palabras del Obispo de Cartago, pronunciadas con un fuego que había de calificar de grandilocuente San Agustín siglo y medio más tarde [9].

Dijo el Señor: Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra. ¿Y habrá quien se atreva a cambiar y desbaratar lo que Dios ha hecho? Rebelarse contra Dios es el pretender reformar y desfigurar lo que El modeló, olvidando que cuanto nace en este mundo es obra de sus manos, y cualquier modificación de ello es intrusión del diablo. Si un pintor afamado retratase a una persona, representando al vivo las facciones del rostro

[8] *De habitu virginum*, n. 13: PL 4, 452. El texto de Isaías citado por San Cipriano difiere bastante de la Vulgata latina, lo cual no tiene nada de extraño, pues la dificultad de interpretar los diversos ornamentos femeninos dió no poca diversidad a las traducciones del hebreo o de los Setenta.

[9] *De doctrina christiana*, lib. IV, c. 21, n. 49: PL 34, 113. Sabido es que San Agustín, siguiendo a Cicerón, distingue tres géneros de estilo en la oratoria: el sencillo, para enseñar; el temperado, para deleitar, y el grandilocuente, para arrastrar la voluntad.

y las actitudes todas del cuerpo, y, después de haber consagrado ya el cuadro con su firma, viese cómo una mano extraña empezaba a reformar y corregir con aire de petulancia los trazos ya definitivos de su obra, no podría menos de sentirse injuriado y movido a justa indignación; ¿y tú te juzgas irresponsable al querer, con loca audacia y ofensa divina, retocar una obra de la que Dios es el único artífice? [10].

Tales pretensiones son un crimen en las vírgenes. Más: son un desafío a la divinidad, cuyas palabras vendrían a resultar falaces. En este punto San Cipriano sigue muy de cerca las invectivas del apologeta montanista, aun cuando suavizando el feroz sarcasmo con que aquél parece rasgar el pergamino más bien que escribir en él con su estilete.

Tu Dios y Señor te dice: no puedes volver blanco o negro uno solo de tus cabellos, ¿y tú pretendes salir triunfadora sobre tu Señor? Para ello, con desprecio inaudito y sacrílega osadía, te atreves a teñir tus cabellos, coloreándolos de rojo, con temeroso presagio de las llamas que te esperan en la otra vida, y cometes un pecado abusando de tu cabeza, es decir, del miembro principal de tu cuerpo [11].

Parecida presunción encierran los costosos adornos de trajes y galas.

Dios no creó a las ovejas cubiertas con vellones de grana y de púrpura, ni enseñó a teñir los tejidos con el jugo de hierbas preciosas o de moluscos marinos, ni inventó los collares de perlas y diamantes alineados, en artificiosos engastes de oro con los que cubrieses el cuello, que Dios había formado; de modo que lo creado por El permaneciese oculto bajo las joyas inventadas por el demonio. ¿Estableció el Señor por ventura que se horadasen las orejas de las pequeñuelas, atormentándolas cuando, todavía inocentes, desconocen la corrupción del siglo, para que más tarde de aquellas cicatrices colgasen piedras preciosas y pesadas no por su tamaño, pero sí por el valor de su coste? [12]

---

[10] *De habitu virginum*, n. 15: PL 4, 455.

[11] Ibid., n. 16: PL 4, 456. Esta alusión a las llamas del infierno prenunciadas en el cabello teñido de rojo, fué muy corriente entre los primeros escritores cristianos. Medio siglo antes había dicho ya el apologeta de Cartago: «Nefasto y pésimo augurio resulta ese color de llamas en la cabeza» *(De cultu feminarum*, lib. II, c. 6: PL 1, 1322); y un siglo más tarde volvería a hacer la misma insinuación San Jerónimo a Leta tratando de la educación de su hija Paula *(Epist. 107 ad Laetam*, n. 5: PL 22, 872).

[12] *De habitu virginum*, n. 14: PL 4, 452 s. También esta idea de evitar los tintes exquisitos está tomada de Tertuliano, que, con más elocuencia que lógica, argumenta diciendo: «¿Acaso no pudo Dios formar a las ovejas con vellones de púrpura o azul celeste? Si pudo, por tanto, y no lo hizo, es porque no quiso. No debe, pues, simularse lo que a Dios no agradó crear» *(De cultu feminarum*, lib. I, c. 8: PL 1, 1312).

Estas y semejantes exhortaciones iban cayendo sobre el alma de la virgen a modo de rocío que, bajando del cielo, borrase de su alma, más aún que de su cuerpo, los afeites y postizos aderezos para devolverles la tersura de su encanto espiritual. Grave y continuo sacrificio el prescindir de tales adornos en medio de relaciones sociales tan recargadas de ellos; pero las sostenía en su lucha de expoliación la voz de sus pastores, que resonaba en lo más íntimo de sus conciencias con el recuerdo de

que no tenían que agradar ya a nadie, sino únicamente al Señor, de quien esperaban la recompensa de su virginidad... Pues quienes, profesando virginidad, siguen a Cristo y están destinadas al reino de Dios, ¿para qué quieren el atavío mundano y pompa seglar, con los cuales, mientras intentan agradar a los hombres, ofenden al Señor?... ¿A qué viene el componerse y aderezarse como si tuviesen o buscasen un marido terreno? [13]

Con semejante timbre de voz clamaba desde el Oriente San Atanasio, proscribiendo los perfumes de las vírgenes, cuyo único aroma debe ser el néctar de su propia pureza [14].

El desprecio hacia el ornato del cuerpo no podía considerarse llegado a su madurez si no incluía el desprecio hacia el cuerpo mismo. La inspiración portadora de la pureza era tan sutil y penetrante, que después de arrancar al cuerpo sus adornos, como a un árbol sus hojas, dejándolo despojado de sus galas, seguía su acción hasta transformarlo en una cruz áspera y seca.

No es lícito a una virgen—decía San Cipriano—... gloriarse de la belleza de su cuerpo, siendo así que su mayor lucha es precisamente contra la carne y su pelea más obstinada se endereza a vencer y domar su cuerpo. Es San Pablo quien proclama con voz firme y acento sublime: *Lejos de mí el gloriarme si no es en la cruz de Jesucristo, por el cual estoy yo crucificado al mundo y el mundo crucificado para mí.* Siendo esto así, ¿podrá una virgen gloriarse ante la faz de la Iglesia de la buena apariencia y gentileza de su cuerpo? [15]

Tenía, sin embargo, la virginidad una belleza de nueva especie, creada por la ascética cristiana, y poseía asimismo un módulo para compulsarla, fundado en leyes más sublimes. Era una nueva geometría del espíritu la encargada de trazar esa belleza propia de la virginidad, donde se daba también la armonía de la línea y el color. San Ambrosio

---

[13] *De habitu virginum*, nn. 4 y 5: PL 4, 443 s. Desde luego, ésta es una de las razones que con más fuerza esgrimieron los Santos Padres para desterrar el lujo en las vírgenes consagradas.

[14] *De virginitate*, n. 12: PG 28, 263.

[15] *De habitu virginum*, nn. 5 y 6: PL 4, 445.

determinaba el nuevo canon de la estética virginal diciendo: "No es el encanto de un cuerpo caduco, expuesto a perecer con la enfermedad o la vejez, el que constituye la belleza de la virgen; la fama de nobles méritos resistentes a todo evento y que nunca perecen, es su verdadera hermosura" [16]. Y este buen nombre que se difundía en rededor, constituía la irradiación del encanto que toda belleza exhala, creando en torno a sí un ambiente de perfume semejante al de la rosa.

Había una ocasión solemne en que la virgen cristiana podía gloriarse también de su cuerpo material. Nos la ha dejado consignada San Cipriano en su tratado *Sobre la conducta de las vírgenes:*

A ningún cristiano—dice—le está bien, pero mucho menos a una virgen, vanagloriarse de la belleza y gallardía de su cuerpo. Debe anhelar únicamente la palabra de Dios y deleitarse con los bienes imperecederos. Si alguna vez nos podemos gloriar de la carne, sea cuando ésta es atormentada por confesar el nombre de Cristo, cuando la mujer se muestra más fuerte que los hombres que la martirizan, cuando sufre el fuego, la cruz, el hierro o las bestias para ser coronada. Estas son las verdaderas galas del cuerpo, éstos sus ornatos más preciosos [17].

Palabras que también esta vez son un eco más afinado de las frases con que el jurista cartaginés modela a forja estas mismas ideas, sin duda, de genuino cuño cristiano:

Es menester—dice Tertuliano—rechazar las delicadezas, cuya molicie afemina la virtud viril de la fe. Mucho dudo que manos acostumbradas a ricos brazaletes resistan la aspereza de las cadenas; que tobillos adornados con anillos de oro soporten pacientemente la presión de los grillos; que cuellos recubiertos de perlas y esmeraldas dejen sitio libre para el golpe de la espada. Así, pues, amadas hijas mías, dispongámonos para los dolores y no los sentiremos cuando sobrevengan... Ved que se nos está preparando la túnica del martirio; los ángeles se nos presentan ya para conducirnos a los cielos. Mostraos, pues, ataviadas con los ungüentos y las galas de los profetas y apóstoles; pedid a la sencillez la blancura para vuestro rostro; a la castidad el colorete sonrosado para vuestras mejillas; a la modestia el colirio para vuestros ojos; al silencio el carmín para vuestros labios; suspended de vuestras orejas la palabra de Dios, colocad sobre vuestro cuello el yugo de Cristo, inclinad vuestra cabeza bajo la voluntad de vuestro Esposo, y con esto os encontraréis suficientemente ataviadas. Ocupad vuestras manos en hilar la lana, encadenad vuestros pies en el hogar doméstico, y agradaréis más que cubiertas de oro. Vestíos con la seda de la rectitud, con

[16] *De virginibus*, lib. I, c. 9, n. 47: PL 16, 202.
[17] *De habitu virginum*, n. 6: PL 4, 446.

el lino de la santidad y con la púrpura del pudor. Con tales coloretes y ornatos tendréis a Jesucristo por esposo amante [18].

De este modo, en el siglo II se había confeccionado ya el hábito invisible, pero suntuoso, de la virgen, irisado con cambiantes de rojo martirial y destinado a cubrir una carne en preparación para víctima de sacrificio.

La tonsura del cabello y el peinado de las vírgenes

75. Con esta renuncia del ornato externo se daba el primer paso, y no el más fácil, en el esbozo exterior de la pureza; ahora vendría el segundo con las normas positivas para el necesario arreglo de su persona. Había desterrado la virgen del tocador los ungüentos para su rostro, los perfumes para su cutis y las joyas para su aderezo; pero había dos elementos externos de que no podía excusarse: el arreglo de su cabello y el cuidado de su vestido.

El uso de tonsurar la cabellera a las vírgenes consagradas no se introdujo, al menos con carácter general, en la Iglesia de Cristo hasta mucho después de que los claustros monásticos se hubiesen apoderado de ellas para guardarlas escondidas entre sus muros. Dejando por singular algún caso aislado del Oriente, en que la ascética femenina quiso emular las penitencias corporales y el desprecio de la carne de los anacoretas estampados a lo Hilarión, las primeras alusiones al corte del cabello entre las esposas de Cristo no preceden las postrimerías del siglo IV o las primicias del V. Por entonces San Jerónimo escribe a Sabiniano, diácono infiel y monje escandaloso, a quien pretende mover a penitencia, describiéndole las austeridades de ciertos monasterios de Egipto y Siria con objeto de contraponerlas a su malicia criminal. Las vírgenes o viudas que deseaban profesar, protegiendo su castidad tras el bastión de aquellos muros religiosos, ponían su cabeza en manos de las superioras para que éstas les cortasen el cabello; luego, sostenido con cintas el arranque del pelo, cubrían su calvicie con un blanco lienzo, que no se destocarían ya jamás en lo sucesivo.

Tales ensayos no pasaban, sin embargo, de tímidas tentativas, sin lograr conseguir los honores de verdadera costumbre. Prueba de ello la circunstancia anotada por el mismo santo Doctor, cuando añade que dicha práctica se procu-

---

[18] TERTULIANO se dirige en general a todas las mujeres cristianas; pero no hay duda que sus palabras tenían una resonancia especial en las vírgenes consagradas (*De cultu feminarum*, lib. II, c. 13: PL 1, 1332-34).

raba llevar con absoluto secreto, para que fuera sólo conocida por quienes en ella intervenían, entregando la propia o cortando la ajena cabellera. Aun cuando es natural que la repetición del hecho hubo de convertir aquella recóndita renuncia en un misterio ampliamente divulgado. Por cierto que es significativo, por lo que hace a la psicología ascética de los primeros siglos en esta materia, el sentido dado por San Jerónimo a este acto de abnegación, cuyo arraigamiento atribuye principalmente a razones de higiene, que resarzan la falta de baños y cosméticos, desterrados de aquellos penitentes monasterios [19].

Otra alusión a la misma práctica de ascetismo aparece por entonces en la *Historia Lausiaca,* de Paladio, quien, hablando de uno de los monasterios femeninos fundados por Pacomio en el Alto Egipto, describe a sus vírgenes cubiertas con una discreta cogulla, que ocultaba su calvicie voluntaria [20]. Pero aun en el mismo Oriente permanecieron estos casos como brotes aislados en las soledades de un desierto, sin lograr cubrir con su semilla el terreno circundante [21].

El Occidente se mostró aún más refractario a secundar aquellos tanteos exóticos, y el siglo V calla todavía acerca de tales prácticas. San Ambrosio invoca la ayuda de Dios para que la modestia, la continencia y la sobriedad vengan a embellecer la cabellera de la virgen que se consagra [22]. San Optato Milevitano increpa desde su sede de Numidia a los donatistas por obligar a las vírgenes cristianas atraídas a su herejía a renovar otra vez las nupcias espirituales con Cristo, acercándose a una nueva profesión con los cabellos sueltos [23]. El mismo San Jerónimo es testigo indirecto, pero claro, de este uso del cabello en las regiones palestinenses, al describir desde Belén, y precisamente a un antiguo monje de aquellos monasterios asentados junto a la Santa Cueva,

---

[19] Las expresiones del santo Doctor son un poco crudas: «Hoc autem, duplicem ob causam, de consuetudine versum est in naturam, vel quia lavacrum non adeunt, vel quia oleum nec capite nec ore norunt, ne a parvis animalibus, quae inter incultum crinem gigni solent et concretis sordibus, obruantur» *(Epist. 147 ad Sabinianum,* n. 5: PL 22, 1199 s.). El texto más exacto, según lo transcrito, véase en CSEL, t. LVI, p. 321.

[20] *Historia Lausiaca,* c. 41: PL 73, 1140.

[21] Teniendo en cuenta ciertas correcciones que impone la crítica posterior, puede verse con fruto R. GARRUCCI, *Storia della arte cristiana nei primi otto secoli della Chiesa* (Prato 1881), vol. I, lib. II, c. 9, pp. 89-92.

[22] *Exhortatio virginitatis,* c. 17, n. 109: PL 16, 332. También probablemente en Dacia, el autor *De lapsu virginis consecratae* supone que la virgen caída conservaba su cabellera, que en penitencia debe ahora tonsurar.

[23] *De schismate donatistarum,* lib. VI, c. 4: PL 11, 1074.

la práctica de cortar la cabellera en ciertos lugares de Egipto y Siria como una costumbre rara y desconocida. Más tarde aún, el año 423, cuando ya muchas de las rocas del acantilado cartaginés dibujaban la silueta de un convento, escribía San Agustín a unas religiosas, recordándoles que no deben ser tan tenues sus velos que dejen traslucirse las redecillas que sostienen el pelo, ni deben aparecer por debajo los cabellos sueltos o compuestos con exagerado acicalamiento [24].

No había querido imponer todavía la Iglesia a sus jóvenes esposas de Cristo la penitencia de la decalvación, que entre griegos y romanos tenía tinte de ignominia. El peinado del cabello era una de las mayores glorias de las mujeres en la era imperial. Baste un solo recuerdo de los escritores contemporáneos para medir la trascendencia estética concedida a este factor del tocado femenino:

> Si por un imposible, ya que no se conoce caso tan acerbo —escribía Apuleyo—, se despojase de su cabellera a la mujer de más eximia belleza y se privase a su rostro de este natural ornato, aun cuando hubiese descendido del cielo, hubiese nacido del mar y fuese alimentada con las espumas de las olas, es más, aun cuando se tratase de la misma Venus, que avanzase rodeada del coro todo de las Gracias y escoltada por un enjambre de amorcillos, engalanada con su deslumbrante cinturón, exhalando aromas de cinamomo y esparciendo fragancia de esencias embalsamadas, si, no obstante todo esto, se hallase decalvada, no podría agradar ni a su propio Vulcano... Tan eminente es la dignidad del cabello, que por más que una dama se presente recubierta de oro, de costosos paños, de piedras preciosas, de todos los inventos de la coquetería, si no ostenta un peinado escogido, no pasará por mujer que sabe ataviarse [25].

Por eso Tertuliano, en un supremo sarcasmo contra la tiranía de las modas, desafía el poderío de éstas, retándolas a que en un esfuerzo supremo prueben el considerar como ornato de la mujer el llevar la cabeza con el pelo cortado como un niño [26].

---

[24] *Epist. 211 ad monachas,* n. 10: PL 33, 961.

[25] *Metamorphoses,* lib. II, c. 8. SAN CIPRIANO, haciendo alusión a la imagen de Venus calva erigida en Roma, confiesa que es mucho más indecoroso esto para aquella deidad que el haber sido herida por Diomedes en Troya, según la narración de Homero (*De idolorum vanitate,* n. 5: PL 4, 571.

[26] *De velandis virginibus,* c. 7: PL 2, 898. No es clara la interpretación del pasaje, como puede verse en los comentaristas del escritor africano, que ofrecen diversas exégesis del texto. En otra parte dice más claramente: «Si para cualquier mujer es deshonroso el tonsurarse el cabello o decalvarse, también lo es para la virgen» (*De velandis virginibus,* c. 7: PL 2, 898).

La Iglesia, que, siguiendo a San Pablo [27], consideraba el cabello de la mujer como una gloria puesta por Dios sobre su frente, reservó la práctica de la tonsura femenina para un apartado de su código penal [28]. El autor de la obra *De lapsu Virginis* aconseja a la virgen Susana, enlodada ya con el crimen de la impureza, que en penitencia de su pasado escándalo rape aquellos cabellos que por vanagloria dieron ocasión al pecado [29].

Y esta exhortación, originaria probablemente de la Dacia, adquiere el sello de la disciplina oficial en Occidente cuando el Concilio de Agde, en el año 506, define su canon 15 con las siguientes palabras, que suponen inexorable rigor en este método de penitencia: "Los penitentes, al tiempo de demandar el perdón de sus culpas, obtendrán del sacerdote, según está ordenado, la imposición de las manos y un cilicio. Pero si no hubieren cortado su cabellera o mudado sus vestidos, sean rechazados sin indulgencia" [30].

---

[27] I Cor. 11, 15. Dice el Apóstol de las Gentes: «¿Acaso no es la naturaleza misma (por medio de la opinión común) la que nos enseña que, así como es ignominioso para el varón dejarse crecer el pelo, es, al contrario, verdadera gloria para la mujer su larga cabellera, que le ha sido concedido a manera de velo?» Ciertamente que habrá pocas concepciones tan extendidas a través de pueblos y tiempos como esta aludida por San Pablo. El Martirologio romano indica la tonsura del cabello femenino como una pena ignominiosa impuesta a veces por las autoridades a las vírgenes mártires de Cristo. Así dice el 20 de septiembre que Santa Fausta, antes de ser suspendida en el ecúleo, fué decalvada por Evilasio, sacerdote entonces de los ídolos y después también mártir. De modo parecido se expresa el Menologio griego, compuesto por orden del emperador Basilio II Porfirogénito, al hablar el 5 de octubre de la virgen Santa Carintina, sometida a idéntica afrenta antes de ser entregada a los tormentos de los carbones encendidos, de la sumersión en el mar y fractura de dientes y dedos. Las actas de ambos martirios no ofrecen confianza histórica. Sin embargo, a través de ellos se ve la mentalidad de griegos y latinos sobre el corte de la cabellera femenina como signo de ignominia. (Cf. AASS, mense septembri, t. VI, pp. 140-144; mense octobri, t. III, pp. 20-24. Puede verse asimismo sobre este punto del cabello y su tonsura la nota, llena de erudición, de BARONIO en sus *Anotaciones al «Martirologium romanum»*, Antuerpiae 1589, 20 septembris, p. 418.)

[28] Este mismo espíritu de penitencia, junto con las facilidades que para ello ofrecía el retiro de la vida social en los claustros, fueron los motivos que determinaron el cambio de la disciplina eclesiástica, introduciendo en los conventos femeninos la tonsura del cabello.

[29] C. 8, n. 35: PL 16, 377.

[30] Véase MSCC, t. VIII, col 327. A pesar de las eruditas consideraciones de Leclercq, no parece puedan en este caso identificarse los términos *paenitentes* y *conversi*, haciendo de nuevo coincidir las palabras *conversi* y *professi* para deducir en última consecuencia que el canon puede comprender en su extensión a las almas ascetas que habían hecho voto de castidad perfecta. Aun cuando la postrema identificación sea frecuente en la terminología eclesiástica, sobre todo de los siglos posteriores, ni la exégesis literal del texto ni el ambiente de la época permiten tal interpretación (C. J. HEFELE,

En el siglo VIII, ya en plena floración la vida monástica, persistía aún la misma costumbre en Occidente. El año 742, Carlomagno, de acuerdo con el obispo San Bonifacio y el Papa San Zacarías, ordenó la reunión de un concilio, que remediase los abusos y relajamientos nacidos al fermentar de aquella nueva sociedad engendrada por la sangre indómita de las razas godas, inyectada en el cuerpo ya exánime del Imperio romano. Esta magna asamblea, que llevó el nombre de Primer Concilio Nacional Germánico, determinó con especial interés las penas que debían imponerse a los sacerdotes reos de fornicación. Dirigieron luego su mirada los Padres congregados a los clérigos y monjes culpables del mismo delito, estableciendo que, después de ser azotados por tres veces consecutivas, fuesen arrojados a una cárcel, donde hiciesen penitencia durante un año entero, sin otro alimento que pan y agua. A continuación dejaban escritas estas temerosas líneas: "De modo semejante, las vírgenes profesas que cayesen en la impureza sean sometidas a la misma penitencia; además de serles rasurados todos los cabellos" [31]. El corte del pelo seguía, por tanto, desempeñando todavía en Occidente el oficio de una pena ignominiosa, cuyo uso no había sido aún introducido entre las austeridades de la virginidad.

Esta marcha de la historia hasta aquí descrita, tal como nos la muestran los documentos aducidos, sigue un camino de evolución espontánea y natural. El paso siguiente de su trayectoria no puede, sin embargo, por menos de arrancar un gesto de extrañeza a nuestra mentalidad siglo XX. Alrededor del año 340, cuando empezaban las primeras tentativas de la tonsura femenina, según la indicación antes aducida de Paladio, se reunía un concilio regional en la antigua ciudad de Gangres, metrópoli de Paflagonia, en el Asia Menor, con objeto de fijar ciertas prescripciones de disciplina eclesiástica y examinar determinados abusos introducidos en las comunidades cristianas por ciertos fanáticos inspirados en el asceta y obispo heretizante Eustacio de Sebaste. La carta sinodal que encabeza los cánones deplora, entre otras anormalidades, el que "no pocas mujeres, bajo pretexto de piedad, se corten el cabello, despojándose así del ornato natural de la mujer". A esta queja responde el canon 17 con esta rigurosa conminación: "Cual-

Histoire des Conciles, trad. franc. por H. Leclercq., t. II, p. 2.ª, 1908, p. 987, nota 2). Puede verse la disciplina de la Iglesia en este punto en J. MORIN, *De administratione sacramenti Paenitentiae* (Bruxellis 1685), lib. IV, c. 17, nn. 8 y 9, p. 208 s.

[31] MGH, *Legum* sect. III, t. II, p. 4. Véase asimismo HEFELE, *Histoire des Conciles*, trad. franc. por H. Leclercq, t. III, p. 2.ª (París 1910), p. 824.

quiera mujer que por piedad mal entendida se rasure la cabellera, de que la proveyó Dios para recuerdo de su sujeción, como quien intenta esquivar tal precepto, sea excomulgada" [32].

Por las insinuaciones del canon y por los elementos de juicio que historiadores de aquellos tiempos, como Sócrates y Sozomenos [33], nos transmiten, se trataba de cercenar diversas singularidades introducidas por los sectarios de Eustacio, ascetas de un rigorismo a ultranza, que les impelía a condenar el matrimonio, a proscribir la oración en los hogares de los casados, a establecer ayunos los domingos, contra las antiguas tradiciones eclesiásticas, y a propagar otras originalidades, como la denunciada en el citado canon, en que fácilmente se traslucía la intención aviesa [34].

Nada de extraño que la Iglesia siguiese viendo con recelo en las vírgenes una práctica ascética bajo la que podía fácilmente ocultarse una intención torcida, y que en todo caso deshonraba a los ojos de la sociedad contemporánea la parte más escogida de su predilección, las esposas místicas de Cristo. La impresión que un tal aspecto producía en San Jerónimo nos la ha dejado consignada en una de sus caricaturas sarcásticas: "Hay quienes en su porte hombruno, cambiada su túnica, parecen avergonzarse de haber nacido mujeres, *se cortan el cabello* y yerguen desvergonzadamente sus rostros eunuquinos" [35].

Bajo análogos influjos, el emperador Teodosio, de acuerdo con los obispos cristianos, cuya potestad utiliza en las sanciones eclesiásticas que invoca, dicta el año 390 una ley definitiva sobre este curioso problema disciplinar. He aquí sus palabras:

Las mujeres que por su especial profesión ascética se cortaren el cabello, en contra de las leyes divinas y humanas, sean excluídas de la entrada en la Iglesia. No les sea lícito estar presentes a los misterios sagrados ni se las juzgue dignas, no

---

[32] Véase MSCC, t. II, col. 1098, 1103.

[33] SÓCRATES, *Historia Eccles.*, lib. II, c. 43: PG 67, 352-55; SOZOMENOS, *Historia Eccles.*, lib. III, c. 14, y lib. IV, c. 24: PG 67, 1080-82 y 1192.

[34] Fuera de la contradicción a las palabras expresas de San Pablo, que considera como indigno de la mujer el cortarse el cabello sin causa justificativa, parece que en la secta aludida por el canon denotaba este acto un gesto de independencia respecto al varón. La cabellera en la mujer la consideraban como símbolo de su sujeción, ya que San Pablo, en el pasaje donde habla de este punto, entremezcla estas consideraciones con las advertencias de que el varón es cabeza de la mujer y que ésta es la gloria de aquél, pareciendo indicar cierta relación entre ambas ideas. (Cf. 1 Cor. 11, 2-16.)

[35] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 27: PL 22, 413.

obstante cualesquiera ruegos, de visitar los altares venerandos. Y esta prescripción debe observarse de tal modo, que si un obispo permitiere la entrada en la iglesia a una mujer tonsurada su cabellera, sea él mismo depuesto de su sede y apartado con quienes incurrieron en el dicho delito. Y no sólo será inexcusable en el caso en que aconsejare tal infracción de la disciplina, sino asimismo si, descubriendo que otros pretenden imponer semejante abuso o teniendo por cualquier modo conocimiento de un tal hecho, no procediese por su parte a la condenación correspondiente. De esta forma, la presente ley servirá de pena para los que hayan cometido dicha falta y de aprobación para los que se hallen inmunes de la misma, de suerte que éstos vean en ella una alabanza de su proceder y aquéllos un motivo de justo temor [36].

Esta curiosa ley, dada por el emperador Teodosio para Occidente, quedaba juntamente aprobada por Valentiniano para el Imperio oriental.

Una vez más, la máxima de "que la virtud consiste en el medio" venía a cumplirse en la ascética de las vírgenes, que se veían precisadas, por una parte, a conservar la gloria de su cabellera, sin dejarse arrastrar, por otra, en pos de las coqueterías de la moda dominante. No debían intervenir en la sencilla confección de su tocado, aunque fueran hijas de nobles patricias, los oficiales especializados en el peinado femenino [37], ni debían aparecer los bucles rizados jugando sobre su frente en afectada negligencia, ni orlar su figura los artificiosos plastones que a manera de la superficie redonda y aplanada de un escudo descansaban sobre la coronilla de la cabeza, ni simular una corona con trenzas estudiadas que se retorciesen en múltiples círculos, ni edificar con la ayuda de cabellos postizos construcciones elevadas a manera de altísimas torres [38].

El tocado de las vírgenes se reducía a uno de aquellos arreglos sencillos del pelo que, bajo las amonestaciones de los pastores eclesiásticos, adoptaron en general la mayoría

---

[36] *Codex Theodosianus*, lib. XVI, tit. 2, lex 27.

[37] *De cultu feminarum*, lib. II, c. 7 : PL 1321.

[38] Ibid. Puede verse también *De velandis virg.*, cc. 7 y 17 : PL 2, 900 y 912 : SAN JERÓNIMO, *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 18 : PL 22, 1122. PRUDENCIO habla también en su *Psycomachia* de los peinados, que semejaban una alta torre (vv. 183-185 : PL 60, 37), cuando describe a la Soberbia, al frente de sus huestes, dispuesta a enfrentarse con la Humildad, y de la que dice, según la traducción de José Félix Cano :

> Con multitud de rizos su cabeza
> en figura de torre coronada
> y encrespados a lo alto, parecían
> espantoso morrión que la resguarda.

de las mujeres verdaderamente cristianas [39]. Lo más ordinario era recoger su cabellera por detrás de la cabeza, sujetándola con cintas o con horquillas [40].

En las imágenes que cual involuntaria revista de modas nos han conservado las catacumbas, la forma más corriente del peinado durante el tercer siglo es la de mostrar el cabello dividido por una raya central en dos partes, que descienden por los lados, cubriendo las sienes y continuando por encima de las orejas hasta cerca del cuello, donde tuercen hacia arriba para formar un moño cogido con cintas junto a la coronilla o enroscarse en una trenza a manera de corona [41].

Tal es el tocado que nos muestran dos figuras femeninas en actitud de orantes, pintadas, respectivamente, en las catacumbas de Calixto y Domitila y pertenecientes a la segunda mitad del siglo III y primera del IV [42]. No es posible demostrar se trate precisamente de vírgenes consagradas al Señor, pero sí puede afirmarse que nos transmiten el peinado de éstas, que substancialmente no difería del empleado por las damas cristianas de continente modesto. Por otra parte, en sus líneas esenciales es el mismo que en forma más obscura nos presenta la virgen cristiana que recibe el velo, según la pintura de las catacumbas de Priscila, y cuya ejecución obedece a un pincel del mismo siglo [43].

Su vestido: la túnica y el manto de la virginidad

76. No difieren mucho de lo expuesto los datos que pueden trazarse respecto al vestido. Hasta que el siglo IV hubo entrado en su madurez no aparece en Occidente alusión a un traje propio que caracterice a las vírgenes de Cristo. Era natural. Plantas que cual la hiedra crecían abrazadas

---

[39] TERTULIANO habla del peinado de las vírgenes en contraposición a las mujeres casadas, advirtiendo que es propio de ellas el dejarse abundante cabellera, recogiéndola en forma de moño en torno a la coronilla de la cabeza *(De velandis virginibus*, c. 7: PL 2, 900).

[40] CLEMENTE ALEJANDRINO dice que «a las mujeres de buena fama debe bastar el ordenar sus cabellos, sujetándolos con una horquilla fina a la altura del cuello y cuidando con sencillo peinado una cabellera casta, en que está la genuina belleza» *(Paedagogus*, lib. III, c. 11: PG 8, 637). Las palabras empleadas más frecuentemente por los autores latinos al tratar de la sujeción del pelo femenino son *acus*, *vittae* y alguna vez *fibula*. Puede verse E. POTTIER, M. ALBERT y E. SAGLIO, en DAGR, t. I, p. 2.ª, pp. 1367-1370.

[41] J. WILPERT, *Die Malereien der Katacomben Roms*, Textband, p. 105.

[42] J. WILPERT, ob. cit., Tafelband, imágenes 88 y 138.

[43] Ibid., imagen 79.

al hogar doméstico y mantenían sus raíces en un jardín público abierto a las miradas de la sociedad, no podían menos de ajustar su forma externa al tono de la flora circundante, aun cuando procurasen temperar sus colores con matices de modestia. Las pinturas de la pluma en los escritores del Oriente o del Occidente y las del pincel en las catacumbas están concordes en vestir a las vírgenes con las prendas ordinarias de las jóvenes griegas o romanas.

Sobre la ropa interior o *subúcula* llevaban una amplia túnica, que alguna vez, todavía en los primeros tiempos del Imperio, recordaba su forma primitiva, careciendo de mangas y no poseyendo otra sujeción que la de un par de fíbulas, destinadas a unir sobre ambos hombros la parte anterior y posterior de la veste, al modo de los antiguos peplos homéricos. En el Oriente, el *jitón* o túnica de las doncellas griegas recordaba algo más las líneas de aquella arcaica prenda, cuya moda conservaban todavía con marcada predilección las diosas de los tiempos helénicos [44].

Las túnicas cristianas, y en especial las de las vírgenes del Señor, mostraban su modestia en la sencillez y largura de las mangas y del ruedo inferior, de modo que aquéllas cubriesen los brazos y éste las piernas, sin que llegase a arrastrar su fimbria con pretencioso gesto de arrogancia, como notaba desde Alejandría Clemente, el doctor del *Didascalion:* "Traer las túnicas tan largas—decía—que cubran los pies, es señal de arrogancia y de soberbia, fuera de ser un impedimento para caminar, ya que van recogiendo, a manera de escobas, toda la suciedad del suelo" [45]. En contraposición a esta nota humorística, no se olvida de advertir lo indecoroso que sería contentarse con una túnica semejante a la de las antiguas jóvenes licaonias. Alude a las vestes que, llegando escasamente hasta las rodillas, parecen haber usado aquellas doncellas, demasiado viriles, entrenadas en los juegos atléticos y la disciplina espartana de Licurgo [46].

Especialmente en los dos primeros siglos del Imperio, un ceñidor, que podía convertirse en cinturón lujosamente recamado, venía a sujetar la túnica por debajo del pecho, dando a los pliegues de la parte inferior mayor fijeza y restan-

[44] No quiere esto decir que no fuese lo más corriente en las túnicas exteriores el empleo de las mangas, aun cuando a veces sólo hasta medio brazo; esto implicaba el uso de la costura en vez de fíbulas. Puede verse el artículo de G. Blum *Tunica,* DAGR, t. V, pp. 534-540. Concuerdan con la afirmación expresada en el texto las representaciones pictóricas de las catacumbas a través de las diversas épocas. (Cf. J. Wilpert, *Die Malereien der Katacomben Roms,* Textband, p. 89.)

[45] *Paedagogus,* lib. II, c. 10: PG 8, 532 s.

[46] Lug. cit., PG 8, 534.

dole vaporosidad en sus movimientos. Según consta por breves alusiones perdidas, a veces, en las actas hagiográficas, las jóvenes esposas de Cristo se acomodaron también en esto a sus contemporáneas, aun cuando ateniéndose a una discreta sobriedad, que reducía el ceñidor a una estrecha cinta de lana [47].

Los tejidos de lino y lana eran los más frecuentes para la confección de las túnicas cuando éstas habían de conservar su color blanco; al paso que la misma lana o la seda se utilizaban para teñidas, preferentemente con el rojo de la púrpura o el azul transparente del aire [48], y para ser entretejidas con vistosas flores de tintes azafranados, que abigarraban su trama [49].

En un principio, el adorno principal de la túnica se reducía al sencillo *clavus* o doble franja de púrpura, que descendía verticalmente, a derecha e izquierda, desde el cuello hasta el ruedo mismo del vestido. Tal es la ornamentación con que aparecen en las catacumbas las imágenes femeninas hasta comenzar el siglo III. Más tarde estos adornos fueron complicándose con bandas de púrpura, que rodeaban toda la fimbria de la vestidura, y con variadas orlas, que realzaban el cuello y las mangas. Famosas se hicieron sobre todo las túnicas *paragaudae,* en las que lujosos galones de oro y seda las recamaban en número de dos, tres y aun cinco,

[47] Refiriendo San Jerónimo la conversión de la joven Blesila, hija de Santa Paula y viuda ya con sólo veinte años, a quien por medio de una grave enfermedad convirtió Dios de la vanidad del mundo a la devoción de una vida austera, dice acerca de su actual vestido: «Su ceñidor no está recamado con oro y piedras preciosas, sino que es de pura lana y absoluta sencillez, tal que sirva más para sostener la túnica que para dividirla con excesiva presión.» Aun cuando en este caso se trate de una viuda, pero la mayor parte de los datos que ofrece el Santo respecto al vestido de Blesila pueden aplicarse a las vírgenes contemporáneas con quienes vivía, sin peligro de error (*Epist. 38 ad Marcellam*, n. 4: PL 22, 465).

[48] Este tinte azulado, al que los escritores contemporáneos llaman «color de aire», fué uno de los más predilectos para el gusto romano, como lo atestigua Ovidio, cuando escribe: «¿Qué decir del vestido? No pido que llevéis galones de oro o tejidos de lana encendida con doble baño de púrpura de Tiro. Existiendo ya tanta variedad de tintes a precio moderado, ¿a qué viene la locura de llevar todo el capital en la vestidura? Ahí tenéis el color (azul) del aire cuando se extiende sin nubes ni es perturbado por el tibio austro, propulsor de las lluvias.» Nada, pues, tiene de extraño que San Juan Crisóstomo se fije precisamente en el color azul, como uno de los más llamativos, cuando exhorta a la modestia virginal (*Hom. 8 in I Epist. ad Tim.*, c. 2: PG 62, 542).

[49] Clemente Alejandrino, que dedica varias páginas llenas de vida e interés a reprobar los artificios del lujo en el vestido, enumera asimismo los tintes de cornalina, verde oscuro, verde claro, rosáceo y escarlata (*Paedagogus*, lib. II, c. 10: PG 8, 528). Todo el capítulo está lleno de observaciones muy útiles para la historia del ornato femenino.

descendiendo desde el cuello a la cintura, y cuyo uso hubieron de prohibir por dos veces los emperadores en 369 y 382 a las personas sin cargo público, tanto varones como mujeres [50]. Ni se quedaba a la zaga el Oriente en tales boatos, ya que de Alejandría precisamente salió aquella voz condenando el que la vestidura superase en valor al cuerpo, como si debiera ser preferido el santuario al dios en él venerado. Esto sucedía con frecuencia, según aquel escritor, en muchas mujeres, que gastaban en un solo vestido mil talentos, precio que no darían por ellas si las vendiesen [51].

Como era natural, al punto previnieron los pastores eclesiásticos a las vírgenes contra los engañosos espejismos que en el nuevo lujo de la moda podían seducirlas. Las esposas de Cristo debían seguir usando la túnica sencilla de lino, difícil de ser teñida, o la de lana que ostentase colores sencillos y modestos, despreciando los refinamientos del tinte, especialmente el azulado, cual aire sin nubes, tan en boga a la sazón, así como el esplendor de orlas y galones de púrpura [52]. Clemente Alejandrino aconseja a sus oyentes orientales el color blanco y sin adulteraciones, propio de quienes encierran en su interior un alma cándida y blanca. En todo caso, el mejor tinte es el de la verdad, que permita mostrarse en su color natural al tejido [53].

Las anteriores indicaciones inducen a creer que las vírgenes cristianas, a pesar de su condición de esposas de Cristo, usaron la túnica más sencilla de las jóvenes solteras, en contraposición a la *estola*, túnica de honor y más solemne, propia de las casadas [54].

---

[50] *Codex Theodosianus*, lib. X, tit. 21, leg. 1 y 2.

[51] CLEMENTE ALEJANDRINO, *Paedagogus*, lib. II, c. 10 : PG 8, 536.

[52] SAN ATANASIO prohibe expresamente a las vírgenes usar franjas de púrpura, aun en los mismos velos *(De virginitate,* c. 11 : PG 28, 263).

[53] *Paedagogus*, lib. II, c. 10 : PG 8, 525. En las catatumbas, las túnicas de los personajes bíblicos, los apóstoles y, en general, los bienaventurados aparecen siempre de color blanco. Es, sin duda, como anota WILPERT, un influjo de la descripción hecha por los evangelistas de la vestidura del Señor en la transfiguración (Mt. 17, 2), en que bajo los resplandores de su rostro «se tornaron sus vestidos blancos como la nieve» ; y un recuerdo de los pasajes en que San Juan (Apoc. 3, 5, y 7, 9 s.) describe a los predestinados y mártires de la gloria, cubiertos asimismo con estolas o túnicas blancas. En las figuras terrestres, los colores más comunes para la indumentaria femenina son el pardo y amarillo obscuro, así como el rojo obscuro o claro, rara vez púrpura o verde. (Cf. *Die Malereien der Katakomben Roms,* Textband, p. 96 s.)

[54] Es cierto que Tertuliano habla del cambio de vestimenta de las vírgenes, aun conservándose tales, una vez llegadas a la edad madura ; pero parece más bien referirse al acto de abandonar los vestidos propios de la adolescencia primera *(De velandis virginibus,* c. 12 : PL 2, 906 s.). La *estola* estaba caracterizada por un adorno de paño llamado *instita,* y que parece consistía en una franja superpuesta a

A los ojos del espíritu sinceramente cristiano no podían excusarse las vírgenes vestidas con vistosidad, aun cuando su lujo no pareciese tener otro carácter que el de un natural desahogo de las riquezas.

Dices que eres rica y opulenta—amonestaba San Cipriano a las vírgenes cartaginenses—; pero no todo lo que se puede hacer debe hacerse ni los deseos inmoderados provenientes de la ambición del siglo deben prevalecer sobre el buen nombre y el pudor de la virgen, como está escrito: *Todo es lícito, pero no todo conviene; todo es lícito, pero no todo edifica* (1 Cor. 10, 23). Por tanto, si compones tu cabello con suntuosidad, si andas en público con fausto, si atraes hacia ti los ojos de los jóvenes, si arrebatas los suspiros de los adolescentes, si eres fomento de las pasiones, si das pábulo a concupiscencias sensuales, de modo que, aun cuando tú no perezcas, das muerte a otros, ofreciendo un puñal y un veneno a cuantos te miran, no puedes excusarte con la castidad y pureza de tu espíritu. Te acusan tus adornos excesivos y el lujo impúdico de tus atavíos y no mereces ser contada entre las jóvenes y vírgenes de Cristo, la que vives de tal modo que puedes ser objeto de amor sensual [55].

Al comenzar el siglo III, la túnica va cediendo en gran parte su dominio a la dalmática, de mangas más anchas y cortas, de ruedo bajo hasta ocultar los tobillos y que descendía majestuosa en línea hierática, sin quedar ceñida bajo el pecho. Las imágenes orantes de las catacumbas aparecen revestidas preferentemente con esta vestidura; y dalmática es también la que ostenta la virgen cristiana en el acto de la velación, tal cual nos la representa la pintura de la cámara sepulcral de Priscila [56].

Para salir de casa les bastaba a las vírgenes echar sobre sus hombros la *palla* femenina de las romanas, correspondiente al *himation* griego, especie de amplio manto formado por una pieza rectangular de paño, y cuyo uso no

---

lo largo del ruedo. Los autores del siglo IV se dirigen a las vírgenes con frecuencia, sobre todo al tratar de los actos litúrgicos, exhortándolas a revestirse de la estola de la piedad o de la estola de Cristo; pero tales expresiones no son sino reminiscencias de los libros sagrados, en los que dicha palabra se emplea en la acepción de vestidura de honor. (Cf. SAN AMBROSIO, *De institutione virginis*, c. 16, nn. 100-102: PL 16, 329 s.) Análogo sentido puede observarse en las representaciones gráficas de las catacumbas. (Cf. BIEBER, *Stola*, PWRE, zweiter Reihe, t. IV, col. 56-62.)

[55] *De habitu virginum*, n. 9: PL 4, 448. Véase asimismo en dicha obra n. 5, tomo citado, 444 s. Textos parecidos al transcrito son frecuentes en los Santos Padres de aquella época y tiempos posteriores, dirigidos no sólo a las vírgenes, sino aún más en general a las mujeres cristianas todas.

[56] Así lo afirma WILPERT en *Die Malereien der Katakomben Roms*, Textband, p. 92. La pintura aludida puede verse en la misma obra, Tafelband, lámina 79.

difería esencialmente de la clásica toga [57]. Después de pasar una tercera parte de su extensión por encima del hombro derecho o por debajo del brazo homónimo, daba vuelta a la espalda, para tornar de nuevo el resto sobrante sobre el hombro antes dicho, procurando en todo caso que las partes colgantes se desplegasen con la gracia artificiosa de los pliegues, tan admirados en la escultura helénica [58]. No era tampoco excepcional el que la vistiesen cubriendo la cabeza al modo prescrito para los actos de culto entre los romanos; posibilidad que ofrecía a las vírgenes un medio de cumplir con el precepto del apóstol San Pablo cuando por causas imprevistas se acercaban a la oración de las solemnidades litúrgicas sin el velo propio de su estado. Puede decirse que la arrogancia o la majestad, la dejadez o la gracia ática, la desenvoltura o la modestia, se denunciaban en el gesto y manera de terciarse la *palla,* a modo de geniecillos juguetones que se asomasen a la vista del público a través de sus pliegues.

Ya se puede suponer que en las jóvenes del gran mundo romano también esta prenda fué contaminándose a lo largo de la época imperial con todos los refinamientos del lujo. Para su confección aparecieron las más exquisitas lanas, sedas y brocados, y sobre sus tejidos resaltaban orlas de oro, franjas de púrpura y aun dibujos de figuras humanas o animales, que formaron el nuevo género de vestes *sigillatae,* computadas por el emperador Teodosio, en su ley del año 393, entre las más ricas, es decir, entre las de oro y piedras preciosas, cuyo uso se prohibía a los profesionales de la escena [59]. A través de aquel hormigueo de pompa y suntuosidad se veía cruzar las vías o atravesar el foro a las damas verdaderamente cristianas, y en especial a las vírgenes del Señor, con su manto sencillo y sin pretensiones. Buena prueba de ello es que en las pinturas de las catacumbas aparece casi siempre la *palla* de color blanco y, en todo caso, sin llevar sobrepuesto adorno alguno que la enriquezca [60].

La atenta vigilancia de los pastores para conducir a las vírgenes inmunes de las desviaciones mundanas de la moda

---

[57] Es muy frecuente en los escritos contemporáneos el llamar también a este manto femenino *pallium,* empleando la palabra destinada a la prenda similar del varón, con la que coincidía en sus líneas generales. Por lo que hace al ἱμάτιον puede verse AMELUNG en el artículo correspondiente a dicha palabra, PWRE, t. VIII, col. 1609-1613.

[58] Véase la explicación en J. MARQUARDT, MARM, t. XV, *La vie privée des romains,* t. II, p. 222 s.

[59] *Codex Theodosianus,* lib. XV, tit. 7, lex 11.

[60] WILPERT, *Die Malercien der Katakomben Roms,* Textband, pp. 95, 97.

fué abriendo cauces propios en el desenvolvimiento de la indumentaria ascética hasta crear el hábito de las esposas de Cristo. En la segunda mitad del siglo IV, y en Dacia según toda probabilidad, aparece ya una alusión a un *hábito virginal,* vestidura que recibiera la infeliz Susana en el acto de su pasada velación, pobre prevaricadora, a la que llama el autor del tratado "*virgen en el hábito,* pero no en la realidad" [61].

A esta primera llamada histórica de la Iliria responden, por los mismos años o poco después, repetidas voces en el Occidente, que por boca de San Jerónimo nos hacen fijar nuestra mirada en un vestido característico de las vírgenes de Cristo. No es que se hubiera formado un hábito en el sentido actual de la palabra, pero sí que una ojeada rápida bastaba para discernir a las esposas del Señor por el tinte obscuro de su túnica y la trama burda de su tejido [62]. La característica aparecía tan acusada, que con frecuencia el propósito de consagrarse a la virginidad se mostraba con sólo vestirse una túnica de este género. Son emocionantes los casos en que jóvenes de la nobleza, como Demetríades y Asela, se arrojaban a los pies de sus progenitores ataviadas en aquella humilde forma como señal del juramento que se habían hecho a sí mismas de consagrarse a Cristo.

"Túnica de bajo precio y manto de menor valor todavía" llama San Jerónimo al que vistió Demetríades en aquella ocasión [63], y con el nombre de "túnica de color obscuro" designa a la que se procuró Asela con el mismo fin [64]. El año 413 podía escribir ya el santo Doctor con acento perentorio estas palabras: "Suelen algunas madres, cuando prometen consagrar sus hijas a Dios nuestro Señor, vestirlas con una túnica de color obscuro e imponerles un manto del

---

[61] *De lapsu virginis consecratae,* cc. 5 y 6, nn. 21-22: PL 16, 373.

[62] Este hecho aparece comprobado por la ley de los emperadores Honorio y Arcadio, que prohibe a las mujeres de mala vida y a las actrices usar vestimentas propias de las vírgenes consagradas a Dios (*Codex Theodosianus,* lib. XV, tit. 7, lex 12). Es de notar, sin embargo, que todavía diez años después, el 404, señalaba SAN JERÓNIMO como una de las características impuestas por Santa Paula a las vírgenes que la rodeaban la de usar todas el mismo modo de vestir (*Epist. 108 ad Eustoquium,* n. 19: PL 22, 896).

[63] «Vili tunica induitur, viliori tegitur pallio» (*Epist. 130 ad Demetriadem,* n. 5: PL 22, 1110). La misma terminología emplea SAN BASILIO MAGNO: ἐσθὴς λιτή (*Epist. 46 ad virginem lapsam,* n. 2: PG 32, 372).

[64] «Tunicam fusciorem» la llama el Santo (*Epist. 24 ad Marcellam,* n. 3: PL 22, 428).

mismo tono, despojándolas de toda prenda blanca de lino" [65].

Semejante camino recorrió el hábito virginal en el Oriente. Con todo, fueron sus marchas más rápidas gracias al impulso ascético, que cual turbión desencadenado soplaba desde los desiertos del Egipto y la Siria y se dejaba sentir aún en los centros urbanos más florecientes. Casi medio siglo antes de las frases jeronimianas arriba citadas, señalaba San Atanasio a las vírgenes alejandrinas los caracteres de su vestido. El perfil es idéntico, aun cuando el paladín de Nicea desciende a detalles más concretos, propios de su carácter práctico y fruto de su espíritu de observación, enriquecido en sus viajes por las lauras del Egipto anacoreta. A pesar de ello, las prescripciones siguen respetando la amplitud un poco vaga de la indumentaria virginal contemporánea.

Si no confeccionas tus vestidos—dice—dándoles aire de prendas juveniles, no serás tenida como jovenzuela, sino como persona mayor, y te harán la honra que se debe a una persona madura. No sean tus vestidos de paños costosos. Tu manto exterior sea negro o al menos sin teñir, conservando el color natural del tejido o del ónix. El velo sea del mismo tono, sin franjas que lo adornen; las mangas de lana cubran todo el brazo hasta los dedos. Aparezcan tus cabellos recortados en rededor, y tanto la cinta que sujeta tu cabellera como la cogulla y el humeral estén desprovistos de orlas [66].

Sencillez, modestia, color obscuro eran, por tanto, a partir de la mitad del siglo IV, los únicos elementos que imprimían su corte a la silueta del hábito virginal [67].

---

[65] *Epist. 128 ad Gaudentium*, n. 2 : PL 22, 1096. En general, los epítetos que se emplean para designar la túnica virginal son los de *pulla, turva, fusca, vilis.* (Cf. M. Heimbucher, *Die Orden und Kongregationen der katolischen Kirche*, 3.ª ed. 1933, t. I, p. 119.)

[66] *De virginitate*, n. 11 : PG 28, 263.

[67] No poseemos datos especiales respecto al calzado de las vírgenes, pero podemos describirlo, sin temor a errar, aplicando a este caso las normas directivas que para las mujeres en general trazaba Clemente Alejandrino : «Son verdaderamente reprobables los zapatos bordados con flores de oro sobre el cuero o en los que van enroscándose los clavos a manera de espiral. Muchas mujeres hacen grabar en la suela de sus zapatos escenas deshonestas, de modo que al pisar sobre la tierra se impriman aquellas imágenes, dejando así señalados sus impuros pensamientos. Es menester renunciar a la vanidad de los calzados adornados con oro o pedrería, a las botas áticas y sicionias, a los coturnos y a los zapatos persas o tirrenos ; debe elegirse un calzado conforme a la naturaleza, teniendo ante los ojos el fin que se pretende. El calzado tiene por objeto recubrir los pies, defenderlos de los tropezones y protegerlos en las asperidades de los caminos montuosos. Por lo tanto, las mujeres deben usar calzado de color blanco, a no ser que estén de viaje, en cuyo caso pueden llevar zapatos bien engrasados. Para los viajes es necesario calzado con clavos en la suela. Es más : de ordinario deben ir

El velo

77. Ya en las líneas precedentes aparece mencionada la tercera y última prenda que completaba la indumentaria de las vírgenes al salir fuera del hogar doméstico, es decir, el velo. Consistía éste en un lienzo de lino o un paño de lana rectangular, cuyos dos extremos anteriores descendían sore el pecho, cayendo los otros dos por la espalda hasta la cintura. No constituía tampoco un distintivo exclusivo de las vírgens de Cristo. Ya desde los tiempos republicanos nos hablan con frecuencia los autores clásicos de la *rica* o *ricinium,* propio de las damas romanas, y que aun cuando en un principio debió de ser un manto parecido al *pallium* de Occidente o al *himation* griego, fué más tarde recortando sus vuelos en aras a la comodidad, hasta adoptar la forma del velo antes descrito [68]. Así es el que, reclamando este nombre, o tal vez el de flámeo (mavorte, μαφόριον), nos muestran las monedas imperiales de las Livias, Faustinas o Marcias [69].

En todo caso es cierto que la República de los Escipiones y el Imperio de los Césares contemplaban como cosa ordinaria a las jóvenes damas casadas cruzar las calles con sus rostros cubiertos para defensa de su honestidad. Valerio Máximo nos transmite un ejemplo del rigor con que algunos de los prohombres más austeros llevaron a la práctica el ejercicio de este derecho marital, al referirnos cómo el pretor C. Sulpicio Galo, revistiéndose de una severidad exagerada, repudió a su esposa por enterarse que había estado fuera de casa con la cabeza descubierta. Añadía como razón de aquella sentencia tan rígida, pero no desprovista de fundamento, según el citado historiador, que la ley señala los ojos del marido como únicos jueces para aprobar la belleza

---

las mujeres siempre calzadas, pues no es decente el que vayan enseñando los pies y, por otra parte, dada su debilidad, fácilmente se resbalarían y lastimarían (*Paedagogus*, lib. II, c. 11 : PG 8, 537).

[68] Cicerón habla de esta prenda en tiempo de la República, y ciertamente la llevaba la mujer del flamen en tiempo del Imperio. Hay, desde luego, disputas entre los especialistas sobre su forma precisa, pero lo indicado en el texto parece lo más probable. Puede verse E. POTTIER, *Rica*, DAGR, t. IV, p. 868.

[69] Acerca de este punto puede verse BARONIO, que, como siempre, despliega gran erudición, aun cuando deban tamizarse algún tanto sus notas por la crítica moderna (*Martyrologium romanum*, «Annotationes in VII maii», Antuerpiae 1589, p. 204 s.). Asimismo ofrecen diversos detalles sobre el velo sus *Annales Ecclesiastici,* ad annum 57, Lucae 1738, pp. 446-452.

de la esposa, y para ellos solos debe cuidar ésta su hermosura [70].

Plutarco, en sus *Cuestiones romanas,* al querer explicar por qué en los funerales paternos caminan los hijos con la cabeza cubierta, en oposición a las hijas, que llevan la cabellera al aire, apunta la sospecha de que sea por hacer en señal de luto lo contrario de lo que es usual y cuotidiano, ya que "las mujeres suelen de ordinario aparecer en público con la cabeza velada, mientras que los hombres se muestran con el rostro descubierto" [71].

En las regiones africanas del Norte eran más profundas todavía las raíces de esta costumbre, alimentadas como estaban por el influjo no sólo de las mujeres judías, en quienes, como dice Tertuliano, constituía este uso una tradición ancestral, sino sobre todo de las numerosas árabes, que, según el escritor cartaginés, "no sólo velan la cabeza, sino todo el rostro, dejando apenas libre un ojo, y prefiriendo gozar sólo a medias de la luz del sol antes que hacer ostentación vana de su belleza" [72]. Parecido aspecto debían ofrecer las calles de las ciudades orientales, si hemos de creer a Plutarco cuando en sus *Apotegmas laconios* nos refiere, entre otras respuestas de Carilao, la siguiente: "A la pregunta de por qué los espartanos presentan en público a sus vírgenes con el rostro descubierto y a sus mujeres casadas ocultas tras el velo, contestó que porque las primeras deben buscar esposo, mientras que las últimas deben poner todo su cuidado en consérvar a sus maridos" [73].

No podía, pues, causar extrañeza aun ante la sociedad pagana de los primeros siglos del Imperio el ver presentarse a las jóvenes consagradas a Cristo cubiertas sus frentes con el velo. Tanto más que, a juzgar por una frase del apologeta cartaginés, el velo usado por las vírgenes a fines del siglo II no difería esencialmente del que empleaban las restantes damas romanas después de contraído matrimonio [74]. Esta última circunstancia ofrecía a las esposas de Cristo una nueva protección contra la impudencia de los jóvenes paganos de aquella sociedad, quienes, suponiéndolas bajo la custodia

---

[70] *Factorum dictorumque* lib. VI, c. 3, «De severitate», n. 10: BCL, t. CXXII, p. 438 s.

[71] XIV, BGD, t. II, «Moralia», p. 328.

[72] *De velandis virginibus,* 17: PL 2, 912.

[73] *Charilai,* BGD, t. III, «Moralia», p. 285.

[74] Aparece por una frase con que sale al paso TERTULIANO a la objeción de que el usar velo las vírgenes sería fingirse casadas, diciendo que son verdaderas esposas de Cristo. Esto supone, por tanto, que el escritor concede la apariencia de desposadas que les da el uso del velo en la calle *(De velandis virg.,* 17: PL 2, 911). Ya antes lo había llamado «dicatum Deo habitum» (ibid. c. 3, ed. y t. cit., 893).

matrimonial de algún varón, más fácilmente las respetaban, contenidos los ardores de su lascivia, con que hubieran molestado a una doncella virgen. En Cartago, al menos, no se hubieran aventurado la mayor parte de ellas a cruzar la ciudad desprovistas de tal defensa [75].

El velo cubría de ordinario la cabeza, descendiendo hasta rebasar los hombros. En este punto el leguleyo montanista se mostró fiel cancerbero de la tradición, para que no se inmutase con los caprichos de la veleidad femenina. No debía, por tanto, reducirse el velo a una simple cinta, que más bien sirviese para ceñir la frente a manera de diadema que para ocultar la cabeza; ni empequeñecerse con dimensiones tan exiguas que no llegase a cubrir las orejas; su longitud debía abarcar todo el cabello, pudiéndolo cubrir aun en el caso en que éste quedase suelto. Todas estas características del velo virginal dan ocasión a Tertuliano para otras tantas sátiras aceradas contra algunas pobres vírgenes, dignas, según dice, de compasión, ya que, sin duda por su falta de oído, se ven precisadas a recortar el velo para que no les cubra las orejas; o contra aquellas que, contentándose con unas simples cintas, confiesan implícitamente la pequeñez de su cabeza, que con medios tan exiguos se siente cubierta [76].

Fuera de estas voces un poco estridentes del indómito africano, no parece que surgieran jamás serias dificultades acerca de la forma o dimensiones del velo, aun cuando a veces fuera varia su nomenclatura [77].

---

[75] Así lo presupone TERTULIANO, cuando en una de sus apremiantes instancias para que usen el velo en la iglesia, aunque no sea más que por respeto a los hermanos en la fe, ya que lo usan en la calle por temor a los paganos desconocidos, las reta a que, si tienen el atrevimiento de quitárselo en las reuniones de la comunidad cristiana, tengan también la audacia de caminar sin él por la ciudad (*De velandis virg.*, 13 : PL 2, 907). Cf. también su frase «Adimple habitum mulieris ut statum virginis serves» (ibid., 17, t. cit., 911).

[76] Tampoco aprueba Tertuliano el que durante la oración en el templo se emplee la fimbria del manto como sustitutivo del velo. Véase *De velandis virg.*, 17 : PL 2, 912 s.

[77] OPTATO MILEVITANO, en su obra *De schismate donatistarum* (lib. VI, c. 4 : PL 11), hace uso con frecuencia de los términos *mitra* y *mitella*. No faltan quienes ven en esta nomenclatura otros lienzos diversos del velo, como lo hace R. GARRUCCI en su *Storia della arte cristiana nei primi otto secoli della Chiesa*, vol. I, p. 121. Apoyándose, como elemento explicativo, en tres imágenes de las catacumbas, pretende ver en aquellas palabras de Optato una especie de anchas cintas o vendas que llevasen las vírgenes debajo del velo para sostener el cabello. Sin embargo, por el contexto mismo del obispo africano se ve que bajo diversas palabras tiene presente el velo, ya conocido por los demás autores, como muy bien expone J. WILPERT en su obra *Die Gottgeweihten Jungfrauen in den ersten Jahrhunderten der Kirche*, p. 19 s. Otra cosa podría tal vez decirse de esas mismas palabras en tiempo de San Isidoro. La duplicidad de votos que existía en el siglo VII hace verosímil una distinción entre sim-

En los primeros tiempos de la profesión virginal predominó el color blanco en la confección del velo, que frecuentemente en las jóvenes de elevada posición aparecía adornado con doble franja de púrpura, cortos galones sobrepuestos o sencillos flecos en ambos extremos, pendientes sobre el pecho. Tal nos lo muestran las representaciones de las catacumbas, empezando por la principal de todas a este respecto, la de la velación virginal en la cámara de Priscila [78].

Era natural, sin embargo, que el velo siguiese la misma trayectoria histórica que la túnica, tendiendo cada vez a tintes más severos y obscuros por reacción contra el lujo invasor del ambiente circundante. Así aparece sobre todo en Oriente a través de los textos contemporáneos más o menos esporádicos. Es preciso tener en cuenta que las damas de posición mostraban también en esta prenda su lujo, confeccionándola con tejidos transparentes o paños de púrpura, que, al decir de Clemente Alejandrino, servían más bien para atraer sobre sí las miradas que para defenderse de ellas [79]. El docto director del *Didascalion* previene a las vírgenes sobre estos extravíos, y es muy probable que esta mayor sencillez y más denso tejido del paño constituyesen también en Occidente la única distinción característica de los velos virginales, idénticos en la forma a los de las jóvenes casadas, como sucedía, según hemos indicado, en la Iglesia africana.

Si juzgamos por las repetidas advertencias de los pastores, deberemos concluir que fué mayor la tentación del lujo en el velo por las regiones orientales que por el Occidente. A las mismas vírgenes alejandrinas volvía a recordar siglo y medio más tarde San Atanasio las normas, según las cuales el velo debía ser blanco o de color severo de ónix, suprimiendo las franjas suntuosas [80]; y casi al mismo tiempo amonestaba también San Juan Crisóstomo en Antioquía a las que, buscando artificiosos contrastes con el manto obscuro, usaban velos de exagerada blancura [81].

---

ple velo y mitra, según expusimos en la nota 28 del capítulo 5 de esta parte. (Cf. San Isidoro, *De officiis ecclesiasticis*, lib. II, c. 18, n. 11 : PL 83, 807.)

[78] Así lo atestigua, en general, por lo que hace a las representaciones de las catacumbas, J. Wilpert, *Die Malereien der Katacomben Roms*, Textbant, p. 95-97. No quiere esto decir que, por lo que hace al color, no aparezcan alguna vez otros tintes, como el azul, que se ve en ciertas figuras de las catacumbas de Domitila pintadas por un pincel del siglo III. Véase en la obra citada de Wilpert, Tafelband, lámina 116, imagen 2.

[79] *Paedagogus*, lib. II, c. 10 : PG 8, 534.

[80] *De virginitate*, c. 11 : PG 28, 263.

[81] *Hom. 9 in Epist. I ad Tim.*, in c. 2, n. 2 : PG 62, 542.

En Occidente no parece se presentasen especiales luchas a las vírgenes en esta parte [82]. Sea porque el siroco de austeridad cenobítica procedente de las lauras egipcias y sirias llegaba más mitigado a las iglesias romanas, sea porque desde el principio sintiesen las vírgenes menos fuerte el acicate de la suntuosidad circundante, el hecho es que los directores de la pureza no se vieron en trance de amonestar en este punto a las esposas de Cristo. Y eso, aun cuando algunas, al menos en las esferas más elevadas, conservaran las franjas de púrpura que adornaban el velo consagrado, como nos lo atestigua todavía a mitad del siglo IV San Optato Milevitano [83].

En todo caso es cierto que el velo virginal se presentaba en este tiempo con los caracteres de sencillez y humildad propios de verdaderas esposas de Cristo, dando ocasión a San Ambrosio para ensalzar esta gloria como la mejor gala de aquella preciada prenda, cuando decía hablando de las vírgenes: "No adornan su cabeza cintas preciosas en forma de diadema, sino un velo miserable por el uso, aunque esplendente por la castidad, despreciados los adornos de la belleza, las galas de la púrpura y los lujos suntuosos" [84].

Tales eran las tres prendas principales que componían el ajuar de la virgen: túnica, manto y velo. Todas ellas cortadas conforme al estilo de la época, pero todas ellas confeccionadas con el paño inconsútil de la sencillez y la humildad.

---

[82] SAN JERÓNIMO, según algunas ediciones, cita los velos violados de color de jacinto en un contexto que más bien parece envolver una reprobación *(Epist. 22 ad Eustoquium,* n. 13 : PL 22, 402). Sin embargo, la palabra *hyacinthina* parece ser espúrea. (Cf. CSEL, t. LIV, p. 161.)

[83] Hablando del consejo de virginidad promulgado por San Pablo, añade : «No agregó a esta exhortación ningún otro precepto sobre la clase de lana con que debían confeccionarse los velos, ni el género de púrpura con que habían de teñirse» *(De schismate donatistarum,* lib. VI, c. 4 : PL 11, 1073).

[84] *Epist. 18 ad Valentinianum adversus Symmachum,* n. 12 : PL 16, 975.

CAPÍTULO X

EL PORTE VIRGINAL

78. La modestia externa.—79. La gracia del pudor.—80. Silencios y alegrías

La modestia externa

78. La primera solicitud de los pastores eclesiásticos mucho antes de ocuparse en los detalles del vestido exterior de las vírgenes fué la de perfilar minuciosamente el hábito interno de la pureza. Entre ambos trabajos, sin duda que el trazado de la túnica inconsútil del espíritu era mucho más difícil y delicado.

"La virgen no debe contentarse con serlo en realidad, sino que debe aparecer y ser tenida por los demás como tal. Que nadie al verla pueda dudar de que se trata de una virgen. Brille en toda su figura la integridad y no venga el atavío externo a desacreditar la pureza de su espíritu" [1]. Estas palabras, escritas por San Cipriano a mediados del siglo III, pretendían ser un boceto en que de un solo brochazo se mostrase la imagen externa de las esposas de Cristo. La imagen ejemplar apenas había cambiado un siglo más tarde, en que San Ambrosio, con rápidas formas de estilización, trazaba un diseño semejante: "La presencia de una virgen debe ser reconocida por su gravedad, su pudor espontáneo, su paso comedido, su rostro modesto. Estas señales deben ser los heraldos que anuncien la integridad de su pureza. No ofrece suficiente garantía aquella virgen a quien después de verla sea necesario preguntar por su estado" [2].

[1] *De habitu virginum,* n. 5 : PL 4, 445. La frase está inspirada sin duda, como sucede frecuentemente con San Cipriano, en unas líneas del apologeta cartaginés, que, hablando del buen nombre que ha de tener la virtud cristiana, dice : «Pudicitiae christianae satis non est esse, verum et videri. Tanta enim debet esse plenitudo eius ut emanet ab animo in habitum et eructet a conscientia in superficiem ut et foris inspiciat quasi supellectilem suam, quae conveniat fidei continendae in perpetuum» *(De cultu feminarum,* lib. II, c. 13 : PL 1, 1332).

[2] *De virginibus,* lib. III, c. 3, n. 13 : PL 16, 223.

En su aparente simplicidad, los anteriores cuadros contenían todo un tratado ascético sobre la modestia y el pudor, verdaderos atavíos que definían la figura de las jóvenes consagradas a la castidad en tiempos en que ni la tonsura del cabello, ni el hábito obscuro, ni el apartamiento de la vida familiar y social podían caracterizar su profesión. Sin la ayuda de estos últimos distintivos externos debía cualquier simple cristiano distinguir a la virgen del Señor cuando, conversando sonriente entre las jóvenes compañeras de su edad, no podía ser denunciada sino por el nimbo de pureza que rodeaba su rostro y el halo de devoción que circundaba su espíritu.

Tales toques de tintas invisibles, pero no por eso de menos importancia, venían a completar el perfil de la virgen en toda su realidad. La distinción y la gracia no tienen trazos que puedan señalarse con el dedo; nacen de la espuma de lo imponderable como Venus de la del Océano. Algo parecido sucedía en las vírgenes; sus cabellos, su túnica, su manto, iban espolvoreados con un impalpable de pureza. Sólo que en este caso ese elemento intangible de distinción tenía su nombre propio, que era modestia, pudor y recogimiento virginal. Triple matiz, que se traslucía, respectivamente, en la compostura del traje y los modales, en el recato de las miradas y en la discreción de las palabras.

Ya se entiende que también esta elegancia de lo sobrenatural fué apareciendo poco a poco bajo el influjo del Espíritu Santo, que se trasfundía a través de las exhortaciones de los pastores y directivos de la ascética cristiana. No existía la tradición de la modestia virginal, y el punto de partida para crearla, es decir, la desenvoltura de la doncella griega o romana con sus modales livianos y sus gracias sensuales, distaba mucho de la imagen de la pureza que el cristianismo iba a mostrar al mundo. En una humilde túnica y a través de los pliegues de un manto obscuro y basto pueden todavía asomarse los anhelos de la concupiscencia, como observaba San Juan Crisóstomo ante el cuadro más o menos imaginario de una virgen relajada.

Comentando hacia el año 390, probablemente desde la gran iglesia de Antioquía, construída por Constantino, la Epístola segunda de San Pablo a Timoteo, reprochaba a las damas cristianas de la Siria la elegancia y lujo excesivo de sus vestidos, aquel oro y aquellos ungüentos con los que se acercaban al templo y se presentaban al Señor, llevando en sí mismas la contradicción de unas lágrimas de penitencia que surcaban las mejillas, resbalando sobre los afeites propios de una bailarina. Tan opuesta amalgama podría encuadrar mejor en una representación escénica que en una

solemnidad religiosa. Ficciones de esta clase, junto con las quiebras de la castidad conyugal, eran el amargo fruto de ornato tan excesivo. Al llegar a este punto continuaba el orador dirigiéndose a las esposas de Cristo:

Si a las mujeres constituídas en estado de matrimonio, si a las que viven entre las delicias del mundo y la opulencia de las riquezas se les prohibe esta vanidad del adorno, ¿cuánto más a las que se han abrazado con la virginidad? Pero ¿dónde están, me diréis, esas vírgenes que se revisten con galas de oro? ¿Dónde veis esas vírgenes cuyo cabello se adereza con trenzas artificiosamente dispuestas? Es que puede ser tanto el aliño y pulcritud de una túnica sencilla, que supere el lujo antes aludido. Puede muy bien ocurrir que con un vestido humilde se muestre un refinamiento mayor que el resplandeciente del oro... ¿Y qué decir del calzado, de color negro, es verdad, pero reluciente por su brillo y con las extremidades terminadas en punta, aun cuando sin permitirles que se eleven mucho sobre la altura de los dedos, emulando la elegancia de una artística pintura? Y aun cuando no unjas con crema tu rostro, pero lo limpias con excesivo esmero y extiendes después sobre tu frente un velo mucho más blanco que el cutis de tu cara, colocando por encima el borde del manto a fin de que junto al negro de éste resalte más la blancura de aquél. ¿Y qué decir de los continuos movimientos de ojos?... ¿Y qué decir del modo de andar y de otros gestos tan bien estudiados que pueden contribuir a la seducción más que todo el oro junto?...

No digas: ¡Pobre de mí! ¡Si llevo un vestido desgastado, un calzado despreciable y un velo de ningún valor! ¿Dónde están mis adornos? No te engañes. Se puede muy bien, como he dicho, ataviarse con eso más esmeradamente que con los adornos de oro... Has emprendido una lucha gigantesca, en que es necesario el ardor y no el ornato, es menester guerrear con fiereza y no conducirse muellemente. ¿No has visto combatir a los púgiles y gladiadores? ¿Acaso andan solícitos del modo de andar o del adorno exterior? De ningún modo; desprecian todo eso y, cubiertos con un traje empapado en suave óleo, están únicamente atentos a herir y no ser heridos. Pues bien, junto a ti se halla el demonio rechinando los dientes y observando por todos lados el modo de quitarte de en medio, y tú, mientras tanto, estás preocupada con esas solicitudes inspiradas por Satanás [8].

Cuadro parecido, aun cuando con menos fluidez y brochazos más sueltos, es el que traza San Jerónimo, indicando cómo resulta dudosa la virginidad aun en el vestido humilde, si falta el porte modesto.

En su túnica—dice—no ponen sino el estrecho *clavus* de púrpura; en su cabeza llevan cintas flojas, de modo que caigan medio sueltos los cabellos; en sus pies, un calzado de bajo precio; sobre los hombros, revoloteando el velo; las mangas justas y adheridas a los brazos, y el paso desenvuelto, con los movimientos

[8] *Hom. 9 in Epist. 1 ad Tim.*, in c. 2, nn. 2 y 3: PG 62, 541-544.

demasiado ligeros de sus piernas. Para algunas en esto consiste todo el secreto de la virginidad. Tengan las tales sus aduladores para que bajo el nombre de vírgenes perezcan con mayor solemnidad. Por nuestra parte tenemos sumo gusto en serles poco gratos [4].

Desde luego que semejantes apóstrofes no eran sino recursos oratorios, exhortaciones hábilmente personificadas en cuadros descriptivos, que no respondían en su realidad si no es a casos muy reducidos y esporádicos. Pero gracias a parecidas advertencias, repetidas en todos los siglos y todas las latitudes, se iba formando el espíritu de la modestia virginal en aquellas criaturas que, a pesar de su inocencia, no podían desposeerse de los caracteres de su feminidad ni dejar de respirar la atmósfera enervante que las rodeaba. Esta atmósfera era la causa de las exhortaciones insistentes en orden a sublimar a las vírgenes con ese esfumado etéreo de la modestia virginal, tan opuesta, como insinuaba San Ambrosio, a aquel presentarse mundano, "de frente erguida, guiños de ojos, arrastre de fimbrias ampulosas al compás de los pies y taconeo en el andar" [5].

Al fin se logró abrir, como observa el mismo Doctor, un abismo entre los figurines vanidosos de aquel siglo, cuyo acicalamiento y esplendor en el adorno simulaban un templo, y las vírgenes de Cristo, que, tras una apariencia sobria, constituían los verdaderos templos de Dios, no con falaces semejanzas externas, sino con la fuerza incontrastable de la realidad [6].

Bella es en el mismo sentido la contraposición de imágenes que hacía San Jerónimo entre las doncellas disolutas y las vírgenes modestas recomendadas a la joven patricia Demetríades para el servicio de su casa y compañía de su persona:

Aquella—decía—es verdaderamente hermosa y amable, aquella debe ser elegida para compañera, que no se da cuenta de su propia belleza, que descuida el acicalamiento de su porte externo y al aparecer en público no permite quede al descubierto su cuello o escote ni deja al aire libre su cabeza, revolviendo artificiosamente el manto, sino que, al contrario, oculta el rostro tras el velo de forma que apenas ve con el rabillo del ojo el suelo necesario para continuar su camino [7].

---

[4] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 13 : PL 22, 402

[5] *Exhort. virginitatis*, c. 10, n. 64 : PL 16, 355.

[6] Ibid., c. 12, n. 81 : PL 16, 360.

[7] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 18 : PL 22, 1122. En esta carta, destinada principalmente a precaver a la noble romana de los peligros del medio ambiente en que vivía, dado su rango social, son muy frecuentes las descripciones mordaces de los defectos más comunes en las matronas aun cristianas de aquellos tiempos, por las

No es tan fácil fijar el fiel de la balanza en su centro, sin que oscile con vaivenes más o menos desacompasados, mientras están actuando sobre ella los impulsos de fuerzas encontradas. Esto tenía que suceder en las vírgenes, hechas arena de combate entre la gracia y la sensualidad. Las exageraciones debían producirse como fruto de una ley psíquica inexorable semejante a la ley mecánica, que arrastra al péndulo más allá de su posición de equilibrio vertical. Por otra parte, junto a la modestia verdadera, como junto al trigo la cizaña, era inevitable que brotase la gazmoñería artificiosa. En la misma ciudad de Milán, sede de emperadores, fué menester amonestar a las vírgenes para que no se dejasen llevar de semejantes excesos, presentándose desaliñadas o dando sensación de almas vulgares y toscas en sus modales [8].

Menos dispuesto estaba todavía a tolerar el espíritu recio de San Jerónimo en sus círculos de ascética virginal tales exageraciones noñas o ficciones extremosas, que no podían conducir a otro fin sino a una soberbia tanto más peligrosa cuanto más disimulada:

Aparezca alegre tu rostro cuando ayunas; tu vestido, ni demasiado acicalado ni sucio, sin mostrar singularidad alguna que pueda llamar la atención o atraer las miradas de los transeúntes, que, aglomerándose en torno a ti, te señalen con el dedo... No quieras aparecer ni demasiado mística ni más humilde de lo que las circunstancias piden, no sea que por huir de una vanagloria des de través en otra... No te tiente el demonio con el deseo de agradar mediante vestiduras sórdidas, ya que renunciaste a ser admirada entre sedas y brocados. Cuando llegares a una reunión de hermanos o hermanas en la fe, no vayas a buscar el lugar más bajo y humilde, protestando que eres indigna de ocupar un asiento. Ni adelgaces la voz con artificio, como si saliese debilitada por los ayunos, ni camines con paso desmayado, buscando apoyo en el hombro ajeno. No faltan algunas que marchitan sus rostros para que aparezcan ante los demás sus ayunos, las cuales, en presencia de personas extrañas, suspiran, contraen las cejas y, cubriendo su rostro con el velo, apenas dejan libre un ojo para poder ver. Con una veste obscura, un ceñidor de saco y sucias las manos y los pies..., únicamente descuidan la austeridad en el alimento, cuyo abuso no aparece al exterior... [9] Son muy astutas y variadas las insidias con que acomete el enemi-

---

que había de verse rodeada. Su frase cáustica obliga al lector a rebajar siempre algún tanto el colorido de sus cuadros.

[8] «Non debet esse vulgaris... non voce querula... non vilis adspectu» *(De virginitate*, c. 13, n. 83 : PL 16, 287).

[9] La frase suprarrealista con que cierra el pasaje es una salida digna de San Jerónimo y característica de su espíritu tajante : «Venter solus quia videri non potest aestuat cibo» *(Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 27 : PL 22, 413).

go... Ni la miseria afectada ni el acicalamiento extremoso son propios del fiel cristiano[10].

Dejando, pues, a un lado raras e inevitables excepciones, que por su mismo carácter de singulares eran expuestas al oprobio público en las invectivas de los oradores, podía asegurarse que la modestia virginal había empapado el porte externo, la manera de conducirse, los gestos todos de las esposas de Cristo, difundiendo en su torno la fragancia de perfume que aun después de tantos siglos percibimos nosotros. Vestidos pobres sin singularidades, desprecio del acicalamiento sin sordideces, compostura en los movimientos sin afectaciones, honestidad en los andares sin fingidos desmayos, humildad sencilla sin amaneramientos: tal era el nimbo de distinción sobrenatural que rodeaba a las vírgenes cristianas según los autores contemporáneos[11].

La gracia del pudor

79. Las luces más delicadas de este halo se difundían bajo el nombre de pudor virginal, virtud de la que decía San Ambrosio: "En las vírgenes el pudor es el ornato de su edad juvenil, y la discreción en el hablar, la garantía de su pudor"[12]. En esta esfera, su candor, que había de superar aun al de las inocentes tórtolas[13], irradiaba a través de sus ojos, cuya mirada debía ser siembra a voleo de castos pensamientos.

¡Mirada de virgen, filigrana de pudor delicada y frágil aun al contacto mismo del viento! Por eso tenía su escudo protector, que se llamaba velo. Esto lo sabían muy bien las esposas de Cristo, que habían oído las voces enérgicas de Tertuliano:

---

[10] Ibid., n. 29: PL 22, 415.

[11] Recuérdense las frases anteriormente citadas de San Cipriano y San Ambrosio, en que advierten que la virgen verdadera aparece con tal aire de pureza que basta verla para comprender que se trata de una esposa de Cristo, sin necesidad de preguntar sobre ello.

[12] *De virginibus*, lib. III, c. 3, n. 9: PL 16, 222. Sobre el pudor como ornato de la virgen son muchos y muy delicados los pasajes del Obispo de Milán, no sólo declarando la hermosura que aquel don presta a la pureza, sino también el respeto que exige por parte de los demás; pueden verse *De institutione virginis*, c. 1, n. 5: PL 16, 306, y muy especialmente su *Epist. 6 ad Syagrium*, n. 6: PL 16, 796.

[13] Bellamente, entre reminiscencias poéticas, dice el santo Doctor: «Non pineae velamen eius non vincant cupressi, pudicitiam eius non turtures, simplicitatem eius non vincant columbae» (*De institutione virginis*, c. 17, n. 112: PL 16, 332).

La virginidad verdadera, pura e integral a nadie teme con más fundamento que a sí misma. No sufre sobre sí ni aun la mirada de las mujeres. Sabe de otras miradas propias más íntimas. Se refugia bajo el velo como bajo un casco, como tras un escudo que defienda su tesoro contra los ataques de la tentación, contra las saetas del escándalo, contra las malas sospechas, las murmuraciones, las rivalidades y la misma envidia... ¿Quién osará, en efecto, molestar con sus miradas a un rostro oculto, insensible; a un rostro que, si es lícito hablar así, no muestra sino tristeza? Todo pensamiento liviano vendrá a estrellarse contra esta santa severidad... Revístete, pues, con la armadura del pudor, eleva en torno tuyo la empalizada de la modestia, rodea tu sexo con el muro de la verecundia, que detenga tus propias miradas y no admita las ajenas [14].

Pudor, recato, verecundia, como vigías de la pureza, debían tener su sede en las niñas mismas de los ojos, a fin de que nada pudiera entrar ni salir por ellos sin estar blasonado con el emblema de esta última virtud. Con tales precauciones bien podía aquel escudo, aquella armadura y aquel muro reducirse a un velo de tenue cendal sin peligro de ser traspasado en ninguna dirección. Impregnado con esencias de modestia, resultaba el velo infranqueable a cualquier curiosidad externa e interna. Ambas podían ser igualmente peligrosas, porque, como había dicho el apologeta cartaginés, "tanta impudencia encierra desear ser vista como desear ver, y tan propio es del hombre casto enrojecer en presencia de una virgen como es natural en una virgen ruborizarse a la vista de un varón" [15].

Este mismo pudor describía ante las vírgenes del Oriente, siglo y medio más tarde, San Atanasio, aun cuando detallándolo con líneas más perfiladas y discretas: "Al tropezar con un varón permanezcan las vírgenes con el velo echado por delante, bajos los ojos, sin hacer ostentación de su rostro, que deben reservar únicamente para su Dios" [16]. El milagro de la transformación ascética del rostro y los modales se había realizado. La Iglesia había triunfado en aquellas jóvenes de abolengo pagano, creando, por decirlo así, de la nada, el encanto de la modestia virginal. Ante sus efluvios se sentían sobrecogidos los extraños como por algo sobrehumano:

Es de tal naturaleza—decía San Juan Crisóstomo—, que hasta los más intemperantes e impúdicos, cuando reparan en ella, se avergüenzan de sí mismos, se componen y reprimen su insensata pasión. Al modo que la doncella que sirve a una honesta y piadosa matrona ha de seguir, quieras o no, los ejemplos de su señora, así el cuerpo y todos los sentidos sincronizan sus movi-

[14] *De velandis virg.*, 15 y 16: PL 2, 910 s.
[15] Ibid., 2: PL 2, 891.
[16] *De virginitate*, n. 11: PG 28, 264.

mientos con la conducta de alma tan virtuosa como es la de la virgen... Y así como un rico perfume, por muy encerrado que esté en su pomo, trasciende con su fragancia el ambiente, deleitando no sólo a los moradores de la casa, sino también a los extraños, así la fragancia de un alma virgen irradia a los sentidos todos, pone de manifiesto la virtud interior y con los frenos de oro de su modestia tiene a raya a los corceles fogosos de la pasión [17].

Mas no sólo bajo el soplo esterilizador de turbaciones externas podía ser ajada aquella virtud. La pudicicia debía mostrar a la virgen, virgen, aun a solas, ante su propia virginidad. ¡Qué matices tan exquisitos de espíritu nos dejan entrever los consejos de San Atanasio a las esposas de Cristo cuando les habla de la modestia consigo mismas en el vestirse y desnudarse, en los baños y lavados, en todos los cuidados del cuerpo, que desde el momento de la consagración virginal quedó santificado y debía tratarse con el respeto debido a un templo de Dios [18].

La gracia del pudor no podía ser un mero reboque estético, que diese perfil escultural, pero sólo externo, a las consagradas de Cristo. Era más bien una estructura del espíritu, que se transfundía a todas las actividades, imprimiéndolas el estilo de lo virginal. Miradas y sentimientos, impresiones del corazón y rumbos del anhelo, decires y callares: todo quedaba controlado por la modestia, cuyo guardián de alarma era el rubor. Si el rostro no debía asomarse a las celosías de cendal del velo, exponiendo peligrosamente sus gracias a la voracidad de ajenas pasiones, tampoco el espíritu debía descubrirse imprudente al exterior, haciendo alarde de sus propias delicadezas en el escenario de la fama pública. A él alcanzaba asimismo la sombra del velo que "oculta a las vírgenes, haciendo que sean conocidas sólo de Dios, ante quien han de captar toda su gloria; excluyendo la de los hombres, en cuya presencia aun del don de su propia pureza se han de ruborizar. Más fácil es—continuaba Tertuliano—hacer enrojecer a una virgen por medio de la alabanza que por medio de la injuria" [19].

Silencios y alegrías

80. Este mismo recato interior, verdadera continencia del espíritu, que teme desvanecerse en el ambiente con la explosión de una risa liviana o de un donaire frívolo, regu-

[17] *De virginitate*, c. 63 : PG 48, 582.
[18] Ibid., lug. cit.
[19] *De velandis virg.*, 2 : PL 2, 891.

laba las palabras de la virgen en su trato social. Era el pudor antes descrito, que después de aflorar a los ojos, dándoles efluvios de pureza, se transfundía por las arterias recónditas del alma y venía a teñir los labios con el carmín, símbolo de la pudicicia. La presencia de una virgen bastaba para imponer silencio a cualquier intento de procacidad en la lengua [20]. Para mejor conservar este poder imperativo de su presencia había aconsejado ya San Ambrosio que las vírgenes pecasen más bien de calladas que de locuaces [21]. Y esto hasta tal punto, que aun el hablar cosas buenas podría a veces resultar un defecto en labios de una virgen consagrada [22]. Para aquel adalid de la virginidad, el silencio representaba las verdaderas arras del pudor [23].

Nada más opuesto, por otra parte, al encanto de la pureza virginal que la máscara estilizada de una rigidez ficticia o de un amaneramiento estudiado. La sinceridad del asceta de Belén, aquilatada en el crisol de los desiertos sirios, no estaba dispuesta a tolerar tales artificios en sus círculos ascéticos, como ni tampoco a sufrir cierto tipo de vírgenes eruditas, dicharacheras o poetisas. Tales figurines de la virginidad quedaban arrumbados como espúreos fuera de la veneración cristiana:

> No quieras aparecer demasiado ingeniosa en la conversación —decía San Jerónimo a la santa virgen Eustoquio—ni te muestres amiga de entreverar en ella versos de rima festiva o de acento lírico. Huye el aparecer afectada con la dejadez de ciertas matronas, que unas veces hablan con los dientes apretados, otras con los labios muy abiertos, pronunciando todas las palabras a medias con lengua balbuciente, por juzgar que es rusticidad lo natural y espontáneo [24].

---

[20] «Scurrilitas atque lascivia te praesente non habeat locum» (*Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 13 : PL 22, 1117).

[21] «Deesse igitur sermonem virgini quam superesse malim» (*De virginibus*, lib. III, c. 3, n. 9 : PL 16, 222, donde tiene advertencias muy delicadas y concretas sobre el silencio, la gravedad y la modestia propia de una virgen).

[22] *Exhortatio virginit.*, c. 13, n. 86 : PL 16, 361.

[23] Es muy significativa la frecuencia con que viene esta frase a los labios o a la pluma de San Ambrosio. Apenas hay obra en que no repita esta idea de considerar el silencio en la virgen como custodia de su pudor. Pueden verse *De virginibus*, lib. III, c. 3, n. 9 : PL 16, 222 ; *Exhortatio virginit.*, 13, n. 86 : PL t. cit., 361 ; *Instit. virg.*, c. 1, n. 5 : PL, t. cit., 306.

[24] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 29 : PL 22, 415. Esta moda, que delataba espíritus muelles y enfermizos, era un defecto con el que San Jerónimo no podía contemporizar. Al enviar sus valiosos consejos ascético-pedagógicos a Leta para la educación de su hijita Paula en orden a la virginidad, insiste también en que vele sobre ella para que no se acostumbre a pronunciar las palabras a medias, imitando los insulsos amaneramientos de ciertas damas romanas (*Epist. 107 ad Laetam*, n. 4 : PL 22, 872).

Y todavía se reputaban más intolerables entre las vírgenes consagradas ciertos pujos de erudición con que algunas jóvenes de mayor cultura mezclaban las citas religiosas con las alusiones a la literatura clásica pagana. El director asceta de Belén se indignaba ante tales abusos, y su censura fué precisamente la que le prestó ocasión para dejarnos una de las descripciones más coloristas y una de las anécdotas autobiográficas más pintorescas en aquella escena del castigo de flagelación y amenaza de condenación eterna, que hubo de sufrir ante el tribunal de Dios por su excesivo cariño a los escritores latinos del paganismo.

¿Qué tiene que ver Cristo con Belial?—dice a la misma virgen Eustoquio—. ¿A qué viene Horacio junto a los salmos, Ovidio junto a los evangelistas o Cicerón junto al apóstol San Pablo? ¿No se escandalizaría con razón tu hermano en la fe si te viese de comensal en un convite idolátrico? Aun cuando todo es puro para los puros y no estamos obligados a rechazar lo que podamos usar con acción de gracias a Dios Nuestro Señor, sin embargo no es lícito gustar juntos el cáliz de Cristo y el de los demonios [25].

Otro problema surgía, y cierto, de solución muy delicada. ¿Cómo señalar sus cauces, sin cohibir su flujo, a la alegría siempre desbordante en el alma inocente, y cómo regular la animación, por necesidad juguetona en un espíritu juvenil, sin destruir sus energías? Empresa difícil era, como debió ser arduo sin duda para la naturaleza, en sus primeras épocas geológicas, trazar las divisorias hidrográficas a las aguas que habían inundado la faz toda de la tierra.

La alegría es la cascada de la inocencia que brota espontánea de un suelo virgen, lanzándose al espacio llena de resonancias jubilosas y reflejos de claridad. Nadie, por tanto, con más derecho que aquellas jóvenes consagradas a Cristo podían anegarse en sus ondas. La incorrupción las elevaba sobre el lodo de la tierra, librándolas de su pesadumbre, y orientaba sus rostros hacia los goces divinos que reverberaban en sus pupilas. La perspectiva de lo eterno proyecta precisamente una de sus dimensiones en la sonrisa de lo virginal:

No permitáis que la tristeza venga a interrumpir vuestro gozo, destruyendo vuestras más firmes y fundadas esperanzas; sino arrojad muy lejos de vosotras esa nube de molestias y sinsabores de que está sembrada la vida humana y no enturbiéis vuestro espíritu con gemidos quejumbrosos. Que triunfe totalmente victoriosa la fe y que sus esplendorosos rayos ahuyenten los espectros del mal, capaces de entristecer vuestros corazones.

[25] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 29: PL 22, 416.

No de otro modo que cuando en el plenilunio alumbra la luna con su claridad todo el horizonte y hace diáfana la atmósfera, se ven de repente agruparse por poniente negros y espesos nubarrones que vienen a deslizarse por delante del astro, ocultándolo con su sombra durante algún tiempo; pero éste no desaparece definitivamente, sino que, ahuyentadas por el viento las nubes, reina de nuevo con su luz en la noche serena; así vosotras, brillantes astros, que con la esplendorosa luz de la virginidad iluimináis el mundo, aunque veáis venir sobre vuestras cabezas angustias y trabajos, no desmayéis ni perdáis jamás vuestras esperanzas. Vendrá al punto el Espíritu, que disipará los nublados del maligno... [26]

Sin embargo, aun esta misma cuerda de la alegría no sonaba bien en una joven consagrada al Señor, si en el desgranarse cristalino de su risa podía sorprenderse cierto timbre bullanguero de ligereza. Unico modo de entender en su verdadero sentido las amonestaciones, tan insistentes en aquellos siglos, sobre la inconveniencia del reírse en una virgen. Las frases son a veces hoscas y severas, como cuando San Juan Crisóstomo las exhorta a "que no solamente no descompongan su rostro con la carcajada estrepitosa, pero que ni siquiera levemente se rían; antes bien que ofrezcan de continuo un aspecto severo y grave, pronto siempre a las lágrimas, nunca a la risa" [27].

San Jerónimo llega a recordarles el ejemplo de Catón el censor y de Marco Craso, de quien Lucilio aseguraba no haberse reído más que una sola vez en su vida entera. "El fomentar la risa o ser pábulo de bromas que exciten la hilaridad es propio de personas mundanas. A ti te conviene —decía a la noble Demetríades—mostrar gravedad en toda tu persona" [28].

La sorpresa que semejantes palabras puedan causarnos o el tinte mate con que pudieran deslustrar la figura atrayente de la virginidad, desaparecerán fácilmente recordando lo que tal gesto encerraba en el vocabulario de la época. Su significado lo determinó Clemente Alejandrino a lo largo de un capítulo entero de su *Pedagogo,* y aquella clave fué pasando de mano en mano a través de los escritores poste-

---

[26] San Metodio, *Convivium,* orat. 8 Theclae, c. 4 : PG 18, 144.

[27] *De virginitate,* c. 43 : PG 48, 582. San Ambrosio expone ideas parecidas en varias ocasiones, aun cuando en tono más mitigado. Cf. *De virginibus,* lib. III, c. 5, nn. 23-25. Asimismo, *Exhortatio virginitatis,* c. 11, n. 75 s. : PL 16, 226 s. y 358 s., donde condena más bien «la alegría demasiado libre», «la falta de moderación en la risa». Más severo se había de mostrar San Leandro en su *Regula,* c. 11 : PL 72, 886. El título mismo del capítulo (títulos que, como se sabe, fueron puestos por el autor) dice así : «De cómo la risa en la virgen sea pecado».

[28] *Epist. 130 ad Demetriadem,* n. 13 : PL 22, 1117.

riores [29]. Chocarronería, desenvoltura, procacidad, impureza, eran las teclas ordinarias de la risa en aquellos ambientes paganizantes. ¿Cómo no estremecerse ante la idea de que tales vahos pudieran envolver a una virgen? Esta se movía en capas de atmósfera más puras; era otra la alegría de su luz, que por otra parte, es cierto, no carecía de ciertos dejos de nostalgia. El deseo de unirse visiblemente a su esposo Cristo, de arrojarse para siempre en sus brazos y fundir en el corazón de su amado el suyo propio con un único latido, no podía por menos de empañar sus goces en la tierra [30].

De este modo las vírgenes, tanto en su hablar y su reír como en sus otras manifestaciones externas, eran, ante todo, vírgenes cristianas. Ni su cultura clásica nublaba el contenido ascético del Evangelio, ni su gravedad amortiguaba la sencillez espontánea de la juventud, ni su recato en la vista ahogaba los vuelos del espíritu, ni, finalmente, su mesura en las palabras o en la risa degeneraba en afectación. Todos estos retoques de gubia verdaderamente eximia dieron al mundo aquellas tallas admiración de propios y extraños. La modestia, mediante la triple pincelada del gesto, la mirada y la palabra, había logrado imprimir expresión celeste en aquellas figuras, que surgían ante los contemporáneos como apariciones ultraterrenas de un nuevo mundo religioso.

---

[29] Lib. II, c. 5: PG 8, 445-452. Algunas frases, tomadas literalmente, resultarían muy duras; pero el análisis de todo el capítulo muestra su verdadera concepción en esta materia, en que ataca principalmente la bufonería y libertad de lenguaje.

[30] SAN LEANDRO, *Regula*, c. 11: PL 72, 886.

CAPÍTULO XI

La vida familiar

81. El fluir cuotidiano de las horas.—82. El problema del baño. 83. Fiestas y banquetes

El fluir cuotidiano de las horas

81. Modelada ya la imagen de la virgen cristiana, no es difícil encuadrarla en el marco de la vida familiar y social del Imperio. El hogar romano, construído sobre la base austera del antiguo espíritu latino, ofrecía ocasión propicia a las esposas de Cristo para desarrollar dentro de sus líneas las actividades de la profesión virginal.

En tiempo del Imperio no menos que en el de la República se despertaba la vida familiar muy de mañana, casi con la misma salida del sol. Esta marcaba de ordinario el comienzo de las audiencias concedidas por el paterfamilias a sus clientes y visitantes, deseosos de consultar sus negocios, de modo que antes de la hora *tercia* se hallase libre para asistir a las sesiones de los comicios o del senado, a las reuniones del foro o a las causas de justicia. Mientras tanto organizaba la mujer la administración de la casa, dando a los esclavos las órdenes oportunas. Este era el tiempo destinado en los hogares paganos para ofrecer el sacrificio matutino, que presentaba a los dioses lares el padre, rodeado de su mujer, hijos y esclavos, y que en la familia cristiana fué sustituído a los comienzos por las oraciones de la mañana, hasta que pudo la Iglesia, ya en posesión de su libertad, establecer los oficios del culto público.

Preciosas horas matinales que ofrecían a las vírgenes cristianas, exentas en general de la incumbencia de regir la casa, una oportunidad excelente para entregarse a la oración y explayar su espíritu rumbo a lo divino. Hacia la hora tercera se reunía con los demás miembros de la familia o con las esclavas compañeras de sus ideales a tomar el austero *ientaculum* o desayuno, introducido ya como costumbre en la época imperial.

Sabido es que esta determinación del tiempo variaba se-

gún las épocas del año, ya que, lo mismo en verano que en invierno, el espacio de luz del día se consideraba dividido en doce horas, con lo cual cada una de ellas, que apenas contaba cuarenta y cinco minutos de duración en diciembre, llegaba en junio a alcanzar el valor de casi setenta y cinco minutos. La hora sexta coincidía siempre con el mediodía; pero la hora *prima* o primera podía comenzar a las cuatro y media o a las siete, según las diversas estaciones [1].

Terminado, pues, el desayuno (alrededor de las ocho en verano o las nueve y media en invierno), tomaba asiento la dama romana en el atrio de la casa para entregarse, en compañía de sus siervas predilectas, a diversos trabajos de hilados y tejidos. La virgen tenía sus oraciones especiales en este tiempo; después de las cuales, embalsamado su espíritu con la paz de lo infinito y esponjado con idilios de amor celeste, se dirigía asimismo al atrio. Era éste en los hogares acomodados de aquellos siglos el corazón de la vida familiar, ya que, por una parte, resultaba la estancia de mayor alegría, gracias al azul del cielo que se introducía a plomo por el *compluvium,* o gran abertura central del techo, y venía a ser, por otra parte, el centro moral y aun casi geométrico del edificio, en cuyo rededor se agrupaban las restantes habitaciones. Nos atreveríamos a llamarle el patio sevillano del Lacio.

Sentada con algunas de sus doncellas de mayor confianza, y que en muchos casos eran asimismo sus compañeras en la práctica de la pureza, hubiéramos podido contemplar durante aquellas horas a la virgen cristiana ocupada en labores manuales, mientras sus hermanos menores correteaban juguetones en torno al *impluvium,* o estanque central, destinado a recoger las aguas de lluvia que, resbalando por las vertientes del tejado, se precipitaban los días nubosos a través del espacio cenital abierto en el centro. Una escena de este género, sin duda, se representaba en su mente San Jerónimo cuando escribía a la aristócrata virgen Demetríades:

Una vez que hayas acabado tus devociones y que la solicitud por la salud de tu alma te haya hecho doblar con frecuencia tus rodillas ante Dios, retén a la continua entre tus manos la lana, retuerce entre tus dedos las hebras que vayas extrayendo del copo o haz girar el huso con suave golpe para que vaya enrollando los hilos ya formados; recoge en un ovillo lo que hayan hilado tus compañeras o prepáralo para la urdimbre del tejido; examina las hebras terminadas, reprendiendo lo defectuoso y

[1] Para más detalles puede consultarse la erudita obra de J. MARQUARDT, *La vie privée des romains*, t. I, MARM, t. XIV, c. 7, pp. 301-303.

determinando lo que resta por hacer. Entregada a tal variedad de ocupaciones no se te hará largo el día, sino que, por el contrario, aun cuando se dilatasen más las horas de luz del verano, te parecerían breves, viendo que ha quedado aún algo por terminar... Ni debes retirarte del trabajo por juzgar que, gracias a Dios, no careces de nada. Necesitas trabajar como todas las demás, a fin de que por medio de la continua ocupación apartes de ti cualquier pensamiento ajeno al servicio de Dios nuestro Señor. Quiero hablarte claro; aun cuando distribuyas todos tus réditos entre los pobres, no harás con ello obra tan agradable al Señor como cuando confeccionares con tus propias manos alguna prenda, sea para tu uso personal, sea para ejemplo de las otras vírgenes consagradas, sea para ofrecérsela a tu madre o a tu abuela con la esperanza de recibir de ellas mayores limosnas que repartir entre los necesitados [2].

Si, vencidos por la curiosidad, nos acercamos cautelosos para examinar un poco aquellas labores, nos llamará la atención la trama algún tanto burda del tejido. La explicación la encierra otro consejo del mismo Doctor en su carta a Leta sobre la formación de su futura virgencita, la hija de aquella noble dama: "No se afane por trabajar telas de seda ni por confeccionar tejidos de brocado o manejar filamentos de oro. Los vestidos que tejiere sean de tal naturaleza que sirvan para defenderse del frío, no, como sucede con los cendales, para que al cubrir con ellos los cuerpos queden éstos desnudos" [3]. No era el fruto del trabajo, sino el trabajo mismo el que nobilitaba la existencia de la virgen.

En las provincias latinas del Imperio, las amas de casa, portadoras tal vez inconscientes de la altivez consignada en los antiguos pactos sabinos, se juzgaban exentas de otros trabajos más serviles, como los relativos a la molienda y a la cocina [4]; pero las mujeres orientales, sobre todo en las familias más modestas, no participaban de estos escrúpulos de distinción señorial. Las vírgenes cristianas de Alejandría podían muy bien aplicarse a sí mismas para el empleo de su tiempo, sin más que sustituir la palabra esposo por la de padre o hermanos, los consejos que el maestro del *Didascalion* dirigía a las mujeres casadas de su época. Según el moralista del Nilo, no debía impedirse a la mujer todo ejercicio corporal, aun cuando debiera alejársela de la lucha o la carrera en la palestra, actividades propias de los varones. El ejercicio femenino debía consistir en hilar

[2] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 15: PL 22, 1119.
[3] *Epist. 107 ad Laetam*, n. 10: PL 22, 875.
[4] Es Plutarco quien apunta la idea de que tales costumbres puedan derivarse de aquellos pactos (*Quaestiones Romanae*, 85: BGD, «Scripta Moralia», t. I, p. 351).

y trabajar la lana y, cuando fuese menester, ayudar en la cocina o buscar por sí misma en la despensa lo necesario para la refección. No debía considerar la mujer como vergonzoso el cooperar a la molienda, preparar por sí misma las viandas, sacudir las colchas del lecho y emplearse, finalmente, en cuanto pudiera contribuir a la guarda y buen arreglo del hogar [5].

Todas estas actividades, según las diversas regiones y condición social, iban ocupando las horas que dejaban libres a la virgen sus oraciones y plegarias, aunque sin olvidar aquella advertencia, zumo de psicología empírica, que había exprimido en sus puntos la pluma del apologeta montanista. Con más razón que las casadas debían precaverse contra el exceso de solicitudes externas, que pudieran muy bien ser en ciertos temperamentos un paliativo de ligereza interior. "Conozco muy bien—decía el escritor africano—los pretextos que sirven para encubrir la avidez de nuestra concupiscencia; sabemos defendernos con la necesidad de prestar nuestra ayuda, de dirigir la casa, de gobernar la servidumbre, de guardar las llaves, de repartir las labores de hilado o tejido, de mirar al aprovisionamiento de las viandas" [6]. De hecho en las vírgenes consagradas todos estos trabajos asumían un rango muy secundario, cual era el de hacer reposar el alma en sus caminos por lo infinito, convirtiendo en servicio útil las necesarias interrupciones que imponía al dinamismo del amor místico la natural impotencia de un espíritu encerrado en la debilidad de lo corpóreo.

En este suave alternar entretejiendo, ora plegarias de amor, ora urdimbres de lana, transcurrían las horas hasta el *prandium*, o almuerzo del mediodía, que desde luego no formaba la comida principal. Tras un ligero reposo o siesta, consuetudinaria aun en los usos romanos de los tiempos más austeros, venía la virgen a sumergirse de nuevo en su oración, a entretenerse en sus labores caseras o a entregarse con infantil ardor al estudio de los libros santos. Las liturgias sagradas no tenían lugar sino después de caída la tarde o al rayar el alba, y el oficio divino no había de hacerse público en las iglesias hasta que el monacato cristiano irradiase su influjo bienhechor. A la hora décima tenía lugar la comida principal o cena; pero una hora antes señalaba ya para la esposa de Cristo el primer choque de su vida cuotidiana con la distribución de sus familiares y la ruptura tal vez más costosa con las costumbres de su propia vida pasada.

---

[5] *Paedagogus*, lib. III, c. 10: PG 8, 621.
[6] *Exhortatio castitatis*, 12: PL 2, 927.

El problema del baño

82. Con la hora nona sonaba, en efecto, el momento de los ejercicios corporales, y sobre todo la llamada al baño. una de las tareas más predilectas para todo griego y romano digno de tal nombre. Sólo arrancándonos de nuestro medio contemporáneo para anegarnos de lleno en el ambiente social del Imperio podremos comprender las preocupaciones tan frecuentes como intensas con que los escritores ascéticos de aquellos siglos hablan del baño cuando se dirigen a las vírgenes consagradas.

En la época del Imperio habían casi desaparecido las antiguas *lavatrinas,* o baños privados de forma rudimentaria, que, instalados junto a las dependencias de la cocina, sirvieran para la limpieza del cuerpo. Casi dos siglos antes de sucumbir la República romana, los establecimientos públicos o termas, originarios de la Grecia, con sus palestras adyacentes para los juegos y el atletismo, sus *exedras,* o salones de conversación, y sus cámaras de temperaturas graduadas, *tepidarium, caldarium, frigidarium,* absorbían diariamente a la mayoría de la población libre, invitándola a los refinamientos de un placer radiante de lujo y sensualidad. A los incentivos propios del baño según las exigencias romanas, con sus fases de transpiración, duchas, masajes y unciones, había que añadir con frecuencia el escándalo de la promiscuidad, que, no obstante los anatemas de los moralistas cristianos y las prohibiciones de los emperadores, persistió varios siglos en muchos de los establecimientos no oficiales. Justiniano llegó a declarar causa legítima de divorcio la liviandad de la mujer que frecuentara tales baños comunes [7]. En la práctica, la carencia de termas con dependencias separadas para cada sexo hacía inútiles en muchas ciudades las ordenanzas imperiales.

No todas las termas ofrecían pendiente tan resbaladiza para la sensualidad, ya que su diferenciación de cámaras para ambos sexos, la vigilancia oficial a que se hallaban sometidas o la mayor integridad moral de sus empresarios impedían en algunas de ellas los desórdenes públicos dentro de su recinto. Al punto se planteó el problema de la época con el trazo de un interrogante, uno de los agudos

[7] *Codex Iustiniani,* lib. V, tit. 17, n. 11. Entre los emperadores que se preocuparon de este aspecto de la moralidad pública pueden citarse los nombres de Adriano, Marco Aurelio y Alejandro Severo. La constitución de Justiniano apareció en el segundo año de su dignidad imperial.

interrogantes morales destinados a unir o separar dos civilizaciones. Fácil eran de ver las quiebras a que estaba sujeto el pudor en semejantes ocasiones, pero no era menos fácil de entender el sacrificio que suponía el renunciar a una costumbre que en nombre de la higiene, la salud y el necesario esparcimiento consagraba una tradición repetidas veces secular.

Desde luego la nueva moral redentora descartó, no sólo para las vírgenes, sino para toda mujer cristiana, el uso de los baños mixtos, y una vez conseguida por la Iglesia su libertad de acción, el Concilio de Laodicea prohibía expresamente a todos los fieles, empezando, como es obvio, por los eclesiásticos y ascetas, el acudir a los baños públicos en semejantes circunstancias [8]. No era sino constituir bajo la espada protectora del derecho lo que guardaba como un hecho la conciencia cristiana. Si anteriormente a esta ley hubo transgresiones por parte de algunas esposas de Cristo, no se realizaron sin que se contrajera el ambiente cristiano con una mueca de dolor.

En uno de aquellos breves intervalos de paz que disfrutó la Iglesia a mediados del siglo III, incubación de la tempestad de Decio, llegaron a conocimiento de San Cipriano algunos casos, aunque raros, de ciertas vírgenes demasiado simples o necias a fuerza de ser inocentes, que se habían atrevido a presentarse en las termas mixtas de Cartago, ofuscadas por la rectitud de su intención y la candidez de miras que las guiaba. La reacción del obispo no se hizo esperar, y en las líneas escritas bajo aquel recuerdo parecen saltar las letras con espasmos de dolor, entonando una elegía angustiosa. No cabe disculpa:

> No digas: allá cada una con la intención que la guía a las termas; a mí sólo me mueve el cuidado de lavar y reparar mi pobre cuerpo. Ni te absuelve tal defensa—prosigue el santo Obispo—ni te excusa del crimen de lascivia y petulancia. Tal baño no lava, sino ensucia; no limpia los miembros, sino los contamina. Es cierto que no alzas tu vista impúdicamente hacia nadie, pero eres objeto de miradas lascivas. Tal vez no manches tus ojos con torpe deleite; pero en tanto que excitas la concupiscencia de otros, tú misma quedas impura [9].

Apartados, pues, tales peligros, y puesto a salvo el pudor, aquel pudor que, como decía Clemente Alejandrino a este mismo propósito, era menester "guardar en casa ante los padres y siervos, en la calle ante los transeúntes, en los baños ante las demás mujeres y en la soledad ante sí mis-

[8] Canon 30. Puede verse en MSCC, t. II, col. 570.
[9] *De habitu virginum*, 19: PL 4, 458.

ma" [10], la Iglesia primitiva aceptó desde luego como buenas algunas de las razones que arrastraban a los cristianos a las termas. Fueron dignos de aprobación los ejercicios físicos de la palestra, impulso del desarrollo muscular en el joven, garantía para la conservación de las fuerzas en el varón maduro. Instructiva es la doctrina que en el siglo II expone el autor del *Pedagogo,* cuando con su ordinario buen sentido y moderación helénica aconseja expresamente tales actividades gimnásticas [11]. No es necesario advertir que de tales ejercicios se excluía a las mujeres, y por tanto a las vírgenes consagradas.

Como sitio de descanso y reunión podían también ser utilizadas las termas, y de hecho consta que lo fueron más de una vez, sea por filósofos cristianos, como Justino en el siglo II, para instruir a sus discípulos [12]; sea por los mismos pastores eclesiásticos en tiempos posteriores, para reuniones de especial afluencia, como las disputas públicas entre católicos y donatistas, que presenciaron las termas cartaginesas en tiempos de San Agustín.

Quedaba, finalmente, por dilucidar la razón del baño mismo como aliciente para acudir a aquellos establecimientos públicos. Gracias al filósofo cristiano de Alejandría, conocemos algo de aquel problema, al que dedica un capítulo entero, con una verdadera disección hasta de sus resortes más internos. De los cuatro motivos que, como cuatro grandes voces de almuecín, convocaban al baño a sus contemporáneos, a saber, la limpieza, la salud, la reacción contra el frío y el placer, sólo admite en calidad de razonables los dos primeros, descartando el tercero como innecesario para el fin pretendido y rechazando el cuarto como indigno de una conciencia cristiana [13]. El conflicto moral había abierto con paso seguro los caminos de su propia solución.

Casi por los mismos años de Clemente, los libros de las

---

[10] *Paedagogus,* lib. III, c. 5: PG 8, 603. El escritor alejandrino no cree excesivo dedicar un capítulo entero de su obra al modo de portarse en los baños, y en especial a la guarda del pudor. Es difícil formarse idea hoy en día de la labor que en la reconstrucción de esta virtud, degenerada por tantos años de excesos, hubo de realizar la Iglesia. Un atisbo de la mentalidad existente en la sociedad de aquel tiempo pueden proporcionarnos ciertas concesiones que respecto a este punto aparecen en los *Didascalia,* lib. I, 9: FDC, vol. I, pp. 26-28. Acerca de la formación del pudor en esta materia y de las prácticas de los cristianos respecto al baño puede consultarse H. DUMAINE, *Bains,* DAC, t. II, col. 72-117.

[11] Ob. cit., lib. III, c. 10. Todo el capítulo está expresamente dedicado a los ejercicios corporales (PG 8, 620-625).

[12] San Justino mismo es quien declara este dato en el proceso de su martirio. Véanse *Acta martyrii Iustinii et sociorum,* n. 3: OTCA, vol. III, t. II, p. 270 s.

[13] *Paedagogus,* lib. III, c. 9: PG 8, 617.

Recognitiones, enmascarados bajo el nombre de su homónimo romano, nos muestran una página que no desencuadraría en nuestra mentalidad científica actual después de diecisiete siglos de progreso en la psicofisiología. En sus líneas se apunta el influjo de la higiene física sobre el fomento de la higiene moral y su consecuente repercusión en la formación de la pureza [14]. Aun había de ofrecer algo más tarde el Obispo de Hipona un nuevo grado de análisis en el mismo sentido. Al describir en sus *Confesiones* el acerbo dolor que estremeció todo su ser a la muerte de su madre, añade, recordando ideas de su tiempo: "Me pareció también conveniente acudir al baño, pues había oído que precisamente se le daba este nombre de origen griego, βαλανεῖον, por arrojar del alma la aflicción" [15].

La Iglesia, pues, no había cerrado en absoluto a los cristianos las puertas de las termas, y por eso podía contarse en el siglo II, sin extrañeza por parte de los lectores, un encuentro del apóstol San Juan y el hereje Cerinto en los baños públicos efesinos [16]. Espíritus tan rígidos como Tertuliano no temían confesar en sus escritos que también ellos, los cristianos, empleaban los baños a horas convenientes [17]; y aun entre el salpicar de la sangre de los martirios no olvidaban los cristianos de Lyón, en su carta a los fieles de Asia Menor y Frigia, historial de heroísmos, la queja de ser excluídos de los baños por odio a su título de confesores de Cristo [18].

Pero aun cuando permaneciesen abiertas aquellas puertas, el paso por ellas para las mujeres no dejaba de ser delicado, y el autor del *Pedagogo* juzgó oportuno dedicar uno

---

[14] Lib. VI, 11: PG 1, 1353.

[15] *Confessiones,* lib. IX, c. 12: PL 32, 772. Según estas palabras, parece aceptar la etimología según la cual βαλανεῖον vendría de βάλλω = lanzo, y ἀνία = dolor, tormento.

[16] La narración es de San Ireneo, que entronca con el Apóstol mediante San Policarpo, obispo de Esmirna (*Adversus haereses,* lib. III, c. 3, n. 4: PG 7, 853). Es instructiva a este propósito la observación de DUMAINE (l. c., col. 73), al cotejar este pasaje con el de SAN EPIFANIO, quien a fines del siglo IV, bajo el influjo del ascetismo monástico, tiene cuidado de advertir, refiriendo el mismo episodio, que fué ésta la única vez en que el Apóstol se acercó a los baños, guiado por el Espíritu Santo, para instruir de este modo a sus discípulos (*Adversus haereses,* lib. I, t. II; *Haeresis 30, adversus Ebionaeos,* 24: PG 41, 416). Semejante observación no aparece en las fuentes más antiguas.

[17] *Apologeticum,* 42: PL 1, 492. Desecha Tertuliano, como es natural, todos aquellos baños que, impregnados de matiz religioso idolátrico, podían revestir el carácter de lustraciones cultuales.

[18] La carta nos ha sido conservada por EUSEBIO en su *Historia Eclesiástica,* lib. V, c. 1: PG 20, 409. Acerca de estos detalles puede verse DUMAINE, l. c.

de los capítulos de su obra al modo de conducirse las mujeres en tales lugares [19]. Como era de esperar, al desarrollarse en la Iglesia la virginidad surgió inmediatamente el choque entre el uso tradicional, convertido tal vez en segunda naturaleza, y el refinamiento del pudor, que iba esmaltando cada vez con más brillo la virtud femenina. En el choque triunfó el ángel sobre la materia; las esposas genuinas de la virginidad inmolaron una vez más su cuerpo con este nuevo sacrificio, en que la purificación se llevaba a cabo, no por medio del agua, sino del fuego encendido con su amor de entrega total a Cristo. Conscientes de que un tal descanso podría ser compatible esencialmente con su profesión de continencia, prefirieron, sin embargo, mortificar el cuerpo, contra cuyas pasiones luchaban, y salvaguardar su modestia virginal [20].

Al ir blanqueando cada vez más, como espuma batida por el acantilado, la modestia virginal, y sobre todo al hacerse más y más profundo, con verdaderas negruras de odio, el desprecio hacia el propio cuerpo, amenazó el peligro de rebasarse la meta sin poderse contener en su huída de la materia. Bajo este odio a la molicie, y al contacto del anacoretismo austero del Egipto, es, sin duda, como apareció en la historia lausiaca el caso de la virgen Silvania.

Era ésta hermana de Rufino, ministro de Teodosio el Grande, y una de las mujeres más instruídas de su tiempo. En uno de sus viajes desembarcó en las playas de Pelusio en compañía del diácono Jovino, más tarde obispo de Ascalón, y del docto Palladio, que nos conservó la anécdota. La arena del suelo africano ardía con los rayos del sol, y Jovino intentó refrescar manos y pies al contacto del agua fresca. Pero apenas había empezado a poner por obra su pensamiento, oyó la voz severa de la virgen, que le decía: "¿Cómo te atreves, siendo todavía joven y con sangre ardiente de vida, a mimar en tal forma tu carne, sin prever los peligros que con ello te atraes? Ten ánimo y aliento. He aquí que yo tengo ya sesenta años, y todavía no ha tocado el agua mis pies, ni mi rostro, ni otro alguno de mis miembros, fuera de la punta de los dedos (por respeto a la comunión), a pesar de haber sufrido repetidas enfermedades. Y aun cuando los médicos me indujeron a usar de los baños, jamás consentí en conceder a mi cuerpo semejante con-

[19] Lib. III, c. 5 : PG 8, 600-604.
[20] San Cipriano autoriza expresamente los baños de las vírgenes con tal de que sean únicamente en presencia de mujeres de costumbres honestas *(De habitu virginum,* 21 : PL 4, 460).

descendencia, como ni el dormir en lecho o ser transportada en litera" [21].

No pasaron tales casos de ser una excepción por lo que hace a las vírgenes no anacoretas, quienes se adaptaron en general a las prudentes normas de San Atanasio, cuando, dirigiéndose expresamente a ellas, les decía:

Desde el momento en que determinaste consagrarte al Señor por la castidad, tu cuerpo quedó santificado y convertido en templo de Dios. No debe el templo de Dios desceñirse sus vestiduras bajo ningún pretexto. Estando, pues, sana, no irás a los baños, a no ser impelida por extrema necesidad; ni sumergirás todo el cuerpo en el agua, ya que está consagrado al Señor tu Dios. No contamines tu carne con uso alguno mundano, sino conténtate con lavar tu rostro, tus manos y tus pies [22].

Esta misma línea de conducta ofrecieron, sin duda, las vírgenes de Occidente, como se refleja en los cuadros de los escritores latinos. Es muy significativo el hecho de que el más fecundo entre los autores de la virginidad, el obispo San Ambrosio, que a puntos tan concretos desciende en sus exhortaciones a las vírgenes, no sienta necesidad especial de aludir a los baños. Prueba de que la actitud de las esposas de Cristo se deslizaba sin estridencias por los rieles de las normas ascéticas ya establecidas.

Sólo viene a turbar este silencio, años más tarde, la voz del solitario de Belén, recordando en sus cartas a Roma la preocupación que clavada como un puñal en su alma llevó a través de los mares cuando se embarcó en Italia rumbo a Oriente. Al dirigir por última vez su mirada a la Ciudad Eterna y vislumbrarla sumergida en aquella neblina de impudor que flotaba en torno a sus termas, sus circos y sus villas, se estremeció pensando cuán fácilmente podía empañarse con su aliento el casto sentir de las vírgenes. Sus frases, como siempre, salen recalentadas por la fogosidad de su alma y el siroco del ideal anacoreta.

Ya sé—dice—que otros prohiben a las vírgenes de Cristo el bañarse, aunque sea sólo en presencia de eunucos o de matronas casadas... Por mi parte soy de parecer que la virgen ya crecida jamás se bañe, puesto que ha de avergonzarse de sí misma y no debe verse desnuda. Porque si atormenta con ayunos y vigilias su cuerpo a fin de sujetarlo al espíritu; si lucha por extinguir con

---

[21] *Historia Lausiaca*, c. 143: PG 34, 1244. Un texto más depurado fué ofrecido en 1904 por E. BUTLER, TS, vol. VI, n. 2. Las variantes son, sin embargo, de poca consideración por lo que hace a nuestro caso, reduciéndose principalmente a la supresión de las palabras que hemos encerrado dentro de paréntesis en nuestro texto (TS, l. c., p. 149).

[22] *De virginitate*, c. 9: PG 28, 263.

el frío de la abstinencia el ardor de las pasiones y las llamas de la edad juvenil; si se esfuerza por deslustrar con un exterior descuidado su natural belleza, ¿para qué ha de ponerse en trance de suscitar de nuevo con el regalo de los baños el fuego de la carne, ya medio adormecido? [23]

Las normas directivas de la ascética para las esposas de Cristo estaban, pues, ya encauzadas entre dos opuestas vertientes, que juntamente se reflejaban en su curso: la modestia virginal, con su interior renuncia a los regalos corporales, y la necesaria limpieza, con los imperativos exigentes de la salud, permitiendo entre ambas barreras las oscilaciones que en la práctica impusiera la variedad de circunstancias. Un modelo de prudente moderación en el aplicar estos principios ofrecía San Agustín el año 423 con estas palabras, cuyo espíritu había de pasar más tarde a ciertas reglas monacales:

No sea demasiado asiduo el uso de los baños y lavados del cuerpo, sino observa los intervalos consagrados por la costumbre, esto es, una vez al mes, a no ser que la falta de salud obligue a emplearlos más frecuentemente, en cuyo caso no se difieran tanto. Hágase entonces bajo el consejo del médico, sin que deba ser dicha práctica objeto de murmuración... Si sólo incita al baño el deseo y no la utilidad, muéstrese fortaleza, sin ceder a la concupiscencia del regalo; no es razón que aun aquello que perjudica, si deleita, se lo juzgue como conveniente [24].

En adelante esta norma de la salud quedó como polo magnético dirigiendo la brújula ascética de la virginidad en esta materia [25].

Fiestas y banquetes

83. Cercenada esta tradicional expansión de la vida cuotidiana, la distribución de la virgen se deslizaba en un ambiente saturado de idilio celestial y calor hogareño. Con todo, dentro de los muros propios, o al menos entre los de los más próximos parientes, se encontraba a las veces en

[23] *Epist. 108 ad Lactam*, n. 11 : PL 22, 876. Es doctrina que repite con frecuencia, y a veces con frases vigorosas, como cuando, al defender a las Santas viudas Paula y Melania, se encara con sus adversarios, apostrofándoles de esta forma : «A ti te deleita el baño cuotidiano ; otros llaman suciedad a esa limpieza» (*Epist. 45 ad Asellam*, n. 5 : PL 22, 482). Podrían fácilmente multiplicarse pasajes parecidos.

[24] *Epist. 211 ad monachas*, 13 : PL 33, 963.

[25] Puede verse, a modo de ejemplo, San Leandro en su *Regula*, c. 10 : PL 72, 885.

un entrecruce con el mundo, que era menester salvar indemne. En la monotonía del caminar jornalero surgía de súbito, con su risueña sorpresa de estrella fugaz, la alegría de una fiesta. Cierto que las más sonadas y bullangueras, aquellas que enraizaban en las lejanas leyendas de la teogonía, los lares domésticos o la superstición, pasaban ya por delante del edificio paterno, cuando éste era cristiano, sin llamar a sus puertas. Los clamores populares de las *agonia* en honor de Jano o de las *terminalia* al fin del antiguo año para honrar al Terminus capitolino, custodio de los linderos; los desórdenes lupercales o saturnales, que escondían sus obscenidades a la sombra de Fauno o de Saturno, o la algazara de cualquiera de las otras sesenta festividades contenidas en el calendario romano, no llegaban sino muy apagados a la mansión de las vírgenes.

Otros días de alegría doméstica, como el aniversario del nacimiento de padres o hermanos, presentaban, al calor de sus felicitaciones familiares, sus actos religiosos, sus donecillos mutuos y sus tradicionales pasteles natalicios, un ambiente templado de nido muy en consonancia con el candor virgíneo. Quedaba un tercer género de fiestas en las que podría verse arrollada la virgen como entre las espirales de un vórtice fatal, fiestas extraordinarias de la familia, cuales eran la imposición del nombre a un recién nacido, la investidura por algún hermano menor de la *túnica recta* o la *toga viril* en sustitución de los adornos infantiles y la *toga praetexta,* los esponsales o la boda de algún pariente cercano. Cerrando las ceremonias tradicionales de cualquiera de estos acontecimientos se presentaba siempre el banquete fastuoso, cuyos excesos son tópico en la historia de la antigüedad.

Es demasiado conocido, para que sea menester reproducirlo, el cuadro que ofrecían aquellas solemnidades mundanas con los refinamientos de sus manjares, cuya profusión llevaba a los invitados a un embotamiento grosero de los principios éticos más elementales; con el continuo escanciarse de nuevos vinos en copas de plata o de oro, que de un solo sorbo, al brindis de *Bene tibi!* o de *¡Vivas!,* se vaciaban una y otra vez en número correspondiente a las letras del nombre homenajeado, o a la cantidad señalada, según el azar de los dados, por el *árbitro de la bebida.* Los vahos de la gula y la embriaguez servían de estímulos a la sensualidad. El roce sedoso de las túnicas esplendentes de color; los inciensos de la Arabia o de la Persia, que desde los pebeteros saturaban la atmósfera con cendales de voluptuosidad; las lluvias de pétalos olorosos, que embriagaban con su aroma los sentidos; las coronas de rosas,

que ponían sobre las cabelleras, teñidas de oro y fuego, un encanto de seducción; todo aquel conjunto acariciador de ondas de luz, fragancia y vida completaban el señuelo para avivar los instintos de la concupiscencia y despertar en los comensales la sensualidad.

Y por si esto fuera poco, a los antiguos entretenimientos griegos, más espirituales, de la disquisición filosófica o la lectura poética, habían sucedido las músicas vibrantes y sensuales de los pulsadores de lira o de las citaristas helénicas, las danzas lúbricas de las famosas bailadoras gaditanas, las gracias obscenas de actores picarescos o bufones maliciosos, las canciones de intenso matiz deshonesto, cuya procacidad hubiera hecho enrojecer a las matronas de los antiguos tiempos y que ponían el último estímulo para los escándalos de ebriedad y lujuria, en cuyo mar cenagoso desembocaban fatalmente las ondas perfumadas del festín [26].

Es cierto que en los convites de familias cristianas se procuraba apagar en canciones, gestos y danzas cuanto lanzase centellas claras de impureza; pero, esto no obstante, los elementos esenciales del banquete griego o romano estaban tan impregnados de molicie que era imposible substraerse al hipnotismo de su voluptuosidad. No menos que en las estancias de los baños, resonó en los salones de los festines la voz de los pastores y moralistas, señalando la ruta del verdadero discípulo de Cristo, y dedicando en ocasiones capítulos enteros de sus obras a esta materia, como lo hace el filósofo del *Didascalion alejandrino* [27].

Ante semejantes escenas son fáciles de reconstruir las situaciones delicadas que se creaban frecuentemente para una virgen con el nacimiento, la mayor edad o la boda de un hermano o un pariente próximo. Pero también en esta

---

[26] Los diversos elementos de aquellos banquetes sibaritas se hallan descritos en J. MARQUARDT, *La vie privée des romains*, t. I, c. 7: MARM, t. XIV, pp. 349-397. Los Santos Padres por su cuenta anatematizan frecuentemente estas escenas, a las que sirve de prototipo el festín de Herodes, cuyo término fué el asesinato de San Juan Bautista. Véase, por ejemplo, SAN AMBROSIO, *De virginibus*, lib. III, c. 6: PL 16, 227-29.

[27] En su *Pedagogo*, el capítulo 4 del libro II (PG 8, 440-45) tiene por título: «Del modo cómo debe el cristiano recrearse en los convites»; pero es menester tener en cuenta que casi todos los capítulos del citado libro se detienen en considerar diversos detalles de los banquetes contemporáneos: el uso de los alimentos en el capítulo primero; el de la bebida en él segundo; el de la vajilla y servicio en el tercero; la manera de moderar la risa y la conversación en el quinto y sexto; el empleo de coronas y ungüentos en el octavo; y aun el capítulo séptimo, bajo el título de «Las cosas que deben observar los que viven honestamente en sociedad», está asimismo consagrado casi por completo a este tema.

ocasión el amor al divino Esposo triunfó sobre todos los otros afectos, y fué su mismo pudor quien manejó el escalpelo para cercenar adherencias del corazón que pudiesen impurificar su sangre virginal. Las normas de las elegidas de Cristo fueron tajantes respecto a la asistencia a los banquetes, especialmente a los banquetes nupciales. Aun la suavidad de ordinario cariñosa en el Obispo de Milán se reviste en estos momentos de un tono de seco imperativo:

Es menester apartarse de los convites y huir de sus danzas... La alegría debe siempre buscarse en una conciencia sana, no en banquetes suculentos ni en conciertos nupciales; allí donde los placeres del convite terminan con el acompañamiento de la danza, queda el pudor sin defensa y resulta dudosa la honestidad de sus goces. Deseo que las vírgenes consagradas se hallen muy lejos de tales escenas [28].

Estas palabras del Pastor de Milán evocan otras del de Cartago escritas un siglo antes. Enfrentadas ambas, sin embargo, los cuadros por ellas enmarcados acusan diferencias profundas. Se vislumbra la distancia que media entre la paz de la victoria y el fragor del combate por el que se llega a las renuncias del alma. En el milanés las palabras son un mero toque de atención, un recuerdo preventivo acerca de una costumbre en la que la falta de abusos hace innecesaria la insistencia; en el africano, por el contrario, es el sonido metálico del clarín, que se esfuerza en ayudar con su vibración a la virgen combatiente por la renuncia de aquella última fibra de su hogar doméstico, de su tradición patria y de sus lazos sociales:

Ya que buscamos la virtud de la continencia—dice, dirigiéndose a las vírgenes cartaginesas—, lejos de nosotros cuanto pueda servirle de peligro o menoscabo; lejos cualquier concesión a tales abusos, que aun presentándose bajo capa de costumbre inveterada, y con ese pretexto permitida, puedan comprometer la modestia y la sobriedad. Hay vírgenes que no se avergüenzan de asistir a fiestas de bodas [29] ni se ruborizan de mezclar palabras

[28] *De virginibus*, lib. III, c. 2, y V, nn. 8 y 25: PL 16, 222 y 227. En el capítulo sexto, después de su descripción tan literaria del banquete de Herodes y muerte del Bautista, tiene una angustiosa llamada a las madres para que no enseñen a sus hijas tan peligrosas diversiones (l. c., n. 31: PL 16, 229).

[29] La prohibición de asistir a las bodas intimada a los que profesaban continencia o aspiraban a la perfección fué una norma de conducta continuamente inculcada en los siglos primeros. Puede recordarse el pasaje citado de San Ambrosio en su tratado *De virginibus*, lib. III, c. 5, n. 25: PL 16, 227. Sobre todo en San Jerónimo, esta advertencia es preocupación punzante. En la *Carta 107 a Leta*, sobre la educación de su hija, le intima la prohibición de que su hija asista ni siquiera a las bodas de sus propios servidores (n. 11: PL 22, 876). La causa debe buscarse en la inmoralidad con que en

menos puras en las conversaciones libres y disolutas de tales solemnidades, oyendo lo que el pudor no consiente oír ni escuchar y autorizando con su presencia convites en que rebosa el vino, se profieren palabras deshonestas, se enciende el fuego de la concupiscencia, se anima a la esposa a la tolerancia de la lujuria y se provoca al esposo a la audacia de la procacidad. ¿Qué lugar cabe en tales fiestas de bodas a quien está decidida a no contraerlas nunca? O ¿cómo puede la virgen sentirse alegre y gustosa donde se agitan pensamientos y deseos tan contrarios a los suyos? ¿Qué es lo que allí se aprende? ¿Qué se contempla en tales ocasiones? ¡Cuánto se aleja de su norma de conducta la virgen que acudió a tales fiestas pudorosa y se retira disoluta! Aun cuando haya permanecido virgen en el cuerpo y en la mente, queda empañada su virtud con la libertad de ojos, oídos y lengua [30].

Aun descartando en la dureza de semejante amonestación la ingénita vehemencia del Obispo africano, no puede negarse que sus palabras suenan a redoblar de tambores, con cuyo estrépito quiere mantener tenso el espíritu de batalla en las vírgenes, obligadas a luchar contra los dictámenes de las costumbres familiares y los sentimientos de su propio corazón. Parecidas advertencias hacía por el mismo tiempo a las vírgenes de Oriente San Metodio de Olimpo, aun cuando adobadas con la dulzura propia de su espíritu soñador e idealista [31].

Ante la mirada de la virgen se esfumaban, por tanto, para siempre los grandes salones de termas y convites en las lejanías de una perspectiva sin color. Las sombras de sus luces artificiales no impurificarían los verdaderos reverberos de la vida sobrenatural rebosante en la esposa de Cristo. Esta había quedado encerrada, sí, pero como soberana, dentro de un castillo señorial, cuyos muros estaban formados por el ambiente de familia, las ocupaciones del hogar y el honesto esparcimiento de las amistades caseras. Dentro de este círculo se debía realizar la sublimación de la propia persona.

---

dichas solemnidades se exteriorizaban los cánticos y regocijos. El mismo San Jerónimo se lo recuerda a la virgen Demetríades haciendo alusión a los tradicionales cantos *fesceninos*, que se entonaban en aquella ocasión, rebosantes de genio satírico y procaz (*Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 5 : PL 22, 1109). Buena prueba de ello es el que en el año 506 el Concilio reunido en Agde se creyese en el deber de redactar su canon 39 con estas palabras : «Los presbíteros, diáconos, subdiáconos y todos aquellos a quienes está prohibido el matrimonio absténganse de asistir a convites nupciales...» (MSCC, t. VIII, col. 331).

[30] *De habitu virginum*, 18 : PL 4, 457.

[31] *Convivium*, orat. 5 Thallusae, c. 4 : PG 18, 104.

CAPÍTULO XII

La vida social

84. Las salidas fuera del hogar.—85. Relaciones con las demás vírgenes.—86. El trato con los directores ascetas.—87. Actividades de caridad.

Las salidas fuera del hogar

84. Los hogares en que tejían su castidad las vírgenes primeras cristianas se hallaban a muchas leguas de los desiertos del anacoretismo. El ámbito mismo de las relaciones familiares resultaba con frecuencia demasiado abierto al campo de la vida social, en cuyo caso no quedaba otro remedio a las crisálidas aún tiernas de la pureza sino formarse su propio capullo en que encerrarse a solas con su Dios.

Cada vez se irían esfumando más en la lejanía, no del espacio, pero sí del espíritu, las líneas de la ciudad con la animación de sus foros, el aliciente de sus reuniones y el calor de sus círculos de amistad. Las visitas a parientes y conocidos se reducirían paulatinamente a las obligaciones más ineludibles impuestas por la educación o la caridad. Era muy difícil que el pomo del perfume virginal no perdiera su aroma abierto de continuo a exteriores vientos. ¡Cuántas veces no revolvería en su interior la virgen Marcelina aquellas frases oídas al Papa Liberio el día de su velación!:

Tratándose de vírgenes jóvenes, deseo que sean poco frecuentes las visitas, aun cuando a veces puedan ser necesarias por razón de parentesco o amistad. Mientras se ejercita, con ocasión de tales cumplimientos, una afectada urbanidad, sufre el pudor, crece la desenvoltura, se fomentan las risas intemperantes y se relaja la modestia. El no responder en tales ocasiones a las preguntas, se reputa puerilidad; el contestarlas, charlatanería. Por mi parte desearía, en cualquier caso, ver a una virgen más bien parca que sobrada de palabra [1].

No eran superfluas tales advertencias, tanto más cuanto que la estima en que eran tenidas las esposas de Cristo daba lugar a frecuentes invitaciones por parte de las damas cristianas, ofreciendo fácil ocasión para un inquieto revo-

[1] San Ambrosio, *De virginibus*, lib. III, c. 3, n. 9: PL 16, 222.

loteo de idas y venidas. Los inconvenientes hubieran sido graves. Aun pasando por alto otros daños, baste recordar que se trataba de rosas florecidas entre matorrales de espinas paganas, y lo menos que podía suceder era que al contacto con éstas sintiesen sus punzaduras y quedasen ajadas para siempre bajo el virus de la murmuración o de la calumnia [2]. Por eso la regla ordinaria de conducta cristalizó en este apotegma: "No abandones tu hogar sin verdadera necesidad; la tranquilidad de tu casa sea tu mayor deleite" [3].

La frivolidad de la vida exterior de aquel mundo, que, como la espuma de un arroyo juguetón e inconsciente, se volcaba en ciertas horas a través de las arterias de las grandes ciudades imperiales, no constituía ciertamente la coyuntura más favorable para que una virgen encontrase a su Esposo celestial. Habían cambiado las circunstancias, y ya no tenían aplicación las idílicas estrofas en que la amada del Cantar de los Cantares [4] recorre plazas y calles buscando a su Esposo divino y preguntando candorosamente por él a los transeúntes. Como les advertía San Jerónimo, en el ajetreo del ir y venir ciudadano de los actuales tiempos, "nadie te sabrá dar cuenta de dónde se halla Cristo, ni te será posible encontrarlo en semejantes aglomeraciones urbanas" [5]. Especialmente los días festivos, en que el concurso de gente desbordaba foros, termas y jardines, las vírgenes consagradas se veían obligadas a permanecer en el recinto de su casa, huyendo los peligros de un bullicio contra el que hubieran tenido que mantenerse en tensa alerta [6].

Al lector moderno, ajeno a la disciplina litúrgica de la época de Constantino o sus predecesores, no dejaría de escandalizar el consejo dado insistentemente a las vírgenes de que ni aun para visitar la iglesia deben salir con frecuencia de su casa [7].

---

[2] San Ambrosio las previene expresamente de cómo las muchas salidas de casa ofrecen pasto a la maledicencia. (Cf. *Exhort. virginit.*, c. 10, n. 72: PL 16, 357.) Más acremente insiste en este punto, como era de esperar, San Jerónimo, *Epist. 130, ad Demetriadem*, n. 19: PL 22, 1122.

[3] Es el lema con que San Atanasio compendia su doctrina en este punto *(De virginitate*, 22: PG 28, 277). Cf. asimismo San Ambrosio, *De virginitate*, c. 8, nn. 46-48: PL 16, 278.

[4] III, 2 s.

[5] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 25: PL 22, 411.

[6] El hecho es atestiguado por San Jerónimo, que declara conocer a las vírgenes que obran así *(Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 19: PL 22, 1122).

[7] Cf. San Ambrosio, *Exhort. virginit.*, c. 10, n. 71 s.: PL 16, 357. La misma doctrina establece San Jerónimo en su *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 17: PL 22, 404; y en su *Carta a Leta* le recomienda taxativamente que no deje ir a su hija a la iglesia si no es acompañándola ella misma *(Epist. 107*, n. 9: PL 22, 875).

Para todos los fieles, mucho más para los profesos del ascetismo, eran días de vibración espiritual los natalicios de los mártires o aniversarios de su muerte, en que la piedad cristiana afluía a los lugares empapados con su sangre o consagrados al menos con su recuerdo. Sobre el ara que servía de dosel a sus reliquias se celebraba el sacrificio eucarístico, y el pueblo todo sentía por unos momentos el aleteo del espíritu gigante del mártir, que henchía su propia alma con la tensión de lo divino. La fiesta ponía en los días de su espera una mística impaciencia. La virgen bullía con este común hervor de piedad. Qué rudeza de desilusión no debía encerrar en medio de sus tonos paternales aquella voz que venía precisamente entonces a resonar en sus oídos: "No andes buscado las grandes solemnidades eclesiásticas. Tus ilusiones más deleitosas deben esconderse para ti en tu propia estancia... Dentro de ella has de buscar y venerar a los santos mártires..." [8]. En esta ocasión, el bisturí de la renuncia cortaba fibras no ya de carne, sino de anhelo sobrenatural. El dolor de la llaga no podía menos de trascender a ultraterreno.

Así quedaba cerrado por completo el capullo de seda donde la virgen de Cristo debía llevar a cabo la sublimación de su ser, en cuanto éste conservaba de humano. En el secreto recóndito de su cámara, abierta únicamente, como decía el profeta Daniel, la ventana que daba vista a la Jerusalén celestial, insensible al bullicio que gusaneaba bajo sus muros, esperaba atenta el toque de los nudillos de su amado, cuya voz percibía internamente: *Heme aquí, que estoy a la puerta llamando; si alguno oyere mi llamada y me abriere, entraré en su morada y cenaré con él y él conmigo.* La virgen velaba ansiando aquel momento de las visitas de su Esposo divino, solícita para recibirle dentro de su corazón, no sea que por su indolencia en atender al divino llamamiento pasase el Señor de largo, dejándola a solas con la amargura y desesperación del amor frustrado [9].

Con todo, la virgen del primitivo cristianismo no era una anacoreta, y había momentos en que la puerta de su casa giraba hacia el exterior, para facilitarle la salida, o se abría hacia el atrio interno, para dar paso a ciertas relaciones so-

---

[8] Consejos parecidos rezuman todos los escritos exhortatorios de la virginidad a partir del siglo IV, en que con la paz de la Iglesia surgen los grandes actos litúrgicos del cristianismo. Las frases del texto se hallan en las cartas de SAN JERÓNIMO a Gaudencio y a Eustoquio (*Epist. 128*, n. 3: PL 22, 1098, y *Epist. 22*, n. 17, t. cit., 404).

[9] Con su erudición escriturística tan peculiar va trazando el Doctor de la Vulgata el cuadro de la virgen recogida en lo secreto de su aposento. Véase *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 26: PL 22, 411 s.

ciales. Prescindamos de las necesarias visitas a las iglesias o de las impuestas por el parentesco en que procuraba ser acompañada por su madre, guarda solícita de su pureza, escudo de aquella frágil silueta trazada con rayos de luz, que no debía lanzarse indefensa al torbellino de la urbe [10]. Fuera de estos casos, tres eran los principales vínculos de comunicación con el exterior a que se reducían sus expansiones sociales: el trato con las vírgenes sus compañeras de ideal, la comunicación con los ascetas directores de la pureza y el ejercicio de la caridad cristiana.

Relaciones con las demás vírgenes

85. El trato mutuo entre las vírgenes consagradas y cierta hermandad creada por el vínculo de la pureza aportaba una solución al problema espinoso de sus amistades. La esposa de Cristo debía sentirse necesariamente descentrada entre la ligereza de aquellas matronas, en la superficie de cuyas conversaciones danzaban, como la espuma sobre la cresta de las olas, sus preocupaciones por el mantenimiento del exterior fastuoso, la jactancia de los honores de sus maridos, magistrados, pretores o cónsules; la vanidad por el boato de sus servidumbres o el orgullo por las últimas muestras de benevolencia recibidas de la esposa del César [11]. Lo peor era que al desinflarse la hinchazón de semejantes discreteos, refugiándose la conversación en asuntos más triviales, quedaba a flor de tierra el fondo turbio de las respectivas relaciones con sus esposos, al modo como aparecen en la playa las inmundicias del bajo mar una vez retirada la soberbia de la ola. Todos estos temas tenían que

[10] La misma recomendación se halla en SAN AMBROSIO, *Exhort. virginit.*, c. 10, n. 71: PL 16, 357. Recuérdense a este propósito los consejos de SAN JERÓNIMO a Leta y Gaudencio al tratar de la educación de sus hijas.

[11] Cf. *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 16: PL 22, 403. No debe olvidarse que los círculos familiares en que se desenvolvían muchas de las vírgenes aun a fines del siglo IV estaban integrados por numerosos elementos paganos. Baste recordar a la misma virgen Eustoquio, hija del pagano Toxocio y de Santa Paula. Entre sus familiares se encontraban el hermano de su padre Julio Festo Hymecio, procónsul de Africa y celoso protector del culto pagano. La mujer de éste, Pretextata, probablemente también pagana y hermana en todo caso del famoso Vetio Pretextato, que dijo a San Dámaso: «Hacedme papa y me haré cristiano». En el círculo cultural de Pretextato se hallaban figuras tan destacadas como Símaco o el pontífice pagano Albino, una de cuyas hijas, Leta, vendría a ser cuñada de Eustoquio. Tales eran las más próximas relaciones de esta virgen. Para más detalles cf. F. LAGRANGE, *Histoire de Sainte Paule* (París 1931), pp. 71-77.

sonar en los oídos de la virgen con desapacible estridencia.

Cabía volverse indistintamente a las jóvenes de su misma edad para buscar compañeras; pero para encontrarlas, sea entre sus relaciones sociales, sea entre las doncellas de su servicio, debía emplear aquella linterna que San Jerónimo había dado a la virgen Demetríades, y que recordaba no poco a la usada por Diógenes en su búsqueda de un hombre:

Elige como compañeras—le decía—a mujeres graves, principalmente viudas o vírgenes, cuyas palabras sean sensatas, moderada su conversación, santo su pudor. Aparta de tu compañía la ligereza de las jóvenes que adornan sus cabezas, dejan caer los bucles sobre sus frentes, pulen su cutis, colorean su rostro, llevan ceñidas las mangas, los vestidos sin la menor arruga, los zapatos veteados de colores, de modo que, aun cuando se muestran como vírgenes, resultan mercancía venal. Las costumbres y el carácter de las señoras se juzgan las más de las veces por las costumbres de sus compañeras de amistad y de sus doncellas. Ten, por tanto, como hermosa y amable a la que desprecia la belleza de la forma y que al aparecer en público no escota su cuello y pecho ni descubre su cabeza con el porte negligente de su manto, sino que oculta su rostro y camina dejando apenas libre lo más indispensable de un ojo para poder ver dónde pisa [12]... Escoge tus amistades entre aquellas a quienes tienen extenuadas los ayunos, a cuyos rostros asoma la palidez de la austeridad, en las que la edad y el tenor de su vida son garantías de su solidez espiritual y en cuyos labios resuena a la continua aquel canto dirigido al Amado divino: *Dime dónde te apacientas y dónde sesteas*, para terminar con aquel santo afecto: *Deseo ser desatada de este cuerpo para unirme con Cristo* [13].

Fácil es de comprender que el descubrimiento de compañeras dignas a la luz de esta linterna diogeniana no era asunto sencillo, y que las posibilidades de solución quedaban reducidas al círculo de las jóvenes consagradas a Cristo por el voto de la pureza bajo la protección del velo virginal. Con esto la unión entre las esposas de Cristo fué consolidando sus vínculos, y llegó a formar una especie de urdimbre, cuyos hilos, invisibles, pero de poderosa reciedumbre, enlazaban a través de muros, de calles y aun de calzadas campestres a las vírgenes del Señor como nudos de un místico encaje.

Reunidas a sus tiempos en inocente solaz, sus espíritus se esponjaban comunicándose mutuamente aquella agilidad

[12] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 18: PL 22, 1121 s. Una lectura más exacta del párrafo con diversas variantes, aun cuando sin afectar la esencia del sentido, se halla en CSEL, t. LVI, p. 198 s.

[13] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 17: PL, t. cit., 404.

candorosa que las hacía elevarse luego más fácilmente hacia la morada de su Esposo en el empíreo. Tenían la consigna de mostrarse en su trato más íntimo con entereza de ánimo y carácter viril, despojándose de cuanto pudiera reflejar la molicie del mundo femenino [14]. Un cuadro encantador de lo que debían ser aquellas escenas de las vírgenes, unidas entre sí con la animación de un enjambre que, aislado en lo más espeso de una floresta, revolotea bullicioso, tejiendo danzas festivas entre los rayos del sol, nos lo ofrece la descripción del *Banquete,* de San Metodio, en que diez vírgenes, al pie de un árbol en un huerto simbólico, ponen fin a los castos regocijos de una cena campestre con las alabanzas más bellas de la virginidad que han salido jamás de pluma helénica. Más tarde nos hemos de ocupar de este cuadro, en que la gracia espiritual de la Grecia juguetea con la espontánea lozanía de la juventud y la pureza del cristianismo.

Esta unión se hizo, desde luego, más fácil cuando permitieron las circunstancias a las vírgenes juntarse para vivir defendidas bajo un mismo techo. Pero la tendencia era ya de antiguo general en todas ellas, y San Jerónimo se la recuerda a la noble Demetríades, que habitaba en Cartago en compañía de su madre y abuela:

"El gavilán—dice—procura separar una paloma, disgregándola de la densa bandada en que vuelan todas reunidas, para lanzarse al punto sobre ella, desgarrarla y saciarse con su carne y sangre. Las ovejas enfermas se quedan apartadas de la grey, con lo que no tardan en ser devoradas por los lobos hambrientos" [15].

Ni era únicamente en los ratos de esparcimiento. Aun en las distribuciones cuotidianas tendían a reunirse las vírgenes, ayudándose con su mutuo ejemplo. En Occidente no era raro el que las vírgenes de las casas nobles llamaran a su mesa a las siervas y doncellas consagradas asimismo por el voto de castidad, compartiendo con ellas sus alimentos, sazonados en tales ocasiones con la sencillez del Evangelio [16]. De este modo, los labios que se entreabrían al principio de la comida con una misma oración, seguían después saboreando las dulzuras de sus mutuos anhelos divinos, seguros de no tener que enrojecer más su carmín para responder a conversaciones menos decorosas.

No diferían mucho de estas prácticas las vírgenes orien-

---

[14] Cf. San Atanasio, *De virginitate,* n. 10: PG 28, 261 s.
[15] *Epist. 130,* n. 19: PL 22, 1122.
[16] Así lo aconseja San Jerónimo a la virgen Eustoquio (*Epist. 22,* n. 29, t. cit., 415).

tales del siglo IV. El austero Obispo de Alejandría les había dicho:

No te sientes junto a una catecúmena para comer tu pan, ni repartas tus alimentos con mujeres ligeras o chistosas, si no te vieres obligada a ello por la necesidad. Tú eres santa en el acatamiento de tu Señor, y tu alimento y tu bebida quedan también santificados por las oraciones y palabras de la bendición. Toma, pues, tu comida en unión de vírgenes fervorosas y circunspectas [17].

La red que encerraba a las vírgenes entre sus mallas iba de este modo estrechándose paulatinamente para juntarlas más y más entre sí. Sin duda que la mayor parte de ellas, especialmente las de tierna edad, seguían tomando su alimento en unión de sus padres y familiares, como seguían ejercitando sus labores en el atrio doméstico en compañía de sus madres, sus hermanas y sus siervas; pero, cuando su posición de amas de casa independientes o su rango social les permitía formar mesa aparte, la tendencia ya desde el siglo IV, al menos en el Oriente, fué la de estrecharse más y más para fundirse en una fibra homogénea, compacta y predilecta del cuerpo místico de Cristo.

El trato con los directores ascetas

86. Estas relaciones sociales del compañerismo se completaban con las de instrucción y dirección ascética. Las mismas vírgenes echaron pronto de ver la necesidad de una poderosa nerviatura interna que las ligase de modo seguro a su Esposo. Elemento de vida y sostén que encontraron en los consejos paternales de los obispos, a los pies de cuyo báculo, como María Magdalena a los pies del cayado de Cristo, se formaban sus almas. Los escritos de San Ignacio en Antioquía y los de San Cipriano en Cartago nos dan esta impresión, que todavía, a pesar del cambio total de circunstancias, se trasluce con cierta espontaneidad en San Ambrosio con relación a las vírgenes de la sede milanesa. En los comienzos de la virginidad, fuera de las actuaciones episcopales, únicamente podemos sorprender la intervención de los primeros ascetas misioneros, de carácter más o menos carismático, para el siglo I; y la de ciertos prestes y diáconos dedicados a la continencia para los tiempos que corren hasta la aparición del tratado *Sobre el modo de conducirse las vírgenes*.

[17] San Atanasio, *De virginitate*, n. 13: PG 28, 268.

Pero llegó el momento en que la grey de la virginidad cubrió con fecunda densidad campos y regiones dilatadas, sin que la solicitud de los pastores pudiese ya proveer en particular a cada una de aquellas ovejuelas de su redil. En el año 249 refleja esta inquietud el santo obispo Cipriano, recomendando a las vírgenes de más edad que instruyan a las más jóvenes [18]; y un siglo más tarde aparece ya en pleno desarrollo este mecanismo del magisterio espiritual, cuando, escribiendo el Prelado milanés a su hermana Marcelina, le desaconseja las excesivas austeridades, que a su edad debían ser conmutadas en una prudente parquedad, a fin de poder ser útil a las vírgenes más jóvenes, haciendo con ellas el oficio de maestra en la ascensión ascética de la pureza [19].

Y así sucedió que en adelante las esposas de Cristo consagradas ya por la constancia en la virtud y la experiencia de la edad se hallaban siempre atentas a las necesidades de las más débiles, prontas para acompañarlas en sus abandonos, consolarlas en sus aflicciones, acariciarlas en sus desalientos y mantener en cualquier caso erguida la bandera de su pureza [20]. Las más jóvenes, por su parte, hallaban en ellas un apoyo para sus luchas, un ideal para sus aspiraciones y un consejo para sus perplejidades. A ellas proponían sus iniciativas en espera de su aprobación, y con ellas compartían las explosiones de su fogosidad y dinamismo sobrenatural [21]. Los pastores las impelían suave, pero eficazmente, a buscar esta dirección, como aparece en los escritos ascéticos del Obispo de Alejandría:

No es lo más conveniente la vida en común de dos vírgenes jovencitas, pues difícilmente harán nada de provecho, ya que no prestará oídos la una a la otra, sino que más bien tendrá en poco sus consejos. Es más conveniente que la joven se halle bajo la autoridad de otra más provecta en años; de este modo la de más edad no condescenderá con las ocurrencias de la adolescente. Desgraciada la virgen que no se somete a la disciplina; es como nave sin timonel. Destrozado el gobernalle, sin capitán que la rija, se verá zarandeada de una parte a otra por el oleaje, hasta terminar deshaciéndose súbitamente en un choque contra las rocas. Tal es la imagen de la virgen que no tiene junto a sí una persona a quien reverencie. Feliz, por el contrario, la virgen sometida a la disciplina, pues se mostrará cual vid fecunda del paraíso, a la que el agricultor visita, limpia sus retoños, riega y arranca las malas hierbas

---

18 *De habitu virginum*, 24 : PL 4, 464.
19 *De virginibus*, lib. III, c. 4, n. 16 : PL 16, 221.
20 SAN JERÓNIMO, *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 29 : PL, t. cit., 415.
21 Es recomendación expresa de SAN ATANASIO que consulten sus empresas, antes de comenzarlas, con las vírgenes de más autoridad a fin de no errar (*De virginitate*, n. 23 : PG 28, 280).

que la circundan. Ella, por su parte, teniendo junto a sí quien la cultive, ofrece al tiempo de la recolección un fruto inestimable [22].

También en los caminos de la pureza debía ser la mano trémula de la ancianidad quien condujese el ímpetu del amor virginal hacia los tálamos del Esposo.

Al ensalzar la virgen Teopatra en el *Banquete*, de San Metodio, el aspecto frondoso de la pureza virginal, recalca muy de propósito la necesidad de la doctrina, que es la que inyecta vida a la ascética de aquella virtud: "Sólo entonces crece y se eleva a gran altura, con profusión de amplias ramas, el árbol de la virginidad, cuando el justo, el que tiene obligación de mirar por su conservación y cultivo, lo riega con las suaves fuentes de Cristo, empapándolo con las aguas de la sabiduría. Del mismo modo que el sauce no se desarrolla ni florece sino junto a la corriente de las aguas, así es tal la índole de la virginidad, que necesita el alimento de las enseñanzas divinas para vivir y florecer" [23]. Para este adoctrinamiento de cariz más intelectual, ansiosamente deseado por las seguidoras de la pureza, era menester contar con varones doctos a la par que piadosos.

Quedaba creado un nuevo problema. Porque salta a la vista que no era obra tan sencilla la de regular el mecanismo psicológico entre las vírgenes, hambrientas de escuchar a los mensajeros de Dios, y la función docente y encauzadora, propia de los varones carismáticos de las dos primeras centurias, o de los posteriores diáconos y ascetas de la continencia, tan florecientes en el siglo III, o de los prestes, que en tiempos de Ambrosio y Jerónimo ayudaban a los pastores en su ministerio directivo de las almas.

Las comunicaciones humanas entre los continentes de ambos sexos tenían su origen en un rayo de luz divina que rompía en las almas al contacto del Creador; pero bien podía suceder que aquel destello de lo sobrenatural viniese a degenerar, entenebrecido por las pasiones, en corrupción de carne pecadora. La chispa eléctrica que brota entre los celajes del empíreo, inexpertamente manejada en el laboratorio, en vez de abrillantar la materia puede fundirla, transformando la brillantez de los metales en el plasma negruzco de una lava informe. Nada se deslustra tan fácilmente como la pureza, cuya tersura se empaña con el aliento invisible de una mirada y cuya silueta se quiebra al golpe imperceptible de una palabra. Por ello, al establecerse los necesarios contactos entre ascetas docentes y vírgenes consagradas, surgieron al punto las necesarias cautelas, no impuestas por

[22] Ibid., n. 14: PG, t. cit., 268.
[23] *Convivium*, orat. 4 Theopatrae, c. 3: PG 18, 89-91.

la autoridad exterior, sino nacidas por generación espontánea del seno mismo de la pureza.

Las descripciones contemporáneas que nos pintan aquellos contactos todavía esporádicos entre los continentes de ambos sexos durante los dos primeros siglos, rebosan un candor infantil que rara vez volveremos a encontrar en la historia. Instructivas a este propósito son las dos cartas, o mejor dicho, las dos partes de la primitiva carta pastoral sobre la virginidad que, enmascarada tras el nombre del primer Papa Clemente, ha llegado a nuestras manos. Precisamente su autor, asceta experimentado en los caminos del Señor y en los yerros de los hombres, trata de exponer a los continentes sirios y palestinenses de ambos sexos las costumbres y las cautelas con que se procede en la región que sirve de cuna al escrito. Podríamos decir que es una amonestación que el siglo II hace al siglo III. Porque es, en efecto, éste el que se nos muestra con su problema palpitante de las vírgenes *subintroductas,* cuyos extravíos agitaban sobre todo el Oriente y el Africa del Norte y cuya existencia parece suponer el autor entre sus destinatarios; al paso que la segunda parte nos hace vivir los siglos I y II con el bello ejemplo de los maestros que en ellos se describen, predicadores itinerantes de rasgos carismáticos aureolados con la delicadeza de su pudor y la prudencia de sus cautelas.

El cuadro trazado por el autor es de un colorismo sumamente ingenuo. La separación ordinaria en el trato entre los ascetas maestros y las vírgenes consagradas era vertical. Jamás hubieran condescendido aquéllos en pernoctar bajo el techo en que habitara una virgen, ni se hubieran avenido a tomar alimento alguno en su compañía o a dejarse lavar y ungir los pies por ellas, según las ordinarias muestras de hospitalidad, tan características de la primitiva Iglesia [24]. Con todo, los predestinados por Dios con *el don de la doctrina* o *la ciencia de la predicación* debían utilizar estas gracias en provecho de sus hermanos y hermanas peregrinas por las vías del espíritu [25]. Eso sí, las instrucciones ascéticas dirigidas a las vírgenes y mujeres cristianas quedaban rodeadas de sabias precauciones.

Aquella interesante carta nos pinta a los varones continentes compelidos por las mujeres cristianas, y en particular por las vírgenes, a pronunciar una exhortación edificativa de santidad. El asceta convoca a todas en un lugar

[24] II *Epist. ad virgines,* c. 1, n. 2: FPA, vol. II, p. 15.
[25] Tales indicaciones aparecen en la II *Epist.,* c. 2, n. 4, y con más detención en la I *Epist.,* c. 11, n. 10, donde se suponen estos dones de origen carismático (FPA, vol. cit., pp. 11 y 16).

adecuado, y mientras se reúnen interroga a cada una de ellas sobre su modo de proceder, para ofrecerles privadamente, durante aquellos breves momentos de conversación, los consejos más adecuados a sus necesidades y a su estado de ánimo, sin olvidar nunca en sus palabras las conveniencias de quien teme a Dios.

Reunidas ya todas las cristianas, entre las que se hallan las vírgenes, "con modestia y compostura, prestas a gozar del placer de la verdad", como anota el texto [26], y hecho silencio en el concurso, el varón de Dios da rienda suelta a la inspiración del Espíritu Santo, que hace vibrar todo su ser en una exhortación temerosa de Dios. Lee a continuación un pasaje de la Sagrada Escritura, comentándolo con palabras castas y con ademán lleno de severa gravedad, que refleja la dignidad de su doctrina. Todo ello dirigido a edificar y consolidar la fortaleza de las piadosas oyentes. Una oración en común cierra el acto, dando paso a la despedida de la caridad cristiana. Pero aun ésta se nos muestra velada tras un cendal de pudorosa fragancia. Las vírgenes y mujeres cristianas se acercan al asceta con las manos ocultas en los pliegues de su propio vestido, mientras el siervo de Dios les ofrece a besar su mano, cubierta asimismo por modestia con su propio manto. Durante el tiempo en que desfilan delante de él los fieles para esta severa ceremonia de respeto, los ojos del varón continente se mantienen dirigidos hacia el cielo [27]. Toda la segunda carta de la virginidad refleja la preocupación de evitar no sólo el peligro, sino cualquier ocasión de que puedan murmurar los extraños a la vida ascética, tildando en lo más mínimo la tersura de su pureza [28].

Estas prudentes reservas no impedían a la virgen venerar a los ascetas bien instruídos y aun agasajarlos cuando tenía ocasión de recibir sus palabras. Algunos años más tarde recordaba San Atanasio esta obligación a las esposas de Cristo en un ambiente donde la mayor escasez de paganos no hacía necesarias tantas cautelas. Estamos ya en el siglo IV.

No te olvides—le decía—de los siervos de Dios ni se borre su memoria de tu espíritu. Si llegare uno de estos santos varones a tu casa, recíbelo como recibirías al mismo Hijo de Dios, ya que dice nuestro Señor Jesucristo: *Quien a vosotros recibe, a mí me recibe.* Cuando entrare en tu morada, sal a su encuentro con

[26] Palabras del c. 2 de la II *Epist.*, n. 4 : FPA, vol. II, p. 16.

[27] Los rasgos de este cuadro se hallan esparcidos en los capítulos 2 y 4 de la II *Epist.*, FPA, vol. II, pp. 16-18.

[28] Véanse las cautelas que anota respecto al alojamiento y el modo de obrar en pueblos donde habita solamente una mujer cristiana (II *Epist.*, c. 5 : FPA, vol. cit., p. 18 s.).

temor y temblor, arrójate a sus pies, y así postrada en el suelo, hazle la debida reverencia. No es a él a quien veneras, sino a Dios, que lo envía. Trae en seguida agua, enjuaga sus pies y oye respetuosamente sus exhortaciones. Pero no presumas en la virtud de tu castidad, no sea que caigas; procede con temor, pues mientras permanezcas temerosa, no pecarás [29].

Este pasaje nos sirve de puente para llegar, en la evolución del ministerio docente, desde los primeros ascetas itinerantes a los prestes, directores conscientes de las vírgenes consagradas. Las instrucciones comunes sobre los encantos y méritos de la perfecta continencia seguían teniéndose todavía como parte integrante de las exhortaciones públicas dirigidas a las fieles en general, donde junto a las esposas de Cristo se apiñaban las simples cristianas, madres de un hogar o aspirantes a formarlo. Desde este punto de vista se continuaba el método descrito en las cartas pseudoclementinas. Así nos lo atestiguan las homilías pronunciadas por el Obispo de Milán en su iglesia ante un conjunto abigarrado de toda clase de fieles, y que, esto no obstante, publicadas más tarde, pudieron formar sus famosos tratados sobre la virginidad.

Pero junto a estas exhortaciones públicas aparece ya en el texto citado de San Ambrosio la instrucción privada y directa que ciertos siervos de Dios hacían en sus casas a las vírgenes de Cristo, preludiando la dirección ascética, que habían de iniciar, años después, sacerdotes celosos como San Jerónimo en su histórico cenáculo de Roma, cuna ascética de santas y arsenal de venganzas contra su fundador. El nuevo método de formación y gobierno de las vírgenes tenía sus peligros, y el mismo penitente de Belén es quien ha descrito sus abusos de modo más impresionista y zahiriente [30]; pero en todo caso no igualaban éstos a las quiebras a que estaban expuestas las vírgenes jóvenes, que, confiadas en su propia doctrina y prudencia, caminaban a solas por las sendas de la ascesis cristiana, siempre abrup-

---

[29] *De virginitate*, n. 22: PG 28, 277. Nótese la diferencia con respecto a las prescripciones de las *Cartas pseudoclementinas ad virgines*, especialmente en el lavatorio de los pies conforme a la prescripción evangélica.

[30] Sumamente viva es su descripción de los clérigos poco edificantes, que utilizan esa misión para gozar de mayores libertades en el trato social y de cierta molicie aristocrática. El número 28 de su carta a la virgen Eustoquio (PL 22, 413-15) constituye, sin duda, uno de los modelos más punzantes del estilo satírico salido jamás de una pluma latina. Como consecuencia de un tal cuadro, tiene especial cuidado de advertir en el número 29 (PL, t. cit., 415), a propósito de las instrucciones privadas, que más vale ignorar que aprender con peligro.

tas y de fácil extravío [31]. Aquellos varones piadosos y doctos debían ser como el cirio encendido a cuya llama era menester aproximasen las vírgenes el pábilo de su propia mecha si querían ser luz de santidad en la Iglesia de Cristo [32].

Actividades de caridad

87. Un tercer camino de comunicación con el exterior se abría a veces en la morada de la virgen: era el de la caridad. En el movimiento de aquellas almas hacia Dios, igual que en la mecánica de los cuerpos, no podía menos de producirse calor, en este caso calor de amor, que, irradiando fuera de sí, envolvía en ondas de caricia sedante los dolores del enfermo o las necesidades del indigente. Aun cuando hubiesen quedado mudas sobre este punto las fuentes literarias, podía esperarse sin temor a error un ejercicio activo de caridad por parte de las jóvenes consagradas a la pureza, supuesto, como les decía San Atanasio en su escrito sobre la virginidad, que este precepto, el primero de todos, es el fundamento del seguimiento de Cristo [33].

Olfateando los rastros de los primeros documentos eclesiásticos, el papel de la virginidad en las obras de misericordia se destaca al momento. Es muy elocuente para cualquier exegeta, conocedor de las prácticas de caridad asignadas por San Pablo a las viudas, la confusión intencionada de nombres entre éstas y las vírgenes, hecha ya desde los tiempos de San Ignacio de Antioquía. Esta psicología del lenguaje bastaría para considerarlas como ángeles de caridad en la Iglesia primitiva. Avancemos unos años más. A los ojos de cualquier erudito investigador de los oficios encomendados por la antigua disciplina eclesiástica a las diaconisas, según las *Constituciones apostólicas*, será suficiente ver integradas aquellas filas por falanges de vírgenes para intuir los cuadros enternecedores de misericordia creados por las esposas de Cristo.

[31] En el capítulo 17 de su *Epist. 130 ad Demetriadem* (PL 22, 1121) se pregunta San Jerónimo si es preferible la vida solitaria o común, cuestión muy debatida en aquella época, en que anacoretas y cenobitas emulaban en fervor. El Santo se inclina resueltamente a esta última, exponiendo con frases tajantes los peligros de un aislamiento absoluto.

[32] La comparación es de Gregorio Niseno, que no teme dedicar un capítulo entero, y por cierto el último de su obra, a este tema de la necesidad de instruirse por un varón docto (*De virginitate*, c. 24 : PG 46, 409-415).

[33] *De virginitate*, n. 21 : PG 28, 276 s.

Una observación nos impone, sin embargo, la lealtad a las fuentes. El Oriente cristiano sobrepujó en este punto a la raza latina. Si prescindimos de la caridad en la limosna, cuya generosidad podría hacerse sinónima de despilfarro, no tropezamos de ordinario en los grandes directores de la virginidad occidental, especialmente por lo que hace a la Iglesia africana, en los Ciprianos, Jerónimos o Agustinos, sino con breves frases respecto al ejercicio de esta virtud [34]. Se diría que los alisios de la ascética en estas regiones empujaban a una mayor concentración contemplativa y a una renuncia más absoluta del mundo externo, de la propia vida y del yo social. Hablamos de tendencia, no de práctica exclusivista. Las vírgenes latinas daban también expansión a su caridad en frecuentes obras de misericordia. Es más: habrá pocos pasajes aun en el Oriente tan expresivos a este propósito como el encantador mosaico formado por San Ambrosio con diversos textos de Job y presentado ante los ojos de las tres vírgenes boloñesas hijas de Santa Juliana cual pintura anticipada de lo que debía ser su vida:

Venga sobre mí la bendición del moribundo y bendígame el corazón de la viuda a quien consolé. Fuí ojo para el ciego y pie para el cojo; me constituí en padre de los desvalidos. ¿Cuándo vi pasar delante de mí al harapiento sin que le vistiese? ¿Cuándo acudieron a mí los pobres desnudos, que no calentase sus miembros con los vellones de mis ovejas? ¿Acaso oculté alguna vez mi pecado, aun el cometido sin advertencia e involuntariamente, o permití que saliese el necesitado de mi casa con las manos vacías? [35]

Consejos a los que pone el mismo San Ambrosio su corona con las peticiones que en orden al ejercicio y entrañas de misericordia hace a Dios para la esposa de Cristo recién consagrada con la velación virginal [36].

Sin embargo, las exhortaciones más apremiantes, así como los cuadros descriptivos más detallados referentes a la misericordia de las vírgenes, aparecen en las regiones orientales. Al poner fin la celestial Aretes al místico banquete de Olimpo de Licia y otorgar la corona de la victoria a la oración de Tecla, resume con palabras concisas y apodícticas los caracteres de la verdadera virginidad. En ellas se proclama el deber de posponer las propias conveniencias

[34] Por ejemplo, en todo el tratado de San Cipriano, *De habitu virginum*, fuera de las exhortaciones a la limosna, en que se explaya con verdadero fuego, no hay sino una frase, escrita en el capítulo 23, donde incita a las vírgenes a ser fáciles para ejercitar la misericordia (PL 4, 464).

[35] *Exhort. virginit.*, c. 12, n. 80: PL 16, 360.

[36] *De instit. virg.*, c. 17, n. 112: PL, t. cit., 332.

en aras de una caridad misericordiosa. Al fin, esta sentencia perentoria: quien no obra así, no puede llamarse profesa de la castidad, pues con su conducta la deshonra [37]. ¡Tan compenetradas estaban caridad y pureza en las escenas, que a fines del siglo III se ofrecían a la vista de San Metodio en el Asia Menor!

Los detalles más minuciosos de las obras de misericordia virginales nos los ofrece la segunda de las epístolas pseudoclementinas [38]. A través de aquellas páginas podemos entrever la ternura de las vírgenes, derramando, cuando el caso lo requería, el bálsamo de la consolación en los tugurios de los huérfanos o en las estancias solitarias de las viudas. Las contemplamos presentándose con sus dones en medio de las familias redimidas por la fe en Cristo que luchan sudorosas por mantener con recursos insuficientes los numerosos hijos recibidos un día de la mano de Dios para devolvérselos a su tiempo santificados por la gracia. Se nos presentan en ocasiones a la cabecera de los pobres enfermos, aliviándolos con las palabras que oyeron a Cristo en los coloquios de su pasada contemplación, y sirviéndoles en sus necesidades con la sonrisa de una hermana y el corazón de una madre, que se traslucen tras el velo de su compostura virginal. Juntas con los exorcistas y los carismáticos, dotados del poder de arrojar a los demonios y sanar las enfermedades, suplican e importunan al divino Esposo con ayunos y con la voz del amor, exenta de retóricas vanas, para que sean eficaces las palabras de los conjuros. Y al tornar a su morada después de haber dejado tras sí regueros de consuelo, cual sembradoras de divinos amores, abren la puerta de su casa para dar entrada al cristiano peregrino, oriundo tal vez de lejanas tierras, pero que al disfrutar ahora del calor y el pan de la caridad se siente más miembro de la familia de Cristo cuanto más alejado se halla de su propio hogar.

Como firma que rubrica este cuadro de caridad virginal, leemos las palabras con que el asceta continente, autor de la carta aludida, termina sus anteriores consignas. Todo esto, dice,

> sin susceptibilidades, sin aceptación de personas, sin confusión para los demás, amando a los pobres como siervos de Dios y consolándolos con nuestras visitas. Cosa excelente es delante de Dios y de los hombres acordarse de los desvalidos, amar a

[37] *Convivium*, orat. 11 Aretes, c. 1 : PG 18, 205.

[38] Varios de los consejos a este respecto se dirigen, sin duda, a los varones, como son los relativos a la predicación y práctica de los exorcismos ; pero otras amonestaciones son comunes a todos, o deben ser aplicadas, según la materia, a uno u otro sexo, ya que la carta a ambos está dirigida.

los hermanos en la fe y acoger a los peregrinos por Dios y por los que en El creen. Este ejercicio de la misericordia para con los miembros de la comunidad y para con los peregrinos lo hemos aprendido en la ley, en los profetas y, sobre todo, en nuestro Señor Jesucristo. De ahí que todos estos deberes han de ser dulces y agradables para vosotros, que sois discípulos iluminados por Dios [39].

Al contemplar a las vírgenes de Cristo en los éxtasis de su oración, tal vez nos dolíamos de que no apareciesen sus sienes orladas por un nimbo celeste digno de su grandeza; la caridad se encarga ahora de ponérselo sobre la frente con claridades mucho más vivas que si hubiera sido plasmado con destellos arrancados al sol [40].

De este modo sencillo, y aun trivial en su aspecto exterior, se deslizaba la vida de la virgen cristiana. La cámara en que moraba podría decirnos muchos secretos de su oración y penitencia; el atrio presenciaría largas horas de trabajo manual silencioso y hogareño; el gran triclinio nos advertiría sus ausencias en los banquetes y fiestas solemnes de familia; el umbral de la entrada atestiguaría no haberla visto acompañar a las termas a sus parientes y compañeras; el pesado portón del vestíbulo nos descubriría que únicamente habían girado sus goznes, estableciendo contacto entre los dos mundos exterior e interior, para reunir a la virgen, durante breves momentos de solaz, con sus compañeras de pureza, para ponerla ante el asceta continente o el sacerdote encargado de matizar su espíritu con la doctrina evangélica o para darle paso hacia la región del dolor con el bálsamo de la caridad. Toda la casa no era sino una gran arpa cuyas cuerdas resonaban con las armonías del amor nupcial a Cristo y la caridad sacrificada hacia sus semejantes.

---

[39] I *Epist. ad virgines*, c. 12, n. 8: FPA, vol. II, p. 12.

[40] En la transcripción del tratado *De habitu virginum* conservada por algunos códices se lee una triple frase lapidaria, que sería el mejor resumen de esta triple relación social de las vírgenes consagradas: «Las mayores de edad, sed maestras de las más jóvenes; las del mismo tiempo, servíos mutuamente de emulación para la virtud; las que os halláis todavía en la flor de vuestros años, asistid a las más ancianas» (c. 24). Por desgracia, la enumeración parece estar interpolada por lo que hace al tercer miembro. (Cf. CSEL, vol. III, p. 205.)

CAPÍTULO XIII

Los aleteos de la piedad virginal

88. Vigilias litúrgicas.—89. Sinaxis eucarísticas.—90. La oración privada.—91. La oración oficial.—92. La oración íntima.—93. La Sagrada Escritura.

Vigilias litúrgicas

88. La figura de las vírgenes y su actuación externa se presentaba a sus contemporáneos como exponente, el más sublime, de espiritualidad; a nosotros, que caminamos rezagados tantos siglos tras ellos, como ideal, casi mitológico, creado por el primitivo empuje cristiano. En tales visiones es fácil olvidar el oculto forcejeo desplegado por aquellas jóvenes, que en el modelado plástico de su pureza debían emplear carne corrompida tomada del acervo común de la humanidad. Su vida interior reproducía el rudo laboreo oculto en los subterráneos de las minas, en los talleres de los altos hornos o en el sudor de la forja, que difícilmente se adivina al ver el grupo escultórico destinado a perpetuar las alegrías de una victoria.

La elaboración de la pureza perfecta presuponía ante todo un contacto íntimo con la divinidad, como garantía de obtener las fuerzas para tal empresa; se iba luego modelando mediante el áspero repasar de la gubia sobre la propia carne; obtenía su perfil de aristocracia sobrenatural gracias al desprecio de los bienes temporales, relegados al rango de lo indeseable juntos con el propio yo y el mundo todo de lo caduco; finalmente, podía ya sobre esta base elevarse, con la vaporosidad de lo ultraterreno, mediante el enamoramiento de su Esposo celestial. En otros términos: cuatro hitos marcaban la ascensión de la virginidad: oración, penitencia, elevación sobre lo terreno y amor a Cristo.

El contacto más fundamental de la virgen con el mundo del espíritu se lograba, sin duda, por medio de la oración. Estando persuadida de que la continencia perfecta era un don de Dios, a él acudía en continua súplica para impetrarlo, y sintiéndose, por otra parte, esposa de Cristo en virtud de su consagración virginal, polarizaba gustosa su vida toda

en un ansia unitiva de coloquio y ternura. Durante aquellos siglos de persecución tenaz o de formación embrionaria de la liturgia, el secreto de la estancia donde habitaba era testigo más fiel que el recinto de las iglesias por lo que hace a su oración. Aun cuando es necesario también advertir, como contrapartida, que era en las *sinaxis,* o reuniones eclesiásticas, donde experimentaba las conmociones más profundas de su misticismo y las experiencias más sensibles de su unión con el Esposo divino.

Todavía en el siglo IV, en que no se conservaba la Eucaristía en las iglesias expuesta al culto público, las vírgenes no acudían a ellas si no era para las asambleas litúrgicas. Tampoco se había introducido todavía de modo general el canto de los divinos oficios, fuera de los tanteos, que empezaban a consolidarse en algunas regiones, principalmente del Oriente, junto a las primeras tentativas de vida monástica. Así, pues, la asistencia de las vírgenes consagradas a las iglesias se reducía a los actos de culto taxativamente determinados por la disciplina vigente.

Bajo este aspecto, el domingo era esperado con ansia. Constituía desde los tiempos apostólicos el día de la gran liturgia eucarística. Ya en el corazón de la noche, se tenían los actos colectivos de piedad llamados *vigilias,* a los que aludía Plinio, el gobernador de Bitinia, en su carta a Trajano [1]. Eran un templar el alma para la gran liturgia de la mañana siguiente.

Allí encontramos a las vírgenes ocupando su puesto de honor entre el presbiterio y los simples fieles. Sus almas van vibrando gradualmente con toda la entrega de que es capaz un corazón sin doblez ni malicia. Momentos de dulce suavidad. Fluye el recitado de los salmos con sus incitantes imágenes del Mesías. Llenan el ámbito con temblores de emoción a lo largo de los entrecruzamientos del artesonado las armonías de los cantos litúrgicos. Resuenan graves, depositando sedimentos de eternidad en los corazones, los fragmentos bíblicos que desde un ambón de mármol lee uno de los ministros. Se oye el revoloteo de las palabras exhortatorias del sacerdote o del obispo, portadoras de paz, de consuelo y de ternura, en busca de las fibras más íntimas del alma. Finalmente, se difunde a través del silencio del local un murmullo de plegaria colectiva, ora suave como aura que mece a todos en un mismo ondular del espíritu,

[1] El hecho de que Plinio ponga especial interés en particularizar las circunstancias de estas vigilias, sus horas, sus cánticos, etc., demuestra la importancia que adquirieron ya desde los comienzos del siglo II. (Véase su carta a Trajano, *Epist.*, lib. X, 96: Bibl. Teubneriana, 1933, p. 363 s.)

ora penetrante como saeta que va a clavarse en los cielos con un mensaje de impetración [2].

Salmos, cánticos, lecturas y oraciones se prolongan largamente. San Juan Crisóstomo rompe en un ditirambo de entusiasmo y emoción, al comenzar una de sus homilías, ante aquella muchedumbre, que, desafiando el despotismo del sueño y despreciando las vejaciones de la pobreza, enlaza en la oración de una vigilia las lentas horas de la noche y las luces matinales del nuevo día [3]. Sin embargo, lo más ordinario era disolver la asamblea cristiana, dando lugar a una interrupción de varias horas antes de comenzar los actos propios de la liturgia eucarística.

Sinaxis eucarísticas

89. Tenían lugar éstas en las primeras horas de la mañana, una vez que a partir de la mitad del siglo II había desaparecido casi universalmente la cena ritual, que en los tiempos apostólicos solía precederlas. Volvamos a entrar en aquella "sala oblonga, como dicen las *Constituciones de los apóstoles,* orientada hacia el este, con doble sacristía en la misma dirección a uno y otro lado, de tal modo que semeja una nave. Alzase en el medio el trono del obispo, rodeado por los asientos de los presbíteros y los puestos reservados a los diáconos, quienes, en pie y cubiertos con vestiduras ligeras, están prestos en cualquier momento al servicio del altar; son como los marinos o jefes de remeros de la nave. Bajo sus indicaciones se distribuyen por el templo los laicos ordenadamente y en silencio" [4].

De nuevo las esposas de Cristo ocupan su lugar de preferencia junto al presbiterio. Muy cerca de ellas se eleva el ambón, desde el que dos de los clérigos leen trozos escogidos del Antiguo Testamento [5]. En la mente de la virgen, que tantas veces ha meditado aquellos pasajes bíblicos, se presenta ya desde este instante, a través de las visiones proféticas, la figura del Mesías Dios, su Eposo divino, con colorido de intuición sobrenatural. Por eso, al entonar poco

[2] No hay duda de que estas reuniones nocturnas producían honda impresión en las vírgenes. Así se explica el que cuando el autor del tratado *De lapsu virginis* pretende conmover a la pobre pecadora, le trae expresamente este recuerdo (c. 6, n. 22: PL 16, 373).

[3] *Homilia 4 in Isaiam*, c. 1: PG 56, 120.

[4] Lib. II, c. 57, nn. 3-5: FDC, t. I, pp. 159-161.

[5] En las ceremonias descritas a continuación seguimos casi exclusivamente el ceremonial y oraciones prescritas por las *Constituciones apostólicas,* que nos transmiten la liturgia siria de fines del siglo IV. (Véase lib. II, c. 57, nn. 5-10, y lib. VIII, cc. 5-15: FDC, t. I, pp. 474-521.)

después otro de los ministros los sucesivos versículos de un salmo, acompaña ella estática a los fieles, que repiten las últimas modulaciones del canto, como si quisiera dar salida a través de su voz a un gemido nupcial de amor. Oye en pie la lectura del evangelio y saborea los comentarios que de él van haciendo los sacerdotes, a cuyo saludo inicial: "El Señor sea con vosotros", ha contestado ella también con la frase bíblica: "El sea con tu espíritu". El obispo cierra con sus palabras estas instrucciones doctrinales.

En este momento son despedidos fuera de la iglesia los catecúmenos y los condenados por sus culpas al estado de penitentes. El ambiente se hace más íntimo. Suena insinuante la voz de un diácono: "Oremos por la tranquilidad del mundo, para que el Señor del universo nos conceda una paz estable y perpetua y nos conserve en la plenitud de la piedad". La virgen, de rodillas en tierra, con los brazos extendidos, las manos levantadas a la altura del rostro y la mirada dirigida hacia el cielo [6], une su voz al murmullo de plegaria que responde a esta invitación clamando: *Kyrie eleison,* "Señor, tened piedad de nosotros".

"Oremos—continúa el diácono—por la santa Iglesia católica y apostólica, a fin de que Dios la conserve indemne del oleaje mundano, la mantenga firme sobre su fundamento de piedra hasta la consumación de los siglos; *Kyrie eleison.* Oremos por nuestras vírgenes; *Kyrie eleison*", repite la esposa de Cristo, poniendo todo el anhelo de su alma en aquella invocación. "Oremos—prosigue el diácono con nuevas exhortaciones—, oremos por las viudas y por los huérfanos, por los casados, por los continentes y por los neófitos, por los enfermos y por los peregrinos, por nuestros enemigos, por nuestros perseguidores y por los here-

[6] Tal era la postura ordinaria en la oración. Durante el tiempo pascual, sin embargo, se oraba en pie, y no de rodillas, como signo de alegría, que alejaba las posturas penitentes. La posición de las manos era de uso universal, como nos lo atestiguan, para el Oriente, ORIGENES, en su libro *De oratione,* n. 31 (PG 11, 549-52), y para el Occidente, TERTULIANO, *De oratione,* c. 17 (PL 1, 1174 s.), quien añade que era la posición preferida por los cristianos en recuerdo de la cruz de Cristo. Las catacumbas de Roma nos confirman este mismo gesto para la oración en sus innumerables imágenes de orantes. (Cf. J. WILPERT, *Die Malereien der Katacomben Roms,* Textband, c. 6, p. 115.) La posición del cuerpo hacia el Oriente es prescrita por SAN BASILIO como rito de tradición apostólica. Como razón simbólica apunta la de dirigir así nuestras miradas a la antigua patria perdida del paraíso *(Lib. de Spiritu Sancto,* c. 27, n. 66: PG 32, 188-192). La principal diferencia en cuanto a la postura parece haberse dado en la Iglesia cartaginense, en que los cristianos mantenían durante la oración la vista dirigida al suelo. Así lo indican TERTULIANO, lug. cit., y SAN CIPRIANO, *De oratione dominica,* nn. 4 y 6: PL 4, 521-23.

jes apartados de Dios. Oremos mutuamente por nosotros mismos, para que Dios nos conserve con su gracia, nos defienda hasta el fin, librándonos de todo mal y de los escándalos de la iniquidad hasta conducirnos a su reino celeste". Una solemne plegaria del obispo pone digno remate de autoridad a las preces, y con ellas a la primera parte de la misa.

El espíritu de la virgen se repliega más y más dentro de sí misma al empezar la parte central del sacrificio. Tras un saludo de paz dirigido al pueblo por el pontífice oficiante y contestado por todos los fieles con la fórmula ordinaria, a una indicación del diácono, se saludan los cristianos entre sí, dándose mutuamente, los varones a los varones y las mujeres a las mujeres, el ósculo de caridad. Los diáconos y demás clérigos se esparcen por la iglesia para velar por el mantenimiento del debido rango entre los asistentes y del silencio entre los niños, para guardar las puertas, impidiendo la entrada de ningún extraño durante la oblación, y para preparar el pan y los cálices que han de ser consagrados.

Un prefacio de acción de gracias, semejante al de la actual liturgia, eleva hacia lo alto el corazón de la virgen, haciéndola exclamar, en unión de los cristianos allí presentes, en la fórmula majestuosa del trisagio: "Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de su gloria. Bendito sea por todos los siglos. Amén". El pontífice conmemora luego en la plegaria eucarística propiamente tal la gran obra de la encarnación, la redención y los misterios de la pasión y muerte de Jesús, para llegar al recuerdo de la última cena y con él a las palabras arcanas que han de hacer presente al Hijo de Dios sobre el ara del altar. La virgen tiembla de emoción mística ante la repentina aparición de su Amado. ¡Con qué sinceridad une sus propios sentimientos a las palabras del obispo, que siguen rasgando el silencio de la iglesia para presentar al Eterno Padre, en homenaje infinito de adoración, aquella hostia inmolada de nuevo por el amor!

Por última vez, pero ésta ante la presencia corporal del Señor, sigue el pontífice desgranando súplicas en favor de la Iglesia y sus sacerdotes, del emperador y sus magistrados, de todos los miembros de su pueblo escogido, entre las que vuelve a destacarse con especial viveza la invocación por las vírgenes, por aquella su esposa allí presente. Una postrera bendición sobre el pueblo. La voz del diácono, que reclama la atención de los fieles, y la del obispo, que recuerda solemne las palabras de Cristo: "Las cosas santas para los santos". "Un solo santo—responde el pueblo—, un

solo Señor Jesucristo, bendito seas para gloria de Dios Padre por todos los siglos. Amén. ¡Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra, complacencia divina en los hombres! ¡Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor, Dios Señor, que apareció entre nosotros! ¡Hosanna en las alturas!"

Hecha la fracción del pan entre los ecos de estas aclamaciones y después de comulgar el obispo, se van presentando los fieles ante el altar para recibir en su pecho la carne y sangre de Dios. Se guarda el orden de su jerarquía: diáconos, subdiáconos, clérigos menores y ascetas. A las diaconisas siguen inmediatamente las vírgenes consagradas que no tienen aquella dignidad.

Con el rostro encendido por la emoción de la joven que se presenta ante su esposo amado, o tal vez por los efluvios de algún querubín que en aquel momento le hace dosel con sus alas como a reina, recibe la virgen en su mano derecha, abierta y apoyada sobre la izquierda, el pan eucarístico, que deposita en ella el obispo, diciendo al mismo tiempo: "El cuerpo de Cristo". *Amén,* ratifica ella con voz algún tanto velada por el afecto. Un momento después acerca sus labios al cáliz que le alarga el diácono con la fórmula solemne: "La sangre de Cristo, cáliz de vida". *Amén,* vuelve a repetir la virgen; y el eco de esta su confesión de fe se entrecruza con las cadencias del salmo 33, entonado por un cantor, que en aquel momento melodia estas palabras: "Gustad y ved cuán suave es el Señor: bienaventurado quien se acoge a El". La virgen siente vacilar su corazón con el vértigo de lo divino, y sólo a través de la neblina de un arrobamiento sigue la doble oración con que primero el diácono y luego el pontífice dan gracias al Eterno Padre por este misterio de amor. De su deliquio ultraterreno viene a despertarle la voz del diácono, que anuncia con tono grave: "Retiraos en paz" [7].

Esta inmersión del espíritu en la esfera de los misterios divinos se repetía asimismo en las grandes fiestas eclesiásticas, inscritas ya para el siglo IV en el ciclo litúrgico: Pascua, Pentecostés, Navidad, Circuncisión, Epifanía y varias otras relativas principalmente a los apóstoles. En el correr de la semana ordinaria, otros dos días, los llamados días de estación, miércoles y viernes, tenía también la virgen ocasión de acudir a las reuniones del culto cristiano. No revestían tanta solemnidad como las *sinaxis* dominicales, y aun en algunas regiones, como Alejandría, parece

[7] Para más detalles de estos actos litúrgicos y las variantes en las diversas Iglesias puede verse L. DUCHESNE, *Origines du culte chrétien,* 4.ª edic. (1908), cc. 2 y 6, pp. 46-86 y 164-191.

que no se completaban con la liturgia propiamente eucarística, contentándose con la lectura de las Escrituras, homilías, cánticos y plegarias; pero en todo caso constituían una expansión de su sentimiento religioso, represado a lo largo de la semana en continuas horas de meditación.

Por el contrario, la magnitud del concurso y la pompa de la liturgia ascendía a su cenit en las conmemoraciones de los mártires. San Juan Crisóstomo describe con entusiasmo en una de sus homilías el fervor del pueblo antioqueno, que en tales festividades se trasladaba en masa a la iglesia durante la noche, "sin que fuera obstáculo para el siervo el temor de su amo, ni para el pobre la preocupación de su miseria, ni para las mujeres la debilidad de su sexo, ni para los ancianos la impotencia de su edad, ni para los opulentos el fausto de sus riquezas, ni, finalmente, para los magistrados la dignidad de su poder". A todos igualaba el amor a los mártires; el fervor de su espíritu, como dice, convertía las noches en días mediante la celebración de las vigilias [8].

El entusiasmo de la muchedumbre se cruzó, sin embargo, como un obstáculo en el camino de las vírgenes. Era inevitable que en tales aglomeraciones populares, especialmente en las horas medianeras entre la vigilia nocturna y la liturgia eucarística, no se produjesen abusos o se aprovechase la ocasión del bullicio y obscuridad por parte de algunos jóvenes o mujeres sin pudor. Acremente los denuncia San Jerónimo precisamente al defender aquellos actos de culto contra los ataques del hereje Vigilancio [9]. A esta luz se entienden las exhortaciones de San Ambrosio y San Jerónimo recomendando a las vírgenes el buscar la honra de los mártires dentro de sus propios aposentos y de mortificar en estas ocasiones su piedad, renunciando a los actos de culto en que es mayor el concurso de los fieles. Muchas de estas noches permanecía la esposa de Cristo en la soledad de su cámara, entregada a la oración, durante el tiempo en que se celebraba la vigilia ritual, segura de que el espíritu del mártir revoloteaba en torno a la virginidad, como la abeja en torno a la flor, para recoger su plegaria.

Una estela de estos actos de culto externo persistía a lo largo de los otros días de la semana, iluminando la vida de la virgen: era la comunión diaria. Consta cierto que todavía a fines del siglo IV y principios del V, según los testimonios de San Jerónimo y San Agustín, en muchas regiones de Occidente, sobre todo en Roma y España, per-

[8] *Homilia in martyres*, PG 50, 663.
[9] *Contra Vigilantium liber unus*, n. 9: PL 23, 317.

duraba en las almas más piadosas la costumbre de recibir cada día el cuerpo de Cristo [10]. En el Asia Menor había empezado ya a languidecer esta práctica, contentándose la mayoría de los cristianos con recibir la comunión únicamente en las cuatro *sinaxis* eclesiásticas: domingos, miércoles, viernes y sábados, a pesar de las exhortaciones de sus pastores, como las de San Basilio Magno, que proclamaba la gran utilidad de recibir cuotidianamente al Señor [11]. Para las vírgenes no eran necesarias semejantes admoniciones externas, cuando el amor interno las impulsaba con vehemencia.

No consta claramente el modo como llevaban a cabo esta práctica; pero en el siglo IV no podemos todavía excluir en absoluto la costumbre de llevar consigo parte del Sacramento para alimentarse con él en la propia morada. San Jerónimo censura a este propósito la falsa conciencia de algunos, que, juzgándose indignos de recibir el cuerpo de Cristo en la *sinaxis* eclesiástica, lo hacían privadamente en su propia mansión, como si la diferencia de lugar cambiase la reverencia debida al Señor [12]; y San Basilio atestigua que no solamente los monjes orientales en sus desiertos, sino aun los simples fieles de Alejandría y de todo Egipto llevaban a sus casas el pan consagrado para comulgarse a sí mismos, con sus propias manos, los días siguientes a la liturgia eucarística [13]. En este caso la estancia de la virgen, donde ardía ya casi de continuo el incienso de su oración, elevándose en espirales hacia el cielo, recibiría una consagración nueva al ser tabernáculo del Dios humanado.

---

[10] Lo atestigua expresamente San Jerónimo respondiendo a las consultas que le había dirigido el español Lucinio (*Epist. 61*, n. 6: PL 22, 672), y unos años antes había escrito lo mismo a Pammaquio, aunque citando sólo el nombre de Roma (*Epist. 48*, n. 15: PL 22, 506). Poco después, hacia el año 400, resolvía también por su parte el Obispo de Hipona varias dudas acerca de los sacramentos, ayunos y días festivos, aludiendo a la costumbre existente en ciertas regiones sobre la comunión diaria (*Epist. 54 ad Ianuarium*, c. 2: PL 33, 200).

[11] *Epist. 93 ad Caesariam*, PG 32, 484.

[12] *Epist. 48 ad Pammachium*, n. 15: PL 22, 506.

[13] *Epist. ad Caesariam*, lug. cit. Sin duda que no sería en todas partes uniforme el modo de participar diariamente del cuerpo de Cristo. Fuera de lo indicado en el texto, conviene tener ante la vista la costumbre vigente en algunas regiones de ofrecer todos los días el sacrificio eucarístico, según refiere San Jerónimo en la carta ya citada a Pammaquio. Por otra parte, consta que en todos los templos había una doble sacristía o παστοφόρια, donde se guardaba el pan consagrado sobrante después de la comunión de los fieles. (Véanse las *Constituciones apostólicas*, lib. II, c. 57, n. 3, y lib. VIII, c. 13, n. 17: FDC, t. I, pp. 161 y 518.) Ambas costumbres podían ofrecer nuevas facilidades para la comunión cuotidiana.

La oración privada

90. Todos estos actos litúrgicos señalaban tal vez las horas más álgidas de emoción, pero no traducían de modo adecuado los sentimientos más íntimos de piedad que iba destilando el corazón de la virgen a lo largo del día, a manera de lluvia mansa, pero continua, en contraposición a la catarata tempestuosa desencadenada en aquellos actos litúrgicos. Para la joven consagrada por la pureza, la comunicación íntima con Dios era su respiración sobrenatural, sin la que no podría subsistir su alma. Habían sonado en su interior, antes de que las escribiese Tertuliano, aquellas palabras, comentario de San Pablo (1 Tim. 2, 8): "Respecto a los tiempos destinados a la oración, no hay nada establecido, sino que debe orarse sin más en todo lugar y en todo tiempo" [14].

La lucha por la pureza presentaba momentos de ardor y en todo caso continuidad fatigosa; en la oración había que buscar las armas necesarias para proseguirla y refrigerio oportuno después de acabados sus ataques más agudos. La profesión de la castidad era de aislamiento absorbente, y en la oración podría encontrar la virgen muchas veces el único remedio para las desgracias que contemplaba en torno a sí y a las que por su género de vida no podía ella por sí misma acudir. Todo esto hacía que la virgen intuyese en su propia experiencia la visión del apologeta cartaginés cuando decía:

> La oración del justo aplaca la ira de Dios, hace de centinela contra los enemigos y obtiene gracia para los perseguidores... La oración es el único poder que vence al mismo Dios... Cristo le confirmó su potencia absoluta para el bien... Destruye el pecado, aleja las tentaciones, desbarata las persecuciones, consuela a los pusilánimes, alienta a los magnánimos, guía a los peregrinos, apacigua el oleaje, detiene a los salteadores, alimenta a los necesitados, dirige a los opulentos, levanta a los caídos, sostiene a los vacilantes, confirma a los fuertes. Es muro de defensa para la fe, arma y saeta contra el adversario que nos acecha. Es menester no avanzar nunca desarmados, no descuidar el puesto de guardia durante el día y la vigilancia durante la noche, defender con las armas de la oración la enseña de nuestro emperador y con ellas en la mano esperar la trompeta angélica del juicio final [15].

---

[14] *De oratione*, c. 23: PL 1, 1192.
[15] Ibid., c. 29: PL 1, 1195 s.

No eran, sin embargo, necesarias muchas razones para empujar a la virgen a la oración, sintiendo, como sentía, dentro del alma las caricias de su Esposo divino, más suaves e insinuantes que el roce de un rayo tibio de sol. Eco de su pensamiento era la consigna de San Cipriano, cuando declaraba que no había hora del día ni de la noche en que pudiéramos prescindir de adorar a Cristo, ya que siendo El, según las Escrituras, el verdadero sol, no hay momento en que no estemos bañados por su luz [16].

Labios de virgen, cítaras eolias, que al menor contacto del céfiro vibraban por sí solas con armoniosas cadencias conforme a las palabras de San Atanasio:

> Tú, pues, esclava del Señor, sea que te levantes, sea que te sientes, sea que te dispongas a hacer cualquier otra cosa; ya te prepares a comer, ya te dirijas a tu lecho para dormir, ya te alces de él, no consientas que se aparte de tus labios el cántico de alabanza a Dios. ¡Felices los oídos que acogen estos consejos! [17]

Palabras muy parecidas escuchaban las vírgenes en Occidente:

> No tomes tu alimento sin que le preceda la oración, ni te apartes de la mesa sino después de haber dado gracias al Creador. Levántate dos o tres veces durante la noche para rumiar los pasajes de la Sagrada Escritura que aprendiste de memoria durante el día. Al salir de tu morada ármate con la oración; al retornar de la calle salga a tu encuentro la oración antes que el asiento de tu casa; no consientas que se entregue tu cuerpo al descanso antes de que tu alma se sacie con celestiales coloquios [18].

Para la elevación de la mente hacia Dios, realizada rápidamente al principio de las obras, solía la virgen trazar la señal de la cruz [19], rezar la oración dominical o recitar el símbolo de su fe. Ya en la *Doctrina de los doce apóstoles,* a fines del siglo I, quedaba recomendada la repetición del padrenuestro, al menos tres veces por día, en los momentos más solemnes de la oración cuotidiana [20]; y al declinar el siglo IV, en Occidente se recordaba a las vírgenes que mezclasen frecuentemente esta oración con los salmos

[16] *De oratione dominica,* c. 35: PL 4, 542.
[17] *De virginitate,* n. 16: PG 28, 269-272.
[18] SAN JERÓNIMO, *Epist. 22 ad Eustoquium,* n. 36: PL 22, 421. Cerca de dos siglos antes había escrito frases parecidas TERTULIANO dirigiéndose a todos los fieles. En su enumeración hace referencia expresa a la oración antes del baño *(De oratione,* c. 25: PL 1, 1193).
[19] SAN JERÓNIMO se lo prescribe expresamente a la virgen Eustoquio *(Epist. cit.,* ibid.).
[20] VIII, 3: FPA, vol. I, p. 20.

y demás ejercicios de piedad llevados a cabo en sus estancias [21]. Fuera de esto, a la recitación de los artículos del credo acudían, como a fuente de nuevo vigor, en sus necesidades. San Ambrosio les había enseñado que

> debemos recitar todos los días, en las primeras horas de la mañana, el símbolo de la fe, como emblema de nuestro corazón; que en él debemos buscar refugio para nuestra alma ante cualquier peligro que nos amenace. Porque ¿cuándo se ha visto a un soldado en su tienda de campaña o a un guerrero en el ardor de la lucha sin tener como ideal ante su mente el juramento de su bandera? [22]

Entre las plegarias más esenciales para la joven consagrada se contaban las que precedían a la comida o la seguían, como acción de gracias. Hubieran considerado su omisión como un rebajamiento de su dignidad, que las equiparase a las bestias del campo o a las fieras de la selva [23]. La ascética del siglo IV nos ha conservado el texto de las oraciones empleadas por las vírgenes del Oriente en tales momentos. Al acercarse a la mesa y tomar en sus manos el pan para repartirlo, según la costumbre cristiana, entre sus compañeras invitadas, después de hacer por tres veces sobre él la señal de la cruz, decía la virgen:

> Gracias te damos, Padre nuestro, por los beneficios alcanzados mediante la resurrección, que realizaste en Jesucristo, tu Hijo [24]; y así como este pan colocado sobre la mesa se hallaba antes disperso en el trigo de los graneros, pero, amasado convenientemente, se ha hecho uno, del mismo modo se congregue tu Iglesia desde los últimos confines del mundo, convirtiéndose en un único reino para ti, ya que tuyo es el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Inmediatamente después, mientras volvía a colocar el pan en la mesa y antes de sentarse, recitaba íntegro el padrenuestro.

Con frecuencia lograban reunirse dos o tres vírgenes

[21] San Ambrosio, *De virginibus*, lib. III, c. 4, n. 19 : PL 16, 225.

[22] San Ambrosio, ob. y lug. cit., n. 20 : PL 16, 225.

[23] San Atanasio trata de demostrar que quien omitiese tales oraciones superaría en insensatez a los jumentos y demás animales sin razón *(De virginitate*, n. 15 : PG 28, 270). El mismo tema había de abordar poco después San Juan Crisóstomo, que cierra sus palabras con esta sentencia : «No nos retiremos de la mesa para dirigirnos al lecho, sino a la oración, si no queremos ser más brutos que los brutos irracionales» *(De Lazaro cont.* I, n. 8 : PG 48, 974).

[24] El texto está evidentemente mutilado, pues en su traducción literal dice : «Te damos gracias, Padre nuestro, por tu santa resurrección, que nos manifestaste por medio de Jesucristo, tu Hijo» ; frase que a todas luces carece de sentido (San Atanasio, *De virginitate*, n. 13 : PG 28, 265).

durante la comida. Entonces se desbordaba la alegría de una viva conversación, en que la piedad y el ingenio se ponían al servicio de la lengua para expresar sus comunes anhelos. Terminada la refección, sea con sus compañeras de pureza, sea con su propia familia, elevaba de nuevo la virgen su mirada hacia Dios para darle gracias en la siguiente forma. Por tres veces repetía con sincera gratitud: "El Señor misericordioso y compasivo ha proporcionado su alimento a los que le temen. Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Ahora y siempre y por los siglos. Amén". Esta devota doxología era completada por una plegaria de glorificación, que decía:

Dios Todopoderoso y Señor nuestro Jesucristo, cuyo nombre está sobre todo nombre, te damos gracias y alabamos por habernos hecho partícipes de tus bienes y de los alimentos corporales. Te rogamos y suplicamos, Señor, que nos concedas del mismo modo los manjares celestes. Otórganos también el reverenciar con temor y temblor tu augusto nombre y no desobedecer tus preceptos; graba, Señor, tu ley y tu justicia en nuestros corazones. Santifica nuestro espíritu, nuestra alma y nuestro cuerpo por medio de tu amado Hijo Jesucristo, Señor nuestro, en unión del cual se te debe toda gloria, honor, poder y adoración por los siglos de los siglos. Amén [25].

No en todos los hogares, ni aun en todas las regiones, se usaba una fórmula única. El mismo San Atanasio nos ha conservado otra acción de gracias, citada asimismo por las *Constituciones apostólicas,* que alcanzó gran difusión entre las vírgenes consagradas y vino, por fin, con leves aditamentos, a ser la acción de gracias ritual para los monjes de los desiertos sirios: "Alabado sea Dios, que se compadece de nosotros y nos sustenta desde nuestra juventud. El es quien provee de alimento a todos los vivientes. Colma, Señor, de gozo y alegría nuestros corazones, para que, provistos suficientemente en nuestras necesidades, abundemos en toda clase de buenas obras en Cristo Jesús, Señor nuestro, con el cual te es debida toda gloria, honor, poder y adoración por los siglos de los siglos. Amén" [26].

[25] Ibid., n. 14: PG, t. cit., 268-69.

[26] Es muy probable que esta oración se dijese en un principio antes de la comida y que más tarde se reservase para el fin de la misma. SAN ATANASIO la cita al transcribir las oraciones que han de decirse con ocasión de la comida, poniéndola la primera de todas. Después de haber señalado las restantes oraciones que preceden a la comida, añade: «La oración arriba indicada: *Alabado sea Dios...*, la decimos al levantarnos de la mesa, una vez terminada la comida»; la contextura de la frase, su lugar algún tanto violento en toda la narración y el faltar en algún manuscrito, hace sospechar que esta advertencia no pasa de ser una nota puesta al margen por algún

La oración oficial

91. Fuera de estas plegarias, que, empedrando el camino del día, excitaban a las vírgenes de tiempo en tiempo a un homenaje de agradecimiento a su Señor, era menester que mantuviesen también en el resto de la jornada erguidos sus espíritus hacia las alturas. El trato con su Esposo divino no debía conocer interrupciones. Claro está que no se oponía a esta continuidad de la oración, tan recomendada por sus directores ascéticos, el señalar horas especiales en que fluyese más íntima la plegaria o se aguijonease la atención distraída con las ocupaciones externas [27]. La determinación concreta de estos tiempos especiales de oración presentó múltiples variantes, aunque siempre dentro de ciertos esquemas heredados de las costumbres judías o sugeridos por pasajes especiales del Nuevo Testamento.

Todos los escritores de los primeros siglos coinciden en señalar las horas del alba y de la puesta del sol, así como la tercera, sexta y nona del reloj romano, es decir, a media mañana, mediodía y media tarde, como tiempos especialmente deputados para la oración. En la Iglesia occidental, Tertuliano y San Cipriano están contestes en señalar dichas horas, procurando explicar con diversas razones el motivo de esta determinación [28]. Por lo que hace al Orien-

---

copista posterior y que, andando el tiempo, fué interpolada en el texto. La redacción más antigua de la oración parecen ofrecérnosla las *Constituciones apostólicas* en el lib. VII, c. 49 (FDC, vol. 1, 358), dada su forma más breve. Al transcribirla SAN JUAN CRISÓSTOMO, tal cual la oyó a los monjes, añade a continuación del *Amén* las siguientes cláusulas : «Gloria a ti, Señor ; gloria a ti, Santo ; gloria a ti, Rey, por habernos dado el alimento para nuestro contento. Llénanos de tu Espíritu Santo, para que seamos hallados aceptables en tu presencia y no nos veamos confundidos cuando vengas a retribuir a cada uno según sus obras» (*Hom. 55 in Matthaeum*, n. 5 : PG 58, 545).

[27] TERTULIANO las recomienda bajo este aspecto en su tratado *De oratione*, c. 25 : PL 1, 1192. Más tarde, hablando expresamente a las vírgenes, repite esto mismo SAN AMBROSIO, apuntando la razón indicada en el texto (*De virginibus*, lib. III, c. 4, nn. 18-19 : PL 16, 225). Semejantemente habla SAN JERÓNIMO, *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 37 : PL 22, 421.

[28] Los cinco tiempos son señalados expresamente por TERTULIANO, con la advertencia de que los tres últimos son de consejo, pero los dos primeros obligan a todo cristiano. El origen de la oración a la hora tercia, sexta y nona, lo pone en los Hechos de los Apóstoles (*De oratione*, c. 25 : PL 1, 1192 s.). Para SAN CIPRIANO, estas últimas horas de oración son herencia de la antigua ley, al paso que las plegarias de la mañana y la noche están impuestas por los recuer-

te, las *Constituciones apostólicas* indican un nuevo tiempo de oración al canto del gallo, "que nos anuncia la llegada del nuevo día para practicar obras de luz" [29].

Prescindiendo de amonestaciones contenidas en obras ascéticas dirigidas a todos los fieles, podemos afirmar que en ambas Iglesias del cristianismo imperial los tiempos de oración señalados por la costumbre a las vírgenes eran los seis antes dichos, tal como los completaba la obra pseudoclementina [30]. De ellos habían de originarse las horas canónicas, que empezaron a cantarse por monjes y religiosos una vez establecidos los monasterios [31].

Las plegarias del alba y el ocaso surgían espontáneamente como himnos de adoración y acción de gracias ante la magnificencia de la creación, iluminada por la nueva luz, o el beneficio de un día más de vida concedido a la inestable existencia humana. Las oraciones de *tercia, sexta* y *nona,* reminiscencias atávicas, desprendidas del culto judío para fecundar la espiritualidad cristiana, tenían sus antecedentes en los tres tiempos rituales de la liturgia hebrea: oración matutina en el templo, oblación de mediodía y sacrificio vespertino. Con todo, su fuente litúrgica más inmediata se hallaba en un triple pasaje del Nuevo Testamento. A la hora tercera del día de Pentecostés hallábanse los discípulos en oración, cuando recibieron el Espíritu Santo. Orando estaba a la hora sexta el príncipe de los apóstoles en su azotea de Jope al ser iluminado con la visión profética sobre la conversión de Cornelio y del paganismo. Hacia la hora nona entraban para hacer su oración en el templo San Pedro y San Juan, teniendo ocasión con ello para sanar milagrosamente al tullido junto a la puerta llamada *la hermosa* [32]. Motivos eran éstos más que suficientes para señalar una pauta; aquellos tres tiempos de-

---

dos de la pasión de nuestro Señor Jesucristo (*De oratione dominica,* c. 34 s.: PL 4, 541 s.).

[29] Lib. VIII, c. 34, 7: FDC, vol. I, 541.

[30] Baste recordar para el Oriente a SAN ATANASIO, *De virginitate,* nn. 12, 17 y 20: PG 28, 265, 272 y 276. En Occidente pueden recordarse las exhortaciones de SAN JERÓNIMO en todas sus cartas dirigidas a vírgenes consagradas. En sus mismos consejos a Leta para la formación de su hija, le advierte ya que la acostumbre desde joven a los seis tiempos indicados de oración (*Epist.* 107, n. 9: PL 22, 875).

[31] Sobre el número y características de las horas canónicas en sus comienzos se han multiplicado los estudios y aun las controversias. Ya a fines del siglo pasado aparecieron las obras de P. BATIFFOL, *Histoire du Breviaire romain,* 1894, y S. BAUMER, *Geschichte des Breviers,* 1895. Brevemente pueden verse varios de los datos tocantes a este punto en L. DUCHESNE, *Origines du culte chrétien,* c. 16, pp. 453-60.

[32] Act. 2, 16; 10, 3; 3, 1.

jaron tras sí una estela de elevación espiritual hacia Dios a través de los siglos.

La piedad del ascetismo virginal quiso vivir en ellos de un modo más sensible el amor del Esposo divino, y, en virtud de este proceso afectivo, las vírgenes del siglo IV, olvidadas del fundamento histórico tan expresamente asignado por Tertuliano para sus tiempos de oración [33], les buscaron un vínculo de unión mística con Cristo.

Celebra tus *sinaxis* de oración [34] a la hora tercera—decía San Atanasio a la virgen—, porque en ella quedó dispuesto el madero de la cruz. Del mismo modo recita a la hora sexta tus plegarias con salmos, gemidos y súplicas, ya que a esa misma hora fué suspendido en la cruz el Hijo de Dios. Vuelve a la hora nona a entonar himnos y alabanzas a tu Dios, reconociendo ante El tus pecados con lágrimas e implorando su misericordia, pues en esa hora el Señor, pendiente de la cruz, entregó su espíritu.

Y refiriéndose después al tiempo de anochecer, última hora del día según el cómputo entonces vigente, añade:

No te olvides de la hora duodécima, en la que descendió al infierno Cristo nuestro Señor, con cuya presencia aquel lugar se estremeció, exclamando, herido ya de muerte: ¿Quién es este que desciende con tan gran poder y majestad? ¿Quién es este que ha quebrantado las puertas de bronce de nuestra mansión y ha hecho saltar en pedazos sus cerrojos, más duros que el diamante?... Por lo cual a esa hora debemos mostrarnos con redoblada atención, invocando al Señor entre sollozos... A media noche te volverás a levantar para bendecir con himnos al Señor tu Dios; a esa hora resucitó de entre los muertos y glorificó también El con himnos de gloria a su Padre celestial [35].

Constituían, por tanto, estos seis tiempos de oración como seis audiencias oficiales concedidas por Cristo a sus esposas consagradas. Eran el esqueleto de su organismo contemplativo, en torno al cual se injertaba y sustentaba la exuberancia de su vida mística. Sería interesante el estudio de la estructura psicológica de las vírgenes en aque-

---

[33] *De oratione*, c. 25: PL 1, 1192. SAN CIPRIANO, aun cuando trata de hallarles una relación simbólica, por cierto bastante rebuscada, con el misterio de la Trinidad y la oración de Daniel, cita también el fundamento escriturístico tomado de los Hechos de los Apóstoles (*De oratione dominica*, n. 34: PL 4, 541).

[34] SAN ATANASIO emplea esta palabra tanto para la oración del alba como para la del ocaso, por suponer que puede celebrar la virgen dicho ejercicio de piedad en compañía de otras. En caso contrario la amonesta para que lo haga sola (*De virginitate*, n. 16: PG 28, 272).

[35] *De virginitate*, nn. 12, 16, 17, 20: PG 28, 265, 272, 276.

llas horas en que fluían cristalinas sus almas, derramándose ante el Señor, cual cataratas de amor, a las que traspasara la luz de Cristo con claridades de transparencia, poniendo en ellas una pincelada de fuego, a la manera como lo hacen los rayos del sol al inmergirse en las ondas del arroyo. Una cosa, sin embargo, podemos establecer, y es que entre las efusiones espontáneas que sin duda tenían lugar en aquellos momentos, se encuadraban, cual valiosas taraceas, ciertas plegarias fijadas ya por la tradición.

En las preces de la mañana no podía faltar el salmo 62, con el que vibraban los primeros anhelos de la virgen hacia su Señor:

Dios, mi Dios, a ti me dirijo desde que apunta la aurora. Sed de ti siente mi alma, y ¡de cuántas maneras la experimento aun en mi mismo cuerpo! En esta tierra desierta, árida e intransitable me presento ante ti, como lo haría en un santuario para contemplar tu poder y tu gloria. Tu misericordia es más apreciable que mil vidas; por eso mis labios se ocuparán en tu alabanza; te bendeciré toda mi vida y se alzarán mis manos invocando tu nombre. Quede mi alma llena de ti, cual de un manjar pingüe y jugoso, y con labios rebosantes de júbilo entonará mi boca himnos en tu alabanza. De ti me acordaba en mi lecho y en ti medito al amanecer; pues tú eres mi amparo y a sombra de tus alas salto de gozo. En pos de ti van los anhelos de mi alma, y tu diestra me ha tomado bajo su protección...

Estas palabras, en que se traslucía la ingravidez de aquellas almas próximas a lanzarse hacia Dios en alas de un suspiro, resumían el programa que había de desarrollar el corazón de la virgen durante el resto de la jornada [36].

Al retirarse por la noche era un cántico de alabanza y gloria al Señor lo que destilaban los labios de la virgen. Su núcleo central lo formaba el himno entonado en otro tiempo por los tres jóvenes mártires de la ira de Nabucodonosor, que nos ha sido conservado por el profeta Daniel (3, 52-90): "Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres, digno de todo loor, honra y alabanza para siempre. Bendito sea tu santo y glorioso nombre, digno de ser alabado y ensalzado por toda la eternidad". Los labios de la virgen seguían invitando para su canción de alabanza a los cielos, con todos sus astros, estrellas y planetas; a la naturaleza, con todas sus energías, fuego, hielo, tempestad, luz y tinieblas; a todos los montes y valles, fuentes y mares, con sus bestias feroces y sus monstruos informes, y, finalmente, a la humanidad toda, presidida por sus sacerdotes y sus santos. Estos afectos de adoración se continuaban acto seguido

[36] Ibid., n. 20: PG, t. cit., 276.

con las fórmulas del himno angélico, que poco después había de incorporarse a la misa y que se nos presenta ya en esta oración nocturna casi en su forma actual:

Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Te alabamos, te celebramos en nuestros himnos, te bendecimos, te glorificamos, te adoramos por medio del Pontífice supremo, a ti, Dios verdadero, único ingénito, solo inaccesible, por tu augusta gloria, Señor Rey de los cielos, Dios, Padre omnipotente; Señor Dios, Padre de Cristo, el Cordero inmaculado, que quita los pecados del mundo; recibe nuestra súplica, tú que te asientas sobre los querubines. Porque tú eres el único santo, el único Señor Jesús, Ungido del Dios de toda la naturaleza creada, Rey nuestro, por quien te sea dado todo honor, gloria y adoración [37].

El día quedaba cerrado de este modo con un himno de homenaje y alabanza al Creador, del que tantos beneficios había recibido la virgen a través de sus criaturas.

Durante su sueño, aquellas últimas notas de su corazón, entonadas a gloria de Dios, quedarían flotando en el ambiente y entrecruzándose en armonías de alabanza a su Señor y Esposo divino. Por otra parte, aquella música de acentos celestiales alejaría de la estancia de la virgen a los genios de la concupiscencia, acallando durante su reposo las pasiones carnales.

Que te sorprenda el sueño ya, al comenzar tu reposo, meditando las cosas divinas, libre de todo pensamiento de cuidados terrenos. El primer filósofo que empleó el nombre de filosofía para esta ciencia, cada noche, antes de acostarse, mandaba a un esclavo tocar con su flauta una melodía suave a fin de apaciguar cualquier preocupación de negocios mundanos. Claro que aquel filósofo, como quien pretende lavar un adobe, intentaba en vano acallar lo material con lo material; se manchaba con más lodo al intentar remedio en un placer terreno. Nosotros, por el

[37] San Atanasio, en su tratado *De virginitate*, l. c., no hace sino indicar el himno con leves variantes en su comienzo. El texto íntegro se halla en las *Constituciones apostólicas*, lib. VII, c. 68 (FDC, vol. I, 456-458), que por cierto lo aducen como oración matutina, ofreciendo para la tarde en su lugar esta otra: «Alabad al Señor, siervos de Dios, alabad su nombre. Te alabamos, te celebramos con nuestros himnos y te bendecimos por tu augusta gloria, Señor Rey, Padre de Cristo, que es el Cordero inmaculado, que quita los pecados del mundo. A ti se debe toda alabanza, todo himno, toda honra, Dios y Padre, por mediación de tu Hijo, en el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén. Deja ya descansar a tu siervo en paz, según tu palabra, pues han visto mis ojos al Salvador, que has enviado para que, expuesto a la vista de los pueblos, sea luz que ilumine a los gentiles y gloria de tu nación de Israel». En ambos casos, como se ve, la plegaria de la tarde encerraba un himno de glorificación de Dios.

contrario, serenada la turbulencia de las pasiones mundanas, dejemos puros nuestros pensamientos de toda solicitud de carne [38].

Bajo la sensación apacible del pensamiento de su Dios se entregaba al sueño la esposa de Cristo.

Matiz muy diverso presentaba la oración de media noche. Aparecía impregnada, más bien, por un sentimiento profundo de dolor de los pecados y súplica de misericordia. Sus labios despertaban con el versículo 62 del salmo 118: *Me levantaba a media noche para tributarte gracias por tus juicios, llenos de justicia,* y a continuación recitaba dolorosa la gran elegía de la humanidad caída, contenida en el salmo *Miserere.* Lágrimas de penitencia rociaban entretanto su lecho; o cuando la tersura de una conciencia inmaculada las hacía imposibles, rasgaban al menos el aire sollozos implorando piedad a la vista de los forcejeos del enemigo por seducir al alma. Ni faltaban vírgenes consagradas que interrumpían hasta dos o tres veces su sueño para avivar los afectos amorosos suscitados durante el día [39].

A las horas tercera, sexta y nona según el cómputo romano, es decir, hacia las nueve de la mañana, a mediodía y hacia las tres de la tarde, la recitación oral de los salmos se hacía más densa y prolongada. La norma aconsejada a las vírgenes orientales se encerraba en esta frase: "Recita tantos salmos cuantos perseverando en pie seas capaz. Después de cada uno de ellos ora un rato y haz una genuflexión, presentando a Dios tus pecados y rogándole te los perdone. A cada tercer salmo añade el *Aleluya*" [40]. He ahí las estaciones de refresco que conservaban siempre jugosa y tierna la vida afectiva de la virgen, aun en el peor de los casos, en que se viese tal vez requerida por ocupaciones externas.

La oración íntima

92. De ordinario estas plegarias no señalaban, como hemos dicho, sino los momentos oficiales de una oración más solemne. El amor hacía todo lo demás, envolviendo entre sus ensueños la mente y el corazón de la virgen durante el día. Aquellas lentas horas de trabajo manual en el atrio hubieran podido anotar para su historia comunicaciones divinas muy íntimas. Tan íntimas, que el externo agitarse de las manos entre la rueca y el huso era un accesorio casi

[38] SAN AMBROSIO, *De virginibus,* lib. III, c. 4: n. 19: PL 16, 225.
[39] SAN ATANASIO, *De virginitate,* n. 20: PG 28, 276; SAN JERÓNIMO, *Epist. 22 ad Eustoquium,* nn. 18 y 37: PL 22, 405, 421.
[40] SAN ATANASIO, ob. y lug. cit.

parásito en las actividades de la virgen. En realidad, tales cuidados resbalaban por la epidermis de su espíritu sin penetrarla.

La esposa de Cristo, había oído decir, es como la antigua arca del Testamento... Dentro de ella no se encontraban sino las tablas de la Ley; que no penetre en ti pensamiento alguno de afanes exteriores. Sobre el propiciatorio de tu corazón, del mismo modo que sobre el que guardaban los querubines, desea el Señor descansar El solo... Sé tú como María Magdalena: antepón la meditación al alimento. Muévanse solícitas tus hermanas preparando agasajos hospitalarios para el Señor, mientras que tú, arrojando de una vez para siempre toda solicitud secular, acomódate a los pies de Cristo y dile: *He hallado a quien buscaba mi alma; le retendré y no le dejaré escapar* [41].

Con esto se deja entender que, más que frecuentes, fuesen casi continuos, sobre todo durante ciertas jornadas, los espacios de tiempo en que, sumergida en los secretos de su cámara, se entretenía con su divino Esposo, siempre dispuesto a recrearla con sus caricias celestiales [42]; aun durante las horas del necesario descanso, vigilante su corazón mientras el cuerpo descansaba, venían a rasgar el silencio de la noche sus frecuentes exclamaciones al cielo. "Cigarras nocturnas" merecieron ser llamadas a causa de la continuidad con que las voces breves, pero vibrantes de su oración, asaeteaban las tinieblas de la atmósfera en busca de los espacios del infinito [43]. Tal era el modo con que respondía la virgen a la invitación que se le había hecho:

Busca, virgen, tú también a Cristo en tu misma luz, en tus buenos pensamientos en los cielos. Búscale durante la noche, búscale en tu lecho, porque también viene de noche para llamar a tu puerta. Quiere, en efecto, que veles en todo momento; quiere encontrar de par en par la puerta de tu alma. Otra puerta hay también que desea encontrar abierta, la de tu boca, para que resuene con la alabanza del Señor, la gracia del Esposo y la confesión de la cruz; esto es lo que haces al recitar el credo y al entonar salmos en lo secreto de tu estancia. Que te encuentre, pues, cuando viniere, despierta y preparada. Duerma tu cuerpo, vigile tu fe; duerman los incentivos de la carne, esté alerta la prudencia del corazón; huelan tus miembros a cruz de Cristo, a olor de sepulcro... [44].

---

[41] San Jerónimo, *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 24: PL 22, 410 s.
[42] Varios de estos pasajes, llenos de unción mística y reminiscencias escriturísticas, pueden verse en San Jerónimo; sirva de ejemplo *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 25: PL 22, 411.
[43] Ibid., n. 18: PL, t. cit., 405.
[44] San Ambrosio, *Exhortatio castitatis*, c. 10, n. 58: PL 16, 353. Así se entiende mejor la frase del mismo Santo cuando dice a la virgen que debe aparecer su rostro macilento por la oración (ibid., c. 10, n. 70: PL, t. cit., 357).

Ahora sí que podía la virgen apropiarse aquella frase de San Cipriano de que gracias a esta contemplación estaba realizando ya en esta vida lo que había de hacer para siempre en la futura [45].

Si, recordando las plegarias transcritas y otras semejantes conservadas por las fuentes literarias de la época, intentamos un análisis de la oración de las vírgenes, podríamos reconstruir la siguiente escala cromática de su espiritualidad. En un primer proceso más elemental encontramos sus preces de impetración, arrancadas por el recuerdo de las peticiones litúrgicas, desbordamiento de la caridad hacia la amplitud de lo ecuménico en una súplica ardiente por toda la Iglesia católica y apostólica, por la paz del mundo entero, por los pueblos, naciones, reyes y gobernantes; por los obispos, sacerdotes, diáconos y jerarquías eclesiásticas; por los desvalidos, encarcelados, enfermos y peregrinos; por los perseguidores, impíos y alejados de Dios.

Más íntima resonaba en la virgen la súplica de perdón de sus pecados, sollozos de contrición disueltos en la amargura de una lágrima, que mucha veces no hacían sino prestar nuevos reflejos a la blancura de su alma, como las gotas de rocío al resbalar por los pétalos de una azucena, y que otras veces se convertían en clamores de misericordia para liberarse de la corrupción a que tiende por su propio peso la carne mortal. Mucho tenían de esto, como hemos visto, los sones de aquel miserere nocturno.

Sin embargo, la oración predominante en sus labios era la plegaria de adoración ante la inmensidad creadora de su Dios, el himno de alabanza en que rompía la tensión extática de su espíritu, esforzándose por ser el intérprete del universo en los silenciosos clamores de glorificación a su Hacedor y el portavoz de su propio agradecimiento por los dones de naturaleza y gracia contenidos en los misterios de la providencia del Eterno Padre, en la redención del Hijo humanado y en el proceso santificador del Paracleto. En estos tonos estaban compuestas las plegarias del alba, del ocaso y de la mesa.

Finalmente, por encima de estas tres clases de oración se derramaba el espíritu de la virgen en aquellas otras comunicaciones más íntimas, en que, como esposa del mismo Cristo, callaba la voz, no ya del cuerpo, sino aun del alma, para dejar paso a las palpitaciones del amor, únicas que seguían resonando entre efluvios de celestes visiones, heral-

---

[45] *De oratione dominica*, c. 36: PL 4, 543.

dos de absorción del ser humano en la divinidad. Tales eran los cuatro géneros de oración en la ascética virginal del cuarto siglo: súplica impetratoria, contrición dolorida, himnos de adoración o agradecimiento y efusiones confiadas de amor.

La Sagrada Escritura

93. Como hemos podido advertir, había en el umbral de esta oración polifacética un fondo espeso extraído de los salmos y Sagrada Escritura, que le servía de preparación. "Sea tu principal trabajo en todo tiempo la meditación de las Sagradas Escrituras. Posee un salterio y aprende los salmos de memoria. Cuando el sol se asome por el oriente, vea ya el libro en tus manos": tales eran las palabras de San Atanasio a las vírgenes [46]. Las sombras de la noche debían sorprenderlas asimismo con los libros sagrados ante sus ojos. Ni con el sueño, siquiera, podía darse por terminada la tarea de su estudio de la Escritura, puesto que la recomendación hecha a la virgen Eustoquio de interrumpir su descanso durante la noche por dos o tres veces, era para que revolviese en su mente lo que hubiera aprendido durante el día de las divinas letras [47]. La importancia de esta lectura en la ascética virginal era tan grande, que no dudaba el Doctor betlemita en resumir con el siguiente consejo su carta exhortatoria a Demetríades:

> Enlazo el fin con el principio—le decía—, ni me aquieto con habértelo ya antes recomendado. Ama las Sagradas Escrituras y serás amada de la Sabiduría; pon en ellas tu cariño y te servirán de custodia; hónralas y te estrecharán en sus brazos. Ellas sean los dijes para tu pecho y los zarcillos para tus orejas [48].

Entre las preocupaciones de la virgen debía, por tanto, tener un lugar preferente la de señalar los tiempos destinados al estudio y meditación de la Sagrada Escritura [49]. Aquí era doble su labor: aprenderla de memoria y extraer luego el jugo de sus enseñanzas mediante la meditación. Las instrucciones de San Jerónimo a Leta respecto a la formación de su hija nos iluminan acerca del orden con que el alma de la virgen debía ir adentrándose en los libros divinos:

---

[46] *De virginitate*, n. 12: PG 28, 265.
[47] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 57: PL 22, 421
[48] *Epist. 130*, n. 20: PL 22, 1124.
[49] Es una de las advertencias taxativas de SAN JERÓNIMO en la carta citada, n. 15: PL, t. cit., 1119.

Lo primero que ha de estudiar es el salterio, en cuyos cánticos se podrá deleitar santamente, y los Proverbios de Salomón, en que hallará prudente experiencia para enderezar su vida. Aprenda después en las sentencias del Eclesiastés a despreciar las vanidades del mundo, y en el libro de Job a imitar sus ejemplos de fortaleza y paciencia. Tras esto pase a los Evangelios, que, una vez cogidos, no volverá a soltar de sus manos. Empápese con verdadera fruición de espíritu en los Hechos de los Apóstoles y Epistolas canónicas. Una vez enriquecido el tesoro de su pecho con tales joyas, grabe en su memoria los profetas, los libros históricos del Heptateuco y los Reyes, así como los Paralipómenos y los volúmenes de Esdras y Ester. Al fin de esta jornada podrá ya sin peligro estudiar el Cantar de los Cantares, que, leído al principio, le hubiera tal vez producido daño, entendiendo en su sentido carnal aquellas palabras que son un verdadero epitalamio de las nupcias espirituales [50].

Guardémonos de creer que fuera ésta una orientación peculiar del Doctor escriturario, pues las mismas rutas señalaba en el Oriente, y con distancia de un siglo entero, el Obispo de Olimpo, cuando ponía en boca de la virgen Marcela frases tan apremiantes para el estudio de las divinas letras, como el calificarlas de sal de incorrupción, sin la cual sería imposible a la virgen ofrecerse al Señor como hostia agradable de sacrificio [51].

Las Sagradas Escrituras constituían el eje gravitatorio de la ascética virginal. En sus salmos encontraba la fórmula adecuada para exponer los propios anhelos y peticiones al Señor. En sus historias buscaba justo esparcimiento para el espíritu después del ejercicio de la oración, esponjándose con los consuelos de la tierna Providencia en ellas reflejada. En sus sentencias sobre la caducidad del mundo y la grandeza de Dios se apoyaban las meditaciones destinadas a centrar y dirigir las actividades de su vida abnegada. Pero sobre todo en los Evangelios y en las Epístolas paulinas, comentadas al arrullo del Cantar de los Cantares, escuchaba la voz de Cristo con su timbre inconfundible de Esposo amado.

Oración y lectura de las letras divinas completaban el coloquio de amor de la virgen, en consonancia con aquella máxima espiritual: "Si oras, hablas al Esposo; si lees, es El quien te habla a ti" [52].

---

[50] *Epist.* 107, n. 12: PL 22, 876 s. El Heptateuco comprendía, como es sabido, los libros de Moisés, Josué y los Jueces.

[51] San Metodio, *Convivium*, orat. 1, c. 1: PG 18, 40. Para este autor, el estudio de la ciencia divina y la Sagrada Escritura tiene una gran importancia en orden a la formación ascética. El mismo da ejemplo, extendiéndose a lo largo de capítulos enteros en consideraciones sobre pasajes escogidos de las divinas letras, interpretadas generalmente con tendencia alegorizante muy marcada.

[52] San Jerónimo, *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 25: PL 22, 411.

CAPITULO XIV

LA MACERACIÓN DE LA CARNE

94. Ayunos y xerofagias.—95. Las normas de la prudencia.—96. Restricciones de caridad.

Ayunos y xerofagias

94. Oración y lectura, alas con que el alma de la virgen se elevaba hacia el empíreo. Pero antes de iniciar vuelo tan arduo era preciso perder toda trabazón con la materia y el mundo; se requería el despegue de la propia carne. La virgen no podía olvidar la penitencia:

Amemos mucho el ayuno—le decía San Atanasio—, porque el ayuno, la oración y la limosna son la gran defensa que libra al hombre de la muerte... Adorna, ¡oh virgen!, tu cuerpo con esta virtud del ayuno y agradarás al celeste Esposo. Las mujeres mundanas, a fin de gustar a los hombres, hermosean sus cuerpos con ungüentos, aromas, perfumes exquisitos, costosos vestidos y joyas de oro: mal camino para congraciarse con Dios. Nada de esto exige de ti Cristo, sino tan sólo un corazón puro y un cuerpo sin mancha macerado por el ayuno. Si alguien se te acerca aconsejándote que no ayunes con tanta frecuencia para no debilitarte, no le oigas ni sigas su insinuación. Es el enemigo quien lo envía. Acuérdate de lo que está escrito en la Sagrada Escritura, cuando Daniel y los otros tres jóvenes judíos fueron hechos prisioneros por el rey de Babilonia Nabucodonosor... Ya ves los efectos del ayuno: sana las enfermedades, seca las fluxiones corporales, pone en fuga a los demonios, expulsa los malos pensamientos, torna esclarecida la mente, puro el corazón, santo el cuerpo; en una palabra, eleva al hombre hasta el trono de Dios... Enorme poder el del ayuno y hazañas grandes las que por su virtud se realizan [1].

Tras estas arengas, las vírgenes se lanzaban briosas a la lucha contra su carne. Había ayunos señalados por la disciplina eclesiástica entonces vigente. Eran, desde luego, el fondo inicial de su penitencia. Desde los tiempos apostólicos, según consta por la *Didajé,* se había transformado la costumbre judía en su paso al cristianismo, dando lugar a dos ayunos semanales, el miércoles y viernes, días llama

[1] *De virginitate,* n. 6 s.: PG 28, 257-260.

dos de estación: el miércoles en memoria de la sentencia de prisión dada por los judíos contra Jesús en connivencia con la promesa traidora de Judas; y el viernes, conmemoración luctuosa de la muerte de Cristo bajo el poder de Poncio Pilato [2].

Sin embargo, este doble ayuno presentaba un tinte moderado y humano. A la hora nona, es decir, hacia media tarde, se celebraban en muchas regiones las *sinaxis* eclesiásticas, a las que asistía la virgen, recibiendo en ellas la comunión. De vuelta en casa, tomaba su alimento, dando así por terminado su ayuno poco después de media tarde [3]. En algunas iglesias occidentales, especialmente en Africa, ya desde los tiempos de Tertuliano, y en Roma y España al menos desde el siglo IV, el fervor cristiano no se avino a esta indulgencia, difiriendo en las estaciones del viernes el tomar cualquier alimento hasta el sábado. Esta práctica recibió el nombre de *ayuno superpuesto* [4]. Tal austeridad, que impedía toda refección durante el espacio de dos días seguidos, resultaba, sin duda, excesiva, y los obispos españoles, reunidos en concilio en la antigua Elvira, junto a Granada, el año 300, creyeron deber prohibir esta costumbre, permitiéndola tan sólo una vez al mes, y aun esto con exclusión de julio y agosto, probablemente por las molestias que llevaba ya consigo en tales tiempos el sol hispano, máxime de Andalucía [5].

La superposición del ayuno quedó dividida, gracias a esta legislación, en dos diversos ayunos mitigados, el vier-

---

[2] La explicación indicada en el texto es la que dan las *Constituciones apostólicas*, lib. VII, c. 23: FDC, vol. I, p. 408. Sin embargo, no puede negarse el influjo judío en tal costumbre, ya que entre los israelitas existían también dos ayunos semanales, los lunes y jueves, a los que alude con jactancia el fariseo del Evangelio (Lc. 18, 12). Los cristianos los trasladaron al miércoles y viernes a partir de los comienzos mismos de la Iglesia, como aparece por el testimonio de la *Didajé* (8, 1: FPA, vol. I, p. 19), donde no deja de traslucirse cierta tendencia antijudía como razón inductiva del cambio. En el siglo IV retendrán todavía este matiz las *Constituciones apostólicas*, lib. VII, 23, v. I: FDC, vol. I, p. 408.

[3] San Atanasio hace varias veces referencia a esta costumbre, tanto al hablar del ayuno como de las oraciones que han de preceder a las comidas. Véase, por ejemplo, *De virginitate*, nn. 8 y 12: PG 28, 261, 265.

[4] De esta superposición del ayuno habla Tertuliano en su libro *De ieiuniis*, c. 14: PL 2, 973. También la conmemora en el tercer siglo como cosa sabida el autor de *Fabrica mundi*, es decir, según sólidas probabilidades, Victorino, el obispo de Pettau (PL 5, 304).

[5] Dos cánones nada menos, el 23 y 26, se ocuparon de esta práctica; el primero de los cuales, al exceptuar de la permisión dicha los meses de julio y agosto, da como razón la debilidad de algunos fieles. El fundamento último parece ser el indicado en el texto (MSCC, t. II, col. 211, 219).

nes y el sábado, con sus correspondientes comidas después de la hora nona. Dentro de este marco se entienden muy bien las palabras de San Jerónimo cuando exhorta a la virgen Eustoquio a no engreírse por los dos o tres ayunos semanales que acostumbra a observar [6].

En general, las vírgenes orientales, flores de clima más austero, tendieron a intensificar esta penitencia. Las *Constituciones apostólicas* [7] hablan de los cinco ayunos semanales que algunos observaban, es decir, del ayuno diario, con excepción del domingo y del sábado, considerados en Oriente como festivos y, en calidad de tales, exentos de penitencia [8]. Con esta restricción ha de tomarse la frase de San Atanasio cuando escribe a la virgen: "Ayuna todo el año, a no ser que otra cosa exija la necesidad" [9].

Más rígidos que estos ayunos eran los practicados por las vírgenes durante las estaciones de las cuatro témporas en Occidente y al celebrar las vigilias de las grandes fiestas en todas las iglesias cristianas; aumentaban su austeridad en las jornadas de la cuaresma para alcanzar su máxima dureza en la Semana Santa. Todos estos ayunos excluían cualquier comida y bebida hasta después de puesto el sol, y en los días en que se celebraba *sinaxis* litúrgica, hasta después de haber terminado ésta con la recepción de la sagrada Eucaristía. Entre las vírgenes y personas dedicadas al ascetismo se había ya largamente difundido la costumbre de pasar sin ningún alimento desde el viernes santo hasta el domingo, las cuarenta horas que el Señor permaneció en el sepulcro [10]. Por lo que hace al Oriente, abundan los testimonios según los cuales había quienes avanzaban en el rigor de esta penitencia hasta permanecer tres, cuatro y aun los siete días de la Semana Santa sin probar alimento [11].

---

[6] *Epist.* 22, n. 37: PL 22, 421. El ayuno del sábado como costumbre de Roma y España es conmemorado por SAN JERÓNIMO en su *Carta 71 ad Lucinium*, n. 6: PL 22, 672; también habla de él SAN AGUSTÍN como de práctica propia de algunas regiones (*Epist. 54 ad Ianuarium*, c. 2, n. 2: PL 33, 200)

[7] Lib. VII, c. 23, n. 2: FDC, vol. I, 408. Sin embargo, dan por supuesto que no todos los fieles siguen esta norma tan austera, sino únicamente los adalides de la penitencia.

[8] Esta diferente consideración del sábado, que en Oriente invitaba a fiesta y en Occidente a penitencia, fué ocasión de escándalo en algunos espíritus timoratos, que elevaron consultas sobre este punto a sus respectivos obispos. Véanse, por ejemplo, las cartas antes indicadas de SAN JERÓNIMO *a Lucinio, epist. 71*, y de SAN AGUSTÍN *a Jenaro, epist. 54*, en los lugares últimamente citados.

[9] *De virginitate*, n. 8: PL 28, 261.

[10] *Didascalia*, lib. IV, c. 18: FDC, vol. I, 288.

[11] Lo atestigua SAN DIONISIO ALEJANDRINO en su *Epist. ad Basilidem* (can. 1: PG 10, 1277) y lo confirma SAN EPIFANIO en *Adversus*

Los ayunos incluían siempre en su práctica la abstención de manjares delicados, en especial de la carne y el vino [12]. También en este punto la cuaresma intensificaba los tonos de austeridad, y la Semana Santa llegó a reducir los alimentos del ayuno a sólo pan, sal y agua, conforme a las normas de los *Didascalia,* a los que un siglo más tarde, las *Constituciones apostólicas,* con espíritu más indulgente, añadían la permisión de tomar algo de verdura [13]. En el Concilio de Laodicea, celebrado por los obispos orientales en Frigia a mediados del siglo IV, se da a los ayunos de cuaresma el nombre de *xerofagia,* es decir, uso de alimentos secos, en que se prescinde, por tanto, no sólo de la carne, sino de todo aquello, como potajes, salsas o frutas frescas, que ofrece un aspecto jugoso [14]. El uso de la xerofagia y su nombre, introducido por los montanistas, no sin recelo por parte de los cristianos ortodoxos, según Tertuliano [15], fué poco a poco extendiéndose, con más o menos modificaciones, hasta lograr cédula oficial. El ascetismo del siglo IV y V con la aristocracia de sus vírgenes llegó en algunos de sus miembros a convertir la *xerofagia* en práctica ordinaria durante todo el año.

Hubo sus excesos. La historia nos habla de ellos durante el siglo IV; y es precisamente en su tratado sobre la virginidad, donde nos atestigua San Gregorio Niseno haber conocido quienes soportaban el hambre hasta ocasionarse la muerte, pensando, en su ignorancia, que podía Dios complacerse en tales sacrificios [16]. Aun cuando tales aberraciones fueran muy raras entre las vírgenes de Cristo, no faltaban sin embargo quienes extremaban con exceso sus penitencias, arrastradas por el deseo de macerar un cuerpo, que no podía aportarles sino incentivos para el pecado. Los directores de la virginidad se pusieron alerta y apenas hay tratados espirituales o cartas dirigidas a las vírgenes

---

haereses (lib. III, t. II, c. 22 : GCS, t. XXXVII, p. 523). Ambos emplean el verbo ὑπερτίθεμαι, correspondiente al usado por los latinos, *superponere, procrastinare,* con que calificaban esta superposición de ayunos.

[12] Sobre todo por lo que hace al Oriente, hay testimonios explícitos, como el de San Cirilo de Jerusalén, *Catechesis IV de decem dogmatibus,* c. 27 : PG 33, 489).

[13] *Didascalia,* lib. V, c. 18 ; *Constitutiones apostolorum,* lib. V, c. 18 : FDC, vol. I, pp. 288 y 289.

[14] Can. 50 : MSCC, t. II, col. 571.

[15] *De ieiuniis,* cc. 1 y 2 : PL 2, 955 s. Precisamente en este tratado pretende Tertuliano defender ciertas prácticas de penitencia usadas entre los pneumáticos o montanistas a los que él pertenecía, contra las acusaciones de los psíquicos o cristianos unidos a Roma. Entre estas mortificaciones se encontraban las xerofagias.

[16] *De virginitate,* c. 23 : PG 46, 409.

en que no aparezcan una o más veces las exhortaciones a una justa moderación.

No es que olvidasen los pastores eclesiásticos el inducir a las jóvenes consagradas al ayuno y a la abstinencia, sobre todo del vino, que calificaban de "veneno para la esposa de Cristo", y de los manjares delicados sin cuya renuncia no daban por bien defendida la pureza [17]. Antes por el contrario, la mortificación de la virgen en estas materias no admitía excusa: "Si pretendieres responderme—decía San Jerónimo fingiendo una hipotética objeción—, si pretendieres responderme que, nacida de noble estirpe, creada entre regalos y acostumbrada a lechos de pluma, no te es posible prescindir del vino y de los alimentos más exquisitos ni sujetarte a reglas tan severas, me limitaré a decirte: *Pues bien, vive según tu ley, ya que no puedes vivir según la de Dios*" [18]. El genio tajante del asceta dálmata no admitía réplicas al tratarse de la penitencia. Afortunadamente, tal diálogo no pasaba de un mero recurso oratorio creado por su propia pluma.

Allí en la misma Roma, adonde estas frases se dirigían, sonaban nombres como el de la hija del antiguo prefecto general de las Galias, la virgen Marcelina, a quien se dedicaban las líneas siguientes:

Entre nuestras obligaciones se encuentra la del ayuno, pero sólo en determinados días; mas tú multiplicas días y noches, pasando innumerables horas sin probar alimento; si te importu-

---

[17] SAN JERÓNIMO, *Epist. 22 ad Eustoquium*, nn. 8 y 11: PL 22, 399 s. SAN AMBROSIO se detiene más en señalar normas y motivos: «Toma un poco de vino—le dice a su hermana enfermiza—, de modo que ayude la debilidad de tu cuerpo, pero que no excite tu concupiscencia. Quien no sabe moderar sus pasiones con la abstinencia, es como el que se ve arrastrado por corceles indómitos: que le revuelcan, pisotean, dilaceran y despedazan» (*De virginibus*, lib. III, c. 2, nn. 5 y 8: PL 16, 221 y s., donde da doctrina sobre el uso del vino y de la carne). Idénticas normas regían en la ascética española: «La que tenga salud, absténgase de carne, porque es ardua cosa sustentar un enemigo contra el que has de pelear... La virgen ha de aspirar a estar sana, no a rebosar en bríos; a mostrar pálidas y no encendidas mejillas, a herir los aires con suspiros de su pecho, no con flatulencias de indigestión. Coman carne los que tienen necesidad de grandes fuerzas corporales, es a saber, los que extraen los metales de las minas, los que participan en las luchas corporales, los que construyen altas torres o se fatigan en parecidos trabajos. Los tales necesitan la carne para reparar las fuerzas. En cambio será virgen ejemplar la que más bien sufre debilidad en su cuerpo... Cuando la enfermedad lo exija, se ha de tomar la carne como medicina» (SAN LEANDRO, *Regula*, c. 15). Al uso del vino dedica también un capítulo entero, el 9 (PL 72, 889, 885). SAN METODIO añade que la virgen debe privarse asimismo de la sidra y toda bebida afín, capaz de enturbiar la mente (*Convivium*, orat. 5 Thallusae, c. 6: PG 18, 108).

[18] Ibid.

nan para que comas alguna cosa e interrumpas la lectura de la Escritura, respondes al punto: *No de solo pan vive el hombre, sino también de la palabra de Dios.* Cuando al fin te acercas a la mesa, son los manjares que escoges tan viles, que la repugnancia que engendran te hace desear el ayuno: bebida de la fuente, lágrimas en la oración, el sueño sobre el libro santo [19].

En la misma ciudad vivía asimismo la virgen Asela, de rica familia, y de la que se pudo escribir estando todavía en vida:

El ayuno era para ella un juego, y el no comer, su comida. No el atractivo del alimento, sino la necesidad de la complexión humana la empujaba a la mesa, donde un poco de pan, de sal y de agua fresca le excitaba más bien que le saciaba el apetito... Y siendo así que se alimentaba durante todo el año con un ayuno continuo, permaneciendo dos y tres días sin probar bocado, al llegar la cuaresma daba aún más amplias velas a su embarcación, hasta unir en esta práctica una semana con otra sin enturbiar la alegría de su rostro [20].

Las normas de la prudencia

95. En el desfile de las obras maestras de la virginidad que van sucediéndose en la literatura griega y latina se oyen continuamente las exhortaciones a la penitencia, seguidas como de un eco indefectible de los consejos de una prudente moderación. Lo más significativo es que nadie probablemente expuso con tanto acierto la razón última de esta santa mediocridad como el impetuoso anacoreta de Calcis:

No te aconsejo los ayunos inmoderados—decía a la virgen Demetríades—ni la exagerada abstinencia de alimentos, con lo que pronto se quebranta una salud delicada, viniendo a ser el cuerpo obstáculo por la enfermedad, en vez de servir de cimiento a una santa vida. Es máxima de los filósofos μεσότητας ἀρέτας ὑπερβολὰς κακίας εἶναι, que puede traducirse así a nuestra lengua: las virtudes consisten en la moderación; todo exceso sobre la medida debe computarse como vicio... No ayunes de tal modo que aparezca temblón tu pulso o dificultosa tu respiración, viéndote necesitada a apoyarte en el brazo de tus compañeras cuando caminas, sino que tus ayunos sirvan para quebrantar tu concupiscencia, sin impedirte los ejercicios acostumbrados de salmos y vigilias. No está en el ayuno la perfección de la virtud; es sólo su fundamento [21].

---

[19] SAN AMBROSIO, *De virginibus*, lib. III, c. 4, n. 15: PL 16, 224.
[20] SAN JERÓNIMO, *Epist. 24 ad Marcellam*, n. 3 s.: PL 22, 427 s.
[21] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 11: PL 22, 1116. De igual modo hablaba SAN ATANASIO en el Oriente. El exceso en la penitencia era consejo del mal espíritu (*De virginitate*, n. 8: PG 28, 261).

Esta última frase señalaba la función que en la estructura de la ascesis debía desempeñar la penitencia corporal, determinando juntamente una medida para su práctica.

Con el mismo criterio regulaba San Gregorio Niseno la penitencia a las vírgenes en el Asia Menor, moderando ardores y excitando tibiezas, con la única mira de que las facultades todas del alma y las energías del cuerpo ofreciesen su máximo rendimiento en el servicio de Dios. Es la misma ascética envuelta en un *himation* griego:

Del mismo modo que el auriga, obligado a regir los caballos de un tiro discordes entre sí, no hostiga con el látigo al más veloz, ni refrena con las riendas al más tardo, ni permite que el más díscolo e indómito perturbe el orden, sino que a éste dirige, a aquél reprime, al de más allá fustiga, a fin de que todos concurran juntamente a la marcha uniforme; del mismo modo nuestra razón, portadora de las riendas del cuerpo, tendrá cuidado de no añadir nuevo fuego al ardor de la edad juvenil..., sino atenderá a no inutilizar el cuerpo por ninguno de ambos extremos, no permitiendo que se encabrite la carne con la abundancia de las comodidades, o que se debilite la salud con las penitencias inmoderadas, quedando inútil para las necesidades de la vida. Este es el blanco último de la continencia; no se dirige a la tortura del cuerpo por sí misma, sino a facilitar las actividades del alma [22].

Había sido testigo, como él mismo asegura, de exageraciones bien intencionadas, pero cuyo fruto era apartar al alma de la contemplación y goce de los dones divinos. El laboreo del cuerpo mediante la penitencia es parecido al trabajo del diligente labrador, que separa la paja del grano a fin de echar aquélla al fuego o a las bestias y reservar éste para el propio uso. En el agrícola de la castidad, la concupiscencia, con sus deleites, es la paja destinada al fuego; las fuerzas necesarias para practicar la virtud son el grano, que ha de conservarse cuidadosamente. "Laudable será, por tanto, el proceder de quien pone todo su cuidado en conseguir esta moderación huyendo de ambos excesos, de modo que ni la obesidad del cuerpo consiga el que queden como sepultadas las actividades del espíritu, ni la demasiada inanición de la carne arrastre un alma raquítica e inútil para los trabajos corporales".

De esta regla sapientísima derivaba la dirección impresa a las vírgenes de más edad. Era preferible que, una vez obtenido el dominio del cuerpo mediante los ayunos de la juventud y la represión de las pasiones en la edad madura, engalanadas ya con estos trofeos, moderasen sus austeridades las vírgenes más antiguas, pudiendo así emplear sus

[22] *De virginitate*, c. 22: PG 46, 401-405.

energías en la enseñanza ascética de las adolescentes. La virgen Marcelina en Roma era buen testigo de estos consejos [23].

Un segundo motivo de orden psicológico, tal vez más sutil, pero no menos atendible, debía contenerlas dentro de una prudente moderación. Precisaba evitar a toda costa las impugnaciones con que los enemigos de la perfección cristiana combatían la práctica de la pureza, y confortar a los espíritus bien intencionados, pero excesivamente pusilánimes, para quienes la espiritualidad cristiana revestía una careta demasiado áspera y descarnada. Por eso decía San Atanasio hablando a las vírgenes: "Caso de que se debilite tu cuerpo, toma un poco de vino. Y si, lo que Dios no permita, llegas a caer enferma, cuídate tú misma con diligencia, para no dar lugar a que digan que has perdido la salud por tus mortificaciones. Así, pues, antes de que otro te amoneste, ponte en seguida a cura con todo empeño, hasta que, abandonado de nuevo el lecho, puedas volver a tus normas acostumbradas" [24].

El conocimiento de la naturaleza humana sugería a los obispos un último motivo para esta insistencia. Estos consejos de moderación eran el lucernario a través del cual la experiencia ascética de los pastores velaba sobre la ingenuidad de las vírgenes. Con su voto de pureza se habían éstas revestido de un nuevo cuerpo más inmaterial y etéreo, pero que debían conservar penosamente hasta la muerte en aquel mismo estado gracias a la mortificación de los sentidos y penitencia exterior. Tanto más pronto se entibiarían los bríos de su virtud juvenil cuanto más impetuosos fueran. Aun para poder perseverar en los ayunos a lo largo del año entero había que caminar con parsimonia, no pretendiendo estrujar la carne en un aniquilamiento prematuro:

No todo el campo debe estar produciendo cereales. Por un lado asoman entre sus colinas los viñedos, por otro resaltan los rojizos olivos, más allá se yerguen las perfumadas rosas. Con frecuencia el robusto labrador, dejando en un rincón el arado, escarda el suelo con sus propios dedos para arrancar las raíces de las flores, y aquellas mismas manos toscas, que sujetan entre los sarmientos del viñedo a los novillos indómitos, comprimen suavemente las ubres de las ovejas. Tanto más valiosa es la heredad cuanto más variados son sus frutos. Imita tú también —se decía a la virgen Marcelina—el ejemplo del buen labriego: no estés torturando a la continua tu carne con ayunos incesantes como con duros arados. Florezca en tu huerto la rosa del pudor, el lirio del buen pensamiento, y se embeban las humildes violetas con las ondas de la sangre sagrada. Dice el refrán po-

[23] San Ambrosio, *De virginibus*, lib. III, c. 4, n. 16: PL 16, 224.
[24] *De virginitate*, n. 12: PG 28, 265.

pular: *Lo que quieras hacer durante mucho tiempo, deja de hacerlo de vez en cuando.* Quede alguna austeridad reservada para el tiempo de cuaresma; pero de tal modo que no se haga por vana ostentación, sino por piadoso fervor [25].

Hasta el antiguo solitario de Siria, el asceta de miembros sarmentosos, cuya carne apenas bastaba para juntar unos miembros con otros, insistía en semejantes amonestaciones contra los extremismos en la vida de penitencia. Entre los consejos dados a Leta para la formación de su hija había escrito las siguientes líneas: "Mucho me desagradan, sobre todo en la edad tierna, los ayunos largos y rígidos, en que se van enlazando unas semanas con otras, y en que el echar un poco de aceite al alimento o comer una manzana se tiene por prohibido. Me ha enseñado la experiencia que el asnillo con demasiada carga busca el descanso" [26].

Restricciones de caridad

96. En cualquier evento, la mortificación debía ser tributaria de la prudencia. Esta misma prudencia era la que, en funciones de jefe de protocolo, asignaba su puesto a la austeridad en su encuentro con las otras virtudes. Ante la caridad, por ejemplo, debía siempre ceder el paso. Problemas de esta especie podían presentarse en las comidas, dada la tendencia de las vírgenes para juntarse durante ellas o al menos para invitarse mutuamente según sus posibilidades. Un complejo de diversas virtudes se ponía entonces en juego: el respeto para con las más adultas, la delicadeza para con las iguales, la humildad y sencillez para con todas, un alegre tono de jovialidad, suavizado por la compostura de la modestia, y sobre todo el tacto para coordinar amistosamente la hospitalidad caritativa y la sobriedad discreta.

En tales ocasiones, la virgen hacía aprecio tomando de los manjares que se le servían, para evitar el que su abstinencia pudiera interpretarse como tácita reprensión. Era el momento de disimular sus ejercicios usuales de penitencia, huyendo toda jactancia. Seguramente que en su mesa no probaría nunca el vino; pero en tales circunstacias no dejaría de gustarlo con parquedad, si sus huéspedes lo bebían. Aun en el caso de que alguna de las vírgenes más respetables por su edad, pero menos madura por su sensatez, la indujese a beber más de lo conveniente, debía encontrar la

---

[25] SAN AMBROSIO, *De virginibus*, lib. III, c. 4, n. 17 : PL 16, 224 s.
[26] *Epist. 107 ad Laetam*, n. 10 : PL 22, 875.

joven consagrada una fórmula comedida en que su excusa hermanase la urbanidad y la templanza: "Vosotras, diría con modestia, habéis transcurrido vuestra juventud ejercitándoos en rígidas austeridades; disculpad las precauciones de quien no ha logrado aún avanzar tanto como vosotras en vuestro primer paso". Mezcladas así, en justa dosis, la sobriedad y la buena gracia, servían de condimento a aquellos sencillos ágapes [27].

Concebida en tales términos la penitencia, venía a ser un segundo velo que cubría de continuo a la virginidad y la custodiaba; pero la trama de su urdimbre estaba tan discretamente tejida, que no era obstáculo para que la virgen de Cristo posase sus miradas sobre la tierra o las elevase al cielo, siempre que la eficacia de sus trabajos, su caridad hacia el prójimo o su amor hacia Dios se lo exigiera.

---

[27] Los consejos de SAN ATANASIO a este propósito son de una sencillez y discreción que no se esperarían en un protector tan benevolente del ascetismo anacoreta del Egipto (*De virginitate*, n. 22: PG 28, 277-280).

CAPÍTULO XV

POR LA RENUNCIA A LA UNIÓN DE AMOR

97. El despojo por la pobreza.—98. El despojo por la limosna.—99. La abnegación integral.—100. El resorte del amor.—101. Un retrato que llegó hasta nosotros. — 102. María, primicias, dechado y corona de virginidad

El despojo por la pobreza

97. Ayunos y prácticas de austeridad externa se destacaban como el elemento más vistoso en el ejercicio de renunciamiento que profesaba la virgen; pero no eran su parte más valiosa ni constituían su centro nuclear. El pellejo externo de la uva es lo que da belleza al racimo, aunque la principal vitalidad del fruto está encerrada en sus ocultas pepitas. También en la virginidad los valores más fundamentales se escondían en la abnegación interna, mentor inseparable de la pureza, y en el desprecio de todo lo terreno para anegarse en lo divino.

El verdadero planteamiento del problema debía, pues, hacerse a base del despojo paulatino de lo humano hasta dejar un corazón que, libre de adherencias extrañas, ascendiese por su propio impulso en el desprecio de todo lo terreno para anegarse en la divinidad.

A los bienes temporales correspondía el primer hachazo de poda. Apenas aparecen los primeros escritores de la virginidad en el siglo II, se les ve solícitos por hacer resaltar en sus obras la escena del Evangelio cuyo protagonista es aquel joven rico que se dirige a Jesús con ansias de elevarse a la perfección ascética: *Vende tus posesiones y distribúyelas a los pobres*, fué la respuesta de Cristo, que pasó a ser ideal de ascesis. Tertuliano la comentaba ya el año 207, y algo más tarde en Oriente hacía lo mismo por su cuenta Orígenes [1].

---

[1] *Adversus Marcionem*, lib. IV, 36: PL 2, 449 s. Tertuliano considera este consejo del Señor como complemento de la ley antigua. Orígenes trató esta materia con mucha frecuencia, sobre todo en sus homilías, comentando no solamente el pasaje aludido de Mt. 19, 21, sino otros muchos del Evangelio en el mismo sentido, como el de

¿Cómo reducir este ideal a la práctica cuando todavía apenas se estaban tallando los grandes sillares de los futuros monasterios? Por lo que hace a los varones continentes, la realización no ofreció dificultades especiales. Los ascetas itinerantes de los dos primeros siglos se atuvieron estrictamente al consejo evangélico y distribuyeron sus bienes todos entre los pobres, reservando únicamente para su uso, como única propiedad, el tosco báculo y la humilde alforja que había de acompañarles en sus peregrinaciones.

Al sembrar su palabra apostólica a través de villas y ciudades rehusaban cualquier recompensa en moneda, contentos con recibir un sustento frugal que les conservase las fuerzas para los subsiguientes trabajos de sus ministerios. Un modo contrario de proceder se hubiera tomado como signo delator de un pseudoprofeta. Estos procedimientos se podían llevar fácilmente a la práctica en aquellas comunidades en que los fieles separaban gustosos las primicias de sus frutos para agasajar con ellas a los misioneros apóstoles, a quienes recibían como si fueran el mismo Señor Jesucristo, que viniese a visitar sus asambleas cristianas. Tal es el cuadro de la pobreza guarneciendo la virginidad en los varones, que nos transmite la *Didajé*, al declinar el siglo I en Siria [2].

Dos siglos más tarde persisten los mismos rasgos en las *Epístolas pseudoclementinas* sobre la virginidad, con la única nota diferencial de que los ascetas recibían a veces el estipendio de sus ministerios en metálico, como se insinúa en el consejo de que huyan toda apariencia de codicia o avidez de remuneración [3]. Traslademónos a Alejandría: vuelven a repetirse escenas del mismo estilo. De nuevo vemos a los fieles ayudar con sus limosnas a los ascetas, sobre todo sacerdotes, que constituyen el auditorio preferido por Orígenes para sus exhortaciones a la perfecta renuncia de bienes [4].

Una tal solución no podía aplicarse a las vírgenes, obligándolas a convertirse en peregrinas andariegas o huéspedes improvisadas de fogones extraños. Por otra parte,

---

renunciar a todo para ser discípulo de Jesús (Lc. 14, 33), y aun aprovechando para el mismo fin otras palabras del Señor a primera vista más alejadas de este propósito, como la advertencia de no volver a recoger las cosas de su casa el día de la destrucción de Jerusalén (Lc. 16, 9, etc.). Véanse, por ejemplo, su *Hom. 17 in Iesum Nave*, PG 12, 911, o su *Hom. 27 in Num.*, PG 12, 702-712.

[2] Conocidos son los tintes de sencillez y santa ingenuidad en que se desenvuelven las escenas pintadas por la *Didajé* a este propósito. Véanse principalmente cc. 11-13: FPA, vol. I, pp. 24-32.

[3] Varias veces aparecen dichas alusiones, v. gr., *Epist. 1*, c. 12, v. 4 s.; c. 13, v. 5: FPA, vol. II, pp. 12, 14.

[4] *Hom. 17 in Iesum Nave*, PG 12, 912.

era menester encontrar la armonía entre las exigencias de la vida material y las invitaciones del Evangelio a la perfecta pobreza. Gracias a Dios, en muchos casos, sobre todo tratándose de vírgenes jóvenes, el problema estaba resuelto mientras vivían sus padres u otros miembros de la familia de cuyo hogar participasen. Estas formaban un número grande. Había que añadir las que en calidad de diaconisas eran sustentadas con los bienes de la Iglesia. En ambos casos era posible carecer de haciendas propias; el ejercicio de la pobreza se concentraba en la huída del lujo y la privación de caprichos y comodidades no necesarias.

Dentro de una misma familia, poderosa tal vez por sus riquezas, podía en seguida distinguir aun el ojo menos perspicaz entre la hermana destinada al matrimonio y la hermana consagrada a Cristo. Varios son los capítulos que dedicaba en Antioquía San Juan Crisóstomo a deshacer los espejismos con que podía seducir a las jóvenes deseosas de consagrarse el esplendor de las comidas fastuosas, de los brocados finos, de los lechos mullidos, de los baños olorosos, de las servidumbres innumerables, de las cabalgaduras lujosas y de toda la pompa, en fin, que se desplegaba ante sus ojos, a la sombra de sus mismas paredes, y de la que suponía el orador antioqueno que debía estar alejada la virgen de Cristo digna de tal nombre [5].

Al margen de los salones suntuosos de su propia casa y esquivando las riquezas de los atuendos familiares procuraba, y con frecuencia lo conseguía, arrastrar una vida humilde, revestida con la pobreza, librea oficial de Cristo y de sus esposas más amadas. Este sería el único timbre nobiliario que debía aparecer, aun en las cosas de uso necesario para la virgen, como el salterio y los códices de la Sagrada Escritura. Uno de los consejos que recibía Leta para la educación de su pequeña Paula era precisamente que no se aficionase a códices guarnecidos de perlas o recamados con sedas y pieles de Babilonia, sino a transcripciones sencillas de la Escritura, en las que únicamente amase la fidelidad de la copia [6].

A esta huída del lujo añadía la virgen el desembarazarse por completo de las pequeñas cosillas, que a veces

---

[6] Son interesantes sobre todo los capítulos 61-70 de su obra *De virginitate* (PG 48, 581-585), en que con gran agudeza de ingenio y, sobre todo, con un arte exquisito de descripción pretende demostrar que las alhajas, el lujo, los convites, la servidumbre, etc., proporcionan más sinsabores que deleites, por lo cual la virgen, que debe privarse de todo ello en virtud de la pobreza, tiene grandes ventajas sobre las casadas.

[6] En la última frase se denuncia el Doctor escriturista, que aun en la ascética no sabe olvidar sus estudios (*Epist.* 107, n. 12: PL 22, 876).

forman un mundillo microscópico, es verdad, pero que basta para satisfacer la tendencia del corazón a pronunciar la palabra *mío*. Bellamente se lo recordaba el mismo escritor antioqueno por medio de una semejanza:

Así como la joven virgencita, mientras está en casa con su madre, hace gran estima de muchas cosas infantiles, y, depositando en su alcoba una pequeña arca, se guarda la llave y se siente dueña de todo aquello, de modo que se toma tantos cuidados por aquellas pequeñeces y fruslerías como los que administran grandes haciendas; mas cuando es preciso pensar ya en los desposorios y el tiempo de la boda le obliga a dejar la casa paterna, entonces, desentendiéndose de aquellas niñerías y pequeñeces, se ve forzada a ocuparse del gobierno de la familia, de la hacienda, de la muchedumbre de esclavos, del cuidado del marido y de otras cosas semejantes, del mismo modo nosotros, llegados a la edad perfecta y de verdaderos hombres, dejando estas cosas exteriores, verdaderos juguetes de niños, debemos pensar en el cielo y en la gloria y esplendor de aquella felicísima vida. También nosotros estamos unidos a un esposo que quiere le tengamos tanto amor que estemos dispuestos a dejar, por darle gusto, no sólo todas estas fruslerías, sino hasta la misma vida si fuese necesario. Por tanto, habiendo de partir para allá de un momento a otro, desembarácémonos de estos cuidados baladíes. Si hubiésemos de emigrar de unas pobres cabañas a ricos palacios, no nos preocuparíamos de cargarnos con utensilios de loza y madera o con el mísero ajuar de nuestra casa [7].

Mayor era la dificultad tratándose de vírgenes ya adultas y amas de su casa, tal vez herederas de pingües haciendas. Hemos de dar por presupuesto que la práctica de la perfecta pobreza jamás constituyó una obligación impuesta a la virginidad; mantenía el mismo carácter de simple consejo con que salió de la boca del Señor. Era, cierto, dicha virtud el espolique experto que conducía suavemente hacia la perfección a las almas elegidas; pero sabía muy bien mantenerse en su misión de mero ofrecimiento de servicios para las que voluntariamente los aceptaran. A pesar de ello, la hueste de las vírgenes que después de recibir la consagración de la castidad se humillaban para recibir el espaldarazo de la pobreza había ido aumentando con rápida multiplicación desde el siglo II al V, mas todavía en esta última centuria una tal renuncia seguía siendo prerrogativa ostentada generosamente por la mayor parte de las esposas de Cristo, pero no por todas. Con tinta de ese tiempo estaba escrita la carta que recibió la noble Demetría-

[7] *De virginitate*, c. 73: PG 48, 586-587. Poco antes, en el capítulo 68, hace bellas consideraciones sobre las palabras *mío* y *no mío*.

des poco después de su consagración, y en la que se leían estos renglones:

> El culmen de la vida perfecta y apostólica está en vender todos los bienes, distribuirlos a los pobres y por esta vía volar ligera y expedita con Cristo hacia las esferas celestiales. Nuestra tarea, o mejor dicho, la tuya, consiste en disponer convenientemente de los bienes que te han sido confiados, aun cuando en este negocio cualquier persona de cualquier edad conserva una libertad absoluta. Sin embargo, dice el Señor: *Si quieres ser perfecto;* no mando ni obligo, únicamente propongo la palma, muestro el trofeo; en ti está el elegir si deseas ser coronada al fin de la lucha [8].

Ante semejante propuesta era lógico que una gran parte de las vírgenes se abrazara con la pobreza voluntaria en seguimiento de Cristo pobre. Muchas de ellas habían leído en las homilías de Orígenes cómo dicha renuncia equivalía a un precioso holocausto ofrecido sobre el altar del Señor, holocausto ante cuya vista los demonios se estremecen agitados por horribles tormentos [9]. El premio de este sacrificio era la posesión de bienes infinitos en la otra vida, bienes que aun en ésta producen ya deleite gracias a su contemplación, concedida a los pobres de espíritu.

Otras muchas que no conocían tal vez a Orígenes, habían oído ya en el tiempo de su catecumenado fragmentos del Pastor Hermas, que junto a los libros sagrados se leían en algunas iglesias durante las vigilias litúrgicas. Recordaban los vivos detalles allí contenidos sobre la construcción de una gran torre, símbolo de la Iglesia de Cristo. Seis robustos jóvenes la levantaban y una multitud de obreros traían los sillares necesarios, extrayéndolos del fondo de las aguas o de la tierra. Por el suelo yacían abandonadas, como inútiles para la construcción, grandes piedras de forma redonda. El Pastor Hermas oyó en sus revelaciones que aquellas piedras

> eran los cristianos, que tenían fe, pero que juntamente poseían riquezas de este siglo. Al llegar la tribulación, por amor de ellas y de sus negocios abandonaban al Señor. ¿Cuándo serán, pues, aptas para la construcción?, preguntó Hermas. Cuando les fueren amputadas las riquezas en que se deleitan, entonces podrán ser útiles para su Dios. Como las piedras redondas no pueden servir de sillares hasta haber sido labradas

---

[8] *Epist.* 130, n. 14: PL 22, 1118.

[9] Hay que tener en cuenta el éxito y difusión que tuvieron estas homilías, sobre todo en el Oriente; nada tiene de extraño que sirvieran de frecuente lectura espiritual a las vírgenes. Véanse, por ejemplo, la *Hom. 9 in Lev.*, n. 9: PG 12, 521, y la *Hom. 27 in Num.*, n. 8: PG, t. cit., 789.

y cercenadas en parte de su materia, así los ricos de este siglo no podrán ser útiles para el servicio de Dios hasta ser despojados de sus riquezas [10].

El asceta romano era, como siempre, claro y vivo en su doctrina.

Bajo tales estímulos, y sobre todo teniendo en cuenta las repetidas invitaciones de Jesús en el Evangelio, numerosas vírgenes se apresuraban a repartir sus bienes, reservando las pequeñas cantidades indispensables para poder llevar una existencia humilde, pero libre de ansiedades temporales.

El maestro alejandrino de la ascética temperada y prudente había ya consignado la norma de que el ideal estaba en sobrellevar una pobreza rigurosa en el espíritu, aunque libre de sórdidas miserias en lo corporal. Quien carece de lo indispensable para la vida fácilmente viene a crearse un ánimo destrozado por la angustia e incapaz de elevarse a pensamientos más altos. La solicitud por la existencia encadenará su frente hacia la tierra en busca de lo necesario [11]. En espera de que se abriesen las puertas de los monasterios, las vírgenes cristianas adoptaron, pues, esa renuncia limitada, que les proporcionaba las estrecheces y privaciones de la pobreza sin los peligros de la mendicidad.

¡Cuánto tacto era menester en la práctica para dar con el verdadero camino! ¡Y cuánta perspicacia psicológica para encauzar las conciencias inexpertas sin desvíos engañosos! Vaivenes de almas que ondulaban entre un desprendimiento imprudente por exagerado y una previsión demasiado cauta. Nada de extraño que después de aquella consigna del Alejandrino nos encontremos con las frases dirigidas por San Jerónimo a cierta virginidad demasiado timorata para entregarse a la pobreza sin reservas:

Me dirás—dice fingiendo una objeción—: ¡Soy joven delicada, sin costumbre de trabajar con mis manos! Si llego a la ancianidad, si empiezo a ser víctima de las enfermedades, ¿quién tendrá compasión de mí? Oye a Jesús, que habla a los apóstoles: *No andéis solícitos en vuestro corazón, pensando qué habéis de comer o con qué habéis de cubrir vuestra carne. ¿Acaso no es de más valor el alma que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Contemplad las aves del cielo, que ni siembran, ni siegan, ni amontonan los granos en las trojes, y el Padre celestial las alimenta.* Por tanto, si te falta vestido, medita en los lirios; si sientes hambre, recuerda aquella bienaventuranza de los pobres hambrientos; si te aflige algún dolor, lee aquella sentencia:

---

[10] Visión 3, c. 2, vv. 5-8, y c. 6, vv. 5-6: FPA, vol. I, pp. 436 y 444-446.

[11] *Quis dives salvetur*, 12-13: PG 9, 616.

Por lo cual me complaceré en mis enfermedades... Que salga de tu boca a la continua esta jaculatoria: *Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré a la tierra;* o bien la otra: *Nada trajimos a este mundo y nada podremos llevar de él* [12].

No faltaban, sin embargo, vírgenes que conservaban sus bienes. Y consta por la historia que las había muy dignas, hasta el punto de ser elevadas algunas de ellas al honor de los altares. Tal vez no hacían sino obedecer a las circunstancias que se imponían a su voluntad; tal vez no eran llamadas por Dios a tanta perfección; tal vez su espíritu más pusilánime se arredraba ante la faz adusta de la pobreza, que tiene algo de calavera descarnada. Necesitaban, sin embargo, estar muy alerta para sortear los peligros de la riqueza. No es que el dinero fuera considerado bueno ni malo en sí; pero su uso se deslizaba entre asechanzas traidoras, como lo había expresado tan gráficamente el autor del *Pedagogo:*

La riqueza me parece semejante a una serpiente: si no se la sabe coger con maña, sujetándola por la extremidad de la cola, se enrolla alrededor de la mano y la muerde. Del mismo modo, la riqueza, arrollándose alrededor del hombre, tanto del hábil como del torpe, es capaz de causarle daño y de morderle. Hay que saber servirse de ella con magnanimidad, hechizando a la bestia con el encanto de la palabra y manteniéndose sin pasión [13].

Lo inevitable sucedía a veces. Algunas vírgenes procuraban conservar con cierto boato el rango heredado de su familia, gloriándose de sus riquezas. Pocas invectivas tan aceradas ha escuchado la historia de la virginidad como los apóstrofes que dirige San Cipriano a aquellas almas de bajo temple. La vehemencia de su fuego se extiende a través de varias páginas, encabezada cada una de ellas con aquella exclamación: "Dices que eres rica y poderosa", exclamación que oyó alguna vez, sin duda, el santo Obispo en son de disculpa y que resonó en sus oídos como el restallido de un trallazo que le hubiera herido el alma entera [14]. La sentencia condenatoria cae por su propio peso: "Quienes se hallan

[12] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 31 : PL 22, 417.
[13] *Paedagogus*, lib. III, c. 6 : PG 8, 604 s.
[14] *De habitu virginum*, cc. 7-11 : PL 4, 446-450. Casi más tajante se muestra San Metodio, a pesar de la brevedad de sus frases, llegando a decir que quien se deje enredar por el amor a la riqueza y se glorie de su opulencia no practica de modo digno la virginidad, sino más bien la desprecia, ya que la pospone a una ganancia vil; siendo así que nada de cuanto se estima en el mundo puede igualar la grandeza de aquella virtud (*Convivium*, orat. 11 Aretes, c. 1 : PG 18, 205).

vestidas con seda y púrpura, no pueden vestirse de Cristo" [15].

Años más tarde, el austero secretario de San Dámaso, utilizando aquella su arma favorita, la descripción hiriente, con que más de una vez parecía hacer su pluma una vivisección cruenta de sus víctimas, había de atacar de nuevo a semejantes vírgenes,

> que tienen sus cofres atestados de vestidos y cada día mudan el suyo, sin conseguir, a pesar de esto, acabar con la polilla. Alguna que se precia de más religiosa, trae un mismo vestido hasta que está hecho pedazos, y teniendo las arcas llenas de ropa, anda cargada de andrajos. Estas y otras tales tienen sus libros escritos con letras de oro, bien encuadernados con pergaminos teñidos en púrpura y guarnecidos con muchas perlas, mientras Jesucristo muere de frío, desnudo en los pobres a la puerta de sus casas. Cuando alargan la mano para dar una limosna al necesitado, hacen sonar las trompetas, y si convidan a comer a su mesa a algunos pobres abandonados, alquilan un pregonero para que lo publique [16].

El despojo por la limosna

98. Por la gracia de Dios, tales casos eran raros, y más bien servían de escarmiento en que se ensañaban los escritores ascetas para instrucción de las demás vírgenes. Las que conservaban sus bienes se entregaban de ordinario a la caridad con tanto ardor como sencillez, cumpliendo con verdadero espíritu cristiano aquella función social que describía Clemente Alejandrino, cuando comentaba que así como el mundo está constituído de cosas contrarias, de calor y de frío, de sequedad y de humedad, se compone también de hombres que dan y de hombres que reciben [17].

Desde los primeros escritos sobre la virginidad hasta las últimas pinceladas, trazadas ya bajo el avance incontenible del monacato, todas las descripciones coinciden en presentarnos a las vírgenes acomodadas como fuentes siempre manantes de caridad: madres de los huérfanos, consuelo de los enfermos, providencia de los hambrientos, socorro de los desvalidos, refugio de los ancianos y panacea universal del

---

[15] SAN CIPRIANO, ob. cit., c. 13 : PL 4, 451 s.

[16] *Epist. 22 ad Eustoquium* n. 32 : PL 22, 417 s.

[17] *Stromata*, lib. III, c. 6 : PG 8, 1160. Esta concepción es fundamental en el sistema ascético de Clemente sobre las riquezas. Si éstas no existiesen, no sólo no podría haber comercio entre los hombres, pero ni se podría ejercitar la caridad, dando de comer al hambriento, vistiendo al desnudo, etc., cosas todas tantas veces mandadas por el Señor en su Evangelio. (Cf. *Quis dives salvetur*, 12 : PG 9, 617.)

dolor, al que anestesiaban a costa de sus propias privaciones, y cuando éstas no bastaban, a costa del trabajo manual, con el que aumentaban las posibilidades de sus limosnas [18]; todo ello, como lo hacía notar con profunda psicología la primera epístola pseudoclementina de la virginidad, sin aires vanos de protección que humillasen a los socorridos, sino con la naturalidad del poderoso eucaliptus, que sin darse cuenta esparce en torno a sí sus esencias balsámicas [19].

Habían hecho suya para siempre aquella última amonestación con que cerró San Cipriano sus imprecaciones contra las jactancias del rango:

> Dices que eres rica y poderosa y pretendes poder usar de lo que te concedió Dios para que lo poseyeses. Usalo enhorabuena, pero empleándolo en santos fines. Sean los pobres los que conozcan que eres rica; sean los necesitados los que experimenten tu opulencia. Entrega tu patrimonio a Dios con usura; alimenta a Jesucristo para conseguir la palma de la virginidad; agencia con limosnas las oraciones de muchos menesterosos, socorriéndolos a fin de que te remunere el Señor con las recompensas que tiene prometidas. Deposita tus tesoros en sitio donde no pueda cavar el ladrón ni desenterrarlos ningún salteador codicioso. Compra heredades, pero heredades celestiales, cuyas cosechas estén a cubierto de todas las inclemencias del siglo, que ni el moho las eche a perder, ni la piedra las arrase, ni el ardor del sol las queme, ni la lluvia las pudra. Eres delincuente, y delincuente contra el mismo Dios, si piensas que te ha dado las riquezas para usos profanos. También dió la voz al hombre; mas no por eso debe emplearla en canciones amatorias y torpes. Quiso que el hierro fuese instrumento para la labranza, pero no cuchillo de homicidas; ni porque creó el incienso, el vino y el fuego, han de servir para sacrificios de los ídolos; o porque inunden tus campos grandes rebaños debes ofrecer víctimas a los dioses falsos [20].

En la mente de las vírgenes estaba, pues, clara la norma directiva: la riqueza debía servir únicamente para hacer el bien y practicar la caridad.

Prueba de cuán firmemente asentado en sus corazones se hallaba este espíritu de misericordia y beneficencia es el dato

---

[18] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 15: PL 22, 1119 s.

[19] *Epist. 1 ad virgines*, c. 12, v. 8: FPA, vol. II, p. 12.

[20] *De habitu virginum*, 11: PL 4, 449 s. Es sabido que las vírgenes de Occidente, sobre todo en el África septentrional y en España, manejaban a la continua las obras del Obispo cartaginés, entre las que hallarían con frecuencia su tratado *De opere et eleemosynis*, cuyos párrafos sobre la limosna podrían ser igualados, pero no superados en la patrística de los posteriores directores de la virginidad. Recuérdense, por ejemplo, las frases con que teje el capítulo 26, último de su tratado (PL 4, 621 s.).

de que San Atanasio, tan detallista en sus instrucciones a las esposas de Cristo, que no vacila en señalarles las oraciones que han de recitar en cada tiempo y las frases de urbanidad que han de usar en la mesa con sus compañeras, al llegar a esta virtud se contenta con esta frase, sello de todo un diploma laudatorio: "En cuanto a la hospitalidad y la limosna, no tienes necesidad de que te recuerde nada. Ambas las ejercitas por tu propio impulso" [21].

Parecidas frases abundan en todos los dirigentes de la virginidad. Realmente, ¿qué iba a añadir San Jerónimo a la noble y opulenta Demetríades después de la descripción que hace de lo que llama su propósito?

> Vestir a Cristo en sus pobres, visitarlo en sus enfermos, alimentarlo en sus hambrientos, recibirlo en aquellos que carecen de hogar, sobre todo tratándose de hermanos en la fe; sustentar las comunidades de vírgenes, tomar a su cuidado los siervos de Dios y pobres de espíritu, que día y noche sirven a su Señor, que, habitantes de la tierra, imitan la vida de los ángeles y no abren sus labios sino para ensalzar las grandezas de Dios, contentos con tener alimento y vestido, únicas riquezas de que gozan, sin desear ningunos otros bienes [22].

A una virgen cuyo programa de distribución de bienes se encerraba en estas cláusulas y que destinaría el resto de su hacienda a elevar en una finca suya de la vía Latina de Roma una basílica en honor de San Esteban, no había que señalarle derroteros desconocidos para el empleo de sus riquezas.

Sea que desde el primer momento renunciase la virgen a su hacienda, sea que la fuese distribuyendo a lo largo de su vida en continuas limosnas, una cosa se le pedía en todo caso si deseaba aspirar a la perfección ascética: el desasimiento y despego interior de todos esos bienes materiales. En esto debían coincidir todas las esposas de Cristo verdaderamente enamoradas de El. La renuncia material de las riquezas, aunque revestida de una gran soberbia de ánimo, se había dado en ciertos filósofos paganos; la enseñanza peculiar del divino Maestro consistía precisamente en este desprecio interior, pero humilde e ingenuo, de los bienes sensibles, que llega hasta extirpar las raíces mismas del afecto [23]. Con razón se les decía:

---

[21] *De virginitate*, n. 22: PG 28, 280.

[22] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 14: PL 22, 1119. Tanto en su carta a Eustoquio como a Demetríades hace constar expresamente San Jerónimo que le parece innecesario tocar lo referente a la codicia.

[23] Uno de los que más se detienen en este punto es CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, como puede verse en su tratado *Quis dives salvetur*,

Tu vestido es vil; pero la virginidad no está en los vestidos y el color, sino en el alma y en el cuerpo. Pues siendo así que no apreciamos al filósofo por la melena, el báculo o el manto, sino por sus costumbres y su espíritu; ni estimamos al soldado por su cinto o su clámide, sino por su valor y fortaleza, ¿cómo no sería absurdo apreciar y medir la virginidad, cosa tan admirable y que lleva la palma entre todas las humanas glorias, por solo su desaliño en el cabello, su tristeza del rostro o lo obscuro de su vestido, sin procurar ver al descubierto su alma y medir su virtud por sus internos gustos y aficiones? [24]

Tenía poco de extraño esta indiferencia por el dinero en los seguidores de Cristo si se penetra hasta su causa más íntima. Era ésta, según Clemente de Alejandría, la posesión segura de otras riquezas más valiosas: "Quien posee al omnipotente Verbo divino, no tiene necesidad de nada y no carece jamás de lo conveniente; porque el Verbo es una riqueza inagotable y causa de toda abudancia" [25]. Con esta inestimable posesión, guardada en el cofre de amor de la virgen, era imposible sentir ningún vacío.

La abnegación integral

99. Tras la dejación de las riquezas, el espíritu de renuncia de la virgen seguía abandonando todos los demás sectores en que dominasen los bienes y comodidades sensibles. Su radio de acción se extendía hasta el último punto del espacio o la partícula más recóndita de su propia alma en que hubiera algo que no fuera Dios. Debía abarcar la renuncia, en frase de San Jerónimo, no sólo el oro y la plata, sino la tierra toda y aun el mismo cielo en cuanto éste pudiera concebirse separado de su Cristo y de su Dios [26]. De otro modo la virginidad sería un mero postizo de apariencias.

¿Pues qué, se objetaba, si una joven consagrada a Dios se enreda en solicitudes terrenales y en cuidados de la vida presente? ¡Fuera!, decía San Juan Crisóstomo. ¡Exclúyela del coro de las vírgenes! Porque el ser virgen no consiste sólo en

12-14: PG 9, 616-620. Hasta tal punto insiste en este aspecto de la pobreza, que algunas veces llega a dar la sensación de que el consejo de Cristo sobre la renuncia de los bienes debe entenderse del afecto interno.

[24] SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De virginitate*, c. 7: PG 48, 537 s.

[25] *Paedagogus*, lib. III, c. 7: PG 8, 609-612, ofrece una bella exposición de esta idea.

[26] *Epist.* 22, n. 36: PL 22, 421.

no contraer matrimonio, sino que exige además la continencia del alma, y para tener ésta no basta hallarse libre de torpezas y criminales liviandades, de ornatos y de otras curiosidades superfluas, sino que es preciso desligarse de cualesquiera cuidados de esta vida. En otro caso, ¿de qué le aprovechará la castidad del cuerpo? No hay cosa tan innoble como un militar que, abandonadas las armas, pierde el tiempo en las tabernas; del mismo modo no hay cosa más indecorosa que una virgen solícita con los afanes de esta vida terrena [27].

La virginidad era, pues, una consagración completa al Señor, una entrega absoluta, en la que no quedaba al arbitrio de la virgen para lo futuro, en ninguna época de su vida, juventud, edad madura o ancianidad, ni el más leve movimiento ni la más furtiva mirada que pudiera dedicar a los objetos terrenales, que pretendían seducirla con voces de sirena, pero sabor de tierra. Especialmente en la ascética oriental, tal como la exponía, por ejemplo, el Obispo de Olimpo, la virginidad íntegra se identificaba con la perfección más alta de todas las virtudes de alma y cuerpo, con la abnegación más rigurosa de cuanto fuese materia y sentidos, con el candor inmaculado de todos los miembros—labios, ojos, manos, pies—, con la transparencia luminosa de todos los pensamientos, sin posos enturbiadores de mundo; con el brillo ígneo de todos los afectos, sin carbonilla de tierra. Virginidad sonaba a carne mortal transformada en luz incorruptible [28].

La abnegación total se les imponía en cierto modo, si no querían ser prevaricadoras. Habían renunciado al matrimonio para mantenerse incólumes de cualquier impureza, pero, según la expresiva concepción inculcada por San Atanasio, el poner parte del corazón, y aun del solo pensamiento, en un objeto de este mundo, venía a ser una especie de desposorio con aquella satisfacción terrena, que ocupaba el puesto de un marido y que, como tal, si no impurificaba el cuerpo, contaminaba por lo menos el alma, impidiendo la perfecta continencia en toda su integridad de

---

[27] *De virginitate*, c. 77 : PG 48, 589 s.

[28] Sobre todo en la oración II de Aretes en su *Banquete* de las diez vírgenes (c. 1 : PG 18, 204-208) desarrolla esta idea, exigiendo para poderse llamar con verdad virgen de alma y cuerpo no sólo la perfecta pureza, sino el conjunto de todas las virtudes cristianas y de todas las renuncias ascéticas en sumo grado. El punto de origen para esta concepción es que la virgen queda consagrada por entero a Dios, como expone en otros lugares, por ejemplo, oratio 5 Thallusae, cc. 2 y 4, t. cit., 97-104. Parecidos puntos de vista tenían otros Santos Padres, como SAN GREGORIO DE NISA, que en su precioso tratado *Sobre la virginidad* se detiene largamente en la exposición de la perfección cristiana en general, como quien supone una identificación de hecho entre ambos estados (PG 46, 317-416).

cuerpo y espíritu. Por el contrario, cuando el único esposo es Cristo, todos los movimientos de la voluntad van exclusivamente dirigidos hacia El, sin darse cuenta del mundo exterior, para adaptar todas las actividades de su ser al beneplácito del amado [29].

Esto suponía una verdadera muerte ante las seducciones del siglo. Y así era. Sentían las vírgenes que, en la ceremonia de su consagración, el velo de la pureza había descendido sobre su frente, cubriendo ya para siempre sus pasiones, sus apetencias de ideales sensibles y sus instintos de gloria, como la losa de un sepulcro cubre la intangibilidad de un cadáver. Su túnica tenía pliegues de sudario, y su misma vida oculta se cebaba con la muerte. "La raíz y los frutos de la virginidad—les decía San Juan Crisóstomo—se mantienen con la savia de la vida crucificada" [30].

Eran, pues, espíritus muertos para el siglo y para sus turbulentos estímulos, y no querían contaminar su nueva vida, exuberante en anhelos y elevaciones místicas, con las impurezas inherentes a cualquier gozo sensible de este mundo [31].

Por eso lo atravesaban en su viaje hacia la eternidad sin tocarlo apenas con sus plantas virginales, semejantes a su esposo Jesucristo, que en su carrera hacia el Padre cruzó la tierra, posando apenas levemente sus pies sobre los montes y collados más excelsos, según la descripción que de El hace el Cantar de los Cantares [32].

Todavía podríamos decir más siguiendo las delicadas pinceladas de San Metodio, que nos describe cómo las vírgenes, con alas vigorosas a la par que ligeras, se elevaban de la ciénaga del mundo, levantando sus ojos y sus corazones a las excelsas y purísimas moradas del cielo, vislumbrando ya, a pesar de la distancia, lo que ningún mortal ha visto jamás, aquellos prados de insospechable belleza, aquella perpetua primavera, aquellos deliciosos jardines que les prometían con profusión las más variadas y hermosísimas flores, y cómo extasiadas con tales visiones e hipnotizadas con aquellos divinos espectáculos, mantenían erguidos hacia lo alto sus anhelos, reputando por estiércol todo

---

[29] *De virginitate*, c. 2 : PG 28, 253.

[30] El mismo Santo explica este pensamiento más largamente, *De virginitate*, c. 80 : PG 48, 592. Cf. SAN AMBROSIO, *Exhortatio virginitatis*, c. 7, n. 47 : PL 16, 350.

[31] Con acierto condensa esta idea SAN AMBROSIO : «Semel mundo mortua, ne quaeso, tetigeris, ne attaminaveris, quae sunt istius saeculi» *(De instit. virg.*, c. 15, n. 103 : PL 16, 330).

[32] SAN AMBROSIO desarrolla este pensamiento aludiendo al c. 2, v. 8, del Cantar de los Cantares, en su tratado *Exhortatio virginitatis*, c. 5, n. 28 : PL 16, 344.

lo de acá: riquezas, honores, placeres, nobleza, ventajosas nupcias.

Más aún: al entregar sus cuerpos a las llamas, a las fieras o a los verdugos para que los despedazaran miembro a miembro, despreciaban valerosas los más horrendos suplicios con la vista y el deseo puestos en aquellos soberanos bienes, de modo que, aunque vivían en el mundo, no parecían moradoras de él, ya que todos sus pensamientos estaban fijos en la patria bienaventurada. "Porque no es lícito—termina diciendo San Metodio—orientar en dirección a la tierra las alas de la virginidad, que por su propia índole tienden a elevar a los hombres a las regiones etéreas de la pureza, a los cielos empíreos, haciéndoles emular la vida celestial de las jerarquías angélicas" [33].

El resorte del amor

100. Este continuo caminar por la tierra sin posar en ella una sola mirada de agrado, esta abnegación total de los sentidos, de la vida del cuerpo y del propio yo, era, como se deja entender, un trabajo forzado capaz de poner a prueba las voluntades de mejor temple. Se necesitaba para ello una fuerza que mantuviera el ánimo en creciente tensión: esta fuerza era el amor de Cristo, que debía constituir el núcleo más íntimo de la vida virginal, so pena de perecer ésta bajo el ímpetu de la lucha.

Si espíritu alguno hubiera sido capaz de afrontar una tal contienda poniendo a prueba su resistencia de acero, deberíamos recordar, sin duda, el nombre de San Jerónimo y el de las vírgenes formadas bajo su férula; sin embargo, aquel Doctor es precisamente el primero en confesar que sólo un ardiente amor de Cristo es capaz de llevar a cabo este pugilato de heroicidades:

Todo lo dicho aparecerá duro—dice—para quien no ama a Cristo. Pero quien tuviere por estiércol toda la pompa de este siglo y reputare por vano cuanto brilla bajo el sol, movido por el único deseo de ganar a Cristo, muriendo y resucitando juntamente con El y crucificando la propia carne con todos sus vicios y concupiscencias, podrá exclamar lleno de confianza: *¿Quién nos separará del amor de Dios? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿las persecuciones?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros de la vida?, ¿la espada de los enemigos? Estoy cierto que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni las*

[33] Son frecuentes estos pasajes de gran delicadeza en SAN METODIO, por ejemplo, *Convivium*, orat. 8 Theclae, c. 2: PG 18, 140 s., todo él, dedicado a este simbolismo.

potestades, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni la fuerza, ni cuanto hay de más alto o de más profundo, ni criatura alguna podrá separarnos de la caridad de Dios, que está en Jesucristo nuestro Señor... La única remuneración digna es corresponder a la sangre con la sangre, sucumbiendo gozosamente por nuestro Redentor los que fuimos redimidos a costa de su preciosa vida. ¿Qué santo hubo que fuese coronado sin previa lucha?... Nada hay duro para los verdaderos amantes. No hay trabajo dificultoso para quienes lo desean. Recuerda cuántas penalidades sufrió Jacob por lograr a su prometida Raquel... Amemos también nosotros a Cristo, anhelemos en todo momento gozar de sus caricias, y se nos hará fácil todo lo costoso, nos parecerá breve aun lo más diuturno; y heridos por sus saetas de amor, no pasará momento del día en que no exclamemos: *¡Ay de mí, cómo se prolonga mi peregrinación sobre la tierra!...* [34]

Aquí se nos descubre el secreto con el que se mantenía firme la virgen en medio de aquel desgaste interior producido a la larga por la abnegación integral. Su vista, fija con éxtasis de arrobamiento en su Esposo, acumulaba sin cesar nuevo combustible para las internas llamaradas de amor a Cristo. Mientras ardía este fuego en su pecho, no podían espantarle los fríos, ni las abstinencias, ni cualesquiera austeridades corporales; perdían su faz adusta las desilusiones, los olvidos, los abandonos, aun la misma muerte, incompatible con tal foco de vida [35]. Las virtudes brotaban espontáneamente como chispas de luz de aquella misma hoguera, ya que precisamente ese amor de Cristo, según San Jerónimo, es pureza, es paciencia, es justicia, es cualquiera de las hábitos de santidad que puede apetecer y a que debe aspirar la virgen de Cristo [36]. Podríamos muy bien figurarnos el corazón de la virgen latiendo con inquietudes de ansia semejantes a las de la aguja imantada, cuyas oscilaciones no son sino tensión interna en la búsqueda del norte. La virgen era brújula en continua avidez captadora de Cristo. Sus necesidades y sus euforias, sus derrotas y sus triunfos, sus tristezas y sus alegrías, sus nostalgias divinas y sus ideales ultraterrenos desembocaban siempre, como en el único océano aquietador, en el amor de Cristo, su Esposo.

---

[34] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 39 s.: PL 22, 423 s.

[35] *De instit. virg.*, c. 11, n. 74: PL 16, 323. En los números anteriores expone con gran unción las razones que deben fomentar en nosotros este fuego ardiente de amor a Cristo.

[36] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 19: PL 22, 1123. También SAN AGUSTÍN hace ver cómo todas las virtudes se reducen a diversos aspectos del amor de Dios (*De moribus Ecclesiae*, lib. I, c. 25, n. 46: PL 32, 1330 s.).

Precisamente es en el tratado de San Ambrosio sobre la virginidad donde resonaron aquellas frases moldeadas al contacto de las vírgenes milanesas:

> Todo lo tenemos en Cristo. Acuda a El toda alma, tanto la manchada con pecados corporales como la que gime sujeta por los clavos de las solicitudes terrenas o la que, aunque imperfecta todavía, asciende, sin embargo, por el camino del aprovechamiento espiritual gracias a la meditación asidua, o, finalmente, la que se encuentra ya adornada con el atavío de numerosas virtudes. A todos se extiende la providencia del poder divino, y, en concreto, Jesucristo es todo para nosotros. Si deseas sanar de una herida, es médico; si te abrasa el ardor de la fiebre, es fuente; si te ves oprimido por la malicia, es santidad; si necesitas auxilio, es fortaleza; si te atemoriza la muerte, es vida; si buscas el cielo, es camino; si huyes de las tinieblas, es luz; si tienes hambre, es alimento. *Gustad, pues, y ved cuán suave es el Señor; bienaventurado quien confía en El* [37].

A esta persuasión de Cristo complemento del alma tenía que seguirse necesariamente un continuo recurrir a El. Deseos y esperanzas, contemplación y actividades, plegarias y trabajos, no eran sino el vaciado en diversos moldes de una misma materia que, a manera de la vena metálica de los altos hornos, fluía trasvasándose de corazón a corazón para exteriorizarse en aquellas variadas formas. La vena líquida se llamaba en este caso amor [38].

Llegada ya la virgen a este trance, no había para ella sino una sola aspiración intelectual: la de conocer más y más a su Cristo, penetrando en los misterios suavísimos de su doble naturaleza divina y humana; doble naturaleza que se reflejaba, según San Ambrosio, en el atractivo irresistible de su faz, blanca con esplendores de Dios y rubicunda con pudor de parto virginal [39]. No quedaba en el lenguaje de la virgen sino una sola palabra, Cristo, la única que en adelante acertaría a pronunciar, y que daría a su personalidad un rasgo tan característico, que podría cerrar por sí solo

---

[37] *De virginitate,* c. 16, n. 99: PL 16, 292. Bello es también y delicado en gran manera el párrafo en que SAN LEANDRO describe cómo Cristo es para la virgen esposo, hermano, amigo, herencia, Dios y Señor *(Regula,* introd.: PL 72, 876).

[38] Les recuerda SAN AMBROSIO cómo toda palabra y toda acción debe realizarse por las vírgenes únicamente en el nombre de Jesús. Cuanto se haga bajo esta inspiración será de provecho; cuanto de esta norma se aparte, será ocasión de grave daño *(De virginibus,* lib. III, c. 5, n. 24: PL 16, 227).

[39] Es tal la delicadeza de afecto con que aparece impregnada esta exhortación descriptiva del Santo, que al leerla se imagina uno fácilmente la tierna devoción que debía inundar el alma de las vírgenes que la meditasen *(De virginibus,* lib. I, c. 8, n. 46: PL 16, 201.)

el magno programa de castidad enviado a Demetríades [40]. Ni aparecía en sus actividades otra solicitud que la de buscar a Cristo, atenta para descubrirle en la luz del sol refulgente, en la brisa portadora de las mil voces confusas de la naturaleza, en el silencio de su estancia y aun en las tinieblas de su sueño.

Es que la virgen consagrada era un alma herida de amor, según la delicada concepción de San Ambrosio: Jesucristo, al decir de la Escritura (Is. 49, 2), es una saeta que el Padre eterno disparó desde los cielos y que viene a clavarse en el corazón de sus esposas predilectas, y como su naturaleza es pura caridad, necesariamente llaga de amor las almas a quienes se dirige [41]. Cristo había abierto su pecho en el Calvario para dar paso a sus exhalaciones amorosas, y ahora correspondía la virgen consagrada reproduciendo en su ser aquel alarde de ternura. Jamás podremos entender el espíritu de las primitivas vírgenes cristianas si las arrancamos de este nimbo de amor que las rodeaba durante toda su vida, y que hacía fuesen reales en todas ellas las palabras que pone en boca de Santa Inés el Pseudo-Ambrosio, cuando la hace decir en su postrera oración, pronunciada al expirar: "He aquí que veo ya lo que creí, que poseo lo que esperé y que abrazo lo que tanto deseé. Te ensalzan mis labios; mi corazón y mi ser todo son ansias de ti" [42]. Ahora es fácil explicarnos el cuadro entero de la vida virginal.

Un retrato que llegó hasta nosotros

101. Antes de apartar nuestra vista de las virtudes que con tanta frecuencia ocultaba el velo de las vírgenes cristianas, detengámonos un momento en el retrato que de una de ellas, admiración de Roma hacia el año 384 por su pureza y austeridad, nos ha transmitido la historia. En la carta que escribió San Jerónimo a la viuda Marcela, poco después de su salida de Roma, le recuerda algunos de los rasgos edificantes de aquella virgen, consagrada a la virtud desde el

---

[40] SAN JERÓNIMO, *Epist.* 130, n. 20: PL 22, 1124.

[41] *Exhortatio virginitatis*, c. 9, n. 60: PL 16, 354.

[42] *Vita Sanctae Agnetis auctore S. Ambrosio*, c. 2, n. 11. Puede verse en AASS, mense ianuario, t. II, p. 353. La vida que muestra utilizar los testimonios que restan del siglo IV a propósito de la Santa, no parece que se escribió hasta la mitad del siglo V. No ofrece, por tanto, la oración citada garantías suficientes de autenticidad; pero es evidente que el biógrafo pondría en boca de la mártir las palabras y los sentimientos que hubieran sido obvios y naturales en una virgen fervorosa de su época, tan floreciente bajo este aspecto.

año 344, en que pasó por la Ciudad Eterna San Atanasio, y que todavía sería, durante otros veinte años, ejemplo de santidad para la sociedad romana [43].

"Voy a recordar algo—dice—de lo que, cumplidos los doce años, eligió Asela con tanto trabajo propio y después lo mantuvo; de lo que emprendió y llevó a cabo. Encerrada en las estrecheces de una angosta estancia, disfrutaba de la anchura del paraíso. El mismo suelo de tierra le servía de lugar de oración y de reposo. El ayunar era para ella un juego, y el hambre su alimento. Y como no era el deseo de la comida, sino la necesidad de la naturaleza la que le movía a alimentarse, se limitaba a tomar un poco de pan con sal y agua fría, con lo cual más bien excitaba que saciaba el apetito... Como decíamos, se mostró siempre con tal prudencia y supo guardar con tal fidelidad el secreto de su cámara, que nunca se la veía aparecer en público ni tener conversación con ningún varón. Y lo que es aún más maravilla: apenas se dejaba ver de su hermana, virgen también, aun cuando de veras la amaba.

Trabajaba con sus manos, consciente de lo que dice la Escritura: *El que no trabaje, que no coma.* Trataba a la continua con su Esposo, hablándole por medio de la oración o entonándole salmos. Acudía solícita a los sepulcros de los mártires, sin dejarse ver de la gente. Alegre con el propósito de vida que había emprendido, su mayor gozo consistía en permanecer oculta. Siendo así que a lo largo de todo el año se alimentaba con un continuo ayuno, permaneciendo sin tomar nada dos y aun tres días, con todo, al llegar la cuaresma tendía de lleno al viento las velas de su navío, enlazando en su abstinencia unas semanas con otras, sin perder la alegría de su rostro. Y lo que a los hombres parece imposible de creer, pero que es muy factible al poder divino: llegó a los cincuenta años sin haber experimentado lo que era un dolor de estómago ni la más leve molestia en cualquier otra parte del cuerpo; sin que embotase sus miembros la dureza de la tierra desnuda en que reposaba; sin que el áspero cilicio de saco en que se envolvía llagase repugnantemente su piel o la deformase; por el contrario, sana de cuerpo y mucho más de alma, consideraba la soledad como la mayor de las delicias, y en la agitada ciudad de Roma había encontrado un verdadero yermo monacal.

[43] Paladio pudo visitarla todavía cuando en 405 hizo su viaje a Roma. Teniendo en cuenta que se había cnsagrado a los doce años, debía hallarse por entonces la santa virgen en los setenta y tres de su edad. Algunos pretenden fuese hermana de la viuda Marcela, destinataria de la carta, aun cuando las razones aducidas para ello no son, ni mucho menos, convincentes. (Cf. D. GORCE, *Asella,* DHGE, t. IV, col. 915-917.)

Todos estos detalles los conoces mejor que yo, pues de ti los hemos aprendido en parte; tú misma has visto con tus ojos en aquel santo cuerpecillo cómo por la frecuencia en el orar se le habían encallecido las rodillas a semejanza de las de un camello. Damos cuenta de lo que hemos oído. Nada más alegre que su seriedad ni más suave que su tristeza. La palidez de su rostro es de tal naturaleza, que aun cuando pregona su abstinencia no tiene dejos de ostentación. Su palabra es silenciosa, y su silencio elocuente. Su andar, ni ligero ni tardo. Siempre el mismo vestido. Limpieza sencilla y vestido sin artificios; todo el arreglo de su persona sin afectación.

Gracias a esta su templanza de vida logró que en la ciudad de la pompa, de la lascivia y de las delicias, en donde el ser humilde se considera como mezquindad de ánimo, los buenos todos la ensalcen y los malos no se atrevan a denigrarla. Mereció ser imitada por vírgenes y viudas, venerada por las casadas, temida por las pecadoras y respetada por los sacerdotes" [44].

Esta descripción tan minuciosa nos ofrece la imagen de lo que fueron al finalizar el siglo IV muchas de aquellas vírgenes que cruzaron la órbita del cristianismo sin entregar sus nombres al entusiasmo de la devoción popular o a las creaciones de la leyenda, por falta de una situación escénica o de un martirio aparatoso al estilo de las Cecilias, Aguedas o Ineses; pero que formaron el cáliz en que conservó la Iglesia durante toda una época sus mejores aromas de pureza, renunciamiento y amor de Cristo.

María, primicias, dechado y corona de virginidad

102. Este trabajo de talla sobre el propio espíritu no se realizaba al azar, sino bajo la inspiración de un modelo bien definido y de rasgos sobresalientes: el de María, la Madre de Dios. Fácilmente se deja entender cómo la luz deslumbradora de Cristo, que hirió las pupilas de los convertidos en el primer siglo de evangelización, constituyó en cierto modo un obstáculo para poder apreciar las figuras puestas por la Providencia en torno al Verbo encarnado, formando su encuadre histórico en la gran empresa de rehabilitación del género humano. En virtud de este fenómeno dogmático-ascético, la imagen de María apenas podía destacarse en estos primeros años si no era al claror de los vislumbres irradiados por su santo Hijo. Puede decir-

[44] *Epist. 24 ad Marcellam*, nn. 3-5: PL 22, 427 s.

se que durante un siglo entero se veneró en María únicamente su maternidad divina y su virginidad milagrosa, expuestas, eso sí, claramente por los Evangelios canónicos, iluminadas con colorines de leyendas por los apócrifos y confesadas con cariño por los Padres apostólicos y los primeros apologetas, como San Ignacio de Antioquía y Arístides de Atenas [45].

Esto no bastaba. En la conciencia de las vírgenes cristianas había ansias de contemplar con más detalle los rasgos de María mediante un mayor acercamiento de su persona. Este trabajo fué realizándose durante el siglo II. Como es natural, el carácter básico de su imagen tuvo que permanecer siempre el mismo, aquel que era fundamento de toda su grandeza: el privilegio de ser Madre de Dios, que venía estrechamente fundido con el de ser virgen. El primer título seguiría conservando su indiscutible supremacía en el orden dogmático; el segundo vendría a imponerse con absolutismo en el lenguaje de los fieles hasta brotar casi como flor involuntaria por lo espontánea en los labios de quienes intentasen nombrar en cualquier momento a la Madre de Dios.

A mediados del siglo II no habla ya San Justino de la Virgen María, sino simplemente de la Virgen, título de dignidad con que por antonomasia se había llegado a designarla [46]. Y medio siglo más tarde, otros dos escritores, también de lengua griega, el uno San Hipólito, desde la Ciudad Eterna, y el otro Orígenes, desde su cátedra de Alejandría, aun en momentos en que no trataban de las virtudes de la Madre de Dios, hacían preceder reverentes al título de Virgen el epíteto de Santa o de Toda Santa, iniciándose así la terminología ascética de Santísima Virgen, duradera a través

[45] Entre la literatura apócrifa del siglo II son principalmente dignas de mención tres obras, de las que las dos primeras exaltan sobre todo la virginidad en el parto con curiosos detalles narrativos. Véanse *La ascensión de Isaías*, c. 11, vv. 1-15, en E. TISSERANT, trad. de la version ethiopienne (París 1909), pp. 202-205; *Protoevangelio de Santiago*, cc. 19 y 20, en CH. MICHEL, *Evangiles apocryphes*, t. I (París 1924): «Textes et documents pour l'étude historique du christianisme», t. 13, pp. 38-43; *Odas de Salomón*, oda 19, trad. inglesa y comentarios de A. ROBINSON, TS, t. VIII, n. 3 (1909), p. 85 s. Acerca de esta última cita cf. J. M. BOVER, *La mariología en las «Odas de Salomón»*, en «Estudios Eclesiásticos», t. X (1931), pp. 349-363. SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Epist. ad Ephes.*, c. 19, v. 1: FPA, vol I, p. 228. Arístides emplea ya la frase ἐκ παρθένου ἁγίας (*Apologia*, c. 15, ed. J. RENDEL HARRIS, TS, vol. I, n. 1, Cambridge 1891, p. 110: PG 96, 1121). Citas de escritores posteriores podrían multiplicarse a placer. Pueden verse, por ejemplo, en G. M. ROSCHINI, O. S. M., *Mariologia* (Milán 1942), t. III, pp. 315-348; o en G. ALASTRUEY, *Tratado de la Virgen Santísima* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1945), pp. 448-450.

[46] *Dialogus cum Tryphone*, c. 101: OTCA, vol. II, p. 360 (PG 6, 712).

de los siglos posteriores [47]. En la pluma sobre todo de San Hipólito viene a resultar ya raro el nombre de María, sustituído casi siempre por el título escueto de su dignidad virginal.

No debe, pues, extrañarnos el que antes de finalizar el siglo siguiente pudiera exclamar San Epifanio, resumiendo la actitud de la piedad cristiana a este propósito: "¿Quién ha habido jamás en cualquier tiempo que se haya atrevido a pronunciar el nombre de María, sin que al momento, aun no siendo preguntado, no añadiese el epíteto de virgen? Tales calificativos son el mejor testimonio de la virtud predominante. Recuérdese cómo todas las almas justas han conseguido algún nombre característico de su dignidad en correspondencia con sus méritos. A Abrahán se le aplicó el título de *amigo de Dios* y con él ha quedado para siempre; a Jacob se le viene llamando inmutablemente *Israel*. Algunos apóstoles son apellidados *Boanerges,* es decir, *Hijos del trueno,* hasta nuestros días. Del mismo modo, a Santa María la llamamos Virgen, sin que tal título pueda jamás disociarse de su nombre" [48].

Por encima, pues, de las innumerables vírgenes de Cristo, María aparecía como la Virgen por esencia, de cuya virginidad participaban en cierto modo todas las demás. Hablemos en concreto: la ascética continente femenina de los primeros siglos vió en la Madre de Dios el origen, el modelo y el coronamiento del estado virgíneo.

Es idea repetida en los Santos Padres la de señalar en María el origen de la virginidad. Claro está que, en orden causal y de preeminencia, la fuente de esta virtud, como ya antes expusimos, ha de hallarse por necesidad en Cristo; otra cosa es en el aspecto cronológico, en que la pureza inviolada de María precedió a la de su divino Hijo. Jesús fué quien oficialmente, como embajador de Dios Padre, descorrió el velo tras el que se ocultaba el *sancta sanctorum* de la castidad virgínea; pero su Madre Santísima fué quien de un modo concreto tremoló por vez primera el estandarte de la virginidad, según había de escribir San Ambrosio [49].

---

[47] Recuérdese a modo de ejemplo la frase de SAN HIPÓLITO: «Dei enim Verbum cum esset carnis exspers, sanctam carnem ex Sancta Virgine induit tamquam sponsus sibi ipsi in crucis patibulo vestem contexens» *(Demonstratio de Christo et Antichristo*, c. 4, * ed. H. ACHELIS, GCS, *Hippolytus Werke*, t. I, p. 2.ª *Hippolyt's kleinere exegetische und homiletische Schriften*, p. 6 (PG 10, 732). ORÍGENES, por su parte, emplea la expresión: καρπὸν κοιλίας τῆς παναγίας παρθένου *(In Lucam*, hom. 7, ed. RAUER, GCS, *Origenes Werke*, t. IX, p. 50).

[48] *Adversus haereses*, lib. III, t. II, haeresis 78 adversus Antidicomarianitas, c. 6: PG 42, 705-708.

[49] *De institutione virginitatis*, c. 5, n. 35: PL 16, 314.

Con esto, en el borboteo inicial de esa corriente de pureza, que en caudal creciente debía atravesar los siglos cristianos, aparecen desde un principio unidos con hebras luminosas de incorrupción los dos nombres de Jesús y María, como indica San Jerónimo con su habitual laconismo: "Cristo virgen y María virgen consagraron los orígenes de la virginidad en ambos sexos" [50].

Suelen los escritores eclesiásticos de la Edad Media y los grandes teólogos del siglo de oro considerar a María como la primera que pronunció un verdadero voto de castidad, consagrando su cuerpo al Señor [51]. Que María aun antes de la visita angélica hubiese sellado sus ansias de pureza con la consagración de un voto, no ofrecía la menor duda a los directores ascetas del siglo IV, llámense Agustinos en Occidente o Gregorios de Nisa en Oriente, para quienes la respuesta de nuestra Señora al embajador divino, exponiendo la imposibilidad de la anunciada concepción, no tendría sentido aceptable de no presuponerse un tal acto de firmeza inconmovible: "Cierto no diría: No conozco varón—explica el Obispo de Hipona—, de no haber hecho ya para entonces voto de virginidad" [52].

Al margen de este hecho incontrastable, podrá discutirse en un terreno puramente histórico la circunstancia de haber sido María la primera mujer que ofrendase al Señor un voto de virginidad *en sentido estricto,* piadoso aserto, a favor del cual militan, desde luego, los ideales judíos contrarios al celibato, y el silencio de la Escritura en este punto cuando habla de los personajes continentes del Antiguo Testamento. En todo caso, nadie podrá tachar de novedad una tal doctrina que era ya sustentada con cariño por los escritores alejandrinos del siglo III, como lo demuestran las palabras de Orígenes: "Es conforme a toda razón que Jesús entre los

---

[50] *Epist. 48 ad Pammachium,* n. 21 : PL 22, 510 ; cf. *Epist. 22 ad Eustoquium,* n. 18 : PL 22, 405.

[51] Para no multiplicar las citas, sólo recordaremos entre los primeros a BEDA, *In Lucae Evangelium expositio,* lib. I : PL 92, 318 ; y entre los segundos, a SUÁREZ, *De Mysteriis vitae Christi,* q. 28, a. 4, sect. 3, ed. Vivès (París 1877), t. 19, pp. 102-108.

[52] *De sancta virginitate,* c. 4 : PL 40, 398 ; cf. *Sermo 291 in Natali Iohannis Baptistae,* n. 5 : PL 38, 1318. GREGORIO NISENO, *Oratio in diem natalem Christi,* PG 46, 1140 s. En cambio, no está concorde la tradición respecto al momento en que emitiera su voto de virginidad la Madre de Dios ; cf. E. CAMPANA, *Marie dans le dogme catholique* (Montrejéau 1913), t. II, «Les prerrogatives de Marie», pp. 450-452. Un resumen de las diversas opiniones, que se dividen entre el primer momento de su concepción, de su primer acto deliberado, de su presentación en el templo y de su edad juvenil, puede verse en G. ALASTRUEY, *Tratado de la Virgen Santísima,* p. 2.ª, c. 7, a. 2, ed. cit., pp. 475-477.

varones y María entre las mujeres fueran las primicias de la castidad inmaculada" [53].

Así se explica muy bien que, al consagrarse las vírgenes cristianas, lo hicieran bajo los auspicios de María y aun, como dice San Epifanio, dedicando su virginidad a honra de la Madre de Dios [54]. La consecuencia en el orden psicológico de lo sobrenatural era obvia: María, abanderada de la virginidad, no podía menos de ser al mismo tiempo *Maestra* de esta virtud, como la llama San Ambrosio [55]. Tuvimos ocasión de contemplar cómo en el rito consecratorio de las vírgenes se presentaba la Madre de Dios con el carácter relevante de modelo al que se dirigía la mirada del pontífice, mientras sus labios pronunciaban aquellas palabras no menos significativas que lapidarias: "Imitadla, hijas mías" [56]. Todo en ella incitaba a esta imitación. Había ofrecido su voto libremente antes de conocer por el ángel los planes del Espíritu Santo. No sin especial providencia, como observaba San Agustín, para que fuese patente a las futuras servidoras del Señor que no debía ser la virginidad prerrogativa exclusiva de la Madre de Dios, ya que ella se abrazó con tal estado no por previsora reverencia hacia el Verbo encarnado, a quien daría albergue en su seno, ni por precepto divino, que a causa de este misterio se le hubiera impuesto, sino en virtud de su libre voluntad, deseosa de practicar en la tierra una vida propia del cielo [57].

María, *Maestra, Modelo y Espejo* de la virginidad, proclamaban de continuo los Santos Padres de los primeros siglos. Tales títulos incluían en sí mismos el reconocer en la Madre de Dios el dechado de todas las virtudes ascéticas, ya que, desde los tiempos de Orígenes, la verdadera virginidad encerraba en sus esencias una abnegación completa de la carne y un resumen de las perfecciones sobrenaturales más exquisitas deseables en una esposa de Cristo [58]. Por eso, dedicando San Ambrosio el segundo libro de su tratado sobre las vírgenes a entretejer una guirnalda de flores modelos en que las jóvenes consagradas pudieran buscar perfumes para

[53] *Commentaria in Matthaeum*, t. X, n. 17: PG 13, 877. Ténganse en cuenta acerca de este punto las sensatas observaciones de SUÁREZ, *De Mysteriis vitae Christi*, q. 28, a. 4, sect. 3, ed. cit., pp. 106-108.

[54] *Adversus haereses*, lib. III, t. II, haeresis 78, adversus Antidicomarianitas, c. 8: PG 42, 712.

[55] *De institutione virginis*, c. 7, n. 45: PL 16, 317.

[56] Ibid., c. 14, n. 87: PL 16, 326.

[57] *De sancta virginitate*, c. 4: PL 40, 398.

[58] ORÍGENES, *In Lev.*, hom. 3, n. 4, ed. W. A. BAEHRENS, GCS, *Origenes Werke*, t. VI, pp. 306-308 (PG 12, 427-429); *In Num.*, hom. 23, n. 3, ed. cit., GCS, t. VII, p. 214 s. (PG 12, 749). Recuérdese lo dicho en el número 99 de este mismo capítulo.

sus propios pétalos, comienza poniendo como corola clave la imagen de la Madre de Dios. Sus descripciones acerca de las virtudes de María son muy conocidas, pero, a pesar de ello, la pluma, aun a trueque de ser vulgar, no se resiste a transcribir algunos de sus principales párrafos.

Sea para vosotras—dice el santo Doctor—dechado de virginidad la vida de María, en la que, como en un espejo, resplandece la verdadera imagen de la castidad y la virtud; de ella podréis copiar las normas de vuestra conducta. En ella, cual en obra maestra, hallaréis esculpida la santidad perfecta, aprendiendo así lo que debe corregirse, obtenerse o conservarse en vuestro modo de proceder.

No hay mayor estímulo para el discípulo que la excelencia del maestro. Y ¿quién más excelente que la Madre del Verbo? ¿Quién más preclara que la elegida para sí por la misma claridad divina? ¿Quién más casta que aquella que engendró sin contacto de carne? ¿A qué hablar de sus demás virtudes? Virgen no sólo en el cuerpo, sino también en el alma, en la que ningún deseo espúreo empañó jamás la rectitud de los sentimientos: humilde en su corazón, grave en sus palabras, prudente en sus consejos, parca en su conversación, diligente en sus lecturas piadosas, confiada no en el valor efímero de las riquezas, sino en las oraciones de los pobres; solícita en sus labores, modesta en sus dichos, firme en poner a Dios, y no a los hombres, por guía de sus acciones; a nadie hizo mal, quiso bien a todos, respetó a los mayores, fué amable para con los iguales, se abstuvo de la más mínima jactancia, siguió siempre los dictados de la razón y puso sus anhelos en la santidad... Jamás se le sorprendió una mirada torva en sus ojos, ni una palabra libre en sus labios, ni un gesto menos modesto en sus acciones. Nunca se descuidó en un modal más ligero, o en paso menos compuesto, o en un tono desabrido; el porte de su cuerpo era trasunto de su alma y reflejo de su inocencia. Y es que la suntuosidad de un palacio se conoce en el vestíbulo: desde que se pone en él la planta se entrevén los esplendores del interior...

¿Para qué recordar su parsimonia en la comida, y su diligencia en el trabajo? Aquélla no cubría las exigencias de la naturaleza, ésta las sobrepasaba; en aquélla se sucedían sin interrupción los días de ayuno, en ésta no había intervalos de reposo. Y cuando proporcionaba a su cuerpo el alimento necesario, era de lo más vulgar, apto tan sólo para impedir la muerte, no para saciar un placer. La necesidad, y no el regalo, daba ley a su sueño; y aun durante el reposo seguía velando su espíritu, el cual muchas veces, mientras descansa el cuerpo, repite consigo las piadosas lecturas, prosigue la meditación interrumpida, ultima anteriores propósitos o planea futuras empresas.

No acertaba a salir de su casa si no era para ir al templo, y aun esto acompañada de sus padres y allegados. En la oculta laboriosidad de su hogar o en las prudentes compañías fuera de su casa, era ella misma la mejor custodia para sí. Reflexiva en sus palabras y acciones, no dió un solo paso sobre el suelo que

no fuera un nuevo paso en la virtud... A todos prestaba atención, como si esperase de ellos un consejo; aunque, por su parte, de tal modo se entregaba a las normas de la santidad que parecía no discípula, sino maestra.

Tal nos la describió el evangelista (Lc. 1, 27), tal la encontró el ángel en su visita, tal la eligió el Espíritu Santo. ¿Para qué detenernos en detalles particulares de cómo la amaron sus padres, la alabaron los extraños, la juzgó Dios digna de concebir a su divino Hijo? El ángel la sorprendió sola en el aposento de su casa, sin que nadie interrumpiera o perturbara su recogimiento. ¿Qué necesidad podía sentir de verse acompañada por otras jóvenes quien se gozaba con la compañía de sus santos pensamientos? Tanto menos sola se creía cuanto más sola se hallaba. ¿Cómo considerarse sola, cuando se veía rodeada por tantos libros sagrados, tantos arcángeles y tantos profetas?

Gabriel la encontró allí donde solía visitarla... Ella enmudeció al saludo, respondió al llamamiento, se turbó ante la alabanza, pero se sometió a la obediencia... ¿Qué decir de su ida todos los años al templo de Jerusalén en compañía de José? (Lc. 2, 41). En la virgen, el compañero inseparable de todas las virtudes es el pudor. Imprescindible debe ser éste por fuerza, puesto que sin él la virginidad no puede subsistir. Ni siquiera al templo osaba acercarse María si no era custodiada por el pudor.

He aquí la imagen de la verdadera virginidad. Esta fué María, cuya vida pasó a ser norma para todas las vírgenes. Si, pues, nos agrada la maestra, ensayemos en nosotras sus obras, de suerte que para obtener semejante gloria en la pureza imitemos sus ejemplos. ¡Qué de virtudes brillan en una sola virgen! Modestia en el recogimiento, ardor en la fe, presteza en la devoción; virgen en casa, compañera humilde para servir a las demás, madre en el templo [59].

Bella descripción, en que juega sus encantos la galanura del literato, la psicología del asceta y la ternura del fervor mariano. Ante tales precisiones quedamos dispensados de aducir otras citas indicadoras de la idea que las vírgenes del siglo IV y sus respectivos pastores abrigaban respecto a María, ejemplar de virtudes en las esposas de Cristo [60]. Por otra parte, no se trataba de un modelo muerto, sin vida ni eficacia. María era la nube ligera profetiazda por Isaías [61],

---

[59] *De virginibus* lib. I, c. 2, nn. 6-15: PL 16, 326; cf. *De institutione virginis*, c. 14, n. 87 s.: PL, t. cit., 326; *Exhortatio virginitatis*, c. 10, n. 71: PL, t. cit., 357. Asimismo la propone como modelo al tratar de ciertas virtudes en particular, como el silencio (*De virginibus*, lib. III, c. 3, n. 11: PL, t. cit., 223).

[60] San Jerónimo, por ejemplo, propone la imitación del pudor de la Virgen María en el trato con los varones (*Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 38: PL 22, 422). San Leandro exhorta a tenerla por modelo de pobreza en los días del parto en Belén (*Regula*, c. 14: PL 72, 888). Y así podrían multiplicarse las citas.

[61] Is. 19, 1.

presta a derramar sobre las vírgenes la lluvia espiritual que templase los ardores de sus cuerpos, regase la semilla de sus virtudes y empapase de frescor los ideales de su espíritu; era el vaso de ungüento cuyos aromas extinguirían los hedores de la carne [62].

Ejemplar, por tanto, impregnado de hálito creador para infundir el alma de las virtudes castas en las vírgenes sus imitadoras y aun para prender el fuego purificador de la casta continencia en cuantos se le acercasen. Visitó a Juan el Bautista todavía en el seno materno y lo hizo virgen; vino a habitar con Juan Evangelista y lo conservó puro hasta la muerte [63]. ¿Despedía tal vez de su cuerpo efluvios invisibles de incorrupción, que hacían brotar en su torno luz de integridad virgínea?

Al oír hablar en tales términos a los Padres de la primitiva Iglesia, esperamos, sin duda, de sus labios una última conclusión. En su concepto, María no era tan sólo el principio y fundamento, ni era únicamente el modelo ejemplar, sino más que nada era la cúpula terminal del gran templo de la pureza construído por la ascética de Cristo. *Corona de la virginidad, Reina, Princesa y Virgen de vírgenes* son otras tantas notas de un arpegio místico en el que el lirismo y la emotividad de aquellas almas continentes ponen temblores de amor mariano. Reclinada en estos sentimientos su cabeza, la esposa de Cristo agonizante cerraba sus ojos para abrirlos a la luz de lo ultraterreno, esperando, según la descripción de San Ambrosio, contemplar antes que nada la figura de María, que había de recibirla en sus brazos para trasladarla a los de su santísimo Hijo [64]. Ultima aspiración de las vírgenes consagradas: fundirse en el seno virginal de la Madre de Dios y entonar con ella un unísono de loores al Señor de la eternidad.

Entre tanto, como anticipo de aquella unión definitiva en los comunes cánticos de alabanza, dirigían ellas a su Reina virginal, por boca de sus obispos y escritores, las más delicadas ternezas e invocaciones. Desde los primeros requiebros a "María *la pura, la bella*", pronunciados en el siglo II por el obispo de Sardes San Melitón [65], hasta los cálidos ditirambos de San Leandro en Sevilla [66], el florilegio de himnos ardientes a la Madre Virgen es denso y de inagotable variedad. Alcanzó, sin duda, su cima con las estrofas del que

[62] *De institutione virginis*, c. 13, nn. 81-86: PL 16, 325 s.
[63] Ibid., c. 7, n. 50: PL, t. cit., 319.
[64] *De virginibus*, lib. II, c. 2, n. 16: PL 16, 211.
[65] *Fragmentum ex sermone de passione*, OTCA, vol. IX, p. 421.
[66] *Regula*, introd.: PL 72, 877.

mereció aunar en sí los títulos de Doctor Mariano y Cítara del Espíritu Santo, el diácono Efrén de Nísibe, que cantó con notas de especial vibración las glorias de la Virgen Madre. Sirvan unas cuantas estrofas de uno de sus numerosos himnos marianos para cerrar este capítulo:

"Me ha invitado la Virgen a ensalzar el misterio de su integridad, objeto para mí de estupor. ¡Hijo de Dios, dame tu gracia maravillosa para arrancar a mi cítara los tesoros de sus armonías y poder describir la imagen hermosísima de tu Madre!

¡Fruto en su seno sin humana cooperación! ¡Oh prodigio inexplicable! ¡Leche en sus pechos contra la ley de la naturaleza! ¡Leche en un cuerpo purísimo en que blanquea intacta la virginidad! ¡Oh maravilla sin igual! ¿Quién podrá explicar tales grandezas?

La Virgen María da a luz santamente un hijo; alimenta con su leche al que sustenta todas las naciones; sostiene sobre sus rodillas al que conserva en sus manos todo el orbe. ¡Es virgen y madre y cuanto de grande puede concebirse!

Santa en el cuerpo, bella en el espíritu, pura en sus pensamientos, clarísima en su inteligencia, perfecta en sus sentidos, casta, firme en sus propósitos, inmaculada en su corazón, excelente y colmada de virtudes en todo su ser.

¡Regocíjese en María el coro de las vírgenes!, pues una de ellas ha dado a luz al gran Héroe, que sustenta a todas las criaturas después de haber librado al género humano, oprimido bajo la servidumbre infernal.

¡Regocíjese en María el gran padre Adán, herido por la serpiente! Pues Ella ha proporcionado al primer hombre un nuevo vástago, con cuyo poder aplastará al áspid maldito y sanará de su mortal picadura.

¡Regocíjense los sacerdotes con esta Virgen bendita, que dió a luz al gran Sacerdote hecho víctima! Los dispensó de ofrecer nuevos sacrificios y convirtió en hostia cruenta su propia carne para aplacar a su Padre.

... ...

El árbol de la vida, escondido en el paraíso, volvió a retoñar en el seno de María y cobijó bajo su sombra a todo el orbe, derramando sus frutos de bendición sobre los pueblos próximos y lejanos.

María fué quien tejió una nueva túnica de gloria para nuestro primer padre Adán. Con esta vestidura, el que había quedado desnudo entre los árboles del paraíso se cubrió mostrando la belleza del pudor y la virtud.

... ...

Vid virginal dió un racimo cuyo dulce vino es consuelo para cuantos lloran. Adán y Eva, afligidos con lúgubre duelo, probaron aquel licor de vida y hallaron descanso en sus lágrimas" [67].

---

[67] *Hymni S. Ephremi de Beata Dei Genitrice Maria,* hymn. 1: LAMY, t. II, col. 519-524. Los veinte himnos recogidos en dicho tomo son de singular belleza. También se refieren a María no pocas estrofas de los cinco himnos *De instauratione Ecclesiae,* ibid., t. III, col. 959-990.

PARTE III

LA TRANSFIGURACION DE LA VIRGINIDAD

CAPÍTULO I

El poema de la virginidad

103. El original de la obra y las circunstancias de su composición.—104. Su influjo literario. Actas de Xantipa y Polixena en España.—105. Contenido y desarrollo episódico de la leyenda.—106. Núcleo histórico: la protagonista y su culto; otros personajes reales; el combate de Antioquía.—107. Perfiles psicológicos y ascéticos de Tecla: su contemplación, su energía, su apostolado

El original de la obra y las circunstancias de su composición

103. La epopeya de la virginidad empezó a desarrollarse, como vimos, en torno a los mismos apóstoles con pugilato de heroicidades. Ahora bien, todo héroe es un grito en la historia pidiendo un poema. Era, pues, inevitable que éste surgiese, bajo una u otra forma, en el campo de la pureza. Buscar protagonista era fácil trabajo de selección, y el hagiógrafo se decidió por la persona de Santa Tecla, joven asiática, dotada de cierto encanto de inteligencia e intrepidez, a quien San Pablo convirtiera al cristianismo y consagrara a la pureza con el influjo de su palabra.

La tradición se había afanado desde el primer momento por guardar en el álbum perfumado de sus recuerdos aquella noble figura; la había adornado con los hechizos con que sabe engalanar a sus predilectos, y por este medio había logrado convertirla en el símbolo de la virginidad cantado por todos los Santos Padres y en el arquetipo presentado a las jóvenes de las futuras generaciones. En este ambiente de fermentación surgieron los *Hechos de Pablo y Tecla*[1].

[1] La mejor edición crítica por el momento es la ofrecida por R. A. Lipsius en *Acta apostolorum apocrypha, pars prior* (Lip-

En rigor, este interesante escrito no es sino una parte de los antiguos *Hechos de Pablo,* como se pudo comprobar a principios de siglo gracias al hallazgo de una versión copta, que, aunque mutilada, permitía seguir el hilo de la obra completa en su primera redacción [2]. En ella, como en otras producciones del mismo género, relatos de los primeros viajes de evangelización, se referían los trabajos misionales del Apóstol de las Gentes a través de Antioquía de Pisidia, Iconio, Mira, Sidón, Efeso y Filipos, para terminar con el martirio de San Pablo en la capital del Imperio.

Muy pronto los sucesos relativos a Iconio, con la conversión y persecuciones épicas de la virgen Tecla, alcanzaron tal interés e importancia que empezaron a vivir vida propia con plena autonomía. Es precisamente una virgen española, la peregrina Eteria, quien nos facilita por vez primera este dato de la separación consumada, cuando escribiendo hacia el año 393 nos refiere cómo al visitar en Seleucia el sepulcro de la mártir de Iconio, después de un rato de oración, leyó emocionada los *Hechos de Tecla* en presencia de su veneranda tumba [3].

Al mismo tiempo, diversas controversias dogmáticas, especialmente contra Bardesanes, iban poco a poco independizando otra pieza del primer escrito original, las cartas apócrifas de San Pablo a los Corintios, que llegaron a verse insertas durante cierto tiempo en los códices bíblicos de origen sirio y armenio [4]. Finalmente, la veneración litúrgica, debida al Apóstol de Roma, hizo que el relato de su martirio se conservase con cariño en las lecciones de su fiesta, adquiriendo así por este medio aquella narración personalidad propia.

---

siae 1891), pp. 235-272. Una buena transcripción del texto griego, juntamente con la traducción francesa, puede verse en la excelente obra de L. Vouaux *Les actes de Paul et ses lettres apocryphes* (París 1913), Col. *Les apocryphes du Nouveau Testament,* sous la direction de J. Bousquet y E. Amann. Finalmente, una abundante bibliografía para todo lo concerniente a dichos *Hechos* puede verse en el protestante * E. Hennecke, *Handbuch zu den Neutestamentlichen Apokryphen* (Tübingen 1904), y sobre todo en la obra citada de Vouaux, pp. 135-140.

[2] Fué mérito de * C. Schmidt, *Acta Pauli aus der Heidelberger koptischen Papyrushandschrift* (Leipzig 1905), donde el autor reproduce el texto copto con un estudio sobre el mismo y un álbum de ochenta fotografías del manuscrito. Posteriormente publicó *Ein neues Fragment der Heidelberger Acta Pauli* (Berlín 1909).

[3] S. Silviae, *quae fertur, peregrinatio ad loca sancta,* en «Itinera hierosolymitana saeculi IV-VIII», CSEL, t. XXXIX, pp. 69 y 70: «... et lectus omnis actus Sanctae Teclae, gratias Christo Deo nostro egi infinitas...» La designación de la obra denota un contenido exclusivo de los relatos pertenecientes a la Santa.

[4] Para más detalles, cf. L. Vouaux, *Les actes de Paul et ses lettres apocryphes,* ed. cit., p. 34 s.

A través de estos diversos caminos vinieron, pues, a salvarse aquellos tres fragmentos de los primitivos *Hechos de Pablo,* mientras que la obra íntegra original, manoseada y retocada a su gusto por los herejes gnósticos, maniqueos y priscilianistas, acababa por desaparecer en los expurgos de libros anticatólicos hechos con posterioridad [5]. Pérdida tanto más lamentable cuanto mayor fué a los comienzos la autoridad de aquel escrito, que fué catalogado por Eusebio en el segundo grupo de sus antilegómenos, junto a obras tan veneradas como la del Pastor Hermas, la Epístola de Bernabé, la Doctrina de los apóstoles y aun el Apocalipsis de San Juan [6], y que se halla incluído, con un cómputo total de 3.560 estiquios, en la famosa lista de libros inspirados, originaria tal vez del siglo III y conservada hasta nuestros días por el códice *claromontano* de la sexta centuria [7].

La idea de labrar aquel monumento de gloria al Apóstol de Damasco y a la virgen de Iconio hemos de agradecérsela a un presbítero del Asia. Nos lo dice expresamente Tertuliano [8]. Y a falta del testimonio categórico de aquel apologeta, a quien el dominio del griego le abría las puertas del próximo Oriente, nos bastaría para asentar esta afirmación advertir el conocimiento íntimo del Nuevo Testamento que va embebiendo todo el escrito, y que difícilmente podría darse en la cultura seglar de aquellos tiempos. Si la

---

[5] Es la opinión, ciertamente muy bien fundada, de L. VOUAUX, ob. cit., p. 68 s. Sin embargo, no todos defienden esta tesis, como, por ejemplo, * R. A. LIPSIUS, que sostiene una sentencia diametralmente opuesta. Según él, los *Actus Pauli* fueron una obra de carácter herético, de la que los católicos, merced a sucesivas amputaciones de los pasajes inconvenientes, hicieron un escrito ortodoxo. Los fundamentos en que se apoya son determinadas menciones de los Santos Padres referentes a hechos que hoy no se leen en nuestro texto, ciertas faltas de ilación en las escenas conservadas, alusiones de los mismos *Hechos* a detalles perdidos y algunos resabios heretizantes, que eran patrimonio común de casi todos los escritos apócrifos contemporáneos. (Cf. *Die apokryphen Apostelgeschichten und Apostellegenden,* t. II, Braunschweig 1887, pp. 443-461.) Sin embargo, es menester confesar que en la actual redacción la doctrina es completamente ortodoxa, aun cuando presente frases exageradas respecto a la virginidad. (Cf. la obra citada de VOUAUX, pp. 70-86 y 91-96.)

[6] *Historia Ecclesiastica,* lib. III, c. 25 ; PG 20, 269 (GCS, t. II, p. 1.ª, pp. 250-252). Ya antes había advertido Eusebio : «Quod spectat ad librum, qui *Actus Pauli* inscribitur, neque illum inter indubitatae fidei et auctoritatis libros accepimus» ; lo cual es bastante conceder (lib. III, c. 3 : PG 20, 217 [GCS, t. II, p. 1.ª, p. 190]).

[7] Tal es la creencia de * T. ZAHN, quien juzga haber sido redactado aquel catálogo por una pluma griega de la Iglesia alejandrina antes de San Atanasio (*Geschichte des neutestamentlichen Kanons,* t. II, p. 1.ª, Erlangen 1890, pp. 157-172). No todos admitieron sus conclusiones, como puede verse en * G. A. JUELICHER, *Theologische Litteraturzeitung,* t. XVI (1891), pp. 220-223.

[8] *De baptismo,* c. 17 : PL 1, 1219 (CSEL, XX, 215).

ciencia escriturística de la obra está señalando con el dedo la pluma de un presbítero, el amor cálido hacia Santa Tecla, que vibra en todas sus páginas, nos susurra al oído como lugar de origen una villa fuertemente embalsamada con los recuerdos de la mártir, sea Antioquía de Pisidia, donde se desenvuelven las escenas capitales de los *Actos;* sea Iconio, patria de la protagonista; sea Seleucia, en Isauria, donde la basílica y la tumba de la virgen de Cristo mantenían un ambiente completamente saturado por la piedad de su culto [9].

De uno de estos focos clásicos por los recuerdos de la Santa se levantaron hacia el año 160 las auras de inspiración creadoras de nuestra obra literaria; auras que en sus mismas cadencias delatan la cronología del siglo II avanzado, con sus preocupaciones ante los errores gnósticos, que arrancaban por entonces a la pluma de Ireneo sus cinco libros *Adversus haereses;* con la persuasión experimental de que para perder a una persona bastaba acusarla de ser cristiana, como lo supone el autor en las maquinaciones de Demas y Hermógenes contra San Pablo, proyectando ingenuamente a los tiempos apostólicos un estado de cosas posterior al edicto de Trajano; con una relativa calma persecutoria, que, aun manteniendo siempre suspendida y desenvainada sobre las cabezas creyentes la espada punitiva, concedía, sin embargo, cierta tranquilidad a las actividades ordinarias de los fieles, cual se otorgó en el reinado de Antonino Pío y comienzos del de Marco Aurelio. A estos mismos tiempos nos remite, por su parte, el testimonio de Tertuliano, fechado el año 200, y en el que aparece claro cómo los *Hechos de Pablo y Tecla* tenían ya por entonces los suficientes años de existencia para haber pasado al continente africano y haber alcanzado allí la notoriedad necesaria que supone el intervenir como testigos calificados en las disputas disciplinarias sobre el bautismo [10].

En mala hora, sin embargo, se le ocurrió al piadoso,

---

[9] El origen antioqueno de los *Hechos de Pablo* es defendido por VOUAUX, *Les actes de Paul et ses lettres apocryphes*, pp. 102-104. ROLFFS se inclina a la hipótesis de Seleucia o Iconio. No deja tampoco de tener alguna probabilidad la opinión de * C. SCHMIDT, quien por una serie de coincidencias eruditas señala como patria de origen a los *Actus Pauli* la ciudad de Esmirna (*Acta Pauli aus der Heidelberger koptischen Papyrushandschrift*, ed. cit., p. 205). Desde luego que el cariño del autor por Santa Tecla en ninguna parte podría haber tenido pábulo más espontáneo que en Seleucia.

[10] En efecto, las frases de TERTULIANO indican que los adversarios alegaban los *Hechos de Pablo* para conceder a las mujeres el derecho de enseñar y bautizar, suponiendo, por tanto, que las frases de aquel escrito eran ya del dominio público (*De baptismo*, c. 17 : PL 1, 1219 [CSEL, XX, 215]).

pero incauto presbítero del Asia componer aquel escrito legendario, que bajo ciertos aspectos simulaba acrecentar las fuentes inspiradas del cristianismo sobre las actividades apostólicas. Era precisamente un momento en que las Iglesias orientales se afanaban por definir de modo perentorio la extensión del canon bíblico. Así que nada tiene de extraño que alguna de las reuniones provinciales de obispos examinase preocupada el asunto y, después de haber oído la confesión del escritor, en que éste declaraba haber compuesto por cuenta propia y movido únicamente por un amor imprudente al Apóstol aquellos relatos atribuídos a San Pablo, procediese a la deposición del infeliz falsario [11].

Quedaba una tal pena justificada por la audacia del autor, peligrosa en aquellas circunstancias de inquietud histórica. Pero tal vez era mayor la responsabilidad en la redacción primitiva de los *Hechos de Pablo,* si, como sospechan algunos críticos, nuestras ediciones presentes son copias de un texto ya expurgado de las leyendas más llamativas contenidas en el original, como el bautismo de una leona llevado a cabo por Tecla, de las que han quedado alusiones aisladas en escritores antiguos e indicios en la inconexión de ciertos episodios [12].

---

[11] No han faltado quienes sospechen que la primitiva redacción de los *Actus Pauli* se presentase como si la obra hubiera sido compuesta por el mismo Apóstol, apoyándose en la lectura textual de ciertas ediciones, en que se dice : «Quod si quae Paulo perperam adscripta sunt, exemplum Theclae ad licentiam mulierum docendi tingendique defendunt, sciant in Asia presbyterum, qui eam scripturam construxit, quasi titulo Pauli de suo cumulans, convictum atque confessum id se amore Pauli fecisse, loco decessisse» (PL 1, 1219). Sin embargo, la lectura más correcta de REIFFERSCHEID y WISSOWA dice : «Quod si qui Pauli perperam inscripta legunt, exemplum Theclae», etcétera (CSEL, XX, 215). El detalle añadido por San Jerónimo de haberse realizado la condenación ante el apóstol San Juan, no tiene, como es claro, fundamento alguno *(De viris illustribus,* c. 7: PL 23, 619).

[12] Varias de las razones alegadas por * LIPSIUS para señalar ciertos cortes dados en el texto, según indicamos en la nota 5 de este capítulo, podrían aducirse igualmente en favor de esta opinión. De hecho esta idea fué indicada por los BOLANDOS, que recordaban expresamente la fábula de la leona bautizada conforme la menciona San Jerónimo en el lugar últimamente citado. (Cf. AASS, mense septembri, t. VI, p. 548.) A la misma sentencia se inclina * A. HILGENFELD, *Novum Testamentum extra canonem receptum,* p. 4.ª (Lipsiae 1884), F. Petri et Pauli Acta, p. 67. También * W. M. RAMSAY supone que hubo posteriores mutilaciones, pero juzgando, por otra parte, que la obra tal cual la conoció Tertuliano y la leemos nosotros es una refundición hecha entre el 130 y 170 de una narración compuesta hacia el año 70 por un frigio y embellecida luego con adiciones legendarias. El mismo resume su tesis en estos cinco puntos : 1) Los *Actus Pauli* descansan en un documento del primer siglo. 2) Aquel escrito contenía hechos históricos, cuyo recuerdo fué desvaneciéndose al fin de la primera centuria. 3) No teniendo carácter

Su ortodoxia, sin embargo, salió incólume del examen episcopal, y gracias a ella pudo alcanzar en los siglos sucesivos un éxito realmente arrollador y una influencia profundísima [13]. Al fin y al cabo se trataba de una obra donde hallaban los contemporáneos una imitación más o menos feliz de las formas helénicas, junto con la idealización de sus tendencias ascético-dogmáticas y un nuevo pábulo para su interés, a la sazón pujante, por cuanto se relacionase con los tiempos apostólicos.

Así se explica el número relativamente elevado de códices manuscritos llegados hasta nosotros, la rapidez y multiplicidad de las traducciones realizadas en los primeros tiempos y la profusión de citas esparcidas por los Santos Padres. Ciñéndonos al original griego, son doce los manuscritos hasta el presente descubiertos, en que se nos ha transmitido dicho texto, sin entrar en la cuenta el pergamino fragmentario publicado por Grenfell y Hunt en *The Oxyrynchus Papyri,* cuya datación puede fijarse en la quinta centuria [14]. Tales datos son un buen termómetro del ardor que su lectura despertó en la piedad antigua y medioeval.

Cuán poco hizo falta esperar para el triunfo de los *Hechos de Pablo y Tecla* lo proclama la voz de las traducciones realizadas en los tiempos del Imperio. Cuatro o cinco versiones latinas independientes entre sí, transmitidas hasta nosotros por cuarenta y nueve códices manuscritos, según ha podido señalar Gebhardt en su trabajo pacientísimo de catalogación y compulsa de textos, recorrieron las regiones todas de los Césares; y todavía, como instrumentos com-

---

canónico, hubo de padecer sucesivas alteraciones por el desarrollo de la leyenda y del culto de Santa Tecla. 4) Las escenas allí descritas, «realidad y poesía», tuvieron lugar en Iconio y Antioquía de Pisidia durante la primera visita de San Pablo. 5) A Basilio de Seleucia se debe el cambio de Antioquía de Pisidia en Antioquía de Siria *(The Church in the roman Empire,* London 1904, p. 381).

[13] Los testimonios de los primeros siglos no descubren ciertamente en los *Actus Pauli* rastros de herejía, puesto que el escrito anduvo muy cerca del canon bíblico. Es menester esperar al Papa Gelasio, con su decreto *De recipiendis et non recipiendis libris,* dado hacia el año 494, para leer : «Liber, qui appellatur *Actus Theclae et Pauli apostoli,* apocryphus», en una lista encabezada con estas palabras : «Cetera, quae ab haereticis sive schismaticis conscripta vel praedicata sunt, nullatenus recipit catholica et apostolica romana Ecclesia». Sin embargo, bastaba, como aparece por las expresiones del Pontífice, el carácter apócrifo de la obra y el uso de ella hecho por los herejes para explicar su inserción en el catálogo condenatorio, sin que sea necesario suponerle un matiz heterodoxo (ed. A. Thiel, *Epistolae Romanorum Pontificum genuinae a S. Hilario usque ad Pelagium II,* Brunsbergae 1868, t. II, pp. 461 y 464 ; véase la introducción del editor a dicho decreto, ibid., pp. 44-53).

[14] *The Oxyrhynchus Papyri,* p. 1.ª (London 1898), p. 91. La nota de los manuscritos puede verse en * R. A. Lipsius, *Acta apostolorum apocrypha,* pars prior (Lipsiae 1891), prolegomena, p. XCIX s.

plementarios de aquella expansión, circularon traducciones en siríaco, armenio, eslavo, árabe y, sobre todo, en copto, cuyas copias gustaron con especial unción las vírgenes de los desiertos egipcios y cuyo manuscrito superviviente ha sido llave para descifrar la contextura íntima de la obra original [15].

Su influjo literario. Actas de Xantipa y Polixena en España

104. Sin embargo, la impresión más fuerte del influjo y entusiasmo despertado en la cristiandad de los primeros siglos por aquella obra nos la ofrecen las citas de los Santos Padres y escritores eclesiásticos, que, comenzando con el mismo siglo III, nos van señalando las vías geográficas de su expansión. Muy probablemente los *Hechos de Pablo y Tecla* eran ya familiares en los medios de la urbe imperial cuando el año 202 escribía San Hipólito su comentario *Sobre Daniel* [16]; se habían extendido por Siria en la primera mitad de la misma centuria, antes de aparecer los *Didascalia,* que tienen evidentes dependencias literarias del apócrifo paulino [17]; habían penetrado por Egipto, y concretamente en la escuela catequética alejandrina, donde los citaba su director Orígenes, hacia el año 230, en los momentos de mayor esplendor de aquella academia [18]; y aun adelantándose con velocidad sorprendente, habían llegado ya a Cartago treinta años antes, como aparece por el texto mencionado de Tertuliano [19].

Más tarde, en el siglo IV, resuenan por doquier voces cuyas modulaciones se han formado en las leyendas de Tecla. En unas ocasiones será el Oriente con San Metodio de Licia, que pone como una de las figuras principales de su

[15] El texto copto fué editado por C. Schmidt en la obra ya antes citada. De especial importancia son las versiones latinas, que han demostrado ser imperfecto el texto griego original que poseemos. Véase el estudio de * O. von Gebhardt, *Die lateinischen Uebersetzungen der Acta Pauli et Theclae,* TU, t. XXII, fasc. 2 (Leipzig 1902).

[16] *In Danielem,* 3, 29, ed. * Bonwetsch, GCS, *Hippolytus Werke,* t. I, p. 177.

[17] Las dependencias son principalmente de las cartas apócrifas de San Pablo a los Corintios. Véanse las observaciones hechas por F. X. Funk, *Didascalia et Constitutiones apostolorum,* vol. I (Paderbornae 1905), Notas a los Didascalia, lib. VI, c. 8, p. 316.

[18] Es Orígenes el primero que cita expresamente el título de la obra con las palabras πράξεις Παύλου (*De principiis,* lib. I, c. 2, n. 3; PG 11, 132 [GCS, ed. Koetschau, *Origines Werke,* t. V, p. 30]); *Commentaria in Evangelium Iohannis,* lib. XX, n. 12: PG 14, 600 [GCS, ed. * Preuschen, *Origines Werke,* t. IV, p. 342]).

[19] *De baptismo,* c. 17: PL 1, 1219 (CSEL, XX, 215).

obra místico-literaria a la protagonista de nuestros *Hechos;* o con San Gregorio, que desde su cátedra de Cesarea recurre con frecuencia a aquellos relatos para ilustrar sus discursos, sermones y avisos ascéticos; o con San Juan Crisóstomo, que en Antioquía o en Constantinopla los tiene ante los ojos en varias de sus homilías y comentarios bíblicos [20]. En otras ocasiones será el Occidente con San Ambrosio de Milán, que traslada a su tratado *Sobre las vírgenes* los rasgos más salientes de las supuestas escenas contenidas en nuestra novela hagiográfica [21]; o con Zenón, el obispo de Verona, a quien su retórica de neto corte africano le guía a buscar en los *Hechos de Pablo y Tecla* un ejemplo para sus exhortaciones ascéticas [22]; o, finalmente, con el mismo San Jerónimo, que, temeroso ante la entusiasta acogida de aquella obra apócrifa y las consecuencias que de algunas de sus frases pudieran deducirse, vuelve a poner en guardia a sus admiradores sobre el carácter legendario de su composición [23]. En las Galias, hasta la poesía rinde homenaje a los *Hechos de Pablo y Tecla* al comenzar el siglo V, con Cipriano, el autor del *Heptateuco,* quien pone a la virgen de Iconio, según la caracterizan sus escenas legendarias, en la misma línea que los numerosos personajes bíblicos por él aducidos [24].

Unicamente España parecía quedar un poco al margen de aquel concierto de entusiasmos, dado que no es posible precisar si la virgen Eteria llegó a conocer la obra antes de abandonar su patria o si la pudo traer consigo después de terminadas sus peregrinaciones. Pero un fenómeno curioso vino a suplir aquel fallo. Los *Hechos de Tecla* entran hasta cierto punto en nuestra Península disfrazados bajo el nombre de *Actas de Xantipa y Polixena* [25]. Estas dos santas españolas, de las que no aparece resto alguno de culto

---

[20] *In acta apostolorum homilia XXV*, n. 4: PG 60, 198. Los pasajes de San Juan Crisóstomo dependientes de los *Hechos de Pablo* en lo que se refiere al martirio del Apóstol son numerosos. (Cf. L. Vouaux, *Les actes de Paul et ses lettres apocryphes*, pp. 37-39.)

[21] Tal es la importancia que le concede el Obispo de Milán, que, propuesto el ejemplo de María como modelo de vida para las vírgenes, añade a continuación el de Tecla como ideal de prontitud para el martirio *(De virginibus*, lib. II, c. 3, nn. 19-21: PL 16, 211 s.).

[22] *Tractatus VIII: De timore*, § 3: PL 11, 324 s., donde en breves líneas hace referencia a seis diversos capítulos de los *Hechos de Pablo y Tecla.*

[23] *De viris illustribus*, c. 7: PL 23, 619.

[24] *Caena Cypriani;* el texto puede verse, juntamente con un interesante estudio, en * A. Harnack, *Drei wenig beachtete cyprianische Schriften und die Acta Pauli*, TU, t. XIX, fasc. 3 b (Leipzig 1899).

[25] Una edición del texto original de las *Actas* fué publicada por Montague Rhodes James M. A. en TS, vol. II, n. 3, *Apocrypha anecdota*, pp. 43-85.

durante los primeros siglos de nuestra historia, y cuya misma existencia resulta bastante dudosa, tuvieron sus *Actas* propias, confeccionadas por un supuesto Onésimo, ficticio contemporáneo de San Pablo, a quien su vocabulario griego delata como escritor de siglos posteriores [26].

Xantipa, mujer de un prefecto llamado Probo, en cuya casa se alberga San Pablo en su viaje por España, es bautizada por el Apóstol. Más complicada es la vida de su hermana la virgen Polixena, quien después de mil aventuras, en que para salvar su pureza se ve obligada aun a internarse en la soledad junto a los leones de las selvas, y en que por coincidencias providenciales entabla contactos con San Felipe y San Andrés, es, finalmente, conducida también a presencia de San Pablo en unión de su familia. A través de las ficciones poco afortunadas de la leyenda se puede apreciar cómo elementos característicos de los *Hechos de Pablo y Tecla,* y aun frases íntegras de esta obra, se van infiltrando en los relatos de las santas españolas, cuya primera coincidencia sorprendente es la identidad de fecha de su fiesta, anunciada el 23 de septiembre por el Martirologio romano de Baronio [27].

Salta a la vista el plagio en la presentación semejante de San Pablo en ambas obras, así como en la idéntica cristofanía bajo la figura del Apóstol. Al soborno del portero llevada a cabo por Tecla con sus brazaletes corresponde el realizado por Xantipa con su ceñidor. La recomendación hecha a Polixena de adoptar el exterior de un varón como cautela ante futuras dificultades es la misma idea practicada por la virgen de Iconio en su viaje a Mira. Semejantes son los amores despreciados por ambas heroínas y hasta idénticas las palabras en la descripción de la leona salvaje que, lanzada contra una y otra virgen, viene mansa a postrarse a sus pies [28].

---

[26] Algunas de estas voces fueron ya notadas por los BOLANDOS, AASS, mense septembri, t. VI, p. 536

[27] Benedicto XIV advierte en su gran obra *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione* que la mera inserción en el Martirologio romano no significa la existencia de un culto público en la Iglesia para con el Santo (lib. IV, p. 2.ª, c. 19, nn. 14-16, en «Opera Omnia», Venetiis 1767, t. IV, p. 373 s.).

[28] Compárense los capítulos siguientes : *Acta Xanthippae,* cc. 7 y 8, con *Actus Theclae,* c. 3 ; *Act. Xanth.,* c. 15, con *Act. Th.,* c. 21 ; *Act. Xanth.,* c. 13, con *Act. Th.,* c. 18 ; *Act. Xanth.,* c. 33, con *Act. Th.,* c. 40 ; *Act. Xanth.,* c. 37, con *Act. Th.,* c. 33 ; *Act. Xanth.* c. 33, con *Act. Th.,* c. 26, etc. Fuera de esto, las *Actas de Xantipa* mencionan expresamente en su capítulo 36 a la virgen Tecla y sus combates por la fe.

Contenido y desarrollo episódico de la leyenda

105. Puede, pues, decirse que el influjo de los *Hechos de Pablo y Tecla* alcanzó tal preponderancia, que allí donde no se impuso directamente, como ocurrió en España, logró al menos crear un doble de la persona de su protagonista.

Es que la imagen de la santa, con sus continuas aspiraciones por lo ideal, su apasionamiento por San Pablo, su valor, no exento de cierta noble altivez patricia; su fe ardiente y belicosa y, sobre todo, su pureza triunfante contra todos los ataques, se presentó a las jóvenes de aquellos primeros siglos como una de esas figuras tantas veces soñadas por poetas y escultores, pero que son producciones exclusivas de la ascética cristiana.

Tres etapas se reflejan en ella como fases las más características de la vida continente: la virgen en lucha con su familia por consagrarse a la virginidad; la virgen en lucha con el paganismo por conservar su pureza y su fe, y, finalmente, la virgen entregada a la actividad apostólica privada, durante el período de paz, que corona sus pasadas fatigas. Detengámonos un momento en la narración, ya que une a su fondo histórico la trascendencia de un símbolo y el resumen de muchas vidas.

El primer período se abre con la conversión de la santa, cuadro en que se retrata ya por entero su carácter. Tiene lugar la escena durante el primer viaje de San Pablo, hacia el año 48. El Apóstol, arrojado por los judíos de Antioquia de Pisidia, se dirige a Iconio con dos falsos discípulos, Demas y Hermógenes, a quienes va instruyendo sobre el nacimiento y la resurrección de Cristo [29]. Antes de llegar a la ciudad le sale al encuentro Onesíforo, cristiano ferviente, que se adelanta a ofrecerle su casa como albergue y lugar de reunión para los fieles. Onesíforo no había visto nunca al Apóstol, pero por los datos oídos a Tito reconoce al punto a Pablo en aquel santo caminante "de pequeña estatura, cabeza calva, piernas algo arqueadas, porte vigoroso, cejijunto [30], de nariz aguileña [31], lleno de gracia, que tan

[29] Ya en esta primera escena muestra claramente el autor su tendencia contra los errores gnósticos, haciendo explicar al Apóstol el nacimiento y resurrección real de Jesucristo, que los docetas no admitían sino en apariencia.

[30] Σύνοφρυς: este rasgo facial era considerado en Oriente como signo de fuerza y espíritu varonil.

[31] El texto griego dice propiamente μικρῶς ἐπίρρινος. (Cf. c. 3. ed. * LIPSIUS, *Acta apostolorum apocrypha*, pars prior, p. 237.) Sin

pronto parece un hombre como muestra el rostro de un ángel. Pablo a la vista de Onesíforo sonríe; y éste se dirige al Apóstol, diciendo: "Salud al siervo del Señor"; a lo que responde el Apóstol: "La gracia sea contigo y con toda tu casa" [32].

Aquel mismo día empieza Pablo su predicación en la casa de Onesíforo, adonde acuden los demás cristianos. "Bienaventurados—proclama—los puros de corazón, porque ellos verán a Dios; bienaventurados los que guardan la castidad de su carne, porque serán templos del Señor; bienaventurados los continentes, porque Dios se recreará con ellos; bienaventurados los que renuncian a este mundo, porque serán agradables a los ojos de Dios; bienaventurados los que tienen mujeres como si no las tuviesen, porque Dios será su herencia...; bienaventurados los cuerpos de los vírgenes, porque serán gratos a Dios y alcanzarán el premio de su castidad, ya que la palabra del Padre será para ellos prenda de salvación en el día del juicio, en que entrarán a gozar del reposo celeste por eternidad de eternidades" [33].

Así se expresa San Pablo en casa de Onesíforo. En un edificio próximo, una joven pagana, llamada Tecla, hija de Teoclia y prometida al noble Tamiris, escucha sentada junto a su ventana, día y noche, las palabras del Apóstol sobre la castidad, la fe en Cristo y la oración. Sin apartarse un momento de su puesto va sintiendo atraído cada vez con más fuerza su espíritu hacia la doctrina del Crucificado. Desde aquella improvisada atalaya contempla la corriente

---

embargo, la totalidad de los códices latinos, que, como indicamos, nos dan a veces referencias de un original más puro, traducen invariablemente «naso aquilino». (Véase * O. von Gebhardt, *Die lateinischen übersetzungen der Acta Pauli et Theclae,* TU, t. XXII, fasc. 2, p. 8 s.)

[32] No es que hayamos de recibir sin reservas la descripción hecha por el autor de la figura externa de Pablo, pero, como muy bien anota * Th. Zahn, lo poco idealizado del retrato propuesto permite sospechar que algunos de sus rasgos descansen en recuerdos conservados por la antigua tradición *(Geschichte des neutestamentlichen Kanons,* t. II, p. 904).

[33] Se ve a primera vista que este discurso de San Pablo, con sus trece bienaventuranzas, está inspirado en el sermón de la montaña, tal cual lo trae San Mateo (5, 3-12). Los *Hechos* transcriben del evangelista los dos macarismos referentes a los puros de corazón y a los misericordiosos; todos los restantes pueden considerarse como una paráfrasis explicativa del primero, orientado con exagerado exclusivismo hacia la castidad. Cinco, en efecto, tratan expresamente de la continencia; otros seis nos hablan duplicadamente del temor de Dios, de la huída del mundo y de la ciencia divina, temas todos que en la mente del autor apuntan al mismo ideal. Queda, en fin, el nono, sobre la guarda del bautismo, que en su forma vaga implica idéntica tendencia. Acerca de las relaciones entre este ascetismo y el inculcado por San Pablo en sus epístolas canónicas véase L. Vouaux, *Les actes de Paul,* p. 154 s., nota 3.

incesante de matronas y jóvenes que se dirigen a visitar a Pablo, y esto la enciende en nuevos deseos de ser admitida a su presencia y oír de cerca su evangelio.

Su madre se desespera ante aquella actitud, y después de inútiles esfuerzos por apartar a Tecla de la ventana, llama en su ayuda al prometido de la joven, a quien informa del caso, tan original como desagradable: "Mírala—le dice—, hace ya tres días y tres noches que no abandona la ventana ni para comer ni para beber, sino que, loca de gozo, se halla como fascinada por ese extranjero, maestro en palabras falsas y artificiosas, teniéndome a mí llena de extrañeza por el cambio obrado en su conducta. Enseña ese judío que es necesario temer tan sólo al Dios único y vivir castamente; y mi hija, adherida a la ventana como una araña, dice que a sus pasados amores ha sucedido un nuevo deseo y una pasión incoercible... Acércate a ella y háblale, ya que es tu prometida". Van todos, uno tras otro, exhortando a la joven con palabras cariñosas para que entre en sí, y ante la inutilidad de sus esfuerzos, "se deshacen en amargas lágrimas. Tamiris, que pierde a su prometida; Teoclia, a su hija, y los esclavos, a su ama. Un gran dolor se esparce por la casa. Mientras tanto, Tecla sigue inmóvil, sin desviar ni su mirada ni su atención de las palabras pronunciadas por Pablo".

Tamiris abandona aquella casa resuelto a encontrar una solución a su problema. Acierta a dar casualmente con Demas y Hermógenes, que, invitados por él a un gran convite con abundante bebida, le ofrecen este consejo: "Conduce a Pablo ante el gobernador Cestilio, como a hombre que seduce a las turbas con sus enseñanzas cristianas. Sin duda será condenado a muerte; tú tendrás a Tecla por mujer, y nosotros te enseñaremos en qué consiste la resurrección de que habla ese extranjero, y que en realidad ya ha tenido lugar en los hijos que engendramos; nosotros resucitamos cuando conocemos al verdadero Dios" [34].

Apenas amanece el nuevo día, se presenta Tamiris en casa de Onesíforo con magistrados, funcionarios y gente

---

[34] La primera parte de esta doctrina, en que se da ya por hecha la resurrección, había sido denunciada por San Pablo (2 Tim. 2, 18) como uno de los errores de Himeneo y Fileto, aunque sin precisar el modo como la entendían. Más tarde San Epifanio atribuyó esta misma idea a ciertos herejes de Palestina y Armenia llamados arcónticos, según los cuales la resurrección se realizaba en concreto por medio de los nuevos hijos engendrados (*Adversus haereses*, lib. I, t. III, haeresis 40, n. 8: PG 41, 689). La misma doctrina condena San Agustín en los hermianos y seleucianos (*De haeresibus liber*, c. 59: PL 42, 42). La segunda parte de la tesis sostenida por Demas y Hermógenes acerca de la resurrección es de genuino cuño gnóstico.

de armas para prender a Pablo: "Estás seduciendo a la villa—le dice—, y has engañado a mi prometida, que no quiere ya desposarse conmigo. Vamos ante el gobernador Cestilio". La turba se une a esta conminación vociferando: "Detén a ese hechicero, que embauca a todas nuestras mujeres" [35]. Repetida la misma queja ante el gobernador, aprovecha Pablo las preguntas de éste para hacer una exposición de la fe cristiana, hasta que al fin es encerrado con cadenas en una prisión.

Al llegar a este punto viene a acariciar la frente de Tecla un suave reflejo de aquella escena evangélica, llena de pureza y dulzura, en que la Magdalena escucha enajenada a los pies de Cristo las revelaciones acerca del reino de Dios. Para ello Tecla sale de casa durante la noche, dando a su portero los brazaletes y al carcelero de la ciudad un espejo de plata a fin de que le faciliten la salida del hogar y la entrada en la prisión, donde al fin "cerca de Pablo, sentada a sus pies, escucha las grandezas de Dios, que expone el Apóstol sin temor alguno humano, sino con el espíritu libre del Evangelio. Entre tanto, siente Tecla que su fe se va afianzando cada vez más dentro de su corazón, mientras que exteriormente sus labios besan las cadenas".

Cristiana ya el alma de la virgen y concebido su propósito de perpetua pureza, viene la intervención divina a sellar ambos ideales. En efecto, síguense en el poema de la virginidad, con trazos más o menos policíacos, las pesquisas de la familia para descubrir el paradero de Tecla y la ira consiguiente al encontrarla en la prisión a los pies de Pablo, "como encadenada por el amor" [36]. Esta vez deben comparecer ambos ante el tribunal del gobernador, quien después de oír a Pablo con cierta curiosa complacencia, pregunta a Tecla: "¿Por qué rehusas el casarte con Tamiris, según la ley de los iconienses?" Ella fija su mirada en Pablo, sin responder palabra alguna, con lo que exacerbado

[35] Estando San Pablo ya ante el tribunal, es cuando Demas y Hermógenes aconsejan a Tamiris que le acuse de ser cristiano. Con esta son tres las acusaciones que se barajan para obtener su condenación, a saber, la de ser cristiano, la de impedir el matrimonio seduciendo a todas las mujeres con sus ideas y la de hechicero. De ellas la primera es un burdo anacronismo; la segunda es inverosímil, dado su tono de exageración; la tercera entra de lleno en el ambiente de los tiempos apostólicos (*Acta Pauli et Theclae*, cc. 15 y 16, ed. Lipsius, t. cit., p. 245 s.).

[36] La expresión es sumamente expresiva y feliz para descubrir el estado de ánimo de Tecla. Es curioso que varias de las versiones latinas, escandalizadas por la frase, la hayan atenuado diciendo simplemente que la hallaron «escuchando la doctrina de Pablo», o bien «sentada a sus pies», etc. (Cf. O. von Gebhardt, *Die lateinischen übersetzungen der Acta Pauli et Theclae*, TU, t. XXII, fasc. 2, p. 48 s.)

nuevamente el furor de su madre, prorrumpe fuera de sí: "¡Quema a esa perversa! ¡Quema en medio del anfiteatro a esa enemiga del matrimonio para que tiemblen cuantas siguen las enseñanzas de ese extranjero!"

El gobernador manda expulsar a Pablo de la villa y conducir a la virgen al anfiteatro para ser entregada al fuego. La escena de la ejecución tiene algo de imponente; todo el pueblo acude en masa a contemplar el castigo. A la manera de un corderillo que, abandonado en medio del desierto, dirige su mirada en todas direcciones buscando al pastor, así Tecla, dicen los *Hechos,* recorre con su vista la muchedumbre por ver si descubre a Pablo. Allí sentado en una grada, divisa al Señor, disimulando su rostro bajo las facciones del Apóstol [37]. "¡Ah! ¡Pablo ha venido—exclama la virgen—para contemplar mi lucha, temeroso de que flaquee!" Fija en él su mirada llena de arrobamiento, pero el Señor se remonta a los cielos y desaparece. Entretanto, la juventud de Iconio se apresura a traer la leña y paja necesaria para formar la pira, y, una vez ésta terminada, la santa virgen, obedeciendo a una señal del verdugo, y ante la admiración del gobernador, conmovido por aquella presencia de ánimo, para él inexplicable, sube sobre los maderos hacinados, extendiendo sus brazos en forma de cruz [38].

Ya empiezan a elevarse las llamas hacia el cuerpo de la virgen, cuando de pronto resuena todo el lugar con un gran trueno subterráneo, al mismo tiempo que una enorme nube cargada de lluvia y granizo cubre con su obscuridad a la muchedumbre, inunda la arena del anfiteatro, extingue el fuego de la hoguera y pone en fuga a la turba, no sin

---

[37] Estas teofanías bajo el aspecto de uno u otro de los apóstoles no son raras en la literatura apócrifa. (Cf. L. VOUAUX, *Les actes de Paul,* p. 186 s., nota 1.)

[38] El texto original dice: ἡ δὲ τὸν τύπον τοῦ σταυροῦ ποιησαμένη (c. 22, ed. cit., p. 250), lo cual podría asimismo interpretarse de la señal de la cruz hecha en la frente por la virgen antes de subir a la hoguera. Difícil se hace admitir esta práctica hacia el año 48. Tal vez empezara a usarse cuando el autor compuso su leyenda de Tecla, ya que la primera alusión probable a este rito nos la ofrece Clemente de Alejandría al llamar a la cruz Κυριακοῦ σημείου τύπον (*Stromata,* lib. VI, c. 11: PG 9, 305), y poco después del año 200 hallamos el precioso testimonio de Tertuliano a este propósito: «Ad omnem progressum atque promotum, ad omnem aditum et exitum, ad calciatum, ad lavacra, ad mensas, ad lumina, ad cubicula, ad sedilia, quaecumque nos conversatio exercet frontem crucis signacula terimus» (*De corona militis,* c. 3: PL 2, 80). Las versiones latinas comparten ambas interpretaciones, aun cuando son mayoría las que se inclinan a la dada por nosotros en el texto. (Cf. * O. VON GEBHARDT, ob. cit., p. 58 s.) Este sentido se hace casi cierto teniendo en cuenta que Tecla adopta esta postura para orar en el circo de Antioquía (c. 34, ed. cit., p. 260).

que algunos perezcan bajo la impetuosa tromba de agua [39].

A partir de este punto comienza la segunda etapa que hemos distinguido en la vida de la virginidad; en ella aparece la lucha de la fe y la pureza contra el paganismo. El triunfo de la Providencia y la gracia contra la perfidia de la idolatría se pinta con colores casi abigarrados. Mientras se desarrollan en Iconio las últimas escenas descritas, el Apóstol, junto con Onesíforo y su familia, oran y ayunan retirados en un sepulcro abandonado de las afueras de la ciudad. Al sexto día descubre por fin Tecla el albergue de Pablo [40]; marcha al punto en su busca y le encuentra, hincadas las rodillas en tierra, orando con estas palabras: "¡Padre Eterno de Cristo, ruégote que no haga el fuego daño alguno a Tecla! ¡Asístela, ya que es tuya!" La joven virgen, que se halla colocada a sus espaldas, al oír esto exclama: "¡Padre, que has creado el cielo y la tierra! ¡Padre de tu Hijo muy amado Jesucristo, yo te glorifico por haberme salvado de las llamas a fin de poder ver de nuevo a Pablo!" Sorprendido por aquella voz, se levanta el Apóstol, y volviéndose hacia Tecla: "¡Dios mío—dice—, que conoces los corazones; Padre de nuestro Señor Jesucristo!, yo también te alabo por haber escuchado tan pronto mis plegarias y haber atendido a mi petición".

En medio de la alegría que a todos inunda, dice la virgen con resolución, dirigiéndose a Pablo: "Voy a hacerme cortar la cabellera y en adelante te acompañaré adondequiera que tú vayas". "Peligrosos son los tiempos—replica el Apóstol—, y tú eres bella; ¿no temes que se te presente otra prueba peor que la pasada, en la que no sepas resistir y sucumbas " "Dame—dice Tecla—el sello de Cristo [el bautismo] y no habrá lucha que me arredre".

La joven catecúmena, fiel a su palabra, marcha a Antioquía de Pisidia, siguiendo las huellas de Pablo. Mas apenas ha pisado las primeras calles de la ciudad, se ve conducida ante el gobernador por la ira de uno de los arcontes, a quien deja burlado en sus intentos libidinosos. La entereza inquebrantable de la virgen, mezclada con cierto sentimiento de su dignidad herida, llega hasta rasgar la clámide y arrancar la corona de mirto que como insignia de su magistratura lleva el seductor. He aquí que Tecla se ve

---

[39] Este milagro de la tempestad providencial para impedir la muerte de un mártir es uno de los lugares comunes en los hagiógrafos legendarios antiguos.

[40] He aquí uno de los pasajes que permiten sospechar algún corte en el escrito original. Desde el momento en que Tecla es salvada por la tempestad, no volvemos a saber nada de ella hasta que uno de los siervos de Onesíforo la encuentra a los seis días en una calle de Iconio, haciendo vida ordinaria. (Cf. cc. 22 y 23, ed. cit., pp. 250-252.)

de nuevo condenada a muerte, aunque esta vez entre las protestas de las mujeres antioquenas, que claman furiosas: "¡Sentencia criminal! ¡Sentencia impía!" [41] Por su parte, el gobernador, accediendo a la petición de la virgen, que únicamente exige sea preservada intacta su castidad, entrega a Tecla a la custodia caritativa de la reina Trifena, matrona amada del pueblo y emparentada con el César, residente por entonces en Antioquía. Esta, que ve en la virgen de Iconio la imagen de una hija suya fallecida en plena juventud, la hace objeto de un verdadero amor maternal, esperando al mismo tiempo obtener por las oraciones de la santa la salvación de su querida difunta.

Llega por fin el día de los juegos, entre cuyos festejos debe perecer Tecla. Su protectora la acompaña hasta las puertas mismas del anfiteatro, donde la despide con estas palabras, húmedas por las lágrimas: "En otro tiempo conduje a mi hija Falconila al sepulcro; hoy quiero acompañarte también a ti hasta las bestias". Tecla, entre gemidos, responde, dirigiendo sus ojos al cielo: "Señor Dios, en quien creo y en cuyo seno me he refugiado, tú que me salvaste del fuego, recompensa ahora a Trifena por la misericordia que ha usado conmigo guardándome pura a su lado!" Después sale tranquila a la arena, mientras en rededor rugen las fieras y clama alocada la muchedumbre con gritos divididos. "¡Sacad a la sacrílega ante las bestias!", vocifera una parte del pueblo, frente a un grupo compacto de mujeres que no cesa de clamar: "¡Ojalá perezca la villa entera por tal iniquidad! ¡Manda matarnos a todas, procónsul! ¡Espectáculo horrendo! ¡Sentencia criminal!" En medio de aquel tumulto, Tecla, extendidos los brazos en forma de cruz, ora extasiada.

Empieza la lucha con la aparición de una leona, furiosa, que a la vista de la mártir viene humilde a besarle los pies y constituirse en su defensora. Después los intentos de acabar con la virgen por medio de las fieras van sucediéndose con persistente monotonía, acudiendo cada vez el cielo con un nuevo milagro a salvar la vida de Tecla. Hay un momento de expectativa, en que la virgen catecúmena, acordándose que no ha recibido todavía el bautismo, a la vista de un estanque lleno de focas, que se halla en medio del circo, se sumerge rápida en él, diciendo con sencilla devoción: "En el

[41] La indignación de las mujeres aparece muy natural, pues ven en Tecla la defensora del honor de su sexo contra ataques criminales. El carácter de impiedad le viene a la sentencia por tratarse de una joven que, según propia confesión, tiene consagrada su pureza a una divinidad, costumbre no del todo extraña en las prácticas religiosas de griegos y romanos. Tecla se había presentado como la «sierva de Dios» (c. 26).

nombre de Jesucristo, yo me bautizo en mi último día" [42]. Más tarde, ella misma se encargará de explicar a Pablo cómo ha realizado este acto en virtud de una facultad especial recibida de aquel mismo que ha dado al Apóstol el poder de evangelizar a las gentes.

La repetición de tantas intervenciones sobrenaturales, la compasión de los espectadores, en especial de las mujeres, que siguen con sus clamores de "¡Sentencia criminal, sentencia impía!", y el temor de ofender a la reina Trifena, privada de sentido ante el horror de aquellas escenas, inducen al gobernador a suspender el sangriento intento: "¿Quién eres y qué poder te protege?", pregunta éste a la virgen un poco inquieto. "Soy—responde ella, legándonos una de aquellas profesiones de fe en las que se vislumbra el empuje victorioso del primitivo cristianismo—, soy la sierva del Dios vivo; la protección que me ampara se debe a que he prestado fe a aquel en quien Dios tiene su beneplácito: su Hijo divino. Su poder es el que ha impedido me tocase una sola de las fieras lanzadas contra mí. El sólo es, en efecto, el camino de salvación y el fundamento de la vida inmortal; El es de hecho el refugio de los agitados por las tempestades, el reposo de los oprimidos, el consuelo de los desesperados; tal, en una palabra, que quien no crea en El, no tendrá vida, sino morirá para la eternidad". Entonces el gobernador dicta el siguiente decreto: "Te doy por libre, Tecla, la sierva piadosa de Dios"; cuya lectura hace retumbar el anfiteatro con los gritos de la multitud: "No hay más que un solo Dios, el que ha salvado a Tecla".

La última etapa de la vida virginal, brevemente esbozada en los *Hechos,* es de singular trascendencia para mostrar una propiedad característica del ascetismo cristiano: la actividad apostólica. Tecla vuelve a reunirse con San Pablo, que se halla predicando en Mira. Relatadas sus luchas y su bautismo original, la joven mártir le comunica su proyecto de propagar el Evangelio en Iconio. "Ve allá—le responde el Apóstol—y enseña la palabra de Dios". Antes de partir recibe Tecla de su caritativa protectora Trifena ricos trajes de oro, que deja en manos de Pablo para socorrer con ellos a los pobres, y luego se dirige directamente a su ciudad natal. Allí, su primera visita es el pago de una deuda de gratitud para con el hogar santificado por San Pablo, en que sonaron a sus oídos los primeros susurros de la palabra divina. Llenos su ojos de lágrimas, besa entre sollozos de emo-

[42] Conocidas son las opiniones sobre el uso de esta fórmula: «En nombre de Jesús», durante los primeros siglos. Varias de las versiones latinas cambiaron la fórmula del original griego por la trinitaria. (Cf. * O. von Gebhardt, ob. cit., p. 55.)

ción aquel suelo de la casa de Onesíforo, mientras repite palpitante: "¡Dios mío! ¡Dios de esta casa, en que brilló para mí la luz de Cristo Jesús, tu Hijo, auxilio mío en la prisión, auxilio mío ante los gobernadores, auxilio mío en el fuego, auxilio mío entre las bestias. Tú eres verdaderamente Dios y a ti sea dada la gloria por toda la eternidad. Amén".

Satisfechos estos primeros anhelos de su gratitud, empieza la virgen su obra de evangelización entre sus familiares. Tamiris ha muerto inesperadamente en aquellos días. "Madre mía—dice dirigiéndose a Teoclia—, ¿quieres creer que el Señor vive en los cielos? ¿Deseas tal vez riquezas? El Señor te las dará por mi medio. ¿Deseas a tu hija? Heme aquí a tu lado". Y los *Hechos* terminan su relato con estas sencillas palabras: "Habiendo testimoniado de este modo su fe, partió para Seleucia, donde, después de iluminar a muchos con la palabra de Dios, durmió el sueño de una bella muerte".

De modo tan escueto terminan los *Hechos de Pablo y Tecla* en los códices griegos representantes de la redacción original más antigua. Un poco defraudada quedó, sin duda, la piedad de los fieles, sobre todo una vez que, separada la biografía de la virgen mártir del resto de la obra primitiva, quedaba cerrada la leyenda con final tan seco y tajante. En consecuencia, plumas posteriores, probablemente cortadas en el siglo V, añadieron una serie de complementos con la letra recargada y artificiosa propia de esta época. En aquellas adiciones se describe la vida de penitencia llevada por la virgen en una cueva cerca de la ciudad, adonde fué conducida por una nube luminosa; el fruto espiritual logrado con sus enseñanzas en un buen grupo de mujeres, no pocas de las cuales abadonaron el mundo; los múltiples milagros y curaciones realizados por su intervención; la envidia de los médicos, que, suponiéndola favorecida por el poder de la diosa Artemis, como premio a su virginidad, quisieron corromperla mediante jóvenes asalariados, y, finalmente, la maravillosa desaparición de la santa a través de la roca viva, caminando, según algunos códices, en viaje subterráneo hasta llegar a Roma en busca de San Pablo, junto a cuyo sepulcro entregó también ella su espíritu al Señor [43].

Según los datos cronológicos que nos ofrecen todos estos

---

[43] Cinco son los códices griegos que presentan adiciones notables, de los cuales tres se mantienen más sobrios, aun cuando incluyan en su narración el inaudito viaje subterráneo de Tecla. Véanse las dichas variantes en * LIPSIUS, *Acta Apostolorum apocrypha*, pars prior, pp. 269-272. La ampliación de la leyenda con el viaje a Roma pudo muy bien tener su origen en el hecho de existir junto al sepulcro de San Pablo, camino de Ostia, un monasterio dedicado a Santa Tecla y habitado por monjes orientales, sin que sea necesario

códices complementados, datos que por cierto se mantienen idénticos en medio de la variedad de sus adiciones, la virgen Tecla contaba dieciocho años cuando fué condenada a las fieras en Antioquía, después de lo cual vivió otros setenta y dos en su gruta de penitente, alcanzando, por tanto, los noventa de su edad.

Núcleo histórico: la protagonista y su culto; otros personajes reales; el combate de Antioquía

106. Tal es la figura de una de las primeras vírgenes cristianas modeladas por los apóstoles. Cierto que el autor de los *Hechos de Pablo y Tecla* impregna de ordinario sus pinceles en los colores de su propia paleta; pero no es menos claro que el crítico analítico halla un núcleo central de realidad, que ha dado ser y ha servido de germen al desarrollo de las descripciones. Afirmación fácil, cuyo ulterior desentrañamiento y detalle encierra un trabajo sumamente dificultoso, ya que para la búsqueda del primitivo guión histórico no queda otra senda practicable sino la característica de la selva virgen, en que, a fuerza de tajos más o menos certeros, vaya la crítica podando a diestra y siniestra la vegetación exuberante de lo inverosímil, lo anacrónico y lo típicamente legendario.

Ayudas biográficas no poseemos ninguna, pues las tres vidas de la santa compuestas, respectivamente, en los siglos V, IX y X por Basilio el obispo de Seleucia, Nicetas de Paflagonia y el fecundo compilador Simeón Metafrastes, no hacen sino poner sus pisadas en las huellas de los *Hechos* apócrifos [44]; y los dos escritos que pudieran ofrecer mayor solvencia, la vida de la mártir compuesta por San Atanasio en el siglo IV [45] y el sermón pronunciado, hacia el año 400,

suponer para ello una falsificación consciente con miras utilitarias. (Cfr. * E. HENNECKE, *Handbuch zu den neutestamentlichen Apokryphen*, Tübingen 1904, p. 374.)

[44] La más interesante, sin duda, es la primera de las tres, la de Basilio de Seleucia, compuesta hacia el año 450, que consta de dos partes: la primera, en que va siguiendo los *Hechos de Tecla*, y la segunda, formada por la narración de treinta y un relatos de milagros obrados por la santa *(De vita ac miraculis D. Theclae virginis martyris iconiensis*, PG 85, 474-618; véase acerca de dicha obra H. DELEHAYE, *Les recueils antiques des miracles des saints*, en «Analecta Bollandiana», t. XLIII [1925], pp. 49-57). La obra de Nicetas es más bien un sermón panegírico, cuyo título dice: *Laudatio Sanctae protomartyris et apostoli Theclae, oratio 16 in laudem Theclae*, PG 105, 301-336. Finalmente, la vida escrita por Simeón Metafrastes resulta una exposición parafrásica de los relatos apócrifos (PG 115, 821-845).

[45] No aparece del todo cierta la existencia de tal obra. La afirmación del cardenal Baronio, en que se apoyan algunos historiadores

por Teodoro de Mopsuesta [46], se han perdido en las encrucijadas de los tiempos.

Por muy fino que sea el tamiz escogido para la depuración histórica de los hechos, ciertamente será permitido reconocer como historia real, siguiendo a la mayoría de los críticos [47], la existencia de una joven virgen llamada Tecla, que vivió en Iconio y Seleucia; su conversión a la fe y la consagración de su cuerpo a la virginidad por influjo de San Pablo; su bautismo de agua primero y su intentado bautismo de sangre más tarde en el anfiteatro tal vez de Antioquía, y aun probablemente sus relaciones con la reina Trifena y su actividad no pública, pero sí privada, en la propagación del Evangelio entre sus compatriotas del Asia Menor. Y lo que es más importante, podemos admitir como buenos, sin temor a ser víctimas de una ficción legendaria, los rasgos salientes con que se nos manifiesta la personalidad de la santa, los perfiles de su espíritu, ávido de ideal, y los delineamientos de aquel carácter intrépido. Los demás datos concretos de su biografía, arena en gran cantidad con leves pepitas de oro, deben someterse a un discernimiento en extremo severo. De hecho han sido ya objeto en varias ocasiones de escrupulosos análisis químicos, muy interesantes sin duda, y que revelan no pequeña sagacidad por parte de sus autores.

Difícilmente se encontrará hoy en día entre los especialistas de los primeros siglos cristianos quien se atreva a poner en duda la existencia de la virgen Tecla [48]. Sería tanto como hacerse sordo a un ingente clamoreo de entusiasmo

---

modernos, como VOUAUX (ob. cit., p. 36), resulta infundada, una vez que la *Vida de Santa Tecla* del manuscrito escurialense, al que apelaba el sabio analista, no es otro, según conjetura el agustino P. B. Fernández, sino el traducido por David Colvilo y publicado por los Bolandistas con su verdadero título de *Vida de Santa Sinclética*. Júzguese de este curioso incidente por los datos de C. BARONIO, *Martyrologium Romanum*, Antverpiae 1589, notas al día 23 de septiembre, p. 425; AASS, mense ianuario, t. I, p. 242; P. B. FERNÁNDEZ, O. S. A., *Antigua lista de manuscritos latinos y griegos inéditos del Escorial* (Madrid 1902), p. 80. (Extracto de *La Ciudad de Dios*, 1901-1902).

[46] Cf. ASSEMANI, *Bibliotheca Orientalis Clementino-Vaticana* (Roma 1725), t. III, 1, p. 323.

[47] Tales son, poco más o menos, las conclusiones de L. VOUAUX, que a su vez se adhiere a las de Rolffs; véase el primero de estos autores en su obra *Les actes de Paul*, p. 128. Uno de los estudios más críticos y sagaces sobre lo verosímil e inverosímil de la leyenda, tal cual ha llegado a nosotros, intentando reconstruir el núcleo primitivo, es el del anglicano * W. M. RAMSAY, *The Church in the Roman Empire* (London 1914), pp. 375-428.

[48] La negación de la existencia de Tecla, lanzada por * C. SCHMIDT, cayó en el vacío (*Acta Pauli aus der Heidelberger koptischen Papyrushandschrift*, p. IV s., 206 s.).

continuado durante varios de los primeros siglos, que no hubieran podido producir por sí solos los *Hechos de Pablo y Tecla,* conocidos como apócrifos por todos aquellos escritores de indudable cultura. Porque son varones de ciencia con la autoridad de un Epifanio, el Metropolitano de Chipre, que coloca a Tecla junto al profeta Elías, al discípulo amado de Jesús y a la Madre de Dios [49]; o de Nicetas, obispo de Remesiana, que presenta una trilogía sagrada, María, Inés y Tecla, como cabeza del coro inmaculado de las vírgenes [50]; son personajes con la firmeza de convicción de un Cipriano Antioqueno, que en su plegaria a los mártires recuerda las virtudes de Tecla junto a las de San Pedro, San Pablo y los demás apóstoles [51], o la de un Isidoro, el abad de Pelusio, que en varias de sus cartas la celebra como a "protomártir", "columna eterna" de la castidad y corona de todos los triunfos y trofeos femeninos [52]; y sobre todo son eruditos como San Jerónimo, que, no obstante su abierta enemiga contra los *Hechos,* cuya falsedad proclama a todo viento, no se recata de confesar su veneración hacia Tecla, a quien presenta, juntamente con María, la hermana de Aarón, y con la Madre de Dios, dirigiendo el cortejo celeste que acompañará a Jesucristo para recibir las almas puras de las vírgenes en el día de su muerte [53].

El recuerdo de Tecla posee perfiles tan reales que su persona se convierte en modelo vivo de virginidad para las esposas de Cristo, y su nombre es la suprema alabanza que tanto en Oriente, la lengua de un Gregorio Niseno, como en Occidente, la de un Jerónimo, saben aplicar a aquellas dos

---

[49] *Adversus haereses,* lib. III, t. II, haeresis 59 sive 79, adversus Collyridianos, n. 5: PG 42, 748.

[50] *De lapsu virginis consecratae,* c. 3, n. 10: PL 16, 369. También SULPICIO SEVERO junta estos tres nombres en boca de San Martín de Tours al referir la confesión de éste respecto a sus frecuentes visiones de María, Inés y Tecla *(Dialogus* II, c. 13: PL 20, 210).

[51] «Assiste nobis sicut apostolis in vinculis, Theclae in ignibus, Paulo in persecutionibus, Petro in fluctibus» *(Oratio Cypriani Antiocheni pro martyribus,* PL 4, 906).

[52] «Adde muliebrium victoriarum ac tropaeorum caput, hoc est illam omnium laudibus celebratam Theclam, quae tamquam immortalis pudicitiae columna prostat...» *(Epist.* lib. I, *Epist. 87 ad Sandalarias, alexandrinas monachas,* PG 78, 823). Y en otra ocasión: «Qui non spectantium asperitatem tenueris, verum primae martyris Theclae et mores et templum amaveris» *(Epist.* lib. I, *Epist. 160 ad Tarasium Isaurum,* PG 78, 290).

[53] *Epist. 22 ad Eustoquium,* n. 41: PL 22, 424. Recordemos que SAN AMBROSIO, en su obra *De virginibus,* lib. II, c. 3, nn. 19-21 (PL 16, 211 s.), después de proponer a la Madre de Dios como modelo de vírgenes, añade inmediatamente el de Santa Tecla, con la particularidad de considerar ambas metas como inaccesibles y formando categoría aparte, distinta de los siguientes ejemplos que propone. (Cf. ibid., n. 21.)

glorias de santidad femenina llamadas Macrina y Melania: son otras Teclas [54].

Estas voces, notas escogidas al azar en el concierto denso de los escritores greco-latinos del siglo IV y siguiente, no podrían haber resonado con tanta persistencia en la tradición si no tuvieran otro origen que el fútil hálito de unos *Hechos* apócrifos, sin personalidad real alguna, que los hubiera inspirado.

Y todavía podríamos pasar por fenómeno tan inexplicable; pero es que el absurdo aumenta al encontrarnos, por lo menos ya desde la cuarta centuria, con un culto litúrgico sólidamente establecido, con una devoción popular profundamente arraigada y con el testimonio roqueño de multitud de iglesias (sólo en Constantinopla existieron durante los siglos V y VI tres dedicadas a la virgen de Iconio) que no hubieran podido sostener el peso colosal de sus bóvedas sobre fundamento tan inconsistente como el de una narración apócrifa y legendaria.

Muy bien anota el crítico protestante * Hennecke, refiriéndose a la veneración de que era objeto la santa en Seleucia: "Un tal culto como el que se tributa a Tecla en Seleucia no pudo surgir por la decisión de una persona que hubiese leído los *Hechos de Pablo y Tecla...*, ya que el autor de éstos fué muy pronto tachado de compositor legendario. Deben más bien invertirse los términos, es decir, a causa de que se honraba a la virgen como a santa se leyeron con gusto las narraciones de su vida, no obstante haberse desahuciado el prestigio de su autor" [55].

Espléndido en verdad debía ser el culto de Tecla en Seleucia, del que tenemos ya noticias en el siglo IV gracias a la virgen española Eteria, y cuya popularidad aparece de relieve en los datos esporádicos que se escapan a la pluma de Basilio, el obispo de aquella ciudad, a mediados del siglo V, en la vida y milagros de la santa. Aun antes de la reconstrucción, hecha con esplendidez real por el emperador Zenón [56], tenía Tecla en dicho lugar un templo refulgente por sus ornatos de plata y las bellas columnas que

[54] San Gregorio Niseno refiere que su madre vió en sueños a una persona majestuosa que llamaba a su hermana Macrina con el nombre de Tecla (*Vita S. Macrinae virginis*, PG 46, 961). San Jerónimo, hablando de Santa Melania, dice: «... tanto virtutum praecipueque humilitatis miraculo fuit ut Theclae nomen acciperet» (*Eusebii chronicorum liber II, S. Hieronymo interprete et ampliatore*, ad annum Christi 377, PL 27, 506 s.).

[55] *Handbuch zu den neutestamentlichen Apokryphen*, p. 375.

[56] Acerca del templo de Tecla en Seleucia véase H. Delehaye, *Les origines du culte des martyrs* (Bruxelles 1912), p. 102 s. De la construcción del nuevo templo por el emperador nos habla Evagrio, *Historia Ecclesiastica*, lib. III, c. 8: PG 86, pars posterior, 2612.

rodeaban el altar en forma de peristilo [57]. Junto a él se levantaba un monasterio para vírgenes consagradas al Señor, y todo el conjunto se hallaba enclavado en medio de un parque al que daban amenidad multitud de diversos pajarillos, cigüeñas, grullas, ocas y otras varias aves exóticas de Egipto y Fasis traídas como dones a la santa por los peregrinos [58].

Rara vez se encontraba el templo sin visitantes. Al relatarnos Basilio de Seleucia uno de los milagros obrados en aquel santo lugar, nos da de pasada una impresión de lo que debía ser la abigarrada concurrencia de peregrinos con ocasión de las fiestas de la virgen de Iconio, especialmente el último día de las solemnidades religiosas, día en que, según sus propias palabras, "el vecino de la villa, el extranjero, el marido, la mujer, los hijos, el gobernante, el súbdito, el general, el soldado, el funcionario público, el hombre privado, el joven, el anciano, el marinero, el agricultor, en una palabra, todos se apresuran con afán, y llena el alma de alegría, a llegarse al templo, donde oran al Señor, se encomiendan a la virgen y participan de los divinos misterios, para volver luego a sus hogares, cual nuevamente engendrados a la gracia, santificados y puros".

Poco después de escritas estas líneas nos ofrece una visión indirecta de la vida de aquellas solemnidades en los comentarios con que varios de los asistentes sazonan su comida, una vez terminada la fiesta: "Como suele suceder —dice—, cada uno notaba con admiración lo que más le había impresionado. Este alababa la magnificencia y esplendor de las ceremonias, aquél la multitud infinita de los peregrinos; el uno la numerosa concurrencia de obispos, el otro la elocuencia de los oradores; quién el deleite recibido por el canto de la salmodia, quién la constancia del público durante el oficio de la noche; había quienes notaban el buen orden y la armonía de la liturgia, el fervor de los que se acercaban a orar, los apretones de la turba, el calor sofocante del ambiente o el continuo entrar y salir de la gente, que llegaba y marchaba, volvía a penetrar en el templo para ausentarse de nuevo, así como las voces y las disputas de los que mutuamente se atropellaban sin quererse ceder sus respectivos puestos, luchando todos por participar los primeros de los divinos misterios" [59].

Semejantes testimonios litúrgicos, tan llenos de fervor y vida, confirman sin reservas la existencia histórica de

[57] Basilio de Seleucia, *De vita ac miraculis Sanctae Theclae virginis martyris iconiensis*, lib. I: PG 85, 560.
[58] Ibid., lib. II, miraculum 8: PG 85, 577.
[59] Ibid., lib. II, miraculum 18: PG 85, 596.

la protagonista de los *Hechos de Pablo y Tecla*. Es notable, por otra parte, el empeño del autor no sólo por encuadrar toda su trama novelesca en el marco de los Hechos canónicos de los Apóstoles, aprovechando, aunque dislocados de su lugar, los viajes reales de San Pablo por Asia Menor, sino su continuo afán por barajar nombres y detalles reales engastados, como se deja entender, en combinaciones dictadas por su propia fantasía. Con paciente detallismo ha ido anotando * Schmidt los nombres propios de personas mencionadas en los *Hechos de Pablo*, cuyo número se eleva a 65, de los cuales 16 pertenecen a mujeres [60]. Pues bien, no pocos de ellos responden a seres históricos nombrados en los Hechos de los Apóstoles y Epístolas paulinas, como el obispo Tito, el preste Esteban, el cristiano Onesíforo, los apóstatas Demas y Hermógenes [61], o a herejes de los tiempos apostólicos citados por Hegesipo, como Simón y Cleobio [62], o a personajes de los anales profanos, como el emperador Nerón, la reina Trifena y probablemente el prefecto Cestilio [63]. Los nombres restantes han sido descubiertos en gran parte en las inscripciones griegas de Esmirna [64].

De especial importancia es lo referente a la reina Trifena, por el papel preponderante y decisivo que juega en las luchas y liberación definitiva de Tecla. Desde 1864 se conocía una moneda del Ponto cuyo anverso mostraba una testa coronada con la inscripción ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΠΟΛΕΜΩΝΟΣ, al paso que su reverso reproducía el busto de una reina con el título

[60] Los 65 nombres aparecen distribuídos en dieciséis ciudades. (Cf. *Acta Pauli aus der Heidelb. kopt. Papyrushandschrift*, p. 199.)

[61] De éstos habla San Pablo por separado y con características muy diversas de las indicadas en los *Hechos*, pues se trata más bien de colaboradores que le abandonaron. (Cf. Col. 4, 14; Philem., 24; 2 Tim., 4, 9; 2 Tim. 1, 15.)

[62] Su cita se halla propiamente en la correspondencia apócrifa de los corintios al Apóstol, que, como hemos dicho, pertenece al escrito original de los *Hechos de Pablo*, 1, 2 (Vouaux, ob. cit., p. 248). El pasaje en que Hegesipo los nombra ha sido conservado por Eusebio, *Historia Ecclesiastica*, lib. IV, c. 22: PG 20, 381. El presbítero Esteban, que encabeza la carta apócrifa de los corintios, recuerda al Estéfanas (Στέφανος, Στεφανᾶς) que trajo a Pablo noticias de los corintios y les llevó la primera carta del Apóstol (1 Cor. 1, 16; 16, 15). Respecto a Onesíforo no es necesario advertir que, según los escritos canónicos, residía en Efeso y no en Iconio (2 Tim. 1, 16; 4, 19).

[63] Gutschmid juzga que Cestilio fué un delegado realmente histórico enviado por Augusto a la provincia de Galacia, cuyo nombre exacto sería Caesellius (*Die Königsnamen in den apokryphen Apostelgeschichten*, Rein. Museum, Neue Folge, t. XIX (1864), p. 306 s.).

[64] * Schmidt, *Acta Pauli aus der Heidelb. kopt. Papyrushandschrift*, p. 205. Este hecho mueve a dicho autor a colocar en Esmirna el origen de la obra sobre Tecla.

ΒΑΣΙΛΙΣΣΗΣ ΤΡΥΦΑΙΝΗΣ[65]. Estudios sucesivos sobre la primera hipótesis de Gutschmid, llevados a cabo por Von Sallet, Waddington y Mommsen, han establecido la existencia histórica de la reina Trifena, hija y madre de dos reyes del Ponto que llevaron el mismo nombre de Polemón. Hay que confesar que los detalles aportados por la historia y los elementos anecdóticos utilizados por los *Hechos de Pablo* acerca de esta noble matrona coinciden de lleno en ambiente y cronología.

Hacia el año 37, llegado a su mayor edad Polemón, el hijo de la reina Trifena, fué investido de los poderes reales, al paso que su madre, desposeída de la regencia, tenía por mejor terminar sus últimos días en la quietud de alguna de sus posesiones, tal vez cerca de Laodicea. Desde aquí pudo fácilmente trasladarse a Antioquía de Pisidia con ocasión de los juegos circenses, festival lleno siempre de atractivos irresistibles, sobre todo para un espíritu provinciano. Su edad, de unos sesenta años al tiempo del martirio de Tecla, y su carácter de pariente del emperador no podían menos de aureolarla con un prestigio, cual se refleja en el escrito apócrifo, y debía dejar en toda aquella región, después de su muerte, un recuerdo lo bastante arraigado para que pudiera recogerlo todavía un autor del siglo II[66].

Si apartamos nuestra mirada de los personajes que actúan en los *Hechos de Tecla* para fijarla en los episodios de su trama, quedaremos agradablemente sorprendidos con el ambiente histórico, por completo connatural con el siglo I, en que se desenvuelven las líneas directrices del combate martirial de Antioquía de Pisidia, en contraposición tal vez a las incoherencias de su similar el precedente realizado en Iconio[67]. Debiera haber sido muy sagaz el falsa-

[65] GUTSCHMID, *Die Königsnamen in den apokryphen Apostelgeschichten,* Rein. Museum für Philologie, Neue Folge, t. XIX, pp. 177-179.

[66] Un estudio sintético muy completo de lo referente a esta reina puede verse en * W. M. RAMSAY, *The Church in the Roman Empire,* ed. cit., pp. 382-389.

[67] * W. M. RAMSAY, ob. cit., pp. 391-395, ha hecho un análisis sagaz de los rasgos que, según él, hacen inverosímil esta escena de Iconio, que debe considerarse como un doble del combate real de Antioquía. Observa dicho autor la inexplicable presencia en Iconio de un gobernador imperial, la multiplicidad incoherente de acusaciones contra Pablo y en especial el anacronismo de pretender delatarle como cristiano; lo insignificante de una pena como la del extrañamiento, tratándose de un gobernador y de un crimen de hechicería; la falta en Tecla de una culpa proporcionada para ser conducida ante una tal autoridad; lo incomprensible de la petición de Teoclia requiriendo la pena de muerte por el fuego para su hija, a fin de que otras jóvenes escarmienten; la liberación judicial inmotivada de Tecla, que reaparece haciendo su vida ordinaria. Ram-

rio de la segunda centuria para crear por entero las piezas todas del proceso antioqueno, prescindiendo de sus ideas contemporáneas y reflejando las de cien años antes con tanta exactitud.

La ocasión que se ofrece para el ataque a la pureza de Tecla al aparecer ésta solitaria por las calles de la villa, contra las costumbres propias de una joven noble y honesta [68]; la acusación de desacato a la autoridad y crimen de sacrilegio contra el arconte denunciados en el juicio; la presencia eventual del gobernador en Antioquía con ocasión de los juegos circenses; la actitud de las mujeres antioquenas a favor de la virgen, en cuya sentencia ven una injuria contra su propio honor y una impiedad contra los privilegios virginales de quien se ha declarado "servidora de Dios"; la protección concedida a sus propósitos de pureza bajo la tutela de la reina Trifena; el cortejo solemne de luchadores, víctimas y animales exhibidos por las calles de la ciudad la víspera de los juegos; los elementos integrantes de aquel festival, a base de luchas con leones y osos, fieras características de un tal espectáculo provinciano del Asia Menor; y, finalmente, la libertad concedida a Tecla ante el temor de ofender al emperador Claudio por la supuesta desgracia de su consanguínea Trifena, temor inexplicable seis años más tarde en los tiempos de Nerón [69]; todos estos elementos ambientales de la escena ofrecen una coherencia tan perfecta con las circunstancias históricas de la época, que no pueden menos de afianzar la impresión de realidad y vida producida en el ánimo del lector por el episodio desde el primer momento.

---

say supone que el enojo de la familia de Tecla llegaría hasta amenazarla con los jueces de la ciudad, quienes en todo caso no podían imponer una pena de muerte y se hubieran limitado a sancionarla con algún correctivo leve, remitiéndola a su hogar. Pudiera confirmar esta hipótesis un sermón atribuído a San Juan Crisóstomo, en el que se explanan largamente las luchas familiares contra Tecla, pero que parece desconocer tal sentencia de muerte (*Laudatio S. protomartyris et apostolae Theclae*, inter opera dubia S. Ioh. Chrysostomi, PG 50, 745-748).

[68] * Ramsay supone, no sin cierta probabilidad, que el ir en compañía del Apóstol durante aquel viaje es una pincelada propia de la leyenda. En todo caso, Pablo niega conocer a dicha joven.

[69] Pitodoris, la madre de Trifena, era nieta de Marco Antonio por parte de su primera esposa, Antonia ; y Claudio era nieto de dicho triunviro mediante su segunda esposa, Octavia. El emperador Claudio era cariñoso para sus familiares, siendo probable que hubiera llevado a mal la desgracia de Trifena. En cambio, el año 54 esta situación hubiera presentado otro aspecto con el advenimiento al trono del descastado Nerón. Se hace difícil que el autor del siglo II hubiera podido reflejar con tanta exactitud un matiz así variable en tan corto espacio de tiempo. Para estas observaciones y las demás en el texto indicadas véanse los raciocinios de * W. M. RAMSAY, ob. cit., pp. 395-401.

Perfiles psicológicos y ascéticos de Tecla: su contemplación, su energía, su apostolado

107. Resistamos a la tentación, ciertamente seductora, de hacer un estudio analítico de realidades y ficciones en el poema legendario de Tecla. Aunque atrayente, es para nosotros por ahora de importancia muy reducida. Lo que nos interesa en la obra, por encima de todos estos problemas críticos, es el fijar la imagen de la virgen cristiana tal cual la vieron cruzar ante sí los dos primeros siglos, tal cual la concibieron los ascetas de la Iglesia primitiva y tal cual quedó al fin estereotipada, aun cuando entre rompientes luminosos de idealización, en la obra del presbítero de Asia. Aquellos rasgos habían de perdurar inmutables durante las centurias siguientes a través de las mil diferenciaciones peculiares de tiempos y patrias y bajo las más diversas facetas a que se presta la variedad inexhausta de caracteres femeninos.

Sin necesidad de apelar a observaciones profundas, el rasgo contemplativo de tintes extáticos y ensueños místicos se impone sobre todos los otros en la estructura ascética de Tecla, modelo de vírgenes. A través de sus ojos, sus oídos y sus labios se escapa el flúido sobrenatural de su alma, dejando al cuerpo en el segundo plano de un desvanecido. Unas veces será su persistencia inmóvil junto a la ventana cual araña prendida en los hilos de su propia tela (c. 9); otras su arrobamiento a los pies de Pablo, fascinada con el filtro irresistible de la palabra divina (c. 18); más tarde los besos ardientes con que calienta los hierros de la cárcel mientras ella se siente ante el Apóstol "como encadenada por el amor" (cc. 18 y 19); luego la mirada estática que dirige a su maestro como única respuesta a las reconvenciones del gobernador romano (c. 20); finalmente, su enajenación ante la cristofanía en el anfiteatro de Iconio (c. 21) o su actitud de transporte místico apoyada en la cruz que forman sus propios brazos en el circo de Antioquía (c. 34). En uno u otro caso es el espíritu de María Magdalena a los pies de Jesús, que se ha transfundido por virtud milagrosa, encarnándose en la virginidad cristiana.

Este espíritu quedará perpetuado para siempre en las esposas de Cristo y se mostrará en el gesto místico de una Inés ante el fuego, de una Cecilia en sus expresiones de idilio para con Cristo, de una Eteria en su atracción pasional hacia los lugares bíblicos, de una Eustoquio en las plegarias nocturnas de su aposento, de una Macrina en los soliloquios anhelantes de su agonía o de una Genoveva en el

raudal de lágrimas que humedecen el suelo de su habitación parisiense. En todas ellas es el ademán de un alma que, al ponerse frente a frente de la divinidad, pierde lo opaco de la materia, se desprende del peso muerto de las afecciones de este mundo y se transfigura en el flamear oscilante, pero siempre enhiesto, de una llama, que ansía las alturas [70].

En el prototipo de Tecla, virginidad significa pureza de corazón, cuyo premio será el ver a Dios; pero pureza de corazón entendida según las trece bienaventuranzas formuladas por Pablo en casa de Onesíforo (cc. 5 y 6), carta programática de las seguidoras del Cordero en que *castidad, desprecio del mundo* y *ciencia de Cristo* forman la triple corona de la tiara que ha de hermosear sus frentes. *Desprecio del mundo,* que pone con gusto en manos de un esclavo brazaletes y joyas para obtener por su medio la entrada a la contemplación de lo divino (c. 18), que más tarde cambiará los ricos aderezos de patricia romana de una Demetríades por la túnica obscura y grosera de las vírgenes consagradas, o que entregará a Melania la joven, una vez ungida con el propósito de continencia, las llaves de aquellas sus arcas, donde se encerraba una de las riquezas más opulentas del Imperio, para abrirlas, con despilfarro despectivo de su valor, a toda clase de necesitados. Y en cualquier caso, después de consumado el despojo de todo lo terreno, terminará buscando un refugio de soledad, muchas veces por no ser posible otra cosa, en el silencio adusto de la propia estancia, según los consejos de San Jerónimo; algunas en el ámbito todo del propio hogar, convertido en monasterio al modo de la casita gobernada por Macrina en el valle de Iris; otras entre las cavidades de un antiguo sepulcro abandonado en las afueras de la ciudad, según lo hará la virgen alejandrina Sinclética, o entre los muros organizados del desierto a la sombra de San Pacomio.

La *ciencia de Cristo,* punto también fundamental en los macarismos pseudopaulinos, que mantiene el espíritu de Tecla en tensión de búsqueda infatigable para impregnarse con las enseñanzas evangélicas del Apóstol, continuará saciando sin interrupciones ni decaimientos a la virginidad de los tiempos posteriores, ya sea mediante la investigación ascética de la Sagrada Escritura, bajo las normas de un Jerónimo, en el palacio de Marcela sobre el Aventino; ya sea mediante el recitado cuotidiano de los salmos y

[70] No creemos necesario ofrecer las citas de estas rápidas alusiones, ya que los pasajes a que hacen referencia han aparecido ya mencionados o se estudiarán con más detención en los capítulos siguientes.

sus descripciones impresionistas de la futura economía cristiana, impuesto a Demetríades por el Doctor betlemita; ya, finalmente, con la lectura de las divinas letras, continuada hasta que el sueño sorprenda a la virgen sosteniendo en sus manos el libro divino, o con el estudio de memoria, sobre todo, de los himnos davídicos y los evangelios, tal cual han de practicarlo diariamente durate algún tiempo las vírgenes de los desiertos egipcios de Tabennîsi.

Gracias a esta triple nerviatura de la *castidad,* del *desprecio del mundo* y de la *ciencia de Cristo,* el alma de la pureza se mantendrá en actitud estática de aspiración a Dios y podrá captar fácilmente en las alturas aquel afecto amoroso para con Cristo que ha de ungir los latidos de su pecho y aquel halo de irradiación sobrenatural que ha de envolver con luces divinas cuanto toque en su derredor con su mirada.

¿Contraste propio de lo infinito? ¿Consecuencia psicológica de lo sobrenatural? No sabremos decidirlo, pero es necesario anotar que el segundo rasgo de la virginidad en Tecla y en las futuras esposas de Cristo, vaciadas a su imagen, consiste en una cierta intrepidez, amalgama de acero en la resistencia y de acometividad impulsiva en el ideal. A quien estuviera acostumbrado a observar únicamente los efectos de las fuerzas naturales en el alma, no le hubiera sido posible prever aquella armonía sintética de la contemplación y el dinamismo de la ternura y la dureza, ni hubiera llegado a sospechar que bajo la superficie tersa del lago en que se reflejaban azules, granas y rosicleres del cielo, se escondiese un fondo inflexible de roca y, si el caso llega, con impetuosidades de volcán.

La mayor parte de las vírgenes de los primeros siglos habrán de pasar por una u otra de las tres luchas descritas en la santa de Iconio, lucha contra la resistencia de sus padres, lucha contra los pretendientes despechados o los seductores impúdicos y lucha contra el paganismo circundante tentador de su fe. El carácter heroico propio de la protagonista del poema de la virginidad exigía que aquel triple combate se presentase elevado a su más enérgico potencial; por eso la violencia de su madre y familiares llega a pedir para la virgen la pena de la hoguera (c. 20); de ahí que las pretensiones fracasadas de Tamiris o la insolencia burlada del arconte de Antioquía terminen en querella judicial con pena de muerte (cc. 16-21 y 26-27), y es lógico que la intrepidez de sus confesiones de fe cristiana entre los rugidos de las fieras y el escarbeo de garras en la arena dejen atónito al gobernador romano (cc. 37 y 38).

Cambiará el decorado de los hogares y el tono de la len-

gua paterna, pero seguirá repitiéndose la lucha entre los propósitos de las vírgenes y las aspiraciones mundanales de sus mayores; presentarán caracteres más o menos insidiosos los intentos de los amadores; sin embargo, siempre vendrán a fracasar ante la energía de las esposas de Cristo; y en los años rojos de las persecuciones, el armiño inmaculado de la fe, bajo el nombre de Blandina en el anfiteatro de Lyón o el de Apolonia en la hoguera de Alejandría, ofrecerá la misma resistencia a los esfuerzos desgarradores de la apostasía.

Y lo específico de esta firmeza es que no se muestra bajo la forma de una terquedad inexpresiva o de un negarse apocado, aunque persistente, sino que se impone a los adversarios, padres, pretendientes o paganos, con un tono de altivez noble y patricia, que le hace erguir su cabeza mientras confiesa: "¡Soy esposa de Cristo! ¡Soy cristiana!", al paso que el timbre de su voz tiene algo de aquel acento tan perceptible en Tecla cuando, al rasgar la clámide del impúdico arconte de Antioquía, le dice imperativa: "Respeta a la extranjera. No violentes a la sierva de Dios; sabe que pertenezco a la nobleza de Iconio" (c. 26).

Algo más todavía: en aquella intrepidez de las primeras vírgenes no hay sólo pasividad inflexible; vibra juntamente un impulso activo para la iniciativa en el combate por el ideal, una cierta audacia que en medio de la noche se hace abrir con dones y regalos las puertas de su casa y las cancelas de la prisión en marcha hacia sus aspiraciones (c. 18). Los grados de este espíritu impulsivo serán muy diversos, hasta tomar la ofensiva en el combate o lanzarse espontáneamente a las llamas en previsión de repugnantes agresiones morales. Se trata, pues, de una virginidad juvenil—no importa la edad—, llena de dinamismo, que se oculta en la vida cuotidiana bajo un ondular de rizos marinos graciosos e ingenuos, pero que, al presentarse las circunstancias, desencadena el ímpetu del oleaje y, si es necesario, la potencia de la galerna.

Al ponerse en movimiento este dinamismo sobrenatural, los tipos de virginidad por él creados adoptan formas muy diversas: la imagen intrépida de una Eteria, que, en su anhelo por ungirse con los recuerdos del Salvador o de los profetas bíblicos, no se arredra ante los peligros de los desiertos infestados por bandas de salteadores, ni tropieza en los riscos abruptos de la subida al Sinaí; la estampa aristocrática de una Olimpiades, que, consagrada muy joven a la continencia, tras efímero matrimonio, monta un costoso servicio de caridad para atender a la muchedumbre de monjes desterrados de Egipto por Teófilo de Alejandría, o se constituye en sostén del Crisóstomo, sin temor a verse envuelta en

las persecuciones y penalidades de su santo Pastor; la heroína de envergadura nacional, como una Genoveva, a cuya audacia deben los parisienses del siglo V el mantenimiento de su moral ante las invasiones de los hunos y su liberación del hambre y la miseria en prolongados asedios posteriores. Todas estas diversas actitudes psicológicas tienen un mismo punto de partida en los gestos viriles de aquella Tecla, que entre los éstaxis de su contemplación sabe de audacias de espíritu para romper lanzas por su ideal.

Queda un tercer aspecto del perfil de la virginidad ofrecido por los *Hechos de Pablo,* que, aunque no tan acusado como su orientación mística o su energía de espíritu, presenta, sin embargo, una característica más exclusiva y original de la ascética cristiana: es la caridad, sobre todo en forma de apostolado. Basta una sola frase en el poema de Tecla para volcar ante nuestros ojos los sentimientos de su protagonista en cuanto a la misericordia corporal. Nada posee, como hija de familia que es, todavía no emancipada. Unicamente un día se contempló dueña de oro y vestidos preciosos enviados por su protectora la reina Trifena; de sus manos resbala sin demora toda aquella riqueza a las del Apóstol para socorro de los pobres (c. 41). En realidad, con este acto queda expuesto todo un programa. Se trata de un elemento tan esencial al cristianismo, que no puede maravillarnos verlo repetido a lo largo de toda la historia de la virginidad, siempre con el mismo gesto de elegante despilfarro, siempre con la misma ternura inimitable del amor sobrenatural.

Muy pocas frases son también suficientes para darnos a conocer el otro elemento completivo, y desde luego primacial, de la caridad cristiana: el apostolado evangélico. Hasta entonces, en las tentativas más o menos rudimentarias de virginidad iniciadas fuera del cristianismo, jamás surgió la idea de emplear semillas de azucena para hacer nuevas plantaciones de fe religiosa. En cambio, a partir de este momento, la virginidad y el apostolado se presentan unidas en estrechísimo abrazo, que ha de ir apretándose más y más a través de los siglos hasta la época actual.

No obstante lo escueto de las expresiones en este punto, la figura de Tecla irradia de sí efluvios tan claros de celo evangélico, que sus *Hechos* levantarán muy pronto la polvareda de una contienda sobre las facultades de la mujer para enseñar o bautizar, origen ocasional del anatema de Tertuliano contra la obra apócrifa [71], y su nombre logrará

[71] «Quod si qui Pauli perperam inscripta legunt, exemplum Theclae ad licentiam mulierum docendi tingendique defendunt, sciant...» *(De baptismo,* c. 17 : PL 1, 1219 [CSEL, XX, 215]).

ser adjetivado por los escritores eclesiásticos del futuro con el triple apelativo de Santa Tecla, virgen, protomártir y *apóstol*. Es una hipérbole hagiográfica bajo la que se oculta, sin embargo, una realidad significativa.

No con predicación pública, pero sí con inquietos afanes de celo doméstico, inicia la santa de Iconio aquella estela de proselitismo, que han de seguir las esposas de Cristo, siempre solícitas por incluir en la órbita del Evangelio, y si posible fuera del ascetismo, los círculos privados de su hogar, de sus relaciones familiares y aun de sus amistades todas ciudadanas. Tecla, superado el combate del circo antioqueno, se detiene ocho días en el palacio de Trifena para enseñarle la palabra de Dios (c. 39); al separarse de Pablo logra arrancarle aquella bendición tan deseada: "Ve a Iconio y expón allí la doctrina de Cristo" (c. 41); en su villa natal se esfuerza por traer a sus familiares a la luz de las enseñanzas divinas (c. 42); y, finalmente, entrega su espíritu al Señor en Seleucia, "después de haber iluminado a muchos con la palabra de Dios" (c. 43).

Las actas de las vírgenes posteriores, legendarias, es cierto, cuanto se quiera, pero no por eso intérpretes menos auténticas de las concepciones de las antiguas comunidades cristianas y traductoras de las escenas que en su derredor contemplaban, seguirán presentándonos actividades semejantes desde las victorias de la fe conseguidas por Flavia Domitila, en el siglo I, con la conversión de sus colactáneas Eufrosina y Teodora, así como de otras muchas ciudadanas terracinenses, hasta los frutos de cristianización logrados por Santa Cecilia, en la tercera centuria, atrayendo a Cristo a su desposado Valeriano, el hermano de éste, Tiburcio, y el oficial Máximo; y cuando estos frutos de evangelización fueren imposibles o innecesarios por el carácter cristiano del ambiente circundante, serán las conquistas para el ascetismo las que arrastren hacia la práctica de la pureza y la austeridad a los miembros de toda una casa con sus allegados y servidumbre, como lo realizarán Eustoquio en Roma, Demetríades en Cartago o Macrina en el Ponto. Formas todas ellas más o menos resonantes y vistosas de llevar las almas a Cristo, pero con un mismo fondo, cuyo carácter proselitista queda fijado desde los días de la virgen de Iconio. En adelante, sobre el velo blanco de la pureza aparecerán siempre las franjas rojas de amor propias del apostolado.

No son los *Hechos de Pablo y Tecla* una obra maestra de literatura, y el lector moderno, acostumbrado a los análisis más psicológicos de nuestra época, tachará de ingenuidad superficial el estilo de sus descripciones y sus recursos, calcados sobre el género de la novela helénica. Nadie negará,

sin embargo, que en sus páginas se contempla a la heroína como una realidad viva que siente y ama, lucha y triunfa, y que camina a lo largo de la historia como el prototipo de la primitiva virgen cristiana, extática en su contemplación, indomable en su voluntad y apóstol en sus ideales [72].

---

[72] Una imagen muy parecida a la indicada por nosotros se había formado San Metodio cuando daba el siguiente juicio de Tecla, a quien, desde luego, concede la corona de la victoria entre las que han hablado sobre la virginidad: «Conozco su prudencia por las otras hazañas que ha llevado a cabo y sé cuántos y cuán bellos discursos ha pronunciado, las pruebas de amor desbordante a Cristo que ha dado y lo intrépidamente que se ha conducido en los primeros y arduos combates de los mártires, mostrando un celo sólo comparable a su ardor y una fortaleza de cuerpo igual a la energía de sus resoluciones» *(Convivium decem virginum,* orat. 8 Theclae, c. 17: PG 18, 173-176 [GCS, ed. * Bonwetsch, p. 112]). El pasaje viene amplificado notablemente en la versión latina, como puede verse en el lugar citado de PG.

CAPÍTULO II

El himno de la virginidad

108. La persona de San Metodio.—109. El *symposion* como género literario.—110. «El Banquete» de Platón.—111. Escenario del diálogo sobre la virginidad.—112. Discursos sobre el origen y valor de la virginidad y el matrimonio: Marcela, Teófila, Talía.—113. Discursos sobre las propiedades de la virginidad: Teopatra, Talusa, Agueda, Procila.—114. Discursos sobre la naturaleza y efectos de la pureza: Tecla, Tisiana, Domnina.—115. El final del certamen y el epitalamio de la virginidad

La persona de San Metodio

108. La virginidad es heroísmo; por eso salió a su encuentro el poema. Pero la virginidad es juntamente belleza y, como tal, inspiración de himno lírico. El siglo II había hecho resonar el clarín épico en honor de las vírgenes; en la siguiente centuria vibraría la lira más armoniosa del poeta.

Esta vez no es desconocido el nombre del autor, antes bien se trata de una de las plumas más espirituales de su tiempo; aunque, eso sí, es una pluma amiga, que escribe en la obscuridad, pues de sus características personales apenas nos ha podido revelar la historia más que un par de datos biográficos, únicos que nos fijan la trayectoria de su vida. Sabemos que San Metodio fué obispo de Olimpo [1], en Licia, una de cuyas ciudades, Patara, próxima a su sede episcopal, había de servirle como escenario para el diálogo que compuso sobre la resurrección [2]. Al final de su exis-

[1] El testimonio de la tradición en este punto está refrendado por San Jerónimo *(De viris illustribus*, c. 83: PL 23, 692) y por Sócrates *(Hist. Eccles.*, lib. VI, c. 13: PG 67, 701-704). En cambio, carece de fundamento el detalle del mismo Jerónimo de haber sido San Metodio en tiempos posteriores obispo de Tiro. Es inverosímil, dadas las costumbres de la época, y difícil de coordinar con los catálogos episcopales de esta ciudad. Cf. * Th. Zahn, *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, t. VIII (1886), p. 18 s. Sospecha Zahn que el epíteto *poenicus*, aplicado a veces a Olimpo, fué el origen de esta confusión.

[2] Algunos autores han querido hacer a Metodio obispo de Patara, apoyados en la localización de dicha escena y en el testimonio de Leoncio de Bizancio, *De Sectis*, actio III, § 1: PG 86, 1213. El fun-

tencia encontró la corona del martirio, probablemente hacia el 311, en los últimos ramalazos de la persecución postrera desencadenada por Diocleciano y consumada por Maximino Daza [3]. Si a este doble trazo de su dignidad episcopal y su carácter de mártir de la fe añadimos sus méritos de escritor, podremos dar por restaurado, en cuanto es posible, el cuadro borroso de su vida.

Bajo este último aspecto literario sí que nos ha dejado huellas de una personalidad exuberante. Nos constaba de ella por las variadas referencias de San Jerónimo [4] y de otros múltiples escritores orientales de la antigüedad, como son, por no citar sino algunos de los siete primeros siglos, San Gregorio Niseno, San Epifanio, Teodoreto de Ciro, Andrés de Cesarea, Leoncio de Bizancio, San Máximo el Confesor y Juan de Tesalónica, quien llega a formar una especie de trilogía patrística con San Metodio, San Basilio y San Atanasio [5].

Sin embargo, a nuestras bibliotecas no había llegado en su redacción original griega sino una sola obra completa, aun cuando sin duda la más interesante, el *Banquete,* o tratado sobre la virginidad. De las restantes citadas por sus admiradores, únicamente algunos trozos mutilados excitaban, más bien que saciaban, los afanes bibliográficos mo-

---

damento no parece sólido, aun cuando, como anota BARDENHEWER, no repugna el que hubiera regentado ambas sedes, próximas entre sí *(Geschichte der altkirchlichen Literatur* [1914], t. II, p. 339).

[3] Dice SAN JERÓNIMO: «Ad extremum novissimae persecutionis sive ut alii affirmant sub Decio et Valeriano in Chalcide Graeciae martyrio coronatus est» (lug. cit.: PL 23, 692). No hay duda que es menester atenerse al primer miembro de la disyuntiva, ya que Metodio refutó la obra de Porfirio *Contra los cristianos,* aparecida hacia el año 270. El hecho del martirio es confirmado por TEODORETO DE CIRO *(Eranistes,* dial. 1: PG 83, 88); pero la determinación geográfica de Calcis de Grecia es, sin duda, una mala inteligencia del Doctor betlemita.

[4] Además del pasaje últimamente citado *De viris illustribus,* donde se encuentran los únicos datos interesantes que poseemos sobre San Metodio, son varias las cartas en que San Jerónimo hace referencia a las obras del Obispo de Olimpo.

[5] JUAN DE TESALÓNICA, discurso conservado en las *Actas del II Concilio Niceno,* MSCC, t. XIII, col. 165. GREGORIO NISENO utiliza con frecuencia pasajes de Metodio y le cita por su nombre en su tratadito *De eo, quid sit ad imaginem Dei et similitudinem,* PG 44, 1329. SAN EPIFANIO le nombra repetidas veces aduciendo trozos suyos, especialmente de su libro *De resurrectione.* Cf. *Adversus octoginta haereses Panarium,* lib. II, t. I, haeresis 64, c. 11 s., 63, 70: PG 41, 1088, 1177, 1183. ANDRÉS DE CESAREA le coloca entre los grandes escritores, junto con Papías, Ireneo e Hipólito *(Commentarius in Apocalypsim,* prol.: PG 106, 220), copiando luego varios textos del *Banquete* (ibid. en los comentarios a los c. 6, v. 2; c. 12, v. 1; c. 13, v. 1: PG, t. cit., 265, 320, 332). SAN MÁXIMO cita expresamente el libro *De resurrectione* en sus *Commentaria in librum de caelesti hierarchia Sancti Dionysii Areopagitae,* c. 7: PG 4, 176. De TEODORETO DE CIRO y LEONCIO DE BIZANCIO hemos hablado en las notas anteriores.

dernos; hasta que en 1891 Bonwetsch, siguiendo indicaciones del cardenal Pitra [6], publicó en lengua alemana una nueva colección de las obras de San Metodio con tratados antes desconocidos y otros felizmente completados gracias a una traducción en antiguo eslavo originaria del siglo XI. Con esto, el año 1917 pudo el mundo erudito admirar en forma más perfecta, aun cuando todavía con lamentables lagunas, el trabajo literario de San Metodio [7].

Este fué de una amplitud no vulgar si se tienen en cuenta las obras perdidas. En todas ellas se muestra siempre Metodio culto y erudito, profundo conocedor de la Sagrada Escritura y de sus repercusiones en el mundo judío, amante de la tradición apostólica, a la que se adhiere con fidelidad a través de San Ireneo, sobre todo, y San Pablo, en lo referente a la obra salvadora de Cristo, y mediante los apologetas del siglo II en los grandes problemas del libre albedrío y el origen del mal; y al mismo tiempo lector entusiasta de los filósofos griegos, en especial de Platón, a quien admira y de cuyos aciertos se aprovecha para mayor esplendor de las enseñanzas cristianas.

En Metodio aparece sin contorsiones ni violencias aquella unión de la sabiduría profana y divina, que tantas crisis estaba provocando en la escuela alejandrina. De sus conocimientos exegéticos del Antiguo Testamento fueron heraldos sus *Comentarios sobre el Génesis y el Cantar de los Cantares,* por desgracia perdidos, y sus explicaciones del libro de Job, que sólo en breves fragmentos ha llegado hasta nosotros [8].

Influjos de las escuelas filosóficas helénicas aparecen muy claros, tanto de la estoica, en su tratado, a modo de

---

[6] *Analecta Sacra Spicilegio Solesmensi parata* (Venecia 1883), t. III: «Patres antenicaeni», p. 602.

[7] La primera edición de las obras y fragmentos griegos conocidos de San Metodio fué realizada por FR. COMBEFIS, *SS. Patrum Amphilochii Iconiensis, Methodii Patarensis et Andreae Cretensis opera omnia* (Parisiis 1644). Faltaba el *Banquete,* que publicó por vez primera L. ALLATIUS en 1656 y lo incorporó COMBEFIS a su *Auctarium novissimum bibliothecae graecorum Patrum* (Parisiis 1672). Siguiéronse las ediciones de GALLANDI, 1767, reproducidas en la Patrología de Migne, t. XVIII, y la de A. JAHN de 1865. Actualmente, la única que puede considerarse como completa, en lo que hasta ahora se conoce, es la preparada por * G. N. BONWETSCH, GCS (Leipzig 1917). En la introducción de dicho tomo pueden verse el número y calidad de los códices eslavos que sirvieron al editor para llevar a cabo su trabajo.

[8] De la existencia de los *Comentarios al Génesis* y *Cantar de los Cantares* nos consta por el testimonio de SAN JERÓNIMO, *De viris illustribus,* c. 83: PL 23, 692. De sus *Comentarios sobre Job* se han salvado fragmentos breves por NICETAS DE HERACLEA en su *Catena graecorum Patrum in beatum Iob.* En PG 93, 13-470, aparece bajo el nombre de Olimpiodoro.

conferencia, *Sobre la vida y el modo razonable de portarse en ella* [9], como de la neoplatónica y la neopitagórica, en sus mimosas preferencias por el método alegorista, que aplica a diversos ritos judíos y pasajes bíblicos, acomodándolos a las prácticas cristianas. Este carácter tienen sus tratados *De la distinción de los alimentos, Del sacrificio expiatorio de la vaca roja, De la lepra* en las prescripciones levíticas, *De la sanguijuela,* mencionada en los Proverbios, o *Del versículo "Los cielos anuncian la gloria de Dios"* [10].

Pero por encima de todas estas tendencias está su aferramiento a la tradición y su amor sincero a la verdad, que le hace revestirse con frecuencia las armas dialécticas del polemista, en lucha aun contra aquellos mismos que pudieran parecer sus hermanos en la ciencia por las comunes aficiones a la sabiduría helénica. Su fidelidad al dogma le enfrenta con el dualismo y determinismo de los gnósticos en sus libros *Del libre albedrío,* con las aberraciones de uno de los patriarcas del neoplatonismo en su obra *Contra Porfirio,* y, sobre todo, con los errores de Orígenes en sus tratados *De la resurrección* y *De las criaturas* y en su escrito perdido *De la Pitonisa* [11].

---

[9] *Sobre la vida y su práctica razonable.* Este tratado se ha conservado únicamente en la traducción eslava, ed. * BONWETSCH, GCS, pp. 209-216. En general, para las relaciones entre las concepciones helénicas y cristianas en el tiempo y en las obras de San Metodio, cf. J. FARGES, *Idées morales et religieuses de Méthode d'Olympe* (París, 1929).

[10] Todos ellos conservados gracias a la traducción eslava. Únicamente del tratado *Sobre la lepra* se conocían fragmentos sueltos en su original griego. El título exacto del segundo de los escritos citados en el texto, tal como lo traduce Bonwetsch, dice así: *Sobre la vaca joven que se menciona en el Levítico, con cuyas cenizas eran rociados los pecadores.* La vaca del sacrificio es figura de la carne de Cristo, roja por la pasión, sin tacha por la inocencia, no sujeta al yugo por su inmunidad del pecado, inmolada fuera de la ciudad, etc. Semejantes alegorías se presentan en la explicación de las prescripciones alimenticias o purificatorias de los demás tratados. Hasta en el versículo *Caeli enarrant gloriam Dei,* los cielos son los ángeles, que alaban a Cristo, y el firmamento es la Iglesia, que canta la acción de Dios en la humanidad.

[11] Los tratados de *Autexusio o del libre albedrío* y *Aglaophon o de la resurrección,* mencionados ya por San Jerónimo y analizados por Focio, se han conservado íntegros en eslavo y fragmentariamente en griego, lo que ha permitido fijar los caracteres textuales de aquella traducción. Del segundo de dichos tratados son muchas de las citas en los antiguos autores eclesiásticos, como se ha podido observar por las notas precedentes. De la obra *Contra Porfirio* sólo restan algunos pasajes en griego recogidos por Jahn, pero tan breves que no permiten formarse una idea del libro. En ellos se habla de los motivos de la encarnación. JERÓNIMO da testimonio repetidas veces de esta obra en sus escritos. (Cf. *Epist. 48 ad Pammachium,* n. 13: PL 22, 502; *Epist. 70 ad Magnum oratorem,* n. 3: PL, t. cit., 666; *Commentaria in Danielem,* prol. y c. 12, v. 13: PL 25, 491 y 580; *Apologia adversus libros Rufini,* lib. II, c. 33: PL 23, 455.) Tampoco

Su constancia en la defensa de la fe le hizo perder la vida en el martirio; su rectitud en el combate por la ortodoxia le hizo perder su nombre en la historia. Pues fué sin duda ésta la causa por la que Eusebio, cuidadoso en extremo por recoger el recuerdo aun de los autores más insignificantes, pero no menos acérrimo defensor del maestro alejandrino, quiso castigar los ataques del Obispo de Olimpo contra Orígenes, pasando por alto la mención de su persona [12]. Su continuador en la historia y en los fervores origenistas, Sócrates, fué todavía más allá en su parcialidad, nombrando ciertamente a Metodio, pero como uno de los cuatro escritores que impugnaron al director de la escuela catequética "por afán de injuriar", "hombres viles, que, no pudiendo sobresalir por sus propios méritos, pretenden destacarse denigrando a los que valen más que ellos" [13]. Así resultó Metodio dos veces mártir: por defender la fe y la verdad.

Fuera de esta formación filosófica y dogmática, el Obispo de Olimpo se presenta como un escritor de afanes literarios, que busca calidad de estilo siguiendo las huellas de los grandes maestros helenos. En su forma estética demuestra poseer el sentido de la belleza y una originalidad de pensamiento fresca y vigorosa, no obstante la amplitud de su dicción, un tanto difusa, que linda a veces con el tono oratorio de los grandes pastores eclesiásticos del siglo IV.

Equipado, pues, con todos estos atavíos de doctrina y de ornato estético, pudo muy bien lanzarse a su empresa literaria más audaz y la que había de coronar más ostensiblemente su renombre de escritor. En verdad que sus aspiraciones no fueron rastreras, puesto que fijó sus ojos en una de las mejores producciones filosófico-literarias del genio griego, en aquel diálogo platoniano de algunos de cuyos párrafos había de decir el príncipe de nuestros críticos: "Si existe en lengua mortal algo más bello que este ditirambo en loor de la eterna belleza, por mí indignamente traducido, declaro ingenuamente que no lo conozco" [14].

Había que dar por irrealizable el que Metodio pudiera

---

del tratado *Sobre las criaturas*, mencionado por Sócrates, bajo el nombre de *Xenon*, y analizado por Focio, se han salvado más que breves fragmentos, en los que defiende, contra Orígenes, la creación del mundo en el tiempo. Del libro *Sobre la Pitonisa* no tenemos sino el testimonio de San Jerónimo en el lugar citado, *De viris illustribus*.

[12] Eusebio cita un largo trozo del libro de *Autexusio*, atribuyéndolo a un tal Máximo (*Preparationis evangelicae* lib. VII, n. 22: PG 21, 569-584). De la animosidad de Eusebio contra San Metodio da testimonio SAN JERÓNIMO, *Apologia adversus libros Rufini*, lib. I, c. 11: PL 23, 405.

[13] SÓCRATES los llama φιλολοίδοροι (*Hist. Eccles.*, lib. VI, c. 12: PG 67, 701-704).

[14] M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, introd., I, edic. nacional de las obras completas, t. I, p. 36.

llegar en la belleza de forma de su *Banquete* al *Symposion* de Platón, cuyo arte se ha calificado como "flor del aticismo" y del que se ha dicho que "su papel en los diálogos es, a pesar de los intentos de su autor, casi tan importante como la ciencia" [15]. Sin embargo, Metodio se lanzó al trabajo con ansias de superación, pues observó muy bien desde el primer momento que en aquel diálogo sobre el amor, donde la sublimidad y la gracia del filósofo de Atenas se hallaban esta vez muy íntimamente unidas a la poesía, y que podía considerarse bajo diversos aspectos como el vuelo más elevado del espiritualismo helénico, zumbaba, sin embargo, con frecuencia un batir de alas tan rastrero y tan pegado a la tierra como es el que se percibe en las alabanzas a las más degradantes anormalidades de la homosexualidad [16]. Por eso tuvo conciencia Metodio de que, sin lograr la viveza del diálogo platoniano ni la caracterización propia de sus interlocutores, podía muy bien superar en la grandeza de los conceptos al filósofo de la Academia. Aquél había cantado el amor ideal a través de la carne, él entonaría un himno al amor divino a través de la virginidad.

El "symposion" como género literario

109. El género literario representado por el *Banquete* de San Metodio estaba ya admitido hacía tiempo como uno de los encuadres más a propósito para entonar los ditirambos de un placer o una virtud. El *symposion* ateniense en su realidad histórica tenía mucho de nuestros banquetes modernos de homenaje, en que, reunido un cierto número de personas más o menos destacadas en torno a una figura central, presentan al fin de la comida los frutos de su ingenio o su elocuencia. Por eso el *symposion* comprendía dos partes consecutivas: el *syndeipnon*, o participación en común de los alimentos servidos a la mesa, y el *sympotos*, o tiempo dedicado a la bebida, que los comensales prolongaban durante largas horas, entregados a abundantes libaciones según reglas establecidas. Esta segunda parte del convite era amenizada por las tañedoras de flauta, citaristas y danzari-

[15] A. Croiset, *Histoire de la littérature grecque*, 2.ª ed., t. IV, pp. 307 y 309. En esta obra puede verse un estudio muy atinado de las características y estilo del diálogo platoniano.

[16] Un análisis de los móviles psicológicos y encuadre de tales tendencias, a la luz de los discursos del *Symposion*, ofreció T. Gomperz en su obra *Griechische Denker. Eine Geschichte der antiken Philosophie*, trad. por A. Reymond, *Les Penseurs de la Grèce*, t. II, pp. 395-413.

nas, a no ser que, tratándose de círculos más intelectuales, se quisiera prescindir de tales atractivos para desarrollar un programa a base de composiciones poéticas, de diálogos filosóficos o de intercambios de crítica estética, preludiando así las peñas literarias de nuestros cafés. De ordinario se terminaba con la coronación del vencedor en el concurso o del protagonista principal, en cuyo honor se celebraba el homenaje.

La estructura escénica de un banquete se prestaba, pues, cual ninguna otra, al desarrollo dialogado de una materia con la variedad y la gracia que el carácter peculiar de los diversos personajes invitados podía prestar al tema. Así se explica que las obras encauzadas sobre un tal esquema, tanto en filosofía como en estética, fueran numerosas. Al frente de todas ellas es necesario colocar los *Banquetes* de Platón, de Jenofonte y de Aristóteles, el último de los cuales, por desgracia, ha perecido [17]. Abierta la vía con tan fausto éxito, afluyeron por ella representantes de todas las escuelas: de la peripatética, con el músico Aristoxeno de Tarento, apasionado por las teorías pitagóricas (Σύμμικτα συμποτικά), Jerónimo de Rodas y Pritanis; de la epícurea, con su mismo fundador, el filósofo de Gargetes; de la Estoa, con Perseo; de la platónica, con Heráclides del Ponto, y en tiempos posteriores, bajo la cultura ecléctica del Imperio romano, con Luciano de Samosata y Ateneo de Naucrates [18].

Al fin vino San Metodio a cerrar en Oriente aquella trayectoria literaria elevándose a los ideales de lo infinito, así

[17] El *Symposion* de Aristóteles es mencionado por Diógenes Laercio y Plutarco. Dos breves fragmentos han sido conservados por Ateneo. (Cf. ARISTÓTELES, *Opera omnia*, BGD, vol. II, fragmenta, p. 44 s.) Las coincidencias de las obras de Jenofonte y Platón son muy notables, pero no es fácil establecer con certeza a cuál de ellas deba darse la prioridad cronológica. Un resumen de los datos y soluciones del problema puede verse en L. ROBIN, *Platon, Oeuvres complètes*, ed. Association Guillaume Budé, t. IV, p. 2.ª, *Le Banquet*, notice (París 1941), pp. CIX-CXV.

[18] El título que lleva propiamente la obra de ATENEO es Δειπνοσοφισταί. Verdadera enciclopedia, que en su redacción original contenía treinta libros. A nosotros ha llegado a través de un resumen reducido a quince libros, y aun éstos con lagunas notables. Acerca de la literatura symposíaca existe el amplio tratado de F. ULLRICH, *Entstehung und Entwiklung der Litteraturgattung des Symposion*. I Teil : *Das litterar. Gastmahl bis Xenophon*. II Teil: *Das litterar. Gastmahl von Aristoteles bis Methodius und Julianus Apostata*, Progr. (Würzburg 1908-1909). También los latinos produjeron obras de este género, como la de Mecenas, imitación probablemente de la de Epicuro. (Cf. M. SCHANZ, *Geschichte des römischen Litteratur bis zum Gesetzgebungswerk des Kaisers Justinian, Handbuch der klassischen Altertumswissenschaft*, t. VIII, p. 2.ª, sección 1.ª, München 1911, p. 20.) Suele también incluirse, aunque impropiamente, en la literatura symposíaca, una colección de sentencias atribuída a Cicerón. (Cf. M. SCHANZ, ob. cit., t. VIII, p. 1.ª, München 1927, p. 549.)

como, por el contrario, había de cerrarla poco después en Occidente Juliano el Apóstata rebajándose a un escarbeo malsano en los defectos de sus antecesores, que al llegar a su tío Constantino el Grande se hace mordazmente difamatorio [19]. El poco valor de algunos de aquellos *Banquetes*, en contraste con los aplausos que recibieron, volvió a traer a la pluma de San Jerónimo en el siglo IV las palabras de irrisión pronunciadas anteriormente por Marco Tulio en su discurso en favor de Quinto Galio: inverosimilitud y vacuidad [20].

"El Banquete" de Platón

110. A pesar de una tal abundancia de ensayistas en el género literario del *symposion*, el diálogo platoniano no pudo ser nunca superado en cuanto a la belleza de la forma, continuando, por tanto, como modelo insustituíble para sus sucesores, y en concreto para San Metodio. Aun por lo que hace a las ideas hubo momentos en que, a pesar de sus repetidas aberraciones, se elevó con gran ventaja sobre los demás diálogos similares del paganismo, ocupados preferentemente acerca de los manjares, del vino o de otros asuntos no mucho más elevados [21]. La composición escénica es, sin duda, de un gran realismo, y los personajes que en ella to-

---

[19] *El Banquete* de Juliano es una escena artificiosa en que los pasados Césares acuden a un convite dado en Olimpo por Cronos. Cada emperador toma un dios por modelo; sólo Constantino no encuentra ninguno adecuado, y se lanza tras la Molicie y la Intemperancia, mientras oye las palabras de Jesucristo, que dice: «Que los corruptores, los asesinos, los malditos vengan a mí con confianza, porque, lavándolos con esta agua que aquí veis, los purificaré» (HERTLEIN, *Juliani Opera*, ed. Teubner, Leipzig 1875, p. 431). Posteriormente publicó todavía A. MACROBIO los siete libros de su obra *Saturnalia*, compuesta en forma de diálogos de sobremesa durante las fiestas saturnales, que tanto había de influir en la ciencia de la Edad Media, pero cuya estructura se aparta algún tanto del clásico *Symposion*. (Cf. M. SCHANZ, *Geschichte der römischen Litteratur*, t. VIII, p. 4.ª, sección 2.ª, München 1920, p. 192 s.)

[20] SAN JERÓNIMO, *Epist. 52 ad Nepotianum*, n. 8: PL 22, 534 s. El discurso aludido de Cicerón no ha llegado a nosotros.

[21] Tales son las materias de muchas de las obras citadas, como las de Jenofonte, Epicuro, Mecenas, etc. Otras contienen, más bien que profundas elucubraciones filosóficas, amasijos más o menos indigestos de datos arqueológicos, mitológicos, históricos, biográficos y costumbristas, como las de Ateneo y Macrobio. El filósofo de Naucrates hace intervenir en el diálogo representantes de la gramática, poesía, retórica, música, filosofía, jurisprudencia, medicina, etc., cuyas actuaciones ha calificado CROISSET como «capítulos de tratados vestidos de hombre» (*Histoire de la littérature grecque*, t. V, p. 780). Erixímaco en el *Symposion* de Platón se lamenta de que se han dedicado encomios a cosas tan vulgares como la sal (PLATÓN, *Convivium*, c. 5, 177 B: BGD, t. I, p. 662).

man parte, todos ellos históricos a lo que parece, tienen una actuación llena de vida y muestran una personalidad rica y en plena consonancia con sus verdaderos caracteres, según puede apreciarse en Aristófanes, Agatón y Alcibíades, conocidos por sus escritos o por sus empresas políticas [22].

El triunfo del joven Agatón al ver premiada su primera tragedia congrega en su casa a un grupo de amigos selectos, que desean festejarle con las alegrías propias de un banquete. Uno de los invitados es Sócrates, aun cuando abstraído, como de costumbre, con sus propias meditaciones, haga la aparición en la sala dimidiada ya la comida. Aceptando el ruego de Agatón, se coloca junto a éste, quien espera de este modo se le transfunda algo de la sabiduría del Maestro. Una vez terminada la primera parte del banquete o *syndeipnon*, acuerdan todos, a propuesta del médico Erixímaco, beber con la moderación que les aconseja su debilidad de cabeza, motivada por los excesos del día anterior, despedir a la flautista para que entretenga a las mujeres de la casa o a sí misma con su música y emplear el tiempo en discursos enderezados al elogio del amor.

Inicia el pugilato de los encomios el joven Fedro con una exposición fuertemente saturada de erudición mitológica y no exenta de ciertos deseos moralizantes, en orden a descubrir en el amor los estímulos más eficaces para el proceder honesto y aun para el heroísmo. Síguese el discurso de Pausanías, varón maduro por la edad y la filosofía, que, después de distinguir dos clases de amores en la doble Venus terrenal y celeste, asienta como norma reguladora el que las acciones no son bellas o torpes por su misma naturaleza, sino por el modo como se realizan, a la luz de cuyo principio se industria por cohonestar los excesos de la pasión griega hacia los jóvenes. El médico Erixímaco presenta al amor como el agente activo, no sólo de los sentimientos humanos, sino de la armonía toda del universo, de la medicina o ciencia del ordenamiento entre las inclinaciones contrarias, saciedad y vacío, frío y calor, seco y húmedo, amargura y dulcedumbre; de la música, con la grata asociación de notas agudas y ba-

[22] Fedro Mirrinusio es un personaje familiar a los lectores de las obras platónicas, como interlocutor de Sócrates en el diálogo que lleva su nombre, y en el que aparece con características muy personales. También le hallamos en *Protágoras* (c. 7 : BGD, I, 236). De Pausanias Ceramense nos habla asimismo JENOFONTE en su *Banquete*, como de hombre prendado del poeta Agatón, atribuyéndole por cierto algunas de las ideas expuestas por Fedro en el *Symposion* platoniano. (Cf. *Xenophontis scripta*, BGD, 676 s.) El mismo Platón vuelve a hablar de Pausanias como uno de los asistentes al diálogo de *Protágoras* (c. 7 : BGD, I, 237). En esta misma obra aparece también el médico Erixímaco (lug. cit.), y de él había hecho ya mención Sócrates en el *Fedro*, mostrándosenos siempre con los mismos rasgos personales. (Cf. *Fedro*, c. 52 : BGD, I, 728.)

jas; de la astronomía, con la templanza equilibrada de las diversas estaciones; y aun de la misma religión con las relaciones piadosas entre dioses y hombres mediante la técnica del sacrificio y el arte adivinatorio. Consecuente a sus características literarias, el comediógrafo Aristófanes expone un origen mitológico y fantástico del amor como sentimiento unitivo de dos personas que no forman sino parte de un mismo ser corporal de forma redonda, dividido por Zeus en dos mitades como castigo a sus antiguas ambiciones atentatorias a las prerrogativas de los dioses. Por fin, le llega el turno al presidente de la fiesta, Agatón, quien pletórico de juventud y de belleza, consciente de su propio valer y dueño de una dicción mezcla de suave poesía, retórica verbal y elocuencia atildada, pretende descubrir la naturaleza del amor, feliz por su misma esencia, tierno, joven, flexible y hermoso, que sólo "se detiene y mora donde halla lugar florido y perfumado", y procura destacar sus efectos, que no son otros sino aquellas cuatro grandes virtudes, justicia, templanza, fortaleza y sabiduría.

Estos cinco discursos, que preceden al de Sócrates y bajo cuyo ropaje van presentándose en escena las principales concepciones helénicas acerca del amor, contienen, a no dudarlo, perlas sueltas de subido precio, pero tan hundidas en el lodo de una ideología sensual y lasciva, que exigen del crítico un fuerte trabajo de depuración [23]. Las palabras con que corona Sócrates aquel certamen elevan, a no dudarlo, el clima ambiental del simple ensayo literario a la discusión de profundidad filosófica.

Tras un breve diálogo con Agatón, según su peculiar método interrogatorio, para poner en claro que el amor es deseo de algo, incluyendo, por tanto, privación, y que al tender a lo hermoso y lo bueno manifiesta, por el mismo hecho, carecer de hermosura y bondad en sí mismo, pasa Sócrates a investigar, con un programa intencionadamente igual al de su predecesor en el uso de la palabra, la naturaleza y efectos del sentimiento estudiado. Recuerda a este propósito su conversación con Diótima, mujer de Mantinea, experta en cuestiones filosóficas no menos que en técnica adivinatoria y sacrifical [24]. Según lo que de ella aprendió, el amor no es

[23] Algunos autores, con un deseo apologético bien intencionado acerca de la persona de Sócrates, consideran los discursos precedentes como la exposición de teorías condenadas por Sócrates en las primeras palabras de su exordio. Sin embargo, en éstas se contiene más bien un repudio de las tendencias retóricas frente a las filosóficas; pero no precisamente del matiz sensual que rezuman, y que no falta asimismo en ciertas frases del mismo Sócrates.

[24] Sobre la historicidad de una tal conversación de Sócrates con Diótima se ha disputado abundantemente. Puede verse un resumen del problema en L. Robin, *Platon, Oeuvres complètes*, ed. Associa-

hermoso ni feo, no es dios inmortal ni ser humano, es un intermedio entre ambos, un espíritu (δαίμων) encargado de relacionar el cielo y la tierra, asistiendo a los sacerdotes en sus oblaciones a las divinidades y transmitiendo las órdenes de aquéllas a los hombres. Hijo de Poro, la abundancia, y de Penia, la pobreza, participa de los caracteres de ambos.

Pero la característica principal del amor es buscar lo hermoso para obtener por su medio la felicidad. Busca lo hermoso, no tanto para poseerlo, cuanto para engendrar y producir en ello algo material o inmaterial, de orden corpóreo o de orden suprasensible, cuyos gérmenes lleva en sí mismo y mediante cuya producción intenta perpetuarse para siempre. Es, en definitiva, el amor deseo de inmortalidad. Por lo demás será tanto más estimable cuanto más elevado y espiritual sea el valor de lo engendrado, que, empezando desde la procreación de los hijos, va subiendo por los frutos de la invención poética y el gobierno de los pueblos hasta llegar a producir las grandes obras propias de la templanza y justicia, cuales brillaron en Licurgo, Solón y otros insignes bienhechores de la humanidad, a cuyo nombre inmortal levantaron altares de gloria las generaciones que les sucedieron.

Estas ideas iluminan ya el camino que debe seguir el amor en su marcha ascensional. Del simple apasionamiento por la hermosura corporal de un individuo, grado ínfimo de su actuación, debe pasar a la admiración de la belleza sensible en todas las criaturas existentes; luego apreciará principalmente la belleza interior de las almas y de ahí subirá a la que resplandece en las virtudes, en los estudios y en las ciencias, hasta llegar a la que es propia de las más altas especulaciones de la filosofía; ya sólo restará un último paso para sumergirse en la contemplación de la hermosura por esencia, sin principio ni fin, sin mudanza ni corrupción, que supera todas las demás bellezas existentes, en la que hallará su vida real quien de ella se enamore y a cuyo contacto engendrará el hombre en su alma frutos de verdadera virtud, haciéndose amado de Dios y, por lo mismo, inmortal, en cuanto puede llegar a serlo.

Con estos últimos conceptos tocan su cima más alta las disquisiciones filosóficas del *Banquete* y tal vez uno de los puntos de su más brillante apogeo, la ciencia toda ético-religiosa de la antigüedad. El diálogo se cierra con la entrada orgiástica de Alcibíades medio ebrio, con la imposición de la corona de vencedor sobre las cabezas del poeta homenajeado y de Sócrates y con la calurosa apología que de este último pronuncia su discípulo el político ateniense.

---

tion Guillaume Budé, t. IV, p. 2.ª, *Le Banquet*, notice (París 1941), pp. XXII-XXVII.

Escenario del diálogo sobre la virginidad

111. Hemos juzgado necesario recordar estos rasgos del *Symposion* platónico, que iluminan unas veces como idea ejemplar y otras como fondo de contraste el diálogo de San Metodio. Este, a pesar de su entusiasmo por el fundador de la Academia, no pudo menos de quedar impresionado, observando la savia densamente sensual que anima casi todos aquellos discursos, sin excluir ni siquiera una buena parte de las especulaciones socráticas. La reacción fué la de aprovechar aquel panorama de belleza indiscutible, poniéndolo al servicio de una idea más elevada, la de la virginidad, que en su última esencia no es sino la sublimación inmaterial del amor.

La introducción misma de la obra de San Metodio deja transparentar con nitidez los tres elementos matizadores de su estilo literario en el *Symposion*, a saber, imitación consciente del filósofo griego [25], pero no con servilismos de plagio, sino matizada por el segundo elemento, por un proceso de sublimación, en que las formas materiales pierden algo de su realidad concreta para asumir perfiles más estilizados en consonancia con la alteza de los conceptos que han de sustentar; los cuales, en virtud de la tercera característica del autor, se presentarán al público atravesando el mundo del pensamiento tras el ropaje de un alegorismo mimosamente buscado.

Como en Platón, también en Metodio la escena se describe indirectamente por medio del relato, que Gregoria, una de las escanciadoras del convite, hace a una amiga suya por nombre Eubulia [26]. Arete, es decir, la virtud (y con esto nos

---

[25] Para el estudio de estas dependencias puede verse la obra de A. JAHN, *S. Methodii opera et S. Methodius platonizans*, Hallis, Sax., 1865. Las innumerables reminiscencias de los diálogos platonianos que se echan de ver en San Metodio son anotadas con escrupulosidad por * G. N. BONWETSCH, GCS, al pie de las páginas de su edición.

[26] Aun no se ha solucionado el problema de crítica textual sobre el nombre propio Εὐβούλιον o Εὐβούλιος. En el primer caso se trataría de una virgen designada con la terminación acostumbrada de afecto equivalente a nuestro diminutivo, aplicable tan sólo a un niño o a una mujer, única posibilidad en nuestro relato. La segunda lectura denotaría un varón, al que algunos identifican con el mismo Metodio, ya que éste se oculta a veces en otros escritos bajo dicho seudónimo, y con él es citado, v. gr., por SAN EPIFANIO, *Adversus haereses*, lib. II, t. I, haeresis 64, c. 63 : PG 41, 1177. Es de advertir, con todo, que en la presente obra Metodio se nombra a sí mismo como persona

hallamos ya desde el principio en pleno alegorismo), ha invitado a diez vírgenes conocidas suyas para celebrar un banquete en un magnífico jardín de su propiedad emplazado hacia el oriente. Es verdad que los caminos de acceso son difíciles y ásperos, frecuentados por serpientes peligrosas y flanqueados por precipicios que amenazan con la muerte a quien se descuide; pero, en cambio, el término de la jornada es tan bello que hace exclamar a Eubulia al oír su descripción: "Me parece, querida, que estás pintando un segundo paraíso" [27].

Según van llegando las vírgenes, son recibidas por Arete en persona, dama hermosísima, de aspecto gracioso y porte lleno de majestad, al que ennoblecen los encantos de un pudor espontáneo y una suave placidez. Realza su aspecto una túnica blanca como el ampo de la nieve; todo en ella es natural sin afeites ni artificio alguno. Al ir llegando las vírgenes sale a su encuentro con festivo semblante y, fijando en ellas su mirada, cual lo haría una madre con sus hijas largo tiempo ausentes, las abraza y besa con singular cariño. "¡Qué deseos tenía, oh hijas—les dice—, de contemplaros en este prado de la inmortalidad!... Desde mi atalaya seguía vuestros pasos, temerosa siempre de veros resbalar en algún precipicio; pero gracias sean dadas al divino Esposo, con quien os uní en estrecho lazo, el cual, oyendo nuestras oraciones, os ha conducido a buen término... Sentaos a la mesa con vuestras compañeras ya antes llegadas".

El lugar es bello en extremo y saturado de una indescriptible serenidad de ambiente. Acarician el rostro suaves brisas, que juguetean entre rayos de luz purísima. En el centro del parque brota un manantial, que borbotea suavemente y ofrece deliciosa bebida a las vírgenes mientras sus ondas, culebreando por los rincones todos del jardín, se reparten por múltiples regatos para fecundar el seno de la tierra. Esta, embriagada con su frescura, ofrece mil variedades de árboles, cuyas copas, empenachadas con frutos de bellos colores, parecen elevarse para adorno del paisaje y solaz de la vista. Bajo ellas se extienden prados de eterno verdor esmaltados de flores irisadas y olorosas, cuyo perfume se esparce por el ambiente al soplo de leves auras que sobre ellas se deslizan. Teniendo por escenario un fondo de tanta belleza y amenidad, toman las vírgenes asiento bajo

distinta de Εὐβουλίῳ. (Cf. *Convivium*, después del himno final, PG 18, 213.) En general omitiremos la indicación de dichos paralelismos, que pueden verse en las obras citadas.

[27] *Convivium*, introd.: PG 18, 36. Para la descripción del jardín aprovecha Metodio recuerdos de diversos diálogos platónicos, como el *Fedro*, el *Teeteto*, y aun apócrifos, como el *Axioco*.

un agnocasto, que las cobija con la sombra de sus ramas densas y bien pobladas de abundantes hojas [28].

He aquí el nuevo teatro creado por Metodio para su himno a la virginidad. Estamos muy lejos del ambiente recargado con los vapores inebriantes de las crateras bien repletas, las miradas de codicia sensual y el bullicio orgiástico aportado por Alcibíades al *Symposion* de Platón, por no recordar otros banquetes de tonos más lascivos al son de flautistas y danzarinas. Las notas de la pureza se dejarán oír en el aire inmaculado de la naturaleza entre verdores de prados, sonrisas de flores y alegrías de claros arroyuelos, en un ambiente donde la creación refleja su hermosura sin artificios de carne ni cadenas de materia y donde el rumor de las brisas y el latido de las hojas semejan un batir de alas en ascensión hacia Dios.

Terminada la comida y respondiendo a la invitación de Arete, las jóvenes esposas de Cristo allí reunidas pronuncian sendos discursos, cuyo tema central es la virginidad. Diez son las que toman parte en este certamen de encomios, siguiendo en cuanto al número la parábola de las vírgenes narrada por Jesús y recordando tal vez una antigua tradición de los banquetes entre los habitantes de la vecina Iasos [29].

¿Se trata de figuras históricas escogidas entre aquellas que por su nombre más glorioso, su recuerdo más reciente o su culto más popular podían penetrar fácilmente en el corazón de sus contemporáneos? Conocemos como real la persona de Marcela, a la que San Metodio llama la más antigua de las vírgenes, según la leyenda, que la hacía compañera y sirvienta de Santa Marta; nos es familiar la estampa de Tecla, el prototipo insustituíble de la virginidad primitiva; y aún están vivos los rasgos de Agueda, la martir de Catania, una de las más populares durante muchos siglos, cuyas heroicidades eran sangre reciente al escribirse el *Symposion* de la virginidad. Tal vez por estas circunstancias son estas tres santas jóvenes las primeras

[28] El agnocasto pertenece a la familia de las verbenáceas, con hojas largamente pecioladas. Entre los griegos recibió el nombre de ἅγνος (puro, casto; nótese la curiosa redundancia latina y castellana de agnocasto), por la creencia de que apagaba los ardores amorosos. Por ello las mujeres atenienses, que en las fiestas de las Tesmoforias debían guardar continencia en honor de Demeter, esparcían hojas de dicho arbusto sobre sus lechos; y las vestales llevaban ramos de agnocasto en sus manos.

[29] Mt. 25, 1. Por lo que hace a la costumbre aludida en el texto, recordemos la siguiente referencia: «Mos erat (apud Iasenses) non ultra decem convivio adhibere ut Aristotelis in Rebuspublicis ait» (Aristotelis *Fragmenta, Respublicae*, «Opera omnia», BGD, t. IV, p. 260).

en llegar al jardín de Arete, y a quienes encuentran ya colocadas en sus puestos las restantes invitadas al ir entrando en el lugar del convite.

Aunque de realidad menos conocida para nosotros, pudo muy bien haber llegado a oídos de Metodio el martirio de la virgen Domnina, sacrificada en Umbría, bajo el imperio de Aureliano, hacia el 273 [30]; y sin duda que al componer su obra se hallaba todavía impresionado el santo Obispo por los sufrimientos que hubo de padecer la virgen Teófila en Nicomedia durante la persecución de Diocleciano [31]. Ambas pasaron a formar parte del coro reunido en torno a Arete para los laudes de la virginidad.

Carecemos, en cambio, de elementos suficientes de juicio para dictaminar sobre la historicidad de las restantes vírgenes introducidas por Metodio en su obra: Talía, Teopatra, Talusa, Procila y Tisiana. Lo único que podemos advertir contra sospechas, tal vez no temerarias, tratándose de San Metodio, es que en este caso, dada la estructura filológica de los nombres, no pueden considerarse como creaciones de su tendencia alegorizante [32]. La interrogación inicial sobre la existencia de tales vírgenes sigue, por tanto, péndula sobre la historia. Detalle intrascendente, pues, a fin de cuentas, las débiles dotes de caracterización del autor, tan inferiores en este punto a las del filósofo griego, les da un tinte monocromo, que no deja de tener sus ven-

---

[30] Los martirologios mencionan varias Domninas mártires en los primeros siglos, pero sin la aureola de la virginidad, como la santa que murió en la prisión de Anazarba, en Cilicia, hacia el año 286, a causa de los tormentos sufridos, o la cristiana antioquena celebrada por San Juan Crisóstomo y otros Santos Padres, que en compañía de sus hijas Berenice y Prosdoce escaparon de las manos lujuriosas de los esbirros, arrojándose al agua. El martirio de la virgen Domnina tuvo lugar junto con el de otros varios cristianos, a pesar de lo cual ha logrado mención por separado en varios martirologios, y expresamente en el romano, el día 14 de abril. (Cf. AASS, mense aprili, t. II, p. 211 s.) Respecto a su distinción de la Domnina antioquena véanse las razones expuestas por los Bolandos en *AASS*, mense octobri, t. II, p. 397 s. Una afirmación en contra, aunque sin pruebas, aparece en *Martyrologium romanum, Propylaeum AASS* decembris, die 14 aprilis, n. 5, p. 138.

[31] La pasión de Santa Teófila en Nicomedia es mencionada por el Martirologio romano, juntamente con la de las vírgenes Domna y Agapes y la del eunuco Indes, el 28 de diciembre. No es fácil precisar si pudo llegar también a oídos de San Metodio la vida de otra virgen Teófila condenada a muerte en Egipto, durante la persecución de Diocleciano, por Arriano, gobernador de Antinoe. (Cf. H. Delehaye, *Les martyrs d'Egipte*, «Analecta Bollandiana», t. XL [1922], pp. 5-154 y principalmente p. 108.)

[32] El único nombre propiamente significativo, el de Teopatra, no ofrece sentido especial al tratarse de una virgen. Tampoco merece tomarse en consideración el vocablo θάλλω, florecer, raíz originaria de los nombres Talía y Talusa.

tajas para la sutilidad y alteza de los conceptos que han de expresar. Al ir debilitándose su condición humana, va por lo mismo acrecentándose su permeabilidad para el soplo de lo divino.

Con esto podemos darnos ya por introducidos en el desarrollo del tema, al que procura San Metodio quitar monotonía, compensando la rigidez de su diálogo con frecuentes digresiones a ciertos problemas teológicos candentes—¡sombras de Orígenes, Porfirio y los gnósticos!—o a consideraciones ascético-místicas a base de la Sagrada Escritura.

Discursos sobre el origen y valor de la virginidad y el matrimonio: Marcela, Teófila, Talía

112. Es tal vez el discurso primero de la virgen Marcela el que revolotea con más fijeza en torno a la corola de la virginidad para libar sus esencias. Sus palabras iniciales son efusión de entusiasmos por esta virtud, a la que considera con derecho como seno fecundo de inmortalidad y primicias de incorrupción. Pero cuanto más alto es su valor, añade, tanto más ardua es su dificultad, que exige espíritus intrépidos y generosos, únicos capaces de superar con el ímpetu de un vuelo esforzado los vientos contrarios de la sensualidad y de dirigirse sin cejar un punto hacia las más enhiestas cimas para lanzarse desde ellas, en un último salto, a la cumbre de los cielos y contemplar allí cara a cara la pureza que brota del corazón inmaculado del Omnipotente [33]. Todo ello podrá obtenerse con el alimento de la doctrina celestial y la meditación de las Escrituras, que a modo de sal preserva el alma de la podredumbre del vicio y los movimientos sensuales.

También Marcela, siguiendo las huellas del discurso de Fedro en el *Symposion* platoniano, trata de investigar el origen de la virginidad, y, sin tener que ayudarse con lucecillas de mitología pueril, descubre su nacimiento en el mismo Dios. A partir de este momento, los conceptos van ganando altura y planean sobre la filosofía religiosa de la historia, contemplando a Yahveh como pedagogo sobrenatural de la humanidad, a la que instruye por grados sucesivos en la virtud de la continencia desde la permisión de las primeras uniones maritales entre hermanos y la consiguiente poligamia, impuesta por la escasez de seres humanos, hasta la

[33] Es uno de los pasajes más fuertemente influenciados por Platón, quien describe a las almas volando por los espacios celestes en busca de lo divino, ya que en este mundo sólo podemos tener imágenes obscuras de ciertos conceptos espirituales (PLATÓN, *Fedro*, cc. 25 y 30, 246 D y 250 E: BGD, t. I, pp. 712 y 715).

aparición de la virginidad encarnada en Cristo, que, cual azucena trasplantada a la tierra, inicia la bella floración de la perfecta pureza. Con esto se presenta el Mesías como Modelo de una nueva escuela de santidad, Pastor de una grey selecta de inocencia y Rey de un pueblo integrado por los seguidores de la incorrupción virginal.

El ardor de los elogios tributados por Marcela a la virginidad exigían una compensación en honor del matrimonio para no correr el riesgo de falsear la ideología ortodoxa. Es el tema de la virgen Teófila, que explica cómo el Verbo divino no intentó con su pureza abolir el matrimonio, a la manera que la claridad de la luna no extingue la luz parpadeante de las estrellas. Continúa y continuará en vigor el precepto dirigido a la humanidad de *Creced y multiplicaos*, hasta que, desaguados definitivamente los ríos en el mar, separada por completo la luz de las tinieblas y esterilizada la tierra para producir nuevos frutos, llegue el número de los hombres al límite prefijado. Entre tanto, Dios coopera con su omnipotencia a la acción de los hombres en orden a formar nuevos hijos. ¿Cómo no será absurdo prohibir el matrimonio, mediante el cual han de engendrarse futuros mártires y atletas del Verbo encarnado para pelear contra el anticristo al final de los tiempos?

Una réplica de Marcela da ocasión a la disertante para explicar la obra de Dios en la formación de los hijos adulterinos a la manera de un escultor, que cincela el mármol que se le ofrece sin necesidad de indagar el título justo o injusto de quien, poseyéndolo, se lo entregó. No ha de inculparse al hierro, inventado para la agricultura y las artes, el que los hombres lo conviertan en dagas para matarse; ni al oro el que sea transformado en ídolos objeto de impía superstición.

Al crear, pues, el supremo Hacedor las almas, que han de revestirse con el ropaje de la carne humana en virtud del matrimonio, proclama el valor moral de las nupcias, aun cuando su belleza no pueda competir en el jardín de la ascética con los encantos de la virginidad. Las descripciones de Teófila son con frecuencia más realistas y detalladas de lo que un lector moderno podría esperar del pudor de una virgen. Un tal lenguaje era el vestuario perteneciente a la guardarropía de los tiempos clásicos.

Por fuerza debía hallarse incómodo el espíritu de Metodio en el desarrollo del tema sobre el matrimonio, y busca un descanso en el tercer discurso de Talía, reasumiendo el texto genesíaco de la formación de Eva y unión de los esposos, a la luz de las enseñanzas paulinas, en un sentido meramente místico. Tras diversas elucubraciones, no siempre del todo exactas, sobre la incorporación del Verbo a la na-

turaleza humana [34], expone cómo bajo el nombre de Adán hemos de ver al mismo Cristo, de cuya carne y cuyos huesos, mientras dormía el sueño de la cruz, formó el Omnipotente a su esposa la Iglesia pura y virgen, a la que debería unirse el Redentor para engendrar miles y miles de hijos en el espíritu, dejando en cierto modo a su Eterno Padre por el amor de ella, según el divino precepto: *Creced y multiplicaos... Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne... Por cuya causa dejará el hombre a su padre y a su madre* [35].

La Iglesia, que no es sino la congregación de los fieles, se compone ante todo de aquellas almas más puras que se han abrazado íntimamente con la verdad y han renunciado a las apetencias de la carne, a la manera de una virgen, en frase del Apóstol [36], para ser constituídas esposas de Cristo y cooperar con su ayuda a la enseñanza y salvación de los otros fieles más imperfectos, formándolos como una madre dentro de su seno hasta que alcancen el completo desarrollo en la virtud. De este modo, el texto del matrimonio por antonomasia queda místicamente transformado en una exhortación a la castidad. Esta tiene sus grados, desde la continencia conyugal hasta la virginidad perfecta, don especialísimo de Dios, al que nadie puede aspirar sino llamado por sus particulares gracias.

Discursos sobre las propiedades de la virginidad: Teopatra, Talusa, Agueda, Procila

113. Puesta ya la virginidad en el lugar que le corresponde dentro de la economía cristiana, pueden las demás disertantes explanar en detalle sus propiedades, con las que se irá realzando progresivamente su valor hasta que aparezca cual fusión unitiva con el ser divino. Todos los oradores del *Symposion* platoniano, sin excluir al mismo Sócrates, hacen continuas incursiones por los campos de la mitología en busca de apoyos o imágenes concretas para la exposición

[34] La precisión teológica de Metodio en este discurso es bastante deficiente. Baste recordar esta frase suya: «Esto es Cristo, un hombre lleno de la divinidad pura y perfecta y un Dios contenido en el hombre. Era, sin duda, muy conveniente que el más antiguo de los eones o el primero de los arcángeles, al pretender habitar entre los los hombres, fijase su morada en el primero y más antiguo de los hombres, es decir, en Adán» (orat. 3 Thaliae, c. 4: PG 18, 68). No puede, pues, negarse que en la obra de Metodio existen frases arrianizantes y nestorianas, que hicieron sospechar a Focio una interpolación de pluma herética; pero, a pesar de eso, no es posible dudar de su ortodoxia, dadas las afirmaciones explícitas que hace en otros lugares acerca de la filiación eterna del Verbo.

[35] Gen. 1, 28; 2, 23 s.; Eph. 5, 28-32.

[36] 2 Cor. 11, 2.

de sus ideas. Tales lugares estaban vedados para San Metodio, pero les encontró un sustitutivo en los comentarios alegorizantes de la Sagrada Escritura. Eran canteras no menos fecundas que las fábulas paganas y desde luego más espirituales y dignas. En adelante sus discursos del *Banquete* se nutrirán sin cesar con este alimento.

El primer efecto de la castidad, según Teopatra, es proporcionar un medio eficacísimo para que puedan los hombres tornar al paraíso y recuperen los mortales su perdida incorrupción. Abiertas por el pecado original las cataratas de la lujuria, irrumpieron las oleadas del pecado sobre la tierra, arrastrando a las almas entre los remolinos de las pasiones, hasta que Dios, misericordioso, determinó enviar desde el cielo el auxilio de la castidad a modo de nave salvadora, a fin de que, acogidos a ella, nuestros cuerpos arriben a playas tranquilas y bonancibles.

Esta doctrina de la incorrupción alcanzada por la virginidad es la contenida alegóricamente en el salmo 136. Junto a los ríos de Babilonia, en cuyos sauces han colgado sus cítaras, lloran los israelitas, negándose a entonar los cánticos de su país a pesar de las órdenes de sus opresores. Los sauces, símbolos de la castidad por el influjo sedante de sus flores [37], cobijan entre sus ramas a las vírgenes, como a cítaras del Espíritu Santo, librando sus cuerpos de las turbias aguas de Babilonia, cloaca de inmundicias, y concediéndoles la pureza necesaria para entonar los cánticos de Sión. No resonarán ya éstos en tierra ajena al ser entonados por los labios piadosos de las vírgenes, campo electo del Señor, limpio de liviandades y torpes pasiones, cuyos aromas se elevan a los cielos entre suspiros de inmortalidad.

Dios, complacido con tales armonías, les promete los goces de su mansión celeste, donde el día es perpetuo y su luz es el Cordero divino, aplicándoles a ellas, bajo el nombre simbólico de Jerusalén, aquel solemne juramento que pronunciara en otra ocasión: "Si me olvidara de ti, ¡oh Jerusalén!, seca quede mi diestra; y péguese mi lengua al paladar si no me acordare de ti y te propusiere como el principal objeto

[37] «Las Sagradas Escrituras—dice Teopatra—toman continuamente el sauce como símbolo de la continencia, pues su flor, echada en el agua, produce una infusión que extingue los movimientos de la sensualidad y apaga las pasiones» (c. 3 : PG 18, 89). La Biblia no apunta semejante propiedad en dicho árbol. Cinco veces se le nombra en el Antiguo Testamento (Lev. 23, 40; Iob 40, 22; Ps. 136, 2; Is. 15, 7, y 44, 4), pero en ninguna de ellas se descubre el más mínimo simbolismo respecto a la castidad. Con algo más de fundamento cita a Homero, que llama a los sauces ὠλεσικάρποι, estériles *(Odisea,* 10, 510); tal vez porque, como explica PLINIO, «Ocyssime salix amittit semen antequam omnino maturitatem sentiat, ob id dicta Homero frugiperda» *(Naturalis Historia,* lib. XVI, c. 46: BCL, t. LXII, p. 549).

de mi alegría" [38]. "Brilla y resplandece, ¡oh Jerusalén!, porque se ilumina ya tu luz y alborea sobre ti la gloria del Señor" [39]. A participar de tales bienes se adelanta la virgen adornada con sus galas y ceñida con su faja pectoral, que no es sino el amor divino, con que sujeta su propósito de guardar perpetua castidad. Por tanto, termina Teopatra, a modo de epifonema, es necesario que todos honren y alaben la pureza en sumo grado.

El mismo camino de interpretaciones simbólicas recorre Talusa al exponer cómo el voto de perfecta pureza, voto grande por antonomasia, constituye la ofrenda más bella para el Señor [40]. Corresponde en verdad al antiguo voto del nazareato, que era una consagración integral de toda la persona y superior, por tanto, en mérito a las restantes ofrendas de oro y plata, frutos de la tierra o primicias de los rebaños, presentados por los israelitas a Yahveh. Voto grande el de la pureza, porque, según el sentido alegórico de la ley mosaica y otros pasajes bíblicos, abraza el curso completo de la vida humana, santificándola en todas sus fases: juventud, madurez, ancianidad [41].

La virgen guarda su cuerpo incontaminado a través de todas las edades y unge sus miembros no sólo con la mirra de la continencia, sino con el óleo integral de la virtud absoluta. Sus labios, cerrados para la frivolidad y la arrogancia, se transforman en cítaras del Espíritu Santo para ensalzar a Dios y explicar las Sagradas Escrituras; sus ojos, ciegos para la hermosura corporal y los espectáculos obscenos, se extasían en la contemplación de las bellezas celestiales; sus oídos, sordos ante la calumnia y las murmuraciones, están siempre atentos a las palabras del Señor; sus manos, torpes y paralíticas en los negocios de este mundo, se mueven velozmente para toda acción casta; sus pies, tullidos para asistir a banquetes, bailes o teatros, son ágiles por los caminos del templo y del hospital; toda su alma, en fin, desganada para los placeres del siglo, bulle en ansias de los divinos deleites. Esto es, resume Talusa, santificarse en castidad y

[38] Ps. 136, 5 s.

[39] Is. 60, 1.

[40] Num. 6, 2. Para seguir la interpretación de Talusa y entender sus repetidas alusiones al gran voto es menester acudir al texto de los Setenta, usado por ella, donde se lee: «Y el Señor habló a Moisés diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles. El varón o mujer que hace el voto grande (grandemente), consagre al Señor su pureza». En la Vulgata no existe sino la referencia al nazareato.

[41] Talusa aplica artificiosamente a las tres edades del hombre el texto del Génesis 15, 9, sobre el sacrificio de Abrahán, cuando por orden de Dios inmoló una vaca, una cabra y un carnero, todos ellos de tres años, así como las tres partes de la vela nocturna recordadas en la parábola de los siervos que esperan el retorno de su amo (Lc. 12, 35-38).

ofrecer al Señor el gran voto, representado en el nazareato. Desde luego, que las diversas obligaciones del nazareo, como la abstención del vino y de la sidra, encierran también su simbolismo respecto a los deberes de la virgen.

Esta consagración de la pureza, verdadera ofrenda sacrifical, es custodiada en la Iglesia de Cristo, que se eleva como un templo de transición entre las sombras de la antigua ley y las claridades de la eterna gloria; y fué figurada en los planos del tabernáculo mosaico con su doble altar, el de bronce, donde se inmolaban a la vista de todo el pueblo las víctimas cruentas, representación del estado de casta viudez; y el de los perfumes, escondido en el *Sancta,* recubierto por planchas de oro refulgentes con rayos de sol, sobre el cual únicamente se ofrecía el aroma de los inciensos, símbolo en todos estos detalles de la perfecta virginidad [42].

En este momento tocó Arete con su cetro a Agueda, para indicarle que le había llegado su turno. Con este sexto discurso ascendemos un nuevo escalón en la altura de los conceptos y nos sentimos iluminados por la luz, sin duda más clara, del Nuevo Testamento. El tono de Agueda tiene inflexiones platónicas muy marcadas ya desde los comienzos, cuando nos describe cómo vienen al mundo las almas adornadas de hermosura incorruptible, estampas y trasuntos del Verbo divino, que las concibió y dió el ser con el propósito de que, conservando ellas intactos los delineamentos de la eterna belleza, no obstante los intentos contrarios del enemigo, pudieran llegar a los goces celestiales en calidad de esposas del Hijo de Dios.

Para custodiar esta hermosura divina nos alecciona Cristo con la parábola de las vírgenes necias y prudentes. Todas ellas salen al encuentro del Esposo, profesando el mismo estado virginal; pero no todas han tenido la precaución de proveerse del aceite necesario de la sabiduría y la justicia, por lo cual resulta tan diverso el término de sus afanes. La verdadera justicia se manifiesta en los cinco sentidos corporales, que, cuando arden con la perfecta santidad de la pureza, son otras tantas llamas de vivísimo resplandor encendidas en nuestro cuerpo, especie de candelabro de cinco brazos que ha de llevar consigo el alma, a manera de antorcha luminosa, cuando se presente el día de la resurrección ante su divino Esposo, irradiando a través de los cinco sentidos las enseñanzas de la fe.

Entre tanto que llega el Esposo, brille encendida la lámpara de la castidad en medio del pueblo elegido de Dios, como lucía obligatoriamente en el templo del Antiguo Tes-

[42] Ex. 27, 1-8, y 30, 1-10.

tamento hasta el amanecer, es decir, hasta la primera venida del Mesías; y si amenazase extinguirse por las infidelidades del mundo, a las vírgenes toca hacer resplandecer de nuevo en sus antorchas los rayos luminosos de la inmortalidad, en espera de la trompeta final del juicio, a cuyo sonido se adentren en los gozos de su Señor [43]. La emoción creciente de Agueda desemboca al fin en una descripción bellísima y rebosante de lirismo, en que con visión profética se contempla a sí misma como esposa de Cristo, avanzando hacia el Verbo, coronada su frente de rosas siempre frescas, en su mano la lámpara inextinguible de la verdadera luz y en sus labios el cántico eternamente nuevo de la castidad.

Un nuevo tinte místico colorea el ambiente del banquete con los comentarios de Procila al Cantar de los Cantares. Su intención es apelar al testimonio del mismo Cristo, a fin de ensalzar la virginidad con juicio serio y acertado. Y he aquí lo que dice el Verbo a través del libro inspirado de sus amores: *Como lirio entre espinas, así es mi amada entre las jóvenes doncellas* [44]. Lirio blanco, limpio, de alegre fragancia; pues la virginidad es bella como una primavera, que al florecer exhala, sin cesar, la inmortalidad de sus cándidas corolas. Por eso no se recata Cristo de confesar, a través del Cantar de los Cantares, el amor que siente hacia el alma virgen, a quien reserva el título de esposa, palabra que incluye unión con el amado, honrarse con su mismo nombre y conservarse a modo de jardín aromatizado con toda clase de esencias, pero circuído al mismo tiempo por una valla, para que sólo Cristo pueda deleitarse con los perfumes de sus flores incorpóreas. El amor del Verbo no se prenda de objetos carnales, incapaz como es de amar lo incorruptible. *Arrebataste mi corazón,* dice, *con la mirada de tus ojos* [45]; pero es la mirada del alma, la sabiduría y prudencia de la castidad la que enciende su amor.

No es que el Señor rechace de sí a los demás cristianos; pero el coro escogido para acompañarle más íntimamente en el descanso eterno de su cámara nupcial es el de las vírgenes, mártires verdaderas de Cristo, que no se han limitado a sufrir las torturas de un breve tiempo, sino que soportan el combate olimpíaco de la pureza durante toda una vida acuchillada por el filo siempre vivo de las pasiones y

---

[43] Es curioso el sentido que atribuye Agueda al conocido pasaje de San Pablo sobre la comparecencia de los vivos y muertos ante el Señor el día de la resurrección final (1 Thess. 4, 15 s.), donde el *mortui resurgent primi* interpreta: los cuerpos: el *nos qui vivimus:* las almas.

[44] Cant. 2, 2.

[45] Cant. 14, 9.

embestida por los ataques de la humana malicia. Bajo el número de sesenta reinas, ochenta concubinas e incontables jóvenes doncellas, significa el Cantar de los Cantares las almas elegidas por Dios en el Antiguo Testamento; pero una sola es la esposa escogida por el Verbo entre millares y millares, a saber, el coro sagrado de las vírgenes [46]. Y quien prefiera ver en esta esposa única la Iglesia o bien la carne mortal de Cristo, unida en matrimonio con el Verbo, oiga al Salmista, que en ese caso describe a las consagradas por la pureza, siguiendo en primera fila y acompañando por doquier a aquella divina humanidad entre la alegría jubilosa de los ángeles [47].

Discursos sobre la naturaleza y efectos de la pureza: Tecla, Tisiana, Domnina

114. El punto culmen de los panegíricos del *Banquete,* según la mente de San Metodio, está en el octavo discurso, que pronuncia Tecla, la virgen inspirada personalmente por las enseñanzas de San Pablo. Con gusto concedemos también nosotros a la santa de Iconio una especial elevación de conceptos y delicadeza de forma en la primera parte de su exposición, en que se ve al alma casta volar en torno a la esencia divina como la mariposa en torno a la luz. El triunfo oratorio de Tecla en el certamen de la virginidad induce a San Metodio a poner en sus labios el mismo esquema que habían empleado Agatón y Sócrates, los dos coronados del banquete platoniano, al disertar sobre la naturaleza y efectos del amor. La virgen de Iconio quiere exponer el carácter y frutos de la castidad perfecta. Pero antes advierte que virginidad, παρθενία, viene a ser lo mismo que παρθεία (= afín a Dios), con lo que se nos indica que basta su posesión para hacernos incorruptibles y semejantes a la divinidad [48].

---

[46] Cant. 6, 7-8. Sin duda que el texto debe aplicarse a las almas especialmente elegidas de Cristo; pero las sutilezas de Procila van hasta ver en las sesenta reinas (seis decenas por los seis días de la creación) a las almas justas que existieron desde Adán a Noé, y en las ochenta concubinas (ocho decenas por los ocho días de la circuncisión) a los profetas que siguieron a Abrahán.

[47] Ps. 44, 10.

[48] Ya se entiende que la etimología propuesta por Tecla se reduce a un ingenioso juego de palabras. No es fácil señalar la raíz de παρθενία: pero a lo que parece está relacionada con el radical indoeuropeo, origen de varias otras palabras con el sentido de juventud, eflorescencia, como puede verse en παῖς, puer, πόρις, πάλλας, πῶλος, flos, etc. (Cf. A. JURET, *Dictionnaire étymologique grec et latin,* Macon 1942, p. 89).

Sustentadas por la pureza crecen y se robustecen las alas del espíritu, de tal modo que puede con ellas volar la virgen, elevándose muy por encima del fango de este miserable mundo, en que tantos perecen diariamente, para dirigirse a los confines de la bienaventuranza, con los ojos y el corazón fijos en aquellas praderas siempre deleitosas, cuya belleza no han podido jamás conocer ni aun vislumbrar los seres mortales. Y así, aun destrozado el cuerpo acá en la tierra por el fuego, las llamas o los tormentos de los perseguidores, los pensamientos de la virgen siguen cerniéndose por esferas tan elevadas que parecen no pertenecer a este mundo, sino formar parte de los coros celestes. Tan cierto es que las alas de la virginidad, por su misma naturaleza, no están destinadas a volar en las proximidades de la tierra, sino a hender los espacios del puro éter junto a las regiones de la vida angélica.

Bella es la descripción que hace Tecla de los deleites reservados a las vírgenes en la gloria, dentro de cuyos parques los árboles ofrecen como frutos siempre frescos e incorruptos las virtudes más excelsas en toda su plenitud (no en imagen y participación menguada, como sucede sobre la tierra), y en donde la luz esplendente que irradia del Cordero de Dios baña en ondas acariciadoras el espíritu y torna más alegres las danzas con que se festeja al Esposo entre dulcísimas melodías.

Con tales perspectivas se halla inmune ya el alma de la virgen en esta vida para cualquier decaimiento o tristeza que pudieran cruzar sobre ella. Serán, a lo más, nubarrones de verano, tras cuya negrura se adivina el alegre brillo del sol, que en breves momentos los ha de disipar. El espíritu de la virgen ha de ser el de la Iglesia, figurada por el Apocalipsis en aquella mujer aparecida en el cielo, coronada de doce estrellas, vestida del sol, con la luna por escabel y que está a punto de dar a luz, mientras a sus pies un dragón descomunal de color de fuego, con siete cabezas y diez cuernos, cuya cola ha logrado arrojar del firmamento la tercera parte de los astros, se prepara para devorar la criatura [49]. Haciendo gala de aquella su audacia simpática e impulsiva con que se nos muestra en los *Hechos de Pablo,* Tecla interpreta este pasaje, uno de los más difíciles del Nuevo Testamento, mediante la exégesis característica de San Metodio, en que, junto a ideas sumamente delicadas sobre la fecundidad de la Iglesia en la procreación de nuevos hijos para Cristo, propone ingeniosidades alegorizantes de lo más sutil, como las relativas a los mil doscientos sesenta años que la mujer ce-

[49] Apoc. 12, 1-6.

leste pasa en el desierto [50]. Tecla termina esta parte de su discurso exhortando a las vírgenes a conservar su alegría y fortaleza en medio de las tribulaciones, que pasarán como las de la mujer apocalíptica, para dejar tras sí los deleites del reposo sempiterno.

Acá y allá ha ido aprovechando Metodio las diversas ocasiones que se le han ofrecido para recalcar sus tópicos polémicos antignósticos o antiorigenistas. No había de perder ahora la autoridad de una figura tan venerada como la de Tecla para luchar una vez más en pro del libre albedrío contra los defensores del fatalismo. Cuatro capítulos sobre esta materia, algunos de ellos bastante extensos, cierran su disertación, que es acogida por sus oyentes con especiales alabanzas.

Al comenzar Tisiana el nono discurso de aquel singular certamen, teme tal vez Metodio el agotamiento, no ciertamente de entusiasmo, pero sí de ideas en torno a la pureza, y vuelve a acogerse de nuevo a pasajes del Antiguo Testamento, siempre fecundos en interpretaciones simbólicas y, bajo este aspecto, ubre inagotable de doctrina. La fiesta de la Escenopegia le proporciona ahora nuevas notas para el himno de la virginidad. Es menester, advierte, leer las Escrituras, libando, como abejas laboriosas, su sentido espiritual y profético y no revoloteando infructuosamente a modo de zánganos en torno a su letra material o a su pasado muerto, según hacen los judíos. Así entenderemos el significado de la solemnidad de los Tabernáculos, celebrada al terminar la recolección de los frutos [51].

---

[50] En la interpretación alegórica de este número llega Metodio a la cima de sus sutilezas al declararlo como símbolo del conocimiento de la Trinidad. En efecto, 1.000, que se descompone en diez centenas, es número perfecto y significa, por tanto, el Padre, que crea y conserva en sí mismo al universo. El número 200 está también integrado por dos cantidades perfectas, dos centenas, indicando la persona del Espíritu Santo, que procura el conocimiento del Padre y del Hijo. Finalmente, 60, es decir, seis veces diez, resulta el símbolo de Cristo, ya que procede de la unidad y se compone de sus propias partes, pues $6 = 1 \times 2 \times 3$, y al mismo tiempo $6 = 1 + 2 + 3$, propiedad que no poseen otros guarismos. Así sucedió con Cristo, despojado y reducido a forma de esclavo, pero restituído después nuevamente a su dignidad.

[51] Lev. 23, 39-43. El significado real de la fiesta era doble: acción de gracias por los frutos acabados de recolectar y recuerdo de los cuarenta años pasados en el desierto bajo pobres tiendas de campaña. Aquí también Metodio sigue el texto de los Setenta, que difiere del de la Vulgata, concordante en este punto con el hebreo; estos últimos señalan cuatro cosas que han de procurarse los israelitas para sus regocijos de aquellos días: frutos de árboles hermosos, palmas de palmeras, ramas de árboles frondosos y ramas de sauces. Los Setenta añaden por su cuenta ramas de agnocasto, y esta añadidura es precisamente el punto de apoyo para la exaltación de la castidad

Durante siete días habitaban los israelitas en tiendas de campaña antes de entrar a ofrecer el gran holocausto en el templo, al modo como sus padres habían morado en el desierto antes de poseer la tierra de promisión; prefigurando todo ello con diseño anticipado cuál deba ser nuestro género de vida a través de las siete épocas del mundo hasta que llegue el séptimo milenario, en que, granados ya y maduros los frutos de nuestros afanes y completo, por otra parte, el número prefijado de hombres y de días, subamos triunfantes y resucitados a los goces de lo infinito.

Moisés detalla los ramos y frutos que deben llevar en sus manos durante las danzas y alegrías de aquella fiesta los hijos de Israel. Tomaréis el primer día, dicen las prescripciones del Levítico, frutos maduros del árbol, refiriéndose, según Tisiana, al árbol de la vida, que se nos da en el Evangelio de Cristo, superior a la antigua ley y a las ilustraciones de los profetas, y cuyo fruto inestimable es la fe, principio de las demás virtudes. Luego buscaréis, continúa Moisés, ramos de palmeras, símbolos para nosotros de la atenta meditación de las Escrituras, que iluminan el alma, haciéndole ver con claridad la doctrina de Cristo; a lo dicho debían añadirse, según la liturgia de la fiesta, ramos frondosos, imagen de la caridad, que no consiente renuevos endebles ni vacíos de virtudes, y ramos de sauce, emblema de la justicia. Por fin, como último toque y corona de aquellos misterios, ordena Yahveh que recojan ramos de agnocasto, de modo que la castidad venga a ser el remate de todos los demás adornos. No hay, pues, gala con la que pueda más dignamente presentarse ante Dios el alma en el día de la resurrección que el atavío glorioso de la pureza [52].

Tal es el misterio de la escenopegia. Quien no atendiere a esta fiesta de los Tabernáculos, llevando los ramos en ella prescritos, especialmente el de la castidad, no sueñe con entrar en la verdadera tierra de promisión celeste al tener lugar la solemnidad de los cuerpos resucitados.

Y sólo falta el discurso de Domnina, quien se levanta a hablar llena de emoción, temerosa de no poder añadir cosa digna a los elogios dirigidos por sus compañeras a la cas-

---

en el discurso de Tisiana. Desde la instalación de los judíos en Canaán parece que dichas ramas se utilizaban además para construir las cabañas propias de la fiesta.

[53] Hay frases en el discurso de Tisiana en favor de la pureza y de su necesidad para la gloria, que serían peligrosa exageración si en la mente de San Metodio no debieran aplicarse en un sentido más genérico de vida casta más bien que de continencia virginal. Mayor extrañeza produce el oír a fines del siglo III o principios del IV frases marcadamente milenaristas, siendo así que para entonces se hallaba en pleno ocaso el esplendor que alcanzara aquella doctrina con los Tertulianos e Ireneos.

tidad. Es un reflejo de los temores de Sócrates al tener que hacer uso de la palabra después del brillante encomio de Agatón. El filósofo griego se acoge a la inspirada Diótima; la virgen cristiana acude a la plegaria y se siente al punto confortada por la divina Sabiduría. El mundo, dice, corrompido por la superstición, los odios y la lujuria, no encontraba eficaz el dique de la antigua ley para contener inundación tan espantosa de pecados. Al fin vino el Hijo de Dios, trayendo en su propio cuerpo la virginidad, poderosa por sí sola para destruir con su hermosura el reino monstruoso de Satanás.

Un apólogo propuesto en otros tiempos por Joatán le sirve de hilo conductor para el desentrañamiento de su idea. Tratando los árboles de elegirse un rey, ofrecen sucesivamente el cetro al olivo, a la higuera y a la vid, todos los cuales se excusan, temerosos de perder con ello la oportunidad de producir el aceite, los higos o el vino, cuyo aroma sube hasta Dios en olor de suavidad durante los sacrificios y alegra el corazón del hombre en los convites. Al fin escogen al zarzal de espinas, quien les anuncia: "Si en verdad queréis ungirme por rey vuestro, venid y descansad bajo mi sombra; de lo contrario salga fuego de mí y abrase los cedros todos del Líbano" [53].

Nos hallamos, según Domnina, ante las cuatro leyes dadas por Dios al mundo en tiempos sucesivos y falsificadas por el demonio con arteras imitaciones para engañar al hombre. Los preceptos impuestos a Adán son representados por la higuera, cuyas hojas le sirvieron para cubrir su desnudez de hombre pecador; la ley dada a Noé se figura en el vino, cuyo zumo inebrió al santo patriarca; los mandamientos del monte Sinaí quedan simbolizados por el olivo, cuyo óleo, ungidor de profetas, llegó a faltar a los judíos por su impía conducta. El zarzal espinoso, llamado también agnocasto por la Escritura, es emblema del evangelio predicado por los apóstoles, mediante los cuales se propagó la perfecta pureza, única institución que no pudo remedar el espíritu infernal [54].

Domnina va trazando a grandes rasgos la historia de los tiempos encuadrados en las tres grandes revelaciones de Adán, Noé y Moisés, es decir, de la higuera, la vid y el olivo. Flujos y reflujos de monstruosas prevaricaciones y tardíos arrepentimientos, hasta que al fin el Señor, compadecido, envía a la tierra la castidad, inaugurando un imperio

[53] Iud. 9, 8-15. El fin de la parábola no era otro sino mostrar la injusticia cometida por los habitantes de Siquén al proclamar rey a Abimelec, hijo de una esclava y asesino de sus hermanos.

[54] La identificación del zarzal espinoso con el agnocasto no presenta fundamento alguno escriturístico.

feliz y benéfico. Es el reinado del agnocasto. Quienes no se sometan a su dominio quedarán abrasados en la inmensa hoguera de los abismos sin más remisiones.

Gracias a la castidad podremos ya distinguir en adelante las higueras y vides genuinas y deleitosas de las emponzoñadas [55], y por medio de ella entenderemos con claridad cómo en la visión del candelabro y la lámpara que vió Zacarías, los dos ramos de olivo cuyo aceite la mantienen encendida son la Ley y los Profetas, cuyo tronco generador es Cristo y el Espíritu Santo [56]. Sólo mediante la pureza llegamos a comprender tales alegorías y al Verbo eterno, tras ellas velado, principio de nuestra ciencia sobrenatural. Esta santa castidad preparará nuestras almas para su entrada en la gloria tan ardientemente deseada y transformará en inmortales nuestros cuerpos para conducirnos a los brazos del Verbo como esposas suyas muy amadas.

El final del certamen y el epitalamio de la virginidad

115. Terminados todos los discursos, cierra Arete el certamen declarándose convencida de que entre todas las virtudes debe darse el cetro a la castidad, pero dando por supuesto que no se reduce a reprimir únicamente los deseos carnales, sino que ha de refrenar asimismo todas las otras inclinaciones viciosas [57]. No es sinceramente virgen quien, atenta tan sólo a evitar las manchas de la lujuria, no teme tiznarse con ansias de vulgar vanagloria, o quien, cuidadosa de sofocar los ardores de su cuerpo, se muestra indiferente con las llagas purulentas de su alma, como son el orgullo, la jactancia de sus riquezas o el egoísmo insensible ante los sufrimientos de sus hermanos. La perfecta pureza debe guardar bien compuestos todos sus miembros y sentidos, sin dejar resquicio por donde pueda penetrar el adversario, procurando, como el marinero, conservar bien unidas y embreadas las junturas todas de su barquilla para que no se abra vía alguna de agua por donde venga a zozobrar. Cuan-

[55] Domnina va haciendo aplicaciones alegóricas de algunos pasajes bíblicos en que se alude a dos clases de higos, unos buenos y otros malos, como en Ier. 24, 3, o a dos clases de vino, uno «que alegra el corazón» (Ps. 103, 15) y otro que «es hiel de dragones y veneno de áspides» (Deut. 32, 33).

[56] Zach. 4, 1-3. 11-14.

[57] Ya tuvimos ocasión de ver en la parte segunda (c. 15, n. 97) la repercusión de esa idea en la ascética cristiana, identificando la virginidad con la perfección de las virtudes y completa renuncia de sí mismo. Especialmente es claro un tal concepto en la obra sobre la virginidad de San Gregorio Niseno.

to más noble es una profesión tanto más expuesta se halla a graves tropiezos.

Termina Arete proclamando a todas las vírgenes presentes modelos de pureza por su conducta, así como todas han sido vencedoras en el certamen oratorio allí entablado. Por eso ciñe las sienes de todas con otras tantas coronas, aun cuando la más rica y florida la reserva para Tecla, reina preclara en las alabanzas de la virginidad.

El filósofo griego había cerrado su *Symposion* con el elogio de Sócrates hecho por Alcibíades; Metodio tiene un nuevo acierto al terminar la última página de su *Banquete* con un himno lleno del más delicado lirismo, que entona Tecla, alternando el canto de sus estrofas con un estribillo común coreado por todas las vírgenes. Verdadero epitalamio a sus desposorios con el Cordero inmaculado, que en cuanto a vibración de sentimiento no tiene por qué envidiar a las composiciones similares de la antigua Grecia.

Componen el himno veinticuatro estrofas, cada una de cuyas iniciales corresponde a una letra del alfabeto griego. Tecla empieza conjurando a las vírgenes para que al sonido de la voz omnipotente que ha de resucitar a los muertos, acudan presurosas al encuentro del Esposo celestial; a lo que va respondiendo todo el coro con el estribillo: "A ti consagro mi pureza, ¡oh divino Esposo!, y voy a tu encuentro con la lámpara brillante en mi mano" [58].

En las siguientes estrofas hasta el fin se dirige Tecla directamente al Verbo encarnado, al que saluda jubilosa la virgen, después de haber despreciado los amores y placeres de este mundo para reposar en el regazo de la hermosura increada. Ante él se presenta con la renuncia a los alcázares de terrenales nupcias, con sus redoblados triunfos sobre los artificios del dragón enemigo, sobre el ardor de las llamas y la ferocidad de las bestias. Cautivada por los encantos del Esposo divino, olvidó su patria, el nombre de sus padres y los alegres entretenimientos de las compañeras de su edad a fin de acercarse ahora a Cristo con la veste inmaculada de la pureza virginal; "¡Salve, oh Cristo —canta llena de emoción—, Dador de la vida, Luz sin ocaso! ¡Oye nuestras aclamaciones! Es el coro de las vírgenes quien te las dirige, ¡oh Flor sin tacha, amor, gozo, prudencia, sabiduría, oh Verbo de Dios!... Vierten amargas lágrimas y lanzan profundos gemidos las vírgenes necias que han queda-

---

[58] Es demasiado patente, para tener que subrayarlo, el influjo de la parábola de las diez vírgenes (Mt. 25, 1-12) en el himno final del *Symposion*. Clara muestra de la importancia que dicho pasaje había de tener en la creación y desarrollo de la liturgia virginal. (Cf. PH. OPPENHEIM, O. S. B., *Die consecratio virginum als geistesgeschichtliches Problem*, Rom 1913, II Teil, B, 10, pp. 85-87.)

do a la puerta, fuera de la presencia del Esposo, por haber dejado extinguirse la luz de sus lámparas... Brillan ante nuestros labios las copas llenas de dulce néctar. ¡Bebamos! Es un licor celeste, que nos brinda el Esposo a las que hemos sido halladas dignas de participar en el banquete nupcial".

Abel, José el prepósito de Egipto, la hija de Jefté, todas las figuras del Antiguo Testamento preclaras por su castidad, y sobre todo María, la Madre de Dios, y la Iglesia santa, van siendo invocadas para honra del Esposo divino, que al fin recibe junto a sí a sus vírgenes, ceñidas las frentes con diademas de azucenas, llevando lámparas radiantes en las manos, y en los labios el cántico siempre nuevo del Cordero inmaculado.

Dejémonos arrastrar por la emoción íntima de este cántico, que constituye el trozo más inspirado del *Symposion* y a la vez el más interesante y original de la obra de San Metodio. Ni en el diálogo homónimo de Platón [59], ni en las antiguas partenias de Píndaro, con las que no tiene de común sino la composición del coro, formado por jóvenes doncellas, podremos hallar antecedentes para este bello himno de la virginidad a su divino Esposo. Nos encontramos ante una creación de cuño completamente cristiano, cuyo único ensayo similar podría ser el himno al Salvador compuesto por Clemente Alejandrino al fin de su *Pedagogo* [60].

Sólo en segundo término podrá resultar interesante el ritmo de los versos. Son de cadencia yámbica, pero con tantas diferencias prosódicas respecto a las normas clásicas, que no puede menos de admitirse una transformación evolutiva en el concepto de las medidas métricas o tal vez el principio de una creación consciente de nuevos marcos externos para la poesía [61].

Tal es el *Banquete* de Metodio, que, a pesar de sus deficiencias de escenografía, la pobreza de su diálogo y la pertinacia de su prurito alegórico, constituyó el primero y uno de los más felices intentos de poner el arte literario y

[59] No es posible pasar desapercibido el hecho de que Agatón al fin de su discurso, después de recitar dos hexámetros sobre el poder del amor, continúa su exposición en una prosa rimada con asonancias, que presenta cierto carácter de himno. Sin embargo, las analogías de este trozo platoniano con el canto de San Metodio son muy leves. (Cf. PLATÓN, *Convivium*, c. 19, 197 C-E: BGD, t. I, p. 677.)

[60] *Paedagogus*, lib. III, al fin del c. 12, ed. OT. STAEHLIN, GCS, t. I, p. 291 s. (PG 8, 681-684). Es un bello himno, integrado en parte por invocaciones al Salvador, donde junto a la inspiración fundamentalmente bíblica no dejan de notarse ciertos dejos del vocabulario platónico.

[61] Para detalles acerca de este punto véase * A. PUECH, *Histoire de la littérature grecque chrétienne depuis les origines jusqu'à la fin du IV siècle*, t. II (París 1928), pp. 601-603.

la inspiración lírica al servicio de la virginidad. El escritor de Olimpo fijó acertadamente sus ojos en un campo apenas roturado en el Oriente [62], y al conjuro de aquella su mirada, en que brillaban atisbos de ángel, hizo brotar sobre el terreno escogido corolas de exquisita delicadeza, que habían de saturar con sus perfumes el ambiente contemporáneo y servirían de semilla a nuevas y nuevas floraciones en los futuros vergeles de la patrística. Fué idea bella la de buscar en la castidad el principio fecundo de toda la vida cristiana, recordando el intento platoniano de poner en el amor la fuente de la filosofía capaz de alzarse hasta Dios. No logró perfilar por completo la creación arquitectónica que una tal cantera podía dar de sí, como tampoco habían de llegar a darle cima otros que en los siglos siguientes trabajaron a base de semejantes presupuestos; pero no por eso quedó menos grandiosa su obra de arte ascética.

Por encima de todo, tendrán ya en adelante las esposas de Cristo un himno, rima armónica de pensamientos delicados y sentimientos líricos, en que poder vaciar las efusiones de su espíritu como anticipo de aquel cántico celeste, siempre nuevo, que les está reservado entonar al seguir al Cordero adondequiera que vaya.

---

[62] En efecto, por lo que hace al Oriente sólo tenemos noticias de las epístolas pseudoclementinas *Ad virgines*, dirigidas más bien a fines prácticos. Aun en Occidente, fuera de las alusiones de Tertuliano en su escrito *De velandis virginibus*, no podríamos señalar sino a San Cipriano y a Novaciano como predecesores de San Metodio.

CAPÍTULO III

La federación virginal

116. Imposibilidad inicial de vida común.—117. Avances espontáneos hacia la unión.—118. La postura española : Eteria.—119. En busca de protección contra el medio ambiente.—120. Reacción contra la tibieza en la ascesis.—121. Rectificación de falsas rutas

Imposibilidad inicial de vida común

116. Se hallaba ya en su cenit la institución de la virginidad doméstica. Al comenzar el siglo V, su luz, cada vez más diáfana, se difundía sobre todas las regiones cristianas con profusión torrencial. Ahora le tocaba someterse a la ley inmutable de la historia, según la cual, los grandes movimientos religiosos, no menos que los políticos o sociales, necesitan encauzarse y regularizar sus formas, si han de persistir sin que se desvirtúen sus esencias. La vida monástica fué la cristalización de la virginidad individual.

Resultó un proceso lógico y paulatino, que no revistió, con todo, las mismas formas en Oriente y Occidente. Allí fué más prematuro y extremoso, aquí más lento y connatural. Prescindiendo de particularidades y fechas exactas, un cuadro con trazos de brocha gorda nos mostraría al siglo II como la era de la expansión virginal y su fijación ascética; tras él aparecería la tercera centuria polarizando a las vírgenes en núcleos gravitatorios, que tenderían a reforzar los lazos de mutua unión y a intensificar su despegue del medio ambiente mundano, para dar lugar en el siglo IV a las tentativas más o menos localizadas de comunidades virginales y crear en el V verdaderos enjambres de monasterios femeninos, regularizados en los siglos VI y VII, al menos por lo que toca al Occidente, bajo el monopolio de la regla benedictina.

¿Cuáles fueron en concreto las causas y los pasos que condujeron a las vírgenes desde la estancia de su hogar hasta la celda del claustro? Reparemos ante todo en un imperativo ambiental ineludible. Durante los tres primeros siglos, la vida común de las vírgenes en un monasterio, fuera

de las soledades inabordables de un desierto, era una institución imposible para las esposas de Cristo. Si se dieron algunos casos aislados en este sentido, no podían transponer los límites de ensayos meramente episódicos o excepcionales.

La política persecutoria de los emperadores, que con intervalos más o menos precarios, pero con monótona reincidencia, se ensañaba en lo más selecto de la Iglesia, desaconsejaba ofrecer una mansión común, públicamente reconocida, donde con un solo golpe de guadaña pudieran las autoridades imperiales segar las corolas más bellas de las comunidades cristianas.

Aun sin llegar a extremos de sangre, la sola carencia de protección oficial por parte del Estado relegaba a la categoría de imprudencia temeraria el intento de formar un ramillete público con las vírgenes de Cristo, exponiendo en esta forma la flor y nata de la virtud cristiana a la voracidad libidinosa de los jóvenes corrompidos del Imperio, quienes no hubieran desperdiciado la facilidad que tales instituciones brindaban a su libertinaje.

Se añadía otra razón que pudiéramos apellidar de honestidad pública. Cosa sabida es que a partir de los tiempos de Augusto había desencadenado el Estado con la ley Julia, la ley Papía Poppaea y los posteriores senadoconsultos una campaña declarada contra el celibato de los varones de veinte a sesenta años y las mujeres de veinte a cincuenta [1]. La profesión de un tal estado de vida no era, de ordinario, sino el refugio donde buscaba puerto la corrupción sin trabas y el libertinaje sin freno. Paño de brocados sobre el túmulo de una gusanera de inmoralidad. Ya hicimos notar la prudencia con que todavía a fines del siglo II y principios del III se veía forzado a hablar, y por cierto bien lejos de Roma, un Clemente de Alejandría al abordar la doctrina sobre el matrimonio y la virginidad. La profusión en las alabanzas de aquél contrastan con la cautela en los elogios de ésta [2]. Sólo después de muchos años empleados en instruir la conciencia pública del Imperio acerca de la verdadera esencia de la virginidad cristiana podía permitirse la Iglesia el alarde de establecer una mansión cuya única razón de ser fuese el celibato.

---

[1] Leyes y testimonios coetáneos pueden verse en J. MARQUARDT, *La vie privée des romains*, t. I; MARM, t. XIV, c. 2, pp. 86-95.

[2] Recuérdese lo que ya anotamos a este propósito en el capítulo 1 de la segunda parte, especialmente en la nota 55.

Avances espontáneos hacia la unión

117. A fines del siglo III y principios del IV, cristianizado ya el Imperio, pudo juzgarse haber llegado el momento oportuno para ello. Como todos los fenómenos religiosos, máxime de carácter social, la génesis de la vida común de las vírgenes presenta un proceso de incubación complejo y de difícil análisis.

El primer elemento inicial que es preciso poner ante la vista, consiste en que la ascética virginal, aun sin influjos del ambiente exterior, llevaba en su seno un germen que debía engendrar los monasterios. A partir ya de fines del siglo II, las exhortaciones de los directores del ascetismo insisten concordes en el apartamiento moral del mundo. Cargos públicos, reuniones sociales, acontecimientos ciudadanos, curiosidades de la vida cuotidiana, pequeñas novedades del día, deben estar, según Clemente Alejandrino, muy lejos del cristiano consagrado al ascetismo, "que debe vivir en la ciudad como en un desierto oculto a los ojos humanos y refugiado en el puerto de la divina sabiduría" [3]. No puede negarse que es un principio disolvente para cualquier contacto con el mundo y conglutinante de la vida de los ascetas entre sí.

Aquellos deben ser considerados como verdaderos perfectos o santos—decía Orígenes—"que, consagrados a Dios, se apartan de los negocios seculares y aun de sus mismos conciudadanos que viven según la carne" [4]. Por lo que hace al Occidente, Tertuliano no se contenta con la castidad de una virgen que vive sin quebrantar su propósito de pureza, sino que la desea ver desconocida de todos y sólo conocida de Dios, esquivando las miradas aun de las mismas mujeres [5]. Este germen de aislamiento, que llevaba dentro de sí el ascetismo virginal y que era tan cuidadosamente

---

[3] Aun a los simples cristianos aplica Clemente las palabras de Platón en su *Teeteto* sobre la indiferencia de los corifeos de la filosofía por los asuntos profanos, indiferencia que hace desconocer el camino del foro o el emplazamiento de los tribunales y el senado *(Stromata,* lib. V, c. 14 : PG, IG, 9, 148). En el gnóstico o asceta, esto debe tener mayor realidad. (Véase *Stromata,* lib. VII, c. 12 : PG 9, 508 ; *Quis dives salvetur,* c. 36 : PG 9, 641.)

[4] Las inducciones de ORÍGENES hacia la soledad moral, la huída de los negocios profanos y aun al apartamiento de los amigos son muy frecuentes. El pasaje aludido en el texto se halla en su *Hom. 11 in Lev.,* n. 1 : PG 12, 529.

[5] «Soli Deo nota», «Etiam feminarum oculos pati non vult» *(De velandis virginibus,* cc. 2 y 15 : PL 2, 891 y 910 ; cf. H. LECLERCQ, *Cénobitisme,* DAC, t. II, col. 3083).

cultivado por los forjadores de su espíritu, debía producir el fruto que vemos en el siglo III.

En las cartas pseudoclementinas, los ascetas vírgenes de ambos sexos constituyen núcleos de solidaridad tan definida que les permiten contraponer la ascética común de toda una región a las prácticas consuetudinarias de otra comarca vecina cuyas costumbres se pretenden depurar. Todos los profesos de la continencia dentro del mismo país se sienten ligados por reglas de conducta, no menos rígidas que detallistas, cuyo conjunto crea una verdadera solidaridad moral [6]. Normas para la selección del alojamiento, según la característica de las villas, que pueden encerrar en sus muros familias enteras cristianas o sólo mujeres convertidas a la fe, o tal vez estar integradas únicamente por paganos; cautelas en el ofrecer o recibir los agasajos propios de la hospitalidad; modo de tomar la refección o de entregarse al descanso; conducta en las asambleas religiosas; reglas para el ejercicio de las obras de celo o beneficencia, forman un conjunto de prescripciones sumamente interesante, que nada tiene que envidiar a las constituciones de las futuras órdenes religiosas en lo concreto de la reglamentación.

Otro enfoque diverso, pero pregonero de esta misma aproximación de las vírgenes, es el que nos reflejan, por lo que hace al Asia Menor, los escritos de San Metodio, donde las esposas de Cristo se reúnen con la familiaridad de un vínculo común de sangre sobrenatural, toman juntas sus alimentos y pasan la tarde apartadas del mundo en convergencias de idénticas aspiraciones [7].

Las vírgenes siguen cortando sus lazos con la sociedad circundante, quedando encerradas en un místico huerto de espiritualidad, al que no vallan muros de clausura canónica, pero sí una empalizada moral, que hace más y más sordas las voces con que el mundo circundante les habla, mientras que por reacción psíquica espontánea se unen más y más entre sí sus vidas, se intensifica su trato mutuo, se consolidan sus vínculos morales, se jerarquizan sus posiciones relativas, surgiendo un respeto obsequioso en las más jóvenes hacia las de más edad, asumiendo éstas el papel de consejeras y madres para con las más inexpertas en las

[6] La segunda carta empieza anunciando la exposición de su propia regla o manera de vivir: «nostra ratio vivendi»; el cuadro de las costumbres según las cuales proceden con la ayuda del Señor: «Deo nos adiuvante nosmet ita gerimus» (FPA, t. II, p. 15). Teniendo en cuenta las salvedades oportunas, puede verse sobre el ambiente, que estas cartas reproducen, el estudio de * A. HARNACK, *Die Pseudoclementischen Briefe, De virginitate und die Entstehung des Mönchthums*, en «Sitzungsberichte der Königlich Preussischen Akademie zur Berlin» (1891), XXI, pp. 361-385.

[7] *Convivium*, introd.: PG 18, 32.

vías del Señor y constituyéndose de este modo un enjambre unido en la elaboración de la miel virginal.

Poca perspicacia histórica es necesaria para entrever este cuadro en los escritos de San Cipriano a mediados del siglo III. Las esposas de Cristo están lo suficientemente unidas entre sí para poder ser llamadas "grey pura y santa"; forman un núcleo moral tan compacto que permite al Obispo cartaginés decretar como pena para las vírgenes mundanas el que sean apartadas del redil en calidad de ovejas enfermas, "a fin de que con su contacto no contaminen a las demás con quienes viven en común, arrastrándolas a la perdición" [8]; finalmente, sus relaciones de mutua ayuda y edificación son íntimas, hasta el punto de que puede prescribirles el Prelado la siguiente regla de conducta: "Las de más edad instruid a las más jóvenes; las de menos años ofreced a vuestras compañeras nuevos estímulos de virtud. Animaos mutuamente con piadosas reflexiones y esforzaos con la santa emulación de vuestros ejemplos a la gloria de la santidad" [9].

La postura española: Eteria

118. Este mismo proceso de gravitación hacia la vida monástica en un estadio tal vez más progresivo, pero sin haberse plasmado todavía en un verdadero núcleo cenobítico, lo volvemos a encontrar, caminando más hacia el occidente, en los últimos confines de España a fines del siglo IV. Nos lo deja entender, aunque sin hablarnos de él directa-

[8] «... ne contagio suo ceteras polluant dum simul vivunt» *(De habitu virginum,* c. 17: PL 4, 456 s.). El contexto todo de los escritos de San Cipriano induce a interpretar esta última frase en el sentido de una convivencia de trato íntimo social, no de una vida común cuotidiana de techo y mesa.

[9] Ibid., c. 24: PL 4, 464. Este pasaje y algún otro de menor importancia, como el contenido en su carta 62 a Pomponio, cuando dice: «Liberanda est vigilanter de periculosis locis navis ne inter scopulos et saxa frangatur» (n. 2: PL 4, 366), han inducido a HEIMBUCHER *(Die religiöse Orden und Congregationen der kathol. kirche,* t. I, p. 119), siguiendo en esto a WILPERT *(Die gotgeweihten Jungfrauen,* p. 41), a suponer ya en tiempo de San Cipriano la existencia de monasterios para las vírgenes al menos en tiempo de persecución. Si el fundamento que dichos pasajes, en sí mismos considerados, ofrecen es tenue, su posible valor se desvirtúa por completo ante la perspectiva que arrojan los escritos todos de San Cipriano y las razones antes aducidas contra el establecimiento de la vida común en tiempos del Imperio pagano. Claro es que no pretendemos excluir la existencia de algún que otro caso aislado o el hecho de que varias vírgenes buscaran, con ayuda de su pastor, un refugio común escondido a las iras de los perseguidores.

mente, el *Itinerario de los Santos Lugares,* de la virgen Eteria [10].

A pesar del florecimiento de la vida ascética en España entre las mujeres, como nos lo atestigua mejor que nadie, en el año 300, el Concilio de Elvira y lo confirma el de Zaragoza el 380, no puede señalarse hasta esta fecha dato alguno concreto que nos fuerce a admitir la existencia de monasterios para comunidades de vírgenes en la península Ibérica. Ambos Concilios en sus cánones legislan siempre para las "virgines, quae se Deo dicaverint" o a las "virgines, quae se Deo voverint", sin otros calificativos que nos hagan pensar en una vida común [11].

Debemos al Papa Siricio, en su epístola decretal dirigida el año 385 a Himerio, obispo de Tarragona, la primera referencia sobre "ciertos monjes" de ambos sexos que por su conducta deben ser apartados de "la congregación de los monasterios" [12]. ¿Se trataba de colectividades de anacoretas o era una alusión a la vida común del cenobismo? Para ambas interpretaciones dejan camino abierto las palabras empleadas por el Sumo Pontífice, si nos atenemos al significado que sus contemporáneos les daban [13]; pero aun

---

[10] Lo relativo al hallazgo del códice e identificación del autor puede verse en FEROTIN-LECLERCQ, *Etheria,* DAC, t. V, col. 552-584, y en ZAC GARCÍA VILLADA, *Historia eclesiástica de España,* t. I, p. 2.ª (Madrid 1929), c. 10, pp. 269-296.

[11] Concilio de Elvira, can. 13 : MSCC, t. II, col. 8 ; Concilio de Zaragoza, can. 8 : MSCC, t. III, col. 635.

[12] «... monachorum quosdam atque monacharum... ut prius clanculo, velut sub monasteriorum praetextu, illicita ac sacrilega se contagione miscuerint... Illas ergo impudicas detestabilesque personas a monasteriorum coetu ecclesiarumque conventibus eliminandas esse mandamus» *(Epist. 1 Siricii ad Himerium,* c. 6, n. 7 : PL 13, 1137).

[13] La palabra *monachus* a fines del siglo IV y principios del V constituía un vocablo de amplia significación, dentro del cual cabían las tres diversas clases de ascetas entonces en honor, a saber, anacoretas, eremitas y cenobitas, como expresamente lo hacen constar SAN JERÓNIMO, *Epist. 22 ad Eustoquium,* n. 34 : PL 22, 419, y CASIANO, *Collatio* 18, c. 4 : PL 49, 1093 s. Respecto a la palabra monasterio, todavía a principios del siglo VII, y en la misma España, era contrapuesta cuidadosamente por SAN ISIDORO a la palabra cenobio : «Inter coenobium autem et monasterium ita distinguit Cassianus, quod monasterium possit etiam uniius monachi habitatio nuncupari, coenobium autem non nisi plurimorum» *(De ecclesiasticis officiis,* lib. II, c. 16, n. 11 : PL 83, 799). Esta distinción de terminología debió conservarse hasta principios del siglo IX, puesto que en el sínodo romano celebrado el año 826 se decía : «Abbates etenim per coenobia, vel ut hoc tempore nuncupantur, monasteria, tales constituantur...» (can. 27 : MSCC, t. XIV, col. 1007). Para la fecha del sínodo cf. C. J. HEFELE, *Histoire des Conciles,* trad. par H. Leclercq, t. IV, pp. 49-53. He ahí por qué de las palabras del Papa Siricio no se puede deducir la existencia de una vida común cenobítica entre las vírgenes. Tanto más cuanto que las palabras del Papa : «detrusae in suis ergastulis», orientan nuestra atención más

entendidas en el sentido de verdaderas comunidades, no debían tener una extensión muy notable tales instituciones fuera de la provincia Tarraconense, ya que todavía el año 400 el primer Concilio Toledano no contiene en sus deliberaciones materia concerniente a la vida común en el ascetismo femenino, al paso que se fija en detalles de liturgia tocantes a las vírgenes, que viven en sus hogares, como el de que "ninguna virgen profesa o viuda, en ausencia del Obispo o de un presbítero, pueda cantar las antífonas en su casa acompañada de su confesor o de alguno de sus siervos..." [14]. No creemos necesario recordar que el movimiento ascético del priscilianismo no había de redactar su *Regula consensoria monachorum,* la más antigua de nuestra patria, hasta el siglo V.

Falta, pues, ambiente histórico que nos fuerce a suponer encerrada entre los muros de un monasterio a aquella virgen Eteria, piadosa joven gallega consagrada a Cristo, procedente, sin duda, de elevada posición social, que entre los años 390 a 396 [15], movida por ansias de vivir los recuerdos de Cristo y del Antiguo Testamento, abandona su patria, adora las huellas del Salvador en Jerusalén, Belén y Galilea; respira a pleno pulmón las auras ascéticas de santidad en el alto Egipto y la Tebaida, recorre detenidamente los escenarios de la historia israelítica a través del Egipto, el Sinaí, la Idumea y Palestina; contempla los recuerdos del Santo

---

bien hacia las vírgenes y ascetas retirados a la soledad conforme a las extravagancias priscilianistas.

[14] Can. 9: MSCC, t. III, col. 1000.

[15] Su origen queda bien definido por la frase de San Valerio que la hace natural de «huius occiduae plagae» y «extremo occidui maris oceani exorta», frase, sobre todo esta última, de sentido bien concreto en aquel tiempo *(Epist. S. Valerii de B. Echeria,* nn. 1 y 3: PL 87, 421 y 424). Los bríos con que arrostra las más penosas ascensiones hacen suponer se trataba de una virgen en edad no avanzada. En todas partes es objeto de atenciones por parte no sólo de los monjes, sino aun de los obispos y de las autoridades militares, que le ponen escolta de seguridad al atravesar los pasos peligrosos de los desiertos; razón que induce a creerla en relaciones familiares o al menos de amistad con el emperador Teodosio, de origen precisamente gallego, a la sazón en Constantinopla, o con alguno de los altos funcionarios de su corte. Es una simple conjetura, pero no desprovista de fundamento. Por lo demás, no es posible disponer de otros datos biográficos, fuera de los que revelan el *Itinerario* mismo y la citada carta de San Valerio a los monjes del Vierzo. El *Itinerario* parece haberse escrito entre el 393 y 396, como muy eruditamente lo prueba el P. ZAC. GARCÍA VILLADA, *Historia ecles. de España,* t. I, p. 2.ª, pp. 279-282. Respecto al nombre de la virgen y a la carta de San Valerio que acabamos de citar, pueden verse los dos artículos de dicho P. Z. GARCÍA VILLADA, *Egeria ou Aetheria?* y *La lettre de Valérius aux moines du Vierzo sur la bienheureuse Aetheria,* «Analecta Bollandiana», t. XXX (1911), pp. 444-447, y t. XXIX (1910), pp. 377-399. En este último artículo se ofrece una edición crítica de dicha carta.

Job en Hus, de Melquisedec en Salén, de Abrahán, Rebeca y Jacob en Harán, y atraviesa, por fin, el Asia Menor, para caer de hinojos en oración ante los restos de Santa Tecla, arquetipo de vírgenes, sepultada en Seleucia [16].

Todos los episodios del interesante itinerario nos muestran a la esposa de Cristo tal cual la conocemos en el siglo IV, amante del estudio de la Sagrada Escritura, cuyos pasajes correspondientes lee con atenta piedad en cada uno de los lugares visitados; pronta a entregarse a la oración ante las huellas de los amigos del Dios de Israel o los monumentos conmemorativos de sucesos del Antiguo Testamento; agitada por una ardorosa inquietud de conocer todo cuanto puede dar pábulo a su devoción, aun cuando sean precisas molestas ascensiones, como las del Sinaí o el Nebo, o se requieran aventuradas travesías, como las de Cleysma a Gessén. En su peregrinación va siempre acompañada de presbíteros que puedan ofrecer el santo sacrificio junto a los lugares visitados y recrear su espíritu con la sagrada Eucaristía. Trata familiarmente con los monjes orientales, cuya ascética admira y cuyos monasterios visita, siendo objeto de obsequiosa caridad por parte de ellos, que le ofrecen sus eulogias y se brindan a mostrarle y explicarle los recuerdos venerandos de sus respectivas regiones. Para ella son como hermanos de la gran familia del espíritu, que ha sido ya hace tiempo creada por la virginidad.

Eteria dedica sus notas de viaje, escritas con encantadora ingenuidad, a las vírgenes gallegas, sus compañeras, a quienes apellida, con marcada ternura, "mis venerables señoras, mis hermanas, dueñas de mi alma, luz mía" [17], y de quienes se despide diciendo: "Por mi parte, os ruego, dueñas y luz de mi alma, que, ya viva, ya muera, os dignéis acordaros de mí" [18]. Salta, pues, a la vista que entre Eteria y las vírgenes gallegas en cuya sociedad vivía antes de emprender su peregrinación, existen lazos muy apretados de comunes ideales, de familiaridad de trato, quién sabe si aun de cierta participación de un mismo techo.

---

[16] El itinerario recorrido por la virgen, sólo parcialmente contenido en el mutilado códice de Arezzo, se completa en sus líneas generales con las indicaciones hechas en la citada carta de San Valerio y con algunos datos de PEDRO DIÁCONO, que en su *Liber de locis sanctis* compiló también pasajes de la virgen Eteria (P. GEYER, *Itinera hierosolimitana saeculi* IV-VIII, CSEL, vol. XXXVIII, p. 106-121).

[17] «Dominae venerabiles sorores» (*Itinerarium*, ed. P. GEYER, CSEL, vol. XXXVIII, p. 39); «Dominae venerabiles», p. 54; «Dominae animae meae», p. 64; «sorores venerabiles», p. 65; «Dominae, lumen meum», pp. 70 y 71; «Dominae sorores», p. 97. Es frecuente dirigirse a ellas con el tratamiento de «affectio vestra», v. gr., pp. 44, 47, 71.

[18] Ibid., p. 71.

Sin embargo, a pesar de estos rasgos de fraternidad, no parece deba considerársela como miembro de un monasterio de estricta vida común [19], de uno de aquellos monasterios, cuyas primeras noticias, si prescindimos de las frases ambiguas del Papa Siricio, no nos llegan hasta la segunda mitad del siglo V, de entre las ruinas acumuladas por Teodorico. Sería edificar sobre arena el establecer una conclusión positiva sobre el título de *abadesa* con que se encabezó alguno de los códices no anteriores al siglo XI. Es cierto que el austero monje del Vierzo San Valerio, en su devota carta del siglo VII escrita a sus compañeros de ascetismo, califica a Eteria de *beatissima sanctimonialis* [20], título empleado con preferencia para designar las religiosas que habitaban en un monasterio; pero no es menos inconcuso que esta nomenclatura no tenía necesariamente tal sentido, sobre todo tratándose de alusiones a fines del siglo IV o principios del V, en que, según San Agustín, tal palabra equivalía al de *virgen consagrada,* sin otro carácter particular [21].

Es la misma virgen Eteria quien nos da a entender los débiles lazos jurídicos que la unían a sus amadas compañeras de virginidad, cuando después de cuatro años de peregrinación, al retornar a Constantinopla, base inicial de sus piadosos itinerarios, cierra sus notas de viaje planeando ulteriores romerías, sin preocupación alguna por reunirse de nuevo con sus hermanas en el ejercicio de la castidad. Flota, pues, la conjetura de que sus lazos con éstas eran muy íntimos, pero de carácter ascético y sentimental, más bien

[19] Excluyendo, desde luego, el dictado de abadesa, H. LECLERCQ la califica resueltamente de «une simple nonne», apoyándose principalmente en el título de *sanctimonialis* de que en seguida hablaremos *(L'Espagne chrétienne,* París, 1906, p. 124; *Etheria,* DAC, t. V, col. 572). No hallamos la base suficientemente sólida para una tal afirmación, si se quiere indicar una vida estrictamente cenobítica.

[20] *Epistola S. Valerii de B. Echeria,* n. 1: PL 87, 421.

[21] «... Non mihi videtur ista parabola vel similitudo ad eas solas pertinere, quae propria et excellentiori sanctitate virgines in Ecclesia nominantur, quas etiam usitatiore vocabulo sanctimoniales appellare consuevimus» *(Sermo 93, de verbis Mt. 25, 1-13,* c. 1: PL 38, 574). En su tratado *De sancta virginitate,* en que se dirige a toda clase de vírgenes, dice asimismo: «Pro modulo itaque nostro et de sanctitate qua sanctimoniales dicimini... satis locuti sumus» (c. 56, n. 57: PL 40, 428). Dos siglos más tarde se aplica este epíteto también a las viudas, como advierte el IV Concilio Toledano en 633, sin que sea necesario el que para ello profesen en un monasterio, sino únicamente que, dejados sus atavíos seglares, se consagren con voto de castidad, renunciando, en consecuencia, a segundas nupcias (can. 56: MSCC, t. X, col. 632 s.). Puede tomarse, pues, como exacta la definición ofrecida por DU CANGE al tratar de esta palabra: «Sanctimoniales dictae olim feminae aut virgines, quae *sanctimoniae* et vitae integritati potissimum dabant operam, interdum certis, saepe nullis illigatae monasticis votis» *(Glossarium mediae et infimae latinitatis,* París 1938, t. VII, p. 298).

que estrictamente monástico: "Desde este lugar — dice al terminar su diario—, dueñas mías y luz de mi alma, mientras redacto estas notas para vuestra caridad, tengo intención, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, de encaminarme a Asia para visitar Efeso y allí orar ante la tumba del bienaventurado apóstol y mártir San Juan. Si después de esto me conserva el Señor la vida y logro visitar otros lugares, os lo referiré yo misma en persona, si el Señor me concediese esta gracia, o por escrito si me determinase a emprender otros caminos" [22].

Podemos, pues, deducir que el escenario del que surge la virgen Eteria al emprender sus devotas romerías no es todavía un claustro monástico, pero sí representa una fase de solidaridad y unión virginal muy próxima al establecimiento de la perfecta vida cenobítica, tal cual se había incoado ya en otras comarcas, tal vez aun de la misma España, más avanzadas en este camino de la evolución ascética.

Por estos pasos sucesivos fué desenvolviéndose, en virtud de su propia vitalidad, el germen ascético del Evangelio hasta crear la vida común de las vírgenes en los monasterios. Hubo, sin embargo, estímulos externos, a partir sobre todo de fines del siglo III y principios del IV, que prestaron calor a aquel proceso evolutivo. Uno de los más aparentes fué el nuevo tempero ético-religioso de las comunidades cristianas en dicho tiempo.

En busca de protección contra el medio ambiente

119. Se ha hablado injustamente de la mundanización de la Iglesia triunfante bajo Constantino, queriendo ver en el florecimiento de anacoretas y cenobitas una protesta contra el supuesto relajamiento oficial del cristianismo, atento a buscar su equilibrio en el nuevo mundo político-religioso por medio de contemporizaciones [23]. Cuán falsa sea una tal conjetura se desprende no sólo del estudio comparativo entre los principios morales del siglo II y el siglo IV, idénticos en su inflexible severidad, sino más breve y palpablemente de la actitud misma de los ascetas. No es que huyan despectivos de las normas eclesiásticas del cristianismo en paz, sino se apartan cautelosos de los cristianos relajados, que empiezan a destacarse por su número sobre los fieles genuinos y fervientes.

---

[22] *Itinerarium*, ed. GEYER, CSEL, vol. XXXVIII, p. 71.

[23] Cf. * A. HARNACK, *Das Mönchtum, seine Ideale und seine Geschichte* (Giessen 1895), p. 16.

El siglo III, especialmente en su segunda mitad, bajo las espadas de un Decio, un Valeriano y un Diocleciano, fué, sin duda, el más cruel y sanguinario en los fastos martiriales; pero también es cierto que aquellos postreros arrebatos de la ira pagana estuvieron separados entre sí por lapsos de paz más duradera. Prescindiendo de la breve persecución de Maximino el Tracio, llevaba la Iglesia cuarenta años de paz, cuando Decio publicó en 249 su edicto de exterminio frío y calculado; y pasando por alto el edicto persecutorio de Aureliano, ineficaz por la muerte del emperador, eran cuarenta y tres los años de tranquilidad que llevaban las comunidades cristianas al estallar, el año 303, la violenta tempestad de Diocleciano. Esta larga tregua concedida a los fieles después de épocas duras de tensión, no podía menos de ser enervadora para el espíritu. Las perspectivas de un martirio inminente habían mantenido enhiesto el fervor de los cristianos, que ante el probable despojo de sus bienes y su vida sentían muy débilmente la inducción de la materia, y con la idea de una próxima ascensión hacia Cristo Jesús experimentaban en su espíritu inquietudes de vuelo.

La paz prolongada les cogió sin preparación para mantener el mismo temple de fervor una vez suprimidos los resortes en que por costumbre se apoyaban. Cuán tristemente suenan en este sentido los lamentos del Obispo de Cartago cuando el año 251, dirigiéndose a los cristianos, les echa en cara la pasada negligencia que ha movido a Dios a dar una medicina tan amarga con la nueva persecución del emperador Decio: "El Señor ha querido probar a su familia, y ya que la paz prolongada había relajado la disciplina moral recibida de nuestros mayores, la justicia de Dios ha querido levantar de nuevo nuestra fe, que yacía, por decirlo asi, postrada y adormecida" [24]. A continuación, en plan de moralista más bien que de historiador, presenta el aspecto de aquella comunidad de fieles tibios, sin más ansias que el aumentar sus riquezas, preocupados por el adorno y acicalamiento externos, prontos a emplear el fraude para engañar a las almas candorosas, dispuestos a contraer matrimonio con los gentiles, soberbios hasta el desprecio de sus legítimos superiores, fáciles para el juramento innecesario y aun para el perjurio, dirigidos a veces por sacerdotes faltos de piadosa devoción y aun gobernados, en algún caso, por obispos, que, descuidando sus obligaciones pastorales, se constituían administradores de negocios te-

[24] *De lapsis*, cc. 5 y 6: PL 4, 468-471.

rrenos, abundando en riquezas mientras vagaban hambrientos algunos de sus hermanos [25].

Quitemos la lente ampliadora a través de la cual ve el Prelado cartaginés la defección del espíritu cristiano, en una página de carácter claramente parenético; siempre quedará un fundamento real en la laxitud de energías que las calmas de la bonanza producían en la grey cristiana [26]. En un tal ambiente, las vírgenes de Cristo debían sentirse incómodas; su lucha para sobreponerse al medio ambiente se hacía más penosa, y se restringía por momentos la confianza que podían depositar en las personas de sus círculos familiares y sociales. Todo las empujaba hacia la unión de una vida común separada del mundo.

Este acicate se hizo todavía más apremiante a principios del siglo IV con la conversión oficial del Imperio al cristianismo. Se produjo con ello una verdadera irrupción en la Iglesia de neoconvertidos, que no se hallaban en situación de cambiar repentinamente el atuendo de su mentalidad pagana y costumbres inmorales por la sencilla y austera librea del Crucificado. La posibilidad de acceso a los cargos públicos ofrecida a los fieles estimulaba su ambición y deseos de honores, haciéndoles revestir no pocas veces la dignidad de flámines municipales, es decir, sacerdotes paganos de la ciudad [27].

Había quienes repartían la celebración de sus festividades, consagrando las nacionales a las impurezas del teatro y las cristianas a las devociones del templo [28]. Las reuniones litúrgicas echaban de menos la presencia de no pocos neófitos, que únicamente acudían a ellas en las grandes solemnidades [29]. Aun los mismos actos de culto más populares,

---

[25] Bajo Diocleciano llegó a ser un sacerdote el director de la manufactura imperial de púrpura en los establecimientos de Tiro. (Cf. EUSEBIO, *Historia Ecclesiastica*, lib. VII, c. 32: PG 20, 721.) SAN JERÓNIMO censura asimismo a ciertos clérigos que, debiendo despreciar sus propias posesiones, se constituyen en procuradores y administradores de las ajenas (*Epist. 52 ad Nepotianum*, n. 16: PL 22, 539).

[26] Cf. J. ZEILLER, *Histoire de l'Eglise depuis les origines jusqu'à nos jours*, sous la direction de AUG. FLICHE et VICT. MARTIN, t. II (París 1935), c. 19, «La vie chrétienne», pp. 437-439.

[27] Son muy interesantes los datos proporcionados sobre este punto por el Concilio de Elvira, que hace repetidas alusiones a dicho cargo, ordinariamente unido al de ciertas magistraturas municipales. (Véanse los cánones 2, 3, 4, 55 y 56: MSCC, t. II, col. 6 y 15.) Una interpretación de conjunto sobre este problema ofrece H. LECLERCQ, *L'Espagne chrétienne* (París 1906), pp. 61-65.

[28] De ello se queja SAN AGUSTÍN, *De catechizandis rudibus*, c. 25, n. 48: PL 40, 343.

[29] Varias fueron las ocasiones en que se lamentó de esta frialdad SAN JUAN CRISÓSTOMO, v. gr., *De baptismo Christi*, n. 1: PG 49, 363; *De Anna sermo* 5, n. 1: PG 54, 669.

como las vigilias en honor de los mártires, al desbordarse con la afluencia de los nuevos convertidos, cargados con la tara de sus pasados vicios, daban a veces ocasión a escenas de ebriedad y aun de lujuria [30]. Pudo, pues, permitirse San Jerónimo su pesimista frase: "Después de convertidos los emperadores, la Iglesia ha crecido en poder y riquezas, pero ha disminuído en virtud" [31]. Todo ello fué tan público, que no sólo dió lugar a recriminaciones por parte de los escritores cristianos, sino también a invectivas por parte de herejes como Vigilancio y de retóricos representantes del paganismo agonizante como Libanio [32].

Reacción contra la tibieza en la ascesis

120. ¿Qué extraño que corrientes de aire tan tibio amenazasen en ciertos casos con destemplar aun el espíritu ascético de los ministros del Señor? Por mucho que rebajemos en las caricaturas de San Jerónimo, sin duda tuvieron algún fundamento aquellos clérigos a quienes ridiculiza como serviles aduladores de viudas ricas y fastuosas, hacia las cuales elevaban sus manos como para bendecirlas, pero en realidad para recibir de ellas los estipendios de sus obsequiosas visitas [33]; clérigos que se aprovechaban de su rango para entrar y salir con mayor libertad en las casas de las matronas nobles.

Todos sus cuidados—añade el Santo—se dirigen a presentarse bien vestidos y mejor perfumados, a que sus zapatos no tengan pliegues, sus cabellos aparezcan enrizados y sus dedos brillen con las piedras preciosas de sus anillos. Apenas tocan el suelo con sus plantas, para evitar que se humedezca su calzado. Cuando veas semejantes hombres, tenlos más bien por desposados que por clérigos. Hay otros que ponen toda su solicitud en conocer los nombres, casas y costumbres de las matronas más distinguidas. He aquí brevemente el retrato de uno de ellos, que es príncipe y modelo de los demás, a fin de que, conociendo al maestro, puedas reconocer a los discípulos. Madruga más que el sol e inmediatamente traza el orden de sus visitas; inquiere los caminos más cortos, y, tan importuno como

[30] San Juan Crisóstomo, *Homilia in martyres*, PG 50, 663.
[31] *Vita Malchi*, n. 1: PL 23, 53.
[32] Vigilancio atacaba el culto de los mártires, entre otras razones, por los excesos cometidos en sus vigilias. (Cf. San Jerónimo, *Contra Vigilantium*, n. 9: PL 23, 347.) Libanio escarnecía principalmente a los semiconvertidos, que, como actores de tragedia, conservaban su ideología pagana bajo los ritos cristianos (περὶ τῶν ἱερῶν, 30). Cf. P. de Labriolle, *La réaction païenne* (París 1934), p. 438.
[33] *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 16: PL 22, 404.

viejo, se introduce casi hasta la misma alcoba de quienes todavía no han despertado. Si entretanto ve algún cojín, algún paño de manos o alguna otra prenda elegante del ajuar de la casa, la alaba mucho, se admira de su calidad, la manosea una y otra vez y se lamenta de la necesidad que tiene de una cosa parecida, con lo cual, más bien que obtenerla como regalo, la arrebata por fuerza, pues todas temen aquella especie de postillón de la ciudad. Poco amigo de la castidad y menos amigo de los ayunos, por solo el olor conoce y aprueba los manjares, especialmente las aves de caza y los pollos de grulla. Su lenguaje es inculto y procaz, siempre dispuesto a la injuria. Dondequiera que vayas, es el primero con quien te encuentras. Siempre resulta ser el autor o al menos el exagerador de los nuevos rumores que corren por la ciudad. Cada hora del día cambia de caballos, usándolos tan lucidos y briosos, que aparenta ser hermano carnal del rey de Tracia [34].

Bien claro aparece que se trata de una de las sátiras más cáusticas de San Jerónimo, salida precisamente de su pluma en aquellos momentos en que ésta rebosaba amargura por la enemistad con que le persiguió el clero romano a la muerte del Papa San Dámaso en 384; con todo, no puede desecharse la conclusión de que se dieron casos que le sirvieron de fundamento para tales líneas.

Parecida niebla de tibieza amenazaba empañar a las vírgenes de Cristo. También a algunas de ellas flageló sin piedad el asceta dálmata, exponiendo al ludibrio público a las que, en su poca afición por los ayunos, exclamaban:

¿Por qué me voy a abstener de los alimentos que ha creado Dios precisamente para nuestro uso? Y cuando quieren hacerse las graciosas y dicharacheras, después de haber bebido largamente, dicen, uniendo el sacrilegio a la intemperancia: "Lejos de mí el privarme de la sangre de Cristo". Si ven a otra virgen pálida y macilenta por los ayunos, la tratan de infeliz y maniquea, censurando, en consecuencia, el ayuno como herejía. Estas mismas son las que cruzan las calles con exagerada ostentación, arrastrando tras sí rebaños de jovenzuelos hechizados con sus reojos... Llevan en su túnica una estrecha franja de púrpura, dejan flojas las cintas de sus cabellos para que floten éstos al aire, usan calzado humilde y suelto el velo, que revolotea sobre los hombros; son sus mangas estrechas y apretadas en torno a sus brazos; su andar, desenvuelto con movimientos desembarazados. En esto consiste toda su virginidad... Vírgenes y viudas que andan ociosas curioseando de casa en casa y que, perdido ya el rubor del rostro, dejan atrás con su charlatanería a los parásitos de las comedias... La mayor parte de ellas poseen armarios rebosantes de vestidos, cambian diariamente sus túnicas y, a pesar de ello, no pueden acabar con la polilla... Tienen sus libros en letras de oro, bien en-

[34] Ibid., n. 28: PL 22, 414.

cuadernados con pergaminos teñidos de púrpura y guarnecidos de perlas... Cuando alargan la mano para dar una limosna al necesitado, hacen sonar las trompetas, y si convidan a comer a su mesa a algún pobre, alquilan un pregonero para que lo publique [35].

Lo mordaz de las expresiones nos denuncia, de igual modo que en el cuadro anterior, una caricatura consciente de especies poco comunes en el jardín de la virginidad; pero que, por desgracia, tenían su representación gracias al ambiente relajador de la era postconstantiniana.

Bajo estímulo tan ingrato era natural que los núcleos, cada vez más densos, de vírgenes genuinas, concreciones generosas de espíritu, austeridad y amor, sin más barro de carne en su naturaleza que el necesario para mantenerse en este mundo, sintieran la necesidad de reunirse en círculos compactos, fuertemente ligadas entre sí por los lazos de una vida común, formando bloques invulnerables ante los agentes del mundo exterior. Dentro de los muros tutelares de un monasterio, las tentaciones de boato y pompa vana no tenían sentido, las ilusiones femeninas del arreglo del rostro y pintura de las mejillas perdían su interés, el uso pródigo o menos moderado de las riquezas resultaba imposible, la libertad para la práctica de la penitencia o el ejercicio del amor divino recobraba toda su independencia. El camino se hallaba expedito, y un plano fuertemente inclinado impulsaba a la virgen a cobijarse bajo las bóvedas de un convento como si se acogiera bajo las alas de una ingente clueca de piedra.

Rectificación de falsas rutas

121. A esta razón del medio ambiente se añadía otra de no menor eficacia; había que rectificar una ruta falsamente emprendida. Las vírgenes, privadas de su familia o tal vez combatidas por ella, sintieron pronto la necesidad de un apoyo para afrontar las mil vicisitudes de la vida, tanto en las luchas extraordinarias como en las pequeñeces cuotidianas. Junto con esta necesidad bullía en todas ellas el ansia, muy razonable, de profundizar en el conocimiento de las vías del espíritu y de empaparse en el verdadero sentido del dogma y la Escritura.

Fruto de ambas tendencias, se inició el desdichado experimento de matrimonio espiritual de las vírgenes agapetas,

[35] Ibid., nn. 13, 29 y 32: PL 22, 402, 415, 417 s.

llamadas *introductae* por los latinos y συνεισάκτοι por los griegos, que, cándidamente confiadas en su voto de continencia, vivían en compañía de ascetas consagrados por el mismo voto [36]. Ya hemos tenido ocasión de advertir su existencia y su condenación en las epístolas pseudoclementinas de la virginidad y en los escritos de San Cipriano durante el siglo III, así como en los opúsculos de San Juan Crisóstomo expresamente dedicados a ellas y en las cartas de San Jerónimo a fines del siglo IV [37].

Los peligros eran tan palpables y los frutos tan odiosos, que desde el mismo siglo III se preocuparon los concilios de cortar en seco aquella corriente antes de verla convertida en río de fango. La primera voz colectiva en este sentido se oyó en Siria a propósito de un obispo de proceder mundano y doctrinas heterodoxas. Era éste Pablo de Samosata, el prelado antioqueno que no tenía reparo en maridar sus solicitudes eclesiásticas con la recaudación de las rentas públicas a favor de la reina de Palmira, y que gustaba pasear su fausto ostentoso por las calles de su ciudad episcopal, en gran parte pagana. Al condenar los Padres del Concilio reunido el año 268 en Antioquía varias de sus doctrinas y denunciar al oprobio público muchas de sus faltas e imprudencias, se lamentaban de esta costumbre escandalosa:

¿Qué decir de las mujeres que le acompañan, las συνεισάκτοι, como las llaman los antioquenos, y de las que acompañan a sus sacerdotes y a sus diáconos?... Pero ¿a qué viene recordar esto? Es que sabemos, amadísimos hermanos, que el obispo y todo el clero deben ser para el pueblo un modelo de obras buenas y no ignoramos cuántos de los que tienen junto a sí semejantes mujeres han terminado por caer en el vicio o al menos por ser objeto de malas sospechas. Por tanto, aun concediendo que no sea reo de ninguna deshonestidad, tiene obligación de evitar los malos juicios a que con ello da lugar, evitando el ser escándalo para otros o el inducirlos a seguir su ejem-

[36] Los textos referentes a esta curiosa práctica del antiguo ascetismo se hallan recogidos por * H. ACHELIS, *Virgines subintroductae. Ein Beitrag zu I Kor. VII* (Leipzig 1902). Pero es menester tener en cuenta las acertadas observaciones que le hicieron P. Ladeuze y P. Batiffol sobre el falso enfoque de ciertos textos primitivos, en los que pretende descubrir erróneamente una permisión de tal corruptela otorgada por la Iglesia durante los dos primeros siglos. (Cf. P. LADEUZE, *Compte rendu*, «Revue d'Histoire Ecclésiastique», t. VI (1905), pp. 58-62; P. BATIFFOL, *Compte rendu*, «Revue Biblique», t. XII (1903), p. 316 s.)

[37] Acerca de los tres primeros Santos Padres citados, véase lo dicho en el capítulo 1 de la segunda parte. San Jerónimo toca este punto en diversas ocasiones, empleando frases fuertes, hasta llamarlas «la peste de las agapetas» (v. gr., *Epist. 22 ad Eustoquium*, n. 14: PL 22, 402 s.; *Epist. 125 ad Rusticum*, PL 22, 1075).

plo. ¿Cómo podrá reprender o amonestar a los demás para que no habiten con mujeres y no caigan en pecado, como está escrito, quien después de haber despedido a una retiene todavía junto a sí a otras dos en la flor de la edad y de bello aspecto, y se hace acompañar de ellas adondequiera que va, y todo esto en medio de una vida muelle y regalada?... Nos vemos, pues, precisados a denunciarle como enemigo de Dios y rebelde y a constituir, no sin luz de la divina Providencia, en su lugar a otro, como obispo de la Iglesia católica [38].

Las condenaciones conciliares del siglo IV son cada vez más secas y apremiantes. Véanse las palabras de los obispos españoles reunidos el año 300 en Elvira: "Determinamos que ningún obispo o clérigo retenga junto a sí a una virgen extraña, como no sea a su hermana o a su propia hija consagrada a Dios" [39]. Todavía más concisas resultan las frases del Concilio de Ancira, catorce años más tarde, cuando declara: "Prohibimos que las vírgenes vivan con varones a modo de hermanas" [40]. Y por fin el primer concilio ecuménico reunido en Nicea dicta al orbe cristiano entero de Oriente y Occidente su canon tercero con estas palabras: "El gran sínodo prohibe en aboluto que ningún obispo, ni presbítero, ni diácono, ni miembro alguno del clero tenga junto a sí una mujer si no es su madre, hermana o tía o alguna de aquellas personas que escapan a toda sospecha" [41]. No cabía apelación para proseguir adelante por el camino del sineisactismo.

Sin embargo, las necesidades que aquella corruptela pretendía solucionar estaban en pie: precisión de mutuo apoyo en la áspera senda de la vida continente, defensa contra importunos ataques del exterior, ya provengan de la familia, ya de las antiguas amistades; reconfortamiento del alma en los momentos inevitables de tedio y postración, cultivo de la ciencia religiosa y encauzamiento de la vida espiritual.

Mientras se elevan las manos de las vírgenes implorando tales auxilios, se oye el crujir de las puertas claustrales, que se abren de par en par, ofreciendo en el programa de una vida común defensa colectiva y, en cuanto tal, poderosa para todas aquellas debilidades y facilitando en la vigilancia del propio obispo, o de otro pastor asceta nombrado al efecto, guía segura para los caminos del espíritu y luz indefectible para la instrucción en la ciencia de lo divino. San Ambrosio en Milán, San Sabino en Placencia, San Agustín en Hipona, San Atanasio en Alejandría, San Basilio en

[38] EUSEBIO, *Historia Ecclesiastica*, lib. VII, c. 30: PG 20, 713-716.
[39] Can. 27: MSCC, t. II, col. 10.
[40] Can. 19: MSCC, t. II, col. 520.
[41] Can. 3: MSCC, t. II, col. 669.

Cesarea, San Gregorio en Nacianzo, por no citar sino cumbres, extienden durante el siglo III y principios del IV sus respectivos palios episcopales sobre nuevas y nuevas fundaciones cenobíticas de vírgenes consagradas a Dios y no temen dedicarles una parte muy especial de sus solicitudes de padres. De este modo la vida común en los conventos vino a ofrecer a las esposas de Cristo la solución de problemas muy íntimos, y aun a veces angustiosos, surgidos en el ejercicio de la ascesis continente.

CAPÍTULO IV

LA CONSTRUCCIÓN DEL CENOBIO EN ORIENTE

Los círculos femeninos de ascetismo se hallaban bajo una verdadera confluencia de impulsos: las tendencias innatas a la vida de renuncia, el enfriamiento del medio ambiente, la necesidad de mutuo apoyo, empujaban en el siglo IV a las vírgenes de Cristo hacia la vida en común.

Sólo faltaba un excitante externo que pusiera en movimiento aquellos impulsos latentes y una acción sistematizadora, que los encauzase hasta formar instituciones organizadas y vigorosas. De lo primero se encargó la fuerza avasalladora del anacoretismo egipcio, que a manera de una explosión puso con sus fuegos en actividad a todos los círculos ascéticos; lo segundo corrió a cargo de aquellos caudillos de la espiritualidad, tan grandes por su prestigio doctrinal como por sus virtudes privadas, que acertaron a crear en el intervalo de un solo siglo verdaderas concentraciones cenobíticas: Pacomio, Basilio, Crisóstomo, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Benito y sus imitadores, arquitectos geniales de los primitivos claustros.

Tiene importancia muy secundaria el precisar si fué un anacoreta, es decir, un solitario de vida aislada, o un cenobita, como se llama al asceta que comparte con otros su vida común, quien se adelantó a llevar a la práctica sus propios ideales de santificación [1]. Refiere San Atanasio que cuando San Antonio, el fundador de los solitarios del yermo egipcio, decidió entregarse al ascetismo del desierto, co-

---

[1] Es evidente que ambas formas de monaquismo surgieron por evolución espontánea del ascetismo cristiano tal cual venía desarrollándose desde la promulgación del Evangelio (cf. F. MARTÍNEZ, *L'ascétisme chrétien*, pp. 198-200); y es también evidente que antes de comenzar las grandes corrientes monacales se dieron casos aislados en uno u otro sentido, sin que pueda la historia precisar siempre su número y carácter. En el siglo III, bajo el influjo del hereje Hieracas, debieron ya de existir, según indicaciones de SAN EPIFANIO, comunidades de ascetas varones, vírgenes y viudas (*Adversus haereses*, t. II, haeresis 67 : PG 42, 172-184 ; cf. BARDENHEWER, *Hieracas* en «Kirchenlexikon», t. V, col. 2005). Recuérdese lo dicho acerca de casos aislados de vida común que pudieron muy bien darse bastantes años antes, en tiempo de San Cipriano (p. 3.ª, c. 4, nota 9). Por otra parte, refiere EUSEBIO en su *Historia Eclesiástica* (lib. VI, c. 9 s. : PG 20, 537-541) que Narciso, obispo de Jerusalén a principios del mismo siglo III (por tanto, con anterioridad a Pablo de Tebas y Antonio el Anacoreta), se había retirado durante varios años al desierto para vivir en penitencia y soledad.

locó a su hermana menor en "una casa de vírgenes" [2]. Por el momento no nos interesan los casos aislados que pudieron darse en uno u otro género de monaquismo. Es de más trascendencia observar el origen de las corrientes en cuanto tales. Bajo este aspecto la expansión anacoreta precedió a la cenobítica, aun cuando no fuera análogo el modo de trasvasarse las aguas de una a otra en Oriente y en Occidente.

En las regiones imperiales del este, sobre todo en Egipto, fueron anacoretas quienes estrenaron los yermos. Por una evolución espontánea se llegó a la vida común a través de una triple etapa, cuyos símbolos fueron San Pablo el Eremita, zahorí de desiertos y fugitivo empedernido del trato con los hombres; San Antonio, el patriarca de los solitarios penitentes, a quienes une, sin embargo, la melodía semanal de la liturgia y la dirección ascética del monje experimentado; y, finalmente, San Pacomio, el creador de los enjambres monásticos, cuya oración, penitencias y actividades se entretejen en la malla de la vida común. Del mismo modo, en su irradiación hacia Siria y el Asia Menor, el fervor ascético llevó siempre a la vanguardia de sus conquistas la enseña del anacoretismo, aun cuando dejase, al punto, campo abierto a las construcciones de los cenobitas.

Por el contrario, en el Oeste cristiano, las avanzadas de la vida monástica se agruparon desde un principio en cenobios de vida común. En el mundo latino, la vida anacoreta tuvo siempre carácter más esporádico y raigambre más débil. Eso sí, puede decirse que todos los iniciadores de la vida cenobítica, tanto en Oriente como en Occidente, habían practicado durante más o menos años la vida ascética del solitario, y casi todos conocían personalmente los desiertos egipcios [3].

---

[2] « Ἐις παρθενῶνα ἀνατρέφεσθαι » (*Vita Sancti Antonii*, c. 3 : PG 26, 844). Ya se deja entender cuán difícil es precisar el carácter de esa mansión virginal, que hacia el año 270 admitía dentro de sus muros niñas menores de edad para su educación. Al emplear esta palabra San Atanasio, ¿no transfería inconscientemente al siglo III un concepto del siglo IV? En todo caso es menester atender a la vaguedad de significado que durante mucho tiempo revistió tal vocablo. (Cf. Du Cange, *Glossarium ad scriptores mediae et infimae graecitatis*, Lugduni 1688, t. I, col. 1120 s.)

[3] Es un dato significativo para el estudio genético de la vida común en los monasterios. No es ocasión para detenernos en este punto. Baste recordar que no sólo Pacomio hizo vida de anacoreta antes de sus creaciones cenobíticas, sino que en Occidente San Jerónimo sufrió las asperezas de los desiertos de Calcis y se asomó a los yermos de Nitria ; Rufino permaneció hasta seis años en Alejandría después de haber admirado con sus propios ojos a los solitarios de Esceta y sus alrededores. A las lauras de Egipto acudieron Santa Melania y Santa Paula antes de emprender sus respectivas funda-

1. Desde Egipto a Mesopotamia

122. Principios y expansión del eremitismo en Oriente.—123. Las vírgenes anacoretas: Sinclética, Domnina, Marana y Cira.—124. Pecadoras penitentes en la soledad: Tais, María Egipcíaca, Pelagia.—125. Las fundaciones virginales de San Pacomio.—126. El monasterio femenino de Schenudi.—127. Expansión fuera de Egipto

Principios y expansión del eremitismo en Oriente

122. La primera institución de vida común entre las vírgenes con carácter permanente y constitucional, digámoslo así, fué, como era de esperar, en las riberas del Nilo y bajo el influjo de San Pacomio. Cuando el año 314 se presentó San Pacomio en el desierto, se encontró situado en uno de los escenarios más interesantes del heroísmo religioso. Las colinas que bordeaban el Nilo, los yermos que tras ellas se ocultaban y los valles salitrosos que en su fondo se abrían estaban materialmente sembrados de solitarios.

De admitir como buenos, en lo substancial, los datos generales de San Jerónimo [4], por aquel entonces cumplía San

---

ciones; Casiano pasó siete años en la Tebaida como preparación para sus creaciones monacales de Marsella. Aun en los siglos posteriores, casi todos los grandes fundadores de órdenes religiosas, desde un San Benito hasta un San Ignacio, han encontrado una cueva en Subiaco o una gruta en Manresa, que sirvieran de atrio a sus creaciones de vida común.

[4] Mucho se ha escrito sobre la autenticidad y valor histórico de la *Vita Sancti Pauli primi Eremitae*, compuesta por SAN JERÓNIMO durante su permanencia en el desierto de Calcis (PL, t. XXIII, 17-28). No hay duda que el opúsculo tuvo un gran éxito en la antigüedad, puesto que se han conservado traducciones suyas en griego, siríaco y copto. Sin embargo, se ha llegado aun a negar la existencia misma de Pablo de Tebas, apoyándose en ciertos caracteres legendarios de la narración jeronimiana y en el silencio de otros autores de aquel tiempo: Atanasio, Rufino, Paladio. Tal dictamen es, sin duda, una exageración de crítica superficial. El testimonio auténtico de los presbíteros Marcelino y Paulino en su escrito de 383-384, dirigido a los emperadores, atestigua la memoria de Pablo en Oxirinco. El mismo San Jerónimo inculca la realidad del eremita tebano contra los que por ignorancia la negaban ya en su tiempo (cf. *Vita Hilarionis*, prol.: PL 23, 29); en diversos pasajes apela a documentos o tradiciones existentes, trata de establecer su cronología y se refiere a la vida real del asceta en su correspondencia privada. (Cf. H. DELEHAYE, *La personalité historique de S. Paul de Thébes*, en «Analecta Bollandiana», t. XLIV [1926], pp. 64-69.) No obstante las observaciones hechas por el P. CAVALLERA en algún punto concreto (*Paul de Thébes et Paul d'Oxyrhynque*, en «Revue d'Ascétique

Pablo, el primero de los anacoretas egipcios de nombre conocido, sus sesenta años de soledad eremítica—aun le restaban cerca de treinta más—encerrado en una angosta cueva de los montes tebanos, a la que daba luz una abertura en lo alto formada por las mismas piedras, y en la que una palmera y un arroyo próximos saciaban sus cortas necesidades de vestido, alimento y bebida. Un tal género de existencia no se compadecía con la creación de núcleos monásticos aun dentro de las líneas del anacoretismo; de ahí que su paso por la tierra tuviera más bien el carácter de un símbolo, sin otra relación humana que la visita, tan poética como incierta, al menos en sus detalles, de San Antonio, epilogada con la supuesta exclamación de este último al tornar a su retiro: "¡Ay de mí, pecador, que falsamente llevo el nombre de monje! ¡Hoy he visto a un verdadero monje!" [5].

Pero es cierto, en todo caso, que Antonio, el verdadero fundador del anacoretismo, llevaba por este mismo tiempo más de cuarenta años de penitencia y maceración [6]. Inicia-

---

et Mystique», t. VII [1926], pp. 302-305), los Bolandos mantienen incólume la tesis del P. DELEHAYE. (Cf. *Martyrologium Romanum*, Propylaeum AASS decembris, die 10 ianuarii, n. 5, p. 14). En pie la existencia histórica del protagonista, son, sin embargo, poco seguros muchos de sus rasgos biográficos, ya que San Jerónimo inspiró su estilo en el corte de la novela helénica. Esta circunstancia y cierto exceso de credulidad un poco precipitada dieron origen a las escenas del hipocentauro, del sátiro o de los leones cavando la sepultura del santo. Hay otras, sin embargo, que acreditan un fondo histórico innegable. Pueden verse las notas e introducción puesta a la traducción francesa por P. LABRIOLLE, *La vie de S. Paul de Thébes et d'Hilarion*, Col. Science et Religion (París 1907).

[5] La entrevista de Pablo de Tebas y Antonio el Anacoreta tiene como fuente primera la Vida escrita por San Jerónimo. Es una de las descripciones mejor logradas por la pluma del escritor dálmata. Difícil será probar ni su historicidad ni su ficción faltando datos para ello; cierto fondo histórico, sin embargo, parece comprobarse por las relaciones de ambos eremitas, a que hace alusión el mismo JERÓNIMO en su complemento al *Eusebii Chronicorum* lib. II, anno 361 (PL 27, 503).

[6] La personalidad de San Antonio sigue fundándose con plena solidez sobre el escrito compuesto por SAN ATANASIO entre el 356 y 362, durante su permanencia en el desierto (*Vita Sancti Antonii*, PG 26, 837-897). Los centuriadores de Magdeburgo, en el siglo XVI, quisieron poner en duda la autenticidad de tan precioso documento; pero fué defendida eficazmente por los Bolandistas (AASS, mense maio, t. II, p. 115 s.) y por el maurino Montfaucon en su *Monitum* preliminar (PG 26, 825-834), sin que volviese a ser de nuevo impugnada hasta el siglo XIX. Quiso entonces * WEINGARTEN resucitar la disputa en su estudio sobre *Der Ursprung des Mönchtums in nachconstantinischen Zeitalter*, «Zeitschrift für Kirchengeschichte», t. I (1876), pp. 1-35, 545-574. Pero el artículo de GASS en el tomo siguiente de la misma revista, así como los trabajos de * HILGENFELD, * KEIM, * HASE, MAYER, BERLIERE y otros muchos eruditos, algunos de ellos bien poco sospechosos de parcialidad, dejaron zanjada para

das sus austeridades a la entrada misma de su ciudad natal, al sur de Menfis, y continuadas durante quince años en un antiguo sepulcro abandonado en aquella misma región, se había decidido por fin a atravesar el Nilo en busca de mayor soledad, refugiándose en Pispir, donde las ruinas de un castillo poblado de reptiles, que huyeron a su presencia, le ofrecieron habitación; un manantial que allí mismo brotaba le proporcionó bebida, y piadosos amigos le llevaban cada seis meses la necesaria provisión de pan, que le arrojaban por encima de los muros de su impenetrable recinto. Veinte años resistieron a toda tentativa externa de coloquio las piedras con que el mismo había cerrado la puerta de su castillo, al cabo de los cuales tuvieron que ceder ante las importunaciones de los numerosos monjes que, a ejemplo de Antonio, habían poblado las colinas del contorno, y que buscaban sus consejos.

Cuando Pacomio decidió instalarse en el desierto tebano, no pudo ya visitar al primer patriarca de los anacoretas, que escondía su vida de maceraciones en las proximidades del mar Rojo. Habían pasado ya ocho años desde que Antonio interrumpiera bruscamente un buen día su retiro para descender a Alejandría, ensangrentada con las crueldades de Maximino, a fin de confortar a los confesores de Cristo y hacerse partícipe de sus combates. Le acompañaban en aquella ocasión muchos de los monjes sus vecinos [7]; pero el tirano no se dignó ensayar en sus carnes los instrumentos de tortura, y, llenos de nostalgias de cielo, nuevamente acrecentadas, tornaron a su yermo. Desde allí Antonio, ansioso de mayor soledad, se dirigió, en compañía de una caravana de beduínos, a la lejana colina de Quolzum, junto al mar Rojo. Un monasterio copto erigido en Deir-el-Arâb habría

siempre la cuestión a favor de la autenticidad. Puede verse bibliografía abundante acerca de este punto en H. Leclercq, *Cénobitisme*, DAC t. II, col. 3085 s., nota 2.ª El valor histórico de la obra en sus líneas esenciales está fuera de toda duda. Cierto que San Atanasio tuvo un fin panegirista y que se amoldó a los cuadros de los procedimientos biográficos alejandrinos al proponer las ideas ascéticas del santo en largas exhortaciones o en disputas polémicas con los filósofos griegos; pero eso no obsta a la realidad de los datos históricos, engarzados en una línea cronológica bien definida. La obra provocó gran entusiasmo. Bien pronto se hizo una versión latina, y desde luego antes del 379 circulaba una segunda traducción hecha por Evagrio de Antioquía. Por testimonio de San Agustín sabemos que al menos el año 384 era leída en la corte de Tréveris. (Cf. *Confessiones*, lib. VIII, c. 6, n. 15: CSEL, vol. XXXIII, p. 182.) Se conocen asimismo traducciones siríacas, árabes y armenias.

[7] La escena de su actuación en Alejandría es muy interesante, por los detalles que en ella se revelan respecto al espíritu de los monjes, a su número, apreciable ya entre la multitud; al uso de un hábito distintivo que se destaca como tal, etc., etc. (*Vita Sancti Antonii*, c. 46: PG 26, 909-911).

de señalar el sitio en que San Antonio selló con la muerte su última penitencia, a los ciento cinco años de edad [8].

Su espíritu había quedado, sin embargo, flotando sobre las montañas que desde los alrededores de Pispir se asoman al Nilo. No se trataba de comunidades ligadas por un vínculo externo. El único lazo invisible que unía a todos aquellos innumerables solitarios sembrados al azar entre los surcos de los yermos egipcios, eran las enseñanzas y los ejemplos recibidos de su padre Antonio, la participación de unos mismos ideales y la semejanza de sus actividades, repartidas entre la oración, el canto de los salmos, la penitencia y el trabajo manual [9].

A la gran escuela de Antonio habían de venir a inspirarse todos los grandes directivos del monaquismo. A sus enseñanzas apelaría el otro gran padre del desierto, el abad Ammón, quien después de vivir dieciocho años con su mujer en matrimonio virginal, a los cuarenta de su edad y cuando todavía restaban a Antonio otros treinta de su larga vida [10], se internaría en los valles desoladores de Nitria, al oeste de El Cairo, esterilidad y salitre, arrastrando tras sí, antes de finalizar el siglo IV, a unos cinco mil anacoretas, repartidos en cincuenta colonias, según los datos siempre optimistas de Rufino y Paladio [11]. Cada monje habitaba su propia celda, aislado de los demás y sin otra ligadura de vida común que las reuniones de sábados y domingos, cuando todos concurrían a las iglesias, que se elevaban en los puntos centrales de los valles. Allí el más anciano de los ocho presbíteros, que compartían las peniten-

[8] Cf. Evetts, *The Churches and monasteries of Egipt attributed to Abu-Sâlih the armenien* (Oxford 1895). La fecha de su muerte es consignada por San Jerónimo en el año 361. (Cf. *Eusebii Chronicorum* lib. II, anno 361, PL 27, 503.) Sin embargo, la mayoría de los autores modernos la fijan en 356. (Cf. P. Labriolle, *Les debuts du monachisme*, en la obra *Histoire de l'Eglise*, dirigida por Fliche-Martin, t. III, p. 3.ª, c. 1, p. 330.) De igual modo habla J. David, *Antoine*, DHE, t. III, col 730. Para la cronología del monaquismo naciente puede verse el interesante cuadro sinóptico propuesto por P. Labriolle en la obra últimamente citada, t. III, pp. 321-327.

[9] San Antonio no dejó escrita ninguna regla para los monjes sus imitadores. *La Regla y preceptos de nuestro Padre San Antonio escritos a petición de sus hijos habitantes en el monasterio de Nakalon* (PG 40, 1065-1080) constituyen más bien una colección de consejos y sentencias que circulaban entre los monjes, y que tuvieron su origen, parte tal vez en dichos y máximas del santo, parte sobre todo en las exhortaciones del monje Isaías († 488).

[10] La fuente histórica principal para la vida de Ammón y de su esposa es Paladio, *Historia Lausiaca*, c. 8 : TS, t. VI, II, pp. 26-29. Véanse las notas introductorias y aclaratorias del editor C. Butler, ibid., I, pp. 35-38, y II, pp. 187-190.

[11] Rufino, *Historia monachorum*, c. 21 : PL 21, 443 s. ; Paladio, *Historia Lausiaca*, c. 7 : PG 34, 1020; cf. TS, t. VI, appendix I, pp. 270-274, y II, p. 24 s.

cias de los solitarios celebraba el santo sacrificio, asistido por los otros siete.

Muy cerca de estas soledades se extendían las de Esceta, pobladas por los discípulos de Macario el egipcio, unido con lazos de amistad a los Padres Antonio y Ammón y que en sus años de vida solitaria había de ir legando ejemplos y apotegmas ascéticos, guardados como verdaderas joyas por el antiguo monaquismo. A poca distancia se hallaba el desierto llamado de las *Celdas,* que había de ostentar figuras tan preeminentes como la de Macario el Alejandrino y la de Evagrio el Póntico, dos de los primeros maestros de la disciplina anacoreta, junto a los cuales estaría durante nueve años Paladio, el gran historiador del monaquismo egipcio [12]. Por lo que hace al Egipto, apenas había de quedar valle, colina o desierto en las proximidades del Nilo adonde no llegase algún discípulo de Antonio para establecer un nuevo enjambre de anacoretas.

Al llegar Pacomio a la vida solitaria, los anacoretas habían roto las barreras de Egipto; así pudo muy bien oír hablar de Hilarión, el monje palestinense, que, después de haberse ejercitado junto a San Antonio, se había internado hacía ya siete años en los desiertos arenosos de Majumas, cerca de Gaza, en cuyo derredor empezaron a levantar multitud de chozas discípulos venidos de todas partes para imitar su vida. Hasta en los desiertos de Fenicia, no obstante su reducida población cristiana, se citaban nombres de anacoretas formados por la palabra de Antonio, como los solitarios Cronio y Santiago el Cojo [13]. Más tar-

---

[12] Los dos Macarios, ambos sacerdotes, cuyas vidas se han confundido con frecuencia, gozaron de gran celebridad en el mundo monástico: el primero († 391), por las homilías, cartas espirituales y apotegmas que durante tantos siglos y con tanta difusión llevaron falsamente su nombre (PG 34); el segundo († 408), por su emulación ascética, que no le permitía oír hablar de una penitencia o austeridad sin abrazarse al punto con ella en un grado más intenso. (Cf. PALADIO, *Historia Lausiaca,* c. 19 s.: PG 34, 1043-1065). Evagrio († 399) tiene una personalidad literaria más histórica por sus escritos de carácter netamente origenista.

[13] La vida de San Hilarión fué escrita por San Jerónimo hacia el año 391. También en este punto * W. Israel y * H. Weingarten levantaron sus voces contra la historicidad del anacoreta palestinense, pero no encontraron eco. La existencia real de San Hilarión está fuera de toda duda. Parece ser que en la antigüedad existió una carta que le dirigió San Epifanio. En toda caso, SOZOMENOS habla de él con detalles independientes de la narración jeronimiana *(Historia Ecclesiastica,* lib. V, cc. 10 y 15, y lib. VI, c. 32: PG 67, 1241-1245, 1260, 1389-1392). Hay, sin duda, en San Jerónimo ciertos rasgos legendarios, pero que no logran obscurecer la figura substancial del santo palestinense. De otros monjes renombrados en este mismo país habla SOZOMENOS, *Historia Ecclesiastica,* lib. VI, c. 32: PG 67, 1389-1392. Sobre Cronio y Santiago tenemos las referencias de PALADIO, *Historia*

de, con Epifanio, Marón, Afraates, Julián Sabas y otros insignes adalides del ascetismo, los yermos egipcios se ven reproducidos en Chipre, Siria, en los confines de Persia y Mesopotamia y hasta en el mismo Ponto [14]. Sus austeridades, especialmente en Siria, dejaron atrás el renombre de los desiertos egipcios, llegando en algunas ocasiones a la extravagancia. Había quienes se alimentaban sólo de hierbas como las ovejas, quienes se cargaban con enormes pesos, quienes se encadenaban a una roca para toda su vida o se instalaban sobre el capitel de una columna, para no descender sino después de muertos [15]. En Siria precisamente, en los desiertos de Calcis, es donde San Jerónimo templó sus armas ascéticas.

Las vírgenes anacoretas: Sinclética, Domnina, Marana y Cira

123. Los cuadros ascéticos de los varones en la línea del anacoretismo quedaban ya con esto organizados. Era natural que la religiosidad femenina se preocupase también de buscar posiciones, y así no faltaron desde un principio quienes, envidiosas de aquellas heroicidades, se internaran en los yermos, sea para defender, como Sinclética, su inocencia, sea para llorar, como Tais, sus caídas.

La vida de San Antonio se había elevado a modelo insustituíble para los monjes anacoretas. ¿No era obvio que la piedad femenina clamase por una imagen semejante, que fuese para las vírgenes egipcias símbolo y ejemplar? Un autor anónimo, tal vez del mismo siglo IV, a quien la posteridad había de cubrir ficticiamente con el manto literario de San Atanasio, presentó a los ojos de las esposas de Cristo el prototipo suspirado [16]. Hemos de conceder volun-

---

Lausiaca, ed. Butler, c. 47 : TS, t. VI, 2, p. 136 s. ; ed. Migne, c. 89 s. : PG 34, 1197.

[14] Acerca de la irradiación del monacato en estos países, y especialmente en Siria, estamos algún tanto informados por varias fuentes de la antigüedad. Véanse : SOZOMENOS, *Hist. Eccles.*, lib. III, c. 14, y lib. VI, cc. 32-34 : PG 67, 1068-84 y 1389-97 ; PALADIO, *Historia Lausiaca*, c. 102 : PG 34, 1209 ; y sobre todo TEODORETO, *Historia religiosa*, cc. 2, 8, 16, 21, 22, 24 : PG 82, 1306-24, 1368-78, 1417-20, 1432-63.

[15] Un rápido e interesante cuadro de conjunto de la expansión anacoreta en Oriente puede verse en L. DUCHESNE, *Histoire ancienne de l'Eglise*, t. II (1908), pp. 512-520 ; cf. también M. HEIMBUCHER, *Die Orden und Congregationen der katolischen Kirche* (1913), t. I, pp. 85-90.

[16] La atribución del escrito a San Atanasio se debe principalmente a la autoridad de NICÉFORO CALIXTO, *Historia Ecclesiastica*, lib. VIII, c. 40, a quien siguieron muchos otros ; sin embargo, tal paternidad

tariamente que la biografía no ofrece grandes derroches de originalidad y que los episodios anecdóticos de la misma están reducidos al mínimum necesario para encuadrar las exhortaciones ascéticas dirigidas a las vírgenes, que constituyen su objetivo primario [17].

Sinclética, oriunda de Macedonia, había respirado desde sus primeros años el ambiente cálido del cristianismo alejandrino, adonde se habían trasladado sus padres atraídos precisamente por la fama de la religiosidad egipcia. Si se aceptan los datos pseudoatanasianos, la joven alejandrina, después de haber despreciado ventajosas propuestas de boda, vendió, a la muerte de sus padres, todos los bienes y se retiró a un sepulcro abandonado no muy distante de la villa. Hizo llamar a un anciano sacerdote para que le cortase la cabellera, como símbolo de su desprendimiento del mundo, y desde aquel momento empezó a honrarse a sí misma con el título de virgen. Apartada así de todo trato humano, entregada a la oración y al ejercicio de las virtudes interiores, se limitaba a mantener la vida de su cuerpo dándole una pequeña cantidad de pan de salvado, escatimándole el agua y no concediéndole otro descanso que el del suelo desnudo.

La fama de su vida atrajo a sí, como no podía menos, un buen número de piadosas mujeres, deseosas de oír de sus labios palabras de instrucción religiosa. Negábase la santa en su humildad, una y otra vez, a satisfacer aquellos deseos. Nada más ingenuo en medio de su artificio que el diálogo con que el autor anónimo de la vida describe la lucha por arrancar a la virgen los tesoros de su doctrina. Sinclética en un principio no responde a aquellos ruegos sino con gemidos y abundantes lágrimas; más tarde se aventura a musitar el texto de los Proverbios (22, 22): *No hagas violencia al pobre, por lo mismo que es pobre;* luego se excusa con su condición de miserable pecadora, proclamando que no hay más que un maestro, Jesucristo, de quien todos deben beber la leche espiritual de las enseñanzas ascéticas.

---

es ya insostenible al presente. (Cf. *Martyrologium Romanum scholiis historicis instructum*, Propylaeum AASS decembris, Bruxelles 1940, die 5 ianuarii, n. 6, p. 8.) La redacción del escrito no puede ser posterior al siglo V, puesto que varios dichos de la protagonista encontraron un puesto de honor en los *Apophthegmata Patrum*. Un examen atento del texto no revela nada incompatible con las características del siglo IV. Pueden verse las atinadas observaciones comparativas con la *Vida de San Antonio*, así como las insinuaciones sobre la antigüedad de la obra hechas por L. DE TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles*, t. VIII, pp. 229-231, 710-711.

[17] Es necesario advertir que lo ficticio de algunos detalles del escrito no implica la no existencia de la Santa. El Martirologio romano celebra su fiesta el 5 de enero.

hasta que al fin cede a las importunidades de sus interlocutoras, exponiendo en largas exhortaciones la doctrina sobre las virtudes de la perfección cristiana. Años más tarde, muchos de aquellos consejos quedarían incorporados a las *Sentencias de los Padres del desierto* [18].

A los ataques diabólicos sufridos por Antonio en la soledad responden también en Sinclética horribles padecimientos infligidos por las potestades infernales. La imagen de Job acude a la pluma del autor. Ochenta años de vida contaba ya la virgen cuando el demonio pidió al Señor permiso para atormentarla con una enfermedad pulmonar, que minase lentamente sus fuerzas durante tres años. Rabioso por el ánimo esforzado de la santa, el espíritu impuro se vengó en ella con un nuevo mal, que fué corroyéndole poco a poco todo el rostro, privándole de la vista, impidiéndole el habla, torturándola con indecibles dolores y convirtiendo todo su cuerpo en un foco de hedor insoportable. Las piadosas vírgenes que le asistían sólo podían acercarse a ella provistas de ungüentos olorosos.

Entre tantos sufrimientos, la esposa de Cristo se oponía tenazmente a que se le aplicase remedio alguno. Como las vírgenes que la cuidaban, escribe el biógrafo, llamasen a ciertos médicos para saber si podría abrigarse esperanza de curación, ella se opuso con todas sus fuerzas, exclamando: "¿Por qué queréis apartarme la corona de un tan glorioso combate? ¿Para qué revolver las cáscaras y despreciar el fruto interior? ¿A qué viene el acongojaros tanto por el mal que me atormenta y no reparar en quién es el que lo permite?" "No es nuestra intención—le replica el médico—emplear medicamentos que sanen o alivien tu enfermedad, sino más bien embalsamar, según costumbre, para la sepultura las partes muertas y corrompidas de tu cuerpo, impidiendo así que sean presa de la misma corrupción las vírgenes aquí presentes. Haré únicamente lo que suele hacerse con los cadáveres: aplicar a las partes dañadas un poco de óleo con mirra y mirto macerado en vino". Compadecida de las molestias ocasionadas por su enfermedad a las compañeras que le asistían, accedió al fin a usar aquella medicina, que mitigase algún tanto su repugnante hedor [19]. A los pocos meses de un martirio tan doloroso, privada del sueño y sin posibilidad de tomar alimento, pero recreada con celestes visio-

---

[18] Cf. *Apophthegmata Patrum*, PG 65, 421-428. Acerca de este influjo posterior y de sus relaciones con otras doctrinas véase I. HAUSHERR, *De doctrina spirituali christianorum orientalium*, I, § 3, en «Orientalia Christiana», t. XXX (1933), pp. 173-175.

[19] *Vita Sanctae Syncleticae*, c. 13, n. 100. La vida puede verse reproducida en AASS, mense ianuario, t. I, pp. 242-257.

nes, volaba al paraíso a recibir el galardón con tanto trabajo conquistado. A su muerte dejaba un buen núcleo de vírgenes herederas de su espíritu.

La vida de Sinclética fué alimento espiritual muy apreciado por las vírgenes del Oriente, que vaciaron en aquellos moldes muchos de sus ideales. Nada diremos de su doctrina, ya que es notorio que muchos de sus principios ascéticos sobre la castidad, la pobreza y el amor fraterno; sus normas contra el orgullo, la ira y la murmuración, o sus avisos para superar las asechanzas del demonio y los incentivos del mundo, fueron con frecuencia plagiados en escritos posteriores.

Símbolo de ideal para las vírgenes contemporáneas, aquella biografía ha pasado a ser símbolo de historia para nosotros. Son los primeros pasos, aún vacilantes, de la mujer asceta hacia el desierto. Bajo la tensión propia del anacoretismo, nos muestra, sin embargo, el gesto de moderación que había de conservar de ordinario la ascética femenina, como un imperativo de su misma condición natural y un medio preventivo de propia defensa [20]. Aun en su avance hacia Siria, la patria de los extremismos, las esposas de Cristo lograrían conservar ciertos perfiles de prudente reserva. A este propósito son iluminadores los relatos de Teodoreto de Ciro.

En su *Historia religiosa* nos recuerda haber tratado con la virgen Domnina [21]. Dotada con abundantes bienes materiales, pero inflamada con deseos más ardientes de perfección, construyó en la huerta de su casa paterna un tugurio cubierto de simple panizo, donde se entregó a la penitencia, hasta el punto de no tomar como alimento sino unas lentejas humedecidas en agua, que le bastaban para mantener sobre sus huesos un pellejo flácido que a modo de ligera membrana los cubría.

La sequedad de su cuerpo contrastaba con el jugo de su espíritu, tan lleno de amor de Dios y devoción sensible, que su llanto, después de correr por sus mejillas, humedecía su túnica de duro esparto, y, según testimonio del Obispo de Ciro, al posar la santa virgen sus labios sobre las manos del Prelado para besarlas, las dejaba tan impregnadas con sus lágrimas, que las gotas corrían por los dedos hasta el suelo. Jamás se la vió fijar sus ojos sobre el rostro de nadie ni ofreció el suyo a las miradas curiosas de los otros, presentando siempre su faz cubierta y encorvada hasta las rodillas.

---

[20] Entre los avisos ascéticos de Santa Sinclética se halla uno expresamente dirigido a moderar la austeridad con la prudencia. (Cf. *Vita Sanctae Syncleticae*, c. 13: AASS. t. cit., p. 255.)

[21] *Religiosa Historia seu ascetica vivendi ratio*, c. 30: PG 82, 1492 s.

Nada de esto le impedía, sin embargo, mantener atenta su caridad para con las necesidades de los demás, fueran siervos de Dios, fueran peregrinos indigentes, a quienes socorría gracias a los bienes que para este fin y para el servicio del templo habían puesto a disposición su madre y sus hermanos.

Interesante capítulo de hagiografía, en que se pone de manifiesto la lucha sostenida por la virginidad entre las voces del anacoretismo y las de la prudencia. Las vírgenes siguen ansiando el retiro del desierto, pero comprenden lo resbaladizo de sus arenas para la pureza femenina. Era una solución traer la celda solitaria a un predio paterno, amalgamando en esta forma el apartamiento del anacoreta con la protección de la familia y la urbe.

Un paso más de aproximación hacia los extremismos de los ascetas sirios nos ofrecen las vírgenes Marana y Cira, cuya fama alcanzó mayor popularidad gracias a los synaxarios griegos y a la inserción de sus nombres en el Martirologio romano por obra del cardenal Baronio [22]. Naturales de Berea y oriundas de noble linaje, abandonaron la casa paterna y se retiraron a un lugar no lejos de la ciudad, cercado por fuertes paredones, cuya puerta tapiaron con piedras y adobes para cortar toda posibilidad de comunicación con el exterior. Sin techo ni defensa alguna contra el sol, las lluvias o las nieves, únicamente confortadas por la contemplación de su divino Esposo, llevaban ya cuarenta y dos años sufriendo las inclemencias del invierno y el verano, cuando las conoció el obispo Teodoreto, cronista de sus virtudes.

Cubrían ambas vírgenes su túnica con un largo manto, que descendía por detrás hasta los talones y por delante se prolongaba hasta la cintura, ocultándoles el rostro, el pecho y los brazos. Tanto era el peso de los hierros y cadenas con que cargaban sus cuellos, cinturas, brazos y pies, que especialmente Cira, de complexión más débil, se hallaba encorvada hasta tocar el suelo, sin posibilidad de erguir el cuerpo. Un pequeño ventanillo practicado en el muro les permitía recibir la comida del exterior y facilitaba a Marana hablar con quienes venían a visitarlas en el tiempo de Pentecostés, única época del año en que accedían a ello. En

[22] Cf. *Martyrologium Romanum*, Propylaeum AASS decembris, die 3 augusti, n. 8, p. 321. La vida es relatada asimismo por TEODORETO, testigo ocular en su *Religiosa Historia*, c. 29 : PG 82, 1489-1492. Aun cuando dicho autor no les aplique expresamente el título de vírgenes, no hay duda de que las considera como tales por la manera de hablar de ellas como de esposas de Cristo : «Sic illas divinus erga Sponsum amor dementabat». Pueden verse a este propósito los fundados raciocinios de los Bolandistas, AASS, mense augusto, t. I, p. 225.

cuanto a Cira, aun en esos días observaba absoluto silencio.

Por tres veces sucesivas emularon el ayuno de Moisés, permaneciendo cuarenta días sin probar bocado, y otras tantas imitaron la abstinencia de Daniel a lo largo de tres semanas continuadas.

Entre los ardores de amor a su divino Esposo brotó en sus mentes el plan de peregrinar a Jerusalén. Era un camino de veinte jornadas a pie, que realizaron sin tomar alimento alguno hasta después de haber adorado en la Ciudad Santa las huellas del Salvador, retornando luego a su soledad por la misma vía y con igual ayuno, pero llenas de interno consuelo. Más tarde, seducidas por los recuerdos de la virgen Tecla, hicieron una segunda peregrinación al templo de la santa en Isauria, practicando la misma penitencia en su doble camino de ida y vuelta.

Han quedado en la sombra los últimos años de ambas vírgenes, que sobrevivieron a la historia monástica de Teodoreto, su devoto cronista. Este, por su parte, completa el cuadro de su anecdotario femenino con estas palabras: "Incalculables y casi infinitos, otros lugares podrían citarse, testigos de semejantes ejercicios ascéticos, no sólo en nuestra región, sino por todo el Oriente. Llena de tales vidas está Palestina, llenos el Egipto, el Asia, el Ponto y la Europa entera. Desde que Cristo nuestro Señor, naciendo de una virgen, quiso honrar la virginidad, empezó a producir la naturaleza humana prados de virtudes castas y a ofrecer al Creador flores perfumadas, que jamás se marchitan, sin hacer distinción entre varones y mujeres ni dividir en dos clases la ciencia de la santidad. La diferencia se limita a los cuerpos, no a las almas, pues *en Cristo Jesús, como dice el divino Apóstol, no hay varón ni mujer* (Gal. 3, 28). Una misma fe se ha concedido a ambos... Innumerables son, pues, como he dicho, las palestras de piedad donde se ejercitan tanto los varones como las mujeres, no sólo en nuestra tierra, sino en toda la Siria, en Palestina, en Cilicia y en Mesopotamia" [23].

Pecadoras penitentes en la soledad: Tais, María Egipcíaca, Pelagia

124. Con la mención de las dos últimas vírgenes citadas hemos llegado ya al corazón de la Siria y tal vez al límite ordinario de las austeridades femeninas, sin que, a pesar de sus ansias de heroísmo ascético, se hayan aventurado las

[23] *Religiosa Historia*, c. 30: PG 82, 1493-1496.

esposas de Cristo ni a internarse con exceso en los desiertos ni a asimilarse las originalidades, tal vez algo grotescas, de ciertos anacoretas sirios. Sin embargo, la leyenda puede en este caso completarnos la historia, con tal de que sepamos traducir sus relatos a la realidad. El hecho es que junto a estas y otras figuras de vírgenes, que fueron eslabonando el anacoretismo femenino a través del Oriente con ímpetus de oración y penitencia, pero con sobriedad en sus anecdotarios, vino a resaltar muy pronto otro tipo de ascetismo, más impetuoso en sus afanes, del que, sin embargo, podemos precisar muy poco por haberse anegado sus hazañas en la fantasía de la novela hagiográfica: tales fueron las mujeres pecadoras y penitentes.

El símbolo de todas ellas, a partir del siglo IV, fué la pecadora Tais. La fuente originaria de su vida hay que buscarla en una biografía escrita en griego, tal vez durante la misma centuria, por un autor desconocido, y que fué propagada en el mundo latino merced a una traducción de Dionisio el Exiguo [24]. Es muy verosímil que aquel siglo contase en sus fastos a una cortesana convertida con el nombre de Tais, de cuyo culto en el Oriente dan testimonio los meneas griegos [25]; y todavía es más explicable que a esa realidad histórica prestase la concepción religiosa del tiempo un relato impresionante, que ni Rufino, ni Paladio, ni Sozomenos parecen haber conocido.

Los detalles resultaban, sin duda, efectistas para conmover la piedad sencilla de los fieles. La presentación de aquella cortesana, cuya belleza había sido causa de tantas ruinas y rivalidades sangrientas. La entrada en su casa del abad Pafnucio [26] disfrazado de seglar, quien, a la invitación de Tais para penetrar en la cámara interior de ésta, responde pidiendo otro y otro lugar más y más ocultos para el pecado, a fin de no ser sorprendido. La ingenua declaración de la pecadora, que le asegura estar bien a salvo de las miradas de los hombres en aquel aposento, adonde sólo puede llegar la vista de Dios; frase que da pie al monje para ponderarle el reato de sus crímenes, clamando ven-

[24] La traducción de Dionisio el Exiguo se halla en PL 73, 661 s. Una buena colección de los textos conocidos fué ofrecida en su obra por F. Nau, *Histoire de Thais, publication des textes grecs inédits et de divers autres textes et versions*, «Annales de Musée Guimet», t. XXX (1903), pp. 51-112.

[25] Los meneas y menologios griegos que la celebran, así como otras conmemoraciones latinas, pueden verse en AASS, mense octobri, t. IV, p. 223 s.

[26] El nombre del monje a quien Tais debió su conversión no es siempre el mismo en todas las redacciones hagiográficas. Junto al más ordinario de Pafnucio aparecen también los de Serapión, Bessarion y algún otro de menor importancia.

ganza ante el Señor. La fulminante conversión de la pecadora, que amontona inmediatamente en la plaza pública todas sus riquezas, tan vilmente ganadas, para quemarlas delante del pueblo y ponerse al punto a disposición del anacoreta. La horrible penitencia impuesta por éste a la nueva convertida, que se vió encerrada en una estrechísima celda con la puerta tapiada y sin otra comunicación al exterior sino un ventanillo, por donde le proporcionaban un poco de pan y agua para su alimento. La humillante situación ascética de la penitente, a la que por su indignidad se le había prohibido pronunciar el nombre de Dios ni elevar sus brazos hacia el cielo en tono de súplica, debiéndose contentar con repetir, vuelta hacia el oriente, aquel grito de contrición: "Tú que me creaste, ten misericordia de mí". Toda esta vida prolongada, sin cambio ni mudanza a lo largo de tres años, coronada con la absolución de sus pecados tan sólo quince días antes de su muerte y, finalmente, iluminada con la visión del anacoreta Pablo acerca del tálamo refulgente de gloria reservado en el cielo para la humilde pecadora, no sólo había de constituir uno de los relatos de la *Leyenda Aurea,* de Jacobo de Vorágine, más saboreados en la Edad Media, sino que serviría de argumento para repetidas composiciones teatrales hasta los tiempos modernos [27].

A principios de siglo pasó de nuevo a primer término la figura de Tais, por virtud de una obra y unas conferencias del egiptólogo francés Alberto Gayet, quien pretendió identificar dos de las momias descubiertas en Antinoe con los restos mortales de Tais y del abad Serapión el Sindonita, supuesto evangelizador de la pecadora según ciertos textos [28]. Las momias quedaron expuestas a la curiosidad pública en los salones del Museo Guimet, de París. En una urna de ladrillos reposaba el cuerpo de una mujer, recubierta su túnica con los acostumbrados vendajes, y rodeado por una serie de objetos de indudable significación cristiana, como cestos de mimbres trenzados, un rosario de madera y marfil, una cruz egipcia, palmas y una rosa de Jericó. Sobre la sepultura se halló una inscripción que decía: ΕΚΟΙΜΗΘΗ ΜΑΚΑΡΙΑ ΘΑΙΑΣ ΘΕCCA..., traducida falsamente por Gayet: "Aquí descansa la bienaventurada Tais",

---

[27] La producción dramática acerca de Tais ha sido copiosa. Ya en el siglo XI, HROTSVITHA, la famosa monja benedictina de Gandersheim, escribía una comedia sobre este argumento con el título de *Pafnucio,* que puede verse en PL 137, 1027-1046. Después las composiciones de esta clase se han sucedido numerosas, siendo coronadas con la célebre ópera *Thais,* debida a la inspiración de Massenet.

[28] A. GAYET, *Antinoë et les sépultures de Thais et Sérapion* (París 1902).

siendo así que su versión más probable debería ser: "Aquí descansa Macaria, hija de Tais", como muy bien anota Batiffol [29]. El epitafio denuncia una sepultura del siglo IV; los símbolos depositados en la tumba confiesan una fe cristiana; pero de ahí a descubrir los restos mortales de Tais... ¡qué derroche de imaginación y de ingenio! [30]

El Martirologio romano no incluyó jamás en sus fastos a la penitente egipcia, aun cuando esto no signifique que no existieran uno o aun varios casos, que pudieran prestar sus líneas substanciales al relato novelesco de Tais. Con todo, nada más útil para la historia del anacoretismo femenino que la falta de historicidad de esta leyenda, que, en caso de no contarnos una vida real, nos refiere la concepción, no menos real, del ascetismo penitente, tal cual aquel siglo se la había formado a base de ejemplos que acaso contemplara más de una vez.

Con figuras de mayor densidad histórica, aunque también profusamente adornadas por la fantasía novelesca, podríamos seguir la expansión de esta ascética femenina a través de la Siria y el Oriente, como antes lo hicimos tras las huellas de los monjes anacoretas. Será fácil partir de las regiones del Nilo hacia Palestina en compañía de Santa María Egipcíaca, cuya biografía fué redactada, según parece, por Sofronio de Jerusalén [31]. El monje Zósimo sale de su monasterio en busca de los desiertos que se extienden al otro lado del Jordán, para pasar en ellos la cuaresma en mayor soledad y penitencia, según la costumbre establecida. Un buen día, al terminar su rezo de sexta, ve internarse hacia lo más solitario del yermo una figura humana ennegrecida por los ardores del sol, cuyos cabellos le caían hasta los hombros. Advertido por una luz divina de que se halla ante un modelo superior de perfección, el asceta se lanza rápido en su seguimiento. La aparición misteriosa huye veloz, hasta que, confesando desde lejos su condición de mujer y su estado de desnudez por falta de

---

[29] P. Batiffol, *La légende de Sainte Thais*, en «Bulletin de Littérature Ecclésiastique» (1903), pp. 207-217.

[30] Puede verse la recensión del P. H. Delehaye a propósito del artículo de Battiffol en «Analecta Bollandiana», t. XXIV (1905), p. 400 s.

[31] No obstante la opinión contraria de los antiguos Bolandos, hoy parece que vuelve la crítica a restituir a San Sofronio dicho escrito. (Cf. *Martyrologium Romanum*, Propylaeum AASS decembris, die 2 aprilis, n. 7, p. 122; H. Delehaye, *Sanctus. Essai sur le culte des saints dans l'antiquité*, Bruxelles 1927, p. 228.) Los argumentos que se adujeron en contra pueden verse en AASS, mense aprili, t. I, p. 69, donde se hallará asimismo la vida de la santa en su versión latina (pp. 76-82) y en su texto griego (apéndice, pp. XIII-XXI). La edición de ambos textos la recogió Migne (PG 87, 3697-3726).

túnica, hecha andrajos con los años, consigue del monje que le arroje su manto para cubrirse.

La escena que se sigue es de un candor altamente representativo de las costumbres eremíticas de aquel siglo: "¿Qué pretendéis, Zósimo, dice la anciana anacoreta, al mostrar tal empeño en conocer a una miserable pecadora? ¿Qué es lo que intentas aprender de mí a costa de tantos trabajos tomados en mi seguimiento?" El, por su parte, postrado de rodillas, rogaba a la penitente se dignase bendecirle según costumbre; ella, profundamente inclinada, insistía para con él en semejante petición. Con esto se hallaban ambos postrados frente a frente, pidiendo mutuamente ser bendecidos, sin que de una parte ni de otra se oyese más palabra que "bendíceme". Como se prolongase aquella situación, dijo la mujer al monje: "A ti te toca bendecirme y orar por mí, padre Zósimo; a ti, investido de la dignidad sacerdotal, y que desde hace tanto tiempo sirves al santo altar y ofreces el don del sacrificio divino".

Al oír estas palabras, quedó el monje más y más admirado y tembló de pies a cabeza, cubriéndose de un sudor frío, como si estuviera en agonía; entre sollozos y gemidos, con el aliento entrecortado y el pecho palpitante, repuso: "Es evidente, madre mía en el espíritu, pues lo denuncian todos tus actos, que estás muy elevada en las vías de Dios y muerta al mundo. Luz de Dios recibida del cielo es, sin duda, el haberme llamado por mi nombre y haberme reconocido por presbítero a pesar de no haberme visto nunca. Puesto que la gracia responde, no a la dignidad, sino a los dones sobrenaturales, bendíceme, te ruego, y ora por mí, tan necesitado de tu intercesión". Cede al fin la devota mujer a las instancias del anciano y exclama: "Bendito sea Dios, que vela por el hombre y por su salvación"; a lo que Zósimo contesta: "Amén" [32].

Accediendo a nuevas importunidades del monje, la penitente le relata toda su vida. Era natural de Egipto. A los doce años había abandonado la casa paterna, y durante diecisiete se había entregado en Alejandría a la lujuria, no por afán de lucro, sino por el atractivo mismo del placer. Transcurrido este tiempo, vió pasar por la ciudad una muchedumbre de egipcios y libios que se dirigían a Jerusalén. Se acerca a ellos, pidiéndoles la admitan en su compañía, con intención de continuar sobre otras tierras su vida de libertinaje, como lo hace de hecho durante la travesía y en los primeros días de su vida hierosolimitana.

---

[32] San Sofronio, *Vita Mariae Aegyptiae*, c. 2, n. 13 s.: PG 87, 3708.

Llega al fin la festividad de la Santa Cruz, cuando los fieles afluyen en masa a venerar el santo madero. La pecadora egipcia pretende también entrar en el templo mezclada con la turba; pero, con pasmo al principio y con profundo terror después, siente que una, dos y hasta cuatro veces la detiene en la puerta una fuerza invisible. Comprende que es su vida escandalosa la que ha interpuesto la mano de Dios para impedirle profane con sus crímenes la santidad del templo. En un rincón del atrio llora, gime y se golpea el pecho la pobre pecadora entre exclamaciones de contrición y súplicas a la Madre del Crucificado. Después penetra ya sin dificultad en el santuario, adora la santa cruz y, amonestada por la Virgen María, se decide a sepultar sus restantes años de vida en los desiertos que se extienden al otro lado del Jordán. Aquella misma noche le sorprenden las tinieblas junto al monasterio de San Juan Bautista, a orillas del río sagrado. Allí recibe la santa Eucaristía, y a la mañana siguiente atraviesa las aguas del Jordán para empezar su nueva existencia.

Tres panes traídos de Jerusalén, las hierbas del campo y las raíces de la tierra le sirven de alimento durante los diecisiete primeros años de su entrega a Dios entre crueles maceraciones corporales y espantosos asaltos del demonio. Después, el tiempo restante de su vida hasta los cuarenta y siete que lleva ya en el desierto, no ha necesitado probar alimento alguno ni ha sentido necesidad de sustituir su antigua túnica, consumida por el uso y las inclemencias de las estaciones. Desde el día en que cruzó el Jordán no ha vuelto a contemplar persona viviente hasta el momento de su encuentro con el piadoso monje.

Terminada su narración, ruega a Zósimo la austera eremita que se digne acercarse al año siguiente a las orillas del Jordán, en la fiesta del Jueves Santo, a la hora en que Jesús repartió su cuerpo a sus discípulos, trayéndole a ella el misterio eucarístico, en cuyas ansias se consume. Así lo efectuó el monje, y la penitente, hecha la señal de la cruz, atravesó el río por encima de las aguas, viniendo a postrarse ante el presbítero para recibir los misterios eucarísticos. Un año más tarde, conforme a la petición que después de comulgar le hiciera la eremita, volvió el monje al lugar del primer encuentro. Allí sobre el suelo yacía el cadáver de la santa mujer y al lado un letrero que decía: "Entierra, padre Zósimo, en este lugar el cuerpo de la miserable María, devolviendo el polvo al polvo y rogando instantemente al Señor por mí, que fuí presa de la muerte aquella noche misma de la pasión del Señor, después de haber recibido el alimento divino y místico".

Deshecho en lágrimas y gemidos, pensaba el buen monje en la imposibilidad de cavar sin instrumentos la fosa necesaria, cuando de improviso apareció ante su vista un león de gran tamaño, que con sus garras abrió rápidamente en la tierra un hoyo de las dimensiones convenientes para recibir el santo cadáver.

La vida de Santa María Egipcíaca, en su redacción definitiva, es una creación literaria ciertamente bien lograda. Pero no vayamos demasiado lejos con la crítica, arrojando entre los cascotes de la leyenda su núcleo histórico real [33]. En el siglo VI, al atravesar el desierto transjordanio, Cirilo de Escitópolis tuvo ocasión de contemplar la tumba de la santa penitente, al mismo tiempo que oía al monje Juan la historia de la anacoreta María, una historia sencilla y sobria en postizos sobrenaturales y lentejuelas de escenario novelesco [34]. Aquella tumba medio abandonada en el yermo palestinense, recubierta algo más tarde con las narraciones de Cirilo de Escitópolis, guarnecida con los atavíos del relato de Juan Mosco en su *Prado Epiritual* [35] y, finalmente, transportada, no sin arte, al encuadre compuesto por San Jerónimo para la vida de San Pablo eremita, fué la que dió lugar a la leyenda de María Egipcíaca, tal cual la había de transmitir San Sofronio a los siglos posteriores [36]. Para nosotros, el interesante relato es un

---

[33] Tanto los Bolandos en general, como el P. Delehaye en particular, dan por cierta la existencia de una Santa María anacoreta, aun cuando su anecdotario sea novelesco. (Cf. Propylaeum AASS decembris, número y página citados ; H. Delehaye, *Sanctus*, p. 228.)

[34] Cirilo de Escitópolis, *Vita Sancti Cyriaci*, c. 3, nn. 17-20. Fué editada por los Bolandos, AASS, mense septembri, t. VIII, pp. 147-159 ; cf. p. 157. Es clara la imposibilidad de fijar una fecha cierta para la muerte de María Egipcíaca, como lo pretendieron los antiguos Bolandos al precisar la del año 421. Cirilo refiere la historia como oída de labios del monje Juan, que se da por testigo ocular, siendo así que el escritor de Escitópolis floreció a mediados del siglo VI. Por otra parte, el monasterio de San Juan Bautista tantas veces nombrado por San Sofronio se construyó bajo el imperio de Anastasio I, cuyo reinado tuvo su principio el año 491.

[35] C. 179 : PG 87, 3049.

[36] Parece claro que San Sofronio conoció esta triple fuente, a saber, los relatos de Cirilo de Escitópolis, de Juan Mosco y la vida de San Pablo escrita por San Jerónimo. Cuadros comparativos elocuentes en orden a demostrar esta dependencia ofrece en sus dos artículos F. Delmas, *Remarques sur la vie de Sainte Marie l'Egyptienne*, y *Encore Sainte Marie l'Egyptienne*, en «Echos d'Orient», t. IV (1900-1901), pp. 35-42, y t. V (1901-1902), pp. 15-17. La vida de Santa María Egipcíaca penetró tan profundamente en el folklore cristiano, que hubo todavía en el siglo X biografías, como la de Santa Teoctista de Paros, cuyo anecdotario se reducía a un plagio literal, sin más que cambiar ciertas circunstancias de colorido local. (Cf. H. Delehaye, *Sanctus*, pp. 221-226.)

nuevo sello autentizador de las concepciones anacoretas femeninas de aquella época.

Este ascetismo virginal o penitente siguió avanzando por Siria, de donde vino de nuevo a irradiar hacia Jerusalén, incorporado en otra gran protagonista de la hagiografía legendaria: nos referimos a Pelagia. Monumentos literarios y litúrgicos de antigüedad venerable atestiguan el culto de una santa de este nombre en la ciudad de Antioquía. Por encima de aquella existencia real se entrecruzaron más tarde diversas tradiciones y relatos, que vinieron a tomar cuerpo al fin en la narración del diácono Jacobo, fácilmente victoriosa sobre las demás por su viveza y colorido [37].

Mientras se celebra en Antioquía un sínodo convocado por el Obispo de aquella sede, atraviesa las calles de la ciudad, entre pomposo cortejo de siervos y esclavas, Pelagia, una de las bailarinas más famosas del Oriente. La riqueza de sus joyas, el esplendor de sus perlas y el brillo del oro que cubre todo su cuerpo le han conquistado el sobrenombre de Margarita. Cierto día después de una de las sesiones sinodales, Nonio, obispo de Heliópolis, en Siria, exhorta a los fieles, poniendo ante sus ojos los rigores del último juicio y la gloria de los premios celestes. Es el momento en que acierta a entrar en la iglesia la pecadora Pelagia. Las palabras del santo Obispo penetran en su alma. La angustia de su espíritu no consiente dilaciones: busca inmediatamente a Nonio y delante de los demás prelados allí reunidos confiesa su vida de pecado, pidiendo con lágrimas el bautismo. Admirado de tal fe y contrición, el Obispo de Heliópolis procede a administrarle el bautismo, a confirmarla con el crisma santo y a otorgarle el cuerpo de Cristo, dispensándola de las garantías exigidas de ordinario a las pecadoras públicas.

[37] Diversos monumentos de gran autoridad atestiguan el culto de una Santa Pelagia, a la cual, según los Bolandos, se le acomodaron diversas narraciones. (Cf. *Martirologium Romanum*, Propylaeum AASS decembris, die 8 octobris, n. 11, p. 442.) La historia de una Pelagia de quince años, que para salvar su virginidad ante los desmanes de la soldadesca se precipitó del tejado de su casa, es referida por San Ambrosio *(De virginibus*, l. III, c. 7, n. 33 : PL 16, 229) y por San Juan Crisóstomo *(Homilia encomiastica in S. Martyrem Pelagiam Antiochenam*, PG 50, 579-585). Los episodios de esta virgen poco pudieron contribuir a la leyenda que ahora conmemoramos. En cambio, nuestra biografía parece debe identificarse con otra completamente similar referida por San Juan Crisóstomo en una de sus homilías, aun cuando sin anotar el nombre de la protagonista ni aludir a que fuese objeto de culto *(In Mat.*, hom. 67, alias 68 : PG 58, 636 s.). Un curioso estudio sobre esta santa y las vicisitudes de su leyenda puede verse en H. Delehaye, *Les légendes hagiographiques* (Bruxelles 1905), pp. 222-233. Hasta por cuatro veces aparece el nombre de Pelagia en el Martirologio romano. Las actas de la Santa Penitente, escritas por el diácono Jacobo, fueron reproducidas y anotadas por los Bolandos en AASS, mense octobri, t. IV, pp. 261-268.

Romana, la primera de las diaconisas, toma bajo su protección de madre espiritual a la pobre bailarina para prodigarle el cariño de sus enseñanzas y amparo, sin suponer que en el alma de la conversa se oculta una voluntad de acero. Lucha Pelagia contra las sugestiones insidiosas del demonio, y, cortándose toda retirada posible, se desposee en favor de los pobres de todas sus galas y riquezas. Aun no clarea el día octavo de su bautismo, en que ha de quitarse la túnica blanca de las neófitas, cuando Pelagia, vistiéndose un hábito de monje, que disimule la condición de su sexo, se dirige a Jerusalén, y allí se encierra para siempre en una celdilla construída por sí misma sobre el monte Olivete.

Han pasado tres o cuatro años de aquella conversión ruidosa. Jacobo, el diácono de Nonio en Escitópolis, se prepara para visitar los Santos Lugares. "Pregunta en Jerusalén—le dice su Obispo—por el monje Pelagio, que tal vez pueda ayudarte con su doctrina". Así lo hace el diácono una vez llegado a la ciudad sagrada, y en todas partes oye alabanzas entusiastas del austero anacoreta, que, sepultado en su celda, sin otra comunicación con el exterior que una ventanilla, consume sus días en éxtasis de cielo y torturas de carne. Se llega el peregrino a la celda con temor reverencial y pulsa en la madera de la claraboya; ésta se abre, y puede el diácono distinguir en el interior un rostro macilento en el que brillan dos ojos profundamente hundidos en sus fosas; él no reconoce aquella cara, aun cuando es por ella reconocido. "¿De dónde vienes, hermano?", dice la voz de dentro. "Vengo enviado por el obispo Nonio", responde el diácono. "Dile que ore por mí, puesto que es un varón santo", vuelven a responder del interior, al mismo tiempo que se cierra de nuevo el ventanillo. Un momento después se oye musitar las preces de tercia dentro del tugurio.

Ante las reiteradas alabanzas que en todas partes resuenan acerca del monje Pelagio, se decide el diácono de Escitópolis a intentar otra visita a la celda misteriosa, con la esperanza de éxito más halagüeño; pero esta vez no obtiene respuesta alguna, a pesar de repetir durante tres días sus llamadas. La inspiración de Dios le hace sospechar una desgracia; abre con decisión la puerta del ventanillo, y ¡cuál no sería su dolor al ver tendido en el suelo el cadáver del venerado anacoreta! Al rumor de aquel suceso acuden los monjes de todos los monasterios vecinos para amortajar el santo cuerpo, y entonces... descubren en el supuesto monje a la pecadora penitente de Antioquía. Confesemos que todos los perfiles del yermo aparecen en este modelo de ascética femenina.

Esta triple perla de la hagiografía legendaria de la an-

tigüedad permite completar el cuadro de la mujer asceta en su proceso evolutivo. La virginidad, según nos han mostrado las vírgenes Sinclética, Domnina, Marana y Cira, intentaba, a imitación de los varones, escabullirse del ambiente hogareño, más o menos contaminado con el vivir ligero de la ciudad; pero no le era tan fácil. Las condiciones de su sexo le impedían alejarse mucho de los cascos urbanos, y las características de su misma naturaleza la contenían de ordinario dentro de una ascética morigerada y prudente. Con todo, las ansias de emular las proezas de los monjes más extremosos seguían latiendo en el corazón femenino; y estos instintos del espíritu hechizado por la perfección suprema, que sin duda tuvieron más de una realización práctica en temperamentos más impulsivos, a raíz sobre todo de conversiones fulminantes, fueron los que vinieron a traducirse en los anecdotarios biográficos de una Tais, una María Egipcíaca o una Pelagia.

Las fundaciones virginales de San Pacomio

125. A pesar de esto, fácilmente se comprende que la vida anacoreta del desierto no era una situación acomodada a la generalidad de las vírgenes de Cristo; era menester, por lo que hace a los primeros tiempos, que cohibiesen sus ansias de imitar aquellas vidas sobrehumanas y adormeciesen sus sueños de mayor desprendimiento social hasta que las creaciones geniales de San Pacomio les abriesen las puertas del monaquismo.

Con Pacomio, en efecto, se inicia una nueva era en la práctica de la ascética cristiana. Joven, lleno de vida y radiante de gozo, retornaba el año 314, licenciado ya de la milicia, a su patria, enclavada en la alta Tebaida [38]. En su

---

[38] Las fuentes para la vida de San Pacomio son relativamente abundantes, y las controversias que han provocado, numerosas y eruditas. Hasta seis diversas redacciones de la vida de San Pacomio han sido hasta ahora descubiertas, transcritas, sin duda, o traducidas de las primitivas biografías orales que corrieron por los monasterios de lengua copta. Hay trazos que denotan una redacción, a lo sumo, posterior en solos veinte años a la muerte del protagonista. Fueron editadas por J. BOUSQUET y F. NAU, *Histoire de Saint Pachôme*, «Patrologia Orientalis sub directione Graffin et Nau», t. IV, 1908, pp. 409-511; y por FR. HALKIN, *Sancti Pachomii Vitae graecae*, «Subsidia Hagiographica», n. 19, Societé des Bollandistes, 1932. Además se conservan otros pequeños fragmentos referentes al santo, en especial una carta del obispo Ammón al patriarca de Alejandría, Teófilo, recogida ya en AASS, mense maio, addenda ad t. III, pp. 63-71. No deben tampoco olvidarse los dos interesantes capítulos, que le consagra PALADIO en su *Historia Lausiaca*, c. 32 s., «Texts and Stu-

mente bullían gratos recuerdos del pasado, y en especial de la caridad cristiana de que había sido objeto su ejército al atravesar la ciudad de Esneh. Se hizo bautizar y decidió consagrarse a su Dios en vida de abnegación y de beneficencia [39].

Los muros ruinosos de un antiguo templo de Serapis le ofrecieron albergue, protegiéndole malamente, cual harapos mugrientos, de las inclemencias del tiempo. Algunas matas de legumbres, que él mismo cultivaba en una pequeña parcela de terreno, y el fruto de unas palmeras vecinas, le permitían sustentarse a sí mismo y alimentar a los pobres del contorno o a los viajeros que, fatigados, luchaban con la corriente del Nilo o se esforzaban por ganar las alturas del Egipto meridional. Pronto, sin embargo, se sintió perturbado por los visitantes, numerosos en demasía. Su resolución fué alejarse más de los núcleos de población circunstantes y vivir la soledad propia del anacoreta. Para ello buscó un guía en el anciano solitario Palemón, junto al que pudiera ejercitarse en la ciencia y la disciplina eremíticas [40].

---

dies», t. VI, pp. 87-97. Dos interesantes estudios sobre las fuentes citadas pueden verse en Fr. Halkin, *Les vies grecques de S. Pachôme*, «Analecta Bollandiana», t. XLVII (1929), pp. 376-388 ; y del mismo autor, *L'Histoire Lausiaque et les vies grecques de S. Pachôme*, ibidem, t. XLVIII (1930), pp. 257-301.

[39] Todavía no ha perdido su carácter de obra fundamental para la vida de Pacomio y sus instituciones el trabajo de P. Ladeuze *Etude sur le cénobitisme pakhômien pendant le IV siècle et la première moitié du V s.* (Louvain 1898), aun cuando en la parte crítica deban tenerse en cuenta las indicaciones posteriores, especialmente de Fr. Halkin, que en la nota anterior hemos citado. Para una bibliografía más completa acerca de Pacomio y de los primeros orígenes del monaquismo en general, puede verse P. Labriolle, *Les débuts du monachisme*, en la obra *Histoire de l'Eglise*, dirigida por Fliche-Martin, t. III, p. 3.ª, c. 1, pp. 291-301, nota 1.

[40] No parece que Pacomio recibiese de Palemón los ideales de vida común, que aquél debe seguir reteniendo como originales. (Cf. P. Ladeuze, *Etude sur le cénobitisme pakhômien pendant le IV siècle*, p. 164.) Como era de esperar, Pacomio consideró siempre más perfecta la vida cenobita que la anacoreta, por las virtudes sociales que ejercita (cf. P. Ladeuze, ob. cit., p. 168), idea que había de defender San Basilio con más convencimiento y elegancia (*Regulae fusius tractatae*, interrogatio 7 : PG 21, 928-933 ; cf. *Epistola 295 ad monachos*, PG 32, 1037-1040). No siempre se conservó esta concepción, pues Schenudi, por ejemplo, algunos años más tarde, concedía el que monjes ya bien probados en la vida común aspirasen a una mayor austeridad entregándose al eremitismo. Este mismo modo de ver se reflejaría después en Casiano y se continuaría en otras órdenes religiosas posteriores, como la de San Benito. Con todo, era inevitable que prevaleciese el cenobitismo sobre los monjes solitarios, por su mayor adaptación a las almas ordinarias desprovistas de temple de héroe. La ayuda vigilante del superior, la emulación y ejemplos de los compañeros, una cierta satisfacción de las exigencias naturales de vida social, el mitigamiento de las asperezas propias de

Allí aprendió la práctica del desierto: ayuno diario durante el verano; privación absoluta de vino y aceite, sin más alimento que pan, sal y agua, con un poco de legumbres cada dos días; vela durante toda la noche o al menos la mitad de ella, que debía emplearse en la oración y meditación de la Sagrada Escritura; trabajo asiduo durante el día para socorrer con su fruto a los pobres y menesterosos. Pacomio comprendió, sin embargo, que si esta vida quería extenderse a mayor número de personas, sin quedar circunscrita a quienes poseyesen naturaleza de héroes, era necesario apuntalarla con el apoyo de compañeros cuyos ejemplos y consuelos ayudasen a las almas de corte más común.

Un día se aventuró a subir hacia el alto Egipto y pasar a la ribera oriental del Nilo. Entre las ruinas de la ciudad abandonada de Tabennîsi (Palmeras de Isis) soñó con la construcción de un gran edificio de líneas hasta entonces desconocidas: el monasterio cenobítico. Pronto se le unieron discípulos dispuestos a llevar una vida común, y al punto surgió el gran edificio que los había de albergar. Pero el número de monjes de la nueva regla fué creciendo, creciendo..., y hubo que levantar otro monasterio algo más al norte, en un lugar desierto llamado Pebú, y poco después se ponía bajo su dirección un tercero en Shenesit, y un cuarto, y un quinto..., hasta llegar a nueve los monasterios de vida común dirigidos por él cuando el año 346, víctima de la peste, entregaba su alma a Dios en compañía de otros cien monjes también atacados por el mismo mal [41].

Con este cambio de rumbo en la vida ascética abría la historia a las vírgenes de Cristo nuevas posibilidades. Debió ser poco antes del 340 cuando una mañana, María, la hermana de Pacomio, llamaba a las puertas de Tabennîsi, deseando visitar al santo Fundador. Este le mandó decir por medio del portero:

"Sábete, hermana, que vivo y me hallo en buena salud; ve, pues, en paz y no te entristezcas por no habernos podido ver con los ojos corporales. Si lo que pretendes es seguir este nuestro método de vida para hallar misericordia ante Dios, reflexiona antes sobre ello con diligencia; cuando me persuada que estás firme en tu propósito, enviaré

---

la vida interior, todos estos motivos favorecían la expansión de la vida ascética en común. Por otra parte, a ella conducían con movimiento espontáneo la necesidad de un maestro de espíritu, la proximidad de las celdas, los mutuos auxilios de caridad, la mayor facilidad de adquirir los alimentos, las reuniones de los actos litúrgicos, etc.

[41] Cf. P. Ladeuze, ob. cit., p. 233. La cronología y topografía de las actividades pacomianas, a diferencia de las referentes a los anacoretas, pueden fijarse con bastante certeza.

algunos monjes para que en lugar apartado de aquí te levanten una mansión en que puedas consagrarte a la ascética y la castidad. No dudo que Dios llamará a otras con tu ejemplo para habitar contigo y alcanzar por tu medio ayuda en el camino de la eterna salvación" [42].

Así fué; poco después, hacia el año 340, se elevaba a cierta distancia del monasterio masculino de Tabennîsi un nuevo edificio, el primero en su especie, destinado a albergar las esposas del Señor. Entre ambas construcciones se deslizaba la anchurosa corriente del Nilo, que a ningún monje era lícito atravesar, exceptuados un sacerdote y un diácono, que en los días festivos iban a celebrar ante las vírgenes los divinos oficios [43]. Todavía en vida de Pacomio fué menester levantar un segundo monasterio para mujeres junto a Tesmine. De creer a Paladio, sólo el primero de aquellos cenobios albergaba, a fines del siglo IV o principios del V, alrededor de 400 vírgenes consagradas a Dios.

Una misma regla y unas mismas costumbres, salvas las acomodaciones necesarias impuestas por el carácter femenino, dirigía la vida en los conventos de ambos sexos [44]. Cada monasterio consistía en un recinto murado, dentro del cual se levantaba una capilla, un refectorio y varios edificios, capaces cada uno de ellos para treinta o cuarenta monjes. Estos se agrupaban según el género de su trabajo, que era sumamente variado: había panaderos, hortelanos, bataneros, curtidores, sastres, zapateros, carpinteros, herreros.

Las mujeres se ocupaban preferentemente en la preparación del algodón y la lana y de lo relativo al vestuario. Tanto los monjes como las vírgenes alternaban el trabajo manual con el estudio de la Sagrada Escritura, especialmente de los Salmos y de los Evangelios, que debían aprender de memoria. Por la mañana y por la tarde se reunían en cada monasterio para tener oración en común. Sábados y domingos rompían la monotonía hebdomadaria: todas las vírgenes se congregaban en la iglesia central para asistir a los divinos oficios, que celebraban un sacerdote y un diácono venidos del vecino convento de monjes, situado al otro lado del Nilo.

Dos veces al día se juntaban en el refectorio para tomar su alimento: pan, legumbres, dátiles, higos, aceitunas,

---

[42] *Vita Sancti Pachomii interprete Dionysio Exiguo*, c. 28: PL 73, 248; cf. *Ein ungedruckter koptischer Bericht über die Schwester des Hl. Pachomius und ihre Klosterstiftung*, en «Zeitscrift für katolische Theologie», t. VI (1882), p. 373 s.

[43] PALADIO, *Hist. Lausiaca*, ed. Butler, c. 33: TS, t. VI, 2, p. 96 s., Edit. Migne, c. 39, PG 34, 1103.

[44] Ibid.

queso o alguna sopa cocida con hierbas y cereales. La comida era abundante, para que cada cual pudiera dejar voluntariamente lo que le dictase su propio espíritu de mortificación; reunidas todas en el refectorio a la hora oportuna, tomaban su alimento en silencio, echada la capucha sobre la cabeza, para evitar curiosidades en una acción considerada como poco noble. No faltaban algunas que, sin asistir a esta distribución de comunidad, recibían en su propia celda un poco de pan, sal y agua para su alimento. Desde luego que la carne y el vino eran desconocidos en los monasterios pacomianos fuera de la enfermería; es más. durante el tiempo de la cuaresma no se hacía uso de alimento alguno cocido. A todas obligaba el ayuno durante los miércoles y viernes del año, días en que sólo se servía una comida al anochecer.

Al terminar la jornada, la virgen se retiraba a descansar a su celda, donde, vestida con su túnica y su ceñidor, se entregaba al sueño, no echada sobre el suelo, sino sentada en un pequeño asiento con respaldo hecho de mampostería; cada cual era libre de pasar la noche en vela entregada a la oración. En las primitivas instituciones pacomianas no se conoció una emisión solemne de votos o profesión pública con que se ligasen mutuamente a perpetuidad los ascetas y su monasterio [45].

Las vírgenes de Cristo, atraídas por el ideal de la corriente cenobítica, fueron cada vez más numerosas. Después de morir Pacomio, su sucesor en el gobierno, Horsiisi, se

---

[45] Un resumen de lo que era la vida cenobítica instituída por San Pacomio puede verse en SCHIWIETZ, *Das morgenländische Mönchtum*, Band I, *Das Asketentum der drei ersten christlichen Jahrhunderten und das Aegiptische Mönchtum in IV Jahrhundert* (Maguncia 1904), sobre todo a partir de la p. 176. Asimismo, H. LECLERCQ, *Cénobitisme*, DAC, t. II, 3114-3123, quien sigue en gran parte a la obra varias veces citada de Ladeuze. La reconstrucción de tales cuadros de vida cenobítica no es difícil teniendo presente la llamada Regla de San Pacomio, cuya versión latina se ha conservado en treinta diversos manuscritos, representantes de dos diversas redacciones con 190 y 128 capítulos, respectivamente. Existen también valiosos fragmentos del original copto y de una versión griega. Todo ello puede verse recopilado en A. BOON, *Pachomiana latina* (Lovaina 1932). Según la leyenda primitiva, dicha Regla la recibió el santo Fundador grabada en una lámina de bronce, que le entregó un ángel (PALADIO, *Hist. Lausiaca*, c. 38: PG 34, 1099). Tal cual ha llegado hasta nosotros, es, sin duda, una colección de preceptos dados por el mismo Pacomio, pero aumentados con los que a sus sucesores les fué inspirando la experiencia de la vida monástica. San Jerónimo la tradujo al latín en 404, añadiendo once cartas de Pacomio y otra del abad Teodoro (PL 23, 61-1000; P. BR. ALBERS, *S. Pachomii abbatis Tabennensis Regulae monasticae*, en «Florilegium Patristicum tam veteris quam medii aevi», fasc. 7, Bonn 1923). Acerca de la Regla de San Pacomio puede verse L. T. LEFORT, *La Règle de Saint Pachôme* (Museon 1924), pp. 1-28.

vió precisado a emprender nuevas edificaciones en Faknah, a una milla de distancia del monasterio de monjes de Pebú [46].

El monasterio femenino de Schenudi

126. Por otra parte, en una estribación de la cadena líbica, junto a las ruinas de Atripé, había surgido, independiente de la jurisdicción pacomiana, el llamado *Monasterio Blanco,* especie de fortaleza señora del desierto, donde gobernaba su segundo abad, Schenudi, interesante figura de energía indomable y voluntad imperativa, hombre de acción, que lo mismo dirigía una escaramuza de monjes guerreros para destruir los templos idolátricos del país, que se encaraba ante los poderosos del siglo para arrancarles los miserables vejados por sus codicias; con la misma facilidad alargaba su mano para consolar a los pobres de los contornos que para descargar el látigo sobre algunos de sus monjes inquietos [47]. Schenudi había modificado las reglas pacomianas, estrechando su rigor y reforzando sus austeridades. A pesar de ello, en el panegírico escrito algunos años después de su muerte se hacen subir, desde luego con exageración notoria, a dos mil doscientos los monjes de Atripé, allí donde unos años antes no pasaban de treinta [48].

[46] El sucesor directo de Pacomio fué Petronio, abad de Schedsinâ y Tesmine, que murió a los dos meses de su nombramiento, después de haber elegido para el mismo cargo a Horsiisi. Por dificultades en el gobierno, el nuevo abad general del cenobitismo asoció a sus trabajos a Teodoro, varón de gran prudencia, que mereció a su muerte una carta laudatoria de San Atanasio.

[47] Schenudi murió el año 466, a los ciento dieciocho de su edad, después de haber alcanzado gran renombre en todo el Egipto, aunque sin lograr para sus conventos la popularidad de las instituciones pacomianas. En orden a su biografía y su obra puede consultarse E. AMELINEAU, *Les moines egiptienes. Vie de Schenoudi* (París 1889), y sobre todo * J. LEIPOLDT, *Schenute von Atripe und die Entstekung des national ägyptischen Christentums,* TU, neue Folge, X, 1 (Leipzig 1903), aun cuando deban tenerse en cuenta las justas observaciones hechas por P. LADEUZE en *Revue d'Histoire Ecclésiastique,* t. VII (1906), pp. 76-82, sobre todo por lo que hace a la descripciós de ciertas sombras ambientales. Inscripciones interesantes encontradas en el monasterio han sido presentadas por W. E. CRUM, *Inscriptions from Shenoute's Monastery,* en «The Journal of Theological Studies», t. V (1904), pp. 552-569.

[48] Cf. P. LADEUZE, *Etude sur le cénobitisme pakhômien,* 209-213. El abad Visa, sucesor de Schenudi, fué un gran admirador de la obra de éste. La vida que escribió de su maestro nos ha llegado en sahídico, bohaírico, árabe y sirio. Más que una briografía de exactitud histórica es un verdadero panegírico, pero que, leído con este criterio, no deja de proporcionarnos datos muy útiles. Visa dejó además multitud de cartas, escritos espirituales y aun exhortaciones a monjes y vírgenes en que ofrece múltiples referencias de Schenudi. (Cf. * J. LEIPOLDT, ob. cit., TU, neue Folge, X, 1, pp. 12-18.)

Estas nuevas circunstancias obligaron a Schenudi a mantener la innovación introducida por su antecesor Bgoul, que había de arraigar para siempre en el monaquismo cristiano: la de imponer a sus súbditos una fórmula de profesión. Esta fué publicada por vez primera el año 1903. He aquí su texto, de indudable interés:

Alianza. Prometo delante de Dios en su lugar santo, siendo testigo de ello la palabra que mis labios pronuncian, que no quiero mancillar mi cuerpo en modo alguno, que no quiero hurtar, que no quiero cometer ningún perjurio, que no quiero mentir, que no quiero hacer mal alguno en secreto. Si quebranto esta mi promesa, renuncio a entrar en el reino de los cielos, pues veo que Dios, ante quien he pronunciado mi fórmula de alianza, aniquilará mi alma y mi cuerpo en el fuego de la gehenna a causa de haber quebrantado la fórmula de alianza que ahora pronuncio [49].

Schenudi se vió precisado a construir cerca de Atripé un monasterio para mujeres, que, según los datos de su sucesor el abad Visa, datos sin duda exagerados, dado su carácter panegirista, llegó a contar en sus muros hasta 1.800 vírgenes consagradas al Señor. La disciplina era idéntica, en la mayor parte de sus prescripciones, a la de los monjes, y desde luego severa. Al frente de las vírgenes se hallaba una Abadesa o Madre, cuyos poderes estaban algo limitados por su dependencia del Superior general de los monjes, a quien debía dar cuenta de los asuntos más importantes. Para hacer más efectiva esta dependencia, tenía Schenudi un delegado de confianza en el monasterio femenino, a quien se daba el nombre de *el Anciano*.

Una prueba del rigor en la disciplina nos la ofrece lo tocante a la clausura. Ni siquiera la portera o guardiana de la entrada podía hablar, aun cuando fuera una sola palabra, con ningún monje o persona seglar. Unicamente a la Madre le era esto permitido, pero siempre en presencia de dos religiosas de edad. Aun el permiso de visitarse unas religiosas a otras era muy limitado y presentaba muchas reservas. A fin de que ni siquiera a la celda en que habitaban pudiera dar nadie el calificativo de *mía*, cada habitación era ocupada por dos religiosas, que de paso servíanse mutuamente de testigos en la observancia de la regla. La refección común se tenía una sola vez al día, cuando declinaba ya la tarde, con lo cual puede decirse con verdad que aquellas vírgenes consagradas al Señor ayunaban todo el año, tanto más cuanto que con frecuencia la comida se reducía a sólo

[49] La traducción del texto, junto con su original, puede verse en J. Leipoldt, ob. cit., TU, neue Folge, X, 1, pp. 109 y 195 s.

pan. Una vez por semana se les concedía un plato de legumbres o verduras cocidas; pero aun este regalo quedaba suprimido durante toda la cuaresma. Carne, huevos, pescado en conserva, queso o vino eran lujos desconocidos en Atripé.

A todas las religiosas, no menos que a los monjes, se les permitía el que, siguiendo las huellas del mismo Schenudi, se pudieran retirar al desierto a practicar vida eremítica, con la doble condición de presentarse cuatro veces al año para asistir al capítulo del monasterio y de no apartarse en su proceder de las *Reglas de los Padres,* consagradas por la tradición. En caso de desobediencia debería destruirse hasta los cimientos la celda eremítica ocupada por la virgen contumaz, a fin de que ninguna otra pudiera ocupar aquel lugar objeto de maldición.

Schenudi intervenía con prescripciones muy minuciosas en el gobierno del monasterio femenino, sobre todo en la disciplina penitencial. Se conserva una interesante carta suya dirigida a la Madre del convento de vírgenes, en que el enérgico prepósito va determinando los golpes que deben darse a cada una de las monjas que allí se nombran. He aquí algunos de sus párrafos:

A Sofía, la hermana del pequeño Anciano, de la cual se nos ha contado que contradice y replica sin fundamento a las que la instruyen, y a otras muchas y que dió a una de las ancianas un bofetón en la mejilla o en la cabeza, dénsele veinte golpes.

A Dschendiktor, la hermana del niño Juan, de la que se nos dice que su ciencia y sus conocimientos no son satisfactorios, dénsele quince golpes.

A Taese, la hermana del niño Pschai, de la que se nos ha contado que trata demasiado con Sansno por amistad y caprichos humanos, dénsele quince golpes.

A Tako, conocida con el nombre de Rebeca, cuya lengua se ha manchado con mentira y vanidad, dénsele veinticinco golpes.

A Sofía, la hermana de Zacarías, dénsele diez golpes. Y yo me sé por qué debe aplicársele ese castigo.

Su hermana Apole merecería también una penitencia de golpes. Pero por amor de Dios y en atención al cuidado que debe tenerse con ella, por esta vez se los perdonamos; así como lo que mereció por aquel comercio ilícito cuando se vistió con vanidosa complacencia... Ya sé que no podría sobrellevar los golpes, pues está demasiado gruesa y adiposa.

A Sofía, la hermana de José, dénsele doce golpes, y yo me sé por qué debe aplicársele ese castigo.

A Sansno, la hermana de Apa Hello, que anda diciendo: yo instruyo a las otras, dénsele cuarenta golpes. Pues a veces va a la celda de su vecina en plan de amistad; otras veces miente por cosas vanas y transitorias, de modo que así mancha su alma, cuyo valor excede al de todo el mundo, mucho más al de una imagen, un sorbo de bebida o un bocado de alimento por los cuales ha mentido.

Los palos dichos se los dará personalmente el Anciano a las arriba nombradas en los pies, estando ellas sentadas en el suelo y sostenidas por la Madre, Tahom (la vicaria) y otras de edad... Y si alguna se resistiere, debe avisármelo el Anciano, cuando venga a verme; ya le instruiré sobre lo que debe hacer con ella [50].

El rigor mismo de la disciplina mantenida por Schenudi y los medios a veces violentos empleados para exigir su observancia fueron causa de que la acción de aquel hombre excepcional no adquiriese un influjo similar al de las instituciones pacomianas. Durante muchos siglos continuó en pie el Monasterio Blanco, pero conservando su carácter de fortaleza aislada en medio del mundo monacal del Egipto.

La vida en común de las vírgenes se había puesto ya en marcha a través de los desiertos; poco a poco se iría aproximando a las ciudades. La esposa de Ammón, el fundador del anacoretismo en Nitria, al dar a éste a mediados del siglo IV su consentimiento para sepultarse en las soledades de aquel valle, decidió convertir su propia casa en convento para una comunidad de vírgenes, que ella misma dirigía. Algo más tarde, en la bella capital de Egipto sucesora de Menfis, Tebas y Alejandría, en Antinópolis, la ciudad levantada con derroche de lujo por el emperador Adriano a honra de su miserable favorito, podía contar Paladio hasta doce monasterios habitados por vírgenes de Cristo [51]. Nada tiene de extraño, pues ya para entonces refiere Rufino de Aquileya, no sin cierta cándida exageración, haber visto en la ciudad de Oxirinco veinte mil vírgenes consagradas a Dios [52]. En toda hipótesis una cosa es cierta, a saber, que los monasterios femeninos habían ido multiplicándose en forma tal a través de todo el Egipto, que al comenzar el siglo siguiente apenas podía encontrarse desierto o ciudad en aquel país que no estuviera santificada por las esposas de Cristo enlazadas en ramilletes de cenobio.

Expansión fuera de Egipto

127. La llama había prendido en los desiertos de los Faraones con fuerza de ciclón; nada tiene de extraño que salvase las débiles vallas nacionales para extenderse como incendio por cañaveral a través de todo el Oriente. Porque

[50] Cf. * LEIPOLDT, ob. y t. cit., pp. 141-143.
[51] *Historia Lausíaca*, c. 137 : PG 34, 1238 ; BUTLER, ed. cit., c. 59, p. 153.
[52] *Historia monachorum*, c. 5 : PL 21, 409.

ya hemos advertido que todos los grandes propagandistas de la vida monástica comieron durante algún tiempo el pan del desierto egipcio o al menos durmieron como huéspedes en sus celdas para llevar a sus propios países los sueños del ideal anacoreta o cenobita. Por desgracia, los detalles acerca de las fundaciones particulares de vida común para vírgenes a lo largo de los siglos IV y V son escasos.

Podemos dar como cierto que Caritón instalaba hacia el 320 su tosca vivienda en una de las gargantas montañosas próximas a Jerusalén, donde se vió muy pronto rodeado de discípulos. Aquellos monjes que empezaron alojándose en un principio en las cuevas rocosas circunvecinas, a las que subían por escaleras improvisadas rudimentariamente, llegaron con el tiempo a constituir la famosa laura de Farán, núcleo de vida cenobítica cuya iglesia consagró el año 330 el obispo Macario [53]. Sabemos que San Epifanio fundaba hacia el 335, junto a Besanduk, en Judea, su patria, un monasterio de vida común, que rigió durante más de treinta años, hasta su elevación al episcopado [54]. De la vida cenobítica en Tierra Santa durante esta época, poco más sabemos con certeza.

Algunos años antes, desbordada la Palestina, había llegado el influjo egipcio hasta los confines de la Mesopotamia, donde Mar-Awgin (Eugenio), antiguo pescador de perlas en Klysma y discípulo de San Pacomio en Tabennîsi, había construído un cenobio, con cerca de 350 monjes, protegido por las montañas de Nísibe [55]. De aquellas alturas brotaría en forma de nuevo manantial una expedición de

---

[53] Existe una vida de San Caritón, más o menos legendaria, compuesta en su forma actual definitiva por Simeón Metafrastes hacia el año 961 (PG 115, 900-917). Recientemente han sido descubiertos en los archivos vaticanos dos manuscritos que contienen una redacción anterior a la del hagiógrafo bizantino, aun cuando de características similares. En la confección de la obra se trasluce, sin embargo, el empleo de documentos originales. Véase G. GARITTE, *La vie prémétaphrastique de S. Chariton*, «Bulletin de l'Institut Historique Belge de Rome», fasc. 21, 1941.

[54] En la *Vita S. Epiphanii*, atribuída a sus dos discípulos Juan y Polibio, domina la leyenda sobre la historia (PG 41, 23-116). Sin embargo, gracias a los múltiples pasajes de Sócrates y Sozomenos, poseemos un esquema bastante completo de su verdadera biografía. Su formación ascética, comenzada por San Hilarión y perfeccionada en sus contactos con los solitarios egipcios, se desarrolló con gran fecundidad en Palestina y dió frutos abundantes en Chipre, desde la silla episcopal de Constancia, la antigua Salamina, a la que fué elevado el año 367.

[55] La figura del abad Eugenio ha sido también iluminada de colorines por la leyenda ; pero en general se acepta la historicidad de sus rasgos substanciales, a pesar de las dudas que sobre ellos arrojó en su estudio erudito J. LABOURT, *Le christianisme dans l'Empire perse sous la dynastie sassanide* (1904), pp. 302-315.

varones religiosos, que introducirían en Persia el Evangelio y el ascetismo.

Por aquellos mismos tiempos, y en todo caso con anterioridad al año 340, en que el Concilio de Granges se ocupa del asunto. había empezado ya la disciplina cenobítica a fecundar los campos de la Armenia y la Paflagonia bajo el impulso, no siempre acertado, de Eustacio, el futuro arzobispo de Sebaste, figura tan enigmática en sus líneas doctrinales, fluctuantes al viento de las más diversas fórmulas dogmáticas, como impetuosa en sus afanes ascéticos rectilíneos y exagerados [56]. Un paso más y nos encontramos ya en el Ponto con San Basilio, el gran propulsor de la vida cenobítica en el Asia Menor, bajo cuyo influjo había de revestir aquélla su forma definitiva por toda la extensión del Oriente.

En verdad, no poseemos documentos auténticos que nos lo demuestren; pero no resulta por ello menos cierto el que, a lo largo de todo este recorrido de la vida cenobítica desde Egipto hasta el Ponto, junto a los monasterios de varones fueron surgiendo, aun cuando con más sobriedad, conventos para vírgenes. El faltarnos datos concretos seguros se debe a la misma razón ya otras veces apuntada. También aquí los nombres que han llegado hasta nosotros como trofeos gloriosos de aquellas conquistas del monaquismo se hallan tan envueltos en los halos artificiosos de la leyenda, que sus rasgos históricos se desvanecen casi por completo.

Por eso no fijaremos nuestra atención en las creaciones virginales de Nísibe, con cuerpo real de historia, pero de las que podemos dar pocos datos con certeza a causa de esconderse tras una pantalla cuyo primer plano ocupa la leyenda de Santa Febronia. Esta joven esposa de Cristo se nos muestra en la narración de Tomais, su pretendida compañera de convento, tan llena de sabiduría y de hermosura, que a los

[56] Es bien conocido el diverso enfoque que se ha pretendido dar a la figura de Eustacio de Sebaste, defendida cuidadosamente por el protestante * LOOFS (*Eustathius von Sebaste*, «Realencyklopädie für protestantische Theologie und Kirche», t. V [1898], pp. 627-630), y atacada eficazmente por la mayor parte de los autores modernos, representados en P. ALLARD (*Saint Basile* [1929], pp. 123-128). En el aspecto dogmático rebajan mucho su persona las fórmulas doctrinales más opuestas que fué sucesivamente suscribiendo, y que dieron por conclusión la ruptura de su amistad con Basilio. En el terreno ascético, el Concilio de Granges señala, según antes indicamos, una serie de abusos cometidos por los eustacianos, como la prohibición general del matrimonio, el uso de la carne como alimento y otras singularidades. Sería, sin embargo, exagerado atribuir al mismo Eustacio aquellos errores tales como suenan, ya que San Basilio no parece haber disentido de él en puntos relativos a prácticas morales o religiosas. (Cf. S. SALAVILLE, *Eustathe de Sebaste*, DTC, t. V, col. 1565-1571.)

veinte años, por orden de su abadesa, explicaba las Sagradas Letras a las matronas de la ciudad, aunque oculta tras un velo para que su extrema belleza no fuese mancillada por la mirada de persona alguna seglar. Dotada de una tal reciedumbre de espíritu, que mientras todas las demás religiosas, debidamente autorizadas, abandonan el convento para huir los asaltos persecutorios de Diocleciano, ella se queda sola con la abadesa Brienia y la anciana Tomais, dispuesta a hacer frente a las iras del perseguidor. Modelo, finalmente, de tal fortaleza, que, al ser llevada como única víctima de la comunidad ante los tribunales gentiles, no sólo desprecia promesas de honores y bodas halagüeñas, sino que se hace protagonista de uno de los cuadros martiriales más recargados: extendida entre cuatro estacas y colocada sobre una hoguera, va quemando el fuego, primero sus carnes y luego las vísceras, abiertas al exterior por obra de crueles azotes y rociadas con aceite; síguese el descoyuntamiento en el potro, los surcos arados por los peines de acero sobre sus llagas requemadas, el arranque de sus dientes y muelas, el corte de ambos pechos, la amputación de las manos y de los pies, hasta que, decapitada, triunfa sobre los satélites del emperador [57].

Sin duda que tales leyendas nos quieren decir algo de los frutos que la virginidad monástica produjo en la antigua Mesopotamia; pero son sus notas demasiado chillonas para que podamos entender el sentido real de su recitado. Para nuestro objeto nos bastará fijar la mirada sobre la virginidad claustral al fin de su trayectoria geográfica en el Oriente, es decir, sobre los valles del Ponto, de donde había de salir la reorganización definitiva de la vida monástica para ambos sexos. Fué el momento más culminante de su historia.

[57] Sus actas pueden verse en AASS, mense iunio, t. V, pp. 17-34. Respecto al origen de los diversos textos y a los móviles de su confección, cf. J. SIMON, *L'original de la passion de Sainte Febronie.* «Analecta Bollandiana», t. XLII (1924), pp. 69-76. Más severo es el juicio de los modernos Bolandos. (Cf. *Martyrologium Romanum*, Propylaeum AASS decembris, die 25 iunii, n. 6, p. 255.)

2. En torno al Asia Menor

128. El hogar monástico de Annesi : Santa Macrina.—129. Gestación de la Regla basiliana.—130. La muerte de una fundadora.—131. Los principios cenobíticos de Bizancio : Isaac.—132. La diaconisa Olimpíades.—133. Ulteriores expansiones basilianas

El hogar monástico de Annesi: Santa Macrina

128. Al reunirse todos los anteriores cauces del ascetismo, como venas subterráneas más o menos ocultas de una montaña, para dar origen a la nueva corriente que circularía abundosa a través de los siglos futuros, en ese preciso momento en que ésta sale a flor de tierra en forma de manantial generador, nos encontramos con la figura de una virgen cuyo influjo persiste hasta el día de hoy. Santa Macrina la Joven, nieta de la otra santa del mismo nombre, que había sufrido los rigores de la persecución en tiempo de Diocleciano, habitaba poco después del año 350 en Annesi, encantadora posesión heredada de sus antepasados a las orillas del Iris, no lejos de la entonces floreciente ciudad de Neocesarea.

A la edad de doce años había sido prometida a un joven capadocio de noble linaje y grandes esperanzas, pero cuya vida segó el Señor cuando empezaba a coronarse con los laureles del foro. Macrina determinó conservar el alma fiel a la memoria de su prometido y el cuerpo virgen a honra del Esposo inmortal. Favorecida por Dios con un carácter varonil y resuelto, capaz de armonizar en perfecto asamblaje la contemplación interior y la actividad externa; dotada de una formación exquisita, con la que del mismo modo penetraba en los misterios de los Libros Sapienciales que seleccionaba los salmos más propios para cada acción del día o manejaba el huso y la rueca para el hilado de la lana; y sobre todo ungida con el bálsamo de una piedad profunda y de una ascética austera, Macrina había sido una ayuda providencial para su madre, Santa Emelia, en la educación de sus hermanos menores. En todos ellos había de marcar su impronta vigorosa y austera [58].

[58] La personalidad de Santa Macrina nos es muy conocida por la vida que escribió su hermano San Gregorio de Nisa, *Vita Sanctae Macrinae*, PL 46, 960-1000. La ternura del cariño fraternal rezuma a través de todas las letras de la biografía, pero esto no impide la

Pedro, el menor de todos, modelado exclusivamente por sus manos, regiría durante algunos años un monasterio en el Ponto antes de ocupar la silla episcopal de Sebaste y aparecer como uno de los campeones de la divinidad del Espíritu Santo en el primer Concilio ecuménico de Constantinopla; Gregorio, entibiado en la piedad durante sus primeros años de triunfos retóricos, decidiría su entrega a Dios ante las reliquias de los Cuarenta Mártires de Sebaste, trasladadas solemnemente a una iglesia de los dominios familiares próximos a Annesi, y volvería años más tarde a las mismas riberas del Iris para ejercitarse como monje antes de regir como obispo la diócesis de Nisa [59]; Naucrates, después de sus primeros éxitos oratorios, siguiendo, a no dudarlo, direcciones ascéticas de Macrina, aun cuando sin colmar tal vez por completo sus ideales, se entregaría a una vida de absoluta renuncia en favor de pobres ancianos recogidos por su caridad entre las apacibles soledades de un bosque [60]; Basilio, sobre todo, el más próximo a Macrina por su edad, se constituiría en portavoz de sus ideales monásticos, llegando a ser, antes que obispo de Cesarea, padre de todos los monjes de Oriente.

Este vigor de carácter quedaba engarzado en una delicadeza virginal y una ternura de sentimientos, que formaban el principal realce de su personalidad. En este punto nada nos dará mejor su retrato que la anécdota referida por San Gregorio Niseno, tal cual la oyó a una de las más íntimas compañeras de Macrina ante el cadáver todavía caliente de su santa hermana. Mostrando aquélla a Gregorio sobre el pecho de la virgen recién fallecida, muy cerca del cuello, una pequeña cicatriz semejante a la herida de un tenue punzón, le contó cómo hacía ya bastantes años se le había formado en dicha parte un tumor, que por su tamaño y su continuo aumento amenazaba paralizarle el corazón, poniendo en peligro su vida. Su madre Emelia le rogó una y otra vez se pusiera en manos de un médico que extirpase su mal. Ella, tan obsequiosa siempre con su ma-

---

historicidad de un documento cuyo valor es incontrastable. Para un breve comentario de algunos de sus puntos, cf. E. Bouvy, *Sainte Macrine*, «Revue Augustinienne», t. I (1902), pp. 265-288.

[59] El influjo de Santa Macrina en su hermano el obispo de Nisa aparece patente leyendo los escritos de éste. Sirvan como prueba las frases que le consagra en una de las cartas, donde traza un cuadro rápido y breve de las virtudes de la virgen. Esta fué para él, según dice, «maestra de su vida y una segunda madre..., baluarte fortísimo, escudo de benevolencia, ciudad amurallada y toda clase de protección»; las últimas frases son, como es claro, reminiscencias escriturísticas alusivas a los salmos 64, 4; 5, 13; 30, 22, y 107, 11. Véase *Epist. 19 (89) ad Iohannem Antistitem*, PG 46, 1073.

[60] San Gregorio de Nisa, *Vita Sanctae Macrinae*, PG 46, 965-968.

dre, se negó en esta ocasión a condescender con aquellos deseos, que ponían a prueba su pudor. Le resultaba más llevadera la misma enfermedad, aunque tan grave. Llegada la noche y después de haber prestado a su madre los acostumbrados servicios, se encerró en el oratorio y, postrada allí ante el altar hasta la aurora, suplicó al Señor entre lágrimas y plegarias la curación de su enfermedad, mientras con ingenua devoción aplicaba a su pecho un poco del lodo que formaban sus lágrimas al mezclarse con el polvo del suelo. Ante las nuevas instancias que a la mañana siguiente le hiciera Emelia para inducirla a consultar al médico, Macrina, rebosando confianza divina y ternura filial, le respondió que el mejor remedio podría proporcionárselo su misma madre trazando con su mano la señal de la cruz sobre el pecho enfermo. Hízolo así ésta, y la hija quedó curada, sin otro vestigio de su pasada enfermedad sino la leve cicatriz que le quedó como recuerdo del beneficio recibido [61]. Una tal escena basta para descubrirnos el alma de Santa Macrina.

Hacia el año 350 había terminado la piadosa virgen su obra de ayudar a su madre en los afanes de la educación filial. Su padre, San Basilio el Viejo, había ya muerto; todas sus hermanas habían contraído cristiano matrimonio; Pedro era ya un joven formado; Naucrates había perecido en un accidente de caza, víctima de su caridad; Basilio y Gregorio se hallaban a la sazón lejos de la casa paterna, entregados a sus actividades literarias. Nada impedía, pues, a Macrina realizar el ideal de su vida consagrándose al ascetismo cenobítico. La piedad de su madre secundó sus deseos, y la posesión señorial de Annesi quedó súbitamente convertida en un convento, donde a las señoras de la casa se unieron en la práctica ascética la mayoría de las sirvientas y un buen número de personas de las más diversas clases sociales, atraídas por los efluvios de santidad que de aquel nuevo foco irradiaban. San Gregorio Niseno nos ha conservado, entre otros nombres, el de Vestiana, viuda joven, distinguida por su hermosura y sus riquezas, hija de Araxio, uno de los senadores de mayor autoridad [62]. Difícilmente hubiera podido columbrar la anciana Emelia la trascendencia de aquella decisión a través de la historia.

[61] Ibid. 989-992.

[62] Ibid., 988. Baronio ha pretendido identificarla con aquella viuda noble que, huyendo las pretensiones de un funcionario imperial, buscó asilo a los pies del altar en la catedral de Cesarea y fué ocasión para San Basilio de ignominiosas vejaciones y amenazas. Los hechos son referidos por SAN GREGORIO NACIANCENO, *Oratio 43 in laudem Basilii Magni*, 56-57 : PG 36, 568-569. Pero los fundamentos para una tal identificación son nulos. (Cf. BARONIO, *Annales Ecclesiast.*, anno 370, § 57-62, Lucae 1739, t. V, p. 300 s.)

En la antigua casa solariega, ahora monasterio de Annesi, se practicaba una vida que tenía no menos de divina que de humana: desprendimiento completo de todos los deseos de este mundo; cercén para toda solicitud superflua o vana; pobreza de ajuar y vestido, consistente en una sola túnica, que sirviera de protección de la honestidad en vida y de mortaja en la muerte [63]; austeridad en el manjar, que uniese en una misma mesa común a las antiguas amas y sirvientas; canto continuo de los salmos, que elevase las almas erguidas hacia el cielo en sublime rapto de amor; trabajo manual moderado, para que el cuerpo no relajase sus resortes. Hasta aquí todo podía ser eco fiel de los desiertos egipcios; sin embargo, pronto se apreciaban en aquél cuatro toques de originalidad muy acusada, que harían distinguir desde lejos a los monjes basilianos de los seguidores de San Pacomio.

Los rasgos algún tanto toscos del monacato egipcio o sirio suavizaban aquí sus perfiles con un corte de mayor distinción; los espíritus aparecían más instruídos; los sentimientos, más delicados; la formación ascética, más íntima, y las apariencias externas, menos espectaculares. Aun aquellas virtudes que por naturaleza son de faz adusta, parecían mostrar un gesto más connatural y humano. Hasta el mismo panorama, fondo de la escena, había cambiado sus tonos agrios y repulsivos de la Nitria o la Esceta por los encantos de las márgenes del Iris, uno de cuyos valles próximos había de describir con tanta complacencia San Basilio al escogerlo para sede de su primera fundación monástica [64].

Gestación de la Regla basiliana

129. El jardín de azucenas de Annasi florecía con toda su pujanza cuando vino Basilio hacia el año 356 a visitar a su hermana Macrina. Durante sus estudios en Atenas se había ya impuesto por su talento y dotes de elocuencia; los habitantes de Cesarea le habían constreñido a en-

[63] Pretendiendo San Gregorio Niseno amortajar el cadáver de su hermana con algo mayor decoro de lo que ofrecía la túnica vieja y raída que llevaba aquélla puesta, oyó de labios de Lampadia, virgen encargada de las solicitudes materiales, que no podría encontrar en toda la casa nada acomodado al fin dicho. Todo lo que tenía la santa estaba a la vista, una sola túnica, un solo manto, un solo velo y el calzado ya desgastado que usaba de ordinario. El santo Obispo se vió obligado a traer una de sus propias túnicas para vestir decorosamente el cadáver de la virgen (*Vita Sanctae Macrinae*, PG 46, 988 s.).

[64] *Epist. 14 ad Gregorium*, n. 2 : PG 32, 276 s.

cargarse de una clase de oratoria en la ciudad; y la capital del Ponto hacía esfuerzos apremiantes para traerlo a sus aulas, halagándole con toda clase de promesas [65]. Era el momento en que, al decir de San Gregorio Nacianceno en su oración fúnebre, Basilio "se avino a representar un papel en la escena teatral de este mundo" [66].

Macrina le seguía con atenta mirada. Reconocía en él al espíritu volador de grandes alturas y capaz de elevados ideales; pero le veía al presente enredado en las malezas de la tierra con su propia vanidad, muy pagado de sí mismo, despreciador en demasía de los demás. Escogió el momento y le presentó batalla de frente. Su palabra sencilla y sobrenatural, con ternuras de hermana mayor para con Basilio y ambiciones de gloria para su Dios, triunfó de la retórica del profesor cesariense [67]. Este renunció al mundo, y, siguiendo las directivas monásticas de su hermana, soñó con la vida cenobítica, aunque sin poder medir por el momento las dimensiones gigantescas que había de alcanzar aquel sueño.

Lo mismo que en su formación literaria, también en la ascética Basilio huyó siempre el papel de improvisador. El año 357 empezó un recorrido por las regiones de Egipto, Palestina, Celesiria y Mesopotamia, buscando experiencia para sí en las experiencias de los otros [68]. Estaba ya maduro para emprender su obra. No lejos de la propiedad de Annesi, santificada por su hermana, a las orillas del mismo Iris, gozando de un panorama en cuya descripción se complacía su pluma de artista, fundó su primer monasterio: fondos de altas montañas y espesos bosques, bambalinas de ruidosos torrentes y silenciosos desfiladeros; primeros planos de arbolado aromático, arroyos cristalinos y praderas verdeantes; aires de brisas frescas y cantos de pájaros [69].

[65] El mismo se lo había de recordar años más tarde en circunstancias bien distintas por lo dolorosas (*Epist. 210 ad primores Neocaesareae*, n. 2: PG 32, 769.

[66] *Oratio 43 in laudem Basilii Magni*, 25: PG 36, 529.

[67] Nos consta por San Gregorio Niseno el influjo decisivo que Santa Macrina tuvo en el encauzamiento ascético de su hermano Basilio. (Cf. *Vita Sanctae Macrinae*, PG 46, 965.)

[68] Dejó consignada su admiración por aquellos monjes en una carta, donde ensalza «su abstinencia en el alimento, su dureza para el trabajo, su constancia en la oración prolongada durante la noche sin dejarse vencer por las exigencias de la naturaleza; la grandeza y soberanía de sus almas, que les hacía superar el hambre, la sed, el frío, el escaso abrigo, sin prestar atención alguna al cuerpo ni ceder a sus demandas, como si viviesen en carne ajena, mostrando qué fuese peregrinar en esta vida y tener la ciudadanía en el cielo» (*Epist. 223 adversus Eustathium Sebastenum*, n. 2: PG 32, 824).

[69] *Epist. 14 ad Gregorium*, n. 2: PG 32, 276 s. Algo de poesía subjetiva debía haber en la citada descripción. Es interesante compararla con la pintura de colores tan contrarios que en tono humorístico hizo de aquellos mismos parajes SAN GREGORIO NACIANCENO cuando en su carta 4 a San Basilio le dice: «Admiraré tu Ponto

Bien pronto se multiplicaron sus compañeros, entre los que se encontró el mismo Gregorio Nacianceno, al que debemos la descripción de aquel primer centro basiliano. "Miserable tugurio en que el techo amenazaba con hundirse y las puertas faltaban; donde el hogar se hallaba casi siempre apagado, y, en cambio, era menester secar con el fuego las paredes para verse libre de las gotas de barro que de ellas se desprendían"; "un trozo de pan, sal y algunas legumbres bastaban para saciar el hambre; el agua clara de los arroyos templaba la sed", y todavía "el pan era duro, hasta el punto de poner en peligro los dientes; la sopa sólo tenía de tal el nombre, y el alimento, en general, tan escaso, que si Santa Emelia, verdadera madre de los pobres, no hubiera venido en su auxilio, hubieran perecido todos de necesidad" [70]. Una sola túnica, la misma para invierno y verano, y un solo manto completaban su vestuario, al paso

---

y sus tinieblas, ese emplazamiento digno de un destierro, con sus crestas rocosas suspendidas sobre vuestras cabezas, sus fieras acechando vuestros descuidos, el desierto que se extiende a vuestros pies y, sobre todo, la cueva de ratones, a que dais los pomposos nombres de palestra ascética, monasterio y academia ; así como la selva de árboles agrestes, la corona de montes escarpados, que más que coronaros os oprimen ; el aire insuficiente, el sol tan deseado, al que contempláis como a través de una chimenea, ¡oh cimerios del Ponto, condenados, no a una noche de seis meses, como se dice de algunos pueblos, sino a perpetuas tinieblas, pues vuestra existencia no es sino una noche ininterrumpida!... Las partes que no son rocas escarpadas, son torrenteras ; donde éstas faltan, son todo zarzales, y dominando los zarzales no hay sino precipicios ; el camino que los atraviesa está bordeado de abismos y desnivelado por ambos costados, de modo que obliga a los caminantes a marchar con suma atención y a realizar penosos equilibrios. En la parte más baja ruge el río, que tú comparas con el Estrimón de Anfípolis, pero que en realidad es más fecundo en piedras que en peces, y que, en lugar de formar lagos apacibles, se precipita en grandes remolinos. ¡Oh literato grandilocuente y artífice de grandes palabras! Río tan abundante y estrepitoso, que cubre con su estruendo la salmodia de los que arriba alaban a Dios. En su comparación se desvanecen las cataratas y los saltos del Nilo ; tal es su fragor día y noche ; tan impetuoso que no se le puede vadear ; tan turbio que su agua no resulta potable. Sólo tiene de bueno y laudable el que no ha arrastrado vuestra casa al enfurecerse con las aguas de las tormentas. He ahí mis impresiones de esas islas de los Afortunados, o mejor de vosotros mismos, que sois los afortunados» (PG 37, 25).

[70] San Gregorio Nacianceno, *Epist. 5 ad Basilium*, PG 37, 28 s. ; *Orat. 43 in laudem Basilii*, 61 : PG 36, 576. A la primera invitación hecha por San Basilio para que compartiera su vida del Ponto, se negó San Gregorio, alegando la avanzada edad de sus padres, a quienes debía atender con sus cuidados. (Cf. *Orat. 43 in laudem Basilii*, 25 ; PG 36, 529-532.) Algo más tarde, sin embargo, se unió a él en la vida monástica, conservando aun después de la separación recuerdos muy íntimos de aquellos días felices y de los estudios comunes sobre los comentarios de Orígenes, uno de cuyos frutos fué el *Filocalio* de San Basilio. (Cf. San Gregorio Nacianceno, *Epist. 6 ad Basilium*, PG 37, 29-32.)

que una esterilla sobre el suelo servía para el reposo de la noche [71].

Por encima de estas austeridades sobresalían las oraciones continuas, empezadas al romper el alba; el recitado devoto de los salmos, alternando con los trabajos manuales de acarreo de leña, corte de piedras, siembra y riego de plantas; las vigilias nocturnas, el estudio de la Sagrada Escritura y de sus comentadores, Orígenes en especial; la modestia exterior, reflejada en un continente humilde; los ojos bajos, el rostro bañado en compunción, los mutuos estímulos para la virtud y, sobre todo, el ambiente de amor y caridad fraterna, que había de ser uno de los distintivos en las creaciones de San Basilio [72].

Cinco años pasó el gran patriarca del monaquismo oriental en aquella soledad del Ponto; fué el tiempo de la germinación subterránea de su gran obra. Ya en los primeros años de su retiro había escrito una larga carta a su gran amigo Gregorio Nacianceno, verdadero esquema, denso y bien definido, de sus futuras normas monásticas [73].

Antes de abandonar el valle del Iris quedarían redactadas sus *Reglas en forma extensa*, colección de cincuenta y cinco consultas ascéticas y disciplinares en que establece los principios más fundamentales de la vida religiosa y señala los cauces de las prácticas ordinarias del monaquismo; eran el néctar libado en las enseñanzas de Santa Macrina, sus experiencias de los desiertos egipcios y sirios y sus propias vivencias en el valle del Iris [74]. Sin el orden metódico de unos estatutos orgánicos ni la forma esquemática de unas constituciones fundacionales, abarca los problemas todos de la vida monástica: virtudes del religioso, ante todo caridad, temor de Dios, renuncia del mundo y recogimiento; admisión de candidatos, con especial estudio de aquellos casos difíciles en que interviene el matrimonio o la servidumbre; pobreza y continencia; silencio y gravedad religiosa; alimento, vestido y sueño; canto de los salmos y profesiones manuales; relaciones de amor, sumisión y confianza entre los súbditos y sus legítimos superiores. La obra era completa.

Con todo, unos años más tarde, mientras aún simple

[71] Lo referente a la austeridad en vestido, comida y sueño aparece expuesto por San Basilio en su *Epist. 2 ad Gregorium*, n. 6: PG 32, 232 s.

[72] Ibid., nn. 2-6: PG 32, 224-233.

[73] Se trata de la *Epist. 2*, citada en la nota anterior. Un buen comentario de ella y del espíritu monástico de su autor ofreció P. ALLARD en su artículo *Saint Basile avant son episcopat*, «Revue de Questions Historiques», t. LXIV (1898), pp. 28-36. Posteriormente han quedado incorporadas aquellas páginas en su obra *Saint Basile* (1929), pp. 34-46.

[74] *Regulae fusius tractatae*, PG 31, 889-1052.

sacerdote, servía al Obispo de Cesarea en sus luchas contra el arrianismo, ultimaría una nueva redacción de sus estatutos monásticos en trescientas trece *Reglas en forma breve* [75]. Con ello había inspirado ya su último soplo creador en el barro humano para la formación del futuro monacato oriental. Este había encontrado por fin su punto de equilibrio en aquel oscilar del péndulo ascético por los espacios de un siglo; las nuevas características le daban una forma más humana, y ésta era precisamente la mayor garantía de su persistencia eterna. El monje del Iris había recubierto en cierto modo las asperezas del desierto egipcio con la sofrosine helénica ya cristianizada.

En vez de los monasterios pacomianos, hormigueros abigarrados de multitudes demasiado numerosas, San Basilio prefería las comunidades más reducidas, en que el superior conociese a cada uno de sus hijos con la intimidad solícita de un verdadero padre. A ello contribuirían las normas selectivas de los pretendientes y el trato filial y confiado de los súbditos con sus prepósitos, a quienes tendrían abiertos aun los arcanos más secretos de sus corazones. Al ajetreo de las grandes industrias, a que el número de monjes egipcios daba lugar, y a la multiplicidad casi totalitaria de los oficios entonces conocidos, debía sucederse una selección cuidadosa de aquellas profesiones que estuvieran más en consonancia con la piedad y el recogimiento religioso y cuyos frutos fuesen directamente utilizados por el monasterio sin necesidad de traficar en los grandes centros comerciales ni de convertir a los hermanos en mercaderes errantes y disipados. A las extremosidades de las penitencias exteriores reemplazaría una razonable moderación, vivificada, eso sí, por un aumento del dominio de la voluntad libre sobre la carne concupiscente y de una austeridad sincera, aun cuando quede con frecuencia replegada en las medulas más íntimas del

[75] *Regulae brevius tractatae*, PG 31, 1052-1306. La obra ascética de San Basilio no se ciñó a estas dos compilaciones monásticas. Focio describía en su tiempo un códice basiliano bajo el nombre de ἀσκητικά, que fué acrecentándose más tarde con nuevos escritos, atribuídos al Obispo de Cesarea. (Cf. *Bibliotheca*, cod. 144 y 191: PG 103, 421, 633-637.) Probablemente el códice descrito por Focio era la obra citada ya por San Jerónimo con el mismo nombre de ἀσκητικόν (*De viris illustribus*, 116: PL 23, 707), y que pudo muy bien contener en un principio sus ochenta normas sobre las obligaciones de los fieles cristianos y pastores eclesiásticos, llamadas *Moralia*, y sus dos trataditos *De iudicio Dei* y *De fide*, que parece sirvieron de introducción a los susodichos preceptos. El *Código Penal* para los monjes delincuentes y las *Constituciones monásticas* insertas a continuación de las Reglas basilianas son, sin duda, apócrifas; los restantes sermones ascéticos y trataditos que se le atribuyen, o no son auténticos o al menos no están exentos de toda sospecha. (Cf. O. Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, t. III [1923], pp. 140-145.)

espíritu. Líneas generales de mayor cultura distinguirían las nuevas construcciones sociales de los monasterios. El sacerdocio se uniría definitivamente al monacato como una de sus partes integrantes. La piedad reforzaría sus nerviaturas, sobresaliendo los clamores de la oración cual nota dominante sobre la armonía de los oficios manuales y ocupaciones externas. Vínculos más apretados de caridad estrecharían a los miembros de un mismo cenobio, acentuando su carácter de familia sobrenatural. Finalmente, en los antiguos muros, demasiado masivos, del monasterio, se abriría una brecha para expansión del apostolado, recibiendo niños educandos dentro del sagrado recinto [76]. Tales eran las características de la obra basiliana, fruto de la formación helénica, de las experiencias ascéticas y, sobre todo, de las inspiraciones sobrenaturales de su autor.

Podrá parecer superfluo el advertirlo: Basilio, que había sentido palpitar su corazón por vez primera al ascetismo en la casa conventual de su hermana Macrina, no había de olvidar en sus Reglas la vida cenobítica femenina. La mayor parte de sus constituciones, llamémoslas así, son el tejido de un hábito monacal no menos adaptable a las mujeres que a los varones. Sin duda que al escribirlas tuvo presentes también a las vírgenes; de hecho a ellas alude en ciertas determinaciones, y una de sus más vivas solicitudes es la de regular sus relaciones con los monjes [77]. Las esposas de Cristo habían encontrado, por tanto, el claustro definitivo en que instalar sus tálamos de pureza.

La muerte de una fundadora

130. La muerte de Santa Macrina, tal cual nos la dejó grabada con el buril de su pluma su hermano San Gregorio,

---

[76] Las diferencias más salientes entre las obras de San Pacomio y San Basilio pueden verse señaladas en P. ALLARD, *Saint Basile*, pp. 38-40. (Cf. M. HEIMBUCHER, *Die Orden und Kongregationen der katholischen Kirche*, t. I [1933], p. 92 s.)

[77] San Gregorio Nacianceno enumera explícitamente entre las actividades de su amigo los «preceptos escritos» que dió a las vírgenes de Cristo: ἔγγραφα διατάγματα (*Orat. 43 in laudem Basilii Magni*, 62: PG 36, 577). Sus *Reglas*, especialmente las redactadas en forma breve, contienen diversas normas dirigidas expresamente a las vírgenes, ya sea sobre la responsabilidad diferente de las ancianas y las jóvenes, ya sobre el cuidado de la lana y distribución de los oficios, ya sobre la obligación de cantar los salmos. (Cf. *Regul. brev.*, nn. 82, 153, 154, 281, PG 31, 1141, 1181-1184, 1280.) Tanto las *Reglas* extensas como las breves se fijan de un modo especial en las normas que han de presidir el trato entre los monjes y las vírgenes. (Cf. *Reg. fus.*, n. 33; *Reg. brev.*, nn. 108-111, 220: PG 31, 997-1000, 1155-1157, 1228.)

podría muy bien ponerse como bajorrelieve simbólico en el frontis de los monasterios basilianos de mujeres. Pocas descripciones habrá en su género que dejen un sedimento más emocionante de lo divino. Por otra parte, el espíritu que en toda la narración se respira da una idea más precisa que largos comentarios acerca de aquel momento de la virginidad cristiana en sus comienzos claustrales.

"Entré en el monasterio donde ella habitaba—dice su hermano San Gregorio, el obispo de Nisa—. Tenía ya muy avanzado el mal, y la vi tendida no sobre un lecho, ni siquiera sobre un triste camastro, sino sobre el suelo mismo, sin más intermedio entre su cuerpo y la tabla que el saco, y a modo de almohada otro trozo de madera, que sostenía algo elevada su cabeza, no sin grave dignidad.

"Al notar ella que estaba yo a la puerta para entrar, cargando el cuerpo sobre el codo, hizo lo posible para erguirse, cosa que no pudo efectuar del todo por la intensidad de la fiebre. Entonces, ya que de otro modo no podía, apoyó sólo la mano sobre el suelo y se incorporó algo en la humilde estera donde yacía, dándome así el honor de la bienvenida. Me incliné yo hacia ella y, tomándola en mis brazos, la levanté del suelo e hice la colocaran en su lecho habitual.

"Aquí fué cuando, alzando las manos al cielo: "Gracias a ti, mi Dios y Señor, dijo, que me has concedido esto y has satisfecho lo que tanto ansiaba en mi corazón, moviendo a tu siervo para que hiciese esta visita a tu esclava". Y mientras esto decía, para evitar molestias a los demás, suavizaba la fuerza del ahogo procurando disimular la dificultad que sentía en la respiración. Hacía por sembrar alegría a su alrededor, introduciendo ella misma conversaciones gustosas y haciéndome mil preguntas para dar materia de conversación.

"Pero cuando en el curso de ésta llegamos a hablar de Basilio, ya no pude contener mi emoción: una honda tristeza cubrió mi rostro, y las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas.

"Ella, serena, tomando precisamente ocasión de la muerte de nuestro hermano para remontarse a la más subida filosofía cristiana, explayó en magnífica exposición las causas de los acontecimientos humanos y las ocultas leyes de la Providencia divina, aun en lo que se tiene por desgracia entre los hombres. Como inspirada de luz especial, disertó largo sobre los bienes de la vida futura; e hizo esto de modo que, al influjo de sus palabras, mi misma alma, sobrecogida de lo que oía de sus labios, transportada a regiones más altas, quedó como fuera de todo lo humano...

"La fiebre teníala consumida y sin fuerzas, y su mismo

cuerpo parecía como envuelto en un rocío congelante, que le aceleraba la muerte; pero su cabeza, lúcida, parecía ilesa de toda enfermedad, con lo que volaba sin obstáculo a la más elevada contemplación... Terminado que hubo de expansionarse, díjome: "Hermano, es hora de que descanses un rato y cuides del cuerpo, pues tan larga caminata no ha podido menos de producirte fatiga". Yo, aunque mi mejor alivio era estar pendiente de sus labios y de su presencia, engolfado, como estaba, en sus conceptos espirituales, sin embargo, por dar gusto y obedecer en todo a tan buena maestra, me retiré a un apartado placentero de unos huertos vecinos y allí traté de reposar un poco a la sombra de unos arbustos. Inútil empeño; el descanso huía de mi corazón, cargado de tristeza y en la seguridad de nuevas amarguras, que ya presagiaba... Expuse mis sentimientos a los que me acompañaban, y todos estábamos cada vez más sumidos en nuestro dolor, cuando ella, barruntando la depresión de nuestros corazones, quiso levantarlos, mandándonos recado de que tuviésemos buen ánimo, pues sentía alguna mejoría... A tan buena nueva nos levantamos y fuimos a acompañarla... Una vez en su presencia, no permitió ella se pasase el tiempo inútilmente; antes bien, tomando el hilo desde su niñez, nos hizo un recorrido de todo lo pasado desde entonces, con el aplomo no de quien habla, sino de quien está leyendo en un libro.

"Recordó muy al vivo la vida de nuestros padres y todo cuanto sucedió antes y después de mi nacimiento. Todo ello venía para terminar en una acción de gracias a Dios. Respecto a sus padres, no era en lo que insistía en su nobleza o en su posición social, sino en el gran beneficio que Dios les había otorgado de sufrir, siendo perseguidos y vejados por confesar a Cristo...

"Como en el curso de la conversación le indicase lo mucho que por la fe hube yo de padecer, primero por parte del emperador Valente, que ordenó mi destierro, y después por la agitación y luchas intestinas de tantas Iglesias entre sí, que me obligaron a salir en defensa de la verdad con tanto peligro, díjome ella: ¿Y dejarás de agradecer esos divínos beneficios al Señor? ¿Serás capaz de tener el vicio de la ingratitud? Pórtate como aquellos de quienes somos hijos... Dichoso de ti, de cuya fama se sirven ciudades, pueblos y naciones, pudiendo con tus idas y venidas proporcionarles alguna ayuda espiritual y restablecer las cosas de la Iglesia. Gran don y merced es ése de Dios! ¡No desconozcas su fuente!...

"En este coloquio hubiera seguido todo el día gozosísimo, sin cansarme nada; pero el canto de los que rezaban,

que desde allí se oía, me invitó a hacer las oraciones de acción de gracias propias de las vísperas. Ella entonces, dejándome ir a la iglesia, se engolfó de nuevo en su trato íntimo con Dios. Y así pasó la noche.

"Apenas clareó la mañana, en seguida me hice cargo de que aquel día sería ya el último de su existencia; la fiebre teníala consumida del todo. También entonces, advirtiendo la sinrazón de nuestras preocupaciones, quiso romper a hablar de nuevo en sus grandes conceptos; y mientras respiraba ya con suma dificultad, se esforzaba por levantar nuestros corazones...

"Agonía admirable. Nada de zozobra; nada de perturbación. La absorbía la idea de que su peregrinación había terminado y estaba ya para llegar a su patria. Otra vez más aparecía un espíritu excelso en el poco aprecio de esta vida de abajo. Al oírla filosofar, creía verme no ante un ser humano, sino ante un ángel que por providencia de Dios hubiera tomado forma humana. No parecía tener parentesco con cuanto dice tierra y vida mortal. Ni un gesto que no fuera dignísimo; su cuerpo gozaba de imperturbable serenidad, sin dejo humano; su alma estaba enfrascada en Dios, como si no estuviera aún unida con la carne. Para mí era evidente: lo único que allí actuaba era el amor purísimo hacia su Esposo Jesús, siempre escondido en el más secreto sagrario de su ser, pero que en esta coyuntura salía fuera de sí y, rompiendo el velo del corazón, se manifestaba al exterior en ansias de volar hacia el que era las delicias de su alma. Su cuerpo le estorbaba; su único anhelo era llegar cuanto antes a su amor. Completa en toda virtud, ¿cómo podría interesarle ya ni atraer sus ojos cosa alguna fuera de él?

"A todo esto, el día estaba muy avanzado y el sol desaparecería pronto del horizonte. Ella conservaba aún vivacísima la actividad de su alma. Cuanto más se acercaba a su fin, tanto más se despertaban sus ansias de volar a Dios. Parecía contemplar cada momento con mayor claridad la belleza de su Amado, con lo cual su corazón pujaba por ir a sus brazos, y así, sin hablar ya con los presentes, tenía sus ojos clavados sólo en aquel a quien dirigía sus anhelosas súplicas. Su lecho caía hacia el oriente. Sin dirigirnos ya más su palabra, se entretenía sólo con Dios; el ademán mismo de sus manos era de oración, y su voz, muy apagada, apenas podía ya percibirse. Su oración era tal, que evidentemente subía hasta el mismo Dios y el Señor la escuchaba.

"Tú, Señor, decía, nos quitaste el miedo a la muerte. Tú has hecho que el remate de esta vida sea comienzo de la vida verdadera. Tú, que has mandado que entreguemos

nuestros cuerpos al sueño del sepulcro, harás que a la voz de la trompeta salgan de él resucitados. Arcilla somos plasmada por tus manos. Ahora la confías en depósito a la tierra, pero volverás a reclamarla, haciendo que lo que en nosotros es actualmente mortal y deforme sea hermoseado con la inmortalidad y con tu gracia... Tú, Dios eterno, diste a quienes te temen, para destrucción del enemigo y seguridad de nuestra verdadera vida, la señal de la cruz; esa cruz a la que pertenezco desde las entrañas de mi madre, a la que he amado con todas las fuerzas de mi corazón y a la que desde mi niñez tengo consagrados mi alma y mi cuerpo... Si en algo te he ofendido por debilidad, de palabra, obra o deseo, Señor, apiádate de mí. Tú, que tienes en la tierra el poder de perdonar los pecados, haz que mi alma halle alivio y no se encuentre indigna de presentarse ante ti, sino que sin mancha ni culpa sea recibida en tus brazos como incienso de holocausto.

"Diciendo esto, aplicó a sus ojos, labios y corazón el signo de la cruz. Después, ya la lengua reseca poco a poco por la fiebre, apenas podía balbucear las palabras y salían voces inarticuladas. Así que sólo por el movimiento de los labios y el ademán de las manos se colegía que continuaba su oración.

"A todo esto la noche se echaba encima, y cuando ya la obscuridad iba dominando todo, ella abriendo por completo los párpados, como si quisiera absorber las últimas luces, se disponía a recitar las preces de acción de gracias vespertinas. La falta de voz supliala con el corazón y con el movimiento de las manos, mientras un meneo casi imperceptible de sus labios mostraba el afecto del corazón. Terminadas las preces, se santiguó con la mano, dando señales de que sus deseos estaban ya cumplidos; luego, exhalando un suspiro profundo, dió fin juntamente a su vida y a su oración.

"Sin respiración, inmóvil, era ya cadáver. Al punto acordéme de lo que me había suplicado en nuestra primera entrevista: era su deseo que mis manos cerrasen sus párpados y sus labios. Acerqué mis dedos a su santo rostro. lánguido de tanto sufrir, haciendo todo esto más por cumplir su ruego que por necesidad, pues no parecía muerta, sino dormida. ¡Tan natural estaba! Sus ojos habían quedado plácidamente cubiertos por los párpados; sus labios estaban unidos el uno al otro, y había dejado sus manos graciosamente entrelazadas sobre el pecho. Todo el cuerpo quedó tan compuesto y lleno de dignidad, que sobraba toda mano ajena para arreglarlo.

"Mi alma se hallaba bajo dos fuertes impresiones diversas: por una parte, lo que veían mis ojos; por otra, los

gemidos de las vírgenes, que rompieron a sollozar a mi lado con un llanto que taladraba el corazón. Hasta entonces se habían podido conservar valientes y silenciosas, cohibiendo su dolor y la expresión de sus lágrimas, por el respeto que profesaban a su gran maestra y por el temor de que aun sin palabras las reprendiese. No querían en modo alguno darle ocasión de disgusto. Pero ahora, ya sin fuerza posible que cohibiese el ímpetu de sus lágrimas, prorrumpieron en sollozos y gemidos tan hondos y amargos como si el fuego abrasase sus corazones, fatigados de tanto reprimirse. Yo mismo sentía que mi espíritu perdía sus fuerzas de contención, como si un golpe irresistible arrastrase violentamente en pos de sí toda mi alma entre gemidos. ¿No era obvio y justo que aquellas vírgenes diesen una expansión tan natural a su dolor?" [78]

Aquella muerte era un plan de vida, así como el sepelio que la siguió era la siembra de la semilla que había de cubrir con sus espigas naciones enteras. Porque, en efecto, los monasterios llamados basilianos [79], tanto de hombres como de mujeres, fueron gota de aceite que se corrió por el mapa del Imperio oriental.

---

[78] GREGORIO NISENO, *Vita Sanctae Macrinae*, PG 46, 976-985. La descripción de la muerte de Santa Macrina ocupa la parte principal de la biografía citada. Aprovechamos con ligeras variantes la traducción ofrecida por J. ZAMEZA en su obra *Rutas de luz* (Madrid 1943), pp. 358-369. Es muy probable que aquel breve coloquio de su hermana moribunda sobre la inmortalidad del alma y las esperanzas de la vida futura sugiriese al Obispo de Nisa la idea y el núcleo principal de su tratado *De anima et resurrectione* (PG 46, 12-106), compuesto precisamente en forma de diálogo con aquella santa esposa de Cristo.

[79] San Basilio no fundó una orden en el sentido estricto de la palabra, es decir, con jurisdicción única central o, al menos, con la unidad de una confederación de monasterios. Ni siquiera puede decirse que todos aquellos monasterios tuvieran un código legislativo inexorable salido de manos del obispo de Cesarea. Fué más bien el conjunto de sus normas ascéticas, como núcleo substancial de los diversos estatutos particulares de cada casa religiosa, el que sirvió de ocasión para el nombre de *basilianos*. Tal vez el comienzo de una tal nomenclatura haya que buscarlo en la contraposición con San Benito, patriarca de los monjes de Occidente, y en una fórmula de este último, en qué alude a la «Regla de nuestro Padre San Basilio» *(Regula S. Benedicti,* c. 73 : PL 66, 930). En tiempos ya recientes, Gregorio XIII reunió todos los monasterios italianos y españoles inspirados en las Reglas de San Basilio en una verdadera orden basiliana. (Cf. C. KOROLEVSKIJ, *Basiliens italo-grecs et espagnols,* DHGE, t. VI, col. 1181 s.)

Los principios cenobíticos de Bizancio: Isaac

131. Todavía estaba caliente el cadáver de San Basilio, cuando el abad Isaac, hacia el año 384, comenzaba en Constantinopla la fundación de un monasterio, en cuyos sillares serían empleadas las *Reglas breves y extensas* labradas en el valle del Iris [80]. Era Isaac de origen sirio, pero su fama en Bizancio estaba muy bien cimentada desde que, emulando su audacia a su don profético, se había enfrentado con el emperador Valente, anunciándole su derrota y su muerte en la lucha contra los godos si se obstinaba en no devolver las iglesias arrrebatadas a los católicos por los arrianos [81]. Bajo el laurel de la paz religiosa traído por Teodosio en su cetro, comenzaron a reunirse numerosos discípulos en torno al monje sirio. Entre ellos se hallaba el que había de serle sostén en las empresas y sucesor en el gobierno, Dálmato, brillante oficial de la guardia del emperador, rico en bienes materiales, que distribuyó con largueza, y antídoto del carácter de Isaac, cuyo celo activo y afanoso compensaba con sus tendencias contemplativas y amantes de soledad [82]. A Dálmato acompañaba su hijo Fausto; otros muchos siguieron pronto aquel ejemplo.

Fué necesario edificar un monasterio, el primero de los conocidos con certeza dentro de la capital del Oriente y el único que allí existía el año 384 [83]. Muy pronto, bajo el impulso de Isaac, fueron éstos multiplicándose dentro y fuera de la villa, llegando a contar cada uno de ellos, aun en vida del santo abad fundador, hasta cincuenta y cien monjes ocupados en las alabanzas del Señor [84]. Isaac visitaba personalmente todas aquellas casas, instruía a sus religio-

---

[80] Prescindimos, como es natural, de las noticias referentes a los catorce monasterios construídos en tiempos de Constantino, que deben considerarse como legendarias en su conjunto. Véase el erudito artículo de J. PARGOIRE, *Les débuts du monachisme à Constantinople*, en «Revue des Questions Historiques», t. LXV (1899), pp. 67-143.

[81] SOZOMENOS, *Historia Ecclesiastica*, lib. VI, c. 40: PG 67, 1413-1416; TEODORETO, *Historia Ecclesiastica*, lib. IV, c. 31: PG 82, 1193-1196.

[82] Con el tiempo, el monasterio fundado por San Isaac e ilustrado por San Dálmato vino a transformarse, en muchos escritos, en e monasterio de San Isaac el dálmata.

[83] Cf. CALÍNICO, *De vita Sancti Hypatii liber* (Lipsiae 1895), p. 8. Este documento, de gran importancia para la historia de los comienzos monásticos en Constantinopla, fué asimismo publicado por los Bolandos en AASS, mense iunio, t. III, pp. 308-349. Una vida de San Isaac, de autor anónimo y autoridad escasa, puede verse en AASS, mense maio, t. VII, pp. 247-260.

[84] CALÍNICO, *De vita Sancti Hypatii liber*, ed. cit., p. 23.

sos en las prácticas tradicionales del ascetismo, estimulaba su espíritu, y con esto quedó insensiblemente constituído en Padre espiritual de un verdadero ejército monástico, cuyo poder era preciso tener en cuenta.

Dálmato acrecentó todavía más esta herencia de prestigio heredada de su antecesor. Nos bastaría para convencernos de ello recordar aquel día de emoción dogmático-religiosa presenciado por Constantinopla el año 431. Dálmato, después de cuarenta y ocho años de vida monástica, en que no había abandonado los muros del convento, movido por una carta de San Cirilo de Alejandría, donde exponía este santo Obispo las penosas circunstancias de la Iglesia durante el Concilio Efesino ante las maquinaciones nestorianas, se decide a visitar al emperador. Al frente de una procesión impresionante de monjes y archimandritas, que atraviesa las calles de la ciudad al son de cánticos sagrados, se presenta en el palacio imperial y convence a Teodosio II de la necesidad de oír a los verdaderos Padres del Concilio y apoyar sus decisiones. Aquella original manifestación de piedad católica y mariana, conseguido su objeto, retorna solemne por las calles de Constantinopla hasta la iglesia del mártir Mocio, para dar allí gracias al Señor y refrendar las palabras del abad Dálmato con los gritos de "¡Abajo Nestorio! ¡Abajo Nestorio!" [85] Esta bien merecida influencia adquirida por el monasterio fundado por Isaac quedaba confirmada por el Concilio de Efeso, que en una de sus cartas le otorgaba el derecho perpetuo de supremacía sobre los demás monasterios de la capital.

Al impulso impreso por Isaac, los conventos de la región bizantina empiezan a multiplicarse rápidamente. Todo el mundo conoce en la corte la voluntad con que Teodosio favorece tales iniciativas; y de ahí que dondequiera brota un deseo de piedad para agradar a Dios o un deseo de adulación para halagar al príncipe, surge al punto un nuevo cenobio. Muerto el hegúmeno Fausto, hijo de San Dálmato y sucesor suyo en el cargo abacial, la supremacía verdadera del influjo cenobítico había de pasar a otro monasterio edificado en un arrabal de Calcedonia por Rufino, el favorito de Teodosio. Abandonado poco después de su construcción, sería restaurado por San Hipacio, que lo gobernaría durante cuarenta años continuos, atrayendo hacia sí las miradas de todos los monjes bizantinos. No podía menos de imponerse a la atención general aquella su resolución en defensa de la fe antinestoriana, aquella su actitud inflexible

[85] C. J. HEFELE, *Histoire des Conciles*, trad. por H. Leclercq, t. II, p. 343. Las diversas cartas del Concilio, así como el documento titulado *Apologia Dalmatii*, en que constan los anteriores datos, pueden verse en MSCC, t. IV, col. 1427-1430.

en pro de la moral contra la renovación de los juegos olímpicos de matiz idolátrico en el teatro calcedonense y también, ¿por qué no?, aquella estima que de su persona hacía la corte imperial, sobre todo las tres hermanas de Teodosio III, que llegaron a amenazarle con derribar las puertas del convento si no accedía a prodigarles sus consejos en el palacio rufiniano [86].

Todavía sería otro monasterio de corte ascético bien distinto el que había de recoger, a la muerte de San Hipacio, el cetro de la influencia monacal: el monasterio de los *acemetas* o insomnes, entre cuyos muros no cesaban de oírse de día ni de noche los cantos de la salmodia o de los himnos litúrgicos, gracias a la distribución de turnos consecutivos y a las ocho horas diarias que cada monje consagraba a la oración [87]. Los iniciadores de este nuevo convento, el discutido Alejandro, Juan el constructor del nuevo edificio junto al Bósforo, y Marcelo, el alma vivificante de la institución, se apartaron algún tanto de las prácticas usuales bizantinas, en especial por lo que hace al aprecio de los trabajos manuales; pero, hecha esta salvedad, puede decirse que la mayor parte de los cenobios de Constantinopla seguían alimentando su vida ascética con las normas de San Basilio, más o menos acomodadas a la diversa configuración psíquica y moral de cada uno de los fundadores.

Por estos pasos, el ascetismo basiliano cobraría tal pujanza, aun dentro de los mismos muros bizantinos, que antes de morir el emperador Justiniano llegaría a ochenta el número de sus convetos; su prestigio se elevaría hasta el punto de que en ellos buscarían su educación los príncipes imperiales y a ellos se confiaría la guarda de los personajes caídos en desgracia de la corte; y lo que es más importante, llegaría su autoridad e influjo en los asuntos eclesiásticos a ser tan poderosa, que en ciertos momentos amenazaría obscurecer el ascendiente de patriarcas de la talla de un Juan Crisóstomo [88]. Y a través de todo este incremento, las suce-

[86] CALÍNICO, *De vita Sancti Hypatii liber;* véase todo el capítulo 6.

[87] Un buen resumen de los comienzos turbulentos y las glorias de este monasterio ofrece en el artículo ya citado J. PARGOIRE, *Les débuts du monachisme à Constantinople*, en «Revue des Questions Historiques», t. LXV (1899), pp. 133-143.

[88] Espigando en las obras de San Juan Crisóstomo no sería difícil encontrar una serie de textos en que el santo, no obstante sus inclinaciones ascéticas, juzga conveniente recordar a los monjes sus deberes de sumisión y su rango de inferioridad respecto a los obispos. Algunas de estas advertencias anotadas por Sozomenos y Calínico pueden verse recogidas en el artículo últimamente citado de J. PARGOIRE, p. 122 s.

sivas direcciones cenobíticas, ya provengan de las autoridades supremas del patriarcado constantinopolitano por boca de un Crisóstomo o un Nicéforo, ya emanen de los grandes reformadores monásticos, como un Teodoro Estudita, no serán sino refundiciones de las grandes normas de San Basilio, cuyo espíritu y gran parte de la letra permanecerá siempre visible [89].

La diaconisa Olimpíades

132. También en Constantinopla tras los pasos firmes de los monjes seguían muy de cerca las huellas virginales de las esposas de Cristo. Ahora que la ascética femenina se matizó con un carácter peculiar por su unión con los círculos de las diaconisas florecientes en aquella capital, acaso más que en otra parte alguna. En este orden de la génesis ascética, junto a Isaac se destacó especialmente, en tiempos de San Juan Crisóstomo, una mujer providencial elegida por Dios.

El mismo año 384, en que el monje sirio fundaba su primer convento en Constantinopla, se celebraba asimismo en dicha capital del Oriente una boda brillante y ostentosa. Asistían a ella varios obispos de las sedes limítrofes, y el antiguo metropolitano de Constantinopla, San Gregorio Nacianceno, retirado a la sazón en Aranzo, se lamentaba de no poder presenciar la ceremonia a causa de sus achaques [90], enviando en su lugar una composición poética sobre los deberes del matrimonio [91].

La desposada, por nombre Olimpíades, joven de dieciséis años, era objeto de la admiración de la ciudad entera por su noble linaje, su belleza corporal y la opulencia de sus bienes. Tanto su madre como su padre, el conde Seleuco [92],

---

[89] Por lo que hace a San Teodoro Estudita, consta que sus lecturas predilectas, después de la Sagrada Escritura, eran precisamente las obras de San Basilio, cuyas Reglas en cierto modo completó con nuevas prescripciones. Sus obras pueden verse en PG 99.

[90] *Epist. 193 ad Procopium*, PG 37, 316 s.

[91] *Carmina historica. Poemata quae spectant ad alios*, VI *Ad Olympiadem*, PG 37, 1542-1550.

[92] El cardenal Baronio, siguiendo el texto de ciertos menologios griegos, cree que el padre de la santa fué el conde Anisio Segundo. (Cf. *Annales Ecclesiastici*, anno 388, § 44, Lucae 1740, t. VI, p. 15.) No parece tenga fundamento sólido esta aserción, como ni tampoco el dato de que fuese hija de otra Olimpíades, hija de Ablavio y esposa de Arsacio, rey de Armenia, que a la muerte de su primer marido hubiera contraído segundas nupcias con Anisio. Acerca de ambos puntos puede verse Lenain de Tillemont, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles*, t. XI, p. 635.

hijo de Ablavio, prefecto influyente del Pretorio en tiempos de Constantino, habían muerto jóvenes, quedando Olimpíades encomendada a la tutela de un tío suyo, Procopio, hombre de elevadas miras y ligado con San Gregorio Nacianceno por estrecha amistad [93]. Bajo la solicitud de este santo Obispo, durante sus breves años de estancia en Constantinopla, y merced a los cuidados y admirables ejemplos de la mujer escogida por Dios para su educación, la prudente Teodosia, hermana de San Anfiloquio de Iconio [94], había llegado Olimpíades a la edad núbil adornada con todas las gracias corporales y espirituales que pudiera apetecer un vástago de la aristocracia bizantina. No faltaban, como era natural, quienes aspiraban a su mano; entre todos fué elegido Nebridio, intendente de los dominios imperiales y luego prefecto de Constantinopla.

Sin embargo, este matrimonio, celebrado con tan favorables auspicios, quedaría tronchado a los veinte meses por la muerte inesperada del marido. Olimpíades se encontró, por tanto, a los dieciocho años, viuda y libre, llena de atractivos y de riquezas [95]. Volvieron a importunarla numerosos

---

[93] Acerca de la vida de Santa Olimpíades estamos bien informados por plumas de primera mano que estuvieron en contacto con la protagonista, como son, ante todo, SAN JUAN CRISÓSTOMO, en las diecisiete cartas que le dirigió (PG 52, 549-623); SOZOMENOS, *Historia Ecclesiastica*, cc. 9 y 24: PG 67, 1537-1541 y 1577-1580; PALADIO DE HELENÓPOLIS, *Historia Lausiaca*, c. 144: PG 34, 1244-1250; ed. BUTLER, cc. 56 y 62: TS, t. VI, pp. 149 s. y 158; elementos históricos muy interesantes aporta también el *Dialogus de Vita Sancti Iohannis Chrysostomi*, que lleva el nombre de PALADIO, y cuya autoridad es indiscutible aun en el supuesto de que la atribución a tal autor sea ficticia o de que se trate de otro Paladio diverso del Obispo de Helenópolis; principalmente son interesantes para nosotros los capítulos 16 y 17 (PG 47, 52-61). Más tarde hablaremos de otro escrito de importancia, compuesto por la abadesa Sergia en el siglo VII, englobando una vida redactada dos centurias antes. A base de tales materiales compuso la biografía de la santa en tiempos posteriores, aun cuando con autoridad no muy consistente, NICÉFORO CALIXTO, *Historia Ecclesiastica*, lib. XIII, c. 24: PG 146, 1009-1013. De ella trataron asimismo BARONIO, en el lugar citado, y sobre todo LENAIN DE TILLEMONT, con su erudición acostumbrada, en la obra y tomo indicados, pp. 416-440. En tiempos más modernos se han ocupado de la santa: MEURISSE, *Histoire d'Olympias diaconesse de Constantinople* (Metz 1640); * F. BOEHRINGER, *Die Kirche Christi und ihre Zeugen. Die alte Kirche*, neunter Theil, *Olympias*, pp. 192-200. Véase principalmente CH. BAUR, *Der Heilige Iohannes Chrysostomus und seine Zeit*, t. II (München 1930), pp. 86-90.

[94] Para juzgar las virtudes de Teodosia, recuérdese que San Gregorio Nacianceno le dice a Olimpiades que «se la proponga como ejemplar vivo de todas sus palabras y acciones» (*Carmina historica. Poemata quae spectant ad alios*, VI, vv. 95-103: PG 37, 1549).

[95] PALADIO, en la *Historia Lausiaca*, c. 146: PG 34, 1246, afirma que Olimpíades se mantuvo virgen durante su matrimonio. Lo mismo advierte el *Dialogus de vita Sancti Iohannis Chrysostomi*, c. 17: PG 47, 60. Sin embargo, tales afirmaciones pierden mucho de su

pretendientes, entre los que se destacó como el más temible de todos Elpidio, noble español emparentado con el emperador Teodosio. Enamorado de las prendas personales y las riquezas de la hermosa viuda, importunó una y mil veces a Olimpíades para obtener su mano. Pero ya para entonces tenía ésta tomada su resolución de consagrar a Dios toda su vida en holocausto de oración, penitencia y caridad: era el fruto cosechado por la siembra de Teodosia y el cultivo de Dios mediante la inspiración y la desgracia. A las instancias de Elpidio respondió enérgicamente que "si el Señor la hubiera querido en el estado de matrimonio, no le hubiera arrebatado su primer esposo". Tampoco estaba dispuesto el fracasado pretendiente a darse tan fácilmente por vencido, y se dispuso inmediatamente a la lucha, acudiendo al valimiento del emperador, a quien no eran aún conocidas las virtudes de la joven viuda. Restallaron en el aire las amenazas, y, comprobada su inutilidad, se vino a vías de hecho, procediendo por orden de Teodosio a despojar a Olimpíades de todos sus bienes, que debían ser custodiados en depósito por el prefecto de Constantinopla hasta que la santa joven cumpliese sus treinta años. Nuevo golpe que afianzó más su voluntad en el propósito de entregarse únicamente a Cristo.

Paladio, el biógrafo de San Juan Crisóstomo, que la trató personalmente, nos ha conservado las líneas, llenas de piedad y no exentas de cierta ironía, que con esta ocasión dirigió al emperador. Decían así: "Señor: habéis mostrado para con vuestra humilde sierva una bondad digna no sólo de un emperador, sino de un obispo, al entregar a la custodia de vuestros oficiales el pesado fardo de mis bienes, descargándome así de las solicitudes de su administración. Todavía aumentaríais mi gozo si mandaseis que fueran distribuídos entre las iglesias y los pobres, pues conozco las luchas contra las tentaciones de vanidad que tales limosnas ocasionan cuando se hacen personalmente; por otra parte, no quisiera que los embarazos de los negocios temporales me hicieran descuidar los espirituales de mi alma" [96]. Vuelto Teodosio a Constantinopla en 391, después de su victoria sobre Máximo, tuvo noticias exactas del temple de ánimo y virtudes de Olimpíades, y al punto mandó se le devolviesen todos sus bienes.

La vida de la santa joven era la admiración de toda la ciudad. No obstante la delicadeza de su cuerpo, hecho más

---

autoridad ante el modo de hablar de Crisóstomo, que supone lo contrario cuando explica a la joven diaconisa cómo las virtudes de su viudez pueden elevarla sobre el coro de las vírgenes (*Epist. 2*, n. 4: PG 52, 559 s.).

[96] PALADIO, *Dialogus de vita S. Ioh. Chrysostomi*, c. 17: PG 47, 61.

sensible al dolor por los refinamientos de su educación aristocrática, sus penitencias corporales eran tan extremadas, que llegaba a preguntarse San Juan Crisóstomo "si habría piedra, hierro o diamante a los que no hubiera superado con su dureza" [97]. Atraída por el perfume de sus austeridades, se había lanzado sobre ella un verdadero enjambre de achaques más fuertes que la ciencia de los médicos, que el poder de las medicinas y que la eficacia de cualquier régimen curativo: era un retablo de dolores [98].

A pesar de ello se abstenía constantemente de toda clase de carne o pescado, y, lo que era más mortificante, dado su medio ambiente, había renunciado a las satisfacciones del baño, cuando no se veía forzada a tomarlo por causa de sus enfermedades [99]. Difícil era el evitar éstas, siendo así que la parquedad de su comida rayaba en los límites de lo estrictamente necesario para mantener la vida del cuerpo, y sus velas nocturnas se hacían tan continuas que el hábito de no dormir se le había hecho a ella tan natural como lo es a los demás el de entregarse diariamente al reposo. ¿Qué extraño el que estas aflicciones corporales le hubieran reportado un señorío tal sobre sus pasiones, especialmente sobre el orgullo y la vanagloria, que jamás perturbación alguna interior viniera a remover la serenidad absoluta de su alma? He ahí la semblanza que de sus virtudes nos ha dejado su padre en el espíritu, el Patriarca desterrado de Constantinopla.

Las manifestaciones de su amor al prójimo empezaron a mostrarse con los de su propia casa, en la que otorgó la libertad a innumerables esclavos, cuya vida, según testimonio de Paladio de Helenópolis, llegó pronto a superar a la de su señora en comodidades y porte exterior de su vestido [100]. Tanto las cartas de San Juan Crisóstomo, su padre en espíritu y confidente universal, como los capítulos de los historiadores contemporáneos que la trataron, nos describen la vida exterior de Santa Olimpíades concentrada en el servicio del templo y el ejercicio de la caridad. Esta sobrepasaba toda previsión, ya sea escudriñando los últimos rincones de la villa imperial para depositar sus limosnas en manos de los necesitados, ya sea acudiendo con su socorro a los enfermos de los hospitales, ya sea aliviando las tristezas de los encarcelados y proscritos o prodigando sus bienes

---

[97] *Epist.* 2, n. 4: PG 52, 560.

[98] Ibid.

[99] PALADIO, *Dialogus de vita S. Ioh. Chrysostomi*, c. 17: PG 47, 61. Para noticias más concretas sobre su austeridad en la comida y el sueño pueden verse las cartas de SAN JUAN CRISÓSTOMO, especialmente, *Epist.* 2, n. 5: PG 52, 560 s.

[100] PALADIO, *Historia Lausiaca*, c. 144: PG 34, 1249.

entre las iglesias pobres. Una preferencia especial dirigía sus cuidados al mantenimiento de las vírgenes, al sostén de los monjes y a la ayuda de los obispos, sin más barreras que los últimos confines del mundo por ella conocido.

Mucho podrían decirnos de su generosidad los anacoretas de Nitria, desterrados de su patria por Teófilo de Alejandría a causa de sus simpatías origenistas, que fueron alojados en gran número en la mansión de Olimpíades y alimentados durante largo tiempo por ella a sus propias expensas. Mucho más todavía nos hubieran referido numerosos obispos, que de ella recibieron no sólo cuantiosas limosnas, sino propiedades y fincas de no pequeño valor, como San Anfiloquio de Iconio, Optimo de Antioquía en Pisidia; San Pedro de Sebaste, hermano de San Basilio; San Gregorio Nacianceno y San Epifanio de Salamina [101].

A tal punto llegaron los dispendios de su generosidad, que se vió precisado San Juan Crisóstomo a amonestarla para que cercenase sus larguezas: "¿Olvidas—le decía—que, llevada del amor de Dios, consagraste por propia iniciativa tus bienes a los pobres? ¿No adviertes que con ello te convertiste en administradora de unas riquezas que ya no son tuyas y de cuyo empleo has de dar cuenta estricta al Señor? Si tienen algún peso para ti mis consejos, regula en lo sucesivo tus prodigalidades según la necesidad verdadera de los que a ti acuden, con lo cual podrás beneficiar a un número mayor de personas y recibirás de Dios el doble premio de tu misericordia y de tu solícita prudencia" [102].

Siendo públicos tales méritos, nadie pudo reprobar el que ya Nectario, patriarca de Constantinopla desde el 381 al 397, la consagrase diaconisa de su iglesia de Santa Sofía cuando apenas contaba veinticinco años, con excepción manifiesta de las costumbres vigentes, y que fuese tan singular la veneración que le profesaba, que, al decir de los historiadores bizantinos, en los mismos negocios eclesiásticos seguía ciegamente sus dictados [103]. Este aprecio aumentó aún más con el siguiente arzobispo de Bizancio, San Juan Crisóstomo, quien no sólo la mantuvo en su cargo diaconal, sino que la consideró como su principal consejera y la agente imprescindible en todas sus obras de piedad y de

[101] PALADIO, *Dialogus de vita S. Ioh. Chrysostomi*, c. 17: PG 47, 61.

[102] SOZOMENOS, *Historia Ecclesiastica*, lib. VIII, c. 9: PG 67, 1540. Exponiendo PALADIO las liberalidades de Santa Olimpíades, dice: «No hubo ciudad, campo o desierto que no experimentase la generosidad de esta ínclita virgen *(sic)*..., y, para decirlo en una palabra, sus limosnas llegaron a todo el orbe de la tierra» *(Historia Lausiaca)*, c. 144: PG 34, 1249).

[103] PALADIO, *Dialogus de vita S. Ioh. Chrysostomi*, c. 17: PG 47, 61; cf. asimismo SOZOMENOS, *Historia Ecclesiastica*, lib. VIII, c. 9: PG 67, 1537-1540.

beneficencia. Para el Crisóstomo tuvo Olimpíades el triple carácter de hija espiritual, de hermana confidente de sus propias aflicciones y de madre solícita, en quien descargaba los cuidados de su alimentación y demás necesidades corporales.

Mídase por estos antecedentes la angustia que oprimiría a la santa viuda cuando poco después de Pentecostés, el 20 de junio del 404, veía a su venerado Obispo, hincado de rodillas en el presbiterio de su iglesia, elevar por vez postrera a Dios la oración de despedida antes de partir para el destierro con presentimientos de pronta muerte. Al recibir, rodeada de otras diaconisas, en el baptisterio, la última bendición de su Obispo y escuchar los consejos y encargos que, a manera de testamento, les confiaba para con su amada Iglesia, no pudo contener los sollozos; se arrojó a los pies de su Pastor y fué menester que, a una señal de San Juan Crisóstomo, un presbítero la levantase del suelo a fin de que tales escenas no fueran ocasión de un motín en el pueblo [104].

El dolor causado por aquel destierro injusto, así como las tribulaciones por los males que a él se siguieron en la Iglesia de Constantinopla, quebrantaron su salud y aun pusieron a Olimpíades en peligro de ser víctima del desaliento ante la maldad desbordante de los hombres. Enterado de ello San Juan Crisóstomo, vino en su ayuda desde el destierro con una carta llena de inspiración sobrenatural, en la que consolaba su espíritu recordándole el valor inestimable de las adversidades, dirigidas todas ellas por la mano providente del Señor. Era la primera de las diecisiete que había de dirigirle desde su exilio el santo proscrito, dejándonos por este medio a nosotros el retrato más auténtico de las virtudes de Olimpíades y uno de los más bellos tratados sobre la tribulación [105].

Había sonado el trueno precursor de la tormenta. Al desencadenarse el huracán del odio contra el Crisóstomo, una lluvia de violentas y redobladas persecuciones cayó sobre su diaconisa. Ella, que, según declaró ante el juez en público tribunal, había consumido gran parte de sus riquezas en la construcción y ornato de los templos, fué acusada de incendiaria de la iglesia de Constantinopla, destruída por el fuego el día mismo en que su santo Obispo partía para el destierro. Con ocasión de este proceso, en que hubo de comparecer como infame reo, fué vejada hasta la cruel-

---

[104] La emocionante escena de esta despedida y las últimas palabras que dirigió el santo Obispo a sus diaconisas, nos las ha conservado PALADIO, *Dialogus de vita S. Ioh. Chrysostomi*, c. 10: PG 47, 35.

[105] La colección de estas diecisiete cartas, contenidas en PG 52, 549-623, ha sido traducida al castellano por el P. B. BEJARANO, S. I., *Cartas a Santa Olimpíades*, ed. Aspas, Madrid 1944.

dad y compelida una y otra vez, aunque inútilmente, a reconocer a Arsacio, el nuevo patriarca intruso de Constantinopla [106]. Algo más tarde desembocaban todas aquellas violencias y atropellos en la pérdida de una parte de sus bienes, siendo condenada a entregar al tesoro público doscientas libras de oro, que para ella significaban la renuncia a mil y mil obras de caridad y beneficencia. El último paso a su Gólgota lo daría poco después, cuando, desterrada de Constantinopla, después de verse obligada a cambiar continuamente de residencia cual malhechora indeseable [107], fijaba al fin su vida en Nicomedia, donde hacia el 408, contando tan sólo unos cuarenta años de edad, volaba al celestial Esposo [108].

Las exhortaciones de San Juan Crisóstomo y los ejercicios de renuncia interior con que ella misma se había adelantado a los acontecimientos lograron el que se acomodasen a su alma aquellas tribulaciones como una guirnalda de pasionarias entretejida a la medida de su propio espíritu. Muy bellamente le decía su amado Obispo en una de sus cartas:

> ¿Qué medio podrán emplear los que intentan atemorizarte aun a costa de su propia vida y provecho? ¿Será la pérdida de las riquezas? Sé muy bien que las consideras como polvo y las aprecias menos que el lodo. ¿Acaso el destierro de tu casa y de tu patria? Nada puede esto significar para ti, que has vivido siempre en medio de las ciudades más grandes y populosas como en un desierto, pasando tu vida en la soledad y retiro con el desprecio más absoluto para las pompas de este mundo. ¿Te amenazarán con la muerte? No has dejado transcurrir un solo momento de tu existencia sin pensar en ella, adelantándote así en este punto a tus enemigos; si te condujeran al último suplicio, no llevarían sino un cadáver. ¿Para qué gastar más palabras? Nadie podrá causarte mal alguno que no estés tú ya acostumbrada a tolerar con heroica paciencia; pues habiendo siempre caminado por una senda estrecha y angosta, estás ya avezada a soportar toda clase de sufrimientos [109].

Tal era la mujer elegida por la Providencia para favorecer la obra del monje Isaac en lo referente a las esposas

[106] Es bella la descripción del proceso conservada por SOZOMENOS, *Historia Ecclesiastica*, lib. VIII, c. 24: PG 67, 1577-80.
[107] A estas mudanzas hace referencia expresa SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Epist. 16*, PG 52, 620 s.
[108] La fecha de la muerte de Olimpíades no puede determinarse con certeza. Ciertamente había volado al cielo al escribir Paladio su *Historia Lausiaca*, hacia el 420. El año 408 es admitido como el más probable por los modernos Bolandos. (Cf. *Martyrologium Romanum*, Propylaeum AASS decembris, die 17 dec., n. 6, p. 590.) Esta misma fecha es asignada por CH. BAUR, *Der heilige Chrysostomus und seine Zeit*, t. II, p. 371.
[109] *Epist. 17*, PG 52, 622.

de Cristo y servir de instrumento a San Juan Crisóstomo en sus ideales de implantar con sólida raigambre la vida ascética femenina. Y ahora, después de lo dicho, se comprende cuánto debemos lamentar la falta de datos concretos y seguros a este propósito.

Desde hace mucho tiempo era conocido el testimonio de Paladio en que afirmaba que fueron "innumerables los monjes y vírgenes a quienes ayudó en todas sus necesidades" [110]. Siempre se tuvo por sugerente la expresión de San Juan Crisóstomo cuando, escribiendo desde el destierro, el año 406, a su hija espiritual para infundir nuevos alientos en su espíritu con ocasión de recrudecerse los vejámenes actuales y vislumbrarse en el horizonte nubarrones de odio aún más sombríos, la exhortaba en particular a que levantase los ánimos de sus compañeras de combate, instruyendo con diligencia y enardeciendo al piadoso batallón de mujeres que junto a ella luchaban [111]. La alusión a un grupo escogido de discípulas en la ascética era patente. Mas al intentar desenvolver más estos datos históricos no se disponía sino del testimonio de Nicéforo Calixto, que hablaba, es cierto, del convento formado por la diaconisa bizantina, pero cuyas afirmaciones se consideraban de autoridad poco decisiva [112].

Hoy en día los datos anteriores han venido a quedar a plena luz al abrir por vez primera los Bolandos ante nuestros ojos los códices de una antigua vida de la santa en conformidad con las primitivas redacciones griegas. No era un secreto el que, en el siglo VII, Sergia, abadesa de un convento destruído en los famosos alborotos de Constantinopla del año 532, conocidos con el nombre de *Nika,* y restaurado poco después por Justiniano, había compuesto un relato de la vida de Olimpíades y de la gloriosa traslación de sus restos [113]. Según la devota hegúmena, aquel monasterio era el mismo que en otros tiempos fundara la santa diaconisa de Bizancio. El interesante trabajo de los Bolandos ha logrado desglosar del escrito de Sergia una relación sobre la santa de tiempos muy anteriores, ya que su análisis interno la encuadra dentro del siglo V, en años, al parecer, bastante próximos a la muerte de la protagonista [114].

---

[110] PALADIO, *Dialogus de vita S. Ioh. Chrysostomi*, c. 17: PG 47, 61.

[111] *Epist.* 5, n. 2: PG 52, 597. Ya TILLEMONT había reparado en este texto. (Cf. *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique*, t. XI, p. 437.)

[112] *Historia Ecclesiastica*, lib. XIII, c. 24: PG 146, 1013.

[113] De la existencia de un tal escrito daba testimonio el mismo Nicéforo Calixto en el lugar citado.

[114] La edición crítica de dicho relato griego y el estudio correspondiente a su composición y cronología fueron hechos por los ci-

Esta biografía de autor anónimo, pero conocedor de los acontecimientos, nos atestigua que Olimpíades, después de elevada a la dignidad de diaconisa, fundó un monasterio contiguo a la gran iglesia de Santa Sofía. Desde el primer momento logró reunir en el edificio construído a este objeto hasta cincuenta vírgenes. Pocos años después ascendía a doscientas cincuenta el número de esposas de Cristo que, adornadas con la corona de la virginidad, se ejercitaban en las alabanzas y servicio del Señor. El monasterio poseía el derecho de que cuatro de sus religiosas fuesen elevadas al cargo de diaconisas. Ninguna persona seglar, fuese varón o mujer, podía penetrar dentro de los muros de aquel claustro, en el que bullía un fervor ascético singular gracias al ejemplo de su fundadora y a la solicitud de San Juan Crisóstomo, quien, a pesar de los graves negocios anejos al patriarcado, no se dedignaba de dirigirlas con regularidad piadosas exhortaciones [115].

De este modo adunados en un común esfuerzo los ideales del patriarca San Juan Crisóstomo, del monje Isaac y de la diaconisa Olimpíades, adquirió la vida cenobítica en Constantinopla un brillo que no tenía por qué palidecer ante otros núcleos ascéticos contemporáneos.

Ulteriores expansiones basilianas

133. Mientras tanto, el influjo de Annesi sigue su peregrinación santificadora hacia el mediodía. Por virtud de un armenio, San Eutimio, y de un capadocio, San Sabas, antiguo monje basilio, el espíritu del Obispo de Cesarea se extiende hasta llegar a las lauras palestinenses, que ambos anacoretas habían de organizar sobre nuevos trazados ascéticos. Sobre todo la legislación del Iris abrazará entre sus mallas los cenobios de Tierra Santa, cuando el abad Teodosio, admirador de las constituciones basilianas, sea nombrado archimandrita general de los conventos de Palestina. Se trataba de una de las figuras más preeminentes del

tados historiadores : *Vita Sanctae Olympiadis et narratio Sergiae de eiusdem translatione*, en «Analecta Bollandiana», t. XV (1896), pp. 400-423, y t. XVI (1897), pp. 44-51. Con su erudición acostumbrada deslindan los editores ambas narraciones. Por la antigüedad de la vida aboga, entre otras razones, el hecho de que no aparecen en el relato sino dos abadesas del monasterio, Marina y Elisantia, ambas parientes de Olimpíades y que formaron parte de las primeras fundadoras del monasterio. Una traducción francesa de ambos documentos ofreció J. Bousquet en *Revue de l'Orient Chrétien.*, t. XI (1906), pp. 225-250, y t. XII (1907), pp. 258-268.

[115] *Vita Sanctae Olympiadis*, cc. 6-8 : «Analecta Bollandiana», t. XV, p. 414 s.

monacato oriental [116]. ¿Podría habernos quedado un epitafio más elocuente para perpetuar su memoria que aquel monasterio de Wadi-en-Nar, cerca de Jerusalén, fundado exclusivamente bajo sus iniciativas y que a su muerte contaba con más de cuatrocientos monjes, pertenecientes a tres diversas lenguas: griegos, armenios y eslavones, cada uno de los cuales tenía su propia Iglesia y cuya caridad atendía a tres albergues para huéspedes, tres hospitales para enfermos y un asilo para los ancianos?

De ordinario, en la primera expansión cenobítica del Oriente, junto a la mansión de los monjes basilianos se levantaba el convento destinado para las vírgenes. Esto nos permite hacer un trazado de ruta único para la marcha de la vida religiosa en ambos sexos. A partir del año 506, con el Concilio de Agde empiezan a reiterarse las prohibiciones de una tal costumbre, que ponía en peligro la virtud de los ascetas y daba ocasión a las suspicacias de la maledicencia [117]. Dato curioso y significativo: cuando en 787 el segundo Concilio de Nicea elevaba a decreto ecuménico la abolición de los monasterios dúplices, se creaba juntamente un estado de privilegio legal, pero exclusivo, para las fundaciones de esta clase ya existentes, con tal de que adoptasen las constituciones de San Basilio [118]. La expansión del ascetismo femenino siguió desde entonces sus propias rutas, aun cuando sin frenar por eso sus impulsos.

En realidad no había pasado un siglo desde la muerte de San Basilio, cuando éste había ya conquistado con plena justicia el título de Patriarca del monacato oriental. Es más: hubo momentos en que su autoridad estuvo a punto de someter a vasallaje a las regiones del Occidente. Hay referencias de que en vida todavía del Santo abrazaban sus estatutos en Nápoles el convento de San Marciano, para hom-

---

[116] Un resumen de las actividades de Teodosio, así como de la rápida expansión del influjo de San Basilio en Oriente, puede verse en M. Heimbucher, *Die Orden und Kongregationen*, t. I, p. 94 s.

[117] El canon 28 del citado Concilio dice así: «Los monasterios de vírgenes deben construirse lejos de los monasterios de varones, para evitar tanto las asechanzas del diablo como las murmuraciones de los hombres» (MSCC, t. VIII, col. 329).

[118] He aquí las palabras del canon 20: «Ordenamos que en adelante no se funden monasterios dobles, por ser piedra de escándalo y de tropiezo para muchos. Cuando ocurra que varios pertenecientes a una misma familia quisieren renunciar al mundo, preséntense los varones en un cenobio de monjes y las mujeres vayan a un monasterio de vírgenes; esto será lo agradable al Señor. Por lo que hace a los conventos dobles ya existentes, confórmense a la Regla de nuestro Padre San Basilio y vivan según sus prescripciones» (MSCC, t. XIII, col. 438). Era la consagración eclesiástica y definitiva de una ley disciplinar dada en el mismo sentido dos siglos antes por el emperador Justiniano, pero cuya observancia no se había logrado todavía en la práctica (*Codex Iustinianus*, lib. I, tit. 3, lex 43).

bres, y el de Santa Patricia, para vírgenes, y ciertamente que algún tiempo más tarde, gracias a la traducción latina que de sus Reglas hizo Rufino de Aquileya y como consecuencia de las feroces persecuciones por parte de los césares iconoclastas y de los invasores musulmanes, se poblaban la Calabria y la Sicilia de hijos de San Basilio. Hasta en los confines más opuestos del viejo continente, en la lejana España, surgían los conventos basilianos, conocidos, a lo que parece, por los godos y renovados en el siglo XVI por Bernardo de la Cruz en Las Celdas de Oviedo (Jaén) y por Mateo de la Fuente en Tardón (Córdoba), hasta que, exuberantes de pujanza, fueron destruídos en 1835 por el sectarismo radical del ministro Mendizábal [119].

---

[119] Al ser suprimidas las órdenes religiosas por la citada ley persecutoria, contaban los monjes basilios en España trece monasterios, agrupados en dos diversas provincias, llamadas de Andalucía y de Castilla, nombres que correspondían con exactitud a las regiones por las que aquéllos se hallaban diseminados.

CAPÍTULO V

La marcha hacia el claustro en Occidente

Después de cubrir con su ascetismo el Oriente, hubiera la obra de San Basilio inundado asimismo el Occidente entero de no haberse encontrado aquí, a manera de dique, con la institución de San Benito, que había recogido ya entre sus muros las corrientes monacales del centro y oeste europeos.

Larga había sido también la ascensión del mundo occidental hasta ver estabilizados sus anhelos ascéticos en las alturas de Monte Casino; pero salta inmediatamente a la vista que sus pasos habían hollado senderos muy diversos de los seguidos en Oriente. Es un cambio total de panorama, en el que se destaca una triple característica diferencial y específica.

El cenobio en Occidente no surge como un cauce para el torrente de espiritualidad desencadenado por el anacoretismo. Hubo, sin duda, anacoretas, pero su existencia tuvo más bien el sello de lo esporádico, sin llegar a consagrarse valles o desiertos enteros con sus audacias de austeridad. Aquí la vida común se presenta más bien como una solución fría y calculada para facilitar la vida ascética que germina dentro del hogar doméstico. No tiene carácter de explosión volcánica; es obra de sedimentación reposada, que se realiza bajo la acción directriz de los pastores eclesiásticos. De ahí que en Occidente no tuvo sentido el plantear un problema de relaciones entre las autoridades jerárquicas y el mundo monacal [1].

---

[1] No podemos admitir la tesis de * E. Ch. Babut sobre la pretendida lucha entre el clero secular y los monjes en el Occidente cristiano con los caracteres de exacerbación y universalidad por él descritos. Hubo, ¿quién lo duda?, colisiones accidentales o casos peculiares, como en España, el del ascetismo priscilianista (algún tanto desenfocado por dicho autor en su deseo de reivindicar la memoria de Prisciliano), causa de que los obispos mirasen a veces con cierta desconfianza el estado monacal. Por el contrario, en muchas regiones, especialmente de Africa y Galia, vino a ser costumbre elegir sus presbíteros entre los monjes, hasta el punto de dar ocasión a abusos, que hubo de denunciar la jerarquía.

El mismo Papa Siricio, para quien, según Babut, el nombre de monje era una injuria, y que sin duda, en contraste con San Dámaso, se mostró frío para con ellos, escribía, no obstante, a España,

La segunda característica, no ajena por completo a la observación precedente, es la de que en el mundo latino no son los desiertos los que van avanzando paso a paso hasta penetrar en las ciudades y cubrirlas por completo, como en Oxirinco, sino que, por lo menos a los comienzos, fueron núcleos integrados en la misma ciudad los que fueron alejándose paulatinamente hasta poblar las soledades. Unas veces fueron refugios de vírgenes, otras veces comunidades de varones o de clérigos agrupados en torno a su obispo y tal vez comensales de su mismo pan; en uno y otro caso la iniciativa partió de la urbe.

Finalmente, si hemos de juzgar por los documentos que han llegado a nuestras manos, en varias regiones, sobre todo en Italia, fué la ascética femenina, cubierta con el velo de las vírgenes, la que abrió sus primeros cauces a la vida cenobítica. No hizo falta, como en Oriente, esperar a que las maceraciones casi místicas de los monjes las hechizasen con sus ejemplos para arrastrarlas en pos de sí.

Esta diferencia de trayectorias es tanto más digna de atención cuanto que fueron el Egipto con San Atanasio y Juan Casiano, la Palestina con San Epifanio, la Siria con San Jerónimo, y por lo que hace a la regla benedictina, la Capadocia con San Basilio, quienes habían de servir unas veces de estímulo y otras de dirección. La misma literatura ascética que circulaba en Occidente estaba escrita con tinta copta o griega. Las vidas de San Antonio y San Pacomio, las *Reglas* del Obispo de Cesarea y, algo más tarde, la *Historia de los monjes,* ofrecida en latín por Rufino, y la *Historia Lausiaca* de Paladio, junto con los *Apotegmas* de los Padres, fueron el alimento cuotidiano de la ascética occidental. Aun sus mismas *producciones,* como las *Collationes* de Casiano o su obra *De institutis coenobiorum,* no eran sino retablos en que se presentaban al mundo latino escenas del Oriente monástico.

---

declarando que *deseaba y quería* ver elevados a la dignidad sacerdotal monjes de cuya dignidad constase con certeza, como más tarde veremos *(Epist. ad Hymerium,* n. 13 : 56, 561). La inexactitud de la tesis de * Babut aparece si se consideran los datos mismos por él aportados. (Cf. *Priscillien et le priscillianisme,* París 1909, pp. 69-78.)

Más inverosímil se hace el admitir, en general, que la hostilidad por parte de los sacerdotes proviniese de verse humillados ante los monjes, que, como tales, profesaban continencia, siendo así que los presbíteros italianos la observaban ya desde el tiempo del Papa San Dámaso y en España ciertamente se había introducido antes del año 400.

1. La irradiación de Roma

134. El círculo monástico de Santa Marcela y el ambiente romano: Marcelina, Asela, Principia, Lea, Fabiola.—135. El hogar ascético de Santa Paula: Blesila, Paulina, Pammaquio, Leta, Eustoquio.—136. La dirección espiritual de San Jerónimo y sus caracteres peculiares.—137. Instituciones romanas de Palestina: las dos Melanias en Jerusalén y Paula en Belén.—138. Expansión cenobítica a través de Italia: Milán, Florencia, Bolonia, Verona, Vercelli.—139. Un salto al continente africano: itinerario monástico de San Agustín, su carta a las religiosas y sus conventos femeninos

El círculo monástico de Santa Marcela y el ambiente romano: Marcelina, Asela, Principia, Lea, Fabiola

134. En los tres primeros siglos, que precedieron a la visita de San Atanasio a Roma, los escritores latinos nos hablán frecuentemente de la gloria de sus vírgenes cristianas o de la edificación de sus ascetas; pero a través de sus líneas no puede todavía vislumbrarse una corriente social que encauce la vida anacoreta o preludie seriamente la cenobítica. En este punto el Occidente seguía con retraso de muchos años la marcha del mundo oriental. Alusiones más o menos obscuras nos permiten, a lo más, adivinar conglomerados circunstanciales de ciertas vírgenes refugiadas bajo un techo común a la sombra del manto protector de su obispo, cuando éste poseía la personalidad de un San Cipriano. Otras referencias más sugestivas acerca de este punto, como las relativas a la penitente Aglae, son, por desgracia, legendarias. Según ellas, dicha dama romana, hija de un antiguo procónsul, vivía deshonestamente con Bonifacio, administrador general de sus inmensas posesiones. Pero llegó un día en que la gracia llamó a su alma, y, deseando valerse de la intercesión de los mártires para obtener la venia de sus pecados, envió a su administrador al Oriente, donde ardía la persecución religiosa, con el encargo de traer consigo reliquias de los confesores de Cristo. La Providencia dió un rumbo inesperado a aquel viaje, y Bonifacio moría, a poder de tormentos, como atleta de la fe.

Amonestada por un ángel, Aglae convocó un buen número de clérigos religiosos y salió al encuentro de los restos venerandos del mártir entre melodías de himnos y cánticos espirituales. Después de haberlos depositado respetuosamente en la Vía Latina, distribuyó sus riquezas entre los monasterios y las hospederías de peregrinos, y ella, en unión

de varias de sus siervas, a quienes había dado libertad, se consagró a la vida ascética, permaneciendo trece años en hábito religioso antes de entregar su alma a Dios [2]. ¡Lástima que tan varias alusiones a la vida religiosa queden al margen de la historia! El martirio de San Bonifacio pudo acaecer hacia el 306.

Es necesario entrar de lleno en el siglo IV para encontrarnos con indicaciones más verosímiles, aun cuando no tan comprobadas cuanto el historiador crítico desearía, como las que nos hablan de San Inocencio, elevado a la cátedra episcopal de Tortona el 326, y de quien se dice haber fundado "un santo cenobio, refugio de vírgenes, al que se retiró su hermana Inocencia, virgen castísima, con el propósito de guardar perpetua virginidad" [3]. No obstante la parquedad de las fuentes, es claro que la trayectoria de la ascética femenina venía dirigiéndose ya hacia el cenobitismo.

La primera vez en que, gracias a documentos del todo fidedignos, podemos contemplar en detalle cómo los diversos elementos de la vida espiritual van coagulándose ante nuestros ojos para formar una célula de vida común, es precisamente en Roma, sobre una de las siete colinas de la Ciudad Eterna, sobre el monte Aventino, frente por frente a las alturas del Vaticano, de aquel Vaticano que recibiera la sangre del primer Papa sacrificado por la fe, como si virginidad y martirio hubieran de ser los dos arranques del puente cristiano tendido sobre el Tíber idólatra que cruzaba ambos collados. Sobre la entonces bella cumbre del Aventino se elevaba el palacio de una patricia cristiana por nombre Albina, hermana, según toda probabilidad, del pontífice pagano llamado asimismo Albino [4]. Por su hogar vagaban los

---

[2] Dicen las Actas: «Accepit secum *clericos et viros religiosos* (el texto griego escribe κληρικοὺς εὐλαβεῖς) et sic cum hymnis et canticis spiritualibus et omni veneratione obviavit sancto corpori... Beata autem Aglaes abrenuntiavit mundo et pompis eius, universa quae possidebat distribuens egenis (el texto griego añade *καὶ εἰς μοναστήρια καὶ ξενῶνας*)... sic cum paucis *puellis cum ea abrenuntiantibus* famulata est Christo... Supervixit autem Beata Aglaes *in habitu sanctimonialis* annis tredecim» (*Passio Sancti Bonifatii martyris*, 16 s.; TH. RUINART, *Acta primorum martyrum sincera et selecta*, Amstelaedami 1713, p. 290 s.). Las Actas, aun cuando de gran antigüedad, hasta el punto de merecer su inserción en la obra de Ruinart, no están exentas de trazos legendarios, tanto más cuanto que experimentaron retoques posteriores. (Cf. PIO FRANCHI DE'CAVALIERI, *Dove fu scritta la leggenda di S. Bonifazio*, en «Nuovo Bulletino di Archeologia Cristiana», VI (1900), pp. 205-234.)

[3] F. UGHELLI, *Italia Sacra sive de episcopis Italiae et insularum adiacentium*, t. IV (Venetiis 1719), col. 626 s.

[4] Parece verosímil la conjetura de F. LAGRANGE, *Histoire de Sainte Paule* (1931), p. 86, n. 1. La semejanza del nombre y el parentesco de Marcela y Leta, que eran primas entre sí, inducen a esta conclusión.

manes de la familia de los Marcelos, que tantos cónsules y prefectos de Pretorio había ofrecido a Roma.

Junto a la noble matrona crecía su hija la joven Marcela, blanco de las ternuras y motivo de orgullo, bien justificado, por parte de su madre. Adolescente todavía, mostraba ya a las claras grandes dotes naturales, inteligencia no vulgar, anhelos de sabiduría, voluntad enérgica, entereza de ánimo, celo de su propia dignidad; todo ello ungido con el bálsamo de una devoción ardorosa y de un ansia mística de lo eterno [5]. El palacio del Aventino encerraba combustible bien preparado para un incendio ascético, y la chispa saltó sobre él al arribar a la Ciudad Eterna hacia el año 340 el obispo San Atanasio, que venía huyendo por segunda vez de las maniobras semiarrianas de Alejandría. Albina le albergó en su casa, y la joven Marcela, a la sazón de unos quince años, oía extasiada a sus pies, cual en otro tiempo Magdalena a los del Salvador [6], las descripciones que hacía el santo Obispo de los monjes egipcios y de sus santas locuras para desprenderse de la materia.

En realidad, las noticias que San Atanasio traía del Oriente monástico traspasaron los muros del palacio y pusieron en vibración a toda la ciudad y aun a otras regiones de Italia. Eran, cierto, impresionantes aquellas descripciones de las austeridades de San Antonio y sus anacoretas, así como de los fervores de San Pacomio y sus cenobitas, monjes y vírgenes, que presentaban más relieve por hallarse todavía en vida mortal ambos iniciadores ascéticos. Por otra parte, el Obispo alejandrino mostraba ante los ojos de sus oyentes una visión expresiva del desierto en los dos compañeros que había traído consigo, los monjes Amón e Isidoro: el primero, contemplación pura, éxtasis divino, desasimiento

---

[5] La personalidad de Marcela nos es muy conocida, dada la multitud de datos y anécdotas que poseemos acerca de su vida. Se han conservado dieciséis cartas de San Jerónimo y dos de las Santas Paula y Eustoquio dirigidas a ella, además de innumerables alusiones en otros escritos del santo Doctor, y sobre todo de la interesante epístola dirigida a la Virgen Principia con ocasión de la muerte de aquélla, epístola que ha merecido el nombre de *Epitaphium Marcellae (Epist. 127 ad virginem Principiam*, PL 22, 1087-1095). Diversos gestos de su vida afirman esta su personalidad, que logró imponerse a los restantes círculos ascéticos de Roma y aun llegó a dominar en cierto modo al mismo San Jerónimo, a quien advertía a veces de sus excesos de estilo. (Cf. *Epist. 27 ad Marcellam*, n. 2 : PL 22, 432.)

[6] No es fácil fijar con exactitud la cronología de Santa Marcela. Los datos ciertos para cualquier cálculo son la fecha del 358, en que era cónsul Cereal, pretendiente frustrado de la viuda patricia, y la alusión de San Jerónimo a la avanzada edad de su hija espiritual *(senilis aetas)* en tiempo del saqueo de Roma por Alarico, el año 410. (Cf. *Epist. 127*, n. 13 : PL 22, 1095). Puede verse el cálculo que, con más o menos probabilidad, hace * G. GRUETZMACHER, *Hieronymus*, Erste Hälfte, p. 227, nota 1.

terreno, que vivió tres años en Roma sin haber conocido de la ciudad otra cosa que los sepulcros de los santos apóstoles; el segundo, por el contrario, joven de unos veinte años, dulzura y amabilidad, cautivaba a todos con la gracia e ingenuidad de su virtud. Eran los dos perfiles opuestos que presentaba la faz del monje anacoreta.

Ante aquella triple aparición, la mentalidad de Roma, aun de la Roma cristiana, experimentó una sacudida violenta. Hasta entonces la imagen del monje había tenido el carácter de un engendro repulsivo. Testimonio taxativo el de San Jerónimo, quien nos dice que por aquellos tiempos "ninguna dama de la nobleza romana conocía de cerca lo que era la vida de los monjes, ni, dada su novedad, se atrevía a consagrarse con un tal nombre, que se tenía por vil y despreciado ante el común de las gentes" [7].

Cuán verdadera fuese esta apreciación lo confirma la actitud del pueblo, unos años más tarde, ante el cadáver de la joven viuda Blesila, hija de Santa Paula, ambas consagradas al Señor con rigores de oblación ascética. Al ver las lágrimas de la madre, rugió la multitud: "Ved cómo llora a su hija muerta, víctima de los ayunos; ved cómo gime viéndose privada de los nietos que tenía derecho a esperar de un segundo matrimonio de su hija! ¿Hasta cuándo va a tolerar Roma en su seno la raza detestable de los monjes? ¿Por qué no se les apedrea? ¿Por qué no se les arroja al río? ¡Ellos son los que han seducido a esta desgraciada matrona para consagrarse en vida monástica contra su voluntad, como lo prueba el hecho de que jamás madre alguna gentil ha llorado tanto a sus hijos!" [8].

Tales manifestaciones eran, sin duda, un rezumarse del medio ambiente pagano de Occidente, que en sus modales practicistas y mesurados contrastaba con los arrebatos orientales. Recordemos el juicio de Claudio Rutilio Na-

---

[7] San Jerónimo, *Epist. 127 ad virginem Principiam*, n. 5: PL 22, 1089. El mismo San Jerónimo refiere que, al aparecer en las calles la túnica obscura del monje, se oía en seguida gritar: «Ahí va un griego, un impostor». «Nos quia serica veste non utimur, monachi iudicamur; quia ebrii non sumus, nec cachinno ora disolvimus, continentes vocamur et tristes. Si tunica non canduerit statim illud e trivio: impostor et graecus est» *(Epist. 38 ad Marcellam*, n. 5: PL 22, 465). Es, desde luego, una exageración el deducir de este y otros textos similares, como lo hace * E. Ch. Babut, que San Jerónimo cediese por debilidad, uniéndose a los detractores de los monjes. Fustiga a veces a éstos, es cierto; pero únicamente cuando representan desviaciones del verdadero ascetismo. (Cf. * E. Ch. Babut, *Priscillien et le priscillianisme*, París 1909, pp. 67-70.) Para conocer la mente de San Jerónimo basta haber leído una vez su *Epist. 14 ad Heliodorum*, PL 22, 347-355.

[8] San Jerónimo, *Epist. 39 ad Paulam super obitu Blesillae*, n. 5: PL 22, 472.

manciano, que juzgaba unos años más tarde a los monjes como "enemigos de la luz..., que quieren vivir a solas sin ningún testigo... y que, por evitar temerosos los males de una fortuna adversa, se abrazan ellos espontáneamente con la desgracia..., cuyas tristes entrañas rebosan negra hiel... (El monje) impulsado por una especie de locura, abandona a los hombres y a los dioses y, demasiado crédulo, se complace en habitar como desterrado en un torpe escondrijo, creyendo el infeliz que a los dioses agrada la suciedad y castigándose a sí mismo más cruelmente de lo que los mismos dioses, por él abandonados, le castigarían. ¿Acaso no es una tal secta más perniciosa que los venenos circeos, ya que allí se descomponían los cuerpos, pero aquí se corrompe el alma?" [9]. El hechizo sobrenatural de San Atanasio hizo que tales concepciones contrahechas se transfigurasen.

Los frutos no se siguieron inmediatamente, sino que fueron madurándose poco a poco, al menos por lo que hace a Roma, y su recolección definitiva quedó reservada a otro monje tallado en los desiertos de Calcis, de personalidad más dominante, bajo cuyas directivas quedaría encauzado definitivamente el ascetismo romano: San Jerónimo. Por el momento, la joven Marcela, sumisa a los deseos de su madre, contrajo matrimonio con un noble romano, a quien Dios llevó de esta vida siete meses después de celebradas las nupcias. Entre las angustias del duelo sintió revolotear en torno a su corazón las remembranzas de los monjes egipcios; forjó al punto su propósito y se hizo tras él invulnerable.

Marcela fué la primera dama romana que en un golpe de audacia revistió las costumbres y la túnica despreciada del estado monástico [10]. Su decisión produjo un verdadero escándalo; pero ante ella fracasaron todas las reflexiones que en contra le hicieron sus amistades, y todas las instancias de sus nuevos pretendientes, aun cuando éstos fueran del rango de un Cereal, varón consular, senador, dueño de inmensas riquezas y emparentado con los mismos Césares. Un mensaje perentorio hacía saber a este último, aludiendo a su avanzada edad, "que si quisiera contraer matrimonio en vez de consagrar su castidad de viuda para siempre, buscaría un marido y no una herencia" [11]. Cuando Marcela hablaba, vibraban aceros.

Apartada de toda pompa y boato, después de haberse despojado aun del anillo de oro, que usaban como sello las

---

[9] *Itinerarium de reditu suo*, lib. I, vv. 439-452 y 518-526: BCL, t. CXXXVII, *Poetae latini minores*, t. IV, pp. 138-140 y 148-150.

[10] San Jerónimo, *Epist. 127 ad virginem Principiam*, n. 5: PL 22, 1089.

[11] Ibid., n. 2: PL, t. cit., 1088.

matronas romanas, comprendió "que estaba mejor guardado el dinero en el estómago de los indigentes que en las lujosas bolsas de la nobleza" [12]. Unícamente reservó para sí los ayunos y la abstinencia, no probando nunca la carne y bebiendo tan sólo un poco de vino a causa de sus enfermedades. Se rodeó de vírgenes y viudas; se encerró en su palacio y renunció a salir de sus estancias si no era para visitar las tumbas de los mártires, y aun en este caso, siempre acompañada de su anciana madre Albina. Su recato llegó hasta el extremo de no recibir, a no ser en compañía de ésta o de algún otro testigo, a persona alguna extraña, aun cuando fuera clérigo o monje. De un modo casi repentino la joven patricia se había convertido en Santa Marcela [13].

La levadura introducida en Roma por San Atanasio, el ejemplo de Marcela y, más que nada, el influjo dominante de San Jerónimo atrajeron a otras damas romanas al palacio del Aventino, que empezó a tomar la silueta de un verdadero monasterio. Las primeras en acudir, víctimas de la fascinación de lo divino, fueron dos jóvenes vírgenes, Sofronia y Felícitas, de las que la historia sólo nos ha conservado los nombres [14]. Algo más tarde se les unió asimismo Marcelina, la hermana del Obispo de Milán, hija del prefecto de las Galias, a quien el Papa Liberio había impuesto el velo la noche de Navidad del 352 y que les trajo consigo un regalo inestimable. A ruegos suyos compuso San Ambrosio la obra *De virginibus,* que sirvió de lectura espiritual en el palacio del Aventino y de chispa incendiaria de pureza en Roma, en Bolonia y en la misma Africa septentrional.

Una vez, sobre todo, que se presentó en Roma San Jerónimo, verdadero organizador de aquella urdimbre de religiosidad femenina, la casa de Marcela fué ensanchando sus senos con nuevas hijas espirituales, y aun aquellos nucleos de pureza que mantuvieron su autonomía en otros diversos puntos de la Ciudad Eterna no lograron substraerse

[12] Ibid., n. 3: PL, t. cit., 1089.

[13] El Martirologio romano celebra su fiesta el día 31 de enero.

[14] «Hanc multos post annos imitata est Sophronia et aliae» *(Epist. 127 ad Principiam,* n. 5: PL 22, 1090). A Felícitas la nombra San Jerónimo, entre otras compañeras de Marcela, en su *Epist. 45 ad Asellam,* n. 7: PL, t. cit., 484. Sospecha C. Daux que esta Felícitas sea la misma Felícitas de Hipona, abadesa del monasterio de dicha ciudad, fundado por San Agustín, y cuyo superiorato fué ocasión de las turbaciones que señala San Agustín en su carta 211, de que hablaremos a su tiempo; véase dicho autor en su interesante artículo *Amédée Thierry et les premiers monastères d'Italie aux IV et V siècles,* en «Revue des Questions Historiques», t. XXI (1877), pp. 434-437. Todo el artículo, que se extiende por las pp. 404-473, contiene datos de curiosa erudición.

por completo a su influjo, girando más o menos dentro del campo de gravitación del Aventino. Tal fué el caso de la virgen Asela, que ya conocemos [15], aristócrata también por nacimiento, compañera de la hija de Albina por edad y uno de los ejemplos más impresionantes que conoció Roma, cuyas alabanzas fueron cantadas por San Jerónimo durante la vida misma de la protagonista.

Intima de Marcela fué asimismo la virgen Principia, de alto rango social, de quien se pudo decir que jamás se había contaminado con las vanidades femeniles, apasionada por el estudio de la Sagrada Escritura, a cuyas instancias compuso el Doctor betlemita su idílico comentario al salmo 44, desarrollado en forma de epitalamio místico para las esposas de Cristo, y que sirvió de feliz coyuntura a la virgen para pedirle una explicación de todo el Cantar de los Cantares [16].

Gracias a San Jerónimo, la comunidad del Aventino entró en relación con otra gran figura de su tiempo, la matrona Lea. Durante algunos años había arrastrado hacia sí los ojos del mundo romano por la magnificencia y boato de su vida; pero, muerto su esposo, cambió sus ricos vestidos por un saco vil; sus banquetes suntuosos, por alimentos groseros, y sus peinados llamativos, por el desorden de una cabellera desaliñada y sin ilusión. En su torno se agruparon varias vírgenes piadosas, convirtiéndose para ellas en madre y guía, no tanto con sus consejos como con su ejemplo. Al recibir Marcela la noticia de su muerte, fué presa de tan intenso dolor, que palideció hasta el punto de quedar como exangüe [17]. Nada más impresionante que la ternura que unía a todas aquellas santas mujeres, quienes con la unificación de ideales parecían haber hecho común la sangre de sus venas.

---

[15] Véase parte 2.ª, c. 15. En la carta que le escribió San Jerónimo el año 385, al embarcarse para el Oriente, le encarga transmita sus saludos a Paula y Eustoquio, a Albina, Marcela, Marcelina y Felícitas, es decir, al círculo del Monte Aventino, como a personas con quienes tenía familiaridad *(Epist. 45 ad Asellam*, n. 7 : PL 22, 484).

[16] El comentario fué expuesto en forma de carta *(Epist. 45 ad Principiam*, PL 22, 622-639), y, según dice al comienzo su autor, lo escribió a petición de la virgen. El mismo atestigua también haber recibido la misma petición para explanar el Cantar de los Cantares, aun cuando, impedido por las enfermedades, no pudo llevar a cabo esta obra. En cambio, ruega a Eusebio de Cremona, a quien dedicó su comentario sobre San Mateo, que entregue un ejemplar del mismo a dicha virgen Principia *(Comment. in Matthaeum*, prol.: PL 26, 22).

[17] Sobre la vida y virtudes de Lea ha llegado a nosotros la bella carta de San Jerónimo a Marcela, al principio de la cual describe la sensación que la noticia de su muerte produjo en el círculo ascético del Aventino *(Epist. 23 ad Marcellam*, PL 22, 425-427).

No sólo se cultivaron en torno al palacio del Aventino las azucenas blancas de la pureza o la virginidad, sino que florecieron con no menor lozanía los lirios morados de la penitencia. Por sus salones cruzó también más de una vez la noble Fabiola, descendiente de los Fabios, poseedora de enormes riquezas, pero víctima de un matrimonio infausto, en que el marido llevaba la tara de un degradado moral. Fué necesario pedir el divorcio.

Por desgracia, Fabiola se asustó, temiendo caminar sola al borde de una sima; creyó no poder resistir a la corrupción circundante, y, sin tener en cuenta que jamás la fuga de un peligro puede ser justificación de una senda extraviada, contrajo un segundo matrimonio viviendo todavía su primer esposo. Dió el mal paso; pero su conciencia no callaba; los ejemplos de su antigua amiga le sonaban a reproches; a sus oídos llegaban consejos rectos. En medio de sus inquietudes recurrió a San Jerónimo en busca de luz por medio de una tercera persona, el presbítero Amando [18].

Dios, por su parte, intervino oportunamente, rompiendo las últimas ligaduras con la muerte de su segundo marido, y Fabiola, al llegar la fiesta de la Pascua, despojada de sus joyas, esparcidos al aire sus cabellos, cubierta con humilde saco, llenos de lágrimas los ojos, se arrojó a los pies del Pontífice a la entrada de la Basílica de Letrán, delante de todo el clero y pueblo romano, pidiendo a voces la absolución de su pecado.

Poco después corría por Roma la noticia de que Fabiola había vendido todos sus bienes para emplear el resto de su vida en la austeridad, el estudio de la Sagrada Escritura y el cuidado caritativo de pobres y enfermos. De sus aficiones bíblicas nos ha quedado un doble monumento conmemorativo en los tratados de San Jerónimo sobre las vestiduras del sumo sacerdote y sobre las sucesivas mansiones del pueblo de Israel en el desierto [19], escritos a requerimientos de la patricia penitente: de su caridad fueron testimonios durante muchos años la hospedería para extranjeros

[18] San Jerónimo, *Epist. 55 ad Amandum*, nn. 3 y 4: PL 22, 562-564. La sospecha de que la consulta hecha en la carta de Amando, o mejor dicho, contenida en un billete adjunto a dicha carta, se refiriese a Fabiola, supone el datar la respuesta de San Jerónimo durante su estancia en Roma entre 382-385. Así procura demostrardo el P. Lagrange, *Histoire de Sainte Paule*, p. 96, nota. No todos los autores admiten, sin embargo, esta fecha. (Cf. F. Cavallera, *Saint Jérôme. Sa vie, son oeuvre*, t. II, p. 44.) El detalle es de poca importancia, pues la caída y conversión de Fabiola nos son conocidas independientemente de dicho informe por la carta de San Jerónimo al presbítero Océano (*Epist.* 77, PL 22, 690-698).

[19] Forman las *Epist. 64 y 78 ad Fabiolam*, PL 22, 607-622 y 698-724.

levantada y sostenida a costa de sus bienes en el puerto de Ostia y el hospital erigido en Roma, donde la antigua dama de mundo curaba ahora por sí misma a los enfermos más repugnantes [20].

El hogar ascético de Santa Paula: Blesila, Paulina, Pammaquio, Leta, Eustoquio

135. No ya dos almas, sino dos círculos ascéticos, quedaron trabados con eslabones comunes al iniciarse las relaciones de amistad espiritual entre la viuda Marcela y la viuda Paula. Descendía ésta, por parte de su madre, de la gloriosa estirpe de los Escipiones y los Gracos, columnas de la antigua Roma en los campamentos y en los comicios; al paso que su línea paterna se suponía proveniente de los reyes de Micenas y del épico Agamenón. Muy joven aún había contraído matrimonio con Toxocio, patricio descendiente de la preclara familia Julia, quien, a pesar de su religión pagana, estaba dotado de gran elevación moral, logrando adueñarse con plena justicia de los más cálidos latidos del corazón de Paula, naturalmente tierna y sensible. Por eso, cuando al cumplir sus treinta y un años quedó ésta súbitamente viuda, un dolor violento contorsionó su alma entera, amenazándola de muerte.

Los dos mundos cristiano y pagano, en cuya intersección vivía, se apresuraron a aplicarle sus bálsamos lenitivos; todos parecían ineficaces. Pero llegó un momento en que surgió la crisis, y Paula salió de ella, cual nueva mariposa del capullo, revestida con el hábito obscuro de la viudez consagrada a Dios, hábito con el que había de subir a los altares. Al tratar de orientarse en sus nuevos vuelos, lanzó una mirada en torno a sí y descubrió la comunidad del Aventino, con sus ideales supraterrenos, sus prodigalidades ascéticas y sus arrebatos divinos. A este primer contacto aludía años más tarde, escribiendo a Marcela con pluma llena de gratitud: "Tú que lanzaste la primera chispa en la yesca de nuestra alma" [21].

Pronto se aventajó a todas, ocupando la vanguardia entre aquellas almas conquistadoras de Dios. Noches empleadas en oración incesante; pureza de alma, patinada con las más sutiles delicadezas de conciencia y abrillantada a la

[20] *Epist. 72 ad Oceanum*, n. 6: PL 22, 694. En esta obra le ayudó también con sus limosnas el senador Pammaquio, como luego veremos.

[21] *Epist. Paulae et Eustoquii ad Marcelam*, entre las epístolas jeronimianas, 46, n. 1: PL 22, 483.

continua con lágrimas de contrición, que semejaban el deshacerse en llanto de una gran pecadora y llegaron a poner en peligro la salud de sus ojos [22]; exquisita prudencia que la indujo a no admitir en su mesa después de su conversión a ningún hombre, aun cuando estuviera santificado con la digidad del sacerdocio o del episcopado; renuncia absoluta a toda satisfacción material, ya fuese la de los baños, tan anhelados por una genuina romana; ya la del lecho muelle, sustituído ahora por el suelo, cubierto únicamente con ásperos cilicios; ya la de los alimentos refinados, convertidos al presente en abstinencia y ayunos, que no sólo dejaban atrás los ejemplos del Aventino, sino que rivalizaban con los excesos de los monjes egipcios.

No contenta con distribuir sin tasa sus bienes a los pobres, empleaba todo su ascendiente en inducir a sus ricas amistades a cooperar con su dinero al mismo fin. En una palabra, había sido su entrega a Dios tan completa, que podía compendiarse en la frase lapidaria que puso San Jerónimo en la primera página de la historia de su conversión: "De tal modo lloró a su esposo, que estuvo a punto de perder la vida; de tal modo se convirtió a Dios, que pareció haber deseado la muerte de su esposo" [23].

Paula no se acercaba sola a Dios. Al morir Toxocio la acompañaron en su llanto cinco hijos, que habían de ser más tarde otras tantas fuentes de consuelo. Blesila, la mayor, era la que había de suscitar más inquietudes a su madre. Alma ardiente y viva, de gran inteligencia y carácter amable, dotada de brillante cultura, que la hacía hablar con igual perfección el griego que el latín, se hallaba poseída por la pasión del lujo, la coquetería y el placer. Buena cristiana en lo esencial, danzaba, sin embargo, su alma al compás del oleaje del mundo frívolo. Muy joven aún, contrajo matrimonio con un patricio descendiente de la estirpe de los Camilos, pero que a los siete meses la dejó viuda y sin sucesión. El momento parecía propicio; su madre y San Je-

[22] SAN JERÓNIMO, *Epist. 108 ad Eustoquium*, n. 15: PL 22, 891. La vida de Santa Paula es, sin duda, la que podemos reconstruir con más minuciosidad, dado el trato íntimo y continuo que tuvo con ella San Jerónimo desde su venida a Roma hasta la muerte de la santa y gracias a las incesantes alusiones que de ella aparecen en la correspondencia del Doctor Escriturista. Desde luego la fuente principal se halla en la carta citada a Eustoquio, llamada *Epitaphium Paulae*. Para la cronología de su vida tenemos asimismo mojones seguros en diversos pasajes jeronimianos, según los cuales murió el 26 de enero del 404, a los cincuenta y seis años, ocho meses y veintiún días de edad. Nació, por tanto, el 5 de mayo del 347. Su conversión se realizó cuando contada treinta y un años, viviendo luego cinco en Roma y veinte en Belén, entregada a la vida de ascetismo monacal. (Cf. *Epist. cit.*, n. 34.)

[23] Ibid., n. 5: PL, t. cit., 880.

rónimo quisieron aprovecharlo para tornarla cara a Dios en su viudez, pero todos sus intentos se estrellaron ante las ilusiones mundanas de Blesila, hasta que intervino el mismo Dios, conduciéndola a las puertas de la muerte en una grave enfermedad [24].

En aquellos críticos momentos en que se mezclan confusamente estertores de agonía, gritos desesperados de humanas ilusiones que se esfuman, voces de juicios divinos que se aproximan, Blesila reconoció lo que había sido su vida pasada y lo que debía ser su vida futura. Pasaron los días angustiosos, rebrotaron las energías de sus veinte años, y Blesila se lanzó con todas ellas en pos de Jesucristo, siguiéndole a una distancia menor todavía que la de su madre.

Desde aquel día fué la primera en cantar el *alleluia* de la mañana; la más tenaz en mantenerse de rodillas sobre el duro suelo; la más pródiga en regar la tierra con sus lágrimas; la más importuna en instar a San Jerónimo hasta arrancarle el precioso comentario del Eclesiastés, como manual de la humana vanidad, y la traducción de Orígenes sobre los Evangelios [25]; la más esforzada en luchar contra las asperezas del hebreo, cuyas dificultades logró romper en pocos días para poder acompañar a su madre y a su hermana Eustoquio durante el canto de los salmos en su lengua original [26]. Su cuerpo, débil después de la pasada enfermedad, no pudo seguir la carrera de su espíritu; a los cuatro meses de su conversión volaba a Dios, dejando impregnado de añoranzas el hogar de Paula y saturada de aromas la colmena ascética del Aventino.

---

[24] La descripción de la enfermedad de Blesila y de su entrega a Dios nos la ofrece San Jerónimo en una carta a Marcela que trata sobre este doble acontecimiento (*Epist. 39*, PL 22, 465-473). La conversión ocurrió el año 384.

[25] San Jerónimo no pudo terminar el comentario del Eclesiastés antes de la muerte de Blesila, y sólo años más tarde, instalado junto a la gruta de Belén, acuciado por el recuerdo de aquella piadosa viuda, se entregó de nuevo a este trabajo hasta darle fin. (Cf. *Comment. in Ecclesiasten*, praefat. : PL 23, 1009-1012.) Sin duda que Blesila no cayó en la cuenta del enorme trabajo que requería la traducción de todas las homilías de Orígenes sobre los Evangelios, cuando le hizo en Roma esta petición. Por el momento no pudo hacer nada de esto el santo Doctor, pero, igualmente aguijoneado por la memoria de Blesila y por las instancias de Paula y Eustoquio, se decidió por fin en Belén a traducir las *Homiliae in Lucam*. (Cf. prol. : PL, t. XXVI, 229-232.)

[26] «In paucis non dicam mensibus, sed diebus, ita hebraeae linguae vicerat difficultates ut in discendis canendisque psalmis cum matre contenderet» (SAN JERÓNIMO, *Epist. 39 ad Paulam*, n. 1 : PL 22, 466). Respecto a Blesila tenemos asimismo la suerte de poseer numerosos datos biográficos en esta carta, escrita con ocasión de consolar a Paula por la muerte de su hija, carta que completa la 39 anteriormente citada a Marcela, y que juntamente con ella nos ofrece un bello cuadro de las virtudes ardientes de la joven viuda

Muy diverso era el carácter de la segunda hija de Paula, de exterior menos brillante, pero de juicio más prudente. Paulina compensaba con la solidez de sus ideas y trato apacible el fuego de los sentimientos y la viveza de su hermana Blesila. La aventajaba mucho en piedad, pero su vocación parecía ser asimismo la del matrimonio, aun cuando sin escapar por ello de la órbita de atracción ascética de su madre y con la mira puesta en procrear una hija virgen para Dios.

Su matrimonio había encadenado a aquel centro de gravitación espiritual a su marido, el patricio Pammaquio, senador elocuente y antiguo compañero de estudios de San Jerónimo, quien, una vez viudo, no temería aparecer envuelto en el obscuro hábito del monje ante las púrpuras majestuosas del senado romano [27]. Un banquete a los pobres de la urbe había de celebrar su consagración monacal; la hospedería de Ostia, levantada con sus limosnas en unión de las de Fabiola, perpetuaría su caridad para con los necesitados, y las obras exegéticas sobre Daniel y los profetas menores, a él consagradas, así como los comentarios de Isaías y Ezequiel, emprendidos a ruegos suyos por San Jerónimo, darían testimonio del amor a la Escritura que ardía en su pecho [28]. Los golpes de Alarico sobre las murallas de la Ciudad Eterna acabaron con su vida corporal, pasando sus virtudes a realzar con un nuevo nombre el Martirologio romano.

Los dos hijos menores de Paula, Rufina y Toxocio, no habían traspuesto todavía las vallas de la infancia, cara a las preocupaciones de la carne o del espíritu, cuando frecuentaba su madre los círculos del Aventino. La primera había de morir muy pronto, amortajada en los cendales de su propia juventud. Joven asimismo volaría a Dios Toxocio, aunque después de haber conducido al altar del matrimonio a una noble doncella por nombre Leta, hija del pontífice pagano Albino, pero destacada por su piedad y fervor cris-

---

[27] «Quis enim hoc crederet ut consulum pronepos, et Furiani germinis decus, inter purpuras senatorum, furva tunica pullatus incideret et non erubesceret oculos sodalium ut deridentes se ipsum derideret?» (SAN JERÓNIMO, *Epist. 66 ad Pammachium*, n. 6: PL 22, 642). Es una preciosa carta consolatoria con ocasión de la muerte de su esposa, pero que contiene juntamente varios datos biográficos de sumo interés acerca del destinatario.

[28] Véanse los prólogos puestos por San Jerónimo a estas diversas obras dedicadas a Pammaquio: *In Danielem*, PL 25, 491 s.; *In Oseam*, ibid., 815-820; *In Ioelem*, ibid., 947-950; *In Amos*, lib. III, ibid., 1057. El mismo Jerónimo atestigua en el prólogo al comentario sobre Isaías que dicho libro es fruto de las promesas hechas a Paula y a Pammaquio (PL 24, 17); y en el prólogo que pone al libro décimo de Ezequiel alude al afán insistente con que aquel piadoso varón le aguijoneaba desde Roma por cartas para que lo llevase a cabo (PL 24, 351).

tiano. Una vez viuda, consagraría su existencia a la educación de su hijita, la pequeña Paula, encaminándola hacia los tálamos de la virginidad [29].

Quien arrebataba, con todo, las miradas más tiernas de Paula era Eustoquio, su hija intermedia, modesta y dulce, reservada y candorosa, hirviente de ideales. Impasible ante el brillante porvenir que el mundo brindaba a sus hermanas, se entregó de lleno a la práctica de la virginidad, y junto a los atavíos lujosos de sus familiares mostraba con ufanía el hábito burdo y el velo virginal, recibido del Pontífice San Dámaso.

Su decisión había levantado oleadas de furor en muchos de sus allegados, no pocas críticas burlonas en sus parientes paganos y profunda extrañeza en los círculos patricios de Roma. Se llegó a urdir una conjura familiar por medio de una tía suya, Pretextata, probablemente pagana y esposa del pagano Himecio, para apartar a la inocente joven del camino de la virginidad. Pero a todo se sobrepuso la energía de su voluntad y la alteza de designios. El perfume de aquella "flor de vírgenes", como se complacía en llamarla San Jerónimo, llegó pronto hasta las alturas del Aventino, y Marcela pidió y obtuvo de Paula el tener a su hija una temporada dentro de los muros de su casa, haciéndola participante no sólo de su vida, sino de su misma estancia [30]. A su vuelta al hogar materno, el corazón de Eustoquio se presentó saturado de nueva savia divina, y desde entonces su pureza inocente se enroscó con brazo todavía más apretado a la castidad de su madre, de modo que

---

[29] Recuérdese la interesante carta de San Jerónimo a Leta sobre el método de educar a su hija en orden a que resultase una perfecta virgen cristiana *(Epist. 107:* PL 22, 867-878). Conforme a la recomendación final de San Jerónimo, la pequeña Paula fué enviada a Belén algunos años más tarde, para completar su educación junto a su tía Santa Eustoquio; pero ya entonces no vivía en la tierra su santa abuela. Por designios de la Providencia sería ella la única de su familia que asistiera a la muerte de San Jerónimo, pues también la virgen Eustoquio había de volar a Dios un año antes que su padre espiritual, es decir, en el transcurso del 419.

[30] «In huius (Marcellae) cubiculo nutrita Eustoquium, virginitatis decus» *(Epist. 127 ad Principiam,* n. 5: PL 22, 1090). Eustoquio mereció ser la destinataria del tratado tal vez más bello sobre la virginidad que han visto los siglos, la famosa *Epist. 22* de San Jerónimo, tantas veces citada. Al recibir esta carta contaba la joven virgen alrededor de dieciséis años de edad. Sabemos que Blesila murió no mucho después de cumplidos los veinte, en el de 385, y que, por tanto, debió de nacer el 365. Después de ella vino al mundo Paulina, y a ésta siguió Eustoquio, cuyo nacimiento no puede, en consecuencia, ponerse antes del 367. La citada carta sobre la virginidad fué escrita el año 384. De las pruebas a que fué sometida Eustoquio por parte de su tía Pretextata para desviarla hacia el matrimonio ya hablamos en la parte 2.ª, c. 6, n. 60.

en adelante la vida de ambas habría de trazarse con unos mismos renglones.

La casa de Santa Paula quedaba, en virtud de estos acontecimientos, convertida en otra colmena ascética semejante a la del Aventino. Tanto más cuanto que, según diversos textos epistolares, muchas de las sirvientas y esclavas siguieron el ejemplo de su señora, consagrando a Dios su pureza y sus aspiraciones [31]. Con razón, pues, podría San Jerónimo en sus cartas a Paula hablarle de su casa, apellidándola "tu iglesia doméstica" [32].

¿No puede calificarse de exuberante este primer florecer del ascetismo virginal en Roma? Porque no era sólo en el jardín del Aventino, sino que en casa de Paula, en la de Lea y en otras semejantes surgían casi simultáneamente verdaderos cenobios, aun cuando embrionarios todavía, cuya madre común seguía siendo, sin disputa, la noble viuda Marcela.

La dirección espiritual de San Jerónimo y sus caracteres peculiares

136. Todo ello era siembra de San Atanasio; siembra que había puesto bajo su mirada vigilante de jardinero mayor el Papa San Dámaso, cuyas bendiciones habían empezado a florecer en su mismo hogar con la azucena virginal de su hermana Irene. Como lluvia benéfica para su germinación cayeron sobre aquellos vergeles de pureza los nuevos relatos sobre los monjes de Oriente, que a su llegada a Roma con ocasión del Concilio del 382 hicieron los obispos San Epifanio y Paulino de Antioquía. Fué en especial muy profunda la impresión producida por el primero, el

[31] En la carta que dirigió San Jerónimo a la virgen Eustoquio sobre Santa Paula habla expresamente de la «... Familiola, quam in utroque sexu de servis et ancillis in fratres sororesque mutaverat» (*Epist. 108*, n. 2 : PL 22, 879). Blesila, después de su conversión, se veía rodeada de siervas vestidas con el hábito humilde de las vírgenes consagradas a Dios, de las que exteriormente no se diferenciaba : «Inter ancillarum virginum cultum dominamque nihil medium, nisi quod in eo facilius dignoscebatur, quod neglectius incedebat» (*Epist. 39 ad Paulam*, n. 1 : PL, t. cit., 466. Por lo que hace a la genuinidad de la lectura cf. CSEL, t. LIV, p. 294). También en la *Epist. 22 ad Eustoquium* hay alusiones en este sentido. Fué un fenómeno que en adelante se repitió con frecuencia al consagrar a Dios alguna joven distinguida. como ya hicimos notar al hablar de Demetríades : «Exemplum patronae et dominae secuta est clientium turba atque famularum» (*Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 6 : PL 22, 1110).

[32] San Jerónimo, *Epist. 30 ad Paulam de alphabeto hebraico Psalmi 118*, n. 14 : PL 22, 444.

obispo de Salamina, anciano venerable de setenta y dos años, que bajo el manto episcopal llevaba el hábito de monje palestinense, heredado del abad San Hilarión. Durante aquel invierno fué huésped de Paula. Invierno de fuego espiritual.

Los dos obispos orientales volvieron a desaparecer del cielo de Roma, buscando de nuevo sus tierras donde nace el sol; pero esta vez quedó en la capital otro monje venido con ellos y retenido por el Pontífice para ayuda de sus trabajos: era el austero anacoreta de Calcis, Jerónimo. La Providencia le había conducido a Roma para dar forma plástica y organizar dos de los grandes ideales del Papa español: el estudio de la Sagrada Escritura y el fomento de la ascética virginal. Tal vez no supusiera entonces Jerónimo que esta doble actividad había de constituir su obra más gloriosa y la fuente de sus sinsabores más amargos, por no decir de sus persecuciones más crueles. No fué empresa fácil atraer hacia el círculo del Aventino al austero y algún tanto brusco monje de Dalmacia; pero tampoco era empeño leve el de resistir al influjo de Marcela, apoyada probablemente esta vez por la autoridad de San Dámaso [33].

Jerónimo quedó, pues, constituído guía del incipiente movimiento monástico de Roma. Era el hombre llamado para ello; sus actuaciones ejercían una especie de dominio magnético sobre las almas puestas bajo su dirección: en su mirada les parecía columbrar la severidad del desierto; las rocas del anacoretismo sirio habían impreso sus perfiles en aquel rostro amasado con ayunos, raíces y lágrimas; se escondía cierto misterio en su voz, matizada con dejos de oriente [34]; era su elocuencia avasalladora, y su ciencia de la Escritura hacía sospechar algo sobrenatural. Aquellas piadosas romanas, y en especial Santa Paula, fueron cera en sus manos, con lo cual desde el primer momento pudo impregnar aquella alma con melancolías de tierra y añoranzas de cielo; las riquezas de que eran dueñas perdieron para ellas su brillo; sus esparcimientos mundanos ajaron las gasas de sus atuendos.

Bajo la dirección espiritual de San Jerónimo pasó a pri-

[33] «Cum me Romam... ecclesiastica traxerit necessitas, et verecunde nobilium feminarum oculos declinarem, ita egit (Marcella), secundum apostolum importune, opportune, ut pudorem meum sua superaret industria» (*Epist.* 137, n. 7 : PL 22, 1091).

[34] Parece que al principio tuvo San Jerónimo cierto temor de que su acento extranjerizado en Siria pudiera herir los delicados oídos romanos. En una carta a Marcela le dice : «Nos, ut scis, hebraeorum lectione detenti, in latina lingua rubiginem obduximus, in tantum ut loquentibus quoque nobis stridor quidam non latinus interstrepat. Unde ignosce ariditati...» (*Epist.* 29, n. 7 : PL 22, 441).

mer plano la virginidad inmaculada o al menos la castidad vidual consagrada a Dios; su fin era, ante todo, crear esposas de Cristo, que pudieran ser entregadas a los brazos del Amado. Para ello había que espiritualizar la carne con los renunciamientos más heroicos y las maceraciones corporales más sutiles; después de esto, el amor a Cristo acabaría la obra de transfiguración.

Dos rasgos más peculiares presentaban las almas dirigidas por San Jerónimo. El primero era la caridad mutua que unía a todas ellas, y que no se limitaba a la reciprocidad de una ayuda abnegada compatible con la frialdad de corazón, sino que se rezumaba a través de sus gestos y palabras con una confianza en verdad sincera y con una ternura de castísima delicadeza. Bajo este aspecto habrá pocos modelos en la literatura epistolar comparables a la carta que Paula, instalada ya en su monasterio de Belén, había de escribir años más tarde a Marcela, residente en Roma y dolorosa por la muerte de su madre, invitándola a trasladarse a Tierra Santa y unirse de nuevo con ella y las otras vírgenes romanas allí recogidas. Han pasado dieciséis siglos y todavía emociona la lectura de aquel mensaje, broche de dos almas gemelas [35].

¿Qué mejor preludio ascético para llegar al perfecto cenobio? Pero aquella caridad, después de unir entre sí a las hijas de una misma dirección espiritual, extendía sus brazos fuera de los muros de la casa común, derramando sus riquezas sin tasa sobre los necesitados y recogiendo en ocasiones con sus mismas manos a los enfermos del arroyo o cuidando personalmente sus heridas y llagas [36]. Santa Paula fué acusada de expoliar a sus hijos de una herencia a que tenían derecho, y para evitar la calumnia se decidió a re-

[35] *Epist. Marcellae et Eustoquii ad Marcellam*, inter hieronymianas, 46: PL 22, 485-492. El mismo Jerónimo las precedía con su ejemplo en esta ternura de la caridad. Nadie, por ejemplo, hubiera sospechado en su carácter externamente brusco los tonos sentimentales de su carta a Paula con ocasión de la muerte de Blesila: «Confiteor affectus meos, totus hic liber fletibus scribitur... testor sanctos angelos quorum consortio fruitur, eadem me dolorum perpeti tormenta, quae pateris; patrem esse spiritu, nutricium charitate et interdum dicere: Pereat dies ille in quo natus sum» (*Epist. 39*, n. 2: PL 22, 466). Sería fácil entretejer una antología de frases de afecto hacia «la madre común Albina», hacia su hermana en Cristo Marcela o hacia sus hijas espirituales Paula y Eustoquio, «velit nolit mundus in Christo meas» (*Epist. 45 ad Asellam*, n. 7: PL 22, 484). Son los contrastes inesperados de los genios.

[36] La mente de San Jerónimo acerca de las limosnas quedó grabada en aquella recomendación a la virgen Demetríades: «Desde el momento en que te consagraste con voto de perpetua virginidad, tus bienes no son ya tuyos, o mejor dicho, son tuyos porque empiezan a ser de Cristo; no olvides que sólo poseerás de hecho lo que hayas gastado en buenas obras» (*Epist. 130*, n. 14: PL 22, 1118).

partir entre ellos sus bienes en vida, quedando así muerta al mundo antes de morir, como dice el mismo San Jerónimo [37].

El segundo sello de la ascética jeronimiana era, como no podía menos de ser, el amor a la Sagrada Escritura. En ella concentraron ahora aquellas patricias todas las ilusiones que habían escondido antiguamente en los estuches de sus joyas y aderezos. Muchas de ellas llevaron su entusiasmo hasta el punto de aprender a traducir y aun hablar el hebreo sin incorrecciones, a fin de poder gustar la palabra divina en su lengua original y de poder entonar los cánticos de los salmos con los sones mismos con que el Espíritu Santo los inspirara [38].

Jerónimo se vió obligado a explicar los Libros Sagrados en el palacio del Aventino; ahora más que nunca aquel lugar fué el centro de convergencia para todos los grupos ascéticos a que se extendía su influjo. Sólo que las ondas rizadas que en torno suyo, como en torno a un surtidor sobre la superficie cristalina de un lago, producían sus palabras, rebasaron las orillas y comunicaron sus vibraciones al mundo externo, siendo necesario abrir las puertas a laicos como Pammaquio, a la sazón esposo de Paulina, y a prestes como Domnión y Océano, todos los cuales, en honor a la verdad, llevaban bajo su propia indumentaria trozos mayores o menores del hábito monacal. Jerónimo leía el texto sagrado; inmediatamente exponía el sentido literal; luego desarrollaba los varios aspectos alegóricos y figurativos, penetrando hasta los últimos misterios y rompiendo una a una las sucesivas cortezas que encerraban; al fin, como germen recóndito, la imagen de Cristo. Cerraba los comentarios la aplicación plástica, en que el texto se hacía ejercicio de ascesis cristiana.

Aquellas sugestivas explicaciones no eran sino el comienzo de una fermentación espiritual. Las horas siguientes marcaban el rumiar de la pasada exégesis, el planteamiento de nuevas preguntas y aclaraciones, el envío de mensajeros con cartas o breves billetes en que se pedía a San Jerónimo

---

[37] «Spoliabat filios et inter obiurgantes propinquos maiorem se eis haereditatem, Christi misericordiam, dimittere loquebatur» (SAN JERÓNIMO, *Epist.* 108, n. 5: PL 22, 881): El mismo escritor nos atestigua el hecho de la renuncia, cuando escribía a Paula diciéndole: «Cum omnem substantiolam aut pauperibus elargita sis, aut filiis ante mortem mundo mortua dederis» (*Epist.* 39, n. 4: PL 22, 471).

[38] En su *Epist. 108 ad Eustoquium*, n. 26 (PL 22, 902), dice San Jerónimo hablando de Paula: «Se puso a aprender el hebreo, y lo consiguió, de modo que cantaba los salmos en aquella lengua y aun la hablaba sin mezclar ninguna incorrección proveniente del uso del latín. Mérito que podemos admirar aún hoy día con su santa hija Eustoquio, que la imitó en esto».

el ulterior desarrollo de algún punto obscuro o se le rogaba consignase por escrito las ideas antes amplificadas. ¡Quién pudiera encontrar aquel volumen publicado durante su estancia en Roma, compilación de sus cartas a Marcela, cartas en su mayoría referentes a exégesis bíblicas y que bajo el nombre particular de aquella venerable dama se dirigían a todas las vírgenes y viudas puestas bajo su dirección ascética, por cuyas manos iban pasando sucesivamente! [39].

Este proceso fecundo de estudio y contemplación se cerraba con las instancias que se le dirigían, sea para depurar el texto griego del Nuevo Testamento, sea para depurar la traducción del Salterio o para publicar los comentarios de alguno de los libros estudiados ya y meditados en común.

La calma es con frecuencia el preludio de la tempestad. Aquellas horas apacibles de estudio y meditación se vieron al fin turbadas por las acusaciones malévolas de sus émulos, que le reprochaban el dedicar sus afanes científicos a unas piadosas mujeres [40]. No era el carácter de Jerónimo propio para intimidarse ante hablillas injustas. Con razón les respondía en una de estas ocasiones: "No me dirigiría a las mujeres si los varones se interesaran en preguntar sobre la Escritura Sagrada"... [41] "Básteme decir que el Señor resucitado se apareció primero a las mujeres, para que los hombres se avergonzaran de no haber intentado buscar lo que ya las mujeres habían encontrado" [42].

Fuera de esto, Jerónimo no se recataba de expresar su admiración por el talento de aquellas santas vírgenes y viudas a quienes dedicaba sus obras, cortando en seco los ataques de sus adversarios con este epifonema: "Como si no fueran aquellas almas piadosas más competentes para juz-

---

[39] En una carta a Marcela le decía: «Te remito, junto con estas líneas, dos cartas para tu hermana Paula y su querida prenda Eustoquio; si al leerlas encuentras en ellas algo instructivo o deleitable, considera que es también para ti lo que para ellas había escrito» (*Epist.* 32, n. 1: PL 22, 446). Véase igualmente *Epist. 30 ad Paulam*, n. 14: PL 22, 444-445.

[40] Es realmente sorprendente el número tan crecido de obras y trabajos escriturísticos dedicados por San Jerónimo a las piadosas mujeres del Aventino, especialmente a Marcela, Paula y Eustoquio, o compuestas al menos por ruegos suyos. Aun computando como un solo trabajo la revisión de todo el Salterio o la traducción de los doce profetas menores, el número de tales obras se acerca al de treinta. Una lista ciertamente incompleta, por no tenerse en cuenta algunas peticiones hechas por Paula antes de morir, puede verse en C. DAUX, *Amédée Thierry et les premiers monastères d'Italie aux IV et V siècles*, «Revue des Questions Historiques», t. XXI (1877), p. 452 s., nota 5.

[41] *Epist. 65 ad Principiam*, n. 1: PL 22, 622 s.

[42] *Comment. in Sophoniam*, prol.: PL 25, 1138.

gar de tales obras que la mayor parte de los hombres" [43]. Por lo demás, aquel fervor exegético y aquel estudio de la Escritura no eran meramente especulativos; a las disquisiciones bíblicas seguíase en el Aventino la meditación de los Libros Sagrados, y ésta se cerraba con el canto de los salmos a diversas voces, según la costumbre de Oriente, que pasaría luego a Milán y a otras muchas iglesias.

Instituciones romanas de Palestina: las dos Melanias en Jerusalén y Paula en Belén

137. La semilla del cenobitismo estaba bien arraigada. Sólo esperaba para germinar y multiplicarse que la meteorología de las persecuciones la fecundase con heladas de envidia y tormentas de rivalidades. Estas no tardaron. En diciembre del año 384 moría el Papa Dámaso; las azadonadas que abrieron su tumba socavaron asimismo el suelo en que se apoyaba San Jerónimo. Aquellos golpes de azada sonaron a toque de rebato para todos los odios contra el monje escriturista y sus creaciones ascéticas. Pocos meses después, el antiguo solitario abandonaba la ingrata Roma, buscando de nuevo las soledades añoradas del Oriente.

Aunque sangrando el alma, podía, sin embargo, marcharse tranquilo. El espíritu del monacato había empapado de tal modo los muros del Aventino, que sus piedras, esparcidas, serían semillas de nuevos cenobios a través no sólo de Roma, sino de toda Italia y aun de todo el Occidente. Así fué.

Una avanzadilla gloriosa se había adelantado, con todo, a las discípulas de Jerónimo. El año 372, Roma se había visto conmovida por un suceso sensacional. La noble dama Melania, descendiente asimismo de la familia de los Marcelos e hija de Marcelino, cónsul romano, acababa de quedarse viuda a los veintidós años de edad, acariciada por todos los halagos del mundo y elevada sobre un pedestal de enormes riquezas. Durante el mismo año murieron dos de los tres hijos que le había dejado su esposo Valerio Máximo [44]. Heri-

[43] Con frecuencia alude San Jerónimo a los sudores que le ocasionaban las preguntas profundas y sagaces de sus discípulas del Aventino. Especialmente alaba el talento de Marcela, de la cual llega a decir que había conseguido igualarle en la ciencia bíblica, de tal modo que después de su partida para Jerusalén, al suscitarse en Roma alguna controversia exegética, acudían a ella como a árbitro. Esta, por su parte, resolvía las cuestiones procurando aducir la autoridad de San Jerónimo o de otros escritores, de suerte que en el modo de hablar apareciese más bien como discípula que como maestra (*Epist. 127 ad Principiam*, n. 7 : PL 22, 1091 s.).

[44] Ya desde la antigüedad aparecen con frecuencia confundidos los rasgos biográficos de Santa Melania la Vieja y de su nieta del

da por este triple rayo de la Providencia, surgió de entre las ruinas humeantes de su propia vida para crearse una nueva, amasada únicamente con luz y amor que no mueren. Entregó su pequeño Valerio Publícola, futuro pretor de Roma, a los cuidados de un tutor, y en compañía de Rufino de Aquileya, socio otro tiempo de San Jerónimo en sus primeros ejercicios ascéticos y adversario más tarde en las acerbas controversias origenistas, se dirigió al Egipto para beber allí en sus fuentes las aguas puras del monaquismo.

Saludó a San Atanasio en Alejandría, se internó por las soledades de Esceta y Nitria, saturó su alma con las máximas de los grandes patriarcas del desierto, y a su vuelta, mientras Rufino se quedaba en la capital mediterránea del Nilo para oír las lecciones de Dídimo el Ciego, se dirigía ella hacia Palestina, recogiendo de paso una gran muchedumbre de anacoretas, sacerdotes y obispos desterrados por la furia del vendaval arriano y sustentados a su costa durante largo tiempo. Llegó por fin a Jerusalén; sus pies, obedientes a su corazón, se sintieron inmovilizados en el Huerto de los Olivos, y allí construyó un monasterio para cincuenta vírgenes del Señor, con las que juntamente se consagró ella a la oración y penitencia. Curioso fenómeno de reflexión, en que Roma devolvía al Oriente lo que del Oriente había recibido.

A principios del siglo siguiente, la personalidad poderosa de una nieta de aquella primera fundadora, conocida con el nombre de Melania la Joven, vendría asimismo de Roma para vigorizar con nueva vida la institución cenobítica de Jerusalén. Bajo su empuje se levantarían dos monasterios de corte puramente romano, en uno de los cuales había de admirar ella misma al mundo por sus virtudes, sus ayunos prolongados sin interrupción del lunes al sábado y su encerramiento durante once años en una estrecha celda, cuya puerta no se abría desde Navidad hasta Pascua ni siquiera con fines de ventilación [45].

---

mismo nombre. La principal fuente para la vida de aquélla es PALADIO, *Historia Lausiaca,* sobre todo c. 54, ed. C. BUTLER, TS, t. VI (1904), pp. 146-148. Véanse las notas referentes a este punto, en especial la nota 94, ibid., pp. 226-228. Datos de sumo interés acerca de dicha Santa pueden verse asimismo en la obra del cardenal Rampolla a que hacemos referencia en la nota siguiente.

[45] La obra fundamental, y en su conjunto exhaustiva, para la biografía de Santa Melania la Joven, sigue siendo la del cardenal RAMPOLLA DEL TINDARO, *Santa Melania giuniore senatrice romana. Documenti contemporanei e note* (Roma 1905). Las cuarenta y ocho notas que se siguen a la publicación de los documentos son de grandísimo interés no sólo para el estudio biográfico de la santa, sino para el de otros problemas relacionados con el culto, Eucaristía, profesión virginal en el siglo V, etc., etc. Véase como complemento AD. D'ALES, *Les deux vies de Mélanie la jeune,* en «Analecta Bollandiana», t. XXV (1906), pp. 401-450; así como el interesante estudio

La iniciativa de Santa Melania, perpetuada por su nieta, había tenido, sin duda, importancia; pero el ímpetu en verdad arrollador de la ascética occidental debía surgir de los círculos jeronimianos. Al morir Marcela, Roma encerraba en sus muros, desportillados por Alarico, varias comunidades de vírgenes en plena observancia cenobítica, que se habían ido desarrollando en las postreras décadas del siglo IV. Ella misma, por consejo, tal vez, o al menos con aprobación del antiguo guía de su espíritu, había abandonado su palacio del Aventino y se había instalado en una casa comprada en las afueras de la ciudad, donde se encerraron asimismo gustosas, para toda su vida, la joven Principia y otra multitud de vírgenes piadosas [46].

Allí permaneció hasta los acontecimientos luctuosos que ocasionaron su muerte, luchando su última batalla por la pureza. Los godos de Alarico habían invadido esperanzados su casa, pues el nombre linajudo de los Marcelos sonaba a sus oídos con la cadencia metálica del oro y las riquezas. Así que, cuando se presentó ante sus ojos la anciana patricia con la pobreza de su hábito viejo y grosero, no acertaron a ver en aquel gesto sino el fingimiento de quien quería ocultar sus tesoros tras la comedia de un disfraz. La golpearon cruelmente, blandieron sin piedad sobre ella sus látigos y sus vergas, mientras la santa viuda, rodando por el suelo, rebosaba con tanto consuelo interno que parecía no sentir las torturas de aquellos malos tratos. De repente se la vió incorporarse de un saltó como leona herida que olfatea el peligro de sus cachorros; había visto a la joven Principia amenazada por las audacias de la soldadesca, y, sacando fuerzas de flaqueza, se lanzaba a sus pies para contenerles al menos con sus lágrimas y sus gemidos. Lo consiguió; ambas pudieron refugiarse en la basílica de San Pedro, donde al poco tiempo, aun cuando sana en apariencia, quebrantada por los pasados sufrimientos, entregaba súbitamente a Dios su hermosa alma, dejando en brazos de la virgen Principia sus despojos mortales [47].

---

de H. Leclercq sobre las riquezas repartidas por aquella patricia, una de las más acaudaladas del Imperio romano. Sus latifundios se esparcían no sólo por Italia, sino por Francia, España, Bretaña, Africa proconsular, Numidia, Mauritania y otras regiones aún más apartadas (*Mélanie la jeune*, DAC, t. XI, 209-230).

[46] «Conversatione multarum», dice San Jerónimo (*Epist. 127*, n. 8: PL 22, 1092). El cambio de morada debió efectuarse poco después de abandonar Roma el monje escriturista, a juzgar por la frase que emplea en la citada carta: «In nostrum locum statim audivimus te illius adhaesisse consortio, etc.»

[47] La descripción de la anterior escena la trae el mismo Jerónimo en la *Epistola 127* ya citada, n. 13. Aun cuando los malos tratos y sufrimientos morales de aquellos días minasen interiormente las fuerzas de Marcela, no parece que fué su muerte tan inmediata como

Aquel nido acogedor fundado para las esposas de Cristo en los arrabales de Roma, donde Marcela había morado un cuarto de siglo, tuvo ya desde sus comienzos la virtud de hacer surgir con su ejemplo otras numerosas comunidades [48]. Describiendo precisamente San Jerónimo el traslado de Marcela y sus vírgenes al nuevo retiro suburbano, llega a decir que a su imitación aparecieron en Roma una multitud de monasterios para varones y vírgenes, de modo que aquella capital tan corrompida del Imperio vino a transformarse en otra Jerusalén, llegando a ser glorioso el nombre de monje, antes tan aborrecido [49]. Por nuestra parte podemos añadir que ya bajo la mirada orientadora del Doctor betlemita, durante los años de su apogeo en Roma, había muerto la piadosa Lea, rodeada asimismo por una comunidad de vírgenes, de la que era guía y sostén.

Esta misma existencia de conventos, así en plural, es la que nos atestiguó Paladio cuando, recordando su visita a Roma cinco años antes de morir la antigua patricia del Aventino, se gloriaba de haber conocido a la "bella Asela, virgen envejecida en el monasterio, mujer de eminente suavidad de carácter y ayuda eficaz de cenobios" [50]. Tal vez de aquellos mismos cenobios, tanto de varones como de vírgenes, a los que unos años antes había favorecido también Melania la Joven con una parte de sus limosnas, lluvia benéfica que esparció por todas las regiones del mundo, dilapidando por Cristo, en una corazonada de caridad, una de las riquezas más caudalosas de todo el Imperio romano [51].

Acaso del monasterio mismo de Marcela, acaso de alguno

---

indica el P. LAGRANGE : «Mais le lendemain, épuisée par cet effort, Marcella rendait sa grande âme a Dieu» (op. cit., p. 624). Es más, según la lectura adoptada en las ediciones críticas, el original jeronimiano decía : «Post aliquot menses» (Cf. CSEL, t. LVI, p. 156.)

[48] «Crebra virginum monasteria» (SAN JERÓNIMO, *Epist. cit.*, n. 8: PL 22, 1092).

[49] Ibid.

[50] PALADIO, *Historia Lausiaca,* c. 133 : PG 34, 1232 ; cf. ed. Butler, c. 41, TS, VI (1904), p. 129. Por lo que respecta a la identificación de esta virgen Asela con la conocida de San Jerónimo, cf. ibid., nota 78, p. 219, aunque dejando a salvo la opinión, poco probable, del autor de hacerla hermana de Marcela, apoyado en una falsa interpretación de la palabra *soror.* Recuérdese lo dicho sobre esta virgen en la parte 2.ª, c. 15, nota 43. El empleo de la palabra *monasterio* no indica que la virgen Asela llevase vida de comunidad, ya que dicho vocablo, tanto en griego como en latín, podía entenderse de la celda en que habitaba un solo monje. (Cf. DU CANGE FAVRE, *Monasterium,* en «Glossarium mediae et infimae latinitatis». ([1938], t. V, p. 454.)

[51] De sus limosnas a los monasterios hablan tanto Paladio como las *Actas* de su vida : PALADIO, *Historia Lausiaca,* c. 119 : PG 34. 1230. Véanse asimismo sus *Actas,* tanto latinas como griegas, lib. I, n. 19, «Analecta Bollandiana», t. VIII (1889), p. 34, y t. XXII (1903), p. 19.

de los que hizo fértiles la semilla de Jerónimo son las inscripciones del siglo IV encontradas en el Campo Verano y otros cementerios de la Roma imperial: "Adeodata, virgen digna y santa, reposa en paz aquí, llamada por su esposo Cristo"; "Eusebia, virgen consagrada al Señor, a ejemplo de las vírgenes prudentes, mereció tener por esposo a Cristo" [52]. Voces apagadas hace siglos, que nos hablan, sin embargo, muy alto del súbito florecimiento de la vida cenobítica de la virginidad en la Ciudad Eterna de los césares.

No es necesario, pues, tomar como figura retórica la exclamación patética del monje de Belén en sus lamentaciones sobre las ruinas acumuladas por Alarico: "Quot monasteria capta!" ¡Cuántos monasterios saqueados!; ni era una mera pincelada impresionista la de poner ante los ojos de la joven esposa de Cristo Demetríades, como uno de los rasgos culminantes de aquellas horas apocalípticas, las vírgenes consagradas a Dios arrebatadas por los torbellinos de la barbarie goda [53].

Si queremos conocer lo que era la vida ascética en aquellos primeros círculos cenobíticos formados en torno a Marcela por la técnica del espíritu jeronimiano, posemos un momento la mirada en la fundación llevada a cabo por una de las discípulas más destacadas del Aventino, la viuda Santa Paula. Su obra, geográficamente, se realizó en tierras orientales, a los pies del pesebre de Belén; pero el alma y aun la materia con que se plasmó pertenecían por entero al mundo latino.

Muerta Blesila, su hija, y ausente San Jerónimo, su padre espiritual, Paula no pudo reprimir por más tiempo sus ansias de visitar los Santos Lugares, poniendo sus plantas sobre las huellas de Jesús. Surgieron dificultades penosas, se exarcebó la oposición de sus parientes; a todo se sobrepuso su temple de patricia romana, y el año 385, en compañía de su hija la virgen Eustoquio y de otras compañeras consagradas a Dios, se embarcaba en el puerto de Ostia rumbo a Palestina. Una última explosión de gemidos y sollozos rasgó los aires desde la borda del navío y ocultó ya para siempre tras la niebla lacrimosa del dolor a aquellos hijos tan amados que allá en Roma quedaban: Paulina, casada ya con el senador Pammaquio; Rufina, próxima a desposarse, y el joven Toxocio.

Todavía no se habían secado en sus ojos aquellas lágrimas de amargura, cuando otras, llenas de inefable con-

---

[52] Puede verse el estudio de varias de estas interesantes inscripciones en De Rosi, *Bullettino di Archeologia Cristiana*, anno primo (1863), n. 5.

[53] *Epist. 130 ad Demetriadem*, n. 5: PL 22, 1109.

suelo, vinieron a surcar sus mejillas al contemplar en la isla Poncia las celdas testigos del destierro y virtudes de la virgen cesárea Flavia Domitila, desterrada allí por su fe. Un nuevo aliento penetró en su pecho, fatigado de congojas, al reanudar en Salamina sus antiguas conversaciones ascéticas con el santo obispo Epifanio, su antiguo huésped de Roma. Por fin apareció ante su vista Palestina. Palpitaciones dulcísimas conmovieron su ser al poner los pies sobre las arenas de Cesarea, santificadas por las primeras conversiones gentiles; al penetrar en el Santo Sepulcro, ungido con los aromas de la resurrección; al subir al monte Sión, acusador perpetuo de deicidio con las bocas de sus sillares rotos; al dirigirse, sobre todo, a la cueva de Belén, donde aun se oía el eco del primer llanto de Jesús.

Paula apenas podía comentar aquellas visiones de divinidad si no era con el silencioso quebrarse de sus lágrimas. Tantas y tan sentidas brotaron éstas, que, al ir cayendo hilo a hilo de sus ojos, penetraron en el suelo de la Santa Gruta, formando como una espesa urdimbre de otras tantas hebras que la amarraron encadenada para siempre a aquel lugar. El propósito quedó formulado; sólo que antes de entregarse allí a la vida monástica quería sentir en sí misma y por contacto directo las vibraciones del ascetismo egipcio.

Acompañada de San Jerónimo y de las vírgenes venidas de Roma, se encaminó a Alejandría, donde escuchó las explicaciones exegéticas de Dídimo el Ciego; atravesó las montañas de Nitria, en cuyas iglesias oró rodeada por los miles de anacoretas que en ellas se reunían; pasó al valle de las *Celdas,* visitando muchos de los antros fragosos que servían de morada a sus habitantes; recorrió los desiertos de Esceta, donde arrancó al gran abad Macario los secretos de su ascesis, y, finalmente, se empapó en la disciplina cenobítica de Pacomio en uno de los monasterios dependientes de su regla, que se elevaba junto a Arsinoe. Enriquecido su espíritu con todas aquellas vivencias de inspiración ultraterrena, se retiró de nuevo a Palestina para transmitir sus ideales a las colinas betlemitas [54].

Dos monasterios comenzaron al punto a construirse en Belén, uno junto a la iglesia de la Natividad, para Jerónimo y sus monjes; otro algo más alejado y semioculto en el fondo del valle, para Paula y sus vírgenes. Junto a este doble santuario de oración levantó Santa Paula un relicario de caridad, un *xenodochium* u hospedería para los pe-

[54] Una narración bastante completa de las peregrinaciones de Santa Paula a través de Palestina y Egipto nos ha dejado San Jerónimo en la *Epist. 108 ad Principiam,* nn. 8-14 : PL 22, 882-890.

regrinos extranjeros que llegaban a Palestina, a fin de que, como ella decía, "si vinieran ahora María y San José a Belén, no se encontraran sin albergue" [55]. Esta invención de caridad, desconocida por entonces en el mundo romano, era un primer fruto de su viaje a Egipto, entre cuyos monjes había surgido por vez primera este nuevo monumento de mutuo amor cristiano. Algunos años más tarde, cuando la piadosa Fabiola viniese a visitar a sus antiguos amigos de Roma, quedaría entusiasmada de aquel nuevo método de caridad, y al regreso a su patria, ayudada por el senador Pammaquio, fundaría en Ostia un establecimiento similar.

Detengámonos ahora un momento ante el monasterio femenino de Paula, a través de cuyos muros podremos entrever la vida cenobítica de las primeras instituciones latinas. A las vírgenes y viudas que acompañaran a Paula desde Roma se juntaron muy pronto otras muchas jóvenes deseosas de consagrarse a Cristo, originarias de las más diversas provincias y de todas las clases sociales [56]. Tres fueron los edificios construídos para ellas, rodeados por una gran muralla común, que, al mismo tiempo que les daba unidad y salvaguardaba la clausura, constituía en caso necesario una sólida defensa, sea contra las incursiones de los árabes del desierto, sea contra la temida invasión de los bárbaros próximos a Siria.

En cada uno de los edificios o monasterios se agrupaba una sección de vírgenes, a quienes unía la semejanza de trabajo y la mesa común. Tres *madres* o abadesas presidían aquella triple comunidad, pero todas ellas se hallaban bajo la dirección y enseñanzas de Santa Paula, que a todas instruía y de todas cuidaba, no ya con solicitud, sino con ternura. Aun cuando el trabajo y la refección se tenían por grupos en cada uno de los edificios, todas se reunían para la oración y el canto de los salmos en una iglesia común dedicada a Santa Catalina, la virgen martirizada en Alejandría, cuya entereza en los tormentos y cuya muerte espectacular había impresionado tan vivamente a los espíritus orientales. A pesar del breve tiempo transcurrido, su sepulcro se hallaba ya cubierto con las flores de las más ingenuas leyendas. Tal vez se había fijado en alguna de ellas Santa Paula al escogerla por patrona de sus monasterios. Pudo muy bien haberle referido su amigo San Epi-

---

[55] San Jerónimo, *Epist. 66 ad Pammachium*, n. 14: PL 22, 647; *Apologia adversus libros Rufini*, lib. III, n. 17: PL 23, 469.

[56] Detalles fidedignos sobre el monasterio de Santa Paula y sus costumbres consigna San Jerónimo en su *Epist. 108*, n. 19 s.: PL 22, 896-898.

fanio cómo la santa, originaria, según se decía, de Salamina, al abandonar su ciudad natal y dirigirse a Alejandría para disputar con los filósofos griegos acerca del cristianismo, se había detenido en la gruta de Belén, y allí, postrada ante el sagrado pesebre, había formulado su voto de virginidad, refrendado por el mismo Cristo, quien, apareciéndosele en forma visible, había puesto por sí mismo en los dedos de la virgen el anillo nupcial de desposada [57].

Como ni San Jerónimo ni su amigo Vicente, únicos monjes sacerdotes, osaban celebrar el santo sacrificio, por respeto hacia tan gran misterio, las religiosas de los tres conventos, precedidas por sus respectivas abadesas, debían dirigirse todos los domingos a la iglesia de la Santa Cueva para asistir al divino convite, uniendo con lazo sobrenatural de liturgia el pesebre y la cruz. En los días ordinarios, el canto del *alleluia,* entonado por una virgen en cada una de las secciones, servía de señal para el comienzo de la salmodia que se tenía en la iglesia propia de Santa Catalina.

Era de ver la diligencia con que todas acudían presurosas, emulando a cada nueva hora sus propias ansias de oración. Seis veces al día se congregaban las vírgenes en común para el canto de los salmos: al amanecer, a las nueve de la mañana, a mediodía, a las tres de la tarde, al anochecer y a media noche, de modo que diariamente debía recitarse el Salterio completo. Desde el primer momento se introdujo la costumbre monástica del Egipto, según la cual cada salmo era cantado por una virgen, que se ponía en pie, mientras las demás, sentadas, seguían el sentido de los afectos bíblicos en medio de un silencio tan profundo como si las almas, arrebatadas a regiones más divinas, hubieran dejado exánimes los cuerpos [58]. Ya se ve que una tal forma de oración implicaba la necesidad en todas las vírgenes de saber de memoria los ciento cincuenta himnos davídicos. El celo de San Jerónimo por la palabra inspirada les había impuesto la tarea de aprender diariamente un fragmento de la Sagrada Escritura.

El resto de la jornada lo empleaban las hijas de Santa Paula en el trabajo manual, confeccionando sus propios hábitos con la lana que sus mismas manos hilaban y tejían.

[57] Varias de estas leyendas pueden verse citadas en F. QUARESMIO, *Historica theologica et moralis terrae sanctae elucidatio* (Venetiis 1880-1881), vol. II, lib. VI, peregrin. 2.ª, c. 3, p. 470 s.

[58] «Per ordinem psalterium canebant» (SAN JERÓNIMO, *Epist. 108,* n. 19: PL 22, 1896). El sentido de estas palabras y la forma de la aludida liturgia la conocemos por Casiano: «Tantum a cunctis silentium praebetur ut cum in unum tam innumerosa fratrum multitudo conveniet, praeter illum qui consurgens psalmum decantat in medio, nullus hominum penitus adesse credatur» *(De coenobiorum institutis,* lib. II, c. 10: PL 49, 97 s.; cf. asimismo c. 5, ibid., col. 87).

Era igual el vestido de todas, ya fueran nobles o plebeyas, y a nadie, aunque de sangre patricia, se permitía tener consigo sirvienta o compañera que le ayudase en sus trabajos, emulando todas el ejemplo de su madre común, que, olvidada de su prosapia, Gracos y Escipiones, se entregaba a los menesteres más humildes y abyectos [59]. La clausura era rigurosa, no sólo en previsión de cualquier peligro real contra la castidad, sino con la mira puesta en evitar aun la maledicencia más infundada. A todas las vírgenes envolvía un espíritu amoroso de caridad y prudencia gracias al influjo de Santa Paula. ¿Cómo se arreglaba aquella alma privilegiada para tener siempre en sus labios la palabra oportuna y adecuada a cualquier necesidad? Porque es el caso que aun para los defectos más pequeños, para una ligera indolencia, para una tardanza negligente en llegar a la salmodia, eran inagotables sus recursos.

A nadie se permitía poseer cosa alguna fuera del alimento y del vestido, conforme a la máxima del Apóstol: *Teniendo con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, estamos satisfechos*. Bastaba a Santa Paula arrugar su frente o mostrarse seria para encender el rubor de la vergüenza en quien gustara de presentarse más atildada o compuesta. A las más jóvenes estimulaba a la abstinencia y austeridad con medios para domar su carne, repitiéndoles con frecuencia que prefería verlas padecer del estómago que del alma. En este punto a todas aventajaba, de modo que ni las más fuertes y robustas podían igualarla a pesar de los achaques de su avanzada edad.

Es elocuente el caso referido por el mismo San Jerónimo, testigo presencial del hecho y piadoso inductor de la trama. Durante uno de los veranos, Paula se halló a las puertas de la muerte. Amenguada al fin la fiebre y alejado el peligro más grave, le aconsejaron los médicos que hasta su completo restablecimiento bebiera un poco de vino, a fin de evitar probables complicaciones. No lograron convencerla. Agotados otros procedimientos, llamó San Jerónimo al anciano obispo San Epifanio para que, aprovechándose de su autoridad, lograse persuadir a la enferma; pero ésta supo alegar tales razones, que, al ser interrogado el Prelado sobre el éxito de su piadosa misión, se contentó con la siguiente frase por respuesta: "Tanto ha sido lo que he logrado, que más bien ella me ha convencido a mí para no volver a probar vino a pesar de los achaques de mi ancianidad" [60]. He ahí

---

[59] SAN JERÓNIMO dice: «Tanta era la humildad con que se presentaba, que quien, no conociéndola de antes, se llegase a verla, atraído por la celebridad de su nombre, la hubiera tomado por la última de las sirvientas» *(Epist. 108*, n. 15: PL 22, 891).

[60] Ibid., n. 20: PL, l. cit., 897.

el cuadro que los antiguos códices nos han conservado de una de las primeras instituciones monásticas latinas y de su fundadora, tipo fiel de la antigua patricia romana.

Durante mucho tiempo, aquel monasterio de Belén siguió siendo un islote flotante en el mar de Oriente. De Roma. de Italia, de todo el mundo latino venían prelados y laicos piadosos a impregnarse con la devoción que aquellos muros rezumaban, y de vuelta a sus respectivas patrias despertaban con sus relatos nuevas vocaciones virginales.

Expansión cenobítica a través de Italia: Milán, Florencia, Bolonia, Verona, Vercelli

138. De este modo los círculos de Marcela y Paula empezaron a irradiar fuera de la capital del cristianismo. ¿Será necesario recordar que también al núcleo del Aventino pertenecía la virgen Marcelina, la hermana de San Ambrosio, por aquellos años en que Jerónimo era pastor de vírgenes romanas? [61] Pues también ella había de ser virgen fecunda en vírgenes. Pocos años después de trasladarse Jerónimo al Oriente, tal vez al abrir la santa viuda Marcela su nuevo retiro suburbano, Marcelina, privada ya, por la muerte, de la piadosa compañía de su madre, se dirigía a Milán en busca de su hermano el obispo San Ambrosio [62]. Allí la encontramos, en efecto, algunos años más tarde alternando sus estancias de la ciudad episcopal con las de otra casita más solitaria escondida junto a Fiume-Frigido. En ambas se vió al punto rodeada de numerosas jóvenes deseosas de consagrarse a Dios, y que bajo su dirección ascética, tributaria del Aventino, formaron virtuosos cenobios. ¿De qué mejor ayuda podía disponer el Obispo de la virginidad para encauzar y organizar aquellos ríos de juventud generosa que

---

[61] Cf. San Jerónimo, *Epist. 45 ad Asellam*, n. 7 : PL 22, 484.

[62] Cf. DAC, t. II, col. 381 s. Pocas son las noticias que sobre Santa Marcelina tenemos. Parece cierto que murió en Milán. Puede verse AASS, mense iulio, t. IV, pp. 231-238. Los datos más interesantes, y desde luego los más seguros, son los suministrados por su hermano en el tratado *De virginibus*, así como en algunas de sus cartas, v. gr., en la referente al proceso de la virgen Indicia (*Epist.* 5, n. 21 : PL 16, 897 s.). Alguna anécdota curiosa nos ha conservado el diligente secretario de San Ambrosio en la vida del santo Obispo (PL 14, 27-46). Son, desde lüego, de inapreciable valor las tres cartas, que se conservan entre las que le dirigió su hermano, donde aparece la solicitud de San Ambrosio por tenerla al tanto de los principales acontecimientos que le rodeaban y el afecto que a ambos unía, patente en aquellas tiernas frases : «Hermana y señora mía, más querida que las niñas de mis ojos» (*Epist. 20, 22, 41*, PL 16, 994-1002, 1019-1026, 1113-1121).

al impulso de sus sermones y sus escritos pedían consagrar a Dios su pureza? Milán fué muy pronto no sólo un foco intenso, sino un foco irradiante de cenobitismo virginal.

No se alzará la historia contra nosotros si damos por muy probable el que también bajo el influjo de San Ambrosio tuvo Florencia su monasterio de vírgenes a partir del año 393. En esa fecha encontramos al Obispo milanés en aquella ciudad, consagrando un templo construído por la piadosa viuda Juliana. Entonces fué pronunciada su preciosa *Exhortación a la virginidad,* y al retornar a su sede, terminadas las solemnidades, dejaba habitando junto al templo, bajo la dirección misma de la fundadora, a tres hijas de ésta consagradas a Dios por el velo virginal. ¿Será juicio temerario el suponer que a la sombra de aquellas naves litúrgicas se acogía un pequeño edificio, donde aquellas primicias de la pureza florentina formaban el núcleo de una comunidad monástica? [63]

Sin embargo, al espigar acá y allá los datos sueltos que nos ofrece el azar, nos vemos forzados a reconocer que otras ciudades se habían adelantado a la sede de San Ambrosio en el cenobitismo femenino. Tal vez a su paso por Italia las había tocado años antes la sombra de San Atanasio. El hecho es que el 377, cuando escribía San Ambrosio su tratado *De virginibus,* existía ya en Bolonia un monasterio de vida común, donde un grupo de veinte vírgenes, cortados sus lazos de familia, se entregaban juntas al ejercicio de la pureza, de la oración, del trabajo manual y de la caridad [64]. Era fruto cosechado por el obispo San Eusebio, "gran pescador en este género de pesca", al decir de San Ambrosio, con quien se hallaba unido por estrecha amistad [65].

Parecidos vínculos, si bien no tan apretados, unían a éste con el obispo de Verona, Syagrio, varón de reconocida virtud y celo de promover la religión cristiana, a quien el Pre-

[63] SAN AMBROSIO, *Exhortatio virginitatis*, c. 8, n. 55: PL 6, 352. Son varios los pasajes que dejan traslucir esta hipótesis.

[64] «¿Qué diré de las vírgenes de Bolonia, creciente bandada de pudor que, renunciando a los placeres mundanos, se refugia en el santuario de la pureza?... Veinte en el número con frutos del ciento por uno, apartadas del trato de sus familiares, se apresuran hacia los tabernáculos de Cristo como soldados infatigables de la castidad; a ratos alaban al Señor con cánticos espirituales, a ratos se ejercitan en los trabajos manuales para satisfacer a las necesidades de la vida y aun para dar pábulo a su liberalidad a costa del propio ejercicio corporal» *(De virginibus*, lib. I, c. 10, n. 60: PL 16, 205).

[65] *De virginitate*, c. 20, n. 129: PL 16, 300. Cf. F. UGHELLI, *Italia sacra sive de Episcopis Italiae* (Venetiis 1717-1722), t. II, *Episcopi Bononienses, S. Eusebius*, col. 8. Varios autores, siguiendo la autoridad de BARONIO, suponen que fué este mismo obispo Eusebio a quien San Ambrosio dedicó su tratado *De institutione virginis* (cf. *Annales ecclesiast.*, t: V, Lucae 1739, ad annum 377, p. 441); sin embargo, es muy dudosa la identidad de ambos homónimos.

lado de Milán no temía en amonestar con libertad de espíritu en sus desaciertos, seguro de su humildad para recibir la corrección. Todavía San Jerónimo no había tomado la dirección del cenáculo del Aventino, cuando ya Syagrio, el año 380, poseía en su ciudad al menos un monasterio de vírgenes, que, sin absorber por completo la vida virginal de los hogares, gozaba, sin embargo, de la máxima autoridad y respeto ante el pueblo [66].

Que estos datos concretos de fundaciones femeninas en el siglo IV no fueran casos esporádicos, nos lo muestra claramente la lista de monasterios de vírgenes que a principios del siglo siguiente aparecen mencionados, ya sea como florecientes bajo la tutela de diversos obispos, ya sea como devastados por las incursiones de los bárbaros. De Plasencia, Pavía, Vercelli, así como de varios puntos de la Campania, tenemos datos concretos. Follaje tan exuberante en el siglo V, supone raíces profundas en el siglo anterior [67].

Hasta cierto punto podemos recontar esa multitud de conventos femeninos de la cuarta centuria, medio ocultos a la sombra de los muros cenobíticos de varones. Ya hemos podido comprobar que, a partir de la expansión pacomiana y basiliense, la vida común de las vírgenes seguía a los monasterios de ascetas en sus fundaciones, como el lucero vespertino sigue cada día al sol poniente. Y el hecho es que ya en el siglo IV las comunidades de monjes en Italia poblaban con profusión, no precisamente los desiertos, pero sí las ciudades y las campiñas.

El primer impulso, dado por la visita de San Atanasio en 340, había cobrado nuevo vigor veintitrés años más tarde, al retornar San Eusebio a su diócesis de Vercelli, una vez cumplido su destierro. Precisamente su consagración para aquella sede por el Papa Julio I había coincidido con la siembra de pureza llevada a cabo en Roma por San Atanasio. Al ser desterrado por las intromisiones arrianizantes del emperador Constancio, pasó, a través de las cárceles de Escitópolis y de los internamientos de Capadocia, a las lejanías del Egipto, donde respiró con fruición los aromas de

---

[66] En la *Epist.* 5 de SAN AMBROSIO *ad Syagrium,* n. 19 (PL 16, 897), aparece cómo, ante el rumor calumnioso levantado contra la virgen Indicia, la plebe acude a las puertas de un monasterio en actitud de dar cuenta y pedir castigo para el supuesto crimen.

[67] F. UGHELLI, *Italia sacra,* ed. cit., t. II, *Episcopi placentini, S. Maurus,* col. 197; t. I, *Episcopi papienses, S. Epiphanius,* col. 1080. Respecto al desenvolvimiento de la vida monacal en Italia puede verse la obra de E. SPREITZENHOFER, *Die Entwicklung des alten Mönchtums in Italien von seinen ersten Anfängen bis zum Auftreten des heil. Benedikt* (Wien 1894); para el punto que tratamos cf. especialmente pp. 32-35.

los desiertos monásticos [68]. Impregnado de ellos se restituyó a su sede, una vez pasada la tormenta arriana, y ante el recuerdo de los días placenteros transcurridos en las orillas del Nilo, se movió a imitar aquellos ejemplos, resultando, en frase de San Ambrosio, el primer obispo del Occidente cristiano que acertó a unir en su persona la vida austera del monje con los deberes del cargo episcopal [69]. Con este fin reunió en torno suyo un grupo de sacerdotes selectos, con los que llevaba vida común bajo los dictados de una regla monástica. Dentro del ámbito de su Iglesia catedralicia eran los auxiliares que le ayudaban en los esplendores de la liturgia; en el centro de su campo pastoral eran sus familiares, que constituían un verdadero hogar caldeado de ascetismo cristiano.

Esta iniciativa de San Eusebio fué recogida por otros pastores piadosos [70]. La enumeración de los monasterios de Italia que nacieron envueltos en la capa pluvial de un obispo sería larga, aun sin salir del siglo IV. Si hubiéramos de señalar con cruz roja los cenobios italianos de aquella época, la península de los Apeninos ofrecería el aspecto de un trigal esmaltado profusamente de amapolas. Se había llegado hasta los últimos confines. En el extremo norte más occidental, como centinela vigilante sobre la próxima Istria, se erguía el monasterio de Aquileya, floreciente ya en 370 bajo el obispo Valeriano, en cuyas soledades se habían acendrado los entusiasmos juveniles, y entonces amistosos, de Rufino y Jerónimo [71]; en el sur, las regiones meridionales de Nápoles podían gloriarse de tener hasta dos cenobios en su misma sede metropolitana, fundados por la solicitud del santo obispo Severo, restaurador del culto de San Jenaro y admirador de San Ambrosio, con quien mantenía relaciones epistolares [72].

---

[68] F. UGHELLI, ob. cit., t. IV, *Episcopi vercellenses, S. Eusebius*, col. 747-761.

[69] SAN AMBROSIO, *Epist. 63 ad vercellensem Ecclesiam*, n. 66: PL 16, 1207.

[70] No es que pretendamos negar en absoluto la existencia de cenobios ascéticos antes de San Eusebio, y aun tal vez antes del edicto de Milán; pero los datos son más inseguros. Recuérdese, por ejemplo, la mención de un monasterio ese mismo año de 313 levantado junto a Sena, bajo el gobierno del obispo Florián. (Cf. F. UGHELLI, *Italia sacra*, t. III, col. 527.)

[71] El mismo Rufino nos da cuenta de su vida en aquel monasterio treinta años antes de escribir su *Apología*, compuesta el 400, como es sabido (*Apologia in Hieronymum*, lib. I, n. 4: PL 21, 543). Por diversas alusiones de San Jerónimo conocemos varios de los varones que allí se ejercitaron en la ascética, como Nepociano, Florencio, Nicetas, Crisógono, Bonosio, etc.

[72] F. UGHELLI, *Italia sacra*, t. VI, *Archiepiscopi neapolitani. S. Severus*, col. 34. Se conserva una carta escrita a San Severo el año 393 por el Obispo de Milán (*Epist. 59*, PL 16, 1182 s.).

Aunque inconexo, al parecer, con nuestro asunto, este último dato nos ofrece una nueva clave de realidades históricas. Casi todos aquellos grandes obispos fautores del monaquismo estuvieron ligados con San Ambrosio. Es decir, que en el centro de aquella urdimbre incoada por San Eusebio de Vercelli, verdadera tela de araña, que iba extendiendo sus hilos sobre la Italia entera, se hallaba el apóstol de la virginidad femenina, reteniendo en sus manos las hebras directrices. Nos consta que, siendo obispo de Milán, no sólo dirigía con su prudencia, sino sustentaba con sus propios bienes a las puertas de la ciudad imperial un gran monasterio poblado por numerosos monjes [73].

Siendo, pues, San Ambrosio, en cierto modo, centro propulsor de aquel movimiento monástico de clérigos a través de Italia, no sería él, ciertamente, quien refrenase la tendencia espiritual de la época solícita por crear en otros tantos conventos femeninos el contrapeso simétrico de los innumerables monasterios de varones surgidos por doquier. En conclusión, que puede darse por cierto, al tenor de los datos existentes, que el siglo IV, antes de extinguirse aterrorizado por los males que para la siguiente centuria presagiaba, pudo contemplar cómo los monasterios de vírgenes poblaban la Italia entera.

En adelante, a través del siglo V, florecientes unas veces con la ayuda de los grandes obispos ascetas, como Paulino de Nola; desenterrándose otras penosamente de entre las ruinas acumuladas por las invasiones, los conventos de vírgenes seguirían su expansión a través de la metrópoli del Imperio, hasta que el genio sobrenatural de San Benito los recogiese y unificase bajo sus alas al comenzar la sexta centuria.

Un salto al continente africano: itinerario monástico de San Agustín, su carta a las religiosas y sus conventos femeninos

139. Pero no fué necesario esperar a ésta para que la fuerza monástica del siglo IV salvase de un salto los fosos del Mediterráneo. Cuando el año 383 abría San Agustín su clase de retórica en Roma, tenía, según él mismo anota, los ojos tan cerrados para contemplar la virtud, que no echó de ver las maravillas que en el cenáculo del Aventino labraba la gracia bajo la dirección de San Jerónimo, llegado un

[73] «Et erat monasterium Mediolani plenum bonis fratribus, extra urbis moenia, sub Ambrosio nutritore» (SAN AGUSTÍN, *Confessiones*, lib. VIII, c. 6, n. 15: PL 32, 755; cf. *De moribus Ecclesiae catholicae*, c. 33, n. 70: PL 32, 1339).

año antes a la Ciudad Eterna. Tampoco en Africa había conocido Agustín la vida monástica [74].

Era precisamente este cuadro del ascetismo la gran visión sobrenatural que le tenía Dios reservada, a manera de relámpago deslumbrante, para provocar tres años más tarde la crisis de su conversión. Las narraciones de su compatriota Ponticiano sobre el solitario Antonio, sobre los monjes egipcios y sobre los ascetas de Tréveris abrieron de un solo golpe su inteligencia a la fe y su corazón a los ideales monásticos. Así, el subsiguiente retiro a Casiciaco con algunos de sus parientes y amigos no fué menos iniciación de cenobio que vestíbulo de bautismo [75]. De vuelta en Milán, al recibir las aguas regeneradoras del sacramento, su alma se abrió a la gracia y sus ojos a la ascesis, quedando atónitos ante la virtud de aquel monasterio dirigido y sustentado por San Ambrosio. Durante el año que permaneció en Roma, antes de tornar al Africa, dejando secar los dos regueros de lágrimas que en sus mejillas hizo brotar la muerte de su madre, sus trabajos se encaminaron juntamente a profundizar en la verdadera doctrina de Cristo y a empaparse con la ascética de los monjes y vírgenes, tan florecientes ya entonces en la poderosa urbe, entregándonos como fruto su obra *De moribus Ecclesiae,* que tiene tanto de polémica contra los errores maniqueos como de apoteosis de las costumbres monacales [76].

---

[74] En la conversación que sostiene Ponticiano con Alipio y Agustín sobre la vida de los monjes, no sólo egipcios, sino también occidentales, se le hace a este último completamente nueva la materia; prueba de que, al salir Agustín de Africa el año 383, no había visto allí instituciones semejantes, a pesar de haber vivido en varias localidades y tratado gentes muy diversas (*Confessiones,* lib. VIII, c. 6, n. 14 s.: PL 32, 755).

[75] Fué aquel retiro una experiencia muy fructuosa para Agustín, no obstante lo abigarrado de la compañía, en que junto a su madre Mónica y su hermano Navigio figuraban sus dos primos Rústico y Lastidiano, su hijo de pecado Adeodato, dos antiguos discípulos, Trigecio y Licencio, hijos de su Mecenas de Tagaste, Romaniano (quienes probablemente completaban allí sus conocimientos retóricos), y desde luego el inseparable amigo de Agustín, su compatriota Alipio. Tras una breve atención al ordenamiento de los trabajos en la villa y las correspondientes lecciones a los dos jóvenes estudiantes, transcurría el día repartido entre la oración y el estudio, para cerrarse con las sabrosas veladas del atardecer, en que todos de consuno, sin exceptuar a Mónica, aportaban sus ideas para desentrañar algún punto de filosofía cristiana. Fruto de aquellos diálogos fueron sus obras *Contra academicos, De vita beata* y *De ordine.* En los ratos que el Santo dedicó a conversar consigo mismo, compuso sus dos libros de *Soliloquios.* Este maridaje de vida interior y producción literaria sería la pauta que había de seguir también más tarde en Tagaste.

[76] *De moribus Ecclesiae catholicae et de moribus manichaeorum libri duo,* PL 32, 1309-1392. En esta obra el alma de Agustín vibra, sobre todo, con las gestas y tradiciones del monacato egipcio.

Zarpó el barco rumbo al Africa. Agustín sólo tenía ya una idea. Vendió sus bienes; distribuyó a los pobres el dinero obtenido, y a fines del 388 su casa hereditaria de Tagaste quedaba convertida en el primer monasterio, al menos de los conocidos por nosotros, en las regiones de Numidia y del Africa proconsular [77]. Varios de sus amigos, como Alipio, Evodio, Severo, se unieron a él en ideales y prácticas, constituyendo la nueva comunidad de *Siervos de Dios*, como decía San Agustín y repetiría su biógrafo Posidio, antiguo monje de Hipona y posterior obispo de Calama [78].

Tres años llevaba el neoconverso gozando las delicias de la soledad ascética y del estudio sagrado, cuando, con ocasión de un viaje a Hipona, fué llamado a la presencia de Valerio, obispo de esta sede. Súbitamente, y entre el clamor de las protestas del monje, el sagaz prelado derramó el óleo de la consagración sacerdotal sobre la cabeza del cenobita de Tagaste. Agustín no cambió por esto su género de vida, y, de común acuerdo con su obispo, aprovechó una dependencia propiedad de la Iglesia para fundar el segundo de sus monasterios.

Hasta ahora las comunidades fundadas por Agustín, así como la mayor parte de las que habían de seguir sus huellas en las regiones africanas, estaban integradas y regidas por monjes laicos; pero muchas de ellas, a imitación de la de Hipona, se convirtieron en canteras valiosas adonde acudían, en primer lugar el propio obispo Valerio y luego otros muchos de las cercanías, en busca de varones virtuosos que pudieran ser ordenados sacerdotes de sus iglesias [79]. Fué un nuevo método de reclutamiento clerical, que evitaba muchos desvelos a los pastores y ponía un halo de garantía en los elegidos.

Cuando el año 396 San Agustín tuvo que abandonar su monasterio para establecerse en la residencia episcopal, de-

---

[77] No hay datos históricos fidedignos de instituciones cenobíticas anteriores, al menos de importancia apreciable. Por otra parte, como acabamos de indicar, San Agustín, al salir de Africa para Roma, no había visto en su patria ningún monasterio. La primera fundación monástica africana es considerada la de San Agustín por H. LECLERCQ, *L'Afrique chrétienne* (1904), t. II, p. 70 s.

[78] POSIDIO, *Vita S. Augustini*, cc. 5, 11 y 14 : PL 32, 37. 42 y 45. El empleo de esta nomenclatura en las cartas de San Agustín es muy frecuente. A modo de ejemplo puede verse *Epist. 107 ad Hilarium*, n. 58 : PL 33, 692. El mismo explica en cierta ocasión el sentido genuino de la frase y su equivalencia : «Cupiebas... in ea vita vivere, in qua *servi Dei monachi vivunt*» (*Epist. 220 ad Bonifacium Comitem*, n. 3 : PL 33, 993). Aquí, como en Casiciaco, a la oración y penitencia se unió la actividad literaria, de la que fueron frutos sus obras *De Genesi contra manichaeos*, *De magistro*, *De vera religione* y, al menos en parte, su *Liber de diversis quaestionibus LXXXIII*.

[79] POSIDIO, *Vita S. Augustini*, c. 11 : PL 32, 42.

cidió revestir de cenobio su nueva mansión, y formó una comunidad monástica con el clero destinado al servicio de su iglesia. Fué un aspecto característico del desenvolvimiento ascético en que venían a tomar cuerpo definitivo las experiencias de Vercelli. Los sacerdotes de Hipona quedaban ligados a su obispo por la observancia común de la pobreza y la guarda de una regla monástica [80].

Cuál fuera el prestigio de ciencia y vida sobrenatural que envolvía a los monjes de Agustín, puede fácilmente deducirse por el hecho de que hasta diez de aquellos monjes de Hipona fueron llamados a ocupar diversas sedes episcopales de la Numidia y el Africa proconsular [81]. Y cuál fuera el espíritu ascético que llevaron los elegidos a sus respectivas diócesis nos lo atestigua el dato de que casi todos organizaron a su propio clero en comunidad monástica, a la que ellos mismos presidían con el ejemplo de su vida. "A mi venerando hermano Valentín y a los hermanos que habitan contigo", decía el Santo de Hipona en el encabezamiento de sus cartas al obispo de Hadrumeto [82].

De este modo la iniciativa monástica de San Agustín prendía con ardor en verdad africano a través de aquellas regiones; pocos años más tarde, Cartago, por ejemplo, contaba ya con varios monasterios de importancia apreciable en la vida de la diócesis [83], y la lista que podría formarse a base de las alusiones del Santo en sus cartas, de las indicaciones de diversas actas conciliares o de los testimo-

---

[80] No pretendemos ver en esta institución clerical de Agustín una innovación completamente propia. Desde luego pudo muy bien haber conocido las experiencias de Vercelli y otros lugares de Italia, y aun tal vez en las mismas regiones africanas pudo encontrar inspiraciones para esta obra; pero ciertamente que gracias a su influjo aquella feliz iniciativa se extendió y quedó perpetuada. (Cf. F. BONNARD, *Regle de Saint Augustin*, DHGE, t. V, col. 494 s.)

[81] POSIDIO, *Vita S. Augustini*, c. 11: PL 32, 42. Sabemos por lo menos que fueron nombrados: Alipio, obispo de Tagaste; Profuturo y Fortunato, obispos, en tiempos sucesivos, de Cirta; Severo, obispo de Mileu; Posidio, obispo de Caiama; Evodio, obispo de Uzala; Bonifacio, obispo de Catacua; Urbano, obispo de Sica, etc. De varios de ellos consta auténticamente por las cartas de San Agustín. (Cf. TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles*, Venecia 1732, t. XIII, pp. 187, 188, 207, 208, 438, 606.)

[82] *Epist. 214 y 215 ad Valentinum*, PL 33, 968 y 971. Semejante encabezamiento puede verse en cartas de otros obispos, v. gr., de Evodio, obispo de Uzala: «Domino venerabiliterque fratri et consacerdoti Augustino et fratribus qui tecum sunt Evodius et fratres qui mecum sunt, in Domino salutem» (*Epist. 158 inter augustinianas*, PL 33, 693). Dígase lo mismo de las diócesis de Tagaste, Calama, Cirta, Mileu, etc. (Cf. SAN AGUSTÍN, *Epist. 84 ad Novatum*, *Epist. 110 ad Severum*, *Epist. 115 ad Fortunatum*, *Epist. 253 y 254 ad Benenatum*, etc.; PL 33, 294. 419. 430 y 1069.)

[83] SAN AGUSTÍN, *Retractationum* lib. II, c. 21: PL 32, 638.

nios dados por restos arqueológicos sería bastante larga [84].

Si el silencio de los documentos nos ha hecho sospechar que la vida cenobítica de los varones ascetas en Numidia y el Africa proconsular no se había implantado, al menos en forma estimable, antes de San Agustín, las razones para afirmar esto mismo respecto a las vírgenes cristianas son más persuasivas [85]. La ausencia aun de citas o simples alusiones es igualmente absoluta; sólo que aquí nos sale al paso un documento en que se echa de ver palpablemente la falta de conventos femeninos.

Fué el año 393, en el Concilio reunido en Hipona, cuando los obispos congregados quisieron poner remedio a los peligros o tal vez a algún escándalo proveniente de ciertas vírgenes consagradas a Dios, que vivían solas en su propia casa por carecer de padres y otros parientes próximos que las protegiesen. Los Padres asistentes al Concilio determinaron que las tales "fueran confiadas a mujeres de reconocida probidad, para que viviendo en su compañía pudieran conservar a salvo su buena reputación" [86]. Se siente en estas palabras la añoranza de un monasterio de vida común que pudiera acoger maternalmente en su seno a la orfandad de la pureza. Todavía en agosto del 397, el III Concilio de Cartago, reunido bajo la presidencia del obispo Aurelio, que tanto había de fomentar después la vida monástica, volvía a leer y ratificar entre sus decisiones el canon hiponense de la virginidad solitaria [87].

Esta voz con dejos quejumbrosos no volvería a escucharse ya en adelante, pues precisamente acababa de coronar San Agustín sus empresas ascéticas con la creación de un monasterio para esposas del Señor. La hermana misma del Santo era quien lo había de regir durante veinticuatro

[84] Puede verse la erudita enumeración que hace P. MONCEAUX, *Saint Augustin et Saint Antoine. Contribution à l'histoire du monaquisme*, en «Miscellanea Agostiniana», t. II (Roma 1931), p. 86 s.

[85] Así parecen suponerlo TILLEMONT, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles*, ed. cit., t. XIII, p. 160, y MABILLON, *Vita S. Augustini Episcopi*, lib. III, c. 5, n. 8 : PL 32, 182.

[86] *Canones diversorum Conc. Ecclesiae Africanae*, can. 44 : MSCC. t. III, col. 735. Es sabido que estos cánones pertenecen al citado Concilio de Hipona y que nos han sido conservados gracias al III Concilio de Cartago, que los propuso al principio de sus sesiones para someterlos a una nueva confirmación. En la *breviatione* o *breviario* que los contiene figura el canon citado con el n. 35. (Cf. C. J. HEFELE, *Histoire des Conciles*, trad. francesa, París 1908, t. II, pp. 82-91, especialmente p. 88.)

[87] No se ve por qué H. LECLERCQ, refiriéndose a este canon, afirma que «por primera vez en 397 el Concilio de Cartago ordena a los obispos y sacerdotes que hagan entrar en los monasterios femeninos a las vírgenes consagradas que hayan perdido a sus padres». Ni el canon hace referencia alguna a monasterios, ni fué redactado por vez primera en 397, según acabamos de indicar. (Cf. H. LECLERCQ, *Monaquisme*, en DAC, t. XI, col. 1854.)

años, y entre sus muros quedarían enclaustradas varias de sus primas y sobrinas. No debía distar mucho el edificio de la residencia episcopal, puesto que desde ella podían oírse las voces de las religiosas. Era el mismo Agustín quien velaba por la observancia de la disciplina mediante un presbítero nombrado a este efecto, costumbre que adoptaron los demás obispos. Aquella luz prendida en Hipona fué consigna para las regiones septentrionales del Africa, donde empezaron inmediatamente a arder en las más diversas direcciones otras muchas fogatas, nuevos hogares de virginidad, que se propagaron, a lo que parece, con más rapidez que los monasterios de varones. Aun vivía San Agustín cuando ya Hipona contaba con varios conventos femeninos [88]. Sitifi, Tagaste y Uzala poseyeron muy pronto sendos cenobios de vírgenes [89].

De sus costumbres y prácticas nos ha quedado un esquema seguro, aunque incompleto, en la carta que escribió el santo Obispo a su primer convento de vírgenes con ocasión de ciertas disensiones producidas después de la muerte de su hermana, durante el gobierno de la siguiente abadesa, Felicitas, poco amada por ciertos sectores de la comunidad. Este precioso documento, rotulado más tarde con el título de *Regla para religiosas,* abrió durante los siglos posteriores amplios surcos en el terreno de la ascética, y es hoy en día para nosotros una inapreciable descripción de lo que fué la vida monástica femenina al finalizar el siglo IV y comenzar el V [90]. La prudencia y conocimiento del corazón humano, tan característicos de San Agustín, dirigió su pluma en el trazado de aquellas prescripciones, que "debían

[88] Posidio, *Vita S. Augustini,* c. 27 (PL 32, 56): «Feminarum autem monasteria non nisi urgentibus necessitatibus visitabat». Para conocer el monaquismo femenino en Africa consúltese J. Besse en sus artículos de la «Revue du Monde Catholique» (1899), principalmente t. CXXXIX, pp. 221-225, y en su obrita *Les moines de l'Afrique romaine, III et IV siècles* (París), Col. Science et Religion.

[89] Cf. P. Monceaux, *Saint Augustin et Saint Antoine. Contribution à l'histoire du monaquisme,* en «Miscellanea Agostiniana», t. II, p. 86.

[90] Muy lejos estaba de la mente de San Agustín al escribir esta carta el que estuviese componiendo la Regla de una nueva fundación monástica. Las destinatarias habían llevado una vida piadosa y tranquila bajo la dirección de la hermana del Santo hasta el año 420, en que aquélla descansó en el Señor. Los disturbios interiores que con ocasión de la nueva superiora se originaron, fueron en aumento, hasta que tres años más tarde se decidió a intervenir el Obispo con la citada carta, en que al mismo tiempo les recordaba las principales normas de conducta que debían seguir *(Epist. 211,* PL 33, 958-965). La edición crítica de la carta fué presentada por A. Goldbacher, CSEL, t. LVIII, pp. 356-371. Acerca de la Regla agustiniana en lo que toca al texto primigenio cf. A. C. Vega, *La Regla de San Agustín, edición crítica precedida de un estudio sobre la misma y los códices de El Escorial* (El Escorial 1933).

leerse cada semana para evitar que el olvido indujese a la negligencia de su observancia" [91].

Al frente del monasterio se hallaba una *superiora* o *prepósita,* encargada de mantener la observancia de la disciplina y dirigir la administración material de la comunidad hasta los detalles más minuciosos, como la repartición de los víveres y los vestidos, la distribución de los trabajos manuales y aun el ordenamiento del lavado de la ropa, sujeto a normas para evitar resabios de excesiva pulcritud. A ella incumbía asimismo el dar los oportunos permisos cuando una religiosa necesitaba salir a la ciudad, designando juntamente las hermanas que en todo caso debían acompañarla [92].

Todos estos deberes de su cargo quedaban salvaguardados por cierto poder coercitivo, que le permitía imponer penitencias a las culpables, fuera de los casos más graves, en que tenía lugar la intervención del prepósito. Era éste, según hemos indicado, un sacerdote nombrado por el obispo con el fin de presidir la vida espiritual de las religiosas, controlar la observancia de la Regla y asistir o aun imponerse con sus consejos y autoridad a la superiora en los casos de mayor dificultad o importancia [93]. En el sitial supremo de la jerarquía quedaba el obispo, como jefe supremo del monasterio, dispuesto a ejercer sus poderes si las circunstancias lo demandaban.

El convento tenía su médico propio, cuya intervención aparece claramente en la carta de San Agustín para decidir en los casos dudosos de enfermedad, sea acerca de la frecuencia de los baños, limitados a una vez al mes para las religiosas sanas; sea acerca de los alimentos especiales, que habían de proporcionarse con solicitud caritativa a quienes se los hiciese necesarios el quebranto de su salud [94].

Ciertas condescendencias en el régimen de alimento y vestido otorgadas a las de alcurnia más distinguida [95] y la

---

[91] Ibid., n. 5.: PL, t. cit., 960.

[92] Ibid., nn. 10, 12 s. : PL, t. cit., 961-963.

[93] El *prepósito* parece gozaba de cierta autoridad aun sobre la superiora, según indica el Santo en la citada carta, n. 15, PL, t. cit., 964.

[94] Ibid., n. 13 : PL, t. cit., 963.

[95] Cuál fuese la mente del santo Obispo a este respecto aparece clara en sus palabras : «Si eis, quae venerunt ex moribus delicatioribus ad monasterium aliquid alimentorum, vestimentorum, stramentorum, operimentorum, datur, quod aliis fortioribus *et ideo felicioribus* non datur ; cogitare debent quibus non datur, quantum de sua saeculari vita illae ad istam descenderint, quamvis usque ad aliarum, quae sunt corpore fortiores, frugalitatem pervenire nequiverint... Illae se existiment ditiores, quae fuerint in sustinenda parcitate fortiores. Melius est enim minus egere, quam plus habere» (ibid., n. 9 : PL, t. cit., 961). El texto se halla sin variación en CSEL, t. LVII, p. 362.

concesión de acudir con las debidas cautelas a los baños públicos [96] pueden herir nuestro sentido ascético moderno, aun cuando en el colorido local de la época no pasaran de una adaptación indulgente, pero necesaria en aquellos comienzos. En todo caso, tales distinciones distaban mucho de proponerse como práctica aconsejable. Eran una tolerancia, que debía compensarse con otras virtudes internas.

Con la carta de San Agustín seguimos a las religiosas en sus asistencias a la *sinaxis* de la iglesia pública de Hipona y en sus distribuciones fijas de rezos dentro del oratorio privado del convento, donde entonan diariamente los himnos y salmos del oficio, en parte cantados y en parte simplemente recitados [97]. Las contemplamos en su trabajo cuotidiano bajo las respectivas prefectas de administración, costura, enfermería, biblioteca y otras semejantes. Las vemos acudir solícitas a la hora designada en busca de los códices que han de servir para su instrucción religiosa y consuelo espiritual. Las admiramos en el ejercicio de ayunos y penitencias, a que cada una debe entregarse "según la salud se lo permita" [98]. Y sobre todo sentimos palpitar dentro de aquel recinto el espíritu de una obediencia filial, en que la superiora "desea ser amada más bien que temida", y de una caridad fina para con las demás hermanas, entre quienes no se cruzará palabra menos considerada que no sea al punto borrada con la demanda de perdón [99]. En todo esto flotaban los reflejos de las tradiciones del Egipto, de Milán y de Roma, recibidas a su tiempo por el santo Fundador.

Obra fué del tiempo el que aquella sencilla epístola de ocasión, escrita a unas humildes vírgenes, se convirtiese en una carta constitucional para monjes, llegando a ocupar un puesto de honor en el interesante comentario compilatorio de Reglas monásticas, *Concordia Regularum,* compuesto por San Benito de Aniano a principios del siglo IX [100]. Si a esta

---

[96] Prácticamente era el único medio de tomar los baños, que la salud exigía en aquel clima. Claro que era menester emplear ciertas cautelas (ibid., n. 13 : PL, t. cit., 963).

[97] Las recomendaciones que se hacen acerca del uso del oratorio inducen a creer que no existía en él un altar para el santo sacrificio. (Cf. ibid., n. 7 : PL, t. cit., 960.)

[98] Ibid., n. 8 : PL, t. cit., 960. Aquí aparece claramente el espíritu de adaptabilidad que presidía las normas de San Agustín respecto a la vida monástica.

[99] Son especialmente bellas las consideraciones del Santo sobre la obediencia y caridad. (Cf. ibid., nn. 11, 14 y 15 : PL, t. cit., 962 y 964.)

[100] *Regula ad servos Dei,* PL 32, 1377-1384. San Benito de Aniano incluye en su *Codex Regularum* la carta de San Agustín como *Regula sanctimonialibus praescripta* y en la *Concordia Regularum* cita la *Regula ad servos Dei.* Basta comparar el texto de ambas para ver que la segunda no fué sino adaptación casi estrictamente gramatical

epístola, uno de los hitos en la ruta histórica del monaquismo occidental, añadimos ciertos sermones del mismo Obispo al pueblo de Hipona sobre la pobreza y las costumbres de sus clérigos regulares [101] y completamos el conjunto de su ideario acerca de la vida religiosa con sus viñetas monacales, romanas por su origen, egipcias por su estilo, intercaladas en la obra *De moribus Ecclesiae,* y con las prescripciones de sus dos libros *De opere monachorum,* escritos hacia el año 400 [102], podremos formarnos un concepto bastante exacto del espíritu que supo infiltrar en las esposas de Cristo el genio ascético de San Agustín.

¿Quién hubiera podido prenunciar a las dos ilustres patricias Marcela y Paula que aquella casita del Aventino, primer sagrario cenobítico de la castidad, iba a transformarse en esta ingente basílica, dentro de cuyas naves rendirían culto a la pureza la península toda de los Apeninos y las regiones africanas del Imperio?

---

de la carta de San Agustín acomodada a comunidades de varones. (Cf. BONNARD, *Régle de S. Augustin,* en DHGE, t. V, col. 496-498.) El influjo de esta carta, convertida en Regla, se dejó sentir muy claro y aun inspiró capítulos enteros a varios de los fundadores monásticos occidentales, como a San Cesáreo de Arlés, al autor de la Regla Tarnatensis y al mismo San Benito de Nursia.

[101] La ocasión de estos sermones parece haber sido alguna murmuración envidiosa de la plebe en torno a ciertas propiedades de los clérigos. (Cf. POSIDIO, *Vita S. Augustini,* c. 23 : PL 32, 52 s.) Son sumamente curiosos los detalles a que desciende el santo Obispo sobre lo que él exige a sus clérigos en punto a pobreza y vida común, sobre el modo de urgirles su observancia y aun sobre ciertos casos particulares que acababan de ocurrir *(Sermones 355 y 356,* PL 39, 1568-1581).

[102] PL 40, 547-582. Este tratado fué compuesto a ruegos del obispo de Cartago, Aurelio, con el fin de poner término a una cuestión que traía divididos a los monjes entre sí ; pues había entre ellos quienes condenaban todo trabajo en los monasterios por creerlo contrario al espíritu del Evangelio, que manda no preocuparnos por la comida y el vestido. Las consecuencias malsanas que en la práctica producía tal interpretación se dejan fácilmente sospechar. San Agustín establece la conveniencia de un trabajo moderado, muy en consonancia con la vida ascética.

2. Por las Galias y la Bretaña

140. La virginidad privada: Genoveva.—141. Orígenes cenobíticos: Martín de Tours, Casiano y Honorato.—142. La Regla para religiosas de Cesáreo de Arlés.—143. Radegunda y el monasterio de Santa Cruz.—144. Fundaciones bretonas e irlandesas: Brígida e Ita.—145. Irradiación bretona. Reglas de San Columbano

La virginidad privada: Genoveva

140. Mientras en Italia y Africa iban ligándose con fibras invisibles los pétalos de la virginidad para formar las corolas de los cenobios, seguía cultivándose todavía en las Galias la pureza dentro de los propios hogares, tal como la vemos medio siglo más tarde, con carácter de símbolo, en la figura de Santa Genoveva. Sus contornos substanciales son los heredados de las primeras vírgenes, según el modelo de Santa Tecla: fe, piedad, amor, energía, actividad; pero los trazos propios de luz divina e influjo nacional con que se nos presenta a la vista nos obligan a fijar en ella unos momentos nuestra atención.

Está su biografía, aunque escrita tan sólo dieciocho años después de su muerte, iluminada con retoques de leyenda; pero el ambiente fundamental de sus escenas es, a no dudarlo, histórico [103]. ¡Lástima que lleven sus líneas tan marcado el sello de la época merovingia, con lo que el relumbrón de las obras extraordinarias o milagros de la Santa obscurecen los colores humanos de su figura!

Nacida hacia el 422, de padres galorromanos, en la villa

[103] La autenticidad de la *Vita Genovefae* fué duramente atacada, sobre todo por BR. KRUSCH, que pretendió atribuirla a un monje del siglo VIII, apoyándose para ello en una clasificación de los manuscritos algún tanto subjetiva (MGH, *Scriptores rerum merovingiarum*, t. III, pp. 204-238). Trabajos posteriores de DUCHESNE, KUNSTLE y KURTH han llegado, mediante profundas investigaciones de crítica textual, a conceder a dicha vida su verdadero valor, como escrita en 520 por un contemporáneo de la Santa, es decir, a los dieciocho años de su muerte. (Cf. L. DUCHESNE, *La vie de Sainte Geneviève est elle authentique?*, Bibliothèque de l'Ecole de Chartres, t. LIV (1893), pp. 209-224; K. KUENSTLE, *Vita Sanctae Genovefae*, Leipzig 1910; G. KURTH, *Etude critique sur la vie de Sainte Geneviève*, «Revue d'Histoire Ecclésiastique», t. XIV (1913), pp. 5-80, y *A propos de Vita Genovefae*, en la misma revista, t. XV (1914), pp. 437-441.) Sus conclusiones fueron aprobadas por los Bolandos en la recensión de dicha obra (J. B. POUKENS, «Analecta Bollandiana», t. XXXIII (1914), pp. 356-359).

de Nanterre, a siete millas de París, vivió en toda su crudeza la historia del siglo V en el norte de Francia, siendo ejemplo de piedad para las almas sencillas y de esperanza y fortaleza para el pueblo todo parisiense. Su vocación a la virginidad está íntimamente enlazada con el recuerdo de otra gran estampa cristiana y nacional.

Andaría frisando en los ocho años la inocente niña Genoveva, cuando se presentó un día en su villa, camino de Bretaña, el gran obispo de Auxerre, San Germán [104]. Al tiempo en que se hallaba éste circundado por la muchedumbre, que le aclamaba, fijó sus ojos en una niña pobre, de aspecto angelical. La llamó hacia sí, le preguntó su nombre y la mandó venir en compañía de sus padres a su propio alojamiento. Es que había visto, a los reflejos de una luz sobrenatural, las filigranas de la gracia que el porvenir había de realizar en aquella alma.

San Germán exhortó a Genoveva a consagrar a Dios con el velo nupcial de la pureza su virginidad de espíritu y de cuerpo. Prometióselo la niña, y el Obispo le entregó en arras una pequeña moneda de cobre, en cuyo anverso aparecía grabada la señal de la cruz, exhortándola a llevarla siempre sobre su pecho, en sustitutivo de las joyas y preseas con que el mundo pretende engalanar a sus seguidoras. Desde aquel día, al recuerdo de la promesa hecha, redobló la piadosa niña su asistencia al templo y sus devociones, en cuyo aroma se complacía sonriente el Señor. No otra cosa quiere significar el episodio narrado por el escritor anónimo cuando refiere cómo un día, ante las insistencias de la hija por acudir a la iglesia, le dió su madre, iracunda, una bofetada en el rostro. Nunca lo hiciera. La mano providente de Dios se tornó contra la agresora, que al punto quedó ciega, y que sólo logró recobrar la vista después de haberse lavado tres veces los ojos con el agua traída y bendecida por Genoveva con la señal de la cruz.

Por fin llegaron los años de juventud, y con ellos la ocasión de recibir el velo de las esposas de Cristo, impuesto sobre su cabeza por el obispo de París. No debieron sobrevivir mucho sus padres a este fausto suceso de su virginidad consagrada, pues al poco tiempo aparece Genoveva viviendo en una pequeña habitación de París en compañía de

---

[104] El viaje de San Germán a Bretaña para combatir el pelagianismo consta por otras fuentes de primer orden, como el *Cronicón* de San Próspero de Aquitania *(Epitoma Chronicon*, n. 1301 : MGH, *Auctores antiquissimi*, t. IX, p. 472). De su segunda misión al mismo reino, verificada diecisiete años más tarde, nos habla asimismo en la vida de San Germán su biógrafo, el presbítero Constancio, que escribió hacia el 480 *(Vita Germani Episcopi Autissiodorensis*, c. 25 : MGH, *Scriptores rerum merovingiarum*, t. VII, p. 269).

una devota mujer, madre suya espiritual y defensora de sus años juveniles [105].

Para entonces había escalado ya la virgen francesa los riscos de la ascesis hasta las mayores alturas de la austeridad. Una vez cumplidos los quince años, fijó la ruta de su abstinencia, que debía conservar invariable mientras se lo permitieran sus fuerzas. No tomaba alimento sino los jueves y domingos, días en que se cubría de fiesta su mesa con un pedazo de pan de cebada y un puñado de habas cocidas con sola agua. Estas se preparaban de una vez en cantidad suficiente, a fin de que bastasen para dos o tres semanas. En el tiempo de su vejez hubieron de intervenir sus obispos, obligándola a regalar su estómago con un poco de pescado y leche. La virgen doblegó su cabeza, pues el resistir a su voluntad lo hubiese considerado sacrilegio. Tanto el vino como cualquier otra bebida inebriante le eran completamente desconocidos.

A estas austeridades acompañaba una práctica devota que le inspiraba especial consolación. Durante la noche del sábado al domingo, día de la resurrección del Señor, permanecía en vela, cual virgen vigilante que esperase la venida del Esposo celeste. Elevar sus ojos a lo alto era para ella abrir las compuertas de sus lágrimas, que corrían profusamente hasta humedecer el suelo, cual si contemplara a Jesús sentado a la diestra del Padre en todo el esplendor con que le intuyera antaño San Esteban. Regalada con tales deleites divinos, ¿qué renuncia podría suponer para ella la costumbre de encerrarse a cal y canto en su humilde estancia, aislada del mundo externo, desde la fiesta de Epifanía hasta la de Pascua de Resurrección? [106]

Y, sin embargo, aquella pobre virgen sintió dentro del pecho los latidos angustiosos de su patria, preludiando con diez siglos de anticipación, aunque con la diferencia de llevar en sus manos hojas de olivo en vez de hojas de acero, la figura nacional de la doncella de Domremy, Santa Juana de Arco.

Contaría Genoveva alrededor de veintinueve años cuando el anuncio de Atila cabalgando con sus hunos hacia París sembró el terror en la ciudad. Todos los resortes cívicos

---

[105] *Vita Sanctae Genovefae virginis parisiensis*, AASS, mense ianuario, t. I, nn. 1-9, p. 138 s.; MGH, *Scriptores rerum merovingiarum*, t. III, nn. 1-11, pp. 215-219. Citamos el texto de AASS, pues su redacción puede darse por más próxima al original que la edición crítica de Krusch, dados los criterios seguidos por éste, como el de preferir siempre la lectura textual más ininteligible. (Cf. KURTH, *Etude critique sur la vie de Sainte Genoviève*, en «Revue d'Histoire Ecclésiastique», t. XIV (1913), principalmente pp. 18-21.)

[106] *Vita Genovefae*, AASS, t. cit., nn. 13, 14, 20 y 33, pp. 139-141; MGH, t. cit., nn. 15, 16, 22 y 34, pp. 220 s., 224 y 229.

y castrenses se relajaron súbitamente. Los magnates de la villa no pensaron sino en huir, poniendo a salvo sus riquezas en otras ciudades que consideraban como más seguras. En medio de aquel vértigo de nerviosismo se dejó oír la voz de la virgen gala, convocando a las matronas parisienses a rogativas de pública penitencia. Una multitud de mujeres cristianas se consagró de hecho a sus órdenes en el baptisterio de la iglesia principal, donde permaneció varios días en oración, ayunos y velas nocturnas para impetrar del Señor la salvación de París.

Mientras tanto excitaba Genoveva el ánimo de los varones, induciéndolos a perseverar en la villa, sin sacar de ella sus bienes a otras ciudades, que habían de ser alcanzadas por la ira de Dios, al paso que París se mantendría incólume. Disgustó a una gran parte de los ciudadanos aquella actitud de una humilde virgen, en cuyas palabras no creían y cuyos consejos podían poner en peligro sus haciendas. La agitación fué creciendo, y ya se deliberaba sobre la muerte de Genoveva, cuando llegó providencialmente a París el arcediano de Auxerre, trayendo de parte del obispo San Germán para la santa doncella eulogias benditas en testimonio de caridad y veneración. Aquellas muestras de respeto dadas por varón tan eminente y la opinión de santidad que tales dones encerraban, cuyo significado procuró desentrañar el mensajero episcopal, apaciguaron la tormenta y devolvieron a los descontentos la calma, que se encargaría de corroborar más tarde el cumplimiento exacto de la profecía [107].

Aun había de ofrecerse a la santa virgen una segunda ocasión de salvar a su patria, cuando en un largo asedio de la ciudad, tal vez en tiempo de Childerico, más probablemente durante las duras campañas de Clodoveo para unificar bajo su cetro las regiones del norte de Francia, la población fué víctima de tal escasez de alimentos, que el hambre empezó a hacer estragos en sus habitantes [108]. La virgen de Nanterre quedó convertida en madre fecunda de la ciudad entera de París, tomando a su cargo el avituallamiento de sus hijos. Sorteó en una nave los peligros del

---

[107] *Vita Genovefae*, AASS, t. cit., n. 10, p. 139; MGH, n. 12, p. 219. Atila pasó el Rin en la primavera del año 451. La trayectoria de sus invasiones por la Galia se mantiene todavía muy incierta en sus detalles, quedando a merced de la tradición popular recogida en tiempos posteriores.

[108] *Vita Genovefae*, AASS, t. cit., n. 34, p. 140; MGH, t. cit., n. 35, p. 229 s. No es fácil precisar a qué asedio corresponde este episodio, al que la biografía, con cronómetro tal vez de leyenda, atribuye la duración de diez años. Los tiempos que siguieron a la derrota de Siagrio por Clodoveo son de los más obscuros en la historia francesa.

Sena y, subiendo por las aguas del Aube hasta Arcis, cuartel general de sus caritativas actividades en aquella ocasión, se constituyó a sí misma en directora de aquella empresa de misericordia, que había de atraerle las bendiciones no de una ciudad, sino de una nación entera a través de la historia.

No cogían de sorpresa a los habitantes de París estas manifestaciones del corazón compasivo de la virgen gala, ya que recordaban cómo, más de una vez, en aquellos tiempos duros, en que las sentencias de muerte se buscaban no en un artículo del código penal, sino en un capricho de venganza, había sido ella precisamente la que había interpuesto su valimiento en favor de los condenados. Childerico tenía buena experiencia de ello y estaba asimismo persuadido de su propia impotencia para resistir a los ruegos de Genoveva. Por eso llegó la ocasión en que, no queriendo en modo alguno usar de clemencia, ante la idea de una posible mediación de la virgen parisiense, dió órdenes para que fueran cerradas con llave las puertas todas de la ciudad, una vez que los reos con sus custodias y él con su comitiva las hubieran traspuesto, a fin de impedir la salida de la temida intercesora. No había contado, sin embargo, aquel día con el poder taumaturgo de la Santa, a cuya presencia se abrieron espontáneamente los postigos, llenando de admiración al pueblo y de estupor al soberano, quien tuvo que ceder una vez más a las súplicas de Genoveva [109].

Admiración y estupor relativos, puesto que sus viajes por Meaux, Arcis-sur-Aube, Troyes, Laón, Orleáns y las riberas del Sena formaban un rosario bien nutrido de milagros, en que ciegos, sordos, tullidos, moribundos, endemoniados, pobres, hambrientos, eran repentinamente sanados o socorridos.

Sólo faltaba para cincelar por completo la aureola de la virgen gala una última empresa de colorido patrio en el terreno de la devoción popular, cual fué la iniciativa de construir una basílica al supuesto fundador de la primera comunidad cristiana parisiense, al mártir San Dionisio [110].

---

[109] *Vita Genovefae*, AASS, t. cit., n. 25, p. 140; MGH, t. cit., n. 26, p. 226. Por la conducta de Childerico aparece patente no ser ésta la vez primera en que Genoveva acudía a impetrar su clemencia. En tiempos de Clodoveo, las peticiones de gracia para diversos reos se sucedieron también frecuentemente con feliz éxito por parte de la Santa. (Cf. ibid., AASS, t. cit., n. 55, p. 143; MGH, t. cit., n. 56, p. 237.)

[110] *Vita Genovefae*, AASS, t. cit., nn. 16-19, p. 139 s.; MGH, t. cit., nn. 17-21, pp. 221-224. Este es el lugar en que los códices pertenecientes a dos familias, llamadas A y B por Krusch, intercalan el episodio legendario de la Pasión de San Dionisio, redactada en el

Con ello quedaban definitivamente fundidas en un solo grupo escultórico las grandes tradiciones nacionales de la antigua Galia.

Pero, por encima de sus iniciativas audaces, la virgen de Nanterre seguía atrayendo sobre sí la atención de sus contemporáneos gracias a la delicadeza de sus castas virtudes. Así se explica la veneración que conservó hacia ella durante todo su vida el obispo de Auxerre, San Germán, a quien no le sufrió el corazón en su segundo viaje a Bretaña pasar por París sin visitar la humilde casita de la virgen y mostrar a los detractores de la Santa el suelo de la estancia humedecido con las lágrimas de la angelical doncella. Así se explica también el respeto, rayano en sumisión, que para con ella sentía el rey pagano Childerico y más tarde su hijo Clodoveo, quien a la muerte de Genoveva quiso construir en memoria suya una basílica con el título de los Santos Apóstoles, panteón familiar de los reyes merovingios, pero al mismo tiempo sagrario en que yaciesen los restos de la virgen parisiense. Así, finalmente, podría explicarse la tradición recogida por el biógrafo latino, según la cual, Simeón estilita, el anacoreta sirio, que supo convertir en desierto el capitel de una columna a dieciocho metros de altura sobre el suelo, informado por mercaderes traficantes en Occidente de la santidad y dones de Genoveva, le envió por medio de dichos mensajeros un saludo de caridad y una súplica para que lo recordase en sus oraciones la virgen gala [111].

Tal fué la virgen de Nanterre, mezcla de temperamento viril y encantos femeninos, amasados con el fermento de una fe ardiente y el óleo de una tierna piedad. Su espíri-

---

siglo IX. Ha sido ciertamente la dificultad más seria contra la autenticidad de la *Vita Genovefae*. Sin embargo, no puede prevalecer contra el peso, en verdad decisivo, de los argumentos que militan a favor del siglo VI como fecha de su composición. Según Duchesne y Kohler, se trata de una interpolación posterior, que cierto no aparece en los códices de la familia B; según Kurth, el autor de la biografía no hizo sino recoger una tradición oral, y no precisamente escrita, del episodio, según él lo indica: «Iuxta traditionem seniorum et revelationem passionis suae», como dicen la mayoría de los códices.

[111] La veneración de todos estos personajes por la virgen de París aparece clara en diversas frases del biógrafo. (Cfr. *Vita Genovefae*, AASS, t. cit., nn. 9, 25, 26, 55, pp. 138, 140, 143; MGH, t. cit., nn. 11,, 26, 27, 56, pp. 219, 226, 237.) El mensaje de San Simeón estilita, que se presenta desde el primer momento con todos los caracteres de una leyenda, entra, sin embargo, dentro de lo posible teniendo en cuenta las fechas y dentro de lo probable recordando el tráfico que en París hacían por entonces los mercaderes de Siria. Simeón estilita el anciano murió el año 459, después de haber perseverado treinta años sobre su columna, y, por tanto, cuando Genoveva contaba los treinta y siete de su edad.

tu de iniciativa, su energía de carácter, su audacia misma, propia de un héroe nacional, formaban contraste, a la vez que armonía, con la exquisita sensibilidad, el corazón compasivo y las lágrimas devotas de una esposa mística del Señor.

Es indudable que Genoveva fué una virgen de su propio hogar, que ni conoció el claustro ni jamás llegó a concebir su trazado ascético; pero ello no obsta para que en torno suyo, formando una constelación celeste, brillaran otras estrellas de la pureza, independientes de ella en la ruta de vida, pero tributarias de su luz. Lo sugiere así un pasaje de su biografía coloreado con pinceladas de romance religioso. Es la víspera de un domingo, en que, según su costumbre, Genoveva pasa la noche en oración. La tempestad ruge por el firmamento, y el cielo ha desencadenado sus cataratas. No importa; al primer canto del gallo, antes de que alboree el día del Señor, la Santa, acompañada de otras vírgenes, se encamina hacia la basílica de San Dionisio para prevenir allí con sus súplicas y sus lágrimas la celebración del santo sacrificio. Más he aquí que una ráfaga de viento huracanado apaga la antorcha con que una de las jóvenes ilumina la senda que conduce al templo. Todas permanecen como clavadas en el mismo sitio, sin osar moverse, aterradas por las tinieblas de la noche, que hacen más temerosas el bramido de la tormenta, el ímpetu del aguacero y el lodo, bajo el que se oculta el camino. Entonces se adelanta Genoveva, toma en sus manos la extinguida antorcha y al contacto de sus dedos vuelve ésta a encenderse, luciendo inmutable, a pesar del aire y la lluvia, hasta que ya en la basílica, al clarear la aurora, se extingue, consumido todo su pabilo [112].

Orígenes cenobíticos: Martín de Tours, Casiano y Honorato

141. Se trata, pues, de una virgen del siglo V y, por añadidura, de un documento escrito pocos años después, que nos presenta un grupo de esposas del Señor solidarias entre sí, no precisamente con los lazos de una vida común, pero sí con los vínculos morales de una misma piedad, oración y costumbres. Es el panorama del norte francés en

[112] *Vita Genovefae*, AASS, t. cit., n. 20, p. 140; MGH, t. cit., n. 22, p. 224 s. Es curiosa la predilección del autor por este milagro de encenderse un cirio con sólo el contacto de los dedos de la Santa, pues en los números siguientes vuelve a relatar otros dos casos semejantes ocurridos a la virgen de París en el templo y en su propia celda.

tiempos de Santa Genoveva. Verdad que ya a fines del siglo IV San Victricio, el intrépido obispo de Ruán, amigo venerando de Paulino de Nola, nos hablaba de un *coro de vírgenes;* pero la vaguedad de la frase no parecía encerrar más trascendencia que sus similares de *coros de mártires* o *de apóstoles* [113].

Y, sin embargo, no es que para entonces desconociese todavía Francia la vida monástica, pues aun dejando a un lado las manifestaciones esporádicas que ha llevado siempre consigo el ascetismo cristiano, como el monte lleva espontáneamente el tomillo, es cosa clara que, poco después del 360, los monjes empezaron a poblar con profusión la Galia bajo las iniciativas y normas de San Martín de Tours. Fecundado el espíritu del antiguo soldado con las enseñanzas de San Hilario, venía por fin a realizar los sueños que concibiera en su infancia, allá junto a Pavía, en el alborear de su catecumenado cristiano [114].

Tal vez habían resonado en sus oídos de adolescente las pisadas de San Atanasio, caminando en su primer destierro a Tréveris con resonancias de monaquismo, o quizás había tenido ocasión de contemplar la vida de algún anacoreta oculto en los repliegues de las montañas italianas [115]. Lo

[113] «Hinc monachorum limata ieiuniis caterva, hinc innocentium puerorum perstrepit sonora laetitia. Hinc devotarum inlibatarumque *virginum chorus* crucis portat insigne» *(De laude sanctorum,* III: PL 20, 445). Sus lazos de amistad con San Martín de Tours no bastan para interpretar esta frase como alusión a un cenobio femenino.

[114] Nacido en Sabaria de Panonia de padres paganos, pasó su juventud en el norte de Italia, adonde probablemente había sido trasladado su padre como tribuno militar que era. A los diez años se inscribió como catecúmeno por propia iniciativa. Acerca de San Martín tenemos informes fidedignos gracias a la biografía escrita probablemente en vida del Santo, aun cuando retocada algo más tarde por Sulpicio Severo, su contemporáneo. Este precioso documento, junto con tres cartas y los *Diálogos* del mismo autor, nos ofrecen materiales de sumo interés (PL 20, 159-222; texto más depurado en CSEL, t. I, pp. 110-216). Sobre el valor histórico de la obra de Sulpicio Severo véase el concienzudo artículo de H. Delehaye *Saint Martin et Sulp. Sévère,* «Analecta Bollandiana», t. XXXVIII (1920), pp. 1-136. Aun cuando de tiempo posterior, deben tenerse en cuenta los datos aportados por San Gregorio de Tours en su *Historia Francorum,* lib. I, XXXVI, XXXVIII y XLIII: PL 71, 179-181 y 184-185, y en su tratado *De virtutibus B. Martini,* t. cit., 911-1010; el texto más depurado de ambas obras puede verse en MGH, *Scriptores rerum merovingiarum,* t. I, *Hist. Franc.,* cc. 39, 43 y 48, pp. 51 s. y 55 s.; *De virt.* pp. 385-661. Entre las biografías modernas véase A. Regnier, *Saint Martin* (París 1925), y sobre todo P. Monceaux, *Saint Martin* (París 1926).

[115] La cronología de San Martín en sus primeros años es muy incierta. Las fechas seguras son la del año 371 para su consagración episcopal, la del 385 para su viaje a Tréveris y la del 397 para su muerte. Su nacimiento puede ponerse con alguna probabilidad hacia el 317. Cuando Atanasio abandonaba el Egipto para dirigirse a Tréveris, contaba, por lo tanto, Martín dieciocho años poco más o me-

cierto es que supo conservar aquellos primeros anhelos bajo los arreos militares, que, como hijo de legionario veterano, hubo de revestir por algún tiempo, hasta que pudieron tomar forma real en sus ensayos eremíticos junto a Poitiers, en sus austeridades cerca de Milán y, sobre todo, en su anacoretismo de la isla Gallinácea [116].

Primero el monasterio de Ligugé, matriz del monaquismo francés, y luego Marmoutier, a partir del año 371, en que San Martín fué consagrado obispo de Tours, recibieron el sello de su austeridad y reciedumbre de espíritu. Ambos quedaron convertidos en semilleros de nuevos centros ascéticos, gracias a cuya densa proliferación las campiñas de la Galia, paganas todavía en gran parte, florecieron rápidamente para el cristianismo. Como testigos de la extensión alcanzada por la obra de San Martín en el mediodía francés, se alzaron los dos mil monjes, discípulos más o menos inmediatos del santo Obispo, que vinieron a depositar una oración sobre su tumba el año 397 al celebrarse sus funerales [117].

Dignos de contemplarse eran aquellos monjes, que habitaban cabañas aisladas individuales, reducían su ajuar a un taburete de tres pies para sentarse y al suelo desnudo para dormir, cubriendo su cuerpo con una túnica de lana áspera y mal hilada, más propia para raspar la piel que para defenderla [118]. Este matiz medio eremítico, dado por San Martín a sus hijos, no parecía a propósito para congregar bajo su ascética a las vírgenes de Cristo [119].

Era menester esperar hasta el año 415, en que viniese

---

nos. ¿Estaba ya para entonces incorporado en su guarnición de las Galias? Antes del año 356, bautizado ya y abandonada la milicia, se dirigía a Poitiers para ser formado en espíritu y ordenado de exorcista por su obispo San Hilario.

[116] Tras un viaje a Panonia para convertir a sus padres, se encontró Martín a su vuelta con la noticia de que San Hilario se hallaba desterrado. También él debió abandonar Milán, perseguido por su ortodoxia antiarriana, siendo ésta la ocasión de refugiarse en la isla Gallinácea. Restituído el obispo de Poitiers a su sede, Martín corrió a unirse de nuevo con él. (Cf. SULPICIO SEVERO, *Vita B. Martini*, c. 6: PL 20, 164 s.)

[117] SULPICIO SEVERO, *Epist. 3 ad Bassulam*, CSEL, t. I, p. 150 (PL XX, 185).

[118] SULPICIO SEVERO describe a San Martín «veste hispida nigro et pendulo pallio circumtectum (*Dialogus*, II, c. 3: CSEL, t. I, 183 [PL 20, 203]). Una descripción de los monjes de San Martín puede verse en J. M. BESSE, *La vie des premiers moines gallo-romains*, «Revue Bénédictine», t. XVIII (1901), pp. 262-279. Es curiosa la preferencia que dieron a la transcripción de códices sobre los demás trabajos manuales.

[119] No falta en Sulpicio Severo alguna alusión a conventos femeninos en tiempo de San Martín, pero la vaguedad de sus afirmaciones ofrece poca base al historiador. (Cf. *Dialogus*, I, c. 2: CSEL, t. I, 192 [PL 20, 208]).

Casiano a fijar su residencia definitiva en Marsella. Monje primero en Belén, peregrino más tarde a través de los desiertos monásticos de Egipto durante siete años, anacoreta durante otros tres en las regiones de Esceta bajo la dirección veneranda de los grandes abades Moisés, Pafnucio, Serapión y otros semejantes, discípulo de San Juan Crisóstomo, de quien recibió el subdiaconado en Constantinopla, testigo ocular de las normas ascéticas de la Iglesia romana, anclaba Casiano en las costas francesas preparado cual ningún otro para llevar a cabo su misión [120]. Muy pronto su monasterio enraizó con fuerza.

Junto a la célebre abadía de San Víctor, fundada por Casiano para varones, se levantaba en Marsella, bajo la advocación de San Salvador, el primer convento para vírgenes de que tenemos noticia histórica. A partir de este momento, los monasterios empezaron a multiplicarse en todas direcciones, y podemos dar por cierto que junto a las grandes abadías de monjes surgían casi siempre los conventos más humildes ocupados por las esposas de Cristo.

Sería inútil buscar en Casiano al autor de una Regla para vírgenes consagradas en vida común, habiendo fracasado la atribución que en otro tiempo se le hiciera de otra similar destinada a los hombres, que no era sino un extracto de sus *Instituciones* [121]. En realidad, sus doce libros *De coenobiorum institutis,* dedicados a San Castor, obispo de Apt, como guía de fundaciones monásticas, más los veinticuatro libros de sus *Collationes Patrum,* complemento de los primeros, constituían el mejor código ascético para dirigir los conventos de ambos sexos con muy ligeros cambios de adaptación [122]. El influjo de estas obras, for-

[120] Todavía no han terminado las disputas acerca de su patria. Escitia, Dobruscha, Constantinopla, Atenas, Escitópolis de Palestina, Francia meridional, han sido señaladas sucesivamente como lugar de su nacimiento con mayor o menor probabilidad. (Cf. O. BARDENHEWER, *Geschichte der altkirchlichen Literatur,* t. IV, Friburgo 1924, p. 558.) Los primeros datos biográficos sobre Casiano, fuera de los contenidos en sus obras, nos los ofrece GENADIO, *De scriptoribus ecclesiasticis,* c. 61 : PL 58, 1094-1095.

[121] Fácilmente se comprueba con sola su lectura. (Cf. MENARD, *Prolegomena in concordiam regularum S. Benedicti Anianensis,* PL 103, 708 s.) Pie para dicha atribución ofreció una frase de San Gregorio de Tours en que habla de la Regla de Casiano junto a la de San Benito y otros ; pero es probable aludiese a una norma oral más bien que a un código escrito *(Historia Francorum,* lib. X, c. 29 : MGH, *Scriptores rerum merovingiarum,* t. I, p. 441 [PL 71, 560]).

[122] CSEL, t. XIII y XVII, pp. 1-231 (PL 49). La primera obra *De institutis,* compuesta entre el 419 y 420, se detenía con preferencia en la formación exterior del monje, según los ejemplos palestinenses y egipcios recordados por el autor. Las *Collationes* pretenden ser un complemento de la primera, describiendo lo que debe ser la vida interior, según él mismo advierte *(Collationes,* praef. : CSEL, XIII, p. 4 [PL 49, 480]).

jadoras de monjes y vírgenes a lo egipcio, no se limitaría a las Galias, sino que había de penetrar a través de toda la Italia, hasta dejar una marca de alto relieve en la Regla de San Benito y convertirse en una de las lecturas favoritas para los hijos de Monte Casino [123].

Con la dedicatoria de la segunda serie de sus *Colaciones* [124] quedaba Casiano ligado con vínculos más estrechos a otro de los grandes fundadores del monaquismo francés, que le había precedido en su obra una decena de años. San Honorato, galo de nación, había de cubrir de gloria las islas de Leríns, flotantes en el Mediterráneo a cuatro kilómetros de la actual ciudad de Cannes. Refugiado en el islote que ahora lleva su nombre, cuyo contorno no sobrepasaba los tres kilómetros, se encontró el santo anacoreta con campos verdeantes y perfumados, pero cubiertos doquier por espinos y cambroneras, recorridos por víboras venenosas en todas direcciones y privados de agua potable [125]. Su resolución y entereza convirtió el terreno inhospitalario en un paraje lleno de encantos, acomodado para la contemplación de Dios; y el nombre de Leríns, antes casi desconocido, obtuvo un timbre de gloria monacal.

De las regiones más distantes venían almas escogidas buscando la paz de aquel rincón apartado o la sabiduría divina de sus monjes. De la alejada ciudad de Nola, en Italia, envió su obispo Paulino a tres discípulos, Gelasio, Augendo y Tigridio, para que bebiesen en su propio manantial las aguas de aquel nuevo ascetismo [126]. Hasta de la Bretaña insular llegó a Leríns el joven Patricio, una vez libre de la esclavitud, para ejercitarse allá como monje antes de recibir en Auxerre las sagradas órdenes, alas místicas con que volaría en 432 a la conquista espiritual de Irlanda [127]. Las

---

[123] *Regula Sancti Benedicti*, c. 73: PL 66, 930.

[124] Casiano compuso sus *Collationes* a partir del 420, en tres épocas distintas, de modo que forman tres secciones, encabezada cada una con su prólogo respectivo. La segunda, que incluye las conferencias 11 a 17, está dedicada, hacia el 426, a San Honorato, obispo de Arlés, y San Euquerio, futuro obispo de Lyón (*Collat.*, 11, praef: CSEL, t. XIII, p. 311 [PL 49, 843 s.]).

[125] Las dos islas principales son las de Santa Margarita y San Honorato, designadas por los geógrafos latinos con los nombres de Lerona y Lerina, respectivamente. Caídas en lamentable abandono, fueron transformadas por los monjes en «un lugar de abundosas aguas, cubierto por verde hierba, tapizado de flores, encantador a la vista y al olfato, que recordaba a sus habitantes las delicias del paraíso» (SAN EUQUERIO, *De laude eremi*, c. 42: CSEL, t. XXXI, p. 192 [PL 50, 811]). La vida de San Honorato fué escrita por su sucesor en la silla de Arlés, San Hilario (PL 50, 1249-1272).

[126] SAN PAULINO DE NOLA, *Epist.* 51, n. 1: CSEL, t. XXIX, p. 421 (PL 61, 417).

[127] Patricio nació en Bretaña hacia el 385. Cogido prisionero por los irlandeses en una de sus invasiones, fué vendido como esclavo

sedes episcopales acudían a Lerins para elegir sus obispos. El mismo San Honorato tuvo que ceder ante las instancias de los fieles de Arlés. Máximo y Fausto, sus sucesores en la abadía de Lerins, se vieron precisados a gobernar en tiempos consecutivos la diócesis de Riez. Las ciudades de Lyón con Euquerio, de Moutiers con Santiago, de Cimiez con Valeriano, tuvieron por prelados antiguos monjes lerinenses, que se apresuraron a crear en sus territorios nuevas comunidades monacales. A Lerins asimismo deben la formación de su espíritu y muchas de las inspiraciones para su Reglas los grandes abades reformadores del siglo V, como San Eugendo respecto al monasterio de Condat, en el Jura, fundado por los santos hermanos Romano y Lupicino según normas propias, o San Juan de Reomaus, llamado expresamente de Lerins por el Obispo de Langres para restaurar la disciplina, algún tanto decaída, en el convento de San Juan de Reaumé-en-Auxois [128].

La Regla para religiosas de Cesáreo de Arlés

142. De este modo, las fundaciones de Casiano y de Honorato, mutuamente influenciadas en no pocos casos, se fueron corriendo por las diócesis de Viena y de Lyón hasta alcanzar las latitudes de Châlons sobre el Saona y aun de Troyes, gracias al antiguo monje lerinense San Lupo. Con ello había encontrado ya la virginidad femenina amplios cauces para la vida común de la pureza en Francia, como lo prueba el que de aquella irradiación ascética había de salir por vez primera una Regla dictada expresamente para las esposas de Cristo. Fué, en efecto, una de las glorias de Lerins la de haber atraído desde las riberas del Saona, en Chalon, a un joven de dieciocho años, dotado de espíritu indomable y de aspiraciones infinitas. Al poco tiempo de su

y obligado a desempeñar el oficio de pastor. Contaba entonces unos dieciséis años, y hasta pasados otros siete no pudo recobrar su libertad. Su estancia en Lerins y Auxerre debe, por tanto, fijarse después del año 408. Hasta el 432 permaneció en Francia, residiendo en Auxerre los últimos años. Parece, pues, que Patricio estuvo en Lerins mientras San Honorato era todavía abad de aquel monasterio, antes de ser elevado, en 426, a la silla episcopal de Arlés.

[128] San Eugendo no sólo reconstruyó el edificio destruído por el fuego, sino que introdujo nuevas normas de vida a base de los escritos de San Basilio y de Casiano y con arreglo a las costumbres de Lerins. Una vida de los dos fundadores y del reformador de Condat fué escrita en el siglo VIII, de valor histórico no siempre seguro (MGH, *Scriptores rerum merovingiarum*, t. III, pp. 125-166). Tampoco aparece cierto que San Juan de Reomaus diese una Regla escrita a sus monjes, sino más bien prescripciones orales. Se ha conservado una vida anónima suya, escrita por un monje de dicho convento (MABILLON, *Acta Sanct. O. S. B.*, Macon 1935, t. I, pp. 502-517).

estancia en el islote monacal, era Cesáreo reconocido como uno de los más extremosos en el rigor de la observancia y en la aspereza de los ayunos. Estos, por desgracia, estropearon su salud, y hubo de trasladarse a otro monasterio construído también en un islote, no del mar, sino del Ródano, por el mismo San Honorato durante su pontificado de Arlés.

Hacia el 496 llamaba Cesáreo a las puertas del nuevo monasterio; pero no había de habitar su celda más de siete años, al cabo de los cuales se vería obligado a cambiarla por la residencia episcopal de aquella sede. Una vez vestido ya con los ornamentos pontificales, levantaba en las afueras de la ciudad un nuevo monasterio, en que llegaron a reunirse más de doscientas vírgenes bajo el gobierno de su propia hermana Cesárea [129]. Sus constituciones habían de ser escritas por él mismo con los recuerdos de su formación lerinense y bajo las inspiraciones de San Agustín en su *Epistola ad monachas,* los consejos de Casiano en sus *Institutis coenobiorum* y los dictados, sobre todo, de su larga experiencia y conocimiento de la naturaleza humana. El éxito de esta Regla fué tan grande, que por su propio peso sepultó casi en el olvido la *Regula ad monachos,* escrita por él mismo, poco tiempo antes, para los conventos de varones [130].

Era un tipo nuevo de cenobio femenino, que no tendría

---

[129] Santa Cesárea se educó ascéticamente en Marsella antes de ser llamada por su hermano al convento de Arlés, que había de regir cerca de treinta años con un número de hasta doscientas religiosas. Tanto para el florecimiento de aquel convento como para la expansión posterior de su Regla influyó no poco la personalidad de San Cesáreo y los altos poderes de que fué revestido, llegando a tener jurisdicción sobre la misma España. Su vida fué compuesta por varios de los discípulos que más le habían tratado, tres de los cuales, Cipriano de Toulon, Firmino y Vivencio, eran obispos; los otros dos, Messiano y Esteban, sacerdote y diácono, respectivamente (PL 67, 1001-1042); ed. Br. Krusch, MGH, *Scriptores rerum merovingiarum,* t. III, pp. 457-501, precedida de una larga nota biográfica y crítica. Puede asimismo verse A. Malnory, *Saint Césaire, Evêque d'Arlès,* París 1894, en «Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes».

[130] Poco después de recibir Eonio, a la sazón obispo de Arlés, en su diócesis al monje Cesáreo, le ordenó de diácono y de presbítero, confiándole la dirección de un monasterio de monjes. En este tiempo fué cuando Cesáreo compuso su *Regula ad monachos* (PL 67, 1097-1104). En muchos puntos de pobreza siguió las normas de San Agustín en sus sermones 355 y 356, como en el hecho de acompañar la renuncia de los bienes con un acto jurídico que tuviera valor en el fuero externo. Esta Regla pasó a segundo término al escribir, siendo ya obispo, su *Regula ad virgines* (PL, ibid., 1103-1121). Es significativo el hecho de que varios de los siguientes fundadores de reglas para monjes calcasen las normas de San Cesáreo, no precisamente en la Regla dirigida a los religiosos, sino a las vírgenes. Se conservan además tres interesantes cartas suyas sobre las virtudes de las vírgenes (PL, ibid., 1125-1138). San Cesáreo parece haber tenido ante los ojos para su inspiración, más bien que la *Epist. 211* de San Agus-

por qué esconderse ruborizado ante las fundaciones modernas más observantes de la misma especie. Por primera vez la pluma de San Cesáreo había encabezado una Regla monástica, la de los monjes, con el compromiso de permanecer en el monasterio hasta la muerte, cortando así en seco los abusos aventureros de los ascetas *giróvagos*. Esta misma prescripción pasaba a la Regla compuesta para las vírgenes, reforzada todavía con el precepto de "no salir jamás del claustro y la basílica adyacente". No contento con esto, logró alcanzar del Papa Símaco, en la respuesta *ad Libellum Caesarii,* el que se declarara inválido el matrimonio de una religiosa profesa o que llevase ya varios años de hábito, aun cuando todavía no hubiese recibido solemnemente el velo sagrado de las vírgenes [131].

La vida en sus penitencias y austeridades presentaba una cierta suavidad respecto a la de los monjes; pero había atinado a cortar con sus prescripciones aquellos abusos de más fácil entrada en los conventos femeninos. A las antiguas celdas separadas suceden dormitorios comunes y amplias estancias, en las que las religiosas hilan o tejen la lana al susurro de un manuscrito ascético leído en voz alta, o al compás de sus propias meditaciones. Junto a estas labores se admite asimismo la transcripción de códices y aun su miniado, según parece [132], sin que estas ocupaciones impidan el que las religiosas todas vayan turnándose en los cuidados necesarios de la casa, limpieza del monasterio, trabajos de cocina, servicio a la mesa y demás menesteres cuotidianos, aun los más humildes.

Sus hábitos son blancos y sencillos, sin franjas ni bordados; no se ha introducido todavía la tonsura del cabello en los conventos femeninos, pero el peinado debe ser modesto, no debiendo exceder el pelo cierta altura, marcada expresamente con tinta por el mismo San Cesáreo [133].

---

tín, su posterior adaptación a los monjes. Las relaciones entre las Reglas de ambos santos han sido ingeniosamente estudiadas por D. C. LAMBOT, *La Règle de S. Augustin et S. Césaire*, en «Revue Bénédictine», t. XLI (1929), pp. 333-341.

[131] *Epist. 15 Symmachi Papae ad Caesareum Episcopum Arelatensem,* c. 5. ed. A. THIEL, *Epist. Rom. Pontificum genuinae et quae ad eos scriptae sunt a S. Hilario usque ad Pelagium II,* Braunsbergae 1868, pp. 725-728 (PL 62, 53-55), donde puede verse asimismo el *Libellus Caesarii.* El sentido de la frase en ambos documentos debe interpretarse, no de una mera ilicitud del acto, ya que ésta derivaba de la promesa contenida en la Regla, sino de una verdadera inhabilidad para el matrimonio.

[132] *Vita S. Caesarii,* lib. I, n. 58: MGH, *Scriptores rerum merovingiarum,* t. III, p. 481 (n. 44 en PL 67, 1022).

[133] «Capita numquam altiori ligent quam in hunc locum mensuram de encausto fecimus» *(Regula ad virgines,* recapitulatio, VII: PL 67, 1118).

Para los divinos oficios, celebrados según las costumbres de Leríns, se reúnen las religiosas en una magnífica basílica de tres naves, dedicadas, respectivamente, a Nuestra Señora, a San Juan y a San Martín [134]. Es un recuerdo de la solicitud de San Cesáreo. A lo largo del templo se alínean abiertas las tumbas de grandes piedras, en que han de ser enterradas las religiosas, y ante las cuales cantan éstas sus himnos y salmos, de modo que "al morir cualquiera de aquellas esposas de Cristo encuentren preparado ya y santificado el lugar de su sepultura" [135].

Fuera del trabajo y la plegaria, hay su tiempo fijo para el estudio y la instrucción, pues no se consiente el que haya en el monasterio quien no sepa leer y escribir. Un lugar de honor está reservado asimismo para la música. A la abadesa, elegida por los votos de las religiosas, ayudaban en sus solicitudes la *prevoste* o prepósita, la *formaria* o maestra de novicias, la *primiceria* o directora de escuela y canto, la administradora de los bienes materiales y un grupo de las más ancianas, a quienes debía acudir en busca de consejo.

La regla de San Cesáreo dió la impresión de un código bien logrado; por eso otras tentativas de legislación, como la de San Aureliano, obispo también de Arlés y fundador de otro monasterio para esposas de Cristo, no harían sino calcar en lo substancial, y aun en la mayoría de los detalles, las prescripciones del antiguo monje de Leríns [136]. De Arlés partió una nueva inspiración cenobítica en todas las direcciones de la Galia.

---

[134] La vida de San Cesáreo dice: «Fabricavitque triplicem in una conclusione basilicam, cuius membrum medium in honore Sanctae Mariae Virginis cultu eminentiori construxit, ex uno latere Domini Iohannis, ex alio Sancti Martini subiecit» (lib. I, n. 57: MGH, *Script. rerum merov.*, t. III, p. 480 [n. 44 en PL 67, 1022]). Las palabras parecen más bien indicar una triple nave que no una triple basílica, como interpretan algunos autores.

[135] *Vita S. Caesarii*, lug. cit.

[136] San Aurelio, obispo de Arlés desde el 546, favoreció intensamente la vida ascética, sobre todo de las vírgenes, para las cuales fundó un nuevo monasterio, dedicado a Santa María. Su *Institutio sanctae regulae* denuncia el influjo de Casiano y San Agustín, inspiradores también de la Regla de San Cesáreo. Fué una Regla escrita primitivamente para monjes, que después, mediante ciertos retoques, adaptó a las vírgenes; ambas pueden verse en PL 68, 386-406. Aun las Reglas posteriores para varones siguieron tomando por base la *Regula ad virgines* de San Cesáreo, como sucedió con la de San Ferreol, obispo de Uzés (PL 66, 959-978); la *Regula Tarnatensis*, compuesta para un monasterio, cuyo emplazamiento desconocemos al presente (PL, t. cit., 977-986), y la *Regula incerti auctoris* (ibid., 995-998), que tuvieron especial resonancia.

Radegunda y el monasterio de Santa Cruz

143. Puede servir de modelo el convento de Poitiers, que, por la dignidad de su fundadora y por haber sido el centro de un culto especial a la cruz del Señor, logró una notoriedad superior a los restantes surgidos en su siglo. Vamos a detenernos unos momentos en la historia de su génesis, por ser el proceso de su creación una imagen fiel de cómo brotaban en aquella época semejantes cenobios.

Su fundadora, Santa Radegunda, había sido tallada por el cincel del dolor [137]. Hija de Bertar, rey de Turingia, no había aún traspuesto los umbrales de la infancia, cuando vió destruído aquel reino por los sucesores de Clodoveo, teniendo que abandonar sus lares patrios como cautiva de Clotario. Aquellas escenas de horrores dantescos, interpretadas más tarde por su amigo Venancio Fortunato, quedaron pintadas para siempre en las pupilas de la niña germana: el palacio real convertido en lúgubres cenizas; las campiñas cubiertas con los cadáveres de sus servidores, poco antes pletóricos de juventud y fuerzas; multitud de personajes ilustres asesinados sin conseguir la piedad de una sepultura ni los honores de unos funerales; matronas cargadas de cadenas, arrastradas al cautiverio, sin poder echar una última mirada a su hogar; esposas caminando, los pies desnudos, sobre la sangre de sus maridos y sus hermanos [138].

En espera de la edad núbil, fué conducida Radegunda a la villa real de Athies, donde recibió, junto a una formación de sólida piedad, el aprendizaje de las labores propias de su sexo y un caudal de conocimientos literarios que la

[137] Acerca de su vida tenemos buenos informes, pues poseemos fuentes contemporáneas de primera mano, como son, ante todo, la *Vita Sanctae Radegundae Reginae*, escrita por su gran amigo VENANCIO FORTUNATO al morir la Santa en 587, y la compuesta poco después del año 600 por su compañera de vida religiosa BAUDONIVIA. Ambas han sido editadas por B. KRUSCH en MGH, *Scriptores rerum merovingiarum*, t. II, pp. 364-395. A fines del siglo XI o principios del XII redactó una nueva biografía de la Santa HILDEBERTO DE LAVARDIN, arzobispo de Tours. (Cf. AASS, mense augusto, t. III, pp. 83-92.) Ya en tiempos modernos pueden citarse las obras de BRIAND, *Histoire de Sainte Radegonde, reine de France, et des sanctuaires et pélerinages en son honneur* (París 1899), y la de R. AGRAIN, *Sainte Radegonde* (París 1930).

[138] VENANCIO FORTUNATO, *Opera poetica*, ed. FR. LEO, appendix, *Carmen 1, De excidio Thoringiae*, y *Carmen 3, ad Artachin:* MGH, *Auctores antiquissimi*, t. IV, pp. 271-275 y 278 s. En este caso, como en otros varios, Venancio Fortunato no hace sino expresar los recuerdos y sentimientos de la misma Radegunda.

habían de presentar como uno de los ejemplares más bellos de cultura femenina en el cristianismo [139]. Todavía después de muchos años, en el claustro de Poitiers, se atrevía a contestar con breves versos latinos a los poemas de Venancio Fortunato [140]. Era una escena encantadora contemplar las procesiones que la tierna princesita organizaba con los niños de la villa, marchando ella a la cabeza, llena de seriedad, con una gran cruz construída al efecto, y terminando la minúscula solemnidad en el oratorio de los dominios reales. Piedad avalorada por la delicadeza con que limpiaba con sus propias manos el pavimento de la iglesia y pasaba cuidadosa un paño sobre el altar, teniendo la precaución de no sacudirlo luego violentamente, sino sacarlo fuera del templo, para quitar con respeto su polvo [141].

Pasaron al fin aquellos años placenteros de Athies y llegó la edad determinada por Clotario para hacerla su esposa. El corazón de Radegunda tuvo que contraerse con violentos espasmos al entregar su mano a un rey brutal y lujurioso, que se acercaba a ella manchado con la sangre de sus familiares, y que, al mismo tiempo que un enlace de amor, seducido por la hermosura de la joven princesa, realizaba un golpe de política, asociando a su trono la descendencia del cetro turingio. A lo que ciertamente no se avino la nueva reina de Soissons fué a empañar su vida de piedad con el vaho perfumado, pero corrosivo, de la corte.

¡A cuántos inocentes artificios acudió para disimular sus penitencias, haciendo servirse con disimulo en medio de los banquetes un humilde plato de habas o de lentejas; levantándose por la noche, con diversos pretextos, del tálamo nupcial para entregarse a la oración entre los rigores de un ambiente helado y solitario, o pidiendo en secreto a cierta religiosa conocida suya un áspero cilicio que torturase su carne durante la cuaresma bajo las reales vestiduras! [142] Los prestes de los contornos conocían muy bien la devoción de la reina, que confeccionaba con sus propias manos los

---

[139] Véase a este propósito L. Felix-Faure-Goyau, *Christianisme et culture féminine* (París 1914).

[140] Así lo atestigua este autor en una de sus composiciones:

> In brevibus tabulis mihi carmina magna dedisti
> quae vacuis ceris reddere mella potes;
> Multiplices epulas per gaudia festa ministras,
> sed mihi plus arido sunt tua verba cibus:
> Versiculos mittis placido sermone refectos,
> in quorum dictis pectora nostra ligas.

Cf. *Opera poetica*, appendix, *Carmen 31*: MGH, *Auctores antiquissimi*, t. IV, p. 290.

[141] Venancio Fortunato, *Vita Sanctae Radegundis Reginae*, n. 2: MGH, *Script. rerum merov.*, t. II, p. 365.

[142] Venancio Fortunato, ibid., nn. 4-6, ed. cit., p. 366 s.

cirios para las iglesias; los pobres de las cercanías podían con justicia hablar mucho de sus caridades; los enfermos de Athies, villa recibida de Clotario como regalo de boda, gozaban de los cuidados de un hospital, en que se veía con frecuencia a la soberana prestando personalmente los servicios más humildes; y, finalmente, los paganos de las campiñas francas habían visto en ocasiones arder sus templos idolátricos mientras la reina, sentada majestuosa en la silla de su corte, contemplaba cómo se llevaba a cabo su mandato sin turbulencias.

Tal vez fué hacia el año 555, con ocasión de una revuelta de Turingia, cuando Clotario ordenó asesinar a un hermano de Radegunda, transportado juntamente con ella a Francia en cautiverio. Aquella sangre hizo rebosar la copa, y la reina no pudo sufrir un momento más la presencia criminal de su esposo. A las tétricas escenas de su infancia se unía ahora la imagen de su joven hermano, a quien el golpe asesino había privado de su último beso, de su postrera caricia, con que pudiera cerrarle los párpados ensangrentados, y de su presencia entre las plegarias del funeral [143].

Dolor tan profundo trajo consigo una resolución definitiva. Inmediatamente tomó la reina el camino de Noyon, y allí, postrada a los pies del obispo de aquella sede, San Medardo, le pidió el velo sagrado de las diaconisas, a fin de quedar por su medio consagrada al Señor [144]. Vaciló en un principio el santo Prelado, viendo ante sí a la esposa legítima de su rey. Radegunda, en cambio, sin inmutarse por aquellas incertidumbres, entró resuelta en las dependencias del santuario y, recubriendo sus vestiduras reales con la túnica de humilde religiosa, se presentó de nuevo ante el Obispo, diciéndole: "Si rehusas consagrarme y temes más a un hombre que al Señor, sábete, pastor de Dios, que se te exigirán cuentas del alma de tu oveja". Medardo, ante una tal

[143] Su dolor fué vivamente expresado por VENANCIO FORTUNATO, *Opera poetica,* appendix, *Carmen 1, De excidio Thoringiae,* vv. 123-156: MGH, *Auctores antiquissimi,* t. IV, p. 274 s.

[144] No parece que se tratase de una consagración diaconal de carácter litúrgico, como las que había conocido la antigua Iglesia y florecían todavía en otras regiones, pues en Francia tal práctica había sido ya objeto de reiteradas condenaciones. No mucho antes de este suceso, en 533, el segundo Concilio de Orleáns, confirmando una vez más sendos decretos de los Concilios de Orange y de Epaone, decía en su canon 18: «Placuit etiam, ut nulli postmodum feminae diaconalis benedictio pro conditionis huius fragilitate credatur» (MSCC, t. VIII, col. 837). El acto de Radegunda fué más bien una consagración a la vida ascética, que en ciertas personas de mayor calidad, especialmente abadesas, llevaba a veces aneja la dignidad más bien que el oficio de diaconisa.

energía de voluntad, le impuso las manos, consagrándola diaconisa [145].

Aun cuando pudiera parecer extraña a primera vista semejante conducta, un examen más atento del suceso aleja toda sospecha de ligereza. Podía muy bien Radegunda atenerse a la disciplina eclesiástica para obtener la separación de su marido, reo de traiciones conyugales. Y por si esto fuera poco, constaba del consentimiento dado para este caso por el esposo infiel, según propia confesión, cuando años más tarde, queriendo volver sobre sus pasos, se reprochaba a sí mismo la licencia anteriormente otorgada [146].

Con qué gusto había descendido Radegunda las gradas de un trono que nunca ambicionó. Después de visitar en Tours el sepulcro de su obispo San Martín y de venerar los recuerdos de la reina Clotilde, retirada allí los últimos años de su vida, se refugió con algunas otras damas en la villa de Saix, recibida en propiedad como regalo nupcial. Teniendo en cuenta su formación piadosa de Athies y su posterior entrenamiento ascético de la corte de Soissons, aquella nueva residencia significaba una tercera etapa en su vida de marcha hacia la fundación claustral. Sus actividades de piedad quedaron aquí completadas por una distribución rígida de caridad y beneficencia, que compartía con las demás jóvenes que la habían acompañado. En realidad se estaba montando el armazón interno de un monasterio, al que sólo faltaban ya los muros.

Para dar el último paso en este sentido sirvió de ocasión el rumor llegado a Saix de que el rey Clotario, arrepentido de la separación concedida anteriormente a su esposa, se acercaba a la villa para llevarla de nuevo consigo a la corte. Una extensa tradición regional de Poitou y un manuscrito de los antiguos fondos francos de Poitiers vienen a llenar el vacío que los antiguos biógrafos dejan en este momento angustioso de la reina [147]. Radegunda huye a tra-

[145] La descripción del acto y palabras de la reina nos han sido transmitidas por VENANCIO FORTUNATO, *Vita Sanctae Radegundis Reginae*, n. 12 : MGH, *Script. rerum merov.*, t. II, p. 368.

[146] «... Se dolens gravi damno pati, qui talem et tantam reginam permississet a latere discedere» (BAUDONIVIA, *Vita Sanctae Radegundis*, n. 4 : MGH, t. cit., p. 380). No han faltado quienes hayan pretendido sostener, aun cuando sin verosimilitud alguna, que la reina conservó su virginidad durante su matrimonio, en cuyo caso se hubiera tratado de un simple matrimonio rato y no consumado, disolvible por la profesión religiosa de uno de los cónyuges. Acerca de esta hipótesis hablaron ya los Bolandos con su acostumbrada erudición. (Cf. AASS, mense augusto, t. III, pp. 51-54.)

[147] La narración de este milagro, que puede verse en AASS, mense augusto, t. III, n. 90, p. 66, ofrece garantías históricas muy débiles. Es sorprendente el que no sea referido por ninguno de los antiguos historiadores, como FORTUNATO, BAUDONIVIA e HILDEBERTO,

vés del campo sin esperar la llegada de Clotario. No muy lejos de la ciudad encuentra a un labrador sembrando avena: "Amigo, le dice, si alguien te preguntare si has visto pasar por aquí a alguna persona, responde con firmeza que nadie en absoluto ha cruzado estos caminos desde el día y hora en que sembraste tu avena". Al terminar estas palabras germinan súbitamente las simientes, produciendo tallos tan altos que ofrecen lugar acomodado para ocultarse a la reina y sus compañeras. Momentos después llega Clotario al galope de su caballo, e informado por el labriego del suceso maravilloso, desiste de su empeño, temiendo exasperar con su conducta la divina clemencia.

La Santa se decidió a consumar su ascensión ascética, levantando por fin los muros de un verdadero convento en que pudieran satisfacer ella y sus compañeras las ansias de perfección en toda su plenitud. A menos de setenta kilómetros de Saix en línea recta, se le ofrecía la ciudad de Poitiers, santificada en otros tiempos por su obispo San Hilario, cuya tumba guardaba en su seno y bajo cuya protección vivía confiada. Radegunda se dirigió allí, y a los pocos días se desarrollaban con rapidez las obras del nuevo monasterio en el interior de las murallas y apoyándose en ellas, con precaución previsora en aquellos tiempos revueltos. La entrada en el convento de la reina y sus compañeras, representantes muchas de ellas de la primera nobleza franca, fué un acontecimiento de interés tan ardiente, que la muchedumbre, después de agolparse en plazas y calles, rebosaba coronando los tejados de las casas próximas al edificio en que las nuevas religiosas iban a sepultar su antiguo boato [148].

Para que aquel enterramiento de la majestad real fuese más completo, no consintió Radegunda en tomar la dirección de la comunidad, y aprovechando una visita de su admirado obispo San Germán de París, pidió y obtuvo la bendición abacial para una de sus más fieles hijas en el espíritu, la virgen Inés, cuya memoria había de inscribirse también en

señalándose su primera fecha de aparición en el manuscrito aludido de Poitiers, perteneciente al siglo XV. (Cf. H. Bodenstaff, *Miracles de Sainte Radegonde, XIII et XIV siècle*, «Analecta Bollandiana», t. XXIII [1904], pp. 431-437.) Pero tampoco debe desconocerse la circunstancia de lo arraigada que se halla aquella tradición en todo el territorio de Poitou y la existencia, al menos en los siglos XIV y XV, de una fiesta celebrada el 28 de febrero con el título de Santa Radegunda de las Avenas. (Cf. R. Aigrain, *Sainte Radegonde*, París 1930, pp. 64-66.)

[148] Nos ha dejado una descripción del acontecimiento Venancio Fortunato, *Vita Sanctae Radegundis*, n. 21 : MGH, *Script. rerum merov.*, t. II, p. 371.

los fastos hagiográficos [149]. Ya estaba creada la comunidad cenobítica, aun cuando su formación religiosa quedase todavía un poco al arbitrio de la orientación ascética de la fundadora y las normas del pastor jerárquico, a la sazón el santo obispo Piencio. Fuera de los muros había construído asimismo Radegunda una basílica, que sirviera de enterramiento para sus religiosas y de albergue para un grupo de monjes que las atendieran en el ejercicio del culto y administración de los sacramentos.

Desde los tiempos de su juventud en Athies había alimentado la princesa turingia una ardiente pasión: la pasión por allegar y venerar reliquias de santos. Ahora, en la cima de su vida, debían llegar también al culmen sus aspiraciones en este punto, pretendiendo nada menos que un trozo de la cruz del Señor, cuyo principal fragmento se conservaba por los emperadores orientales en su palacio de Constantinopla. La empresa era difícil, y Radegunda tuvo que hacer uso de todos sus recursos. Interesó ante todo al rey Sigeberto, y, contando con su apoyo y con la recomendación de su primo Amalafrido, príncipe del arruinado reino de Turingia refugiado en la capital bizantina, envió una embajada al emperador Justino II con la audaz petición. Los soberanos de Constantinopla acogieron benévolamente los deseos de la antigua reina franca, y le remitieron un fragmento considerable del precioso madero, dispuesto en forma de cruz y engastado en un relicario de esmalte azul.

Los historiadores de la época no pudieron pasar por alto la solemnidad con que se acogió la sagrada reliquia. Fué un día de imborrables recuerdos, el de la entrada del *lignum crucis* en el convento de Radegunda bajo la presidencia del obispo de Tours, San Eufronio, y entre los esplendores de una profusión nunca vista de cirios, flores y perfumes, mientras resonaban en la basílica por vez primera las estrofas del himno *Vexilla Regis prodeunt*, compuesto expresamente para dicho acto por Venancio Fortunato y perpetuado después por la Iglesia hasta el día de hoy, a través de trece siglos, en su liturgia de la cruz [150]. En adelante el monasterio de Poitiers se llamó de la Santa Cruz, y su renombre cundió por todos los reinos francos.

---

[149] Su fiesta se celebra el día 13 de mayo. De su vida son muy pocos los datos que poseemos, fuera de las alusiones en las vidas de Santa Radegunda. (Cf. AASS, mense maio, t. III, p. 238 s.)

[150] El himno, tal cual salió de la pluma de Fortunato, algo diverso del usado actualmente en la liturgia, puede verse en su *Opera poetica*, lib. II, *Carmen 6:* MGH, *Auctores antiquissimi*, t. IV, p. 34 s. Una extensa narración de todos los pasos dados por Radegunda en este asunto nos ofrece su biógrafa, Baudonivia, *Vita Sanctae Radegundis*, nn. 16 y 17: MGH, *Script. rerum merov.*, t. II, pp. 387-390.

Faltaba ya tan sólo el postrer paso para que la obra de la reina enclaustrada alcanzase su estabilidad completa. Y éste se dió hacia el año 570, cuando Radegunda, acompañada de la abadesa Inés, visitó el monasterio arelatense para conocer e introducir en su propio convento la Regla del obispo San Cesáreo, inaugurada por su hermana la abadesa del mismo nombre. Con ello el proceso de la fundación cenobítica de Radegunda había tocado felizmente a su fin. La Regla fué observada con todo rigor. Por aducir un ejemplo, baste recordar que la clausura, cuya observancia no poseía entonces la severidad de nuestros tiempos, era custodiada con tal exactitud, que ni siquiera se concedió a las religiosas acompañar a la sepultura el cadáver de su santa Madre, debiendo contentarse con darle el último adiós desde los torreones de la muralla en que estaba enclavado el monasterio, cuando el cortejo fúnebre pasó al pie de sus ventanales [151].

Es cierto que la Regla de San Cesáreo no imponía las asperezas de otras observancias contemporáneas, como aparece en el régimen mismo de la comida, en que se permitía el uso del vino y la adición de ciertos postres dulces los días de fiesta; pero esto no era óbice para que las religiosas en particular y por propia voluntad estrechasen más sus austeridades y penitencias. A todas precedía en este aspecto Radegunda, que extremó sus abstinencias hasta reducir su comida, durante la cuaresma, a solos los domingos, en que tomaba unas hojas de malva y unas raíces silvestres cocidas sin aceite ni sal, y escatimaba su bebida de agua en tales proporciones que apenas podía cantar los salmos por la sequedad de su boca. Se hizo necesario que interviniese la obediencia para mitigar aquellos excesos. En lo restante del año, su alimento consistía en un trozo de pan de cebada y un puñado de legumbres o hierbas.

No iban en zaga sus austeridades en el sueño, que no pasaba de una hora, y no precisamente sobre el duro suelo, sino sobre un lecho que, a juicio de la monja Baudonivia, su biógrafa, era un verdadero instrumento de tortura [152]. En todo caso, éste sería uno de los varios inventados por su ingenio. Fortunato recuerda muy bien los tres cilicios de hierro con que abrazó su cuello y sus brazos y las tres cadenillas que ciñó tan apretadamente a su cuerpo durante una cuaresma, que, al querer más tarde quitárse-

[151] BAUDONIVIA, ibid., n. 24, ed. cit., p. 393. La misma observación hace GREGORIO DE TOURS en la descripción de los funerales de la Santa, que él mismo tuvo el consuelo de presidir (*Liber in gloria confessorum*, c. 104: MGH, *Script. rerum merov.*, t. I, pp. 814-816).

[152] «Lectulum vero poenalem sibi construxit», dice BAUDONIVIA, *Vita Sanctae Radegundis*, n. 8, ed. cit., p. 383.

las, las encontró incrustadas en su carne, siendo necesario practicar sangrientas incisiones para poder extraérselas. Su imaginación era fecunda en tales industrias. Idea suya fué también aquella lámina de metal con el anagrama de Cristo, que, puesta rusiente al fuego, se aplicó por dos veces sobre su cuerpo, dejando, como es obvio, a su contacto la carne abrasada [153].

Este lado hosco de su vida de penitencia se presentaba al exterior velado por un manto de caridad, a que daba especial atractivo su temperamento finamente sensible. Era de ver el cariño con que lavaba los pies de sus hermanas y se los besaba, pidiéndoles perdón de sus negligencias; la delicadeza con que se levantaba por las noches, mientras las demás dormían, para limpiarles su calzado, o el gozo con que les preparaba la comida, les traía agua del pozo o les acarreaba la leña necesaria para sus necesidades.

Sirva de toque ideal a su imagen una pincelada que entre desvanecidos de poesía y mística nos pone ante los ojos la delicadeza de Radegunda para con sus hermanas y su simplicidad en el trato con el divino Esposo. Venía todas las noches, refiere Baudonivia, a pernoctar en un árbol junto al monasterio un buho, ave siempre infausta, que perturbaba con su canto desapacible el sueño de las religiosas. Una de ellas acercóse a la fundadora y le dijo: "Si me lo permitieses, Madre veneranda, iría a despachar por orden tuya al molesto animal". Contestóle Radegunda: "Si en verdad os inquieta, vete en nombre del Señor y haz sobre él la señal de la cruz". Así lo hizo la hermana, que, encarándose con el ave nocturna, la increpó diciendo: "En nombre de Jesucristo, te ordena nuestra señora Radegunda que, si no has venido de parte de Dios, te alejes para siempre de este lugar y no oses en adelante perturbarnos con tu canto". Como si hubiera sonado la voz del mismo Dios, en aquel instante el buho batió sus alas, sin volver a presentarse jamás en aquel sitio. Y termina Baudonivia su relato: "Con razón obedecían las aves y las bestias a quien nunca se había apartado de la obediencia de Dios" [154].

La explicación más íntima de todos estos rasgos de la vida de Radegunda nos la ofrece la citada monja de Santa Cruz en una expresión que no se cansa de repetir una y otra vez, de modo que se ha llegado a sospechar si tal vez aquella fórmula encerraba la traducción latina del nombre germano de Radegunda: "espíritu dirigido hacia Dios" [155].

---

153 VENANCIO FORTUNATO, *Vita Sanctae Radegundis*, n. 25 s., ed. cit., p. 372 s.

154 BAUDONIVIA, ob. cit., n. 19, ed. cit., p. 390 s.

155 BR. KRUSCH, *Vita Sanctae Radegundis*, MGH, *Script. rerum merov.*, t. II, p. 380, nota 1.

Del florecimiento alcanzado por el monasterio de Poitiers tenemos una prueba brillante en el número de religiosas, que a la muerte de la fundadora, en 587, habían llegado a doscientas [156]. Fuera de esto, su importancia se había hecho nacional, como se deduce con evidencia de un documento fidedigno, una carta de la misma Radegunda, escrita, según parece, poco antes de su muerte. Aleccionada la Santa por las dificultades que hubo de tolerar en los últimos años por parte del obispo de la diócesis, Maroveo, y temerosa de que futuras tempestades no echaran a pique la barquilla de su monasterio, dirigió un escrito a todos los obispos de los reinos francos, en que, al mismo tiempo que reafirmaba los incipientes derechos de exención contenidos en la Regla de San Cesáreo, ponía el convento de Santa Cruz bajo el patrocinio de todo el episcopado francés, confundiendo en cierto modo sus líneas con las de la patria entera.

Y ya que no puedo presentarme en persona—les decía—, me prosterno a vuestros pies por medio de esta carta, conjurándoos por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y por el día terrible del juicio... para que si alguno por azar (lo que me resisto a creer), aun cuando fuere el obispo del lugar, un mandatario del príncipe o cualquier otra persona, intentare con malévolos consejos o con acciones judiciales perturbar nuestra congregación, violar su Regla o establecer otra abadesa distinta de mi amada hermana Inés, a quien consagró la bendición del bienaventurado Germán en presencia de los obispos sus hermanos; o si la congregación misma, por un imposible, en un momento de intranquilidad, quisiere introducir nuevos cambios; o si alguien, aun cuando sea el obispo del lugar, pretextando especiales privilegios, presumiere arrogarse sobre el monasterio o sobre sus bienes un dominio que sus antecesores en la sede no han ejercido durante mi vida...; o si, finalmente, cualquiera, aun cuando sea príncipe, obispo, potentado o pariente de alguna de nuestras hermanas, pretendiere disminuir o apropiarse sacrílegamente alguno de los bienes que el excelentísimo rey Clotario o los excelentísimos reyes sus hijos me otorgaron y yo he transmitido con su licencia al monasterio, confirmando la donación los excelentísimos reyes Cariberto, Gontrán, Sigeberto y Chilperico con palabra de juramento y escritura firmada de sus manos, o se atreviere a disponer de los otros bienes donados por personas piadosas para la salvación de sus almas o aportados por las religiosas de su propio patrimonio, que todos ellos incurran en la maldición de Vuestra Santidad y de la de vuestros sucesores, después de la de Dios, y que

[156] GREGORIO DE TOURS, *Liber in gloria confessorum*, c. 104: MGH, *Script. rerum merov.*, t. I, p. 814.

sean tenidos por bandidos y expoliadores de los pobres, quedando excluídos de vuestra benevolencia...[157].

Con semejante documento, el monasterio de Santa Cruz consolidaba su rango de institución histórica nacional.

Una vez conocida la fundación de Poitiers, podemos afirmar que de modo semejante fué asimilándose la Regla de San Cesáreo a otros conventos de religiosas; es más: que a su vitalidad se debe aquel impulso creador de cenobios femeninos que, partiendo de Arlés, se había de extender por todo el sudeste de Francia en caravana de avance hacia el norte hasta chocar con otro impulso similar que descendía de Bretaña. Era el encuentro de una onda de ascetismo con otra que le había precedido por el mismo camino y que después de inundar las islas Británicas estaba de retorno.

Fundaciones bretonas e irlandesas: Brígida e Ita

144. De Francia, en efecto, había partido a la isla de los bretones, algunos años antes, el fervor monástico, llevado por San Germán de Auxerre en su doble visita del 430 y 447 para combatir el pelagianismo de aquellos reinos; y de Leríns y de Auxerre había llevado también San Patricio sus ideales ascéticos a las contiguas regiones de Irlanda[158].

Por lo que hace a la isla bretona, fué tal la avidez con que recibió la semilla dejada por San Germán, que a los pocos años apenas podía encontrarse en su jerarquía un obispo o un sacerdote que no llevase sobre sí la túnica del monje. Fundadores como San Iltud en Lan-Iltud, San David en Menevia, San Cardoc en Llancarvan, se identifican con las glorias de la Iglesia bretona y con el progreso cultural de su pueblo, instruído en los monasterios[159]. Para

[157] La carta ha sido conservada por GREGORIO DE TOURS, *Historia francorum*, lib. IX, c. 42, ed. W. ARNDT y BR. KRUSCH: MGH, *Script. rerum merov.*, t. I, p. 401 s.

[158] El fermento monástico introducido por San Germán en la Bretaña insular fué de intensa eficacia y de amplia área en su influjo. Parecen haber sido menores, en cuanto a su extensión, los frutos monásticos cosechados directamente por San Patricio en Irlanda. Es cierto que fueron varios los conventos que atribuían sus orígenes al Apóstol de aquella isla; pero por largo tiempo el clero secular siguió predominando con mucho sobre el de los monasterios. Probablemente influjos que vinieron de Bretaña, como los de San Cardoc, San Sansón, San David y, sobre todo, San Gildas, ayudaron al monaquismo de Irlanda a obtener un esplendor que no tuvo en qué envidiar al de la isla vecina.

[159] La lista de monjes fundadores y de monasterios famosos podría alargarse hasta la saciedad. Suele considerarse como el más antiguo

rastrear el florecimiento de aquellas abadías nos basta oír al venerable Beda, describiéndonos la de Bangor Iscoed dividida en siete secciones, cada una de las cuales contenía alrededor de trescientos monjes con su respectivo prepósito. El año 613 pudo gloriarse de haber ofrecido en un solo día a la espada pagana de Etelfrido, rey de Nortumbría, la vida de mil doscientos de sus monjes mientras se hallaban en oración [160].

No hay duda de que en la Bretaña insular, lo mismo que en otros países, los conventos de vírgenes consagradas iban siguiendo paso a paso las fundaciones de varones. Así nos consta sucedió en Irlanda, región en que la siembra monástica de San Patricio fué más lenta en fructificar. Hubo un siglo de espera hasta poder ver las grandes fundaciones de San Finiano († 552) en Clonard, de San Brendano († 577) en Clonfert y, sobre todo, de San Congall († 601) en Bangor de Ulster, quien llegó a reunir bajo su gobierno a tres mil monjes [161].

Esta vez se habían adelantado las esposas de Cristo en el esplendor de la vida cenobítica gracias a una figura femenina de singular relieve, Santa Brígida, que vino a ocupar en las glorias nacionales de Irlanda, con títulos no inferiores, aun cuando de carácter muy diverso, un puesto parecido al de Santa Genoveva en los anales del cristianismo francés. Es elocuente el dato de que en sólo cinco diócesis de aquel reino se han podido contar unas sesenta localidades que, como Kilbride (o Cill-Bridge = Iglesia de Brígida), llevan el nombre de la Santa [162]. Computar el número de templos u oratorios elevados en su honor constituiría una labor ingente. Tal fué la popularidad de su culto, que, después de haberse esparcido por las regiones todas de Inglaterra y Escocia, saltó al continente y, atravesando Francia, Italia septentrional y gran parte de Alemania,

---

de los conventos bretones, y ciertamente es uno de los más importantes, el de Glastonbury, al que leyendas posteriores pretendieron hacerlo provenir nada menos que de José de Arimatea. (Cf. W. DE MALMESBURY, *De antiquitate Glastoniensis Ecclesiae*, PL 179, 1681-1734.)

[160] BEDA: *Historia Ecclesiastica gentis britonum*, lib. II, c. 2: PL 95, 84.

[161] Para que pueda admitirse la cifra es necesario suponer incluídas en el cómputo las filiales de aquella abadía.

[162] Véase J. COLGAN, *Triadis thaumaturgae seu divorum Patricii, Columbae et Brigidae... Acta* (Lovanii 1647), appendix 4 ad vitam S. Brigidae. Es de notar que no siempre el nombre de Brígida se refiere a la Santa que nos ocupa, ya que, como advierte el mismo Colgan, se citan hasta veinticinco santas irlandesas del mismo nombre. Con todo, esta aparente objeción se desvanece no poco teniendo en cuenta que once de ellas son completamente legendarias y la mayor parte de las restantes no son sino desdoblamientos litúrgicos o populares de la misma a base de diversos recuerdos.

llegó hasta los países escandinavos, en varias de cuyas ciudades se celebraba su fiesta antes de ser canonizada su homónima la noble viuda de Suecia. En cierto sentido, la veneración que obtuvo su nombre sobrepasó a la del mismo San Patricio, como lo demuestran los breviarios conservados en las bibliotecas públicas de Francia, pacientemente inventariados por Leroquais, en los que se ve mencionada ciento cuarenta y cuatro veces, frente a las solas veinticuatro que aparece el Apóstol de Irlanda [163].

A nosotros han llegado hasta seis diversas biografías suyas, algunas de las cuales remontan su redacción por lo menos al siglo VII. Sin embargo, la imagen de Santa Brígida se nos presenta a través de ellas tan recubierta de postizos maravillosos, que, al intentar apartarlos para poner a la vista los detalles concretos de su vida, apenas nos quedan entre las manos más que algunos escasos jirones de historia [164]. Nacida en el antiguo reino irlandés de Leinster, tal vez en el pueblecito de Faughard, hacia el año 452, debió consagrar muy pronto a Cristo su virginidad. Las tradiciones hagiográficas más antiguas la describen recibiendo el velo blanco, juntamente con otras vírgenes, de manos de San Maccaille, obispo de Croghan, discípulo de San Patricio; y las leyendas posteriores completan la excesiva sencillez de aquel cuadro hablándonos de sus peticiones al Señor para que deformase su rostro, cuya belleza atraía hacia sí las miradas de algunos jóvenes en orden al matrimonio, y relatándonos la consecuente enfermedad de uno de sus ojos, que llegó a reventar feamente dentro de su cuenca, hasta que, hecha la profesión religiosa y obtenido así el fin pretendido, recobró de nuevo con la salud la perdida hermosura.

Sus primeras actividades, en unión de sus compañeras de pureza, se dirigieron en ayuda de los misioneros que

---

[163] V. LEROQUAIS, *Les sacramentaires et les missels des bibliothèques publiques de France* (París 1934). Algunos datos de la extensión de su culto se hallan resumidos en F. O'BRIAN, *Brigide*, DHGE, t. X, col. 715-719.

[164] J. COLGAN en la obra citada recogió, en efecto, seis vidas antiguas de la Santa. Los Bolandos editaron cinco (AASS, mense februario, t. I, pp. 99-185). La principal por su antigüedad es, tal vez, la que transcribieron en primer lugar los Bolandos como anónima, y que, según Colgan, debe atribuirse a San Ultano, obispo de Ardbraccan, que murió el año 656 y de quien consta escribió una vida de la Santa. Por ciertos detalles concretos y de verdadero interés, sobre todo acerca del templo de Kildare, merece asimismo tenerse en cuenta la segunda de las vidas editadas por los Bolandos, escrita por un monje de aquel monasterio, que dice llamarse Cogitoso, y que compuso probablemente su obra entre el 800 y 835. (Cf. AASS, mense februario, t. I, pp. 100-102; * W. SMITH and H. WACE, *Dictionary of christian biography*, t. I, p. 337.)

continuaban la conversión de Irlanda, incoada por su primer Apóstol, el antiguo monje de Leríns. Este contacto evangelizador con los discípulos de San Patricio pudo muy bien dar lugar a la leyenda de su encuentro personal y sus posteriores relaciones espirituales con el fundador del cristianismo irlandés [165]. La gloria principal de la Santa ha quedado, sin embargo, ligada al monasterio de vida cenobítica que fundó en Kildare o Cill-Dara, es decir, Iglesia de la Encina. Bajo uno de estos árboles, conservado con veneración por los siglos sucesivos, escogió la virgen irlandesa su primera celda, que luego había de convertirse en convento afamado y sería más tarde el núcleo de una ciudad importante con catedral y obispo propio, centro del condado erigido con el mismo nombre.

Aquella rústica encina vino a ser un gran foco de irradiación monástica y cultural. Junto al claustro de las religiosas surgió muy pronto en el mismo Kildare otro convento para monjes, cuyos abades, investidos con la dignidad episcopal, gozaron de gran influjo en los territorios gaélicos, al mismo tiempo que las abadesas sucesoras de Santa Brígida seguían ejerciendo una cierta autoridad sobre los monasterios femeninos regidos por la antigua disciplina céltica de Irlanda. San Conlaedh pasa por haber sido el primer obispo de Kildare, consagrado hacia el 490 a propuesta de la virgen de Leinster.

¿Cuál fué la Regla que encauzó los fervores de aquellas nuevas fundaciones ascéticas? Se ha hablado, aunque sin fundamento sólido, de una Regla de Santa Brígida. De hecho no ha quedado ningún rastro seguro de ella, debiendo, por tanto, reducirse su existencia, como en tantos otros casos de las veinticuatro Reglas irlandesas que se han llegado a catalogar, a una orientación ascética determinada o a un conjunto de preceptos orales o reformas introducidas por la fundadora en alguna de las Reglas ya preexistentes [166]. Dados sus contactos con San Gildas, es muy verosímil que la disciplina de Kildare estuviera influenciada, al menos en los últimos años de Santa Brígida, por las orientaciones de San Iltud o las prácticas monásticas de Ruys [167].

---

[165] Fácilmente aparece el carácter legendario de su trato ascético con San Patricio, si se tiene en cuenta que a la muerte del Apóstol de Irlanda, en 461, Brígida no contaba sino unos nueve años de edad.

[166] Un interesante estudio de dichas Reglas irlandesas ofreció L. Gougaud, *Inventaire des règles monastiques irlandaises*, en «Revue Bénédictine», t. XXV (1908), pp. 167-184 y 321-333.

[167] Las tradiciones hagiográficas indican que San Gildas vino a Irlanda llamado por Santa Brígida. Tal vez esto sea demasiado asegurar, pero cierto que los datos cronológicos y geográficos de ambos santos hacen posibles sus mutuas relaciones ascéticas. Gildas, para quien ha recabado el título de historiador de los bretones su obra

Lo que no se puede poner en duda es el extraordinario florecimiento de aquel monasterio dúplice de varones y vírgenes, que, no obstante haber sido arruinado dieciséis veces por las incursiones de daneses y noruegos, llegó a contar sus instituciones culturales entre las más famosas de toda la isla. De su arte en la transcripción de manuscritos nos quedaron testigos bien elocuentes, como el famoso *Códice de Kildare,* en que se contenían los evangelios iluminados con espléndidas miniaturas, perdido, por desgracia, en el siglo XVI.

En aquella misma ciudad de Kildare, creada bajo su influjo, entregó Santa Brígida su espíritu al Señor, cuando contaba ya más de setenta años de edad. Allí reposaron largo tiempo sus reliquias, hasta que, saqueada la población por los daneses, el año 836, fueron trasladadas, según nos refiere una tradición, por desgracia algo tardía, a Downpatrick para ser depositadas junto a las de San Patricio y San Columba. Una hoguera encendida día y noche sin interrupción vino perpetuando en Kildare, durante los tiempos pasados, la gloria de aquella gran figura irlandesa. La Reforma extinguió entre sus ruinas aquel fuego, al que habían dado pábulo con solícita veneración, durante diez siglos, las religiosas del monasterio y las fieles devotas de la Santa y de sus tradiciones nacionales [168].

Lo que la Santa de Kildare realizó en el centro y norte de Irlanda, llevó a cabo algunos años más tarde en el sur Santa Ita, a quien la devoción popular dió en llamar la

---

De excidio et conquestu Britanniae, nació en Escocia a fines del siglo V, aun cuando todavía muy joven se trasladase con su familia al país de Gales. Fué discípulo espiritual de San Iltud, y hacia el 510 vino a Irlanda. Después de varios años de residencia en Gales y después de haber realizado una peregrinación a Roma, comenzó su vida cenobítica en el monasterio de Ruys, que ilustró con su santidad y sabiduría. Allí permaneció hasta su muerte, ocurrida el 570, si se exceptúa su pasajera estancia en Llancarvan y su segundo viaje a Irlanda, llamado por el rey Ainmire para consolidar por su medio el cristianismo de aquella región. Su viaje a Armórica no es admitido por la mayoría de los críticos modernos. La vida más antigua que de él se conserva es la compuesta por un monje de Ruys en el siglo XI. (Cf. *Vita Sancti Gildae abbatis Ruyensis,* en J. MABILLON, *Acta Sanctorum O. S. Benedicti,* Macon 1935, t. I, pp. 138-152.)

[168] A la conservación de dicho fuego se han ido asociando con el tiempo múltiples relatos maravillosos, como el de los castigos sufridos por algunos varones que osaron acercarse a él, quebrantando la clausura de un seto que lo circundaba; el de no aumentarse la cantidad de cenizas a través de tantos siglos en que se ha ido acumulando nuevo combustible; y el más interesante por su encantadora ingenuidad, según el cual quedaba encargada la misma Brígida, ya en la otra vida, de cuidar también ella el fuego para que no se extinguiera durante una noche cuando le tocase aquella tarea, conforme a un turno establecido. (Cf. AASS, mense februario, t. I, nn.76-79, p. 112.)

Brígida de Munster [169]. Descendiente de la familia real de Deisi, en Waterford, debió nacer hacia el año 480, de padres cristianos, que le permitieron recibir el velo sagrado de las vírgenes de manos de un obispo, probablemente San Declan de Ardmore [170].

Al sentirse rodeada de otras jóvenes a quienes agitaban los mismos anhelos de pureza y santidad, pensó en levantar un monasterio donde pudieran todas agruparse en torno a Cristo. A este efecto escogió un lugar del territorio de Hy-Connaill, llamado Cluain-Credhail, que posteriormente, por devoción a su memoria, recibió el nombre de Killeedy (Cill-Ide, es decir, Iglesia de Ida), en el actual condado de Limerick. Cuando murió en el año 570, el influjo de su santidad se había dejado sentir sobre los varones más prestigiosos de su tiempo, como San Comgan, el abad de Glenn-Uissen; San Pulquerio, el fundador del monasterio de Liathmore, y sobre todo San Brendano, a quien deben su origen, entre otros muchos, el glorioso convento de Cuain-Ferta o Clonfert para varones y el de Annadown para vírgenes, dirigido por su hermana Briga [171]. El recuerdo de Santa Ita quedó perpetuado en una multitud de templos, principalmente a través del condado de Limerick. De este modo, gracias al influjo de Brígida y de Ita quedaron cubiertas con la nieve de la pureza las verdes praderas de la Isla de los Santos.

---

[169] El nombre de la Santa aparece bajo formas muy variadas: Ite, Ytha, Ida, Ide. Con frecuencia, mediante la adición del prefijo antiguo irlandés *mo*, que encierra cierto sentimiento de cariño y reverencia, se la ve asimismo nombrada Mita, Mida, Mide y Midea. Su fiesta se celebra el 15 de enero.

[170] Poseemos una vida de la Santa, cuyo autor se declara casi contemporáneo al señalar como viviente en su tiempo al hijo de un ciego curado por Ita. Ya puede suponerse que la obra, obedeciendo a los gustos de la época, es un tejido de milagros y hechos maravillosos. Los Bolandos han reproducido la edición de Colgan en AASS, mense ianuario, t. I, pp. 1063-1068. Alusiones a Santa Ita presentan asimismo otras varias vidas de santos irlandeses y bretones de aquel tiempo.

[171] Las *Actas* de San Brendano refieren que estuvo de niño durante cinco años bajo la tutela de Santa Ita, a quien nombran continuamente «nutricem suam» y en cuya boca ponen la expresión «alumnus meus sanctissimus Brendanus» (*Vita Sancti Brendani Clonfertensis e codice Dublinensi,* nn. 3, 4, 8, 15 y 22, editado y prologado con una introducción por P. Grosjean en «Analecta Bollandiana», t. XLVIII, [1930], pp. 99-121). Citamos la edición de las *Actas* según este manuscrito por su carácter de mayor genuinidad, ya que la vida de San Brendano, una de las más populares en la Edad Media, se asimiló a principios del siglo IX una serie de novelas de navegación que llegaron a dar pie para que se le haya creído el primer descubridor del continente americano. Véase en los Bolandos, *Bibliotheca Hagiographica latina,* t. I, nn. 1436 -1448, p. 214 s. Datos completados más tarde en «Analecta Bollandiana», t. XLVI (1928),

Irradiación bretona. Reglas de San Columbano

145. Empapadas ya de ascetismo las regiones bretona e irlandesa, sus monjes, en quienes el espíritu algún tanto aventurero ayudaba a su celo apostólico, empezaron a irradiar en todas direcciones, especialmente hacia Escocia, hacia Alemania y hacia Francia. Irradiaron hacia el norte de Escocia, llegando hasta las apartadas Hébridas con el irlandés Columba, quien levantaba en el islote de Jona doce chozas de madera y barro, amén de otra para el abad en terreno un poco más elevado, dando así comienzo al monasterio que había de ser centro de exuberante fecundidad en colonias cristianas, en iglesias y en cenobios [172]. Irradiaron hacia el este, ocupando las regiones de la Recia con el irlandés San Fridolín, que había de consumar en las provincias occidentales de la Germania la obra emprendida por San Severino en las tierras de Nórico [173]: aquella obra, pre-

---

pp. 98-100, 109-111, 116-118, 119-122. San Brendano murió el año 577 ó 583. Su fiesta se conmemora el 16 de mayo.

[172] Antes de San Columba había fundado ya un monasterio en la isla de Whithorn, en Escocia, San Niniano, natural del reino de los Pictos. Muy joven todavía, hacia el año 370 se trasladó a Roma para el estudio de la Sagrada Escritura. Consagrado obispo por el Papa Siricio, volvió a Escocia para evangelizarla, no sin haber entablado antes relaciones muy íntimas con San Martín de Tours y de haber logrado como compañeros de apostolado varios monjes franceses. Primero en la ciudad de Whithorn y luego en la isla del mismo nombre, fundó, respectivamente, una basílica y un monasterio, que fueron focos de apostolado y cultura. (Cf. AASS, mense septembri, t. V, pp. 318-328.) La figura de San Columba obtuvo desde luego más relieve por la mayor extensión de sus monasterios. Su vida fué escrita por Adaman, monje de Hy, que atestigua existir otra biografía anterior, compuesta por Cumeneo Albo, abad del mismo monasterio. (Cf. AASS, mense iunio, t. II, pp. 180-236.) El texto de Cumeneo puede verse en MABILLION, *Acta Sanct. O. S. B.* (Macon 1935), t. I, pp. 361-366.

[173] San Severino, latino de origen, había vivido el monaquismo oriental antes de venir a evangelizar el país Nórico hacia el año 455. En diversas localidades, junto a los campamentos romanos, y especialmente en Faviana, lugar de su residencia última y de su muerte, fué construyendo celdillas de madera para sus monjes, activos apóstoles del Evangelio (AASS, mense ianuario, t. I, pp. 483-499). Uno de sus discípulos, por nombre Eugipio, escribió su vida (CSEL, t. IX, 2: PL 62, 1167-1200). San Fridolín residió un tiempo en Poitiers, donde, con la ayuda del rey Clodoveo, reconstruyó el monasterio de San Hilario, a la sazón en ruinas. Después de recorrer los Vosgos, la Borgoña y la Recia, pasó sus últimos años en una isla del Rin (AASS, mense martio, t. I, pp. 430-441). Se ha conservado su biografía, escrita por BALTHER, MGH, *Script. rerum merov.*, t. III, pp. 350-369. Todavía a principios del siglo VII vendrían de Luxeuil otros discípulos de San Columbano, como San Eustasio, para fundar nuevas cristiandades y monasterios en la región de Baviera, según

ludio de las brillantes fundaciones realizadas más tarde por San Bonifacio y por las dos esposas de Cristo la hija del rey San Ricardo, Santa Walburda, y su compañera Santa Lioba, de raza también anglosajona. Pero principalmente irradiaron hacia la Francia septentrional con el desembarco en las costas de la Armórica de figuras tan relevantes como San Leonor, San Pablo Aureliano, el santo abad Sansón y, sobre todo, San Columbano, que había de dominar con su ascetismo durante largo tiempo casi la mitad de los territorios franceses [174].

Natural de Leinster, en Irlanda, después de haber formado su espíritu en Bangor, junto a San Congall, se dirigió hacia el 590, con otros compañeros, a la Bretaña francesa. No se detuvo, sin embargo, en ella; al punto encaminóse a la corte de Borgoña, y, después de implorada la protección de su rey Gontrán, se retiró a las soledades montañosas de los Vosgos, donde fundó sucesivamente los monasterios de Anegray, Luxeuil y Fontaine, nidos benditos de más de 600 monjes [175]. De Luxeuil, lugar escogido para su residencia, salieron la *Regula Monachorum* y la *Regula coenobialis S. Columbani abbatis,* que aun después de introducida en Francia la Regla benedictina lograron mantenerse en pie frente a ella, sin declararse vencidas [176].

Era San Columbano hombre ardiente y de voluntad indomable, que recordaba en más de un punto al egipcio

nos lo refiere su contemporáneo y biógrafo JONÁS DE BOBBIO. Véase el texto de la vida en MABILLON, *Acta Sanctorum O. S. B.*, Macon 1936, t. II, pp. 116-123. Es un fragmento de la *Vita Sancti Columbani abbatis discipulorumque eius,* lib. II, cap. 7 al 10. Véase MGH, *Script. rerum merov.*, t. IV, pp. 119-130.

[174] La vida de San Columbano constituyó la obra principal de JONÁS DE BOBBIO, quien la escribió en el mismo monasterio donde había muerto el Santo unos veintisiete años antes (ed. BR. KRUSCH, en MGH, *Script. rerum merov.*, t. IV, pp. 1-108, comprendidos los prolegómenos biográficos y críticos).

[175] El que adquirió más celebridad fué el de Luxeuil, donde se educaron muchos hijos de la nobleza gala. Huyendo las persecuciones de la corte, cuya inmoralidad reprobaba, hubo de refugiarse San Columbano en Nantes, de donde por consejo de Glotario II se dirigió a predicar la fe en la Germania occidental. Hacia el 612 pasó a evangelizar a los longobardos de la Italia septentrional, fundando la abadía de Bobbio, famosa por tantos conceptos, en la que había de morir tres años más tarde.

[176] Una edición esmerada de la *Regula monachorum* y de la *Regula coenobialis,* hecha por * O. SEEBASS, puede verse en *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, t. XV (1894), pp. 366-386, y t. XVII (1896), pp. 215-234. En algunas de las antiguas ediciones aparecen ambas soldadas, formando la segunda el capítulo 10 de la primera. (Cf. PL 80, 201-230). *La Regula coenobialis* es un código de sanciones, compuesto fundamentalmente por el Santo, pero completado más tarde con adiciones tomadas de los penitenciales irlandeses. Véanse los diversos estudios de * O. SEEBASS en la revista citada, t. XIII, XIV, XV, XVII y XVIII.

Schenudi. En tensión continua de no conceder alivio ninguno al cuerpo, supo conducir a sus monjes bajo una Regla de lo más austera y dura en sus observancias. Tiempo hubo en que, no contentos aquellos varones con negarse durante el día cualquier solaz que interrumpiese su continua oración y trabajo, llegaron a reducir su alimento a algunas hierbas y cortezas de árboles. Pronto la enfermedad les hizo entrar por caminos más prudentes [177].

Alguna idea de lo que era la vida de dichos monjes podemos formarnos por la distribución del oficio litúrgico, que llenaba gran parte de su tiempo. Con insistencia inexorable sonaba cada tres horas la señal para congregarse y entonar el canto divino. A media noche, a las tres, a las seis y a las nueve de la mañana, a mediodía, a las tres, a las seis y a las nueve de la noche, acudían los monjes al oratorio con este fin, sin dejar apenas posibilidad alguna para el descanso necesario del cuerpo [178].

Por otra parte, las penitencias impuestas, aun por las menores faltas, eran extremas y obligaban a los monjes a una continua vigilancia sobre sí mismos. Quien por descuido en la bendición de la mesa dejase de contestar *Amén*, debía recibir seis azotes sobre sus espaldas desnudas, y otros tantos el que por olvido hiciese uso de su cuchara sin haber trazado sobre ella la señal de la cruz o no evitase las toses importunas al empezar el recitado de los salmos. Tomando por medida tasas tan rigurosas, a nadie podía extrañar que la omisión de las preces acostumbradas antes de la comida se castigase con cincuenta golpes en la forma dicha; la tardanza en llegar a los divinos oficios, con la recitación de cincuenta salmos, y la mentira tuviese por sanción un ayuno de siete días seguidos a pan y agua [179].

A pesar de tal dureza, los monasterios con la *Regla de San Columbano* siguieron extendiéndose por el norte de Francia, especialmente por el Sena y el Marne, en número extraordinario. Y lo que pudiera parecer más extraño es que las mismas vírgenes afluyesen de todas partes para someterse a tan duras prescripciones. No solamente afluyeron numerosas, sino que en pleno siglo VII, cuando la Orden más suave de San Benito iba imperando ya en toda Francia, todavía San Donato, obispo de Besanzon, trazaba una Regla para el convento femenino fundado por su ma-

---

177 *Vita S. Columbani*, lib. I, c. 7 : MGH, t. cit., p. 73.

178 Cf. V. Warren, *The antiphonary of Bangor* (Londres 1895), t. II, p. XVI.

179 *Regula coenobialis*, c. 10, y *De poenitentiarum mensura taxanda*, PL 80, 216-230. Aun cuando no todas las penitencias fueran fijadas por San Columbano, pero eran las ordinarias en sus monasterios según las costumbres irlandesas.

dre Flavia, plagiando en gran parte las ordenaciones y aun el código penal de San Columbano [180].

Con todo, se acercaba el momento en que la Regla benedictina iba a absorber en su seno toda la vida monástica de las Galias, como lo había hecho ya antes, desde fines del siglo VI, con las provincias del mediodía y aun con ciertas regiones centrales, por ejemplo, la de Autún [181]. El hecho consumado se elevará a decisión definitiva en el Concilio General de la Monarquía francesa reunido el año 745 en Leptines [182]. Con esto, las esposas de Cristo quedaban unificadas bajo el hábito benedictino.

---

[180] Escrita hacia el 620, era una amalgama de la Regla de San Columbano con las prescripciones de San Cesáreo y San Benito (PL 87, 273-298). En ella se conservaron muchas de las sanciones corporales de los monasterios de varones de San Columbano.

[181] El año 670 se celebró en dicha ciudad un concilio presidido por el obispo San Ligero, en el que se fijaba como norma universal la Regla de San Benito con estas palabras: «De abbatibus vero vel monachis ita observare convenit ut quidquid canonicus ordo vel regula Sancti Benedicti edocet, et implere et custodire in omnibus debeant» (can. 15: MSCC, t. XI, col. 124). Respecto a la celebración de dicho concilio cf. C. J. HEFELE, *Histoire des Conciles,* trad. por H. Leclercq, t. III (París 1909), pp. 307-309. Entre las causas múltiples que hicieron triunfar la Regla de San Benito sobre la de San Columbano ocupan lugar preferente su mayor adaptación a la naturaleza en las austeridades y régimen de gobierno y el influjo de la gran personalidad de San Gregorio Magno. (Cf. MONTALEMBERT, *Les moines d'Occident,* lib. IX, c. 7, París 1873, t. II, pp. 638-647.)

[182] En el primer canon se dice: «Abbates vero et monachi receperunt regulam Sancti Patris Benedicti ad restaurandam normam regularis vitae» (MSCC, t. XII, col. 371). La celebración de este Concilio de Leptines es históricamente cierta; su identificación con el Concilio General de la Monarquía francesa parece debe también admitirse. (Cf. C. J. HEFELE, *Histoire des Conciles,* trad. por H. Leclercq, t. III, París 1910, pp. 825-827.)

3. A través de la península Ibérica

146. Conatos de cenobitismo según las fuentes del siglo IV. Priscilianistas.—147. Avanzadas monásticas del siglo V. La Regla consensoria.—148. Panorama claustral de varones y vírgenes en la España del siglo VI.—149. Reglas monásticas femeninas: San Leandro y Santa Florentina.—150. Ultimas reglas visigodas: San Isidoro y San Fructuoso.—151. Triunfo final de San Benito

Conatos de cenobitismo según las fuentes del siglo IV. Priscilianistas

146. Ya no faltaba sino un paso más para que la vida cenobítica recogiese en su regazo a las vírgenes de los últimos confines de Europa, donde el Atlántico se eleva como barrera terminal. Poco es lo que nos cuenta España acerca de sus tres primeros siglos cristianos en el aspecto monástico, no porque le faltase vitalidad ascética en aquel tiempo, sino por el mutismo a que la condenaron sus azares posteriores.

No puede ponerse en duda que las jóvenes consagradas a Cristo bajo el velo de la pureza se contaban en gran número, ya que el año 300, por vez primera en la historia universal de la Iglesia, se veía precisado a ocuparse de ellas un Concilio. En Elvira, diecinueve obispos de las regiones más diversas de España, como Málaga, Zaragoza y León, tomaban medidas rigurosas para proteger la virtud de las vírgenes consagradas [183]. El soplo de la virginidad femenina continuó acariciando la superficie de la península, cada vez con más fuerza durante el siglo IV, y a su impulso se arrojaron en los brazos de la pureza con ardor doncellas de todos los órdenes y todas las clases sociales, algunas tal vez niñas sin suficiente discreción, otras apasionadas acaso en su carácter y desprovistas de las necesarias garantías de firmeza. Todo esto, de importancia más restringida dentro de los muros de un cenobio, podía tener trascendencia grave mientras la virginidad germinase próspera, es cierto, pero solitaria como flor cultivada en el jar-

[183] Can. 13: MSCC, t. II, col. 8. El canon siguiente, como es claro, se refiere a vírgenes no consagradas, es decir, a jóvenes seglares antes del matrimonio. Nótese la legislación tan diferente respecto a unas y otras. De la historicidad del Concilio y autenticidad de sus actas no puede levantarse duda racional. (Cf. C. J. HEFELE, *Histoire des Conciles*, París 1907, t. I, pp. 212-220.)

dín familiar. Y tal era el caso de España, según el ambiente reflejado en el Concilio de Zaragoza del año 380, donde vemos a los obispos atentos a refrenar el ardor de los ideales femeninos, señalando la edad de cuarenta años para que las esposas de Cristo pudieran recibir solemnemente el velo sagrado [184].

Tanto en este Concilio como en el primero de Toledo del año 400, que se ocupa asimismo de regular ciertos actos litúrgicos y determinados actos penitenciales acerca de las vírgenes consagradas a Dios en sus propias casas, no se traslucen todavía los más mínimos atisbos de la vida cenobítica en la mujer. Circunstancia tanto más digna de notarse cuanto que la disciplina española, en lo que afecta al voto femenino de castidad, se hallaba muy avanzada, como se ve por los cánones 16 y 19 de este mismo Concilio. En ellos aparece claramente ser considerado el voto de la virgen como impedimento dirimente para el matrimonio, ya que a las prevaricadoras que tomen esposo no se las admite a penitencia hasta tanto que se haya separado o que haya muerto el presunto marido [185].

Sin embargo, a pesar del silencio de este primer Concilio de Toledo, no hay duda que también el ascetismo femenino de España caminaba hacia el claustro, aun cuando pasando por un estado intermedio, que si se dió en otras partes, como es de suponer, no nos ha dejado huellas sensibles, fuera del piadoso cenáculo del Aventino. Casi por los mismos años en que las santas patricias Marcela y Paula creaban su círculo ascético de estrecha trabazón de espíritus, pero sin muros de monasterio, vivía asimismo en Galicia la noble virgen Eteria unida a otras esposas de

---

[184] Can. 8 : MSCC, t. III, col. 635. Salta a la vista el mayor rigor de España con respecto a otras legislaciones, como, por ejemplo, la del Concilio de Hipona del año 393, que había de exigir solamente la edad de veinticinco años para el mismo objeto. (Cf. can. 5 en la segunda serie del *Breviario* de aquel Concilio, conservado por el tercero de Cartago : C. J. HEFELE, *Histoire des Conciles*, edit. cit., t. II, p. 86.)

[185] Véanse los câns. 9, 16 y 19 : MSCC, t. III, col. 1000. El último canon ofrece algunas variantes, como puede verse en el texto, más acertado, de J. SÁENZ DE AGUIRRE, *Collectio Maxima Conciliorum omnium Hispaniae*, ed. cit., t. III, p. 22 s. ; pero los dichos cambios de lectura no tienen trascendencia para nuestro fin. Es de notar que el canon 18 establece una pena semejante para las viudas de obispos, presbíteros o diáconos ; lo cual se explica porque, al parecer, su estado de viudedad llevaba consigo, por el uso establecido, un voto estricto de castidad. (Cf. J. TEJADA, *Colección de cánones de la Iglesia española*, Madrid 1850, t. II, p. 181.) Por lo que hace al sentido de las palabras *profesa* y *devota*, no difieren del significado de *virgen consagrada*. (Cf. DU GANGE-HENSCHEL, *Glossarium mediae et infimae latinitatis*, París 1938, t. III, p. 90, y t. VI, p. 524 s.)

Cristo con lazos de fraternidad muy apretados, que no llegaban, con todo, a formar la clausura de una comunidad cerrada. Hemos tenido antes ocasión de recordar sus aventuradas romerías y piadosas excursiones, en cuyos relatos, salpicados a las veces con una relativa añoranza de sus hermanas en la ascesis, se van descubriendo los perfiles de su profunda vida espiritual [186].

El caso de estos conatos cenobiales, semillas de futuros conventos, no debe considerarse como una floración singular y exótica. Coincide precisamente con los datos que tenemos acerca de uno de los movimientos más profundos de la ascética española en el último cuarto de esa misma centuria. Dejando a un lado el problema que suscita la heterodoxia del corifeo a quien aquella corriente pidió prestado su nombre, Prisciliano [187], una cosa es cierta, a saber, que en grandes áreas de la Bética, en determinadas regiones de la Lusitania, extendida entonces hasta la ciudad de Avila, y en numerosos núcleos de la Galicia, que descendía hasta el Duero, el fervor ascético, tanto entre hombres como entre mujeres, bullía cada vez más desbordante. Eran muchos, en buena parte pertenecientes a la alta sociedad y dotados de esmerada cultura, los que al descender las gradas del baptisterio en edad adulta, según la costumbre de la época, formulaban una especie de voto por el que se entregaban completamente a Dios, renunciando sus bienes en favor de los pobres, consagrando su carne con la continencia y prescribiéndose una nueva vida de ayunos y austeridades [188].

Los *hombres de Cristo,* como se llamaban ellos a sí mismos [189], formaban una especie de asociación moral, que, sin

---

[186] Hablamos de ella en la parte 3.ª, c. 3, n. 118.

[187] Acerca de Prisciliano y de la cuestión de su heterodoxia puede verse el extenso capítulo que le dedica Z. GARCÍA VILLADA en su obra *Historia eclesiástica de España,* t. I, p. 2.ª, c. 5 (Madrid 1929), pp. 91-145, así como las indicaciones bibliográficas del apéndice I, pp. 357-361. Es conocida la tendencia general de los extranjeros, que pretenden, aun en contra de los testimonios coetáneos del personaje, ver en éste una víctima inocente de la intolerancia doctrinal española que había de crear la Inquisición. Un ejemplo de esta postura indulgente para con Prisciliano puede verse en E. CH. BABUT, *Priscillien et le priscillianisme* (París 1909), pp. 1-56, y apéndice IV, pp. 253-290.

[188] Varios de estos detalles y otros semejantes van apareciendo al azar en la obra *Liber apologeticus,* CSEL, t. XVIII, pp. 4, 5, 17, etc. El *Liber apologeticus,* como es sabido, constituye una especie de memorial escrito en nombre de una colectividad y dirigido a determinados obispos, aun cuando sea dudosa la ocasión en que se presentó. De la autenticidad general de éste y los otros tratados publicados por G. SCHEPSS en la citada edición de CSEL no hay duda, después del trabajo que contra G. MORIN escribió J. MARTIN, *Priscillianus oder Instantius?,* en «Historisches Jahrbuch», t. XLVII (1927), pp. 237-251.

[189] *Liber apologeticus,* CSEL, t. XVIII, p. 6.

tener los caracteres de una comunidad cenobítica, poseía la solidaridad suficiente para que sus miembros pudieran tratarse como hermanos, reunirse a tiempos determinados en lugares propios donde se leía y comentaba la Escritura y considerarse ligados por vínculos especiales, aun habitando ciudades lejanas, hasta el punto de permitirse presentar escritos de carácter colectivo, como lo fueron el *Libro al Papa Dámaso* y el *Libro apologético,* conservados entre los escritos de Prisciliano [190].

No hay por qué atribuir a todos los núcleos ascéticos de vírgenes formados en aquel tiempo las extravagancias cometidas por algunos de ellos, según parece priscilianistas, que ofrecieron materia de condenación al Concilio Cesaraugustano, como ayunar los domingos, retirarse en soledad a cuevas y montes durante la cuaresma, absteniéndose aun de los actos litúrgicos de culto; establecer antes de Epifanía un nuevo encerramiento de tres semanas, sea en sus propias casas, sea en fincas apartadas, con prescripciones tan singulares cual la de andar esos días con los pies desnudos [191]. Al margen de estos desvíos, el ascetismo siguió progresando con empuje vigoroso, y es indicio claro de que las mujeres no se hallasen ajenas a tal movimiento el que los cánones del citado Concilio se ocupasen expresamente de ellas, interviniendo en algunas de sus costumbres abusivas, como el prohibirles asistir a las reuniones de varones o formar asambleas en que por sí mismas leyesen e interpretasen la Sagrada Escritura [192].

Para el año 380, la corriente del monaquismo en España, tanto entre ascetas como entre vírgenes, tenía algo

---

[190] Ambos escritos pueden verse en la edición citada de G. SCHEPSS, CSEL, t. XVIII. Uno y otro aparecen redactados en nombre de una comunidad, como lo muestran sus formas plurales. El segundo adopta con frecuencia el carácter de una profesión de fe en el sentido más estricto de la palabra. Los destinatarios del *Libro apologético* eran, sin duda, obispos jerárquicos, aun cuando sigan indecisas la ocasión con que se presentó y la ciudad a que fué enviado. El Concilio de Zaragoza del año 380, el cisma de Mérida, que se suscitó poco después, o el Concilio de Burdeos del 384 tienen defensores serios en orden a haber sido razón inductiva del memorial priscilianista.

[191] Cáns. 2 y 4: MSCC, t. III, col. 634 s. Prescindiendo de semejantes originalidades, el ascetismo priscilianista se proponía un ideal muy elevado, tal vez demasiado elevado, ya que los principios erróneos en que al parecer enraizaba le inducían a un rigorismo extremo. Es digno de notarse, sin embargo, que el Concilio Cesaraugustano no condena ninguna de sus doctrinas, sino únicamente algunas de sus prácticas, y aun éstas sin nombrar a los priscilianistas. Esto último se debió, sin duda, a la advertencia por parte del Papa Dámaso de que no se condenase a nadie nominalmente sin haber antes oído al presunto reo. (Cf. Z. GARCÍA VILLADA, *Historia eclesiástica de España,* ed. cit., t. I, p. 2.ª, c. 5, p. 95.)

[192] Can. 1: MSCC, t. III, col. 633 s.

de arrollador. Esto presupone el canon 6 del Concilio de Zaragoza, en que se prohibe a los clérigos tomar el hábito de monje arrastrados por la seducción vanidosa de una tal profesión [193]. No se trataba en la mayoría de los casos, según parece, de verdaderos cenobios, sino más bien de una vida con matices eremíticos, a lo menos a temporadas y bajo la dirección amplia y un tanto elástica de un abad al estilo egipcio de los Antonios, los Ammones o los Macarios. Así tiene explicación obvia la cláusula intercalada por los Padres conciliares, al indicar que con el paso de los prestes al monacato quedaban abandonados los deberes clericales [194]. Era un argumento al que unos años más tarde había de acogerse Vigilancio, desde Barcelona, para atacar las instituciones monásticas; argumento que seguía presuponiendo una tendencia marcadamente anacorética [195]. Pero adviértase: las virulentas campañas de Vigilancio dan a entender un enemigo fuerte frente a sí y confirman, por tanto, el desarrollo exuberante del espíritu ascético hispano.

Esta corroboración proveniente del campo adversario no es sino la contraprueba de lo que ya se traslucía con claridad en la carta escrita unos años antes, en 385, por el Papa Siricio a Himerio, obispo de Tarragona, en la cual se veía obligado el Pontífice a legislar sobre los monjes de ambos sexos, al mismo tiempo que exhortaba a los prelados españoles a elegir de entre ellos las vocaciones clericales [196]. En verdad, este documento, que ya tuvimos ocasión de comentar, nos podría hacer pensar en el establecimiento del cenobitismo en nuestra patria, dadas sus múltiples referencias a *monjes, monjas y monasterios*. Se impone, con todo, la precaución. El sentido ambiguo de tales

---

193 MSCC, t. III, col. 635.

194 «De officio sponte discesserit» (ibid.). No se trata, pues, de un castigo impuesto, sino de una incompatibilidad con la vida solitaria de encierro o de aislamiento en un desierto. Más tarde el Concilio IV de Toledo, en el año 633, cuando la vida común se hallaba ya en pleno desarrollo, hablaría en tono muy distinto, advirtiendo a los obispos no pongan trabas a los clérigos que deseen entrar en los monasterios (can. 50: J. SÁENZ DE AGUIRRE, *Collectio Maxima Conciliorum Hispaniae*, ed. cit., t. III, p. 374; MSCC, t. X, col. 631).

195 «Si omnes se clauserint et fuerint in solitudine, quis celebrabit ecclesias? Quis saeculares homines lucrifaciet? Quis peccantes ad virtutes poterit exhortari?» (SAN JERÓNIMO, *Ad Vigilantium*, n. 15: PL 23, 351).

196 *Epist. Siricii ad Hymerium*, nn. 6 y 13: PL 56, 557 y 561. Esta recomendación del Pontífice refuta claramente las afirmaciones demasiado generales y exageradas de * BABUT en la obra cit., *Priscillien et le priscillianisme*, pp. 67-75, especialmente en lo que se refiere al Papa Siricio. Este dice expresamente «optamus et volumus», deseamos y es nuestra voluntad que se eleve a la dignidad clerical a monjes de cuya gravedad conste.

palabras en aquella época [197], no menos que la orden del Pontífice para que las personas así consagradas, pero prevaricadoras, hagan penitencia, *detrusae in suis ergastulis,* con alusión probable a los retiros anacoréticos de los priscilianistas en sus cuevas o fincas suburbanas, nos obligan a no avanzar conclusiones prematuras [198].

A éstos se reducen los datos concretos aportados por las fuentes antes de finalizar el siglo IV. Poco después, en la media centuria siguiente, el carácter monástico se va orientando más y más hacia el cenobitismo, no solamente entre los varones, sino también y sobre todo entre las vírgenes, como nos lo muestran ciertas descripciones breves, pero taxativas. Era natural que así sucediese, dada la proximidad de las fundaciones galas y, sobre todo, el influjo de los escritos de Casiano junto con los ejemplos de Lerins.

Avanzadas monásticas del siglo V. La Regla consensoria

147. En rigor, para seguir desenvolviendo de un modo continuo el ovillo de la historia ascética española sería menester rellenar el foso del siglo V, obscurecido por invasiones y contrainvasiones, luchas, ruinas y movimientos nacionales, entre los que apenas han sobrevivido, esparcidos acá y allá, algunos restos semiescondidos, aunque suficien-

---

[197] Recuérdese lo que dijimos en la parte 3.ª, c. 3, especialmente en la nota 13. Por lo mismo, y con mayor razón, no puede ofrecernos fuerza probativa la frase contenida en la segunda de las cartas, tan llenas de interés ascético, escritas en España hacia el año 400, y que pueden verse editadas y comentadas por G. MORIN, *Pages inédites des deux Pseudo-Jérômes des environs de l'an 400: I, Deux lettres mystiques d'une ascète espagnole,* en «Revue Bénédictine», t. XL (1928), pp. 280-310. En la segunda carta dice la autora del escrito : «Et tu quando non longe a conversatione hominum in secreto *monasterii* his diebus coeperis habitare, quid nisi iuxta Egyptum in heremo esse dicaris ?» (ibid., p. 298). En este caso, lo más probable es que se trate de un lugar solitario para una sola persona, según la significación griega del vocablo. Tal es el ambiente de la época, reforzado con el recuerdo, tan hispánico, de las semanas de penitencia que han de preceder a la Epifanía. Sería curioso anacronismo el imaginarse la práctica de unos ejercicios espirituales en el seno de una comunidad monacal.

[198] No puede darse como terminante, según indican algunos autores, que el sentido de la frase «in suis ergastulis» deba referirse a prisiones en que el Pontífice mandase fueran encerradas como castigo de su pecado ; el posesivo *suis* hace dudoso el significado de todo el conjunto, pareciendo indicar un lugar propio de voluntario aprisionamiento y no un encierro obligado en cárcel ajena *(Epist. Siricii ad Hymerium,* 6 : PL 84, 632). Este sentido adopta, por ejemplo, * E. CH. BABUT, *Priscillien et le priscillianisme,* p. 70, nota 2.

tes para testimoniar que el impulso ascético, ya claramente cenobítico, continuaba su avance.

Son rápidas alusiones, a manera de destellos de relámpago, que de vez en cuando iluminan el paisaje de aquellos tiempos obscuros en la historia peninsular. Tales, por ejemplo, las visiones de aquellos monjes cantando los salmos en común que nos presenta el obispo de Mallorca, Severo, al referirnos en su carta del año 418 la conversión de los judíos de Mahón [199]; tales las indicaciones que tres años más tarde nos hace Orosio sobre los ascetas de Cabrera, probablemente cenobitas, que fueron llamados para ayudar con sus oraciones, ayunos y cánticos del divino oficio, a Mascezel en su triunfo contra su hermano rebelde, Gildo, gobernador de Africa [200]; tales, y de especial importancia por referirse a esposas de Cristo, los datos aducidos en su cronicón por Idacio, según el cual a la entrada del rey Teodorico con su ejército en Braga, el año 456, volvieron a renovarse los horrores de Jerusalén, arrancando los altares del sacrificio, destruyendo las basílicas y arrojando de ellas a las vírgenes consagradas al Señor [201]; tales, finalmente, las fosforescencias sepulcrales del epitafio de Vairao, en Galicia, que nos da a conocer la fundación de un convento femenino llevado a cabo por Marispalla el año 484, del que ninguna otra huella se ha sobrepuesto a la acción devastadora de los tiempos posteriores [202].

Más difícil es precisar cuál era la regla por la que se regían aquellas comunidades del siglo V. Es muy probable que cada convento estableciese sus propias normas según las inspiraciones recibidas directamente del Egipto por algún piadoso peregrino o indirectamente a través de los escritos de Casiano y los ejemplos de Leríns. En la vitrina de los siglos ha quedado, sin embargo, guardada hasta nuestros tiempos una Regla de aquella centuria, la primera de España entre las conocidas, y que por razón de su exordio

---

[199] *Epist. Severi Episcopi de iudaeis*, PL 20, 731-746.

[200] *Historiarum adversus paganos liber VII*, n. 36: CSEL, t. V, p. 534 (PL 31, 1156). Respecto a la isla de Cabrera poseemos asimismo el testimonio de San Agustín en una carta exhortatoria al abad Eudoxio, superior de una comunidad de monjes en aquellas tierras (*Epist. 48*, PL 33, 187). La fecha de la carta es dudosa. Según los Maurinos, fué escrita el 398; en cambio, Pérez de Urbel la retrasa hasta el año 418, en que Orosio pudo dar conocimiento al Doctor de Hipona de aquellos religiosos. (Cf. *Los monjes españoles en la Edad Media*, ed. 2.ª, t. I, p. 101.)

[201] «Virgines Dei exim quidem abductae sed integritate servata» (Hydacii Lemici, *Continuatio Chronicorum Hieronymianorum*, n. 174: MGH, *Auctores antiquissimi*, t. XI, p. 29 (PL 51, 885).

[202] *Inscriptiones antiquae christianae*, ed. AE. Huebner (Berlín 1871), n. 153, p. 43.

ha tomado el nombre de *Regula consensoria monachorum*[203]. Por desgracia es muy poco lo que nos dicen respecto al espíritu interno sus ocho capítulos, que, no obstante su brevedad, traslucen una práctica de perfección inferior a otros ambientes monacales de la época dentro de España[204].

Examinada de cerca su redacción, presenta una serie de rasgos que la denuncian como producto de la ascética priscilianista, exenta, eso sí, de toda tacha en cuanto a la ortodoxia dogmática. Es nota saliente, entre otras, la débil autoridad concedida en ella a los abades, a quienes se recuerda su obligación de someterse a la Regla, como cualquier monje de la comunidad, aun cuando otorgándosele al mismo tiempo el significativo título de *doctor,* tan en boga en los círculos priscilianistas[205]. E indicio no menos fuerte, en el mismo sentido, es su inclinación a las referencias bíblicas, sin faltar citas de los libros apócrifos, tan estimados por aquellos herejes[206]. Hay, sin embargo, en la *Regla consensoria,* redactada por común acuerdo de la comunidad, un elemento de sumo interés y plenamente hispánico, que ha de aparecer en las Reglas posteriores, cual es el nombre de *pacto,* dado a la profesión, junto con la costumbre de ser suscrita la Regla por todos los monjes[207]. No es necesaria la salvedad, pero tengámosla en cuenta: el hecho de que la *Regla consensoria* haya logrado salvar los obstáculos de quince siglos no prueba que fuese en su tiempo el código monástico de influjo más dominante.

Fuesen unas u otras las Reglas escritas o normas orales por las que se regían los monasterios de varones y de vírgenes en el siglo V, una cosa puede establecerse con certeza, y es la veneración que el pueblo les prestaba y la estima que de ellos tenían los prelados, como lo demuestra el poeta aquitano, monje en Vasconia y obispo de Auch, en ciertos fragmentos de su *Commonitorio*[208]. Al poner Oriencio la figura de los monjes ante los ojos de sus lectores

[203] PL 66, 993-996. Acerca del carácter y circunstancias de esta Regla, véase C. Mazón, *Las Reglas de los religiosos. Su obligación y naturaleza jurídica,* Col. Analecta Gregoriana, t. XXIV (Roma 1940), pp. 63-65.

[204] Se echa de ver, por ejemplo, cierta preocupación por los bienes materiales. (Cf. 2, 4, 8, lug. cit.)

[205] Fué uno de los puntos condenados por el Concilio de Zaragoza, canon 7: MSCC, t. III, col. 635.

[206] Cf. De Bruyne, *La «Regula consensoria», une Règle des moines priscillianistes,* en «Revue Bénédictine», t. XXV (1908), pp. 83-89.

[207] Holstein-Brockie, *Codex Regularum,* I, 136: PL 66, 996.

[208] AASS, mense maio, t. I, pp. 60-64. La identificación del poeta y el obispo del mismo nombre parece conclusión cierta históricamente. (Cf. O. Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur,* Freiburg 1924, t. IV, pp. 640-642.

(a quienes desea ver ingresar en aquellas huestes gloriosas), los describe: "Vestidos con la blanca túnica del bautismo, exentos de toda mancha carnal, felices ya con la posesión de la más alta gloria, cual es la de haber vencido los cambiantes de la falsa luz y los halagos del cuerpo traidor, esperando la verdadera vida dispuestos a entregar sin temor sus almas piadosas por el nombre de Cristo... Aquellos que, despreciando las blandas caricias de la fama, aspiran únicamente a los premios del juicio futuro, llevan aquí en la tierra una vida dichosa entregados a la suave contemplación de los bienes imperecederos y aguardan otra vida mejor, puesto que, cuando venga el Señor como Rey a juzgar al mundo, le rodearán cual apretada corte, siguiéndole adondequiera que El se dirija, anegados en la verdadera luz, luz de día esplendoroso, con la que sus rostros de tal manera aparecerán hermoseados, que no habrá mirada humana capaz de resistir sus fulgores" [209].

Estos datos ralos y escuetos no son capaces, claro está, de satisfacer nuestra curiosidad sobre la ascética virginal del siglo V. Las perturbaciones políticas de la época son las responsables. En la centuria siguiente, la mayor estabilidad pública, aun en medio de sus frecuentes luchas, y la actitud más condescendiente con el elemento eclesiástico, a pesar de la sañuda persecución arriana, nos ofrecerá una mayor exuberancia monacal, a manera de terreno recién fecundado por las lluvias y el huracán de la tormenta.

Panorama claustral de varones y vírgenes en la España del siglo VI

148. Los monasterios del siglo VI nos han dejado huellas por doquier. Es cierto que abundan más las correspondientes a conventos de varones que de vírgenes; pero esto no demuestra supremacía de aquellos en cuanto al número. También en España, como hemos visto en otras partes, los cenobios femeninos brotaron humildes tras los muros de las grandes abadías monacales, y era inevitable que la nombradía de éstas ocultase entre los vuelos de las hopalandas de sus abades la callada existencia de las vírgenes.

No nos hace falta salirnos mucho trecho de los límites del siglo VI para que nada menos que un Concilio, el segundo de Sevilla del año 619, no sólo reconociese, sino prescribiese la costumbre, ya sin duda seguida hacía tiempo, de que los conventos femeninos quedasen bajo la tutela de una

[209] *Commonitorium*, lib. II, vv. 327-346: CSEL, t. XVI, p. 240.

comunidad de monjes [210]. Religiosos de edificación y prudencia eran nombrados por el obispo *padres espirituales* o *provisores,* que instruyesen a las esposas de Cristo, dirigiesen sus almas, les celebrasen los divinos oficios o bien administrasen sus bienes y defendieran sus intereses cuando la necesidad lo exigiera. Ellas, por su parte, confeccionarían, en justo agradecimiento, los hábitos para los monjes. Y mientras tanto, la jerarquía eclesiástica, velando desde un plano más elevado por unos y otros, cuidaría de que la separación y clausura más rigurosa presidiese todas aquellas relaciones con la conveniente distancia entre ambos monasterios, la prohibición impuesta a los monjes de llegarse ni aun al vestíbulo del edificio femenino y el precepto de que, fuera del padre espiritual y provisor, sólo al abad estuviera permitido hablar con la abadesa, y aun esto rara vez y en presencia de dos o tres hermanas. Eran cautelas imprescindibles para evitar peligros o alejar sospechas maliciosas.

Este aspecto de las prácticas monásticas nos autoriza a suponer un desarrollo paralelo en la propagación de los conventos femeninos, aun cuando nuestra mirada no contemple a las veces sino cogullas de monjes. Estas, sí, se asoman a la continua durante el siglo VI en cánones conciliares, monumentos literarios e inscripciones arqueológicas.

A los comienzos de la citada centuria se leía, por ejemplo, el epitafio de Juan, el venerable obispo de Tarragona, abad de un monasterio edificado junto a la misma ciudad, que presidió en los años 516 y 517 los Concilios tarraconense y gerundense [211], haciéndose acreedor a una lápida sepulcral, cuyas alabanzas sinceras y densas se entrelazaban en esta última guirnalda: "Las generaciones venideras ensalzarán tu nombre y tu dulce bondad. Tus hechos mismos impedirán a los siglos el olvidar los méritos que contrajiste durante diez lustros, manteniendo en el fiel la balanza de la justicia. Fuiste doctor y guía de monjes y pueblos, hasta que a los ochenta años entregaste a Dios tu alma" [212].

A esta inscripción había de seguirse poco después la de su sucesor en la misma sede, el obispo Sergio, presidente de los Concilios de Barcelona y Lérida [213], padre de los ne-

---

[210] Can. 11 : MSCC, t. X, col. 560 s.

[211] MSCC, t. VIII, col. 543 y 550.

[212] *Inscriptionum Hispaniae christianarum supplementum,* ed. ZE. HUEBNER (Berlín 1900), n. 413, p. 84.

[213] MSCC, t. VIII, col. 615, y t. IX, col. 109. El Concilio de Barcelona tuvo lugar el año 540. Respecto al de Lérida, la fecha es más

cesitados y consuelo de las viudas, que, además de restaurar varios templos derruídos, construyó, según nos dice su epitafio, un cenobio no lejos de Tarragona para los monjes consagrados a Dios [214]. Y todavía, sin apartarnos mucho de aquella región, encontramos junto al pueblecillo de Valclara vestigios de una antigua construcción, tal vez el monasterio fundado en 585 por el cronista visigodo Juan Biclarense, luego obispo de Gerona y autor, según San Isidoro, de una Regla monacal, de la que no han quedado huellas [215]. Después de recordar estos datos, no puede extrañarnos el que tanto el Concilio de Tarragona del año 516 como los de Barcelona y Lérida se vieran compelidos a tratar de los monasterios, su régimen y su disciplina [216].

Esta misma visión de florecimiento cenobítico, de progresivos rebrotes y de estrecha colaboración con la jerarquía se nos iría presentando si recorriésemos detenidamente todas las provincias de la Península en el siglo VI. Extramuros de Valencia encontraríamos el monasterio de San Vicente, gobernado por Justiniano en el momento en que éste era llamado a ocupar la sede episcopal del Turia [217]: varón "piadoso, preclaro, sabio, activo y fecundo", según decía su inscripción funeraria, hermano de otros tres obispos escritores, que supo desplegar, junto a sus dotes de elocuencia sagrada y sus actividades de ingeniero, un celo vigilante, en especial para con las vírgenes de Cristo, a las

---

dudosa. Aun cuando las actas señalan el año 15 de Teodorico, es decir, el 524, la mayoría de los historiadores eclesiásticos de España se inclinan a ver una lectura defectuosa del texto, que debería decir Teudis, resultando, por tanto, el año 546. (Cf. J. Sáenz de Aguirre, *Collectio Maxima conciliorum omnium Hispaniae*, t. III, p. 172; J. de la Canal, *España Sagrada* (continuación de E. Flórez), t. XLVI, pp. 170-175, 301-307.

[214] *Inscript. Hispaniae christ. suppl.*, n. 413, p. 85.

[215] *De viris illustribus*, c. 44, n. 62: PL 83, 1105. Tal vez se trataba, como en otros muchos casos, de una regla o conjunto de ordenaciones meramente orales. El lugar del monasterio es objeto de controversia, y no pocos rechazan su localización en el actual pueblecillo de ese nombre, próximo a Montblanch, en la jurisdicción de la abadía de Poblet. Sin embargo, no pudiendo ninguna otra villa alegar razones serias a su favor, sigue aquel lugar conservando sus probabilidades. (Cf. E. Flórez, *España Sagrada*, t. VI, apéndice VIII, p. 360 s., y sobre todo la continuación de la misma obra por A. Merino, t. XLIII, pp. 49-58.

[216] Concilio de Tarragona, can. 11: MSCC, t. VIII, col. 543; Concilio de Barcelona, can. 10: MSCC, t. IX, 110; Concilio de Lérida, cáns. 3 y 6: MSCC, t. VIII, 612 s. Posteriormente, todavía en el mismo siglo, volvió a ocuparse de los monjes el III de Toledo, cáns. 4 y 22: MSCC, t. IX, 994 y 998 s.

[217] Cf. San Isidoro, *De viris illustribus*, c. 33: PL 83, 1099. Sus escritos no han llegado a nosotros. Fué hermano, como es sabido, de otros tres obispos y escritores: Justo de Urgel, Nebridio de Egara (Tarrasa) y Elpidio de sede desconocida.

que edificó monasterios de vida común en que bendijesen al Señor [218].

En las proximidades de Valencia tropezó asimismo Leovigildo, cuando su irrupción hacia las colonias bizantinas, el año 582, con el convento dedicado a San Martín, cuyos monjes, aterrados ante la proximidad del rey arriano, se refugiaron en una isla costera. Sólo el abad, anciano y achacoso, permaneció en el claustro, ofreciéndose como víctima indefensa a los insultos y golpes de la soldadesca. Ya se alzaba en el aire la espada homicida, presta a cortar su cabeza, cuando cayó repentinamente muerto el godo que la empuñaba. El propio Leovigildo, impresionado por el suceso, daba orden para devolver al convento todos sus bienes [219].

Encontró, pues, un ambiente ascético francamente acogedor en aquellas regiones el abad Donato cuando, huyendo las luchas africanas del siglo VI, cruzó el estrecho, con 70 monjes y un gran número de códices manuscritos, en busca de un refugio tranquilo. Una dama piadosa le prestó su ayuda, y de este modo al poco tiempo se elevaba en la misma región levantina el monasterio Servitano, tenido en otros tiempos por el más antiguo de España y que dió obispos tan notables como Eutropio, quien, siendo todavía simple abad, junto con Juan Biclarense, fueron los principales auxiliares de San Leandro en la dirección del III Concilio toledano, forja de la monarquía católica de Recaredo. El renombre y fama de santidad del fundador San Donato llegó a ser tan grande en la Península, que ha sido tenido por autor de una Regla monacal, que probablemente jamás pensó escribir [220].

Dentro de la misma provincia cartaginense, según la antigua división política, reclamaría nuestra atención, sobre todos los demás monasterios, la famosa abadía *agaliense* de San Cosme y San Damián, en los arrabales de Toledo, cuya fundación se unió falsamente a la memoria del rey Atanagildo, pero que debe ponerse, en todo caso, a fi-

---

[218] *Inscript. Hispaniae christ. suppl.*, n. 409, p. 82. De dicha inscripción están tomados los epítetos del texto.

[219] San Gregorio de Tours, *In gloria confessorum*, c. 12: MGH, *Script. rerum merov.*, t. I, p. 755 (PL 71, 837).

[220] No ha quedado rastro alguno de dicha Regla escrita, cuya existencia descansa en la frase, un poco vaga, de San Ildefonso (*De viris illustribus*, c. 4: PL 96, 200), que no habla precisamente de redacción escrita. En cambio, su discípulo Eutropio compuso un interesante tratado, *De districtione monachorum et ruina monasteriorum* (PL 80, 15-20). De él y de sus escritos hablan Juan Biclarense, *Chronicon*, PL 72, 867, y San Isidoro, *De viris illustribus*, c. 45: PL 83, 1106. No es necesario advertir el error de San Ildefonso al hacer de San Donato el primer introductor de la vida monástica en España.

nes de esta misma centuria [221], y cuya celebridad había de llegar a su apogeo a partir del año 615, en que daría a la sede metropolitana del Tajo cuatro de sus más grandes prelados: San Eladio, San Justo, San Eugenio I y San Ildefonso [222]. Hubiéramos podido contemplar en la provincia Bética, cerca de Sevilla, el monasterio, hoy desconocido, donde llevó vida monacal durante varios años San Leandro antes de emprender su primer viaje a Constantinopla en busca de auxilio para el príncipe San Hermenegildo [223]; y poco más al sur, dentro de la jurisdicción de Ecija, en Arahal, aquel otro cenobio, cuyo monje Fulgencio, muerto en 543, mereció un epitafio que ha logrado salvar la tormenta de las invasiones sarracenas [224].

También de las extintas voces que cantaron en los conventos de vírgenes del siglo VI las melodías divinas ha llegado una hasta nosotros. En un lugar que conserva todavía el nombre de Monasterio, en la Dehesa de Alcovaza, junto a Jerez, una inscripción del año 522 nos habla de la piadosa Macona consagrada a Dios [225]. Por desgracia, no pasan de ahí nuestros datos.

Pronto descubriríamos cómo en torno a Mérida el panorama cenobítico se hacía más denso. Junto a la capital misma se presentaría a nuestros ojos el monasterio fundado por el abad africano Nuncto, venido a la Península en tiempos de Leovigildo, tan celoso de la pureza, que se hacía preceder y seguir, respectivamente, por dos monjes para

---

[221] Véanse sobre esto las advertencias de E. Flórez, *España Sagrada*, t. V, pp. 276-278.

[222] Montalembert incluye en la lista de los monjes agalienses, que pasaron a la silla de Toledo, a Arausio y Eugenio III, el Obispo poeta, aun cuando no sabemos con qué fundamento (*Les moines d'Occident*, París 1873, t. II, p. 231, nota 1). Cerca también de Toledo, probablemente en la actual localidad de Valdecaba, existía otro monasterio dedicado a San Félix, «in Villula Cabensi», donde se formaron San Julián y Gudila; pero no puede determinarse si pertenece a este siglo o al siguiente. (Cf. Félix de Toledo, *Vita Sancti Iuliani*, c. 3: PL 96, 446.)

[223] San Isidoro, *De viris illustribus*, c. 41: PL 83, 1103.

[224] *Inscript. Hispaniae christ. suppl.*, n. 93, p. 26. Tal vez pertenece a este mismo siglo otro convento en Fregenal de la Sierra, de cuyo abad Honorio ha quedado asimismo una inscripción. (Cf. ibidem, n. 49, p. 17.)

[225] *Inscript. Hispaniae christ.*, n. 51, p. 18. La fórmula «Macona devota famula Dei», que pudiera interpretarse de una virgen habitando en su casa, pierde su ambigüedad por la toponimia del paraje. No podemos determinar si se fundó en este mismo siglo otro convento femenino que existía ya ciertamente en Medina Sidonia el año 649. Una lápida sepulcral de esa fecha nos atestigua estar allí sepultada la virgen Servanda, muerta a los treinta años, después de haber servido a Dios en compañía de otras esposas de Cristo (*Inscript. Hispaniae christ.*, n. 86, p. 25).

evitar el encuentro de cualquier mujer [226]. En diferentes lugares de la provincia se nos iría mostrando la munificencia con que dotaba los numerosos monasterios por él mismo fundados, después de su consagración en el año 573, aquel gran obispo de Mérida Masona, devoto entusiasta de Santa Eulalia y confesor intrépido de la fe a través de persecuciones y destierros [227]. Y por fin, antes de alejarnos definitivamente de la diócesis de Mérida, y a solas ocho millas de la ciudad, podríamos dirigir una última mirada al famoso monasterio cauliense (Santa María de Cubillana), uno de cuyos más preclaros abades había de ocupar años más tarde, en 616, aquella misma sede episcopal, y a cuyas puertas, según se contaba, llamaría un siglo después el infeliz rey Rodrigo, huyendo de los árabes victoriosos, de sus vasallos traidores y de su propia ignominia [228].

Pero donde alcanzó el monaquismo una densidad mayor fué en el norte de España, a partir de Galicia, a través de Cantabria y Vasconia hasta los últimos confines de Sobrarbe y Ribagorza. Se debió a la personalidad vigorosa de una serie de ascetas iniciadores de sendos impulsos monacales, entre los que descuellan San Victoriano de Asán, San Millán de la Cogolla y San Martín de Braga.

El primero de los tres en morir, aun cuando no en nacer, fué San Victoriano. El año 522 descendía de los Pirineos por las orillas del Cinca un santo varón de habla extranjera y que por su porte podía contar hasta cuarenta y cuatro años de edad [229]. Procedía de Italia, donde, después de haber sa-

[226] *De vita Patrum emeritensium*, c. 3 : PL 80, 126-128. Respecto al valor de la obra puede verse J. GARVIN, C. S. C., *The vitas Sanct. Patrum emeritensium*, Col. Studies in Medieval and Renaissance Latin Language and Literature, vol. XIX (Wáshington 1946).

[227] «Statim in exordio episcopatus sui *monasteria multa* fundavit, praediis magnis locupletavit, basilicas plures miro opere construxit et multas ibidem Deo animas consecravit» (*De vita Patrum emeritensium*, c. 9 : PL 80, 139 ; ed. GARVIN, p. 192). Véase E. FLÓREZ, *España Sagrada*, t. XIII, pp. 201-206. No cabe duda que parte de dichos monasterios serían de vírgenes. Una inscripción hallada cerca de la iglesia de Santa Eulalia nos habla de las obras de un monasterio llevadas a feliz término por la virgen y madre de vírgenes Eugenia, pero ya dentro de la centuria siguiente, en el año 641 (*Inscript. Hispaniae christ. suppl.*, n. 333, p. 22).

[228] E. FLÓREZ, *España Sagrada*, t. XIII, pp. 208-214 : PL 80, 122-126. Que su fundación tuviera lugar antes de finalizar el siglo VI, queda atestiguado por la carta de un tal Tarra, monje de aquel convento, que acude al rey Recaredo (muerto en 601) pidiendo justicia de las amargas vejaciones de que ha sido objeto. (Cf. E. FLÓREZ, obra y tomo citados, apéndice IV, p. 414 s.) Otras anécdotas curiosas del monasterio cauliense fueron recogidas en la *Vita Patrum emeritensium*, c. 2 : PL 80, 122-126 ; ed. GARVIN, pp. 146-154.

[229] Una biografía suya de innegable valor histórico en lo substancial nos ofreció FRANCISCO DIEGO DE AINSA E IRIARTE, AASS, mense ianuario, t. I, pp. 738-742.

ciado sus ansias literarias en las ciencias de la antigüedad, se entregó a la vida ascética, fundando varios hospitales y monasterios en su propia nación. Pasó más tarde a las Galias, huyendo las alabanzas de sus conciudadanos, y, al fin, impelido por la misma inquietud espiritual de renuncia, atravesó la cordillera franco-ibérica, posando en una cueva sobre lo alto de una roca escarpada, a la que aun las cabras silvestres llegaban con dificultad [230]. Allí acomodó devotamente un oratorio y determinó acabar en aquel lugar sus días, hecho holocausto de oración y penitencia por la salud de la Iglesia.

Fueron días de tranquilidad y dulzura, que no habían de durar largo tiempo. Pronto se percataron de su santidad muchas almas piadosas, que le compelieron con sus instancias a descender a una planicie denominada Arrasate, junto a las orillas del Cinca. Multitud de celdas surgieron en torno a la del anacoreta, y la concurrencia del pueblo que venía a visitarle era tan nutrida, que, al decir del biógrafo, simulaba un enjambre de abejas, pugnando en su revoloteo por entrar en la colmena.

La vida de Victoriano, que había comenzado a lo Pablo y continuado a lo Antonio, debía terminar con la fecundidad de un Pacomio. El próximo monasterio de San Martín de Asán interpuso la autoridad del rey Teudis para que el monje de Arrasate viniera a ser su abad. Tuvo que condescender el Santo de nuevo, y los cenobitas asenenses pudieron aprovecharse de sus enseñanzas, basadas en la unión fraterna de almas y corazones [231].

¿Qué regla adoptó el nuevo abad para sus hijos? Imposible averiguarlo; pero sí conocemos una modalidad de su actuación, en que florecían recuerdos de su edad primera. Convirtiendo el monasterio en una escuela de enseñanza para la juventud estudiosa, preludió en Aragón los famosos centros literarios de San Leandro y San Isidoro de Sevilla. En las sedes de Narbona, Nimes, Huesca, Tarazona y Tarragona se sentaron antiguos estudiantes del monasterio asanense. Es frase de su biógrafo que "el buen olor de aquel convento y sus frutos suavísimos se extendieron a lo lejos. A la manera como un huerto cerrado, o como un depósito de aromas, o un pebetero de mirra e incienso exha-

[230] La leyenda novelesca que enlaza este viaje con la historia de Santa Maura, la dama francesa de quien tuvo que huir San Victoriano, así como la narración del milagro del mijo segado al día siguiente de su siembra, pueden verse en P. SAINZ DE BARANDA, *España Sagrada*, t. XLVIII, p. 106 s.

[231] Nos ha conservado su biógrafo unas palabras del Santo en que se establecen estas máximas como una parte de las normas prescritas por aquel fundador (F. D. DE AINSA E IRIARTE, *Vita Sancti Victoriani*, c. 3, n. 19: AASS, mense ianuario, t. I, p. 741).

lan en su derredor una gran fragancia, así la buena fama de aquel centro de ascetismo excitó por todas partes extraordinaria veneración" [232]. Sin duda que fué grande, pues la muerte encontró a San Victoriano convertido en patriarca fecundo de vida cenobítica. Desconocemos la dirección geográfica que siguieron las nuevas fundaciones desgajadas de Ansa, ni la parte que en ellas tuvo la virginidad femenina; pero no puede negarse un fundamento positivo a la voz de su epitafio, cuando clama con tono un poco ditirámbico: "... llenó la Iberia y las Galias con los nuevos brotes de sus monasterios" [233].

Si éstos siguieron la dirección del Occidente, tropezarían con otro centro de ascetismo que dejó tras sí una de las abadías más celebradas en la Edad Media española [234]. Brotó a los sones de la cítara de un humilde pastor de ovejas, que, a pesar de su sencillez, habría de mover las plumas de dos biógrafos tan insignes como San Braulio de Zaragoza y Gonzalo el poeta de Berceo, su paisano [235]. Entre los silencios de sus soledades y las armonías de sus músicas oyó dentro de sí la voz de Dios cuando apenas contaba veinte años de edad, hacia el 493 de nuestra era cristiana, y después de instruirse en la ascética del anacoretismo con un eremita llamado Félix, volvió a su patria, dispuesto a sumergirse en la contemplación de Dios sin más velos que la tenue envoltura de su carne, cada vez más afinada por la penitencia.

El entusiasmo despertado por sus virtudes le hizo esconderse en una cueva de la Cogolla, en los montes del Distercio, paraje favorito de nieves y tempestades. A los cuarenta años de vida eremítica, abrió en su vida un paréntesis el obispo de Tarazona, ordenándole de sacerdote y encargándole la parroquia de su villa natal. El paréntesis se cerró pronto. Persecuciones injustas le hicieron volver ale-

---

[232] Ibid., n. 21, ed. cit., p. 741.

[233] *Inscript. Hispaniae christ. suppl.*, n. 390, p. 73 s.

[234] El códice emilianense de los siglos IX y X trae al fin del libro II de los Macabeos una lista de abades del monasterio de la Cogolla encabezada con el nombre de San Millán. El historiador VICENTE DE LA FUENTE (*España Sagrada,* t. L, p. 33 s.) no dudó en juzgarla como obra de un falsario. El P. Z. GARCÍA VILLADA, *Hist. ecles. de España,* t. II, p. 1.ª, p. 316, parece admitirla como verídica. En todo caso, la fundación monacal de San Millán descansa en otros argumentos independientes de dicho catálogo, como en seguida veremos.

[235] La *Vida* de San Braulio posee, sin duda, garantías históricas, ya que utilizó fuentes de primera mano, como eran los testimonios de Citonato, Sofronio, Geroncio y Potamia, todos ellos discípulos de San Millán, de los cuales dos volvieron a revisar el escrito antes de publicarse (*Vita S. Aemiliani confessoris,* PL 80, 699-714). Véanse las afirmaciones del autor en la dedicatoria de la vida a su hermano Fronimiano, nn. 1 y 2.

gre de nuevo a su retiro del Distercio, que no había ya de abandonar sino cuando la voz de Dios le llamase junto a sí a los ciento un años de edad [236].

San Braulio nos pinta a Millán enfermo y senescente, de más de ochenta años, aunque fiel a sus acostumbradas penitencias, rodeado por un *colegio* de presbíteros, de los que ha llegado a nosotros la memoria de un Aselo, unido al anciano monje con especiales lazos de amistad, y de un ministro o procurador que proveía a las necesidades del sustento. Cuando esto escribía el obispo zaragozano, era ayudado en la revisión de sus datos por un discípulo de San Millán, nombrado Citonato, a quien Braulio da expresamente el título de abad [237]. No hay duda, pues, que aquel *collegium* de presbíteros, sobre el que los pocos datos conservados ponen un interrogante acerca de su carácter estrictamente cenobítico durante la vida del Santo, formaba poco después una verdadera abadía integrada por discípulos del mismo San Millán [238].

Respecto a una comunidad de vírgenes no es necesaria tanta cautela en su determinación histórica. Existía ciertamente un cenobio de esposas de Cristo, a las que el Santo servía de capellán y por las que era ayudado en sus necesidades y solicitudes durante los últimos años que precedieron a su muerte. Tal vez entre ellas se contaba aquella Potamia, "religiosa femina", que ayudó a San Braulio con sus noticias para componer la biografía del monje de la Cogolla [239]. Quedaba de este modo constituída la costumbre, que

[236] La fecha de su muerte en el 574 consta por la noticia de San Braulio, que la fija el año mismo de la revuelta de Cantabria contra Leovigildo. Más discusiones ha suscitado el lugar de su muerte y, consecuentemente, el de su nacimiento. Los aragoneses señalan para el primero el pueblecillo de Torrelapaja, en la provincia de Zaragoza, y para el segundo la contigua aldea de Berdejo, que correspondería a la antigua denominación de Vergegium. Esta opinión, no tan admitida en la actualidad, fué tenazmente defendida por V. DE LA FUENTE, *España Sagrada,* t. L, pp. 2-55, donde pueden verse sus fundamentos.

[237] Estos y otros indicios dan probabilidad a la existencia del monasterio, tal vez no del todo organizado en tiempo de San Millán, en contra de lo que propugna V. DE LA FUENTE, *España Sagrada,* t. L, pp. 23-28. (Cf. Z. GARCÍA VILLADA, *Hist. ecles. de España,* t. II, p. 1.ª, p. 316.)

[238] Tal vez a aquella primitiva comunidad pertenecían también, además del abad Citonato, los presbíteros Sofronio y Geroncio, que proporcionaron a San Braulio los datos biográficos de San Millán (*Vita S. Aemiliani,* lug. cit. : PL 80, 700).

[239] *Vita S. Aemiliani,* lug. cit. Son curiosas las observaciones de San Braulio, defendiendo a San Millán del escándalo que pudiera producir el que éste fuera asistido en sus achaques por vírgenes consagradas al Señor (ibid., c. 23 ; PL, t. cit., 710 s.). La conjetura de haber pertenecido Potamia a la primera comunidad de vírgenes es admitida por L. SERRANO, *Cartulario de San Millán de la Cogolla* (Madrid 1930), introd., p. XX.

hemos visto sancionada por el Concilio de Sevilla, encomendando a monjes santos y observantes la custodia de las esposas de Cristo al unirse en vida cenobítica. Pueden, pues, con derecho, los dos monasterios de Suso y de Yuso, construídos, respectivamente, en lo alto y en lo bajo de la Cogolla durante los siglos X y XI, considerarse como representantes de dos comunidades cenobíticas congregadas en el Distercio por el Santo riojano.

¿Se extendió geográficamente el influjo de las fundaciones de San Millán? No lo sabemos. Pero no les hubiera hecho falta correrse mucho hacia el oeste para darse la mano con la gran abadía que en ese mismo siglo VI surgió en la falda de los Picos de Europa, fundada tal vez por Santo Toribio de Palencia, y que servía de eslabón para enlazar con las famosas fundaciones del Bierzo, de Galicia y de Braga [240].

Ninguna región peninsular como la del noroeste hispánico había de cultivar con tanta fecundidad la semilla ascética de la virgen Eteria. El principal impulso durante el siglo VI en estas comarcas vino también de un extranjero, que, participante del nombre y de la patria de San Martín, el obispo de Tours, arribó a España probablemente en el mismo barco en que llegaban las reliquias del santo fundador de Ligugé. Venían éstas de Francia a ruegos del rey de los suevos Chararico, todavía arriano, pero dispuesto ya a convertirse al catolicismo con la esperanza de obtener la salud para su hijo por intercesión del Santo turonense, y junto a aquel tesoro sagrado, "divinis nutibus actus", como diría el mismo Martín de Dumio en su epitafio, llegaba éste a Galicia para ultimar, según los planes de Dios, la conversión de la familia real y la del pueblo todo de los suevos [241]. El paralelismo de San Martín y San Leandro llega a su cima al emparejarse el I Concilio de Braga, del año 561, y el III de Toledo, del 589, en que uno y otro obispo fueron alma y vida de sus respectivas asambleas, y de las que resultó como

[240] Inciertos y confusos se presentan los orígenes del monasterio de Liébana, fundado bajo la advocación de San Martín y consagrado en tiempos posteriores a Santo Toribio. Y todavía son más obscuras sus relaciones con este último Santo y la determinación de cuál de los varones de este mismo nombre, el de Astorga, el de Palencia o tal vez otro tercero, es el aludido por las tradiciones del convento. Para una idea del estado de la cuestión cf. E. Flórez, *España Sagrada,* t. XVI, pp. 89-107 ; Z. García Villada, *Hist. ecles. de España,* t. cit., pp. 324-326.

[241] Los datos más seguros de su vida nos los ofreció él mismo en el epitafio que compuso para su tumba *(Inscript. Hispaniae christ. suppl.*, n. 379, p. 66). Entre los autores del tiempo visigodo, le dedicaron un recuerdo en sus escritos Gregorio el obispo de Tours, el poeta Venancio Fortunato y San Isidoro de Sevilla. La conciliación de los diversos datos ofrecidos por dichos autores puede verse en E. Flórez, *España Sagrada,* t. XV, pp. 111-113.

primera consecuencia la vuelta a la fe verdadera de toda una nación.

El nuevo misionero panonio, bien formado en la literatura griega y conocedor de los poetas latinos [242], había visitado Tierra Santa, y después de haber orado en Roma ante los sepulcros de los apóstoles y en Tours ante la tumba de su homónimo el Obispo de aquella ciudad, llegaba a Galicia, su corazón ardiendo en celo y su espíritu entunicado con el hábito del monje oriental. Con tales antecedentes, el monasterio de Dumio tenía que surgir por necesidad.

Al trasladarse el monarca suevo de Lugo a Braga, Martín, unido ya a la corte con lazos íntimos, escogió junto a la capital del reino un lugar a propósito, llamado Dumio, y en compañía de otros devotos varones, deseosos de perfección, constituyó aquella famosa abadía, elevada poco después a la dignidad de obispado. De Martín, abad y obispo, nos dice San Isidoro, con frase escueta en exceso, que "fundó monasterios", intercalando esta actividad particular entre sus grandes obras en bien de la Iglesia. Su posición posterior de obispo de Braga, familiar de la corte y primado de todo el reino suevo, le permitió sembrar a manos llenas el ideal ascético en toda Galicia, parte de Asturias, Astorga y extensas regiones de Lusitania hasta más al sur de Coímbra [243].

Teniendo en cuenta los conventos de vírgenes existentes ya desde el siglo anterior en Braga y Galicia, ¿será temerario interpretar la frase de San Isidoro sobre fundaciones de monasterios en el sentido de que también el monacato femenino batió alegre sus alas para dominar nuevos valles y poblados bajo la dirección paternal de San Martín? ¿Será posible prescindir del influjo que necesariamente debieron ejercer sobre las esposas de Cristo sus trataditos sobre diversas virtudes cristianas [244], y en especial su compilación de *Máximas de los Padres de Egipto,* junto con las *Palabras de los viejos del desierto,* que por orden suya tradujo uno de sus discípulos, el diácono Pascasio? [245] Este conjunto de escri-

---

242 J. PÉREZ DE URBEL apunta algunas de las reminiscencias virgilianas de sus composiciones (*Los monjes españoles de la Edad Media,* Madrid 1945, t. I, p. 190).

243 Más tarde adquirió carácter de metropolitana también la silla de Lugo. (Cf. E. FLÓREZ, *España Sagrada,* t. XV, pp. 122 s. y 234 s.)

244 Prescindiendo de sus escritos canónicos, en el terreno ascético conocemos sus trataditos *Formula vitae honestae, Pro repellenda iactantia, De superbia, Exhortatio humilitatis* y *De ira* (PL 72, 22-50), algunos de los cuales, así como otros de dudosa autenticidad, v. gr., *De moribus,* corrieron con frecuencia durante la Edad Media bajo el nombre de Séneca.

245 PL 74, 381-394, y 73, 1025-1066. La compilación *Verba seniorum,* que formaba el libro VII de la obra tan conocida, *Vitae Patrum,* fué traducida por Pascasio, como él mismo advierte, gracias al deseo

tos, muy leído en toda la Edad Media, aun al otro lado de los Pirineos, otorgó a San Martín en la corriente ascética española un puesto parecido al de Casiano en las Galias, con la ventaja que al abad de Dumio le concedía su influjo como obispo de Braga y su renombre como restaurador del catolicismo entre los suevos.

Una vez terminada esta rápida peregrinación a través de la península Ibérica del siglo VI, podemos afirmar con pleno derecho que al costado de sus grandes ciudades, a lo largo de sus valles y por encima de sus crestas montañosas se extendía una tupida red de monasterios, no sólo de varones, sino concretamente de esposas de Cristo.

Las vírgenes consagradas al Señor en sus propias casas, tan numerosas en los siglos pasados, habían ido llamando lenta, pero constantemente, a las puertas de los cenobios, hasta el punto de que en los últimos lustros de esta centuria podía redactar San Leandro el sentir de sus contemporáneos en aquellas frases: "No quieras imitar a las vírgenes que habitan en sus casas dentro de las ciudades; vírgenes a quienes necesariamente acongojan mil cuidados; vírgenes que atienden por fuerza al gusto del mundo cuando salen a la calle, evitando el vestido despreciable, y que, atormentadas por las preocupaciones domésticas, no se muestran tan solícitas de buscar lo que pertenece al Señor..." [246]. Tales palabras suenan a epitafio de una época de la virginidad hogareña ya superada.

Reglas monásticas femeninas: San Leandro y Santa Florentina

149. Al terminar el siglo VI vuelve de nuevo a flor de labios la pregunta que antes nos hicimos: ¿Qué reglas monásticas presidían la formación de la virginidad injerta en los claustros visigodos? Nos es lícito hacer una conjetura bastante fundada a base de las legislaciones contenidas con más frecuencia en las compilaciones de los siglos VIII y IX llegadas a nuestras manos [247]. Prevalecieron,

---

mostrado por San Martín, con lo que logró vencer el traductor las repugnancias que su humildad le hacían sentir.

[246] *Regula*, c. 17: PL 72, 890.

[247] Las dos colecciones de más interés para nuestro fin son las de San Benito de Aniano († 821), que tenía motivos para conocer las Reglas visigodas españolas, y la de la monja Leodegunda del 912. Ya antes de San Isidoro existían en los monasterios códices, en que se hallaban coleccionadas las principales Reglas. Algunos han sospechado que las palabras del Obispo de Sevilla al de Zaragoza: «Quaternionem regularum per Maurentionem primicerium direximus»

sin duda, las reglas venidas del Oriente, y a la cabeza de todas la de San Pacomio, que debió tener una difusión singular en España. Junto a ella aparece con frecuencia otra Regla egipcia, la de San Macario, y, siguiendo a ambas a corta distancia, llegó desde el Ponto la de San Basilio. La voz del Oriente resonaba, como se ve, con eco vigoroso en nuestros monasterios. Tanto más cuanto que otra de las más comunes era la que llevaba el nombre de Casiano, formada a base de sus *Instituciones* por Euquerio de Lyón, arquitectura occidental con materiales egipcios. Si añadimos en concreto para las vírgenes la epístola legislativa de San Agustín y la Regla de San Cesáreo de Arlés, podremos completar el mosaico canónico de las vírgenes visigodas [248].

Todas estas legislaciones formaban con frecuencia un conjunto abigarrado de prescripciones diversas y aun contradictorias, cuya síntesis y aplicación quedaba a la prudencia de las superioras, a no ser que el obispo diocesano hubiera ya fijado de antemano la Regla que había de seguirse, según lo daba por supuesto el Concilio de Lérida del año 546 [249]. De esta multiplicidad de Reglas, muchas de ellas prolijas y obscuras, se lamentaba San Isidoro al explicar el porqué de su nuevo conato legislativo [250]. Se hacía, pues, necesario un trabajo de síntesis práctica y acomodación ambiental para rubricar de un modo más definitivo la historia de la infancia cenobítica en España. No hubo que esperar mucho.

Con las figuras, no menos simbólicas que reales, de Santa Florentina y San Leandro, seguidas tan de cerca por las de San Isidoro y San Fructuoso, queda sellada la etapa evolutiva de la virginidad española en su paso del hogar doméstico al cenobio ya estabilizado, cuyas llaves, en poder de estos dos legisladores, no cambiarían de manos hasta la introducción definitiva, aunque tardía por lo que hace a nuestra Península, de las fundaciones de San Benito.

Florentina, menor en edad que su hermano Leandro, y aun probablemente que Fulgencio, pero mayor que Isido-

---

(*Epist. 2 ad Braulionem archidiaconum*, PL 83, 898), hacían referencia a una de tales colecciones. Sin embargo, esta frase, escrita entre el 619 y 620 y posterior, por tanto, a la Regla isidoriana, se refiere, sin duda, a una copia de esta última, que el autor enviaba a su amigo, como le envió asimismo sendas transcripciones de los *Sinónimos* y de las *Etimologías*. Para la cronología de la carta véase J. MADOZ, *Epistolario de San Braulio de Zaragoza* (Madrid 1941), p. 42 s.

[248] El contenido de algunas de estas colecciones puede verse en J. PÉREZ DE URBEL, *Los monjes españoles*, ed. cit., t. I, p. 488.

[249] Can. 3 : MSCC, t. VIII, col. 612 s.

[250] *Regula monachorum*, praef. : PL 83, 867 s.

ro, abrió sus ojos a la luz del día en las playas levantinas de Cartagena. Todavía muy niña, el año 554, tuvo que acompañar en el destierro a su padre Severiano, heredero de una noble familia hispanorromana [251]. Al morir sus padres en Sevilla, siguió recibiendo de su hermano mayor los últimos toques de su formación religiosa. No era poco lo que podía esperar por su noble alcurnia y sus relaciones con la corte visigoda; pero los desengaños prematuros de su destierro, el dolor por la rápida desaparición de sus padres, la orientación religiosa de su inteligencia y las ansias idealistas de su espíritu le hicieron concebir el propósito de consagrarse a Cristo, retirándose a un monasterio situado probablemente en Ecija, cuya sede episcopal gobernaba su hermano San Fulgencio. Una tradición, conservada hasta el día de hoy entre vistosidades de romerías y procesiones, señala como emplazamiento del convento visigodo un lugar en las afueras de la ciudad, a orillas del Genil, llamado Nuestra Señora del Valle.

De creer a los antiguos breviarios sevillanos, Santa Florentina no sólo fué superiora de aquel monasterio, sino que tuvo a su cargo otros varios de la comarca, con un total de esposas de Cristo rayano en el millar [252]. San Leandro, desde su sede sevillana, a pesar de las persecuciones de Leovigildo; desde la lejana Constantinopla, no obstante la distancia de los mares, o desde su sitial del III Concilio Toledano, tan penoso por las solicitudes de un rey y un pueblo que se convierten en masa, seguía con sus miradas paternales los pasos de "su hija y hermana" en el retiro de Ecija.

Un día el correo le traía la noticia de que Florentina, decidida ya por completo a entregarse al Señor de un modo definitivo, iba a formular su pacto monástico, su profesión irrevocable de virginidad [253]. San Leandro pensó en el don que a manera de dote enviaría a su hermana. Riquezas naturales, que el ladrón, el fuego o la polilla consumiesen, le parecía regalo indigno. "Si te atara—le dice—con tales cadenas, si te cargase con tal peso o te oprimiera con la mole de un tal cuidado terreno, me deberías considerar, no

[251] La ocasión del destierro parece haber sido la cesión que de aquellas regiones hizo a Bizancio el rey Atanagildo. Las principales referencias sobre Santa Florentina se las debemos a su hermano Leandro en su tratado de la virginidad, en especial a lo largo del capítulo último. Si añadimos alguna breve alusión de San Isidoro, como cuando confiesa haber escrito su obra *De fide catholica contra iudaeos* a ruegos de su hermana (PL 83, 449), tendremos todas las fuentes literarias disponibles de verdadero valor histórico.

[252] E. FLÓREZ, *España Sagrada*, t. X, pp. 118-122.

[253] La ocasión del tratado no pasa de ser una conjetura, pero suficientemente fundada en las expresiones del prólogo (PL 72, 874 s.).

como padre, sino como enemigo; no como hermano, sino como asesino. Así, pues, hermana amadísima, ya que nada de lo que se asienta sobre los ejes del firmamento, nada de lo que se apoya en los fundamentos de este mundo o de lo que rueda sobre la haz de la tierra es digno don para obsequiarte, es menester que busquemos algo sobre los mismos cielos, a fin de que allí donde encontraste el privilegio de la virginidad halles también su premio y patrimonio" [254].

Movido por estas consideraciones, se decidió San Leandro a enviar a su hermana el opúsculo que ha pasado a la posteridad con el título de *Regla de San Leandro,* aun cuando ni él ni su hermano San Isidoro le den otro nombre que el consignado en su encabezamiento: *Sobre la formación de las vírgenes y desprecio del mundo* [255]. Es el manifiesto solemne con que la virginidad hace su presentación en la literatura ascética española, joyel de ideas en extremo delicadas, que van engarzándose, a través de un afecto cálido y exquisito, en un estilo elegante por su colorido y dicción. Debemos deplorar, como lo han hecho historiadores extranjeros, el que opúsculo tan valioso no haya sido estudiado con más detenimiento en orden a ocupar el puesto a que tiene derecho en la patrología ascética de la virginidad [256].

Aun cuando abunda en consejos prácticos, no es, sin embargo, una regla minuciosa al estilo de la de San Cesáreo, que es probable rigiese en más de un monasterio español, dados los vínculos de aquel Obispo con los visigodos cristianos de nuestra Península [257]. Su autor lo divide en un prefacio y 21 capítulos, a los que él mismo puso su respectivo encabezamiento [258]. En el cuerpo del tratado se con-

[254] Ibid., 875.

[255] SAN ISIDORO, *De viris illustribus,* c. 41, n. 58: PL 83, 1104.

[256] P. B. GAMS, *Die Kirchengeschichte von Spanien,* t. II, p. 2.ª (1874), p. 46.

[257] San Leandro supone, sin duda, la existencia de una Regla previa, aun cuando no parece que deban referirse precisamente a ella las palabras «... habes regulam quam sequaris», del capítulo 14, según interpreta P. B. GAMS, obra y tomo citado, p. 45. Estas palabras se refieren más bien al párrafo siguiente, en que propone como modelo a la Madre de Dios.

[258] «... Titulorum distinctionibus praenotatum» (SAN ISIDORO, *De viris illustribus,* c. 41, n. 58: PL 83, 1104). Recientemente el P. ANGEL C. VEGA ha publicado otra recensión de este tratado, en la que se contienen diez capítulos y medio más que en la anteriormente divulgada por Migne. Las razones aducidas por el erudito agustino en favor de la autenticidad de dicha parte inédita son realmente de peso, como la mayor antigüedad del códice escurialense, la mayor pureza del texto, su carácter más genuinamente visigótico, la identidad de estilo y el constituir la subsanación de una laguna ocasionada por la pérdida de un cuadernillo en el códice que dió lugar a la recensión conocida. (Cf. *El «De institutione virginum» de San Leandro de Sevilla con diez capítulos y medio inéditos,* en («La Ciudad

tienen documentos valiosos para la guarda de la pureza, como son amonestaciones acerca del trato con varones, con mujeres aseglaradas o aun con vírgenes del mismo monasterio, si tiende a fomentar el calor de una familiaridad excesiva o se exterioriza en forma de risas inconvenientes; consejos sobre los ayunos, el uso de la carne, el vino o los baños; advertencias acerca del silencio, de la oración o de la lectura del Antiguo Testamento; observaciones, finalmente, respecto a la humildad y la pobreza, en la cual, sea por influjo de San Agustín, sea por las preocupaciones visigodas acerca de las diferentes condiciones sociales, tolera una cierta diversidad de clases dentro del monasterio, temperada, desde luego, por la caridad cristiana, la vida común y el vínculo unificador del velo virginal [259].

La parte más delicada, con todo, es la contenida en el prólogo, donde entona las glorias y hermosura de la virginidad con plectro tan fino y con sentimiento tan íntimo que reclama para su autor, sin objeción posible, uno de los primeros puestos entre los rapsodas de la pureza. Se ha sospechado una inspiración proveniente de la epístola de Osio a su hermana sobre las excelencias de la virginidad. epístola por desgracia perdida [260]; se han pretendido descubrir con perspicacia indiscutible influencias de los tratados anteriores sobre esta virtud compuestos por San Cipriano, San Ambrosio y San Agustín, o de diversas cartas escritas por San Jerónimo y conocidas sin duda por el Obispo hispalense [261]; nada de esto restaría mérito al opúsculo de San Leandro, en el que se trasluce con toda precisión su alma hambrienta de ideales, su corazón puro y afectuoso y su inteligencia de elevado vuelo [262].

---

de Dios», t. CLIX [1947], pp. 275-394.) Los capítulos nuevos tratan sobre la caridad, el pudor, la maledicencia, la soberbia, el hábito exterior, la humildad, la paciencia y la murmuración. Para más detalles véase la traducción de dicha obra en la antología patrística final.

[259] *Regla*, c. 13 : PL 72, 887. Recuérdese lo que anotamos al hablar sobre San Agustín en este punto respecto a su *Epist. 211*, n. 9 : PL 33, 961. Cf. asimismo * H. BOEHMER, *Germanisches Christentum*, en «Theologische Studien und Kritiken», t. LXXXVI (1913), pp. 245-250, y la obra de M. VILLER y K. RAHNER, *Aszese und Mystik in der Väterzeit* (Friburgo de Brisg. 1939), p. 203.

[260] SAN ISIDORO, *De viris illustribus*, c. 5, n. 6 : PL 83, 1086; cf. P. B. GAMS, *Die Kirchengeschichte von Spanien*, t. II, p. 2.ª, p. 44.

[261] Algunos de estos cotejos pueden verse en J. PÉREZ DE URBEL, *Los monjes españoles*, t. I, pp. 228-231, y sobre todo en el interesante trabajo de J. MADOZ, *Varios enigmas de la Regla de San Leandro descifrados por el estudio de sus fuentes*, en «Miscellanea Giovanni Mercati», vol. I (1946), colección Studi e Testi, t. 121, pp. 274-295. Cf. asimismo ANGEL C. VEGA, artículo citado en «La Ciudad de Dios», t. CLIX (1947), pp. 334-337.

[262] Su hermano San Isidoro le caracteriza con estas palabras : «Vir suavis eloquio, ingenio praestantissimus, vita quoque etiam

El tratado dirigido a Santa Florentina tuvo gran aceptación en toda la Edad Media, a juzgar por el número de códices que lo contienen; y aun cuando por sí solo no hubiera bastado para determinar en sus detalles la vida cenobítica de la virginidad, pudo muy bien, completado con ciertas precripciones de la Regla de San Isidoro, formar un código completo de ascética monacal para las esposas de Cristo. Los conceptos especulativos de San Leandro, las prescripciones prácticas de San Isidoro y la vida de virgen ejemplar de Santa Florentina quedaron una vez más enlazados por una nueva hermandad de pureza, como habían estado unidos por el nacimiento con una misma sangre y habían de permanecer cobijados bajo una misma lápida sepulcral en su tumba una y triple de la ciudad hispalense.

En cambio, no lograba todavía introducirse de un modo eficaz en nuestra Península el código de San Benito. Por lo que hace a los años sucesivos, tal vez fué óbice para su avance el que un espíritu gemelo al suyo, y por él fuertemente influenciado, iba a dominar gran parte de los conventos de varones y de vírgenes españolas. Pero, a pesar de su ausencia más o menos absoluta en estos tiempos, podemos dar por seguro que San Leandro conoció la Regla de Monte Casino [263]. Aquella su amistad tan tierna con quien fué el paladín más entusiasta del código casiniano, con San Gregorio Magno, le puso en la necesidad ineludible de conocerla. Si tenemos presentes las frases que aquel Pontífice, tan grande en sus ternuras como en sus empresas, dirigía a San Leandro, asegurándole que, "aunque distante en el cuerpo, estás siempre presente a mis miradas, pues conservo grabada la imagen de tu rostro en lo profundo de mi corazón" [264], y recordamos con cuánto cariño le enviaba sus propios libros, escritos en parte a instancias del Obispo hispalense, ¿podremos concebir que, mientras le abría su alma en busca de consuelo o comentaba con él, en son de desahogo, sus añoranzas de la vida conventual, le hubiese ocultado su hallazgo en la Regla casiniana del manual práctico de sus comunes ideales? [265]

---

atque doctrina clarissimus» (*De viris illustribus*, c. 41, n. 57: PL 83, 1103). Todo ello se destaca en el tratado de la virginidad con no menos relieve que los rasgos anotados por San Gregorio Magno, cuando subraya cómo es el *corazón quien entinta su pluma* y hace notar la *dulzura de su mente* y el *ardor de sus expresiones* (*Epistolarum registrum*, lib. IX, epit. 227: MGH, *Epist.*, t. II, p. 218 s. En la edic. maurina, lib. IX, epist. 121: PL 77, 1051 s.).

[263] Hay que confesar que, contra lo que podía esperarse, en la Regla de San Leandro no aparecen influjos apreciables de la escrita por San Benito.

[264] *Epist.*, lib. I, ep. 41: MGH, *Epistulae*, t. I, p. 58 (en PL, lib. I, epist. 43, t. LXXVII, 498).

[265] Véanse sobre todo las *Epist.*, lib. V, epist. 53, y lib. IX,

Ultimas reglas visigodas: San Isidoro y San Fructuoso

150. Será imposible averiguar si San Leandro introdujo la Regla benedictina en algún monasterio de su diócesis, pero sí es evidente que se la dió a conocer a su hermano menor San Isidoro, quien la transformó en parte de su propia sangre espiritual [266]. Hacia el año 618, ocupando ya la sede de Sevilla, escribía San Isidoro su *Regula monachorum* [267], dirigida probablemente al monasterio honoraciense, en que tal vez él mismo había profesado el monacato y ejercido el cargo de abad [268].

Si aun en otras ocasiones no se distinguió San Isidoro por la originalidad de sus obras, mucho menos podía hacer gala de ella al componer una Regla monacal, en cuyo cometido los legisladores todos tomaban como norma príncipe no apartarse de las prescripciones de los padres más antiguos, especialmente egipcios. Eso sí, imprimió en ella su sello característico: el orden de su método, la claridad de su frase, la paz serena de su alma, aquella discreción de su gobierno con que atinaba a encarnar en el hombre lo divino sin olvidar la inconsistencia de su barro [269].

En veinticuatro capítulos de perfecta estructura arquitectónica describe el edificio material del monasterio y el espiritual de su jerarquía en el abad y sus monjes; concreta la iniciación del candidato y las obligaciones de los

---

epist. 227: MGH, *Epistulae*, t. I, p. 352 s., y t. II, pp. 218-220 (en PL, lib. V, epist. 49, y lib. IX, epist. 121, t. LXXVII, 778 s., 1050-1052).

[266] El que San Isidoro no cite a San Benito en su obra *De viris illustribus*, aunque extraño, no prueba que no conociese su legislación al momento de escribir dicho libro.

[267] Cf. J. A. DE ALDAMA, *Cronología de las obras isidorianas*, «Miscellanea Isidoriana» (Roma 1930), p. 87. En cambio, P. SEJOURNÉ piensa que San Isidoro escribió su *Regla* siendo todavía monje (*S. Isidore de Séville. Son rôle dans l'histoire du droit canonique*, París 1929, p. 83).

[268] La conjetura está suscitada por el pacto que acompaña a la *Regla*, y que habla de dicho monasterio. Por otra parte, la monja Leodegunda, en su compilación de *Reglas monásticas*, le da expresamente el título de *abad*. También D. M. FEROTIN creyó poder aplicar al Obispo Hispalense la dedicatoria con que encabeza Floro una colección de salmos e himnos, diciendo: *Florus Isidoro Abbati*. (Cf. *Deux manuscrits wisigothiques de la Bibliothèque de Ferdinand premier*, en «Bibliothèque de l'Ecole des Chartres», t. LXII (1901), pp. 377-380.) Sin embargo, más tarde retractó esta suposición, juzgando que la dedicatoria se dirige a Ilderado (Eldrado). (Cf. *Le Liber ordinum*, p. XXXII.)

[269] P. SEJOURNÉ hace notar que brillan en San Isidoro las mismas cualidades atribuídas por San Gregorio al fundador de Monte Casino, es decir, brevedad, claridad y discreción. (Cf. ob. cit., p. 84.)

profesos en cuanto a los trabajos manuales, al Oficio divino, a las conferencias ascéticas y a la lectura de códices; determina el modo de satisfacer las necesidades corporales en la comida, vestido y sueño; recorre los delitos posibles y sus penas; determina con cierto carácter jurídico las líneas esenciales de la pobreza, y, finalmente, legisla sobre los enfermos, huéspedes y viajeros, dedicando un recuerdo especial a los difuntos. Esta última idea, tan delicada, afianzada por los monjes de Cluny, había de dar origen en la Iglesia cristiana a la fiesta conmemorativa de todos los fieles difuntos [270].

Tras muchas de sus normas se vislumbran con facilidad las fuentes de inspiración a quienes debe la Regla gran parte de su ser. Consecuente con la tradición ascética española, San Isidoro buscó el alma de su legislación en los monjes de Egipto, sobre todo en Pacomio. No pocas normas particulares han pasado aun con las mismas palabras de Tabennîsi a Sevilla, como las referentes al lecho, al vestido, al cuidado del cuerpo, a las conferencias espirituales, a la clausura y a los huéspedes. En el segundo anaquel de su biblioteca inspiradora descubrimos a primera vista las Reglas de San Benito y San Cesáreo de Arlés, y en un plúteo algo inferior se destacan, todavía con relieve, las *Instituciones* de Casiano y la obra *De opere monachorum*, de San Agustín [271].

Es evidente que San Isidoro acertó a engarzar todas estas prescripciones en un fondo armónico de aspiraciones hacia lo divino y de condescendencias para con lo humano, tan equilibrado que pudo muy bien servir de troquel capaz de modelar la efigie de un monje verdadero en una selección amplia de almas escogidas, sí, pero desprovistas de las cualidades del héroe asceta. Para este último dejaba abierto en el prólogo de su Regla un lucernario con vistas a lo infinito: "Quien pretenda entre vosotros emular la disciplina íntegra de los antiguos padres, corra por ese camino cuanto pueda y siga con paso ligero aquella senda ardua y estrecha. Quien, por el contrario, no se sienta con fuerzas para realizar las prescripciones de aquellos antepasados nuestros, camine por la vía de esta Regla, sin salirse de ella, para que no le ocurra que, atraído por ideales más rastreros, pierda la vida y el nombre de monje" [272].

A esta moderación se debió, sin duda, la rapidez con que se extendió por la Península la Regla isidoriana, de

[270] La *Regla* puede verse en PL 63, 867-894.

[271] Todavía no está completa la investigación sobre las fuentes de la *Regla isidoriana*. Algunos de estos influjos pueden verse en J. PÉREZ DE URBEL, *Los monjes españoles*, ed. cit., t. I, pp. 248-249.

[272] *Regula monachorum*, praef : PL 83, 869.

modo que al mediar el siglo VII podía ser considerada por San Braulio como escrita para toda España. "Publicó—decía el Obispo de Zaragoza hablando del de Sevilla—una Regla monástica, para uso de la patria, atemperando la disciplina de modo conveniente a las fuerzas de los espíritus más débiles" [273]. Es más: antes de terminar el siglo transponía ya los Pirineos para sellar con su influjo la *Regla Tarnatense,* escrita a orillas del Ródano, y luego seguiría dirigiendo durante largo tiempo las plumas de los legisladores monásticos de las Galias, como aparece en la *Regula canonicorum,* de Crodegango, obispo de Metz, muerto el 766, o en la *Regula solitariorum,* del presbítero Grimlaico, que vivió en la misma diócesis a fines de la nona centuria [274].

En el interior de nuestra Península tropezó, sin embargo, con otra legislación monacal de trazos muy diversos. No habrían pasado más de siete años desde que San Isidoro compusiera su Regla, cuando, ataviado con las galas propias del magnate godo y acompañado por lucida servidumbre, llamaba a las puertas de Palencia un joven por nombre Fructuoso, hijo de un duque, general del ejército, el cual acudía a la ciudad ávido de escuchar la sabiduría de su obispo Conancio [275]. Cursó el *trivium* y el *quatrivium,* llegando a componer varios poemitas latinos, alguno de ellos dedicado al rey Sisebuto, y después de recibir las órdenes sagradas, apoyado en el Concilio IV de Toledo, que prohibía a los obispos oponerse a la vocación monástica de sus clérigos, rompió los lazos, ya muy íntimos, que le unían a Conancio, y partió para las soledades del Bierzo.

Oculto en los agrestes silencios de aquellas sierras, fundó San Fructuoso su primer monasterio, que recibió el nombre de Compluto. Su ejemplo fué clarinazo de concentración, y todas las regiones de España comenzaron a enviar nuevos soldados de Cristo, que pretendían ejercitarse, bajo sus órdenes, en las duras prácticas de la ascética. Se

---

[273] *Pro patriae usu* dice el texto (*Praenotatio S. Braulionis in libros S. Isidori,* PL 82, 67).

[274] Ambas Reglas están contenidas en PL 89, 1097-1120, y 103, 573-664.

[275] Poseemos la vida de San Fructuoso escrita por su sucesor en el gobierno de San Pedro de los Montes, el monje SAN VALERIO (PL 87, 459-470. Cf. E. FLÓREZ, *España Sagrada,* t. XV, pp. 138-155). Una edición crítica de la vida de San Fructuoso, juntamente con un estudio muy completo sobre su valor histórico, así como sobre otras fuentes complementarias acerca del Santo, su ambiente y su culto, han sido recientemente publicados por FRANCES CLARE NOCK, S. C. N., *The «Vita Sancti Fructuosi». Text with a translation, introduction and commentary,* Col. Studies in Mediaeval History. The catholic University of America (Wáshington 1946).

hizo necesario establecer una disciplina rigurosa, y el resultado fué la *Regula monachorum* de San Fructuoso [276].

Reverso de la Regla isidoriana, la legislación del abad del Bierzo va distribuyendo un poco al azar, en 23 capítulos, las normas principales de los padres del yermo, patinadas, si cabe, con nuevo temple al atravesar las venas de su espíritu de acero [277]. Tiene ante su vista, entre otros, a San Isidoro; pero las prescripciones de éste adquieren en la pluma de Fructuoso aristas más cortantes. Por eso emplea con más gusto para los pilares de su monasterio materiales prestados por San Pacomio, Casiano y San Jerónimo, espíritus más gemelos del suyo que el del Obispo sevillano. Hasta su mismo biógrafo San Valerio, encallecido también entre rocas y peñascos, califica de extremadamente severa la Regla de San Fructuoso [278].

Estabilizado el régimen complutense y puesto bajo la garantía de un abad, Fructuoso se retira a lo más espeso de los bosques circundantes, mal cubierto con una piel de cabrito, que le da el aspecto de una alimaña salvaje y le expone en alguna ocasión a las flechas de un cazador imprudente. Ni aun así le fué posible substraerse a los nuevos discípulos, que brotan en torno suyo con la espontaneidad de las amapolas en el campo. Se ve precisado a fundar en el mismo Bierzo un segundo monasterio, el de San Pedro de los Montes, construído sobre un cerro de los picos Aquilianos, a los que habían prestado las águilas su nombre.

Repetidas ansias de soledad y repetidos monasterios forman la doble hilaza con que va tejiéndose la trama subsiguiente de su vida. Junto a las orillas del mar gallego, en una ría que se abre entre Vigo y Pontevedra, surge el convento Peonense; sobre los cantiles de una isla que mira a Bayona (Pontevedra) quedan las olas lamiendo los muros de un nuevo cenobio, y luego otros y otros monasterios siguen marcando el itinerario de sus romerías, como polvo que va saltando a su paso por los caminos de su peregrinación. Y eso que ésta resulta larga. Porque, recorrido el Bierzo y Galicia, se llega hasta Dumio para venerar los restos de San Martín; y pasando por Braga, entra en Mérida, deseoso de respirar, aun cuando fuera brevemente, el ambiente monástico de aquella ciudad y ungirse con el perfume de Santa Eulalia; desciende luego a Sevilla, donde flota aún vivo el recuerdo de su antecesor en el patriarcado

[276] PL 87, 1099-1110.

[277] Algunas dependencias pueden verse citadas en J. PÉREZ DE URBEL, *Los monjes españoles*, ed. cit., t. I, p. 433.

[278] «... confirmans cunctum regularem ordinem, constituensque coenobii patrem cum ingenti discretionis rigore» (SAN VALERIO, *Vita S. Fructuosi*, c. 3: PL 87, 462; ed. Nock, c. 4, p. 93).

monacal, San Isidoro, y, finalmente, avanza hasta Cádiz, en cuya isla de León deja como baluarte del ascetismo hispánico la estela más meridional de sus actividades fundacionales. No es que aquí lleguen a su fin, puesto que no habrán de interrumpirse, sino, por el contrario, intensificarse más y más, cuando Recesvinto le eleve a la sede metropolitana de Braga.

En virtud de las creaciones monásticas de su propio autor, la *Regula monachorum* de Fructuoso se difundió rápidamente por España, ligando en estrecho abrazo las costas gallegas con las gaditanas; abrazo que se apretó aún más con la redacción de la segunda Regla, atribuída al Santo bajo el nombre de *Regula communis*. Era ésta una nueva constitución legislativa algún tanto singular. Por una parte tenía ante los ojos los monasterios dúplices, monasterios gemelos, aun cuando convenientemente separados, para varones y vírgenes, frecuentes en España, no menos que en otras naciones; por otra parte venía a presidir el nacimiento de la primera congregación monástica conocida, en que un grupo bastante numeroso de conventos, independientes entre sí, se unían bajo una dirección común, la del obispo de Dumio y Braga, San Fructuoso [279].

El sello que venía a lacrar las vitelas godas de ambas Reglas era el llamado *Pacto de San Fructuoso,* tal vez anterior al monje del Bierzo, pero que refleja en muchos puntos el espíritu que vivificó sus organizaciones monásticas. La sangre germana que circulaba por el *Pacto* le dió un perfil original, el de un contrato llevado a cabo por un señor (el abad) y sus vasallos (los monjes), en el que unos y otros determinan sus mutuos deberes, dejan a salvo sus respectivos derechos y establecen las garantías de su fidelidad [280].

Cual si fuera un reflejo producido a través del prisma de

---

[279] La mayor parte de los autores, siguiendo a * O. ZOECKLER, *Askese und Mönchtum* (Frankfurt 1897), t. II, p. 378, ven en la *Regula communis* una legislación para los monasterios dúplices, que a tantos abusos daban lugar. (Cf. HILPISCH, *Die Doppelklöster,* Münster 1928, pp. 53-55.) P. J. PÉREZ DE URBEL no admite esta interpretación, queriendo descubrir en dicha *Regla* los comienzos de una confederación de monasterios, según se trasluce en frases como ésta : «Placuit sanctae communi regulae». Esta y otras fórmulas semejantes denotarían una deliberación común de varios abades. (Cf. *Los monjes españoles,* ed. cit., t. I, p. 436.) Tienen, sin duda, fuerzas estas razones ; pero no son menos claras las alusiones explícitas a la próxima vecindad de monjes y vírgenes que aparecen en los capítulos 6, 15, 16, 17 y otros. No vemos por qué ambas sentencias hayan de ser incompatibles. Pudo muy bien San Fructuoso proyectar una confederación monástica en que entrasen los conventos dúplices.

[280] PL 87, 1127-1130. Véase I. HERWEGEN, *Das Pactum des heiligen Fructuosus von Braga,* Kirchenrechtliche Abhandlungen herausgegeben von ULRICH STUTZ, Heft XL (Stuttgart 1907).

los Pirineos, el fenómeno de las Galias se reprodujo en la península Ibérica. Dos corrientes monásticas se encontrarán frente a frente: la del monje de carácter recio, contextura ascética rigurosa, ardor algún tanto trashumante y cierto espíritu de aventura, como lo fueron San Columbano y San Fructuoso; y la del monje sedentario, obispo comprensivo y fundador discreto, que pondera, con los cálculos de la prudencia, el punto de conjunción entre los anhelos de lo sobrenatural y el peso de la carne humana, como aparece en los legisladores de Arlés y de Sevilla. El ímpetu del fervor extremista, por un lado, y la moderación de la disciplina discreta, por el otro, se disputaron ahora en España, lo mismo que antes en Francia, el área de la Península, bajo los códigos del Obispo de Braga y del Obispo de Sevilla. Ambos centraron en torno a sí las huestes de la virginidad femenina y ambos imprimieron a la ascética española su corte peculiar.

Triunfo final de San Benito

151. Mientras tanto iba avanzando también, aunque con paso dificultoso, por nuestra patria la Regla de San Benito, que no había de lograr un triunfo definitivo hasta fines del siglo XI, en que se presentase con la nueva modalidad recibida en Cluny. Las puertas de entrada le fueron abiertas de par en par mediada ya dicha centuria, cuando el rey Fernando I reunía en Coyanza, hoy Valencia de Don Juan, el Concilio del año 1050, donde los obispos del reino decretaban que en adelante "todos los abades se rigiesen a sí mismos, a sus hermanos y a sus monasterios, y todas las abadesas se rigiesen a sí mismas, a sus monjas y a sus monasterios, según los estatutos de San Benito" [281].

Al acogerse también España al abrigo de Monte Casino, quedaba San Benito como pastor casi exclusivo de la virginidad en el Occidente cristiano. Un largo proceso depurativo de normas y constituciones le había dado la supremacía junto con el patriarca monástico del Oriente, San Basilio. A partir del siglo IV, las constelaciones de reglas monacales se habían hecho densas y de extrema variedad; pero ya en los albores del siglo IX se iban destacando algunas como

[281] Can. 2: MSCC, t. XIX, col. 787. Es frecuente en varios autores, como, por ejemplo, en C. J. Hefele, hacer referencia a este canon con la disyuntiva entre las Reglas de San Isidoro y de San Benito. (Cf. *Histoire des Conciles*, trad. H. Leclercq, París 1911, t. IV, p. 1064.) Ninguna de las dos redacciones genuinas conservadas de dicho Concilio ofrece fundamento para ello.

luceros más brillantes en el firmamento ascético, según nos lo atestigua un escritor tan versado en la materia como San Benito Aniano: "Muchas cosas han escrito en sus libros algunos, a quienes el estado monástico ha considerado entre sus hijos más insignes y a quienes Cristo ha instruído de modo especial... Entre ellos se elevan, como los más eximios, Benito, Isidoro y Basilio, cuyas máximas iluminan en gran manera el orbe" [282]. Se dirían tres columnas colocadas en el centro y en los extremos occidental y oriental del mundo mediterráneo para sostener el templo de la virginidad cenobítica.

Los azares de la invasión musulmana en nuestra Península y la semejanza con la Regla de Monte Casino, más acabada en su conjunto y más próxima a la sombra tutelar de la sede romana, hicieron que la estrella conductora de Isidoro se eclipsara, dejando absorber su luz en la del monje italiano. De este modo las esposas de Cristo se agruparon definitivamente en torno a San Benito o a San Basilio, según sus respectivas patrias, atravesando bajo su dirección los siglos de la Edad Media hasta el alumbramiento de las nuevas constelaciones monásticas de los tiempos modernos.

---

[282] San Benito Aniano, *Concordia Regularum*, praef.: PL 103, 717.

EPILOGO

¡Virginidad hogareña de la primitiva Iglesia! Cinco siglos de búsqueda inquieta hasta llegar a la plenitud de su vida y al éxtasis unitivo de sus ideales.

Fué larga y azarosa la peregrinación de aquella virginidad, romera oriunda del cielo, trashumante andariega a lo largo de tiempos e imperios, matriz fecunda en formas de vida y posturas de espíritu, exploradora incansable de yermos y ciudades en busca de tiendas propias donde reposar libre de solicitudes su exilio en la tierra.

Sin embargo, aquel camino no fué estela muerta de travesía hacia su destino claustral. Fué etapa de evolución. A su primer brote como inesperada flor de bosque, siguió su era de aromatización del ambiente antes de llegar a la plena madurez de sus frutos [1].

En su aparición sobre la tierra, la virginidad formó parte de las grandes virtudes desconocidas, cortejo excelso y misterioso, que trajo consigo del cielo Jesucristo. Tan desconocida era su figura para la humanidad y tan incomprensible su aspecto, que fué la única que arrancó al Dios Hombre aquellas palabras de presentación: "Quien pueda entenderla, que la entienda". Y el hecho curioso fué que la incomprensible fué al punto intuída por el alma sencilla de los pequeñuelos y por el espíritu analfabeto de los misioneros errantes.

No es que las palabras toscas de los apóstoles transformaran en luz transparente el enigma de su ser. Ojos infantiles de Tecla, de Inés y de Eulalia, que, coagulados con claridades del cielo, de donde acaban de salir, sorprendían por instinto las gracias propias del paraíso. Corazones de los

[1] Este mismo triple grado de evolución distingue Pío XII en su Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia* : «... primis temporibus communitates christianae consiliis evangelicis bonam terram semini paratam optimosque fructus secure promittentem ultro offerebant, pauloque post, ut ex Patribus Apostolicis et antiquioribus ecclesiasticis scriptoribus facile comprobari potest, in diversis ecclesiis vitae perfectionis professio adeo iam floruerit ut ipsius sectatores veluti ordinem classemque socialem... inciperent constituere. Saeculorum decursu, Ecclesia... sub Spiritus Sancti ductu, continuato certoque incessu, usque ad conditum hodiernum Canonici Iuris Codicem status perfectionis disciplinam pedetemptim evolvit» (Const. citada, *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXXIX [1947], p. 114 s.).

primeros ascetas itinerantes, que con su latido sencillo de ingenuidad se dejaban prender espontáneamente en las formas de la belleza supraterrena.

Por eso en los dos primeros siglos la virginidad no se explica ni se describe; es flor silvestre, que brota y se desarrolla un poco al azar en la doble dirección de la juventud inocente y del ascetismo evangelizador. Sus encantos no se hallan todavía sistematizados por los hombres de ciencia: se intuyen, se sienten, se viven, y eso basta. Habría que esperar a las cartas pseudoclementinas en Oriente y a los escritos de San Cipriano en Occidente para escuchar los cantos líricos de la pureza con cadencias de literatura.

Con ellos se inicia la segunda etapa, en que, al señuelo de aquellas descripciones, las palomitas blancas de la castidad baten sus alas, elevándose de los cuatro extremos de la tierra, y revolotean suspendidas en el espacio, densas y juguetonas, como estrellitas que se entrecruzan en las capas del firmamento más próximas a la sociedad humana. Sin embargo, sus rasgos sobre el azul del cielo aparecen todavía desacompasados. Se nota la indecisión de lo espontáneo y arbitrario. Cruza la virginidad los siglos III y IV sin timonel experto, en búsqueda atormentada por lograr su posición definitiva, interior y exterior.

¡Líbrenos Dios del error de suponer que fueran estériles aquellos días de maduración progresiva de la virginidad! Antes bien, aquella floración autónoma y un poco abigarrada cumplía una misión providencial de Dios, la de servir de fermento de pureza en la masa corrompida de la sociedad pagana que se acercaba a las fuentes bautismales y la de atraer por su propia belleza las miradas del mundo infiel cautivo aún en la idolatría. Doble destino, que no hubiera podido llevar a cabo tan fácilmente debiendo influir a través de los gruesos muros de un claustro [2].

[2] Desde luego que el estado de virginidad dentro del hogar paterno constituyó un modo eficaz de abrazarse con la perfección evangélica, como recientemente lo ha confirmado Pío XII en la Constitución *Provida Mater Ecclesia*, al instituir los Institutos laicales. Estos, con todo, no pueden exceder el tercer orden de dignidad, dentro de los tres grados (el clerical, el religioso y el laico) que distingue el derecho de la Iglesia en el canon 107, y cuya jerarquización precisa tal vez más la Constitución citada, declarando el estado religioso como el segundo por su categoría: «Hinc imprimis status publicus perfectionis inter tres praecipuos ecclesiasticos recensitus fuit atque ex ipso Ecclesia *secundum* personarum canonicarum ordinem gradumque unice petivit» (can. 107). A las vírgenes colocadas en el mundo, aun ligadas por votos dentro de un instituto laical, se les niega el nombre y derechos de religiosas (art. 2, § I, nn. 1 y 2), dejando siempre flotante entre las razones para abrazar un tal estado de perfección laical la de servir «ad ipsam (vitam perfectionis) etiam in pluribus casibus amplectendam in quibus vita religiosa canonica possibilis vel conveniens non erat», meta ésta de la vida

Al mediar el siglo IV, cuando ambos cometidos tocaban a su fin, pudo replegar la virginidad su mirada más libremente sobre sus propias experiencias psicológicas, ascéticas y místicas atesoradas en las pasadas centurias, y entonces empezaron en serio sus tanteos y ensayos universales para hallar la expresión definitiva de sí misma. No fué tarea de un momento, y hubo que esperar casi dos siglos a que aquella materia primigenia, que a manera de polvillos cósmicos llenaba los ámbitos del universo cristiano, lograse su completa estructuración y formulase las leyes de su equilibrio. Esto acaeció al fin con el dominio casi absoluta de las Reglas de San Basilio y San Benito.

A partir de ese momento, la virginidad, asentada en su palacio de cristal, podía levantar su frente al cielo en éxtasis ininterrumpido y extender a un tiempo sobre la tierra sus brazos de beneficencia y celo misional. La última palabra está en labios de la historia: santidad, caridad, apostolado, prerrogativas brillantes de la Iglesia de Cristo ataviadas en gran parte con mantos de vírgenes [3].

---

religiosa, sin duda, más elevada. (Cf. *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXXIX [1947], pp. 116, 118 y 120.)

[3] «Quam arcte atque intrinsece historia sanctitatis Ecclesiae et apostolatus catholici cum historia fastisque vitae religiosae canonicae... coniuncta sit, in comperto apud omnes est» (Pío XII, Constitutio Apostolica *Provida Mater Ecclesia*, «Acta Apostolicae Sedis», vol. XXXIX [1947], p. 116).

A P E N D I C E

VIRGENES CRISTIANAS

PRINCIPALES DE LOS SEIS PRIMEROS SIGLOS RECORDADAS POR LOS TESTIMONIOS HISTÓRICOS, LOS MONUMENTOS LITÚRGICOS O LAS TRADICIONES POPULARES

No hemos tenido inconveniente en recoger dentro de la siguiente lista varios de los nombres cuyas vidas nos han llegado a través de actas hagiográficas legendarias; pues, como ya hemos tenido ocasión de notar, debe distinguirse entre la existencia real de la persona y las circunstancias de lugar, tiempo y vicisitudes novelescas señaladas por dichas narraciones. La existencia histórica puede con frecuencia comprobarse por monumentos arqueológicos, testimonios litúrgicos o citas de una tradición auténtica, aun cuando caigan desprendidas, como cascarilla de estaño y oropel, todas las incidencias sorprendentes con que las narraciones ficticias la aureolaron. Respecto a varias de las figuras más antiguas e importantes hemos hecho a lo largo del trabajo las advertencias pertinentes. La lista se desenvuelve dentro de cada siglo según un orden geográfico de Oriente a Occidente, empezando por Palestina. La fecha es la de la muerte.

Nombre	*Patria o lugar de la muerte*	*Fecha*

ERA APOSTOLICA

Palestina y Africa oriental

Marta	Betania	s. I
Hijas de Felipe diac.	Cesarea	s. I
Marcela	Palestina (?), Dalmacia (?)	s. I (?)
Ifigenia, mr.	Etiopía (?)	s. I (?)

Oriente cristiano

Hijas de Nicolás diac.	Antioquía (Siria)	s. I
Pelagia, mr.	Antioquía (Siria)	s. I (?)
Tecla, mr.	Iconio	s. I
Cenaida y Filonila ...	Tesalia	s. I (?)
Irene, mr.	Bizancio	s. I (?)

Nombre	*Patria o lugar de la muerte*	*Fecha*
	Italia y España	
Eufemia y Dorotea, mártires	Aquileya (?)	s. I (?)
Tecla y Erasma, mrs.	Aquileya (?)	s. I (?)
Justina, mr.	Padua (?)	s. I (?)
Flavia Domitila, mr. ...	Roma	s. I
Petronila	Roma	s. I
Felícula, mr.	Roma	s. I
Eufrosina y Teodora, mártires	Terracina (?)	s. I
Polixeña	España (?)	s. I (?)

SIGLO II

	Grecia e Italia	
Parasceve	Tracia	c. 150
Oliva, mr.	Brescia	c. 117-138
Serapia, mr.	Siria-Vindena (Umbría).	c. 119
Teodora, mr.	Roma	c. 132
Balbina, mr.	Roma	c. 132
Pudenciana	Roma	c. 160
Gliceria, mr.	Roma	c. 177
Práxedes	Roma	s. II (?)
	Francia y España	
Veneranda, mr.	Galia (?)	138-161
Blandina, mr.	Lyón	178
Marina, mr.	Orense (?)	117-138 (?)
Liberata, mr.	Galicia (?)	c. 139
Quiteria, mr.	Norte de España (?) ...	s. II (?)

SIGLO III

	Oriente cristiano	
Reparata, mr.	Cesarea (Palestina)	251
Amonaria, mr.	Alejandría	250
Apolonia, mr.	Alejandría	249
Bárbara, mr.	Heliópolis (Siria) (?) ...	c. 235 (?)
Aquilina, mr.	Biblos (Fenicia)	293
Margarita, mr.	Antioquía (Pisidia)	c. 273
Paula, mr.	Nicomedia	273
Maura, mr.	Bizancio	273
	Italia	
Justina, mr.	Trieste	289
Eusebia, mr.	Bérgamo	s. III
Mesalina, mr.	Foligno	c. 236
Anatolia, mr.	Tora	250

Nombre	*Patria o lugar de la muerte*	*Fecha*
Mustiola, mr.	Chiusi	c. 275
Domnina, mr.	Terni (Umbría)	272
Agape, mr.	Terni (Umbría)	273
Sofía, mr.	Fermo (Piceno)	249-251
Taciana, mr.	Roma	225
Martina, mr.	Roma	226
Cecilia, mr.	Roma	229
Digna y Emérita, mrs.	Roma	254
Victoria, mr.	Roma	256
Anastasia, mr.	Roma	257
Basila, mr.	Roma	257
Rufina y Segunda, mrs.	Roma	257
Eugenia, mr.	Roma-Alejandría	c. 257
Agripina, mr.	Roma	c. 262
Benita, mr.	Roma	262
Prisca, mr.	Roma	c. 270
Restituta, mr.	Roma	270
Susana, mr.	Roma	c. 295
Aurea, mr.	Ostia	250
Secundina, mr.	Anagni	250
Albina, mr.	Formio (Campania)	249-251
Agueda, mr.	Catania	251
Eutalia, mr.	Lentini (Sicilia)	257
	AFRICA SEPTENTRIONAL	
Restituta	Ponizara (Africa)	255
Gundenia, mr.	Cartago	203
Irene, mr.	Cartago	250
	FRANCIA	
Alvera, mr.	Luxeuil	s. III
Protasia, mr.	Senlis	c. 282
Regina, mr.	Autun	c. 250
Pascasia, mr.	Dijon	s. III (?)
Julia, mr.	Troyes	275
Sabina	Troyes	c. 280
Poma, mr.	Châlons s. M.	s. III
Macra, mr.	Reims	287
Albina, mr.	París	s. III
Honorina, mr.	Normandía	c. 300
Valeria, mr.	Limoges	s. III
Eustela, mr.	Saintes	s. III
Solina, mr.	Aquitania	s. III
Fe, mr.	Agen	287
	ESPAÑA	
Beata, mr.	España-Sens	c. 270
Marta, mr.	Astorga	c. 250
Justa y Rufina, mrs. ...	Sevilla	c. 287
Columba, mr.	España	273

SIGLO IV

Nombre	*Patria o lugar de la muerte*	*Fecha*
	Palestina y Egipto	
Meuris y Teca, mrs. ...	Gaza (Palestina)	c. 307
Susana, mr.	Eleuterópolis	c. 362
Isidora, ...	Tabennîsi	c. 365
Iraida, mr.	Menfis	s. IV
Teodora, mr.	Alejandría	c. 304
Potamiana, mr.	Alejandría	c. 304
Catalina, mr.	Alejandría	310
Sinclética	Alejandría	350
Teodora, Teodoxia y Teopista, mrs.	Canopo	312
Sara	Desierto de Esceta (Egipto)	c. 400
	Asia y Grecia	
Teodosia, mr.	Tiro	308
Justina, mr.	Antioquía (Siria)	c. 304
Drosis, mr.	Antioquía (Siria)	c. 304
Pelagia, mr.	Antioquía (Siria)	c. 306
Febronia, mr.	Nísibe (Asiria)	310 (?)
Cristina, mr.	Persia	c. 343
Gudelia, mr.	Persia	c. 343
Cristiana	Georgia	s. IV
Macrina	Ponto	c. 380
Dorotea, mr.	Cesarea (Capadocia)	c. 304
Eustoquio, mr.	Tarso	362
Parasceve, mr.	Iconio	c. 304
Basilisa, mr.	Nicomedia	c. 303
Dominica, mr.	Nicomedia	c. 304
Eufemia, mr.	Calcedonia	307 (?)
Menodora, Metrodora y Ninfodora, mrs.	Bitinia	306
Anisia, mr.	Tesalónica	304
Matrona, mr.	Tesalónica	304
	Italia	
Agape, Quionia e Irene, mrs.	Aquileya-Tesalónica	304
Asteria, mr.	Bérgamo	c. 304
Iluminada	Ravena	s. IV
Inocencia, mr.	Rímini	s. IV
Digna	Todi (Umbría)	c. 310
Actinea, mr.	Volterra	c. 304
Máxima, mr.	Siena	304
Cristina, mr.	Bolsena	c. 304
Severa, mr.	Pyrgum (Santa Severa).	c. 303
Firmina, mr.	Roma	303
Inés, mr.	Roma	304

Nombre	*Patria o lugar de la muerte*	*Fecha*
Emerenciana, mr.	Roma	c. 304
María, mr.	Roma	304
Paulina, mr.	Roma	304
Romana	Roma	c. 312
Demetria, mr.	Roma	363
Bibiana, mr.	Roma	363
Irene	Roma	379
Marcelina	Roma	398
Crescenciana, mr.	Roma	s. IV (?)
Filomena, mr.	Roma	s. IV (?)
Lucía, mr.	Siracusa	304
Trofimena, mr.	Sicilia (?)	c. 304
Devota, mr.	Niza-Córcega	c. 303
	AFRICA SEPTENTRIONAL	
Máxima, Donatila y Segunda, mrs.	Tuburbo (Africa proconsular)	304
Cándida, mr.	Cartago	c. 304
Marciana, mr.	Mauritania	c. 304
	FRANCIA	
Libaria, mr.	Grand (Vosgos)	c. 361
Bolonia, mr.	Grand (Vosgos)	c. 362
Menna	Châlons s. M.	s. IV
Leoberia, mr.	Roma-Soissons	362
Romana, mr.	Beauvais	c. 303
Abra	Poitiers	c. 360
Liobeta	Poitiers	s. IV
Florencia	Frigia - Comblé (Poitou)	367
Vitalina	Artonne	c. 390
Natalina, mr.	Pamiers	s. IV
Proba y Germana, mrs.	Irlanda - Laón	s. IV
	ESPAÑA Y PORTUGAL	
Juliana y Sempronia, mártires	Barcelona	303
Eulalia, mr.	Barcelona	305
Matrona, mr.	Barcelona	s. IV
Engracia, mr.	Zaragoza	304
Centola, mr.	Valdelateja (Burgos)	c. 304
Cristeta y Sabina, mrs.	Avila	c. 304
Leocadia, mr.	Toledo	303
Julia, mr.	Mérida	303
Eulalia, mr.	Mérida	304
Lucrecia, mr.	Mérida	304
Paula, mr.	Málaga	c. 305
Victoria, mr.	Córdoba	c. 304
Flaminia, mr.	España-Nicomedia	c. 303
Columba, mr.	Coímbra	c. 304
Julia y Máxima, mrs.	Lisboa	304

Nombre	*Patria o lugar de la muerte*	*Fecha*
	SIGLO V	
	PALESTINA	
Irene	Gaza	c. 490
Eustoquio	Roma-Belén	419
Paulina	Roma-Belén	s. V
Amada	Antinoe	s. V
Eufrosina	Alejandría	470
	SIRIA	
Marana y Cira	Berea	s. V
Domnina	Antioquía	460
	IMPERIO BIZANTINO	
Nicerata	Nicomedia	s. V
Eufrasia	Constantinopla	c. 410
Apolinaria	Constantinopla	420
Silvia	Constantinopla	c. 420
Maura, mr.	Constantinopla	s. V
	ITALIA Y AFRICA SEPTENTRIONAL	
Honorata y Liberata.	Pavía	c. 500
Luminosa y Especiosa.	Pavía	c. 500
Jocunda	Reggio	466
Asela	Roma	407
Demetríades	Roma	c. 425
Eusebia	Roma-Milesa (Caria)	s. V
Matrona, mr.	Capua	s. V (?)
Julia, mr.	Cartago-Córcega	450
	GERMANIA	
Justina, mr.	Maguncia	451
Ursula y compañeras, mártires	Colonia	454 (?)
	FRANCIA	
Cerona	Cornillan (Beziers)	c. 490
Carísima	Albi (Languedoc)	s. V
Consorcia	Lyón	c. 470
Tulia	Lyón	c. 489
Georgia	Clermont	c. 500
Neomadia	Poitou	s. V
Manequilda	Bienville (Langres)	490
Camila	Civita - Vecchia, Auxerre.	457
Elena	Auxerre	s. V
Apronia	Troyes	c. 500
Gertrudis	Châlons s. M.	s. V
Eutropia	Reims	407
	ISLAS BRITÁNICAS	
Leuvina, mr.	Bretaña	s. V
Almeda, mr.	Gales	s. V

Nombre	*Patria o lugar de la muerte*	*Fecha*
Cinnia	Ulster	s. V
Piala	Irlanda	c. 455
Monesa	Irlanda	c. 456
Atracta	Irlanda	s. V

SIGLO VI

	IMPERIO BIZANTINO	
Anastasia	Constantinopla	567
Artelaida	Constantinopla	570
	ITALIA	
Liberata y Faustina ...	Piacenza	s. VI
Escolástica	Norcia	543
Emiliana	Roma	551
Rómula y Redenta ...	Roma	580
Társila	Roma	581
Benita	Roma	s. VI
Gregoria	Roma	s. VI
	FRANCIA	
Tecla	Valloires	s. VI
Cesárea	Arlés	c. 530
Cesárea, mr.	Aviñón	s. VI
Gala	Valence	c. 570
Gala	Clermont	s. VI
Inés	Poitiers	c. 589
Pusinna	Châlons s. M.	s. VI (?)
Lintrudes	Châlons s. M.	s. VI (?)
Magnencia	Auxerre	s. VI (?)
Teodequilda	Sens	c. 600
Crescencia	París	s. VI
Genoveva	París	512
Celina	Meaux	530
Tenestina	Sarthe	s. VI
Brígida y Maura	Beauvais	s. VI
	ISLAS BRITÁNICAS	
Melangela	Montgomery (Gales)	s. VI
Brígida	Kildare	c. 522
Dardulaca	Kildare	524
Breaca	Kildare-Talmeneth	s. VI
Ita	Limerik	569
Fanchia	Irlanda	510
Cannera	Irlanda	530
Buriana	Irlanda-Cornouailles	c. 550
Dimpna	Irlanda	s. VI
	ESPAÑA	
Florentina	Ecija. Se consagró a Dios hacia el	576

ANTOLOGIA PATRISTICA SOBRE LA VIRGINIDAD

SECCION I

LITERATURA LATINA

SAN CIPRIANO

SOBRE EL MODO DE CONDUCIRSE LAS VIRGENES

Nos hallamos ante el tratado más antiguo escrito expresamente para las vírgenes en orden a su formación. En el rasgueo de la pluma sobre el pergamino se traslucen recuerdos de recientes martirios, y poco después de su punto final podía haber añadido su autor el decreto persecutorio de Decio, promulgado el año 250.

Aquel primer año de su oficio pastoral, el de 249, tregua entre edictos de muerte, lo aprovechó San Cipriano para consolidar la comunidad cartaginense en la primitiva disciplina de la Iglesia, oxidada en algunos puntos por la paz religiosa. Una de sus solicitudes preferentes se dirigió hacia las vírgenes consagradas al Señor, que sin las defensas del claustro y vida común se hallaban expuestas a peligros demasiado manifiestos. Ya para entonces formaban éstas una jerarquía de honor en la Iglesia. Su número era grande; su unión entre sí, muy estrecha; pero su posición en la vida social, inestable.

De ahí la oportunidad de este tratadito, en que, después de entonar vivas alabanzas a la belleza de la virginidad, detalla con trazos minuciosos los abusos que han de evitar en sí mismas las esposas de Cristo y los peligros que han de rehuir en el trato social[1]*. Para entenderlo es preciso recordar los incentivos de relajación que trajo consigo aquella paz religiosa y el ambiente de costumbres aún paganas en que debían moverse las vírgenes.*

---

[1] La mejor edición en la actualidad es la de G. Hartel, CSEL, t. III, pp. 187-205, a la que nos atenemos en la traducción.

I. Alabanza de la disciplina

La disciplina, custodia de la esperanza, apoyo de la fe, guía en el camino de la salvación, fomento y pábulo del buen carácter, maestra de la virtud, nos hace permanecer siempre en Cristo, vivir unidos a Dios y caminar hacia las promesas celestiales y los premios eternos. Seguir esta disciplina es obtener la vida; despreciarla es acarrearse la muerte. El Espíritu Santo es quien lo dice en los Salmos: *Manteneos en disciplina, no sea que se enoje el Señor y perezcáis apartándoos del camino recto, cuando en breve se encienda contra vosotros su ira* [2]. Y en otra parte: *Dios ha dicho al pecador: ¿Quién te mete a exponer mis mandamientos y por qué tomas mi alabanza en tu boca? Tú has aborrecido la disciplina y has echado a rodar mis preceptos* [3]. También leemos: *El que desecha la disciplina es desgraciado* [4].

Salomón nos aconseja, entre otras máximas de sabiduría: *Hijo mío, no desprecies la disciplina del Señor ni desfallezcas porque hayas sido corregido por El; pues Dios corrige a quien ama* [5]. Y si Dios amonesta al que ama y le corrige para que se enmiende, claro es que nuestros hermanos, y sobre todo los sacerdotes, no odian, sino aman a los que corrigen para su enmienda, según lo predijo el Señor por Jeremías, refiriéndose a nuestros tiempos: *Os daré pastores conforme a mi corazón y os apacentarán con el pasto de la disciplina* [6].

II. Obligación de guardar pureza de cuerpo

Pues siendo así que a cada paso y dondequiera nos inculcan tanto las Sagradas Escrituras la guarda de la disciplina y nos advierten que todo el fundamento de nuestra religión y nuestra fe se asienta en el temor de Dios y práctica de sus mandamientos, ¿qué cosa deberemos desear, buscar y retener con más ardor que el arraigarnos fuertemente y el consolidar con moles ingentes nuestras casas sobre la roca para mantenernos incontrastables frente a

[2] Ps. 2, 12.
[3] Ps. 49, 16 s.
[4] Sap. 3, 11.
[5] Prov. 3, 11.
[6] Ier. 3, 15.

todas las tempestades y huracanes de este mundo y así llegar a los premios del Señor, mediante la observancia de sus preceptos, y teniendo ante la vista que nuestros miembros son templos de Dios purificados de todas las inmundicias del antiguo contagio por las aguas del bautismo, y que no es lícito volver a mancharlos y profanarlos, ya que el que los violase quedaría él mismo violado? Nosotros somos los pontífices y adoradores de esos templos; seamos, pues, fieles a quien empezamos a servir.

Dice San Pablo en una de aquellas sus epístolas con las que nos educó en la conducta de nuestra vida mediante el magisterio divino: *No sois dueños de vosotros, pues habéis sido comprados con gran precio; glorificad y llevad a Dios en vuestros cuerpos* [7]. Glorifiquémosle, pues, y llevémosle en un cuerpo puro y limpio con mejorada servidumbre, y ya que hemos sido redimidos con la sangre de Cristo, obedezcamos en todos sus preceptos a nuestro Redentor y esforcémonos por que no penetre en el templo de Dios nada profano ni impuro, no sea que ofendido abandone la sede en que moraba.

Palabras son del Señor, que salva y enseña, remedia y amonesta: *He aquí,* dice, *que has sanado; no quieras pecar más, no te suceda algo peor* [8]. Después de dar la salud, inculca el temor de Dios en la vida, prescribe un régimen de inocencia y no permite vagar por doquiera, sueltas las riendas, sino que, al contrario, se vale del beneficio mismo de la curación para amenazar con más rigor. Es menor la culpa que se comete antes de conocer los preceptos divinos, pero no tiene perdón el ofender a Dios después de haber empezado a conocerle. Y esto deben observar tanto los hombres como las mujeres, los jóvenes como las doncellas, los de cualquier sexo y edad, cada uno según la religión y fidelidad que deben a Dios, evitando el conservar con solicitud poco temerosa lo que se ha recibido santo y puro por la misericordia del Señor.

III. Preeminencia singular de las vírgenes

A las vírgenes dirijo ahora mi palabra, las cuales exigen tanta mayor solicitud cuanto más sublime es su gloria. Son flor que brota de los gérmenes de la Iglesia, hermosura y ornato de la gracia espiritual, alegría de la naturaleza, obra perfecta e incorrupta de loor y gloria, ima-

[7] 1 Cor. 6, 19 s.
[8] Io. 5, 14.

gen divina en que reverbera la santidad del Señor, porción la más ilustre del rebaño de Cristo. Gózase y florece en ellas con exuberante fecundidad nuestra madre la Iglesia, y cuanto más numeroso se hace el coro de las vírgenes, tanto más crece el contento de tan esclarecida madre. A ellas hablo, a ellas exhorto más por afecto que por autoridad, no para corregirlas con censuras rigurosas, pues reconozco lo poco que valgo yo, el último y mínimo de todos, sino para prevenirlas con cautelas más solícitas contra las asechanzas del demonio.

IV. El consejo de la virginidad en la revelación

Ni debe juzgarse vana esta cautela o injustificado este temor, que asegura el camino de la salud y garantiza el cumplimiento de los preceptos vitales del Señor, de modo que las que se han consagrado a Cristo y, apartándose de las concupiscencias carnales, han hecho a Dios voto de sus cuerpos y sus almas, puedan llevar a cabo su empresa, merecedora de grandes premios, y no se vean perturbadas por el deseo de adornarse o de agradar a otro alguno fuera de su Señor, de quien esperan el galardón de su virginidad. El mismo dijo: *No todos comprenden esta palabra, sino sólo aquellos a quienes se les ha concedido. Hay quienes son inhábiles para el matrimonio desde el seno de su madre; hay quienes lo son por violencia de los hombres, y, finalmente, hay quienes se han incapacitado a sí mismos por el reino de los cielos* [9].

También vemos ensalzado de nuevo el don de la continencia y glorificada la virginidad por boca de un ángel: *Estos son los que no se han contaminado con mujeres, sino que se conservaron vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero adondequiera que va* [10]. Ni es sólo a los varones a los que promete el Señor la gracia de la continencia, como si excluyese de ella a las mujeres, sino que, siendo la mujer parte del varón, sacada y formada de él, en las Escrituras Dios se dirige de ordinario al que fué criado primero, tanto más cuanto que son dos en una carne, y así bajo el nombre de varón se entiende también la mujer.

V. Desprecio del ornato exterior

Si la continencia es virtud seguidora de Cristo, y la virginidad está destinada al reino de los cielos, ¿qué tie-

[9] Mt. 19, 11 s. [10] Apoc. 14, 4.

nen que ver con las vírgenes las galas y atavíos profanos, con los cuales, mientras procuran agradar a los hombres, ofenden a Dios? Piensen en lo que está dicho: *Los que agradan a los hombres serán confundidos, porque Dios los tuvo en nada*[11]; y en lo que con tanta brillantez y sublimidad exclamaba San Pablo: *Si quisiera agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo*[12].

La continencia y la pureza no sólo consisten en la integridad de la carne, sino también en la modestia y compostura del vestido y ornato; de manera que, según la expresión del Apóstol, la que no está casada debe ser santa en alma y cuerpo.

El mismo Apóstol nos dice para nuestra instrucción: *El que es célibe no piensa sino en las cosas del Señor y cómo agrade a Dios; mas el que contrajo matrimonio piensa en las cosas de este mundo y cómo agrade a su mujer; igualmente, la virgen, y la mujer no casada, piensa en las cosas del Señor y en ser santa en cuerpo y alma*[13]. No basta el que una sea virgen; es menester que la tengan y estimen por tal; que nadie al ver una virgen pueda dudar de que lo es en realidad.

La integridad de la pureza debe relucir en todo, y el ornato externo no debe desacreditar la virtud casta del cuerpo. ¿A qué viene andar ataviada y compuesta como si tuviera marido o lo buscase? Si verdaderamente es virgen, tema más bien el agradar a alguien; ni se meta en el peligro la que está destinada para un fin más alto y divino. La que no tiene marido a quien agradar con fingimientos, consérvese íntegra y pura no sólo en el cuerpo, sino también en el espíritu. Ni es lícito a una virgen componer su cabello para lucir su belleza o gloriarse de la hermosura de su cuerpo, siendo así que no tiene lucha mayor que la entablada con su carne ni pelea más tenaz que la dirigida a vencer y domar la rebeldía de su cuerpo.

VI. La virgen no ha de gloriarse de la belleza del cuerpo

Clama San Pablo con voz poderosa y sublime: *Lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo*[14]; ¡y habrá virgen en la Iglesia que se jacte de la

[11] Ps. 52, 6.
[12] Gal. 1, 10.
[13] 1 Cor. 7, 32 s.
[14] Gal. 6, 14. Gran parte de las ideas desarrolladas por San Ci-

belleza de sus formas o la gentileza de su cuerpo! Añade San Pablo: *Los que son de Cristo crucificaron su carne con todos los vicios y concupiscencias*[15]. ¡Y la que confiesa haber renunciado a las concupiscencias y vicios de la carne se encuentra dominada por ellos! ¡Quedas sorprendida, oh virgen, quedas descubierta! Te jactas de ser una cosa y eres otra muy distinta. Siendo blanquísima por la pureza y la integridad, te cubres con manchas de sensual concupiscencia. *Clama,* dijo Dios a Isaías; *toda carne es heno y toda su hermosura como flor de heno. Agostóse el heno, se marchitó la flor, pero la palabra de Dios permanece para siempre*[16].

A ningún cristiano le está bien, pero mucho menos a una virgen, vanagloriarse de la belleza y gallardía de su cuerpo, sino anhelar únicamente la palabra de Dios y deleitarse con los bienes imperecederos. Si alguna vez nos podemos gloriar de la carne, sea cuando ésta es atormentada por confesar el nombre de Cristo, cuando la mujer se muestra más fuerte que los hombres que la martirizan, cuando sufre el fuego, la cruz, el hierro o las bestias para ser coronada. Estas son las verdaderas galas del cuerpo, éstos sus ornatos más preciosos.

VII. Las riquezas materiales son de poco valor

Pero hay algunas ricas y abundantemente dotadas de bienes de fortuna, que pretenden mostrar su opulencia y se empeñan en que deben usar de sus caudales. Sepan ante todo que si hay alguna mujer rica, es aquella que es rica para con Dios; si hay alguna opulenta, es la que es opulenta en Cristo; que si hay bienes dignos de tal nombre, son los espirituales, los divinos, los celestes, que nos conducen a Dios y permanecen con nosotros junto a El por toda la eternidad. Al contrario, todo lo terreno recibido en este mundo y que ha de quedar en el mismo, tan digno es de desprecio como el propio mundo, a cuyas pompas y deleites renunciamos cuando, por feliz acuerdo, nos acercamos a Dios.

Juan nos exhorta e incita con estas palabras espirituales y celestiales: *No queráis,* dice, *amar al mundo y a cuanto*

---

priano en estos capítulos sobre la exageración del ornato externo, la falsificación de la obra de Dios, la invención de los tintes por el diablo, etc., están tomadas del segundo libro *De cultu feminarum,* de Tertuliano.

[15] Gal. 5, 24.

[16] Is. 40, 6 s.

en él hay. Si alguno amare al mundo, sepa que no está en él la caridad del Padre; porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición del siglo; lo cual no viene del Padre, sino de la concupiscencia del siglo. El mundo pasará y también su concupiscencia; el que hiciere la voluntad de Dios permanecerá para siempre, del mismo modo que Dios también permanecerá para siempre[17]. Así, lo que se ha de apetecer es lo eterno y divino y el cumplir en todo la voluntad de Dios, siguiendo los vestigios y enseñanzas del Señor, que nos dijo: *No bajé del cielo para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me ha enviado*[18]. Y si el siervo no es superior a su amo y el liberto debe agradecimiento a su bienhechor, los que deseamos ser de veras cristianos debemos imitar la doctrina de Cristo. Escrito está, y se lee, y se oye, y se propone en la Iglesia para nuestra edificación: *Quien dice estar en Cristo, debe andar como El anduvo*[19]. Es menester, pues, caminar con paso parecido, avanzar con esfuerzo semejante. Sólo entonces responderá con verdad nuestra conducta a la profesión de nuestro nombre y se dará el premio al creyente, cuando se practique lo que se cree.

VIII. Las riquezas no son para gastarlas en el ornato del cuerpo

Dices que eres rica y opulenta; pero Pablo sale al encuentro de tus riquezas y te prescribe el modo cómo has de moderar tus adornos y galas: *Compónganse las mujeres,* dice, *con modestia y pudor, no empleando el trenzado del cabello, el oro, las piedras preciosas, los vestidos refinados, sino como corresponde a mujeres que profesan guardar castidad con buena conducta*[20]. Pedro asiente a estos mismos preceptos cuando dice: *En la mujer no haya ornato exterior de oro o refinamiento en el vestido, sino ornato interior del corazón*[21]. Y si aquél amonesta que deben refrenarse y contenerse dentro de la disciplina eclesiástica y de un proceder religioso aun las mujeres que suelen excusar sus adornos con el pretexto del marido, ¿cuánto más debe observar esto la virgen, que no puede alegar causa

[17] 1 Io. 2, 15 s.
[18] Io. 6, 38.
[19] 1 Io. 2, 6.
[20] 1 Tim. 2, 9 s.
[21] 1 Petr. 3, 3 s.

alguna para su ornato ni tiene a quien echar la culpa de sus fingidos retoques, sino que carga a solas con su pecado?

IX. Las riquezas no son para fomentar el lujo

Dices que eres rica y opulenta. Pero no todo lo que se puede hacer, debe hacerse; ni los deseos inmoderados provenientes de la ambición del siglo deben prevalecer sobre el buen nombre y el pudor de la virgen, como está escrito: *Todo es lícito, pero no todo conviene; todo es lícito, pero no todo edifica* [22]. Por tanto, si compones tu cabello con suntuosidad, si andas en público con fausto, si atraes hacia ti los ojos de los jóvenes, si arrebatas los suspiros de los adolescentes, si eres fomento de las pasiones, si das pábulo a concupiscencias sensuales, de modo que, aun cuando tú no perezcas, das muerte a otro, ofreciendo un puñal y un veneno a cuantos te miran, no puedes excusarte con la castidad y pureza de tu espíritu. Te acusan tus adornos excesivos y el lujo impúdico de tus atavíos y no mereces ser contada entre las jóvenes y vírgenes de Cristo, la que vives de tal modo que puedes ser objeto de amor sensual.

X. Desprecio de las riquezas

Dices que eres rica y opulenta, pero a una virgen no le está bien hacer ostentación de sus riquezas, mientras dice la Escritura: *¿De qué nos aprovechó la soberbia o qué fruto sacamos del alarde de nuestras riquezas? Todo se desvaneció como una sombra* [23]. Y el Apóstol nos aconseja de nuevo diciendo: *Los que compran condúzcanse como si no poseyesen, y los que usan de este mundo, como si no lo usasen, porque pasa la figura de este mundo* [24]. Pedro, a quien el Señor encomendó sus ovejas para que las apacentase y defendiese, sobre quien construyó y fundó su Iglesia, niega poseer oro y plata; pero asegura ser rico con la gracia de Cristo, con su fe y su poder, gracias a los cuales realiza grandes y milagrosas obras, se siente poseedor de abundantes bienes espirituales para la gloria eterna. Tales riquezas, tales bienes de fortuna no alcanzará quien prefiere ser rico para el mundo más bien que para Cristo.

---

[22] 1 Cor. 10, 23.
[23] Sap. 5, 8 s.
[24] 1 Cor. 7, 30 s.

XI. Empleo laudable de las riquezas

Dices que eres rica y opulenta y pretendes poder usar de lo que te concedió Dios para que lo poseyeses. Usalo enhorabuena, pero empleándolo en santos y provechosos fines; úsalo para lo que Dios manda, para lo que Dios enseña. Sean los pobres los que adviertan que eres rica; sean los necesitados los que conozcan tu opulencia. Entrega tu patrimonio a Dios con usura, alimenta a Cristo; agencia con limosnas las oraciones de muchos menesterosos para que alcances la palma de la virginidad y logres arribar a los premios del Señor. Deposita tus tesoros donde no pueda cavar el ladrón ni desenterrarlos ningún salteador codicioso; proporciónate heredades, pero heredades celestes, cuyas cosechas perennes y eternas estén a cubierto de todas las inclemencias del siglo, que ni el moho las eche a perder, ni la piedra las arrase, ni el ardor del sol las queme, ni la lluvia las pudra.

Eres delincuente, y delincuente contra Dios, si piensas que te ha dado las riquezas para usos profanos y para usarlas de modo perjudicial. También dió la voz al hombre; mas no por eso debe emplearla en canciones amatorias y torpes; quiso que el hierro fuese instrumento para la labranza, pero no cuchillo de homicidas; ni porque creó el incienso, el vino y el fuego han de servir para sacrificios de los ídolos, o porque inunden tus campos grandes rebaños debes ofrecer víctimas y holocaustos a los dioses falsos. De lo contrario, la mucha abundancia de bienes es tentación, si no se invierten en usos piadosos, de modo que el patrimonio sirva a cada uno para reparar sus pecados más bien que para aumentarlos.

XII. El excesivo adorno descubre a la mujer perdida

La exageración en los atavíos y adornos y los atractivos externos no son propios sino de mujeres impúdicas y perdidas, y no hay quien se componga con lujo más ostentoso que aquella cuyo pudor está por tierra. Así, en las Sagradas Escrituras, por medio de las cuales quiso Dios instruirnos y amonestarnos, se describe la ciudad meretriz vestida con fausto y ornato y con numerosas galas, y se advierte que ha de perecer por causa de esos mismos excesos: *Y vino,* dice, *uno de los siete ángeles que tenían las*

siete copas y habló conmigo diciendo: "Ven, te mostraré el juicio de la gran meretriz, que está sentada sobre muchas aguas, con la cual fornicaron los reyes de la tierra"; y me llevó en espíritu, y vi una mujer sentada sobre una bestia, y la mujer estaba vestida con un manto de púrpura y escarlata y ricamente engalanada con oro, piedras preciosas y perlas, y llevaba en su mano una copa rebosante de abominaciones y de inmundicias y de la fornicación de toda la tierra [25]. Eviten las vírgenes castas y pudorosas los adornos de las mujeres deshonestas, los trajes propios de las impúdicas, las preseas de lupanar, los atavíos de las cortesanas.

XIII. El lujo en los adornos causa la muerte y deshonra

Isaías, lleno del Espíritu Santo, clama y reprende a las hijas de Sión, corrompidas por el oro y vestidos costosos, y amonesta con gravedad a las que, abundando en riquezas perjudiciales, se apartan de Dios, siguiendo los deleites del mundo: *Se han erguido,* dice, *las hijas de Sión y han caminado con la cabeza levantada, guiñando los ojos, arrastrando por los suelos las fimbrias de sus túnicas, jugando con sus andares. Y Dios humillará a las principales hijas de Sión y descubrirá sus túnicas; y les quitará el lujo de sus vestidos y sus galas, sus postizos, rizos, lunetas, agujas de oro, brazaletes, collares, pulseras, anillos, pendientes, vestidos de brocado entretejidos con oro y jacintos. Los ungüentos perfumados se convertirán en ceniza; en lugar del cíngulo de oro ceñirán una soga de esparto y en lugar de sus ricos tocados de oro mostrarán su calvicie* [26].

Esto es lo que reprende Dios; esto lo que condena; por ahí, advierte que vinieron a corromperse y a renegar del verdadero culto de Dios. Las que se envanecieron, cayeron en tierra; las que se engalanaron con esmero, pararon en infamia y fealdad.

Las vestidas con seda y púrpura no pueden revestirse de Cristo; las engalanadas con oro, piedras preciosas y joyas perdieron el ornato del alma y del corazón. ¿Quién no abominará y rehuirá lo que fué para otras causa de perdición? ¿Quién apetecerá y buscará lo que sirvió a otras de espada y saeta para su muerte? Si un hombre

[25] Apoc. 17, 1-4.
[26] Is. 3, 16-24.

muriese por haber bebido un licor, deducirías al punto que se trataba de una ponzoña; si quedase muerto por haber probado un manjar, conocerías que era un veneno aquello que tomado causó la muerte, y te guardarías bien de comer o beber lo que viste que mató a otro. Ahora bien, ¡qué necedad y qué locura del alma no será querer aquello que daña y ha dañado siempre y pensar que no morirás tú con lo que sabes han muerto todos los demás!

XIV. Los adornos exagerados del cuerpo son invención del demonio

Dios no crió a las ovejas con vellones de púrpura y escarlata, ni enseñó a teñir y colorear la lana con jugos de hierbas y de cochinillas, ni inventó las joyas con piedras preciosas y perlas montadas en oro profusa y artificiosamente, con las que se ocultase el cuello, que El mismo había formado, de modo que se cubra la obra del Creador y aparezca por encima el invento del demonio.

¿Por ventura quiso Dios que se horadasen las orejas, atormentando a una criatura inocente y desconocedora todavía de la corrupción del siglo, para que pendiesen después de aquellas cicatrices y orificios piedras preciosas, pesadas no por su mole, pero sí por la enormidad de su precio? Todo esto fué descubierto por los artificios de los ángeles pecadores y apóstatas cuando, encenagados en las impurezas terrenales, perdieron su celestial vigor [27]. Ellos son los que enseñaron a teñir los ojos dándoles obscuros matices en su derredor, a pintar las mejillas con fingido carmín, a mudar el color del cabello con falsos tintes y, finalmente, a adulterar la verdad del rostro y cabeza con postizos mentirosos.

XV. Las pinturas del rostro son adulteraciones de la obra de Dios

Y al llegar a este lugar, instigado por el temor que me inspira mi fe y por el amor que exige la caridad fra-

[27] Alude San Cipriano en este pasaje a la opinión sustentada por ciertos escritores antiguos, como Clemente de Alejandría, Tertuliano, Orígenes y otros, interpretando de los ángeles la expresión *hijos de Dios*, empleada por el Génesis en el capítulo 6, al hablar de las uniones matrimoniales entre los descendientes de Set y las mujeres de la raza de Caín. Esta idea, completamente inadmisible, fué ya refutada por San Agustín, *De Civitate Dei*, lib. XV, c. 23: PL 41, 467-71.

terna, creo deber mío amonestar, no sólo a las vírgenes y viudas, sino a las mujeres todas, que no es lícito adulterar en modo alguno la obra de Dios, lo que El ha formado y modelado, desfigurándolo con tintes de oro, cremas negras o pinturas rojas, o transformando con cualquier otro artificio los rasgos puestos por la naturaleza. Dice Dios: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra*[28]; ¿y habrá quien se atreva a mudar y transformar lo que Dios hizo?

Contra El se rebelan los que pretenden reformar y trastocar lo que El formó, sin reflexionar que es obra de Dios todo lo que nace, y del diablo todo lo que se muda. Si un maestro en pintura retratase a un personaje sacando con vivos colores su rostro, su talle y las actitudes de su cuerpo, y, una vez concluído y firmado el cuadro, viniese otro y pusiese en él sus pinceles para corregir la imagen ya pintada y ultimada, se consideraría esto una grave injuria contra el primer artista y se tendría por muy justa su indignación; y ¿piensas tú poder inferir a Dios impunemente tal injuria y mostrar un atrevimiento tan temerario? Concediendo que no seas tenida por impúdica ante los hombres al presentarte con tales retoques procaces, pero ante Dios serás considerada peor que una adúltera, por corromper y violar su obra. Lo que tú reputas adorno y arreglo de tu cuerpo es una rebelión contra lo hecho por Dios y un falseamiento de la verdad.

XVI. Retocar el cuerpo es querer enmendar la plana a Dios

Es voz del Apóstol, que amonesta: *Expurgad la vieja levadura para que seáis una masa nueva, así como sois ázimos; pues nuestro Cordero pascual fué inmolado, que es Cristo. Celebremos, pues, esta fiesta, no con vieja levadura ni con levadura de malicia y perversidad, sino con ázimos de pureza y de verdad*[29]. ¿Por ventura podrá haber verdad y pureza cuando lo que es natural se afea con colores engañosos y lo nativo se transforma en falso con tintes de drogas?

Tu Señor es quien dice: *No podrás volver blanco o negro uno solo de tus cabellos*[30]; ¡y tú, sacando mentirosa la palabra de tu Señor, quieres atribuirte más poder, y

[28] Gen. 1, 26.
[29] 1 Cor. 5, 7.
[30] Mt. 5, 36.

con intento audaz y desprecio sacrílego tiñes tus cabellos, presagiando con nefasto auspicio el color de las futuras llamas [31], y pecas, oh dolor, con tu cabeza, que es la parte principal del cuerpo! Escrito está: *Su cabeza y cabellos eran blancos como la lana o la nieve* [32]; ¡y tú te horrorizas de las canas y aborreces la blancura del cabello, que te asemeja a la cabeza del Señor!

XVII. Sentencia del Juez en el día del juicio acerca de tales arreglos

¿No temes, dime, que, siendo cual eres, cuando llegue el día del juicio, no te reconozca tu Artífice soberano y te aparte y excluya de los premios eternos, increpándote con dureza de juez y censor mediante estas palabras: "Esta no es obra mía, ni es ésta nuestra imagen"? Has manchado tu cutis con ungüentos de ficción, has cambiado con falsos tintes el color de tu cabello, tu faz se halla alterada con retoques mentirosos, tu cuerpo desfigurado, ese rostro no es tuyo. No podrás ver a Dios, no teniendo ya los ojos que El te hizo, sino los que te proporcionó el diablo. A éste has seguido, imitando los ojos brillantes e irisados de la serpiente; adornada a semejanza de tu enemigo, arderás con él en el infierno. ¿No son, dime, estas cosas dignas de ser meditadas por los siervos de Dios y de ser temidas a la continua día y noche?

Allá con su conciencia las mujeres casadas, que, alegando en defensa suya el deber de agradar a sus maridos, los hacen con esta excusa cómplices de este criminal consentimiento; pero cierto que las vírgenes, a quienes se dirigen estas palabras, si se aderezasen con tales artificios, no deberían computarse como tales, sino que deberían ser apartadas de la grey pura y santa de la virginidad, cual si se tratase de ovejas pestilentes e infectas, a fin de que no contagiasen a las demás con su compañía y las hicieran perecer.

XVIII. Peligros de los convites y fiestas de sociedad

Y ya que buscamos el tesoro de la continencia, lejos de nosotros cuanto pueda perjudicarla y corromperla. Ni

[31] Es ésta una idea que va transmitiéndose como herencia entre los moralistas latinos. La había ya expuesto Tertuliano en su obra *De cultu feminarum*, lib. II, c. 6: PL 1, 1322; y la había de repetir San Jerónimo en su *Epist. 107 ad Laetam*, n. 5: PL 22, 872.

[32] Apoc. 1, 14.

quiero pasar por alto aquellos abusos, que, habiéndose hecho costumbre por dejadez, parecen haber convertido su injusta intromisión en lícito permiso, atentando contra el pudor y la sobriedad. Hay vírgenes que no se avergüenzan de asistir a bodas [33] y mezclar palabras livianas entre las conversaciones que allí se tienen con obscena libertad, oír lo que no conviene, decir lo que no se debe, estar presentes y atentas a los dichos procaces y a los convites abundantes en vino, donde se enciende el fuego de la lascivia, se induce a la esposa a la sensualidad y se anima al esposo a mayor audacia.

¿Qué lugar habrá en las fiestas de los desposorios para una persona que se halla con ánimo de no contraerlos nunca, o qué gozos y alegrías puede haber para quien tiene anhelos y propósitos tan diversos? ¿Qué es lo que allí se aprende, qué es lo que se ve? ¡Cuánto decae con esto una virgen de su dignidad! ¡Cuán liviana se retira después de la fiesta la que vino a ella llena de honestidad! Aunque permanezca virgen según el cuerpo, pero en cuanto a los ojos, los oídos y la lengua sale muy empañado su recato.

XIX. Sobre los baños públicos

¿Y qué decir de las que acuden a los baños públicos, prostituyendo a las miradas curiosas de la lascivia sus cuerpos, consagrados al pudor y la castidad? [34] ¿Acaso no se convierten en pábulo para la lujuria viendo a los varones deshonestamente y exponiéndose ellas desnudas a sus miradas? ¿No es esto provocar y estimular las pasiones de los presentes para el deshonor y corrupción de sí mismas?

Allá cada uno, dirás, con su intención; yo sólo pretendo lavar y fortalecer mi cuerpo. No te salva esta excusa ni te libra de la culpa de petulancia y lascivia. Inmundo es un tal lavado; no limpia ni purifica los miembros, sino los ensucia. Tú a nadie miras impúdicamente, pero eres objeto de miradas deshonestas; no manchas tus ojos con torpe deleite, pero deleitando a otros tú misma te manchas. Haces del baño un espectáculo, y por cierto más indecente que los teatros.

[33] Acerca de este problema de la asistencia a los convites nupciales véase lo dicho en nuestro trabajo, p. 2.ª, c. 11, n. 83.
[34] Sobre este punto recuérdese lo dicho en el estudio preliminar, p. 2.ª, c. 11, n. 82.

Allí se pierde toda vergüenza; juntamente con el vestido te despojas de la honra y el pudor; la virginidad se expone a miradas y tactos lascivos. Considera ahora si, cuando se halle vestida, será considerada por los hombres como honesta la que los provocó con la audacia de su desnudez.

XX. Caídas de las vírgenes por tales imprudencias

Así es que la Iglesia llora con frecuencia a sus vírgenes, así es que gime ante sus historias infames y aborrecibles; así se marchita la flor de la virginidad, cae por tierra el pudor y gloria de la continencia, queda profanada su honra y dignidad. Así se introduce con sus ardides el enemigo tentador, así acomete el demonio con ocultas y falaces asechanzas; así, queriendo las vírgenes adornarse con refinamiento y vagar más libremente, dejan de ser vírgenes, corrompidas por secreta deshonra, viudas antes que desposadas, adúlteras, no de un marido, sino de Cristo, y condenadas por su perdida virginidad a suplicios tan horrendos cuanto eran grandes los premios a que estaban destinadas.

XXI. Exhortación a huir de todos los peligros dichos

¡Oídme, pues, oh vírgenes, como a padre! ¡Oíd, os ruego, a quien teme por vosotras y os amonesta! ¡Oíd a quien os aconseja buscando con fidelidad vuestra conveniencia y provecho! Sed tales cuales os hizo Dios, supremo Artífice; sed tales cuales os modeló la mano del Padre. Consérvese en vosotras el rostro incontaminado, la cerviz modesta, las formas naturales; no lastiméis las orejas con heridas [35], ni aprisionen vuestras muñecas o vuestro cuello las cadenas preciosas de pulseras o collares; anden vuestros pies libres de ajorcas, crezca vuestro cabello sin tinturas de color, manténganse vuestros ojos dignos de contemplar a Dios. Bañaos enhorabuena, pero sólo en compañía de mujeres, entre las cuales será vuestro baño honesto. Apartaos de las fiestas indecorosas de bodas y

[35] Es una amonestación ésta muy repetida por los antiguos Padres. Véase, por ejemplo, CLEMENTE ALEJANDRINO, *Pedagogo*, lib. II, c. 12: PG VIII, 553; SAN JERÓNIMO, *Epist. 107 ad Lactam*, n. 5: PL 22, 872.

de los convites lascivos, cuyo contagio es tan peligroso. Tú, virgen, que has dominado la carne y el mundo, sobrepónte también a la ostentación del vestido y del oro. No se avienen entre sí el vencer las grandes dificultades y ser vencida por las pequeñas.

Estrecho y angosto es el camino que conduce a la vida, duro y arduo el sendero que lleva a la gloria. Por esta senda marchan los mártires, caminan las vírgenes, avanzan los justos. Evitad los caminos anchos y fáciles; en ellos se tropieza con atractivos traidores y halagos mortales; en ellos el diablo lisonjea para engañar, sonríe para hacer daño, acaricia para matar. El mayor fruto, el de cien, es propio de los mártires; el segundo, el de sesenta, es el vuestro [36]. Del mismo modo que en los mártires no se dan pensamientos de carne y de mundo ni conversaciones delicadas, muelles y tiernas, así también vosotras, siendo las segundas en cuanto al fruto, debéis poseer una virtud para los trabajos semejante a la de ellos. No es fácil la subida a las alturas. ¿Qué sudores, qué molestias no padecemos cuando ascendemos a las cimas y cumbres de los montes? ¿Y qué no debemos pasar tratando de subir al cielo? Si consideras el premio prometido, se te hará pequeño el trabajo: se te anuncia una existencia inmortal, una vida perpetua, el reino de Dios.

XXII. Premios de la virginidad

Conservad, ¡oh vírgenes!, conservad lo que habéis empezado a ser, lo que habéis de ser para siempre. Grande premio os espera, galardón magnífico para la virtud, recompensa eximia para la castidad. ¿Queréis saber de qué males carezca y qué premios posea la continencia? *Multiplicaré,* dijo Dios a la mujer, *tus congojas y tus gemidos; darás a luz con dolor a tus hijos, vivirás sujeta a tu marido y él te dominará* [37]. Vosotras estáis libres de esta sentencia: no teméis las congojas y gemidos propios de la mujer, ningún temor os aflige sobre el parto de vuestros hijos, ni tenéis un marido por dueño, pues vuestro dueño y cabeza es Cristo, que hace las veces de esposo, de cuya suerte y comunidad de vida participaréis.

Palabras del Señor son aquéllas: *Los hijos de este siglo engendran y son engendrados; mas los que tuvieren*

[36] Ya hablamos de esta jerarquía de valores en nuestro trabajo, p. 2.ª, n. 68, especialmente nota 20.

[37] Gen 3, 16.

parte en aquel otro siglo y en la resurrección de los muertos no tomarán esposas ni maridos; pues no vendrán a morir, siendo iguales a los ángeles de Dios por ser hijos de resurrección[38]. Lo que hemos de ser en la otra vida, eso habéis empezado ya a ser vosotras; gozáis en este siglo de la gloria de la resurrección; pasáis por este mundo sin contaminaros con él; mientras os conservéis castas y vírgenes sois iguales a los ángeles de Dios. Perseverad, pues, con fortaleza, como empezasteis, en vuestra virginidad íntegra e incontaminada; manteneos constantes y no busquéis los ornatos del vestido o de las joyas, sino los de las buenas costumbres. Mirad a Dios y hacia el cielo y no bajéis de nuevo hacia las concupiscencias del mundo y las solicitudes de la tierra los ojos que habéis levantado a las alturas.

XXIII. Preeminencia moral de la virginidad

El primer decreto divino fué el precepto de crecer y multiplicarse; el segundo fué el consejo de guardar continencia. Cuando todavía estaba el mundo inculto y vacío nos propagamos abundantemente por medio de una fecunda generación hasta formar la plenitud del género humano; pero, estando ya habitado todo el orbe y repleto el mundo, los que se encuentran con fuerzas para guardar continencia viven a manera de eunucos, inhabilitándose para el matrimonio por el reino de los cielos. No es que Dios mande esto, sino únicamente lo aconseja; ni pone un yugo forzoso, ya que lo deja al libre arbitrio de la voluntad, limitándose a mostrar las moradas más escogidas al describir cómo hay muchas clases de moradas en el reino de su Padre. A estas moradas más escogidas aspiráis vosotras; amputando los deseos sensuales de vuestra carne, os hacéis acreedoras a premios más insignes en el cielo.

Todos los que consiguen la gracia divina del Padre santificándose por medio del bautismo, abandonan el hombre viejo gracias a las aguas de salvación y se renuevan con el Espíritu Santo, purificándose de las inmundicias del antiguo contagio nuevamente regenerados; pero mediante un segundo nacimiento os compete una más verdadera santidad a vosotras, que habéis renunciado a los deseos del cuerpo y de la carne. En vosotras sólo ha quedado lo relativo a la gloria de la virtud y del espíritu.

Es voz de aquel apóstol que fué elegido por el Señor

[38] Lc. 20, 34 s.

como vaso de elección y enviado por Dios para promulgar los preceptos celestiales: *El primer hombre,* dice, *fué formado del barro de la tierra, el segundo del cielo; cual aquél formado del barro, tales son los formados del barro, y cual el celeste tales son los celestes. Como hemos llevado la imagen del que fué formado de la tierra, llevemos también la imagen del que es celeste* [39]. Esta imagen llévala la virginidad, llévala la pureza, llévanla la santidad y verdad, llévanla, en fin, los que observan la disciplina del Señor, fieles a la justicia y la piedad, constantes en la fe, humildes en el temor de Dios, fuertes en la tolerancia del sufrimiento, prestos a toda obra de misericordia, unánimes y concordes entre sí por la caridad fraterna.

XXIV. Exhortación final

Estas son las cosas que debéis cumplir, amar y llevar a cabo vosotras, ¡oh vírgenes!, que empleadas en servir a Dios y a Cristo, a quien os habéis consagrado, camináis hacia el Señor, adelantándoos, como la parte mejor y más preciada de la Iglesia. Las mayores en edad instruid a las más jóvenes; las jóvenes edificad a vuestras iguales, incitándoos con mutuas exhortaciones; estimulaos a tanta gloria con ejemplos de emulación en la virtud. Perseverad con fortaleza, caminad en espíritu, llegad felizmente al término. Sólo os ruego que os acordéis de mí cuando empecéis a gozar la gloria de la virginidad.

[39] 1 Cor. 15, 47-49.

SAN AMBROSIO

TRATADO ACERCA DE LAS VIRGENES

A su hermana Marcelina

Este tratado, cáliz de néctares refinados, el primero entre los ascéticos que salió de la pluma del Obispo de Milán, el año 377, cuando apenas contaba su autor sino tres años de sacerdocio y episcopado, es también, sin dudar, el más bello entre sus numerosos escritos acerca de la pureza. A pesar del breve tiempo que llevaba todavía el Prelado milanés en su ministerio eclesiástico, muestra un conocimiento de la Sagrada Escritura no vulgar. Su juventud bulle llena de vida en su entusiasmo ascético por la continencia, en la lozanía de su dicción, en sus complacencias literarias, en la delicadeza poética de sus ideas y, sobre todo, en el fuego mal reprimido de su oratoria[1]. *Porque, como ya indicamos, esta obra no es sino la redacción escrita de sus homilías sobre la virginidad pronunciadas en la Iglesia de Milán y compiladas en forma de tratado a ruegos de numerosas jóvenes consagradas al Señor, y especialmente de su hermana Marcelina, que, no habiendo podido escucharlas cuando se pronunciaron, ardían en deseos de conocerlas*[2].

La división en tres libros está bien fundada, aun cuando

---

[1] La copiosidad de la doctrina y el ornato del estilo fué ya advertido por San Jerónimo, *Epist. 22 ad Eustochium*, n. 22, y *Epist. 48 ad Pammachium*, n. 14 : PL 22, 409 y 504 s. ; y por San Agustín, *De doctrina christiana*, lib. IV, c. 21, n. 48 : PL 34, 112 s. Acerca de la composición de esta obra véase el trabajo precedente, p. 2.ª, c. 1, a. 1, n. 24. El núcleo homilético primitivo queda con frecuencia manifiesto, sea por las alusiones a la fiesta del día, v. gr., lib. I, c. 2, n. 5 : PL 16, 189 ; sea por lo heterogéneo del público a que parece dirigirse, v. gr., lib. I, c. 3, n. 12 ; lib. I, c. 4, n. 19 ; lib. I, c. 11, n. 66 : PL 16, 192, 194 y 208.

[2] Ambas peticiones constan expresamente en diversas frases del autor. (Cf. lib. I, c. 3, n. 10, y lib. II, c. 1, n. 5 : PL 16, 191 y 208.)

la sistematización de las ideas, principalmente en el tercero, quede un poco al azar. El primer libro es un himno de alabanza a la grandeza, dignidad y privilegios de la virginidad: en el segundo entreteje una guirnalda de modelos ejemplares para las profesas de esta santa institución; y el tercero, finalmente, contiene un recuento de las virtudes propias de una esposa de Cristo, tomando por base la homilía del Papa San Liberio en la consagración de Marcelina, la hermana de Ambrosio [3]. *El éxito que a lo largo de los siglos cristianos ha tenido esta obra, no es sino un eco del que tuvo entre sus contemporáneos, como éste lo era a su vez del entusiasmo despertado entre sus oyentes por las homilías que le sirvieron de fundamento* [4].

---

[3] El hecho de que San Ambrosio introdujese en este libro la homilía tenida por San Liberio, aun cuando, como es de suponer, con cierta libertad de contenido y forma, es admitido con general unanimidad. Véase, sin embargo, TH. MICHELS, O. S. B., *Jahrbuch für Liturgiewissenchaft,* t. III (1923), pp. 105-108, y M. KLEIN, *Meletemata Ambrosiana,* Diss. Regimontana 1927, pp. 9-15.

[4] Esta obra, publicada ya por los Maurinos y reproducida por MIGNE (PL 16, 187-232), ha logrado una esmerada edición crítica, a la cual nos adaptamos, publicada por OT. FALLER, S. I., en el *Florilegium patristicum tam veteris quam medii aevi,* dirigido por B. GEYER y IOH. ZELLINGER, fasc. 31 (Bonn 1933). En dicha edición pueden verse asimismo interesantes datos y numerosas advertencias respecto a puntos particulares del presente tratado. Hemos prescindido de las irregularidades de la división de capítulos seguida por Faller.

LIBRO I

I. Razones que le mueven a escribir y temores que le asaltan, aunque sin quebrantar su confianza en Cristo

1. Si, conforme a la sentencia de la divina verdad, tenemos que dar cuenta de toda palabra ociosa que hayamos hablado [5]; o si cualquiera que, habiendo recibido en calidad de siervo, para negociar con ellos, los talentos de la gracia espiritual, que hubieran podido ser colocados a interés en un banco, los escondiese bajo tierra, como tímido usurero o como hombre avaro, incurriría en una falta no pequeña contra su señor cuando éste volviese a pedirle cuentas [6], con mucha más razón nosotros, aunque dotados de pobre ingenio, sobre quienes pesa la gravísima responsabilidad de negociar con la palabra de Dios en el corazón de los hombres, debemos temer no se nos pida cuenta de nuestras palabras, sobre todo sabiendo que el Señor mira no tanto al fruto que hacemos como al deseo de aprovechar.

De aquí nació mi resolución de escribir estos libros, ya que nuestras palabras se avergüenzan más cuando se oyen que cuando se leen. Porque el libro no se sonroja.

2. Desconfiando, pues, de mi ingenio, pero estimulado por los ejemplos de la divina misericordia, me lanzo a componer este tratado. Porque, cuando Dios quiere, hasta una asna puede hablar [7]. También yo, aunque oprimido bajo el yugo de los trabajos de este mundo, con la ayuda del Angel abriré mi boca, que tanto tiempo ha estado cerrada. Porque quien quitó a aquella asna los impedimentos de naturaleza, puede quitar también los míos de inexperiencia.

En el arca del Antiguo Testamento floreció la vara del sacerdote Aarón [8]; y ¿será difícil para Dios hacer brotar también una flor del fondo estéril de nuestro espíritu? ¿Por qué, pues, no vamos a confiar que Dios hable en los hombres, habiendo hablado en las zarzas? [9]

Dios no se desdeñó de la zarza. ¡Ojalá ilumine también mis espinas! Que no faltarán quienes vean brillar también

---

[5] Mt. 12, 36.
[6] Mt. 25, 14-30.
[7] Num. 22, 23-28.
[8] Num. 17, 8.
[9] Ex. 3, 2-5.

en nuestra zarza cierto resplandor; no faltará alguno a quien nuestra espina no queme, y a quien la voz salida de nuestra zarza le haga soltar las sandalias de sus pies y, quitados los impedimentos del cuerpo, quede libre para caminar en espíritu.

3. Pero esto no es dado más que a santos varones. ¡Ojalá que Jesús, estando yo recostado bajo aquella higuera todavía infructuosa, me mirase desde algún sitio! [10] Cierto que mi higuera también, después de tres años, daría fruto [11]. Pero ¿cómo, siendo un pecador, abrigo en mi pecho tal esperanza? ¡Ojalá, por lo menos, que el encargado de la viña del Señor, a quien tal vez se le ha ordenado ya arrancar nuestra higuera, la deje estar todavía un año, hasta que la cave y la abone con un canasto de estiércol; porque puede Dios suscitar de la tierra al necesitado y levantar al pobre del polvo! [12]

Bienaventurados los que, consagrando sus trabajos a la luz y a la alegría, ligan a la cepa y a la oliva sus caballos [13]. A mí todavía me sombrean las hojas de la higuera, esto es, los atractivos y encantos de los placeres efímeros. Pero ¡ay!, que soy muy pequeño para empresa tan grande, débil para el trabajo, blando para el ejercicio, estéril para dar fruto.

4. Quizás alguno extrañe que yo, no sabiendo hablar, me atreva a escribir. Pero, si traemos a la memoria lo que se lee en los Libros Sagrados y en los hechos sacerdotales, y tomamos como ejemplo el caso del santo profeta Zacarías [14], verá que la causa no es sino ésta: que hay cosas que no dice la voz, pero marca el estilete. Y si el nombre de Juan devolvió el habla a su padre, yo, aunque mudo, no desconfiaré de recobrar también el habla, sobre todo si predico a Cristo, *cuya generación ¿quién podrá explicar?* [15]

Por tanto, hablaré como siervo de la familia del Señor, que, siendo inmaculado, consagró para sí una familia también inmaculada, aun en esta carne llena de desórdenes y fragilidades humanas.

II. Inés, dos veces coronada como mártir y como virgen

5. Puesto que celebramos hoy el natalicio de una virgen, es oportuno hablar de las vírgenes y comenzar este libro con

[10] Io. 1, 48.
[11] Cf. Lc. 13, 6-9.
[12] Ps. 112, 7.
[13] Cf. Gen. 49, 11.
[14] Lc. 1, 63 s.
[15] Is. 53, 8.

sus alabanzas. Es el natalicio de una virgen, emulemos su pureza; es el natalicio de una mártir, ofrezcamos víctimas; es el natalicio de Inés, admírense los varones, anímense los niños, asómbrense las casadas, imítenla las doncellas.

Mas ¿qué cosa podré decir digna de aquella cuyo mismo nombre no está exento de alabanza? [16] Su devoción, superior a la edad; su energía, superior a la naturaleza; de forma que me parece no haber tenido un nombre humano, sino un apelativo profético de mártir, que hacía presagiar sus glorias futuras.

6. Cierto que no me ha de faltar materia para alabarla. El nombre de virgen es título de pudor. La invocaré como a mártir, la ensalzaré como a virgen. Grande es ciertamente la gloria, cuando no es necesario andar a buscarla, sino que se ofrece ella por sí misma. ¡Fuera, pues, artificios ingeniosos! ¡Enmudezca la elocuencia! Sus propios méritos la celebren. Los ancianos, los jóvenes, los mismos niños entonen sus alabanzas. Nadie es tan digno de ser ensalzado como aquel que puede ser ensalzado por todos. Cuantos hombres, tantos pregoneros de su gloria, que la alaban con sólo nombrarla.

7. Frisaba en los doce años, según se dice, cuando fué sometida al martirio. Crueldad detestable, que no repara en la ternura de una niña. Fortaleza grande la de la fe, que aun en aquella edad encuentra testimonios.

¿Había por ventura en aquel cuerpecito lugar para el golpe de la espada? Pues quien no tenía donde recibir la herida del hierro tuvo fortaleza para vencer al mismo hierro. Y eso que en tal edad suelen las niñas temblar ante una mirada torva de sus padres, y por el leve pinchazo de una aguja lloran como por una grave herida. Pero Inés permanece impávida entre las manos ensangrentadas de los verdugos, se mantiene impertérrita entre el rechinar de los pesados eslabones de las cadenas, ofrece todo su cuerpo al puñal del soldado enfurecido; ignorante todavía de lo que es morir, está, sin embargo, dispuesta, caso de ser arrastrada contra su voluntad ante las aras de los falsos dioses, a elevar sus manos hacia el Señor en medio del fuego y mostrar entre las llamas sacrílegas el trofeo de Cristo vencedor. Ahora ofrece su cuello y sus manos a las anillas férreas de las cadenas; pero no hay anillas capaces de aprisionar miembros tan tiernos.

8. ¡Singular género de martirio! Aun no es apta para la pena y está ya madura para la victoria; sin posibilidad todavía para el combate y tan fácil para obtener la corona

---

[16] Alusión al nombre Agnes, que en griego encierra la idea de pureza y en latín la de víctima del sacrificio.

de la victoria; hecha maestra de virtud la que por su edad era incapaz de serlo. No corre a la boda tan gozosa la que va a desposarse como se dirigió al suplicio esta virgen con alegre impaciencia y paso veloz; y por cierto adornada no con trenzas artificiosas, sino con Cristo; no coronada con flores, sino con virtudes.

Lloran todos; sólo ella está serena. Se asombran de que prodigue con tanta prontitud su vida en la aurora misma de la juventud, como quien la entrega ya, habiéndola agotado; admíranse de que se presente como testigo de la divinidad la que todavía no puede ser dueña de sí misma por su edad. Consiguió que se creyese al testificar de Dios a quien no se hubiera creído al dar testimonio acerca de los hombres; porque lo que está sobre la naturaleza por necesidad proviene del autor de la naturaleza.

9. ¡Qué de terrores ensayó el verdugo para espantarla! ¡Qué de halagos para rendirla! ¡Qué de promesas para atraerla a los desposorios! Pero ella sólo respondía: "Injuria sería para mi Esposo el pretender agradar a otro. Me entregaré sólo a aquel que primero me eligió. ¿Qué te detiene, oh verdugo? ¡Perezca un cuerpo que puede ser amado por ojos que detesto!"

Se puso en pie, oró, inclinó su cabeza. Vieras temblar al verdugo, cual si él fuese el condenado; vacilar su diestra, palidecer su rostro ante la ajena desgracia, mientras la joven no temía por la suya propia. Tenéis, pues, en una sola víctima un doble martirio: el de la pureza y el de la fe; permaneció virgen y obtuvo el martirio.

III. Grandeza de la virginidad, traída por Cristo del cielo, tan desconocida en el Antiguo Testamento y tan practicada en el Nuevo

10. El amor de la continencia me invita ahora, y tú también, santa hermana mía, no con palabras, pero sí con tus vírtudes, a decir algo acerca de la virginidad, no parezca que pasamos de largo por la que es virtud tan principal. No ensalzamos la virginidad porque se da en los mártires, sino porque es ella quien hace mártires.

11. ¿Qué humano ingenio podrá comprender dignamente a la que está fuera de las leyes de la naturaleza o con qué palabras humanas se podrá explicar lo que se halla por encima de todas las leyes naturales? Al cielo fué a buscar el modelo que había de imitarse en la tierra. Y con razón buscó en el cielo sus normas de vida la que en el cielo tenía a su Esposo. La virginidad, remontándose sobre las nubes,

los ángeles y los astros, halló al Verbo de Dios en el seno mismo del Padre y bebió a raudales su amor. Pues ¿quién dejará tan gran bien una vez hallado? *Ungüento derramado es tu nombre. Por lo cual las jovencitas te amaron y atrajeron* [17].

Finalmente, no es sentencia mía aquella de que *ni ellos ni ellas se casarán, sino que serán como los ángeles del cielo* [18]. Nadie se admire de que se comparen con los ángeles las que tienen por esposo al Señor de los ángeles. ¿Quién se atreverá a negar que del cielo descendió esta vida, que no pudo hallarse fácilmente en la tierra, sino después de haber bajado Dios a revestirse con estos miembros de cuerpo terreno? Entonces concibió la Virgen en su seno y *el Verbo se hizo carne* [19] para que la carne se hiciese Dios.

12. Tal vez diga alguno: También hallamos a Elías que dominó la concupiscencia, manteniéndose alejado de todo comercio carnal. —Por lo mismo fué arrebatado al cielo en un carro de fuego [20], por lo mismo aparece en la gloria junto al Señor [21], por lo mismo ha de venir como precursor del advenimiento de Cristo [22].

También María, tomando en su mano el tímpano, dirigió los coros virginales de la pureza [23]; pero recordad a quién representaba en su persona. ¿No era símbolo de la Iglesia, que, siendo virgen, había de congregar las reuniones religiosas de los pueblos, que entonasen las divinas alabanzas?

Asimismo leemos que en el templo de Jerusalén había vírgenes aplicadas a su servicio. Pero ¿qué dice el Apóstol? *Todo esto les sucedía en figura* para que fueran imágenes de las realizaciones futuras [24]. El tipo representativo se dió en pocos, la realidad en muchos.

13. Después de venir el Señor en cuerpo mortal, asociando en la misma morada la divinidad y la carne, sin confusión alguna de naturalezas, entonces, sí, se difundió, extendiéndose por todo el orbe en los cuerpos terrenos, este tenor de vida celeste. Este es el nuevo linaje que había de servir a Cristo con la ofrenda de un cuerpo inmaculado, según significaron los ángeles al ejercer su ministerio en la tierra [25]. Esta es aquella legión celeste que prometieron los ejércitos angélicos cuando vinieron a cantar en la tie-

---

[17] Cant. 1, 2.
[18] Mt. 22, 30.
[19] Io. 1, 14.
[20] Cf. 4 Reg. 2, 11.
[21] Cf. Mt. 17, 3.
[22] Cf. Mal. 4, 5.
[23] Cf. Ex. 15, 20.
[24] 1 Cor. 10, 11.
[25] Cf. Mt. 4, 11.

rra sus himnos de alabanza [26]. Tenemos, pues, la antigüedad del testimonio desde el principio de los siglos, la plenitud de la profesión desde la aparición de Cristo.

IV. Entre los gentiles no se dió la verdadera virginidad

14. La virginidad no fué virtud ordinaria entre los gentiles, ni costumbre popular entre los pueblos incultos. ni uso admitido entre los demás seres vivientes, con todos los cuales, aunque tenemos de común el aire vital que respiramos y participamos de una misma naturaleza en el cuerpo, y ni siquiera nos distinguimos en el modo de ser engendrados, hay, sin embargo, una cosa cuya semejanza rehusamos como afrentosa, y es en la virginidad, pues los gentiles la violan después de procurarla, consagrándose a ella; los pueblos incultos la vituperan, los demás la desconocen.

15. ¿Habrá quien pretenda argüirme con las vírgenes de Vesta y los sacerdotes de Palas? ¡Singular pureza, basada no en las costumbres morales, sino en los años; que termina no con la muerte, sino con la edad! ¡Integridad desvergonzada, que aguarda a la vejez para ser corrompida! Ellos mismos enseñan que sus vírgenes, que han profesado castidad, ni deben ni pueden perseverar tales hasta el fin de su vida. ¿Qué clase de religiosidad es esa en que se ordena ser puras a las jóvenes y lascivas a las ancianas? Aunque ni tampoco es pura la que se contiene coaccionada por la ley, ni lasciva la que por la misma ley se da a la licencia.

¡Oh misterios! ¡Oh costumbres en que la necesidad impone la pureza y la autoridad sirve para la lujuria! Por tanto, no es casta la que obedece al solo temor, ni honesta la que no busca sino el premio; ni es verdadera pureza la que se halla expuesta todos los días a los ojos de los licenciosos y es afrentada por miradas lascivas. Se les confieren privilegios, se les ofrecen premios. ¡Como si no fuera la mayor prueba de su desvergüenza el vender la castidad! Lo que por precio se promete, por precio se deja, por precio se entrega y por precio se cumple. No sabe rescatar la castidad quien está acostumbrada a venderla.

16. ¿Y qué decir de las fiestas frigias, en las que la inmoralidad es reglamentaria, y ojalá fuese en el sexo débil? ¿Qué de las bacanales del dios Líber, en que los mis-

[26] Cf. Lc. 2, 13.

terios religiosos son incentivos para la lujuria? ¿Cuál podrá ser la vida de sus sacerdotes, cuando se veneran las deshonestidades de sus dioses? No tienen, pues, vírgenes tales cultos.

17. Veamos si tal vez lograron formar vírgenes las doctrinas filosóficas que suelen arrogarse el magisterio de todas las virtudes. Se cuenta en cierta fábula cómo una joven de la escuela pitagórica, siendo incitada una y otra vez por el tirano para revelar un secreto, a fin de impedir que la violencia de los tormentos le arrancasen una declaración, se cortó de un mordisco la lengua y la arrojó al rostro del tirano, de modo que el que no cejaba en preguntar no tuviera de quien obtener respuesta.

18. Pero aquella misma que manifestó su ánimo varonil se traicionó con las señales de su seno, y la que había ofrecido tal ejemplo de silencio perdió su castidad, siendo vencida por la concupiscencia la que no había podido ser dominada por los tormentos. La que consiguió guardar el secreto de su mente no pudo ocultar el oprobio de su cuerpo. Venció a la naturaleza, pero no supo guardar la disciplina de sus costumbres. ¡Cómo hubiera deseado tener en su lengua un baluarte para su castidad! Tal vez con eso su constancia la hubiera aleccionado para evitar su culpa. No fué, por tanto, del todo invencible; pues aunque el tirano no pudo descubrir de ella lo que preguntaba, halló, sin embargo, lo que no pretendía.

19. ¡Cuánto más fuertes son nuestras vírgenes, que vencen aun a las potestades invisibles y que obtienen triunfo completo no sólo de la carne y sangre, sino aun del príncipe de este mundo y del tirano de este siglo! [27]

Más joven en edad nuestra Inés, pero mayor en fortaleza, más completa en su victoria y más intrépida en su constancia, no se arrancó su lengua por temor, sino que la reservó para el triunfo. No tenía oculta cosa alguna que temiese revelar; no había de ser su declaración criminal, sino religiosa. Así, pues, aquélla se limitó a ocultar su secreto, ésta manifestó al mismo Dios, a quien confesó con su naturaleza, ya que todavía era incapaz de testimoniar con la lengua por su menor edad.

V. Patria, autor y excelencias de la virginidad

20. En los panegíricos es costumbre celebrar la patria y los padres del elogiado, para que con este recuerdo de sus antepasados resalte la dignidad de la descendencia.

[27] Cf. Eph. 6, 12.

Yo, aunque no trato de hacer un panegírico de la virginidad, sino su presentación, creo, no obstante, ser propio de este mi plan declarar cuál sea la patria y el autor de la castidad.

Y en primer lugar determinemos dónde está la patria. Porque si por patria se entiende el lugar nativo, ciertamente es el cielo la patria de la castidad. En la tierra está como advenediza; allí como verdadera ciudadana.

21. Porque, ¿qué es castidad virginal, sino integridad exenta de toda mancha? Y ¿qué otro podrá considerarse como autor de la pureza, sino el inmaculado Hijo de Dios, cuya carne no vió la corrupción [28] y cuya divinidad estuvo libre de toda impureza? Ved, pues, cuántas sean las excelencias de la castidad. Cristo existe antes de la virgen, Cristo nace de una virgen. Virgen era antes de los siglos, nacido del Padre; y para bien de los siglos nació de una virgen. Aquello era propio de su naturaleza; esto era necesario para nuestro provecho. Virgen lo fué siempre; nació de virgen porque quiso.

22. Examinad esta otra excelencia de la virginidad. Cristo es esposo de la virgen, y si se puede hablar así, de la castidad virginal; porque la virginidad pertenece a Cristo, no Cristo a la virginidad. Una virgen es, pues, su esposa [29]; virgen es la que nos llevó en sus entrañas, virgen la que nos dió el ser, virgen la que nos alimentó con su propia leche y de quien se dice: *Cuán grandes cosas ha hecho la virgen Jerusalén. No faltarán a la piedra sus pechos alimentadores ni al monte Líbano sus nieves, ni se desviará de su camino el agua que es empujada por violento huracán* [30].

¿Quién es esta virgen que está regada por los manantiales de la Trinidad, para la cual brotan las aguas de la piedra, las rocas destilan miel y no se agotan los pechos? *La piedra,* según el Apóstol, *es Cristo* [31]; luego de Cristo proviene la abundancia de los pechos, de Dios la claridad, del Espíritu Santo las aguas corrientes. Esta es la Trinidad, que riega a la Iglesia: el Padre, Cristo y el Espíritu Santo.

23. Pero pasemos de la madre a las hijas. *En orden a las vírgenes, precepto del Señor no tengo,* dice San Pablo [32]. Si el Doctor de las Gentes no impuso precepto, ¿quién lo podrá imponer? Pero si no dió ciertamente el precepto, fué

[28] Cf. Act. 13, 34 s.
[29] Se refiere a la Iglesia. Cf. Eph. 5, 25-32, y 2 Cor. 11, 2.
[30] Ier. 18, 13 s. El texto no sigue la lectura de la Vulgata, sino la de los Setenta.
[31] 1 Cor. 10, 4.
[32] 1 Cor. 7, 25.

delante con el ejemplo. Porque la virginidad no se impone, sino se abraza voluntariamente. Lo que está sobre nuestras fuerzas es más bien para desearlo que para enseñarlo. *Ahora bien,* dice el Apóstol, *yo deseo que viváis sin cuidados ni inquietudes. El que no tiene mujer anda solícito de las cosas del Señor y en lo que ha de hacer para agradar a Dios, y la virgen piensa en las cosas de Dios para ser santa en cuerpo y alma. Mas la casada piensa en las cosas del mundo y en cómo ha de agradar a su marido* [33].

VI. Molestias y peligros del matrimonio

24. Con esto no trato de desaconsejar el matrimonio, sino apuntar los bienes que encierra la virginidad. *El que es débil,* dice San Pablo, *coma legumbres* [34]. Una cosa es la que exijo y otra la que admiro. *¿Estás ligado a una mujer? No busques quedar desligado. ¿Estás sin tener mujer? No busques el casarte* [35].

Esto es lo que ordena a los casados. Y de las vírgenes, ¿qué dice? *El que da su hija en matrimonio, obra bien; mas el que no la da, obra mejor* [36]. Aquélla, si contrae matrimonio, no peca; ésta, si lo rehusa, es eterna. Lo primero es remedio contra la imperfección; lo otro, gloria de la castidad. La casada no es reprendida; la virgen es alabada.

25. Comparemos ahora las ventajas de las casadas y las de las vírgenes. Jáctese la mujer noble de su numerosa prole: cuantos más hijos tenga, más trabajo. Cuente las alegrías, pero cuente también las molestias. Se casa, y llora. ¿Qué gozos son éstos, que hacen derramar lágrimas? Concibe, y queda embarazada. La fecundidad le trae antes las molestias que el fruto. Da a luz, y se pone enferma. ¿Cómo puede ser dulce lo que comienza por peligro, en peligro termina y causa dolor antes que gozo? Se compra con riesgo, y no se tiene a su arbitrio.

26. ¿Y a qué enumerar los trabajos que llevan consigo la alimentación, la educación y colocación de los hijos? ¡Estas son las penas de las esposas felices! La madre tiene herederos, pero con los herederos aumenta los sinsabores. No diré nada de los reveses de fortuna, para no atemorizar a algunos padres honrados. Piensa, querida hermana, qué amargo tiene que ser padecer tales desdichas, que ni aun oírlas gusta.

---

[33] Ibid. 32-34.
[34] Rom. 14, 2.
[35] 1 Cor. 7, 27.
[36] Ibid. 38.

Y esto durante la vida presente. Llegará un día en el que dirán: *Dichosas las estériles y los vientres que no concibieron* [37]. Porque las hijas de este mundo son concebidas y conciben; pero la hija del reino se abstiene de todo placer de varón y deleite carnal *para ser santa en el cuerpo y en el espíritu* [38].

27. Pero ¿qué decir de la pesada sujeción y dependencia del varón que sufren las casadas, a las que Dios impuso la servidumbre antes que a los esclavos? [39] Recuerdo esto para que obedezcan con más complacencia, lo cual a las virtuosas les resultará un premio del amor, a las díscolas una pena de su delito.

28. De aquí se originan también los mil incentivos de los vicios, como el pintarse el rostro con colores llamativos por temor a desagradar a sus esposos, y, falsificando así sus caras, adulteran la castidad. ¡Qué necedad más grande cambiar la belleza natural por una postiza! ¡Temer qué juicio se formará de ella el marido y dar a conocer el suyo! Porque claramente da a entender lo que piensa de sí misma la que quiere mudar su figura natural. Mientras se afana por complacer al otro, se desagrada a sí misma.

¡Oh mujer!, ¿podremos hallar juez más terrible de tu fealdad que tú misma, que temes ser vista tal cual eres? Si eres hermosa, ¿por qué escondes tu belleza? Si eres fea, ¿por qué mientes aparentando una hermosura que ni tu conciencia ni el criterio de los demás la han de reconocer y alabar? Aquél ama en realidad a otra y tú deseas agradar a otro. ¿Y luego te irritas si quiere a otra aquel a quien tú has enseñado a adulterar en tu rostro? Eres mala maestra de tu injusticia. Aun la que ha caído en manos de un corruptor rehusa representar el papel de corrompida, y, aunque vil, peca, no por agradar a otro, sino por agradarse a sí. En cierto modo en el adulterio es más tolerable la culpa; pues en él se pervierte el pudor, pero tú perviertes tu propia naturaleza.

29. Y aun las que son hermosas, ¿qué dinero no necesitan para tener contento al marido? Preciosos collares penden de su cuello, y al andar van barriendo el suelo con su vestido recamado de oro. Esta elegancia, ¿es natural o es comprada? ¿Qué decir de la seducción que causan con sus ungüentos y perfumes? Cargan las orejas de pendientes, se tiñen los ojos. Todo lo retocan y cambian. ¿Qué les queda que se pueda llamar suyo? Pierden sus propios sentidos, y ¿piensan que así pueden vivir?

---

[37] Lc. 23, 29.
[38] 1 Cor. 7, 34.
[39] Cf. Gen. 3, 16.

30. Vosotras, en cambio, vírgenes dichosas, cuán felices sois las que no conocéis esos tormentos, más bien que adornos; vosotras que tenéis el rostro cubierto por el santo pudor virginal, para quienes la castidad es el mejor ornato; las que no estáis pendientes de las miradas de los hombres ni echáis mano del engaño para hacer valer vuestros méritos. También vosotras lucháis por conseguir una hermosura, no del cuerpo, sino del alma; esa hermosura que ni el tiempo marchita, ni la muerte arrebata, ni enfermedad alguna puede destruir. Belleza en la cual el único árbitro es Dios, Dios que ama las almas bellas, aunque estén encerradas en cuerpos no tan agraciados.

La virgen no conoce el embarazo ni los dolores del parto. Sin embargo, su descendencia es más numerosa, porque se engendra en el espíritu; a todos reconoce por hijos. Es fecunda en sucesión, estéril para la orfandad; no conoce funerales, deja tras sí herederos.

31. Así la Iglesia inmaculada, y al mismo tiempo fecunda, es virgen por su pureza; y por sus hijos, madre. Nos da la vida una virgen no por virtud de un hombre, sino por virtud del espíritu. Nos da a luz una virgen, no con dolores de parto, sino con regocijo de los ángeles. Nos alimenta una virgen, no con la leche del cuerpo, sino con la que el apóstol San Pablo alimentaba a la naciente Iglesia de Corinto [40].

¿Qué madre tiene tantos hijos como la santa Iglesia, que es virgen en sus misterios, madre de tantos pueblos; cuya fecundidad nos atestigua la Sagrada Escritura diciendo: *Porque son muchos más los hijos de la que había sido desechada que los de aquella que tenía varón?* [41] La nuestra no tiene varón, pero tiene esposo, pues tanto la Iglesia en medio de los pueblos como el alma en cada individuo se unen al Verbo de Dios como a un esposo inmortal sin detrimento para el pudor, quedando libres de corrupción, pero llenas de conocimiento divino.

VII. El matrimonio es lícito, pero la virginidad es hostia de aromas insuperables

32. Ya habéis oído, padres, en qué virtudes debéis formar a vuestras hijas y con qué normas debéis educarlas para que con sus méritos podáis satisfacer por vuestros pecados. Pues la virgen es un don de Dios, un regalo

[40] Cf. I Cor. 3, 2.
[41] Is. 54, I.

del padre, sacerdocio de la castidad. La virgen es una hostia ofrecida por la madre, que se sacrifica diariamente y aplaca la ira divina. La virgen es una prenda inseparable de sus padres, que ni les exige dote, ni los abandona con su partida, ni los ofende con su conducta.

33. Pero hay tal vez alguno que desea tener nietos y ser llamado abuelito. Este no cae en la cuenta que deja sus hijos por buscar los ajenos; se priva de lo que en realidad posee y se confía a una realidad incierta. Ofrece sus propios bienes, y todavía se le pide mayor dote. Si no la da, se le exige. Si vive largo tiempo, es una carga.

Esto no es conseguir un yerno, sino comprarlo. Aun las visitas de los padres a su hija serán a costa de dinero. ¿Y para eso, madre, lleváis a la hija tantos meses en vuestro seno, para que luego pase a poder de un extraño? ¿En eso paran tantos cuidados acerca de vuestras hijas, en que os sean más pronto arrebatadas?

34. Preguntará alguno: "Entonces ¿nos aconsejas que no nos casemos?" Lejos de mí tal pensamiento. Por el contrario, desapruebo el proceder de los que dan tales consejos. Y como argumento de mi aserción suelo aducir las virtudes de Sara, de Rebeca, de Raquel y de otras mujeres casadas del Antiguo Testamento. El que desaprueba el enlace matrimonial, desaprueba también sus frutos: los hijos, y condena la sociedad del linaje humano, formada por una sucesión no interrumpida de generaciones. ¿Cómo se iba a perpetuar a través de los siglos, una edad tras otra, el género humano, si la gracia del matrimonio no fomentase el deseo de crear nuevos hijos? O ¿cómo podríamos decir que el casto Isaac se acercó al altar de Dios como holocausto de la piedad paterna [42], o que Israel, estando en cuerpo mortal, vió a Dios [43] y dió a su pueblo un nombre religioso, si se censura su nacimiento?

Una cosa, sin embargo, afirman estos hombres sacrílegos que debe ser sin duda aprobada por el testimonio de los sabios, a saber: que rechazando el matrimonio confiesan que ellos no debían haber nacido.

35. No desaconsejo, pues, el matrimonio; pero recuerdo los frutos de la sagrada virginidad. La castidad, ciertamente, es don de muy pocas; el matrimonio, en cambio, de todas. Claro que, si no hubiera madres, tampoco tendríamos vírgenes. Mi intento es más bien comparar excelencias con excelencias para que se vea claro qué es lo mejor.

Y lo que voy a decir no es opinión mía, sino sentencia

[42] Gen. 22, 1-15.
[43] Gen. 32, 27-30.

del Espíritu Santo, expresada por boca del profeta: *Mejor es*, dice, *la esterilidad acompañada de virtud*[44].

36. Porque, en primer lugar, en aquello que las casadas más apetecen: el gloriarse de la hermosura de su esposo, en eso tienen que confesarse inferiores a las castas vírgenes, únicas que pueden decir: *Es bello por su hermosura entre los hijos de los hombres; la gracia se derramó en sus labios*[45].

¿Quién es este esposo? No ciertamente el que va vendiendo fútiles agasajos y vanagloriándose de su caduca fortuna, sino *aquel que se sienta en el trono de los siglos. Hijas de reyes son sus damas de honor. A su diestra se halla la reina cubierta con brocado de oro, revestida con variedad de virtudes. Oye, hija, y considera y aplica tu oído y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre; porque el Rey se ha enamorado de tu hermosura y El es tu Dios*[46].

37. Pondera qué reino, qué oro y qué hermosura te entrega el Espíritu Santo, como nos lo atestigua en el citado pasaje de la Escritura. Reino, o porque eres esposa del Rey eterno o porque, dotada de un ánimo invencible, no eres esclava de la concupiscencia de la carne, sino que la dominas como reina. Oro, porque así como este metal, sometido al crisol, es más precioso, del mismo modo la belleza del cuerpo virginal, consagrada al Espíritu divino, aumenta en hermosura. Belleza, porque ¿qué mayor belleza puede darse que aquella de la que se enamora el Rey, que es aprobada por el Juez, ofrecida al Señor y consagrada a Dios? Siempre esposa, siempre virgen, para que ni el amor se mengüe ni el pudor se aje.

38. Esta es la verdadera hermosura, a la que nada falta y la que sola merece oír de labios de Dios: *Toda eres hermosa, amiga mía; no hay defecto alguno en ti. Ven acá del Líbano, esposa mía, ven acá del Líbano; pasarás y volverás a pasar desde el comienzo de la fe, desde las cumbres del Sanir y del Hermón, de esos lugares guarida de leones, de esos montes morada de leopardos*[47].

Aquí se nos declara la perfecta e irreprochable hermosura del alma virginal, consagrada como hostia en los altares divinos, que en medio de los ataques manifiestos o de las asechanzas ocultas de las fieras del mundo espiritual, sin doblegarse ante lo corruptible, sino ocupada en el servicio de Dios, mereció atraerse las miradas del Amado, cu-

---

[44] Sap. 4, 1, según los Setenta.
[45] Ps. 44, 3.
[46] Ps. 44, 7, 10-12.
[47] Cant. 4, 7-8.

yos pechos están llenos de alegría; porque *el vino alegra el corazón del hombre* [48].

39. *La fragancia,* dice, *de tus vestidos excede a todos los aromas.* Y más abajo: *y el olor de tus vestidos como olor suavísimo del Líbano* [49]. ¡Mira, oh virgen, qué gradación de olores! El primer olor que exhalas sobrepuja a todos los aromas que fueron empleados en el embalsamamiento del Salvador. El segundo olor, cual olor del Líbano, exhala perfumes de cuerpo resucitado del Señor y fragancia de virginal pureza.

VIII. La virgen, semejante a la abeja, se alimenta con la flor del valle, que es Cristo

40. Tus obras produzcan miel [50]. Muy bien se puede comparar a la abeja con la virgen: así es de trabajadora, pudorosa y casta. La abeja se alimenta de rocío, desconoce las uniones sexuales, fabrica miel. El rocío de la virgen es la conversación con Dios, porque las palabras de Dios descienden como el rocío. Su cuerpo inmaculado es el pudor virginal. Los frutos de la virgen son sus palabras exentas de amargura, llenas de fecunda suavidad. Trabajan en común y en común recogen también los frutos.

41. Cuánto deseo, hermana mía, que imites a la pequeña abeja, que se alimenta de flores, en su boca lleva el fruto y con su boca lo prepara [51]. A ésta imita. Que tus palabras no vayan veladas por el dolo o el fraude. Sean puras y graves.

42. Con tu boca debes formar tú también una descendencia que nunca cese de pregonar tus méritos. No amontones bienes para ti sola, sino también para otros muchos. ¿Qué sabes cuándo vendrán por tu alma? No sea que, dejando repletos de trigo los graneros, sin provecho alguno para ti ni para tus trabajos, seas arrebatada allí donde no puedes llevar tu tesoro [52]. Sé rica, pero para los pobres, y ya que participan de tu naturaleza, participen también de tus bienes.

43. También te mostraré la flor que tienes que coger, que no es otra que aquel que dijo: *Yo soy la flor del campo*

[48] Ps. 103, 15.
[49] Cant. 4, 10-11.
[50] Cant. 4, 11.
[51] Cf. Virgilium: *Quod nec concubitu indulgent... e foliis natos... ore legunt (Georgicon,* lib. IV, vv. 198-201: BCL, t. CXXVI, p. 529).
[52] Cf. Lc. 12, 18-21.

y el lirio de los valles. Como azucena entre espinas [53]. Con lo cual nos da a entender que las virtudes se encuentran aprisionadas entre las espinas de los espíritus malignos, y que hay que acercarse con cautela para no pincharse.

IX. LA VIRGINIDAD, VERGEL DE AROMAS, OBJETO DE ESPECIAL PROTECCIÓN POR PARTE DE LA IGLESIA Y DE LA TRINIDAD, HACE A LOS HOMBRES ÁNGELES

44. Por tanto, si quieres, virgen, llegar a Cristo, *que tiene su morada en las alturas y mira hacia los humildes* [54], y que, como el cedro del Líbano, hunde su copa en las nubes y sus raíces en el abismo de la tierra [55], ponte alas, espirituales, con las que te remontes por encima de los vicios. Su origen proviene del cielo, se enraíza después en la tierra, pero de nuevo eleva sus frutos muy cerca del cielo.

Busca con toda diligencia esa flor tan valiosa. A ver si la encuentras en el humilde jardín de tu alma, porque con frecuencia descubre su olor a los humildes.

45. Le gusta brotar en los jardines, donde paseándose la encontró Susana [56], dispuesta a morir antes que ajar su pureza. Qué jardines sean éstos, nos lo dice el Esposo en los Cantares: *Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa; huerto cerrado, fuente sellada* [57]. Porque en estos huertos está impresa con su sello la imagen de Dios, resplandece el agua del manantial cristalino; y así se evita que al remover el lodo con sus incursiones las espirituales bestias enturbien sus corrientes. Por eso, el pudor está rodeado de un valladar espiritual, y encerrado, para que nadie lo pueda robar. Se asemeja, pues, al huerto inaccesible a los ladrones, que huele a vid, emite fragancias de olivo y resplandece con el color de las rosas; de modo que en la vid se simboliza a la religión; en la oliva, a la paz, y en la rosa, al pudor virginal.

Este es el olor que exhaló el patriarca Jacob cuando mereció oír de labios de su padre: *El olor que sale de mi hijo es como el de un campo florido* [58]. Porque, si bien es verdad que aquel campo del santo patriarca estaba lleno de casi todos los frutos; sin embargo, aquél dió frutos de virtud con mayores trabajos, éste da flores.

---

53 Cant. 2, 1-2.
54 Ps. 112, 5-6.
55 Cf. Cant. 5, 15.
56 Cf. Dan. 13, 7, 23.
57 Cant. 4, 12.
58 Gen. 27, 27.

46. Prepárate, por tanto, virgen; y si quieres que tu huerto exhale tales aromas, rodéalo con el seto de los preceptos del profeta: *Pon guarda a tu boca y una puerta en torno a tus labios* [59] para que tú también puedas decir: *Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi hermano entre los hijos de los hombres. Sentéme a la sombra del que tanto había deseado, y su fruto es dulce al paladar mío. Encontré al que adora mi alma; asíle y no le soltaré. Venga, pues, mi hermano a su huerto y coma del fruto de sus manzanos. ¡Ea!, ven, querido hermano mío, salgamos al campo. Ponme por sello sobre tu corazón, ponme por marca sobre tu brazo. Mi hermano es blanco y rubio* [60].

Conviene, virgen, que conozcas plenamente al que amas y que sepas todo el misterio que en El se encierra: el misterio de su divinidad increada y el de su incorporación a la naturaleza humana. No sin razón se llama blanco, pues El es el esplendor del Padre [61]; rubio, porque es fruto de una Virgen. En El brilla y resplandece el color de las dos naturalezas. Pero ten presente que las huellas de la divinidad están impresas en El antes que las de la humanidad; porque no empezó a existir por la Virgen, sino el que ya existía vino a las entrañas de la Virgen.

47. El, que fué burlado de los soldados, herido con una lanza para sanarnos con la sangre de su sagrado costado [62], te responderá — pues *es manso y humilde de corazón* [63] *y de cariñoso aspecto* [64] — : *Levántate, ¡oh aquilón!, y ven tú, ¡oh viento austro!, a soplar en mi huerto, y espárzanse mis aromas* [65]. Porque a través de todas las partes del mundo se ha esparcido el olor de la santa religión y la fragancia del pudor de las vírgenes. *Hermosa eres, amiga mía, como la buena fama, bella como Jerusalén* [66].

El ornato de la virgen no es, pues, la belleza efímera del cuerpo, que la enfermedad o los años destruyen, sino la fama de sus buenas obras, que no está sujeta a mudanzas y que nunca se marchita.

48. Puesto que mereces ponerte en parangón, no ya con los mortales, sino con los espíritus celestes, cuya vida llevas ya en la tierra, recibe estos consejos, que te da el Señor para que los guardes: *Ponme*, dice, *por sello sobre tu corazón, ponme por marca sobre tu brazo* [67], para que con

[59] Ps. 140, 3.
[60] Cant. 2, 3; 3, 4; 5, 1; 7, 11; 8, 6, y 5, 10.
[61] Cf. Hebr. 1, 3.
[62] Cf. Is. 53, 5.
[63] Mt. 11, 29.
[64] Cf. Gen. 49, 22.
[65] Cant. 4, 16.
[66] Cant. 6, 3.
[67] Cant. 8, 6.

esto destaquen las enseñanzas más señaladas de tu prudencia y de tus obras, en las que brille Cristo, figura de Dios, quien, igualando la inmensidad del Padre, manifestó toda la divinidad que de El había recibido. Por lo cual también Pablo el Apóstol nos dice que estamos sellados en el Espíritu [68]; porque la imagen del Padre la tenemos en el Hijo, y el sello del Hijo lo tenemos en el Espíritu.

Sellados, pues, con esta Trinidad, cuidemos con mayor diligencia para que no vuelva a estampar su cuño sobre las arras [69] recibidas en nuestros corazones ni la ligereza de costumbres ni la perfidia del adulterio.

49. Fuera temores, vírgenes sagradas, a quienes con tantos medios protege, ante todo, la Iglesia, la cual, solícita por el feliz progreso de su tierna prole, se levanta en vuestra defensa, repletos sus pechos maternales a manera de torres bien guarnecidas [70]; y os protege hasta que, pasado el peligro de los asaltos del enemigo, alcanza para vuestra valerosa juventud la paz defendida con el escudo de su materna protección.

De ahí el dicho del profeta: *Hágase la paz en tu fortaleza y la abundancia dentro de tus torres* [71].

50. Entonces, cuando el Señor de la paz estrecha entre sus poderosos brazos la viña a El confiada, los sarmientos se recubren de yemas; y El con su mirada divina templa los nacientes frutos con auras oportunas, según El mismo nos lo dice: *Mi viña está siempre ante mi vista; mil para Salomón y doscientos para quienes guardan sus frutos* [72].

51. Antes había dicho: *En torno a sus renuevos se hallan sesenta valientes armados de espadas desenvainadas y muy diestros en los combates* [73]. Aquí son mil doscientos. Creció el número allí donde creció el fruto. Porque cuanto más santo es uno, tanto está más defendido. Así el profeta Eliseo mostró cómo un ejército de ángeles iba a su lado para su defensa [74]. Así también Jesús Navé conoció al general de la milicia celeste [75]. Quienes luchan en nuestra ayuda, muy bien pueden salvaguardar en nosotros el fruto.

Pero vosotras, vírgenes, que con vuestra pureza sin mancilla guardáis el lecho sacrosanto del Señor, tenéis una escolta especial. Ni es extraño que los ángeles militen en vuestro favor, cuando vosotras con vuestro tenor de vida mili-

---

[68] Eph. 1, 13.
[69] 2 Cor. 1, 22.
[70] Cant. 8, 10.
[71] Ps. 121, 7.
[72] Cant. 18, 12, según los Setenta.
[73] Cant. 3, 7-8.
[74] 4 Reg. 6, 14-18.
[75] Ios. 5, 13-16.

táis como ángeles [76]. Las que se han hecho dignas de la vida angélica, ¿no merecen ser custodiadas por los ángeles?

52. ¿Seguiré todavía elogiando la castidad? La castidad ha hecho ángeles. El que la guardó se llama ángel; el que la perdió, demonio [77]. De ahí también tomó su nombre la religión. La que se desposó con Cristo fué virgen; meretriz la que engendró dioses falsos.

Y ¿qué diré de la resurrección de la carne, de cuyos privilegios ya en esta vida disfrutáis? *Después de la resurrección, ni los hombres tomarán mujeres ni las mujeres tomarán maridos, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo* [78]. Lo que a nosotros se nos promete, a vosotras se os concede ya; y lo que en nosotros son deseos, en vosotras, vírgenes, es una realidad. Sois de este mundo y no vivís en él. El mundo mereció teneros, pero no pudo poseeros.

53. ¿No es admirable que los ángeles por su incontinencia cayesen del cielo al infierno, y las vírgenes por su castidad suban de la tierra al cielo? Bienaventuradas las vírgenes que no dais oídos a las voces de la carne ni os precipitáis en el fango del placer impuro. La templanza es el manjar y la abstinencia es la bebida, que enseñan a no caer en tales vicios y a evitar las ocasiones del pecado. La ocasión engaña a muchos, aun a los buenos.

El pueblo escogido, si negó a Dios, fué por haberse sentado a comer y a beber [79]. Tal fué asimismo la causa del incesto inconsciente de Lot [80]. Tal la ocasión de que los hijos de Noé tuvieran que cubrir la vergonzosa desnudez de su padre, acercándose a él con el rostro vuelto [81]; aquella desnudez en la que se fijó uno procazmente, de la que otro se avergonzó pudoroso y que otro cubrió piadosamente, juzgando como injuria el mirarla. ¡Cuánta es la fuerza del vino, que logró dejar desnudo al que no lo lograron las aguas del diluvio!

X. La virgen está libre de la avaricia, del anhelo de adornos y de las humillaciones de la dote

54. Y ¡qué fuente más grande de felicidad el no ser presas de la pasión de la avaricia! El pobre te pide de lo que tienes; no te puede pedir lo que no tienes. El fruto de tu

[76] Cf. Mt. 22, 30.

[77] Alude San Ambrosio a la opinión de ciertos autores antiguos, que suponían haber sido de carácter carnal el pecado de los ángeles caídos. Sin embargo, no siempre defiende San Ambrosio esta opinión.

[78] Mt. 22, 30.

[79] Ex. 32, 6-8.

[80] Gen. 19, 30-35.

[81] Cf. Gen. 9, 21-23.

trabajo es un tesoro para el necesitado. Aunque no tengas más que dos ochavos, éstos constituyen un tesoro para el limosnero.

Escucha un momento, hermana, de cuántas cosas te ves libre. Pues ni es necesario que yo te enseñe ni que tú aprendas las cautelas que has de emplear. El ejercicio de la virtud perfecta no echa de menos instrucciones, sino las ofrece.

Mira a esa que se arregla para agradar, cómo va por la calle toda compuesta, con más adornos que una procesión, llamando la atención y atrayéndose las miradas de todos. Ese mismo afán de cautivar a los que la vean la lleva a apacer ridícula, y, en vez de granjearse el amor de un hombre, se atrae el desprecio de todo el pueblo.

En vosotras, en cambio, lo que más agrada es la despreocupación por aparecer hermosas; y ese mismo descuido en adornaros es el mejor ornato.

55. Mira a esa otra con las orejas lastimadas por los pendientes, tan cargada de adornos que da lástima verla con la cabeza inclinada por causa del peso. La variedad de preciosos metales no amortigua sus dolores y molestias. Aprisiona su cuello con collares y con grillos sus pies. Que vaya cargada de oro o de hierro, no importa. La carga le atormenta el cuello y le entorpece el andar. El precio no le asusta. Lo que os hace temblar a vosotras, mujeres, es que os salgan fallidos tantos trabajos y tantas molestias. ¿Qué más da que otros os condenen o seáis vosotras mismas las que os deis la sentencia condenatoria? Sois en este aspecto más miserables que los presos de la cárcel. Estos ansían la libertad, vosotras suspiráis por aprisionaros con nuevas cadenas.

56. Pero sobre todo qué triste cosa es la subasta que se hace de la mano de la novia, como si se tratase de la venta de un esclavo. ¡Y se la lleva aquel que más dinero ofrece! Todavía resulta más tolerable la venta de esclavos. Estos muchas veces eligen a sus amos. No sucede así con las doncellas. Si eligen, es un crimen; si no eligen, son reprochadas.

Aunque sea hermosa y bella, desea y teme al mismo tiempo que la vean. Desea ser vista para venderse a mayor precio; por otro lado, lo teme por miedo a desagradar. ¡Cuántos desengaños, cuántas sospechas y temores cuando los pretendientes vienen a cortejarla! Temor de que el pobre se burle de ella, de que el rico se disguste, de que el hermoso la ridiculice, de que el noble la desprecie.

XI. De todas partes del mundo afluyen vírgenes a consagrarse

57. Pero dirá alguno: "Tú todos los días nos estás hablando de las excelencias de la virginidad." ¿Y qué he de hacer, que alabando diariamente lo mismo, sin embargo, no consigo ningún fruto? No es al menos mía la culpa. Ved cómo vienen las vírgenes desde Placencia, desde Bolonia, desde la Mauritania, para recibir aquí el velo sagrado. ¿No es maravilloso? Hablo aquí y allí persuado. Siendo esto así, tendré que predicar en otro sitio para convenceros a vosotras.

58. Y ¿no es extraño que convenza a las que no me oyen y no logre persuadir a las que me oyen?

Sé de muchas jóvenes que quieren ser vírgenes, y sus madres, o lo que es peor, las viudas a las que ahora me dirijo, se lo impiden y aun les prohiben venir a escucharme.

Si vuestras hijas quisieran amar a un hombre, podrían elegir a quien quisieran según las leyes. Y a quienes se les concede escoger a cualquier hombre, ¿no se les permite escoger a Dios?

59. ¡Qué dulce debe de ser el fruto de la pureza, cuya fragancia han sentido aún las naciones bárbaras! Muchas doncellas, venidas desde las partes más remotas de la Mauritania, arden en deseos de recibir aquí el velo de la virginidad; y mientras casi todas las familias gimen en las prisiones, la castidad no sabe de esclavitud [82]. Aun gimiendo en las cadenas de la servidumbre, aspira a conquistar el reino de la eterna felicidad.

60. ¿Y qué decir de las vírgenes de Bolonia, ejército fecundo de pureza, que, renunciando a los atractivos del mundo, moran en el sagrario de la virginidad? Sin otra compañía que el pudor virginal, estas vírgenes, que llegan a veinte en su número y a cien en el fruto de sus méritos [83], abandonando el hogar paterno, marchan hacia los tabernáculos de Cristo a la manera de soldados infatigables de la castidad.

Vedlas, ya entonando cánticos espirituales, ya procurándose el sustento con su propio trabajo y haciendo mil regalos obra de sus manos.

61. Y si olfatean la pista de una joven virgen—porque ésta es la caza que con más avidez persiguen—, verás cómo siguen sus huellas hasta que dan con la presa. O si, por

[82] Alusión a las persecuciones donatistas de Gildón.
[83] Cf. Mt. 13, 8.

ventura, alguna se remonta a los espacios con vuelo más amplio, en seguida verás levantarse tras ella una bandada de vírgenes que, batiendo las alas con estrepitoso aleteo y formando en su derredor una escolta de pureza, la atraen con el deleite de su níveo candor, hasta que, haciéndola olvidar su familia y su tierra [84], la conducen a las regiones serenas de la pureza.

XII. La virgen no se ha de acobardar ante la oposición de sus parientes

62. Bueno es el que los deseos de los padres impelan a sus hijas, como brisa suave, a acogerse al puerto de la castidad; pero mucho mejor es y más admirable cuando el fervor de los tiernos años, sin necesidad de recibir nuevo pábulo por parte de sus padres, se inflama espontáneamente en el fuego de la castidad.

Podrán tus padres negarte la dote; pero tienes un Esposo que te colmará de riquezas, hasta tal punto que no eches de menos la herencia paterna. ¡Cuánto aventaja la pobreza casta a una espléndida herencia!

63. ¿Habéis oído alguna vez que se le haya negado a alguna el derecho legítimo de sucesión en castigo de su empeño por conservar su integridad virginal? Se oponen, es cierto, los padres; pero quieren verse vencidos. Al principio no acceden a tus deseos por temor a que no sean verdaderos. Frecuentemente muestran enfado para que aprendas a vencer los obstáculos. Te amenazan con desheredarte para probar si no tienes miedo a las asechanzas del mundo. Te acarician proponiéndote mil comodidades y gustos para ver si te mantienes firme y no te dejas cautivar por el halago de los placeres. Prueban tu amor a la pureza, mientras parecen coaccionarte.

Estos han de ser, joven, tus primeros combates, las súplicas acongojadas de tus padres. Vence primero tu amor filial. Si a éste vences, vences al mundo.

64. Pero demos que de ahí se siga una mengua en vuestro patrimonio. El cielo que se os da, ¿no compensa muy bien estos bienes de aquí abajo, caducos y perecederos? Y si damos crédito a las palabras de Jesucristo, *no hay nadie que deje su casa, o sus padres, o hermanos, o hermanas, o esposa, o hijos por causa del reino de Dios y no reciba siete veces más en este siglo y después la vida eterna en el futuro* [85].

[84] Cf. Ps. 44, 11.
[85] Lc. 18, 29 s.

Deposita tu confianza en Dios. Tú que confías a un hombre tu fortuna, ponla a rédito en manos de Cristo. Buen custodio de la esperanza en El depositada, te devolverá con creces el talento de tu fe. El es la verdad, y no miente; es la justicia, y no se engaña; es toda virtud, y no defrauda. Si no os convencen mis palabras, hablen los ejemplos.

65. Una doncella de noble linaje en este siglo, de mayor nobleza ahora ante Dios, siendo impulsada por sus padres y parientes a contraer matrimonio, corrió a refugiarse al sagrado altar. Porque ¿en qué sitio está mejor la virgen que en el que se ofrece el sacrificio de la virginidad?

Mas no paró aquí su audacia. Estaba junto al altar de Dios aquella hostia de pureza, víctima de castidad, y ya suplicaba al sacerdote que pusiese la diestra sobre su cabeza, ya, impaciente de la necesaria tardanza, inclinaba su cabeza bajo el altar. ¿Acaso, decía, me cubrirá mejor el velo que el altar que santifica los velos? ¡Más precioso es el velo sobre el que todos los días se consagra Cristo, cabeza de todos! ¿Qué hacéis vosotros, parientes? ¿A qué me tentáis todavía buscándome matrimonio? Hace tiempo que escogí a mi esposo. ¿Me ofrecéis un marido? Mejor es el que yo he encontrado. Podéis venir pregonándome sus riquezas, ensalzando su alcurnia y poder; que yo tengo a aquel a quien nadie se puede comparar, rico más que todo el mundo, poderoso más que todos los imperios, noble más que el mismo cielo. Si me buscáis un esposo como éste, no rechazaré vuestra elección. Pero si no le halláis, no es solicitud la vuestra, sino malquerencia.

66. En medio del silencio general, uno de los circunstantes le preguntó de repente: "Si tu padre viviese, ¿crees que toleraría el que te quedases soltera?" Entonces ella, con religiosa modestia y gran piedad, contestó: "Si murió antes de ahora, fué, tal vez, para que nadie pudiera impedir mi determinación de ser virgen".

Esta respuesta acerca de su padre fué para él una profecía, que muy pronto se cumplió con su muerte prematura.

Los demás, temiendo no les sucediese algo parecido, en vez de estorbar como antes, comenzaron a secundar los deseos de la joven. Lejos de acarrearle la virginidad mengua en su patrimonio, le reportó el fruto de su integridad.

Aquí tenéis vosotras, jóvenes, cuál es el premio de la consagración al divino servicio; y vosotros, padres, un ejemplo que os estimule a no poner trabas a la vocación de vuestros hijos.

LIBRO II

I. Propósito del segundo libro y razón de toda la obra

1. En el libro anterior pretendimos, aunque sin conseguirlo, presentar la excelencia de la virginidad, a fin de que el lector, ante tan celestiales atractivos, se sintiera impulsado a practicarla. En este segundo me ha parecido conveniente instruir a las vírgenes, ofreciéndoles las enseñanzas de maestros competentes.

2. Pero como nos hallamos débiles para exhortar e incapaces para enseñar —pues el maestro debe ser superior al discípulo—, hemos juzgado preferible la vía de los ejemplos a la de los preceptos, no parezca que abandonamos la tarea emprendida o que nos arrogamos pretensiones exageradas.

Por otra parte, esto será de mayor provecho, pues siempre se juzga más fácil lo ya practicado por otros, más útil lo ya experimentado y más digno de veneración lo que se ha transmitido hasta nosotros por fuerza de las costumbres tradicionales de nuestros antepasados.

3. Con todo, si alguno intenta acusarnos de presunción, que nos acuse más bien de buena voluntad, ya que ni siquiera esto nos hemos atrevido a negar a las vírgenes que nos lo pedían. He preferido sufrir el peligro del sonrojo antes que desoír las voces de tales almas, cuyos deseos acoge con complacencia el mismo Dios.

4. Aunque no ha habido arrogancia por mi parte, pues teniendo ellas ya donde pudieran aprender, vinieron a buscar en mí el afecto jugoso de la devoción más bien que las enseñanzas del maestro. Y puede excusarse mi buena voluntad, porque, aun cuando tenían ya la autoridad de un mártir por lo que toca a la observancia de la disciplina [86], no creí, sin embargo, fuera superfluo el encauzar con los halagos de mis palabras a las vírgenes hacia los atractivos de una tal profesión. Quede la facultad de enseñar para aquel que ha logrado reprimir su carne con severo rigor; nosotros, que carecemos de tal poder, nos limitaremos a atraer deleitando.

---

[86] Alude probablemente no al ejemplo de Santa Inés, lo que es gramaticalmente posible en el original, sino a San Cipriano, autor del opúsculo *De habitu virginum*.

5. Ya que muchas vírgenes ausentes deseaban oír nuestra palabra, determino escribir este volumen, con el que, pudiendo aprovecharse de mi voz, no juzgasen como alejado al que tenían en cierto modo presente. Y con esto sigamos adelante.

II. María, modelo perfecto de vírgenes

6. Sírvaos la vida de María de modelo de virginidad, cual imagen que se hubiese trasladado a un lienzo; en ella, como en un espejo, brilla la hermosura de la castidad y la belleza de toda virtud.

De aquí podéis tomar ejemplos de vida, ya que en ella, como en un dechado, se muestra con las enseñanzas manifiestas de su santidad qué es lo que habéis de corregir, qué es lo que habéis de reformar, qué es lo que habéis de retener.

7. El mayor estímulo del alumno es la excelencia del maestro. Y ¿qué maestra más insigne que la Madre de Dios? ¿Cuál más preclara que aquella que fué elegida por la misma claridad o cuál más casta que la que engendró sin mancilla de su pureza? Porque ¿para qué hablar de sus demás virtudes?

Virgen fué no sólo en su carne, sino también en su alma, sin que la menor doblez de malicia corrompiese la pureza de sus afectos; humilde en su corazón, prudente en las palabras, madura en el consejo, parca en su conversación, diligente en sus lecturas piadosas, confiada no en el valor efímero de las riquezas, sino en las oraciones de los pobres; solícita en sus labores, modesta en sus dichos, firme en poner a Dios y no a los hombres por guía de sus acciones. A nadie hizo mal, quiso bien a todos, respetó a los mayores, fué amable para con los iguales, se abstuvo de la más mínima jactancia, siguió siempre los dictados de la razón y puso sus anhelos en la santidad.

¿Cuándo disgustó a sus padres ni siquiera con una mirada? ¿Cuándo disintió de sus allegados? ¿Cuándo molestó al humilde? ¿Cuándo hizo mofa del débil? ¿Cuándo se apartó del necesitado, siendo así que tan sólo acostumbraba a asistir a aquellas reuniones de hombres en que no tuviera que avergonzarse la misericordia ni debiera cerrar sus ojos el pudor? Jamás se sorprendió una mirada torva en sus ojos, ni una palabra libre en sus labios, ni un gesto menos modesto en sus acciones. Nunca se descuidó en un modal más ligero ni en un paso menos compuesto o en un tono desabrido; el porte de su cuerpo era trasunto de su alma y reflejo de su inocencia.

Y es que la suntuosidad de un palacio se conoce en el

vestíbulo; desde que se pone en él la planta se entrevén los esplendores de dentro, sin obscuridad alguna, para que nuestra mente, exenta de todo obstáculo corporal, a manera de la luz de una lámpara colocada en el interior, envíe afuera sus claridades [87].

8. ¿Para qué recordar su parsimonia en la comida y su diligencia en el trabajo? Aquélla no cubría las exigencias de la naturaleza, ésta las sobrepasaba; en aquélla se sucedían sin interrupción los días de ayuno, en ésta no había intervalos de reposo. Y cuando proporcionaba a su cuerpo el alimento necesario, era de lo más vulgar, apto tan sólo para impedir la muerte, no para saciar un placer.

La necesidad y no el regalo daba ley a su sueño; y aun durante el reposo seguía velando su espíritu [88], el cual muchas veces, mientras descansa el cuerpo, repite consigo las piadosas lecturas, prosigue la meditación interrumpida, ultima anteriores propósitos o planea futuras empresas.

9. No acertaba a salir de su casa si no era para ir al templo, y aun esto, acompañada de sus padres y allegados. En la oculta laboriosidad de su hogar o en las prudentes compañías fuera de su casa, era ella misma la mejor custodia para sí. Reflexiva en sus palabras y acciones, no dió un solo paso sobre el suelo que no fuera un nuevo paso en la virtud.

Puede tener la virgen a otros por custodios de su cuerpo, pero es ella misma quien debe ser custodia de sus costumbres. No le faltarán preceptores si ante todo se enseña a sí misma, teniendo por maestras a las virtudes, con lo cual cuanto haga quedará convertido en norma de santa conducta. Así María observaba a todos, como si de todos debiera aprender, y al mismo tiempo cumplía todos los deberes de la virtud, no tanto como discípula cuanto como maestra.

10. Tal nos la describió el evangelista [89], tal la encontró el ángel en su visita, tal la eligió el Espíritu Santo. ¿Para qué detenernos en detalles particulares de cómo la amaron sus padres, la alabaron los extraños, la juzgó Dios digna de concebir a su divino Hijo?

El ángel la sorprendió sola en el aposento de su casa, sin que nadie interrumpiera o perturbara su recogimiento. ¿Qué necesidad podía sentir de verse acompañada por otras jóvenes quien se gozaba con la compañía de sus santos pensamientos? Tanto menos sola se creía cuanto más sola se hallaba. ¿Cómo considerarse sola cuando se veía rodeada por

---

[87] Cf. Mt. 5, 14-16.
[88] Cf. Cant. 5, 2.
[89] Lc. 1, 26-38.

tantos libros sagrados, tantos arcángeles y tantos profetas?

11. Gabriel la encontró allí donde solía visitarla. María al verle temió al varón, mas al oírle pronunciar su nombre reconoció al que no era nuevo para ella. Le turbó la sombra del varón, no la majestad del ángel, para que entiendas la delicadeza de su oído, el pudor de su mirada. Enmudeció al saludo, respondió a la embajada, se turbó ante la alabanza, pero se sometió a la obediencia.

12. La piedad hacia sus parientes bien la manifiesta la Sagrada Escritura [90], pues al conocerse elegida por Dios, se sintió más humilde y al punto se dirigió a la montaña, a casa de su prima, no ciertamente para confirmar con aquella prueba lo que ya había creído por sola la voz del ángel: *Bienaventurada eres,* le dijo Isabel, *porque has creído* [91].

Con ella permaneció tres meses. Detención tan larga no se encaminaba a robustecer su fe, sino a ejercitar su piedad; y esto después de haber saludado a la madre del Señor el niño que saltó de alegría encerrado todavía en el seno materno, adelantándose la piedad a la naturaleza.

13. Se siguieron portentos a portentos: dió a luz la estéril, concibió la virgen, habló el mudo, adoraron los magos, profetizó Simeón, anunciaron las estrellas. María, turbada con el saludo, imperturbable ante los milagros, *conservaba,* según se dice, *todas estas cosas en su corazón* [92]. Con ser madre de Dios, deseaba someterse a los preceptos del Señor, y la que había engendrado a Dios anhelaba únicamente conocer a Dios.

14. ¿Qué decir de su ida todos los años al templo de Jerusalén en compañía de José? [93] En la virgen el compañero inseparable de todas las virtudes es el pudor. Imprescindible, por fuerza, debe ser éste, puesto que sin él la virtud no puede subsistir. Ni siquiera al templo osaba acercarse María si no era custodiada por el pudor.

15. He aquí la imagen de la verdadera virginidad. Esta fué María, cuya vida pasó a ser norma para todas las vírgenes. Si, pues, nos agrada la maestra, ensayemos en nosotras sus obras, de suerte que para obtener semejante gloria en la pureza imitemos sus ejemplos.

¡Qué de virtudes brillan en una sola virgen! Modestia en el recogimiento, ardor en la fe, presteza en la devoción; virgen en casa, compañera humilde para servir a las demás, madre en el templo.

16. ¡Oh, y a cuántas vírgenes saldrá a recibir María,

---

90 Lc. 1, 39-56.
91 Ibid. 45.
92 Lc. 2, 19.
93 Lc. 2, 41.

a cuántas estrechará entre sus brazos y presentará al Señor diciendo: Esta ha sido fiel a mi Hijo, ésta ha guardado sin mancilla sus divinos desposorios! Del mismo modo el Señor las recomendará a su Padre, repitiendo aquellas palabras: ¡Padre Santo, éstas son las que yo te he guardado [94], en las que descansó el Hijo del hombre reclinando sobre ellas su cabeza! Te pido que donde esté yo, allí estén también ellas [95]. Mas no es justo que se salven a sí solas las que no vivieron solamente para sí; sirvan también de redención para sus padres, para sus hermanos. ¡Padre justo, el mundo no me ha conocido, pero éstas sí que me conocieron, desconociendo al mundo! [96]

17. ¡Qué festejos aquéllos! ¡Qué alegría tan resonante la de los ángeles, proclamando que merece habitar en el cielo la que llevó una vida celeste en este siglo!

Entonces María, pulsando el tímpano, dirigirá los coros virginales para entonar sus alabanzas al Señor por haber atravesado el mar de este mundo sin zozobrar entre las olas mundanales [97]. Todas ellas saltarán de gozo diciendo: *Entraré al altar de mi Dios, al Dios que alegra mi juventud* [98]. Inmolo ante el Señor un sacrificio de alabanza y pongo en sus manos mis deseos [99].

18. Sí, no dudo de que se os harán patentes los altares de Dios, a vosotras, cuyos corazones me atrevo a decir que son aras santas, en las que se inmola diariamente Cristo por la redención de vuestros cuerpos. Pues si el cuerpo de la virgen es templo de Dios, ¿qué será el alma que exhala llamaradas de fuego divino al ser removidas por manos del Sacerdote eterno las cenizas humeantes de sus miembros? [100] ¡Felices mil veces vosotras, oh vírgenes, que aspiráis el aroma de gracia tan inmortal, como los jardines el de sus flores, los templos el de su devoción, los altares el de sus sacerdotes!

III. Ejemplo de fe intrépida y de muerte santa dado por Tecla

19. Sea, pues, Santa María maestra de nuestro modo de proceder. Mirad ahora a Tecla, modelo de inmolación, ya

[94] Io. 17, 11.
[95] Cf. Io. 17, 24.
[96] Cf. ibid. 25.
[97] Cf. Ex. 15, 20.
[98] Ps. 42, 4.
[99] Ps. 49, 14.
[100] Alude al hecho de que los antiguos solían dejar sobre el ara las cenizas del sacrificio, de modo que más tarde con sólo removerlas se excitase de nuevo el fuego.

que, habiendo rechazado la unión matrimonial y condenada a muerte por las iras del pretendiente decepcionado, logró mudar aun la natural fiereza de las bestias salvajes, que rindieron veneración a su virginidad.

Al verse en la arena ante las fieras, se ofreció espontáneamente a las feroces garras de un león para recatarse de la vista de los hombres, consiguiendo así que los que habían lanzado sobre ella impúdicas miradas la contemplaran ahora con ojos de respeto [101].

20. Espectáculo digno de ser presenciado. La fiera lamía los pies de la virgen y, echándose en tierra, confesaba con sordo rugido que no podía violar aquel cuerpo sagrado. Despojándose de sus propios instintos y revistiéndose de los sentimientos de que se habían olvidado los hombres, adoraba a su presa. ¡Asombrosa transfusión de naturalezas! Los hombres, revestidos de sentimientos salvajes, trataban de inspirar crueldad a las fieras; éstas, besando aquellos virginales pies, mostraban a los hombres su deber.

Tanta admiración causa la virginidad, que hasta los leones quedan maravillados ante ella. No bastaron para lanzarlos sobre la presa ni el hambre de varios días, ni la provocación de su ímpetu violento, ni los estímulos para excitar su furor, ni sus propias costumbres sanguinarias, ni su natural fiereza. Por el contrario, al adorar a la mártir predicaban el respeto a las cosas santas; y enseñaban la castidad al no atreverse sino a besar las plantas de la virgen, bajos los ojos y como avergonzados, indicando así que ningún individuo de distinto sexo, ni aun los mismos brutos, debían mirar a una doncella desnuda.

21. Mas podrá decir alguno: "¿Por qué nos presentas el ejemplo de María? ¿Crees que podrá hallarse quien sea capaz de imitarla? ¿Por qué nos recuerdas a Santa Tecla, que fué instruída por el Doctor de las Gentes? Danos maestros como éste si buscas discípulos como aquélla". Sea así. Yo os aduciré ejemplos recientes del mismo género, para que entendáis que el Apóstol no es maestro de una virgen tan sólo, sino de todas.

IV. Castidad y fortaleza de una virgen antioquena

22. Reciente es el caso de la virgen antioquena que, rehuyendo mostrarse en público, cuanto más trataba de ocultarse a los ojos de los hombres mayores incendios de concupiscencia despertaba en ellos [102].

[101] Para toda esta narración cf. *Acta Pauli et Theclae*.

[102] El nombre de la virgen aludida por San Ambrosio sigue siendo desconocido. Acerca de su identificación con Santa Teodora de

Oír hablar de la hermosura y no poder contemplarla es un doble acicate para la pasión que se desvive por amarla y conocerla; y mientras esto no se consigue, se cree no haber en ella cosa que desagrade y se exageran sus encantos; pues no es la vista, que juzga, sino el ánimo enamorado que desea.

Así, pues, la santa virgen, para que no continuasen alimentándose tales pasiones con la esperanza de poseerla, hizo profesión de pureza virginal; con esto apagó el ardor de los impuros, que en adelante no la pretenderían por amor, la traicionarían.

23. Llegó, pues, la persecución. Temerosa la joven de caer en aquellas manos lascivas y sin saber cómo huir, preparó su ánimo para la lucha. Su piedad la hacía no temer la muerte; su pureza la mantenía en guardia.

Al fin llegó el día de la corona. Ante la expectación universal comparece la joven dispuesta a luchar por doble causa: la de la religión y la de la castidad. Cuando la vieron sus enemigos tan firme en la fe y tan temorosa de su pureza, que estaba aparejada para los tormentos, pero se sonrojaba ante las ajenas miradas, comenzaron a planear el modo de minar su religión con el pretexto de su castidad, pensando que, una vez desaparecido el obstáculo mayor, fácil sería vencer lo restante.

Así, pues, ponen a la virgen en la alternativa de sacrificar a los ídolos o de ser llevada a un lugar de corrupción. ¿Qué clase de culto a los dioses es este que apela a tales recursos o qué género de vida pueden llevar quienes así juzgan?

24. Entonces la joven, no porque vacilase en la fe, sino porque temblaba ante la pérdida de su pureza, empezó a deliberar consigo misma: "¿Qué debo hacer? Preciso es elegir entre el martirio y la virginidad, pues se me niega una de las dos coronas. Aunque desde luego no puede reconocerse el nombre de virgen allí donde se apostata del autor de la virginidad. Pero ¿cómo vas a ser virgen viviendo entre mujeres perdidas? ¿Cómo vas a ser virgen entregándote a cariños adúlteros? ¿Cómo vas a ser virgen mendigando el amor? Preferible es, con todo, guardar virgen el alma que no el cuerpo. Lo mejor sería conservar ambas cosas si fuese posible; mas, de no serlo, seamos castas ante Dios mejor que ante los hombres.

Meretriz fué Rahab, pero después de creer en el Señor alcanzó su salvación [103]. Judit se engalanó para agradar a

---

Alejandría, véase lo que dijimos en nuestro trabajo anterior, p. 1.ª, c. 2, n. 4, nota 6. San Ambrosio sigue de hecho con frecuencia la fraseología de las *Actas* de dicha mártir, que pueden leerse en AASS, mense aprili, t. III, pp. 573-575.

[103] Cf. Ios. 2, 1-21; 6, 17-25.

un adúltero, pero, habiéndolo hecho por religiosidad y no por pasión amorosa, nadie la consideró como adúltera [104]. ¿No está claro el ejemplo? Como aquélla, por preocuparse ante todo de su religión, conservó su pudor y defendió su patria, tal vez también yo por custodiar mi fe pueda conservar mi castidad. De hecho, si Judit hubiera antepuesto su pureza a su religión, hubiera dejado perecer a su pueblo y hubiera perdido con ello también su castidad."

25. Animada, pues, con tales ejemplos y recordando las palabras del Señor: *Quien perdiere su alma por mi causa la hallará* [105], rompió a llorar, pero guardó silencio, para que ni siquiera su voz oyeran aquellos hombres impuros, indicando con su actitud que ni renegaba de Cristo ni escogía mancillar su pudor. Por aquí podéis deducir si podría fornicar con su cuerpo la que no quiso fornicar ni con su voz.

26. Al llegar aquí me avergüenzo de proseguir mi discurso. Me horroriza tener que describir, cual si la presenciase, toda aquella serie de actos criminales. Cerrad, vírgenes, vuestros oídos; es arrastrada la virgen a la casa de corrupción. Pero no; oíd, vírgenes: podrá ser prostituída la virgen de Dios, mas no podrá ser corrompida. Donde esté una virgen de Dios, allí hay un templo de Dios. Ni las casas de corrupción pueden empañar la castidad, sino que la castidad basta para purificar la infamia del lugar.

27. Acude al burdel una multitud enorme de lascivos. Aprended, ¡oh vírgenes!, los milagros de los mártires; olvidad los nombres de tales lugares. Queda encerrada la casta paloma; graznan fuera los buitres; luchan entre sí por ser los primeros en caer sobre la presa.

Entre tanto, la víctima, levantadas al cielo sus manos, ora como si se hallase en un templo y no en un lugar de pecado: "Cristo—exclama—, que amansaste los fieros leones, tú puedes apaciguar también los deseos salvajes de los hombres. No en virtud de las leyes de la naturaleza, sino gracias a tu misericordia cayó fuego sobre los caldeos [106] y las aguas se detuvieron al paso de los israelitas [107]. Susana triunfó de los adúlteros cuando, postrada en tierra, se preparaba a sufrir el tormento [108]. Secóse la mano que osó tocar los dones de tu templo [109]. Mira que es ahora también tu templo el que se ve amenazado. No consientas en su violación sacrílega, tú que antes no sufriste su robo. Sea tam-

---

[104] Cf. Iudith 10, 3.
[105] Mt. 10, 39.
[106] Cf. Dan. 3, 50.
[107] Cf. Ex. 14, 21.
[108] Cf. Dan. 13, 42.
[109] Cf. 3 Reg. 13, 4.

bién ahora respetado tu nombre, de suerte que, aunque traída para la prostitución, pueda salir virgen."

28. Apenas había terminado su plegaria, cuando irrumpió en el interior un soldado de terrible aspecto.

¡Cómo tembló la virgen ante aquel de quien poco antes había temblado la turba que le cedió el paso! Pero, recordando el pasaje de la Sagrada Escritura, se dijo: "También Daniel acudió a presenciar el suplicio de Susana y logró él solo la absolución de quien había sido condenada por todo el pueblo [110]. Puede también esconderse aquí un cordero bajo la piel del lobo. También tiene sus soldados Cristo, que cuenta aun con legiones. Tal vez sea el verdugo quien ha entrado para darme muerte. ¡Valor, alma mía!, que éstos con la espada suelen hacer mártires." ¡Oh virgen, *tu fe te ha salvado!* [111]

29. "No temas, hermana—dijo el soldado—. No he venido para hacerte daño, sino para salvarte como hermano. Ayúdame en mi salvación para que también tú seas salva. Entré como lujurioso, mas, si tú quieres, saldré mártir. Cambiemos los vestidos; me son ahora convenientes tus vestidos y a ti los míos; ambos lo son a Cristo. Tus vestidos me harán verdadero soldado, y mi uniforme te hará a ti virgen. A ti te es necesario salir bien vestida, a mí salir descubierto para ser reconocido por el perseguidor. Toma, pues, mis ropas, que oculten a la mujer; dame las tuyas, que me consagren mártir. Aquí tienes la clámide para que cubras tus miembros virginales y preserves tu pudor. Oculta tus cabellos y tus facciones con el casco; a nadie extrañará esto, pues los que a tales sitios vienen suelen salir avergonzados. Una vez fuera, acuérdate de la mujer de Lot y no vuelvas la vista atrás, pues aquélla perdió su vida por haber vuelto su mirada, aunque con intención casta, hacia aquellos hombres impúdicos [112]. Ni te preocupes de si habré de perecer inmolado. Yo ofreceré por ti este holocausto, tú pórtate en mi lugar como valeroso soldado de Cristo. Buena milicia es la castidad que profesas, cuyo sueldo son los bienes eternos. Tiene la *coraza de la justicia* para cubrir sus cuerpos con la protección espiritual, el *escudo de la fe* para rechazar los golpes del enemigo y el *casco de la salvación* [113]. Donde esté Cristo estará la mejor defensa para nuestra salvación, ya que la cabeza de la mujer es el varón, y la de la virgen es el mismo Cristo" [114].

30. Entre tanto, se había despojado de su túnica aquel

---

[110] Cf. Dan. 13, 44-62.
[111] Lc. 8, 48.
[112] Cf. Gen. 19, 26.
[113] Eph. 6, 14-16.
[114] Cf. 1 Cor. 11, 3.

soldado, en cuyo porte se ocultaba todavía la sospecha de un esbirro o de un fornicario. Alargaba el soldado su clámide y ofrecía la virgen su cuello a la muerte. ¡Qué espectáculo aquél! ¡Qué cuadro tan encantador! ¡En el lugar de la corrupción se competía por el martirio!

Contemplad las personas: un soldado y una virgen, tan desiguales por su naturaleza, tan semejantes por la gracia divina. Así se cumplía la profecía: *En aquel tiempo se apacentarán juntos los lobos y los corderos* [115]. Ved al lobo y a la corderilla no sólo apacentándose, sino inmolándose juntos. ¿Qué más? Cambiados, pues, los vestidos, escapa la joven del lazo, no ya conducida por sus alas, sino por las espirituales que se le habían prestado; y lo que jamás habían visto los siglos: ¡Una joven sale inmaculada de un lugar infame! ¡Es que se trataba de una virgen de Cristo!

31. Mientras tanto, aquellos que, teniendo ojos, no veían [116], a modo de lobos rapaces rugían impacientes ante la presa. Por fin uno más desvergonzado penetró en la estancia.

Apenas echó su primera mirada y vió el caso, clamó diciendo: "¿Qué es esto? Ha entrado una muchacha y me encuentro con un varón. No hay por qué contar ya la fábula de la doncella que se convirtió en cierva. Ante mis ojos tengo una virgen convertida en soldado. Muchas veces oí, sin creerlo nunca, que Cristo convirtió el agua en vino; ahora hasta los sexos ha transformado. Huyamos de aquí mientras conservamos el ser que hasta ahora hemos tenido. Aunque ¿no seré tal vez yo el transformado viendo una cosa diversa de la que creo? Vine a una casa de prostitución y ven mis ojos un fiador garante. En todo caso salgo cambiado; entré impúdico y salgo amante de la castidad."

32. Bien merecida tenía la corona aquel valiente cristiano. Denunciado el hecho, fué condenado en lugar de la virgen el que en lugar de la virgen había sido detenido. Así, pues, del lugar infame no sólo salió una virgen, sino también salieron mártires.

Es tradición que la virgen, al enterarse, corrió al lugar del suplicio, y surgió entre ambos una competición por el martirio: "Yo soy el sentenciado a muerte—decía él—; tú has sido absuelta desde el momento en que el fallo recayó sobre mí." Ella, por su parte, clamaba: "No te acepté como fiador de mi vida, sino tan sólo de mi pudor. Si es esto lo que se busca, subsiste el pacto; pero si se pide la sangre, no deseo a nadie por garante, pues la tengo abundante en mis venas para pagar. Contra mí ha sido dada esta senten-

[115] Is. 65, 25.
[116] Cf. Mt. 13, 13.

cia que por mi causa ha sido dada. Si te hubiese declarado fiador de mis deudas y en ausencia mía te hubiera obligado el juez a pagar a mi acreedor, con la sentencia en la mano acudirías a mí para que compensase con mi patrimonio tus pérdidas. Caso de no hacerlo, ¿habría alguien que no me juzgase digna de una muerte infame? Pues ¡cuánto mayor será la obligación tratándose de la vida! Debo morir inocente para no tener que morir culpable. No hay término medio. Hoy he de ser o reo de tu sangre o mártir de la mía. Si llegué a tiempo, ¿quién se atreverá a excluirme? Si tarde, ¿quién osará absolverme? Seré más culpable ante la ley si me hago reo no sólo de la fuga, sino de la muerte ajena. Aptos son para la muerte los miembros que no lo fueron para la profanación. Huí el oprobio, pero no te cedí el martirio. Cambié el vestido, mas no la profesión. Si, pues, me arrebatas de las manos la muerte, no serás mi salvador, sino mi engañador. No me la disputes, te lo ruego; no me contradigas, no quieras destruir el beneficio que me hiciste. Al negar recaiga sobre mí esta sentencia, resucitas la primera condena. Un fallo sustituye al otro; si éste no me atañe, me cogerá de lleno el anterior. Ambos podremos cumplir la condena si consientes en que sea yo ejecutada la primera. Contra ti no pueden emplear otro castigo; en cambio, el pudor de la virgen siempre está en peligro. Serás mucho más glorioso si apareces convirtiendo en mártir a una presunta meretriz que haciendo meretriz a una posible mártir".

33. ¿Qué creéis que sucedió? Contendieron los dos entre sí, y ambos vencieron. No se dividió entre ellos la corona, sino que se duplicó. Los dos se habían favorecido mutuamente: ella dió comienzo al martirio, él le dió término.

V. Ilustración del pasado suceso a base de ejemplos principalmente paganos

34. Pero también las escuelas de los filósofos celebran un hecho semejante: la conducta de Damón y Pitias, de la secta pitagórica [117]. Uno de ellos, condenado a muerte, pidió un plazo para arreglar los negocios de los suyos; el tirano, muy suspicaz, creyendo que el reo no volvería, le exigió que presentase un fiador dispuesto a morir en lugar suyo a la menor tardanza. No sé qué fué más notable, si la vo-

[117] Véase la narración del hecho en Cicerón, *De officis*, lib. III, c. X, n. 45: BCL, t. XIX, p. 355 s. Asimismo Valerio Máximo, *Factorum et dictorum memorabilium*, lib. IV, c.. 7, n. 1: BCL, t. CXXII, p. 321 s.

luntad del uno en acceder o la fidelidad del otro en regresar.

Sucedió, pues, que, como el reo retardase su vuelta, se aprestó el amigo fiador a cumplir la condena en su lugar con sereno continente. Ya era conducido al suplicio, cuando apareció el reo, quien al punto inclinó su cabeza y ofreció su cuello a la espada. Asombrado el tirano de que fuese más apreciada para aquellos filósofos la amistad que la vida, rogó a aquellos mismos a los que antes condenara que le recibieran como amigo. Tanta es la fuerza de la virtud, que hasta a los tiranos doblega.

35. Hecho en verdad digno de alabanza, pero inferior al narrado anteriormente, pues en aquél uno de los protagonistas era una virgen que había de luchar contra la debilidad de su sexo, mientras que en éste son dos varones; éstos eran amigos, aquéllos dos desconocidos; éstos se presentaron ante un solo tirano, aquéllos ante muchos, tanto más crueles cuanto que, a diferencia de éste, no tuvieron compasión de sus víctimas. En el caso de los dos filósofos, la obligación de morir recaía sobre uno; en nuestros héroes existía en ambos libre voluntad. En fin, hubo más virtud en los mártires, pues no les movía, como a los otros, el atractivo de la amistad, sino la corona del martirio; lucharon por Dios, no por los hombres.

36. Y pues hemos hecho mención de este reyezuelo, me parece que hace al caso poner los sentimientos de los paganos acerca de sus dioses en parangón con los nuestros, para que con más fuerza despreciemos a los que son escarnecidos por sus mismos adeptos.

Habiendo venido Dionisio al templo de Júpiter [118], mandó despojar a la imagen del manto de oro que la cubría y vestirle uno de lana, diciendo que el oro en invierno es frío y en verano pesado. Se reía de su Dios hasta el punto de afirmar que no podría soportar ni el frío ni una tan ligera carga.

Como observara en otra ocasión que la barba de Esculapio era de oro, ordenó se la quitaran, pues no era justo que, no teniendo barba el padre, la tuviese el hijo. Arrebató también a unos ídolos sus copas de oro, alegando que él debía recibir lo que los dioses le ofrecían; los deseos de los hombres son conseguir lo que existe de bueno en los dioses, y nada mejor que el oro; por tanto, si es malo, es una indignidad que lo tengan los dioses; si bueno, más justo es que lo posean los hombres, que saben usar de él.

37. Ante tales burlas, ni Júpiter tuvo fuerza para de-

---

[118] Para los siguientes hechos véase CICERÓN, *De natura deorum*, lib. III, c. 34, n. 83 s.: BCL, t. XVII, pp. 351-353; o bien VALERIO MÁXIMO, ob. cit., lib. I, c. 1, ext. n. 3: BCL, t. CXXII, pp. 23-25.

fender su manto, ni Esculapio su barba, ni Apolo pudo ostentar su incipiente bozo, ni los otros presuntos dioses reclamaron las copas robadas, no porque temieran incurrir en pecado de hurto, sino sencillamente porque no tenían vida. Así, ¿quién va a reverenciar a unos ídolos que ni se pueden defender como dioses ni esconder como hombres?

38. No sucedió así en el templo de nuestro Dios cuando el impío rey Jeroboán [119] usurpó los dones que su padre había ofrecido y sacrificó en honor de los ídolos sobre el ara santa. ¿Acaso al extender su mano no quedó seca, sin que los ídolos invocados viniesen en su auxilio? Arrepentido de su pecado, pidió perdón al Señor, y de nuevo la mano paralizada por el sacrilegio fué sanada por la piedad. Con esto se nos dió un claro ejemplo de la indignación y de la misericordia divina, al ser arrebatada súbitamente a un sacrílego su mano derecha y al serle devuelta cuando se arrepintió.

VI. Perfeccionamiento y unión mística de la virgen con su Esposo Cristo

39. He aquí el donecillo que os he preparado, piadosas vírgenes, cundo apenas cuento tres años de sacerdocio, sin más experiencia que la que me ha enseñado vuestra conducta. Porque ¿qué experiencia se puede adquirir en tan corto tiempo como ha transcurrido después de mi iniciación religiosa? [120]

Si, pues, encontráis flores en este tratado, pensad que han sido cogidas del seno mismo de vuestra vida. No son estas líneas preceptos dirigidos a vírgenes, sino ejemplos tomados de ellas. En este breve discurso he pintado la imagen de vuestra virtud. No es sino un reflejo de vuestra modestia lo que veis brillar en mis palabras como en un espejo.

Si algún atractivo habéis encontrado en mi ingenio, vosotras me lo habéis inspirado; vuestro es todo lo que este libro rezuma. Y como no me atrevo a recomendar todo lo que en él va, pues acerca de ello habrá tantas opiniones como personas [121], al menos, si encontráis algo más valioso, leedlo todas; si algo de mayor densidad, pruébenlo las más maduras. Lo que haya de honesto penetre hasta lo más íntimo de

[119] Cf. 3 Reg. 12, 25-13, 6.

[120] Recuérdese que Ambrosio fué bautizado el año 374, al ser elegido para la dignidad episcopal.

[121] Se trata de un adagio popular latino: «Quot homines, tot sententiae». Cf. Cicerón, *De finibus bonorum et malorum*, lib. I, c. 5, n. 15: BCL, t. XV, p. 47.

vuestro corazón y coloree vuestras mejillas; si, finalmente, algo hay en él de florido, no lo vitupere vuestra florida edad.

40. Debimos excitar el amor de la esposa, según aquello: *Amarás al Señor tu Dios* [122]; hemos procurado al menos adornar algún tanto este tratado con floreos retóricos semejantes a los cabellos rizados de las desposadas, acomodándonos a lo que está escrito: *Aplaude con las manos y danza con los pies* [123]; fué deber nuestro sembrar de rosas los tálamos eternos. Esto es lo que se hace en los enlaces humanos. Antes de mandar nada a la esposa se la agasaja, a fin de que no la ofenda la ingrata autoridad antes de haber arraigado con las caricias el amor.

41. Para que los caballos no rechacen la montura, se les acostumbra a gustar el chasquido de la palmada que acaricia su cuello [124], y antes de golpearles con la fusta se les gana con blandas palabras. Mas tan pronto como la cerviz acepta el yugo, viene el constreñir de las riendas, el aguijonear de las espuelas, el arrastrar tras sí del tronco delantero, el estimular del compañero de tiro.

Así también nuestra virgen debía primero entretenerse con este piadoso amor, admirando desde la entrada de la cámara nupcial los adornos de oro del tálamo celeste, contemplando las columnas coronadas de guirnaldas y embebiéndose en los deliciosos acordes del coro que danza en el interior de la sala. De modo que no se sintiera oprimida bajo el yugo divino antes de haber escuchado ella gustosa su llamamiento.

42. *Ven, pues, del Líbano, ven del Líbano; pasarás y volverás a pasar* [125]. Debiéramos cantar muchas veces este versículo, para que, si alguna no creyese en nuestras palabras, invitada por las del mismo Dios le siguiera. No hemos inventado nosotros este magisterio, sino que lo hemos recibido; así lo enseña la doctrina celeste que se encierra en estos versos místicos: *Bésame con el ósculo de tu boca, porque tus amores son mejor que el vino, y el aroma de tus ungüentos excede a todos los perfumes; tu nombre es como un ungüento derramado* [126].

Todo este delicioso pasaje suena a danza, incita al aplauso, provoca al amor. *Por eso,* dice, *las adolescentes te amaron y atrajeron hacia sí. Corramos tras el aroma de tus un-*

---

[122] Deut. 6, 5.
[123] Ez. 6, 11, según los Setenta.
[124] «Tum magis atque magis blandis gaudere magistri
Laudibus, et plausae sonitum cervicis amare»
(VIRGILIO, *Georgicon*, lib. III, v. 185 s.: BCL, t. CXXVI, p. 453).
[125] Cant. 4, 8.
[126] Cant. 1, 1-2.

güentos. El rey me introdujo en su tabernáculo[127]. Comenzó por las ternuras del ósculo para terminar en el tabernáculo.

Se hace la esposa tan sufrida en el trabajo y en el ejercicio de la virtud, que ella misma abre con sus manos la puerta, sale al campo a trabajar y guarda retiro en los castillos, aunque al principio corra tras el aroma de los ungüentos. Una vez llegada al tabernáculo, el aroma de los ungüentos es transformado por los castillos.

Mirad hasta dónde llega por fin: *Si hay un muro, edifiquemos sobre él torres de plata*[128]. La que antes se entretenía con caricias, ahora levanta torres. Y es que, protegida con la fortaleza de los santos, no sólo hace inútiles los ataques del adversario, sino que construye un bastión firme para defender los méritos adquiridos.

---

[127] Cant. 1, 3.
[128] Cant. 8, 9.

LIBRO III

I. Oración del Papa Liberio. Profesión de la virgen

1. Ya que hemos puesto en los dos libros anteriores todo lo que teníamos que decirte, me parece que es ya tiempo de considerar los santos preceptos de Liberio, de feliz memoria, que de vez en cuando sueles recordar conmigo, para que nos sea más agradable la doctrina, puesto que procede de un hombre tan santo [129].

Pues él, cuando el día natalicio del Señor hiciste tu profesión de virginidad en San Pedro, sellándola con el cambio de tu túnica—¿qué día mejor que aquel en que la Virgen dió a luz a su divino Hijo?—, estando presentes muchas doncellas del Señor que se disputaban unas a otras tu compañía, te dijo: Hija mía, has elegido un buen matrimonio. Ya ves cuánta gente ha venido para celebrar el nacimiento de tu Esposo, y nadie se marcha de aquí ayuno sin su parte en el banquete.

Este es el que, convidado a unas bodas, convirtió el agua en vino [130]. Hoy te confiere el misterio verdadero de la virginidad, a ti que antes estabas aprisionada por los viles lazos de esta naturaleza material.

Este es el que con cinco panes y dos peces dió de comer en pleno desierto a cuatro mil hombres [131]. Y a muchos mas hubiera alimentado si hubieran estado allí. Por fin, convidó a muchos a tus bodas; mas no les da a comer pan basto de cebada, sino su cuerpo, ministrado por el cielo.

2. Y hoy, ciertamente, se ha hecho hombre según la humana naturaleza, naciendo de una virgen, el mismo que ha sido engendrado por el Padre antes que todas las cosas [132]; se parece a su madre por el cuerpo y al Padre por su poder. Unigénito en la tierra y en el cielo, Dios de Dios, nacido de

---

[129] La profesión de Santa Marcelina tuvo lugar el año 353. Respecto a la festividad escogida, recuérdese lo dicho en nuestro trabajo precedente, p. 2.ª, c. 5, n. 51, nota 11.

[130] Cf. Io. 2, 9.

[131] Cf. Mt. 15, 32-39.

[132] Las fórmulas empleadas por San Ambrosio en este párrafo coinciden con diversas expresiones de la forma oriental del Símbolo según San Cirilo de Jerusalén, con la llamada *Fides Damasi*, con el Símbolo Atanasiano, con el Símbolo Niceno y con los Anatematismos de San Dámaso en el IV Sínodo romano. Cf. algunos de dichos textos en *Enchiridion Symbolorum* de Denzinger-Bannwart, nn. 9, 2 b-4; 15, 40, 54 y 66.

una virgen, justicia del Padre, poder del Omnipotente, luz de luz, igual al que le engendró, dotado de un poder semejante; sin confudirse, mezclado con el Padre, siendo como es la expresión de su Verbo, sino manteniéndose distinto de El en virtud de su propia generación.

El es tu hermano, sin el cual no pueden mantenerse ni las cosas del cielo, ni las del mar, ni las de la tierra: el buen Verbo del Padre, que *existía,* según se dice, *en el principio* [133]: ahí tienes su eternidad. Y *estaba*—dice el Evangelio—*junto al Padre:* ahí tienes su poder común e inseparable del Padre. Y *el Verbo era Dios:* ahí tienes su divinidad; en este resumen de maravillas tienes que beber tu fe.

3. Amale, hija mía, porque es bueno. *No hay nadie bueno sino sólo Dios* [134]. Pues si no se duda de que el Hijo es Dios y de que Dios es bueno, ciertamente no se podrá dudar de que es bueno el Dios Hijo.

Te lo repito: ámale. Pues es el mismo a quien el Padre engendró desde toda la eternidad antes que al lucero de la mañana; le engendró en su seno como a Hijo [135], le sacó de su corazón como a su Verbo [136]. Es el mismo en quien el Padre se complace [137]; el mismo es el brazo del Padre [138], porque es el Creador de todas las cosas; es la sabiduría del Padre [139], pues procede de los labios mismos de Dios; es la virtud del Padre, porque habita en El la plenitud de la divinidad [140].

A quien así ama el Padre, hasta el punto de llevarle en su seno y de colocarle a su diestra, de ése tienes que aprender la sabiduría y reconocer el poder [141].

4. Por tanto, si Cristo es la virtud de Dios, ¿acaso ha estado Dios alguna vez sin virtud? ¿Acaso ha estado alguna vez el Padre sin el Hijo? Si siempre ha existido el Padre, también siempre ha existido el Hijo; luego es Hijo perfecto del Padre perfecto.

El que desprecia la virtud, desprecia a aquel de quien es la virtud. La divinidad perfecta no admite desigualdades. Por eso ama tú a quien el Padre ama, honra a quien el Padre honra: *Pues el que no honra al Hijo tampoco honra al Padre, y quien niega al Hijo niega también al Padre* [142]. Todo esto en cuanto a lo que se refiere a la fe.

---

[133] Io. 1, 1.
[134] Mc. 10, 18.
[135] Cf. Ps. 109, 3.
[136] Cf. Ps. 44, 2.
[137] Cf. Mt. 3, 17.
[138] Cf. Is. 53, 1.
[139] Cf. 1 Cor. 1, 24.
[140] Cf. Col. 2, 9.
[141] Cf. 1 Cor. 1, 24.
[142] Io. 5, 23.

II. La abstinencia libra de las concupiscencias propias de los mitos paganos

5. Pero aunque ahora tu fe esté firmemente cimentada, sin embargo, tu edad juvenil lleva siempre consigo el peligro. Por eso bebe un poco de vino[143], para que no acentúes la debilidad del cuerpo y, por otra parte, no le excites al placer; pues el vino y la juventud juntas, se encienden mutuamente. Que los ayunos refrenen tu tierna edad y que la moderación en la comida retenga con sus redes las pasiones indómitas. Que la razón haga valer su voz, que la esperanza mitigue las pasiones y que el temor las contenga.

El que no sabe moderarse en sus deseos es como si estuviera arrastrado por caballos indómitos, que le revuelcan, le destrozan contra el suelo, le hieren y le torturan.

6. Lo cual se cuenta que ocurrió en cierta ocasión a un joven por el amor de Diana. Se finge en la fábula con poéticas mentiras[144] cómo Neptuno, incitado por el dolor de haber sido preferido por un rival, hizo enfurecerse a sus caballos para que se alabe su gran potencia, porque no venció al joven con su valor, sino que le engañó con sus fraudes. Por eso cada año se ofrece un sacrificio a Diana, inmolando un caballo al pie de sus altares. Y llaman virgen a aquella que pudo amar a quien no la amaba, de lo cual aun las mujeres perdidas suelen sonrojarse.

Pero, por mi parte, tengan por verdad lo que dice la fábula. A pesar de ser criminales uno y otro adulterio, tengo para mí por menos grave el que aquel joven se abrasase en el amor de la adúltera hasta el punto de perecer, que no el que dos dioses, como ellos mismos dicen, luchasen entre sí en torno al adulterio; pues Júpiter vengó el dolor por la vergüenza de su hija en el médico que curó las heridas de aquel adúltero que mancilló en pleno bosque a Diana, famosa cazadora, no de fieras, sino de placeres, aunque también de fieras, puesto que cazaba desnuda.

[143] Cf. 1 Tim. 5, 23.

[144] Hipólito, hijo de Teseo y amante de Diana, falsamente acusado por su madrastra, excitó la ira de su padre, quien acudió a los dioses pidiendo venganza. En virtud de este ruego, Neptuno hizo salir un toro del océano, el cual espantó los caballos de Hipólito, estrellándole. Mediante remedios proporcionados por el médico Esculapio, logró Diana revocarle de nuevo a la vida, trasladándole a un bosque junto a Aricia. Júpiter se airó contra Esculapio, matándole con un rayo. De este mito hablan Virgilio y Ovidio. (Cf. *Aeneidos*, lib. VII, vv. 765-777 : BCL, t. CXXVIII, p. 343 s. ; *Metamorphoseon*, lib. XV, vv. 497-546, y *Fastorum*, lib. VI, vv. 737-756 : BCL, t. XLV, p. 533 s., y t. XLVII, p. 446 s.).

7. Adjudíquenle a Neptuno el principado del furor, hasta el punto de atribuirle el crimen del amor incestuoso. Concedan a Diana el reino de las selvas que habitaba, para confirmar con ello el adulterio que estaba llevando a cabo. Digan que Esculapio resucitó a un muerto, pero confiesen también que no escapó a la muerte del rayo. Concedan a Júpiter la posesión de los rayos, que jamás tuvo, con tal de que confiesen sus vergonzosos vicios.

8. Pero volvamos de las fábulas a nuestro propósito. Juzgo que tienes que usar con moderación de todos los alimentos que proporcionen calor a los miembros; pues aun las águilas que surcan el espacio renuncian a la carne. Por eso es también necesario que esa águila que vive dentro de vosotras, de la cual leemos en la Escritura: *Tu juventud se renovará como el águila* [145], surcando el espacio, rauda con su virgíneo vuelo, no conozca el sabor de la carne superflua.

Hay que evitar las fiestas de los banquetes, hay que huir de las danzas.

III. El silencio es virtud principal en la virgen

9. Mi deseo es que las visitas en la gente joven sean muy pocas, aun cuando alguna vez haya que ir a ver a parientes o compañeras.

Pues el pudor padece con los cumplimientos; se fomenta la audacia, se provocan risas livianas, se pierde la modestia, mientras se afecta cortesía y urbanidad. No responder al que nos pregunta es considerado como infantilismo; responderle es charlatanería. Quisiera más que faltase a una virgen la conversación que no que le sobrase.

Si a las mujeres en general, aun tratándose de cosas sagradas, les está mandado que no hablen dentro de la iglesia, sino que pregunten a sus maridos en casa [146], ¿qué es lo que tendremos por prudente en las vírgenes, en las que el pudor adorna su juventud y el silencio es una recomendación del pudor?

10. ¿Acaso no fué preclaro ejemplo de pudor el que Rebeca, llegando a su boda y viendo a su esposo, se cubrió con un velo [147] para que aquél no la viese antes de que los uniese el vínculo matrimonial? Y, en verdad, aquella hermosa joven no se preocupó por sus adornos, sino por su pudor.

---

[145] Ps. 102, 5.
[146] Cf. 1 Cor. 14, 34 s.
[147] Cf. Gen. 24, 65.

Y ¿qué diré de Raquel, que al recibir un beso contra su voluntad lloró y gimió, y no hubiera dejado de llorar si no hubiera conocido que se trataba de un pariente próximo? [148] Así cumplió con la obligación que tenía de guardar el pudor, y no omitió el afecto del cariño.

Si se dice al hombre: *No pienses en la virgen, no sea que te escandalice* [149], ¿qué habrá que decir a una virgen consagrada, la cual, si ama, ya peca dentro de su alma, y si es amada, peca con los hechos?

11. Grande es la virtud de callar, sobre todo, en la Iglesia. No se te escapará ninguna frase de las lecciones divinas si prestás oído y cierras tu boca. No digas palabra alguna de la que luego tengas que arrepentirte; confía poco en tu lengua. Pues en la abundancia de palabras hay muchos pecados [150]. Se ha dicho al homicida: *Pecaste; detente ya* [151], para que no peque más. A la virgen hay que decirle: *Detente,* no sea que vayas a pecar.

Como leemos en la Escritura: *María conservaba en su corazón todas las cosas* que se decían de su Hijo [152], también tú, cuando se lea alguna cosa en la que se anuncia que Cristo está para venir o que se muestre que ya vino, no metas ruido hablando, sino aplica tu atención a la meditación de esas cosas. ¿Hay algo más indigno que meter ruido en las lecciones divinas, para que ni se oigan, ni se pueda creer en ellas, ni se nos revelen; o el perturbar con voces confusas las ceremonias sagradas, de tal manera que se impida la oración que se ha comenzado por la salvación de todos?

12. Los gentiles reverencian a sus ídolos callando. Por eso se cuenta aquel ejemplo [153]. Estando ofreciendo un sacrificio Alejandro, rey de Macedonia, un esclavito extranjero que le suministraba el fuego recibió un carbón encendido en el brazo y, quemándose su carne, permaneció, sin embargo, inmóvil, sin exteriorizar con gritos su dolor ni dar siquiera un desahogo a sus tormentos con llanto silencioso. Tan gran respeto a la disciplina religiosa hubo en aquel niño, aunque inculto, que venció a la naturaleza débil. Y eso que él no temía a unos dioses que no existían, sino al rey. ¿Para qué iba a temer a aquellos dioses, que hubieran ardido caso de haber caído sobre ellos una chispa de fuego?

---

[148] Cf. Gen. 29, 11 s.
[149] Eccli. 9, 5.
[150] Cf. Prov. 10, 19.
[151] Gen. 4, 7.
[152] Lc. 2, 19.
[153] Cf. Valerio Máximo, *Factorum dictorumque memorabilium,* lib. III, c. 3, ext. n. 1: BCL, t. CXXII, p. 213 s.

13. ¿No es más instructivo aún el caso de aquel adolescente amonestado para que en un banquete, que daba su padre, no manifestase sus amores ilícitos con muestras livianas? Tú también, virgen del Señor, abstente durante los santos misterios de gemidos, carraspeos, toses y risas [154]. ¿No podrás hacer tú en las ceremonias sagradas lo que el joven de antes hizo en el banquete?

Que se manifieste tu virginidad a la primera palabra; que el pudor cierre tus labios; que el fervor religioso excluya la debilidad, y que la santa conducta forme en ti como una segunda naturaleza. Que lo primero que me anuncie a mí la llegada de una virgen sea su gravedad, su pudor patente, su andar recatado, su rostro modesto, y que, como pregoneros de su pureza, vayan precediéndola las muestras de su santidad.

No es virgen suficientemente digna aquella por la que hay que preguntar si es virgen cuando aparece en público.

14. Es muy conocido lo que se cuenta de que en cierta ocasión, impidiendo el canto alborotado de unas ranas las plegarias de los fieles, un sacerdote del Señor les mandó que se callasen y que tuvieran un poco de reverencia a la oración santa. Al punto, todo aquel estrépito se paró de repente. ¿Se callan las ranas, y no callarán los hombres? El animal irracional reconoce con su reverencia lo que ignora por naturaleza, ¿y es tan grande la inmodestia de los hombres que muchos no saben conceder a la religión del alma lo que conceden al placer de sus oídos?

IV. Prácticas del ayuno y la oración

15. Tales fueron los consejos que te dió Liberio, de feliz memoria. Normas que en otros superarían a su conducta, en ti quedan por debajo de tus virtudes.

Así, pues, no sólo has cumplido con tus santas obras todo lo que te está mandado, sino que lo has superado con tu empeño. En nuestros preceptos se nos manda el ayuno en determinados tiempos. Tú, sin embargo, día tras día y noche tras noche, pasas largas temporadas sin probar bocado; y si alguna vez se te ruega que comas y que dejes por unos instantes tu libro, sueles responder al punto: *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios* [155].

[154] «Gemitus, screatus, tusses, risus abstine» (Terencio, *Heautontimorumenos*, act. 2, sc. 3, v. 372: BCL, t. CV, p. 365). La frase se halla en el contexto citado por San Ambrosio.

[155] Mt. 4, 4.

El mismo alimento que tomas es de lo más vil, para que por lo repugnante de la comida crezca el deseo del ayuno. La bebida es agua de la fuente; la oración, abundante en lágrimas; el sueño te coge sobre el códice.

16. Estas cosas son las que convienen durante los años jóvenes, hasta que la mente no se haya encanecido por el tiempo. Pero cuando la virgen pueda ya mostrar el trofeo de su cuerpo domado, entonces hay que moderar el trabajo, para que pueda servir de maestra a la gente más joven.

La vid ya vieja se quiebra y se desgaja, cuando está cargada de sarmientos fecundos, si a su tiempo no se poda. Mientras todavía es joven, crezca exuberante; pero cuando empieza a envejecer debe ser podada para que no se haga silvestre con el exceso de sarmientos o no venga a morir agotada por el demasiado peso.

El buen agricultor abriga con montones de tierra escogida la mejor de sus viñas, defendiéndola del frío intenso y teniendo cuidado de que no la abrase el sol de mediodía. Cultiva su campo sólo por temporadas, o al menos, si no quiere que esté sin producir, siembra en él diversas semillas, para que descanse la tierra con el cambio de frutos.

Tú también, virgen veterana, siembra diversas simientes en las heredades de tu pecho, ya sean alimentos ordinarios, ya ayunos moderados, ya lecturas, trabajos u oraciones, para que la variedad de ocupaciones constituya treguas de descanso.

17. No todos los campos producen mieses. En unos renacen los viñedos sobre los collados, en otros verás salir las purpúreas olivas, en otros las rosas llenas de perfume. Y aun muchas veces, dejados a un lado los arados, el mismo trabajador tan sólo araña superficialmente el suelo con el dedo para plantar los esquejes de las flores; y con aquellas mismas manos ásperas, con que doblega a los novillos que luchan entre las viñas, ordeña suavemente las ubres de las ovejas.

Tanto mejor es un campo cuanto más fruto da. Por tanto, siguiendo tú el ejemplo del buen labrador, no hiendas tu tierra con continuos ayunos, como con el arado hundido hasta lo más profundo. Que florezca en tus huertos la rosa del pudor, el lirio del pensamiento, y que las violetas beban en la fuente manante de la sangre sagrada [156].

Es proverbio popular: "Deja de hacer de vez en cuando lo que quieras hacer durante mucho tiempo". Debes dejar algo para los días de Cuaresma; pero de tal modo que no lo hagas por ostentación, sino por devoción.

---

[156] «Floreat, irriguumque bibant violaria fontem» (VIRGILIO, *Georgicon*, lib. IV, v. 32: BCL, t. CXXVI, p. 508).

18. Que también la oración frecuente nos encomiende a Dios. Pues si el profeta dice: *Siete veces al día te alabé* [157], estando como estaba tan ocupado en los negocios de su reino, ¿qué no convendrá que hagamos nosotros, una vez que leemos aquello: *Vigilad y orad para que no caigáis en la tentación?* [158]

Ciertamente hay que practicar oraciones solemnes juntamente con la acción de gracias, cuando nos levantamos del lecho, cuando salimos de casa, cuando nos disponemos a comer, cuando tomamos nuestro alimento, a la hora del incienso y, finalmente, cuando vamos a acostarnos.

19. También quisiera que te acostumbrases a recitar en tu cuarto los salmos junto con la oración dominical, sea cuando te despiertes, sea antes de que el sueño se apodere de ti, para que ya al comenzar el descanso te encuentre el sueño libre de las preocupaciones de este mundo y meditando pensamientos divinos.

Aquel que encontró el nombre de la filosofía, todos los días, antes de irse a acostar, mandaba tocar a un flautista melodías suaves, para que se aquietara su ánimo, tan agitado por los cuidados mundanos [159]. Pero aquel filósofo, lo mismo que quien trabaja por lavar un ladrillo, en vano deseaba librar a los mundanos de las cosas mundanas; pues se manchaba mucho más con barro, ya que buscaba el remedio en el placer; pero nosotros, quitada la turbulencia de los vicios terrenos, limpiemos nuestro interior de toda impureza de carne.

20. De una manera especial debemos recitar todos los días, al amanecer, el símbolo, como sello de nuestro corazón, para que así, cuando temamos algo, luchemos con ánimo. ¿Cuándo se ha visto a un soldado en su tienda de campaña o a un guerrero en la lucha sin tener presente su juramento a la bandera?

V. Espíritu de penitencia y apartamiento de los placeres mundanos

21. ¿Y quién no entenderá que aquello del profeta se refiere a nuestro modo de vivir: *Lavaré todas las noches mi lecho y con mis lágrimas lo regaré?* [160] Pues si entiendes la palabra lecho al pie de la letra, ahí tienes la gran abun-

[157] Ps. 118, 164.
[158] Mt. 26, 41.
[159] Alusión a Pitágoras, siguiendo a Cicerón, *Tusculanarum quaestionum,* lib. V, c. 4, n. 10, y lib. IV, c. 2, n. 3: BCL, t. XVI, pp. 457 y 352 s.
[160] Ps. 6, 7.

dancia de lágrimas que conviene derramar sobre él para que se lave y se rocíe con las lágrimas del que ora; pues el llanto de las cosas presentes es una prenda de los bienes futuros: *Bienaventurados los que lloráis, porque algún día reiréis*[161]. Y si tomamos el dicho profético como símbolo del cuerpo, lavemos con las lágrimas de la penitencia los delitos de nuestra carne.

Salomón se hizo para sí un lecho con cedros del Líbano. Sus columnas eran de plata; la cabecera, de oro puro, y su frontal estaba recamado de piedras preciosas[162]. ¿Qué lecho es éste sino una imagen de nuestro cuerpo? Pues en las piedras preciosas aparece una imagen del aire cuando fulgura, en el oro el resplandor del fuego, el agua en la plata, y la tierra en la madera. De esos cuatro elementos está compuesto el cuerpo humano, en el cual se halla como recostada nuestra alma, siempre que no ande errando inquieta por las asperezas de los montes o la esterilidad de los desiertos, sino que descanse sobre la madera de nuestro cuerpo, elevada sobre todos los vicios.

Por lo cual dijo David: *El Señor le prodigue su auxilio sobre el lecho de su dolor*[163]. ¿Qué otro sino éste puede ser el lecho del dolor, ya que no puede sufrir quien no tiene sentidos? Sin embargo, el cuerpo del dolor es como el cuerpo de su muerte: *¡Ay de mí, hombre infeliz!, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?*[164]

22. Y ya que hemos citado el versículo en el que se hace mención del cuerpo del Señor, a fin de que nadie, al leerlo, se perturbe viendo que ha escogido para sí un cuerpo de dolor, acuérdese de que se dolió y lloró por la muerte de Lázaro[165], y que fué herido en la pasión, y que de su herida manó sangre y agua, y que, por fin, entregó su alma. El agua, para el bautismo; la sangre, para bebida; el espíritu, para la resurrección.

Por eso en solo Cristo está nuestra única esperanza, fe y caridad: esperanza en la resurrección, fe en el bautismo, caridad en el sacramento.

23. Así como tomó para sí un cuerpo de dolor, de la misma manera transformó el lecho en su enfermedad[166], porque lo convirtió en bien de la humana naturaleza. Pues se acabó la enfermedad con su pasión y la muerte con su resurrección.

Sin embargo, debéis entristeceros por el mundo y ale-

---

[161] Lc. 16, 21.
[162] Cant. 3, 9 s.
[163] Ps. 40, 4.
[164] Rom. 7, 24.
[165] Cf. Io. 11, 33-35.
[166] Ps. 40, 4.

graros en el Señor: tristes para la penitencia, alegres para la gracia, aunque el Doctor de las Gentes haya mandado con su saludable consejo que conviene *llorar con los que lloran y alegrarse con los que están alegres* [167].

24. Pero el que quiera explicar completamente todo el nudo de la cuestión, acuda al mismo Apóstol: *Todo,* dice, *lo habéis de hacer, sea de palabra, sea de obra, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias a Dios Padre por su medio* [168]. Por tanto, dirijamos hacia Cristo todas nuestras palabras y obras, pues de la muerte hizo vida y creó la luz de las tinieblas.

Así como a un cuerpo enfermo ya se le reanima con remedios calientes, ya se le templa con fríos; pues el cambio de procedimientos, si se hace con consejo del médico, es saludable, aunque, aplicados contra su parecer, lo único que logran es agravar la enfermedad, de la misma manera redunda en remedio nuestro todo lo que depende de Cristo, nuestro médico; y al contrario, es una molestia todo lo que se hace fuera de El.

25. Por lo tanto, la alegría debe ser propia de una mente bien aconsejada y no provocada por banquetes sin medida y bailes de bodas; la vergüenza está sin defensa y son peligrosos los placeres allí donde el baile es la última de las diversiones.

Quiero que las vírgenes del Señor se alejen de las danzas. Pues nadie, como dijo un doctor profano, se pone a bailar no estando bebido, a no ser que esté loco [169]. Por tanto, según la sabiduría del mundo, o la borrachera o la locura son la causa del baile; lo cual se ve confirmado, según creemos, por los ejemplos de las Sagradas Escrituras. Juan, el precursor de Cristo, degollado por voluntad de una bailarina, es un buen ejemplo de cómo los incentivos del baile pueden resultar más dañosos aún que la locura de un furor sacrílego [170].

VI. Efectos de los placeres mostrados en la muerte del Bautista

26. Y ya que no debe pasarse por alto con tanta brevedad el recuerdo de tan gran hombre, viene muy al caso recordar aquí la persona del muerto, por quiénes fué matado, por qué causa, cómo y en qué tiempo. El justo es ase-

[167] Rom. 12, 15.
[168] Col. 3, 17.
[169] «Nemo enim fere saltat sobrius, nisi forte insanit» (Cicerón, *Oratio pro L. Murena,* VI: BCL, t. X, p. 513).
[170] Cf. Mt. 14, 3-12.

sinado por unos adúlteros, y los mismos reos condenan al juez a la pena capital.

Además, la muerte del profeta es algo así como el premio de una bailarina. Finalmente—y de esto aun los pueblos bárbaros se suelen horrorizar—, se dió el decreto para la ejecución de aquella crueldad en medio del banquete. Y aquel obsequio, fruto de un crimen digno de fieras, va peregrinando de la sala de festejos a la cárcel y de la cárcel a la sala de festejos. ¡Cuántas maldades en un solo crimen!

27. Se prepara con lujo verdaderamente regio tan execrable banquete, y, aprovechando el momento en que se hallaba reunido un número de convidados mayor de lo ordinario, entra la hija de la reina a bailar delante de todos los cortesanos, bien aconsejada por las advertencias secretas de su madre.

¿Qué otra cosa pudo aprender de una adúltera, sino la desvergüenza y el desenfado? ¿Acaso hay algo más excitante para la pasión que el mostrar con movimientos voluptuosos aquellos miembros que cubrió la naturaleza o veló la educación, con incendios de placer en la mirada, movimientos procaces de cabeza y el cabello suelto al aire? Con razón redunda todo esto en injuria de Dios ¿Qué resto de vergüenza puede haber donde se baila, se alborota y se canta?

28. Entonces el rey, dice la Escritura, deleitado, dijo a la muchacha que le pidiera lo que quisiese. Y juró que le concedería aun la mitad de su reino si se lo pedía. Mira, hija, lo que piensan los reyes de este mundo de todos los poderes terrenales que están dispuestos a entregar todos sus reinos por el placer de un baile.

La joven, adoctrinada por su madre, pidió que se le diese en un plato la cabeza de Juan. Lo que la Escritura añade: *El rey se entristeció* [171], no es un sentimiento de penitencia del rey, sino una declaración de su iniquidad. Es común en los juicios de Dios que los impíos se condenen a sí mismos por su propia confesión.

Pero por causa de los comensales, dice la Escritura [172]. ¿Hay algo más indigno que mandar perpetrar un asesinato por no disgustar a unos convidados? *Y por causa del juramento,* añade [173]. ¡Oh nuevo género de piedad! Hubiera sido más tolerable que faltara a su juramento. Por eso, no sin causa, manda el Señor en el Evangelio [174] que no

[171] Mt. 14, 9.
[172] Mc. 6, 26.
[173] Ibid.
[174] Cf. Mt. 5, 34.

hay que jurar, para no dar motivo de perjurio, para no ponerse en la necesidad de pecar. Así, pues, por no violar un juramento, muere el inocente. No sé de cuál de las dos cosas horrizarme antes. Más tolerables son los perjurios que los juramentos de los tiranos.

29. ¿Quién, al ver mandar un emisario desde la sala del convite a la cárcel, no pensaría que se había dado orden de poner en libertad al profeta? ¿A quién no se le ocurriría pensar que se le había enviado para libertar al Precursor, celebrándose el santo de Herodes, hallándose en un solemnísimo banquete y habiéndose concedido a aquella joven lo que ella quisiera? ¿Qué tiene de común la crueldad con los placeres y el llanto con los deleites?

Sin embargo, se condena al profeta durante el tiempo del banquete, mediante una orden salida del banquete, circunstancias que no las hubiera querido ni aun para su absolución. Muere por la espada, y se presenta su cabeza en un plato. Tal era el manjar destinado para una crueldad cuyas ansias feroces no podían sentirse saciadas con el banquete.

30. Mira, ¡oh rey cruel!, este espectáculo digno de tu convite. Extiende tu diestra, para que no falte nada a tu crueldad, y que entre tus dedos fluya a raudales la sangre inocente. Y ya que no has podido saciar tu hambre en el banquete ni apagar con las copas la sed de tu inaudita sevicia, bebe la sangre que arrojan las venas de esa cabeza cortada y todavía goteante.

Mira esos ojos testigos de tu crimen aun en la misma muerte. Observa cómo contemplan con execración esa escena de placeres. Se cierran no tanto porque les obliga la muerte, sino por el horror de tanta lujuria. Callan esos labios ahora exangües, cuya condenación no podías soportar, y todavía temes. Sin embargo, la lengua, que aun después de la muerte suele conservar todavía su oficio, con sus movimientos palpitantes seguía condenando el adulterio.

Se presenta la cabeza a Herodías. Esta se alegra, salta de gozo como si ya se hubiera librado del crimen con haber matado al juez.

31. ¿Y qué decís vosotras, santas mujeres? ¿Veis lo que tenéis que enseñar y desaconsejar a vuestras hijas? Baila, pero es la hija de una adúltera. La que es recatada, la que es casta, enseña a sus hijas a cumplir con Dios, y no a bailar. Y vosotros, hombres graves y prudentes, aprended a evitar los banquetes de los hombres detestables. Si tales son los convites de los impíos, ¿cuáles serán sus juicios?

VII. La muerte por la virginidad

32. Cuando ya próximo al fin navego, desplegadas al viento todas las velas de mi oratoria, me preguntas, ¡oh santa hermana!, qué debe pensarse de aquellas que se arrojaron de lo alto o se sumergieron en el río para no caer en manos de sus perseguidores, pues prohibe la Sagrada Escritura a toda cristiana el atentar contra su vida.

Cierto que está bien clara la afirmación acerca de las vírgenes puestas en el caso de guardar su pureza, teniendo como tenemos a mano el ejemplo del martirio.

33. Santa Pelagia vivió hace tiempo en Antioquía, casi de quince años, hermana de vírgenes y virgen ella misma [175].

Retirada en su casa cuando se dió el edicto de persecución, al verse rodeada por aquellos piratas de la fe y del pudor, estando ausente su madre y sus hermanas, sin auxilio ninguno, pero llena de Dios, dijo: ¿Qué hacer sino mirar por ti, pobre virginidad, que te encuentras cautiva? Deseo y temo juntamente el morir, pues no se trata ahora de aceptar la muerte, sino de buscarla. Muramos, si es posible; y aunque no sea posible, muramos. Dios no se ofende por emplear un remedio necesario, y la fe quitará al acto su maldad. Y si pensamos un poco más en esta idea, ¿qué violencia podrá llamarse voluntaria? Mayor violencia es querer morir y no poder conseguirlo. Aun cuando no me arredra la dificultad. ¿Quién habrá que queriendo morir no lo logre, siendo tantos y tan fáciles los caminos que a la muerte conducen? Precipitándome desde lo alto derribaré los altares de los dioses [176] y apagaré con mi sangre las hogueras encendidas. No temo que se paralice mi diestra, falta de audacia, o que mi pecho rehuse el golpe doloroso. No daré ocasión alguna a mi carne para el pecado. Ni temeré que me falte espada. Se puede morir con las propias armas, se puede morir sin intervención de verdugo aun en el seno de la propia madre.

34. Se cuenta que adornó su cabeza la joven y se vistió un traje de boda, de modo que daba la sensación, no de que iba a morir, sino de que salía al encuentro de su esposo.

---

[175] De Santa Pelagia vuelve a hablar Ambrosio en su *Epist. 37 ad Simplicianum*, n. 38: PL 16, 1093. Acerca de las diversas leyendas bajo el nombre de Pelagia, véase nuestro trabajo anterior, p. 3.ª, c. 4, a. 1, n. 124, nota 37. De esta santa tratan los Bolandos en AASS, mense iunio, t. II, pp. 154-164.

[176] «... aras praecipitata subvertam...», es la única frase en que se da a entender el género de su muerte.

Cuando aquellos detestables perseguidores vieron que se les había arrebatado de las manos la presa del pudor, empezaron a buscar a su madre y a sus hermanas. Ellas con raudo vuelo habían conseguido salir ya a campo libre en busca de su castidad, cuando de repente se encontraron amenazadas de un lado por los perseguidores y detenidas de otro por un río torrencial, impedidas para la fuga, escogidas para la corona.

Entonces se dijeron: ¿Por qué tememos? He aquí agua. ¿Quién nos prohibe bautizarnos? Este es el bautismo con el que se perdonan los pecados y con el que se consiguen los reinos. Que nos reciba en su seno el agua, que engendra vírgenes. Que nos reciba el agua, que abre los cielos, protege a los enfermos, y encubre la muerte, y hace mártires. Te rogamos, Dios, Hacedor de todas las cosas, que ni aun las ondas de la corriente separen nuestros cuerpos exánimes; que la muerte no separe los cadáveres de las que en vida vivieron unidas por el amor. Haz que seamos una en la fortaleza, en la muerte, en la sepultura.

35. Diciendo estas cosas y sujetando con el ceñidor por debajo del pecho sus túnicas, de modo que protegiesen su pudor y no les impidiesen el paso, cogiéronse las manos como para una danza y se arrojaron en el lecho del río, dirigiéndose hacia donde la corriente era más impetuosa y la profundidad más honda. Ninguna dió ni un paso atrás, ninguna vaciló al avanzar, ninguna tanteó el terreno antes de asentar el pie. Apesadumbradas cuando todavía pisaban tierra firme, disgustadas cuando sentían aún poca profundidad, y, por fin, alegres cuando vieron que no hacían ya pie.

Allí hubieras visto a aquella santa madre estrechando sus manos fuertemente con las de sus hijas, gozándose con aquella prenda de esperanza y temiendo únicamente el que, por algún caso fortuito, la corriente la separase de ellas. ¡Oh Cristo, decía, te inmolo estas hostias como primicias de castidad, guías en el camino y compañeras de mis sufrimientos!...

36. Pero ¿quién se admirará de que mantuvieran en vida tanta constancia, cuando aun después de muertas mostraron inconmovible la actitud de sus cuerpos? Ni las aguas desnudaron sus cadáveres, ni las raudas ondas del río las revolcaron violentamente.

Más aún: aquella santa madre, aunque privada del sentido, conservaba todavía su abrazo de cariño, y ni aun con la muerte había soltado aquel piadoso nudo que formara con sus manos, de modo que, ya que había cumplido con su deber religioso para con Dios, dejase también en la tierra una

herencia de piedad materna. Pues a las que había unido consigo para conducirlas al martirio, las reclamaba para sí hasta depositarlas en la sepultura.

37. Pero ¿para qué te estoy trayendo ejemplos extraños, hermana mía, a ti, vástago de una familia santificada por la tradición de la castidad transmitida como herencia de aquella mártir cuyo recuerdo te ha modelado? [177]

Porque ¿de dónde pudiste aprender lo que no tuviste ocasión de contemplar, criada, como fuiste, en el campo, sin ninguna virgen por compañera, sin ser instruída por ningún doctor? No te hiciste discípula, lo cual no se puede hacer sin maestro, sino que te constituíste heredera de la virtud.

38. ¿Cómo hubiera podido concebirse que Santa Sotera no te hubiera transmitido su espíritu, habiéndote transmitido su sangre? La cual, en tiempo de la persecución, recorrió su camino hasta la cima del martirio entre atroces contumelias, ofreciendo al verdugo para el tormento aun el propio rostro, que entre las torturas del cuerpo entero suele de ordinario conservarse ileso, como destinado más bien a contemplar los sufrimientos que a padecerlos, y ofreciéndolo con tanta fortaleza y mansedumbre que al recibir los golpes en sus tiernas mejillas quedase antes cansado el sayón de herir que la mártir de tolerar el suplicio. Ni una contracción en sus facciones, ni un movimiento para apartar su cabeza, ni un gemido de debilidad, ni una lágrima en sus ojos [178].

Después de haber superado toda clase de tormentos recibió al fin el golpe de la espada tan anhelado.

---

[177] Referencia a Santa Sotera, de la que habla también en su obra *Exhortatio virginitatis*, c. 12, n. 82: PL 16, 560. A propósito de esta santa cf. AASS, mense februario, pp. 386-389. Pueden verse asimismo WITTIG, *St. Soteris und ihre Grabstätte*, en «Römische Quartalschrift», t. XIX (1905), pp. 50-63, 105-133; asimismo WILPERT, ibid., t. XXII (1908), pp. 183-195.

[178] Cf. VIRGILIO: «... num *fletu ingemuit* nostro, num *lumina flexit?* Num *lacrymas victus dedit* aut miseratus amantem est?» (*Aeneidos*, lib. IV, vv. 369-370: BCL, t. CXXVII, p. 516).

DE LA FORMACION DE LA VIRGEN Y DE LA VIRGINIDAD PERPETUA DE MARIA

A Eusebio

Ya en la primera obra sobre las vírgenes publicada por San Ambrosio había atestiguado el Prelado milanés cómo desde Bolonia venían almas escogidas a recibir de sus manos el velo de la virginidad. El presente tratado es una confirmación de aquel aserto. De Bolonia, en efecto, había venido la piadosa jovencita Ambrosia, enviada por su abuelo Eusebio, gran amigo del Obispo de Milán[1]*. Este recibió en su ciudad a la nueva aspirante de la pureza con el cariño y la solicitud de un padre, la formó en las virtudes virginales y, una vez que la vió digna de acercarse al divino Esposo, la consagró con el velo santo en su iglesia metropolitana, dirigiéndole una exhortación llena de los más cálidos sentimientos de piedad. Poco después enviaba aquellas palabras transcritas en un pergamino a Eusebio, el abuelo de la nueva virgen consagrada, como recuerdo de aquel venturoso día.*

Era el año 391 precisamente cuando llegaban a Milán noticias sobre las impugnaciones blasfemas de Bonoso, el obispo de Sárdica, contra la virginidad de la Madre de Dios después del parto divino[2]*. No es de extrañar que Ambrosio, al sentir heridos de un solo golpe los dos afectos más sensibles de su corazón, la pureza ejemplar de María y las excelencias del estado virginal, no pudiera contenerse sin insertar, al menos en su escrito, una refutación de aquellas herejías. Esto explica el doble elemento con que se amalgama el tema fundamental del tratado y el motivo de la fluctuación de su título, que ha llegado por fin a refundirse bajo la forma arriba propuesta*[3]*.*

---

[1] Respecto a la identificación de este Eusebio con el obispo de Bolonia, al que San Ambrosio alabó en una de sus homilías y a quien dirigió dos de sus cartas, puede verse nuestro trabajo anterior, p. 3.ª, c. 5, a. 1, n. 138, nota 65.

[2] A propósito de esta herejía véase nuestro trabajo anterior, p. 2.ª, c. 1, a. 1, n. 24, nota 23.

[3] Puede verse a este respecto la introducción puesta por los Maurinos al presente tratado (PL 16, 301 s.).

Los dos primeros capítulos forman una introducción añadida por el santo Obispo al dirigir su escrito a Eusebio, trazándose en ellos el elogio de la virginidad y de las principales virtudes que han de custodiarla: el silencio, el pudor, la oración y el dominio sobre la propia carne. Luego, entrando ya en la materia de la pasada plática, defiende a la mujer contra las acusaciones de ser causa principal del pecado original y de los actuales. Si es cierto que Eva pecó la primera, tuvo sus excusas atenuantes, y desde luego fué también la primera en confesar y expiar su delito (III-IV). Con esto se hace espontáneo el paso a María, abanderada de la virginidad y portadora de la salvación para el género humano. Aquí surge ante los ojos del Prelado la figura del heresiarca, cuyos ataques contra la integridad perpetua de María va Ambrosio pulverizando con golpes certeros(V-VI), para demostrar a continuación aquel gran don de la Madre de Dios con argumentos positivos, sacados tanto de los testimonios del Nuevo Testamento como de las profecías y figuras del Antiguo (VII-XIV). Finalmente, se dirige de nuevo a la virgen Ambrosia, haciéndole fijar su mirada en el divino Esposo y proponiéndole en rápido boceto las principales virtudes que han de constituir la estola con que se revista de Cristo (XV-XVI). Cierra el tratado una preciosa oración, recitada, sin duda, en el acto consecratorio, en la que pide al Señor tome bajo su tutela a la nueva esposa y le comunique generoso los dones de las virtudes virginales (XVI). Es una súplica rebosante de unción y piedad[1].

I. Elogio de la virginidad y de sus guardianes, el silencio y el pudor

1. Me encomiendas tu prenda, que es igualmente mía, la tierna Ambrosia, consagrada al Señor; y movido por tu piadoso afecto para con ella, la antepones en tus cuidados a los demás hijos. Tal es el modo de pensar de un espíritu cristiano. A los demás los educas para enviarlos fuera de casa y unirlos con gente extraña; pero a ésta la tendrás siempre contigo. Con respecto a los otros, cumples los de-

[1] Nos servimos para la traducción del texto de los Maurinos, el mejor hasta el presente, reeditado por Migne (PL 16, 305-334). Por lo que hace a las citas bíblicas, nos atenemos a la lectura ofrecida por San Ambrosio, con frecuencia diversa de las recibidas ordinariamente.

beres impuestos por la piedad paterna; con respecto a ésta, eres más que padre, puesto que con tu diligencia y tus deseos vas adelante hasta lograr *que agrade a Dios* [5]. Y siendo en razón de sus votos superior a los demás, ella por sí sola pagará lo que debes por ella y por los otros hijos.

2. Este es el sacrificio que ofreció Abel de entre las primeras crías de sus ovejas [6]. Esto es lo que alaba ante todo el Apóstol, cuando dice a los corintios: *Porque quien determinó firmemente en su corazón y se resolvió a conservar su virginidad, obra bien. Por tanto, quien entrega a su hija en matrimonio, hace bien; pero quien no la entrega, hace mejor* [7].

Por lo cual David, al describir la hermosura de la Iglesia, cuya gloria está toda en lo interior y no en cosas externas (la mayor alabanza consiste en los buenos pensamientos, en el afecto inmaculado de la castidad y en la intención de una conciencia sincera), añadió bellamente estas palabras: *Le presentarán al rey las vírgenes después de ella;* y volviéndose al Eterno Padre, dice: *Serán traídas a tu presencia sus allegadas, serán traídas con alegría y gozo; así se las conducirá al templo del rey* [8].

3. ¿Quién es esta allegada sino la que se acerca a Cristo y a quien dice el Verbo: *Levántate, ven, allegada mía, hermosa mía, pues ya pasó el invierno?* [9] Antes de recibir al Verbo de Dios, era invierno sin gloria ni fruto; pero una vez recibido, y crucificado ya el mundo para ella, apareció el verano. Finalmente, calentada por el fervor del Espíritu Santo, brotó en forma de flor y comenzó a esparcir el aroma de la fe, la fragancia de la castidad y la suavidad de la gracia.

4. Por eso dice en otra parte: *Tus ojos de paloma fuera de tu silencio* [10]; porque siendo toda ella espiritual y sencilla como la paloma, en cuya imagen, según la visión de Juan, descendió el Espíritu Santo, contempla las cosas espirituales y sabe callar los misterios vistos. Hay tiempo oportuno para callar y tiempo para hablar, según está escrito: *El Señor me da lengua erudita para conocer cuándo conviene decir las cosas* [11].

5. Así, pues, una de las dotes de la virginidad es el pudor, que se defiende con el silencio. Por eso la gloria de la Iglesia está toda en su interior; no en la muchedumbre

[5] 1 Cor. 7, 32.
[6] Gen. 4, 4.
[7] 1 Cor. 7, 37 s.
[8] Ps. 44, 15 s.
[9] Cant. 2, 10 s.
[10] Cant. 4, 1.
[11] Is. 50, 4.

de palabras, sino en los sentimientos íntimos o en los misterios de los sacramentos, como ella misma dice al Esposo: *¿Quién te entregará a mí, hermano mío, mientras aun mamas a los pechos de mi madre? Al encontrarte fuera te cubriré con mis besos, y nadie me despreciará. Te tomaré y te conduciré a la casa de mi madre, a la alcoba en que fuí engendrada* [12]. Y antes había dicho: *El rey me introdujo en su cámara* [13].

6. La Iglesia da fuera su ósculo a Cristo y es introducida por El en su cámara. La besó El a ella fuera, cuando, *a la manera de un esposo que sale de su tálamo, se regocijó como gigante que se prepara a correr su camino* [14]. Está fuera como un gigante; *pues no juzgó ser rapiña el considerarse igual a Dios,* sino tomó la figura de siervo [15]. Quedó, por tanto, fuera el que estaba dentro. Contémplale dentro cuando lees que se halla en el seno del Padre; míralo fuera cuando anda buscándonos para redimirnos. Quedó fuera para estar dentro de mí y habitar en medio de nosotros.

7. Permanezcamos, pues, allí donde Cristo ocupa el centro, habiendo echado raíces y hallándose como clavado en nuestros corazones. Y de este modo, según nos prescribió, *cuando oras entra en tu cámara* [16] y derrama sobre ti tu espíritu. Tu cámara es lo más secreto de tus afectos internos; tu cámara es tu propia conciencia.

Finalmente, dice el Eclesiastés: *No maldigas al rey en lo interior de tu conciencia y no execres con tus maldiciones al rico en el secreto de tu estancia* [17]. Ora, pues, allí, y ora en oculto, para que te oiga el que oye en lo oculto. Ora *sin ira y sin disputas,* purificada de toda oculta deshonra [18]. El alma justa no teme la manifestación del crimen, sino su contaminación.

II. Necesidad de la oración y condiciones en que ha de realizarse

8. ¡Qué hermosa es la oración juntamente con la misericordia! Bella es sobre todo la oración, que guarda su debido orden, de modo que empecemos en primer lugar por las alabanzas del Señor. Si cuando tratamos con los hombres

[12] Cant. 8, 1 s.
[13] Cant. 1, 3.
[14] Ps. 18, 6.
[15] Phil. 2, 6 s.
[16] Mt. 6, 6.
[17] Eccl. 10, 20.
[18] Cf. 1 Tim. 2, 8.

procuramos conciliarnos la benevolencia del juez, ¡cuánto más hemos de intentar esto cuando nos dirigimos suplicantes al Señor! Ante todo ofrezcamos a Dios el sacrificio de nuestra alabanza, según dice el Apóstol: *Recomiendo, pues, lo primero de todo que se hagan oraciones, ruegos, súplicas, acciones de gracias* [19].

9. Sírvate de ejemplo el salmo octavo de David, que empieza con las alabanzas de Dios: *¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! Porque se ha elevado tu grandeza sobre los mismos cielos. Recibiste alabanzas de la boca de los niños y los lactantes* [20]. Hasta aquí la oración. Luego sigue el ruego de que sea destruído el enemigo. A continuación, la súplica para poder ver la luna y las estrellas, donde la luna significa la Iglesia, y las estrellas sus hijos resplandecientes con la luz de la gracia celeste; prometiéndose con espíritu profético que ha de ver lo que pide. Finalmente, la acción de gracias por la protección que dispensa Dios al hombre y por la fortaleza que comunica a este barro de nuestro cuerpo mediante la divina visitación; o también por haber puesto bajo el dominio del hombre todo género de vivientes.

10. Del mismo modo, la oración dominical comprende todas estas cosas, aun cuando no sea necesario divulgar su explicación [21]. Tú, que esto lees, advierte qué es lo que debe tenerse en cuenta. Sobre todo, como he dicho, ha de recomendarse la oración hecha con ánimo apacible y tranquilo, para que cada uno persevere constante y convenientemente y se cumpla lo que está escrito: *Si se juntaren dos de vosotros sobre la tierra, cualquier cosa que pidieren les será concedida por mi Padre, que está en los cielos. Porque donde se hallan dos o tres congregados en mi nombre, allí me encuentro yo en medio de ellos* [22].

11. ¿Quiénes son estos dos, sino el alma y el cuerpo? Por lo cual Pablo castigaba su carne y la reducía a servidumbre [23], para que se mantuviese sujeta al alma como a reina suya y se sometiese a los mandatos de la razón, no sea que surgiese la discordia dentro del hombre mismo y se originase una lucha en que la ley del cuerpo se opusiera a la ley del espíritu.

Juntaba, pues, en cierto modo estas dos cosas tan diversas entre sí y las mantenía en paz, según lo que él mismo afirmó, diciendo: *Porque Cristo es nuestra paz, que hizo de los dos uno, destruyendo el muro de separación, la*

---

[19] 1 Tim. 2, 1.
[20] Ps. 8, 2 s.
[21] Alusión a la ley del arcano vigente en la primitiva Iglesia.
[22] Mt. 18, 19 y s.
[23] 1 Cor. 9, 27.

enemistad, en su carne[24], a fin de no obrar lo que no quisiera y de hacer lo que odiara. Aquellos dos son, pues, el alma y la carne. Por eso dice David: *No temeré lo que me haga mi carne*[25], reconociéndola desde luego como enemiga de su alma.

12. Ambas cosas, para explicarlo más claramente, no sólo son dos distintas, sino que son dos hombres distintos, uno interior y otro exterior. Si coinciden los dos en un mismo propósito, de modo que los pensamientos convengan con los hechos y los hechos con los pensamientos, entonces girará la rueda de nuestra vida sin tropiezo alguno, según está escrito: *Resuene la voz del trueno en la rueda*[26].

Así, pues, estas dos cosas son una, y no sólo una, sino un solo hombre. Por lo cual dice el Apóstol: *Para hacer de los dos un solo hombre, consiguiendo la paz; y para reconciliar a entrambos en un solo cuerpo con Dios, dando muerte en sí mismo a la enemistad por medio de la cruz..., a fin de tener libre entrada al Padre en unos y otros, en un mismo Espíritu*[27].

13. También hay dos hombres, el viejo y el nuevo. El hombre viejo es aquel manchado y envilecido por el pecado, quebrantado y maltrecho, semejante a un vestido raído, al cual clavamos en la cruz por medio del bautismo. Por eso dice el Apóstol: *Porque nuestro hombre viejo fué clavado en la cruz para destruir el cuerpo del pecado, a fin de no servir ya en adelante a la iniquidad*[28]. Se crucifica, pues, al hombre viejo para que muera al pecado, para que resucite el nuevo, que es rejuvenecido por la gracia. Hemos, pues, hablado ya de los dos.

14. Tal vez diga alguno: ¿Y qué dices de los tres, puesto que la Escritura habla de esta forma: *Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos?*[29] También por esta parte es patente la explicación, ya que dice el Apóstol: *El mismo Dios de la paz os santifique íntegramente, a fin de que todo vuestro espíritu, vuestra alma y vuestro cuerpo se conserven irreprensibles en espera del advenimiento de nuestro Señor Jesucristo*[30]. Donde se conservan íntegros estos tres, allí está Cristo en medio de ellos, gobernándolos interiormente, rigiéndolos y manteniéndolos en santa paz.

15. Guarde, pues, la virgen íntegras estas tres cosas

[24] Eph. 2, 14.
[25] Ps. 55, 5.
[26] Ps. 76, 19.
[27] Eph. 2, 15 s.
[28] Rom. 6, 6.
[29] Mt. 18, 20.
[30] 1 Thes. 5, 23.

por encima de todas las demás, a fin de no dar ocasión de queja en su estado de santa virginidad, permaneciendo irreprensible, sin arruga ni mancha. Y aun cuando hemos tratado con frecuencia de esta materia, sin embargo, en recuerdo de la prenda que nos has entregado, hemos querido dedicarte este libro.

III. La persona humana ha de ser alabada por su belleza moral y no por la del cuerpo

16. Hermosa virtud la de la virginidad, que no sólo libró a ambos sexos de su pecado, sino que los elevó a la gracia. Con frecuencia acusamos al sexo femenino de haber sido la causa de nuestros males, sin reparar con cuánta mayor justicia puede tornarse contra nosotros esta acusación.

Para tomar las cosas desde sus mismos principios y estudiarlas en sus orígenes, investiguemos cuáles sean las acusaciones contra ella y cuán grande sea la gracia que consiguió en el estado mísero y frágil de la condición humana.

17. Habiendo Dios alabado todas sus obras: el cielo, la tierra, los mares, la noche, el día—útil éste para el trabajo y provechosa aquélla para el descanso—; habiendo alabado a las mismas bestias feroces, cuando llegó su vez al hombre, fué éste el único que se quedó sin ninguna aprobación laudatoria, siendo así que todo lo demás había sido creado para él [31]. ¿Qué causa puede hallarse para esto si no es que las buenas cualidades de las otras cosas están patentes y las del hombre ocultas?

No encontrarás en las bestias motivo mayor de alabanza que el que aparece al exterior; en el hombre, por el contrario, no hay cosa de menos valor que lo que se muestra a la vista; pues, constando de alma y de cuerpo, precisamente aquello que se ve, es lo destinado para servir, y aquello que no se ve, es lo destinado para gobernar.

18. Con razón, pues, se alaban las demás cosas desde el primer momento, y, en cambio, no se manifiestan, sino que se reservan para después, las alabanzas del hombre. La belleza de las otras creaturas se echa de ver por defuera, la del hombre está en lo interior; la de aquéllas tiene su origen en el nacimiento, la de éste en el corazón.

¿Qué puede darse de más elevado y profundo que el entendimiento humano, envuelto y como oculto por la cu-

[31] Gen. 1, 31.

bierta del cuerpo, para que a nadie le sea posible investigar o examinar su interior? Por eso no es alabado el hombre al principio de su creación, pues ha de ser probado y ensalzado, no por su contextura externa, sino por sus dotes interiores. De modo preclaro lo indicó el apóstol Pedro cuando dijo que *el hombre del corazón se halla oculto en la pureza de un espíritu apacible y modesto dotado de grandes riquezas a los ojos de Dios* [32].

19. Justamente, pues, se difiere su alabanza para tributársela más tarde con usura; dilación que no lleva consigo pérdida, sino aumento. Ninguno se desprecie por vil ni se estime más o menos por la apariencia de su cuerpo. Pues aun cuando dijera el santo Job: *Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo saldré de esta vida* [33], poseyó, sin embargo, algo con lo que no sólo ante los hombres, sino también ante Dios fué tenido por rico.

20. ¿Qué mayor riqueza puede haber que la de estar formado a imagen y semejanza de Dios? A su imagen está hecho el hombre interior, no el exterior; el que se estima con la razón, no el que se contempla con los ojos. Aquel hemos de considerar que más difícilmente se examina.

Por eso no juzgó Dios que debía alabar la creación del hombre, pues su principal valor consiste en la virtud. Es bello ciertamente por su aspecto y superior en esto a los demás animales; pero los seres irracionales se estiman por la apariencia del cuerpo, mientras que los dotados de razón no admiten estas alabanzas vulgares.

21. Por lo tanto, destaque y sobresalga el hombre, recabando la admiración no por su rostro, sino por sus sentimientos, a fin de que sea alabado en aquello mismo en que es ensalzado el Señor, según la sentencia del profeta: *Terrible en sus pensamientos sobre los hijos de los hombres* [34].

Brillen sus obras delante de Dios, que irá entretejiendo sus buenas acciones con virtudes perseverantes. De este modo su alabanza será pronunciada no al principio, sino al fin; pues *no debe ser coronado sino el que ha luchado legítimamente* [35]. Por eso te dice el Sabio: *No alabes a nadie antes de su muerte* [36]. La razón de este consejo la había propuesto ya antes al decir: *Porque en la muerte del hombre es cuando aparecen al descubierto sus obras* [37].

22. Consideremos lo tercero en qué manifestó Dios su parecer. Habiendo creado al hombre y habiéndolo colocado

---

[32] 1 Petr. 3, 4.
[33] Iob 1, 21.
[34] Ps. 65, 5.
[35] 2 Tim. 2, 5.
[36] Eccli. 11, 30.
[37] Ibid. 29.

en el paraíso para que lo trabajara y guardara, dijo que no le estaba bien al hombre el vivir solo: *Hagámosle,* dijo, *una ayuda semejante a él* [38]. Así, pues, el hombre sin la mujer no merece aún alabanza, se le ensalza juntamente con ella. Al decir que no le estaba bien al hombre vivir solo, declara que la naturaleza humana será ciertamente buena cuando al sexo viril se le añada el femenino.

23. Al mismo tiempo debe advertirse que el hombre fué formado de la tierra y del barro; la mujer, del varón. La carne es, sin duda, barro, pero la tierra es barro informe; la carne, barro modelado.

24. Recordemos aquella preclara sentencia que nos legó escrita el Apóstol: *Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne. Misterio grande es éste; me refiero a Cristo y a la Iglesia* [39]. Es de notar, por tanto, que mediante la mujer se llevó a cabo aquel misterio celeste de la Iglesia y que en ella fué simbolizada la gracia, por la cual descendió Cristo de los cielos y realizó la obra eterna de la redención humana.

De ahí que Adán dió a su mujer el nombre de *vida* [40]. Por medio de la mujer se esparcen a través de los pueblos las nuevas razas y se continúa la sucesión del género humano; por medio de la Iglesia se transfunde la vida eterna.

IV. Atenuantes del pecado original en la mujer

25. Ciertamente no es posible negar que pecó la mujer. Pero ¿por qué te admiras de que errase y cayese en pecado el sexo más débil, siendo así que también delinquió el más fuerte? Tiene la mujer excusas para su pecado; el varón no las tiene. Aquélla, según dice la Escritura, fué engañada por el ser más astuto de todos, por la serpiente; tú lo fuiste por la mujer. Es decir, que a ella la engañó una creatura superior; a ti, una inferior; pues a ti te sedujo la mujer; a ella, al fin y al cabo, un ángel, aun cuando caído. Si tú no pudiste resistir a un ser inferior, ¿cómo pretendes que ella resistiera a uno superior? Tu culpa la absuelve a ella.

26. Si dudas de la importancia de la culpa, examinemos la sentencia. A ella se le dijo: *Darás a luz tus hijos con dolor; te volverás hacia el varón y él te dominará* [41]. Al varón se le dice: *Tierra eres y en tierra te convertirás* [42]. Y cierto

[38] Gen. 2, 18.
[39] Eph. 5, 31 s.
[40] Gen. 2, 23.
[41] Gen. 2, 16.
[42] Ibid. 19.

que fué justa la sentencia; pues si Adán no pudo observar lo que había oído del mismo Dios, ¿cómo iba a guardar la mujer lo que había oído sólo del varón? Si no bastó a aquél la voz divina para sostenerle, ¿cómo podría bastar a ésta una voz meramente humana?

27. Finalmente, reprendido Adán por haber gustado lo que se le había prohibido por preceptos dados de viva voz, no halló otra razón para excusarse sino que la mujer le había alargado el fruto y había comido; en cambio, la mujer dijo: *La serpiente me sedujo y comí* [43]. ¡Cuánto mayor motivo de absolución tiene la mujer! Aquél es reprendido, ésta es interrogada. Y añádase que fué la primera en confesar su culpa, pues quien se declara seducida, da testimonio de su culpa. La mejor medicina para la culpa es la propia confesión.

28. En el mismo juicio, ¡cuánto más clemente fué la mujer que el varón! Este acusó a la mujer, aquélla a la serpiente; es decir, ni aun acusada hizo recaer en otro su crimen, sino que prefirió, caso de ser posible, absolver, más bien que condenar, a su propio acusador.

29. Ahí tienes, pues, la absolución de la culpa en la propia confesión y la de la sentencia en su cumplimiento.

Darás a luz tus hijos, se le dice, *con dolor* [44]. Ella reconoce la gravedad de su condenación y cumple el oficio de su pena trabajosa. A favor tuyo lucha la mujer con sus dolores y en la misma pena encuentra su remuneración, viéndose libre por los mismos hijos, que le hacen sufrir. Del mismo tormento viene la gracia, de la enfermedad la salud, según está escrito: *Será salva por la generación de sus hijos* [45]. Da a luz con salud a los que parió con tristeza, y forma para la gloria a los que dió a luz con dolor.

30. Pero me dirás, ¡oh hombre!, que la mujer fué tentación para el varón. Es verdad. Y si es hermosa, he ahí otra tentación. Sin embargo, cuando Abrahán descendió a Egipto, no le fué ocasión de daño la belleza de su mujer, antes le sirvió de provecho; se vió honrado por causa de su mujer y no afrentado en ella [46].

¿Por qué buscas tú en la esposa la belleza de su rostro más bien que la de sus costumbres? Agrade más en la mujer su honestidad que su hermosura. Escójase una que recuerde las costumbres de Sara. No es defecto en la mujer ser tal cual ha nacido, pero sí es defecto en el varón buscar en la mujer lo que ha de servirle de tentación, aquello con lo cual

---

[43] Ibid. 13.
[44] Ibid. 16.
[45] I Tim. 2, 15.
[46] Cf. Gen. 12, 16-20.

la mujer, si es débil, caerá en pecado; si es fuerte, peligrará el varón.

No podemos reprender la obra del artífice divino; pero quien se deleite con la belleza del cuerpo, deléitese mucho más con aquella hermosura que refleja en lo interior la imagen de Dios en vez de mostrarse adornada por defuera.

31. Si, pues, es la mujer causa de tentación, sé precavido, busca remedio contra el peligro de caer. *Vigilad*, se nos dice, *y orad para que no caigáis en la tentación* [47]. El Señor es quien dijo esto, el varón quien lo oyó, la mujer quien lo cumplió. Cada día ayunan las mujeres y llevan a cabo abstinencias no obligatorias; reconocen el pecado, preparan el remedio. Una vez comió la mujer el manjar vedado y lo expía todos los días con el ayuno. El que imitaste a quien erró, imita a quien se corrige. Ambos comisteis, ¿por qué una sola ayuna?; esto es, ambos pecasteis, ¿por qué sólo ella busca el remedio de la culpa?

V. La sentencia de Eva fué reparada por María, cuya virginidad perpetua es cierta en contra de la herejía

32. Ven ya, Eva sobria; acércate, Eva, aun cuando en otro tiempo intemperante en ti misma, ayunadora ahora en tu descendencia. Acércate, Eva, ya de tal modo transformada, que no has de ser excluída del paraíso, sino arrebatada al cielo. Acércate, Eva, bajo la figura de Sara, que das a luz hijos, no con dolor, sino con alegría; no con tristeza, sino entre sonrisas de gozo. De ti nacerá un Isaac fecundo en su grandeza. Acércate de nuevo, Eva figurada en Sara, de la cual se dirá a su esposo: *Escucha a Sara, tu mujer* [48]. Aun cuando estés sujeta al varón, porque así te conviene, pero has logrado muy pronto desvirtuar la pasada sentencia, ya que se manda al varón que te escuche.

33. Si Sara por dar a luz a quien había de ser figura de Cristo merece ser escuchada por su marido, ¡cuánto en verdad ha progresado el sexo femenino, que engendró a Cristo conservando íntegra su virginidad! Acércate, pues, Eva, figurada en María, que no sólo nos ha traído el estímulo de la virginidad, sino que nos ha dado al mismo Dios.

Por lo cual, alegre y lleno de gozo ante tan gran beneficio, dice Isaías: *He aquí que una virgen concebirá en su seno y dará a luz un niño, cuyo nombre será Manuel* [49], que se interpreta *Dios con nosotros* [50]. ¿De dónde tan gran don?

[47] Mt. 16, 13.
[48] Gen. 21, 12.
[49] Is. 7, 14.
[50] Mt. 1, 23.

No se fijó Cristo en la tierra, sino en el cielo, al elegir un tal medio para bajar a este mundo, consagrando así el templo del pudor. Bajó por medio de una, pero llamó a muchas. Por ello obtuvo María este nombre especial del Señor, que significa: *Dios de mi linaje* [51].

34. Muchas tuvieron también antes el nombre de María. Así se llamó María la hermana de Aarón [52]; pero aquella María significaba amargura del mar. Vino, pues, el Señor revestido con la amargura de la fragilidad humana para endulzar el amargor de nuestra condición, suavizada con la gracia y el encanto del Verbo celeste. No otra cosa simbolizó la fuente de Mara, endulzada con el madero, sino que la multitud de las naciones, amargas antes por el pecado, o nuestra misma carne, habían de cambiar sus costumbres, atemperándose con la pasión del Señor.

35. ¡Excelsa es, por tanto, María, que levantó la enseña de la santa virginidad e izó la bandera de la integridad inmaculada! Y, sin embargo, siendo así que todos son llamados a la práctica de la virginidad con el ejemplo de Santa María, hay quienes han negado el que perseverase siempre virgen. Hemos preferido pasar en silencio hasta ahora tan horrendo sacrilegio; pero una vez que ha salido al público, de forma que aun hay algún obispo acusado de tamaño desatino, juzgamos que no es posible dejar tal sentencia sin condenación.

Y con más razón, cuanto que leemos en la Sagrada Escritura que se la llama mujer, como cuando, respondiendo Cristo en Caná de Galilea a la indicación de María: *No tienen vino,* dijo: *¿Y qué nos toca de esto a ti y a mí, mujer?* [53] Y en otra parte leemos que dijo Mateo hablando de José y María: *Antes de que se uniesen se halló que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo* [54]. Y poco después: *No la conoció hasta haber dado a luz a su hijo* [55]. Y en otro lugar: *No quiso infamarla* [56]. Además parece hablarse de los hermanos del Señor, como si fuesen nacidos de María. El Apóstol dice también: *Habiendo llegado la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, concebido de mujer, sujeto a la ley* [57]. Cosas todas que hemos de explicar, a fin de que quien las leyere no se deje enredar por los lazos de tales argumentos. Respondamos, pues, por orden a cada uno de ellos.

[51] No es necesario advertir lo infundado de semejante etimología, pues el mismo Ambrosio propone a continuación otra más acertada.
[52] Cf. Ex. 15, 20 y 23.
[53] Io. 2, 3-5.
[54] Mt. 1, 18.
[55] Ibid. 19.
[56] Mt. 12, 47.
[57] Gal. 4, 4.

36. ¿Debe perturbarnos en algo el nombre que se le da de mujer? No hubo sino una referencia al sexo; tal vocablo no significa corrupción, sino sexo. El uso del vulgo no prejuzga la verdad del sentido.

Además, la primera en recibir tal nombre fué la virginidad. Pues habiendo tomado Dios una de las costillas de Adán, rodeándola de carne, *formó con ella,* dice el texto, *una mujer* [58]. Cierto que todavía no se había unido a varón y se llama, con todo, mujer. No pasó en silencio la Escritura la razón de este nombre: pues *dijo Adán: Hueso es de mis huesos y carne de mi carne. Se llamará mujer porque ha sido formada del varón* [59]. Porque ha sido formada del varón, no porque se ha unido al varón.

Así, pues, mientras vivía en el paraíso era llamada ya mujer, y, sin embargo, aun no había conocido a su marido. Después de ser arrojada del paraíso, es cuando se dice que *Adán conoció a Eva, su mujer, y que ésta concibió y dió a luz un hijo* [60]. Queda, pues, resuelta la primera dificultad.

37. La segunda cuestión versaba acerca de aquello que está escrito: *Antes de que se uniesen se halló que había concebido en su seno* [61]. Es costumbre de la Escritura el informar sobre la causa de que se trata, difiriendo lo accidental.

38. Con lo cual se resuelve asimismo la tercera dificultad, según la cual se escribió: *No la conoció hasta haber dado a luz a su hijo* [62]. ¿Qué se deduce de ahí? ¿Que después la conoció? En modo alguno. Porque también se ha escrito: *Yo soy vuestro Dios y hasta que envejezcáis lo soy* [63]. ¿Acaso una vez que envejecieron aquellos a los que se dijo: *hasta que envejezcáis,* dejó ya de ser Dios?

Del mismo modo leemos en el profeta David: *Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies* [64]. ¿Acaso ha dejado el Hijo de estar sentado a la diestra del Padre o dejará de estar sentado por toda la eternidad a pesar de que hayan sido ya sometidas las muchedumbres de las naciones que antes se mostraban enemigas, rechazando al Autor de la salvación y sirviendo a los ídolos?

39. ¿Y qué prejuzga contra María el que José no conociese el misterio del plan divino y pensase que ya no era virgen la que veía encinta? También los ángeles ignoraron

---

[58] Gen. 2, 22.
[59] Ibid. 23.
[60] Gen. 4, 1.
[61] Mt. 1, 18.
[62] Ibid. 19.
[63] Is. 46, 4.
[64] Ps. 109, 1.

la resurrección del Señor [65], como aparece por aquellos versículos: *Levantad, príncipes, vuestras puertas; levantaos, puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria?* Preguntan, como si lo ignorasen, y otros responden: *El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en las batallas. Ese es el Rey de la gloria* [66]. Volvió a repetir el profeta los mismos versículos, y, sin embargo, ellos, como ignorándolo, exclamaron de nuevo, según está escrito: *Elevad, príncipes, vuestras puertas; elevaos, puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria?* [67] ¿Cómo hubiera podido, pues, conocer el hombre un secreto que ignoraban los ángeles?

En el libro de Isaías se lee: *¿Quién es este que viene de Edón, teñidas sus vestiduras con rojo de Bosra?* [68] Y sin duda que era menos el que un hombre resucitase que el que una virgen diese a luz. Porque ya en otros tiempos, por los ruegos de Elías y las oraciones de Eliseo, habían resucitado los muertos [69]; pero jamás, ni antes ni después, había engendrado una virgen.

40. Esto hizo que José pensase infamar a María como reo, antes de ser advertido por el ángel [70]; pero después conservó el mensaje celeste con ánimo fiel y seguro de la virginidad de su esposa.

VI. Sentido de las palabras "esposa de José" y "hermanos de Jesús"

41. Ni nos perturbe aquello que se dice: *Tomó José a su esposa y marchó a Egipto* [71]. Recibió el nombre de esposa por haberse desposado con un varón. Tal nombre se adquiere de hecho con la celebración de los desposorios; porque no es la pérdida de la virginidad, sino el pacto conyugal lo que constituye los desposorios. Así, pues, en el momento del enlace ritual es cuando queda realizado el matrimonio, no cuando se consuma la unión corporal con el marido.

42. Bástenos ahora indicar brevemente la causa de este misterio celeste, ya que en otra ocasión hemos explicado

---

[65] Esta idea, algún tanto original, la repite varias veces San Ambrosio en sus escritos, aun cuando, como es obvio, no presenta fundamento real exegético.

[66] Ps. 23, 7 s.

[67] Ibid. 9 s.

[68] Is. 63, 1.

[69] 3 Reg. 17, 22, y 4 Reg. 4, 34.

[70] Cf. Mt. 1, 20.

[71] Mt. 1, 24.

de propósito por qué fué María desposada en matrimonio; a saber, para que quienes observasen que estaba embarazada, no pensasen en un adulterio de la virginidad, sino en un parto legítimo de mujer casada. Prefirió el Señor que dudasen algunos de su concepción milagrosa más bien que del pudor de su madre.

43. El mismo Señor nos enseña que la palabra *hermanos* se emplea para designar el vínculo de linaje, de raza o de nación, cuando dice: *Contaré tu gloria a mis hermanos; te alabaré en medio de la reunión* [72]. También Pablo dice: *Deseaba ser anatema de Cristo por mis hermanos* [73]. Los hermanos de Jesús pudieron ser hijos de José, no de María [74]. Lo cual fácilmente podrá descubrir quien examine a fondo la cuestión. No pensamos nosotros detenernos ahora en ella, puesto que es evidente que el nombre de hermanos se extiende a muchas clases de parentescos.

44. ¿Es que iba a elegir nuestro Señor Jesús para madre suya a quien se atreviese a profanar el seno celeste con la intervención de un varón, cual si se tratase de una mujer incapaz de guardar intacto el pudor virginal? Aquella con cuyo ejemplo se estimulan las demás al amor de la integridad, ¿iba a ser precisamente la que descendiese de un estado a cuya asecución ella por sí misma inducía?

45. ¿Podría darse persona alguna en quien depositase el Señor mayor tesoro de méritos o a quien reservase mayor premio que a su madre? A ningún otro estado sino a la virginidad prometió el Señor dones más abundantes, según nos lo enseña la Escritura: *No diga el eunuco: soy un leño árido. Esto dice el Señor a los eunucos: A todos los que guardaren mis preceptos, se comportaren según mis deseos y se abrazaren con mi testamento, les reservaré en mi casa dentro de mis muros un lugar glorioso y escogido y les daré para siempre el nombre de hijos y de hijas, y jamás descaecerán* [75].

Promete Dios a otros que no descaecerán, ¿y había de permitir que su madre descaeciese? Pero no descaeció María, no descaeció la maestra de la virginidad. Ni era posible que la que había llevado a Dios en su seno pensase luego en llevar a un puro hombre; ni jamás hubiera podido caer José, el varón justo, en semejante locura de querer profanar con sus obras a la Madre del Señor.

[72] Ps. 21, 23.
[73] Rom. 9, 3.
[74] Esta opinión, sostenida en la antigüedad por algunos escritores, es unánimemente rechazada por los exegetas modernos, que reconocen el sentido vago de parentesco en los hebraísmos aludidos por Bonoso.
[75] Is. 56, 3-5. Nótese la lectura del texto ofrecida por San Ambrosio, diversa de la Itala Vetus y, por supuesto, de la Vulgata latina.

VII. Argumento para la virginidad de María sacado de las palabras de nuestro Señor en la cruz

46. Pero sean la mejor defensa de María sus propias costumbres, no los procederes ajenos. No descaeció, como he dicho. Testigo es el mismo Hijo de Dios, que, hallándose pendiente en la cruz, encomendó la persona del discípulo como hijo, en brazos de su madre, y a ella, como madre, la entregó a los cuidados del discípulo[76].

Nos enseñó esto Juan, que se fijaba más bien en los rasgos místicos. Los otros evangelistas describieron cómo durante la pasión del Señor tembló la tierra, se obscureció el sol, se pidió perdón para los verdugos; pero el discípulo amado de Jesús, que había bebido en el pecho del Maestro los secretos de la sabiduría y los arcanos de la piadosa voluntad, pasando por alto lo ya narrado en los otros evangelios, anotó diligente este detalle para confirmar con su sentencia la perpetuidad de la virginidad materna de María, como hijo, que, solícito por defender el pudor de su madre, no consiente se la injurie con la afrenta de haber violado su integridad.

47. Era, en verdad, justo que quien perdonó al ladrón protegiese a su madre contra toda sospecha acerca de su pudor. Así, pues, dice Jesús a su madre: *Mujer, he ahí a tu hijo.* Luego dice al discípulo: *He ahí a tu madre*[77]. Da testimonio el mismo discípulo a quien se encomienda la madre. ¿Cómo iba a arrebatar Cristo a un marido su mujer, si hubiera estado María unida con otro en matrimonio o hubiera compartido con un varón el tálamo conyugal?

48. ¡Cerrad vuestras bocas, impíos! ¡Abrid vuestros oídos, almas piadosas! ¡Oíd lo que dice Cristo! Nuestro Señor Jesús ofrece su testimonio desde la cruz y difiere por unos momentos la salvación de todos a fin de no dejar deshonrada a su madre.

Juan suscribe el testamento de Cristo. Se deja a la madre en legado una defensa de su pudor, un testimonio de su integridad; se deja al discípulo en legado el cuidado de la madre, la gracia de un cariño filial. *Y desde aquel momento la tomó el discípulo en su compañía*[78]. No era, ciertamente, que Cristo sancionase un divorcio o que María abandonase a su esposo. ¿Con qué otro iba a habitar la virgen sino con aquél, en quien reconocía al heredero de su hijo y al custodio de la integridad?

[76] Cf. Io. 19, 26 s.
[77] Lug. cit.
[78] Ibid. 27.

49. Estaba la madre de pie ante la cruz, y, mientras huían los varones, permanecía ella intrépida. Considerad si pudo flaquear en su pudor la madre de Jesús, no habiendo flaqueado en su entereza. Contemplaba con ojos piadosos las heridas del Hijo, con las que sabía que había de obrarse la redención futura de todos los hombres. Permanecía la madre ante aquellas escenas con ánimo esforzado y sin temor a los verdugos. El Hijo pendía en la cruz, la madre se ofrecía a los perseguidores.

Si sólo se hubiera tratado de sucumbir antes que El, hubiera sido de alabar el afecto materno de quien no quería sobrevivir a su Hijo; pero ahora se trataba de morir con El, deseando volver también con El a la vida, consciente de que había engendrado a quien había de resucitar; y como, al mismo tiempo, conocía que aquella inmolación se realizaba para la salvación del mundo, esperaba si tal vez con su propia muerte podría añadir algo a ese beneficio de toda la humanidad. Pero la muerte de Cristo no necesitaba ayuda, como el mismo Señor lo había predicho mucho antes: *Miré en mi derredor y no había quien me auxiliase; extendí mi vista y no había quien me recibiese. Los libraré con el esfuerzo de mi brazo* [79].

50. ¿Cómo hubiera podido ser violada la integridad de María, que, aun huyendo los apóstoles, despreciaba los tormentos y se exponía a los peligros? Tan grande fué su gracia, que no sólo conservó en sí misma la virginidad, sino que concedía este don insigne a los que visitaba.

Visitó a Juan Bautista, y éste dió saltos de contento en el seno materno antes de nacer [80]. Al oír la voz de María se estremeció el niño de gozo, mostrando su complacencia antes de salir a luz. Y no sin razón se conservó virgen en el cuerpo el que durante tres meses fué ungido por la Madre del Señor con el óleo de su presencia y su virginidad.

Del mismo modo, más tarde, es María entregada a Juan Evangelista, que no conoció lo que era matrimonio. Por eso no me admira que declarase mejor que nadie los misterios divinos quien tenía junto a sí el tabernáculo de los celestes sacramentos.

VIII. Testimonio del profeta Ezequiel sobre la virginidad de María

51. Explíquenme ahora los que promueven estas dificultades, ¿qué es lo que quiso decir el Señor por el profeta con estas palabras: *Ahora haré volver de nuevo a los cau-*

[79] Is. 63, 5.
[80] Cf. Lc. 1, 41.

tivos de Jacob y me compadeceré de la casa de Israel? [81] Y poco después: *Los reuniré de nuevo,* dice, *sacándolos de entre los gentiles, y los congregaré trayéndolos de las regiones de las otras naciones; me santificaré a los ojos de los gentiles y sabrán que yo soy el Señor su Dios cuando aparezca ante ellos en medio de las naciones; y no apartaré ya de nuevo mi rostro de ellos, pues he derramado mi ira sore la casa de Israel, dice el Señor* [82].

52. Más tarde dice el profeta que vió construir en un monte altísimo una ciudad, cuyas múltiples puertas describe. Señala, sin embargo, entre todas una cerrada, de la cual dice: *Llevóme luego hacia la puerta exterior del santuario, que mira al oriente; y se hallaba cerrada. Y me dijo el Señor: Esta puerta ha de estar cerrada; no se abrirá ni entrará por ella hombre alguno; porque el Señor Dios de Israel penetrará por ella. Ha de estar cerrada, porque aquí se sentará el príncipe para comer el pan en presencia del Señor. Entrará por el camino de la puerta de Elam y saldrá por el mismo camino* [83]. ¿Qué puerta es esta, sino María, que permanece cerrada por ser virgen? Por tanto, esta puerta fué María, a través de la cual Cristo vino a este mundo cuando salió a luz gracias a un parto virginal sin romper los claustros fecundos de la pureza. Permaneció íntegro el seto del pudor y se conservaron intactos los sellos de la virginidad, mientras se desprendía Cristo de una virgen cuya grandeza no podría sostener el mundo entero.

53. *Esta puerta,* dijo el Señor, *ha de permanecer cerrada y no se abrirá.* ¡Bella puerta, María, que siempre se mantuvo cerrada y no se abrió! Pasó Cristo a través de ella, pero no la abrió.

54. Y para que aprendamos que todo hombre tiene una puerta por la cual pasa Cristo, se dice: *Elevad vuestras puertas, príncipes; elevaos, puertas eternales, y penetrará el Rey de la gloria* [84]. ¿Con cuánta mayor razón puede decirse que había en María una puerta ante la cual se sentó y por la cual pasó Cristo? Porque existe también la puerta del seno materno. Y así dice el santo Job: *Apáguense las estrellas de aquella noche, pues no cerró la puerta de las entrañas de mi madre* [85].

55. Existe, pues, la puerta del seno materno, pero no siempre está cerrada. Solamente una pudo permanecer cerrada, pasando por ella Cristo para salir a luz sin detrimen-

[81] Ez. 39, 25.
[82] Ibid. 27-29.
[83] Ez. 44, 1-3. San Ambrosio sigue aquí la traducción de los Setenta, que leen *puerta de Elam* donde las versiones latinas dicen puerta del vestíbulo.
[84] Ps. 23, 7.
[85] Iob 3, 9 s.

to de los claustros fecundos de la virgen. Por eso dice el profeta: *Esta puerta ha de permanecer cerrada; no se abrirá y nadie penetrará por ella,* es decir, nadie de entre los hombres, *pues el Señor, Dios de Israel, penetrará por ella y permanecerá cerrada* [86], a saber, antes y después del paso del Señor permanecerá cerrada y no será abierta, ni ha sido abierta, por ningún otro, porque siempre conservó la entrada Cristo, que dijo: *Yo soy la puerta* [87], lo cual nadie pudo jamás arrebatarle.

56. Esta puerta miraba hacia el oriente; porque difundió verdaderos resplandores aquella que engendró al Oriente y dió a luz al Sol de justicia. Oigan esto los hombres insensatos. Ha de estar cerrada, dice, esta puerta, que sólo permitirá el paso al Dios de Israel. Aquel de quien se dijo a la Iglesia: *Ha reforzado las cerraduras de tus puertas* [88], ¿no habrá podido reforzar su propia puerta? La reforzó ciertamente y la conservó intacta. En fin, que no fué abierta.

57. Oigan, pues, al profeta, que dice: *No ha de abrirse; permanecerá cerrada;* es decir, no ha de abrirse con quien será desposada; porque no será lícito abrir una puerta por la cual ha de pasar el Señor. Y después de su paso, dice, seguirá cerrada, es decir, no será abierta por José, pues se le dirá: *No temas recibir a María por esposa, porque lo que de ella nacerá es fruto del Espíritu Santo* [89].

IX. Diversos símbolos con que se significa la virginidad

58. Puerta cerrada es la virginidad, huerto cerrado es la virginidad, fuente vallada es la virginidad. Oye, virgen, con diligencia, atentos los oídos, y, recatada en tu propio pudor, alarga la mano para que te reconozca el indigente; cierra la puerta, no penetre el libertino; abre tu inteligencia, conserva tu sello virginal.

59. El tallo que procede de la raíz es también la virginidad, según está escrito: *Saldrá un tallo de la raíz de Jesé y brotará una flor de aquella raíz* [90]. No es hueco este tallo, sino sólido. Que nadie, pues, se acerque a quemar tu tallo, para que puedas conservar tu flor. Eres tallo, ¡oh virgen!; no te doblegues, no te inclines hacia la tierra, a fin de que pueda erguirse hacia lo alto la flor de la raíz progenitora.

---

[86] Ez. 44, 2.
[87] Io. 10, 7.
[88] Ps. 147, 13.
[89] Mt. 1, 20.
[90] Is. 11, 1.

60. Eres huerto cerrado, ¡oh virgen!; conserva tus frutos; no broten en ti espinas, sino muéstrense hermosos tus racimos. Eres huerto cerrado, hija mía; que nadie arranque el seto de tu pudor, pues está escrito: *Al que arrasa el seto le morderá la serpiente* [91]. Sólo sea destruído aquel del que se dijo: *¿Por qué has cortado la valla?* [92] Nadie destruya tu cerca, no vengas a ser pisoteada. Eres un paraíso, virgen, teme a Eva.

61. Eres fuente cercada, ¡oh virgen!; que nadie enfangue tus ondas, que nadie las enturbie, para que puedas contemplar siempre en el agua tu imagen.

62. Eres puerta cerrada, ¡oh virgen!; que nadie abra tu entrada, cerrada de una vez para siempre por el Santo, por el verdadero Señor, *que posee la llave de David, con la cual abre y nadie cierra, cierra y nadie abre* [93]. Te abrió las Escrituras, que nadie te las cierre; te cerró la puerta del pudor, que nadie te la abra.

X. Explicación de la persona de Cristo en cuyas manos se halla la corona de las vírgenes

63. *Vengo,* dice, *en seguida; conserva lo que tienes; que nadie reciba tu corona* [94]. ¿Cuál es tu corona, sino aquella de la que se ha dicho: *Y serás corona de gloria en manos del Señor?* [95]

64. ¿Quién dice esto sino aquel del que dijo el Eclesiastés: *Es uno y no tiene segundo?* [96] ¿Quién es éste sino aquel de quien se dijo: *Uno es vuestro maestro, Cristo?* [97] Es único porque es el Hijo unigénito de Dios; es único porque es solo, según se ha escrito: *Porque extiende él solo los cielos y camina sobre los mares como si fuesen tierra* [98].

No es, pues, segundo, porque es el primero; no es el segundo, porque es el único: *Un Dios Padre, del cual proceden todas las cosas y nosotros en El; y un Señor Jesucristo, por el cual fueron hechas todas las cosas y nosotros por El* [99]. Un Dios Padre, y un Dios Hijo, y un Espíritu Santo, como está escrito: *Todo esto lo obra el mismo y único Espíritu, distribuyendo las gracias a cada uno según su voluntad* [100].

[91] Eccl. 10, 8.
[92] Gen. 38, 29.
[93] Apoc. 3, 7.
[94] Apoc. 3, 11.
[95] Is. 72, 3.
[96] Eccl. 4, 8.
[97] Mt. 23, 10.
[98] Iob 9, 8.
[99] 1 Cor. 8, 6.
[100] 1 Cor. 12, 11.

Uno, dice, porque Dios es uno. No hay ninguno que sea segundo; pues hace lo que quiere, no lo que se le manda. Unico es Dios Padre y único Dios Hijo. Unico y único, porque no son dos dioses. Unico es el Hijo, pues es una sola cosa con el Padre, como El mismo dijo: *Yo y el Padre somos una misma cosa* [101]. Y único es el Espíritu Santo, porque en la unidad que se da en la Trinidad no hay distinción de jerarquía ni de tiempo.

65. Pero replican que se lee en la Escritura: *Id, bautizad a todas las gentes en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo* [102]; y arguyen que nombró en primer lugar al Padre, en segundo al Hijo y en tercero al Espíritu Santo.

¿Es que entonces, cuando dice el Evangelio: *En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba cabe Dios* [103], quiere acaso significar que el Padre es inferior, ya que lo primero que declara es que el Verbo de Dios existe y ha existido siempre desde el principio? ¿O cuando dice el Apóstol: *En el reino de Cristo y de Dios* [104], estableció una jerarquía? ¿O cuando anuncia el mismo Señor Jesús: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ungió y me envió a evangelizar a los pobres y a predicar la redención a los cautivos* [105], quiso atestiguar que el Espíritu era de mayor dignidad que el Hijo de Dios?

66. ¿Entiendes, virgen del Señor, cómo se resuelven estas dificultades? Abre tus oídos a estas enseñanzas y cierra tus labios; abre tus oídos para oír la doctrina de la fe, cierra tus labios para conservar el pudor.

67. También aducen que dijo el Señor: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,* y no caen en la cuenta de que antes dijo en el nombre. Declaró la existencia de tres personas, pero propuso un solo nombre para la Trinidad.

68. Un solo Dios, por consiguiente; un solo nombre, una sola divinidad, una sola majestad. No hay, pues, segundo, porque es principio de todas las cosas. Es trinidad, y la primacía de la trinidad se extiende sobre todo. Por lo tanto, uno solo, y no existe segundo. Es uno solo el que no tiene segundo; porque es el único solo sin pecado, el único solo sin ayuda, aquel que dijo: *Miré en mi derredor y no hallé quien me auxiliara* [106].

[101] Io. 10, 29.
[102] Mt. 28, 19.
[103] Io. 1, 1.
[104] Eph. 5, 5.
[105] Lc. 4, 18.
[106] Is. 63, 5.

XI. Jesucristo es el primero de los hombres, aquel a quien nos hemos de unir

69. *No hay fin para su trabajo* [107], pues es abogado de todos nosotros ante el Padre. Tomó sobre sí nuestras miserias, por nosotros sufre, por nosotros enferma, como El mismo dice: *Estaba enfermo y no me visitasteis* [108].

70. *Cuya vista no se sacia con las riquezas* [109]; porque El es el colmo de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, en quien se hallan los tesoros de los misterios celestiales. ¿Por qué, pues, nos afanamos en trabajar para este siglo y privamos a nuestra alma de la ganancia de una bondad tan excelente, siendo así que no deberíamos servir a ningún otro sino al Señor?

71. Nuestro Señor no es segundo. Yo, por mi parte, aduzco claramente este testimonio: leo que es el primero y que *no hay segundo.* Los que defienden que hay segundo, que nos lo demuestren con la lectura de algún testimonio.

72. Tal vez replique alguno que se halla escrito: *El primer hombre, terreno, de la tierra; el segundo, celestial, del cielo* [110]. Pero advierte lo que se dice: *el segundo hombre* como declarándole *hombre* segundo. Y yo te digo que es el primero, antes que otro alguno, en cuanto a la divinidad; y es el segundo en cuanto al cuerpo, ya que nació después de Adán.

73. Todavía me atrevo a afirmar más: que no sólo es el segundo hombre, sino el último de todos. Encontrarás escrito lo siguiente: *Fué creado el primer hombre, Adán, alma viviente; el postrero, Adán, espíritu vivificante* [111]. Advierte la clemencia de Cristo: El es el primero y el último. El que era el primero se hizo el último por nosotros. El primero, pues por El fueron hechas todas las cosas; el último, pues por El se realiza la resurrección. Descendió del cielo y se arrojó para caer, quedando debajo de todos a fin de levantar a todos los caídos.

74. Por eso dice el Eclesiastés: *Porque si uno cayere, su compañero le levantará; pero ¡ay! del solo, porque si cayere no tiene un segundo que le levante. Cierto, si duermen dos juntos sentirán calor; pero uno solo, ¿cómo se calentará?* [112] Esto es, quien tiene a Cristo por segundo, si

[107] Eccl. 4, 8.
[108] Mt. 25, 43.
[109] Eccl. 4, 8.
[110] 1 Cor. 15, 47.
[111] 1 Cor. 15, 45.
[112] Eccl. 4, 10 s.

cayere, se levantará; y si muriere, resucitará; porque está junto a aquel que vino a traer fuego a la tierra [113]. También Eliseo, cuando fué a resucitar al joven, sopló sobre él para infundirle el calor de la vida [114]. Conserva, pues, contigo sobre tu pecho este fuego, que te resucite, no sea que se apodere de ti el frío eterno de la muerte.

75. Descendió ciertamente aquel joven que nos vino por medio de María, y que infundía calor de vida en el pecho de los que le escuchaban. Así decían de El en el Evangelio: *¿Acaso no ardía nuestro corazón mientras nos explicaba las Escrituras?* [115]

XII. Texto del Eclesiastés sobre el segundo joven, Jesucristo

76. Este es, según dice el Eclesiastés, el segundo joven: *Vi a todos los vivientes, a todos los que caminan bajo el sol, que iban con el segundo joven. ¿Quién resucitará en su lugar?* [116] ¿Quién resucitará en lugar de Cristo, siendo así que El resucitó por todos y todos han de resucitar en El, cuando se cumpla la esperanza de la resurrección?

77. Es evidente que esto se dijo de Cristo, ya que, como ves, coincide este lugar con la bendición o profecía de Jacob, que dijo dirigiéndose a Judá: *¿Quién le resucitará?* [117] Ciertamente no será otro, pues El se resucitará a sí mismo, como lo anunció: *Destruid este templo y lo reedificaré en tres días. Esto lo decía del templo de su cuerpo* [118].

78. Y también se acomoda a solo Cristo lo que añade: *No tendrá fin su pueblo* [119]; porque el pueblo inmenso de Cristo no tiene fin, ya que por su fe en la resurrección sempiterna adquiere la duración de una vida perpetua. No hay, pues, duda que se le llama joven y se dice que cae y resucita según la carne. Finalmente, añadió aquello otro: *porque mejor es el joven pobre y sabio* [120]; así, se hizo pobre siendo rico.

79. Por consiguiente, el Rey de Israel penetró por esta puerta; ese mismo Príncipe se sentó ante ella, cuando el

---

[113] Cf. Lc. 12, 49.
[114] Cf. 4 Reg. 4, 34.
[115] Lc. 24, 32.
[116] Eccl. 4, 15.
[117] Gen. 49, 9.
[118] Io. 2, 19. 21.
[119] Eccl. 4, 16.
[120] Ibid. 13.

Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros[121], a manera de rey que toma asiento en el tabernáculo regio del seno virginal o también en la olla hirviente, como se halla escrito: *Moab, tabernáculo de mi esperanza u olla de mi esperanza*[122]. De ambas formas se lee el texto en los diversos códices. Tabernáculo regio es la virgen, que no está sometida a ningún varón, sino a solo Dios. Olla es el seno de María, que con el Espíritu hirviente que descendió sobre ella se desbordó por todo el mundo al dar a luz al Salvador.

80. El que comió sentado ante la puerta[123]: se entiende que comió aquel manjar del cual dice: *Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre, que está en los cielos*[124].

XIII. Explícanse los símbolos de la olla y de la nube relativos a María

81. ¡Oh riquezas de la virginidad de María! Como la olla hirviente o como la nube de lluvia, hizo que se derramase sobre la tierra la gracia de Cristo. De ella se escribió: *He aquí que viene el Señor sentado sobre una nubecilla leve*[125]. Leve, en verdad, la que no conoció las cargas del matrimonio; leve, en verdad, la que libró a este mundo de la grave usura de los pecados. Leve debía ser, por necesidad, la que llevó en su seno el perdón de las iniquidades humanas.

Finalmente, hizo ligero a Juan, que, encerrado todavía en el claustro materno, saltó de gozo al oír su voz y se llenó de alegría, quedando animado antes por el afecto de la devoción que por la infusión del espíritu vital[126].

82. Recibid, por tanto, recibid, vírgenes sagradas, la lluvia espiritual de esta nube, refrigerio para el fuego de la carne, a fin de que extinga los ardores del cuerpo e infunda nuevo jugo en lo interior de vuestra mente. Por medio de la lluvia de esta nube sagrada nos anunciaron nuestros padres la salvación futura del mundo[127].

Esta lluvia significaban aquellas gotas, que cayeron sobre la tierra, pedidas y conseguidas por Jerobaal[128]. Seguid tras la buena nube, que engendró dentro de sí un manan-

[121] Io. 1, 14.
[122] Ps. 59, 10.
[123] Cf. Ez. 44, 3.
[124] Io. 4, 34.
[125] Is. 19, 1.
[126] Cf. Lc. 1, 41.
[127] Ps. 71, 6.
[128] Iud 6, 36-40.

tial, con el que regó todo el orbe terráqueo. Recibid, pues, gustosas esta lluvia, lluvia de bendición, que derramó el Señor sobre su heredad. Recibid esta agua, y que no se os desparrame; ya que es nube, que os moje y empape con su sagrada humedad; ya que es olla, que os envuelva con los vapores del espíritu eterno.

83. Sacad de esta olla de Moab el ungüento de la gracia celeste, y no temáis que se acabe; después de haberse consumido, rebosa todavía más, pues su perfume se extendió sobre toda la tierra, según dice la Escritura: *Ungüento derramado es tu nombre; por eso te amaron las jovencitas* [129]. Penetre hasta lo más profundo de las entrañas, hasta lo más interior de las vísceras este ungüento con el que María Santísima exhalaba, no aromas de placeres, sino perfumes de gracia divina.

84. Esta lluvia fué la que destruyó el apetito desordenado de Eva; este ungüento purificó la fetidez del pecado hereditario; este ungüento fué el que derramó María, la hermana de Lázaro, sobre los pies del Señor, y con el que se llenó toda la casa de piadosa fragancia [130].

85. No se considere ninguna pobre, ni se juzgue ninguna indigente; nadie tema no poder comprar este precioso ungüento o piense que es necesario dinero para acercarse a esta fuente. *Los que estáis sedientos,* se nos dice, *id por agua; y los que no poseéis dinero, id, adquirid el agua y bebedla sin pagar* [131]. Antes había dicho: *Gratis fuisteis vendidos y sin dinero se os redimirá* [132]. Por eso se hizo pobre el Señor, siendo rico, para que todos puedan comprarle y así pueda El enriquecer, sobre todo a los indigentes, con su pobreza.

86. Preparad, pues, los vasos del Señor para recibir esta vena de agua viva, esta vena de la virginidad, el ungüento de la integridad, el aroma de la fe y la gracia florida de la suave misericordia. Revestíos con la inocencia de aquel Cordero *que al ser maldecido no devolvía injurias y al ser herido no devolvía golpes* [133].

XIV. Varios otros simbolismos de la Iglesia y de María

87. Imitad, hijas, a ésta, a quien tan preciosamente se acomoda aquello que se dijo de la Iglesia: *¡Qué bellos son*

[129] Cant. 1, 2.
[130] Cf. Io. 12, 3.
[131] Is. 55, 1.
[132] Is. 52, 3.
[133] 1 Petr. 2, 23.

tus pies en tus sandalias, hija de Aminadab! [134], a causa de que la Iglesia camina llena de hermosura por la predicación del Evangelio. También camina hermosa el alma que usa del cuerpo como de un calzado, de modo que pueda dirigir sus pasos a donde quiera sin impedimento alguno.

88. Con este calzado caminó bellamente María, que sin obra de varón engendró, permaneciendo virgen, al autor de la humana salud. Por lo que dijo de modo egregio Juan Bautista: *No soy digno de desatar la correa de tus zapatos* [135]; esto es, no soy digno de comprender con las limitaciones de mi entendimiento de hombre el misterio de tu encarnación ni de expresarlo con la vileza de mi pobre palabra. De ahí que dijese Isaías: *¿Quién describirá su generación?* [136] Bellos, pues, son los pasos de María o de la Iglesia, porque bellos son los pies de los que evangelizan.

89. ¡Qué bellos son también aquellos otros simbolismos que se profetizaron de María en figura de la Iglesia, con tal de que no los apliques a los miembros corporales, sino a los misterios de su generación! Se dice, pues, dirigiéndose a ella: *La línea de tus caderas es una joya, obra de manos de artífice; tu ombligo es ánfora torneada en que no falta nunca el vino mezclado; tu vientre, acervo de trigo rodeado de lirios* [137]; porque la aparición de Cristo, naciendo de una virgen, y congruente consigo mismo en todas sus perfecciones, apartó nuestro yugo y adornó el cuello de sus fieles con las preseas de la virtud, al modo como los jefes vencedores en las guerras de este siglo suelen honrar con collares los pechos de los varones que se han distinguido por sus heroicidades.

90. El seno de María era en verdad ánfora torneada en que se contenía la Sabiduría, que derramó su vino en la copa, comunicando a través de él la gracia indeficiente del conocimiento piadoso merced a la plenitud de su divinidad [138].

91. Al mismo tiempo germinaba en aquel seno de la virgen un acervo de trigo y manojo florido de lirios, puesto que engendraba el grano de trigo y el lirio. El grano de trigo, conforme a lo que está escrito: *En verdad, en verdad os digo que, si el grano de trigo no cayere en la tierra y muriere, quedará solo* [139].

Pero como de un grano de trigo se ha producido un acervo, se ve cumplido aquel dicho profético: *Los valles abun-*

[134] Cant. 7, 1.
[135] Io. 1, 27.
[136] Is. 53, 8.
[137] Cant. 7, 2 s.
[138] Cf. Prov. 9, 2.
[139] Io. 12, 24.

darán en mies [140], ya que aquel grano, una vez muerto, trajo mucho fruto. Así, pues, aquel grano saturó a todos los hombres con el alimento eterno de los dones celestiales, realizándose el vaticinio profético anunciado por boca de David: *Los sustentó con la flor del trigo y los sació con la miel sacada de la piedra* [141].

92. Que en este grano se contiene también el lirio, lo atestiguan los divinos oráculos, pues hallamos escrito: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles; a la manera del lirio en medio de las espinas* [142]. Cristo era el lirio entre espinas cuando se hallaba en medio de los judíos.

XV. Las vírgenes son los verdaderos lirios de Cristo, que rodean el acervo de trigo

93. Oye, virgen, lo que se dice: Cristo es el *lirio de los valles,* esto es, de las almas humildes y mansas. Muéstrate, por tanto, humilde, mansa y apacible, para que germine en ti Cristo como un lirio.

De El se dice también: *Sus labios son como lirios que destilan la mirra primera* [143]; es decir, los que hablan de la pasión de Cristo y la celebran con sus palabras, llevando al mismo tiempo en su cuerpo las señales de su mortificación, ésos son lirios de Cristo; y en especial lo son las vírgenes consagradas, en que resplandece inmaculada la virginidad. De donde la mayor parte juzgan que en este pasaje parece decir la Iglesia: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles,* ya que exhala el precioso aroma de la gracia en este valle del mundo con la profesión de su diligente piedad.

Finalmente, se dice en otro lugar: *Ha bajado mi hermano a su huerto, a los macizos de los perfumes, para recrearse entre las flores y coger lirios. Yo para mi hermano y mi hermano para mí, que se recrea entre lirios* [144].

94. De aquel seno, pues, de María se desparramó por el mundo el acervo de trigo rodeado de lirios, cuando nació de ella Cristo, de quien dice el profeta David: *Bendecirás las cosechas de este año de tu benignidad y los campos redundarán con su abundancia. Reverdecerán hasta los últimos confines del desierto y se ceñirán de alegría los collados. Se han cubierto los campos con rebaños de carneros y ovejas, y los valles se muestran pródigos en copiosa mies; por doquiera se oyen cantos e himnos* [145].

[140] Ps. 64, 14.
[141] Ps. 80, 17.
[142] Cant. 2, 1.
[143] Cant. 5, 13.
[144] Cant. 6, 1 s.
[145] Ps. 64, 12-14.

95. ¿Cuál es el año de la benignidad del Señor, sino aquel del que se dijo: *Te escuché en el tiempo oportuno y te ayudé en el día de la salvación* [146], cuando la Iglesia redundó con la fe de los pueblos y revistió a sus sacerdotes con la justicia? Por eso dice el Apóstol: *He aquí que ha llegado el tiempo aceptable, he aquí que ha llegado el día de la salvación* [147], cuando aparece el Señor para predicar el año grato a Dios y el día de la retribución, según él mismo recordó en su Evangelio, diciendo: *El Espíritu del Señor está sobre mí; por lo cual me ungió,* etc. [148]

96. Entonces coronó el Señor el tiempo de su advenimiento con sus obras, su honor y su gloria; pues todo aquel año de su vida en este mundo hubo de sufrir la lucha de diversos tormentos. Siendo niño, venció a Herodes, triunfando de él con la muerte de los tiernos inocentes. Pasó hambre, sintió sed, fué por nosotros azotado, por nosotros soportó ignominiosas afrentas, subió a la cruz y murió por salvarnos.

XVI. Cómo ha de prepararse la virgen para acercarse a Cristo

97. ¿Ves cuántas luchas? Pero, sin embargo, no se muestra justipreciador avaro del premio aquel a quien le sobró con una corona de celestial virtud. Salid, por tanto, hijas de Jerusalén, como os exhorta la Escritura divina en el Cantar de los Cantares: *Salid y contemplad al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el día de sus desposorios, en el día del gozo de su corazón* [149]; *porque se concilió el amor,* dice, *de las hijas de Jerusalén* [150]; como si dijera: Salid de estas angustias y solicitudes materiales, salid de los placeres de la carne y huíd de vuestro cuerpo, para que podáis presentaros ante el Señor, pues los que viven según la carne, no pueden agradar a su Señor. Esto se os dice a vosotras, que no vivís según la carne, sino según el espíritu [151], por si podéis comprender aquel

[146] Is. 49, 8.
[147] 2 Cor. 6, 2.
[148] Lc. 4, 18.
[149] Cant. 3, 11.
[150] Ibid. 10. La lectura del texto dada por San Ambrosio: *Fecit sibi charitatem a filiabus Ierusalem,* hace obscuro el sentido. La Vulgata latina dice: *Media caritate constravit propter filias Ierusalem,* es decir, la parte central de la litera la hizo cubrir (recamar) por causa de las hijas de Jerusalén. Tal vez la redacción ambrosiana se acerca más a la versión griega de los Setenta, que dice: Hizo recamar el centro (de la litera) con piedras preciosas para conciliarse el amor de las hijas de Jerusalén.
[151] Cf. Rom. 8, 8 s.

amor del verdadero y pacífico Salomón, aquel amor que él mismo se concilió y por el cual recibió la corona de manos de su madre.

98. Bienaventurada madre, Jerusalén; bienaventurado el seno de María, que coronó a tan gran Señor. Le coronó cuando le formó, le coronó cuando le engendró; pues aun cuando es cierto que le concibió sin intervención humana (ya que el Espíritu Santo descendió a la virgen, y por eso dijo: *Tus ojos vieron mi cuerpo no formado* [152]), sin embargo, por el hecho de haberle engendrado y dado a luz para la salvación de todos los hombres, impuso sobre su cabeza una corona de piedad eterna, para que, mediante la fe de los creyentes, quedase constituído Cristo en cabeza de todo varón.

No fué, pues, formada naturalmente la carne de Cristo, y a fin de que la Virgen María lo concibiese mediante el nuevo e inaudito misterio de la encarnación, sin ayuda alguna de hombre, sino por disposición admirable de la divina gracia, tomó de la Virgen la materia de la carne y modeló en ella los miembros del novísimo Adán inmaculado.

99. Oyes hablar de hombre, pero entiende algo superior al hombre, pues está escrito: *No cocerás al cordero en la leche de su madre* [153]; y en otra parte se lee: *Hombre es, pero ¿quién podrá conocerle?* [154] Por consiguiente, no debes juzgar por las fuerzas de la naturaleza humana a aquel Cordero *en el que habita corporalmente la plenitud de la divinidad* [155], ni pretendas comprender la majestad del poder incomprensible con la debilidad de nuestro conocimiento miserable.

No coció en leche Jacob aquel manjar de la fe perfecta, con el que su padre Isaac se deleitó tanto, que le concedió, mediante su bendición profética y sobria, toda clase de prerrogativas [156].

El Apóstol escribió que el gustar de la leche suave es el alimento de la doctrina, y así dice: *Porque quien se alimenta con leche, es incapaz de entender la doctrina de la justicia* [157]. Señal es de que todavía es niño; los manjares fuertes son propios de los hombres perfectos.

100. Así, pues, hija, toma tú aquella estola tejida con las obras de piedad de la mujer que abrió su mano para dar al pobre y no dejó extinguir su antorcha durante la noche [158]; vístete con ella y lleva esos alimentos al Padre para que

[152] Ps. 138, 16.
[153] Ex. 34, 26.
[154] Ier. 17, 9.
[155] Col. 2, 9.
[156] Gen. 27, 25.
[157] Hebr. 5, 13.
[158] Cf. Prov. 31, 18 s.

exclame: *¿Cómo es que lo has hallado tan pronto,* hija mía? [159]; alabando juntamente la prudencia en edad aún tan juvenil y los sentimientos de tan piadosa devoción. Así te dirá: *Acércate a mí,* hija; y aspirando el perfume de tus vestidos, te bendecirá, diciendo: *La fragancia* de mi hija, *como la fragancia de un campo fecundo bendecido por Dios;* y aquello otro: *Concédate el Señor abundancia del rocío del cielo y plenitud de los bienes de la tierra;* terminando, finalmente, con aquellas palabras: *Quien a ti te maldiga, será maldito; quien te bendiga, también él será bendito* [160].

101. Vestido con esta estola vió Jacob un hombre, a quien pidió la bendición como al Señor Dios, llamando a aquel lugar *Visión de Dios* [161]. Vestido con esta estola vió aquella otra estola de Cristo, de la cual dijo: *Lavó en vino su estola* [162].

También bendijo a José, diciéndole: *Mi hijo engrandecido, José, mi hijo engrandecido, hijo mío, el más joven, envidiado, vuélvete a mí* [163]; dando a entender el insigne misterio de la resurrección. Y añadió: *La bendición de tu padre y de tu madre sobrepujan a las bendiciones de las montañas imperecederas y a los deseos de los collados eternos* [164], es decir, al Rey de la gracia.

102. Toma esta estola para que te revistas de Cristo y te renueves con su conocimiento. *Revístete,* como corresponde a una elegida del Señor, *de sentimientos de misericordia, benignidad, humildad, paciencia, modestia y caridad, que es vínculo de unión* [165], de modo que no debas nada a nadie, sino que ames a las demás y te amen ellas como hermanas. Ni envidies la belleza ajena, sino imita a la que veas más digna de alabanza, a fin de que venga a ti la paz y la gracia de Cristo, habite en tu corazón la palabra de Dios y huyas las preocupaciones de este mundo.

103. Una vez muerta al mundo, no toques ni te dejes contaminar por las cosas de este siglo; antes bien, apartándote del trato de la tierra, ejercítate de continuo en entonar salmos, himnos y cánticos espirituales, consagrando tus canciones no a un hombre, sino a Dios [166]. Y como hacía María Santísima, considera todas estas cosas en tu corazón [167]. Como buena corderilla, rumia en tu boca los preceptos divi-

---

[159] Gen. 27, 20.
[160] Gen. 27, 27-29.
[161] Gen. 32, 24-29.
[162] Gen. 49, 11.
[163] Ibid. 22.
[164] Ibid. 26.
[165] Col. 3, 12-14.
[166] Cf. Col. 2, 20 s.
[167] Cf. Lc. 2, 19.

nos, para que también tú puedas decir: *Me ejercitaré en tus maravillas*[168].

Que no duerma o se derrame tu alma por el tedio. Los hombres reparan durante el invierno las goteras de sus casas, pero el alma perfecta no tiene goteras ni tiene grieta alguna de pecado grave, sino que permanece siempre dentro de su casa y goza y se alegra con la pulcritud de su habitación nueva y sin tropiezos. Si quizás sintieres vacilar algo en torno a ti, di al Señor: *Confírmame en tus palabras*[169].

XVII. ORACIÓN IMPETRATORIA EN FAVOR DE LA VIRGEN

104. Ahora, recorridas ya todas estas consideraciones, dirijo a ti mi corazón, Padre de los dones, a cuya misericordia rendimos infinitas gracias porque volvemos a ver practicada en la tierra por las vírgenes consagradas aquella vida angelical, propia del paraíso, que en otro tiempo perdimos.

¿Qué más pudiste hacer para animarlas a la imitación de los ideales virgíneos, para confirmarlas en sus virtudes o para ensalzar la gloria de la virginidad, que el que un Dios naciese de una virgen? En verdad que más nos aprovechó que nos dañó la culpa, pues gracias a ella encontró nuestra redención un don tan divino.

105. Es más: tu mismo unigénito Hijo, al venir a la tierra para recobrar lo que se había perdido, no pudo hallar modo más puro para que fuese engendrada su carne que el de reservarse como morada para sí el seno de una virgen celestial, en la que pudiera constituirse juntamente un sagrario de la castidad inmaculada y un templo de Dios.

106. ¿Para qué recordar el que aquella virgen María, con los santos Moisés y Aarón, por especial beneficio tuyo, dirigió el paso de los ejércitos hebreos a través de las ondas?[170] Prefiero dejar los hechos antiguos; no quiero fijarme en particularidades. Baste esta tal nobleza para la familia virginal.

107. Te ruego que defiendas a esta tu sierva, que ha propuesto servirte, consagrarte su alma y dedicarte sus deseos de virginidad.

Te la ofrezco en virtud de mi cargo sacerdotal, y te la encomiendo con afecto de padre, para que con ánimo propicio y como protector suyo le concedas la gracia de hacer salir de su santuario al Esposo, que mora en los tálamos

---

168 Ps. 118, 27.
169 Ps. 118, 28.
170 Cf. Ex. 15, 20.

celestes; y así merezca contemplarle y ser conducida a la cámara de Dios, su Rey, para oír aquellas sus palabras: *Ven aquí del Líbano, esposa mía; ven aquí del Líbano; pasarás y volverás a pasar desde el principio de la fe* [171]; con las cuales palabras atraviese este siglo y llegue a las delicias eternas.

108. Atiende, pues, ¡oh Padre!, a este tu don de la virginidad, para cuya consagración no buscaste el consejo de nadie; antes bien, sin necesidad de ningún postulador ni árbitro le comunicaste gracia tan inmensa cual nadie hubiera podido sospechar de no haber oído los oráculos divinos, como fué el que una virgen llevase en su seno al mismo Dios.

Con las prerrogativas de este gran don crecen de continuo los ideales de la virginidad y los modelos de la continencia integral.

Concede a esta tu sierva, estimulada con tales ejemplos a la gracia de esta virtud, el que asista ante tu altar, no ostentando unos cabellos resplandecientes con sus tintes de oro y destinados al velo nupcial, sino presentando para ser consagrados con el santo velo unos cabellos semejantes a aquellos con que María, la piadosa mujer del Evangelio, enjugó solícita los pies de Cristo después de haber perfumado toda la casa con la fragancia del ungüento derramado [172].

109. He aquí a esta joven, a quien no atraen las fiestas nupciales, ni los premios, ni el aliciente del seno fecundo, aunque présago de dolores para la desposada, sino que aspira únicamente a engendrar para sí frutos inmaculados de fe y piedad, concibiendo con el auxilio del Espíritu Santo y dando a luz para Dios hijos fecundos en gracias de salvación.

A fin de que pueda caminar por la gracia de los méritos verdaderos, tú, Dios Padre omnipotente, otórgale los auxilios de tu protección, pues no es el pudor un don que se obtenga con solas las propias fuerzas. Ciñan los cabellos de la santa virginidad, la modestia, la sobriedad, la continencia, para que así, rodeada por la corte de las virtudes y cubierta con el velo purpúreo de la sangre del Salvador, lleve siempre consigo en su carne la mortificación de nuestro Señor Jesucristo.

Los mejores velos son los lienzos de las virtudes, con que se cubre el pecado y se manifiesta la inocencia.

110. Reviste, pues, a esta tu sierva con tales vestidu-

---

[171] Cant. 4, 8. Las últimas palabras están tomadas de la versión de los Setenta.

[172] Io. 12, 3.

ras que se conserven siempre limpias. Limpio es aquello que no ha sido nunca ennegrecido por culpa alguna, de modo que pueda justamente aplicársele el dicho de la Escritura: *Porque han agradado a Dios tus obras* [173].

Conserve en todo tiempo sus vestiduras blancas y no falte en su cabeza el óleo con el que pueda encender las lámparas místicas, a fin de que cuando venga el Esposo pueda ser juzgada digna de compartir el tálamo celestial en unión de las vírgenes prudentes [174]; y abrillante con nuevos resplandores, gracias a la luz de su fe, su piedad y su madurez, la profesión de la sagrada virginidad.

111. Defiende, pues, a tu sierva, Padre del amor y de la gloria, para que conserve el tabernáculo del pudor y los sellos de la verdad, como en un huerto cerrado y en una fuente vallada. Que aprenda a cultivar su campo como lo cultivaba el santo Jacob y recoja en él una cosecha de sesenta y de ciento por uno [175]. Mediante las virtudes y el vigor obtenidos de este campo, suscita en ella la gracia y renueva la caridad.

Halle a quien ama, reténgale y no permita que se le escape hasta que reciba en sí aquellas dulces heridas de amor, preferibles a los besos. Esté siempre en guardia, vigilando día y noche con toda la atención de su mente [176] para que no la encuentre su Esposo dormida. Y ya que el amado desea ser buscado con frecuencia por ella para comprobar su cariño, siga solícita al que torna a su encuentro; salga su fe y su espíritu en busca de tu palabra; huya de su propio cuerpo para presentarse ante Dios. Vele su corazón y duerma su carne para que no empiece a despertar al pecado.

112. Tú, Señor, por tu parte, añádele otros adornos de la santa virginidad, infúndela diligencia en los actos piadosos, para que sepa conservar puro el vaso de su cuerpo, para que aprenda a humillarse. Mantenga firme su amor, muro de la verdad, valla de la pudicicia.

No sobrepujen los pinos ni los altos cipreses la modestia de su vestido, ni las tórtolas su recato, ni las palomas su sencillez [177]. Florezca en su corazón la simplicidad, en sus palabras la moderación, en su modo de proceder con todos el recato, en su trato con los parientes el cariño y en sus relaciones con los pobres y los indigentes la misericordia.

Practique siempre lo bueno y absténgase de toda acción

---

[173] Eccl. 9, 7 s.
[174] Cf. Mt. 25, 10.
[175] Cf. Mt. 13, 8.
[176] Cf. Cant. 5, 7.
[177] Es una reminiscencia clásica en que imita San Ambrosio, purificándolos, ciertos versos, no tan pudorosos, del César GALIENO (*Adlocutio ad sponsos*, BCL, t. CXXXVI, p. 404 s.).

mala, aunque sólo lo sea en apariencia. Recaiga sobre ella la bendición del moribundo y bendíganla los labios de la viuda [178].

113. *Pon tu palabra, como sello, sobre su corazón y sobre su brazo* [179], para que en todos sus sentimientos y acciones resplandezca Cristo, busque a Cristo y predique a Cristo.

Que ni todo el caudal de sus aguas, ni la espada de la persecución, ni peligro alguno pueda extinguir en ella la caridad; antes bien, conformada en toda acción y palabra santa, se revista de tu gloria, y todo su trato durante esta vida se mantenga siempre en tu gracia.

Santifícala en verdad, confírmala en la virtud, únela a ti en caridad y condúcela con tu ayuda divina a la gloria celeste del pudor y la integridad, a la corona inmaculada de la incorrupción, para que allí siga las pisadas del cordero, y se apaciente al mediodía, y permanezca en el mediodía, sin desviarse con la grey de sus compañeras, sino que, mezclada con tus corderos, camine sin peligro en unión de las demás vírgenes, como seguidora de las Marías [180].

114. Ven, pues, Señor Jesús, en el día de tus desposorios. Recibe a esta virgen consagrada a ti hace ya tiempo en espíritu y hoy además por su externa profesión.

Llénala con el conocimiento de tu divina voluntad. Destínala desde el principio para la salvación, santificándola en su espíritu y en la verdad de la fe, para que pueda exclamar: *Cogiste mi mano derecha, me condujiste por los caminos de tus deseos y me elevaste a la gloria* [181]. *Abre tu mano y colma su alma de tus bendiciones* [182], *para que sea salva la que ha esperado en ti* [183], y se convierta en instrumento santificado a tu honra, útil al Señor y probado para toda obra buena.

Hazlo así por aquella cruz eternal, por aquella gloria veneranda de la Trinidad, a la que se debe honor, gloria, perpetuidad, siendo Padre, Hijo y Espíritu Santo desde el principio de la eternidad y ahora y siempre por todos los siglos de los siglos. Amén.

---

[178] Iob 29, 13.
[179] Cant. 8, 6.
[180] Cf. Apoc. 14, 4, y Cant. 1, 6.
[181] Ps. 72, 24.
[182] Ps. 144, 16.
[183] Ps. 85, 2.

SAN NICETAS DE REMESIANA

SOBRE LA CAIDA DE UNA VIRGEN CONSAGRADA

Con grandes probabilidades reclama para sí el Obispo dacio la propiedad de esta exhortación, atribuída durante mucho tiempo, aunque no sin indecisiones, a San Ambrosio, muchas de cuyas ideas y caracteres refleja sin duda. Tras los ditirambos de la virginidad compuestos por el Obispo milanés y al margen de los frecuentes epitalamios dedicados a las esposas de Cristo, no podía faltar también, por desgracia, la elegía. En el mundo griego fué San Basilio quien compuso uno de estos apóstrofes de cálido dolor ante el pecado de una virgen; en la literatura latina estaba reservado al obispo Nicetas este cometido.

Era a fines del siglo IV, cuando la paz de la Iglesia colocaba a las vírgenes en un ambiente de mayor peligro por faltar el incentivo de una probable persecución. Nada tiene de extraño que se ofrecieran casos lamentables como el de la virgen Susana, caída en un pecado de adulterio. La exhortación de su Obispo, moldeada en forma oratoria, es de una fuerza singular. Después de dar rienda suelta a su propio dolor en un apóstrofe vigoroso, va describiendo sucesivamente la desgracia y vergüenza de la pecadora, la angustia de sus padres, la traición a la solemnidad de su santo voto, la necesidad de una penitencia rigurosa y el castigo de su cómplice, terminando con un bellísimo coloquio de arrepentimiento puesto en labios de la virgen caída[1].

I. Lamentación del Obispo y desahogo de su dolor

1. ¿Por qué callas, alma mía? ¿Por qué te agitas con tristes ideas? ¿Por qué no prorrumpes en clamores y expo-

[1] Acerca de este tratado véase el trabajo precedente, p. 2.ª, c. 1, a. 1, n. 24. Migne coloca este escrito entre los auténticos de San Ambrosio (PL 16, 367-384)

nes a todo el mundo el dolor de tu espíritu para recibir algún consuelo?

Ciertamente será como un remedio de tu enfermedad si, entreabriendo tus labios, esparces la infamia. También el sajar un tumor es lenitivo al dolor oculto de la herida.

2. Oídme ahora vosotros, los que estáis lejos y teméis a Dios, los que os alegráis con los triunfos de su Iglesia y lloráis sus tristezas, como está escrito: *Alegrarse con los dichosos y llorar con los tristes*[2].

Os hablo a vosotros, que conserváis intacta la verdadera caridad de Cristo y no os alegráis de la maldad, sino que la deploráis. Fijaos en mis palabras, juzgad las que nacen de mi justo dolor y aborreced y desechad juntamente conmigo la infamia descubierta.

3. Una virgen noble, consagrada a Cristo, prudente, instruída, cae en pecado de torpeza, concibe el dolor y da a luz la iniquidad; se ha perdido a sí misma y ha profanado la Iglesia del Señor.

Con esto se infiere una grave herida a toda alma cristiana, porque se ha dado lo santo a los perros y las margaritas se han echado a los puercos[3]. El dulce nombre de la santidad ha sido desgarrado por hombres airados y han pisoteado la vida de castidad los inmundos, ruines y despreciables.

4. De aquí nace la agitación de mi alma y el dolor íntimo e incurable; porque un solo mal arrastra consigo muchos bienes, y la nubecilla de una pecadora obscurece casi toda la luz de la Iglesia. Voy a apropiarme la palabra profética y repetiré con acento dolorido: *Oídme, pueblos todos de la tierra, y contemplad mi dolor*[4]*;* mis vírgenes y mis jóvenes marcharon prisioneros. Porque cautiverio es, en verdad, aquel donde las almas son conducidas a la muerte y dominadas por el poderío del demonio tentador.

II. Contraposición entre la belleza anterior del alma de la virgen y su estado de pecadora

5. Me dirijo ahora a ti, que eres el origen y causa de estos males, que has perdido miserablemente la gloria de la virginidad juntamente con el nombre de virgen; que, aunque es un crimen no llamar casta a Susana, no podemos tampoco llamar lirio a lo que no lo es.

¿Por dónde voy a empezar? ¿Qué voy a decir lo primero

[2] Rom. 12, 15.
[3] Mt. 7, 6.
[4] Thren. 1, 12

y qué lo último? ¿Voy a recordar los bienes que has perdido o los males que has encontrado?

6. Eras virgen en el paraíso de Dios, entre las flores bellísimas de la Iglesia; eras esposa de Cristo, eras templo de Dios y morada del Espíritu Santo. Y cuantas veces te digo que *eras,* tantas te indico que llores, porque ya no eres lo que fuiste.

Eras en la Iglesia como aquella paloma de la que se dijo: *Las plumas de la paloma son de plata y la parte posterior de su espalda es como el oro* [5]. Cuando procedías con recta conciencia, brillabas como la plata y refulgías como el oro. Eras como estrella radiante en manos de Dios; no temías el viento ni las nieblas de la guerra.

7. ¿Qué significa esta repentina mudanza? De virgen de Dios te has hecho corrupción de Satanás; de esposa de Cristo, infame prostituta; de templo de Dios, lugar de inmundicia; de morada del Espíritu Santo, tugurio despreciable del espíritu infernal.

Tú, que caminabas con la confianza sencilla de una paloma, ahora te ocultas en las tinieblas como repugnante salamandra. Tú, que refulgías como el oro por el brillo de la virginidad, ahora eres más vil que el lodo de los caminos, siendo pisoteada por las plantas de hombres indignos. Tú, que habías sido estrella radiante en las manos de Dios, pareces haber caído de lo más alto del firmamento, pues tu luz se ha extinguido y te has convertido en negro carbón.

III. Confusión y vergüenza de la virgen pecadora ante los santos

8. ¡Ay de ti, desgraciada, ay de ti, que has perdido innumerables bienes por el placer de un instante! ¿Qué esperanza puedes tener en Jesucristro, tú, que has usado sus miembros divinos para convertirlos en miembros de meretriz? [6] ¿Cómo te va a visitar el Espíritu Santo, habiendo repudiado tú a ese Espíritu que se mantiene alejado de los ruines pensamientos?

9. Te voy a hablar de las cosas humanas, para que por estas cosas terrenas conozcas las divinas.

Mira si hay alguien entre los santos o santas del cielo que no se avergüence de acercarse a ti; levanta la vista, si puedes; yergue la frente, si te atreves; mira con confianza a alguno de los santos. ¿No te abate como plomo y te hace inclinar la vista, avergonzada, la conciencia del delito co-

[5] Ps. 67, 14.
[6] 1 Cor. 6, 15.

metido? ¿No cubren tus ojos las tinieblas y la congojosa obscuridad? ¿No tiemblan tu cuerpo y tu alma por el formidable temor?

10. Si no puedes mirar tranquila a hombres como tú, pero libres de mancha, porque estás sepultada en tan grave confusión, ¿qué harás delante de los castísimos apóstoles? ¿Qué harás en presencia de Elías, Daniel y el ejército innumerable de los profetas? ¿Y delante de San Juan? ¿Qué harás delante de la Virgen purísima, de Santa Tecla, Santa Inés y de todo el inmaculado coro de las vírgenes? Y, finalmente, ¿qué harás delante de los coros angélicos? Como herida por un rayo, te abrasará el esplendor y claridad de las almas puras.

IV. Refutación de las excusas de la pecadora y descripción del dolor de los padres

11. Me dirás, quizás, que no pudiste resistir porque la carne es débil. Fíjate bien en lo que te responde Santa Tecla y sus innumerables compañeras. También nosotras estábamos hechas de la misma carne, pero nuestro voto de castidad no lo pudo mutilar la fragilidad de la carne; ni los refinados y cruelísimos tormentos de los tiranos pudieron desgarrarlo.

En verdad, la carne no puede ser corrompida si antes no se vicia el alma. Por eso el pecado permanece en el alma, porque ésta precede al cuerpo en el placer.

12. Me dirás que no quisiste voluntariamente cometer el pecado, que te obligaron a ello. Y te responderá aquella intrépida Susana, cuyo nombre tú llevas engañosamente: Yo, cogida entre dos sacerdotes, dos jueces de mi pueblo, sola en mi jardín [7], no pude ser vencida porque no quise.

Y tú, ¿cómo has podido ser coaccionada por un jovenzuelo y en medio de la ciudad, sino porque quisiste ser violada? ¿Quién ha oído tus voces pidiendo socorro? ¿Quién es testigo de tu resistencia?

Voy a pasar por alto estas razones e indicarte solamente que, una vez perpetrada la violencia, debiste comunicar el crimen, por lo menos a tus padres o a tus hermanos. Esto hubiese sido un lenitivo de tu desgracia, una justificación de tu culpa, si hubieses delatado al enemigo de tu pureza.

13. Pero quizás te avergonzaste de mostrarte en público, violada tu virginidad. ¿Por qué temiste donde no había que temer, a no ser para que, callando el crimen, pudieras

[7] Dan. 13, 20-28.

juntarte más veces con el adúltero? Sea, si quieres, que el pudor te impidió el confesar la culpa. ¿Qué me dices del segundo pecado, y del tercero, y del frecuente trato de deshonestidad? Ya no arguyas con el pretexto de la violencia o del rubor; has dejado manchar por un inmundo fornicador tus miembros, tantas veces consagrados a Dios.

14. Se horroriza el alma y la mente se consume cuando se llega a la puerta del pecado. Porque aun cuando el médico sea de ánimo varonil, siempre siente algún asco al sajar un tumor profundo. ¡Pobre alma desgraciada! ¿No comprendes que todos los caminos de excusa se han cerrado para ti? ¿No palpas cuánto mal te ha acarreado en el cuerpo y en el alma tu nefasta lujuria?

15. Tu padre no esperaba de ti esa vergüenza, pues te juzgaba su gloria y su consuelo. Tu madre no imaginaba que le ibas a ocasionar ese luto doloroso y esas amargas lágrinas, tú que por tu virginidad consolabas el llanto de su parto.

Ni tus hermanos y hermanas creían les ibas a ocasionar esta deshonra, pues a todos has herido gravemente en el alma con la espada de tu pecado.

16. Si hubieras muerto con muerte natural, tus padres llorarían echándote de menos; pero se hubieran alegrado íntimamente por haberte enviado al cielo virgen pura, hostia viva y agradable a Dios, abogada de nuestros pecados. Pero ahora te lloran muerta y no muerta, viva y no viva: muerta la gloria de tu virginidad y viva la infamia de tu torpeza.

17. Tu padre se queja amargamente de las entrañas que te concibieron; tu madre maldice el vientre que te llevó. Esto no calma su aflicción; solamente sirve de lenitivo a su dolor. Ni tu padre ni tu madre te impulsaron a jurar a Dios perpetua virginidad; tú sola, por tu propia voluntad, abrazaste el estado de pureza virginal.

Yo sé que, cuando tu padre te expuso las muchas y arduas dificultades que encierra el camino de la virginidad, tú no solamente permaneciste firme en tu propósito, sino que le aseguraste habías tenido terribles revelaciones.

18. Alma desgraciada, entiende que tanto más crece el peso de la justicia divina cuanto ellos esperaban este premio para sí, por no haberse opuesto a tus propósitos; porque tú has sido la que no has guardado lo que voluntariamente prometiste.

¿Con qué falaces promesas te engañó aquella maldita serpiente? ¿Con qué veneno letal te corrompió la que engañó a Eva, que te hirió mortalmente con esa ceguera y te hizo olvidar por completo a tu alma?

V. Recuerdo de la ceremonia de la consagración por la cual resulta ahora adúltera

19. ¿No recuerdas aquel memorable domingo de Resurrección en el que, cubierta con un blanco velo, te ofreciste ante el divino altar? En tan solemne reunión de la Iglesia de Dios, entre las espléndidas luces de los neófitos, en medio de los candidatos al reino celestial, te encontrabas tú como futura esposa del divino Rey.

Recuerda las palabras que te dirigieron aquel día: Mira, hija; contempla, ¡oh virgen!, y *olvida a tu pueblo y a la casa de tu padre; el Rey deseará tu hermosura, porque El es el Señor tu Dios* [8].

Recuerda el gentío que acudió a las bodas con tu Esposo divino. Necesario era que hubieses observado fielmente el juramento que hiciste delante de tantos testigos; piensa siempre a quién prometiste tu virginidad. Más fácil y conveniente te hubiese sido derramar tu sangre y perder la vida antes que la castidad.

20. Fuiste cubierta con el sagrado vestido por tus promesas el día de tu consagración y por la publicación de tu castidad. Todo el pueblo suscribió tu oblación, no con tinta, sino en espíritu, clamando a una: Así sea.

No puedo contener las lágrimas recordando estas escenas; me oprime el dolor cuando considero los ejemplos humanos. Porque si una mujer unida en matrimonio a un hombre mortal ante diez testigos de los esponsales, una vez verificado el matrimonio, no puede perpetrar el adulterio sin grave peligro de su vida, ¿qué diré de la unión espiritual realizada ante innumerables testigos de la Iglesia, ante los santos y ejércitos celestes, unión que se rompe con un adulterio? No sé si se puede encontrar un castigo y una muerte dignos de tal crimen.

21. Dirá alguno que *es mejor casarse que abrasarse* por el fuego de la torpeza [9]. Eso se refiere a la que no ha sido aún prometida y coronada con el velo sagrado. La virgen consagrada a Cristo, que ha recibido el velo nupcial, ya está casada, ya se ha unido al Esposo de las almas. Y si después se quiere casar por la ley común del matrimonio, comete un adulterio y se hace esclava de la muerte.

Si esto es así, ¿qué diré de la que se deshonra con tor-

---

[8] Ps. 44, 11-12.
[9] 1 Cor. 7, 9.

peza oculta y clandestina, y finge que es lo que en realidad no es? Es virgen en el vestido, pero no en los hechos. Dos veces adúltera: en sus acciones y en su porte exterior.

VI. Razones que debieran haberla contenido ante el pecado

22. Pero quiero dirigirme de nuevo a ti, que has olvidado tantísimos bienes y te has hecho receptáculo de males tan inmensos.

¿Cómo no recordaste, al cometer el acto vergonzoso, tu vestido virginal, tu paso a través de la Iglesia entre los coros de las vírgenes? ¿Cómo no sobrecogía tu mirada la luz radiante de las vigilias nocturnas y no penetraban tus oídos los acordes de los himnos majestuosos? ¿Cómo no atormentaban tu espíritu las divinas enseñanzas, sobre todo las del Apóstol, que parece decir señalándote a ti: *Huid de la fornicación, porque todo pecado que comete el hombre está fuera de su cuerpo, mas el que fornica peca en su cuerpo?* [10]

Y cuando dice que *peca en su cuerpo,* demuestra que peca contra Cristo. Porque añade a continuación: *¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo?; los recibisteis de Dios y no sois dueños vosotros mismos; fuisteis comprados por un gran precio; glorificad pues, y llevad a Dios en vuestro cuerpo* [11]. Y en otra parte: *Que ni siquiera se nombre entre vosotros la fornicación y la inmundicia,* porque así conviene a los santos [12].

Y prescindiendo de toda adulación, forja el Apóstol esta sentencia lapidaria: *Sabed y entended bien que ni el fornicador, ni el impuro, ni el avaro, serán herederos del reino de Cristo y de Dios* [13].

23. ¿No recordabas estas terribles amenazas cuando entregabas tus miembros al pecado nefasto? Ese olvido letal te sumergía en abismo profundísimo, y te aprisionaba entre sus garras la maldita lujuria.

24. Debiste recordar la tribuna de honor que, como virgen, ocupabas en la Iglesia, adonde las nobles y religiosas matronas corrían a porfía para pedir te dignases darlas el beso de paz, a ellas que eran más santas y más dignas que tú.

---

[10] I Cor. 6, 18.
[11] Ibid. 19-20.
[12] Eph. 5, 3.
[13] Ibid. 5, 5.

Debiste recordar el mandato que diariamente contemplabas escrito en el lienzo de la pared, y que se metía por tus propios ojos: *La mujer y la virgen están divididas; la que no está casada piensa continuamente en las cosas que son de Dios y la manera de ser santa en cuerpo y alma* [14]. Tú, sin embargo, has practicado de modo contrario este precepto, pensando y obrando de manera que no fueses santa ni en el cuerpo ni en el alma, fornicando con el cuerpo y mintiendo virginidad en el alma.

25. ¡Qué desgracia! La fama suele seguir a las obras, pero tu fama se anticipó a tu pecado. Cuando, hace ya tres años, se levantó aquel rumor maligno acerca de ti, tú pretextabas sinceridad y pedías públicamente en la Iglesia castigo para los maldicientes.

¡Qué inquieto estuve yo! ¡Cuántos trabajos padeció tu padre para defender tu honor, preguntando a todos e insistiendo con cada uno para ver si encontrábamos al autor de la infamia! Porque era terrible para nosotros e intolerable para todos los buenos que se creyese y dijese alguna cosa vergonzosa de una virgen consagrada a Dios.

26. Ni has respetado esto, ni siquiera lo tuviste en consideración. Nada te importó alegrar a tus enemigos y dejar humillados y ofendidos a los que trabajaban para defenderte.

Fuiste, en verdad, audaz y temeraria para que no te aterrase tu conciencia, y simulando castidad creías poder engañar al mismo Dios.

Pero aquel que dijo: *Nada hay oculto que no se revele* [15], añadió: *Vosotros lo hicisteis ocultamente, pero yo lo publicaré delante de todos* [16]. Aquel que no miente sacó a luz pública el crimen oculto y las acciones de vuestras tinieblas manifestó a la luz del sol.

27. ¡Oh, que, por mucho que signifiquen estas palabras, ocurren cosas más amargas, y queriendo uno moderarse, no encuentra modo de hacerlo!

Te olvidaste de tu promesa, te olvidaste de tus padres, te olvidaste de toda la Iglesia, y de la gloria de la virginidad, y del honor de tu dignidad. Te olvidaste del reino eterno prometido y del juicio terribilísimo. Has abrazado la corrupción, has dado a luz el fruto de tu vergüenza; tu fin será muerte horrible e infierno eterno.

---

[14] 1 Cor. 7, 34.
[15] Mt. 10, 26.
[16] 2 Reg. 12, 12.

VII. Celo del Obispo para impedir la caída y escándalo producido por el pecado

28. Ciertamente que no te puedes quejar de nuestra negligencia, porque lo que pertenece al oficio pastoral no se te ha negado a ti ni a ninguna otra.

No faltó el amor espiritual ni las santas advertencias. Llegaste al monasterio virginal olvidada de la casa de tu padre, como está escrito [17]. Guardada con tanto cuidado, no digo solamente que debías haber estado segura, sino aun servir de protección y tutela a otras. Pero se tomaron en vano estas precauciones.

29. En vano te expliqué el himno de la virginidad, con el cual entonases juntamente las alabanzas de tu propósito glorioso y de la fiel observancia. Sembré junto al camino, sembré entre espinas y sobre roca; quizás las aves, es decir, los demonios, arrebataron mis palabras de tu corazón, o fueron ahogadas por tus malos pensamientos, o se agostaron con el excesivo calor de la sensualidad [18].

¡Pobre de mí! Porque donde pensaba que edificaba oro, plata y piedras preciosas, encuentro que he trabajado con madera carcomida, heno, rastrojos y materias inflamables [19]. Repetiré con el profeta: *¡Ay de mí, que he sido como el que recoge la paja en la mies!* [20]

30. Y en verdad, si te hubieses hecho daño solamente a ti misma, sería cosa triste, aunque llevadera. Pero ¡a cuántas almas has herido con tu maldad, a cuántas has hecho arrepentirse de sus propósitos! ¡Cuántos labios, aun de fieles, se han manchado blasfemando de los caminos de Dios!

La gentilidad abrió su boca contra nosotros, y la sinagoga de los judíos se alegró contra la santa Iglesia a causa de tu ignominia.

31. Porque si al que escandaliza a uno solo se le debe arrojar al mar con una piedra de molino atada al cuello [21], ¿qué se debe decir de ti, por cuya impiedad todas las almas han sido dañadas y el nombre del Señor ha sido blasfemado entre las gentes?

Cuantas veces se repite: "¡Oh vírgenes!", tantas te oprime el cúmulo de tus iniquidades y yaces por el suelo, herida, prosternada.

---

[17] Ps. 44, 11.
[18] Lc. 8, 5-8.
[19] 1 Cor. 3, 12.
[20] Mich. 7, 1.
[21] Mt. 18, 6.

VIII. Necesidad de una penitencia extremada

32. Deseo serte de provecho, pero no encuentro el modo de ayudarte, porque *toda la cabeza está enferma y todo el corazón doliente; desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza,* como dice Isaías, *no hay lugar donde aplicar un bálsamo* [22]. Tu enfermedad no admite el auxilio de humana medicina.

Y aunque todos, buenos y malos, movidos de justa indignación, te juzgan digna de cualquier castigo, de ser desgarrada con todo género de tormentos, castigada con la pena capital o quemada en la hoguera, yo, que sé perfectamente los tormentos más terribles aún que aguardan a los criminales, y que las almas impías permanecerán en torturas sin fin, no temporales, sino eternas, yo quiero que seas atormentada con otros dolores saludables, con los que no has de perder la vida.

33. Así, pues, te voy a dar un consejo conforme a la divina sentencia; porque solamente se ha de intentar aquel remedio que por boca de Isaías ofrece a los desgraciados pecadores la voz divina de Yahveh: *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* [23]. Y de nuevo añade el Señor: *He dicho: Vuélvete a mí. ¿Acaso no hay resina en Galaad? ¿O no hay allí ningún médico? ¿Por qué no ha recobrado la salud la hija del pueblo mío?* [24]

Estas palabras recuerdan, sin duda, la penitencia; estas frases del mismo Dios llaman a los pecadores a hacer penitencia, porque el arrepentimiento es tan necesario a los pecadores como la medicina a los heridos.

34. ¿Caes ya en la cuenta del género y cantidad de penitencia que es necesario hacer? La penitencia debe ser mayor o por lo menos igual que el pecado. Considera si este pecado de adulterio es simple o si es doble por el crimen que se dice cometido en oculto. Según sea la magnitud del remordimiento debe ser la penitencia. Porque el arrepentimiento no debe ser solamente de palabra, sino de obra.

Y esta penitencia de obra la harás de veras si consideras con atención cómo caíste de gloria tan excelsa, cómo se borró tu nombre del libro de la vida y cómo estabas ya muy cerca de aquellas tinieblas exteriores donde habrá llanto y eterno crujir de dientes.

Cuando rumies en tu alma estas verdades — porque no

---

[22] Is. 1, 5-6.
[23] Ez. 23, 11.
[24] Ier. 8, 22.

hay duda de que el alma prevaricadora ha de ser entregada a los tormentos infernales y al fuego inextinguible y que después del bautismo no queda otro remedio sino el consuelo de la penitencia —, regocíjate en sufrir esta aflicción y estos trabajos, con tal de que te libres de las penas eternas.

35. Así, pues, considerando estas verdades a solas contigo misma y dándoles vueltas en tu consideración, tú misma serás el juez más severo de tu pecado.

En primer lugar has de prescindir de todo cuidado de esta vida, y, juzgándote muerta, como en verdad lo estás, piensa en el modo de revivir.

Después vístete con hábito penitente. Tu alma y cada uno de tus miembros deben ser castigados con mortificaciones adecuadas. Córtate el cabello, que con su vanidad fué causa de tu lujuria. Lloren lágrimas amargas los ojos que no miraron con santa simplicidad al varón. Palidezca la faz que en otro tiempo se coloreó impúdicamente. En fin, todo el cuerpo sea macerado con sufrimientos y ayunos. Cause espanto su vista, cubierto de ceniza y vestido de cilicio, porque se complació malamente en su belleza.

Derrítase tu corazón como la cera, afligiéndose a sí mismo con ayunos y atormentándose con el pensamiento de cómo ha sido vencido por el enemigo. También los sentidos tengan su padecimiento, porque, teniendo dominio sobre los miembros del cuerpo, cedieron a las diabólicas insinuaciones.

36. Si perseverares en este tenor de vida y en estos actos de penitencia, puedes atreverte a esperar, ya que no la gloria, sí al menos la exención de la pena merecida, porque dice el Señor: *Convertíos a mí y yo me volveré a vosotros. Convertíos de todo corazón en ayunos, en llantos, en gemidos; rasgad vuestros vestidos, porque el Señor es clemente y misericordioso* [25]. Así se convirtió y así fué justificado David [26]. Así escapó Nínive de la destrucción inminente que le amenazaba [27].

Porque el pecador será perdonado por Dios si él no se perdona a sí mismo. Y se librará a sí mismo del juicio eterno si compensa en el breve espacio de esta vida las eternas penas futuras.

37. Para curar una llaga profunda es necesario un tratamiento paciente y cuidadoso; un gran pecado necesita una gran satisfacción. No hay duda de que un pecado es menor cuando el mismo que lo ha cometido lo confiesa espontáneamente y se arrepiente de él; pero cuando oculta su crimen y es descubierto a pesar suyo y se hacen pú-

[25] Ioel 2, 12-13.
[26] 2 Reg. 12, 13.
[27] Ion. 3, 5.

blicas sus maldades contra su voluntad, el pecado es, sin duda, mayor. No podrás negar que esto último es lo que te ha sucedido a ti. Por eso tu arrepentimiento debe ser más vehemente, porque el pecado fué más grave.

38. Si ponderasen los pecadores con qué justicia juzgará Dios al mundo, y los humanos sentidos no se desparramasen con la vanidad profana, no se verían abrumados por la infidelidad; sufrirían gustosamente en este mundo cualquier tormento, por terrible que fuese, aunque la vida se alargase mucho más, con tal de no caer en las penas del fuego eterno.

Pero tú, pobre alma desgraciada, que ya has entrado en la lucha que supone la penitencia, insiste en ella; agárrate fuertemente a ella como a una tabla salvadora del naúfragio, confiando en que así saldrás del abismo insondable de tus pecados.

Sigue haciendo penitencia hasta el fin de tu vida y no pienses que se te perdonará en este mundo, pues te engaña el que quiere prometerte esto. Pecaste contra Dios; de sólo El has de esperar el perdón en el día del juicio.

IX. Imprecación contra el cómplice y anuncio de su castigo

39. ¿Qué voy a decir acerca de ti, hijo de serpiente, ministro del demonio, violador del templo de Dios, que con un pecado cometiste dos crímenes, adulterio y sacrilegio?

Sacrilegio, sí, pues manchaste con loca temeridad el vaso ofrecido a Cristo, consagrado a Dios. Baltasar, rey de los persas, en una noche de orgía, empleó para beber con sus amigos y concubinas los vasos sagrados que su padre robó del templo de Jerusalén. Y aquella misma noche fué castigado por mano de un ángel con muerte cruelísima [28].

¿Qué piensas de ti mismo, corrompido y corruptor, que has violado impíamente y profanado sacrílegamente el vaso predilecto, consagrado a Cristo y santificado por el Espíritu Santo, tú, olvidado de tu conducta y despreciador del juicio divino? Mejor hubiese sido para ti no haber nacido que haber nacido así, de modo que el infierno te reclama como a su propio hijo.

40. Y aunque el mismo remordimiento de tu pecado te haga huir aterrado—porque *huye el impío aunque nadie le persiga* [29]—, aunque las terribles imaginaciones de tu cri-

---

[28] Dan. 5, 30.
[29] Prov 28, 1.

men te aterroricen no sólo de día, sino aun en sueños, sin embargo, te recuerdo que nunca el pastor ha negado la medicina a sus ovejas enfermas o moribundas.

Dirígete a la cárcel de la penitencia, ciñe tus miembros con cadenas, atormenta tu alma con ayunos y gemidos, pide el auxilio de los santos, échate a los pies de los elegidos para que el corazón impenitente no acumule en ti aborrecimiento y rencor el día de la ira y el justo juicio de Dios, que dará a cada uno según sus obras [30]. No te juntes al número de aquellos que deplora San Pablo: *Los que antes pecaron y no hicieron penitencia de la inmundicia, fornicación y sensualidades que cometieron* [31].

41. Y no te excuses con la multitud de los que han cometido pecados semejantes y digas: No soy yo sólo quien ha hecho esto, tengo muchos otros compañeros que han hecho lo mismo. Piensa un momento que los muchos compañeros no conceden impunidad al crimen. Porque en Sodoma y Gomorra y todas aquellas cinco ciudades vivía muchísima gente, y todos los que dieron a sus cuerpos deleites sensuales murieron abrasados en la lluvia torrencial de fuego [32]. Solamente Lot escapó de aquel incendio inevitable [33], por haber permanecido alejado de aquella corrupción.

42. Aparta de tu corazón, ¡oh alma desgraciada!, los halagos de la serpiente, y mientras aquella alma llena de tinieblas ocupe tu cuerpo manchado, busca el remedio saludable con llanto y gemidos ininterrumpidos, recordando siempre la sentencia del Apóstol: *Porque es forzoso que comparezcamos todos ante el tribunal de Cristo, para dar cuenta cada uno de las buenas o malas acciones que haya hecho mientras ha estado revestido de su cuerpo* [34].

X. Oración de arrepentimiento de la virgen pecadora

43. *¿Quién te consolará, oh virgen, hija de Sión? Porque tu aflicción es grande como el mar. Derrama como el agua tu corazón ante el acatamiento del Señor* [35]. Levanta hasta El tus manos, pidiendo el remedio de tus pecados.

Acepta, pues, esta oración y no dejes de rezar diariamente el salmo 50, pues se escribió para estas ocasiones. Dilo

---

[30] Rom. 2, 5-6.
[31] 2 Cor. 12, 21.
[32] Gen. 19, 25.
[33] Ibid. 29.
[34] 2 Cor. 5, 10.
[35] Thren. 2, 13-19.

con lágrimas y sollozos hasta aquel versículo: *No desprecia Dios el corazón contrito y humillado*[36].

44. Además repite este lamento con gran compunción interna de corazón en la presencia de Dios juez: *¿Quién dará agua a mi cabeza y fuentes de lágrimas a mis ojos*[37], para llorar las heridas de mi alma? Los días alegres se han convertido en días de llanto y los cánticos en lamentaciones[38]. Ya no se oyen los sones de los himnos y la alegría de los salmos; a ellos han sucedido el rechinar de dientes y el llanto de los ojos.

Fuí humillada y quedé sin voz; me oculté de los buenos y se renovó mi dolor. Ardió mi corazón dentro del pecho y el fuego se avivará con la meditación. El temor y el pavor han caído sobre mí y las tinieblas me cubrieron[39]. *Un abismo me ha rodeado, y, por fin, mi cabeza se hundió en las hendiduras de los montes*[40].

45. ¡Ay de mí, porque he quedado abrasada como Sodoma y Gomorra![41] ¿Quién se compadecerá de mis cenizas? Pequé aún más que Sodoma; porque aquella ciudad había pecado no conociendo la ley divina, pero yo, habiendo recibido la gracia, pequé contra el Señor.

Si un hombre ofende a otro hombre, ya encontrará un mediador. Yo he pecado contra Dios. ¿Quién querrá ser mi defensor?[42] He concebido el dolor y he dado a luz la iniquidad; he abierto un hoyo, he cavado en él y he caído en la fosa que yo misma abrí. El dolor se precipitó sobre mí y la iniquidad descargó sobre mi cabeza. Tengo mi inmundicia ante los ojos; no me acordé de los novísimos y caí miserablemente[43].

46. No hay nadie que me consuele. ¡Terrible fruto el de la lujuria! Más amargo que la hiel, más cruel que la espada. ¿Cómo me he visto en esta desolación? Caí de repente, he perecido por mi maldad, como saliendo de un sueño; por eso ha sido reducida a la nada mi imagen en la ciudad de Dios[44]. Mi nombre ha sido borrado del libro de la vida; soy rechazada de mi casa y vivo cual pájaro que está solitario en los tejados[45]; no hay nadie que me consuele.

Miro a mi derecha y no hay quien me reconozca. *No hay*

---

[36] Ps. 50, 19.
[37] Ier. 9, 1.
[38] Am. 8, 10.
[39] Ps. 38, 3-4.
[40] Ion. 2, 6.
[41] Gen. 19, 24.
[42] 1 Reg. 2, 25.
[43] Ps. 7, 15 s.
[44] Ps. 72, 19-20.
[45] Ps. 101, 7 s.

salvación para mí y nadie mira por mi vida[46]. Me he convertido en vaso de perdición y he escuchado los vituperios de los que moran a mi alrededor.

¡Ay de aquel día en que mi infeliz madre me engendró y vi la luz del mundo! Mejor me hubiera sido no haber nacido que servir ahora de murmuración a las gentes[47]. Por mí ha venido la confusión a todos los siervos de Dios y a los que dignamente le sirven[48].

47. Lloradme, montes y colinas; lloradme, fuentes y ríos, porque soy hija de llanto. Lloradme, fieras de las selvas, reptiles terrestres, aves del cielo y animales todos que gozáis de vida. Vosotras, fieras y aves, sois felices, pues no tenéis que temer el infierno y no debéis dar cuenta de vuestras acciones después de la muerte. En cambio, en nosotros se ceba el tormento del infierno cruelísimo, porque, teniendo entendimiento, hemos pecado; por eso no existe la paz para los pecadores.

48. Mi pecado, mi iniquidad, no son comparables a las ofensas de los hombres, pues se trata de algo impío. Habiendo prometido guardar virginidad y habiendo profesado en público mantener casto mi cuerpo, he mentido al Señor; de ahí que me falta la confianza para invocar al Dios Altísimo, pues la boca de los pecadores queda amordazada.

El profeta cantó hace ya tiempo mi mal: Porque perecen los que se alejan de Dios. El rechaza de sí toda fornicación[49]. Y añade: *Se me ha quedado pegada la lengua al paladar y me he convertido en polvo de muerte*[50].

49. Sin embargo, clamaré al Señor, pues aun es tiempo mientras me deje; porque con la muerte nada se recuerda y en el infierno no podré hacer mi confesión. *Señor, no me arguyas en tu ira y no me castigues en tu furor. Porque tus saetas se han clavado en mí, y no hay parte sana en mi cuerpo a causa de tu indignación; se me estremecen los huesos cuando considero mis pecados. Porque mis maldades sobrepasan por encima de mi cabeza, y como una carga pesada me tienen agobiado. Enconáronse y corrompiéronse mis llagas a causa de mi necedad. Estoy hecha una miseria y encorvada hasta el suelo; ando todo el día cubierta de tristeza. Mis entrañas se han conturbado en mi interior, me han abandonado las fuerzas y ha desaparecido la luz de mis ojos*[51].

Me has rechazado y destruído, Dios mío; me has hecho

---

[46] Ps. 141, 5.
[47] Ps. 30, 13-14.
[48] Iob 3, 3.
[49] Ps. 72, 27.
[50] Ps. 21, 16.
[51] Ps. 37, 1-9.

sufrir cosas bien duras y me has dado a beber el vino de amargura [52]. He sido arrojada de tu vista; ya no me levantaré para acercarme a tu santo templo, porque estoy borrada de la haz de la tierra.

50. *¿Para qué sirve tu sangre si voy al infierno?* [53] *¿Acaso obrarás maravillas con los muertos o resucitarán los médicos a los ya difuntos?* [54] Palabra y promesa tuya es: *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* [55]. A ti me vuelvo, Dios mío. Tú sólo puedes renovar todas las cosas y vuelves a sacar las almas de lo profundo de los abismos. Tú desatas a los encadenados. Tú, Señor, levantas a los caídos, das luz a los ciegos, resucitas a los muertos [56].

51. *Anduve extraviada como oveja perdida* [57]; busca, Señor, a tu esclava, para que no la devore el lobo carnicero. *Muchos dicen a mi alma: Ya no tiene que esperar de su Dios la salvación* [58]. Pero tú solo conoces tus designios. *¿Cuántos son los días de tu sierva? ¿Cuándo harás justicia de mis perseguidores?* [59]. *Mas no quieras entrar en juicio con tu sierva* [60]. *Desfallece mi alma suspirando por la salvación que viene de ti; se deshicieron en lágrimas mis ojos, se ha disipado sobre la tierra mi gloria* [61].

¿Cuándo, Señor, volverás tus ojos y librarás mi alma? [62] *Me castigaste por mi pecado e hiciste que mi vida se consumiese como araña* [63]. *Acuérdate, Señor, de que soy polvo, acuérdate de mi humillación y mi trabajo y perdona todos mis pecados* [64]. *Afloja un poco conmigo para que pueda respirar antes de que yo parta y deje de existir* [65], porque en el infierno no podré ya confesar mi pecado.

52. Señor, tú que eres poderoso, puedes desgarrar mi hábito de penitencia y vestirme de alegría [66]. Rompe las ligaduras que me atan y sujetan, tú que no despreciaste a la miserable Rahab [67].

Aparta de mí tu ira, ¡oh Señor!, porque pequé cruelmente contra ti, mientras justificas mi causa y me traes de nuevo a la luz. ¡Oh Dios de las virtudes, concédeme el efecto saludable de la penitencia y la perseverancia en mi confesión! Que no me endurezca el engañador de mi alma.

Deseo que me concedas, Dios mío, de tu fuente sempiterna de misericordias este don y esta gracia: que te confiese eternamente a ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

[52] Ps. 59, 3-5.
[53] Ps. 29, 10.
[54] Ps. 87, 11.
[55] Ez. 33, 11.
[56] Ps. 145, 7-8.
[57] Ps. 118, 176.
[58] Ps. 3, 3.
[59] Ps. 118, 84.
[60] Ps. 142, 2.
[61] Ps. 118, 81-83.
[62] Ps. 34, 17.
[63] Ps. 38, 12.
[64] Ps. 24, 18.
[65] Ps. 38, 14.
[66] Ps. 29, 12.
[67] Ios. 6, 17.

SAN JERONIMO

EPISTOLA XXII A LA VIRGEN EUSTOQUIO

SOBRE LA GUARDA DE LA VIRGINIDAD

En singular contraste con el espíritu de mística delicadeza del Obispo milanés se nos muestra la entonación recia y moralizante del doctor dálmata. Al lirismo del encomio poético sucede aquí la prosa del consejo práctico. Por eso ambas plumas, a la par que se complementan, señalan dos polarizaciones diversas en su gesto, ya que no en su contenido, de la ascética virginal. No tenemos nada que añadir a lo dicho en las páginas precedentes sobre este opúsculo, que bajo la apariencia de una carta contiene un verdadero tratado acerca de los medios para conservar indemne la pureza [1]*. Puede afirmarse que esta exhortación, compuesta en Roma el año 384 para una jovencita romana de dieciséis años, la virgen Eustoquio, hija de la viuda patricia Santa Paula, ni ha perdido su actualidad ni ha sido tal vez superada en cuanto al valor de su doctrina o a la aceptación con que fué recibida por las generaciones siguientes.*

Es un epítome de principios generales, como el temor de Dios, la humildad o la penitencia, junto con normas concretas acerca de prácticas particulares, v. gr., la oración, la abstinencia y las visitas; todo ello salpicado con alusiones a los peligros circundantes, a los vicios contemporáneos y a ciertas degeneraciones de la ascética, presentadas con el vigor de su palabra cáustica. He aquí un breve esquema de los capítulos. Después de aludir a las renuncias incluídas en la virginidad y determinar el propósito de su escrito (I-II), recomienda el temor de Dios, exponiendo sus fundamentos (III-VII) y proponiendo algunos medios de defensa contra

[1] Véase el trabajo precedente, p. 2.ª, c. 1, n. 25, y p. 3.ª, nn. 135 y 136. Especialmente recuérdese lo dicho sobre la dureza de ciertas frases jeronimianas empleadas al hablar del matrimonio, frases que van más allá de la idea misma del autor.

las tentaciones, relativos sobre todo al uso del vino y los manjares (VIII-XII). Llama luego la atención de la virgen sobre cierta clase de personas cuyo trato ha de evitar o de buscar, respectivamente, y le recomienda la práctica de la oración, lectura espiritual y recitado de los salmos (XIII-XVIII). Pone ante sus ojos las ventajas de la virginidad sobre el matrimonio (XIX-XXII) y se extiende en sugerirle una serie de medios guardianes de la pureza, como la huída de palabras vanas y adulatorias, el ejercicio del recogimiento y silencio, el cultivo de la humildad (XXIII-XXVII), previniéndola al mismo tiempo contra la piedad engañosa y el veneno de las lecturas profanas, e induciéndola al espíritu de pobreza (XXVIII-XXX). Finalmente, tras una descripción de los diversos géneros de vida ascética (XXXI-XXXVI) y de recalcar de nuevo la continuidad en la oración y la humildad, señala a María como al verdadero modelo y al amor de Dios como al alma vivificadora de las vírgenes, cuyos premios en el cielo superan a todo otro galardón (XXXVII-XLI) [2].

I. Exhortación a la huída del mundo

Escucha, ¡oh hija!, y considera, y presta atento oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre; y el rey se enamorará de tu belleza [3]. Así habla Dios al alma humana en el salmo 44 para que, siguiendo el ejemplo de Abrahán, que abandonó a su tierra y su familia, abandone ella también a los caldeos, nombre que se interpreta como *demonio,* y habite en la región de los vivientes, la cual añora el profeta en otro lugar al decir: *Espero que veré algún día los bienes del Señor en la tierra de los vivientes* [4].

Mas no basta, hija mía, que salgas de tu patria, si no te olvidas de tu pueblo y de la morada de tu padre y, despreciada toda carne, te abrazas con tu Esposo. *No mires atrás,* dijo Dios, *no detengas tu paso en las cercanías; busca tu salvación en la montaña, para que no seas sorprendido* [5]. No conviene echar la vista atrás una vez que se ha empuñado el arado, ni volver del campo a casa, ni bajar a

[2] Posterior a la edición de Wallarsi, reproducida por Migne, PL 22, 394-425, poseemos la edición crítica de I. Hilberg, publicada en CSEL, t. 54, pp. 143-211, a la que nos atenemos en la traducción.
[3] Ps. 44, 11 s.
[4] Ps. 26, 13.
[5] Gen. 19, 17.

tomar otra vestidura después de haberse vestido la de Cristo. ¡Oh gran milagro!, el padre anima valerosamente a su propia hija para que no se acuerde de su padre.

Vosotros sois hijos del diablo, y así queréis satisfacer los deseos de vuestro padre [6], se dice a los judíos; y en otro lugar: *Quien comete pecado es hijo del diablo* [7]. Engendrados en un principio por tal padre, nacemos manchados, y después de haber hecho penitencia, sin haber escalado aún el monte de la virtud, decimos: *Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén* [8].

Salí de la casa de mi infancia, me he olvidado de mi padre y vuelvo a nacer para Cristo; y ¿qué don se me da por esto?; allí mismo sigue la explicación: *Y el rey se enamorará de tu belleza* [9]. Este es aquel gran misterio [10]: *Por cuya causa dejará el hombre a su padre y a su madre, y estará unido a su mujer, y vendrán los dos a ser una carne* [11], no una carne como en la Escritura, sino un mismo espíritu; tu esposo no es arrogante ni soberbio, pues se casó con una etíope [12]. En el instante mismo en que quisieres oír la sabiduría del verdadero Salomón y te acercares a él, te manifestará todas las cosas que aprendió y te introducirá el mismo Rey en su habitación, y entonces, cambiado tu color de manera admirable, se te podrán aplicar exactamente aquellas palabras: ¿Quién es esta que sube completamente blanca? [13]

II. Delimitación de la materia

Todo esto, te aconsejo, Eustoquio, señora mía (pues debo llamar señora a la esposa de mi Señor), para que, nada más que comiences a leer mis líneas, caigas en la cuenta de que no me voy a poner ahora a hacer el panegírico de la virginidad, puesto que ya la has estimado en tu alma como buena, cuando has determinado abrazarla; ni tampoco me voy a poner a enumerar las cargas del matrimonio: cómo va creciendo el seno materno en la concepción, los lloros del niño, las amarguras de los celos, el cuidado solícito de la casa y todas las demás cosas que se consideran como bienes perfectos, cuando la muerte las arrebata.

[6] Io. 8, 44.
[7] Io. 3, 8.
[8] Cant. 1, 4.
[9] Ps. 44, 12.
[10] Cf. Eph. 5, 22.
[11] Gen. 2, 24.
[12] Cf. Num. 12, 1.
[13] Cant. 8, 5.

No pienso hablarte de todas estas cosas, pues también las madres de familia tienen su puesto digno en la sociedad, ya que el matrimonio y una unión casta son cosas que merecen todos mis respetos; sino que te he dicho todo esto para que temas, al abandonar Sodoma, el ejemplo aleccionador de la mujer de Lot. No encontrarás en estas líneas adulación ninguna—pues el adulador es un enemigo lisonjero—, ni tampoco hallarás palabras elegantes, que te coloquen prematuramente entre los ángeles y que, una vez expuesta la dignidad de la virginidad, ponga a todo el mundo bajo tus pies.

III. Temor de Dios originado por la debilidad de nuestra carne

No quisiera que te entrase por esto soberbia, sino un temor santo. Caminas cargada de oro; cuidado con los ladrones. Esta vida es para los mortales como una pista de carreras: luchamos en ella para ser coronados y premiados en otra parte. No hay camino seguro ni tranquilo entre serpientes y escorpiones, pues dice el Señor: *Mi espada se ha embriagado de sangre en las criaturas del cielo* [14]; y ¿tú juzgas que has de tener paz en este mundo, que engendra abrojos y espinas y es devorado por la serpiente infernal?; porque *no es nuestra pelea contra hombres de carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades de este mundo y de estas tinieblas, contra los espíritus malignos esparcidos por los aires* [15]. Estamos cercados por grandes ejércitos de enemigos, todo está lleno de adversarios. Nuestra débil naturaleza, que se ha de convertir en ceniza deleznable, lucha ella sola con muchísimos enemigos.

Mas en el día de la liberación, cuando venga el príncipe de este mundo y no encuentre en ella nada reprobable, entonces oirás segura aquella profecía: *No temerás terrores nocturnos, ni la saeta disparada de día, ni al enemigo que anda entre tinieblas, ni los asaltos del demonio en medio del día. Caerán a tu izquierda mil saetas y diez mil a tu diestra. Mas ninguna te tocará a ti* [16]. Porque si te conturbare la multitud de los vicios y comenzases a fluctuar a cada arremetida de las pasiones y te preguntares a ti misma: *¿Qué es lo que haremos?*, te responderá Eliseo: *No tienes que temer, porque tenemos mucha más gente* nosotros que ellos;

---

[14] Is. 34, 5.
[15] Eph. 6, 12.
[16] Ps. 90, 5-7.

y orarás y dirás: *Señor, abre los ojos* de tu hija *para que vea* [17], y, abiertos tus ojos, verás un carruaje de fuego que te levante hacia los astros como al mismo Elías, y entonces llena de alegría cantarás: *Nuestra alma escapó cual pájaro del lazo de los cazadores; fué roto el lazo y nosotros quedamos libres* [18].

IV. Temor de Dios que deben producirnos los ataques del demonio

Así, mientras estemos envueltos por este cuerpecillo de nada, mientras *nuestro tesoro esté depositado en urnas de frágil arcilla* [19], y nuestro espíritu desee ardientemente cosas contrarias a la carne, no tendremos segura la victoria: *El diablo, nuestro mortal enemigo, anda girando como león rugiente alrededor de nosotros, en busca de presa que devorar* [20]; y David dice: *Tú, Señor, ordenaste las tinieblas, y quedó hecha la noche; en ella transitarán las fieras del bosque; rugen en busca de presa los cachorros de los leones y claman a Dios por el alimento* [21].

Pues el diablo no busca a los infieles ni a los que están fuera de la Iglesia, y cuyos restos puso a hervir en ollas el rey asirio; no, sino que se esfuerza por esquilmar el rebaño de la Iglesia de Cristo; pues, según Habacuc, se provee de exquisitos manjares [22]. Deseó echar a tierra a Job, y, habiendo arruinado al mismo Judas, pidió licencia para zarandear en la criba a los demás apóstoles. No vino el Salvador a traer la paz al mundo, sino la guerra [23].

Cayó el lucero que tanto brillaba por la mañana [24], y el que se crió dulcemente en un paraíso de delicias tuvo que oír aquella voz: *Si tú, cual águila, te remontares a lo alto, dice el Señor, de allí te arrancaré yo* [25].

Tú, que decías en tu corazón: *Escalaré el cielo, sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, semejante seré al Altísimo* [26]. Por eso Dios interpela todos los días a los que descienden por la mística escala de Jacob: *Yo dije: vosotros sois dioses e hijos todos del Altísimo. Pero habéis de morir como hombres y caeréis como cualquiera de los príncipes* [27]. El primero en caer fué el diablo, y estando Dios en la reunión de los dioses de la tierra y juzgándolos sentado en me-

[17] 4 Reg. 6, 15-17.
[18] Ps. 123, 7.
[19] 2 Cor. 4, 7.
[20] 1 Petr. 5, 8.
[21] Ps. 103, 20-21.
[22] Cf. Hab. 1, 16.
[23] Cf. Mt. 10, 34.
[24] Cf. Is. 14, 12.
[25] Abd. 4.
[26] Is. 14, 13 s.
[27] Ps. 81, 6 s.

dio de ellos, resuena la voz del Apóstol, que dice a los que dejan de ser dioses: Habiendo entre vosotros celos y discordias, ¿no es claro que sois carnales y procedéis como hombres? [28]

V. Temor de Dios engendrado por la posibilidad de la caída

Si el apóstol Pablo, vaso de elección y preparado para anunciar el Evangelio de Cristo, trató duramente a su cuerpo por causa del aguijón de la carne y los incentivos de los vicios y lo esclavizó fuertemente: *No fuera que, habiendo predicado a los demás, viniera él a ser reprobado* [29], y echa de ver que hay otra ley en sus miembros, la cual resiste a la ley de su espíritu y lo sujeta a la ley del pecado [30]; si después de haber sufrido desnudez, ayunos, hambre, cárceles, azotes, suplicios de todas clases, vuelto hacia sí exclama: *¡Infeliz de mí! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?* [31], ¿tú piensas que debes estar segura? Ten cuidado, te ruego, no tenga que decirte algún día Dios: *La virgen de Israel ha sido arrojada por tierra y no hay quien la levante* [32].

Pero estoy hablando neciamente. Pudiendo Dios, como puede, todas las cosas, no puede levantar a la virgen caída. Puede, ciertamente, librarla de la pena, pero no puede coronarla como virgen una vez que ha perdido su integridad. Temamos, por tanto, aquella profecía, para que no se cumpla en nosotros: *Desfallecerán las vírgenes buenas* [33]. Observa bien lo que dice: *Desfallecerán las vírgenes buenas,* porque hay también vírgenes malas, pues dice Cristo: *Cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo, ya adulteró en su corazón* [34]. Por tanto, también se pierde la virginidad con el pensamiento. Estas son las vírgenes malas, vírgenes según la carne, no según el espíritu; vírgenes necias, que, no teniendo aceite en sus lámparas, no son admitidas por el Esposo [35].

VI. Gravedad de la caída y precauciones que han de tomarse

Y si aquellas que, siendo vírgenes, por causa de otros pecados son condenadas, ¿qué va a ser de aquellas que de-

---

[28] 1 Cor. 3, 3.
[29] 1 Cor. 9, 27.
[30] Cf. Rom. 7, 23.
[31] Rom. 7, 24.
[32] Am. 5, 2.
[33] Am. 8, 13.
[34] Mt. 5, 28.
[35] Cf. Mt. 25, 1-12.

gradaron con la prostitución los miembros vivos de Cristo y convirtieron el templo del Espíritu Santo en una casa pública? En aquel mismo instante oirán que se las dice: *¡Oh tú, virgen, hija de Babilonia!, desciende y siéntate sobre el polvo, siéntate en el suelo; ya no hay trono para la hija de los caldeos; no te llamarán en adelante tierna y delicada. Aplica tu brazo a la rueda del molino y muele harina, quítate el velo, descubre tus piernas, vadea ríos; se revelará tu ignominia y aparecerán tus vergüenzas* [36].

Y todo esto después de haber gustado del tálamo del Hijo de Dios, después de haber sentido los suaves besos de un tal hermano y Esposo y haber oído lo que en otro tiempo cantaba la profecía: *A tu lado está la reina con vestido bordado de oro y engalanada con varios adornos* [37]. Ahora será despojada de sus vestidos y se publicarán ante sus ojos sus pecados pasados. Se sentará junto a la soledad del río, y, dejada su vasija en el suelo, pondrá zancadilla a cuantos pasen, para hacerlos caer, y será ensuciada hasta lo más alto de su cabeza. Mucho mejor le hubiera sido casarse y andar por los caminos ordinarios de todos que, por pretender grandes cosas, caer en la abyección más infame. Yo te ruego encarecidamente que no conviertas a la pura y fiel Sión en una ciudad infame, no sea que después de haber albergado en su recinto a la Trinidad santa se convierta en un hervor de demonios y establezcan allí su morada las sirenas y los erizos.

Procura que no se te afloje tu faja pectoral, sino que, tan pronto como la tentación te asaltare y un insinuante incendio de placer inunde tu cuerpo con suave calor, clama en alta voz: *El Señor es mi sostén; no temo nada de cuanto pueda hacerme el hombre* [38]. Tan pronto como tu alma empiece a fluctuar entre el vicio y la virtud, di: *¿Por qué estás triste, oh alma mía, y por qué me tienes en esta agitación? Espera en Dios, porque aun cantaré tus alabanzas, como que es el Salvador, que tengo siempre ante mi vista, y mi Dios* [39]. No permitas que crezca en tu alma el mal pensamiento, ni que entre en ti nada de la corrupción de Babilonia, ni turbación alguna. Mata al enemigo cuando todavía es débil, arranca la malicia antes de que nazca.

Oye lo que te dice el salmista: *¡Desventurada ciudad de Babilonia!, afortunado sea aquel que te diere el pago de lo que nos has hecho padecer. Dichoso sea aquel que ha de coger algún día en sus manos a tus chiquitos y estrellarlos contra una peña* [40]. Y puesto que es imposible que el calor

[36] Is. 47, 1-3.
[37] Ps. 44, 10.
[38] Ps. 117, 6.
[39] Ps. 41, 6-7.
[40] Ps. 136, 8-9.

natural de los huesos no dé movimiento a los miembros del cuerpo, así nosotros alabamos y tenemos por dichoso a aquel que, tan pronto como siente el asalto de la tentación en su alma, mata los malos pensamientos y los estrella contra la roca, que es Cristo.

VII. Ejemplos de su propia experiencia

¡Oh cuántas veces me ocurrió a mí, estando en el desierto, en aquella soledad infinita, calcinada por los rayos del sol, que no ofrece a los pobres monjes sino una habitación mísera, pensar que me hallaba en medio de las delicias de Roma! Me sentaba a solas. pues mi corazón estaba lleno de amargor; mis miembros, flacos y secos. envueltos en un pedazo de saco, ponían horror y espanto a quien los veía. Mi piel, morena y curtida, parecía la de un abisinio. Las lágrimas y el llanto eran mi alimento cuotidiano, y si alguna vez, después de haber luchado duramente, me vencía el sueño, mi cama era el duro suelo. De intento no quiero decirte nada de mi alimentación y bebida, pues allí aun los enfermos toman agua fría, y sería como caer en la tentación el tomar algún alimento condimentado.

Y yo, que por huir del infierno me había encerrado en aquella prisión de horror, conviviendo tan sólo con los escorpiones y las fieras, muchas veces creía que estaba danzando en los coros de las doncellas romanas. Mi cuerpo estaba pálido por la maceración, y mi pensamiento, encarcelado en aquel cuerpo sin vida, se abrasaba en deseos pecaminosos. Entonces, privado de todo auxilio, me arrojaba a los pies de Jesús, se los bañaba con mis lágrimas y se los enjugaba con mi cabellera. Y durante semanas enteras dominaba con el ayuno mi carne rebelde. No me avergüenzo de confesar públicamente mi infelicidad; es más, lloro y me quejo de no comportarme ahora como entonces me conduje. Recuerdo perfectamente que mientras clamaba al cielo en busca de auxilio, unía el día con la noche, y no cesaba de afligirme con golpes de pecho hasta que determinaba el Señor que volviera la tranquilidad a mi alma atribulada.

Llegué a temer la soledad de mi celda como cómplice de los malos pensamientos, y por eso, enojado e inflexible conmigo mismo, andaba vagando por los parajes desiertos. Y si en alguna parte encontraba algún valle profundo o montañas erizadas y rocas escarpadas, allí me ponía a orar, pues allí estaba, sin duda, el ergástulo de mi carne miserable; y Dios mismo puede atestiguar en mi favor, que después

de haber derramado abundantes lágrimas, después de haber estado largo rato con los ojos clavados en el cielo, me parecía que estaba entre los ejércitos de los ángeles, y alegre y contento rompía a cantar: *Correremos tras el olor de tus aromas*[41].

VIII. Peligros del vino

Pues si tan grandes trabajos soportan los que, con el cuerpo extenuado, sólo son combatidos por tentaciones de pensamientos, ¿qué no ha de sufrir una joven que vive entre placeres? Sin duda lo que dice el Apóstol: *Viviendo está muerta*[42]. Por tanto, hija mía, si tiene algún peso mi parecer, si debe creerse a uno que ha experimentado todas estas miserias, te aviso y te pido suplicante que, como esposa de Cristo, huyas del vino como del veneno. Esta es la primera arma de combate de los demonios contra la juventud. No es de tanto efecto el empuje de la avaricia, ni hincha tanto la soberbia, ni debilita tanto la ambición. Con facilidad nos privamos de otros vicios; pero a este enemigo le llevamos dentro de nosotros mismos; adondequiera que vayamos llevamos con nosotros al enemigo. El vino y la juventud son un incendio duplicado del placer. ¿Para qué cebamos la llama con aceite? ¿Para qué atizamos con más fuego al cuerpo que está ya inflamado?

El apóstol San Pablo advierte a Timoteo: *No prosigas en beber agua sola, sino usa un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades*[43]. Fíjate bien por qué causa le permite un poco de vino: para calmar el dolor de estómago y su enfermedad inveterada. Y para que nosotros no nos disculpásemos con nuestras enfermedades, le manda que beba un poquito, siendo éste un consejo más propio de médico que de apóstol (aunque el apóstol es también médico espiritual), para que Timoteo, rendido por un trabajo tan ímprobo, no faltase en su deber, tan apremiante, de predicar el Evangelio, pues bien recordaba el Apóstol que en otro sitio había dicho: *En el vino está la lujuria*[44]; y también: *Es conveniente al hombre no beber vino ni comer carne*[45]. Noé bebió vino y se embriagó en aquellos tiempos incultos, y lo primero que hizo fué plantar una viña; quizá no sabía que el vino era capaz de emborrachar.

[41] Cant. 1, 3.
[42] 1 Tim. 5, 6.
[43] 1 Tim. 5, 23.
[44] Eph. 5, 18.
[45] Rom. 14, 21.

Y para que en todas las cosas comprendas el sagrado contenido de la Escritura, pues la palabra de Dios es una piedra preciosa, que puede ser examinada por todas sus caras, después de la borrachera sobrevino la desnudez de sus miembros, y la deshonestidad siguió a la lujuria de la bebida; pues una vez lleno el estómago, vienen todos los vicios. Y como vemos en el Exodo: Comió el pueblo y bebió, *y entonces todos se levantaron a jugar*[46].

Lot, siendo allegado de Dios y salvado por el Señor en el refugio del monte, pues fué el único justo en medio de tantos pueblos, fué emborrachado por sus propias hijas; y aunque pensasen que se había extinguido ya la raza humana y lo hiciesen esto más por deseo de concebir hijos en su seno que por placer vergonzoso, sin embargo comprendían perfectamente que un hombre íntegro como su padre no haría esto estando en sus cabales. Con todo, él no se dió cuenta de lo que hizo, y, aunque no tuviera voluntad en el pecado, el error fué ocasión de su culpa; de aquí nacieron los moabitas y los amonitas, enemigos declarados de Israel, que hasta la décimocuarta generación o más bien nunca jamás entrarán en la Iglesia de Dios[47].

IX. Ejemplos bíblicos de frugalidad

Cuando el profeta Elías, huyendo del furor de la reina Jezabel, se puso a descansar debajo de una encina, vino a él un ángel del cielo, le despertó y le dijo: *Levántate y come;* miró atrás y vió a su cabecera un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua[48]. ¿Es que acaso no podía Dios darle a beber vino añejo y alimentos condimentados exquisitamente con aceite y fuego?

Eliseo invitó a comer a los hijos de los profetas, ofreciéndoles en alimento hierbas del campo, y de pronto oyó un gran clamor de los que empezaban a comer: *La muerte está en la olla, ¡oh varón de Dios!*[49] Mas él no se enfureció con los cocineros, pues no estaba acostumbrado a exquisiteces, sino que, echando harina por encima, quitó todo el amargor, con la misma virtud que Moisés endulzó las aguas de Mara.

Considera también cómo mandó obsequiar a aquellos que habían venido a prenderle, ciegos de cuerpo y de mente,

---

46 Ex. 32, 6.
47 Cf. Deut. 23, 3.
48 3 Reg. 19, 5 6
49 4 Reg. 4, 40.

cuando les mandó a Samaría sin que ellos mismos se dieran cuenta: *Preséntales pan y agua para que coman y beban y se vuelvan a su Señor* [50].

Pudo también el Señor enviar a Daniel, cuando estaba en el lago de los leones, una comida más abundante que la del rey; pero quiso que Habacuc le llevase, según creo, la comida campestre de unos segadores. Por eso fué llamado *Varón de deseos* [51], porque no comió nunca del pan del deseo pecaminoso ni bebió del vino embriagador de la concupiscencia.

X. Condenación de la gula en las Sagradas Letras

Son muchos los lugares de la Sagrada Escritura, diseminados acá y allá, en los que se condena la gula y se aconseja el uso de alimentos vulgares. Pero como no es ahora mi intención disertar acerca del ayuno, ni tampoco es propio de este libro el ir examinando cada punto en particular, básteme el haberte expuesto estas poquitas cosas de las muchas que pudiera haberte dicho.

Por lo demás, tú misma podrás traer más argumentos para todo ello; cómo, por ejemplo, nuestro primer padre Adán, por ser más obediente a su apetito que al mismo Dios, fué arrojado a este valle de miserias, y cómo el mismo Satanás tentó por el hambre al Señor en el desierto, y cómo el Apóstol clamaba: *Las viandas son para el vientre y el vientre para las viandas; mas Dios destruirá a aquél y a éstas* [52]. Y hablando de los lujuriosos dice: *cuyo Dios es el vientre* [53], pues cada uno honra lo que ama. Por eso tenemos que prevenirnos cuidadosamente, para que, ya que la saciedad nos expulsó del paraíso, el ayuno sea el que nos abra de nuevo sus puertas.

XI. La abstinencia, necesaria para ser continente

Y si te quieres disculpar con la nobleza de tu familia y con que por haber sido criada entre cuidados exquisitos y entre plumas no te puedes abstener del vino y de los manjares escogidos ni vivir conforme a estas reglas tan estre-

---

[50] 4 Reg. 6, 22.
[51] Dan. 9, 23.
[52] 1 Cor. 6, 13.
[53] Phil. 3, 19.

chas, te diré: "Vive, pues, a tu arbitrio, ya que no puedes vivir según la ley de Dios". Y no creas que te aconsejo esto porque Dios, Creador y Señor del mundo, se deleite con el ruido de nuestras entrañas vacías, ni con la vaciedad del estómago, ni con el ardor reseco de nuestros pulmones; no, sino porque tu integridad no puede estar a salvo de otra manera.

Oye, si quieres, lo que el santo Job, amigo de Dios y avalado como inocente por el testimonio divino, sospecha acerca del demonio: *Su fortaleza está en sus lomos, su vigor en el ombligo de su vientre* [54]. De este modo alude con nombres metafóricos a las partes vergonzosas del hombre y la mujer. En igual forma se promete a David que ha de ocupar su trono un descendiente salido de sus lomos [55]; se habla de las setenta y cinco almas nacidas del muslo de Jacob, que entraron en Egipto [56]; y se hace notar que cuando a este patriarca después de su lucha con el Señor se le debilitó el muslo, no tuvo ya ningún hijo [57]. Asimismo mandó el Señor que celebrasen la Pascua ceñidos y mortificados sus muslos; y a Job dijo Dios: *Ciñe, pues, tus lomos como un hombre* [58]. Juan se ceñía un vestido de pelo de camello [59]. y también a los apóstoles se mandó que llevasen en sus manos la luz resplandeciente del Evangelio teniendo al mismo tiempo ceñidos sus lomos [60]. Y a Jerusalén, que se halla llena de sangre en el campo del error, se le dice por el profeta Ezequiel: En el día de tu nacimiento *no te cortaron el ombligo* [61]. Por tanto, toda la potencia del diablo contra el hombre está en sus lomos; toda su potencia contra la mujer, en el ombligo.

XII. Ejemplos bíblicos de grandes caídas

¿Quieres cerciorarte de que todo cuanto digo es verdad? Considera atentamente estos ejemplos. Sansón, a pesar de ser más fuerte que un león, más duro que una roca, y que desnudo y sin ninguna ayuda persiguió a miles de soldados armados, perdió todo su vigor entre los abrazos de Dalila [62]; David, elegido por el corazón de Dios y que es-

[54] Iob 40, 11.
[55] Cf. Ps. 131, 11.
[56] Cf. Gen. 46, 27.
[57] Cf. Gen. 32, 25.
[58] Iob 38, 3.
[59] Cf. Mt. 3, 4.
[60] Cf. Eph. 6, 14. y 1 Petr. 1, 13.
[61] Ez. 16, 4.
[62] Cf. Iud. 16, 4-31.

tuvo profetizando continuamente con su inspiración sobrenatural la llegada de Cristo, paseando un día por su terraza fué cautivado por la belleza de Bersabé, y juntó el adulterio con el homicidio (considera de paso que ni aun en tu casa estás segura de no pecar con la mirada). Por eso, David, doliéndose de su pecado, habla al Señor: *Contra ti solo he pecado y he cometido la maldad delante de tus ojos* [63]. Y esto se lo dijo a Dios, porque, siendo rey como era, no podía temer a ningún otro.

Salomón, por cuya boca habló la misma sabiduría, que abarcó en sus tratados desde *el cedro del Líbano hasta la hierba que brota en una pared ruinosa* [64], se apartó del Señor porque puso su corazón en las mujeres, y para que nadie se fiase del parentesco, Amnón se enamoró de su propia hermana Tamar [65].

XIII. Pecados y degradaciones de ciertas falsas vírgenes

Me entristezco al decir cuántas vírgenes caen cada día, a cuántas pierde la Iglesia de su regazo y sobre qué astros de santidad establece su potencia nuestro soberbio enemigo, a cuántas piedras socava para que habite en sus rendijas la culebra de la impureza. Verás por ahí a muchas que enviudan antes de casarse y que encubren con la mentira su conciencia desdichada; y si su concepción y los lloros de sus hijos no lo manifestasen, serían tenidas como santas e inmaculadas, pues caminan con la cabeza bien levantada y con los pies ligeros. Otras se esterilizan con drogas y asesinan a la criatura que están concibiendo. Algunas, al sentir que por su pecado van a ser madres, andan pensando en el aborto por medio del veneno, y muchas veces se matan a sí mismas, marchándose al infierno con la responsabilidad de tres crímenes: por suicidas, por adúlteras de Cristo y por asesinas del que iba a ser su hijo.

Estas mismas son las que suelen decir: *Para los limpios todas las cosas son limpias* [66]. Me basta con mi propia conciencia. Dios se desvela por el corazón limpio, ¿por qué me voy a abstener de los alimentos, habiéndolos creado Dios para nuestro uso? Y si en alguna ocasión quieren parecer alegres y regocijadas, después de haberse llenado de vino, uniendo el sacrilegio a la embriaguez, exclaman:

---

[63] Ps. 50, 6.
[64] 3 Reg. 4, 33.
[65] 2 Reg. 13, 1.
[66] Tit. 1, 15.

"¡De ninguna manera me abstendré de la sangre de Cristo!" Y si ven a alguna triste y descolorida, la llaman miserable, y beata, y maniquea; y con razón, porque ayunar con esa intención es una herejía.

Estas mismas que cuando caminan por las calles atraen tras sí con sus miradas furtivas a todo un regimiento de jovenzuelos, son las que están continuamente oyendo las palabras del profeta: *Presentas el semblante de una mujer prostituída, no has querido tener rubor ninguno* [67]. En su túnica no ponen sino una estrecha franja de púrpura, en su cabeza llevan cintas flojas, de modo que caigan medio sueltos los cabellos; en sus pies un calzado de bajo precio, sobre los hombros revoloteando el velo, las mangas justas y adheridas a los brazos, y el paso desenvuelto, con los movimientos demasiado ligeros de sus piernas. Para algunas, en esto consiste todo el secreto de su virginidad. Tengan las tales sus aduladores para que perezcan miserablemente con el paliativo de la santa virginidad. Por mi parte, yo me alegro de no alabar a esta clase de gente.

XIV. El detestable abuso de los agapetas

Me avergüenzo, ¡oh dolor!, al decir estas cosas tan tristes, pero que son verdaderas: ¿por dónde se ha introducido en la Iglesia la peste de los agapetas? [68] Pero ¿es que sin matrimonio puede haber nombre de esposa? Mejor dicho, ¿cómo se ha introducido este nuevo género de concubinato? Añadiré más: ¿dónde se ha originado esta clase de mujeres públicas para un solo varón? Viven en la misma casa, en la misma habitación; duermen frecuentemente en el mismo lecho, y todavía se atreven a llamarnos suspicaces si es que pensamos algo contra ellos. El hermano abandona a su hermana virgen, la hermana desprecia a su hermano soltero, y, fingiendo que viven castamente, buscan un consuelillo espiritual entre los extraños, de tal manera que viven dentro de casa según la carne. Dios arguye a tales hombres en los Proverbios de Salomón, diciéndoles: *¿Por ventura puede un hombre esconder el fuego en su seno sin que ardan sus vestidos? ¿O andar sobre ascuas sin quemarse las plantas de los pies?* [69]

---

[67] Ier. 3, 3.

[68] Acerca de esta especie de matrimonio místico en que una virgen y un asceta habitaban juntos como hermana y hermano para ayudarse en espíritu, ya hablamos antes (cf. p. 3.ª, c. 3, n. 121).

[69] Prov. 6, 27-28.

XV. Inferioridad de la casada respecto a la virgen

Excluídas y dejadas a un lado las que no quieren ser vírgenes, sino tan sólo parecerlo, me dirijo ahora a ti, que, habiendo sido la primera virgen de la nobleza romana, debes por eso mismo trabajar con más ardor para que no te veas privada de los bienes presentes y de los celestiales. Tú, ciertamente, has caído ya en la cuenta de las molestias e incertidumbres que trae consigo el matrimonio gracias al ejemplo de tu hermana Blesila, mayor en edad que tú, pero menor en ideales, que ha enviudado a los siete meses escasos de su boda. ¡Oh miserable condición de la humana naturaleza, desconocedora del futuro! Perdió la corona de la virginidad y el placer del casamiento, y aunque conserve el segundo grado de la castidad, que es la viudez, sin embargo, ¿qué no sufrirá continuamente al ver que tú, su hermana, posees lo que ella perdió, y que ella ha de recibir menor premio por su continencia, ya que le será más difícil abstenerse del placer que ha experimentado en el matrimonio? Consérvese, sin embargo, tranquila y alegre, pues el ciento y el sesenta por uno proceden de la misma semilla: la castidad.

XVI. Mujeres casadas y viudas cuyo trato ha de evitar la virgen

No quiero que tengas trato con las damas casadas, ni que frecuentes los palacios de los nobles, ni que vayas con frecuencia a visitar lo que en otro tiempo despreciaste cuando determinaste ser virgen. Pues si las mujeres de los jueces y de los que están en posición social elevada suelen tener a honra la dignidad de sus maridos y surge la emulación de preferencia cuando se acude a saludar a la emperatriz, ¿por qué has de injuriar con tu proceder a tu Esposo Cristo? Y siendo esposa de Cristo, ¿te afanas por ir a visitar a la esposa de un hombre? Afánate por tener en este punto una especie de soberbia santa, pues sábete que eres mejor que todas ellas.

Y no sólo quiero que te apartes de la compañía de aquellas que se envanecen por los honores de sus maridos, y que siempre van acompañadas por rebaños tumultuosos de eunucos, y cuyos vestidos están hábilmente bordados con hilos de oro, sino apártate también de las que son viudas por ne-

cesidad, no precisamente porque hubieran debido desear la muerte de sus maridos, sino porque no reciben gustosas la ocasión que se les ofrece de guardar continencia. Ahora, habiéndose cambiado el vestido, no han dejado su antigua ambición y vanidad. Cuando van por la calle, veréis delante de sus literas un gran acompañamiento de eunucos y servidores, y ellas van sonrientes y tan bien arregladas, que se pone uno a pensar que no han perdido a su marido, sino que andan buscando con quién casarse. Sus casas están llenas de aduladores y se celebran en ellas continuos convites. Y los mismos clérigos, que las habían de dar ejemplo y atemorizar con su presencia, se adelantan a dar el ósculo de paz a sus protectoras, y muchas veces extienden sus manos para recibir el premio de sus adulaciones, aunque pienses por tu ignorancia que hacen esto para bendecirlas. Y mientras tanto, ellas, que ven cómo hasta los sacerdotes necesitan de su ayuda, se ensoberbecen y, porque han experimentado el yugo del matrimonio, prefieren la libertad de la viudez y se llaman a sí mismas castas y religiosas, y después de opíparas cenas sueñan con visiones de apóstoles.

XVII. Compañeras y virtudes propias de la virgen

Ten por compañeras a aquellas que veas ayunar con frecuencia, y cuyos rostros aparecen pálidos por la abstinencia; que están experimentadas en virtud y que exclaman todos los días en su corazón: *¿Dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar el mediodía?* [70]; a aquellas que dicen con afecto sincero: *Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo* [71].

Sujétate a tus padres; imita a tu Esposo. Sal pocas veces de casa; busca a los mártires en el retiro silencioso de tu aposento. Nunca te faltará excusa para salir si sales siempre que te parezca necesario. Ten moderación en la comida y no te llenes nunca demasiado. Hay muchas que, aunque no beben vino, se exceden en el uso de los alimentos. Cuando te levantes a media noche a orar, más vale que te moleste la inanición de tu estómago que su pesadez.

Lee con frecuencia, y cuantas más cosas aprendas mejor; y si te viene el sueño cuando tengas entre tus manos la Escritura, que las líneas inspiradas sostengan dulcemente tu cabeza, fatigada por el sueño.

Ayuna todos los días y que tus comidas sean sobrias. No

[70] Cant. 1, 6.
[71] Phil. 1, 23.

aprovecha el estar dos o tres días con el estómago vacío si después lo atiborras con alimentos, si se compensa el ayuno con la saciedad. El entendimiento se entorpece inmediatamente con la hartura, pues si se riega con exceso la tierra, produce cardos de pasiones.

Si alguna vez notas que el hombre exterior suspira por la expansión de la juventud y que, habiendo comido, te asalta en el lecho una verdadera procesión de deseos pecaminosos, ármate con el escudo de la fe, en el cual se apagan las saetas encendidas del diablo: *Todos los adúlteros son como horno encendido* [72]. Y tú, compañera de Cristo, que estás alerta a sus palabras, di: *¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?* [73] Y aquellas otras: *Ardiente es en extremo tu palabra, y está tu siervo enamorado de ella* [74].

Es muy difícil que el alma humana no ame cosa alguna, y al mismo tiempo es de todo punto inevitable que nuestra mente no se deje arrastrar por unos u otros afectos. Pero el amor carnal se vence con el espiritual; un deseo se extingue con otro deseo. Cuanto más disminuye el uno, tanto más aumenta el otro.

Repite continuamente: *En mi lecho eché de menos por la noche al que ama mi alma* [75]. Dice el apóstol San Pablo: *Mortificad, pues, vuestros miembros sobre la tierra* [76]. Y él mismo exclamaba después con gran confianza: *Más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí* [77]. El, que mortificó sus miembros y andaba por este mundo como una sombra, no tuvo reparo en decir: *Porque me he quedado como un odre puesto a la escarcha* [78]*;* pues cuanto había en mí de sensuales deseos lo he quemado, y *mis rodillas se han debilitado por el ayuno* [79], *y hasta de comer mi pan me he olvidado. De puro gritar y gemir me he quedado con sola la piel pegada a los huesos* [80].

XVIII. Necesidad de la oración continua

Sé como una cigarra en la noche. Todas las noches baña tu lecho con lágrimas; inunda con ellas el lugar de tu descanso [81]. Pasa insomne las noches y vive cual pájaro que está solitario en el tejado [82]. Canta con tu espíritu y con

[72] Os. 7, 4.
[73] Lc. 24, 32.
[74] Ps. 118, 140.
[75] Cant. 3, 1.
[76] Col. 3, 5.
[77] Gal. 2, 20.
[78] Ps. 118, 83.
[79] Ps. 108, 24.
[80] Ps. 101, 5-6.
[81] Cf. Ps. 6, 7.
[82] Cf. Ps. 101, 8.

toda tu mente: *Bendice al Señor, alma mía, y guárdate de olvidar ninguno de los beneficios de quien perdona todas tus maldades, de quien sana todas tus dolencias, y salva tu vida de la corrupción* [83].

¿Quién de nosotros puede decir con todo el corazón: *Porque tomo como alimento la ceniza y mis lágrimas se mezclan con mi bebida?* [84] ¿Es que acaso no hay que llorar y gemir amargamente, cuando nos incita una y otra vez la serpiente infernal a comer manjares prohibidos; cuando pretende revestirme, después de arrojado del paraíso de la virginidad, con aquellas túnicas de piel que Elías arrojó a tierra al retornar al paraíso? ¿Qué me importa a mí el placer, que perece instantáneamente? ¿Qué tengo que ver yo con este dulce y mortal canto de sirenas?

No quisiera que cayese sobre ti la misma sentencia que cayó sobre la humanidad condenada en el paraíso: *Con dolor y angustias parirás los hijos, mujer* (ésta no es mi ley), *y estarás bajo la potestad de tu marido* [85]. Esté sujeta a su marido la que no es esposa de Cristo; ése es precisamente el fin del matrimonio: *Infaliblemente morirás* [86]. Mis intenciones prescinden hasta del sexo. Tengan las bodas sus tiempos y sus títulos. Para mí la virginidad es una consagración en María y en Cristo.

XIX. Licitud del matrimonio y preeminencia de la virginidad

Y alguno me dirá: "¿Te atreves a censurar el matrimonio, que ha sido bendecido por el Señor?" No es censurar el matrimonio el posponerlo a la virginidad. Nadie compara el bien con el mal. Alégrense en buen hora las casadas, pues tienen el segundo lugar después de las vírgenes en el reino de Dios. *Creced y multiplicaos y llenad la tierra* [87]; crezca y se multiplique el que ha de llenar la tierra; tu descendencia está en los cielos. *Creced y multiplicaos:* este mandato del Señor se cumplió después que fueron expulsados del paraíso y que reconocieron su desnudez y se cubrieron con hojas de higuera, que anunciaban los incentivos del matrimonio. Se casa y toma esposa el que come el pan con el sudor de su frente, para quien la tierra engendra cardos y espinas y

[83] Ps. 102, 2-4.
[84] Ps. 101, 10.
[85] Gen. 3, 16.
[86] Gen. 2, 17.
[87] Gen. 1, 28.

cuya simiente se ahoga entre la maleza; mi semilla de virginidad es tan fecunda que da el ciento por uno.

No todos entienden la palabra de Dios, sino aquellos a quienes es concedido [88]. Hay quienes son inhábiles para el matrimonio por naturaleza; yo soy virgen por mi voluntad. *Hay tiempo de abrazar y tiempo de apartarse de los abrazos, tiempo de arrojar piedras y tiempo de recogerlas* [89]. Después que nacieron hijos de Abrahán, de la esterilidad de las naciones comenzaron los sillares de santidad a rodar sobre la tierra [90]. Porque las tormentas de este mundo pasan, y son agitadas en el carro de Dios por la velocidad de sus ruedas. Cosan de nuevo sus vestiduras los que perdieron la túnica inconsútil que les fué dada por el cielo y se alegraron con los lloros de los niños en el instante de su nacimiento, llorosos precisamente por haber nacido. Eva fué virgen en el paraíso, y después de que se vistió con pieles comenzó a vivir en estado de matrimonio.

Tu patria es el paraíso. Guarda la virginidad con que naciste y di: *Vuelve, ¡oh alma mía!, a tu descanso* [91]. Y para que comprendas que la virginidad es propia de la naturaleza y el matrimonio vino después del pecado, mira cómo la carne por naturaleza es virgen, y por el matrimonio devuelve en su fruto lo que perdió en la raíz. *Saldrá un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz se elevará una flor* [92]. El renuevo es la Madre del Señor, sencilla, pura, sin conmistión alguna y fecunda, a semejanza de Dios, por la unión con El. De este renuevo ha nacido la flor, Cristo, que dice: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles* [93].

En otro lugar se dice que es piedra arrancada del monte sin esfuerzo de manos, significando esta profecía que el Hijo Virgen había de nacer de una virgen [94]. Las manos se toman aquí en el significado de matrimonio, como en aquel otro lugar: *Mi esposo pondrá su mano izquierda debajo de mi cabeza y con su diestra me abrazará* [95]. Y tomado en este sentido, concuerda también con esto la Sagrada Escritura cuando dice que son inmundos aquellos animales que fueron introducidos por parejas en el arca de Noé (el número impar es tenido por limpio y puro) [96].

A Moisés y a Josué les mandó entrar con los pies descalzos en la tierra de promisión [97], y los discípulos del mismo Cristo son enviados a la predicación del Evangelio sin carga de calzados ni vestiduras de pieles [98]; y los soldados,

---

[88] Mt. 19, 11.
[89] Eccl. 3, 5.
[90] Cf. Zach. 9, 16.
[91] Ps. 114, 7.
[92] Is. 11, 1.
[93] Cant. 2, 1.
[94] Cf. Dan. 2, 34.
[95] Cant. 2, 6.
[96] Cf. Gen. 7, 2.
[97] Cf. Ex. 3, 5, y Ios. 5, 16.
[98] Cf. Mt. 10, 10 s.

habiéndose echado a suertes las vestiduras de Jesús, no pudieron llevarse las sandalias del Señor, pues no podía tener el Señor lo que había prohibido a sus siervos.

XX. La virginidad es estado excelente y libre

Alabo, sin embargo, las bodas y el matrimonio en cuanto que de ellas nacen las vírgenes; y cojo las rosas de entre las espinas, el oro de la tierra, la perla preciosa de la concha. ¿Acaso el que ara arará todo el día? ¿No tendrá tiempo de gozar de los frutos de su trabajo? Honramos mucho más el matrimonio cuando amamos más lo que de él nace.

¿Por qué miras, madre, con malos ojos a tu hija? Ha sido alimentada con tu leche, ha nacido de tus propias entrañas, descansó en tu seno, tú misma con solícita piedad la guardaste, y ¿te indignas porque no ha querido ser esposa de un soldado, sino del mismo Rey? Te ha hecho un gran beneficio, pues has comenzado a ser suegra del mismo Dios.

En orden a las vírgenes, dice el Apóstol, *precepto del Señor no tengo* [99]. ¿Por qué? Pues porque él no fué virgen por mandato de nadie, sino por su propia voluntad. Ni tampoco tenemos que hacer caso de los que suponen que el Apóstol estuvo casado, porque hablando de la continencia, persuadiendo a guardar perpetua castidad, dijo: *Quisiera que fueseis todos como yo mismo* [100]; y añade un poco más abajo: *Digo, pues, a las personas no casadas y viudas: bueno es si así permanecen como permanezco yo;* y en otro lugar: *¿Por ventura no tenemos también facultad de llevar en los viajes a alguna mujer, como lo hacen los demás apóstoles?* [101] Y entonces ¿por qué no tiene el Apóstol mandato del Señor de guardar virginidad? Porque tiene mayor mérito y premio el ofrecer lo que no estamos obligados; porque, si se hubiese mandado a todos guardar la virginidad, daría la sensación de que se había suprimido el matrimonio y sería una cosa durísima el presionar a la naturaleza y forzar a los hombres a vivir como los ángeles, pareciendo en cierto modo atentar contra lo determinado por la creación.

---

[99] 1 Cor. 7, 25.
[100] 1 Cor. 7, 7.
[101] 1 Cor. 9, 5.

XXI. En el Antiguo Testamento era una bendición la descendencia; en el Nuevo, la virginidad

Muy distinta fué la felicidad en la Vieja Ley: *Bienaventurado el que tiene descendencia en Sión y hogar en Jerusalén* [102]. Era maldita la estéril porque no daba a luz hijos [103], y *alrededor de tu mesa estarán tus hijos como renuevos de olivo* [104]. También había otra promesa de riquezas, y otra que decía: *No habrá ningún enfermo en todas tus tribus* [105]. Pero ahora, en la Ley Nueva, se dice a las vírgenes: "No te creas tronco estéril, pues tienes un tronco eterno en el cielo en vez de los hijos e hijas que pudieras tener en este mundo" [106]. Ahora los pobres son bendecidos por todos, y el pobre Lázaro es antepuesto al rico elegantemente vestido de púrpura. Ahora el enfermo es el más fuerte.

Antiguamente el mundo estaba vacío, y, para dejar el lenguaje figurado, te diré que tan sólo se bendecía la abundancia de hijos. Por eso Abrahán, siendo ya viejo, se unió con Cetura; Jacob obtuvo su facultad matrimonial gracias a unas mandrágoras, y la hermosa Raquel, que figuraba a la Iglesia, se lamentaba amargamente por su esterilidad [107].

Pero, una vez que hubo crecido lo suficiente la semilla de la naturaleza humana, fué enviado un segador. Y Elías el profeta fué virgen; lo mismo Eliseo y muchos hijos de profetas. Y a Jeremías le dijo el Señor: *No tomarás mujer* [108]. Al que había sido santificado en el vientre de su madre, estando ya próxima la cautividad de su pueblo, se le prohibe tomar mujer. Con otras palabras recomienda esto mismo el Apóstol: *Juzgo, pues, que esto es ventajoso a causa de las miserias de la vida presente: que es, digo, ventajoso al hombre no casarse* [109]. ¿Qué miserias son estas que le arrebatan al hombre los lícitos goces del matrimonio? *El tiempo es corto; y, así, lo que importa es que los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen* [110]. Cerca, muy cerca está Nabucodonosor. *Ha salido el león de su guarida* [111].

102 Is. 21, 9, según la versión de los Setenta.
103 Cf. 1 Reg. 1, 6.
104 Ps. 127, 3.
105 Ps. 104, 37.
106 Is. 56, 3-5.
107 Cf. Gen. 25, 1; 30, 14-16; 30, 1.
108 Ier. 16, 2.
109 1 Cor. 7, 26.
110 Ibid. 29.
111 Ier. 4, 7.

¿Qué me importa a mí el matrimonio que me pone bajo la servidumbre de un Rey tan soberbio? ¿Para qué quiero tener hijos, que hacen llorar al profeta, cuando dice: *Al niño de pecho se le pegaba la lengua al paladar por la sed; pedían pan los parvulitos, y no había quien se lo repartiese?* [112] Por lo tanto, como ya te he advertido antes, este bien tan grande de la continencia se hallaba en los hombres, aunque Eva seguía dando a luz a sus hijos en medio de dolores; pero después que una virgen concibió en su seno y nos dió a luz un niño: *El cual lleva sobre sus hombros el principado* [113], Dios fuerte, Padre del siglo futuro, fué arrancada la antigua maldición. La muerte nos vino por Eva, la vida por María. Por esto el don de la virginidad se ha extendido con más profusión entre las mujeres, porque tuvo su origen en una de ellas.

Tan pronto como el Hijo de Dios entró en el mundo, estableció para su servicio una nueva familia, para que quien era adorado por los ángeles en el cielo, tuviese también ángeles en la misma tierra. Entonces fué cuando la casta Judit decapitó a Holofernes; entonces también cuando Amán, cuyo nombre significa *iniquidad,* fué abrasado con el fuego que él mismo encendió; entonces Santiago y Juan, abandonando a su padre, las redes y la nave, siguieron al Salvador, dejando a un lado el afecto de la sangre, los lazos de este mundo y el cuidado de la casa; entonces se oyó por primera vez: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame* [114].

Ningún soldado marcha a la batalla acompañado por su mujer. Tampoco se da permiso al discípulo que quiere ir a sepultar a su padre [115]. *Las raposas tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza* [116]. No te acongojes si tienes que vivir estrechamente: *El que no tiene mujer anda solícito por las cosas del Señor, por el modo de agradar a Dios. Al contrario, el que tiene mujer anda afanado en las cosas del mundo y en cómo ha de agradar a la mujer. Divididas están la mujer y la virgen; la no casada piensa en las cosas de Dios, para ser santa en cuerpo y alma. Mas la casada piensa en las del mundo y en cómo ha de agradar al marido* [117].

---

[112] Thren. 4, 4.
[113] Is. 9, 6.
[114] Mt. 16, 24.
[115] Cf. Mt. 8, 21.
[116] Mt. 8, 20.
[117] 1 Cor. 7. 32-34.

XXII. Molestias del matrimonio

En el libro que publiqué contra Elvidio acerca de la virginidad perpetua de la Virgen María, creo que puse bien a las claras las molestias del matrimonio y todos los desvelos que en sí lleva. Sería ahora muy largo el volver a repetir todas aquellas cosas, y, si alguno lo desea, puede beber hasta hartarse en aquella fuentecilla. Pero, para que no parezca que dejo esto completamente a un lado, quiero decirte solamente que ya que el Apóstol nos manda orar sin interrupción, y el que se casa no puede orar siempre, se sigue que o nos conservamos vírgenes para orar o dejamos de orar para cumplir con las obligaciones del estado de matrimonio. *Si una doncella se casa, no peca; pero estos tales sufrirán en su carne aflicciones y trabajos* [118].

Al comenzar este tratadito dije que no iba a enumerar los trabajos del matrimonio, que los había de exponer tan sólo de paso, y lo mismo te advierto ahora. Pero si te agrada saber de qué molestias está libre una virgen y a qué sufrimientos está expuesta una mujer casada, lee lo que Tertuliano escribió acerca de la virginidad a un amigo filósofo, y el libro egregio de San Cipriano, y lo que el Papa San Dámaso compuso en verso y en prosa acerca de esta materia, y los opúsculos que escribió hace muy poco tiempo nuestro amado Ambrosio a su hermana, en los que habló con tanta elocuencia, que buscó con cuidado y ordenó y parafraseó cuantas cosas pertenecen a la alabanza de las vírgenes.

XXIII. El cuerpo casto es un vaso consagrado a Dios

Yo pienso tirar por otro camino; pues no solamente alabo con palabras la virginidad, sino que de hecho la guardo; ni basta conocer lo bueno, sino que es necesario conservar con precaución lo que hemos elegido como bueno; aquello pertenece al juicio y discernimiento, esto al esfuerzo y trabajo; aquello es común a muchos, esto a muy pocos. Dice el Señor: *Quien perseverare hasta el fin, éste se salvará* [119], *y muchos son los llamados, pero pocos los escogidos* [120].

Por esto te suplico encarecidamente ante Dios y Jesu-

[118] 1 Cor. 7, 28.
[119] Mt. 10, 22; 24, 13.
[120] Mt. 20, 16; 22, 14.

cristo que no muestres con facilidad al vulgo los vasos sagrados del templo, que sólo pueden ver los sacerdotes; que ningún profano vea el sagrario de Dios Santo. Ocías murió de muerte repentina nada más tocar el arca, pues no le estaba permitido. No ha habido vasos de oro y plata tan queridos de Dios como el templo de un cuerpo casto. Todo aquello era sombra; esto es realidad. Tú hablas con sencillez y eres tan amable que no desechas a los extraños; pero los ojos impuros miran de distinta manera que los puros, pues no consideran la belleza del alma, sino la del cuerpo.

Ezequías mostró a los asirios el tesoro de Dios, y ellos contemplaron lo que deseaban poseer. Por eso, después de haber castigado a toda la Judea con frecuentes guerras, lo primero que robaron fueron los vasos del Señor; se los llevaron a su patria, y allí, entre banquetes y multitud de mujeres infames, el rey Baltasar bebió en los vasos santos, pues es prurito de los viciosos el profanar lo santo y lo puro.

XXIV. La virgen debe huir las palabras de adulación y los negocios temporales

No escuches palabras malas. Muchas veces, cuando se habla de cosas indecentes, la mente siente el aguijón de la concupiscencia. Si tú, virgen como eres, escuchas todo lo que se dice y te ríes a cada paso de las cosas graciosas, se alabará cuanto dijeres y se negará cuanto negares; te llamarán chistosa y santa y dirán que eres abierta y sencilla, comentando: "He aquí una verdadera esclava de Cristo, toda ella pureza y sencillez: no como aquella otra, arisca, torpe, mal educada, terrible, y que probablemente no se ha casado por no haber podido encontrar marido". Fácilmente nos dejamos llevar por la mala inclinación de nuestra naturaleza; escuchamos con agrado a nuestros aduladores, y aunque respondamos que somos indignos y nos ruboricemos, sin embargo, el alma, por dentro, se está alegrando con la alabanza.

La esposa de Cristo es el arca del Testamento, dorada por fuera y por dentro; es custodia de la Ley del Señor. Y así como en el arca no había otra cosa sino las tablas de la Ley, así no debe haber dentro de ti ningún pensamiento vano. El Señor quiere estar sentado sobre este propiciatorio como sobre un querubín.

Envía el Señor a sus discípulos para que te descarguen de todos los trabajos de este mundo, pues quiere usar de ti como usó del pollino en el Evangelio; quiere también que le sigas al desierto y abandones todo como Moisés, para que entres en la tierra de promisión. Que nadie te lo prohi-

ba, ni tu madre, ni tu hermana, ni tu pariente, ni tu hermano. El Señor tiene necesidad de ti. Y si quisieren impedírtelo, teman las plagas que cayeron sobre Faraón, que tuvo que sufrir todo lo que se cuenta en la Sagrada Escritura, pues no quería dejar marchar al pueblo de Dios.

Jesucristo, cuando entró en el templo, arrojó de allí todas las cosas que no eran dignas del templo. Pues Dios es celoso de su gloria y no quiere que conviertan la casa de su Padre en una guarida de ladrones. De ordinario, donde se maneja dinero, donde hay expuestas jaulas de palomas que se venden, y se hace caso omiso de la sencillez, donde arde en el pecho virgen el ansia de los negocios temporales, en el mismo instante el velo del templo se rasga de arriba a abajo. El Esposo se levanta lleno de ira y dice: *He aquí que vuestra casa va a quedar desierta* [121].

Lee el Evangelio y considera atentamente cómo María, que estaba absorta a los pies del Señor, es preferida con mucho a la solicitud cuidadosa de Marta. Y eso que Marta estaba preparando con su cuidado y solicitud acostumbrada el banquete al Señor y a sus discípulos: *Marta, Marta, tú te afanas y acongojas distraída en muchas cosas, y a la verdad que una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, de que jamás será privada* [122]. Sé tú como María: prefiere más la doctrina que los manjares.

Deja a tus hermanas que vayan de una parte a otra y busquen el mejor acomodo para Cristo; tú, dejada de una vez la carga de este mundo, siéntate a los pies del Señor y di: *He aquí que he encontrado al que buscaba mi alma; asíle y ya no le soltaré* [123], para que El te responda: Una sola es la paloma mía, *mi perfecta, la única para su madre, la escogida de la que la dió a luz* [124], es a saber, la celestial Jerusalén.

XXV. Exhortación al recogimiento

Estáte siempre recogida en el silencio de tu habitación, para que tu Esposo se recree en el interior de tu casa contigo; cuando oras, hablas con tu Esposo; cuando lees, entonces es El quien te habla a ti; y si alguna vez te duermes, vendrá El por detrás de la pared, introducirá su mano y, tocándote en las entrañas, te despertarás diciendo: *He sido herida por el amor* [125]; y entonces le oirás decir de nuevo:

[121] Mt. 23, 38.
[122] Lc. 10, 41 s.
[123] Cant. 3, 4.
[124] Cant. 6, 8.
[125] Cant. 5, 8.

Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa, huerto cerrado, fuente sellada [126].

Pon mucho cuidado en no salir de casa, ni te desveles por ver a las vírgenes extranjeras, aunque seas hermana de los patriarcas e hija del mismo Israel. Dina fué afrentada por salir de casa. No quiero que vayas en busca de tu Esposo por las plazas ni que recorras los rincones de la ciudad, aunque digas disculpándote: *Me levantaré y daré vueltas por la ciudad, y buscaré por las calles y plazas al amado de mi alma* [127], y vayas interrogando a todo el mundo: *¿No habéis visto al amado de mi alma?* [128] Nadie se dignará responderte. Tu Esposo no puede ser hallado en las plazas. *Angosta y estrecha es la senda que conduce a la vida* [129].

Finalmente, sigue diciendo la esposa: *Le busqué, mas no le hallé; le llamé a voces y no me respondió* [130]. ¡Ojalá se redujera tu desgracia a no haberle hallado! Pues serás herida, y te desnudarán y te lamentarás sollozando: *Encontráronme las patrullas que rondan la ciudad, me hirieron y me lastimaron, y me quitaron mi manto* [131]. Pues si por salir imprudentemente de casa sufre tanto la que decía: *Dormía yo y estaba mi corazón velando* [132], y *ramo de mirra es mi amado para mí, descansará sobre mi pecho* [133], ¿qué no nos ocurrirá a nosotras, que somos todavía unas jovencitas, puesto que al entrar la esposa con su esposo nos quedamos fuera del convite?

Jesús es celoso; no quiere que otros vean tu rostro; y aunque te excuses y te disculpes diciendo: "Cubrí mi rostro con un velo espeso, y entonces salí a buscarte y te dije: *¡Oh tú, el querido de mi alma!, dime dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar el mediodía, para que no tenga yo que ir como una encubierta tras los rebaños de tus compañeros"*, se indignará y te dirá lleno de tristeza: *Si no te conocieres a ti misma, la más hermosa de las mujeres, sal detrás de las huellas de los rebaños y apacienta tus cabritos en las tiendas de los pastores* [134]; y todavía te añadirá: "Aunque seas hermosa y tu esposo ame tu hermosura, si no conoces tu valor y guardas tu corazón con estrecha vigilancia, si no huyes de las miradas de los jóvenes, tendrás que salir de mi compañía y apacentarás los cabritos, que en el último día se colocarán a mi izquierda".

---

[126] Cant. 4, 12.
[127] Cant. 3, 2.
[128] Cant. 3, 3.
[129] Mt. 7, 14.
[130] Cant. 5, 6.
[131] Cant. 5, 7.
[132] Cant. 5, 2.
[133] Cant. 1, 13.
[134] Cant. 1, 7-8.

XXVI. El corazón de la virgen sólo debe abrirse para dar entrada a Cristo

Por tanto, Eustoquio, hija mía, señora, compañera, hermana, pues puedo darte estos nombres por tu edad, por tus méritos, por la religión que profesas y, en fin, por el amor que te tengo, escucha las palabras de Isaías: *Pueblo mío, entra en tus aposentos; cierra las puertas tras ti; escóndete por un momento hasta que pase la indignación del Señor* [135].

Deja que anden errando por fuera las vírgenes necias; tú estáte dentro en compañía de tu Esposo, porque, si cierras la puerta y, según el precepto del Evangelio, oras en secreto a tu Padre, vendrá, llamará a tu puerta y te dirá: *He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno escuchare mi voz y me abriere la puerta, entraré a él y con él cenaré y él conmigo* [136]. Y tú, solícita, responderás al punto: *He aquí la voz de mi Amado, que llama: Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi inmaculada* [137]. Y no tienes razón para responder: *Ya me despojé de mi túnica, ¿me la he de volver a poner? Lavé mis pies, ¿me los he de volver a ensuciar?* [138] Levántate inmediatamente y ábrele, no sea que pase de largo por causa de tu descuido y después te quejes diciendo: *Abrí yo mi puerta a mi Amado, pero él se había ya marchado* [139]. ¿Por qué han de estar las puertas de tu corazón cerradas a tu esposo? Abrelas a Cristo; ciérraselas al demonio, según aquello de la Sagrada Escritura: *Si el ánimo del que manda se levantare contra ti, no abandones tu puesto* [140].

Daniel, estando en lo más alto de su casa, pues no podía estar en la parte baja, tenía abiertas las ventanas que miraban a Jerusalén. Tú también ten las ventanas abiertas, pero hacia la parte por la que pueda entrar la luz y por la que puedas contemplar la ciudad santa de Dios. No abras aquellas ventanas de las cuales se dice: *La muerte ha subido por vuestras ventanas* [141].

XXVII. Precaución contra la vanagloria de las buenas obras y la falsa humildad

Tienes que tener mucho cuidado de evitar con cautela que no te arrebate el ardor de la vanagloria. *¿Cómo es po-*

---

[135] Is. 26, 20.
[136] Apoc. 3, 20.
[137] Cant. 5, 2.
[138] Cant. 5, 3.
[139] Cant. 5, 6.
[140] Eccl. 10, 4
[141] Ier. 9, 21.

sible, dice Jesús, *que creáis, vosotros que andáis mendigando alabanzas unos de otros?* [142] Mira que mal tan grande es éste que quien lo tenga no puede tener fe. Mejor es que digamos: *Porque tú, ¡oh Señor!, eres mi gloria* [143], y *el que se glorie, gloríese en el Señor* [144], y *si todavía siguiese complaciendo a los hombres, no sería siervo de Cristo* [145], y *a mí líbreme Dios de gloriarme sino en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo* [146]; y aquello otro: *En Dios nos gloriaremos todo el día y en el Señor se gloriará mi alma* [147].

Cuando des limosna, procura que sólo lo vea el Señor; cuando ayunes muestra tu rostro sonriente. Pon cuidado en que tu vestido no esté exquisitamente compuesto, pero que tampoco esté manchado, y procura que no llame la atención, para que no se te quede mirando la gente al pasar y te señalen con el dedo. Si se muere un hermano, es ciertamente necesario acompañar al cuerpo del difunto; pero ten cuidado, no sea que, haciendo eso muchas veces, tú misma encuentres la muerte.

Ni quieras parecer más piadosa o más humilde de lo que conviene, para que no busques la honra huyendo precisamente de ella. Pues muchas quieren ocultar su pobreza, sus ayunos y su misericordia huyendo de agradar a la gente, y en ello mismo buscan agradar. Es una cosa que admira el que se desee la alabanza al mismo tiempo que uno la está evitando. Encuentro a muchos a quienes no hacen mella las demás perturbaciones, con las cuales se alegra, enferma, se anima y teme el corazón del hombre; pero son muy pocos los que huyen de la vanagloria, y ciertamente es el mejor aquel que, cual en cuerpo hermoso, no presenta sino algún que otro lunar [148].

Tampoco te amonesto ahora para que no te glories de tus riquezas ni de la nobleza de tu linaje, o para que no te encumbres sobre los demás; conozco tu humildad y sé que dices con todo tu corazón: *¡Oh Señor!, no se ha engreído mi corazón ni mis ojos se han mostrado altivos* [149]. Tengo por cierto que ni tú ni tu madre habéis caído en pecado de soberbia, por la que el diablo fué derribado de su

[142] Io. 5, 44.
[143] Ps. 3, 4.
[144] 1 Cor. 10, 17.
[145] Gal. 1, 10.
[146] Gal. 6, 14.
[147] Ps. 43, 9, y 33, 3.
[148] Reminiscencia de Horacio, *Sátiras*, lib. I, sát. 6, 66-67: BCL, t. XXX, p. 75.
[149] Ps. 130, 1.

trono. Por eso desistí de escribirte acerca de la soberbia, pues es una necedad estar enseñando a otro lo que ya sabe. Pero ten cuidado de que no te nazca soberbia de esto mismo que te estoy diciendo, o de que te venga jactancia vana por haber despreciado la soberbia del mundo, o de que te invada interiormente algún pensamiento de estima propia. Ya que no quisiste agradar con vestidos tejidos en oro, no te esfuerces ahora por adquirir honra con los vestidos pobres.

Cuando te reúnas con tus hermanos o hermanas, no te sientes en el sitio más bajo, llamándote a ti misma indigna de estar en otro lugar más alto; ni bajes a propósito la voz, como si estuvieses extenuada por los ayunos; ni camines cual desfallecida, apoyándote en los hombros de las otras. Hay también algunas que enflaquecen sus rostros para que los demás crean que ayunan; éstas, tan pronto como ven a alguien, lloran, dejan caer los párpados y, cubriéndose su cara con el manto, tan sólo dejan libre un ojo para poder mirar. Su vestido es negro; su ceñidor, de ruda arpillera, y teniendo sucios los pies y las manos, solamente tiene el vientre lleno de alimento, porque esto no lo pueden ver los demás. Contra éstas se canta todos los días lo que dice el Salmo: *Dios dispersó los huesos de los hombres que se agradan a sí mismos* [150].

Hay otras que se ponen vestidos de hombre, y, cambiadas así las vestiduras, se avergüenzan de haber nacido mujeres; se cortan el cabello y levantan sus rostros como si fueran eunucos. Hay otras que van cargadas de cilicios y se visten unas caperuzas, como si quisieran volver a la infancia, imitando en esto a las lechuzas y buhos nocturnos.

XXVIII. Advertencias sobre los falsos ascetas

Pero para que no parezca que tan sólo quiero precaverte de las mujeres, huye, hija mía, de los hombres llenos de cadenillas y que, contra el mandato del Apóstol, llevan el pelo largo como las mujeres, la barba de machos cabríos, el manto negro y los pies desnudos, a la intemperie y al frío. Todas estas cosas son propias del diablo. Antes tuvo que sufrir Roma no poco por un tal Antino, recientemente por un tal Sofronio, los cuales, frecuentando las casas de las nobles, engañaron a muchas de esas mujerzuelas *cargadas de pecados, que siempre andan aprendiendo y jamás arriban al conocimiento de la verdad* [151], que simulan tristezas y

[150] Ps. 52, 6.
[151] 2 Tim. 3, 6-7.

largas abstinencias, tomando luego de noche a escondidas el alimento para prolongar así fingidamente sus ayunos. Me da vergüenza el decir las demás cosas, pues puede parecer que me pongo a reprenderlos y no a avisarlos paternalmente. Hay otros—hablo de hombres de mi estado—que andan pretendiendo el presbiterado y el diaconado para tratar con más facilidad con mujeres. Ponen todo su cuidado en el vestido, en oler bien, en llevar el calzado bien justo y trabajado. Llevan el pelo cuidadosamente rizado; en sus dedos brillan los anillos, y, para no mojarse los pies, apenas ponen la planta de sus zapatos en la tierra. Cuando veas a estos tales, tenlos más bien por hombres casados que por clérigos. Otros ponen todo su cuidado y existencia en aprenderse de memoria los nombres de las señoras ricas, sus casas y sus costumbres.

Tan sólo te voy a describir breve y concisamente las costumbres de uno, que es el campeón de este arte, para que, conocido el maestro, conozcas con más facilidad a sus discípulos. Se levanta con el sol; en seguida hace su plan para ir de visiteo; busca los atajos y entra este viejo importuno hasta las mismas habitaciones de las que aún están durmiendo. Si ve alguna almohada, algún mantel elegante o algún adorno de la casa, lo alaba, se admira de ello, lo tantea una y otra vez con sus manos, y, quejándose de que lo necesita, da la sensación de que lo roba en vez de pedirlo; porque todas las matronas temen ofender a este *trotón* de la ciudad. Es enemigo de la castidad y de los ayunos. Conoce los manjares por el olor, y, lo mismo que las aves, es llamado por el vulgo cebón, γέρων, es decir, ποππόζων [152]. Su lenguaje es bárbaro y desvergonzado, dispuesto siempre para la murmuración. A cualquier sitio que vayas es el primero con quien te encuentras. Tan pronto como hay una novedad, piensa que o es él su autor o el que exagera desmesuradamente su importancia. Tiene caballos tan bien cuidados, que cada momento va en uno distinto, y son tan elegantes y salvajes, que comienza uno a pensar si será hermano del rey de Tracia.

---

[152] Dado el uso del griego en Roma, no tiene nada de particular que se usasen apodos empleando esta lengua. Este pasaje aparece muy corrompido en los manuscritos; ofrecemos la lectura de HILBERG, aun cuando es evidente que el *altilis* (cebón) que pone San Jerónimo no responde al verbo griego, que más bien hace referencia a los chasquidos producidos con la lengua.

XXIX. La virgen ha de ser cauta con sus maestros, caritativa con sus esclavas y enemiga de lecturas profanas

Mira, hija mía, que nuestro astuto enemigo lucha con muchos engaños: *La serpiente era el animal más astuto de todos cuantos el Señor Dios había hecho sobre la tierra* [153], y por eso nos dice el Apóstol: *No ignoramos sus maquinaciones* [154]. No es cosa decente en un cristiano ni la suciedad buscada a propósito ni una pulcritud exagerada.

Si ignoras algo, si dudas acerca de algún punto de la Escritura, pregunta a aquel a quien le recomiende su buena vida, le excuse la edad, le apruebe la fama y, sobre todo, sea tal que pueda decir: *Os he desposado con un único varón para presentaros como virgen casta a Cristo* [155]. Y si no hay quien pueda solucionar tus dificultades, mejor es que ignores algo y permanezcas segura que no el que lo sepas con peligro de tu virginidad. Acuérdate constantemente que andas en medio de lazos y que muchas vírgenes antiguas perdieron la corona de su castidad, que ya tenían segura, en el instante mismo de su muerte.

Si hay algunas esclavas que te secundan en tu propósito de guardar virginidad, no te sientas elevada sobre ellas ni te ensoberbezcas como señora. Todas habéis comenzado a tener un mismo esposo, cantáis al mismo tiempo a Cristo, comulgáis su cuerpo simultáneamente; ¿por qué vais a usar distinta mesa? Incita a otras muchas con tu ejemplo. Que el honor de las vírgenes sea la invitación de las demás. Y si te enteras de que alguna está más débil en la fe, recíbela, consuélala, socórrela, y convierte en ganancia y provecho tuyo su castidad; si alguna finge guardar castidad por huir de la servidumbre, a ésta léele claramente las palabras del Apóstol: *Más vale casarse que abrasarse* [156].

Huye como de peste de aquellas vírgenes y viudas que, ociosas y llenas de curiosidad, van de casa en casa de las señoras ricas, y que, habiendo perdido toda vergüenza, han vencido en bufonerías a los mismos bufones: *Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres* [157]. No tienen otra preocupación que el vientre y lo que a él se acerca. Estas suelen exclamar y decir: "Cachorrilla mía, goza de tus cosas y vive bien mientras vivas" y "¿Acaso guardas

[153] Gen. 3, 1.
[154] 2 Cor. 2, 11.
[155] 2 Cor. 11, 2.
[156] 1 Cor. 7, 9.
[157] 1 Cor. 15, 33.

todo para tus hijos?" Ebrias y deshonestas, incitan a lo malo y hacen inclinarse hacia el placer aun a temperamentos de hierro, y *habiendo sentido los estímulos de la sensualidad, hastiadas de Cristo, quieren casarse, teniendo contra sí sentencia de condenación, por cuanto violaron la primera fe* [158].

No quieras parecer demasiado sabia ni entonar líricamente canciones festivas. No seas delicada ni imites la manera negligente de hablar de ciertas matronas, que unas veces lo hacen con los dientes apretados, otras con los labios abiertos, dejando las palabras a medio pronunciar con lengua balbuciente, creyendo que lo que es natural es rústico. Se complacen aun en el adulterio de la lengua: *¿Qué puede haber de común entre la luz y las tinieblas o qué concordia entre Cristo y Belial?* [159] ¿Qué hace Horacio junto al Salterio? ¿Y Virgilio al lado de los Evangelios? ¿Y Cicerón con San Pablo? ¿No se va a escandalizar tu hermano si te ve descansar en el templo idolátrico? Y aunque *para los limpios todas las cosas son limpias* [160], y *nada se debe desechar de lo que se toma con hacimiento de gracias* [161], sin embargo no debemos beber al mismo tiempo el cáliz de Cristo y el de los demonios. Te voy a contar la historia de mis pasadas desventuras.

XXX. Visión temerosa de San Jerónimo en castigo por su amor a los clásicos paganos

Hace muchos años que me había privado yo de mi casa, de mis padres, de mi hermana y de mis parientes, y, lo que es más difícil, de la costumbre de comer manjares exquisitos, para ganar el reino de los cielos, y me dirigía a Jerusalén para alistarme en las filas de Cristo; sin embargo, no podía privarme de mi biblioteca, que me había ido haciendo en Roma a costa de grandes trabajos y sacrificios.

Así, hecho un miserable, ayunaba yo, que iba a leer a Cicerón. Después de haber pasado muchas noches en blanco, después de haber derramado muchas lágrimas, que me arrancaba de mis entrañas el recuerdo de mis pecados pasados, cogía a Plauto con avidez. Y si alguna vez, vuelto a mí mismo, comenzaba a leer a algún profeta, me horrorizaba su lenguaje inculto; y al no ver la luz, pues tenía los ojos

---

158 1 Tim. 5, 11-12.
159 2 Cor. 6, 14-15.
160 Tit. 1, 15.
161 1 Tim. 4, 4.

ciegos, no me acababa de convencer de que era por culpa de mis ojos y no del sol.

Mientras mi antiguo enemigo me tenía así engañado, en mitad de la Cuaresma se apoderó de mi cuerpo debilitado una gran calentura, que me atenazaba los huesos, y sin ningún descanso—cosa increíble—, me consumió los miembros de tal manera, que apenas se unían ya con mis huesos. Entretanto, estaban preparando ya mi entierro, pues mi cuerpo estaba frío y sólo se sentía un poco de calor en mi pecho, cuando de repente soy arrebatado en espíritu al tribunal del sumo Juez, donde había tanta luz y resplandor, engendrado por la claridad de los presentes, que, caído en tierra, no me atrevía a mirar hacia arriba. Cuando me preguntaron por mi condición, respondí: "Soy cristiano"; pero el Juez, que estaba sentado, me dijo: "¡Mientes, tú no eres cristiano, tú eres ciceroniano! *Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazón*" [162].

Enmudecí al punto, y en medio de los azotes—pues me había mandado azotar—me atormentaba mucho más el fuego de mi propia conciencia al considerar conmigo aquel versículo de la Escritura: *En el infierno, ¿quién te tributará alabanzas?* [163] Comencé entonces a gritar y a decir llorando: *¡Ten piedad de mí, Dios mío, ten piedad de mí!* [164] Entre los azotes resonaba sólo esta súplica. Por fin, doblando sus rodillas ante el Juez cuantos estaban presentes, le rogaban que perdonase la ligereza de mi adolescencia y que me diese ocasión de purgar mi error con la penitencia; pero que me atormentase después sin compasión si leía de nuevo las obras de los literatos paganos. Yo, que puesto en tal aprieto quisiera prometer cosa muchísimo mayor, comencé a jurarlo y a prometerlo por su nombre bendito: "Señor, si alguna vez cojo en mis manos libros profanos, si los leo, haced cuenta que he renegado de vos". Habiendo hecho este juramento, me soltaron, y volví de nuevo a la vida y, con gran admiración de todos los que me rodeaban, abrí los ojos, llenos de tantas lágrimas, que aun los incrédulos hubieran creído al ver mi aflicción.

Y esta visión no fué ninguna pesadilla ni sueño fantástico, como los que frecuentemente solemos tener. Testigo es el tribunal ante el que me arrojé, testigo el juicio que tanto me aterrorizó—¡ojalá que jamás me vea en apuro tal!—; y así aparecieron mis espaldas amoratadas, y aun después del sueño me dolían, por los golpes recibidos; tras lo cual me di con tanto ahinco al estudio y la lectura de las cosas divinas, como nunca jamás lo había hecho con las de este mundo.

---

[162] Mt. 6, 21. [163] Ps. 6, 6. [164] Ps. 56, 2.

XXXI. Odio a la codicia y amor de la pobreza

Evita con todo empeño el mal de la avaricia, no solamente no deseando lo ajeno—pues esto lo castigan también las leyes públicas—, pero ni siquiera guardando y atesorando tus cosas, pues son ya ajenas: *Y si en lo ajeno dice la Escritura no fuisteis fieles, ¿quién pondrá en vuestras manos lo vuestro propio?* [165] El oro y la plata son bienes ajenos; nuestra riqueza es espiritual, acerca de la que se ha dicho en otro lugar: *Con sus riquezas rescata el rico su propia vida* [166]. *Ninguno puede servir a dos señores, porque o tendrá aversión al uno y amor al otro, o, si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir a Dios y a Mammon* [167], es decir, a las riquezas, pues en la lengua siríaca la palabra *Mammon* significa riquezas.

Los desvelos por la comida son como las espinas de la fe, la raíz de la avaricia, un cuidado propio de gentiles. Pero dirás: "Soy una joven delicada y no puedo trabajar con mis propias manos. Cuando llegue a la ancianidad y me asalten las enfermedades, ¿quién se compadecerá de mí?" Escucha cómo habla Jesús a sus apóstoles: *No os acongojéis por el cuidado de hallar qué comer o de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¿Acaso no vale la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta* [168]. Si faltaren los vestidos, ahí están como ejemplo los lirios del campo; si tienes hambre, escucha cómo son llamados bienaventurados los pobres y los hambrientos; si te aflige algún dolor, lee en la Escritura: *Por lo cual siento satisfacción en mis enfermedades* [169], *y se me ha dado el estímulo de mi carne, que es como un ángel de Satanás, para que me abofetee* [170], para que no me ensoberbezca.

Alégrate en todos los juicios secretos de Dios, pues *saltaron de alegría las hijas de Judá, en vista, ¡oh Señor!, de tus juicios* [171]. Ten siempre en tus labios estas palabras: *Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a la tierra* [172]. *Nada hemos traído a este mundo, y tampoco podremos llevarnos nada* [173].

[165] Lc. 16, 12.
[166] Prov. 13, 8.
[167] Mt. 6, 24; Lc. 16, 13.
[168] Mt. 6, 25-26.
[169] 2 Cor. 12, 10.
[170] 2 Cor. 12, 7.
[171] Ps. 96, 8.
[172] Iob 1, 21.
[173] 1 Tim. 6, 7.

XXXII. Faltas del espíritu de pobreza y ejemplos de la Escritura sobre esta virtud

Pero verás que hay ahora muchas que tienen sus armarios llenos de vestidos, que se cambian todos los días la túnica, y, con todo, no llegan a evitar la polilla. No falta quien, con apariencia más religiosa, lleva un vestido puesto hasta que se le deshace de puro viejo, y tiene su casa llena de ropas. Tiene, además, libros con membranas teñidas de púrpura; las letras están preciosamente adornadas de oro; incrustan piedras preciosas en sus guarniciones, y mientras tanto Cristo se está muriendo desnudo ante sus mismas puertas.

Cuando dan una limosna la pregonan; cuando invitan a un pobre a su mesa, lo hacen a son de trompeta. Hace pocos días que vi en la basílica de San Pablo a una señora muy noble entre los romanos—me callo su nombre para que no pienses que quiero ponerla en ridículo—, acompañada de muchos servidores, la cual, para parecer más piadosa, iba repartiendo limosnas a los pobres por su propia mano. Mientras tanto—como sucede con frecuencia—, una vieja llena de años y de harapos remendados se puso de nuevo en la fila para recibir limosna por segunda vez. Cuando llegó la matrona a donde estaba colocada la vieja, le dió un puñetazo en vez de la limosna y le llenó de sangre los dientes, como si hubiera cometido un gran delito.

La raíz de todos los males es la avaricia [174], y por eso el Apóstol la llama servidumbre de los ídolos. *Busca primero el reino de Dios, y todo lo demás se te dará por añadidura* [175]. Pues Dios no matará de hambre al justo: *Joven fuí y ya soy viejo; mas nunca he visto desamparado al justo ni a sus hijos mendigando el pan* [176].

Dios sustentó a Elías por medio de unos cuervos; la viuda de Sarepta, casi muerta de hambre, y que iba a perecer aquella misma noche con todos sus hijos, alimentó al profeta, y de una manera prodigiosa, el que venía a comer, llenando la tinaja, dió de comer a todos.

El apóstol Pedro dijo: *Plata y oro yo no tengo; pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno levántate y camina* [177]. Pero ahora muchos, aunque callen con los labios, hablan con los hechos: "No tengo fe ni misericor-

---

174 1 Tim. 6, 10.
175 Mt. 6, 33.
176 Ps. 36, 25.
177 Act. 3, 6

dia. De lo que tengo, oro y plata, no te doy nada. Conque tengamos comida y vestido, estamos satisfechos y contentos".

Escucha, hija mía, lo que pide Jacob en su oración: *Si el Señor estuviere conmigo, y me amparare en el viaje que llevo, y me diere pan que comer y vestido con que cubrirme* [178]. Solamente pidió las cosas necesarias, y veinte años después volvió a la tierra de Canaán hecho señor muy rico y padre poderosísimo. Hay infinitos ejemplos en la Sagrada Escritura que nos enseñan cómo debemos huir de la avaricia.

XXXIII. Sentencia de los monjes contra los violadores de la pobreza

Pero ya que ahora sólo trato sobre la pobreza de paso, pues, si Cristo me lo permite, pienso escribir un volumen acerca de ella, te contaré lo que pasó en Nitria hace muy pocos años.

Había un monje, más parco que avaro, que, no sabiendo que su Señor había sido vendido por treinta dineros, dejó al morir cien sólidos, que había ganado tejiendo lino. En seguida se discutió entre los monjes qué se debía hacer con aquel dinero (pues había en aquel mismo lugar casi cinco mil que vivían en celdas separadas). Unos decían que se debían distribuir entre los pobres; otros, que se entregasen a la Iglesia; algunos, que se los enviasen a sus padres. Pero Macario, Pambo, Isidoro y otros, a quienes llaman padres, hablando por ellos el Espíritu Santo, determinaron que se debían enterrar con su dueño diciendo: *Sea contigo tu dinero para tu perdición* [179].

Y nadie piense que fué este un acto cruel, pues invadió un terror tan grande a todos los monjes de Egipto, que se consideraba entre ellos como un crimen el dejar un sólido a la hora de la muerte.

XXXIV. Clases de monjes y descripción de los "remnuot"

Y ya que hemos hecho mención de los monjes y sé que escuchas con agrado estas cosas santas, te ruego que me prestes atención por unos momentos.

---

178 Gen 28, 20. 179 Act 8, 20.

Hay en Egipto tres clases de monjes: los *cenobitas,* llamados *sahues* en la lengua del pueblo, y a los que nosotros podríamos llamar *los que viven en común.* Los *anacoretas,* que habitan separados por el desierto, y de ahí viene su nombre, pues se han retirado lejos de los hombres. La tercera clase es de los que se llaman *remnuot,* y es el más bajo y el más despreciado de los géneros monacales, aunque en nuestras regiones sólo él exista o por lo menos sea el primero en número.

Estos viven de dos en dos o de tres en tres y raras veces habitan muchos juntos, sino que viven a su antojo y discreción; todo el fruto de su trabajo lo ponen en común con el fin de tener alimentos para todos. Lo más corriente es que habiten en las ciudades y en los castillos, y como si el oficio fuese santo y no la vida, todo lo que venden se paga a mayor precio. Entre éstos muchas veces surgen altercados, porque, viviendo de su trabajo, no sufren el estar bajo la autoridad de nadie. Ciertamente, suelen ayunar a porfía y se glorían en público de lo que debiera ser secreto.

Todo su modo de proceder es muy afectado y fingido: mangas muy anchas, sandalias grandes como fuelles, vestidos bastos, suspiros frecuentes, visiteo continuo a las vírgenes, murmuraciones contra los clérigos, y cuando llega un día festivo se hartan hasta vomitar.

XXXV. Descripción de la vida de los cenobitas

Dejados a un lado y exterminados todos éstos como una peste, vengamos a los que habitan en comunidad, esto es, a los que llamamos *cenobitas.*

Su primer compromiso es obedecer a sus mayores y hacer cuanto les manden. Están divididos de diez en diez y de cien en cien, de tal manera que un monje manda sobre nueve y a cada diez superiores les manda otro superior, que es el superior de los cien. Viven separados, en celdas. Está mandado que hasta la hora de nona nadie vaya a la celda de otro, excepto los decanos, que dijimos, para que, si alguno está tentado, le consuele con sus palabras. Después de la hora de nona se reúnen todos, cantan los salmos, se recitan las Sagradas Escrituras, según la costumbre, y una vez acabadas las oraciones, estando todos reunidos, colocado en medio el que llaman Padre, comienza una plática. Mientras habla él, hay tanto silencio que nadie mira a otro ni se atreve a carraspear. La alabanza del que habla se manifiesta en los gemidos de los monjes. Calladamente les caen las lágrimas por las mejillas, y el dolor de su alma no

se atreve a manifestarse en sollozos. Cuando habla del reino de Cristo, del cielo, entonces cada uno, suspirando levemente, con los ojos levantados al cielo, se dice a sí mismo: *¿Quién me dará alas como de paloma, para que vuele y descanse?* [180]

Después se disuelve la reunión y cada decuria se dirige con su superior al refectorio, sirviéndose cada semana unos a otros. Mientras comen no se oye ruido alguno, pues nadie habla. Comen pan, legumbres y hortalizas condimentadas con sal y aceite. Tan sólo beben vino los ancianos; a éstos y a los muchachos se les da comida más abundante, para que aquéllos puedan prolongar su vida, ya larga y cansada y para que a éstos no se les quebrante la salud en los comienzos. Después se levantan todos a la vez y, dicho un himno en acción de gracias, se van a sus aposentos.

Allí cada uno de los superiores va hablando hasta el atardecer con todos los suyos, y les dice: "¿Habéis visto a éste y a aquel otro, qué santo, qué silencioso, qué modesto en su exterior?" Si notan que alguno está enfermo, le consuelan; si ven que es fervoroso en el amor de Dios, le animan para que prosiga adelante; y como durante la noche cada uno se queda en su propio aposento haciendo oración, fuera de la hecha antes en común, andan de celda en celda y escuchan y observan qué es lo que hace cada uno. Y si caen en la cuenta de que alguno es un tanto perezoso, no le reprenden, pero, disimulando que lo saben, le visitan con más frecuencia y, en vez de obligarle, le incitan con su ejemplo a la oración.

Está determinada de antemano la labor de cada día, y una vez que el decano ha inspeccionado sus trabajos, se los presentan al procurador, el cual cada mes da cuenta al superior de todos con gran temor. Este prueba la comida cuando ya está hecha; y puesto que no está a nadie permitido decir: "No tengo túnica, ni capa, ni esteras para el lecho", él gobierna y dirige todo esto de modo que nadie carezca o tenga necesidad de pedir nada. Si alguno cae enfermo, se le lleva a una habitación más espaciosa, y le atienden los ancianos con tanta solicitud que no desee las comodidades de la ciudad ni el cariño de su madre.

Los domingos se entregan totalmente a la oración y la lectura, y en los días ordinarios, una vez que han terminado sus trabajos, hacen lo mismo. Todos los días aprenden algo de las Escrituras. El ayuno se sucede de igual modo durante todo el año, menos en la Cuaresma, en la cual se les concede más libertad de hacer penitencia. En Pentecostés las cenas se convierten en comidas, con lo cual se sigue la costumbre

---

180 Ps. 54, 7.

de la Iglesia y no se carga el estómago con doble cantidad de comida.

Así describen Filón, imitador del estilo platoniano, y Josefo y el griego Livio, en la segunda historia del cautiverio de los judíos, a los esenios.

XXXVI. Descripción de la vida de los anacoretas

Pero ya que, al escribirte de las vírgenes, me he puesto a hablar casi superfluamente de los monjes, te diré alguna cosilla acerca de los que llamamos *anacoretas,* que, retirándose de los monasterios, no llevan otra cosa consigo sino pan y sal. El fundador de este género de vida fué Pablo; el que la perfeccionó e ilustró, Antonio, y, tomando las cosas en su fuente, el principal de todos fué Juan el Bautista. El profeta Jeremías describe tales varones diciendo: *Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad; se estará quieto y callado, porque ha tomado sobre sí el yugo; presentará su mejilla al que le hiere; le hartarán de oprobios, pues no rechaza para siempre el Señor* [181].

Si quieres saber algo de los trabajos y de la conversación de éstos, que, aunque viven en carne, no son de la carne, te lo explicaré otro día. Ahora voy a volver a mi primer propósito, puesto que he empezado a hablar de los monjes estando disertando acerca de la avaricia. Al proponerte sus ejemplos, no te diré que desprecies solamente el oro y la plata y las demás riquezas, sino también el cielo y la tierra, para que, desposada con Cristo, puedas cantar: *Mi herencia es Dios* [182].

XXXVII. Advertencias sobre la oración continua, los malos juicios y la ira

Después de todas estas cosas, aunque el Apóstol nos mande orar siempre y aunque para los santos el mismo sueño sea también oración, sin embargo, debemos tener repartidas durante el día las horas de oración, para que, si por casualidad nos trae ocupados alguna otra cosa, el mismo tiempo que tenemos ya señalado de antemano, nos avise que es hora de orar.

No hay nadie tan ignorante que no conozca las horas

[181] Thren. 3, 27-30.
[182] Ps. 72, 26

de oración: tercia, sexta, nona, la de la mañana y también al atardecer. Ni te pongas a comer si antes no has orado brevemente, ni abandones la mesa sin dar gracias al Creador. Levántate durante la noche dos o tres veces a meditar todo lo que sabes de memoria acerca de la Sagrada Escritura. Cuando salgas del aposento, ármate con el escudo de la oración, y, una vez que vuelvas de la calle, antes de sentarte vuelve a orar; ni concedas descanso a ese cuerpecillo antes de alimentar al alma. Al comenzar cualquier acto y al dar cualquier paso haz la señal de la cruz.

No murmures de nadie ni escandalices al hijo de tu madre: *¿Quién eres tú para juzgar al siervo ajeno? Si cae o se mantiene firme, eso pertenece a su amo; pero se mantendrá firme, pues poderoso es Dios para sostenerle* [183].

Si ayunas durante dos días seguidos, no te creas que eres mejor que las que no ayunan. Tú ayunas, pero estás llena de ira; en cambio, la otra come y, sin duda, es humilde; tú digieres los trabajos de tu alma y el hambre con tus riñas, y ella, sin duda, se alimenta con templanza y da gracias a Dios. Por eso continuamente repite en su corazón Isaías: *Yo no elegí tal ayuno,* dice el Señor [184]; y dice también: *Porque en el día mismo de vuestro ayuno hacéis todo cuanto se os antoja y apremiáis a vuestros trabajadores; ¿es que acaso ayunáis para suscitar pleitos y herir con vuestros puños a los humildes? En ese caso, ¿para qué ayunáis?* ¿Qué clase de ayuno es aquel cuya ira no ocupa solamente la noche, sino toda la luna entera? Considerándote a ti misma, no te glories con la caída de las demás, sino con tu perfeccionamiento espiritual.

XXXVIII. No las vírgenes mundanas, sino la Madre de Dios ha de ser el modelo

No tomes por modelo a aquellas que están siempre solícitas por las cosas del cuerpo, haciendo siempre cuentas de sus posesiones y de todos sus gastos; pues no cayeron los once apóstoles con la caída de Judas, ni dejaron de progresar en la fe todos los demás porque naufragasen Figelo y Alejandro.

Ni tampoco digas: "Esta y aquélla disfrutan de sus cosas; son estimadas por todos; todos los hermanos y hermanas acuden a su casa; ¿acaso pierde por esto la virginidad?" Lo primero que pongo en duda es si es virgen. Por-

[183] Rom. 14, 4
[184] Is. 58, 5

que no *como ve el hombre verá Dios, pues el hombre no ve más que lo exterior, pero el Señor ve el fondo del corazón*[185]. Además, aunque sea virgen en su cuerpo, no sé si guarda la virginidad del alma; pues el Apóstol define así a la virgen: *Que sea santa en cuerpo y en alma*[186]. En último caso, quédese con toda su gloria, desprecie la sentencia de San Pablo, gócese con todos sus deleites y viva en paz; nosotros sigamos mejores ejemplos.

Ponte como modelo a la bienaventurada Virgen María, que sobresalió tanto por su extraordinaria pureza, que mereció ser madre del Señor. Acercándose a ella el ángel Gabriel en figura de hombre, al decirle: *Ave, llena de gracia, el Señor es contigo*[187], asustada, no pudo responder; pues jamás había sido saludada por varón alguno. Por fin se hizo cargo de quién era el mensajero, y la misma que había temido pensando que era un hombre, habló sin miedo alguno con el ángel.

Tú también puedes ser madre del Señor: *Toma un pergamino grande y escribe en él con estilo de hombre que se apodera rápidamente del botín*[188], y cuando, acercándote a la profetisa[189], concibas en tu seno y des a luz un hijo, entonces di: *Por obra de tu temor, ¡oh Señor!, concebimos, tuvimos dolores y dimos a luz; hemos traído a la tierra el espíritu de salud*[190]. Entonces tu hijo *responderá: He aquí a mi madre y a mis hermanos*[191]. Y así, de modo admirable, aquel a quien hace poco habías descrito en la anchura de tu corazón, aquel al que habías grabado a punzón en tu alma, después de haber cogido todos los despojos de sus enemigos, después de haber expoliado a los principados y potestades y haberlos crucificado, crecerá en tu alma y, una vez hecho hombre, te tendrá por esposa en vez de madre.

Es verdad que todo esto es de gran trabajo, pero también es un gran premio el ser mártir, apóstol y, en definitiva, Cristo. Todas estas cosas aprovechan mucho cuando se hacen en la iglesia, cuando celebramos en una misma casa la Pascua, cuando entramos al arca con Noé, cuando nos ampara Raab, la justificada, al perecer Jericó.

Por lo demás, las vírgenes, como las que dicen existir entre los herejes y el impurísimo Maniqueo, se han de tener por mujeres públicas, no por vírgenes. Porque si el autor de su cuerpo es el diablo, ¿cómo pueden honrar la obra

185 I Reg. 16, 7.
186 I Cor. 7, 34.
187 Lc. 1, 28.
188 Is. 8, 1.
189 Cf. ibid. 3.
190 Is. 26, 18.
191 Mt. 12, 49.

de su enemigo? Pero porque saben que el nombre de virgen es un nombre glorioso, por eso se cubren los lobos con piel de ovejas. El anticristo fingirá ser el mismo Cristo; también estas encubren la torpeza de su vida con el falso honor de un nombre. Alégrate, hermana; alégrate, hija; alégrate, virgen mía, pues lo que las demás fingen, tú has comenzado ya a serlo verdaderamente.

XXXIX. El amor de Cristo dará fuerza para sufrir los trabajos

Todo esto que te he enseñado, sin duda parecerá duro a quien no ama a Cristo. En cambio, quien tenga toda la gloria del mundo por basura y estime todas las cosas que hay bajo el sol como vanas, para ganarse a Cristo; quien haya muerto con su Señor y tenga crucificada su carne con sus vicios y concupiscencias, éste proclamará libremente: *¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿las tribulaciones?, ¿el llanto?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?* [192]; y podrá decir otra vez: *Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni todo lo que hay de más alto o de más profundo, ni otra ninguna criatura, podrán jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en nuestro Señor Jesucristo* [193].

El Hijo de Dios se hizo hijo de hombre por nuestra salvación, estuvo esperando la hora de su nacimiento en el seno de María durante diez meses, soportó todas las molestias de su nuevo estado, nació para hostia de sacrificio, fué envuelto en pañales, acariciado con sonrisas, y el que tiene encerrado el mundo en un puño, fué reclinado en un estrecho pesebre. Y me callo cómo vivió hasta los treinta años desconocido en medio de la pobreza de sus padres; fué azotado y se mantuvo en silencio; fué crucificado y rogó en la misma cruz por los que le crucificaban. *¿Cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? Tomaré el cáliz de la salud e invocaré el nombre del Señor* [194]. *De gran precio es a los ojos del Señor la muerte de sus santos* [195]. Esta es nuestra justa correspondencia: el que ofrezcamos la sangre por la sangre y muramos alegremente por nuestro Redentor los que hemos sido redimidos con la sangre de Cristo.

---

[192] Rom. 8, 35.
[193] Ibid. 38-39.
[194] Ps. 115, 3-4.
[195] Ibid. 6.

¿Qué santo ha sido coronado sin lucha? El justo Abel fué asesinado; Abrahán estuvo a punto de perder a su mujer, y, para no extenderme demasiado, busca tú misma y encontrarás que cada justo ha tenido sus padecimientos. Tan sólo Salomón vivió entre delicias, y quizá por eso cayó: *Porque el Señor reprende al que ama y castiga al que recibe por hijo suyo* [196]. ¿Acaso no es mejor luchar durante un poco de tiempo, construir trincheras, tomar las armas, llevar el peso de las provisiones, fatigarse bajo la coraza y después gozar con la victoria, que, por no poder soportar el trabajo durante una hora, caer en servidumbre perpetua?

XL. Efectos maravillosos del amor

No hay nada duro para los amantes; ningún trabajo es difícil para el que desea realizarlo. Considera cuánto sufrió Jacob para conseguir a Raquel, como se lo habían prometido y dice la Escritura: *Sirvió, pues, Jacob por Raquel siete años, y aun le parecían pocos días, atendido su grande amor por ella* [197]. Por lo cual él mismo recordaba más tarde: *Día y noche andaba quemado del sol y del hielo* [198].

Amemos también a Cristo, busquemos siempre sus abrazos, y entonces todo lo difícil nos parecerá fácil. Tendremos por breves todas las cosas que de por sí son ya largas, y, heridos con la flecha del amor, diremos a cada instante: *¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado!* [199] Los sufrimientos de la vida presente no son comparables con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros [200]. *Porque la tribulación ejercita la paciencia, la paciencia sirve de prueba, la prueba produce la esperanza, y la esperanza no deja jamás burlados* [201].

Cuando te parezca que es pesado y difícil lo que soportas, lee la Epístola segunda de San Pablo a los Corintios: *Me he visto en muchísimos trabajos, en más cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de muerte frecuentemente; cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno; tres veces fuí azotado con varas, una vez apedreado; tres veces naufragué; estuve una noche y un día sobre el abismo del mar; me he hallado muchas veces en penosos viajes, en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los*

196 Hebr. 12, 6.
197 Gen. 29, 20.
198 Gen. 31, 40.
199 Ps. 119, 5.
200 Rom. 8, 18.
201 Rom. 5, 3-5.

de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en ciudades, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajos y miserias, en noches sin dormir, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez [202]. ¿Quién de vosotros puede decir que tiene por lo menos una mínima parte de las virtudes enumeradas en este catálogo? Por eso el Apóstol decía después confiadamente: *He concluído mi carrera, he guardado la fe. Nada me resta sino esperar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor* [203].

Nosotros, si encontramos que la comida está un poco sosa, nos entristecemos y pensamos que hacemos un beneficio a Dios al comerla en esas condiciones. Si cuando bebemos hallamos el vino aguado, rompemos el vaso, echamos la mesa abajo y azotamos a nuestros esclavos, y si el agua no está fresca la vengamos con sangre. *El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se violentan son los que lo arrebatan* [204]; si no te haces fuerza, no alcanzarás el reino de los cielos; y si no llamas importunamente a la puerta, no recibirás el pan del Sacramento. ¿Acaso no te parece ser empresa esforzada el que la carne desee ser lo que es Dios y suba a juzgar a los mismos ángeles en el lugar de donde ellos cayeron?

XLI. Premio celeste de la virginidad

Sal, te ruego, un poco de la cárcel de tu cuerpo y en medio de tus trabajos pon ante tus ojos el premio, que *ni ojo vió, ni oído oyó, ni pasó a hombre alguno por el pensamiento* [205]. Piensa qué día tan grande será aquél, cuando te salga al encuentro la misma Virgen María, madre del Señor, acompañada de todos los coros de vírgenes; cuando después de haber pasado el mar Rojo y de haberse hundido Faraón con todo su ejército, teniendo en sus manos el tímpano, cante a los que han de ser juzgados y diga: *Cantemos alabanzas al Señor, porque ha hecho brillar su gloria. Ha precipitado en el mar al caballo y al jinete* [206].

Entonces Tecla se arrojará llena de alegría a tus brazos. Entonces te saldrá al encuentro el mismo Esposo y te dirá: *Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, pues ya pasó el invierno y disipáronse y*

[202] 2 Cor. 11, 23-27.
[203] 2 Tim. 4, 7-8.
[204] Mt. 11, 12.
[205] 1 Cor. 2, 9.
[206] Ex. 15, 1.

cesaron las lluvias[207]. Entonces los ángeles, llenos de admiración, exclamarán: *¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol?*[208] Te verán las hijas, te alabarán las reinas y te aclamarán las amigas del Esposo. Entonces te saldrá al encuentro el segundo coro de castidad: vendrá Sara con las casadas, Ana la hija de Fanuel con las viudas, y estarán repartidas en distintos grupos tus madres en la carne y en el espíritu. Se alegrará la primera porque te engendró y se regocijará ésta porque te enseñó el camino de salvación. Entonces subirá verdaderamente el Señor sobre su asna y entrará en la celestial Jerusalén. Entonces los niños, de quienes habla el Señor en Isaías diciendo: *Veisme aquí a mí y a mis hijos, que me dió el Señor*[209], agitando en sus manos palmas de victoria, cantarán a coro: *¡Hosanna en las alturas!*[210] Entonces ciento cuarenta mil ancianos, ante la vista del trono, tañerán sus cítaras y cantarán un cántico nuevo, y nadie podrá entender aquel canto, sino un número determinado de almas: *Estos son los que jamás se mancharon con mujer alguna, pues permanecieron vírgenes; éstos son los que siguen al Cordero a cualquier sitio que va*[211].

Cuantas veces te deleite la ambición del siglo y vieres en el mundo la gloria vana, vuela al paraíso con el pensamiento; comienza a ser ahora lo que serás más tarde, y oirás decir a tu Esposo: *Ponme por sello sobre tu corazón, ponme por marca sobre tu brazo*[212], y, fortalecida en tu cuerpo y en tu alma, cantarás: *Las muchas aguas no han podido extinguir el amor ni los ríos lograrán sofocarlo*[213].

---

207 Cant. 2, 10 s.
208 Cant. 6, 9.
209 Is. 8, 18.
210 Mt. 21, 9.
211 Apoc. 14, 4.
212 Cant. 8, 6.
213 Cant. 8, 7.

EPISTOLA CVII A LETA

Sobre la educación de su hija

Había trazado el Doctor betlemita el directorio ascético más acabado para la guarda de la virginidad. Sólo se echaba de menos un itinerario que iniciase en los pasos para llegar a sus umbrales. La ocasión se la ofreció la patricia Leta, hija del pontífice pagano Albino y viuda de Toxocio, único vástago varón de Santa Paula, la fundadora del monasterio de Belén. Leta había consagrado a Dios el fruto de sus entrañas si éste venía al mundo con vida. El Señor oyó sus oraciones, y ella acudió a San Jerónimo en busca de consejo. Gracias a esta iniciativa poseemos el presente programa de educación física, intelectual, moral, ascética y religiosa, cual sólo podía darlo aquel genio, mezcla inigualable de erudición clásica, de experiencia psicológica y de piedad ardiente.

La carta, escrita hacia el año 401, viviendo aún Santa Paula, produjo el fruto deseado. La niña vino a continuar su educación en el monasterio de Belén, junto a su santa tía Eustoquio y al mismo San Jerónimo, y años más tarde, profesa ya en aquel monasterio, tuvo el consuelo de cerrar con sus propias manos los ojos de ambos siervos de Dios al ser llamados a la patria celestial[1].

En el escrito, después de infundir el santo a Leta consoladoras esperanzas sobre la conversión de su padre y de exponer con ejemplos los frutos de una buena educación (I-III), pasa a sugerir ciertas normas sobre el aprendizaje de las primeras letras, las cualidades de ayas y pedagogos y la presentación externa, volviendo a recalcar los deberes de los padres en la formación de los hijos (IV-VI). Continúa señalando interesantes prescripciones referentes a las salidas de casa, uso de alimentos, ocupaciones cuotidianas, moderación de penitencias, malas compañías, vanidades y acicalamientos exteriores y estudio progresivo de la Sagrada Escri-

[1] Acerca de la presente carta véase el trabajo precedente, p. 2.ª, c. 6, nn. 56 y 57. Respecto a las ediciones puede repetirse lo dicho en la carta anterior. Cf. PL 22, 867-878; CSEL, t. LV, pp. 290-305.

tura (VII-XII), para ofrecerle al fin (XIII) un consejo que los compendia todos, el de enviar a su pequeñuela a Belén, donde su abuela Paula, su tía Eustoquio y él mismo se emplearán con gusto en la talla de aquella almita predestinada.

I. Confianza en la conversión del padre de Leta

Escribiendo el apóstol San Pablo a los de Corinto y adoctrinando en las enseñanzas divinas a aquella Iglesia de Cristo, aún en sus comienzos, entre otros muchos consejos les da el siguiente: *Si alguna mujer cristiana está casada con algún varón infiel y él gusta de vivir en su compañía, no se aparte de él. Porque santificado queda el marido no cristiano por su mujer, y santificada queda la mujer no cristiana por el hermano. De otro modo, vuestros hijos serían inmundos, mientras que de hecho son santos* [2].

Si hasta ahora le había parecido, quizás, a alguno que estaba demasiado relajada la disciplina vigente, por la excesiva bondad del que mandaba, contemple la mansión de tu padre, varón esclarecido y eruditísimo, pero que anda aún en medio de las tinieblas, y comprenderá que el consejo del Apóstol fué allí de tal provecho, que la dulzura de los frutos recompensará la amargura de la raíz, y los retoños raquíticos exhalarán bálsamos preciosísimos.

Tú has nacido de un matrimonio desigual; tú y mi amigo Toxocio sois los padres de Paula. ¿Quién había de creer una cosa como ésta, que la nieta del pontífice Albino había de nacer de la promesa de la madre? ¿Que, estando presente el abuelo y gozándose en ello, la lengua aún balbuciente de la niña pronunciase clara y distintamente el *alleluia* de Cristo, y el anciano acariciase en su regazo a la virgen de Dios?

Porque, en verdad, bien y felizmente hemos esperado. La mansión santa y fiel santifica al varón infiel. Ya está preparado para recibir el don de la fe, rodeado de la compañía de hijos y nietos cristianos. Estoy cierto que si el mismo Júpiter hubiese tenido tales parientes, hubiese podido creer en Cristo. Y aunque él desprecie y se ría de mi carta y me califique a mí de necio y loco, no me importa, pues eso mismo hacía su yerno antes de convertirse.

No nacen los hombres cristianos; después de nacidos se hacen cristianos. Palidece ya en sus reflejos el dorado Capitolio; todos los templos de Roma están cubiertos de polvo y de telas de arañas. Tambaléase la ciudad sobre sus

[2] 1 Cor. 7, 13 s.

bases, y la ingente multitud, cruzando como una inundación ante los templos semiderruídos, corre a las sepulturas de los mártires. Si la prudencia no les fuerza a hacerse cristianos, oblígueles al menos la vergüenza.

II. Cristianización rápida de todos los pueblos

Todo esto te he dicho, ¡oh Leta, hija mía religiosísima en Cristo!, para que no desconfíes de la salvación de tu padre, y para que con la misma fe con que mereciste tener una hija, consigas también la conversión de aquél y puedas gozar de la paz y alegría de toda la casa, teniendo por cierta aquella promesa del Señor: *Las cosas que son imposibles a los hombres, son fáciles para Dios* [3].

Nunca es tardía la conversión. El buen ladrón subió de la cruz al paraíso [4]. Nabucodonosor, rey de Babilonia, después de haber permanecido bajo la forma de bestia en su corazón y en su cuerpo y haber vivido en el desierto en compañía de las fieras, recibió de nuevo el humano entendimiento [5].

Y para no hablar de cosas antiguas, no sea que a los incrédulos les parezcan fabulosas, bien conocido es de todos cómo, hace unos pocos años, tu pariente Graco, del noble linaje de los patricios, como su mismo nombre lo indica, siendo prefecto de la ciudad, desbarató, destruyó y aniquiló por el fuego la cueva de la diosa Mitra y todos aquellos símbolos monstruosos con los que se iniciaban en los diversos grados de Cuervo, Velado, Soldado, León, Persa, Mensajero del Sol y Padre, y, después de haber dado estas garantías patentes de su virtud, pidió ser bautizado.

La gentilidad se siente sola aun en medio de la ciudad. Los dioses, adorados antes por naciones enteras, se hallan ahora solitarios con los buhos y lechuzas en los techos de los templos. Las banderas de los soldados llevan la insignia de la cruz. La púrpura de los reyes, las perlas preciosas de sus coronas, se adornan con la imagen del madero salvador. Se ha hecho ya cristiano Serapis, el dios egipcio. Marnas, encerrado en Gaza, llora amargamente su soledad y está temiendo en todo momento la destrucción de su templo. Todos los días estamos recibiendo innumerables monjes de la India, Persia y Etiopía. Los armenios han abandonado sus aljabas y los hunos aprenden a cantar el Salterio; los fríos

---

[3] Lc. 18, 27.
[4] Cf. Lc. 23, 43.
[5] Cf. Dan. 4, 29 s.

temporales de la Escitia se calientan con el fervor de la fe. El temible y rutilante ejército de los getas acampa con sus tiendas alrededor de las iglesias; y por eso quizás luchan contra nosotros en igual batalla, porque confían en el apoyo de la misma religión.

III. Esmerada educación que exige una hija de nacimiento tan providencial

Casi me he entrometido en otras materias, y dejando correr el torno de mi ingenio, pensando fabricar un jarrón, me ha salido un ánfora [6].

Invitado por tus ruegos y los de la santa matrona Marcela, quería hablar a la madre, es decir, a ti, y enseñarte cómo has de educar a Paula, consagrada ya a Cristo antes de ser concebida y santificada por tus deseos antes de salir a luz.

Hemos conocido en nuestro tiempo algo semejante a lo que leemos en los libros de los profetas. Ana, antes estéril, concibió y dió a luz [7]. Tú has cambiado la fecundidad llorosa en hijos vivos.

Tengo plena confianza en que vas a tener más hijos por haber consagrado a Dios tu primogénito. Así se ofrecían los primogénitos en la antigua Ley [8]. Y por esta vía nació Samuel y vino al mundo Sansón [9]; de este modo Juan el profeta se alegró y saltó de gozo en el seno de su madre cuando ésta recibió la visita de María [10]. Porque oyó las palabras que el Señor hablaba por medio de la Virgen y deseaba salir del vientre de su madre para correr a su encuentro. Por consiguiente, la que nació por una promesa, debe ser atendida cuidadosamente por sus padres en su niñez.

El profeta Samuel se cría en el templo; Juan se prepara para su ministerio en el desierto [11]. Samuel deja crecer el cabello, que le da un aspecto venerable; no bebe vino ni sidra, y, siendo aún muy niño, habla con el Señor [12]. Juan huye de las ciudades, se ciñe con un cíngulo asperísimo de pieles, solamente come langostas y miel silvestre, y, para cumplir en sí mismo la penitencia que ha de predicar, se viste con una túnica hecha con piel de camello, el animal más tortuoso [13].

---

[6] Horacio, *Epist.*, lib. II, ep. 3 ad L. C. Pisonem, v. 21 s.: BCL, t. XXX, p. 448.

[7] Cf. 1 Reg. 1, 1-20.

[8] Cf. Ex. 13, 2.

[9] Cf. 1 Reg. 1, 11.

[10] Cf. Lc. 1, 41 s.

[11] Cf. 1 Reg. 2, 11; Lc. 1, 80.

[12] Cf. 1 Reg. 1, 11; 3, 4 s.

[13] Cf. Mt. 3, 4; Mc. 1, 6.

IV. Normas para las primeras letras y principios morales para sus maestros

De este modo debe ser enseñada el alma que va a ser templo de Dios vivo. No oiga ni hable sino lo que toca al temor de Dios. Ni entienda siquiera las palabras torpes y deshonestas, ni sepa cantares y tonadas mundanas. Su lengua, aún tierna, acostúmbrese a entonar los dulces y devotos salmos.

No trate con muchachos deshonestos, y las mismas doncellas y criadas que la acompañen no se mezclen con gente mundana, no sea que lo malo que aprendan, se lo enseñen a ella peor.

Háganle unas letras de boj o de marfil y pongan a cada una su nombre; juegue con ellas, para que el juego le sirva juntamente de aprendizaje y diversión. Y no os contentéis con que las sepa por orden, de manera que el recuerdo de los nombres se le convierta en estribillo y sonsonete; sino procurad muchas veces cambiar el orden, mezclando las letras entre sí, poniendo las de en medio con las últimas y las primeras con las de la mitad, para que no solamente las conozca de carretilla y sin fijarse en ellas, sino también por la vista [14].

Cuando ya comience a escribir en la tablilla de cera con su manecita tierna y temblorosa, otra persona mayor ponga la mano sobre la suya, para que vaya dirigiendo y ayudando sus dedos débiles, o que en las tablillas se graben los caracteres, para que, siguiendo los surcos de las letras, no pueda desviarse de los renglones trazados [15].

Que junte unas sílabas con otras; y para que trabaje con gusto, ofrécele en premio algunos regalos que le gusten y estimulen. Creo que es mejor que aprenda juntamente con otras niñas de su edad, de las que pueda tener celos si saben más y son más alabadas que ella.

No hay que reñirla y apremiarla mucho si es lenta en el aprender, sino más bien animar y avivar su entendimiento con alabanzas, para que se alegre cuando sepa más que sus compañeras y le duela cuando ellas le ganen en saber la lección [16].

Lo que sobre todo hay que cuidar es que no aborrezca

---

[14] Quintiliano, *Instit. orat.*, lib. I, c. 1, n. 25 s.: BCL, t. LXXV, p. 58.

[15] Ibid., n. 27, edic., t. y p. cit.

[16] Ibid., n. 20: BCL, t. LXXV, p. 56

el estudio, para que el amargor de las primeras letras no continúe y aumente cuando sea mayor.

Los mismos nombres con los que se ha de acostumbrar a juntar las palabras, no deben ser sin más ni más, sino determinados y escogidos cuidadosamente, como, por ejemplo, los de los profetas y apóstoles, los de toda la serie de los patriarcas, empezando desde Adán, como los traen Mateo y Lucas [17], para que así, mientras parece que hace otra cosa, ayude al trabajo posterior de la memoria.

Se debe elegir un maestro de edad apropiada, vida religiosa y ciencia competente; y no dudo que este varón docto y sabio no se avergonzará de hacer con una parienta o con una virgen noble lo que Aristóteles hizo con el hijo de Filipo, rey de Macedonia [18], a quien él mismo enseñó las primeras letras, oficio de suyo propio de los copistas y amanuenses. No hay que despreciar como cosas pequeñas aquellas sin las cuales no se pueden conservar las grandes.

La misma pronunciación de los sonidos y la enseñanza de las primeras letras, de muy diversa forma lo hace el varón sabio y el sencillo rústico. Por eso debes tener muy en cuenta que tu hija no se acostumbre a pronunciar las palabras entre dientes y comiéndose las sílabas con melindres afeminados, ni se vista de seda o púrpura; porque lo uno es dañoso a la pronunciación, lo otro a las costumbres. Que no aprenda en su niñez lo que hay que hacer que olvide cuando sea mayor.

Ya sabemos cuánto ayudó a la natural elocuencia de los Gracos lo que se cuenta de que su propia madre fué la que les enseñó y educó desde la primera infancia; y la dicción flúida y correctísima la aprendió Hortensio en los brazos de su padre [19]. Difícilmente se olvida lo que se aprende en la niñez. ¿Quién puede devolver a la lana teñida de púrpura su antigua blancura? Las vasijas de loza, por más que se laven, difícilmente pierden el aroma del primer líquido vertido en ellas [20].

Cuenta la historia griega que Alejandro Magno, rey poderosísimo y dominador de todo el mundo, no pudo nunca librarse de las faltas que aprendió, siendo niño, de su preceptor Leónidas, en la manera de andar y en sus costumbres [21]. Somos inclinados por naturaleza a imitar los malos

---

[17] Cf. Mt. 1, 1-16; Lc. 3, 23-38.

[18] QUINTILIANO, *Instit. orat.*, lib. I, c. 1, n. 23 s.: BCL, t. LXXV, p. 57.

[19] QUINTILIANO, ibid., n. 6, edic. y t. cit., p. 49.

[20] HORACIO, *Epist.*, lib. I, ep. 2 *ad Lollium*, v. 69 s.: BCL, t. XXX, p. 277.

[21] QUINTILIANO, *Instit. orat.*, lib. I, c. 1, n. 9, edic. y t. cit., p. 51 s.

ejemplos, y, no pudiendo conseguir las virtudes de los otros, fácilmente, sin embargo, imitamos sus vicios.

Debes procurar que su nodriza no sea inclinada a la bebida, ni deshonesta, ni charlatana en demasía; que tenga una criada modesta y un maestro grave y prudente.

Cuando la niña vea a su abuelo, corra a abrazarle y colgarse de su cuello y cante el *alleluia* aun cuando a él no le guste.

Que la tome en brazos su abuela; que aprenda a conocer a su padre por el modo de sonreírse [22]; que sea amable para con todos, y que su familia entera se alegre porque ha nacido de su linaje una rosa.

También debe conocer en seguida a la otra abuela que tiene y a la otra tía. Que se dé cuenta a qué emperador debe servir y para qué ejército del Señor se prepara como novicia. Que desee vivir con ellas y que te amenace a ti con irse para siempre en su compañía.

V. Sencillez en el vestido y adorno de la virgen

El mismo hábito y vestido le debe enseñar a quién está prometida. Haz el favor de no horadar los lóbulos de sus orejas para ponerle pendientes, y no pintes con polvos ni coloretes el rostro de la que está consagrada a Cristo. No cuelgues de su cuello collares de oro y perlas, ni adornes su cabeza con diademas de pedrería, ni tiñas de rubio sus cabellos, para que no le profetices con ello algo del fuego del infierno. Otras han de ser sus perlas, con las que, una vez vendidas, pueda comprar aquella preciosa margarita de que nos habla el Evangelio [23].

Acuérdate de cómo en otros tiempos Pretextata, nobilísima matrona, por mandato de su marido Himecio, tío de la virgen Eustoquio, cambió a ésta el vestido y ornato de su cuerpo y onduló y peinó cuidadosamente el cabello que ella tenía descuidado, deseando vencer así el santo propósito de la virgen y el ardiente deseo de su madre. Aquella misma noche vió en sueños cómo se le acercaba un ángel de rostro terrible y la amenazaba con los castigos divinos, diciéndole: "¿Te has atrevido a anteponer el mandato de tu marido al del mismo Cristo? ¿Te has atrevido a profanar con tus manos sacrílegas la cabeza de la virgen consagrada a Dios? Desde hoy se te han de secar esas manos para

---

22 Virgilio, *Bucolicorum liber*, ecloga 4, v. 60: BCL, t. CXXVI, p. 136.

23 Cf. Mt. 13, 46.

que te sientas atormentada por el mal que has hecho. Dentro de cinco meses serás llevada al infierno, y si aun perseveras en tu pecado, perderás a tu marido y tus hijos".

Todo se cumplió puntualmente, y la temprana muerte de la desventurada demostró que su penitencia había sido tardía. Así castiga Cristo a los que profanan sus templos; así guarda y defiende sus perlas preciosas y sus ornamentos estimadísimos.

Y esto he contado, no porque desee alegrarme con las desgracias y calamidades de los infelices, sino para avisarte con cuánto temor y cautela debas guardar lo que prometiste y consagraste a Dios.

VI. Responsabilidad de los padres en la educación de los hijos

El sumo sacerdote Helí ofendió a Dios por no corregir los vicios de sus hijos [24]. Según el Apóstol, no puede ser elegido obispo el que tiene hijos viciosos y desobedientes [25]. Y, por el contrario, escribe de la mujer *que se salvará por la generación de sus hijos si permanecieren en la fe, en la caridad y en la santificación con honestidad* [26].

Si los pecados de los hijos de mayor edad se imputan a sus padres, ¿con cuánta más razón se les imputarán los de los pequeños y débiles, los que, según la sentencia del Señor, no saben distinguir aún cuál es su mano derecha e izquierda, es decir, la diferencia que existe entre el bien y el mal?

Si velas con solicitud para que no muerda a tu hija ninguna víbora, ¿por qué no tienes el mismo cuidado de que no sea herida por *el martillo de toda la tierra* [27], que es el pecado; en que no beba del dorado cáliz de Babilonia [28], en que no salga con Dina y desee contemplar las mujeres de patrias extrañas [29], en que no baile y vista túnicas que arrastren por el suelo?

Siempre se dan los venenos mezclados con miel; los vicios siempre nos engañan con figura y apariencia de virtud.

Me dirás: ¿Cómo es que dice Dios que los pecados de los padres no los pagarán los hijos, ni los de los hijos caerán sobre los padres, sino que *el alma que pecare ella sola*

[24] Cf. 1 Reg. 2, 29 s.
[25] Cf. 1 Tim. 3, 4.
[26] 1 Tim. 2, 15.
[27] Jeremías se refiere con esta frase a la pecadora Babilonia, es decir, al mundo malvado. Cf. Ier. 50, 23.
[28] Cf. Ier. 51, 7.
[29] Cf. Gen. 34, 1.

es la que morirá? [30] Esto se afirma de los que ya saben distinguir perfectamente el bien y el mal, de los que esta escrito en el Evangelio: *Ya tiene edad suficiente, que responda por sí mismo* [31]. Pero cuando se trata de un pequeñuelo, entretenido con cosas de niños, hasta que llegue al uso de razón y a distinguir los dos caminos del bien y del mal, representados por la Y pitagórica, tanto sus obras buenas como las malas se atribuyen a sus padres.

A no ser que quizás creas que los hijos de los cristianos que aun no han recibido el bautismo son ellos solos reos de pecado y que el crimen no recae también y principalmente sobre los que no quisieron que fuesen bautizados, especialmente cuando eran tan pequeños que no podían contradecir ni rehusar lo que iban a recibir; así como al contrario, la salvación de los niños redunda en ganancia de sus padres.

Plena libertad tuviste en ofrecer a Dios tu hija o no ofrecerla (aunque tu caso fué muy especial, ya que la consagraste a Dios aun antes de haberla concebido); pero después de haberla consagrado, responsable serás si no la cuidas con el debido esmero.

Todo el que ofrece a Dios una víctima coja, o manca, o manchada con alguna fealdad, comete un sacrilegio [32]; pues ¿con cuánta más razón debe ser castigado el que es negligente en cuidar una parte de su cuerpo o la pureza inmaculada de su alma, que prepara para los abrazos celestiales del Rey de reyes?

VII. Sobre el recogimiento

Cuando la niña sea ya un poco mayor y, a imitación de su divino Esposo, empiece a crecer *en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y delante de los hombres* [33], acompañada de sus padres de la tierra, frecuente el templo de su verdadero Padre; pero quédese allí orando devotamente aun cuando ellos se salgan. Cuando la busquen en los caminos del mundo, entre la muchedumbre del vulgo y la compañía de sus parientes, que no la encuentren sino en un lugar retirado, oyendo explicar las Sagradas Escrituras [34] y preguntando a los profetas y apóstoles acerca de los desposorios con el divino Esposo.

---

[30] Ez. 18, 4. 20.
[31] Io. 9, 21.
[32] Cf. Deut. 15, 21.
[33] Lc. 2, 52.
[34] Cf. Lc. 2, 44 s.

Procure muy de veras imitar a María, a la que Gabriel halló sola en su aposento; y quizás se turbó por ver a un joven hermosísimo, cosa inusitada para ella [35]. Esfuércese en imitar a la doncella de la que se pudo decir: *Toda la gloria y hermosura de la hija del rey está dentro de ella misma* [36]; y sintiéndose traspasada por la saeta del amor, repita a su amado aquellas palabras: *El rey me introdujo en su aposento* [37].

Nunca la dejes salir por ahí afuera, no sea que la encuentren los que andan recorriendo la ciudad y la golpeen y hieran, despojándola del manto de la honestidad y abandonándola después desnuda y bañada en su propia sangre. Ha de permanecer tan recogida, que, cuando alguien llame a la puerta de su casa, le conteste ella desde dentro: *Yo soy un muro y mis pechos una torre. Ya me he lavado los pies y no puedo volver a mancharlos de nuevo* [38].

VIII. Austeridad en la comida y la música

Es mejor que coma aparte; quiero decir que no asista a los convites de sus padres, para que no eche luego de menos los manjares delicados que allí se sirven.

Y aunque algunos crean que es mayor virtud el despreciar los placeres que se conocen, sin embargo, yo juzgo ser mucho más seguro para la guarda de la continencia ignorar lo que, una vez conocido, lo buscarías. Me acuerdo que siendo niño aprendí en la escuela esta sentencia: "Con dificultad podrás corregir lo que estás muy acostumbrado a hacer".

Así que acostúmbrese desde niña a no probar el vino, en el que está oculta la lujuria [39]. Los ayunos rigurosos son nocivos para su edad, hasta que, ya adulta, cuente con fuerzas suficientes para ello. Hasta que sea algo mayor, si hay necesidad, puede ir a los baños y beber un poco de vino para facilitar la digestión [40], y comer carne para que no le falte la fuerza en los pies aun antes de que aprenda a correr.

Todo esto lo digo *en forma de condescendencia, no de precepto* [41], compadeciéndome de su debilidad, no pretendiendo enseñar el refinamiento en las costumbres.

---

[35] Cf. Lc. 1, 26 s.
[36] Ps. 44, 14.
[37] Cant. 1, 3.
[38] Cant. 8, 10; 5, 3.
[39] Eph. 5, 8.
[40] Cf. 1 Tim. 5, 23.
[41] 1 Cor. 7, 6.

¿Qué razón hay para que la virgen de Cristo no haga con todos los manjares lo que la religión de los judíos hizo prohibiendo comer la carne de algunos animales? Esto mismo hacen los brahmanes de la India y los gimnosofistas egipcios, que comen solamente polenta y arroz y alimentos de manzanas.

Si se estima tanto el vidrio, ¿cuánto más debemos estimar las perlas preciosas? [42] La niña que nació de una promesa, debe vivir como vivieron los que fueron engendrados por un voto hecho al Señor. Ya que la gracia es igual, también debe ser igual el trabajo. No guste oír las armonías cadenciosas del órgano ni sepa para qué se han hecho la flauta, la lira o la cítara.

IX. Determinación de los estudios, amistades y oraciones

Haz que cada día te repita un párrafo escogido de entre las flores de las Sagradas Escrituras y aprendido de memoria. Que sepa la métrica de los versos griegos; que aprenda después bien el latín; porque si desde la niñez no habituamos nuestros labios tiernos a pronunciar bien, siempre queda un acento raro, y así la lengua materna se mezcla con defectos de idiomas extraños [43].

Tú debes ser la principal maestra de tu hija; a ti admire como modelo en su inexperiencia. Que no vea ni en ti ni en su padre ningún mal ejemplo que sea pecado en ella si lo imita. Acordaos ambos de que sois padres de una virgen y que mejor se educará con vuestros ejemplos que con voces y gritos.

Los niños son como las flores, las violetas, los lirios o los azafranes, que pronto se marchitan y fácilmente se corrompen con un aire pestilente.

No debe visitar las iglesias y las basílicas de los mártires sin la compañía de su madre. No consientas que trate con ningún joven ni que reciba las sonrisas de los galanes presumidos. Las vigilias festivas y las solemnidades nocturnas debe celebrarlas de tal modo que no se aparte de su madre ni el negro de una uña.

No me gustaría nada que prefiriese a una criada sobre todas las demás y estuviese siempre charlando con ella; antes al contrario, lo que dice a una de ellas lo deben saber

---

[42] Tertuliano, *Liber ad martyres*, IV: PL 1, 626.
[43] Quintiliano, *Instit. orat.*, lib. I, c. 1, n. 13: BCL, t. LXXV, p. 54

todas. Frecuente el trato no de la que es presumida y hermosa ni de la que recita versos con tono sentimental y trémolos en la voz, sino de la doncella modesta, pálida y algo descuidada en su modo de vestir, más bien seria y grave en su manera de proceder.

Debe tener como aya, a quien obedezca, a una virgen entrada en años, de fe, pureza y costumbres intachables, que la instruya y con cuyo ejemplo se acostumbre a levantarse de noche para orar y cantar los salmos, y a primera hora de la mañana a entonar también los himnos, lo mismo que a las horas de tercia, sexta y nona; a formar con todas sus compañeras en el glorioso escuadrón de los soldados de Cristo y a ofrecer al atardecer, cuando ya está obscureciendo, el sacrificio vespertino.

Esté ocupada todo el día en estas labores y que la noche también la encuentre trabajando. Oración y lectura, lectura y oración; el tiempo se le hará breve ocupada con tanta variedad de trabajos.

X. Vestidos y ayunos

Es muy provechoso que aprenda también a hilar la lana, tener la rueca, poner en sus rodillas el canastillo de sus labores y dar vueltas al huso retorciendo el hilo con su dedo pulgar. Menosprecie las túnicas de seda, los tejidos de la lejana Tartaria, las piezas de brocado y tisú. Las túnicas que tejiere deben ser para preservar del frío, no tan transparentes que estando vestidos los cuerpos parezcan desnudos.

Puede comer sopa de sémola y verduras y alguna vez un poco de pescado; y para no alargarme más dando avisos sobre la gula, pues ya he tratado de esto más detenidamente en otro lugar [44], debe comer con tanta templanza que siempre se quede con algo de hambre y de tal modo que en seguida de la comida pueda leer, orar o cantar los salmos. Me desagrada mucho que a las jóvenes de poca edad se las acostumbre a ayunos largos e inmoderados de semanas enteras, prohibiéndoles echar aceite a los manjares y comer fruta. La experiencia me ha enseñado que si el asno va cansado por el camino, anda continuamente buscando razones y pretextos para salirse de él.

Bien está que ayunen así los adoradores de las diosas Isis y Cibeles, que con golosa abstinencia devoran faisanes

[44] *Epist. 59 ad Furiam. de viduitate servanda*, n. 9 s.: CSEL, t. LIV, pp. 474-477.

y pichones, no comiendo pan para no contaminar los manjares consagrados a la diosa Ceres.

Estos ayunos perpetuos deben hacerse con tal moderación que conservemos nuestras fuerzas para un largo camino, no sea que, corriendo demasiado al principio, caigamos desfallecidos a la mitad de la jornada.

Por lo demás, como ya lo he indicado en otras ocasiones, en tiempo de Cuaresma podemos tender más las velas de la penitencia y aflojar más la rienda a los caballos que galopan con decisión. Claro está que esto han de hacerlo de manera distinta los seglares y las vírgenes y monjes. Porque el seglar y hombre de mundo consume en la Cuaresma la excesiva grasa de su tejido adiposo y se alimenta con su mismo jugo, como las conchas y caracoles en el invierno, preparando su estómago con una dieta razonable para los próximos banquetes.

Pero la virgen y el monje de tal modo deben aflojar durante la Cuaresma las riendas a sus caballos, que se acuerden que tienen que correr siempre sin descansar. La penitencia limitada en el tiempo puede ser mayor en intensidad; si no tiene límite fijo, hay que moderarla; porque en la primera podemos respirar, pero en la segunda caminamos sin descanso.

XI. Recato en el trato y en los baños

Si alguna vez vas a los barrios extremos de la ciudad, no dejes a tu hija sola en casa; que no sepa vivir sin ti y tenga miedo de quedarse sola.

No trate con personas mundanas ni tenga amistad con vírgenes que no honran su modo de vivir. No asista a las bodas de los criados ni tome parte en los bailes de las ruidosas fiestas familiares.

Ya sé que algunos han prohibido que la virgen de Cristo se bañe en compañía de los eunucos o de las mujeres casadas; porque aquéllos no dejan de tener pasiones de hombre, y éstas fácilmente dan a conocer en el exterior de su cuerpo los placeres de la carne.

A mí ciertamente me disgusta que se bañen las vírgenes ya mayores, porque deben avergonzarse de sí mismas y no verse nunca desnudas.

Porque si atormenta su cuerpo y procura reducirlo a servidumbre [45] con ayunos y penitencias; si desea apagar la llama de la lujuria y los incentivos de la edad juvenil con

[45] Cf. 1 Cor. 9, 27.

el frío de la abstinencia; si procura afear con desaliño voluntario la hermosura natural de su cuerpo, ¿por qué va a resucitar, en sentido opuesto, con las muelles delicias de los baños, el fuego de la carne, ya casi extinguido?

XII. Orden en la lectura de las Sagradas Escrituras

Como otros se entusiasman con la seda y las piedras preciosas, ella debe estimar sobre todo los libros sagrados, en los que guste más el verlos corregidos y puntuados con fidelidad que si estuviesen encuadernados en piel de Babilonia con oro y miniaturas pintadas.

Lo primero que tiene que aprender es el Salterio, y con estos cánticos se puede entretener. Los Proverbios de Salomón le enseñarán a ordenar su vida. En el Eclesiastés aprenda a pisotear las cosas de este mundo. En el libro de Job imite sus ejemplos heroicos de virtud y paciencia. Lea después los Evangelios y nunca los deje de las manos. Con todo cariño empape su corazón en los Actos y las Epístolas de los Apóstoles.

Cuando haya enriquecido su alma con estas riquezas celestiales, aprenda de memoria los Profetas, el Heptateuco [46], los libros de los Reyes y los Paralipómenos, sin olvidar los de Esdras y Ester; por fin, puede aprender también sin ningún peligro el Cantar de los Cantares; porque, si lo lee en su principio, puede entender de un modo carnal el epitalamio de los desposorios espirituales que allí se contienen y con eso serle nociva la lectura.

Tenga mucho cuidado con la lectura de los libros apócrifos; y si alguna vez los quisiere leer, no para aprender de ellos la verdad de los dogmas, sino por respeto a las figuras simbólicas que en ellos se contienen, sepa que no son de los autores cuyos títulos tienen; hay en ellos mezcladas muchas cosas falsas y es necesaria mucha prudencia para escoger el oro entre el barro.

Tenga siempre a mano los opúsculos de San Cipriano, y lea sin ningún escrúpulo las cartas de San Atanasio y los libros de San Hilario. Goce de veras con esos tratados, viendo el sutil ingenio de los que escribieron libros en los que nunca vacila la piedad de la fe. Puede también leer los demás, con tal que los examine detenidamente antes de creer lo que dicen.

---

[46] El Heptateuco comprendía los cinco libros de Moisés, más los dos libros de José y de los Jueces.

XIII. Consejo de enviar a la niña junto a su abuela y su tía en Belén

Acaso me responderás: ¿Cómo podré cumplir todas estas cosas siendo mujer seglar y viviendo en Roma, entre tanta multitud de gente? No quieras, pues, aceptar una carga que no podrás sobrellevar. Creo que será lo mejor el que después de haberla destetado, como a otro Isaac [47], y de haberla vestido el hábito, como a otro Samuel [48], la envíes a Belén con su abuela y su tía.

Deposita esta perla preciosa en el aposento de la Virgen María y engárzala en la cuna donde lloró Jesús niño. Se criará en el monasterio, entre los coros de las vírgenes, y así no aprenderá a jurar y sabrá que el mentir es un sacrilegio; no conocerá lo que es el mundo, vivirá como un ángel, como si no tuviese cuerpo de carne, y juzgará que todos los hombres y mujeres que conoce son y viven como ella.

Pasando por alto otros detalles, con esto te verás libre de la dificultad que hay en preservarla de todo peligro para que no se pierda. Mejor es para ti echar de menos a la que está ausente que no temer y andar con sobresalto a cada momento: qué ha dicho, con quién ha hablado, a quién a dado la razón, a quién ha mirado con agrado y simpatía.

Entrega la niña a su tía Eustoquio, ahora que sus vagidos infantiles son oración hecha en tu favor. Entrégala como compañera de su santidad y futura heredera de sus virtudes. Que la vea continuamente, que la quiera mucho, *que la admire ya desde su niñez* [49], porque su conversación, su manera de andar y vestir, todo cuanto hace es doctrina segura de virtudes.

Críese en el regazo de la abuela, para que ésta vuelva a hacer con su nieta lo que hizo antes con su hija; pues con su larga experiencia ha aprendido a criar, conservar y enseñar a las vírgenes, en cuya corona se engarza cada día el fruto centenario de la castidad de nuevas vírgenes.

¡Dichosa doncella! ¡Dichosa Paula, hija de Toxocio, que, gracias a las virtudes de tu abuela y de tu tía, eres más noble por la santidad que por el linaje de tu familia! ¡Ojalá pudieses ver a tu suegra y a tu cuñada y contemplar qué espíritus más grandes se encierran en aquellos cuerpecillos insignificantes! [50]

---

[47] Cf. Gen. 21, 8.
[48] Cf. 1 Reg. 2, 19.
[49] Virgilio, *Aeneidos*, lib. VIII, v. 517: BCL, t. CXXVIII, p. 447.
[50] Virgilio, *Georg.*, lib. IV, v. 83: BCL, t. CXXVI, p. 514

No dudo, pues conozco bien tu amor a la castidad, que tú misma precederías con el ejemplo a tu hija y cambiarías la primera sentencia de Dios [51] por la ley posterior del Evangelio. No solamente despreciarías los deseos de tener más hijos, sino que tú misma te ofrecerías a Dios para guardar castidad.

Pero porque *hay tiempo de entregarse a los abrazos y tiempo de apartarse de ellos* [52], *y la mujer ya no tiene potestad sobre su cuerpo* [53], *y cada uno debe permanecer en la vocación y estado a que Dios le llamó* [54], y el que está sujeto al yugo del matrimonio ha de correr por el camino de la santidad, de tal manera que no deje a su compañero en el fango de este mundo, procura dar al Señor en tu hija lo que tú dejaste de darle en ti misma.

Después que Ana ofreció a su hijo al Señor ante el tabernáculo [55], nunca más se lo exigió; creyendo que era manifiesta injusticia que el que había de ser profeta del Altísimo se criase en la casa de aquella que aun deseaba tener más hijos. Y habiendo concebido y dado a luz, no se atrevió a aparecer vacía ante el Señor antes de pagarle lo que le debía. Y una vez que ofreció su sacrificio, volvió a su casa, y el Señor le concedió otros cinco hijos que permaneciesen siempre con ella, porque el primogénito se lo había ofrecido a El [56]. Admírate de la felicidad de esta santa mujer e imítala en su fe y confianza en Dios.

Si envías a Paula por aquí, yo mismo me ofrezco a ser su maestro y preceptor. La llevaré en mis brazos, y aunque ya estoy muy viejo, le enseñaré a balbucir las primeras palabras, teniéndome con esto por mucho más honrado que el gran filósofo del mundo, Aristóteles, pues no enseño, como él, al rey macedón, que había de morir envenenado en Babilonia, sino a una sierva y esposa de Cristo, que ha de ser ofrecida al reino de los cielos.

---

[51] Cf. Gen. 1, 28.
[52] Eccl. 3, 5.
[53] 1 Cor. 7, 4.
[54] Ibid. 7, 20.
[55] Cf. 1 Reg. 1, 22-28.
[56] Cf. 1 Reg. 2, 21.

EPISTOLA CXXVIII A GAUDENCIO

SOBRE LA FORMACIÓN DE SU HIJITA PACÁTULA

Esta carta del Doctor de Belén, que bajo ciertos aspectos podría parecer un resumen de la escrita algunos años antes a la viuda Leta, presenta, desde otros puntos de vista, un complemento de aquélla sumamente interesante. Poco sabemos de su destinatario, el ciudadano de Roma Gaudencio, cuya hija Pacátula había sido consagrada a Dios tal vez desde su mismo nacimiento, ocurrido ante las aterradoras escenas de Alarico. Este dato nos permite fijar la fecha de la carta el año 413. Fuera de ciertas ideas comunes a la carta dirigida a Leta sobre la instrucción cultural de la niña y su preservación de malas compañías, de adornos excesivos y de otros peligros semejantes, resaltan sobre todo sus vigorosas invectivas contra algunos principios perniciosos de educación moral, así como sus lamentos finales ante la perspectiva del hundimiento de Roma[1].

I. Dificultad y objetivo de la carta dirigida a una niña

Difícil negocio es escribir a una niña, que no ha de entender lo que dices, cuyo carácter todavía no se conoce, de cuya voluntad es peligroso prometerse nada y en la que, según el exordio de aquel preclaro orador, se han de alábar más bien las esperanzas que las realidades[2].

¿Cómo exhortar a la continencia a la que no desea sino golosinas, a la que apenas pronuncia algunas palabras balbucientes en los brazos de su madre y para quien resultan más sabrosos los dulces que las reflexiones? ¿Cómo atenderá a las sentencias profundas del Apóstol la que más bien se

[1] Véase en el trabajo anterior, p. 2.ª, c. 6, nn. 56 y 57. Según lo dicho, a la edición de Wallarsi, reproducida por Migne (PL 22, 1095-1099), debe preferirse la de I. Hilberg en CSEL, t. LVI, pp. 156-162.

[2] Cicerón, *De republica*, incert. fragmenta, 5, edic. Teubner, 136.

entretiene con fábulas y cuentos de viejas? ¿Cómo ha de sentir la belleza encerrada en los simbolismos de los profetas la que se entristece al ver un poco más serio el rostro de su aya? ¿Comprenderá la grandeza del Evangelio, ante cuyo resplandor se embotan los sentidos humanos? ¿La exhortaré a que sea obediente a sus padres, cuando su mano tiernecita golpea el rostro sonriente de su madre?

Reciba, pues, nuestra Pacátula esta carta para leerla cuando sea mayor. Entre tanto aprenda a conocer el alfabeto, primer fundamento de toda cultura; sepa juntar las sílabas, distinguir los nombres y concordar los verbos; y para que con su voz aguda se ejercite mejor en estas cosas, prométele rosquillas de miel y otras golosinas sabrosas, animándola, si es diligente, con ramilletes de flores, con perlas brillantes y muñecas preciosas. A ratos comience a hilar y a sacar hebras con su tierno dedo pulgar y a romper muchas veces el estambre, para que algún día no lo rompa.

Después de haber trabajado entreténgase con sus juegos, cuélguese del cuello de su madre, vaya recogiendo los besos de sus parientes, reciba algún premio por cantar los salmos y procúrese que ame aquello que ha de aprender, para que no lo mire como trabajo, sino como deleite; no como necesidad, sino como gusto.

II. Falsos principios de educación

Suelen algunas madres, cuando han prometido consagrar su hija al Señor en virginidad, vestirla con una túnica obscura y cubrirla con un manto negro, no permitiéndole usar lienzos finos ni llevar joyas de oro en torno al cuello o sobre la cabeza; y ciertamente con mucha prudencia, para que no aprenda, siendo niña, costumbres que después se ha de ver obligada a dejar.

Mas otras juzgan de modo contrario. "¿Qué importa — dicen — que ella no tenga semejantes galas, si está viendo de continuo con ellas a sus compañeras? La mujer es naturalmente amiga de componerse (φιλόκοσμον), y conocemos a muchas, aun de bien reconocida pureza, que se adornan con esmero, no precisamente para dar gusto a hombre alguno, sino por dárselo a sí mismas. Más vale, pues, que se arregle la niña cuanto quisiere, para que llegue a cansarse de ello y envidie las alabanzas que se dirigen a otras que no lo hacen. Es mejor que, hastiada de tales ornatos, los desprecie que no el que por no tenerlos los eche de menos".

Así lo hizo Dios con los hijos del pueblo israelítico, cuando, deseando las carnes de Egipto, les proporcionó banda-

das tan numerosas de codornices, que llegaron a provocar en ellos náuseas y vómitos [3].

Del mismo modo hallaréis muchos hombres del siglo que se abstienen de los placeres del cuerpo, experimentados en otro tiempo, con más facilidad que los que han ignorado desde su juventud los incentivos del deleite; para los unos lo conocido es objeto de desprecio, para los otros lo ignorado es ocasión de anhelo; aquéllos, con dolor de lo pasado, huyen las asechanzas del placer; éstos, seducidos por los halagos de la carne y los estímulos del cuerpo, excitado por la concupiscencia, hallan peligroso veneno donde pensaban hallar dulzuras de miel; porque aprenden por experiencia *cómo los labios de la mujer perdida parecían destilar miel* [4], que por breves momentos sacia las fauces de los que la toman, pero que al cabo se torna en amargor de hieles.

Por eso vemos que en los sacrificios ofrecidos al Señor no se presentaba miel ni se empleaba la cera, que le sirve de recipiente, sino que únicamente se hacía arder el aceite exprimido del jugo amargo de las olivas. También el cordero pascual debía comerse con hierbas amargas y con panes *ácimos de sinceridad y verdad* [5], virtudes que acarrearán persecuciones a quienes en el siglo las practicaren. Por eso canta el profeta con simbolismo místico: *Estaba sentado a solas porque me hallaba lleno de amargura* [6].

III. Cautelas para conservar la inocencia, especialmente referentes al trato

¿Pues qué? ¿Os parece que es bien entregarse a la lujuria durante la juventud, a fin de despreciar luego con más fuerza los placeres de la carne? De ningún modo, contestan, sino que *cada uno permanezca en la vocación a que ha sido llamado por Dios. ¿Ha sido elegido para la circuncisión?*, esto es, para la virginidad, *permanezca circuncidado* [7], a saber, no busque las túnicas de pieles del matrimonio con las que se revistió Adán al ser arrojado del paraíso de la virginidad. *¿Ha sido elegido para incircunciso,* esto es, para tener mujer y cubrirse con la piel del matrimonio? No busque la desnudez de la virginidad y la continencia perpetua, que en otro tiempo dejó de tener, sino use el instrumento de su cuerpo en santidad y pureza, bebiendo de sus manantiales

[3] Cf. Num. 11, 4-33.
[4] Prov. 5, 3.
[5] 1 Cor. 5, 8; cf. Ex. 12, 8.
[6] Ier. 15, 17.
[7] 1 Cor. 7, 24.

y no acudiendo a las cisternas rotas de los lupanares, que no pueden contener el agua purísima de la castidad [8].

Por lo cual Pablo, tratando en el mismo capítulo de la virginidad y del matrimonio, llama esclavos de la carne a los casados y denomina libres a los que, exentos del yugo de las nupcias, sirven al Señor con toda libertad [9]. Lo que aquí decimos no tiene valor general, sino limitado, ni tratamos de aplicarlo a todos, sino a algunos en particular. Eso sí, nuestras palabras se dirigen a ambos sexos, no sólo a la condición más frágil de la mujer.

¿Eres varón virgen? ¿Pues para qué te deleitas con el trato de la mujer? ¿Para qué entregas la navecilla frágil y delicada al oleaje tempestuoso y, pudiendo estar seguro, te expones a los peligros gravísimos de una navegación aventurada? No sabes lo que deseas, y, sin embargo, te juntas a ella, como si ya antes la hubieras deseado o, por decir lo más leve, como si después hubieras de desearla.

"Pero para el ministerio de servir—dirás—la mujer es más acomodada". Pues bien, en ese caso elige una de edad, poco agraciada, de continencia y pureza bien reconocidas en el Señor. ¿A qué viene el complacerte en la jovenzuela, en la de rostro hermoso, en la de costumbres libres? Te deleitas en los baños, andas con el cutis bien cuidado, con las mejillas sonrosadas; comes carne, abundas en riquezas, te vistes con trajes lujosos, y ¿crees dormir seguro junto a la serpiente venenosa?

Pero dirás que no moráis en la misma casa, al menos durante la noche. Sea así; mas estáis empleando todo el día en continuas charlas; y ¿por qué lo hacéis a solas y no delante de testigos? Aun cuando tú no peques, pero apareces ante los otros como pecador, sirviendo así de mal ejemplo para muchos desgraciados, que, apoyados en tu autoridad, vendrán a caer.

También tú, virgen o viuda, ¿por qué permites se prolongue conversación tan larga con un varón? ¿Cómo no temes quedarte con un hombre a solas? Finge al menos alguna necesidad urgente corporal para tener ocasión de ausentarte y así interrumpir aquella conversación que mantenías con más libertad que si se tratase de un hermano y con más imprudencia que si se tratase de un marido.

¿Es que estabas consultando alguna duda sobre las Escrituras Sagradas? Consúltala en público; que la oigan tus sirvientas, que la oigan tus compañeras. *Todo lo que se manifiesta en público, es luz* [10]. La conversación honesta no

[8] Cf. Ier. 2, 13.
[9] Cf. 1 Cor. c. 7.
[10] Eph. 5, 13.

busca el secreto, sino que, al contrario, se goza con las alabanzas bien merecidas y con el testimonio de muchos. ¡Maestro en verdad egregio el que menosprecia a los varones, no hace caso de los hermanos y se fatiga y trasuda en la instrucción secreta de una sola mujercilla!

IV. Varias normas detalladas para la educación de la niña

Veo que me he desviado un poco de lo que iba tratando con ocasión de otros asuntos, y, mientras intento instruir, o mejor dicho, criar a la pequeña *Pacátula,* me he enredado de improviso en una lucha con muchas mujeres que se muestran conmigo poco *pacatas* o amigables. Volvamos, pues, a nuestro propósito.

Ante todo, que una niña trate con niñas. Que no sepa, es más, que tema el andar jugando con niños. No conozca las palabras deshonestas, y si, tal vez, entre el alboroto de los criados que andan trajinando por la casa, llega alguna a sus oídos, no entienda su significado. Un movimiento de cabeza de su madre sea para ella como una orden, y cualquier consejo le suene a mandato. Amela como a madre, obedézcala como a señora, témala como a maestra.

Cuando esta doncellita, tierna todavía y sin dientes, llegue a los siete años y comience ya a ruborizarse, sepa lo que ha de callar y pese bien lo que ha de decir; aprenda de memoria el Salterio, y en los años que preceden a la pubertad guarde en su corazón, como un tesoro, los libros de Salomón, los Evangelios, los escritos de los Apóstoles y de los Profetas.

No salga a la calle con demasiada facilidad ni ande demasiado solícita por asistir de continuo a las solemnidades más concurridas de los templos. Encuentre sus mayores delicias en su propio aposento. No trate con los adolescentes o con los jovenzuelos de cabellos rizados, que con sus palabras dulces hieren el alma a través de los oídos. Rechace asimismo lejos de sí a las jóvenes livianas, tanto más difíciles de evitar cuanto más libres son para entrar donde les place y que gustan de ir enseñando en secreto lo que han aprendido, corrompiendo de esta forma a Dánae, retirada en su encierro, con los dichos del vulgo [11].

Acompáñela siempre su maestra y sírvala su aya de custodia, la cual no debe ser aficionada al vino, ni ociosa y

[11] Horacio, *Carm.*, lib. III, carm 16 *ad Maecenatem*, v. 1: BCL, t. XXIX, p. 320.

charlatana, como amonesta el Apóstol [12], sino sobria, grave, amiga de hacer labores, y que hable sólo aquello que pueda inducir el ánimo infantil a la virtud. De igual modo que el agua en una superficie sigue el surco abierto por el dedo que la precede, así la edad tierna y blanda de la niñez está pronta a inclinarse a una parte o a otra y a ser llevada por dondequiera que se la conduzca.

Suelen los jóvenes acicalados y lascivos procurarse la entrada a las casas de las doncellas por medio de las ayas, mediante halagos, adulaciones y donecillos, y, una vez conseguido suavemente el acceso a ellas, convertir los pequeños chispazos en grandes incendios, caminando poco a poco hasta la deshonestidad sin que haya fuerza capaz de impedírselo, según aquella sentencia bien comprobada por los hechos: "Con dificultad podrás corregir lo que has consentido se convierta en costumbre" [13].

Vergüenza da decirlo, pero es necesario: mujeres nobles, que podían haber tenido esposos más nobles todavía, se unen a siervos y a hombres de baja condición, y, con excusa de piedad y tomando como pretexto la continencia, abandonan luego a sus maridos y, nuevas Elenas, siguen a sus Alejandros sin temer a los Menelaos. Cosas son éstas que todos las ven y las deploran, pero nadie las castiga, pues la multitud de los que prevarican parece dar licencia a los demás.

V. Lamentación por la ruina de Roma

¡Oh dolor! Se derrumba el orbe terráqueo y no desaparecen en nosotros los pecados. La ciudad egregia, cabeza del Imperio romano, se ha consumido en pavoroso incendio. No hay región que no cuente con infelices desterrados. Se han reducido a ceniza y pavesas iglesias en otro tiempo florecientes, y, sin embargo, seguimos entregados a la codicia. Vivimos como si hubiéramos de morir al día siguiente y edificamos, no obstante, como si hubiéramos de permanecer para siempre en este siglo. Brillan con el oro los muros, brillan con el oro los artesonados, brillan con el oro los capiteles de las columnas, y en tanto muere Cristo en los pobres ante nuestras mismas puertas.

Leemos en las Escrituras que Aarón salió al encuentro de las llamas furiosas y, encendiendo el incensario, logró apaciguar la ira de Dios [14]. Púsose aquel gran sacerdote entre la vida y la muerte, y el fuego no osó pasar de donde él

[12] 1 Tim. 5, 13.
[13] Rufo Curcio, *De rebus Alexandri*, lib. VI, c. 3, n. 11.
[14] Cf. Num. 16, 46-50.

había fijado sus plantas. Dijo Dios a Moisés: *Déjame y destruiré este pueblo*[15]. Al decir *déjame,* muestra estar impedido para llevar a cabo sus amenazas; porque las plegarias de su siervo ataban la omnipotencia de Dios.

¿Quién crees que podrá hallarse ahora bajo la capa del cielo capaz de salir al encuentro a la cólera divina, que se atreva a ponerse frente a las llamas y clamar con el Apóstol: *Deseaba yo ser maldito por el bien de mis hermanos?*[16] Perecen los rebaños con los pastores, pues cual es el pueblo son sus sacerdotes. Moisés, movido por afecto de compasión, decía: *Señor, si perdonáis a este pueblo, perdonadlo en buena hora; pero en otro caso, borradme a mí de vuestro libro*[17]. Quiere morir con los que mueren, no contentándose con su propia salvación. *Porque la gloria de un rey es la muchedumbre de sus vasallos*[18].

En tiempos tan desastrosos ha nacido nuestra Pacátula; entre tales juegos pasa los primeros años de su niñez, destinada a conocer antes el llanto que la risa y a sentir el dolor antes que el gozo. Apenas ha visto la entrada en el mundo y ve ya su salida; crea que ha sido siempre tal la suerte de la humanidad. Ignore lo pasado, huya de lo presente, suspire por lo venidero.

El amor me ha impulsado, hermano mío Gaudencio, a dictar estas cosas a toda prisa y a escribir en mi ancianidad a una niña, revolviendo de nuevo antiguas ideas, después de la muerte de tantos amigos y de un llanto casi continuo. Preferí dar poco más bien que nada a quien me lo pedía, ya que lo primero muestra la buena voluntad, aunque oprimida por la aflicción, mientras que lo segundo significaría un olvido de la amistad.

---

[15] Ex. 32, 10.
[16] Rom. 9, 3.
[17] Ex. 32, 32.
[18] Prov. 14, 28.

EPISTOLA CXXX A DEMETRIADES

SOBRE LA CONSERVACIÓN DE LA VIRGINIDAD

Esta carta, escrita por el monje de la Santa Cueva Betlemita cuando contaba ya setenta y cuatro años y no le separaban sino cinco del sepulcro, es un eco de la que había redactado treinta años antes, en 384, a la virgen Eustoquio sobre la misma materia. En la presente ocasión tomó la pluma en sus manos el santo escriturista con repugnancia, por el detrimento que ello suponía para sus ocupaciones, pero con verdadero empeño de contentar a quien se la había pedido. Era ésta la noble viuda Anicia Proba Faltonia, mujer, en otro tiempo, del cónsul Sexto Petronio, de gran renombre por su alcurnia, sus cargos y su riqueza. La ilustre matrona se había refugiado en Cartago, huyendo de los horrores causados en Roma por las huestes de Alarico. Cuando se hablaba ya de los desposorios de la inocente jovencita, echóse ésta un buen día a los pies de su madre y su abuela, declarándoles su propósito de virginidad. Ambas piadosas matronas rebosaron de alegría. Poco después el obispo de Cartago, Aurelio, le imponía el velo sagrado, y Alipio y Agustín, obispos, respectivamente, de Tagaste y de Hipona, así como el Papa Inocencio I, le enviaban sendas cartas gratulatorias. A todas ellas había precedido otra del monje hereje Pelagio, no exenta de asechanzas doctrinales y que explica ciertas exhortaciones a la ortodoxia contenidas en la epístola jeronimiana.

Empieza el Santo explayándose en alabar la decisión, nobleza y virtudes de la nueva esposa de Cristo y de sus piadosas progenitoras, describiendo juntamente las circunstancias históricas de aquella vocación admirable (I-VII). Después de una exhortación más general para inculcar el esmero en la guarda de la pureza, tan estimada del Señor (VIII), pasa a indicar los principales medios internos y externos conducentes a este fin, en especial al ayuno (IX-XI), y las defensas que ha de buscar en la obediencia a los mayores, la cautela en el trato, la elección de la servidumbre y el desprendimiento en el uso de las riquezas a favor de los po-

bres (XII-XV). Un capítulo especial está dedicado a prevenirla contra los errores doctrinales (XVI) y otro a la consideración comparativa de las vidas eremítica y cenobítica (XVII), pasando a inculcarle de nuevo diversos consejos sobre el trato social y la falsa virginidad y terminando, finalmente, con la suprema norma del ascetismo: la afición a las Sagradas Escrituras y el amor ardiente a Cristo, su Esposo[1]*. Hay capítulos, verdaderos mosaicos de textos y alusiones bíblicas, que pregonan bien a las claras los conocimientos de su autor.*

I. Ocasión de la presente carta

De todo lo que he escrito desde mi adolescencia hasta el día de hoy, sea por mi propia mano, sea dictándolo a mis amanuenses, nada me ha sido más difícil que esta carta.

Porque voy a dirigirla a Demetríades, virgen de Cristo, la primera en el mundo romano por sus títulos de nobleza y riquezas cuantiosas, y puede dar ocasión a que alguno piense que adulo si digo todo lo que merecen sus virtudes; y si, por el contrario, paso por alto algunas cosas para que no parezcan increíbles, mi timidez perjudicará a las alabanzas que en justicia se le deben.

Pues ¿qué he de hacer? Aun cuando no pueda satisfacer plenamente la petición que me han hecho, tampoco me atrevo a negarme a ello: tan grande es la autoridad con que mandan, la confianza con que piden y la perseverancia con que me instan su madre y su abuela, insignes matronas, en verdad. Y no es que me pidan algo nuevo y difícil en sí, ya que mi pobre ingenio está gastado en esta clase de asuntos, sino que desean no falte mi testimonio, por parte de los hombres, comentando sus alabanzas. Y por eso quiero recordar aquí la sentencia de aquel ínclito orador: *Hay que alabar la esperanza más que la misma cosa*[2], aunque de hecho haya superado con el fervor de su fe la condición de su niñez y haya comenzado su camino allí donde otras muchas lo terminan, con renombre de una virtud perfecta y consumada.

---

[1] Para más datos sobre este escrito y su destinataria, véase el trabajo precedente, p. 2.ª, c. 2, n. 38; c. 6, n. 59, y c. 8, n. 70, principalmente nota 33. El texto latino se halla en CSEL, t. LVI, pp. 175-201: PL 22, 1107-1124.

[2] Cicerón, *De republica*, incerta fragmenta, 5, edic. Teubner, 136.

II. Repugnancias y motivos inductores de este escrito

Quede lejos de nosotros la murmuración; retírese la envidia o no haya lugar para sospechas de ambición. Un desconocido escribe a una desconocida a la que no ha visto nunca corporalmente. Aunque el espíritu interior lo conocía yo hermosamente, por los mismos rumores por los que San Pablo había conocido a los colosenses [3] y a muchos de los fieles cristianos aun antes de haberlos visto.

Cuán grande sea mi mérito, o mejor dicho, el milagro realizado por nuestra virgen, lo puede ponderar quien considere que, estando yo ocupado en traducir minuciosamente la estructura del templo de Ezequiel [4], lugar tal vez el más difícil de todas las Escrituras, y habiendo llegado a aquel pasaje en el que se describe el Sancta Sanctorum y el altar de la incensación, preferí interrumpir este trabajo por unos días y pasar de la descripción de aquel altar material a la de este otro altar espiritual, hostia viva y agradable a Dios [5], y consagrarlo sin la menor mancha a la eterna pureza. Ya sé que con la oración del pontífice cubrió su cabeza el velo virginal; y se cumplió en ella la sentencia del Apóstol: *Quiero presentaros como virgen casta a Cristo* [6], cuando *asista la reina a su diestra, con vestido de tisú de oro bordado en varios colores* [7]. Con semejante vestidura pluricolor y tejida con la variedad de muchas virtudes, fué vestido José, y tal era la que usaban en otro tiempo las hijas de los reyes.

Así también se alegra la esposa y dice: *Me introdujo el rey en su aposento* [8]; y responde el coro de sus compañeras: *Toda la gloria de la hija del rey está dentro de ella misma* [9].

Sin embargo, estoy cierto que esta carta será provechosa; los caballos corren más rápidamente con el aplauso de los espectadores. La fortaleza de los púgiles crece con los clamores del público. La palabra del general en jefe enardece las tropas preparadas a la batalla, que empuñan ya la espada. Así, en esta carta, la abuela y la madre son las que han plantado; yo soy el que tiene que regar, y Dios el que hará crecer los tallos [10].

[3] Cf. Col. 2, 1.
[4] Cf. Ez. 40, 46.
[5] Cf. Rom. 12, 1.
[6] 2 Cor. 11, 2.
[7] Ps. 44, 10.
[8] Cant. 1, 3.
[9] Ps. 44, 14.
[10] Cf. 1 Cor. 3, 6.

III. Panegírico de su padre Olibrio

Es costumbre de los retóricos empezar alabando los abuelos y antepasados y toda la nobleza antigua, para que la raíz fecunda compense la esterilidad de las ramas y para que lo que no ves en el fruto lo admires en el tronco. Así debería yo ahora repetir los preclaros nombres de los Probos y Olibrios y el ilustre linaje de la sangre Anicia, en la cual apenas hubo ninguno que no mereciese el consulado. Y debería nombrar ante todo a Olibrio padre de nuestra virgen, a quien, muerto prematuramente, toda Roma lloró inconsolable.

No quiero decir más acerca de esto para no abrir de nuevo la herida de tu santa madre y renovar su dolor con el recuerdo de las virtudes de su esposo. Hijo cariñoso, varón amable, señor magnánimo, ciudadano lleno de afabilidad, cónsul ya en edad juvenil y luego senador más ilustre por la bondad de sus costumbres.

Feliz él en su muerte prematura, pues no vió derrumbarse la patria; pero más feliz en su descendencia, que gracias a la perpetua castidad de Demetríades, su hija, quedó enaltecida con nuevos esplendores la nobleza de la abuela Demetríades.

IV. Vida de Demetríades antes de su consagración

Pero ¿qué es lo que estoy haciendo? He olvidado mi propósito, y mientras admiro a la joven he alabado sus bienes terrenos y caducos, siendo así que tengo que alabar a nuestra virgen, ya que despreció todas esas cosas porque no había considerado ella en su persona la nobleza ni el poder de las riquezas, sino únicamente su condición humana.

Fortaleza de alma increíble para que entre sedas y piedras preciosas, entre multitud de eunucos y enjambres de sirvientas, entre la adulación y obsequiosidad de su innumerable servidumbre, y los banquetes exquisitos que se celebraban con abundancia en su vasto palacio, prefiriese ella la mortificación de los ayunos, los vestidos ásperos, la sobriedad en la comida. Y es que había leído las palabras del Señor: *Ya sabéis que los que visten con lujo y afeminación están en las mansiones de los reyes* [11]. Se admiraba al hablar de Elías y de Juan Bautista, porque ambos se

[11] Mt. 11, 8.

ciñeron y mortificaron con un vestido de piel de camello [12]; y por lo que hace al Precursor, se pasmaba de que hubiese venido con el espíritu de Elías, profetizando ya en el vientre de su madre y siendo alabado por la voz del Juez supremo aun antes del día del juicio [13].

Admiraba el fervor de Ana, hija de Fanuel, que servía al Señor en el templo con ayunos y oraciones aun en su avanzada vejez [14]. Envidiaba el coro de las cuatro vírgenes hijas de Felipe [15], y soñaba con ser una de ellas, recordando que por su pureza virginal habían conseguido del Señor el don de la profecía. Con estos pensamientos y deseos alimentaba su alma, temiendo solamente ofender a su madre y a su abuela.

Se animaba con sus ejemplos para la virtud, pero le atemorizaban, sin embargo, sus deseos e intenciones, no porque supusiera que había de disgustarles tan santo propósito, sino porque, al considerar su grandeza, no se les ocurriría desearlo y apetecerlo. Ardía en fervor la joven novicia de Cristo. Despreciaba su propio ornato y se dirigía al Señor con las palabras de Ester: *Tú sabes que desprecié el soberbio distintivo de gloria que llevo sobre mi cabeza* (la diadema que usaba como reina) *y que lo estimo tan inmundo como vestido de mujer en menstruo* [16].

Ciertas santas y nobles mujeres a quienes la cruel tempestad de los enemigos empujó desde las Galias, a través del Africa, al refugio de los Santos Lugares, y que tuvieron ocasión de ver y conocer a la piadosa joven, cuentan que por la noche, sabiéndolo tan sólo las vírgenes del Señor que se contaban en el séquito de la madre y la abuela, nunca usó sábanas de lienzo ni blandura de plumas, sino que en lugar de cama empleaba un áspero cilicio extendido sobre el desnudo suelo, y que regaba sus mejillas con continuas lágrimas. Puesta de rodillas, pensando en su Salvador, le pedía aceptase su propósito, que cumpliese sus deseos, que ablandase el corazón de su madre y de su abuela.

V. Demetríades declara su propósito de guardar virginidad

No hace falta que me extienda más en estos preliminares. Acercándose ya el día de la boda y estando preparado el tálamo para el futuro matrimonio, en secreto y sin tes-

[12] Cf. 4 Reg. 1, 8; Mt. 3, 4.
[13] Cf. Lc. 1, 41; Mt. 11, 11.
[14] Cf. Lc. 2, 36 s.
[15] Cf. Act. 21, 9.
[16] Esth. 14, 16.

tigos, teniendo por consuelo la soledad y silencio de la noche, cuentan que se armaba a sí misma con estas razones: "¿Qué haces, Demetríades? ¿Por qué defiendes tu pureza con tanto miedo? ¡Es necesario tener libertad y audacia! Tú que apenas puedes soportar la mirada escrutadora de los tuyos, ¿cómo soportarías los tribunales de los perseguidores? Si los ejemplos de los hombres no te animan, déte valor y seguridad el ejemplo de Santa Inés, la niña que venció su juventud y al tirano y consagró con el martirio el privilegio de su castidad" [17].

"Desgraciada de ti, tú no te has dado cuenta a quién debes la virginidad. Hace poco temblabas entre las manos de los bárbaros germanos y te cubrías con el velo, ocultándote en el pecho de tu madre y tu abuela. Te veías ya cautiva e incapaz de defender tu pudor; temblaste al contemplar las caras atroces y sanguinarias de los enemigos; presenciabas el llanto silencioso de las vírgenes de Dios arrebatadas de su hogar. Tu ciudad, en otro tiempo cabeza del orbe entero, es ahora sepulcro del pueblo romano; y tú, salvada ya en el destierro de Libia, ¿te vas a casar con un varón también desterrado? ¿Qué madrina vas a tener? ¿Qué séquito te va a acompañar? El sonido estridente de la lengua púnica te cantará las procaces estrofas fesceninas. Rompe de una vez todo lo que te detiene: *La perfecta caridad echa fuera el temor servil* [18]. Embraza el escudo de la fe, la loriga de la justicia, el yelmo de la salvación [19], y marcha radiante y decidida a la batalla. La guarda de la virginidad tiene su martirio. ¿Por qué temer a tu abuela? ¿Por qué tiemblas ante tu madre? Quizá ellas mismas desean ardientemente lo que no suponen que tú anhelas".

Enardecida por estas y otras razones, abandona el cuidado de su cuerpo, se desnuda del vestido elegante, como impedimento de su propósito heroico; guarda de nuevo en los joyeros los collares preciosos, los broches costosísimos, la pedrería resplandeciente; se viste una túnica burda, se cubre con un velo aún más humilde y de repente se arroja a los pies de su abuela, declarando sus propósitos con solos llantos y gemidos.

Queda maravillada la grave y noble matrona al mirar el nuevo hábito de su nieta. Permanece atónita la madre ante la inmensidad del gozo. Ninguna de ellas acaba de creer lo que tanto deseaba que fuese verdad. La voz se les

---

[17] PRUDENCIO, *Peristephanon*, carm. 14: CSEL, t. LXI, pp. 427-431.
[18] 1 Io. 4, 18.
[19] Cf. Eph. 6, 16. 14. 17.

anuda en la garganta [20], y los pensamientos se suceden rápidamente entre el rubor y la palidez, la alegría y la tristeza de aquella escena impresionante.

VI. Alegría de su familia al conocer su decisión

Al llegar aquí no puedo más, no me atrevo a seguir escribiendo, pues no tengo palabras para narrar aquellas escenas. Se secaría el torrente impetuoso del ingenio de Cicerón, serían torpes y lánguidos los vibrantes y arrolladores discursos de Demóstenes para explicar debidamente el gozo inmenso de su familia.

Todo lo que puede pensar el alma, todo lo que las palabras no pueden explicar, sucedió en los momentos que siguieron a aquella escena.

La madre y la abuela besan a porfía a su hija y a su nieta. Lloran de alegría, levantan del suelo a la que en él yacía postrada y abrazan cariñosamente a la virgen, que tiembla de emoción. Reconocen en su propósito los deseos genuinos que ellas mismas sentían y la alaban, porque con la promesa de su virginidad ha hecho aún más noble a su noble linaje. Ha encontrado lo que ha de abrillantar aún más a su estirpe, lo que suavizará las cenizas todavía humeantes de la ciudad de Roma.

¡Oh buen Jesús, qué explosión de alegría fué aquélla en toda la casa! Como de una raíz fecunda germinaron al mismo tiempo los tallos de muchas vírgenes, y el ejemplo de la señora fué imitado por un gran número de siervas y protegidas suyas. En todos los hogares hervía el entusiasmo por la profesión de la virginidad; y aunque era diferente la condición social, idéntico era el premio de la castidad.

Pero aun no he acabado de contar. Las Iglesias todas del Africa se regocijaron con la alegría rebosante y jubilosa de una danza. No solamente en las ciudades, villas y aldeas, sino aun en las chozas misérrimas penetró la fama de este hecho célebre. Todas las islas que están entre el Africa e Italia se llenaron de gozo con esta noticia, y aun se extendió más lejos la alegría, atravesando obstáculos insuperables sin ningún tropiezo.

Italia cambió sus vestidos de luto, y las semiderruídas murallas de Roma recobraron parte de su antiguo esplendor, pensando que Dios les era propicio por la perfecta conversión de su antigua ciudadana. Se creería que había sido aniquilado el ejército de los godos y que la multitud

[20] Cf. Virgilio, *Aeneidos*, lib. II, v. 774: BCL, t. CXXVII, p. 297.

de sus fugitivos y siervos había sido destruída por un rayo y un trueno horrísono enviados desde el cielo.

No hubo tanta fiesta y alegría cuando, después de las derrotas de Trevia, Trasimeno y Canas, en que perecieron millares de soldados de los ejércitos romanos, volvió a resurgir de nuevo el pueblo de Roma gracias a la batalla de Marcelo junto a Nola [21]. Con menor gozo la nobleza romana, rescatada por el oro, y la juventud patricia, que estaba en el Capitolio, conoció en otro tiempo la derrota de los galos.

Penetró este rumor por las playas del Oriente, y en las ciudades del Mediterráneo se escuchó el triunfo de la gloria cristiana. ¿Qué virgen de Cristo no se enorgulleció con la compañía de esta virgen? ¿Qué madre no proclamó dichoso tu seno, oh Juliana? Para los infieles son inciertos los premios futuros, pero tú por lo pronto, ¡oh virgen!, has recibido ya más de lo que has dado. Si hubieses sido esposa de un hombre, te hubiese conocido solamente una provincia; siendo virgen de Cristo, tu fama se ha extendido por todo el orbe.

Hay algunos padres infelices, de esos que no poseen la plenitud de la fe cristiana, que consagran a la virginidad sus hijas deformes o débiles en algún miembro, que desdora su belleza, porque no encuentran yerno como ellos quisieran. Como se dice vulgarmente, "tal es el engaste cual es la perla" [22].

Los que se creen más piadosos se alargan hasta dar una pequeña dote a las vírgenes, dote que apenas basta para su sustento cuotidiano, y el resto de la fortuna lo reparten generosamente entre los hijos seglares. Esto hizo, hace muy poco, cierto presbítero, hombre rico, que dejó en la miseria a dos de sus hijas que habían abrazado el estado de vírgenes y proveyó con largueza a los demás hijos para que pudiesen entregarse a la lujuria y a los vicios. Por desgracia, otras muchas mujeres de las que siguen nuestro género de vida obraron del mismo modo. ¡Ojalá no fuese tan ordinaria esta conducta! Pero cuanto más frecuentes son tales casos, más dichosas deben considerarse nuestras dos matronas, que no se han dejado seducir por tantos malos ejemplos.

VII. Encomio de Proba y Juliana

Se cuenta y celebra con grandes alabanzas en toda la cristiandad cómo cuanto se había preparado por ambas matronas para la boda se entregó a la santa virgen de Cristto

[21] Cf. Cicerón, *Brutus*, c. 3: BCL, t. VII, p. 446 s.
[22] Tertuliano, *Liber ad martyres*, c. 4: PL 1, 626.

para que se presentase dignamente, no sólo no haciendo injuria a su nuevo esposo, sino acercándose a él adornada con sus antiguas riquezas, de manera que lo que había de consumirse en las cosas caducas de este mundo sustentase la pobreza de los siervos de Dios.

¿Quién había de creer esto? Porque Proba llevaba el nombre más ilustre de todas las dignidades y de toda la nobleza del mundo romano, y sus virtudes y bondad, esparcidas por los confines del orbe, fueron dignas de veneración aun para los bárbaros, sin que los cargos consulares de sus tres hijos Probino, Olibrio y Probo lograran fatigar su espíritu. Cuando cayó el cautiverio sobre nuestra ciudad y fueron incendiadas y arrasadas todas las moradas señoriales, dicen que vendió sus antiguas posesiones, granjeándose con el "dinero de iniquidad" amigos que le recibiesen en los eternos tabernáculos [23]. Para que se avergüencen muchos varones de la jerarquía eclesiástica y de los monjes, que deshonran su nombre con la posesión de tantas riquezas, viéndola a ella vender con desinteresada generosidad sus títulos de nobleza.

Apenas había logrado escapar de las manos feroces de los bárbaros y sin tener tiempo de llorar a las vírgenes arrancadas de su seno, se vió privada de su hijo amadísimo cuando menos lo esperaba. Pero, como abuela de una futura virgen de Cristo, recibió esta mortal herida con la fortaleza de quien esperaba confiadamente en los futuros premios, comprobando por experiencia ser verdad lo que Horacio cantó hermosamente en su odas inmortales:

Aun cuando se derrumbe el orbe entero,
impávido le sorprenderán sus ruinas [24]

Leemos en el libro de Job que, *estando aún hablando el primer mensajero, llegó otro segundo* [25]; y en otro lugar: *tentación,* o mejor, según dice el texto hebreo, *batalla es la vida del hombre sobre la tierra* [26]. Para esto trabajamos, para eso nos ensayamos en la batalla de este mundo, para ser coronados en la vida futura.

Y no nos debemos admirar suceda esto en los hombres, cuando fué tentado el mismo Señor [27]. De Abrahán dice la Escritura que fué tentado por Dios [28]. Por eso escribe el Apóstol: *Nos alegramos en las tribulaciones, sabiendo que*

[23] Cf. Lc. 16, 9.
[24] HORACIO, *Carm.*, lib. III, carm. 3, v. 7 s.: BCL, t. XXIX, p. 258.
[25] Iob 1, 16.
[26] Iob 7, 1.
[27] Mt. 4, 1.
[28] Cf. Gen. 22, 1

la tribulación ejercita la paciencia; la paciencia sirve de prueba, la prueba produce la esperanza, esperanza que no engaña [29]; y añade en otro lugar: *¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o la persecución, o el cuchillo? Según está escrito: por ti, ¡oh Señor!, somos entregados cada día en manos de la muerte, somos tratados como ovejas destinadas al matadero* [30]. Y el profeta Isaías anima así a estos hombres: *Los acabados de destetar, los que habéis sido arrancados de los pechos de vuestra madre, aguardad tribulación sobre tribulación y esperanza sobre esperanza* [31]. En verdad estoy persuadido de *que los sufrimientos de la vida presente no pueden compararse con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros* [32].

Si preguntas por qué he citado estas palabras de la Escritura, verás la explicación en lo que sigue. La noble matrona, que había visto desde el mar el pavoroso incendio de nuestra ciudad, embarcada en una frágil navecilla para salvarse ella misma y salvar a los suyos, cuando arribó por fin a las costas del Africa, encontró playas más crueles que las que había abandonado. Porque fué acogida allí por un hombre del que no sabrías decir si era más cruel que avaro o a la inversa, para el que lo único agradable eran el vino y las riquezas, y que, con ocasión de apoyar al partido del más clemente de los príncipes, se mostró el más cruel de los tiranos. Era éste (me vais a perdonar que hable con frase poética) como un Orco en el tártaro, un cancerbero, no de tres, sino de infinitas cabezas, cuyo oficio era atraer violentamente a sí todas las cosas, despedazarlas y destruirlas brutalmente. Este, arrancando de junto a su madre *las hijas ya prometidas a sus esposos* [33], vendía a los mercaderes sirios, los más avaros entre todos los mortales, las doncellas nobles que tenía cautivas, sin compadecerse de la pobreza de las huérfanas o las viudas de Cristo, mirando más las manos de los que venían a suplicarle que sus rostros [34].

Nuestra noble matrona, huyendo de los bárbaros, vino a dar en esta fiera Caribdis, en esta Escila rodeada de multitud de perros tan rabiosos que no se compadecían de los cautivos ni perdonaban a los pobres que habían naufragado.

[29] Rom. 5, 3 s.
[30] Rom. 8, 35-36.
[31] Is. 27, 7-8.
[32] Rom. 8, 18.
[33] VIRGILIO, *Eneidos*, lib. X, v. 79: BCL, t. CXXIX, p. 103.
[34] Se refiere a Heracliano, que gobernaba la provincia de Africa como premio por haber mantenido aquellas tierras fieles al emperador Honorio en contra de Atalo, lugarteniente de Alarico.

¡Podías, al menos, oh malvado, haber imitado a los enemigos de nuestro Imperio romano! El Breno de nuestro tiempo se llevó únicamente lo que había encontrado [35]; tú buscas lo que no encuentras.

Algunos envidiosos se maravillan (porque la virtud siempre tiene sobre sí la envidia) cómo pudo comprar ella con un secreto rescate en el destierro la pureza de tantas vírgenes que traía consigo, y cómo se contentó con tomar una parte el que pudo conseguir todo. Ella, por su lado, no se atrevió a negar esto al que representaba la autoridad, pues bien comprendía que como persona privada era esclava del tirano.

Me doy perfecta cuenta de que hablando de estas cosas ofrezco ocasión propicia a mis adversarios para atacarme y morderme, pues parece que adulo a esta ilustre y nobilísima matrona. Pero ciertamente no podrán acusarme si consideran que hasta ahora había callado sobre tales hechos.

Porque nunca he alabado en ella la antigüedad de su linaje, la profusión magnífica de sus riquezas y la grandeza de su poderío; nunca he hecho mención de todo esto, ni aun siquiera en vida de su marido, cuanto menos ahora después de muerto; cosas todas que otros quizás han alabado en públicos discursos por la recompensa que recibían. Mi único intento es alabar a tan noble matrona, como es costumbre de los eclesiásticos, por ser abuela de nuestra virgen, y agradecerle muy de veras el que con su aliento aprobase y fortaleciese la decisión de su nieta.

Por otra parte, la humilde celda de mi monasterio, los alimentos despreciables, la túnica burda con que me cubro y, en fin, mi edad, ya próxima a la muerte, me libran de que puedan infamarme como lisonjero. Además, que en todo lo que voy a decir de aquí en adelante, mis palabras se dirigirán a la virgen noble, y ciertamente noble no menos por la santidad que por el linaje, cuyo deseo de subir a esta difícil vida de perfección es tanto más sublime cuanto es más peligrosa la caída.

¡Oh hija nacida de Dios! *Una sola cosa por encima de todas te anunciaré, y repitiéndotela mil y mil veces te la volveré a advertir* [36]: ocupa tu corazón con la lectura de las Sagradas Escrituras. No recibas en la buena tierra de tu corazón las malas simientes de la cizaña y de la avena [37], para que no suceda que, estando durmiendo el padre de familias (que es el νοῦς, es decir, el espíritu, que siempre acompaña a Dios), venga el hombre enemigo y siembre la ci-

[35] Alusión a Alarico en su saqueo de Roma.
[36] VIRGILIO, *Aeneidos*, lib. III, v. 435 s. : BCL, t. CXXVII, p. 407.
[37] Cf. Mt. 13, 8. 25.

zaña. Repite continuamente con fervor: *Dime dónde tienes los pastos y dónde reposas al mediodía*[38]. *Y se juntó a ti mi alma y tu mano diestra me recibió*[39]. Y aquel otro versículo de Jeremías: *No sentí cansancio al seguirte*[40], *porque no hay dolor en Jacob ni trabajo en Israel*[41].

Cuando aun estabas en el mundo, amabas las cosas mundanas. Hermoseabas tu rostro con coloretes y pintabas tus labios; adornabas y peinabas con todo esmero el cabello y levantabas sobre tu cabeza con ajenos cabellos un moño en forma de torre artísticamente construída. Y eso que no quiero detallar los pendientes costosísimos, la blancura deslumbrante de las perlas, cuyas irisaciones testificaban su autenticidad, sacadas del fondo del mar Rojo; los reflejos de las esmeraldas, y el rojo deslumbrante de los rubíes, el azul marino de los jacintos y, en fin, el esplendor de todas esas cosas que atraen y enloquecen los deseos de las mujeres mundanas.

Pero ahora que ya has renunciado al mundo y has pactado por segunda vez con Dios pacto solemne, después del que por vez primera hiciste en el bautismo contra el enemigo de tu virtud, diciendo: "Renuncio al demonio, al mundo, a sus pompas y a sus vanidades"[42], ahora, repito, guarda con fidelidad tu juramento, no quebrantes lo que prometiste contra tu adversario[43], mientras dure esta pobre vida temporal, para que no te entregue al verdugo, ya que él mismo es enemigo y vengador; y acusándote de haberle robado algo que le pertenece, te arroje a la cárcel y las tinieblas exteriores[44], que nos rodean con tanto mayor horror cuanto que nos separan de Cristo y de la verdadera luz, y de las cuales no saldrás hasta haber pagado el último céntimo[45], es decir, hasta haber satisfecho por la falta más insignificante; pues el día del juicio tendremos que dar razón aun de cualquier palabra ociosa[46].

VIII. Recomendaciones de la Sagrada Escritura acerca de la guarda de la virginidad

Todo esto te he dicho no para que lo recibas como triste profecía acerca de tu persona, sino como obligación de

[38] Cant. 1, 6; 3, 1.
[39] Ps. 62, 9.
[40] Ier. 17, 16.
[41] Num. 23, 21.
[42] Cf. Ritual Romano, tit. 2, c. 4, 6.
[43] Cf. Mt. 5, 25.
[44] Cf. Mt. 22, 13.
[45] Cf. Mt. 5, 26.
[46] Cf. Mt. 12, 36.

un padre espiritual prudente y cuidadoso, que teme aun allí donde no hay lugar para temer.

Acuérdate de aquella sentencia: *Si el espíritu del poderoso se alzare contra ti, no desampares tu puesto* [47]. Siempre debemos estar como soldados preparados y dispuestos a entrar en batalla. El enemigo procura hacernos mover de nuestro sitio y derribarnos de él; pero debemos reafirmarnos sobre nuestras plantas y exclamar: *Asenté mis pies sobre piedra* [48]. *Y los peñascos sirven de refugio a las liebres* [49]. Otros, en lugar de *liebres*, leen *erizos*. El erizo es un animal pequeño, huidizo, pesado por las muchas espinas y púas que tiene.

Por eso Jesucristo fué coronado de espinas, y tomó sobre sí nuestros pecados, y padeció por nosotros, para que de las espinas y tribulaciones de las mujeres, de las que se dijo: *Darás a luz entre ansiedades y dolores y estarás bajo la potestad de tu marido, y él te dominará* [50], de esas mismas mujeres brotasen rosas de virginidad y naciesen lirios de castidad. Por eso el esposo *se apacienta entre lirios* [51] y entre aquellos que no han manchado sus vestidos, por haber permanecido siempre vírgenes [52] y haber obedecido al mandato: *Que tus vestidos sean siempre blancos cual la nieve* [53]. Y habla confiadamente como autor y príncipe de la virginidad: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles* [54].

Los peñascos sirven de refugio para las liebres, que simbolizan a los que en las persecuciones van huyendo de ciudad en ciudad [55] y no temen la sentencia profética: *Me hallé sin poder huir* [56]. Pues *los montes altos sirven de asilo a los ciervos* [57], que se alimentan de serpientes, de esas serpientes que los niños hacen salir de sus agujeros, mientras descansan contiguos el tigre y el cabrito, y el buey y el león comen juntamente la paja [58], no para que el buey aprenda a ser voraz y carnicero, sino para que el león aprenda a ser manso.

Pero volvamos de nuevo al testimonio que antes he propuesto. *Si el espíritu del poderoso se alzare sobre ti, no*

[47] Eccl. 10, 4.
[48] Ps. 39, 3.
[49] Ps. 103, 18.
[50] Gen. 3, 16.
[51] Cant. 2, 16; 6, 2.
[52] Cf. Apoc. 3, 4.
[53] Eccl. 9, 8.
[54] Cant. 2, 1.
[55] Cf. Mt. 10, 23.
[56] Ps. 141, 5.
[57] Ps. 103, 18.
[58] Is. 11, 6.

desampares tu puesto; y continúa: *porque tu vigilancia atajará pecados gravísimos*[59]. Este es el sentido del versículo: Si la serpiente se introduce en tus pensamientos, *guarda con todo cuidado tu corazón*[60] y entona con el profeta David: *Señor, límpiame de mis pecados ocultos y perdona a tu siervo los ajenos*[61]; con esto nunca llegarás al mayor pecado, que es el que se comete por obra, sino que matarás antes en tu corazón los incentivos de los vicios y estrellarás contra una peña a los hijos pequeñuelos de Babilonia[62], contra esa peña en la que no se encuentra ni la señal más insignificante de serpiente; y así prometerás prudentemente al Señor: *Si mis enemigos no me dominaren, entonces estaré sin mancha y seré limpio de mi mayor pecado*[63].

Esto mismo es lo que atestigua la Sagrada Escritura en otro lugar: *Los pecados de los padres caerán sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación*[64]. Esto dice para darnos a entender que no castigará en seguida nuestros desordenados pensamientos ni los malos acuerdos de nuestra alma, sino que recaerán en los que nos siguen, es decir, en las malas obras y perseverancia en el pecado. Claramente lo dijo el profeta Amós: *Después de tres, cuatro y más maldades cometidas* por esta o aquella ciudad, *¿no me revolveré contra ella?*[65]

IX. Medios internos para la conservación de la virginidad

Básteme haber cogido de pasada estas florecillas del prado florido y hermoso de las Sagradas Escrituras. Solamente he querido avisarte con ello que cierres la morada de tu corazón, que fortifiques tu frente con la continua señal de la cruz para que el perseguidor de Egipto no encuentre lugar en ti, sino que los primogénitos que perecieron en Egipto se salven en tu alma y puedas decir con el profeta: *Preparado está mi corazón, ¡oh Señor!, preparado está mi corazón; yo te cantaré y entonaré alabanzas. Levántate, gloria mía; despertad, salterio y cítara*[66]. Esta arpa mandó el Señor a la ciudad de Tiro que tomase en sus

[59] Eccl. 10, 4.
[60] Prov. 4, 23.
[61] Ps. 18, 13 s.
[62] Ps. 136, 9.
[63] Ps. 18, 14.
[64] Ex. 20, 5; Num. 14, 18; Deut. 5, 9.
[65] Am. 1, 3.
[66] Ps. 107, 2.

manos cuando estaba herida por muchos y diversos pecados, para que con ella hiciese penitencia [67], y lavase con lágrimas amargas, como las del apóstol Pedro, las manchas de su antigua suciedad [68]. Pero nosotros procuremos no saber qué es la penitencia y no pecaremos fácilmente, porque la penitencia es como la segunda tabla de salvación para el pobre náufrago; mas la virgen debe salvar incólume su nave [69]. Una cosa es buscar lo que has perdido y otra muy diversa poseer lo que nunca te ha sido arrebatado.

Por eso el Apóstol castigaba su cuerpo y lo reducía a esclavitud, para que, predicando a los demás, no se encontrase él convertido en réprobo [70], e inflamado por los ardores del cuerpo hablaba en persona de todo el linaje humano, exclamando: *Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?* Y en otro lugar: *Yo sé perfectamente que el bien no habita en mí, es decir, en la carne, porque el querer está en mi voluntad, pero el obrar el bien no lo está. Yo no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero.* Y aun insiste más: *No pueden agradar a Dios los que viven en la carne; vosotros no vivís en la carne, sino en el espíritu, con tal de que el espíritu de Dios habite en vosotros* [71].

X. Los ayunos, medio excelente para la guarda de la virginidad

Además de la cautela diligentísima contra los vanos pensamientos, debes tomar también las armas del ayuno y cantar con el rey David: *Humillé mi alma con los ayunos* [72]; *tomo mi alimento mezclado con la ceniza* [73], *y cuando más me molestaban me vestía de cilicio* [74].

Eva fué arrojada del paraíso por comer una manzana. Elías, después de haber ayunado durante cuarenta días, fué arrebatado al cielo en un carro de fuego. Moisés se alimenta con la familiaridad y la palabra de Dios durante cuarenta días y cuarenta noches y experimenta en sí la verdad del Evangelio: *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de los labios de Dios* [75].

El Salvador del género humano, que nos legó como ejem-

[67] Is. 23, 15-16.
[68] Cf. Mt. 26, 75.
[69] Cf. Tertuliano, *De poenitentia*, IV: PL 1, 1233.
[70] Cf. 1 Cor. 9, 27.
[71] Rom. 7, 24; 7, 18; 8, 8-9.
[72] Ps. 34, 13.
[73] Ps. 101, 10.
[74] Ps. 34, 13.
[75] Mt. 4, 4.

plo sus virtudes y su modo de proceder, después de ser bautizado fué arrebatado por el espíritu para luchar contra el demonio [76], y una vez vencido éste, entregarlo a sus discípulos para que ellos lo pisoteasen. Por eso decía el Apóstol: *Que el Dios de la paz quebrante presto a Satanás debajo de vuestros pies* [77]. Y, sin embargo, el antiguo enemigo, después del ayuno de cuarenta días del Salvador, todavía le quiere tentar con asechanzas de manjares, y llega a decirle: *Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan* [78].

En la ley antigua, en el séptimo mes, después que las trompetas resonaban el día décimo, era ayuno obligatorio para todos los judíos y se desterraba de la ciudad al que prefería más hartarse de comer que cumplir el mandato del ayuno [79]. En el libro de Job está escrito acerca del dragón: *Su fortaleza está en sus lomos, y su poderío en el ombligo de su vientre* [80].

Nuestro enemigo infernal abusa del hervor de la edad juvenil, ataca a los jóvenes y jovencitas y enciende con el fuego de los placeres nuestras existencias, cumpliendo así lo del profeta Oseas: *Los corazones de los adúlteros son como un horno* [81], que se apaga con la misericordia de Dios y el rigor de los ayunos. Estos son los dardos inflamados del demonio, que al mismo tiempo hieren y queman; aquellos que el rey de Babilonia preparó para los tres jóvenes, cuando mandó encender el horno a cuarenta y nueve codos de altura, teniendo determinadas siete semanas para la perdición, semanas que el Señor había mandado guardar para la salud, santificándolas por medio del ayuno [82].

Pero así como en el horno apareció, además de los tres jóvenes, un cuarto personaje que tenía figura de hombre y que mitigó los inmensos ardores de las llamas, mostrándoles por experiencia cómo era posible estar el horno ardiendo con llamas gigantescas y no quemarse, y aparecer el fuego bajo un aspecto amenazador a la mirada de los extraños y ser muy distinto al tacto de los que dentro de él estaban [83], así también en el alma de la virgen, con el rocio celeste y el rigor de los ayunos se extingue el fuego propio de la edad y se consigue proceder como ángeles teniendo cuerpo de hombre.

---

[76] Mt. 4, 1.
[77] Rom. 16, 20.
[78] Mt. 4, 3.
[79] Cf. Lev. 16, 29; 23, 27.
[80] Iob 40, 11.
[81] Os. 7, 4.
[82] Cf. Ex. 20, 10-11.
[83] Cf. Dan. 3, 49-50.

Por esta misma razón, San Pablo, vaso de elección, decía que él no tenía mandato del Señor acerca de las vírgenes [84], porque es contra la natural condición, más aún, sobre la natural condición, no ceder a lo que pide la naturaleza, y matar en ti la raíz de la carne para coger solamente los frutos de la virginidad, no saber lo que es el amor nupcial, aborrecer todo contacto con los hombres y, finalmente, vivir en el cuerpo como si no se tuviese cuerpo.

XI. Norma que se ha de observar en el ayuno

No creas que te mando ayunos exagerados y grande abstinencia de manjares, con lo que al cabo de muy poco tiempo los cuerpos delicados pierden la salud y enferman antes de que hayan empezado a echar los fundamentos de la vida santa.

Fué sentencia de los antiguos filósofos: μεσότητας ἀρετάς, ὑπερβολὰς κακίας εἶναι, que puede traducirse así: *Las virtudes deben ser moderadas; las que exceden de este medio y medida son ya vicios* [85]. Ya lo dijo también uno de los siete sabios de Grecia: *No conviene nunca pecar por exceso en las cosas* [86]. Esta sentencia se ha hecho tan célebre, que aun la ha repetido un célebre poeta cómico en los versos de su teatro [87].

Debes ayunar de tal manera que no tiembles ni desfallezcas y apenas puedas respirar, viéndote obligada a apoyarte en los hombros de tus compañeras o a ser conducida por sus manos; sino que con el ayuno quebrantes el apetito del cuerpo y estés siempre dispuesta para practicar sin impedimento la oración, la meditación, la lectura espiritual y el canto de los salmos.

El ayuno de por sí no es virtud perfecta, pero es el fundamento de todas las virtudes, así como la honestidad y la purificación del alma, *sin las cuales nadie verá a Dios* [88], nos sirven de escalones para subir a la contemplación divina.

---

[84] 1 Cor. 7, 25.

[85] Esta idea del término medio es muy inculcada por Aristóteles, como puede verse en numerosos lugares; v. gr., *Ethicorum ad Nicomachum*, lib. II, c. 6 (edic. Bekker, t. II, p. 1106 b 27, 34 s.), c. 7 (1107 b 5 s., 22 s.); c. 9 (1109 b 10 s.); lib. IV, c. 7 (1127 a 16 s.); lib. V, c. 5 (1134 a 8 s.), etc.

[86] La célebre frase μηδὲν ἄγαν ha sido atribuída a diversos sabios antiguos, principalmente a Solón y Quilón de Lacedemonia.

[87] Terencio, *Andria*, act. 1, v. 61: BCL, t. CV, p. 18; *Heautontimorumenos*, act. 3, v. 519, edic. y t. cit., p. 385.

[88] Hebr. 12, 4.

Pero si la virgen tiene tan sólo estas virtudes, no será coronada.

Meditemos despacio el Evangelio de las vírgenes prudentes y necias; las primeras entran con el esposo, pero las necias, que no tienen el aceite de las buenas obras para encender sus lámparas, quedan fuera en las tinieblas exteriores [89].

Muy dilatado es el campo de los ayunos, por el que yo mismo he andado muchas veces, y numerosos son los libros escritos acerca de esta materia, a los cuales te remito para que aprendas cuán grande bien se encierra en la continencia y el mucho mal que se sigue del desordenado comer.

XII. Obediencia y sumisión a su madre y a su abuela

Procura muy de veras imitar a tu celestial Esposo; sé humilde y sumisa [90] para con tu madre y tu abuela. No veas ni hables a hombres de fuera, sobre todo si son jóvenes, sino en compañía de ellas; y no conozcas a nadie a quien ellas no conozcan. Es común entre los seglares esta sentencia: *La verdadera y firme amistad consiste en querer y no querer lo mismo* [91].

Acuérdate de que sus ejemplos y la santa vida que en su casa aprendiste cuando niña, te enseñaron a desear la virginidad, a conocer los preceptos de Cristo, a saber lo que debías cumplir y lo que debías elegir.

Así, pues, no pienses que todos estos méritos son solamente tuyos, sino que tienen parte en ellos las que imprimieron en ti su pureza y santidad; las que te hicieron brotar como flor preciosísima de un matrimonio honorable y un tálamo inmaculado [92], y esta flor dará frutos copiosos y perfectos si te humillas bajo la mano poderosa de Dios y tienes ante tus ojos la frase de la Escritura: *Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes* [93].

Cuando se da la gracia, no decimos que se dé en pago de las obras que se han hecho, sino como largueza y generosidad del donante, para que se cumpla lo que dijo el Apóstol: *No es obra del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que usa de misericordia* [94], y, sin embargo, el querer y no querer está en nuestra mano; pero aun lo que es más nuestro no lo sería sin la misericordia de Dios.

---

[89] Mt. 25, 1 s.
[90] Lc. 2, 51.
[91] Salustio, *De coniuratione Catilinae*, c. 20: BCL, t. LXXXII, p. 36 s.
[92] Cf. Hebr. 13, 4.
[93] Iac. 4, 6.
[94] Rom. 9, 6.

XIII. GRAVEDAD EN EL TRATO Y PRUDENCIA EN ELEGIR LA SERVIDUMBRE

Los eunucos, criadas y siervos que debes tener para tu servicio, elígelos por la probidad de sus costumbres y no por la hermosura del rostro, porque en todo sexo o edad y aun en la continencia violenta de los que han mutilado sus cuerpos hay que fijarse más bien en las almas, que no pueden ser mutiladas sino por el santo temor de Dios.

No permitas nunca que donde tú estés se tengan conversaciones chocarreras o lascivas. No des oídos nunca a palabras deshonestas, y si alguna vez las oyes por casualidad, no te dejes llevar de la cólera. Los hombres mundanos y viciosos pretenden muchas veces con palabras livianas forzar las guardas de la castidad.

Deja para los seglares el reír y hacer reír. A tu persona conviene la gravedad. Recuerda [95] a Catón, al que daban por nombre *el Censor,* uno de los principales miembros de la nobleza de vuestra ciudad, que, siendo ya muy anciano, no se avergonzó, a pesar de su cargo de censor, ni se desanimó, a pesar de su edad avanzada, de empezar a estudiar el griego. Y Lucilio escribe de Marco Craso que se rió solamente una vez en la vida [96]. Pudo muy bien ser esta gravedad postiza y afectada, para lograr por su medio la vanagloria y el favor del pueblo. Nosotros, mientras moramos en nuestro cuerpo, como en una tienda de campaña [97], y estamos recubiertos por nuestra frágil carne, podemos templar, regir y podar nuestras pasiones, pero arrancarlas de raíz no nos es posible. Y así dice el salmista: *Enfadaos y no queráis pecar* [98]. Lo cual explica el Apóstol diciendo: *No se ponga el sol sobre vuestra ira* [99]; porque es propio de hombres el enfadarse, pero poner fin a la ira es cosa de cristianos.

XIV. EMPLEO DE LA RIQUEZA

Creo que es superfluo prevenirte contra la avaricia, pues te viene ya de familia tener muchas riquezas y, sin embar-

[95] La palabra inicial: *Recuerda*, ha sido añadida por nuestra cuenta para suplir una laguna del texto; acerca del sentido no cabe duda.

[96] CICERÓN, *De finibus bonorum et malorum*, lib. V, c. 30, n. 92: BCL, t. XV, p. 662 s.; *Quaestionum Tusculanarum*, lib. III, c. 15, n. 31, edic. cit., t. XVI, p. 285.

[97] Cf. 2, Petr. 1, 13.

[98] Ps. 4, 5.

[99] Eph. 4, 26.

go, despreciarlas. El Apóstol enseña que la avaricia es el culto de los ídolos [100], y el mismo Jesucristo, al joven que le preguntaba: *Maestro bueno, ¿qué he de hacer para entrar en la vida eterna?*, le respondió: *Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme* [101].

La cumbre de la vida apostólica y de la perfecta virtud es vender todas las cosas y darlas a los pobres, y de este modo, ágil y sin trabas terrenas, volar con Cristo a los cielos.

Pero a nosotros, o mejor dicho, a ti, se te ha confiado el administrar rectamente tales bienes, aunque es claro que en esta materia se ha dejado en libertad a toda persona y a toda edad. El Señor dice: *Si quieres ser perfecto;* no obligo, no mando; te propongo la palma de la victoria y te ofrezco el galardón eterno; a ti te toca elegir si quieres de veras librar esta batalla y ser coronado después de ella [102].

Y fijémonos con cuánta prudencia habla la divina Sabiduría: *Vende todo lo que posees.* ¿A quién manda esto? A aquel a quien acaba de decir: *Si quieres ser perfecto.* No quiero que vendas parte de tus bienes, no; vende todo lo que posees, y cuando lo vendas, ¿qué has de hacer? *Dalo a los pobres;* no a los ricos ni a los parientes; no para el lujo superfluo, sino para la verdadera necesidad. Aunque aquel a quien des tus bienes sea sacerdote, o pariente, o amigo, no consideres en él otra cosa sino que es pobre.

Alábente las entrañas de los pobres hambrientos y no los convites opulentos de los mundanos glotones.

En los Hechos de los Apóstoles, cuando estaba caliente en la cristiandad la sangre preciosísima de nuestro Señor y la fe reciente se mostraba fervorosa en el proceder de los cristianos, todos vendían sus posesiones y ponían el precio a los pies de los apóstoles [103], para demostrarnos que las riquezas han de ser pisoteadas.

A cada uno se daba lo que necesitaba. Ananías y Zafira se portaron como tímidos generosos o más bien como personas de corazón hipócrita, y por eso fueron condenados; pues después de su voto ofrecieron sus bienes como cosa suya propia y no como de aquel a quien los habían ofrecido anteriormente. Reservaron para sí parte de la herencia ajena, temiendo el hambre, lo que nunca teme la verdadera fe, y así merecieron el presente castigo, no por crueldad de la sentencia, sino para ejemplo saludable de sanción [104]. Ni es

[100] Cf. Eph. 5, 5.
[101] Mt. 19, 16-21.
[102] Cf. 2 Tim. 2, 5.
[103] Cf. Act. 4, 34; 5, 1
[104] Cf. Act. 5, 1 s.

que el apóstol Pedro pidiese para ellos la muerte, como calumnia el necio filósofo, sino que anunció con espíritu profético el juicio de Dios, para que el castigo de dos fieles sirviera de enseñanza a muchos.

Desde el día en que consagraste a Dios tu virginidad, las cosas que eran tuyas dejaron ya de serlo, o mejor dicho, empezaron a ser verdaderamente tuyas, porque empezaron a ser de Cristo, tu Esposo. Sin embargo, mientras vivan tu abuela y tu madre, ellas son las verdaderas administradoras de todo. Pero cuando mueran y descansen en el sueño de los justos (como me consta que son sus deseos el que tú las sobrevivas), y cuando seas de edad ya más madura y tengas mayor experiencia en los negocios y más gravedad para hacerte respetar, podrás disponer a tu voluntad de los bienes, haciendo con ellos lo que te parezca, o mejor dicho, lo que Dios ordenare, teniendo muy en cuenta que solamente te quedará lo que emplees en buenas obras.

Que edifiquen otros iglesias; que cubran sus paredes de mármoles y mosaicos; que regalen columnas graníticas y doren con profusión los capiteles insensibles al precioso ornato con que son favorecidos; que fabriquen puertas de plata y marfil y adornen delicadamente con perlas preciosas los dorados altares. No reprendo esto ni no lo repruebo. *Cada uno siga los dictados de su conciencia* [105], y no hay duda que es mejor hacer esto que no tener las riquezas improductivas. Pero respecto a ti otra es la voluntad del Señor: vestir a Jesucristo en los pobres, visitarle en los enfermos, darle de comer en los hambrientos, hospedarle en los que no tienen casa en donde morar [106]; y todo esto, principalmente, con los hermanos en la fe; alimentar los monasterios de las vírgenes y tener cuidado de los siervos de Dios y de los pobres de espíritu [107], que día y noche sirven a su Señor; los que, estando en esta vida miserable, imitan el proceder de los ángeles y sólo tratan de lo que pertenece a las alabanzas del Altísimo, no deseando poseer más riquezas que las necesarias para el sustento y vestido cuotidiano [108]; y con esto están alegres si guardan bien su propósito. De otro modo, si desean algo más, serían indignos de recibir aun las cosas necesarias. Todo esto te digo como a virgen noble y rica que eres.

[105] Rom. 14, 5.
[106] Cf. Mt. 25, 35; Gal. 6, 10.
[107] Cf. Mt. 5, 3.
[108] Cf. 1 Tim. 6, 8.

XV. Normas para los ejercicios de piedad: la oración y el trabajo

Ahora quiero hablar únicamente a la virgen, es decir considerar sólo lo que está dentro de ti misma, no las cosas de fuera que te pertenecen.

Además de la oración y del canto de los salmos, que has de guardar siempre con toda fidelidad a la hora tercia, sexta, nona, cuando se pone el sol, a media noche y por la mañanita, fija de antemano cuántas horas vas a emplear en aprender la Sagrada Escritura; cuánto tiempo vas a leer, no para fatigarte, sino para consolación e instrucción de tu alma.

Después que hayas terminado estos ejercicios de piedad, y la solicitud por el bien de tu alma te moviere a estar frecuentemente de rodillas ante Dios, tu Creador, procura tener siempre a mano varios ovillos de lana, vete retorciendo los hilos con el dedo pulgar o haz rodar el huso para que se recoja el estambre ya hilado.

Puedes tomar lo que otras han hilado ya, para devanarlo y poder de nuevo tejer con ello la urdimbre del vestido. Otras veces ocúpate en inspeccionar si está bien lo que otras han tejido; corrige lo que esté menos perfecto, y planea lo que se ha de hacer en lo sucesivo.

Si estás siempre ocupada con estos trabajos tan variados, los días se te harán cortísimos; aun en medio del verano, cuando es más largo el camino del sol, te parecerá a ti corto, y ya verás cómo no tienes tiempo para terminar toda la tarea cuotidiana que te has propuesto.

Si guardas con fidelidad estos avisos, te salvarás a ti misma y a las otras compañeras, y serás maestra de vida santa, y harás ganancia tuya de la castidad de muchas; pues, como lo indica la Escritura, *el alma de todo ocioso no tiene más que deseos* [109].

No debes dejar nunca el trabajo porque no necesites de él gracias a la misericordia de Dios, sino que debes ocuparte con todas tus compañeras en trabajar para que con ocasión de las ocupaciones manuales no pienses en otra cosa sino en lo que atañe al servicio del Señor.

Te voy a hablar con toda sencillez: aunque repartas todas tus riquezas entre los pobres, no pienses que esto es más precioso delante de Dios que el trabajo hecho con tus mismas manos, sea para uso propio, sea para dar buen ejem-

---

[109] Prov. 13, 4.

plo a las otras vírgenes, sea para ofrecérselo a tu madre y a tu abuela, teniendo por cierto que recibirás de ellas premios mucho mayores para emplearlos en aliviar la necesidad de los pobres.

XVI. Avisos para precaverse de toda herejía

Casi se me olvida decirte una cosa principalísima que me había propuesto. Cuando eras todavía muy niña y el obispo Anastasio, de feliz y santa memoria, regía la Iglesia de Roma [110], se levantó de las naciones del Oriente, como tempestad furiosa, una herejía que intentó manchar y socavar la simplicidad de la fe, que por boca de los mismos apóstoles había sido predicada con tanto loor [111]. Pero Anastasio, varón lleno de riquísima pobreza y apostólica solicitud, quebrantó inmediatamente aquella dañosa cabeza e hizo callar la boca de la hidra sibilante.

Y porque temo, o mejor dicho, porque me han llegado rumores de que aun existen en varios lugares raíces de planta tan venenosa, creo que es bueno avisarte con toda caridad que guardes siempre la fe de Inocencio [112], hijo y sucesor de Anastasio en la silla apostólica, y no admitas ninguna otra doctrina, aunque te parezca prudente y razonable.

Estos hombres peligrosos suelen andar por los rincones hablando entre dientes unos con otros y aparentando con hipocresía que buscan la justicia de Dios, con sus preguntas capciosas: "¿Por qué éste nació en esta provincia? ¿Qué razón hay para que unos nazcan de padres cristianos, y otros, en cambio, en naciones bárbaras y cruelísimas, donde no se conoce a Dios?"

Con estas preguntas van punzando a las almas simples a manera de escorpiones, y después que han conseguido ya formar una llaga, van inoculando su veneno solapadamente con otras dudas: "¿Pensáis que es en vano y sin razón que un niño pequeño, que apenas ha comenzado a conocer a su madre por la sonrisa [113] y la alegría del rostro, que no ha hecho nunca ni bien ni mal, sea atormentado del demonio, o esclavizado por la codicia, o padezca todas las enfermedades de que están libres los impíos, y que aquejan, sin embargo, a los servidores de Dios? *Si los juicios de Dios son*

[110] Anastasio I (399-401), que condenó los errores origenistas.
[111] Cf. Rom. 1, 8.
[112] Inocencio I (402-417), para quien era conocida la familia de Demetríades.
[113] Virgilio, *Bucolicon liber*, ecloga 4, v. 60: BCL, t. CXXVI, p. 136.

verdaderos y justificados en sí mismos[114] y nada hay injusto en El, nos vemos obligados a deducir que nuestras almas estuvieron en las regiones celestes mucho antes que nosotros naciésemos y que por pecados antiguos han sido condenadas a los cuerpos humanos y a estar, como quien dice, sepultadas en ellos mientras nosotros lavamos en este valle de lágrimas las manchas de las antiguas faltas[115]. Ya lo dice el profeta: *Pequé antes de ser humillado*[116]; y también: *Señor, saca mi alma de esta cárcel*[117]; y en otro lugar: *¿Quién pecó para que este hombre naciese ciego, él o sus padres?*"[118] Y aun dicen muchas otras cosas parecidas.

Esta doctrina impía, malvada y satánica se extendió antes por Egipto y las naciones orientales y ahora está oculta en los corazones de muchos como en escondrijos de víboras, intentando manchar la pureza de la fe de aquellos pueblos donde éstos viven y arrastrándose como una mala herencia en las almas de unos pocos para extenderse luego a innumerables más. Estoy plenamente convencido de que, aunque lleguen a tus oídos estas doctrinas, tú no las recibirás, porque tienes ya tales maestras en las cosas de Dios, que siempre se rigen por la fe como norma segura de doctrina.

Ya me entiendes lo que quiero decirte: *Dios te dará conocimiento verdadero en todo*[119]; y no me pidas ahora en seguida respuesta cabal contra esta herejía solapada y otras muchas peores que la que te acabo de indicar, para que no parezca que más bien estoy corrigiéndote que avisándote prudencialmente[120], pues el fin de esta carta es solamente enseñar a una virgen y no responder contra los herejes.

Por lo demás, con la ayuda de Dios he deshecho ya en otra obra los lazos y las guaridas en que se esconden los herejes para derrocar a la única verdad[121]. Si lo deseas te enviaré en seguida gustoso un ejemplar. Hay un refrán que dice: "Los regalos, que se dan sin ser pedidos, no son apreciados"; el valor de las cosas baja según la facilidad que hay en conseguirlas, y, en cambio, lo que es difícil de encontrar suele ser caro[122].

---

[114] Ps. 18, 10.

[115] Orígenes enseñaba la preexistencia de las almas, y a sus doctrinas alude San Jerónimo en este lugar.

[116] Ps. 118, 67.

[117] Ps. 141, 8.

[118] Io. 9, 2.

[119] 2 Tim. 2, 7.

[120] CICERÓN, *Pro Sexto Roscio*, XXV: BCL, t. VIII, p. 93.

[121] Se refiere a su obra *Apologia adversus libros Rufini*, compuesta el 402 (PL 23, 398-492); o tal vez también a su *Epist. 124 ad Avitum*, escrita el 410 sobre los errores del *π.ρὶ ἀρχῶν* de Orígenes (CSEL, t. LVI, pp. 96-117: PL 22, 1059-1072).

[122] SÉNECA, *De beneficiis*, lib. I, c. 14, n. 1: BCL, t. LXXXIV, p. 346.

XVII. COMPARACIÓN DE LA VIDA EREMÍTICA Y LA VIDA EN COMUNIDAD

Hay muchos que debaten sobre esta cuestión: a ver si es mejor la vida en el desierto o la vida en comunidad. Aunque la primera de éstas se prefiere generalmente a la segunda, tiene, sin embargo, muchos peligros aun para los varones. Porque, apartados del trato de sus semejantes, les vienen muchos malos y peligrosos pensamientos, fácilmente se ensoberbecen, siempre andan con el ceño fruncido, desprecian a los demás y esgrimen sus lenguas viperinas, murmurando de los clérigos y de los otros monjes. De estos tales se dice con toda verdad: *Los hijos de los hombres tienen como armas y saetas sus dientes, y sus lenguas son espada afilada* [123]. ¡Y cuánto más peligroso es esto en las mujeres, de condición tan fluctuante y mudable, que, dejadas a su arbitrio, caen muy pronto en peores excesos!

Yo he conocido a hombres y mujeres que se pusieron locos por el ayuno demasiado riguroso, sobre todo, entre los que vivían en celdas húmedas y frías, llegando a tal estado que no sabían ya qué hacer ni a dónde ir, ni distinguían cuándo debían hablar o cuándo callar.

Es claro que si hombres iletrados se ocupan en leer tratados de varones ilustres en oratoria y eruditos en toda ciencia, se quedan solamente con la verborrea de las palabras altisonantes y apenas entienden el sentido de las ideas que se exponen, pudiéndoseles aplicar muy bien el viejo refrán: *Ni saben hablar, ni pueden callar* [124]. Enseñan las escrituras que ellos mismos no entienden; cuando creen que han convencido a los demás, fruncen el ceño como varones sabios, siendo en verdad maestros de ignorantes antes que discípulos de varones doctos.

Así, pues, es necesario obedecer a los superiores y someterse a los más perfectos, porque, después de haber aprendido la ciencia de los libros, aprenderemos de los tales el camino verdadero de la vida. No usemos nunca del peor maestro, que es la propia presunción.

De las mujeres que se dejan arrastrar por el viento de cualquier doctrina dice el Apóstol: *Siempre están aprendiendo y nunca llegan a la ciencia de la verdad* [125].

---

[123] Ps. 56, 5.
[124] QUINTILIANO, *Instit. orat.*, lib. VIII, c. 5, n. 18: BCL, t. LXXVII, p. 246.
[125] Eph. 4, 14; 2 Tim. 3, 7.

XVIII. Selección en las compañías

No frecuentes mucho el trato de las matronas casadas y mundanas, para que no te distraigas conociendo las conversaciones entre maridos y mujeres. Veneno son estas conversaciones. Tratando de condenarlas el Apóstol tomó una expresión poética de los seglares y la apropió a la Iglesia: *Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres* [126]. La traducción latina no conserva el metro del verso yámbico, aunque traduce palabra por palabra.

Elige por compañeras a matronas graves, y sobre todo a las viudas y vírgenes; cuya vida sea aprobada por buena, el hablar moderado y discreto y tengan un santo pudor. Huye de la lascivia de las jóvenes que adornan sus cabezas, dejan caer sus cabellos desde la frente, cuidan el cutis, usan tintes, dan brillo a su piel, llevan multitud de pulseras y brazaletes preciosos, los vestidos sin una arruga, sandalias rizadas; todo ello para venderse mejor, llevando el nombre de vírgenes.

Las costumbres y aficiones de las señoras se conocen muchas veces por las criadas que las acompañan y la gente que frecuenta su trato. Entre tus compañeras te debe parecer hermosa y amable la que no sabe que es hermosa, la que desprecia la hermosura del cuerpo y para presentarse en público no se escota el pecho y el cuello ni muestra su rostro abriendo descaradamente el manto, sino que oculta su faz y apenas mira recatadamente lo necesario del camino para no tropezar.

XIX. Cautela en el trato con los jóvenes

No sé si decirlo; aunque quiera o no quiera, tendré que hablar, porque es una cosa que ocurre con mucha frecuencia. No creas que lo digo por ti, pues estoy cierto que desconoces y tal vez ni has oído nunca lo que voy a indicarte, pero quiero que por tu medio queden advertidas las demás.

La virgen debe evitar, como peste y veneno de su pureza, a ciertos jóvenes muy elegantes, con el cabello ondulado y llenos de perfumes exquisitos, de quienes dijo el Arbitro aquella sentencia: *No huele bien el que siempre huele bien* [127].

---

[126] 1 Cor. 15, 33. La expresión había sido ya empleada por Eurípides y Menandro.

[127] Marcial, *Epigram.*, lib. II, ep. 12, v. 4: BCL, t. XXXIX, p. 180.

Y no hablo de otros de su misma condición, cuyas frecuentes visitas infaman tanto a ellos mismos como a las que visitan. Aunque no cometan ningún mal, éste es el mayor mal: exponerse sin utilidad a que murmuren los maldicientes gentiles.

No decimos esto de todos, sino de los que la misma Iglesia reprende y aun a veces hasta expulsa de su seno, a los que obispos y presbíteros se ven obligados a censurar y excomulgar, porque son tales, que las jóvenes viciosas tienen ya casi más peligro en los templos y casas de oración que en las vías públicas. Las vírgenes que viven en los monasterios y en compañía de gran número de otras vírgenes, nunca vayan solas, sino siempre acompañadas de su madre.

El halcón separa con frecuencia una paloma de las restantes de la bandada y a ésta despedaza y engulle, hartándose de su carne y sangre. Las ovejas enfermas abandonan el rebaño y van a dar en las fauces hambrientas del lobo carnicero.

Conozco a algunas santas vírgenes que no se atreven a salir de casa los días de fiesta, por la gran afluencia de gente que esos días circula por las vías públicas; y por no andar con tanto cuidado, se recogen en sus casas, sin moverse de ellas durante todo el día.

Hace ya más de treinta años escribí un libro acerca del modo de guardar la virginidad [128]; en él tuve que atacar despiadadamente los vicios, y para instruir debidamente a la virgen a quien avisaba, puse al descubierto las asechanzas del enemigo infernal. Mis palabras ofendieron a muchos, porque cada uno se encontraba retratado en lo que yo decía; no me oyeron gustosamente como al que avisa con todo cariño y suavidad, sino que se alzaron contra mí como acusador de sus errores.

¿De qué les aprovechó juntarse en gran número para clamar contra mí y descubrir con los gritos de su dolor las llagas de su conciencia? El libro permanece, los hombres desaparecieron. Escribí a muchas vírgenes y viudas σπουδασμάτια (pequeños escritos), y lo que ahora pudiera decirse lo indiqué ya en aquellos mis opúsculos. Repetirlo ahora me parece superfluo, así como el guardar completo silencio podría ser nocivo en gran manera.

El bienaventurado Cipriano escribió un libro precioso acerca de la virginidad [129], y se han publicado innumerables en latín y griego acerca de la misma materia. En los escri-

[128] *Epist. 22 ad Eustochium,* CSEL, t. LIV, pp. 143-211: PL. 22, 394-425.
[129] *De habitu virginum,* CSEL, t. III, p. 187-205: PL 4, 439-464.

tos y lenguas de todas las gentes, esta vida pura (ἁγνή) ha sido alabada, sobre todo en las iglesias.

Claro es que todo esto se refiere principalmente a las que aun no han elegido la virginidad y necesitan exhortaciones para que sepan qué cosa es ser virgen y lo que deben elegir como estado de vida. Nosotros, por nuestra parte, debemos conservar con toda fidelidad el estado de vida que hemos abrazado y pensar que mientras nos dure esta vida andamos entre culebras y escorpiones, y así, ceñidos los lomos, calzados los pies y el báculo en la mano [130] hemos de caminar incansablemente por entre los engaños de este mundo, en medio de sus peligros y ponzoñas, para que podamos llegar a las dulces aguas del río Jordán y entrar en la tierra de promisión, para subir a la casa de Dios y decir con el profeta: *Señor, he amado el esplendor de tu casa y el lugar donde habita tu gloria* [131]. Y también: *Una cosa he pedido al Señor, y ésta buscaré infatigable: vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida* [132].

Feliz aquella conciencia y dichosa la virginidad en cuyo corazón no exista ningún otro amor sino el amor de Cristo, que es sabiduría, castidad, paciencia, justicia y todas las demás virtudes; que nunca suspire por el recuerdo de los hombres ni desee ver sino aquel que, una vez visto, ya no es posible abandonar.

La mala fama de algunas que no se portan bien, deshonra ante el pueblo el santo modo de vivir de las vírgenes y la gloria de esta familia celestial, verdaderos ángeles en la tierra. A estas tales hay que decirles claramente que se casen si no pueden guardar continencia o que guarden castidad si es que no quieren casarse [133].

Es costumbre digna de risa, o mejor diré, digna de lágrimas, que cuando las señoras casadas van por la calle llevan delante de sí una criada virgen, vestida con más elegancia que ellas mismas; y en virtud de este abuso, para conocer quién es la señora no tienes sino fijarte en la que va menos ataviada.

Otras vírgenes habitan solas y buscan morar sin testigos para poder vivir más licenciosamente; frecuentan los baños, hacen lo que les viene en gana y evitan los buenos ejemplos y recriminaciones de la mayor parte de sus compañeras. Todas estas cosas estamos viendo y padeciendo, y si por un milagro llega a brillar una moneda de verdadero valor en medio de su vida, todas sus demás costumbres las damos por aceptables.

[130] Cf. Ex. 12, 11.
[131] Ps. 25, 8.
[132] Ps. 26, 4.
[133] Cf. 1 Cor. 7, 9.

XX. Exhortación final

Quiero juntar el fin con el principio de esta carta.

Y es que no quedo tranquilo con avisártelo solamente una vez: Estima las Sagradas Escrituras y te estimará la Sabiduría: *Amala y ella te guardará; hónrala y te abrazará* [134]. Estas son las joyas que han de adornar tu pecho y los pendientes que cuelguen de tus orejas.

Que tu lengua no sepa hablar de otra cosa sino de Cristo. Nunca trates cosas mundanas, sino tan sólo aquello que es santo y digno de Dios.

Que permanezca siempre en tus labios la dulzura de tu madre y de tu abuela, cuya imitación te servirá de norma segura para la práctica de la virtud.

---

[134] Prov. 4, 6 y 8.

S A N A G U S T I N

SOBRE LA SANTA VIRGINIDAD

En esta obrita del Doctor de Hipona quedan reflejados con fidelidad todos los caracteres de su espíritu y muchas de las preocupaciones de sus luchas dogmáticas. Desde las primeras palabras campea la elevación inconfundible de su genio, su amor entusiasta por la Iglesia, su amplitud de horizontes en tiempo y espacio, su mirada espiritualizadora de cuanto toca, su reconocimiento de los dones de Dios ocultos bajo la acción de la libertad y las virtudes sobrenaturales. De ahí el carácter peculiar de superioridad intelectual que presenta este tratado.

La composición del escrito ha de fijarse hacia el año 401, cuando, rigiendo ya con plena experiencia su diócesis de Hipona, sembraba semillas de virginidad con una mano, mientras que con la otra trazaba las líneas eternas de la doctrina especulativa. Fué el presente tratado una voz de consigna arrancada al Santo como reacción contra los errores de Joviniano. Pero el Obispo hiponense procedió con más cautela que el monje dálmata, y al poner su pie en un terreno que aun humeaba con los sismos volcánicos provocados por San Jerónimo avanzó con paso preciso, fijando su posición mediante el doble opúsculo, cuyas ideas mutuamente se esclarecen y complementan, a saber: Del bien del matrimonio *y* De la santa virginidad.

Sus capítulos pueden agruparse en tres partes principales. La primera expone las prerrogativas de la virginidad, contemplándola en Cristo, en María y en la Iglesia, admirándola en los frutos de su espiritual fecundidad y valorizándola en su carácter de consagración a Dios, en contraposición con el matrimonio (I-XXI). En la segunda parte descubre las grandes recompensas reservadas a las vírgenes, según aparecen descritas en las palabras del Señor, en los profetas del Antiguo Testamento y en las revelaciones del Apocalip-

sis acerca del seguimiento del Cordero y del cántico nuevo entonado por los coros de la pureza (XXII-XXX). Finalmente, la tercera parte, más extensa que las anteriores, está dedicada a inculcar en una u otra forma lo imprescindible de la humildad en el estado virgíneo, supuesto que es un don de Dios que ha de custodiarse con respetuoso temor, con cautelas prudentes, con sentimiento doloroso de las propias culpas y con el necesario cortejo de las otras virtudes sus compañeras, especialmente la caridad (XXXI-LVI).

La aplicación práctica de muchas de estas ideas aparecería más tarde en su Epístola 211 a ciertas religiosas, *epístola que recabó para sí el nombre de Regla de San Agustín* [1].

[1] Seguimos en la traducción el texto editado por I. Zycha en CSEL, t. XLI, pp. 235-302. En la versión de las citas bíblicas nos atenemos a la lectura ofrecida por San Agustín, que en ocasiones no sólo se aparta, como es obvio, de la Vulgata, sino también de la Itala Vetus.

PARTE I

Prerrogativas de la virginidad y sus ventajas sobre el matrimonio

I. No desprecien las vírgenes a los santos patriarcas del Antiguo Testamento

Compusimos hace poco una obra *Sobre el bien del matrimonio,* en la que instruíamos y amonestábamos a las vírgenes de Cristo para que con motivo de la mayor grandeza del don recibido por ellas del cielo no despreciasen a los que fueron padres y madres del pueblo de Dios, a aquellos hombres excelsos a quienes recomienda el Apóstol como representantes del verdadero olivo [2], mientras nosotros no somos sino olivo silvestre injerto en aquél.

No se ensoberbezcan, pues, reputando a los antiguos como de mérito inferior, por ser la continencia preferible a las nupcias y la virginidad al matrimonio, según el derecho divino, ya que también ellos servían al Mesías que había de venir mediante la procreación de los hijos. Por su medio se preparaban y daban a luz los misterios futuros, que vemos realizarse ahora de modo tan eficaz y portentoso, y de los cuales era también símbolo profético la misma vida conyugal. De donde, más bien por designio profundo de Dios que por goce de humanos apetitos, mereció en unos ser honrada la fecundidad y en otros ser fecunda la esterilidad.

Por lo que hace a los tiempos presentes, aquellos a quienes se dice: *Si no pueden contenerse, cásense* [3], deben ser consolados, no exhortados; aquellos, en cambio, a quienes se aconseja: *El que pueda alcanzarlo, que lo alcance* [4], deben ser amonestados, para que no se atemoricen, y atemorizados, para que no se engrían. No basta alabar la virginidad para que se la ame, es menester también aconsejarla para que no se ensoberbezca.

[2] Cf. Rom. 11, 17 s.
[3] 1 Cor. 7, 9.
[4] Mt. 19, 12.

II. La Iglesia, esposa de Cristo, es, como María, virgen y madre

Tal es nuestro propósito en este tratado. Ayúdenos Cristo, hijo de una virgen, esposo de vírgenes, engendrado en cuanto al cuerpo en un seno virginal y desposado espiritualmente con un matrimonio virgíneo. Siendo, pues, la Iglesia universal virgen desposada con un solo varón, según dice el Apóstol [5], ¿qué honra no merecerán sus miembros, que guardan en la propia carne lo que toda ella guarda en su fe, imitando a la Madre de su Esposo y su Señor?

Porque también la Iglesia es madre y es virgen; pues si no fuera virgen, ¿de quién es la integridad por la que andamos solícitos? Y si no fuera madre, ¿de quién son los hijos a los que hablamos? María dió a luz corporalmente a la cabeza de este cuerpo; la Iglesia da a luz en espíritu a sus miembros. En ambas la virginidad no es obstáculo para la fecundidad, en ambas la fecundidad deja intacta la virginidad. Por tanto, siendo la Iglesia universal santa en su cuerpo y en su espíritu, y no siendo toda ella virgen en el cuerpo, sino sólo en el espíritu, ¿cuánto más santa será en aquellos miembros en los que es virgen juntamente en el cuerpo y en el espíritu?

III. Preferible es el parentesco espiritual al parentesco de sangre con Cristo

Se escribe en el Evangelio que cuando anunciaron a Cristo que su madre y sus hermanos, esto es, sus consanguíneos según la carne, le esperaban fuera, sin poder llegarse a El a causa de la muchedumbre, respondió el Señor: *¿Quién es mi madre o quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano sobre sus discípulos, dijo: He aquí a mis hermanos; y quienquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, ése es mi hermano, y mi madre, y mi hermana* [6]. ¿Qué otra cosa quiso enseñarnos con esto sino que ha de anteponerse nuestro parentesco espiritual a los vínculos de la sangre, y que no son dichosos los hombres precisamente por estar unidos a los varones justos y santos con lazos de consanguinidad corporal, sino por allegarse a ellos mediante la obediencia a sus doctrinas y la imitación de sus costumbres?

[5] Cf. 2 Cor. 11, 2.
[6] Mt. 12, 48-50.

Más dichosa fué María por recibir la fe de Cristo que por haber formado su carne.

También a la que exclamó: *Bienaventurado el seno que te llevó,* repuso el Señor: *Bienaventurados más bien los que oyen y guardan la palabra de Dios* [7]. Finalmente, ¿qué aprovechó su parentesco a aquellos de sus hermanos, es decir, de sus allegados según la carne, que no creyeron en El? Así tampoco hubiera servido de nada a María su carácter de madre si no hubiera llevado más felizmente a Cristo en su corazón que en su seno.

IV. María consagró a Dios voluntariamente su virginidad

La misma virginidad de María fué más agradable y acepta a Dios, porque no fué Cristo quien después de concebido cuidó de conservarla y de impedir que fuese violada por varón alguno, sino que antes de su concepción escogió precisamente para nacer de ella una virgen consagrada a Dios.

Es lo que indican las palabras con que respondió María al anuncio angélico de su futuro parto: *¿Cómo sucederá esto,* dijo, *si no conozco varón?* [8] Cosa que no hubiese preguntado de no haber consagrado ya antes a Dios su virginidad. Sin embargo, como semejante proceder no se avenía con las costumbres israelitas de entonces, fué desposada con un varón justo, encargado no de profanar, sino de custodiar contra los extraños lo que ella había ya prometido al Señor. Aun en el caso en que hubiera dicho tan sólo: *¿Cómo sucederá esto?,* sin añadir: *ya que no conozco varón,* no hubiera venido a nada preguntar cómo había de dar a luz un hijo, dado que hubiera contraído matrimonio con intención de usarlo.

Pudiera muy bien haber recibido mandato de permanecer siempre virgen para que el Hijo de Dios recibiese en ella forma de siervo mediante un milagro portentoso; pero a fin de servir de ejemplo a las vírgenes futuras, y para que éstas no pensaran que sólo debía permanecer virgen la que había merecido ser madre sin obra de varón, consagró María a Dios su virginidad cuando todavía ignoraba lo que había de concebir, haciendo así posible la imitación de la vida celeste en cuerpo mortal, no en virtud de un precepto, sino de una promesa libre; no a consecuencia de una obediencia necesaria, sino de una elección de amor.

---

[7] Lc. II, 27 s.
[8] Lc. I, 34.

De este modo, Cristo, al nacer de una virgen que había determinado permanecer tal antes de saber a quién había de tener por hijo, pretendió aprobar la virginidad más bien que imponerla. Y así, aun en aquella misma mujer en la que había de tomar forma de siervo, quiso que fuese completamente libre su virginidad.

V. La fecundidad de María es gloria de todas las vírgenes, que son también madres de Cristo

No hay razón para que se aflijan las vírgenes a causa de que por guardar su virginidad quedan privadas de ser madres según la carne, pues sólo pudo ser fruto digno de la virginidad aquel que no puede tener semejante por nacimiento. Pero el parto de la santa Virgen es gloria de todas las vírgenes consagradas, ya que todas ellas son, juntamente con María, madres de Cristo, si hacen la voluntad de su Padre. Por eso, la misma Virgen María es madre de Cristo de un modo mucho más excelso y dichoso, conforme a la sentencia que acabamos de recordar: *Quienquiera que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es para mí hermano, hermana y madre.*

Cristo presenta espiritualmente todos estos grados de parentesco en el pueblo por El redimido. Tiene por hermano y hermana a los hombres y mujeres santas, que son sus coherederos en la herencia celestial. Su madre es toda la Iglesia, la cual mediante la gracia divina da a luz a sus miembros, es decir, a sus fieles. También es madre suya toda alma piadosa que cumple la voluntad de su Padre con ferventísima caridad en aquellos a quienes engendra hasta que se forme en ellos Cristo [9]. Así, pues, María, que es sólo madre de Cristo según la carne, al observar la voluntad de Dios, es su madre y su hermana según el espíritu.

VI. Sólo María fué madre y virgen en cuerpo y en espíritu

Por lo dicho se ve que aquella santa mujer es la única que fué madre y virgen no sólo según el espíritu, sino también según el cuerpo. Madre según el espíritu no ciertamente de aquel que es nuestra cabeza, es decir, de nuestro Salvador—porque en lo espiritual es ella más bien hija de Cris-

[9] Cf. Gal. 4, 19.

to, ya que todos los que creen en El, entre los cuales se encuentra María, son llamados con justicia hijos del Esposo—, sino madre en espíritu de los miembros de Cristo, que somos nosotros, por haber contribuído con su caridad al nacimiento espiritual de cuantos son miembros de aquella cabeza, de la que también corporalmente es ella madre. Convenía que nuestra cabeza según la carne procediese con insigne milagro de una virgen, para significar que los fieles, sus miembros, debían también nacer, según el espíritu, de una Iglesia virgen.

Unicamente María es, pues, madre y virgen según el espíritu y según la carne, madre de Cristo al mismo tiempo que virgen de Cristo; en cambio, la Iglesia, según el espíritu, es toda ella madre de Cristo, y toda ella virgen de Cristo en los santos, que han de poseer el reino de Dios; mas según el cuerpo, no es toda de igual modo madre y virgen, sino que en algunos es virgen de Cristo y en otros madre, aun cuando no de Cristo.

Tanto las mujeres cristianas casadas como las vírgenes consagradas a Dios, si observan una conducta santa y poseen la caridad que procede *del corazón puro, de una conciencia recta y de una fe sincera* [10], son en verdad madres de Cristo según el espíritu, por hacer la voluntad de su Padre. Las que viviendo en estado de matrimonio engendran hijos, no dan a luz a Cristo, sino a Adán, y por eso se apresuran a que sus hijos, purificados con los sacramentos, sean hechos miembros de Cristo, conscientes de qué es lo que ellas han dado a luz.

VII. No hay fecundidad matrimonial comparable con la virginidad

He dicho lo anterior para que las mujeres casadas no tengan la audacia de comparar la fecundidad del matrimonio con la integridad virginal y, mostrando el ejemplo de María, osen decir a las vírgenes del Señor: María poseyó dos gracias merecedoras de todo honor, la virginidad y la fecundidad, ya que logró ser madre permaneciendo virgen. Como nosotras, ni unas ni otras, no podemos aspirar a ambos excelsos privilegios, repartámoslos de modo que vosotras conservéis la virginidad y nosotras obtengamos la maternidad. La ventaja de permanecer vírgenes os consuele de no tener hijos, así como a nosotras el placer de tenerlos nos compense la integridad perdida.

Sería tolerable este modo de hablar de las mujeres ca-

[10] 1 Tim. 1, 5.

sadas a las vírgenes si los hijos que ellas dan corporalmente a luz fueran cristianos, y, por tanto, la fecundidad de la carne de María, dejando aparte su virginidad, sólo las aventajase en cuanto que María dió a luz a la cabeza de estos miembros, mientras ellas dan a luz a los miembros de aquella cabeza. Pero, aun suponiendo que las que en tal forma se expresan no tengan otro fin al unirse a sus maridos sino el de tener hijos, ni sientan otra preocupación al tenerlos sino el de ganarlos para Cristo, procurando hacerlo cuanto antes por el bautismo, adviertan, sin embargo, que no nacen de ellas siendo cristianos, sino que se hacen tales cuando la Iglesia los da a luz en calidad de madre espiritual de los miembros de Cristo, del cual es asimismo virgen según el espíritu.

A este parto santificador pueden cooperar también las madres, haciendo que los que no salieron a luz cristianos en su nacimiento corporal lleguen a ser lo que ellas bien saben que no eran al darles a luz. A esto cooperan con aquello mismo con lo cual también las vírgenes son madres de Cristo, a saber, con la fe, *que obra mediante la caridad*[11].

VIII. La virginidad debe ser honrada por ser una consagración a Dios

No hay, pues, comparación posible entre la fecundidad corporal y la virginidad también corporalmente considerada. No es que ésta sea digna de alabanza por ser virginidad, sino por estar consagrada a Dios, de manera que, aun cuando se guarde con el cuerpo, se mantiene de hecho por la piedad y devoción del espíritu. Y bajo este aspecto es también espiritual la virginidad de la carne, que debe ser prometida y custodiada por el espíritu religioso de la continencia. Del mismo modo que nadie usa impuramente de su cuerpo sin haber antes concebido la malicia en su espíritu, así también ninguno conserva la pureza de su carne sin haber antes albergado la castidad en su corazón.

Y si es cierto que la honestidad conyugal, aun cuando se observe en la carne, se atribuye no al cuerpo, sino al espíritu, que es quien dirige y refrena los apetitos de la carne, conteniéndolos dentro del legítimo matrimonio, ¡con cuánta mayor razón y justicia habrá que computar entre los bienes propios del alma aquella continencia, gracias a la cual la integridad del alma se conserva, se consagra y se ofrece en voto al Creador de alma y cuerpo!

---

[11] Gal. 5, 6.

IX. La pérdida de la virginidad no se compensa con la fecundidad corporal

Ni ha de creerse que la fecundidad corporal de aquellas piadosas mujeres que en nuestros tiempos no buscan en el matrimonio otro fin que el de engendrar hijos para consagrarlos a Cristo, pueda compensar la pérdida de la virginidad.

En los tiempos pasados fué necesario crear un pueblo extenso y profético para preparar la venida de Cristo según la carne; pero ahora, en que el pueblo de Dios y la ciudad santa del reino celeste se forma con miembros de Cristo pertenecientes a todas las razas y todas las naciones, *quien pueda lograr la virginidad, que la logre* [12], y que sólo aquella que se sienta incapaz para guardar la virginidad se case. ¿Pues qué? Si una mujer rica destinase una gran cantidad de dinero a la obra caritativa de comprar esclavos de diversos pueblos gentiles para hacerlos cristianos, ¿no incorporaría a Cristo un número mayor de miembros que los que pudiera proporcionarle con el matrimonio, por fecundo que se le suponga? Mas no por eso se atrevería a comparar el valor de su dinero con el mérito de la sagrada virginidad. Si la solicitud por hacer cristianos a los que no han nacido tales pudiera justamente compensar la pérdida de la virginidad, sería mucho más eficaz el perder la virginidad propia a cambio de una gran cantidad de dinero, con la cual pudieran comprarse para Cristo muchos más niños de los que pudiera dar a luz el más fecundo de los senos maternos.

X. No es superior la maternidad a la virginidad por el hecho de engendrar vírgenes

Si son, por tanto, necios semejantes raciocinios, conténtense las cristianas casadas con el bien que poseen, del cual hablamos cuanto nos pareció conveniente en otro libro, y honren más y más, como suelen hacerlo, el privilegio mayor de las vírgenes, sobre el que deseamos ahora disertar en este tratado.

Porque ni tampoco deben anteponerse los méritos de las casadas a los de las continentes, alegando que de ellas nacen las vírgenes. Este no es un bien que se siga del matrimonio, sino que procede de la naturaleza misma, la cual,

[12] Cf. Mt. 19, 12.

según el ordenamiento divino, de cualquier unión, ya sea honesta y legítima, ya torpe y criminal, hace que las mujeres nazcan vírgenes. Sin embargo, ninguna nace virgen consagrada. Así sucede que aun del adulterio salga a luz una mujer virgen, pero ni del matrimonio más santo viene al mundo una virgen consagrada.

XI. La única virginidad honrosa es la consagrada a Dios

No ensalzamos a las vírgenes por ser vírgenes, sino por ser vírgenes consagradas a Dios por medio de una piadosa continencia. No creo hablar temerariamente si digo que me parece más digna de honor una mujer casada que una joven soltera que intenta contraer matrimonio. Aquélla tiene ya lo que ésta desea, sobre todo si aún no ha contraído esponsales con nadie. Aquélla no se preocupa de agradar, sino a uno, a quien ya se ha entregado; ésta anda solícita por agradar a muchos, incierta todavía del varón a quien se ha de entregar, no teniendo otra excusa en este su deseo de parecer bien a muchos sino la de que busca en la muchedumbre no un compañero vicioso, sino un marido.

Aquella virgen, por tanto, es la que ha de anteponerse a las casadas que ni se expone a ser amada por los ojos de muchos cuando buscan ganar el corazón de uno entre la multitud, ni anda solícita por componerse para agradar al que ya encontró, *teniendo su pensamiento en las cosas del mundo y en el modo de gustar a su marido* [13], sino que de tal modo ha puesto su amor en *el más hermoso de entre los hijos de los hombres* [14], que, no pudiendo concebirle como María en su seno, le concibe en su corazón para ofrendarle la integridad de su cuerpo.

XII. Tales vírgenes son fruto no de la fecundidad corporal, sino de la Iglesia

Jamás fecundidad alguna corporal ha producido semejante género de vírgenes. No es fruto de carne y sangre. Si se busca su madre, se hallará ser la Iglesia. No da a luz vírgenes sagradas sino la que es ella misma virgen sagrada, la que se ha desposado *con un varón único para ser presentada a Cristo como virgen pura* [15]. De ésta, que, aunque no

[13] 1 Cor. 7, 34.
[14] Ps. 44, 3.
[15] Cf. 2 Cor. 11, 2.

es toda virgen corporalmente en sus miembros, lo es toda en su espíritu, nacen las vírgenes sagradas en cuerpo y en espíritu.

Tenga, con todo, en buena hora el matrimonio sus excelencias, aunque no tanto por engendrar hijos cuanto por engendrarlos de una manera honesta, lícita, pudorosa y social; por educarlos una vez procreados con solicitud y constancia, por custodiar con esmero la fidelidad conyugal y, finalmente, por respetar la santidad del vínculo.

XIII. No se dirige la virginidad a conseguir ventajas en la vida presente

Todos estos deberes, propios son de la vida y sociedad humana. En cambio, la integridad de las vírgenes y la renuncia piadosa a todo comercio carnal es una cierta participación del estado angélico y un intento generoso de imitar en la carne corruptible la incorruptibilidad de lo eterno. Ante esto cedan su puesto de honor la fecundidad corporal y la castidad del matrimonio; aquélla no se halla en nuestro poder, ésta no es propia de lo eterno; aquélla no depende de nuestro libre albedrío, ésta no habita en los cielos. Sin duda que en aquella común inmortalidad de la gloria poseerán premio muy especial sobre los demás los que, aun viviendo en la carne, tienen ya algo que no es propio de la carne.

Muestran, por tanto, una necedad inexplicable quienes juzgan que las ventajas de la continencia no han de examinarse a la luz del reino de los cielos, sino a la luz del siglo presente, en cuanto que las nupcias terrenas se hallan perturbadas por múltiples y angustiosas preocupaciones, de las cuales se ven libres las vírgenes y continentes. Como si fuese preferible el no casarse únicamente por eximirse de estas aflicciones temporales y no porque pueda ser de utilidad para la vida eterna. Para eludir los que así hablan el que opinión tan vana se considere fruto de su propia ligereza, aducen el testimonio del Apóstol, que dice: *Acerca de las vírgenes no tengo precepto; pero doy un consejo, como quien ha alcanzado del Señor la misericordia de serle fiel. Entiendo, pues, ser esto bueno por la presente necesidad, a saber, que es bueno para el hombre el permanecer así* [16].

[16] 1 Cor. 7, 25 s. Nótese que la lectura agustiniana de este texto: *propter praesentem necessitatem*, diversa de la ofrecida por la Vulgata y la Itala Vetus, refuerza la dificultad propuesta.

He ahí, claman, cómo el Apóstol enseña que la virginidad es buena por las angustias de la vida presente, no por el bien de la eternidad futura. ¡Como si el Apóstol no considerase sino lo relativo a este siglo presente, sin tener en cuenta ni interesarse por el futuro, siendo así que todas las actividades de su ministerio iban dirigidas a los bienes de la vida eterna.

XIV. La virginidad es objeto de libre elección en orden a obtener mayor gloria

Es necesario desembarazarnos de las necesidades presentes, es decir, de aquellas que impiden la consecución de los bienes futuros. Tales son las que lleva consigo la vida conyugal, obligando a preocuparse por las cosas de este mundo y por el modo cómo el marido agrade a la mujer y la mujer al marido. No es que estos cuidados aparten del reino de Dios, como apartan los pecados, que por eso están prohibidos, no con mero consejo, sino con riguroso precepto, ya que la desobediencia al Señor es digna de condenación; pero cierto que los grados de mayor gloria que se hubieran podido tener en el reino de Dios, pensando más asiduamente en cómo agradar al Señor, serán menores al tener menos en cuenta este cuidado por causa de las necesidades del matrimonio.

Por eso, dice, *acerca de las vírgenes no tengo precepto.* Quien desobedece a un precepto es reo de culpa y deudor de pena. Ahora bien, como el contraer matrimonio no es pecado, pues si lo fuese estaría prohibido bajo verdadero precepto, se deduce claramente que acerca de la virginidad no puede haber mandato.

Mas después de haber logrado evitar los pecados o de haber obtenido su perdón, es menester caminar hacia la vida eterna, y en ésta hay grados superiores de gloria, que no serán comunes a todos los bienaventurados, sino destinados especialmente para algunos. Estos grados superiores no se consiguen por el mero hecho de hallarse uno libre de culpas, sino por el voto hecho al mismo libertador acerca de algo cuya omisión no constituye pecado, pero cuya promesa y ejecución merece grande alabanza. Teniendo, pues, presente todo esto, dice el Apóstol: *Doy un consejo, como quien ha alcanzado del Señor la misericordia de serle fiel;* pues no debo reservarme por espíritu de envidia un consejo fiel, yo que he sido hallado ministro fiel no por mis méri-

tos, sino por la misericordia del Señor. *Entiendo, pues, ser esto bueno por la presente necesidad.*

Este estado virginal, dice, sobre el que no tengo precepto del Señor, pero que sí os aconsejo; este estado virginal lo juzgo mejor a causa de las aflicciones de la vida presente. Conozco muy bien las inquietudes de este presente siglo, al que sirven las personas casadas, y cómo obligan a pensar en las cosas de Dios menos de lo que sería necesario para obtener aquel grado de gloria, que no será propiedad de todos los que alcancen la vida y salvación eterna; *pues una estrella difiere de otra en claridad, y así sucederá también en la resurrección de los muertos* [17]. Por tanto, *bueno es para el hombre permanecer de este modo.*

XV. Existe el consejo, no el precepto, de renunciar al matrimonio

Después de esto continúa el Apóstol diciendo: *¿Estás ligado a una mujer? No busques quedar libre. ¿Estás libre de mujer? No busques el tenerla* [18]. De estas dos normas, la primera cae bajo precepto, contra el que no es lícito obrar, pues no puede abandonarse a la mujer si no es por haberse hecho responsable de fornicación, como dijo el mismo Señor en el Evangelio [19]. Pero lo que después añadió: *¿Estás libre de mujer? No busques el tenerla,* es norma de consejo, no de precepto. Puede, por lo tanto, buscarse, pero mejor es no hacerlo.

A continuación añade: *Si tomares mujer, no pecas; y si la joven soltera se casa, no peca* [20]. ¿Acaso cuando antes dijo: *¿Estás ligado a una mujer? No busques quedar libre,* añadió: Si te separas de ella no pecas? Ya antes había dicho: *A los que están casados mando, no yo, sino el Señor, que la esposa no se aparte de su marido; y si se ha apartado, que permanezca sin nuevas nupcias o que se reconcilie con él* [21]. Porque pudiera haber ocurrido que se hubiera separado no por culpa propia, sino por culpa de su esposo.

Luego continúa: *Y que el marido no despida a su esposa* [22], advertencia que consigna como precepto del Señor, y sin añadir tampoco en este caso: si la despide no peca. Se tra-

[17] I Cor. 15, 41 s.
[18] I Cor. 7, 27.
[19] Cf. Mt. 19, 9.
[20] I Cor. 7, 28.
[21] I Cor. 7, 10 s.
[22] Ibid.

ta, por tanto, de un precepto, cuya desobediencia constituye pecado; no de un consejo, cuya omisión voluntaria haría que obtuvieses un bien menor, pero sin hacerte culpable de una acción mala. Por eso, cuando antes dijo: *¿Estás libre de mujer? No busques tenerla,* como no imponía un precepto para impedir un pecado, sino ofrecía un consejo para alcanzar un bien mayor, añadió a continuación: *Si tomares mujer, no pecas; y si la joven soltera se casa, no peca.*

XVI. En qué consiste la tribulación de la carne denunciada por San Pablo

Sin embargo, añadió el Apóstol: *Pero estos tales padecerán tribulación en la carne: por mi parte os perdono* [23], exhortándolos de este modo a la virginidad y continencia perpetua y apartándolos, con palabras temerosas, aunque suaves, del matrimonio, no como de algo ilícito, sino como de algo trabajoso y molesto. Cosas muy diversas son consentir en las torpezas de la carne y soportar las aflicciones de la carne. Aquello encierra un pecado; esto lleva consigo un sufrimiento, y el sufrimiento lo aceptan de ordinario los hombres aun tratándose de cumplir deberes muy honestos. Pero en estos tiempos actuales, en los que no se sirve ya a la venida de Cristo según la generación corporal, promoviendo la propagación de los hijos, sería una gran insensatez cargarse con esta tribulación de la carne que anuncia el Apóstol, por sólo el placer del matrimonio, si no fuera de temer el que muchos a causa de su incontinencia, bajo la tentación de Satanás, viniesen a caer en pecados nefandos.

En cuanto a lo que añade que desearía perdonar semejantes trabajos a los que han de padecer la anunciada tribulación de la carne, no se me ocurre por el momento otra explicación mejor sino que no quiso descubrir y desentrañar con palabras concretas la naturaleza de aquellos padecimientos que esperan a quienes han de contraer nupcias, como son suspicacias producidas por los celos, trabajos en la procreación y sustento de los hijos, zozobras y aflicciones en el temor de perderlos. ¿Cuántos podrán encontrarse entre los encadenados por los lazos del matrimonio que no se vean zarandeados por semejantes preocupaciones? Aunque tampoco queremos nosotros exagerar tales sufrimientos, no parezca que rehusamos evitarles estas penas de que quiso librarles el Apóstol.

[23] 1 Cor. 7, 28.

XVII. Ni el Apóstol condenó el matrimonio ni es tolerable atribuir errores a la Escritura

Se hacía necesario exponer estas cosas, que brevemente he anotado, para llamar la atención del lector contra los que pretenden condenar el matrimonio apoyándose en lo que escribió el Apóstol: *Estos tales padecerán tribulación en su carne; por mi parte os perdono,* y pretendiendo que con estas palabras quedan condenadas las nupcias de modo indirecto. De manera que no queriendo el Apóstol, según ellos, pronunciar claramente su sentencia contra el matrimonio, dijo tan sólo: *Por mi parte os perdono,* dando la sensación de que mientras condesciende con ellos no mira por su propia alma, puesto que había mentido al decir: *Si tomares mujer, no pecas; y si la joven soltera se casa, no peca.*

Los que admiten tales ideas en la Escritura o intentan que los demás las admitan, se preparan por este medio el camino para poder mentir libremente o para defender sus perversas opiniones cuantas veces piensen apartarse de la doctrina verdadera. En efecto, cuando se les presente algún testimonio de la Escritura en que aparezcan refutados sus errores, echarán mano de este medio como de un escudo que les defienda contra la verdad, aunque dejándoles de hecho desnudos y expuestos a los golpes del diablo, alegando que en tales palabras no dijo el autor del libro santo la verdad, sea por condescender con los débiles, sea por atemorizar a los soberbios, según les conviniere para mantenerse en su inicua doctrina. Y de este modo, atentos más bien a defender que a corregir sus erróneas opiniones, se esfuerzan por quebrantar la autoridad de las Sagradas Escrituras, siendo así que con solas ellas se pueden humillar las cervices más altivas y pertinaces.

XVIII. Se ha de preferir la virginidad sin condenar el matrimonio

Por lo cual advierto también a todas y todos los que hacen profesión de continencia y de santa virginidad que de tal modo antepongan la excelencia de su estado a la del matrimonio, que no condenen a éste ni interpreten falsamente, sino en su verdadero sentido, la sentencia del Apóstol: *Quien entrega su hija al matrimonio hace bien; pero quien no la entrega, hace mejor. Si tomares esposa, no pecas; y si la joven soltera se casa, no peca.* Y poco después: *Sin em-*

bargo, más dichosa será si permaneciere sin casarse, según mi consejo. Y a fin de que no se creyese ser opinión humana, añade: *Así lo juzgo yo, y estoy persuadido de poseer en esto el espíritu de Dios* [24].

Esta es la doctrina del Señor, la doctrina apostólica, la doctrina sana y verdadera: elegir los bienes mayores sin condenar los de menos valor. Más apreciable es la verdad de Dios en las divinas Escrituras que la virginidad en la mente o en la carne de cualquier hombre.

Amese de tal manera lo casto, que no se niegue lo verdadero. Porque ¿qué iniquidades no podrán pensar de su propia carne los que suponen que la palabra del Apóstol en aquel mismo pasaje donde recomienda la virginidad del cuerpo no se mantuvo virgen de la corrupción de la mentira?

Los que eligen, pues, el estado de virginidad, sostengan ante todo con firmeza que las Escrituras Sagradas no contienen mentiras y que, por tanto, es verdadero lo que en ellas se dice: *Si tomares mujer, no pecas; y si la joven soltera se casa, no peca.* Ni piensen que se aminora el gran valor de la integridad por suponer que las nupcias no son cosa mala. Al contrario, confíen en que se prepara una palma más gloriosa para aquella que, no temiendo condenarse si se casaba, quiso aspirar a una corona más refulgente, renunciando al matrimonio.

Las que se determinan, pues, a permanecer en virginidad, no huyan de las nupcias como de fosas temibles, sino que, trasponiendo esta colina del bien menor, vengan a descansar sobre el monte de un bien mayor, cual es el de la continencia. Ahora que la ley de aquella colina para las que en ella habitan es que no se puede emigrar de allí a capricho: *Pues la mujer está ligada al marido mientras éste viva* [25]. Con todo, dicho estado puede ser un escalón para elevarse a la continencia de las viudas; mas si se quiere llegar a la altura de las vírgenes, es menester desviarse de dicha colina, negando el consentimiento a los pretendientes o pasando por encima de ellos, de modo que se atajen con anticipación sus deseos.

XIX. Errores opuestos acerca del matrimonio y la virginidad

Para que nadie piense que estos dos géneros de obras, una buena y otra mejor, han de tener igual recompensa, me he visto en la precisión de disertar contra aquellos que,

[24] 1 Cor. 7, 38, 28 y 40.
[25] 1 Cor. 7, 39.

interpretando mal las palabras antes citadas del Apóstol: *Juzgo ser esto bueno por la presente necesidad,* estiman que la virginidad es útil no precisamente para el reino de los cielos, sino para la vida de este siglo. Como si no hubieran de recibir en la eternidad un premio más glorioso que los demás aquellos que en este mundo han elegido lo mejor.

Pero ocurre que al llegar en esta disputa a aquellas palabras del Apóstol: *Estos tales habrán de padecer tribulación en su carne; por mi parte os perdono,* nos encontramos con otros adversarios que, en vez de igualar el matrimonio a la continencia perpetua, lo condenan en absoluto como malo. Siendo ambas opiniones igualmente erróneas, la que quiere igualar la virginidad con el matrimonio y la que pretende condenarlo, acaece que, por huir ambas sentencias la una de la otra hasta el extremo opuesto, vienen a chocar frente a frente, sin ajustarse ninguna de ellas a la verdad, que está en el medio. En el cual nos colocamos nosotros, cuando, apoyados tanto en argumentos de razón como en la autoridad de las Sagradas Escrituras, rehuímos, por una parte, declarar pecaminosas las nupcias y, por otra, nos negamos a igualarlas con el bien de la continencia de las vírgenes o de las viudas.

XX. Verdadera interpretación del texto debatido de San Pablo

Los unos, en sus ansias de virginidad, pretendieron condenar el matrimonio como si fuera un adulterio; los otros, en su empeño por defender la unión conyugal, pensaron que la excelencia de la continencia de las vírgenes no sobrepasa en mérito a la honestidad de las casadas. Como si la castidad de Susana constituyese una humillación para María, o el bien mayor de María fuera una sentencia condenatoria para Susana.

Lejos, pues, de nosotros suponer que el Apóstol, al decir a los casados o a quienes piensan contraer matrimonio: *Por mi parte os perdono,* pretendiese con ello indicarles, aun cuando sin explicárselo en concreto, el castigo que en la vida futura les esperaba por haber contraído matrimonio; lejos de nosotros suponer que Pablo piense arrojar al infierno a quien en otro tiempo libró Daniel de condenación ante un tribunal terreno; lejos de nosotros suponer que el lecho nupcial haya de servir de motivo condenatorio en el juicio de Cristo a quien por conservar su fidelidad, bajo el peso de una falsa acusación de adulte-

rio, se expuso a toda clase de peligros y aun a la misma muerte. ¿Qué fruto tendrían entonces aquellas valientes palabras: *Preferible es caer en vuestras manos que pecar en la presencia del Señor*[26], si Dios no hubiera de salvarla por su pureza conyugal, sino que hubiera de condenarla por el matrimonio contraído?

Cuantas veces defendemos hoy en día la castidad conyugal, apoyándonos en la Sagrada Escritura contra los adversarios y detractores de las nupcias, otras tantas puede decirse que el Espíritu Santo defiende a Susana contra sus mendaces calumniadores y otras tantas la justifica del falso crimen a ella imputado; y por cierto que el asunto reviste ahora mayor trascendencia. Porque entonces se acusaba a una sola mujer casada, ahora a todas; entonces se aducía un adulterio oculto y falso, ahora se quiere convertir en crimen la unión conyugal legítima y pública; entonces se presentaban como acusadores dos ancianos inicuos, ahora todos los maridos y esposas, apoyándose en una reticencia del Apóstol.

Disimuló, dicen, vuestra condenación, cuando dijo: *Por mi parte os perdono.* ¿Y quién dijo esto? El mismo que poco antes había dicho: *Si tomares mujer, no pecas; y si la joven soltera se casa, no peca*[27]. ¿Por qué, pues, habéis de suponer la acusación de un crimen contra los casados en lo que calla y no habéis de ver la justificación de los mismos en lo que claramente manifiesta? ¿Acaso ha de condenar con su silencio a los que expresamente absuelve con su palabra? ¿Es que no resulta menos injurioso acusar a Susana, no precisamente de haber contraído matrimonio, sino de haber adulterado, que inculpar de mentira la doctrina del Apóstol? ¿Qué partido tomar en tanta incertidumbre, si no fuera tan cierto y evidente el que no deben condenarse las nupcias como es cierto y evidente el que no pueden mentir las Sagradas Escrituras?

XXI. Es mayor el mérito de la virginidad, siendo el matrimonio cosa laudable

Tal vez replique alguno: Pero ¿qué conexión tiene todo esto con las excelencias de la virginidad y continencia perpetua que es el objeto del presente tratado? Ante todo respondo lo que ya antes declaré: que la gloria de este estado más perfecto se acrecienta tanto más cuanto que al lograrlo no se intenta evitar el supuesto pecado del ma-

[26] Dan. 13, 23.
[27] 1 Cor. 7, 28.

trimonio, sino se pretende superar el bien conyugal. De otro modo no sería menester ensalzar la continencia perpetua, sino que bastaría no vituperarla, ya que en tal caso se la abrazaba por huir el crimen del matrimonio.

Además, como la exhortación para profesar este gran estado de la virginidad no debe apoyarse en razones humanas, sino en la autoridad de la divina Escritura, no basta tratar este punto a la ligera o de paso, puesto que ha de disiparse cualquier sospecha de que la Sagrada Escritura haya mentido en alguna materia.

Los que intentan obligar a las vírgenes sagradas a permanecer en tal estado por juzgar pecaminoso el matrimonio, cierto que consiguen más bien disuadirlas que exhortarlas; porque ¿cómo se fiarán de la verdad de aquella sentencia: *Quien no casa a su hija hace mejor* [28], teniendo por falso lo que se escribió inmediatamente antes: *Quien entrega a su hija en matrimonio, obra bien?* Si, por el contrario, aceptan como indudable la afirmación de la Escritura sobre la bondad del matrimonio, entonces podrán descansar confiadas en la autoridad de la palabra divina para lanzarse con ardoroso y bien fundado entusiasmo al estado más perfecto que han elegido.

Y con lo dicho queda suficientemente esclarecido nuestro propósito y aparece demostrado con certeza, en lo posible, el sentido de aquella doble sentencia del Apóstol: por una parte, que cuando dice: *Juzgo ser esto bueno por la presente necesidad* [29], se ha de entender de modo que si en esta vida son más dichosas las vírgenes sagradas que los cristianos casados, en el reino de los cielos y en el siglo futuro han de ser también desiguales sus premios; y por otra parte, que cuando, refiriéndose a los que viven en matrimonio, añade: *Estos tales habrán de sufrir la tribulación de la carne; por mi parte yo os perdono* [30], no ha de pensarse que haya querido condenar tácitamente las nupcias como un pecado.

Acerca de estas dos frases han surgido dos errores contrarios entre sí por no habérselas interpretado rectamente. La primera es objeto de falsa interpretación por parte de aquellos que pretenden igualar a los continentes con los casados; la segunda, en que se dice: *Por mi parte os perdono,* es adulterada por los que intentan condenar el matrimonio. En cuanto a nosotros, siguiendo la autoridad de las Sagradas Escrituras y la sana doctrina, no consideramos las nupcias como pecaminosas, pero tenemos sus

[28] I Cor. 7, 38.
[29] I Cor. 7, 26.
[30] Ibid. 28.

excelencias por inferiores a las de la continencia propia de las vírgenes y aun de las viudas; y por lo que hace a los impedimentos presentes de los casados, no los reputamos como obstáculos para obtener la vida eterna, sino únicamente para alcanzar aquella gloria y honor especial reservados a la continencia perpetua.

En estos tiempos en que vivimos creemos que el matrimonio es recomendable solamente a los que no se sienten capaces para contenerse en castidad perfecta, y pensamos que el Apóstol, deseando indicar la realidad, ni se resignó a pasar en silencio la tribulación de la carne originada por el afecto sensible, sin el cual es imposible el matrimonio de los que no guardan continencia, ni quiso desarrollar más la materia, condescendiendo en esto con la debilidad humana.

PARTE II

Gloria y premios de la virginidad

XXII. La virginidad ha de ser estimada por las ventajas que reporta para la vida futura

Probemos ahora con testimonios evidentes de las Sagradas Escrituras, según nos lo permita nuestra pobre memoria, que la continencia perpetua ha de abrazarse no por las ventajas de este siglo, sino por la vida futura, que se nos promete en el reino de los cielos.

¿Quién no descubrirá este pensamiento en lo que dice poco después el Apóstol: *El que no tiene mujer se ocupa de las cosas del Señor y de cómo agradarle; el que, por el contrario, está ligado con el vínculo del matrimonio, se ocupa de las cosas del mundo y del modo de agradar a su esposa. La mujer soltera y la virgen aparecen divididas* [31]*; la que no está casada anda solícita por las cosas del Señor, a fin de ser santa en cuerpo y en espíritu; en cambio, la casada anda solícita por las cosas del mundo y por el modo de agradar al marido* [32].

No dice el Apóstol que la virgen se afana por las cosas que tocan a su seguridad en este mundo y por llevar una vida exenta de graves molestias, ni que la mujer soltera y la virgen están divididas, es decir, se diferencian y distinguen de la casada por hallarse aseguradas contra las aflicciones temporales, que agobian a la que ha contraído matrimonio; sino que *se ocupa,* dice, *en las cosas del Señor y en el modo de agradarle y que anda solícita por lo que pertenece al Señor, a fin de ser santa en el cuerpo y en el espíritu.*

A no ser que haya alguno tan necio en su afán de porfiar que pretenda sostener que deseamos agradar al Señor no por el reino de los cielos, sino por las comodidades de este siglo, o que el aspirar a ser santas en cuerpo y alma tie-

[31] Esta última perícopa, que no aparece ni en la Vulgata ni en la Itala Vetus, es citada, sin embargo, por otros autores, principalmente africanos. (Cf. Tertuliano, *De velandis virginibus,* c. 14: PL 2, 894.)

[32] 1 Cor. 7, 32-34.

ne por finalidad la vida presente y no la eterna. Creer tal cosa, ¿no es hacerse el más desgraciado de los hombres? Así lo asegura el Apóstol: *Si tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo sólo para esta vida, somos los más infelices de los hombres* [33]. En efecto, si debería conceptuarse como necio aquel que distribuyese su pan a los hambrientos solamente por obtener ventajas en esta vida, ¿habrá de considerarse como sensato quien atormente su cuerpo hasta reducirlo a perfecta continencia y se abstenga de los placeres del matrimonio, sabiendo que no ha de aprovecharle nada tal proceder para el reino de los cielos?

XXIII. Pruébase lo mismo con palabras del Señor

Oigamos, finalmente, al mismo Señor, que pronuncia esta sentencia evidentísima. Porque, hablando cierto día con frases enérgicas y divinas sobre la imposibilidad de separarse los esposos, a no ser por causa de fornicación, repusieron los discípulos: *Si tal es la condición del hombre con la mujer, mejor es no casarse;* a lo que El replicó: *No todos entienden esta palabra. Hay quienes son inhábiles para el matrimonio por nacimiento, hay quienes lo son por violencia de los hombres y hay quienes se han hecho a sí mismos inhábiles por el reino de los cielos. El que pueda alcanzarlo que lo alcance* [34].

¿Qué se podía decir más verdadero ni más claro? Cristo es quien lo dice; la verdad es quien lo dice; la virtud y sabiduría de Dios es quien declara que los que deciden abstenerse de tomar mujer se hacen a sí mismos inhábiles para el matrimonio *por el reino de los cielos;* y frente a este aserto, la impía vanidad de los hombres se atreve temerariamente a asegurar que los continentes no hacen sino rehuir la carga de las molestias conyugales, pero que en el reino de los cielos no han de tener un premio especial diverso del que corresponda a los demás.

XXIV. Confirmación del mismo pensamiento por el profeta Isaías

¿Qué eunucos son aquellos de los que habla Dios por el profeta Isaías, a los que promete que ha de dar *en su casa y dentro de sus muros un lugar mucho más honroso que el de los hijos y las hijas* [35], sino los que se han hecho

[33] 1 Cor. 15, 19.
[34] Mt. 19, 10-12.
[35] Is. 56, 5.

a sí mismos inhábiles para el matrimonio *por el reino de los cielos?* Porque aquellos a quienes se incapacita para el matrimonio a fin de que no tengan descendencia—como son los eunucos que sirven en los palacios de los ricos y de los reyes—, si se hacen cristianos y observan los mandamientos, pero conservando siempre el deseo de casarse si pudieran hacerlo, serán igualados en la casa de Dios a los demás cristianos, que viven en matrimonio y educan en el temor divino a la prole lícita y honestamente conseguida, enseñándole a poner toda su esperanza en el Señor, sin que por eso obtengan en la otra vida un lugar más glorioso que el propio de hijos e hijas. Pues no es por virtud del espíritu, sino por impotencia del cuerpo por lo que se privan del matrimonio.

Sostenga quienquiera que el profeta habló en aquel pasaje de los inhábiles para el matrimonio por mutilación corporal, porque aun en este caso un tal error vendría en ayuda de nuestra doctrina. Es claro que habla Dios de anteponer tales eunucos, no precisamente a los que no han de hallar lugar en su casa, sino a los que guardan el mérito de la vida conyugal mediante la generación de los hijos; ya que al decir les daré un lugar mucho más glorioso, indica que también habrá lugar para los casados, aun cuando sea muy inferior.

Admitamos, pues, que estos eunucos por incapacidad corporal han de obtener un puesto en el reino de los cielos —aun cuando nunca llegaron a pertenecer al pueblo de Israel, como aparece por el hecho de que no se hacen nunca judíos, aunque sí se hacen cristianos—y admitamos igualmente que el profeta no intentó referirse a los que, renunciando al matrimonio por el voto de continencia, se hacen a sí mismos inhábiles para la vida conyugal *por el reino de los cielos*. Aun en este supuesto, ¿podrá hallarse alguno tan refractario a la verdad que piense que los eunucos por mutilación corporal han de obtener un lugar en la casa de Dios más glorioso que los casados, y, en cambio, los que, consagrados a la continencia en virtud de un piadoso voto, sojuzgan su carne hasta despreciar los placeres conyugales y se mutilan a sí mismos, no en el cuerpo, sino en la raíz misma de la concupiscencia, imitando la conducta angélica y celeste durante esta vida mortal, han de ser equiparados en mérito a los casados? ¿No es contradecir a las palabras de Cristo, que expresamente alaba a los que se incapacitan para el matrimonio, no por miras de este mundo, sino *por el reino de los cielos,* el afirmar que la continencia es sólo útil para la vida de este siglo y no para la del futuro?

¿Qué les queda ya después de esto, sino afirmar que el mismo reino de los cielos es algo que pertenece a esta vida temporal en que al presente nos hallamos? ¿Por qué presunción tan ciega no se atreven a llegar hasta esta última necedad? ¿Qué locura puede darse mayor que semejante afirmación? Porque, aunque es verdad que a veces se llama reino de los cielos a la Iglesia presente en este mundo, pero se la nombra así porque se forma y congrega con miras a la vida futura y sempiterna. Y aun cuando encierra en sí las promesas de la vida presente y futura, sin embargo, en todas sus buenas obras tiene su vista fija, no en los bienes visibles, sino en los invisibles. Los bienes visibles son temporales; los que no se ven, eternos.

XXV. Isaías habla del premio prometido a los vírgenes

Por cierto que no quiso pasar en silencio el Espíritu Santo lo que podía servir para quebrantar la pertinacia de estos hombres, rayana en desvergüenza y locura, y lo que a manera de baluarte inexpugnable podía salvaguardar a su rebaño contra los asaltos de tales bestias feroces.

Después de haber dicho el profeta respecto a aquellos eunucos: *Les daré en mi casa y dentro de mis muros un lugar más honroso que el de los hijos y las hijas,* para evitar que algún espíritu demasiado carnal esperase con estas palabras bienes temporales, añadió: *Les concederé un nombre eterno que jamás se extinguirá* [36]. Como si dijera: ¿A qué vienen tantas tergiversaciones, ceguedad impía? ¿A qué vienen tantos enredos? ¿Por qué pretendes ofuscar el resplandor de la verdad con las nieblas de tus perversas intenciones? ¿Qué tinieblas pretendes hallar en las Sagradas Escrituras con las que puedas preparar nuevas insidias? ¿Por qué has de prometer tan sólo ventajas temporales a los santos continentes?

Les concederé un nombre eterno. ¿Por qué te empeñas en rebajar a la esfera de terrenas comodidades a quienes se mantienen apartados de todo comercio carnal y, por lo mismo, *sólo piensan en las cosas del Señor y en el modo de agradarle? Les concederé un nombre eterno.* Y para que no puedas interpretar la palabra *eterno* en el sentido de larga duración, añado, insisto y recalco: *un nombre que no se extinguirá jamás.* ¿Qué más puedes pedir? ¿Qué puedes ya replicar? Este nombre eterno, sea cualquiera su significado,

[36] Is., l. c.

encierra, sin duda, una honra gloriosa y propia de los continentes de Dios, que no será común a la multitud de los otros que han de habitar en el mismo reino y en la misma casa. Tal vez se le da el apelativo de nombre por ser un distintivo de aquellos a quienes se aplica.

XXVI. Objeción contra la desigualdad de premios tomada de la parábola de los trabajadores

¿Qué puede, pues, significar, preguntan algunos, aquel denario que, una vez terminado el trabajo de la viña, se da por igual a todos, sea que empezaran su labor a la hora de prima, sea que la empezaran a la de nona? [37] ¿Puede, acaso, significar otra cosa sino aquello que todos han de tener por igual, como es la vida eterna, el reino mismo de los cielos, donde se encontrarán todos los que Dios predestinó, llamó, justificó y glorificó? *Es necesario que este cuerpo corruptible se revista de incorrupción y que esta carne mortal se revista de inmortalidad* [38]. Tal es lo significado por aquel denario: el premio que ha de darse a todos.

Sin embargo, *una estrella difiere de otra por su brillo. Lo mismo sucederá en la resurrección de los muertos* [39]. He aquí significada la diversidad de méritos en los santos. Pues si en aquel denario estuviera simbolizado el cielo, ¿acaso no es común a todos los astros el estar en el cielo? Y, sin embargo, *uno es el resplandor del sol, otro diverso el de la luna y otro el de las estrellas* [40].

Y si por aquel denario debiera entenderse la salud del cuerpo, ¿no es cierto que, cuando nos sentimos bien, es común a todos los miembros aquel bienestar, y que, si conservamos la salud hasta la muerte, todos los miembros participan igualmente de ella? Y, sin embargo, *puso Dios diversos miembros en nuestro cuerpo y colocó a cada uno según le plugo* [41], de modo que ni todo el cuerpo sea ojo, ni todo oído, ni todo olfato o cualquiera de las otras facultades, aun cuando todos participen de la misma salud.

Del mismo modo, por ser la vida eterna igualmente común a todos los santos, a todos se les atribuye un denario; pero porque en esa misma vida eterna brillarán con muy diverso resplandor los méritos de cada uno, por eso también

---

[37] Cf. Mt. 20, 9.
[38] 1 Cor. 15, 53.
[39] 1 Cor. 15, 41 s.
[40] Ibid.
[41] 1 Cor. 12, 18.

hay muchas moradas diversas en la casa del Padre[42]. Por ser igual el denario que se dió a todos, no será más larga la vida de unos que la de otros; pero en las diversas moradas, diversa será la honra que a unos y otros se tributará.

XXVII. Gloria peculiar de los vírgenes en el cielo

¡Caminad, pues, santos amigos de Dios, jóvenes y doncellas, varones y mujeres, célibes y vírgenes, caminad constantes hasta el fin! ¡Alabad al Señor con más delicadeza los que en El pensáis con más frecuencia! ¡Esperad mayor felicidad de El los que con más solicitud le servís! ¡Amadle con más ardor los que mayor atención ponéis en complacerle! Ceñidos los lomos y encendidas las lámparas, estad vigilantes para recibir al Señor cuando venga de las bodas[43]. Os presentaréis a las nupcias del Cordero con un cántico nuevo entonado al compás de vuestras cítaras. No será un cántico cual el que canta toda la tierra, a la que se dice: *Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor en toda la tierra*[44], sino tal cual nadie podrá entonarlo sino vosotros.

Así os contempló ciertamente en el Apocalipsis[45] el discípulo preferido entre los demás por el Cordero, el que acostumbraba a descansar sobre su pecho, por lo cual aspiró y difundió luego ideas maravillosas acerca de las cosas celestes: del Verbo de Dios. El es quien os vió en número de ciento cuarenta y cuatro mil santos que pulsaban sus cítaras con virginidad inmaculada en sus cuerpos y con verdad jamás mancillada en sus corazones. Y porque vió que seguíais al Cordero adondequiera que iba, se detuvo a escribir acerca de vosotros.

¿Adónde pensamos que va este Cordero, al que nadie sino vosotros puede o se atreve a seguir? ¿Adónde creemos que se encamina? ¿A qué bosques, a qué praderas? Supongo que allí donde el césped engendra goces; pero no goces vanos de este siglo, locuras mendaces ni goces cuales tendrán en el reino de los cielos los no vírgenes, sino goces completamente diversos de los que a los demás están destinados, goces propios de los vírgenes de Cristo, goces de Cristo, en Cristo, con Cristo, tras Cristo, por Cristo y gracias a Cristo. Los goces propios de los vírgenes de Cristo no son iguales a los que tendrán los demás bienaventura-

[42] Io. 14, 2.
[43] Cf. Lc. 12, 35.
[44] Ps. 95, 1.
[45] Apoc. 14, 1-5.

dos de Cristo; otros tendrán otros goces, pero ninguno tales.

Marchad hacia allí, porque también la carne del Cordero es virgen. Retuvo para sí en su edad adulta lo que no quiso quitar a su madre al ser concebido y nacer. Con razón le seguís adondequiera que va con la virginidad de vuestro corazón y vuestra carne. ¿Porque qué es seguir sino imitar? Pues, como dice el apóstol Pedro, *Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas* [46]. A El le sigue cada uno en aquello en que le imita; no en cuanto es Hijo único de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, sino en cuanto es Hijo del hombre, pues bajo este aspecto convenía que se nos presentase para ser imitado. Hay muchas cosas en El que se proponen a todos para la imitación, pero no a todos se propone la virginidad corporal. Pues nada pueden hacer para ser vírgenes quienes por su proceder han dejado ya de serlo.

XXVIII. Hasta dónde podrán seguir al Cordero los fieles todos

Sigan, pues, al Cordero los demás fieles que perdieron la virginidad de la carne, no adondequiera que vaya, sino hasta donde puedan seguirle. Pueden ciertamente seguirle por todas partes, menos por donde camina entre esplendores de virginidad.

Bienaventurados los pobres de espíritu [47]; imitad al que *siendo rico se hizo pobre por vosotros* [48].

Bienaventurados los mansos [49]; imitad al que dijo: *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón* [50].

Bienaventurados los que lloran [51]; imitad al que lloró sobre Jerusalén [52].

Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia [53]; imitad al que dijo: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió* [54].

Bienaventurados los misericordiosos [55]; imitad al que prestó su auxilio al herido por los ladrones, que yacía

---

[46] 1 Petr. 2, 21.
[47] Mt. 5, 3.
[48] 2 Cor. 8, 9.
[49] Mt. 5, 4.
[50] Mt. 11, 29.
[51] Mt. 5, 5.
[52] Cf. Lc. 19, 41.
[53] Mt. 5, 6.
[54] Io. 4, 34.
[55] Mt. 5, 7.

sobre el camino medio muerto y sin esperanza de socorro [56].

Bienaventurados los limpios de corazón [57]; imitad al *que no cometió pecado alguno y en cuya boca no se halló malicia* [58].

Bienaventurados los pacíficos [59]; imitad a quien dijo refiriéndose a sus perseguidores: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen* [60].

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia [61]; imitad al *que padeció por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas* [62].

Los que en tales acciones le imitan, siguen en ellas al Cordero. También los casados pueden seguir estas huellas, y aun cuando no puedan poner las plantas de sus pies en la misma forma, pero sí pueden caminar por las mismas sendas.

XXIX. Hasta dónde podrán seguir al Cordero los vírgenes, aun cuando sin envidia por parte de los demás

Pero he aquí que aquel Cordero empieza a caminar por la senda de la virginidad. ¿Cómo podrán seguirle por ese camino los que han perdido una tal gracia imposible de recobrar? Vosotros, sí, vosotros, que sois sus vírgenes, caminad tras El, seguidle por esa senda, ya que precisamente gracias a la virginidad podéis seguirle adondequiera que vaya. A los casados podremos exhortar para que le sigan cuando se trate de cualquier otro don fuera de éste, que han perdido ya irremisiblemente. Así, pues, seguidle vosotros, conservando con perseverancia lo que prometisteis con fervor. Trabajad, mientras podéis, para que no se os escape el don de la virginidad, ya que nada podréis hacer para que se os devuelva.

La multitud de los demás fieles os contemplará caminar detrás del Cordero a donde ella no puede seguirle; os contemplará, pero sin envidias; y compartiendo vuestras alegrías, poseerán en vosotros lo que en sí mismos no pueden ya poseer. Porque tampoco podrán entonar aquel cántico nuevo propio de vosotros los vírgenes, aunque podrán es-

[56] Cf. Lc. 10, 30-36.
[57] Mt. 5, 8.
[58] 1 Petr. 2, 22.
[59] Mt. 5, 9.
[60] Lc. 23, 34.
[61] Mt. 5, 10.
[62] 1 Petr. 2, 21.

cucharlo y regocijarse con este vuestro gozo tan excelente. Pero vosotros, que lo entonaréis y lo escucharéis—puesto que oiréis lo que cantáis vosotros mismos—, os regocijaréis con júbilo más intenso y reinaréis con felicidad más cumplida.

Sin embargo, este vuestro mayor gozo no será ocasión de tristeza para aquellos que no lo posean. El Cordero, al que seguiréis adondequiera que vaya, no dejará abandonados a aquellos que no pueden seguirle como vosotros. El Cordero de que hablamos es omnipotente. Irá delante de vosotros, pero no se apartará de los demás, pues será *Dios todo en todos*[63]. Así que los que tendrán menor gozo que vosotros, no os aborrecerán por ello. Donde no existe la envidia, la diversidad es armoniosa. Cobrad, pues, ánimo; reforzad vuestra confianza, confirmaos en vuestro intento y perseverad en lo que habéis prometido, ofreciendo al Señor vuestro voto de continencia perpetua, no por las ventajas de este siglo, sino *por el reino de los cielos*[64].

XXX. Exhortación a la virginidad

Y por lo que hace a los que aún no habéis formulado un tal voto, *el que pueda alcanzarlo, que lo alcance*[65]. *Tomad cada uno vuestras propias víctimas y entrad en los atrios del Señor*[66]; no coaccionados por la necesidad, sino como quien dispone de su libre arbitrio. Se dice: *No fornicarás, no matarás*[67]; pero no puede decirse del mismo modo: no contraerás matrimonio. Aquello te lo exigen; esto te lo ofrecen. A quien cumpla esto, se le alaba; a quien no observe aquello, se le condena. En aquello os exige el Señor la satisfacción de un deber; en esto, lo que dieres de más se te devolverá con creces cuando vuelva el Señor. Pensad lo que significa aquello de que se os *destinará dentro de sus muros un lugar mucho más honroso que el de los hijos y las hijas*[68]. Pensad que se os dará *un nombre eterno.* ¿Quién podrá explicar la excelencia de aquel nombre? Sea lo grande que sea, lo cierto es que será eterno. Con la fe, la esperanza y el amor puestos en este bien, habéis hallado fuerzas, no digo para evitar el matrimonio como algo malo, sino para superarlo aun teniéndolo por lícito.

[63] 1 Cor. 15, 28.
[64] Mt. 19, 12.
[65] 1 Cor. 9, 24.
[66] Ps. 95, 8.
[67] Ex. 20, 13 y 15.
[68] Is. 56, 5.

PARTE III

Humildad necesaria para guardar la virginidad que es don de Dios

XXXI. HUMILDAD DE LOS VÍRGENES Y SU MEDIDA PARA CADA UNO

Cuanto más excelso y divino es este don de la virginidad, a cuya consecución os hemos exhortado según nuestras posibilidades, tanto con mayor fuerza nos incita nuestra solicitud para con vosotros a hablaros no sólo de la castidad gloriosa, sino también de la segurísima virtud de la humildad. Como, al compararse con los casados, los que profesan continencia perpetua han de hallar que se encuentran muy por encima de ellos, según las Escrituras, tanto por su estado y merecimientos como por su ideal y su premio, es necesario que traigan luego a la memoria lo que está escrito: *Cuanto más grande seas, tanto debes más humillarte en todas las cosas, y así hallarás gracia ante el Señor* [69].

La medida de la humildad que a cada uno se señala está en proporción a la medida de su grandeza. Peligrosa es para los grandes la soberbia, que prepara sus insidias, principalmente, contra los más elevados. A ella sigue la envidia, como hija fiel; pues aquélla siempre engendra a ésta, y será imposible hallarla en ningún lugar sin tal prole y compañía.

Por estos dos vicios, a saber, por la soberbia y la envidia, el diablo quedó hecho diablo. A causa de ello batalla continuamente contra la soberbia, madre de la envidia, toda la moral cristiana; la cual inculca la humildad, con que se adquiere y se custodia la caridad. De *la caridad* se ha dicho que *no es envidiosa* [70]; y si tratásemos de investigar la causa que la hace estar exenta de envidias, la hallaríamos en lo que se nos dice a continuación: *La caridad no se hincha,* como si dijera; no es envidiosa, porque no es soberbia.

[69] Eccli. 3, 20.
[70] 1 Cor. 13, 4.

Por eso el doctor de la humildad, Cristo, ante todo, *se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres y presentándose como hombre en su condición exterior; se abatió a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*[71]. Y por lo que hace a su doctrina, ¿quién podrá explicar fácilmente el interés con que inculca la humildad y la energía con que la prescribe o quién podrá recoger todos los testimonios demostrativos de esta idea? Lleve a cabo este trabajo o esfuércese al menos por lograrlo quien pretenda tratar separadamente de esta virtud. Otro es el intento de esta obra, aun cuando se trata en ella de una materia tan excelsa que obliga a precaverse antes que nada de la soberbia.

XXXII. Preceptos y ejemplos del Señor acerca de la humildad

Por tanto, voy a contentarme con aducir unos cuantos testimonios, que el Señor se digne traerme a la memoria, sacados de la doctrina de Cristo acerca de la humildad, lo cual bastará, según creo, para el fin que pretendo.

El primero de los sermones más largos que dirigió a sus discípulos comenzó con estas palabras: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*[72]; con lo cual se refiere, sin disputa posible, a los humildes. Ensalzó tanto, sin duda, la fe del centurión hasta decir que no había encontrado cosa semejante en Israel, por la forma tan humilde con que éste había creído, al exclamar: *No soy digno de que entres en mi morada*[73]. Y la causa por la que dijo Mateo que se acercó el centurión al Señor, siendo así que Lucas insinúa con claridad que no vino propiamente él, sino que envió a sus amigos[74], fué la sincera humildad, mediante la cual se acercó él a Jesús más que los amigos que había enviado. Por eso mismo dijo el profeta: *Excelso es el Señor y mira las cosas humildes; pero las elevadas las conoce sólo de lejos*[75], sin duda porque no se aproximan a El.

Esta es también la razón por la cual dijo a la cananea: *¡Oh mujer, grande es tu fe!; hágase lo que quieres*[76]. Y eso que poco antes había sido tratada de perra y se le había

---

71 Phil. 2, 7 s.
72 Mt. 5, 3.
73 Mt. 8, 8.
74 Lc. 7, 6 s.
75 Ps. 137, 6.
76 Mt. 15, 28.

dicho que, como a tal, no era justo echarle el pan que estaba reservado para los hijos. Pero ella había recibido humildemente aquellas palabras, respondiendo: *Así es, Señor; mas también los perrillos comen de las migajas que caen de las mesas de sus amos*. De este modo, lo que no lograba conseguir con sus instantes clamores, lo obtuvo con su humilde confesión.

Por esto también nos describe a aquellos dos orando en el templo, uno fariseo y otro publicano, para escarmiento de los que, creyéndose justos, desprecian a los demás, y para mostrarnos que prefiere la confesión de los pecados a la enumeración de los propios méritos. En efecto, aquel fariseo daba a Dios gracias por las acciones en que jactanciosamente se complacía. *Te doy gracias*, decía, *porque no soy como los demás hombres, injustos, ladrones, adúlteros, ni como este publicano. Ayuno dos veces por semana, pago los diezmos de todo cuanto poseo. El publicano, en cambio, puesto en pie a lo lejos, ni siquiera osaba levantar sus ojos al cielo, sino que, golpeando su pecho, decía: Mostraos propicio con este pobre pecador*. Síguese el fallo divino: *En verdad os digo que aquel publicano salió del templo más justificado que el fariseo*. Luego explica la causa por la que esto es justo: *Porque el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado* [77].

Puede muy bien suceder que evite un hombre verdaderos pecados, que advierta en sí verdaderas virtudes y dé gracias por ellas al Señor, *de quien desciende todo don excelente y todo bien perfecto* [78], y, sin embargo, salga reprobado por causa de su orgullo, sobre todo si aun cuando sea con sólo el pensamiento—que siempre está patente a Dios—insulta engreído a otros pecadores, especialmente a los que confiesan en la oración sus pecados, y a los que, por tanto, se debe, no una reprensión despectiva, sino una compasión alentadora.

¿Y qué decir de aquella escena en que, mientras disputaban entre sí los discípulos sobre quién de ellos era el mayor, puso Jesús ante sus ojos un niño pequeño, diciendo: *Si no os hacéis como este niño, no entraréis en el reino de los cielos?* [79] ¿No fué esto recomendar, sobre todo, la humildad y poner en ella el verdadero mérito de la grandeza?

Cuando a los hijos del Zebedeo, que ambicionaban el honor de las primeras sedes junto a El, respondió que pensasen en beber el cáliz de su pasión, con la que *se humilló*

[77] Lc. 18, 11-14.
[78] Iac. 1, 17.
[79] Mt. 18, 3.

hasta la muerte, y muerte de cruz [80], más bien que en pedir el ser preferidos a los demás con apasionada soberbia, ¿qué otra cosa quiso enseñarles sino que tendrían en El un verdadero distribuidor de grandezas aquellos que antes le hubieran seguido como a doctor de la humildad?

¡Y qué recomendación tan grande fué para la humildad el que, estando ya a punto de comenzar la pasión, lavase los pies a sus apóstoles, al mismo tiempo que les amonestaba para que hiciesen ellos con sus condiscípulos y consiervos lo mismo que con ellos había hecho su Maestro y Señor! [81] Tanto más cuanto que para esta advertencia eligió aquel tiempo en que, por hallarse próximo a su muerte y ser objeto de atención más cariñosa por parte de sus discípulos, sabía que habían de retener éstos con más firmeza los últimos rasgos con que se propusiese como maestro a su imitación. Dejó, pues, expresamente para aquellos últimos momentos lo que podía haber hecho los días anteriores, en que había vivido con ellos, teniendo en cuenta que, de haberlo realizado antes, el ejemplo hubiera sido el mismo, pero no hubiera sido igual la impresión producida.

XXXIII. Todos los cristianos, pero en especial los vírgenes, deben cultivar la humildad

Cierto que deben observar la humildad todos los cristianos, ya que reciben su nombre de Cristo, que en su evangelio aparece como doctor de esta virtud ante los ojos de quienquiera que lea sus palabras con atención; pero de un modo muy especial es necesario que se declaren seguidores y guardianes de esta virtud aquellos que sobrepujan a los demás por la posesión de algún gran don, cumpliendo en sí lo que al principio hice notar: *Cuanto más grande seas, tanto más debes humillarte en todas las cosas, y así hallarás gracia ante Dios* [82]. Por lo cual, ya que la continencia perpetua, y sobre todo la virginidad, es un don excelentísimo en los santos de Dios, ha de vigilarse atentamente para que no se corrompa con la soberbia.

El apóstol San Pablo denuncia a las mujeres casadas curiosas y charlatanas, haciendo notar que este vicio proviene de la ociosidad. *Al mismo tiempo,* dice, *estas mujeres ociosas se dedican a recorrer las casas, mostrándose curiosas y charlatanas y hablando lo que no conviene* [83]. De éstas

[80] Phil. 2, 8.
[81] Cf. Io. 13, 1-16.
[82] Eccli. 3, 20.
[83] 1 Tim. 5, 13

había dicho ya antes: *Descarta a las viudas jóvenes, pues al entregarse a los placeres, sintiendo hastío de Cristo, quieren casarse de nuevo, incurriendo en sentencia de condenación por haber quebrantado su primera fe*[84]; es decir, no supieron mantenerse en lo que antes habían prometido.

XXXIV. No se trata de las mujeres solteras que no viven conforme al propósito de virginidad

Es de advertir que no dice: se casan, sino *quieren casarse.* Porque hay muchas a quienes aparta del matrimonio, no precisamente el amor de profesión tan sublime, sino el temor de la pública deshonra, proveniente asimismo de la soberbia, por la que temen desagradar a los hombres más que a Dios. Estas tales, que desean contraer matrimonio, pero que no lo contraen por no poderlo hacer sin afrenta; éstas, a quienes estaría mejor casarse que abrasarse, es decir, que ser consumidas por la sensualidad entre las llamas ardientes de la concupiscencia; éstas, que deploran profesar continencia, aunque se avergüenzan de confesarlo, sepan que, si no enmiendan los sentimientos de su corazón y doman sus pasiones con el temor de Dios, han de considerarse como muertas, ya vivan entre placeres—por lo cual dice el Apóstol: *La que anda entre deleites, viviendo está muerta*[85]—, ya entre trabajos y ayunos, desde luego superfluos, por no ir acompañados de la enmienda del espíritu y servir, por tanto, más para la vanidad que para la corrección.

No pretendo ahora excitar preocupaciones de humildad en tales personas, en quienes su misma soberbia se halla confundida y sangra con las heridas de su propia conciencia. Tampoco trato de crear ansias de piadosa humildad en las ebrias, en las avarientas o en las que yacen postradas con la enfermedad de cualquier otro vicio vituperable; pues aun cuando hagan profesión de continencia corporal, deshonran el nombre de su estado con sus costumbres abominables; si no es que, no bastándoles la dilación de sus castigos, se atreven a jactarse de sus mismos vicios. Ni me dirijo tampoco a las que muestran un afán desmedido de agradar, sea con vestidos más elegantes de lo que pediría la santidad de su profesión, sea con el tocado demasiado llamativo de su cabello, empleando moños aparatosos o velos tan tenues que dejan transparentarse las redecillas colocadas debajo. A estas tales no hay que darles normas para fomentar la hu-

[84] 1 Tim. 5, 11 s.
[85] 1 Tim. 5, 6

mildad, sino más bien para conservar el recato de la pureza virginal.

La que profesa en verdad continencia perpetua, la que se halla libre de todos estos vicios y manchas morales, ésta es la que me infunde temor de que se ensoberbezca y caiga en la hinchazón de la vanagloria a causa del gran bien recibido, con lo cual, agradándose a sí, desagradará a aquel que *resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes* [86].

XXXV. Cristo manda aprender de El la humildad.

Es evidente que el principal maestro y modelo de integridad virginal, al que hemos de dirigir nuestra mirada, es el mismo Cristo. ¿Con qué palabras más apremiantes puedo yo prescribir la humildad a los continentes que con aquellas con que habla El a todos diciendo: *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón?* [87]

Después de haber recordado su propia grandeza y queriendo inculcar cuán pequeño se había hecho por nosotros, dijo: *Te glorifico, Señor del cielo y la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque tal fué tu voluntad. Todas las cosas ha puesto el Señor en mis manos, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni conoce nadie al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo. Venid a mí todos los que andáis agobiados con cargas y trabajos y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón* [88].

Aquel en cuyas manos puso el Padre todas las cosas, a quien nadie conoce sino el Padre y que es el único que conoce al Padre juntamente con el que de El reciba esta revelación, no dijo: aprended de mí a fabricar el mundo o a resucitar los muertos, sino *que soy manso y humilde de corazón.* ¡Oh doctrina saludable! ¡Oh Maestro y Señor de los mortales, a quienes se les ha escanciado y transfundido la muerte en la copa de la soberbia! No quiso enseñarnos lo que El mismo no había sido, no quiso mandarnos lo que El mismo no había practicado.

Te contemplo, ¡oh buen Jesús!, con los ojos de la fe, que en mí has abierto cual si estuvieses predicando y clamando ante la muchedumbre del género humano: *Venid a mí y aprended de mí.* ¿Qué es, te suplico, lo que hemos de

[86] Iac. 4, 6.
[87] Mt. 11, 29.
[88] Mt. 11, 25-29

aprender al acercarnos a ti, Hijo de Dios, por el que fueron hechas todas las cosas, e hijo del hombre, creado entre todas ellas? Que soy, dice, manso y humilde de corazón. ¿A esto se han reducido *todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia encerrados en ti* [89]; que hayamos de aprender de ti, como cosa grande, que eres manso y humilde de corazón? ¿Cosa tan grande es el ser pequeño que, si no la hubieras practicado tú, que eres tan grande, no hubiéramos podido nosotros aprenderla? Así es ciertamente. No hay otro modo de encontrar el descanso del alma si no es el de reabsorber aquel tumor inquietante con que se creía grande cuando a tus ojos estaba enferma.

XXXVI. Los pecadores oyen fácilmente los consejos de la humildad, pero todavía deben oírla más fácilmente los vírgenes

Óigante, vengan a ti y aprendan de ti a ser mansos y humildes los que buscan tu verdad y tu misericordia, viviendo para ti, para ti y no para sí. Oiga esto el que gime cargado y fatigado bajo el peso de sus culpas sin atreverse a elevar sus ojos al cielo, mientras se golpea el pecho como pecador, que se acerca desde muy lejos; oiga esto aquel centurión que no se reputaba digno de que entrases en su morada; oiga esto Zaqueo, el jefe de los publicanos, que restituyó el cuádruplo de lo que había ganado con sus abominables pecados; oiga esto la mujer pecadora de la ciudad, que se arrojó tanto más llorosa a tus plantas cuanto más alejada había estado de tus huellas; oigan esto las meretrices y los publicanos, que se adelantan a los escribas y fariseos en la posesión del reino de los cielos; oigan esto todos los enfermos, cuyas invitaciones para sus convites te eran reprochadas como crímenes por quienes, creyéndose sanos, no buscaban al médico, siendo así que tú habías venido a llamar a penitencia a los pecadores y no a los justos. Todos éstos, al convertirse a ti, fácilmente se hacen mansos y se humillan ante tu presencia, acordándose de su vida abominable y de tu piadosísima misericordia, ya que *donde abundó el delito ha sobreabundado la gracia* [90].

Pero contempla ese ejército de vírgenes, de jóvenes y de santas doncellas. En tu Iglesia se ha formado esta nueva raza. Alimentada por sus pechos maternales se ha desarro-

[89] Col. 2, 3.
[90] Rom. 5, 20.

llado; su lengua se ha soltado pronunciando tu nombre, ese tu nombre que mamó y le fué infundido como la leche de la infancia. Ninguno de los que pertenecen a este santo ejército puede alegar: *Yo que fui antes blasfemo, perseguidor, insolente, pero que he obtenido misericordia por haberme portado así en la ignorancia de mi incredulidad*[91]; es más, lo que no quisiste mandar bajo precepto, sino sólo aconsejarlo a los que voluntariamente lo deseasen, diciendo: *El que pueda alcanzarlo, que lo alcance*[92], ellos lo abrazaron, lo prometieron, y con plena libertad, no por tus amenazas, sino por tus exhortaciones, se hicieron a sí mismos inhábiles *por amor al reino de los cielos.*

XXXVII. Ejemplos de humildad propuestos a los vírgenes en la persona del Señor

Clama en voz alta para que te oigan éstos que eres manso y humilde de corazón. Tanto más se humillen cuanto más grandes son, a fin de que encuentren gracia en tu presencia. Son almas justas; pero ¿lo son como tú, que puedes justificar al impío? Son almas castas, pero concebidos fueron en pecado dentro del seno materno. Son almas santas, pero no como tú, el santo de los santos. Son vírgenes, pero no han nacido de vírgenes. Se han conservado íntegros en su espíritu y en su carne, pero no son el Verbo hecho carne. Con todo, aprendan, no de aquellos a quienes perdonaste los pecados, sino de ti, *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo*[93] y que eres *manso y humilde de corazón.*

No seré yo quien te envíe a ti, alma piadosa, pura, que ni siquiera has concedido al apetito de tu concupiscencia los placeres lícitos del matrimonio; a ti, que no has condescendido con tu cuerpo para dejarle a su muerte un sucesor en los nuevos hijos engendrados; a ti, que has transformado la debilidad de tus miembros vacilantes y terrenos en un modo de ser celestial, no seré yo quien te envíe, para aprender humildad, a los publicanos y pecadores, los cuales, sin embargo, precederán a los soberbios en el reino de los cielos. No te enviaré a estos tales, pues quienes acaban de ser libertados del torbellino de sus impurezas no son dignos de ser propuestos como modelos a los que acuda para su imitación la virginidad inmaculada.

---

[91] 1 Tim. 1, 13.
[92] Mt. 19, 12.
[93] Io. 1, 29.

Te envío al Rey de los cielos, a aquel por quien fueron creados los hombres y que fué creado entre ellos para bien de los mismos hombres; te envío a aquel que es *el más hermoso entre los hijos de los hombres*[94] y que fué despreciado por ellos para salvarlos; a aquel que, dominando a los ángeles inmortales, no se dedignó de hacerse siervo de los hombres mortales. A El no le hicieron ciertamente humilde sus pecados, sino su caridad, la caridad, *que no es envidiosa, que no se engríe, que no busca su interés*[95]; porque *Cristo no buscó el complacerse a sí mismo, sino que, según se ha escrito de El, los oprobios de los que te ultrajaron recayeron sobre mí*[96]. Ve, acércate a El y aprende que es *manso y humilde de corazón*.

No irás a aquel que, oprimido por el peso de sus pecados, no osaba levantar sus ojos al cielo, sino al que descendió del cielo arrastrado por el peso de su caridad; no irás a aquella que lavó con sus lágrimas los pies del Señor, buscando perdón para sus enormes pecados, sino a aquel que, siendo el perdonador de todos los pecados, se humilló a lavar los pies de sus siervos.

Conozco el mérito de tu virginidad, y por eso no propongo a tu imitación al publicano, que confiesa humildemente sus delitos; pero temo en tu persona al fariseo, que se jacta de sus virtudes. No te digo: sé como aquella de quien se proclamó: *Se le han perdonado muchos pecados porque ha amado mucho*[97]; pero me recelo que ames tibiamente por suponer que es poco lo que se te ha perdonado.

XXXVIII. Necesidad del temor santo, no del temor servil

Temo, repito, mucho por ti, no sea que, mientras te glorías de seguir al Cordero adondequiera que va, no puedas por la hinchazón de la soberbia ir tras El por los senderos estrechos. Te conviene, pues, ¡oh alma virginal!, permanecer así virgen, guardando en tu espíritu lo que recibiste al ser reengendrada por la gracia y conservando en tu carne la integridad con que naciste; pero debes al mismo tiempo concebir en tu seno por obra del temor de Dios y dar a luz el espíritu de salvación.

El temor ciertamente *no se halla en la caridad;* pues, según está escrito, *la caridad perfecta arroja fuera de sí al*

[94] Ps. 44, 3.
[95] 1 Cor. 13, 4 s.
[96] Rom. 15, 3; cf. Ps. 68, 10.
[97] Lc. 7, 47.

temor[98]; pero es el temor de los hombres, no el temor de Dios; el temor de los males temporales, no el temor del juicio final. No quieras engreírte, antes teme; ama la bondad de Dios, teme su severidad; ambas cosas te impedirán ser soberbia. Pues al amar temerás el peligro de ofender gravemente al amado y al amante.

¿Qué ofensa más grave puede darse que el disgustar por tu soberbia a quien por ti desagradó a los soberbios? ¿Y en quién debe hallarse con más razón *aquel temor casto que permanece por los siglos de los siglos*[99] sino en ti, *que no piensas en las cosas del mundo, sino en las cosas de tu Señor y en el modo de agradarle?* Aquel temor servil no se da en la caridad; este temor casto no se aparta de la caridad. Si no amas, teme no vayas a perecer; si amas, teme no vayas a desagradar. Aquel temor es el arrojado fuera por la caridad; este otro corre a una con la caridad en su mismo interior.

Dice asimismo el apóstol Pablo: *Porque no hemos recibido el espíritu de servidumbre otra vez en temor, sino que hemos recibido el espíritu de hijos adoptivos, con el cual clamamos: "Abba", Padre*[100]. Pienso que se refiere a aquel temor propio del Antiguo Testamento acerca de la pérdida de los bienes temporales, prometidos por Dios a los que no eran aún hijos bajo la gracia, sino siervos bajo la ley.

Existe también el temor del fuego eterno; servir a Dios por evitarlo no es todavía señal de caridad perfecta. Una cosa es el deseo del premio, otra diversa el temor del suplicio. Una cosa son estas palabras: *¿Adónde iré lejos de tu espíritu? ¿Adónde huiré para esconderme de tu presencia?*[101]; y otra distinta aquéllas: *Una sola cosa he pedido al Señor y acerca de ella volveré a insistirle: que me conceda habitar en su casa todos los días de mi vida para contemplar las delicias del Señor y verme protegido en su templo*[102]; y también: *No apartes de mí tu rostro*[103]; y finalmente: *Suspira mi alma y desfallece en los atrios del Señor*[104].

Aquellas primeras palabras estarían bien en boca del que no osaba levantar sus ojos al cielo y de la que regaba con sus lágrimas los pies del Señor para impetrar el perdón de sus grandes pecados; las palabras citadas en segundo lugar son las que debes pronunciar tú, que andas *solícita por las*

[98] I Io. 4, 18.
[99] Ps. 18, 10.
[100] Rom. 8, 15.
[101] Ps. 138, 7.
[102] Ps. 26, 4.
[103] Ps. 26, 9.
[104] Ps. 80, 3.

cosas del Señor a fin de ser santa en cuerpo y alma; aquellas primeras van acompañadas del temor, que atormenta y es arrojado fuera por la caridad perfecta; las últimas van acompañadas del *temor casto, que permanece por los siglos de los siglos* [105].

Pero a unos y otros hay que advertirles: *No te engrías; antes bien, manténte en temor* [106], para que ningún hombre se yerga con vana presunción, tratando de excusar sus pecados o jactándose de su justicia. Pues el mismo Pablo, que dijo: *No habéis recibido el espíritu de servidumbre otra vez en temor* [107], sin embargo, movido por el temor compañero de la caridad, dijo en otra ocasión: *Me presenté a vosotros con gran temor y temblor* [108].

Aquella sentencia que antes cité, sobre que no debe ensoberbecerse el olivo injerto ante los ramos quebrados del olivo silvestre, la emplea él, anotando: *No te engrías; antes bien, manténte en temor* [109]. Y dirigiéndose en general a todos los miembros de Cristo, les amonesta diciendo: *Trabajad por vuestra propia salvación con temor y temblor, pues es Dios quien obra en vosotros así el querer como el obrar según su beneplácito* [110]; pretendiendo con estas palabras evitar que se crea fuesen enderezadas sólo a los judíos del Antiguo Testamento aquellas otras: *Servid al Señor con temor y regocijaos en El con temblor* [111].

XXXIX. El justo humilde, morada del Espíritu Santo, debe siempre temer ante el peligro de pecar

¿Y qué otros miembros del cuerpo santo, que constituye la Iglesia, deben poner más empeño en que descanse sobre ellos el Espíritu del Señor que los que profesan la santidad virginal? Pero ¿cómo podrá descansar donde no halle lugar apropiado? ¿Y qué otro lugar más propio que el corazón humillado, al que pueda colmar de bienes y del que no se aparte, al que pueda levantar y no tenga que abatir? Con toda claridad se ha dicho: *¿Sobre quién descansará mi espíritu sino sobre el humilde, manso y temeroso de mis palabras?* [112]

Es cierto que vives en justicia, que vives con piedad,

---

[105] Ps. 18, 10.
[106] Rom. 11, 20.
[107] Rom. 8, 15.
[108] 1 Cor. 2, 3.
[109] Rom. 11, 20.
[110] Phil. 2, 12 s.
[111] Ps. 2, 11.
[112] Is. 66, 2.

que vives observando santa y pudorosamente la castidad virginal; pero, después de todo, vives aún en la tierra, y ¿no te humillarás diciendo: *Acaso no es una tentación continua la vida del hombre sobre la tierra?* [113] ¿No sientes como un trallazo que te arroja de tu confiado orgullo, al escuchar aquello: *¡Ay del mundo por los escándalos!* [114] ¿No te estremeces de poder ser contada en el gran número de aquellos cuya caridad se resfría por la abundancia de sus iniquidades? ¿No te golpeas el pecho al oír: *Por lo cual el que juzga mantenerse en pie, vea no caiga?* [115] ¿Y será necesario esforzarnos todavía por persuadir la humildad a las vírgenes, amonestadas por tales palabras divinas y rodeadas por tales peligros humanos?

XL. Deben crecer la humildad y el amor por el mayor beneficio de no haber caído en pecado

¿Para qué juzgáis que permite Dios que haya entre los que profesan vuestro estado de continencia muchos y muchas que han de caer, si no es para que al ver cómo ellos sucumben se aumente vuestro temor y se reprima vuestra soberbia? La cual es tan odiada de Dios, que solamente por luchar contra ella se humilló hasta tal punto el Altísimo. A no ser que precisamente porque se te han perdonado menos pecados durante tu vida devota, recatada, piadosa e inmaculadamente virginal desde la infancia, por eso temas menos y te engrías más, hasta el punto de amar fríamente a quien tanto te amó, que se entregó por ti a la muerte. Como si, por el contrario, no hubieras tú de amar con mucho más ardor al que, habiendo perdonado a los pecadores arrepentidos todas sus culpas, no permitió que tú cayeses en ellas.

¿Acaso aquel fariseo que amaba tibiamente, por juzgar que se le había perdonado poco, no estaba ciego con el error de que, *ignorando la justicia, que proviene de Dios, buscaba el establecer la suya propia sin someterse a la divina?* [116] Por lo que hace a vosotros, raza escogida y especialmente elegida entre las elegidas, coros virginales que seguís al Cordero, también *vosotros habéis sido hechos salvos por la gracia mediante la fe; y esto no por vuestros méritos, sino por don de Dios; no en virtud de vuestras obras, para que*

[113] Iob 7, 1.
[114] Mt. 18, 7.
[115] 1 Cor. 10, 12.
[116] Rom. 10, 3.

nadie se ensoberbezca. Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para las obras buenas, que el mismo Dios nos preparó a fin de que caminemos por ellas [117].

Y como consecuencia de todo esto, ¿habéis de amarle menos cuanto más adornados estáis con sus dones? ¡Que El nos libre de tan espantosa locura! Por tanto, ya que la eterna verdad dijo algo muy verdadero al afirmar *que a quien poco se le perdone poco ama* [118], vosotros, para inflamaros en amor ardentísimo de aquel a quien os habéis consagrado libres del yugo matrimonial, reputad como si se os hubiesen perdonado todas aquellas culpas que gracias a su providencia no habéis cometido.

Estén vuestros ojos siempre dirigidos hacia el Señor, pues El librará vuestros pies de los lazos [119], y recordad que, *si el Señor no guarda la ciudad, en vano velan los que la custodian* [120]. Hablando el Apóstol de la continencia, dice: *Quisiera que todos los hombres permaneciesen como yo; pero cada cual tiene su propio don, unos de una manera, otros de otra* [121]. ¿Quién es el que reparte estos dones? ¿Quién *distribuye a cada uno sus propios bienes según le place?* [122] Sin duda Dios, en quien no puede darse injusticia. Cuáles sean las razones de su equidad, por las cuales con unos obra de una manera y con otros de otra, es imposible o muy difícil que el hombre las conozca; pero no es lícito dudar de que obra con perfecta justicia. *¿Qué tienes que no hayas recibido?* [123] O ¿qué clase de perversidad es la que te mueve a amar menos a quien mayores dones te ha otorgado?

XLI. Todas nuestras virtudes y buenas obras son dones de Dios

Por tanto, el primer pensamiento para revestirse de humildad ha de ser el que piense la virgen de Dios que es tal, no por sus propias fuerzas, sino por uno de aquellos *dones óptimos que descienden de arriba, procedentes del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de cambio alguno* [124]. De esta forma no le sucederá creer que se le ha perdonado poco para amar poco, y no rehusará, *desconociendo la justicia de Dios, someterse a ella, querién-*

[117] Eph. 2, 8-10.
[118] Lc. 7, 47.
[119] Ps. 24, 15.
[120] Ps. 126, 1.
[121] 1 Cor. 7, 7.
[122] 1 Cor. 12, 11.
[123] 1 Cor. 4, 7.
[124] Iac. 1, 17.

dola sustituir por la suya propia [125]. Este fué el pecado que cometió Simón, y que evitó, en cambio, aquella mujer a la que se le perdonaron muchos pecados porque amó mucho.

Más prudente y verdadero será juzgar como si hubieran sido perdonadas todas aquellas culpas que gracias a la providencia de Dios no han sido cometidas. Las piadosas exclamaciones de las súplicas contenidas en las divinas Escrituras son otros tantos testimonios de que lo mandado por Dios no se cumple si no es por don y con la ayuda de aquel que lo ordena. Serían mendaces nuestras peticiones si pudiéramos llevar a cabo lo que pedimos sin ayuda de la gracia.

¿Qué cosa hay que se ordene con más continuidad e insistencia que el obedecer a los mandamientos de Dios? Y, sin embargo, hallamos que esto es objeto de súplica. *Has ordenado*, dice, *que sean guardados tus mandamientos con excesiva fidelidad;* y luego continúa: *¡Ojalá que se dirijan mis pasos a la observancia de tus preceptos; no caeré entonces en confusión cuando tenga todos tus mandamientos ante mis ojos* [126]. Lo que antes había descrito como mandamiento del Señor, eso mismo es lo que después pide poder cumplir.

Esto se hace en orden a evitar el pecado; pero, caso de haber caído en él, existe la obligación de arrepentirse para que no perezca por la soberbia, tratando de excusar y defender el pecado que hizo, quien no consiente en hacer perecer por la penitencia lo que hizo. También esto se impetra de Dios, para que se entienda que aun el mismo arrepentimiento no puede tenerse sin la ayuda de aquel a quien se pide. *Pon, por tanto, Señor, guarda a mi boca y una puerta de defensa sobre mis labios; no permitas se deslice mi corazón a palabras maliciosas con que alegar excusas para mis pecados con los hombres que perpetran la maldad* [127].

Si, pues, la misma obediencia con que observamos sus mandamientos y la penitencia con que, en vez de excusar, acusamos nuestros pecados, son objeto de nuestras súplicas y peticiones, síguese con evidencia que cuando practicamos estas cosas las recibimos de su inspiración y las llevamos a cabo con su ayuda. Más expresamente se dice de la obediencia: *El Señor es quien dirige los pasos del hombre y aprueba sus caminos* [128]; y de la penitencia dice el Apóstol: *Por si acaso les concede Dios el arrepentimiento* [129].

[125] Rom. 10, 3.
[126] Ps. 118, 4-6.
[127] Ps. 140, 3 s.
[128] Ps. 36, 23.
[129] 2 Tim. 2, 25.

Y por lo que hace a la continencia, ¿no se ha dicho abiertamente: *Sabiendo que nadie puede ser continente si el Señor no otorga esta gracia; y el mismo reconocer de quién proviene este don era señal de sabiduría?* [130]

XLII. La continencia y la sabiduría proceden de Dios

Tal vez se diga que la continencia es ciertamente un don de Dios, pero que la sabiduría de reconocer que aquel don no lo tiene el hombre de sí mismo, sino de Dios, es ciencia que él por sí mismo obtiene. Antes bien, *el Señor hace sabios a los ciegos* [131]; y *el testimonio de Dios es fiel y comunica sabiduría a los pequeñuelos* [132]; y *si alguno necesita sabiduría, pídasela al Señor, que a todos da copiosamente sin echar en cara lo que da, y la recibirá de su mano* [133].

Es necesario, pues, que las vírgenes sean sabias y prudentes, para que no se extingan sus lámparas. ¿Y cómo llegarán a ser sabias sino *apartando su mente de las cosas altas y rebajándose a las humildes?* [134] *Dijo al hombre* la sabiduría misma: *Ten en cuenta que la piedad es sabiduría* [135]. Si, pues, nada tienes que no hayas recibido, *no pretendas saber grandes cosas, sino manténte en temor* [136], y no te contentes con amar tibiamente a Dios, como si te hubiera perdonado poco, antes bien ama con gran ardor a quien mucho te ha concedido.

Porque, si ama mucho aquel a quien se le ha concedido no tener que pagar su deuda, ¿cuánto más debe amar aquel a quien se la ha otorgado el poseer mucho? Quien se conserva desde el principio puro, lo debe a su providencia, que le rige; y quien de lujurioso se transforma en casto, lo debe a su providencia, que le corrige; y quien hasta el fin permanece en la corrupción es porque ha sido abandonado por el Señor. Esto Dios puede hacerlo en virtud de algún juicio suyo oculto, aunque no injusto. Y tal vez lo mantiene oculto para que se acreciente el temor y decrezca la soberbia.

XLIII. No hay qué envanecerse del don mismo de Dios

Una vez que ha reconocido ya el hombre que a la gracia de Dios debe el ser lo que es, no caiga en otro de los lazos de la soberbia, cual es el de engreírse por la misma gra-

[130] Sap. 8, 21.
[131] Ps. 145, 8.
[132] Ps. 18, 8.
[133] Iac. 1, 5.
[134] Rom. 12, 16.
[135] Iob 28, 28.
[136] Rom. 11, 20.

cia de Dios y despreciar por ello a los demás. Este fué el pecado de aquel fariseo, que por una parte daba gracias a Dios por los dones recibidos y por otra se anteponía al publicano, que confesaba humildemente sus culpas.

¿Qué ha de hacer, pues, la virgen, en qué ha de pensar para no preferirse a aquellos y aquellas que no han recibido un don tan excelso? No se trata de que finja, sino de que posea una verdadera humildad; pues la simulación de la humildad es la mayor de las soberbias. Por eso la Escritura, queriendo mostrar que la humildad debe ser sincera, después de haber dicho: *Cuanto más grande eres, tanto más debes humillarte,* añade a continuación: *y hallarás gracia ante Dios*[137]; así es, ante Dios, ante el cual nadie puede humillarse fingidamente.

XLIV. Pensamientos con que puede una virgen humillarse ante las que no lo son

¿Qué decir, pues? ¿Puede encontrarse alguna razón que, bien pensada, deba con toda verdad impedir a la virgen el anteponerse a cualquier cristiana, no digo ya viuda, sino aun casada? Claro está que no me refiero a una virgen escandalosa; ¿quién ignora que una mujer casada, pero sumisa, debe preferirse a una virgen desobediente? Suponiendo, pues, que ambas son sumisas a los mandamientos de Dios, ¿deberá temer la virgen en anteponer la virginidad al matrimonio casto, la continencia a las nupcias y el fruto de cien al fruto de treinta? De ningún modo; que no dude en preferir aquel estado a éste.

Pero, por otra parte, que esta o aquella virgen que se muestran obedientes y temerosas de Dios no se atrevan a anteponerse a esta o a aquella mujer casada también obedientes y temerosas de Dios; pues de lo contrario no será verdadera humildad, *y Dios resiste a los soberbios*[138]. ¿En qué pensará, pues, para humillarse? En los dones ocultos de Dios, que no llegan a conocerse ni aun en uno mismo si no se presenta la prueba de la tentación.

Y para no detenerme en otras cosas, ¿cómo sabe aquella virgen, aun cuando se muestre al presente *solícita por las cosas del Señor y el modo de agradarle,* si tal vez a causa de alguna debilidad oculta de su propio espíritu no se halla todavía madura para el martirio, mientras que la otra mujer casada, a la que se anteponía, está ya en disposición de beber

[137] Eccli. 3, 18.
[138] Iac. 4, 6.

el cáliz de la humillación que propuso el Señor, como bebida previa, a los discípulos que aspiraban a las altas cumbres? ¿Cómo puede conocer, repito, si mientras ella no ha obtenido aún la gracia de ser una Tecla, la otra posee ya la de ser una Crispina?

XLV. Diversos estados de perfección

Es cierto que, mientras no se presente la prueba tentadora, no puede comprobarse la existencia de este don del martirio.

A pesar de ello, este don es tan grande, que hay quienes le aplican el fruto del ciento por uno aludido en el Evangelio [139]. Nos da un ilustre testimonio de esto la autoridad de la Iglesia. Reparemos, según es cosa conocida de todos los fieles, en qué parte de los sagrados misterios del altar se recuerdan los nombres de los mártires y en qué parte los de las santas vírgenes ya difuntas.

Por lo que hace al significado de los diversos grados de aquella santa fecundidad, investíguenlo quienes estén más versados que nosotros en este punto, ya sea que la vida virginal corresponda al fruto de cien, la de las viudas al de sesenta y la de las casadas al de treinta; ya sea que la fecundidad de cien deba atribuirse más bien al martirio, la de sesenta a la continencia y la de treinta al matrimonio; o bien que la virginidad, al ser coronada con el martirio, alcance el fruto de cien, aun cuando sola no llegue sino al de sesenta; y que los casados, que de suyo no llevan sino el de treinta, al sufrir el martirio consigan el de sesenta; o tal vez, como a mí me parece lo más probable, ya que son múltiples los dones de la divina gracia y los unos son mayores y más excelentes que los otros—por lo que dice el Apóstol: *Aspirad a los dones mejores* [140]—, que deba entenderse ser las clases de dones divinos demasiado numerosas para poderse distribuir en solas tres categorías.

En cualquier caso, dejemos, ante todo, a salvo que debemos asignar un fruto especial a la continencia de las viudas, de modo que ni la rebajemos al plano de la castidad propia de los casados ni la igualemos a la gloria de las vírgenes; y que no hemos de suponer que al añadirse la corona del martirio—sea en la disposición habitual del espíritu, aun sin la prueba exterior de la tentación; sea en la realidad de los tormentos ya padecidos—a cualquiera de las

[139] Mt. 13, 23.
[140] 1 Cor. 12, 31.

tres castidades antes dichas, no se les aumenta juntamente un nuevo fruto de fertilidad.

Por otra parte, hay muchos y muchas que guardan la continencia virginal sin animarse, con todo, a cumplir lo que dijo el Señor: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven y sígueme*[141]; y sin atreverse a vivir en compañía de otros, formando una comunidad donde nadie tenga cosa alguna como propia, sino todo sea común. ¿Hemos de juzgar que no se aumenta en nada el fruto correspondiente a las vírgenes del Señor cuando hacen eso? ¿O pensaremos que las vírgenes que no se atreven a tanto han de quedar por lo mismo sin obtener fruto alguno?

XLVI. Los grados de fecundidad espiritual son múltiples aun cuando se reduzcan a tres

Así, pues, son muchos y muy diversos los dones espirituales, aunque los unos más excelentes y elevados que los otros. Y acontece que hay personas que rinden grandes frutos con pocos dones, pero muy escogidos, al paso que otras poseen más dones, pero de inferior calidad. ¿Y quién será el mortal que pueda discernir en qué grado se igualarán o distinguirán estas diversas personas al recibir sus merecidos honores en la gloria eterna? Quede, sin embargo, asentado que los tales dones son muchos y muy diversos entre sí, y que los más selectos aprovechan, no para la vida presente, sino para la eternidad.

Con todo, pienso que el Señor quiso recordar estas tres principales diferencias de fecundidad, dejando las restantes a la consideración de los entendidos. Así se comprende cómo uno de los evangelistas sólo conmemoró el fruto de ciento[142]. ¿Acaso hemos de pensar por ello que condenó o ignoró los otros dos géneros de fecundidad, y no más bien que los dejó a la consideración de los entendidos?

Pero, como había comenzado a decir, sea que el fruto de cien corresponda a las vírgenes consagradas a Dios, sea que aquella diversidad de fecundidades deba entenderse de otro modo diferente, según alguna de las explicaciones dadas o según otras omitidas, en todo caso creo que no habrá nadie tan audaz que se atreva a preferir la virginidad al martirio o que dude que este don pueda existir en realidad, aunque ocultamente, cuando no se presenta la prueba de la tentación.

[141] Mt. 19, 21.
[142] Lc. 8, 8.

XLVII. Fundamento para la humildad en las vírgenes

Tiene, pues, la virgen en qué pensar útilmente para conservar la humildad, evitando con esto el herir la virtud más excelente de todas, la caridad, sin la cual todos los dones, sean pocos o sean muchos, sean grandes o sean pequeños, de nada sirven; tiene, repito, en qué pensar para no enorgullecerse o consumirse por la envidia, es a saber, en que aun profesando el estado de la virginidad, que excede con mucho por su grandeza y elevación al del matrimonio, ignora, sin embargo, si aquella o aquella otra mujer casada se encuentra ya en disposición de padecer por Cristo, siendo así que tal vez ella no lo está y que, por lo mismo, merced es de Dios el que no sea puesta a prueba su debilidad.

Fiel es el Señor, dice el Apóstol, *que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras posibilidades, sino que con la tentación os dará también la fuerza del triunfo para que podáis superarla* [143]. Por tanto, es muy posible que tales y tales que viven en estado de matrimonio, observando una conducta laudable, se hallen con fuerzas para luchar hasta la efusión de la sangre y el desgarramiento de sus entrañas contra los enemigos que intenten forzarlos a la iniquidad; y, por el contrario, aquellos y aquellos otros que se han mantenido continentes desde su infancia y se han hecho a sí mismos inhábiles para el matrímonio *por el reino de los cielos,* no sean todavía capaces de sostener tales luchas por conservar la justicia o aun la misma castidad. Porque una cosa es no consentir en violar la verdad o el voto santo de su profesión ante los halagos y caricias y otra no ceder ante las heridas y los tormentos. El poder de estas fuerzas se halla oculto en lo interior de nuestras facultades y de nuestros ánimos; con la tentación se descubren, con la realidad de la experiencia se manifiestan en público.

Así, pues, para que nadie se engría de aquello para lo que se siente con fuerzas, piense humildemente que no sabe si sería capaz de realizar otra cosa más elevada; y, en cambio, otros que no tienen lo que él se gloría de poseer o profesar, se hallan, sin embargo, en disposición de llevar a cabo aquello para lo cual él es todavía impotente. De este modo se conservará la humildad, no con fundamentos falaces, sino verdaderos: *Anticipándose mutuamente en honrarse* [144], y *estimando los unos a los otros por superiores a sí* [145].

---

[143] 1 Cor. 10, 13.
[144] Rom. 12, 10.
[145] Phil. 2, 3.

XLVIII. Otro motivo de humildad es el que en esta vida nadie está sin pecado

¿Qué diré de las cautelas y vigilancias necesarias para no pecar? *¿Quién podrá gloriarse de poseer un corazón casto? ¿O quién se jactará de estar inmune de todo pecado?* [146] Es cierto que las vírgenes conservan su integridad desde el seno materno; pero *nadie,* dice la Escritura, *está limpio por completo en tu acatamiento, ni siquiera el recién nacido, que lleva un solo día de vida sobre la tierra* [147].

Hay también cierta castidad que se guarda por medio de la pureza de la fe, gracias a la cual la Iglesia está desposada, como virgen casta, con un solo varón. Pero este único varón, dirigiéndose no sólo a los fieles vírgenes en cuerpo y alma, sino a todos los cristianos sin excepción, desde los más espirituales hasta los más carnales, desde los apóstoles hasta los últimos pecadores penitentes, *desde lo más alto de los cielos,* por decirlo así, *hasta sus confines más alejados* [148], a todos enseñó a orar y les exhortó a decir en su oración: *perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* [149], en cuyas palabras, por aquello mismo que pedimos, nos hace entender lo que somos. Pues al mandarnos decir: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,* no nos induce a pedir perdón por todos aquellos pecados de la vida pasada, que esperamos nos hayan sido perdonados por la paz del bautismo [150]; ya que en ese caso deberían ser más bien los catecúmenos los que las recitasen durante el tiempo anterior a su bautismo. Siendo así, pues, que esta oración es pronunciada por los ya bautizados, prelados y pueblo, pastores y grey, aparece claro que en esta vida, toda ella tentación, no hay nadie que pueda gloriarse de estar exento de pecado.

---

[146] Prov. 20, 9.
[147] Iob 14, 4 s.
[148] Mt. 24, 31.
[149] Mt. 6, 12.
[150] Habla San Agustín suponiendo el hecho, entonces corriente, de recibir el bautismo en edad adulta y dando por cierta la doctrina cristiana de que dicho sacramento borra no sólo el pecado original, sino también todos los personales cometidos por el bautizando.

XLIX. La humilde confesión de las culpas purifica, pero su perdón no ha de animar al pecado

Por lo cual, los vírgenes del Señor que se conserven irreprensibles seguirán al Cordero adondequiera que vaya, con tal de haber conservado íntegra su virginidad, que una vez perdida no puede recuperarse, y de haberse purificado por completo de sus pecados. Pero ya que el mismo Apocalipsis, en que los vírgenes se revelaron a un virgen, alaba a aquéllos por haber conservado su lengua sin mancha alguna de mentira, atiendan los tales a ser también en esto veraces, confesando que no se hallan sin pecado.

El mismo Juan, testigo de aquellas escenas, afirmó esto: *Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros; pero si confesamos nuestros delitos, fiel y justo es el Señor para perdonarnos nuestros pecados y purificarnos de toda iniquidad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a El mentiroso, y su palabra no morará en nosotros* [151]. Estas palabras del Apóstol no se dirigen a éstos o a aquéllos, sino a todos los cristianos, entre los cuales deben reconocerse los vírgenes. De este modo sí que serán hallados sin mentira, tales cuales aparecieron en las visiones del Apocalipsis. Teniendo esto en cuenta, los hará irreprensibles la humilde confesión de sus culpas hasta tanto que lleguen a alcanzar la perfección sublime del reino celeste.

Mas, por otra parte, para que nadie con seguridad mortífera tome ocasión de esta sentencia para pecar y se deje seducir con el pensamiento de que sus culpas serán fácilmente borradas por la confesión, añadió en seguida el Apóstol: *Hijitos míos, estas cosas os he escrito para que no pequéis; pero si alguno pecare, sepa que tenemos ante el Padre un abogado justo en Jesucristo, el cual está para ofrecer propiciación por nuestros pecados* [152]. Que nadie, pues, se aparte del pecado con intención de volver a él, ni establezca con la iniquidad esta especie de pacto amistoso, de modo que halle más placer en confesar que en evitar los delitos.

L. Los pecados leves se borran con la humildad, y los hombres grandes se humillan

Aun en los que más diligencia y más esfuerzo ponen por evitar todo pecado, se deslizan, dada la humana fragilidad,

[151] 1 Io. 1, 8-10.
[152] 1 Io. 2, 1 s.

ciertas faltas, que aunque pequeñas y pocas, pero al fin y al cabo son faltas. Las cuales, sin embargo, llegan a ser grandes y graves si se les añade el incremento y peso de la soberbia. En cambio, si se las ataca con la humildad, quedarán felizmente destruídas gracias al Sacerdote que tenemos en los cielos.

No voy a ponerme a disputar con los que afirman que puede el hombre vivir en este mundo sin pecado. No lo discuto, no lo contradigo [153]. Tal vez queremos medir a los hombres grandes por nuestra pequeñez; y comparándonos a nosotros con nosotros mismos, no llegamos a conocer este punto. Una cosa sé con certeza, y es que esos hombres grandes, cuales no somos nosotros, cuales no los hemos aún conocido, tanto más se humillan en todas las cosas cuanto más grandes son, a fin de hallar gracia en la presencia divina. Por muy elevado que se halle, no es el siervo mayor que su señor ni el discípulo mayor que su maestro. Y sin duda que es Señor aquel que dice: *Todas las cosas me ha entregado mi Padre* [154]; y es Maestro el que exclama: *Venid a mí todos los que trabajáis y aprended de mí.* ¿Y qué es lo que hemos de aprender? *Que soy,* dice, *manso y humilde de corazón* [155].

LI. La caridad de Dios, custodia de la virginidad, reposa en la humildad

Quizás diga alguno: esto no es escribir acerca de la virginidad, sino de la humildad. Como si yo me hubiera propuesto hablar de cualquier virginidad y no más bien de aquella virginidad que es según Dios. Por eso, cuanto mayor me parece este don, más temo no venga a desaparecer en lo futuro por causa de la soberbia. Sólo Dios es el verdadero custodio de la gracia virginal, que El mismo concedió, y *Dios es caridad* [156].

El custodio, por tanto, de la virginidad es la caridad, y la morada de este guardián es la humildad. En ella habita

[153] Que el hombre no pueda durante una larga vida evitar todo pecado venial sin especial privilegio, es doctrina expresa del Concilio Tridentino (sess. 6, can. 23). No parece que San Agustín mantenga taxativamente la sentencia contraria en una materia entonces todavía obscura, sino más bien que desea evitar polémicas, en este momento inoportunas. Más tarde en otros escritos se expresa claramente en el sentido del Concilio de Trento (cf., v. gr., *Epist. 157 ad Hilarium*, c. 1, n. 2: PL 33, 674; *De dono perseverantiae*, lib. II, c. 2, n. 4: PL 45, 996).

[154] Mt. 11, 27.

[155] Mt. 11, 28 s.

[156] 1 Io. 4, 8.

el que afirmó que su espíritu reposa sobre el humilde, el amante de la paz y el temeroso de sus palabras [157]. ¿Qué he hecho, pues, fuera de propósito, si, al querer defender el don ensalzado, me he preocupado asimismo de preparar habitación para su guardián? Porque lo afirmo confiadamente y sin miedo de que se enojen aquellos a quienes exhorto para que teman conmigo: más fácilmente siguen al Cordero, aun cuando no a todas partes a donde vaya, sino hasta donde les permita su estado, los casados humildes que los vírgenes soberbios. Porque ¿cómo podrá uno seguir a aquel a quien no quiere acercarse? ¿O cómo se acercará nadie a aquel al que no quiere ir para aprender que es manso y humilde de corazón?

Quienes siguen en verdad al Cordero adondequiera que va, guiados por El, son aquellos en cuyos pechos ha podido El antes reclinar su cabeza. En cierta ocasión se dirigió a El un hombre soberbio y doblado, diciéndole: *Señor, te seguiré adondequiera que vayas.* Al cual respondió: *Las zorras tienen sus madrigueras y los pájaros del cielo sus nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza* [158]. Denunciaba bajo el nombre de zorras la astucia dolosa; y bajo el nombre de aves, el vano engreimiento de aquel en quien no hallaba la humildad devota, sobre la que poder descansar. Y con esto no pudo seguir nunca al Señor quien se comprometía a caminar tras El, no sólo hasta cierto grado de perfección, sino adondequiera que fuese, sin limitación alguna.

LII. Modo como han de practicar las vírgenes la humildad

¡Obrad, pues, así, vírgenes de Dios, obrad así! ¡Seguid al Cordero adondequiera que vaya!; pero antes de seguirle acercaos a El y *aprended que es manso y humilde de corazón.* Venid humildemente al humilde, si es que le amáis, y no os apartéis de El para que no caigáis. Quien teme alejarse de El ora y clama: *Que no me alcance el pie de la soberbia* [159]. Marchad por el camino de lo sublime con pasos de humildad. Exalta a los humildes el que no se desdeñó en abajarse hasta los que yacían caídos.

Encomendadle la guarda de los dones que os ha entregado y mantened firmes vuestras fuerzas para El. Consi-

[157] Cf. Is. 66, 2.
[158] Mt. 8, 19 s.
[159] Ps. 35, 12.

derad como perdonado por su misericordia cualquier pecado que gracias a su protección dejéis de cometer, no sea que, pensando que es poco lo que se os ha perdonado, le améis con frialdad y despreciéis con jactancia causadora de vuestra ruina a los publicanos que compungidos se golpean el pecho.

Desconfiad de vuestras fuerzas, aun de aquellas que tengáis bien probadas; y no os vanagloriéis de haber podido llevar algo a cabo con ellas; orad para conseguir las fuerzas necesarias en aquello aún no experimentado, a fin de que no seáis tentadas sobre vuestras posibilidades. Pensad que muchos son en lo oculto superiores a vosotras, que aparecéis en público por encima de ellos. Al juzgar así benignamente de las virtudes tal vez ocultas en los demás, no se disminuyen por eso con la comparación vuestros dones, sino que se consolidan por la caridad; y los que acaso os falten todavía, tanto más fácilmente se os concederán cuanto con mayor humildad los deseéis.

Sean un nuevo ejemplo para vosotras las que permanecen en vuestro estado; aumenten vuestro temor las que sucumben. Complaceos en aquello para imitarlo; llorad esto para no ensoberbeceros. No pretendáis establecer por vosotras mismas vuestra justicia, sino someteos a Dios, que es quien justifica. Conceded el perdón a las faltas ajenas y orad por las vuestras; evitad las futuras con la vigilancia, borrad las pasadas con la confesión.

LIII. Las vírgenes, cuanto más santas, más humildes

Habéis llegado ya a ser tales, que todas vuestras costumbres corresponden al estado de virginidad que profesasteis y conserváis. No sólo estáis lejos de toda clase de homicidios, de los sacrificios y abominaciones diabólicas, de los robos, rapiñas, fraudes, perjurios y embriagueces, de todo género de lujuria, de la avaricia, del fingimiento, de la envidia, de las impiedades y crueldad, sino que aun aquellas faltas que son o se reputan leves no se encuentran ni brotan en vosotras: ni rostros enojados, ni miradas libres, ni lengua desenfrenada, ni risas descompasadas, ni donaires livianos, ni trajes indecorosos, ni andares arrogantes o procaces [160]. *No devolvéis mal por mal o maldición por maldición* [161]. Finalmente, llenáis ya la medida colmada de la caridad, dispuestas a dar la vida por vuestros hermanos.

[160] La enumeración está tomada en su parte principal de Gal. 5, 19-21, y de 1 Cor. 5, 9.

[161] 1 Petr. 3, 9.

He aquí, pues, que sois tales, porque tales debéis ser. Añadidas estas virtudes a la virginidad, ofrecen a los hombres un ejemplo de vida angélica y trasladan a la tierra las costumbres de los cielos. Pero cuanto más grandes sois las que en verdad os habéis elevado a esta altura, *tanto más os debéis humillar en todas las cosas para hallar gracia delante de Dios, a fin de que no resista a los soberbios* [162], no humille a los enfatuados y no impida cruzar por la puerta angosta a los hinchados por el orgullo. Aunque en verdad es cuidado superfluo interesarse por que no falte la humildad donde arde la caridad.

LIV. Comtemplen amorosas las vírgenes a su Esposo

Ya que habéis despreciado las nupcias con los hijos de los hombres, amad con todo vuestro corazón al *más hermoso entre los hijos de los hombres* [163]. Libre está para ello vuestro corazón; desligado se halla de todo lazo conyugal. Contemplad la belleza de vuestro amante Esposo; considerad cómo es igual al Padre y se sometió a una madre, cómo domina en los cielos y sirve en la tierra, cómo creó todas las cosas y fué creado entre ellas. Reparad cuán bello es en El aquello mismo de lo que se ríen los soberbios. Contemplad con los ojos interiores del alma las heridas del que pende en la cruz, las cicatrices del que resucita, la sangre del que muere, el valor del que se entrega en fianza, la preciosa mercancía del que se da en rescate.

LV. Felicidad del amor a un tal Esposo

Ponderad cuán grande es el valor de lo dicho; pesadlo en la balanza de la caridad y otorgad a vuestro divino Esposo todo el amor que hubierais prodigado en un matrimonio terreno.

Tened por cierto que busca vuestra belleza interior, una vez que os dió potestad para llegar a ser hijas de Dios [164]; no busca hermosura corporal, sino belleza de costumbres, con que refrenéis la carne.

No es tal que pueda recibir informes calumniosos de vosotras y ser consumido por los celos. Ved con qué seguridad podéis amar a quien no podréis desagradar con falsas sos-

[162] Eccli. 3, 18, y Iac. 4, 16.
[163] Ps. 44, 3.
[164] Cf. Io. 1, 12.

pechas. El marido y la mujer se aman porque se ven, pero temen aquello en que no se ven; ni gozan plenamente del bien manifiesto por las sospechas del mal oculto, que la mayor parte de las veces no existe en realidad. Vosotras, en cambio, en este Esposo, a quien no veis con los ojos, pero conocéis por la fe, no encontraréis defecto real que reprochar ni motivo para temer que se ofenda por alguna falsa suspicacia.

Si, pues, hubierais debido consagrar un gran amor a vuestros maridos, ¡con cuánta mayor fuerza deberéis amar a aquel por quien renunciasteis a esposos humanos! Quede clavado por entero en vuestro corazón el que quiso estar clavado por vosotras en una cruz. Posea El en vuestra alma todo el lugar que no permitisteis fuese ocupado por marido terreno. No es lícito amar con tacañería a aquel por quien renunciasteis a otro amor, que os hubiera sido lícito. De esta forma no tendré que temer la soberbia en vosotras, enamoradas del que es manso y humilde de corazón.

LVI. Exhortación final

Con esto creo haber tratado ya lo suficiente, según mis pobres caudales, tanto de la santidad, por la que os llamáis vírgenes consagradas, como de la humildad, por la que conserváis este nombre sublime.

Los tres jóvenes a los que refrigeraba en medio de las llamas aquel Señor a quien con tan ardiente corazón amaban, os exhortarán más dignamente desde este mi opúsculo, valiéndose de palabras mucho más breves que las mías en número, pero muy superiores en autoridad, cuales fueron las del himno con que alabaron a Dios. Uniendo la santidad y la humildad en sus alabanzas al Señor, enseñaron clarísimamente que tanto más cuidado ha de tener uno de no ensoberbecerse cuanto más elevado es el estado de su profesión.

Alabad, pues, también vosotras a quien os concede la gracia de que en medio de los ardores de este siglo, y sin los auxilios del matrimonio, permanezcáis, con todo, sin abrasaros. Añadid asimismo una oración por nosotros: *Bendecid al Señor los santos y humildes de corazón, cantadle himnos y ensalzadle por los siglos de los siglos* [165].

---

[165] Dan. 3, 87.

S A N L E A N D R O

REGLA O LIBRO DE LA FORMACION DE LAS VIRGENES Y DESPRECIO DEL MUNDO

La obra del Obispo de Sevilla es una verdadera joya literaria, ascética y pastoral. Hemos tenido ocasión de hablar de ella en páginas anteriores, y, por tanto, no es necesaria su presentación[1]*. Escrita por un Prelado a una hermana según la sangre, reúne en sí contrastes deliciosos de gravedad pastoral y de intimidad, de expresión literaria, aun poética a veces, y de espontaneidad hogareña, de elevaciones místicas y de secas advertencias disciplinares. Estas últimas hay que entenderlas no en el sentido de quien quiere establecer una Regla monástica fundacional, sino de quien desea orientar a un alma candorosa, pero aún inexperta. Los conventos visigodos en España no habían adquirido todavía a fines del siglo VI la estabilidad benedictina o isidoriana, y sus prácticas se mostraban con frecuencia vacilantes e indecisas. En este ambiente resultan claras las palabras de San Leandro.*

Hemos juzgado conveniente escoger la recensión del códice escurialense, dada hace poco a luz, tanto por juzgar de peso las razones que abonan la genuinidad de los diez capítulos y medio nuevos que contiene, como por ser texto aún desconocido para el mundo de habla castellana[2]*. En la obra de San Leandro hay dos partes netamente distintas, a saber: la introducción, en que se encomian las excelencias de la virginidad, sus privilegios y sus ventajas sobre el matrimo-*

[1] Véase el trabajo precedente, p. 2.ª, c. 1, n. 27, y p. 3.ª, c. 5, a. 3, n. 149, principalmente nota 258.

[2] Cf. A. C. VEGA, *El «De Institutione virginum», de San Leandro de Sevilla*, con diez capítulos y medio inéditos, en «La Ciudad de Dios», t. CLIX (1947), pp. 275-394. La otra recensión hasta el presente conocida no ha merecido aún los honores de una edición crítica, siendo, por tanto, preciso atenerse a la ofrecida por Migne (PL 72, 873-894), que copia la del *Codex Regularum de* HOLSTEIN-BROCKIE.

nio, todo ello bajo la orientación de místicos desposorios, y otra segunda parte, distribuída en 31 capítulos, donde el santo Obispo recorre las virtudes propias de la virgen y descubre los peligros que la acechan en su camino ascético, desde los más interiores, como la soberbia y disipación de espíritu, hasta los más externos, como los referentes al uso del hábito, del vino o del baño. Por evidentes razones de utilidad, pondremos entre paréntesis la numeración de los capítulos según la edición de Migne; los capítulos nuevos quedarán marcados con un asterisco.

Introducción

Leandro, Obispo por la misericordia de Dios, a su amadísima hermana e hija en Cristo Florentina:

Inquiriendo en mi ánimo, amadísima hermana Florentina, qué riquezas pudiera dejarte en herencia, muchas cosas falaces se me presentaban a la imaginación. Pero yo, como a moscas importunas, las ahuyentaba con la mano del espíritu mientras me decía para mi interior: el oro y la plata proceden de la tierra y vuelven a la tierra; las fincas y las rentas patrimoniales son bienes transitorios y de pobre condición, *porque la apariencia de este mundo pasa en un momento* [3]. De manera que, después de haber examinado detenidamente cuanto existe debajo del sol, nada he hallado, Florentina, digno de ti, nada que pueda ser de tu agrado, teniendo en cuenta el estado que profesas. Todo era mudable, caduco y vano.

Entonces comprendí la verdad que encierra aquel pensamiento de Salomón: *Yo mandé hacer magníficas obras, me edifiqué casas y planté viñas. Formé huertos y vergeles y puse en ellos toda especie de árboles; construí estanques de agua para regar el plantío de los árboles. Poseí muchos esclavos y esclavas y llegué a tener numerosa familia. Asimismo ganados mayores, multitud de corderos y rebaños de cabras en mayor cantidad que cuantos existieron antes de mí en Jerusalén. Amontoné plata y oro y los tesoros de los reyes y de las provincias. Escogí cantores y cantoras y cuanto sirve de deleite a los hijos de los hombres; vasos y ánforas preciosas para servir el vino en mi mesa; y sobrepujé en riqueza a todos los que vivieron antes de mí en Jerusalén;* cerrando así la descripción de todo este aparato y de toda esta pompa corruptible: *Mas volviendo la vista a todas las*

[3] 1 Cor. 7, 31

obras de mis manos y a los trabajos en que tan inútilmente me afané, vi que todo era vanidad y aflicción de espíritu y que nada hay estable en este mundo; y luego continúa: *Detesté también toda aquella laboriosidad con que tan neciamente me había afanado en esta vida, habiendo de tener después de mí un heredero que ignoro si será tonto o prudente, el cual poseerá el fruto de mis trabajos, que tantos sudores y cuidados me costaron. ¿Y puede haber cosa más vana que esto? Por cuyo motivo he dado de mano a todas estas cosas y he resuelto en mi corazón no afanarme más por nada de este mundo* [4].

No me mirarías, hermana mía, como a verdadero padre si, después de adoctrinado por este oráculo, pretendiera enriquecerte con bienes de tan poca consistencia y que, sujetos a los vaivenes de este mundo, te podían dejar desamparada y desnuda. Además, si pensara en reservar para tu sincero cariño de hermana algo que pudiera ser destruído por la polilla, consumido por el fuego, enmohecido por el tiempo, tragado por la tierra, borrado por el agua, resecado por el sol, deteriorado por la lluvia, agarrotado por el hielo, te abrumaría a disgustos y te expondría a todos los temores e inquietudes. El alma complicada con estas cosas humanas se aleja de Dios y se retira de la norma inmutable y perenne de toda verdad. Ni puede dar entrada en sí a las dulces palabras de Dios y a la suave unción del Espíritu Santo el pecho agitado por las preocupaciones del mundo y herido a latigazos por tantas solicitudes de la tierra. Si yo, pues, te atara con tales ligaduras y te echara a la espalda una carga tan agobiadora, abrumándote con el peso de tanto pensamiento mundano, merecería que me consideraras no como a padre y hermano tuyo, sino como a tu enemigo y asesino.

En fin, queridísima hermana, en vista de que todo cuanto existe al abrigo de la bóveda del cielo está fundado en cimientos de tierra y se desenvuelve a la altura del suelo, nada encuentro que pueda constituir tu fortuna. Arriba, en lo más alto de los cielos, es menester buscarlo: allí de donde sacaste, como de una fuente, la gracia de la virginidad.

Contemplando la recompensa y galardón de la integridad, se pesa con exactitud y se vislumbra su mérito; y así como merecería ser considerada como una cosa despreciable si fuera galardonada con bienes transitorios y terrenos, así aparece más noble y más excelsa cuando, dejando arrinconados los placeres mundanos después de aplastarlos con sus plantas, recibe como patrimonio al Señor de los ánge-

[4] Eccl. 2, 4-9. 11. 18-20.

les por haber mantenido en la tierra la entereza de los ángeles.

Porque ¿cuál es la herencia de la virginidad, sino aquella a que se refiere el salmista: *El Señor es la parte que me ha tocado en herencia*[5], y en otro lugar: *El Señor es mi porción de herencia?*[6]

Reflexiona, hermana mía, cuánto has adelantado. Mira en qué región tan sublime te hallas. Ahí encontrarás juntas en uno solo, en Cristo, todas las gracias y todos los beneficios. El es tu Esposo, tu amigo, tu hermano, tu herencia, el precio de tu rescate, tu Señor y tu Dios. En El tienes un Esposo a quien amar: *El más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres*[7]. Es un hermano a quien tengas siempre a tu lado, pues eres por adopción hija de aquel de quien El lo es por naturaleza. Es un amigo de cuya fidelidad no puedes dudar, ya que El mismo dice: *Una sola es mi amada*[8]. El es la herencia que tanto ambicionas, porque El es la parte de tu herencia. En El tienes el precio de tu rescate, que ya conoces de antemano, porque la sangre suya es tu redención. El es, en fin, tu Dios y tu Señor, por quien debes ser mandada y a quien debes honor y respeto.

La virginidad reclama para sí, con Cristo, la primacía en todas las cosas. Aquel ante quien se estremecen los ángeles, a quien obedecen las potestades; aquel cuya servidumbre está formada por las virtudes, ante quien se dobla toda rodilla en el cielo y en la tierra, a éste lo escoge la virgen por Esposo; a su cámara nupcial se dirige apresuradamente ataviada de virtudes para prodigarle virginales caricias en el casto tálamo de su corazón. Y ¿con qué más puede Cristo obsequiarla que con entregarse a sí mismo por Esposo, y como premio y regalo nupcial su propia sangre?

Es costumbre que los que eligen esposa la obsequien con algún regalo, y, como premio por la pérdida de la virginidad, le hagan donación de su patrimonio. Da la impresión no de que eligen esposa, sino de que la compran. ¡Oh vírgenes, vuestro Esposo os entregó en arras su sangre, con ella os redimió, con ella de tal suerte os unió a sí en enlace nupcial que pudierais recibir los dones esponsales sin perder la virginidad! Si la dote es espléndida, no es menos ardiente el amor. Que tiene que amar muy tiernamente a aquella a quien escogió por esposa mediante la efusión de su sangre. Quiso que su cuerpo fuera abierto por la herida de la lanza a fin

[5] Ps. 15, 5.
[6] Ps. 118, 57.
[7] Ps. 44, 3.
[8] Cant. 6, 8. Nótese que en varios casos, como el presente, San Leandro presenta lecturas que no coinciden ni con la Vulgata, ni con la Itala Vetus, ni con la versión griega de los Setenta

de conquistar para sí tu inocencia, respetando, no obstante, tu integridad. Devolvió la salud al hombre usando una medicina diametralmente opuesta. Así como su muerte es vida nuestra y su humillación remedio para nuestro orgullo, de la misma manera con sus heridas realizó el rescate de nuestra inocencia. El solicitó recibir en sí el golpe terrible del martillo del mundo entero para que no lo recibiéramos nosotros: *Habéis sido rescatados a gran costa,* dice el Apóstol; *no queráis haceros esclavos de los hombres* [9].

¿Por qué deseas, oh virgen, entregar a un hombre tu cuerpo, redimido ya por Cristo? El fué quien te rescató, y ¿pretendes tú desposarte con otro? Gozas de libertad gracias al precio del rescate de uno, y ¿te condenas tú misma voluntariamente a la esclavitud de otro? Aunque te fuera ofrecido el mundo entero como regalo nupcial, ¿qué cosa más valiosa que la sangre de Cristo, con la que fué redimido el mismo mundo? Pesa escrupulosamente esas dádivas y obsequios, y te persuadirás de que vale mucho más el Redentor que el objeto de la redención. ¡Oh qué poco sabe la virgen que se encariña con el precio mismo del rescate, abandonando al que lo realizó; que, menospreciando la sangre de Cristo, estrecha entre sus brazos al mundo, que fué redimido con ella!

Me siento incapaz, hermana mía queridísima, para expresar con palabras la recompensa reservada a la virginidad. Es un don inefable oculto a los ojos, cerrado a los oídos, inaccesible para el entendimiento humano. Vosotras sois actualmente lo que toda la Iglesia aguarda confiada y los fieles todos esperan llegar a ser con la resurrección: *Es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad,* dice el Apóstol [10]. Pero esto se verificará después de la resurrección de la carne. Vosotras, sin embargo, habéis gustado algo de la grandeza de la incorruptibilidad. Vosotras gozáis en esta vida de una parte de aquella gloria. ¡Oh qué triunfo se os prepara en el cielo! ¡Qué corona os tienen reservada para toda la eternidad! Habéis recibido aquí abajo el don de la incorruptibilidad, gracia por que muchos suspiran.

Yo me gozo al verte tal cual eras cuando acababas de ser modelada por los dedos de Dios. El hizo en ti una obra perfecta, a la que vistió de integridad, disponiéndola para los premios destinados a esta virtud. Sólo la malicia de los hombres corrompe la naturaleza que Dios creó íntegra. Este es el primer pecado de la humanidad: que nuestros padres no quisieron ser como Dios los había creado. Por eso merecieron ser malditos en sí mismos y en su descendencia.

---

[9] 1 Cor. 7, 23.
[10] 1 Cor. 15, 53.

Edificad de nuevo en vosotras, ¡oh vírgenes!, el recinto de la castidad, destruído por nuestros padres en el paraíso. Vosotras mantenéis la condición original del hombre porque permanecéis en el mismo estado que él al momento de su creación. Guardaos, sin embargo, de imitar su conducta. ¡Ay, querida hermana!, tiembla de horror cuando escuches los silbidos de la antigua serpiente. No suceda que, como en un terreno enfermo, comiencen a crecer en ti cardos y espinas, y donde habían de germinar lirios y rosas como símbolo de la virginidad, no se produzca otra cosa que paja incendiaria e hirientes ortigas.

Vosotras sois las primicias escogidas como ofrenda de todo el cuerpo de la Iglesia, oblaciones selectas de toda la colectividad del Cuerpo de Cristo, agradables a Dios y consagradas a El en el sagrado altar. Por vuestra profesión y su fe en Cristo obtuvo la Iglesia el título de virgen, cuya parcela mejor y más amable sois vosotras, que ofrecisteis a Cristo la entereza de vuestros cuerpos y de vuestras almas; y si bien es verdad que la Iglesia se conserva virgen en la fe en todos sus miembros sin excepción, también lo es que en un sector de ella, que sois vosotras, es real y verdaderamente virgen aun en su cuerpo; así solemos hablar cuando damos al todo el nombre de una de sus partes y a una parte el nombre del todo.

Medita como una paloma, piadosa virgen, y aviva en tu corazón el pensamiento de la gloria perdurable que te aguarda a ti, que no transigiste con la carne y con la sangre, que no abandonaste a la corrupción ese cuerpo santísimo. ¡Animo, hermana mía! Reflexiona y no vaciles. Imagínate con qué ansia deseará Cristo estrecharte entre sus brazos a ti, que has pisoteado los atractivos del mundo. ¡Con qué expectación te aguardará todo el coro de las vírgenes al verte subir apresurada la escalinata altísima que conduce al cielo, por los mismos peldaños por los que ellas llegaron a Cristo! Allí está Santa María, la Madre del Señor, que no cabe en sí de gozo. Ella es la cima y el modelo de la virginidad, madre de todas las cosas sanas e incorruptas. Ella os engendró con su ejemplo, quedando intacta; sin dolor os dió a luz con sus enseñanzas y concibió a vuestro Esposo, conservando su virginidad.

Cada día da a luz nuevas esposas y sigue virgen. ¡Bienaventurado aquel vientre que supo engendrar sin contaminarse! ¡Bienaventurada fecundidad aquella que al dar a luz pobló la tierra y enriqueció los cielos sin despojarse del velo de la doncellez! Arda tu corazón, hermana mía, en aquel fuego que Cristo vino a traer a la tierra. Que las llamas de esta hoguera te estimulen. Contempla con los ojos del alma

aquellos coros de vírgenes que marchan en pos de la Virgen María. Acompaña a esta comitiva; asóciate a ella en espíritu en un deseo vehemente; ¡corre, date prisa por alcanzarla! *Allí te está reservada la corona de la justicia, que te dará el Señor en aquel día, como justo juez*[11].

Yo quisiera que experimentaras el deseo de tu hermano porque adelantes en la perfección, y su anhelo vehemente de que vivas con Cristo; porque, aunque ni siquiera tengo en mí un poco de aquello que deseo poseas tú en grado eminente, y aunque lamento haber perdido eso mismo que quisiera que tú mantuvieras con todas tus fuerzas, por ahora consideraré perdonada una parte de mi deuda si tú, lo mejor de mi mismo ser, *no te demoras por los senderos de los pecadores*[12], si lo que ya posees lo guardas firmísimamente.

¿Qué será de mí si otro recibe tu corona? Eres tú mi auxilio delante de Cristo; tú mi prenda de salvación, queridísima hermana; tú la oblación santísima mediante la cual no dudo que seré purificado de la inmundicia del pecado. Si logras agradar a Dios, si llegas a descansar con Cristo en virginal tálamo, cuando te unas estrechísimamente con Cristo en un abrazo, en suavísimo olor de virginidad, acuérdate de este pecador de tu hermano, y alcanzarás ciertamente el perdón que solicites para la pena de tu hermano según la sangre. Aquel que te unió consigo en amistad no querrá dejarte apenada. Mientras acaricia tu cabeza con su mano izquierda, en la que tiene la nobleza y la gloria, te abrazará con su derecha, en la que guarda la perpetuidad de la vida[13].

Tú, pues, que has experimentado el placer de los abrazos de tu Esposo, obtendrás para mí el perdón que demandares. Tu amor a Cristo será mi indulgencia. Si la hermana a quien tanto amo celebra su enlace nupcial con Cristo, todavía me quedará un resquicio de esperanza.

En aquel juicio pavoroso y terrible, cuando se discutan mis acciones, palabras y omisiones; cuando, ¡infeliz de mí!, me obliguen a rendir cuentas de mis ganancias, tú serás mi consuelo y mi alivio. Así, el castigo que merezco por mi negligencia, puede ser que por la intercesión de tu castidad reciba alguna mitigación. Si vives unida estrechísimamente a Cristo, tu aprovechamiento en la virtud me preservará de la pena contraída por mis malas obras; y si tú le agradas, no me veré yo abrumado por El, aunque le disguste. Al mostrarse benigno contigo, me perdonará a mí. No permitirá que se pierda el hermano de aquella a quien ha escogido por esposa. Quizás por tu mediación se me

[11] 2 Tim. 4, 8.
[12] Ps. 1, 1.
[13] Cf. Cant. 2, 6, y 8, 3.

conceda a mí el indulto de la pena que he contraído. Mientras Cristo te haga objeto de sus delicadezas llevado de su caridad, no me castigará por mis crímenes. Compadécete, pues, querida hermana, no solamente de ti, sino también de mí, aunque no soy digno; de este modo se me concederá a mí, por lo menos, el perdón de mis culpas en virtud de lo mismo que a ti te ha alcanzado una gloria tan sobreabundante. Muchas serán las vírgenes compañeras tuyas; con su ayuda alcanzarás todo cuanto solicites para mí; y no sólo esto, sino que, además, la misma Madre y Capitana de las vírgenes, María, intercederá delante de su Hijo en mi favor; y por no apenar a quien tan perseverantemente oró por mí, me alzará quizás del estado de abatimiento en que me hallo y consolará mi espíritu, afligido por la deuda contraída con el pecado. Por ti mi esperanza no será defraudada delante del Señor, pues gracias a mis exhortaciones perseveras en tu profesión, con el favor divino, naturalmente, pero además por mi solicitud. Que tu pureza, pues, que a ti te merecerá la corona, sea para mí prenda de misericordia.

Te suplico, querida hermana, que apartes los ojos de la falsedad y vanidad de este mundo. Dirige tu corazón hacia allí *donde Cristo está sentado a la diestra de Dios* [14]. *Porque cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne y concupiscencia de los ojos. Busca los bienes de arriba* [15]. Donde está tu vida, allí han de estar tus anhelos; donde está tu Esposo, allí está tu tesoro. No te dejes arrastrar por los placeres del mundo, ni embellezcas tu carne con deslumbradores adornos. La carne acicalada excita fácilmente la pasión del prójimo. La que se arregla excesivamente con objeto de aparecer hermosa, atrae hacia sí las miradas de los jóvenes. Ese afán de complacer a los ojos de los extraños es un sentimiento propio de meretrices. Cometerías una injusticia contra tu Esposo si con tus modales pretendieras agradar a los ojos lascivos.

Yo te ruego que juzgues la diferencia que existe entre una mujer casada y una mujer virgen. Considera las aspiraciones de ambas; observa el camino que cada una sigue. La virgen se desvive por contentar a Dios, la casada al mundo; la virgen conserva entera la virginidad con que nació, la que se casa corrompe su integridad nativa. Y ¿qué género de virginidad es el de aquella que no se conserva íntegra, tal como la naturaleza la formó en un principio? En primer lugar comete una injuria contra la obra de Dios, corrompiendo y manchando con la sensualidad lo que

[14] Col. 3, 1.
[15] 1 Io. 1, 16, y Col. 3, 1.

Dios creó íntegro. En vosotras reconoce Dios su obra, en vosotras a quienes el mundo retiene todavía consigo, pero sin lograr mancillaros, en vosotras que sois recogidas por Dios en el mismo estado en que fuisteis creadas por El.

Con la resurrección se han de reparar todos los daños que ahora experimenta el cuerpo. La virginidad, una vez perdida, ni se reconstruye en esta vida ni se recupera en la otra. Dios preceptuó el matrimonio, es verdad; pero lo hizo con el fin de que viniera al mundo la virginidad; para que, multiplicándose las generaciones de vírgenes, se recobrara en los hijos lo que las uniones nupciales habían destruído en su misma raíz. La virginidad es un fruto del matrimonio. De la unión conyugal han de nacer las vírgenes; pero si éstas se conservan incorruptas, se adjudican como premio a la unión conyugal. Las jóvenes casadas tienen un motivo de gozo si los frutos de su unión son depositados en las trojes del cielo. También tú acumularás méritos para tus padres: los dos se beneficiarán de tu gloria. En virtud de la unión de su hija con Cristo, alcanzarán con el fruto lo que perdieron en la raíz.

Reflexiona ahora, hermana mía, sobre las amarguras del matrimonio. Cierra tus ojos para no contemplar su vanidad. Entre sus principales inconvenientes está la corrupción y el hastío que la corrupción lleva consigo, la carga pesada del seno embarazado, los dolores del alumbramiento, que con frecuencia llegan hasta poner en peligro la vida, malográndose así el fruto y la misión del matrimonio, al morir juntamente el hijo y la madre; todo aquel esplendor de las bodas quedó frustrado por la muerte. Todos veían en ellas un motivo de gozo, pero fueron la ocasión de la ruina.

¿Adónde se dirigirá después de la muerte la que puso toda su felicidad en casarse? La que deseó agradar a su esposo más que a Dios, ¿qué hará cuando salga de esta vida? ¿Qué participación podrá tener con Cristo quien tan solícita vivió por complacer al mundo; quien, por no saber resistir desde el primer momento al atractivo de un hombre, con la pureza perdió la libertad al entregar su virginidad a cambio del regalo nupcial, lo mismo que si fuera una cautiva? Porque si se da el caso de que llegue a perder la donación que le hace el mundo (lo cual es muy frecuente), entonces resulta que se ve privada de su pureza y del precio que por ella le entregaron.

Ya ves en qué estado la han dejado de pobreza y desnudez tan absolutas. Por amor a su esposo vive sujeta a un doble peligro: por una parte teme perder tan grande

bien, por otra teme la ruina que le puede sobrevenir. ¿Qué lugar queda para la alegría entre estos dos extremos?

¡Qué géneros de seducción no excogita para agradar a los ojos de los que la miran! ¡Con qué perfumes tan peregrinos rocía sus vestidos a fin de recrear los sentidos! Simula una piel ajena y adultera con ella su rostro al embellecerlo con toda clase de colores postizos y fingidos, para no ser la que es y engañar así a los hombres con una belleza ajena, no con la suya propia. ¿No ves una especie más de brujería en esto de idear un arte para provocar las pasiones del prójimo? Quien así corrompe su rostro, ¿cómo piensas que tendrá de corrompida el alma? Ha cometido triple adulterio: en su corazón, al meditar semejante engaño; en su cuerpo, al trocar su fisonomía a fuerza de adornos rebuscados; en sus vestidos, porque el perfume fragante que exhala no es propio, sino ajeno.

La virgen, en cambio, que no conoce toda esta malicia, conservando la condición de su sexo, ignora sus exigencias; olvidada de su fragilidad femenina, se mantiene firme con vigor varonil y robustece con la virtud la debilidad de su sexo, sin someter a la esclavitud del cuerpo lo que por ley de naturaleza está sujeto al varón. Dichosa la virgen que arrastra el cuerpo de Eva, mas no la pena. Ella escuchó, en castigo de su pecado, aquellas palabras: *Estarás bajo la potestad de tu marido y darás a luz los hijos con dolor* [16].

Tú, por el contrario, subiendo a la posesión de la virginidad, sacudiste tal yugo de tu cuello; no te inclinarás hacia la tierra abrumada bajo la carga de las obligaciones del matrimonio, sino que desde una región sublime podrás mirar de cerca al cielo. Renunciando a lo lícito, subes hasta las alturas de donde Eva cayó por haber tomado de lo ilícito. Eva gustó lo prohibido y perdió la virginidad.

Está permitido a las jóvenes casarse, pero las que no se casan se parecen mucho a los ángeles. *Después de la resurrección, ni los hombres tomarán mujeres ni las mujeres tomarán maridos, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo* [17]. Es lícito engendrar hijos, pero las que desprecian esta exigencia de la naturaleza podrán escuchar aquellas palabras: *Dichosas las estériles, que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar* [18]. Algo muy distinto se dice allí a las casadas: *¡Ay de las que estén encinta o criando en aquellos días!* [19]

Los hijos de las vírgenes son sus propios sentimientos.

[16] Gen. 3, 16.
[17] Mt. 22, 30.
[18] Lc. 23, 29.
[19] Mt. 24, 19.

¿Para qué ansía hijos que se engendran con dolor la que posee piadosos sentimientos, con los que puede recrearse en la oración? *Por tu santo temor, ¡oh Señor!,* dice el profeta, *concebimos y dimos a luz el espíritu de salud* [20]. ¡Oh feliz concepción, generación incorrupta y parto tan valioso! ¡Se engendra un hijo, que es el pensamiento piadoso, y no se experimenta dolor alguno! Tantos serán tus felices retoños, cuantas sean tus santas consideraciones. Tantas veces concebirás, cuantas recibas el Espíritu Santo con íntimo recogimiento. Esta procreación sublime engendra virtudes. Por eso no pienses que eres estéril, no; que tendrás tantos hijos cuantas sean tus virtudes. Una sola vez que concibieres por la unción del Espíritu Santo, equivaldrá a muchos alumbramientos. Del primer parto de la virgen nace la virtud del pudor, del segundo la paciencia, del tercero la sobriedad, del cuarto la templanza, del quinto la caridad, del sexto la humildad, del séptimo la castidad, cumpliéndose así aquello que leemos de que *la que era estéril dió a luz siete hijos* [21]. Ya has visto cómo en una sola concepción septiforme del Espíritu Santo tuviste siete hijos. Ni digas: *He aquí que soy un leño árido. Porque esto dice el Señor a los eunucos: A los que observaren mis sábados, y eligieren lo que yo he mandado, y se mantuvieren firmes en mi alianza, les daré un lugar distinguido en mi casa y dentro de mis muros, y un nombre más apreciable que el de los hijos e hijas: daréles yo un nombre sempiterno que jamás se acabará* [22].

Ya ves, amadísima hermana, qué puesto tan honorífico ocupan las vírgenes en el reino de Dios, y ciertamente con toda justicia. Por haber despreciado el espíritu mundano, llegaron al reino celestial. Aquellas que no supieron lo que es engendrar hijos entre dolores, son iniciadas aquí abajo en la bienaventuranza de la vida celestial. Las que renunciaron al trato carnal y a la fealdad de los rebuscados adornos de los cónyuges, merecieron con todo derecho desposarse con el mismo Cristo.

No te dejes arrastrar por la grandiosidad de los cortejos nupciales, con todo su nutrido acompañamiento de criados. A ellos acuden frecuentemente los salteadores de la castidad, esos mismos que antes eran considerados como protectores de la pureza. Al verse, pues, rodeadas por todas partes de tantos varones, les viene a la memoria el trato conyugal que tienen con sus esposos en el lecho, y lo que han experimentado con uno solo, ahora lo imaginan con muchos.

No temo las odiosidades con tal que haya dicho la ver-

---

[20] Is. 26, 18.
[21] 1 Reg. 2, 5.
[22] Is. 56, 3.

dad. Como hablo para aquellas que desean aprovechar, indicándoles lo que deben huir en las que sólo brillan por sus obras carnales, ya me pueden herir con sus lenguas aquellas a quienes remuerda su conciencia.

Es indudable, hermana mía, que la que usa deslumbradores vestidos y exhala un perfume peregrino, la que muda el color de sus ojos con un tinte fingido, la que envuelve su rostro en una blancura postiza, embellece sus brazos con pulseras de oro, adorna sus dedos con anillos y sus manos con joyas de toda la gama de piedras preciosas de fulgor celestial, abruma de pendientes sus orejas, cubre su cuello con collares de rica y variada pedrería y carga de oro su cabeza, digo, pues, que ciertamente no puede ser casta; porque no se adorna sino con el fin de herir los ojos de los hombres para conmover sus almas y fascinar su razón. Aunque no cometa adulterio abiertamente por temor a su esposo, ha fornicado, sin embargo, en lo más íntimo de su espíritu.

Las que se ganan el cariño de su esposo por su sencillez en el vestir y sus virtudes, y el de Dios por su inocencia, ésas son castas en verdad. El apóstol San Pedro parece que se fija en el porte externo y cuidado del vestido de estas mujeres y en la rectitud de sus costumbres, cuando ordena: *El adorno de éstas no ha de ser por de fuera, con dijes de oro ni gala de vestidos, sino con el ornato del corazón* [23]. Y San Pablo dice también por su parte: *Oren en traje decente, ataviándose con recato y modestia y no con los cabellos rizados, ni con oro, ni con perlas o costosos vestidos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que hacen profesión de piedad* [24].

Huye de las que no se conforman con estos preceptos como de aliadas y compañeras del fuego del infierno, pues aconsejan aquello mismo de que están rebosantes. Tal vez no sus palabras, pero sí sus modales externos, hablan de su impureza. Aléjate como de un ídolo de la que se presenta a ti deslumbradora y radiante de oro y piedras preciosas. Mírala como a un ídolo, no como a una mujer; porque se atrevió a violar la hermosura de que Dios la vistió, con toda clase de deformaciones. Ya lo dice la Escritura: *Engañoso es el donaire y vana la hermosura; la mujer que teme a Dios, ésa será alabada* [25].

---

[23] 1 Petr. 3, 3.
[24] 1 Tim. 2, 9.
[25] Prov. 31, 30.

I. Que se debe procurar evitar el trato con mujeres seglares

Ruégote, Florentina, que no tengan acceso a tu amistad mujeres que no profesan tu mismo estado de vida. Sus palabras reflejan lo que aman e insensiblemente se irá insinuando en tus oídos lo que constituye el objeto de sus aspiraciones: ¡Ay, hermana mía! *Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres* [26]. *Con el santo serás santo;* pero, hermana mía, líbrete Dios de esto: *y con el perverso, te pervertirás* [27].

¿Qué hacen juntas una mujer casada y una virgen? No te imagines que trata aquélla de seguirte, no; que ama demasiado a su esposo y está muy lejos de agradarle tu modo de vida. Aunque te dé muestras de cariño, es puro fingimiento; miente y te está engañando. ¿De qué va a tratar una que no está uncida juntamente contigo al yugo de Cristo? Distintas en vuestras costumbres, forzoso es que sean distintas vuestras aficiones. Satanás te hará escuchar su música diabólica a fin de revolver tus pasiones con los atractivos del mundo y henchir de este modo los caminos que llevan al infierno.

¡Huye de los cantos de las sirenas, hermana mía! No sea que, ensimismada con las delicadezas de esas melodías, que embrujan tus oídos, te vayas alejando de la ruta verdadera y te estrelles contra los peñascos por haberte desviado demasiado a la derecha, o, si te lanzas a la izquierda, te trague Caribdis en una mueca horrible. ¡Aléjate de los cánticos de las sirenas! Levanta un muro a tus oídos para protegerlos de los malos consejos. Con el escudo de la fe defiende tu corazón de quien se muestra disconforme con tus aspiraciones, y arma tu frente con las insignias de la cruz ante quien te susurra cosas disonantes con tu profesión.

II. Que la virgen evite el trato con varones

Si con tanta solicitud debes alejarte del trato con mujeres seglares, tú misma puedes juzgar, Florentina, la delicadeza que habrás de observar en huir toda familiaridad con varones..

No intimes con ningún hombre, aunque sea muy virtuo-

[26] I Cor. 15, 23.
[27] Ps. 17, 26.

so; no suceda que el trato frecuente acabe con la virtud de ambos o la deje infamada ante los demás. Falta contra la caridad de Dios aquella que diere a otro ocasión de pecado, y falta contra la caridad del prójimo quien, aunque sin incurrir en ninguna acción mala, está criando en la opinión ajena una fama pésima.

Cuando un hombre y una mujer se juntan para conversar a solas, experimentan un estremecimiento instintivo, y, si en la conversación se insinúa algún tema inconveniente, salta la llama de la tendencia recíproca puesta en la naturaleza. ¿Quién albergó fuego en su seno y no se abrasó? El fuego y la estopa son elementos contrarios; puestos en contacto, avivan la hoguera. Siendo el hombre y la mujer de sexos distintos, cuando se juntan son atraídos hacia lo que les llama la ley de la naturaleza.

III. Que las vírgenes han de guardarse de conversar con jóvenes

Si aun las conversaciones con varones espirituales has de evitar con suma diligencia para que no sufran menoscabo las buenas costumbres de ambos, ¿cuál no deberá ser tu recato cuando se trate de alejarte del trato con los jóvenes, que caminan a ciegas por los senderos de esta vida terrena?

Los presenta el demonio ante los ojos adolescentes de las vírgenes con objeto de que revuelvan durante el sueño en su mente las formas bellas que contemplaron durante el día. Así, por más que la razón se oponga y rechace tales representaciones, sin embargo, la visión fresca y reciente y la contemplación de un cuerpo agraciado suministran a la memoria las especies que entraron por los ojos, y si las tales especies han producido alguna complacencia en los sentidos, volverán a aparecer en sueños, quedando el pecho de la joven destrozado por las saetas de Satanás. Un amor peligroso se le ha clavado en lo más íntimo del alma. De ahí que desee contemplar de nuevo con amor al objeto de sus recuerdos nocturnos.

Por las ventanas de los ojos es por donde Satanás introduce sus dardos hasta el fondo del alma, como dice el profeta: *La muerte ha subido por nuestras ventanas* [28]. El demonio no puede arrastrarse al interior del corazón sino a través de los sentidos corporales. Cuando los ojos contemplan algo hermoso que pueda excitar la concupiscencia,

[28] Ier. 9, 21.

cuando una canción impura ha deleitado los oídos o llega hasta el olfato la fragancia de un olor delicado, cuando el gusto se ha conmovido con algún sabor exquisito, cuando el tacto ha percibido la tersura de algún objeto blando y suave, entonces la carne experimenta la conmoción del placer sensual.

Los dos sexos son hechura de Dios. También a los jóvenes se les debe amar, es cierto; pero a distancia, por sus buenas costumbres y por Dios, que los creó, no por su belleza corporal [29] ni por su rostro ruboroso, ya que su carne fué extraída del cieno de la tierra y, vuelta a la tierra, se ha de descomponer.

¿Deseas una prueba convincente de esto? ¿Quieres enterarte de qué es la carne hermosa en realidad? Pon manos a la obra. Procura con todo empeño contemplar, a los tres días de su inhumación, a aquella que en vida gozó de una belleza deslumbradora, y verás en qué estado yace ahora en el sepulcro. ¿No es verdad que los mismos ojos que ansiaban mirarla cuando vivía, se horrorizan ahora ante un hediondo manantial de gusanos? El cuerpo vivo que deleitaba con su perfume al olfato, le hace ahora retroceder por su estado de descomposición.

Mira no desagrades notablemente a Dios al amar una obra suya. Todas las cosas que hizo Dios son buenas, es verdad; pero Dios debe ser amado sobre todas ellas. Trae a la memoria aquella gloria insigne de vuestra profesión, dechado y capitana de las vírgenes, María. Esta se cree que fué la causa de que mereciera los eternos desposorios: que renunció a todo trato con varón, que el ángel la encontró en la soledad, y el hecho de que su alma se llenara de turbación al reconocer en la persona del ángel al sexo viril, de quien huía. ¿Cuál fué la razón de esto? Mira cómo se apartó de los hombres para llegar a ser Madre de Cristo.

Tú también, si arrancares de tus mismos ojos esas imágenes que luego son acariciadas en la intimidad del corazón; si, apartándote del tráfago y tumulto del mundo, descansares en tu celda en compañía de tus piadosos pensamientos, en el silencio y en la esperanza encontrarás la virtud de la fortaleza. Recibirás en tu pecho a Cristo, quien descansará en tu mismo aposento y gozará de tus abrazos. Entonces exclamarás con el profeta: *Venga la paz y descanse en su estancia* [30]. Nuestra paz es Cristo, y el lugar de su descanso, el corazón limpio.

---

[29] A partir de esta frase comienzan las añadiduras del códice escurialense.
[30] Is. 57, 2.

* IV. Que la virgen debe cuidar a sus hermanas

Presta a tu hermana enferma el alivio de tus delicados y solícitos cuidados. Recuerda lo que leemos en los documentos apostólicos: *¿Quién enferma que no enferme yo con él?*[31] Observa en estos servicios la norma que te dejó tu Esposo, de quien se pudo escribir: *Es verdad que El mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades*[32]. A imitación suya, revístete de estos sentimientos de misericordia. Considera los dolores y enfermedades de tus hermanas como sufrimientos propios, a fin de que puedas escuchar aquellas palabras del Señor, que en su mismo cuerpo experimentó las heridas y las alegrías de los suyos: *Estaba enfermo y me visitasteis*[33], y merezcas oír también a continuación: *Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo*[34].

Ante todo, que la dulzura de tu palabra sirva de consuelo a la que está enferma. Luego, con ánimo cariñoso y solícito, proporciónale los remedios que pide su cuerpo débil para reponerse de la enfermedad.

De este modo tus palabras poseerán la virtud de producir en la enferma el mismo efecto que una medicina.

* V. Que debemos corresponder al cariño de los que nos aman

Corresponde al amor de las que te aman, de tal suerte que ames, por tu parte, más tiernamente aún de lo que eres amada. No aborrezcas a aquellas que te aborrecen, sino más bien devuelve bien por mal, pagando el odio con amor para vencer el mal con el bien. Si devolvieses bien por el mal recibido y te portares caritativamente con aquella que hasta ahora te odiaba y no pensaba sino en hacerte daño, tu benignidad reducirá a la que te guardaba rencor. Así, la que antes era mala, por tu bondad, pasará más fácilmente al número de las buenas. De lo contrario, tú, a consecuencia de la mala conducta de tu prójimo, te convertirás en compañera de los malvados.

---

[31] 2 Cor. 11, 29.
[32] Is. 53, 4.
[33] Mt. 25, 36.
[34] Ibid. 25, 34.

* VI. Que la virgen ha de ser modesta

Trabaja y esfuérzate por que la virtud de la modestia engalane todas tus acciones. Todas las obras buenas que practique la virgen, realícelas con modestia y pudoroso recato. El pudor es como la madre y nodriza de todas las virtudes virginales. El pudor hace que la virgen no se irrite, sino que sufra pacientemente; que no sea descarada en el hablar, sino dulce en sus palabras. El pudor reprime a la virgen para que no se levante hinchada por la soberbia. La modestia refrena a la virgen, preparándola para que pueda alcanzar la virtud de la humildad. La modestia estimula a la virgen a que conserve en todo moderación y templanza. De todos los males nos preserva la modestia; ella es una frontera y un aliciente que anima y dirige en la consecución y práctica de las virtudes a la que se abstiene de todos los vicios. La modestia comunica compostura a los mismos movimientos corporales de la virgen, y hace que ésta no vuelva descaradamente el rostro a todas partes, ni alce los ojos provocativamente, ni se arroje a conversaciones deshonestas, ni manche su rostro con la turbación de su alma. A cada momento es detenida por el freno de la modestia y cubierta por ella como por un velo. La libertad y la autoridad, que muchas veces dicen bien en un varón, en una virgen son consideradas como un vicio si no son reprimidas por la modestia.

* VII. Que la virgen ha de sufrir a quien la calumniare

La virgen ha de gozar de libertad en su conciencia, no en sus conversaciones ni en su porte externo. Sea confiada ante Dios en su ánimo; pero en su semblante y en sus conversaciones, humilde y recatada; de suerte que a los que la insultaren y calumniaren oponga la sinceridad y pureza de la conciencia solamente, mas no busque justificarse a voces ante los hombres. Acuérdate de la casta Susana, que no respondió a sus adúlteros acusadores con las palabras de la justicia, que guardaba en su corazón, ni rechazó con razonamientos a aquellos hombres lascivos. Con suspiros y gemidos se encomendaba a Dios, que conocía su conciencia. La que rehusó defenderse con palabras fué defendida en juicio de Dios. Dios salió testigo en favor de quien le había consagrado su inocente corazón y de quien, conducida al suplicio, le confiaba la justicia de su alma.

* VIII. Que la virgen a nadie debe calumniar

Si la virgen ha de defenderse de los que la hieren y calumnian, rechazándolos con su silencio mejor que con sus palabras y aseveraciones, para que no pierda exteriormente en discusiones el pudor que conserva en su corazón, ¿con cuánta diligencia no deberá guardarse de calumniar a nadie? Escuche las palabras del Apóstol para que no incurra en pecado de fraude o de hurto: *¿Por qué no sufrís que os atropellen? Mas vosotros sois los que atropelláis, y eso a vuestros propios hermanos* [35].

¿Con qué cara, pues, va a responder mi hermana, por su parte, a los que la calumnien y acusen de pecado? José soportó con paciencia la acusación de su adúltera señora; no le hizo frente con razonamientos, sino que, sufriendo de buena gana en su lóbrega prisión, ¡cómo resplandecía en la estrechez de la cárcel con el fulgor de la buena conciencia! De ahí venimos a conocer que son libres, aun entre cadenas, aquellos a quienes no reprende su conciencia. En cambio, aquellos que son culpables en su alma, aunque sean absueltos, se ven oprimidos en la prisión por angustias espantosas. Como decía, pues, José no quiso responder en pro de la integridad de su conducta; se encomendó a Dios para que fuera juez en su favor, El que había sido su testigo.

¡Oh virgen, fortalecida con tales ejemplos, mucho aprovecharás si deseas imitarlos!

* IX. Que la virgen no ha de ser soberbia

La insolencia y la soberbia en una virgen son crímenes nefandos. La ira y la arrogancia corrompen el alma de aquella cuyo cuerpo no fué violado por contacto ajeno. No está sujeta a ningún varón, pero es la prostituta de los demonios. Mejor le fuera a esa virgen iracunda y arrogante haberse sometido a sujeción bajo la autoridad de un hombre que no vivir ahora loca y sin freno subyugada por Satanás. Aunque guarde castidad en el cuerpo, tiene viciada su alma; no puede ser casta en su carne aquella cuyo corazón lo han prostituído los demonios con sus vicios obscenos, ya que, como el alma se mancha con el contacto carnal, así los vicios del corazón llenan el cuerpo de la más torpe deshonestidad.

---

[35] 1 Cor. 6, 7-8.

Ciertamente el alma es la porción más digna del hombre: allí, pues, donde reside la razón, la parte más noble del alma, debe mantenerse la castidad en toda su entereza. De este modo, el alma liberada de los vicios y enriquecida con la plenitud de todas las virtudes mantendrá a la carne sujeta a su misma norma e impondrá al cuerpo sumiso la castidad que ella misma practica.

Es virgen perfecta aquella que no permite que su corazón sea arrebatado por el diablo ni su cuerpo por un hombre. El Esposo celestial la alaba en el Cantar de los Cantares cuando dice: *Cuán bella y hermosa eres, amada mía, aun sin tener en cuenta tu interior* [36]. Hermosa no con una hermosura carnal, sino con la belleza de la castidad íntegra. Lo que está latente en lo interior son las virtudes del alma. El salmista, ensalzando a la virgen, exclama: *En lo interior está la principal gloria de la hija del rey* [37]. En su interior se halla, pues, toda la gloria de las vírgenes, esto es, en lo más íntimo, donde el alma se engalana con la gracia de las virtudes, donde florece embellecida por la castidad; por eso la dicen graciosa y bien compuesta.

* X. Del vestido de las vírgenes

¡Cuántas páginas llevamos ya empleadas en este libro! Arregla, queridísima hermana Florentina, y engalana todo el interior de tu corazón con las flores de las más variadas virtudes. Desea para tu alma un vestido que sea del agrado del Hijo unigénito del Padre celestial. Desprecia todo esplendor del cuerpo y adorna tu mente con santas costumbres, burlándote así de los ojos carnales en lo mismo en que los carnales se complacen. Procúrate con todo empeño y diligencia esas galas que te hacen hermosa a las miradas de Dios; porque entonces te habrás arreglado y adornado bien, cuando busques con afán no tanto los trajes lujosos cuanto el candor de tu corazón.

No desees vestir elegantes trajes, en los que aun los ojos más escrupulosos no puedan descubrir la más mínima arruga por delante ni por detrás. Tampoco uses vestidos ampulosos. El contemplar con fruición un vestido ideado a costa de preocupaciones y desvelos es concupiscencia de los ojos y solicitud carnal. Sean tales tus trajes que no te den distinción y dignidad ante los hombres, sino que te presenten inocente ante Dios, a fin de que por su sencillez en el vestir se conozca la integridad de tu buen corazón.

[36] Cant. 4, 1.
[37] Ps. 44, 14.

Tiembla ante las terribles acusaciones y ataques que lanza el profeta a esas jóvenes afectadas y arrogantes: *Por cuanto se han empinado las hijas de Sión y andan paseando con el cuello erguido, guiñando con los ojos y haciendo gestos con sus manos, y caminan con pasos afectados, raerá el Señor la cabeza de las hijas de Sión, y las despojará de sus cabellos, y en lugar de olores suaves tendrán hediondez, y por ceñidor una cuerda, y en lugar de rizados cabellos la calvicie* [38].

Ante la respuesta de este oráculo, decídete a usar un vestido que sea suficiente para cubrir el cuerpo, que oculte tu pudor virginal y te preserve del rigor del frío; no uno que excite a la carne a la concupiscencia con este semillero de todos los vicios.

Aventaja a las demás por las virtudes de tu alma, no precisamente por la elegancia en el vestir.

* XI. Que la virgen sea humilde

He recibido el encargo de mostrarte la excelencia de tu alma, a ti, mi querida hermana.

Sé humilde, a ejemplo de tu Esposo, quien, permaneciendo igual al Padre, se hizo humilde hasta la muerte, El, que ninguna deuda había contraído con ella, conformándose así con la condición común a todos los mortales. ¡Oh ejemplos de la humildad infinita! El verdadero Dios se hizo hombre verdadero. El Dios fuerte fué herido a bofetadas. Con los ojos fijos en nuestra salvación, soportó tales ofensas sin maldecir a los que le maldecían. Si amas de veras a tu Esposo, observa sus costumbres. Forma en tu mente la imagen de su humildad y graba indeleblemente en tu corazón las virtudes que El, considerado como un hombre de tantos, practicó en su mismo cuerpo. No te dé miedo imitar a Dios. El saber que además es hombre hará que lo consideres susceptible de imitación.

Esto es lo que El cumplió y enseñó. Así nos demostró ser factible aquello que era menester practicar.

* XII. De la paciencia de las vírgenes

De manera que no solamente no has de injuriar ni herir a ninguna de tus hermanas, sino que debes sufrir con paciencia y humildad cualquier ofensa que recibieres. *Me-*

[38] Is. 3, 16-24.

diante vuestra paciencia poseeréis vuestras almas, dice el Señor [39]. Tu paciencia calmará la pasión de la hermana que te injurió. No avives más la hoguera con una respuesta áspera. De ese modo sucederá que la que fué antes iracunda, al verte sufrida y humilde se tornará con tu ejemplo humilde y pacífica; así su salvación se añadirá a tu recompensa, porque la hiciste humilde y paciente al soportarla con paciencia y humildad.

Gózate del aprovechamiento de las almas y llora sus caídas. Imita a las que van adelantando, y, encendida en celo de caridad, ruega por las más negligentes y exhórtalas a bien vivir para que adelanten más. Pero no seas una doctora en tus conversaciones y resulte que luego en la práctica eres digna de reprensión. Que a tus palabras precedan las buenas obras, para que lo que enseñes con los labios lo confirmes con los hechos.

XIII (IV). De la abstinencia de las vírgenes

¿Qué te voy a hablar de la comida, hermana mía, a ti que, dada tu frágil salud, ni siquiera puedes tomar aquello que la prudencia aconseja? Quede, sin embargo, en el ánimo el espíritu de templanza, de forma que, al mitigar un poco el rigor en atención al cuerpo débil, no se disipe el corazón. Cuando el cuerpo enfermo exige un trato más indulgente, ninguna falta hay en ello; pero si tomas algo más de lo necesario, sin lo cual puedes muy bien vivir, eso es concupiscencia y falta de moderación.

Hay tres clases de intemperancia. Una consiste en apetecer con avidez lo que está prohibido. Otra en procurarse a toda costa manjares lícitos, sí, pero preparados con exquisitez y refinamiento. La tercera es propia de aquellos que no hacen discreción de tiempos en la comida, aunque se trate de manjares que se pueden tomar lícitamente.

El primer hombre quedó desposeído de aquel delicioso paraíso y del don de la inmortalidad por haber deseado lo que le estaba prohibido. Porque apeteció desordenadamente una cosa lícita, perdió Esaú el derecho a la primogenitura. Los animales, como son irracionales, no se sujetan a tiempos fijos para comer. Queda, pues, probado que existen tres formas de intemperancia: la de nuestros primeros padres, que probaron de un manjar prohibido; la de Esaú, que perdió el privilegio de la primogenitura por querer saciar su apetito con unas lentejas; y, por último, la de

[39] Lc. 21, 19.

los animales, que por carecer de razón no se sujetan a un tiempo determinado en la comida.

No es, pues, abstinente y sobrio quien devora con ansia aun los alimentos más bastos. *Sus fauces son como un sepulcro abierto*[40]. Es un afeminado y un disoluto el que, dejando a un lado los manjares ordinarios, se entrega con fruición a los platos más caros y exquisitos. El pez, arrastrado por su voracidad, se clava en el anzuelo. El ave cae en el lazo ante un poco de comida colocada a su vista. El ansia de saciar el hambre precipita en la trampa a las fieras que por su natural virtud son de recia constitución. La naturaleza no les dió una condición delicada, pero el cebo las engaña.

Aprende tú de los consejos y ejemplos de tus antepasados la templanza y la moderación. De los consejos, porque ya lo dice el Señor: *No se ofusquen vuestros corazones con la glotonería y la embriaguez*[41]. Aprende con el ejemplo de David, que no quiso beber de aquella agua por la que tan ardientemente suspirara cuando se enteró de que la habían traído sus soldados con peligro de la vida[42]; y con el ejemplo de Daniel, que rehusó los regalados platos que el rey le enviaba de su mesa, y se sustentó tan sólo con legumbres[43].

Recibe como tuyo lo que fué tan común entre tus allegados. No des ocasión a otros de faltar a la templanza. No escandalices a quienes debes servir de norma con tus exhortaciones y con el ejemplo de tu santa vida.

* XIV. Que la virgen no ha de murmurar de sus hermanas

Cumplirás bien todas estas cosas si te guardares de murmurar del ausente, de mostrarte arrogante o de mala condición, de desgarrar las vidas ajenas con críticas y chismes. Es un pecado enorme ante Dios el de las que injurian al ausente y desacreditan al prójimo. No hay en ellas ni rastro de caridad, sino maldad clara y manifiesta, pues si de veras amas a una persona, debes corregirla en su presencia, pero no despedazarla cuando se halla ausente: *Me corregirá el justo y me reprenderá*[44]. Dice el apóstol Pablo: *Cuando vino Pedro a Antioquía me opuse a él abiertamente,*

[40] Ps. 5, 11.
[41] Lc. 21, 34.
[42] 2 Reg. 23, 13-18.
[43] Dan. 14, 1-42.
[44] Ps. 140, 5.

porque era reprensible[45]. Se corrige a uno cuando está presente, mas no se murmura de él cuando se encuentra ausente. Si llegare hasta tus oídos la mala fama de alguna persona, aflígete y llora como si de una desgracia propia se tratara; y pues que somos una sola cosa en Cristo, conduélete con ella, como miembro tuyo que es, buscando el modo de curar la parte enferma, no el modo de cortarla. Corrígela con suavidad en su presencia, para que sane, no sea que, al desacreditarla cuando se halla lejos de ti, cometas tú misma un pecado y aumentes la herida de la que fué herida con el pecado. Guarda con toda cautela tu corazón para no escuchar a nadie que murmure ni acostumbrarte tú misma a murmurar. Aquella a quien arrebatas la fama es miembro tuyo y cuerpo de Cristo; debes, pues, mostrarte más solícita en esto con tu conmiembro, a fin de que la parte enferma reciba la salud de la parte más fuerte, en lugar de ser herida por ella.

XV (VI). Que las vírgenes deben practicar con frecuencia la oración y lectura espiritual

Dedícate con asiduidad a la oración y a la lectura. Distribuye tu tiempo y tus ocupaciones de tal forma que la lectura suceda a la oración y la oración a la lectura. A fin de que puedas participar sin interrupción de bienes tan inmensos y nunca te veas privada de ellos, cuando hayas de ocuparte en algún trabajo manual o tomar alguna refección, procura que otra te lea. De este modo, mientras tus ojos y tus manos se vuelven a la actividad externa, tu alma se alimentará de la gracia de las palabras de Dios. Si, a pesar de vivir consagrados a la oración y a la lectura, nos cuesta trabajo mantener el corazón, ya mal inclinado, libre de toda influencia diabólica, ¿cómo no se lanzará desbocado a los vicios sin los frenos de la oración y de la lectura? En la lectura instrúyete; en la oración pide siempre alguna gracia. Después de orar busca con diligencia en la lectura lo que debes pedir en adelante en la oración.

XVI (VII). Que no se ha de leer el Antiguo Testamento con espíritu carnal

Cuando leas el Antiguo Testamento no debes sorprenderte ante las uniones conyugales de aquellos tiempos; con-

[45] Gal. 2, 11.

sidera más bien cuán numerosa era la descendencia. No te admires de que existieran sacrificios cruentos, de que los que habían pecado expiaran con la muerte su crimen, de que se tomara carne en la comida, de que se permitiera a un hombre poseer varias mujeres. Entonces fué lícito lo que ahora no lo es. Como en la ley antigua se permitieron los matrimonios múltiples, en la ley evangélica se predica la virginidad.

El pueblo hebreo vivía apartado de todo contacto y comunicación con otras razas y tenía la misión de profetizar a Cristo. Para que no se extinguiera la descendencia, antes se multiplicara, estaba permitido a todos el matrimonio. Como aquél era, por otra parte, un pueblo carnal, se apacentaba en banquetes carnales. Se ofrecían sacrificios de animales para prefigurar el único verdadero sacrificio, que era el de la sangre y cuerpo de Cristo. Pero llegó la verdad y huyeron las sombras; llegó la verdadera oblación y cesaron las ofrendas de animales. Vino el Hijo virgen nacido de una virgen y nos dejó ejemplo de virginidad.

A todo cuanto leas en el Antiguo Testamento, aunque se verificó en la realidad, debes atribuirle un sentido espiritualizado. Ahora ya no se mata a un hombre por cometer un pecado, mas aquella muerte con que se privaba al hombre de la vida temporal por medio de la espada, la imponemos nosotros ahora a los vicios de la carne por medio de la penitencia. No interpretes el Cantar de los Cantares según el sentido material que percibes con tus oídos. En él se insinúan los atractivos del amor humano, pero en orden a figurar en alegoría el amor de Cristo a su Iglesia. Con muy buen acuerdo se prohibió a los antiguos hombres carnales la lectura de estos libros, el *Heptateuco* y el *Cantar de los Cantares,* a fin de que no se disiparan en deseos sensuales e impuros por no saberlos gustar espiritualmente.

XVII (V). Que las vírgenes no deben conversar con nadie a solas

No consientas que nadie hable contigo, ni tú lo hagas con persona alguna sino en presencia de dos o tres que puedan dar testimonio de tu conducta. Acuérdate de tu Salvador, tu Esposo, que ciertamente no temía mancharse de pecado, y, sin embargo, en el monte habló con Moisés y Elías delante de Pedro, Santiago y Juan, que hicieron de testigos. En otra ocasión, cuando devolvió la vida a la hija del arquisinagogo, quiso que sus apóstoles le acompañaran, para no dar lugar a murmuraciones. Aun los mismos discípulos se ex-

trañaron al encontrarle junto al pozo de Jacob hablando con una mujer. Ciertamente no tenían de qué admirarse si aquello no fuera algo inusitado en El. Por otra parte, si Cristo trató a solas con ella, fué por hallarse ausentes los discípulos, que marcharon a la ciudad a buscar algo para comer.

XVIII (VIII). Del ayuno

Al cuerpo sano se le han de imponer ayunos. Aquellos que experimentan la rebeldía de la carne insubordinada por la ley de los vicios, deben debilitarla con el ayuno continuo. Es menester sojuzgar y reprimir con ayunos a la carne indómita, para que obedezca a la ley de la razón y a las órdenes del alma como una esclava. Ciertamente no faltas al mitigar el ayuno tomando lo que sea suficiente para reparar tu salud, tan debilitada por las enfermedades que te aquejan frecuentemente. Sin embargo, has de tener por mejor que tú a aquella que, por gozar de una salud inmejorable, no necesita los cuidados que requiere la enfermedad.

Asimismo, la que se encuentra sana no se ha de escandalizar de que la pobre enferma sea cuidada con más suavidad e indulgencia en lo que toca a su alimentación. Precisamente por eso ha de procurar ser mejor y más santa, ya que no siente necesidad de las delicadezas que exige siempre la falta de fuerzas. Sea humilde ante las demás la que, en atención a su enfermedad, merece mayores cuidados. Duélase de no poder lo que las otras pueden.

No estimes, por lo tanto, la mitigación en la abstinencia, para un tiempo indefinido, como un acto de virtud, sino como una debilidad.

XIX (IX). Del uso del vino

En el uso del vino has de atenerte a la norma que da San Pablo a Timoteo: *Usa de un poco de vino por causa de tu estómago y tus frecuentes enfermedades* [46]. Al decir *de un poco,* claramente indicó que se había de tomar como medicina, no de tal forma que se llegue a la embriaguez. El mismo Apóstol dice en otra parte: *Quien dice vino, dice todos los vicios* [47].

La embriaguez es pecado grave, y de la gravedad del

[46] 1 Tim. 5, 23.
[47] Tit. 2, 3.

adulterio, del homicidio y de la fornicación. La temulencia aparta al hombre del reino de Dios lo mismo que el adulterio, el homicidio o cualquier otro pecado infame. San Pablo afirma lo mismo al decir: *No queráis cegaros: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avarientos, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, han de poseer el reino de Dios* [48]. Con esto puedes ver qué cosa tan execrable sea la embriaguez, que basta para que sus amantes sean excluídos del reino de los cielos.

Escucha las imprecaciones tan terribles que lanza el profeta a los que se entregan al vino: *¡Ay de vosotros, que sois briosos para beber vino y hombres fuertes para embriagaros con diversos licores! ¡Ay de vosotros, que os levantáis de mañana a emborracharos y a beber con exceso hasta la noche, hasta que os abrase el vino!* [49]

Noé bebió vino y en el sopor de la embriaguez quedó desnudo vergonzosamente. Para que aprendas que el vino trastorna y entorpece de tal forma la cabeza y el ánimo de los hombres, que llegan a perder toda noción de sí mismos, cuánto más de Dios. Este hecho histórico de la embriaguez y desnudez de Noé, aunque místicamente simboliza la pasión y muerte de Cristo, tomado en su sentido literal claramente insinúa la gravedad de la culpa [50].

Lot, aturdido por el vino, cayó en incesto con sus hijas sin tener conciencia de la aberración que estaba cometiendo [51]. De esta unión incestuosa nacieron los moabitas y los ammonitas, de quienes dice el Señor: *Los moabitas y los ammonitas no entrarán jamás en la iglesia del Señor ni aun después de la décima generación* [52].

Juzga tú misma cómo será menester huir de la embriaguez, que aun en los mismos patriarcas fué motivo de escándalo y pecado. Por tanto, hará muy bien la virgen que goza de salud y fuerzas suficientes si se priva en absoluto del vino. A las débiles y enfermas se les permite beberlo, pero tómenlo como un medicamento, no por deseo de saciarse.

XX (X). Qué norma han de observar las vírgenes en el uso del baño

No debes bañarte llevada del deseo de conservar nítido y bello tu cuerpo, sino solamente con el fin de mejorar un

[48] 1 Cor. 6, 9.
[49] Is. 5, 11. 22.
[50] Gen. 9, 18-28.
[51] Gen. 19, 30-37.
[52] Deut. 23, 3.

poco tu salud. Usa del baño no buscando la comodidad, sino cuando el cuidado de tu enfermedad lo exija, ya que, si acudes a él sin necesidad, has pecado, porque está escrito: *No busquéis cómo contentar los antojos de vuestra sensualidad* [53]. Una solicitud por el cuerpo que nace del afán de procurarse placer y bienestar, ha de ser considerada como un vicio, aunque no el cuidado razonable de restablecerse de una enfermedad.

Por tanto, que no te induzca a bañarte con frecuencia el bienestar que con ello experimenta el cuerpo, sino únicamente la atención que requiere tu falta de salud, porque, si la necesidad es quien te mueve a obrar, estás libre de toda culpa.

XXI (XI). Que falta gravemente la virgen que se ríe con descaro

Vive alegre en Dios, con una alegría serena y remansada, como lo recomienda el Apóstol: *Vivid siempre alegres en el Señor; vivid alegres, repito* [54]. Y en otro pasaje: *Fruto del Espíritu es el gozo* [55]. Tal alegría no perturba el espíritu con una risa grosera e inelegante, sino que eleva el alma en un deseo hacia el descanso celestial, donde escucharás aquellas palabras: *Ven a tomar parte en el gozo de tu Señor* [56].

Cuál sea el corazón de una virgen aparece muchas veces en su modo de reír. Si fuera casta su alma, cierto que no reiría con tanta desvergüenza. El rostro del hombre es como el espejo del corazón. No ríe provocativamente sino aquel que es lascivo en su alma. *De la abundancia del corazón habla la boca* [57]. Luego de la abundante vanidad interior procede la risa de la virgen. Mira lo que se lee a propósito de esto: *A la risa la tuve por desvarío, y dije al gozo: ¿Por qué te engañas vanamente?* [58] Y en otra parte: *Mezclada anda la risa con el gozo: el término del gozo es el dolor* [59]*;* y el Señor dice: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* [60]. Escucha la palabra del Apóstol a los que ríen inmoderadamente: *Truéquese vuestra risa en llanto* [61].

Hermana mía, huye de la risa como de un pecado, y transforma en llanto toda la alegría de este mundo. Serás dichosa

[53] Rom. 13, 14.
[54] Phil. 4, 4.
[55] Gal. 5, 22.
[56] Mt. 25, 21.
[57] Ibid. 12, 34.
[58] Eccl. 2, 2.
[59] Prov. 14, 13.
[60] Mt. 5, 5.
[61] Iac. 4, 9.

si vives llorando tu destierro. Los que lloran en Dios serán felices y hallarán consuelo. Sábete que andas peregrinando por la vida y que no tienes la patria aquí abajo, sino en el cielo. Con un anhelo semejante se encendía aquel siervo del Señor cuando exclamaba: *Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo*[62]. ¿En qué llamas tan ardientes de amor no deberá inflamarse la virgen? ¿Cómo no derramará abundantes lágrimas añorando a su Esposo, Cristo, hasta que pueda llegar a abrazarle, sin dejar de llorar mientras no posea a quien tanto ansía contemplar? Lloraba porque se sentía peregrino en esta vida aquel que exclamaba con tristeza: *¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado!*[63] Tu celestial Esposo te acogerá lleno de gozo y de amor en sus brazos, como supiere cuán penosamente te consumían las llamas de su recuerdo. El mismo en persona te consolará si tú lloras ahora por su ausencia.

XXII (XII). Cómo se ha de tratar a las sirvientas que profesan virginidad

Las criadas que escojas para tu servicio conforme a tu posición social, son hermanas tuyas, que como tú profesan virginidad. No las trates, pues, con acritud, atendiendo a su condición de sirvientas, sino respétalas porque así lo piden los vínculos de la profesión común. Que goce de la misma libertad que tú la que milita contigo para recibir el mismo premio destinado a la virginidad. No os exhortamos a la humildad a vosotras con el fin de ensoberbecer a aquéllas. Recíbelas tú como hermanas, y ellas, a su vez, te servirán y prestarán sus favores con agrado; no movidas de un espíritu servil, sino por libre caridad. Ciertamente *no hay en el Señor acepción de personas*[64]. En la distribución de la fe se atiende con imparcialidad a la sierva y a la señora. No queda elegida la señora y reprobada la sierva; son bautizadas indistintamente. Juntas reciben el cuerpo y la sangre de Cristo.

Los mismos patriarcas, con ser tan santos, admitían la distinción entre siervos e hijos; a aquéllos los consideraban como esclavos, a éstos como señores. Sin embargo, en lo que concernía al don de la esperanza en la vida futura, atendían por igual al hijo y al esclavo, señalando a ambos con la misma circuncisión.

[62] Phil. 1, 23.
[63] Ps. 109, 5.
[64] Eph. 6, 9.

XXIII (XIV). QUE LA VIRGEN HA DE MOSTRARSE ECUÁNIME EN LA POBREZA Y EN LA PROSPERIDAD

De nuevo me dirijo a ti, hermana mía, para hablar contigo como mi cariño de hermano lo solicita.

Recomiéndote, pues, que mantengas siempre tu alma uniforme y equilibrada, a fin de que ni te levante en alto la prosperidad ni las contrariedades te depriman, pues ya conoces la penuria y paciencia de Job. Ya habrás leído cuán ricos fueron los patriarcas, pero, al mismo tiempo, cuán humildes en su corazón. Vivirás muy feliz si en lo bueno y en lo malo dieres siempre gracias a Dios, estimando la prosperidad en esta vida como humo y vapor, que pronto se desvanecen.

David era rey, y, a pesar de sus tesoros inmensos y de haber rendido con las armas a innumerables pueblos, se humilla y exclama: *Yo viví pobre y criéme en trabajos desde mi tierna edad* [65]. El mismo dice de nuevo a la hija de Saúl: *Delante del Señor, que me eligió en lugar de tu padre, apareceré y danzaré en humildad* [66]. Y en otro lugar: *Desterrado y peregrino estoy en la tierra, como todos mis antepasados* [67].

No pongas nunca tu gozo en estas cosas terrenales. Aunque las comodidades se vayan introduciendo en la vida, no apoyes en ellas tu corazón. Que los bienes de este mundo no constituyan tu alegría, para que tampoco te aflijan sus miserias; porque está escrito: *Si las riquezas os vienen en abundancia, no pongáis en ellas vuestro corazón* [68]. Poseídas con amor, cuando perecen son causa de dolor para el que las poseyó; y así sucede necesariamente que en lo mismo en que uno se gozó carnalmente encuentra luego su aflicción.

A ejemplo de tu Esposo celestial, huye de los honores de este mundo. No desees elevarte por encima de las demás ni ser estimada como tal, porque ya habrás leído aquello de que *quien aspire a ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro siervo* [69]. El mismo Salvador se retiró cuando le buscaban para aclamarle Rey. ¿Cómo iba a aceptar un reino humano aquel que juntamente con el Padre posee un reino eterno? Pero venía para enseñar la humildad, y por eso rechazó las alabanzas de los hombres. Aquel a quien sirve

---

[65] Ps. 87, 16.
[66] 2 Reg. 6, 21.
[67] Ps. 118, 19.
[68] Ps. 61, 11.
[69] Mt. 20, 26.

todo lo que existe en el cielo y en la tierra, conservando su naturaleza de Dios, se humilló por nosotros, haciéndose pobre por la humanidad, a fin de que nos enriqueciéramos nosotros con su pobreza.

Afirma bien tus pies en las huellas que tu Esposo dejó en el camino, no sea que, habiéndote mostrado la desemejanza de tu vida con la suya, no te reciba como esposa en el reino de los cielos.

Estas cosas te digo para que desprecies o por lo menos no ambiciones como gran cosa los bienes terrenos, ni envidies a esos hombres ricos que ves por el mundo vivir opulentamente. Eso mismo que los malos pueden poseer deben despreciarlo de buena gana los buenos, porque Dios concede a los malvados riquezas temporales para negarles las eternas. También las concede a los buenos, mas porque sabe que no han de ensoberbecerse con ellas. Los buenos, con el beneplácito de Dios, lo mismo viven pobres que ricos. En la riqueza como en la pobreza, siempre dan gracias a Dios, porque aceptan de buena gana su querer. En cambio, cuando Dios concede riquezas a los malos, lo hace como enviándoles un castigo, para que se gocen en ellas culpablemente; y cuando se las arrebata lo hace también para castigarles, porque no han de sobrellevar con paciencia el verse privados de ellas. Tanto lo uno como lo otro redunda en gloria de los justos y en pena de los malvados.

¿Qué te importan a ti todas estas cosas, si ya tienes una norma que seguir? Contempla la virginidad y pobreza de María, que tan rica fué a los ojos de Dios que mereció ser Madre de Cristo, y tan pobre de bienes materiales que en su alumbramiento no tuvo el consuelo de una mujer que le ayudara. Su mismo albergue era tan destartalado, que hubo que recurrir a un pesebre que hiciera las veces de cuna. José, su esposo, era justo, pero pobre: tanto que debía ganar el pan y el vestido ejercitando un oficio, que dicen que fué el de herrero.

Ejemplos no te faltan; sigue, pues, esta norma; no te expongas a los peligros que llevan consigo las riquezas; *porque los que pretenden enriquecerse caen en tentación, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, que hunden al hombre en el abismo de la muerte y de la perdición* [70]. Los que ponen su devoto corazón en el Señor arrojan espontáneamente de sí las riquezas. Sucede que éstas vienen a aquellos que las desprecian más frecuentemente que a los mismos que las codician. *Buscad,* dijo el Señor, *el reino de Dios, y todo esto se os dará por añadidura* [71].

[70] 1 Tim. 6, 9.
[71] Mt. 6, 33.

XXIV (XV). Del permiso y de la prohibición de la carne en las comidas

La carne, por razón de tu enfermedad, no me atrevo a prohibírtela, pero tampoco a permitírtela. Sin embargo, la que tenga fuerzas suficientes que se prive por completo de ella. Porque es muy duro estarse criando a un enemigo contra quien es preciso luchar, y alimentar a la propia carne para luego experimentar su rebeldía. Y es natural que, usando la virgen las mismas cosas que los seglares, llegue a asemejarse a ellos aun en las obras. Si alimentamos a la carne con carne, ¿qué hará sino romper en voluptuosidad para entregar a la pobre alma al frenesí de la lujuria más atroz?

Dice un autor: El fin de los placeres es la corrupción. Y el Apóstol, describiendo a la viuda voluptuosa, dice: *La que vive en deleites, viviendo está muerta* [72]. Si apenas podemos emancipar a nuestro cuerpo, demacrado por la abstinencia, de la ley del pecado, que vive en nuestros miembros, ¿qué será de los que abandonan el cultivo del suelo de su alma, dejando crecer en ella espinas y zarzas?

La carne en la comida fomenta los vicios; pero no sólo el comer carne, sino el exceso en cualquier alimento debe reputarse como un vicio. Porque no es precisamente la calidad de los manjares lo que se reprueba, sino la cantidad. Todo aquello que se toma sobre lo necesario es un peso para el alma. El estómago dilatado por la abundancia de comida embota los sentidos espirituales. La virgen debe contentarse con gozar de buena salud, mas no de robustez. El color de su rostro ha de ser más bien pálido, no colorado y saludable. Que no eructe las crudezas de los alimentos quien ha de dirigir al Señor los suspiros de su corazón. Deje la carne para quienes necesitan fuerzas y vigor corporal. Los que trabajan en las minas de metal o luchan en los campos de batalla, los que levantan altos edificios y trabajan en múltiples oficios, bañado de sudor su cuerpo, éstos necesitan comer carne para reparar sus fuerzas.

La virgen que sabe sobrellevar su salud deficiente con grandeza de alma, mejor que un cuerpo muy vigoroso, es realmente una virgen excelente. ¿Para qué come carne sino para inundar su cuerpo con toda la inmundicia de los vicios? Si la enfermedad requiere este remedio, puédese tomar carne, pero como medicina. Las medicinas alivian, pero nunca hartan. Los mismos peritos en esta ciencia las em-

[72] 2 Tim. 5, 6.

plean de tal forma, que, tomadas en dosis, no carguen, sino antes bien alivien al paciente, porque es mucha verdad la que encierra aquel pensamiento del filósofo: "Nada en demasía."

XXV (XVI). Que la virgen debe perseverar en el monasterio en que comenzó a vivir

Te recomiendo encarecidamente que permanezcas en tu monasterio. La compañía de otras muchas jóvenes semejantes a ti te aprovechará grandemente, y contemplando las virtudes de las demás te harás una virgen virtuosa. Aunque alguna vez broten diferencias en la comunidad, dada la diversidad de caracteres, y aunque de cuando en cuando las murmuraciones de las imperfectas entristezcan a las más espirituales, nunca te faltará alguna a quien poder imitar en sus buenas costumbres.

Sufrir a las religiosas imperfectas es de virtud probada, pero imitar a las fervorosas es de grande esperanza. Las desedificantes aprenden la paciencia de las religiosas santas, y éstas dejan a las otras el ejemplo de sus virtudes. De esta suerte, a quien va adelantando le son de provecho tanto unas como otras: a aquéllas las sufrirá pacientemente, a éstas las imitará con dulzura y suavidad. *Siendo como sois prudentes,* dice el Apóstol, *soportáis con alegría a las imprudentes*[73]. Y en otro lugar: *Así vosotros, como más fuertes, debéis soportar las debilidades de los menos firmes y no dejaros llevar de vana complacencia. Cada uno de vosotros procure dar gusto a su prójimo en lo que es bueno y puede edificarle*[74].

No te escandalicen las murmuraciones de las disipadas; la vida de las religiosas santas te consolará. Además, como no sabes cuánto tiempo te queda de permanencia en este mundo, tienes que padecer algo por el don de la gloria celestial.

XXVI (XVII). Que se debe huir de la vida solitaria

Huye, yo te lo suplico, de la vida solitaria. No imites a esas religiosas que habitan en las ciudades en celdas particulares. Una multitud de preocupaciones las oprime. Por

[73] 2 Cor. 11, 19.
[74] Rom. 15, 1.

una parte, de agradar al mundo: no quieren usar un vestido menos elegante; abrumadas, además, por los cuidados domésticos, buscan con poca diligencia las cosas que pertenecen al servicio de Dios.

La Iglesia recibió de los gentiles el uso de la vida solitaria. Los apóstoles, como no lograban reducir a los gentiles a su género de vida, permitieron a la Iglesia, formada con gente de origen pagano, hacer vida en privado y poseer bienes en propiedad. Por el contrario, los hebreos que creyeron en la doctrina apostólica observaron la misma regla que hoy se practica en los monasterios. Lee lo que se dice en los Hechos de los Apóstoles y hallarás que son verdaderas mis afirmaciones: *Toda la multitud de los fieles tenía un mismo corazón y una misma alma; ni había entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía, sino que todos los que tenían posesiones, vendiéndolas, traían el precio de ellas y lo ponían a los pies de los apóstoles, el cual después se distribuía según la necesidad de cada uno* [75].

Considera que las que viven en los monasterios con una regla determinada realizan la vida de los apóstoles. No dudes, pues, de que participarás de los méritos de aquellos cuya conducta imitares.

XXVII (XIII). De la discreción de la superiora con cada persona en particular

¿Y qué, si deben ser comunes todas las cosas entre quienes profesan la misma vida? Es verdad, y así lo leemos. Pero esto será si todas pueden realizar los mismos trabajos. Para eso está la discreción de la superiora, que verá las posibilidades de cada una. Así se podrá distribuir a cada cual conforme a lo que necesita. Quien pudo vivir en el mundo con distinción y lujo espléndidos, en el monasterio ha de ser tratada con más delicadeza; y la que abandonó preciosos vestidos merece uno un poco más digno en la religión [76]. Asimismo, la que llevó una vida pobre, careciendo de alimento y vestido, puede sentirse muy dichosa si en el monasterio no padece frío ni hambre. No murmure de que sea tratada con más consideración la que en el mundo gozó de toda clase de comodidades.

---

[75] Act. 4, 32.

[76] Acerca de esta norma, un poco extraña a nuestra mentalidad, pero comprensible en los tanteos iniciales de la vida común y en pueblos herederos de las concepciones germánicas, véase lo escrito en el trabajo precedente, p. 3.ª, c. 5, a. 1, n. 139, nota 95, y a. 3, n. 149, nota 259.

Si no se trata a cada cual según lo exige su condición social, la que en el mundo fué pobre se vuelve soberbia en el monasterio, y la que anteriormente gozaba de buena posición se rebaja demasiado. Esto es una falta de sentido: ensoberbecer a aquellas que proceden de familia humilde y herir y causar tristeza a las de clase más elevada. Si se posee lo suficiente para que todas reciban lo que es justo, nada tiene de qué murmurar. La superiora determinará prudentemente lo que se debe conceder a cada una según su necesidad.

Pero me dirás: ¿para qué vino al monasterio sino para convertirse de rica en humilde? Te respondo que si ésta desciende de tan alto a una humillación tan profunda, la que vivió pobremente no tendrá de qué humillarse, antes se ensoberbecerá.

La caridad suaviza y allana todas las cosas, conduciéndolas a un límite común de paz, haciendo que ni se engría la que dejó riquezas ni se deprima la que vivió como pobre sirvienta. La superiora, a su vez, habrá merecido toda suerte de alabanzas por haberse portado con todas de forma que cada cual recibiera lo que le era conveniente. Esto por lo que se refiere al vestido, comida y bebida. Lo mismo se diga del trabajo en las de complexión más frágil y delicada. Por lo demás, con aquellas que tienen fuerzas suficientes se comportará la superiora con discreción. Pero al atender a la vida de bienestar y comodidad que algunas llevaron, o al mirar por la débil salud de otras, no debe concederles los privilegios debidos a las más antiguas, ya que se convirtieron más tarde que ellas.

Hablándote de esto, hermana mía, me he extendido en mi tratado en múltiples deseos. No quiero, sin embargo, imponer una carga a nadie. Solamente aconsejo y recomiendo aquello que me parece más perfecto.

XXVIII (XVIII). Que las vírgenes no deben poseer cosa peculiar en el monasterio

Aborrece como una peste terrible el poseer peculio, lo cual se mira en los monasterios como un pecado enorme. Es un verdadero adulterio, porque el uso privado de una cosa mancha de codicia la entereza de la buena conciencia. Es un pecado de hurto, ya que, siendo común a todas cuanto posee el monasterio, hay una que se atreve a guardar algo ocultamente a espaldas de las demás y, aunque en público usa lo mismo que la comunidad, se reserva alguna cosa furtivamente. Es fraude manifiesto, porque no deposita para

el uso común lo que posee, sino que oculta una pequeña cantidad para su uso particular. Sólo un crimen comete, pero es universal el contagio. Huye de un pecado que supone tan refinada malicia, como de un precipicio del infierno y como de uno de los caminos que conducen a él.

Desde aquí se despeñó Judas hasta el crimen horrible de la traición y entrega del Señor, de un pecado de hurto que cometió arrastrado por su codicia. Gozando, en unión con los apóstoles, de todo aquello que entre ellos era de uso común, no se contentó con lo que en la comunidad se consideraba como suficiente. ¿Qué es lo que dice de él el Evangelio? *Era ladrón y, teniendo la bolsa, se llevaba o defraudaba el dinero que se echaba en ella* [77].

Recuerda la conducta de Ananías y Safira. Presentaron al apóstol una parte de su ganancia, ocultando otra para sí, y fueron condenados por Dios en juicio manifiesto. No se retardó el castigo de aquel crimen con el fin de que sirviera de escarmiento a las generaciones venideras [78]. Asimismo, quien reserva para su uso privado algo de la comunidad, justo es que sea apartado de la participación de la vida eterna. Cuanto llegue a tus manos preséntalo a la superiora y colócalo a disposición de la comunidad, porque realmente la suerte de Judas y el castigo de Safira infunden gran temor.

XXIX (XIX). Que las vírgenes no deben jurar

Observa con cuidado no jurar nunca, sino decir siempre la verdad. Y es que así como se permitió jurar a las personas carnales por temor al engaño, así a las espirituales les está prohibido, aunque tengan conciencia de la posesión de la verdad: *Sea,* se nos dice, *vuestro modo de asegurar una cosa: Sí, sí; no, no; pues lo que a esto se añade, es del mal espíritu* [79]. Guárdate, pues, de jurar, aunque sea en bien, porque es indicio de malicia. La necesidad de jurar la crea la poca fe en la propia conciencia. Por eso se dice que el jurar arguye malicia.

Se obliga a jurar a los hombres cuya fidelidad es dudosa. Pero tú, que debes patentizar en tus palabras la sencillez de tu corazón, ¿por qué te ligas espontáneamente con un juramento? Desarraiga la costumbre de jurar aun con verdad, y no caerás en perjurio. Habla la verdad con todo tu corazón y desaparecerá la necesidad de jurar, conforme a aquello que leemos: *No acostumbres tu boca al juramento, porque son muchas por eso las caídas* [80].

[77] Io. 12, 4-7.
[78] Act. 5, 1-11.
[79] Iac. 5, 12.
[80] Eccli. 23, 9.

XXX (XX). Que las vírgenes no deben conversar a solas entre sí

No escojas a una para hablar e intimar con ella, abandonando a las demás. Lo que es bueno que lo sepa una, han de saberlo también las otras. Escucha lo que dice el Señor: *Lo que os he dicho de noche, decidlo a la luz del día; y lo que os digo al oído, predicadlo desde los tejados* [81]. Esto significa que, si algo fuere comunicado confidencialmente a vuestro corazón, habéis de decirlo en público, y lo que concebisteis en vuestro interior es menester que lo manifestéis a todo el mundo. Si lo que habláis es bueno, ¿por qué una solamente ha de tener noticia de ello y no todas?; pero si es algo inconveniente, ya sabes que no puedes ni pensar ni manifestar cosa que sonroje a tus hermanas. No suele ser en bien lo que la virgen trata confidencialmente con otra: *Todo el que obra mal,* dice el Señor, *odia la luz* [82]. Y como dijo el más prudente de los filósofos: *Las cosas que se obran rectamente buscan aparecer a la luz del día.*

¡Oh virgen!, ¿hablas acaso ocultamente porque no tienes de qué gloriarte en público? Pero porque logres burlar los ojos de los hombres, ¿podrás encubrirte al entendimiento de Dios? Muy hermosamente dijo uno: "No hagas ni pienses lo que no desees que llegue a conocer Dios."

Sea, pues, inocente tu conciencia y libres de culpa tus palabras. No te complazcas en oír ni pensar cosas reprobables, y mucho menos en decirlas o ponerlas por obra.

XXXI (XXI). Que la virgen no debe desear volver al mundo

Ya enfilamos al puerto la nave de este tratado, y después de haber recorrido un océano de palabras, arrojamos el ancla en la orilla para descansar. Inspirado, sin embargo, por el cariño que te profeso, me lanzo de nuevo a este oleaje verbal, suplicándote, por la Trinidad bienaventurada de la única divinidad, que ya que, como Abrahán, has salido de tu tierra y de tu familia, no vuelvas la vista atrás, como la mujer de Lot [83].

Que tu mal ejemplo no sea para otras una exhortación

[81] Mt. 10, 27.
[82] Io. 3, 20.
[83] Gen. 19, 25-27.

al bien, ni observen en ti lo que deben evitar en sí mismas. La mujer de Lot se convirtió para otros en condimento de prudencia, para sí misma en estatua de necedad. A ella le perjudicó su mala acción; los demás, a su vez, se aprovecharon con su ejemplo para lo contrario.

Nunca te preocupe la idea de volver a la tierra natal; si Dios hubiera querido que vivieras en ella, no te hubiera sacado de allí. Porque conocía que había de ser conveniente para el cumplimiento de tus propósitos, te arrancó providencialmente de ella, como a Lot de Sodoma y como a Abrahán de la tierra de los caldeos.

Muchas veces hablé con nuestra madre, deseando saber si quería regresar a su patria. Ella conocía muy bien que había salido de allí cumpliendo el beneplácito de Dios; por eso exclamaba, poniendo por testigo a Dios, que ni deseaba contemplar de nuevo su patria ni de hecho la volvería a ver jamás. El destierro, decía, me hizo conocer a Dios; moriré en el destierro y en él deseo ser enterrada, porque en él conocí a Dios.

Esto es, Jesucristo lo sabe, lo que conocí de sus deseos y aspiraciones: que, aunque viviera más tiempo, no volvería a contemplar de nuevo su patria.

Te ruego, hermana mía, que te guardes de aquello que tanto temía tu madre; que evites lo que ella huía por haberlo experimentado.

Ahora me pesa, ¡infeliz de mí!, el haber enviado allí a nuestro hermano Fulgencio, cuyos peligros me mantienen en un temor constante; pero estará seguro si tú, mejor resguardada y a distancia, ruegas por él desde aquí.

En tales circunstancias fuiste trasladada de aquella tierra, que no te acordarás ya ni de que naciste en ella. Ningún recuerdo puede agitar tu alma con la nostalgia. Yo te hablo por experiencia propia. Aquella nuestra patria ha degenerado de su primitivo estado y hermosura, de forma que ya no queda en ella hombre libre, ni el mismo suelo goza de aquella abundancia y de aquella fertilidad acostumbradas. Y no sin juicio de Dios; porque un territorio al que han sido arrebatados sus ciudadanos y entregados a los extraños, luego que fué despojado de su honor, perdió también la fertilidad.

Mira, hermana mía, cómo te amonesto lleno de temor y tristeza, para que la serpiente no te arranque del paraíso y te coloque en la tierra que produce espinas y abrojos. Desde ella querrás extender de nuevo tus manos y tomar del árbol de la vida su fruto, pero no te será permitido tocarlo.

Conjúrote con el profeta y te suplico en la presencia de

Jesucristo: *Escucha ¡oh hija!, y considera y presta oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y el Rey se enamorará de tu hermosura, porque El es el Señor Dios tuyo* [84]. *Ninguno que después de haber puesto su mano en el arado vuelve los ojos atrás, es apto para el reino de Dios* [85]. No desees volar *de aquel nido que halló la tórtola para poner sus polluelos* [86].

Eres hija de simplicidad, ya que tienes por madre a Tórtola. Por parte de una misma persona eres objeto de los favores de muchos amigos juntos. Ten a Tórtola por madre, ten a Tórtola por maestra; sea para ti madre más amada la que cada día te engendra en Cristo con su afecto que la misma que te dió la vida. Ahora que eres libre, resguárdate en su seno de todas las tormentas y de todo el torbellino del mundo. Séate dulce vivir como adherida a su lado. Séate dulce su regazo, ahora que eres mayor de edad, como te era gratísimo cuando todavía eras niña.

En fin, queridísima hermana Florentina, mi hermana según la sangre, te ruego que no te olvides de mí en tus oraciones. Acuérdate de Isidoro, nuestro hermano menor. Nuestros padres, colocándolo bajo la protección de Dios y de los tres hermanos restantes, pasaron al Señor alegres y sin la más mínima preocupación acerca de su infancia.

Yo le amo como a verdadero hijo y prefiero su cariño a todas las cosas temporales; reclinado en su amor descansaré tranquilo. Amale tú con tanta mayor ternura cuanto sabes que fué especialísimo el cariño que nuestros padres le profesaron. Encomiéndale a Jesús. Creo firmemente que tus virginales plegarias inclinarán hacia nosotros los oídos de Dios.

Si guardares con fidelidad la alianza que has establecido con Cristo, te será entregada la corona de los que obran el bien, y a Leandro, que te exhortó, se le concederá el perdón. Si perseverares hasta el fin, te salvarás.

---

[84] Ps. 44, 11-13.
[85] Lc. 9, 62.
[86] Ps. 83, 4.

SECCION II

LITERATURA GRIEGA

PSEUDOCLEMENTE ROMANO

CARTA A LOS VIRGENES

Joya en verdad de oro viejo con la pátina de espontaneidades primitivas. Y decimos joya, en singular, porque ambas epístolas no debieron formar, en su origen, sino un solo documento, quebrado al azar en dos, como lo prueban la falta de cláusula final en la primera carta y la ausencia de introducción en la segunda. Si el estado actual de la crítica no permite admitir el testimonio de San Epifanio y San Jerónimo [1], *que las atribuyeron al Papa San Clemente, no por eso pierden dichas cartas un ápice de su interés pastoral e histórico, pues sus palabras suenan a vagidos de comunidades aún niñas en el desarrollo de su organización ascética.*

El ambiente de sus destinatarios, con sus dones de profecía y de doctrina, con sus carismas de exorcismos y de curaciones y con los primeros brotes del malaventurado syneisactismo, que tratan de prevenir, sólo tiene su plena realidad en las primeras decenas del siglo III [2]. *Fácilmente nos imaginamos a su autor, un asceta de autoridad relevante, natural de Siria o Palestina, según hace sospechar la difusión que en estas regiones tuvo aquel escrito* [3]. *Se dirige a los va-*

---

[1] SAN EPIFANIO, *Adversus haereses*, lib. I, t. II, haeresis 30 *Adversus Ebionaeos*, c. 15 : PG 41, 429-432 ; SAN JERÓNIMO, *Adversus Iovinianum*, lib. I, c. 12 : PL 23, 228.

[2] * A. HARNACK, *Die altchristliche Litteratur bis Eusebius. Die Chronologie*, t. II (Leipzig 1904), pp. 133-135. FUNK retrasa su composición hasta el siglo IV. (Cf. FPA, vol. II, p. IV.) Por el contrario, F. NAU supone que pudieron ser escritas en el siglo II. (Cf. *Clementins (Apocryphes)* en DTC, t. III, c. 221.)

[3] En Palestina al menos dichas cartas eran públicamente leídas

rones y mujeres consagrados a la virginidad en alguna otra comarca vecina, exponiéndoles ingenuamente sus entusiasmos por la continencia perfecta y las normas que han de seguirse en el trato social. Al trasluz se lee en el papel la preocupación que embarga al autor por el abuso de las vírgenes introductas, que se inicia en algunas Iglesias y que habría de condenar poco después en Occidente con tanta energía San Cipriano.

En la primera carta, tras una breve dedicatoria a los vírgenes de ambos sexos, se advierte cómo a la virginidad verdadera han de acompañar las buenas obras (I-III), se recuerdan los premios y las dificultades de la continencia (IV-V) y, propuesto el ejemplo de los santos y de Cristo (VI-VII), se apuntan los vicios que han de evitarse por quienes son templos de Dios (VIII-XI) y las normas a que han de ajustarse sus actividades de caridad y apostolado (XII-XIII). En la segunda carta expone el autor el modo ordinario de conducirse que observan los ascetas respecto a las vírgenes en las diversas circunstancias que pueden ofrecerse a un continente, según se presente en un lugar donde habiten otros ascetas o donde vivan únicamente mujeres cristianas, tal vez una sola, o donde, en fin, no se hallen sino paganos (I-VI). En todo caso han de evitarse las familiaridades entre los continentes de ambos sexos, ocasión de graves peligros, como aparece en múltiples ejemplos de la Sagrada Escritura (VII-XIII). En las normas del Antiguo Testamento y, sobre todo, en los ejemplos de Cristo y de los apóstoles puede aprenderse la prudencia necesaria para conservar el brillo virginal (XIV-XV). Con el broche de una exhortación de hermano se cierra la totalidad de la antigua epístola (XVI).

El texto de la carta no fué conocido en Occidente hasta el 1752, en que J. Wetstein la publicó en lengua siríaca juntamente con una traducción latina. Mucho se ha discutido sobre cuál fuese el idioma original del documento, repartiéndose las opiniones entre el siríaco y el griego. Hoy la sentencia de la crítica parece favorecer a este último, una vez que se han reconocido numerosos y extensos fragmentos, engarzados en sus Pandectas de la Escritura Sagrada

---

en las iglesias, y su presentación primera en el siglo XVIII en Occidente fué a través de un códice trascrito en 1470, donde se contenían juntamente con la traducción siríaca de la mayor parte del Nuevo Testamento.

por Antíoco, el monje de San Sabas, escritor del siglo VII. Las citas revelan que el compilador palestinense tuvo ante sus ojos un original griego completo. En la traducción castellana hemos seguido de ordinario el texto griego en los fragmentos conservados, o, por lo menos, lo hemos tenido presente en aquellos capítulos en que el monje de Palestina abrevia el contenido original o acomoda evidentemente sus frases al contexto de su propia obra [4].

---

[4] Empleamos la edición de DIEKAMP, DPA, vol. II, pp. 1-49, quien ha recogido cuidadosamente los fragmentos griegos conservados por Antíoco. Nos atenemos en el uso del paréntesis a los empleados por dicho autor para indicar las supuestas glosas explicativas del traductor latino. En los textos bíblicos seguimos la lectura presentada por el autor de las cartas.

CARTA I

I. Dedicatoria

A cuantos aman y desean su salvación en Cristo por Dios Padre, a cuantos obedecen a la verdad eterna con la esperanza de una vida inmortal y abrazan en la caridad de Dios a [sus hermanos] los vírgenes bienaventurados, que se consagraron a la virginidad *por el reino de los cielos,* y a las vírgenes santas, sea concedida la paz propia del señor Dios [5].

II. Los vírgenes deben resplandecer por sus buenas obras

Cualquier varón que determine hacerse inhábil para el matrimonio *por el reino de los cielos* o cualquier mujer que profese el estado de virginidad [6], deben esforzarse por todos los medios posibles para ser dignos del reino de los cielos. Porque este reino no se conquista con la elocuencia, la forma externa, el nombre, la prosapia, la belleza, la robustez o la larga vida, sino con la virtud de la fe. Fe que el justo declarará eficazmente con la práctica de las obras. El que es verdaderamente justo por la fe, posee una fe eficaz, una fe siempre creciente, una fe sin vacilaciones, una fe que le iluminará en las buenas obras para que sea glorificado el Señor Dios de todo el universo.

Por tanto, los que en verdad son vírgenes oyen la voz de aquel que dijo: *No se aparte de ti la misericordia y la fe; cíñelas a tu cuello y hallarás gracia ante el Señor; y propónte buenas acciones delante de Dios y de los hombres* [7]. *Los caminos de los justos brillan como una luz, avanzan e iluminan hasta que llega el día a su plenitud* [8].

[5] En la lengua siríaca la palabra *vírgenes*, repetida bajo diversa forma, designa por sí misma separadamente a los vírgenes de uno y otro sexo. El original griego de este párrafo, no conservado, diría τοῖς μακαρίοις παρθένοις y luego ταῖς ἱεραῖς παρθένοις.

[6] Las palabras varón y mujer no se hallan en el original griego, pero deben evidentemente presuponerse, dada la doble expresión de Ὁ ὄντως εὐνουχίσας y de ἡ παρθενεύσα.

[7] Prov. 3, 3 s.

[8] Prov. 4, 18.

Los rayos de luz que despiden, ilustran, aun ahora, al mundo entero gracias a sus buenas obras, de modo que son en realidad *luz del mundo para los que se asientan en las tinieblas* [9], a fin de que éstos, ayudados por la luz de las obras buenas de la piedad, puedan levantarse y huir de las sombras en que se hallan, cumpliéndose el consejo de *que vean vuestras buenas obras y alaben a nuestro Padre celeste* [10]. Es necesario que el hombre de Dios se presente perfecto, bien adornado y lo mejor que pueda desearse en toda palabra y acción buena, realizándolo todo según el orden debido.

III. El nombre de virgen sin buenas obras es nombre vano

Son los vírgenes de uno y otro sexo un bello modelo para los fieles creyentes y aun para aquellos que más tarde han de convertirse a la fe. El solo nombre [de creyente] no basta para conducir a uno al reino de los cielos. Unicamente quien sea fiel con toda verdad, logrará salvarse. Pues quien es creyente sólo de nombre, y no en sus obras, ese tal no es creyente en realidad.

[Precaveos], por tanto, [para] que *no os engañe alguno con palabras vanas de error* [11]. Por el solo hecho de llevar el nombre de virgen, si con ello faltan en la práctica las obras admirables y santas acomodadas al estado virginal, nadie podrá salvarse. Aun cuando uno sea llamado virgen, si no procura al mismo tiempo poseer las virtudes correspondientes, propias y peculiares de la virginidad, no tendrá de hecho sino aquella virginidad llamada por el Señor virginidad necia. Ya que, no teniendo consigo la luz ni el aceite necesario, quedará excluída del reino de los cielos, privada de los gozos del Esposo y computada entre los que le odian.

Creen ser algo, sin haber hecho en verdad obra alguna de valor, y se engañan a sí mismos. Examine, por tanto, cada uno su modo de obrar [12] y conózcase a sí mismo, pues es vana la piedad de aquellos que, profesando exteriormente virginidad y continencia, renuncian al verdadero valor de estas virtudes. Una tal virginidad debe conside-

---

[9] Cf. Mt. 5, 14; 4, 16; Is. 9, 2.
[10] Mt. 5, 16.
[11] Eph. 5, 6.
[12] Gal. 6, 3 s.

rarse como inmunda y desprovista de toda buena obra. *Por los frutos se ha de conocer cada árbol*[13].

Atiende a lo que te digo. El Señor es quien te dará el verdadero conocimiento[14]. Quien prometa delante de Dios conservarse en castidad, ha de abrazarse con la pureza en el santo temor del Señor. Y si en verdad ha clavado su carne con el temor divino, habrá quedado libre de aquel otro temeroso mandato del Señor: *Creced y multiplicaos;* se habrá visto exento de todas estas ansiedades, habrá evitado las solicitudes del mundo, los engaños, los placeres, la crápula, la embriaguez, las confusiones propias de Babilonia y todo lo relativo a esta vida terrena, y se habrá apartado del mundo y de sus seducciones, evitando sus lazos e impedimentos, de modo que, viviendo en la tierra, su verdadera carta de ciudadanía esté en los cielos.

IV. Renuncias y premios de la virginidad

Deseando, pues, bienes mucho más excelentes, el virgen se aparta del mundo para llevar una vida divina, celestial, angélica, ejercitando una piedad pura, inmaculada y santa en el Espíritu de Dios y sirviendo en adoración al Señor omnipotente con la vista puesta en el reino de los cielos.

Por cuya causa renuncia asimismo a toda concupiscencia de la carne, sin contentarse con sólo abstenerse de aquel *creced y multiplicaos*. Suspira con la esperanza de los bienes prometidos, preparados y dispuestos en los cielos por Dios, que, según lo declaró, y no miente, *son mucho más preclaros que la felicidad de tener hijos e hijas*[15]. A los vírgenes de uno y otro sexo prometió que les había de otorgar un puesto en la mansión de Dios más preclaro que la gloria proveniente de haber engendrado hijos e hijas; y desde luego mucho más noble que el que corresponderá a los casados, aun cuando hayan vivido en casto connubio y hayan conservado inmaculado su tálamo. Es decir, que a los vírgenes de uno y otro sexo, tenida en cuenta su profesión de vida sublime y heroica, ha de conceder Dios el reino de los cielos como a los santos ángeles.

---

[13] Mt. 12, 33.
[14] 2 Tim. 2, 7
[15] Is. 56, 5.

V. Fortaleza necesaria para vencer las dificultades de esta virtud

Deseas ser virgen. Pero ¿has considerado cuántos trabajos y molestias lleva consigo la verdadera virginidad, la que se mantiene constante delante de Dios en todo tiempo, sin apartarse jamás de El, *siempre solícita por ver cómo pueda agradar a su Señor con cuerpo y espíritu* casto? [16] ¿Sabes tal vez cuánta sea la gloria de la virginidad y por eso te consagras a ella? Pero ¿conoces y te has dado cuenta de lo que deseas llevar a cabo? ¿Conoces lo que es el oficio sublime de la santa virginidad? ¿Sabes que es menester *luchar y combatir legítimamente* [17] para obtener los laureles que elegiste y ser coronado con pompa [triunfal], ascendiendo a la superna Jerusalén?

Si, pues, deseas todo esto, vence a tu cuerpo, vence la concupiscencia de la carne, vence al mundo con el espíritu de Dios [18], vence las vanidades del presente siglo, que pasan, se desgastan, se corrompen y tienen pronto fin; vence al dragón, vence al león, vence a la serpiente, vence a Satanás con la ayuda de Jesucristo, que te dará fuerzas por medio de su palabra y de la divina Eucaristía. *Toma tu cruz y sigue* a Jesucristo, tu Señor [19], que te purificó. Esfuérzate por correr recta y confiadamente, no con temores, sino con gran ánimo, fortalecido con la esperanza de tu Señor, a fin de que *gracias a Jesucristo alcances la corona victoriosa de tu elevada vocación* [20].

Quienquiera que camine con fe perfecta y sin temor, obtendrá de hecho la corona de la virginidad, que, así como es empresa de gran trabajo, lleva también consigo gran premio. ¿Entiendes y comprendes ahora cuán digna de honor sea la castidad? ¿Comprendes qué cosa tan excelente sea la gloria de la virginidad?

VI. Los grandes santos fueron vírgenes

La santa Virgen llevó en su seno a nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. De ella tomó nuestro Señor el cuerpo

[16] 1 Cor. 7, 32 y 34.
[17] Cf. 2 Tim. 2, 5.
[18] El fragmento griego conservado por Antíoco construye diversamente todas estas frases, refiriéndolas a la primera persona del plural; pero evidentemente se trata de una acomodación de dicho autor, que no se articula bien con el sentido del contexto ofrecido por la traducción latina del siríaco, que en este caso nos parece más aceptable. [19] Mt. 16, 24. [20] Phil. 3, 14.

que llevó en esta vida y con el que realizó su combate. (Después que nuestro Señor se hizo hombre en el seno de una virgen, guardó siempre este género de vida en el mundo.) De aquí podrás entender la gloria de la virginidad.

Cuantos se consagren a Dios deben hacerse imitadores de Cristo. Piensa en Juan el precursor del Señor, *el mayor de cuantos han nacido de mujer*[21], legado santo de nuestro Señor, que fué virgen. Imita, pues, a este legado y muéstrate amigo suyo en todas las cosas. Piensa en el otro Juan, *que descansó sobre el pecho del Señor, y a quien Jesús tanto amaba*[22], y que también fué virgen. No sin razón especial era preferido particularmente por el Señor. Piensa también en Pablo, en Bernabé, en Timoteo y en todos los otros cuyos nombres están escritos en el libro de la vida[23], todos los cuales estimaron y amaron la castidad y corrieron en este certamen, llevando a buen término su carrera de un modo inmaculado, como imitadores de Cristo e hijos verdaderos del Dios vivo. Hallarás que también Elías y Eliseo y otros muchos llevaron una vida pura e inmaculada.

Si deseas, pues, hacerte semejante a estos santos, imítalos con todas tus fuerzas. *Considerad,* dice la Escritura, *el feliz éxito de su conducta e imitad su fe*[24]. Y en otro lugar aconseja: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*[25].

VII. Imitación de Cristo

Los imitadores de Cristo le imitan en verdad con todas sus fuerzas; pues los que se revistieron de Cristo, se configuran con la imagen de Cristo en todas sus obras, en la vida, en la conducta, en los propósitos, en las palabras, en los actos, en la paciencia, en la fortaleza, en la prudencia, en la justicia, en la longanimidad, en la tolerancia de las injurias, en la piedad, en la santidad, en la continencia, en la fe, en la esperanza y en la caridad perfecta para con Dios.

Por tanto, ninguno de los que profesan virginidad, sea varón, sea mujer, podrá salvarse a no ser que se haga en todo semejante a Cristo y a los que son de Cristo. El varón que se ha hecho inhábil para el matrimonio y la mujer que

---

[21] Mt. 11, 11. Los fragmentos griegos conservados por Antíoco se hallan en este capítulo claramente abreviados, por lo cual tenemos en cuenta las adiciones de la versión siríaca.

[22] Io. 21, 20.

[23] Phil. 4, 3.

[24] Hebr. 13, 7.

[25] 1 Cor. 11, 1.

profesa virginidad en el Señor son *puros en el cuerpo y en el alma* [26], sirviendo al Señor en el espíritu de Dios, sin distracciones y con constancia, y procurando complacerle con una conducta pura e inmaculada, *siempre solícitos del modo cómo agradar a su Señor* [27]. Estos tales están siempre en espíritu con su Dios, cumpliendo lo que se halla escrito: *Sed santos como yo soy santo,* dice el Señor [28].

VIII. Vicios que han de evitar los vírgenes de ambos sexos

No por tener uno el nombre de santo es ya santo, sino que es menester mostrarse tal en cuerpo y en espíritu. Los vírgenes, sean varones, sean mujeres, deben buscar su felicidad en hacerse semejantes a Dios y a su Cristo y en imitarlos con perfección.

En los tales no se ha de dar la prudencia de la carne. Pues en quienes habita el espíritu de Cristo y son verdaderamente fieles no puede existir la prudencia de la carne, *que lleva consigo fornicación, impureza (lascivia), idolatría, encantamientos, enemistades, contiendas, celos, animosidades, disputas, detracciones, sediciones, envidias, asesinatos, embriagueces, comidas excesivas, bufonería, palabras necias* [29], risas, imprudencia, dicterios, calumnias, acritud, ira, clamores, blasfemias, frivolidades, malicia, invenciones perversas, perjurios, charlatanería, palabras dolosas, habladurías, mofas, viles artificios, perversas ocupaciones, citaciones a los tribunales, desidia, vanidad, jactancia por el linaje, por la belleza exterior, por la patria, por las riquezas, por las fuerzas corporales, por la elocuencia; ambición litigiosa, odio, rencor, iracundia, enemistades, fingimientos, deseos de venganza, gula, codicia, *avaricia, que es una idolatría; ansia de riquezas, que es raíz de todos los males* [30]; afán de ornato, vanagloria, deseo de honores, audacia, arrogancia, a la que se da el nombre de peste; soberbia, *a la que Dios resiste* [31].

Quien tiene estos o semejantes vicios es carnal e hijo de nuestro enemigo. *Porque lo que nace de la carne es carnal, y quien trae su origen de la tierra, habla de cosas terre-*

[26] I Cor. 7, 34.
[27] I Cor. 7, 32.
[28] Lev. 11, 44; 19, 2; I Petr. 1, 16.
[29] Gal. 5, 19-21.
[30] Col. 3, 5, y I Tim. 6, 10.
[31] Prov. 3, 34; Iac. 4, 6; I Petr. 5, 5.

nas[32] y en ellas piensa. *Todo deseo proveniente de la carne envuelve enemistad con Dios, pues no se somete a ley divina, ni puede someterse*[33], ya que en semejantes concupiscencias carnales no habita el espíritu de Dios. *No permanecerá mi espíritu en tales hombres a lo largo de los siglos,* dice la Escritura, *porque son carne*[34]. *Quien no posee el espíritu de Cristo, ese tal no es de Cristo*[35], según está escrito: *Se apartó de Saúl el espíritu de Dios y le atormentó el espíritu maligno que sobre él envió el Señor*[36].

IX. Templos del Espíritu Santo y pueblo elegido de Dios

Quien posee el Espíritu de Dios, procede según él; y quien obra según el Espíritu de Dios, *mortifica las obras de la carne y vive para el Señor, reduciendo su cuerpo a servidumbre y atormentándolo a fin de que al predicar a los otros*[37] pueda mostrarse a los fieles como ejemplo perfecto y modelo, ejercitándose en obras dignas del Espíritu Santo *para no ser réprobo,* sino al contrario, para ser acepto a Dios y a los hombres.

En el verdadero varón de Dios, y sobre todo en los vírgenes de ambos sexos, no se dan deseos de carne, sino que sus frutos son frutos de espíritu y de salvación, de manera que [los tales] son en verdad ciudad de Dios, morada y templo en que habita y se halla el Señor como en la ciudad santa de los cielos. De este modo *os mostraréis como luminarias al mundo, proponiendo palabras de vida*[38] y siendo en realidad honor, gloria y corona de alegría y gozo para los siervos fieles en Cristo nuestro Señor.

Con esto, *todo el que os vea conocerá que sois la generación bendecida por el Señor*[39], la generación ínclita, el *sacerdocio real, la raza santa, el pueblo posesión del Señor*[40], los herederos de las promesas *incorruptibles e inmortales, que ni ojo vió, ni oído oyó, ni sospechó el corazón del hombre, y que tiene Dios preparadas para los que le aman*[41] y observan sus mandamientos.

[32] 1 Cor. 3, 3; Io. 3, 6.
[33] Rom. 8, 7.
[34] Gen. 6, 3.
[35] Rom. 8, 9.
[36] 1 Reg. 16, 14.
[37] Rom. 8, 13; 1 Cor. 9, 27.
[38] Phil. 2, 15 s.
[39] Is. 61, 9.
[40] 1 Petr. 2, 9.
[41] 1 Cor. 2, 9. Cf. 1 Petr. 1, 4.

X. Peligros principales de los continentes

Estamos persuadidos, hermanos, que pensáis practicar todo lo necesario para vuestra salvación. Pero pasamos a tratar de las cosas de que os queremos hablar por los rumores maliciosos [que al presente corren] de ciertos hombres sin pudor, que bajo pretexto de piedad moran juntamente con vírgenes [en la misma casa], exponiendo sus almas a graves peligros; o al menos caminan con ellas a solas por sendas y lugares apartados, modo de proceder lleno de peligros y erizado de tropiezos, de lazos y de fosos traidores. Semejante conducta es indigna de cristianos y de [varones] dedicados a la piedad.

Hay otros que se acomodan en los asientos convivales, comiendo y bebiendo con las vírgenes y con los consagrados a Dios entre los excesos de la lascivia, de la liviandad y de innumerables torpezas. Todo lo cual es indigno de quienes son verdaderos creyentes, y mucho más de quienes han elegido para sí el estado virginal. Hay también quienes van en busca de compañeros para entretenerse con vanas y fútiles conversaciones, con risotadas descompuestas y con críticas malignas de los demás, andando a caza de murmuraciones de unos contra otros y mostrándose desidiosos. Con éstos no os permitimos *ni siquiera tomar juntamente el alimento* [42].

Hay, finalmente, algunos que andan recorriendo las casas de los vírgenes de uno u otro sexo bajo pretexto de visitarlos, de leer con ellos las Sagradas Escrituras, de pronunciar exorcismos o de enseñar. Impulsados de hecho por la ociosidad, y sin hacer nada de provecho, procuran investigar lo que no les importa, y con palabras suaves van a buscar su ganancia tras el nombre de Cristo. De éstos aconseja huir el divino Apóstol por la multitud de sus maldades, según está escrito: *En las manos de los ociosos germinan las espinas* [43], y *los caminos de los desocupados están llenos de abrojos* [44].

XI. Los vicios de la ociosidad y la charlatanería

El hombre ocioso no tiene ocupación, pero tampoco utilidad. Tal es el destino de los que no se emplean en tra-

[42] 1 Cor. 5, 11.
[43] Prov. 26, 9.
[44] Prov. 15, 19.

bajo alguno, pero sí ponen suma diligencia en charlas inútiles, teniendo esto por verdadera virtud y recto proceder, Tales hombres son semejantes en sus obras a aquellas viudas ociosas y charlatanas, *que andan corriendo y vagando de casa en casa* [45], en busca, con su locuacidad, de vanas habladurías para llevarlas después de un lugar a otro, exagerándolo todo sin temor alguno de Dios. Y luego, mostrando su impudencia, se ponen a explanar diversas doctrinas bajo pretexto de enseñar.

Y ojalá fuesen maestros de verdaderas doctrinas. ¡Felices entonces! Pero lo triste es que *no entienden lo que pretenden* [*enseñar*] *y afirman lo que en realidad no existe* [46]. Pretenden ser doctores y mostrarse eruditos, cuando de hecho son negociadores de iniquidad con el nombre de Cristo. Muchos son los que obran de este modo, tan indigno de los verdaderos siervos de Dios. No prestan atención a lo que dice la Escritura: *Que no haya, hermanos, entre vosotros muchos doctores* [47], ni pretendáis ser todos profetas. *El que no peca en sus palabras, ese tal es hombre perfecto, capaz de domar y someter todo su cuerpo* [48]. Y *si alguien habla, que hable palabras de Dios* [49]. Y *si se te ha dado el don de inteligencia, responde a tu hermano; de lo contrario pon tu dedo sobre tus labios* [50]. *Hay tiempo oportuno para hablar y tiempo oportuno para callar* [51]. Y en otra parte dice: *Es una honra para el que habla el hacerlo oportunamente* [52]. Y de nuevo: *Tu palabra esté siempre condimentada con la sal de la gracia, porque debe saber el hombre cómo responder a cada uno convenientemente* [53].

El que no teme decir cuanto se le ocurre, suscitará disputas. Toda palabra es laboriosa, y el que aumenta la ciencia aumenta también el dolor. *El precipitado en el hablar fácilmente caerá en desgracias* [54], pues por la indisciplina de la lengua se provoca la ira; pero el justo guarda su lengua, como quien ama la salvación de su alma. Estos hombres de que hablo son los que con palabras suaves y benignas seducen el corazón de los simples y, mientras los ensalzan como bienaventurados, los conducen al error.

---

[45] 1 Tim. 5, 13.
[46] 1 Tim. 1, 7.
[47] Iac. 3, 1.
[48] Iac. 3, 2.
[49] 1 Petr. 4, 11.
[50] Eccli. 5, 14.
[51] Eccl. 3, 7.
[52] Prov. 25, 11.
[53] Col. 4, 6.
[54] Prov. 13, 3; 17, 20.

Temamos, por tanto, el severo juicio que aguarda a los doctores. Porque sin duda ha de ser más nimio el juicio de *los que enseñan y no obran*[55] conforme a sus palabras, y el de los que, asumiendo mendazmente el nombre de Cristo, enseñan doctrinas engañosas, *así como el de los que andan de una parte para otra, vagando temerariamente y gloriándose y exaltándose en los deseos de su carne*[56]. Estos son como *el ciego que guía a otro ciego, que vienen a caer ambos en la fosa*[57]. Cada uno se da a conocer por el fin de sus palabras.

Además vendrán a condenarse a causa de que con su palabrería y vanas sentencias enseñan una doctrina carnal y falacias fútiles, propias de la elocuencia fundada en la persuasión de la humana sabiduría, [conduciéndose en esto] *según el beneplácito del príncipe de las potestades aéreas y de aquel espíritu que ejerce su imperio en los indisciplinados, seguidores de los preceptos de este siglo, no de las enseñanzas de Cristo*[58].

Pero si has recibido el carisma del espíritu o el don de la ciencia, de la doctrina[59], de la enseñanza, de la profecía o del ministerio, da gracias a Dios, que presta abundantemente su auxilio a todo hombre; *que a todos ayuda y a ninguno aborrece*[60]. Con ese mismo carisma que has recibido del Señor sirve a tus hermanos espirituales[61], a los que son capaces de conocer que tus palabras provienen de Dios; y da cuenta en la reunión eclesiástica del carisma recibido, para edificación de tus hermanos en Cristo, haciéndolo con toda humildad y mansedumbre. Tales dones, si realmente se te han concedido, son buenos y útiles para los hombres.

XII. Los carismas de curaciones y de exorcismos

Acción hermosa es y útil *visitar a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones*[62], así como a los pobres que tienen muchos hijos, *principalmente a los domésticos de la fe*[63]. Tales obras son, sin disputa, un oficio muy propio

[55] Mt. 23, 3.
[56] Col. 2, 18.
[57] Mt. 15, 14.
[58] Eph. 2, 2, y Col. 2, 8
[59] 1 Cor. 12, 4 y 8.
[60] Iac. 1, 5.
[61] La frase griega es τοῖς πνευματικοῖς, tan significativa en aquel siglo.
[62] Iac. 1, 27.
[63] Gal. 6, 10.

de los siervos de Dios, y el ejercitarlas es laudable y honroso para todos.

También es hermoso y útil a nuestros hermanos en Cristo el visitar a los poseídos por los espíritus malos y orar por ellos al Señor, así como recitar sobre ellos los exorcismos, empleando preces aceptas a Dios, no compuestas artificiosamente con locuciones superfluas y brillantes con el fin de aparecer ante los hombres elocuentes y de feliz memoria. Estos tales se asemejan con su palabrería a una flauta canora o a un tímpano resonante, pero sin utilidad alguna para aquellos sobre los que pronuncian sus exorcismos, contentándose con proferir expresiones terribles, que aterrorizan a los presentes. No obran, sin embargo, movidos por la fe verdadera, según la doctrina del Señor, que dijo: *Este género de demonios no se expulsa sino con el ayuno y con la oración confiada y continua y con el espíritu atento* [64].

Por tanto, oren santamente y rueguen a Dios con diligencia, sobriedad y pureza, sin odio y sin malicia [65]. Este es el modo conveniente como debemos acudir y visitar a nuestro hermano o a nuestra hermana enfermos: sin dolo, sin codicia de dinero, sin alborotos, sin palabrerías, sin procederes ajenos a la piedad, sin soberbia, antes bien con la modestia y humildad propias de Cristo.

Así, pues, reciten sus exorcismos acompañándolos con el ayuno y la oración, no con palabras elegantes y artificiosamente compuestas y rebuscadas, sino como fieles que han recibido del Señor el *carisma de las curaciones (gratis lo recibisteis, dadlo gratis* [66]), con plena confianza, para gloria de Dios. *Mortificad los deseos de la carne* [67] con vuestros ayunos, vuestras oraciones y continuas vigilias, juntamente con las demás buenas obras ejecutadas con la virtud del Espíritu Santo. El que así obra es templo del Espíritu Santo de Dios. Ese tal expulse a los demonios, que Dios le ayudará. Pues hermosa acción es socorrer a los enfermos. El Señor fué quien ordenó: *Echad a los demonios* [68]; y mandó asimismo realizar otras muchas curaciones, diciendo: *Gratis lo habéis recibido, gratis dadlo.*

Gran premio concederá el Señor a los que así obran, ayudando a sus hermanos por medio de los carismas que han recibido de Dios. Acción laudable y provechosa para los siervos de Dios, puesto que practican el precepto del

[64] Mc. 9, 29.
[65] También algunos de los fragmentos de este capítulo se hallan notablemente abreviados en el texto griego de Antíoco.
[66] 1 Cor. 12, 28 y 30; Mt. 10, 8.
[67] Rom. 8, 13.
[68] Mt. 10, 8.

Señor, que dijo: *Estuve enfermo y me visitaste*[69], y otras cosas semejantes. También es hermoso, justo y recto el visitar a nuestros prójimos por amor de Dios con toda afabilidad y modestia, según el dicho del Apóstol: *¿Quién enferma sin que enferme también yo? ¿Quién es escandalizado sin que yo me sienta ofendido?*[70]. Todo lo cual está dicho por el amor que debemos tenernos unos a otros.

Y en este punto procedamos sin ofensa de nadie y obremos sin distinción de personas, con cuidado de no avergonzar a otros; antes bien amemos a los pobres como a siervos de Dios y a ellos visitemos con preferencia. Es hermoso a los ojos de Dios y de los hombres el acordarnos de los pobres y el mostrar hospitalidad para con los peregrinos, especialmente para con los domésticos de la fe, por amor de Dios y de los que en El creen, según lo aprendimos en la ley, en los profetas y en las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, que nos hablaron de la caridad para con los hermanos y peregrinos. Todo esto es hermoso y digno de vuestra aprobación, ya que estáis instruídos por Dios. Conocéis las exhortaciones acerca de la caridad para con los hermanos y peregrinos. Por cierto que tales palabras fueron dichas con energía y eficacia para que todos las cumplan.

XIII. Actividades de apostolado

Es cosa manifiesta y evidente, amados hermanos nuestros, que cada uno debe esforzarse por edificar y confirmar a sus hermanos en la fe de un solo Dios. Muy laudable es asimismo el que nadie mire con malos ojos a su prójimo. Del mismo modo es justo y honroso que los que practican las obras del Señor, las practiquen con temor de Dios; les es necesario proceder así.

También es manifiesto y evidente que *es mucha la mies y pocos los obreros*[71], sobre todo en estos nuestros tiempos, en que hay hambre de oír la palabra del Señor. Por tanto, *roguemos al Señor de la mies para que envíe obreros a su campo*[72]; pero obreros tales, *que traten como se debe la palabra de la verdad; obreros irreprensibles*[73], obreros fieles, obreros que sean luz del mundo; obreros que *trabajen no el alimento que ha de perecer, sino el alimento verdadero, que*

[69] Mt. 25, 36.
[70] 2 Cor. 11, 29.
[71] Mt. 9, 37.
[72] Mt. 9, 38.
[73] 2 Tim. 2, 15.

permanece para la vida eterna [74]; obreros tales cuales eran los apóstoles; obreros que imiten al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, solícitos por la salvación de los hombres; no obreros mercenarios, ni obreros que ejerzan la piedad y religión por amor a las recompensas [con las cuales negocien], ni obreros *que sirvan a su estómago* [75], ni obreros que engañen el corazón de los simples con palabras benignas y suaves, ni obreros que se finjan hijos de la luz, cuando en verdad no son luz, *sino tinieblas, cuyo fin es la muerte* [76]; ni obreros forjadores de iniquidad, de malicia y de fraudes; ni obreros dolosos, ebrios e infieles; ni obreros que hagan negociación y lucro a costa de Cristo o que sean impostores, amigos de ganancias temporales o litigadores.

Contemplemos, pues, e imitemos a los fieles que saben llevar una conducta irreprensible en el Señor. Respondiendo digna y honrosamente a la vocación y al estado de vida que profesamos, sirvamos a Dios y agradémosle en justicia y santidad con una conducta inmaculada, *practicando el bien en todas nuestras obras no sólo delante de Dios, sino también delante de los hombres* [77]. Porque es justo que Dios sea glorificado entre nosotros en cualquier obra. Amén.

---

[74] Io. 6, 27.
[75] Rom. 16, 18.
[76] Phil. 3, 19.
[77] Rom. 12, 17.

CARTA II

I. Modo ordinario de proceder de los ascetas y las vírgenes

Deseo que conozcáis, hermanos, cuál sea nuestro modo de proceder, según Cristo, en estas regiones en que moramos, y si os agradare, dado vuestro temor de Dios, ordenéis vuestra conducta de una manera semejante.

Nosotros, pues, con la ayuda de Dios, procedemos de la siguiente forma. No habitamos con las vírgenes ni tenemos nada común con ellas. Ni comemos ni bebemos en su compañía, y dondequiera duerme una de ellas, nos abstenemos nosotros de dormir. Ni lavan nuestros pies ni nos ungen las mujeres; y jamás dormimos allí donde toma su descanso una joven soltera o consagrada a Dios. Es más, ni siquiera pernoctamos en tal lugar, si acontece que ésta se halle sola, sino vamos a otro sitio.

Si ocurre que se nos hace tarde en algún lugar, sea en el campo, sea en un arrabal, sea en un barrio apartado, sea en una villa, en dondequiera que nos encontremos, y hay allí hermanos nuestros, acudimos a la casa de uno de ellos y convocamos en ella a todos los demás para entablar juntamente conversaciones de aliento y de exhortación. Los que son más elocuentes entre nosotros hablan a los demás palabras sobrias y severas, llenas de gravedad, de modestia y que hacen temblar con el temor de Dios, amonestándoles a que procedan en todas las cosas según el beneplácito divino, a que se aprovechen y progresen en buenas obras y a que no se muestren *solícitos por necesidad alguna* [78], según es justo y conviene al pueblo elegido de Dios.

II. Hospitalidad y modo de proceder en las asambleas de fieles

Sucede a veces que, hallándonos lejos de nuestra casa o de nuestros allegados, declina el día, echándose encima la noche, y nos obligan nuestros hermanos, movidos por su amor fraternal y espíritu de hospitalidad, a permanecer con ellos y pasar en su compañía las vigilias noc-

[78] Phil. 4, 6.

turnas, con deseo de oír la palabra santa de Dios, que les sirva de alimento y les recuerde las enseñanzas divinas. Entonces suelen ofrecernos pan y agua o alguna otra cosa que Dios les ha deparado, y nosotros, por nuestra parte, accediendo a su invitación, consentimos en pasar con ellos la noche.

En tal caso, si mora en aquel lugar un asceta, nos dirigimos a él y en su casa nos hospedamos. A él toca prepararnos todo lo necesario; él mismo nos sirve, nos lava los pies, nos unge con óleo apropiado y nos prepara el lecho para que tomemos nuestro descanso confiados en el Señor; todas estas cosas debe hacer por sí mismo aquel hermano asceta que mora en el lugar en que nos detenemos. Servirá también a los demás hermanos, aun cuando todos los cristianos que allí viven le han de ayudar a servir todo lo necesario.

En cambio, no es lícito permanecer entre nosotros en aquel lugar a ninguna mujer, ya sea adolescente, ya casada; ni aunque sea anciana, o consagrada a Dios, o sierva cristiana, o infiel. Unicamente a los varones se les permite quedarse con los varones. Si es que somos instados para permanecer en pie, orando y hablando palabras exhortativas y edificativas para provecho de las mujeres, entonces convocamos a todos nuestros hermanos, a nuestras hermanas santas, a las vírgenes y a todas las mujeres que se hallan en aquel lugar, para que acudan con toda modestia y decencia a gozar las delicias de la verdadera doctrina.

Los más elocuentes de entre nosotros les dirigimos una plática de exhortación con las palabras que Dios nos inspira. Después de esto recitamos nuestras preces, y los varones damos el ósculo de paz a los varones. Las mujeres y las vírgenes deben cubrir sus manos con el manto; nosotros, con toda modestia y pudor, elevados los ojos a lo alto, cubrimos también nuestra diestra con nuestro vestido, y en esta forma se les permite acercarse [a las mujeres] y depositar su ósculo de paz en nuestra diestra, cubierta en la forma dicha. Terminado el acto, nos retiramos al lugar que Dios nos ha deparado.

III. Conducta que ha de seguirse cuando no mora en el lugar ningún asceta

Cuando nos acaece parar en algún sitio donde no habita ningún hermano consagrado a Dios, sino que todos están unidos en matrimonio, entonces todos deben estar prestos a recibir al hermano que llega, a servirle y tener

cuidado de cuanto necesite con diligencia y con voluntad pronta.

Deben, pues, servir a aquel hermano, como conviene, en cuanto necesite. El, por su parte, convocando a los que viven en aquel lugar, debe advertirles [79]: Nosotros, los varones consagrados a Dios, ni comemos ni bebemos juntamente con mujeres, ni permitimos que nos sirvan, aun cuando sean vírgenes; ni que laven nuestros pies, nos unjan o preparen nuestros lechos. Jamás nos entregamos al sueño allí donde duermen mujeres, a fin de aparecer irreprensibles en toda nuestra conducta, de modo que nadie tenga por qué ofenderse o escandalizarse de nosotros; así, obrando de esta manera, *no somos causa de tropiezo para nadie* [80]. Como hombres, por tanto, *que sentimos el temor de Dios, nos sinceramos ante los hombres, ya que ante Dios estamos patentes* [81].

IV. Conducta del asceta cuando no hay sino mujeres cristianas

Si ocurre que llegamos a un lugar donde no hay ningún varón [cristiano], sino que todas son mujeres y jóvenes cristianas, y nos fuerzan a pernoctar en aquel paraje, convocamos a todas en un sitio apropiado y les preguntamos acerca del modo que tienen de obrar; y según sus respuestas y conforme a los sentimientos que vemos predominar en su ánimo, les dirigimos la palabra con toda honestidad, como conviene a varones que temen a Dios. Y cuando están ya todas reunidas y entendemos que viven en paz, les hacemos una exhortación con temor de Dios y les leemos la Escritura con toda modestia, comentándola con palabras llenas de grave piedad y mostrando siempre un espíritu digno y severo. Todas estas cosas no tienen otro fin sino confirmarlas en su fe y exhortarlas al bien. Por lo que toca a las que están casadas, les hablamos en el Señor de un modo apropiado a su condición.

Cuando declina ya el día y anochece, buscamos para pasar la noche a una matrona que se aventaje a todas por su edad ya avanzada y la gravedad de sus costumbres. A la cual rogamos que nos indique un lugar apartado adonde no tengan entrada mujer ni joven alguna. Esta anciana debe proporcionarnos luz y traernos todo lo demás que

[79] El fragmento griego presenta una acomodación hecha por Antíoco, de la que nos apartamos.
[80] 2 Cor. 6, 3.
[81] 2 Cor. 5, 11.

necesitemos. Movida por caridad para con sus hermanos, debe proveer a los huéspedes cuanto les sea necesario. Ha de tratarse de una anciana largamente probada en su prudencia; de la que conste *que ha educado bien a sus hijos, que ha solido recibir a los peregrinos y lavar los pies de los santos*[82]. Aun esta misma mujer, al llegar el tiempo de entregarse al sueño, debe retirarse en paz a su propia casa.

V. Conducta del asceta cuando no hay sino una sola mujer cristiana

En el caso en que lleguemos a un lugar donde no haya sino una sola mujer cristiana y no exista ningún otro fiel bautizado fuera de ella, no nos detenemos allí, ni recitamos las acostumbradas oraciones, ni leemos la Escritura, antes bien *huímos* de un tal lugar *como de la vista de la serpiente* o de la presencia *del pecado*[83]. No es que hagamos esto porque despreciemos a aquella mujer cristiana —lejos de nosotros el albergar semejantes sentimientos para con nuestros hermanos en Cristo—, sino que, precisamente por hallarse sola, tememos no sea que alguien nos ataque con palabras mendaces y calumniosas; los corazones de los hombres están asentados sobre la malicia.

A fin, pues, de no dar ocasión a los que andan en busca de una oportunidad para hablar mal de nosotros y a fin de no servir de tropiezo a nadie, *evitamos todo lo que pueda ofrecerles motivo de impugnarnos*[84]; y precavemos *el no convertirnos en escándalo, ni para los judíos, ni para los gentiles, ni para la Iglesia de Dios. No buscamos lo que únicamente puede aprovecharnos a nosotros, sino lo que puede ser útil a muchos para salvarse*[85]. En nada nos puede ayudar el que alguno se escandalice de nuestros actos.

Evitemos, pues, siempre con todo cuidado el perturbar a nuestros hermanos e inquietar sus conciencias, sirviéndoles de tropiezo. *Porque si con nuestro alimento hacemos que se contriste nuestro hermano,* que se conturbe, que flaquee o que se escandalice, *no procedemos en eso según el amor de Dios. A causa de tu alimento pierdes a uno por quien ha muerto Cristo*[86]. *Al pecar así contra vuestros*

[82] 1 Tim. 5, 10.
[83] Eccli. 21, 2
[84] 2 Cor. 11, 12.
[85] 1 Cor. 10, 32 s.
[86] Rom. 14, 15.

hermanos y conturbar sus conciencias débiles, pecáis contra el mismo Cristo. Si por el género de comida se escandaliza mi hermano—debemos decir nosotros, fieles seguidores de Cristo—, *no comeremos carne nunca jamás, a fin de evitar este escándalo de nuestro hermano* [87].

Así se comporta quien ama de veras a Dios, *quien toma sobre sí su cruz* [88], *quien se viste de Cristo* [89] y ama a su prójimo, quien anda solícito de no servir de tropiezo a los demás, temiendo que por su causa alguno se escandalice y perezca, al ver que trata asiduamente con jovencitas y mora en su compañía; conducta que no es lícita, por la ruina que produce en quienes tales cosas contemplan u oyen. Semejante mal proceder debe considerarse como escandaloso, peligroso y mortífero, lo cual no es propio de cristianos. *Bienaventurado aquel que*, atento a conservar la castidad, *se muestra* siempre cauto y *temeroso en toda acción* [90].

VI. Conducta del asceta cuando no haya sino paganos

Cuando nos acontezca llegar a un lugar donde no hay cristianos y nos sea necesario detenernos allí por algunos días, mostrémonos *prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas* [91]; y no seamos como los necios, sino como hombres sabios en la virtud de la piedad, a fin de que sea siempre glorificado Dios por nuestro Señor Jesucristo en todo nuestro modo de proceder, puro y santo. *Sea que comamos, sea que bebamos, sea que hagamos cualquier otra cosa, hagámoslo todo a gloria de Dios* [92]. *Cuantos nos contemplen, reconozcan en nosotros la generación bendecida* [93] y santa; considérennos como hijos del Dios vivo en todas nuestras palabras, en nuestro pudor ingenuo, en nuestra mansedumbre, en la conducta de nuestra vida y en nuestra oración. Con lo cual estaremos lejos de imitar en cosa alguna a los mundanos, y no apareceremos como creyentes que se asemejan a los hijos de los hombres, sino que en todas nuestras acciones nos diferenciaremos de los impíos.

Nosotros no arrojamos lo santo a los perros ni las mar-

---

[87] 1 Cor. 8, 12 s.
[88] Mt. 16, 14.
[89] Rom. 13, 14.
[90] Prov. 28, 14.
[91] Mt. 10, 16.
[92] 1 Cor. 10, 31. El fragmento griego que responde a los párrafos siguientes se presenta en Antíoco levemente acomodado y con omisiones, que subsanamos siguiendo la traducción latina del siríaco.
[93] Is. 61, 9.

garitas a los puercos [94], sino que entonamos las alabanzas de Dios con perfecto conocimiento, con toda prudencia, con temor de Dios y pureza de intención. No ejercemos nuestro culto sagrado allí donde se embriagan los gentiles y en su impiedad prorrumpen durante los convites en blasfemias con palabras impuras. Ni cantamos los salmos delante de los paganos ni les leemos las Escrituras, para no asemejarnos a los flautistas, cantores, adivinos y otros muchos, que ejercen su arte y practican todo eso para saciarse con un pedazo de pan y gozar un trago de vino, yendo para ello *a cantar los himnos del Señor en la tierra extraña* [95] de los gentiles; cosa que no es lícita.

Vosotros, hermanos, no obraréis así; os rogamos que no procedáis de este modo, antes bien arrojad de entre vosotros a los que se conduzcan de manera tan torpe e indecorosa. Es necesario, hermanos, apartar de vosotros tal comportamiento. Por nuestra parte, os suplicamos, ¡oh hermanos en nuestra vida de santidad!, que todas estas cosas se practiquen entre vosotros del mismo modo que nosotros las practicamos para ejemplo no sólo de los que han recibido ya la fe, sino también de aquellos que más tarde la han de recibir.

Pertenecemos al rebaño de Cristo, [adornados] con la justicia y con una conducta santa, llevando una vida pura y recta, observando *cuanto es casto, cuanto es honesto;* viendo *si hay algo virtuoso, si hay algo honorífico* [96]; es preciso establecer una norma de vida laudable y útil. *Vosotros seréis nuestro gozo y nuestra corona,* nuestra esperanza y nuestra vida, *si permanecéis en el Señor* [97]. Mostraos siempre fieles y sinceramente rectos delante del Señor en cualquier acción.

VII. Cautelas en el trato entre varones y mujeres

Consideremos ahora, hermanos, y examinemos cómo procedieron todos nuestros antiguos padres justos durante el tiempo de su destierro en esta vida. Vayamos inquiriendo e investigando este punto a partir desde la antigua Ley hasta el Nuevo Testamento. Bueno es también y útil que conozcamos cuántos varones y quiénes fueron los que perecieron por causa de las mujeres, y asimismo cuántas y quiénes fueron las mujeres que vinieron a perderse por causa

94 Mt. 7, 6.
95 Ps. 136, 4.
96 Phil. 4, 8.
97 Phil. 4, 1.

de los hombres y por la familiaridad que con ellos mantuvieron.

También recordaré cuántos y quiénes se hallaron entre los varones que, habiendo morado siempre a lo largo de su vida con solos varones, llegaron hasta el fin de ella completamente inmaculados, habiéndose ejercitado en obras castas.

VIII. Historia de José

Que esto sea así, es cosa evidente y manifiesta. Y por lo que hace a José, varón fiel, prudente, sensato, justo y en todo temeroso de la ley divina, ¿acaso no recordamos cómo una mujer egipcia, encendida en deseos carnales, se enamoró lujuriosamente de su belleza, siendo así que él era castísimo? [98] Y como viese aquella mujer que rehusaba satisfacer sus concupiscencias, oprimió con miserias y angustias al piadoso varón, hiriéndolo casi de muerte con la calumnia. Dios, sin embargo, se encargó de librarle de todas aquellas desgracias a que lo había reducido una tan desventurada mujer.

¿Ves cuántas tribulaciones trajo al justo la asidua presencia corporal de aquella egipcia? A causa de esto, nos conviene evitar por todos los medios posibles el trato con las mujeres. Ningún provecho puede reportar semejante trato a los que desean mantener *ceñidos sus lomos en verdad* [99]. Es menester amar a nuestras hermanas con toda castidad y pureza, con pleno dominio de nuestra mente, con temor de Dios, no frecuentando sus casas con asiduidad ni yendo a visitarlas a cada momento.

IX. Historia de Sansón

¿No has oído el caso de Sansón el Nazareno, aquel *con quien caminaba el espíritu del Señor?* También a aquel varón santo perdió una mujer mediante la maldad de la carne y la criminal concupiscencia. ¿Eres tú acaso comparable a él? Conócete a ti mismo y conoce tu conducta. *La mujer casada anda a caza de almas especialmente valiosas* [100]. Por

[98] Cf. Gen. 39, 6-21, y 41, 39-46. Los fragmentos griegos restantes hasta el capítulo 13, han sido compendiados y unidos en un solo párrafo por Antíoco. Los completamos con la traducción latina del siríaco.

[99] Eph. 6, 14.

[100] Prov. 6, 26.

lo cual no nos permitamos en modo alguno el permanecer sentados junto a una mujer, el habitar con una virgen consagrada, el dormir donde ella duerme o el fomentar asiduamente su trato. Todo esto debe ser aborrecido y detestado por quienes temen a Dios.

X. Historia de David

¿No te enseña mucho asimismo el caso de *David,* el hombre *a quien Dios halló conforme a los designios de su corazón* [101], y que, sin embargo, vino a caer en tantos infortunios, habiéndose dejado inflamar por la concupiscencia ante la belleza de aquella mujer?; me refiero a Betsabé. Viéndola bañarse aquel varón en verdad santo. fué presa de malos deseos ante su hermosura, ¿y cuántas maldades no cometió un hombre antes tan eximio? Pecó contra Dios no sólo consintiendo con ella en el adulterio, sino ordenando la muerte de su marido. ¿Ves qué tragedia de iniquidad llevó a cabo para saciar su pasión David, el ungido del Señor?

Aprendamos a no dejarnos llevar de la concupiscencia. Pues si hombres tan preclaros fueron vencidos por la vista de las mujeres, ¿cuán grande crees ser tu virtud o por quién te reputas entre los santos, cuando te atreves a prolongar tus conversaciones día y noche con mujeres o con jóvenes adolescentes, entre gracia y donaires, sin ningún temor de Dios?

No procedamos así, hermanos, no procedamos así, conforme al ejemplo de aquellos varones caídos, sino que tengamos en la memoria la sentencia acerca de la mujer que dice: *Sus manos van tendiendo lazos y su corazón redes; el justo logrará evitarla, el malvado caerá en sus manos* [102]. Por tanto, nosotros, varones santificados, huyamos de habitar con mujeres consagradas a Dios. Semejante modo de obrar ni es decoroso ni conviene a los siervos del Señor.

XI. Historia de Amnón y Tamar

¿No tenéis también presente lo que sucedió a Amnón con su hermana Tamar? Amnón se inflamó en concupiscencia hacia su hermana Tamar y la violó, sin tener com-

[101] Act. 13, 22; cf. 1 Reg. 13, 14.
[102] Eccl. 7, 27.

pasión de ella, arrastrado por sus deseos livianos y lujuriosos. Vino a convertirse en un malvado y criminal por el frecuente trato con ella, fomentado sin temor de Dios, y *llevó a cabo una acción inicua en Israel*[103]. Por lo cual no es conveniente ni decoroso para nosotros el conversar con nuestras hermanas en santidad entre risas y donaires, sino siempre con suma modestia y castidad, temerosos de Dios.

XII. Historia de Salomón

Lo mismo sucedió a Salomón, que estaba dotado de *sabiduría, de prudencia, de corazón abierto, de riquezas y de gloria*[104] en mayor grado que otro hombre alguno. Sin embargo, también él se perdió por las mujeres, y por causa de ellas apostató de su Señor.

XIII. Historia de Susana

También aquellos ancianos, los jueces vecinos de Susana, por el trato asiduo y la contemplación de la ajena belleza cayeron en el abismo de la pasión, impotentes para contenerse en pensamientos castos; y vencidos por su mal deseo se acercaron a la bienaventurada Susana con ánimo de corromperla. Ella, sin embargo, no quiso consentir en su liviandad, sino que invocó a Dios, el cual la libertó de las manos de aquellos viejos inicuos.

¿No debe inquietarnos y hacernos temer el que aquellos dos ancianos y jueces del pueblo de Dios perdieran su honra por causa de una mujer? No se acordaron de lo que estaba aconsejado: *No te fijes en la belleza ajena*[105]; o de aquel otro dicho: *La hermosura de la mujer ha perdido a muchos*[106]; o de esta sentencia: *No te sientes junto a la mujer casada*[107]; o de lo que se dijo en otro lugar: *¿Acaso habrá alguno que ponga fuego sobre su pecho y no queme su vestido?*[108]; o de aquello otro: *¿Podrá caminar alguien sobre el fuego sin que se abrasen sus pies? Así, nadie que se acerque a una mujer se verá libre de culpa, y ninguno de los que se le aproximen logrará escapar de*

[103] Gen. 34, 7.
[104] 3 Reg. 4, 29, y 3, 13.
[105] Eccli. 9, 8.
[106] Eccli. 9, 9.
[107] Eccli. 9, 12.
[108] Prov. 6, 27.

ella[109]. Y de nuevo se ha dicho: *No desees la belleza de la mujer, para que no te cautive con el movimiento de sus párpados*[110]; y en otra parte: *No mires a la adolescente, para no ser cautivo por su amor*[111]; y también: *No frecuentes la presencia de la mujer que canta hermosamente*[112]; y finalmente: *Quien juzga estar en pie, vea no caiga*[113].

XIV. Ejemplos de prudente separación en el Antiguo Testamento

Pero ved ya lo que [las Sagradas Escrituras] nos refieren de los profetas, de aquellos antiguos varones santísimos y de los apóstoles del Señor. Recordemos si hubo alguno de ellos que frecuentase el trato de las jóvenes adolescentes, o de las recién casadas, o de viudas tales cuales las que condena el divino Apóstol.

Consideremos el proceder de aquellos hombres santos, llenos de temor de Dios[114]. De Moisés y de Aarón hallamos escrito que trabajaban y moraban con varones que practicaban el mismo género de vida que ellos. Lo mismo leemos de Josué, el hijo de Nun. Ninguna mujer se hallaba junto a ellos, sino que solos, en compañía de otros varones, desempeñaban su oficio delante del Señor.

Ni se contentaron con esto, sino que instruyeron al pueblo para que, cuando tuvieran que trasladar sus campamentos, cada tribu caminase por separado, y las mujeres aparte, en compañía de las mujeres, en la retaguardia de la expedición; y los varones también aparte [en unión de los varones], distribuídos por tribus. Siguiendo, pues, el precepto del Señor, se trasladaban de esta forma, como pueblo prudente, a fin de evitar en aquellos cambios de residencia cualquier perturbación por causa de las mujeres. En formación ordenada y armoniosa llevaban a cabo su camino sin escándalo alguno.

He aquí cómo atestigua la Sagrada Escritura la verdad de mis palabras: Una vez que pasaron los israelitas el mar Suf[115], *cantaron Moisés y el pueblo las alabanzas del Señor, diciendo: Alabemos al Señor, porque es digno de toda ala-*

[109] Prov. 6, 28 s.
[110] Prov. 6, 25.
[111] Eccli. 9, 5.
[112] Eccli. 9, 4.
[113] 1 Cor. 10, 12.
[114] Las aserciones del autor en este capítulo apenas tienen fundamento bíblico. Tal vez las tomó de las tradiciones rabínicas, especialmente de la Haggadah.
[115] El mar Rojo.

banza [116]. Y cuando Moisés terminó su canto, entonces *María, hermana suya y de Aarón, tomó en sus manos el tímpano, y saliendo en pos de ella todas las mujeres* [117], la acompañaron en sus canciones, de modo que las mujeres fueron con las mujeres y los varones con los varones, por separado.

Del mismo modo hallamos que Eliseo y Giezi y los hijos de los profetas vivían en temor de Dios, sin mujeres que habitasen con ellos. Otro tanto podemos decir de Miqueas y de los demás profetas, que vivieron en temor de Dios [118].

XV. Ejemplo de Cristo y los apóstoles

Y para no prolongar demasiado nuestro argumento, ¿qué diremos de nuestro Señor Jesucristo? El Señor mantuvo trato continuo con sus apóstoles desde que se mostró al mundo. Y no solamente esto, sino que, cuando los envió a evangelizar, *los envió en binas* [119], varones con varones. Ninguna mujer fué enviada con ellos; y ni en el camino ni en las casas se detenían con mujeres o con jóvenes adolescentes. De este modo agradaron por completo a Dios.

Cuando en cierta ocasión nuestro Señor Jesucristo se quedó a hablar a solas con la samaritana junto al pozo, *al llegar* y verle los discípulos hablando con ella, *se admiraron de que Jesús se detuviera y conversara con una mujer* [120]. ¿Y acaso no es El la regla inmutable y el ejemplar para todo el género humano?

No es esto solo. Cuando, resucitado el Señor de entre los muertos, vino María Magdalena al sepulcro, al punto cayó a los pies del Señor aparecido, le adoró y quiso abrazar sus pies. Pero el Señor le dijo: *No me toques, pues todavía no he subido a mi Padre* [121]. ¿No es digno de admiración el que nuestro Señor no permitiese tocar sus pies a María, mujer tan piadosa?

Tú, en cambio, habitas con mujeres, permites que te sirvan mujeres jóvenes adolescentes, duermes donde ellas duermen y ellas te lavan los pies y te ungen. ¡Oh proceder indecoroso! ¡Oh conducta temeraria! ¡Oh extrema audacia e impía necedad! ¡No te conoces a ti mismo! ¡No te examinas! ¡Te desconoces a ti y la pequeñez de tus fuerzas! Tales

---

[116] Ex. 15, 1.
[117] Ex. 15, 20.
[118] El texto dice Micas en lugar de Miqueas, pero sin duda se refiere a éste y no al personaje idólatra de Iud. cc. 17 y 18.
[119] Mc. 6, 7.
[120] Io. 4, 27.
[121] Io. 20, 27.

son las normas de fidelidad, las normas verdaderas y rectas; tales son los límites que jamás traspasarán quienes viven como justos en el Señor.

Es cierto que muchas piadosas mujeres servían a los santos con sus propios bienes de fortuna, como la Sunamitis, que servía a Eliseo; pero ésta no habitaba con él, sino que el profeta moraba aparte en la casa. Habiendo muerto el hijo de aquella mujer, pretendió ella arrojarse a los pies del profeta; pero el siervo de éste no se lo permitió, antes le prohibió el hacerlo. Dijo entonces Eliseo a su siervo: *Déjala, porque su alma se halla inundada de amargura* [122]. Por estos detalles podemos entender cuál fuera el modo de conducirse de aquellos santos varones.

A nuestro Señor Jesucristo *le servían con sus propios bienes* [123] de fortuna algunas piadosas mujeres, pero no habitaban con El. Asimismo leemos que también a Pablo y a los apóstoles les ayudaban en sus necesidades algunas mujeres, mas sin habitar con ellos, sino que, procediendo siempre de un modo pudoroso, casto e inmaculado delante del Señor, *consumaron su carrera* y recibieron la merecida *corona de manos de Dios* omnipotente [124].

XVI. Exhortación final

Siendo, pues, esto así, os rogamos, hermanos nuestros en el Señor, que observéis estas normas entre vosotros, como nosotros mismos las observamos, a fin de que, *sintiendo todos lo mismo* [125], seamos nosotros una misma cosa con vosotros y vosotros una misma cosa con nosotros, de modo que todos y en todo seamos *un alma y un corazón* en el Señor [126]. Quien conoce al Señor oye nuestra voz; *quien no procede de Dios no nos escucha* [127]. Quien desea verdaderamente guardar la castidad, nos oye; y la virgen que sinceramente quiere conservar la virginidad, nos oye; pero la que no siente en verdad este deseo, no nos oye.

Por lo demás, conservaos bien en el Señor y *alegraos en El* todos los santificados [128]. *Sean con vosotros la paz* y la alegría *de Dios Padre por Jesucristo nuestro Señor* [129]. Amén.

Termina la carta segunda de Clemente discípulo de Pedro. Sus plegarias nos ayuden. Amén.

---

122 4 Reg. 4, 27.
123 Lc. 8, 3.
124 2 Tim. 4, 7 s.
125 Phil. 3, 16.
126 Act. 4, 32.
127 Io. 8, 47.
128 Phil. 4, 4.
129 Rom. 1, 7; 1 Cor. 1, 3; 2 Cor. 1, 2; Gal. 1, 3, etc.

SAN METODIO DE OLIMPO

EL BANQUETE DE LAS DIEZ VIRGENES

Nos hallamos ante la obra más antigua, de autor conocido, referente a la virginidad de cuantas nos ha legado la literatura griega. Tal vez fué compuesta antes del año 300; desde luego no muy posteriormente a esa fecha, puesto que su autor, el Obispo de Olimpo, moría mártir de Cristo en la persecución de Diocleciano.

No es una obra de carácter disciplinar, cual podía esperarse de un prelado eclesiástico, ni siquiera de orientación predominantemente parenética en que vibra la voz del pastor. Es más bièn el canto panegírico del teólogo asceta, que a través de las Sagradas Escrituras va recogiendo ramos de mirto, hojas de laurel y pétalos de rosa con que entretejer una guirnalda a honra de la virginidad. De armazón interno le sirve la estructura del diálogo platoniano sobre el amor. Un alegorismo sutil le presta su hilo para enhebrar las flores.

Sin ofrecernos descripciones minuciosas ni preceptos de detalle, nos deja entrever, sin embargo, a través de sus líneas, la vida ascética de las vírgenes del Asia Menor. Estas son numerosas, si bien la reglamentación de sus prácticas cuotidianas no se halle en un proceso tan avanzado de estabilidad o en un ritmo de marcha tan rápido hacia la meta cenobítica como en otras regiones del mismo Oriente. Las esposas de Cristo se consagran al Señor con un voto que recuerda el de Cartago en tiempos de San Cipriano. Su modelo es María, la Madre de Dios. No profesan una pobreza de completo despojo, pero sí el desprecio sistemático de los ornatos y comodidades del mundo. Se ejercitan en la mortificación, como guarda de la pureza, tejiéndose de este modo a sí mismas la púrpura de un continuo martirio. Sus ocupaciones ordinarias se distribuyen entre las prácticas de piedad, la lectura de libros santos y el estudio asiduo de la

Sagrada Escritura. Sin romper con los compromisos de la vida social, evitan las plazas públicas y se abstienen de banquetes nupciales, danzas festivas o conversaciones ligeras.

Sobre este fondo, que se vislumbra con rasgos muy débiles para nuestra distancia de más de dieciséis siglos, va San Metodio trazando las filigranas de sus loores virginales, reforzando los claroscuros del trabajo con el recuerdo del mérito y el premio, que dan su esplendor a la virtud de la pureza. Como en la obra de San Metodio no son raras las digresiones dogmáticas o polémicas, haremos con ella la excepción de mutilar algún que otro trozo, más alejado de nuestro asunto o demasiado realista para nuestros oídos modernos, aunque haciéndolo siempre notar con exactitud [1]. *Un resumen de su contenido dimos en el estudio precedente.*

[1] La mejor edición, según ya antes indicamos, es la de * G. N. Bonwetsch, GCS, *Methodius* (Leipzig 1917). Téngase presente que San Metodio cita la Escritura según la versión de los Setenta. Para la presente versión nos servimos en parte de una traducción inédita hecha por el P. B. M. Bejarano, S. I.

INTRODUCCIÓN

DIÁLOGO DESCRIPTIVO DEL BANQUETE Y SUS CIRCUNSTANCIAS

EUBULIA.—Feliz encuentro, ¡oh Gregoria!, pues te estaba precisamente buscando con el deseo de conocer algo acerca de la reunión de Marcela, de Teopatra y de las demás vírgenes que asistieron la otra tarde al convite, así como de sus discursos sobre la virginidad. Se dice que trataron la materia con tanta profundidad y magnificencia, que la agotaron, sin dejar nada importante por dilucidar. Si, pues, has venido por algún otro motivo, difiere su ejecución para más tarde y ahora apresúrate a contarnos todo, sin omitir nada de lo que nos interesa.

GREGORIA.—Han salido fallidas, según veo, mis esperanzas. Alguien me ha ganado las albricias dándote cuenta de lo que preguntas. ¡Y yo que venía tan regocijada creyendo que nada sabrías todavía de lo allí ocurrido y complaciéndome en ser la primera que te lo anunciase! Por eso venía apresuradamente a veros, precaviendo no se me adelantase otra con el mismo objeto.

EUBULIA.—Tranquilízate. Nada sabemos con exactitud acerca de lo pasado. Todo lo que pudo anunciarnos el mensajero anterior se redujo a informarnos de que se habían tenido unos cuantos discursos; pero a nuestras preguntas sobre la naturaleza y carácter de dichos dicursos no supo respondernos.

GREGORIA.—¿Queréis, pues, ya que con este fin he venido, oír una narración completa de todo lo ocurrido desde el principio, o más bien, el que, omitiendo lo de menos importancia, os dé cuenta de aquello que juzgue ser digno de recordarse?

EUBULIA.—¡De ningún modo! Cuéntanos todo, ¡oh Gregoria!, desde el principio: dónde se tuvo la reunión, cómo se prepararon los manjares, de qué modo escanciabas tú misma el vino, mientras:

... Ellas en doradas copas
brindaban por su mutua amistad elevados sus ojos al gran cielo [2].

GREGORIA.—Siempre tan ingeniosa en tus dichos y tan curiosa en tus preguntas. ¡Eubulia!, eres capaz de conseguir

---

[2] *Ilíada*, 4, 3 s.

cualquier cosa con tu audacia y de confundir a todos aun sin usar artificio alguno.

EUBULIA.—No merece la pena mover disputas sobre esto, ¡oh Gregoria!; responde a nuestros deseos y refiérenos lo ocurrido desde el principio y sin cambiar nada.

GREGORIA.—¡Bien!; lo ensayaré. Pero, ante todo, respóndeme: ¿conoces a Arete, la hija de la Filosofía?

EUBULIA.—¿Por qué preguntas eso?

GREGORIA.—Ibamos precisamente invitadas por ella a un jardín que posee, situado hacia el oriente, para gozar de los frutos propios de la estación; íbamos—me contaba Teopatra, pues ella fué quien me proporcionó estos informes—yo misma, Procila y Tisiana. ¡Qué camino tan escabroso, difícil y escarpado tuvimos que seguir, oh Gregoria!

Cuando nos aproximábamos ya al lugar señalado—decía Teopatra—, salió a nuestro encuentro una dama esbelta de aspecto gracioso y porte lleno de majestad. Vestía una túnica extraordinariamente brillante, que competía con la nieve. Todo en ella reflejaba una belleza en verdad divina e inexplicable. En su rostro se traslucía un pudor sobrehumano templado por un cierto aire de severa majestad. Su mirada era una mezcla de gravedad y de dulzura—decía la narradora—cual nunca jamás he conocido. Y todo ello sin artificio ni postizo alguno.

Se nos acercaba, pues, según íbamos llegando, con festivo semblante y, como una madre que no nos hubiera visto desde hacía mucho tiempo, abrazaba y besaba con ternura a cada una, diciendo: "Qué deseos tenía, ¡oh hijas!, de traeros a este prado de la inmortalidad, aun cuando por vuestra parte no hayáis llegado a él sino con gran trabajo, temiendo a lo largo del camino las asechanzas de diversas serpientes. Observando desde lejos, os veía con frecuencia apartaros del sendero y temía no fuera que en alguna de vuestras desviaciones resbalaseis en algún precipicio. Pero gracias sean dadas, hijas mías, al Esposo con quien os he unido [3]; El ha oído nuestras oraciones, conduciendo todo a buen fin.

Y mientras esto decía, llegamos—contaba la narradora—a la cerca, cuyas puertas se hallaban aún de par en par. Allí encontramos a Tecla, Agueda y Marcela, dispuestas ya a cenar. Al punto, dice, les habló así Arete: "Venid también vosotras y ocupad por orden vuestros puestos junto a vuestras compañeras". Eramos, según creo—me decía Teopatra—, las invitadas en número de diez.

El lugar era sumamente delicioso y saturado de una indescriptible serenidad de ambiente. El aire, mezclado con

[3] 2 Cor. 11, 3.

rayos de luz purísima, se deslizaba con bien templada suavidad. En el centro brotaba un manantial, cuyas aguas corrían mansas como el aceite y ofrecían al paladar la más dulce bebida; de él se desprendían ondas puras y cristalinas, que formaban pequeños arroyuelos y se distribuían culebreando por el jardín entero y humedeciendo la tierra con abundante riego. Arboles de mil variadas clases mostraban sus frutos frescos y vistosos, que pendían de las ramas, dando al paisaje una alegre tonalidad. Bajo ellos se extendían praderas de eterno verdor cubiertas con flores olorosas de los más diversos colores, cuyo aroma, al ser recogido por la brisa, perfumaba el ambiente con exquisitas esencias. Cabe la fuente se elevaba un agnocasto, árbol prócer, bajo el cual nos sentamos protegidas por su frondoso ramaje y su espesa sombra.

EUBULIA.—Me hace el efecto, querida mía, que estás describiendo un segundo paraíso como lugar de reposo.

GREGORIA.—Razón tienes en ello. Pues bien, cuando nos regalábamos con abundantes y deliciosos manjares, gozando de variados placeres, hasta el punto de no echar de menos gusto alguno de cuantos pudiéramos desear, he aquí que se presentó Arete—según me dijo Teopatra—y comenzó a hablar en estos términos: "¡Oh jóvenes queridas, de quienes me glorío y en quienes mi espíritu se agranda! ¡Oh bellas vírgenes, que cultiváis los prados inmaculados de Cristo con vuestras manos castas! Baste ya de manjares y de banquetes, pues todo lo nuestro os ha sido ofrecido con abundancia y esplendidez. ¿Qué es lo que ahora deseo y espero de vosotras? Que cada una pronuncie un discurso en alabanza de la virginidad. Comience, pues, Marcela, ya que ocupa el primer puesto en la mesa y es la de más edad. Y sea para mí causa de ignominia si, después que ella haya luchado como buena por el premio del certamen, no logro yo, al ceñir su frente con la corona de las flores inmaculadas de la sabiduría, convertirla en motivo de emulación para las demás".

DISCURSO I

MARCELA

I. Dificultad y excelencia de la virginidad, cuya conservación se obtiene por el estudio de la Sagrada Escritura

Entonces comenzó Marcela, según mis noticias, su discurso con estas palabras: Sobremanera excelente, admirable y gloriosa es la virginidad. Si queremos hablar claramente, siguiendo a la Sagrada Escritura, diremos que es el seno alimentador de la incorrupción, su flor y sus primicias. Es la virginidad el estado de vida más noble y más bello. Por eso el Señor, al hablar en el Evangelio de las diversas clases de eunucos, promete el reino de los cielos a los que guardan la virginidad [4].

Muy rara y difícil es la castidad entre los hombres, y cuanto más elevada y magnífica, a tantos mayores peligros está expuesta. Es que necesita naturalezas fuertes y generosas, que, remontándose sobre la corriente de la concupiscencia, dirijan el vehículo de la mente hacia arriba, sin apartarlo nunca de la meta, y, saltando ágilmente por encima del mundo con la velocidad rapidísima de la inteligencia, vengan a posarse sobre la cumbre verdadera de los cielos, donde puedan contemplar con claridad la incorrupción, que se desprende del seno inmaculado del Omnipotente.

No es propio de la tierra el producir este néctar. Unicamente en el cielo brotan tales manantiales; porque la virginidad, aunque camina sobre la tierra, roza con su cabeza el cielo.

Algunos, que, prendados de ella y fijándose únicamente en su elevación, quisieron acercarse con los pies manchados por la bajeza de miras, tuvieron que volverse a mitad de camino, sin haber conseguido ninguno de los ideales que se habían propuesto.

Como no se debe cuidar más de los templos que de las estatuas en ellos veneradas, así no basta el conservar inmaculados los cuerpos, sino que hay que poner todo el cuidado posible en adornar con las virtudes las almas, que son

[4] Mt. 19, 12.

como las estatuas encerradas en los cuerpos. Este cuidado y empeño se mostrará en el esfuerzo por escuchar con diligencia la palabra divina, sin cesar de llegarse a las puertas de los sabios [5] hasta que logren alcanzar al que es la Verdad.

Así como la sal absorbe y destruye todos los focos de corrupción y putrefacción de las carnes, así la doctrina sagrada reprime en la virgen las pasiones carnales, contrarias a la razón. La que no espolvorea su alma con la sal de las palabras de Cristo, se pudrirá sin remedio y producirá gusanos: como bien lo daba a entender David cuando, al confesar con lágrimas su pecado, clamaba: *Enconáronse y corrompiéronse mis llagas* [6]; porque no se frotó con la sal de la meditación, sino que, emperezando, fué arrastrado por el estímulo de la carne y llegó a exhalar el hedor del adulterio.

Por esto manda el Señor en el Levítico que no se ofrezca en holocausto ningún don sin haberlo antes espolvoreado con sal [7]. La meditación es la sal picante y preservadora que nos ha sido dada para nuestro provecho. Pues sin ella no puede el alma ofrecerse en holocausto por medio de la razón al Todopoderoso: *Vosotros sois la sal de la tierra* [8], dice el Señor a los apóstoles.

Deben las vírgenes amar con pasión todo lo bueno, brillar entre los más virtuosos, no dar lugar a pereza ni molicie alguna; antes bien sobresalir por su virtud, fomentar pensamientos dignos de la virginidad para extraer todo el pus de la concupiscencia, a fin de que no quede el más pequeño germen de podredumbre, que pueda dar origen al gusano de la incontinencia: *Pues la mujer no casada piensa en las cosas de Dios, cómo agradará a Dios para ser santa en cuerpo y alma* [9], como dice San Pablo.

Muchas, teniendo por cosa baladí el oír la palabra de Dios, creen cumplir con creces su obligación con dedicar un breve espacio de tiempo a la doctrina sagrada. Estas deben ser excluídas, porque almas de miras tan estrechas y ciencia tan fingida y huera no deben tener parte en las enseñanzas divinas.

¿Qué cosa más ridícula que el ver a estas personas charlando sin medida y esforzándose en cosas de poca importancia por conseguir de la mejor manera posible sus pretensiones, y sin poner, en cambio, el máximo empeño en cosas necesarias, de las que depende el aumento de su amor a la castidad?

---

[5] Eccli. 6, 36.
[6] Ps. 37, 6.
[7] Lev. 2, 3.
[8] Mt. 5, 13.
[9] 1 Cor. 7, 34.

II. La virginidad, planta celestial que fué conocida muy tarde y a la que se llegó por pasos sucesivos

La planta de la virginidad fué enviada del cielo a la tierra por una excesiva dignación de Dios. Por eso permaneció oculta a las primeras generaciones, porque aún el género humano era reducido y necesitaba ante todo multiplicarse y llegar a su completo desarrollo. Por lo mismo, no había entonces inconveniente alguno en que los hombres tomasen por mujeres a sus propias hermanas, hasta que vino una ley prohibiendo lo que antes parecía ser lícito y declarándolo pecado, al llamar *maldito al que atenta algo contra el pudor de su hermana* [10]. Pues Dios acostumbra dar diligentemente a sus tiempos el auxilio apropiado a nuestro linaje, como lo hacen los padres con sus hijos.

Estos no señalan desde el principio pedagogos para sus hijos, sino que, permitiéndoles durante la infancia retozar como ternerillos, los envían después a maestros que deletreen con ellos hasta que, despojados de la pelusilla infantil de su mente, los pasan a ejercicios de cosas más subidas y de éstas a cosas más elevadas aún. Así es de creer que procedía Dios, Padre de todos, con nuestros antepasados.

Al principio, el mundo, aún no repleto de hombres, era como un niño, y convenía ante todo que se multiplicase para después llegar a varón perfecto. Mas cuando ya estuvo la tierra habitada del uno al otro confín y multiplicado el género humano sin límite, no quiso Dios que permaneciese el mismo estado de cosas; con esto pretendía que, subiendo progresivamente, se acercasen en su caminar hacia el cielo, hasta que, arribando a la más sublime y elevada enseñanza de la virginidad, alcanzasen su perfección.

Primero les obligó a dejar los matrimonios entre hermanos, para casarse con mujeres extranjeras. Después les prohibió la unión con muchas mujeres, a la manera de los cuadrúpedos, como si sólo hubiesen nacido para esto. Más adelante les mandó que no fuesen adúlteros, de donde les llevó a la continencia y de aquí a la virginidad, para que así, ejercitándose en el desprecio de la carne, arribasen sin temor al puerto pacífico de la incorrupción.

III. Se confirman estas ideas con textos de la Sagrada Escritura

Para salir al paso de quien pretenda acusarnos de que nuestro discurso va sin el apoyo de la Sagrada Escritura,

---

[10] Lev. 18, 9; 20, 17.

veamos de citar algunos textos de los profetas, con los que demostraremos más ciertamente la verdad de lo que llevamos dicho.

Abrahán, el primero que aceptó la alianza de la circuncisión, no parece indicarnos otra cosa al circuncidar un miembro de su cuerpo, sino que en adelante no sería ya lícito engendrar hijos de la mujer que procediese de los mismos padres, enseñando a todos a cortar las relaciones matrimoniales con las propias hermanas. Así, desde los tiempos de Abrahán han cesado las relaciones carnales de hermanos con hermanas.

La prohibición de tener a la vez muchas mujeres data de los tiempos de los profetas. *No vayas tras tus concupiscencias y refrena tus apetitos* [11]. *Pues el vino y las mujeres harán apostatar a los sabios* [12]. Y en otro lugar: *Séate propia el agua de tu fuente y vive alegre con la esposa que tomaste en tu juventud* [13], quiere decir, rechazadas las demás. Jeremías llama a su vez, sin paliativos, *caballos lascivos* a los que locamente se entregan a distintas mujeres [14]. *Porque la raza de los impíos, aunque multiplicada, de nada servirá; ni echarán hondas raíces los pimpollos bastardos* [15].

Mas para no alargarnos con la repetición de los textos de los profetas, anudemos nuestro discurso y veamos cómo viene la continencia, restringiendo un poco los placeres de la carne, después del matrimonio legítimo con una sola mujer, hasta lograr vencer la tendencia natural, no obstante el hábito de los deleites lícitos antes admitidos.

Quien a esto llega pronto se verá inducido a apartar de sí tales placeres seductores, diciendo: *¡Oh Señor, Padre mío y dueño de mi vida!, no me abandones a su capricho. Aleja la altanería de mis ojos, haz que no se apoderen de mí la concupiscencia del corazón y la lujuria* [16]. Y en el libro de la Sabiduría, que trata de toda virtud, el Espíritu Santo atrae sin ambages a los oyentes hacia la continencia y castidad con estos melodiosos conceptos: *Es mejor la privación de hijos por amor a la virtud; inmortal es su memoria y conocida delante de Dios y de los hombres. Cuando está presente la honran, y cuando se ausenta la echan de menos, y coronada triunfa eternamente, ganando el premio en los combates por la castidad* [17].

---

[11] Eccli. 18, 30.
[12] Eccli. 19, 2.
[13] Prov. 5, 18.
[14] Ier. 5, 8.
[15] Sap. 4, 3.
[16] Eccli. 23, 1. 4-6.
[17] Sap. 4, 1. 2.

IV. Jesucristo fué el único que enseñó la virginidad

Quedan expuestos los pasos que recorrió la humanidad, en su marcha progresiva a través de los tiempos, desde el matrimonio entre hermanos hasta la continencia. Unicamente nos falta hablar, según nuestros posibles, de la virginidad.

Ante todo hay que dar a entender cómo, habiendo existido tantos profetas y justos que enseñaron y practicaron muchas cosas excelentes, sin embargo, ninguno de ellos encomió ni eligió el estado de virginidad. El ser portador de esta doctrina estaba reservado al Señor, que vino al mundo para enseñar al hombre a ir hacia Dios. Era conveniente oír hablar al que, siendo Sumo Sacerdote, el primero entre los profetas, el príncipe de los ángeles, era al mismo tiempo el príncipe de los vírgenes.

Antiguamente el hombre aún no había llegado a su perfección; de ahí que no pudiese lograr la virginidad, cosa en sí perfecta, pues el que había sido creado a imagen de Dios necesitaba aún recibir lo que es semejante a Dios. Habiendo sido enviado al mundo el Verbo para llevar a cabo esta empresa, tomó primero nuestra naturaleza, que estaba manchada de muchos pecados, para que nosotros pudiésemos por nuestra parte participar de la divina.

Unicamente podremos reproducir fielmente la imagen de Dios cuando a manera de sabios pintores vayamos dibujando en nosotros, como en un lienzo, los rasgos del modelo divino mediante nuestra manera de vivir, aprendiendo así el camino que El nos mostró. Por eso, siendo Dios, escogió el vestirse de nuestra carne, para que, mirando como en un cuadro aquel divino modelo, pudiésemos también nosotros imitar al autor. Porque no pensaba de una manera y obraba de otra; ni juzgando que era bueno algo, enseñaba después cosa distinta, sino que enseñaba y obraba lo que en realidad era bueno y útil.

V. Jesucristo, permaneciendo virgen, nos estimula a la guarda de la virginidad, que es privilegio de pocos

¿Qué intentó el Señor, Luz y Verdad, al bajar a este mundo? Conservó su carne inmaculada manteniéndose virgen; luego también nosotros, si queremos ser semejantes a Dios y a Jesucristo, esforcémonos por honrar la virgini-

dad, ya que la semejanza de Dios implica la huída de la corrupción.

El género de vida que adoptó el Verbo, Rey de vírgenes, Príncipe de los pastores y de los profetas de la Iglesia, nos lo describió en el libro del Apocalipsis San Juan, inspirado por Cristo: *Y he aquí que miré, y vi que el Cordero estaba sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil personas, que tenían escrito en sus frentes el nombre de El y el nombre de su Padre. Al mismo tiempo oí una voz del cielo, semejante al ruido de muchas aguas y al estampido de un trueno grande; y la voz que oí era como de citaristas que tañían sus cítaras. Y cantaban como un cantar nuevo ante el trono y delante de los cuatro animales y de los ancianos; y nadie podía cantar aquel cántico, fuera de aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, que fueron rescatados de la tierra. Estos son los que no se mancillaron con mujeres, porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero doquiera que va* [18]. Mira cómo nos presenta San Juan al Señor dirigiendo el coro de los vírgenes.

Fíjate, además de esto, en la grandísima excelencia de la virginidad a los ojos de Dios. *Estos fueron rescatados,* dice, *de entre los hombres, como primicias escogidas para Dios y para el Cordero; ni se halló mentira en su boca, porque están sin mancha ante el trono de Dios; y siguen al Cordero doquiera que va* [19].

Claramente nos da a entender con este número de ciento cuarenta y cuatro mil que desde un principio ha sido limitado el número de vírgenes, mientras los demás santos se elevan a una muchedumbre ilimitada. Veamos qué dice de los demás santos: *Y vi una grande muchedumbre, que nadie podía contar, de todas naciones, tribus, pueblos y lenguas* [20]. Se ve, pues, según decíamos, cómo al hablar de los demás santos se refiere a un número incontable. En cambio, el número de vírgenes es más reducido comparado con la muchedumbre innumerable de todos los santos.

Este es mi discurso acerca de la virginidad. Si algo queda por decir, que lo complete Teófila, a quien cedo la palabra.

---

[18] Apoc. 14, 1-4.
[19] Apoc. 14, 4-5.
[20] Apoc. 7, 9.

DISCURSO II

TEOFILA

I. Con la exaltación de la virginidad no se abolieron las nupcias

Dió, pues, comienzo Teófila, según me dijo Teopatra, con estas razones: Puesto que Marcela no acabó del todo su discurso, que tan bien había empezado, juzgo conveniente intentar completarlo.

Porque el haber ido el hombre progresando paso a paso hacia la virginidad, estimulándole Dios para ello de tiempo en tiempo, me parece lo ha tratado magistralmente; mas lo que añadió de que en adelante no es necesario ya procrear hijos, no puedo aprobarlo. Me parece que se deduce muy claramente de las Sagradas Escrituras que con la introducción de la virginidad en el mundo no intentó el Verbo divino abolir el matrimonio. Por ser mayor el resplandor de la luna, no se extingue sin más la luz de los otros astros.

Comencemos, pues, por el Génesis para conservar a ese antiquísimo libro su primacía de orden. Desde luego, aparece que aquel precepto [21] de propagar el humano linaje está hoy, según todos, vigente, concurriendo el Creador todavía a la formación del hombre. Es claramente manifiesto que también ahora continúa trabajando en el mundo como un artífice en su obra, según nos lo enseñó el Señor, diciendo: *Mi Padre sigue obrando todavía, y yo igualmente* [22]. Sólo cuando los ríos rematen su curso y duerman para siempre en el regazo del vasto piélago; cuando la luz esté completamente separada de las tinieblas, ya que, hoy por hoy, todavía está en proceso de división; cuando cese la tierra de producir frutos, reptiles y cuadrúpedos, y llegue a completarse el número de los hombres prefijado en los eternos designios, entonces sin duda tendrá que cesar la generación humana. Mas por el momento tiene que continuar el hombre concurriendo con el Creador a formar la

[21] Gen. 1, 28.
[22] Io. 5, 17.

imagen de Dios, ya que aún perdura el mundo y se renueva en su construcción. *Creced,* dijo, *y multiplicaos* [23]; y no es justo abominar del precepto divino a que debemos nuestra existencia.......

II. Dios se complace en la generación de los hombres

.... Por tanto, siendo así que Dios sigue todavía hasta el día de hoy formando a los hombres, ¿cómo no ha de considerarse una temeridad el condenar la procreación de nuevos hijos, en cuya génesis interviene el Todopoderoso con sus manos, sin tenerlo por ignominia? *Antes que yo te formase en el seno de tu madre,* dijo Dios a Jeremías, *te conocí* [24]; y a Job: *¿Por ventura tomaste tú el barro en tus manos y fabricaste al viviente o le comunicaste el habla sobre la tierra?* [25] Job, por su parte, se acerca a Dios suplicante, diciéndole: *Tus manos me hicieron y me formaron, y ¿vas de repente a aniquilarme?* [26]

¿Cómo no ha de ser absurdo prohibir las uniones nupciales, frustrando la esperanza de procrear futuros mártires y valientes guerreros, que al fin de los tiempos puedan hacer frente al enemigo maligno [27], siendo así que por amor de ellos, según la promesa del Verbo, se abreviarán aquellos terribles días? [28] Pues si, como tú dices, en lo sucesivo tiene Dios por cosa mala e ilícita engendrar hijos, ¿cómo podrán aproximarse a Dios y ser gratos a la Majestad divina todos aquellos que en adelante fueren procreados contra su voluntad y beneplácito? ¿No será necesario admitir que cuanto sea modelado, cual moneda falsa, contra la voluntad y prescripciones del supremo poder, ha de ser tenido por espurio y poco grato a Dios? ¿Concederemos, pues, a los hombres la facultad de plasmar nuevos hombres? [29]

....

[23] Gen. 1, 28.
[24] Ier. 1, 5.
[25] Iob 38, 14.
[26] Iob 10, 8.
[27] Eph. 6, 13 y 16.
[28] Mt. 24, 22.
[29] Siguen tres capítulos en que, mediante comparaciones muy gráficas y realistas, rebate Metodio la dificultad de cómo puede ser también Dios quien forme el cuerpo y cree las almas de los hijos ilegítimos. La explicación, en substancia, se reduce a mostrar cómo Dios se ha comprometido, por decirlo así, a cooperar con las leyes físicas y fisiológicas de la naturaleza, aun cuando éstas sean puestas en juego por los hombres de una manera pecaminosa. En ese caso Dios coopera al mecanismo natural de la ley, que es indiferente, no a la malicia de la voluntad humana.

VI. También cuida Dios de los hijos ilegítimos y les destina ángeles de guarda

Pero ¿a qué aducir ejemplos, alargando inútilmente el discurso? ¿Cómo podría la naturaleza en tan breve tiempo acabar obra tan difícil, cual es un nuevo ser, si Dios no pusiera en él su mano? ¿Quién coaguló la substancia informe de los huesos? ¿Quién los unió de manera que los miembros flexibles puedan contraerse y dilatarse mediante los nervios, articulándose en las apófisis?.......

Y ¿quién, después de venido ya a luz el niño, aun cuando todavía tan débil y tierno, va dándole robustez, fuerzas y forma conveniente, sino aquel soberano Artífice, Dios, como antes dije, que con su virtud creadora va produciendo y configurando los seres humanos, teniendo como ejemplar a Cristo?

Por las Sagradas Letras sabemos que aun a los hijos ilegítimos destina Dios ángeles tutelares. Si hubieran venido a la existencia contra la voluntad y designios de la naturaleza bendita del Creador [30], ¿cómo hubieran sido encomendados a los ángeles para que ellos los educasen y guardasen con tanta paciencia y cariño? ¿Cómo había de permitírseles que se presentaran ante el tribunal de Cristo para acusar allí libremente a sus mismos progenitores? "Tú, Señor, le dirán, no nos negaste esta común luz y vida; éstos sí, que nos expusieron a la muerte, despreciando tu mandato." *Porque los nacidos de uniones ilegítimas,* dice la Escritura, *serán testigos contra sus viciosos padres al ser interrogados* [31].

VII. El alma procede de Dios. La castidad no es la única cosa buena, aunque sea digna de mayor honor

Tal vez haya quien con argumentos especiosos intente defender ante los imperitos e ignorantes ser esta vestidura de carne cosa que forman los hombres, y se va luego desarrollando sin la intervención divina; pero cierto no lograría crédito alguno el que afirmara que la substancia inmortal del alma se produce juntamente con el cuerpo frá-

---

[30] San Metodio quiere decir que no han venido a la existencia en contra del poder divino o prescindiendo de él. Son fruto de una voluntad permisiva de Dios, no de una voluntad aprobativa.

[31] Sap. 4, 6.

gil y perecedero. Porque lo que no envejece ni muere, únicamente puede inspirárnoslo el Omnipotente, que es el solo y único Creador de las cosas invisibles e incorruptibles. *Y le inspiró,* dice, *en el rostro aliento de vida, y así comenzó a ser el hombre, viviente animado* [32]. Finalmente, increpando el Verbo divino a aquellos artífices que, para la humana perdición, modelan en forma humana estatuas sin vida, dice de sus autores en el libro de la Sabiduría, tan lleno de toda virtud: *Su corazón es ceniza, y su esperanza más vil que la tierra; su vida es de menos estima que el barro, porque desconocen a quien la hizo y al que les infundió un alma activa y les dió espíritu vital* [33]. Este es Dios, Creador de todos los hombres. Y por eso, como escribe el Apóstol, *quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad* [34].

Ya que, no sin gran trabajo, hemos dado fin a este asunto, concluyamos lo que resta en dos palabras. Porque quien haya considerado diligentemente la naturaleza del hombre verá, sin duda, que la procreación de los hijos no es cosa digna de abominarse, aunque sea la castidad la que se lleve la palma y corona. Pues no por ser la miel lo más dulce y suave se han de tener por amargos todos los demás frutos a que la naturaleza concedió alguna parte de sabor y gusto agradable.

Testigo fidedigno sea Pablo, que dijo: *Quien casa a su hija doncella hace bien, y quien no la casa hace mejor* [35]. Pues la Escritura, al proponernos lo mejor y lo más dulce, no nos quita por eso todo lo demás, sino que a cada cual le asigna lo que le es más útil y acomodado.

Hay quienes no son capaces de guardar virginidad. Hay, por el contrario, otros a quienes libra Dios de sufrir la vergüenza de verse asaltados y agitados de movimientos sensuales, y a quienes induce ya desde ahora a poner en práctica y hacer manifiesta aquella transformación de sus cuerpos en una naturaleza como la de los ángeles en el cielo, donde, conforme al dicho del Señor, *ni los hombres ni las mujeres se casarán* [36]. Porque no a todos se otorga aquella continencia pura y sin mancha, que logra especial aureola en el celeste reino, sino únicamente a aquellos que son capaces de conservar siempre intacta y fresca la delicada flor de la virginidad.

El Real Profeta comparó la Iglesia a un prado amenísimo sembrado y cubierto con las más variadas flores, no

---

[32] Gen. 2, 7.
[33] Sap. 15, 10 s.
[34] 1 Tim. 2, 4.
[35] 1 Cor. 7, 38.
[36] Mt. 22, 30.

sólo con las flores suavísimas de la virginidad, sino también con las del matrimonio y las de la continencia, según está escrito: *Engalanada con sus vestidos de franjas de oro avanza la reina a la diestra de su esposo* [37].

Este es el humilde obsequio que tengo el gusto de ofrecerte, conforme a mis fuerzas, ¡oh Arete!, en cumplimiento del encargo que me confiaste de hablar sobre la verdad de la pureza.

Según contaba Teopatra, estas palabras de Teófila fueron recibidas por todo aquel coro de vírgenes con un murmullo de aprobación y aplauso. Luego que éste cesó, siguióse un prolongado silencio, tras el cual se levantó Talía, señalada en tercer lugar para la competencia por la palma.

[37] Ps. 44, 10.

DISCURSO III

TALIA

I. El texto del Génesis sobre el matrimonio, explicado por San Pablo

Empezó, pues, Talía su discurso de esta forma: Me parece, Teófila, que aventajas a todas así en la práctica como en la especulación y que nadie puede vencerte en sabiduría. No habrá quien pueda poner reparo a tu discurso, por más cicatera que sea y por más espíritu de contradicción que tenga. Pero hay una sola cosa en lo que has expuesto que me turba e inquieta un poco, a pesar de que todo lo demás ha sido tan primorosamente dicho, y es el pensar que aquel hombre sabio y espiritualísimo, a Pablo me refiero, no habría aplicado sin razón a Cristo y a su Iglesia la unión del primer hombre y la primera mujer si no contuviese la Escritura algo más íntimo y elevado que el sonido externo de las palabras o los hechos narrados.

Porque si hay que tomar el pasaje de la Escritura en su sentido escueto, entendiéndolo a la letra de la unión del hombre y la mujer, ¿por qué causa el mismo Apóstol, recordando estas palabras y conduciéndonos, a lo que pienso, por el camino del Espíritu, aplica alegóricamente a Cristo y a la Iglesia el pasaje referente a Adán y Eva? La cita del Génesis dice, por cierto, así: *Dijo Adán: Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne; llamarse ha, por tanto, varona, porque del varón ha sido sacada. Por cuya causa dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y vendrán a ser los dos una sola carne* [38].

El Apóstol, considerando este pasaje, no quiere en modo alguno que se tome así como suena, interpretándolo materialmente de la unión del hombre y de la mujer, como tú lo has hecho. Tomando las palabras en sentido material, parece que la Escritura se refiere únicamente al hecho de engendrar y dar a luz.......

San Pablo, por el contrario, aplicando la cita a Cristo en un sentido más espiritual, dice así: *Quien ama a su mu-*

[38] Gen. 2, 23 s.

jer, a sí mismo se ama. Cierto que nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien la sustenta y cuida, como Cristo a la Iglesia; porque somos miembros de su cuerpo. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne. Misterio grande es éste; hablo de Cristo y de la Iglesia [39].

II. Estilo de San Pablo al exponer sus doctrinas

No te extrañe que, habiendo el Apóstol comenzado a hablar de una cosa, pase rápidamente a otra, como si pensase mezclar e intercalar en el tema de su discurso otras ideas sin conexión, saliéndose de la materia propuesta, según parece hacerlo en el caso presente. Queriendo tratar con decisión el tema de la castidad, prepara primero el camino, enfocando los argumentos y comenzando con un lenguaje más suave. El estilo de su discurso es variadísimo y dispuesto según una amplificación progresiva. Comienza primero por lo que es más superficial, para detenerse después en lo que es más elevado y sublime, lanzándose unas veces hasta el fondo de la cuestión, entreteniéndose otras en lo más sencillo y fácil o, finalmente, explayando su discurso en un argumento agudo y sutil; pero sin que tales alternativas le separen un punto de su tema, sino que más bien, entrelazando todas sus ideas con maravillosa trabazón, conduce su exposición a la meta que se propone. Conviene, pues, ahora explicar con más exactitud el sentido de las palabras del Apóstol, aunque sin contradecir en nada a lo antes dicho.

Me parece, ¡oh Teófila!, que has expuesto con suficiencia y claridad las palabras de la Escritura, interpretándolas con solidez tal como suenan. Porque es peligroso, como se ha dicho, prescindir del sentido literal de un texto, sobre todo tratándose del Génesis, donde se descubren los inmutables decretos de Dios acerca de la creación del universo, decretos por los que sigue aún hoy día rigiéndose el mundo con toda exactitud y por los que seguirá conservándose en perfecta armonía hasta que el legislador mismo que lo ordenó quiera destruirlo, derogando las leyes primeras por otras nuevas. Pero como no conviene dejar poco fundada y medio coja, por decirlo así, la interpretación del texto, es bien que añadamos al primer sentido material otro más elevado cual compañero del mismo yugo, declarando

[39] Eph. 5, 28-32.

así más profundamente la Escritura. No es como para despreciado el criterio de Pablo, que percibe más allá del sonido de las palabras cuando aplica el pasaje a Cristo y a la Iglesia.

III. Comparación entre el primero y segundo Adán

Ante todo hay que determinar si puede ser comparado con el Hijo de Dios el primer hombre, que fué sorprendido en la caída de una transgresión y tuvo que oír aquella sentencia: *Polvo eres y en polvo te has de convertir* [40].

Y ¿cómo puede ser llamado *primogénito de la creación* [41] el que fué hecho después de la tierra y el firmamento? O ¿cómo va a concederse que es *árbol de vida* [42] aquel que fué arrojado del paraíso por su prevaricación para que no extendiese de nuevo su mano a dicho árbol y, comiendo de él, viviese eternamente? Cuando una cosa se compara con otra, es necesario, según pienso, que presente semejanzas con la cosa comparada y no sea del todo contraria o compuesta de elementos del todo diversos. ¿No sería tenido por hombre necio el que se atreviese a comparar objetos completamente dispares y desiguales? Claro está que lo semejante se llama semejante, aun cuando el parecido sea pequeño; lo blanco se compara justamente con lo blanco, aunque sea mínima y escasa la blancura que dicho objeto posea. Pues bien, pienso que todos admitirán como evidente que lo armónico en verdad y brillante, lo exento de pecado e incorruptible es la sabiduría, y, en cambio, lo falto de equilibrio y concierto es lo mortal, es el pecador, rechazado por la maldición y caído bajo la condena de los suplicios.

IV. Relación de Adán con Cristo

Estas son, a mi juicio, las principales objeciones aducidas por los que no quieren comparar al primer hombre con Cristo, despreciando, al parecer, la autoridad sapientísima de Pablo. Examinemos, pues, con cuánta verdad y fundamento se aplicó a Cristo lo dicho de Adán, no sólo considerando a éste como figura y representación, sino viendo en él expresamente a Cristo, ya que al primer hombre ha-

[40] Gen. 3, 19.
[41] Col. 1, 15.
[42] Apoc. 2, 7.

bía descendido el Verbo, que existe antes de todos los siglos....... [43]

Así, pues, reproduciendo Dios su obra del principio y volviendo a plasmarla de nuevo, crea aquel mismo ser formándolo de la Virgen y del Espíritu, de igual modo que, cuando la tierra era todavía virgen y no había sido trabajada, plasmó del lodo, sin necesidad de germen vital, al hombre dotado de razón.

V. Explicación a base de un texto de Jeremías

Séame testigo abonado y sabio el profeta Jeremías: *Bajé,* dice, *a la casa de un alfarero y halléle trabajando sobre una rueda. Y la vasija de barro que estaba modelando se deshizo en pedazos entre sus manos; al instante volvió a formar con la misma materia otra vasija de la forma que le plugo* [44]. Cuando, por decirlo así, era Adán todavía masa húmeda que estaba modelándose entre las manos del Creador y aun no se había endurecido, a manera de arcilla cocida, con la inmortalidad, el pecado, como agua que va destilando gota a gota, produjo su destrucción. Por lo cual Dios, humedeciendo nuevamente la masa, la plasmó a su gusto, convirtiéndola en creatura de honor; la endureció ante todo y consolidó en el seno maternal de la Virgen, y, uniéndola y mezclándola con el Verbo, la sacó a la vida, íntegra e irrompible, para que no fuera de nuevo deshecha por las aguas de la corrupción y cayera otra vez destruída.

Esto es lo que aparece en el hallazgo de la oveja perdida, según la enseñanza que dió el Señor en la parábola. Dice allí a los que le rodeaban: *¿Quién hay de vosotros que, teniendo cien ovejas y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en la dehesa y salga en busca de la que se le extravió hasta volver a encontrarla? En habiéndola hallado, la pone gozoso sobre sus hombros y, llegado a casa, convoca a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Regocijaos conmigo, porque he hallado mi oveja perdida* [45].

---

[43] Esta forma original de expresarse es, sin duda, inexacta y se presta a interpretaciones falsas, suponiendo una doble encarnación. No son éstas las únicas deficiencias de expresión en el presente capítulo. Hay frases que harían sospechar en San Metodio una doctrina menos ortodoxa respecto a la filiación divina del Verbo si no nos constase por otros muchos pasajes su mente perfectamente concorde con las definiciones de Nicea.

[44] Ier. 18, 3 s.

[45] Lc. 15, 4-6.

VI. Enseñanza de la parábola propuesta

El era, en verdad, quien estaba y *está en Dios desde el principio y es Dios* [46], así como jefe supremo y pastor de los habitantes del cielo, al que todos los seres racionales obedecen y siguen; El es quien pastorea y numera las jerarquías de ángeles y santos.......

Mas como sucedió que el hombre, traspasando el mandamiento divino, sucumbió con tan terrible caída, quedó transformado en su ser y hecho mortal. Por eso dice el Señor que vino a esta vida terrena desde los cielos, dejando los ejércitos y escuadrones angélicos. Es necesario ver representadas las alturas de los cielos en las montañas de la parábola; y las virtudes, principados y potestades [47], en las noventa y nueve ovejas que dejó el Caudillo y Pastor celestial al bajar en busca de la oveja perdida.

Sólo faltaba insertar de nuevo al hombre en este catálogo de las jerarquías celestiales, tomándolo el Señor sobre sus hombros a fin de que no pereciese de nuevo arrebatado, como antes decía, y sumergido entre las olas engañosas del deleite. Con este fin tomó el Verbo la humanidad, para destruir por medio del hombre la sentencia de perdición, aplastando a la serpiente.......

VII. Los dos principios opuestos entre sí

.... Hay dos cosas diametralmente opuestas entre sí: la vida y la muerte, la incorruptibilidad y la corrupción. La vida es equidad; la corrupción, por el contrario, es iniquidad; armonía es la justicia y sensatez; desconcierto la injusticia y falta de juicio. El hombre, estando como está en medio de ambas cosas, no es justicia completa ni tampoco plena injusticia, sino que, colocado entre la corrupción y la incorrupción, viene a participar de aquello a lo que se inclina: si se decide por la corrupción, se hace mortal y corruptible; si por la incorrupción, se convierte en incorruptible e inmortal. Colocado entre el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal, se transformará en aquel de los dos cuyos frutos llegue a gustar; pues él de suyo no es árbol de vida ni de corrupción, sino de tal naturaleza que, aproximándose a la corrupción, se hace

[46] Io. 1, 1.
[47] Eph. 1, 21.

mortal, y, al contrario, participando de la vida y ungiéndose con ella, se convierte de nuevo en inmortal e incorruptible. Es lo que enseña Pablo cuando dice: *Ni la corrupción poseerá la incorrupción ni la muerte la vida* [48], entendiendo por muerte y corrupción lo que corrompe y mata, no lo corrompido y muerto, y designando por incorrupción y vida lo que causa vida e inmortalidad, no lo que la recibe en sí.

Por consiguiente, el hombre no es desconcierto y maldad, pero tampoco equilibrio y armonía; sino que al admitir el desconcierto (esto es, la transgresión de la ley y el pecado) se hace inicuo y deforme, mientras que admitiendo la armonía, es decir, la justicia, se convierte en instrumento armonioso y concertado, con el cual el Señor, que es la inmortalidad vencedora de la muerte, canta con suavísimos acentos la resurrección de la carne, no permitiendo que vuelva a caer de nuevo en la corrupción. Y de esto baste con lo dicho.

VIII. La Iglesia, esposa de Cristo, integrada principalmente por vírgenes

.... Así Pablo ha referido justamente a Cristo lo que había sido dicho respecto a Adán, proclamando con derecho que la Iglesia nació de sus huesos y de su carne. Por amor a ella, el Verbo, dejando al Padre en los cielos, descendió a la tierra para acompañarla como a esposa y dormir el éxtasis del sufrimiento, muriendo gustoso por ella, *a fin de presentarla gloriosa sin arruga ni mancha, purificándola mediante el agua del bautismo* [49], para hacerla capaz de recibir el germen espiritual que el Verbo planta y hace germinar con sus inspiraciones en lo más profundo del alma; por su parte, la Iglesia, como una madre, da forma a aquella nueva vida para engendrar y acrecentar la virtud.

De este modo se cumple proféticamente aquel mandato: *Creced y multiplicaos* [50], al aumentar la Iglesia cada día en masa, plenitud y belleza gracias a su unión e íntimas relaciones con el Verbo, que aun ahora desciende a nosotros y se nos infunde mediante la conmemoración de sus sufrimientos. Pues la Iglesia no podría de otro modo concebir y regenerar a sus hijos los creyentes, por el agua del bautismo, si Cristo no se hubiera anonadado de nuevo por ellos para ser retenido por la recopilación de sus sufrimientos, y no muriese otra vez descendiendo de los cielos y uniéndose a su

[48] 1 Cor. 15, 50.
[49] Eph. 5, 27.
[50] Gen. 1, 28.

esposa la Iglesia a fin de proporcionarle un nuevo vigor de su propio costado, con el que puedan crecer y desarrollarse todos aquellos que han sido fundados en El, los que han renacido por las aguas del bautismo y han recibido la vida comunicada de sus huesos y de su carne, es decir, de su santidad y de su gloria.......

Son muchos los lugares en que la Escritura llama Iglesia a esta agrupación de creyentes, englobando así en el cuerpo y persona única de la Iglesia a los más adelantados en perfección. Es decir, que las almas de virtud más elevada y que más íntimamente se han abrazado con la verdad, haciéndose estériles para los vicios de la carne gracias a su fe y pureza perfectas, vienen a constituir la Iglesia, la compañera de Cristo. A manera de *una virgen,* según frase del Apóstol [51], se hallan unidas y desposadas con El, para que, recibiendo en sí la semilla pura y fértil de la doctrina, cooperen con la predicación a la salvación de las demás. Las almas imperfectas y principiantes todavía en el conocimiento de la doctrina salvadora son llevadas y formadas por las más perfectas, como en el seno de una madre, hasta que salgan a luz y sean regeneradas con la plenitud y la belleza de las virtudes; luego, a su vez, mediante el aprovechamiento en la perfección vienen a constituir asimismo la Iglesia y a cooperar al nacimiento y educación de otros fieles, llevando a cabo en el seno de sus almas, como en el seno de una madre, el cumplimiento de la voluntad inmaculada del Verbo.

IX. La economía de la gracia en el apóstol San Pablo

Será útil considerar todo lo dicho en el caso de Pablo. Cuando todavía no era perfecto en Cristo, debió ser engendrado y amamantado en el espíritu por Ananías, que le instruyó en el Evangelio y le regeneró por el bautismo, según narran los Hechos de los Apóstoles [52]. Pero cuando se convirtió ya en varón perfecto y quedó transformado y consolidado con una espiritualidad consumada, viniendo a ser auxiliar y esposa del Verbo, recibió la semilla de vida; y entonces, el que había sido antes como niño, quedó hecho Iglesia y Madre, sintiendo como dolores de parto por aquellos fieles que gracias a su ministerio habían creído en el Señor, hasta que terminó de formarse en ellos Cristo. *Hijitos míos*, les dice, *por quienes siento dolores de parto hasta que se forme en vosotros Cristo* [53]; y en otra ocasión: *Por-*

[51] 2 Cor. 11, 2.
[52] Act. 9, 7.
[53] Gal. 4, 19.

que yo os he engendrado por el Evangelio en Cristo Jesús [54].

Aquí, pues, se muestra claramente cómo debe aplicarse a Cristo y a la Iglesia el pasaje de la Escritura referente a Eva y Adán. Este es en verdad *el misterio grande* [55] y supraterreno, cuya dignidad y grandeza no puedo yo explicar, dada la pequeñez y embotamiento de mi ingenio. Sin embargo, es necesario intentarlo, puesto que me queda por explicar lo que sigue a este pasaje.

X. Doctrina del Apóstol acerca de la castidad

Así, pues, al invitar Pablo a todos a la santidad y la pureza, aplica a Cristo y a la Iglesia en un segundo sentido lo que se había dicho del primer varón y de Eva, haciendo callar de este modo a los ignorantes y privándolos de toda réplica. Pues los incontinentes, a causa del oleaje de los placeres que los anega, se atreven a violentar las Escrituras, desviándolas de la interpretación verdadera para defender con ellas su impureza como con una coraza. Unas veces es aquello del Señor: *Creced y multiplicaos;* otras, el precepto del Génesis: *Por lo cual dejará el hombre a su padre y a su madre* [56]. Y no se avergüenzan de oponerse al Espíritu Santo, sino que, como si hubieran nacido para ello, atizan el fuego humeante, inflamándolo con nuevas provocaciones. Por lo cual Pablo, para destruir sus engañosos ardides y deshacer sus vanos pretextos, cuando viene a exponer cómo deben conducirse los hombres respecto a sus mujeres, dice que *de la misma manera que Cristo con su Iglesia, por la cual se entregó para santificarla y purificarla, mediante el bautismo de agua, con la palabra de vida* [57]. En tal punto recurre al Génesis, haciendo mención de lo que allí se dice del primer hombre y adaptándolo a la explicación de su propósito. Todo para no dar asidero a quienes pretenden abusar de dicho texto, defendiendo las liviandades de la carne bajo pretexto de engendrar nuevos hijos.

XI. Prosigue la misma materia

Considerad, pues, ¡oh vírgenes!, cómo deseando Pablo con todas veras que los fieles se conserven en castidad, procura demostrar con mil señales la excelencia de la pu-

[54] 1 Cor. 4, 15.
[55] Eph. 5, 32.
[56] Gen. 1, 28; 2, 24.
[57] Eph. 5, 25.

reza. Así dice: *En cuanto a lo que me habéis escrito, respondo que es cosa loable en el hombre no tocar a la mujer* [58]; indicando con esto claramente que es cosa meritoria renunciar a las relaciones con la mujer, como lo proclama de un modo absoluto. Después, haciéndose cargo de la debilidad y ardor pasional de los menos fuertes, que no son capaces de dominar su carne, les permite usar de sus esposas a fin de que no se deslicen en la fornicación con vergonzosa caída. Aun cuando después de conceder esta libertad añade: *En previsión a que no os tiente Satanás por vuestra incontinencia* [59]. Que es como si dijere: si no sois capaces de vivir en castidad perfecta a causa de la intemperancia, tan arraigada en vuestra carne, os aconsejo que uséis de vuestras mujeres, no sea que, haciendo exteriormente profesión de continencia, seáis objeto de continuas tentaciones por parte del demonio y vengáis a inflamaros en malos deseos con mujeres extrañas.

XII. San Pablo, ejemplo para viudos y continentes

Veamos de examinar más despacio el contexto. Observaremos que Pablo no hizo esta concesión a todos en absoluto, sino declarando el motivo que a ello le impulsaba. Exponiendo cómo es loable para el hombre no tocar mujer, añade al punto: *Sin embargo, a causa de la fornicación, cada cual tenga su mujer* [60]; es decir, si por la coacción de la concupiscencia no os sentís con fuerzas para refrenarla.......

Pero examinemos ahora lo que dice el Apóstol respecto a los varones que han perdido a sus esposas y respecto a las mujeres que han quedado viudas, considerando qué les aconseja: *Digo, pues, a los que no han contraído matrimonio y a las viudas, que les sería bueno permanecer como yo; pero si no pueden guardar la continencia, que se casen; es mejor casarse que arder en lujuria* [61]. También en este caso reserva el primer puesto a la castidad. Poniéndose a sí mismo como ejemplar de continencia, provoca a sus oyentes a imitar tal estado de vida y enseña a los que estuvieron en otro tiempo casados ser mejor que permanezcan como él en perfecta castidad. Con todo, si alguno, a causa del excesivo ardor de la pasión y la fuerza de la concupiscencia, halla serle esto imposible, con este tal se muestra condescendiente, permitiéndole pasar a segundas nupcias. No por-

[58] 1 Cor. 7, 1.
[59] 1 Cor. 7, 5.
[60] 1 Cor. 7, 2-6.
[61] 1 Cor. 7, 8-9.

que juzgue laudable el reiterar el matrimonio, sino porque lo juzga preferible antes que abrasarse en el fuego de la concupiscencia.

Es como si alguien, en el día de ayuno que precede a la Pascua, ofreciese alimento a un enfermo grave, exhortándole a probar aquellos manjares con estas palabras: "Bueno fuera, querido, que también tú te mantuvieras esforzado como nosotros, sin tomar más que los sagrados misterios [62], pues está hoy prohibido pensar en otros alimentos; pero como estás enfermo y aquejado de tan grave dolencia que te es imposible tolerar el ayuno, usamos contigo de lenidad y te aconsejamos extiendas tu mano a estos manjares, no sea que, sintiéndote incapaz por tu mal estado para resistir a la necesidad de alimento, vengas a perder la vida". Tal es la manera de hablar que tiene el Apóstol en nuestro caso, pues habiendo dicho al principio que deseaba en gran manera el que todos viviesen como él en perfecta castidad, luego usa de indulgencia con los aquejados de la enfermedad de la lujuria, concediéndoles recurrir a las segundas nupcias para que no se contaminen con las torpezas de la deshonestidad y se dejen arrebatar por los estímulos de la carne, precipitándose en adulterios y otros crímenes vergonzosos; mejor es, a juicio del Apóstol, volverse a casar que arder en los deseos de la impureza.

XIII. Doctrina de San Pablo acerca de la virginidad

Con lo dicho creo haber tratado suficientemente de la continencia y de las nupcias, de la castidad y de las relaciones matrimoniales, mostrando cómo en todo ello puede hallarse comodidad para progresar en la virtud. Resta ahora ver lo relativo a la virginidad, por si hay también algo establecido acerca de ella. Es, pues, necesario dilucidar este punto.

He aquí lo que dice Pablo: *Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor; pero sí doy consejo, como quien ha obtenido del Señor la gracia de ser fiel ministro suyo. Juzgo, pues, que es ventajoso permanecer en tal estado a causa de las miserias de la vida presente. ¿Estás ligado a una mujer? No busques el quedar libre. ¿Estás libre de toda mujer? No pretendas casarte. Mas, si te casares, no por eso pecas; y si una doncella se casa, no peca; pero de-*

[62] Aunque el texto no dice sino τῶν αὐτῶν μεταλαβεῖν, es probable la alusión a la Eucaristía, dado el uso de la Iglesia en aquel tiempo.

berán los tales sufrir los trabajos de la carne. De éstos quisiera yo libraros [63]. Con gran cautela introduce el tema de la virginidad, y como va a dar el consejo de que cada cual entregue a su hija en matrimonio según le plazca, pues lo que toca a la santidad no debe ser realizado por violencia y a la fuerza, sino según la decisión de la propia voluntad (esto es lo que a Dios agrada), no quiere hablar en nombre y por mandato del Señor. Todo esto por lo que respecta al matrimonio de las hijas solteras. Ahora que añadiendo: *Y si la joven soltera se casa, no peca,* parece volver sobre sus pasos como vacilante, para dar a entender que el consejo anterior lo ha dado según condescendencia humana, no según mandato divino. Por eso inmediatamente después de haber dicho: *Si se casa la joven soltera, no peca,* añade: *Sin embargo, deberán los tales sufrir los trabajos de la carne. De ellos quisiera yo veros libres.* Como si dijera: Por condescendencia con vosotros es por lo que he accedido a vuestros deseos, no parezca que quiero impeleros por la fuerza y obligaros contra vuestra voluntad. Es más: si preferís el estado del matrimonio y no os animáis a guardar la virginidad, aun en este caso pienso que os conviene tener moderación en los placeres de la carne, no abusando de vuestros cuerpos para la impureza bajo pretexto del matrimonio.

A continuación añade: *Dígoos, pues, hermanos, que el tiempo es breve. Sólo resta que los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen.* Todavía después de esto vuelve a insistir en las mismas ideas, dando fin a su discurso con una exhortación de estilo vehemente en favor de la virginidad. Así termina corroborando lo anterior con la siguiente declaración: *Yo quisiera que vivierais sin preocupaciones; el que no está casado, anda solícito por las cosas del Señor y por el modo de agradarle. En cambio, el casado anda solícito por las cosas del mundo y por el modo de agradar a su mujer. La mujer casada y la virgen se hallan divididas. La virgen anda solícita por las cosas del Señor, procurando ser santa en el cuerpo y en el espíritu; en cambio, la mujer casada anda solícita por las cosas del mundo y por el modo de agradar al marido* [64]. Para todos es cosa clara y sin género alguno de duda que el afanarse por las cosas de Dios y tener empeño en agradarle es mucho mejor que el andar lleno de solicitud por las cosas del mundo y por contentar a su mujer. ¿Quién habrá, pues, tan necio

---

[63] 1 Cor. 7, 25-28.

[64] 1 Cor. 7, 32-34. Nótese la redacción extraña del texto empleada por Metodio, que desde luego no concuerda con la lectura ordinariamente admitida.

y tan ciego que no vea al instante cómo las palabras de Pablo contienen una exhortación vehemente a favor de la virginidad? Y esto explica él mismo: *Dígolo por vuestro interés, no para tenderos un lazo, sino buscando lo que os es más conveniente* [65].

XIV. La virginidad es don de Dios, que no debe abrazarse temerariamente

Es menester advertir, fuera de lo dicho, que, según la mente de San Pablo, la virginidad es un don de Dios. Por eso rechaza a los que se muestran muy inclinados a los placeres sensuales y emprenden el camino de la continencia movidos más bien por la vanagloria. A éstos aconseja el matrimonio para evitar que el vigor de la juventud excite en ellos pasiones ardientes y abrase sus almas, haciéndoles caer en alguna torpeza. Veamos más en concreto sus enseñanzas.

Si alguno estima indecoroso, dice, *que su hija deje pasar la flor de la edad sin contraer matrimonio como convendría, haga lo que mejor le parezca; no peca si la casa* [66]. Con razón prefiere el matrimonio a la impureza de aquellos que, habiendo propuesto profesar virginidad, sienten luego grandes dificultades y se muestran negligentes en observarla; por respeto humano se jactan en sus conversaciones de guardar la castidad perfecta, pero en hecho de verdad están muy lejos de la genuina continencia. Mas el que espontáneamente y con perfecto dominio de su libertad se decide a conservar virgen su cuerpo y no siente la contraria necesidad (esto es, la inclinación vehemente a los actos carnales, ya que es muy varia la constitución de los hombres), el que lucha y pelea hasta el fin, perseverando con fortaleza en su propósito y manteniéndolo con gallardía, éste es a quien exhorta San Pablo a permanecer firme en su estado de vida y a quien otorga la palma. Pues, según dice, aquel que se siente con fuerzas y pone su ideal en guardar virgen su carne, obra mejor; aun cuando el que no se atreve a tanto y contrae legítimo matrimonio para evitar la impureza de uniones clandestinas, procede también rectamente. Y acerca de esto baste lo dicho.

Que tome en sus manos el que quiera esta carta de Pablo a los corintios, que lea todos estos pasajes y los compare con lo que hemos expuesto, y podrá así ver si no se hallan

[65] 1 Cor. 7, 35.
[66] 1 Cor. 7, 36.

en plena armonía y concordancia con lo dicho. He aquí el discurso que he podido componer, según mis fuerzas, para contribuir a este certamen sobre la virginidad.

EUBULIA.—Con cuántos y cuán dilatados argumentos, ¡oh Gregoria!, ha logrado a duras penas demostrar lo que se proponía después de haber vadeado tan largo piélago de razones.

GREGORIA.—Así es como dices; pero prosigamos. Es necesario exponer los restantes discursos por su orden, lo mejor que pueda, mientras me resuenan aún en los oídos aquellas elocuentes arengas, antes de que se me esfumen, pues

> Lo oído recientemente con facilidad se borra
> de la memoria de los ancianos.

EUBULIA.—Habla en buena hora. Pues precisamente para gozarnos con tales discursos hemos venido.

GREGORIA.—Una vez que Talía, como tú dices, abordó por fin a tierra después de haber atravesado el piélago de su prolijo razonamiento, tomó Teopatra la palabra y habló de la siguiente manera, según ella misma me ha contado.

DISCURSO IV

TEOPATRA

I. Deben ensalzar la virtud los que tengan caudal para ello

Si la elocuencia, ¡oh vírgenes!, hubiera de seguir siempre el mismo camino e insistir en los mismos conceptos, necesariamente habría de seros molesto mi discurso, teniendo que hacer uso de la palabra después de tan elocuentes oradoras y acerca del mismo argumento.

Mas siendo, como son, innumerables las vías y cauces de la oratoria, pues *nos habla Dios de mil maneras y en diferentes ocasiones* [67], ¿qué razón podré tener para ocultarme o callar acobardada?

No está libre de culpa el que, teniendo aptitud, no encomia con grandes alabanzas las preclaras hazañas y reprende las viciosas.

Alabemos, pues, también nosotros la castidad, astro el más refulgente y precioso entre los beneficios de Cristo. En verdad que es espaciosísima y generosamente bendecida por el Espíritu Santo esta soberana vía. Procuremos ante todo escoger un buen comienzo, para que podamos aportar flores dignas de la materia a nuestras compañeras.

II. La castidad, valiosísimo auxilio concedido al hombre para levantarse del cieno de los vicios

Yo, a la verdad, tengo por cosa certísima que no hay remedio tan eficaz para tornar los hombres al paraíso, devolver la incorruptibilidad a los mortales, reconciliarlos con Dios y abrirles camino seguro para la eterna salud, como la pureza.

¿Que por qué siento de este modo? —Ahora lo expondré, a fin de que, oída la maravillosa virtud y eficacia de este

67 Hebr. 1, 1.

don divino, veáis con toda claridad de cuántos bienes ha sido manantial inexhausto para nosotros.

Ya al principio, poco después de haber sido lanzado el hombre del paraíso y de haber perdido aquella su morada a causa de la transgresión de la ley, brotó exuberante el torrente de la corrupción, y, lanzándose avasallador, con inmensos remolinos, no sólo derribó y arrastró cuanto exteriormente encontraba al paso, sino que, irrumpiendo en el interior de las mismas almas, las sumergió bajo sus ondas tenebrosas.

¿Qué harían estas pobres almas, fatigadas a la continua con tan furioso oleaje? Ensordecidas por el vendaval, mudas de espanto y perdido el consejo, abandonaban el timón de sus navecillas, sin encontrar punto de apoyo ni lugar seguro donde aportar.

Los sentimientos de las almas, según opinan los peritos, luego que, dominados ya por las olas de las liviandades, que exteriormente los cercan, reciben además por dentro el embate de las pasiones furiosas, quedan envueltos en densísimas tinieblas e impiden el recto y desembarazado progreso del alma, que por su naturaleza era fácil de conducir.

Por lo cual, compadecido Dios de nuestra extremada miseria, de la que no podíamos levantarnos, enviónos desde el cielo en la pureza un óptimo y excelente auxilio, a fin de que, amarrados con ella nuestros cuerpos, a guisa de naves, y asegurados, por ende, de todo peligro, gozáramos de tranquilidad, arribando al puerto inmunes de toda avería, como lo atestigua también el divino Espíritu.

Esto se nos enseña en el salmo 136, en que cantan alegres un eterno himno de acción de gracias a Dios en el cielo las almas que, trasplantadas de esta miserable tierra, recorren con Cristo el paraíso, gozosas por no haber sido arrebatadas aquí abajo entre los vórtices de la materia y la carne.

Se dice también que el tirano de Egipto, Faraón, fué figura del diablo, al mandar, con feroz crueldad, arrojar sin compasión al Nilo todos los niños varones de los hebreos y conservar las hembras [68]. Porque el diablo, desde Adán hasta Moisés [69], ejerciendo su tiránico imperio en este Egipto del mundo, procuraba que los pensamientos y dictámenes varoniles del alma fueran arrebatados y sofocados por la corriente de las pasiones, mientras anhelaba fomentar y multiplicar cuanto fuera posible los gérmenes carnales e irracionales.

---

[68] Ex. 1, 16.
[69] Rom. 5, 14.

III. Explícase el sentido alegórico sobre la castidad contenido en un salmo de David

Mas para que no se nos olvide lo que nos habíamos propuesto, tomemos en las manos y expongamos el salmo que las almas vírgenes y puras cantan al Señor, diciendo: *Junto a los ríos de Babilonia nos sentamos y lloramos, acordándonos de Sión. De los sauces de sus orillas colgamos nuestras cítaras* [70]. Manifiestamente llaman a sus cuerpos cítaras, que sujetaron con cuerdas y colgaron del árbol de la castidad, a fin de que no fuesen arrebatados por la impetuosa corriente de la incontinencia. Porque Babilonia, que se interpreta *desorden* o *confusión,* significa esta vida, bañada por los ríos de la maldad, en medio de los cuales estamos sentados, recibiendo de continuo las salpicaduras de sus ondas mientras estamos en este mundo, donde las olas de la perversidad se suceden unas a otras sin cesar.

Por eso gemimos constantemente al Señor llenos de miedo, suplicándole con lágrimas que no permita que nuestras cítaras sean arrebatadas por la corriente de la voluptuosidad, desprendiéndose del árbol de la pureza.

Las Sagradas Escrituras presentan en todas partes al sauce como símbolo de la virginidad, porque su flor, macerada en agua, si se bebe, apaga todo prurito y movimiento sensual; y llega a tanto su virtud en este punto, que hace a los movimientos carnales enteramente estériles e inútiles para la generación, como lo indicó el mismo Homero [71], llamando infructuosos a los sauces. También en Isaías se nos dice que *los justos crecerán como los sauces plantados en la corriente de las aguas* [72]. Porque sólo entonces surge y se eleva a grande altura, echando amplias ramas el árbol de la virginidad, cuando el justo, el que tiene obligación de conservarla y cultivarla, la riega con las suaves fuentes de Cristo, empapándola en las aguas de la sabiduría.

Como el sauce sólo crece y florece junto a la corriente de las aguas, así la virginidad es de tal índole, que necesita el alimento de las enseñanzas divinas para vivir y florecer; y sin esto no llegará a adquirir suficiente robustez para que pueda cada uno colgar de ella su propia cítara.

---

[70] Ps. 136, 1 6.

[71] *Odisea,* 20, 510.

[72] Is. 44, 4. Recuérdese lo dicho acerca de estos pasajes y del valor de tales interpretaciones, en el estudio anterior, p. 3.ª, c. 2, n. 112, principalmente nota 37.

IV. Prosigue la interpretación del mismo pasaje

Si, pues, los ríos de Babilonia, según la opinión de los sabios, son las corrientes de la voluptuosidad, que turban y causan vértigos a las almas, preciso es que los sauces denoten la castidad, de la cual suspendemos nuestros cuerpos, elevándolos hacia lo alto, para que, teniendo en cuenta su inclinación a derribar y oprimir el espíritu, evitemos el que sean arrollados por las corrientes de la incontinencia y se adhieran como gusanos al pus y a la sangre corrompida. En vista de esto proveyó Dios desde el cielo el eficacísimo remedio de la virginidad, levantándonos con ella a la incorrupción y enviándola como fiel compañera de batalla a los que aspiran ardorosos hacia esta gloria designada por el Salmista con el nombre de Sión, es decir, la ferviente caridad y el precepto que acerca de ella nos dió el Señor. Si buscas la interpretación de la palabra Sión, verás que significa *mandato de la atalaya*. Del mismo modo hay que entender lo siguiente.

¿Cuál es el motivo por el cual, según confiesan las almas cautivas, les pidieron sus enemigos que cantaran el cántico del Señor en tierra extraña? Esas palabras nos enseñan claramente que el Evangelio es un cántico sagrado y misterioso que los pecadores y fornicarios cantan al diablo. Pues traicionan a los divinos oráculos, cumpliendo el gusto de los espíritus malignos y echando las cosas santas a los perros y las margaritas a los puercos [73], no de otra suerte que aquellos de quienes dijo indignado el profeta: *Leyeron fuera la ley* [74]. ¿Por ventura increpa tan duramente el profeta a los judíos, como reos de enorme delito, por sólo leer la ley fuera de las puertas de la ciudad o fuera de sus casas? De ningún modo, sino porque, impíos contra Dios y transgresores de sus mandatos, leían los preceptos divinos, fingiéndose hombres religiosos y adoradores de Dios, siendo así que en el interior de sus almas no los admitían, adhiriéndose a ellos con verdadera fe, sino que los rechazaban, negándolos con sus obras.

De aquí es que cantaban el cántico del Señor en tierra ajena, rebajando el significado de las promesas divinas interpretándolas rastreramente, como si Dios les hubiera prometido un reino temporal, y poniendo sus esperanzas en esta tierra, extraña para los hijos de Dios, de la cual

[73] Mt. 7, 6.
[74] Am. 4, 5.

dice la Escritura que pronto pasará [75]. En ella los que los despojaron y arrebataron al cautiverio procuran seducirlos con engañosos halagos y placeres, para apartarlos del verdadero Dios.

V. Adornos de las vírgenes al presentarse a su esposo Cristo

También los que cantan el Evangelio delante de los insensatos parecen modular el cántico del Señor en tierra extraña, de la cual no es agricultor Cristo.

Mas las vírgenes que se han revestido con la túnica purísima, alegre, piadosa y noble de la virginidad, que brillan con sus fulgores y están limpias y exentas de liviandades y torpes pasiones, ésas no *modulan el cántico del Señor en tierra extraña,* pues no ponen en eso sus deseos, ni se consumen con los deleites del cuerpo mortal, ni interpretan bajamente el sentido de los divinos preceptos, sino que, levantando generosamente sus miras por encima de todas esas ruindades, aspiran con arranque magnánimo al galardón eterno de los cielos como a meta apta y proporcionada a sus anhelos.

Estimando con esto Dios en más sus nobles aspiraciones, les promete con juramento concederles honores excepcionales, reservándoles el primer puesto en los eternos gozos. Pues dice de este modo: *Si yo me olvidare de ti, ¡oh Jerusalén!, olvidada sea mi diestra; péguese mi lengua al paladar si yo no me acordare de ti, si no pongo a Jerusalén por encima de cualquier alegría* [76]. Designando con el nombre de Jerusalén a estas almas inmaculadas, que, gustando con puros labios el vino austero de la virginidad, se preparan para *presentarse como castas vírgenes al divino Esposo* en los cielos [77], después de haber triunfado en los combates por las coronas inmortales [78].

He aquí lo que profetiza Isaías: *Brilla y resplandece, ¡oh Jerusalén!, que ya se abre tu luz y la gloria del Señor alborea para ti* [79]. Espléndida promesa, que, como se ve, ha de cumplirse después de la universal resurrección [80]. Porque no habla aquí el Espíritu Santo de aquella pequeña ciudad de la Judea, tan renombrada, sino de aquella bienaventurada

[75] 1 Petr. 2, 10.
[76] Ps. 136, 5 s.
[77] 2 Cor. 11, 2.
[78] Sap. 4, 2.
[79] Is. 60, 1.
[80] Alusión a Phil. 3, 11.

Jerusalén del cielo, por la cual quiere que entendamos la congregación de las almas santas, que, según promete Dios claramente, han de tomar parte las primeras en las alegrías de los nuevos siglos. El las colocará, adornadas con la candidísima veste virgínea, en su palacio regio, donde no se extingue la luz, como premio por no haberse jamás despojado de las vestiduras nupciales, debilitando la pureza de su mente con la admisión de torpes pensamientos.

VI. La virginidad debe ser cultivada y honrada en todo lugar

Finalmente, *el no olvidarse la doncella de sus galas, ni la esposa del ceñidor de su pecho* [81], como dice Jeremías, ¿qué otra cosa significa sino no aflojar un punto el sagrado lazo de la castidad bajo el influjo de encantos e incentivos mundanos? Porque, al mencionar el pecho, con razón se cree que intenta designar nuestra alma y pensamiento; pues el ceñidor pectoral, faja que ciñe y sujeta el propósito del alma de guardar intacta la castidad, ¿qué otra cosa es sino la caridad para con Dios? La cual, ¡oh preclaras vírgenes!, ojalá nos conceda a mí y a vosotras nuestro Capitán y Pastor Jesús, nuestro Protector y Esposo, conservar intacta hasta el fin, como depósito protegido con inviolable sello. No será fácil encontrar una prenda de garantía más segura para los hombres ni más grata y acepta a Dios.

Por lo cual altamente proclamo que todos deben honrar la pureza y deben practicarla y alabarla en sumo grado.

Recibe, ¡oh Arete!, estas primicias de mi erudición y de mi celo entusiasta por la nobilísima virginidad.

Con grandísimo gusto las recibo, contestó Arete, según me dijeron, y mando a Talusa que te suceda en el uso de la palabra, pues es justo que cada una de vosotras muestre su pericia en el decir.

---

[81] Ier. 2, 32.

DISCURSO V

TALUSA

I. La ofrenda de la castidad es muy grande y excelente voto

Talusa, recogiéndose un poco, como para reflexionar y coordinar sus ideas, me dijeron que habló de esta manera:

En primer lugar te suplico, ¡oh Arete!, que me asistas también a mí, a fin de que mis palabras no resulten indignas de ti y de todo este coro de vírgenes.

Formada en el estudio y meditación de los Libros Sagrados, he llegado al íntimo convencimiento de que la lucha por la virginidad es el mejor y más estimable exvoto y presente que ofrece el hombre a Dios, y que no puede ser sustituído por otro equivalente.

A la verdad, siendo tantos y tan variados los votos que en la ley se mencionan ofrecidos todos a Dios con grande loa, sólo se dice, sin embargo, que se obligaban con *voto grande* los que se resolvían a consagrarse a Dios enteramente a sí mismos con libre y espontánea voluntad.

Dicen así los divinos oráculos: *Habló Yahveh a Moisés diciéndole: Habla a los hijos de Israel y diles: Si un hombre o una mujer hiciere el gran voto de consagrar su castidad al Señor* [82]. Unos ofrecían vasos de oro y plata para el templo de Dios, otros los diezmos de sus frutos o aun de sus riquezas; éste lo más lucido de sus rebaños de ganado mayor y menor, aquél consagraba a Dios toda su hacienda, y, no obstante, ninguno de éstos logró que su voto y ofrenda fuese llamada grande, sino sólo aquellos que se ofrecían y consagraban enteramente a sí mismos.

---

[83] Num. 6, 2. Ya indicamos en el estudio precedente, p. 3.ª, c. 11, n. 112, el diverso significado de este voto en la Escritura.

II. Por el sacrificio exigido a Abrahán se significa que el hombre debe consagrar a Dios todas sus facultades y etapas de la vida

Ante tan respetable auditorio, ¡oh ilustres vírgenes!, por precisión he de buscar el verdadero camino para dar a conocer el sentido espiritual de la Escritura Santa. Quien en parte se guarda a sí mismo y atiende a su bien, y en parte se distrae y descuida sus obligaciones, este tal no está completamente dedicado a Dios. El que aspira a la perfección debe consagrar a Dios todas sus cosas, tanto del alma como del cuerpo, a fin de que su holocausto sea perfecto e íntegro sin falta alguna.

Mandó Dios a Abrahán lo siguiente: *Elígeme una vaca de tres años, una cabra de tres años también y un carnero igualmente de tres años; además, una tórtola y una paloma* [83]. Todo dicho en sentido espiritual. Y nótese lo que acerca de estas víctimas prescribe: Ofréceme y resérvame, a la manera de una ternera que no ha sido uncida al yugo y sin malicia, tu alma, tu carne y tu mente; de las cuales la primera es como la cabra, que trepa por los riscos y peñas escarpadas, y la segunda, como el carnero, pues hay que cuidar no recalcitre y se extravíe fuera de la verdad.

Así serás perfecto y limpio de toda culpa, ¡oh Abrahán!, consagrándome no sólo tu alma, sino también tus sentidos y tu razón; a todo lo cual llamó simbólicamente vaca, cabra y carnero de tres años, como para significar el recto sentir acerca de la Santísima Trinidad.

A no ser que más bien se designe aquí la primera, la media y la última época de nuestra vida; queriendo así Dios darnos a entender que le consagremos, lo más perfectamente que nos sea posible, nuestra juventud, nuestra edad viril y nuestra vejez viviendo castamente.

Es lo que manda también nuestro Señor Jesús en el Evangelio al inculcarnos: *No se apaguen vuestras lámparas y no se desciñan vuestros lomos. Sed como los hombres que están esperando a su amo de vuelta de las bodas, para abrirle al instante en cuanto llegue y llame. Dichosos seréis, porque os sentará a la mesa y se prestará a serviros. Ya viniere en la segunda vigilia o en la tercera, seréis bienaventurados* [84]. Considerad, ¡oh vírgenes!, cómo nombrando las tres vigilias, la vespertina, la segunda y la tercera, y señalando sus tres venidas, indicó las tres edades

[83] Gen. 15, 9.
[84] Lc. 12, 35 y 38.

nuestras, de la juventud, la virilidad y la vejez. De modo que aunque venga para sacarnos de este mundo en la primera edad, es decir, en nuestra juventud, nos encuentre bien preparados, puros y sin acción alguna torpe deliberada; y lo mismo si viene por nosotros en la virilidad o en la vejez.

La vigilia vespertina de nuestra edad es la flor de la juventud, cuando comienza a turbarse el alma con las vicisitudes de la vida, y, llegando la pubertad, hierve la sangre y la carne ansía los deleites. La segunda es la virilidad, cuando la mente, tirando fuertemente de las riendas a las pasiones, empieza a alcanzar tranquilidad y firmeza contra los movimientos perturbadores de la concupiscencia. La tercera, finalmente, cuando se desvanecen en gran parte los deseos y pensamientos sensuales, marchita ya la carne y próxima la vejez.

III. Es cosa muy útil practicar desde niños la virtud

Conviene tener siempre encendida y muy viva en nuestros corazones la lámpara de la fe, y, ceñidos los lomos con el cíngulo de la castidad, estar en vela esperando la venida del Señor, a fin de que, ya venga en la primera edad a llamar a algunos de nosotros, ya en la segunda o en la tercera, nos halle bien preparados y cumpliendo lo que nos tiene mandado, y así nos acoja y haga sentar a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob.

Jeremías, ¿qué dice? *Bueno es al hombre soportar el yugo desde su mocedad y no apartar su corazón del Señor* [53]. Ciertamente es útil someter desde la niñez la cerviz a las enseñanzas sagradas y no arrojar ni aun en la vejez ese divino guía que lleva las riendas de las almas piadosas, pues el diablo no cesa de sonsacarlas y arrastrarlas al vicio.

¿Cuántos se podrán hallar que no admitan los deleites y malos deseos, ya sea por los ojos, ya por el gusto, el olfato o el tacto, de entre aquellos que no toleran sobre sí al experto guía de la castidad, destinado a refrenar el caballo de la lujuria, reprimiéndolo sin piedad y aun con sangre? Tal vez haya quien ponga más bajas sus miras y sienta de otro modo; pero nosotros proclamamos muy alto que sólo aquel se ofrece y consagra a Dios perfectamente que desde niño guarda incontaminado su cuerpo con la práctica y cultivo de la virginidad. Porque a los que de veras la buscan, les ofrece ella misma una rápida seguridad de

[53] Threni, 3, 27, y Ier. 17, 3.

ver cumplidas sus esperanzas y deseos, debilitando las malas y ardientes pasiones, destructoras del alma. Prosigamos adelante y expliquemos ahora en qué consiste nuestra consagración a Dios.

IV. Cuál es la perfecta consagración a Dios

Lo que hemos visto que se preconiza en el libro de los Números hablando del *gran voto* demuestra lo que voy a probar, es a saber, que la castidad es el mayor y más excelente de todos los votos. Entonces podrá decirse con verdad que estoy consagrada del todo al Señor, cuando procure conservar puro e incontaminado mi cuerpo, no sólo libre de relaciones carnales, sino también de toda mancha de vicios y otras torpezas. Porque *la mujer no casada únicamente tiene que preocuparse de las cosas del Señor y de procurar agradarle* [86], practicando la virtud no sólo en parte y por la gloria que pueda reportarle, sino santificándose *en el cuerpo y en el espíritu,* como dice el Apóstol, y consagrando sus miembros por entero al Señor.

¿Qué cosa es consagrarse del todo a Dios? Esto es lo que voy a explicar. Si yo abro mi boca para unas cosas y la cierro para otras, v. gr., si la abro para explicar las Sagradas Escrituras, para ensalzar a Dios cuanto pudiere con alabanzas dignas y entusiastas, y la cierro, por el contrario, poniéndole puerta y custodia [87], a fin de que no hable cosas frívolas y vanas, entonces mi boca es casta y consagrada a Dios; es pluma [88] e instrumento de la Sabiduría, que escribirá por medio de ella en nuestras mentes con primorosos caracteres la palabra sutil de las Sagradas Escrituras. Y por su medio, el Verbo nos enseñará la verdadera ley del Espíritu. El Señor es el velocísimo Escriba y Doctor de los siglos, pues sólo El escribe y cumple pronto y veloz el consejo del Padre: *Apresúrate a coger la presa, date prisa a tomar los despojos* [89]. De este Doctor es pluma mi lengua. Pues a El está dedicada y consagrada como preciosísimo cálamo, escribiendo cosas más lindas y bellas que las compuestas por cuantos oradores y poetas han empleado su ingenio y elocuencia en sus discursos y poemas.

También mis ojos, si los acostumbro a no desear ver la hermosura corporal y no les permito asistir a espectáculos

---

[86] 1 Cor. 7, 32. 34.
[87] Ps. 140, 3.
[88] Ps. 44, 2.
[89] Is. 8, 1.

obscenos, sino que los obligo a contemplar las cosas celestiales, serán castos y consagrados a Dios.

Asimismo, si cerco mis oídos para que no oigan murmuraciones y calumnias, y los abro para escuchar la palabra de Dios, frecuentando las casas de los sabios [90], consagro a Dios mis oídos.

Si aparto mis manos de sórdidas negociaciones en tabernas y comercios, de la avaricia y de la lascivia, serán castas y dedicadas a Dios.

Si refreno mis pasos, apartándolos de perversos caminos, no frecuentando las plazas públicas y los lugares donde se reúne la gente perdida e insensata, antes bien los empleo en obras de virtud para edificar con el cumplimiento de los mandamientos, quedarán también mis pies consagrados a Dios.

¿Qué me restará ya por consagrar, si además soy también casta en el alma, dirigiendo todos mis pensamientos a Dios; si no admito ideas mezquinas, si no estimo las cosas según el gusto del mundo, si la ira y la soberbia no tienen en mí parte alguna, si medito día y noche en la ley del Señor? Esto es ciertamente ofrecer a Dios el gran voto de castidad completa y perfecta [91].

V. El voto de castidad y sus ritos en la ley

Continuando, pues, nuestro discurso, pasemos ya a exponer lo que en el citado pasaje prescribe el texto de la ley, pues en estos divinos oráculos se contienen, ¡oh vírgenes!, vuestras obligaciones. Son máximas sapientísimas acerca de la virginidad, que enseñan las cosas que han de evitarse y cómo se ha de elevar la virgen a lo alto.

Sus palabras son las siguientes: *Habló Dios a Moisés y le dijo: Habla a los hijos de Israel y diles: Si un hombre o una mujer hiciere el gran voto de consagración ofreciéndose al Señor, se abstendrá de sidra, de vino y de vinagre hecho con vino o con sidra; ni beberá cosa alguna de las que se hacen de la uva, ni comerá uvas frescas o pasas en todos los días de su voto* [92]. Esto es, el que se ha ofrecido y consagrado al Señor, no ha de tomar cosa que nazca del árbol de la malicia, porque esos frutos producen siempre embriaguez y enajenamiento de la mente, apartándola de los rectos principios.

---

[90] Eccli. 6, 36.
[91] Num. 6, 1.
[92] Num. 6, 1-4.

De dos clases de vides nos hablan las Escrituras Santas, enteramente diversas entre sí y con propiedades contrarias. La una es manantial inagotable de inmortalidad y justicia; la otra, origen de furiosa demencia y locura. Aquella primera vid, la de la templanza y alegría, que de sus documentos y enseñanzas, como de sarmientos, muestra pendientes los racimos de los carismas de donde se destila la caridad, es nuestro Señor Jesús, que dijo claramente a sus apóstoles: *Yo soy la vid verdadera, y vosotros los sarmientos; y mi Padre es el viñador* [93].

La otra vid, silvestre y mortífera, es el diablo, que no destila sino rabia, ira y veneno, como nos lo dice Moisés: *De cierto, su vid es la vid de Sodoma; de los campos de Gomorra sus sarmientos. Sus uvas son uvas ponzoñosas, y sus racimos, racimos amarguísimos. Veneno de dragones es su vino, veneno mortal de áspides* [94].

¿Qué recogieron de la vendimia de tal viña los desgraciados sodomitas? Estallaron en estériles concupiscencias de unos varones con otros y se desataron en incendios de lujuria contra naturaleza [95].

Por esto mismo, en tiempos de Noé, los que se daban a la crápula perdieron la fe, y, ciegos en su incredulidad, fueron sumergidos en las ondas del gran diluvio [96]. De este mismo mosto bebió Caín cuando ensangrentó su diestra con la sangre de su hermano y manchó por primera vez con ella la tierra [97]. Con este vino embriagadas las gentes bárbaras aguzan sus espadas, y estallan en guerras y muertes mutuas; porque no derriba tanto al hombre del solio de la razón y le hace enloquecer el vino como la ira y la envidia. No le embriaga ni le hace torcer sus pasos el vino tanto como la tristeza, los locos amores y el libertinaje.

Vedados están por completo los frutos de esta vid venenosa a la virgen, que, sobria y vigilante contra los anhelos del siglo, ha de tener bien atizada la lámpara de la justicia esperando a su esposo, el Verbo divino. Pues dijo el Señor: *Velad sobre vosotros y estad atentos, no sea que se ofusquen vuestros corazones con la crápula, la embriaguez y las preocupaciones de esta vida, y os sobrecoja de repente, como lazo, aquel día* [98].

---

[93] Io. 15, 1-5.
[94] Deut. 32, 32-33.
[95] Gen. 18, 20, y 19, 4.
[96] Gen. 6, 7.
[97] Gen. 4, 8.
[98] Lc. 21, 34

VI. La virgen debe evitar cuanto se avecina al pecado. Las vírgenes son el altar del incienso

No sólo les está vedado a las vírgenes gustar los frutos de esta viña, sino también de todo cuanto se le acerca o asemeja. Porque sidra se llama todo vino contrahecho, no sacado de uvas, sino exprimido de dátiles o de otras frutas. Pues esas bebidas nos marean y turban el juicio no menos que el verdadero vino. Y para decir la verdad, toda bebida embriagadora y perturbadora del juicio, a semejanza del vino, recibe de los sabios el nombre de sidra.

Procure, pues, la virgen no abstenerse solamente de aquellos pecados que claramente son pecados de malicia, dejándose entre tanto manchar de otros que se les asemejan y son casi tan perjudiciales como los primeros, de manera que, vencedora de los unos, se deje derribar de los otros; es decir, que no se aficione a los vestidos multicolores, recamados de oro y pedrería, y se deje prender de los adornos del cuerpo, que embriagan el alma. A este fin mandó el Señor que eviten las risas y ligerezas mujeriles, las bromas y chocarrerías, que, como vértigo, turban el alma, según lo dió a entender en otro lugar, diciendo: *No comeréis la hiena y sus semejantes, ni la comadreja y animales parecidos* [99]. Porque éste es el camino recto y breve para el cielo: no sólo desechar los impedimentos que pueden precipitar en la ruina al alma, ansiosa de liviandades y deleites, sino evitar también toda cosa semejante a éstas.

También nos han enseñado nuestros mayores que el coro de los castos es altar incruento. Así la virginidad parece cosa muy grande y preclara. Por lo cual es preciso guardarla inmaculada y enteramente pura, desechando todo trato con la inmundicia de la carne, y, recubierta por dentro con el oro de la Sabiduría, colocarla ante el arca del testimonio en el Sancta Sanctorum, para que exhale en honor del Señor olor de fervorosa caridad. *Me fabricarás,* dice, *además del altar de los sacrificios, recubierto de bronce, donde se ofrecen los holocaustos y ofrendas, otro altar, construído con maderos incorruptibles. Lo revestirás de oro puro y lo colocarás delante del velo que oculta el arca del testimonio, donde me he de encontrar contigo. Aarón quemará el incienso sobre él todas las mañanas al preparar las lámparas. Así se quemará el incienso ante Yahveh perpetuamente entre vuestros descendientes. No ofreceréis sobre el altar ningún perfume profano ni holocaustos. No haréis sacrificio alguno ni derramaréis sobre él ninguna libación* [100].

[99] Lev. 11, 29.
[100] Ex. 30, 1-9.

VII. La Iglesia, intermedia entre las sombras de la Ley y las verdades celestiales

Como la ley, según el Apóstol, es espiritual y *contiene imágenes o figuras de las cosas futuras*[101], descorramos el velo de la letra y contemplemos la verdad pura y sincera.

El artístico tabernáculo que mandó Dios fabricar a los hebreos, imagen fué de la Iglesia, a fin de que tuviesen una imagen sensible que les representara los misterios futuros. Pues el ejemplar que mostró Dios a Moisés en el monte[102], según el cual construyó el tabernáculo, era una viva estampa del domicilio celeste, al cual aspiramos también nosotros, conociéndolo con mayor claridad que la ofrecida en las figuras de la antigua ley; pero, sin embargo, más obscuramente que si gozáramos ya de la verdad misma. Porque la pobre humanidad no ha llegado aún a aquella verdad pura y nítida, que ni soportar podemos mientras vivimos en esta vida mortal, como no pueden nuestros ojos resistir los rayos luminosos del sol.

Los judíos anunciaron solamente la sombra de la imagen, que dista tres grados sucesivos de la verdad; nosotros, en cambio, celebramos una imagen clara de la economía celeste. Porque la verdad pura y sincera sólo se nos revelará exactamente después de la resurrección, cuando veamos el santo tabernáculo, esto es, *la celestial ciudad, cuyo arquitecto y fundador es el mismo Dios*[103], *no en enigmas y en parte, sino cara a cara*[104].

VIII. Los dos altares representan a las viudas y a las vírgenes

Siendo, pues, así que los judíos profetizaron nuestras realidades y nosotros prenunciamos las realidades celestes, no es de extrañar que el tabernáculo sea tipo de la Iglesia, y la Iglesia símbolo del cielo. Por tanto, si el tabernáculo es tipo de la Iglesia, también sus altares se referirán a instituciones de la Iglesia de Cristo. Yo creo que el primero, revestido de bronce, es semejante al senado de los ancianos y al coro de las viudas. Pues éstas son altar viviente de

---

[101] Hebr. 10, 1.
[102] Ex. 25, 40.
[103] Hebr. 11, 10.
[104] 1 Cor. 13, 12.

Dios, en el cual se ofrecen de continuo diezmos, terneros y víctimas voluntarias, como agradable sacrificio al Señor.

Mas el altar, revestido de oro, colocado dentro del Sancta Sanctorum ante el arca del testimonio, en el cual estaba prohibido ofrecer sacrificios y libaciones, hay que entenderlo de las vírgenes, quienes con el oro purísimo e incorrupto de la castidad han protegido sus cuerpos de todo trato y comunicación con hombres.

Dos son las principales excelencias con que el oro sobresale entre los demás metales: una que no se oxida, y otra que con su brillo es una imagen de los rayos del sol. Símbolo en ambas cosas muy apropiado de la virginidad, que no admite mancha ni suciedad alguna y resplandece siempre con la luz del divino Verbo.

Por lo cual la virginidad se halla más cerca del arca en el Sancta Sanctorum, delante del velo, para ofrecer al Señor con manos puras, a modo de incienso, las oraciones que han de ser recibidas en olor de suavidad. Así lo significó San Juan explicando cómo *el incienso que había en las copas de los veinticuatro ancianos eran las oraciones de los santos* [105].

Este ramillete te ofrezco, ¡oh Arete!, cantando los loores de la castidad según se me han ido ocurriendo en el calor de la improvisación.

---

[105] Apoc. 5, 8.

DISCURSO VI

AGUEDA

I. Las almas, trasuntos de la belleza de Dios

Mientras así hablaba Talusa, refiere Teopatra que tocó Arete con su cetro a Agueda, la cual no bien lo hubo sentido, cuando se levantó y habló de esta manera:

Con gran confianza de hablar felizmente y de persuadir cuanto dijere, emprenderé, ¡oh Arete!, el trabajo que echas sobre mis hombros, y, favorecida con tu poderosa ayuda, procuraré también poner mi piedrecita en el magnífico edificio de la virginidad, pero más bien según mi pobre caudal que guardando proporción con los precedentes discursos. Porque no me es a mí posible tratar este asunto con la variedad y esplendidez de mis predecesoras; ni podría escapar a la nota de insigne estulticia si pretendiera igualar la elocuencia de las que tanto me aventajan en sabiduría. Si, pues, estáis dispuestas a usar de tolerancia para escuchar lo que me salga al azar de la improvisación, me atreveré a hablaros, sin omitir, desde luego, ni diligencia ni buena voluntad. Y sea éste mi comienzo.

Venimos todas al mundo, ¡oh vírgenes!, adornadas de una incomparable hermosura, parecida y semejante a la de la eterna Sabiduría. Porque son las almas un perfecto y acabado trasunto que ostenta en sí los rasgos de aquel que las concibió y formó; sobre todo cuando procuran con esmero conservar en sí intactos e incontaminados los brillantes lineamentos de aquel ejemplar divino y los rasgos de aquel ideal según el cual las creó Dios, dándoles naturaleza incorruptible e imperecedera.

La Belleza increada e incorpórea, que no conoció principio ni tendrá fin, inmutable y siempre en perpetua juventud, sin posible deterioro; el que es en sí y por sí luz infinita, *cuya morada es inaccesible*[106] e inefable; aquella Belleza que con su infinito poder contiene, crea y transforma todas las cosas, modeló las almas a semejanza de su propia imagen[107]. Por lo cual son también racionales e inmortales.

[106] 1 Tim. 6, 16.
[107] Gen. 1, 27.

Formadas a imagen y semejanza del Unigénito de Dios, gozan, como dije, de una incomparable hermosura. Y así se perecen por ellas los malignos espíritus [108] y procuran con sumo empeño afear y manchar su amable y divina hermosura, como lo indicó Jeremías dirigiendo a Jerusalén aquel tremendo reproche: *Has echado frente de cortesana y no tuviste vergüenza en presencia de tus amadores* [109]. Habla de las que se dejan contaminar por las potestades diabólicas. Pues los amadores son Satanás y sus ángeles, quienes maquinan con sumo esfuerzo afear y manchar la belleza espiritual y transparente de nuestra razón, afanándose por violar toda alma desposada con el divino Verbo.

II. Parábola de las diez vírgenes

Todo aquel, pues, que guarde ilesa e incontaminada esta hermosura, tal cual la formó y fabricó el que la había trazado, realizando el ideal infinitamente bello de la naturaleza intelectual y eterna, cuyo trasunto y retrato es el hombre, convertido, por ende, en bella imagen sagrada, será trasladado de aquí a la ciudad de los bienaventurados y colocado en la celestial Sión como en un templo.

Pero sólo entonces se conserva nuestra hermosura completamente incontaminada y segura, cuando, protegida por la virginidad, no llega a empañarla y ennegrecerla el exterior hálito de la corrupción, sino que, permaneciendo en sí misma adornada y compuesta con el ornato de la santidad y justicia, forma parte en el cortejo nupcial del Hijo de Dios, como El mismo lo insinúa, amonestándonos que es preciso encender en nuestros cuerpos, como en otras tantas lámparas, la luz de la castidad.

Las diez vírgenes representan las almas que creen en Jesús, y el número de diez, el camino recto del cielo [110]. Mas cinco de ellas eran prudentes y sabias, y otras cinco necias y fatuas, pues, descuidando echar aceite a sus lámparas, quedaron vacías de justicia. Por éstas se designan las que desean alcanzar la palma de la virginidad y guardan honesta y prudentemente todo cuanto conduce a lograr ese santo amor, jactándose de pertenecer al glorioso estado virginal; pero, vencidas de la pereza, son derribadas por las revueltas ondas del siglo. Semejantes a pintores de bocetos, esbozan un vano simulacro de virtud, más bien que la realidad animada y viviente.

---

[108] Eph. 6, 12.
[109] Ier. 3, 1.
[110] Como en griego el número diez se expresa por la letra I, lo toma San Metodio como símbolo del camino derecho y recto.

III. Vírgenes con el mismo esfuerzo y diferente éxito

Porque lo que se dice de que *el reino de los cielos es semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del Esposo,* quiere decir que todas ellas eligieron la misma profesión e instituto, según se indica por la letra I, que significa la decena. A la misma empresa se dedicaron todas haciendo profesión de virginidad, como aparece en el signo I, conforme a lo dicho. Las diez se prepararon de modo semejante, como lo indica el número de diez en su forma; pero, sin embargo, no todas salieron del mismo modo al encuentro del Esposo. Las unas se proveyeron abundantemente del aceite que habían de necesitar para alimentar viva la llama en sus lámparas, mientras que las otras, contentas con la solicitud del momento, fueron negligentes. En consecuencia, las que eran diez quedaron divididas en dos quinas; porque los cinco sentidos, que muchos han llamado puertas de la sabiduría, unas los conservaron puros y vírgenes de todo pecado, y otras, por el contrario, sometiéndolos a lo ilícito, los contaminaron con una infinidad de maldades. Estas últimas, guardando continencia y castidad, no hicieron los dispendios de óleo necesarios para conservar la justicia, y prefirieron faltar a sus deberes; a causa de lo cual con razón fueron excluídas y desterradas de los alcázares del divino Esposo.

Son nuestros sentidos de tal condición, que, al obrar nosotros recta o torcidamente, vienen ellos a robustecer tanto los buenos como los malos hábitos. Y a la manera que dijo Talusa que había virginidad de ojos, de oídos, de lengua y de todos los sentidos, así también aquí la que guardare inviolable la fe y lealtad de las cinco ventanas de la virtud, a saber, la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto, aunque no sea más que una, recibirá el nombre de cinco vírgenes, porque ofreciendo a Cristo los cinco sentidos con castos pensamientos, resplandece con ellos como lámpara que irradia otros tantos vivísimos rayos de perfección y santidad. Nuestro cuerpo es verdaderamente un candelabro de cinco brazos, que llevará el alma, como antorcha, cuando se presente a su Esposo, Cristo, el día de la resurrección, irradiando a través de los cinco sentidos una fe luminosa, como El mismo nos declaró diciendo: *Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué he de querer sino que se encienda?* [111] Llama tierra a nuestros cuerpos, en los cuales ansía que se encienda rápidamente la luz vivísima de sus sa-

[111] Lc. 12, 49.

bias enseñanzas. El aceite de las diez lámparas es símbolo de la sabiduría y de la justicia. Cuando el alma las suministra largamente al cuerpo a modo de celeste lluvia, se aviva y sube muy alta la llama inextinguible de la virtud, con que resplandecen ante los hombres nuestras *santas obras, glorificando a nuestro Padre, que está en los cielos* [112].

IV. Qué significa el aceite en las lámparas

Tal aceite ofrecían por mandato de Dios los israelitas, según el Levítico: *Habló Dios a Moisés y le dijo: Manda a los hijos de Israel que traigan para el candelabro aceite puro de olivas machacadas, para alimentar continuamente las lámparas por defuera del velo, que está delante del Señor* [113]. Mas a ellos se les mandó tener encendidas las lámparas sólo por breve tiempo, desde el anochecer hasta el amanecer. Es que su antorcha parece significar el lenguaje de los profetas, que anunciaba la confianza de practicar la castidad alimentada con la fe y buenas obras del pueblo. El tiempo en que ardía la lámpara simbolizaba *la porción de la heredad medida con el cordel* [114], esto es, la casa de Israel. Porque una lámpara sólo puede iluminar una casa. Era, pues, preciso encenderla antes del día, como se mandaba: *Enciéndanla hasta que amanezca* [115], esto es, hasta la venida de Cristo. Pues, salido ya el Sol de justicia [116], no hacen falta las lámparas.

Todo el tiempo, pues, que suministró aquel pueblo el alimento para mantener encendida la lámpara mediante el aceite de las buenas obras, permaneció entre ellos viva la luz de la castidad, luciendo esplendorosa en la porción de la *herencia medida con el cordel.* Mas luego que faltó el óleo, pervertidos ellos en su fe y corrompidos por el desorden, apagóse por completo la lámpara y cesó de lucir. Por lo cual las vírgenes deben ahora mantener encendidas sus lámparas, sustituyéndose unas a otras para los tiempos sucesivos, aportando desde lo alto estas divinas antorchas, que despidan por doquier fulgores de inmortalidad.

Es, pues, ahora preciso suministrar en abundancia óleo puro de prudencia y santas obras, clarificado y limpio de toda hez de terrenal corrupción, no sea que, con la demora del Esposo, vengan también a apagarse nuestras lámparas.

[112] Mt. 5, 16.
[113] Lev. 24, 2.
[114] Ps. 104, 11.
[115] Lev. 24, 3.
[116] Mal. 4, 2.

Porque la tardanza del Esposo es el tiempo que dura el presente siglo hasta la segunda venida de Cristo; y el adormilarse y dormirse las vírgenes, nuestra partida de esta vida. La media noche, el reino del anticristo, en que pasará por las casas el ángel exterminador [117]. Y aquel clamoreo: *Ahí está el Esposo, salid a su encuentro* [118], es la trompeta y la voz que se oirá desde el cielo cuando los santos, resucitados sus cuerpos, serán arrebatados sobre las nubes e irán al encuentro del Señor [119].

Es de notar, según dice el Verbo, que después de aquel clamoreo despertaron todas las vírgenes, con lo que se significa que, cuando la voz resuene desde el cielo, resucitarán todos los muertos, como ya en cierto lugar lo dijo Pablo: *Pues el mismo Señor, con voz de mando, a la voz del arcángel y al sonido de la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que han muerto en Cristo resucitarán primero,* esto es, los cuerpos, pues éstos son los que quedan muertos al separarse las almas; *después nosotros los vivos, los que quedemos, seremos arrebatados con ellos,* significando así las almas. Pues nosotros, que verdadera y propiamente vivimos, somos las almas que, juntamente con los cuerpos, una vez resucitados, *iremos en las nubes al encuentro,* llevando atizadas las lámparas, no con ornato extraño y mundano, sino con el adorno de la prudencia y la sabiduría, con el que brillarán como astros irradiando rayos de castidad celestial y divino resplandor.

V. Premios de la virginidad

Estas son, ¡oh hermosas vírgenes!, las fiestas de nuestros misterios, éstas las sagradas ceremonias de las que se inician en el rito del estado virginal, éstos los premios de los combates sin mancha, de la pureza [120]. Desposada con el Verbo divino, recibo del Eterno Padre como eterna dote de incorrupción valiosísimas coronas e inmensas riquezas, y triunfo por siglos sin fin coronada con espléndidas e inmarcesibles flores de sabiduría; danzo gozosa en el cielo delante de Cristo, que es mi galardonador; cabe el divino Rey, que ni conoce fin ni tuvo principio.

Mi destino es llevar una antorcha de luz indeficiente; y elevo al Esposo, en compañía de los arcángeles, un nuevo cántico que ensalza la gracia e inmensa gloria de la Iglesia

[117] Ex. 11, 4.
[118] Mt. 25, 6.
[119] Thes. 4, 16.
[120] Sap. 4, 2.

triunfante. Pues que *las vírgenes seguirán siempre al Cordero adondequiera que fuere* y frecuentarán sus venturosas fiestas y regocijos, como dice la Escritura [121], cuando hace mención de los ciento cuarenta y cuatro mil que acompañaban al Cordero en la celestial Sión.

Id, pues, juventud florida de los nuevos siglos. Id, llenad vuestras lámparas de santidad; hora es ya de levantarse y salir al encuentro del Esposo. Id y, hollando los halagos y atractivos de esta vida, que por todas partes cercan y fascinan al alma, trabajad por alcanzar las espléndidas coronas que tenéis prometidas.

Esto os juro y prometo por aquel que me muestra el camino de la eterna salud.

Tal es la diadema seleccionada y entretejida en los jardines de los profetas, que te ofrezco, ¡oh Arete!

---

[121] Apoc. 4, 14.

DISCURSO VII

PROCILA

I. La alabanza eficaz es la del superior, como la del Eterno Padre respecto a Cristo y la de éste respecto a sus esposas, las vírgenes

Terminado así por Agueda su brillante discurso, que fué alabado por toda la concurrencia, mandó Arete a Procila que hiciese uso de la palabra. Ella, levantándose, se adelantó al centro de los asientos y habló de esta manera:

No me es permitido, Arete, aun después de tantos y tan elocuentes discursos, mostrar la menor desconfianza, viendo tan claramente las infinitas formas de la inagotable Sabiduría divina, siempre dispuesta a derramar sus magníficos y variados dones a quien bien le pareciere.

En efecto, dicen los entendidos en marinería que, soplando a varios navegantes un mismo viento, gobiernan diferentemente sus naves, sin preocuparse por arribar al mismo puerto. Pues unos navegan de frente, viento en popa; a otros les sopla e hinche las velas en banda, y, no obstante, todos tienen próspero y feliz viaje. Así también la divina Sabiduría, *Espíritu inteligente, santo y único* [122], no dejará de enviarnos a todas nosotras suavísimas auras, aspiradas de lo alto en los tesoros del Padre Eterno, suficientes para conducir con felicidad nuestras barquillas al deseado puerto. Comencemos, pues.

¿Cuándo, ¡oh ilustres vírgenes!, tiene más peso y gravedad la alabanza? Cuando el panegirista abona su dicho con el testimonio de una persona muy superior, no sólo al asunto, sino también a las mismas personas alabadas. Pues eso demuestra claramente que su alabanza no se funda en simpatías, ni en necesidad, ni en fama lisonjera y mal fundada, sino en juicio rigurosamente exacto y ajeno de parcialidad.

Así los profetas y los apóstoles, que más plena y elocuentemente que nadie han hablado del Hijo de Dios, encomiando y ensalzando su divinidad más que ningún otro mortal, no trajeron por fiadores de sus alabanzas a los án-

[122] Sap. 7, 22.

geles, sino a aquel de quien depende toda autoridad y firmeza. Pues era justo que aquel que, después del Padre, es mayor que todos, fuese abonado y recibiese testimonio del mismo Padre, el único que es mayor que El [123].

Pues bien, tampoco yo, en lo que diga en honor y alabanza de la castidad, invocaré la autoridad de ningún hombre, sino la de aquel que con su providencia nos gobierna, que, según mostraré, es el jardinero cultivador de la pureza, amante de su hermosura y testigo digno de ella.

Lo cual puede comprobar quien quisiere en el Cantar de los Cantares, donde el mismo Cristo ensalza a las que permanecen firmes en la virginidad diciendo de ellas: *Como lirio entre espinas, así es mi amada entre las doncellas* [124]. Comparando el don de la virginidad al lirio blanco o azucena por la pureza y fragancia, por la suavidad y alegre gracia. Porque es la virginidad flor primaveral, que exhala, sin cesar, incorrupción de sus blancas corolitas.

No se desdeñó más adelante de confesar el amor que le inspiraba su celestial belleza, diciendo: *Heriste mi corazón, ¡oh hermana mía, esposa querida!, heriste mi corazón con una de tus miradas, con la vista de una de las perlas de tu collar. Dulces más que el vino exquisito son tus amores, y la fragancia de tus vestidos es más suave que todos los aromas. Miel virgen destilan tus labios, esposa mía; leche y miel bañan tu lengua, y el olor de tus vestidos es como el perfume del Líbano; jardín cercado eres, hermana mía, esposa mía; jardín cercado, fuente sellada* [125].

Así encomia Cristo a las que guardan intacta su virginidad, comprendiéndolas a todas bajo el nombre de la única Esposa, pues la desposada debe estar unida al esposo y tomar su nombre. Añade luego que debe ser incontaminada e intacta, a modo de jardín cercado, donde brotan todas las plantas de celestial fragancia para que las coja y tenga en ellas sus delicias únicamente Cristo. No hay cosa corporal que se lleve tras sí los ojos ni el corazón del Verbo, pues no es Cristo amador de cosas corruptibles; ni puede prendarse de una mano, de un pie o de un rostro, sino que, fijando sus ojos en el interior espiritual e incorpóreo, esto le enamora, menospreciando la corporal belleza.

II. Interpretación del pasaje citado

Considerad, ¡oh vírgenes!, que al decir el Esposo: *Heriste mi corazón con una mirada de tus ojos,* da a entender

[123] Io. 14, 28.
[124] Cant. 2, 3.
[125] Cant. 4, 9-12.

la viva perspicacia de la mente, después de purificada por el hombre interior, para que penetre más y conozca más claramente la verdad. Sabido es que son dos las facultades visivas del hombre: una la del alma y otra la del cuerpo. Y es evidente que al decir el Verbo: *Heriste mi corazón con una mirada de tus ojos, con la vista de una perla de tu collar,* confiesa que no ha sido herido de amores por el ojo del cuerpo, sino por el del alma. Como si dijera: Tú, con la amabilísima mirada de tu celestial sabiduría, has inflamado mi corazón en tu amor, haciéndole salir de sí impresionado por el esplendoroso adorno interior de tu castidad.

¿Cuáles son los adornos del cuello? Los collares de variadas piedras preciosas, perlas y diamantes. Sucede, pues, que las almas dadas al lujo y ornato del cuerpo adornan sus cuellos con esas preseas para engañar a sus admiradores; no así las almas castas, que procuran adornar sus almas con el interior ornato de mil piedras preciosas, de brillante fulgor: el señorío de sí mismas, la magnanimidad, la sabiduría celestial y la caridad inflamada. Estas almas no se cuidan poco ni mucho de los efímeros adornos mundanales, que son como la flor del campo, fresca a la mañana y seca a la tarde, marchitada con las alteraciones del cuerpo.

Dos son en el hombre los adornos, de los cuales el uno es interior e incontaminado; éste es el que el Señor estima cuando dice: *Me has robado el corazón con la vista de una de las perlas de tu cuello,* significando el maravilloso atractivo de la dignidad interior de la esposa, según atestigua también el Salmista al decir: *Toda la gloria y belleza de la hija del Rey es interior* [126].

III. Las vírgenes, verdaderas mártires, las primeras entre las escogidas del Señor

Nadie piense que rechazo a los demás cristianos, juzgando que sólo las vírgenes han de ser admitidas en el reino eterno para gozar de los bienes prometidos. No ha de olvidarse que ha de haber allí *una multitud innumerable de toda tribu, lengua, pueblo y nación* [127], *según la medida de la fe de cada uno* [128]. Acerca de esto escribe Pablo: *Una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna y otra la claridad de las estrellas. Y aun hay diferencia en claridad de estrella a estrella* [129].

[126] Ps. 44, 14.
[127] Apoc. 5, 9.
[128] Rom. 12, 6.
[129] 1 Cor. 15, 41.

El mismo Señor no promete a todos igual honor y gloria, sino que a unos promete *el reino de los cielos,* a otros dice que *poseerán la tierra,* y a otros les promete que *verán al Padre* [130]. Pero ciertamente dice que el primer orden, el primer coro que introducirá en el descanso y luz perpetua de los nuevos siglos, como en real tálamo, será el dichosísimo coro de las santas vírgenes.

Porque, habiendo tolerado, no un martirio breve de dolores físicos, durante cortos instantes, sino durante toda la vida, con pesados sufrimientos, sin vacilar un punto en la lucha verdaderamente olímpica de la castidad, resistiendo a los crueles embates de las pasiones, del temor, de los dolores y de otros males de la humana malicia, con razón recibirán los primeros premios, sentándose en los tronos más dignos de las eternas promesas.

Finalmente, sólo a la virgen llama el Verbo esposa sincera y escogida; a las otras las llama siervas predilectas y jóvenes doncellas, diciendo: *Sesenta son las reinas, ochenta las siervas predilectas, y las doncellas son sin número. Pero es única mi paloma, mi perfecta; es la única hija de su madre, la más amada de quien la engendró. Viéronla las doncellas y la aclamaron bienaventurada, y las reinas y las siervas predilectas la loaron* [131]. Porque, siendo sin número las hijas de la Iglesia, una sola es la escogida entre millares y más grata a sus ojos que todas las demás, a saber, el eximio coro de las vírgenes.

IV. Interpretación de un pasaje del Cantar de los Cantares

Si a alguien le asalta el escrúpulo de que no hemos declarado todavía el sentido de esta Escritura, y desea saber su sentido espiritual, preguntando quiénes sean las reinas, quiénes las siervas predilectas y quiénes las doncellas, le responderemos que tal vez deberá entenderse este texto de los que se han distinguido por su santidad desde el principio del tiempo a través de los siglos, a saber, antes y después del diluvio y después de Cristo.

La Iglesia, desde luego, es la esposa. Las reinas, aquellas almas regias que antes del diluvio agradaron a Dios, como Abel, Set y Enoch. Las siervas predilectas, las almas que vivieron después del diluvio, es decir, las de los profetas, a los cuales, a modo de siervas predilectas, antes de unirse el Señor a la Iglesia, les comunicó el Espíritu Santo con suma

[130] Mt. 5, 3. 4 y 8
[131] Cant. 6, 8-9.

profusión santa semilla de inspiraciones en orden a una filosofía pura e incorrupta, a fin de que, concibiendo la fe, nos dejasen documentos de eterna salud. Cualquier alma que se junta con Cristo y participa de su Espíritu, produce tales frutos espirituales de eterna perennidad.

Si os place hojear, ¡oh vírgenes!, los libros de Moisés, David, Salomón, Isaías o algún otro de los profetas, veréis al punto qué frutos de bendición tan saludables transmitieron al mundo, precisamente por el trato y comunicación que tuvieron con el Hijo de Dios. Prudentísimamente, pues, llamó el Verbo a los profetas siervas predilectas, porque no se unió a ellos tan clara y públicamente como lo hizo con la Iglesia. Solamente por ésta sacrificó *el becerro gordo y bien cebado* [132].

V. Simbolismo de las sesenta reinas

Para no omitir en esta disputa cosa alguna necesaria, debemos indagar por qué son precisamente sesenta las reinas, ochenta las siervas predilectas, y las doncellas tantas que no es posible averiguar su número, y, finalmente, una sola esposa.

Empecemos por las sesenta. Sesenta reinas creo yo que llamó a todos aquellos que agradaron a Dios en los siglos que corrieron desde Adán hasta Noé, porque no necesitaron otras leyes ni preceptos para conseguir la salvación, pues estaba aún reciente la creación del mundo, hecha por Dios en seis días. Recordaban, repito, que toda esta máquina del universo había sido creada por Dios en seis días, y tenían indeleblemente grabadas en su imaginación las cosas que en el paraíso sucedieron: cómo, inducido por el maligno espíritu, tropezó el hombre con el mandato de no tocar el árbol de la ciencia [133]. Y por esto a aquellas almas que inmediatamente después de la creación del mundo eligieron amar fervientes a Dios, vástagos primerizos, por decirlo así, del primer siglo y vecinas a la gran obra de los seis días, las llamó simbólicamente sesenta, porque vivieron muy próximas a los seis días de la creación.

Las cuales tuvieron el gran honor de tratar amigablemente con los ángeles y de ver frecuentemente a Dios, no en sueños, sino clara y manifiestamente. Recordad cuán íntima familiaridad con Dios tuvo Set, y asimismo Abel, Enós, Enoch, Matusalén y Noé. Estos fueron los primeros amado-

[132] Lc. 15, 23.
[133] Gen. 3, 3.

res de la justicia, los primeros entre *los hijos primogénitos que están escritos en los cielos* [134], y alcanzaron el reino como primicias de la divina plantación, fruto temprano cogido por Dios de su plantío. Y de esto ya basta.

VI. Quiénes sean las ochenta siervas predilectas y las innumerables doncellas

Resta tratar de las siervas predilectas. Entre los que vivieron después del diluvio se fué cada vez obscureciendo más el conocimiento de Dios; era, pues, necesaria otra manifestación divina, otra enseñanza, que fuera un dique contra la idolatría, que iba cundiendo por doquier.

A fin de que no pereciese por completo el humano linaje por el olvido de la religión y del bien, ordenó Dios a su propio Hijo que inspirase a sus profetas para que anunciaran su venida en carne mortal, aquella venida que había de traer el gozo y la sabiduría del octavario espiritual [135], puesto que era portadora de la remisión de los pecados y de la resurrección a nueva vida, circuncidando los pecados de los hombres y amputando su corrupción.

Por esto, ajustado el cómputo de los profetas que hubo desde Abrahán, les dió el nombre de ochenta siervas predilectas, por los ocho días que tardaban en recibir la circuncisión, de la cual pendía la ley; siendo, por otra parte, los primeros que antes de los desposorios del Verbo con la Iglesia recibieron las divinas semillas de la doctrina celestial y anunciaron el octavario de la circuncisión del espíritu.

Finalmente, llama doncellas o jovencitas innumerables a aquella multitud de almas del pueblo fiel que practicaron la justicia, luchando con ardor y generosidad contra el pecado.

VII. La Iglesia es su única esposa

Mas ninguna de estas clases, ni las reinas, ni las siervas predilectas, ni las doncellas, puede compararse con la Iglesia. Pues únicamente ésta, perfecta y escogida por encima de todas, que descansa sobre el fundamento de todos los apóstoles, es la esposa amada, que sobresale entre todas por la frescura de su juventud y la fragancia de su virginidad.

[134] Hebr. 12, 23.
[135] Alusión a los ocho días que precedían a la circuncisión, según luego se explica.

Y así es bendecida y alabada por todas las demás a causa de haber visto y oído con tanta claridad lo que ellas desearon tan ardientemente ver y oír y no lo consiguieron, según dijo el Señor a sus discípulos: *Dichosos vuestros ojos, porque ven lo que vosotros veis. Pues os digo en verdad que muchos profetas han deseado ver lo que vosotros veis y no lo vieron, oír lo que vosotros oís y no lo oyeron* [136]. Por esto, sin duda, los profetas la proclaman bienaventurada y la admiran; lo que ellos no lograron ver ni oír, la Iglesia lo ha merecido poseer y tener como propio. Con razón, pues, se dijo: *Sesenta son las reinas, ochenta las siervas predilectas e innumerables las doncellas. Pero una es mi paloma, única mi perfecta* [137].

VIII. La naturaleza humana de Cristo, simbolizada también por la paloma

No faltará quien diga que la esposa es la incontaminada carne del Señor, por amor de la cual dejó al Padre y se unió a ella, haciéndola su morada en la encarnación. Por lo cual la llamó también simbólicamente paloma, animal manso que vive con nosotros y casi bajo un mismo techo, gozando de las caricias humanas. Sólo la carne de Cristo estuvo exenta de toda mancha, y sobresalió tanto por su santidad y hermosura, que ninguno de los que a Dios agradaron se le acerca, ni con mucho, en virtud. Por lo cual con razón fué elevada al consorcio de la realeza del Unigénito, quien se la apropió y unió consigo.

En el salmo 44, aquella reina que se destaca con preferencia a muchas otras, *colocada a la derecha de Dios, adornada con el vestido de oro de la santidad* [138], es, como decía, la carne inmaculada y dichosa que el mismo Verbo de Dios introdujo en los cielos y colocó a la diestra del Padre, bellísima con sus vestiduras de brocado de oro, es decir, con su estado de incorrupción virginal, que simbolizan las vestiduras de brocado de oro, ya que este tejido recibe su contextura y colores de virtudes variadas, como la castidad, la prudencia, la fe, la caridad, la paciencia y todas las demás obras buenas, que, cubriendo completamente la fealdad de la carne, visten al hombre de oro purísimo.

---

[136] Mt. 13, 16 s.
[137] Cant. 6, 7.
[138] Ps. 44, 10.

IX. Las vírgenes van siguiendo a la reina esposa

Falta considerar lo que el Espíritu Santo nos enseña en las palabras que siguen en el salmo, después de mencionar la carne asumida por el Verbo y colocada a la diestra del Omnipotente. *Detrás de ella,* dice, *serán presentadas al Rey las vírgenes, sus amigas. Acompañadas de músicas y regocijo entrarán en el real palacio* [139]. Evidentemente alaba aquí el divino Espíritu la virginidad, y promete que detrás de la esposa del Señor irán inmediatamente en segundo lugar las vírgenes, y se acercarán al trono del Omnipotente con indecible júbilo y alegría, protegidas y escoltadas por brillantísimo acompañamiento de ángeles.

¡Grande sobre manera, amable y deseable honra la de la virginidad! ¡Que después de la reina, a quien el Señor sublimó y condujo inmune de toda culpa hasta la diestra de su Padre, se digne honrar con el siguiente puesto al coro y orden de las vírgenes!

Grabado quede, ¡oh Arete!, en columnas de bronce este ejercicio literario.

---

139 Ps. 44, 15 s.

DISCURSO VIII

TECLA

I. Significación etimológica de las palabras Παρθενία (virginidad) y Ἀρετή (virtud)

Acabado así el discurso de Procila, dijo Tecla: Tócame a mí la vez ahora, y subo gustosa a la tribuna, pues siento que me inspira la Sabiduría y que obra en mi interior, templándome como cítara y disponiéndome para que hable digna y esmeradamente.

Arete.—¡Bravo, oh Tecla!; celebro ese tu ardor y entusiasmo, con que confío desempeñarás tu cometido con elocuencia. A nadie cedes en filosofía y variadísima erudición. Y ¿qué decir del caudal que posees en la ciencia divina y evangélica, habiendo sido instruída por el Apóstol de las Gentes?

Tecla.—Digamos, pues, en primer lugar, empezando por el nombre, por qué a este elevado y dichoso instituto de que tratamos le llaman los griegos παρθενία; después explicaremos cuál es su naturaleza, cuál su fuerza y eficacia, y, finalmente, indicaremos sus deliciosos frutos. Pues poco falta para que los hombres la desconozcan casi por completo, siendo así que aventaja grandemente a otros innumerables dones de Dios, que purifican nuestras almas y las adornan con las preseas de las virtudes.

Porque παρθεία (próxima a Dios, casi divina) da origen a παρθενία (virginidad) con sólo cambiar una letra, como que basta poseerla y estar iniciado en sus sagrados ritos para hacernos semejantes a Dios. No hay bien alguno mayor que ella, distante mil leguas no menos de la voluptuosidad que de la tristeza. Sustentadas por ella, se robustecen las alas del alma que de este modo se siente más ligera y se acostumbra a elevarse día tras día por encima de los negligentes esfuerzos humanos.

Nuestra vida es una comedia, como han dicho muchos sabios, y nosotros representamos en el público teatro de este mundo la verdadera vida, que es la santidad y justicia, teniendo en este cometido por acérrimos enemigos al diablo

y los demonios. Por eso es de todo punto necesario alzar los ojos al cielo y emprender el vuelo hacia lo alto, huyendo, más que de las sirenas descritas por Homero, del encanto y artificio de sus melodiosas palabras, disfrazadas exteriormente y coloreadas con apariencia de honestidad.

Innumerables son en verdad los que, fascinados por el placer engañoso, dejan prenderse sus alas en la liga de la voluptuosidad y, gravísimamente oprimidos por el peso de esta miserable vida, sienten relajarse y quebrantarse por la molicie los nervios, que dan fuerza y robustez a las alas de la pureza y nos hacen levantar los corazones a lo alto, librándolos de la sensualidad, que los enerva e inclina sin cesar a lo bajo.

De aquí te viene a ti el nombre, ¡oh Arete!, así llamada o porque por ti misma eres αἱρετή (= elegible): digna de ser deseada, o porque tomas tú (αἴρει) las almas y las elevas a los cielos, marchando siempre a la luz de purísimos pensamientos. Asísteme ahora en este discurso que me has mandado pronunciar.

II. Prudencia y fortaleza de las vírgenes

Los que, rotas las alas de la castidad, se revuelcan en el cieno de la incontinencia, llevan una vida triste y dolorosa hasta lograr, arrastrados por la pasión, satisfacer las exigencias irresistibles de su concupiscencia. Con esto arrojados, como profanos, de todo lugar y rito sacro, quedan completamente apartados de la escena de la verdad; de manera que rehusan contraer castas nupcias con el fin de procrear hijos para Dios, y, en cambio, son presa de locos amores, que los arrebatan cual furias infernales.

Las vírgenes, por el contrario, con ligeras y vigorosas alas, se elevan de la ciénaga del mundo, levantando sus ojos hacia aquellas purísimas moradas, y vislumbrando ya desde lejos lo que ningún mortal ha visto jamás, aquellos prados de insospechada belleza, aquella perpetua primavera, aquellos deliciosos jardines, que les prometen en gran profusión hermosísimas y variadísimas flores, dirigen allá sus corazones y sueñan continuamente con aquellos divinos espectáculos, despreciando como vacío de valor lo que en la tierra se tiene por bello: riquezas, honores, placeres, nobleza y aun las más ventajosas nupcias.

Más aún: si alguno por venganza arroja sus cuerpos a las fieras o a las llamas, desprecian valientemente los más horrendos y espantosos suplicios por amor de aquellos soberanos y eternos bienes, que tan vivos y arraigados tienen en

sus almas; pues aunque viven aún en el mundo, no parecen moradoras de él, sino que por sus pensamientos y deseos forman ya parte de aquella bienaventurada patria.

No han sido formadas las alas de la virginidad, conforme a su naturaleza, para arrastrarse pesadamente sobre la tierra, sino para elevarse a los más altos cielos, emulando la vida de las angélicas jerarquías. En la vanguardia, pues, del santo ejército de los resucitados irán las vírgenes que guardaron fielmente y con verdad su pureza consagrada a Cristo, para recibir el galardón de los vencedores y ser coronadas con diademas de flores incorruptibles. Como está escrito, apenas abandonen este mundo saldrán a su encuentro los ángeles, para conducirlas entre himnos de victoria, en solemnísimo triunfo, a los divinos pensiles que con tanta ansia desearon, a pesar de no tener de ellos más que una tenue imagen, vista desde lejos en su imaginación, cuando, viviendo aún en el cuerpo, se sumergían en lo divino.

III. Herencia y eterna bienaventuranza de las vírgenes

Una vez introducidas en aquel delicioso paraíso, ¿qué creéis que verán y gozarán? Maravilloso espectáculo se ofrecerá a su vista, tan brillante y embriagador de felicidad que es imposible al hombre hacer su descripción. Porque allí verán a la misma justicia y a la prudencia; allí se les mostrará claramente la caridad misma, la verdad, la pureza y otras flores y plantas de semejante belleza.

De todo esto no vemos aquí más que sombras forjadas e imaginadas en sueños, figurándonos que todo aquello será semejante a lo producido por los hombres, porque no hay aquí abajo ninguna clara representación de tales maravillas, sino imperfectísimos bosquejos, trazados en la obscuridad por torpe pincel. Jamás hubo mortal que viera la infinita grandeza y esencia de la justicia misma, de la prudencia y de la paz [140]. Allí, en cambio, se ven en *Aquel que Es* [141] entera y claramente como son en sí.

Florece allí y fructifica el árbol de la castidad, el árbol de la caridad, el árbol de la prudencia; y a la manera que aquí se cosechan racimos, granadas, manzanas y otras sabrosísimas frutas, así también allí se cogen y se gustan frutos que nunca se pudren ni desmerecen, sino que hacen a los que los comen perpetuamente incorruptibles y participantes de la divinidad misma.

---

[140] Bar. 3 14; 1 Tim. 6, 16.
[141] Ex. 3, 14.

También Adán, aquel cuya descendencia somos todos, antes de la caída, antes que perdiera la ciencia de Dios, gozaba de los frutos todos del paraíso, colocado allí para que guardase y cultivase aquel plantel de sabiduría, porque a su lealtad confió Dios esas plantas y esos frutos para que los cultivase.

Jeremías tuvo conocimiento de unos frutos que se daban y producían en una región muy apartada de nuestras moradas. Pues dice de este modo, llorando y lamentando a los que por su apostasía habían perdido tan gran tesoro: *Aprended dónde está la prudencia, dónde la fortaleza, dónde la inteligencia, para que a la vez conozcáis dónde están la longevidad y la dicha, dónde la luz de los ojos y la paz. ¿Quién halló la morada de la sabiduría? ¿Quién encontró sus tesoros?* [142]

De esos tesoros gozarán las vírgenes; allí cogerán los frutos de estas virtudes, inundadas por la luz de la gloria que en gran profusión, a modo de fuente y manantial inagotable, les comunica Dios, iluminando aquellos siglos con luz sin ocaso [143]. Allí cantarán sin cesar y danzarán alegres, modulando a su Esposo dulcísimas melodías. Pues el ambiente será allí purísimo y de una delicia sin par, nunca abrasado por los rayos de este caduco sol.

IV. Exhortación a la virginidad

Al presente, pues, ¡oh vírgenes, hijas incorruptas de la castidad!, pongamos todo nuestro empeño en lograr aquella vida rebosante de bienes, aquel eterno reino que nos aguarda en los cielos. Emulad valerosas a las que os precedieron en esta insigne gloria de la virginidad, despreciando este bajo y miserable mundo. Porque no conduce poco, aun aquí abajo, para llevar una vida libre de ansiedades la santa pureza y castidad; pues levantando del fango la carne, la eleva a lo alto, secando sus malos humores y sacudiendo, con maravillosa virtud, el barro húmedo y pesado que la abate.

No os dejéis arrastrar por la tierra con mundanas conversaciones, ni permitáis que la tristeza venga a interrumpir vuestro gozo, destruyendo vuestras más firmes y fundadas esperanzas, sino arrojad muy lejos de vosotras esa nube de molestias y sinsabores de que está sembrada la vida humana y no enturbiéis vuestro espíritu con gemidos quejumbrosos. Que triunfe totalmente victoriosa la fe y que

[142] Bar. 3, 14 s.
[143] Apoc. 12, 1-6

sus esplendorosos rayos ahuyenten los espectros del mal, capaces de entristecer vuestros corazones.

No de otro modo que cuando en el plenilunio alumbra la luna con su claridad todo el horizonte y hace diáfana la atmósfera, se ven de repente agruparse por poniente negros y espesos nubarrones, que vienen a deslizarse por delante del astro, ocultándolo con su sombra durante algún tiempo, pero sin que éste desaparezca definitivamente, sino que, ahuyentadas por el viento las nubes, reina de nuevo con su luz en la noche serena, así vosotras, brillantes astros que con la esplendorosa luz de la virginidad ilumináis el mundo, aunque veáis venir sobre vuestras cabezas angustias y trabajos, no desmayéis ni perdáis jamás vuestra esperanza. Vendrá al punto el espíritu que disipará los nublados del maligno con tal que vosotras, como vuestra madre, que en el cielo da a luz un varón virgen, desdeñéis valientes las asechanzas y astucias del infernal dragón. Mujer, por cierto, de quien hace tiempo tenía resuelto hablaros, y lo haré, por fin, al presente, ya que la ocasión lo pide.

Y apareció en el cielo, dice San Juan en su Apocalipsis, *una mujer vestida del sol y que tenía por escabel de sus plantas la luna y en su cabeza una corona de doce estrellas; y estando encinta, gritaba con los dolores y ansias del parto. Al mismo tiempo apareció en el cielo otro portento: era un dragón descomunal, de color de fuego, que tenía siete cabeazs y diez cuernos, y sobre las cabezas siete diademas. Y con su cola arrastró la tercera parte de los astros del cielo y los arrojó a la tierra. Y se paró el dragón delante de la mujer que estaba a punto de parir, para tragarse a su hijo en cuanto saliese a luz. Y la mujer parió un varón, que había de regir todas las naciones con cetro de hierro; y este hijo fué arrebatado junto a Dios y junto a su solio. La mujer huyó al desierto, en donde tenía un lugar preparado por Dios para que allí la sustentasen por espacio de mil doscientos sesenta días* [144]. Tal es, brevemente descrita, la historia de la mujer y del dragón. Mas entenderla y explicarla es cosa superior a nuestras fuerzas. No obstante, hay que intentarlo, confiando en aquel que nos mandó *escudriñar las Escrituras* [145]. Si, pues, sois del mismo parecer, no dudaré en lanzarme a tamaña empresa. Vosotras perdonaréis mis ignorancias si, por mi corto ingenio, no llego a descubrir con exactitud la inteligencia de tan difícil paso.

---

[144] Apoc. 12, 1-6.
[145] Io. 5, 39.

V. Simbolismo de la mujer amenazada por el dragón

La mujer que apareció en el cielo vestida del sol, coronada de doce estrellas y llevando por escabel de sus plantas la luna; que gritaba con los dolores y ansias del parto, bien examinado el verdadero sentido del texto, es, ¡oh vírgenes! nuestra madre, es decir, una fuerza o potencia existente en sí y distinta de sus hijos, a la cual los profetas, en sus visiones del futuro, la llaman unas veces Jerusalén, otras Esposa y en ocasiones monte de Sión, o también templo y tabernáculo de Dios.

Aquella fuerza iluminadora, a la cual, según el profeta, clama el Espíritu diciendo: *Levántate, Jerusalén, y resplandece, que ya se alza tu luz y la gloria de Yahveh alborea para ti; mientras está cubierta de sombras la tierra, y los pueblos yacen en tinieblas, sobre ti viene la aurora de Yahveh, y en ti se manifiesta su gloria. Los reyes andarán en tu luz, y los pueblos a la claridad de tu aurora. Alza los ojos y mira en torno tuyo: todos se reúnen y vienen a ti; llegan de lejos tus hijos, y tus hijas son traídas sobre las espaldas* [146]. Esta luz es la Iglesia, cuyos hijos, en número grandísimo, confluirán a su regazo, después de la resurrección, de los cuatro ámbitos del mundo gracias al bautismo. Esposa feliz, que, habiendo recibido aquel Sol que nunca se pone, se regocija, revestida como de brillantísima estola, del inmenso resplandor del divino Verbo.

¿Qué atavío cuadraba a la reina al ser presentada al Señor como esposa sino esa vestidura de luz con que el Verbo ilumina las almas, gracias a la cual ha sido llamada por el Eterno Padre a tal desposorio? ¡Animo, pues! Contemplad a esa gran mujer semejante a las vírgenes que se adelantan hacia las nupcias. Venid, contemplad a esa matrona pura, incontaminada y de tan celestial hermosura, que obscurece los rayos del sol. Su estola es luz; en lugar de piedras preciosas ciñen su cabeza refulgentes estrellas. Lo que para nosotros es el vestido, es para ella la luz; y lo que para nosotros es el oro y los diamantes, son para ella las estrellas; pero no esas estrellas vulgares que lucen en el firmamento visible, sino otras mil veces más lucientes y hermosas; tales, que las que hieren nuestra vista son en su comparación pálidas sombras.

---

[146] Is. 60, 1-4.

VI. Fecundidad de la Iglesia en el nacimiento de sus hijos por el bautismo

Esta matrona asienta sus pies sobre la luna, dando a entender, según pienso, la fe de aquellos a quienes libra de la corrupción el bautismo, porque su luz tiene algún parecido con el agua templada, y de la luna recibe grandes influencias toda substancia húmeda. Sobre nuestra suerte y nuestra elección está, pues, la Iglesia, según este simbolismo, sufriendo dolores de parto hasta tanto que todos los pueblos hayan entrado en ella; llevando ella, por su parte, en su seno y dando a luz a los hombres ignorantes o psíquicos, para transformarlos en espirituales o pneumáticos. De este modo es nuestra madre.

Así como la mujer concibe y da a luz a su tiempo una nueva criatura, de manera semejante los que se llegan al Verbo son concebidos en el seno de la Iglesia; y, formados a semejanza de Cristo en la serie de los siglos, van preparando la dichosa generación de aquellas eternidades bienaventuradas.

Por lo cual debe la Iglesia presidir las fuentes bautismales para engendrar en Cristo a los bautizandos. Con razón se llama también σελήνη (esto es, luna) la virtud que ejerce el bautismo, porque los nuevamente regenerados esparcen νέον σέλας (un nuevo resplandor). De aquí es que también se llaman, con cierta circunlocución, νεοφώτιστοι, es decir, recién iluminados; porque los alumbra con el prenilunio espiritual, mediante el recuerdo renovado de sus sufrimientos, hasta que amanezca la luz y resplandor perfecto del gran día.

VII. El hijo dado a luz por la mujer del Apocalipsis no es Cristo, sino los fieles regenerados en el bautismo

Si algún descontentadizo llevase a mal lo dicho y objetase: ¿Qué interpretación es ésa, ¡oh vírgenes!, y cómo puede conciliarse con las palabras de la Escritura, pues dice expresamente el Apocalipsis que la Iglesia dió a luz un varón, mientras vosotras entendéis este parto de los que renacen en el bautismo?, a ese tal le responderíamos: Pues tampoco nos probarás tú fácilmente, sutil picapleitos, que ese parto de que aquí habla la Escritura es Cristo. Pues mucho antes del Apocalipsis se verificó ya el misterio de la encarnación y Juan no habla allí de lo pasado, sino de lo presente o de lo que había de suceder.

Además, a Cristo no le condujeron después de nacer al solio del Padre para defenderlo de las garras del infernal dragón; antes al contrario, para eso nació precisamente y descendió del trono del Padre, para resistir al dragón y domarle cuando éste se lanzase contra su carne.

Preciso es que confieses también tú que es la Iglesia la que está de parto y da a luz a los que regenera el bautismo, como lo dice también el Espíritu Santo por Isaías: *Antes de ponerse de parto ha dado a luz; antes de sentir los dolores huyó y echó al mundo un varón. ¿Quién oyó cosa semejante? ¿Quién vió nunca tal? ¿Nace por ventura un pueblo en un día? ¿Una nación nace de una vez, pues Sión ha estado de parto y ha dado a luz un varón?* [147] ¿De quién huyó? No de otro que del dragón, para dar a luz a un pueblo varonil y robusto, la espiritual Sión; un pueblo que, apartándose de las pasiones afeminadas y de las costumbres licenciosas, marchase resuelto hacia la unión con Cristo, para adquirir la robustez del hombre por su esfuerzo generoso.

VIII. Los fieles por el bautismo son varones semejantes a Cristo, y los santos otros Cristos

Recapitulemos estas cosas y, repitiéndolas con buen orden, llevemos el hilo del discurso desde el principio hasta el fin. Atiende, pues, y ve si te parece interpretación recta y aceptable la que damos. ¿Por qué se dice aquí que la Iglesia da a luz sexo viril? A mi parecer, porque los bautizados trasladan con toda su pureza a sus almas los rasgos y lineamentos de Cristo y alcanzan un ánimo varonil, imprimiéndose y engendrándose en ellos, por la fe y conocimiento sobrenatural, la forma misma del Verbo, de tal manera que en cada uno de ellos nace espiritualmente Cristo. *Por eso se halla la Iglesia con dolores de parto hasta que se forme Cristo en nosotros* [148]. Y en este sentido dice la Escritura: *No toquéis a mis cristos y no hagáis mal a mis profetas* [149]; como si se hubieran hecho Cristos, regenerados por el agua y el Espíritu Santo, los que han sido bautizados en Cristo, contribuyendo, por su parte, la Iglesia para su iluminación y transformación en el Verbo.

Todo lo cual confirma Pablo diciendo manifiestamente: *Por esto doblo yo mis rodillas ante Dios Padre, de quien*

[147] Is. 66, 7 s.
[148] Gal. 4, 19.
[149] Ps. 104, 15.

procede toda paternidad en los cielos y en la tierra, para que, según las riquezas de su bondad, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu, de suerte que Cristo habite por la fe en vuestros corazones [150]. Pues es preciso que en el alma de los regenerados se imprima vivamente, como un sello, la imagen del Verbo de la Verdad.

IX. El Hijo de Dios, aunque eterno, nace continuamente en las almas de los fieles

Con lo dicho concuerdan maravillosamente y guardan gran semejanza las palabras que desde el cielo dijo el Padre a Cristo cuando fué bautizado en el Jordán: *Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado* [151]. Es de advertir que le llamó Hijo suyo absoluta e indefinidamente, sin determinar diferencia alguna de tiempo; pues dijo: *Eres,* y no has llegado a ser; dando a entender que ni recibió al encarnar o nacer la adopción de Hijo de Dios, ni tiene fin después de haber existido, sino que el que fué engendrado antes de los siglos, ese mismo lo es ahora y lo será siempre.

¿Qué significa lo que añade: *Hoy te he engendrado?* A ti, que eres anterior a todos los siglos y más antiguo que ellos, he querido engendrarte para el mundo; esto es, porque eras desconocido de los hombres, quise manifestarte y darte a conocer a ellos. Y es así que *para aquellos hombres a quienes no se ha dado aún a conocer la multiforme sabiduría de Dios* [152], para ésos aún no ha nacido Cristo; es decir, no es aún conocido de ellos, no se les ha manifestado, no ha aparecido todavía. Mas si llegan a conocer el misterio de la gracia, entonces nacerá también Cristo para ellos cuando se conviertan y abracen la fe, que les comunica ciencia e inteligencia. Por eso con razón se dice que la Iglesia engendra y forma siempre en los que se bautizan un Verbo varón.

Hasta aquí hemos tratado, según nuestras fuerzas, del alumbramiento de la mujer apocalíptica. Ahora pasemos a hablar del dragón y de lo demás que en aquella Escritura se contiene. Demos, pues, otro paso en su explicación, ¡oh vírgenes!, del modo que nos sea posible, sin arredrarnos por la grandeza y obscuridad de los misterios. Que si se ofrece

---

[150] Eph. 3, 14-17.
[151] Lc. 3, 22. Nótese que las palabras citadas por San Metodio no son precisamente las del pasaje evangélico citado, sino las del Ps. 2, 7.
[152] Eph. 3, 10.

algún paso difícil o dudoso, ya procuraré echaros un puente o pasaros de un lado a otro, como se hace al atravesar un río.

X. El dragón es el diablo, y las estrellas que arrastró con su cola, los herejes

Aquel dragón grande, de color de fuego, astuto, de muchos miembros, con siete cabezas y diez cuernos, que arrastró con su cola la tercera parte de los astros, emboscado para devorar al hijo de la mujer que iba a dar a luz, es el diablo, que está perpetuamente en acecho para mancillar el espíritu de Cristo en los bautizados y destruir en ellos la imagen y los refulgentes caracteres del Verbo. Empero, ¡vanos conatos! Todas sus esperanzas de hacer presa en ellos salen fallidas, porque los recién nacidos son arrebatados a lo alto y presentados por los ángeles ante el trono del Altísimo. Y ¿qué quiere decir esto? Que el corazón y el alma de los regenerados, instruídos por la Iglesia para meditar las cosas del cielo, se elevan a lo alto y vuelan en torno al solio divino, base inquebrantable de la verdad, para no ser envueltos en los engaños del astuto dragón, que ase de ellos e intenta sumirlos en el abismo. Mas nada puede éste contra los que mantienen sus espíritus elevados enérgicamente hacia lo alto, fijando su mirada en los bienes celestiales.

Las estrellas que con su cola arrastra el astuto dragón y precipita a la tierra, son las perversas sectas heréticas. Y aquellas estrellas tenebrosas y obscuras derribadas a los abismos, justamente dirías que son los tenebrosos conventículos de los heterodoxos, que se jactan de poseer la ciencia de las cosas divinas, de creer en Cristo y tener en los cielos sus moradas, viviendo entre los astros como si fueran hijos de la luz. Pero, enlazados en la tortuosa cola del dragón, son precipitados al abismo por no haberse mantenido dentro de la fe y religión de la excelsa Tríada, rechazándola fuera del culto ortodoxo de Dios. De donde se les ha llamado tercera parte, por ser sus errores contra uno de los números de la Trinidad beatísima. Unos van contra el Padre, como Sabelio, que afirmó que había padecido el Padre omnipotente; otros contra el Hijo, como Artemas y los que dijeron que era un mero fantasma de carne aparente y ficticia; otros, en fin, contra el Espíritu Santo, como los ebionitas, que sostuvieron que los profetas hablaban por propio impulso, sin inspiración alguna. Pues a Marción, Valentín, los discípulos de Elceseo y otros vale más no mentarlos.

XI. La mujer en el desierto es la Iglesia, y el tiempo designado, un símbolo de la Trinidad

La mujer que dió a luz en los corazones de los fieles el Verbo varón y se retiró al desierto intacta e ilesa de las iras de la infernal serpiente, es, como hemos explicado, nuestra madre la santa Iglesia. Y el desierto adonde ella se retira y donde se alimenta por espacio de mil doscientos sesenta días es el verdadero desierto poblado de todos los males, estéril e infecundo, de difícil acceso y de casi imposible tránsito para el vulgo; pero para los santos lugar fecundo, de opulenta vegetación y amenísima flora, que invita a ser recorrido de una parte a otra, desbordante de vida y saturado con los perfumes de la divina sabiduría; es, sin duda, este bello parque de Arete, en que nos encontramos, cubierto por tan espléndida vegetación y embalsamado con aromas tan exquisitos, parque donde *se ha levantado el austro, donde ha soplado el cierzo, llenándolo con el olor de sus esencias* [153]; donde todo rebosa ambrosía y aparece coronado con diademas inmortales de vida incorruptible, y en el que nosotras al presente estamos seleccionando estas flores y entretejiendo a la reina de la pureza, con nuestras castas manos, la corona purpúrea y refulgente de la virginidad, ya que los frutos de Arete son el ornato de la esposa del Verbo.

Los mil doscientos sesenta días durante los cuales nos detenemos en este desierto son, ¡oh vírgenes!, el conocimiento exacto y sublime del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con el que crece, se regocija y alegra nuestra madre en este tiempo hasta que lleguen los grandes festejos de la restauración de las nuevas edades en los cielos, cuando ya no contemple por raciocinio escueto el ser de Dios, sino que, admitida en compañía de su Esposo, Cristo, a lo más interior de la divinidad, la vea clara y distintamente.

El guarismo de 1.000, que se descompone en 10 centenas, contiene, por este hecho, un número perfecto. Es, pues, un símbolo del Padre, que ha creado por sí mismo y conserva en sí mismo el universo todo. La cantidad de 200 se compone de dos números perfectos, y así resulta un símbolo del Espíritu Santo, que nos proporciona el conocimiento del Padre y del Hijo.

Finalmente, 60 contiene seis veces la decena, viniendo a ser un símbolo de Cristo, pues el número 6 procede de la unidad y se compone de sus propias partes, de suerte que

[153] Cant. 4, 16.

nada le sobra ni le falta. Descompuesto, en efecto, en sus partes, vuelve a completarse. A saber, si el número 6 se divide por diversas formas en partes iguales, al juntarlas vuelve a resultar la misma cantidad. Dividido, ante todo, por 2, da el número 3; y dividido por 6, da el número 1; es decir, que dividido por 2 da 3; dividido por 3, da 2, y dividido por 6, da 1; juntando ahora de nuevo 2, 3 y 1, resulta otra vez el número 6 completo. Sin duda alguna es perfecto aquello que no tiene necesidad de otro para estar completo y que jamás redunda fuera de sí mismo.......

El número 6 se ha relacionado con el Hijo de Dios, que, descendiendo de la plenitud de su divinidad, vino a la vida terrestre, y luego, despojándose de la forma de esclavo que había tomado, quedó restablecido en toda su plenitud y grandeza, sin haber padecido disminución en su ser perfecto. Asimismo, la creación del mundo parece estar concebida según este número y su naturaleza armónica, pues en seis días creó Dios el cielo y la tierra y cuanto en ellos se contiene [154]. El poder creador del Verbo encierra también el número 6, en cuanto que una tríada produce los cuerpos, formados como están por la longitud, la anchura y la profundidad. Finalmente, el número 6 está compuesto por números triangulares [155]. Pero no es éste el momento oportuno de tratar estas cuestiones con detalle, pues nos desviarían la atención a puntos secundarios.

XII. Exhortación a las vírgenes para que imiten a la Iglesia

Venida a este desierto estéril e infecundo, como antes lo describimos, se alimenta en él la Iglesia y se provee de alas, llamadas por el Verbo alas de águila para el gran vuelo de la virginidad. Ha vencido ya a la infernal serpiente y ha disipado las nubes negruzcas del plenilunio.

A obtener estos bienes han ido enderezados todos los discursos que hasta aquí hemos tenido; todos ellos han sido compuestos para exhortaros, ¡oh vírgenes egregias!, a que imitéis con todas vuestras fuerzas a nuestra madre, y no perdáis un momento la paz por las mil molestias y contrariedades de esta vida, a fin de que en compañía de ella, encendidas vuestras lámparas, subáis radiantes de alegría y regocijo al tálamo del divino Esposo.

No os desaniméis, pues, por los astutos ardides y cela-

[154] Ex. 20, 11.

[155] Plutarco, en sus obras morales, y otros autores griegos habían tratado con frecuencia de estos números triangulares, como $6 = 2 + 2 + 2$, o bien igual a 2×3, siendo $3 = 1 + 1 + 1$.

das de la serpiente antigua, sino aprestaos valerosas al combate, protegiéndoos con el yelmo de salud, la coraza y las grebas. Increíble será su aturdimiento al ver que os lanzáis a la lucha contra él con gran valor y firmeza, no sintiéndose capaz de aguantar el ímpetu con que se le echarán encima los escuadrones armados y en orden de batalla, sino que al punto aquella terrible bestia de los diez cuernos y las siete cabezas os cederá las coronas adquiridas por vuestro valor en los siete combates. Aquel monstruo con *frente de león, cuerpo de quimera y cola de dragón, que exhalaba por su boca cólera de terrible fuego, ha sido muerto por nuestro jefe, Cristo, que lo mató confiado en el poder milagroso de su Eterno Padre. El horrendo monstruo había hecho innumerables víctimas, y nadie hubiera podido soportar la funesta espuma que vomitaba por sus fauces* [156], si Cristo primero no lo hubiera desbaratado y vencido, debilitándolo y haciéndolo despreciable a nuestros ojos.

XIII. Significado de las siete cabezas y los diez cuernos del dragón

Con ánimo prudente y varonil oponed, pues, vuestras armas a la rabiosa bestia. No temáis sus acometidas ni cedáis un punto a sus ataques. Quedaréis coronadas por una gloria infinita si lográis arrebatarle con vuestra victoria sus siete diademas, objeto de nuestra lucha, según nos amonesta Pablo. La que, derrotando al diablo, le cortare sus siete cabezas, alcanzará las siete coronas preparadas por Dios para quien lograre el triunfo en los siete encarnizados combates de la castidad.

¿Que cuáles son esos combates contra las siete cabezas del astuto dragón? Cabeza muy principal es la intemperancia y la lujuria. Quien quebrantare esta cabeza será condecorado con la diadema de la castidad.

Otra cabeza del dragón es la desidia y cobardía. Quien la aplastare bajo sus pies, ceñirá la corona del martirio.

Otra también es la falta de fe, de inteligencia sobrenatural y otras propiedades parecidas de perversidad impía. Quien cortare y destrozare esta cabeza recogerá mil laureles, por haber quebrantado de tantas maneras la soberbia arrogancia del dragón.

Y aquellos diez aguijones, aquellos afilados cuernos que arman la cabeza del maldito dragón, ¿qué son y qué significan? Son, ¡oh preclaras vírgenes!, los vicios contrarios

[156] Acomodación del pasaje en que Homero describe la quimera (*Ilíada*, 6, 181).

a los preceptos del decálogo, con los que acostumbra herir y asolar las almas de muchísimos cobardes, procurando ir contra el precepto: *Amarás al Señor Dios tuyo* [157], y contra todos los demás del decálogo, atacándolos unos en pos de otros.

Mirad, si no, su terrible cuerno incandescente y sumamente violento, la fornicación, digo, con que hiere a los intemperantes; mirad el cuerno del adulterio, el de la mentira y la calumnia, el de la avaricia y la rapiña y otros semejantes crímenes, hermanos gemelos de éstos, que brotan y crecen en aquella cabeza homicida. Aprestaos, pues, a la lucha bajo la égida del sumo Capitán, Cristo. Así os será fácil hacerle morder el polvo y veréis coronadas vuestras sienes con refulgentes diademas obtenidas en la lucha.

De nuestro arbitrio depende elegir las cosas más elevadas en vez de las terrenales, colocando a aquéllas en primer lugar; para ello hemos recibido una razón libre e independiente, no sometida a ninguna necesidad, con la cual podemos escoger, según nuestra propia determinación, lo que más nos agrada sin sentirnos esclavos del destino o del azar. Nadie, pues, blasone de bueno y de señor de sí mismo, sino quien ajuste su vida a los ejemplos del Verbo encarnado, procurando imitarle en todo y reproduciendo en sí aquel divino arquetipo.

El mayor de todos los males que pueden desviar, y por desgracia desvían, a muchos hombres, es el de atribuir la causa de sus pecados al movimiento de los astros y de sostener que nuestra conducta está dirigida por la necesidad del destino, como lo pretenden con gran petulancia los astrólogos. Tales gentes se fían más de vanas conjeturas que de los dictados de la razón; proceder que nos coloca entre la verdad y la mentira; por eso se han engañado con frecuencia en la investigación de la realidad. Si me lo permites, pues, ¡oh Arete!, ya que ha terminado el discurso que me habías mandado pronunciar, voy a ensayar el responder, con tu ayuda e inspiración, a los que no se convencen y nos arguyen de que defendemos la libertad del hombre. Demostraré que *sufren penas de muerte por su orgullosa insensatez* [158], prefiriendo lo agradable a lo útil.

ARETE.—Me parece muy bien, y cuenta con mi ayuda. Con este complemento, tu discurso será una pieza perfecta [159].

....

[157] Deut. 6, 5.
[158] *Odisea*, 1, 34.
[159] Siguen cuatro capítulos en que refuta a fatalistas y astrólogos, cuya inconexión con la materia de la obra nos mueve a pasarlos por alto.

XVII

.... Me avergüenza y confunde el haber tenido que ocuparme, después de mis palabras sobre la virginidad, en exponer las opiniones de los astrólogos, que pierden el tiempo en vanas conjeturas y pasan su vida en investigaciones presuntuosas, sin aportar nada de provecho, sino ficciones y leyendas. Que este discurso, ¡oh Arete!, entretejido con textos divinos, sea para ti digna ofrenda.

EUBULIA.—¡Qué vigorosa y magnífica ha estado Tecla en su discurso!

GREGORIA.—¡Pues qué dirías si la hubieses oído tú misma cuando disertaba con tanta agilidad de ingenio y gracia tan encantadora! Nadie podía oírla sin quedar cautivada; la belleza de su dicción parecía florecer con tantas flores cuantas eran sus palabras; exponía su tema con persuasión íntima y llena de vida, mientras la modestia teñía su rostro con leve carmín. En verdad que estaba hermosa en todo su ser, tanto en el cuerpo como en el alma.

EUBULIA.—Dices bien, ¡oh Gregoria!, y sé que no exageras, pues me es muy conocida su sabiduría por sus grandes hechos y por los bellos discursos que ha pronunciado en otras ocasiones con gran suceso, mostrando su amor ardoroso a Cristo. Con cuánta frecuencia he recordado su grandeza de alma en aquellos sus primeros y crueles combates del martirio, en que su celo corrió parejas con el ardor de su espíritu, y el vigor de su cuerpo respondió a la energía de sus resoluciones.

GREGORIA.—También tú tienes razón en lo que dices; pero no nos detengamos más en esto. Tiempo tendremos para comentar este tema, pues ahora tengo que darte cuenta de los discursos siguientes, como te lo he prometido, y en especial de los de Tisiana y Domnina, que son los que faltan todavía.

DISCURSO IX

TISIANA

I. Significación de los siete días de la fiesta en la solemnidad de los Tabernáculos

Cuando Tecla hubo acabado su largo discurso, Arete, según me refirió Teopatra, invitó a Tisiana a que comenzase su alocución, y ella, adelantándose sonriente, comenzó de esta manera: También yo, ¡oh Arete, gloria insigne de las amantes de la virginidad!, imploro tu auxilio y asistencia para que no me falte algo que decir en loor de esta virtud, agotado como está ya casi el argumento en los discursos tan erudita y elocuentemente pronunciados. Voy por esto a omitir introducciones y preámbulos, no sea que por componer un exordio elegante me aparte de la materia. ¡Tan preclara y magnífica cosa es la virginidad!

Al prescribir Dios a los verdaderos israelitas el modo de celebrar la festividad de los Tabernáculos, manda en el Levítico los ritos con que han de solemnizarla, determinando, ante todo, que cada cual adorne su tienda de campaña con la pureza, más bien que con otro cualquier ornato. Pondré aquí las palabras mismas de la Escritura, que demuestran, sin género alguno de duda, cuán grato, acepto y estimado por Dios es el presente de la castidad.

El día quince del séptimo mes, después de haber recogido los frutos de la tierra, celebraréis una fiesta al Señor durante siete días. El octavo día será de completo descanso. En el primero tomaréis frutos maduros de árboles, ramos de palmeras, ramas de árboles frondosos, de sauces y de agnocastos plantados junto a las aguas del torrente; os regocijaréis ante el Señor, vuestro Dios, durante siete días cada año. Es ley perpetua para vuestros descendientes. La celebraréis el séptimo mes. Moraréis los siete días en tiendas de campaña. Todos los indígenas de Israel morarán en tiendas de campaña, para que sepan vuestros descendientes que yo hice habitar en tiendas de campaña a los hijos de Israel cuando los saqué de la tierra de Egipto. Yo soy el Señor vuestro Dios [100].

---

[100] Lev. 23, 39-43.

Aquí los judíos, revoloteando, como abejorros alrededor de las berzas, en torno a la letra de la Escritura, y no como laboriosas y discretas abejas sobre las flores y los frutos, se figuran que estas prescripciones han de entenderse de tabernáculos de la misma clase y hechura que los que suelen ellos construir; como si Dios se pagara y se complaciese en esos pobres adornos de follaje que ellos construyen, no comprendiendo las riquezas de los bienes futuros. Todas las otras cosas no son más que sombras y leves auras figurativas de la universal resurrección, de la erección estable y firme de nuestro tabernáculo, que se derrumbó al principio del mundo y que erigiremos, por fin, de nuevo inmortal en el séptimo milenario, cuando en la nueva creación, exenta de dolores, terminará ya la recolección de los frutos y no se engendrarán más hombres, sino que descansará Dios de la obra y fábrica de este mundo.

Habiendo Dios creado el cielo, la tierra y todo el universo en seis días, *descansó el día séptimo de la obra que había hecho, y bendijo el día séptimo y lo santificó* [161]. Por esto, simbólicamente, el séptimo mes, rematada ya la cosecha de los frutos de la tierra, se nos manda celebrar fiestas al Señor, es decir, al acabarse el mundo en su séptimo milenario, cuando, acabada verdaderamente la obra de este mundo, *se gozará Dios en nosotros* [162].

Hasta el presente sigue produciéndose todo en este mundo mediante su voluntad, que se basta a sí misma, y mediante la fuerza incontrastable de su poder. La tierra continúa produciendo sus frutos; las aguas siguen fluyendo, reuniéndose en sus concavidades y cauces; se mantiene aún la división de la luz y las tinieblas; todavía el número de los hombres determinado en los divinos decretos no ha llegado a completarse; el sol sigue presidiendo al día, y la luna a la noche; sigue también la tierra produciendo cada día nuevos cuadrúpedos, reptiles y bestias, y las aguas multitud de peces.

Mas entonces, cuando se cumpla el número de días señalados al mundo y cese Dios de sostener esta su obra en el séptimo mes, en el gran día de la universal resurrección, será proclamada por el Señor la fiesta de nuestra Escenopegia, cuyos símbolos y figuras son los que menciona el Levítico. Estudiémoslas, pues; mas procurando penetrar bien la realidad y verdad que prefiguran; pues, según está escrito, *el sabio, oyendo esto, se hará más sabio, y adquirirá destreza para entender las sentencias y dichos agudos, las palabras de los sabios y los enigmas* [163].

[161] Gen. 2, 2.
[162] Ps. 103, 31.
[163] Prov. 1, 5-6.

Avergüéncense, pues, los judíos de no penetrar el profundo sentido de las Escrituras, juzgando que no hay más que cosas materiales en los oráculos de la Ley y los Profetas; como hombres cuyas aspiraciones no pasan más allá de estas cosas terrenas, estimando en más las riquezas del mundo que los tesoros del alma.

Pues siendo así que hay en la divina Escritura dos partes, una que narra lo pasado y otra que es figura de lo venidero, esos desgraciados celebran las figuras de lo futuro como si hubiese ya pasado.

Del mismo modo que en la inmolación del Cordero pascual no ven otra significación que el recuerdo de la pasada liberación de sus padres de Egipto, cuando, matados por el ángel exterminador los primogénitos de los egipcios, se libraron ellos de la muerte untando el dintel de sus puertas con la sangre del cordero [164], sin entender que aquel cordero era figura de Cristo crucificado. Las almas selladas con esta sangre quedarán a salvo de la ira eterna en la universal conflagración del fin del mundo, cuando sean destruídos en la universal matanza los primogénitos de Satanás, mientras pase ante ellas el ángel exterminador sin tocarlas en lo más mínimo, al verlas señaladas con la sangre del Cordero.

II. Figura, imagen y verdad son Ley, Gracia y Gloria. Recuperación de la inmortalidad en la fiesta de la verdadera Escenopegia

Sea esto dicho como ejemplo para demostrar que los judíos, por eso precisamente, han perdido la esperanza *de los bienes futuros* [165], porque las cosas que practican las tienen como figuras de cosas pasadas, sin querer reconocer que hay figuras que anuncian imágenes, e imágenes anunciadoras de la verdad. La Ley es sombra y figura de la imagen, esto es, del Evangelio. Y la imagen, es decir, el Evangelio, es figura de la verdad misma. Aquellos antiguos patriarcas y profetas y aquella ley antigua nos anunciaron las notas y caracteres de la Iglesia, y ésta nos representa las realidades de los nuevos siglos.

Nosotros, que hemos recibido a Cristo, que dijo: *Yo soy la verdad* [166], sabemos, sí, que han cesado las sombras y las figuras y corremos en busca de la verdad, y la anunciamos

---

[164] Ex. 12, 7.
[165] Hebr. 10, 1.
[166] Io. 14, 16.

ya desde lejos con brillantísimas imágenes. Sin embargo, todavía *sólo conocemos en parte y como por un espejo* [167]; porque no ha llegado aún lo perfecto, es decir, la resurrección y el reino de los cielos; *mas cuando llegue lo perfecto, desaparecerá nuestro conocimiento incompleto* [168]. Entonces erigiremos sobre fundamento firme nuestros tabernáculos, cuando, conglutinados y compactos con la carne los huesos, resucite el cuerpo. Entonces alabaremos al Señor y celebraremos en su honor con toda brillantez aquella luz perpetua y gozo sin fin, cuando recibamos los tabernáculos incorruptibles, que no volverán ya a morir ni se convertirán otra vez en el polvo del sepulcro [169].

Eran al principio tabernáculo inmortal; mas la transgresión sacudió sus cimientos y lo inclinó hacia la tierra, haciéndolo mortal. ¿Qué ordenó Dios para acabar con el pecado? La muerte del pecador; que si continuara siendo inmortal, conservara en sí eternamente la maldición del pecado. Por eso murió, habiendo sido creado incorruptible e inmortal, y se apartó el alma del cuerpo, para que con la muerte pereciese el pecado, no pudiendo reinar en un difunto.

Muerto, pues, y borrado el pecado, de nuevo resucito inmortal y alabo y glorifico a Dios, que por la muerte de su Hijo nos libra de la muerte y nos da la vida, celebrando en su honor la festividad legal, adornando mi tabernáculo con buenas obras, como las vírgenes prudentes y sabias, que se llegaron al Esposo encendidas sus lámparas de cinco llamas.

III. CÓMO DEBEMOS PREPARARNOS A LA RESURRECCIÓN FUTURA

Examinemos ahora lo prescrito para el día primero de la fiesta, es decir, de la resurrección, a ver si vamos engalanadas con los frutos de la virtud, si nos hallamos revestidas con las flores de la castidad. Pensad, pues, que la resurrección es la verdadera fiesta de los Tabernáculos; pensad que los materiales para construir las tiendas de campaña son nuestros actos de santidad.

Tomo en ese primer día entre mis manos el libro de los preceptos establecidos para aquella fiesta. Es el día en que soy juzgada y en que se me pregunta si he adornado mi tabernáculo con los ornatos prescritos, si se encuentran en

167 I Cor. 13, 12.
168 I Cor. 13, 9.
169 Dan. 12, 2.

él todas aquellas galas que tenía mandadas adquirir en este mundo y ofrecer allí a Dios. Consideremos, pues, lo que el texto dice: *Tomaréis el primer día frutos maduros de árboles, ramos de palmera y ramas de árboles frondosos y de agnocastos plantados junto a las aguas del torrente, a fin de festejar a vuestro Dios y Señor, regocijándoos en su presencia* [170].

El fruto maduro del árbol opinan aquellos judíos de corazón incircunciso que es el limón, a causa de su gran tamaño, y no tienen reparo en decir que se honra con el limón a Dios, para cuyo culto *no son suficientes todos los cuadrúpedos de la tierra ofrecidos en holocausto, ni el Líbano entero para encender la pira del sacrificio* [171].

¡Oh corazones más duros que diamantes! Si el limón os parece hermoso, ¿por qué no os parece más la uva? ¿Por qué no la granada y otros mil frutos mucho más excelentes y hermosos que el limón? A la verdad, Salomón en el Cantar de los Cantares, al nombrar las más excelentes frutas, no menciona el limón [172].

La causa del engaño de estos hombres soberbios es el no haber querido comprender que aquel árbol de la vida que en el paraíso florecía en otro tiempo ha brotado de nuevo rozagante y bello en la Iglesia, produciendo el fruto maduro de la fe.

Este fruto tenemos que llevar nosotros el primer día de aquella gran solemnidad, al llegarnos al tribunal de Cristo; y el que no lo llevare no podrá regocijarse con Cristo ni tomar parte, testigo Juan, en la *resurrección primera* [173]. Porque el árbol de la vida es la Sabiduría, primogénita de todas las cosas: *Arbol de vida es,* dice el Sabio, *para quien lo consigue; y ofrece auxilio a quienes se apoyan sobre él como sobre el Señor* [174]. *Es un árbol plantado a la vera del arroyo, que a sus tiempos da sus frutos* [175]; es la doctrina, la caridad y la prudencia distribuídas en tiempo oportuno a los que se acercan a las aguas de la redención.

Los que no creen en Cristo, los que no confiesan que es el principio y el árbol de la vida, ésos no ofrecen a Dios sus tiendas de campaña adornadas con frutos maduros, y siendo así, ¿cómo van a regocijarse en la gran solemnidad?

¿Quieres saber cuál es el fruto maduro del árbol? Escucha las palabras de nuestro Señor Jesucristo, que exceden en bondad y belleza a todos los hijos de los hombres

---

170 Lev. 23, 40.
171 Is. 40, 16.
172 Cant. 4, 13.
173 Apoc. 20, 6.
174 Prov. 3, 18.
175 Ps. 1, 3

Fruto maduro nos dió Moisés al darnos la Ley, mas no tan maduro como el Evangelio. Porque la Ley no era más que una sombra y figura de las cosas futuras, mientras que el Evangelio es la verdad y la realidad de la vida. Fruto maduro era asimismo el de los Profetas, mas no tanto como aquél, que nos preserva de la corrupción y nos da vida inmortal.

IV. Las virtudes, ornato del alma, principalmente la castidad, último perfil del hermoso ramillete

Y tomaréis el día primero frutos maduros de árboles y ramos de palmera. Con lo cual da a entender la práctica de las enseñanzas divinas, con que se purifica el alma, venciendo los vicios y barriendo la basura de los pecados. Es preciso presentarse en la fiesta limpios y adornados con ricas preseas de virtudes. Pues purificada con estos santos ejercicios y limpia el alma de los malos pensamientos que le obscurecían la vista, contempla con más claridad la verdad pura. Como la mujer que perdió la dracma la encontró barriendo bien la casa y registrándolo todo hasta dar con ella [176], así hemos de barrer también nosotros las pasiones, que envuelven en tinieblas nuestras almas y que se desarrollan cada vez más por nuestra pereza e indolencia.

El que quiera, pues, presentarse en la festividad de aquellos tabernáculos y ser contado en el número de los santos, en primer lugar prepare el fruto maduro de la fe; luego, los ramos de palmera, o sea la atenta meditación de las Escrituras, ejercitándose en llevar a la práctica sus enseñanzas; prepare después las densas y frondosas ramas de la caridad, que se mandan tomar después de las palmas, a las cuales con gran propiedad llama densas; pues la vegetación densa promete y da copiosísimos frutos, ni tiene rama endeble, sino todas cargadas y rebosantes de frutos y nuevos brotes. Tal es la caridad, en la que no se encuentra parte vacía y sin frutos. Pues *si vendiere toda mi hacienda,* como dice Pablo, *y la empleare en sustentar pobres, y entregare mi cuerpo a las llamas, y tuviere tan grande fe que trasladare los montes, pero no tuviere caridad, nada soy* [177]. Es, pues, la caridad el árbol más denso y más fructífero, rebosante de méritos y virtudes como ninguno.

Después de todo esto, ¿qué cosa quiere que llevemos? Ramos de sauces, emblema que significa la justicia; porque

[176] Mc. 12, 42.
[177] 1 Cor. 13, 2 s.

los *justos*, según dice el profeta, florecen en doctrina y palabras de vida eterna *como crece la hierba junto a los ríos y como el sauce cabe la corriente de las aguas* [178]. Como último coronamiento manda que se lleven para adornar el tabernáculo ramas de agnocasto, árbol que con su mismo nombre significa la castidad, y viene a ser como remate de todos los demás ornatos. Ya pueden despedirse de aquel magnífico banquete los lascivos, que, esclavos de sus pasiones, rechazan la castidad. Pues ¿cómo es posible que entren a celebrar la fiesta con Cristo los que no tienen adornado su tabernáculo con ramas de ese árbol de la castidad, que nos diviniza? Es necesario aprestarse para ir, ceñidos los lomos, a aquella solemnidad del banquete nupcial.

¡Ea, pues, oh hermosas vírgenes! Meditad las Escrituras, ponderad sus mandatos, y hallaréis cómo el Verbo divino añade la castidad, a guisa de hermosa corona, a todas las otras virtudes dichas, mostrando con esto claramente cuán conveniente y deseable sea presentarse el día de la resurrección con este adorno, sin el cual nadie puede alcanzar las divinas promesas. Nosotras somos quienes principalmente cultivamos este árbol; nosotras, las que practicamos la virginidad, somos quienes ofrecemos este don al Señor. También lo ofrecen los que, unidos en legítimo matrimonio, guardan la castidad conyugal y, como junto al tronco de este precioso árbol, presentan humildes sus renuevos, aunque no pueden, como nosotras, alcanzar y tocar sus ramas más altas y frondosas.

En cambio, los espíritus sensuales, que, aunque no caen en fornicación, mas por el ardor de su concupiscencia no ponen moderación alguna al trato con sus mujeres, ¿cómo celebrarán aquella fiesta? ¿Cómo podrán regocijarse allí con Cristo, no habiendo adornado su tabernáculo, esto es, su carne, con las ramas del agnocasto, es decir, con la castidad, desoyendo aquellas palabras: *Los que tienen mujeres vivan como si no las tuviesen?* [179]

V. El misterio de los tabernáculos

Digo, pues, y proclamo ante todos aquellos que son batalladores valientes y ansían ganar gloria en luchas y combates que no duden un punto en aceptar este de la castidad, como el más útil y glorioso de todos. Pues en el nuevo e indestructible mundo, el que no fuere adornado con ramos

[178] Is. 44, 4.
[179] 1 Cor. 7, 29.

de castidad, ni conseguirá el gozo y descanso eterno, como transgresor que es del divino mandato, ni podrá entrar en la tierra de promisión, por no haber antes celebrado la fiesta de los Tabernáculos. Unicamente aquellos que han celebrado la gran solemnidad de la Escenopegia llegarán a la Tierra Santa. Partiendo de sus tiendas, emprenden con apresuramiento el viaje a la tierra de promisión hasta conseguir entrar en la ciudad y templo de Dios, mereciendo cada día más altos puestos y mayor gozo, como lo dan a entender las figuras que precedieron en el testamento judío.

Como los israelitas, al emprender el viaje de Egipto, primeramente salieron fuera de aquellos dominios y establecieron sus tiendas en el desierto, y, partiendo luego de allí, llegaron a la tierra de promisión, así también ha de suceder con nosotros.

Pues yo, emprendiendo el viaje y saliendo del Egipto del mundo, llego primero a la resurrección, que es la verdadera Escenopegia; y allí, con los frutos de las virtudes, construyo y adorno mi tabernáculo el primer día de la gran solemnidad de la resurrección, que es el juicio, y juntamente con Cristo celebro los mil años de descanso que constituyen el séptimo día, el verdadero sábado.

Desde aquí luego, en compañía de Jesús, *que penetró los cielos* [180], continúo como ellos, después del descanso de la Escenopegia, hacia la tierra de promisión, hacia los cielos, no viviendo ya en tiendas, esto es, no subsistiendo ya en el cuerpo, como antes existía, sino completamente mudado después del milenario [181], cambiada la forma corruptible de cuerpo humano en la hermosura angélica. Por fin, nosotras, las vírgenes, desde *el lugar del tabernáculo admirable* [182], acabada la fiesta de la resurrección, pasaremos a mayores y mejores dichas, subiendo al palacio mismo de Dios, como dice el salmo, *entre las voces de júbilo, alabanza y acción de gracias de una inmensa multitud en fiesta* [183].

También yo, ¡oh magnífica Arete, mi maestra!, te ofrezco, como es mi deber, este pequeño obsequio, este brocado que labró mi rudeza.

EUBULIA.—Grandemente intrigada estoy, ¡oh Gregoria!, al pensar entre mí el grande apuro en que estaría Domnina y cómo palpitaría su corazón al tener que hacer uso de la palabra después de una serie de discursos tan variados y

180 Hebr. 4, 14.

181 Acerca de los errores de San Metodio sobre el milenarismo ya hemos hablado en nuestro trabajo anterior, p. 3.ª, c. 2, n. 113, nota 52. Las enseñanzas posteriores de los Santos Padres llamaron la atención sobre aquella desviación escatológica, que ya en tiempo del Obispo de Olimpo se hallaba en franco ocaso.

182 Ps. 41, 5.

183 Ibid.

elocuentes, temiendo no encontrar cosa digna que decir después de tan maravillosas peroraciones. Si, pues, no disimuló ésta su inquietud, danos también cuenta de esto. Me admira encontrase algo digno, hablando en último lugar.

GREGORIA.—En efecto, díjome Teopatra que fué su turbación muy honda, pero que, no obstante, tuvo qué decir mucho y muy bueno.

Acabado, pues, el discurso de Tisiana, echóle Arete una mirada, diciéndola: Ea, hija, oigamos tu discurso, y pon ya digno remate y coronamiento a este convite.

DISCURSO X

DOMNINA

I. La castidad, magnífico gobernalle del alma

A esta invitación se levantó Domnina ruborosa, y, respirando anhelante, oró, invocando a la sabiduría para que viniese en su ayuda. Terminada su plegaria, volvió a recobrar su valor—me decía la narradora—y fué presa de un entusiasmo como divino. Empezó a hablar así:

También yo, ¡oh Arete!, omitiendo inútiles exordios, intentaré tratar directamente del tema para no perder en digresiones un tiempo que es necesario para el asunto principal; pues juzgo lo más sensato no andar halagando los oídos con largos discursos, sino venir desde el primer momento al punto de la controversia. Principiemos, por tanto, que ya es hora.

No hay cosa tan provechosa ni tan conducente para toda virtud y honestidad, ¡oh ilustres vírgenes!, como la castidad. Sola ella proporciona y facilita al hombre el gobierno del alma de un modo honesto y laudable y le permite abandonar este mundo con la conciencia pura y sin mancha de corrupción. Desde el punto y hora en que Cristo nos enseñó a guardarla, revelándonos su sin par hermosura, el reino de Satán se vino a tierra, siendo así que antes tenía tan dominados y cautivos a los hombres que no había entre los antiguos quien a Dios complaciese y agradase, sino que todos eran víctimas del error; pues la ley no fué poderosa para librar de la corrupción al humano linaje, hasta que el estado virginal tomó las riendas del gobierno del mundo bajo los auspicios de Cristo.

¿Cuál fué, si no, la causa de que los hombres se enzarzasen en tantas luchas y mutuas matanzas, en perversísimos amores, y corriesen en pos de los ídolos y las supersticiones, sino el hecho de que la justicia que la ley les proporcionaba no era suficiente dique para contenerlos en sus pasiones? Consultad las historias y veréis la multitud de calamidades que en esos siglos aquejaron a la humanidad. Pero después que Cristo se hizo hombre y apareció engalanada su carne con la virginidad, quedó vencido el cruel

tirano, príncipe de la lujuria; florece el reino de la lealtad y la paz, y los hombres no corren, como antes, desalados a los adoratorios de los ídolos.

II. Interpretación de la alegoría de los árboles pidiendo rey

Mas para que mis palabras no parezcan sofisterías o meras conjeturas, y que doy por sólidas pruebas lo que no son sino vanos antojos, también yo, ¡oh ilustres vírgenes!, traeré, como testimonio de mi aserto, una célebre profecía del Antiguo Testamento contenida en el libro de los Jueces.

Léese así en aquel libro: *Tratando los árboles de elegir un rey, dijeron al olivo: Reina sobre nosotros. Contestóles el olivo: ¿Voy yo a renunciar a mi aceite, que es mi gloria ante Dios y ante los hombres, por reinar entre los árboles? Dijeron, pues, los árboles a la higuera: Ven tú y reina sobre nosotros. Y les respondió la higuera: ¿Voy a renunciar yo a mis dulces y ricos frutos para ser exaltada entre los árboles? Dijeron, pues, los árboles a la vid: Ven tú y reina sobre nosotros. Y contestó la vid: ¿Voy yo a renunciar a mi mosto, alegría de los hombres, para ir a reinar sobre los árboles? Y dijeron todos los árboles a la zarza espinosa: Ven tú y reina sobre nosotros. Y dijo la zarza a los árboles: Si en verdad queréis ungirme por rey vuestro, venid y descansad bajo mi sombra; y si no, que salga fuego de mí y devore los cedros del Líbano* [184].

Es manifiesto que esto no se refería a los árboles que produce la tierra. Pues sería absurdo reunir en asamblea para elegir rey a unas plantas sin juicio y que están fijas y adheridas al suelo por muy hondas raíces. Sino que todo este apólogo hay que entenderlo de las almas que, habiendo vivido antes de la encarnación del Verbo, se entregaron a todos los extremos de liviandad, mas luego se llegaron a Dios suplicantes, pidiendo ser regidas por un gobierno de misericordia y clemencia, que la Escritura significó bajo el emblema del olivo. Porque el aceite tiene mil aplicaciones: sustenta y robustece los cuerpos, alivia el trabajo, sirve de lenitivo al dolor y alimenta la luz de las lámparas. ¿Quién hace que éstas no se apaguen y quién aumenta su claridad sino el aceite? Pues otro tanto acaece con las misericordias del Señor. Ellas nos libran de la muerte, destruyen el pecado y mantienen viva la luz en nuestros corazones.

[184] Iud. 8, 15. No creemos necesario advertir que la interpretación alegórica de Metodio en este como en otros muchos pasajes nada tiene que ver con el sentido del texto

¿No os parece que ha querido significar la Escritura en ese apólogo las leyes sucesivas dictadas por Dios al hombre desde Adán hasta Cristo, y los ardides con que el diablo, por medio de falsas imitaciones, engañó a los hombres? Y en primer lugar compara la higuera al precepto que se dió al hombre en el paraíso; porque, seducido éste, cubrió su desnudez con hojas de higuera [185].

La vid se refiere a lo que ordenó Dios a Noé en tiempo del diluvio, ya que éste, embriagado con la fuerza del vino, fué objeto de las burlas de su hijo Cam [186].

El olivo significa la Ley dada por Dios en el desierto a Moisés; porque la gracia profética, óleo santo, faltó a su heredad, esto es, a los judíos, a causa de su perversa conducta.

Finalmente, la zarza espinosa no es mal emblema de la ley que se dió a los apóstoles para convertir y salvar al mundo; de ellos aprendimos la virginidad, la cual no supo remedar el astuto Satán.

Por eso se dieron también los cuatro Evangelios, porque cuatro veces envió Dios a la humanidad esas faustas nuevas, dirigiéndola con la promulgación de cuatro leyes, cuyos tiempos se distinguen muy claramente por la diversidad de sus frutos. Pues la higuera, por su dulzura y exuberancia, nos recuerda las delicias del paraíso en que vivió el hombre antes de la caída. Y a la verdad, más de una vez significó el Espíritu Santo la virtud y santidad por el fruto de la higuera, como luego veremos [187].

La vid, por la alegría que causa el vino y por el gozo de los que se vieron libres del castigo del diluvio, indica la mudanza de sentimientos que experimentaron, pasando del terror y la angustia a la alegría y regocijo [188].

El olivo, en fin, por la naturaleza de su aceite, designa la misericordia de Dios, con que de nuevo toleró tan pacientemente a los hombres, cuando, habiendo éstos vuelto después del diluvio a sus antiguas abominaciones, les dió, no obstante, la ley en el Sinaí, y se manifestó a algunos de ellos, reavivando con nuevo aceite la luz de la virtud, a punto ya de extinguirse.

III. La zarza y el agnocasto, símbolos de la castidad

La zarza y el agnocasto son una misma cosa, y así son llamados indistintamente con uno y otro nombre; tal vez por estar esta planta en relación con la castidad vino a recibir

[185] Gen. 3, 7.
[186] Gen. 9, 22.
[187] Ier. 8, 13.
[188] Ioel 2, 22.

el nombre de zarza y agnocasto: zarza, por la firmeza que muestra contra los deleites, y agnocasto, porque permanece siempre puro [189].

Se refiere en la Sagrada Escritura [190] cómo el profeta Elías, huyendo de la impía reina Jezabel, se paró a descansar bajo la sombra de un agnocasto y, escuchadas allí por Dios sus plegarias, tomó alimento y recobró sus fuerzas; porque a los que van huyendo de los ardores de la lujuria y se apartan de la mujer, esto es, del deleite, les proporciona albergue y protectora sombra ese divino árbol, que a partir de la venida de Jesucristo, Príncipe de los vírgenes, ejerce sobre los hombres su suave imperio. Pues no habiendo podido las leyes dadas en tiempo de Adán, Noé y Moisés proporcionar la salvación a los hombres, sola la Ley evangélica los salva cumplidamente a todos.

Tal es la causa por qué se dice que la higuera, esto es, la Ley, no tuvo el imperio de los árboles, es decir, de los hombres. Porque el hombre, después de su prevaricación, deseaba continuar viviendo bajo el imperio de la virtud y conservar la inmortalidad de que antes gozaba; mas a causa del pecado lo arrojó Dios del paraíso como a súbdito rebelde e incapaz de ser regido por la incorrupción.

No mucho tiempo después de la culpa, le fué enviada la primera predicación por medio de Noé; y si le hubiera dado oídos, hubiera podido preservarse del pecado, pues se le prometía [191] la liberación de todo mal, y la alegría, con tal que abrazase y pusiese por obra aquella ley, según sus fuerzas; no de otro modo que la vid promete dulce vino a los que la cultivan con esmero. Tampoco esta ley ejerció sobre los hombres su imperio, porque no quisieron hacer caso de ella, a pesar de las diligentes predicaciones de Noé; sólo cuando, rodeados por todas partes de agua, estaban ya a punto de ahogarse, comenzaron a arrepentirse y a prometer que obedecerían los divinos mandamientos; pero fueron rechazados con irrisión en su intento de ser gobernados, no valiéndoles sus voces de socorro ante los que les habían predicado, pues el Espíritu les respondió echándoles en cara el no haber prestado oídos a los enviados por Dios para auxiliarles y proporcionarles la salvación y la alegría; esto es, a Noé y a sus hijos. ¿A vosotros, les dijo, hombres contumaces, que no habéis dado fruto alguno de virtud, voy a ir ahora a socorreros, hombres en todo semejantes a árboles secos, que no quisisteis escucharme cuando os predicaba el desasimiento de los goces y placeres mundanales?

---

[189] Ya hablamos en el estudio anterior de la etimología de dicho nombre y de la opinión popular acerca de su naturaleza (véase p. 3.ª, c. 2, n. 110, nota 28, y n. 113, nota 54).

[190] 3 Reg. 19, 4

[191] Gen. 5, 29

IV. La castidad, última ley dada por Dios bajo el emblema de la zarza

Lanzados, pues, afuera tales hombres, como indignos de participar de la benignísima providencia divina, y encenagado de nuevo el género humano en los vicios y supersticiones, envió la divina misericordia una nueva ley en el Sinaí por medio de Moisés para que reinara en el mundo la santidad y la justicia.

Pero ¿qué sucedió? De nuevo los hombres dieron un solemne adiós a la ley divina promulgada por Moisés y volaron otra vez a los templos de los ídolos. ¿Qué hizo Dios entonces? Entrególos en manos de sus concupiscencias, de manera que ellos mismos se deshicieron en mutuas guerras y fueron llevados cautivos al destierro, negándose entonces la ley a salvarlos.

Mil veces castigados por Dios a causa de sus desobediencias, otras tantas se volvían a El, prometiendo guardar su ley, hasta que, al fin, Dios, compadecido por cuarta vez del hombre, envió como lugarteniente suyo a la castidad, para que inaugurase en la tierra su imperio, siendo designada bajo el nombre simbólico de zarza espinosa.

Esta celestial virtud, destruyendo los placeres sensuales, amenazó de parte de Dios a todos que, si no se sometían sinceramente a su imperio y se mantenían sumisos a sus dictados, los abrasaría en la hoguera de los abismos infernales; pues no pensaba enviar ya más leyes ni más predicaciones, sino únicamente el juicio divino y las llamas eternas.

Ante esta conminación comenzó luego el hombre a obrar rectamente y a consagrarse a Dios, apartándose del diablo y de sus ídolos. De esta manera envió Dios a la tierra el utilísimo socorro y auxilio de la castidad, de la cual no supo el demonio hacer falsas imitaciones para engañar y seducir a los hombres, como había hecho con todas las otras leyes.

V. Dos clases de vides y de higueras

Pues como la higuera, a causa de la dulzura y vistosidad de su fruto, sea figura de las delicias del paraíso, sedujo el diablo con sus falsificaciones al hombre, haciendo presa en él al sugerirle que para cubrir su desnudez emplea-

se las hojas de aquel árbol, muy a propósito, por su suave impresión, para estimular el apetito sensual.

Y, asimismo, a los que escaparon incólumes del diluvio los engañó y burló de un modo semejante, aludiendo a la vid espiritual, con el gusto y alegría del vino, y así les despojó de la celeste vestidura de la santidad; y por aquí veréis más claro lo que voy diciendo.

Las potestades infernales se revisten siempre con la máscara de la virtud, no para mover a su ejercicio, sino para inducir al engaño e hipocresía. Aun a los que tiemblan ante la muerte y procuran con todas sus fuerzas esquivarla, los conduce a ella con el exterior señuelo de la inmortalidad que se prometen conquistar por su medio. De aquí es que quiere aparecer como vid e higuera, que son manantial de alegría y dulzura, transformándose en ángel de luz [192] y seduciendo así a muchos incautos con capa de religión y de virtud.

Dos son las clases de higueras que en las sagradas letras encontramos y dos clases asimismo de vides. *Higos buenos y muy buenos, e higos malos y sumamente amargos* [193]. *Un vino,* asimismo, *que alegra el corazón del hombre* [194], y *un vino veneno de dragones y ponzoña mortal de áspides* [195]. Mas desde que la castidad reina e impera sobre los hombres, se ha descubierto y desterrado el fraude. Destruyólo el Príncipe de los vírgenes, Cristo; y así ya fructifican la higuera y la vid verdadera en el universal reino de la castidad vencedora, según el profeta Joel: *No temas, tierra,* dice; *ten confianza, alégrate y gózate, porque son magníficas las cosas que hace el Señor. No temáis, animales del campo, que reverdecerán los pastos del desierto y darán fruto los árboles; la higuera y la vid se mostrarán fecundas. Alegraos y gozaos también, hijos de Sión, en el Señor Dios vuestro, que os dió alimento para la justicia* [196].

Llama higueras y vides fecundas en frutos de virtud y justicia para los hijos de la espiritual Sión a las primeras leyes, las cuales después que el Verbo se hizo carne fructificaron, alcanzando la castidad el imperio de nuestras almas; cuando antes, a causa del pecado y de los mil yerros humanos, habían permanecido estériles. No podían la verdadera vid y la higuera verdadera darnos un alimento vital mientras siguiera pujante la higuera falsa, cultivada para nuestro engaño.

Mas luego que el Señor secó los falsos vástagos echando

---

192 2 Cor. 11, 14.
193 Ier. 24, 3.
194 Ps. 103, 15.
195 Deut. 32, 33.
196 Ioel 2, 21-23.

su maldición sobre la higuera amarga, al decirle: *Jamás nazca de ti fruto*[197], florecieron al punto los árboles verdaderamente fructíferos y produjeron sustento para la virtud.

A veces ocurre también que la vid se refiere a Cristo mismo[198], y la higuera al Espíritu Santo; como indicando que el Señor es la alegría de nuestros corazones y el Espíritu Santo los sana. Por eso se le mandó a Ezequías preparar una cataplasma de higos y aplicársela sobre la úlcera[199], significando el fruto del Espíritu Santo que nos cura, esto es, la caridad, como nos lo enseña el Apóstol: *El fruto del Espíritu,* dice, *es la caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, longanimidad, mansedumbre, benignidad, bondad, fe, modestia y continencia*[200]. Prerrogativas y dones divinos que el profeta llamó higos a causa de su dulzura.

También dijo el profeta Miqueas: *Sentaránse tranquilamente cada uno bajo su parra y bajo su higuera, y nadie los aterrorizará*[201]. Pues es muy cierto que los que se acojan a la sombra, asilo y protección del Espíritu y del Verbo, no serán jamás turbados de pavor ni temblarán ante aquel que tiene por oficio perturbar los corazones.

VI. Misterio de la visión de Zacarías

Que la ley mosaica se designe bajo el símbolo del olivo lo da entender el profeta Zacarías diciendo: *Y volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó como a un hombre a quien despiertan de un sueño, y me dijo: ¿Qué ves? Y le respondí: Estoy mirando y veo un candelabro todo de oro, con una lámpara encima, y a sus lados dos ramas de olivo, una a su derecha y otra a su izquierda*[202]. Y poco después, al preguntar el profeta qué significaban aquellos dos olivos a uno y otro lado del candelabro, y qué las dos ramas de olivo que por medio de dos tubos de oro vierten el aceite, le respondió el ángel diciendo: *Estos son los dos Ungidos que están delante del dominador de toda la tierra,* indicando las dos principales potestades que forman la corte de Dios, y que en su casa, en torno a la *herencia medida con el cordel,* distribuyen a través de las dos ramas el óleo espiritual para que brille la luz del conocimiento divino. Las dos ramas de los dos olivos son la Ley y los Profetas, que están

---

197 Mt. 21, 19.
198 Io. 15, 1.
199 4 Reg. 20, 7.
200 Gal. 5, 22.
201 Mich. 4, 4.
202 Zach. 4, 1-3. 11-14.

dentro de los confines de la divina *herencia medida con el cordel* y cuyos progenitores son Cristo y el Espíritu Santo; porque no podíamos comprender los hombres el magnífico fruto de estas plantas, hasta que la castidad hubiese empuñado el cetro del mundo y lo rigiese con sus leyes. En los siglos anteriores, los hombres no cultivábamos sino las ramas de esos dos olivos, es decir, la Ley y los Profetas; y esto sólo a medias, cayendo y levantando continuamente.

Porque ¿quién pudo jamás alcanzar perfecto conocimiento de Cristo y del Espíritu Santo sin vivir una vida pura? Ese santo instituto, esa divina ascesis que desde la infancia prepara las almas para tan deseable gloria, que ha de proporcionarles tan preciado ornato con certeza y facilidad y que, finalmente, a costa de tan exiguos trabajos promete y deja entrever premios inmensos, es la castidad virginal, de que vamos hablando, cuyo poder convertirá nuestros cuerpos en inmortales. Virtud excelsa, que todos los hombres debieran anteponer con gusto a todas las cosas y ensalzarla con sumos encomios: unos por haber logrado, profesando la virginidad, ser sublimados a las nupcias con el divino Verbo; y otros por haberse visto libres, gracias a ella, de aquella maldición: *Tierra eres y en tierra te volverás* [203].

He llevado, por fin, a cabo, ¡oh Arete!, según mis débiles fuerzas, el discurso que me encomendaste; suplícote, ¡oh maestra!, que, a pesar de su tosquedad e insignificancia, lo tengas por bien y lo aceptes benigna de manos de aquella a quien asignaste para perorar el último puesto.

---

[203] Gen 3, 19.

DISCURSO XI

ARETE

I. La virginidad es lucha en que deben conquistarse todas las virtudes. Es declarada Tecla vencedora en el certamen sobre la pureza. Himno de la virginidad

Acepto gustosa tu discurso y lo apruebo—dice Teopatra que contestó Arete—, pues has entonado con gran loa los encomios de la castidad virginal y, aunque algo veladamente, mas con gran penetración y diligencia, has procurado no halagar los oídos con vanos floreos, sino exhortar al mejoramiento y corrección de las costumbres. Es justo proclamar con insistencia que la práctica de la pureza debe ocupar el primer lugar entre los diversos géneros de vida virtuosa y que debe ser abrazada con preferencia a los demás estados. Muchos, es cierto, creen honrarla y servirla; pero, para decirlo de una vez, son muy pocos los que de veras la honran.

Pues no se ha de creer que guarda castidad perfecta el que procura, sí, guardar limpia su carne de placeres sensuales, pero no se cuida de refrenar las demás inclinaciones viciosas. Antes al contrario, la deshonra y viene a echar sobre ella un padrón de ignominia, pues la mancha con abominables deseos, sustituyendo unas liviandades por otras.

Del mismo modo, si resiste y declara guerra sin cuartel a todas las concupiscencias exteriores, pero se deja vencer por la soberbia y vanagloria, pensando en sus triunfos sobre las pasiones de la carne, y de ahí viene a menospreciar a los demás, no puede tampoco decirse que honre la pureza, puesto que más bien desdora tan hermosa prenda con el contacto de la soberbia, *limpiando*, a saber, *lo exterior del plato y la copa* [204], es decir, su carne y su cuerpo, y manchando por dentro su alma con las tiznaduras del orgullo y la ambición.

Pues ¿qué decir del que es presa de la sórdida avaricia, blasonando de rico? ¿Diréis acaso que es servidor de la castidad? Antes la deshonra grandemente y la hace más

[204] Mt 23, 25.

despreciable que los otros, posponiendo a una miserable ganancia una virtud tan excelsa, que no tiene perla de valor equivalente en esta vida; pues *toda riqueza y todo el oro de este mundo es como un puñado de arena en su comparación* [205].

Tampoco el desapoderado amador de sí mismo, que de nada se cuida más que de sus lucros y aumentos, indiferente a las cuitas de sus hermanos, puede llamarse con razón verdadero amante de la castidad, sino antes despreciador de ella. Dista mucho de ser verdadero admirador de esta virtud el que echa de sí y rechaza la caridad, la afabilidad y las compasivas entrañas de misericordia. No es justo, por una parte, profesar pureza y virginidad, y por otra, manchar el alma con desórdenes y liviandades; ni profesar castidad y continencia y mancharse con pecados. Como tampoco es digno blasonar, por un lado, de ser despreciadores del mundo y de sus vanidades, y por otro, engolfarse en ellas. Ni sólo hay que guardar limpia y apartada de toda corrupción una parte del cuerpo, sino toda la carne, que predispone y nos empuja a la sensualidad. Sería verdaderamente ridículo conservar incontaminada una parte del cuerpo y no mantener incorrupta la lengua; o bien guardar virgen la lengua y no preservar pura la vista, los oídos y las manos; o, finalmente, preservar vírgenes todos estos miembros sin cuidarse de no prostituir el corazón entregándolo a la soberbia y a la ira.

Es, pues, absolutamente necesario que quien no quiera errar en el propósito de conservarse casto guarde bien todos sus miembros y sentidos, sin dejar resquicio alguno, como hacen los marineros con las tablas de sus barquillas, cuyas junturas procuran conservar bien unidas para que no se abra vía de agua; así el pecado no debe encontrar entrada en el alma. Cuanto más excelente es una profesión, más expuesta se halla a graves tropiezos; al verdadero bien hace la iniquidad guerra más encarnizada que no al que apenas merece el nombre de bien.

Y es así que muchos de los que participaban de esa loca persuasión de que el principal oficio de la castidad es refrenar los apetitos carnales, sin hacer caso de los demás deberes, vinieron a faltar también en ella, envolviendo en su deshonra a los que esforzados la seguían por el camino recto. Prueba clarísima sois vosotras, que en todo dais la regla segura, guardando la virginidad no sólo con vuestra conducta, sino también con vuestra erudición y elocuentes discursos.

Queda, pues, declarado cuál deba ser la virginidad para

[205] Sap. 7, 9.

que merezca a boca llena el glorioso nombre que ostenta. Por lo que hace a vosotras, que en presencia mía habéis celebrado tan elocuente certamen, yo os proclamo vencedoras a todas y ciño a vuestras sienes la merecida corona. Pero a Tecla se la otorgo mayor y más florida, como a reina, la más esclarecida y magnífica entre todas.

Dicho esto, decía Teopatra, mandó Arete a todas levantarse y, formando un corro bajo el agnocasto, dar a Dios las debidas gracias y alabanzas; que Tecla diese principio y precediese al coro. Así, pues, una vez que estuvieron todas en pie, colocada la virgen Tecla en medio y a la derecha de Arete, comenzó su armonioso canto, contestándole alternativamente las demás en forma de coro.

Estribillo

A ti consagro mi pureza, ¡oh divino Esposo!, y voy a tu encuentro con la lámpara brillante en mi mano [206].

Estrofas

Tecla.—1. En lo alto de los cielos, ¡oh vírgenes!, se deja oír el sonido de una voz que despierta a los muertos; debemos apresurarnos, dice, a ir todas hacia el oriente al encuentro del Esposo, revestidas de nuestras blancas túnicas y con las lámparas en la mano. Despertaos y avanzad antes de que el Rey franquee la puerta.

Todas.—A ti consagro mi pureza, ¡oh divino Esposo!, y voy a tu encuentro con la lámpara brillante en mi mano.

Tecla.—2. He desechado la felicidad de los mortales, tan lamentable; los placeres de una vida voluptuosa y el amor profano; a tus brazos, que dan la vida, me acojo buscando protección, en espera de contemplar, ¡oh Cristo bienaventurado!, tu eternal belleza.

Todas.—A ti consagro mi pureza, ¡oh divino Esposo!, y voy a tu encuentro con la lámpara brillante en mi mano.

Tecla.—3. He abandonado los tálamos y palacios de bodas terrenas por ti, ¡oh divino Maestro!, resplandeciente cual el oro; a ti me acerco con mis vestiduras inmaculadas, para ser la primera en entrar contigo en la felicidad completa de la cámara nupcial.

Todas.—A ti consagro mi pureza...

Tecla.—4. Después de haber escapado, ¡oh Cristo bienaventurado!, a los engaños del dragón y sus artificiosas seducciones, sufrí el ardor de las llamas y las acometidas mortíferas de bestias feroces, confiada en que vendrías a ayudarme.

---

206 Es manifiesta, como indicamos, la inspiración de Mt. 25, 1-12,

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—5. Olvidé mi patria, arrastrada por el encanto ardiente de tu gracia, ¡oh Verbo divino!; olvidé los coros de las vírgenes compañeras de mi edad y el fausto de mi madre y de mi raza, porque tú mismo, tú, ¡oh Cristo!, eres todo para mí.

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—6. ¡Salve, oh Cristo, dador de la vida, luz sin ocaso! ¡Oye nuestras aclamaciones! Es el coro de las vírgenes quien te las dirige, ¡oh flor sin tacha, gozo, prudencia, sabiduría, oh Verbo de Dios!

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—7. Abre las puertas, ¡oh reina!, la de la rica veste; admítenos en la cámara nupcial. ¡Esposa inmaculada, vencedora egregia, que te mueves entre aromas! Engalanadas con vestiduras semejantes, henos aquí vástagos tuyos, sentadas junto a Cristo para celebrar tus venturosas nupcias.

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—8. Vierten lágrimas amargas y lanzan profundos gemidos las vírgenes excluídas de entrar acompañando al Esposo. ¡Cuán desgarradores son sus gritos! Dejaron extinguirse la luz de sus lámparas y llegaron tarde para participar de los regocijos de la cámara nupcial.

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—9. Apartáronse, ¡infelices!, de la recta vía de la santidad, desviándose por los caminos de la vida, y descuidaron el proveerse con abundancia de aceite; por ello, gimen desde lo más profundo de su corazón al ver en sus manos unas lámparas en que se halla extinguido el ardiente fuego.

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—10. Brillan ante nuestros labios las copas llenas de dulce néctar; ¡bebamos! Es un licor celeste, ¡oh vírgenes!, que nos brinda el Esposo a las que hemos sido dignas de asistir al banquete nupcial.

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—11.—Abel, clara figura de tu muerte, ¡oh Cristo bendito!, clamó entre borbotones de sangre mientras elevaba al cielo sus ojos: La mano cruel de un hermano me ha herido sin piedad. Recíbeme, te ruego, ¡oh Verbo divino!, en tu seno.

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—12. Tu valeroso siervo José, ¡oh Verbo divino!, obtuvo el galardón más preciado de la castidad cuando, viéndose arrastrado hacia un lecho criminal por una mala mujer inflamada en viles deseos, no cedió un punto a la pasión, huyendo sin capa mientras clamaba:

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—13. Jefté condujo a su tierna hija, todavía virgen, al cruento altar para ofrecerla a Dios en sacrificio con súbita muerte, cual si fuera una inocente corderilla, y ella cantaba entre tanto:

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—14. Holofernes, el jefe de las hordas extranjeras, fué decapitado por los hábiles ardides de la valerosa Judit; con las muestras de su bondad le sedujo, sin permitir que fuera mancillado su cuerpo, pudiendo lanzar al aire este grito de victoria:

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—15. Dos jueces de Israel, fascinados por la extrema belleza corporal de Susana, se dirigieron a ella ebrios de pasión, diciéndole: ¡Oh amada!, aquí nos tienes deseosos de compartir tu amor. Pero ella exclamó con trémulos gritos:

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—16. Prefiero mil veces la muerte antes que traicionar por vosotros mi fidelidad conyugal, ¡oh locos pasionales!, y caer, por ende, en los eternos castigos del fuego alimentado por la ira divina. ¡Sálvame, oh Cristo, en estos momentos, de la maldad que me rodea!

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—17. El que bautizaba en las aguas purificadoras a muchedumbres de fieles, tu Precursor, hubo de entregar su cabeza a la cuchilla contra todo derecho a causa de la castidad, y cuando rociaba el lienzo blanco con su roja sangre, clamó hacia ti, ¡oh Cristo bendito!:

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—18. También aquella que te dió la vida, la Virgen llena de gracia, que sin menoscabo de su pureza llevó tu cuerpo en su seno inmaculado, tuvo que soportar las apariencias de haber traicionado el tálamo conyugal, y, ya encinta, exclamaba, ¡oh Cristo bendito!:

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—19. Todos aquellos llamados por ti desde lo alto de los cielos desean presenciar tus nupcias, ¡oh Rey de los ángeles! Vienen trayéndote en sus vestiduras inmaculadas, ¡oh Verbo divino!, dones de grandeza sin igual.

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—20. Nosotras, tus compañeras de nupcias, te alabamos ahora en nuestros himnos, ¡oh joven y feliz esposa de un Dios, virgen pura, Iglesia santa, de cuerpo blanco como la nieve, de rizos negros como el azabache, casta, irreprensible y toda amabilidad!

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—21. Han cesado la corrupción y los sufrimientos

de la enfermedad, que tantas lágrimas arrancan; ha sido suprimida la muerte y ha desaparecido la locura entre los hombres; la tristeza, que roe el corazón, huyó para siempre, pues brilló de nuevo entre los mortales el gozo de Dios.

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—22. Ya no se halla desierto de moradores el paraíso, como en otros tiempos, a consecuencia del divino decreto, pues aquel que había sido echado de allí por las astutas intrigas del dragón, lo habita de nuevo inmortal y dichoso sin posibles temores.

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—23. Al entonar hoy el coro de las vírgenes el nuevo cántico, te ensalzan hasta lo más alto de los cielos, ¡oh Reina toda resplandeciente de luz! Sus frentes aparecen coronadas con diademas de blancas azucenas y en sus manos llevan las lámparas radiantes de luz.

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

TECLA.—24. ¡Oh Dios bienaventurado, que habitas las moradas puras del cielo; oh tú, que no conociste principio y todo lo gobiernas con tu eterno poder!, henos aquí; recíbenos también a nosotras con tu Hijo a través de las puertas de la Vida.

TODAS.—A ti consagro mi pureza...

* * *

EUBULIA.—Con razón recibió Tecla de manos de Arete la corona principal de la victoria.

GREGORIA.—Así es en verdad.

EUBULIA.—Y ¿qué me dices de la extranjera Telmesiaca? [207] ¿No estaría atisbando, al menos desde la puerta, para coger lo que pudiese de aquellos discursos? Me admiraría el que, habiendo tenido conocimiento de vuestro banquete, se hubiera quedado inmóvil sin lanzarse al punto, como el pájaro sobre su alimento, para oír vuestras palabras.

GREGORIA.—Pues no fué. Se encontraba, según dicen, a la sazón con Metodio, quien estaba precisamente informándose de lo ocurrido en el convite de Arete. ¡Qué suerte y qué felicidad es poder tener una guía y una maestra tal como Arete!

EUBULIA.—Y bien, Gregoria, ¿a quiénes te parece deberemos calificar como mejores, a los que no sienten los estímulos de la pasión y, por tanto, dominan sus apetitos, o más bien a los que, sintiendo aquellos estímulos, permanecen, con todo, vírgenes?

GREGORIA.—A los que no experimentan en sí tales incl-

[207] Natural de Telmeso o Telmisos, ciudad antigua de Licia.

tamentos y viven en virginidad, puesto que los tales poseen puro el espíritu y los sentidos, conservándose al abrigo de la corrupción sin mancha alguna.

EUBULIA.—¡Bravo! Loor, Gregoria, a la pureza aun en el más mínimo pensamiento. Pero no lo tomes a mal si insisto en este tema para penetrarlo mejor, a fin de que nadie pueda confundirme.

GREGORIA.—Al contrario; replica del modo que más te agrade. Lo único que puedo enseñarte, Eubulia, es que quien no siente tales deseos es mejor que quien los experimenta; y con esto no habrá quien te confunda.

EUBULIA.—Celebro que me hayas respondido con tanta entereza; bien muestras los tesoros de sabiduría con que te has enriquecido.

GREGORIA.—Me parece, Eubulia, que eres una amable charlatana.

EUBULIA.—¿Por qué dices eso?

GREGORIA.—Porque con tales palabras más bien te estás chanceando de mí que haciendo honor a la verdad.

EUBULIA.—Puedes estar tranquila, querida. Admiro en gran manera tu inteligencia y tus nobles sentimientos. Dije lo anterior porque en una cuestión tan disputada entre los sabios, tú no solamente afirmas conocer con certeza la solución, sino que te glorías de enseñar a otros.

GREGORIA.—Pero dime, ¿te molesta de veras el oír que son dignos de mayor loa los que no sienten los incentivos de la carne que los que padecen tales estímulos? ¿O es que me dices todo eso por chancearte?

EUBULIA.—¿Cómo quieres que me moleste por tal opinión, cuando confieso no ver claro en este asunto? Pero dime, sapientísima mujer, ¿en qué superan los castos, que no experimentan dentro de sí tales incentivos, a los que, padeciéndolos, se conservan, con todo, puros?

GREGORIA.—Ante todo en que así guardan el alma limpia por completo y el Espíritu Santo mora en ella de continuo, ya que no aparece turbada por imágenes y pensamientos impuros, sin quedar, por tanto, manchada ni siquiera en lo más leve. Los tales, en verdad, permanecen inaccesibles por completo a los malos deseos, en su carne y en su corazón, gozando de una mar tranquila, no agitada por las pasiones. Aquellos, por el contrario, que, cautivados con la vista de los objetos propios para excitar la fantasía, sienten levantarse en su corazón el oleaje de los malos deseos, resultan no pocas veces manchados a pesar de todo, y aun cuando ellos crean haber resistido y luchado contra el placer sensual, al menos en sus pensamientos sufrieron una derrota.

EUBULIA.—¿Declararemos, por tanto, puros únicamente a los que gozan de una mar tranquila, sin verse turbados por el mal deseo?

GREGORIA.—Sin duda. Estos tales están transformados en dioses, según las bienaventuranzas. El Señor declara abierta y paladinamente que si conservan firme la fe en El, verán a Dios, ya que no aportan a la visión divina nada que turbe u obscurezca los ojos del alma. Habiéndose conservado totalmente libres de los deseos del mundo, no sólo poseen una carne limpia de todo comercio impuro, sino también un corazón incontaminado con pensamientos lascivos, morando en ellos y habitando como en un templo, de un modo particular, el Espíritu Santo.

EUBULIA.—¡Alto ahí! Creo que vamos ahora a caminar más directamente hacia la investigación de lo que en verdad es mejor. Dime: ¿hay alguno, a tu juicio, que pueda ser calificado como buen piloto?

GREGORIA.—Claro está que sí.

EUBULIA.—¿Es tal vez el que ha logrado sacar a salvo su navío en medio de las más deshechas borrascas o el que lo ha llevado a puerto a través de una mar tranquila y un cielo sereno?

GREGORIA.—Sin duda el que lo salvó de las furiosas tempestades.

EUBULIA.—Por tanto, el alma que, agitada por las imponentes olas de la pasión, se mantiene esforzada y sin decaimientos, dirigiendo, por el contrario, su navecilla, es decir, su carne, al puerto de la castidad, ¿deberá ser considerada como mejor y más perita que la que navega a través de un mar tranquilo?

GREGORIA.—Cierto.

EUBULIA.—Y el hacer frente a los ataques y tempestades levantadas por el espíritu maligno sin ser jamás vencida ni doblegada, sino luchando contra el placer con resolución tenaz y con la cabeza levantada hacia Cristo, ¿no merece mayor recompensa que el conservar la virginidad sin contradicciones ni tempestades?

GREGORIA.—Así parece.

EUBULIA.—Y ¿qué es lo que piensa el Señor? ¿No declara acaso que el hombre combatido por los incentivos de la pasión, que se conserva casto, es superior al que guarda la pureza sin experimentar tales estímulos?

GREGORIA.—¿Dónde dice tal cosa?

EUBULIA.—Allí donde, comparando al hombre sensato con una casa bien asentada sobre sus fundamentos, la califica de inconmovible, ya que ni las lluvias, ni las avenidas de agua, ni los vientos podrán derribarla. Es claro que aseme-

ja las tempestades a los deseos lascivos y la roca al estado firme e inquebrantable del alma consagrada por la pureza.

GREGORIA.—Voy viendo que tienes razón.

EUBULIA.—Y ¿qué decir de los médicos? ¿No tienes por mejor al que ha probado su habilidad en graves enfermedades y ha curado a multitud de personas?

GREGORIA.—No hay duda.

EUBULIA.—Y, por el contrario, al médico que no ha hecho todavía sus pruebas ni ha tenido entre sus manos enfermo alguno, ¿no le tienes por novicio inexperto?

GREGORIA.—Así es.

EUBULIA.—Por tanto, ¿no será preciso considerar también como médico más hábil al alma que soporta un cuerpo más sensual y que, esto no obstante, calma en él las enfermedades de las pasiones con las medicinas de la castidad que no a la que le cupo en suerte habitar un cuerpo sano y sin estímulos de concupiscencia?

GREGORIA.—Preciso es confesarlo.

EUBULIA.—Y ¿qué decir de los pugilatos? ¿Quién es el mejor luchador, el que tiene que habérselas con fuertes y poderosos adversarios, ejercitándose continuamente en la arena, sin ser nunca vencido, o el que no encuentra adversario digno?

GREGORIA.—Evidentemente el que lo tiene.

EUBULIA.—Por tanto, en la palestra, ¿el atleta más calificado es el que tiene contrincantes?

GREGORIA.—Necesariamente.

EUBULIA.—Pues bien, ¿no será asimismo necesario convenir en que el alma que lucha con todas sus fuerzas contra los ataques de la concupiscencia, sin dejarse derribar, sino oponiéndose con éxito y resistiendo, se muestra más vigorosa que la exenta de pasiones?

GREGORIA.—Es verdad.

EUBULIA.—¿Y qué? ¿No te parece ser muestra de mayor virilidad mantenerse firme contra los asaltos de los incentivos deshonestos?

GREGORIA.—Evidente del todo.

EUBULIA.—Y esta virilidad, ¿no es precisamente el valor de la virtud?

GREGORIA.—Claro está.

EUBULIA.—Si, pues, la resistencia es el poder de la virtud, ¿no se muestra más vigorosa el alma turbada por la concupiscencia y que, sin embargo, se mantiene firme contra los malos deseos, que aquella otra libre de toda perturbación?

GREGORIA.—Así es,

EUBULIA.—Y si es más vigorosa, ¿será también mejor?

GREGORIA.—No hay duda.

EUBULIA.—Por tanto, según lo concedido, el alma que siente estímulos lascivos y, no obstante, se conserva casta, es mejor que la que permanece pura sin experimentar tales impedimentos.

GREGORIA.—Tuya es la verdad; y con gusto me entretendría más largamente hablando contigo sobre esta materia. Si, pues, te agrada, volveré mañana para escucharte de nuevo acerca de esto. Ahora, como ves, es ya hora de ocuparnos un poco del hombre exterior.

SAN ATANASIO

TRATADO DE SALUD DIRIGIDO A UNA VIRGEN

Mientras en los desiertos de Egipto avanzaba ya el monaquismo con empuje irresistible, en las grandes ciudades de los valles del Nilo, y sobre todo en Alejandría, seguía floreciendo la virginidad oculta del hogar. San Atanasio, no menos pastor que teólogo, se preocupó de su formación. No hay motivo para poner en duda el testimonio de San Jerónimo, comunicándonos que el santo Obispo dejó un tratado sobre la virginidad. Entre los diversos escritos de esta materia que pueden reclamar su firma, y no obstante las actividades de las cancillerías del criticismo en pro y en contra de la autenticidad, sigue conservando, como muy probables, los honores atanasianos el tratado que al presente traducimos[1]. *Ante todo aparece el polemista del dogma en la profesión de fe que lo encabeza; junto a él se intuye al amante de los escritos ascéticos tradicionales, reflejados en varios de sus capítulos sobre el camino de la vida y de la muerte y aun en su mismo estilo de frases cortas y sencillas, evocadoras de la* Didajé, *el* Pastor Hermas *y otras obras semejantes; pero sobre todo domina en todo el escrito la solicitud del Prelado, que prescribe normas concretas, y si se quiere aun minuciosas, respecto al ayuno, la oración, el cuidado de la salud, la compañía de otras vírgenes, etc. Bajo este último aspecto es una joya de valor incalculable para los anticuarios de la historia y los estudiosos de la primitiva disciplina cristiana*[2].

---

[1] Acerca de los varios escritos que pudieran reclamar su paternidad véase nuestro precedente trabajo, p. 2.ª, c. 1, a. 2, n. 31.

[2] La edición crítica de las obras de San Atanasio, iniciada en 1934 por HANS-GEORG OPITZ, está aún en vías de publicación y no ha llegado al tratado sobre la virginidad; por lo cual es menester atenerse todavía a la obra de los Maurinos LOPIN y MONTFAUCON, reproducida, según la edición de Padua, por Migne en PG 28, 251-281, entre las obras dudosas del Santo.

I. Profesión de fe de la virgen

Principio del tratado de salud a una virgen. Ante todo cree en un solo Dios Padre todopoderoso, creador de las cosas visibles e invisibles; y en su Hijo unigénito, Jesucristo, consubstancial con el Padre, de igual poder que El en todo y que existe antes de los siglos; y en el Espíritu Santo, que está en el Padre y en el Hijo, que es enviado por el Padre y se da por medio del Hijo. Padre, Hijo, Espíritu Santo: tres personas, una sola divinidad, un solo poder, un solo bautismo.

Pues este mismo Dios nuestro, que es Padre de todas las cosas, en el término de seis días hizo el cielo, la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene. El mismo adornó el firmamento con el sol y la luna y con hermosísimos astros, y asentó convenientemente sobre las aguas los fundamentos de la tierra, poblándola de plantas y de todo género de árboles. Al mandato de su voz, comenzaron a fluir los ríos de dulces corrientes y se desataron los perennes manantiales. Dió orden a la tierra y produjo ésta animales, y creó Dios todas las bestias de la tierra y las aves del aire según su especie. Mandó a las aguas y dieron éstas peces, y creó Dios los grandes cetáceos.

Lo último de todo creó Dios al hombre, e hízole entrega de todas las demás cosas para su servicio. Dijo el Señor Dios a su Hijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.* Y modeló el Señor Dios al hombre cogiendo barro de la tierra, y colocóle en el paraíso de delicias. Envió después el Señor Dios a Adán un éxtasis y le adurmió, y habiendo tomado una de sus costillas, substituyéndola enteramente por carne, formó, de la costilla que había tomado, a la mujer y la condujo a Adán. Y dijo Adán: *Esta es ahora carne de mi carne y hueso de mis huesos. Llamaráse, pues, mujer, puesto que del hombre, su compañero, fué tomada. Por esta causa abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se juntará a la mujer, y serán dos en una sola carne* [3].

II. Verdaderos desposorios de Cristo

Oyeme, pues, sierva de Cristo, y todos cuantos, queriendo salvarse, escuchan las palabras de mi boca. Reciban atentamente sus oídos las palabras inspiradas por Dios. Porque, lo repito—dice el bienaventurado Pablo—, *grande es*

[3] Gen. 1, 26; 2, 7-8. 21-24.

este misterio [4], es a saber: que todo el que se junta a una mujer, ambos son un solo cuerpo. Del mismo modo, todo varón o mujer que se adhiere al Señor es con él un solo espíritu. Porque si los que se allegan al mundo abandonan por entero al padre y a la madre para ligarse a hombres corruptibles, ¿cuánto más obligada está la doncella continente a despreciar todas las cosas de la tierra para unirse a sólo el Señor?

Es buen testigo de la verdad de mis palabras el mismo Apóstol, cuando dice: *La mujer soltera anda solícita de las cosas del Señor, de manera que es santa en el cuerpo y en el espíritu. La casada se preocupa de las cosas del mundo y de cómo ha de agradar a su marido, y está dividida* [5]. Digo, pues, que toda doncella o viuda que se mantiene en continencia, si pone su pensamiento en este mundo, ese mismo cuidado hace con ella el papel de otro marido; y si tiene posesiones u otros bienes temporales, la solicitud de ellos contamina ya la pureza de su alma. Porque así como por causa del varón el cuerpo de la mujer se impurifica, de la misma manera los modos de ser o proceder mundanos ensucian el cuerpo y el alma de la doncella que guarda continencia. Ya no es santa en el cuerpo y en el espíritu.

Por el contrario, la que todos sus pensamientos dirige a hacer la obra de Dios, ésa tiene por esposo al mismo Cristo. Porque, en efecto, la que se une a un hombre mortal tiene que ejecutar la voluntad de su marido, según está escrito: *La mujer no tiene la potestad del propio cuerpo, sino el varón* [6]: y en otro lugar: *Así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las mujeres a sus esposos en todo* [7]. Séanos, pues, igualmente lícito entender de las nupcias celestiales lo que está dicho para los casamientos mundanos: la que se casa con el divino Esposo, se ocupa en poner por obra la voluntad de Cristo.

III. Necesidad de la renuncia y mansedumbre

Y la voluntad de Cristo es que el que se une a El no traiga nada absolutamente consigo de este mundo, ni se ocupe ya en las cosas de la tierra; sino que cargue tan sólo con la cruz de aquel que por su amor en ella fué enclavado, y que todo su pensamiento y solicitud lo ponga en tributarle, día y noche, incesantes himnos de alabanza,

[4] Eph. 5, 32.
[5] I Cor. 7, 34.
[6] I Cor. 7, 4.
[7] Eph. 5, 24.

en conservar esclarecido el ojo de la intención, en conocer su voluntad y cumplirla, en poseer un corazón sencillo, una mente pura.

Sea misericordioso, para que así como El es misericordioso y compasivo, así también nosotros, siéndolo, le sigamos. Sea manso y pacífico, sufridor de adversidades; a nadie dé mal por mal; sepa soportar muchas injurias a ejemplo de El, que, escarnecido por los judíos, las toleró invictamente. Aguante los golpes y los tormentos, ya que El mismo los padeció y, abofeteado por el siervo del sumo sacerdote, no hizo sino decir: *Si en algo he hablado mal, da testimonio de lo mal hablado; mas si bien, ¿por qué me hieres?* [8] ¿Es que no pudo en aquel momento el que en otro tiempo había ordenado a la tierra que tragase vivos a Datán y Abirón, hacer ahora de nuevo que a este hombre, que se atrevía a extender la mano a su Creador y golpearlo, lo sepultase vivo?

Sin embargo, lo sufrió, *dejándonos ejemplo para que nosotros vayamos tras El pisando sobre sus mismas huellas* [9]. Pero tú, ¡oh hombre!, por el contrario, no puedes soportar ser injuriado de otro hombre de naturaleza enteramente igual a la tuya. ¡Imita a tu Señor! Si El, siendo Dios, toleró por amor tuyo ser abofeteado de un hombre pecador, ¿te vas a indignar tú porque otro hombre semejante a ti te haya insultado, y andarás buscando la ocasión de vengarte? ¡Qué inmensa insensatez y qué locura! Precisamente por esto, porque, siendo racionales, nos hacemos con nuestros planes de venganza semejantes a las bestias irracionales, se nos dispone un castigo, y encendemos una hoguera, cuyas llamas nos consumen a nosotros los primeros. En grandísima humildad vino El a este mundo, y, siendo rico, se tornó pobre por amor nuestro, para que nosotros con su pobreza nos enriqueciéramos; y, siendo Dios, se hizo hombre por nosotros, y nació de la deípara María para liberarnos del poder del diablo.

IV. Sencillez y prudencia de espíritu

Por tanto, el que pretende salvarse tiene que hacerse a sí mismo necio en este mundo para que de Dios merezca ser llamado sabio. Porque la gente, por el contrario, suele llamar hombres avisados a los que están duchos en dar y tomar, comprar, vender, negociar, defraudar los bienes del

[8] 1 Petr. 2, 21.
[9] Io. 18, 23.

prójimo, hacer ganancias, cobrar usuras; en una palabra, convertir una moneda en dos. Dios, en cambio, los llama necios, y desacordados, y pecadores.

Oye, si no, lo que dice el mismo Dios por medio del profeta Jeremías: *Este pueblo es de hijos prudentes para hacer el mal; mas hacer el bien, eso no lo conocen* [10]. Y el bienaventurado Pablo: *La sabiduría de este mundo es necedad a los ojos de Dios; y el que quiera hacerse sabio, hágase antes necio, para que sea en verdad sabio* [11]. Y otra vez dice: *Hermanos, no os hagáis niños en cuanto a la mente, sino en cuanto a la malicia; en eso sed como niños* [12]. Y es que Dios, efectivamente, nos quiere simples para las cosas de la tierra, pero sabios para las del cielo.

Nuestro mismo adversario el diablo es sagaz en el mal, y es menester que nosotros sagazmente le ataquemos, para que podamos superar sus arteras insidias. Así lo dice el Salvador en los Evangelios: *Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas* [13]. A aquellos llama el Señor prudentes que obran con sabiduría a fin de cumplir la voluntad de Dios y guardar sus preceptos.

V. El fundamento de la humildad

Gran remedio de salvación es la sincera humildad del alma. Y así Satanás no fué arrojado del cielo por causa de alguna fornicación, o adulterio, o robo, sino que su soberbia fué la que le lanzó a los últimos fondos del abismo. Estas fueron sus palabras: *Subiré, y pondré mi trono frente al de Dios, y seré semejante al Altísimo* [14]. Y por tales palabras fué lanzado del cielo, y el fuego sempiterno vino a ser su herencia. La soberbia es, pues, propia del diablo, y la humildad, de Cristo. El mismo Cristo dice: *El que entre vosotros quiera hacerse grande, sea siervo de todos* [15]. Porque El es Dios de los humildes.

VI. Excelencia del ayuno

Amemos mucho el ayuno; porque el ayuno, la oración y la limosna son una gran defensa que libra al hombre de la muerte. Así como por un bocado y su desobediencia fué

---

[10] Ier. 4, 22.
[11] 1 Cor. 3, 18-19
[12] 1 Cor. 14, 20.
[13] Mt. 10, 16.
[14] Is. 14, 14.
[15] Mt. 20, 26.

expulsado Adán del paraíso, así también ahora por el ayuno y la obediencia penetrarán los que quieran en el paraíso. Adorna tu cuerpo, ¡oh virgen!, con esta virtud del ayuno, y agradarás al celeste Esposo. Las mujeres mundanas, con proceder contrario, a fin de agradar a los hombres—que a Dios en ello imposible es que le agraden—, hermosean sus cuerpos con ungüentos, aromas, exquisitos perfumes, costosos vestidos y joyas de oro. Nada de esto exige de ti Cristo, sino tan sólo un corazón puro y un cuerpo sin mancilla y macerado por los ayunos.

Si algunos, pues, se te acercan aconsejándote que no ayunes con tanta frecuencia, porque de lo contrario te vas a debilitar, no les creas ni sigas sus consejos. El enemigo es quien los envía. Acuérdate de lo que está escrito en los Sagrados Libros, cuando a Daniel y a los tres jóvenes que habían sido cogidos como prisioneros, en unión de otros adolescentes, por Nabucodonosor, rey de Babilonia, les ordenó el rey que comiesen de los manjares de su mesa y bebiesen de su vino. Daniel y los tres jóvenes, no queriendo contaminarse con las viandas de la mesa regia, dijeron al eunuco que les servía: *Danos de comida legumbres, y entonces comeremos* [16]. Tengo miedo—contéstales el eunuco—al rey, que ha ordenado se os diera esta comida y bebida. No vaya a suceder que vuestros rostros aparezcan ante sus ojos más flacos que los de los restantes muchachos que comen a su mesa, y me castigue. Haz la prueba en nosotros tus siervos—replicáronle—durante unos diez días, y danos las legumbres. Dióles, pues, legumbres por comida, y agua por toda bebida; e introduciéndolos después a presencia del rey, el aspecto de estos tres jóvenes pareció muy superior al de todos los demás que se alimentaban de la regia mesa.

VII. Utilidades del ayuno

Ya ves los efectos del ayuno: cura las enfermedades, seca las fluxiones corporales, pone en fuga a los demonios, expulsa los malos pensamientos, torna esclarecida la mente, puro el corazón, santo el cuerpo; en una palabra, exalta al hombre hasta el trono de Dios.

No creas que lo digo por decir: ahí tienes una confirmación en los Evangelios, salida de labios del mismo Salvador. Interrogáronle sus discípulos, diciendo: Señor, muéstranos cómo se hace huir a los espíritus inmundos. Dijo el Señor: *Esa clase de demonios no se lanza sino con*

[16] Dan. 1, 12.

oraciones y ayunos[17]. Todos, pues, los vejados del espíritu impuro, si ponen sus pensamientos en esta medicina y usan de ella, al ayuno me refiero, sentirán que al punto el perverso espíritu, oprimido, se marchará, temeroso de la abstinencia. Porque gran delicia es la que experimentan los demonios con la crápula, la borrachera y el ocio del cuerpo.

¡Enorme poder el del ayuno y hazañas grandes las que por su virtud se realizan! ¿De dónde, si no, les viene a los hombres obrar tantos prodigios, que se efectúen milagros por ellos y que Dios por su medio conceda la salud a los enfermos, sino real y verdaderamente por la devoción, la humildad, la vida santa? Ayuno, vida es de ángeles; y así, el que lo practica muestra tener su puesto entre las jerarquías angélicas.

Pero no vayas a creer, querida, que a esto simplemente viene a reducirse el ayuno. Nada de eso: que no por el hecho de abstenerse tan sólo de manjares se obra ya bien, sino que a aquel se le tienen en cuenta los méritos del ayuno que se abstiene juntamente de toda obra mala. Porque si ayunas, pero no mantienes, por otra parte, vigilancia sobre tus labios para que no profieran palabras malas o airadas, o falsedades, o perjurios; si habla algo en contra de tus prójimos; si tales expresiones salen de la boca de uno que ayuna, de ningún provecho le serán sus ayunos. Ha echado a perder todo su trabajo. Tú, por consiguiente, sierva de Cristo, y todos cuantos quieran salvarse, si ayunas, purifícate también de toda avaricia; que el que ama el dinero no puede al mismo tiempo amar a Dios: *Raíz de todos los males es la avaricia*[18].

VIII. Peligros de la vanagloria y del exceso en los ayunos

Huye esforzadamente de la ambición y la arrogancia. Si se te ofrece el pensamiento de que, por estar tan avanzada en la virtud, eres ya insigne y santa, no le creas. El enemigo es ese que, ingiriendo en tu ánimo la ambición, te arma zancadillas. No admitas, pues, pensamiento de alabanza propia. Y si se te ofrece la siguiente idea: "No debes trabajar tan penosamente en tu salvación, puesto que puedes salvarte de otros modos", no le prestes oídos. El enemigo es, que te tienta con la molicie y la pereza para lograr desbancarte de tu santo régimen de vida. Muchas,

[17] Mt. 17, 18-20.
[18] 1 Tim. 6, 10.

en verdad, son las maquinaciones que el enemigo malo mueve contra los siervos de Dios. El propone a los hombres diversos pensamientos, y comienza a alabarles también de palabra a fin de llevar a la vana elación sus corazones.

Por eso tú no acojas alabanzas de hombres. Si alguno te dice: "Eres una santa", respóndele: "Cuando hubiere salido de este cuerpo, después de un santo fin, entonces bien podré ser llamada santa y bienaventurada del cielo; pero lo que es por ahora, no me fío de mí creyéndome santa. Porque los hombres nos mudamos con el viento".

Muchas veces te mueve para que desprecies a los que no ayunan. No le creas; de él es tal sugerencia. Muy al contrario, tente a ti misma por la ínfima de todas, para que así conduzcas delante de ti a muchos al reino de los cielos y seas ensalzada por el mismo Dios.

Aconseja también el demonio gran penitencia, a fin de lograr debilitar e inutilizar el cuerpo. Tu ayuno, por tanto, guarde medida. Ayuna todo el año, a no ser que otra cosa exija la necesidad; y a la hora nona del día, después de haberte empleado en recitar himnos y oraciones, come tus panes y legumbres aderezadas con aceite. Es puro todo cuanto procede de cosas inanimadas.

IX. Conveniencia de ocultar las propias virtudes

Procura al mismo tiempo, ¡oh virgen!, que nadie conozca tus devotos ejercicios, ni siquiera de entre tus propios parientes; sino, si alguna buena obra haces, hazla en oculto, y tu Padre celestial, que penetra aun lo escondido, a la luz del día te premiará. Porque si manifiestas tu modo de vida a los ojos de los hombres, de ahí te nacerá el gusto de la gloria vana, y sentirás el daño.

Con todo, si encontrares un alma que vibre acorde con la tuya y que trabaje esforzadamente como tú en el servicio de Dios, a ésta sola descúbrete en secreto; que ahí no hay que temer se busque vanagloria. Pues el motivo por que hablas es el de que se salve un alma, y gran galardón recibirás si por tu medio se salva un alma.

A los que tienen, pues, hambre de oír, diles lo que les sea conveniente. Pero si, oyendo, no ponen en práctica lo oído, no les hables una palabra más. Porque dice el Señor: *No deis lo santo a los perros ni echéis las piedras preciosas delante de los cerdos* [10]. Perros y cerdos llama Cristo a los

[10] Mt. 7, 6.

que viven en vida ignominiosa, y piedras preciosas son las palabras de Dios, que se dan solamente a los que son dignos de ellas.

X. Madurez en el proceder

¡Oh, dichosa alma la que preste oídos a todos los consejos escritos en este libro y los ponga por obra! Salgo por fiador a todo aquel que escuche estas palabras y las cumpla, de que su nombre se ha de escribir en el libro de la vida y que él mismo figurará en la tercera jerarquía de los ángeles.

Ya, pues, ores, o salmodies, o leas, hazlo sola, sentada en lugar aparte; no tengas más oyentes que a ti misma. Y si estuvieren en tu compañía una o dos vírgenes semejantes a ti en corazón y sentimientos, puesto que a ello invita el mismo Cristo diciendo: *Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*[20], despójate de la mente y del sentir femenino y revístete de robustez y de virilidad. Porque en el reino de los cielos no hay acepción de hembra o de varón, sino que todas las mujeres que con su santa vida han logrado agradar al Señor ocupan los puestos de los hombres.

Echa en olvido por completo los ornatos propios de las jóvenes para que merezcas ser estimada con el honor correspondiente a una viuda digna. Que así lo escribe San Pablo: *Honra a las viudas que verdaderamente lo son. La que es en verdad viuda y ha quedado sola, tiene puesta la esperanza en Dios y persevera constante en súplicas y oraciones noche y día. Mas la que anda dada a los placeres, muerta está. Elíjase una viuda no menor de sesenta años, que haya sido mujer de un solo marido: si ha sido hospitalaria, si crió bien a los hijos, si lavó los pies de los fieles, si socorrió a los atribulados, si ha ido haciendo el camino de su vida en medio de toda clase de buenas obras. A las viudas jóvenes apártalas de ti; porque, después de haber lujuriado con ofensa de Cristo, quieren casarse de nuevo, teniendo en contra suya sentencia de condenación porque rompieron la primera palabra de fidelidad*[21].

XI. Modestia en el vestido propia de vírgenes

Tú, pues, si no adoptas esos modos de obrar propios de jovenzuelas, no serás tenida por tal, sino que se te llamará

[20] Mt. 18, 20. [21] 1 Tim. 5, 3-11.

IV. Jesucristo fué el único que enseñó la virginidad

Quedan expuestos los pasos que recorrió la humanidad, en su marcha progresiva a través de los tiempos, desde el matrimonio entre hermanos hasta la continencia. Unicamente nos falta hablar, según nuestros posibles, de la virginidad.

Ante todo hay que dar a entender cómo, habiendo existido tantos profetas y justos que enseñaron y practicaron muchas cosas excelentes, sin embargo, ninguno de ellos encomió ni eligió el estado de virginidad. El ser portador de esta doctrina estaba reservado al Señor, que vino al mundo para enseñar al hombre a ir hacia Dios. Era conveniente oír hablar al que, siendo Sumo Sacerdote, el primero entre los profetas, el príncipe de los ángeles, era al mismo tiempo el príncipe de los vírgenes.

Antiguamente el hombre aún no había llegado a su perfección; de ahí que no pudiese lograr la virginidad, cosa en sí perfecta, pues el que había sido creado a imagen de Dios necesitaba aún recibir lo que es semejante a Dios. Habiendo sido enviado al mundo el Verbo para llevar a cabo esta empresa, tomó primero nuestra naturaleza, que estaba manchada de muchos pecados, para que nosotros pudiésemos por nuestra parte participar de la divina.

Unicamente podremos reproducir fielmente la imagen de Dios cuando a manera de sabios pintores vayamos dibujando en nosotros, como en un lienzo, los rasgos del modelo divino mediante nuestra manera de vivir, aprendiendo así el camino que El nos mostró. Por eso, siendo Dios, escogió el vestirse de nuestra carne, para que, mirando como en un cuadro aquel divino modelo, pudiésemos también nosotros imitar al autor. Porque no pensaba de una manera y obraba de otra; ni juzgando que era bueno algo, enseñaba después cosa distinta, sino que enseñaba y obraba lo que en realidad era bueno y útil.

V. Jesucristo, permaneciendo virgen, nos estimula a la guarda de la virginidad, que es privilegio de pocos

¿Qué intentó el Señor, Luz y Verdad, al bajar a este mundo? Conservó su carne inmaculada manteniéndose virgen; luego también nosotros, si queremos ser semejantes a Dios y a Jesucristo, esforcémonos por honrar la virgini-

dad, ya que la semejanza de Dios implica la huída de la corrupción.

El género de vida que adoptó el Verbo, Rey de vírgenes, Príncipe de los pastores y de los profetas de la Iglesia, nos lo describió en el libro del Apocalipsis San Juan, inspirado por Cristo: *Y he aquí que miré, y vi que el Cordero estaba sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil personas, que tenían escrito en sus frentes el nombre de El y el nombre de su Padre. Al mismo tiempo oí una voz del cielo, semejante al ruido de muchas aguas y al estampido de un trueno grande; y la voz que oí era como de citaristas que tañían sus cítaras. Y cantaban como un cantar nuevo ante el trono y delante de los cuatro animales y de los ancianos; y nadie podía cantar aquel cántico, fuera de aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, que fueron rescatados de la tierra. Estos son los que no se mancillaron con mujeres, porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero doquiera que va* [18]. Mira cómo nos presenta San Juan al Señor dirigiendo el coro de los vírgenes.

Fíjate, además de esto, en la grandísima excelencia de la virginidad a los ojos de Dios. *Estos fueron rescatados,* dice, *de entre los hombres, como primicias escogidas para Dios y para el Cordero; ni se halló mentira en su boca, porque están sin mancha ante el trono de Dios; y siguen al Cordero doquiera que va* [19].

Claramente nos da a entender con este número de ciento cuarenta y cuatro mil que desde un principio ha sido limitado el número de vírgenes, mientras los demás santos se elevan a una muchedumbre ilimitada. Veamos qué dice de los demás santos: *Y vi una grande muchedumbre, que nadie podía contar, de todas naciones, tribus, pueblos y lenguas* [20]. Se ve, pues, según decíamos, cómo al hablar de los demás santos se refiere a un número incontable. En cambio, el número de vírgenes es más reducido comparado con la muchedumbre innumerable de todos los santos.

Este es mi discurso acerca de la virginidad. Si algo queda por decir, que lo complete Teófila, a quien cedo la palabra.

---

[18] Apoc. 14, 1-4.
[19] Apoc. 14, 4-5.
[20] Apoc. 7, 9.

el pan. Ni tampoco te has de sentar a comer tu pan al lado de mujeres descuidadas y amigas de risa, a no ser por necesidad. Porque tú eres santa para el Señor, tu Dios, y tu comida y bebida está santificada, ya que por las oraciones y las palabras santas se ha hecho también cosa sagrada.

Coman contigo vírgenes prudentes y piadosas. No celebres tus comidas en compañía de mujeres soberbias, ni tengas como amiga a mujer jactanciosa. Porque dice la divina Escritura: *El que toca la pez, se manchará; y el que tiene trato con el soberbio, se hará semejante a él* [24].

Estando sentada a la mesa contigo una mujer adinerada, si ves entonces a una mendiga, invítala a comer, sin avergonzarte de hacerlo por razón de la presencia de la rica. No ames más la gloria que se recibe de los hombres que la que viene de Dios. Porque El es Dios de los pobres y de los despreciados.

XIV. Sujeción a las de más edad y acción de gracias de la mesa

¡Alma dichosa la que esto guardare!

No está bien que una joven viva en compañía de otra joven. Porque, en tal caso, nada hacen de provecho; ninguna de las dos obedece a la otra; ambas mutuamente se desprecian. En cambio, es cosa muy buena que la joven viva bajo las órdenes de una mujer más anciana, puesto que la anciana no condescenderá con los gustos de la joven.

¡Ay de la doncella que no está bajo la sujeción de una regla! Es como barquilla sin gobernalle. Rotas las barras del timón, no teniendo guía, es zarandeada por las olas de aquí a allá, hasta que choca con una piedra, y al punto naufraga. Así es toda doncella que no tiene a alguno a quien obedezca. ¡Dichosa, sí, la virgen sujeta a una regla! Será como viña fructífera en un huerto, a la que acude a sus tiempos el dueño para podar sus sarmientos, regarla y extirpar las malas hierbas que a su alrededor han crecido. La viña en tanto, mientras hay quien la cuida, entrega su precioso fruto en el tiempo debido.

Guarda, pues, estas prácticas, y tributa en tu comida estas alabanzas a Dios, y estará santificado tu manjar y bebida. Cuando, por tanto, te levantes de la mesa, dando gracias de nuevo, di por tres veces: "*El misericordioso y compasivo Señor dió alimento a los que le temen* [25]. Gloria al

---

[24] Eccli. 13, 1.
[25] Ps. 110, 4.

Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Ahora y siempre y por los siglos".

Y después de esta doxología, completa de nuevo tu oración diciendo así: "Dios todopoderoso y Señor nuestro Jesucristo, cuyo nombre está sobre todo nombre, te damos gracias y alabamos porque te has dignado hacernos participantes de tus bienes y de los alimentos del cuerpo. Te rogamos y pedimos, Señor, que nos concedas igualmente los manjares celestes. Danos también el reverenciar con temblor y temor tu tremendo y venerable nombre y no desobedecer tus mandatos; graba, Señor, tu ley y tus justificaciones en nuestros corazones. Haz santo nuestro espíritu, nuestra alma y nuestro cuerpo. Por tu querido Hijo Jesucristo, nuestro Señor, en unión del cual te es debida la gloria, el poder, el honor y la adoración por los siglos de los siglos. Amén".

XV. Insensatez de los hombres que se olvidan de Dios

Porque entre los hombres mundanos, la mayoría son insensatos que se ocupan en la comida a la manera de animales sin razón. Se han levantado por la mañana y ya andan buscando a ver a quién pueden engañar, a quién pueden sojuzgar con el fin de henchir su torpe vientre. Tales hombres ignoran qué cosa sea glorificar a Dios en la mesa. De ellos dijo el divino Pablo: *Estos son los enemigos de la cruz de Cristo, cuyo paradero es la perdición, cuyo dios es el vientre y cuya gloria está en la vergüenza de ellos, los cuales ponen sus pensamientos en las cosas de la tierra. Nuestra conversación, por el contrario, está en los cielos* [26].

Tales hombres son peores que las fieras y que los jumentos, ya que jumentos y fieras conocen al que los creó, Dios, y le alaban; mas estos hombres, plasmados por las manos del Señor en persona, y que son portadores de su misma imagen, no quieren reconocer a su Creador, sino que, confesándole con la boca, con las obras le niegan. *Tú crees, sí, que hay Dios. Muy bien haces. Los demonios también lo creen, y tiemblan, que la fe sin obras es fe muerta* [27]. Porque ¿qué aprovecha que un hombre confiese que hay Dios, si con sus mismas perversas obras le está negando? ¿Cómo dice que tiene señor, si no le sirve? Porque si confiesa que tiene un amo, por eso mismo debe ya obedecerle. Aun los esclavos conocen a los que les compraron en la plaza y les respetan.

[26] Phil. 3, 18-20.
[27] Iac. 2, 19-20.

Nosotros, por consiguiente, debemos también honrar a Dios, no ya sólo de palabra, sino con las obras. El mismo Señor nuestro Jesucristo dió de ello testimonio en el Evangelio, diciendo: *No todo el que me llama Señor entrará en el reino de los cielos, sino sólo el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos* [28]. Y en otro lugar: *No has de invocar el nombre del Señor Dios en vano* [29]. Otra vez ordenó: *Apártese de la maldad todo el que pronuncia el nombre del Señor* [30].

¿Y quieres ahora ver cómo las fieras y los jumentos conocen a Dios y le bendicen? Oye al Espíritu Santo mandándoles lo siguiente en los himnos sagrados: *Bendecid, bestias salvajes y todos los animales, al Señor* [31]. Si ellas no pudieran bendecirle, nunca se lo hubiera ordenado. Ni ellas solamente son las que bendicen a Dios, sino cuantas creaturas aparecen y vemos, todas ellas no cesan de alabarle continuamente.

XVI. Continuidad de la oración en la virgen

Tú, pues, esclava del Señor, ya te levantes, ya te sientes, ya hagas cualquier otra obra; ora te dirijas a tu lecho a dormir, ora estés en pie, no permitas que se aparte de tus labios un cántico de alabanza a Dios. ¡Felices los oídos que acojan estos mis consejos!

Si entras a la hora duodécima, has de hacer más prolongada y llena la *sinaxis* en unión de esas vírgenes, compañeras de tu mismo espíritu. Si no tienes ninguna compañera, celébrala tú sola ante Dios, que está presente y te oye. ¡Qué hermoso es derramar lágrimas en la presencia de Dios! Trae a la memoria aquella otra hora de doce, en la que nuestro Señor descendió al infierno, el cual, viéndole, se espantó y exclamó horrorizado: ¿Quién es éste, que baja con tanta libertad y poder? ¿Quién es éste, que ha golpeado las broncíneas puertas del hades y ha roto sus cerrojos adamantinos? ¿Quién éste, que descendió del cielo, y fué crucificado, y que no pudo ser dominado por mí, la misma muerte? ¿Quién éste, que suelta los lazos de los que estaban cautivos bajo mi poder? ¿Quién éste, que con su propia muerte me ha destruído a mí, la muerte?

---

[28] Mt. 7, 21.
[29] Ex. 20, 7.
[30] 2 Tim. 2, 19.
[31] Dan. 3, 81.

XVII. Conveniencia de las lágrimas de devoción

Por tal razón debemos en esa hora estar más atentos, y, en medio de la noche, con lágrimas invocar al Señor. Las lágrimas son un arma poderosa y una acción preclara, con la que se borran inmensos pecados y desórdenes.

Es testigo el santo Evangelio. Cuando el Salvador fué entregado a los judíos, Pedro, entre juramentos, le negó por tres veces antes de cantar el gallo. El Señor, volviéndose, miró a Pedro, y éste se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: *Antes de que cante el gallo, me has de negar tres veces*. Y saliendo afuera, lloró amargamente [32]. Ya ves cómo el remedio son las lágrimas. Fíjate qué enorme pecado borraron. Porque ¿cuál puede haber mayor que el de aquel que perjurando reniega por tres veces de su propio Señor? Y tamaña iniquidad la limpió, sin embargo, con sus lágrimas. Bien ves, por tanto, cuánta es la fuerza de ellas, pues estos hechos fueron escritos para admonición nuestra, a fin de que imitándoles logremos alcanzar la vida eterna.

No es de todos el don de lágrimas, sino que llanto y lágrimas tan sólo se dan a aquellos que tienen su mente dirigida a las cosas del cielo, a los que no tienen su cuidado puesto en el cuerpo, a cuantos ignoran por completo aun si existe el mundo, a cuantos han mortificado sus miembros terrenos.

Tales hombres, como tienen su mente pura, y perspicaz la mirada de su espíritu, morando todavía sobre la tierra, contemplan ya, sin embargo, los castigos del infierno, y los eternos suplicios en que son atormentados los pecadores, y el fuego eterno, y las tinieblas exteriores, y el llanto, y el crujir de dientes. Contemplan también los premios celestiales que Dios concede a sus justos, los grados de gloria, las coronas, las sacras vestiduras, los regios mantos, las espléndidas moradas y los inefables goces de la vida eterna. Y ¿por qué no digo más todavía? La maravilla más grande de todas es que el que tiene pura su mente ve al mismo Dios con los ojos interiores del espíritu. ¿Cómo, pues, no ha de ser fácil para llorar y dolerse quien ve tales cosas? Llora y se lamenta para conseguir quedar libre de tan horrendas penas, y otras veces llora, suplica y ruega para hacerse así digno de esos bienes celestes.

[32] Mt. 26, 34. 74.

XVIII. El doble camino del mundo y de la vida eterna

Esta es la razón por que odiaban los santos a este mundo, sabedores de los inmensos bienes de que habían de disfrutar.

De manera que el que en este mundo encuentra descanso, no espere alcanzar también el eterno. Porque el reino de los cielos no es para los que se hallan aquí muy a gusto, sino para los que han tenido que ir llevando esta vida en medio de muchas tristezas y angustias. No alcanzaron de balde este don de la felicidad eterna, sino que los que de él fueron juzgados dignos hubieron de conquistarlo a costa de grandes esfuerzos y de propio sudor. Ahora ya nada les importa cuanto tuvieron que trabajar aquí; pues una vez entrados en el cielo, al punto se olvidan de las penas y dolores que debieron padecer en este vano mundo, al experimentar el grande e indecible descanso que allí continuamente se les da.

¿Qué me dices a esto, oh hombre? Ahí tienes dos caminos que se ofrecen a tus ojos: de vida y de muerte. Camina por el que prefieras. Ahí tienes fuego y agua: extiende tu mano a donde quieras. A tu arbitrio queda alcanzar la vida, si lo deseas; a tu arbitrio también conseguir la muerte, si lo prefieres.

La muerte es el mundo; la vida, la santidad. Y, en efecto, tanto dista el mundo de la justicia y santidad, cuanto la muerte de la vida. Y por eso, si caminas en medio del mundo, en medio de la muerte caminas y estás fuera de Dios, como lo dice la Escritura. Si, por el contrario, andas por el camino de la justicia, por el camino de la vida andas, y la muerte no te tocará. Que no es muerte la de los justos, sino traslado. El varón justo es trasladado de este mundo al descanso eterno. A la manera con que se escapa uno de una prisión, así los justos marchan de esta miserable vida hacia los bienes que para ellos están preparados. *Ni ojo vió, ni oído oyó, ni en corazón de hombre pueden caber los premios que Dios ha dispuesto para los que le aman* [33].

Los pecadores, en cambio, aquí se fatigan miserablemente, y allí ya les está esperando el fuego. Tienen doble motivo para llorar: uno, porque aquí viven en estrechura; y otro, porque allá no alcanzarán anchura. Por eso dicen los Sagrados Libros: *Doquiera se vuelva el impío, perdido se*

---

[33] 1 Cor. 2, 9.

ve [34]. Por todas partes tiene angustias: allá dolores, aquí tristezas. Porque ningún hombre hay que no tenga trabajos en esta miserable vida: pobres y ricos, siervos y libres, pecadores y justos, todos igualmente han de trabajar; y en cuanto a esto, una misma es la suerte de justos y pecadores en este mundo.

XIX. Los trabajos del justo son gloriosos, y miserables los del pecador

Pero en el cielo ya no serán las cosas así, sino de muy diferente manera.

Además, aun en este mundo, muy otros son los trabajos de los justos y los de los pecadores. El justo trabaja, sí, pero no para llenar su vientre; en nada absolutamente se preocupa de su cuerpo, y aun ni siquiera piensa que tiene que llevar sobre sí un cuerpo. Si trabaja día y noche, es en buscar a Dios, durmiendo poco la mayoría de las veces, sin atiborrarse jamás de pan y agua, vagando por las soledades, ejercitándose en domeñar su cuerpo con varios géneros de sufrimientos hasta lograr alcanzar la inmarcesible corona que le está destinada.

El pecador, por el contrario, trabaja y sufre no por la virtud, sino por este mezquino cuerpo, por la mujer miserable, penando de mil diversas maneras, viviendo descontento de las cosas presentes y sumido en la maldad y en la envidia.

Pero los insensatos en nada de esto recapacitan. La materia y los innumerables cuidados de las cosas de este mundo les han cegado; y por eso andan vagando sin rumbo, hasta que Dios les envía aquel su riguroso soldado que ni guarda consideraciones con la alteza de las personas ni recibe regalos con que pueda ser sobornado. Las almas de estos hombres se ven arrastradas violentamente por los ángeles malos, y tendrán que oír su sentencia de los labios de Dios.

Como eran unos vanos, se afanaron por cosas vanas en este mundo, empleándose en hacer obras terrenas. Por eso ahora han tenido que marchar al lugar de perdición. Mientras vivían sobre la tierra, jamás se acordaron de Dios, ni se les dió nada de conservar su santo temor. A Dios ahora tampoco se le da nada de ellos. Porque como *Dios es justo, y justo es su juicio* [35], cuando viniere a juzgar al mundo, ha de retribuir a cada uno según sus obras. ¡Corazón afortunado el que estas enseñanzas oye!

---

[34] Prov. 12, 7.
[35] Ps. 118, 137.

XX. Oraciones y salmos propios de cada tiempo

A media noche levántate y canta salmos al Señor tu Dios, ya que en esta hora resucitó el Señor de entre los muertos y celebró con himnos a su Padre. Razón por la que también a nosotros se nos ha ordenado que en la misma hora salmodiemos ante Dios.

Alzándote, pues, del lecho, di en primer lugar este versículo: *A media noche me levantaba para confesarte a ti sobre los juicios de tu justicia* [36], y ora y empieza a recitar el salmo 50 hasta acabarlo.

Estas prácticas tenlas ya por determinadas para todos los días. Reza tantos salmos cuantos perseverando en pie seas capaz. A cada salmo haz oración y una genuflexión, presentando a Dios tus pecados y rogándole que te los quite. A cada tres salmos di el aleluya.

Si contigo hay otras vírgenes, que también ellas salmodien, y una tras otra id rezando la oración. Por la mañana decid este salmo: *¡Oh Dios, oh Dios mío!, a ti desde las primeras luces de la aurora velo. Mi alma tiene sed de ti* [37]. Al romper del día: "*Bendecid, todas las obras del Señor, al Señor* [38]. *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.* Te alabamos, te bendecimos, te adoramos...", y lo que sigue [39].

XXI. Preeminencia de la caridad

Guardemos bien la caridad, que es de todas las cosas la mayor. *Amarás*, nos dice Jesús, *al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con todas tus fuerzas, y con toda tu alma; y a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandatos penden toda la Ley y los Profetas* [40].

Dios es caridad, y El amó primero al hombre, y se entregó a sí mismo por nosotros para librarnos de todo pecado. Si, pues, el mismo Señor murió por nosotros, debemos también nosotros unos por otros dar nuestras vidas. Dios es caridad, y el que tiene caridad tiene a Dios. El mismo lo dijo: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si tenéis entre vosotros caridad* [41]. Por mucho que haya tra-

---

[36] Ps. 118, 62.
[37] Ps. 62, 2.
[38] Dan. 3, 57.
[39] Lc. 2, 14, y Cántico de la Iglesia.
[40] Mt. 22, 37-40.
[41] Io. 13, 35.

bajado un hombre, si no tiene caridad con su prójimo, trabajó en vano. Y la caridad para con el prójimo la has de mostrar no sólo de palabra, sino con obras. No retengas en tu corazón la ofensa que te haya hecho alguno, porque de lo contrario no subirá pura tu plegaria a Dios. *Que no se ponga el sol sobre vuestra ira* [42]. Ten mansedumbre, ten paciencia, ten anchura de corazón, ten el candor de la infancia. Palabra es del Señor: *Si no os convirtiereis e hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* [43].

XXII. Deberes de mansedumbre, respeto y hospitalidad propios de la virgen

No te entristezcas por cualquier acontecimiento adverso que te acaezca o por cualquier daño o injuria que te infieran. *La tristeza de este mundo obra la muerte* [44]. Duélete tan sólo de tus pecados; por otras cosillas de poca importancia no te apenes.

No alces la voz irritada contra nadie, que en una sierva de Dios no caen bien las disputas. No salgan de tu boca maldiciones, o injurias, o malas palabras, puesto que está ya santificada por los himnos y oraciones de alabanza a Dios.

No está bien que salgas de casa si no es por forzosa necesidad.

Ama la paz con todas tus fuerzas.

No eches en olvido a los siervos de Dios ni los borres de tu corazón. Si algún fiel se presenta en tu casa, recíbele del mismo modo que si fuese el Hijo de Dios, porque dice nuestro Señor Jesucristo: *El que a vosotros recibe, a mí me recibe* [45]. Si es un varón santo el que penetra en tu casa, sal a su encuentro con temor y temblor y échate en tierra a sus pies en señal de adoración. Pero no es a él a quien adoras, sino a Dios, que le ha enviado. Toma agua y lávale los pies, y con toda reverencia escucha sus palabras.

No andes llena de confianza en tu castidad, para que no caigas. Más bien teme; mientras temas, no caerás.

A la mujer casta es conveniente comer su propia comida sola y retirada.

Si te sientas a la mesa en unión de otras vírgenes, debes comer con ellas de todos los manjares. Porque, si no lo haces así, parecerá que las estás reprobando. No reveles

[42] Eph. 4, 26.
[43] Mt. 18, 3.
[44] 2 Cor. 7, 10
[45] Mc. 9, 37.

tus ascéticas y virtuosas prácticas. Si ellas beben vino y tú no sueles hacerlo, bebe, sin embargo, entonces un poco por su causa. Si hay allí ancianas entradas en edad que te fuercen a beber más de la cuenta, no las oigas, sino diles: "Vosotras habéis empleado toda vuestra juventud en muchos actos y ejercicios virtuosos, pero yo todavía no he alcanzado ni siquiera el primero de vuestros grados".

En cuanto a la hospitalidad y a la limosna, no tienes necesidad de que se te recuerde nada de esto. Ya lo haces de tu propio impulso.

XXIII. Recogimiento y constancia en la guarda de los consejos

En la iglesia guarda silencio, sin hablar palabra y atendiendo solamente a la lectura.

Si asalta tu espíritu el pensamiento de emprender alguna obra, no la ejecutes de ligero, para que no te engañe el enemigo. Haz todo con consejo de tus mayores.

Siempre que salmodies u ores, no permitas que extraños pensamientos penetren en tu corazón.

Te ruego, carísima, que atiendas y des oídos a los preceptos escritos en este libro. No te baste leer con los ojos corporales lo que está escrito, sino penétralo con los del alma. Fíjate bien en cada uno de los preceptos y ponlos en práctica. Si los guardas, te harás digna del regio tálamo.

No digas en tu corazón: ¿Cómo voy yo a poder practicar esto? No se llenen de cobardía tus pensamientos, sino ponte a guardar con todo entusiasmo estos consejos, y Dios luchará contigo. Los mandamientos de Dios no son pesados para los que temen a Dios.

En ninguna hora falte el aceite en tu lámpara, no sea que llegue el Esposo y la encuentre apagada. Porque no sabes cuándo vendrá: si al primer sueño o por la mañana. Estáte, pues, preparada para que, cuando venga, puedas salir a su encuentro en compañía de las vírgenes prudentes, llevando en tu lámpara el aceite, es decir, tus buenas obras. A todas horas acuérdate de tu partida; todo el día ten la muerte delante de tus ojos; recuerda ante quién tienes que comparecer.

XXIV. Gloria incomparable de la virginidad

Pesada cosa es la vida penitente, difícil la continencia; pero nada hay más dulce que el celeste Esposo. Aquí trabajamos un poco, y allí conseguiremos una vida eterna. Lo

dice el bienaventurado Pablo: *No son condignos los sufrimientos de esta vida temporal en comparación de la futura gloria, que se revelará en nosotros* [46]. Bueno es huir de la turba y retirarse a lugar aparte.

Gran virtud es la continencia, gran gloria la castidad, y ambas constituyen un gran encomio de la virginidad. ¡Oh virginidad, riqueza inmensa! ¡Oh virginidad, corona inmarcesible! ¡Oh virginidad, templo de Dios y morada del Espíritu Santo! ¡Oh virginidad, margarita preciosa escondida a muchos, encontrada de pocos! ¡Oh continencia, amada por Dios y colmada de elogios por los santos! ¡Oh continencia, odiada de muchos, conocida tan sólo por los que son dignos de ella! ¡Oh continencia, que escapas a la muerte y al infierno y eres poseída por la eternidad! ¡Oh continencia, alegría de los profetas, gloria de los apóstoles! ¡Oh continencia, vida de ángeles y diadema de hombres santos! ¡Dichoso el que te posee, dichoso el que se esfuerza en conservarte, porque, trabajando aquí un poco, ha de alegrarse mucho un día por tu causa! ¡Dichoso el que ayunare todo este tiempo, porque habitará en la Jerusalén celestial, y danzará a una con los ángeles, y descansará en unión de los santos profetas y de los apóstoles!

XXV. Exhortación final

Estas cosas te he escrito, querida hermana, que formas en los coros de Cristo, para defensa y provecho de tu alma. No te apartes, pues, de estos consejos, ni a la derecha ni a la siniestra. Porque quien oye estas palabras y las desprecia, gran sentencia de condenación tendrá.

A ti, por tanto, veneradísima hermana, que posees este libro, concédate Dios guardar estos consejos y en ellos vivir; concédate mente iluminada, corazón puro, esclarecidos los ojos del alma, para que así alcances la corona inmarcesible que preparó Dios para los que le aman por medio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, a quien sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amén.

---

[46] Rom. 8, 18.

SAN GREGORIO NISENO

SOBRE LA VIRGINIDAD

Epístola exhortatoria a la vida de la virtud

Con el Obispo de Nisa nos alejamos a igual distancia del incesante comentario alegórico de San Metodio que de la minuciosidad litúrgica y doctrinal de San Atanasio. Esta obra, la mejor de las compuestas en el terreno ascético por el escritor capadocio, justifica plenamente el doble título de místico *y de* filósofo *con que se ha venido caracterizando su figura. Su anhelo por profundizar y aprovechar para las verdades religiosas la ciencia especialmente neoplatónica nos recuerda a Orígenes, a quien tanto admiró, aunque preservándose, en general, de sus errores. Bien provisto de cultura profana y solícito por ofrecer la definición neta y un sistema claro, su pluma va conduciendo el entendimiento del lector hasta las más altas cimas del ideal ascético, sin olvidar, empero, la importancia del corazón, al que procura enardecer con el fuego de la fe y las doctrinas vivientes de la Iglesia.*

El subtítulo mismo de Epístola exhortatoria a la vida de la virtud *indica claramente que el contenido del tratado no se circunscribe a la integridad de la pureza corporal, sino que es cifra del ejercicio completo de la ascética, que ha de conducir a la perfecta unión con Dios. Los veinticuatro capítulos del tratado podrían agruparse en dos partes, la primera de las cuales (I-XIII) se detiene preferentemente en poner de manifiesto la grandeza de la virginidad, sus ventajas sobre el matrimonio y sus privilegios, exponiendo en la segunda (XIV-XXIV) lo que tal virtud exige de parte del hombre y los medios necesarios para su guarda*[1].

[1] Todavía no existe una edición crítica de todas las obras de San Gregorio Niseno, y por lo que hace al tratado de virginidad tenemos que contentarnos con la ofrecida por Migne, hecha a base de otras más antiguas bastante deficientes (PG 46, 317-416).

INTRODUCCION

La aspiración de este tratado consiste en animar a la vida de perfecta continencia. Por ser muchas las distracciones que lleva consigo la vida ordinaria, según la llama el divino Apóstol, presenta necesariamente este tratado la vida de la virginidad como puerta y acceso a un género de vida más noble. A los enredados en las pequeñeces de aquélla no les es fácil darse con tranquilidad a un género de vida más elevado; pero los que se apartaron radicalmente de las turbulencias mundanales pueden con mayor expedición y sin que nada les perturbe remontarse a ocupaciones más sublimes.

Cualquier consejo es por sí solo poco eficaz para persuadir, y nadie es capaz de convencer a otro con solas buenas palabras, si antes no le ha ponderado el objeto al cual pretende llevarle; por eso, este tratado, empezando por un encomio de la virginidad, acaba en un consejo. Y ya que la hermosura de una cosa resplandece más parangonándola con sus contrarios, será conveniente también recordar los inconvenientes de la vida común.

Introdúcese asimismo, para mayor claridad, un bosquejo de la vida de continencia, y se hace notar que es imposible sea practicada por quien está sumergido en cuidados mundanos. Supuesta la menor intensidad de la concupiscencia de la carne en los que se han apartado del mundo, hemos expuesto a continuación lo que realmente se debe apetecer; para esto hemos recibido de nuestro Creador la facultad apetitiva. Una vez aclarado este punto en la forma y medida posible, ha parecido expediente idear un método para alcanzar este bien. Por fin llegamos a la conclusión de que la verdadera virginidad, purificadora de toda mancha de pecados, responde a estas reflexiones; de forma que todo el tratado que precede, aun pareciendo apuntar a otra dirección, encuadra de lleno en el encomio de la virginidad.

Seguimos a lo largo de nuestro trabajo las prescripciones particulares que han consignado con tanta diligencia cuantos han sido especialistas en esta virtud, de modo que, evitando la excesiva amplificación, se expongan las principales enseñanzas y no se pasen por alto las necesarias. Es ley psicológica general que se abrace con más entusiasmo un género de vida si se ve que en él hubo quienes con-

siguieron gran renombre, por lo que nos hemos sentido obligados a mencionar a los santos que se distinguieron particularmente por su virginidad.

Por último, como nunca los ejemplos que se narran tienen tanto impulso afectivo para enderezar a la virtud como la palabra hablada y los ejemplos vivos en las personas probas, es justo que nuestro pensamiento al finalizar el tratado sea para el piadosísimo Obispo y Padre nuestro, único maestro idóneo para adiestrarnos en estas sublimidades; no se le menciona por su nombre propio, sino que a lo largo de cada capítulo se bosqueja su figura con rasgos personales, por los que se le conoce como retrato, a fin de que no parezca en lo futuro a los que intenten practicar esta vida, aunque sean de edad avanzada, que se les aconseja una necedad cuando se les recomienda acudir a directores jóvenes; sino que, fijándose sólo en las condiciones que el tal director deba tener, lo elijan de entre aquellos que vean adornados con la gracia de Dios, capaces de gobernarles dentro de esta ciudad de la virtud. Así, o encontrarán al que buscan o al menos no desconocerán qué cualidades debe poseer.

PARTE I

Excelencias de la virginidad

I. La virginidad supera todo encomio

La noble figura de la virginidad, estimada por todos los que sinceramente justiprecian el bien y alcanzada sólo por aquellos a quienes la gracia de Dios ayuda a concebir y realizar tan buen deseo, encierra ya en su mismo sobrenombre un gran motivo laudatorio. Pues el epíteto *incorrupto,* aplicado comúnmente a la virginidad, es señal de la pureza que en ella se encierra, ya que, siendo muchos los dones que se alcanzan por la práctica de las virtudes, sólo éste ha merecido el epíteto de *incorrupto.*

Y si todavía debemos ennoblecer este privilegio con encomios del Dios máximo, baste el testimonio del divino Apóstol, que encierra en pocas palabras toda la suma de alabanzas, al llamar santo e irreprochable a quien estuviere adornado con esta gracia. Pues si el resultado de la virginidad es hacerle a uno irreprensible y santo—y estos dos nombres propia y directamente convienen a la gloria de Dios incorruptible—, ¿qué mayor alabanza de la virginidad que el que por estos medios aparezca como divinizando a los que participan de sus puros misterios hasta convertirlos en compañeros de la gloria del Dios único, verdaderamente santo e irreprensible, siendo familiares suyos por la pureza e incorrupción?

Todos cuantos se extienden en largas alabanzas, aun a costa de digresiones, como si con ellas añadiesen algo a la grandeza maravillosa de la virginidad, no son consecuentes, a mi modo de ver, consigo mismos; pues trabajan contra lo que pretenden, al hacer sospechosa su alabanza por los mismos encomios con que pretenden ensalzar su grandeza. Las cosas que son grandes por naturaleza, despiertan por sí mismas admiración y no necesitan para nada la recomendación de las palabras—así el sol, el firmamento y cualquiera de las maravillas del mundo—, mientras que, en las obras vulgares, las palabras, apuntalando la vaciedad de su fundamento, añaden cierta apariencia de grandeza con la habilidad del ditirambo. Por eso, casi siempre, la estima que

se funda en la alabanza o la admiración, que se ha conseguido a fuerza de encomios, se tiene por sospechosa y sofística.

La única alabanza cabal de la virginidad es que aparezca como virtud superior a toda alabanza, y que la pureza sea más admirable por su género de vida que por su descripción o por sus encomios. El que pretenda ensalzarla buscando una gloria vana y crea posible enaltecerla con razonamientos humanos, se parece al que pretende añadir algo con una gota de su propio sudor a la inmensidad del mar. Este tal o no conoce sus fuerzas o no sabe lo que alaba.

II. La virginidad, atributo de la naturaleza divina e incorpórea

Tenemos necesidad de una gran penetración intelectiva para poder comprender la excelencia de esta gracia, puesto que va junto con el concepto del Padre Eterno. Parece paradójico que en el Padre Eterno pueda darse la virginidad; en El, que ha concebido un Hijo y que lo ha procreado sin pasión. También en Dios unigénito, abanderado de la incorrupción, se descubre el brillo fulgurante de la virginidad: en su generación pura y exenta de concupiscencias. Y es dè nuevo paradójico que el Hijo sea comprendido a través de la virginidad. Y del mismo modo, por fin, se contemplan ambos en la pureza inmaculada y natural del Espíritu Santo.

Al decir, pues, puro, decimos, con otras palabras, virginidad. La virginidad, propia de la naturaleza suprahumana, se hace presente a aquellas sublimes potestades por virtud de la falta de concupiscencia que las caracteriza. No falta a ninguno de los seres divinos, ni se encuentra en ninguno de sus contrarios; y cuanto propende a la virtud, tanto por naturaleza como por libre arbitrio, se embellece con la pureza de la incorrupción; y al contrario, cuanto se inclina hacia la parte opuesta de la virtud es y se llama corrompido, por la carencia de pureza que hay en ello.

¿Qué delicadeza y abundancia de lenguaje serán suficientes para hacer el panegírico de tal gracia? Y ¿no es de temer que alguno, por el ardor de mis alabanzas, menoscabe la grandeza de su dignidad, defraudando la opinión que el oyente antes concibiera? Tengo por mejor prescindir de las frases encomiásticas, ya que no es viable por el camino de las alabanzas justipreciar la elevación de este argumento. Así como, por el contrario, es posible guardar en la memoria este divino don y tener siempre en los labios este privilegio propio y especial de la naturaleza in-

corpórea; privilegio que, por la misericordia de Dios para con los hombres, ha sido otorgado a los que viven en carne y sangre, para que puedan así enderezar de nuevo su naturaleza caída por el desorden de la pasión, alargándole, como una mano salvadora, la gracia de la pureza, para elevarla de nuevo a la contemplación divina.

Creo que, por esto, Jesucristo nuestro Señor, fuente de toda incorrupción, no vino al mundo como fruto de un matrimonio, dando así a entender, por el modo de encarnarse, este gran misterio: que sola la pureza es idónea para señalar la venida y presencia de Dios; la cual virtud no puede alcanzar nadie, por industria alguna, si no se desprende de toda afición carnal.

Esto fué lo que se llevó a cabo en el cuerpo de María, la virgen inmaculada, por la plenitud de la divinidad de Cristo, que en ella refulgía; y esto mismo ocurre en su medida a toda alma virginal. No es que el Señor venga a ella con presencia corporal, pues no conocemos a Cristo según la carne, como dijo el Apóstol, sino que hace una habitación espiritual en su seno y trae consigo al Padre, como se advierte en cierto lugar del Evangelio. Así que, resumiendo, es tal el poder de la virginidad, que, aun permaneciendo en el cielo junto al Padre de los espíritus y gozándose con los seres extraterrenos, se extiende también a la salvación humana. Impulsa a Dios por sí misma a la convivencia con los hombres, hace volar al hombre al deseo de las cosas celestiales, y resulta como una atadura que enlaza en parentesco al hombre con Dios y reduce al unísono dos cosas tan distantes entre sí por naturaleza.

¿Qué fuerza de expresión puede encontrarse capaz de ir a la par con esta maravilla? Pero, como es absurdo parecer semejantes a los seres insensibles, una de dos: o prueba que uno no ha conocido los encomios de la virginidad o que se muestra frío e insensible en su conocimiento. Hemos decidido decir unas palabras acerca de ella, por sernos preciso obedecer puntualmente a la autoridad del que nos manda. Nadie busque elegancia ni ostentación en la exposición, puesto que, aun habiéndolo deseado, nos hubiera sido imposible tal género de estilo, ya que nunca lo cultivamos. Si dispusiéramos de una tal habilidad retórica, nunca hubiéramos ambicionado alcanzar renombre en estas menudencias. Pues creo que el hombre prudente debe buscar en todas sus obras no tanto lo que excite admiración de su persona y lo encumbre por encima de los otros como el provecho, tanto personal como colectivo.

III. Recuento de los inconvenientes del matrimonio

Ojalá que yo también me aficionase un poco más a lo que voy exponiendo, pues así adaptaría a ello mi vida y pondría mi empeño en trabajar por conseguirlo. Con esto obtendría algún provecho, animándome, como está escrito, con la esperanza de lo arado y molido; pero en vano trato de que mi inteligencia penetre la esencia de los bienes y bellezas de la virginidad. No aprovechan las mieses al buey que anda suelto por el campo, pero con bozal; como tampoco al sediento aprovecha la cascada que cae por un precipicio inaccesible.

Felices aquellos que aún pueden elegir lo mejor, y que no están impedidos por haber caído ya en la trampa de la vida común como nosotros, que estamos separados de la virginidad por un abismo imposible de soslayar, una vez que hemos puesto el pie en la vida mundana. Por esto somos meros espectadores de los bienes y bellezas ajenas y testigos de su felicidad. Y aunque excogitamos conceptos y pensamientos excelsos sobre esta virtud, nos ocurre lo que a los cocineros y camareros de los grandes señores: que preparan solícitamente los goces de la mesa sin llegar a participar de cosa alguna de las que prepararon. ¡Cuánto mayor hubiera sido nuestra felicidad si hubiéramos seguido otro camino y si no hubiéramos conocido tan tarde este gran bien.

Acontece, pues, ahora que los más ávidos y llenos de deseos e impulsos hacia la virginidad se hallan imposibilitados para disfrutar de estos placeres puros. Y como los que comparan su pobreza con el tren de vida de los potentados sufren más con lo presente que ven y lo llevan a mal, así nosotros, cuanto mejor conocemos la riqueza de la virginidad, tanto más nos lamentamos de nuestro género de vida, comprendiendo por comparación cuánto más pobre es en calidad y en cantidad. No me refiero solamente al mayor caudal que tendrán al terminar su jornada los que practican vida de perfección, sino a los bienes que poseen aun en este mundo. Quien considera escrupulosamente la diferencia entre la vida común y la de la virginidad, deberá confesar que existe tanta distancia de una a otra cuanta del cielo a la tierra.

Podemos probar la verdad de lo dicho con un examen detallado de las realidades. ¿Por dónde empezar la dramatización de las angustias de la vida? ¿Trayendo a consideración los males ordinarios que todos los hombres cono-

cen por propia experiencia? No sé, en verdad, cómo logra la naturaleza el hacérselos olvidar. ¿Quieres que comencemos por lo más agradable? Lo principal que se busca en el matrimonio es gozar de un agradable consorcio. Sea así y supóngase el matrimonio más feliz: nobleza de sangre, abundancia de riquezas, edad deseable, flor de juventud, mucho cariño y cuanto cabe concebir en el uno para con el otro: especie de dulce contienda en la que cada cual pretende vencer al otro en amor. Añádase la gloria, el poder, la celebridad y cuanto se quiera; pero fíjate en la pena que necesariamente acompaña y corroe los bienes enumerados.

No hablaré de la envidia que se suscita contra los poseedores de tales honras, ni de lo expuesto que se halla a las asechanzas de los hombres quienquiera que parezca bogar con viento próspero en la vida, ya que todo el que no goza de su misma suerte concibe ineludiblemente odio contra él; por donde esta vida, con sus sospechas, acarrea a los que parecen felices más bien penas que goces. Paso por alto todo esto, como si la envidia no tuviera poder contra ellos. Difícil es encontrar un sujeto a quien le haya acontecido al mismo tiempo prosperar más que los otros y evitar la envidia.

Con todo, supongamos, si os place, que la vida de estos tales esté inmunizada contra semejantes adversidades, y veamos si es posible que gocen de tranquilidad en medio de ese bienestar. ¿Qué les puede acontecer, me dirás, si la envidia no se ensaña en ellos? Te respondo que aquello mismo que sirve para endulzarles la vida es fuente de su penar. Mientras sean hombres estos seres mortales y caducos y vean los sepulcros de sus padres, se les fijará una idea inseparablemente en su vida, por poco que reflexionen. Porque el temor continuo de la muerte, no predecible por señales algunas manifiestas, sino inesperada por la incertidumbre del porvenir, siempre presente y amedrentadora, desbarata la felicidad presente y perturba la paz con el miedo de lo que ha de venir.

Si fuera posible conocer nuestro futuro antes de experimentarlo, si se pudieran escrutar por algún medio los acontecimientos venideros, sería mucho mayor sin comparación el número de los que trocaran el matrimonio por la virginidad. ¡Cuánto mayor cuidado y diligencia habría para no caer jamás en esos lazos, de los que no se puede escapar y cuyas molestias sólo son conocidas por quien ha sido preso de ellas!

Verías, si fuera posible verlo sin peligro, una gran confusión de cosas opuestas: el reír empapado en lágrimas,

la pena mezclada con alegría, la muerte presente a todos y en contacto con las cosas placenteras. Mira el esposo el rostro idolatrado, y sin querer le invade el temor de la separación. Escuchar aquella dulcísima voz es lo mismo que pensar que tal vez no la vuelva a oír de nuevo; y al contemplar su belleza, teme más que nunca ante la amenaza y el dolor; si pone sus ojos en lo que los jóvenes aprecian y tras lo que corren alocados, como, por ejemplo, la mirada alucinadora que se oculta bajo los párpados, las cejas estilizadas en torno a los ojos, las mejillas de suave y alegre elegancia, los labios cuales flores de rubor natural, la cabellera espolvoreada de oro, la parte superior de la cabeza refulgente con la variedad de piedras preciosas y todo el esplendor de aquella pasajera belleza, por poco que reflexione ha de venir a la conclusión de que toda esa hermosura perecerá, que se ha de reducir a la nada, quedando en un montón de huesos repugnantes, en lugar de lo que ahora aparece, sin que permanezca el más mínimo vestigio, ni recuerdo, ni rastro de la flor actual.

¿Puede vivirse feliz con estas verdades ante los ojos? ¿Se confiará nadie a los goces que posee, como si siempre hubieran de permanecer? ¿No se convencerá de que tiene que vivir como entre los engaños de un sueño y no desconfiará de la vida como quien ve visiones? Comprenderás, por tanto, si examinas algo la naturaleza de las cosas existentes, que nada de cuanto se nos ofrece en la vida se nos muestra tal como es, sino que la fantasía falaz nos presenta unas cosas por otras, burlándose de los que en ellas ponen su esperanza; y se oculta a sí misma bajo los engaños de lo aparente, hasta que de improviso, en medio de tantas transformaciones, surge ante los ojos de los necios algo muy diverso de lo que ellos esperaban.

¿Le parecerán al hombre razonable dignas de algún goce las dulzuras de la vida? ¿No las justipreciará en su verdadero valor quien tenga estos criterios o se deleitará con los bienes que tenga bajo su dominio? ¿No los tendrá más bien por imposibles de disfrutar, turbado por el miedo de su defección? Me callo las señales, los sueños misteriosos, los presagios y las restantes necedades de este género, tenidas en consideración estúpida y sospechosas de algo peor.

Sorprenden a la joven esposa los dolores del parto; no parece que va a nacer un niño, sino que va a venir la muerte, y se teme el fin de la madre en el alumbramiento—no engañando a veces esta presunción—; antes de festejar el nacimiento, antes de gozar de algunos de los bienes que se esperaban, de repente la alegría se mezcla con lamentos.

Emocionados todavía por el cariño, en la plenitud del afecto, sin haber logrado aún sentir las dulzuras de la vida, son separados de lo que tenían en la mano con la rapidez de un sueño. Y ¿qué sucede después? El tálamo es saqueado por los de casa como por enemigos; la muerte sustituye los adornos del tálamo por las de los funerales. Después lamentos necios, inútil golpearse con las manos, recuerdos de la vida pasada, maldiciones para los que aconsejaron el matrimonio, reproches contra los amigos que no lo impidieron, quejas contra los padres. si todavía viven. o al menos disgusto de vivir, exclamaciones de todas clases, mil recriminaciones y protestas contra la divina Providencia; guerra consigo mismo, guerra con los que les aconsejan, sin refrenarse ni en palabras ni en obras aun las más necias. Con frecuencia se sobrepone la perturbación de la mente y se pierde por el dolor el uso de la razón, siendo entonces la tragedia mucho mayor, no pudiendo sobrevivir a la desgracia.

Pero supongamos lo mejor. Les nació un niño y fué sorteado el peligro del parto; ya tienen en el infante una imagen de su felicidad. Ahora pregunto, ¿han disminuído con esto los motivos de penar o más bien han crecido? Se continúa con los temores de antes y, además, se han añadido los relativos al niño: de que le pase algún percance en la crianza, de que la suerte adversa o un accidente involuntario le produzca alguna enfermedad o defecto natural.

Y todas estas inquietudes son comunes a ambos cónyuges; pero ¿quién será capaz de enumerar los temores propios de la esposa? Pasando por alto aquello más corriente y de todos conocido: las molestias del embarazo, los peligros y dolores del parto, el trabajo de la crianza, aquel padecer y como partirse del corazón materno con el amor del hijo, y, si fuera madre de varios, la división en tantos trozos cuantos ellos sean, el sentir en sus entrañas cuanto a ellos les suceda. ¿Para qué enumerar estas cosas, de todos conocidas?

Y como por el precepto divino no es dueña de sí misma, sino que está a las órdenes del que en virtud del matrimonio es su señor, si se ve privada de él por breve tiempo, cual separada de su cabeza, no lleva en paciencia su soledad, sino que interpreta la corta separación del ausente como prenuncio de la vida de viudez. Al punto el miedo trae al olvido las mejores esperanzas. Sus ojos, siempre fijos en la entrada de la casa. Los oídos, al acecho de lo que se comenta. Atormentado por siniestras imaginaciones, rómpese el corazón antes de recibir cualquier noticia re-

ciente. Un ruido en la puerta, sea real, sea fruto de su fantasía, golpea su alma cual mensajero de mal augurio. Quizá todo haya ido bien; tal vez no haya acontecido nada adverso al consorte ni haya siquiera motivo para temer; sin embargo, el temor antecede a todo mensaje, desviando el rumbo del pensamiento, de las esperanzas agradables, para dirigirlo hacia su polo opuesto. Tal es la vida de los hombres felices, no digna de vivirse en efecto; pues no puede parangonarse con la libertad de espíritu de la virginidad. Paso por alto, para avanzar en el tratado, otros inconvenientes graves.

Con frecuencia brillan en la joven que ha llegado a la plenitud de la adolescencia todas las prerrogativas de la desposada; tal vez se ruboriza todavía ante la llegada del esposo, y el pudor torna su mirada humilde y recatada. Cuando se quieren contener los deseos dentro de cierto sentimiento pudoroso para que no aparezcan, suelen, por el contrario, exacerbarse más. Entonces de improviso se presenta la viudez, el dolor y la soledad; y se ve obligada a cargar sobre sí cuantos nombres hay de temeroso significado: he aquí, pues, que cayendo la desgracia de golpe sobre la que antes abundaba en vestidos lujosos y joyas de gran valor, la viste de luto y la priva de todo ornato de esposa. Después las tinieblas ocupan el lugar de la antorcha nupcial; los cantos fúnebres se extienden sobre las lamentaciones; surge el odio contra quienes tratan de mitigar tanto padecimiento; síguese la privación de alimento, el desfallecimiento del cuerpo y el ansia de morir, que no pocas veces lleva hasta la misma muerte.

En el caso de que este dolor amaine con el transcurso del tiempo, otra nueva calamidad viene a reemplazarlo. O tiene descendencia o no. Si la tiene, sus hijos han quedado huérfanos, y son, por tanto, dignos de lástima; ellos mismos le renuevan el padecimiento. Si no los tiene, se le arranca de raíz la memoria del finado; la desgracia supera entonces toda palabra de consuelo.

Omito todos los restantes inconvenientes de la viudez —¿quién podría describirlos con exactitud?—: los enemigos, los domésticos, los afligidos por la desgracia, los que se alegran con la nueva soledad y contemplan gustosos con mirada cruel la ruina de la casa, la indisciplina de la servidumbre y tantas otras cosas semejantes que con abundancia se presentan al tiempo de tales desgracias. No es de extrañar que no pocas mujeres, no aguantando la crueldad de tales burlas, cual coaccionadas por la necesidad, vuelvan a caer en el peligro de los mismos males, como queriendo tomar venganza en aquello mismo en que

habían padecido. Otras, sin embargo, recordando lo pasado, prefieren sufrir y sobrellevar cualquier trabajo antes que incurrir de nuevo en tales amarguras.

Y si deseas cerciorarte de las dificultades inherentes a este estado de vida, te recomiendo prestes oído atento a las mujeres que las han experimentado, por donde vendrás a percatarte de lo felices que son las que eligieron desde un principio la virginidad, sin que su experiencia tenga que apoyarse en las aflicciones sufridas; pues de todas estas calamidades está libre la virginidad: no llora la orfandad, no lamenta la viudez, vive siempre con un esposo incorruptible, se adorna a la continua con los frutos de la piedad, contempla su casa, suya en verdad, rebosante de toda clase de cosas estimables, sin padecer nunca escasez, porque el Señor siempre se halla presente y habita en aquellas mansiones, donde la muerte produce, no la separación, sino el abrazo estrechísimo con el Amado. Cuando el alma se desliga de la vida, dice el Apóstol, entonces se une con Cristo [2].

Hemos considerado algún tanto lo que concierne a los hombres felices; hora es ya que pasemos a considerar en este tratado los otros estados de fortuna, cuya vida es un tejido de penurias, de adversidades y de las restantes desgracias, cuales son fiebres, enfermedades y otras semejantes dolencias, patrimonio de la vida humana. Quien vive para sí solo, huye el peligro de estos males o los lleva con más resignación; pues todo su cuidado se centra alrededor de su persona, sin que el dolor ajeno le preocupe. Por el contrario, quien está obligado a cuidarse de la mujer y los hijos, teniendo su corazón afligido con las desgracias y dolencias de los seres queridos, apenas si tiene tiempo para preocuparse de sus propios males.

Quizá sea superfluo detenerse en estos argumentos. Pues si tales angustias y miserias van unidas a lo que parece bueno, ¿qué se habrá de opinar de aquello que se presenta como malo? Aunque las descripciones de la palabra no lleguen a poner ante los ojos la realidad, con todo, pueden suponerse sus amarguras deduciéndolas de una pequeña consideración. Si se compara el grupo de aquellos a quienes ha caído en suerte este último modo de vida desgraciada con el de los que parecen nadar en la felicidad, se ve cómo reciben los unos dolor y tristeza de los otros. A los segundos, la muerte que les amaga como futura o tal vez inminente, les induce a turbación; para los primeros, en cambio, la dilación del morir es un nuevo dolor. En ambos casos es

[2] Phil. 1, 23.

diametralmente opuesta la vida, pero el decaimiento de unos y otros es semejante en el término.

Es, por tanto, claro ser múltiple y variada la suma de molestias provenientes del matrimonio. Del mismo modo son causa de sufrimiento los hijos nacidos que los que no llegaron a la vida; en igual proporción los vivos que los muertos. Este goza de familia numerosa, no teniendo posibilidades de mantenerla; aquél no tiene heredero para sus bienes, en cuyo allegamiento sudó lo indecible; y lo que para uno constituye su dicha, para el otro es causa de tormento, al desear cada uno para sí lo que es ocasión de vida desgraciada en su vecino. Se le muere a uno su hijo querido; el del otro, en cambio, sale contrahecho; los dos ciertamente son dignos de conmiseración; uno llora la muerte de su hijo, el otro la vida.

Callo las celotipias y disputas surgidas por motivos reales o imaginarios, y que acaban en padecimientos y desgracias. ¿Quién podría narrarlas todas con fidelidad? Si quieres conocer cuán enredada en tales aflicciones se halla la vida humana, no es menester que me traigas a la memoria aquellas narraciones antiguas que suministraron a los poetas argumentos para sus dramas, pues por sus absurdos hiperbólicos muchas veces se las tiene por mitos: en ellas verás asesinatos y actos de canibalismo realizados con los hijos, homicidios sangrientos, matricidios, degüellos fratricidas, uniones nefarias y, por último, todas las violencias a que se presta la naturaleza humana, cuya enumeración por los autores que nos han dejado tales noticias tiene su origen a partir de los casamientos y llega a su fin con la relación antes detallada.

Mas, sin parar mucha atención en esto, quisiera atendieras a las tragedias representadas en el teatro de la vida real, cuyo corifeo es el matrimonio. Acércate a un tribunal y hallarás leyes que atañen a nuestro asunto. Allí podrás enterarte de las infamias perpetradas a la sombra del matrimonio. Así como cuando oyes disertar a los médicos sobre varias enfermedades caes en la cuenta de cuántos y cuáles males pueden apoderarse del cuerpo humano y conoces sus miserias, así las leyes, al definir la multitud y variedad de los crímenes que se cometen en el matrimonio, y cuyos castigos determinan, te dan a conocer los males propios del matrimonio. Los médicos no se esfuerzan por curar padecimientos hipotéticos ni las leyes sancionan delitos no cometidos.

IV. Perturbaciones que origina el matrimonio y el no vencer los afectos terrenos

¿Qué necesidad hay de exponer lo ilógico de este género de vida, ni aun siquiera de pasada, completando la enumeración de tantas calamidades provenientes de los adulterios, las separaciones violentas y las disensiones? Por tanto, creo atinar con un razonamiento más elevado y verdadero al suponer que los males que pueden observarse en todas nuestras empresas y nuestros quereres no ejercen su imperio sobre los hombres, a no ser que alguno se imponga voluntariamente a sí mismo tal yugo. Es evidente la verdad de este aserto.

Quien considere con los ojos puros del alma las falsías de esta vida y se eleve sobre las cosas visibles de este mundo, despreciándolas, según dice el Apóstol, como estiércol pestilente [3], y apartándose de todo comercio de esta vida por la renuncia al matrimonio, se verá libre de toda participación en los vicios humanos; me refiero a la avaricia, al odio, a la envidia, a la avidez de la gloria vana y otras cosas semejantes. Pues quien se encuentra exento de todo esto y lleva una vida completamente libre y pacífica, no tiene nada que pueda concitar la envidia de sus vecinos, siendo así que no ha logrado aquellas cosas por las que suele originarse la envidia. Elevado su espíritu sobre todo lo de este mundo, y teniendo la posesión de la virtud como único bien digno de estimarse, gozará de una vida sin dolores, pacífica y tranquila.

Y aunque no todos los hombres participan de la virtud por igual, sino cada uno según sus fuerzas personales, sin embargo, ella sacia en todo caso los deseos de los que la anhelan. Y esto no según las normas de las reparticiones terrenas, en las que los distribuidores, cuanto más añaden de un lado, tanto más quitan del otro, y lo que redunda en el bien de un particular, se echa de menos en el haber de sus comparticipantes, de donde vienen a originarse querellas sobre los lotes mejor abastecidos y se suscitan odios por la disminución de lo obtenido.

En la adquisición de la virtud no existe ocasión de envidia, pues el conseguir una participación mayor no implica detrimento para que los demás reciban una cantidad igual a la que son acreedores. De modo que cada uno puede satisfacer sus propios deseos según su capacidad, sin que el tesoro de las virtudes puede jamás agotarse:

[3] Phil. 3, 8.

Contemplando el panorama de la vida desde este punto de vista y teniendo a la virtud como el verdadero tesoro, que no puede ser delimitado por términos humanos, ¿sufrirá alguno que su alma se incline al barro deleznable y perecedero? ¿Podrá admirar la riqueza, el poder o cualquiera de las otras cosas que anhela la insensatez humana? Si se encuentra alguno en este estado y se halla aficionado a tales bagatelas, este tal no pertenece a nuestra familia; nada tiene que ver con nuestra exhortación. Por el contrario, si se ocupa en lo del cielo y se adentra en las esferas de Dios, entonces quedará elevado sobre todas aquellas cosas, no teniendo ocasión de deslizarse a tales errores, me refiero a la ocasión del matrimonio. Porque luego viene el querer ser antepuesto a los demás, que es pasión insoportable, y que quien la considere como la semilla, o mejor, la raíz de la espina que plantó en nosotros el pecado, no se apartará lo más mínimo de la realidad. Ahora bien, la causa de este mal se halla originariamente en las relaciones conyugales.

No es posible, de ordinario, evitar el que el codicioso eche la culpa de su vicio a sus vecinos o el que el enloquecido con el ansia de la gloria o el amante de los honores achaque a sus ascendientes la causa de dichos pecados; pues no quiere aparecer inferior a sus antepasados y desea ser tenido como algo grande en el concepto de la posteridad, dejando a sus hijos algunas referencias suyas. Así, todas las enfermedades del alma de aquí toman su origen: la envidia, el odio, el recuerdo de las injurias pasadas y cualesquiera otras. Todas estas lacras adquieren carta de ciudadanía en cuantos siguen los caminos de esta vida. Pero quien se aleja de todas ellas, contemplando a distancia, como desde un puesto de observación militar, los padecimientos de los hombres, se compadecerá de la ceguera con la que se esclavizaron a tanta nonada, creyendo ver grandezas en las prosperidades de las cosas terrenas; y cuando un hombre tal contempla a otro de los que viven según el siglo, adornado de honras, haberes y poderío, se ríe de su necedad y pondera lo brevísimo del tiempo de la vida humana, que, según computación del Salmista, tiene un término fijo [4]. Pasa después a la comparación de aquellos siglos sin fin con este exiguo espacio de la vida, y no puede menos de compadecerse de la locura del que anhela lo sórdido, bajo y que no permanece eternamente.

Y por otro capítulo, ¿qué motivo puede haber para que el honor de aquí abajo, que muchos desean, sea digno de obtener la bienaventuranza? ¿Qué añade al sujeto que goza de él? El que ha nacido con la condición de morir, siempre

[4] Ps. 23, 1.

seguirá siendo mortal, tanto si recibe honras como si no las recibe.

Acaso posee grandes extensiones territoriales. Y ¿a qué fin apetecible puede esto conducirle? A no ser que alguno, falto de juicio, juzgue por suyo lo que en rigor no le pertenece. Tanta es su codicia, que no se da cuenta, según parece, que la tierra y toda su abundancia es del Señor. El es el verdadero rey de la tierra, y si los hombres llegan a poder ser llamados señores de lo que no poseen, se debe al nombre que les otorga la pasión de su avaricia, sin derecho alguno. La tierra, dice el sabio Eclesiastés, permanece eternamente, sirviendo a todas las edades; alimenta a unos y a otros de los nacidos de ella [5]. En realidad, los hombres no son dueños ni siquiera de sí mismos, sino que están pendientes de los designios del supremo Hacedor: nacen sin saberlo, dejan el estadio mortal cuando menos lo desean. Llevados, por tanto, de una insigne vanidad, intentan dominar la tierra, sin parar mientes en que, mientras ellos nacen y mueren, la tierra permanece siempre inmutable.

Quienquiera, pues, que tenga estos criterios y que repute por nada cuanto en la estima del vulgo se considera como precioso y honorífico, quienquiera que se deje guiar únicamente por el amor de la vida sobrenatural, y que juzgue que toda carne es heno y que como flor de heno debe tasarse toda la vida del hombre sobre la tierra, ¿podrá tener como objeto de sus diligencias y desvelos al heno, que hoy es y mañana no aparece? Más aún; el que se acostumbra a contemplar las cosas divinas se convence de que no sólo las cosas humanas carecen de consistencia, sino que el universo todo no puede permanecer eternamente, y así desprecia esta vida como ajena y caduca. Bien claras son las palabras del Señor: *Los cielos y la tierra pasarán* [6]; y todo espera necesariamente la mutación de su forma.

Por tanto, no es extraño que mientras uno vive bajo los pliegues de esta tienda de campaña, como dice el Apóstol [7], revestido con la mortalidad y agobiado por las cargas de esta vida presente, se duela de que se prolongue su destierro, como canta el profeta Salmista en sus versos inspirados. Y en verdad que viven envueltos en tinieblas los que pasan su vida en tales moradas. Así llora el profeta la demora de dicho destierro: *¡Ay de mí,* dice, *que se ha prorrogado mi destierro* [8]. Achaca a las tinieblas la causa de esta tristeza. Aprendimos de los entendidos que las tinieblas se llaman *Cedar* en la lengua hebrea. Y creo que con razón;

[5] Eccl. 1, 4.
[6] Mt. 24, 35.
[7] 2 Cor. 5, 4.
[8] Ps. 119, 5.

pues así como con las tinieblas de la noche pierden los hombres su dominio de lo exterior, así también estos tales pierden el verdadero conocimiento cayendo en el error y no viendo que todas estas cosas que se tienen como honrosas en este mundo, y que se muestran así en oposición a sus contrarias, no tienen otro fundamento sino el que les da la opinión de los hombres insensatos.

Ellas de por sí son nada. Nada la bajeza del linaje, nada la cuna ilustre, nada la gloria, nada la magnificencia, nada la historia de los antepasados, nada el orgullo, nada las posesiones presentes, nada el dominar a otros, nada el estar bajo su yugo, nada las riquezas, o la pobreza, o la miseria, o cualquiera otra de las eventualidades de nuestra vida, aunque a los ignorantes les parezcan tener suma importancia, porque toman como módulo de comparación el placer.

Para el que posee un espíritu elevado, todas las cosas son de igual valor, ni juzga ser una preferible a la otra, pues de igual modo se dirige la vida a su fin entre las cosas más opuestas; y la misma posibilidad de vivir bien o mal existe en ambas suertes de vida, sea manejando las armas de la diestra como las de la siniestra a través de la buena fama o de la ignominia, según dice el Apóstol [9]. Por medio de todas estas cosas, el que ha logrado una mente pura penetra en la verdad íntima de lo existente y realiza rectamente su viaje, recorriendo desde el principio hasta el fin el tiempo que le ha sido designado.

A la manera de los viajeros sensatos, marcha siempre adelante, haciendo poco caso de lo que se le presenta en el camino. La intención del viajero se orienta hacia el término de su viaje, ora tenga que hacerlo por entre prados o tierras cultivadas, ora a través de grandes desiertos o parajes rocosos; no hay deleite o molestia que le impida tender a la meta prefijada. Del mismo modo, este varón justo, caminando derechamente, llegará al fin que se propuso sin apartarse por desviaciones engañosas; sino que, con la mirada puesta únicamente en el cielo, dará término a su peregrinación mortal, cual experto timonel, que dirige la nave por lo que observa en las estrellas.

El hombre, empero, que es más corto de entendimiento, mira hacia la tierra; arroja su alma a las sensualidades del cuerpo como se lanza el ganado al pasto; sólo vive para el vientre y para lo relacionado con el vientre; apartado de la vida de Dios y ajeno a las promesas de los libros sagrados, no juzga nada deleitable fuera del gozar con el cuerpo.

Este tal y los que siguen su camino andan en tinieblas,

[9] 2 Cor 6, 8.

como dice la Escritura [10], porque se encuentran en su vida obras malas. En ellos se dan, a saber: avaricia, pusilanimidad, desbocada afición a los placeres, deseo de imperio, hambre de vanagloria y toda una multitud de aficiones desordenadas propias de los hombres. Todos estos vicios están enlazados entre sí el uno con el otro, y, por tanto, la persona que contrajere uno de ellos contraerá los demás como por cierta necesidad natural. Es lo que vemos en una cadena: si la agitamos de un extremo, no pueden los demás anillos permanecer inmóviles, sino que el último se mueve a la par que el primero, comunicándose desde éste el movimiento a través de la sucesión continua de eslabones. De un modo semejante se unen y enlazan entre sí los afectos humanos, aconteciendo casi de ordinario que, si uno de ellos se apodera del alma, toda la multitud de los restantes irrumpen juntamente con él.

Por si necesitas la explicación de esta como cadena de males, supónte una persona que por buscar un pequeño placer haya sido vencida por la pasión de la vanagloria. Ineludiblemente acompañará a la vanagloria un ansia de hacerse con más, pues nadie puede ser dominado por la pasión de poseer más si no marcha en vanguardia como guía el deseo de la gloria. Después de esta pasión de superar en bienes materiales o en dignidades concita la ira contra los iguales, o la soberbia para con los inferiores, o la envidia respecto a los superiores, cuya compañera es la hipocresía; a ésta sigue la amargura de ánimo y a ésta el odio hacia los demás; y como término de todo ello, la condenación eterna, que lleva a la gehena, a las tinieblas y al fuego.

¿Ves, pues, el camino de los vicios, y cómo de un placer se derivan todas las pasiones? Pues una vez que ha entrado en la vida de uno todo este cortejo de pasiones, no hay más que un camino, según nos enseñan los Libros Sagrados, para librarnos de ellas, y es el apartarnos de aquella vida que lleva consigo el acompañamiento de tales afecciones importunas. No es posible desear vivir en Sodoma y evitar la lluvia de fuego. No puede nadie, después de salido, volverse de nuevo hacia las cenizas de la ciudad maldita sin dejar de convertirse en estatua de sal. Nadie se redimirá de la esclavitud de Egipto si no abandona aquel país, quiero decir esta vida de baja condición, y no se decide a atravesar, no ya el mar Rojo, sino el negro y tenebroso piélago de la vida. Ahora bien, según dice el Señor, si la verdad no nos liberta [11], permaneceremos en el dolor de la esclavitud.

---

[10] Io. 12, 35.
[11] Io. 8, 32.

Y siendo esto así, ¿cómo se entiende que quien busca lo falso o vive en medio de los errores de la vida pueda ser dueño de la verdad? ¿Cómo habrá sacudido de sí el yugo de la esclavitud quien entrega su vida, como sierva, a las necesidades de la naturaleza?

Un ejemplo aclarará más nuestro raciocinio. Un río ya de suyo caudaloso hace más rápido su curso con las avenidas invernales, arrastra hacia su lecho piedras, troncos y cuanto halla a su paso; pero sólo resulta peligroso y amenazador para quienes viven vecinos de él, no para los que de lejos se guardan de su impetuosidad. Del mismo modo, quien se produce a sí mismo esta turbación de su existencia, él solo es quien la padece y él solo quien ha de soportar aquellas pasiones hacia las cuales empuja la naturaleza a los que se acercan a sus riberas cuando viene desbordada por los vicios de la vida. En cambio, el que, como dice la Escritura, abandona el torrente y el agua de corriente impetuosa, se verá libre de caer como presa de los dientes de esta vida, según añade el mismo salmo [12], y, como el pájaro, escapará del lazo con las alas de la virtud.

En el ejemplo del torrente se muestra cómo la vida de los mortales, abundante en perturbaciones y eventualidades imprevistas, es fácilmente arrastrada hacia las inclinaciones de la naturaleza. Nada permanece de cuanto se afana por conseguir; ni esperan las cosas a que se harten aquellos que las deseaban. Y cuando, llevadas de su propio impulso, se aproximan y llegan a ser logradas, entonces acaban su curso, y lo presente se substrae a nuestra vista con un reflujo oculto, huyendo de nuestros sentidos con suma celeridad.

Util es, por consiguiente, mantenerse lejos de la marea de la vida y no estimar en menos lo sempiterno por hallarnos sumergidos de lleno en lo caduco. Porque ¿cómo será posible que amando alguna cosa de esta vida podamos conservarla hasta el fin? ¿Acaso permanecerá para siempre algo de aquello que más hemos deseado? ¿Qué supone el vigor de la juventud? ¿Qué la integridad de las fuerzas y de la forma? ¿Qué la riqueza, la gloria y el poder? Aun cuando florecieren por breve tiempo, ¿no se desvanecen y, desvanecidas, vienen a reducirse a lo contrario de su nombre? ¿Quién vive una juventud perenne? ¿A quién le ayudan siempre las fuerzas?

¿Acaso no forma la naturaleza la flor de la belleza, más breve aún que aquellas flores que se abren las primeras en primavera? A éstas la naturaleza las hace florecer a su debido tiempo, y después de haber florecido durante un pequeño intervalo, las marchita; aparecen de nuevo, se desvane-

[12] Ps. 123, 7.

cen después y tornan otra vez a cubrirse de lozanía, hasta que por fin aparece su belleza, con el nuevo tiempo, en todo su esplendor. Por lo que hace a las flores humanas, la naturaleza las muestra en toda su hermosura durante la primavera de la juventud, para dejarlas después ajadas en el invierno de la vejez. Y lo mismo ocurre con todo lo demás que ha ilusionado durante algún tiempo a los sentidos de la carne: que, una vez pasado y desaparecido, se olvida.

Pues si las transformaciones que se realizan por ley de de la naturaleza afligen a los que se aficionan a ellas, no queda sino un medio para huir de semejantes males, cual es el no entregarse a nada que pueda turbar el alma, antes bien apartarse, en cuanto sea posible, de toda afección y todo comercio carnal, procurando vivir ajeno a toda connivencia con el propio cuerpo, a fin de que aun esta vida que procede de la carne se mantenga inmune de las tribulaciones de la carne.

Esto es vivir únicamente según el espíritu, tratando de imitar, en cuanto de sí depende, aquel género de existencia propio de las potestades incorpóreas, entre las cuales no se toman esposos ni esposas [13], sino que todas sus actividades y su proceder se enderezan a contemplar al Padre de la incorrupción y a conformar, en lo posible, por medio de la imitación, su propia naturaleza con aquel supremo arquetipo de la belleza.

V. Conveniencia de la virginidad para la contemplación divina

Hemos dicho, pues, que la virginidad ha sido asignada al hombre como auxiliar de ese pensamiento y ansia divina, según se la suele llamar en los Sagrados Libros. Del mismo modo que las restantes disciplinas escolares se han excogitado para facilitar la formación de quienes se entregan a su estudio, así la disciplina moral de la virginidad me parece ser un arte y una como posibilidad de acceso a una vida más divina, que instruye a los que viven sujetos a leyes carnales sobre el modo de emular las prerrogativas de los seres incorpóreos. Pues toda la solicitud de esa vida consiste en que la alteza del alma no se deprima ante la avenida turbulenta de las pasiones y que nuestro entendimiento no abandone la contemplación celestial y el mirar hacia la altura, dejándose caer en los placeres de la carne y de la sangre.

[13] Mt. 22, 30.

Mas ¿cómo será posible a nuestra alma, esclava de este bajo placer sensual y entregada a la concupiscencia de afectos humanos, el contemplar con espíritu libre de turbaciones aquella luz congénita, cuando en virtud de un juicio engañoso y lamentable se lanza hacia las cosas terrenas y viles? La naturaleza volvió la vista de los puercos hacia la tierra, y así les privó del panorama de las maravillas celestes; del mismo modo, el alma sumergida por completo en el cuerpo no podrá contemplar el cielo ni las bellezas del universo, ya que está inclinada a la tierra y a cuanto es propio de los irracionales.

Por todo lo cual, para que nuestra alma, en pleno uso de su equilibrio y libertad, pueda contemplar aquel divino y bienaventurado placer, no ha de volverse hacia las cosas terrenas ni ha de tomar parte en aquellos deleites concedidos por indulgencia a la vida vulgar, sino que ha de trasladar el ímpetu de su amor, apartándolo de las cosas corpóreas, hacia la visión espiritual e intelectiva de la belleza.

Para obtener tal disposición de alma ha sido instituída la virginidad del cuerpo; de modo que, dando al olvido las exigencias que parecen nacer de la misma naturaleza, no sienta ya el alma ninguna necesidad de dedicarse a las bajezas debidas a la carne. Y así, una vez libre de estas deudas, desaparece el peligro de que al condescender un poco con estos placeres, permitidos, al parecer, por la naturaleza, se aparte de aquel deleite imperecedero, cuya posesión está reservada a la pureza de corazón con la ayuda de aquel que nos gobierna.

VI. Ejemplos de Elías y de Juan Bautista en esta materia

Esta es la razón que me induce a tener como los mayores de los profetas a Elías y al *que vino más tarde, con el espíritu y la fortaleza de Elías, aquel de quien se dijo que era el mayor entre los nacidos de mujer*[14]. Y aunque en la historia de ambos se encuentran ciertos pasajes obscuros, sin embargo se comprueba claramente en uno y otro, con las enseñanzas de sus vidas, que quien ha de entregarse a la contemplación de las cosas invisibles debe apartarse del comercio humano, no sea que, arrastrado por los engaños que forjan los sentidos, sufra desviaciones o errores en el conocimiento de lo único que es bueno por su misma naturaleza.

[14] Lc. 1, 17, y Mt. 11, 11.

Ambos desde su adolescencia abandonaron todo consorcio humano; y tanto por la desestima de la comida y bebida, necesarias por ley de naturaleza para el sustento, como por la vida retirada, preservaron sus oídos del estrépito mundano, defendieron sus ojos del error y redujeron al mínimo el sentido del gusto, hasta el punto de privarle de toda inclinación, saciando la necesidad imprescindible de alimentarse con la ayuda de cualquier cosa que se ofreciera a su paso. Apartados de las perturbaciones exteriores, se crearon una vida tranquila y serena, gracias a la cual subieron a tan gran altura en los carismas divinos, como nos lo recuerda la narración de sus hechos.

Elías, como ecónomo de la hacienda divina, tenía bajo su jurisdicción todas las abundancias celestiales, cerrando su mano a los pecadores y abriéndosela a los que por la penitencia volvían al buen camino. Nada consta en los Libros Sagrados sobre si Juan hizo estos prodigios; pero aquel que penetra lo oculto dejó atestiguado que le había sido conferida una encomienda mayor que a ninguno de los restantes profetas.

Quizá se les concedieron tales prerrogativas por haber puesto en Dios todo su deseo, libre y puro de afecciones humanas; pues ni se distrajeron con el amor de los hijos, ni con el cuidado de la esposa, ni con otras semejantes preocupaciones humanas; ni siquiera anduvieron solícitos por la necesidad del alimento cuotidiano. Despreciando el lujo de los vestidos, se preparaban fácilmente lo imprescindible con lo que hallaban a mano: uno se cubría con pieles de cabra, el otro con pieles de camello. Ciertamente, a lo que juzgo, no hubieran llegado a tanta grandeza si el matrimonio los hubiera ablandado con los regalos del cuerpo.

Todas estas cosas no se proponen sin motivo a nuestra consideración, sino que, como dice el Apóstol, están escritas para nuestra enseñanza [15], a fin de que dirijamos nuestras vidas según aquellos modelos. En consecuencia, ¿qué es lo que de esos ejemplos debemos aprender? El que teniendo presente la invitación de los varones santos, si alguno desea la unión con Dios, no ocupe su espíritu con los negocios de esta vida. Porque no es posible que el alma de quien se distrae con el cuidado de muchas cosas pueda entregarse a la contemplación y al anhelo de poseer a Dios.

[15] Rom. 15, 4.

VII. Males acarreados por la disipación de espíritu

Creo que cuanto llevamos dicho adquirirá mayor luz si lo aclaramos con un ejemplo. Supongamos, pues, el agua que corre desde su manantial y se separa, como suele acontecer, en diversas avenidas y regatillos a lo largo del trayecto. Ciertamente que, mientras así corra, no ha de ser útil para nada de cuanto contribuye a la agricultura; la distribución del caudal en muchas direcciones hace que la corriente en cada uno de los regatillos sea insignificante y que casi no se mueva, dada su impotencia. Mas si alguno junta todas las avenidas que van dispersas y las encierra dentro de un cauce, podrá emplear una mayor cantidad de agua reunida para satisfacer a las diversas necesidades y utilidades de la vida.

Del mismo modo me parece a mí que, si el pensamiento del hombre se derrama continuamente al exterior, fluyendo y disipándose sin cesar hacia las cosas que ilusionan los sentidos, no tendrá la fuerza suficiente para hacer el recorrido hasta donde está el verdadero bien; pero si se recoge de todas partes para encerrarse dentro de sí mismo y es conducido sin derramarse a una parte y otra, hacia el trabajo que le es propio, moviéndose según la inclinación de su naturaleza, entonces no encontrará impedimento alguno para levantarse hacia lo alto y alcanzar la verdad de las cosas que en realidad existen.

Así como una gran masa de agua encajonada y encerrada en un canal, al sentir la opresión de una fuerza externa, sube hacia arriba, por no poder expansionarse hacia los lados, a pesar de que su movimiento natural sea hacia lo más bajo, así también el pensamiento del hombre, como encerrado en un estrecho cauce, sintiendo por todas partes la presión de la fuerza que le rodea, se levanta por su mismo movimiento natural al deseo de las cosas elevadas, no encontrando por donde derramarse al exterior. No puede estar el alma nunca en reposo, sino que se halla siempre en agitación, pues ha recibido de su Creador esta naturaleza. Ni puede dudarse que, si se le prohibe dirigirse en su movimiento hacia las cosas vanas, se lanzará en línea recta hacia la verdad, apartada de todos los absurdos que la circundan.

Vemos con frecuencia en los viajes que los viandantes no se apartan ni una pulgada del verdadero camino, máxime si, instruídos por equivocaciones pasadas, están de sobreaviso para no errar. Como quien al hacer un viaje, cuan-

to más se apartare de los atajos desviados e inciertos, tanto más se conservará dentro del verdadero camino, así nuestra alma, si da la espalda a las vanidades del mundo, llegará a penetrar la verdad de las cosas que en realidad existen. El recuerdo de aquellos excelsos profetas parece nos quiere dar a entender que de ningún modo nos enredemos con los placeres, que tanto se anhelan en el mundo; y entre éstos se encuentra el matrimonio, que es la semilla principal y el principio de todos los vanos deseos.

VIII. Licitud del matrimonio y conveniente moderación en él

Nadie crea por todo lo dicho que yo repruebo la institución del matrimonio. No ignoro que éste fué objeto de la bendición de Dios; pero como la vida conyugal tiene por abogado defensor a la misma naturaleza humana, que comunica fuerza a los que por medio del matrimonio se entregan a la procreación de los hijos, y, por el contrario, la virginidad lucha contra la naturaleza, resultaría superfluo acumular cuidadosamente argumentos y exhortaciones a favor del matrimonio (una vez que el mismo deleite natural se muestra su más acérrimo protector) si no se hubieran hecho necesarios tales razonamientos ante las impugnaciones de aquellos que falsifican los preceptos de la Iglesia.

De éstos—dice el Apóstol—que tienen la conciencia cauterizada [16], y con razón, porque, dejando las enseñanzas del Espíritu Santo, imprimen en sus corazones unas como cicatrices con las doctrinas de los demonios, detestando las cosas creadas por Dios como impuras, inducentes al pecado y causas de otros males. Estas y otras frases semejantes corren por ahí.

Mas ¿a qué voy a juzgar a los extraños?, dice el Apóstol [17]. Porque extraños a la palabra y al lugar de los misterios santos son, en verdad, aquellos que no viven en las mansiones de Dios, sino en la guarida del demonio. Allí están prisioneros a disposición del diablo, según la frase del Apóstol [18], y por eso no entienden que la virtud está en el justo medio y los extremos son viciosos. Quien en todas las cosas, así grandes como pequeñas, elige el medio, éste distingue la virtud del vicio. Más lúcida aparecerá esta sentencia si la demuestro con hechos.

---

[16] 1 Tim. 4, 2.
[17] 1 Cor. 5, 12.
[18] 2 Tim. 2, 26.

La cobardía y la audacia son dos vicios opuestos, aquélla por defecto, ésta por exceso de confianza; el valor se halla colocado en el medio. El varón piadoso no peca ni por ateo ni por idólatra. Ambos extremos son impíos. El primero, porque niega a Dios; el segundo, porque cree que hay muchos dioses. ¿Quieres que te lo explique con otros ejemplos? El que huye caer en la avaricia y en la prodigalidad apartándose de ambos vicios contrarios, practica por hábito la liberalidad. Pues la liberalidad es de tal naturaleza, que ni derrocha en gastos inmoderados e inútiles ni es escasa en lo necesario.

Y del mismo modo en las demás cosas, por no recorrerlas todas, ha definido la razón que la virtud es el justo medio entre dos extremos: la prudencia está en el centro, y ambos extremos se apartan abiertamente hacia el mal. El que afloja la tensión de su espíritu, es con facilidad vencido del ansia del deleite, no consigue acercarse al camino de una vida sobria y virtuosa y viene, por fin, a caer en pasiones ignominiosas. Mas si alguno, traspasando los límites de la moderación, se apartare del medio de la virtud, ese tal se verá impulsado al precipicio de las enseñanzas del demonio, marcando con fuego en su conciencia su propia ignominia, según la frase del Apóstol [19].

Quien declara al matrimonio execrable, a sí mismo se afrenta con sus injurias contra el matrimonio; porque si el árbol es malo, como dice el Evangelio, su fruto será digno de tal árbol [20]. Si el matrimonio es como el germen de una planta cuyo fruto es el hombre, todos los reproches lanzados contra el matrimonio recaen sobre el hombre.

Aquellos que tienen la conciencia estigmatizada y están marcados como por una cicatriz por lo absurdo de sus dictámenes, caen dentro de la anterior acusación. Nosotros, empero, pensamos que se deben anteponer el anhelo y solicitud de las cosas divinas al matrimonio; pero no se venga a creer que despreciamos a quienes usan de él casta y moderadamente.

Así se condujo el patriarca Isaac, que se casó con Rebeca, no en el vigor de la juventud, para hacer del matrimonio instrumento de su concupiscencia, sino pasada ya la edad adolescente, a fin de obtener hijos según la bendición de Dios. Y habiendo usado del matrimonio hasta el primer parto de su mujer, luego de nuevo se entregó todo a las cosas espirituales, refrenando las pasiones del cuerpo. Esto me parece a mí que significa el relato de la ceguera del pa-

---

[19] 1 Tim. 4, 2.
[20] Mt. 7, 18.

triarca. Y estas cosas son así como parecen a aquellos que saben verlas claramente.

Pero sigamos el hilo del discurso. ¿Qué significa, pues, el dicho: si fuera lícito, ni se aparte de la divina voluntad ni deje de casarse? El argumento que desprecia las instituciones de la naturaleza y condena aquello que se suele honrar, no tiene peso ninguno. Porque, como queda demostrado en el ejemplo del agua y de la fuente, cuando el labrador lleva el agua por entre canales hacia algún terreno y sucede que a mitad de camino alguno necesita un poco de agua, sólo le concede lo que parece ser conveniente para aquella pequeña necesidad, uniendo después de nuevo el agua así desviada con la restante; pero si abre la salida incautamente y sin reservas, correrá el peligro de que el caudal íntegro, separándose de su dueño, inunde todo el campo.

De manera semejante, en la vida son necesarios estos cuidados y sucesivos cambios, de modo que si alguno, teniendo siempre en más los deberes espirituales, usase del matrimonio discreta y moderadamente, regulándose por la brevedad del tiempo y conformándose al precepto del Apóstol [21], ese tal es un labrador prudente, que no está únicamente ocupado en satisfacer sus fríos deberes matrimoniales, sino que se interesa por la limpieza del alma para vacar a la oración; pues teme que, cuidándose solamente de aquellos deleites, quede todo él hecho carne y sangre, en las cuales no permanece el espíritu de Dios.

Claro está que el que sea tan débil que no pueda soportar varonilmente el peso de la naturaleza hará mejor en mantenerse alejado que en aceptar el combate con fuerzas desiguales. Porque no es pequeño el peligro de que, engañado ese tal por la experiencia del placer, crea que no existe otro bien que el que se percibe con los sentidos en los deleites del cuerpo, y así, apartando su mente por completo del deseo de los bienes espirituales, piense que todo es carne y busque siempre la felicidad en ésta, como si fuese más amante del placer que de Dios. Y ya que por la debilidad de la naturaleza no todos pueden alcanzar la moderación en los deleites y hay peligro de hundirse en el fondo del lodo, en frase del Salmista [22], una vez perdida la justa medida, será útil no elegir inexpertamente este género de vida, según queda indicado, no sea que, con pretexto de lo permitido, se abra el camino a las afecciones desordenadas del alma.

---

[21] 1 Cor. 7, 29; 2 Tim. 2, 6.
[22] Ps. 58, 3.

IX. Fuerza e influjo de la costumbre

La costumbre es siempre algo inexpugnable por la gran fuerza que tiene para arrastrar y atraer al alma hacia sí, dando lugar a una cierta apariencia de bondad, con la que se adquiere una manera de ser y una determinada propensión en virtud de dicho uso [23]. Y nada hay tan detestable para la naturaleza como el creer, merced a una costumbre arraigada, que es deseable algo que en realidad no es digno de estima.

Prueba de este aserto es el proceder de la humanidad, en la cual los infinitos pueblos que existen no se mueven todos por los mismos ideales, sino que en cada uno se tiene por bueno y honroso lo que la fuerza de la costumbre ha hecho que se desee y apetezca. Esta diversidad de criterios puede verse no sólo entre diversas naciones, de modo que las unas tienen por reprobable lo que las otras admiran, sino aun dentro de un mismo pueblo y aun dentro de una ciudad y de una familia podemos ver estas diferencias, nacidas de la diversidad de costumbres.

Vemos con frecuencia hermanos gemelos con diversos gustos en su vida, según sus costumbres peculiares. No hay para qué admirarse, ya que los hombres no tienen siempre idéntico criterio acerca de la misma cosa, sino que cada uno la considera a la luz de su modo de proceder. Para no citar ejemplos ajenos a nuestro propósito, recordaré que hemos conocido a muchos que desde sus más tiernos años aparecieron como amadores de la continencia, pero que un día bajaron el primer peldaño hacia una vida carnal, hacia esa participación de los placeres que aparece como legítima y permitida; mas luego, una vez hecha esta experiencia, dirigiendo toda la fuerza de sus apetitos hacia esas bajezas, como dijimos en el ejemplo del canal, y torciendo el rumbo de sus energías de la contemplación celestial hacia el barro de la tierra, dieron ancha salida a sus pasiones, y así dejaron de encauzar sus anhelos hacia lo alto y secaron aquellos sus deseos, confluyendo todo su impulso hacia la concupiscencia.

---

[23] Para entender este efecto de la costumbre debe recordarse la triple categoría psíquica establecida por los estoicos, y que pasó a los neoplatónicos, inspiradores de San Gregorio, a saber la ἕξις o hábito susceptible de aumento y disminución; la διάθεσις o disposición permanente, como la forma recta de una vara, y, finalmente, la σχέσις o manera de ser sin carácter de inamovilidad, que es la considerada aquí por el Niseno. (Cf. E. Elorduy, *Die Socialphilosophie der Stoa*, Leipzig 1936, pp. 106-116).

Por consiguiente, consideramos importantísimo que los menos firmes en este particular se refugien en la virginidad como en fortaleza inexpugnable; que no provoquen contra sí las pasiones siguiendo las máximas de la vida; que por ningún sentimiento de la carne se dejen enredar en esas liviandades que impugnan abiertamente la ley de nuestra razón, con lo que vengan a poner en peligro, no ya la delimitación de un precio o la pérdida de una hacienda o de alguna de esas otras cosas por las que se afanan los mortales, sino aquella esperanza que a todas precede.

Porque quien tiene vuelto su espíritu hacia las cosas de este mundo, quien dirige hacia ellas sus solicitudes, quien pone todo su corazón en agradar a los hombres, no podrá cumplir aquel primero y máximo mandamiento del Señor, por el que nos amonesta que le amemos con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas. Porque ¿cómo ha de amar a Dios con todo su corazón y con todas sus fuerzas el que orienta su alma, ora hacia Dios, ora hacia el mundo, y arrebatándole, en cierto modo, el amor a El sólo debido, lo agota en quereres mundanos?

El célibe tiene cuidado de las cosas de Dios; pero el casado se cuida de las del mundo. Y si parece trabajosa la lucha contra las pasiones, téngase ánimo y confianza. Pues para ayudar a este respecto no es pequeña la fuerza de la costumbre, la cual aun en los más recalcitrantes, cuando va unida a la perseverancia, llega a producir cierto placer; placer completamente honesto y puro, cuyo goce debe animar a cualquiera dotado de razón a entregarse a las grandezas verdaderas que exceden todo conocimiento, más bien que ocuparse en las humildes con mezquindad de alma.

X. Dificultad de percibir la belleza increada

¿Qué palabras bastarán para explicar la pérdida del que se ve privado de la verdadera belleza? ¿Qué ponderaciones emplearíamos para significarla? ¿Cómo podrá mostrarse o reducirse a compendio lo que no se puede expresar con palabras ni comprender con el entendimiento? Pues aun en el supuesto que alguno afinara la agudeza de su espíritu hasta llegar a intuir las maravillas que el Señor ha prometido en la bienaventuranza, tendría que confesar que no hay vocablo humano capaz de dar razón con exactitud de lo que había comprendido. Por otra parte, al que se halla encadenado por los afectos materiales y tiene obscurecida la mirada de su alma a causa de estar su inteligencia afectada por las pasiones como por una legaña, le resultará vana

e inútil la fuerza de cualquier razonamiento. Pues por lo que hace a los insensibilizados, lo mismo da disminuir con palabras los milagros que engrandecerlos con ponderaciones.

Resulta inútil y ociosa cualquier explicación verbal sobre las radiaciones luminosas del sol al que no las ha contemplado desde su nacimiento, pues no hay posibilidad de percibir los fenómenos luminosos por los oídos. Así también la luz verdadera e intelectual tiene necesidad de ojos adecuados a fin de poder percibir aquella belleza. Y quien por especial gracia y providencia divina llega a contemplarla, siente su mente llena de estupor ante lo que no puede expresarse por palabras; el que, por el contrario, no logra verla, no cae en la cuenta del daño que envuelve su privación. Siendo esto así, ¿cómo se podrá explicar a éste un bien que escapa a su inteligencia? ¿Cómo poner ante su vista lo que resulta para él invisible?

No aprendimos los vocablos que están destinados a significar aquella belleza. No hay en las cosas existentes un ejemplo de esto que tratamos, y es difícil ilustrarlo con una comparación. ¿Quién comparará al sol con una chispilla insignificante o parangonará una pequeña gota de agua con la inmensidad de las profundidades marinas? Ninguna comparación puede establecerse entre la gotilla y los abismos ni entre la potencia luminosa del sol y la pequeña chispilla. En esta relación está todo lo que los hombres tienen por admirable respecto a aquella belleza que descuella sobre todo lo bello por antonomasia y excede a todo lo bueno.

Por consiguiente, ¿qué agudeza de ingenio será capaz de mostrar lo abrumador de este daño al que lo sufre? Me parece que expuso el gran profeta David esta dificultad con toda evidencia. Pues, al sentir elevada su mente por el impulso del Espíritu Santo, y estando arrebatado como fuera de sí, logró la perfecta contemplación de aquella indescifrable e incomprensible belleza (la vió en efecto, como en absoluto podría acontecer a cualquier mortal desnudo de los atuendos corporales, al adentrarse con sólo el pensamiento en la contemplación de los seres incorpóreos, únicamente perceptibles por la facultad intelectiva); pero al querer manifestar de manera digna algo de lo que había visto, sólo pronunció aquellas palabras que todos conocemos: *Todo hombre es mentiroso* [24]; lo cual significa, según yo entiendo, que cualquier hombre que intente descubrir por medio de la palabra aquella luz inefable, por fuerza ha de resultar mentiroso, no porque odie la verdad, sino porque ha de hallarse impotente para declarar lo que tiene en la mente.

Los sentidos con solas sus fuerzas pueden admirar la

[24] Ps. 115, 11.

hermosura que se percibe por las vías sensitivas, y que se nos ofrece aquí abajo durante nuestra vida mortal, ora en los seres inanimados, ora en los cuerpos animados, puesto que en ambos se exterioriza con bellos colores; y aun pueden manifestarla y hacérsela participar a otros describiéndola por medio de la palabra, como si la presentasen pintada en un cuadro. Y es que la inteligencia no se siente en este caso incapaz para conocer la belleza del objeto que ha servido de ejemplar. Pero, en cambio, ¿cómo podrá la palabra humana poner ante los ojos aquello para cuya descripción no ha encontrado aún medio adecuado, o de lo que no puede declarar el color, ni la figura, ni la magnitud, ni la perfección de la forma, ni otro algún detalle de este género? Porque ¿cómo habrá nadie que pretenda conocer, valiéndose sólo de las cosas sensibles, lo que no puede verse ni tiene forma material, lo que es ajeno a toda medida y se halla muy lejos de todas aquellas cosas que se perciben mediante los sentidos del cuerpo?

Aunque no por esto debemos desesperar de satisfacer nuestros deseos de tal conocimiento, por mucho que parezca superar nuestras inteligencias; sino, por el contrario, cuanto más sublime sea el concepto que buscamos, tanto más debemos elevar nuestra mente y remontarnos juntamente con la grandeza de lo deseado, para no vernos privados por completo de la participación de dicho bien.

Existe peligro no pequeño de que, al afirmar la imposibilidad de nuestra inteligencia para alcanzar su comprensión por ser demasiado sublime e inefable, perdamos completamente su conocimiento. Es, por tanto, necesario, supuesta nuestra debilidad, dirigir nuestra inteligencia de las cosas conocidas por los sentidos a las invisibles. Tal ha de ser nuestra contemplación.

XI. Camino para llegar al conocimiento de la belleza y la luz divinas

Los que únicamente consideran las cosas por defuera y sin profundizar, cuando ven a un hombre o tropiezan con alguna cosa de las que aparecen al exterior, no se afanan por investigar más de lo que ven con los ojos. Al contemplar la forma física del cuerpo, piensan haber abarcado ya toda la constitución del hombre. Por el contrario, el que es por espíritu escrutador y avezado en las disciplinas científicas no se limita a considerar con los ojos la naturaleza de las cosas, no se contenta con lo tangible ni relega lo que no se ve al campo de lo que no existe, sino que indaga en ge-

neral y en particular la esencia del alma y las cualidades que brotan del cuerpo. Por medio de la razón va distinguiendo cada una de ellas, y de nuevo las considera en su común confluencia y en su mutua armonía para formar la naturaleza del cuerpo estudiado.

Así se procede también en la investigación de lo bello. Una inteligencia menos perfecta, al contemplar algo que viene con apariencia de hermosura, cree que aquello es bello por su propia naturaleza, en cuanto que halaga sus sentidos con la experiencia del placer, y no se preocupa ya más de esto. Pero el que tiene limpios los ojos del alma y puede penetrar estas cosas, prescindiendo de la materia que yace bajo la idea de lo bello, se sirve como de escalón de lo visto para subir a la contemplación de la belleza espiritual, por cuya participación todo lo demás es y se llama bello. Me parece difícil que, viviendo los hombres en tal embotamiento de espíritu, puedan discernir con la mente y distinguir entre la materia y la belleza, que la envuelve, y escudriñar la naturaleza de la hermosura en sí misma. Y si alguien quisiera investigar con diligencia la causa de nuestras apreciaciones equivocadas y malas, creo que no encontraría otra sino el que no tenemos acostumbrados los sentidos del espíritu al discernimiento de lo bello y de lo que no lo es.

Por eso los hombres, abandonando la búsqueda del bien verdadero, los unos se deslizaron hacia el amor carnal, los otros se hundieron con su ambición en la fría adquisición de las riquezas, otros pusieron su ideal en los honores, la gloria y el poderío. Ni faltan quienes ponen todo su afán en las artes y las ciencias; y los que son de nivel más bajo que éstos toman por criterio de lo bueno y lo malo al hambre y al estómago.

Los que, por el contrario, se han apartado de apreciaciones materiales y de apasionamientos por las cosas visibles, investigan la naturaleza de lo bello, que es simple, inmaterial y desposeído de toda figura; no yerran en la selección de las cosas deseables ni se dejan arrastrar por tales engaños hasta el punto de no ver lo deleznable del placer que producen y de no concebir un soberano desprecio por todas ellas.

Esta es, pues, la ruta que nos llevará al hallazgo de la belleza, menospreciando como vanas y efímeras cuantas hermosuras despiertan las concupiscencias de los hombres, todas esas cosas que se llaman bellas y que por lo mismo se reputan dignas de nuestra diligencia y aceptación. No dejemos que nuestra apetencia quede prendida de ellas; ni tampoco la encerremos dentro de nosotros mismos, tenién-

dola inerte e insatisfecha, sino que, purificándola de las concupiscencias rastreras, elevémosla hasta donde pueda llegar su capacidad perceptiva; en forma tal que el hombre no admire ni la hermosura del cielo, ni los fulgores de la luz, ni hermosura alguna visible, sino que por la belleza que acompaña a todas estas cosas sea arrastrado al anhelo de aquella belleza cuya gloria cantan los cielos y el firmamento y cuya noticia predica toda la creación. Pues, remontándose así el alma y menospreciando lo que abarca como muy inferior a lo que busca, podrá llegar a la contemplación de aquella majestad que se remonta por encima de los cielos.

Pero ¿cómo alcanzar lo sublime, si se tiene el corazón ocupado en lo rastrero? ¿Cómo volar hacia el cielo no estando dotado de alas celestiales o no hallándose elevado y sublimado con el trato de lo de allá arriba? ¿Quién es tan desconocedor de los misterios evangélicos, que ignore que no hay para el alma humana otro recurso, si quiere volar al cielo, sino el de asemejarse a aquella paloma cuyas alas deseaba para sí el santo profeta David? De esta forma acostumbra la Sagrada Escritura a llamar veladamente al Espíritu Santo, bien por hallarse esta ave exenta de hiel o bien por ser enemiga de la fetidez, como comentan los dedicados a estos estudios. Quien rehuye, por consiguiente, toda acidez y hedor de carne y se eleva sobre todas las cosas rastreras y terrenas, remontándose por encima de todo el mundo con las antedichas alas, ése hallará al que es digno de toda apetencia y se hará él mismo bello acercándose a la verdadera belleza, y, una vez llegado a ella, aparecerá brillante y esplendoroso por la participación de la luz verdadera.

Los frecuentes fuegos del cielo que se ven durante la noche, y a los que se llama estrellas fugaces, no son, según dicen los que esto estudian, sino aire, que por la fuerza de los vientos ha sido condensado en aquel lugar etéreo y que marca en el cielo su paso encendido por inflamarse en el éter. Pues así como este aire, que abraza toda la tierra, se hace luminoso por la fuerza del viento, transformando su naturaleza transparente en luminosa, de esta misma manera, el alma humana, al abandonar esta vida material y turbulenta, cuando, tornándose limpia por la fuerza del espíritu, se hace luminosa y queda transfundida por la verdadera pureza, gracias a ésta brilla también, y se llena de resplandores, y se hace luz según la promesa del Señor, que anunció que los justos habrían de brillar a semejanza del sol [25].

Esto mismo vemos realizarse sobre la tierra, en el es-

[25] Mt. 13, 43.

pejo, en el agua y en cualquiera otra materia que por su tersura es capaz de reflejar las imágenes. Pues al recibir cualquiera de estos objetos un rayo del sol, crea en sí mismo otro rayo, lo que no tendría lugar si la superficie pura y bruñida de aquel objeto estuviera inutilizada por alguna suciedad. De modo que o nosotros mismos nos elevaremos a lo alto y, abandonando las tinieblas terrenales, nos haremos luminosos, acercándonos a la verdadera luz de Cristo, o la luz verdadera que luce en las tinieblas descenderá hasta nosotros y nos haremos luz, como dice el Señor a sus discípulos [26], a no ser que la mancha de alguna maldad, extendida sobre nuestro corazón, destruya la gracia de nuestros resplandores.

Quizás este razonamiento sustentado en solos ejemplos nos ha conducido sin apenas percatarnos a la resolución de que debemos transformarnos en lo más sublime. Y se ha demostrado no ser posible de otro modo la unión del alma con el Dios incorruptible si no se le asemeja y no se hace completamente pura mediante la incorrupción; de modo que se coloque como un espejo ante la santidad divina, para que mediante esta imagen se haga semejante a ella, y así, gracias a esta participación y reflejo del arquetipo de la belleza, adquiera su misma forma.

Si alguno sabe abandonar todas las cosas humanas, como los cuerpos, las riquezas, el ansia por las ciencias y las artes y todo cuanto se tiene por digno de estima en las costumbres y en las leyes (pues en estas cosas en que juzgan los sentidos es fácil errar sobre la belleza), ese tal sólo tendrá por amable y apetecible aquello que no tiene su belleza recibida de lo exterior o la tiene sólo en algún momento o por referencia a otras cosas, sino que es bello por sí mismo, en sí mismo y gracias a sí mismo, que ni empezó a serlo nunca ni dejará nunca de serlo, sino que permanece siempre del mismo modo, sin posibilidad de aumento o disminución y sin estar expuesto a nuevos cambios y formas.

Por mi parte me atrevo a asegurar que a quien purificare todas las facultades de su alma de imágenes viciosas se le manifestará aquel único hermoso por naturaleza y que es causa de toda belleza y toda bondad.

Del mismo modo que el ojo limpio de legañas contempla claramente las estrellas brillantes en las lejanías del cielo, así también en el alma exenta de incorrupción surge la facultad de contemplar aquella luz divina. La verdadera virginidad y la diligencia en procurar la incorrupción nos conducen a la posibilidad de contemplar a Dios.

Nadie hay tan ciego de entendimiento que no llegue a

[26] Mt. 5, 14.

entender por sí mismo cómo propia, primaria y únicamente se hallan en Dios la hermosura, la bondad y la pureza de todo cuanto existe. Esto quizás nadie lo ignora; sin embargo, es conveniente investigar, en cuanto sea posible, cuál sea el método y camino que nos conduzca a descubrir aquella belleza. Llenas están las Sagradas Escrituras de tales instrucciones; muchos son los varones santísimos que muestran su vida a manera de una antorcha para iluminar a los que caminan según Dios. Puédense, por tanto, recoger de los Libros inspirados muchos testimonios en ambos Testamentos, y esto con gran abundancia, tanto en los profetas y en la ley como en las tradiciones evangélicas y apostólicas. He aquí las cosas que nosotros hemos podido comentar siguiendo las recomendaciones divinas.

XII. Origen culpable de nuestras pasiones y camino para recobrar la unión perdida con Dios

Es el hombre un ser vivo, inteligente y razonador, obra e imitación de la naturaleza divina e incorruptible. Y así en las narraciones de la creación se ha escrito acerca de él que *fué hecho a semejanza de Dios* [27]. Este ser viviente, el hombre, no tuvo en su comienzo como propio de su naturaleza el estar expuesto a las pasiones y a la muerte. No hubiera podido salvarse la verdad de su semejanza si hubiera llevado en sí una configuración opuesta a la belleza del modelo.

Pero tras la primera creación se introdujo en el hombre la fuerza de las pasiones, lo cual sobrevino de esta manera. Era imagen el hombre y semejanza, según se ha dicho, de aquella potestad rectora de todo lo existente, por lo que estaba en su libre determinación conservar la semejanza con aquella soberana majestad. No se hallaba esclavizado por ninguna fuerza exterior, sino que se movía por propia voluntad hacia lo que le parecía bien. Y como por su libertad escogiera lo que le agradaba, se dejó él voluntariamente llevar del engaño y se acarreó esta calamidad a que quedó sujeto todo lo humano, siendo así él mismo causante de su mal y no habiéndolo recibido impuesto por Dios.

Porque Dios no creó la muerte, sino que en cierta manera es el mismo hombre el causante de ella. La participación de la luz del sol es común a cuantos tienen la facultad de ver, pero puede cualquiera, cerrando los ojos, privarse de esta participación, no porque se retire el sol y desde allí

[27] Gen. 1, 27.

eche las tinieblas, sino porque el hombre, cerrando los párpados, pone un muro entre el ojo y los rayos; porque, obligada la fuerza visual por el cierre de los ojos a estar inactiva, es inevitable que toda la actividad de la vista se convierta en actividad de tinieblas, causada voluntariamente en el hombre por el cierre de sus párpados.

Es también como si alguno al edificarse una casa no abriese ningún paso a la luz para poder ver lo que hay dentro: necesariamente viviría entre tinieblas por haber cerrado voluntariamente la entrada a los rayos luminosos. Así el primer hombre terreno, o mejor, el que acarreó el mal al hombre, tenía por su propia naturaleza a mano el bien y la virtud por todas partes; pero voluntariamente acometió cosas contra su misma naturaleza, acarreándose la experiencia del mal al apartarse de la virtud por su propia elección. Porque en la naturaleza de los seres ningún mal hay que no sea por elección y que subsista en sí mismo, ya que toda obra de Dios es buena y nunca debe despreciarse. Cuantas son las cosas del Señor son buenas por demás. Pero desde que en la forma dicha irrumpió en la vida del hombre el hábito de pecar y una causa pequeña redundó en infinitos males humanos, aquella divina belleza del alma, que fuera modelada a imagen del primer ejemplar, quedó enroñecida por el mal, como hierro oxidado. Entonces ya no conservó la gracia de la semejanza que le era natural, sino toda se transformó según la fealdad del pecado.

He aquí lo que aconteció a aquella grandeza y excelencia, según se denomina al hombre en la Sagrada Escritura, al decaer de su dignidad. Como sucede a los que resbalan en un lodazal y desfiguran sus rostros con el barro, que resultan desconocidos para sus familiares, así también el que cae en la ciénaga del pecado pierde el ser imagen del Dios incorruptible y por el vicio se reviste de la imagen fangosa, la cual debe deponer, según el consejo de la razón, lavando con buenas obras, como con agua, su rostro, a fin de que, despojándose de la envoltura terrenal, aparezca de nuevo esplendorosa la imagen del alma.

Desposeerse de lo ajeno no es sino volver a lo propio y a lo de su naturaleza, lo que ciertamente no se puede conseguir a no ser que se haga tal cual al principio fué creado. No es obra nuestra ni realización de fuerza humana hacerse semejante a la divinidad, sino regalo de la magnanimidad divina, que ya en nuestra primera generación nos creó a su imagen y semejanza. Empero, es propio de la diligencia humana purificarse de las manchas acarreadas por el pecado y abrillantar aquella belleza, que estaba velada en el alma. Creo que el Señor enseña en el Evangelio este

mismo precepto, al decir a los que son capaces de entender la sabiduría que nos revela en el misterio: *El reino de Dios está dentro de vosotros*[28]; porque se significa, a mi modo de ver, en la Escritura, que no está el Bien divino deslindado de nuestra naturaleza ni lejos de aquellos que se deciden a indagarlo, sino que se halla en cada uno.

Mas en algunos es éste, sin embargo, desconocido, sí, y oculto mientras está como sofocado por los cuidados y placeres de la vida; pero que es de nuevo encontrado al volver hacia él nuestra reflexión. Y si es preciso confirmar nuestra aserción con otras razones, esto es lo que nos enseña el Señor en la búsqueda de la dracma perdida, donde nada se aprecian las otras, como si las demás virtudes, que El llamó dracmas, aun estando todas presentes, mientras falte aquélla, dejarán al alma desvalida. Y así manda que se encienda en primer lugar la lámpara de aceite, simbolizando quizás la razón, que ilumina las cosas ocultas; después quiere que cada uno en su casa, es decir, en sí mismo, busque la dracma perdida.

En la búsqueda de esta dracma conviene que implícitamente se entienda la imagen del sumo Rey, que no se perdió en su totalidad, sino se ocultó bajo el estiércol. Por estiércol, según creo, se debe interpretar la torpeza de la carne, de cuyas suciedades barrida y purgada el alma, mediante el cuidado de la vida, encuentra aquello que busca. Y en el hallazgo es justo que el alma misma que lo encontró se alegre y que las vecinas entren en la participación de la misma alegría. Porque, en realidad, todas las facultades, que moran en el alma, a las que hace poco llamó vecinas, cuando se descubra y resplandezca esta imagen del gran Rey que con la dracma significó el que desde un principio creó uno a uno nuestros corazones, se tornarán hacia aquella alegría y gozo divino, admirando la inefable hermosura de lo hallado. *Alegraos,* dice, *conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido*[29].

Las vecinas, esto es, las potencias, que habitan en el alma, regocijadas con el hallazgo de la dracma divina, a saber, la razón, las pasiones, el afecto regulador del dolor y la ira y cuantas facultades versan acerca del alma, todas ellas se reputan con justicia como amigas del alma, y es razonable que todas se alegren en el Señor cuando todas a una contemplan el bien y la virtud y obran a gloria de Dios, no siendo ya instrumentos de pecado.

Si es, por consiguiente, éste el modo de encontrar lo que se busca, a saber, la restauración a su inicial estado de la

[28] Lc. 17, 21.
[29] Lc. 15, 9.

imagen divina, obscurecida por las inmundicias de la carne, configurémonos según la primera manera de vivir que tuvo el primogénito de la creación. Y ¿cuál era su modo de ser? Desnudo, sin haberse todavía vestido con pieles de animales muertos, contemplaba la faz de Dios con plena confianza, no buscando la belleza mediante el gusto o la vista, sino deleitándose sólo en Dios, ayudado para ello por el auxilio que se le había otorgado, como se muestra en las Sagradas Letras. Ni conoció a Eva antes de ser expulsado del paraíso [30] y de ser ella castigada con la pena de los dolores del parto por el pecado que había cometido, víctima del engaño.

Así, pues, por el camino por donde fuimos arrojados del paraíso, castigados con nuestros primeros padres, por ese mismo podremos volver a la prístina felicidad si tratamos de hacer el recorrido inverso. Y ¿cuál es esta ruta? El placer, creado entonces por el fraude, tuvo su origen en la caída. Después la vergüenza y el miedo siguieron al placer, y, no atreviéndose a permanecer ante los ojos del Creador, se cubrieron con hojas y sombras; más tarde se vistieron con pieles de animales muertos. Y así fueron ambos enviados en exilio a esta tierra de enfermedades y trabajos, donde se ideó el matrimonio como un atenuante de la muerte.

Si, pues, hemos de estar dispuestos a morir aquí para unirnos con Cristo, es necesario comenzar de nuevo desde la última separación. Como los que se han alejado de la patria, cuando retornan otra vez a la región de donde salieron, abandonan primero aquel lugar al que habían llegado en último término, así, puesto que lo último que tuvo lugar al fin de la permanencia en la vida del paraíso fué el matrimonio, el presente raciocinio advierte a los que empiezan a liberarse para unirse a Cristo que han de comenzar abandonando ante todo el matrimonio, en calidad de último punto de morada; después han de desligarse de las miserias propias de esta tierra, en que fué establecido el hombre tras el pecado.

A continuación hemos de despojarnos de las envolturas de la carne y desnudarnos de las pieles de animales, esto es, de la prudencia de la carne; hemos de apartar de nosotros todas las vergüenzas ocultas, de modo que no vuelvan a esconderse tras la higuera de esta vida amarga, antes bien arrojemos las envolturas de las hojas efímeras de esta vida para ponernos en presencia de Dios nuestro Creador, evitando el engaño que nace del gusto y de la vista y no tomando por consejera a la serpiente venenosa, sino sólo

[30] Gen. 4, 1.

al precepto divino. Este consiste en adherirse al único bien, en despreciar el gusto de lo malo, como quiera que el comienzo de este cortejo de calamidades tuvo su origen ahí, en no haber querido ignorar el mal. Por eso fueron advertidos nuestros primeros padres de no juntar el conocimiento del mal con el de sus contrarios, sino que debían abstenerse de la ciencia del bien y del mal y gozar del bien puro, simple y sin mezcla de malicia. Con lo que, según pienso, no se significa otra cosa sino el estar siempre junto a Dios y gozar de este incesante y sempiterno deleite, y que no se comunica este goce a las cosas que arrastran hacia lo contrario. Y si es lícito hablar audazmente, diría que quizá este placer es como si alguno fuera de nuevo arrebatado de este mundo, que se asienta en la maldad, al paraíso, y viese lo que Pablo extasiado vió y oyó, lo que no puede expresarse, ni contemplarse, ni manifestarse con lengua humana [31].

XIII. La virginidad triunfa sobre el poder de la muerte

El paraíso es el domicilio de los vivientes y no recibe a los que están muertos por el pecado. Nosotros somos carnales y perecederos, vendidos como esclavos al pecado. ¿Cómo podrá haber lugar en la región de los vivos para el que está dominado por la muerte? ¿Qué medio o qué astucia podrá encontrarse para escapar a esta tiranía? Pues para esto es suficiente la doctrina evangélica. Más aún: hemos oído decir al Señor hablando con Nicodemo: *Lo que ha nacido de la carne, carne es, y lo que proviene del espíritu, es espíritu* [32].

Sabemos que la carne está sujeta a la muerte a consecuencia del pecado; pero el espíritu de Dios es inmortal, vivificante e incorruptible. Y así como en la generación carnal se crea necesariamente una fuerza que hace perecer lo engendrado, de la misma manera es claro que el Espíritu Santo infunde una fuerza vivificante en la obra por El producida. ¿Qué pretende con estas palabras? Que, apartándonos de la vida según la carne, cuya compañera inseparable es la muerte, busquemos un género de vida a la que no se siga tal desgracia. Y ésta es la vida de virginidad. La verdad de esta afirmación se hará más patente con unas pocas reflexiones más.

Todos conocen que la creación de los cuerpos mortales

---

[31] 2 Cor. 12, 2 s.
[32] Io. 3, 6.

es obra de la unión corporal, y que la cohabitación según el espíritu proporciona a los cónyuges la inmortalidad y la vida en lugar de la descendencia. Aquí encuadra perfectamente el dicho apostólico: *Se salvará por su descendencia la madre* [33], aquella madre que se goza en sus hijos, según cantó el Salmista, diciendo: *El que hace habitar en casa a la madre estéril regocijada con sus hijos* [34]. Se alegra en verdad la madre virgen, que concibe hijos inmortales por obra del espíritu, llamada estéril por el profeta a causa de su continencia.

Una vida tal es más estimable para todos cuantos tienen razón, pues posee un poder más fuerte que la muerte. La generación corporal de los hijos (y nadie lleve a mal estas palabras) es un comienzo de muerte más bien que de vida para los hombres, porque desde el momento en que son concebidos arranca la corrupción, sólo detenida por los continentes, que siguen la vida de virginidad e impiden avanzar la muerte en ellos mismos, estableciendo como una frontera entre la muerte y la vida para detenerla y prohibirle que pase más adelante. Pues si la muerte no puede vencer a la virginidad, sino que en ella se detiene y perece, se deduce con toda lógica que la castidad es más poderosa que la muerte. Por lo cual se llama rectamente incorruptible al cuerpo que no se esclaviza al servicio de esta vida perecedera ni se sujeta a ser instrumento de posteridad mortal.

De este modo, pues, se cortó el avance de aquel curso de corrupción y muerte que nunca se había detenido desde el primer hombre hasta que dió con la vida de continencia. No podía estar inactiva la muerte, siguiendo activa por el matrimonio la virtud generadora de los hombres, sino que, pasando por todas las anteriores generaciones y avanzando con todos los que llegaban a la vida, halló en la virginidad el tope de sus actividades, que no le es posible rebasar. Como en el caso de la Virgen Madre de Dios, la muerte, que venía reinando desde Adán, al venir sobre María se estrelló, como contra una piedra, contra el fruto y se deshizo en su derredor; así también se estrellará en cierta manera y se disolverá el poder de la muerte en toda alma que por la virginidad domina la vida carnal, no teniendo en quien clavar su aguijón.

El fuego es de tal naturaleza, que si no se le arroja leña, maleza, heno u otro cualquier combustible, no puede subsistir por sí mismo; así también el poder de la muerte no será eficaz si el matrimonio no le suministra materia combustible y no le prepara a manera de reos a los que

[33] 1 Tim. 2, 15.
[34] Ps. 112, 9.

hayan de morir. Si lo pones en duda, advierte dónde tienen su origen los nombres de cuantas calamidades sobrevienen por la muerte a los hombres, según se dijo ya al comienzo del tratado. Sin contraer matrimonio, ¿se daría el llorar la viudez, la orfandad y la pérdida de los hijos? Los goces tan esperados, las alegrías, los deleites y todo el cortejo de gustos que se ansían en el matrimonio acaban en tales dolores.

Puede admirarse en una espada la empuñadura, pulida, suave al tacto, brillante, llena de incrustaciones; pero el resto es hierro, instrumento de muerte, terrible ciertamente a la vista, pero más terrible aún cuando llega el caso de usarlo. Así son también las bodas. Como empuñadura embellecida con habilidosa orfebrería, presenta lo suave y superficial del placer al contacto de los sentidos, y en cuanto llega a las manos del que la utiliza, trae consigo inevitablemente la presencia del dolor, convertida en causa de lamentaciones y desgracias para los hombres.

El matrimonio es quien trae esos espectáculos tan tristes y lacrimosos: niños huérfanos en una edad prematura, expuestos a la rapiña de los poderosos, y que a veces, por su ignorancia del mal, sonríen en su misma desgracia. Y ¿quién es el causante de la viudez sino el matrimonio? Luego el apartarse de él lleva consigo una completa exención de estos tributos dolorosos. Y esto no sin razón. Pues donde se anula la sentencia condenatoria, impuesta desde un principio a los prevaricadores, ya no se multiplican los dolores de las madres, según está escrito, ni el dolor precede al nacimiento de los hombres; desaparece por el mismo hecho la miseria de esta vida y desaparecen también las lágrimas de los rostros, como dice el profeta [35]. No se concibe ya en iniquidad ni se da a luz en pecado. La generación ya no es obra de la sangre, ni de la voluntad de varón, ni de la voluntad de la carne, sino de solo Dios [36].

Y esto se realiza cuando recibe uno en lo más vivo del corazón la incorrupción del espíritu, y así da a luz la sabiduría, la justicia y, del mismo modo, la santidad y la redención. Cualquiera puede hacerse madre poseyendo todas estas cosas, como dice el Señor en cierto lugar: *Quien hace mi voluntad, éste es mi hermano, y mi hermana, y mi madre* [37]. Y ¿qué parte tiene la muerte en estos alumbramientos? Ciertamente que en ellos la muerte ha sido absorbida por la vida [38], y, por tanto, el estado virginal viene a ser

---

[35] Apoc. 7, 17; 21, 4.
[36] Io. 1, 13.
[37] Mt. 12, 50.
[38] 1 Cor. 15, 54.

una imagen de la bienaventuranza de aquel siglo venidero, llevando en sí mismo las insignias de los bienes que nos están reservados por la esperanza.

Se puede conocer la verdad de las cosas dichas examinando este mismo raciocinio. En primer lugar, el que muere una vez al pecado, vive ya sólo para Dios y no ofrece fruto alguno a la muerte, sino que, habiendo realizado, en cuanto está en su mano, la inmolación de la vida de la carne, aguarda solamente la esperanza bienaventurada y la manifestación del gran Dios, no poniendo obstáculo alguno, con generaciones intermedias, entre sí mismo y la venida del Señor. Además disfruta ya en la presente vida de lo que es más apetecible en los bienes de la resurrección. Pues si Dios promete a los justos para después de la resurrección una vida semejante a los ángeles y es propio de éstos vivir libres del matrimonio, puede decirse que aquéllos han recibido ya los frutos de esta promesa, estando inmergidos en los resplandores de los santos e imitando con la pureza de su vida la limpieza de los espíritus puros.

Ahora bien, si la virginidad es la que proporciona tantas y tales prerrogativas, ¿qué palabras expresarán dignamente gracia tan maravillosa? Y ¿qué otros bienes del alma podrán aparecer tan grandes y estimables que, comparados con ella, puedan igualarse a tan excelsa perfección?

PARTE II

Cualidades y virtudes que debe encerrar en sí la virginidad

XIV. Es necesario que la virginidad abrace todo el cuerpo y toda el alma

Ya que se nos ha descubierto la excelencia de este carisma, sería conveniente que entendiésemos también sus consecuencias. No es sencilla, como alguno pudiera creer, esta bella empresa de la virginidad, ni solamente reside en el cuerpo, sino que por la reflexión trasciende y llega a todas las buenas acciones del alma.

En efecto, el alma unida al verdadero Esposo mediante la virginidad no sólo se apartará de las inmundicias corporales, sino que, partiendo de ahí, emprenderá el conseguir la pureza y marchará del mismo modo y con la misma seguridad en todas las demás cosas, aunque atenta siempre, no sea que, por inclinarse su corazón más de lo conveniente, contraiga con la unión de alguna cosa mala un afecto por esta parte adulterino. Digo, por ejemplo, volviendo a repetir de nuevo la misma idea: el alma adherida a Dios para hacerse un espíritu con El, entablando una especie de pacto de vida común, de modo que a El sólo ame con todo su corazón y todas sus fuerzas, no se entregará a la fornicación, para no hacerse un solo cuerpo con ella, ni aceptará cosas contrarias a la salvación, ya que en el fondo es común el carácter de todas las impurezas [39], y si se manchare con una cualquiera de éstas, no tiene posibilidad para tornar a limpiarse por sí misma.

Puede comprobarse este pensamiento por medio de comparaciones. En un estanque permanece el agua lisa e inmóvil a no ser que una perturbación proveniente de fuera agite la tersura de su superficie; pero, si cae una piedra en el estanque, toda su masa se mueve con la parte turbada. La piedra se sumerge por su peso hasta el fondo, y en su derredor se levantan ondas en anillos circulares y se elevan hasta las capas superiores del agua, impulsadas por

[39] El texto griego aparece corrompido en este pasaje.

aquel movimiento central, de modo que toda la superficie del estanque aperece turbada, alborotándose a una con la parte inferior. Así la tranquilidad y el reposo del espíritu quedan sacudidos por entero desde el momento en que una sola de las pasiones le invade, sintiendo así toda el alma el daño de una de sus partes.

Declaran los que han estudiado estas materias que no están las virtudes desarticuladas entre sí, y que no es posible comprender exactamente la razón de una de ellas sin encontrarse juntamente con las restantes; antes bien, al nacer una cualquiera de las virtudes vienen necesariamente a acompañarla todas las demás. Por consiguiente, también al contrario, el vicio en alguna acción nuestra se extiende a toda la vida virtuosa, siendo así como dice el Apóstol: el todo queda afectado con las partes, pues si padece un miembro, conduélese todo el cuerpo, y si un miembro es alabado, todos juntamente se alegran [40].

XV. Cualquier mancha es un peligro para la virginidad

En nuestra vida son innumerables los senderos que conducen al pecado, y de muchas maneras nos significa esto la Sagrada Escritura. Porque *son muchos,* dice, *los que me persiguen y me atribulan* [41] y *muchos los que me combaten desde lo alto* [42], y lo mismo declara en otros textos semejantes.

Así que quizás se podría con propiedad decir que son muchos los que nos atacan con espíritu adúltero, pretendiendo corromper este matrimonio verdaderamente noble y este tálamo inmaculado. Y si queremos enumerar con su propio nombre a los tales, adúltera es la ira, adúltera la avaricia, adúlteras la envidia, la venganza, la enemistad, la celotipia, el odio; todas las cosas, en fin, que el Apóstol enumera como contrarias a la sana doctrina, constituyen un catálogo de adúlteros.

Supongamos, pues, una mujer hermosa y apasionante, a quien por sus prerrogativas toma el rey por esposa. Unos libidinosos le ponen asechanzas por su belleza. Mientras desdeñe a cuantos la acechan para corromperla y descubra el enredo a su legítimo esposo, se conservará honrada y solamente servirá a un esposo, sin conceder lugar ninguno a las torpes aspiraciones de los lascivos. Pero, si consiente con uno

---

[40] 1 Cor. 12, 26.
[41] Ps. 118, 57.
[42] Ps. 3, 2.

sólo de los solicitadores, no la librará del castigo la continencia que guarde con los demás. Para ser condenada basta la profanación del tálamo por parte de uno. Así el alma que vive para Dios no tiene que deleitarse en nada que engañosamente se le presente como hermoso, ya que, si mancha su corazón con algún deseo vicioso, pierde los derechos al matrimonio espiritual; y, como se dice en la Escritura, *en el alma maliciosa no entrará la sabiduría* [43].

Por el mismo motivo podremos decir con toda verdad que en el alma llena de ira, o de envidia, o de otro afecto semejante, no puede habitar el buen Esposo. Pues ¿qué reflexión armonizará lo que por su naturaleza es opuesto e irreconciliable? Oye al Apóstol, que asegura no poder compaginarse la luz con las tinieblas ni la justicia con la injusticia [44], y para decirlo brevemente, ninguno de los nombres que se aplican a Dios para la diferenciación de sus atributos con cuantas propiedades malas se pueden pensar contrarias a El. Luego si es imposible la fusión de objetos desemejantes entre sí, también el alma enredada en el vicio es incapaz y refractaria para recibir la comunicación del bien.

¿Qué nos enseña todo esto? Que la virgen prudente y sensata debe abstenerse en absoluto de toda pasión que en alguna manera mancille el alma, y conservarse a sí misma pura para el Esposo, que la ha adoptado sin la menor mancha ni arruga ni cosa semejante.

XVI. Debe la virgen huir los extremos y juntar la sencillez con la prudencia

Uno es, en verdad, el camino, angosto y trillado, camino que no admite desviaciones a ninguno de los dos lados y ofrece al que se aparta de él, en cualquier sentido, el mismo peligro de caer. Y si esto es así, preciso es enderezar la conducta de muchos, que, si batallan con bizarría en contra de los placeres más vergonzosos por un lado, por otro van a caza del deleite encerrado en los honores y en la ambición.

Se asemejan los tales con su conducta a un siervo que, deseando alcanzar la libertad, no pusiera diligencia en sacudir su esclavitud, sino que cambiase de dueño, poniendo la libertad en la continua diversidad de los amos. Porque todos son de igual manera esclavos mientras haya alguna

[43] Sap. 1, 4.
[44] 2 Cor. 6, 14.

fuerza que los tenga sojuzgados con poder tiránico, aunque no los dominen unos mismos dueños. Los hay también, a su vez, que en esta ruda lucha contra los placeres se muestran bravos combatientes contra el enemigo, pero en el curso normal de la vida ordinaria fácilmente son sorprendidos y con dificultad salen sin daño en los dolores, en las perturbaciones del alma, en los deseos de venganza y en cuantas pasiones son contrarias a la del placer. Y esto sucede cuando no es la razón conforme a virtud, sino alguna pasión la que rige el curso de la vida.

Claro es por demás el precepto del Señor [45], y tal que ilumina aun los ojos de los niños balbucientes: *Es bueno,* dice, *adherirse a sólo Dios* [46]. Puesto que Dios no es dolor, ni placer, ni temor, ni audacia, ni miedo, ni ira, ni pasión alguna semejante, que tiranice al alma inculta, sino es sabiduría pura, como dice el Apóstol; es santidad, verdad, alegría, paz y todas las cosas de este género [47]. ¿Y cómo puede estar adherido a quien es todas estas cosas el que está dominado por las contrarias? [48] ¿No será, acaso, un contrasentido que quien se esfuerza por no estar sometido a una de estas pasiones tome por virtud a la contraria? Por ejemplo: huir el placer y dejarse dominar por la tristeza, esquivar la audacia y la temeridad y juntamente amilanarse con el miedo, o luchar por no sucumbir a la ira y quedar sobrecogido por el temor.

¿Qué más da descaecer de la virtud en un sentido o en otro, o mejor dicho, apartarse de Dios, que es la virtud absoluta? Porque tampoco en las enfermedades corporales dirá nadie que hay gran diferencia en que se pierda la salud por excesiva hambre o por inmoderada hartura, siendo en ambos casos uno mismo el término de aquellos extremos. En consecuencia, quien tiene cuidado de la vida y la salud del alma, mantendráse dentro de la línea media de la verdad, permaneciendo sin mezclarse ni tomar parte en los contrarios, que por ambos lados acechan a la virtud. No es mía esta sentencia, sino voz divina.

Evidentemente pertenece este precepto a la doctrina del Señor, cuando instruye a sus discípulos para que, cuando se encuentren como ovejas en medio de lobos, no sean sólo palomas, sino lleven también algo de la naturaleza de las serpientes. Esto significa no extremar hasta el cabo la sencillez, que agrada a los hombres, pues tal actitud estaría rayana con la locura; ni tampoco creer que la habilidad

---

[45] Ps. 18, 9.
[46] Ps. 72, 28.
[47] 1 Cor. 1, 30.
[48] Rom. 14, 17.

y astucia, alabada de los más, es virtud pura y no ha de ser templada con sus contrarias; sino que es preciso combinar una conducta moderada con la mezcla de ambos extremos, quitando de un lado la irreflexión y de otro la prudencia para el mal, de manera que de ambos extremos resulte una obra perfecta, constituída por la sencillez del alma y la prudencia del espíritu; porque *sed,* dice, *prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas*[49].

XVII. Todas las fuerzas del alma han de estar orientadas hacia la virtud

Lo dicho por el Señor en el último texto citado es precepto común a todos los estados de vida, pero en especial para los que sirven a Dios en virginidad, de modo que, fijando sus ojos en la conducta recta, no sólo se guarden de todos sus contrarios, sino que espiguen además lo bueno de todas partes y así doten a su vida de sólida seguridad.

No expondrá el soldado a peligro todo el cuerpo dejándolo al descubierto por defender con sus armas una sola parte de él. Porque ¿de qué le serviría tener una parte bien guarecida, si en la desnuda recibe una herida mortal? Y ¿quién llamará hermoso al hombre a quien por un accidente se le amputó alguno de los miembros que contribuyen a la belleza del aspecto? La deformidad producida por la parte cortada disminuye la gracia de lo demás.

Ahora bien, si cae en ridículo, como se dice en el Evangelio, el que, habiendo comenzado a levantar una torre y puesto todo su empeño en echar los fundamentos, no termina su obra[50], ¿qué otra cosa debemos aprender de esta parábola, sino que, una vez propuesta alguna cosa elevada, hay que apresurarse a concluirla, llevando a cabo la obra de Dios en las diversas construcciones de los mandamientos? No es una sola piedra todo el edificio de la torre, ni conduce un solo precepto al grado de perfección buscado, sino que ante todo es menester echar los cimientos y edificar sobre oro y piedras preciosas, como dice el Apóstol[51]. Así se denomina la obra de los mandamientos, según dijo el profeta: *He amado tus preceptos mucho más que el oro y las piedras preciosas*[52].

Póngase, por tanto, como fundamento para una vida virtuosa el ideal de la virginidad, y edifíquense sobre esta

[49] Mt. 10, 16.
[50] Lc. 14, 28 s.
[51] 1 Cor. 3, 12.
[52] Ps. 118, 127

piedra angular todas las construcciones de la virtud. Pero aun creyendo que esta decisión es muy honorable y conveniente a Dios, como ciertamente lo es y se cree, sin embargo, si no concuerda con este buen propósito toda la vida o se manchan otras partes del alma con algún desorden, tal conducta recuerda los zarcillos de oro puestos en el hocico de los cerdos o la margarita preciosa hollada por las patas de los puercos. Y basta sobre este particular.

XVIII. Virtudes principales propias de la virginidad

Y si alguno juzga improcedente el aplicar las normas de vida de unos a otros, instrúyase acerca de este precepto con la consideración de sus enseres domésticos. No me parece que un padre de familia sufrirá que se vean cosas inconvenientes o vergonzosas en su casa, como los lechos sin arreglar, la mesa rebosante de suciedad, la vajilla preciosa arrojada en el lugar de la basura, o, por el contrario, lo concerniente a servicios menos dignos colocado a la vista de los visitantes; sino que después de distribuirlo todo según una disposición digna y un orden conveniente, colocada en su sitio debido cada una de las cosas, recibe confiadamente a sus huéspedes, sin experimentar vergüenza alguna aun cuando todo se ponga de manifiesto, como quien conoce el arreglo de la casa.

Del mismo modo ha de conducirse el dueño y administrador de nuestra morada, quiero decir de nuestra mente, distribuyendo todo en nosotros, y usando de modo apto, para el bien, de cada una de las potencias del alma que en lugar de instrumentos y utensilios nos ha proporcionado el sumo Artífice de nuestra naturaleza.

Esperando que no se me tache de frivolidad y charlatanería en el tratado, voy a explicar punto por punto cómo ha de emplear cada cual los bienes recibidos para administrar su vida en orden a hacerla útil. Digo, pues, ser necesario tener un anhelo depositado en el fondo más puro del alma, como quien reserva para el Señor una ofrenda votiva o primicias de los bienes personales y guarda lo consagrado intacto, íntegro e incontaminado de cualquier impureza de la vida. Y que el ímpetu, la ira y el odio permanezcan, como perros guardianes de una puerta, vigilantes, sólo contra los ataques del pecado, dispuestos a utilizar los recursos de la naturaleza contra el ladrón y el enemigo, que se introducen furtivamente para arruinar el tesoro divino y se lanzan al robo, al asesinato y al exterminio.

Es menester también armarse de audacia y de virilidad, como de armas arrojadizas, para no aterrorizarse ante cualquier suceso temeroso que ocurra o ante las agresiones provenientes de los impíos; antes bien apoyarse en la esperanza y la paciencia, como en un bastón, cuando se sienta el agobio de las tentaciones; y si aconteciere esto con ocasión de hacer penitencia por los pecados, aprovecharse entonces del dolor, ya que éste no es útil en otras ocasiones, sino únicamente para los efectos de la penitencia.

La justicia será para estas cosas la norma de rectitud, que nos enseñe la limpieza de pecado en las palabras y las obras y nos indique cómo hay que disponer las potencias del alma y qué es lo que ha de adjudicarse a cada una según su propio valor.

Después, si se añadiese al anhelo de Dios esa ansia de aspirar siempre a más que se encierra grande y sin medida en cada una de las almas, serían éstas felicísimas en ese su deseo de obtener más por emplear el esfuerzo allí donde es laudable emplearlo. Y teniendo a la sabiduría y la prudencia como consultoras y administradoras de la vida, no se vendría a caer jamás en el engaño o en la necedad.

Por el contrario, si alguno no ejercita las virtudes enumeradas según su propia naturaleza, sino que las dirige a lo que le conviene y orienta su apetito a cosas torpes, cargándose de odio contra sus semejantes; o si ama la iniquidad, mostrándose duro con sus allegados, atreviéndose a necedades o esperando cosas vanas, ese tal, habiendo despedido de su compañía a la sabiduría y la prudencia, se quedará con la gula y la intemperancia como compañeras. Y si procede del mismo modo con las demás virtudes, será un necio y un monstruo, cuya deformidad no hay quien pueda declarar en términos apropiados.

Como si uno, armado sin tino ni concierto, bajara el casco para esconder el rostro e inclinase hacia atrás la cimera, metiese los pies en la coraza, se aplicase las grebas al pecho y, tomando en la derecha lo que es de la izquierda, se vistiese la parte de la armadura derecha por la izquierda; pues lo que es verosímil tuviera que padecer ese soldado, eso mismo tendrá que padecer en la vida el que embrolla los conocimientos y trastrueca el uso de las facultades del alma.

Por consiguiente, hemos de procurar en todo esto la justa proporción, que brota en nuestras almas gracias a la templanza. Y si hemos de estudiar la perfecta definición de esta última virtud, quizás pueda definirse con propiedad como una organización bien ordenada de todos los movimientos del alma, junto con la sabiduría y la prudencia. Esta ordenación del alma no necesitará de trabajo ni fatiga alguna

para elevarse a lo sublime y celeste, sino que con suma facilidad adquirirá gradualmente por sus propias fuerzas lo que parecía difícil, llegando así a poseer lo que buscaba con la eliminación de sus contrarios. Quien está fuera de las tinieblas, por necesidad se halla en la luz, y quien no ha muerto, sin duda vive. Y en verdad que quien no haya recibido en vano su alma, se encontrará de lleno en el camino de la verdad, pues la prudencia y la sabiduría, para no declinar del camino, son como un guía diligente de la ruta verdadera.

Los esclavos recién libertados, cesando de servir ya a sus señores y hechos dueños de sí mismos, dirigen toda su diligencia a sus propias personas. Así creo yo que el alma, emancipada de su esclavitud para con el cuerpo, se ocupará en el conocimiento de aquellas actividades que le son propias y naturales. Porque la libertad consiste, como aprendimos del Apóstol, en no quedar uno uncido al yugo de la esclavitud ni quedar preso en los grillos del matrimonio como siervo fugitivo y malvado.

Mi disertación retorna ahora de nuevo a su punto de origen, porque la perfección de la libertad no está tan sólo en abstenerse del matrimonio (nadie estime tan exiguo y de escaso valor el estado de virginidad, que piense cumplir con esta empresa reprimiendo un poco la carne), sino que, como todo el que comete un pecado se hace siervo del pecado [53], así la inclinación hacia el mal que hay en todas las acciones y costumbres del hombre lo reduce a servidumbre y lo estigmatiza, llagando su carne con cicatrices y quemaduras mediante el pecado. Por tanto, quien desee alcanzar este ideal elevado de la virginidad debe hacerse semejante a sí mismo en todo y mostrar suma pureza siempre en las actuaciones de su vida.

Si se cree necesario defender este pensamiento con palabras del Espíritu Santo, baste para confirmación de nuestra verdad aquella misma sentencia del Evangelio que nos enseña algo semejante por medio de una parábola y comparación [54]. El arte de la pesca consiste en separar los peces buenos e idóneos para el alimento, de los malos y nocivos, no sea que cayendo en el cesto alguno de estos últimos inutilice el goce de los pescados sanos. Este mismo es el cometido de la verdadera templanza: escoger de todos los géneros de vida lo que es útil y puro, arrojar de sí lo contrario como inútil, relegándolo a la vida vulgar y mundana, llamada metafóricamente mar en las parábolas.

El Salmista, maestro de predicación, exhortándonos en uno de sus salmos, aplica a esta vida caduca, dolorosa y

[53] Io. 8, 34.
[54] Mt. 13, 47 s.

turbulenta los nombres de ola que invade el alma, abismo oceánico y tempestad [55]. Vida en la que todo pensamiento se trastorna y que, como una piedra, se sumerge en el mar a semejanza de los egipcios [56]. En cambio, lo que es grato a Dios y capaz de contemplar la verdad, aquello a que la historia dió el nombre de Israel, eso es lo único que atraviesa el mar desecado sin tropezar con ninguna de las amarguras y hieles de los acontecimientos humanos. Así sucede sirviendo de guía la ley.

Moisés era, pues, el símbolo de la ley. El pueblo judío pasó el mar a pie enjuto, y el egipcio al franquearlo se sumergió en él. Cada uno según su disposición: el uno lo atravesó ligero, el otro fué arrastrado al fondo. Virtud es, por consiguiente, una cierta acción ligera y que se remonta hacia arriba. Porque todos los que viven según las normas de la virtud, vuelan cual nubecillas, según dice Isaías [57], y se elevan como palomas con sus polluelos. El pecado, en cambio, es pesado y, como dice uno de los profetas, asiéntase sobre platillos de balanza de plomo [58].

Con todo, si alguno cree violenta y poco apropiada la explicación de este pasaje histórico y no admite haber sido consignado el hecho milagroso del paso del mar con vistas a nuestra utilidad, escuche al Apóstol: *Lo que a ellos les sucedió tuvo lugar en figura y se escribió para enseñanza nuestra* [59].

XIX. Principios, descendencia y matrimonio espiritual de la virginidad

Ofrécenos oportunidad de reflexionar sobre esta materia la profetisa María, manejando después del paso del mar a pie enjuto el tímpano resonante y dirigiendo el coro de mujeres [60]; porque quizás en este pasaje, bajo el símbolo del tímpano, parecen significar las divinas Letras la virginidad profesada primeramente por aquella María, en cuya persona creo ver prefigurada a María, la Madre de Dios. El tímpano, que tiene el parche purgado de toda humedad y resecado por completo, emite sonidos vibrantes, así como también la virginidad permanece espléndida y resonante si no recibe en sí nada de la humedad terrena de esta vida. Y si

[55] Ps. 68, 16.
[56] Ex. 14, 21-23.
[57] Is. 60, 8.
[58] Zach. 5, 7.
[59] Rom. 15, 4.
[60] Ex. 15, 20.

era cuerpo muerto el tímpano que María manejaba y cuerpo muerto es la virginidad, no es descaminado conjeturar que aquella profetisa era virgen.

Hasta ahora hemos admitido por meras conjeturas y suposiciones, no por demostraciones apodícticas, el que María capitaneaba aquel grupo de vírgenes; pero muchos de los doctos han declarado abiertamente la verdad de su celibato, por el mero hecho de no mencionarse en parte alguna ni su matrimonio, ni su maternidad. De otro modo no hubiera sido nombrada ni conocida por el nombre de su hermano Aarón, sino por el de su esposo, caso de tenerlo, puesto que no es el hermano la cabeza de la mujer, sino su marido.

Aun a los que miraban como bendición del cielo el tener descendencia (y esto era lo normal) les parecía carisma honroso el de la virginidad cuando en alguien se daba. Pues ¿cómo será razón sintamos acerca de ella nosotros, los que no entendemos según la carne las bendiciones divinas?

Quedó bien claro por la palabra de Dios en qué ocasiones era bueno concebir y dar a luz y qué género de descendencia prolífica solían esperar los santos de Dios. El profeta Isaías y el divino Apóstol lo manifestaron clara y sabiamente: uno con estas palabras: *Por tu temor, Señor, concebimos en nuestro seno* [61], y el otro, jactándose de más descendencia que nadie, como si hubiera engendrado ciudades íntegras y naciones, no sólo dando a luz con sus propios dolores a los corintios y a los gálatas y plasmándolos en el Señor, sino llenando toda la tierra, desde los aledaños de Jerusalén hasta los confines de la Iliria, con los hijos que había engendrado en Cristo por virtud del Espíritu Santo [62]. También se ensalza en el Evangelio como bienaventurado el vientre de la Santísima Virgen por haber servido a un parto inmaculado, ya que ni el parto violó la virginidad ni la virginidad fué obstáculo a este alumbramiento. Pues donde se engendra espíritu de salvación, como dice Isaías, están totalmente de más los deseos de la carne.

También hay en el Apóstol alguna palabra referente a esto, cuando dice que en cada uno de nosotros hay un doble hombre [63], el uno visible al exterior y que por su naturaleza se ha de corromper, el otro que se siente estar escondido en el fondo del corazón y capaz de sucesivas renovaciones. Ahora bien, si es verdadera esta sentencia (y sin duda lo es, por la misma verdad que en ella habla), no será descabellado pensar en la existencia de un doble matrimonio mutuo y correspondiente a cada una de las personalidades que en nos-

---

[61] Is. 26, 18.
[62] Rom. 15, 19.
[63] 2 Cor. 4, 16.

otros se dan. Y quizás quien osara decir que la virginidad corporal es como aliada y paraninfo del matrimonio interno y espiritual no andaría muy lejos de la verdad.

XX. No se puede servir al placer y a la sabiduría ni contraer juntamente el matrimonio corporal y el espiritual

Como no es posible emplear a un mismo tiempo nuestra actividad manual en dos oficios distintos: ser agricultor y marinero, ser orfebre y constructor, antes quien ha de consagrarse con perfección a uno de ellos ha de retirarse necesariamente del otro, así, al proponérsenos dos matrimonios, el primero de los cuales se consuma con la carne y el segundo con el espíritu, la diligencia puesta en el uno trae inevitablemente el apartamiento del otro.

Tampoco el ojo puede mirar a un mismo tiempo a dos objetos, a no ser que por separado se dirija hacia cada uno de ellos; ni la lengua sirve indistintamente a diversos idiomas, pronunciando a un mismo tiempo vocablos griegos y hebreos; ni el oído percibirá a la par el sentido de las cosas y las palabras explicativas; porque los sonidos diferentes, si se escuchan sucesivamente, infunden en el alma el significado de las cosas oídas; pero si resuenan en torno a los oídos mezclados todos a un tiempo, cáusase en la mente una confusión ininteligible, amontónanse los significados unos sobre otros. Por la misma razón también, nuestras apetencias no pueden, por su naturaleza, a un mismo tiempo servir a los placeres corporales y realizar el matrimonio espiritual.

No se llega a la consecución de ambas metas por el empleo de los mismos medios. Porque del uno es paraninfo la continencia, la mortificación del cuerpo y el desprecio de todo lo carnal, mientras que del matrimonio corpóreo es paraninfo todo lo contrario. Pues bien, así como, presentándose a elección dos señores, supuesto que es imposible ser súbdito de ambos a un mismo tiempo, todo hombre sensato escoge al que más le conviene, así también, presentándose a elección dos desposorios, ya que no es posible abrazar los dos (pues el célibe se cuida de los intereses de Dios y el casado pone su cuidado en los del mundo), juzgo de hombres sensatos no errar en la elección de lo que les conviene ni desconocer el camino que a ello conduce, camino que no es fácil entender sino por una analogía.

Quien no desea aparecer humillado en el matrimonio de la carne, hace gran aprecio de su complexión corporal, de la belleza correspondiente, de la abundancia de riquezas y de

que nada mancille su nombre ni en su vida ni en su estirpe; pues así es como mejor obtendrá sus propósitos. Del mismo modo, el que intenta contraer el matrimonio espiritual ha de mostrarse en primer lugar joven y alejado de cualquier señal de senectud por el renovamiento del espíritu y además aparecer rico por herencia de familia, haciendo gran caudal de las riquezas; pero no enorgullecido con bienes de la tierra, sino rebosante de tesoros celestiales. No se desvivirá por poseer aquella dignidad de linaje que, obtenida por mera casualidad, poseen muchos entre los más viciosos, sino la que se alcanza con el trabajo y la diligencia de las obras irreprensibles, la cual sólo pueden acrecentar, por medio de sus obras luminosas, los hijos de Dios y de la luz y los bien nacidos en toda la tierra desde el lejano oriente. Engendrará en sí la fortaleza y una buena constitución corporal, no por el ejercicio deportivo ni por la sobrealimentación de la carne, sino al contrario, perfeccionando la fuerza del espíritu por el ascetismo del cuerpo.

Sé muy bien que los regalos esponsalicios de este matrimonio no consisten en riquezas corruptibles, sino que se integran con los caudales propios del alma. Si quieres conocer los nombres de estas donaciones, escucha a Pablo, excelente paraninfo, que, disertando acerca de ciertos ricos, que se han visto abundantes en muchas cosas [64], entre otros grandes y múltiples dones, dice, *en castidad* [65]. Además, todos aquellos frutos del espíritu que en otra parte se enumeran son dones de este matrimonio. Y quien esté dispuesto a seguir a Salomón, tomando como compañera de casa y de vida a la verdadera sabiduría (de la que se dice: *Amala y te custodiará, hónrala para que te abrace* [66]), por la dignidad de este anhelo se revestirá con la estola inmaculada, para que, al celebrar esta fiesta junto con los que en ella se regocijan, no sea arrojado fuera, siendo apartado de los dignos de participar en la fiesta, por no estar cubierto con la túnica nupcial.

Es manifiesto que asiste la misma razón a hombres y a mujeres respecto al deseo de estos divinos consorcios, pues, como dice el Apóstol, *no hay ni hembra ni varón, sino que todos y en todos Cristo* [67]. Con todo fundamento, por tanto, el amante de la sabiduría tiene como ideal inspirado de sus apetencias la verdadera sabiduría; y el alma que se une con el Esposo inmortal posee el amor de la verdadera sabiduría,

---

[64] Cf. 1 Cor. 1, 5; 4, 8; 2 Cor. 8, 9.
[65] 2 Cor. 6, 6.
[66] Prov. 4, 6.
[67] Col. 3, 11.

que es Dios. Así, pues, con lo dicho ha quedado suficientemente esclarecido en qué consista el matrimonio espiritual y hacia qué blanco deba dirigirse este amor puro y celeste.

XXI. Modo y uso que ha de guardarse en el placer

Siendo manifiesto que nadie puede acercarse a la pureza de Dios sin hacerse antes él mismo puro, es necesario apartarse del placer mediante un muro elevado y fuerte, no sea que por el acercamiento al deleite se manche la limpieza del corazón. Una muralla firme es la hostilidad completa contra todo lo que llevan a cabo los afectos. Porque aunque el placer es uno por naturaleza, como dicen los doctores, pero se infunde a través de los sentidos en los voluptuosos, como el agua, que manando de una sola fuente se derrama por varios riachuelos.

Por tanto, el que se deja dominar por aquel único placer engendrado por los sentidos, ese tal ha recibido una herida en el corazón. Como nos dice la voz de Dios, quien satisface su concupiscencia con los ojos, recibe una mancha en su corazón [68]. Creo que lo dicho allí por el Señor de un sentido puede aplicarse a todos, de modo que muy bien podemos decir, glosando las palabras divinas: "El que oye algo por concupiscencia, el que toca, el que emplea en deshonestidades cualquiera de sus potencias, ha pecado en su corazón".

En consecuencia, para que no suceda esto hay que poner en práctica aquella regla útil para la vida según la prudencia: "No entregar nuestro espíritu a cosa alguna en que se mezcle el cebo del placer". Y sobre todo hay que tener especial cuidado con el placer del gusto, que es el más íntimo en cierto modo y como la madre de todos los vicios. Porque los deleites de la comida y bebida excesivos producen en el cuerpo la necesidad de colmarse con males indeseables y son causa de muchas de las enfermedades que aquejan a la humanidad.

Para conservar, pues, nuestro cuerpo sereno en sumo grado, sin que sea perturbado por todo ese cortejo de desgracias, hemos de llevar un género de vida continente, señalando a los goces su modo y medida, limitándolos según la conciencia y no según el placer. Y aunque muchas veces la utilidad y el deleite se entremezclan (porque la indigencia de algo todo lo suaviza, dulcificando con la vehemencia del deseo lo pretextado por la necesidad), no debe rechazarse lo conveniente por el placer que lo acompaña, ni tampoco

[68] Mt. 5, 28.

buscar el deleite como la cosa principal, sino tomar lo que es útil en todas las cosas, sin prestar atención al goce de los sentidos.

XXII. Armonía de las virtudes opuestas y moderación en la abstinencia

Contemplamos cada año a los labradores separar con habilidad la paja que está mezclada con el trigo, para poder aprovechar cada cosa en orden a su fin: el trigo como alimento y la paja para el fuego y el consumo de los animales. Pues, asimismo, el que practica la templanza, separando también la utilidad del placer, como el trigo de la paja, arroja el placer a los irracionales, cuyo final ha de ser el fuego, como dice el Apóstol [69], y con agradecimiento aprovecha lo útil conforme a su necesidad.

Son muchos los que, cayendo en el otro extremo de la inmoderación, por una severidad nimia, sin darse cuenta se esforzaron por alcanzar lo contrario de lo que ellos mismos deseaban, y, apartando su alma, por otro camino, de los bienes elevados y celestiales, se sumergieron en preocupaciones y cuidados rastreros, entregando su corazón a inquietudes corporales, hasta el punto de no poder ya levantar con libertad sus espíritus a lo alto ni mirar hacia arriba, sino que se deslizaron a lo que aflige y mortifica la carne. Bueno será poner también cuidado en esto y conservar por igual la moderación entre ambos excesos. No enterrar al espíritu bajo la obesidad de la carne, ni tampoco a su vez, por debilidades adquiridas, hacer al espíritu débil y escuálido, sin tener posibilidad para los trabajos corporales.

Traigamos a la memoria el sabio mandato que prohibe igualmente declinar a la diestra o a la siniestra. Oí decir a cierto médico, que disertaba sobre su ciencia, que nuestro cuerpo no está formado por cuatro elementos iguales, sino contrarios entre sí; lo frío y lo caliente se funden entremezclándose; al mismo tiempo se forma una insospechada combinación con lo húmedo y lo seco, y así se ajustan los contrarios entre sí por la propiedad de proporción de los elementos unidos. Y disertando sobre estos fenómenos fisiológicos, mostraba con sutil agudeza cómo cada uno de estos elementos, que por naturaleza es diametralmente opuesto al otro, por la afinidad de las cualidades intermedias se ajusta con el contrario. Porque, produciéndose el frío y el calor igualmente en lo húmedo y en lo seco y, a su vez, hallándose

[69] Hebr. 6, 8.

lo seco y lo húmedo del mismo modo en las cosas calientes y en las frías, esta misma igualdad de cualidades que se muestra entre los contrarios engendra de por sí la fusión de componentes opuestos.

Bien que no sé a qué detenerme en explicar detalladamente cómo por una parte estas cosas están separadas por su naturaleza contradictoria y por otra se aúnan entre sí por la afinidad de sus cualidades. Pero, en fin, he recordado lo dicho porque el que con esta teoría explicaba la constitución del cuerpo aconsejaba que, en cuanto fuera posible, se conservase el equilibrio de las cualidades, porque todo el punto de la salud consistía, a su juicio, en que nada de cuanto hay en nosotros predominase sobre su contrario. Ahora bien, si este razonamiento es verdadero, debemos cuidar del tal equilibrio para la conservación de la salud, no permitiendo exceso ni escasez en ninguno de los elementos contrarios de que constamos, con el desarreglo de nuestra vida.

El auriga que gobierna un tiro de potros que se avienen mal entre sí, no azuza con el látigo al impetuoso, ni refrena con las riendas al lento, ni a su vez tampoco deja al revoltoso e indómito que corra según su propio impulso con desorden, sino que al uno endereza, al otro reprime, a los de más allá hostiga con el látigo, hasta lograr de todos una acción concorde para la marcha uniforme. Pues de la misma manera, nuestra razón, que lleva las riendas del cuerpo, no deberá pensar en añadir ardores de ímpetu al que hierve fogoso con el fuego de la juventud, ni al que se siente ya apagado por la edad o por el sufrimiento le aumentará el frío y la languidez.

Acerca de las cualidades restantes escuche la voz de la Sagrada Escritura: *Para que ni el que tiene mucho rebose ni el que tiene poco escasee* [70], sino que, recortando los excesos en cualquier sentido, procure aumentar aquello de que está falto. Con igual cuidado evitará la inutilización de su cuerpo bajo ninguna de estas formas, ni criando su carne indómita e irrefrenable por las excesivas complacencias ni tornándola débil, desmazalada e inepta para los deberes de la vida por las inmoderadas mortificaciones.

Este es el fin perfectísimo de la continencia: tender no a dañar al cuerpo, sino a facilitar las actividades del espíritu.

---

[70] 2 Cor. 8, 15.

XXIII. Necesidad de seguir a un director experimentado

El que ha escogido vivir según esta filosofía, gusta de conocer con exactitud cómo ha de conducirse en cada suceso de la vida, qué es lo que ha de precaver, en qué ocupaciones ha de ejercitarse, cuál haya de ser la medida de su continencia, cuál su modo de proceder y cuáles, en fin, las cosas todas que se refieren a la vida orientada a un tal ideal. Existen ya muchas instrucciones escritas en que se enseña todo esto. Cierto que la dirección con palabras es menos eficaz que la llevada a cabo con obras.

No implica tampoco grandes molestias este negocio, como si fuera necesario encontrar un preceptor para emprender un gran viaje o una larga travesía marítima; sino que, como dice el Apóstol, *cerca de ti está la palabra*[71] y de tu propio hogar procede la gracia. Aquí está la oficina de las virtudes, donde esta vida queda purificada en su camino hacia lo más alto de la perfección. Es grande la facilidad que tienen aquí, tanto los que hablan como los que callan, para aprender por medio de las obras este modo celestial de conducirse, porque cualquier discurso que se percibe desprovisto de obras, aun cuando se presente muy embellecido, se asemeja a una estatua muy bien adornada con tintes y colores, que muestra cierta figura externa, pero sin alma.

En cambio, el *que hace y enseña,* como se dice en cierto lugar del Evangelio[72], éste es un verdadero hombre con vida, de aspecto hermoso, eficaz y activo. A él deben acudir cuantos traten, según lo dicho, de conseguir la virginidad. Porque de igual modo que quien desea estudiar una lengua extranjera no se basta a sí mismo en calidad de maestro, sino que debe instruirse con los peritos, y por este medio logra hablar lo mismo que los de la otra nación, así también, según yo pienso, este género de vida no progresará con la sola ayuda de la naturaleza, sino que se desviará por la novedad del camino, y nadie aprenderá la perfección deseada, si no es conducido por la mano de un buen director. Y todas las demás cosas de esta vida en que nos ocupamos, se llevarían hasta el fin con más éxito por el que las emprende si cada uno aprendiese dicha ciencia junto a buenos maestros, en vez de llevarlas a cabo por sí mismo. No es tan evidente esta enseñanza que por sí misma nos proporcione el éxito de lo que más nos conviene, pues-

---

[71] Rom. 10, 8.
[72] Mt. 5, 19.

to que el acometer experiencias de lo desconocido nunca está exento de peligros.

Así como con experiencias descubrieron los hombres la medicina que antes desconocían, enriqueciéndola poco a poco con nuevas observaciones, hasta tal punto que por el testimonio de las cosas experimentadas llegaban a distinguir lo que es saludable de lo que es dañino, y estos datos se recogían para la formación de la ciencia, teniendo lo observado anteriormente por norma en las sucesivas actuaciones, ahora, en cambio, el que se dedica a esta ciencia ya no tiene necesidad de experimentar por sí mismo la eficacia de los medicamentos para ver si son saludables o deletéreos, sino que, teniendo en cuenta los progresos de los anteriores, ejercita felizmente su arte; de la misma manera en la medicina de las almas, quiero decir en la filosofía, en la cual aprendemos la curación de los sufrimientos que aquejan al alma, ya no es necesario hacer su aprendizaje con conjeturas y tanteos, sino que hay suma facilidad de conseguirlo de quien lo posee por larga y continua experiencia.

La juventud es, por lo general, en todo peligrosa consejera [73], y rara vez encontrará un éxito grande que merezca la pena si no va la vejez acompañándola en el trabajo de la investigación. Y cuanto es más alto que los otros este ideal que aquí se nos propone, tanto mayor ha de ser nuestro cuidado para precaver peligros; porque en los otros negocios la juventud no regida por la razón acarrea daño a los bienes temporales u obliga a perder alguna honra mundana o alguna dignidad; pero en esta nuestra excelsa y sublime aspiración no son riquezas lo que se arriesga, ni honra alguna mundana y efímera, ni nada de cuanto nos viene de fuera, cosas que, aunque se administren mal, no interesan mucho a los hombres de juicio, sino que el desacierto toca al alma misma, y el riesgo de su daño no es perder cosa que se pueda quizá recuperar, sino perder y arruinar la propia alma.

Quien ha despilfarrado la hacienda paterna, no desconfía tal vez de volver por la reflexión a la antigua abundancia mientras viva en este mundo; pero el que ha perdido ya la vida, ha perdido también toda esperanza de un cambio en mejor. Por tanto, como la mayoría emprenden la virginidad siendo aún jóvenes y de poca discreción, deben por encima de todo buscarse un guía en este camino y un buen maestro,

---

[73] Evidentemente, el texto griego es defectuoso en este pasaje, en que ha de suplirse, como lo hemos hecho, con varios traductores latinos, la palabra *peligrosa,* a no ser que se introduzca una partícula de negación.

no sea que, por la inexperiencia en que se hallan, se descarríen del camino recto a sendas extraviadas y peligrosas.

Más valen dos que uno, dice el Eclesiástés [74]. El que está solo es fácilmente vencido por el enemigo que acecha los senderos divinos. Y a la verdad: *¡Ay del solo cuando caiga, porque no tiene quien le levante!* [75] Algunos han emprendido con ímpetu ordenado la vida veneranda de la santidad, y habiendo tocado la perfección, apenas se habían lanzado hacia ella, resbalaron con caída fatal por su soberbia, engañándose a sí mismos en su locura y teniendo por bueno el capricho de su corazón.

A éstos pertenecen aquellos varones a quienes la Sabiduría denomina perezosos, los cuales alfombraron su camino con espinas: los que miraron como dañosa la voluntad de cumplir fielmente los mandamientos de Dios; los que hicieron vanas las exhortaciones apostólicas y no comen honradamente el pan, sino que hambrean el del vecino haciendo de la inacción un método de vida. De aquí los soñadores, los que dan más crédito a las fantasías de sus sueños que a los mandatos evangélicos y tienen por revelaciones divinas sus propias imaginaciones (de entre éstos salen los allanadores de las casas ajenas), y, por fin, otros que, teniendo por virtud a la rusticidad y la fiereza, no conocen los frutos de la mansedumbre y la humildad.

¿Quién podrá recorrer todas las otras caídas semejantes en que se deslizan los tales por no querer recurrir a los que han sido aprobados por Dios? Conocí a algunos que soportaron el hambre hasta la muerte, como si Dios se aplacase con tales sacrificios; y a otros, a su vez, que se arrojaron a lo diametralmente contrario, pues profesando sólo de nombre el celibato, apenas se apartaron de la vida vulgar. No sólo condescienden con el placer de su estómago, sino que aun viven a la luz del día con mujeres, denominando a esta convivencia fraternidad y ocultando así con un nombre honesto las sospechas de cosa peor. A causa de ellos es tan blasfemada por los extraños esta veneranda y casta profesión.

XXIV. Necesidad de un guía y de la imitación de Cristo crucificado

Será, por lo tanto, conveniente que los jóvenes no se den a sí mismos las normas para este camino; pues no faltarán a esta nuestra edad ejemplos de gente buena, ya que si en

[74] Eccl. 4, 9.
[75] Ibid.

algún tiempo, ahora de un modo particular, florece y se asienta en nuestra vida la gravedad de costumbres, que se va perfeccionando con nuevos progresos hasta alcanzar su mayor altura. Y de ella participará el que camine sobre tales huellas, y quien siga tras el aroma de este ungüento quedará lleno del buen olor de Cristo.

Cuando se enciende una lámpara, se puede prender con su llama a todas las demás lámparas que se hallan próximas, y esto sin que se mengüe para nada la primera luz, aunque lleguen a igualarla las otras que lucen por su participación; así también esta gravedad en la conducta se transfunde de los que la practican a los que se encuentran cerca de ellos, pues es verdadero el dicho profético: el que anda con el santo, con el inocente y con el escogido, viene a hacerse semejante a ellos [76]. Si me preguntas acerca de las normas que imposibilitan apartarse del buen ejemplo, es fácil describirlas.

Si ves en medio de la vida y la muerte la existencia de un hombre que toma de ambos extremos lo conducente a la virtud, de modo que no se apropie de la muerte lo que en ella hay de inacción respecto al deseo de guardar los mandamientos, ni se lance con paso veloz tras la vida, por sentirse ajeno y más insensible aún que los mismos muertos a las apetencias mundanas, donde bulle la vida de la carne, sino que, por el contrario, permanezca firme, enérgico y animoso para las obras de virtud, donde se reconoce a los que viven en espíritu, mira en él la norma de tu conducta. Ese tal sea para ti el blanco de tu proceder sobrenatural, como las estrellas brillando sin interrupción en el firmamento lo son para el timonel.

Imita su vejez y su juventud, o mejor dicho, imita la senectud que muestra en su adolescencia y la vida juvenil que conserva en su ancianidad; pues ni el tiempo debilitó, al declinar ya la edad, la robustez y energía de su alma, ni la época de la juventud activa se dió a conocer como juventud activa en tales cosas, sino que se formó una mezcla admirable de caracteres contrarios, o mejor, una permuta de propiedades en cada una de las edades dichas, bullendo en la ancianidad el ímpetu para el bien y estando aletargada en la juventud la actividad para el mal.

Y si preguntas por los amores de aquella edad, imita el amor firme y ardoroso de la sabiduría divina, en el que fué creciendo desde su infancia y conservó hasta la ancianidad. Y si no puedes mirarle a El, como no pueden mirar al sol los que padecen de la vista, torna tus ojos hacia el coro que El ordenó, el coro de los santos, que resplandecen en el fir-

[76] Ps. 17, 26.

mamento para ser imitados por todos sin distinción de edades. Este es el modelo que Dios propone a nuestra vida. Entre ellos hay muchos que desde su mocedad encanecieron ya en la pureza y en la prudencia, adelantándose a la vejez con la gravedad de su juicio y progresando en la disciplina de la vida más que en el tiempo. Estos no conocieron más amor que el de la Sabiduría, no porque fuesen distintos de los otros en cuanto a la naturaleza (pues la carne lucha en todos contra el espíritu) [77], sino porque entendieron bien al que dice que la templanza es como un árbol de vida para quienes, abrazándose firmemente con él y cruzando el mar proceloso de la vida sobre este árbol, como en una lancha, arribaron al puerto de la voluntad de Dios.

Y ahora su espíritu reposa en perfecta paz y tranquilidad después de una feliz travesía. Habiéndose asegurado con una firme esperanza, como con ancla sólida, tranquilos ya y lejos del oleaje, ofrecen el ejemplo brillante de su vida como luz que, saliendo de un faro, ilumina a los que siguen tras ellos. Ya tenemos, por tanto, a quién mirar para sortear con seguridad el embate de la tentación. ¿A qué viene ahora preocuparte de que algunos de los que siguieron por estos derroteros fueran vencidos, y por qué te arredras, como si fuera obra imposible? Pon los ojos, por el contrario, en el que consumó airoso la empresa, y con ánimo alentado lánzate a la buena navegación bajo el soplo del Espíritu Santo, con Cristo por patrón en el timón de la alegría [78]. Porque los marineros, que se lanzan a la mar en sus lanchas y hacen su trabajo en aguas profundas, no se arredran por el naufragio acaecido a otros, sino que, embrazando como escudo la esperanza, se apresuran por llevar a feliz término su empresa.

¿No sería el mayor de los absurdos llamar malvado al que en una vida santa se deslizó una vez en el pecado y juzgar que anda más acertado el que ha envejecido pasando toda su vida entre vicios?

Si es peligroso mancillarse una vez con el pecado y crees por ello no deber aspirar ya a un ideal más sublime, ¿cuánto peor es ponerte el pecado como patrón de conducta y con ello permanecer privado por completo de una vida más perfecta? ¿Cómo vas a oír al Crucificado, tú que estás tan vivo; al que murió por el pecado, tú que por el pecado estás robusto; al que exigió el seguimiento en pos de sí llevando sobre su cuerpo la cruz como trofeo contra el enemigo, tú

[77] Gal. 5, 17.
[78] Así dice el texto griego, aun cuando algunos traductores latinos crean ver una errata, cambiando la palabra εὐφροσύνης por σωφροσύνης

que no estás crucificado al mundo ni aceptas la mortificación de la carne? ¿Cómo obedeces tú a Pablo, que te exhorta a *presentar tu cuerpo como hostia viva, santa y agradable a Dios*[79], tú que te amoldas a los caprichos de este siglo y no te ajustas a la renovación del corazón ni caminas en la novedad de esta vida, sino que vas en seguimiento de la vida del hombre viejo?

Y ¿cómo ejerces el sacerdocio del Señor, tú que has sido ungido para eso, para ofrecer a Dios un don, pero un don no ajeno por completo a ti ni un don subrepticio de cosas que te pertenecen, sino don en verdad tuyo, es decir, tu hombre interior, que debe presentarse perfecto e inmaculado, según la ley del Cordero, y ajeno a toda mancha e impureza?

¿Cómo ofrecerás estas cosas a Dios, tú que no haces caso a la prohibición de que el impuro haga de sacerdote? Y si aspiras a que Dios se te comunique, ¿por qué haces caso omiso de Moisés, que ordenaba al pueblo la abstención del matrimonio para abrir paso a las manifestaciones del Señor?

Si te parecen pequeñas estas cosas: estar crucificado juntamente con Cristo, ofrecerte a Dios como hostia, ser sacerdote del Altísimo, hacerte digno de sus grandes apariciones, ¿qué cosas más altas que éstas podremos proponerte, si te han de parecer pequeñas aun las que de éstas se deduzcan, ya que del ser crucificado con Cristo se sigue el convivir con El, el ser conglorificado con El y el reinar con El? De ofrecerse uno a sí mismo a Dios se sigue el transformarse la naturaleza y dignidad humana en la angélica. Así lo dice también Daniel: *Centenares de millares le rodeaban*[80]. El que ha recibido el verdadero sacerdocio y forma en las filas del gran Pontífice, también él permanece sacerdote perfecto por todos los siglos, y ni la misma muerte puede impedir su sacerdocio eterno.

Del decir que uno es digno de ver a Dios no se sigue otro fruto que ese mismo: el ser digno de verle. Pues ésta es la cima de toda nuestra esperanza, éste el término y coronamiento de todos los deseos, de toda alabanza al Señor, de todas las divinas promesas y de aquellos inefables bienes que esperamos, superiores a todo conocimiento y sentido. Esto es lo que anheló ver Moisés, esto por lo que suspiraron muchos profetas y reyes.

Pero sólo son dignos de conseguirlo los limpios de corazón, los que por esto mismo son llamados y son en realidad bienaventurados, *porque ellos verán a Dios*[81]. Esta es la

[79] Rom. 12, 1.
[80] Dan. 7, 10.
[81] Mt. 5, 8.

razón por la que quiero que tú seas uno de esos concrucificados con Cristo, que se ofrece a sí mismo ante Dios como sacerdote inmaculado y se hace hostia limpia, y se prepara a la venida del Señor en toda pureza, mediante la castidad; para que también tú veas al Señor con corazón puro, según la promesa de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo, a quien sea dada la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SAN JUAN CRISOSTOMO

TRATADO DE LA VIRGINIDAD

Es un tratado escrito entre el 381 y el 386 por el Crisóstomo, todavía diácono o, a lo sumo, presbítero recién ordenado, y que lleva aún en su túnica el polvo del desierto eremítico. Su espíritu, soñando con esa elevación especial que tiene el cielo extendido sobre el aislamiento del desierto, reaccionó en apóstol al encontrarse sumergido en el ambiente sensual de Antioquía, una de las urbes mayores del Asia, en cuyo seno se conservaba, a pesar de todo, fuerte fermento de tradición cristiana. Almas de vuelos elevados, era menester orientarlas hacia Dios. Y empezó su producción ascética: Contra los adversarios de la vida monástica, Consuelo a una joven viuda, Los seis libros acerca del sacerdocio *y otras varias obras, entre las que sobresale su* Tratado sobre la virginidad.

Vibra en este último el alma aún joven del Crisóstomo, próximo a los cuarenta años: estilo ardiente, imagen luminosa, perspicacia de observación a través de la vida. Eran los años de la pluma, que habían de preceder a los de la palabra. En el fondo, el tratado De la virginidad *es un comentario al capítulo de San Pablo a los Corintios sobre la castidad perfecta; por eso, él mismo declaró más tarde la inutilidad de insistir sobre este punto en sus homilías. Comentario de cuño antioqueno, propenso a un sentido más literal, en oposición al alegorismo alejandrino de San Metodio.*

Al tomar el Crisóstomo la pluma en sus dedos, llegan a sus oídos los gritos de la calle en que marcionitas, valentinianos y maniqueos parecían empujarle por aquel camino ascético con sus voces de abominación contra el matrimonio. El Doctor de Antioquía no se deja alucinar, y, puesto en guardia, dedica la primera parte de su obra, once ca-

pítulos, a defender el matrimonio, borrando del catálogo de las vírgenes a quienes abracen la castidad perfecta huyendo de las nupcias como de un pecado. Todo el resto del tratado es en realidad un comentario a las frases paulinas sobre la continencia, en que las ideas van presentándose según la exégesis lo reclama, sin dar lugar a un orden sistemático del pensamiento. Sin embargo, por el predominio de unas u otras consideraciones, podríamos agrupar los restantes capítulos en otras tres partes, en que el comentarista trata de resolver las objeciones contra la virginidad, condenando a los que la desprecian (cc. 12-24); comenta las ventajas y excelencias de la virginidad sobre el matrimonio según la mente de San Pablo (cc. 25-44), y, finalmente, pone de relieve las molestias y sinsabores de la vida matrimonial (cc. 45-84). De ahí las cuatro partes en que aparece dividido el tratado, no sin cierto dejo de arbitrariedad, según espontáneamente lo confesamos[1].

[1] No existe todavía, por desgracia, edición crítica moderna de las obras de San Juan Crisóstomo, si se exceptúa la de algunas homilías y escritos sueltos. Por lo cual sigue siendo fundamental el texto de Montfaucon, reproducido más tarde por Migne (PG 48, 533-596). Para la traducción nos servimos en parte de una versión inédita del P. B. M. Bejarano, S. I.

PARTE I

La virginidad observada por creer pecaminoso el matrimonio no es verdadera virginidad

I. La virginidad de los herejes carece de premio

Detestan los judíos la belleza de la virginidad, y no es extraño, pues afrentaron al mismo Cristo nacido de la Virgen; admíranla y celébranla los griegos paganos; sólo la Iglesia de Dios la cultiva.

A las vírgenes de los herejes no las llamo yo vírgenes: primero, porque no son castas, pues no están desposadas con un solo varón, como manda aquel amante de Cristo: *Os he desposado con un solo varón, para presentaros a Cristo como una casta virgen* [2]. Pues aunque esto se dijo de todo el cuerpo de la Iglesia, también las comprende a ellas. Mas ¿cómo pueden ser castas las que, no contentas con un varón, introducen otro que no es Dios? Así es que por esto, en primer lugar, no son vírgenes. La segunda razón es que por desprecio del matrimonio han venido a huir de él; pues juzgando ser las nupcias una práctica viciosa, ellas mismas se han arrebatado de antemano el premio de la virginidad. Porque los que huyen los vicios no por eso son coronados, sino únicamente evitan el castigo.

Y esto puedes verlo establecido no sólo en nuestras leyes, sino también en las extrañas. El que matare a otro, prescriben, sea ahorcado; pero no añaden: El que no matare, sea honrado. El ladrón sea castigado; mas no mandan que quien no robe a otros sea premiado. Ni los que condenan a muerte al adúltero juzgan digno de honor al que no viola el matrimonio ajeno. Y con mucha razón; pues el respeto y la alabanza se tributan a los que practican la virtud, no a los que huyen del vicio: bástales a éstos por premio no recibir pena ninguna.

Así, nuestro Señor, al que sin razón se aíra contra su hermano y le llama fatuo, le amenazó con el infierno; pero no prometió el cielo al que no se encoleriza infundadamente

[2] 2 Cor. 11, 2.

y evita los insultos, sino que exigió otra cosa más, diciendo: *Amad a vuestros enemigos* [3]. Y queriendo enseñarnos que es cosa pequeña, baladí e indigna de premio el no aborrecer a los hermanos, propuso otra cosa mucho mayor, el amarlos; y aun declaró que ni esto basta para conseguir honor. Pues ¿qué? ¿Aventajamos acaso con esto a los gentiles? Otro mérito mucho mayor hemos de añadir si deseamos alcanzar el premio. A causa de que no te condeno al infierno, dice, por no maldecir ni airarte contra tu hermano, no te has de juzgar ya digno de premios y coronas. No exijo una medida tan insignificante de bondad. Aunque evites los insultos y baldones y digas que le amas, te quedas todavía muy abajo y semejante a los publicanos [4]. Si quieres, pues, ser perfecto y merecedor del cielo, no te pares ahí; sube más arriba, concibe pensamientos por encima de todo lo natural; esto es, ama a tus enemigos.

Ya, pues, que por todas partes nos consta de esta doctrina, cesen de afligirse inútilmente los herejes, pues no han de recibir premio alguno; y no porque el Señor sea injusto, ¡líbrenos Dios de tal injuria!, sino por ser ellos ignorantes y malos. ¿Cómo así? Demostrado queda que por sólo huir del vicio no hay que esperar premio alguno, y ellos renuncian a casarse juzgando que eso es un vicio. ¿Cómo podrán exigir galardones por huir de un pecado? Pues así como nosotros no tenemos que esperar premios por no vivir impúdicamente, así tampoco ellos por no casarse.

Porque así les hablará aquel día el Juez supremo: No he decretado yo honores para los que no han hecho sino abstenerse de pecados (eso es pequeño mérito ante mí), sino para los que han practicado toda virtud, a ésos introduzco yo en la herencia perpetua de los cielos. ¿Cómo, pues, vosotros, juzgando el matrimonio acción impura y execrable, por sólo evitar cosas abominables pretendéis los premios reservados a los héroes de la virtud? Por eso precisamente coloca a su derecha a los corderos [5], y los alaba y conduce al reino de su gloria, no por no haber arrebatado al prójimo su hacienda, sino por haber prodigado la propia.

Al que recibió de él cinco talentos lo alaba no por haberlos conservado sin mengua, sino por haber aumentado lo recibido, devolviendo duplicado el depósito. ¿Hasta cuándo, pues, vais a estar corriendo en vano, luchando en pugilatos inútiles y azotando al aire? [6] Y ojalá que sólo fuese inútilmente, aunque no es pequeño castigo padecer muchos tra-

---

[3] Mt. 5, 44.
[4] Mt. 5, 46.
[5] Mt. 25, 33.
[6] Phil. 2, 16; 1 Cor. 9, 26.

bajos con la esperanza de grandes premios, y luego, al llegar el día del esperado honor, encontrarse entre los deshonrados.

II. Los herejes recibirán castigos por su virginidad

Mas no es esto sólo lo terrible, ni siquiera el no lucrarse con su trabajo, sino que encima padecerán otros males mucho mayores, pues sufrirán los fuegos sempiternos, el gusano sin fin, tinieblas exteriores, miserias y angustias.

De suerte que sería menester un millar de lenguas y facultades angélicas para poder dar a Dios dignamente gracias por su providencia para con nosotros; ni aun entonces nos sería posible. ¿Cómo, pues, así? Porque igual es en nosotros y en ellos el trabajo de la virginidad, y tal vez mucho mayor el suyo; pero muy diverso el fruto de aquel trabajo. A ellos les esperan cadenas, lágrimas, gemidos y tormentos eternos; a nosotros, en cambio, la suerte feliz de los ángeles, y aquellas brillantes lámparas, y lo que es el colmo de todos los bienes, el trato con el Esposo divino.

Mas ¿cuál es la causa de que a iguales trabajos se den tan contrarias recompensas? Porque ellos abrazan la virginidad proclamando una ley contraria a Dios, y nosotros, en cambio, la practicamos por obedecer a la voluntad de Dios. Pues de que Dios desea que se abstengan los hombres del matrimonio, testigo es aquel que tiene a Cristo hablando dentro de sí: *Quisiera,* dice, *que fueran todos los hombres como yo,* continentes [7]. El Salvador, indulgente con nosotros, al ver que, aunque el espíritu está pronto, la carne es flaca [8], no quiso aquí imponer la necesidad de un precepto, sino lo dejó a elección de nuestras almas. Pues si fuera ley y mandato, los que lo guardasen no conseguirían honor por ello, sino que oirían aquella palabra: *Lo que teníais que hacer hicisteis* [9]; ni se perdonaría a los que no lo hubiesen practicado, sino que se les castigaría como contraventores de la ley. Mas ahora, diciendo: *Quien pueda comprender, comprenda* [10], no condena a los que no pueden, pero a los que son capaces les pone delante un grande y encarnizado combate. Por esta causa, Pablo, siguiendo las huellas del Maestro, dice: *Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor, pero os doy consejo* [11].

[7] 1 Cor. 7, 7.
[8] Mt. 26, 41.
[9] Lc. 17, 10.
[10] Mt. 19, 12.
[11] 1 Cor. 7, 25.

III. Detestar el matrimonio es crueldad satánica

Pero ni Marción, ni Valentín, ni Manes tuvieron esta moderación. Porque no tenían dentro de sí por expositor de sus dogmas a Cristo, que se apiada de sus propias ovejas hasta dar su vida por ellas, sino *al diablo, que es homicida desde el principio y padre de la mentira* [12]. Así es que a los que se dejan persuadir por ellos los pierden a todos, cargándolos en esta vida con trabajos inútiles e intolerables y arrastrándolos juntamente consigo en la otra al fuego destinado para ellos.

IV. Los herejes vírgenes son más desgraciados que los gentiles

¡Oh, cuánto más desgraciados sois que los griegos paganos!; pues éstos, aun cuando les aguardan los tormentos del infierno, aquí al menos disfrutan con los goces del matrimonio, con el uso de las riquezas y con los demás gustos de esta vida; pero vosotros sobrelleváis molestias y sufrís tormentos aquí y allí: aquí por vuestro gusto, allí contra vuestra voluntad. A ellos por el ayuno y la virginidad nadie les dará premio ni les impondrá pena; a vosotros, por aquello por lo que esperabais infinitas alabanzas, os darán eternos suplicios, oyendo juntamente con los otros: *Apartaos de mí al fuego eterno que fué preparado para el diablo y sus ángeles* [13], a pesar de vuestro ayuno y vuestra virginidad.

Ni el ayuno ni la virginidad son por sí buenos ni malos, sino que son tales según la intención de quien los guarda. Para los griegos paganos, ésta es infructuosa; carecen de toda recompensa, pues no la practican por agradar a Dios; mas vosotros, que os levantáis en armas contra Dios, calumniando sus obras, no sólo careceréis de premio, sino que seréis castigados. Por lo que hace a las creencias, seréis contados entre aquellos que, rechazando al Dios único, profesan el politeísmo; y por lo que hace a la conducta, ellos saldrán mejor librados que vosotros, pues ellos no tendrán otra desdicha que verse privados de premios, mientras que vosotros llevaréis además castigos; a ellos les fué dado disfrutar en esta vida, vosotros careceréis de todo

[12] Io. 10, 11; 8, 44.
[13] Mt. 25, 41.

acá y allá. ¿Puede haber mayor pena que recibir castigos como recompensa de los trabajos y sudores?

El adúltero, el fraudulento, el despilfarrador de lo ajeno, el ladrón de su prójimo, algún placer perciben, aunque breve, y al cabo son castigados por algo de que ya disfrutaron en esta vida. Mas el que se abraza con la pobreza voluntaria para enriquecerse en el cielo, el que soporta los trabajos de la virginidad para gozarse allí con los coros de los ángeles, si de repente y contra toda esperanza recibe castigos por aquello de que esperaba innumerables premios, no hay quien pueda explicar el dolor que sentirá al tener que sufrir aquellos males contra toda esperanza. Juzgo que será tan grande el castigo de su conciencia como el de las llamas, al contemplar en compañía de Cristo a los que soportaron las mismas fatigas que él y verse víctima de extremos suplicios por lo mismo que a ellos les granjeó bienes infinitos, padeciendo el que vivió en austeridad mayores castigos que los disolutos y lujuriosos.

V. La virginidad de los herejes es crimen peor que el adulterio

Pues la virginidad de los herejes es peor que toda liviandad. Porque ésta hace injusticia a los hombres; aquélla se alza en lucha contra el mismo Dios, ofendiendo su infinita sabiduría: lazos son éstos que el diablo tiende a sus secuaces.

En efecto, que la virginidad de los herejes sea un sutil invento del demonio, no soy yo quien lo dice, sino aquel que no ignora sus intentos. ¿Qué es, pues, lo que dice? *El Espíritu claramente anuncia que en los últimos tiempos apostatarán algunos de la fe, dando oídos al espíritu del error y a las enseñanzas de los demonios, predicadores hipócritas de falsedades con la conciencia cauterizada, que prohiben las bodas y se abstienen de los manjares creados por Dios para alimento*[14]. ¿Cómo ha de ser, pues, virgen la que apostata de la fe, la que oye a los embaucadores, la que obedece a los demonios y adora la mentira? ¿Virgen la que tiene cauterizada su conciencia?

Pura ha de ser la virgen, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma, si ha de estar preparada a recibir a Esposo tan santo; mas ésta con tantas lacras, ¿cómo ha de ser pura? Porque si las solicitudes terrenales bastan para apartar de

[14] 1 Tim. 4, 1-3.

este tálamo divino, ya que con ellas el alma no queda bien compuesta, ¿cómo podrá defender la belleza de la virginidad la que revuelve dentro de sí pensamientos sacrílegos?

VI. Los herejes vírgenes no sólo manchan el alma, sino que contaminan también el cuerpo

Porque, dado que fuesen puros en el cuerpo, los pensamientos del alma, que es la parte principal, están corrompidos. ¿Qué importa que queden en pie los muros, si el interior del templo está derruído, o que el estrado esté muy limpio, si está el solio lleno de inmundicia? Mejor dicho, ni éste se halla tampoco libre de expiación, pues las blasfemias e imprecaciones que se forman dentro, no permanecen en el interior del alma, sino que manchan la lengua al ser proferidas por la boca y manchan los oídos de los que las escuchan; y como letal veneno que penetra en el alma, corroen la raíz más terriblemente que cualquier insecto y con ella el cuerpo entero. Ahora bien, si virginidad no es otra cosa que santidad de alma y cuerpo, ¿cómo es posible que sea virgen la que es impura y criminal en ambos elementos?

Pero ¡se me muestra con el rostro pálido, los miembros extenuados, el vestido pobre y todo el porte modesto! Y ¿qué importa todo eso, si el ojo del alma es desvergonzado? ¿Qué aspecto puede darse más procaz que el de quien induce a los ojos exteriores a emplear las cosas creadas por Dios como si fueran malas? *En el interior está la gloria toda de la hija del rey* [15]. Pero aquélla, pervirtiendo el orden de la sentencia, revestida al exterior de honra, oculta dentro su corrupción.

Porque ¿qué cosa más indigna que ostentar ante los hombres gran modestia, y delante de Dios, su creador, suma insensatez? ¿Y que quien no osa mirar a un hombre, si es que hay tales entre ellas, se atreva a mirar con ojos descarados al Señor de los hombres y desatarse en injurias contra el Excelso? Ostentan caras amarillas como el boj, semejantes a las de un muerto. Por eso precisamente son tan dignas de compasión y lágrimas, porque han soportado tantos trabajos, no sólo en vano, sino para daño propio y ruina de su misma alma.

---

[15] Ps. 44, 14.

VII. El mérito de la virgen está no en el vestido, sino en el alma

El vestido es vil. Mas la virginidad no está en los vestidos ni en los colores, sino en el alma y en el cuerpo. Pues siendo así que no apreciamos al filósofo por la melena ni por el báculo o el sayo, sino por las costumbres y por la inteligencia; ni al soldado por el cinto y el manto, sino por el valor y fortaleza, ¿cómo no ha de ser absurdísimo apreciar a la virgen, cosa tan admirable y que supera a todas las humanas, por el desaliño del cabello, por la tristeza del rostro y el tinte obscuro del vestido, juzgando así neciamente de su virtud, sin procurar ver al descubierto su alma y conocer a fondo su perfección?

Eso nos lo veda el que estableció las leyes de estos combates. Manda el Señor que estimemos a los que emprenden estas luchas no por el vestido, sino por su interior y por sus creencias. *Porque el que lucha,* dice, *se abstiene de todas las cosas* [16] que estragan la salud del alma; y también dice: *No es coronado sino el que pelea legítimamente* [17]. ¿Y cuáles son las leyes de este combate? Oye de nuevo lo que dice el mismo Apóstol, o más bien, lo que dice por su medio Cristo, organizador de este certamen: *Sea tenido en honor el matrimonio y el tálamo sin mancha* [18].

VIII. Trae gran daño a las vírgenes el despreciar a las casadas

¿Qué me importa, dice, todo esto a mí, que dije adiós al matrimonio? — Esto, desgraciada, ha sido precisamente tu perdición, que has mirado tal dogma como si nada tuviese que ver contigo. Por ello, considerándolo con sumo desprecio, has hecho ludibrio de la divina sabiduría y recriminado a la creación entera. Porque, si impuro es el matrimonio, impuros serán los vivientes de él nacidos, y por tanto también vosotras, por no decir toda la naturaleza humana. ¿Cómo es, pues, virgen la que es impura? Esta es la segunda, o mejor dicho, la tercera razón de esas manchas e impureza inventadas por vosotras; de manera que por rehusar las nupcias como cosa criminal os habéis hecho torpísimas, inventando una virginidad más corrompida que la lujuria.

[16] 1 Cor. 9, 25.
[17] 2 Tim. 2, 5.
[18] Hebr. 13, 4.

¿En qué categoría, pues, os colocaremos? ¿Con los judíos? No lo consentirán, ya que ellos respetan el matrimonio y lo admiran, como institución de Dios. ¿Por ventura con nosotros? Pero no queréis escuchar a Cristo, que os dice por boca de Pablo: *Digno es de honra el matrimonio y el tálamo sin mancha.* No queda, pues, sino asociaros con los griegos paganos. Pero también os rechazarán, como más impíos que ellos. Pues dice Platón que es bueno el hacedor de cuanto existe, y el que es bueno a nadie hace mal en cosa alguna. Tú, en cambio, lo llamas perverso y creador de cosas malas. Mas no te apures: gran compañero tienes para tus doctrinas en el diablo y en sus ángeles. ¡Aunque no! Ni aquellos siquiera, que te han conducido a tan gran locura, sienten de ese modo. Oyelos clamar ahora, expresando como reconocen que Dios es bueno: *Bien sabemos quién eres, eres el Santo de Dios* [19]; y otra vez: *Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, y os anuncian el camino de la salvación* [20]. ¿Y seguiréis aún jactándoos y gloriándoos de vuestra virginidad, y no lloraréis más bien y lamentaréis vuestra locura, merced a la cual os conduce el diablo, amarrados codo con codo, al fuego del infierno?

¿No te has unido en matrimonio? Pero eso no es ser virgen. Pues yo tengo por tal a la que, siendo libre para contraer matrimonio, lo rehusa; mas como tú dices que tal proceder está prohibido, no debe ya atribuirse esa buena obra a elección tuya, sino a necesidad legal.

Por eso, cuando no toman a sus madres por esposas, admiramos a los persas y no a los romanos; porque éstos, todos a una, tienen eso por cosa execrable; mientras que entre aquéllos la impunidad de tales actos hizo que recibieran alabanza los que de ellos se abstienen. Así hemos de juzgar también de nuestro matrimonio. Pues entre nosotros, como es lícito a todos contraerlo, son admirados, con razón, los que a él renuncian; vosotros, en cambio, clasificándolo entre las cosas prohibidas, no tenéis motivo para reclamar alabanzas por la virginidad. El abstenerse de lo vedado no es, por cierto, señal de almas egregias y esforzadas. La perfección de la virtud no está en dejar de hacer aquello que, si lo hiciéramos, nos merecería universal reprobación, sino en brillar con aquello que los que dejan libremente de practicarlo no pueden ser argüídos de pecado; pero los que lo abrazan y practican no sólo quedan libres de toda nota de maldad, sino que son juzgados entre los hombres más excelentes.

Pues así como nadie alaba la virginidad de los eunucos,

---

[19] Mc. 1, 24.
[20] Act. 16, 17.

aunque no se casen, así tampoco merecéis vosotros alabanza; pues si a ellos se lo prohibe su impotencia natural, a vosotros os lo veda la falsa opinión de vuestra conciencia; y la gloria que a ellos les quitó su defecto corporal, a vosotros os la quita el diablo, conservando íntegra vuestra naturaleza, pero privándoos de los criterios rectos, y así, obligados a permanecer célibes, os abruma de trabajos y os priva de honras. ¿Prohibes el matrimonio? Pues, lejos de alcanzar por ello premio, llevarás grandes suplicios y castigos.

IX. No puede exhortar a la virginidad el que prohibe el matrimonio

Pues tú, dice, ¿no lo vedas? — Dios me libre de acompañarte en tu insigne locura. — Entonces, añade, ¿por qué exhortas al celibato? — Porque tengo la virginidad por muy superior al matrimonio; mas no por eso considero a éste malo, sino muy laudable. Porque para los que usan bien de él es puerto de continencia, que no deja a la naturaleza embrutecerse. Con la legítima unión del matrimonio opone a manera de un dique a las olas de la concupiscencia, protegiéndonos y colocándonos en tranquilidad suma.

Mas hay almas que no tienen necesidad de este refugio, sino que, en lugar de él, amansan el furor de las pasiones con ayunos, vigilias, durmiendo en el duro suelo y con otras semejantes austeridades; a éstos aconsejo el dejar el matrimonio, mas no se lo vedo. Entre lo uno y lo otro hay tan gran diferencia como entre la necesidad y la libre elección. Pues el que aconseja deja libre a su oyente para escoger las cosas propuestas, mientras que el que prohibe quita esa libertad. Al exhortar a esto, no repruebo aquello ni culpo al que no se deja persuadir. Tú, en cambio, condenándolo y teniéndolo por vicioso y asumiendo para ti la tarea, no de consejero, sino de legislador, con razón odias a los reacios. No así yo, que admiro a los que se han alistado para este combate sin condenar a los que han quedado fuera de la lid. Pues sólo entonces es justa la reprensión, cuando uno practica lo que ciertamente se tiene por malo; pero el que, teniendo menos alientos, no sigue lo mejor, ese tal no habrá de ser admirado y alabado entre los valientes, mas no por eso deberá ser censurado.

¿Cómo, pues, he de prohibir el matrimonio, si no condeno a los cónyuges? La fornicación vedo yo y el adulterio; el matrimonio, no. Castigo, sí, a los que osan cometer tales crímenes y les cierro las puertas de la Iglesia; mas a los

casados modestos los alabo en gran manera. Con esto logramos dos provechos: uno, no condenar la institución divina; otro, no solamente no despojar a la virginidad de su gloria, sino mostrarla mucho más esplendorosa.

X. El que condena el matrimonio ofende a la virginidad

Porque quien el matrimonio reprueba aja al mismo tiempo la gloria de la virginidad, y el que lo alaba hace a ésta más augusta y admirable. Lo que es bueno en comparación con lo peor, no tiene ciertamente gran bondad; pero lo que sin dudar es mejor que las cosas en verdad buenas, eso sí que es excelente. Tal sucede con la virginidad, como decimos. Por eso, así como el que reprueba las nupcias se priva de tales alabanzas, así quien encomia el matrimonio no tanto lo ensalza a él como a la misma virginidad.

Tratándose de los cuerpos, consideramos como hermosos aquellos que sobresalen, no entre los mutilados, sino entre los sanos y exentos de todo defecto. Buenas son las nupcias; mas por eso precisamente es digna de admiración la virginidad, por ser mejor que lo bueno y excederlo en tanto cuanto excede el piloto a los remeros y el general a los soldados. Como en la mar, si quitas los remeros, sumerges el navío, y en la guerra, si quitas los soldados, pones al caudillo maniatado en poder de los enemigos, así, si arrojas de su alto puesto al matrimonio, por el mismo hecho rebajas la gloria de la virginidad y la reduces al último de los males.

Buena es la virginidad; te lo concedo. Y, además, mejor que el matrimonio; asiento también a ello. Y, si quieres, te añadiré cuánto le excede: cuanto el cielo a la tierra, cuanto los ángeles a los hombres; y si es preciso añadir algo, más aún. Pues al fin los ángeles, aunque no toman esposas ni esposos, pero no están formados de carne y sangre ni habitan esta tierra; no sienten los estímulos de la sensualidad, no necesitan comer y beber, no experimentan el atractivo de músicas muelles, ni el encanto de los cuerpos hermosos, ni de otras cosas parecidas; sino que, como el cielo limpio de nubes brilla esplendoroso al mediodía, así la naturaleza angélica, libre de toda concupiscencia, permanece por necesidad lúcida y refulgente.

XI. La virginidad hace de sus seguidores otros tantos ángeles

Empero, el humano linaje, aunque inferior por naturaleza a aquellos espíritus, pone en juego sus propias energías y se esfuerza denodadamente, en cuanto puede, por emularlos. ¿De qué modo? Los ángeles no se casan. Tampoco la virgen. Asisten perpetuamente ante el trono de Dios y le sirven; también la virgen. Por eso Pablo las exime de toda preocupación, a fin de que estén asiduas y sin distracciones en su servicio [21].

Y si las vírgenes, mientras gimen bajo el peso del cuerpo, no pueden, como ellos, subir al cielo, pero tienen aquí el gran consuelo de que, siendo santas en cuerpo y alma, reciben al Rey del cielo. Ya ves cuán excelente es la virginidad, y cómo a los moradores de esta tierra les hace llevar una vida semejante a la de los ciudadanos del cielo, y no permite que los que están revestidos de cuerpo sean vencidos por las virtudes incorpóreas, haciendo a los que todavía son hombres émulos de los ángeles.

Mas nada de esto dice con vosotros, que habéis violado cosa tan excelente, y recrimináis al Señor, tratándolo de inicuo. A vosotros os aguarda la suerte del mal siervo; mientras que a los vírgenes de la Iglesia les están reservados muchos y tan grandes bienes, que ni ojo vió, ni oído oyó, ni caben en humano entendimiento [22].

Dejemos, pues, a esos hombres (que bastante hemos dicho ya contra ellos), y dirijamos el resto de nuestro discurso a los hijos de la Iglesia.

---

[21] 1 Cor. 7, 34.
[22] 1 Cor. 2, 9.

PARTE II

Objeciones contra la virginidad y malicia de los que la desprecian

XII. El consejo de San Pablo sobre la virginidad es consejo del mismo Cristo

¿Y por dónde es preferible comenzar nuestro discurso? Por aquellas palabras del Señor transmitidas a través del bienaventurado Pablo, pues la exhortación de éste hemos de creer que es del mismo Señor. Porque al decir: *Cuanto a los casados, precepto es, no mío, sino del Señor;* y luego: *A los demás les digo yo, no el Señor* [23]; no quiso decir que un dicho es suyo y otro del Señor. Pues el que tenía a Cristo hablando dentro de sí, el que se esforzaba por vivir como si viviese Cristo en él, el que posponía al amor de Cristo el reino, la vida, los ángeles, las potestades, cualquier otra criatura y en absoluto todas las cosas, ¿cómo iba a decir ni aun a pensar cosa que no agradara a Cristo, y sobre todo a dar una ley como ésta?

¿Qué quiere, pues, significar al decir: *Yo, no el Señor?* Cristo nos comunicó sus enseñanzas y sus leyes, parte por sí mismo, parte por los apóstoles. Que no lo estableció todo por sí, oye cómo lo dice: *Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora* [24].

Así es que aquello: *La mujer no se aparte del marido,* lo había ya promulgado antes, cuando vivía aquí en carne mortal; y por eso dice: *A los casados les mando, no yo, sino el Señor.* Mas en lo referente a los infieles, nada nos dijo Cristo por sí mismo, sino que inspiró el espíritu de Pablo y legisló por medio de él. Por esto, pues, dijo: *No el Señor, sino yo;* no porque quisiera dar a entender que era aquello dicho humano—¿cómo iba a ser así?—, sino a causa de que ese precepto no lo dió El, estando presente, a los discípulos, sino ahora por intermedio suyo. Así es que, del mismo modo que aquello: *El Señor, no yo,* no es de quien pretende oponerse al Señor, así tampoco esto: *Yo,*

[23] 1 Cor. 7, 10 y 12.
[24] Io. 16, 12.

no el Señor, es de quien da un precepto propio prescindiendo del querer de Dios, sino que sólo indica que se manifiesta ahora por medio de él.

Y así, hablando de la viuda, dijo: *Más dichosa será si se quedare viuda, conforme a mi parecer* [25]. Y para que, al oír *conforme a mi parecer,* no te figurases que era opinión humana, desterró toda sospecha añadiendo: *Y estoy persuadido de que yo también tengo el Espíritu de Dios.* Por consiguiente, así como enunciando sentencias del espíritu de Dios, las llama parecer suyo propio, y, a pesar de eso, no las tomamos por juicio humano, así ahora cuando dice: *Lo digo yo, no el Señor,* no vayas a creer por ello que es un dicho de Pablo. Porque tenía hablando dentro de sí a Cristo, y no se hubiera atrevido a proponer tal doctrina a modo de declaración si no pretendiese con ello dar una ley.

Podría tal vez haberle dicho alguno: Yo, hombre fiel y puro, no puedo seguir tratando con una mujer infiel e impura. Tú poco antes afirmabas que quien decía eso eras tú, no el Señor; en ese caso, ¿qué garantía y seguridad puedo tener? Mas Pablo le hubiera contestado: No temas; que si yo he dicho eso, es porque tengo hablando en mí a Cristo y porque siento poseer el Espíritu de Dios; no pienses que algo de lo dicho es afirmación humana. De ser así, nunca hubiera atribuído a mis sentencias tan grande autoridad: *Porque son inseguros los humanos pensamientos y aventurados sus cálculos* [26].

Cuánta fuerza tenga esta ley en todo el mundo, lo demuestra la Iglesia, que con tanta diligencia la guarda. No la guardaría si no creyera con exactitud que este dicho es mandato del mismo Cristo.

¿Qué es, pues, lo que, inspirado de Dios, dice Pablo? *Tocante a lo que me habéis escrito* respondo: *Loable cosa es en el hombre no tocar mujer.* Ha de alabarse a los corintios, que, sin haber recibido de su maestro consejo alguno, se anticipan a preguntarle, con lo cual muestran cuánto había obrado ya en ellos la divina gracia. Pues en el Antiguo Testamento no había en esto duda alguna, sino que todos tenían en grande estima las nupcias, no sólo los del pueblo, sino aun los levitas y sacerdotes, sin excluir al pontífice máximo.

---

[25] 1 Cor. 7, 40.
[26] Sap. 9, 14.

XIII. San Pablo esperó la pregunta de los corintios para hablarles de la virginidad

Mas ¿cómo se lanzaron a preguntar a Pablo? Con gran penetración y agudeza comprendieron que, al verse favorecidos de Dios con mayores dones, debían aspirar a mayor santidad. Pero es también cosa digna de atención el porqué no les había ofrecido consejo en este punto. Pues si antes les hubiera hablado de esto, no le habrían escrito para saber de nuevo su parecer. Y admira aquí una vez más la profunda sabiduría de Pablo, pues no sin causa ni inconscientemente había omitido el exhortarles sobre esto, sino que esperó a verlos deseosos y con alguna noticia de semejante materia, para que, estando ya sus almas ocupadas con los pensamientos de la virginidad, fuese útil la siembra de estos consejos, constituyendo una gran ayuda para su buena acogida la disposición de los oyentes; y por otra parte muestra la grandeza y suma majestad del asunto. Pues, a no ser así, no habría esperado a que ellos mostraran su deseo, sino que se habría adelantado a proponérselo, no como un mandato o precepto, pero sí como una exhortación o consejo. Pero el no haberse resuelto ni siquiera a esto por su parte, nos manifiesta que la virginidad exige muchos sudores y grandes luchas.

En lo cual no hizo otra cosa que seguir el ejemplo de nuestro común Señor. Pues éste sólo entonces habló de la virginidad cuando los discípulos le preguntaron. Habiendo ellos dicho: *Si tal es la condición del hombre y la mujer, no trae cuenta el casarse,* les contestó: *Hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos* [27]. Porque cuando el bien de que se trata es muy grande, y por lo mismo no se manda bajo precepto, entonces hay que esperar que lo deseen aquellos que pretenden alcanzarlo; entre tanto conviene preparar sus ánimos y despertar sus deseos con otras consideraciones en que nada recelen; así lo hizo también Cristo.

No los trajo Cristo a desear la virginidad introduciendo plática acerca de ella, sino que, tratando sólo del matrimonio y proponiendo sus molestias con detención, dirigió el raciocinio con tanta prudencia, que los que no habían oído hablar de la virginidad espontáneamente le dijeron: *Trae cuenta no casarse.* Y por eso también Pablo, imitando a Cristo, les dijo: *De lo que me escribisteis;* como defendiendo su causa con esas palabras. Que fué decirles: Yo, a

[27] Mt. 19, 10 y 12.

la verdad, por la suma dificultad de la cosa, nunca me habría atrevido a conduciros a cima tan alta; pero ya que os habéis adelantado a preguntarme, os daré confiadamente mi consejo.

Pero ¿por qué, habiéndole escrito ellos de muchas cosas, nunca les contestó de este modo? No por otra razón sino por la dicha. Para que nadie llevase a mal su propuesta, les recuerda que ellos mismos le habían escrito sobre esto; y ni aun así, aprovechando tan excelente circunstancia, les hace una exhortación vehemente, sino benigna en sumo grado, imitando también en esto a Cristo. Pues el Salvador concluyó su razonamiento sobre la virginidad con estas palabras: *El que pueda comprenderlo, compréndalo* [28]. Y Pablo, ¿qué dice? *Tocante a lo que me escribisteis, bueno es al hombre no tocar mujer.*

XIV. Objeción de los adversarios de la virginidad

Mas tal vez dirá alguno: Pues, si es mejor no casarse, ¿para qué se ha introducido el matrimonio en la vida? ¿En qué emplearemos a la mujer si no sirve ni para el matrimonio ni para criar hijos? ¿Y quién impedirá que desaparezca el género humano, al que cada día cercena y devora la muerte, si no es posible, según esa sentencia, que nuevas generaciones sucedan a las que perecen? Pues si seguimos todos este buen consejo y nadie toma mujer, en un punto desaparecerá todo: ciudades, familias, campos, artes, animales y plantas. Porque así como, derribado el caudillo, se desbaratan las filas del ejército, así, desapareciendo, por falta de nupcias, el hombre, rey de la tierra, no quedará en pie ni en orden cosa alguna de cuantas hay en el mundo, y así ese bello consejo llenará el orbe de ingentes ruinas.

A la verdad que si esta objeción fuera sólo de los enemigos de la Iglesia y de los infieles, la tuviera en nada; mas como la repiten también muchos que parecen pertenecer a la Iglesia, y que por falta de talento, condenando los sudores de la virginidad, injuriándola y menospreciándola, tratan de encubrir su cobardía, para que no se diga que rehuyen el combate por negligencia, sino por el recto dictamen de la razón; dejados a un lado los enemigos (ya que *el hombre animal no alcanza las cosas del Espíritu de Dios, pues son para él necedad* [29]), demostremos a los cristianos fingidos estas dos cosas: que la virginidad no es

[28] Mt. 19, 12.
[29] 1 Cor. 2, 14.

cosa despreciable, sino muy útil y necesaria, y que sus impugnadores no han de quedar impunes, sino que recibirán tantos castigos como premios los que la alaban.

Una vez creado este universo y dispuesto cuanto conducía a nuestro descanso y provecho, plasmó Dios al hombre, para el cual había fabricado todo. Formado el hombre, vivía en el paraíso, y de matrimonio no hay mención alguna. Necesitó una ayuda; se le dió. Mas tampoco entonces pareció necesario el matrimonio. No existía aún, y vivían sin conocerlo tan dichosos en el paraíso como en un cielo, gozando del trato familiar con Dios. Lejos estaban de sus almas el ardor de la concupiscencia, el deseo de la concepción, los dolores del parto y cualquier pensamiento de lascivia, sino que transcurrían sus vidas adornadas con la virginidad como el arroyo transparente que fluye de una fuente cristalina.

Y estaba entonces la tierra vacía de moradores. Que es lo que temen ahora estos hombres tan solícitos del orbe, que, afanosos en demasía por cuidar de lo ajeno, no se preocupan de pensar lo que a ellos les cumple; solícitos de que la humanidad no perezca, descuidan por completo sus propias almas, como si fuesen extrañas, siendo así que se les ha de exigir acerca de esto cuenta rigurosa, aun de las cosas más pequeñas, mientras que no se les pedirá razón alguna de la escasez de pobladores de la tierra. No había entonces ciudades, ni artes, ni casas; de todo lo cual tanto os preocupáis vosotros. Nada de esto había, y, sin embargo, tal falta no les impedía ni perturbaba aquella dichosa vida, muchísimo mejor que esta nuestra.

Mas luego que, desobedientes al mandato de Dios, quedaron convertidos en polvo y ceniza, junto con aquella dichosísima vida perdieron el encanto de la virginidad, que emigró de allí, abandonándolos a una con Dios. Pues mientras estuvieron libres de la esclavitud del diablo, adorando a su Señor, gozaron de la virginidad, que les servía de mayor adorno que a los reyes su corona y sus vestiduras de oro; mas después de caer cautivos, despojados de su vestidura regia y perdidas sus galas, perdieron también su regia estola y, desnudos de este ornato celeste, recibieron en castigo la corrupción de la muerte, la cólera divina, los dolores, la vida miserable, y juntamente con esto apareció el matrimonio, esa vestidura de esclavitud y de muerte; *pues el que tiene mujer*, dice, *ha de cuidarse de las cosas del mundo* [30].

¿Ves ya el origen del matrimonio y de dónde provino el que pareciese necesario? De la desobediencia, de la ira,

[30] 1 Cor. 7, 33.

de la muerte. Pues donde hay muerte, allí hay nupcias, y quitada aquélla, desaparecen éstas.

La virginidad, en cambio, no tiene tales compañeras, sino que siempre es útil, siempre bella y feliz, tanto antes que hubiese muerte y nupcias como después de ellas. Dime: a Adán, ¿qué nupcias le procrearon? ¿De qué dolores nació Eva? No podrás responderme palabra. ¿Por qué, pues, temes y tiemblas de que, quitadas las nupcias, vaya a perecer el género humano? *Millares de millares de ángeles sirven a Dios, y millones de millones de arcángeles le asisten* [31], y ninguno de ellos debe su existencia a la propagación, al parto, a la concepción, a los dolores. Mucho más fácilmente hubiera podido Dios producir los hombres sin nupcias, si así le pluguiera, como formó a los dos primeros de donde procedió el género humano.

XV. El matrimonio no aumenta nuestro linaje

Ni ahora tampoco aumenta el linaje humano por virtud del matrimonio, sino por virtud de aquella palabra pronunciada por Dios al principio: *Creced y multiplicaos, y henchid la tierra* [32]. Porque, dime, ¿qué le aprovecharon las nupcias a Abrahán para engendrar hijos? Después de vivir con su mujer largos años, ¿no vino a prorrumpir en esta exclamación: *Señor, ¿qué me vas a dar, pues que muero sin hijos?* [33] Pues así como entonces de cuerpos consumidos tomó Dios origen y principio para una descendencia innumerable, así también al principio, si Adán, obediente a los preceptos divinos, hubiera cercenado el deleite del árbol, no le hubieran faltado a Dios medios de aumentar el género humano. Ni el matrimonio aumentará nunca el número de hombres contra la voluntad de Dios, ni la virginidad, si Dios quiere que sean muchos, disminuirá su multitud.

Mas así lo quiso, dice, por nosotros y por nuestra contumacia. Pues ¿por qué no hubo matrimonio antes del engaño del demonio? ¿Por qué no hubo en el paraíso conmistión de sexos? ¿Por qué no hubo dolores de parto antes de la maldición? Porque eran entonces superfluas todas esas cosas que después, por nuestra flaqueza, fueron necesarias; y no sólo esas cosas, sino otras muchas, como las ciudades, las artes, las prendas del vestido y toda esa turba de cosas imprescindibles. Todas ellas fueron cortejo traído por la muerte.

---

[31] Dan. 7, 10.
[32] Gen. 1, 28.
[33] Gen. 15, 2.

No hay, pues, que preferir, ni aun igualar siquiera a la virginidad, lo que se ha permitido condescendiendo con tu flaqueza. Con tal raciocinio llegarías a no contentarte con una mujer, sino que querrías tener dos, porque así lo permitió la ley de Moisés; y preferirías asimismo las riquezas a la pobreza voluntaria, y la venganza a la tolerancia viril de las injusticias.

XVI. El matrimonio es una condescendencia

Tú, dice nuestro adversario, desapruebas las nupcias. —No las desapruebo, pues las permitió Dios, y fueron en su tiempo útiles; pero las tengo por cosa ligera, cosa de niños, más bien que de hombres.

Por eso Cristo, deseando hacernos perfectos, quiso que, quitándonos esas vestiduras de niños, que no están bien a varones adultos ni pueden servir de adorno al que ha llegado ya a la medida de la plenitud de Cristo [34], nos vistiésemos otras más ricas y acabadas; no contradiciéndose en esto a sí mismo, sino muy en conformidad consigo. Pues aunque estas disposiciones son más graves que las antiguas, el designio del legislador es el mismo. ¿Cuál? El de conducirnos a la virtud perfecta, cercenando la malicia de nuestra alma.

Si Cristo se hubiera propuesto no el imponernos preceptos mejores que los precedentes, sino dejarnos siempre con aquellos mismos, sin levantarnos de tanta vileza, entonces sí que se hubiera contradicho. Porque, si en un principio, cuando se hallaba todavía el linaje humano en un estado más infantil, hubiese indicado esta manera severa de vivir, no hubiéramos aceptado ni aun la más moderada, sino que se hubieran echado a perder los medios de nuestra salvación por causa de aquella orden extremosa. Ahora que también, si después de tan largo tiempo y tan prolongado aprendizaje de la antigua ley, cuando ya la ocasión nos invitaba a esta celestial sabiduría, nos hubiese dejado apegados a la tierra, ningún fruto apreciable hubiéramos sacado de aquella condescendencia, pues no llegáramos nunca a la perfección a que aquello se ordenaba.

XVII. De la divina providencia en la revelación de la virginidad

Ahora nos acaece como a los polluelos de las aves. Después de criarlos por algún tiempo la madre, los saca del

[34] Eph. 4, 13.

nido; mas si los ve caer, faltos de vigor y fuerzas y necesitados de permanecer aún allí dentro, los deja algunos días más; no para que estén en el nido perpetuamente, sino para que, bien fortalecidas las alas y robustecidas por completo sus fuerzas, puedan alzar ya el vuelo con seguridad. Así ya desde antiguo nos atraía el Señor hacia el cielo, mostrándonos el camino que a él conduce. No porque ignorase, sino conociendo muy bien que no éramos aún capaces de volar tan alto, quiso probarnos que una tal caída no se debía a su voluntad, sino a nuestra flaqueza.

Luego que nos lo hizo comprender así, permitió que nos alimentásemos por largo tiempo, como en un nido, en el matrimonio y las cosas terrenales. Cuando, finalmente, nos nacieron las alas de la virtud al cabo del tiempo, llegándose a nosotros, poco a poco, nos sacó de este domicilio y nos enseñó a volar más alto.

Hay, pues, algunos perezosos y como sumidos en profundo sueño que tienen aún sus delicias en permanecer en el nido, enfrascados en las cosas mundanas; hay otros, por el contrario, generosos y amantes de las regiones de la luz, que se lanzan con gran ánimo hacia las alturas, dominando los cielos, después de abandonar el matrimonio, la hacienda, las preocupaciones materiales y todo lo que inclina a la tierra.

Así es que no hemos de juzgar que la divina permisión de otro tiempo para unirse en matrimonio se ha convertido en necesidad estricta impuesta por Dios para lo futuro, de modo que no sea ya lícito abstenerse de él. Consta claramente su deseo de que lo dejemos; pues oye lo que dice: *El que pueda comprenderlo, que lo comprenda* [35].

El no haberlo establecido así desde el principio a nadie debe extrañar. Porque el médico no da de una sola vez a sus enfermos todas las prescripciones, sino que espera la ocasión oportuna, y a los que están consumidos por la fiebre les veda los manjares fuertes; y cuando han desterrado ya la calentura y la debilidad a causa de ella contraída, entonces los libra de alimentos poco gratos y los vuelve a sus acostumbrados manjares.

Y así como en los cuerpos los elementos entre sí contrarios, predominando unos o faltando otros, producen las enfermedades, así también el desorden de los afectos estraga la salud del alma. Es preciso, ante todo, buscar la ocasión conveniente; y, luego, que los remedios sean acomodados a las enfermedades actuales; de otro modo, faltando una de estas dos condiciones, no será la ley apta para corregir la mala inclinación del alma, como tampoco la fuerza de los

[35] Mt. 19, 12.

medicamentos basta por sí sola para curar una llaga. Pues lo que las medicinas causan en las heridas, eso mismo hacen las leyes en los pecados.

A un médico, que unas veces saja, otras cauteriza, otras deja ambos procedimientos y sigue un tercero, no le molestas con preguntas importunas, a pesar de que yerra con frecuencia; y, en cambio, tú, simple hombre, a Dios, que nunca se equivoca y que todo lo rige de modo digno de su prudencia, ¿te atreves a pedir cuentas de sus preceptos, sin dejar el camino libre a su sabiduría? ¿Cómo no será esto locura extrema?

Creced y multiplicaos, dijo. Esto exigían los tiempos, cuando, furiosa la naturaleza, ni tenía posibilidades de sujetar las pasiones ni puerto adonde refugiarse en semejante tempestad. ¿Qué debía entonces mandarse? ¿Permanecer en continencia y virginidad? Esto hubiera hecho mayor la caída y más ardiente el fuego. Porque, si alguien se empeñara en privar de la leche a los niños de pecho y alimentarlos con manjares propios de personas mayores, no podría impedirse el que muriesen sin remedio. Tan gran mal es el no tener en cuenta la sazón.

Por eso no estableció Dios desde el principio la virginidad. Mejor dicho, la virginidad existió desde el principio antes que el matrimonio; y éste apareció más tarde en segundo lugar, viniendo a hacerse imprescindible; pero si Adán hubiera permanecido obediente, entonces no hubiera sido necesario. Pues en ese caso, dice el adversario, ¿cómo hubieran venido al mundo tantos miles? — Yo te pregunto, por mi parte, al verte agitado por tal temor: ¿Cómo se engendró Adán, cómo se engendró Eva, no existiendo el matrimonio? — ¿Pues qué, dirás, iban a nacer así todos los hombres? — O así o de otro modo; en eso no me meto. De lo que se trata ahora es de que para multiplicar los hombres sobre la tierra no tenía Dios necesidad del matrimonio [36].

XVIII. No la virginidad, sino los vicios causan la ruina del género humano

Que no sea la virginidad la que merma la raza humana, sino el pecado y la lujuria desenfrenada, bien lo mostró, en

[36] Que Dios hubiera podido multiplicar los hombres prescindiendo del matrimonio, no ofrece lugar a duda. Cosa muy distinta es que tal fuera la intención del Creador para el caso en que el hombre no hubiese pecado, como lo insinuaron, por ejemplo, San Gregorio Niseno, San Juan Damasceno y aun, con ciertas dudas, el mismo San Jerónimo. La naturaleza misma del hombre y el precepto del Génesis muestran claramente el plan de Dios de multiplicar el género humano mediante el matrimonio en cualquier contingencia.

tiempos de Noé, aquella desaparición de hombres, de animales y de cuanto respiraba sobre la tierra. Porque si los hijos de Dios hubieran puesto freno a aquella su ilimitada concupiscencia, si hubieran honrado la virginidad y no hubieran mirado con ojos lascivos a las hijas de los hombres, no les hubiera arrebatado aquella espantosa catástrofe [37].

Nadie crea que yo inculpo al matrimonio de aquella calamidad, pues no es eso de lo que ahora tratamos, sino digo que el perder y arruinar la raza humana es propio no de la virginidad, sino del pecado.

XIX. Causas de la institución del matrimonio

El matrimonio se dió, ciertamente, para la procreación de la prole, y mucho más todavía para apagar el ardor de la concupiscencia. Así lo atestigua San Pablo diciendo: *Mas por evitar la fornicación tenga cada uno su mujer,* no precisamente para engendrar hijos; y les manda que vuelvan de nuevo a juntarse, no para tener mucha descendencia, sino ¿para qué? *Para que no os tiente Satanás,* dice. Y pasando adelante, no añadió: "Si desean tener descendencia", sino ¿qué?: *Si no pueden guardar continencia, cásense* [38].

Dos fueron, pues, como iba diciendo, las causas que dieron origen a la institución del matrimonio; más luego, propagado ya el género humano por mar y tierra y extendido por todo el orbe, no quedó más que un motivo para ligarse con nupcias: el calmar la incontinencia y la liviandad. Pues aun a los que hoy en día se revuelcan en esas obscenidades y desean vivir vida de animales inmundos en los lugares destinados a la impureza, no poco alivio les es el matrimonio, que los arranca de esa tiranía, conservándolos en santidad y conducta digna.

Pero ¿hasta cuándo he de seguir en esta innecesaria contienda? Porque vosotros, los que esto decís, sabéis, no menos que yo, las excelencias de la virginidad, y todas las cosas que aducís no son sino pretextos, excusas y disfraces de vuestra intemperancia.

XX. Es peligroso despreciar la virginidad

Aun cuando fuera lícito decir todas estas cosas, deberíais absteneros de una tal inculpación. Porque el que por

[37] Gen. 7, 2.
[38] 1 Cor., 7, 2. 5 y 9.

enemistad se opone a las acciones preclaras, además de incurrir en otros daños, da testimonio evidente de su gran malicia, prefiriendo su juicio depravado e injusto. Tanto que, aun cuando no fuera por otra razón, sólo por no descalificarse ante los demás debiera contener su lengua, considerando que los que admiran a los que brillan con obras excelentes, aunque ellos no puedan llegar a igualarlas, serán juzgados benignamente por todos; pero el que no hace obras buenas y además condena a los que son dignos de encomio, ha de ser odiado de todos como enemigo y perseguidor de la virtud y como hombre más miserable que los mismos locos. Porque éstos no se dan cuenta de sus yerros y sufren las desgracias contra su voluntad; y de ahí que, aunque injurien a las mismas autoridades, lejos de ser castigados, son objeto de compasión por parte de los ofendidos. Pero si alguno comete voluntariamente tales desacatos cuales aquéllos realizan sin advertencia, incurre con justicia en la execración de todos, como enemigo de nuestra humana naturaleza.

XXI. Castigos que aguardan a los despreciadores de la virginidad

Convendría, pues, como queda dicho, evitar tal lenguaje, aun cuando no hubiera peligro en las acusaciones indicadas. Pero es que lo hay, y muy grande; pues no sólo será castigado el que habla contra su hermano y arma lazos al hijo de su propia madre [39], sino también el que se atreve a condenar las acciones que a Dios le parecen buenas.

Escucha lo que dice otro profeta hablando sobre esta misma materia: *¡Ay de aquellos que al mal llaman bien y al bien llaman mal, que de la luz hacen tinieblas y de las tinieblas luz, y dan lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!* [40] ¿Pues qué cosa hay más dulce que la virginidad, qué cosa más bella o más esplendente? Despide fulgores más vivos que los rayos del sol y, arrancando nuestras almas de todos los negocios de la vida, nos permite contemplar de hito en hito, con ojos limpios, al sol de justicia.

Así levantó Isaías sus clamores contra los que pronuncian sentencias injustas; y oye cómo clama otro profeta contra los que esparcen entre el vulgo tales palabras dañinas, empezando con aquella exclamación amenazadora: *¡Ay del que da a beber a su prójimo bebida emponzoñada!* [41] Ese

[39] Ps. 49, 20.
[40] Is. 5, 20.
[41] Hab. 2, 15.

¡ay! no es una partícula inofensiva, sino una extrema amenaza anunciadora de castigos irremisibles; pues en las Sagradas Escrituras suele emplearse esta palabra contra aquellos que no pueden escapar al castigo inminente.

Y otro profeta, reprendiendo a los judíos, dice: *Vosotros hicisteis beber vino a los consagrados* [42]. Pues si tan gran castigo aguarda al que da vino a los nazareos, ¿qué suplicio digno habrá para quienes inoculan la bebida emponzoñada en los ánimos de los inocentes? Si el que quebranta una pequeña prescripción legal queda sujeto a castigos inevitables, ¿qué tormentos no amenazarán a los que calumnian a tan santa institución?

Si alguno, dijo Cristo, *escandalizare a uno de estos pequeñuelos, más le valiera que le colgaran al cuello una piedra de molino de asno y lo arrojaran al mar* [43]. ¿Qué responderán los que con este lenguaje no escandalizan solamente a un pequeñuelo, sino a muchos? Porque si el que a su hermano llama fatuo va derecho al fuego del infierno [44], ¿cuánta indignación no atraerá sobre su cabeza el que impugna un género de vida tan semejante al de los ángeles?

Murmuró en cierta ocasión María contra su hermano Moisés, y no como lo hacéis ahora vosotros contra la virginidad, sino mucho más leve y mesuradamente. Porque no le quitó la fama ni ridiculizó la santidad de aquel bienaventurado varón, a quien tenía en grande estima; únicamente dijo que ella había sido favorecida con iguales dones que su hermano [45]; y, no obstante, concitó tanto contra sí la ira divina, que no le valió la repetida intercesión del mismo a quien ella había ofendido, sino que tuvo que sufrir el castigo harto más de lo que quisiera.

XXII. Justo castigo de los muchachos que motejaban a Eliseo

Mas ¿qué digo María? Pues aquellos muchachos que, jugando junto a Belén, para burlarse del profeta Eliseo, le gritaban solamente: *Sube, calvo* [46], irritaron tanto al Señor, que al punto mismo envió unos osos contra aquella multitud de chicos (eran cuarenta y dos), siendo todos destrozados por las fieras; y ni la edad, ni la muchedumbre, ni el hacerlo por juego sirvió de excusa a aquellos mozuelos; y con

[42] Am. 2, 12.
[43] Mt. 18, 6.
[44] Mt. 5, 22.
[45] Num. 12, 1.
[46] 4 Reg. 2, 23-25.

mucha razón. Porque si los que afrontan tantos trabajos vienen a ser objeto de irrisión por parte de chicos y de hombres, ¿quién habrá entre los débiles que se anime a sufrir tales tormentos con el acompañamiento de burlas y befas? ¿O quién de entre el vulgo querrá darse a la virtud, viéndola tan puesta en ridículo?

Porque si hoy, cuando todos admiran la virtud, no sólo los que la practican, sino aun los que la han abandonado, temen, sin embargo, y se acobardan muchos a la vista de tantos sudores, ¿quién habrá que se anime a abrazarla si la ve, no admirada, sino motejada por todos? Los varones robustos, que han escalado ya las cumbres de la santidad, no necesitan ser animados por el aura popular, sino que para ellos el mayor aliento les viene de la alabanza dada por Dios; pero a los más débiles y recién iniciados en esta empresa les sirve de no poco estímulo la alabanza de la multitud, hasta que, instruídos poco a poco por una y otra parte, van llegando a un estado en que ya no necesitan de tales ayudas.

Mas no sólo en atención a éstos, sino también por el bien de los perseguidores suceden estas cosas, a fin de que no avancen más y más en su maldad viendo que no son castigados por sus anteriores pecados.

Al hablar de todas estas cosas me viene a la memoria lo que tuvo lugar en tiempo de Elías. Pues lo que sucedió a los niños con los osos a causa de Eliseo, eso mismo aconteció por dos veces, bajo su maestro Elías, a los cincuenta hombres y sus respectivos caudillos. También éstos, acercándose, le llamaban con mucha sorna varón justo y le mandaban que bajase hacia ellos, y, en lugar de él, lo que bajó fué fuego, que los consumió a todos del mismo modo que las fieras a los niños [47].

Considerando, pues, todas estas cosas, vosotros, enemigos de la virginidad, poned puerta y candado a vuestras bocas, no sea que en el tremendo día del juicio, al contemplar a los que brillaron con su pureza, empecéis a decir: *Estos son los que en otro tiempo fueron objeto de nuestros escarnios y padrón de ignominia. ¡Insensatos de nosotros, que tuvimos su vida por locura y su muerte como ignominia! Ved cómo son contados entre los hijos de Dios y su suerte es estar con los santos; luego erramos el camino de la verdad y no nos alumbró la luz de la justicia* [48]. Mas ¿qué utilidad sacarán de tales voces, siendo ya estéril la penitencia por el tiempo?

---

[47] 4 Reg. 1, 9-12.
[48] Sap. 5, 3-6.

XXIII. ¿POR QUÉ NO SUFREN EL MISMO CASTIGO LOS QUE COMETEN LAS MISMAS CULPAS?

Tal vez preguntará alguno de vosotros: ¿Mas no ha habido después quien injurie a los varones santos? — Muchos y en muchas partes. — ¿Pues cómo no han llevado su merecido del mismo modo? — Lo han llevado, y conocemos muchos de esos casos. Y si algunos han escapado de él, no escaparán a la pena para siempre. Pues, como dice el bienaventurado Pablo, *los pecados de algunos son manifestados aun antes del juicio; los de otros, sólo después* [49].

Así como los legisladores dejaron consignadas en sus códigos las penas de los diversos crímenes, así también nuestro Señor Jesucristo, castigando a algún que otro pecador y como esculpiendo con letras en columna de bronce sus suplicios, nos amonesta por medio de lo que a ellos sucedió, anunciándonos que, aunque no paguen por el momento el mismo castigo los que osan cometer culpas semejantes, sufrirán penas más terribles en el siglo venidero.

XXIV. LOS QUE PECAN Y NO SON CASTIGADOS, NO DEBEN CONFIAR, SINO TEMER

Así, pues, si, cometiendo pecados sin cuenta, no sufrimos mal alguno, no presumamos de ello, antes por eso mismo temamos más. Aun cuando aquí no nos castigue Dios, seremos allí condenados con el mundo. Y tampoco es esta afirmación mía, sino de Cristo, que habla en Pablo. Porque, hablando de los que reciben sacrílegamente los divinos misterios, dijo: *Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y achacosos y mueren bastantes. Que si nos examinásemos bien a nosotros mismos, ciertamente no seríamos condenados; mas al ser juzgados, somos corregidos por el Señor a fin de que no seamos condenados con el mundo* [50].

Hay algunos que sólo necesitan castigos de este mundo, por ser leves sus culpas, para que, así castigados, no vuelvan a las andadas, imitando al perro que vuelve sobre el vómito; hay otros que por la enormidad de sus pecados serán castigados aquí y allí; y hay otros, finalmente, que sólo allí sufrirán la pena, pues por haber cometido los crímenes más atroces de todos, no han sido dignos de padecer casti-

[49] 1 Tim. 5, 24.
[50] 1 Cor. 11, 30-32.

gos entre los hombres, como se dijo: *No serán azotados entre los hombres* [51], siendo reservados para sufrir el suplicio entre los demonios: *Apartaos de mí,* dice, *a las tinieblas exteriores, preparadas para el diablo y sus ángeles* [52].

Muchos arrebataron el sacerdocio por dinero, pero no tuvieron quien les reprendiese ni oyeron lo que oyó en otro tiempo Simón Mago de labios de Pedro [53]; mas no por eso escaparon al castigo, sino que sufrirán penas mucho más terribles que las que aquí debían, por no haber escarmentado con el ejemplo. No pocos han cometido los mismos pecados que Coré [54], sin padecer sus penas; pero recibirán en lo futuro castigos mayores. Muchos han imitado las impiedades de Faraón [55], sin ser como él sumergidos; pero les espera el mar del infierno. Ni los que llamaron necios a sus hermanos pagaron su merecido, pero les aguarda el suplicio en la otra vida.

Por tanto, no creáis que las amenazas de Dios son palabras vanas. Con este fin las ha puesto a veces por obra, como en Safira, en Carmi, en Aarón [56] y en otros muchos, para que los que no dan fe a sus palabras, aterrados con la evidencia de los hechos, cesen de engañarse a sí mismos, pensando que no han de pagar sus crímenes, y aprendan que la benignidad de Dios está en dar tiempo al arrepentimiento, no en dejar sin castigo a los que se obstinan en su pecado.

Pudiera alargarme con otras razones para probar cuán terrible fuego atraen sobre sí los que desprecian la belleza de la virginidad; mas para hombres juiciosos basta lo dicho, pues a los irreductibles e insensatos no les apartarán de su locura discursos mucho más largos. Dejando, pues, tales controversias, dirijamos nuestros raciocinios a los cuerdos, volviendo de nuevo al bienaventurado Pablo: *Acerca de las cosas sobre las cuales me escribisteis,* dice, *bien le está al hombre no tocar mujer* [57]. Avergüéncense tanto los que condenan el matrimonio como los que lo ensalzan más de lo justo; pues a unos y otros cierra Pablo la boca con estas palabras y con las que añade a continuación.

---

[51] Ps. 72, 5.
[52] Mt. 25, 41.
[53] Act. 8, 20-23.
[54] Num. 16, 1-35
[55] Ex. 14, 27 s.
[56] Act. 5, 7-11; Ios. 7, 20-26; Num. 12, 1-8. La referencia a Carmi encierra una pequeña inexactitud, pues fué su hijo Acán el pecador castigado por Dios.
[57] 1 Cor. 7, 1

PARTE III

Ventajas y excelencias de la virginidad sobre el matrimonio según San Pablo

XXV. El matrimonio es necesario para los débiles

Bueno es el matrimonio, pues contiene al hombre en el deber y en la moderación y no le deja revolcarse en la lascivia. Por tanto, no lo vituperes, pues, es de grandísima utilidad, no permitiendo que los miembros de Cristo se hagan miembros de meretriz ni se profanen y manchen los templos del Espíritu Santo [58]. Bueno es, repito, porque sostiene y levanta al que va a caer. Mas ¿qué tiene que ver esto con el que está en pie y no necesita de tal ayuda? En este caso no es provechoso ni necesario, antes bien, obstáculo para la virtud, no sólo porque trae consigo muchos impedimentos, sino porque le roba la más exquisita de sus glorias.

XXVI. Quien puede permanecer virgen y se casa, se irroga gran perjuicio

El que embaraza con armas a quien puede luchar a cuerpo y vencer sin ellas, no sólo no le hace favor, sino que le ocasiona la mayor de las injurias, privándole de la admiración y del laurel de la victoria; porque no deja que brille todo su valor ni que su trofeo se repute como muy glorioso.

Pero en las nupcias hay otro perjuicio mayor; pues no sólo se priva a los casados de la estimación de los hombres, sino también de los premios prometidos a la virginidad. *Por esto es bueno al hombre no tocar mujer.*

Entonces ¿por qué permites las uniones matrimoniales? —*A causa,* dice, *de la fornicación* [59]. Temo levantarte a las alturas de la virginidad, no sea que caigas en los abismos

[58] 1 Cor. 6, 15.
[59] 1 Cor. 7, 2.

de la incontinencia; pues no estás dotado de alas tan ligeras como para elevarte a tales cumbres. — Pero es que ellos voluntariamente escogieron estas luchas y asaltaron esta gloria de la virginidad. ¿Por qué, pues, temes y te preocupas, oh bienaventurado Pablo? — Tiemblo, diría tal vez, no sea que tales arrestos les vengan de ignorar la realidad, ya que a mí la experiencia y la participación en tales luchas me han hecho más cauto para aconsejar a los demás.

XXVII. Excelsa cosa es la virginidad y fuente de innumerables bienes

Conozco la gran dificultad del problema, conozco la violencia de estos combates, conozco la dureza de esta lucha. Exige un ánimo firme, constante y enemigo de los deleites sensuales, pues es menester caminar sobre ascuas sin quemarse y sobre filos de espadas sin herirse [60]. Tanta es la fuerza de la concupiscencia cuanta la del hierro o la del fuego; por lo cual, si no son almas tan esforzadas que no se aterren por los dolores, pronto sucumbirán. Requiérense almas diamantinas, ojos que jamás se cierren, grande aguante, muros firmes, contrafuertes exteriores y cerrojos, centinelas despiertos y valientes y, sobre todo, el favor del cielo. *Pues si el Señor no guarda la ciudad, en vano velan los que la custodian* [61].

Pero ¿cómo nos granjearemos este socorro? Aportando toto lo nuestro: criterios sensatos, gran tensión de ayunos y vigilias nocturnas, exactitud en la guarda de los mandamientos y observancia de los preceptos y, lo más importante de todo, la desconfianza de nosotros mismos. Por muchas buenas obras que hayamos hecho, nos hemos de decir continuamente aquello: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano velan los que la custodian. Que no es nuestra lucha contra la carne y sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los poderes mundanales de las tinieblas de este siglo, contra las huestes espirituales de la maldad, que andan en las regiones aéreas* [62]. Es preciso que día y noche estén en armas nuestros pensamientos y se muestren temibles a las torpes concupiscencias; porque a nada que aflojen, ya está el diablo con el fuego en la mano para arrojarlo e incendiar el templo de Dios.

Es imprescindible estar por todas partes pertrechados. Nuestra lucha es contra la inclinación violenta de la naturaleza, nuestra pelea contra los ataques de los demonios

[60] Prov. 6, 28.
[61] Ps. 126, 1.
[62] Eph. 6, 12.

y nuestro certamen contra fuerzas incorpóreas. El polvo y la ceniza pretenden igualar a los moradores celestes, y la corrupción traba batalla con la inmortalidad.

¿Y aun habrá, dime, quien se atreva a comparar el matrimonio y sus placeres con empresa tan excelsa? ¿No será esto extrema candidez? Todo esto lo sabía muy bien Pablo, y por eso dijo: *Tenga cada uno su mujer* [63]. Esta es la causa por la que se resistía tanto y no osaba hablarles desde un principio acerca de la virginidad, sino que prolongaba su discurso en torno al matrimonio, intentando apartarles de las nupcias poco a poco, de modo que, introduciendo breves razonamientos sobre la continencia, los entremezclaba con los otros, que eran más numerosos, para no impresionar sus oídos con la austeridad de la exhortación.

Los que tejen sus discursos desde el principio al fin con consejos arduos se hacen molestos a los oyentes y frecuentemente retraen a las almas, que no aguantan la gravedad de sus palabras. Pero el que les da variedad, mezclando cosas difíciles entre las fáciles, disimula la aspereza del negocio y, tranquilizando a los oyentes, los convence y se los gana mucho mejor; así lo hizo el bienaventurado Pablo. Pues habiendo dicho: *Bueno es al hombre no tocar mujer,* pasó en seguida a tratar del matrimonio, diciendo: *Cada uno tenga su mujer.* Y se contentó con pronunciar ese elogio: *Bueno es al hombre no tocar mujer;* y, en cambio, acerca del matrimonio, lo aconseja, lo impone y aun añade la causa: *Para evitar la fornicación.* Parece que está justificando la concesión del matrimonio; pero en realidad, a pretexto del matrimonio, elogia los méritos de la continencia, no exponiéndolos con palabras manifiestas, sino insinuándolos en la conciencia de los oyentes. Pues quien cae en la cuenta de que se le aconseja el matrimonio no porque sea lo mejor de la virtud, sino porque Pablo le supone tan lascivo que no podrá apartarse de la incontinencia sin contraer nupcias, se sentirá afrentado y avergonzado y procurará al punto consagrarse a la virginidad para rechazar de sí tal deshonor.

XXVIII. Los comentarios de San Pablo sobre el matrimonio son una exhortación a la virginidad

Mas ¿qué es lo que luego añade? *Muéstrese benévolo el varón con la mujer, y lo mismo ésta con su marido* [64].

[63] 1 Cor. 7, 2.
[64] Ibid. 3-4. Como se ve, la lectura del Crisóstomo difiere algún tanto de la comúnmente admitida.

Comentando y aclarando esto, añade: *La mujer no es dueña de su cuerpo, sino el marido, y, semejantemente, el marido no es dueño de su cuerpo, sino la mujer.* Esto parece decirlo a favor del matrimonio, pero en realidad, como quién envuelve el anzuelo en el acostumbrado alimento, así lo arroja a los oídos de los discípulos, pretendiendo con la conversación acerca del matrimonio retraerlos de él. Quien oye que después del matrimonio ya no será dueño de sí mismo, sino que estará a merced de la mujer, al punto se dará prisa para librarse de tan dura esclavitud o más bien para no caer desde un principio bajo tal yugo, pues una vez sometido a él, no tendrá más remedio que vivir esclavizado siempre que a la mujer pareciere.

Y que no sin razón saco esta consecuencia de las palabras de Pablo, claramente se ve por los discípulos de Cristo. Tampoco ellos tuvieron por molesta y pesada la carga del matrimonio hasta que oyeron al Señor decir que estaban sometidos a esa misma ineludible servidumbre de la que hablaba San Pablo a los corintios. Pues aquellas palabras: *Quien repudia a su mujer, excepto en caso de fornicación, la hace cometer adulterio* [65]; y éstas: *El marido no es dueño de su propio cuerpo* [66], difieren en la expresión, pero no en el sentido de la sentencia.

Si bien examinas el dicho de Pablo, verás que encarece más la tiranía y presenta más pesada la servidumbre. Pues el Señor únicamente prohibe el que pueda echar el hombre de su casa a la mujer; pero Pablo le quita aun el dominio de su propio cuerpo, traspasándolo a su mujer y sometiéndolo a ella más que un esclavo comprado con dinero. A éste le acontece con frecuencia recuperar la libertad completa si logra algún día reunir la cantidad de dinero suficiente y ofrecerla a su amo; mientras que el marido, aun cuando le caiga en suerte la mujer más insufrible de todas, no tiene más remedio que soportar la servidumbre, sin encontrar camino posible para librarse de tal yugo.

XXIX. Las palabras "no os defraudéis el uno al otro" son una exhortación a la virginidad

Por esto, habiendo dicho: *La mujer no es dueña de su cuerpo*, añadió: *No os defraudéis el uno al otro a no ser de común acuerdo por algún tiempo, con el fin de vacar a la oración y al ayuno y luego volved a juntaros* [67]. Tal vez al oír al Apóstol hablar de este modo os avergoncéis y escandalicéis muchos de los que profesáis virginidad por tan gran

[65] Mt. 5, 32. [66] 1 Cor. 7, 4. [67] Ibid. 4-5.

condescendencia de Pablo; pero no temáis ni os desalentéis. Parecen ser éstas condescendencias con los casados, pero quien lo considere con diligencia verá ser éste el mismo criterio de antes.

Si alguien quisiera examinar estas palabras arrancándolas de su contexto, creería estar oyendo más bien a un casamentero que a un apóstol; mas quien desentrañare todo su contenido hallará en ellas una exhortación en nada indigna de un apóstol.

¿Por qué se extiende tanto en este tema? ¿No hubiera bastado, expuesta ya anteriormente la gravedad de la materia, cerrar sin más esta amonestación? ¿Qué añaden estas palabras: *El marido no es dueño de su cuerpo,* a aquéllas: *No os defraudéis sino de común acuerdo por algún tiempo,* y a las otras: *Pague el marido a la mujer la debida benevolencia?* [68] Nada en absoluto; lo que aquí está más breve y obscuro, allí lo expone más clara y explícitamente.

En lo cual no hace sino imitar a aquel santo varón de Dios Samuel. Así como aquél explicó con toda minuciosidad a los miembros del pueblo de Dios las leyes del reino, no para que las aceptasen, sino para que las rehusasen, y parece ser todo ello una mera instrucción, siendo en realidad un disuadirles de sus intempestivos deseos, de la misma manera Pablo desentraña con mayor claridad e insistencia la tiranía del matrimonio, precisamente con el intento de apartarlos de él, por medio de estas palabras. Y así, habiendo dicho: *La mujer no es dueña de su cuerpo,* añade: *No os defraudéis el uno al otro a no ser por algún tiempo de común acuerdo, para vacar a la oración y al ayuno.*

¿No ves cómo disimulada y suavemente ha ido conduciendo a los casados al ejercicio de la continencia? Ya la había recomendado desde el principio diciendo: *Bueno es al hombre no tocar mujer;* pero aquí añade una nueva exhortación con esta sentencia: *No os defraudéis el uno al otro a no ser por algún tiempo de común acuerdo.*

¿Y por qué presentó en forma de exhortación y no en forma de precepto lo que deseaba implantar? Porque no dijo: *Defraudaos el uno al otro con tal que sea de común acuerdo,* sino: *No os defraudéis el uno al otro sino de común acuerdo.* Así se hace el lenguaje más suave, mostrando la mente del Maestro de no exigir esto con rigor, principalmente, cuando se hace el pago con gran benevolencia.

Y no sólo consuela a los oyentes con esto, sino con su arte de indicar lo áspero en breves palabras y pasar en seguida a lo agradable antes de que sientan el dolor y se sumerjan en su amargura.

---

[68] Ibid. 3.

XXX. ¿Por qué, siendo honesta la unión conyugal, exhorta a apartarse de ella en tiempo de ayuno y oración?

También es digno de indagarse por qué, siendo honorable el matrimonio e inmaculado el tálamo [69], disuade su uso en tiempo de oración y de ayuno. La razón es que sería sumamente absurdo el que los judíos, tan sumergidos en las cosas corporales, a quienes permitió Dios tener dos mujeres y, repudiadas unas, tomar en su lugar otras, fuesen en esto tan mirados que, cuando se preparaban para oír las divinas revelaciones, se abstuvieran de los placeres lícitos del matrimonio, y no por un solo día o por dos, sino por varios [70]; y, en cambio, nosotros, que hemos disfrutado de la gracia divina, que hemos recibido el don del Espíritu Santo, que hemos muerto y hemos sido sepultados con Cristo, hechos hijos adoptivos de Dios y elevados a tan alta dignidad, después de tantos y tan excelsos beneficios, no llegásemos a la virtud de aquellos niños en la santidad.

Y si alguien volviera a insistir preguntando por qué apartó Moisés a los judíos de esas uniones, le diría que, aunque es honroso el matrimonio, pero no llega a más sino a no manchar al que lo usa; pero el hacer santos de veras no es obra suya, sino de la virginidad.

Para que no creas que sólo Moisés y Pablo han dicho esto, escucha lo que dice el profeta Joel: *Promulgad el ayuno, anunciad la oración, reunid a los ancianos* [71]. Acaso dirás: ¿Dónde dice que se abstengan del trato con sus consortes? —*Que deje,* dice, *el esposo su cámara y la esposa su tálamo* [72]. Más exige éste que Moisés. Porque si al esposo y a la esposa en quienes arde la pasión, hierve el fuego de la juventud y está desenfrenada la concupiscencia, no les es lícito juntarse en tiempo de oración y ayuno, ¿cuánto menos a los demás a quienes no urge esta necesidad de la carne?

Porque el que ora y ayuna, como es sabido, debe despedir de sí todos los deseos de cosas humanas y terrenas, todo cuidado y negocio mundano, y, recogiéndose en sí mismo de todas partes, acercarse en esta forma al Señor. Por esto es bueno el ayuno, porque corta las inquietudes del espíritu y, disipando la negligencia que envuelve la mente, atrae hacia sí toda la atención del alma.

---

69 Hebr. 13, 14.
70 Ex. 19, 15.
71 Ioel 2, 15.
72 Ibid. 16. Claro está que en la aplicación de esta norma a la nueva ley del Evangelio no se trata sino de un mero consejo.

Esto es lo que indica Pablo cuando retrae de la unión carnal, empleando palabras muy miradas y discretas. No dice: para que no os manchéis, sino *para dedicaros al ayuno y la plegaria,* como insinuando que el trato con la mujer no lleva a la impureza, sino a la preocupación.

XXXI. A LOS QUE QUIEREN ORAR, CON RAZÓN LOS APARTA PABLO DEL TRATO CARNAL

Si aun ahora, después de tantas defensas, todavía trata el diablo de estorbarnos en tiempo de oración, ¿qué no maquinará, distrayendo de acá para allá los ojos de nuestro espíritu, si coge al alma disipada y reblandecida por el cariño a la mujer? Pues para que no tengamos que padecer esto ni irritemos al Señor con oraciones vanas en el momento mismo en que nos afanamos por hacérnoslo propicio, ordena el Señor retraerse de aquellos actos.

XXXII. EL QUE ORA CON TIBIEZA NO APLACA A DIOS, SINO LE IRRITA

Si los que se acercan a tratar con reyes, ¿qué digo con reyes?, si los que hablan a ínfimos magistrados, si los siervos que se llegan a sus señores, ya sea para quejarse de alguno que les ha hecho injuria, ya para pretender alguna gracia o calmar su ira, hablan con los ojos bajos y la atención toda concentrada, pues, si se descuidan en algo, no sólo no obtienen lo que suplican, sino que se acarrean nuevos males; si quienes desean apaciguar el enojo de los hombres tanto empeño ponen en su cometido, ¿qué será de nosotros, miserables, que con tanto descuido nos acercamos al Dios y Señor de todo lo creado, particularmente siendo acreedores a su ira en tanto grado? Porque ni el criado a su amo ni el vasallo podría enojar tanto a su rey como nosotros irritamos cada día al Señor. Declarando esto Cristo, simboliza las deudas para con nuestros enemigos en cien denarios, y en diez mil talentos las deudas para con Dios [73].

Así que con razón nos manda apartar Pablo de aquellos placeres cuando nos acercamos al Señor para borrar con nuestras plegarias su cólera y hacernos propicio al que cada día estamos ofendiendo, como si dijera: "Se trata, queridos míos, del asunto del alma; el riesgo es de lo más grave; es

[73] Mt. 18, 23 s.

necesario temer, temblar, estremecerse. Nos acercamos a un Señor temible, injuriado en muchas cosas por nosotros y que puede echarnos en cara muy graves y amargas quejas. No es tiempo de abrazos ni de placeres, sino de lágrimas, de profundos gemidos, de postración, de confesión diligente, de plegarias prolongadas y de continuas súplicas. Podemos darnos por contentos si, humillándonos con tanta diligencia, logramos calmar su ira, no porque sea El cruel, pues es manso y amable por demás, sino porque el exceso de nuestras ofensas no permite al bueno, al clemente, al misericordioso, concedernos inmediatamente el perdón". Por eso dice Pablo: *Para que podáis vacar al ayuno y a la oración.*

¿Hay, pues, cosa tan acerba como ésta? Quiero darme a la virtud, quiero levantarme hasta el cielo y borrar las manchas de mi alma insistiendo en la oración y el ayuno; pero si la esposa no quiere acceder a estos mis anhelos, obligado estoy yo a consentir con su incontinencia.

Por esto dijo al principio Pablo: *Bueno es al hombre no tocar mujer;* y asimismo al Señor le decían los discípulos: *Si tal es el negocio del marido con su esposa, no tiene cuenta el casarse* [74]. Considerando que por necesidad había que admitir uno de los dos inconvenientes, y metidos en este aprieto con los raciocinios del Señor, hablaron de esta manera.

XXXIII. Al repetir una y otra vez lo mismo, Pablo sigue el método de Cristo

Por lo cual también Pablo inculca asiduamente esto mismo a los corintios, a fin de imprimir bien en sus almas tal idea: *Tenga cada uno su mujer. Pague el marido a su mujer la debida benevolencia. La mujer no es dueña de su cuerpo. No os defraudéis el uno al otro. Juntaos de nuevo.*

Tampoco aquellos bienaventurados discípulos quedaron persuadidos la primera vez que oyeron al Señor, sino cuando volvieron a escuchar otra vez lo mismo, entonces comprendieron la necesidad de este precepto. Pues también cuando predicó el Señor sentado en el monte, les habló de esto; y después de tocar otros muchos puntos, tornó de nuevo a excitarles el amor de la continencia [75]. Así, unas mismas cosas asiduamente repetidas tienen mucha mayor eficacia.

Por eso también aquí el discípulo, imitando al Maestro, inculca lo mismo repetidas veces. Mas nunca les dice sim-

---

[74] Mt. 19, 10.
[75] Mt. 5, 31 s

plemente que se casen, sino que se lo concede, aduciendo siempre la causa: *por la fornicación, por las tentaciones satánicas, por la incontinencia.* De este modo, sin que ellos se den cuenta, va inculcando en sus ánimos, a través de la misma plática del matrimonio, el mérito de la virginidad.

XXXIV. Dificultades de la virginidad en la lucha contra los enemigos

Pues si Pablo recela tener apartados por largo tiempo a los casados para que no se insinúe el diablo solapadamente, ¿qué coronas no merecerán los que no han necesitado nunca de ese alivio, permaneciendo invictos hasta el fin?

Y eso que no son iguales las máquinas guerreras empleadas por el diablo contra unos y otros. Pues a los casados, según creo, no les molesta tanto, ya que al sentir la tempestad más violenta tienen a mano el refugio en el puerto. Tampoco el bienaventurado Pablo les permite largas navegaciones, sino que les exhorta a que, cuando se casen, vuelvan a juntarse de nuevo y tornen a lo de antes. Las vírgenes, en cambio, tienen que navegar incesantemente y surcar un piélago sin refugios, de modo que aun cuando se levanten las más furiosas tormentas, ni aun entonces les es dado tomar puerto y descansar.

Así como en el mar los piratas nunca atacan a los navegantes en las cercanías de las ciudades, arsenales o puertos, pues se expondrían vanamente a peligro; pero si sorprenden al barco en alta mar, convirtiendo en propia audacia la ajena falta de socorro, todo lo mueven y revuelven, sin cejar un punto hasta dar a través con la nave enemiga o ser hundidos por ella, del mismo modo el demonio, ese terrible pirata, levanta contra la virgen horrorosas tempestades, encrespadas olas e intolerables borrascas, revolviéndolo y alborotándolo todo para volcar la embarcación con violentos ataques. Pues ha oído que las vírgenes no tienen aquella licencia de *juntarse y volver a lo mismo,* sino que por precisión han de luchar perpetuamente y sin tregua contra los espíritus malignos hasta dar fin a su navegación en puerto tranquilo.

Porque Pablo, cerrando las puertas a la virgen, como a un soldado generoso que está fuera de los muros, no permite abrirlas de nuevo por más que se enfurezca el enemigo contra ella y se envalentone, tanto más cuanto que el contrario no puede venir a capitulación.

Pero no es sólo el diablo, sino que también el mismo estímulo de la concupiscencia molesta mucho más a los no casa-

dos. Lo cual es a todos evidente. De las cosas que uno puede usar no se sienten deseos tan ardorosos, ya que la misma seguridad de tenerlas induce el ánimo a la indolencia. Lo cual está confirmado por el proverbio, popular, sí, pero muy verdadero por cierto: lo que está a la mano no es propio para excitar mucho nuestra apetencia. Lo contrario acaece si nos privan de lo que teníamos, y las mismas cosas que habíamos despreciado mientras las poseíamos, esas mismas, al carecer de ellas, excitan violentamente nuestra concupiscencia.

Ya por esta razón, en primer lugar, es mayor la paz en los casados. Además, si la llama pretende levantarse muy alta, fácilmente se apaga con la vida conyugal. La virgen, en cambio, no teniendo con qué apagar este fuego, al ver cómo se levantan las llamas hacia lo alto, no pudiendo sofocarlas, pone todo su empeño en no abrasarse en su lucha contra el fuego.

¿Hay cosa más extraña que llevar dentro del alma una hoguera y no quemarse? ¿Llevar la llama en todos los escondrijos del espíritu y conservar, sin embargo, intacto el corazón? Porque nadie permite a la virgen arrojar fuera esas brasas. Lo que el autor de los Proverbios dice que es imposible sufrir en el cuerpo, eso tienen que aguantar las vírgenes en el alma. ¿Qué es ello? *¿Quién andará sobre carbones encendidos sin que se le abrasen los pies?*[76] Pues he aquí que las vírgenes andan y soportan tal prueba. *¿Se aligará alguien el fuego al pecho sin quemarse el vestido?*[77] Pues éstas no en sus vestidos, sino en sus almas llevan el fuego furioso y sufren y encierran dentro de sí la llama.

¿Y se atreverá alguien todavía, dime, a parangonar el matrimonio con la virginidad, ni siquiera a enfrentarlos? Pablo lo prohibe[78], señalando la enorme diferencia de entrambos: *porque aquélla,* dice, *se afana por las cosas del mundo, ésta por las de Dios.* Reuniendo, pues, en uno a todos los casados, mira cómo los moteja para mayor honra de la virginidad: *Volved,* dice, *a juntaros para que no os tiente Satanás*[79]. Y, queriendo mostrar que no depende todo esto de las tentaciones satánicas, sino que mucho se debe a nuestra indolencia, añadió la razón principal diciendo: *Por vuestra incontinencia.* ¿Quién al oír esta palabra no se avergonzará? ¿Quién no procurará echar de sí el dicterio de intemperante? Porque esa exhortación no va con todos, ésa sólo se dirige a los de espíritu más bajo.

---

76 Prov. 6, 28.
77 Ibid. 27.
78 1 Cor. 7, 32-33.
79 Ibid. 5.

Si eres, dice, tan esclavo de tus placeres, si eres tan muelle que estés siempre entregado a la pasión y anhelando los deleites carnales, júntate con tu mujer. Esta concesión no es de quien aprueba y alaba, sino de quien se burla y censura. Pues si no intentara avergonzar vehementemente a los voluptuosos, nunca hubiera empleado aquella voz tan deprimente de *incontinencia,* que es muy fuerte e incluye grave infamia. En efecto, ¿por qué no dijo: Por vuestra debilidad? Porque esta palabra denota indulgencia, y aquélla, en cambio, muy grande intemperancia. Pues intemperancia es no poder abstenerse de la fornicación sino estando con su mujer a la continua y entregándose al deleite sensual.

¿Qué contestan a esto los que dicen que la virginidad es cosa superflua? Esta, mientras más tiempo se guarda, más loores merece, mientras que el matrimonio, cuando se usa inmoderadamente, pierde su estimación y su alabanza. *Esto lo digo,* añade, *como concesión, no como precepto* [80]. Ahora bien, donde hay mera permisión, allí no hay lugar para la alabanza.

Hablando de las vírgenes, dijo: *Precepto del Señor no tengo* [81]. ¿Quiso, tal vez, con estas palabras igualar lo uno a lo otro? De ningún modo. Pues acerca de la virginidad da su juicio, mientras que en lo otro concede un permiso. No manda ninguna de las dos cosas; pero por muy diversas razones; allí para que no sea que alguien, deseando salir de la intemperancia, encuentre dificultad, como atado por la obligación del precepto; aquí para que quien no es capaz de volar hasta la virginidad no se crea censurado como infractor de un precepto. No mando, dice, guardar virginidad, porque temo la dificultad de un tal mandamiento. Mas tampoco ordeno la asiduidad de la vida conyugal, porque no quiero ser legislador de intemperancias. Dije: *Juntaos de nuevo,* para evitar que descendáis más abajo, no para impedir que voléis a lo más alto. Lo que Pablo en primer lugar desea no es la asiduidad en el trato conyugal; tal norma fué introducida por la intemperancia de los más imperfectos.

Si deseas saber lo que él siente, oye lo que dice: *Quiero que todos los hombres sean* continentes *como yo* [82]. —Luego si deseas que todos guarden continencia, quieres que nadie se case. —De ningún modo. Pero no por eso prohibo el matrimonio o lo censuro en los que quieran contraerlo, sino que, aunque deseo y anhelo que todos se conserven como

[80] Ibid. 6.
[81] Ibid. 25.
[82] Ibid. 7.

yo, lo permito, sin embargo, para evitar fornicaciones. Por eso dije ya desde el principio: *Bueno es al hombre no tocar mujer.*

XXXV. Por qué se propuso Pablo a los fieles como ejemplar de continencia

¿Qué razón tuvo Pablo para hacer mención de su persona, diciendo: *Quiero que todos los hombres sean como yo?* Porque, de no añadir esto, no se hubiera nombrado a sí mismo. ¿Por qué añadió, pues, *como soy yo?* No, ciertamente, por alabarse, pues éste es aquel mismo que, habiendo aventajado a todos los apóstoles en los trabajos [83], se tenía por indigno hasta del nombre de apóstol. Así, habiendo dicho: *Yo soy el menor de los apóstoles* [84], como si todavía con eso se hubiera atribuído demasiada alabanza, se corrige al punto, añadiendo: *que no soy digno de ser llamado apóstol.*

¿Por qué, pues, en esta exhortación a los fieles se pone por modelo? No sin su cuenta y razón. Porque sabía que los discípulos entonces se animan más a emprender cosas grandes cuando tienen delante los ejemplos insignes de sus maestros. Pues así como el que trata de persuadir con meras palabras, sin ir delante con las obras, nada grande consigue de sus oyentes, así, por él contrario, el que puede mostrar sus enseñanzas practicadas ante todo por sí mismo, ése lleva a sus discípulos mejor que nadie a donde quiere.

Además, se muestra completamente ajeno a la arrogancia y vanidad quien desea hacer participantes a los demás de este excelso bien que él posee, y no pretende distinciones y precedencias, sino quiere que los demás sean iguales a él en todo.

Una tercera razón puedo aún añadir. ¿Cuál? Parecía ser dificultosa esa empresa y tal que no puede ser arrostrada fácilmente por todos; por lo cual, queriendo mostrar que era factible, pone delante de ellos a quien la ha realizado, para que no la tengan por excesivamente ardua, sino que, contemplando a quien los guía, se animen también ellos y avancen por el mismo camino.

Lo mismo hizo también escribiendo a los gálatas. Queriendo quitarles el miedo de la ley mosaica, por el cual volvían a seguir sus antiguas costumbres, guardando muchos de sus preceptos, ¿qué les dice? *Haceos como yo, ya que yo*

---

[83] 1 Cor. 15, 10.
[84] Ibid. 9.

he sido antes como vosotros [85]. Cuyo sentido es éste: No podéis contestarme que, habiendo yo venido poco ha del gentilismo y no sintiendo el miedo de la inobservancia de la ley, me atreva a tratar impunemente con vosotros acerca de estas cosas, ya que también yo serví en otro tiempo en esa misma esclavitud vuestra; también yo estuve ligado con esa ley y observé sus preceptos; mas luego que brilló la gracia, me trasladé por completo de aquélla a esta nueva ley. Esto no es ya transgresión de aquellos preceptos, pues hemos venido a parar al dominio de otro varón. Por tanto, no hay que reprocharme que digo una cosa y hago otra, ni que, mirando yo por mi seguridad, os arrojo a vosotros al peligro. Pues si en esto hubiera algún riesgo, no me hubiera arrojado yo a él y hubiera descuidado mi salvación. Por tanto, así como allí, poniéndose por modelo, les quitó el miedo, del mismo modo aquí, lanzándose animoso al combate, los libra de temores.

XXXVI. Por humildad llama el Apóstol don a la virginidad

Mas cada cual, dice el Apóstol, *tiene su propio don: éste uno, aquél otro* [86]. Mira aquí el sello de la modestia apostólica. Nunca se borra, siempre luce con gran esmero. Don de Dios llama a sus virtudes y a lo que tantos sudores le costó. Todo ello lo atribuye a Dios. ¿Y qué maravilla es que hable así de su continencia, pues lo mismo hace al tratar de su predicación, por la cual había soportado innumerables trabajos, asiduos afanes, increíbles sufrimientos y cuotidianas muertes? ¿Pues qué dice de ella? *Más que todos he trabajado; pero no yo, sino más bien la gracia de Dios, que está conmigo* [87]. No se atribuye parte a sí y parte a Dios, sino a Dios todo. Lo cual es propio de siervo agradecido, que no estima nada por suyo, sino todo de su amo, no atribuyéndose nada a sí mismo, sino todo al Señor.

Y lo mismo hace en otro lugar. Pues habiendo dicho: *Teniendo diferentes dones, según la gracia que se nos ha concedido* [88], en el decurso de la exposición enumera entre ellos el don de la enseñanza, el de las limosnas y el de la comunicación de bienes; y que esto sean virtudes y no carismas, todo el mundo lo ve [89].

[85] Gal. 4, 12.
[86] 1 Cor. 7, 7.
[87] 1 Cor. 15, 10.
[88] Rom. 12, 6.
[89] A nadie extrañará que San Juan Crisóstomo, aun admitiendo que nuestro bien obrar es gracia y don de Dios, no lo haga recalcar

He dicho esto para que cuando le oigas decir: *Cada cual tiene su propio don,* no pierdas el ánimo ni razones contigo de esta manera: Ya Pablo llamó a la continencia don del Señor.

Habla de ese modo por mera humildad, no porque quiera contar aquella virtud entre los carismas de Dios. No iba él a ponerse en contradicción consigo mismo y con Cristo. Con Cristo, que dice: *Hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por el reino de los cielos;* y añade: *El que pueda comprenderlo, compréndalo*[90]*;* y consigo mismo, cuando condena a las que, habiendo prometido vivir viudas, no perseveraron en su buen propósito. Porque, si es un don, ¿por qué las amenazas diciendo: *Tienen contra sí sentencia de condenación, por cuanto violaron la primera fe?*[91] Nunca castigó Cristo a los que meramente carecen de un carisma, sino siempre a los que no muestran una vida virtuosa; y lo que más ha exigido siempre es la vida perfecta y la conducta irreprensible.

La distribución de los divinos dones no queda al arbitrio y elección de quien los recibe, sino al juicio del que los da. Por esto, Cristo a los que hacen milagros no sólo no los alaba en ninguna parte, sino que a los discípulos, que volvían ufanos por haberlos hecho, les quitó este gozo diciéndoles: *No os alegréis de que se os rindan los demonios*[92]. Los verdaderos bienaventurados son los misericordiosos, los humildes, los mansos, los limpios de corazón, los pacíficos, los que hacen estas cosas y otras semejantes[93].

El mismo Pablo en la enumeración de sus buenas obras hace mención de la castidad; porque después de decir: *En mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en trabajos, en sediciones, en vigilias, en ayunos,* añade: *en castidad*[94]. La cual no habría mentado si fuese carisma. ¿Por qué recrimina a los que de ella carecen, llamándolos incontinentes? ¿Por qué dice también que obra mejor el que no casa a su hija doncella? ¿Por qué, finalmente, dice que será más feliz la viuda que permaneciere tal?[95] Porque, según he dicho, las bienaventuranzas no se refieren a milagros, sino a obras, como sucede también con los castigos. ¿A qué insistir, pues, en exhortarnos más y más a lo mismo, si eso no está en nuestra

---

en este pasaje como lo hace en otros, dada la finalidad de su raciocinio. De otro modo habla, por ejemplo, en el capítulo 12.

[90] Mt. 19, 12.
[91] 1 Tim. 5, 12.
[92] Lc. 10, 20.
[93] Mt. 5, 3-12.
[94] 2 Cor. 6, 4-6.
[95] 1 Cor. 7,38-40

mano, si, además de los auxilios de la gracia, no es también necesario nuestro esfuerzo?

Habiendo dicho: *Mi voluntad es que todos fueran* continentes *como yo,* añade: *Digo a los solteros y a las viudas: Mejor les está permanecer como yo* [96]. De nuevo se pone por modelo por la misma causa; pues teniendo a la vista un ejemplo cercano y doméstico, habían de afrontar con más aliento los trabajos del estado virginal.

Y si ni antes, cuando dijo: *Quiero que todos sean como yo,* ni ahora, al decir: *Mejor es que permanezcan como yo,* explicó la causa, no te extrañes. No lo hace por arrogancia, sino porque le pareció que bastaba como motivo su propio parecer, siguiendo el cual había practicado esta virtud.

XXXVII. Numerosos inconvenientes de las segundas nupcias

El que quiera saber las razones, oiga primero la común opinión de los mortales y vea luego lo que acaece en las segundas nupcias. Pues aunque no las condenan los legisladores, sino que las conceden y permiten, sin embargo, tanto dentro de las casas como en las plazas públicas, son muchas las murmuraciones de los que critican, insultan y maldicen a los que se vuelven a casar. Huyen de ellos, por decirlo así, al igual que de los perjuros, y ni se atreven a tenerlos por amigos, ni a entablar con ellos contratos, ni a fiarse para nada de ellos; pues viendo que tan fácilmente echan de su alma el recuerdo de tan gran amistad y cariño y de trato y comunicación tan íntima, con esta idea viene al ánimo una especie de entorpecimiento para acercarse con confianza a quienes tan ligeros de corazón y olvidadizos se muestran.

Y no es éste el único motivo de su aversión, sino también lo desagradable de su conducta. Porque dime: ¿qué cosa hay más desagradable que después de tantas lágrimas, gemidos y llantos, rostros escuálidos, negros crespones, de repente ruidosos aplausos, tálamos nupciales, alboroto tan diverso de lo anterior, como si se tratase de actores de escena, que tan pronto representan una cosa como otra? Pues en el teatro lo mismo ves a uno hecho rey que el más miserable de los mendigos, y aquí del mismo modo, el que hace poco se revolvía junto al sepulcro, de repente queda convertido en esposo; el que se arrancaba los cabellos, lleva ahora una corona sobre esa misma cabeza; el que antes, cabizbajo y

[96] 1 Cor. 7, 7 s.

apenado, entonaba con frecuentes llantos las alabanzas de la difunta ante los que le consolaban, el que decía que le era imposible soportar esta vida y se enojaba contra los que le disuadían, ése mismo, con frecuencia, delante de la misma gente se adorna y engalana y con aquellos ojos antes arrasados en lágrimas mira hoy sonriente a los convidados, y los saluda afablemente, y los halaga con aquella boca con la que antes rechazaba todo consuelo.

Pero lo más triste de todo es la guerra a muerte que se declara contra los hijos de la primera mujer; la leona, que se instala en casa junto a las hijas, pues esto viene a ser una madrastra. De aquí las luchas y las riñas, de aquí una saña y una detracción maligna contra la que jamás le hizo injuria. Porque los vivos se envidian y son envidiados; con los difuntos hasta los enemigos guardan respeto. Pero aquí no sucede esto, sino que es objeto de odio el polvo y la ceniza. Odio inmenso a la que está sepultada; contumelias, dicterios, acusaciones contra la que está convertida en tierra, y guerra implacable contra la que nada puede sentir. ¿Hay cosa tan criminal y tan horrible como esta cruel furia? Porque sin haber recibido ofensa alguna de la difunta, ¿qué digo ofensa?, disfrutando de los trabajos de aquélla y aprovechándose de sus bienes, no cesa de hacer oculta guerra. A la que en nada la ofendió y quizá a quien ni siquiera llegó a ver en su vida, cubre de insultos diariamente; ultraja en sus hijos a la que ya no existe, y con frecuencia, cuando ella nada puede lograr, arma a su marido contra ellos.

Sin embargo, todo esto parece a los hombres fácil y tolerable, con tal de verse libres de sufrir la tiranía de la concupiscencia. La virgen, en cambio, no se arredra ante este combate; no rehuye la lucha que a tantos parece insoportable, sino que resiste varonilmente y aguanta esta guerra con su propia naturaleza. ¿Quién será capaz de admirar dignamente a la virgen, que cuando otros, para no abrasarse, han tenido necesidad de recurrir a las segundas nupcias, ella no vió las primeras, sino que permanece pura e intacta?

Por esto, y muy especialmente por los ricos tesoros que a la casta viudez reserva el cielo, dijo aquel que tenía a Cristo hablando dentro de sí: *Más dichosos serán si permanecen así, como yo* [97]. ¿No pudiste subir a la cima más alta? Por lo menos no caigas de la siguiente, y que sólo en esto te supere la virgen, en que ella ni siquiera una vez fué derrotada por la concupiscencia. A ti, aun cuando te hubo vencido una vez, no te tuvo para siempre sojuzgada; después de

[97] 1 Cor. 7, 40.

la primera derrota la dominaste. La virgen tiene su victoria libre de todo fracaso; es igual a ti en el término, sólo te supera en el principio.

XXXVIII. La virgen no puede contar con ningún descanso en la lucha

Con los unidos en matrimonio es muy indulgente; pues aunque uno de ellos desee abstenerse, no les priva de su derecho, ni quiere tampoco que la separación por mutuo acuerdo se prolongue mucho. Más aún, les permite, si lo desean, las segundas nupcias para que no se abrasen. En cambio, a las que han escogido la virginidad no les concede ningún alivio. Y siendo así que a los casados, después de una corta interrupción, les manda juntarse de nuevo, a la virgen no le otorga ni un pequeño descanso y le ordena mantenerse en pie en esta lucha sin tregua, recibiendo continuos golpes de la concupiscencia, sin permitirle el más mínimo reposo.

Pues ¿por qué no dijo también a la virgen: *Si no se contiene, cásese?* [98] Porque tampoco al atleta, cuando, dejados ya los vestidos y ungido el cuerpo, baja al combate, cuando se cubre ya con el polvo del estadio, le dijo jamás nadie: ¡Retírate, huye de tu competidor! Ya no queda sino una de dos: salir o coronado o vencido y lleno de vergüenza.

En los juegos y palestras, donde la lucha es con los de casa y con los amigos como si fueran adversarios, dueño es cada cual de pelear o no pelear; pero el que ha dado ya su nombre como luchador, estando ya repleto el teatro, presente el director del certamen, ocupando sus puestos los espectadores y puesto delante de sí su competidor, está imposibilitado de retirarse por la ley misma del combate.

De la misma manera, pues, a la virgen, mientras está deliberando si contraerá o no matrimonio, lícito le es tomar ese estado; mas luego que ha elegido virginidad y se ha comprometido, es como si hubiera ya bajado a combatir a la arena. ¿Quién, pues, se atreverá, entre los aplausos de la concurrencia, teniendo por espectadores desde el cielo a los ángeles y a Cristo por presidente del combate, bramando de furor y rechinando los dientes el demonio, abrazada ya con el adversario y teniéndole sujeto por el medio, quién, repito, se atreverá a lanzarse a la arena y gritar: "¡Huye del adversario, déjate de trabajos! ¡No vengas con él a las manos! ¡No le derribes ni le armes zancadillas! ¡Cédele la victoria!"? ¿Qué digo a las vírgenes? A las mismas viudas no

[98] 1 Cor. 7, 9.

ha de hablar nadie de ese modo, sino, antes al contrario, en lugar de esto ha de ponerles delante aquella otra terrible sentencia de Pablo: *Cuando los estímulos de la sensualidad les ponen hastío de Cristo, quieren casarse, incurriendo en condenación por haber quebrantado la primera fe* [99].

XXXIX. ¿A qué viudas y a qué vírgenes permite Pablo casarse?

Pues habiendo dicho: *A los solteros y a las viudas les digo que les es mejor permanecer como yo; pero si no pueden guardar continencia, cásense;* y también: *Si muriere el marido, queda libre para casarse con quien quiera, sólo que sea en el Señor* [100], ¿por qué a la que antes había dejado en libertad para casarse, luego le impone castigos, y un matrimonio contraído, según el Señor, dice luego que es contra ley? No te embrolles, pues no habla aquí de las mismas nupcias, sino de otras. Porque así como al decir: *Si la doncella se casare, no peca* [101], no habla de la que ha renunciado al matrimonio puesto que ésta es evidente que comete pecado, y pecado abominable, sino de aquella que aun no se ha casado y que, no habiendo hecho elección todavía, está indecisa entre los dos estados, deliberando cuál escogerá, así también aquí habla de una viuda que, muerto el marido, no se ha obligado aún eligiendo viudez perpetua, sino que es libre todavía para elegir lo uno o lo otro; mientras que allí habla de la que ya no es libre para casarse de nuevo, por haber elegido combatir en las filas de la continencia.

Porque puede una ser viuda y no ser todavía contada en la jerarquía de las viudas, por no haber hecho aún profesión de tal. Así dice: *Elíjanse para el servicio de la Iglesia viudas no menores de sesenta años, que no hayan tenido más que un marido* [102]. Pues a la que es meramente viuda le permite casarse si quiere; mas a la que ha hecho a Dios voto de vivir perpetuamente viuda y luego se casa, a ésa la condena con gran vehemencia como violadora del pacto hecho con Dios.

No es, pues, a éstas, sino a aquéllas a las que dice: *Si no se contienen, cásense, que mejor es casarse que abrasarse* [103]. ¿Ves cómo nunca alaba al matrimonio por

[99] 1 Tim. 5, 11 s.
[100] 1 Cor. 7, 8. 9 y 39.
[101] 1 Cor. 7, 28.
[102] 1 Tim. 5, 9.
[103] 1 Cor. 7, 9.

sí, sino a causa de la fornicación, de las tentaciones, de la incontinencia? Pues todo esto dijo arriba; aquí, en cambio, para desagraviarlas de las duras palabras que antes les dirigiera, les explica lo mismo, pero con términos más suaves, llamándolo incendio y ardor.

Aunque tampoco aquí deja del todo el tono de reprensión; pues no dijo: Si son arrastradas al mal, si se ven forzadas por la sensualidad, si no pueden, u otra palabra semejante propia de los que padecen y son dignos de perdón, sino ¿qué?: *Si no se contienen;* lo cual es de personas que rehuyen el trabajo por cobardía. Pues con esto da a entender claramente que, estando en su poder el hacerlo, no lo hacen por evitarse el sufrimiento.

Mas ni aun así las castiga ni las hace acreedoras a tormentos, sino que solamente las priva de alabanza, y únicamente en las palabras de vituperio muestra vehemencia, no nombrando jamás la procreación de los hijos, esa honrosa y plausible causa del matrimonio, sino el ardor, la intemperancia, la fornicación y la tentación satánica; permitiendo las nupcias para evitar esos males.

Y ¿qué importa eso?, dice el adversario. Mientras nos deje libres de castigos, sufriremos gustosos toda clase de vituperios e insultos con tal que se nos permita gozar y disfrutar continuamente de los placeres.

—Pero ¿qué?; hombre de Dios, si no es lícito vivir en los deleites, ¿serán sólo dicterios lo que nos aguarda?

—Pues ¿cómo, dice, no va a ser lícito darse a los placeres, habiendo dicho Pablo: *Si no se contienen, cásense?*

—Oye tú también lo que sigue: Has aprendido que es mejor casarse que abrasarse. Has abrazado lo agradable porque te pareció placentero. Has aprobado la concesión y admiras la condescendencia del Apóstol. No te pares ahí; sigue adelante, leyendo lo que añade, pues del mismo Apóstol son ambos preceptos.

—¿Qué es, pues, lo que añade?

—*Mas a los casados ordeno, no yo, sino el Señor, que la mujer no se aparte del marido, y de apartarse, que no pase a otras nupcias o que se reconcilie con su marido; y que tampoco el marido despida a su mujer* [104].

XL. El matrimonio es grave esclavitud

¿Qué sucederá, pues, si el marido es afable y la mujer es malvada, maldiciente, charlatana, y lo que es enfermedad en todas ellas, gastadora, y afeada, además, con otros

[104] 1 Cor. 7, 10 s.

muchos vicios? ¿Cómo podrá sufrir el desgraciado un día y otro día tanta molestia, soberbia y desvergüenza?

¿Y qué si, al contrario, ella es buena y pacífica, y el marido es el audaz, el soberbio, el iracundo, engreído con sus riquezas y con el poder de su autoridad, y que trata a su mujer libre como a una esclava, sin hacer distinción entre ella y las criadas de la casa? ¿Cómo sufrirá tanta violencia y tan duro tratamiento? Y ¿qué hacer si se retrae siempre de ella y permanece como ajeno a su esposa? Aguanta, dice, toda esta intolerable servidumbre y solamente cuando él muera serás de nuevo libre; pero mientras él viva, una de dos: o amansarlo y convertirlo con toda suavidad o, si esto no es posible, aguantar varonilmente esta lucha terrible y esta guerra sin cuartel. Porque ya dijo arriba: *No os defraudéis el uno al otro, sino de consuno y por poco tiempo;* pero aquí, apartada ella del marido, contra su voluntad, le manda guardar continencia: *que permanezca sin casarse o que haga las paces con su marido* [105].

¿No ves a la desdichada entre dos fuegos? Porque o ha de tolerar el fuego de la concupiscencia, o, si no quiere esto, tendrá que adular a quien la injuria o prestarse a él para cuanto quiera, bien sea que pretenda azotarla, bien cubrirla de befas y exponerla al ludibrio de la servidumbre doméstica, bien atormentarla con cualquier otra cosa semejante, pues son muchos los medios inventados por los maridos cuando quieren mortificar a sus mujeres. Y si no quiere llevar todo esto resignada, no le queda sino guardar una continencia infructuosa; digo infructuosa, porque no tendrá premio ninguno, ya que no la guarda por alcanzar la santidad, sino incitada por la aversión contra su esposo.

Permanezca sin casarse o reconcíliese con su marido. —Pero ¿y si no quiere él hacer las paces? —Otra escapatoria te queda. —¿Cuál? —Espera que se muera. Pues así como a la virgen no le es permitido casarse porque vive siempre y es inmortal su esposo, así tampoco a la casada le es lícito mientras le viva el marido. Si, viviendo éste, le fuese permitido juntarse con otro y, dejado éste, con otro y otro, ¿qué necesidad había de matrimonios, pudiendo los maridos unirse indiferentemente y buscar placer con las mujeres de los demás? ¿Y cómo sería posible la convivencia con los vecinos, usando hoy uno, mañana otro y al día siguiente un tercero de la misma mujer? Con razón a esto dió el Señor el nombre de adulterio.

---

[105] 1 Cor. 7, 11.

XLI. Por qué permitió Dios a los judíos el divorcio

Pues ¿por qué permitió Dios esto a los judíos? —Para que no luchasen entre sí, para que no mancharan sus hogares con sangre de parientes. Pues dime, ¿qué te parece preferible, arrojar a la calle a la mujer aborrecida o degollarla dentro de casa? Porque esto hubieran hecho si no se les hubiera permitido repudiarlas. Así les dijo: *Si la odias, mándala a su casa* [106].

Mas cuando se dirige a gente más mansa, a quienes ni la ira interior se les permite, ¿qué dice?: *Si se aparta, permanezca sin casarse* [107]. ¿Ves la necesidad ineludible, la esclavitud inexorable, el lazo que a ambos aprieta? Porque el matrimonio es fuerte vínculo en verdad, no sólo por la innumerable multitud de cuidados y por las molestias diarias, sino porque obliga a los cónyuges a someterse el uno al otro con servidumbre mayor que la de un esclavo. *Domine*, dijo Dios, *el varón a la mujer* [108]. Y ¿qué utilidad le trae este dominio? Porque le hace a su vez siervo de la dominada por él. Nueva y nunca vista compensación de servidumbre.

Así como los pies de los esclavos fugitivos son primero cada uno de ellos separadamente amarrados y luego también unos a otros con una cadenilla corta, sujeta en su comienzo a los grilletes de los demás cautivos para que no puedan caminar libremente, viéndose obligados a seguirse los unos a los otros, del mismo modo el alma de los cónyuges lleva cada cual su carga y juntamente tiene la coacción ineludible del otro, por el vínculo común que los aprieta, amarrados entre sí más fuertemente que una cadena, quitándoles la libertad sin conceder a ninguno de los dos el dominio, sino repartiendo el poder entre ambos.

¿Dónde se hallará, pues, quien quiera cargar con tan terrible esclavitud por un poco de deleite? Y ten en cuenta que muy a menudo no es poco lo que se disminuyen los placeres con los mutuos disgustos y enojos, que se prolongan a veces por largo tiempo. Más aún: aquella esclavitud, el tener que sufrir cada cual la perversidad del otro, bastan para aguar por completo el deleite.

Por eso aquel bienaventurado varón reprendió primero la desapoderada liviandad con aquellas palabras tan ásperas, diciendo: *Por la fornicación, por la intemperancia y los ar-*

---

[106] Deut. 24, 1.
[107] 1 Cor. 7, 11.
[108] Gen. 3, 16.

dores de la concupiscencia; mas viendo que al vulgo esa condenación le hacía poca impresión, añadió otra cosa más eficaz para retraerle.

En vista de ella se vieron forzados los discípulos del Señor a exclamar: *No tiene cuenta el casarse.* Exclamación que tiene esta fuerza: Entre los casados no hay nadie que sea dueño de sí mismo. Y no vayas a creer que en esto sólo se encierra una mera exhortación o un consejo. Es riguroso precepto y mandamiento. Pues en nuestras manos está el contraer o no matrimonio; mas, una vez contraído, ya no eres libre, y, quieras o no quieras, has de sobrellevar esta servidumbre. Y eso, ¿por qué? Porque no la escogimos desde el principio sin haberla conocido, sino que, conociendo muy bien sus fueros y sus leyes, sometimos voluntariamente la carne a su yugo.

Luego, después de hablar de los que tienen mujeres infieles, y precisar con toda diligencia las leyes todas del matrimonio, y de intercalar la cuestión de los siervos, habiéndolos confortado y fortalecido con la consoladora enseñanza de que esa corporal esclavitud no impide en nada la libertad espiritual, pasa de nuevo a la materia de la virginidad, que revolvía con inquietud en su espíritu y trataba de sacar a luz, como ahora, por fin, lo hace. Aunque ni al hablar del matrimonio le sufrió el corazón pasarla por completo en silencio, pues brevemente y como de paso, fué, sin embargo, entremezclándola en aquella exhortación; y así, habiendo preparado nuestros oídos y dispuesto nuestros ánimos con tan ingenioso artificio, encuentra fácil y natural transición a su discurso.

Después de la plática a los siervos, en que les dijo: *A grande costa habéis sido rescatados, no os hagáis esclavos de hombres* [109], recordando los beneficios del Señor y levantando con esto y sublimando hasta el cielo nuestros ánimos, entra, por fin, a tratar de la virginidad al tenor siguiente: *Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor, pero doy consejo, como quien ha recibido del Señor el ser fiel ministro suyo* [110].

Aunque no tenía tampoco precepto sobre el matrimonio de un fiel con una infiel, sin embargo, acerca de esto legisla con gran resolución en estos términos: *A los demás les digo yo, no el Señor: si algún hermano tiene mujer infiel y ésta consiente en cohabitar con él, no la despida* [111]. ¿Y por qué no manda lo mismo sobre la virginidad? Porque acerca de ésta ya habló bien claramente el Señor, prohibiendo expresamente que se pusiera bajo obligación de precepto. Pues

[109] 1 Cor. 7, 23.
[110] 1 Cor. 7, 25
[111] 1 Cor 7, 12.

aquello: *El que pueda comprender que comprenda,* es de quien da libre opción a los oyentes. Así es que, hablando de la continencia, dijo: *Desearía que todos los hombres fueran como yo continentes;* y luego: *A los solteros y a las viudas les digo: Mejor les estará permanecer como yo* [112]. Pero, viniendo a tratar de la virginidad, nunca se atreve a ponerse como ejemplar, sino que habla con gran humildad y cautela, como quien tampoco la había guardado. *Precepto,* dice, *no tengo.* Primero, dándole opción, se capta la benevolencia del oyente, y luego le da el consejo.

Porque como el solo nombre de virginidad encierra ya en sí tan inmenso trabajo, por eso no pasa inmediatamente a exhortar a ella, sino que, proponiendo primero al oyente la libre opción, trata de atraerlo suavemente, y, una vez amansado y dispuesto, empieza ya la exposición. ¿Oíste la palabra virginidad? Cosa es de gran sudor y trabajo; mas no tiembles, que no se te impone mandato ni precepto, sino que a los que voluntariamente y de buen grado la abrazan los remunera con ricos y peculiares premios, ciñéndoles la cabeza con una corona brillante e inmarcesible; mas a los que la rehusan y no la quieren no los castiga ni los fuerza contra su voluntad a abrazarla.

Y no sólo con esto hace llevadero y suave el discurso, sino poniendo además de relieve que este beneficio no es suyo, sino de Cristo. Porque no dice: Acerca de las vírgenes no legislo, sino: *No tengo precepto;* como si dijera: Si esto os lo recomendara yo movido por razones humanas, no habría que fiarse de mi juicio; mas, siendo parecer del mismo Dios, es prenda firme de seguridad. A mí se me ha vedado el mandarlo; pero, si queréis oír a un consiervo vuestro, *os doy este consejo, como quien por misericordia de Dios he sido hallado ministro fiel* de su Evangelio.

Y aquí es de admirar la suma prudencia y artificio de Pablo, cómo, hallándose aprisionado entre dos extremos, ambos inevitables y contrarios: o recomendarse a sí, para que el consejo fuese plausible, o no decir de sí cosas grandes, como quien carecía de esta virtud, en dos palabras salió triunfante de este apuro. Pues al decir: *como quien ha logrado de Dios esta misericordia,* se recomienda en cierto modo; y no encomiándose por más meritorio título, al mismo paso, se rebaja y deprime.

XLII. Humildad de Pablo

Porque no dice: Os aconsejo como quien ha merecido se le confíe el Evangelio, como quien ha sido digno de ser nom-

[112] 1 Cor. 7, 7 s.

brado predicador de los gentiles, como quien ha recibido el encargo de enseñaros, como vuestro maestro, como vuestro guía, sino ¿cómo?: *como quien ha recibido misericordia;* y proponiendo lo que era menos, pues menos es ser un fiel cualquiera que ser maestro de los fieles, todavía excogita otra atenuante. ¿Cuál? No dice: como quien me he hecho fiel, sino *como quien ha recibido de Dios misericordia para ser fiel.*

No vayáis a creer que sólo el apostolado, y la predicación, y el magisterio son dones del Señor, pues también el mismo creer se me ha otorgado por sola la divina misericordia. No he logrado la fe porque fuese digno, sino porque he recibido esa misericordia del Señor; y la misericordia es cuestión de gracia, no de méritos. Tanto que, si Dios no hubiese sido muy misericordioso conmigo, no sólo no hubiera podido ser apóstol, sino ni aun fiel.

¿No ves aquí un ánimo sumamente agradecido y humilde, que no se atribuye a sí cosa alguna más que a los otros, y aun la fe que tiene común con los discípulos, no se la atribuye a sí, sino que protesta ante todos que la ha recibido de la gracia y misericordia de Dios, declarándolo de este modo en sus mismas palabras? Como si dijese: No despreciéis mi consejo, pues no me ha despreciado la benignidad divina, sobre todo siendo, como es, un mero consejo y no un precepto, ya que lo aconsejo, pero no lo mando. Pues manifestar a alguno y proponer lo que a cada cual le parece conducente para su bien, no hay ley alguna que lo vede, sobre todo si lo haces a ruegos de los que te escuchan, como sucede en vuestro caso.

Creo, pues, *que esto es bueno.* ¿Ves de nuevo qué humildad hay en sus palabras, exentas de toda ostentación? Por cierto que podía haber dicho: Como el Señor no ha puesto precepto acerca de la virginidad, tampoco yo la mando, aunque sí os la aconsejo y os exhorto a ella, siendo, como soy, vuestro apóstol. Así les habló más tarde a éstos mismos: *Si para otros no soy apóstol, para vosotros sí lo soy* [113]. Pero aquí nada de esto dice, sino que usa de un lenguaje por demás comedido, y en vez de decir: Os aconsejo, dice: *Este es mi parecer;* en vez de decir, como doctor, dice: *Como quien ha recibido del Señor la misericordia de ser fiel.*

Y como si ni esto fuera bastante para la atenuación de su lenguaje, al comenzar a darles su consejo rebaja de nuevo su autoridad, no contentándose con exponerlo simplemente, sino añadiendo la razón: *Porque juzgo ser esto conveniente, por la urgente necesidad* [114]. Pues al hablar de la con-

[113] 1 Cor. 9, 2.
[114] 1 Cor. 7, 26.

tinencia ni dijo *juzgo*, ni añadió razón alguna, sino en absoluto: *Bien les está el permanecer como yo.* Pero aquí dice: *Juzgo que esto es bueno.* Y habla de este modo no porque tuviera alguna duda (nada menos que eso), sino para que todo quedase al arbitrio y elección de los oyentes. Pues no es del consejero el resolver y decretar, sino el dejarlo todo al parecer y decisión del que consulta.

XLIII. Qué entiende Pablo por necesidad urgente

Mas ¿de qué necesidad trata aquí? ¿De la que proviene de la naturaleza? De ningún modo. Porque en primer lugar, si de ésta hablara, al mencionarla, produciría un efecto contrario al que pretende; pues los que tratan de contraer matrimonio son los que la aducen repitiéndola en todos los tonos. Además, no la hubiera llamado *urgente;* porque la perversa inclinación de la carne no es cosa de hoy, sino impresa en la misma naturaleza; y antes era más terrible e indómita, ya que con la venida de Cristo y el aumento de sus gracias resulta ahora más fácil de superar.

Por tanto, no trata de esa necesidad, sino que veladamente indica otra múltiple y varia. ¿Y cuál es ella? Los cambios de las cosas de esta vida. Pues es tan grande la confusión de las eventualidades, tan absorbente la tiranía de nuestras preocupaciones y tan enorme el alboroto de lo que nos rodea, que por fuerza ha de cometer el casado innumerables yerros y faltas.

PARTE IV

Molestias y sinsabores de la vida matrimonial

XLIV. Dificultades de los casados para la santidad

Antiguamente no se nos proponía tan alto nivel de santidad, sino que era lícito vengarse de sus injuriadores, volver afrenta por afrenta, amontonar riquezas, jurar con verdad, sacar ojo por ojo y aborrecer a los enemigos [115]. Ni estaba vedado darse a los deleites, ni airarse, ni repudiar a la propia mujer y tomar otra. Y no sólo esto, sino que la ley permitía tener dos mujeres al mismo tiempo, concediéndose amplias facultades a todos tanto en esto como en otras cosas.

Mas luego que vino Cristo se hizo más estrecho el camino del cielo, no sólo por quitar a nuestra voluntad esa licencia enorme que se ha dicho, sino porque a esa mujer que en tantas ocasiones nos induce y obliga contra nuestra voluntad a pecar es preciso tenerla en casa para siempre o, si se la quiere echar fuera, se hace uno reo de adulterio.

Ni sólo por esto nos es difícil esa virtud, sino porque aunque la mujer que convive con nosotros tenga costumbres tolerables, no obstante, la multitud de cuidados que nos agobian por causa de ella y de sus hijos no nos dejan un momento libre para mirar al cielo, rodeándonos como un torbellino y sumergiendo nuestras almas como en un vórtice.

Considera esto: tal vez quiera el marido vivir una vida descansada y tranquila; pero en cuanto ve que le rodean los hijos y que la mujer exige tan grandes gastos, aun sin desearlo, tiene por fuerza que lanzarse al oleaje de los negocios civiles. Y una vez sumergido en ellos no es posible decir cuántas faltas ha de cometer, enojándose, jurando, afrentando a otros, vengándose, fingiendo y obrando otras mil cosas semejantes, unas veces para halagar, otras para ofender. ¿Cómo será posible que, arrebatado por tales tor-

[115] No es que se contuviera esto en el Antiguo Testamento, pero lo permitían las interpretaciones judías de la ley ya viciadas.

bellinos y trabajando por encaramarse sobre ellos, no se manche con salpicaduras de muchos pecados?

Pues si te fijas en las preocupaciones de la casa, le verás enredado en mayores dificultades todavía por causa de la mujer; pues es necesario cavilar mucho y acerca de muchas cosas, de lo cual se ve libre el hombre que vive sólo para sí. Y todo esto, siendo ella comedida y tratable, porque, si es pesada, enojosa e intolerable, entonces no llamaremos ya a este asunto desgracia, sino castigo y suplicio.

¿Cómo podrá, pues, recorrer el camino del cielo, que requiere pies libres y veloces y espíritu resuelto y expedito, quien lleva encima el peso de tantos negocios, aprisionados los pies con tales grillos y amarrado continuamente a la tierra por semejante cadena cual es la maldad de la mujer?

XLV. Responsabilidad de echarse encima tales dificultades

¿Cuál es, pues, la respuesta sabia que nos da el vulgo cuando exponemos todas estas cosas? —Por tanto, dice, es mayor mérito ser bueno en medio de tantas dificultades. —¿Cómo así, hombres de Dios, y por qué causa? —Porque soporta con el matrimonio mayor trabajo. —Pero ¿quién le ha echado sobre los hombros esa carga?

Si el tomar mujer fuera cumplir el mandamiento y el no casarse fuese delito, tendría razón de ser esa respuesta; mas si teniendo uno a su arbitrio el casarse o el permanecer soltero, libremente y sin que nadie le obligue ha querido echarse encima tantas dificultades y hacerse más difícil la lucha por la virtud, ¿qué le importa eso al árbitro del certamen, que no ha mandado otra cosa sino luchar con el demonio y alcanzar victoria de los vicios? El que haga esto uno casándose, entregándose a los placeres e imponiéndose todos esos cuidados, o lo haga practicando el ascetismo y la mortificación, sin cuidarse de otras cosas, a él no le importa.

Ya explicó Cristo la manera de lograr la victoria y el camino expedito de todo terrenal cuidado que conduce al triunfo y al trofeo. Si tú por tu parte quieres militar y hacer esta guerra acompañado de mujer, de hijos y de todos los impedimentos consiguientes, pretendiendo realizar lo mismo que quienes están libres de todo eso y pensando obtener por esta causa una victoria más admirable, tal vez ahora nos taches de soberbios si te anunciamos que no podrás llegar a la cumbre que ellos escalen; pero la hora del

premio te demostrará que es mucho mejor buscar la seguridad que la vana ambición y que es más prudente obedecer a Cristo que fiarse cada cual de la futileza de sus razonamientos. Cristo dice que no basta renunciar a todas las cosas si no nos odiamos además a nosotros mismos [116]; tú, en cambio, aseguras que has de triunfar enredado en todas estas cosas.

Entonces verás, y muy claro, como ya te he dicho, cuán grande impedimento es para la virtud la esposa y los cuidados que ella trae consigo.

XLVI. Por qué las Sagradas Escrituras llaman ayuda a la mujer

¿Cómo, pues, llamó Dios ayuda a la que es impedimento? Pues dice: *Hagamos al hombre una ayuda semejante a él* [117]. —También yo te preguntaré a mi vez: ¿cómo fué ayuda la que privó al varón de aquella gran seguridad, la que, derribándolo del estado felicísimo del paraíso, lo lanzó al torbellino de esta vida presente? Esto no es propio del que presta ayuda, sino del que pone obstáculo. *De la mujer tuvo principio el pecado,* dijo el Sabio, *y por causa de ella morimos todos* [118]. Y el bienaventurado Pablo: *Adán no fué engañado, sino la mujer seducida se hizo culpable de la transgresión* [119].

¿Qué ayuda es, pues, esta que sujetó a la muerte al varón? ¿Ayuda aquella por cuya culpa los hijos de Dios, mejor dicho, todos los hombres que entonces habitaban la tierra junto con las fieras y las aves, perecieron en el diluvio? ¿No fué su mujer la que hubiera conducido a la ruina al bienaventurado Job si él no se hubiese mostrado tan hombre? [120] ¿No fué ella la que perdió a Sansón? [121] ¿No fué ella también la causante de que todo el pueblo hebreo se consagrase a Belfegor y fuese sacrificado por mano de sus parientes? [122] ¿Quién entregó al diablo al rey Acab, y antes de él a Salomón, dotado de tan gran sabiduría y celebridad? [123] ¿No son ellas las que inducen a los hombres a cometer multitud de pecados? ¿No nos dice por esto el Sa-

---

116 Lc. 14, 26.
117 Gen. 2, 18.
118 Eccli. 25, 33.
119 1 Tim. 2, 14.
120 Iob 2, 9 s.
121 Iud. 16, 16-21.
122 Num. 25, 1-5.
123 3 Reg. 21, 25, y 11, 1-8.

bio que *es muy pequeña toda malicia comparada con la de la mujer?* [124]

¿Cómo dijo, pues, Dios: *Hagamos al hombre una ayuda semejante a él?* Porque Dios no miente. Lejos de mí proferir tal desatino. Lo que sucedió es que la que había sido creada para ayuda no quiso conservar tal dignidad, como tampoco el varón conservó la suya. Pues también a él le había hecho Dios a su imagen y semejanza: *Hagamos al hombre,* dijo, *a imagen y semejanza nuestra,* del mismo modo que dijo: *Hagamos al hombre una ayuda semejante a él;* pero, dotado de ambas prerrogativas, ambas las perdió. Pues no conservó la semejanza, ya que cedió torpemente a la concupiscencia, se dejó engañar y fué enseñoreado por el deleite; y lo que restaba en él de imagen de Dios se le quitó contra su voluntad.

No fué poco lo que le cercenó Dios del poder que antes le diera, y al que había constituído señor temible para todos, lo hizo ahora despreciable aun para con sus consiervos, como esclavo ingrato que ha ofendido a su dueño. Al principio era el terror de las mismas bestias, pues a todas las condujo Dios ante él, sin que se atrevieran a agredirle ni a hacerle el menor daño. Es que veían brillar en su frente la imagen de la realeza; mas luego que por el pecado borró aquellos rasgos, arrojólo Dios al punto de aquel dominio.

Ahora bien, así como el no mandar sobre toda la creación, sino temer y temblar ante ciertos seres, no hace reo de mentira a Dios, que dijo: *Y dominen a todos los animales de la tierra* [125], ya que esa merma del poder no fué culpa del dador, sino del agraciado, del mismo modo, las asechanzas tendidas por las mujeres a los varones no contradicen en nada al dicho del Señor: *Hagámosle una ayuda,* pues para eso había sido la mujer formada, aunque no permaneció en tal dignidad.

Sin esto también se pudiera decir que ayuda es, en efecto, para la organización de la vida presente, para la procreación de la prole, para la concupiscencia natural; pero donde ya no es tiempo de satisfacer las necesidades de la vida presente, de la procreación de la prole o de la concupiscencia, ¿a qué viene mencionar esa ayuda inútil? Pues emplear para cosas muy grandes la que únicamente sirve de ayuda para cosas mínimas, no sólo no aprovecha nada, sino que sobrecarga con nuevas preocupaciones.

---

[124] Eccli. 25, 26.
[125] Gen. 1, 26.

XLVII. Cómo puede ayudar la mujer a su marido en las cosas espirituales

¿Qué responderemos al dicho de Pablo: *Qué sabes tú, mujer, si salvarás a tu marido?* [126] ¿Qué diremos al ver que juzga necesaria su ayuda aun en las cosas del espíritu? También yo confieso lo mismo. No la excluyo en absoluto de la cooperación espiritual. De ningún modo; pero declaro que esto lo consigue, no cuando se entrega a los placeres del matrimonio, sino cuando, permaneciendo conforme a su naturaleza de mujer, emula las virtudes de los grandes varones.

No es adornándose, ni mostrándose muelle, ni exigiendo grandes cantidades al marido, ni haciéndose gastadora o despilfarradora como logrará mejorar a su esposo, sino que únicamente conseguirá ganarlo cuando, remontándose por encima de todas las cosas presentes y copiando en sí la vida de los apóstoles, muestre gran probidad y gran modestia, absoluto desprecio de las riquezas y suma resignación; cuando diga: *Teniendo alimentos y vestido para cubrirnos, estaremos contentos* [127]; cuando viva prácticamente esta filosofía ascética; cuando, burlándose de la muerte corporal, tenga en nada toda la vida presente; cuando repute la gloria humana, según el dicho del profeta, *como flor de heno* [128].

No salvará, pues, a su marido entregándose a los goces del matrimonio, sino llevando una vida evangélica; cosa que aun sin el matrimonio hicieron muchas mujeres. Priscila, dicen los Hechos, tomando aparte a Apolo, le condujo por todo el camino de la verdad [129]. Y si hoy no se puede hacer esto, sí se puede mostrar el mismo celo respecto a las otras mujeres y cosechar parecido fruto; pues, como antes dije, tampoco la mujer casada gana al marido precisamente por ser esposa; ya que, de lo contrario, nada impediría que siguiese siendo pagano el que tiene una mujer cristiana si la mera convivencia y cohabitación bastaran para la virtud.

Mas no es así, no es así, repito, sino que la vida virtuosa y constante, el despreciar las calamidades del matrimonio y el llevar a cabo todo esto con perseverancia, eso es lo que salvará el alma del cónyuge. Si, por el contrario,

[126] 1 Cor. 7, 16.
[127] 1 Tim. 6, 8.
[128] Is. 40, 7.
[129] Act. 18, 26.

persiste en reclamar sus derechos de mujer, no solamente no lo ganará, sino que más bien lo empeorará.

Y que aun así es negocio difícil de lograr, oye cómo lo dice Pablo: *¿Qué sabes tú, mujer, si salvarás a tu marido?* Este modo de interrogar solemos emplearlo en las cosas que suceden raras veces. ¿Y qué dice después? *¿Estás ligado a mujer? No busques la separación. ¿Estás libre de mujer? No busques esposa*[130]. ¿Ves cuántas veces cambia de una cosa a la otra y con qué frecuencia hace esta especie de combinación entre ambos extremos? Porque así como al tratar del matrimonio entrevera la plática de la continencia, excitando de paso a ella al oyente, también aquí entremezcla la plática del matrimonio para calmarlo.

Habiendo dado comienzo por la virginidad, antes de decir cosa alguna de ella, recurre ya al matrimonio. Aquellas palabras: *Precepto no tengo*, voz es de quien permite e introduce. Luego, cuando viene ya a tratar de la virginidad y dice: *Mi parecer es que esto es bueno*, echando de ver que la repetición asidua de esta palabra resulta molesta para un oído impresionable, no la prodiga; antes bien, sugiriendo una causa de gran fuerza para aliviar sus molestias, me refiero a la necesidad urgente, ni aun entonces se atreve a nombrar la virginidad; sino ¿qué dice? *Es bueno para el hombre permanecer así.*

Tampoco ahora persiste en su tema, sino que, cortando e interrumpiendo el discurso para no hacerse pesado, introduce de nuevo la plática del matrimonio con estas palabras: *¿Estás ligado a mujer? No intentes separarte.* De no ser así, de no pretender proporcionar un tal alivio, hubiera sido fuera de propósito hablar del matrimonio, estando aconsejando la virginidad. Luego, pasa de nuevo a la virginidad, y tampoco aquí la mienta con su propio nombre, sino ¿qué? *¿Estás libre de mujer? No la busques.* Pero no te intrigues, pues no da fallo ni legisla sobre ello. Al canto están las palabras sobre el matrimonio con las que te quita el miedo, diciendo: *Mas si te casares, no pecas*[131]. Aunque tampoco te desanima, pues de nuevo te excita a la virginidad. Esto es en realidad lo que pretende al enseñarnos que a los que se casan les aguardan muchas tribulaciones.

Así como los médicos distinguidos por su pericia y suavidad de trato, cuando tienen que emplear medicinas amargas, el bisturí, el cauterio o cosas semejantes, no aplican todo de golpe, sino dejan reposar de vez en cuando al enfermo y luego le aplican ya lo que resta, del mismo modo, el bienaventurado Pablo no dió de una vez, y todo seguido,

[130] 1 Cor. 7, 20.
[131] 1 Cor. 7, 28.

el consejo de la virginidad, sino interrumpiéndolo a menudo con frases acerca del matrimonio, y disimulando así la dureza de aquella virtud, logró hacer su discurso benigno y tolerable. A esta causa compuso aquella mezcla combinada de diversas sentencias.

Es conveniente que analicemos un poco más aquellas sus palabras: *¿Estás ligado a mujer? No busques la separación.* Esto no es tanto de quien aconseja como de quien declara la firmeza e indisolubilidad del matrimonio.

¿Por qué no dijo simplemente: ¿Tienes mujer? Pues no la dejes. ¿Estás unido con ella? Pues no te separes, sino que llama al matrimonio ligadura? No por otra razón sino para mostrar aquí la dureza de la cosa. Ya que todos los hombres corren al matrimonio como a cosa tan fácil, quiso poner de manifiesto que los casados en nada se diferencian de los encadenados. También aquí, adondequiera se dirija el uno, ha de seguirle el otro, y si cualquiera de ellos levanta sedición, ha de perecer con él su compañero.

¿Y qué he de hacer, dice la casada, si el marido es inclinado al placer y yo quiero ser continente? Preciso es que le sigas. Aun cuando no lo quieras, te obliga a ello la dulce cadena que te echaste con el matrimonio y a ello te arrastra el que desde el primer día quedó atado a ti. Caso de que te resistas y te separes, no solamente no te librarás de la atadura, sino que te precipitarás en el supremo suplicio.

XLVIII. Esclavitud que encierra el matrimonio

La mujer que contra la voluntad de su marido se da a la continencia, no sólo carecerá de los premios debidos a ésta, sino que pagará el castigo del adulterio con penas más duras y graves que el que en realidad lo comete. —¿Y eso por qué? —Porque, privando a su marido de los placeres lícitos, lo arroja al báratro de la lascivia. Y si contra la voluntad del varón no le es permitido abstenerse de los deleites ni por breve tiempo, ¿qué crimen no será privarle para siempre de esos desahogos?

Siendo eso así, dice, ¿qué cosa puede haber más triste y penosa que una tal esclavitud? —Justo, lo mismo opino yo. ¿Por qué tomaste sobre ti tan pesada carga? Antes del matrimonio y no después debiste hacerte esa consideración.

También Pablo, después de proponer la necesidad e indisolubilidad del vínculo, trata del único remedio, añadiendo a aquella frase: *¿Estás ligado a mujer? No intentes separarte,* esta otra: *¿Estás libre de mujer? No la busques.*

Lo hace así para que, bien considerada y pesada la violencia del yugo, admitas más fácilmente la exhortación al celibato. Pero *si te casaste,* dice, *no pecaste; y si la doncella se casa, no peca.* Aquí tienes en qué paró todo el mérito del matrimonio: en no ser acusado de falta, no en ser admirado. La alabanza se queda para la virginidad; el casado conténtese con que le digan: no has pecado.

Entonces, dirás, ¿por qué exhortas a no tomar mujer? —Porque, una vez ligado, no hay solución posible, porque ese estado tiene grandes tribulaciones. —¿Y no sacó de la virginidad otra ganancia que el escapar a esas miserias? ¿Quién va a querer entonces cultivar la virginidad por galardón tan escaso? ¿Quién se va a lanzar a emprender tal combate para no sacar otro premio sino éste, de tantos sudores?

XLIX. Por qué aduce como premio bienes temporales

¿Qué dices? Cuando me incitas a pelear con el demonio *(pues no es nuestra lucha contra la carne y sangre* [132]), cuando me animas a resistir al furor de la naturaleza, cuando a mí, amasado con carne y sangre, me exhortas a emular las hazañas de las potestades espirituales, ¿me vienes con ventajas terrenas y me dices que así no tendré las penalidades propias del matrimonio?

¿Por qué no dijo: si se casa la doncella, no peca, pero se pierde los premios de la virginidad, se priva de aquellos excelsos e inefables bienes celestes? ¿Por qué no enumeró los galardones que les aguardan después del combate: cómo irán al encuentro del Esposo, cómo llevarán en sus manos las lámparas ardientes, cómo le acompañarán al tálamo regio y, sobre todo, cómo brillarán muy cerca del trono y del estrado del Rey? Pues de todo esto no dice palabra, y, en cambio, menciona en una forma y en otra la exención de las calamidades propias de esta vida. *Juzgo,* dice, *que esto es bueno,* y omitiendo el añadir: por los bienes venideros, explica: *a causa de la urgente necesidad.*

Más tarde, otra vez, después de haber dicho: *Pero si se casa la doncella, no peca,* pasando en silencio los magníficos premios del cielo, de que se priva, dice: *Tribulaciones tendrán en su carne las tales.* Y no termina aquí, sino que continúa hasta el fin este tema sin encarecer la virginidad por los futuros premios, sino que recurre otra vez al mismo motivo, diciendo: *El tiempo es breve;* y en vez de decirles: quiero que brilléis en el cielo y os mostréis mucho más

[132] Eph. 6, 12.

resplandecientes que los casados, hace de nuevo hincapié en lo de antes, repitiendo: *Deseo que estéis sin solicitudes*[133].

Ni solamente aquí hace esto, sino que, hablando de la tolerancia de las injurias, sigue el mismo modo de razonar. Habiendo dicho: *si tu enemigo estuviese hambriento, dale de comer; si sediento, dale de beber*[134]; mandando una cosa tan difícil y tan cuesta arriba para la naturaleza y animándonos a luchar contra un fuego tan terrible cual es el del odio, al hablar de los premios, pasa en silencio el cielo y los galardones celestiales y pone la compensación en el daño que así sufre el que hizo la injuria: *Haciendo esto,* dice, *amontonas carbones encendidos sobre su cabeza*[135].

¿Por qué, pues, usó esta manera de consuelo? —No ciertamente por impericia o ignorancia del modo que convenía emplear para inducir y mover a los oyentes, sino, al contrario, porque poseía cual ningún otro mortal esta virtud de persuadir. —¿Y eso de dónde consta? —Por eso mismo que dice. —¿Cómo o de qué manera? —Ten en cuenta que se dirigía a los corintios (primero contestaremos a lo relativo a la virginidad), a los corintios, digo, ante los que profesaba *no saber otra cosa que a Jesucristo, y éste crucificado*[136]; a los cuales no podía hablar como a hombres espirituales, porque eran todavía carnales y los alimentaba con leche; a los que, aun escribiendo esto, reprendía de lo mismo: *Ni aun ahora sois capaces, pues os mostráis todavía carnales y procedéis con criterio humano*[137]. Por eso los exhorta a la virginidad y los aparta del matrimonio con bienes terrenos, visibles y propios de los sentidos. Sabía muy bien que a tales hombres, mezquinos, rastreros e inclinados hacia la tierra, los podía atraer y persuadir mucho mejor con bienes terrenos.

¿Cuál es, dime, la causa por que hombres torpes y rudos juran y perjuran por el nombre de Dios, sin temor alguno en cosas pequeñas y grandes, mientras que no se atreverían jamás a un simple juramento por la cabeza de sus hijos? Pues el perjurio y el castigo es mucho mayor en aquél que en éste, y, sin embargo, se abstienen mucho más fácilmente de este que de aquel juramento.

Así también no les mueve a dar limosna tanto el premio eterno, aunque se les esté predicando continuamente, como las ventajas temporales que pueden reportar para sí o para sus hijos. Entonces se animan sobre todo a dar largamente, cuando logran convalecer de alguna enfermedad o escapar

---

133 1 Cor. 7, 32.
134 Rom. 12, 20.
135 Prov. 25, 22.
136 1 Cor. 2, 2.
137 1 Cor. 3, 2.

a algún gran peligro o cuando consiguen escalar algún alto puesto o una magistratura; de modo que la inmensa mayoría se mueven más bien por los bienes que están al alcance de la mano. Estos animan más en las cosas prósperas y aterran más en las adversas a causa de impresionar más vivamente los sentidos su misma cercanía. Por eso procedió así con los corintios; e indujo también a los romanos a la tolerancia de los males con la consideración de las cosas presentes.

El hombre imperfecto, si recibe una injuria, no depone tan fácilmente la ira cuando oye hablar del reino de los cielos y escucha esperanzas lejanas como cuando prevé el castigo del ofensor. De ahí que, pretendiendo arrancar de raíz el recuerdo de las injurias y apagar el incendio de la ira, escogió lo que era más apto y eficaz para consolar al ofendido. No es que le quite la esperanza del galardón que le aguarda en el cielo; pero entre tanto lo atrae del mejor modo posible al camino de la virtud y procura abrirle las puertas de la reconciliación. En las empresas arduas, lo difícil es comenzar, que el seguir después de comenzado no cuesta trabajo.

No procedió así nuestro Señor Jesucristo ni al tratar de la virginidad ni al hablar de la tolerancia de las injurias, sino que les propuso el reino de los cielos diciendo: *Hay eunucos que se han hecho tales por el reino de los cielos* [138]; y cuando manda rogar por los enemigos, no menciona ni el daño del ofensor ni los carbones encendidos, sino que, dejado todo esto para los débiles y cobardes, invita a los discípulos con mayores premios. ¿Cuáles son éstos? *Para que seáis semejantes,* dice, *a vuestro Padre, que está en los cielos* [139]. Mira qué galardón tan magnífico. Es que los oyentes eran Pedro, Santiago, Juan y el coro de los apóstoles; por eso los atrae con premios espirituales y eternos. Lo mismo hubiera hecho Pablo si tratara con gente tan noble; mas tratando con los rudos corintios, les propone el fruto temporal de sus trabajos para que emprendan animosos el camino de la virtud.

Por esta misma razón daba Dios a los judíos premios temporales, sin prometerles el reino de los cielos; y les amenazaba por sus malas obras no con el fuego eterno, sino con calamidades de esta vida: hambres, pestes, enfermedades, guerras, cautiverios y otras cosas semejantes. Mediante esto se mueven y atemorizan más los hombres carnales, al paso que hacen menos aprecio de lo que no es visible o no está presente. Por eso también insiste Pablo tanto en lo que más eficazmente podía sacudir su abotargamiento.

[138] Mt. 19, 12.
[139] Mt. 5, 45.

Además quería también enseñarnos que algunas de las otras virtudes exigen de nosotros aquí grandes trabajos y fatigas, reservando todos los premios para lo futuro, mientras que la virginidad aun en esta vida, mientras se cultiva, proporciona no pequeña compensación, librándonos de tantas tribulaciones y miserias.

Tuvo además otro tercer intento. ¿Cuál? Que no la tuvieran por cosa imposible, antes por fácil y hacedera. Lo cual probó mostrando que son, sin comparación, mucho mayores las dificultades del matrimonio. Como si dijera: ¿Te parece trabajosa y molesta la virginidad? Precisamente una de las razones que tengo para exhortar a ella es que su carga es menos pesada que la del matrimonio. Porque tengo compasión de vosotros y quiero ahorraros trabajos, por eso desearía que no os casaseis.

¿Qué trabajos son ésos?, dirá quizá alguno; pues, al contrario, encontraremos grandes comodidades y grandes placeres en el matrimonio. En primer lugar, el poder satisfacer sin escrúpulos la concupiscencia y no verse obligado a resistir al impulso de la naturaleza es no poca parte para la felicidad; y no menos el tener una vida libre de angustias y sequedades, disfrutando de ella entre dichas, risas y alegría. Porque sirviendo a la carne con banquetes opíparos, vestidos muelles, delicados tálamos, continuos baños y perfumes, vinos no inferiores a la mirra y mil otros recursos y gastos, no se puede por menos de gozar indecibles deleites.

L. Tanto el Nuevo como el Antiguo Testamento prohiben los deleites excesivos

En primer lugar tampoco es lícito todo esto en el matrimonio, que concede licencia para las relaciones conyugales, pero no para todos esos placeres. Así nos lo atestigua el bienaventurado Pablo con estas palabras: *La que se da a los placeres, aun viviendo, está muerta* [140]. Y no me digas que esto lo dijo de las viudas, porque oye lo que dijo de las casadas: *Las mujeres preséntense con traje decoroso; que se atavíen con pudor y moderación, sin trenzas, ni oro, ni perlas o vestidos suntuosos, sino con obras buenas, cual conviene a mujeres que hacen profesión de piedad* [141].

Y no solamente aquí, sino en mil otras partes prosigue largamente el mismo tema, insistiendo en que no debemos darnos con afán a ninguna de estas cosas [142].

[140] 1 Tim. 5, 6.
[141] 1 Tim. 9, 10.
[142] Cf. 1 Tim. 6, 8 s.

Mas ¿qué digo Pablo?, el cual escribía cuando había llegado ya el tiempo de la sabiduría perfecta y era abundante la gracia del Espíritu Santo. Oye qué terrible invectiva lanza contra los que nadan en delicias el profeta Amós, que hablaba a los rudos judíos en un tiempo en que se permitían las delicias, el lujo y otras superfluidades: *¡Ay de los que caminan hacia el día fatal; de los que acuden y guardan los falsos sábados; de los que duermen en lechos de marfil y se entregan a la lujuria en sus estancias; de los que comen los recentales del rebaño y los terneros lactantes sacados de en medio de la vacada; de los que palmotean al son de los instrumentos músicos, juzgando todo como estable y no como fugitivo; de los que beben vino clarificado y se ungen con perfumes exquisitos!* [143]

LI. Las molestias del matrimonio superan a todos estos placeres

Así, pues, como antes decía, no es lícito entregarse a los placeres. Pero aunque nada de esto estuviera vedado, sino todo permitido, existen en el matrimonio otras muchas causas de tristeza y dolor que compensan aquellos deleites; y por cierto mayores en número y gravedad, de modo que no permiten el menor disfrute de todo aquello, antes echan fuera todo goce.

LII. Cuán grande desgracia sean los celos

Porque si alguno es propenso a los celos o por cualquier imaginación infundada queda dominado por esta pasión, ¿qué puede haber más desgraciado que una tal alma? Comparando a esta familia con una guerra o con una tempestad, podrías tener idea exacta de lo que es; todo se vuelve dolor, sospechas, peleas y turbación.

El que se halla dominado por esta locura está peor que los poseídos de los demonios o de la amencia; así es que se le ve saltar y botar continuamente, enojarse contra todos, vomitar sin más su ira contra los que se le ponen delante, aunque no tengan culpa alguna, ya sea un esclavo, ya sea un hijo o cualquier otra persona. Todo placer queda deste-

[143] Am. 6, 3-6. Nótense las diferencias tan notables de lectura que presenta el presente texto con respecto a la versión de los Setenta o la Vulgata.

rrado y la casa entera se halla llena de tristeza, lamentos y amargura.

Ya se quede en casa, ya se eche a la calle, ya emprenda viajes, en todas partes le acompaña su mal, punzándole e irritándole el alma más fieramente que un aguijón, sin permitirle descansar un punto; porque esta enfermedad no sólo engendra tristeza, sino un furor intolerable.

Cualquiera de estas cosas bastaría por sí sola para acabar con su víctima; pero si la atacan todas juntas de golpe, excitándole sin cesar y sin concederle un momento de respiro, ¿qué género de muerte habrá tan acerbo? Ni la suma indigencia, ni la enfermedad incurable, ni el hierro, ni el fuego pueden compararse con esta miseria. Y esto sólo lo saben bien quienes lo padecen, pues no hay palabras capaces para describir lo horrible de su acerbidad.

Porque llevando siempre consigo esta sospecha de la persona para él más querida, y por la que estaría dispuesto a dar su vida misma, ¿qué cosa puede haber que le consuele y alegre? Ya vaya a entregarse al sueño, ya se prepare a comer o beber, le parecerá que la mesa está llena de venenos deletéreos más bien que de manjares; ni podrá descansar un momento en el lecho, sino que se agitará turbado y revuelto, como si estuviera sobre brasas. Ni el trato con los amigos, ni el cuidado de los negocios, ni el miedo de los peligros, ni el paroxismo del placer, ni otra cosa alguna puede arrancar a este desgraciado de tan horrible tempestad, sino que esta tormenta domina violentamente su alma por encima de todos los sucesos prósperos o adversos.

Así es que viendo Salomón plaga tan terrible exclamó: *Acerbos como el sepulcro son los celos* [144]; y en otra parte: *El furor del hombre celoso no le perdonará en el día de la venganza, ni aceptará compensación alguna por su odio, ni se aplacará con dones aun los más grandes* [145].

Es tal el furor de esta pasión, que ni aun después de tomar venganza del ofensor mitiga su resentimiento. Con frecuencia, muchos, aun quitado de en medio el adúltero, no lograron calmar su ira y sus angustias. Otros, aun después de dar muerte a sus mujeres, continuaron igual o aun ardieron todavía más con ese terrible fuego.

Todo esto sufre el varón aun cuando no haya fundamento alguno real. Pero la desgraciada y mísera mujer ha de tolerar angustias más dolorosas que las del hombre. Porque si ve enfurecido y con ánimo peor que una fiera para consigo a aquel mismo de quien debía esperar consuelo en todas sus aflicciones y apoyo en sus desgracias, ¿adónde tornará

[144] Cant. 8, 6.
[145] Prov. 6, 34 s.

sus ojos? ¿A quién se acogerá? ¿Dónde hallará fin a tantos males, cerrado como está el puerto y obstruído con mil escollos? Entonces se lanzarán contra ella los siervos y esclavos con más acerbidad que el mismo marido.

Porque aunque esta ralea de hombres es ya de suyo suspicaz y desagradecida, pero, cuando ven desavenidos a sus amos, se crecen y envalentonan, encontrando ocasión favorable para sus maldades. Entonces pueden fraguar e inventar impunemente cuanto les venga en gana y confirmar las sospechas con sus calumnias. Pues el ánimo que ha sido ya dominado por esta perniciosa enfermedad. todo lo cree fácilmente y abre sus oídos a todos de igual modo, sin poder discernir a los calumniadores de los que no lo son; antes le parece que son más dignos de crédito los que agravan las sospechas que los que intentan disiparlas. De aquí resulta que la esposa teme y tiembla ante estos esclavos y sus mujeres no menos que ante su marido, y, cediendo a éstos su propio puesto, tiene que tomar el de ellos.

¿Cuándo podrá vivir sin lágrimas? ¿Qué noches? ¿Qué días? ¿Qué fiestas? ¿Cuándo se la podrá encontrar sin gemidos, llantos y lamentos? Amenazas, injurias e insultos continuos, tanto por parte del marido, airado sin fundamento, como por parte de aquellos infames siervos. Centinelas y guardas de vista por doquier; todo rebosando terror y miedo. Pues no solamente se fiscalizan sus entradas y salidas, sino que se observan con suma diligencia sus palabras, sus miradas y hasta sus mismos suspiros, siéndole preciso permanecer más inmóvil que una roca, aguantar todo en silencio y estar siempre clavada junto al tálamo más fijamente que un prisionero; y si quiere hablar, gemir o salir de su casa, ha de dar estrecha cuenta de todos sus actos ante aquellos jueces corrompidos, es decir, ante las criadas y multitud de sirvientes.

Compara, pues, si te parece, con este diluvio de males las grandes riquezas, las mesas opíparas, la turbamulta de criados, el esplendor del linaje, la grandeza del poder, la gloria y renombre de los antepasados, sin omitir cosa alguna de cuantas hacen apetecible esta vida, y, reunidas todas diligentemente, contrapónlas a aquellos sufrimientos, y verás que no queda ni sombra de placer en todo esto, sino que todo se extingue, como se apaga por necesidad una diminuta chispita arrojada en el mar inmenso.

Y esto cuando el celoso es el marido; que si la enfermedad invade a la consorte (lo cual sucede no pocas veces), él ciertamente no sufrirá tanto como la mujer, pero los tormentos de ésta serán mucho mayores, pues no podrá luchar con las mismas armas contra el que es objeto de sus sospe-

chas. Porque ¿qué marido aguantará que su esposa le ordene permanecer recluído en su casa? ¿Quién se atreverá a andar fiscalizando curioso a su señor sin precipitarse inmediatamente en su propia perdición?

No podrá, pues, buscar consuelo en semejantes arbitrios ni desfogar su cólera con palabras fuertes; pues tal vez le aguantará el marido una o dos veces sus impertinencias, pero muy pronto le enseñará que le trae más cuenta sufrir todo aquello en silencio y consumirse dentro de sí misma.

Todo eso tratándose de meras sospechas; que si hubiera culpa verdadera, nadie podría arrancar a la mujer de manos de su marido ultrajado, quien, teniendo en su apoyo las leyes y llevándola a los tribunales, acabaría con la vida de la que era el ser más querido para él; en cuanto al esposo, escaparía al castigo de las leyes, pero le sería reservada la sentencia de allá arriba, la de Dios.

Todavía no basta esto para consolar a la desgraciada. Le será preciso padecer una larga y dolorosa muerte, la que proporcionan las mujeres de mal vivir con sus encantamientos y sus maleficios. Casos se han dado en que ni siquiera fué necesario recurrir a tales refinamientos, pues ellas mismas se adelantaron, desapareciendo de la vida por el exceso de su tristeza.

Así que, aunque los varones todos corriesen a porfía al matrimonio, no deberían desearlo las mujeres. Ellas no pueden alegar una tiranía tan violenta de la concupiscencia como los hombres, y, por otra parte, les toca mayor carga en los dolores que el matrimonio trae consigo, según hemos dicho.

Pero dirás: ¿Todo esto es inherente a cualquier matrimonio?—Al menos no está ausente de muchos de ellos, y, por el contrario, está siempre muy lejos de la virginidad. Lo cierto es que la mujer casada, aun cuando no incurra siempre en estas desdichas, al menos no puede librarse del temor de ellas; pues no es posible a la que va a convivir con un hombre el no prever y temer los males provenientes de esa convivencia, mientras que la virgen no sólo está libre de esas molestias, sino aun de la sospecha de tenerlas.

Eso no sucede en todo matrimonio.—No es eso tampoco lo que yo digo; pero aun cuando no haya esa contra, hay otras muchas, de modo que, si logras evadir algunas, te será imposible evitar todas en absoluto. Así como quien salta un seto espinoso y se le clavan varios pinchos en los vestidos, mientras intenta arrancar uno, se engancha con otros varios; del mismo modo en el matrimonio: el que huye de una molestia cae en otra, y el que evita este tropiezo se enreda en el de más allá; en fin, que no es posible hallar un matrimonio libre de toda pesadumbre.

LIII. Inconvenientes de casarse con una mujer rica

Mas si os parece, dejando ya a un lado tales desdichas, pasemos a ponderar lo que parece ser en el matrimonio la mayor felicidad y lo que muchos o, mejor dicho, todos anhelan conseguir. ¿Qué es ello? El que un hombre pobre, vil y de baja cuna logre obtener una mujer de familia grande, poderosa y abundante en bienes de este mundo. Pues bien, esto, al parecer tan envidiable, lo hallamos repleto de calamidades no menores que aquello tan aborrecible.

Suelen ser en este caso tales hombres insolentísimos, y las mujeres lo suelen ser tanto más cuanto más débiles son por naturaleza; así son más fácil presa de esta pasión; y si tienen pretexto para el orgullo, entonces no hay cosa que las pueda contener, sino que como llama que prende en una selva, así se levantan indeciblemente a lo alto, perturban el orden y todo lo trastornan, mezclando lo de arriba con lo de abajo.

Porque no permiten que el marido tenga las riendas del gobierno, sino que con suma osadía y contumaz arrogancia tratan de derribarlo de su puesto y sujetarlo a su mandato, constituyéndose en jefes y cabezas de la familia. ¿Qué cosa hay más temible que esta perturbación? Esto sin hacer mención de los insultos, contumelias y desabrimientos, cosas todas por demás insufribles.

LIV. Dominar a tales mujeres es cosa violenta

Y si alguno dijere (cosa que yo he oído a muchos cuando ha salido conversación sobre este asunto): lo que importa es que sea rica y opulenta, que poco costará dominar y humillar sus humos. Quien tal diga, primero ignora cuán difícil es eso; y luego, dado que fuera factible, no le traerá pocas molestias. Porque el obligarla a someterse al varón por vía de terror y de violencia será para él más pesado y desagradable que el ser manejado imperiosamente por ella. ¿Y esto por qué? Porque el camino de la violencia destruye el amor y el placer; y una vez desaparecido el cariño y el mutuo deseo, y dominando, en cambio, el temor y la violencia, ¿de qué estima puede ser digno un tal matrimonio?

LV. Cuán intolerable es casarse con un hombre rico

Y esto en el caso en que sea la mujer la opulenta. Que si acontece el que, siendo ella pobre, el marido sea acauda-

lado, entonces, en vez de ser ella cónyuge, será sierva; la que era de condición libre quedará convertida en esclava, y, perdida la libertad que de suyo tenía, no discrepará en nada de las que se compran en el mercado. Aun cuando el marido sea un lujurioso, aun cuando se dé al vino, aun cuando profane el tálamo nupcial con cuantas meretrices quiera, será fuerza aguantar y poner buena cara, o de lo contrario abandonar la casa.

Ni será ésta la única molestia, sino que, portándose así el marido, no podrá mandar nada con libertad a criados ni criadas; antes, como si viviese entre gente extraña y disfrutando de bienes que no son suyos, tendrá que obrar siempre y padecer todo cual si estuviera con un amo y no con un marido.

Y caso de contraer matrimonio con un igual, aun entonces queda la igualdad rota por la ley de sujeción, siendo así que la paridad de nivel social exigía un plan de igualdad. ¿Qué hacer, pues, en medio de tantas dificultades amenazando por todas partes?

No me traigas a cuento algunos matrimonios, tan pocos que pueden contarse con los dedos, que han logrado escapar a estas molestias; pues las cosas hay que juzgarlas no por lo excepcional, sino por lo ordinario. Ahora bien, en la virginidad es difícil, mejor dicho, es imposible, que tales infortunios sucedan; en el matrimonio, lo difícil es que no acontezcan.

LVI. Dolores e infortunios de las mujeres casadas

Pues si en lo que más grato parece hay tanta amargura y calamidad, ¿qué decir de aquellas cosas que se reconocen como acerbas? Porque no sólo teme por una muerte, aun cuando ella no haya de morir más que una sola vez, ni se preocupa sólo por un alma, aun cuando ella no tenga más que una, sino teme por el marido, teme por los hijos y por las mujeres y los niños de ellos; y cuanto más dilata sus raíces y más ensancha sus ramas el árbol, tanto más crecen las inquietudes de su espíritu.

Y en todos estos accidentes desgraciados, ya se pierda la hacienda, ya la salud corporal de los suyos, ya ocurra cualquier otra contrariedad, tiene siempre que afligirse, lamentar y llorar no menos que los afectados directamente por tales desgracias. Si fallecen todos antes que ella, abrúmala un dolor inmenso; si parte le viven y parte son arrebatados por temprana muerte, tampoco puede conseguir así

un solaz sincero. El temor por los vivos, conturbando su alma, la aflige no menos que el dolor por los difuntos, y si es lícito decir una paradoja, todavía la aflige más. Pues el sentimiento por la desaparición de las personas queridas lo mitiga el tiempo, mientras que la solicitud por los vivos es preciso sufrirla continuamente y no cesa sino con la propia muerte.

Y si no damos abasto para llorar nuestros propios males, ¿podrá llamarse vida la que sobre esto nos obliga a llorar los ajenos? Con frecuencia muchas mujeres nacidas de familia ilustre, educadas con gran refinamiento, entregadas a manos de hombres muy poderosos, inesperadamente, antes de tener tiempo de gozar de esta felicidad, vieron venírseles encima un gran peligro a manera de tempestad o de furioso torbellino, quedando sumergidas y envueltas en la desgracia del naufragio, y las que de solteras gozaban de infinitos bienes, apenas se casaron, cayeron en la más lamentable de las calamidades.

Mas dirás: Eso ni sucede siempre ni a todas. Pero tampoco escapan todas (que yo también repetiré otra vez lo mismo), y así, sobreviniéndoles a las unas en realidad, a las otras el mismo temor les sirve de tormento. En cambio, la virgen se mantiene muy por encima de tales experiencias y de tales temores.

LVII. Molestias provenientes de la naturaleza misma del matrimonio

Mas si te parece, dejando aparte estos accidentes inciertos, examinemos los que la naturaleza misma del matrimonio lleva consigo y nadie puede evitar por más que lo intente. ¿Cuáles son? Los dolores, el parto y los hijos. Tomemos, con todo, el agua de más arriba y escudriñemos, en lo posible, lo que precede al matrimonio, pues de pormenores sólo saben los que lo han pasado.

Estamos en el tiempo de los esponsales. Al punto surgen infinitos y diversos afanes. Qué hombre me tocará en suerte, que no sea vulgar, ni de baja estofa, ni calavera, ni engañador, ni insolente, ni atrevido, ni celoso, ni trivial, ni infeliz, ni malvado, ni duro, ni cobarde. Cierto que no todas las casadas tropezarán con todos estos inconvenientes y lacras; pero temerlos y precaverlos es de todo punto necesario. Porque no siendo aún cierto quién le cabrá en suerte, sino estando todavía el ánimo en suspenso, todo lo teme, todo la horroriza y no hay cosa de éstas que no atormente su espíritu.

Y si alguno dijere que también se puede gozar con la esperanza de todo lo contrario, sepa ese tal que a nosotros no nos consuelan tanto las esperanzas de los bienes cuanto nos atormentan los temores de los males. Pues los bienes sólo causan placer cuando es cierta su esperanza, mientras que los males, con la mera sospecha, turban y confunden los ánimos.

Así como los esclavos, inciertos aún del dueño que les tocará en suerte, no pueden sosegar ni estar tranquilos, del mismo modo, el ánimo de la doncella al tiempo de los esponsales se asemeja a un navío fluctuante, viendo a sus padres admitir hoy a unos, y echarlos mañana, para admitir a otros. Al preferido de ayer, hoy lo desbanca otro, y éste es suplantado a su vez por un tercero. Es más: en los mismos umbrales del matrimonio se ha quedado mil veces el novio con las manos vacías y han entregado los padres su hija a quien menos se esperaba.

Tales afanes no afligen sólo a las mujeres, sino también a los hombres. Porque acerca de la vida de ellos es fácil inquirir; pero de la que está siempre encerrada entre cuatro paredes, ¿cómo averiguar la conducta y las prendas?

Esto por lo que toca al tiempo de los esponsales; que al llegarse ya el matrimonio aumentan los cuidados, y al placer de la boda excede el temor de aparecer ya desde aquella hora menos grata y muy inferior a las esperanzas concebidas. Cosa tolerable es que la que en un principio fué amada, venga luego a perder la estima; pero la que ya desde su casilla de partida, como diría alguno, desagrada y repele, ¿cuándo llegará a captarse la admiración?

Ni me vengas diciendo: ¿Y si resulta que es hermosa? Pues ni aun así se verá libre de preocupaciones. Muchas ha habido de extraordinaria belleza corporal que nunca pudieron captarse el cariño de sus maridos, sino que éstos, abandonándolas, se entregaron en manos de otras infinitamente inferiores. Aun vencida esta dificultad, sobreviene otra amargura con el pago de la dote. El suegro que no paga de buena gana, como si diese gratis. El marido, que desea recibir todo lo estipulado, se ve en el caso de reclamar el pago con gran vergüenza; y la mujer, confundida y sonrojada ante él por tales dilaciones en la entrega, se avergüenza ante su esposo más que un deudor insolvente. Paso todo esto en silencio.

Resuelta esta preocupación, sobreviene luego, por un lado, el temor de carecer de hijos y, por el contrario, la ansiedad de que sean demasiados; y no constándoles aún ni de lo uno ni de lo otro, ambas cosas les traen turbados desde el principio. Al advertir más tarde señales de hallarse en estado, también esta alegría se acompaña de temores (no hay bien alguno en el matrimonio que esté exento de recelos); temo-

res de que, presentándose un aborto, se malogre lo ya concebido y la misma madre se ponga en peligro de muerte. Si el alumbramiento se retarda mucho, no se atreve la madre a abrir la boca, como si estuviese en su arbitrio el dar a luz. Por fin, llegado el momento, vienen los dolores a torturar y desgarrar aquel seno que por tanto tiempo ha estado atormentado, dolores que solos ellos bastarían para aguar todos los placeres del matrimonio.

Otros cuidados la tienen todavía acongojada. Aunque atormentada por aquellos dolores tan intolerables, todavía sufre más la pobre y desgraciada joven con los temores de si saldrá el hijo deforme y contrahecho en lugar de sano y perfecto o de si en vez de varón será hembra. Estas solicitudes las torturan no menos que los dolores del parto, temiendo disgustar a sus maridos no sólo en las cosas en que ellas tienen culpa, sino aun en las que no dependen de su voluntad; y, olvidadas del cuidado de su salud y del gran apuro en que se encuentran, se acongojan por temor a que resulte algo desagradable para los esposos.

Ya ha nacido el tierno infante y ha lanzado su primer gemido. Ahora se presentan nuevas preocupaciones, las de su salud y su crianza. Si es de buena índole e inclinado a la virtud, surgen nuevos temores en los padres de que no le suceda alguna desgracia, no perezca con muerte prematura, no lo perviertan las malas compañías; pues no sólo los malos se convierten, haciéndose buenos, sino también los buenos se pervierten, haciéndose malos y criminales.

Cualquiera de estas desgracias que ahora acontezca produce mucha mayor pena que si hubiera sucedido a los principios. Aun dado caso que todo lo bueno permanezca inmutable, al menos el miedo de un posible cambio queda siempre en pie, torturando el alma de los padres y quitándoles gran parte de su dicha.

Mas no a todos los casados les acontece el tener hijos. —Con esto me narras una nueva causa de inquietud. Por tanto, si, ya tengan hijos, ya carezcan de ellos, ya sean buenos, ya sean criminales, son tantas las amarguras y cuidados, ¿quién se atreverá a llamar deleitosa la vida de los casados?

Supongamos que viven en gran paz y concordia; siempre estarán temiendo que la muerte trunque su dicha. Aunque no es solamente el miedo ni solamente la zozobra de que venga la muerte, sino que ha de llegar un día en que ésta venga de hecho, pues nadie podrá asegurarles que han de morir los dos al mismo tiempo.

Y si así no sucede, pasará el sobreviviente en los días que le resten de vida una pena más acerba que la misma muerte, ya sea que haya vivido mucho tiempo en unión de su consorte, ya sea que poco. Pues el primero, cuanto más

gozó de su dicha, tanto más profundo dolor sentirá ahora, ya que una larga convivencia hace insufrible la separación; y el segundo, antes de gustar y disfrutar de su amor, ardiendo todavía en su fuego pasional, al verse privado repentinamente de ella, lamenta la desgracia todavía con más acerbidad. Así que por contrarias causas ambos padecen la misma amargura.

¿Y qué decir de otras cosas que entre tanto suceden: separaciones, largas ausencias, angustias que a éstas acompañan, enfermedades?

¿Qué tiene que ver esto, dirás, con el matrimonio?—Pues sí, porque a causa de él contrajeron muchas mujeres casadas enfermedades penosas. Injuriadas a veces y enojadas, parte por la ira, parte por la tristeza, cayeron en fiebres abrasadoras. Y aun cuando presentes los maridos no padezcan tales accesos y conversen con ellos afablemente, pero con las nuevas ausencias se reproducen los antiguos males.

Dejemos también aparte todo esto y no se lo endosemos al matrimonio. Hay, sin embargo, una cosa fuera de las dichas de que no le podremos excusar.—¿Cuál es ella? —Que no permita al sano estar mejor que al enfermo, sino que le abrume con las mismas miserias que al que yace postrado.

LVIII. A LA HORA DE LA MUERTE NADA QUEDA DE LOS PLACERES DEL MATRIMONIO

¿Quieres, pues, que dejemos a un lado todo esto, que supongamos lo que es imposible y concedamos que el matrimonio abunda en todo género de bienes, prole numerosa, hijos juiciosos, riquezas, mujer pudorosa y bella, prudencia, concordia y vida larga? Añadamos todavía esplendor de familia, grandeza de poder y que nada de esto venga a ser turbado jamás por temor alguno de cambios, tan propios de todas estas cosas naturales, antes, por el contrario, quede excluída toda causa de angustia, toda ocasión de cuidados y congojas; que no haya muertes prematuras ni otro accidente alguno que separe a los cónyuges, sino que todos pasen el mismo día a mejor vida, y, lo que parece todavía mayor dicha, que dejen hijos herederos, que despidan a ambos padres en avanzada edad. ¿Cuál será el final? ¿Qué fruto sacarán de todo esto o llevarán consigo al salir de esta vida?

El dejar una prole numerosa, el haber tenido una esposa bella, el haber gozado de placeres y de todas las de-

licias antes enumeradas y haber llegado hasta muy avanzada edad, ¿qué provecho puede reportarnos delante de aquel tribunal augusto en orden a los bienes eternos y verdaderos? Ninguno. Todo ello no es sino sombra y sueño. Pues no pudiendo en aquel día percibir de todas estas cosas ni el más mínimo fruto, no pudiendo esperar de ahí consuelo alguno, preciso es confesar que los que de ellas gozaron en la tierra no se diferencian un punto de los que no las poseyeron.

No consideramos mucho más feliz al que a lo largo de miles de años no ha disfrutado sino del ensueño tenido en una noche que al que no ha gozado de tal placer. Aunque todavía no he logrado decir lo que quería. Pues no es igual la diferencia entre estos bienes y aquéllos que la existente entre sueño y realidad, sino mucho mayor. Ni lo que significa una noche comparada con miles de años llega a ser esta vida comparada con la venidera, sino mucho menos.

No así la virgen que sale de este mundo llevando consigo riquísimas ganancias. Pero tomemos el agua de más arriba.

LIX. Ventajas de la virginidad

La virgen no tiene necesidad de hacer indagaciones sobre la vida de su esposo, ni teme ser víctima de engaño. Su esposo es Dios y no un hombre, es señor y no consiervo.

Esta es la diferencia entre los esposos. Veamos ahora la diversidad de las dotes. No turbas de esclavos, no yugadas de tierra, no tantos y cuantos talentos de oro, sino los cielos y los bienes celestes forman las dotes de estas esposas. Además, la casada teme la muerte por diversos motivos, pero, sobre todo, porque la separa de su consorte. La virgen, por el contrario, desea la muerte y tiene por gravosa esta vida, apresurándose para contemplar presente a su Esposo y gozar de aquella gloria.

LX. La virginidad no necesita cosa que no esté en su mano

Nada perjudica a la virgen el vivir pobre, como sucede a las casadas, sino al contrario, con tal de que lo lleve en paciencia, se hace con ello más grata a su Esposo; ni le daña el ser de clase humilde, ni el carecer de belleza corporal, ni

cosa alguna de esta índole. Mas ¿para qué digo estas cosas? Si ni aun el no ser de condición libre es obstáculo para sus esponsales. Bástale mostrar un alma bella para obtener la primacía.

Tampoco hay aquí celos que temer, ni es posible la envidia al ver a otra mujer desposada en mejores condiciones, pues no hay esposo alguno igual a éste, ni parecido, ni que se le acerque a mil leguas. En cambio, en los matrimonios terrenos, aun cuando llegue una a obtener un marido de los más ricos y sobre manera potentado, siempre podrá encontrar a otra mujer casada con mejor partido, y no es poco lo que aminora la alegría de los que son menos el exceso de felicidad de los que son más.

¿Será posible que el oro, los trajes, las mesas opíparas y demás aparato de lujo y abundancia baste para cautivar y arrastrar las almas? ¿Y cuántas mujeres hay que dispongan de estas cosas? Pues la mayoría del género humano vive en miseria, trabajos y desgracias. Y si algunas se hallan que disfruten de esto, son tan pocas, que se pueden contar con los dedos, y aun éstas lo hacen contra la voluntad del Señor, ya que a nadie le es permitido engolfarse en tales deleites, como lo he hecho ver en los anteriores discursos.

LXI. El oro y pedrería traen más sinsabores que deleites

Supongamos, en gracia a la discusión, que sean permitidas todas esas delicias y que ni el profeta ni Pablo hallen cosa que censurar en el lujo de la mujer. ¿Qué gana con cargarse de oro? Nada más que envidias, cuidados no pequeños y miedos sin fin.

No solamente cuando lo deposita en sus arcas, ni solamente durante la noche, sino también cuando lo exhibe a la luz del día, sufre parecidas inquietudes, mejor dicho, mayores todavía. En los baños y en los templos hay siempre mujeres prestas para robar tales tesoros; y fuera de eso, en el bullicio de la muchedumbre las portadoras de tanto oro, empujadas y apretujadas por la gente, no notan cuándo se les desprende alguna joya. Así, muchas no sólo han perdido cosas de éstas, sino se han visto privadas de collares mucho más valiosos engastados con piedras preciosas, que se los han arrancado o se les han perdido.

LXII. Los adornos de oro perjudican a la belleza

Supongamos que no existan tales temores ni se den tales cuidados. ¿Qué saca con eso?

—La ha visto alguno, dice, y ha quedado admirado.

Pero ¿sabes lo que admiran? No a la mujer adornada, sino el adorno. A ella muchas veces más bien se la moteja por engalanarse con joyas que no merece. Si es verdaderamente hermosa, queda deslucida su hermosura natural con el ornato, ya que las galas excesivas impiden campee su natural belleza, ocultando parte de ella; si es fea y deforme, los adornos la hacen aparecer más repulsiva. La fealdad dejada a sí misma muéstrase ciertamente tal cual es; pero al poner junto a ella la brillantez de las perlas preciosas y la hermosura de las joyas, aquélla resalta mucho más.

El brillo de las piedras preciosas hace aparecer todavía más negra la negrura del cuerpo, como si aquéllas refulgiesen en la obscuridad, y los colores llamativos del vestido hacen resaltar más la deformidad de la cara, no permitiendo a los espectadores juzgar por sí mismos de la forma del rostro sino en contraposición con aquella belleza artificial y resplandeciente del adorno; con lo cual resulta mucho mayor la derrota. Porque el oro esparcido por los vestidos, la variedad de labores delicadas, en fin, todo el adorno postizo, vienen a ser como un atleta generoso, viril y robusto que derrota a un competidor feo, cobarde y sarnoso; del mismo modo, aquel ornato, eclipsando y obscureciendo la belleza del rostro y atrayendo las miradas de todos, se convierte a sí mismo en objeto de admiración, poniendo a la mujer más en ridículo.

LXIII. Verdadero ornato y hermosura de la virginidad

No es de esta condición el ornato de la virginidad y no defrauda un punto a la que con ella se reviste, porque no pertenece al cuerpo, sino es toda del alma. Si la lleva un cuerpo deforme, al momento se convierte en hermoso, participando de su belleza; y si es hermosa quien la practica, se torna todavía más resplandeciente. Porque lo que adorna las almas no es el oro, ni las perlas, ni los ricos y lujosos vestidos, ni las flores de variados y costosos colores, ni otras semejantes galas caducas y frágiles, sino en su lugar los ayunos y santas vigilias, la afabilidad, la modestia, la po-

breza, la fortaleza, la humildad, la paciencia y, en fin, el desprecio de todas las cosas de esta vida presente. Son sus ojos tan graciosos y bellos, que atraen hacia sí las miradas amorosas, no ya de los hombres, sino de los ángeles y del Señor de los ángeles; son tan puros y perspicaces, que en lugar de las bellezas corporales pueden contemplar las hermosuras incorpóreas; tan suaves y serenos, que no se aíran o enfadan ni aun contra sus continuos injuriadores y detractores, sino que los soportan con blanda y benigna mirada. Tal es la modestia propia de la virgen, que hasta los más intemperantes se avergüenzan, ruborizan y deponen su loco furor cuando fijan en ella sus ojos.

A la manera que la criada que está sirviendo a una honesta y piadosa matrona, quieras o no, ha de seguir los ejemplos de su señora, también la carne de quien se entrega a este ascetismo forzosamente tiene que sintonizar sus movimientos con la conducta de un alma tan discreta. Los ojos, la lengua, el andar, el porte exterior y todo lo demás se adapta a aquel estado interno del espíritu.

Así como un rico perfume, por muy cerrado que lo tengas en su pomo, trasciende y regala con su fragancia el ambiente, deleitando no sólo a los moradores y vecinos de la casa, sino aun a los de fuera, del mismo modo, la fragancia de un alma virgen, penetrando los sentidos todos, manifiesta la virtud interior y tiene a raya con los áureos frenos de la modestia a los fogosos corceles de las pasiones; contiene la lengua, para que no se desmande en palabra alguna descompuesta y disonante; los ojos, para evitar descaradas y furtivas miradas; los oídos, para rechazar canciones indecorosas. ¿Qué más? Hasta los pies enfrena, para que sus andares no sean muelles y disolutos, sino sencillos y sin afectación; rechaza asimismo todo lujo en el vestir, reforma también el semblante, evitando las risas y aun las sonrisas livianas y mostrando un continente austero y grave, dispuesto siempre a las lágrimas, nunca a las risas procaces.

LXIV. Las lágrimas por Cristo resultan deleitosas

Al oír mentar las lágrimas no te figures nada triste, pues esas lágrimas son más dulces y deleitosas que todas las risas del mundo. Y si no lo crees, oye lo que dice Lucas: Después de azotados, se retiraban los apóstoles de la presencia del concilio con alegría [146]. No es por cierto tal la naturaleza de los azotes, pues de suyo no producen gozo y

[146] Act. 5, 40.

placer, sino trabajo y dolor. Ciertamente que por su condición no producen tal efecto los azotes, pero la fe en Cristo es tan poderosa, que se sobrepone a la naturaleza misma de las cosas.

Si, pues, los azotes por Cristo causaban placer, ¿qué extraño es que las lágrimas por Cristo produzcan el mismo efecto? Así que a la que llamó primero *vía* trabajosa y *estrecha,* a esa misma la llama luego *yugo suave y carga ligera* [147]; pues por su naturaleza así eran dichas cosas, pero por el ardor y santas esperanzas se tornan ligeras. De aquí que no es raro ver caminar más alegres y animosos a los que marchan por la vía estrecha y trabajosa que a los que siguen el camino ancho y espacioso; no porque no encuentren en ella aflicciones, sino porque, sobreponiéndose generosos a las cruces, no sufren lo que otros suelen padecer con ellas. Tiene también sus trabajos la vida de la virginidad, pero, comparados con los del matrimonio, no merecen el nombre de tales.

LXV. Los trabajos de las vírgenes son menores que los de las casadas

¿Hay acaso trabajo alguno en toda la vida de las vírgenes que pueda compararse con los dolores y lamentos que tienen que sufrir en sus partos casi todos los años las casadas? Pues es tal la vehemencia de este dolor, que hasta las Sagradas Letras, cuando quieren ponderar la grandeza de las mayores calamidades, como el destierro, el hambre, la peste y otros males intolerables, los llaman dolores de parto.

El mismo Dios impuso esto como castigo y maldición a la mujer, no digo precisamente el dar a luz, sino el hacerlo con tantos dolores y trabajos: *Con dolor,* dice, *darás a luz tus hijos* [148]. La virgen está muy por encima de todos estos dolores y sufrimientos; pues quien abolió la maldición proveniente de la ley, abolió también sus consecuencias.

LXVI. Molestias del uso de lujosos carruajes

Pero el ser paseada por el foro en carrozas es cosa deleitable. — Gran vanidad sí que es, pero exenta de todo placer. Así como no son mejores las tinieblas que la luz, ni el

[147] Mt. 7, 13, y 11, 30.
[148] Gen. 3, 16.

estar atado mejor que el estar suelto, ni el necesitar muchas cosas mejor que el pasarse sin ellas, tampoco tienen ventaja alguna las mujeres que al salir no hacen uso de sus pies.

Omito las molestias que de ahí se les originan. No pueden salir de casa cuando lo desean, sino que les sucede con frecuencia el verse obligadas a permanecer encerradas cuando una muy grande utilidad exigiría que saliesen, a la manera de los mendigos mutilados de los pies, que no tienen quien los lleve.

Si el marido destina los carruajes a otro menester, surgen las tristezas, las contiendas, el negarse la palabra. Y si ella los emplea por su cuenta, sin cuidarse de la falta que han de hacer en casa y sin dar cuenta al marido, atraerá sobre sí sus iras, consumiéndose a fuerza de disgustos.

Cuánto más le valiera hacer uso de sus pies (ya que para este fin nos los dió el Señor), evitando así tantos males, que no por causa de esa molicie incurrir en tal cúmulo de tristezas y miserias.

No son éstas solamente las causas que la fuerzan a permanecer en casa, sino que lo mismo le sucede si al tronco de caballos o a uno de ellos le sobreviene alguna enfermedad en las patas; y cuando se los echa a pastar al campo (cosa que sucede todos los años por espacio de muchos días), queda otra vez encerrada en casa, como prisionera, sin poder salir de allí aun cuando lo reclamen los negocios más urgentes.

Si alguno dijere que de ese modo se ve libre de la turba importuna de saludadores y no tiene que ruborizarse y pasar vergüenza a la vista de gente conocida, ese tal me parece que ignora los motivos que quitan o producen el pudor en las mujeres. No es el ocultarse o mostrarse en público lo que lo quita o lo da, sino que lo quita la impudicicia interior del alma y lo da la modestia y el recato. Por eso, muchas, aun libres de aquel encerramiento, y pasando por el foro a través de las turbas, no sólo no concitaron contra sí acusadores, sino que tuvieron grandes admiradores de su modestia, pues con su compostura, su porte y su sencillez en el vestir irradiaban la luz magnífica de su bondad interior, mientras que otras, en cambio, sin salir de las paredes de sus casas, adquirieron muy mala fama. Puede muy bien la que está encerrada en su hogar mostrar su impudor y petulancia a los que quieran mirarla más aún que la que sale en público.

LXVII. Molestias de tener muchas criadas

Acaso digas: Es agradable tener multitud de sirvientas. —No hay cosa peor que ese capricho. ¡Tantos son los disgustos que ocasionan! Pues si alguna enferma o muere, necesario es sufrir esa tribulación y angustia. Todavía esto es tolerable, pero hay otras molestias más pesadas, como estar todos los días en continuos cuidados castigando su pereza, reprendiendo sus maldades, atajando sus riñas y corrigiendo todos sus vicios.

Y lo más grave de todo es, sin duda, lo que suele suceder entre tal multitud de sirvientas: que haya alguna muy bella. Esto casi por necesidad ha de acontecer en una tal muchedumbre, pues los hombres ricos no sólo procuran que sean muchas las criadas, sino también que sean hermosas. Si hay, pues, alguna particularmente bella, ya sea que encienda al amo en amor suyo, ya sea que sin ulteriores fines aparezca estimada por él, resultará de ahí un continuo tormento para la esposa, viéndose superada por ella, si no en el amor, al menos en la belleza del cuerpo y en la admiración consiguiente.

Por tanto, si aun en estas cosas que se juzgan por excelentes y envidiables se encuentran tantas amarguras, ¿qué diremos de las acerbas?

LXVIII. Sinsabores de las riquezas

Ninguna de estas miserias alcanza a la virgen. Lejos está su casita de toda perturbación, lejos de allí todo alboroto; como si morara en tranquilo puerto, allí todo es silencio, y más que esta virtud brilla todavía la serenidad de espíritu, que todo lo domina, ya que no trata negocios humanos, sino habla continuamente con su Dios y en El tiene siempre fija su mirada. ¿Quién podrá medir la magnitud de este deleite? ¿Qué discurso alcanzará a expresar la alegría de quien así vive? Ninguno ciertamente, sino que sólo aquellos que tienen puestas en Dios todas sus delicias pueden saber cuánta es la grandeza de este placer y cuán excelente sobre toda comparación.

Pero una gran cantidad de plata expuesta libremente a las miradas, deleita no poco la vista. —¿Cuánto más excelente es contemplar el cielo y sacar de él placeres mucho más inefables? Cuanto supera el oro al plomo y al estaño, tanto

es más rico y espléndido el cielo que el oro, la plata o cualquiera de los otros metales brillantes. Y esta contemplación está libre de afanes, al paso que la otra está llena de inquietudes, que es lo que más cohibe la codicia de aquellos bienes.

¿No quieres mirar al cielo? Pues diviértete contemplando el dinero depositado en los bancos. *Para sonrojo vuestro lo digo* [149], usando una frase de Pablo, ya que os veo tan embobados con el amor del dinero. Y en este punto no sé qué diga. Me tiene perplejo una dificultad, y es que no alcanzo por qué el género humano casi entero, pudiendo deleitarse tan fácil y agradablemente, ni siquiera lo mira como placer, sino que pone todo su contento en los cuidados, inquietudes y angustias.

¿Por qué no les deleita de igual modo el dinero que existe en los bancos como el que tienen en casa, siendo así que aquél es más brillante y deja al alma más libre de toda solicitud? Porque aquél, dicen, no es mío, y éste sí. Lo que te agrada es, pues, la avaricia, no la naturaleza del dinero; de otro modo deberías gozarte igualmente con aquél que con el tuyo. Y si dices que por la utilidad, entonces mucho mejor es el vidrio, como lo confirman con su conducta los mismos ricos, que comúnmente hacen fabricar sus copas de vidrio. Y cuando por hacer alarde de sus riquezas las mandan hacer de oro y plata, primero ponen el vidrio por dentro y luego lo guarnecen con plata por defuera, dando a entender con esto que aquél es más agradable y práctico para beber; éste sirve solamente para orgullo y jactancia.

Pero ¿qué significa eso de *mío* y *no mío?* Cuando considero atentamente estas palabras, no encuentro en ellas sino meras palabras. Muchos ha habido que ni siquiera en vida pudieron retener la posesión de esos bienes, que huían de sus amos; y los que la conservaron hasta el fin, la perdieron, quieras o no, al tiempo de la muerte. No sólo en el oro y en la plata, sino del mismo modo en los baños, en los jardines y en las casas hallarás que el *mío* y el *no mío* son meras palabras. Pues el uso es común a todos; la diferencia está en que los que parecen sus dueños tienen sobre los demás la carga de cuidar dichas fincas. Los otros no tienen sino el disfrute de tales cosas, mientras que los amos, a través de solícitos cuidados, no consiguen sino gozar lo mismo que aquéllos tienen sin trabajo.

---

[149] 1 Cor. 6, 5.

LXIX. Inconvenientes de las mesas suntuosas

Si hay quien se complazca en admirar el lujo deslumbrante, como la multitud de carnes sacrificadas, el gasto superfluo de vinos, los condimentos exquisitos, los artificios maravillosos de cocineros y reposteros, la turba de parásitos y convidados, sepa que con tales cosas los ricos en nada superan a sus propios cocineros. Así como éstos temen a sus dueños, también los amos temen a sus convidados, recelando que censuren y desaprueben lo que con tanto gasto y trabajo les han preparado. En esta parte vienen a igualar a sus cocineros, pero en otras les superan con mucho. Porque no sólo tienen que temer censores, sino también envidiosos. A muchos han ocasionado tales convites envidias, que no han cesado hasta ponerles en extremo peligro.

—Pero el comer mucho con frecuencia es una delicia.

—De ningún modo, pues de semejantes suntuosidades resultan embriagueces, hinchazones de vientre, dificultad de respiración, vértigo, vahídos, pérdida de la vista y otros males mayores. Y ojalá que los frutos de esa inmoderación o intemperancia se redujeran a las molestias cuotidianas; pero no es eso sólo, sino que de ahí provienen una infinidad de enfermedades incurables: la gota, la tisis, la epilepsis, la parálisis y otras muchas más graves que atacan al cuerpo y lo atormentan hasta la muerte. ¿Quién podrá encontrar placer que sea digna compensación de tantos males? ¿Qué austeridades serán excesivas para escapar a calamidades tan tremendas?

LXX. La sobriedad es causa del verdadero placer

No así la frugalidad, que, lejos de originar semejantes daños, es manantial de salud y bienestar. Es más: si alguien busca verdaderamente el placer, lo encontrará aquí mucho mejor que en aquella abundancia. En primer lugar, porque de este modo tendrá perfecta salud, sin estar afligido por aquellos males, cada uno de los cuales basta por sí solo para derribar por tierra y secar de raíz todo placer; y en segundo lugar, por parte de los mismos manjares.—¿Cómo así?—Porque el deleite lo causa el apetito, y el apetito lo trae, no la saciedad y la hartura, sino la necesidad y la privación. Esta no la busques en aquellos banquetes de los ricos, sino que la hallarás siempre en la frugal comida de

los pobres, endulzándoles todos los manjares mejor que las mieles de los más expertos reposteros.

Los ricos no comen precisamente cuando tienen hambre ni beben por tener sed, y se van al lecho antes de que el sueño amague a sus párpados; mientras que los pobres hacen todas estas cosas forzados por la necesidad, lo cual intensifica más que nada el placer.

¿Cuál es la causa por la que Salomón llama dulce al sueño de los siervos con estas palabras: *Dulce es el sueño del siervo, coma mucho o coma poco?* [150] ¿Será por lo blando de la cama? La mayor parte duermen sobre el suelo o sobre el heno. ¿Será por la tranquilidad? ¡Si no son dueños de un solo momento libre! ¿Por el ocio? ¡Si están muertos de trabajar y rematados de cansancio! Entonces ¿cuál puede ser la causa de que se les haga tan dulce el sueño sino el entregarse a él vencidos por la necesidad? En cambio, los ricos, a no ser que los coja la noche ebrios, permanecen despiertos, dando vueltas y agitándose molestos sobre sus mullidos lechos.

LXXI. También al alma dañan las delicias

Podría también mostrar por otros caminos lo desagradable, perjudicial y repugnante de los excesivos deleites, haciendo el catálogo de las enfermedades que producen en el alma, mil veces más numerosas y terribles que las que originan en los cuerpos. Pues hacen a los hombres muelles, afeminados, arrogantes, fanfarrones, lascivos, iracundos, intemperantes, coléricos, crueles, groseros, avaros, miserables e ineptos para cualquier empresa útil o necesaria, mientras que la frugalidad produce todo lo contrario. Pero siente prisa mi discurso por pasar a otras cosas. Así que, añadida una sola palabra, volvamos otra vez a las sentencias apostólicas.

Si, pues, las cosas que parecen envidiables están sembradas de tantos inconvenientes y acarrean al alma y al cuerpo tal lluvia de males, ¿qué diremos de las que de suyo son dañosas, del temor de los magistrados, de las revueltas populares, de las celadas, asechanzas y persecuciones de los calumniadores, que amenazan principalmente a los ricos? Males todos éstos que angustian más sin duda a las mujeres, como menos capaces de tolerar vicisitudes tan molestas.

[150] Eccl. 5, 11.

LXXII. La vida entre placeres hace intolerables los cambios de fortuna

¿Qué digo a las mujeres, cuando a los mismos hombres los aplanan? El que vive frugalmente no teme los cambios de fortuna; mas los que están enervados por esa vida muelle y disoluta, si por cualquier calamidad o caso imprevisto se ven reducidos a la necesidad y la indigencia, como nunca habían experimentado tales privaciones, se dejarán morir antes que padecer su adversa suerte. Por eso dice el bienaventurado Pablo: *Tribulación tendrán estos tales en la carne, lo cual yo quisiera ahorraros;* y luego añade: *El tiempo es breve* [151].

LXXIII. Lo efímero de la vida no permite pensar en matrimonios

¿Qué tiene que ver eso con el matrimonio?, dirá tal vez alguno. Muchísimo por cierto. Pues si con esta vida se acaban los matrimonios, ya que en la venidera *no contraerán nupcias ellos ni ellas* [152], y el tiempo presente corre precipitadamente hacia su fin, y el día de la resurrección está ya a la puerta, claro es que no es ésta buena coyuntura para matrimonios ni para amontonar dinero, sino para pensar en la pobreza y en las demás cosas de una verdadera filosofía que nos hayan de valer allí.

Así como la joven virgencita, mientras está en casa con su madre, hace grande estima de muchas cosas infantiles y, depositando en su alcoba una pequeña arca y guardándose ella la llave, se siente dueña de todo aquello, y se toma tantos cuidados por aquellas pequeñeces y fruslerías como los que administran grandes haciendas; mas cuando es preciso ya pensar en los desposorios y el tiempo de la boda la obliga a dejar la casa paterna, entonces, desentendiéndose de aquellas niñerías y pequeñeces, se ve forzada a ocuparse del gobierno de la familia, de la hacienda, de la muchedumbre de esclavos, del cuidado del marido y de otras cosas semejantes; del mismo modo nosotros, llegados a la edad perfecta y de verdaderos hombres, dejando estas cosas exteriores, verdaderos juguetes de niños, debemos pensar en el cielo y en la gloria y esplendor de aquella felicísima vida. También nosotros es-

[151] 1 Cor. 7, 28.
[152] Mt. 22, 30.

tamos unidos a un esposo que quiere le tengamos tanto amor que estemos dispuestos a dejar, por darle gusto, no sólo todas estas fruslerías, sino hasta la misma vida si fuere necesario.

Por tanto, habiendo de partir para allá de un momento a otro, desembaracémonos de estos cuidados baladíes. Si hubiésemos de emigrar de unas pobres cabañas a ricos palacios, no nos preocuparíamos de cargarnos con loza, madera y demás utensilios de nuestra pobre casa.

No nos cuidemos de estas cosas terrenales, estando ya el tiempo llamándonos a los cielos, como escribió el bienaventurado Pablo a los romanos: *Ya nuestra salud está más cerca que cuando creímos. La noche está avanzada, el día se avecina*[153]; y en otra parte: *El tiempo es breve; que los que tengan mujeres se conduzcan como si no las tuvieren*[154]. ¿A qué, pues, el matrimonio para quienes no han de usarlo, sino que han de portarse como si no tuvieran mujeres? ¿Para qué las riquezas? ¿Para qué las posesiones? ¿Para qué las cosas todas de esta vida, cuyo disfrute resulta inoportuno y fuera de lugar?

Si los que aquí en la tierra tienen que presentarse ante un tribunal de los nuestros para dar cuenta de sus delitos, al acercarse el día aciago se olvidan no sólo de la mujer, sino aun de la comida, de la bebida y de todo otro cuidado, no pensando más que en su propia defensa, nosotros, que hemos de comparecer no delante de un juez terreno, sino del tribunal celeste para dar cuenta de nuestros pensamientos, palabras y obras, debemos prescindir con mucha más razón de todas las cosas, de las alegrías y tristezas mundanales, y temer únicamente aquel tremendo día.

Si alguno viene a mí, dice el Señor, *y no aborrece a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y hermanas y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y quien no lleva su cruz en pos de mí y me sigue, no puede ser mi discípulo*[155]. ¿Y tú te entregas muellemente al amor de tu mujer, a las risas, a la disolución y a los deleites? *El Señor está a la puerta; no andéis solícitos*[156]. ¿Y tú te afanas y preocupas por las riquezas? *Cerca está ya el reino de Dios*[157]. ¿Y tú te preocupas por la casa, las comodidades y demás placeres? *Pasa la figura de este mundo*[158]. ¿A qué viene, pues, atormentarse con las cosas de

[153] Rom. 13, 11.
[154] 1 Cor. 7, 29.
[155] Lc. 14, 26 s.
[156] Phil. 4, 5 s.
[157] Lc. 21, 31.
[158] 1 Cor. 7, 31.

esta vida, caducas y perecederas, olvidándote de las perennes y eternas?

Allí no habrá matrimonios, ni dolores de parto, ni placeres sensuales, ni abundancia de riquezas, ni cuidados de hacienda, ni manjares, ni vestidos, ni cultivo del campo, ni navegación, ni artes, ni construcciones, ni ciudades, ni casas, sino otro estado y otra vida totalmente distintos. Poco después, todas estas cosas presentes perecerán. Esto es lo que significa: *Pasa la figura de este mundo.* ¿Por qué, pues, como si hubiéramos de vivir aquí por infinitos siglos, mostramos tantas inquietudes, preocupándonos por unas cosas de las cuales nos ha de apartar la muerte antes de que llegue la noche? ¿Por qué preferimos una vida llena de trabajos, estando Cristo llamándonos al descanso? *Quiero,* dice, *que viváis sin inquietudes. El que no tiene mujer anda solícito por las cosas del Señor* [159].

LXXIV. Diferencia entre los cuidados terrenos y la solicitud por las cosas del espíritu

Mas ¿cómo quieres que nos desentendamos de todo cuidado, si tú mismo nos impones otra solicitud? —Es que ésta no engendra desasosiego, como tampoco es sufrimiento el sufrir por Cristo; no porque se mude la naturaleza de las cosas, sino porque el amor y entusiasmo de los que padecen de buena gana vence y supera la naturaleza de las cosas. Quien se desvela por aquello que ha de disfrutar durante breve tiempo, y a veces ni aun por breve tiempo, ése con razón se dice que tiene cuidados; mas quien de su solicitud va a sacar fruto muy colmado, debe contarse con justicia entre los exentos de cuidados.

Aun sin esto es tan grande la diferencia de estas dos maneras de preocupaciones, que, comparadas éstas con aquéllas, ni el nombre merecen de tales. ¡Tanto son más suaves y mucho más ligeras! Todo ello quedó ya arriba demostrado: *El célibe se cuida de las cosas del Señor; el casado ha de cuidar de las cosas del mundo* [160]. Pero éste pasa, mientras que aquél permanece. ¿No bastaría esto solo para demostrar la excelencia de la virginidad? Pues cuanto supera Dios al mundo, tanto es mayor este cuidado que aquél.

—¿Por qué, pues, permite el matrimonio, que nos agobia con tantos cuidados y nos aparta de las cosas del espíritu?

---

[159] 1 Cor. 7, 32.
[160] 1 Cor. 7, 32-33.

—Por eso advierte, como he dicho, que los que tengan mujeres se conduzcan como si no las tuviesen, de modo que los que se hayan uncido al yugo o en adelante hayan de uncirse encuentren modo de hacer más floja esta atadura. Pues no siendo lícito, una vez atados, romper el lazo, hazlo al menos más tolerable. Lícito es, si queremos, cortar todo lo superfluo y no añadir por nuestra flojedad otros mayores cuidados a los que ya impone la naturaleza misma de la cosa.

LXXV. Qué cosa sea, teniendo mujer, no tenerla

Si alguien desea ver más claramente qué cosa sea *teniendo mujer no tenerla,* advierta cómo viven los que no las tienen, los que están crucificados.—¿Cómo viven, pues? —No se ven forzados a comprar muchedumbres de esclavas, ni necesitan objetos de oro, ni collares, ni amplios y magníficos palacios, ni tantas yugadas de tierras, sino que, despreciado todo eso, cuidan únicamente del necesario vestido y alimento.

También los casados pueden abrazar este tenor de vida. Pues lo que dijo anteriormente: *No os defraudéis el uno al otro* [161], lo dijo únicamente del comercio carnal; en esto manda que obedezca el uno al otro, y no permite que ninguno de los dos sea dueño de sí. En el resto de su vida ascética, en el vestido, en la comida y en todo lo demás, cada uno es independiente del otro, de modo que, aun contra la voluntad de su mujer, puede el marido cortar todo lujo y cercenar la muchedumbre de cuidados que le rodean; y la mujer no está obligada contra su voluntad a componerse con exceso, a buscar la vanidad y a ocuparse de superfluidades. Con razón, porque aquella concupiscencia proviene de la naturaleza, y por eso se abre algo la mano, de modo que ninguno sea dueño para defraudar al otro contra su voluntad; pero el deseo del lujo y la servidumbre exagerada de cuidados superfluos nacen no de la naturaleza, sino de la indolencia y corrupción. Por esta causa no quiere que los casados dependan en esto, como en aquello, el uno del otro.

He ahí lo que significa *teniendo mujer,* vivir *como si no la tuvieran:* no admitir los cuidados superfluos, que provienen de la vanidad y molicie femeninas, sino cargarse únicamente con aquellas solicitudes inherentes a quien lleva junto a sí a otra persona, la cual por su parte está deci-

---

161 1 Cor. 7, 5.

dida a practicar una vida sobria y modesta. Que pretenda significar esto, lo da a entender en lo que añade: *Y los que lloran, como si no llorasen, y los que se gozan* en sus haciendas, *como si no se gozasen* [162]. Pues los que no se gozan tampoco se cuidarán de haciendas, ni los que no lloran tendrán que temer la pobreza ni rehuirán la moderación. Esto es tener mujer y no tenerla, usar del mundo y no abusar. *El que tiene mujer anda afanado con las cosas del mundo.*

Siendo, pues, así que existen preocupaciones en ambos estados, aun cuando en el matrimonio vanamente y sin motivo, más aún, con grandes molestias y aflicciones (pues dice: *Tribulación de la carne padecerán los tales),* mientras que en la virginidad, por el contrario, acompañadas de bienes incomparables, ¿por qué no abrazamos aquellos cuidados, que no sólo tienen tantos y tan grandes premios, sino que son mucho más ligeros por su misma naturaleza?

¿Qué cuidados tiene la persona no casada? ¿Acaso acerca del dinero, de los esclavos, de los administradores, de los campos o de otras cosas semejantes? ¿Tiene tal vez que estar al frente de cocineros, tejedores o de otros oficios parecidos? De ningún modo; nada de esto le preocupa, sino que sólo piensa en edificar su propia alma, en adornar aquel santo templo, no con rizos, ni con oro, ni con piedras preciosas, ni con perfumes, ni con pinturas, ni con otros semejantes artificios y cuidados, sino con la santidad del cuerpo y del alma.

La casada, en cambio, dice, ha de preocuparse en agradar a su marido. Con muy laudable acuerdo, no descendió a indicar pormenores ni describir los mil tormentos que tienen que aguantar en el cuerpo y en el alma para dar gusto a sus maridos; a aquél torturándolo, espolvoreándolo y martirizándolo con otros tormentos; a ésta, abrumándola con esclavitudes, adulaciones, hipocresías, ruindades y mil solicitudes inútiles y vanas. Indicando Pablo todo esto con una sola palabra, deja el desentrañarlo a la discreción de los oyentes; y declarando de este modo la excelencia de la virginidad y levantándola hasta los cielos, pasa de nuevo a hablar de la permisión del matrimonio, siempre solícito de que nadie piense que la virginidad es un precepto. De ahí que, no contento con las anteriores advertencias, habiendo dicho: *Precepto del Señor no tengo; y si la doncella se casa no peca;* añade aquí también: *Digo esto no para tenderos un lazo* [163].

[162] 1 Cor. 7, 30.
[163] 1 Cor. 7, 25. 26. 35.

LXXVI. No es un lazo la virginidad

Tal vez halle alguno dificultad en esto último y diga: ¿Cómo es que, habiendo llamado antes a la virginidad solución de vínculo y cosa muy conducente para nuestra utilidad y provecho, apta para librarnos de mil tribulaciones y hacernos vivir sin solicitudes, y habiendo declarado que nos quería ahorrar todos estos trabajos, dando a entender cuán fácil y suave sea, diga aquí ahora: *No para tenderos un lazo?* ¿Qué significa esto? No es que llame lazo a la virginidad, ni mucho menos, sino al abrazar un tan gran bien por fuerza y violencia. Porque así es en efecto.

Cualquier cosa que hagas contra voluntad y forzado, por muy leve que sea, resulta pesadísima y ahoga y estrangula el alma con más violencia que una maroma. Por eso dijo: *No para armaros un lazo.* Esto es, os he propuesto y explicado todas las ventajas de la virginidad; mas después de esto lo dejo todo a vuestra elección, sin obligar a nadie á darse a la virtud contra su voluntad; pues mis consejos no tienen por fin el atribularos, sino el evitar que los cuidados terrenos quebranten nuestra constancia en la vida honesta y asidua.

Admira tú aquí también la eximia prudencia de Pablo: cómo a los ruegos añade otra vez la exhortación y a la permisión el consejo. Pues con decir: *No fuerzo, sino aconsejo*, y añadir luego: *Por la honestidad y asiduidad* [164], muestra cuán admirable es la virginidad y cuán grandes provechos dimanan de ella para la vida divina. En cambio, la que está embarazada con cuidados terrenales se siente como distraída por todas partes y no puede tener esa asiduidad, hallándose dividida su atención y sus cuidados en muchas cosas, es decir, en el marido, en el gobierno de la casa y en tantas otras preocupaciones que el matrimonio trae consigo.

LXXVII. La que se afana con cuidados terrenos no es verdadera virgen

¿Pues qué si una virgen se enfrasca en mil cuidados y se preocupa con las cosas de esta vida? —¡Cállate, que ya la has sacado del coro de las vírgenes! Porque el ser virgen no consiste sólo en no estar casada, sino que requiere ade-

---

[164] 1 Cor. 7, 35.

más la pureza del alma. Entiendo por pureza no sólo el estar ajena a malas y vergonzosas concupiscencias, adornos y superfluidades, sino además el conservarse limpia de cuidados mundanos. No siendo así, ¿de qué le aprovecha la pureza corporal?

Así como no hay cosa más repugnante que un militar que, arrojadas las armas, se entretiene en las tabernas, del mismo modo nada hay más indecoroso para una virgen que el entregarse a los cuidados terrenos. Aquellas cinco vírgenes fatuas tenían sus lámparas y habían cultivado la virginidad, pero de nada les valió esto, sino que, cerradas las puertas, quedaron fuera y se vieron rechazadas [165].

Esta es la gran gala de la virginidad: cortar toda ocasión de cuidados superfluos y poner toda su solicitud en las obras divinas. Si la virgen no tiene este empeño, se hace muy inferior a las unidas en matrimonio, llevando en su alma multitud de espinas y ahogando dentro de sí la semilla pura y celestial.

LXXVIII. Razón de su indulgencia para los que casan a sus hijas

Si alguno juzga ser una deshonra el que su hija llegue a la edad madura sin contraer matrimonio y juzga que debe casarla, haga lo que quiera; no peca; cásense [166].—¿Que haga lo que quiera, dices? ¿Y no la corriges por su falsa idea de la virginidad, sino que le permites casarse? ¿Por qué no dijiste: si alguien se cree deshonrado a causa de su hija virgen, ése es un desgraciado, pues tiene por infamia de su hogar una cosa tan excelente? ¿Por qué no le aconsejas que, depuesto ese error, retraiga a su hija del matrimonio? —Porque esas almas, dice, eran muy débiles y estaban muy apegadas a la tierra, y hallándose en tal disposición, no podía llevarlas de repente a los altos conceptos de la virginidad. Pues quien está tan locamente aficionado a las cosas del mundo y admira tanto las cosas presentes, que aun después de tan largas exhortaciones a la virginidad tiene por deshonra una profesión digna del cielo y tan afín a la vida angélica, ¿cómo hubiera recibido el consejo de inducción a ella?

Por lo demás, ¿qué maravilla es que Pablo haya procedido de este modo en una cosa permitida, cuando le vemos hacer lo mismo en cosas vedadas y contrarias a la ley? Por

[165] Mt. 25, 1-13.
[166] 1 Cor. 7, 36.

ejemplo, el hacer distinción entre los manjares, aprobando unos y rechazando otros, era propio de la imperfección judía. Mas también algunos romanos habían empezado a participar de la misma falta, y, sin embargo, no sólo no les dirigió reprensión alguna severa, sino que hizo otra cosa más extraña aún, y fué que, dejando en paz a los que habían faltado, amonesta a los que intentaban vedarles aquello diciendo: *Y tú, ¿por qué juzgas a tu hermano?* [167]

Mas no procedió de igual modo con los colosenses, sino que los reprendió con gran alarde de autoridad, razonando de esta manera: *Que nadie, pues, os condene por causa de la comida o de la bebida.* Y poco después: *Si habéis muerto con Cristo, desligándoos de los rudimentos del mundo, ¿por qué os dejáis imponer leyes, como si vivieseis en el mundo? No tomes, no gustes, no toques, cosas todas destinadas a la corrupción con el uso* [168].

¿Por qué procede de este modo? Porque éstos estaban ya fuertes, mientras que los romanos necesitaban todavía mucha condescendencia y aguardaba a que la fe se robusteciese en sus almas, temiendo que, por querer arrancar la cizaña antes de tiempo, arrancase juntamente con ella los brotes de la sana doctrina [169]. Así es que ni los reprende duramente ni los deja tampoco sin cierta amonestación, sino que al reprender a otros se dirige también a ellos como celadamente y sin que se den cuenta. Pues al decir: *Para su amo cae o está en pie* [170], parece que impone silencio al reprensor, mas en realidad punza al mismo reprendido, mostrando que dejarse llevar de esas cosas no es propio de hombres sólidos y firmes, sino de gentes que andan vacilando y que, de no estar en pie, tienen gran peligro de caer.

El mismo proceder sigue con los corintios, por la suma debilidad de quienes se avergonzaban de aquella virtud; pues aunque no les reprende con palabras expresas, pero al alabar a quien conserva virgen a su hija, les da de pasada, aunque indirectamente, un buen latigazo. ¿Qué es lo que dice? *Mas el que se mantiene firme en su corazón* [171]; en lo cual nota la diferencia de éste con aquel otro, que se deja arrastrar fácilmente de una parte a otra y no sabe andar con firmeza ni mantenerse en pie con virilidad.

Luego, viendo que sus palabras resultaban algo duras y podían herir sus sentimientos, trata de suavizarlas, aduciendo una causa ciertamente no muy digna de reprensión, pues después de decir: *El que está firme en su corazón*, aña-

[167] Rom. 14, 10.
[168] Col. 2, 16 y 20-22.
[169] Cf. Mt. 13, 29
[170] Rom. 14, 4.
[171] 1 Cor. 7, 37.

dió: *No viéndose forzado a obrar así, sino siendo dueño de su voluntad*[172]. Hubiera sido lógico decir: el que se mantiene firme en su resolución y no la considera vergonzosa. Pero esto era demasiado duro. Y así, en lugar de ello, intercala otras palabras, consolándole y otorgándole más bien venir a este parecer.

No es tan grave el impedir la virginidad forzado por las circunstancias como el impugnarla por creerla indecorosa. Aquello es de espíritus débiles y mezquinos; esto, de hombres depravados e incapaces de juzgar rectamente de la naturaleza de las cosas.

Sin embargo, no era todavía ocasión de hablar de esta manera; pues en realidad, ni aun bajo el imperio de la necesidad es lícito impedir ser virgen a la que ha escogido tal estado, sino que hay que luchar denodadamente contra todos los obstáculos que se opongan a tan bella determinación. Oye lo que dice Cristo: *El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí*[173]. Así, pues, cuando se trata de realizar una cosa grata a Dios, todo lo que a ella se oponga, sea padre, sea madre, sea cualquier otra persona, ha de ser tenida por enemigo y adversario.

Pero Pablo, tolerando la debilidad e imperfección de sus oyentes, escribió aquellas palabras: *Mas el que está firme, no teniendo necesidad.* Ni se detuvo aquí, pues aunque el *no tener necesidad* y el *ser libre* sean una misma cosa, prolongó la frase, para confortar los espíritus quebrantados y apocados, con la repetición de las permisiones. Y todavía añade después otra causa: *El que ha resuelto en su corazón.* No basta ser libre, ni por sólo eso queda uno obligado, sino que entonces se obra en verdad rectamente cuando se ha hecho ya la elección y determinación.

Luego, para que por la suma indulgencia con que los trata no te figures que excede poco lo uno a lo otro, vuelve de nuevo a señalar la diferencia, con mucho miramiento, es cierto, pero al fin la señala con estas palabras: *El que casa, pues, a su hija doncella, hace bien; pero el que no la casa obra mejor*[174]. Por lo demás, hasta qué punto sea más excelente la virginidad que el matrimonio, aquí no lo explica debido a la misma causa. Si deseas saberlo, oye a Cristo, que dice: *No se casan ellos ni ellas, sino que serán como los ángeles del cielo*[175]. ¿Ves cuán grande es la diferencia y hasta qué punto la virginidad sublima en un solo momento al hombre mortal, con tal de que sea verdadera virginidad?

---

[172] 1 Cor. 7, 37.
[173] Mt. 10, 37.
[174] 1 Cor. 7, 38.
[175] Mt. 22, 30.

LXXIX. La virginidad hace a los que la profesan semejantes a los ángeles

Porque ¿en qué se diferenciaban de los ángeles Elías, Eliseo y Juan, aquellos genuinos amadores de la virginidad? En nada, si no es en estar sujetos a una naturaleza corpórea; pues en lo demás, si bien lo consideras, en nada les eran inferiores, y aun aquello en que aparecían inferiores hay que señalarlo como suma alabanza. Para que unos moradores de la tierra amasados con vil barro pudieran remontarse a una tal virtud, pondera cuánta fortaleza y elevación de miras eran necesarias.

Y que la virginidad fuese la que los hiciese tales, se ve claramente por aquí. Si hubieran tenido mujer e hijos, no se hubiesen retirado tan fácilmente al desierto ni hubiesen despreciado sus casas y demás conveniencias de la vida. Mas, desligados de tales ataduras, vivieron en esta tierra como si vivieran en el cielo, sin necesitar paredes, ni tejados, ni lechos, ni mesas, ni otros adminículos de esta especie; sino que les servía de tejado el cielo, de lecho la tierra, de mesa la soledad, y lo que para otros parece ser causa de penuria, a saber, la esterilidad del desierto, era para aquellos santos varones manantial de abundancia. No necesitaban viñas, ni lagares, ni frutos, ni mieses, sino que las lagunas, fuentes y ríos les suministraban suave y abundosa bebida.

A uno de ellos le preparó un ángel una mesa admirable, insólita y superior a las usadas entre los hombres; porque *un solo pan bastó para saciar su hambre durante cuarenta días* [176]. A otro lo sustentó con frecuencia la gracia del Espíritu Santo, y no sólo a él, sino también a otros muchos por su medio. Finalmente, Juan, que fué más que profeta y el mayor entre los nacidos de mujer [177], no necesitó de manjares humanos, pues no fué el pan, ni el vino, ni el aceite, sino unas langostas de campo y un poco de miel silvestre lo que sustentaba la vida de su cuerpo. ¿Has visto ángeles en la tierra? ¿Has visto el poder de la virginidad? Esta conseguía el que unos hombres amasados de carne y sangre, que andaban sobre la tierra y estaban sujetos a las necesidades de la naturaleza corpórea, pudieran vivir aquí abajo como si fueran incorpóreos, como si morasen ya en el cielo, como si hubieran obtenido la inmortalidad.

---

[176] 3 Reg. 19, 6-8.
[177] Mt. 11, 11.

LXXX. Qué cosa sea la honesta asiduidad

Todo les sobraba; no sólo aquellas cosas que son de suyo superfluas, como las delicias, las riquezas, el poderío, la gloria y todo el restante cortejo de sueños, sino aun las que parecen de todo punto necesarias, como las casas, las ciudades, las artes. En esto consiste la *honesta y decorosa asiduidad* [178], en esto radica la virtud de la virginidad.

Cosa verdaderamente admirable es y merecedora de mil coronas el quebrantar la furia de la sensualidad y reprimir los ímpetus de la naturaleza, pero resulta del todo maravillosa cuando la acompaña este modo de vida, aunque por sí sola y por separado sea demasiado frágil e impotente para conservar en el bien a los que la poseen. De lo cual pueden sernos testigos los que hoy la cultivan, y que distan tanto de Elías, Eliseo y Juan como la tierra del cielo. Pues así como, si quitas la *honesta y decorosa asiduidad,* cortas los nervios de la virginidad, así, por el contrario, cultivándola juntamente con una vida santa e irreprensible, estarás en posesión de la raíz y fundamento de todos los bienes.

Como el terreno rico y feraz sustenta las raíces, así la vida virtuosa y santa sabe alimentar los frutos de la virginidad. Más aún: la raíz y los frutos de la virginidad son la vida crucificada. Esta ungió a aquellos generosos atletas para su admirable carrera, cortándoles todas las ataduras y empujándolos a correr con pies ligeros y veloces, como aves que vuelan hacia el cielo. Donde no hay solicitudes de mujer ni de hijos, hay gran facilidad para sobrellevar la pobreza; y la pobreza nos remonta hasta cerca de los cielos, librándonos no sólo de miedos, cuidados y peligros, sino de cualquier otro impedimento.

LXXXI. Cuán gran riqueza es guardar la pobreza

El que nada tiene, como si todo lo poseyera [179], habla con gran libertad de espíritu a los magnates, a los príncipes y hasta a los coronados con diadema. El que desprecia las riquezas, avanzando por ese camino, fácilmente desprecia la muerte y, levantándose por encima de todas estas cosas, habla a todos con intrepidez, sin temer ni temblar ante ninguno. En cambio, el que se ocupa en amontonar riquezas

[178] 1 Cor. 7, 35.
[179] 2 Cor. 6, 10.

no sólo es esclavo de ellas, sino también de la gloria, del honor, de la vida presente y, por decirlo en una palabra, de todas las cosas de este mundo.

Por esa razón llamó Pablo a la avaricia *raíz de todos los males* [180]. Pero la virginidad es poderosa para secar esta raíz y para infundir en nuestras almas otra muy santa, de donde broten todos los bienes: la libertad, la confianza, la fortaleza, el celo ardiente, el amor fervoroso de las cosas celestiales y el desprendimiento de todo lo terreno. Así se adquiere aquella *honesta y decorosa asiduidad.*

LXXXII. Las vírgenes alcanzarán premios mayores que el seno de Abrahán

¿Qué donoso dicho es ese que anda de boca en boca? —El patriarca Abrahán, dice, tuvo mujer, hijos, riquezas, rebaños de ganado mayor y menor; después de todo eso, Juan el Bautista y el Evangelista, cultivadores egregios de la virginidad, y asimismo Pedro y Pablo, ejemplares clarísimos de continencia, desearon ser admitidos en su seno. —¿Quién te ha dicho, querido, todo esto? ¿Por ventura algún profeta o algún evangelista? —No, dice, sino el mismo Cristo. Viendo la gran fe del centurión, dijo: *Muchos vendrán de levante y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob* [181]. Y también Lázaro fué visto por el rico avariento gozando de inefables delicias [182]. — Pero ¿qué tiene eso que ver con Pedro, con Pablo y con Juan? Ni Lázaro era Pablo o Juan, ni esa multitud de levante y poniente era el coro de los apóstoles. Por tanto, todo ese tu discurso es insubstancial y vano.

Mas si quieres saber cuáles serán los premios de los apóstoles, oye las palabras del mismo que se los ha de repartir: *Os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel* [183]. Para nada aparecen aquí ni Abrahán, ni su hijo, ni ninguno de sus descendientes, ni el seno que los ha de recibir, sino un honor mucho más excelso, pues se han de sentar como jueces para juzgar a toda la descendencia de aquéllos.

Ni es ésta la única diferencia, sino que lo que Abrahán alcanzó lo obtendrán también otros muchos, ya que dice: *Muchos vendrán de levante y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob,* mientras que aquellos tronos nadie

180 1 Tim. 6, 10.
181 Mt. 8, 11.
182 Lc. 16, 23-27.
183 Mt. 19, 28.

los ocupará sino el coro de estos santos varones. ¿Y todavía te atreverás a traer a cuento los rebaños de bueyes y de ovejas, las nupcias y los hijos?

—¿Por qué dice entonces que millares de cultivadores de la virginidad, después de tantos trabajos, desearán ser admitidos allí?—Pues yo te diré una cosa todavía más fuerte, y es que muchos de los que han profesado virginidad ni siquiera alcanzarán aquel seno, ni aun cosas mucho menores, sino que serán arrojados a la gehena. Esto demuestran las vírgenes necias excluídas de los tálamos regios.

—Luego, según eso, la virginidad es igual al matrimonio, y aun queda en lugar más bajo; pues tu ejemplo la hace de peor condición. Porque si Abrahán, casado, está gozando del descanso y el placer, y las vírgenes que profesaron virginidad se hallan en el infierno, parece deducirse esta consecuencia de tu mismo discurso.—Pues no es así, repito, no es así en modo alguno. No sólo no es inferior la virginidad al matrimonio, sino que lo supera con mucho.—¿Cómo puede ser eso?—Porque ni a Abrahán le hizo santo el matrimonio ni fué la virginidad la que perdió a aquellas desgraciadas, sino que a Abrahán lo sublimaron las otras virtudes de su alma y a las vírgenes las arrojaron al fuego las otras maldades de su vida. Aquel, aun viviendo en matrimonio, practicó las normas de la virginidad, a saber, la honesta y decorosa asiduidad, mientras que éstas, después de abrazar la virginidad, se lanzaron a las tempestades de esta vida y a los negocios propios del matrimonio.

—Pero ¿qué dificultad hay, dice, en que un hombre en matrimonio, rodeado de sus hijos, de riquezas y de otras prosperidades, guarde al mismo tiempo aquella *honesta y decorosa asiduidad?*—Primero, porque no hay hoy nadie semejante a Abrahán ni que se le acerque a mil leguas. Pues aquél, teniendo mujer y riquezas, despreció los bienes terrenos más que los que profesan pobreza y reprimió la concupiscencia más fuertemente que los que profesan virginidad. Estos se abrasan cada día en el fuego de la lujuria, mientras que aquél había apagado tanto esa llama y estaba tan libre de pasiones, que no sólo se apartó de su esclava, sino que la arrojó de casa para evitar toda ocasión de contiendas. Hoy no es tan fácil encontrar quien haga otro tanto.

LXXXIII. Hoy se nos exige más virtud que en la antigua ley

Además repito lo que ya dije al principio: que no se nos exige a nosotros el mismo grado de virtud que a los antiguos. Hoy no puedes ser perfecto sino vendiendo cuanto

posees y renunciando a todo, no sólo a las riquezas y a la casa, sino a la misma vida [184]; en aquel tiempo no se daba un ideal de tanta perfección.

—¿Pues qué, dice, vivimos hoy con más santidad que el patriarca? —Eso es lo que se nos manda, eso lo que deberíamos hacer; mas no lo hacemos, y por eso quedamos a tanta distancia de aquel varón justo. De que sean mayores y más terribles los combates que hoy se nos proponen, no hay duda alguna. Así que al alabar a Noé la Sagrada Escritura, no lo hace sin más, sino con cierto aditamento, pues dice: *Noé, varón perfecto en su generación, agradó a Dios* [185]. No simplemente perfecto, sino perfecto en su generación, pues en la santidad hay muchos modelos correspondientes a las diversas épocas, y lo que alguna vez fué perfecto, al correr de los tiempos se hace imperfecto. Por ejemplo, antiguamente era perfecto el que observaba la ley, pues se decía: *El que guarde estas cosas vivirá por ellas* [186]; pero vino Cristo y enseñó que aquella perfección era imperfecta: *Si no abundare,* dijo, *vuestra justicia más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos* [187].

En aquellos tiempos solamente el homicidio parecía atroz, hoy basta la ira o las injurias para arrebatar a uno al infierno; entonces sólo se condenaba el adulterio, hoy una sola mirada lujuriosa le lleva a uno al suplicio; entonces sólo el perjurio se tenía por crimen, hoy es ilícito aun el jurar, pues *todo lo que de esto pasa,* dice, *procede de mal principio* [188]. A ellos no se les exigía sino que amasen a los que les amaban, ahora ese grave y preclaro mandamiento resulta tan imperfecto que al cumplirlo no superamos en nada a los publicanos.

LXXXIV. No tienen el mismo mérito ni el mismo premio nuestras obras que las de los antiguos

¿Cuál es la razón por que a unas mismas obras buenas, a las nuestras y a las de los antiguos, no se les señala el mismo galardón, sino que a nosotros se nos exige más virtud y perfección si hemos de alcanzar los premios de aquéllos? Porque ahora ha derramado el Espíritu Santo una amplísima gracia y con el advenimiento de Cristo se nos ha

---

184 Mt. 19, 21 y 29.
185 Gen. 6, 9.
186 Lev. 18, 5.
187 Mt. 5, 20.
188 Mt. 5, 37.

comunicado un don soberano, que de niños nos ha hecho hombres.

Del mismo modo que nosotros exigimos de nuestros hijos ya crecidos mayores muestras de virtud y lo que alabábamos en ellos durante sus primeros años no nos admira ahora igualmente, cuando lo hacen siendo ya hombres, sino que les obligamos a manifestar obras mucho más grandes, así tampoco Dios pidió a la naturaleza humana, en los tiempos primitivos, gran perfección, supuesto que era aún de condición pueril; pero luego que oyó a los profetas y a los apóstoles y logró la gracia del Espíritu Santo, le levantó el nivel de perfección exigido. Y con toda justicia. Pues también propone mayores premios y galardones más espléndidos. No es ya tierra y cosas terrenas, sino cielo y bienes, que sobrepujan todo sentido, los que están reservados a los que practican la virtud. ¿No sería absurdo que hombres ya formados se contentasen con pequeñeces de niños?

Entonces la naturaleza humana estaba dividida contra sí misma y mantenía una guerra sin cuartel, como lo describe Pablo al decir: *Veo en mis miembros otra ley, que hace guerra a la ley de mi razón y me tiene cautivo a la ley del pecado, que está en mis miembros* [189]. Ahora las cosas han cambiado: *Pues lo que era imposible a la ley, por cuanto estaba reducida a la impotencia por la carne, habiendo enviado Dios a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y como víctima por el pecado, condenó al pecado en la carne* [190]. Y dando Pablo gracias a Dios por este beneficio, decía: *Desventurado de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Doy gracias a Dios por medio de Jesucristo* [191].

Así es que con razón se nos castiga, pues no queremos correr estando sueltos, ni siquiera como corren los atados. Y aun cuando corriésemos lo mismo, no nos libraríamos del castigo, pues el que goza de perfecta paz debe levantar trofeos más altos y superiores que quien está en lo más recio de la batalla.

Si andamos todavía entretenidos con las riquezas, con el cuidado de la mujer y los negocios mundanos, ¿cuándo seremos varones adultos? ¿Cuándo viviremos en espíritu? ¿Cuándo nos cuidaremos de las cosas de Dios? ¿Acaso cuando salgamos de este mundo? Mas aquél no será tiempo de trabajos y pelea, sino de premios y de penas. Entonces ni siquiera se permitirá a la virgen desprovista de aceite para su lámpara recibirlo de otras, sino que se quedará fuera;

---

[189] Rom. 7, 23.
[190] Rom. 8, 3.
[191] Rom. 7, 24

ni quien se haya presentado con vestido vil y sucio podrá salir a cambiárselo, sino que será lanzado al fuego de la gehena [192], ni adelantará nada con implorar el auxilio de Abrahán [193].

Una vez amanecido ya el tremendo día, instalado el último tribunal del mundo, sentado el Juez, corriendo un río a manera de fuego [194] y hecho el escrutinio de nuestras obras, no se nos permitirá expiar nuestros crímenes, sino que, queramos o no queramos, seremos arrastrados al suplicio merecido por nuestras culpas, del cual no podrá nadie librarnos; y aunque tenga uno la misma seguridad que aquellos grandes y admirables varones, un Noé, un Job, un Daniel, aunque interceda por sus hijos o por sus hijas, no alcanzará nada, sino que será necesario que los pecadores sean castigados con males eternos y los que obraron bien reciban el debido honor. Ni para éstos ni para aquéllos habrá fin, según lo declaró Cristo, llamando eterna a la vida, del mismo modo que eternos a los castigos. El cual, después de honrar a los que tendrá a su diestra y de condenar a los de su izquierda, añadirá estas palabras: *Irán éstos al suplicio eterno y los justos a la vida eterna* [195].

Es preciso, pues, trabajar aquí seriamente, y quien tenga mujer ha de portarse como si no la tuviera, y quien no la tenga, debe ejercitarse, junto con la virginidad, en todas las demás virtudes, no sea que después de abandonar esta vida lo lamentemos en vano.

---

[192] Mt. 22, 11-13.
[193] Lc. 16, 23-31.
[194] Dan. 7, 10.
[195] Mt. 25, 46.

INDICE DE NOMBRES PROPIOS[1]

Ablavio, prefecto, 517, 518.
Abra, v., 643.
Acilio Glabrión, 179.
Actinea, v. mr., 642.
Achelis H., XXI, 51, 91, 376, 464.
Adamán, monje, 600.
Adelmo, 36.
Adeodata, v., 552.
Adeodato, hijo de Agustín, 562.
Adriano, emp., 39, 297.
Afraates, 474.
Agape, v. mr. (Aquileya), 642.
Agape, v. mr. (Terni), 641.
Agatón, 426, 427, 440, 447.
Ageroquia, viuda, 101.
Aglae, penitente, 530-531.
Agni, 74.
Agrain R., 585.
Agrícola, mr., 201.
Agripina, v. mr., 641.
Agripino, obispo, 155.
Agueda, v. mr., 119, 124, 431, 438-439, 641, 992, 1033, 1039.
Agustín de Hipona, XX, 103-105, 131, 149, 206, 241, 257, 561-569, 582, 584, 610, 627, 630, 839, 868-869, n. c.
Ahura Mazda, 74.
Aigrain R., 589.
Ainmire, rey, 598.
Ainsa e Iriarte Fr. Diego de, 617, 618.
A Lapide, 156.
Alarico, 205, 541, 550, 839, 848, 849.
Alastruey G., 375, 377.
Albers P. Br., 492.
Albert M., 268.
Albina, v. mr. (Formio), 641.
Albina, v. mr. (París), 641.
Albina, viuda, 531, 532, 535, 536, 545.
Albino, pont. pagano, 194, 196, 311, 531, 541, 816, 817.
Alcibíades, 426, 428, 431, 446.
Aldama J. A., 629.
Alejandro Magno, 821.
Alejandro, monje, 516.
Alejandro Severo, 297.
Alès Ad. D', XXIV, 55, 58, 87, 549.
Alipio, ob. de Tagaste, 206, 562, 563, 564, 839.
Allard P., XXI, 498, 506, 508.
Allatius L., 420.
Allen W. C., 14.
Almeda, v. mr., 644.
Altaner B., XXIV, 92, 110.
Alvera, v. mr., 641.
Amada, v., 644.
Amalafrido, príncipe, 590.
Amando, presb., 537.
Amann E., 92, 386.
Ambrosia, v., 149, 176, 180, 185, 187, 721, 722.
Ambrosio de Milán, XX, 93-98, 120, 128, 131, 175, 243, 245-246, 535, 557-561, 562, 667-668, 721-722, 755, n. c.
Amelineau E., XXI, 493.
Amelung, 273.
Ammón, anac. y ob., 472-473, 488, 496.
Ammón, monje en Roma, 532.
Amonaria, v. mr., 640.
Ampelia, v., 188.
Ampeliano, propretor, 52.
Anastasia, v. (Constantinopla), 645.
Anastasia, v. mr. (Roma), 641.
Anastasio I, emp., 485.

[1] n. c. = y en numerosas citas.

Anastasio I, papa, 861.
Anatolia, v. mr., 640.
Andrés, ap., 393.
Andrés de Cesarea, 419.
Anfiloquio de Iconio, 147, 518, 521.
Anisia, v. mr., 642.
Anisio Segundo, conde, 517.
Antinoo, 62.
Antíoco, monje, 963, 967, 979, 983.
Antonia, mujer de Marco Antonio, 410.
Antoniano, ob., 128.
Antonino Pío, 61, 388.
Antonio, monje de Emona, 101.
Antonio de Tebas, anac., 108, 110, 132, 467, 468, 470-472, 473, 474, 476, 529, 532, 562.
Anyta, 62.
Apole, v., 495.
Apolinar de Hierápolis, 64.
Apolinaria, v., 644.
Apolo, 69.
Apolo alejandrino, 1230.
Apolonia, v. mr., 414, 640.
Apronia, v., 644.
Aquila, 51, 179, 229.
Aquileo, mr., 50, 180.
Aquilina, v. mr., 640.
Arausio, ob. de Toledo, 616.
Araxio, senador, 502.
Arete, 321, 429, 430, 431, 432, 438, 445-446, 992, 1023, 1024, 1032, 1033, 1038, 1039, 1046, 1047, 1048, 1057, 1060, 1070, 1071, 1078, 1079, 1081, 1084.
Aringhi P., 177.
Arístides, apologeta, 59.
Aristodoto, 62.
Aristófanes, 426, 427.
Aristóteles, 424, 431, 821, 831, 855.
Aristoxeno de Tarento, 424.
Armentario, 103.
Arndt W., 594.
Arriano, gobernador, 432.
Arsacio, patriarca const., 522.
Arsacio, rey, 517.
Artelaida, v., 645.
Artemis, 69.
Asela, v., 101, 147, 208, 274, 351, 372-374, 536, 551, 644.
Aselo, presb., 620.
Assemani J. S., 404.
Asteria, v. mr., 642.
Atalo, 848.
Atanagildo, rey, 615, 625.
Atanasio, ob. de Alejandría, XIX, 103, 109-111, 129-130, 403, 419, 529, 532, 534, 535, 543, 549, 558, 559, 577, 1089, 1110, n. c.
Atenágoras, apolog., 62, 127.
Atenas, 69.
Ateneo de Naucrates, 424, 425.
Atila, 572, 573.
Atracta, v., 645.
Augar F., 15.
Augendo, monje, 580.
Augusto, emp., 78, 408, 450.
Aulo Gelio, 40, 71, 72, 73.
Aurea, v. mr., 641.
Aureliano, emp., 432, 459.
Aureliano, ob. de Arlés, 584.
Aurelio, ob. de Cartago, 149, 183, 241, 565, 569, 839.
Auxencio, 95.
Avito, arzob. de Viena, XX, 117, 120, 121.

Babut E. Ch., XXI, 165, 528, 529, 533, 606, 608, 609.
Bährens W. A., 378.
Balbina, v. mr., 640.
Balther, monje, 600.
Barbaciano, 97.
Bárbara, v. mr., 640.
Bardenhewer Ot., XXIV, 92, 94, 106, 110, 119, 130, 419, 467, 507, 579, 611.
Bardesanes, 386.
Bardy G., 110.
Baronio C. Card., 15, 53, 133, 264, 276, 393, 403, 404, 478, 502, 517, 558.
Basila, v. mr., 641.
Basilio de Ancira, XIX, 20, 111-112, 130, 162, n. c.
Basilio, ob. de Cesarea, XIX, 30, 111, 112, 116, 147, 164, 166, 182, 241, 245, 327, 419, 465, 489, 498, 501, 502, 503, 504, 505, 506, 507, 508, 509, 513, 514, 516, 517, 521, 526, 529, 581, 634, 635, 755, n. c.
Basilio II Porfirogénito, 264.
Basilio, ob. de Seleucia, 390, 403, 406, 407.

Basilio el Viejo, 502.
Basilisa, v. mr., 124, 642.
Batifoll P., 110, 337, 464, 482.
Baudonivia, monja, 585, 588, 590, 591, 592.
Baumer S., 237, 337.
Baur Ch., 518, 523.
Bayo M. J., 121.
Beata, v. mr., 641.
Beda, 377, 595.
Bejarano B., 522.
Benedicto XIV, 393.
Benita, v. (Roma), 645.
Benita, v. mr. (Roma), 641.
Benito de Aniano, 103, 568, 623, 635.
Benito de Nursia, 207, 469, 489, 513, 528, 561, 569, 579, 580, 602, 603, 624, 629, 635.
Berenice, v. mr., 432.
Bergman Ioh., 121.
Berlière U., XXI, 470.
Bernabé, ap., 26.
Bernardo de la Cruz, 527.
Berónico, mr., 52.
Bertar, rey de Turingia, 585.
Bertrand A., 14.
Bessarion, 480.
Besse J. M., XXI, 566, 578.
Bgoul, 494.
Bibiana, v. mr., 643.
Bieber, 272.
Bigelmayr A., 91.
Blandina, v. mr., 26, 414, 640.
Blesila, viuda, 101, 270, 533, 539-540, 541, 542, 543, 545, 552, 785.
Blum G., 269.
Bodenstaff H., 589.
Böhmer H., 627.
Böhringer F., 518.
Bolonia, v. mr., 643.
Bonifacio, ob., 265, 601.
Bonifacio, ob. de Catacua, 564.
Bonifacio, m., 530-531.
Bonnard F., 564, 569.
Bonosio, monje, 561.
Bonoso, ob. de Sárdica, 95, 721.
Bonwetsch G. N., 391, 416, 420, 421, 429, 990.
Boon A., 492.
Bornemann W. B., XXI, 109.
Bossio A., 177.
Bottari J., 177.
Bousquet J., 488, 525.
Bouvy E., 501.
Bover J. M., 155, 375.
Braulio, ob. de Zaragoza, 619, 620, 631.
Breaca, v., 645.
Brendano, abad, 595, 599, 600.
Briand, 585.
Brienia, abadesa, 499.
Briga, abadesa, 599.
Brígida, v. (Beauvais), 645.
Brígida, v. (Kildare), 595-598, 599, 645.
Brockie M., 923.
Brunequilda, reina, 122.
Bruttius Praesens, 50-51.
Bruyne De, 611.
Buriana, v., 645.
Busquet J., 386.
Butler E., 130, 302, 472, 496, 549, 551.

Caesellius, gobernador, 408.
Calínico, 514, 516.
Calixto I, papa, 154.
Camila, v., 644.
Campana E., 377.
Canal J. de la, 614.
Cándida, v. mr., 643.
Cange C. du Fresne, Señor du, 457, 468, 551, 605.
Cannera, 645.
Cardoc, abad, 594.
Cariberto, rey, 122, 593.
Carintina, v. mr., 264.
Carísima, v., 644.
Caritón, monje, 497.
Carlomagno, emp., 265.
Carnoy A., 75.
Casiano, abad, 454, 469, 489, 529, 555, 578-580, 581, 582, 584, 609, 623, 624, 630, 632.
Castor, ob. de Apt, 579.
Catalina, v. mr., 554, 642.
Catón, 291.
Cavallera F., XXI, XXIV, 100, 111, 469, 537.
Cayré A. A., XXIV, 110.
Cecilia, v. mr., 124, 217, 411, 416, 641.
Cecilio Natal, 64, 65.
Cefisodoto, 62.
Celina, v., 645.

Celso, 63.
Cenaida, v., 52, 639.
Centola, v. mr., 643.
Cereal, cónsul, 532, 533.
Cerinto, 300.
Cerona, v., 644.
Cesárea, v. (Arlés), 124, 582-584, 645.
Cesárea, v. mr., 645.
Cesáreo, ob. de Arlés, 105, 569, 581-584, 634.
Cestilio, gobernador, 396, 408.
Cicerón M. Tulio, 74, 77, 81, 257, 276, 424, 425, 701, 702, 703, 713, 715, 802, 832, 840, 846, 857, 862.
Cinnia, v., 645.
Cipriano Antioqueno, 405.
Cipriano, ob. de Cartago, XIX, XXIV, 89-93, 119, 127-128, 244-245, 637, 649, a. c.
Cipriano de Toulon, 582.
Cira, v., 478-479, 488, 644.
Cirilo de Alejandría, 515.
Cirilo de Escitópolis, 485.
Cirilo, ob. de Jerusalén, 349, 706.
Citonato, abad, 619, 620.
Claudio, emp., 52, 180, 410.
Clemente Alejandrino, 108-109, 134, 269, 270, 398, 447, 450, n. c.
Clemente Flavio, 50.
Clemente I, papa, 49, 51, 251, 961.
Cleobio, 408.
Clodoveo, rey, 573, 574, 575, 600.
Clotario I, rey, 122, 585-589, 593.
Clotario II, rey, 601.
Cogitoso, monje, 596.
Colgan J., 595, 596, 599.
Columba, v. mr. (Coímbra), 643.
Columba, v. mr. (España), 641.
Columba, abad, 598, 600.
Columbano, abad, 105, 600, 601-602, 603, 634.
Colvilo D., 404.
Combefis Fr., 420.
Comgan, abad, 599.
Conancio, ob. de Palencia, 631.
Congall, abad, 595, 601.
Conlaedh, ob. de Kildare, 597.
Consorcia, v., 644.
Constancio, emp., 66, 84.
Constancio, presb., 571.
Constante, emp., 84.
Constantino, emp., 133, 241, 282, 425.
Constanza, v., 133.
Cornelio, papa, 128.
Cornely R., 7.
Corssen P., 48.
Cre L., 233.
Crescencia, v., 645.
Crescenciana, v. mr., 643.
Crisógono, monje, 101, 560.
Crisóstomo, cf. Juan Crisóstomo.
Cristeta, v. mr., 643.
Cristiana, v., 642.
Cristina, v. mr. (Bolsena), 642.
Cristina, v. mr. (Persia), 642.
Crodegango, 631.
Croisset A., 118, 423, 425.
Cronio, anac., 473.
Crum W. E., 493.
Cumeneo Albo, 600.

Chararico, rey, 621.
Childerico, rey, 573, 574.
Chilperico, rey, 593.

Dálmato, monje, 514-515.
Dámaso, papa, 98, 99, 117, 119, 121, 165, 311, 462, 528, 529, 542, 543, 544, 548, 607.
Damón, 701.
Dardulaca, v., 645.
Daux C., XXI, 535, 547.
David, abad, 594.
David J., 472.
Decio, emp., 298, 459.
Declan de Ardmore, 599.
Delehaye H., XXI, 403, 406, 432, 469, 470, 482, 485, 486, 577.
Delmas F., 485.
Demas, hereje, 388, 394, 396, 397, 408.
Demetria, v. (Milán), 188.
Demetria, v. mr. (Roma), 643.
Demetríades, v., 101-102, 104, 132, 190, 191, 205-207, 241, 242, 274, 284, 307, 312, 313, 344, 360, 365, 412, 413, 416, 543, 545, 552, 644, 839-867.
Demmler, 92.
Devota, v. mr., 643.
Diana, 69.
Dídimo el Ciego, 549, 555.
Diekamp F., 963.

Digna, v. mr. (Roma), 641.
Digna, v. (Todi), 642.
Dimpna, v., 645.
Dina, 23.
Diocleciano, emp., 39, 52, 419, 432, 459, 460, 499, 989.
Diógenes Laercio, 424.
Dionisio Alejandrino, 348.
Dionisio, ap. de Francia, 574, 576.
Dionisio el Exiguo, 480.
Dionisio de Halicarnaso, 70, 73, 74, 75, 76, 80.
Diótima de Mantinea, 427.
Domiciano, emp., 50.
Dominica, v. mr., 642.
Domitila Flavia, 50, 51, 180, 416, 553, 640.
Domnina, v., 443-445, 1061, 1069, 1071.
Domnina de Anazarba, 432.
Domnina, v. (Antioquía), 432, 644.
Domnina, v. mr. (Umbría), 432, 641.
Domnina de Siria, 477, 478, 488.
Domnión, 546.
Donatila, v. mr., 643.
Donato, abad, 615.
Donato, ob. de Besanzon, 602.
Dorotea, v. mr. (Aquileya), 52, 640.
Dorotea, v. mr. (Cesarea), 642.
Drosis, v. mr., 642.
Dschendiktor, 495.
Duchesne L., XXI, XXIV, 48, 51, 58, 150, 160, 180, 182, 237, 329, 337, 474, 570, 575.
Dufourq A., 175.
Dumaine H., 299, 300.

Efrén de Nísibe, XIX, 22, 23, 117-118, 382-383.
Ehses St., 36.
Eladio, ob. de Toledo, 616.
Elena, emp., 242.
Elena, v., 644.
Elisantia, monja, 525.
Elorduy E., 1136.
Elpidio, noble, 519.
Elpidio, ob., 614.
Elredio de Rival, 104.
Emelia, viuda, 500, 501, 502, 505.
Emerenciana, v. mr., 643
Emérita, v. mr., 641
Emiliana, v., 645.
Eneas, 74.
Engracia, v. mr., 643.
Eonio, ob. de Arlés, 582.
Epicuro, 424, 425.
Epifanio, ob. de Salamina, 30, 35, 48, 67, 143, 146, 300, 348, 396, 405, 419, 429, 467, 473, 474, 497, 521, 529, 543-544, 553, 554-555, 556, 961.
Erasma, v. mr., 52, 640.
Erixímaco, 425, 426.
Escolástica, v., 645.
Especiosa, v., 644.
Esteban, diácono francés, 582.
Esteban, papa, 244.
Esteban, presb., 408.
Estéfanas, 408.
Etelfrido, rey, 595.
Eteria, v., 386, 392, 406, 411, 414, 453-458, 605, 621.
Eubulia, v., 429, 430, 991-993, 1017, 1061, 1069, 1084-1088.
Eudoxio, abad, 610.
Eufemia, v. mr. (Aquileya), 52, 640.
Eufemia, v. mr. (Calcedonia), 124, 642.
Eufrasia, v., 644.
Eufronio, ob. de Tours, 590.
Eufrosina, v. (Alejandría), 644.
Eufrosina, v. mr. (Terracina), 51, 416, 640.
Eugendo, abad de Condat, 581.
Eugenia, v. mr., 124, 641.
Eugenia, monja, 617.
Eugenio de Klysma, cf. Mar-Awgin.
Eugenio I, ob. de Toledo, 616.
Eugenio III, ob. de Toledo, 616.
Eugipio, monje, 600.
Eulalia, v. mr. (Barcelona), 643.
Eulalia, v. mr. (Mérida), 120, 124, 617, 632, 636, 643.
Euquerio, ob. de Lyón, 580, 581, 624.
Eurípides, 864.
Eusebia, v., 552
Eusebia, v. mr. (Bérgamo), 640.
Eusebia, v. (Roma), 644.
Eusebio (Bolonia), 95, 176, 558, 721-722.
Eusebio, ob. de Bolonia, 558, 721

Eusebio, ob. de Cesarea, 387, 422, n. c.
Eusebio de Cremona, 536.
Eusebio, ob. de Vercelli, 559-560, 561.
Eustacio, ob. de Sebaste, 265, 498.
Eustasio, ap. de Baviera, 600.
Eustela, v. mr., 641.
Eustoquio, v., 101, 102, 153, 184, 196, 200, 201, 209, 243, 244, 311, 344, 348, 411, 416, 532, 540-543, 545, 546, 547, 552, 644, 771-815, 816, 817, 830, 839.
Eustoquio, v. mr. (Tarso), 642.
Eutalia, v. mr., 641.
Eutícrates, 62.
Eutimio, monje, 525.
Eutropia, v., 644.
Eutropio, ob., 615.
Evagrio Escolástico, 406.
Evagrio el Póntico, xx, 116, 473.
Evetts, 472.
Evilasio, 264.
Evodio, ob. de Uzala, 563, 564.
Ewald S., 30.

Fabio Pictor, 73.
Fabiola, penitente, 537-538, 541, 554.
Falconila, 400.
Faller Ot., 668.
Fanchia, v., 645.
Farges J., xxi, 421.
Fausta, v. mr., 264.
Faustina, v., 645.
Fausto, abad, 515.
Fausto, maniqueo, 131.
Fausto, monje, 514.
Fausto, ob. de Riez, 581.
Favre L., 551.
Fe, v. mr., 641.
Febe, diaconisa, 230, 232.
Febronia, v. mr., 498, 499, 642.
Fedro, 426, 433.
Felícitas, mr., 27.
Felícitas, v. (Roma), 535, 536.
Felícitas, abadesa, 535, 566.
Felícula, v. mr., 51, 640.
Felipe, ap., 47-48, 393.
Felipe, diácono, 47, 48.
Felipe, diác. Hijas de, xv, 47-48, 639.
Félix, eremita, 619.
Félix, ob. de Guadix, 163.
Félix Cano José, 267.
Félix-Faure-Goyau L., 586.
Fernández B., 404.
Fernando I, rey, 634.
Ferotin M., 454, 629.
Ferreol, ob. de Uzés, 584.
Festo S. Pompeyo, 160.
Festo R., 70.
Fileto, hereje, 396.
Filipo de Macedonia, 821.
Filomena, v. mr., 643.
Filonila, v., 52, 639.
Finiano, abad, 595.
Firmina, v. mr., 642.
Firmino, ob., 582.
Firmo, 128.
Flaminia, v. mr., 643.
Flavia, monja, 603.
Flavia, v. (Vercelli), 188.
Fliche A., xxiv, 460, 472, 480.
Florencia, v., 643.
Florencio, monje, 560.
Florentina, v., 105, 624-628, 645, 924, 960.
Flórez E., 614, 616, 617, 621, 622, 625, 631.
Florián, ob. de Sena, 560.
Floro, 629.
Focio, 421, 422, 435, 507.
Fortunato, ob. de Cirta, 564.
Fortunato Venancio, xx, 117, 121-125, 585, 586, 587, 588, 589, 590, 591, 592, 621.
Franchi de'Cavalieri P., 15, 531.
Fredegard, xxi.
Fridolin, abad, 600.
Fronimiano, 619.
Fructuoso, ob. de Braga, 624, 631-634.
Fuente Vicente de la, 619, 620.
Fulgencio, monje, 616.
Fulgencio, ob. de Ecija, 625, 959.
Fulgencio de Ruspe, 35.
Funk F. X., 55, 106, 107, 109, 391, 961.
Furia, viuda, 101.
Fuscina, v., 121.

Gala, v. (Clermont), 645.
Gala, v. (Valence), 645.
Galeno, 66.
Gallandi A., 420.

Gams P. B., 626, 627.
García Villada Z., XXIV, 454, 455, 606, 607, 619, 620, 621.
Garitte G., 497.
Garruci R., 177, 262, 278.
Garvin J., 617.
Gass, 470.
Gaudencio, romano, 101, 194-199, 832-838.
Gayet A., 481.
Gea, 69.
Gebhardt Ot. von, 390, 391, 395, 397, 398, 401.
Gelasio, monje, 580.
Gelasio, papa, 182, 237, 390.
Genadio de Marsella, 103, 579.
Genoveva, v., 411, 415, 570-577, 595, 645.
Georgia, v., 644.
Germán, ob. de Auxerre, 571, 573, 575, 594.
Germán, ob. de París, 589, 593.
Germana, v. mr., 643.
Geroncio, monje, 619, 620.
Gertrudis, v., 644.
Geyer B., 64, 84, 127, 458, 668.
Gildas, abad, 594, 597.
Gildon, 128, 610.
Gliceria, v. mr., 640.
Godofredo D., 40, 166.
Godofredo Iac., 166.
Goldbacher A., 566.
Goltz. Ed. v. der, XXI, 110.
Gomperz T., 423.
Gontrán, rey, 593, 601.
Gonzalo de Berceo, 619.
Gorce D., 373.
Gougaud L., XXI, 597.
Graciano, emp., 84.
Graco, prefecto, 818.
Gracos, 821.
Gregoria, v. (Olimpo), 429, 991-993, 1017, 1061, 1069, 1070, 1084-1088.
Gregoria, v. (Roma), 645.
Gregorio Magno, 207, 603, 628, 629.
Gregorio XIII, 513.
Gregorio Nacianceno, XIX, 117, 118-119, 214, 392, 466, 502, 504, 505, 506, 508, 517, 518, 521, n. c.
Gregorio Niseno, XIX, 111, 112-113, 367, 377, 405, 406, 419, 445, 500, 501, 502, 503, 504, 508-513, 1110, n. c.
Gregorio de Tours, 122, 577, 579, 591, 593, 594, 615, 621.
Grenfell, 390.
Grimlaico, 631.
Grosjean P., 599.
Grützmacher G., XXIV, 532.
Gudelia, v. mr., 642.
Gudila, monje, 616.
Gundenia, v. mr., 641.
Gutschmid, 408, 409.

Hagen M., 7.
Halkin Fr., 488, 489.
Harduin J., 165.
Harnack Ad., XXI, 66, 139, 248, 392, 452, 458, 961.
Hartel G., 649.
Hase, 470.
Hausherr I., 476.
Hedibia, viuda, 101.
Hefele C. J., XXI, 150, 164, 181, 264, 454, 515, 565, 603, 604, 605, 634.
Hegesipo, 408.
Heimbucher M., XXI, 142, 275, 453, 474, 508, 526.
Heliodoro, presb., 101, 102.
Hello Apa, 495.
Helvidio, 95, 98, 100, 101.
Hemor, 23.
Hennecke E., 386, 403, 406.
Henschel G. A. L., 605.
Heracliano, gobernador de Africa, 848.
Heráclides del Ponto, 424.
Hergenröther J., XXI.
Hermas Pastor, 54, 120, 142, 155, 177, 178, 247-248, 360, 387.
Hermenegildo, príncipe, 616.
Hermógenes, 388, 394, 396-97, 408.
Herodes, 305, 306.
Herodías, 715-717.
Hertlein F. C., 425.
Herwegen I., 633.
Hestia, 69.
Hieracas, 467.
Hilario de Arlés, 580.
Hilario de Poitiers, 48, 577, 578, 589.
Hilarión, anac., 132, 473, 497, 544.
Hilberg I., 772, 800, 832.

Hild J. A., 80.
Hildeberto de Lavardin, 585, 588.
Hildebrand Dietrich von, XXI, 18, 171, 174.
Hilgenfeld A., XXI, 14, 389, 470.
Hilpisch St., XXI, 633.
Himecio J. Festo, procónsul, 209, 311, 542.
Himeneo, hereje, 396.
Himerio, ob. de Tarragona, 454, 608.
Hipacio, abad, 515-516.
Hipólito, hijo de Teseo, 708.
Hipólito, de Roma, 48, 236, 375, 376, 391, 419.
Hitarco, rey, 53.
Holsten L., 611, 923.
Homero, 263, 436, 1059.
Honorata, v., 644.
Honorato, abad, 580-581, 582.
Honorina, v. mr., 641.
Honorio, abad, 616.
Honorio, emp., 84, 120, 848.
Horacio Flaco, 798, 802, 819, 836.
Horsiisi, abad, 492, 493.
Hortensio, 821.
Hrotsvitha, monja, 481.
Hübner Aem., XXII, 610
Hummelauer J., 5.
Hunt, 390.
Hydacio Lemico, 610.

Ifigenia, v. mr., 53, 639.
Ignacio de Antioquía, 27, 30, 54, 143, 248, 314, 375.
Ignacio de Loyola, 469.
Ildefonso de Toledo, 615, 616.
Ilderado, 629.
Iltud, abad, 594, 597, 598.
Iluminada, v. mr., 642.
Indicia, v., 245, 559.
Inés, v. mr. (Roma), 19, 120, 124, 125, 133, 174, 217, 225, 372, 405, 411, 636, 642, 670-672, 691.
Inés, abadesa, 123, 589, 591, 593, 645.
Inocencia, v. mr., 642.
Inocencio I, papa, 103, 149, 165, 175, 241, 839, 861.
Inocencio, ob. de Tortona, 531.
Iraida, v. mr., 642.
Irene, v. mr. (Aquileya), 642.
Irene, v. mr. (Cartago), 641.
Irene, v. mr. (Constantinopla), 52, 639.
Irene, v. (Gaza), 644.
Irene, v. (Roma), 119, 643.
Ireneo, ob. de Lyón, 48, 62, 300, 388, 419, 420.
Isaac, monje, 514-515, 517, 523, 525.
Isaías, monje, 472.
Isidora, v., 642.
Isidoro, monje, 532.
Isidoro de Pelusio, 405.
Isidoro de Sevilla, 105, 121, 189, 240, 278, 279, 454, 614, 615, 616, 618, 621, 622, 623, 624, 625, 626, 627, 628, 629-631, 633, 634, 635, 960.
Israel W., 473.
Ita, v., 598-599, 645.

Jacobo, diácono, 486, 487.
Jacobo de Voragine, 481.
Jahn A., XXII, 420, 421, 429.
Jefté, 3-5.
Jenofonte, 424, 425, 426.
Jerónimo de Estridón, XX, XXIV, 94, 98-103, 219, 241, 243, 244, 319, 529, 532, 533, 534-557, 559, 560, 561, 632, 771-772, 816-817, 832, 839-840, 868, n. c.
Jerónimo de Rodas, 424.
Jezabel, reina, 1074.
Jocunda, v., 644.
Jonás de Bobbio, 601.
Joviano, emp., 165.
Joviniano, hereje, 97, 99, 101, 868
Jovino, ob. de Ascalón, 301.
Juan, ap., 29, 30, 31, 43-46, 300, n. c.
Juan Bautista, 5, 26, 305, 306, 381, 715-718 y otras muchas.
Juan Biclarense, 614, 615.
Juan Crisóstomo, XIX, 111, 113-116, 519-525, 579, 1173-1174, n. c.
Juan, monje (Bizancio), 516.
Juan, monje, discíp. de S. Epifanio, 497.
Juan Mosco, 485.
Juan I, papa, 50.
Juan de Reomaus, 581.
Juan, ob. de Tarragona, 613.
Juan de Tesalónica, 419
Juana de Arco, 572.

Julia, v. mr. (Cartago), 644.
Julia, v. mr. (Lisboa), 643.
Julia, v. mr. (Mérida), 643.
Julia, v. mr. (Troyes), 641.
Julián Sabas, 474.
Julián de Toledo, 616.
Juliana, v. mr. (Barcelona), 643.
Juliana, viuda (Bolonia), 96, 192, 201, 221, 321, 558.
Juliana, madre de Demetríades, 104, 205, 241, 242, 846-850.
Juliano, apóstata, 425.
Jülicher G. A., 387.
Julio César, 78.
Julio I, papa, 559.
Juret A., 440.
Justa, v. mr., 641.
Justina, v. mr. (Antioquía), 642.
Justina, v. mr. (Maguncia), 644.
Justina, v. mr. (Padua), 52, 124, 640.
Justina, v. mr. (Trieste), 640.
Justiniano, emp., 166, 230, 297, 516, 524, 526.
Justiniano, ob. de Valencia, 614.
Justino II, emp., 590.
Justino el Filósofo, 54, 56, 59, 61, 62, 64, 127, 299, 375.
Justo de Urgel, 614.
Justo, ob. de Toledo, 616.

Kauffmann C. M., 188.
Keim, 470.
Kirch C., 66, 230.
Klein M., 668.
Knabenbauer J., XXII, 143.
Koch Hugo, XXII, 142, 143, 164, 177.
Kohler C., 575.
Kolberg J., XXII, 146.
Korolevskij C., 513.
Kötschau P., 391.
Kraus F., 146.
Krusch Br., 570, 572, 582, 585, 592, 594, 601.
Künstle K., 570.
Kurth G., 570, 572, 575.

abourt J., 497.
Labriolle P., XXII, XXIV, 461, 470, 472, 489.
Ladeuze P., XXII, 464, 489, 490, 492, 493.
Lagrange F., XXII, 311, 531, 537, 551.
Laínez D., 36.
Lambot C., 583.
Lampadia, v., 503.
Lamy T. J., 117, 383.
Lastidiano, 562.
Lázaro Bayo M., XXII, 44.
Lea, viuda, 101, 536, 543, 551.
Leandro de Sevilla, XX, 105, 615, 616, 618, 621, 623, 624, 625, 626, 627, 628, 629, 923, 924, 960, n. c.
Lebon J., XXII, 110, 214.
Leclercq H., XXII, 14, 30, 50, 51, 142, 143, 150, 179, 232, 264, 451, 454, 457, 460, 470, 492, 550, 563, 565, 603, 634.
Leewen S. van, 166.
Lefort L. T., 492.
Leipoldt J., XXII, 493, 494, 496.
Lelong A., 247.
Leo Fr., 122.
Leoberia, v. mr., 643.
Leocadia, v. mr., 643.
Leodegunda, monja, 623, 629.
León Magno, 150.
Leoncia, v. (Vercelli), 188.
Leoncio de Bizancio, 418, 419.
Leónidas, 821.
Leonor, monje, 601.
Leovigildo, rey, 615, 616, 620, 625.
Leroquais V., 596.
Leta, viuda, 101, 194-202, 289, 311, 358, 531, 541, 542, 816-831, 832.
Leuvina, v. mr., 644.
Libanio, 461.
Libaria, v. mr., 643.
Liberata, v. mr. (¿Galicia?), 640.
Liberata, v. (Pavía), 644.
Liberata, v. (Piacenza), 645.
Liberio, papa, XIX, 93, 176, 179, 182, 183, 535, 668, 706.
Licencio, hijo de Romaniano, 562.
Licinia, v. (Vercelli), 188.
Licurgo, 428.
Lidia de Filipos, 229.
Lintrudes, v., 645.
Lioba, v., 601.
Liobeta, v., 643.
Lipsius R. A., 53, 385, 387, 389, 390, 394, 397, 402.
Livia, 77.

Loofs F. A., 498.
Lopin J., 1089.
Lorenzo de Bolonia, 192, 201.
Lucano M. Anneo, 160.
Lucía, v. mr., 643.
Luciano de Samosata, 424.
Lucilio C., 291.
Lucinio de Bética, 331.
Lucio Vero, 61.
Lucrecia, v. mr., 643.
Luminosa, v., 644.
Lupicino, monje, 581.
Lupo, monje, 581.

Mabillon J., 565, 581, 598, 600, 601.
Macario, alejandrino, 473.
Macario, el egipcio, 473, 553.
Macario, ob. de Jerusalén, 497.
Macario de Magnesia, 248.
Maccaille, ob. de Croghan, 596.
Macona, monja, 616.
Macra, v. mr., 641.
Macrina. v. (Annesi), 113, 406, 411, 412, 416, 500-506, 508-513, 642.
Macrobio, 425.
Madoz J., 624, 627.
Magnencia, v., 645.
Malalas J., 51.
Malmesburg V. de, 595.
Malnory A., 582.
Manequilda, v., 644.
Manes, 1178.
Manitius M., XXIV, 119, 120, 122.
Marana, v., 478-479, 488, 644.
Mar-Awgin, 497.
Marcela, v. (Palestina), 52, 53, 431, 433-434, 639, 992, 993, 994, 1000.
Marcela, viuda (Roma), 101, 208, 373, 412, 531, 532-538, 540, 542, 544, 545, 547, 548, 550-551, 552, 557, 569, 819.
Marcelina, v., 93, 176, 179, 180, 182, 189, 535, 536, 557-558, 643, 667, 706.
Marcelino, cónsul, 548.
Marcelino, presb., 469.
Marcelo, monje, 516.
Marcial M. Valerio, 864.
Marciana, v. mr., 643.
Marción, hereje, 20, 1178
Marco Antonio, 410.
Marco Aurelio, emp., 61, 63, 64, 297, 388.
Marco Craso, 291.
Margarita, v. mr., 640.
Margarita, cf. Pelagia, penit.
María, hermana de Aarón, 405, 673, 751.
María Egipcíaca, 482-485, 488.
María Magdalena, 25, 53, 314, 397, 411.
María, hermana de Pacomio, 490-491.
María, v. mr. (Roma), 643.
Marina, abadesa, 525.
Marina, v. mr., 640.
Marispalla, 610.
Marón, anac., 474.
Maroveo, ob. de Poitiers, 593.
Marquardt J., 73, 273, 294, 305, 450.
Marta, v. mr. (Astorga), 641.
Marta, v. (Betania), 53, 431, 639.
Martene E., 150, 181, 188, 189.
Martin Jos., 64, 127, 251, 606.
Martín V., XXIV, 460, 472, 489.
Martín de Braga, 617.
Martín de Dumio, 621-623, 632.
Martín de Tours, 35, 122, 405, 577-578, 600, 621.
Martina, v. mr., 52, 641.
Martínez F., XXII, 14, 49, 57, 109, 138, 142, 143, 467.
Marvilio A., 166.
Mascezel, 610.
Masona, ob. de Mérida, 617.
Massenet J., 481.
Mateo, ap., 53.
Mateo de la Fuente, 527.
Matrona, v. mr. (Barcelona), 643.
Matrona, v. mr. (Capua), 644.
Matrona, v. mr. (Tesalónica), 642.
Maura, v. (Beauvais), 645.
Maura, v. mr. (Bizancio), 640.
Maura, v. mr. (Constantinopla), 644.
Maura (Francia), 618.
Mayer Jos., XXII, 470.
Mayoriano, emp., 150.
Máxima, v. mr. (Lisboa), 643.
Máxima, v. mr. (Tuburbo), 643.
Máxima, v. mr. (Siena), 642.
Maximino, ob., 13.

Maximino Daza, emp., 419, 471.
Maximino Tracio, emp., 164, 459.
Máximo, confesor, 419.
Máximo, oficial, 416.
Máximo, ob. de Riez, 581.
Mazón C., XXII, 611.
Mecenas, 424, 425.
Medardo, ob. de Noyon, 587.
Melángela, v., 645.
Melania la joven, 412, 549, 550, 551.
Melania la vieja, 303, 406, 468, 548-549, 550.
Melecio, ob. de Antioquía, 114.
Melitón de Sardes, 54-55, 64, 381.
Menandro, 864.
Menard H., 579.
Mendizábal J. A., 527.
Menéndez y Pelayo M., 422.
Menodora, v. mr., 642.
Menna, v., 643.
Mercati J., 627.
Merino A., 614.
Mesalina, v. mr., 640.
Messiano, presb., 582.
Metodio de Olimpo, XIX, 108, 391, 416, 418-448, 989-990, 1110, 1173, n. c.
Metrodora, v. mr., 642.
Meuris, v. mr., 642.
Meurisse, 518.
Milcíades, apolog., 64.
Michel C., 375.
Michels T., 176, 668.
Millán de la Cogolla, 617, 619-621.
Minerva, 69.
Minucio Félix, 64, 65, 68, 84, 127, 251.
Mita, cf. Ita.
Modio F., 166.
Möhler J. A., XXII.
Mombricio B., 53.
Mommsen T., 409.
Monceaux P., XXII, 92, 565, 566, 577.
Monesa, v., 645.
Mónica, viuda, 562.
Montague Rhodes James M. A., 392.
Montalembert, Conde de, XXII, 603, 616.
Montfaucon B., 110, 470, 1089, 1174.
Moricca U., XXIV, 121, 122.
Morin G., XXIII, 606, 609.
Morin J., 265.
Muratori L. A., 188, 189, 237.
Mustiola, v. mr., 641.
Myrtides, 62.

Narciso, ob. de Jerusalén, 467.
Natalina, v. mr., 643.
Nau F., 106, 480, 488, 961.
Naucrates de Capadocia, 501, 502.
Navigio, hermano de S. Agustín, 562.
Nebridio, ob. de Egara, 614.
Nebridio, prefecto, 518.
Nectario, patriarca de Constantinopla, 521.
Neomadia, v., 644.
Nepociano, presb., 101, 560.
Nereo, mr., 50, 180.
Nerón, emp., 52, 408, 410.
Nicéforo, patriarca de Constantinopla, 517.
Nicéforo Calixto, 474, 518, 524.
Nicerata, v., 644.
Nicerato, 62.
Nicetas, monje, 560.
Nicetas de Heraclea, 420.
Nicetas de Paflagonia, 403.
Nicetas de Remesiana, XX, 98, 166, 405, 755, n. c.
Nicolás, diácono, 48.
Nicolás, diac. (Hijas de), vv., 639.
Ninfodora, v. mr., 642.
Niniano, abad, 600.
Nock Fr. Cl., 631.
Nonio, ob. de Heliópolis, 486, 487.
Novaciano, XIX, 92, 448.
Numa, rey, 70.
Nuncto, abad, 616-617.

O'Briain F., 596.
Océano, presb., 537, 546.
Octavia, esposa de Marco Antonio, 410.
Olibrio, padre de Demetríades, 205, 842.
Olibrio, hijo, cónsul, 847.
Olimpíades, viuda, 414, 517-525.
Olimpio, monje, 113.
Olimpiodoro, 420.
Oliva, v. mr., 640.
Onesíforo de Efeso, 408.

Onesíforo de Iconio, 394, 395, 396, 399, 402, 408, 412.
Onésimo, 393.
Opitz Hans Georg, 1089.
Oppenheim Ph., XXIII, 446.
Optato Milevitano, 181, 189, 262, 278, 280.
Optimo, ob. de Antioquía, 521.
Oriencio, ob. de Auch, 611-612.
Orígenes, 17, 109, 540, 862, 1110, n. c.
Orosio, 610.
Osio de Córdoba, 163, 627.
Ovidio Nasón P., 80, 124, 254, 270, 708.

Pablo, ap., 29, 30, 31-34, n. c.
Pablo Aureliano, 601.
Pablo, diácono, 122, 123.
Pablo, ob. de Aquileya, 123.
Pablo de Panonia, XX, 103.
Pablo de Samosata, 464-465.
Pablo el Simple, anac., 481.
Pablo de Tebas, 108, 132, 467, 468, 469, 470, 485.
Pacátula, v., 194, 833.
Pacomio, abad, 130, 262, 412, 467, 468, 469, 471, 473, 488-491, 492, 497, 503, 529, 532, 553, 630, 632.
Pafnucio, abad, 480-481, 579.
Paladio, 130, 262, 265, 373, 469, 472, 473, 474, 480, 488, 491, 492, 496, 518, 519, 520, 522, 523, 524, 529, 549, 551, n. c.
Palemón, anac., 489.
Pammaquio, senador, 99, 100, 538, 541, 546, 552, 554.
Panteno, 108.
Papías de Hierápolis, 47, 419.
Parasceve, v. mr. (Iconio), 642.
Parasceve, v. (Tracia), 640.
Pargoire J., XXIII, 514, 516.
Pascasia, v. mr., 641.
Pascasio, diácono, 622.
Patricio, ap. de Irlanda, 580-581, 594, 595, 596, 597, 598.
Paula, v. mr. (Málaga), 643.
Paula, v. mr. (Nicomedia), 640.
Paula la joven, v., 194, 195, 289, 542, 644, 819, 830, 831 ; cf. Paulina, v. (Belén).
Paula, viuda, 51, 99, 101, 153, 194, 196, 200, 270, 303, 311, 468, 532, 533, 538-543, 544, 545-546, 547, 552-557, 569, 771, 816, 817.
Paulina, v. (Belén) ; cf. Paula la joven, 644.
Paulina, v. mr. (Roma), 124, 643.
Paulina, esposa de Armentario, 103.
Paulina, hija de Santa Paula, 541, 542, 552.
Paulino de Antioquía, 543-544.
Paulino de Nola, 561, 577, 580.
Paulino, presb., 469.
Pausanias, 69, 426.
Pedro, ap., 22, 29-30, 50, 51, 179, 180.
Pedro, diácono, 456.
Pedro de Sebaste, 501, 521.
Pelagia, v. mr., s. I (Antioquía), 52, 639.
Pelagia, v. mr., s. IV (Antioquía), 486, 642, 718.
Pelagia, penitente, 486-487, 488.
Pelagio, hereje, 241, 839.
Pérez de Urbel J., XXIII, 61[illegible], 622, 624, 627, 630, 632, 633.
Perseo de Citio, 424.
Peters, XXIII, 146.
Petronila, v., 49-50, 51, 640.
Petronio, abad, 493.
Petronio Flavio, 50.
Petronio Probo S., 205, 839.
Piala, v., 645.
Piencio, ob., 590.
Píndaro, 447.
Pío I, papa, 177.
Pío XII, papa, 636, 637, 638.
Pitágoras, 713.
Pitias, pitagórico, 7[illegible]1.
Pitodoris, 410.
Pitra J. B., 420.
Platón, 420, 423, 424, 425-428, 431, 433, 447, 451.
Platón, ob. de Poitiers, 123.
Plinio C. el Joven, 51, 230, 325.
Plinio C. el Viejo, 74, 160, 430.
Plutarco, 69, 71, 73, 74, 75, 78, 80, 277, 295, 424.
Polemón, rey, 408-409.
Polibio, monje, 497.
Policarpo de Esmirna, 51, 58, 300.
Polícrates de Efeso, 47, 48, 64.
Polixena, v., 392-393, 64[illegible].
Poma, v. mr., 641.

Pomponio, ob. de Dionysiana, 91, 146, 162, 453.
Ponticiano, 562.
Porfirio, filósofo, 248.
Posidio, ob. de Calama, 563, 564, 566, 569.
Potamia, disc. de S. Millán, 619. 620.
Potamiena, v. mr., 642.
Pottier E., 268, 276.
Poukens J. B., 570.
Pourrat P., XXIII, 27, 58.
Práxedes, v., 177, 180, 640.
Praxila, poetisa, 62.
Pretextata, 209-210, 311, 542, 822.
Preuschen E., 391.
Principia, v., 101, 532, 536, 550.
Prisca, v. mr., 51, 180, 641.
Priscila, esposa de Aquila, 51, 179, 229, 1230.
Priscila, madre de Pudente, 179.
Prisciliano, 528, 606, 607.
Pritanis, 424.
Proba, v. mr., 643.
Proba Faltonia (Anicia), 205, 242, 839, 846-850.
Probino, cónsul, 847.
Probo, cónsul, 847.
Probst, 146, 237.
Procila, v., 432, 439-440, 992, 1039, 1047.
Procopio, prefecto de Constantinopla, 517.
Próculo, 47.
Profuturo, ob. de Cirta, 564.
Prosdoce, v., 432.
Prosdócimo, ob. de Padua, 52.
Próspero de Aquitania, 571.
Protasia, v. mr., 641.
Prudencio M. Aurelio C., 70, 71, 77, 80, 82, 83, 117, 119-121, 267, 844.
Pudenciana, v., 177, 180, 640.
Pudente, senador, 179, 180.
Puech A., XXIV, 447.
Pulquerio, abad, 599.
Pusinna, v., 645.
Pseudoclemente romano, XIX, 106-108, 961, 963, n. c.

Quaresmio F., 555.
Quilón de Lacedemonia, 855.
Quintiliano M. Fabio, 820, 821, 826, 863.
Quionia, v. mr., 642.
Quiteria, v. mr., 640.

Radegunda, reina y monja, 122, 123, 585-594.
Rahner K., XXIII, 627.
Rampolla de Tindaro Card., XXIII, 549.
Ramsay W. M., 389, 404, 409, 410.
Rauer M., 376.
Rauschen G., 110.
Rea, 70.
Recaredo, rey, 615.
Recesvinto, rey, 633.
Redenta, v., 645.
Regina, v. mr., 641.
Regnier A., 577.
Reifferscheid A., 389.
Remo, 70.
Rendel Harris J., 375.
Reparata, v. mr., 640.
Restituta, v. (Ponizara), 641.
Restituta, v. mr. (Roma), 641.
Reymond A., 423.
Riber L., 71, 80.
Ricardo, rey, 601.
Ripario, presb., 100.
Robin J., 424, 427.
Robinson J. Armitage, 59, 155, 375.
Rodrigo, rey, 617.
Rohr Ig., 30.
Rolffs, 388, 404.
Romana, v. mr. (Beauvais), 643.
Romana, v. (Roma), 643.
Romana, diaconisa, 487.
Romaniano de Tagaste, 562.
Romano, monje, 581.
Rómula, v., 645.
Rómulo, 70.
Roschini G. M., 375.
Rossi G. B. de, 51, 119, 180, 552.
Rouet de Journel M. J., 110.
Rousseau J. J., 198.
Rufina, v. mr. (Roma), 641.
Rufina, v. mr. (Sevilla), 641.
Rufina, hija de Santa Paula, 541, 552.
Rufino de Aquileya, 101, 102, 130, 172, 242, 243, 468-469, 472, 480, 496, 527, 529, 549, 560.
Rufino, ministro de Teodosio, 301, 515.

Rufo Curcio, 837.
Ruinart T., 27.
Rústico, monje, 101.
Rústico, primo de S. Agustín, 562.
Rutilio Namanciano C., 533.

Sabas, abad, 525.
Sabina, v. mr. (Avila), 643.
Sabina, v. (Troyes), 641.
Sabiniano, monje, 261.
Sabino de Placencia, 465.
Sáenz de Aguirre J., 605, 608, 614.
Safo, 62.
Saglio E., 268.
Sainz de Baranda P., 618.
Salaville S., 498.
Sallet von, 409.
Salustio Crispo, 856.
Salvina, viuda, 101.
Sansno, v., 495.
Sansón, abad, 594, 601.
Santiago el Cojo, 473.
Santiago de Moutiers, 581
Sara, v., 642.
Sarmación, hereje, 97.
Saturnino, gnóstico, 20.
Schanz M., 424, 425.
Schenudi, abad, 489, 493-496, 602.
Schepss G., 606, 607.
Schiwietz St., XXIII, 91, 142, 492.
Schmidt C., 386, 388, 404, 408.
Secundina, v. mr., 641.
Seebass O., 601.
Segunda, v. mr. (Roma), 641.
Segunda, v. mr. (Tuburbo), 643.
Segismundo, rey, 121.
Sejourné P., 629.
Seleuco, conde, 517.
Sempronia, v. mr., 643.
Séneca L. A., 73, 254, 622, 862.
Serapia, v. mr., 640.
Serapión, abad, 579.
Serapión el sindonita, 480, 481.
Sergia, abadesa, 518, 524.
Sergio, ob. de Tarragona, 613-614.
Serrano L., 620.
Servanda, v., 616.
Servio Tulio, rey, 71.
Severa, v. mr., 642.
Severiano, padre de S. Isidoro, 625.
Severino, ap. de Nórico, 600
Severo, ob. de Mallorca, 610.
Severo, ob. de Mileu, 564, 565.
Severo, ob. de Nápoles, 560.
Sickenberger J., XXIII, 91.
Sigeberto, rey, 122, 590, 593
Silas, 229.
Silvania, v., 301.
Silvia, v., 644.
Símaco, prefecto, 84, 97, 120, 311.
Símaco, papa, 583.
Simeón, estilita, 575.
Simeón Metafrastes, 403, 497.
Simón, hereje, 408.
Simón J., 499.
Sinclética, v., 404, 412, 474-477, 488, 642.
Sinfronio, prefecto, 217.
Siricio, papa, 95, 98, 99, 160, 165, 175, 454, 457, 528, 600, 608
Sisebuto, rey, 631.
Sisinio, diácono, 100.
Smidt C., 391, 408.
Smith W., 596.
Sócrates, hist., 266, 418, 422, 497.
Sócrates, filós., 426, 427, 428, 435, 440, 444, 446.
Sofía, v. (Atripé), 495
Sofía, v. mr. (Fermo), 641.
Sofía, diaconisa, 232.
Sofronia, v., 535.
Sofronio, ob. de Jerusalén, 482, 483, 485.
Sofronio, monje, 619, 620.
Solina, v. mr., 641.
Solón, 428, 855.
Sotera, v., 720.
Sozomenos, 266, 473, 474, 480, 497, 514, 516, 518, 521, 523.
Spreitzenhofer E., XXIII, 559
Stählin Ot., 447.
Stutz U., 633.
Suárez Fr., 6, 44, 377.
Suetonio Tranquilo G., 79.
Suidas, 74.
Sulpicio Galo C., pretor, 276.
Sulpicio Severo, 35, 405, 577, 578.
Surio L., 217.
Susana, v. mr. (Eleuterópolis), 642.
Susana, v. mr. (Roma), 641.
Susana, v., pecadora, 96, 166, 182, 264, 755-770.
Syagrio, gobernador de las Galias, 573.

Syagrio, ob. de Verona, 97, 245, 558-559.

Taciana, v. mr., 52, 641.
Taciano, apologeta, 62-63.
Tácito Corn., 74, 77, 80.
Taese, v., 495.
Tais, pecadora, 474, 480-482, 488.
Tako, v., 495.
Talía, v., 432, 434-435, 1004, 1005, 1017.
Talusa, v., 432, 436-437, 1023, 1024, 1033.
Tamiris, 395, 396, 397, 413.
Tarquinio el Viejo, 70.
Tarra, monje, 617.
Tarsila, v., 645.
Teca, v. mr., 642.
Tecla, v. mr. (Aquileya), 640.
Tecla, v. mr. (Iconio), 49, 52, 124, 138, 154, 385-417, 431, 440-442, 446-447, 455, 479, 570, 636, 639, 814, 992, 1047, 1061, 1062, 1081-1084.
Tecla, v. (Valloires), 645.
Tejada J., 605.
Telesila, 63.
Tenestina, v., 645.
Teoclia, madre de Tecla, 395, 396, 402, 409.
Teoctista de Paros, 485.
Teodequilda, v., 645.
Teodora, v. (Alejandría), 15.
Teodora, v. mr., 642, 696-697.
Teodora, de Canopo, v. mr., 642.
Teodora, v. mr. (Poncia), 51, 416.
Teodora, v. mr. (Roma), 640.
Teodora, viuda (Roma), 101.
Teodora, v. mr. (Terracina), 640.
Teodoreto de Ciro, 419, 474, 477, 478, 514.
Teodorico, rey, 457, 610, 614.
Teodoro, abad, 493.
Teodoro, estudita, 517.
Teodoro de Mopsuesta, 404.
Teodosia, v. mr., 642.
Teodosia, hermana de Anfiloquio, 518, 519.
Teodosio, archimandrita, 525-526.
Teodosio I, emp., 84; 93, 120, 255, 266, 301, 455, 514, 516, 519.
Teodosio II, emp., 255, 515.
Teodosio, monje, 101.
Teodoxia, v. mr., 642.
Teófila, v., 434, 999, 1000, 1004, 1005.
Teófila, v. (Egipto), 432.
Teófila, v. (Nicomedia), 432.
Teófilo de Alejandría, 414, 488, 521.
Teófilo de Antioquía, 54, 63.
Teofrasto, 99.
Teopatra, v., 432, 436-437, 992, 993, 1004, 1017, 1033, 1062, 1070, 1081.
Teopista, v. mr., 642.
Terasio, noble, 115.
Terencio P., 711, 855.
Tertuliano, XIX, XXIV, 64, 86-89, 127, 300, 398, n. c.
Teudis, rey, 614, 618.
Thiel A., 390, 583.
Tiburcio, mr., 416.
Timoteo, ob. de Efeso, 26, 52, 143.
Tigridio, monje, 580.
Tillemont Lenain de, XXIII, 475, 517, 518, 524, 564, 565.
Tisiana, v., 432, 442-443, 992, 1061, 1062, 1070.
Tisserant E., 375.
Tito, emp., 50.
Tito, ob. de Creta, 394, 408.
Tito Livio, 75.
Tomáis, v., 498-499.
Tomás de Aquino, 6, 44.
Toribio de Astorga, 621.
Toribio de Liébana, 621.
Toribio de Palencia, 621.
Tórtola, 960.
Toxocio, hijo, 194, 541, 552, 816, 830.
Toxocio, padre, 311, 538, 539.
Trajano, emp., 122, 230, 388.
Trifena, reina, 400, 401, 404, 408, 409, 410, 415, 416.
Trigecio, hijo de Romaniano, 562.
Trofimena, v. mr., 643.
Tucia, vestal, 75.
Tulia, v., 641.

Ueding L., 66.
Ughelli F., 531, 558, 559, 560.
Ullrich F., 424.
Ulpiano, 40.
Ultano, ob. de Ardbraccan, 596.

Urbano de Sica, 564.
Ursula y compañeras, vv. mrs., 644.

Valente, emp., 255, 510, 514.
Valentín, gnóstico, 20, 1178.
Valentín, ob. de Hadrumeto, 564.
Valentiniano, emp., 93, 97, 120, 129, 255, 267.
Valeria, v. mr., 641.
Valeriano, mr., 217, 416.
Valeriano, ob. de Aquileya, 560.
Valeriano, ob. de Cimiez, 581.
Valerio, abad, 455, 457, 631, 632.
Valerio, ob. de Hipona, 563.
Valerio Máximo, hist., 15, 76, 276, 701, 702, 710.
Valerio Máximo, esposo de Santa Melania, 548.
Valerio Publícola, pretor, 549.
Vega A. C., 566, 626, 627, 923.
Veneranda, v. mr., 50, 640.
Vespasiano, emp., 50.
Vesta, 69, 74.
Vestiana, viuda, 502.
Vetio Pretextato, 311.
Vicente, presb., 555.
Víctor, papa, 64.
Victoria, v. mr. (Córdoba), 643.
Victoria, v. mr. (Roma), 641.
Victoriano de Asán, 617-619.
Victorino de Pettau, 347.
Victricio, ob. de Ruán, 103, 149, 165, 577.
Vidal, mr., 201.
Vigilancio, 100, 101, 330, 461, 608.
Viller M. I., XXIII, 627.
Virgilio Marón P., 682, 704, 708, 720, 802, 822, 830, 845, 849, 861.
Visa, abad, 493, 494.
Vitalina, v., 643.
Vivencio, ob., 582.
Vouaux L., 23, 386, 387, 388, 392, 395, 398, 404, 408.

Wace H., 596.
Waddington, 409.
Walburda, v., 601.
Wallarsi D., 103, 772, 832.
Warren V., 602.
Weckesser P., XXIII, 142, 143, 164.
Weingarten H., XXIII, 14, 470, 473.
Weinstock St., 74.
Weiss B., 14.
Wetstein J., 962.
Weyman G., 92.
Wilpert J., XXIII, 142, 149, 176, 180, 188, 189, 268, 269, 271, 272, 273, 278, 279, 327, 153, 720.
Wiseman N., 50.
Wissowa G., 389.
Wulfila, ob., 13.
Wüscher-Becchi E., XXIII.

Xantipa, 392-393.

Zacarías, papa, 265.
Zahn T., 14, 387, 395, 418.
Zameza J., XXIII, 513.
Zeiller J., 460.
Zellinger Ioh., 64, 84, 127, 668.
Zenón, emp., 406.
Zenón de Verona, 392.
Zöckler Ot., XXIII, 633.
Zósimo, monje, 482-485.
Zycha J., 869.

INDICE DE CONCEPTOS[1]

Abnegación, 812, 1092.
— de Cristo, 812.
— total, 366-369, 1131.
— de la virgen, 356.
Abstinencia, 953-954.
— necesidad, 781-782, 783-784.
— de la virgen, 943-944.
Acemetas, monjes, 516.
Acicalamiento, 864-865.
Actas de Santa Marcela, 52.
— *Santas Martina y Taciana*, 52.
— *San Mateo*, 53.
— *Santos Nereo y Aquileo*, 50, 51.
— *Santa Prisca*, 52.
— *de Xantipa y Polixena*, 392-393.
Acus, 268.
Admiración de los paganos ante las vv., 66.
Adornos exteriores, 199, 222, 283, 653, 655-656, 657-660, 678, 687, 800, 822-823, 850, 864, 930, 932, 934, 942.
— — Dios no los aprueba, 257-258.
— — Disminuyen la belleza, 1249.
— — Su exceso en el Imperio, 253-257.
— — Renuncia a ellos en la v., 256-261.
— — Sus pesadumbres, 1248-1249.
— Espirituales de la v., 204, 1041, 1052, 1249-1250.
— para la resurrección, 1067-1068.
Adulación, 794.
Adulterio de la v. pecadora, 161-166, 760.
Adversarios de la vd., 114.
Agapetas, cf. *Subintroductas*.
Agnocasto. Simbolismo, 431, 444-445, 1068, 1073-1075.
Agradecimiento amoroso, 938.
— por no haber caído, 908-909, 911.
Alabanzas de los monjes, 612.
— de la vd., 89, 109, 212-228, 247-248, 1023, 1078, 1113-1114.
— — por parte de Dios, 1039-1040.
Alegría de las vv., 290-292, 715, 949-950, 1050-1051.
Alleluia, 817.
Almas. Su belleza, 1033-1034.
— Dios las forma, 1002-1003.
— escogidas, las de las vv., 22-24.
— Imagen de Dios, 1033-1034.
Altar del incienso es la v., 1030-1032.
— del sacrificio es la viuda, 1031-1032.
Amistad. Fidelidad en ella, 701-702.
— particular, 826-827, 946-947, 958.
Amor a Cristo de las vv., 369-372, 706-707, 753, 813-814, 866-867, 921-922.
— de Cristo a las vv., 439, 926-927.
— de Cristo a la vd., 1040.
— Su fuerza, 813.
— según Platón, 426-428.
— a la sabiduría, 1169-1170.
Anacoretismo y cenobitismo:
— — Prioridad de tiempo, 467-468.

[1] v. = virgen; vv. = vírgenes; vd. = virginidad.

[Anacoretismo y cenobitismo :]
— — prioridad de valor, 320, 468, 489-490, 863.
Anacoretismo egipcio, 469-473.
— femenino, 474-488.
— fenicio, 473.
— en las Galias, 576-578.
— palestinense, 473.
— sirio y persa, 474.
— Su vida, 809.
Angeles son las vv., 217-219, 673, 878, 932, 1003, 1150, 1185, 1265-1266.
— cuidan de las vv., 217-218, 1266.
— hace la vd., 685-686, 1171.
Ansias de conocimiento divino, 1138-1139, 1140.
— de perfección, 1157.
Antiguo Testamento y continencia, 997.
— y divorcio, 1221.
— Su lectura, 945-946.
— y maternidad, 5-7, 1160.
— y matrimonio, 5-7, 791, 870, 996-997.
— y perfección, 1269-1270.
— y premios temporales, 6, 1236.
— Sentido espiritual, 946.
— y vd., 5-6, 1192-1194.
Añoranzas de vd., 1116.
Apartamiento del mundo de las vv., 451-452, 772-773, 794-795.
Apocalipsis (la mujer del). Su simbolismo, 1051-1060.
Apologetas y vd., 54-55, 61-65.
Apophoretum, 190.
Apostolado de la mujer, 1230-1231.
— de la vd., 57, 415-416, 975-976.
Apóstoles. Doctrina de la vd., 29-46.
— vírgenes, 29-30.
Apóstrofes a la vd., 213, 214, 217, 227-228, 1109.
Ara (el) consagra los velos, 187.
Arboles (los) eligen rey. Simbolismo, 444, 1072-1077.
Aroma virginal, 682, 683.
Arras del Esposo Cristo, 926.
Asambleas de fieles, 977-980.
Ascensión de Isaías, 375.
Ascetas fingidos, 800.
Ascetas itinerantes, 106, 107, 314, 357, 452, 977-982.
Ascética. La palabra, 108.
Aspiraciones de la v., 930.
Astrología, 1060-1061.
Atractivos de la vd., 703-704.
Aureola virginal, 44.
Ayuno, 630-631, 708, 786-787, 853-856, 947.
— y caridad, 354-355.
— Cuaresma, 828.
— Días de ayuno, 346-349.
— Efectos, 1094-1095.
— Excelencia, 1093-1094.
— Excesos, 349-352.
— Forma, 347-349.
— Moderación, 350-355, 712, 825, 827-828, 855, 1096.
— Necesidad, 1095-1096.
— Utilidad, 346.
— de las vv., 346-355, 373-374, 572, 711-712.

Baile, 305-306, 715-717, 828.
Banquetes, 971.
— atenienses, 423-424.
— Efectos malos, 715-717, 1255-1256.
— Género literario, 423-425.
— En el Imperio romano, 304-305.
— (El) de San Metodio, 108, 418-448.
— nupciales, 306-307, 661-662.
— (El) de Platón, 425-428.
— Prohibición para las vv., 305-307, 664, 700, 715.
— (El) virginal, 188-190, 700, 992-993.
Baños, 567-568, 984-949, 1098.
— Establecimientos, cf. *Termas*.
— Motivos, 299.
— mixtos, 298.
— Peligros morales, 297-298.
— Públicos, 662-663, 825, 828-829.
— Uso en la vida imperial, 297, 299.
— Uso en las vv., 301-303, 663, 828-829, 948-949, 1098.
— Utilidades, 299-300.
Basilios, monjes, 513, 525-527.
Belleza del alma, 1033-1034.
— — Conservación por la vd., 1034.

[Belleza del alma :]
— — Pérdida culpable, 1144.
— Corporal, 653-654, 730-731.
— — Disminuye con los adornos, 1249.
— Divina. Incomprensibilidad, 1137-1139.
— — Método para conocerla, 1139-1143.
— de la Iglesia, 723.
— moral es la verdadera, 727-728.
— de las vv., 58-61, 222, 259-260, 438, 441, 679, 681-682, 684, 941, 1249-1250.
Bigamia de la v. que se casa, 164-165.
Buenas obras. Necesidad en la v., 964-965.

Cabello. Su peinado, 822-823, 1098.
— Su tonsura, 799.
— — como ignominia, 263-264.
— — como penitencia, 264-265, 765.
— — Prohibición de, 266-267.
— en las vv., 261-267.
Caducidad de los deleites, 1257-1259.
Caída de la v., 663, 755-770, 783.
— — Es adulterio, 161-166.
— — Bienes perdidos, 167.
— — Cómplice del pecado, 766-767.
— — Daño de la Iglesia, 756, 763.
— — Dolor de la infiel, 170, 768-770.
— — Dolor de la Iglesia, 167-168.
— — Dolor de los padres, 168, 759.
— — Dolor de los pastores, 755-756.
— — Excusas falsas, 758-759.
— — Gravedad, 169, 761-762, 776-778.
— — Oración de arrepentimiento, 767-770.
— — Penitencia, 764-770.
— — Reconvenciones de los pastores, 167-168.
— — Rareza del hecho, 170.
[Caída de la v. :]
— — Vergüenza de la pecadora, 757-758.
Caída de grandes varones, 782-783.
Calumnia, 939-940.
Calzado de las vv., 275.
Camino recto a Dios, 1126-1127.
— de la virtud y del mundo, 1104-1105.
Cánones de San Hipólito, 232.
Cánticos de la vd., 436.
Capilla griega, 180, 182.
Caridad, 363-364, 520-521, 545, 859, 938, 956, 973-975, 977-981, 1080, 1106-1107.
— Custodia de la humildad, 918-919.
— Necesaria para la resurrección, 1067.
— virginal, 320-323, 415, 573-574, 592, 801.
Carisma de doctrina, 973.
— de curaciones, 973-975.
— de exorcismos, 974-975.
Carne. Su uso, 349, 350, 825, 953-954.
Carruajes. Pesadumbres de su uso, 1251-1252.
Casada (la mujer) preferible a la que desea casarse, 877.
Castidad. Sus grados, 35-36, 87, 996-997.
— Necesaria para la resurrección, 1068-1069.
— Remedio contra la corrupción, 1018-1021.
Castigos de Dios, 703.
Catacumbas de Priscila, 177, 178, 179.
Cautelas, 801, 851-852, 928.
— para la castidad :
— — Ejemplos del A. Test., 986-987, 988.
— — Ejemplos de Cristo, 987-988.
— contra el pecado, 777, 937.
— contra las tentaciones, 730-731.
— en el trato con mujeres, 835-836, 977-983.
Celibato. Su corrupción en el paganismo, 450.
— clerical, 58, 529.

Celo apostólico de las vv., 688-689.
Celos matrimoniales, 1122, 1237-1240, 1253.
Cenobitismo en África, 561-569.
— en Alemania, 600-601.
— en Bizancio, 514-525.
— en Bretaña, 594-595.
— en Capadocia, 500-513.
— en Egipto, 488-496.
— en Escocia, 600.
— en España, 609-635.
— en las Galias, 578-594, 601-603.
— en Irlanda, 595-599.
— en Italia, 557-561.
— en Mesopotamia, 497-498.
— en Occidente. Caracteres, 528-529.
— en Palestina, 497, 525-526, 548-550, 552-557.
— en Roma, 530-548, 550-552.
— Su vida, 807-809.
Ceñidor, 269-270.
Cielo. Descripción, 123.
— Entrada de las vv., 45, 694-695, 814-815, 1049, 1069.
— Lugar de las vv., 673.
Ciencia espiritual. Necesidad, 316.
Clásicos paganos, 802-803.
Clausura, 494, 556, 591.
Clavus, 178, 270.
Clérigos escandalosos, 461-462.
Clero. Continencia, 58, 529.
Codicia, 687, 804-805, 957, 1080, 1124-1125.
— Sus daños, 1267-1268.
Comida, 334-335, 495.
— en común de las vv., 313-314, 1100-1101, 1107-1108.
— Oración, 334-335, 1099-1102.
Compañeras. Conveniencia para la v., 865.
— Propias para la v., 312, 785-786, 820, 826-827, 836, 864, 934-935.
Comparación de la vd., viudez y matrimonio, 35-36.
Comparaciones de las vv. con :
— Abejas, 214, 682.
— Arca de la alianza, 216, 794.
— Altar de Dios, 58, 216.
— Capullos, 109.
[Comparaciones de las vv. con :]
— Estrella radiante, 214.
— Fuente sellada, 174, 214, 740.
— Holocaustos, 109, 192, 680.
— Huerto cerrado, 174, 213-214, 683, 740.
— Lirios, 213, 439, 747.
— Puerta cerrada, 174, 740.
— Puerto en la tormenta, 215.
— Tallo de la raíz de Jesé, 739-740.
— Templo, 216.
— Vasos sagrados, 216, 793-794.
Comunión en casa, 189, 331.
— en la consagración de la v., 189-190.
— diaria, 330-331.
— de la v., 329, 330-331.
Concilio de Agde, 150, 264, 307, 526.
— de Ancira (en 314), 143, 164, 165.
— de Antioquía (en 268), 464.
— de Barcelona (en 540), 613, 614.
— I de Braga, 621.
— de Burdeos (en 384), 607.
— III de Cartago, 565.
— I de Constantinopla, 501.
— de Coyanza, 634.
— de Efeso, 515.
— de Elvira, 143, 163, 347, 454, 460, 465, 604.
— de Epaone, 234, 587.
— de Francfort, 150.
— de Gangres, 265, 498.
— de Gerona (en 517), 613.
— I de Hipona, 149, 565, 605.
— Laodicea, 298, 349.
— de Leptines, 603.
— de Lérida (en 546), 613-614, 624.
— Nacional germánico, 265.
— de Nicea, 465, 526.
— de Orange (en 529), 587.
— de Orleáns (en 533), 587.
— de Roma (en 382), 543.
— de Roma (en 826), 454.
— II de Sevilla, 612, 621.
— de Tarragona (en 516), 613, 614.
— I de Toledo, 455, 605.
— III de Toledo, 614, 615, 621, 625.

[Concilio :]
— IV de Toledo, 457, 608, 631.
— de Trento, 36.
— de Zaragoza (en 380), 150, 454, 605, 607, 608, 611.
Concupiscencia. Condescendencia con ella, 1136-1137.
— Mérito en vencerla, 1084-1088.
— Rebeldía culpable, 1143-1144.
Confesión. Borra el pecado, 917.
Confianza en Dios, 697-701, 804, 818.
— en la victoria, 1170.
Conocimiento de la belleza divina, 1137-1139.
Conocimiento de Dios :
— — Fruto es de la vd., 1078.
— — Indiferencia hacia él, 1137-1138, 1140.
— — Método para lograrlo, 1139-1143.
Consagración a Dios de la vd. :
— — Integral y perfecta, 366-367, 1025-1028.
— — Liturgia, 176-190, 706, 760.
— — Necesidad de la interna, 17-19.
— De niñas, 193-202.
Consejo, no precepto de vd., 665, 676-677, 790, 876-881, 896, 1015, 1186-1187, 1222-1223, 1262.
— — Cf. *Libertad*.
Constancia en la lucha de la vd., 1217-1219.
Constituciones Apostólicas, 231, 232, 233, 236-237, 239, 320, 326, 331, 336, 340, 347, 348, 349.
Contemplación en las vv., 411-412.
Contemplación de Dios, 1171-1172.
— — Ejemplos, 1130-1131.
— — mediante la vd., 1130-1131.
Continencia del clero, 58, 529.
— Grados, cf. *Castidad*.
Contrición del pecador, 767-770.
Conversaciones libres, 857.
— de las mujeres casadas, 785.
— pedantes, 289-290.
— a solas, 946-947, 958.
— vanas, 971.
Conversión de los paganos, 817-819.
Cooperación diversa de las vv., 1035-1036.
Coros de vv., 928-929.
Corrupción e incorrupción, 1009-1010.
— Su remedio, la castidad, 444, 1018-1021, 1071-1075.
Corte de Cristo, las vv., 237-238, 439.
— de la Esposa, las vv., 1046.
Costumbre. Su formación, 834.
— Su fuerza, 825.
— Su influjo, 1136-1137.
Costumbres paganas y cristianas, 64.
Credo. Su recitación, 334, 713.
Criadas, cf. *Servidumbre*.
Crucifixión con Cristo, 1170-1172.
— (vida de), fruto de la vd., 1267.
Cruz, señal de la, 333, 334, 398.
Cuerpo (cuidado del), 1098-1099.
— Gloriarse de él, 260-261.
Cuidados terrenos en la v., 1262-1263.
Culmen de la virtud, la vd., 224.
Cultura virginal, 584, 586.
Curaciones, 974-975.

Charlatanería, 971-973.

Dalmática, 181, 255, 272.
Danzas, 305-306, 715-717, 828.
Defensas de la v., 684-685.
Delicadeza de la vd., 117.
Demonio. Sus ataques, 1056-1058-1059.
— Imitador engañoso de Dios, 1075-1076.
Deseos de Cristo en la v., 683-684.
— terrenos, 1124-1125, 1126-1128.
Desierto, paraíso para la v., 1057.
Desigualdad en el trato monacal, 567-568, 627, 950, 955-956, 1041-1042.
Desprecio de la vd. Castigos, 1196-1198.
— — Peligros, 1195-1196.
— — es una vileza, 1265.
Devoción afectiva, 1103.
Diaconisas, 229-234, 521-525, 587-588.
— Importancia, 231.
— Institución, 229-230.
— Número, 230-231.

[Diaconisas :]
— Oficios, 233.
— Título honorífico, 234.
— Vírgenes, 130, 232-233.
Didascalia, 232, 233-234, 349.
Didascalion alejandrino, 108.
Diez vírgenes (parábola de las). Interpretación, 438-439, 1034-1037.
Dificultad de la vd., 21-24, 433, 1016, 1151, 1188-1189, 1202, 1209-1212, 1217, 1223.
Dificultades de la vd., 967.
— — Concupiscencia, 21-22, 1209-1211.
— — Demonios, 22, 1059-1060, 1209.
— — Parientes, 21, 202-204, 208-211, 688-690, 1265.
— — Solicitadores, 21.
Diligencia de la v., 751.
Dinamismo sobrenatural de la v., 414-415.
Dirección espiritual, 314-320.
Director espiritual, 801, 1112.
— — Sus caracteres, 1169.
— — Cautelas, 317-318.
— — Su imitación, 1169-1170.
— — Necesidad, 314-316, 1166-1168.
— — Peligros, 316-317.
— — Veneración requerida, 318-319.
Disciplina (alabanza de la), 650.
Disipación de espíritu, 1132-1133.
Disminución del mundo por la vd., 203-204, 1189-1192, 1194-1195.
Dioses paganos. Sus pasiones, 708-709.
Divinización por la vd., 1113.
Divorcio. Prohibición, 1221-1223.
Doctores falsos, 971-973.
Doctrina divina, 1020.
— falsa, 972-973.
— sagrada. Necesidad, 995.
— de la vd. en San Juan, 43-46.
— de la vd. en San Pablo, 31-43, 1201-1226.
Dolor de las vv. por dejar a sus padres, 205-211.
Don de Dios, la continencia, 652, 1214.
[Don de Dios :]
— — la vd., 250-252, 679-680, 752, 909-911, 1003, 1016.

Ecuanimidad, 951.
Edad para la profesión, 147-148.
Edades todas, deben consagrarse a Dios, 1025-1026.
Edificación, 1096-1097.
Educación. En un monasterio, 830.
— Principios falsos, 833-834.
— Responsabilidad paterna, 823-824.
— de la v., 816-831, 832-838.
Efectos del pecado en la v., 756-757.
— de la vd., 1062-1069, 1127-1131.
Egoísmo, 1080.
Ejemplos de vv., 691-705.
Elevación de la vd., 441, 1047-1049.
— a Dios por la vd., 1124, 1126, 1128, 1132-1133.
Emulación en la instrucción, 820, 833.
Encratismo, 20.
Enfermos. Caridad, 938, 973-975.
Entrada en el cielo de las vv., 45, 694-695, 814-815, 1049, 1069.
Envidia, 897, 1117.
— Ausencia en la vd., 1123, 1248.
Epístola ad Corintios. Comentario de San Juan Crisóstomo, 114.
Epístolas ad Virgines, 129.
Epitalamio de la vd., 183-184.
Equilibrio del alma, 1164-1165, 1169.
Erudición pagana, 290.
Escándalo (ocasión de), 980-981.
Escenopegia. Ceremonias, 1062.
— Simbolismo de la vd., 1062-1069.
Escritura Sagrada. Amor de las vv. a ella, 546, 867.
— Inerrancia, 882-887.
— Su estudio, 344-345, 412-413, 826, 829, 836.
— Lectura, 849-850, 1021.
— Su meditación, 344-345, 1099.
— Sentido espiritual, 1006-1007, 1063-1064.

[Escritura Sagrada :]
— Sentido figurativo doble, 1063-1064.
Esposa de Cristo Iglesia, 1005.
— — La virgen, 88, 113, 144, 151-157, 439, 674, 1091.
— — — Sus arras, 153-154.
— — — Realidad del título, 159-160.
Esposa del Señor es la carne de Cristo, 1045.
Esposo de las vv. Su belleza, 681, 683.
— — Su contemplación, 921.
— — Sus cualidades, 183-184.
— — Su venida, 1037.
Estado inmutable, la vd., 16-17, 33.
Estímulos para la vd., 131-133.
— — Celo propagandista de las vv., 132.
— — ejemplo (El), 132-133.
— — Obispos, su influjo, 131-132.
Estola, 271.
Etapas en la profesión, 148-150.
Etimología de la vd., 1047.
Eucaristía. En casa de la v., 189, 331.
Eulogias, 231, 573.
Eustacianos, 266, 498.
Evangelio. Su uso, 1021.
Evolución de la vida virginal, 636-639.
Exageración en las expresiones sobre la vd., 102.
Exaltación de la vd., 247-248.
Excelencias de la vd., 652, 722-723, 789-790, 794-799, 1018, 1113, 1184.
— — Puebla el cielo, 35.
Exención religiosa, 593-594.
Exhortación a la vd., 666, 1050, 1109.
Exhortaciones ascéticas, 977-981.
Exorcismos, 974-975.
Expansión de la vd. Era apostólica, 47-54.
— — siglo II, 54-55.
— — siglos II-IV, 126-131.
Experiencia espiritual, 1166-1168.
Extremos. Todos son malos, 1053-1055, 1164-1165, 1168.

Falsos clérigos, 800.
Fatalismo, 442, 1060-1061.
Fe. Don de Dios, 1224.
— práctica, 964.
— Preparación para la resurrección, 1066-1067.
Fecundidad espiritual, 1160.
— de las vv., 157-159, 679, 874, 932-933, 1011-1012, 1147-1148, 1149.
Felicidad de las vv., 1247-1248.
Fesceninos (cantos), 307.
Fíbula, 268.
Ficciones ascéticas, 285, 779-800.
Fidelidad, 701-702.
Fieles. Imágenes de Cristo, 1054-1055.
— Renace en ellos Cristo, 1055.
Fiestas familiares, 304.
— religiosas, 329.
— — Asistencia de las vv., 310.
— — Entusiasmo, 330.
— paganas, 139.
— — Agonia, 304.
— — Fordicidias, 74.
— — Palilias, 74.
— — Terminalia, 304.
— — Tesmoforias, 431.
Firmeza de carácter en la v., 413-415, 1217-1219.
Flámeo, 160-161, 178, 210, 276.
Formación de la v., 195-202, 810-831, 832-838.
— — Cautelas, 197-198.
— — Formación ascética, 198-199.
— — Formación física, 195.
— — Formación intelectual, 195-196, 198, 199, 200.
— — Formación moral, 196-197.
— — Necesidad, 195.
— — Trabajo, 200.
Fortaleza de alma, 847-849.
— — Necesaria para la vd., 994, 1217-1219.
— — de los y las vv., 671-672, 675, 689-690, 696-697, 704-705, 1048-1049, 1157, 1202, 1209-1212, 1216, 1217-1219.
Fragilidad de la carne, 774.
Frutos del cielo, 1049-1050.
— de la vd., 685-686.
Fundación de la vd., 12-16

Fundador de la vd., Cristo, 13-16, 676, 998.

Gnósticos y vd., 20-21, 32, 87, 114.
Goces terrenos. Efectos malos, 1256-1257.
— — Prohibición, 1236-1237.
— — Su vanidad, 1257-1259.
Gracia. Necesidad para no pecar, 917-918.
Grados de castidad, 8-11, 996-997, 1003-1004.
— de perfección, 913-914 1269-1270.
— en las virtudes, 10, 1269-1270.
Gravedad virginal, 288-289, 794, 857, 1030, 1097-1098.
Gula, 781, 1163.
— Sus clases, 943-944.
— Sus daños, 1255-1256.

Hábito virginal, 273-275.
Hechos de Pablo y Tecla:
— Autor, 387-389.
— Códices, 390-391.
— Contenido de la leyenda, 394-403.
— Génesis de la obra, 385-387.
— Influjo y expansión, 391-393.
— Núcleo histórico, 403-411.
— Ortodoxia, 387, 389.
Herejes, 861, 1056.
— contra la vd., 98-100.
Herejes, cf. *Vírgenes*.
Hermanos de Jesús, 734-735.
Heroicidad de la vd., cf. *Dificultad*.
Higuera. Simbolismo, 1073-1077.
Hijos ilegítimos. Custodiados por ángeles, 1002.
— — Formados por Dios, 1001.
Himation, 255, 272, 276.
Himno de la vd. de San Metodio, 446-447, 1081-1084.
Hoguera de Kildare, 598.
Hombre interior y exterior, 726
— viejo y nuevo, 726.
Honesta asiduidad, 1267.
Honores humanos, 951-952.
— de las vv., 229-252, 761, 762.
Horas de oración, cf. *Oración*.
Hospitalidad, 977-982, 1107.
Hostia es la v., 102, 680, 920-921.
Huída del mundo, 451-452.
Humildad, 856, 951-952, 1093.
— y caridad, 918-919.
— de Cristo, 898, 899-900, 902-905, 942.
— Frutos. Borra el pecado, 917-918.
— Modo de ejercitarla, 919-920.
— Motivos, 905-917.
— Necesaria a las vv., 897-898, 900-902, 919, 920-921.
— del pecador, 603.
— de las vv., 250-251, 870, 897-922, 940, 942.

Identificación con Cristo, 26-27, 811, 1141-1143.
Idolos. Despreciados por los paganos, 702-703.
Iglesia Esposa de Cristo, 151, 154-156, 729, 1005, 1010-1011, 1042, 1044-1045, 1052.
— Su fecundidad, 1010-1011, 1053-1054.
— Figurada en el tabernáculo, 1031.
— Su imitación, 1058.
— Integrada principalmente por vv., 1011-1012.
— Madre y v., 157-159, 679, 871, 877-878.
— Medio entre la sombra y la realidad, 1031.
— Protección de las vv., 684.
— Virgen, 154-156, 928, 1011.
— Virgen por las vv., 156, 928.
— Simbolizada en el Apoc., 1052.
Ignorancia del solitario, 863.
Igualdad en el trato de vida, 950.
Imagen de Dios. Pérdida, 1143-1144.
— — Recuperación, 1144-1147.
Imágenes de la vd., cf. *Comparaciones*.
Imitación de Cristo, 968-969, 998.
— de la Iglesia, 1058.
— Tendencia a la, 821, 826.
Impiedad pagana, 702-703.
Incorrupción es la vd., 436, 1113, 1114, 1148.
Influjo de la vd., 65-67, 1249-1250.
Injurias contra los santos. Castigos, 1197-1199.

[Injurias :]
— contra la vd. Castigos, 1197-1199.
Inmutable, el estado virginal, 16-17, 33.
Inspiración del Espíritu Santo, 1039.
Instita, 271.
Institutos laicales, 637-638.
Instrucción de la v., 820-821.
Instrucción espiritual. Necesidad, 1166-1168.
Intención recta, 1126-1127.
Intención religiosa en la vd., 17-19.
Intercesión de la v. por los parientes, 929-930.
Introductas vv., cf. *Subintroductas.*
Irreparable. Pérdida de la vd., 168, 776.

Jerarquías ascéticas, 234-238.
Jesucristo. Adán segundo, 1006-1008.
— Amor a El de las vv., 369-372, 706-707, 753, 813-814, 866-867, 921-922.
— Su amor a las vv., 439, 926-927.
— Su amor a la vd., 1040.
— anhelado por la v., 683-684.
— Contemplación de su belleza, 921.
— Su divinidad, 740-741.
— Doctrina sobre la vd., 16-24, 33.
— Prudencia al exponerla, 1188-1189.
— esperanza del alma, 714-715.
— Cf. *Esposo de las vírgenes.*
— Esposo inigualable, 926.
— Su familia son las vv., 792.
— Fundador de la vd., 12-16, 676, 998.
— Hombre primero y segundo, 742.
— Su imagen en los fieles, 1054-1055.
— Su imitación, 968-969, 998, 1169-1171.
— Joven del Eclesiastés, 743-744.
— Modelo, 24-27.
[Jesucristo :]
— Premio de la vd., 725-726.
— Renace en los fieles, 1055.
— Rey de las vv., 27-28, 999.
— Todo bien está en El, 926.
— Unión con El, 742-743.
Jitón, 269.
José. Su ignorancia de la vd. de María, 733-734.
Joyas. En el Imperio, 255.
— Sus molestias, 1248-1249.
Juan ap. Su vd., 29-30.
— Doctrina de la vd., 27-28, 43-46.
Juramento, 716-717, 957.
Justicia, necesaria para la resurrección, 1067-1068.
— de los vv., 1157.

Lágrimas de contrición, 765, 768.
— por Cristo. Son dulces, 1250-1251.
— de devoción, 1102-1103.
Lario, 192.
Lectura espiritual, 786, 829, 915.
Letras primeras, 820-821.
Ley divina cuádruple, 1073-1075.
— julia, 450.
— papia de Vestalibus, 72.
— papia poppaea, 450.
Libertad de la vd., 19-21, 33, 879-881, 884-887, 1173-1183, 1211, 1224, 1262.
— — en María Santísima, 872-873.
Libre albedrío, 442, 1060-1061.
Lignum crucis, 590.
Limosna, 363-366, 519-521, 534-535, 551, 805, 858-859.
Liturgia de la consagración virginal, 176-190.
Lucha contra los vicios. Vence la vd., 120.
Luchas de la v., 226, 844, 967.
— — Concupiscencia, 21-22, 1209-1211.
— — Demonios, 22, 1059-1060, 1209.
— — Espíritu combativo, 413-415.
— — Cf. *Dificultades.*
Lujo (vida de). Sus molestias, 1251-1252.

Maestras (vírgenes), 315.
Maestro espiritual. Su importancia, 821.
Maniqueos, 811.
Manjares delicados. Su uso, 350, 780-782.
Mansedumbre, 1107.
Manto virginal, 272-273, 275.
María de Aarón. Figura de vv., 1159-1160.
— — Su vd., 1160.
María, Madre de Dios :
— — Corona a Cristo, 748-749.
— — Corona de la vd., 381.
— — Dignificó a la mujer, 731-732.
— — Iniciadora de la vd., 732.
— — Formadora de vv., 380-381.
— — Hacía vv. a los demás, 737.
— — Himnos a, 381-383.
— — Madre de vv., 928.
— — Modelo de vv., 96, 124, 178, 185, 378-380, 692-694, 811, 928, 989.
— — Nombre de, 732.
— — Primer voto virginal, 377-378.
— — Primicias de la vd., 376-378.
— — Reina de vv., 381.
— — Virgen por antonomasia, 375-376.
— — Virgen y madre, 787, 871, 873-874, 1160.
— — Virginidad perpetua, 722, 732-739.
— — — Argumento de la cruz, 736-737.
— — — Argumento de su dignidad, 735, 737.
— — — Argumento de Ezequiel, 737-739.
— — — Objeciones, 732-735.
— — Su vd. simbolizada :
— — — en el acervo de trigo, 746-748.
— — — en el Ant. Test., 745-746.
— — — en la nube de Isaías, 744.
— — — en la olla de Moab, 745
— — — en el rocío de Jerobaal, 744-745
[María, Madre de Dios. Su vd. simbolizada :]
— — — en la simiente del lirio, 746-747.
— — sus virtudes, 379, 380, 692-694.
Matrimonio :
— Ascetismo, en él, 1260-1261.
— y ayuno, 1206-1207.
— Bienes, 1201-1202.
— Brevedad de sus placeres, 1257-1259.
— Condenarlo es crueldad, 1178.
— — es declararse impuro, 1181.
— — es rebajar la vd., 1184.
— Evitarlo como pecado, escaso mérito, 1175-1177.
— Dignidad, 109, 219-221, 434, 774, 878, 1003.
— Dios coopera a la generación, 1002.
— No engendra cristianos, 874-875.
— No engendra vv. sagradas, 876-877.
— Espiritual y corporal, 1160-61.
— — Sus disposiciones respectivas, 1161-1163.
— — Incompatibilidad, 1161.
— — Superioridad del primero, 1161.
— Sus fines, 1195, 1218-1219.
— — Formar vv., 931.
— Impedimento para la oración, 1206-1208.
— — para la santidad, 1226-1229, 1232.
— — para la virtud, 1207-1208.
— Su licitud, 680, 780, 880-887, 896, 1001, 1013, 1133-1135, 1183-1184, 1192.
— Mérito escaso, 1158, 1227-1228
— Místico :
— — de Cristo y la Iglesia, 434-435, 1005-1006, 1010-1011.
— — de las vv. Carácter completivo de la unión, 174
— — — Su esencia, 171-175.
— — — Indivisibilidad en el amor, 172-173.
— — — Orientación unilateral de la vida, 173.
— — — Sentimientos de la Esposa, 175

[Matrimonio :]
— Moderación en el uso, 1134-1135.
— Molestias, 37, 41-42, 221-223, 677-679, 680, 687, 785, 792-793, 881, 931-932, 1116-1123, 1219-1223, 1232-1233, 1237, 1244-1245, 1251, 1253, 1259, 1261.
— — Solicitud por agradar, 41-42.
— — Comparadas con la vd., 1259-1260, 1261.
— Motivos en el Ant. Test., 791.
— Necesidad, 7-8, 1000.
— Origen, 34-35, 1190, 1192.
— Perfección (la) en él, 1260-1261.
— Precepto general, 1000.
— — No obliga a todos, 1193.
— Riquezas del cónyuge, 1241-1242.
— Sufrimientos, 1116-1123, 1149, 1237-1246.
— — Celos, 42, 1237-1241.
— — Dificultades económicas, 1226-1227.
— — Hijos (aflicciones por los), 1244-1245.
— — Intemperancias de carácter, 42, 1219-1221.
— — Muerte de hijos y consorte, 1242-1243, 1245-1246.
— — Temores al elegir esposo, 1243-1244.
— — Temores de muertes, 42.
— Sujeción de los cónyuges, 41, 678, 932, 1204, 1219-1223, 1232-1233, 1242, 1261, 1263-1265.
— Sujeción por violencia, 1241.
— Su validez está en el acto de contraerlo, 734.
— Vanidad de sus goces, 1246-1247, 1257-1259.
— y vd., 34-36, 220-223.
Martirio. Su deseo, 700-701.
— Preparación de las vv. 139-141.
— es la vd., 225-227, 1042.
— y vd., 671-672.
Mavorte, 276.
Medio. En él está la virtud, 1133-1134, 1164-1165, 1168.
Meditación. Necesidad, 995.
Mérito de la lucha, 1084-1088.
Metodio de Olimpo :
— Escenificación de su banquete, 429-433.
— Finalidad de su obra, 429.
— Sus obras, 419-423.
— Su persona y carácter, 418-423.
Milenario (séptimo), 1063.
Milenarismo, 443, 1069.
Miserere, 767-768.
Missale gallicanum, 188.
Mitra virginal, 189, 279.
Mitraísmo, 818.
Modelo, cf. *Jesucristo, María Madre de Dios*.
Modelos falsos de vd., 810-811.
Moderación en el ayuno, confróntese *Ayuno*.
— en el placer, 1134-1135.
Modestia virginal, 281-288, 663-664, 752-753, 939, 1098, 1249-1250.
Monaquismo, cf. *Cenobitismo*.
Monasterio Blanco, 493, 496.
— de Santa Cruz, 122, 123, 125, 589-594.
— Su significado, 454.
Monasterios, cf. *Cenobitismo*.
Monje. Sus clases, 806-809.
— Nombre despreciado, 533-534.
— Su significado, 454.
Montanistas, 349.
Mortificación, 375, 787, 814, 843, 851.
— de pasiones, 1095.
Motivos para la vida :
— — Agradar a solo Dios, 879.
— — Apostolado, 136-138.
— — Bienaventuranza, 134.
— — Consejo de Cristo, 134.
— — Honrar la carne de Cristo, 134-135.
— — Huída del ambiente corrompido, 139.
— — Huída del mundo pagano, 138-139.
— — Imitación de Cristo, 135, 998-999.
— — Martirio (prepararse al), 139-141.
— — ¿Parusía próxima?, 138.
— — Cf. *Premios*.
— — Primicias del Cordero, 135.

[Motivos para la vida :]
— — Razones terrenas, cf. *Pablo. Doctrina.*
— — Reino de los cielos, 18-19, 33-34, 134, 888-891.
— — Santidad (buscarla), 134.
— — Unión con Dios, 135-136.
— — Cf. *Razones humanas.*
Muerte :
— Destruye el pecado, 1065.
— del justo, 1104.
— Victoria de la vd., 1147-1150.
— de la v., 508, 694-695, 814-815.
— por la vd. Ejemplos, 718-720.
Mujer :
— del Apocalipsis. Simbolismo, 441, 1051-1060.
— Su apostolado, 1230-1231.
— Ayuda para el hombre, 729, 1228-1230.
— Causa de ruina, 1228-1229.
— Su dignidad, 731-732.
— Paganas célebres, 62.
— pagana. Corrupción, 60, 63.
Mundanización de los cristianos, 458-461.
Mundo (vanidad del), 930.
Murmuración, 810, 944-945.
— Castigos, 1197.
Mutilación corporal, 16-17.

Naturaleza de la vd., 1047-1060.
Nazareato. Símbolo de la vd., 437-438, 1024.
— Obligaciones, 1028-1029.
Necesidad urgente. Significado, 1225.
Negligencia, 995.
Negocios temporales, 794-795.
Niñas (consagraciones de), 193-202.
Niñez. Práctica de la virtud, 1026-1027.
Niños son los vv., 247-248.
Normas de los vv., 988.
Número de monjes, 472, 473, 490, 491, 493, 496, 497, 516, 525, 578, 593, 595.
Número de vv., 47-56, 62, 94, 114, 126-131, 132, 491, 492-493, 494, 525, 549, 550, 553, 557-559, 566, 593, 625, 688.
Nupcias segundas, 87, 219.
[Nupcias segundas :]
— — Inconvenientes, 1215-1217.
— — Madrastras, 1216.

Obediencia, 856.
— Conveniencia, 863, 1100.
— a los padres, 836.
Obispos. Afecto a las vv., 242-246.
— Solicitud por las vv., 90-91, 115, 127-128, 762-763, 841.
Objeciones contra la vd., 203-204, 680, 1189-1192, 1194-1195.
— — Desaparición de la humanidad, 203-204, 1189-1192, 1194-1195.
Oblación de los hijos, 819.
— de sí mismo, 1171-1172.
— encerrada en la vd., 224.
Obras buenas. Faltaron a los judíos, 1036-1037.
— — Necesarias en la castidad, 1036-1037.
Ociosidad, 801, 900-901, 971-972.
Ocultar las virtudes, 1096.
Odas de Salomón, 375.
Oficios religiosos, 325-331.
Olivo. Simbolismo, 1072-1073, 1077.
Oposición de los padres, 21, 202-204, 208-211, 688-690, 1265.
— de nuestros elementos, 1009-1010.
Oración, 56, 713, 723-725, 859.
— de arrepentimiento, 767-770.
— Sus clases, 725.
— en las comidas, 334-335, 1099-1102.
— Continua, 333, 341-342, 713, 787-788, 810, 945, 1102.
— Consecratoria de las vv., 186-187.
— Sus frutos, 332.
— Intima, 341-344.
— Horas canónicas, 337-339.
— Horas determinadas, 336-341, 809-810, 827, 1099, 1102, 1106.
— Mística, 342-343.
— Matutina, 339, 340.
— Necesidad, 1101-1102.
— Nocturna, 340-341, 342.
— Oficial, 336-341.
— Oficio divino, 555.
— Postura, 327.

[Oración :]
— Privada de la v., 325, 332-335.
— Propia de la v., 296, 324-345, 572.
— — Sus elementos, 343-344.
— Ritual por la v., 751-754.
— Salmos, 339-341, 713, 1099, 1106.
— Vespertina, 339-340.
Orden del alma en la v., 1156.
Ordenación del alma, 1157-1159, 1164-1165, 1169.
Origen de la vd., 12, 14, 218, 433, 672-673, 994, 996.
Origenistas, 861-862.
Osculo de paz, 190, 761.
Ostentación de ciertas viudas, 786.
Oveja perdida. Significado, 1008-1009.

Pablo :
— Bienaventuranzas sobre la vd., 395.
— Su doctrina es de Dios, 1186-1187.
— Doctrina de la continencia, 1012-1014.
— Doctrina del matrimonio, 882-887.
— Doctrina sobre la vd., 31-34, 882-887, 1014-1016, 1203-1205.
— — Argumentos de orden terreno, 36-43, 1233-1236.
— — Método al exponerla, 1006, 1014-1016, 1203-1205, 1208-1209, 1211-1223, 1231-1232, 1263-1265.
— — Prudencia al exponerla, 40, 1188-1189, 1205, 1223, 1231-1232, 1262, 1263-1265.
— Humildad, 1212-1215, 1223-1224.
— Modelo de continencia, 1212-1213.
— y Tecla, 385-417.
— Transformación espiritual, 1011-1012.
— Su vd., 29-30.
Paciencia, 1092.
— de la v., 939, 942-943, 954.
Pacto monástico, 611, 633.
Padecer por Cristo es dulce, 1259.
Padrenuestro, 333, 334, 713, 725.
Padres responsables de la educación, 823-824.
Padres de las vv., 843-850.
— — gozo de las piadosas, 191-193, 201-202, 207, 845.
— — Oposición de los tibios, cf. *Oposición de los padres*.
Paganos (trato de los vv. con los), 981-982.
Paganismo y vd., 14.
Palla, 255, 272, 273.
Pallium, 276.
Parábola de las diez vv., 446.
Paraíso es la vida de las vv., 222.
Parentesco espiritual con Cristo, 871-872.
Parientes paganos, 311.
Parusía de Cristo, 1037.
Pasiones. Su dominio, 708-709.
— Empañan la vd., 1151-1156.
— Peligros en someterse, 1128.
— Su remedio es la vd., 1127-1129, 1136-1137.
— Unión entre sí, 1127-1128.
Pastores. Solicitud por las vv., 90-91, 115, 127-128, 242-246, 691, 762, 763, 841.
Patria potestad, 33, 39-40, 191.
Patria de la vd., 12, 675-676.
Pecado. Corrompe la vd., 1151-1156.
— Mérito escaso al huirlo, 1175-1177.
— Original. Excusa en la mujer, 729-730.
Pedagogía divina, 8-11, 996-997, 1192-1194.
Pedantes, vírgenes, 802.
Pedro ap. No fué v., 29.
Peinado en el Imperio, 254.
— en las vv., 267-268.
— Cf. *Cabello*.
Peligros de pecado, 776, 937.
— — en el trato con personas de otro sexo, 801, 835-836, 837, 864-865, 935-937, 977-986.
— — de las vv., 111-112, 115, 851-852, 971-972.
Penas disciplinares. Monjes, 602.
Penitencia, 56, 495-496, 520, 586, 591-592, 713-714, 853.
— del cómplice pecador, 165-166.

[Penitencia :]
— Moderación, 1164-1165. Confróntese *Ayuno*.
— de la virgen infiel, 146-147, 162-166, 764-766.
Penitentes pecadoras, 479-488.
Pénula, 181.
Peplo, 255.
Pérdida de la vd. Irreparable, 168, 776, 931.
Pereza espiritual, 1168.
Perfección. Grados, 913-914.
— Su fundamento es la vd., 113, 1111, 1130-1131, 1266-1267.
— Impedimentos en el matrimonio, 1226-1229, 1232.
— Requerida por la Nueva Ley, 1270-1272.
— y vd., 113, 367, 437-438, 445-446, 1027-1028, 1079-1081, 1151-1156, 1192.
Perseverancia, 1155-1156.
— en la vd., 866, 954, 958-960.
Pintura del rostro, 254, 257-258, 654-655, 659-660, 678, 932.
— de la consagración de una v., 177-178.
Placer. Efectos malos, 1256-1257.
— Mancha el alma, 1163.
— Moderación en él, 1163-1164.
— Prohibición, 1236-1237.
Pneumáticos, 349.
Pobreza, 578, 805-806, 951-952.
— Sus bienes, 1267-1268.
— clerical, 569.
— de espíritu, 365, 858-859.
— falsa, 805.
— moderada, 361.
— Pecados contra ella, 806, 956-957.
— de la v., 271, 356-363, 689-690.
Poetas de la vd., 116-125.
Poligamia, 996-997.
Precepto de vd. Cf. *Consejo, Libertad*.
Preceptos. Mérito escaso al cumplirlos, 1175-1177.
Predicación de la vd., 29-31, 94.
Premio especial de la vd., 43, 46, 664-665, 814-815, 878, 890-894, 896, 927, 966, 999, 1022, 1037, 1042, 1049-1050, 1108-1109, 1268-1269.
Premios de la vd. Cántico nuevo, 43, 893.
— — Cristo mismo, 725-726.
— — Nombre glorioso, 966.
— — Nombre del Señor en su frente, 43.
— — Sus nueve privilegios, 44.
— — Recepción en el cielo, 45, 694-695, 814-815, 1049, 1069.
— — Seguimiento del Cordero, 46, 893-896, 1037-1038.
— — Cf. *Primicias*.
Preparación para unirse a Cristo, 748-751.
Primeras letras, 833.
Primicias escogidas, las vv., 45, 928, 999.
Priscila, catacumbas, 177-180.
Priscilianismo, 455, 606-609, 611.
Privilegios de la vd., 44, 124, 229-246.
Profesión de fe, 1090.
Profesión de la v. Etapas, 148-150.
Promulgación de la vd., 13-14, 16.
Propiedad privada, 956-957.
Protoevangelio de Santiago, 375.
Providencia en los castigos, 1199.
— en la revelación de la vd., 1192-1194.
— con las vv., 697-701.
Proximidad a Dios de la v., 1047.
Prudencia, 1093, 1154-1155.
Psíquicos, 349.
Pudor virginal, 281, 286-288, 502, 684, 697-698, 709-710, 723-724, 939, 977, 979.
Pueblo elegido, los vv., 970.
Pureza de alma, 994-995, 1140-1143, 1151, 1170-1171.
— de cuerpo, 650-651.

Razones para la vd., cf. *Motivos*.
— — cf. *Pablo. Doctrina*.
Razones humanas para la v. :
— — No son motivo verdadero, 878-879, 888-891.
— — Causas para recordarlas, 36-43, 1233-1236.
— — en los SS. Padres, 41-43.
Recogimiento, 310, 795-797, 824-825, 828, 1108, 1132-1133.
Recognitiones, 300.
Redención del hombre, 1008-1009.

Reglas :
— de San Agustín, 566-569, 624, 869.
— San Aurelio, 584.
— Autor desconocido, 584.
—San Basilio, 506-508, 624, 638.
— San Benito, 628, 629, 630, 634-635, 638.
— de los canónigos, de Crodegango, 631.
— San Cesáreo, 582-584, 591, 593, 594, 626, 630.
— San Columbano (cenobial), 601, 603.
— San Columbano (de los monjes), 601-603.
— Consensoria, 455, 611.
— San Fructuoso, 632-634.
— Irlandesas, 597.
— de San Isidoro, 624, 628, 629-631, 632.
— San Leandro, 626-628.
— Monásticas en España, 623-635.
— San Pacomio, 491-493, 624.
— de los solitarios, de Grimlaico, 631.
— Tarnatense, 569, 584, 631.
Reinado de la vd., 444-445.
Reinas del Cant. Interpretación, 1043-1044.
Reino de los cielos. Móvil para la vd., 18-19.
— — en San Pablo, 33-34.
— — Sentidos diversos, 18-19.
Relajación cristiana, 458-461.
Remedio contra la incorrupción, la castidad, 1018-1021.
Remnuot. Su vida, 807.
Renuncia a la carne, 1170-1171.
— al mundo, 412, 750-751, 842-843, 850, 966, 1091-1092, 1131, 1142-1143, 1271-1272.
— a pequeñas propiedades, 358-359.
— al placer, 1163-1164.
Resurrección, 1037, 1065.
— final, 1063-1064, 1065-1069.
— mediante la castidad, 443.
— de las vv., 1049.
Revelaciones de Dios al mundo, 444-445, 1073-1075.
Reverencia a las vv., 58, 121, 239-242, 794, 841.
Rica, 276.
Ricinium, 276.
Riquezas, 654-655, 858.
— del consorte, 1241-1242.
— Espirituales de la v., 682.
— Sus inconvenientes, 358, 360-361, 1267-1268.
— Peligros, 362, 952.
— Sus sinsabores, 1253-1254.
— Su uso, 657.
— Su vanidad, 924-925, 951-952, 1253-1254.
— verdaderas, 656.
Risa en la v., 291-292, 857, 949-950.
Ruina de Roma, 837.

Sabiduría espiritual, 1041.
— es don de Dios, 911.
Sacerdocio. Su pureza, 1171-1172.
Sacerdotes mundanos, 459-460.
Sacramentarios, 237.
Sacrificio de Abrahán, 1025.
— de primicias es la vd., 723.
Salidas de casa de la v., 308-310, 786, 796, 824-825, 826, 836, 865.
Salmos. Oración, 339-341, 713, 1099, 1106.
Salmo 136. Su interpretación, 1019-1023.
Salvación del mundo es la vd., 1071, 1075.
Sanctimonialis, 457.
Santos. Su imitación, 1169-1170.
— Los principales fueron vv., 968.
Sauces. Símbolo de castidad, 436, 1020.
Sencillez, 1092-1093, 1154-1155.
Sentidos. Su mortificación en la castidad, 437-438, 445-446, 1027-1028, 1035-1036.
Sentimientos. Su educación, 822, 833.
Serenidad de alma en las vv., 1128-1129.
Seriedad virginal, 291-292.
Servidumbre. Cualidades, 822, 827, 836-837, 857.
— Sus molestias, 1253.
Siervas amadas del Cant. Interpretación, 1044.
— vírgenes, 801, 950.
Silencio, 288-289, 709-710.

[Silencio :]
— Ejemplos, 710-711.
— Su valor, 709-711.
Sinaxis, 325, 326, 338, 348, 568, 1102.
Sineisactismo, cf. *Subintroductas*.
Soberbia, 798-799, 1079, 1093.
— Su gravedad, 940-941.
— Peligro, 246-252, 897-898, 899.
— por los dones de Dios, 911-912.
Sobriedad. Sus bienes, 1255-1256.
Soledad, 724.
— Sus peligros, 954-955.
Solicitud de los pastores por las vv., 90-91, 115, 127-128, 242-246, 691, 762, 763, 841.
Subintroductas, 55, 91-92, 108, 116, 118, 146, 162, 170, 464-465, 784, 971.
Subúcula, 269.
Suegras de Cristo, 153.
Sufrimientos, 813.
— de Cristo, 812.
— en el matrimonio, cf. *Matrimonio* (molestias, sufrimientos).
— de los pecadores, 1104.
Sujeción de los cónyuges, cf. *Matrimonio*.
Superioridad de la Ley Nueva, 1269-1272.
— del cenobitismo sobre el anacoretismo, 320, 468, 489-490, 863.
— de la vd. sobre el matrimonio, 34-36, 665-666, 680, 785, 788, 790, 882-887, 890, 1003, 1012-1014, 1014-1016, 1134-1135, 1183, 1184, 1192, 1201-1203, 1211, 1265, 1269.
Symposion, cf. *Banquete*.

Tabernáculo. Figura de la Iglesia, 1031.
Tabernáculos, cf. *Escenopegia*.
Tecla. Caracteres de su figura, 411-417.
— Culto, 406-408.
— Existencia real, 403-408.
— Modelo de vv., 695-696.
— Vida, cf. *Hechos de Pablo y Tecla*.
Temor de Dios, 774-779, 905-908, 966, 1107.
— — Ejemplos de caídas, 782-783.
Templanza, 686, 786, 826, 827, 943-944, 953-954, 1107-1108, 1157-1159, 1164-1165, 1169-1170.
— Ejemplos, 780-781.
Templo del Espíritu Santo, el v., 970.
Tentaciones. Demonios, 775-776.
— Ejemplo de San Jerónimo, 22, 778-779.
— Mérito en ellas, 1084-1088.
— Remedios, 787.
Termas, 297-298.
— Asistencia de cristianos, 299.
Toga, 273, 304.
Tonsura del cabello, cf. *Cabello*.
Trabajo de la v., 294-296, 373, 827, 860-861.
Trabajos del justo y del pecador, 1105-1106.
— de las vv. Son suaves, 1250-1251.
Trato con casadas, 935.
— con personas de otro sexo, cf. *Peligros de pecado*.
Tribulaciones, 522, 523.
Trinidad simbolizada en el Apoc., 1057-1058.
— es v., 12, 114.
— y vd., 676, 684.
Tristeza, 1050-1051, 1107.
— espiritual, 124, 949-950, 1125-1126.
Túnica paragauda, 270.
— recta, 160.
— virginal, 269-272.
— — Investidura, 188.

Unión con Cristo, 1091.
— — Diversos grados, 171-173.
— con Dios, 1115, 1141-1143, 1146.
— entre las vv., 57, 92, 311-314, 452-454, 456-457, 988.
— — — en España, 605-609.
— — — en Roma, 530-548.

Valor de la vd., 433.
— apologético de la vd., 66-67.
Vanagloria, 800, 805, 997-999, 1095-1096.
Vanidad de los bienes terrenos, 1124-1125, 1126, 1128-1129.

Velo de la mujer, 276-277.
— — Uso como rito nupcial, 160-161.
Velo virginal, 275, 276-280.
— — Cariño hacia él, 188.
— — Defensa del pudor, 278.
— — Forma y color, 278-280.
— — Imposición :
— — — Ceremonias, 176-190.
— — — Edad requerida, 149-150.
— — — Exhortación, 183-185.
— — — Fiestas fijas, 181-182.
— — — Fórmula, 161, 188.
— — — Oración por la v., 186-187.
— — — Reservada al obispo, 181.
— — Obligación de llevarlo, 88.
— — Origen de su uso, 160.
— — Símbolo de esposas de Cristo, 152, 160-161.
Veneración hacia las vv., 58, 121, 239-246, 794.
Ventajas de la vd., 209, 223, 677-679, 792, 1123, 1127-1129, 1147-1148, 1149-1150, 1204-1208, 1225, 1261.
Vestales, 120, 674.
— Castigos de las, 75.
— Cualidades, 72-73.
— Su defensa, 97.
— Elección, 72-73.
— Formación, 72-76.
— Gran Vestal, 80.
— Número, 71.
— Obligaciones, 74.
— Origen, 70.
— Privilegios, 69, 71, 77-81.
— Vestido, 70.
— y vv. cristianas, 68, 81-84.
Vestidos en el mundo pagano, 255.
— de la v., 268-280, 941-942, 1098.
Vestidura espiritual de la v., 749-751, 752-753, 1023.
Vexilla Regis, 590.
Vicios enemigos de la v., 969-970, 1059-1060.
— Unión entre sí, 1127-1128.
Vid. Simbolismo, 1029, 1073-1074, 1075-1077.
Vida anacoreta, comparada con la cenobita, 320, 468, 489-490, 863.
[Vida :]
— celestial de las vv., 927, 1129.
— común. Comienzos, 453-454, 456, 457.
— — Imposibilidad en los siglos I y II, 449-450.
— — Pasos hacia ella, 449.
— — Razones impulsoras, 458-466.
Vigilias eclesiásticas, 325-326, 330.
Vino. Sus efectos, 780, 948, 1029-1030.
— Su peligro, 779-780.
— Su uso, 349, 350, 556, 708, 825, 947-948.
Vírgenes. Anacoretas, 474-479.
— Aristocracia del espíritu, 237-238.
— Caracteres de su figura, 411-417, 570.
— Clases sociales, 62.
— condenadas al lupanar, 15.
— consagradas, 144.
— diaconisas, cf. *Diaconisas*.
— esclavas, 801, 950.
— fingidas, 783-784.
— herejes, 20-21, 114, 811-812, 1175-1183.
— infieles, cf. *Caída*.
— Jerarquía eclesiástica, 236-238.
— libradas por soldados, 15.
— son madres de Cristo, 811, 873-874.
— son madres en espíritu, 157-159.
— modelo de vida, 372-374.
— mundanas, 1269.
— ofrecidas por los padres, 193-202, 816-838.
— paganas, 68, 674-675, cf. *Vestales*.
— privadas, 623, 636-637.
— — en España, 604-606.
— — en Francia, 570-577.
— profesas, 144.
— Santas principales, 639-645.
— tibias, 462-463, 866, 965.
— Su vida cotidiana, 293-296.
— — en el siglo II, 55-58, 88.
— — en tiempo de San Ambrosio, 96.
— — en el monasterio, 491-492, 494-496, 507-514, 551-556,

582 - 584, 590 - 593, 601-603, 626-627.
— como viudas eclesiásticas, 56, 143-144.
Virginidad :
— consagrada, no natural, es meritoria, 875-877.
— es don de Dios, 927-928.
— Esfuerzo necesario, 1214-1215.
— Facilidad de ese estado, 1236.
— Frutos, 1266-1267.
— interior es la estimable, 1181.
— Perdióse con el pecado original, 1190-1191.
— Superior a la fecundidad, 876.
— Cf. *Consejo, Desprecio, Lucha, Motivos, Oposición, Perfección, Razones, Superioridad, Ventajas*, etc., etc.
Virtud mayor de la Nueva Ley, 1270-1272.
— Su naturaleza, 1159.
Virtudes :
— fingidas, 799-800.
— preparatorias para la vd., 443.
— de la v., 117-118, 159, 184-185, 749-751, 752-754, 933, 969-970, 1028, 1097, 1107-1108, 1156-1159.
Visión de Dios, 1171-1172.
Visitas de las vv., 308-309, 311.
Vittae, 268.
Viudas. Altar del sacrificio, 1032.
— Continencia de las, 115.
— Consagradas, 143, 152, 230.
— Esposas de Cristo, 152.
— Jerarquía eclesiástica, 236-238.
— Tribulaciones de las, 193.
Viudez (sufrimientos de la), 1120-1121.
Voto de continencia, 1218-1219.
— monacal egipcio, 494.
— de vd., 850.
— — Su especie en los siglos I-II, 142-143.
— — Su existencia en los siglos I-II, 142-145.
— — Su fórmula, 185-186, 850.
— — Es el voto grande del Antiguo Test., 437-438, 1024, 1027-1028.
— — en María, 872.
— — privado, 56.
— — público, 96, 145.
— de las viudas, 143.
Vuelta al mundo, 958-960.

Xerofagia, 349.

Zarza. Simbolismo, 1073-1075.

FE DE ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
194	13 y 17	Toxencio	Toxocio
241	7	Aureliano	Aurelio
302	última	c. 9	c. 11
303	35	*Epist.* 108	*Epist.* 107
331	31	*Epist.* 61	*Epist.* 71
516	5	TEODOSIO III	TEODOSIO I
611	46	HOLSTEIN	HOLSTEN
642	9	Potamiana	Potamiena
923	penúltima	HOLSTEIN	HOLSTEN

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «LAS VÍRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 12 DE FEBRERO DE 1949, FESTIVIDAD DE SANTA EULALIA, VIRGEN Y MÁRTIR, EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CATÓLICA, S. A., ALFONSO XI, 4, MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

VOLUMENES PUBLICADOS

1. SAGRADA BIBLIA, de NÁCAR COLUNGA, 2.ª ed., corregida en el texto y copiosamente aumentada en las notas. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. D. GAETANO CICOGNANI, Nuncio de Su Santidad en España. 1947. 1684 + LXXX págs., con profusión de grabados y 8 mapas. (Agotada. Se prepara la 3.ª ed.)

2. SUMA POETICA, por JOSÉ MARÍA PEMÁN y M. HERRERO GARCÍA. 1944. 672 + XLVIII págs. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

3. OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON. Edición revisada y anotada por el P. Fr. FÉLIX GARCÍA, O. S. A. 1944. 1692 + XXXVI págs. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

4. SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*. Edición preparada por los PP. Fr. JUAN R. DE LEGÍSIMA y Fr. LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M. 1945. 872 + XLIV págs., con profusión de grabados. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

5. HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. RIBADENEYRA, S. I. *Vida de los PP. Ignacio de Loyola, Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Francisco de Borja. Historia del Cisma de Inglaterra. Exhortación a los capitanes y soldados de la «Invencible»*. Introducciones y notas del P. EUSEBIO REY, S. I. 1945. 1356 + CXXVI págs., con grabados.—40 pesetas tela, 75 piel.

6. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1945. 756 + XL páginas.—30 pesetas tela, 60 piel. (Publicados los tomos II, III, IV y V, núms. 9, 19, 28 y 36.)

7. CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los doctores D. LORENZO MIGUÉLEZ, Fr. SABINO ALONSO MORÁN, O. P., y P. MARCELINO CABREROS DE ANTA, C. M. F., profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. José López Ortiz, Obispo de Túy. 2.ª ed., 1947. 1064 + XLVIII págs. (Agotada. Se prepara la 3.ª ed.)

8. TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de ALASTRUEY. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Antonio García y García, Arzobispo de Valladolid. 2.ª ed., 1947. 992 + XXXVI págs., con grabados de la *Vida de la Virgen,* de Durero.—40 pesetas tela, 75 piel.

9. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios:* 1) *En su infancia.* 2) *En la Eucaristía.* 3) *En su Pasión.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1946. 848 + XVI págs.—30 pesetas tela, 65 piel. (Publicados los tomos III, IV y V, núms. 19, 28 y 36.)

10. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín,* por POSIDIO. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A. 1946. 784 + XVI págs., con grabados. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.—Publicados los tomos II, III, IV y V, núms. 11, 21, 30 y 39.)

11. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II: *Introducción a la filosofía de San Agustín. Confesiones* (en latín y castellano). Edición crítica y anotada por el P. Fr. ANGEL CUSTODIO VEGA, O. S. A. 1946. 976 págs., con grabados. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.—Publicados los tomos III, IV y V, núms. 21, 30 y 39.)

12-13. OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes). Recopiladas y anotadas por el Dr. D. JUAN JURETSCHKE, profesor de la Facultad de Filosofía de Madrid. 1946. Tomo I: 954 + XVI págs. Tomo II: 870 + VIII págs.—Los dos tomos, 70 pesetas tela, 140 piel.

14. BIBLIA VULGATA LATINA. Edición preparada por el P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., y D. LORENZO TURRADO, profesores de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Salamanca. 1946. 1592 + 122 + XXIV págs., con profusión de grabados y 4 mapas.—60 pesetas tela, ed. a una tinta; 80 pesetas tela, a dos tintas. En piel, 100.

15. VIDA Y OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía,* por el P. CRISÓGONO DE JESÚS, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías.* Prólogo general, introducciones, revisión del texto y notas por el P. LUCINIO DEL SS. SACRAMENTO, O. C. D. 1946. 1330 + XXXII págs., con grabados. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

16. TEOLOGIA DE SAN PABLO, del P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 1946. 952 + XVI págs.—40 pesetas tela, 75 piel.

17-18. TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Selección, introducciones y notas de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ. Tomo I: *Autos sacramentales.* 1946. 924 + VIII págs. Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos.* 1946. 924 + XLVIII págs. Cada tomo, 35 pesetas tela, 70 piel.

OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaémeron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso.* Edición, en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. León Amorós, Fr. Bernardo Aperribay y Fr. Miguel Oromí, O. F. M. 1947. 800 + XII págs.—35 pesetas tela, 70 piel. (Publicados los tomos IV y V, núms. 28 y 36.)

20. OBRA SELECTA de Fray Luis de Granada: *Una suma de la vida cristiana.* Los textos capitales del P. Granada seleccionados por el orden mismo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por el P. Fr. Antonio Trancho, O. P. (†), con una extensa introducción del P. Fr. Desiderio Díaz de Triana, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. Francisco Barbado Viejo, Obispo de Salamanca. 1947. 1164 + LXXXVIII págs.—45 pesetas tela, 80 piel.

21. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. Victorino Capánaga, O. R. S. A.; Fr. Evaristo Seijas, Fr. Eusebio Cuevas, Fr. Manuel Martínez y Fr. Mateo Lanseros, O. S. A. 1947. 1048 + XVI págs.—45 pesetas tela, 80 piel. (Publicados los tomos IV y V, núms. 30 y 39.)

22. SANTO DOMINGO DE GUZMAN. *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vidas de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo.* Introducción general por el P. Fr. José María Garganta, O. P. Esquema biográfico, introducciones, versión y notas de los PP. Fr. Miguel Gelabert y fray José María Milagro, O. P. 1947. 956 + LVI págs., con profusión de grabados.—40 pesetas tela, 75 piel.

23. OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección, versión, introducciones y notas del P. Germán Prado, O. S. B. 1947. 1516 + XXIV págs., con grabados.—50 pesetas tela, 85 piel.

24. OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía y Diario espiritual.* Introducciones y notas del P. Victoriano Larrañaga, S. I. 1947. 884 + XII págs.—35 pesetas tela, 70 piel.

25-26. SAGRADA BIBLIA, de Bover-Cantera. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego (dos volúmenes). 1947. 2396 + XXVIII págs., con profusión de grabados y 8 mapas.—En tela, los dos tomos, 80 pesetas; en piel, 125.

27. LA ASUNCION DE MARIA. Tratado teológico y antología de textos por el P. José María Bover, S. I. 1947. 452 + XVI págs.—30 pesetas tela, 65 piel.

28. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección. Discursos mariológicos.* Edición, en latín y castellano, preparada por los pa-

dres Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y OLTRA, O. F. M. 1947. 976 + VIII págs.—45 pesetas tela, 80 piel. (Publicado el tomo V, núm. 36.)

29. SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo I: *Introducción general* por el P. SANTIAGO RAMÍREZ, O. P., y *Tratado de Dios Uno*. Texto en latín y castellano. Traducción del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., con introducciones, anotaciones y apéndices del P. Fr. FRANCISCO MUÑIZ, O. P. 1947. 1294 + XVI págs., con grabados. — 50 pesetas tela, 85 piel. (Publicado el tomo II, núm. 41.)

30. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer*. Versión, introducciones y notas de los padres Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. TEÓFILO PRIETO, Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. SANTOS SANTAMARTA y Fr. HERMINIO RODRÍGUEZ, O. S. A. 1948. 900 + XVI págs.—45 pesetas tela, 80 piel.

31. OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL: *Libro de Caballería. Libro de Evast y Blanquerna. Félix de las Maravillas. Poesías* (en catalán y castellano). Edición preparada y anotada por los PP. MIGUEL BATLLORI, S. I., y MIGUEL CALDENTEY, T. O. R., con una introducción biográfica de D. SALVADOR GALMÉS y otra al *Blanquerna* del P. RAFAEL GINARD BAUÇÁ, T. O. R. 1948. 1148 + XX págs., con grabados.—55 pesetas tela, 90 piel.

32. VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. ANDRÉS FERNÁNDEZ, S. I. 1948. 612 + LVI págs., con profusión de grabados y 8 mapas.—40 pesetas tela, 75 piel.

33. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía y Epistolario*. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. Dr. D. Juan Perelló, Obispo de Vich. 1948. 900 + XLIV páginas, con grabados.—50 pesetas tela, 85 piel. (Publicados los tomos II y III, núms. 37 y 42.)

34. LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo*, por el prof. FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CANTÓN. 1948. 192 + VI págs., con 304 láminas.—60 pesetas tela, 95 piel.

35. MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 1.º: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo*. Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1948. 916 + XXXVI págs.—45 pesetas tela, 80 piel.

36. OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos*. Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1948. 756 + VIII págs.—40 pesetas tela, 75 piel.

37. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental*. 1948. 826 + XXXII págs.—50 pesetas tela, 85 piel. (Publicado el tomo III, núm. 42.)

38. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: FRAY ALONSO DE MADRID: *Arte para servir a Dios y Espejo de ilustres personas;* FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. 702 + XII págs.—45 pesetas tela, 80 piel. (Publicado el tomo II, núm. 44.)

39. OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad.* Edición en latín y castellano. Primera versión española, con introducción y notas, del P. Fr. LUIS ARIAS, O. S. A. 1948. 944 + XVI págs., con grabados.—45 pesetas tela, 80 piel.

40. NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nácar-Colunga.) 1948. 452 + VIII págs., con profusión de grabados y 8 mapas.—25 pesetas tela, 60 piel

41. SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad,* en latín y castellano; versión del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. MANUEL CUERVO, O. P. *Tratado de la creación en general,* en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. JESÚS VALBUENA, O. P. 1948. 888 + XX págs., con grabados.—50 pesetas tela, 85 piel.

42. OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental* y *El Criterio.* 1948. 756 + XX págs.—50 pesetas tela, 85 piel.

43. NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego con notas exegéticas, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER. (Separata de la Bover-Cantera.) 1948. 624 + VIII págs., con 8 mapas.—30 pesetas tela, 65 piel.

44. MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: FRAY BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del monte Sión.* FRAY ANTONIO DE GUEVARA: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos.* FRAY MIGUEL DE MEDINA: *Infancia espiritual.* BEATO NICOLÁS FACTOR: *Doctrina de las tres vías.* 1948. 838 + XVI págs.—50 pesetas tela, 85 piel.

45. LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por el P. FRANCISCO DE B. VIZMANOS, S. I. Estudio histórico-ideológico seguido de una antología de tratados patrísticos sobre la virginidad. 1949. 1308 + XXIV págs.—65 pesetas tela, 100 piel.

SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.

Date Due

[redacted]			
FACULTY			
[redacted]			
JUN 15 1972			
[redacted]			
[redacted]			
JUN 15 1976			
[redacted]			
JUN 15 1981			
[redacted]			
[redacted]			
[redacted]			
[redacted]			

SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.

BW1042 .V86
Las virgenes Cristianas de la iglesia
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00077 4093